This is a reproduction of a library book that was digitized by Google as part of an ongoing effort to preserve the information in books and make it universally accessible.

Google™ books

https://books.google.com

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

LA
ILUSTRACION IBERICA

PLUS ULTRA

Digitized by Google

ANNEX
LIBRARY
D
007166

CORNELL
UNIVERSITY
LIBRARY

BOUGHT WITH THE INCOME
OF THE SAGE ENDOWMENT
FUND GIVEN IN 1891 BY
HENRY WILLIAMS SAGE

Digitized by Google

CORNELL UNIVERSITY LIBRARY
3 1924 069 280 638

Digitized by Google

Digitized by Google

EDICIONES DE GRAN LUJO

RAMÓN MOLINAS
EDITOR

EDICIONES ECONÓMICAS

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

CON LA COLABORACIÓN

de las señoras Beceiro (D.ª Carmen), Casanova (D.ª Sofía), Luengo (D.ª María del Buen Consejo), y Opisso (D.ª Antonia); y de los señores Adán Berned, Alcalde Valladares, Alcántara (D. F.), Altamira, Amor Meilán, Arce (Luis del), Balart, Bermúdez (D. José), Blanco Asenjo, Blanco Fernández, Blasco Ibáñez, Bonet (D. Edmundo de C.), Bonilla y Franco, Cadenas, Camacho (D. Tomás), Campoamor, Campo Moreno, Cano, Cánovas (D. Luis), Carpi, Carpio (D. José M.), Carrascosa, Castro (D. Gonzalo de), Clarín, Colorado, Contreras Martín, Cuevas (D. Julio), Estébez, Estévanez, F. Navarro, Fernanflor, Flores García, García (D. Pedro de Alcántara), Garriga y Puig, González Ansótegui, González Camargo, González Ruano, González Serrano (D. U.), Guerrero (D. Teodoro), Hernández y Bermúdez, Iprac-Ordep, Jiménez Spoya, Kasabal, Labaila, Losada (D. Diego), Martínez Barrionuevo, Martínez Medina, Marsillach, Masferrer, Matheu, Mayorga, Melero y Betegón, Mendoza, Millás, Miranda, Moreno de la Tejera, Nebot Pérez, Olmedilla y Puig, Oña, Osete, Ossorio y Bernard, Palacio (D. Manuel del), Pelayo Vizuete, Peñarrubia, Pérez Nieva, Pi y Margall, Pizarroso (D. Alejandro), Pou, Prats, Pujol, Roca, Roura, Rueda, San Martín y Morales, Sánchez Pérez, Sánchez Roda, Sanmartín y Aguirre, Sepúlveda (D. Ricardo y D. Enrique), Serrano Clavero, Serrano de la Pedrosa, Soler y Pérez (D. Eduardo), Stevenson, Tolosa Hernández, Torre (José M.ª de la), Torromé, Troncoso, Urbano, Urrecha, Val, Vía, Villegas, Villena, y Vives.

Director: D. ALFREDO OPISSO

ILUSTRADO

POR LOS MEJORES ARTISTAS NACIONALES Y EXTRANJEROS

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE «LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA»

Calle de las Cortes, núms. 365 á 371

Digitized by Google

393658C
205

Digitized by Google

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LOS AUTORES QUE HAN COLABORADO EN ESTE TOMO

Adán Berned (*Joaquín*).—Primavera, pag. 255.
Alcalde Valladares (*Antonio*).—A una niña muerta, 291.
Alcántara (*Francisco*).—Exposición de Blanco y Negro, 150.—Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890, 390 426, 439, 454.—Recuerdos íntimos, 810.
Altamira (*Rafael*).—Novelistas contemporáneos: Tolstoï, 83, 103, 119.—Pedagogía literaria, 342.
Amor Meilán (*Manuel*).—Cuadros gallegos, 371, 387, 403, 451.—Recuerdos íntimos, 810.
Arce (*Luis del*).—El sargento Galludo, 715.
Balart (*Federico*).—Luz y sombra, 6.—Sueños, 154.—Mujeres y rosas, 198.—Cuatro tablas, 241.—*** 688.
Beceiro de Pato (*Carmen*).—La nieve, 206.
Bermúdez (*José*).—El hijo ciego, 46.
Blanco Asenjo (*Ricardo*). — Dos talleres y un cuadro, 681.
Blanco Fernández (*Benito*).—Cantares, 581.—Rimas, 602. —A las artes, 610.
Blasco Ibáñez (*Vicente*).—Amoríos en la luna, 131, 146, 162, 178, 195
Bonet (*Edmundo de C.*).—A tus ojos, 266.—Rimas, 299.—Hielo y fuego, 659.—Cantares, 787.
Bonilla y Franco (*J. M.*).—¡Gayarre!, 58.—En el Paraíso, 247.—Croquis manchego, 611, 627.
Cadenas (*José Juan*).—Reos, 615.
Camacho (*Tomás*).—Ilusión, 331.—Cabeza y corazón, 334.—En la sombra, 419, 455.
Campoamor.—Humorada, 3.
Campo Moreno (*J.*).—Luceritos, 166.
Cano (*Carlos*).—Dar la hora, 411.
Cánovas (*Luis*).—Las alas, 550.
Carpi (*Pedro de*).—La felicidad, 638.
Carpio (*José M.ª*).—Patas y pies, 334.—El submarino Peral y sus pruebas, 423.
Carrascosa (*Jesús*).—Soledades, 158.
Casanova (*Sofía*).—Espejismo, 780.
Castro (*Gonzalo de*).—Física recreativa, 42.—Milton, 347.
Catarineu (*Ricardo P.*).—Los malogrados, 54.
Clarín.—Superchería, 54, 70, 118.—Cuesta abajo, 166, 230, 262, 294, 518, 534, 630, 646.
Colorado (*Vicente*).—¡Arre!, 26.—El capitán Martínez, 346. —La estatua de barro, 679.
Contreras Martín (*Francisco*).—La noche de los Difuntos, 714.
Cuevas (*Julio de las*).—A Remedios, 587.—El primer beso, 730.
Estébes (*Eduardo*).—Los trabajos internacionales del Mapa Celeste, 278.—Descubrimientos en la física solar, 614.
Estévanez (*Nicolás*).—Solidaridad, 807.
Fernández Navarro (*Antonio*).—Cogida infraganti, 282.
Fernanflor.—Revista de Madrid, 2, 18.
Florentín (*Javier*).—Ante un clavel, 627.
Flores García (*Francisco*).—El Teatro, 7.—El público, 342. Emancipación de la mujer, 790.
García (*P. de Alcántara*).—Conócete á ti mismo, 266.
Garriga y Puig (*Pedro*).—Hierro viejo, 123, 170.
Gimeno de Flaquer (*Concepción*).—La reina Cristina de Suecia, 791.
Giner de los Ríos (*H.*).—Juan Rosa, 443, 458.
Gonzáles Ansótegui (*Lino*).—Amor y celos, 382.—Muerto, 590.—Sollozos, 654.—La oración de un niño, 811.
Gonzáles Camargo (*Joaquín*).—Estudiando, 26.
Gonzáles Ruano (*Agustín*).—El sermón del Paso, 218.
Gonzáles Serrano.—La voluntad, 22, 38.—Psicología personal, 186.—La virtud de la tolerancia, 462.—La amistad, 566.—La crítica en España, 662.—La ley de la educación, 774.—El medio interior, 818.
Guerrero (*Teodoro*).—El amor y la amistad, 18, 35, 51, 67, 99, 115.—Carta abierta, 507.
Hernández y Bermúdez (*R.*).—La loca, 279.—El cuadro del Museo, 478, 491.—Los ojos blancos, 722, 739, 755.
Iprac-Ordep.—El movimiento continuo, 74.—Combustión de los sólidos y líquidos, 363.—El sabio, 494.—Arte de conocer á las personas, 707.—Nuestro padre material, 814.
Jiménez Spoya (*F. de Asís*).—Soneto, 558.
Kasabal.—Madrid, todos los números desde el 369 inclusive.
Labaila (*Jacinto*).—La manzana de Eva, 15, 30, 47, 63, 78, 95, 111, 127, 142, 158, 175.—A la memoria del poeta Querol, 375.—Che cosa é Satana?, 654.—Los pies, 779, 795.
Losada (*Diego*).—Origen del bronce, 471.—Una noche en vela, 699.
Martínez Barrionuevo (*M.*).—Amor de amores, 570, 586, 603.—Mayo y Junio, 678.—Por las nubes, 694.
Martínez Medina (*José*).—Odio y amor, 474.—El amor, 490.
Marsillach (*Adolfo*).—¡Ni en el mar!, 547, 563.
Masferrer y Sala (*Narciso*).—Bibliografía, 803.
Matheu (*José M.*).—Carta problema, 227, 243, 259, 275, 291.
Mayorga (*Ventura*).—Rimas, 563.—Idem, 730.—Idem. 803.
Melero y Betegón (*E.*).—El palacio de la Nica, 90.—Nostalgia, 823.
Mendoza (*Carlos*).—Enero, 14.—Febrero, 121.—Marzo, 178. —Abril, 243.—Mayo, 307.—Junio, 355.—Julio, 419.—Agosto, 483.—Setiembre, 563.—Octubre, 626 —Noviembre, 722. —Diciembre, 802.—Los comuneros bajo Felipe II, 99.—San Magín, 592.—Bibliografías, 75, 126, 155, 190, 206, 211, 288, 299 322, 360, 398. 414, 452, 559, 643, 778.
Millás (*Manuel*).—Madrigal, 490.—Mal de amores, 542.—La tempestad, 567.—Lo que más me gusta, 667.
Miranda (*Carlos*).—Historia vulgar, 302.—Cartas íntimas, 507.—Ley de la inconstancia, 594.—Humoradas, 634.
Moreno de la Tejera (*Vicente*).—Canto y baile flamencos, 107.
Nebot Pérez (*José*).—El debut de un médico, 555.
Olmedilla y Puig (*Joaquín*).—Los habitantes del aire, 11. —Las costumbres de los insectos, 618.—El engaño y su enemigo, 730.
Oña (*Inocencio de*).—Tras la colgadura, 286.—El ideal, 419. —Andalucía, 574.—Celos, 654.—Los últimos números, 826.
Opisso (*Alfredo*).—El dengue ó grippe, 154.—Revista de la semana, 34.—Revistas científicas, 214, 326, 358, 374, 406, 438, 470, 486, 502, 519.—Política y sastrería, 551.—En, con, por, sin, de, sobre el IV Centenario... de Colón, 583.—La expedición de Mr. Stanley, 378.—La niebla, 6.—El peregrino, 235.—Dies illa, 278.—A la memoria de Mme. Ackermann, 831.
Opisso (*Antonia*).—Teatro Español, 42.—Bocado de autoridad, 135.—Nocturno, 203.—Una industria alemana en el siglo XVIII, 262.—Siluetas del día, 310.—En sus tiempos, 394.—Hojas de verano, 455.—El árbol santo, 535.—El monasterio de Poblet, 598.—El brillante, 663.—Solimán, 758. —Casi talismán, 807.
Osete (*Antonio*).—Los dolores de la Virgen, 215.—En la catedral de Toledo, 606.
Ossorio y Bernard (*Manuel*).—N. N., 318.—El faisante, 458.
Palacio (*Manuel del*).—Tempo passato, 11.—En un álbum, 26.—Un paseo cómico por el Madrid monumental, 214.—El primer grito, 510.—La primera piedra, 526.
Pareja Serrada (*Antonio*).—La ola, 474.—Machaca, 578, 595.
Pelayo Vizuete (*S.*).—Desapiadada, 494.—La huérfana, 538.—Málaga, 688.—Mi anhelo, 691,
Peñarrubia (*Manuel de*).—Cantares, 167.—Ídem, 435.
Pérez Nieva (*Alfonso*).—Las espinacas, 231, 246.—El Nacimiento triste, 806.
Pi y Margall (*Francisco*).—Aníbal y Escipión, 3.
Pizarroso (*Alejandro*).—Al son de mi guitarra: Gitanescos, 659.
Pou (*Camilo*).—Á mi Beatriz, 250.—Á una hermosa, 282.—A ***, 467.—Rimas, 515.—A ***, 679.
Prate (*F. J. de*).—Cantares, 430.
Pujol (*Federico*).—La arena, 250.
Roca (*Guillermo*).—Una historia, 250.—Juan, 659.
Roura (*Ricardo*).—A una morena, 771.
Rueda (*Salvador*).—Cuadro de invierno, 7.—Voces de la Naturaleza, 186.—El adiós, 231.—De tejas arriba, 315.—En propia mano, 362.—Visión, 487.—Recuerdo de la coronación de Zorrilla, 539.—La fiesta, 554.—La cequia, 688. Una venganza original, 651.—¡Cataplum!, 727.—La zorra, 775.
San Martín y Morales (*B.*).—Un boceto, 523.
Sánchez Pérez (*Antonio*).—San Bruno en la Academia, 6. —¡Y no baja la carne!, 43.—Amenidad y galanura, 74.—Reminiscencias, 87.—Esfuerzos ineficaces, 106.—Un tenedor de libros, 151.—Medio millón de milagros, 166.—El primer galán, 182.—¡Caracoles!, 198.—Espejismos, 246. —A la zaga, 295.—E pur si muove, 327.—Meditemos, 359. —Correo rojo, 375.—La huéspeda, 379.—Con franqueza, 395.—¡Angelitos!, 406.—La Comisión, 443.—¡Ah! Con extrañeza, 538.—Un específico, 490.—Censos y estadísticas, 503.—Decadencia rapida. 523.—Amagos, 538.—Diálogo de circunstancias. 566.—Desolación, 582.—Anomalías madrileñas, 598. — El negociado del canto, 614.— Días aciagos, 686.—Catacumbas, 694 —Fusiones artísticas, 710. —¡Ya escampa!..., 742.—Las Marías..., 742.—Desenfado, 766.—Los teatros, 784.—¡Qué frío!, 806.—Sensibleria, 822.
Sánches Roda (*José*).—La Santa Virgen y la pintura, 179. —Los principes marianos, 382.
Sanmartín y Aguirre (*J. F.*).—La gravedad, 87.—La moda, 635.—Las apariencias, 774.
Sepúlveda (*Enrique*).—La carta fúnebre, 307, 323, 339, 355, 371.
Sepúlveda (*Ricardo*).—El dolor, 491.—La lengua, 618.
Serrano Clavero (*Venancio*).—Moribunda, 58.—Primavera, 318.—Ausente, 590.
Serrano de la Pedrosa (*B.*). - Este frie un huevo..., 71.
Soler y Pérez (*Eduardo*).—La arquitectura románica en España, 330.
Stevenson (*Luis Roberto*).—El secuestrado: todos los números desde el 377.
Tolosa Hernández (*J.*).—Mayo, 298.
Torre (*José M.ª de la*).—A Tula, 111.—Dolora cursi, 206.—A Jenny, 434.
Torromé (*Rafael*).—En el templo, 503.—La belleza perdurable, 711.—El alma de una nación, 826.
Troncoso (*M. N.*).—La joven mendiga, 62.—Cantares, 622. —Idem, 631.—A las flores de un cementerio, 691.—Desencanto. 734.
Urbano (*Ramón A.*).—En un álbum, 270.
Urrecha (*Federico*).—El ascenso de Regojo, 26.
Val (*Luis de*).—El que á hierro mata..., 483, 499, 515, 531.—Literatura á domicilio, 675, 691 —Dos rosas, 830.
Vallarino (*José*) —El gato de mi tía, 171.
Vía (*Luis*).—La Música, 362.
Villegas (*Eduardo*).—La bandera, 107.—Amorosa, 346.—Ausencia, 447, 483.—La madre de los pobres, 526.—Odiame, 567.—La diva, 667, 682.—El apestado, 747.—Soneto, 794.
Villena (*Rafael*).—Á Teodoro Llorente, 598.
Vives (*Antonio*).—El día de Difuntos, 726.
X***.—La táctica del porvenir, 138.—Maniobras militares en Calaf, 718, 734, 743.

ÍNDICE ALFABÉTICO DE LOS GRABADOS QUE ADORNAN ESTE TOMO

Á orillas del mar. 825
Abascal (D. José), dibujo de Pla y Valor. 131
Adoración (La), cuadro de Fra Angélico. 808
Adoración (La), de la escuela flamenca. 808
Adriano. 535
Aidea, c. de Corcos. 605
Altas tierras del Hudson. 621
Amadeo de Saboya (D.). 67
» Funerales de.. 84
Aficionado (Un), acuarela de Pozo *(en color)*. 809
Alarma en el camino, c. de Christie. . 125
Albéitar y... 796
Alcalá de los Panaderos, dibujo de Pons 157
Alegría (La) de la tierra, dibujo de Huertas *(en color)*.. 208
Almuerzo á bordo, c. de Armitage. . 148
Alquería inglesa, c. de Leader. . . 459
Almuerzo de caza, c. de Sadler. . . 757
Amelia Opie. 279
¿Amigo ó enemigo?. 150
Amy Levi 262
Amor sagrado y amor profano, c. de Solomon. 664
Amores en el balcón, c. de Dalbono. . 676
Andrés del Sarto. 694
Angélica, c. de Conrado Kiessel. . . 360
Anillo nupcial.. 721
Antes de cenar, c. de Toulmouche. . 97
Antes de un besamanos, en Londres.. 440
Arnús (Excmo. Sr. D. Evaristo). . . 786
Arresto de Eyraud.. 419
Arte antiguo en Ceylán. 790, 791, 794, 795 y 798
Artista (El) espectro. 236
Avanzada de galos, c. de Lemon. . . 86
Baltersea. 60
Barbero de muelle (El), c. de Méndez Bringas *(en color)*.. 753
Barcelona: El 1.º de mayo, dibujo de Vehil. 307
» Regatas. 361
» Fachada nueva de la Catedral. 582
» Vistas de la Catedral. . 595 y 596
» Entrada de Sagasta. . . 741
Barco fantasma (El), c. de Wylhé. . 745
Bernesa, c. de Dagnan Bouveret. . . 534
Bilbao: Estatua de D. Diego de Haro.. 598
» La botadura del crucero *María Teresa*.. . . . 599 y 600
Blois. 141
Boda en Vizcaya (Una), c. de Mamerto Segui. 8
Bordados artísticos. 470, 474, 475, 478 y 479
» Kelle. . . 515, 518, 519 y 522
Borrás (José), víctima de un error judicial. 428
Bretonas en la romería, c. de Dagnan. 651
Brindis á la novia, c. de Forbes. . . 692
Browing (Roberto). 263
Bruselas: Incendio del palacio de Lacken. 52
¡Buen chiste!, c. de Cederstrom. . . 113
Buffalo Bill. 25
Bufones (Los tres), c. de Zamacois. . 164
Buzón, c. de Ricci.. 61
Cabalgata. 500
Cabanyes (El poeta Manuel), estatua de Campeny. 705
Cádiz: La plaza de San Antonio. . . 157
Cádiz: La Catedral. 232
Calcetera, c. de Millet.. 681
Canadá: Colegio de Toronto. 508
Canto de amor, c. de Rol.. 83
Camino de la playa, c. de Wylhé.. . 486
Campan (Mme.). 291
Campesina, c. de Sorolla *(en color)*. . 101
Campesinos bretones. . . . 642 y 643
Capilla de Charterhouse, c. de Herkomer. 700
Cariño maternal, c. de Sonderland. . 356
Carlos I de Inglaterra en el taller de Wan-Dyck, c. de Gelli. 56
Carnaval de Milán.. . . . . 140 y 141
Carnot (Mme.).. 691
Cartagena: Puerta del Mar. 232
Casamiento del emperador de la China. . . . . 74 y 75
Cassola (D. Manuel) 321
» Entierro de 325
Czar (El) y su familia.. 331
Céfalo y Procris, c. de Enriqueta Rae. 147
Cerámica norteamericana. 44
» mexicana. . . . . 364 y 365
» de Panamá.. 365
» peruana. . . . . 365 y 366
» decorativa. 547, 550, 551. 554, 555, 558 y 559
Cerdeña (Tipos de). 288
Chula, (La) c. de Cuchy *(en color)*. . 109
Cienfuegos.. 740
Ciociara del Lacio, c. de Ferraguti. . 245
Cogedor, c. de Muckley. 121
Cogido » » 125
Collar (El), c. de Haynes. 548
Comida de los reptiles en el jardín zoológico de Berlín. 587
Condenado á muerte.. 604
Conferencia sobre Shakespeare, dibujo de Jeats.. 357
Confidencia, c. de Andreotti. 616
Conversión de San Huberto, c. de Lemon.. 658
Cortesanos (Los) y el bufón, c. de Zamacois.. 165
Creación de Eva (La), c. de J. della Quercia. 211
Crepúsculo, c. de Eat. 140
» c. de Bougton. . . . 235
Crucero *Castilla* 261
» *D. Juan de Austria*. . . . 261
¡Cuánto tarda!. 241
Cuarteles de invierno, c. de Delort. . 644
Cubierta de un trasatlántico.. . . . 180
Cumpleaños de la señora, c. de Soulacroix. 477
Dama cazadora. 465
Damas turcas. . . . . 190 y 191
Danza de los asaguas. 24
De centinela, c. de Zamacois. . . . 76
De paseo, c. de Roman Ribera. . . . 21
De vuelta de la fiesta, c. de Dalbono. 348
Declaración, c. de Simonetti. . . . 205
Delhi. 464
Desagnisado. 572
Desamparada, c. de H. Lucas. . . . 328
Descanso. 253
» á mediodía. 445
Despedida, c. de Prell.. 72
Despedida del trabajo. c. de Corelli. . 580
Después del baile, acuarela de Picolo *(en color)*. 560
Después de la batalla.. 151

Digitized by Google

Después de la victoria, c. de Felipe Calderón. 548
Deventer. 666
Dibujo de Miss Alexander. 346
Dinan. . . . . 730 y 731
Disfraces de japonesa y de pierrette. . 83
Dolorosa, c. de Maxobekow. 220
Dordrecht. 671
Dos forman compañía. 785
Dote de Rita (La), c. de Caprile. . . 264
Dulces recuerdos. 739
Duquecito (El), c. de Orchardson. . . 701
Duquesa de Gramont. 152
Edad feliz (La), c. de Walts. 139
Educación maternal. 476
El loco y la locura..., c. de Briton Riviere. 515
El nido de la gaviota. 826
El café después de la caracolada. . 832
Elías ante el rey Acab, c. de Mellery. . 504
Emira Sergent Marceau. . 779, 781 y 783
Emoción causada por la botella, c. de F. Jover. 13
Emuy. 511
En el coro, c. de Benlliure. 537
En la laguna de Venecia, c. de Sánchez Barbudo. 339
En las gradas del templo, c. de Poynter. 665
En Pausilippo, c. de Dalbono. . . . 392
En la Plazzetta de Venecia, cuadro de A. Zezzo. 804
En la terraza, c. de Poynter. 433
Enamorados (Los), c. de Dalbono. . 285
¡Encontrados!. 572
Enero, alegoría de Blanco Coris. . . 5
Enfermedad de Alfonso XIII. 53
Entierro de Cristo, c. de Ticiano. . . 213
» c. de Muñoz Degrain. . . . 221
Episodio de la batalla de Alcolea, dibujo de Picolo *(en color)*. 768
Escenas de Shakespeare. 492, 541, 578, 620, 660, 661, 750, 797 y 813
Esfinges de Egipto. . . . . 298 y 299
Estatuas italianas. 93
Estudio de Jorge Ohnet. 791
Estudio de bronce. 819
Estudios de Sir Federico Leighton. 77, 78, 79 y 267
Exposición Universal de París.—La Fuente Monumental. . 28
Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.—La Muerte de Sertorio, c. de Vicente Cutanda. . . 297
» Campanada, c. de Jiménez y Fernández. . . 317
» Descanso del modelo, estatua de A. Marinas. 376
» Matanza de frailes, c. de Ramón Pulido. . . 380
» En la Tienda Asilo, c. de M. Silvela. . . . 381
» Poesía, c. de Zapater. . 389
» La Riva del Schiavoni, c. de H. Esteban. . . 404
» Risas y lágrimas, c. de Susillo. 420
» Viático á bordo, c. de Martínez Abades. . . . 421
» Visita de pésame, c. de Luis Alvarez. . . . 456
» El gran día de Gerona, c. de César Alvarez Dumont. 457
» Contraste, c. de Plácido Francés. 460
» Confesión á mamá, c. de Luis Alvarez. . . . 461
» Huérfanos, c. de F. Cabrera. 516
» Retrato de un niño, c. de D.ª Antonia Bañuelos. 517
» Dios dirá, c. de Lleonart. . 552
» Satisfacción, c. de Cecilio Pla. 553
» Expulsión de los judíos de España, c. de Emilio Sala. 564
» Stella matutina, c. de Luis Alvarez. 565
Expedición de Stanley. 371, 374, 375, 378, 379, 383 y 384
Éxtasis, c. de Emilio Sala. 197
Fantasía caucásica, c. de Clairin. . . 20
Febrero, alegoría de Blanco Coris. . 138
Fernández Flórez (D. Isidoro). . . . 82
Ferrocarril de Panamá. 509
Ferrocarriles directos: de Reus á Mora la Nueva. 233
Fiesta de la Madona (La), c. de Dalbono. 617
Flesinga. 579
Florida: El Paso del Ciprés. 31
Florista cordobesa, acuarela de Huertas *(en color)*. 408
Florista de calle, c. de Volpe. . . . 69
Forastero (El), c. de Garatin. 756
Franciacorta (Tipos de). . . 525, 526 y 527
Fuegos fatuos, bronce de Pegram. . . 38
Galán tímido (El). 820
Galanteos venecianos, c. de Delort. . 645
Galantería de antaño. 758
Gallina ciega (La), c. de Moradei. . 484
Gayarre. 17
» (Recuerdos de), dibujo de Picolo. 41
Genio de la poesía, Brock. 89
Gerona. . . . . 501, 533, 613 y 631
Girton (Colegio de). 300
» (Colegiala de). 303
Gordon. . . . . 163 y 167
Gorrión nuevo (El). 444
Grabado á la punta seca. 425, 428, 429 y 443
Granada: La Alhambra.—Babuchero de la sala de la Barca. . 609
Patio de los Arrayanes. . 611
Granada (Isla de). 187
Granadina (Una), acuarela de Pozo *(en color)*. 193
Guadalupe. 47
Guantes antiguos. . . 502, 503, 506 y 507
Guardando el rebaño, acuarela de M. Alcázar *(en color)*. 312
Guardia civil, acuarela de Pozo. . 108
Guillermo III, rey de Holanda. . . 787
Hábito no hace el monje (El), c. de Walts. 59
Hada (El), c. de Calthrop. 692
Hermanas, c. de Fildes. 225
Heroínas de Shakespeare: Silvia, c. de Perugini. 120
High-life, c. de Llovera *(en color)*. . 100
Hojeando el álbum. 812
Honores militares, c. de Crowe. . . 629
Horrible trance. 812
Idilio del Delfinado, c. de Hirsch. . 371
» pompeyano, c. de Mazzuoli. . 302
Indecisión, c. de Luis Álvarez. . . 437
Inventario, c. de Pagliano. 284
Invierno en el campo (El). . 810, 811 y 815
Jack y su ama. 444
Jauría, escultura de E. Bates. . . . 35
Jesús sacado del sepulcro, c. de Giorgione. 219
Joven madre, busto de Ledward. . . 43
Joya materna, c. de Busi. 153
Juana de Arco. 278
Jurado de flamencos. 253
Juventud y ancianidad. 769
La guitarra es un suspiro... c. de Araujo *(en color)*. 316
La barra de Harbour. 827
Lacrymæ rerum, c. de Altanasio. . . 248
Lady Hallé. 467
Lady Hamilton. . . . . 238 y 673
Lady Mouckton. 663
Lamartine. 295
Langtry (Mistress). 468
Lavandera, c. de Blaas. 36
Lavanderas (Las). 824
Lección de música, c. de Watteau. . 102
León (El), el lagarto y los jabalíes, c. de Brett. 81
Leonor y Manrique, c. de Horacio Lengo. 485
Libros bordados. . . 307, 310, 315 y 318
Londres.—San Andrés. 271
» Allahllows. 283
» San Pablo. 310
Lord Byron. 401
Luis XI, c. de Seymour Lucas. . . 553
Llamada, acuarela de Pozo *(en color)*. . 411
Llegada y desembarco en Lisboa del emperador D. Pedro del Brasil. . 22
Llegando la autoridad al sitio del crimen, c. de Franco Salinas. . . 355
Llegó tarde, c. de Giuliano. 625
Madrás. 222
Madrid: Puerta del vestíbulo de San Francisco el Grande. . . 10
» San Juan, estatua de Samsó. 11
» Cercos de las puertas. . . 143
» Puerta de Toledo. . . . 204
» Fiestas de San Isidro, dibujo de Picolo. 341, 372, 378, 388, 412 y 429
Maestros cantores (Los). . . . 184 y 801
Magdalena (La), c. de Morelli. . . . 424
» de Barilli. 209
Málaga. 7
Maniobras militares en Calaf. 708, 709, 711, 712, 724, 725, 728, 729, 732 y 733
Mantos. 269
Maradjah de Kapertala. 363
María Bashkirtseff. 743
María Estuardo, c. de Fontana. . . 472
Marido en el mar (El), c. de Mme. Demont Breton. 614
Marineros jugando, c. de Tuke. . . . 788
Margaritas (Las). 417
Martinica (La). 175
» Fuerte Real. 176
Mary Davies. 699
Mascarada parisiense, c. de Bealle. . 28
Mater amabilis, c. de Sciuti. . . . 185
Matilde Serao. 259
Maupassant (Guy de). . . . . 533 y 534
Menelick (El rey). 244
Mes de María, c. de Topham. . . . 789
Metalistería céltica. 230, 231, 234, 235 y 238
Meucci (Antonio). 19
México: Campesinos. 16
» Arbol de la noche triste. . 23
Mignon, c. de G. Max. 1
Mirando la procesión, dibujo de Picolo *(en color)*. 656
Misa de alba, c. de Carbonell y Selva. 396
Miss Macdonald. 801
Mistress Jopling. 741
» Siddons. 662
» Stannard. 675
Montaña de perfil (La). 678
Montevideo: Hotel internacional. . 11
» Palacio de correos. . . 27
Moribundo (El), escultura de Butti. . 495
Mosquetero, dibujo de Armenise. . 81
Muerte del primogénito (La), c. de Normand. 628
Mujeres á caballo. . . 247, 250, 251, 252 y 254
Murcia: La glorieta. 276
Músico argelino. 805
Narciso, estatua por Torcuato Tasso. 229
Natividad, cuadro de Rembrandt. . 807
» » de Botticelli. . . 809
Naufragio del *Vizcaya*. 741
No regañe ozté má, zeñorita, dibujo de Huertas, *(en color)*. 704
Noticias frescas, c. de Marks. . . . 149
Oasis de Syuah (Viaje al). 524, 556, 557, 588, 589, 612, 636, 637, 653, 668, 669, 684, 685 y 764
Obras de H. Corrodi. . . . 51, 55 y 215
» de Van Orley. . . . 212, 583 y 584
Odesa. 239
Ofelia, c. de Casado del Alisal. . . 196
Orleans (D. Antonio de), duque de Montpensier. 99
Orleans (Arresto del duque de). . . 133
Paisaje de la Carolina del Sur. . . 574
Paisano ruso, c. de Chemolski. . . . 117
Palomas (Las). 481
Panegírico del santo, c. de Benlliure. 536
Papa León X (El), cuadro de Rafael. . 803
Partida de ajedrez, c. de Tommasi. . 436
Pastor y su rebaño (El), c. de Millet. . 680
Pastoral, c. de Anvier. 63
Pellegrini (Dr. Carlos). 531
Peores cosas suceden en el mar, cuadro de Dellman. 87
Peral (D. Isaac). 385
» y su familia. 451
» (Pruebas del submarino). . . 452
Pescaderas de Newhaven. . . . 678 y 679
Pescadores, c. de Napier Hemy. . . 124
» c. de Collin Hunter. . . 649
Piedad (La). . . . . 211 y 212
Plasencia (D. Casto). 377
» (dibujo de). 353
» (Alegoría de), por Huertas. 377
Polichinela en el convento, c. de Blaas. 104
Pomos de esencia. 268
¡Porra juera!, c. de Mejía *(en color)*. . 405
¡Por Dios y por el Rey! 828
Por la playa. 771
Por agua, c. de Hector Ximenes. . . 772
Pozo (El). 189
Praga: El Palacio real. 287
» Torre del puente. 508
Predicar en desierto, acuarela de Picolo *(en color)*. 200
Premio á un joven witkin. 172
Prestidigitadores, c. de Vicente Marck. 4
Primavera. 277
Primavera de la vida, c. de Bordigherа. 68
Primeros besos, c. de Ferraguti. . . 289
Primogénito (El), c. de Zonaro. . . 265
Príncipe de Beira (El). 179
» Carlos Eduardo. 653
» de Dinamarca. 849
Procesión de San Bartolomé (La), c. de Masó. 776
Puente natural sobre el Juniata. . . 630
Puertecilla del convento de San Francisco de Asís, c. de Ribustini. . 773
¿Qué te parece?. 156
¡Quieto, León!. 483
Radjah de Bingah. 362
Ramsgate. 659
Recolectoras de yerbas, c. de Sprague Pearce. 116
Recuerdo, acuarela de Comelerán *(en color)*. 696
Refugium pecatorum, c. de Nono. . 282
Regreso de las carreras, c. de Mancini. 345
» de Piedigrotta, c. de Dalbono. 489
» de la parada, acuarela de Picolo *(en color)*. 648
Rembrandt. 260
Remiendo (Un), dibujo de A. Perea *(en color)*. 641
Rendición (La), c. de Seymour Lucas. 45
Retratando al abuelito, c. de Scaffai. . 15
Retrato de señora. 831
Retrato de señora, c. de Margetson. . 27
» » » c. de Pettie. . . 497
» c. de Wells. 529
Rêverie, c. de Ballavoine. 49
Rezo de los niños. 476
Rinconete y Cortadillo, c. de E. Montero y Calvo. 323
Riña (La), dibujo de Picolo *(en color)*. 689
Riña callejera en Venecia, c. de Coen. 132
Rius y Taulet (Excmo. Sr. D. Francisco). 627
Ronda. . . . . 693, 765, 766 y 782
Rotterdam. 667
Salamanca: Puente romano. 276
Salida de misa. 717
Salida para la pesca, c. de Haguette. . 29
Salomé, c. de Sichel. 37
San Ildefonso: La fuente de Neptuno, dibujo de Pla y Valor. . . . 353
San Miguel del Fay. 469
San Jacut 739
San Petersburgo (La Catedral de). . 218
¡Salvada!, c. de Bramley. 745
Saúl y la nigromántica, c. de Allston. 142
Se enreda la madeja, c. de Moradei. . 257
Sed en el desierto (La), c. de Signorini. 168
Señales de auxilio. 796
Servite Dominum in lætitia. 228
Sevilla: Patio de las banderas. . . 3
Sidon. 621
Sin trabajo, c. de Garnelo. 657
Snowdon. 719
Sol y lluvia, c. de Moore. 499
Solaces de la Roma imperial, c. de Guinea. 549
Soldados antiguos, dibujo de Armenise. . . . . 792, 793 y 805
Sorpresa, c. de Gherici. 88
Staventon (Puente de). 282
Sucesos de Lisboa. 85
Suplicantes, escultura de Nelson Mac Clean. 42
Tapicerías pintadas. . . . . 115, 118 y 119
Tarde de otoño. 821
Tarde de la primera comunión, c. de Laurent Desrousseaux. . . . 646
Tarragona (Puerto de). 173
Teherán. 625
Templo de Baco, c. de Mazzuoli . . 568
» de Piedra (Utah) . . . 490 y 491
Teodora, c. de Sanctis. 520
Tientsin. 367
¡Todos á las bombas!, c. de Tuke. . 513
Totnes (Iglesia de). 243
» Orillas del Dart. 247
Tocadora de guitarra. 828
Trajes ingleses del tiempo de Hogarth. 540
Traslación del cadáver del rey Arturo. 823
Tréveris. 580
Últimas horas de la libertad de Siena, c. de Aldi. 584
Un rincón tranquilo. 156
Un golilla. 829
Urna de Venus (La), c. de Alma Tadema. 60
Valencia: El Grao. 136
» La Glorieta. 181
» Palacio del conde de Ripalda. 204
Valle del Támesis, c. de Parsons. . . 487
» de Kaskiminetas. 532
Vallés (D. Enrique). 227
Venecia: Palacio Ducal. 40
» en el siglo XVI, c. de Wagnez. 92
Veracruz: La Catedral.—El Faro de Juárez. 277
Viaducto de Connaught. 323
Viaje del presidente de la República francesa. 296
Viaje al Harrar. . . . 26, 327, 330 y 331
Viajeras (Las) Miss Isabel Bisland y Miss Nellie Bly. 179
Vida en la quinta. 189
¿Viene V.?. 817
Vigée Lebrun (Mme.). 177
Violetas (Las). 749
Visita á los criaderos de avestruces del Africa austral. . 195, 198, 203 y 207
Vuelta de Jerusalem, c. de Harrach. . 216
Vuelta de Parséfone, c. de Hacker. . 146
Washington Allston. 103
Withworth (Sir José). 62
Zaragoza: Paseo de Santa Engracia. . 333

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 4 de enero de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 366

MIGNON (cuadro de Gabriel Max)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Fernanflor.—*Humorada* (poesía), por Campoamor.—*Aníbal y Escipión*, por F. Pi y Margall.—*La niebla* (poesía), por Alfredo Opisso.—*San Bruno en la Academia*, por A. Sánchez Pérez.—*Luz y sombra* (poesía), por Federico Balart.—*Cuadro de invierno*, por Salvador Rueda.—*El Teatro*, por Francisco Flores García.—«*Tempo passato*» (poesía), por Manuel del Palacio.—*Los habitantes del aire*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—*Nuestros grabados*.—*Enero* (poesía), por C. M.—*La manzana de Eva*, por Jacinto Labaila.

GRABADOS: *Bellas Artes. El Arte Español*: Mignon. Los prestidigitadores. Una boda en Vizcaya. Madrid: Una puerta del vestíbulo de San Francisco el Grande. San Juan Apóstol. Emoción causada por la botella.—Sevilla: El Patio de las Banderas.—Alegoría.—Málaga.—Montevideo: Establecimiento de baños, hotel y restaurant.—Inglaterra: La rendición.—México: Campesinos de los alrededores de la capital.

MADRID

El «trancazo.»—Vico y la Tubau.—El nuevo año

Habrá que decir del nuevo año lo que del tercer acto de algunos dramas: *La escena representa un cementerio.*

Empezó por ser nada: un ligero constipado, una fiebre de algunas horas, un dolorcillo, y luego... tan campantes. Fué un pretexto para no ir á la oficina, para no dar el aguinaldo, para no llevar al teatro á la mujer y á los hijos... Pero hoy ya es otra cosa: lo que empieza en *dengue*, *influenza* ó *trancazo*, enfermedades más ó menos indeterminadas, suele concluir en pulmonía, grave mal que aprecian fácilmente todas las inteligencias.

Las gentes hablan y se dicen:

—En quince días han muerto de pulmonía quinientas personas.

—Los muertos se impacientan porque no van á enterrarlos. ¡Qué han de ir! Las empresas funerarias no tienen bastante personal para las circunstancias.

—Se ha dado permiso para que los entierros se hagan de noche, como en tiempo del cólera.

—El año 1890 será el año de los médicos, de los boticarios, de los enterradores y de las *Pompas* fúnebres.

—¡De este año no pasamos, amigo mío!

—Consolémonos: esto no pasa tan sólo en España sino en toda Europa, y es de esperar que la epidemia se extienda por todo el globo.

—¿Qué será? ¿Qué no será?

—Hay quien opina que esto es una inmensa nube de microbios desconocidos aún por los sabios, que penetran en nuestro cuerpo por la respiración. Es posible: todo es ya microbio: el pensamiento mismo no es, sin duda, más que una combinación de átomos vivientes; la vida un movimiento producido por el movimiento de otro sin fin de vidas. Decir que una enfermedad es un microbio es no decir nada. Inventemos otra cosa más nueva que entretenga y que ilusione.

—Es que también hay quien opina que nos encontramos envueltos en la atmósfera de un planeta que se ha venido sobre nosotros sin aviso previo de Noherlesoom. Hoy por hoy vivimos en un mundo que no es el nuestro. Nos encontramos como el pez en el aire ó el pájaro en el agua. Mientras ese planeta invasor no pase, no habrá salud pública.

—Es consolador, sin embargo, pensar que la enfermedad de moda se ceba preferentemente en las clases acomodadas: el pagar un alquiler crecido, el gastar gabán de pieles, el viajar en *sleeping-car*, el llevar un título nobiliario, no salva: predispone. El microbio del trancazo es un microbio popular, honrado, insobornable.

—Desgraciadamente, si el rico muere por llevar gabán de pieles, el pobre muere por la insuficiencia de abrigo. ¡Qué frío, señor, qué frío!

—Lo que ahora se ha visto no se ha visto jamás. Por la calle de Alcalá pasó ayer un carro fúnebre que contenía dos ataúdes: marido y mujer habían muerto á un mismo tiempo. Se muere ya por matrimonios, por familias.

—A los médicos de la casa de socorro se les ha puesto coche porque no tenían ya piernas de tanto ir y venir. Hay médico de esos que ha hecho sesenta visitas á pie en algunas horas. No parecían médicos, sino carteros ó repartidores.

—Los teatros... ¿Ha estado Vd. en el teatro? No habrá Vd. estado: no, señor. Pues en la noche de Noche Buena, que es una buena noche para los teatros, estaban desiertos. Nadie se divierte. Todo el mundo se esconde en su casa, dando orden á la criada que no abra la puerta si viene la Muerte. ¡Morir, así, en montón, de un *trancazo* más, cuando nada tiene de particular morirse!

—El gobernador ha consultado á la Junta de Sanidad respecto de la importancia verdadera de la enfermedad. Los médicos provinciales, personas respetabilísimas, han opinado que la cosa no es tan grave como se dice. Ellos existen todavía. La enfermedad por sí misma no puede ocasionar la muerte. Ahora bien: cuando casi está V. bueno es precisamente cuando está Vd. en peligro de ser cadáver. Trasfórmese en un hospital á Madrid, auméntese el personal de médicos de las casas de socorro, publíquese una *Cartilla Higiénica*, y nadie tendrá razón ni derecho para morirse.

—¿Recuerda V. aquel edificio levantado en las inmediaciones del Hipódromo con el título de Palacio de la Industria y de las Artes, en el cual se verificó una Exposición de Pinturas y que parecía destinado, en efecto, á congregar hombres sanos y multitudes alegres, á encerrar los elementos de fuerza y de vida moral y material de Madrid y de la nación? Ya está convertido en hospital: allí sólo hay camas que hablan de sufrimiento y muerte; botiquines y enfermeros. Si antes se veían en los cuadros de los artistas hermanas de la caridad pintadas, hoy las hay allí de carne y hueso, no tan guapas quizás, pero mucho mejores. Aprovechemos la determinación caritativa del Gobierno, pero sustituyamos el nombre del gran edificio y llamémosle desde hoy *Palacio del Trancazo*. Y aun pongamos en el frontispicio, para indicar sus varios destinos: *Antipirina y Bellas Artes*. Yo le he visitado. La parte que corresponde al mediodía es la trasformada. El hospital consta de tres inmensas salas. Cada tres lechos están separados por un biombo; y por el centro, en toda la longitud de las salas, corren gran número de estufas excelentes, regalo del Casino de Madrid. El alumbrado es de petróleo. Hay 250 camas de hierro que ha remitido la Diputación Provincial. Será inaugurado mañana este hospital por la Reina. A la verdad, el edificio de la Castellana, construído para Exposiciones de un país que por lo visto no tiene nada que exponer, servirá con esto para algo.

—Hay enfermos de enfermos y *trancazos* de *trancazos*. ¿Cómo ha de parangonarse, por ejemplo, la *grippe* de Gayarre con la de otro cualquiera? No es sólo que Gayarre cesaría de vivir: es algo más que eso: es que cesaría de cantar. Su existencia no es más apreciable que la de cualquier otro, pero su voz es un placer, es un regocijo público y tenemos derecho á conservarla. Sus admiradores exageraron el peligro, quizás porque fuese mayor luego la satisfacción. Hay quien afirmó que Gayarre había dado ya la *última nota*: que no quiso decir el último aliento. La lista de la portería se cubrió de las firmas más renombradas, y desfilaron por delante de la lista luctuosa aquellos mismos que van á casa de Frascuelo al siguiente día de las grandes cogidas. Los periódicos que nos alarmaron nos han devuelto la tranquilidad: Gayarre no se muere; Gayarre está casi bueno; Gayarre cantará de nuevo; Gayarre cantará mejor que cantó nunca.—¡Parece que la *grippe* aterciopela luego la voz extraordinariamente!—decía un abonado del Real anoche.

—El hecho es que el *trancazo* ha suprimido la Noche Buena, las propinas y el buen humor; ha empobrecido á los tenderos, enriquece á los que viven de la muerte, y trastorna el orden social alterando lo previsto por la lógica y el entendimiento de los humanos.

—Y ya lo han oído Vds.: el *trancazo* no es más que el embajador del cólera.

—¡1890! ¡Bonito año!

***

Estas consideraciones, estos lamentos, ú otros parecidos, escuchamos en todas partes: se diría que no ha de reaparecer otra vez la sonrisa en nuestro rostro. El mal presente parece siempre irremediable y grave; pero luego sale el sol, y su luz baña el mundo con la más espléndida luz de su mayor alegría.

Seguramente no tiene esta esperanza el famoso actor D. Antonio Vico, autor de un comunicado que hoy inserta *El Imparcial*. Parece, según él, que el Teatro Español ha muerto también del *trancazo*. Parece que el gran actor se retira de la escena española. Nos dice que desde el fallecimiento de Rafael Calvo ha venido sosteniendo una lucha titánica, cruel; que no debió inaugurar la temporada actual teniendo de abono diario 160 reales nada más; y que desde la noche en que, representando *El Zapatero y el Rey*, se cayó, bajando al suelo entre los tablones del escenario, adivinó el desamparo en que el público dejaría el teatro. Deja, pues, la empresa del Español y deja la escena, dando por muerto al Teatro Español, como lo han hecho ya críticos y público. Una indicación hace *El Imparcial*: «Por lo visto, Vico se va con el Teatro Español á Buenos Aires ó á Méjico.» En su carta dice Vico que hace la dimisión *forzosa* de su cátedra en el Conservatorio de Música y Declamación.

Esta carta de Vico en otros momentos hubiese producido inmensa sensación. ¡Vico expatriado! ¡Vico negándose á recibir más aplausos frenéticos! Pero la *grippe* lo domina todo y no deja lugar adecuado á los sentimientos.

Un astro muere, otro astro renace. *La Dinastía*, de Cádiz, ha publicado muchos detalles de la campaña brillantísima hecha en Buenos Aires por la Sra. Tubau. Calcúlase que ha obtenido una ganancia de 150,000 pesos: en regalos más de 20,000. Su beneficio fué un verdadero acontecimiento. En esta función llegó á pagarse por una butaca 100 pesos. En ramos de flores había un verdadero jardín: se calcula el coste de estos ramos en 60,000 reales. La Sra. Tubau tiene propósito de volver á Buenos Aires en 1891.

Hacen muy bien los actores españoles en buscar fuera de su patria lo que ella les niega, pero no deben olvidar nunca que por ella son lo que son y valen lo que valen.

Y, ya que hablo de actores, parece oportuno dedicar un recuerdo al decano de ellos, á Mariano Fernández: con 74 años de edad, y habiéndose levantado para representar casi enfermo, ha hecho estos días de Pascua dos funciones diarias, siendo regocijo de los chicos que han ido á verle en *La pata de cabra*.

—¿A dónde me retiro en todo caso, mi general?—preguntaba un capitán á quien se le daba orden de sostener una posición.—¡Al cementerio!—le contestó aquél. Es el solo sitio á que piensa retirarse de la escena Mariano Fernández.

***

Las noches de Madrid son horribles. Los serenos y los guardias de órden público se reunen y hacen una hoguera con las astillas que les dan los tenderos.

Al templado y luminoso reflejo acuden los desdichados que no tienen ni un mal cobertizo que les resguarde de la helada.

¡La hoguera! Estamos en plena civilización y hay necesidad aún de hogueras para poder calentarse y vivir! ¡Como en los bosques primitivos!

Hacen falta ciudades cubiertas y templadas por caloríferos.

***

Entre dos dependientes de *la Funeraria*:

—¡Buen año se prepara, compañero!

FERNANFLOR

Digitized by Google

HUMORADA

SOL PONIENTE

¿Y su amor? Ya está muerto y enterrado,
pues hay quien ha advertido
que se limpia al descuido con cuidado
el sitio en que la besa su marido.

CAMPOAMOR

ANIBAL Y ESCIPIÓN

Se encargó Aníbal del mando del ejército el año 221 antes de Jesucristo. Fogoso, intrépido, lleno de la idea y del deseo de vengar en Roma las humillaciones de su patria, quiso ante todo imponerse á los españoles, ganar al soldado, deslumbrar á Cartago y arrastrarla á la ejecución de sus designios. Fortaleció Cartagena, la hizo centro de sus operaciones, y, dejando atrevidamente la costa, penetró en el corazón de la Península. Domó en aquel mismo año los pueblos de la Alcarria, y en el siguiente llegó hasta Salamanca, que tomó al primer embate. Se le resistió en vano otra ciudad populosa que se llamaba entonces Arbucala: la sitió y la tomó al fin por asalto. De retirada ya, tropezó con un inmenso ejército de castellanos que se habían unido ante el común peligro; pero ni aun éstos lograron vencerle. Aunque inferior en fuerzas, triunfó por su estrategia. Interpuso entre las dos huestes el Tajo, y no atacó á los enemigos hasta que lo vadearon. En el río con sus caballos y en las riberas con sus elefantes, quebrantó mucho á los castellanos; y, cayendo luego sobre ellos, los derrotó y puso en fuga, llevando el terror á toda la comarca. A cien mil hombres eleva Polibio la cifra de nuestro ejército. La victoria de Aníbal puso por de pronto fin á toda resistencia.

Ganada ya, tanto por estas rápidas conquistas como por la generosidad y la clemencia, de Cartago la voluntad, del soldado el corazón y del español el ánimo, ardía Aníbal en impaciencia por chocar con los romanos. Había respetado hasta aquí la ciudad de Sagunto; pero ahora, viéndola por su fortuna en disidencia con pueblos vecinos que él tenía bajo su mando, la presentó como un elemento de perturbación á los ojos de Cartago, y la acometió con asentimiento de la República. Púsole cerco, sin que le movieran á levantarlo ni el heroísmo de los sitiados, ni sus propias heridas, ni el levantamiento de otras gentes tan pronto insurrectas como vencidas y castigadas, ni los embajadores que le envió Roma para amenazarle con la guerra si no desistía de su injusto empeño. Largo fué el asedio, muchos los ataques de los saguntinos y los asaltos de los cartagineses, varia la suerte de los combatientes, numerosas las máquinas contra la ciudad empleadas, y no menores los medios de defensa; pero al fin, después de ocho meses de combates, cayó la plaza, envuelta en humo y sangre, bajo el poder de Aníbal, que, sin respeto á tan grande infortunio, la entregó al pillaje y puso á los prisioneros bajo la servidumbre de sus soldados. Catástrofe memorable que el tiempo no borrará jamas de las páginas de la historia.

Apenas supo Roma la caída de Sagunto, cuando envió representantes á Cartago para que le declarasen la guerra si no se prestaba á entregarles al general Aníbal y á los que le habían inducido á violar tan escandalosamente los tratados. Cartago aceptó la guerra; Aníbal se dispuso al punto á empezarla. No quería Aníbal esperarla en España, sino llevarla desde luego al corazón de Italia; no conducir sus ejércitos por mar, sino pasarlos al través de los Pirineos y los Alpes, entre esos mismos galos que habían sido años antes el terror de sus enemigos. Empresa aventuradísima. Verdad es que antes de acometerla se había de asegurar del ánimo de los pueblos que creía prontos á favorecerle para vengarse de los romanos; mas ¿quién había de fiar en la movediza voluntad de gentes bárbaras, prontas á la guerra y á la vista de soldados extranjeros siempre recelosos? Roma era además poderosísima en Italia. En la última guerra contra los galos había puesto sobre las armas 700,000 infantes y 70,000 caballos.

Aníbal, que buscaba frecuentemente en lo atrevido y lo imprevisto uno de los medios de triunfo, no desistió de su pensamiento, antes puso todo su ahinco en ejecutarle con rapidez apenas supo que ni eran insuperables los Alpes ni habian de oponerse los galos á su marcha. Aumentó el ejército de Africa para librarlos de toda sorpresa; confió el gobierno de España á su hermano Asdrúbal, á quien dejó de Africa y el otro para las de España. Quisieron éstos, antes de embarcarse, establecer las colonias que tenían proyectadas con el fin de asegurar la dominación de la Italia Cisalpina; y esto, que no podía dejar de traerles nuevos combates, retardó naturalmente su marcha. Publio, sin embargo, empezó su expedición al comenzar el verano. Salió de Pisa con 60 naves, y en cinco días fué á Marsella. Sabía ya el paso de los Pirineos por Aníbal, pero distaba de creer que pudiesen los cartagineses en mucho tiempo atravesar las Galias. ¡Cuál no hubo de ser su sorpresa cuando al llegar á Marsella oyó el rumor de que estaban cruzando el Ródano! Destacó al punto 300 caballos escogidos para que averiguasen la verdad de tan extraña nueva.

SEVILLA: EL PATIO DE LAS BANDERAS (dibujo de P. Ferrer)

12,600 infantes, 2,450 caballos y 57 buques de alto bordo; y á la cabeza de 90,000 peones, 12,000 jinetes y buen número de elefantes, pasó el Ebro, domó, no sin muchas batallas, á los pueblos sentados en las opuestas márgenes, y después de haber dejado 11,000 hombres á Hannon, á quien puso por general de aquellas gentes, y de haber licenciado á otros tantos españoles, pasó los Pirineos y se dirigió á las orillas del Ródano.

Acontecía esto el año 218 antes de Jesucristo, un año después de la toma de Sagunto. Simplemente al saber el paso del Ebro por los cartagineses, Roma se conmovió. No conocía aún los intentos de Aníbal, y concibió como él la idea de llevar la guerra al territorio de sus enemigos. Dispuso al momento que sus dos cónsules, Tiberio Sempronio y Publio Cornelio, partiesen con sus legiones, el uno para las costas

Aníbal estaba efectivamente pasando el Ródano, por cierto no sin lucha ni sin gran trabajo. Barruntó á su vez la llegada de las legiones romanas á Marsella, y mandó también de exploradores á 300 jinetes. Tenía ya todo su ejército á la otra parte del río, á excepción de sus elefantes y sus guardias, cuando se cercioró de la proximidad de la escuadra enemiga. Estaban de vuelta sus jinetes y le referían cómo tropezando con los caballos romanos habían perdido, en el encuentro, ellos 200 hombres y los contrarios 150. Aníbal pasó al otro día los elefantes y movió el campo en dirección á los Alpes.

Publio, por su parte, se puso á la cabeza de su ejército en cuanto se convenció de la presencia de los cartagineses en el Ródano, y subió precipitadamente por sus márgenes en busca de Aníbal. Llegó al punto por donde habían pasado el río cuando hacía ya tres días que estaban

Digitized by Google

LOS PRESTIDIGITADORES (cuadro de D. Vicente March)

Digitized by Google

ALEGORÍA (dibujo de J. Blanco Coris)

Digitized by Google

prosiguiendo su marcha hacia las fronteras de Italia. Más sorprendido aún que antes, pero no desalentado, volvió á Marsella, confió la expedición de España á su hermano Cornelio, y, tomando de nuevo el camino de su patria, fué por la Toscana á esperar al enemigo al otro lado de los Alpes. Si rápidos fueron los movimientos de Aníbal, no lo fueron entonces menos los de Publio; tanto, que se admiraron los dos de hallarse á poco frente á frente en las orillas del Tesino.

Cornelio, en tanto, vino á España y desembarcó en Ampurias, dando principio á una guerra más larga y sangrienta que la empezada por Amílcar. Pasó entonces España á ser campo de batalla para los cartagineses y los romanos. Luchó ¡ay! sólo para cambiar de yugo.

F. Pi y Margall

LA NIEBLA

De la niebla ligera
la gasa trasparente
vela del sol la cruda claridad.
Por toda la ribera
se extiende dulcemente
y cuanto toca suavizando va.

Los árboles copudos
con sus ramas escuetas
ondulan en los pliegues del vapor.
Como fantasmas mudos
resaltan sus siluetas
en la bruma que vaga alrededor.

En la ciudad sombría
tiende su cendal leve
y empaña de los ámbitos la luz.
De pronto se desvía,
aquí y allá se mueve
y deja ver del cielo el dulce azur.

Anegada en la bruma
la calle populosa
confusamente apareciendo va.
Cual corona la espuma
la mar cadenciosa,
miles de rostros vense allí flotar.

Del suelo se evapora
el hálito terroso
que allí ha acumulado la humedad.
La niebla decolora
con tono armonioso
de lo artificial la falsedad.

Por fin el sol deshace
la vaporosa bruma,
que á jirones vagando va al azar.
Mas luego se rehace
y nuevamente esfuma
la ribera y el campo y la ciudad.

Alfredo Opisso

SAN BRUNO EN LA ACADEMIA

De San Bruno se dice que da ciento por uno. Ni lo afirmo ni lo niego. De mí sé que nunca di nada á ese santo (ni á ningún otro): no he podido, por consiguiente, formar juicio exacto acerca del alcance de su agradecimiento. Pero, al fin y al cabo, cuando tanto se dice y tanto se repite, verdad será y como verdad lo acepto. *Otrosí* digo que el señor académico encargado de contestar al Sr. D. José de Castro y Serrano en el acto de la recepción pública de este escritor insigne en la Academia Española, ha ejercido de San Bruno en lo que se refiere á intercalar hermosos endecasílabos entre la hermosísima prosa de sus numerosos párrafos.

De cómo se verificó esa solemnidad, de la escogida concurrencia que asistió al acto, de la belleza de los discursos leídos, habrá hablado á los lectores de La Ilustración Ibérica, y les habrá hablado admirablemente, según su costumbre, Fernanflor.

El Sr. Castro y Serrano, el celebrado autor de las *Cartas trascendentales*, leyó un discurso acerca *de la amenidad y galanura en los escritos como elemento de belleza y de arte;* discurso que, con decir que es como suyo, está satisfactoriamente elogiado.

Como resumen y compendio de cuanto en su discurso expone, concluye el nuevo académico su trabajo con el siguiente endecasílabo:

¿Queréis escribir bien? Pues sed amenos.

Consejo admirable, al cual sólo encuentro el inconveniente de que no todos podremos seguirlo. Pues sucede en esto, casi siempre, lo que acontecía á un personaje de zarzuela. Decíanle que debía tener valor, y replicaba el infeliz:

Sé que lo debo tener,
pero sé que no lo tengo.

—Ya sabemos,—dirán los escritores á quien Castro y Serrano se dirige,—ya sabemos que es preciso tener *amenidad;* pero ¿cómo se tiene eso?

No es de esto, sin embargo, de lo que yo me proponía hablar, sino de la esplendidez con que el encargado de contestar al Sr. Castro y Serrano ha correspondido al regalo de ese endecasílabo, que pone término al discurso del *recipiendiario* (dicho sea con perdón de la Academia).

—¿Endecasílabos á mí?—habrá dicho el señor académico. — Pues á buena parte viene, cuando me sucede lo que al poeta latino, y podría yo decir como él: *et quod tentabam dicere versus erat.*—Y, en efecto, ha hecho tal derroche de versos de once sílabas, que apenas se da un paso en la lectura del discurso de contestación sin tropezar con un verso:

Dentro del cuadro que Madrid le ofrece,

dice el señor Duque de Rivas, refiriéndose á las obras de su apadrinado.

Hablando de las obras de Castro y Serrano, dice:

No es posible dejarlas de la mano,
una vez empezada su lectura.

Habla después de Rossini, de quien dice que se mostraba más orgulloso de sus habilidades culinarias que de su fama de compositor, y advierte que eso lo decía

Aunque en tono jovial, naturalmente.

Pero por si esto ha parecido poco, allá van unos cuantos versos entresacados de un párrafo de muy pocas líneas:

Y creo suficiente lo ya expuesto

No puede haber belleza literaria

No hay lectura risueña y deleitosa

El humorismo á la manera inglesa

El prototipo y norma del lenguaje

La sátira mezclada con el chiste.

Y renuncio á reproducir endecasílabos, aunque puedo asegurar á Vds. que hay muchos más. No señalo esa abundancia como un defecto (antes sería exceso). Es muy posible que esas interpolaciones de versos en la prosa den á ésta más energía y más vigorosa entonación. Creo, sin embargo, que, para hacer lo que el señor Duque de Rivas ha hecho, hubiera valido más que escribiese en verso su discurso.

Ni esto hubiera sido nuevo; pues, si no recuerdo mal, ya hubo un académico que escribió en verso su discurso de recepción en la Academia y á los oyentes les supo á gloria.

De todas maneras lo que á mí me importaba, por ahora, era justificar el título que he creído conveniente poner á este articulillo: *San Bruno en la Academia* lo ha sido el Excmo. señor Duque de Rivas, que, como el mencionado santo, ha dado cien versos por uno que en su discurso había escrito el Sr. Castro y Serrano.

A. Sánchez Pérez

LUZ Y SOMBRA

La sombra por el cielo se extendía.
Con resplandor escaso,
sereno y melancólico, en ocaso
iba muriendo el día.
Sobre el vago crepúsculo que huía,
negra su forma recortaba el monte
cuyas cumbres enhiestas
rematan con sus picos y sus crestas
la línea desigual del horizonte.
Y entre la oscura sombra que caía
y el monte que siniestro la esperaba,
como la tumba, misteriosa y fría,
la noche sobre el mundo se cerraba.

Y él entonces me dijo:—¿Por qué triste
siempre tu alma cobarde se acongoja?
¿Por qué al placer tu pecho se resiste
cuando el cierzo despoja
sañudo al árbol de su inútil hoja,
y cuando Abril de flor los campos viste?—

Y yo le respondí:—Jamás en calma
sonríe á las miserias de este mundo
quien con tedio profundo
la duda y el dolor lleva en el alma.—

Y él añadió:—Contempla la belleza,
contempla la alegría
con que el mundo renueva cada día
la madre universal Naturaleza.—

Y yo:—Contra la duda no hay guarida:
el hombre que probó su amargo dejo,
mientras dura la vida
no vuelve á desplegar el entrecejo.
En esa sucesión no interrumpida
que un ser en otro sin cesar convierte,
tú escuchas los alientos de la vida,
yo escucho las congojas de la muerte.—

Y él á mí:—La esperanza es luz del mundo;
en todo brilla su esplendor fecundo:
mientras en las regiones del ocaso
con ceño moribundo
sepulta el sol su resplandor escaso
que extinguiéndose va de loma en loma,
tibio, dulce, tranquilo, paso á paso,
nuevo fulgor por el oriente asoma,
sus rayos extendiendo por la duna
como blanco cendal en muelle cuna.—

Dijo, y miré.

Digitized by Google

Rayaba por oriente
claro nimbo esplendente;
y, entre las sombras de la noche bruna
subiendo silenciosa al horizonte,
sobre el valle y el monte
su sudario de luz tendió la luna.

FEDERICO BALART

CUADRO DE INVIERNO

—¡Bien lo anunciaba el *candilazo* de esta tarde! No es malo el huracán que se ha levantado; como que parece que va á arrancar de raíz los árboles cuando llegue á tomar violencia. ¡Y mi marido y mis hijos que están en el monte arrancando la carga de leña!...

Al hablar así la mujer de Pedro, asomada á la puerta de su casa, que da vista al campo, una furiosa racha de viento pasa por cima de los tejados del pueblo y dilata su voz en el espacio, voz en la que parecen ir envueltas quejas del invierno que nacen de la triste naturaleza.

Tan escasa es la luz que se filtra de los cielos, que sólo se distinguen los encendidos y calientes tonos de algunas nubes que arrastran sus jirones por la atmósfera.

La mortecina claridad es fría y acerada, como si de una hoja de acero se tratase: hay en ella algo de trágico y horrible que recuerda las escenas de la miseria, en que la carne humana tiembla y se retuerce con las sensaciones del frío y huye como de la muerte tener que rozar una superficie metálica.

Así pasó algunas noches la desgraciada familia del leñador cuando era aún más pobre de lo que es ahora; y él solo, con su mujer enferma y los hijos aun pequeños, hacía desde las faenas del monte hasta las de la casa, luchando como lobo por su manada.

Ahora ya tienen una manta, una sola para cada cuerpo, cuando necesitan el intenso calor del lecho tras de batallar entre horribles temblores en el monte y luchar cuerpo á cuerpo con las jaras.

Fiero es Pedro para las luchas de la vida, y grande su corazón para salir al frente de las miserias.

Un bardal de cabellos, recios y ensortijados como tenaces cuerpos de culebras, cae sobre su rostro de ojos hundidos; su boca es dura y de labios delgados, tan delgados, que cuando los une con fuerza no dejan señal alguna de hendidura; sus mejillas tienen arrugas aceradas hechas por las continuas escaseces de alimento en su estómago, en cuyo interior saltan las víboras del hambre dándole tremendos picotazos que jamás arrancaron al hombre una queja; su cuerpo es delgado, vigoroso, como hecho de tablas de acero. Sólo una nota dulce y tierna hay en su rostro, y esa está en los profundos ojos, donde parece que sobre el corazón que se asoma á ellos tiene dibujadas las pupilas.

Amarrando sobre el burro la carga de leña que á duras penas pudo arrancar al monte en unión de sus hijos, hace, sin hablar palabra, sus operaciones, y, una vez que las ha terminado, pónese en marcha en dirección del pueblo teniendo que valerse del tacto de los pies para no dar de bruces en el suelo.

Pedro habla poco, como los espíritus reflexivos y fuertes. En silencio, pues, marcha llevando los hijos delante y cuidando él de la bestia, que abre la nariz en la sombra y *ventea* las extrañas visiones de la noche.

La infeliz espósa, llena de mortal desasosiego, abre los labios para dejar paso al rezo, único consuelo en que se refugia.

El viento deja oir su prolongada voz, compuesta de largos silbidos, y agita con violencia los árboles, arrancando murmullos profundos de sus copas.

El pueblo aparece desierto, mudo, frío, azotado por las oblicuas gotas de la lluvia, que van á clavarse como saetas en la tierra. En los negros cañones de las chimeneas el huracán habla de estragos y exterminios. Bajo alguna de ellas el fuego luce y arde calentando á los más afortunados, que entretienen la velada hablando de las grandes miserias de la comarca. Uno dice haber visto un pastor muerto de frío en el monte. Otro refiere algún trágico episodio en que hizo de verdugo el hambre. Un anciano, cuyo pulso tiembla por los años, pinta, con los reflejos de la candela en el rostro, tenebrosas escenas de su vida, derramando en ellas todos los colores de su oratoria.

En la casa de Pedro, no sólo aparece apagada la chimenea, sino que también la hornilla está sin combustible y sin alimento. Solamente el aire silba en las junturas de las puertas y en los resquicios de las ventanas, simulando distantes y prolongados latidos de jauría.

Como si algún ser invisible estuviese detrás de cada puerta é hiciera inauditos esfuerzos por salir, traquetea con furor las hojas; y cuando se cansa de zarandear las maderas, da terribles golpes en ellas, y luego finge tableteos y secas detonaciones, y por último zumba con tal fuerza que parece que techo, paredes y puertas van á salir volando por los aires.

El marco de la puerta de la calle muestra el lienzo negro de la sombra, donde la mujer va pintando con los trazos siniestros del miedo las visiones de su fantasía. A través de aquel velo de tumba, díríase que pasan corrientes de tinieblas fustigadas por ráfagas de viento.

Las oleadas de tierra se alzan en las calles como movibles vestimentas y forman vertiginoso remolino de papeles y chinas arrancadas al suelo, que van á dar con ciego furor en las campanas, de las que arrancan débiles clamores.

Es la hora en que, estremecido por el viento, cruje el viejo maderamen de las grandes estancias, y los pájaros se rebullen disputando una línea de terreno á los rincones. De la nave de la iglesia caen con pequeño ruido algunos granos de tierra, que á veces dan sobre un cristal simulando el picotazo de un ave ciega.

Pedro llega á la puerta de su casa, recibe un saludo de su esposa con un intenso grito del corazón, y descarga la leña, que deposita intacta en un lado para venderla al día siguiente.

Los hijos fingen con el deseo consoladoras llamas en aquellas ramas secas, y celebran una imaginaria fiesta de fuego que caliente sus carnes ateridas.

Formando compacto grupo para prestarse calor unos á otros, la familia descuelga el humilde rosario y principia á pasar cuentas entre los silbidos del huracán y en medio de un sentimiento verdaderamente cristiano.

Acabado el hilo de cuentas, vienen los padrenuestros por los que sufren, por los que lloran, por los enfermos próximos á sumergirse en la muerte, cuya pupila cree ver ya las visiones futuras.

A medida que avanza el rezo, los hijos más pequeños dan largas cabezadas refunfuñando sus oraciones, la mujer quédase poco á poco dormida, y la voz de Pedro, sola, inflexible como el deber, sigue rezando por los que sufren mientras el viento arrastra, pliega y sacude sus negras vestimentas, como si el espacio se hallara poblado de invisibles vampiros y fantasmas.

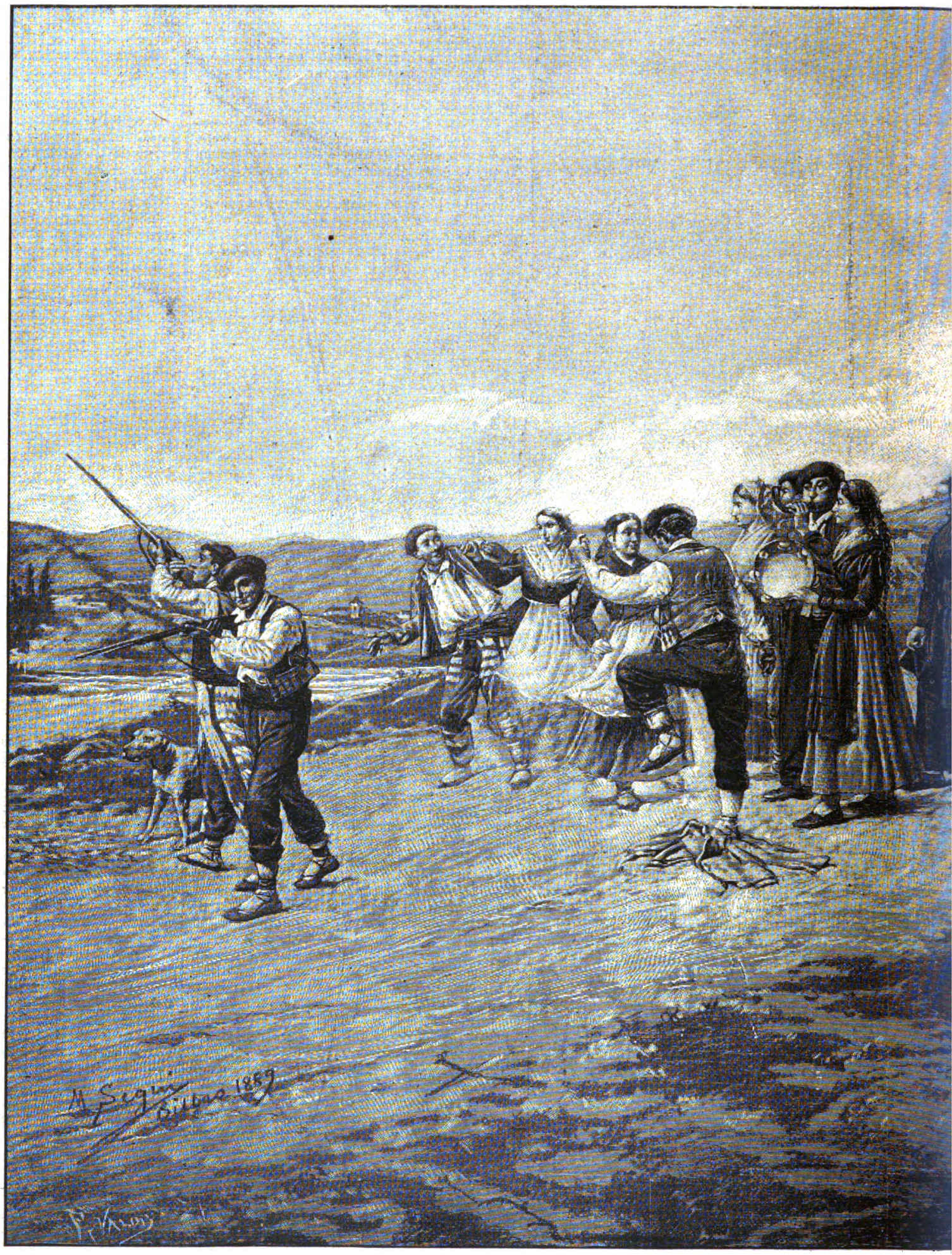
SALVADOR RUEDA

MÁLAGA (dibujo de P. Ferrer)

EL TEATRO

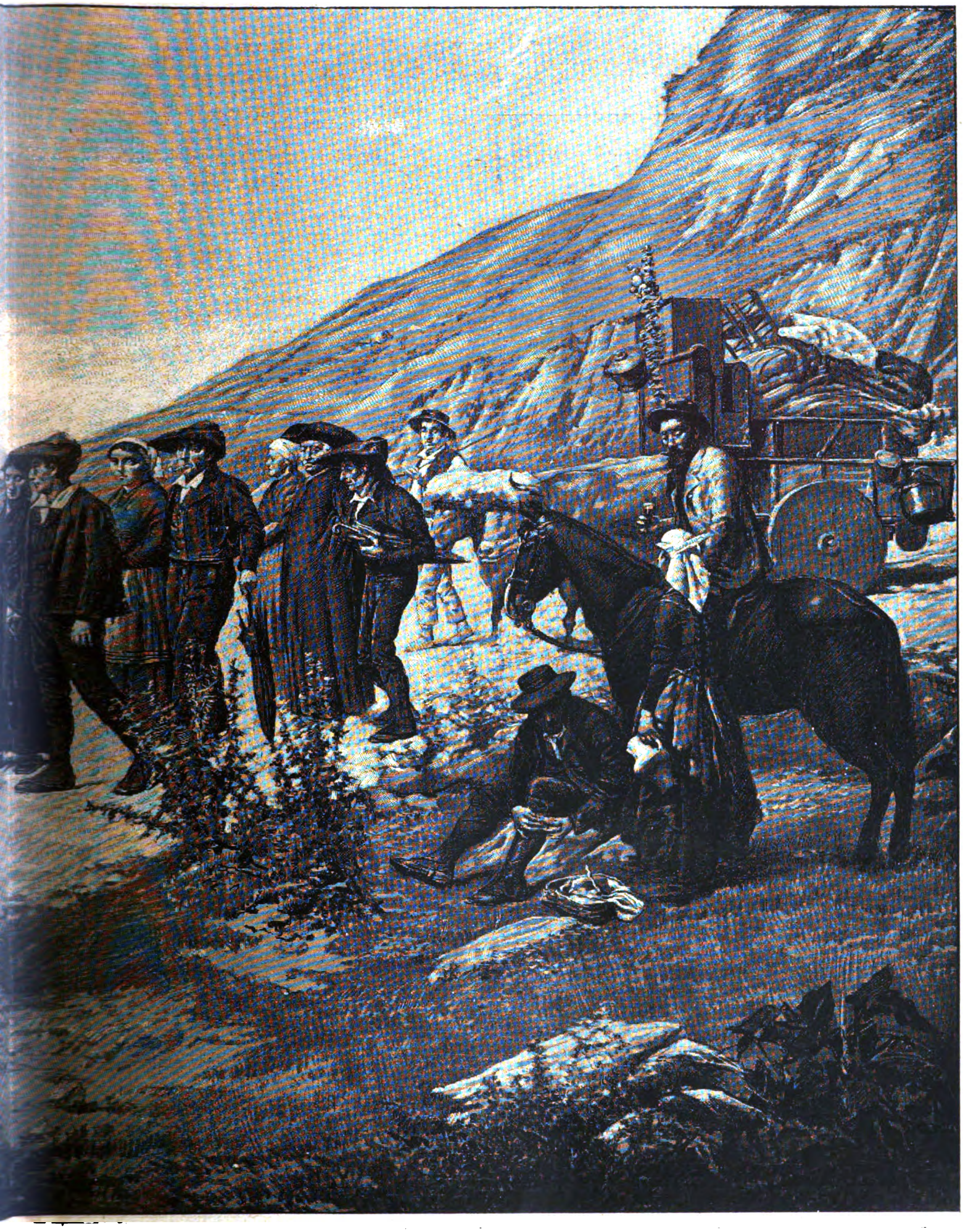
Que la literatura dramática atraviesa uno de esos períodos de profunda decadencia en que el arte parece como proscrito de sus naturales dominios, es una verdad tan palmaria y tan admitida por críticos y pensadores, que ni tiene novedad alguna en estos momentos, ni merece ser discutida. Cuando los hechos no pueden negarse, ellos se imponen y tienen que ser admitidos, aun á despecho de los intereses que lastiman y de las inteligencias que rebajan. No siendo como no es discutible el *hecho* de la decadencia

Digitized by Google



UNA BODA EN VIZCA

Digitized by Google



A (cuadro de Mamerto Seguí)

Digitized by Google

del Teatro, sólo nos resta investigar sus causas y buscar su remedio. Formularemos algunas consideraciones generales acerca del primer punto, esto es, sobre la decadencia, dejando á otros la tarea del segundo, ó sea la de buscar el remedio.

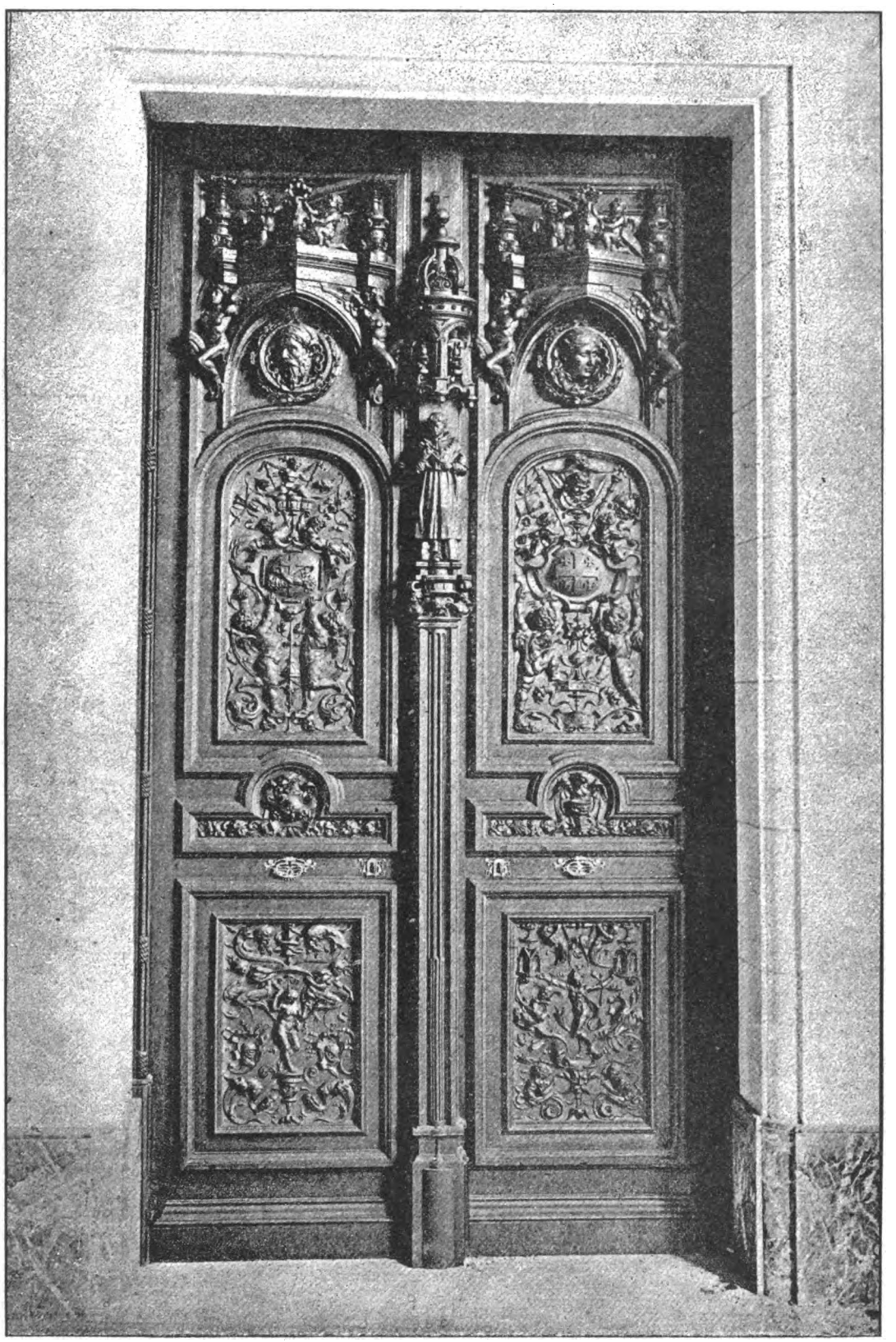
Durante el período revolucionario creyóse por algunos que entienden de estas materias (ó presumen entender) que podía obedecer la decadencia del Teatro á la tremenda lucha que en las esferas de la política producía el momento de transición que atravesábamos, y en el cual, fijas todas las miradas en los problemas que á cada momento planteaba la revolución, esta sociedad, hondamente perturbada, consagraba toda su actividad y su vida entera á tales cuestiones, buscando con avidez, más que el alimento del espíritu, el momento de reposo que en la estabilidad necesitaba.

Decíase que aquella concentración de fuerzas en regiones del arte separadas, producía, como consecuencia natural, la falta de autores dramáticos de verdadero genio que lograsen fijar el interés y la atención del público.

Pero no debió ser esa la causa de la decadencia del Teatro, porque, cerrado (ostensiblemente) el período de la revolución, al recobrar esta sociedad española *su natural asiento* (según dicen los llamados hombres de orden), no sólo no ha desaparecido la decadencia del Teatro, sino que se ha acentuado notablemente.

Sin atribuirlo á causa determinada, asentemos desde luego el hecho de ser verdad inconcusa la falta de autores dramáticos. Esto se prueba por la falta de obras.

Los teatros de mayor importancia (es decir, los de función entera) se alimentan, al presente, ó del antiguo repertorio ó de producciones bastardas calcadas en los modelos clásicos ó románticos, cuando no producen caricaturas groseras bautizadas con el nombre de *comedias realistas;* obras que pasan como metéoros, por el cielo del arte, á la oscuridad, de donde no debieron salir, entre la indiferencia y los bostezos del público.



MADRID: UNA PUERTA DEL VESTÍBULO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

Esto por lo tocante á las obras *originales*, que, en su mayoría, pasan por la escena como relámpagos; razón por la cual el alimento principal y casi diario de esos teatros de función entera es la traducción.

La traducción de obras francesas puede haber contribuído mucho á la decadencia del Teatro nacional.

Al público le parecen, con razón, exóticas las traducciones, é igualmente le parecen insuficientes las obras *originales*. Esto último puede obedecer á las razones siguientes:

Calcadas las obras del día en los modelos antiguos, resultan desde luego faltas de *originalidad*. Y como han cambiado las ideas y los gustos y las costumbres de la multitud, ésta desdeña al que, pretendiendo ilustrarla y *sorprenderla*, viene á *contarle* cosas que de puro sabidas tiene ya olvidadas.

Y se suscitan cuestiones puramente dogmáticas, y se proclama la excelencia del idealismo sobre el realismo y viceversa, sin tener en cuenta una porción de incidentes y consideraciones que, si bien en detalle parece que no entrañan grande importancia, en su conjunto pueden dar la panta del nuevo género que acaso sacara al arte dramático de la postración en que se encuentra.

Entre la escuela romántica, que por penetrar *demasiado* en el campo de lo bello traspasaba los límites de lo posible y hasta de la verdad relativa (á que en último término deben ajustarse las obras de arte), y la escuela clásica, puramente formalista, que todo lo sacrificaba á los preceptos retóricos, matando la inspiración y cortando los vuelos á la fantasía para encerrar el pensamiento en los estrechos moldes de un cálculo más matemático que literario, existe y ha existido siempre lo que pudiéramos llamar buen sentido del arte, ese *justo medio* que pone en lucha el sentimiento y la razón, hasta que, equilibrándose y contrapesándose ambas fuerzas, resulta de su armonía el conjunto bello y agradable que, produciendo en los sentidos la emoción estética, eleva, engrandeciéndolo, el espíritu humano, á las puras regiones contemplativas donde los buenos rinden ferviente culto á la verdad y á la justicia que en sí debe llevar toda creación del genio llamada á influir en el ánimo de las gentes.

Nunca más necesario que en los tiempos que corren ese buen sentido del arte, ese justo medio de que hablamos. Destruídos por la acción demoledora del tiempo los antiguos ideales, y no modelado todavía el crisol de donde ha de salir el molde de los nuevos, el poeta dramático ha de reflejar en sus creaciones algo de lo que fué esta sociedad que se trasforma, algo de lo que en esta trasformación ocurre, y algo también de lo que entre sombras y densas nubes se dibuja en los horizontes del porvenir; pero no de una manera arbitraria, no despreciando los principios fundamentales ingénitos en el arte como en la Naturaleza, no; que si cambian las ideas y los gustos y las costumbres de los pueblos, no cambia en manera alguna la esencia, la sustancia de las cosas; y el conocimiento y la apreciación de la verdad están siempre en relación directa con el grado de cultura que alcanzan las generaciones que en esta interminable cadena de la existencia van formando la historia y la filosofía.

De la razón de los acontecimientos nace la filosofía de la historia, que, al formular sus juicios y dictar sus leyes, ha tenido que reconocer implícitamente que la *perfección suma* está tan sólo en lo abstracto, en lo inmaterial, en la esencia divina que el hombre lleva en sí, y no es otra cosa que el pensamiento, hermosa luz que brilla constantemente entre las confusas sombras de la eterna noche de la vida, abriendo nuevos y dilatados horizontes, hiriendo los ojos

Digitized by Google

de la razón con el ideal de la belleza, y mostrando con sin igual cariño los obstáculos que entorpecen la rapidez de la marcha; obstáculos que en ocasiones ha y que salvar atravesando ríos de sangre y de lágrimas, entre el fragor de esas tempestades horribles, de esas sacudidas violentas, que se llaman revoluciones.

Como en último término la literatura dramática no es otra cosa que la pintura idealizada de la naturaleza humana bajo todos sus aspectos y en todas sus luchas y manifestaciones, influye de una manera eficaz y decisiva en la cultura de los pueblos reformando ó cambiando sus costumbres; y como sobre estas costumbres ha de calcar el legislador las leyes políticas si aspira á que llenen cumplidamente las necesidades del momento en que se aplican, de ahí que esta literatura (la dramática), cumpliendo su misión con cabal conciencia, llene en todas las épocas una importante misión social. Y ¿cómo ha de llenar la dramática esa misión existiendo y *subsistiendo* las causas que apuntadas quedan?

Al hablar de la decadencia del Teatro en general, debemos consignar aquí, en presencia de hechos incontestables, que esa decadencia se acentúa notabilísimamente en lo que se refiere al *género serio*, ó, mejor dicho, al drama, sin mezcla alguna de *elemento cómico*.

La decadencia parcial y absoluta del drama, á más de obedecer á las causas generales enumeradas más arriba, obedece también, y muy principalmente, al modo de ser, *material*, por decirlo así, de la sociedad presente.

En los momentos actuales es como nunca recia y difícil la lucha por la existencia. La mayor suma de comodidades y de placeres lleva consigo necesariamente la necesidad de mayores recursos, ó, dicho en términos vulgares, resulta hoy la vida más cara que nunca.

Estas necesidades materiales penetran lógicamente en el orden moral, produciendo hondas perturbaciones en el individuo, en la familia y en el Estado.

Por consecuencia de todo esto, cada individuo, generalmente hablando, lleva consigo una preocupación, un disgusto, un drama, en una palabra; y al llegar la noche, y con ella las horas de recreo y de esparcimiento, más que de emociones fuertes que acongojen su espíritu y pongan sus nervios en tensión, gusta de obras festivas y ligeras, sin graves complicaciones en el argumento, que no le obliguen á pensar ni á sentir, y, sobre todo, que, provocando abiertamente su risa, aparten su pensamiento, siquiera sea por tiempo breve, de la penalidad diaria y continua, de la preocupación de todos los momentos, de los rudos combates que ha librado y tiene que librar para sostener un *orden de cosas* casi siempre superior á sus recursos y á sus medios de fortuna.

Por esta razón (sin perder de vista las otras) el drama lleva entre nosotros una existencia precaria, casi nula, sin que basten á sacar al público de su retraimiento, ni la buena voluntad de algunos actores insignes ni el genio de algún escritor eminente.

Consecuencia del desdén con que mira el público al drama, es la boga, más creciente cada día, de los llamados *teatros por horas*. El género que en estos teatros se cultiva (si género puede llamarse) es otra prueba elocuentísima de la decadencia del Teatro; y, por más que exista en Madrid alguno de estos coliseos donde se rinde verdadero culto al arte (teatro que nosotros no debemos nombrar, pero que es bien conocido y apreciado del público), la excepción confirma las reglas, y la existencia de un solo teatro bien intencionado y bien dirigido en medio de tantos otros que no reunen esas cualidades, demuestra suficientemente la verdad de lo que decimos.

Apuntadas á la ligera estas breves consideraciones, y demostrada, á nuestro juicio, la decadencia del Teatro, sólo nos resta preguntar:

¿Será transitoria ó permanente esta decadencia?

Suponiendo que sea permanente, ¿podrá bajar más todavía la literatura dramática en sus diversos géneros?

En el caso contrario, esto es, suponiendo que la decadencia sea pasajera, y, suponiendo más todavía, que esté próxima la regeneración del arte, ¿dónde está el *Moratín* de nuestros tiempos?

¡Quién sabe! Dado el utilitarismo de nuestros días, es posible que se encuentre detrás de algún mostrador, ó negociando millones como agente de Bolsa.

En este último caso, es muy posible que no quiera dedicarse á la literatura.

¡Y hará muy bien!

FRANCISCO FLORES GARCÍA

«TEMPO PASSATO»

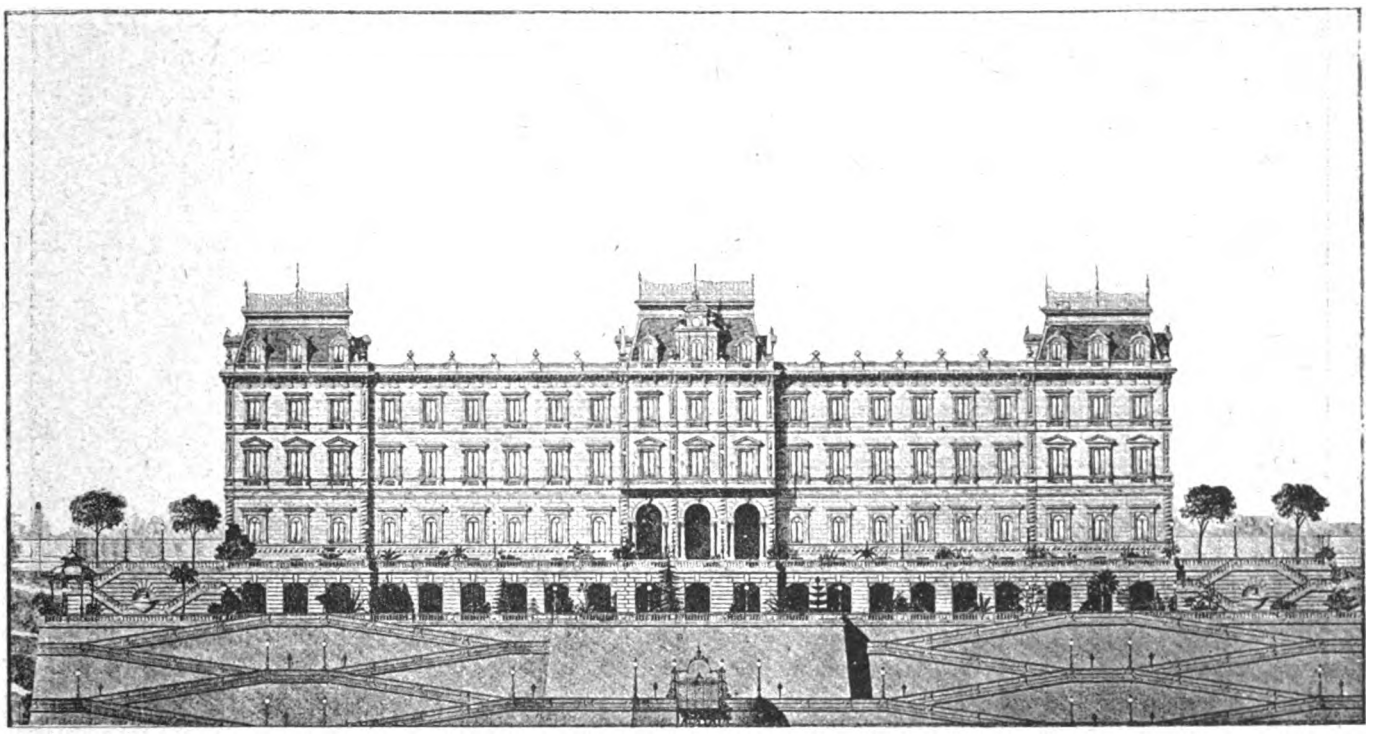
De todos cuantos bienes poseía
y formaron un tiempo mi tesoro,
ni paz, ni gloria, ni esperanza lloro;
mas ¿por qué me dejastes, alegría?

Huyó cual tú, mujer, en aquel día
cuyos recuerdos insensato adoro,
y hasta la tierra que os oculta ignoro
y es mayor cada vez el ansia mía.

Premio fuera su ausencia, y no castigo,
si al partir en el punto que partiste
lograra de tu pecho el dulce abrigo.

Mas ¡ay! consuelo á nuestro mal no existe:
mi alegría se fué, mas no contigo...
¡Te sueño siempre amante y siempre triste!

MANUEL DEL PALACIO



MONTEVIDEO: FACHADA DEL GRANDE ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS, HOTEL Y RESTAURANT, EN PROYECTO

LOS HABITANTES DEL AIRE

En medio del fluido en que vivimos y cuyo incesante concurso es indispensable para nuestra existencia, hay, aunque parezca extraño, gran número de seres que nuestra vista no denuncia, pero no por eso menos dignos de fijar la atención, sobre todo cuando puede significar su presencia ó ausencia, su número y naturaleza, grandes alteraciones en la salud y perturbaciones más ó menos profundas en el modo de ser de las sociedades.

Esa inmensidad del espacio, cuyo tinte azul ha sido tantas veces descrito por los poetas y tratado de imitar por los pintores, ha merecido también fijar la atención del hombre de ciencia, que lo ha estudiado bajo diversos aspectos, hallando siempre novedades que consignar y notables datos que aducir. Por eso, desde los primeros filósofos griegos, observamos que forma objeto de sus preferentes investigaciones y de sus predilectas teorías, que comienzan en Heráclito y Tales, y continúan unidas á los nombres de Aristóteles, Platón y todos los grandes pensadores.

Pero determinada su composición química exacta por el ilustre químico francés de la pasada centuria, el gran Lavoisier, en cuyos estudios han colaborado después los sabios de todas las naciones que han cultivado ciencias más ó menos relacionadas con esta índole de conoci-

Digitized by Google

MADRID: SAN JUAN APÓSTOL, EN SAN FRANCISCO EL GRANDE (estatua por Samsó)

Digitized by Google

EMOCIÓN CAUSADA POR LA BOTELLA (cuadro de Francisco Jover)

Digitized by Google

mientos, ha sido en época reciente cuando se ha fijado la atención de los hombres de ciencia acerca de un asunto digno de ser profundizado y conocido, por lo mismo que nos hallamos en un período poco más que incipiente de su investigación.

Hay en el aire un sinnúmero de cuerpos flotantes, no visibles á la luz difusa, pero perceptibles en alto grado cuando el intenso rayo de sol penetra en una estancia y le contemplamos desde un sitio de mayor oscuridad. Entonces observamos un numeroso tropel de partículas que giran unas en torno de otras, semejantes á nubes de ligerísimo polvo, pero que desaparece de nuestra vista en el momento en que las condiciones de colocación de luz varían, quedando entonces un aire limpio y puro en apariencia. Y este aspecto que nos ofrece la atmósfera, ya muy de antiguo descrito por Lucrecio en su celebrado poema *De rerum natura*, ha sido en los modernos tiempos estudiado por los químicos, fisiólogos, higienistas y médicos, para deducir importantes consideraciones que se reflejan más tarde en datos para la salud y vida de los pueblos.

Despojos de minerales, cristalitos microscópicos, hierro meteórico, metales diversos, sílice y otras sustancias ha encontrado el análisis en el aire. Pero, aparte de todo esto, hay también, y es lo más notable, animales y plantas, constituyendo faunas y floras interesantes, que viven y se reproducen de generación en generación, tienen indudablemente sus medios de relacionarse entre sí, y se hallan, en una palabra, á nuestro alcance y á nuestra vista sin percibirlos ni observarlos. ¡Cuántas veces, al creernos en medio de la más desconsoladora soledad, estamos rodeados de millones de seres que, silenciosos y mudos, giran á nuestro alrededor, se introducen en nuestros pulmones, nos bañan y se pasean por todo nuestro ser, sin que nos demos cuenta de tan numerosa compañía!

A tanto ha llegado el poder del microscopio, la habilidad de los observadores y la precisión de los aparatos empleados, que existen observatorios, como el de Montsouris, donde se han hecho y se están constantemente verificando experimentos llenos de interés. El polen, los esporos de criptógamas, vegetales completos y animales perfectamente organizados, se han puesto en evidencia y se han clasificado por medio de los procedimientos que hoy conoce y aplica la ciencia con extraordinaria exactitud.

Hace pocos años, un funcionario de dicho establecimiento, el doctor Miquel, escribió interesante libro, donde consigna los resultados de sus trabajos, en que pueden apreciarse minuciosos detalles, que se traducen en datos respecto al origen de muchas enfermedades, ya epidémicas ó endémicas.

Las denominaciones de *microbios*, *vibriones*, *bacterias*, *micrococcos* y *baccilos*, son las que han servido para designar ese mundo de seres que, á pesar de su inmensa pequeñez, pueden producir efectos tan grandes.

Sería necesaria una larga lista para enumerar los sabios que han intervenido en estos estudios ó han colaborado en la formación de una ciencia que se halla, como decimos, en sus comienzos. Por ahora nos limitamos á llamar la atención acerca de un asunto que ha ocasionado una verdadera revolución en el campo de las ciencias médicas y sus auxiliares, y es posible haya de conducir á grandes resultados si se camina con prudencia y no se da cabida á las exageraciones y fantasías de la imaginación.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

NUESTROS GRABADOS

BELLAS ARTES: EL ARTE ESPAÑOL

UNA BODA EN VIZCAYA, *cuadro de Mamerto Seguí.*—LOS PRESTIDIGITADORES, *de Vicente March.*—EMOCIÓN CAUSADA POR LA BOTELLA, *de Francisco Jover.*—SAN JUAN APÓSTOL, *estatua de Samsó.*—UNA PUERTA DEL VESTÍBULO DE SAN FRANCISCO EL GRANDE.

Lo pintoresco del asunto bastaría á prestar á ese cuadro la mayor estimación; pero no es sólo eso, sino que, aparte de tal circunstancia, se trata de una obra hermosamente concebida y ejecutada, que hace pensar en las deliciosas escenas de Trueba y evoca la idea de la felicidad que reina en aquella envidiable región vascongada, que sabe armonizar el amor al progreso con el piadoso culto á sus venerandas tradiciones.

Es el Sr. March, autor de *Los Prestidigitadores* y residente en Roma, uno de los más distinguidos pintores de la brillante escuela valenciana, que tantos ilustres nombres registra en la actualidad. La riqueza de colorido que atesora el lienzo de que hablamos, la gracia de la escena, el acierto con que están elegidos los accesorios, y el carácter eminentemente español de la escena, hacen de ese cuadro una obra de primer orden.

Valenciano es igualmente el Sr. Jover, residente en Madrid. Su cuadro descuella en especial por la nimia escrupulosidad con que están estudiadas las expresiones y dibujadas las figuras. El tipo de ese *señor soldado*, harto emocionado por las libaciones, es naturalísimo, como si se le hubiera copiado de la realidad. Pertenece este lienzo á la galería de D. Lorenzo García Vela.

Bien conocido es en toda España el afamado escultor catalán Samsó, sin rival en la estatuaria que podríamos llamar *mística*. Sus Vírgenes y sus Santos no se confunden con ningunos otros, tanta es su suavidad é idealismo. Figura esta escultura en la rotonda de San Francisco el Grande.

La puerta del vestíbulo del templo que acabamos de citar es una de las tres que dan acceso á la iglesia, y constituye un magnífico trabajo que honra los talleres del Sr. Monasterio (D. Mariano), en los que fué construída.

INGLATERRA: LA RENDICIÓN, *cuadro de J. Seymour Lucas*

Este pintor es uno de los más simpáticos de Inglaterra en cuanto no tiene más ídolo que Velázquez. El hombre se ha acordado de la *Rendición de Breda*, y, trocando los papeles, nos presenta la escena á la inversa. Epoca de Felipe II, en la cual, al lado de gloriosos triunfos, hubimos de tener que soportar terribles contratiempos, luchando contra luteranos y calvinistas.

ALEMANIA: MIGNON, *cuadro de Gabriel Max*

Pocas veces hemos visto expresado tan felizmente como en ese grabado el tipo de la dulce heroína de Goëte, tan desfigurado por la música de A. Thomas, y más aún por las tiples italianas y francesas que se encargan de representarlo. Esa es *Mignon*, ó por lo menos así debía vagar su poética figura por la imaginación del autor de *Wilhelm Meister*. Esa creación de Gabriel Max supera, á nuestro juicio, á la de Kaulbach.

MÁLAGA.—EL PATIO DE LAS BANDERAS (SEVILLA)
Dibujo de P. Ferrer

El aspecto de Málaga, según el dibujo del Sr. Ferrer, es sumamente típico y se aparta de lo generalmente visto, esto es, de Málaga mirada desde el mar. La hermosa ciudad no es solamente la plaza comercial que todos sabemos, sino también la capital de antiguos recuerdos, preciada joya de los Naseritas.

El Patio de las Banderas es uno de los lugares más originales de Sevilla. Hállase junto al Alcázar y constituye un sitio de singular belleza que sugiere en el ánimo la evocación de pasados siglos.

ALEGORÍA
Dibujo de J. Blanco Coris

El artista ha desarrollado tan elegante como exactamente el tema propuesto, revelando con ello sus peregrinos dotes de dibujante fácil, inspirado y correcto.

MONTEVIDEO: ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS, HOTEL Y RESTAURANT

En breve contará la floreciente capital uruguaya con ese magnífico edificio, cuyo proyecto es debido al ingeniero-arquitecto D. Juan Tosi. Montevideo, que de cada día ve aumentar su prosperidad, poseerá un establecimiento de primer orden, digno de rivalizar con los mejores de Europa.

Nunca encareceremos bastante la satisfacción que nos causa el magnífico desenvolvimiento que va adquiriendo la simpática República Oriental, tan merecedora por todos conceptos de la estimación de que goza entre nosotros.

MÉXICO: CAMPESINOS DE LOS ALREDEDORES DE LA CAPITAL

Esos tipos son una prueba más de la íntima semejanza que ofrece la nación que se llamó un día Nueva España con la madre patria. Cualquiera diría, á no ser por los trajes, que se trata de gente española; y ello es que quizás por una extraña paradoja se han conservado mejor nuestras antiguas costumbres allende el Océano que no aquí mismo.

ENERO

El mes de los amores de los gatos;
el mes de las felinas aventuras;
Acuario, allá en las célicas alturas,
pretende á todos convertir en patos.
Una turba de necios turulatos
sale á ver de los Reyes las monturas;
los niños, esperando mil venturas,
ponen en los balcones sus zapatos.
Cubre la nieve la fragosa sierra
y obstruye los caminos y los puertos;
al triste caminante el frío aterra,
yacen los campos mudos y desiertos,
y el pobre centinela cae en tierra
ateridos los pies, los brazos yertos.

C. M.

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

I

Una tarde de uno de los últimos veranos, en el Cabañal de Valencia, bajo un fresco toldo, estaban sentadas tres personas, embebidas en familiar conversación, á la puerta de uno de los simétricos edificios, perfectamente alineados, que constituyen una de las dos líneas que forma la calle de la Reina.

Soplaba la brisa del mar refrescando la atmósfera caldeada durante la mañana por el ardor de los rayos del sol de la canícula, que caían á plomo sobre las casas, que constan sólo de planta baja en el pueblo predilecto de los valencianos para pasar la estación veraniega y zambullir sus cuerpos en las tranquilas olas del Mediterráneo.

Aprovechándose de la agradable temperatura y siguiendo la antiquísima costumbre de pasar todo el tiempo posible á la puerta de la calle durante la permanencia de estío en el susodicho pueblo, en dos grandes mecederas de rejilla, se tendían, apoyando los pies sobre la ancha acera, un hombre y una mujer, debajo del indicado toldo, á una y á otra parte de un largo sofá que lo abarcaba por completo. El hombre se aproximaba más á la vejez que á la juventud; pero, esto no obstante, iba cuidadosamente peinado y acicalado, procurando á fuerza de cuidados y de limpieza ocultar las huellas de los años. Vestía sencillo traje propio de la estación, llevaba ligero junquillo en la mano y sombrero de jipijapa en la cabeza, y se arrellanaba con extraordinaria franqueza en la mecedera frente á frente de la que contenía el cuerpo esbelto y flexible de la mujer antes indicada. Esta era una joven que podría rayar en los veintiséis abriles, de mejillas sonrosadas, abultada de carnes, pero no hasta el extremo de que éstas descompusieran su bien delineada figura, que pudiera servir de modelo á un escultor. La animación de sus ojos, la sonrisa provocativa de sus abultados labios, gruesos y rojos; la exuberancia de vida que rebosaban todas sus facciones y que hacía respirar á su lado una atmósfera de tentación daban; á nuestra protagonista atractivo quizás más poderoso que el de la misma hermosura, que indudablemente no poseía. Su rostro no halagaba por la corrección del dibujo, y si le copiara un pintor no le resultaría una cabeza hermosa. Debía sus atractivos, más que al arte, á la Naturaleza; más á la expresión que á la perfección de las líneas. Durmiendo era antipática; despierta atraía por la animación que hermoseaba todo su ser, comunicándole poderosísimo fluido vital, cuyas corrientes eléctricas contaminaban al que se acercaba á ella. Ceñía blanca y vaporosa bata de verano que insinuaba ligeramente el contorno de sus formas.

Digitized by Google

A su lado, pero dentro de la habitación para no recibir tan de lleno el fresco ambiente, en un ancho sillón de gruesos brazos, yacía, si esta frase se nos permite, una anciana, que dormitaba con intermitencias, dejando escapar de su garganta trabajosamente alguna frase aislada, cuando despertaba, entre el diálogo animado que sostenían D. Ignacio, su hermano, y Virginia, su hija. La anciana citada, D.ª Concepción, víctima de un ataque apoplético, tenía sus miembros torpes, pero no paralizados. La fuerza de la enfermedad, concentrada en su cerebro, embotaba su pensamiento, que la sumía en una modorra casi continua; y sólo de tarde en tarde daba señales de vida.

Tío y sobrina, animados en interesante conversación, no hacían caso de las palabras ni de la opinión de la anciana, y continuaban hablando como si ella no escuchara, estando convencidos de que tenía atrofiada la inteligencia por la enfermedad, y que, por lo tanto, su auxilio era inútil para hacerles abandonar ó insistir en el grave proyecto que les preocupaba y cuya realización era de grandísima trascendencia para la familia.

Se enterarán de él minuciosamente nuestros lectores si se acercan con nosotros á la puerta de la alquería de la calle de la Reina.

—Tío, no, no me atrevo,—decía Virginia.

—Créeme, sobrina: tengo más experiencia que tú, por haber vivido más tiempo: conozco el corazón humano, y sobre todo el de Octavio.

—El engaño que V. me propone me repugna.

—Es el único medio de conseguir nuestro fin, dadas las circunstancias, el carácter del artista y su eterna tendencia.

—Es arriesgado jugar con hombres que tienen cabeza de chorlito.

—Por eso es preciso, Virginia, fijarle de una vez para siempre; para que su padre viva tranquilo, para que tú consigas realizar tus deseos, y para que él llegue á ser un hombre formal y tome estado.

—Pero, tío: el día que Octavio descubra la verdad de la ficción que me propones, le parecerá que la adopté como anzuelo, y no he de desempeñar envidiable papel á sus ojos.

—Eso depende de ti: consigue enamorarlo, ó, por mejor decir, consigue que sea constante (porque enamorado ya lo está), y verás como todo lo olvida si llegas á concederle tu blanca mano.

—¿Crees que eso me será fácil?

—Fácil si no le otorgas la más insignificante concesión. Tienes que sitiarlo por hambre si quieres que se rinda.

—Tienes filosofías muy extrañas,—exclamó Virginia riendo.

—Muy extrañas,—añadió D.ª Concepción riendo también y corroborando lo dicho por su hija.

—Entonces ¿para qué quieres que me finja casada siendo como soy soltera? ¿Cómo le he de corresponder platónicamente si admito relaciones con él? Esto es sencillamente un absurdo.

—Te lo voy á explicar para que me comprendas,—contestó D Ignacio.—Desde que el mundo es mundo, desde la creación del primer hombre y de la primera mujer, el género humano corre tras de lo prohibido con la ilusión que despierta en él la curiosidad, con el afán y el empeño que ponemos siempre en destruir los obstáculos que se oponen á la satisfacción de nuestros anhelos. Lo prohibido tiene para nosotros la hermosura y el encanto que no tiene lo llano, lo fácil, lo asequible. Lo prohibido nos seduce con toda la magia de *lo que no se tiene* y no se puede alcanzar, hasta tal punto, que un novelista francés cree que *la felicidad es aquello que nos falta*. Lo prohibido hizo perder el Paraíso á nuestros primeros padres y ha llenado de onzas el bolsillo de algunos escritores cuyas obras acaso nadie hubiera leído sin el atractivo de la prohibición. Pues bien, Virginia: todo esto, que es cierto para la humanidad en absoluto, es también cierto y de más irresistible con relación á Octavio.

Acostumbrado éste á la vida vagabunda y de viaje de los pintores, á campar por sus respetos, hoy en Roma, mañana en París, al día siguiente en Londres; soñando en aventuras perpetuas, apetecidas por la ligereza y versatilidad de su imaginación impresionable; es enemigo acérrimo del matrimonio por la sujeción, por las obligaciones y por la monotonía de la unidad que constituye su esencia; en una palabra, por creerle una jaula, donde el que se encierra en ella inutiliza las alas que debe á la Naturaleza y se priva de la libertad, en la que él cifra todas sus ilusiones. Por eso Octavio huye siempre de las jóvenes que aspiran legítimamente al séptimo sacramento, y dedica los mejores años de su existencia á mujeres de virtud dudosa ó á cazar en terreno vedado, porque esta caza no le puede obligar á sacrificar su independencia más que momentáneamente, siendo una mariposa á la que es preciso cortar las alas para que no vuele ó arrastrarle hasta una poderosa llama en la que se abrase para siempre.

Como nos consta á su padre y á mí que cuando vino á veranear hace tres años á Valencia regresó á Madrid encantado de tu belleza y de tu discreción; como nos dijo que si no fuese por miedo al matrimonio te hubiera enamorado con deleite, porque eres una de las pocas mujeres que han hecho mella en él; como sabemos, además, que Octavio tampoco te fué indiferente; resolvimos su padre y yo matar dos pájaros de un tiro, ó, lo que es lo mismo, conseguir por medio de una treta ingeniosa que tú y él os enamoréis de tal modo que al llegar el momento en que Octavio sepa la verdad no pueda ya vivir sin ti y, renunciando á las falsas teorías que hasta ahora le han alucinado, te lleve al altar voluntariamente y consiga de esta manera su felicidad y la tuya. Para llegar á este fin se necesita un medio, que no puede ser otro que el de fingirte casada. Si así no lo haces, no se te declarará jamás, por enamorado que esté, por miedo á la cruz del matrimonio; y para conseguir que cargue con ella es preciso que sigas al pie de la letra mi consejo, que crees absurdo. No le has de conceder ni una caricia, ni un solo apretón de manos... nada, nada: has de empeñarte en que conserve íntegra la fiebre del deseo... porque si le curas de ella no se casará contigo. Cree á tu tío, Virginia, que te presenta á Octavio desnudo, tal como es; cree á tu tío, que sólo desea tu felicidad.

—La conseguiría indudablemente uniéndome para siempre con Octavio, querido tío. Sin saber por qué, es el único hombre que ha conmovido mi corazón impasible hasta el momento de conocerle. Sin saber por qué, ha revolucionado mis sentimientos y ha conseguido que mire la vida bajo otro punto de vista. Sin saber por qué...

—Virginia, rara vez se sabe por qué se ama,—respondió D. Ignacio interrumpiendo á su sobrina.

—Rara vez,—añadió D.ª Concepción, riendo estúpidamente.

—No lo sé, y, sin embargo, me siento capaz de hacer los mayores sacrificios por conseguir su cariño. Pero fingirme casada para que cuando descubra esta mentira me tome por una mujer intrigante y falsa, y como á tal me trate; fingirme casada, corresponderle, y no traspasar la línea convencional del platonismo; amar y privar al amor de sus naturales derechos, de sus legítimas expansiones; casi casi es pretender un imposible.

—Es sacrificarse para conquistar la gloria, Virginia; y tú acabas de decirme que eres capaz de hacer los mayores sacrificios para conseguir su cariño.

—Probaré. Creo que he de amarle demasiado para ser severa con él; pero me venceré á mí misma.

—Hasta hoy siempre te has dominado.

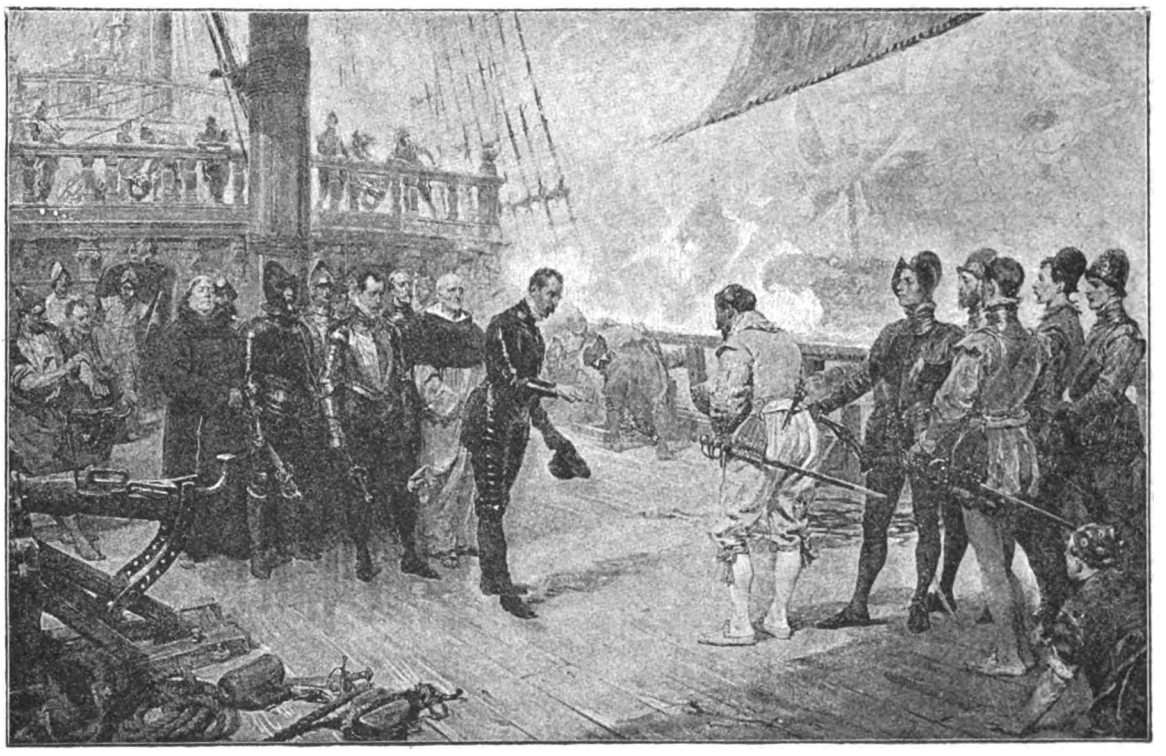
—Hasta hoy no estaba enamorada.

—No estaba enamorada, no,—interrumpió D.ª Concepción.

—Pues ya que te decides á desarrollar el plan fraguado por el padre de Octavio y por mí, debo participarte que éste vino ayer á Valencia y se hospeda en mi casa.

—¡Está en Valencia, Octavio!—exclamó Virginia con alegría y con extrañeza.

(Se continuará)



LA RENDICIÓN (cuadro de J. Seymour Lucas)

Digitized by Google

MÉXICO: CAMPESINOS DE LOS ALREDEDORES DE LA CAPITAL

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

ELIXIR
DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS
Adoptados en los hospitales — DE VIVAS PÉREZ — Recetados por los médicos

No tiene rival, y es el único seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente, para la **Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de la sangre, Debilidad é Inapetencia.**
Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.
Precio de cada botella, *4 ptas.* Media botella. *2'50 ptas.* en toda España.
Cuidado con las falsificaciones, porque otro no dará el mismo resultado. Exigir la firma y marca de garantía.
De venta en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur.
Depósito general: Almería FARMACIA VIVAS PÉREZ
POR MAYOR.— *Madrid:* M. García, y Sociedad Ibero-Universal.— *Barcelona:* Sociedad Farmacéutica, Hijos de J. Vidal y Ribas, y Alomar y Uriach.— *Habana:* Lobé y C.ª, Farmacia y Droguería de José Sarrá.— *Puerto Rico:* Fidel Guillermety.— *Mayagüez:* Guillermo Mullet — *Valencia:* Sres. Fabiá, Hijos de Blas Cuesta, y Climent y Quesada.— *Buenos Aires y Montevideo:* principales farmacias.

Frasco 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en París
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 46 — R.ª St.-Denis

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

Pectoral de Cereza
DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos**, si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis, pulmonía o tisis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371. — BARCELONA

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro),* **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista. 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerías y Bazares de España.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (*estreñimiento*), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 11 de enero de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 367

Julian Gayarre

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Fernanflor.—*El amor y la amistad*, por Teodoro Guerrero.—*La voluntad*, por U. González Serrano.—*En un álbum* (poesía), por Manuel del Palacio.—*El ascenso de Regojo*, por Federico Urreche. - *Estudiando* (poesía), por Joaquín González Camargo.—*¡Arre!*, por Vicente Colorado.—*Nuestros grabados*.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: Julián Gayarre.—Antonio Meucci.—*Bellas Artes*. Francia: Fantasía caucásica. Salida para la pesca. España: De paseo. Inglaterra: Retrato de señora.—Mascarada parisiense.—Llegada y desembarco del emperador D. Pedro en Lisboa.—México: El Árbol de la Noche Triste.—La danza de las asaguas.—La compañía del coronel Cody (Buffalo-Bill).—Montevideo: Palacio para Correos y Telégrafos.—Exposición Universal de París, de 1889: Fuente monumental de la Rotonda.—La Florida: Paso del Ciprés, en el río Ocklawaha.

MADRID

GAYARRE

La enfermedad, que en un principio se creyó ligera, ya vencida cobró nuevos bríos y acabó con el grande artista. Ya cubre sus restos la tierra y su nombre es sólo un triste recuerdo.

Gayarre tenía cuarenta y siete años. Nació en el Valle del Roncal, en la villa de este nombre, que es la capital de un puñado de villorrios navarros risueños y poéticos.

Hacíase llamar Julián, dice uno de sus biográfos, por un capricho de artista. Sebastián era su nombre de pila, y con él salió del Roncal á los catorce años para ir á Pamplona á trabajar como aprendiz en la fundición del Sr. Pinaqui, en donde llegó á ser oficial inteligente.

Formóse en Pamplona un orfeón, y Gayarre figuró en él, aprendiendo las reglas del canto bajo la dirección del maestro Usaya.

Dió la feliz circunstancia de que el famoso D. Hilarión Eslava fuese por aquella ciudad.

—¿Qué tienen Vds. de bueno por aquí?—preguntó un día á D. Conrado García, organista de la catedral.

—Tenemos un verdadero tenor. ¿Quiere V. examinarle?

—¡Hombre!—dijo el célebre maestro terciando la sotana.—Si fuese un barítono ó un bajo no tendría prisa; pero ¡un tenor! ¿puedo oirle ahora mismo?

Poco después entraba Gayarre en la habitación y sufría las miradas escrutadoras del inteligente sacerdote.—¡Conque eres tú la alhaja! ¿Qué sabes de música?

—Sé el método de solfeo de D. Hilarión Eslava.

D. Hilarión le oyó cantar, no dijo nada por de pronto, y luego:

—Algo feillo es; pero vestido de guerrero y con los colores y las luces del teatro no parecerá del todo mal.

Al oir estas palabras Gayarre salió furioso, y Eslava exclamó:

—Es un verdadero diamante: hay que enviarle á Madrid inmediatamente.

Obtuvo una pensión en el Conservatorio y recibió en éste lecciones del profesor Sr. Puig.

En 1868 Gayarre salió del Conservatorio sin haber concluído todavía su educación artística, y se escrituró de corista en el Teatro de la Zarzuela. Allí cantó sin ser oído.

Cansado de vivir oscurecido en los coros, volvió á Pamplona, perdidas sus ilusiones de aplausos y de gloria. Pero sus amigos organizaron un beneficio, obtuvieron una pensión de la Diputación navarra, y Gayarre partió para Italia en 1869.

Llegó á Milán, recibió algunas lecciones de Samperti y se presentó en el teatro de Varesse. Esta fué su primera victoria. Cantó en *I Lombardi*, de Verdi, la parte secundaria de *Arvino*, y, según dicen las crónicas, él fué el único cantante que no silbó la concurrencia. Cobró con esto grande importancia en la compañía y logró éxito extraordinario en el *Elixir d'amore*.

De Varesse fué á Padua, donde por primera vez cantó *La Favorita:* el triunfo más popular de los muchos y grandes de su carrera.

En Milán cantó luego *I Puritani*, y pasó luego á San Petersburgo y á Londres.

En 1877 le conoció el público de Madrid, que le ha preferido siempre á los demás tenores á pesar de su cualidad de español.

¡Qué cambio tan completo en la persona del cantante desde aquella época en la cual cantaba como corista! Si Peña y Goñi nos lo pintaba entonces entrando en el café de Zaragoza, envuelto en su capa parda, detenida con el sombrero hongo viejo y abollado, pobre, miserable, enteco, para compartir la modesta cena del pianista del café; ahora, tenor famoso, al pisar Madrid, su aspecto es el de un hombre recio, saludable, bien portado y que lleva en el bolsillo de su levita un paquete de billetes de banco.

En octubre de 1881 cantó en Barcelona. De allí pasó á Monte-Carlo para estrenar *Il duque d' Alba*. De allí fué á Nápoles, en cuya ciudad una fiebre perniciosa amenazó gravemente su vida. En tal ocasión hizo voto de cantar ante el altar de la Virgen del Pilar de Zaragoza una *Salve*. El efecto que produjo en la capital de Aragón fué indescriptible. Se puso en moda allí por entonces, esta copla:

> Dos cosas hay en el mundo
> que tenemos que adorar:
> al tenor Julián Gayarre
> y á la Virgen del Pilar.

Ha cantado también en Valencia y en Sevilla.

En su última campaña del Teatro Real ha cantado *Mefistófele*, *Don Giovanni* y *Pescatori di perle*.

En esta última ópera fue cuando él sintió el anuncio de su debilidad, sobrecogiéndose ante el término de sus gloriosas facultades. Fué el 8 de diciembre. Llegó la romanza, que él ha hecho célebre, y rozósele una nota.

—¡No puedo cantar!—exclamó. Y salió de la escena, presa de un accidente nervioso.

Se rehizo, merced á los cuidados facultativos, y quiso que el público escuchase aquel delicioso trozo de Bizet. En el acto tercero volvió á entonar la romanza; pero al llegar á la nota fatal quebróse de nuevo. Inclinó entonces la cabeza el artista, y con una expresión desesperada de pena y de quebranto, dijo:—*¡Esto se acabó!*

Y se acabó, en efecto: no sólo la voz, sino el hombre.

Gayarre era más bien huraño que vanidoso. Había nacido en un pueblo, había sido trabajador y era eminentemente popular. Su voz y su persona pudieran compararse á esos diamantes incrustados en aros de hierro que están de moda para sortijas y pulseras. La patria y la familia compartían con el arte sus entusiasmos. El gran tenor había consagrado á su querido Valle del Roncal una parte de su fortuna. Hizo construir, hace años, un hospital que dotó de todo lo necesario, y una escuela que subvencionaba. Todos los años aumentaba el caudal de uno y otro establecimiento. No há mucho dió 6,000 duros para edificar un frontón para juego de pelota. Aparte de estas generosidades, daba socorros á no pocas familias de Navarra y protegía á todos los jóvenes de su país que revelaban aptitudes para el arte lírico. Recordaba, gran virtud, que él había sido protegido también.

Las empresas le perseguían para llevarle á América. El resistía, y una vez, por fin, dijo:—Iré, mas no por mí, sino por los roncaleses, á quienes podré darles todo lo que he soñado darles.

Deja una fortuna de doce millones de reales, invertidos en su mayor parte en papel del Estado. Deja dispuesto en su testamento que se lleve su cadáver al Roncal y allí en la tierra querida se le sepulte.

Su entierro ha sido una manifestación de sentimiento público, tal como no la han obtenido en Madrid los restos de ninguna otra celebridad.

Algún particular ha colgado de luto los balcones de su casa.

Se calcula en 150,000 almas las agrupadas en el tránsito del cortejo. La copiosa nieve que caía no consiguió despejar la carrera.

El entierro se verificó ayer viernes á las tres de la tarde. Los amigos del tenor bajaron la caja hasta colocarle en la magnífica carroza. Partió el convoy, y, al pasar por el Teatro Real, la orquesta dejó oir los majestuosos acordes de la marcha fúnebre de Chopin, y los artistas de la Opera cantaron el coro del cuarto acto de la *Favorita* hasta preludiar el *Spirto gentil*.

El carro mortuorio desaparecía bajo las innumerables coronas.

Pasó el féretro por el Teatro Español y por el de la Comedia rindiendo parecidos honores. Ninguna calle por donde la comitiva pasaba era transitable: Madrid dejó ayer de circular durante algún rato por sus vías centrales.

En la estación del Mediodía había dispuesto un furgón para conducir el féretro. En el andén de llegada, por donde se creía que había de venir el ataúd, la gente impedía maniobrar á los empleados. Hubo que hacerle llegar por el extremo contrario. Cuando entraron en el andén los sepultureros con el féretro, no obstante ser la muchedumbre inmensa, el silencio era imponente. El sentimiento se desbordó cuando el furgón, enlazado al tren correo de Zaragoza, partió con los restos del artista amado.

—¡Adiós!—clamaron algunos descubriéndose. Y la multitud á una voz respondió diciendo: —¡Adiós!

Acompañando al entierro, al lado del carro fúnebre, iba una señora extranjera bastante agraciada y vestida con gran sencillez: era una entusiasta admiradora del gran tenor, al cual seguía constantemente, hace doce ó catorce años, á todas partes. Dicha señora ha tomado billete en el tren que conduce el féretro del artista, habiendo manifestado su propósito de no abandonarlo hasta que le cubra la tierra del Roncal.

Los actores y los cantantes son artistas desgraciados: pasan, y pasan con ellos sus obras; mueren quienes les escucharon, y perece su recuerdo.

Una enfermedad destruye á un tiempo su pasado, su presente y su porvenir. De la cúspide al abismo sólo hay para ellos un accidente cualquiera: una parálisis, una caída, una tos.

Pensando en esto, percibiéndolo súbitamente, dijo Gayarre una tristísima frase:—*¡Esto se acabó!*

Y más que la enfermedad y que el dolor físico le ha matado su pensamiento.

FERNANFLOR

EL AMOR Y LA AMISTAD

BOCETO DE NOVELA

I

Dice Víctor Hugo:

«El amor es ser dos y no ser más que uno: dos seres que se funden en un ángel; es el cielo.»

«La amistad es como los dedos de la mano: se tocan sin confundirse.»

¿Se realizan esos ideales del gran poeta francés?

Vamos á verlo.

II

Una noche de diciembre de 1880, dos jóvenes conversaban, en un elegante gabinete de Madrid, tomando café y fumando. El más joven, Gregorio de Alfaro, tendría veintiséis años. Era rubio y de interesante figura. Cayetano Morales contaba más de cinco lustros. Su piel tostada, sus grandes patillas negras y sus facciones pronunciadas, formaban completo contraste con la delicada fisonomía de Gregorio. Brillaba en los salones y en los círculos, pues animaba á las gentes con sus chistes y la viveza de su carácter alegre.

Digitized by Google

—Te empeñas,—decía Cayetano,—en no ir ni al casino ni á los teatros.

—No,—respondió Gregorio;—gozo más al lado de un buen amigo como tú: el mundo no me distrae. He recorrido toda la Europa: cinco años de movimiento continuo, de ver cada día nuevas poblaciones y nuevas caras, sin apegarme á ellas, despertaron en mí una necesidad imperiosa. Solo, sin padres, sin familia, busco en el descanso la paz del corazón y la tranquilidad del alma: éstas no se encuentran más que en el hogar.

—Tienes carruajes que no usas y caballos que no montas, y abonos al teatro á donde no concurres, y habitas en este magnífico hotel que está siempre desierto.

—Necesitaba un amigo y lo encontré en ti,—dijo estrechándole la mano.—Llenaste el vacío de mi alma.

—¡Me dejaría matar por ti!—exclamó Cayetano.—Ahora te hace falta una mujer que complete tu felicidad.

Gregorio suspiró.

—Ese suspiro te delata,—dijo Cayetano riendo.—Sé á dónde ha ido á parar.

—¿Aludes á Elvira? Es encantadora, y creo que llegaría á amarla; pero noto en ella cierta indiferencia hacia mí que me obliga á ponerme á distancia.

—En tus viajes has encontrado al paso mujeres de un día, que te enseñaron á ser receloso. Lo que califícas de indiferencia en Elvira, es melancolía.

—¿Melancolía?

—Sí: Elvira experimenta las consecuencias de una pasión de ánimo. Debo hablarte con franqueza. Sabes la intimidad que me une á la familia. Su madre me vió nacer. Elvira y yo somos como hermanos, y no tiene secretos para mí.

—¿Qué te ha revelado?—preguntó Gregorio con vivo interés.

—Voy á halagarte el oído: Elvira me ha confesado que está enamorada de Gregorio de Alfaro.

El joven se incorporó en el sillón; pero en seguida recostó el cuerpo, diciendo:

—Te chanceas.

—Digo la verdad; pero ella sabe que eres rico, ve que eres buen mozo, joven, con talento, y no se cree digna de obtener tu distinción.

—¿Te ha dicho eso?

—Sí.

—¡Oh! ¡Si fuera cierto!—exclamó estrechando con efusión la mano de su amigo.—¡Amo á Elvira! Ella realizaría mi sueño. Buscaba una mujer y un amigo, y los encuentro al fin. ¡Soy feliz!

—Son las nueve,—dijo Cayetano.—Vístete y vamos á casa de Elvira. Su sorpresa será grande y su fisonomía revelará la impresión.

Gregorio se puso en pie de un salto, y una hora después entraban en el gabinete de Elvira. Esta tenía veinte años: era alta, esbelta, con hermosos ojos negros, de esas hermosuras que producen impresiones apenas se las mira.

La primera mirada de Gregorio fué una declaración de amor. La primera mirada de Elvira encerró una respuesta elocuente. Al despedirse sus manos se estrecharon, apretando el lazo de unión.

En el portal, Gregorio abrazó con efusión á su amigo, y con voz balbuciente exclamó:

—¡Me ama!

—No te engañé,—repuso Cayetano, marcando en sus labios una sonrisa.

Aquella sonrisa lo mismo podía ser irónica que de satisfacción.

Gregorio no durmió aquella noche, y de vez en cuando decía:

—¡Me ama! ¡Con Elvira y Cayetano he resuelto el problema de la felicidad!

III

Gregorio, locamente enamorado, contaba los días, las horas y los minutos, y pasaba los minutos, las horas y los días pensando en Elvira.

Cayetano le daba celos; y como Gregorio le quería entrañablemente, trataba de convencerle de que el amor y la amistad iban por distintos caminos, sin robarse nada en los dos afectos. Sólo había una diferencia á favor de Elvira: cuando estaba con ésta, no echaba de menos á Cayetano; cuando estaba con Cayetano, buscaba á Elvira. El amor es más egoísta que la amistad. El amigo desea la satisfacción del amigo: el amante no desea más que su propia satisfacción.

Gregorio se casó. Los que han amado á una mujer con delirio, comprenderán el poema de la unión eterna. En aquel día prescindió de Cayetano, pero la amistad no había huído de su corazón. En los momentos supremos el amor se olvida de todo.

ANTONIO MEUCCI, INVENTOR DEL TELÉFONO

Los novios pasaron la luna de miel en Sevilla. Elvira, ó por cálculo ó por enajenación, procuraba no nombrar á Cayetano. Al regresar á Madrid, los amigos se abrazaron con demostraciones de cariño. Gregorio dejó caer en el oído de Cayetano esta frase:

—¡Qué feliz soy!

—¿No te habrás acordado de mí, Gregorio?

—Algunas veces,—contestó el joven después de vacilar un segundo, en que luchó la hidalguía de sus sentimientos con el temor de decir la verdad.

—Por lo menos eres franco.

—Perdona: esto ha sido un pequeño paréntesis; pero hoy vuelvo á ti más cariñoso, si es posible. Elvira y tú sembraréis mi vida de emociones. Era injusto con la Providencia, pues creía que no era posible realizar el problema de la felicidad, y lo he resuelto: el amor y la amistad llenan mi alma.

Por el rostro de Elvira cruzó una ráfaga, y, llevándose la mano al corazón, ahogó un suspiro. El marido no vió la ráfaga. Cayetano miró fijamente á la joven.

Era indudable que aquella mujer llevaba en el corazón una espina que la hacía sufrir; y cuando trataba de negarse á las exigencias de su marido, que quería llevarla á los teatros y al paseo, Gregorio se envanecía, suponiendo que ella no gozaba más que estando á su lado, encerrada en el hogar.

IV

Pasaron cuatro meses.

Una mañana que Gregorio había salido, al volver á su casa más pronto de lo que creía, penetró en el tocador de su mujer. Hallábase ésta recostada en un sillón, con la mano izquierda en la mejilla, y con el pañuelo en la derecha enjugaba las lágrimas que pausadamente caían de sus ojos. Tenía delante el espejo; pero, con la vista fija en el suelo, no pudo notar la presencia de su marido, que por el espejo veía su cara.

Gregorio se detuvo casi instintivamente: hay revelaciones que se adivinan: el dolor parece que se impregna en la atmósfera y que se aspira.

Sintió el joven un estremecimiento nervioso, y, sin darse cuenta de lo que hacía, cogió la mano de Elvira, dejándose caer á sus pies. Ella dió un grito y trató de llevar el pañuelo á los ojos para esconder las lágrimas; pero Gregorio le detuvo el brazo, y, mirándola de frente, le dijo con acento de profundo dolor:

—¿Lágrimas en tus ojos?

—¡No!—exclamó ella, pugnando por secarlas.

—¡Oh! Sí: aun ruedan por tus mejillas: aun brotan calientes de tus párpados. ¡No las toques! Sea cualquiera la causa de tu llanto, necesito saberla. No debes tener oculto un sentimiento para mí, porque tu silencio sería criminal.

TEODORO GUERRERO

(Se continuará)

Digitized by Google

FANTASÍA CAUCÁSICA (cuadro de Clairin)

Digitized by Google

DE PASEO (cuadro de Román Ribera)

Digitized by Google

LA VOLUNTAD

La eficacia y virtud de la voluntad en la vida, por ser expresión de la entelequia activa, ha sido exaltada por algunos (1) que han pretendido condensar en ella toda la realidad; mientras otros (2) han negado y desconocido la voluntad misma (porque carece de objeto específico) y circunscrito la naturaleza de la energía interior á asociación de imágenes y emociones, subordinando de esta suerte la existencia del agente causal á un determinismo inflexible producido por los motivos.

A veces, y efecto de la ley incontrastable con que se impone la lógica del error, y de la frecuencia con que el absurdo de determinados extremos (que prescinden de la complexión de la realidad) coincide con el de los más opuestos, se observa que el *quietismo* negando la voluntad, y el *dinamismo* exaltándola en apariencia, concurren ambos á desconocer su propia índole, en cuanto el primero la asfixia en la vida contemplativa, y el segundo la engarza en una articulación fatal y nunca interrumpida dentro del terminismo de los motivos.

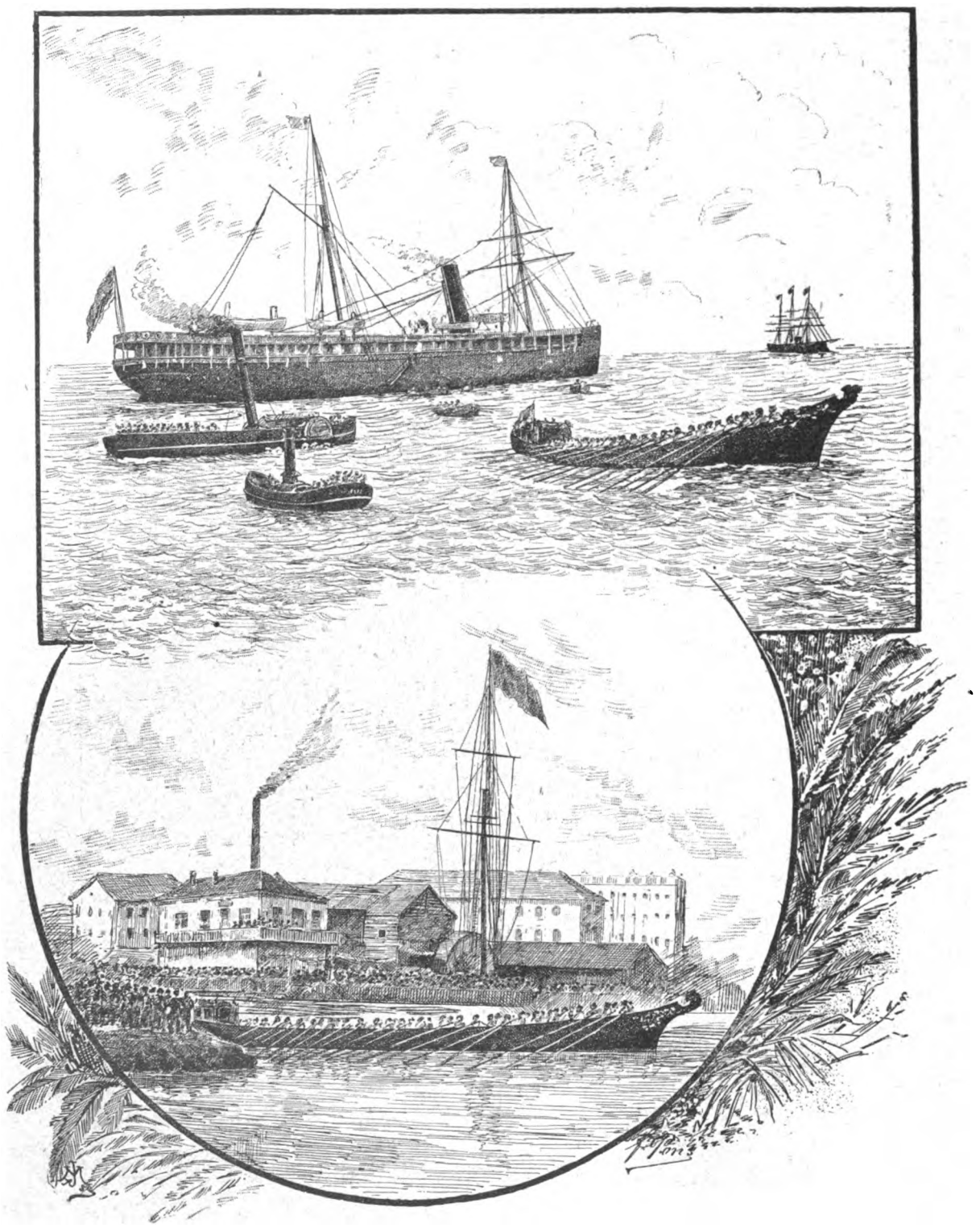
Moviendo el pensamiento y llevando la atención de uno á otro extremo, en medio de los cuales queda preterida la complejidad fenomenal, parece justificado intentar análisis de carácter psicológico acerca de la índole y naturaleza de la voluntad para precisar hasta donde alcance la perspicuidad del juicio, los antecedentes cronológicos y explicativos, las raíces y ramificaciones de la energía voluntaria, tan débil y enclenque á veces, tan audaz y presumida otras.

El análisis psicológico evita al presente aquellas antiguas sinopsis descriptivas, hechas á patrón fijo; cuadrículas estadizas y muertas, dentro de las cuales encajaban determinados estados, siquiera en ellas quedasen olvidados muchos y muy esenciales antecedentes, no sólo cronológicos, sino á veces explicativos de lo puesto en cuestión. La nueva Psicología pretende (y sólo el empeño es laudable) observar y sorprender las primeras manifestaciones (aquellas que poseen cierta relativa simplicidad) de la energía interior é ir anotando nuevos términos á medida que gradualmente se hace más complejo lo analizado. Los *análisis en vivo* (hasta donde lo tolera la naturaleza de lo observado) facilitan la percepción de los complejísimos elementos que laten en fenómenos antes tenidos por simples é indescifrables. Contra las antiguas entidades escolásticas, recursos nominalistas que desvían la indagación del punto y raíz de toda dificultad, la nueva Psicología anhela estudiar el proceso y desarrollo de lo menos complejo á lo más complejo de la energía interior. Aun cuando se malograra su intento final, y sólo obtuviera un registro ó enumeración de antecedentes necesarios á la producción de los fenómenos internos, fuera todavía estimable el propósito por la condición favorable que presta á concebir el producto en relación con la energía que lo determina.

Veamos, dentro de las nuevas tendencias del análisis psicológico, si es posible discernir y caracterizar (nunca separar) lo propio de los actos volitivos en medio de la complexión de la vida. Adquirirá de este modo la voluntad amplia base de sustentación en la condicionalidad que de todos lados la rodea, disponiéndonos á concebir su eficacia como fruto que requiere una ruda labor en la educación y en el hábito, y se revelará además en lo que genuinamente la constituye como un impulso propio, que no es lícito abandonar, declinando en un fatalismo absurdo. Voluntad condicionada é impulso que surge de una energía bien nutrida de factores y elementos circundantes, determinarán de modo preciso las cualidades en que debe descansar la formación racional del carácter: *audacia* en las iniciativas, *templada* por la prudencia que imponen el medio y las condiciones que nos rodean.

Se refiere hoy en general, casi con unanimidad completa, el comienzo del análisis psicológico al *acto reflejo*. Término final de reducción á que llega la observación de todo fenómeno psíquico (especie de *protoplasma moral* que indica el límite hasta hoy del análisis), el acto reflejo, arco psíquico ó ángulo inscrito en la circunferencia, simbolizada en la periferia del ser vivo, implica un excitante externo ú objetivo, una modificacion sujetiva y por ende una acción objetivo-sujetiva, traducida en la *irritabilidad*, que es la propiedad más genérica de la sustancia viva.

Precisar, tomando como base fisiológica de la voluntad el acto reflejo, qué es lo que añade la volición á la irritabilidad motriz, es desde luego el núcleo de la cuestión, tanto más fija y exacta cuanto que no puede ya, según pretendía la Psicología tradicional, tomarse la conciencia como cualidad característica de la voluntad. Aparte de que lo consciente se refiere al fin ó resultado y de ningún modo al funcionalismo de la voluntad, conviene advertir, como dice Paul-



LLEGADA Y DESEMBARCO DEL EMPERADOR D. PEDRO EN LISBOA (dibujo de F. Pons)

(1) *Schopenhauer* y los pesimistas. *Zola*, en *Au Bonheur des dames*, dice: «Obrar, crear, luchar contra los hechos, vencerlos ó ser vencido por ellos: en eso consiste toda la alegría y toda la dicha humanas.»

(2) SPENCER: *Principes de Psychologie;* y FR. PAULHAN: *Physiologie de l'Esprit.*

Digitized by Google

han (1), «que la conciencia falta algunas veces en los actos voluntarios y en ocasiones acompaña á actos involuntarios. Algunos actos involuntarios pueden ser conscientes, por ejemplo la respiración; otros, considerados voluntarios, se cumplen casi inconscientemente, por ejemplo el hecho de buscar una palabra en un *Diccionario* cuando se está muy preocupado. La conciencia no puede, pues, caracterizar los actos voluntarios.»

No constituye la voluntad excepción á la ley general, antes bien la confirma. Y esta ley general revela que todas las manifestaciones de la vida, desde las más sencillas y rudimentarias hasta las más complejas y sublimes, desde el movimiento de un pólipo hasta la reverberación mágica del pensamiento genial, todas tienen como pedúnculo y raíz, como base que ulteriormente se complica y diferencia, los *reflejos* en los momentos capitales que constituyen la manifestación primaria de todo fenómeno vivo, á saber, estímulo ó excitación del exterior, recepción del estímulo en el centro correspondiente y reacción que contesta al primero.

En cada uno de sus tres momentos, ó en los lados y vértice del ángulo que simboliza los reflejos, se halla la *base orgánica* de toda la vida psíquica, que luego se diferencia y complica en grados indefinidos. El estímulo ó excitación, que va por uno de los lados del ángulo, representa toda la vida sensible; la reacción y la elaboración que se produce en el vértice ó en los centros nerviosos, es la raíz de toda la vida mental; y el movimiento, que desde los centros ó el vértice se trasmite á los nervios eferentes, es la condición de la vida voluntaria.

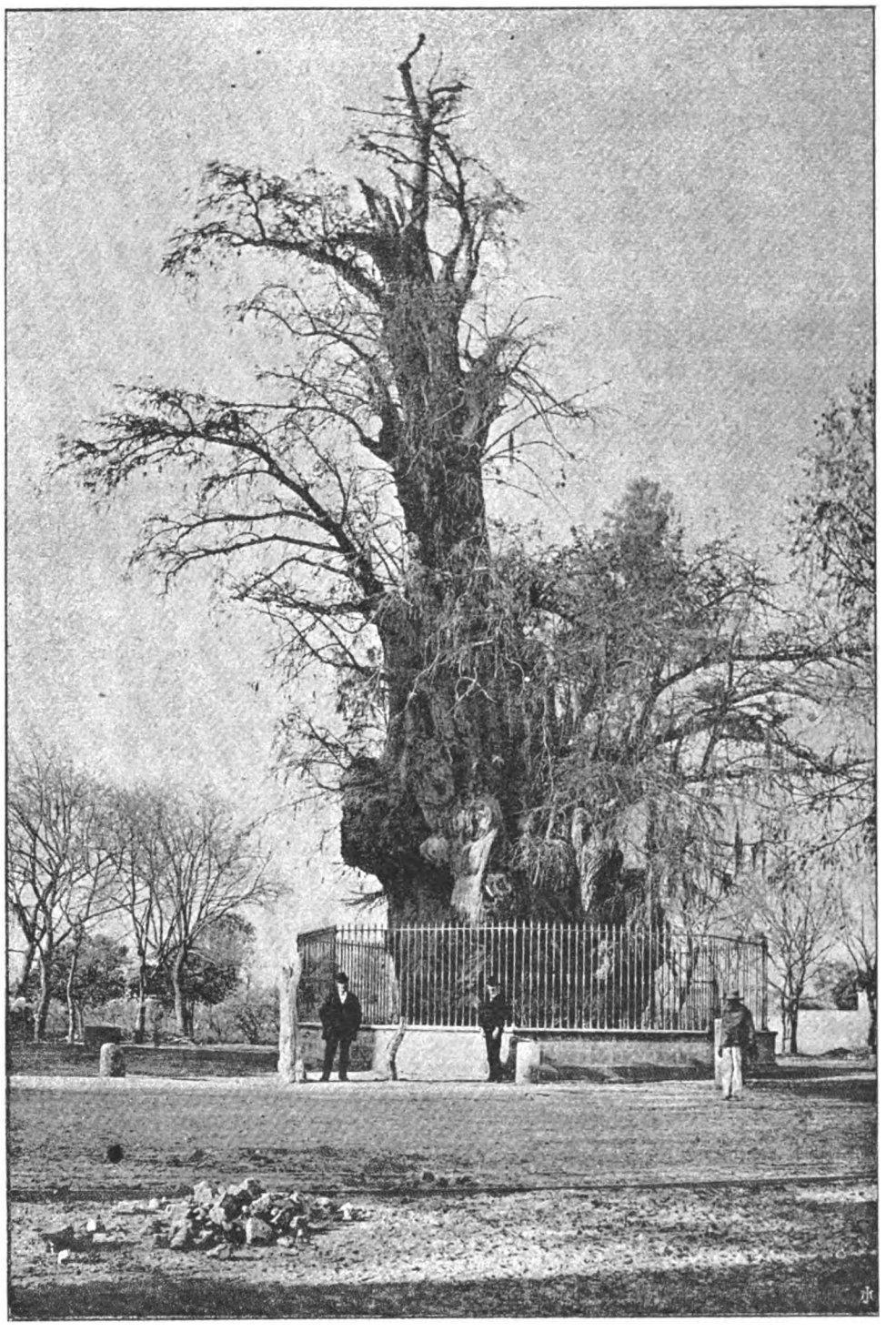
Las distinciones indicadas de la vida sensible, intelectual y volitiva no son separaciones completas, que se hayan de concebir al modo de dominios ó territorios deslindados; porque á ello se oponen la complexión íntima de los fenómenos, la trama de sus múltiples y varias condiciones y la continuidad de su proceso. Si se observa que no existe realmente *hiatus*, vacío ó punto de suspensión entre los fenómenos nutritivos y los propios de la vida de relación, mejor podrá comprobarse que entre las varias manifestaciones de los fenómenos de la vida de relación (homogéneos por pertenecer á un mismo orden) existe una continuidad que no se altera por que el análisis penetre en su complexión, señalando las distinciones exigidas para interpretarla y explicarla, distinciones otra vez hechas en el supuesto del *consensus orgánico* ó del principio sintético y unitario de la sustancia viva, en la cual los fenómenos mismos se producen en un proceso continuo, sin saltos ni separaciones.

El mecanismo de los reflejos, señaladamente de los propios de la vida de nutrición, y encaminados exclusivamente á la conservacion del individuo, tiene como ley fundamental la correspondencia de la reacción del movimiento con el estímulo de la excitación. El organismo reacciona según el grado en que se le excita. Tales son los actos involuntarios. Pero en los reflejos más complicados, en los adquiridos y pertinentes á la vida de relación, há lugar á distinguir *cantidad y cualidad* del estímulo, y, apreciando la última, cada individuo reacciona, frente á uno ú otro estímulo, de modo diferente. Complicándose y diferenciándose los reflejos, los seres vivos poseen dentro de sí y formado en las relaciones en que se mueven, su carácter individual con un fondo de reacciones comunes; pero sobre estas reacciones comunes aparecen variantes que son debidas á deseos y recuerdos antiguos. En estas condiciones diversas de la vida (señaladamente las que suministran el medio y la educación) se acentúa lo específico y diferencial de los individuos, *se condiciona, su propia espontaneidad* ó surge el acto voluntario (2), reflejo de la vida de relación ó reflejo más complejo que el propio de la vida de nutrición, mecánico é involuntario.

El acto involuntario es debido exclusivamente á la excitación objetiva y el sujeto es *en quien* se cumple. La acción del medio con la excitación objetiva es completa y se traduce mecánica é involuntariamente en aquél *en quien* se cumple. Dados ciertos antecedentes, se mueve el mecanismo del sujeto en determinada dirección.

Al acto voluntario, aun provocado y solicitado exteriormente, precede en el sujeto una *representación* de él y un *deseo* ó tendencia á ejecutarlo. Aquél *en quien* se cumple el acto voluntario, es también coagente y coautor, impulsa y mueve su propio mecanismo merced á los factores de la *representación* y del *deseo*. No es ya sólo el sujeto el *en quien*, sino el que cumple el acto, siquiera para ello se sirva de la condicionalidad que de todos lados le rodea. Es obvio por demás que la espontaneidad tiene siempre su base en la constitución orgánica del individuo (no se debe pedir peras al olmo), pero merced á la espontaneidad (sin que implique nada en contrario que se la considere como fuerza almacenada) no es la constitución orgánica de nuestros centros nerviosos simplemente estacionaria ó molecular, sino *dinámica*. Existe, en efecto, como soporte de nuestra espontaneidad, un *dinamismo fisiológico*, que es consecuencia de las señales ó residuos que dejan excitaciones anteriores y que modifican en parte nuestra existencia psicológica y aun ponen de relieve la importancia, para la formación del carácter, de las impresiones recibidas en los comienzos de la vida.

Ampliamente discutido por Wundt (1) el modo según el cual el dinamismo fisiológico y vivo de los centros nerviosos impulsa al mecanismo que le sirve de base, no queda, sin embargo, precisado por el célebre filósofo y fisiólogo el nexo entre ambos. Fija la voluntad, por ejemplo, un punto doloroso, ó determina cualqtier otro movimiento, *utilizando un mecanismo*, al cual sólo *necesita dar el primer impulso* para que ejecute con pre-



MÉXICO: EL ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE

(1) PAULHAN: *Croyance et Volunté, Revue Philosophique*, t. XVIII.

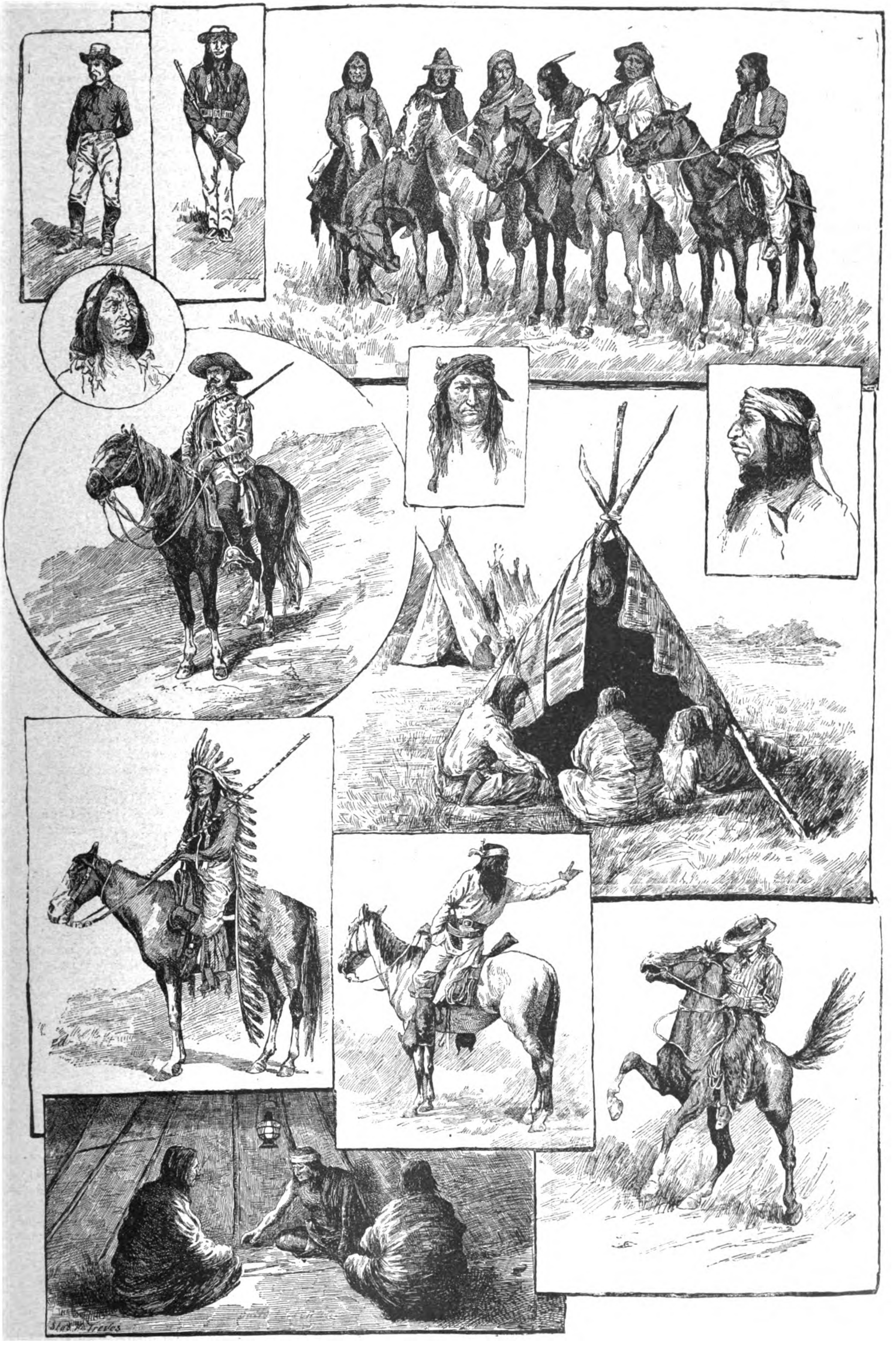
(2) «El movimiento *espontáneo* es la única característica que permite al observador concluir *á posteriori* á la existencia de la voluntad.» WUNDT: *Psychologie physiologique*, t. II.

(1) *Psychologie physiologique*, t. II, págs. 460 y siguientes.

Digitized by Google

LA DANZA DE LAS ASAGUAS

Digitized by Google



LA COMPAÑÍA DEL CORONEL GUILLERMO CODY (BUFFALO-BILL)

Digitized by Google

cisión sus órdenes, teniendo en cuenta todas las circunstancias que se presentan. Así se traduce la voluntad por una irritación interna que, después de haber impreso el primer impulso al movimiento, abandona el desenvolvimiento ulterior de este último á la regularidad espontánea del mecanismo fisiológico. Apunta Wundt, aunque no insiste en ello, como hipótesis explicativa, las *adaptaciones preformadas* del mecanismo fisiológico, y aun pudiera añadirse, con todo el respeto que merecen las opiniones de un pensador tan valioso, la complexión de que surge el acto voluntario, teniendo siempre por base actos reflejos é instintivos y la *finalidad* inmanente en todo ser vivo.

U. González Serrano

(Se concluirá)

EN UN ÁLBUM

—¿Por qué, señora, quieres
saber mis pensamientos?
Deja que en los ocultos
desvanes del cerebro,
si el ocio los engendra,
los aniquile el tedio.
Para adular soy torpe,
para mentir soy viejo:
¿quién pide al tronco aromas,
ni flores al invierno?
Lo sólo que en mí vive,
lo que inmutable siento,
contra lo cual se estrella
la furia de los tiempos,
es el calor del alma,
de la amistad el fuego,
que como el sol se extiende
por todo el universo.
¿Te agrada este tributo?
Gozoso te lo ofrezco.
Escribe en tu memoria
la fecha de estos versos:
yo escribiré en la mía
tu nombre y tu recuerdo.

Manuel del Palacio

EL ASCENSO DE REGOJO

Podrán haberse olvidado del sargento Regojo los que sirvieron con él en el segundo de lanceros, pero seguramente ninguno se ha olvidado de su madre, la viejecita que tenía una cantina cerca de la estación de Resquemilla. A mí no se me ha olvidado ni uno ni otra. El sargento Regojo llegó á ser casi indispensable en el escuadrón: él quitaba la mitad de su trabajo al capitán del detall, y su letra, una letra maravillosa de corrección y claridad, sólo tenía igual en la del teniente Diámetro.

Regojo era un excelente soldado, tan excelente que en todo el tiempo que duró el sitio de Resquemilla se ganó á puño los estambres de cabo, y los galones de sargento más tarde; acontecimientos que festejamos en la cantina de la abuela. Aunque el que más y el que menos entre nosotros estaba hecho á todo género de horrores después de cuatro años de guerra, no me avergüenza deciros que cuando hicieron sargento á Regojo y se lo dijo él mismo á la abuela delante de todos, sentimos cierto cosquilleo en el corazón. Era Regojo un buen mozo que hacía gallarda figura á caballo, pero un poco desgarbado á pie por exceso de estatura; y como la abuela no era más alta que una cornetilla, hubo de bajarse Regojo y darla un beso levantándola en brazos como á una niña.

Desde entonces, y aunque á nadie dijo Regojo estas cosas, supimos por el teniente Diámetro que el sargento suspiraba por los galones de alférez. El cabo González, *Rajamuelas* por mal nombre, gran parroquiano de la cantina y muy experto en la táctica de enterarse bien de lo que no le importaba, había provocado en la abuela la confidencia de aquella ambición. Y os juro que nadie lo hubiera visto mal en el escuadrón.

Apretó el invierno sobre el triste bloqueo de Resquemilla. Por un lado el temporal y por otro el enemigo, nos cerraron toda comunicación. El escuadrón hacía salidas casi diarias: unas veces sobre Cabrales para recoger ganado ó lo que buenamente cayese; y otras por la vía adelante, hasta que nos detenía el fuego de las baterías que los otros habían levantado en dos noches de trabajo en la colina de Resquemilleja con los rails del ferrocarril. En los peores días de febrero tuvimos que desalojar la estación y meternos en Resquemilla, haciendo coraje para más adelante, pero obligados por el pronto á soportar la situación. La abuela tuvo que cerrar la cantina, adosada al muelle del ferrocarril, y entre todos le arreglamos un rincón en las guardillas del cuartel.

Los otros se habían llevado todo el material del ferrocarril á Resquemilleja, inclusas tres locomotoras del depósito, á pesar de que el día que se las llevaron fuimos más de cuarenta números con el propio coronel Rebanal para evitarlo. Bien sabe Dios que respeto la memoria del coronel; pero si hubiera mandado cortar á tiempo el puente sobre el Resquemín, no hubiera sucedido lo que sucedió.

Y fué que aquellos perros blindaron una de las máquinas, la de más andar, y no tuvimos desde entonces, en la avanzada de la estación, noche reposada. Llegaban sin ruido entre la niebla y la lluvia con un pelotón de tiradores en el ténder, y atacaban á mansalva á los centinelas. De nada servía que Rebanal jurase como un carretero ni que saliésemos á escape, porque daban contravapor y se ponían en Resquemilleja en menos tiempo del que necesitaba Rebanal para desear que se los llevase el demonio.

Había que acabar con aquello á todo trance, costase lo que costase y fuese como fuese. Durante dos días anduvo el coronel Rebanal viendo la manera de deshacerse de la endiablada máquina que nos costaba ya más de sesenta bajas. Anteojazo por aquí, anteojazo por allá, y Rebanal sin encontrar medio de llegar á lo que deseaba. Volvió á nosotros la cara tempestuosa que se le había puesto, y dijo mirando á los oficiales:

—¿Hay alguno que quiera ir al puente y volarlo?

Todos nos miramos temerosos de que hubiese algún desesperado entre nosotros. Entonces adelantó Regojo la montura.

—Yo voy, mi coronel,—dijo.

Si todo género de respeto no lo hubiera impedido, hubiésemos dicho, incluso Rebanal, que aquello era una temeridad, y Regojo no hubiera ido, aun cuando así pusiese á cien leguas sus galones de alférez. Salió vestido de paisano, á caballo, por la vía adelante hacia el Resquemín, ocultándose como pudo entre los cañaverales y con dos cartuchos de dinamita en el bolsillo Llegó al río. Desde la avanzada de la estación vimos con los anteojos su bulto largo y negro sobre el puente, agachado luego para colocar los cartuchos. También le vieron los otros desde Resquemilleja y le hicieron fuego sin que Regojo se moviese. Acabó la heroica faena y fué á montar para volver; pero había calculado mal el tiempo: sobre el Resquemín se levantó la explosión de piedra, hierro y tierras, y envueltos en ella fueron jinete y montura. Cuando pudimos ver bien lo que había pasado, el puente y Regojo estaban por el suelo, tan deshecho uno como otro.

Recuerdo que Rebanal levantó iracundo el puño al cielo y que el teniente Diámetro volvió la espalda para que no viésemos que casi lloraba. A mí me dió frío pensar de pronto en la viejecita, que no sabía nada de la temeridad de Regojo. El coronel tiró airado el anteojo contra la fagina, y nos dijo muy conmovido:

—Si viviera Regojo sería alférez á estas horas. Al primero que hable en el cuartel de lo sucedido, le desuello.

Nos contó luego el machacante Perniles, que servía la mesa del coronel, que Rebanal llamó á la abuela y la dijo con mucho rodeo y circunloquio que Regojo había recibido el despacho de alférez que tenía bien ganado, que había tenido que salir á escape para Filipinas, que había dejado un dinerillo y muchos abrazos para ella, que aquello eran cosas de la pícara guerra, etc., etc.

En un año que aun estuvimos en Resquemilla hasta que murió la abuela en su cantina, que había vuelto á abrir después del bloqueo, el teniente Diámetro escribió cada dos meses una carta que cualquiera hubiese creído de Regojo, y se las fué dando á la cantinera como llegadas por la cartería del regimiento.

Y, aun olvidados de la amenaza de Rebanal, ni uno solo de los individuos del escuadrón tuvo valor para enterar á la abuela de la tremenda verdad del caso en el ascenso del sargento Regojo.

Federico Urreche

ESTUDIANDO

En la sala anatómica desierta,
desnudo y casto, de belleza rara,
el cuerpo yace de la virgen muerta,
como Venus tendida sobre el ara.

Lánguido apoya la gentil cabeza
del duro mármol en la plancha lisa,
entreabiertos los ojos con tristeza,
en los labios cuajada una sonrisa.

Y desprendida de la sien severa,
del hombro haciendo torneado lecho,
viene á cubrir la suelta cabellera
las ya rígidas combas de su pecho.

Más que muerta, dormida me parece;
pero hay en ella contracción de frío:
es que al morir el cuerpo se estremece
cuando siente el contacto del vacío.

Mas yo, que he sido de la ciencia avaro,
que busco siempre la verdad desnuda,
á estudiar aquel libro me preparo,
interrogando á la materia muda.

Al cadáver me acerco: en la mejilla
brilla y tiembla una lágrima luciente...
¡Un cadáver que llora!... Mi cuchilla
no romperá su corazón doliente.

Del estudio me olvido, y me conmueve
tanto esa gota silenciosa y yerta,
que los raudales de mi llanto en breve
se juntan con el llanto de la muerta.

Joaquín González Camargo

¡ARRE!

Y bien, soy veterinario: no hallo en esto motivo alguno de risa; pero, en fin, ya que Vds. se ríen...

No: mi profesión no tiene nada de chistosa ni de alegre: asistir á pobres bestias enfermas, que no hablan, que sufren y rara vez se quejan, que se mueren y no dicen:—Esto tengo,—me parece que no es oficio de payasos, y los que de estas cosas se burlan tienen menos seso que un mosquito.

Será exageración, pero entre un hombre y un animal me inspira más interés el animal que el hombre.

Y la razón es muy sencilla: al hombre, sea como quiera, no le faltan medios de vida; hay reyes que le amparan, tribunales ante los que reclama su derecho; es libre; el producto de su

Digitized by Google

trabajo, suyo; si le atacan se defiende; si atentan contra él ó su hacienda, la sociedad, según los artículos tantos y cuantos del Código Penal, impone á los agresores el castigo que merezcan.

Pero que á un perro, pongo por caso, le abran la cabeza de un garrotazo en mitad de la calle, y... ¡nada! el agresor sigue siendo tan bruto como antes, y asunto concluído. No: para un perro no hay leyes, ni sociedad, ni sentimientos *humanitarios* que valgan.

No hace muchos días, estando yo herrando un potro, se presentó en mi casa cierto hombre del pueblo que traía un caballo atado de un ramal.

¡Valgame Dios, qué penco! Todo él era piel y huesos solamente, no podía andar, se le doblaban las piernas, y su amo, para darle fuerzas, le arrimaba cada patada en el vientre que todavía me admiro de que el pobre animal pudiera resistir tanto.

Apenas pisó el quicio de la puerta, el hombre se encaró conmigo, y, sin más preámbulos, dijo de buenas á primeras:

—Aunque sea mala pregunta, ¿es V. el veterinario?

—Sí, señor.

—Pues... mire V.: aquí vengo porque este caballo parece que no anda bien, y quería que V. me dijera si se puede ó no se puede curar para saber á qué atenerme.

—Vamos á verlo.

—¡Ca! ¡No, señor! Antes de echarle la vista encima me tiene que decir el dinero que eso vale.

—Dos pesetas.

—¿Dos pesetas?... ¡Ni diez perros chicos! ¡No vale tanto el caballo!

Por compasión al animal me avine á todo, y le reconocí detenidamente: estaba tísico.

—¡Tísico!... ¿Es decir que no hay remedio? ¡Ea! Ahí van los dos reales y V. disimule. ¡Arre!

El hombre tiró con todas sus fuerzas del ramal, y, como el caballo no se moviera, volvió á darle de patadas en el vientre. Entonces intervine.

—Diga V., buen hombre: ¿qué piensa hacer del caballo?

—¡Toma! La cosa es clara: venderlo.

—No habrá quien lo compre.

—¡Vaya si hay!

—¿Quién?

—El empresario de la plaza de toros.

—¡Ah! Comprendo. Y ¿cuánto le dará á V. por él?

—Lo menos cinco duros.

—Si quiere V. ahorrarse el viaje, yo le doy ahora mismo diez pesetas.

El hombre aceptó, no por generosidad, sino porque demasiado sabía él que no habían de darle ni un céntimo siquiera.

Instalé mi caballo en la cuadra y me dediqué á cuidarle. Su curación era realmente imposible, pero al menos moriría tranquilo.

MONTEVIDEO: PALACIO PARA CORREOS Y TELÉGRAFOS, EN PROYECTO

Aquí necesito hacer una digresión que explique lo que ha de seguir.

Hace ya algunos siglos, en no recuerdo qué Concilio, se decretó, por cuatro votos de mayoría, que las mujeres tenían un alma inmaterial y eterna. Si esto ocurrió entre personas relativamente ilustradas y cultas, no es de extrañar que en nuestro tiempo una exigua minoría (por suerte la más culta é ilustrada) crea en la inteligencia de los animales y se consagre á su investigación y estudio.

Y aquí entro yo; porque si las más de las gentes toman á burla estas cuestiones, ¿qué no dirán si afirmo que los animales, no sólo tienen inteligencia y alma, sino que á su vez lo manifiestan por medio de un lenguaje?

¡Ah! ¿Lo negáis porque no lo comprendéis? Pues oid á un perro y á un chino, y luego decidme si habéis entendido mejor lo que habla el uno que lo que ladra el otro.

Es verdad que para entender al chino basta con estudiar su idioma; pero es el caso que eso mismo ocurre con los animales: basta estudiar su idioma para comprenderles; y yo, por razón de mi oficio, les entiendo á las mil maravillas.

Reanudo, pues, mi historia.

No bien hube instalado á mi huésped en la cuadra, le administré un calmante, le di pienso fácilmente digerible, y, peinando con mis dedos sus escasas crines, exclamé:

—¡Infeliz! ¡Cuánto habrás padecido!

—Mucho.

Y, antes de hablarme de otra cosa, me manifestó su agradecimiento por lo que acababa de hacer en favor suyo. Luego, dando un relincho muy suave, dijo:

—Antes que el dolor he conocido el placer, sin duda para que mi desgracia fuese completa. Allá, en la dehesa en que nací, fuí libre y dichoso: el pienso abundaba al alcance de mi boca; mis pies hollaban una tierra compacta y dura; el espacio que abarcaban mis ojos no tenía límites; emulado por mis compañeros, ganaba las distancias á galope tendido hasta que, hartos de correr, nos revolcábamos en el suelo dando alegres relinchos... ¡relinchos á los que á veces respondía alguna yegua de mi edad!

Empezaba á conocer el amor cuando la mano cruel del hombre me imposibilitó para amar...

¡Ay! ¡Malhaya el primer animal salvaje que se resignó á la vida doméstica por un celemín de cebada ó lo que fuera!

La ferocidad es un arma preciosa de defensa y de conquista: conquista el amor y el sustento; defiende la libertad y la prole: el hombre mismo, cuando combate por su independencia, es feroz.—

Un ataque de disnea le interrumpió un momento.

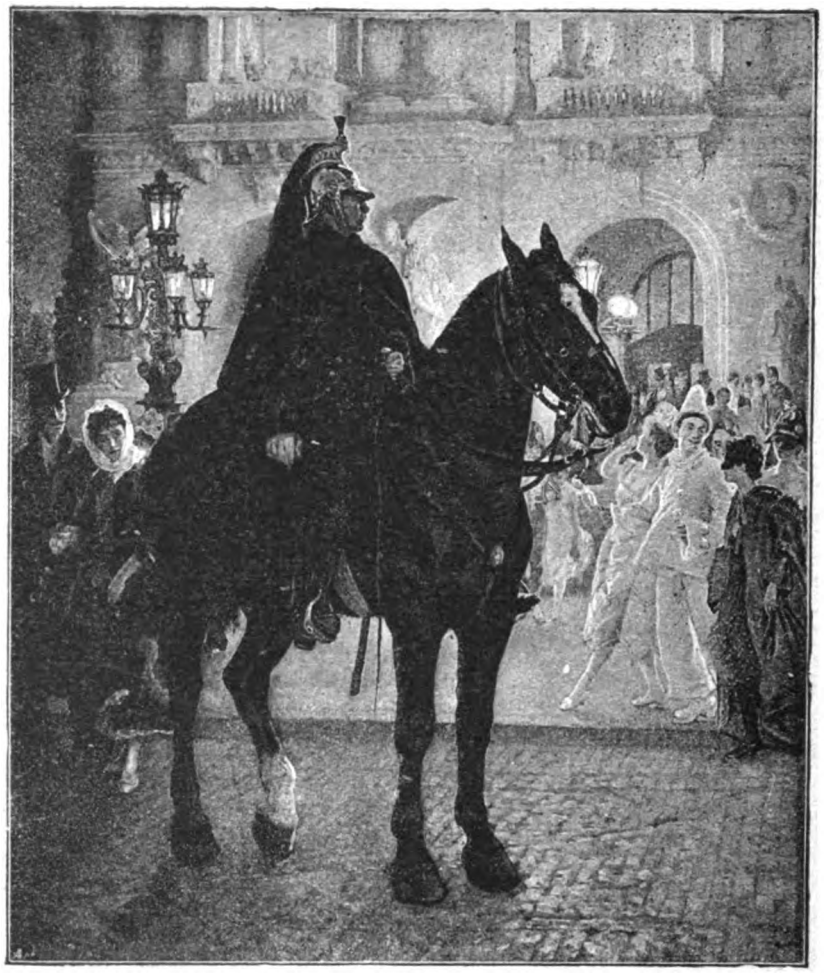
—He tenido muchos dueños,—prosiguió;—unos ricos y otros pobres. En la casa de los pobres comía poco y malo; pero, en la de los ricos, el centeno, la avena y la cebada eran para los criados, que comerciaban en ello, dejándome sólo la paja.

Pero más que el hambre me han indignado los injustos castigos: primero la fusta y la espuela, luego el látigo, después la vara de fresno, puñetazos que ciegan, pedradas que hunden los huesos, la piel desgarrada, la cabeza rota, las piernas heridas... ¡No hay sitio alguno en mi cuerpo que no haya sido tundido y macerado!

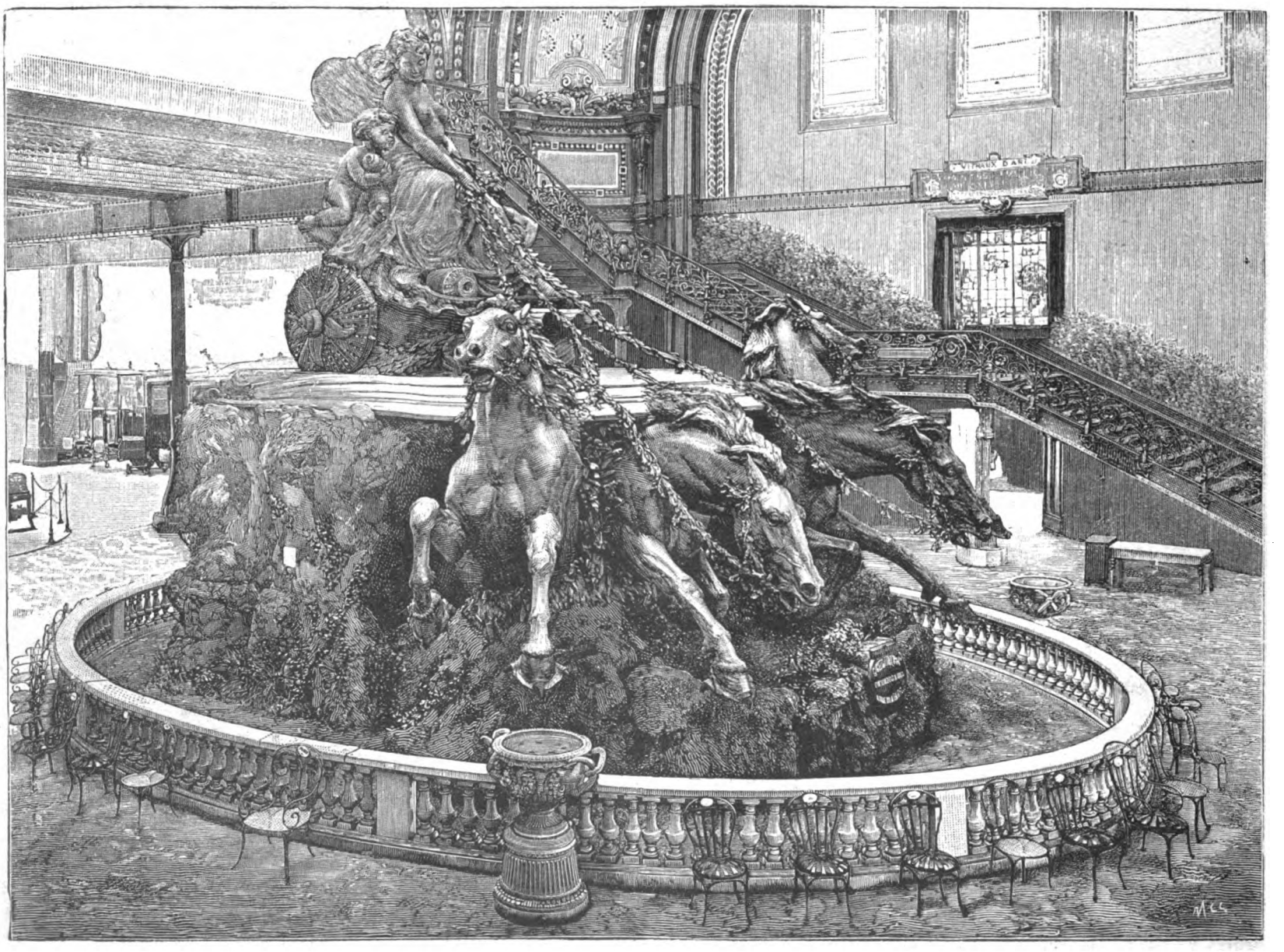
La vanidad del jinete, la inexperiencia del lacayo, la torpeza del cochero, la embriaguez del mayoral, la excesiva carga que nos agobia y rinde, la edad que agota el vigor y la energía; todo es ocasión de golpes, todo lo pagan nuestras costillas, nuestros ijares, nuestras orejas, nuestros huesos, nuestra carne. ¡Es un tormento que jamás concluye!

Digitized by Google

RETRATO DE SEÑORA, por W. Margetson



MASCARADA PARISIENSE (cuadro de Bealle)



EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS, DE 1889: FUENTE MONUMENTAL DE LA ROTONDA

Digitized by Google

SALIDA PARA LA PESCA (cuadro de Haquette, grabado de Baude)

Digitized by Google

Cuatro años, uncido á los tranvías, he subido las empinadas cuestas de las calles de Madrid, arrastrando, en cada viaje, cientos de arrobas de seres humanos hacinados en esos inmensos armatostes de hierro y de madera. En verano asfixiado de calor, aterido de frío en el invierno, los ojos llenos de tierra durante las ventiscas primaverales, calado de agua al llegar las lluvias del otoño, y siempre, siempre sacudido por la vara del conductor; allí cogí mi primer pulmonía.

Inútil para este penoso servicio, me dieron por hospital un carro, por cama sus dos palos delanteros, entre los que iba tieso y amarrado sin poder hacer movimiento alguno; por medicina trasportar piedras de sillería, y para alivio de mis males un amo á quien la ira cegaba con tanta frecuencia y de tal modo que, harto de blasfemar y maltratarme, se abrazaba á mi cuello y me acribillaba á mordiscos, hasta que concluía por clavar su navaja en mis costados.

Una noche, creyendo que me había muerto, me abandonó en las inmediaciones de un pueblo. Allí descansé algunas horas, porque si bien los dolores me atenazaban las entrañas, sufrí en paz sin que nadie me atormentase.

Pero al amanecer de aquel día, el hombre que V. conoce, viéndome que estaba vivo, me ató un dogal al cuello, y, unas veces tirando de la cuerda y otras dándome de patadas, me llevó á su casa, me cargó de hortalizas, montóse sobre mis ancas, y aquí llegamos para su ventura y la mía; pues él, á más del producto de su mercancía, se ha encontrado con diez pesetas como llovidas del cielo, y yo he tenido la suerte de dar con un hombre compasivo y generoso.—

Con grande esfuerzo pudo hacer la breve historia de sus males, pues los ataques de disnea menudearon de tal suerte que de allí á poco se presentó el hipo de la agonía, una agonía lenta y espantosa.

El pobre animal quiso sostenerse en pie hasta el último instante, pero los cuartos traseros empezaron á flaquear y cayó sobre ellos. Entonces el infeliz volvió la cabeza hacia donde yo estaba, y, estirando el cuello, puso el hocico en mi hombro, intentó hacerme una caricia, exhaló un sordo ronquido y se desplomó en el suelo.

VICENTE COLORADO

NUESTROS GRABADOS

JULIÁN GAYARRE

(Véase la revista de Fernanflor.)

ANTONIO MEUCCI
INVENTOR, SEGÚN ÉL, DEL TELÉFONO

El ejemplo de este ilustre sabio, recientemente fallecido, es una prueba más de los sinsabores que son anejos al papel de inventor. Meucci era toscano, pero hacía muchos años que vivía cerca de Nueva York, emigrado, habiendo montado allí una gran fábrica de bujías esteáricas, bien conocida de Garibaldi.

Al comenzar la casa Bell á explotar los primeros aparatos telefónicos, Meucci la puso pleito, acusándola de haberle arrebatado su secreto. La cosa terminó por una transacción, obteniendo Meucci como indemnización algunos millares de dollars.

BELLAS ARTES

FRANCIA: FANTASÍA CAUCÁSICA, *de Clairin*.—SALIDA PARA LA PESCA, *de Haquette*

Figuró la *Fantasía* en el *Salon* de 1889, y, como todo lo de Clairin, sobresale por su elegantísima factura. La racha de exotismo, que ha sido la nota dominante del año de la Exposición, movió sin duda al autor á inspirarse en esa belleza de Tiflis para satisfacer el ansia de inédito que se apoderó de nuestros apreciables vecinos.

Lo atrevido de la composición, con esa ola rompiéndose en primer término, es una de las muchas bellezas que son de alabar en el cuadro de M. Haquette. El autor, siguiendo las tendencias de la escuela moderna, pinta la atmósfera, y lo hace, como se ve por el magnífico grabado de Baude, con profundo conocimiento de la perspectiva. Aparte de esto, la obra es un magnífico canto de gloria en honor del trabajo, representado en una de sus más duras cuanto varoniles formas.

ESPAÑA: DE PASEO (EN PROMENADE)
Cuadro de Román Ribera

Con decir que se trata de un retrato del Sr. Ribera, queda entendido que ha de brillar por la elegancia del modelo y por su deliciosa ejecución. Pocos como nuestro distinguido compatriota para fijar en el lienzo las seducciones de las damas de la *high life* y para trasladar con verdad pasmosa las pieles, sedas y cuanto contribuye á dar aristocrático carácter á sus delicadas parisienses.

INGLATERRA: RETRATO DE SEÑORA, *de Margetson*
—MASCARADA PARISIENSE, *de Bealle*

Un buen retrato es siempre cosa de apreciar, pues no es género que abunde mucho, y por lo mismo merece plácemes el Sr. Margetson, partiendo del supuesto de que el parecido sea exacto, á lo menos psicológicamente En cuanto á la *Mascarada parisiense*, pertenece á esa categoría de lienzos derivados de la antigua escuela holandesa que reproducen aspectos y vistas de ciudades, constituyendo una de las más curiosas manifestaciones del arte moderno.

LLEGADA DEL EMPERADOR D. PEDRO Á LISBOA
Dibujo de F. Pons

Con esas honras tributadas al ilustre ex monarca brasileño termina su período imperial. La acogida respetuosa que le dispensó el pueblo de Lisboa pudo, sin duda, consolar al ilustre destronado de los ocios gubernamentales á que le han condenado sus conciudadanos y que él sabrá aprovechar, sin duda, para dedicarse á sus caros estudios: ventajas que no todos los reyes cesantes pueden vanagloriarse de poseer.

MÉXICO: EL ÁRBOL DE LA NOCHE TRISTE

¿Quién no conoce la tradición de *El Arbol de la Noche Triste*? ¿Qué corazón no se conmueve al recordar los horrores de aquella retirada cuando nuestros pobres aventureros caían á centenares atravesados por las flechas de los aztecas en las calzadas trazadas en medio de la laguna de México? El ilustre capitán, abatido más por las lágrimas que por el desaliento, fué á descansar, en las últimas horas de aquella noche infausta, al pie de una copuda ceiba mientras llegaba el momento de continuar de nuevo el terrible movimiento de retroceso.

Las generaciones han conservado piadosamente aquel mudo testigo de las lágrimas de Hernán Cortés, de ese genio asombroso, tan mal pagado, sin embargo, por el emperador D. Carlos.

LA DANZA DE LOS ASAGUAS
Dibujo de O. Tofani

Los asaguas son una de las principales cofradías religiosas del Moghreb, fundada ha dos siglos, por inspiración de Alah, por el santo Sidi-Mohammed-ben-Aissa, natural de Mequinez. Vienen á ser una especie de *integros*, poseídos de sagrado furor que les vuelve ciegos, sordos, insensibles. Tienen en Fez su mezquita central, y no vale allí rezar ni prosternarse, sino que hay que darse de mojicones, herirse é imponerse lo que en nuestro caso llamaríamos mil *cilicios*.

Ese hato de epilépticos bailan que se las pelan, divirtiéndose en perforarse las mejillas, saltarse los ojos, comerse escorpiones y otras salvajadas por el estilo. Algunos de ellos estuvieron en la Exposición de París y consiguieron un *grand succès*.

LA COMPAÑÍA DE BUFFALO-BILL

Suspendidas, á causa de las circunstancias, las representaciones de los *Buffalos*, con tanto éxito inauguradas en Barcelona, reanudáronse por Reyes, pudiendo presenciar el público uno de los espectáculos más originales que cabe concebir.

Los tipos que figuran en esas representaciones son los últimos restos que quedan de aquellos terribles *Cowboys* y de aquellos no menos terribles *Pieles Rojas* que durante muchos años se disputaron á muerte el *Far-West* ó sea el Extremo Occidente de los Estados Unidos. El coronel Guillermo Cody (a) *Buffalo-Bill*, que había sido uno de los más intrépidos *Cowboys*, reunió á sus compañeros supervivientes, y lo mismo á los *Pieles Rojas* que habían podido escapar con vida de las antiguas guerras, y los condujo á la Exposición de París para mostrar al mundo del porvenir los dos tipos más enérgicos del pasado americano.

Lo mismo allí que en el hipódromo de la calle de Montaner vense los campamentos separados de los Cowboys y los Pieles Rojas. Después cambia la escena y todos corren á dar caza á los búfalos, hasta que se encuentran los dos bandos y se persiguen y combaten como de verdad, no haciendo más que repetir actos reales de su vida pasada.

Nuestro grabado representa los Pieles Rojas y Cowboys bajo la tienda, pacíficos, á caballo, aislados ó reunidos, de escucha ó de centinela, aprestándose al combate, en marcha; y tres tipos de los más característicos de los Pieles Rojas.

MONTEVIDEO: PALACIO DE CORREOS Y TELÉGRAFOS
(*En proyecto*)

Por ese nuevo proyecto, próximo á ser una realidad, puede venirse en conocimiento del grandísimo auge que va adquiriendo Montevideo. Pequeña es la República Oriental, pero aun con eso nos parece destinada, por sus singulares condiciones, á influir en gran manera en los destinos de la América del Sur.

EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARÍS

LA FUENTE MONUMENTAL DE LA GIRONDA

Hallábase esta hermosa obra en el vestíbulo del Palacio de Bellas Artes, habiendo merecido los mayores elogios de los inteligentes por su soberbia factura y por el vigoroso modelado de los caballos.

FLORIDA: PASO DEL CIPRÉS EN EL OCKLAWAHA

Hablamos ya, algunos números atrás, de la gran prosperidad que va adquiriendo la península descubierta por el desgraciado Ponce de León, á lo cual tenemos que añadir hoy que ese *Paso del Ciprés* es uno de los paisajes que más atraen la atención de los viajeros por sus risueñas orillas, sembradas á profusión de palmeras, naranjos y sobre todo de corpulentas magnolias.

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

—Llegó ayer y me preguntó en seguida por ti, diciéndome que, no pudiendo desechar tu imagen de su imaginación, resolvió venir aquí á veranear, con el objeto de verte y de tratarte.

—¡Eso ha dicho!—exclamó la joven radiante de júbilo.

—¡Me alegro! ¡Me alegro!—añadió D.ª Concepción, siempre acompañando sus frases con su sonrisa.

—Y tú ¿qué le contestaste, tío?

—Que no piense en eso... que no estoy dispuesto á que te trate y te visite, porque desde hace un año no te perteneces... no eres libre. «—¿Se ha casado?» me preguntó. «—Sí.» «—¡Tanto mejor!» exclamó con inmenso regocijo. «—Tanto peor,—le repliqué,—porque su matrimonio te imposibilita de enamorar á mi sobrina.» «—Al contrario,—me repuso;—su casamiento le da á mis ojos el mayor realce que puede conseguir una mujer: el de ser ajena, el de tener que robar á otro su cariño, el de batirse con los obstáculos hasta conseguir derribarlos, el de luchar para alcanzar dificilísima victoria.» «—Piensa que es mi sobrina,» le repliqué fingiéndome indignado. «—Otra dificultad: me alegro,» me contestó. ¿Te convences, Virginia, del modo de ser de Octavio?

—Sí, tío: me lo retratas de mano maestra. Es indispensable fingirme casada ó renunciar á él, y para este sacrificio sí que me flaquean las fuerzas.

—Pues bien: tu esposo está en Marsella montando una gran fábrica. Es un hombre despreciable: á los seis meses de matrimonio te abandonó, marchándose de Valencia con una bailarina, que desde entonces hace con él vida común en la indicada ciudad. Tú eres víctima de su ingratitud y de su felonía, y, mártir del matrimonio, arrastras sola, triste y desconsolada, la abrumadora cruz.

—¿Referiste esa novela á Octavio?

—Sí.

—¿Trataste de herir su imaginación presentándome interesante por mis inmerecidas desgracias?

—Eso es, eso es.

—¡Qué embustes! ¡Qué mentiras!—exclamó la paralítica.

—Pero nos conviene que Octavio crea que son verdades,—dijo D. Ignacio dirigiéndose á su hermana.

—Sí, mamá,—añadió Virginia corroborando lo dicho.

Digitized by Google

—Bien: yo callaré...—contestó D.ª Concepción.

—Presentándote como á mujer ajena y viendo los inmorales propósitos que abriga, tuve que encolerizarme y decirle que no le presentaría aquí, y que además contase con mi constante oposición á la ejecución de sus deseos descubriéndotelos, Virginia, y poniendo á tu vista, de relieve, las condiciones de ligereza, de falta de constancia y de promiscuador que le afean y que le inutilizan para labrar la dicha de la mujer digna.

—Eso, en vez de ser una rémora para los deseos de Octavio, habrá sido un estimulante.

—Veo, sobrina, que no desconoces el corazón del hombre: así fué. Pero hice más: le prohibí que viniera á visitarte.

—¡Entonces vendrá!—exclamó alegremente Virginia.

—Quizás esta tarde, porque le dije que yo comía con vosotras, y supe después que pidió á mi criado la dirección de esta alquería.

—Entonces ya no es hora de retroceder: es hasta urgente desenvolver el plan con el mayor ingenio posible,—contestó la joven.

—Sí: representaré el papel de oponerme á que se enamore; y cuando llegue á mis oídos ó descubran mis ojos que se dedica á ti, hasta le despediré de casa, le haré ir á una fonda y le prometeré escribir á su padre la indignación que me causó enterarme de su inicuo proceder,—contestó D. Ignacio.

—De ese modo cae indudablemente en nuestras redes,—replicó Virginia.

—¡Pescado! ¡Pescado!—exclamó con infantil alegría la infeliz apoplética.

II

Al llegar el anterior diálogo al punto en que lo suspendimos, medió entre los interlocutores larguísima pausa, prolongado silencio. Virginia, abstraída con el desarrollo de la combinada intriga, entretenía la imaginación gozándose en meditar en los detalles que mejor pudieran contribuir á la autenticidad de la ficción y en saborear de antemano el gozo infinito que sentía en fijar para siempre el corazón voluble de Octavio, hacia el que se veía irresistiblemente atraída, como el hierro hacia el imán, por las leyes misteriosas de la Naturaleza, que así unen los cuerpos como los espíritus. D. Ignacio, satisfecho de sí mismo, cruzaba una pierna sobre la otra y agitaba el junquillo con la mano derecha, casi maquinalmente, pensando en sus adentros que era profundo conocedor del corazón humano y que sabía escudriñar con sus ojos de lince hasta sus más recónditos pliegues, sirviéndole esta ciencia en las circunstancias actuales para atraer la ventura á la vida triste de su sobrina, á la que profesaba paternal cariño, y cuyo cariño había ido en aumento á medida que veía á Virginia convertida más cada día en enfermera de D.ª Concepción, y, por lo tanto, aislada en el mundo y sin más protección que la que él pudiera prestarla, protección muy útil para una joven que rayaba en la época crítica de la existencia en la que la mujer ha de decidir de su porvenir, que muchas veces, ya sea próspero, ya adverso, es hijo de la casualidad, según la opinión del vulgo ignorante, pero no según la de D. Ignacio, que se explicaba siempre á su modo la ramificación de las circunstancias lógicas que se combinaban para atraer ese porvenir de un modo ó de otro. Estaba satisfecho de sí mismo porque había decidido proporcionar á Virginia la felicidad, y era indudable para él que procediendo con tacto no podía fallarle.

D.ª Concepción, en cuanto callaron tío y sobrina, desvió de ellos las miradas y las clavó en el techo de la casa, fijándolas en las pinturas de adorno que lo embellecían y teniendo parados el pensamiento y la vista.

Mientras permanecían mudos los tres personajes que hemos sacado á las tablas, un joven de elegante y distinguido aspecto apareció á lo lejos en la ancha acera de la calle de la Reina y á bastante distancia del sitio que aquéllos ocupaban en la puerta de la alquería.

Dicho joven levantaba la cabeza para leer los números de vez en cuando. Al poco tiempo, tendiendo la vista á lo largo de la acera, vió y reconoció á su tío y á las señoras. Apresuró el paso, y resuelto llegó hasta el sitio que indudablemente buscaba.

D. Ignacio reconoció al joven desde lejos, y, comprendiendo la intención que le conducía hasta allí, dijo á su sobrina:

—Ya viene á verte Octavio.

—Sí, sí: él es,—contestó ésta.

—¡Tiene prisa!—exclamó D.ª Concepción.

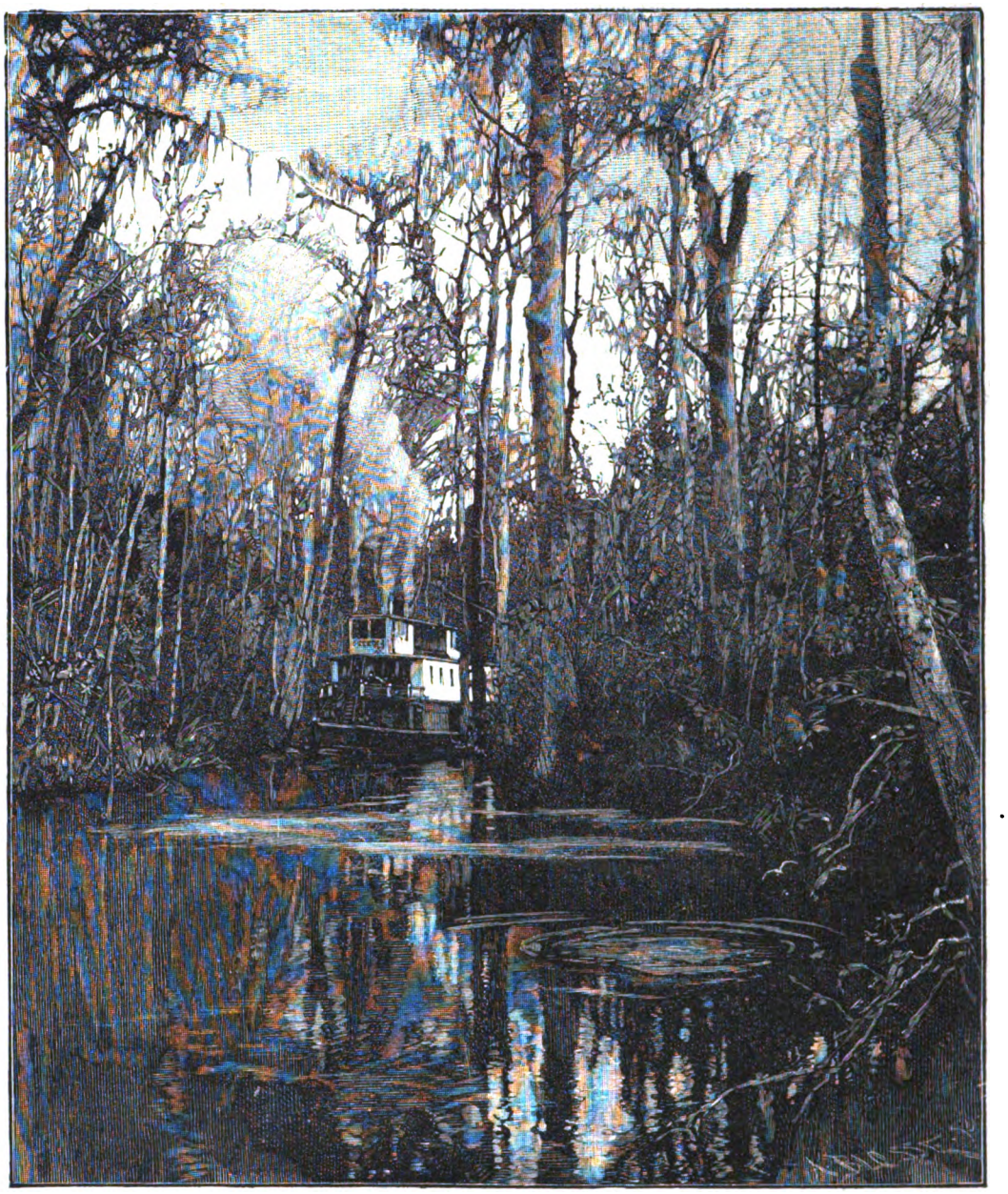
El joven apartó la cortina del toldo, que casi cubría las espaldas de D. Ignacio, apoyó la mano izquierda familiarmente en ellas, y, descubriéndose con la derecha por vía de saludo, exclamó:

—Adiviné que había de encontrarte en tan gratísima compañía, por lo que me he tomado la libertad de venir á ponerme á los pies de estas señoras aprovechando la ocasión de verificarlo la primera vez en presencia tuya.

Así habló Octavio, dirigiendo la palabra á D. Ignacio é inclinándose ceremoniosamente ante la hermana y la sobrina de su amigo.

—Has hecho muy bien,—le contestó D. Ignacio lanzándole una furibunda mirada, en la que, sonriendo, comprendió el artista que á aquél le sentó muy mal el paso que éste daba. A pesar de esto, y violentándose al parecer, presentó el recién venido á las señoras.

(Se continuará)



LA FLORIDA: PASO DEL CIPRÉS, EN EL RÍO OCKLAWAHA

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa **DESNOUS**, *perfumista* 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

FUMIGATEUR PECTORAL ESPIC CIGARETTES
ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma* : J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España : **2 fr. la Caja.**

Digitized by Google

CAPSULAS EUPÉPTICAS
De
MORRHUOL

PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

premiado con **MEDALLA DE ORO** en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 **DEL Dr. PIZÁ** Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el **MORRHUOL** es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el **MORRHUOL** grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, **Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona**, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Domicilio social: 120, BROADWAY, New-York

			DUROS
Grandeza..	**LA EQUITATIVA** es la primera y más prominente Compañía de Seguros de Vida..	Seguro en vigor....	549,216.126
Popularidad.	**LA EQUITATIVA** obtiene anualmente la mayor suma de nuevos negocios y acredita el mayor incremento en las pólizas en vigor.....	Nuevo Seguro en 1888 / Aumento en el Seguro en vigor..	153,933.535 / 66,186.564
Solidez....	**LA EQUITATIVA** es más rica en SOBRANTE que todas las demás Compañías, y ninguna de sus principales competidoras la iguala en EXCESO del activo sobre las obligaciones	Sobrante al 4 p. 100.. / Activo sobre el pasivo....	20,794.715 / 128 p. 100
Ganancia...	**LA EQUITATIVA** ha innovado y perfeccionado la forma más amplia y provechosa de Seguro de Vida, es á saber: **LA PÓLIZA de dividendos acumulados**	Los Agentes de esta Sociedad facilitarán ejemplos basados en resultados de esta clase.	

Las pólizas de esta clase proporcionan mayores ventajas al asegurado y rinden beneficios **más crecidos** que las de ninguna otra forma de Seguro. Las pólizas de acumulación de **LA EQUITATIVA** se convierten en **indisputables** á los dos ó tres años de antigüedad, según sean ó no **libérrimas**, pagándose **inmediatamente que ocurre el vencimiento** de unas y otras. Además del inmenso Activo de esta Sociedad, sus asegurados de España y Portugal tienen una garantía especial en el edificio que está construyendo en esta Corte á punto de terminar, y cuyo coste no bajará de un millón de duros

Sucursal de España, autorizada por Real Orden de 10 de Octubre de 1882

MADRID: SEVILLA, 16, PRINCIPAL

DELEGADO EN CATALUÑA Y BALEARES: EXCMO. SR. D. MARIANO CASI Y LÓPEZ

Secretario Asesor: D. PEDRO DE ROSELLÓ

Delegación y Oficinas: Rambla de Estudios, 6, pral.—BARCELONA

CALENTURAS INTERMITENTES

25 AÑOS DE SEGURO ÉXITO

Curación rápida, en 12 horas, la más completa, de esta clase de calenturas, sin reincidencia, por medio de la **ESENCIA FEBRÍFUGA DEL DR. MARQUÉS** que tiene la particular ventaja de rebajar la hinchazón del vientre ocasionada por las píldoras de quinina.—BARCELONA: Calle Hospital, n.º 109. BOTELLA 8 reales; 100 BOTELLAS 550 reales.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:

JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

Recomendados por la Real Academia de Medicina DE VIVAS PEREZ *Recetados por los médicos de España y Ultramar*

Adoptados en los hospitales y la marina **PORQUE CURAN INMEDIATAMENTE, COMO NINGUN OTRO REMEDIO** empleado hasta el día, toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros y úlceras del estómago. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público **tanto favor por sus buenos resultados** como nuestros

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO

que se venden en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur. *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.* Exigir la firma y marca de garantía.

PRECIOS: En toda España, la **Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.**

Depósito general: Almería FARMACIA VIVAS PÉREZ

desde donde se remiten á todas partes mandando 75 céntimos más para certificado POR MAYOR.—*Madrid:* M. García, y Sociedad Ibero-Universal.—*Barcelona:* Sociedad Farmacéutica, Hijos de J. Vidal y Ribas, y Alomar y Uriach.—*Habana:* Lobé y C. Farmacia y Droguería de José Sarrá.—*Puerto Rico:* Fidel Guillermety.—*Mayagüez* Guillermo Mullet.—*Valencia:* Sres. Fabiá, Hijos de Blas Cuesta, y Climent y Quesada.—*Buenos Aires y Montevideo:* principales farmacias.

el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg

Recetado hace 40 años

EN EL MUNDO ENTERO

contra las **enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquíticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas**, etc. El **ACEITE** de **BACALAO** de **HOGG** es el más abundante en materia de ***bases activas.***

Se vende solamente en frascos triangulares.

PARIS, HOGG

2, Rue de Castiglione, 2

Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

HIERRO QUESADA

Del **análisis** resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de **BRAVAIS** y que todos los demás, é inofensivo. Cura la **anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.**—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.

EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS

El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Higado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con quo se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.

Cura la TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.

El precio es muy moderado.

Lo venden las farmacias y dreguerias.

POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª—BARCELONA.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

LA MÁSCARA DE BRONCE

Consta de 40 cuadernos á 2 reales

Suscripción permanente

Barcelona: R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

Píldoras Catárticas DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

LA MEJOR Medicina de Familia.

El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADAS POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tezla blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo dondehay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ! **Gran novedad!** **DUSSER**, Inventor, ***Rue J.-J.-Rousseau, n°1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* **Melchor Garcia** y en las Perfumerias **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc., *Barcelona:* **Vicente Ferrer**, depositario, y en las Perfumerias de **Lafont**, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 18 de enero de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 368

CANTO DE AMOR (cuadro de Pedro Roi)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Revista de la semana*, por Alfredo Opisso.—*El amor y la amistad* (continuación), por Teodoro Guerrero.—*La voluntad* (conclusión), por U. Gonzales Serrano.—*Teatro Español*, por Antonia Opisso.—*Física recreativa*, por Gonzalo de Castro.—*¡Y no baja la carne!!*, por A. Sánchez Pérez.—*El hijo ciego* (poesía), por José Bermúdez.—*Nuestros grabados*.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: *Bellas Artes*. Italia: Canto de amor. La escultura inglesa en 1889: La jauría. El genio de la poesía. Joven madre. Fuegos fatuos. La suplicante. Alemania: Salomé. La lavandera. Retratando al abuelito.—Palacio ducal de Venecia.—Conducción de los restos de Julián Gayarre á la estación del Norte.—Antigüedades prehistóricas de los Estados Unidos.—Dibujo á la pluma de Miss Francesca Alexander.—Guadalupe.

REVISTA DE LA SEMANA

La enfermedad de D. Alfonso XIII.—La meningitis.—España tranquila.—La «gau-illa» de Gayarre.—En Bélgica.—Un francés hambriento.—En París

Un viaje emprendido por Fernanflor con objeto de atender al restablecimiento de su salud es el motivo por que, en lugar de la preciosa revista de nuestro eminente colaborador, habrán de contentarse mis lectores con lo que pueda yo mal hilvanar en estas cuartillas, convaleciente aún de una molestísima *grippe* que por especiales motivos no pude cuidar como debiera.

Claro está que habremos de empezar por lo que en estos momentos es el principal asunto de todas las conversaciones, esto es, por la enfermedad de D. Alfonso XIII. A la hora en que trazo estas líneas las impresiones son sumamente pesimistas, pero sin que pueda asegurarse nada. La ignorancia en que la *Facultad de Medicina de la Real Cámara* (creo que se dice así) nos tiene respecto al diagnóstico de la enfermedad, hace que todo cuanto se diga sea mero conjeturar. La única afirmación algo positiva fué la de que no se había presentado ningún síntoma de meningitis, lo cual, á decir verdad, sería todo lo que podría desearse; pero, aun creyendo á ciegas la aseveración de la susodicha Facultad, ¡es tan difícil desenmascarar á veces la verdadera naturaleza de un proceso encefalopático!

Esa enfermedad llamada *meningitis granulosa* es entre todas cuantas afligen á la infancia la más horrible; más que la difteria, la pulmonía, las fiebres eruptivas: es la única que no perdona nunca, jamás, por ningún estilo ni concepto. El meningítico muere. Raro será el médico medianamente ocupado que en una práctica de veinte años, verbigracia, no haya perdido algunos centenares, sin poder registrar ni un solo y excepcional caso de curación.

Si por desgracia sucumbiera el rey D. Alfonso XIII habría acabado con él la línea masculina de la casa de Borbón: llegada á mayor edad la reina Mercedes, es de creer casara con algún príncipe de alguna de las actuales casas reinantes, y de ahí que si su sucesor continuase llamándose Borbón (como se llaman Braganzas los Coburgos, y Habsburgos los Lorenas) sería en virtud de un acto convencional, anteponiendo el apellido materno al paterno.

En medio de todo, llama la atención la pasividad con que el país asiste á los gravísimos acontecimientos que se están desenvolviendo en nuestra patria. En cualquier otra nación habría una intranquilidad febril: aquí, nada.

Verdad es que aquí no nos asustamos de nada, y, como decía muy bien un periódico barcelonés, el lema de la España actual es aquellas palabras de Santa Teresa: *Nada te turbe, nada te espante*. Solamente, dicho sea en honor á la verdad, veo alguna ligera explosión de sentimiento público cuando los laceros le echan el lazo á algún perro para meterlo en el carretón. Aparte de esto, todo español rivaliza con el *justum ac tenacem vir*.

Yo creo que España está afectada de una enfermedad que llaman *amnesia*, ó sea que ha perdido la memoria. Hoy mismo, en plena miseria, en plena epidemia, se deja que los acaparadores y usureros suban el precio de los artículos de primera necesidad, y á nadie se le ha ocurrido protestar. ¿Qué hacen, pues? ¿Forman vastas asociaciones cooperativas para librarse de los tenderos-chupópteros que hacen su negoción explotando al productor y al consumidor? ¿Acuden las corporaciones municipales en auxilio de los menesterosos proporcionándoles los alimentos á precio económico? Nada de eso: Pedro Fernández paga, y si no puede pagar no come, esperando el próximo vapor para irse á Buenos Aires. En cuanto á salir de su país, ni pensarlo.

Estamos sufriendo una crisis agrícola; los medios de ganarse la vida fuera de las especulaciones de la Bolsa disminuyen de día en día; la emigracion toma proporciones aterradoras; se anuncia una crisis monetaria cuyos resultados han de ser fatales... Pero ¿á mí que me cuenta V.? ¡Yo estoy muy tranquilo!

El arte mismo, ese poco de arte de que podíamos estar ufanos, se nos evapora: Gayarre ha muerto; Vico se ha ido con la música á otra parte, no queriendo, sin duda, contribuir á la ruina de Madrid con aquel monstruoso abono de *ocho duros* con que contaba el Teatro Español.

Y así vamos tirando.

Una tiernísima ceremonia, de la cual apenas ha hablado la prensa, tuvo efecto en Pamplona, la noche del 4 de enero, ante el cadáver de Julián Gayarre: tal fué la *gau-illa* ó *noche de la muerte* del ilustre artista. A las nueve y media, y en la capilla de la Diputación de Navarra, estando en medio el ataúd que dejaba ver la noble faz del muerto, reunidos los ocho profesores de la orquesta *Santa Cecilia*, tocaron las *Siete palabras*, de Haydn, á puerta cerrada, mezclando con los suspiros del *quartetto* las lágrimas y sollozos que salían de sus pechos. Encontramos delicadísima la idea y digna de ser imitada.

Pasando ya á cosas de orden bien diferente, preciso será que digamos dos .palabras acerca de las huelgas de los mineros belgas. Son huelgas eminentemente pacíficas, y todo el mundo les da la razón á los huelguistas contra la aristocracia carbonera que los explota judaicamente. No quieren convencerse esos señores de que las condiciones del trabajo han de variar necesariamente y de que se ha de acabar eso de que los unos no tengan, trabajando como negros, con que atender á sus más imprescindibles necesidades, mientras los otros se enriquecen de una manera insolente. Esta vez las compañías se encontrarán muy comprometidas, pues no habiendo querido acceder á las razonables y pacíficas proposiciones de los huelguistas, han dejado de atender á los pedidos que tenían contratados, y ahora las fábricas perjudicadas exigen daños y perjuicios, pues dicen que las condiciones impuestas por los huelguistas no eran bastantes para suspender los trabajos.

Siguiendo este rosario de desdichas y lástimas que forma el contenido de esta poco divertida revista, he de hacer constar la penosa impresión que causó en Barcelona el hecho de haber caído desfallecido de hambre, en la Plaza Real, un caballero francés que, á lo que parece, hacía tres días no había probado bocado. Sin duda que á ese digno ciudadano deben importársele tres ardides la Torre Eiffel y la vuelta de Constante Cognelin al redil de la Casa de Molière.

Verdad es que en París, según dicen (y lo dice el propio Alberto Wolff, el parisiense más cargante de cuantos se pasan la vida en el bulevard), reina una miseria horrorosa, más horrorosa que en Londres, sin que nadie sepa dar cuenta de qué ha servido el *milliard et demi* que dicen ganaron con la Exposición. Ultimamente han tenido que fundar unos cuantos hombres de bien una sociedad, llamada *El pan para todos*, que proporciona diariamente 1,000 tazas de café y 1,000 pedazos de pan de á 250 gramos.

La cuestión, como se ve, se presenta muy pavorosa en todas partes.

ALFREDO OPISSO

EL AMOR Y LA AMISTAD

(CONTINUACIÓN)

—¡Gregorio!

—Esas lágrimas vienen á nublar mi ventura como han nublado tu belleza. Cuando los ojos lloran en la soledad, alguna tormenta destroza el corazón, porque esas lágrimas no se dejan correr para engañar con un sentimiento falso. He sorprendido tu llanto: ahora quiero saber tu secreto.

—Lloro, Gregorio... No sé...

—No pretendas mentir. Leo en tu semblante la lucha que sostienes. No temas matarme: habla. Por mucho que me digan tus labios, no serán tan crueles como tus ojos. Quiero, á costa de mi infortunio, más bien ahogar una pena que atormentarme con la duda.

—¡Ah! Si pudiera...

—¡Sí, sí! ¡Habla, Elvira mía! Soy tu único amigo, soy tu misma persona. Si tienes en el alma alguna espina, te la arrancaré, porque te amo. Nada hay imposible en el mundo, nada que no arrostre por verte tranquila y contenta; nada que pueda atormentarme más que tu desvío.

La joven se cubrió el rostro con las manos, ya por un sentimiento oculto, ya para esconder las lágrimas que saltaban de sus ojos.

—No,—dijo Gregorio.—Si hay algo en ti, aunque sea indigno, debo saberlo. Mi vida te pertenece, pero no tienes derecho á gozarte en mi dolor por ocultarme el tuyo. Ven,—añadió, comprimiendo su cuerpo contra su pecho;—ábreme tu corazón para que lea en él. ¿Qué deseas? ¿No procuro tu felicidad proporcionándote los medios de conseguirla? ¿No pretendo adivinar tus sentimientos? ¿No vivo para ti y nada más que para ti?

—¡No!—exclamó Elvira, como herida de una idea repentina.

—¿No?—preguntó Gregorio, poniéndose en pie.—¡Entonces soy un miserable! Ahora, si no con más razón, con más derecho, te pregunto: ¿por qué lloras?

La lucha que la joven sostenía era espantosa á juzgar por la violencia con que su corazón latía. Las lágrimas desaparecieron de sus ojos, y, tomando un aspecto de severidad que estaba muy en oposición con su interior, dijo:

—Siéntate, Gregorio, y perdona á la mujer una flaqueza, hija del cariño.

Sentóse Gregorio y abandonó una mano á su esposa, que, estrechándola con ternura, añadió:

—Vales mucho para que una mujer pueda vivir tranquila á tu lado.

—No te comprendo.

—Despertaste en mí una pasión que escondí algún tiempo porque no me creía digna de ti. Te aseguro que al declararme la simpatía que te inspiré, tuve miedo. Yo, sin fortuna, sin mérito personal, sin talento, sospeché que no conseguiría fijar mucho tiempo á un hombre de tus cualidades y de tu posición. Mis temores se van realizando.

—Ahora te comprendo menos.

—Me obligarás á decirlo todo. Hace tiempo que noto en ti, si no desvío, una diferencia grande de lo que eras para mí en los primeros meses de nuestro matrimonio.

—Elvira, esas palabras encierran un fondo tal de injusticia, que sólo te las perdono por el pensamiento que las dicta. Por calenturienta que sea tu imaginación, sólo en un delirio cabe esa idea. Desde que te conozco no hay un minuto en mi existencia que no hayas reinado en mi pensamiento, pues no deseo más que tu dicha, sembrarte de flores el camino de la vida,

Digitized by Google

proporcionarte cuantos placeres puedas soñar: quisiera tener un trono para sentarte en él.

—Soy feliz á tu lado, y lo sería más si no me atormentara el temor que me arrancaste por sorpresa.

—Bendigo á la Providencia, Elvira, porque me ha proporcionado esta ocasión para que cese tu sufrimiento. Aprende á conocerme. ¿Tienes celos?

—Creo que sí.

—¿De quién?

—Lo ignoro: de un fantasma que toma cuerpo y me clava sus garras en el corazón.

—¡Pobre Elvira!—dijo Gregorio volviendo á estrecharla contra su pecho.—Te compadezco si eres celosa, porque los celos son implacables. No tiene el menor fundamento tu sospecha, porque para mí no hay mujer, en el mundo, capaz de robarme tu cariño. Te pertenezco tan en cuerpo y alma, que no comprendo la vida sin ti.

—Eres muy bueno, Gregorio, y recobro la calma.

—No tendrás ocasión de atormentarte de nuevo. Comprendo los celos, aunque no los siento, y quiero desvanecer los tuyos. No me separaré de ti ni un momento. En esto no hago el menor sacrificio: te lo juro. Lejos de ti, la vida para mí no tendría encantos. Quiero identificarme tanto contigo que no sienta más que tus sentimientos; quiero mirar con tus ojos y vivir en tu alma; quiero, en una palabra, ser tu esclavo. ¿Necesitas más? ¿No estás contenta?

—¡Oh! ¡Sí! ¡Muy contenta!

Gregorio abrazó á su esposa y salió, buscando aire para respirar. Le embriagaba la felicidad.

V

Cuando Elvira dejó de oir los pasos de su marido en el corredor, se levantó precipitadamente y echó el cerrojo de la puerta.

—¡Ah!—exclamó.—¡Estoy sola! ¡Dios mío! ¡Qué situación tan horrible! ¡El, tan bueno, tan noble, tan generoso! ¡Mi corazón se parte! ¡Necesito llorar!

Las lágrimas, que habían estado comprimidas, saltaron de sus ojos á torrentes. Y se dejó caer desplomada en el sillón.

El rostro de Elvira no volvió á nublarse en presencia de su marido: había pasado por una prueba demasiado fuerte para no procurar que no se repitiese la escena. Sufría por una causa oculta, y Gregorio la encontró siempre afable y cariñosa. ¿Qué mujer no sabe ser actriz?

Reconcentrado Gregorio en su familia, no ambicionaba más que el amor de su mujer y el cariño de su amigo. Había entregado á Cayetano la administración de sus bienes, libertándose del trabajo de pensar en nada que no fuera Elvira, y proporcionando así á aquél un medio decoroso de cubrir sus necesidades, pues no poseía bienes de fortuna.

Elvira manifestó deseos de viajar, y recorrieron Inglaterra y Francia, sintiendo mucho Gregorio tener que separarse de su único amigo. La alegría del marido se manifestaba al ver á su amada comunicativa y afectuosa: parecían dos novios en la luna de miel.

Una mañana, al volver en París de paseo, le entregó un camarero de la fonda un telegrama de Madrid en que le avisaban que su administrador, D. Cayetano Morales, se hallaba gravemente enfermo.

Gregorio palideció, y, dejando caer al suelo el papel, cubrióse el rostro con las manos para ocultar los efectos de la explosión de su dolor. Su trastorno le impidió ver los que la noticia causó en el ánimo de Elvira.

Aquella tarde salieron de París en el tren. Apenas llegaron á Madrid, sin mudarse de ropa, corrió Gregorio á casa de su amigo, palpitándole el corazón con tal fuerza que parecía romper su pecho. Entró en la alcoba y dió un grito agudísimo, pues hacía una hora que Cayetano había expirado. Cogió las manos del cadáver y las estrechó entre las suyas, llorando. Aquel golpe tan duro rompía uno de los lazos que constituían su felicidad.

Después de haber llorado de rodillas y de rezar con fervor, pidiendo á Dios la salvación del alma del muerto, estampó un beso en su frente helada y salió acongojado.

Al entrar en su casa le recibió Elvira, diciendo:

—Vengo á consolarte.

—Tú sola tienes el derecho de turbar mi dolor. Ven: siéntate á mi lado. Sabes cuánto que ría á ese amigo que la muerte me ha robado: él y tú erais para mí el mundo.

—Consuélate, Gregorio: yo llenaré tu corazón: no nos separaremos un minuto para que, no estando solo con tu pensamiento, no eches de menos esa mitad de tu alma.

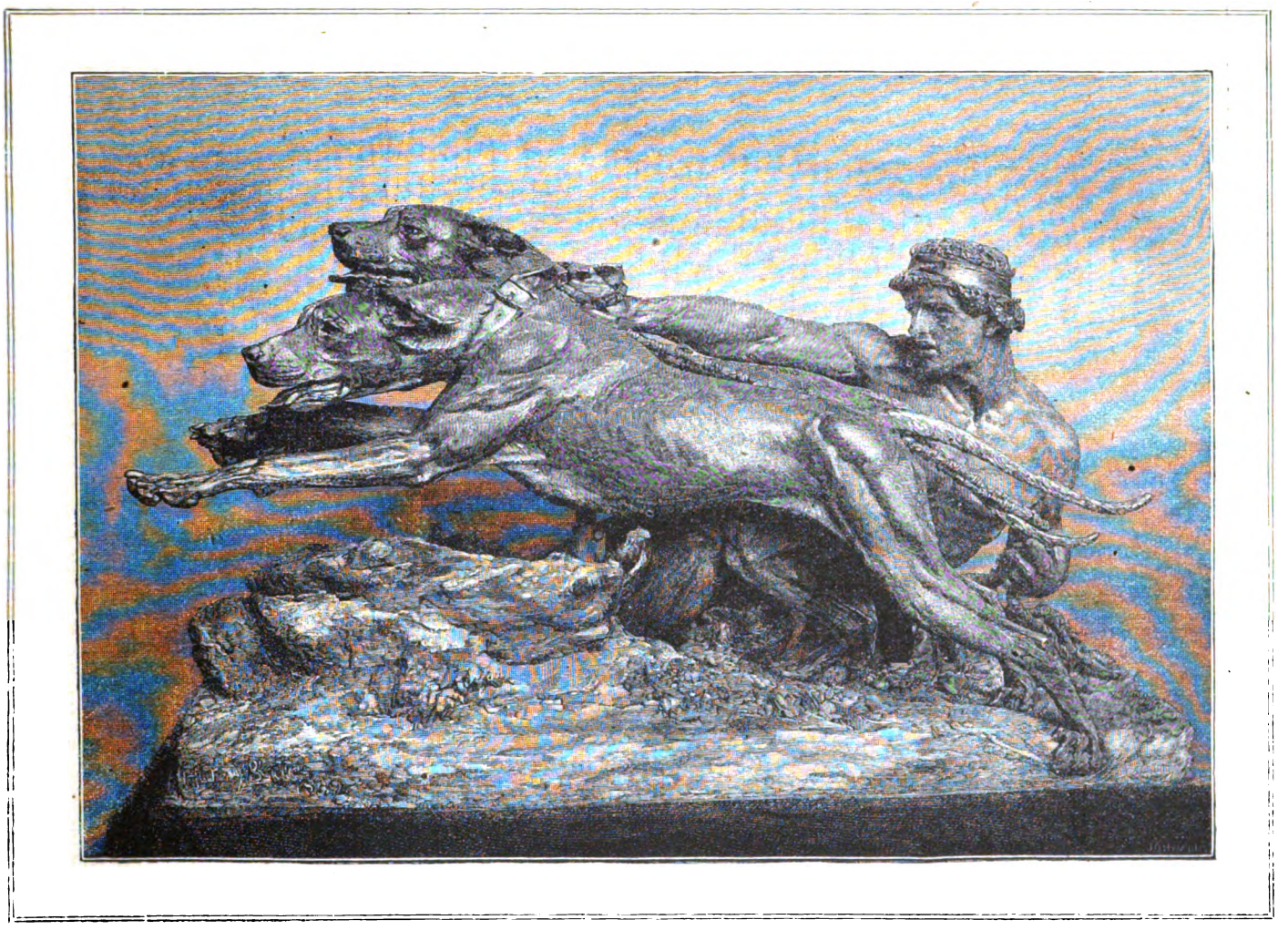
Y le prodigó tantas caricias, y exageró tanto sus consuelos, que Gregorio la abrazó con ternura, agradeciéndole el interés que demostraba por calmar su pena.

VI

Para honrar la memoria de Cayetano Morales no perdonó su amigo Gregorio de Alfaro gasto ni distinciones. A los nueve días celebrábanse en la iglesia de San Luis magníficos funerales por su alma, que debían empezar á las ocho de la noche. Gregorio convidaba y tenía que presidir el duelo. Vestido de riguroso luto, salió por la tarde para respirar el aire libre. Tenía el corazón oprimido, y la indiferencia de los que pasaban le hacía daño: hubiera querido que todos sufriesen como él. El dolor es egoísta.

(Se continuará) TEODORO GUERRERO

LA ESCULTURA INGLESA EN 1889



LA JAURÍA (escultura en cera por Enrique Bates)

Digitized by Google

LA LAVANDERA (cuadro de Eugenio Blaas)

Digitized by Google

SALOMÉ (cuadro de Sichel)

Digitized by Google

LA VOLUNTAD

(CONCLUSIÓN)

Volviendo á la consideración primordial, ante la cual aparece el acto voluntario como un reflejo de mayor complexión y de los pertinentes á la vida de relación, hemos de hacer notar que lo complejo de lo voluntario sürge en el vértice del ángulo, que simboliza los reflejos, donde se determina lo que gráficamente denominan los franceses *point d'arrêt* con la presencia de los dos elementos, que en términos abstractos llamamos representación del acto y tendencia ó deseo de ejecutarlo.

Cuando la representación y el deseo, aunque ligados á la actividad del sistema nervioso, adquieren subsistencia y discreción bastante para persistir, al lado de todos los materiales del acto voluntario, se convierten en conscientes, y la lación primero con el medio general dentro del cual opera y después en relación con todas las condiciones con que ha de contar para la parte ejecutiva de sus fenómenos.

Siguiendo este análisis se concibe que se diversifican y propagan (indefinidamente á veces como expresión de una complejidad siempre creciente) la representación y el deseo, efecto de los diversos excitantes objetivos, y aun de los múltiples estímulos sujetivos, que rodean constantemente al ser vivo y aun dentro de la instabilidad de su medio interior y exterior se contrapesan.

En tal momento (continuo de modo indivisible con la complexión del fenómeno, pero distinto y discreto para el análisis explicativo) señalaba la Psicología tradicional, en observación exterior de la cual excede lo real y lo vivo, la deliberación. Deliberando, queda condicionado el centro motor (el que determina el tránsito de

FUEGOS FATUOS (bronce por H. Pegram)

conciencia, aun con todas las explicaciones hipotéticas de orden fisiológico, es el factor por excelencia del acto volitivo. Sin poder hasta el presente determinar el análisis experimental todas las condiciones de producción de los fenómenos conscientes, resulta indudable que la conciencia es por sí misma un *nuevo factor* (1). El estado fisiológico que *deviene* consciente, adquiere un carácter particular, toma una *posicion en el tiempo*, es susceptible de ser recordado y, mediante la iniciativa del agente, de ser puesto en acción en determinado momento, sirviendo de punto de partida á otros. Tal es la función propia de la representación y del deseo, función que se acentúa á medida que ambos se fijan más precisamente en la conciencia.

Dando por supuestos los elementos subconscientes que sirven de base á la conciencia (como la actividad involuntaria es el soporte de la voluntaria), lícito es afirmar que cada elemento fijado en la conciencia (representación y deseo) equivale á un paso hacia adelante, á una nueva posición adquirida y condenada en la complexión del fenómeno, que facilita una adaptación de orden superior del agente voluntario en re-

(1) V. RIBOT: *Les maladies de la personalité. Introduction.*

la excitación aferente al impulso eferente) para ser regulador de la diversidad de excitantes y estímulos, de donde, como raíces todas con savia, brota el acto voluntario. ¿De qué suerte? Rehaciendo sobre todos ellos.

El agente voluntario *rehace* (1) ó reacciona, coparticipa ó colabora al acto, en cuanto se determina, *eligiendo*. La elección es precisamente lo característico y diferencial de lo voluntario frente á lo mecánico y automático. Ya veremos más adelante lo que implica la elección, consignando en este punto que el acto voluntario es un *acto interno y motivado*, que suprime toda indeterminación y arbitrariedad, pero deja intacta, en el impulso propio, la colaboración (siempre condicionada) del agente, *libre* cuando los factores de la representación y del deseo alcanzan el grado de discreción y sustantividad que sirven de característica á lo consciente.

Pero los excitantes objetivos y los estímulos sujetivos dejan residuos y huellas en el mecanismo fisiológico y en el funcionalismo vivo; tienden por ley de la misma sustancia viva á la *repetición*, disminuyen el esfuerzo, cesa la intervención del agente que rehace sobre ellos y

(1) «La voluntad es la reacción del yo.» — RIBOT: *Maladies de la volonté.*

surge entonces como ley fundamental de la voluntad el *hábito*. Con él actos en su origen voluntarios pierden en su aspecto el carácter volitivo y aparecen al modo de los mecánicos y reflejos primitivos; observación que, mal interpretada por Delbœuf y Wundt (1), ha conducido al primero á concebir paradójicamente que el progreso va de la conciencia al mecanismo y al segundo á afirmar que los reflejos son acciones voluntarias convertidas en mecánicas y suscitadas por los efectos que los movimientos voluntarios han producido en la organización permanente del sistema nervioso. Ya expresa el primero en un nuevo libro (2) que semejante apariencia procede de la índole de la voluntad habituada, «que es como los buenos maestros, que trabajan por hacerse innecesarios y cuya única ambición consiste en volverse á encontrar íntegros en sus discípulos.»

Así es, en efecto: formado el hábito, la voluntad cede, porque es superflua la intervención de su iniciativa, pues no hay necesidad del esfuerzo antes gastado (al crear el hábito) para ejecutar los actos. Aparecen los habituales como independientes de la voluntad y ejecutados con un automatismo casi idéntico al de los fenómenos mecánicos, con cuya apariencia han argumentado los que pretenden explicar toda la vida por el mecanismo. Este automatismo, llamado por Hartley y Descartes *secundario* para distinguirlo del primitivo de los animales, se observa, por ejemplo, en el acto de andar, que hemos aprendido guiados por las impresiones de los sentidos y por repetidos ensayos experimentales, y á veces por la facilidad que imprime el poder del hábito continuamos andando sin que tengamos la menor conciencia de los movimientos, que ejecutamos como cuando distraídos y hablando no notamos que andamos mucho hasta que la fatiga nos lo advierte. De igual manera se explica, como lo afirman testigos dignos de fe, que soldados, fatigados por largas marchas, continúan avanzando profundamente dormidos, y que los criados indios, encargados de mover grandes abanicos, siguen, aun dormidos, tirando y soltando la cuerda que produce el movimiento. Estos actos son en su origen y siguen siendo debidos á la voluntad, la cual persiste implícita en su ejecución, siquiera no se manifieste, mientras no se presenten nuevas dificultades, distintas de las ya vencidas por la voluntad repetida y que se han traducido en facilidad y seguridad para la fuerza acumuladora y conservadora del hábito.

Tanto más eficaz es la iniciativa voluntaria cuanto más amplia es la esfera de la experiencia, donde el agente recoge cada vez mayor número de excitantes y de estímulos. De recogerlos incoherentemente proceden los caracteres indecisos é irresolutos, de que ofrecen ejemplos los ancianos. Pero coordenados los estímulos, con amplitud de motivos, el agente revela en sus actos mayor suma de libertad. El hombre *se hace* libre (conquista diariamente la libertad, según la hermosa frase de Gœthe), comienza por obedecer á los reflejos primitivos y á los acicates del instinto, y concluye por *elegir*. ¿En qué consiste la elección, puesto que elige determinándose?

Aparte la complejidad que requiere el funcionalismo de la voluntad hasta traducirse en actos, como lo voluntario tiene su origen en las acciones biológicas que se cumplen en la profunda intimidad de nuestros tejidos, se puede afirmar con Ribot que la voluntad es todo nuestro ser, nosotros mismos, ó una síntesis, según decía la antigua Psicología. La voluntad es una reacción individual, constituye lo más íntimo de nosotros mismos y á la vez lo más sintético. La reacción individual, constitutiva del acto voluntario, se ofrece en un tránsito insensible del reflejo á la volición. Es una reacción más compleja que la del reflejo y que varía según el individuo ó según el organismo particular limi-

(1) DELBŒUF: *La Psychologie comme science naturelle;* y WUNDT: *Psychologie physiologique.*
(2) DELBŒUF: *La matière brute et la matière vivante.*

Digitized by Google

tado en tiempo y espacio. El origen de la voluntad se halla en la propiedad que tiene la materia viva de rehacer sobre los excitantes, habituándose por grados á especificar la reacción, de donde resulta que la actividad involuntaria sirve de base y soporte á la voluntaria.

El conjunto de condiciones de que surge la voluntad, aun considerado en su funcionalismo como resultante de procesos fisiológicos complicadísimos, es referido por la Psicología tradicional á la motivación que el conocimiento y sentimiento ofrecen á la voluntad (que por sí y aisladamente sería un molde vacío, actividad para la actividad). Tales motivos como tendencias á obrar ó á la suspensión del acto *(volo* y *nolo* de los latinos) proceden de las circunstancias, del medio que nos rodea, de los consejos, de la educación, del estado específico de nuestra constitución orgánica; en suma, de la *relación del individuo con su medio.*

El complejo de tales condiciones (la solidaridad del individuo consigo, pues dentro de sí es una sociedad, y la solidaridad del mismo individuo con el medio) constituye los materiales del acto voluntario. Pero ¿cómo no declina la voluntad en el automatismo? «En los seres superiores,—dice Ribot (1),—el legado hereditario, el azar del nacimiento, la adaptación continua á circunstancias variables en cada momento, no permiten á la reacción individual fijarse ni tomar una misma forma en todos los individuos. La complejidad de su medio es la salvaguardia contra el automatismo.» Así se observa, en efecto, contra la crudeza de un determinismo inflexible, que el motivo preponderante (al cual se pretende supeditar la voluntad) no tiene eficacia por sí mismo (inconsecuencias del carácter, el enigma de la persona que contradice todo cálculo), sino en cuanto *es elegido.* Pero la elección es un juicio práctico, una afirmación que se realiza ó que se traduce en un acto, expresando la naturaleza del individuo en un momento dado, momento que se halla constituído por tendencias, imágenes recordadas, impresiones actuales, ideas complejas, cálculos y previsiones; en suma, estados conscientes y subconscientes y preconscientes, núcleo de la persona ó del yo. El acto voluntario es el fruto de toda la complexión personal (al hombre por sus obras y al árbol por sus frutos) en una reacción sintética y especificada en cada momento que expresa todo el ser y personalidad del que quiere.—

No es suficiente la elección como coordenación de elementos, sino que requiere la voluntad *la subordinación de todos ellos á un fin.* Así, al lado de los materiales del acto voluntario, halla el análisis el *punctum saliens* de todos sus resultados, el postulado de la energía viva, plástica, dinámica ó causa interior (reacción del reflejo primitivo) que acusa la presencia y coparticipación en el acto de la individualidad, la asimilación específica que grava en todos estos materiales, al darles movimiento ó ejecutar el acto, *sello de grandeza,* que decía el poeta, ó *carácter.*

Realizado el acto como resultante de una iniciativa que se mueve dentro de una múltiple variedad de estados (los recibidos en la relación del medio y los producidos espontáneamente en el individuo), sirve de tono y nota común (apreciada *grosso modo* en lo que se llama distinción y vulgaridad) para la permanencia, siempre relativa en tal aspecto, de la personalidad. La voluntad es toda la persona. La base última y definitiva de la voluntad inside en algo propio, *quid incognitum,* enigma que dice Zola, nudo gordiano, que ni se corta ni se desata en el análisis experimental.

Forma la más alta de la actividad (que tiene su primer peldaño en la reacción del reflejo), revela la voluntad un poder de reacción, una energía ideomotriz, en la cual interviene el sujeto. ¿Cómo?

Si se devuelve (al rehacer) en el movimiento lo mismo recibido en la excitación, se cae en el automatismo, no há lugar á la intervención personal del agente, ni se concibe la actividad voluntaria. La intervención personal del agente no se señala mientras el funcionalismo mecánico coordena reflejos con reflejos, deseos con deseos, etc., sino que impone el sello propio de su colaboración, cuando á la coordenación de los múltiples elementos (motivos), que condicionan el ejercicio de la voluntad, une *la subordinación de todos ellos* á un punto único ó á un fin. Energía que se mueve hacia un fin, tal es el agente voluntario. El *fiat* ó impulso, la dirección (ó la suspensión) es lo propio del acto genuinamente voluntario. El camino para llegar al fin, los medios que nos llevan á su cumplimiento, todo eso cae dentro del determinismo funcional de la relación del individuo con su medio.

Según la frase profunda de Schopenhauer, la libertad inside en el *esse* (así la concebían, á pesar de sus abstracciones, los Estoicos), no en el *operasi*, es decir, en la parte directiva, no en la ejecutiva de los fenómenos.

La parte de vida voluntaria como la más compleja es la menor y también la más difícil, que más llano es seguir caminos trillados por la rutina que emplear sus energías en ensayos de iniciativas propias, y más tranquilidad aparente y orden exterior (siquiera sea semejante á la paz de los sepulcros y al orden de Varsovia) se manifiesta en una servidumbre completa que en un estado libre. Pero aquella facilidad y estas tranquilidades ponen de relieve grados de la existencia incontestablemente inferiores á los más movidos, en que la complejidad creciente de la vida obliga á individuos y pueblos á trabajar hondo y recio para conquistar, primero interiormente y después en la condicionalidad exterior, la libertad.

La rutina y la monotonía implican la comodidad vulgar, el egoísmo calculado, la filosofía de tejas abajo, en una palabra, la vida á lo Sancho. La conducta libre, con iniciativas propias, requiere esfuerzos continuados y acentuación de la personalidad propia mediante el empleo de la flor de todas nuestras energías.

EL GENIO DE LA POESÍA (estatua por T. Brok)

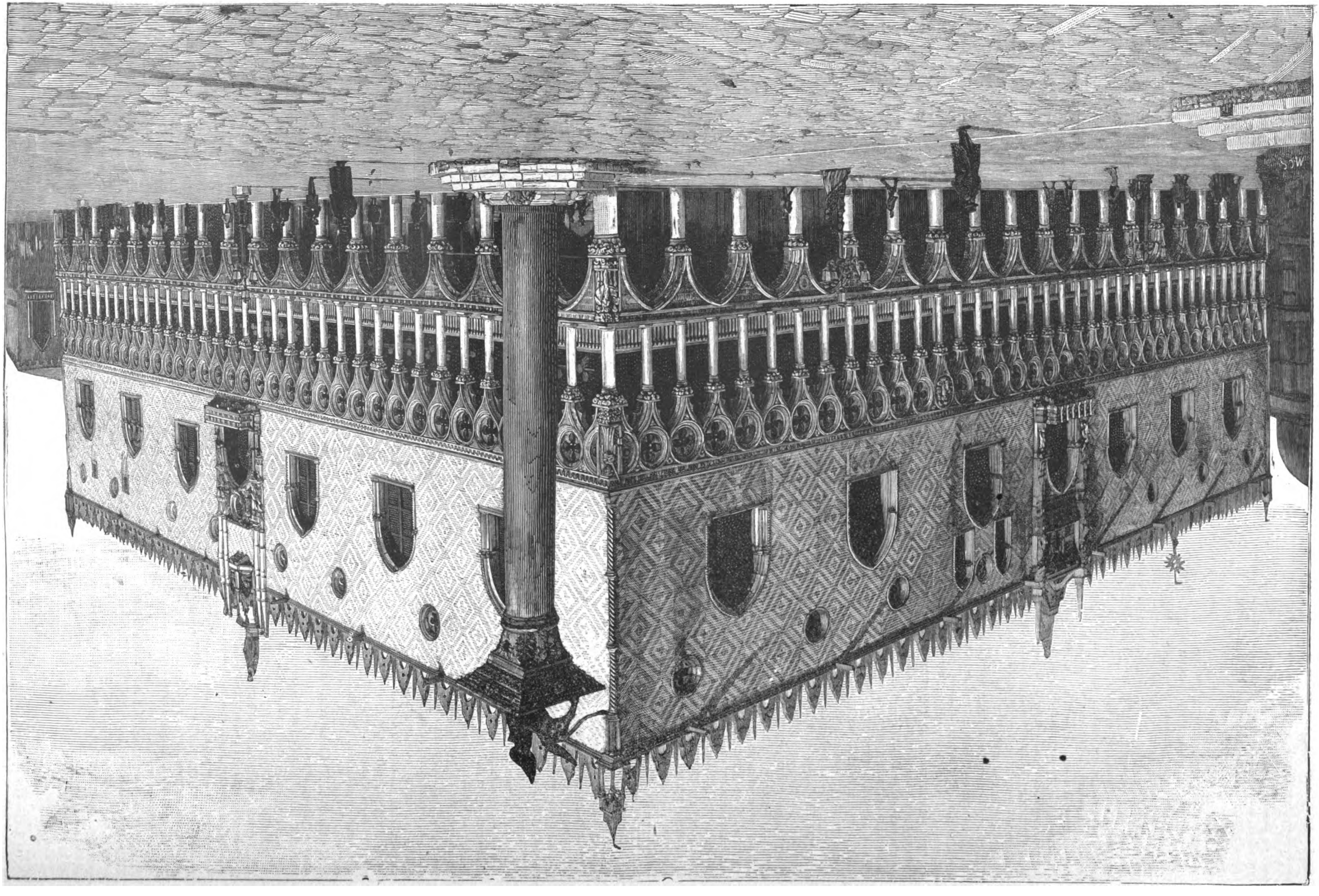
Las más grandes energías y los más fuertes caracteres (César, los Estoicos, Napoleón) se señalan por coordinaciones cada vez más complejas, subordinadas á un fin, la unidad de su propio carácter, principio informador y ordenador de la complejidad de la existencia. Los grandes caracteres (según expresa la exigencia ideal, hombres hechos de una sola pieza) siguen siendo siempre los mismos (libertad en el *esse),* y el fin sigue siendo el mismo en medio de las más complejas y varias circunstancias (mesura y prudencia ante el éxito, valor y audacia ante los reveses); son la encarnación ó personificación de una idea ó de un fin. Expresión de él en su forma positiva son las grandes personificaciones de tendencias universales ó de intereses colectivos, y en la negativa los Estoicos con su célebre aforismo: *Sustine et Abstine.*

Según muestra el análisis, el estado complejísimo de la voluntad, que evoluciona desde la simple irritabilidad á la actividad ideomotriz (ó actividad consciente), no abunda tanto en la

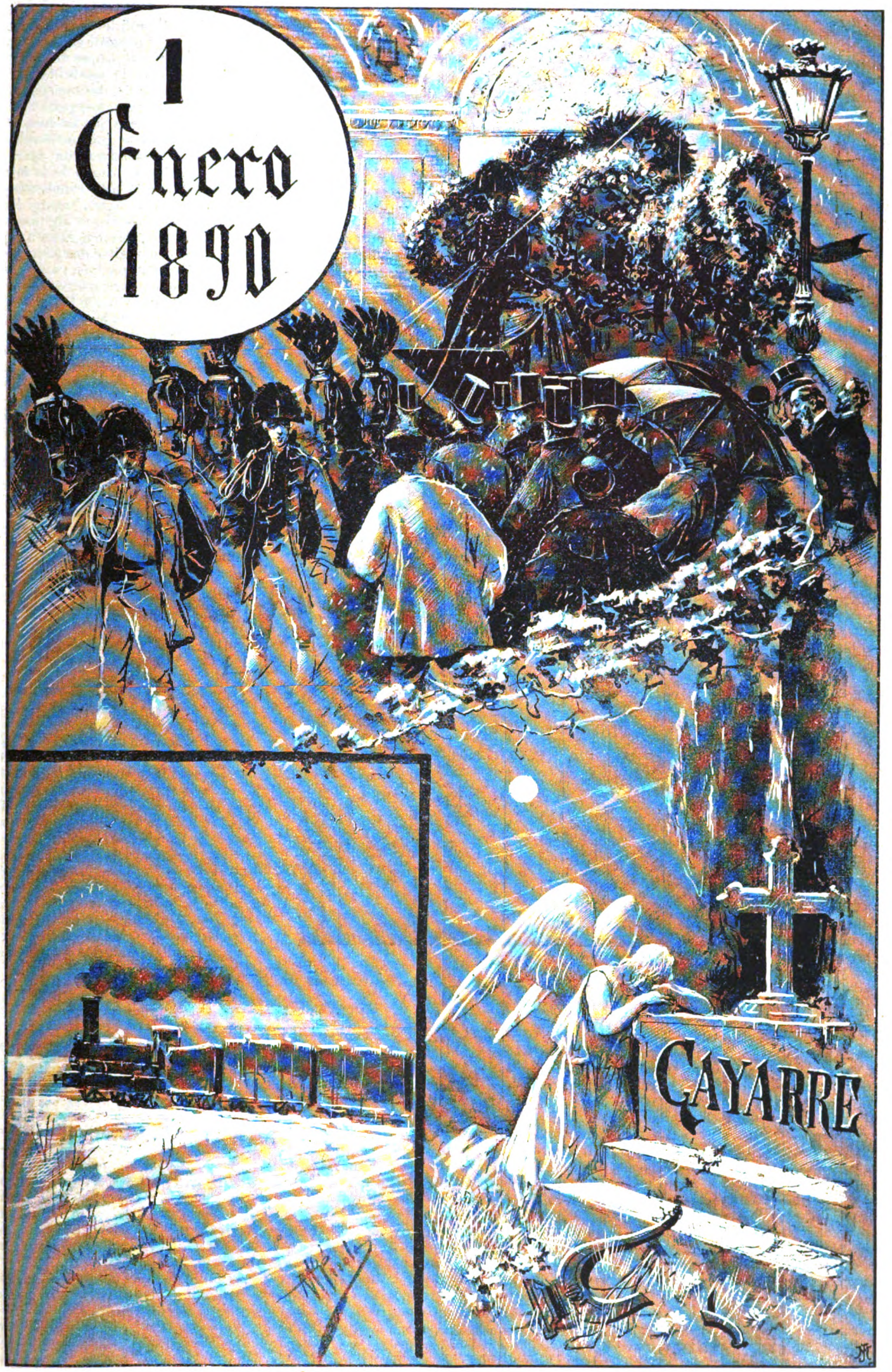
(1) *Les maladies de la volonté.*

Digitized by Google

PALACIO DUCAL DE VENECIA



Digitized by Google



CONDUCCIÓN DE LOS RESTOS DE JULIAN GAYARRE Á LA ESTACIÓN DEL NORTE (dibujo de **M. Picolo**)

Digitized by Google

vida como las formas menos complejas de la actividad misma.

El automatismo primitivo, el secundario del hábito, las pasiones y la imitación degenerando en rutina, son los caracteres propios de la vida vulgar. Los actos propiamente voluntarios, donde se acentúa la personalidad, conquistándose á sí mismo y luchando contra el enemigo interior, constituyen el más corto número en la existencia. Lo que los demás piensan y la manera como obran son guías bien cómodos para la vulgaridad (y el vulgo va también en coche). Pensar á patrón fijo y ya hecho, seguir la conducta recibida como don gracioso de una tradición, que puede haber tenido su razón de ser, pero que no se justifica ante las nuevas necesidades, permite dejar dormidas las energías, cuyo empleo y aprendizaje requieren superiores esfuerzos. Por el contrario, el pensamiento propio, la conducta guiada por móviles que trascienden del egoísmo, la vida voluntaria y libre, es el fruto más preciado, es la cúpula y remate de la racionalidad, porque es lo más personal; pero *¿qué es la persona?*

U. González Serrano

TEATRO ESPAÑOL

El ilustre actor D. Antonio Vico acaba de firmar su partida de defunción. A pesar de su competencia y de lo autorizado de su firma, el documento resulta, sin embargo, deficiente, efecto de no aparecer extendido en la debida forma, por haberse omitido en su redacción un dato de inapreciable valor.

Así en la muerte de los individuos como en la de las instituciones, para justificar su desaparición es preciso demostrar ante todo las causas origen de su fin, acreditar si han sucumbido por muerte violenta ó natural, exponer con la precisión y claridad debidas los medios empleados para contener lo que no ha conseguido evitarse, y, por último, afirmar sin ambajes ni rodeos, clara, noble y terminantemente, cuál ó cuáles motivos han ocasionado la muerte que se declara. Tal es el procedimiento obligado en tales casos y el que se observa tanto para satisfacción del firmante como para la del lector. El Sr. Vico, prescindiendo de detalles, nos dice en su sentida carta de despedida que el Teatro Español ha muerto. Por lo que dejamos expuesto échase de ver que falta á esta afirmación un comprobante importantísimo, esto es, la declaración de la causa origen de la muerte que se acusa. Y el notable actor debe de conocerla. Nadie como él ha seguido tan de cerca el curso de su trabajada existencia, y, habiéndola observado atentamente en sus continuas oscilaciones, conocerá, con fundamento de causa, á qué obedecían esas horas de deslumbradora lucidez durante las cuales aun los más cautos creían en la posible regeneración del Teatro Nacional, esas tremendas caídas que sucedían siempre á los grandes éxitos, la glacial indiferencia apagando entusiasmos ruidosos y frenéticamente manifestados, y otros mil significativos y sorprendentes fenómenos que en sus prolongadas y repetidas crisis se sucedían, siempre con asombro y estupor del que juzgaba los hechos como profano, como desconocedor de las causas que los motivaban. El Sr. Vico, no sólo debe conocerlas, si que también podría redactar un trabajo suficientemente luminoso acerca de las circunstancias que han originado la caída del Teatro Español. No lo ha hecho, sin embargo. En su aludido escrito guarda profunda reserva precisamente en el punto que á su autoridad peritísima convenía aclarar, precaución que ni se disculpa ni se justifica, ya que la muerte del Teatro Español no ha sido una sorpresa como la caída del imperio brasileño ni la muerte del insigne Gayarre, sino un accidente previsto, por todos esperado, como consecuencia lógica de su desastrosa marcha, de su pésima organización (si es que realmente la tenía), y del anticipado vacío que con sus exclusivismos y sus desaciertos se había hecho en su derredor.

Hemos llegado, pues, donde forzosamente debíamos llegar. Hubo un tiempo (no muy lejano) en que los muros del Teatro Español nada tenían que envidiar á las famosas murallas que antaño defendieron la China. Contra su formidable solidez estrellábanse entusiasmos generosos, reputaciones legítimamente conquistadas, proyectos regeneradores, planes que, á ponerse en práctica, quizá hubieran evitado su desmoronamiento en ruidosa caída. Obra que por arte de magia lograse traspasar sus muros, así la firmase García Gutiérrez (recuérdese *La mejor corona)* como Fernández Bremón, se le hacía el honor de archivarla, obligando al autor á aceptar el humillante papel de timorato pretendiente ó á poner en juego influencias que desdeña siempre el que con su trabajo se ha formado ya indiscutible reputación. Echegaray privaba, era el Dios solo y único que dominaba la escena; pero su propia grandeza, la prolijidad de sus sublimidades, lograron fatigar al público antes de tiempo, y un día el público se cansó de llorar y de estremecerse, y abandonó el templo de su ídolo, y buscó en los teatros por horas nuevos alicientes y expansión. Los autores, por su parte, seguros de que las puertas del clásico teatro de la plaza de Santa Ana no habían de serles franqueadas jamás, aguzaron su ingenio escribiendo piececitas de gusto altamente dudoso, prefiriendo mil veces de esta suerte aceptar el papel de saineteros festivos al de mendigos de favores que difícilmente habían de lograr. Gastada la celebridad de los unos á fuerza de prodigarla, desilusionados los otros por repetidos desencantos, ¿qué había de suceder? Sencillamente lo que ha sucedido: presenciar como por lenta consunción se extinguían los brillantes esplendores de ayer, y contemplar con asombro el triunfo de la fuerza, personificada hoy en lo más canallesco y ruin. La evolución ha sido lógica, natural é inevitable, y, sin embargo, parece que alguien se ha sorprendido de ella, atribuyéndola á suposiciones tan erróneas como faltas de sólido fundamento. El Teatro Español, por vía recta y sin desviar el sendero que en hora aciaga sus directores le trazaron, ha llegado donde iba, y á nadie puede acusarse ni de su estado ni de sus desdichas. Para encauzarle de nuevo se busca ahora un Moratín. El problema no consiste en descubrirlo, sino en facilitarle el medio de revelarse. Si ese Moratín existiese, para darse á conocer ¿de qué medios dispondría? ¡Medrado estaría el nuevo D. Leandro si no contase con otra recomendación que con la del mérito de su obra! Este es el último detalle. El primero estriba en dar con un amigo del actor que debe leerla; el segundo en que, vencidos los primeros obstáculos, se digne éste leerla; luego en vencer mil detalles que no son para apuntados; y, en último término, que la obra guste. Marchando á toda velocidad en el cumplimiento de estos preliminares, se echan un par de temporadas, y así se estrenan las obras, faltas de interés por su parecido á otras que se echaron antes, traducciones ó arreglos, por supuesto.

Vico pudo, pues, ser más explícito al firmar la partida de defunción que recientemente ha extendido. Al hacer constar que el Teatro Español ha muerto pudo haber añadido «por falta de organización,» y el grande actor hubiera apuntado una gran verdad. Aquí, donde el prurito de copiar todo lo extranjero constituye casi una monomanía general, á nadie se le ha ocurrido reformar el Teatro Español dándole una organización semejante á la que rige en la Comedia Francesa, modelo de instituciones, como lo acreditan su marcha siempre próspera y floreciente y los réditos que anualmente devengan sus asociados, los cuales han ascendido en la última anualidad, según consta en una memoria publicada recientemente por M. Claretie, á la respetable suma de 800,000 francos. La reforma que dejamos indicada, cortando de raíz abusos inveterados, favoritismos y otras plagas, sería la única que podría devolver al Teatro Español su antiguo prestigio y abrirle nuevo y esplendoroso porvenir.

Antonia Opisso

LA SUPLICANTE (busto por T. Nelson Maclean)

FISICA RECREATIVA

ÓPTICA

No creo que este artículo pueda empezarse más que diciendo á los que lo lean:—Señores, mucho ojo.—Quedan, pues, excluídos de su lectura los míopes, los présbites, los que padezcan estrabismo (Cánovas inclusive), ó irritaciones ó rijas, ó etc., etc.; todo aquel, en fin, que necesite de los auxilios del doctor Cervera, pues de esos señores no puedo esperar que vean mi artículo con buenos ojos.

Como este tiene que ser forzosamente un escrito luminoso, tampoco admito para su lectura hombres de pocas luces.

Verdaderamente, para escribir acerca de la óptica, la primera condición indispensable es la claridad, pues sería triste cosa que hablando de luz nos quedásemos á oscuras; sin que por eso vayamos á ser tan claros que lleguemos á *alumbrarnos* nosotros mismos. Sin embargo, no eliminemos del todo la *chispa*, porque ella es buen recurso á todas luces.

Digitized by Google

La luz es un agente. Y no de negocios, por más que en ambos se dan fenómenos.

Las teorías modernas definen la luz diciendo que es pura vibración etérea; á la cual definición no le encuentro más defecto que el de prestarse á interpretaciones peregrinas.

Recuerdo, á este propósito, un corto y sabroso diálogo que sostuve con una histérica, la que siempre que se sentía algo nerviosa acostumbraba sentarse al sol.

—¿Por qué hace V. eso, señora?—la pregunté.

—Por qué la luz es un antihistérico.

—¡Cómo!—repuse estupefacto.

—Sí, señor. ¿No dicen Vds. que la luz es éter?

Hé ahí los inconvenientes de usar en la ciencia palabras de doble sentido. Aquella buena señora creía que el sol era un enorme antiespasmódico, confundiendo la luz con la asafétida.

La óptica está al alcance de todos, aun de aquellos que son refractarios á la cultura. En efecto: todos sabemos algo de óptica. ¿Qué geómetra no sabe lo que es un prisma? ¿Quién no tiene algún objetivo en esta vida? ¿Qué persona no ha hecho alguna vez una reflexión? ¿Qué devota ignora lo que son imágenes? ¿Qué mujer desconoce las propiedades del espejo? ¿Quién no ha visto visiones?

Lo único que me confunde es que, cómo siendo la luz una cosa tan alegre, su teoría tiene una cosa tan espeluznante: ¡el espectro!

Y entramos en la teoría de los colores, verdaderamente enrevesada. Si Newton se vió negro para explicarla, ¿qué extraño que yo, al ver mi monstruosa audacia, me ponga colorado por temor de que me pongan verde?

No se crea que los colores son únicamente propiedades de los objetos: también son propiedades de personas y de abstracciones. ¿No hay leyes violadas, hombres aplomados, poetas oscuros, políticos rojos y niños chillones? Hasta el aire, supuesto incoloro por la química, tiene su matiz. Por eso decimos algunas veces:—¡Corre un gris!...

Los hombres ¿no son espíritus encarnados?

En esto de colores hay mucha diversidad de gustos: á unos les agrada el rosa, á otros el amarillo, otros tienen afición al verde.

Termino mi teoría de los colores rogando al público que no me ponga de oro y azul.

Y hénos ya en el capítulo de instrumentos ópticos.

Cualquiera de nosotros tiene algo de anteojo, aunque sólo sea el diafragma; cualquiera pistola nos da una idea del ocular, siquiera por el tiro; terminando aquí este párrafo, no sea que yo me dispare y me salga aquél por la culata.

Concluiré con un pensamiento de Víctor Hugo, que yo dedico á esa lectora picaresca y bella que se está riendo: «Dame un telescopio para mirar tus ojos y un microscopio para mirar tu pie.» Lectora, no me guiñe V. el ojo, porque publicaré que, aunque soltera, tiene V. *dos niñas* muy bonitas.

Y ahora, lector, si te parece, ya que hemos charlado un rato de la luz, apaga y vámonos.

GONZALO DE CASTRO

¡¡Y NO BAJA LA CARNE!!

¡Qué ha de bajar! Podremos darnos por satisfechos con que no suba, que sí subirá; pero en ponerla al alcance de las personas pobres, ni aun al de las familias medianamente acomodadas, no se ha pensado nunca: los tablajeros porque á ellos no les conviene abaratar una mercancía que monopolizan, y los que no son tablajeros porque ¿á ellos qué les importa?

Calcúlese si al que comenzó su carrera de edil hecho un pelele y está hoy convertido en un Creso le interesará que la carne se venda veinte céntimos ó treinta más cara que antes: ni es hombre él para detenerse en tales nimiedades. Háblesele en buen hora de esas expropiaciones y de esas compras de huertas y de esas adquisiciones de mercados que tanto están dando que decir á los señores diputados en el Congreso y tanto que escuchar al público de las tribunas: aquí al fin y al cabo se habla de miles de duros, de millones de pesetas, de algo que ensancha el corazón y eleva el espíritu. Pero ¡eso de la carne!... ¡calle V., hombre!... ¡si hasta da vergüenza hablar de ello! Como del pan, que también hemos dado ahora en la manía de decir que es malo y caro y falto de peso. Vean Vds. si tales puerilidades pueden preocupar la atención de ningún edil que se estime.

Cuanto más pienso en ello, tanto más se arraiga en mi ánimo el convencimiento de que tuvo muchísima razón quien dijera: *Cada pueblo tiene el gobierno que merece.* Sí, señor: es mucha verdad; y cada Municipio los ediles que le corresponden. De que los Ayuntamientos de Madrid han sido malos desde tiempo casi inmemorial, están dándonos pruebas diarias los representantes del país que han intervenido en la interpelación del Sr. Azcárate. Algo de esto hacía ya sospechar, aun á los menos maliciosos, el afán, verdaderamente desordenado, de ser concejal que en varios ciudadanos se había desarrollado. Lo que sucedía en esto era maravilloso y casi inexplicable. Los cargos concejiles son, en verdad, poco apetitosos. Al Municipio va uno *gratis et amore*, por cariño á sus conciudadanos, á cuidar de los intereses comunes, robando tiempo y trabajo y atención á los propios intereses. Al puesto de concejal se va con la seguridad absoluta de no ganar nada (porque con la gratitud del común vecino no hay que contar) y con la probabilidad de perder mucho. En conciencia creo, y he creído siempre, que esos cargos (como todos los cargos) debían ser retribuídos. Lo mismo que el de diputado y senador, por supuesto. Pero, en fin, eso de la retribución es, como vulgarmente se dice, harina de otro costal: el hecho es que el cargo no tiene retribución, no ofrece ventaja alguna y sí muchos inconvenientes; y, sin embargo... ¡es tan codiciado! El que nunca ha sido concejal ¡realiza tantos y tan extraordinarios sacrificios para llegar á serlo! El que lo ha sido una vez ¡hace esfuerzos tan heroicos para seguir siéndolo, y serlo, si es posible, á perpetuidad! Vds. ven que, como yo les decía, aun para las gentes menos maliciosas, hay algo, que el vulgo no ve, ó no quiere ver, ó hace como si no viere, en la cosa. Pero esto que podría ser solamente el vislumbre de una sospecha, se convierte, no ya en sospecha, sino en convicción profunda (en la hipótesis de que sea verdad lo dicho en el Congreso) después de oídos los discursos de Azcárate, Toreno, Villasante, Romero Paz y demás señores diputados que acerca de los asuntos del Ayuntamiento de Madrid han debatido.

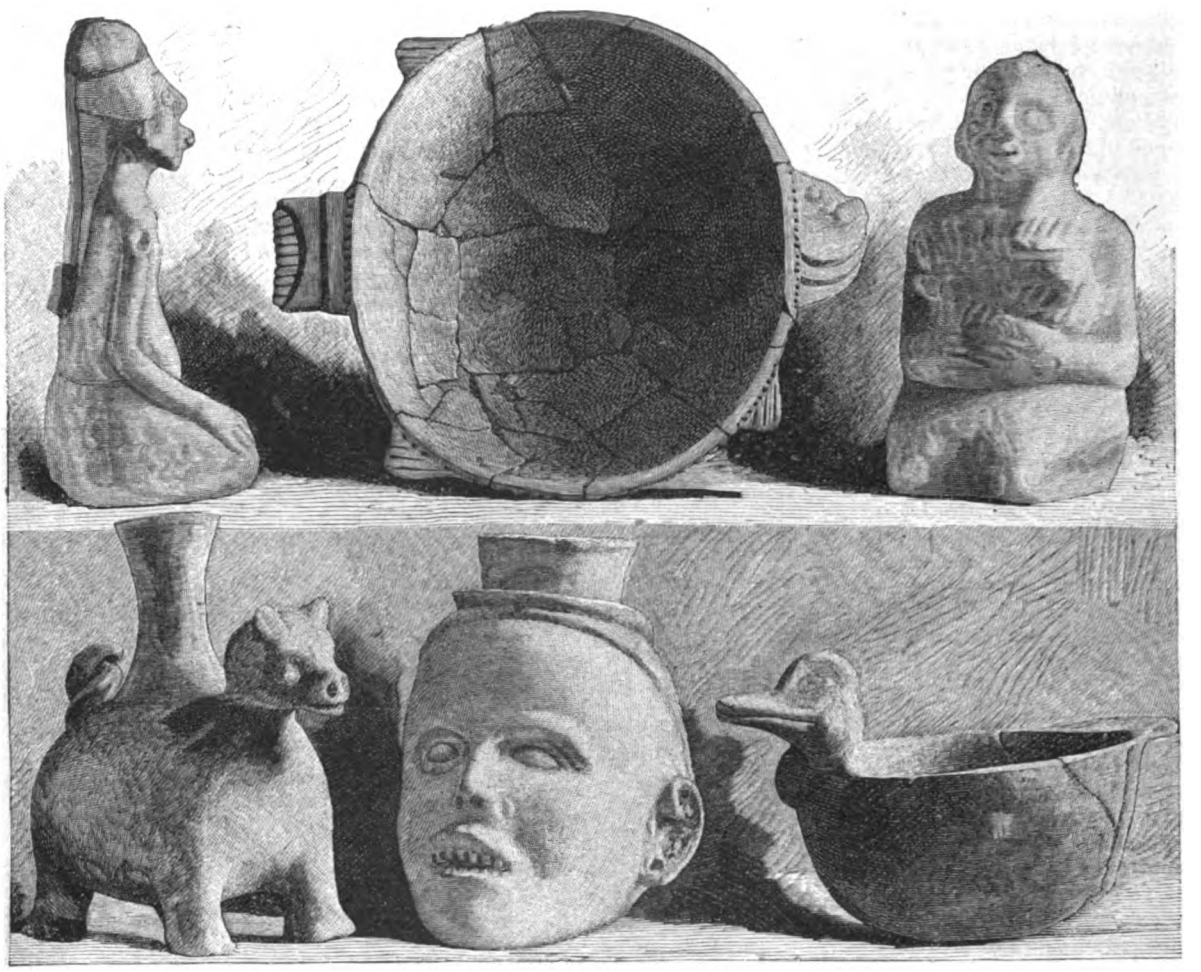
JOVEN MADRE (busto por R. A. Ledward)

Pero nosotros somos así, como Dios nos hizo: hemos crecido un poco y nada más: seguimos tan bobalicones como nos parieron nuestras madres respectivas. Oimos hablar de estas cosas en el Congreso y nos indignamos; sí, señor: nos indignamos extraordinariamente; y aquella noche misma vamos al café muy resueltos á dejar tamañito como un garbanzo al contertulio A. ó B., amigo del concejal H. ó R.. Leemos en los diarios un soneto semblanza de no sé qué concejal conservador, y ya tenemos asunto de conversación para dos ó tres noches: conversación muy animada, eso sí, salpimentada con frases enérgicas y protestas varoniles. Y... al día siguiente el que no tiene trabajo se dedica á la dificultosa tarea de buscarlo, y el que, más afortunado que otro, tiene donde trabajar, va á su obligación, y ni recuerda que haya ediles, ni huertas, ni solares, ni mercados en el mundo.

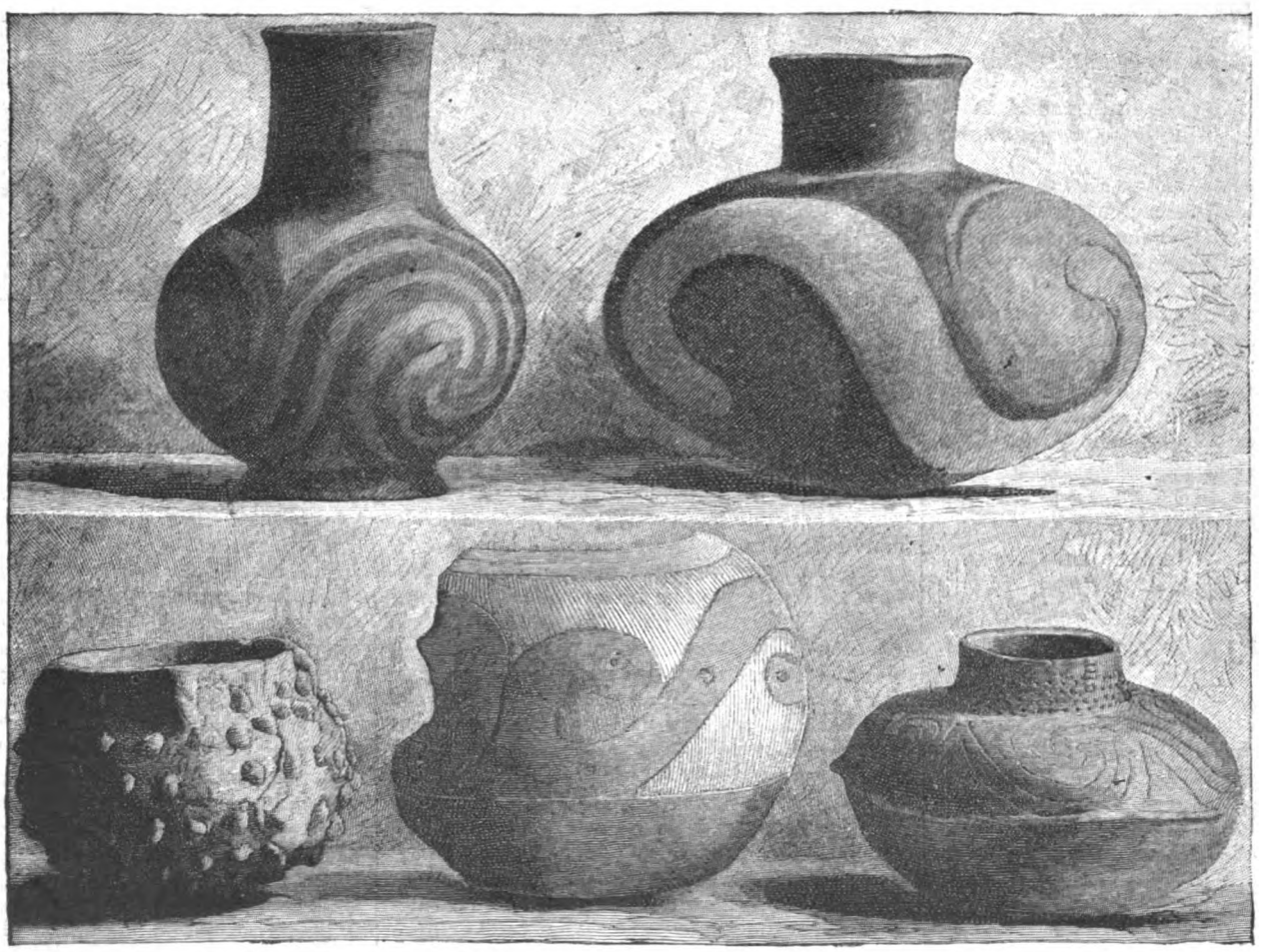
Pero acontece algo que nos llega muy al alma: se sube el pan, se encarece la carne, au-

Digitized by Google

CERAMICA NORTEAMERICANA PREHISTORICA



CERÁMICA HALLADA EN LOS TERRAPLENES DEL MISURI Y EL ARKANSAS



CERÁMICA HALLADA EN LOS TERRAPLENES DEL ARKANSAS Y LA FLORIDA

Digitized by Google

RETRATANDO AL ABUELITO (cuadro de Scaffai)

Digitized by Google

menta el odioso impuesto de consumos, y entonces... ¡oh! entonces, las cosas ocurren de muy distinta manera. Celebramos reuniones *(meetings* que decimos ahora), nos congregamos unos cuantos centenares de ciudadanos, y, lleno el local, improvisamos un congresillo, una especie de asamblea deliberante (es invencible nuestro afán á las farsas del parlamentarismo), unos cuantos señores más interesados en el asunto ó más presumidos de oradores pronuncian sendos discursos con sendas rectificaciones, proponen lo que bien les parece, la asamblea suele no acordar nada, ó cuando más acuerda (y es lo mismo) nombrar una comisión; y aquí dió fondo la protesta y la resistencia pasiva y la activa.

No vayan Vds. á figurarse que yo deploro esto, ni lo censuro, ni mucho menos aconsejo á nadie que apele á otro procedimiento: eso... allá ellos: cada cual es juez más competente en sus propios asuntos que yo en los ajenos. Observo el hecho, lo señalo, y digo filosóficamente: «Nuestros Municipios no son buenos, antes son malos; pero, en verdad, en verdad, no los podemos tener mejores.»

Por las razones apuntadas y por otras que omito ahora, pero que se figura cualquiera.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

DIBUJO DE MISS FRANCESCA ALEXANDER

EL HIJO CIEGO

Al nacer, mi madre
me cubrió de besos,
miróse en mi cara
como en un espejo,
y exclamó al instante
con alegre acento:
—¡Qué vejez me aguarda
con mi pequeñuelo!
¡Ay! ¡Si mi marido
no se hubiera muerto!
Cuando ya los años
con terrible peso
carguen mis espaldas
y abatan mi cuerpo,
siéndome imposible
ganar el sustento,
entonces mi niño,
hombre en aquel tiempo,
me tendrá en su casa,
será mi consuelo,
viviré dichosa
sin tristes recuerdos,
hasta que abandone
tan ansiado cielo
y exhale gozosa
mi postrer aliento,
rodeada la cama
de nietas y nietos,
y al ver que mi Antonio,
siempre amante y bueno,
me cierra los ojos
á fuerza de besos.—
. . . . . .
Echando estas cuentas
pasóse algún tiempo;
hasta que una tarde
del helado enero,
al ver que mis ojos,
aunque siempre abiertos,
mostraban un brillo
que infundía miedo,
me dijo mi madre
con horrible anhelo:
—¿Qué tienes, mi vida?
¿qué tienes mi dueño,
que en todo te fijas
sin pararte en ello?
¡Mírame mi bien!
¡Mírame un momento!—
Yo, al oir sus frases,
en llanto deshecho,
dije, procurando
dominar mi duelo:
—¡Sí, ya miro, madre!
Miro... ¡¡y no te veo!!—
Un ¡ay! horroroso
contrajo su pecho,
yo atemorizado
me colgué á su cuello,
regó mis mejillas
con llanto de fuego,
y al darme un abrazo
dijo entre lamentos:
—*¡Qué vejez me aguarda*
con mi pequeñuelo!
. . . . . .
Hoy agarraditos
vamos por el pueblo:
yo arranco quejidos
de un guitarro viejo;
mi madre me guía
llorando y pidiendo.
Y así proseguimos,
y así seguiremos,
siempre los dos tristes,
siempre los dos ciegos:
ciega ella del alma,
ciego yo del cuerpo.

JOSÉ BERMÚDEZ

NUESTROS GRABADOS

BELLAS ARTES

ITALIA: CANTO DE AMOR
Cuadro de P. Roi

Compiten en esa obra el pintor y el grabador. Como estudio de modelado y de paños, no puede pedírsele más al primero, por más que la índole del asunto resulte un tanto convencional. Esto, empero, no puede tomarse como censura; pues, dicho sea en honor de la tolerancia, mientras una cosa sea bella importa poco que deje de ser verdad ó que no pueda haber sucedido nunca.

LA ESCULTURA INGLESA EN 1889

La jauría es una obra de tendencias genuinamente clásicas, pero dejando percibir por el modelo y el estilo la vigorosa personalidad de su autor.

El genio de la poesía le deja bastante frío á uno, por más que sea de alabar lo esmerado de la ejecución. *La joven madre* se recomienda por su modelado. El *Ignis fatuus*, de Mr. Pegram, es un bajo relieve vaciado en bronce, de ingeniosa composición y buen dibujo.

La suplicante, de Maclean, está animada por el espíritu de los últimos tiempos de la escultura helénica.

En suma, se ve que la escultura inglesa va prosperando de año en año.

ALEMANIA: SALOMÉ, *cuadro de Sichel.*—LA LAVANDERA, *de Eugenio Blaas.*—RETRATANDO AL ABUELITO, *cuadro de Scaffai.*

Es difícil explicar la razón del atractivo que ejerce Salomé sobre los hijos de Apeles, desde el Ticiano á Regnault. Sichel, distinguido artista de la escuela de Munich, ha querido echar también su cuarto á espadas, siendo de alabar la manera como ha concebido el personaje, y más aún haberse abstenido de reincidir en las famosas *gammas* á que se entregaron muchos pintores después de habérsele ocurrido al malogrado Regnault. El tipo de la princesa es indudablemente bien judío.

La lavandera, de Blaas, es un bonito estudio de un tipo veneciano lleno de gracia y lozanía. Porque es de notar que una de las profesiones más higénicas es la de lavandera, sin duda por la mucha hidroterapia que hacen.

Retratando al abuelito es una escena humorística á la manera de la escuela de Munich. Vese una familia feliz, contenta con su suerte y que cuenta entre los suyos á un futuro Cornelius.

PALACIO DUCAL DE VENECIA

Habiendo dado algún cuidado hace dos ó tres años ciertos movimientos observados en el incomparable Palacio Ducal de Venecia, dispuso en seguida el Gobierno italiano que se procediese á restaurarlo en la medida que fuese menester, celebrándose en noviembre último la fiesta de descubrir de nuevo las fachadas y entregar el palacio á la curiosidad del público. Las obras de reparación se han ejecutado con el mayor respeto y acierto, y nunca como ahora

Digitized by Google

ha aparecido más soberbia é incomparable la maravillosa fábrica que es orgullo de Italia y embeleso del mundo.

CONDUCCIÓN DE LOS RESTOS DE JULIÁN GAYARRE Á LA ESTACIÓN DEL NORTE

Dibujo de Picolo

No fué obstáculo lo desapacible del día para que una multitud inmensa acompañase á los restos mortales del nunca bastantemente llorado artista desde la casa mortuoria á la estación del Norte. Una vez allí, el cadáver fué depositado en un vagón especial con destino al valle del Roncal, donde descansan ya los despojos de aquel hombre, más grande aún como caballero que como artista.

ANTIGÜEDADES PREHISTÓRICAS DE LOS ESTADOS UNIDOS

Hay en Cambridge (Massachusetts, Estados Unidos) un magnífico museo llamado *Arqueológico y Etnológico Americano* de *Peabody*, anexo al Colegio Harvard. Fué fundado en 1866 y se distingue por la precisión con que se registra la procedencia de cada objeto. Encuéntranse allí ejemplares procedentes de todas partes del Nuevo Continente, desde Alaska y la América inglesa hasta la Tierra del Fuego.

Sabido es que en la América abundan una especie de sepulcros ó *túmulos* consistentes en unos oteros de barro, y aun á veces de piedra. Algunos tienen de 350 á 400 metros de largo por 2 á 300 de ancho. Hay asimismo una especie de terreros que tienen de 1 á 10 metros de altura, formados con piedras amontonadas. En todas estas construcciones suelen hallarse objetos curiosísimos, y se da al pueblo que los erigió, á falta de mejor nombre, el de *Constructores de Terraplenes* (*Mound Builders*). Encuéntranse principalmente estos restos en los Estados de Michigan, Iowa, Ohio, Misuri, Kentucky, Tennesse, Arkansas y Florida. Por los grabados que acompañamos pueden verse algunos curiosísimos artículos de cerámica sumamente originales, y, como elementos decorativos, animales que denotan mucha habilidad y ligereza en el dibujo.

DIBUJO Á LA PLUMA, DE MISS FRANCESCA ALEXANDER

La autora es una norteamericana, bien que educada y avecindada en Italia, de la cual dijo Mr. John Ruskin que desde Leonardo de Vinci no se ha visto quien dibujara mejor á la pluma.

GUADALUPE

Hállase esta isla algo al E. de Puerto Rico y está constituída por varias cadenas de montes volcánicos, entre los cuales la *Azufrera* vomita humo con frecuencia. La vegetación, entre las vertientes y el mar, es muy rica, y se dan allí con grande esplendidez las palmeras, los bejucos, los guayabos, etc.

La circunferencia total es de unas 70 leguas. La población, que asciende á unas 150,000 almas, es en su mayoría de color.

Sabido es que esta Antilla pertenece á Francia.

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

—Los amigos de mi tío deben considerarse como nuestros, por lo que nos complace en extremo que se haya V. tomado esa libertad,—contestó Virginia, respondiendo á la presentación de Octavio.

Preciso se hace, al llegar á este punto, que los que nos lean conozcan al joven protagonista de esta narración, aunque tengan ya sucinta idea de su carácter.

Octavio Ordóñez había ya visto desaparecer sus treinta inviernos sin que ese lapso del tiempo hubiera deteriorado la floreciente juventud que coloreaba sus mejillas frescas y sus labios rosados. Cabello negro y ensortijado coronaba su vasta frente, bajo la que brillaban sin cesar, con un movimiento continuo, pequeñas pero relucientes pupilas. Ancho y retorcido bigote cubría sus labios, ligeros y movibles, que jugaban perfectamente con el resto de su figura delgada y sin reposo. Armonizaban en él su naturaleza y su carácter.

La imaginación inconstante y soñadora del artista, cuyo vuelo no descansaba nunca, sólo le permitió hasta entonces desflorar, digámoslo así, las sensaciones y los sentimientos de la vida, sin llegar jamás á profundizar ni una idea, ni una pasión. Como cambiaba, en sus continuos viajes, de objetos y de relaciones y de modo de vivir, así también cambiaba en su existencia moral, y en su corazón estéril no llegó nunca á florecer ninguna de las semillas que sembrara la mano del sentimiento, porque arrancaba las plantas antes de sazón el huracán de su insaciable fantasía, haciendo morir una tras otra la interminable serie de sus deseos.

A un hombre de la naturaleza de Octavio quería fijar para siempre D. Ignacio, sujetándolo con el peso de la pasión con que Virginia le había de abrumar. Si lo conseguirán ó no entre tío y sobrina es lo que veremos en el trascurso de la novela: por ahora nos limitamos á presentar el artista al benévolo lector, mientras se sienta en el sofá al lado de Virginia y empieza audazmente á enamorarla, más que con la frase con las intencionadas miradas que la asesta sin tregua conociendo por experiencia el fluido poderoso de sus ojos.

La conversación versaba sobre generalidades de ninguna importancia para el interés de este cuadro dramático, hasta el momento en que Virginia, deseando sondear á Octavio, le dijo:

—No comprendo cómo un artista puede vivir feliz solo, sin hogar, cosmopolita eterno, sin ideal que inspire sus cuadros, sin objeto que llene su corazón.

—Si vivo así, Virginia, es por matar el aburrimiento y el esplín que consumen los días de mi existencia, viendo que ésta discurre para mí sin que me sonría ni me corresponda el ideal que llevo en la mente y que tiene forma real y tangible en la tierra, y sin que llene el vacío de mi corazón el objeto que pudiera llenarlo,—contestó Octavio.

—No le creas, sobrina,—contestó D. Ignacio;—le hace vivir así la veleidad de su carácter: es incapaz de sentir una verdadera pasión.

—No eres justo conmigo,—repuso Octavio mirando con enojo á su amigo, que trataba de desacreditarle á los ojos de la mujer que le fascinaba en aquel instante.

—Sin embargo, creo lo que dice mi tío: es muy difícil que V. inspire confianza á la mujer que pretenda,—replicó Virginia.

—Mi amigo Ignacio no me juzga como soy, y sentiría en el alma que hiciese arraigar en V. opinión tan poco halagüeña acerca de mi insignificante personalidad: tanto es así que vengo á Valencia con la formal y resuelta decisión de acercarme al ideal que hace tiempo me encanta, á postrarme á sus plantas y á pedirle de rodillas que se digne ser mi inspirador eterno, el bien único que comprendo que puede curarme de mi soledad y de mi fastidio y abrirme el camino de la felicidad, el camino que siempre equivoqué.

Estas frases las pronunciaba Octavio mirando á Virginia de hito en hito. Esta bajó los ojos ruborizada, haciendo pliegues con las manos, como abstraída, en la blanca bata que la ceñía. Implacable D. Ignacio, insistiendo en su estudiado sistema de oposición, dirigió la palabra á su sobrina en cuanto el artista terminó de hablar, diciéndola:

—No creas á Octavio: esas declaraciones se las arranca con facilidad cualquiera mujer que le agrada: se enamora de ella y al poco tiempo la olvida. El entusiasmo nunca es de larga duración: vive poco tiempo.

GUADALUPE

—¡Dios me libre de enamorarme de V.!—exclamó Virginia con hechicera sonrisa y contribuyendo al desarrollo del plan de su tío.

Octavio estaba violento y contrariado por sus dos interlocutores. Esta resistencia, sin embargo, encendía su deseo y aumentaba su tenacidad.

—No debe decir eso, ni de broma, la mujer que no se pertenece,—contestó con gravedad D. Ignacio, blandiendo su junquillo.

—¡Es verdad! ¡Es verdad!—contestó D.ª Concepción acompañando la frase de su sonrisa.

Octavio, al ver á la señora anciana tomar parte en el diálogo, la sondeó con larga y profunda mirada que le hizo comprender el estado de la inteligencia de la enferma, del que algo traducía antes por lo poco que acerca de esto había oído decir á su amigo Ignacio.

—¡Desgraciadamente no es V. libre!—exclamó el artista suspirando.

—Desgraciadamente: eso es, Octavio. Debe su infelicidad á su matrimonio.

—Su esposo debe ser ciego ó insensato,—añadió el pintor.

—Es un hombre... que se cansó de mí, como todos Vds. se cansan; porque quien dice hombres dice veleta,—contestó Virginia.

—Mi sobrina tiene motivos para conocernos,—añadió D. Ignacio.

—¿También tú atacas á nuestro sexo?... Has

Digitized by Google

olvidado la celebre frase de Shakespeare: *¡Fragilidad! Tienes nombre de mujer.*

—El hombre goza de todos los privilegios: se impone ó por su talento ó por su fuerza. Si se digna hacer caso de nosotras un momento, es para hacernos llorar después toda la vida, y, sin embargo, nos llama *frágiles*. Es nuestro verdugo y extraña que seamos sus víctimas. ¡El hombre siempre es injusto! El premio de mi cariño ha sido el abandono de mi esposo, su fuga con una mujer indigna. Octavio, hace V. bien: entréguese al movimiento, á la fiebre de la agitada vida de los artistas; no ame á ninguna mujer que posea dignidad y corazón; y de ese modo no acarreará la desgracia de ninguna de las que la Naturaleza creó *frágiles*, — contestó hábilmente á Octavio la discreta Virginia con las mejillas sonrosadas, con los ojos ardientes y con la voz vibrante, envolviendo al artista en una atmósfera de fascinación que le electrizaba.

—Le prometo á V. obrar de un modo diametralmente opuesto al que me aconseja,—contestó el pintor animándose por grados y sintiendo en el fondo del alma ideas que en palabras traducían sus labios. Comprendo, al oirla, que he sido una necia mariposa que he recorrido inútilmente todas las flores del jardín; comprendo que de esto dimana el estado de fastidio en que vivo; comprendo que si existe felicidad en el mundo debe encerrarse sólo en el amor constante y verdadero, ya que hasta hoy no la encontré, quizás por buscarla donde no existe; pero desde hoy, que el ideal de mi ventura se me aparece sonriendo en lo más lejano del horizonte de mi juventud, desde hoy prometo á V. que he de hacer todos los sacrificios imaginables para alcanzarle. A costa de la vida he de procurar que me corresponda: no me anima ya otro pensamiento, no codicio ya otra gloria, no deseo ya otra ventura.

Virginia, modestamente, inclinaba la vista, pero escuchaba con deleite las frases del pintor, que repercutían en su alma como grata melodía. D. Ignacio agitaba el junquillo más que nunca y sonreía en su interior, gozándose de antemano en el triunfo de su estrategia; y doña Concepción miraba tenazmente el techo de la alquería, como si intentase contar las pinceladas de que constaba cada uno de sus adornos.

III

A los cuatro días de haber acontecido la anterior escena, en el gabinete escritorio de don Ignacio sostenía éste con Octavio la acalorada conversación que vamos á trasladar al papel para que la conozcan nuestros lectores.

Fingiendo el tío de Virginia una cólera que estaba muy lejos de poseer, pero desempeñando el papel que se proponía representar, apostrofaba al artista del siguiente modo:

—No, Octavio: ni lo puedo autorizar ni lo debo consentir.

—Pues lo siento mucho, pero no desisto. Es Virginia una mujer cuyos atractivos no puedo resistir, y la amo cuanto soy capaz de amar.

—Pero es mi sobrina y no es libre.

—Ejerce sobre mí la atracción del abismo: siento vértigos á su lado: caeré y caerá, porque esta es la ley inflexible de la Naturaleza,—contestó resueltamente Octavio.

—Pues ya que estás decidido á deshonrar á mi familia, te declaro guerra sin tregua ni cuartel. Convenceré á Virginia de que eres falso, inconsciente, enamoradizo; de que cada amorío tuyo vive tres meses y desaparece á cada estación; la convenceré de que no sabes amar, de que todas tus pasiones son de fantasía, fosfóricas, pero efímeras; en una palabra, la convenceré de que es peligroso que se fije en un veleta la que posee encantos superiores; y, no lo dudes, Virginia no te corresponderá.

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

ELIXIR
DE PROTOCLORURO DE HIERRO CON HIPOFOSFITOS
Adoptados en los hospitales — DE VIVAS PÉREZ — Recetados por los médicos
No tiene rival, y es el único seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos y de la medicación tónico-reconstituyente, para la Anemia, Raquitismo, Colores pláidos, Empobrecimiento de la sangre, Debilidad é Inapetencia.
Tenemos numerosos certificados de los médicos que lo recomiendan y recetan con admirables resultados.
Precio de cada botella, *4 ptas.* Media botella, *2'50 ptas.* en toda España.
Cuidado con las falsificaciones, porque otro no dará el mismo resultado. Exigir la firma y marca de garantía.
De venta en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur.
Depósito general: Almería FARMACIA VIVAS PÉREZ
POR MAYOR.—*Madrid:* M. García, y Sociedad Ibero-Universal.—*Barcelona:* Sociedad Farmacéutica, Hijos de J. Vidal y Ribas, y Alomar y Uriach.—*Habana:* Lobé y C.ª, Farmacia y Droguería de José Sarrá.—*Puerto Rico:* Fidel Guillermety.—*Mayagüez:* Guillermo Mullet.—*Valencia:* Sres. Fabiá, Hijos de Blas Cuesta, y Climent y Quesada.—*Buenos Aires y Montevideo:* principales farmacias.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

ALBINA, BLANCO DE LAÏS
PARA BLANQUEAR LA TEZ
y hacer desaparecer las manchas y granitos del rostro
PREPARADO POR
DESNOUS, Perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS
En todas Farmacias, Perfumerías, Bazares.

Maison **De VERTUS** Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerías.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Frasco: 5 fr. — en París
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 — B.d St-Denis.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (*estreñimiento*), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviéndolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER, inventor, 1 RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerías*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 86, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 25 de enero de 1890	Núm. 369

RÊVERIE (cuadro de J. Ballavoine)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*El amor y la amistad* (continuación), por Teodoro Guerrero. *Supercheria* (continuación), por Clarín.—*Los malogrados*, por Ricardo P. Catarineu.—*Moribunda* (poesía), por Venancio Serrano Clavero.—*¡Gayarre!*, por J. M. Bonilla Franco.—*La joven mendiga* (poesía), por M N. Troncoso.—*Nuestros grabados.*—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: *Bellas Artes*. Francia: Rêverie. Italia: Un buzón. Carlos I de Inglaterra en el taller de Van Dyck. Inglaterra: Pastoral. Orillas del Támesis. La urna de Venus. El hábito no hace el monje. Sir José Whitworth.—*Obras de Herman Corradi:* I. La Madona de Chioggia. II. El Ave María de los pescadores en Chioggia. III. Convento cerca de Venecia.—Incendio del castillo de Lacken.—La enfermedad de S. M. el Rey D. Alfonso XIII.

ADVERTENCIA

La necesidad de tener que atender nuestro muy estimado amigo Fernanflor al restablecimiento de su salud, le imposibilita de continuar escribiendo semanalmente en esta revista, aunque con la viva satisfacción de que siga prestándonos su valioso concurso, enviando de vez en cuando artículos que honrarán siempre estas columnas.

La crónica de *Madrid* queda desde el presente número á cargo del distinguidísimo escritor que usa el pseudónimo de *Kasabal*, cuya colaboración hemos conseguido, cabiéndonos la más completa seguridad de que á todos nuestros favorecedores habrá de parecerles inmejorable tan reputada firma.

MADRID

Una nación amiga, un embajador simpático, una tienda nueva y una fiesta antigua

Los sucesos de Portugal han causado honda impresión en España, y, pasada la emoción producida por la enfermedad del rey, es objeto de todas las conversaciones el atentado de Inglaterra, las manifestaciones en Lisboa y en Oporto y cuanto expresa en el vecino reino indignación contra el atropello y resolución firmísima de volver por la honra, la integridad y la independencia de la patria.

No se necesitaban los estrechos vínculos de raza, de historia y de suelo que nos unen á los portugueses para que los sentimientos que ahora dominan en sus almas encontrasen entre nosotros simpatía.

Por lo mismo que hemos sido muchas veces víctimas del fuerte, nos atrae el débil, y todo pueblo que clama por su independencia nos tiene á su lado, recordando las grandes luchas que por conservar la nuestra hemos sostenido.

Pero tratándose de Portugal estas simpatías tienen que ser más vivas. De ordinario nos acordamos poco de nuestros vecinos y, ellos no hacen gran caso de nosotros, como no sea para comprar décimos de nuestra lotería ó venir á ver nuestras corridas de toros. En los escaparates de las librerías de Lisboa no se ve un libro español ni para un remedio, y en las de Madrid no se colocan los de escritores portugueses, prefiriendo los de allá y los de aquí las producciones de literaturas extranjeras, y especialmente de la francesa. Los que se ocupan en política siguen atentamente el movimiento de todas las naciones de Europa, menos el de la que está más cerca; y mientras os dirán de corrido, como los chicos de la escuela, los nombres de políticos ingleses, franceses y alemanes, tendrán que pararse á pensar mucho para deciros en Madrid los de los que más influyen en Lisboa, y en Lisboa los de los que más prestigio tienen en Madrid.

Algunas veces se ha intentado romper esta antinatural indiferencia. Yo recuerdo los nobles esfuerzos que el gran actor portugués José Carlos dos Santos, el que como Gil Vicente unió á los laureles de autor dramático, ganados con sus propias obras, los que alcanzó en la escena interpretando admirablemente los de otros ingenios; yo recuerdo, digo, los esfuerzos que este hombre verdaderamente notable hizo desde la dirección del teatro nacional de D.ª María para poner el repertorio español sobre el repertorio francés.

Merced á él se pusieron admirablemente en escena obras españolas muy bien traducidas y representadas, entre las que figuraban *Doña Juana la Loca*, *Don Francisco de Quevedo*, *Guzmán el Bueno* y otras de nuestro gran período romántico.

Otro hombre ilustre, D. Francisco Palha de Faria Lacerda, dió á conocer desde el teatro de la Trinidad las zarzuelas más populares de España, haciendo aplaudir á Barbieri, Arrieta, Gaztambide y Oudrid, allí donde parecía que sólo había aplausos para Offembach y para Lecocq.

Siempre que algún acontecimiento extraordinario conmueve á alguna de las dos naciones, cuando Portugal celebró el centenario de Camoens, cuando en Madrid se celebraron las fiestas del de Calderón, el hielo de la indiferencia se rompe por un momento, se pronuncian patrióticos discursos, se cambian cariñosos mensajes, se hacen vivas protestas de fraternidad, el nombre del Tajo se repite en brindis y en odas, se recuerda á los literatos portugueses que enriquecieron el habla castellana, se hacen alegorías brillantísimas con las glorias ibéricas; pero en cuanto pasan los sucesos extraordinarios que dieron salida á aquel entusiasmo, se vuelve á la indiferencia, como dos vecinos que sólo en días solemnes se visitan y se encierran luego cada cual en su casa.

En esta diferencia entra por mucho el recelo. No hay ningún escritor insigne portugués que no reconozca en sus obras los lazos estrechísimos que unen á su nación con la nuestra. Apenas hay una sola página de la *Historia de Portugal* por Herculano en que no se proclame; Latino Coelho lo reconoce en todos sus escritos; Almeida Garret ha dicho en este sentido cosas muy notables. Pero en cuanto se sale de las disertaciones históricas ó de las producciones eminentemente literarias, aparece la nubla negra, el coco con que se ha querido espantar muchas veces á nuestros vecinos: el iberismo.

Hacer ver en cada español amante de Portugal un conquistador, en cada portugués que simpatiza con España un mal patriota, ha sido la obra lenta y provechosa de los que han explotado á los dos pueblos.

No ha contribuído poco á esa obra Inglaterra, como contribuyó en otros tiempos Francia.

De aquí que sea exactísima la imagen que presenta á los dos pueblos unidos por la espalda como los hermanos siameses.

Pero lo que es artificial se derrumba y lo que es natural se impone: el leopardo, que se fingía amigo, ha sacado las uñas; y España, recordando la herida que sufrió cuando otra nación poderosa, Alemania, atentó á la integridad de su territorio, se apresura á manifestar vivísimas simpatías por Portugal.

***

La apertura en Madrid de un gran tienda destinada á vender exclusivamente objetos y productos de Portugal y de sus colonias, no ha podido ser más oportuna.

Se ha establecido en la calle Ancha de San Bernardo, y su inauguración tuvo cierto carácter de solemnidad política que le daban los sucesos de actualidad, la presencia del ministro de Portugal en España, señor conde de Casal Ribeiro, y las palabras de agradecimiento que éste dirigió á la prensa española por su noble actitud en los actuales momentos.

El señor conde de Casal Ribeiro es una persona ilustradísima y figura con justicia entre los hombres más notables de su país. Hombre de edad madura y de estudios serios, su busto recuerda mucho el de Voltaire, prescindiendo naturalmente de la peluca; pero su rostro sin barba, su fisonomía expresiva, su gran nariz afilada, y sobre todo la sonrisa que anima siempre á sus labios, le dan gran parecido con el inmortal filósofo. Viste todavía, como los hombres de 1830, el frac azul con botón dorado; usa chorrera de encaje como nuestros abuelos; y esto aumenta la originalidad de su figura.

Pero sólo en el traje manifiesta simpatía por el pasado, pues en cuanto á las ideas es uno de los hombres más de su época que existen en el país vecino, donde ha sido ministro varias veces.

Es gran amigo y admirador de España, por la que siente mucho cariño; y en una ocasión solemne escribió estas frases, que le valieron en su país los ataques de algunos espíritus mezquinos:

«Reunión de la península ibérica en un sola nación: idea que todo corazón peninsular, que todo espíritu inteligente, saluda con entusiasmo; idea única que puede levantar nuestras patrias del vergonzoso lodazal en que nos han lanzado una serie, raras veces interrumpida, de gobiernos ineptos ó egoístas.»

El conde de Casal Ribeiro va á ser trasladado, según dicen, á la embajada de Portugal en Francia. En Madrid dejará un gratísimo recuerdo, y se puede asegurar que él mismo no olvidará á España desde las orillas del Sena.

***

La tienda portuguesa á cuya inauguración asistía el embajador, da clara idea de los productos portugueses. El delicioso Oporto, el vino que contribuye poderosamente á la digestión de las buenas comidas, muestra sus destellos de color de topacio á través de los vidrios de las botellas; y á su lado se da tono el burgués Collares, que puede en muchas ocasiones hombrearse con el Burdeos. Racimos de plátanos cuelgan como arañas gigantescas, y las naranjas esparcen tonos de oro alrededor de las cajas en que se apiñan los azucarados bruños.

Hay también notables ejemplares de la cerámica portuguesa, que ha tomado en estos últimos años gran incremento merced á la dirección artística que á una de sus mejores fábricas ha dado el eminente dibujante Sr. Bordallo Pinheiro, que tantos primores hizo con su lápiz en la caricatura política, especialmente en la última época en que monopolizó el poder el insigne D. Antonio María Fontes, que se evitó, muriendose á tiempo, el disgusto que ahora le hubieran dado sus tiernos y cariñosos amigos los ingleses.

Todo lo que se refiere á la cerámica adquiere una gran importancia en la vida moderna. Ya no hay, no diré salón, pero ni sala modesta sin cacharros; el comedor no ha de serlo una pieza confortable, sino que ha de estar decorada con primores de cerámica antigua ó moderna; y ya no basta comer bien, sino que es preciso comer en vajilla de gusto artístico.

Aquellos famosísimos platos de historia que sucedieron en las mesas de la clase media á la loza de Talavera, y que descubrían entre el caldo ó la salsa alguna escena tiernísima de Chactas y Atala ó algún guerrero episodio de las Cruzadas, han sido relegados por completo al olvido para ser sustituídos por las vajillas con pájaros ó flores.

Portugal sobresalió en otros tiempos en cerámica, como brilló á gran altura en los tallados en piedra, con los que hizo obras primorosas de arte.

Los ingleses, atentos á hacer de la nación lusitana una colonia suya, mataron todas las iniciativas del noble pueblo portugués destruyendo sus fábricas, como las destruyeron en España cuando fueron nuestros cariñosos aliados.

Pero Portugal viene hace años esforzándose por romper sus ligaduras, y algo ha hecho en la

Digitized by Google

obra patriótica de la resurrección de su abatida industria nacional, y no ha hecho mal papel en el reciente certamen de París con su notable instalación, de la que es una reducción pequeñísima la nueva tienda de la calle Ancha de San Bernardo.

***

Los partidarios de la tradición no han dejado de rendir culto este año á la costumbre de recorrer á caballo la calle de Hortaleza, para desfilar delante de la iglesia de San Antonio Abad.

Pero esta fiesta ha perdido ya por completo su carácter, y han sido muy pocos los caballos de pura raza española enjaezados á la andaluza que han caracoleado por la calle en que se alza el colegio de los PP. Escolapios.

San Antonio Abad ha perdido el tributo que le rendía el día de su fiesta la guapeza ecuestre madrileña desde que las carreras de caballos comenzaron á influir en la producción de la cría caballar.

El *jockey* no rinde culto al santo patrón de los Escolapios, y el caballo inglés, largo de cuello y piernas y desproporcionado de cuerpo, no ha de ser tan del agrado del bienaventurado como aquellos caballos españoles que pintó Velázquez al retratar reyes y príncipes de la casa de Austria.

No es posible hablar de esto sin recordar entre todas las obras del famoso pintor el retrato del príncipe Baltasar Carlos, el hijo primogénito de Felipe II.

El caballo que monta el niño que murió mozo, es el animal más precioso de que puede formarse idea. Es de raza andaluza pura y de color castaño claro, corre á galope por un campo quebrado, y ondean al viento la larga y poblada crin y la hermosa y abundante cola.

¡Que pocos de esta estampa se han visto este año en la calle de Hortaleza, y que pocos se ven ya en el Retiro y la Castellana!

Hoy el que luce y el que gana dinero es el caballo inglés, aplaudido en los hipódromos y admitido por la moda.

***

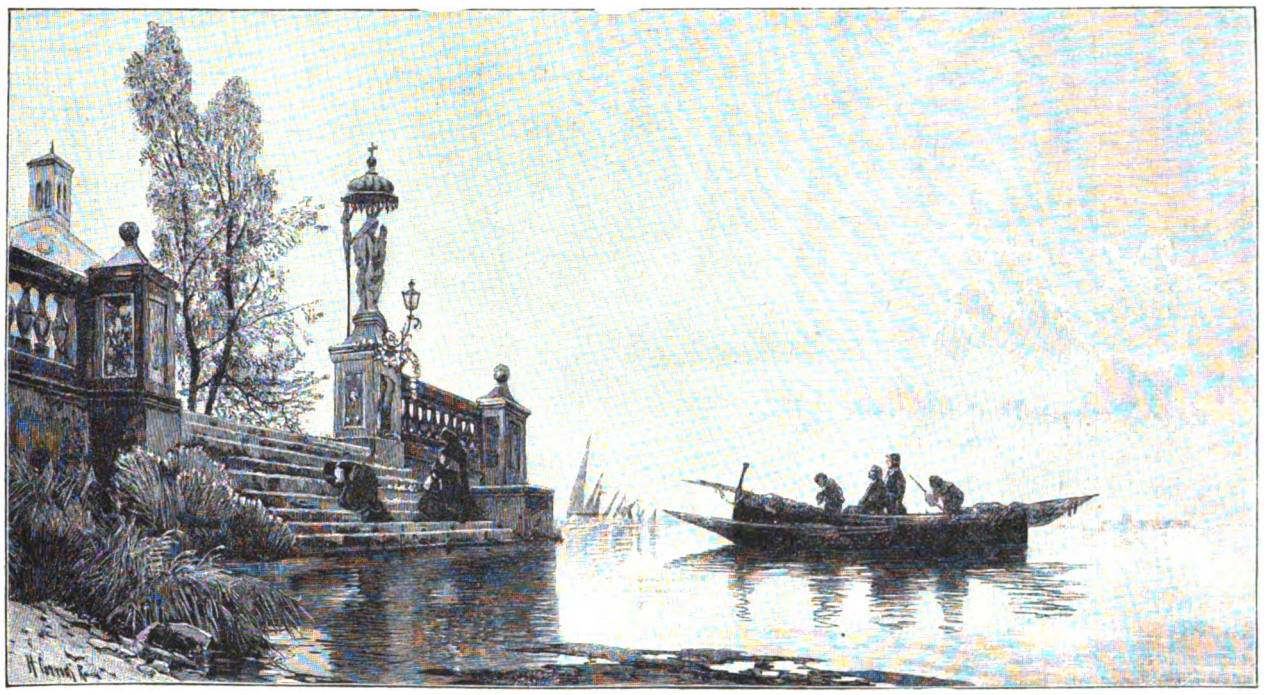
Madrid presenta estos días el aspecto del convaleciente que después de una larga enfermedad hace los primeros pinitos. La gente se atreve ya á salir de casa para ir á paseo y, lo que es más, al teatro, y va desapareciendo el miedo á la epidemia.

A enemigo que huye puente de plata, y vuelta á la antigua vida. Bien lo necesitábamos porque invierno más triste no se ha visto hace muchos años.

Y sin mayor ventaja, porque, como dice el general Mendoza, uno de los observadores más profundos que existen en Madrid, está demostrado que las epidemias no se llevan á ninguna de las personas que son antipáticas.

KASABAL

OBRAS DE HERMAN CORRODI



I.—LA MADONA DE CHIOGGIA

EL AMOR Y LA AMISTAD

(CONTINUACIÓN)

Maquinalmente le llevaron los pies á la casa en que había muerto Cayetano y penetró en la alcoba. La cama había desaparecido, pero aquellas cuatro paredes estaban impregnadas de recuerdos. Gregorio tocó todos los objetos, se sentó en todas las sillas, y tanto excitó su sistema nervioso que de sus ojos saltaron las lágrimas.

De la alcoba pasó al escritorio. Tenía las llaves en su poder, y, abriendo los cajones, empezó á registrarlos con una minuciosidad que ponía de relieve el estado de su alma. Cada recuerdo le oprimía más el corazón. Sus dedos tropezaron con una cajita de terciopelo azul. Al abrirla se puso en pie de un salto: la caja contenía el retrato en miniatura de una mujer.

Gregorio, pasándose las manos por la frente como para espantar su fascinación, volvió á mirar la pintura; pero no se había equivocado: era el retrato de Elvira.

—¿Qué es esto?—se preguntó.—¿Cómo se encuentra aquí este retrato, de cuya existencia no tenía noticia?

Dió algunos pasos por la habitación y volvió á sentarse delante del escritorio. Un minuto después exclamó:

—¡Qué flaca es la humanidad! Acabo de injuriar la memoria de una persona querida. No me perdono el agravio. Cayetano conoció á Elvira muchos años antes que yo y la miraba como hermana. Sin embargo, debió decirme que tenía en su poder esta prenda. ¡Bah, bah! Estoy loco.

Guardó la caja en el bolsillo. La inquietud estaba pintada en su semblante, pues una espina le roía el corazón por más que la nobleza de su alma y la dignidad de su carácter rechazasen todo idea indigna.

Se pasó la mano por los ojos como para espantar sombras que le velaban la vista, y revolvió de nuevo los objetos del escritorio con cierto interés oculto, con agitación extraña que daba á entender que buscaba algo que calmara su excitación.

El demonio, que había dispuesto hacer su presa, le puso delante un paquete de cartas. Al tocarlas, sin abrirlas, se estremeció Gregorio. Hay en el alma del hombre un instinto secreto que le anuncia la desgracia, como hay en el cielo nubes que anuncian la tempestad.

Al abrir el paquete, los ojos del marido se fijaron en la primera carta, y, dando un grito espantoso, dejó caer la cabeza sobre el bufete cual si le hubiera herido un rayo.

El criado de Cayetano entró precipitadamente y corrió á socorrer al joven; pero éste, al sentir que unos dedos le tocaban, se puso en pie, y, cubriendo las cartas con ambas manos, temiendo que ojos profanos pudieran fijarse en sus renglones, le dijo con tono enérgico:

—¡Sal de aquí!

—¡Pobre señor! ¡Está loco!—exclamó para sí el sirviente.

En los ojos de Gregorio ya no había lágrimas: al contrario, reventaban preñados de cólera. Su corazón latía con tal fuerza que apenas podía respirar. Tres veces cogió las cartas y tres veces tuvo que soltarlas como si le quemaran los dedos.

—¡Es preciso que las lea!—prorrumpió, queriendo hacerse superior á su situación.—¡Necesito apurar el cáliz hasta las heces! ¡Oh! ¡Las leeré!

Y, sujetándose las sienes, que querían estallar, empezó la lectura. ¿Qué decían las cartas? ¡Ah! Aquella correspondencia íntima le puso de manifiesto una verdad que parecía imposible. Elvira y Cayetano se habían amado antes de que aquélla conociera á Gregorio. El falso amigo había llevado á éste á su casa y había alimentado sus relaciones para que, casándose Elvira con Gregorio, dispusiese él de sus bienes á su antojo. Cayetano era un aventurero miserable que había abusado del corazón de un hombre noble y generoso. Elvira ¡oh! Elvira era una desgraciada, víctima como Gregorio de la infamia de aquél.

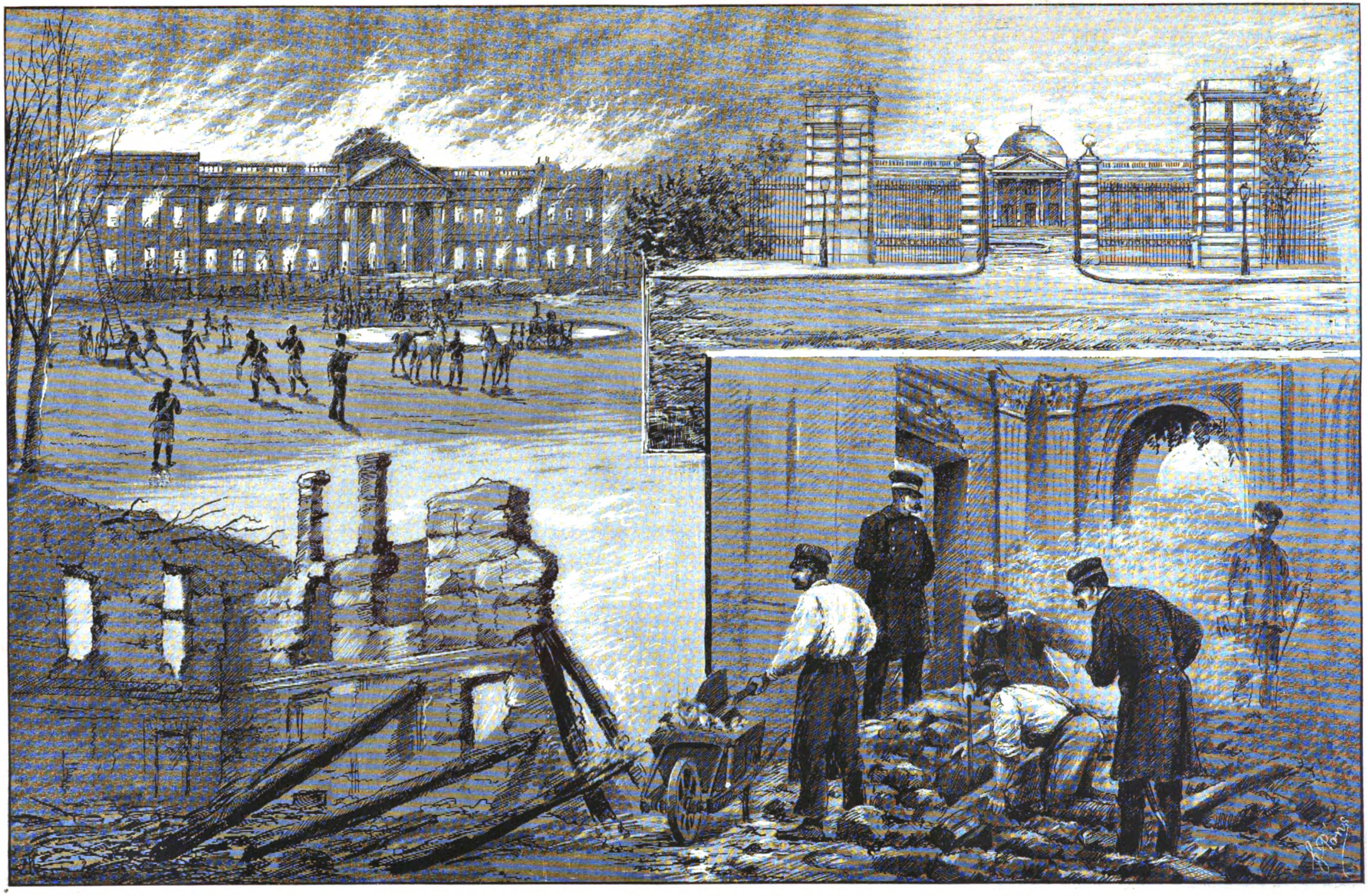
—¡Todo acabó para mí!—decía.—¡Todo! ¡Mis ensueños de ventura se desvanecen ante una nube de color de sangre!... ¡porque necesito matar! ¡Ah! Perdida para siempre mi ilusión ¿de qué me sirve la vida? ¡La amistad y el amor! ¡El amigo á quien abrí mi alma me engaña y me roba! ¡La mujer á quien abrí mi corazón me sepulta en él un puñal envenenado! ¿Es posible, Dios mío, que me hayas conservado la vida para proporcionarme esta hora que vale por un siglo de tormentos?

Se paseó agitado por la estancia, buscando con sus ojos desencajados algo que destruir. De repente se detuvo y exclamó:

TEODORO GUERRERO

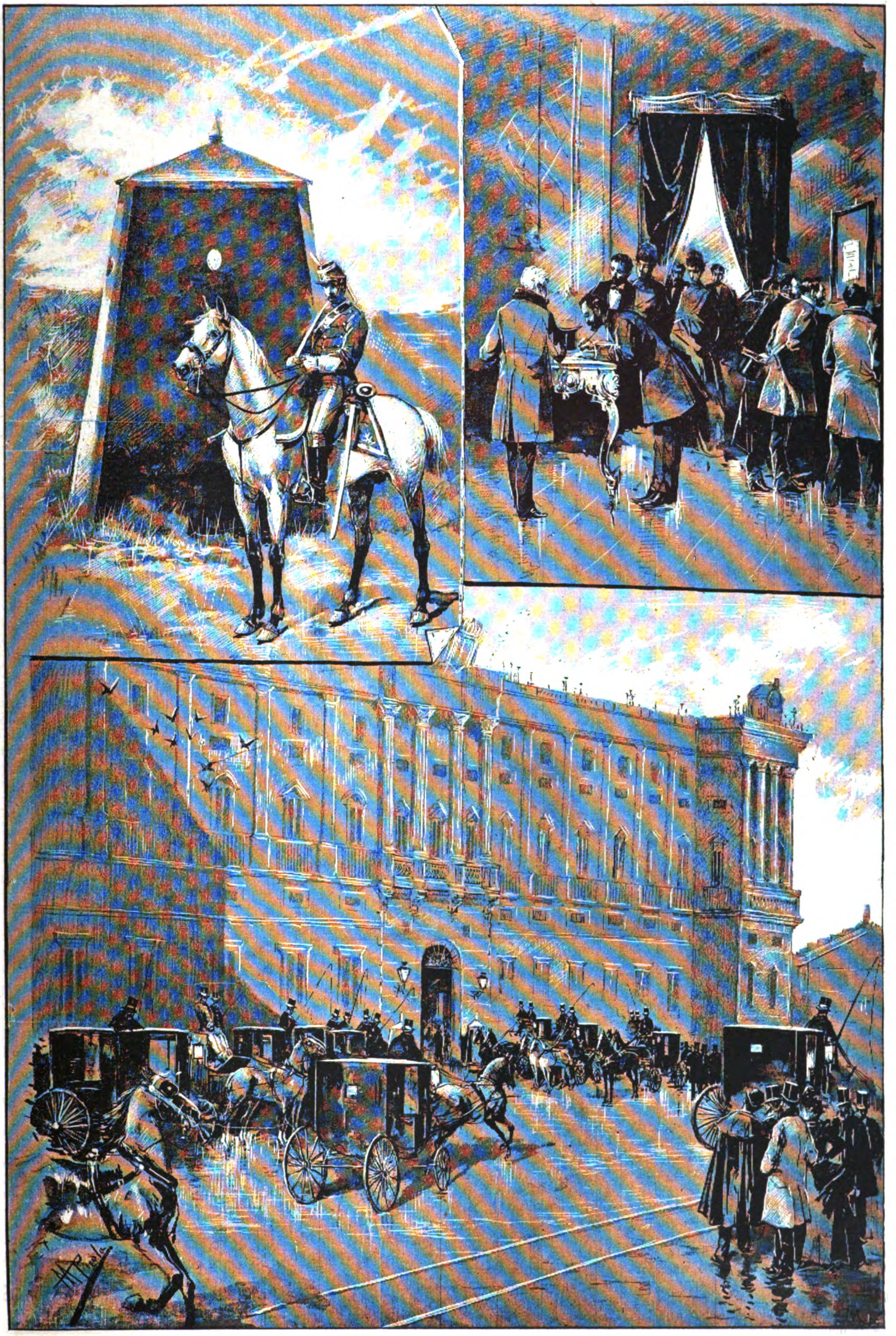
(Se continuará)

Digitized by Google



BRUSELAS: INCENDIO DEL PALACIO DE LACKEN.—VERJA DEL MISMO.—LAS RUINAS. (Dibujo de F. Pons)

Digitized by Google



LA ENFERMEDAD DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

CENTINELA DE CABALLERÍA.—EN LA MAYORDOMÍA.—ASPECTO DE LA PLAZA. (Dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

SUPERCHERIA

(CONTINUACIÓN)

IX

Hubo un *entreacto*. A las señoras se les sirvió un *refresco*, y los hombres salieron á los pasillos y gabinetes contiguos á fumar y discutir. Serrano, objeto de general curiosidad, sintiéndose en ridículo á sus propios ojos, por no estarlo también ante los demás hizo prodigios de gracia y de ingenio. Sin pedantería, como dando poca importancia á la polémica, demostró á muchos de aquellos señores, capaces de entenderle, sus conocimientos psicológicos y fisiológicos, muy superiores, sin duda, á los de Foligno. Este, en vez de rehuir un encuentro con el descreído, lo procuró, y, amable, risueño, también buscando gracia y descuido en sus maneras y palabras, defendió su causa como un cómico una comedia que está representando y que es discutida entre bastidores; comedia que él *hace* en las tablas, pero que al cabo no es obra suya. Los chistes, los incidentes de las conversaciones, los vaivenes de la multitud, estorbaron bien pronto á los contendientes; se perdió ó se dejó perder el hilo de la argumentación; el público admiró los conocimientos de Serrano y los de Foligno; y éstos, al despedirse porque se reanudaba el *espectáculo*, se apretaron la mano sonriendo y se declararon, con sendos ofrecimientos, buenos amigos.

Cuando los caballeros volvieron al salón, el alcalde, en mangas de camisa, sudaba como un mozo de cordel, cerca de la sonámbula; sudaba porque no era para menos el ejercicio de brazos y cintura á que se entregaba para fabricar el fluido que él creía indispensable para aquella grande experiencia. Como se pudiera quejar de una máquina oxidada, se lamentaba de las dificultades que la *falta de uso* oponía á su buen propósito de convertirse cuanto antes en un emporio de magnetismo.

La Porena, sentada en su silla, permanecía inmóvil, seria, triste, lo mismo que cuando su marido comenzaba á dormirla. Mijares daba vueltas alrededor de su *víctima* como si quisiera enterrarla bajo un Osa y un Pelión de fluido magnético de primera clase.

Como allá, hacia una de las puertas del salón, donde se aglomeraba la multitud del sexo fuerte, sonaran algunas risas sofocadas, el médico alcalde se volvió indignado, y, suspendiendo los pases que le hacían sudar, mientras arremangaba más y mejor los puños de la camisa, pronunció una enérgica *filípica*, especie de bando oral, en que, invocando su triple autoridad de alcalde presidente, amo de su casa y doctor en medicina, conminaba á los incrédulos irrespetuosos con la pena de poner de patitas en la calle al que se burlase del fluido más poderoso que había en toda la provincia, del fluido del alcalde presidente del Ayuntamiento.

—Señores, — concluía; — si me cuesta más tiempo y más trabajo que al doctor extranjero dormir á esta señorita, es porque hace mucho tiempo que no me ejercito; pero ella dormirá: ¡vaya si dormirá! ¡yo lo creo que dormirá!

Esto último lo decía con un tono tan enérgico que no dejaba duda posible respecto á sus condiciones de mando y valor cívico.

El público, que si no creía en el fluido del alcalde le tenía por muy capaz de hacer una alcaldada en su propia casa, guardó silencio más ó menos religioso, pero absoluto. Los postes!... ¡Se jugaba allí con cosa tan seria como los misterios del hipnotismo!...

Por fin Caterina cerró los ojos: estaba dormida. El alcalde, triunfante, se irguió; paseó la mirada en torno con aire de vanidad satisfecha, se limpió el sudor de la frente, y con ademán elocuente entregó á la sonámbula al *brazo secular* de su marido.

—Ahora V. haga los experimentos que quiera. Ella está bien cogida.

No hubo risas. Algunos ya empezaban á creer en la fuerza magnética de la autoridad.

Antoñito se había acercado á su primo y hablaba con él fingiéndose creyente fervoroso del alcalde magnético, como él decía.

Foligno se aproximó á ellos y los invitó á poner cada cual un dedo, el índice, sobre la cabeza de Catalina, la cual, por el contacto de las yemas, conocería siempre á la misma persona.

Con no poca vergüenza y grandísima emoción, y emoción voluptuosa y alambicada, Serrano se acercó, por detrás de la silla que ocupaba Caterina, á su cabeza, y suavemente apoyó en ella la yema del dedo. Lo mismo hizo Antonio. La Porena, á los pocos segundos, levantó el brazo derecho con graciosa languidez, y, sin vacilar, cogió con su mano tibia y dulcemente suave la mano del filósofo.

Ya sabía él, por sus lecturas y observaciones, que en el contacto hay misterios de afinidad y simpatía, revelaciones de la unidad cósmica, etc., etc.; pero nunca hubiera creído que una mano de mujer *desconocida* agarrándose á la suya con fuerza, sin verse las caras ella y él, Catalina y Serrano, pudiera decir tantas cosas. Aquella mano *ciega* había ido á la suya como á un imán, sin vacilar, como á su asidero, llena de dulces reproches, llamándole ingrato, torpe, incrédulo, inundándole el cuerpo entero de un calor simpático, familiar, casi aromático, cargado de sentido voluptuoso sin dejar de ser espiritual, puro. ¡Qué sabía él! Aquel contacto era toda una revelación evangélica del amor en el misterio. Y además... ¡el amor propio! ¡qué orgullo, qué dulcísimo orgullo! Lo que en otras circunstancias le hubiera parecido una pueril vanidad, ahora se le antojaba legítima satisfacción.—*Afinidades electivas,*—pensaba.

Foligno cambió la experiencia: separó suavemente con la mano al primo de Serrano, y en silencio invitó á otro joven á ocupar su puesto. Las manos se apoyaron en la cabeza de Catalina, cruzándose. Catalina volvió á coger, volvió á estrechar la mano del filósofo. Se repitió la experiencia otras cuatro veces, siempre apoyándose en la cabeza de la sonámbula el dedo de Serrano, y siempre siendo de persona distinta el otro dedo. Catalina no se equivocó nunca: las seis veces apretó la mano del filósofo.

El público estaba impresionado, por completo vencido. Se opinaba que aquel joven madrileño, aquel Santo Tomás del hipnotismo, debía de estar persuadido ya, lleno de fe. En cuanto al alcalde, reventaba de satisfacción. ¡Era su fluido el que hacía aquellos milagros!

Foligno, sólo él, notó un movimiento en el rostro de su esposa, y de repente, como inspirado, se volvió hacia Nicolás, y, con sonrisa entre amable y cortesmente burlona, dijo en alta voz:

—Este caballero que no quería creer resulta un excelente *medio* de experimentación. Caterina se siente capaz ahora de penetrar en el espíritu del incrédulo y leer allí de corrido.

—¿No es verdad, Catalina? ¿Dirás lo que piensa este caballero?

Con voz apagada y lentamente, la sonámbula fué diciendo:

—Sí... sé... lo... que pensó... Diré lo que pensó...

Serrano, que aun sentía en la piel, y más adentro, el calor, que parecía cariño, de la mano de la Porena; que se sentía como ligado á ella por hilos invisibles que nada tenían que ver con el magnetismo; padeció un escalofrío al oir hablar de aquella suerte á la mujer del farsante, que se dejaba dormir por el fluido del alcalde. La superchería le indignaba, pero le fascinaba la mujer.

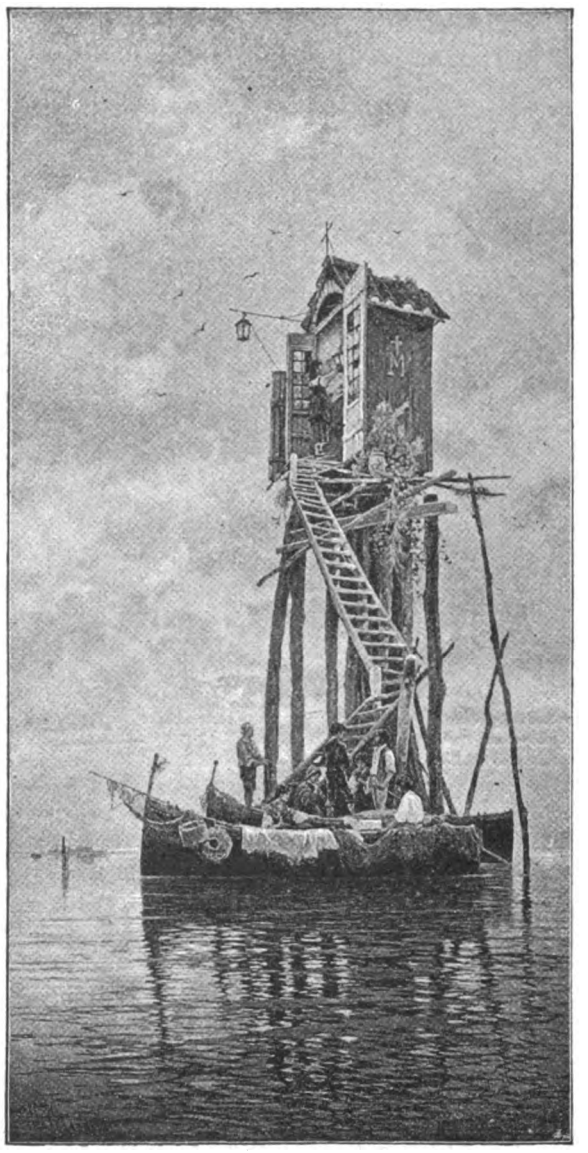
—¿Qué irá á decir? —pensó.

El público no respiraba, todo atención y pasmo. Era aquello para él una especie de desafío entre el milagro y la incredulidad. Sin duda iba á vencer el milagro. La Porena prosiguió:

—Ese caballero... incrédulo... no debiera serlo. Una noche... se le apareció Santa Teresa y él no lo quiso creer. La vió, y se lo negó á sí mismo.

CLARÍN

(Se continuará)



II.—EL AVE MARÍA DE LOS PESCADORES, EN CHIOGGIA

LOS MALOGRADOS

I

Hay gentes modestas que pasan la vida esperando una herencia, y tal vez anhelando piadosamente que le llegue *su hora* al que disfruta

Digitized by Google

el fortunón. La hora ansiada llega, como todas, y la desconsolada familia ve que el paciente cierra para siempre los ojos, pero la fortuna se la lleva la trampa.

Entonces el ex heredero, ó, mejor dicho, el que pensaba heredar, pone sus miras «desinteresadas» en otro deudo acaudalado, quien también muere y tampoco le deja un céntimo. Pero no hay que ahogarse en tan poca agua. ¡Otro caerá!

¿Quién conoce á todos los personajes de su familia? (Llamando personajes á los ricos, por supuesto.) ¿Quién no tiene un tío en Filipinas?

II

Traté á un archimillonario muy digno de estudio. Era un egoísta de profundo talento que pasó la vida haciendo picardías en vez de obras de caridad, y muchas de éstas podía efectuar si la Providencia le tocara en el corazón. Inteligente y rico, distinguido en su trato, aristócrata de viejos pergaminos, D. Pablo Vélez pudo ser hombre muy útil para la sociedad, para la patria y para la familia.

Aconteció lo que suele tantas veces: los que sirven para altos fines no quieren ocupar en ellos sus facultades y dejan que las luzcan todos aquellos á quienes indudablemente Dios no llamaba por ese camino.

D. Pablo era un genio de la intriga, quiso dedicarse á la política y comenzó una carrera muy brillante. Los progresistas tuvieron un ardiente adalid. Olózaga le creyó al principio uno de sus más esforzados compañeros. ¡Qué ambicioso sería cuando todos acabaron por abandonarle! Ya no quedaba quién fiase en él.

Tuvo, en fin, que retirarse á su casa, como vulgarmente se dice, á bien que todos cuantos le rodeasen quedaban obligados á tratarle de político eminentísimo durante las veinticuatro horas del día, porque la vanidad era el flaco de aquel carácter; y, contando con dinero y aduladores, las vanidades son fáciles de satisfacer.

D. Pablo era también Tenorio, como la mayor parte de los farsantes. ¿Qué gloria mayor para un vanidoso que la de verse terror de los padres y sombra eterna de los maridos?

III

Al cabo tuvieron las más famosas coquetas una triste noticia que había de dejarles durante una temporada, larga ó corta, tan desconsoladas como á Calipso la partida de Ulises.

La voz corría por todos los salones, y tal vez por todas las ruletas. ¡D. Pablo se casaba! Existía una mujer tan privilegiada por la fortuna que le apartaba de todas las miradas y arrancaba del corazón del *bon vivant* todos los demás corazones femeninos que en él tenían su territorio por derecho de conquista. ¿Quién era la que llevaba el gato al agua? ¡Otra mala noticia para las Didos de D. Pablo! ¡Era extraordinariamente hermosa, tan hermosa que por esta sola razón le rendía el alma galán tan codiciado de todas como por todos temido!

Aquella mujer encantadora era un juguete inapreciable, un gran capricho, y D. Pablo no se contentaba con disfrutar tanta belleza únicamente alguna vez, de Pascuas á Ramos.

No satisface á los niños el *tío vivo:* no cejan en su empeño de tener caballo hasta que sus padres les compran uno de máquina, para jugar á todas horas... ó para romperlo. No le basta á un infante de pocos años ser jinete un rato cada día; desea más, ser plaza montada siempre que se le antoje.

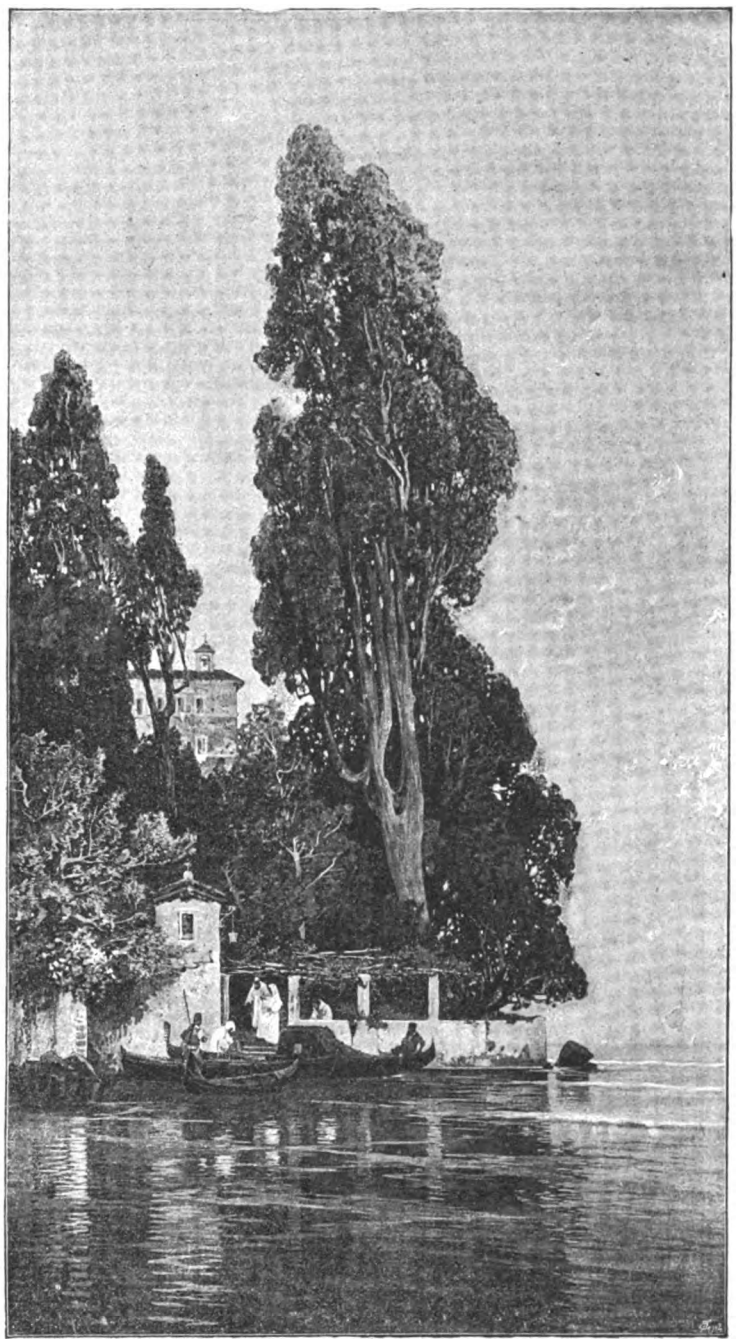
Eulalia era el caballo de máquina de D. Pablo.

IV

La boda celebróse fastuosamente, según á gentes de tan elevada alcurnia convenía, y la luna de miel brilló en el país natal del ex diputado progresista, pues allí estaban situadas sus mejores fincas rústicas y urbanas.

Pero Eulalia no tardó en sentir el esplín, y después el aburrimiento. Ni su dueño era ya joven, ni aquella rubia soñadora podía vivir sin un corro de adoradores á quienes inspirar sueños deliciosos. Y D. Pablo no había de negar un solo capricho á tan preciosa dama... ¡él, tan cumplido caballero!

El regreso á la corte, que no se hizo esperar largo tiempo, trajo al cielo las primeras nubes. En el matrimonio faltaba cariño: aquella unión indisoluble era únicamente un lazo que ataba dos soberbias.



III.—CONVENTO CERCA DE VENECIA

Eulalia veía en D. Pablo una superioridad, de la cual carecían sus pretendientes hasta entonces. Pero no le deslumbraba la idea de creerse muy amada, sino la de verse muy rica. Don Pablo á su vez, y como allá en el fondo del alma tenía muy escondido un verdadero sentimiento del arte, improvisaba, mirando á su consorte, reflexiones semejantes á las de Paul de Saint-Victor ante la Venus de Milo. Aquella mujer no era para él lo que todas las mujeres queridas para los hombres: era una escultura inverosímil, un sueño de un artista; allí estaba toda la belleza, pero brillaba por su ausencia la vida. Y aunque ella tenía los brazos que faltan á la Vénus, al abrazar no dejaba de ser mármol.

V

Llegó, en fin, á la corte un hombre no tan artista como D. Pablo, pero sí con más rentas que él, y pareciéndosele en lo farsante y lo Tenorio como una gota de agua á otra. Y como á los ojos de Eulalia disfrutaba el advenedizo esa gran ventaja que en los sentimientos de toda mujer frívola lleva el amante al marido y lo transitorio á lo real, el castillo de naipes se desbarató y vino al suelo. Y D. Pablo lo supo cuando había ya nacido Eulalita. Fué el último en recibir la noticia.

¡Todo Madrid lo sabía, todo Madrid menos él!

La separación de los cónyuges fué inmediata. El lazo de las dos soberbias había sido desatado con poco esfuerzo.

Y D. Pablo dijo para sus adentros:—¡He de tomar una gran venganza! ¡Revocaré el testamento, y la esposa infiel se quedará sin herencia! ¡Otelo haría otro tanto si hubiese vivido en el siglo de las luces!

Volvió D. Pablo al país natal y acontecióle que al poco tiempo el buen hombre sentía la nostalgia de su juguete. Como por aquellas tierras no había figuritas de porcelana, tuvo que buscarla de barro, y una modistilla fué la *querida oficial.*

Por entonces rompió D. Pablo todo trato con su único hermano, porque éste solicitaba, y al morir él sus herederos, que se hicieran las particiones de la antigua casa de los Vélez, cuya fortuna había retenido D. Pablo por arte de birlibirloque.

D. Pablo se veía abandonado por los únicos seres de su familia que le quedaban.—¡Mejor!—pensó.—¡No heredarán!

El cacique, pues lo era en la comarca nuestro héroe, se entregó dulcemente á sus nuevos amores. La querida llegó á dominarle é hizo buena á la esposa infiel. D. Pablo, ante la fuerza de las circunstancias, callaba y obedecía las más veces. Su existencia empezaba á amargarse. Pero la querida oficial... ¡ah! ¡no vería una peseta cuando él faltara!

VI

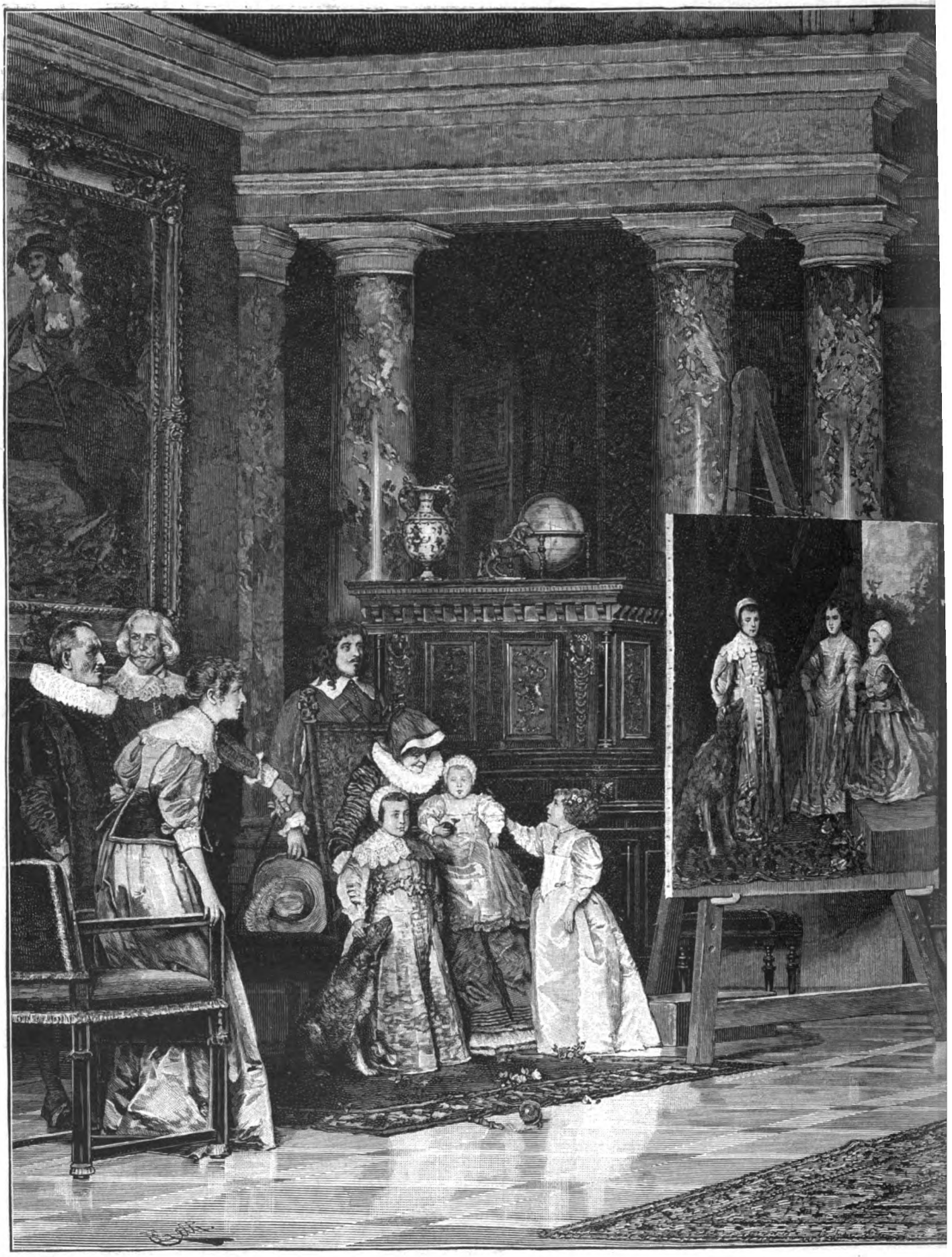
La vejez de D. Pablo fué triste y fría. Murió solo, en un cuarto con muchas alhajas, pero sin una sola lágrima; viendo muchas estatuas, pero sin que su mano recibiera besos ni echara bendiciones.

Y, al expirar el grande hombre, su mirada era terrible y amenazadora, y sólo repetía con voz siniestra:—¡No veréis ni un céntimo!—

Eulalia y Eulalita, la querida oficial, los hijos del segundón de Vélez, todos vistieron luto por la muerte del personaje. ¡Ni uno solo le lloró! ¡Puede ser que algunos se la hubieran pedido á Dios muchas veces!

En la sociedad, al desaparecer D. Pablo de la escena, unos dijeron:—¡Ha muerto un pillo!—y los otros:—¡Ha muerto un loco!—

Digitized by Google



CARLOS I DE INGLATERRA EN EL TA

Digitized by Google

LER DE VAN DYCK (cuadro de G. Gelli)

Digitized by Google

Y no lo era, aunque sí un monomaníaco. Habíase trazado un fin, y á él encaminaba constantemente proyectos y resoluciones. Para gozar su fortuna se necesitaba ser *otro D. Pablo*, y no podía nacer. ¡Él estaba seguro de que era el último grande hombre!

Nuestro héroe quiso que sus riquezas murieran con él. Y esta fué su manía.

Inutilizó testamentos, produjo pleitos y conflictos, apeló á todos los imposibles, y la fortuna se la llevó la trampa. ¡Qué alegría para don Pablo si él resucitara y lo viera!

¿Quién le recuerda ya? Muy pocos, y algunos con despecho.

Tenía talento, pero tenía dinero.

Pudo ser un grande hombre y fué una preciosa inutilidad.

RICARDO P. CATARINEU

MORIBUNDA

—No llores, madre mía,
porque me muero,
que yo, aun allá en la tumba,
siempre te quiero.
¡Si eres tan buena!...
Aleja tu amargura,
calma tu pena.

Ya nada lisonjero
para mí existe:
todo lo ven mis ojos
sombrío y triste.
Extraño frío
se apodera del pobre
corazón mío.

¡Voy á morir! ¡Cuán sola,
madre, te quedas!
Sólo un favor te ruego
que me concedas.
¡Aunque taladre
con mis crudas palabras
tu alma de madre!

La luz naciente y pura
del nuevo día
va á ser el fiel testigo
de mi agonía...
Y cuando incierto
la flor bese el rocío
¡ya habré yo muerto!

Los pájaros, saltando
por los rosales,
cantarán los primeros
mis funerales.
¡Cuán triste coro
formará con sus trinos
tu acerbo lloro!

Entre ricos celajes
de nieve y grana
lucirá el astro hermoso
de la mañana.
Su luz bendita
vendrá á besar mi frente
glacial, marchita.

Ya no, tras los cristales,
con embeleso,
recibiré en mis labios
tan casto beso.
Ya no, las flores
de mi balcón, prestarme
podrán olores.

¡Ya no me dirá Antonio
que por mí muere
y que más que á su vida
siempre me quiere!...
¡Antonio mío!
En este triste instante
mi alma te envío.

¿Por qué no quieres, madre,
si eres mi amiga,
que á calmar venga Antonio
mi cruel fatiga?
¡Haz que le vea
y que, al morir, mis párpados
quien cierre sea!

¿No quieres complacerme?...
¡Mira cuál lloro!
¡Ay madre, tú no sabes
cuánto le adoro!
El es mi vida...
¡Por Dios te lo suplico,
madre querida!

No me contestas nada...
Sigues llorando...
Mis frases dolorosas
te están matando.
¡Ay, madre mía!
¡Tú acercas el momento
de mi agonía!

Todo lo veo vago,
vago y oscuro:
con rapidez parece
que oscila el muro.
¡Madre, tus brazos
pesan como cadenas,
no como lazos!

Estoy viendo á mi amante...
¡Visión querida,
vienes cuando se acaba
mi triste vida!
¡Pero, aunque muere
tu Rosalía, Antonio,
siempre te quiere!

Cuando tienda la noche
su oscuro velo,
la estrella de la tarde
brille en el cielo
y la campana
á la oración convide
grave y lejana,

de mi callada tumba
sobre la losa
tus párpados derramen
perla amorosa...
¡Triste rocío
de las flores que oculten
el nombre mío!

Mis pupilas se apagan...
Dame otro beso...
¡No quiero oirte, madre,
llorar por eso!
No veo nada...
¡Adiós!... ¡Hasta la gloria,
madre adorada!—

. . . . . .
. . . . . .

Cuando extiende la noche
sombra y misterio,
salta un hombre las tapias
del cementerio.
Con planta incierta
llega después ante una
tumba desierta.

Humedece su llanto
la piedra fría
do grabado está el nombre
de «Rosalía»...
Sólo las flores
son testigo de aquellos
tristes amores.

VENANCIO SERRANO CLAVERO

¡GAYARRE!

En la madrugada del 2 del corriente ha dejado de prestar sus destellos al mundo la estrella más brillantísima de nuestro Teatro Real, el tesoro más grande que en el arte lírico poseía España y que admirar pudieron las demás naciones de Europa.

¡Gayarre ha muerto! ¡Pobre Julián! ¿Quién le sustituirá en la escena? Hoy nadie, porque la voz de Gayarre era angelical, y al acoger Dios su alma recogerá también esa vibración dulcísima para repartirla entre los ángeles que alabanzas canten á su divinidad.

Dejemos á los biógrafos que digan al mundo la fecha en que nació Gayarre, el día que cantó la primera ópera y otros detalles parecidos, y concretémonos nosotros á llorar su muerte. Pero no lloraremos como llorar puede aquel que conoció el nombre de Gayarre en los carteles del Real, estimándole, no principalmente por su indiscutible gloria, sino por el patriota orgullo que ha sabido mantener el inimitable tenor hasta el último instante; no le lloraremos como le llorarán aquellos infelices necesitados del Roncal, que creían tener, y efectivamente tenían, un angel de salvación y consuelo en el alma caritativa de Gayarre; no le lloraremos tampoco como lágrimas verterán por él individuos de su familia á quienes con generoso desprendimiento ha protegido y encumbrado. No: nosotros lloraremos con amarguísimo dolor al *Fernando* de *La Favorita*, á aquella figura ideal del enamorado novicio que, remontándose por cima de donde la imaginación más febril ensancha su ya dilatado horizonte, supo crear en el corazón de todos sentimientos grandes, monumentos de apasionado desvarío, arranques de enloquecedor entusiasmo, que dejarán huellas eternas, imposibles de borrar jamás!

Aquella delicadísima romanza del primer acto de *La Favorita*, en que el tenor describe su pasión, ha sido cantada por Gayarre como jamás se cantó ni es probable que se cante. La frase *¡Ah, mio padre! ¡Ah, mio padre!* sólo Gayarre la ha cantado y sentido!

¿Quién al hablar de Gayarre no recuerda su *Spirto gentil?*

Hagamos una poca historia.

En uno de los beneficios que en tiempo de Rovira se dieron á Gayarre, y al terminar de cantar el *Spirto gentil* como sólo Julián Gayarre lo cantaba, la escena del Real se vió cubierta, como por encanto, de coronas de laurel que le ofrecieron sus compañeros y los profesores de la orquesta, al tiempo que del salón le obsequiaban con palomas y coronas de oro y plata que el desgraciado tenor cogía sin poder llegar á tiempo á todas partes, porque al alzar tres ó cuatro le caían encima una docena. Del paraíso le obsequiaron con una boina. Cierta dama que ocupaba un palco muy próximo al escenario le había echado ya á las tablas las flores que cubrían su pecho, y loca, frenética de entusiasmo al dar Gayarre aquel sublime *d'amor*, ó sea la última nota del *Spirto gentil*, le arrojó el abanico diciéndole:—¡Bravo, bravo, bravísimo! ¡Es V. un ángel!

Si hemos de llorar al *Fernando* de *La Favorita*, ¿cómo dejar secar nuestras lágrimas recordando el *Arturo* de *Los Puritanos?*

Cuando cantó por primera vez en Madrid la Sodi, se presentó al público interpretando á maravilla el difícil papel de Elvira en *I Puritani*. Sabido es que en el tercer acto de esta ópera hay un dúo admirable de tenor y tiple, y sabido es también que cuando Arturo vuelve á su patria, busca á su amada, y juntos ya celebran su ventura, son sorprendidos por un grupo de soldados que persiguen á Arturo, cuyo encuentro ocasiona á Elvira un síncope, cayendo desplomada sobre un banco. El tenor, preso de hondo sufrimiento por la perturbación de su amada, implora clemencia al cielo cantando aquel *trale la vita, trale la sua vita,* que llega al alma. Mas irritado por los gritos de «¡Venganza!» que el coro dice, vuélvese hacia él y desafíales con la celebérrima frase de *anime perfide, sonde à pietá.*

Siempre ha cantado Gayarre *Los Puritanos* con verdadero cariño y maestría incomparables; pero aquella noche, traspasando los límites de lo bello y rompiendo también las vallas de la sublimidad, dijo la última citada frase de tal manera que la Lodi, olvidándose de su papel, sin pensar que debía estar desmayada y que era

Digitized by Google

la primera noche que se presentaba ante el rigor del público madrileño, se levantó del asiento y comenzó á aplaudir con fe y entusiasmo, imposibles de reprimir cuando se hieren hondamente las fibras de un sensible corazón. ¡Los admiradores y amigos de Gayarre no olvidaremos jamás esa noche! Pepe Elorrio, que tenía la dicha de abrazar á Julián al terminar la representación de cada ópera en que el célebre tenor cantaba, puede atestiguar este aserto.

Otra noche (la fecha no hace al caso) que se cantaba la misma ópera por la Vitali y Gayarre, á beneficio de éste, sucedió más todavía. ¡Lo que no ha pasado más que esa vez en el Real por grande que sea el entusiasmo y por elevadas que sean las dotes de los artistas!

Había cantado Gayarre la entrada *A te, o cara, amor talora*, de tal modo, que tuvo que repetirla entre ruidosos aplausos; cantó todo el acto tercero como jamás él mismo lo había cantado; y al llegar al *do* de pecho del *anime perfide*, que era la nota de rigor y esperada con ansiedad por el público, fué tan portentosa la vibración y tan penetrante el sentimiento en ella desplegado, que, confundidas en una sola las almas de los espectadores é intérpretes de la ópera, el delirio mayor y el más ciego frenesí brotó por los ámbitos del teatro, haciendo imposible la terminación de la partitura, que concluyó con la nota de Gayarre. Los soldados que en torno suyo pedían *¡Vendetta!* blandiendo las espadas, arrojaron éstas, y, aplaudiendo con ardor, exclamaban:—¡Bravo! ¡Imposible es ir más allá!

¡Ah, Gayarre, Gayarre! ¡Rey de todos los tenores del mundo! ¡Deja que mi atribulado espíritu evoque á tu alma grande el vivo recuerdo de aquella noche, página de gloria única y verdadera que el público madrileño ha impreso en el libro de los triunfos del Regio Teatro!

Vino la Nilsson á Madrid casi exclusivamente á cantar el *Faust*, y, como se dijera que esta célebre *diva* había manifestado disgusto de cantar con Gayarre, puso un comunicado en un periódico en el que expresaba sus vehementes deseos de «cantar con *el mejor tenor del mundo*.» Llegó la representación del *Fausto*, y la Nilsson dijo el recitado del segundo acto magistralmente. Nuestro público, que es impresionable, novelesco y mantenedor de un criterio *sui generis* difícil de comprender, recibió aquel recitado, que nada tenía de particular, con tal cosecha de aplausos que llamó la atención de todos. Sorprendido Gayarre con aquello, y como artista de sentimiento, pundonor y arranque, dió una nota soberbia que eclipsó por completo el recitado de la Nilsson, desconcertando de tal modo á la *diva* que no pudo salir de su admiración en el tiempo que estuvo contratada.

Una cosa idéntica sucedió con la Lucca en *La Favorita*.

La última ópera cantada por Gayarre ha sido *I pescatore di perle*. Había cantado el papel de *Duque Octavio* en *Don Juan* con verdadero disgusto, que bien se dejaba comprender al escucharle. Por ceder á los ruegos de la empresa cantó, previa una noche de descanso, el *Nadir* de *Los pescadores*; y después de cantar con apasionamiento y delicado colorido el dúo con el barítono, al comenzar la romanza á media voz, que siempre le valió triunfo grandísimo, le faltó el aliento, y Gayarre dijo, dirigiéndose al público:

—No puedo cantar.

Cantó el segundo acto, y en el tercero, como Gayarre no era de esos artistas que aprovechan las ocasiones para no trabajar, quiso cantar la romanza que no pudo en el primer acto; y al filar un delicado falsete, en la terminación ya de la pieza musical, le faltó de nuevo la voz y Gayarre dijo:

—¿Otra vez?

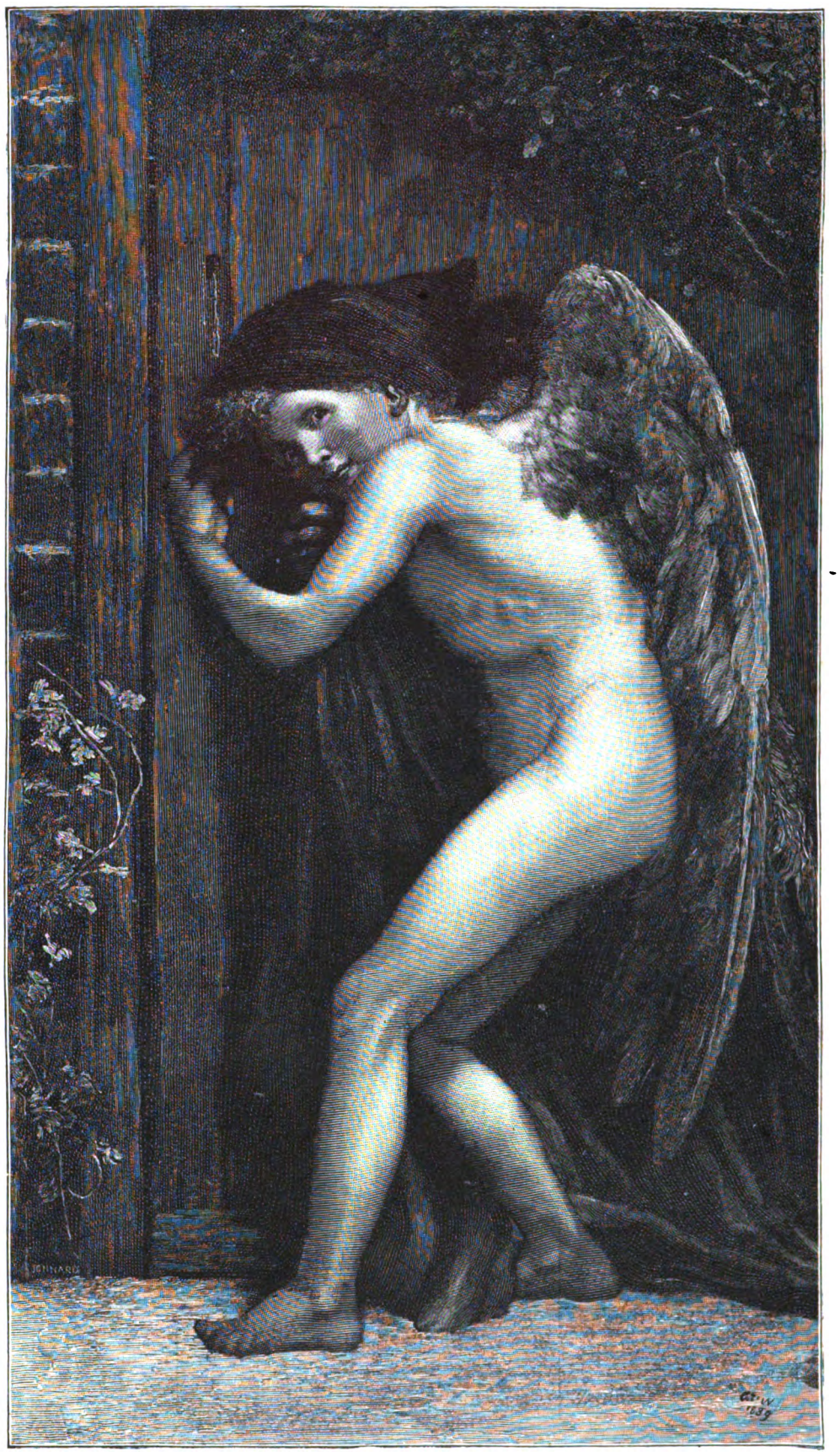
En seguida se retiró de la escena. ¡Y se retiró para siempre!

Los que tuvimos la dicha de tributarle los últimos «¡Bravo!» podemos decir que no aplaudimos una nota, sino una frase de Gayarre.

El músico deja sus melodías escritas, que muchos, quizá todos mejor que él, pueden interpretar; el poeta escribe sus cantos que nadie borra; el pintor traslada al lienzo su talento é inspiración: el cantante, al morir, lleva á la tumba fría el rico tesoro de su garganta, dejando en el corazón de sus admiradores una huella de dolor profundo, capaz al fin de extinguirse más ó menos tarde.

¿Quién cicatrizará la herida que la muerte de Gayarre nos produce? Paréceme sentir una voz sobrenatural que desde las alturas me dice:—La voz de Gayarre está aquí: la hemos necesitado para entonar nuestros himnos y os hemos privado de ella. ¡Los ángeles no son para la tierra!—

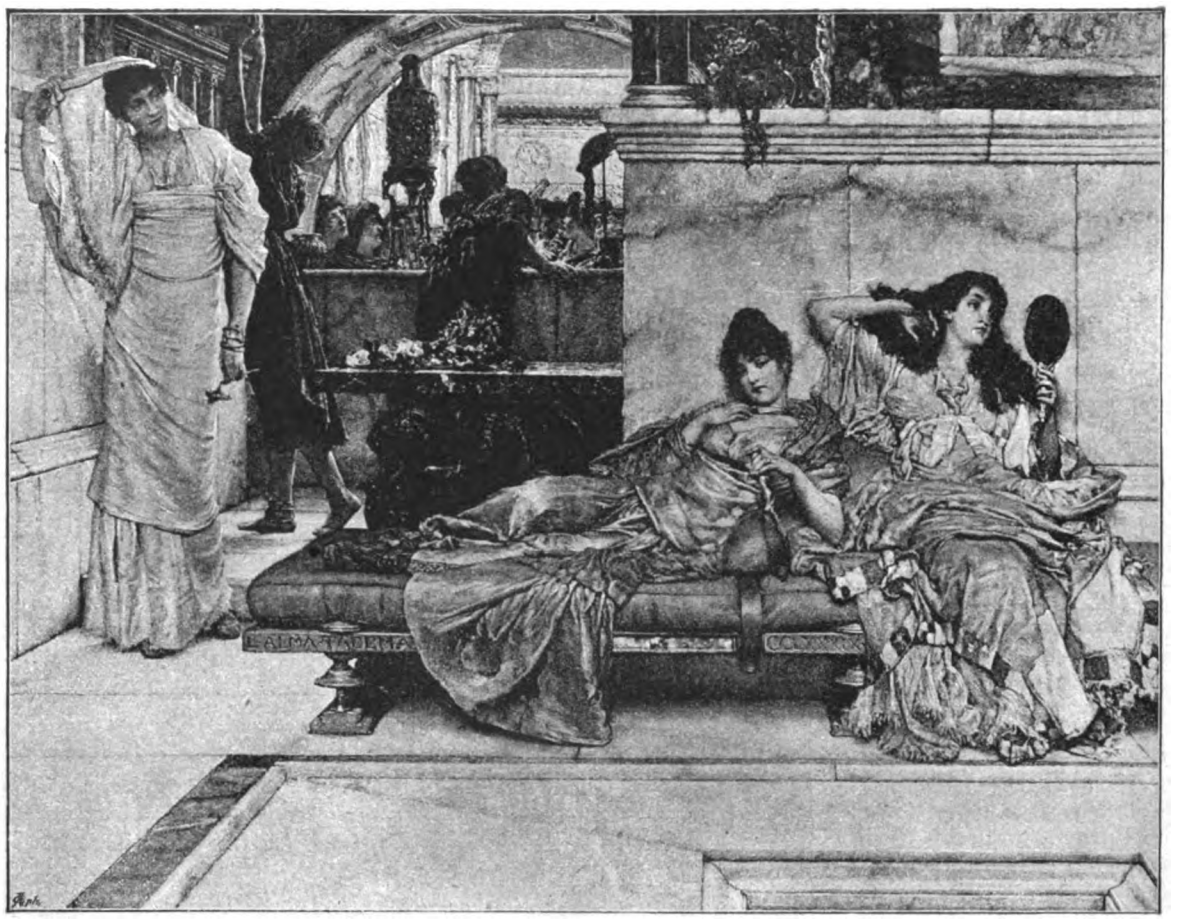
Todas las celebridades han tenido, tienen y tendrán enemigos. Gayarre, por ser excepcional en todo, no tenía enemigo alguno. En lo que el mundo llama *alta sociedad* era donde Gayarre contaba con menos simpatías, porque jamás Julián Gayarre necesitó de ruines camarillas ni se dejó llevar de esos aristócratas halagos que han sido siempre más bien frases de moda que



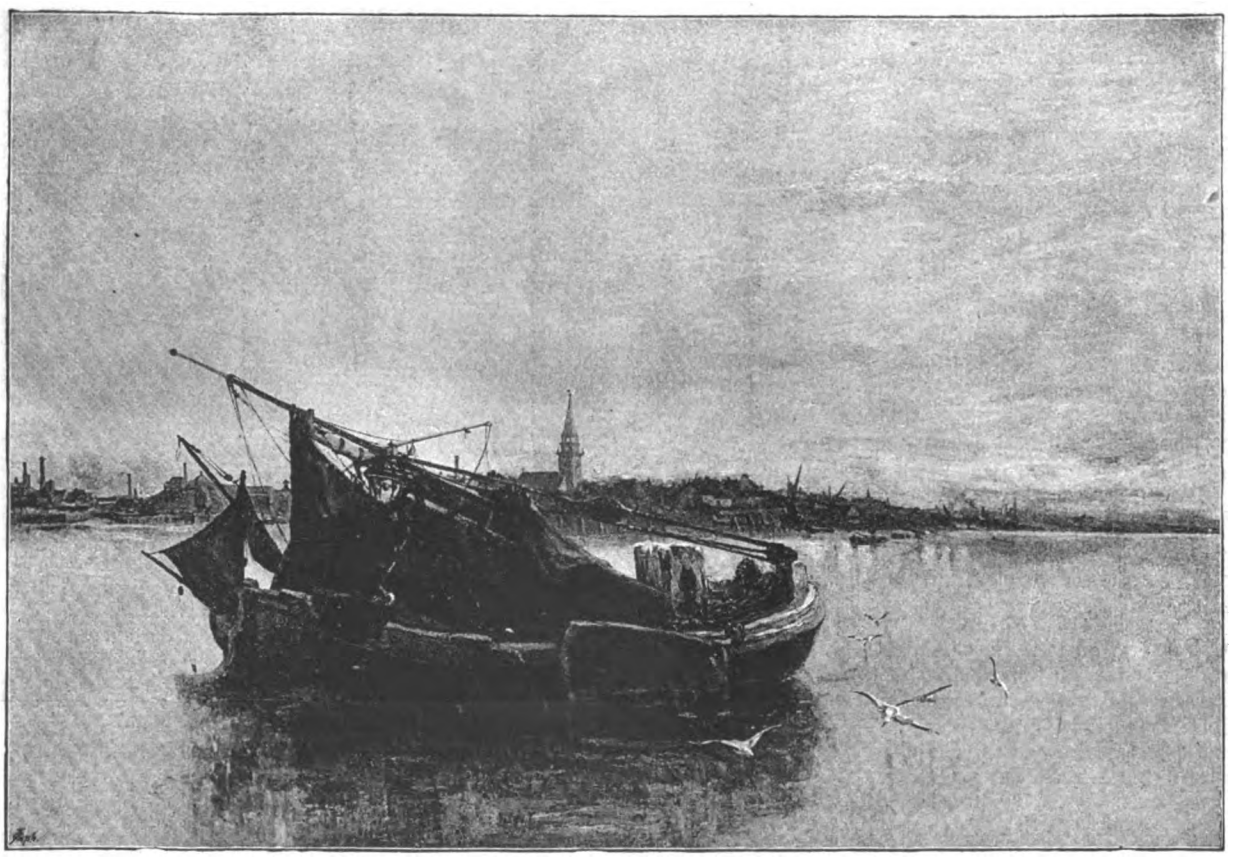
EL HÁBITO NO HACE EL MONJE (cuadro de G. Watts)

lamentos del corazón. Gayarre no quería (y hacía divinamente) cantar en ninguna *soirée*, y de ahí que las damas de nuestra aristocracia dijeran que el gran tenor era *bruscote*. Gayarre no ha consentido jamás que ninguna tiple convierta su pecho en apacible almohadón, y por eso la *gente de tono* decia de él que no sentía los papeles. Gayarre tenía el loable sentimiento de

Digitized by Google

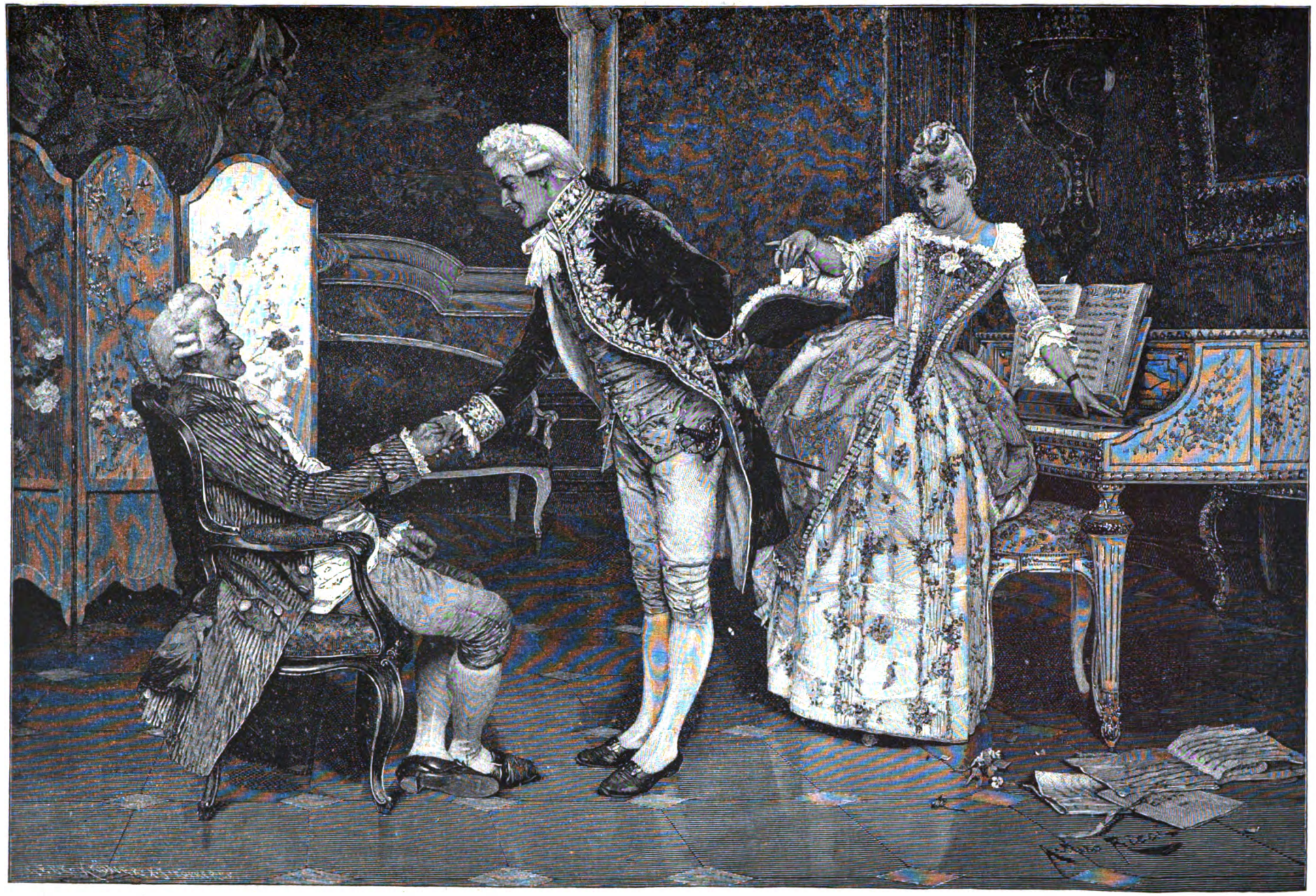


LA URNA DE VENUS (cuadro de Alma Tadema)



ORILLAS DEL TAMESIS: BATTERSEA (cuadro de Clara Montalba)

Digitized by Google



UN BUZÓN (cuadro de Arturo Ricci)

Digitized by Google

la vergüenza y sabía mantener decorosamente el respeto debido al público.

Gayarre ha cantado una vez tan sólo en Palacio.

Las *divas* á quienes más apreciaba y de quien era más querido, y con las que compartió mayores triunfos, han sido la Redzké en *Africana*, *Hugonotes* y *Lucrecia*, y con la Pascua en *Favorita* y *Profeta*.

¡Gayarre ha muerto!

Todos le lloramos.

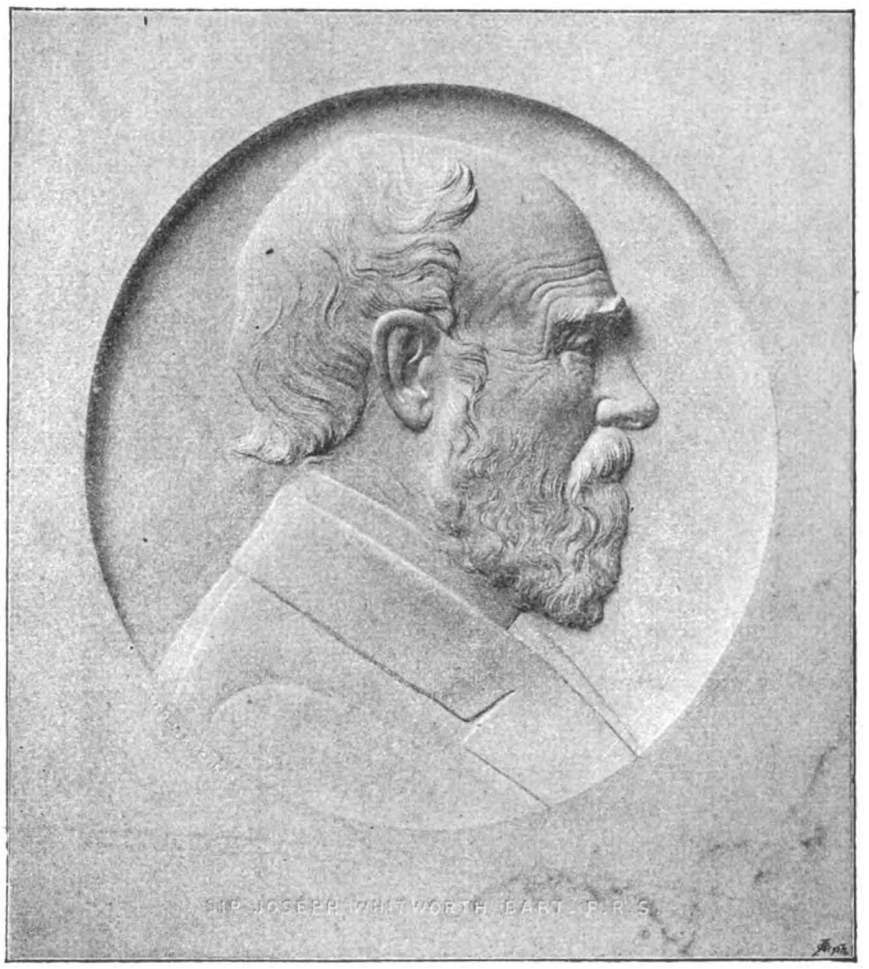
Su imagen y su recuerdo eternamente vivirán entre nosotros.

¡Ha muerto Julián Gayarre!

Gayarre, el inimitable é insustituible tenor, es inmortal.

¡Dios haya colocado su alma en lugar preferente!

J. M. Bonilla Franco



SIR JOSÉ WHITWORTH, BARONET (Bajo relieve por T. Woolner)

LA JOVEN MENDIGA

Saltando bajaba
por lomas y cerros,
arrasados los ojos en llanto
de verse ceñido de harapos el cuerpo.

Corrían desnudos
sus pies por el suelo,
como aquel que perdido se apura
salir de algún antro, temblando de miedo.

Inmóvil y mustia
parábase á trechos,
contemplando su oscura cabaña,
que el sol sonrosaba con tenues reflejos.

Sus hondos pesares
negábanle el sueño,
y sus manos crispadas y secas
mesaban sus carnes rasgándose el seno.

Giraban sus ojos
radiantes y tiernos,
y á través de las negras pestañas
brillaban chispeando cual rojos luceros.

Dolor angustioso
de rudo tormento
parecía asomarse á sus labios,
lanzando por ellos la furia del pecho.

Las auras mecían
sus blondos cabellos,
y sus frescas mejillas pintaban
del astro del día los últimos besos.

Pedía limosna
con cándido ruego,
en cadencia tan dulce y tan suave
que fuera hasta crimen negarle consuelos.

Unidas sus manos,
la vista sin ceño,
deslumbrante de triste belleza,
más bien semejaba la Virgen del Cielo.

¡Quién sabe las penas
que encierra su pecho!...
Y ¡quién sabe si al mar de la vida,
se arroja la pobre con paso resuelto!...

¡Quizá la miseria,
con sórdido empeño,
le colgara sus propios andrajos,
de envidia sedienta, rabiosa de celos!...

¡Tal vez la lascivia
la empuja sonriendo,
y, al rociarla de aromas impuros,
la inunde de lepra en las pozas del cieno!

—Mendiga *paloma*
que vagas pidiendo:
¿á dó vas caminando sin rumbo?...
¿quién eres? ¿qué tienes? Responde á mi ruego.

—¡Yo soy cual las hojas
caídas al suelo!...
¿Qué sabe la hoja que cae del árbol
á dónde la arroja la furia del viento?

M. N. Troncoso

NUESTROS GRABADOS

BELLAS ARTES

FRANCIA: REVERIE, *cuadro de A. Ballavoine*

Hoy en día se pintan, componen, escriben y hacen muchas *Réveries*, por manera que cualquiera diría que todos tenemos la cabeza á pájaros. Sin embargo, el asunto es muy simpático y cuando á la belleza de la figura acompaña la del fondo, como sucede en el caso de Ballavoine, no hay más que aplaudir y pasar por cuantos ensueños quiera pintar el artista.

ITALIA: UN BUZÓN, *cuadro de Arturo Ricci*.—CARLOS I DE INGLATERRA EN EL TALLER DE VAN DYCK, *de G. Gelli*

Dos lienzos muy buenos. *El buzón* es un precioso cuadro del siglo XVIII, y no creo haya inconveniente en decir también que del siglo XIX. Figuras muy acertadas, composición graciosa, concienzudo estudio de trajes y accesorios; todo lo que constituye un elemento de éxito para una obra.

El *Carlos I* de Gelly es un pretexto para lucir su erudición indumentaria y mobiliaria. El principal objeto parece haber sido pintar el taller de Van Dyck con todos sus innumerables chirimbolos, y en segundo lugar pintar gente vestida con trajes del siglo XVII.

INGLATERRA: PASTORAL, *cuadro de Aumonier*.—ORILLAS DEL TÁMESIS, *de Clara Montalba*.—LA URNA DE VENUS, *de Alma Tadema*.—EL HÁBITO NO HACE EL MONJE, *de Watts*.—SIR JOSÉ WHITVORTH, *bajo relieve por A. Woolver*.

La *Pastoral* de Aumonier representa la operación de lavar las ovejas según se practica en el condado de Sussex. La escena, con sus anchos horizontes y su apacibilidad, tiene algo de solemne, recordando los antiguos días en que se podía escribir con toda sinceridad una oda que empezara: *Beatus ille...*

Las orillas del Támesis de Miss Clara Montalba nos ofrece un aspecto del gran río al pasar junto á Battersea, así como el modelo de las falúas que surcan la corriente por aquella parte. Es obra llena de vigor y que coloca á su autora entre los mejores marinistas.

De Alma Tadema es ese admirable cuadro titulado *La urna de Venus*, resurrección pasmosa de la antigüedad al propio tiempo que alarde de magia en el estilo y en la expresión de las figuras.

G. F. Watts es uno de los pocos pintores ingleses que se han dedicado al estudio del desnudo. En este sentido la encantadora obra que reproducimos hoy da idea de lo mucho que entiende en el particular, resultando un cuadro de un sentimiento poético profundo, refinado, que no se olvida fácilmente.

Finalmente, el busto en bajo relieve de Sir José Whitvorth es notable por su carácter clásico.

OBRAS DE HERMAN CORRODI, *de Zurich*

La familia Corrodi, como ya indica su nombre, es de origen italiano, habiendo contado de tiempo inmemorial entre los suyos á distinguidos literatos y artistas. Habiendo abrazado la herejía valdense, fueron perseguidos y emigraron primeramente á Alemania y después á Suiza, obteniendo los antecesores de los actuales, derecho de ciudadanía en Zurich y el título de *Patricios* de esta ciudad.

Salomón Corrodi, padre de Hermán, nació en 1810 y fué pastor protestante. Viajó por Italia y se estableció en Roma, sobresaliendo como paisajista y mereciendo el título de Nestor de los acuarelistas, por manera que no ha habido nunca una figura más respetada en los círculos artísticos de la Ciudad Eterna.

Herman nació en 1844, durante una permanencia de sus padres en Frascati. Mostró desde muy joven, como su hermano Arnoldo, la más decidida vocación á la pintura de paisaje. Estudió algún tiempo en Roma y pasó después al taller de Calame, en Ginebra.

En 1868 era ya muy conocido en Alemania y Austria, en cuyas exposiciones había alcanzado buenos premios; y en 1870 se trasladó á París, estableciéndose en Bougival. Lleno de entusiasmo por la escuela francesa, cambió por completo su manera y sus asuntos, y, sin poder decir que se afiliase á determinada bandería ó quisiera imitar á nadie, quedó convencido de que no había nada superior á la realidad y al vigor de ciertas obras maestras de la moderna escuela trasPirenaica.

De vuelta á Roma en 1870, expuso varios cuadros en los *Salones* de París de 1870, 1871 y 1872 (*Una tempestad en el Mediterráneo*, *Los contrabandistas*, *Una procesión en Ischia*),

Digitized by Google

al mismo tiempo que enviaba á Viena y á Berlín diversos cuadros sobre asuntos de Venecia.

Así trascurría feliz y serena la vida de los dos hermanos cuando en 1874 murió Arnoldo, causando la más terrible pesadumbre á Hermán. Casóse éste en 1876 con una distinguidísima dama romana, y pasó aquel invierno en el Cairo, pintando diversos cuadros para el Khedive. Después de Egipto, Corrodi visitó la Siria y Tierra Santa, recogiendo abundante mies en Jerusalén, Belén y el Mar Muerto.

Las familias imperiales y reales hónranse con la posesión de muchos cuadros de Corrodi, debiendo citarse á la reina de Sajonia, el emperador Guillermo, la emperatriz Augusta, los príncipes de Gales, etc. *El Ave María de los pescadores de Chioggia* fué el regalo que dichos príncipes hicieron á la reina Victoria cuando su jubileo.

En suma, ocupa hoy Hermán Corrodi uno de los primeros puestos entre los más ilustres pintores italianos.

INCENDIO DEL CASTILLO DE LACKEN

Un horroroso incendio destruyó el día 2 del actual el magnífico palacio real de Lacken, en Bruselas, para el embellecimiento del cual acababa de gastarse millón y medio

PASTORAL (cuadro de J. Aumonier)

el rey Leopoldo. Según parece, el fuego fué producido por los caloríferos que había en las habitaciones de la princesa Clementina. Ésta se hallaba tocando el piano cuando advirtió el incendio, y pudo salvarse lanzándose al jardín; pero en cambio su aya quiso tratar de salvar algunas joyas, pereciendo horrorosamente entre las llamas.

Las pérdidas han sido grandísimas, así en objetos de arte como en alhajas y documentos históricos.

LA ENFERMEDAD DE S. M. EL REY D. ALFONSO XIII

Grandísima fué la emoción que en toda España produjo la enfermedad del Rey Niño, felizmente restablecido ya. El dibujo que acompañamos da idea de varias particularidades exteriores relativas á dicho acontecimiento.

LOS PRINCIPES DEL CONGO

Á la Vd. por un jabón—que da albor y perfuma
Al punto que la piel—al decaer se ahuma
Imitación feliz—del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad:—tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así—sufrir pueda avería.
Indague V. en cualquier—cabal perfumería
En todas le dirán:—Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de—los Príncipes del Congo.

Víctor Vaissier—Ronbaix—París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu. Madrid: Valverde, 37.—Barcelona: Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

por JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

—Te equivocas. Con los años perdiste el conocimiento de lo que es el bello sexo. Cuanto más pongas de relieve mis ligerezas pasadas, más se empeñará Virginia en sujetarme á su amoroso yugo: porque es difícil, crecerá en ella de día en día el deseo de conseguirlo; á medida que aumente tu oposición, aumentará también su anhelo; y si, obceado en desempeñar con tu sobrina el papel de padre inflexible, llegas hasta el extremo de prohibirle que me corresponda, vas á conseguir entregármela tú mismo. ¡Prohíbeselo y la arrojarás en mis brazos!

—Eres incorregible, Octavio,—exclamó su amigo viendo con fruición que aquél usaba sus propias armas.

—Creo, sin embargo, que me corregirá el amor de Virginia; creo que ha de fijar para siempre mi porvenir.

—Pero abrigas la esperanza de que ella te ame. ¡Eres un insensato!

—Esperanza fundada en que presiento que he sabido herir la fibra más delicada de su alma. Pronto conoce el que es experto si ha de alcanzar ó no el amor de una mujer.

—¿Crees que para mi sobrina el deber es una palabra vacía de sentido, y los sagrados vínculos lazos que á su capricho desata cuando quiere la voluntad?

—Creo que el amor pasa siempre por encima del deber, y que esos lazos se sueltan cuando se tira con violencia de la cinta.

—Ya sé que todos los días vas á visitar á Virginia con la siniestra intención que no me ocultas; ya sé que la asedias con todos los medios de seducción que puede emplear un libertino consumado; ya sé...

—Entonces no ignoras que no le soy indiferente, y que el castillo inexpugnable va hundiéndose poco á poco á la tenacidad y al fuego crudo del bloqueo. Si es contigo franca, ya te lo habrá confesado.

—Ya que eres tan insolente y tan terno que por egoísmo y por amor propio pretendes echar un borrón en mi limpia estirpe, no puedo hospedarte ni un instante más en mi propio domicilio sin menoscabo de mi dignidad ultrajada, ya que no sirven de freno á tus pasiones ni la amistad que nos une ni tu propio decoro.

—Estás en tu derecho al despedirme. Al momento me trasladaré á una fonda. Ni siquiera me resentiré, porque no dejo de conocer que te asiste razón para no querer que permanezca en tu casa después de la franca y explícita declaración que acaba de salir de mis labios.

—Me haces esa justicia al menos.

—Me voy á la fonda, pero confío que esto no acabará con nuestra antigua amistad,—añadió Octavio.

—Sí, porque desde hoy me constituyo en tu mortal enemigo. Te declaro la guerra, te pondré en ridículo ante Virginia, y escribiré hoy mismo á tu padre participándole las inicuas intenciones que abrigas respecto á mi sobrina, para que también obre contra ti.

—Nada me arredra, Ignacio: lucharé contra ella, contra ti y contra mi padre. Más honrosa será mi victoria. Cuanto más mares más ganancias. *Todos contra nos y nos contra todos:* será mi divisa la del célebre monarca.

IV

Diciendo lo anterior salió el artista del gabinete de su amigo. Este quedó sonriendo con vanagloria del magnífico resultado que iba produciendo su plan de ataque, puesto en acción con sorprendente facilidad.

En cuanto se vió solo, sentándose á la mesa escritorio, trazó en el papel la siguiente carta, dirigida al padre de Octavio:

«Mi querido Andrés:

»No te escribí desde la llegada á Valencia de tu hijo porque quise dejar pasar los primeros días con el objeto de poderte decir ya algo respecto al principio del desenvolvimiento del complot que de común acuerdo tramamos tú y yo para asegurar el porvenir de Octavio, haciéndole contraer á su pesar la boda que le conviene bajo todos aspectos, casándole con mi sobrina, que, además de aportarle al matrimonio considerable dote, le proporcionará el estado de tranquilidad que tanta falta le hace, con la influencia de las excelentes condiciones físicas y morales que la adornan y que fuiste el primero en reconocer.

»Como la acción de la novela comenzó bajo los más felices aspectos, y en los cuatro días trascurridos desde su primer capítulo hemos ganado bastante terreno, tomo la pluma para noticiarte lo que con ansiedad esperas que te comunique.

»No te equivocaste al suponer que Octavio deseaba con vehemencia que llegase el momento de venir aquí á veranear, con la única y exclusiva idea de dedicarse á Virginia. Desde el momento que tú le anunciaste que era *mujer ajena* hace ya tres años, lleva impresa en su imaginación la imagen de mi sobrina. Y no digo en su alma porque sabes, como yo, que tu hijo hasta ahora no ha sido hombre de sentimientos, sino de fantasía. Pero, aunque hace ya

Digitized by Google

tres años le enamoró Virginia, como huye siempre de las ocasiones de caer en el lazo matrimonial, no se acercó á ella: hoy, que se cree libre de ese peligro, se apresura á recuperar el tiempo perdido y llega resuelto y decidido á hacerse amar porque se *lo prohibe el Decálogo*.

»Conocimos perfectamente el flaco de Octavio y le hemos empeñado en conseguir con encarnizamiento lo que codicia, y lo que deseamos tú y yo, del único modo que hubiéramos podido alcanzarlo de su carácter aventurero y despreciativo de todo lo fácil, lo corriente y lo previsto.

»Virginia vacilaba en ayudarme en la fraguada intriga, temerosa de que ésta abortara, porque desconocía á Octavio, y, más que por eso, por ser enemiga de farsas y de fingimiento y pensar que si tu hijo lo descubriera importunamente tenía ella que aparecer á sus ojos como mujer despreciable que se juega el todo por el todo, sin rechazar ningún medio para conquistar un marido. Pensar así es propio de la delicadeza de mi sobrina. Pero la pintura del carácter de Octavio, que le tracé á grandes rasgos, nuestro plan preconcebido, y más que todo la idea de alcanzar el cariño de tu hijo, de quien está realmente enamorada, desvanecieron en ella las dudas y vacilaciones, y, entregándose de lleno á nuestros proyectos, fué desde el día de la llegada de Octavio nuestra más poderosa y eficaz aliada.

»Empecé por pintar ante tu hijo á mi sobrina en interesante situación, en una de esas fases de la vida de la mujer joven y hermosa, víctima de injusto infortunio, para herir la excitable fantasía de Octavio. Virginia es casada desde hace tres años con un ricacho que la abandonó á los seis meses de matrimonio y que se fugó de Valencia con una bailarina para vivir con ella en Francia. Este abandono al medio año del casamiento, fué de efecto sorprendente para el artista: hizo cuadruplicar la intensidad de su deseo, que me manifestó clara y desembozadamente.

»Entonces empecé á desempeñar el papel de tío indignado, afeando y rechazando los propósitos de tu hija y negándome á presentarle en casa de Virginia. Mi negación produjo el apetecido efecto el mismo día. Se presentó él solo á mi hermana y á mi sobrina en la alquería del Cabañal que ocupan mientras toman los baños de mar, y se presentó aprovechando la conjetura de encontrarme yo con ellas á la puerta de la calle, como es añeja costumbre en la citada población.

(Se continuará)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA — HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

CALENTURAS INTERMITENTES
25 AÑOS DE SEGURO ÉXITO
Curación rápida, en 12 horas, la más completa, de esta clase de calenturas, sin reincidencia, por medio de la ESENCIA FEBRÍFUGA DEL DR. MARQUÉS que tiene la particular ventaja de rebajar la hinchazón del vientre ocasionada por las píldoras de quinina.—BARCELONA: Calle Hospital, n.º 109.
BOTELLA 8 reales; 100 BOTELLAS 550 reales.

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC
ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

LA MÁSCARA DE BRONCE
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
Barcelona: R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg
Recetado hace 40 años
EN EL MUNDO ENTERO
contra las enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquiticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas, etc. El ACEITE de BACALAO de HOGG es el más abundante en materia de *bases activas*.
Se vende solamente en frascos triangulares.
PARIS, HOGG
2, Rue de Castiglione, 2
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
Recomendados por la Real Academia de Medicina DE VIVAS PEREZ *Recetados por los médicos de España y Ultramar*
Adoptados en los hospitales y la marina PORQUE CURAN INMEDIATAMENTE, COMO NINGUN OTRO REMEDIO empleado hasta el dia, toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros y úlceras del estómago. Ningún remedio alcanzó de los médicos y del público tanto favor por sus buenos resultados como nuestros
SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
que se venden en todas las farmacias de España, Ultramar y América del Sur. *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.* Exigir la firma y marca de garantía.
PRECIOS: En toda España, la Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.
Depósito general: Almería FARMACIA VIVAS PÉREZ
desde donde se remiten á todas partes mandando 75 céntimos más para certificado
POR MAYOR.—*Madrid:* M. García, y Sociedad Ibero-Universal.—*Barcelona:* Sociedad Farmacéutica, Hijos de J. Vidal y Ribas, y Alomar y Uriach.—*Habana:* Lobé y C.ª Farmacia y Droguería de José Sarrá.—*Puerto Rico:* Fidel Guillermety.—*Mayagüez:* Guillermo Mullet.—*Valencia:* Sres. Fabiá, Hijos de Blas Cuesta, y Climent y Quesada.—*Buenos Aires y Montevideo:* principales farmacias.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS
El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Hígado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con que se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.
Cura la TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.
El precio es muy moderado.
Lo venden las farmacias y droguerías.
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª—BARCELONA.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripcion pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 1.° de febrero de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 370

D. AMADEO DE SABOYA, DUQUE DE AOSTA († en 18 de enero)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*El amor y la amistad* (continuación), por Teodoro Guerrero. - *Supercheria* (continuación), por Clarín.—*Este frie un huevo...*, por F. Serrano de la Pedrosa —*Amenidad y galanura*, por A. Sánchez Pérez. — *El movimiento continuo*, por Iprac-Ordep.— *Bibliografía*, por C. M.—*Nuestros grabados*.—*Rima* (poesía), por Jose M.ª de la Torre.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: D. Amadeo de Saboya.—*Artes antiguas é ideas modernas*: El Laocoonte de Plinio. Las obras de Fidias, destruídas por los soldados turcos. Vixervnt fortes.—*Bellas Artes*. Italia: La primavera de la vida. Florista de calle. De centinela.—Alemania: La despedida.—Inglaterra: Estudios originales para la Biblia.—*El casamiento del emperador de la China*: El espejo. El triple quitasol imperial. El carro Fénix.

MADRID

El recuerdo de un rey.—Un actor cómico.—Risas y lágrimas

La muerte inesperada de D. Amadeo de Saboya ha evocado los gratos recuerdos que aquel príncipe noble y caballeresco dejó á su paso por España; y si no ha habido más manifestaciones públicas de simpatía que las listas colocadas en la portería de la embajada de Italia, han sido unánimes los sentimientos con que todos han repetido al comentar la triste nueva: —¡Era un caballero!

No pretendió la corona, y la aceptó creyendo hacer un bien á la nación en cuyo nombre se le ofrecía.

Subió al trono sin ambición, y permaneció en él mientras pudo estar sin ejercer violencias ni imponer castigos, y prefirió despojarse de la investidura real para volver á su país á ser el segundo, en vez de permanecer aquí luchando contra la opinión por ser el primero.

Rey que no deja tras sí ni la tristeza de una lágrima, ni el horror de una mancha de sangre, bien merece alabanzas, y por esto no es extraño que hayan ido desde España las flores cariñosas de la simpatía á unirse con las que el amor y el respeto han colocado sobre la tumba prematuramente abierta al lado del suntuoso alcázar de Turín, de donde partió Víctor Manuel para realizar el gran pensamiento de la unidad de Italia.

¡El palacio de Turín! No ha podido sustraerse al triste destino que parece que pesa sobre todos los alcázares reales de España.

Allá por los años en que mediaba el siglo en cuya última década hemos entrado, era aquel palacio un nido de príncipes y princesas que sonreían gozando de los encantos que la vida ofrece en la primavera de la vida.

Ellos eran apuestos, gallardos: ellas hermosas y de cabellos de oro, que fueron la primera corona de su gentil cabeza. El viento de la fortuna los empujó á tronos ó á sentarlos en sus gradas: la bella é interesante princesa Clotilde fué conducida por el príncipe Napoleón cerca del de los Bonapartes; su hermana Pía, la de las elegancias exquisitas, compartió con el rey D. Luis de Braganza el de Portugal; D. Amadeo reinó en España; Humberto, el mayor de todos, recogió la herencia de su padre, y es el único que la conserva; hoy, de los palacios en que lució sus galas de desposada la princesa Clotilde, bajo los solios sostenidos por las águilas imperiales y sembrados de abejas de oro, no quedan ya ni ruinas; y la reina Pía pasea sus melancolías envuelta en los crespones de la viudez por las estancias del palacio de Agreda, triste como un convento y sombrío como una fortaleza, á la que no llegan más ecos del mundo que los que anuncian muertos.

***

De muerte habla todo, y la crónica contemporánea no es más que una serie no interrumpida de necrologías.

Todas las *Ilustraciones* de Europa publican el retrato de una mujer hermosísima y sobre todo de una distinción verdaderamente soberana. Es la emperatriz Augusta de Alemania, la esposa del anciano Guillermo, que no ha tardado mucho en seguir á su esposo á la tumba.

El retrato de esa dama, más que el de una personalidad, es el de toda una institución, es el régimen antiguo que se va.

***

En Madrid acaba de fallecer un hombre cuya historia es bien distinta de la de los reyes, aunque ha ejercido durante muchos años una indisputable soberanía.

Su soberanía ha sido la de la escena, su reinado el de la risa, y tres generaciones le deben momentos de verdadero regocijo, francas y alegres carcajadas, de esas que disipan las tristezas del ánimo, como el sol las nieblas y las brumas.

Este hombre es ó, mejor dicho, era Mariano Fernández.

¿No le vislumbráis entre los recuerdos más gratos de nuestra infancia? Eran los días dichosos de las salidas del colegio. La casa paterna, el hogar que nunca se olvida, el puerto de donde se sale para correr por los mares de la vida, celebraba las fiestas animadas de la familia, tan llenas de encantos y que tan gran contraste ofrecían con la vida monótona y llena de ocupaciones y deberes de la otra casa donde aprisionaba al cuerpo la necesidad de cultivar el espíritu.

Y como si no fueran bastante las caricias de la madre, los juegos con los hermanos, la mesa siempre llena de apetitosas golosinas, la cama que no se abandonaba á una hora intempestiva y reglamentaria, llegaba un día, día feliz entre todos, en que el padre decía:—Esta tarde iremos al teatro.

¡El teatro! La ventana abierta á lo maravilloso y lo desconocido, el balcón desde donde se veía el mundo soñado de la fantasía, y en medio de aquel mundo, descollando como su principal personaje, Mariano Fernández, haciendo desternillar de risa con sus agudezas, con sus cantos, con su baile, con sus trajes, con todo aquel aparato y sorpresas de las comedias de magia que nunca se olvidan y que hacen soñar mucho tiempo con *La pata de cabra* y *Los polvos de la madre Celestina*.

Y luego, en otra época de la vida, en la juventud lozana y llena de ilusiones más deslumbradoras que las bengalas que os asombraron en la infancia, cuando más dueños de nuestras acciones ibais al teatro de noche, ¿no recordáis á Mariano Fernández en los donosos papeles de los criados del teatro antiguo, y no ambicionasteis un escudero como los que él caracterizaba, fiel, astuto y entrometido, para confidente y ayuda de vuestros amores?

¡Cómo se hubiera él ingeniado para llevar á su destino la carta que escribisteis llenos de emoción, y que la timidez retenía en vuestro bolsillo!

¡Qué mañas hubiera puesto en juego para proporcionaros la anhelada cita!

Y más tarde, en diferente época de nuestra vida, ¿no le visteis siempre con regocijo distrayéndoos de preocupaciones y pesares?

Mariano Fernández era en España, y sobre todo en Madrid, una verdadera institución. Nació en la calle del Baño, en el riñón, se puede decir, de la villa, cerca de los teatros donde debía reinar y cerca de la casa donde ha muerto, en un florido abril del año 1814.

Sólo era dos años más joven que la institución inmortal donde aprendimos á ser liberales, y vino al mundo cuando, terminada una epopeya gloriosa, necesitaba la generación que la llevó á cabo y la que había de sucederle algún descanso en la risa como compensación de sus fatigas y de sus esfuerzos.

Como artista vino á ser el continuador clásico de Guzmán, y por lo tanto descendiente en línea directa de los famosos comediantes del corral de la Pacheca. Bien se le conocía cuando desempeñaba las obras del teatro antiguo, cuando era el *Clarín* de *La vida es sueño*, el *Rebolledo* de *El alcalde de Zalamea*, el criado que imaginaron Lope, Tirso y Moreto.

Fué de los primeros alumnos del Conservatorio que inauguró una era de educación artística y cultura literaria en nuestra patria, y trabajó con Latorre y con Romea, uniendo su nombre á las glorias de nuestro teatro moderno en su época más gloriosa.

Uniendo el pasado y el presente, él fué el primero que contrató á Rafael Calvo para que brillase en la escena que aun le llora.

Recorrió todas las poblaciones importantes de España prodigando risas; pero su cuartel general estaba siempre en Madrid, y su vida reconcentrada entre su casita de la calle de la Cruz, donde tenía un verdadero museo, y el Teatro Español, que era el de sus predilecciones.

Mariano Fernández no era sólo un actor cómico: era un concienzudo actor de carácter, y en este género ha creado importantísimos papeles del teatro moderno.

***

He hablado del museo de Mariano Fernández, y es verdaderamente curioso y será lástima que se pierda.

En él hay datos curiosísimos para la historia del teatro, recuerdos inapreciables de los que fueron sus maestros y sus compañeros.

La especialidad de este museo artístico es una originalísima colección de sombreros y de todas las clases de prendas que se han usado para cubrir la cabeza, desde el birrete de terciopelo hasta el prosaico sombrero de copa en todas sus varias y múltiples formas.

Con un sombrero se puede reconstruir una época. El fieltro de anchas alas que recataban el rostro es la representación de la época de aventuras y cuchilladas de los romancescos tiempos de los Felipes.

Una cinta ó una pluma revelan una condición social.

Zorrilla lo dijo:

> Llevan, por que se presuma
> cuál de los dos vale más,
> castor con cinta el de atrás
> y el de delante con pluma.

El sombrero apuntado, de tres candiles, ya revela el extranjerismo, la tiranía, el motín de Esquilache; y el sombrero de tres picos, Alarcón lo ha dicho, es la representación más genuina del absolutismo, la imagen verdadera del antiguo régimen.

Pero nada revela mejor el carácter, el genio, la fisonomía moral de una persona que la *chistera* en sus variedades infinitas dentro de la unidad.

Mariano Fernández lo sabía é hizo de este ramo su especialidad. El sombrero de copa del avaro no es lo mismo que el del elegante, ni el del banquero como el del sabio.

Una ala más ó menos ancha, más ó menos retorcida, combinada con una copa más ó menos alta, es toda una revelación.

Con los ejemplares que deja el popular actor cómico se puede reconstituir la historia del sombrero de copa, que es la historia de los progresos y adelantos del siglo desde que le usaron como prenda de propaganda los que cubrieron con él los cabellos cortados á lo Tito y libres de polvos y coleta, hasta los últimos que han comprado los diputados recién llegados en casa de Odone ó Villasante.

Entre ellos podría figurar en un sitio de honor el sombrero de felpa blanca, compañero del frac azul y del chaleco de Mahón, y prenda predilecta de los partidarios del romanticismo.

Y en sitio también preferente aquel otro sombrero de paño negro que, con la honrada chaqueta, usaban los menestrales de Madrid antes de que se introdujese la gorra de seda achulada ó el sombrero cordobés que han sucedido á las prendas de la indumentaria clásica, como al *Polilla* de *El desdén con el desdén*, al *Cabellera* de *Entre bobos anda el juego*, y á aquellos tipos

Digitized by Google

que tan á conciencia interpretaba Mariano Fernández, los bufones que imitan en la escena las chocarrerías de los Paulus de los cafés cantantes de los barrios extremos de París.

***

Mariano Fernández murió el jueves, el día de San Ildefonso, á la hora en que bajaba el telón del tercer acto de *La verja cerrada* en el Teatro Español. El domingo antes, por la tarde, había representado *La pata de cabra*, á los setenta y siete años de edad y delante de un público compuesto en su mayor parte con los nietos de los que se la vieron estrenar en el Teatro del Circo.

Para él el teatro era la vida, y á los setenta y siete años ha muerto de una enfermedad que ha matado este año á muchos jóvenes: de una pulmonía.

Era un hombre de costumbres muy arregladas, y deja un capitalito de unos 30,000 duros.

¡Qué diferencia entre este modesto capital y las pingües fortunas de los que se enriquecieron con las sociedades de crédito!

Mariano Fernández lo ha reunido excitando francas y sonoras carcajadas de alegría: los otros produciendo ruina.

El uno es el capital de la risa: los otros los de las lágrimas.

KASABAL

Tenemos el sentimiento de participar á nuestros lectores el fallecimiento del distinguido escritor bilbaíno D. Vicente de Arana y Arana, ocurrido el día 20 del pasado enero, después de una rápida enfermedad.

Era el Sr. Arana escritor de sólida y vasta instrucción, habiendo dado á luz multitud de trabajos, notables todos ellos por la importancia del asunto y la acabada corrección de su estilo. Como poeta pudieron apreciarle bien nuestros lectores, pues honró distintas veces estas columnas con sus inspiradas y originales composiciones.

Gran pérdida ha sido para las letras españolas la de nuestro malogrado amigo, fallecido en la flor de su edad y cuando había logrado crearse una personalidad bien propia en el campo de las letras.

¡Descanse en paz el ilustre publicista bilbaíno, y reciba su desconsolada familia nuestro más sentido pésame!

EL AMOR Y LA AMISTAD

(CONTINUACIÓN)

—¡Ni el placer de la venganza me queda! El hombre que se burló de mí ya no existe: no puedo devolverle el ultraje arrancándole el corazón para escupirle en él. ¡Ella! ¡Ella, á quien amaba tanto!... ¿Matar á una mujer? ¡Fuera cobardía! El mundo me arrojaría sobre la frente su desdén... ¿Cabe en el corazón humano tanta falsía? ¿Tan miserable es esa raza que se llama hermana mía?... ¿Hermana mía? ¡No! ¡Nada tengo de común con seres tan degradados! ¡No debo, no quiero vivir para rozarme con esa escoria que mancha la pureza de mi alma!

Buscó un arma para poner fin á su existencia, pero felizmente no la había en la habitación. Una ráfaga iluminó sus sentidos, y, cayendo de rodillas, dijo:

—¡Perdón, Dios mío! No tengo derecho para atentar contra una existencia que no me pertenece. Tus decretos debo respetarlos. Dame fuerzas para resistir.

Dos horas trascurrieron sin que Gregorio se diese cuenta de lo que por él pasaba. El reloj de la iglesia cercana hizo vibrar el aire con ocho campanadas, pero el joven nada oía.

El criado se atrevió á abrir la puerta, y, tocándole familiarmente en el hombro, le dijo:

—Señor, son las ocho: á esa hora empieza el funeral de mi amo.

—¿El funeral?—preguntó Gregorio sorprendido.

—Sí, señor: debe V. presidirlo.

—Es verdad: retírate.

El criado se encogió de hombros y volvió á salir, ratificándose en la idea de que estaba loco.

—¿El funeral de Cayetano?—se preguntó entre dientes.—¿De ese hombre aborto de la Naturaleza? Y ¿debo presidir el acto? ¿Me están aguardando? ¡No! El mundo no tiene derecho á interponerse entre mi dolor y yo: mi dolor es sólo mío. Parece que la Providencia me da fuerzas sobrenaturales. Debo tener calentura, pero la calentura no me postra todavía. Voy á luchar con mi infortunio. Bastante tiempo he sido feliz. Vamos.

Gregorio se arregló el peinado, guardó las cartas en el bolsillo, y con paso firme se dirigió á la iglesia de San Luis, en donde le esperaban los invitados comentando su tardanza.

La función duró dos horas, pero Gregorio ni vió á los concurrentes ni oyó la música. Todos le miraban, porque la palidez del rostro revelaba su estado moral.

Concluído el funeral, Gregorio volvió á su casa, y, sin entrar en el gabinete de su mujer, se encerró en su dormitorio y se acostó.

La fiebre se pronunció entonces: rindióle el sueño, pero el sueño que produce el delirio y con el cual no descansa el cuerpo y sufre el alma.

VII

La conducta de Elvira y de Cayetano con Gregorio de Alfaro necesita explicación, y voy á darla.

Cayetano Morales había llegado á Madrid á los veinte años, sin más recurso que su imaginación, y de ella se propuso sacar su subsistencia. Que lo consiguió es fácil colegirlo por cuanto vivía con cierta ostentación. Si los medios de que se valió eran ó no legales, dedúzcase por la traición con que vendió al mejor de sus amigos.

Cayetano conoció á Elvira niña, muy niña todavía para conocer el peligro de estrechar relaciones de intimidad con un hombre tan perverso. La madre de Elvira, que era una buena señora, no supo precaver el mal. El se hizo dueño de la casa vendiendo protección, y engañó á la joven, que, sin entregarle su corazón, fué su esclava.

En el Casino conoció Cayetano á Gregorio, y con el golpe de vista del aventurero comprendió que, siendo el joven impresionable, á poca costa le dominaría. Algunas semanas después Gregorio pertenecía en cuerpo y alma á Cayetano. Este concibió la idea de enlazar á su amigo con Elvira, porque, dueño de las dos voluntades, podía enriquecerse, y con constancia y habilidad despertó una pasión en el alma de ambos, que se dejaron prender en las redes.

Elvira nunca amó á Cayetano: al contrario, por instinto le era repulsivo. Así, cuando conoció á Gregorio, hombre noble y generoso, que llevaba en el rostro retratada la bondad del alma, se sintió tan inclinada á él, que su corazón, virgen todavía, se abrió á una pasión grande. La infeliz, aunque no conocía todo el peso de la desgracia que llevaba consigo el paso que había dado, sentía un tormento en tener que ocultar la verdad.

Y la ocultó porque no pudo hacerse superior á su afecto: engañó á Gregorio casándose con él; y cuando el trato y las reiteradas pruebas de un amor sin límites, que sin cesar le prodigaba su marido, le hicieron conocer su falta, ya el mal no tenía remedio; pero lo expiaba con sus lágrimas, con aquellas lágrimas que Gregorio había sorprendido.

Elvira tuvo que añadir una nueva mentira para calmar la inquietud de su esposo. Esta es la consecuencia del delito. Vivía atormentada, teniendo que ver constantemente al hombre que la había engañado. Existía ya una barrera entre ellos, pero la vergüenza de su conducta pasada era un torcedor perpetuo. Entonces se decidió á pedir á Gregorio que la llevara á viajar. Lejos de Cayetano se creía feliz, apurando los extremos de su ternura y de su alma, verdaderamente apasionada, para conmover y cautivar al hombre que llenaba su existencia entera.

Cuando la sorprendió la muerte de Cayetano, el sentimiento humanitario cedió su lugar al egoísmo. Aquella desgracia ponía un sello á su deshonra, y le arrancaba el tormento perenne que, tras de verle siempre como un fantasma de su conciencia, le robaba la mitad del cariño de su marido.

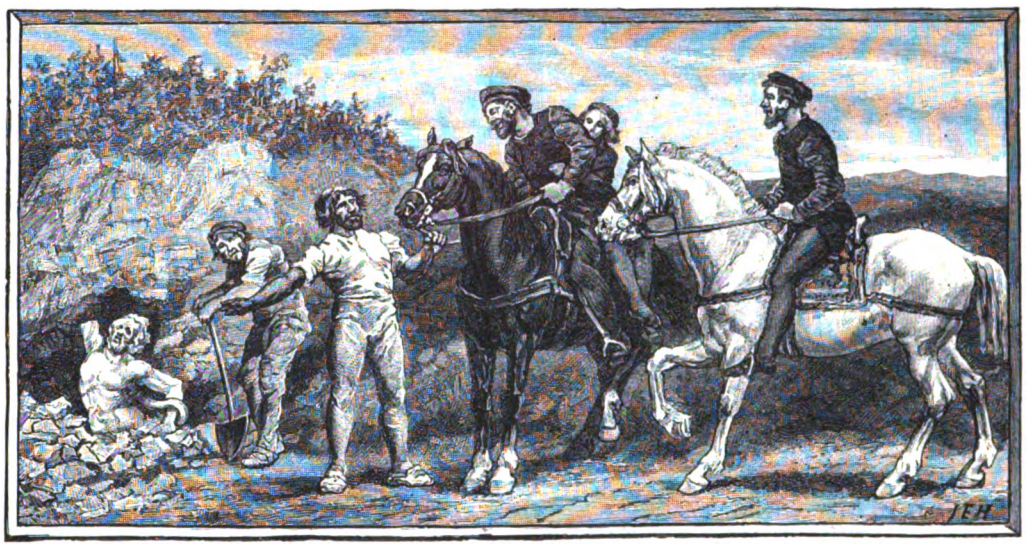
¡Oh! ¡Qué mal juzgaba la desventurada joven á la sabia Providencia! Un delito se expía tarde ó temprano.

Compréndase ahora cuál era la situación de Elvira al poseer su marido las pruebas incontestables de su falta.

TEODORO GUERRERO

(Se continuará)

ARTES ANTIGUAS É IDEAS MODERNAS



I.—EL LAOCOONTE DE PLINIO (dibujo de J. Hodgson)

Digitized by Google

PRIMAVERA DE LA VIDA (cuadro de Noe Bordignon)

Digitized by Google

FLORISTA DE CALLE (cuadro de V. Volpe)

Digitized by Google

SUPERCHERIA

(CONTINUACIÓN)

X

Serrano dió un grito; un grito nervioso, de miedo. Se sintió muy mal, como antaño, antes de sus viajes; peor que nunca; todo lo que presenciaba se le figuró que estaba en su cabeza: estaba delirando, tenía ante los ojos la alucinación... ¡Santa Teresa! Era verdad, la noche del tren... y volvía! Aquello era el *ritornello* de la locura... ¡La alucinación! ¡Qué horror! Se había dejado caer en una silla, temiendo un desmayo, con las piernas flojas y frías.—El alcalde, el primo Antoñito y muchos más caballeros le rodearon. En la confusión del susto se olvidó por un momento la causa de éste por atender al forastero, que estaba pasmado, pálido, tal vez próximo á un síncope; pero los que estaban más lejos, los demás que no habían podido llegar cerca de Serrano, se decían, todos en pie:

—Pero ¿es verdad? Pero ¿es verdad? ¿Ha acertado la Porena?

Nadie había advertido un movimiento de Catalina como para levantarse de la silla, ni el gesto imperioso y rapidísimo con que Foligno la contuvo, apoyando fuertemente una mano sobre la espalda de su mujer.

El alcalde médico tomaba el pulso á Serrano. Antoñito pedía tila, azahar. Otros proponían llevar á una cama al *enfermo*...

—¡Que respire, que respire!—gritaban los de más lejos.—¡Darle aire!

Serrano, que seguía sintiéndose muy mal, aunque menos asustado, entre mareos y náuseas y temblores, procuraba separar de su lado, con las manos extendidas, la multitud que le rodeaba... quería ver... ver si... aquella mujer estaba allí... si alguien había dicho, en efecto... aquello...

Incorporándose y dejando libre algún espacio delante de sí, volvió á ver á la Porena que en aquel momento abría los ojos, los ojos que dulcemente, llenos de curiosidad y honda simpatía, se clavaban en los del filósofo.

—Pero entonces... — pensó y dijo entre dientes Serrano,—entonces... no es alucinación... esa mujer está ahí... realmente... ¡Oh, sí! Allí estaba: aquellos ojos eran los de *Masuccio*, que quedaba en la fonda dormido; pero llenos de idealidad, de poesía, del fuego de pasión pura que no cabe que haya en los ojos de un niño. Aquellos ojos le volvían al mundo, le sacaban del abismo horroroso del pánico de la locura; aprensión tal vez no menos terrible que la demencia misma. Aquellos ojos eran el mundo del afecto, de la realidad tranquila, ordenada, buena, suave. Quedaba sin explicación, eso sí, el cómo aquella mujer sabía que él hubiera creído ver á Santa Teresa en una alucinación. Pero eso era lo de menos: la razón, la amada razón, estaba en su sitio, no había alucinación. Todo se explicaría, y, si no, poco importaba. El estaba en su juicio y aquellos ojos le acariciaban: esto era lo principal. Lo malo era, mal accidental, que la digestión estaba cortada y ya no tenía compostura. Sí, no cabía dudarlo: el susto, el miedo, la locura, le habían interrumpido la pacífica... digestión. ¡Claro! ¡Acababa de comer! Quiso sacar fuerzas de flaqueza, serenarse, estar tranquilo, tranquilizar al concurso, y, una vez que ya se había dado en espectáculo, no quiso retroceder: quiso llegar hasta el fin de la manera más airosa posible. Además le punzaba el deseo de acercarse á Catalina, de hablar con ella, de averiguar cómo ella sabía su secreto, que á nadie había comunicado; el secreto de sus aprensiones de alucinado.

— Lo que esta señora ha descubierto es verdad, — dijo dirigiéndose al alcalde y á Foligno. Entendámonos: es verdad... que en cierta ocasión tuve ante mí una mujer... que desapareció

II.—LAS OBRAS DE FIDIAS DESTRUIDAS POR LOS SOLDADOS TURCOS (dibujo de J. Hodgson)

no se cómo, y que se me ocurrió como una obsesión la disparatada idea de que fuese una alucinación que me representaba á Santa Teresa. Pero yo esto, lo confieso, no lo he dicho á nadie en el mundo. Esta señora, ciertamente, ha tenido que adivinarlo.

Nicolás no pudo continuar: tuvo otro mareo, más escalofríos, perdió la vista, y sintió hormigueos de la piel en el brazo izquierdo, que quedó insensible.

—Señores, me siento mal: una jaqueca...

—¿Acaba V. de comer?—preguntó el alcalde.

—Sí, señor,—dijo Antonio.—Con la sorpresa, con la emoción...

—Sí, sí: un pasmo.

—Efectivamente, es pasmoso lo que acaba de suceder.

—Vean Vds., y todo con mi fluido.

Foligno, triunfante, disimulaba su alegría, lamentándose de la mala suerte, del accidente, de la digestión interrumpida... etc.

Serrano tuvo que retirarse. En el coche del alcalde se lo llevaron á la fonda Antonio y sus amigos. La reunión no se deshizo en seguida porque faltaban los comentarios. Se olvidó pronto la indisposición del madrileño para no pensar más que en el milagro de la Porena. ¡Le había adivinado su secreto pensamiento de hacía tanto tiempo! Y ¡qué secreto! Las mujeres se inclinaban á ver, en la autenticidad de la aparición de Santa Teresa al incrédulo, al nuevo Saulo del magnetismo.

Catalina y su esposo se despidieron pronto, sin más experimentos. Foligno, después de tamaño triunfo, no quiso demostraciones menos importantes de su ciencia oculta.

Además, la Porena estaba muy fatigada, fatigada de verdad. En cuanto volvió el coche del alcalde, hizo un segundo viaje á la fonda con el matrimonio.

Se disolvió la tertulia. Todos se marchaban admirados. Sólo al ingeniero jefe de montes se le ocurrió decir, en el portal, con unos cuantos jóvenes:

—Señores, á mí no me la pegan: ese madrileñito y esos comediantes... estaban de acuerdo.

—Pero, hombre,—le dijeron;—si él es primo de Antoñito, y hombre muy serio, y se puso enfermo de verdad...

—Pamplinas, pamplinas: han querido burlarse de los pobres caracenses.

. . . . . .

En uno de los libros de Nicolás Serrano, en uno de aquellos en que él apuntaba la historia de sus reflexiones, á saltos, sin repasarlos jamás, se leía este fragmento:

«...Tomasuccio me puso en relación doméstica con sus padres. Me llevó de la mano hasta el cuarto de la fonda que ocupaban ellos y me hizo entrar. El doctor me recibió con una amabilidad que me pareció falsa por lo excesiva. Catalina me sonrió, y su palidez, que siempre era mucha, se tiñó, al verme, de un color de rosa que duró poco en sus mejillas. El pretexto para llegar yo allí fué, aparte de la ocasión, el empeño de Tomasillo de volver á Catalina el álbum que por la mañana me había enviado al saber que yo estaba en la misma fonda. En una tarjeta me pedía algunos pensamientos para llenar una página de aquella colección de elegías hiperbólicas, de versos y dibujos. Yo tuve el capricho de escribir varias máximas de autores alemanes, que recordaba de memoria, en alemán, y que sin traducir pasaron al álbum. Más ó menos directamente, todas ellas iban contra las supercherías de las adivinaciones, de los portentos del género que cultivaba aquella pareja italiana.

»Al entregar su álbum á la Porena, ésta buscó con ansiedad, que disimulaba mal, la página mía.

»—¡Ah!—dijo al verla.—Yo no entiendo esto. Debe de ser... alemán?

»Foligno tampoco podía traducirlo.

»—Pues yo no lo traduzco,—exclamé yo, que no me atrevía á decir cara á cara á aquellas gentes que no creía en sus milagros á pesar de la inexplicable revelación de la noche anterior.

»—No faltará quién lo traduzca,—dijo la italiana. Y cerró el álbum de prisa, colocándolo después en su regazo y oprimiéndolo contra su cuerpo como quien abraza estrechamente.

»Hablamos de muchas cosas: unas relativas al sonambulismo y otras no; pero yo no quise aludir á los sucesos de la víspera y ellos tampoco hablaron de tal cosa.

»Sin saber por qué, prolongué mi estancia en Guadalajara por ocho días: no volví á Madrid hasta el día siguiente de salir los Folignos para Zaragoza. En aquella semana dieron varias funciones en el teatro. Asistí á ellas desde bastidores porque se había divulgado el portento de que era yo principal actor y no quise nuevas exhibiciones. A las cuarenta y ocho horas de conocerle ya quería yo á Tomasuccio como á un hermanillo, que venía á ser para mí como un hijo. El se metía por mí y me obligaba á estrechar relaciones con sus padres. Siempre que en mi presencia daba Catalina un beso á su hijo, yo le daba otro. Aquella mujer era en el retiro de su *hogar*... de la fonda, diferente de lo que se veía en el teatro representando su comedia

Digitized by Google

de pitonisa moderna. Parecía más hermosa, pero aun más amable; había en ella menos misterio melancólico, pero mayor pureza de gestos; el atractivo de una poética virtud casera. Sí, sí: era una honrada madre de familia que ganaba el pan de los suyos con oficios de bruja. Mi presencia (á mí mismo bien puedo decírmelo) la turbaba como la suya á mí. Foligno nos dejaba solos muchas veces. Hablábamos de mil cosas: nunca del placer, cada vez más íntimo, de estar juntos, de contarnos nuestra historia; nunca de la aventura de aquella adivinación. Pero la noche anterior á nuestra separación, probablemente eterna, pensábamos (ausente Foligno, que estaba arreglando cuentas en la administración del teatro; dormido Tomasuccio, al pie de cuyo lecho estábamos los dos), comprendimos que teníamos algo que decirnos antes de separarnos. De dos asuntos quería yo hablar. Cuando mis labios iban á romper el silencio para abordar la materia más importante y más difícil, la que era más para callada, Catalina me miró á los ojos, *me adivinó* otra vez, y tuve miedo. Se puso de pié, pasó la mano por la frente de su hijo dormido, y, volviendo á sentarse, sonrió con dulcísima malicia, y dijo, antes de que hablara yo:

»—Usted, amigo mío, me oculta algo... calla V. algo... que quisiera decir.

»—Sí, Catalina: yo...

»—Sí: V. quisiera saber cómo yo puedo adivinar, gracias al fluido magnético del señor alcalde...

CLARÍN

(Se concluirá)

ESTE FRÍE UN HUEVO...

Así he salido yo tan cándido.

Figúrese V. que cuando era pequeñito me entretenían diciéndome que el dedo meñique había frito un huevo, que el dedo anular lo había puesto en el plato, que el dedo medio lo llevó á la mesa, que el índice le echó sal y que el dedo gordo *se lo comió todo.*

Y yo me quedaba con la mano muy abierta y la boca tan abierta como la mano. Hubiera podido tragar el huevo entero en aquella disposición.

Prueba indudable de que no he perdido el candor es que, estimulado como tantos otros por el afán de escribir para el teatro, he creído que yo también podía y debía *freir un huevo.*

¡Ya se ve! ¡El teatro tiene tantos atractivos!

Coger con mano temblorosa la mano blanqueada con magnesia de la primera dama y la del primer actor, y salir en tan buena compañía al escenario recibiendo aplausos, haciendo cortesías y bañándose en agua de rosas...

Recibir después enhorabuenas de todos los amigos y observar que le reconocen á uno las jóvenes que van en el tranvía...

¡Tener administrador! Así, de sopetón, encontrarse con una renta y con un caballero muy respetable que se toma el trabajo de cobrarla y rendir cuentas cada tres meses...

En fin, ¿para qué continuar? El teatro vuelve locos á la mitad de los españoles.

Y esto sin contar á los *especialistas*, porque éstos no tienen ideales artísticos. Me refiero al que anda á caza de pensamientos ajenos; al que apunta los acontecimientos notables del año para hacer un índice teatral y reniega del que no tiene paciencia para que llegue diciembre y, apenas acontecido el hecho notable, dispara sobre él á tenazón una perdigonada de consonantes que lo revienta; al que caza sus originales en el extranjero; al que no concibe ser autor sin hacer el amor siquiera á una corista; y, por último, al que presenta como suyas, obras de algún infeliz á quien nadie conoce y que consiente en la superchería á cambio de un poco de dinero.

Formado el propósito de cultivar el arte dramático, el autor (llamémosle así) pone manos á la obra.

Y al segundo ó tercer intento logra escribir en la cuartilla 40.ª, la frase *cae el telón*, ó en la cuartilla 20.ª si escribe por ambas caras del papel; que es lo mejor, porque así abulta menos el manuscrito y quizás se resuelve á leerlo el primer actor de la compañía.

Pero no precipitemos los sucesos. Eso de que el actor lea la obra exige así como unos ocho ó diez meses de andar tras de él, y de rogárselo por su vida y por su salud, y por la salud de la señora, y por que Dios le conserve aquel labio inferior tan arrogante.

Ocho ó diez meses durante los cuales se vive como se puede. Lo importante es conservar las botas por encima lo mejor posible, para entrar todas las noches al cuarto del cómico y preguntarle:—¿Ha podido V. leer aquello?

Por supuesto haciendo de tripas corazón para sonreir; lo cual no es difícil, porque ya de las tripas del autor se puede hacer cualquier cosa.

La pícara suela de las botas, excusándose con no ser vista, va teniendo el honor de presentar el pie á todas las chinas que encuentra al paso; de modo que el autor conoce perfectamente todos los cantitos y pedruscos que hay desde su casa al teatro.

Lo que no consigue retener en la memoria es la perfidia de un charco que, á la dudosa luz del reverbero próximo, se presenta como muy fácil de vadear, merced á una... cosa que se ve en el centro y que todas las noches parece una piedra.

Y no es piedra: es... un pediluvio.

Al fin los charcos pequeños son graciosos. Al mover el pie metido en ellos, el agujero de la suela *chupa*, y la bota se sorbe el charco, y el pie queda tan agradecido.

Pero ¿quién piensa en estas pequeñeces cuando se ha vencido en lo principal, que era escribir la obra?

Verdad es que las primeras son producto de la facultad de imitar, porque el autor aun no conoce principios ni procedimientos ni recursos de ningún género; pero, aun así, su trabajo le ha costado hacer la comedia.

Aquel *mutis* del galán joven sobre todo. No había forma de echarle de la escena, ni era posible que permaneciera un momento más en ella, ni el galan joven era tan joven que se lo pudiera llevar el barba en el bolsillo.

¡Qué apuros!

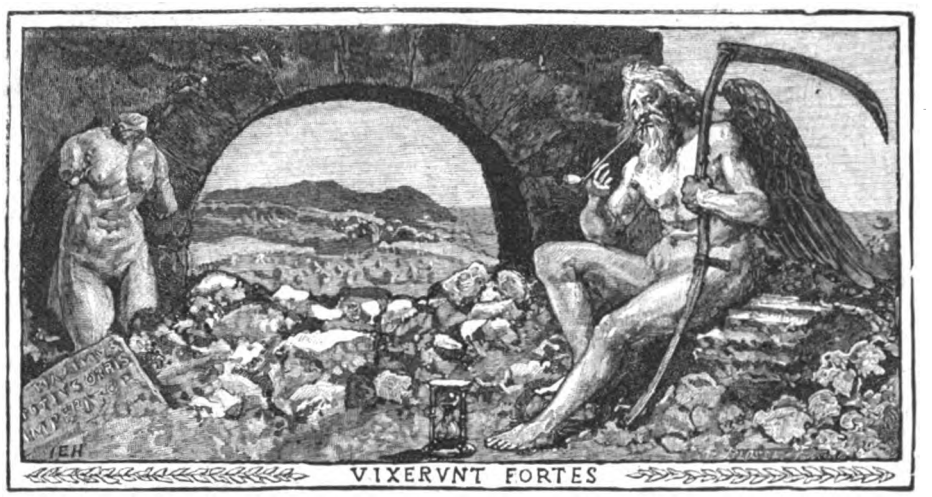
Los escotillones no juegan más que en comedias de magia; y el pobre autor, inclinado sobre las cuartillas, creía ver, al llegar aquella escena, la noche del estreno, el espectro pálido, amarillento, terroso, de cierto periodista, la envidia con pellejo, que, abandonando por respeto al periódico la butaca, subía al paraíso y allí, sacudiendo los dos céntimos de decencia que la ropa le imponía y acordándose de su infancia en que vendía arena, se metía los dedos en la boca y lanzaba un silbido...

No: ¡aunque hubiera que estrangular al galán joven!

En fin, el *mutis* quedó arreglado, y hace ya ocho ó diez meses que al autor le preocupan otras cosas. ¿Por qué no leen su obra y en cambio ponen en escena otras peores? Cada vez que ocurre un pateo se alegra. Duda de la influencia del primer actor, y más aún cuando el avisador le lleva á un rincón para decirle que le inspira lástima, que ha equivocado el camino, que en la casa no se hace más que lo que quiere la dama joven, que se dirija á ella y que se lo agradezca á él.

Tras del avisador aconseja el traspunte, y aconseja el mueblista, y todos son á dar consejos al pobre autor primerizo, hasta la saciedad. Como consecuencia de tanto disparatar, el autor coge al primer actor entre las sombras de una tarde de ensayo, y le espeta la atrocidad siguiente:—Vamos: ¿cuánto quiere V. por hacer mi obra?

El actor contesta dignamente, y para librarse de otra embestida semejante *reparte* la



III.—Dibujo de J. Hodgson

obra y fija hora para la lectura en el escenario.

¡Dios poderoso! ¡Qué alegría!

El autor lee la obra, y la lee muy mal, muy de prisa, con mucha timidez y sintiendo tener que volver las hojas, porque esto le obliga á sacar las manos de bajo la mesa y mostrar los puños de la camisa deshilachados. Las señoras de la compañía, quizás por eso mismo, se interesan por el lector, ríen al escuchar los chistes, el autor se anima, y, después de dar las gracias por los cuatro elogios de cajón, sale del teatro tropezando con la cabeza en los hilos del telégrafo y dispuesto á ser amigo de todo el mundo.

Ya se acabó aquella *berlina* espantosa en que estaba con cuantos le preguntaban por la obra. Ahora ya puede decir:—Está en ensayo.

Y cate V. que los ensayos se suspenden porque la empresa cuenta con una obra *de circunstancias* ó por cualquier otro motivo.

Pues nada, el autor no se muere de repente: se le forma á lo sumo un aneurisma ó malpare su mujer, pero nada más.

Hay que conservarse para la noche del estreno, y la noche del estreno llega, como llega todo en este y otros mundos.

Parece mentira que se reciba tan mal noche tan deseada. Desde que los carpinteros empiezan á poner la decoración hasta que uno de los *asistencias* pone al autor la mano en el hombro y entre dos carcajadas del público le dice *¡Esto va bueno!*, se pasan las hieles amargas.

Antes de que comience la obra, el autor mira por el agujero del telón y ve multitud de personas, indudablemente mal intencionadas, porque se están allí aguardando el estreno, cuando sería para ellas tan fácil y tan higiénico marcharse á sus casas y meterse en las camitas respectivas. Dan ganas de echarlos á todos.

Digitized by Google

LA DESPEDI

Digitized by Google

(cuadro de Prell)

Digitized by Google

Cuando ya el autor se decide á pedir auxilio á la fuerza armada para despejar el local, ve entrar por el pasillo adelante una nueva irrupción del público. Ha sonado el timbre y los fumadores recobran sus asientos. Las piernas flaquean, el autor se retira á la primera caja de bastidores, alguien grita *¡arriba!*, levántase el telón, el corazón se mete debajo de una vértebra, y el gasista (en mis tiempos) se encara con el autor y le dice por vía de consuelo:

—¡Ya no tiene remedio!

En efecto, ya no vale decir que lo hizo por jugar, que le molestaban los chicos, que otra vez lo hará mejor...

Nada, á la fiera le importa un comino de todo esto: la fiera calla y escucha. Pasan escenas y más escenas. El autor suda la gota gorda: los pintores antiguos hubieran podido retratarle saliéndole del corazón una cinta muy larga, muy larga, en la cual se leyeran todas las frases de la comedia. De pronto se oye un rugido espantoso: el autor da un traspiés y cae sobre la falda de la dama joven, y el traspunte le ayuda á levantarse diciéndole:

—¡Si es que se ríen!

—¡Ah! ¿Se ríen?

—Pues ¿no lo oye V.?

—La verdad es que desde aquí no se distinguen las risas de... otra cosa.

Hay que prender con un alfiler la falda de la damita, que se ha descosido á la altura del polisón; y el autor está tan tembloroso, que la artista deja escapar un grito al sentirse herida traidoramente y sin nobleza.

. . . . . .

. . . . . .

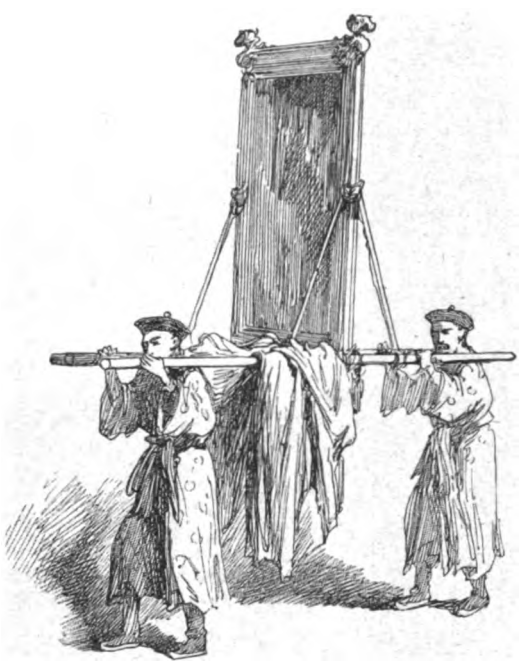
Final: la obra gusta, y el empresario la pone en el plato, y el actor la lleva á la mesa, y el periodista le echa sal, y...

Y viene el administrador de la Galería y *se lo come todo.*

Este es *el gordo.*

F. SERRANO DE LA PEDROSA

CASAMIENTO DEL EMPERADOR DE LA CHINA



EL ESPEJO

AMENIDAD Y GALANURA

Magister dixit: lo ha dicho el maestro, y lo ha dicho en verso para que la lección fuese más provechosa.

¿Queréis escribir bien? Pues sed amenos.

Aunque el ilustre académico Sr. Castro y Serrano nada indica sobre lo que deban hacer los que no aspiran á escribir, sino á pronunciar discursos del espíritu general del trabajo á que me refiero, y aun de algunos párrafos del mismo, se deduce que lo dicho para los escritores dicho quedaba también para los oradores, y así ha debido de entenderlo indudablemente un señor diputado de la mayoría que en medio de una oración parlamentaria sobre asunto muy enojoso por cierto, procuró *amenizar* la arenga recitando un soneto, cuyo cuarteto primero dice así:

«En tu zaquizamí de carnicero,
dando gato por liebre y porquería
en vez de vaca y buey, llegaste un día
á reunir un poco de dinero.»

Aunque el autor del soneto pertenece, por las muestras, á la escuela naturalista y usa crudezas de lenguaje á que los señores diputados no están hechos, el cuarteto primero pasó sin protesta. En el fondo nada se dice en él que no sea usual y corriente, y casi casi hasta lógico... Que un industrial, llámese carnicero ó lonjista de ultramarinos, panadero ó fabricante de chocolate se enriquezca en pocos años y pase desde la más ínfima miseria á la más elevada opulencia, es cosa que se ve todos los días, y á nadie sorprende, ni mucho menos escandaliza.

Claro es que si los géneros expendidos por esos industriales fuesen de recibo, buenos, de legítima procedencia, etc., etc., sería imposible que se improvisaran esas fortunas; pero eso, como dicen en mi país, *cae por fuera*, y la habilidad de esos señores es *barrer para adentro*, y así se explica todo

Pero es el caso que el señor diputado perseveró en su empeño de *amenizar* el discurso y se fué entrando, como Lope de Vega, en el segundo cuarteto que es como sigue:

«Ya concejal, te hiciste matutero,
te tragaste una larga cañería,
millares de adoquines, un tranvía (1),
y fuiste millonario y caballero.»

Esto ya pareció á la Representación Nacional un poco subido de color. Mientras los cargos del anónimo sonetista parecían lanzados al montón de mercaderes enriquecidos á expensas del desdichado consumidor, todo pudo pasar, porque á las colectividades numerosas no se les infiere ofensa cuando se denuncian abusos cometidos por una ó dos ó más de las individualidades que las forman. Pero llevar la cosa á la concejalía, y hacerlo además un señor diputado que amén de diputado es también concejal, era efectivamente duro. A mí, por lo menos, duro me pareció; pero como ni me iba ni me venía en el asunto, seguí escuchando el soneto, cuyo primer terceto dice:

«Tiempos atrás salían los bandidos
con el trabuco á los caminos reales
á robar ó morir apercibidos.»

En esta cita histórica, de cuya exactitud no podía dudarse en la patria de los Candelas y los Diego Corrientes y demás bandidos convertidos á veces en héroes por la leyenda popular, nada se habría visto de malo sino el temor de lo que se supone juiciosamente que vendrá después y que es efectivamente un terceto, el segundo y último, y que dice así:

«Pero en estos, á medias liberales,
por el sufragio popular ungidos
los ladrones se han hecho concejales.»

Este terceto cayó como una bomba.

Cuando nuestros nietos ó nuestros choznos lean, si es que se ocupan en leer esas cosas, los diarios de nuestras sesiones de Cortes, ¿qué idea formarán de una organización social en la cual podía suceder que se dijesen tales cosas del Ayuntamiento de Madrid, en la Representación Nacional?

Supongo yo que para entonces ya se habrá acabado el parlamentarismo y apenas si se entenderá medianamente eso; pero lo que sí se advertirá es que los señores concejales, salvas honrosas excepciones, no eran tratados con mucha consideración.

(1) ¡Tragar es!

Sin remontarme yo á tan apartadas épocas, pretendía solamente señalar los primeros efectos que en nuestro Parlamento habían producido esos prudentes y sanos consejos de ser amenos y galanos para escribir bien.

¡Pues digo si á cada señor diputado le da la ocurrencia de sacar á plaza su correspondiente soneto!

Las sesiones resultarían algo escandalosas, eso sí; pero ¡vaya si serían amenas!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL MOVIMIENTO CONTINUO

Aunque algnna vez se haya escrito algo referente á la imposibilidad del movimiento continuo, creemos que no estará de más hacer alguna ligera consideración sobre el asunto, toda vez que hay aún quien se dedica á perder el tiempo tratando de resolver el famoso problema.

En las máquinas, en general, hay que distinguir lo que es la verdadera máquina y el motor, del cual recibe la fuerza.

En las ruedas hidráulicas, por ejemplo, el motor es el agua, y la rueda, sin el agua, no se movería por sí sola. En las máquinas de vapor el motor es el vapor, y la máquina no funcionaría sin él. Hay también máquinas en que el motor es el hombre.

Las máquinas son, pues, aparatos destinados á trasmitir las fuerzas, y toda máquina, para funcionar, necesita que se le aplique una fuerza. Dicha fuerza puede suponerse dividida en dos partes: una que efectúa el trabajo útil, ó sea el trabajo á que está destinada la máquina, y otra que se emplea en vencer la resistencia de la máquina al movimiento, ó sean las resistencias pasivas, como son los rozamientos, choques,

EL TRIPLE QUITASOL IMPERIAL

etcétera, entre sus diversas piezas; y hay que contar también aquí la parte de fuerza que se pierde en vibraciones, que se trasmiten al aire y á la tierra.

Las máquinas no trasmiten, pues, más que una parte de la fuerza total aplicada.

La parte de fuerza absorbida por las resistencias pasivas es inevitable. Podrá procurarse

Digitized by Google

que dichas resistencias sean lo menor posible, pero nunca podrán anularse, y por consiguiente siempre habrá pérdida de fuerza.

Se ve ya claramente que es un gran absurdo pretender que una máquina se mueva por sí sola y desarrolle fuerza, cuando, aun aplicándole una fuerza, no puede trasmitir más que una parte, absorbiendo la restante.

Si la fuerza aplicada es inferior á la que necesita para vencer las resistencias pasivas, la máquina no se moverá; si es superior podrá la máquina efectuar un trabajo útil con el exceso de fuerza; pero si la máquina no trabaja, este exceso de fuerza irá acumulándose en las piezas de la máquina, en forma de fuerza viva, aumentando su velocidad. Si entonces se abandona la máquina á sí misma, dejando de aplicarle la fuerza, la fuerza viva de las piezas de la máquina se irá gastando, es decir, se irá empleando en vencer las resistencias pasivas; la velocidad irá disminuyendo, y, por fin, la máquina quedará parada.

Generalmente los que pretenden resolver el problema del movimiento continuo esperan efectuarlo por medio del agua ó con resortes, ó también por medio de contrapesos.

Si el agua está en movimiento y comunica su fuerza viva á la máquina, ya no hay problema, pues la máquina recibe fuerza; si el agua está en reposo, la máquina no recibe fuerza y no podrá funcionar.

Los resortes, para que desarrollen fuerza, han de deformarse antes, aplicándoles cierta fuerza capaz de deformarlos. En este estado, si cesa de aplicársele la fuerza y se abandona á sí mismo, recobrará la forma primitiva y desarrollará fuerza, es decir, restituirá la fuerza que se le había aplicado para deformarlo.

Si el resorte fuese perfectamente elástico, restituiría toda la fuerza empleada en deformarlo; pero como no hay ningún cuerpo perfectamente elástico, el resorte no recobrará exactamente la forma primitiva: quedará algo deformado (por más que esta deformación sea, muchas veces, inapreciable) y el resorte no restituirá completamente toda la fuerza, sino que una parte (aunque sea inapreciable á veces) se habrá empleado en efectuar esta pequeña deformación; de modo que un resorte, al recobrar su forma primitiva, después de deformado, no puede desarrollar más fuerza de la empleada en deformarlo.

Es evidente que con los pesos sucede lo mismo: al descender un peso no puede restituir más fuerza de la que se empleó para elevarlo, y nótese que decimos *más fuerza de* y no *más fuerza que,* porque tampoco la restituirá toda, sino que una parte quedará absorbida por las resistencias pasivas, como son el roce y la rigidez de la cuerda, considerando un peso suspendido de una polea ó rueda, por medio de una cuerda ó cadena.

Aquí daría ya fin á estos mal pergeñados renglones, pero quizás alguno preguntaría:

—Si las máquinas no desarrollan fuerza, ¿como es que por medio de una máquina puede un hombre levantar un gran peso que sin la máquina no podría siquiera mover?

Para contestar á esta pregunta basta recordar el tan conocido principio que dice: *lo que se gana en fuerza se pierde en velocidad y recíprocamente.*

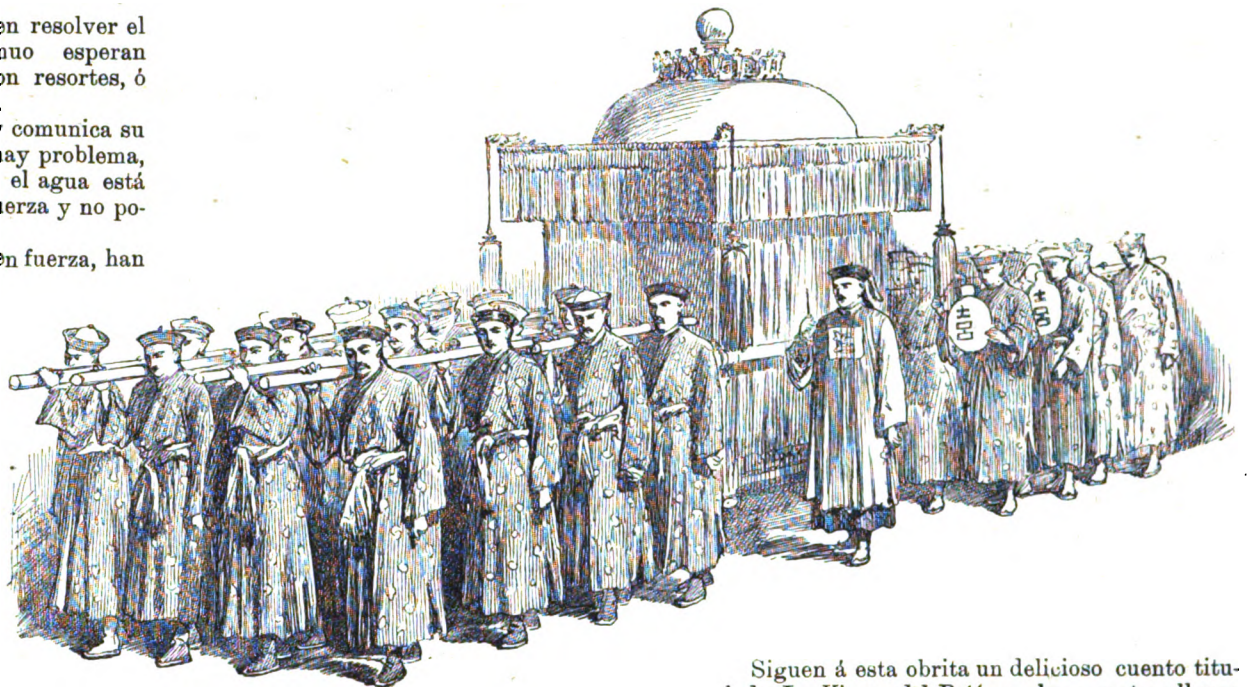
Se llama *trabajo* al producto de una fuerza por el camino recorrido por el punto de aplicación de la fuerza en la dirección de la misma; de modo que el trabajo es proporcional á la fuerza y al espacio recorrido.

Si un hombre ha de elevar 500 kilogramos de peso, por ejemplo, á 1 metro de altura, efectuará un trabajo de $500 \times 1 = 500$ kilográmetros. Si ha de elevar sólo 5, á 100 metros de altura, el trabajo será también $5 \times 100 = 500$ kilográmetros; de modo que con el mismo trabajo puede elevar 5 kilogramos á 100 metros, ó 500, pero sólo á 1 metro.

Teniendo en cuenta el tiempo, si este trabajo lo efectúa en un minuto, quiere decir que la velocidad al elevar el peso de 500 kilogramos es de 1 metro por minuto, y al elevar 5 kilogramos de 100 metros por minuto. La máquina pues, no desarrolla trabajo: si bien es cierto que permite elevar un gran peso, es á expensas de la velocidad; por sí sola la máquina no puede efectuar trabajo ni desarrollar fuerza.

Otra preocupación referente á las máquinas consiste en suponer que los volantes desarrollan fuerza. Sin entrar en explicaciones que alargarían demasiado este artículo, concluiremos consignando que los volantes lo único que hacen es regularizar el movimiento.

IPRAC-ORDEP



EL CARRO FÉNIX

BIBLIOGRAFIA

Zarzamoras.—La sortija del negro, por *Carmen Beceiro de Pato.*—Barcelona, 1890

Compónese de dos partes este libro: de una colección de inspiradas y muy agradables poesías, y de una novela de original asunto, llena de dramáticas peripecias. La autora se muestra á igual altura como poetisa y como noveladora, siendo indudable que cuantos lean su libro habrán de gozar un rato de verdadero solaz.

El abogado popular, por *Pedro Huguet Campañá.*—Barcelona, 1890

No vacilamos en recomendar calurosamente la adquisición de esta obra utilísima, cuyo conocimiento es del mayor interés á todos los ciudadanos. En forma amena y con perfecto orden trátase de infinidad de cuestiones relativas á la mayor parte de los actos de la vida humana, pudiendo decirse que el que se entere de todo lo que contiene está en posesión de multitud de conocimientos de todo punto indispensables. En suma es un libro de vulgarización legislativa cuya utilidad no puede ser mayor.

Cap de ferro, por *Francesch Pelay Briz* (romans). Obra póstuma.—Barcelona, 1890

Grandísima pérdida para las letras catalanas fué la del malogrado autor de esta leyenda. Distinguíase Briz por la sinceridad de sus sentimientos, trasportados con admirable frescura á sus escritos. No era un poeta florido, formalista, hueco, sino una especie de admirable pintor de *pasticcios,* que tenía el privilegio de resucitar en nuestros tiempos la poesía candorosa de la edad media.

Cap de ferro es una leyenda en versos libres, atractiva como una canción de gesta. La entonación varía con los diversos episodios: ora graciosa, como al describir la vida del miniaturista Astolph en el castillo de Nuch; ora noblemente varonil, como en el magnífico canto *De rey á rey,* en el cual aparece la figura de Pedro *el Grande* esculpida con admirable relieve y exactísima realidad.

La literatura catalana, tan rica ya en poemas, cuenta con una joya más.

La última voluntad, por *Emilio Zola.*—Madrid, *La España Editorial*

Es una de las primeras novelas del gran autor francés; por manera que apenas se notan en ella los rasgos que posteriormente han venido á ser su distintivo, y aun á veces puede decirse que peca de sentimentalismo.

Siguen á esta obrita un delicioso cuento titulado *La Virgen del Betún* y algunos otros llenos de buen humor, cualidad que no es precisamente por lo que se distingue en la actualidad el ilustre autor de *L'Assomoir.*

El galán de la gobernadora, por *Andrés Theuriet.*—Madrid, «La España Editorial.»

Es Theuriet un excelente *romancier,* poco amigo de violencias y de dramáticos asuntos, recomendándose todas sus novelas por su conocimiento de la vida de provincias, y en especial por el sentido naturalista (quiero decir *de la naturaleza*) que los informa; cualidades que dominan en la obra de que tratamos en que lo trágico está velado hábilmente para que no resulte una novela demasiado *fuerte.* Con todo, la lección es amarga y muy edificante. Siguen varios cuentos y artículos muy bonitos, impregnados del poético sentimiento que da carácter propio á M. Theuriet.

En el mar, por *Guy de Maupassant.*—«La España Editorial.»

Es un zurcido de *rêveries,* reflexiones, descripciones, recuerdos, soliloquios, y aun otras muchas cosas; pero que interesa muchísimo más que una novela, encanta como una colección de marinas magistralmente pintadas, y arrebata como si se oyera vibrar en el aire las más deliciosas melodías. La parte dedicada á poner de manifiesto la bestialidad humana, es admirable.

Precede á las páginas de Maupassant un buen estudio del Sr. García Ramón.

Folletos literarios.—VI. RAFAEL CALVO Y EL TEATRO ESPAÑOL, por *Clarín* (Leopoldo Alas).—Madrid, 1890.

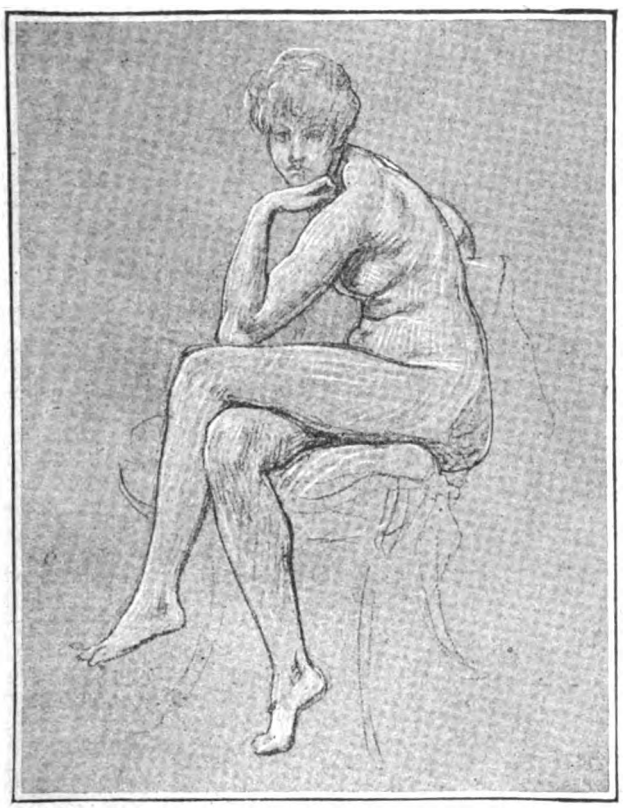
Creo que una de las cosas más imposibles que se pueden concebir es un trabajo de Clarín en que no brillen por igual lo razonado y justo de

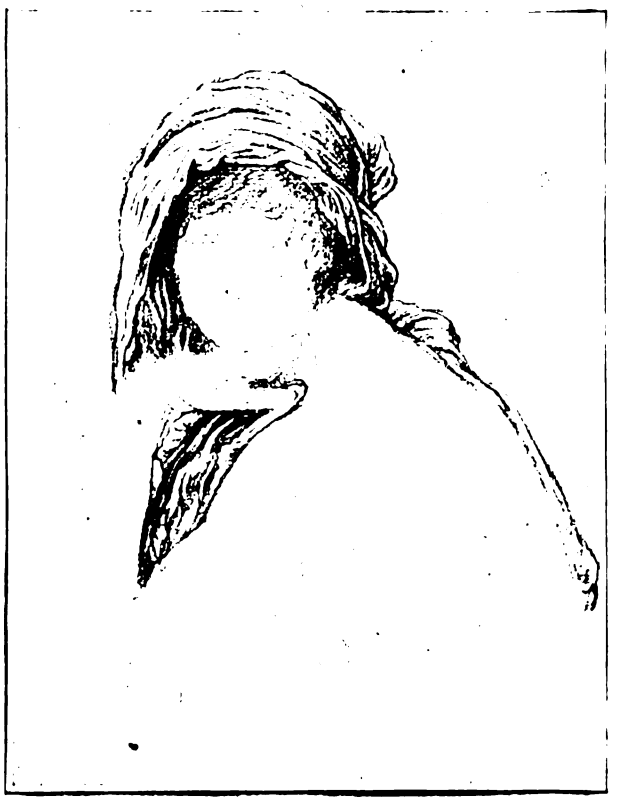
Digitized by Google

DE CENTINELA (cuadro de Zannoni)

Digitized by Google

ESTUDIOS ORIGINALES PARA LA «SIBILA,» por Sir Federico Leigthon





1. PRIMER ESTUDIO DEL DESNUDO.—2. EL DESNUDO CUBIERTO CON PAÑOS.—3 y 4. ESTUDIO DE PAÑOS

Digitized by Google

la crítica, la amenidad del estilo, el interés de las digresiones y sus vastos conocimientos en punto á cosas literarias. Nada he leído hasta ahora sobre Calvo que pueda compararse con lo que dice Clarín respecto á aquel grande actor, de la propia manera que no he leído tampoco nada más cierto sobre el actual Teatro Español que lo que estampa el autor en las páginas de su último folleto.

Es Clarín no sólo un crítico de primer orden sino también un *educador* como pocos, un *vulgarizador* de estética cuyas lecciones no serán nunca bastante encomiadas.

Agradecemos á los Sres. Crusellas hermanos, de la Habana, el envío de los dos hermosos almanaques en que dichos señores anuncian sus productos de perfumería, trabajo digno de la mayor estimación.

C. M.

NUESTROS GRABADOS

D. AMADEO DE SABOYA

(Véase la revista de *Madrid*.)

«LA SIBILA» (boceto original por Sir F. Leigthon)

Acontecimientos literarios, 1889, por *Melchor de Palau*. Cuaderno 1.º

Contiene este folleto, entre otros trabajos, un estudio sobre Apeles Mestres, que bastaría á labrar una reputación de crítico magistral si el Sr. Palau no la tuviese de ha mucho tiempo conquistada. La especialísima personalidad de Mestres aparece sagazmente estudiada, y trazada con matemática exactitud su filiación poética.

De otro ilustre poeta, desconocido como Mestres para la generalidad de los españoles, trata el Sr. Palau: me refiero al malogrado Querol, no menos profunda y acertadamente estudiado que el delicadísimo poeta-dibujante barcelonés.

¿Sin novio? Monólogo por *Manuel Munté y Ferré*.—Tarragona, 1889.

Revela su joven autor en este juguete condiciones de facilidad y gracejo, que es de esperar le proporcionen con el tiempo, debidamente cultivadas, buena cosecha de aplausos.

ARTES ANTIGUAS É IDEAS MODERNAS

El primer efecto que produjo el Renacimiento, es decir, el restaurado estudio de la literatura y el arte helénicos, fué un naturalismo más refinado y racional que el griego, como se ve en las obras de Miguel Angel, Rafael y Ticiano; pero dentro de un sentido eminentemente cristiano, dando lugar á un efecto híbrido. Las estatuas griegas fueron consideradas como el tipo de la belleza ideal, perpetuándose esta idea académica hasta últimos del pasado siglo. El conde de Azara, editor de las obras de Mengs llama á los que se apartaron de tal idealismo (como el Guercino, Caravaggio y Velázquez) *servium pecus*.

Todo estaba impregnado de helenismo, todo eran reminiscencias del Laocoonte, de la Niobe y de la Venus de Medicis. Ese idealismo ha desaparecido hoy, y predomina no el culto á la Grecia sino á la Naturaleza.

BELLAS ARTES

ITALIA: LA PRIMAVERA DE LA VIDA, *cuadro de Bordignon*.—FLORISTA DE CALLE, *de Volpe*.—DE CENTINELA, *de Zannoni*.

Bordignon es un pintor veneciano que se complace menos en reproducir las canales orilladas de antiguos palacios que la vida de los gondoleros y de humildes campesinos. La figura que titula *Primavera de la vida* está arrancada de la realidad, conociéndola bien los aldeanos cuyas tierras riega el caudaloso Piave.

La especialidad de Volpe son las monjas, pero esta vez se ha olvidado de ellas para dedicar su inspiración á una florista callejera, recomendable, como todos sus cuadros, por la suavidad de la pincelada, la factura segura y fácil, el cuidado de la verdad y la palidez simpática del tipo.

De centinela es un cuadro de género, lleno de maliciosa gracia.

ALEMANIA: LA DESPEDIDA, *por N. Prell*

Escena de á principios del siglo XVIII. Los franceses acaban de invadir la ciudad, y el general tudesco se despide de su tierna esposa antes de volar al combate. La situación está bellamente expresada, y el grupo de los tres jinetes se recomienda por su animación y vida.

INGLATERRA: ESTUDIOS DE SIR FEDERICO LEIGTHON

Gran figura es la del digno presidente de la Real Academia de Londres, tan notable por la robustez de su colorido, la elevación de su estilo y la belleza de la forma, la idea y la ejecución.

El sentido de la línea en la composición, en las figuras y en los paños es una de las principales cualidades que le distinguen, pudiendo servir de testimonio de ello esa *Sibila*, figura única, extraordinariamente fina y *miguelangelesca*. Los estudios que la acompañan dan clara idea del *modus operandi* de Leigthon, así como las *Doncellas jugando á pelota* demuestran la gracia y poesía de sus concepciones.

EL CASAMIENTO DEL EMPERADOR DE LA CHINA

Por más que en China rija la monogamia, exceptúase de ella el *Hijo del Cielo*, cuyo harem nada tiene que envidiar al famoso de Salomón. La Corte de Pekín parécese mucho á la de Nabucodonosor, tal como la describe el profeta Daniel, abundando en ella los eunucos, astrólogos, adivinos y demás canalla.

El matrimonio del emperador chinesco se llama oficialmente *la unión del Dragón con el Fénix*, y por lo mismo el palanquín en que es conducida la futura emperatriz se llama *el palanquín del Fénix*.

RIMA

Uno por ti suspira desde el Plata,
otro en el Ecuador,
otro más en la América del Norte;
y los tres te idolatran con pasión.

Grande es el mundo, y á través del aire
llegan á ti tres hálitos de amor.
¡Ay! ¡Qué cara pondrían si supieran
lo que me río yo!

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

LOS PRINCIPES DEL CONGO

Da Vd. por un jabón—que da albor y perfuma
Al punto que la piel—al decaer se ahuma
Imitación feliz—del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad:—tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así—sufrir pueda avería.
Indague V. en cualquier—cabal perfumería
En todas le dirán:—Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de—los Príncipes del Congo.

Víctor Vaissier—Ronbaix—París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona: Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

por JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

»Desde entonces va Octavio todos los días á ver á Virginia, la que empieza á dejarle entrever la posibilidad de corresponderle si llega á convencerse de la veracidad y consistencia del cariño que la declara; desde entonces está Octavio como fuera de sí, como loco, entusiasmado como nunca le he visto; y, á no conocerle tan á fondo, creería que era presa de una de esas profundas pasiones que duran toda la vida. Tal es su estado, que Virginia cree ciegamente (aunque no se lo manifiesta) que tu hijo la adora con amor inextinguible.

»Pero yo, que sé lo poco durables que son en él esos entusiasmos de la imaginación, desconfío aún, creo que es temprano para que lleguen

Digitized by Google

á su alma, poco á propósito para sentir profundos afectos, y aconsejo á mi sobrina que no pase con él de la raya del platonismo, que cuanto más lo enamore y menos le conceda más encenderá en él la llama del deseo; y con este sistema, único respecto á él, conseguirá hacerse indispensable para la vida de Octavio; y cuando llegue el día oportuno de declararle la verdad, éste, abdicando de su odio al matrimonio, la llevará al pie de los altares si está convencido de que no hay felicidad posible para él en el mundo sin el cariño de Virginia.

»Para desempeñar mi papel con más acierto, acabo de despedir á Octavio de casa y de obligarle á ir á hospedarse en una fonda, porque no hizo caso de la moral que en nombre de la familia le prediqué, porque se obstinó en decirme que ha de conseguir á Virginia contra mi voluntad y contra la tuya. Le amenacé con que te comunicaría sus *pérfidas* intenciones, y, á pesar de todo esto, insistió terco que terco en conquistar el amor de Virginia, que es lo que nosotros deseamos. Hasta le prohibí, en nombre de nuestra antigua amistad, que se dedique á enamorarla, y me contestó:—Si me lo prohibes, la arrojas en mis brazos.—Esta contestación te prueba, mi querido Andrés, el conocimiento profundo que tenemos del carácter de tu hijo y las fundadas esperanzas que abrigamos de que un éxito feliz corone los esfuerzos que ponemos en juego para asegurar su felicidad, engañándole para que la consiga. No hay otro camino.

»Virginia es honrada, y abrigo la confianza de que sea inflexible respecto á concesiones; pero Octavio es audaz y ella está enamorada, y hay momentos en que temo que nuestro plan flaquee por esta parte. Sé que mi sobrina envuelve á los hombres que la aman en una atmósfera peligrosa á pesar de no poseer una belleza correcta, y comprendo que tu hijo querrá aprovecharse de esa fascinación; pero ignoro si ese fluido que desarrolla en el hombre posee sobre ella influencia semejante, aunque lo dudo, pues hasta hoy terminó siempre sus galanteos sin gran sentimiento, y sus ex novios la acusan de poco sensible. Sin embargo, la sensibilidad de la mujer es puramente relativa, y esto es lo que yo temo á veces; aunque, á ser sincero contigo, debo confesarte que Virginia me inspira gran confianza en este terreno. Insisto tanto sobre esto porque comprendo que es el lado vulnerable de nuestro proyecto, y que, herido en él, abortaría.

»Me inclino á creer que esto no sucederá y que, mediante el tiempo y la nobleza de los propósitos que nos impulsan á engañar á Octavio, veremos satisfechos nuestros deseos celebrando la boda de tu hijo con mi sobrina.

»La antigua y constante amistad que nos une se vería de ese modo fortalecida con la felicidad que habríamos sabido proporcionar á dos seres para nosotros tan queridos.

»Siempre tuyo,

»*Ignacio.*»

V

Serían las once y media de una de esas tranquilas y serenas noches del mes de julio que frecuentemente se disfrutan en el agradable clima de Valencia. La luna, limpia y clara, brillando con todo su esplendor en un diáfano cielo de azul bruñido, plateaba la recta calle de la Reina del Cañamelar, sin proyectar la más ligera sombra; apareciendo dicho pueblo iluminado por un sol argentino como una de esas pintorescas vistas que se nos presentan en los cosmoramas.

El murmullo de las olas del vecino mar era el único susurro que interrumpía el silencio augusto de la noche, en la que dormía el viento como los habitantes de la población, que descansaban del trabajo del día y se veían libres de los ardores del sol de fuego del estío.

En una de las dos simétricas y grandes rejas de una alquería de la calle de la Reina, que ya conocemos, velaba una joven. Estaba de pie, se asía á los hierros y miraba con insistencia siempre á un mismo lado. Era Virginia que esperaba á Octavio.

Pasaron algunos momentos que á la mujer le parecían siglos, y una sombra empezó á proyectarse á lo largo del andén de la calle. La sombra lo recorrió en breves instantes, y á grandes pasos llegó á la reja. Octavio y Virginia se encontraron en seguida frente á frente, no interponiéndose entre ambos más que la línea divisoria del férreo armazón que separaba la alquería de la calle.

—Por fin esta noche puedo complacerte,—dijo ella.

—Gracias á Dios,—contestó éste.

—Mi mamá y los criados duermen. Antonio está en Valencia porque mi tío le necesitaba esta noche.

—Pues bien: cumple tu palabra.

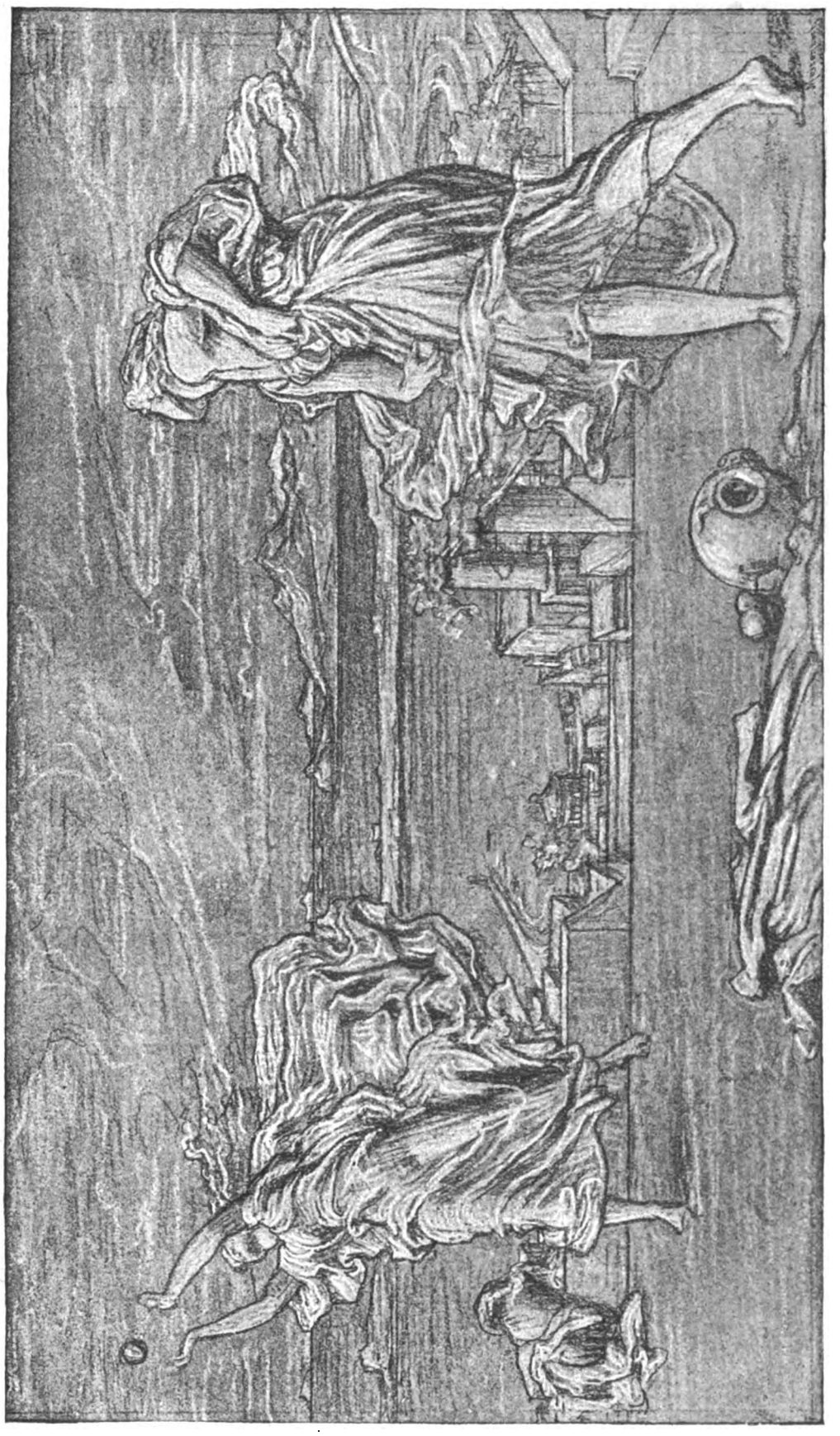
—Da la vuelta á la calle, que iré á abrirte la puerta de las espaldas de la alquería.

—Voy.

Virginia desapareció dentro de la habitación, y Octavio deshizo el camino que acababa de andar. Fué por detrás de la calle hasta las espaldas de la casa, á cuya puerta entreabierta le esperaba ya su amada. Entró con ella y se internaron en el jardín, sentándose juntos en uno de los bancos del cenador, que iluminaba espléndidamente el astro de la noche.

—No dirás que no trato de complacerte. Deseabas que tuviéramos en el jardín nuestras entrevistas y empiezas á conseguir la realización de tu deseo.

—No soy en todo tan feliz,—contestó el artista.



DONCELLAS JUGANDO Á PELOTA (estudio original para el cuadro de Leigthon)

Digitized by Google

—Porque anhelas lo que no debes y yo no te prometí.

—Mis anhelos son hijos de la adoración que te rindo.

—No tengo confianza en la firmeza ni en la veracidad de tu cariño,—respondió Virginia.

—¿No conoces que has trastornado mi razón y enloquecido mi alma? ¿No ves que conseguiste de mí lo que nadie en el mundo alcanzó? Ser el pensamiento único y exclusivo. ¿No ves que por ti me olvido hasta del arte, que fué el ídolo de toda mi vida?

—Temo ese entusiasmo de artista que lo excito yo hoy, y mañana lo causará otra mujer, como en tiempos pasados lo excitaron varias. Tú perteneces á esa raza de seres que viven de las emociones y que sólo saben deplorar los sentimientos, pero no profundizarlos. En este momento me amas con veracidad, lo creo; pero llegará otro instante, quizás próximo, en que encontrarás en tu camino otro objeto que me supere en atractivos y me olvidarás por él. Eso te sucedió hasta hoy y eso te acontecerá siempre.

—No, Virginia: mis correrías amorosas tuvieron por objeto buscar el ideal de la mujer soñada, y fuí inconstante porque ésta no se me aparecía; pero ahora ya no lo seré, que he encontrado ese ideal revestido de tus formas encantadoras, y ya no necesito buscar, sólo necesito poseer.

—¡A cuántas mujeres habrás dicho lo mismo!

—Hay muy pocas que merezcan esta adoración.

—Lo creo así; pero cuando pretende el hombre esto, no lo tiene en cuenta y ofrece hasta el sacrificio de la vida para obtener; cuando ha obtenido no se cuida de lo que ofreció, porque en él se disipa el entusiasmo... y entonces olvida.

—¿Qué haría yo para que te convencieras de la vehemencia y de la constancia del afecto que me inspiras?

—Lo contrario de lo que haces: amarme platónicamente. Así me probarías que tu cariño era desinteresado.

—¿Crees, Virginia, que el platonismo es amor verdadero? El platonismo no es más que la amistad entre el hombre y la mujer: es quererse con afecto de hermanos, no es sentir la pasión egoísta y avasalladora que se sobrepone á todas las demás pasiones.

—Pues el amor material, Octavio, no es otra cosa que el amor propio excitado; el egoísmo elevado al cubo de la pasión; entusiasmo efímero que sólo dura lo que le permite su naturaleza al que lo siente.

—Dices bien, Virginia; porque el amor ha de participar de su doble naturaleza. Debe ser moral y físico, de alma y de cuerpo, si no es incompleto. Yo lo siento así, y sereno gozo de él en toda su plenitud.

—Pues eso me hace desconfiar de ti, porque no tengo una prueba irrecusable de que me ames como me dices.

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.—Especialista en sífilis

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA ÚNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista. 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerías y Bazares de España.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (*estreñimiento*), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ELIXIR
de PROTOCLORURO de HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
de VIVAS PÉREZ
Recetado por los médicos y adoptado por los hospitales. Es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la **anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre,** debilidad, inapetencia y menstruaciones difíciles. Precio: botella, **4 ptas**; pequeña, 2'50. *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.*
Depósito general:
ALMERÍA, **Farmacia VIVAS PÉREZ**
POR MAYOR: *Madrid*, Melchor García. *Barcelona*, Sociedad Farmacéutica, y se vende en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUDO, 26 — L. St-Denis

LA FUERZA DEL DESTINO
A. PEDROSO DE ARRIAZA
Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas.

LA MÁSCARA DE BRONCE
por CARLOS MENDOZA
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
Suscripción permanente
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS
Domicilio social: 120, BROADWAY, New-York

			DUROS
Grandeza..	LA EQUITATIVA es la primera y más prominente Compañía de Seguros de Vida..	Seguro en vigor....	549,216.126
Popularidad.	LA EQUITATIVA obtiene anualmente la mayor suma de nuevos negocios y acredita el mayor incremento en las pólizas en vigor.....	Nuevo Seguro en 1888	153,933.535
		Aumento en el Seguro en vigor..	66,186.564
Solidez....	LA EQUITATIVA es más rica en SOBRANTE que todas las demás Compañías, y ninguna de sus principales competidoras la iguala en EXCESO del activo sobre las obligaciones	Sobrante al 4 p. 100..	20,794.715
		Activo sobre el pasivo.....	128 p. 100
Ganancia..	LA EQUITATIVA ha innovado y perfeccionado la forma más amplia y provechosa de Seguro de Vida, es á saber: LA PÓLIZA de dividendos acumulados	Los Agentes de esta Sociedad facilitarán ejemplos basados en resultados de esta clase.	

Las pólizas de esta clase proporcionan mayores ventajas al asegurado y rinden beneficios **más crecidos** que las de ninguna otra forma de Seguro. Las pólizas de acumulación de **LA EQUITATIVA** se convierten en **indisputables** á los dos ó tres años de antigüedad, según sean ó no **libérrimas**, pagándose **inmediatamente que ocurre el vencimiento** de unas y otras. Además del inmenso Activo de esta Sociedad, sus asegurados de España y Portugal tienen una garantía especial en el edificio que está construyendo en esta Corte á punto de terminar, y cuyo coste no bajará de un millón de duros

Sucursal de España, autorizada por Real Orden de 10 de Octubre de 1882
MADRID: SEVILLA, 16, PRINCIPAL
DELEGADO EN CATALUÑA Y BALEARES: EXCMO. SR. D. MARIANO CASI Y LÓPEZ
Delegación y Oficinas: Rambla de Estudios, 6, pral.—BARCELONA

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

Pectoral de Cereza
DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos**, si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis, pulmonía o tísis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS

El **Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen** es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Hígado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con que se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.
Cura la **TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.**
El precio es muy moderado.
Lo venden las farmacias y droguerías.
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª— BARCELONA.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 8 de febrero de 1890	Núm. 371

EL MOSQUETERO (dibujo de Armenise)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Novelistas contemporáneos*, por Rafael Altamira.—*La gravedad*, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—*Reminiscencias*, por A. Sánchez Pérez.—*El palacio de la Nica*, por E. Melero y Betegón.—*Nuestros grabados*.—*La nieve* (poesía), por Eduardo Villegas.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labalia.

GRABADOS: *Bellas Artes*. Italia: El mosquetero. Luna de miel. El primer baño. Bacante. David.—Inglaterra: Avanzada de galos eu la campiña de Roma. Peores cosas suceden en el mar. El León, el Lagarto y los Jabalíes.—Alemania: La sorpresa.—Francia. Venecia en el siglo XVI: Mañana de fiesta. El triunfo del amor.—D. Isidoro Fernández.—Disfraces de Pierrette y Japonesa.—D. Amadeo de Saboya en su lecho de muerte.—Sucesos de Portugal.

MADRID

«Te-Deum.»—La Pacini.—Cuba.—Fernanflor

Se adornan con ramos de flores, entre las que figuran las primeras violetas del año, los altares; se encienden delante de las imágenes infinidad de luces que convierten el templo en ascua de oro; se quema en los argentados turíbulos el incienso que envuelve en aromáticas nubes el sagrado recinto; lanza el órgano sus notas más alegres, imitando cada registro tocado por el organista el pío armonioso de las bandadas de pájaros en las alboradas de primavera; se revisten los sacerdotes con las ropas más suntuosas entre las destinadas al culto y resuenan en acción de gracias los ecos laudatorios del *Te-Deum*.

Se canta con gran aparato cortesano el himno sagrado en la capilla de Palacio, se canta delante del mundo oficial en la iglesia de San Francisco el Grande, y suceden á las ceremonias religiosas grandes solemnidades palatinas. Madrid se ha puesto por unos días su casaca de cortesano que no había podido lucir en todo el invierno, con gran pena de las niñas á las que gusta ir á las funciones por papeleta y con no poco pesar de los desocupados, que forman el público de los espectáculos gratis.

Madrid sin esta clase de fiestas está triste, como estaría Barcelona sin fábricas, Toledo sin catedral y Valencia sin jardines. Hay aquí un público especial que se solaza grandemente con estos espectáculos que no cuestan dinero al que los presencia como curioso. Es el público que acude al relevo de la guardia en Palacio para oir la música, el que se apiña en las puertas del alcázar los días de recepción para ver bajar de los coches á las damas y á los personajes, el que acude presuroso á las revistas y el que anda siempre buscando papeletas para proporcionarse un recreo económico.

En San Francisco el Grande se cantó el *Te-Deum* de Eslava con gran regocijo de los aficionados á la música clásica religiosa. En este ramo poseemos en España verdaderas maravillas que se han ido atesorando desde el siglo XVI hasta nuestros días, desde que floreció Cristóbal de Morales hasta que el ilustre autor de la *Lira Sacro-hispana* libró á muchas joyas preciosas del olvido, sacándolas de los archivos de la Capilla Sixtina y de los de nuestras catedrales.

El conde de Morphy, en un erudito estudio que ha publicado recientemente en *La España Moderna* para hacer el balance musical del pasado año de 1889, dice con razón que poseemos en música religiosa un tesoro, que pudiera colocarse á la par de nuestro Teatro, de nuestro Romancero y de nuestra escuela de Pintura, como monumento de gloria nacional. Pero ese tesoro es generalmente desconocido, y sólo de cuando en cuando se muestran algunas de esas joyas que constituyen el embeleso de los inteligentes.

***

La música ha dado la nota culminante durante la semana, pues además de la música religiosa hemos tenido para más profanos regocijos la aparición de una nueva estrella en el Teatro de la Opera.

Al público del Teatro Real le gusta mucho erigirse en tribunal para juzgar á cantantes nuevos, y para él no es completa la temporada en que no ha podido ejercer estas funciones. El año pasado tuvo á la Nevada: este año ha de conceder su aprobación á una artista, casi una niña, que da al mismo tiempo sus primeros pasos en la senda del arte y en el camino de la vida. Tiene un nombre artístico, se llama Pacini, es hija de una gaditana y de un italiano, y vió la luz primera cerca de los bosques de camelias de Cintra y á orillas del venerable Tajo en Lisboa.

Estábamos cansados de oir el italiano cantado con acento alemán, y ella ha venido á recrear nuestros oídos con una dicción purísima.

D. ISIDORO FERNANDEZ FLÓREZ
(FERNANFLOR)

Hay que ver el público del Teatro Real las noches en que se presenta una nueva cantante precedida de alguna fama. Y, al hablar del público del Teatro Real, no hablo del público elegante de los palcos y las butacas, sino del otro, del que va á oir música y no á exhibirse, del compuesto de los aficionados é inteligentes que se extienden desde los palcos por asiento á las alturas del paraíso. Allí están los veteranos, los que conservan el fuego sagrado de la tradición, los que escucharon á Rosina Penco en *El Trovador*, á la Lagrange en *Norma*, á las dos Marchisio en *Semiramis*, á la Galleti en *Lucrecia*, á María Sax en *La Africana*, á la Nantier Didier en *Guillermo*. Ellos gozaron de las primicias de la Patti en el *Barbero* y oyeron á la Nilsson en todo su esplendor en *Mignon*.

Tienen, por lo tanto, el derecho de ser exigentes; pero son justos y no regatean el aplauso á los artistas que lo merecen.

La Srta. Pacini ha obtenido la aprobación de ese público, delante del cual se presentó en extremo conmovida á cantar *Sonambula*, ese idilio de Bellini, que nunca envejece, como no envejece nada de lo que lleva la nota sublime del sentimiento y de la belleza.

Hoy predomina el drama lírico sobre estas óperas corrientes que tanto entusiasmaron á nuestros abuelos; pero, á pesar de esto, siempre que se cantan bien, como la cantó hace tiempo la Sembrich, como la cantó el año pasado la Nevada, como la ha cantado hace pocas noches la Srta. Pacini, arrancará siempre aplausos; que los trinos del ruiseñor no nos parecerán nunca viejos aunque no hayan variado desde que sonaron por vez primera en la enramada.

La Srta. Pacini es muy joven: dicen que no ha cumplido todavía diez y ocho años; y, efectivamente, no los representa cuando aparece en escena con su largo cabello negro tendido por la espalda y con su sencillo vestido blanco, que le da el aspecto de una colegiala.

¡Diez y ocho años y la voz que posee son dos tesoros que se unen para formar un porvenir de riqueza y de gloria!

Puede cantar todavía veintidós años, y reunir durante ellos, recorriendo el mundo, un capital considerable. No hay mina que produzca más que la garganta de una artista privilegiada, ni empresa que produzca más pingües resultados que los que se obtienen con esas notas maravillosas. Bien lo saben los que se dedican á su explotación cogiendo á los artistas al principio de su carrera y obligándolos por una serie de contratos que los convierten en sus esclavos. En el lenguaje pintoresco de bastidores se llama los *negreros* á esos explotadores del talento y de las cualidades ajenas; y no hay, en efecto, nada que recuerde tanto el tipo odioso de los antiguos traficantes de carne humana como esos hombres que se han hecho dueños de la voluntad de los artistas y firman sus contratas y cobran sus pagas.

La Srta. Pacini se ha visto libre de esta plaga: hija de artistas, conoce los misterios de bastidores y tiene en ellos la guía de su madre, una compatriota nuestra, esposa de un barítono, el padre de su hija, que ha cantado con algún éxito en los teatros de Europa.

Los principios de su carrera son muy semejantes á los de la Patti y muy semejantes también sus cualidades: el porvenir, por lo tanto, puede ser el mismo, realizándose los sueños que sin duda formará la simpática artista entre el rumor de los primeros aplausos que recibe.

***

Uno de los temas de moda en el Congreso es el antiguo asunto de la inmoralidad de los empleados en Cuba. La isla de Cuba ha sido siempre el botín de los vividores de la Península. Hubo un tiempo en que los desheredados de la fortuna, los segundones sin rentas, se hacían soldados y se marchaban á pelear á Flandes. Cuando nuestro poderío militar vino, como tantas otras grandezas, al suelo, se consagraron á la Iglesia y se hacían frailes ó abates.

En los tiempos modernos esos vividores se han hecho empleados en Cuba. El calavera de mala cabeza, el frecuentador de los malos círculos de Madrid, el que no ha podido concluir una carrera ni aprender un oficio, tiene en Cuba su salvación como tenga las influencias suficientes para obtener una credencial. La ceguedad de los vistas de aduana de la hermosa isla es proverbial en España.

Aquel fértil suelo, que produce el tabaco más aromático, el café más exquisito, el azúcar más dulce, ha producido también oro en abundancia para sostener los vicios de la metrópoli.

¡Cuántas fortunas improvisadas en pocos años! ¡Qué lujo más insolente el de los que vuelven con carruaje y con brillantes y se marcharon sin botas y sin camisa!

El mal ha ido en aumento y ahora parece que se halla en su último período. La mina se agota, y la codicia de los que la explotan se irrita al no encontrar con facilidad la codiciada pepita, y la máscara del pudor se arroja para dedicarse más libremente á la explotación.

De ahí nacen los relatos pavorosos que leemos en los periódicos de la Habana; de ahí los ecos tristísimos que han resonado estos días en el Congreso. Pero el mal no se remedia y el horizonte de la hermosa Antilla se presenta cada vez más nublado.

Digitized by Google

Ha dado mucho oro y ha costado mucha sangre. ¡Quiera el cielo que nos haga derramar también muchas lágrimas, lágrimas de dolor y de vergüenza!

***

La Ilustración Ibérica publica en este número el retrato de su insustituible cronista, del elegante y original Fernanflor, uno de los escritores que más honran hoy las letras españolas.

Como Buckingham, que fué á un baile derramando perlas, él ha pasado la vida derramando frases ingeniosas, primores de estilo, elegancias exquisitas en las columnas de los periódicos en que ha escrito. Es el maestro de la crónica moderna y el creador de un género en el que podrá tener imitadores, pero competidores nunca.

A poco de estallar la Revolución de Setiembre, que tanto influyó en los progresos de nuestra patria, D. Isidoro Fernández Flórez apareció en las páginas de la *Ilustración de Madrid*, predecesora de la *Ilustración Española y Americana*.

La sociedad española, que se renovaba, necesitaba un cronista digno de ella, y lo encontró en el ingenioso escritor, que unía todas las culturas de la tradición á simpatías irresistibles por el progreso.

El es uno de los que más han contribuído á la trasformación del periodismo español, trocando el antiguo órgano de partido en el periódico ameno, interesante, que presenta bajo una forma agradable la historia del día bajo todos sus aspectos. Las *Cartas á mi tío*, que publicó en *El Imparcial*, son un modelo que deben buscar siempre para inspirarse los que quieran tratar asuntos de actualidad.

Un hecho al parecer insignificante le daba asunto para tallar una joya literaria como la que salió de su pluma al ver, una víspera de Domingo de Ramos, una palmita rizada, relocada, y llena de lazos en el escaparate de un florista.

El Imparcial le debe gran parte de su crédito, y los periodistas españoles no poca gratitud por los horizontes que les abrió desde las columnas del popular diario. Sus iniciativas, sus primores, contribuyeron también mucho al éxito que *El Liberal* tuvo desde sus primeros números, realizando el milagro de pasar desde su nacimiento al apogeo de la vida que aun conserva y quiera Dios que conserve muchos años.

Las crónicas de Fernanflor tienen el privilegio de no morir nunca. Las *Cartas á mi tío* que publicó en *El Imparcial*, la segunda serie que publicó en estas mismas columnas, se leerían hoy, publicadas en un tomo, con el mismo interés que cuando unían á sus muchos alicientes el de la actualidad.

Su precioso cuento *La Noche Buena de Periquín*, y el notable estudio que escribió para la *Biblioteca de Autores Dramáticos Contemporáneos*, dan idea de lo que Fernanflor podría hacer en trabajos de otra índole que los del periódico; pero él ha sido y es, ante todo y sobre todo, periodista. Desempeñó con gran acierto un gobierno de provincia en época difícil; ha podido tener altos cargos: ser diputado, embajador, hecho lo que hubiera querido; pero ha preferido siempre el periódico.

Ahora que no actúa porque se dedica, y hace bien, al cuidado de su salud, ese cuidado que se pueden permitir los ricos; no se puede reprimir, sin embargo, en cuanto ocurre un suceso de esos que se salen de la esfera de lo vulgar y conmueven á la opinión pública, y va á las redacciones de los periódicos amigos como si se hallase en la vida activa.

Por eso yo me sonrío siempre que le oigo decir que quiere retirarse, y no me extrañará verle el día menos pensado á la cabeza de una nueva trasformación del periodismo.

De ningún escritor se puede decir mejor que de él que el estilo es el hombre. El aspecto físico de Fernanflor revela al escritor culto, correcto, elegantísimo, que hace de su pluma un pincel que esparce el color como el de Fortuny y que crea elegancias como el de Raimundo Madrazo.

Nadie como él para trazar una silueta con cuatro rasgos, ni nadie tampoco para decir mejor lo más cruel y lo más duro.

Su pluma, que, ya lo he dicho, es un pincel, se convierte á veces en un florete que en vez de botón lleva en la punta flores, pero flores con punzantes espinas.

En los salones, que frecuenta mucho y donde es muy apreciado, parece un hombre del siglo XVIII; pero no de los que eran sólo cortesanos, sino de los que, en medio de las sonrisas y de las coqueterías, contribuyeron á la trasformación social que se operó entonces, más poderosamente que los declamadores y los terroristas.

Los lectores de La Ilustración Ibérica han perdido mucho al perder sus crónicas, pero él los indemnizará con sus artículos.

Kasabal

Esta defensa sirve para todo placer intelectual, y en algunos alcanza tanto valor como en la novela, por ser de índole análoga á ésta, es decir, por referirse á la vida individual y social, aunque mirada con la impersonalidad que el arte y la ciencia dan á sus productos, en lo cual, más que en la desacertada idealización de ellos, estriba parte del mayor encanto que originan, aun siendo sus elementos de composición los mismos que actúan en la existencia real de cada hijo de vecino. Tales son, por ejemplo, los estudios sociológicos ó los de historia, sobre todo hoy, cuando la historia lo es ya de la cultura y, con esto, de las cosas que importan á todo el mundo.

El superior deleite y favor que la novela (y en general toda obra literaria poética) ocasiona, fúndase sólo en la mayor proximidad que su campo de observación y de trabajo tiene con los horizontes de experiencia é idealidad de la masa. Y que esto es lo esencial se prueba notando que el elemento artístico (la mano del artista) es á veces mayor y de más alto relieve en otras obras que, sin embargo, no son tan populares: verbigracia la historia, y en ella un solo nombre: Macaulay.

Esta composición ó adecuidad del trabajo intelectual en su fondo ú objeto y en su forma ó expresión, con el círculo de cultura del oyente, es imprescindible para todo comercio humano, ya que, siendo la primera condición para interesarse y atender á cualquier objeto entenderlo, cada cual entiende aquello que conoce en la esfera de su experiencia personal y en razón directa de la proximidad que con ello alcanza. Por esto, en la obra artística, como en todo, hay grados proporcionales á los diferentes círcu-

DISFRACES DE PIERRETTE Y JAPONESA

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

TOLSTOÏ

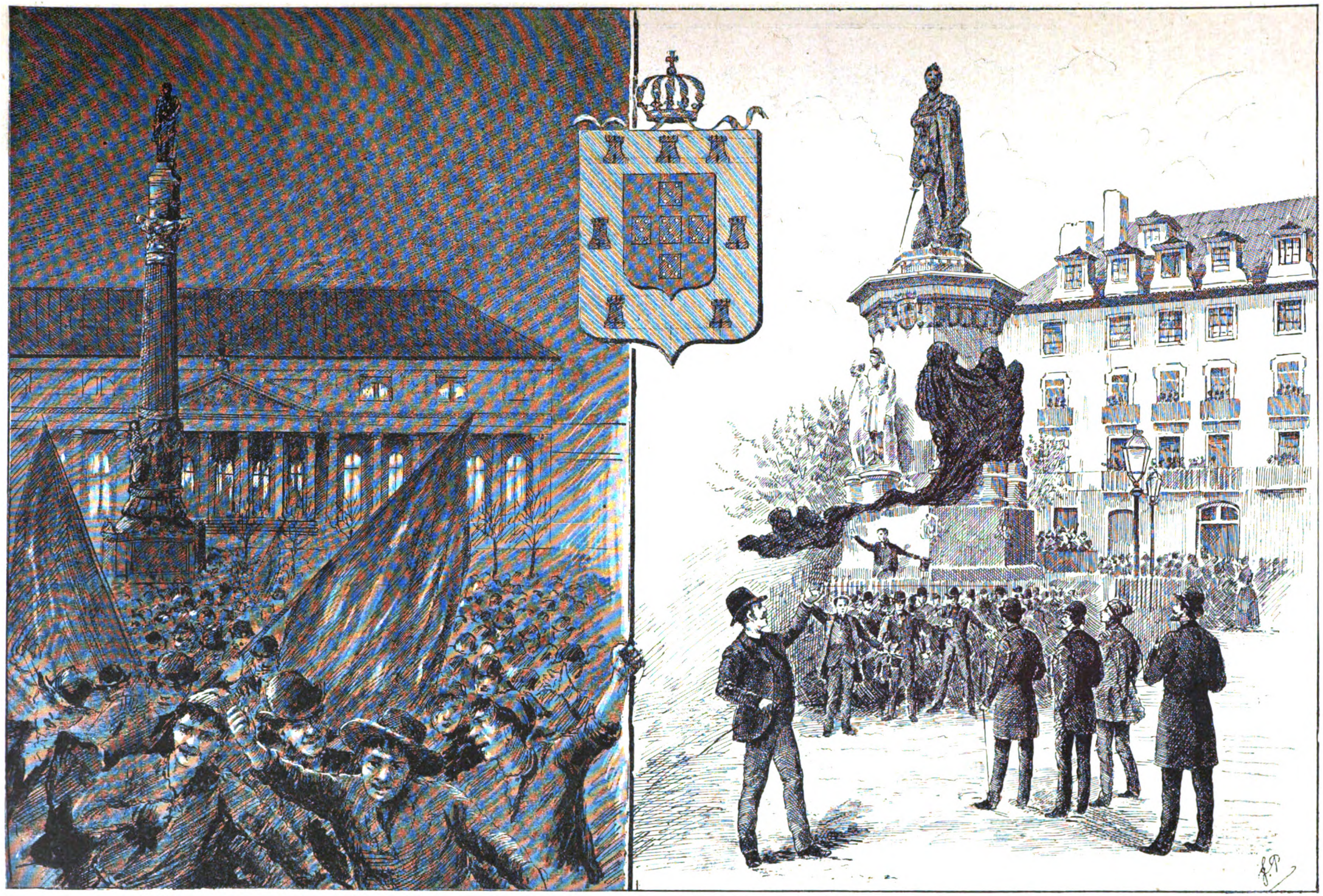
I

Hace pocos meses defendió á la novela uno de los más ilustres médicos ingleses (á quien la higiene escolar debe mucho), presentándola como eficaz sedante de las violentas emociones que la vida real produce: lenitivo ideal de las amarguras reales, y, juntamente, descanso moral y fisiológico de la actividad nerviosa que en la conducta ordinaria y en las relaciones sociales se despliega.

Digitized by Google

D. AMADEO DE SABOYA EN SU LECHO MORTUORIO

Digitized by Google



SUCESOS DE LISBOA

La manifestación contra Inglaterra en la plaza de D. Pedro.—Los estudiantes velando con un crespón la estatua de Camoens. (Dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

los de cultura; y así, aunque las novelas de Ortega y Frías no sean buenas, tienen su razón de ser, más que en el autor en el público, y á la vez poseen lectores propios.

Más arriba de ellos, ya parecen las tales novelas insignificantes y de poco jugo, aparte de otras máculas; de modo que la intensidad de idea en la obra va creciendo como exigencia correlativa del público. Y así como para un científico tiene materia de estudio y obsérvación, verbigracia, el orín de los clavos de una puerta, que para el vulgo no importa nada (ó sea puesto que la significación de las cosas está en razón directa del observador, que es quien las penetra más ó menos), así en el mismo campo de la novela llega un límite de complejidad y altura en la observación y penetración de las relaciones sociales, en el cual la obra de arte se aproxima á la científica, no en el realismo de la exposición, como ha pretendido Zola, sino en la idealidad (bien entendida la palabra), en la elevación y miga con que son apreciadas las cosas. Esta *miga* es la que distingue á los lectores y autores, ya que en la observación del hecho, como mero *hecho*, todos son iguales, y las categorías sólo vienen al considerar la significación y sentido de aquél, es decir, el proceso de ideas y de estados anteriores á que obedece.

Un segundo elemento distingue también en categorías á los autores. No es la profundidad (como dicen las gentes), sino el carácter ó condición de las cosas que se observan. Detiénense algunos en lo más elemental de la vida, lo más externo y vulgar (los *realistas* que dice Brunetière), mientras otros suben á relaciones sociales más altas, pero no menos reales y vivas. Cierto que en esto tiene grave influencia el estado intelectual de la sociedad que rodea al autor, pero no tanto como supone D.ª Emilia Pardo al decir que pintar tipos vulgares es para el novelista una exigencia de su abundancia en la vida actual. Ya veremos luego que si la característica del momento inmediatamente presente (efecto de un como alto ó vacilación pesimista en el proceso de la crisis intelectual de nuestro siglo) es la superficialidad y la indiferencia en toda suerte de ideales, ni puede decirse esto de toda Europa, ni aun allí donde el mal es manifiesto se produce con igual fuerza en cada uno de los órdenes sociales ni para todos los problemas. Precisamente por este desequilibrio en el público (del cual, parte continúa sintiendo, como no podía menos, los latidos del eterno problema de las cosas), es por lo que se producen, y con razón, protestas y un como desagrado hacia la insignificancia social (distinta en cierto modo del valor artístico) que la mayoría de las obras literarias ofrecen.

La importancia de este elemento nótase muy bien fijándose en cualquiera de los autores hoy célebres. En el mismo Zola, que es, sin embargo, de los que tienen más *miga* (tomando en conjunto sus obras, más que Daudet), ¿cuánta distancia no hay de *Nana, Le rêve* ó *Une page d'amour*, á *Germinal*? Pues la distancia no estriba tanto en la perfección artística como en el asunto; y es que *Germinal* hiere de lleno un mundo de cuestiones que hoy preocupan á todos, y cuyo pensamiento hincha por dentro de savia las formas artísticas de la novela.

En igualdad de circunstancias artísticas, la novela que *haga pensar* valdrá más que la de puro entretenimiento. Por aquí también es superior Galdós á casi todos nuestros novelistas de ahora.

Pero la novela que *hace pensar* corresponde á un grado superior de cultura y pide un público adecuado. Por eso *Wilhelm Meister* es menos popular que *Werther*, y entre nosotros bien poco leída.

Tolstoï está en el mismo caso. Sus novelas no pueden ser populares (1), pero serán preferidas de ese público para quien las de Alarcón, y aun otras más modernas, saben á poco.

Y precisamente en esto, en la miga de Tolstoï, cuyas novelas son reflejo de su poderosa é interesante personalidad intelectual, estriba el gran mérito suyo, que procuraré señalar como merece.

II

Quisiera hablar de Tolstoï no sólo con aquel respeto que la crítica impone y que todo hombre de genio merece, mas también con aquella íntima simpatía que los hombres sinceros, generosos y altos de ideal producen.

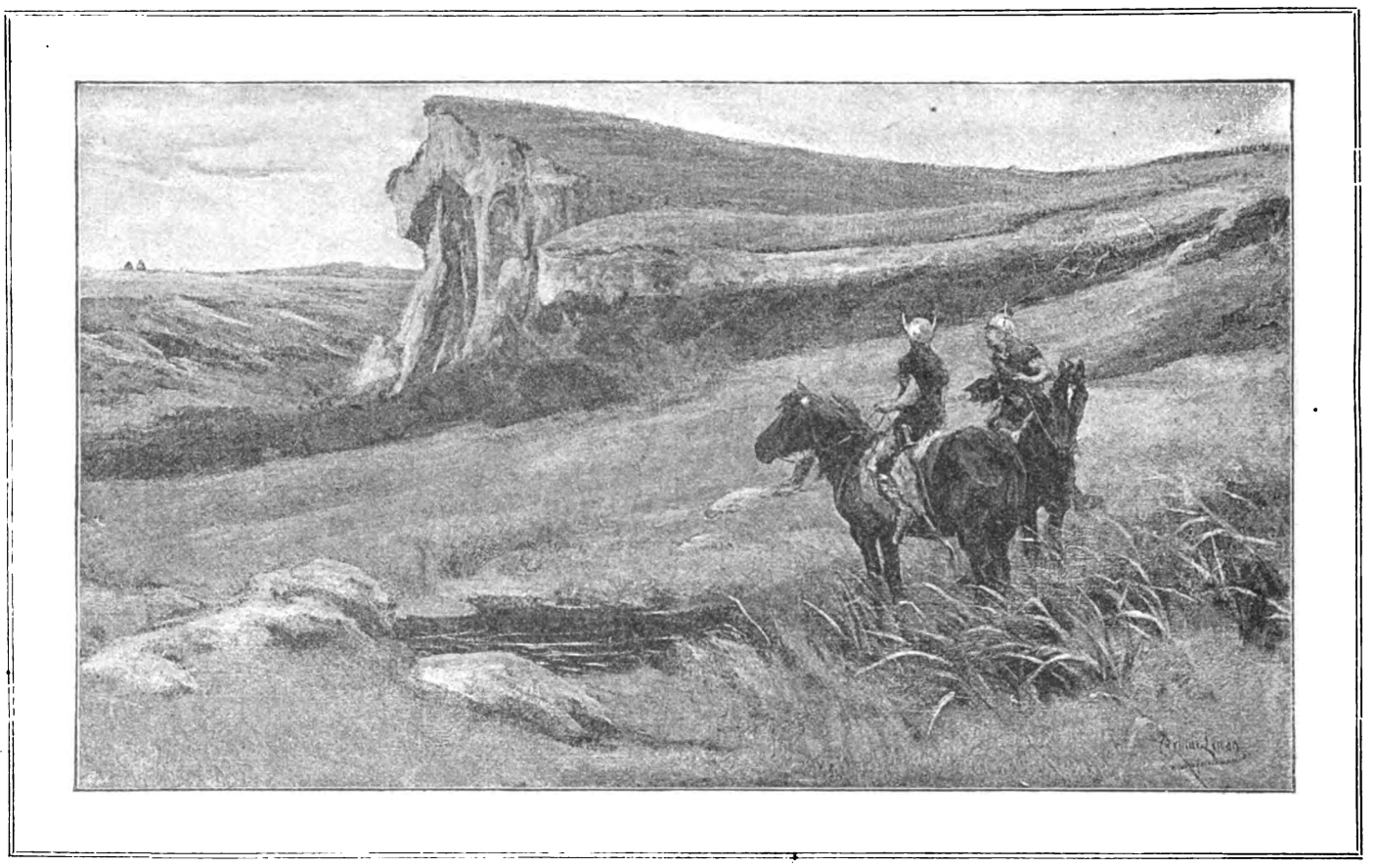
El autor de *Ana Karénine* pertenece á esa clase de escritores cuya individualidad, trasparentada en las páginas de sus libros, adquiere en seguida la amistad de los lectores, con entera independencia del aprecio de la obra misma. Muchos hay que, ya por las condiciones de sus obras, ya por el tono sombrío ó indiferente de ellas, quedan anónimos para el corazón del que lee, y su nombre se *objetiva*, reducido al de mero autor de un libro. Otros llevan más lejos su personalidad; y estamos seguros, luego de haber leído sus *producciones*, que, aparte de ellas, y aunque no las hubieran escrito, serían amigos nuestros. Así es Tolstoï.

Su figura intelectual, tan interesante en medio de su crisis, por lo sincera, lo profunda (en el sentido de que da siempre en el clavo) y lo original, muéstrase muy al descubierto, lo mismo en las novelas que en los libros de pedagogía ó en las confesiones y memorias personales. Desde el primer momento adivina uno que allí hay *un hombre*, y que, estemos conformes ó no con las conclusiones á que llega, nos ha conquistado para siempre.

Ahora no me propongo hablar del Tolstoï pedagogo, autor de *La escuela de Jasuaïa-Poliäna* ó de los *Cuentos* para niños, asunto que merece largo y particular tratado; pero lo cierto es que la natural solidaridad que hay entre todas las obras del sujeto (mayor aún en Tolstoï que en el común de las gentes) obliga á repetidas alusiones tanto de los escritos pedagógicos como de los autobiográficos: único modo de comprender bien muchas cosas de las novelas.

RAFAEL ALTAMIRA

(Se continuará)



AVANZADA DE GALOS EN LA CAMPIÑA DE ROMA (cuadro de Arturo Lemon)

(1) Las dos novelas maestras de Tolstoï *Ana Karénine* y *La guerra y la paz* han sido traducidas al castellano. La segunda se publica ahora en el folletín de *La Correspondencia de España*. Pero con seguridad, aunque los traductores no hayan prescindido, como el de la edición francesa, de las *filosofías* de ambas novelas (como hicieron con *Pepita Jiménez* de Valera), el público prescindirá de ellas.

Digitized by Google

LA GRAVEDAD

Para que un hombre, en España, ha dicho Severo Catalina, llegue á ser *hombre de talento*, es indispensable que empiece por ser muy serio. El talento varonil no se ríe nunca.

Este párrafo, que á la simple vista parece un axioma, es más bien un epigrama. En él ha querido tal vez aludir el ilustre académico de la lengua á los que presumen que la seriedad es el distintivo de la inteligencia.

Porque si esa doctrina se tomara en serio, preciso fuera reconocer que Cervantes, Quevedo, Fígaro, Villergas, y otros festivos ingenios que con su risa ridiculizaron los vicios y preocupaciones de la humanidad, carecían completamente de talento.

Ser tenidos por graves es la preocupación de ciertos hombres. Escudados con la autoridad del diccionario de la lengua, confunden casi siempre la *formalidad* con la *seriedad*, porque no conciben se pueda ser sensatos y joviales al mismo tiempo, ni se explican se pueda reir á carcajadas y ser tenidos por hombres de juicio. Blasonando de serios, revisten todos sus actos de una gravedad que, por lo exagerada, suele rayar en bufa. Para ellos el adjetivo *grave* es sinónimo de *sensato:* graves llaman á los padres de la patria, graves á sus asuntos más interesantes, y graves también á sus dolencias más peligrosas. El motivo de tanta gravedad es obvio: siendo esta la circunstancia indispensable para ser personas de talento, no quieren perder la coyuntura de pasar por sabios á tan poca costa.

Sin embargo, formando contraste con la preocupación de estas gentes, nunca como ahora hemos séntido más comezón de reir. Hemos desterrado del teatro los dramas sentimentales, sustituyéndolos con las piezas cómicas; las novelas tétricas del vizconde D'Arlincourt y de la condesa de Genlis, que hicieron las delicias de nuestros padres, yacen olvidadas en el polvo de nuestras librerías, mientras saboreamos con delicia los chistes más ó menos picantes de Paul de Kock y de Baldoví; y el periodismo punzante, mordaz y guasón, que hace asomar la risa á nuestros labios, lo preferimos las más de las veces á la prensa seria y elevada, en la que se discuten doctrinas políticas y principios económicos de verdadero interés para el país. En una palabra, quizá por la ley de los contrastes desdeñamos lo serio por lo cómico: únicamente así nos explicamos tan notable contrasentido.

La gravedad no es, por más que digan los detractores de la risa, el distintivo de la inteligencia; no es ni puede ser tampoco cualidad exclusiva del talento. Sostener lo contrario sería concederles talento á los asnos: nada más grave que un pollino, y, sin embargo, cualquiera buena cualidad le reconoceremos menos la de sabio.

Voltaire, Boileau, y aun el mismo Pascal, que tras haber hecho tanto daño con sus famosas *Cartas provinciales* á la célebre Compañía de Jesús, en sus postreros años dió al mundo el lamentable espectáculo de su fe religiosa luchando con su escepticismo filosófico, no pecaban de graves, en el sentido que quiere dársele á la palabra. Sus obras, modelo del buen decir, están rebosando sal ática. No por eso, ni aun sus más encarnizados enemigos, han negado el indisputable talento de tan ilustres pensadores. Verdad es que éstos no vieron la primera luz en España; verdad también que el talento brilla siempre, ora se manifieste en la profunda prosa del filósofo, ora en los chispeantes versos del escritor satírico.

Decía el citado Pascal:

«Generalmente no se concibe á Platón y Aristóteles sino como personajes siempre graves y serios, y eran hombres honrados que reían como los demás con sus amigos; y cuando hicieron sus leyes y sus tratados de moral política fué para distraerse. Esta era la parte menos filosófica y menos seria de su vida. La más filosófica era la de vivir sencilla y tranquilamente.»

Esta opinión del ilustre filósofo de Clermont viene en corroboración de mi aserto.

En política es donde más se requiere la gravedad. Para escalar los primeros puestos de la nación no es necesario tener talento: basta con poner á todo el mundo cara seria y de pocos amigos. La autoridad, para imponer respeto, debe ser grave: la risa sentaría mal en sus labios. Por eso, para ciertas gentes, un gobernador discreto, pero con rostro de Sancho Panza, sería un pobre diablo, y un ministerio Arderius el colmo del ridículo. Sin embargo, ministerios tan bufos hubo en España. ¿Quién no recuerda el famoso *ministerio relámpago?*

Riámonos, destornillémonos de risa, si queremos ser tenidos por hombres vulgares y de poco seso. Pero si la maldita vanidad nos impulsa á conquistar un nombre en la república literaria, ó la ambición nos impele á ocupar un alto destino en el mundo político, desechemos de nosotros la risa como cosa informal y de mal tono: seamos *graves*, pongamos á todos *rostro feroz*, y, por más que nuestra ineptitud nos desautorice para redactar un escrito ó desempeñar un cargo público, lograremos estos dos ilógicos resultados: ser tenidos por hombres de *talento* y pasar plaza de *sensatos*.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

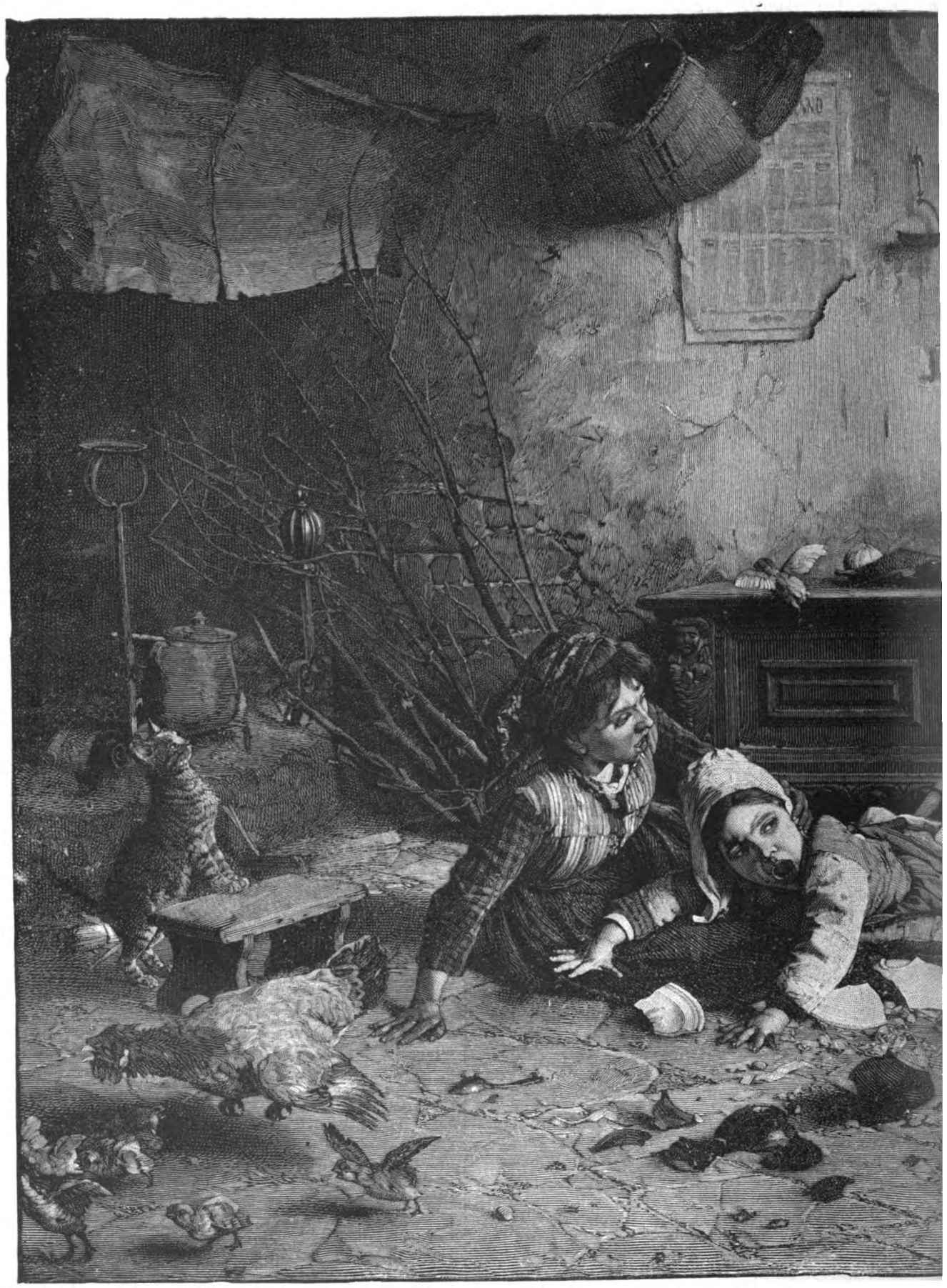
PEORES COSAS SUCEDEN EN EL MAR (cuadro de Dollman)

REMINISCENCIAS

Allá por los años de 1850 (año arriba ó abajo, pues no tengo ahora humor ni tiempo de compulsar fechas... ni hay para qué)... digo que allá por los años de 1850 fué contratado para cantante en el *Teatro Real* (así lo nombraban entonces y así continúan nombrándolo todavía, no sé por qué) de Madrid JORGE RONCONI, barítono de gran fama y cuya adquisición solicitaban por entonces todas las empresas teatrales del mundo conocido.

Jorge Ronconi, con la celebrada Frezzolini, con el tenor Gardoni y con la vistosa contralto que fué después condesa de Pepoli y llevaba entonces el nombre ya famoso de *Alboni*, fueron los artistas encargados de inaugurar

Digitized by Google



LA SORPRESA

Digitized by Google

uadro de Ghierici)

Digitized by Google

el gran teatro de la plaza de Oriente, ese teatro cuyo coste y cuyas obras tanto dieron que hablar en las Cortes á los adversarios del conde de San Luis, ministro de la Gobernación por aquellos tiempos... ya casi olvidados.

Los jóvenes de ahora no conocieron aquellas épocas, y, á la verdad, no perdieron gran cosa. Los que entonces éramos muchachos y andábamos á la escuela ó al Instituto, somos viejos ahora, y de los que entonces eran viejos ninguno queda. ¡Cómo y cuánto se escandalizarían ahora al saber el precio de las butacas, ellos que ya entonces se hacían cruces porque las habían puesto á duro! Sí, señores: por cinco pesetas (veinte reales se decía antaño) oyeron nuestros padres, arrellanados en sendas butacas de terciopelo, á la Alboni, á la Frezzolini, á Ronconi y á Barrhoilet. Barrhoilet: pero ¿saben ahora quién era Barrhoilet? Pues sepan Vds. que era un gran barítono, digno compañero de la Alboni y digno émulo de Varessi. Era, además de buen cantante, excelente artista: cantaba bien, sentía mucho, declamaba con naturalidad y fraseaba con elegancia no común. Sin embargo, al público de Madrid no le gustó Barrhoilet, y en cambio Jorge Ronconi le entró, como vulgarmente se dice, por el ojo derecho. Para Ronconi todo eran aplausos en el teatro, y plácemes y alabanzas en los periódicos: para Barrhoilet, silencio desdeñoso en el público, preterición sistemática en los diarios. Era yo por entonces muy muchacho, como que aun tardé cuatro años lo menos en ponerme sombrero de copa, y corría por el escenario del Teatro Real, cuyo empresario fué en aquella temporada el Gobierno mismo (y así anduvo ello); y sorteando hábilmente la vigilancia de los celadores, me colocaba siempre en sitio desde el cual, sentadito, cómodo y sosegado, pudiese oir la ópera y hasta ver lo que pasaba en la escena, aunque para esto último tuviese que practicar con la llave de mi pupitre un agujero en cualquier bastidor. Así oí y contemplé á la Alboni en *La Cenerentola;* así vi y admiré á la Frezzolini y á Barrhoilet en *La Favorita.* En honor de la verdad sea dicho, en la célebre ópera de Donizzetti el pobre Barrhoilet hacía verdaderas maravillas; pero así y todo no daba gusto á los señores.

—Está visto...—decía él aquella misma noche á varios amigos que habían subido á darle la enhorabuena y que formaban en rededor suyo un corro del cual yo formé parte con el sano propósito de oir lo que el rey *Don Alfonso* decía á sus amigos;—está visto que este público no me quiere: me ha tomado entre ojos. Tengo la conciencia tranquila: estoy seguro de haber dicho y expresado en *Di tanto amor, Leonora,* lo que el autor quería que se dijese y expresase. Sin vanidad puedo decir que he estado bien de voz. El público, sin embargo, no me ha aplaudido; y otras noches, apenas se presenta ese italianillo que desafina horriblemente y sale siempre una cuarta más bajo que la orquesta, comienza á aplaudir con entusiasmo. Aquí hay algo que yo no me explico; algo pasa que me ha enajenado la voluntad del público: así es que estoy resuelto á rescindir mi contrata mañana mismo.

Algo había de verdad en lo que decía Barrhoilet: el público no le hacía justicia; pero él, á su vez, era injusto con Ronconi, que en realidad era su maestro. Aunque exagerándolo mucho, Barrhoilet había apuntado un defecto de que Ronconi adolecía siempre: solía bajarse un poco al comenzar las piezas; pero se entonaba en seguida, y cantaba siempre admirablemente. Era de estatura baja y de figurilla endeble, y sin embargo llenaba la escena. En *María di Rohan,* en *Lucrezzia Borgia,* en *I Puritani,* electrizaba al público, no solamente por su voz, que era hermosa, robusta, igual y al propio tiempo de metal agradable, sino por su gesto, por su ademán, por su mirada, que eran de un verdadero trágico. Ronconi era el ídolo de nuestro público. El y la Alboni fueron los artistas predilectos del primer abono del Real, aquel abono del cual quedan ya muy pocos abonados. ¡En cuarenta años cambia tan por completo un público!

Después de haber oído á Ronconi han aplaudido en Madrid á Coletti, á Varessi, á Benevenlano, á Giraldoni, á Boccolini, y á muchos otros cuyos nombres no recuerdo ahora. Algunos de éstos han cantado en Madrid durante varias temporadas, pero ninguno ha logrado las simpatías ni la celebridad que Ronconi logró entre nuestros padres.

Veinticinco años después intentó Ronconi, impulsado por reveses de la fortuna, dedicarse nuevamente al canto dramático, abandonado por él hacía ya mucho tiempo. En 1876 apareció efectivamente en el papel de *Duque Alfonso* de *Lucrezzia Borgia;* pero sus buenos deseos le engañaban: ya no podía cantar, ni casi casi andar por la escena.

Renunció, pues, al teatro, y consagró su gran inteligencia, sus muchos conocimientos musicales y su profundo estudio del *bel canto* á la enseñanza.

En los cuarenta años trascurridos desde la inauguración del *Teatro Real* (?) hasta el fallecimiento del insigne artista, el nombre de éste no ha sido olvidado. Los que entonces le oímos hemos repetido muchas veces su elogio, y los que no lo oyeron han aprendido de nosotros á respetarlo. Su gloria, sin embargo, era ya solamente el reflejo de lo que había sido. Las impresiones propias no son trasmisibles, y la generación actual no sabe de Ronconi, como no supo de Fernando Ossorio, y aun del mismo Julián Romea, más que lo que nosotros les decimos; y eso... eso, por mucho que nosotros hagamos, es muy poco para que pueda hacer que se pongan en olvido las glorias de hoy. Ni es tampoco justo que eso suceda.

Entre la muerte del gran tenor de hoy, el insigne *Julián Gayarre,* y la del gran barítono de ayer, el célebre *Jorge Ronconi,* sólo han mediado algunos días, cuatro ó cinco. Julián ha tenido la desgracia de morir joven aún, pero la fortuna de abandonar la tierra en el apogeo de su gloria: Ronconi, por el contrario, ha tenido la fortuna de vivir mucho más, pero ha sentido el dolor de presenciar el ocaso de su carrera artística y de probar la amargura del olvido del público á quien en sus buenos tiempos esclavizaba.

En otros tiempos... eso es, en los tiempos en que Julián Gayarre, chiquillo todavía, estaría probablemente en los brazos de su madre. Porque por entonces era cuando Jorge Ronconi llegaba al apogeo de su grandeza artística.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL PALACIO DE LA NICA

I

Parece aquello un montón de ruinas: viejos y miserables edificios levantan sus encorvadas paredes sobre un suelo donde toda desigualdad tiene su asiento y donde toda basura sírvele de alfombra. Las casuchas están en aquel pequeño espacio como arremolinadas por el huracán, y, aunque no hay dos iguales, todas se asemejan unas á otras, como tienen también semejanza entre sí aquellos hoteles cercanos que orgullosos levantan sus costados de coquetona arquitectura, compitiendo unos con otros en riqueza y gusto, así como sus moradores. Y al ver aquellas filas de hoteles que forman el barrio más suntuoso de Madrid, y aquel montón de casuchas tan cerca de ellos, le parecerá al exaltado de imaginación ver una procesión de damas elegantes sorprendidas por un grupo de pobres andrajosos pidiéndolas una limosna.

Esta imagen poética surgió un día en la fantasía de la Nica: una chicuela como de once años, morenusca, pecosa, con ojos pequeños y pardos, nariz fieramente achatada, boca un tanto desmedida, pelo negro y ensortijado, cuerpo raquítico, instrucción nula, imaginación vastísima... Vive en una de aquellas casuchas en compañía de sus padres, hermanos, gallinas, conejos, puercos y otras *pescas de corral.*

Pasa buena parte del día correteando por aquellos andurriales con sus vecinillos; pero la Nica no se conforma con los juegos de los chicos, no: su viva imaginación la hace revolver un cúmulo de ideas estrambóticas, y sin más ni más sueña con los ojos muy abiertos, á la luz del día, sentada en la fresca yerba que tapiza aquel suelo desigual, mirando extática á los orgullosos palacios rodeados de jardines, cuyos árboles forman, con sus amplias copas, así como orlas pomposas de verdor. Y la Nica, en sus exaltaciones, figúrase que todo aquello es suyo, hasta los pajarillos que trinan en aquellas arboledas encantadas; y que ella es hija de una marquesa, de una señorona de esas gordas que van pavoneándose en sus lujosas carretelas. Como esto lo sueña muchos días, también lo estaba soñando una tarde cuando el sol daba sus últimos tonos á los torreones y cúpulas de los altos edificios allí enclavados. No se movía ni una ráfaga de viento, ni se oía desde aquel lugar solitario otro ruido sino el monótono y sordo rumor que produce el incesante rodar de multitud de coches. Pensando estaba la *marquesita* en que fuese el lacayo á buscarla para regresar al palacio, cuando, como por ensalmo, se presentó delante de ella un chiquillo bien plantado, con largo levitón verde botella salpicado de grandes y dorados botones, con blancas polainas, guantes oscuros, sombrero de copa con negra escarapela, los ojos negros y brillantes, rostro y figura agradables.

—¡Hola, Nica! ¿Está madre en casa?—preguntó el mozo.

La altiva dama al oir tal interrogación siente ese cambio brusco y cruel que produce el repentino despertar de un sueño delicioso, y, mirando á su hermano, disgustada, dícele:

—No sé: vete á verlo.

—¡Pues no te pones poco arrugá, chiquilla! ¿Qué mala pulga te ha picao? Ahora que venía yo á decirte una cosa...

Y los dos hermanos hubieran seguido hablando si no llegase junto á ellos un rebaño de chiquillos, un grupo de cabecitas desgreñadas, de caras terrosas y escuálidas, de cuerpos mal envueltos en miserables faldas ó en tristes pantalones que lloran camisa por varios ojos que el roce les abrió, al aire las enjutas pantorrillas, y los desdichados pies sufriendo la aspereza del suelo. Aquella turba rodea al lacayito, y todos vociferan:—¡Hola, Mariano! ¡Mariano!—y admiran la elegante librea y la marcial apostura del mocito, habiendo osado que con sus manos sucias se propasa á tocar uno de aquellos botones que parecen soles; pero Mariano, alta la enchisterada cabeza, sacado el pecho, las manos en la cintura, deja caer una mirada de desprecio sobre aquellos míseros mortales y exclama:—No vos acerquéis á mí, puercos. No sabéis tratar con señoritos.

Y la chusma, al oir tales palabras, suelta un golpe de carcajadas y un coro de:—¡Señorito! ¡Señorito!—con lo cual enciéndese en ira el orgulloso magnate, y, apretando entrambos puños, á buen seguro que los descargara sobre sus burladores si éstos no hicieran uso de sus pies á las mil maravillas. Mariano los perseguiría de buena gana si no se lo impidieran los largos faldones de la levita y, más que todo, la seriedad é importancia de aquel traje que ornaba su persona; la cual se dirigió á la casa donde vivía su madre, entró en el ancho y espacioso corral que encerraba tantas madrigueras de seres humanos, y viendo á la *señá Nastasia* sentada al aire libre, cosiendo una faldita vieja y conversando con otras mujeres que también costureaban, llamóla aparte, y, penetrando madre é hijo en un cuartito donde la miseria asomaba por doquier, sacó Mariano, de la faltriquera, un papelillo grasiento, con letras y colores, y, dándoselo á su madre, dijo con prolongada admiración:

—Tenga V. cinco duros que me ha dado la señorita. Es más buena que el pan. Cuando sa-

Digitized by Google

limos de casa pa la estación, me dijo, dice: «—Ten, Mariano, pa tu madre y pa ti, y hasta la vuelta.» Y yo, al ver el biyete, no sé por qué me entraban ganas de yorar, y yoré ¡recielo! y eso que estaba más alegre que unas pascuas. La señorita me dijo, dice: «—No yores, hombre: no tardaremos en volver.» Y yo la decía, dije: «—Si es que no... si no... si...» Y no acertaba á decir na. La señorita se reía con más ganas... Después llegó el amo, se metió en el coche con ella, yo me subí al pescante, y cuando corrían los caballos, desempedrando las calles, me acordaba de los cinco duros que tenía en el bolsiyo, y me parecía que iba á caer de allí y me machacarían las herraduras de los caballos y las ruedas del coche. Me parecía que no iba á llegar sano á esta casa para darle á V. este dineral.

La *señá Nastasia* escuchaba al chico sin pestañear, hasta que no pudiendo resistir más, llenos los ojos de lágrimas, abrazó á su hijo con tan mala suerte que, dando en la chistera, hízola rodar por el suelo, dando tumbos, y sólo el quicial de la puerta pudo contenerla. Mariano se desasió de los amantes brazos rápidamente, como si le hubiera picado una víbora, y fué tras el enorme y arisco sombrero que había deshecho una escena tan tierna y sentimental.

—¡Maldito mamarracho! ¡Bimba de los demonios! ¡La muy...!

Y así iba desocupando su ira el perseguidor á medida que se acercaba al fugitivo. ¡Gracias que no salió al corral! ¡Si sale se arma la gorda!

Ganas le dieron de estrujar á la muy... pero se conformó el fiero con dirigirla unos cuantos denuestos, limpiarla de las pajillas que se habían adherido á la seda poniéndola los pelos de punta, y asentarla el enmarañado pelaje. Arreglado este desconcierto, dió un beso á su madre el cariñoso y arrogante muchacho, y salió de aquellos sitios miserables, encaminándose al palacio de sus señores. En la pradera se encontró con la Nica, que seguía embelesada, y, dándola un puñetazo en la espalda, la dice:

—Prepárate, Nica. Mañana vas á ver las mejores cosas del mundo. Vete trempano: ¿eh? ¿Lo oyes?

—Sí, Marianín. Mañana voy: espérame.

Y con la cara radiante de alegría clavó los ojuelos en su hermanillo, que pronto desapareció allá á lo lejos, tras de una verja.

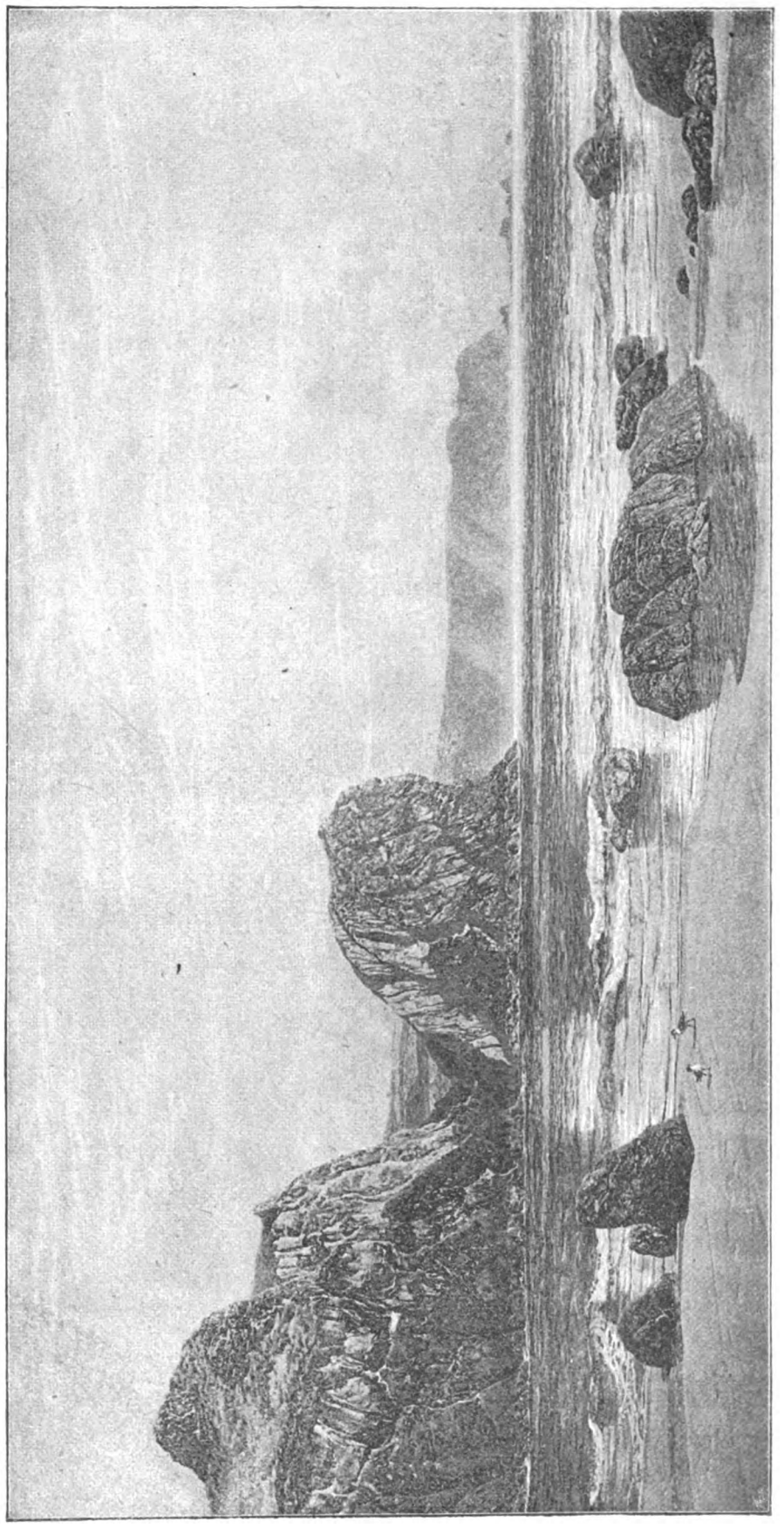
II

Y llegó el mañana, y la Nica se levantó del triste lecho más alegre que nunca. Vistióse despintada falda de percal, chaquetilla de paño que fué azul, y después de peinarse el negro cabello con sumo cuidado, delante de un pedazo de espejo incrustado en la abolsada pared fronteriza al camastro de la familia de la casa, salió al campo, risueña como un día de fiesta. La mañana era de las buenas de junio, como que el sol brillaba en un cielo sin nubes, y el viento se movía dulcemente, y los pajarillos, que revoloteaban por aquellos jardines, cantaban á porfía formando coros armoniosos que exaltaban más y más la fantasía de aquella chicuela soñadora; la cual se iba acercando á un hotel de paredes rojas, con blancas y moldeadas cenefas, galería de cristales montada sobre gruesas columnas jónicas, escalinata de mármol adornada con níveas estatuas, jardín frondoso arrojando oleadas de perfumes diversos... Al llegar la Nica junto á la férrea verja, vió al apuesto Mariano en una de las calles del jardín. El *señorito* estaba en traje de casa: gorra de hule aplastada, redonda y negra; chaquetilla azul con botones dorados y cordones negros cubriendo el pecho; pantalón largo y del color de la picuda chaqueta. Al ver á su hermano grita la muchacha, metiendo la carita entre los hierros de la verja:

—¡Eh! ¡Tú! ¡Mariano! Abre.

—¡Hola, *pelusa!*

Y Mariano, obedeciendo al llamamiento, abre la verja y sube con su hermana por la gran escalera de mármol, echándoselas de *cicerone*, mientras ella va llenando los aires de exclamaciones que la despierta todo lo que pasa por delante de sus ojos. ¡Ah! ¡Entonces sí que se creyó marquesa! Aquello no era soñar, puesto que podía tocar y tocaba la hermosa realidad que veía. Pasa la mano por los suaves contornos de los angelitos de mármol que con las alas abiertas parece que van á volar. Ella lo palpa-



EL LEÓN, EL LAGARTO Y LOS JABALÍES (cuadro de Brett)

ría todo si el *cicerone*, serio como un inglés, no la dijese:

—Eso se ve, pero no se toca, niña.—Y variando de tono dícela con impaciencia:—No te detengas tanto, pues tenemos que ver más cosas que pelos tienes en la cabeza. Allá arriba hay ca pintura y ca estatua de mujer que me río yo de tos los ángeles.

Suben por una magnífica escalera cuyo balustre parece á la Nica forjado de oro puro. Entran en una galería de cuadros. ¡Dios mío, qué vergüenza! Allí las mujeres están desnudas y los hombres en cueros. Todos parecen vivos, aunque ninguno se mueve. La voz del *cicerone* dice:

—Estos son los dioses del Polimpo. Esto es el juicio de París, la diosa Venas, la Minevra, la Junio. Este cisne es el dios Jupitre. Este muchacho de las alitas es el dios Azogue.

La Nica va mirando todo aquello con los ojos muy abiertos, y de pronto exclama:

—Pero, hombre, ¿cuántos dioses hay? Yo creí que no había más que uno.

—¡Anda, anda, ésta, con lo que salta! Ese

Digitized by Google

VENECIA EN EL SIGLO XVI: MAÑANA DE FIESTA (cuadro de Wagrez, grabado de Baude)

Digitized by Google

LUNA DE MIEL (estatua de De Paoli)

EL PRIMER BAÑO (estatua de Luis Trinchera)

BACANTE (estatua de A. Piccini)

DAVID (estatua por V. Alfano)

Digitized by Google

uno es el nuestro, el dios de los probes; pero la gente de monises ya ves tú cuántos dioses tienen... la mar.

—Claro: por eso tendrán tanto dinero, porque todos los dioses les darán.

—Pos claro, chica.

Entraron después en un salón espacioso: las paredes cubiertas de cuadros, tapices, estatuitas sostenidas en pequeños pedestales, lunas de Venecia, una confusión de obras de arte; en los rincones grandes estatuas de mármol y bronce; por el resto de la sala, muebles riquísimos. La Nica estaba á punto de desvanecerse, de caer de espaldas en aquella alfombra de fino terciopelo ó en aquellos muebles de raso que reverberaban la luz prodigiosamente. ¡Aquello era la Gloria! ¡Nunca pudo forjársela tan bella!

El *cicerone* pregunta:

—¿Has visto cosas más bonitas?

Pero la Nica no le oye: tiene fijos los ojos (y hasta puede añadirse que su espíritu) en un cuadro al óleo donde se destaca una mujer de hermoso rostro, la cabellera recogida en artístico peinado, contrastando admirablemente lo negro del traje elegantísimo con la blancura de aquellos robustos hombros y brazos.

—Esa es mi ama, Nica, y el ama de to esto, —dice con aire de filósofo el *cicerone*.—Y no es marquesa, ni vino de títulos, ni Dios que lo fundó: vino de una familia tan probe como la nuestra: ¿estás tú? Y cosía día y noche pa ganar el jornal. Sólo que un día la encontró en la calle el señor, le echó el ojo, y cataplum... ¿comprendes tú? Toas las que él ha guipao en su vida, y eso que tiene lo menos en un suponer sesenta años, pos te digo que toas han caído; pero esta es la más guapa de toas, dicen los criaos.

La relación de Mariano y la hermosura de aquella mujer fascinaban á la Nica de tal modo que llegó á creer ser ella misma la que estaba contemplando. ¡Ella, con los ojos negros y rasgados, la nariz algo afilada, las mejillas como rosas, la boca como un clavel rojo, el cuello esbelto! ¡Ella, dueña de aquellos palacios! ¡Qué felicidad!

Y sigue el narrador imperturbable:

—Ahí tienes tú la suerte de las guapas: sin casarse ni na, se llenan de millones.

La Nica siente como un rayo de inspiración, y, clavando sus ojos diminutos en su hermano, exclama:

—Dí, Mariano: ¿soy yo guapa?

Al oir tal pregunta el lacayo suelta una carcajada burlona, y, como el que coge una víctima para inmolarla, agarra del cuello á la infeliz chicuela, haciéndola pegar el desgraciado rostro al terso y limpio cristal de Venecia, que con crueldad inaudita reprodujo fielmente una cara feísima y miserable. Y, para ahondar más el golpe todavía, se atrevió á decir el asesino:

—Esa eres tú. En cuanto te vea el rey, se guilla.

III

La puñalada fué al corazón. Desde aquel día funesto la pareció á Nica más triste que nunca cuanto la rodeaba: antojáronsele más negras las vigas del techo de su guarida, más miserable el camastro donde reposaba, más desigual aquel suelo pelado, más encorvadas aquellas viejas paredes, más sucio el corral, melancólicos los cantos de los pajarillos, el rumor de los vientos, el ruido de los coches...

Y así como al triste pájaro enjaulado se le va erizando el plumaje que le viste, hinchándosele su cabeza y disminuyendo sus ojos, hasta que un día queda en la jaula sequito, con las patas para arriba y el pico apuntando al cielo; así también la desdichada Nica, encerrada en la prisión de su pobreza y fealdad, fué desmoronándose poco á poco, y su cuerpo, endeleble y raquítico, no pudiendo resistir el peso de la tristeza que le agobiaba, aquel palacio de su fantasía, llegó á dar el último suspiro entre aquellas cuatro paredes miserables.

Y esto pasó tan en silencio que, por más vueltas que le dieron, nadie supo de qué había muerto la Nica.

E. Melero y Betegón

NUESTROS GRABADOS

BELLAS ARTES

ITALIA: EL MOSQUETERO, *dibujo de Armenise.*—ESCULTURA: BACANTE, *de Piccini.*—LUNA DE MIEL, *de De Paolo.*—DAVID, *de Alfano.*—EL PRIMER BAÑO, *de Trinchera.*

Armenise es un dibujante que se ha dedicado á representar tipos del siglo XVI. ¿Ríe ese mosquetero al recuerdo de alguna escena de saqueo? El ideal del soldado no era otro entonces que el botín. Estómago de avestruz, dientes de hierro, constitución de acero, buen humor, brutalidad á prueba de bomba, y una gran dosis de vanidad en ataviarse con plumeros, cintajos, cadenillas y demás, constituían el perfecto tipo del mosquetero y de las otras armas.

Las esculturas son muy estimables, habiendo sido premiadas todas en las diversas exposiciones en que han figurado. Recomiéndase el *Baco* por su excelente estudio del desnudo, *El primer baño* por la firmeza del modelado, la *Luna de miel* por su gracia, y el *David* por la feliz fusión entre el clasicismo y el realismo.

INGLATERRA: PEORES COSAS SUCEDEN EN EL MAR, *cuadro de Dollman.*—AVANZADA DE GALOS, *de Lemon.*—EL LEÓN, EL LAGARTO Y LOS JABALÍES, *de Brett.*

Siempre se ha dicho que el que no se consuela es porque no quiere, y, entendiéndolo así, consuélanse de su vuelco esos apreciables viajeros haciéndose cuenta de que *peores cosas suceden en el mar*. Y, en efecto, no es lo mismo tener que sufrir una detención en medio de la carretera que ser pasto de un tiburón ó correr la suerte de tantos como han hallado su tumba entre las olas. Es un cuadro de género que cumple perfectamente su objeto.

El León, el Lagarto y los Jabalíes ha dado ocasión á Brett para lucir sus conocimientos geográficos respecto á la costa de Inglaterra, al par que para revelarse como diestro marinista.

En cuanto á *Los Galos* ha sido singular idea la que ha tenido Lemon, siéndole de agradecer que se le haya ocurrido pensar en Breno sin representarle en el momento del *¡Væ victis!*

ALEMANIA: LA SORPRESA, *cuadro de G. Ghierici*

Nada más cómico que ese cuadro, ricamente provisto de accesorios, y con eso oportunos, expresivos y necesarios todos ellos para contribuir al efecto del conjunto. Es obra que cuanto más se mira más agrada, mereciendo el autor los más cordiales plácemes de los que encuentran que no es grano de anís pintar un cuadro que mueva á franca risa.

FRANCIA: EL TRIUNFO DEL AMOR, *cuadro de Gerôme.*—MAÑANA DE FIESTA, *de Wagrez*

No sólo la música, sino que también el amor, *á las fieras domestica*. Así lo prueba Gerôme, por más que su principal objeto haya sido demostrar que sabe pintar tigres y leones como el más reputado *animalier*. ¡Y qué cara de enamorados ponen efectivamente todos esos terribilísimos felinos!

Con Wagrez nos encontramos en plena Venecia del siglo XVI, asunto siempre nuevo, inagotable, y socorridísimo para pintar buenos palmitos, arquitecturas, trajes y agua.

D. AMADEO DE SABOYA EN SU LECHO DE MUERTE

Pocas veces se ha visto un duelo más verdadero, más hondo, que el ocasionado por la muerte del nobilísimo y caballeroso duque de Aosta. Turín permaneció sumido en la mayor tristeza, presentando un aspecto enteramente lúgubre, durante los días que mediaron entre la muerte y el enterramiento del que fué modelo de reyes y de ciudadanos.

El rey asistió á todas las diligencias del acta de defunción, con cuya ocasión ocurrieron desgarradoras escenas. Cuando llegó el momento de colocar el cadáver de Amadeo en el ataúd, su viuda se abrazó á él, suspendiéndole en peso, costando trabajo arrancarle aquellos inanimados despojos. ¡Descanse en paz D. Amadeo de Saboya, cuya memoria jamás se extinguirá del corazón de los que pudieron apreciar sus relevantes prendas!

SUCESOS DE PORTUGAL

Dibujo de F. Pons

The dispute with Portugal (la disputa con Portugal), como dicen los rubicundos súbditos de la augusta madre del suegro de Lord Fife, ha dado lugar á que el pueblo lusitano haya dado admirables muestras de patriotismo que han demostrado no se había extinguido aún el enérgico espíritu que alentara un día á los hijos de Viriato.

Toda la razón, todo el derecho, están de parte de los portugueses: los territorios que pretenden *anexionarse* los compatriotas de Lord Fife han sido descubiertos por portugueses, que los han escalonado de fuertes, cuyos vestigios subsisten todavía. Cuando los misioneros ingleses han querido penetrar en el valle del Nyassa para repartir biblias, han debido impetrar la venia de los gobernadores portugueses, y hoy vienen los ministros de S. M. B. á fundarse en la presencia de los tales misioneros *consentidos* y en los establecimientos que han creado allí, como títulos de *propiedad*. Por manera que con iguales derechos podría el Gobierno inglés reclamar la Armenia por pulular allí una infinidad de misioneros anglicanos.

Portugal debió ceder ante la fuerza, á reserva de reclamar la intervención de las potencias signatarias del tratado de Berlín, violado por Inglaterra; pero en el entretanto que se resuelve *the dispute*, el pueblo entero del vecino reino ha protestado con energía del proceder de sus *caros* amigos insulares. Nuestros dibujos se refieren á dos episodios de los más importantes: el paso de la manifestación por la plaza de Don Pedro, y el acto de cubrir los estudiantes con un crespón negro el monumento erigido á la memoria de Camoens.

De todo corazón deseamos que se reconozca á Portugal el derecho á ser dueño de lo que le pertenece; cosa difícil, sin embargo, en estos tiempos en que no impera otra máxima que la de que la fuerza vale más que el derecho.

LA NIEVE

Dentro, en la chimenea, ardían los troncos,
humeantes y trémulas las llamas;
los nudos, al arder, como corpúsculos
de pólvora estallaban,
y una lluvia de oro y de centella
moría al nacer envuelta en una gasa
de humo asfixiante que por las rendijas
se escurría en las grietas de las ramas.
Tú á mi lado, yo al tuyo contemplando
de tu pelo ondulante la cascada;
y sentados los dos tras los cristales
mirábamos caer la nieve blanca
cuyos copos, cual tenues mariposas,
inciertos en el aire revolaban,
y si perdido alguno se atrevía
á tocar los cristales de la estancia,
al sentir el calor de tus pupilas
bajaba por el vidrio en gotas de agua.
Silenciosos, absortos, por el cuadro
que á nuestra vista estaba,
como avaros sedientos de sonidos
ahorrábamos también nuestras palabras;
y al escuchar latir emocionado
el corazón que guardas
dentro del pecho, arquilla misteriosa,
poseedora de frases enigmáticas,
de alientos y suspiros indecibles
que á veces dan la vida y otras matan,
parecía mirar hacia la nieve
y sólo divisaba
tu faz, que es una flor de primavera
que lucha entre la rosa y entre el nácar.
De pronto, de aquel éxtasis divino
volvió la nieve á interrumpir la calma:
un torbellino se elevó hasta el cielo
y los copos giraban y giraban....
—¿Dónde irán á caer?—me preguntaste.
—Muy lejos,—dije sin saber qué hablaba.
Y cayeron tan cerca, tan cerquita,
que la nieve cuajó sobre tu alma.

Eduardo Villegas

LOS PRINCIPES DEL CONGO

Vaya Vd. por un jabón—que da albor y perfuma
Al punto que la piel—al decaer se ahuma
Imitación feliz—del nácar que hermosea?
Cencillo es en verdad:—tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así—sufrir pueda avería.
Indague V. en cualquier—cabal perfumería
En todas le dirán:—Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de—los Príncipes del Congo.

Víctor Vaissier—Ronbaix—París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona: Bailén, 83.

Digitized by Google

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

—Exígeme la que te ocurra y te la daré á costa de los mayores sacrificios.

—Siendo casada no es fácil: si fuese soltera pondría muy pronto á prueba la fortaleza de tu cariño. Así nada nos liga. Cuando quieres desapareces. No puedo obligarte á nada. Este lazo es ilusorio: lo desata el menor soplo del viento. Si fuera libre no me prometerías lo que me prometes.

—No me conoces, Virginia. Entonces y ahora mi mayor placer sería realizar todos tus deseos, satisfacer todas tus aspiraciones.

—Si fuera libre ¿te casarías conmigo?

—Si fueras libre nos uniríamos para toda la vida y seríamos felices.

—Permíteme dudar de que entonces pensaras de ese modo, porque á ti te enamora *lo prohibido*. Desdeñaste siempre lo legítimo, lo digno, lo que encanta al hombre de rectas intenciones y de principios morales. A ti te entusiasma la forma y no te encanta el espíritu. Tú me amas no por mis buenas cualidades, sino por ser mujer ajena.

—No, no: te amo por ti misma; te adoro porque has sabido apoderarte de mi razón como ninguna mujer; porque me envuelves en una atmósfera irresistible de cariño, dentro de la que naufraga mi voluntad, mueren mis antiguas teorías y consigues que resucite en otra vida, incógnita para mí: la vida del sentimiento.

—¿De modo que no me engañas al decirme que te unirías conmigo al pie de los altares si fuese libre?

—No, no: te digo lo que siento.

—Júramelo si quieres que lo crea.

—Te lo juro, Virginia, te lo juro.

—Perdóname esta exigencia, Octavio, ya que es hija del profundo afecto que has sabido despertar en lo más fondo de mi alma. Esta desconfianza es propia del verdadero cariño. No sabes, y acaso nunca comprendas, de qué modo tan ardiente y tan exclusivo sabe amar la mujer que tuvo la desgracia de venir al mundo dotada de los delicados é irresistibles sentimientos que se esconden en los abismos de mi alma. Quiero de tal modo, que me causo miedo á mí misma; porque equivocarme al concederte la plenitud de mi cariño, me costaría la vida. Te suplico, pues, Octavio, por la sacrosanta memoria de tu madre, que me digas la verdad, que no me engañes. Si es hijo tan sólo de tu imaginación el amor que me ofreces y que con tantos encantos me pintas para que participe de él, confiésamelo: aun es tiempo, retrocederé. Mucho daño me causaría tu cruel confesión; pero ese daño sería insignificante comparado con el que me proporcionaría tu inicuo engaño el día que lo descubriese.

Virginia decía lo anterior apoderándose con cariño de las manos de Octavio y bañándolas con lágrimas que saltaban de sus ojos. Este, vehemente y apasionado, sufriendo la influencia magnética del amor y la de la enamorada belleza de la joven, á la que prestaba irresistible magia el llanto apasionado que se desprendía de sus pupilas en medio del fresco y poético jardín iluminado de lleno por la poética claridad de la luna y oreado por la dolorosa y suave brisa matinal, se arrojó en sus brazos, y, cubriéndola de besos, exclamó en un rapto de entusiasmo:

—¡Te amaré toda la vida! ¡Soy tu esclavo! ¡Angel mío! ¡Eres la única mujer que merece sujetarme con la cadena de un amor exclusivo y sin fin!

VI

Al día siguiente llegaba á Valencia, en uno de los coches de tranvía que hacen la carrera del Grao, Virginia con su camarera, que iba á la ciudad á visitar á su tío.

Llegó á casa de éste, y ligera penetró hasta las habitaciones interiores de la persona á la que la ligaban tan próximos lazos de parentesco, dejando á su camarera con los criados.

Sorprendió á D. Ignacio en el tocador, frente al espejo de su lavabo, en la operación de *restaurarse* con la ayuda de cosméticos y de afeites.

—¿Qué te trae por acá á estas horas y sin anuncio previo?

—Es indispensable que me oigas en seguida. Tengo que hablarte.

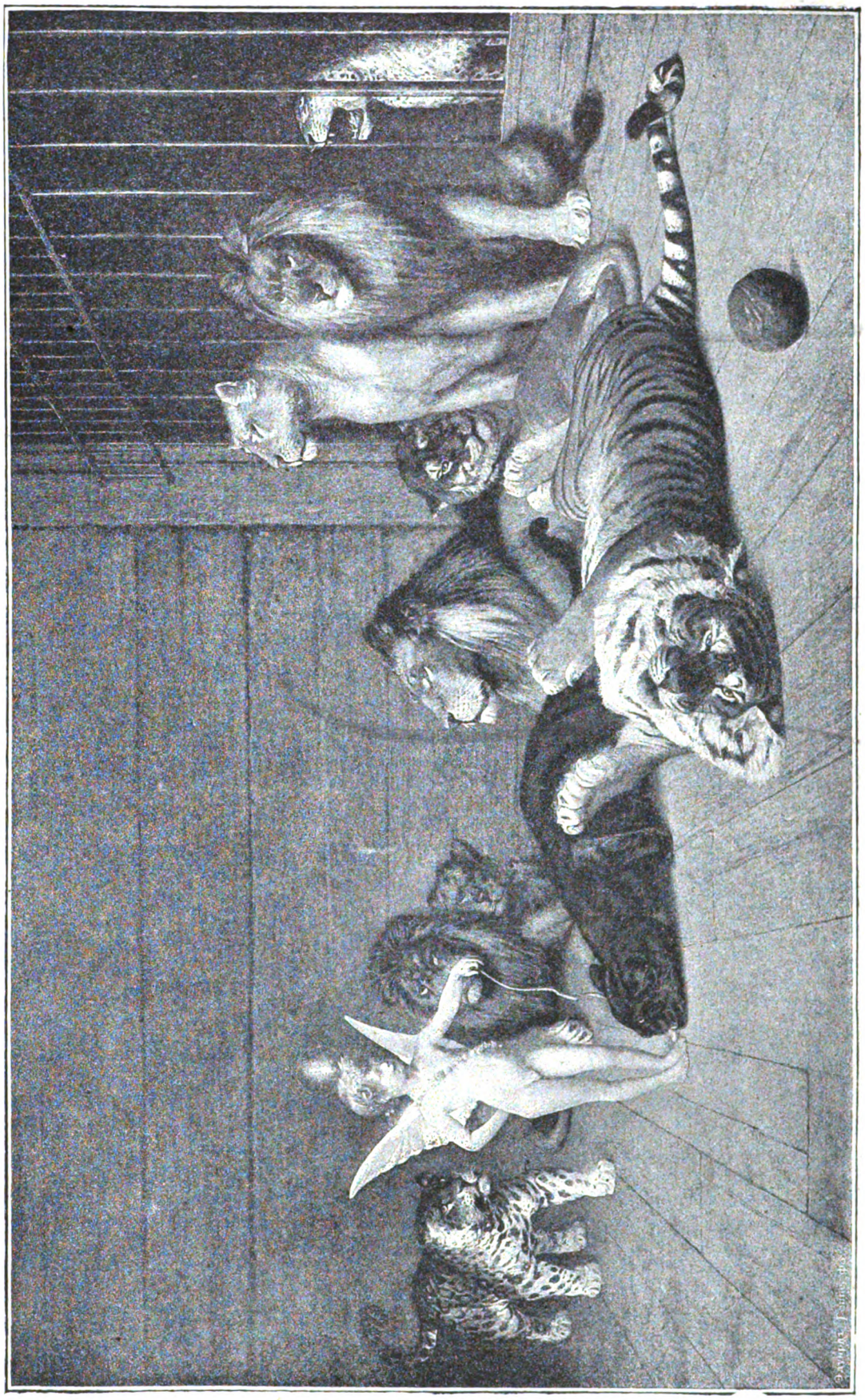
—¿Es urgente?

—Urgentísimo.

—Habla, pues, mientras termino mi aseo diario,—le contestó su tío.

—Vengo á decirte que esta farsa me abruma, me quita el sueño, me hace sentir remordimientos y desempeñar un papel tan repugnante que me empequeñece á mis propios ojos.

—Pues ten paciencia, Virginia, porque de



EL TRIUNFO DEL AMOR (cuadro de Gerôme)

Digitized by Google

otro modo no es posible conseguir lo que nos proponemos.

—Octavio me ama de buena fe y no merece ser engañado.

—Ahora que lo ha sido, ya no podemos retroceder: es indispensable que avancemos hasta llegar al término propuesto.

—Es que me parece que ya hemos llegado.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy convencida de que me ama verdaderamente, á pesar de la gran desconfianza que á él le manifiesto.

—Tú eres la que estás verdaderamente enamorada.

—No lo niego, tío.

—Te lo adivinaría aunque te obstinases en negármelo.

—Te lo concedo; pero tú me has de conceder también que he contaminado á Octavio hasta un punto increible: es víctima de la misma epidemia.

—Es pronto aún, Virginia, para que le inficione semejante poderoso contagio.

—Anoche le recibí en el jardín y me convencí de que siente el amor que tan bien me pinta.

—Anoche brillaba la luna, el jardín estaría delicioso, y... ¿cómo te atreviste á citarle en semejante sitio?

—Me lo suplicaba tan cariñosamente...

—Pero ¿tuviste juicio?... ¿supiste cumplir tus promesas?...

—Hasta cierto punto,—contestó Virginia haciendo un gracioso mohín y bajando los ojos al suelo modestamente.

—¡Virginia!...

—¡No te sobresaltes! Algo se ha de conceder á las expansiones del cariño... leves faltas que autoriza y exige el amor.

—¡Mira que vas á descomponer nuestro plan! ¡Si dejas que el corazón se mezcle en él, todo está perdido!

—*¡Todo menos el honor!*—exclamó riendo y en tono de chunga la alegre joven.

(Se continuará)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

ALBINA, BLANCO DE LAÏS
PARA BLANQUEAR LA TEZ
y hacer desaparecer las manchas y granitos del rostro
PREPARADO POR
DESNOUS, Perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS
En todas Farmacias. Perfumerías, Bazares.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA
de
E. COUDRAY
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGIA
R. MOLINAS. Cortes, 365 á 371

el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg
Recetado hace 40 años
EN EL MUNDO ENTERO
contra las enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquíticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas, etc. El ACEITE de BACALAO de HOGG es el más abundante en materia de *bases activas*.
Se vende solamente en frascos triangulares.
PARIS, HOGG
2, Rue de Castiglione, 2
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma*: J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no daran el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía. —
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS
El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Hígado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con que se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.
Cura la TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.
El precio es muy moderado.
Lo venden las farmacias y droguerías
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª—BARCELONA

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

LA MÁSCARA DE BRONCE
por CARLOS MENDOZA
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
Suscripción permanente
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS
de España y América del Sur

Píldoras Catárticas
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
LA MEJOR
Medicina de Familia.
El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las preseriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADAS POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LA CHARMERESSE
Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion *absolutamente nueva* bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la CHARMERESSE CONCENTRÉE y solidificada, en estuche, muy adherente. ! Gran novedad ! DUSSER, Inventor, *Rue J.-J.-Rousseau, n° 1, Paris.* (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias Pasqual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc., *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 15 de febrero de 1890 | Núm. 372

ANTES DE CENAR (cuadro de Toulmonche)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*El amor y la amistad* (continuación), por Teodoro Guerrero.—*Los Comuneros bajo Felipe II*, por Carlos Mendoza.—*Novelistas contemporáneos* (continuación), por Rafael Altamira.—*Esfuerzos ineficaces*, por A. Sánchez Pérez.—*Cante y baile flamenco*, por Vicente Moreno de la Tejera.—*La bandera* (poesía), por Eduardo Villegas.—*Nuestros grabados*.—*Á Tula* (poesía), por José M.ª de la Torre.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: Antes de cenar.—S. A. D. Antonio de Orleans, duque de Montpensier.—*Bellas Artes*. El arte español: Chula. High life. Guardia civil. Campesina.—Francia: La lección de música.—Estados Unidos: Washington Allston.—Polichinela en el convento.—Modas.

MADRID

Los grandes de España.—El duque de Montpensier
Blanco y negro

La muerte parece que se ha complacido, durante la pasada semana, en desgarrar las hojas de la *Guía de Forasteros* que publican la lista oficial de la aristocracia española. Cuatro grandes de España había á su vez de cuerpo presente en Madrid, y no hay, á la fecha, casi ningún blasón nobiliario sin crespones de duelo, ni ningún florón de corona del que no pendan fúnebres gasas.

El *grande de España* ha perdido ya la significación de poderío y de esplendidez que tuvo en otras épocas, y hoy, para distinguirse, tiene que salir del estrecho círculo de sus prestigios históricos para tomar parte activa en las luchas de la vida moderna, imitando en esto á la aristocracia inglesa, que ha seguido á su tiempo, como vulgarmente se dice, para conservar sus prestigios.

Bien claro se ha visto esto en la ocasión presente. Los cuatro grandes de España que fallecieron con pocas horas de diferencia pertenecían todos á las más ilustres casas de la nobleza española; y sus ducados de Nájera y de Montezuma, sus condados de Toreno y de Puñoenrostro, estaban fundados en preclaros hechos de la historia patria.

Y, sin embargo, ¡qué diferente impresión ha causado su muerte! El duque de Nájera era un anciano venerable que pertenecía á la ilustre familia de los condes de Oñate. Su histórica casa de la calle Mayor se conserva todavía como en los tiempos en que los primogénitos de ella eran Correo Mayor, y casi igual que cuando asesinaron á sus puertas al novelesco conde de Villamediana ó que cuando, para solemnizar la festividad del *Corpus*, exponían frente á ella sus cuadros los pintores de la corte de Felipe IV. Todavía, cuando llega ese día memorable, y la procesión, siguiendo la tradición, pasa por la antigua calle de los mercaderes de seda y de los plateros, los Oñates cuelgan de los balcones de su palacio los magníficos tapices amarillos en que campean los escudos de sus antepasados.

Ni un solo hueco de tienda se ha abierto en aquella fachada á pesar del gran desarrollo que el comercio ha tomado por esa parte de Madrid y de lo que ha ganado el terreno haciendo subir el precio de los alquileres. Los Oñates han desdeñado estas ganancias y han conservado su mansión solariega como cuando desde sus balcones se veía la puerta famosa de Guadalajara, y, alejados de toda actividad, han vivido en ella sin querer escuchar el silbato del tranvía que pasaba por delante de sus puertas.

Pues bien: el duque de Nájera, el segundo de la casa, ha muerto sin despertar más manifestaciones de duelo que una noticia de dos líneas en los periódicos, al mismo tiempo que los Cuerpos Colegisladores, el Ayuntamiento de Madrid, las academias, los políticos y todas las clases sociales, rindieron homenaje á otro grande de España que vivió como los hombres de la clase media que tienen que ganarse una posición: al conde de Toreno, que había unido á los cargos de presidente del Congreso y de ministro de la Corona los de alcalde y concejal de la coronada villa.

Esto prueba que para obtener popularidad ya no se puede ser grande de España, al estilo que lo era aquel duque de Osuna que despilfarró en la corte de Rusia su pingüe fortuna. Un plebeyo que después obtuvo la grandeza, don José Salamanca, ha dejado más renombre que los que ahora van á ocupar su puesto en los panteones sobre los que se destacan de rodillas en actitud de orar, ó tendidas para dar idea del reposo eterno, las estatuas de aquellos de sus antepasados que hicieron caracolear sus corceles de guerra por las vegas de Granada ganadas al moro, ó que levantaron sus pendones en las revueltas luchas de los tiempos de los Enriques.

Una gran parte de la aristocracia española ha seguido el movimiento del progreso. No hace mucho Barcelona rindió homenaje á la ilustre dama que se presentó como expositora en el certamen universal y que á los heredados timbres de los Medinaceli y Santisteban, que ennoblecieron el apellido de Fernández de Córdova, ha unido las medallas ganadas en las Exposiciones con los productos de sus salinas y de sus fábricas de resina. Los Cervellón, memorables en Cataluña y Valencia; los Alba, de preclaro linaje unido á los Stuardos de Inglaterra; los Alvarez de Toledo y los Carvajales; los Abrantes, los Tamanes y los Baenas; figuran en el partido liberal, reconociendo la jefatura de un ingeniero plebeyo como el Sr. Sagasta; del mismo modo que los afiliados al partido conservador reconocen la jefatura de un abogado sin escudo ni manteles de azur ó plata: del Sr. Cánovas del Castillo.

***

La muerte del duque de Montpensier ha venido á aumentar el número de las necrologías del Nobiliario. Bethencourt tendrá que publicar sus *Anales de la Nobleza* correspondientes al presente año con orla negra.

El cadáver del que aspiró á la corona de España acaba de pasar por delante del alcázar en que no pudo entrar como rey, para ir á dormir en el panteón de infantes del Escorial el sueño eterno.

El panteón de infantes se abre al lado del panteón de los reyes. El duque de Montpensier cumple en la muerte como ha cumplido en vida el destino de los Orleans: tener cerca la corona sin poder conseguirla.

No imaginó Shakespeare para su *Hamlet* y para su rey *Lear* tormentos mayores á los que sufren esos príncipes de la rama segunda de los Borbones, corriendo siempre tras una corona que se les escapa cuando la creen tener más cerca, y que pasan su vida conspirando contra los suyos ó viviendo en el destierro.

Yo recuerdo un retrato del duque de Montpensier cuando vino á España á casarse con la infanta D.ª Luisa Fernanda, hermana de Isabel II. Era un apuesto joven, de veintidós años, de alta estatura, de cabellos rubios, de varonil semblante, tostado por el sol de Africa, donde había hecho sus primeras campañas.

La figura de este retrato, que lucía un brillante uniforme militar, se ha unido en mi memoria, al saber la noticia del duque, con la impresión que me causó la última vez que le vi. Fué hace poco tiempo y en el Teatro de la Opera. Ocupaba en el palco regio un lugar de segundo término. Su semblante, surcado por grandes arrugas, revelaba las huellas de grandes sufrimientos; y su cabeza, cubierta de canas, se inclinaba pesadamente sobre el cuello, como si no pudiera soportar la pesadumbre. Era un hombre que representaba muchos más años de los que tenía, y miraba con indiferencia el brillante espectáculo como quien ha perdido hace mucho tiempo la costumbre de animar sus labios con la sonrisa y sus ojos con las miradas que revelan gratas emociones.

Estas son las consecuencias de correr en la vida tras lo imposible. El duque de Montpensier recibió de la naturaleza las condiciones para ser uno de los mortales más dichosos si se hubiera contentado con vivir alejado de los tronos y de las coronas. Era un hombre con todas las aptitudes del burgués, buen administrador, trabajador infatigable, labrador inteligente y con el amor á la economía y al ahorro que producen los grandes capitales.

Las tierras que adquiría las trasformaba en seguida su inteligente actividad, haciéndolas producir valiosos frutos. Sus naranjales, sus viñedos, sus olivos, eran de lo mejor de Andalucía; pero no se contentaba con que la flor de azahar, precursora del dorado fruto, y el grano de ámbar que lleva en su seno el germen del licor restaurador de las fuerzas, creciesen con abundancia en sus campos. El palacio de San Telmo, con sus sonrientes bellezas artísticas, sus frondosos jardines de orillas del Guadalquivir que renovaban todas las primaveras sus encantos, no tenían para él los atractivos que este canoso palacio de Madrid, de fría y triste piedra, y que los polvorientos jardines del Campo del Moro, por cuyo lado pasa raquítico y sucio el pobre Manzanares.

Una revolución pareció acercarle al logro de sus deseos y no hizo más que alejar sus sueños.

Cuando, ya que él no había visto realizadas sus esperanzas, las veía en parte cumplidas contemplando á su hermosa hija, la encantadora reina Mercedes, en aquel solio por él ambicionado, la muerte cruel é implacable destruyó una vez más sus ilusiones, llevando á la tumba en todo el esplendor de la juventud y de la belleza á aquella reina casi niña, que vivió en el trono lo que la rosa en los jardines, según la melancólica expresión del poeta; el espacio de una mañana.

Al son de la marcha de infantes ha sido conducido su cadáver al monasterio del Escorial.

¡La marcha de infantes fué el mayor tormento de la vida del que anheló siempre escuchar los acordes de la marcha real y no los oyó sino sonando para otros!

***

El Círculo de Bellas Artes de Madrid celebra estos días una interesante exposición de Blanco y Negro, esto es, de la obra artística producida por la línea y el claro oscuro sin el auxilio brillante del color.

El Círculo de Bellas Artes es un hogar de artistas digno heredero de las gloriosas tradiciones del *Liceo*. Comenzó por una tertulia de amigos que se reunían para pasar en grato solaz las veladas de invierno después de haber consagrado el día al trabajo, y poco á poco ha ido ensanchando su esfera hasta establecer un cómodo local donde se reunen los maestros y los discípulos, los veteranos del arte de la pintura y los jóvenes que comienzan á coger con entusiasmo los pinceles y la paleta.

Para inaugurar su nueva casa celebran esta Exposición, que establece en España una costumbre arraigada en Francia, en Inglaterra y en Alemania, y que ya se inició en Barcelona.

El ensayo ha sido brillante: más de ciento veinte dibujos y aguas fuertes figuran en él, y al pie de esas obras se leen los nombres de artistas reputadísimos y de jóvenes que hacen concebir grandes esperanzas.

Nuestros pintores son por regla general mejores coloristas que dibujantes: les gusta la audacia que esparce notas brillantes en un lienzo, y son poco aficionados al trabajo y la perseverancia que exige la línea para copiar concienzudamente el natural. Por eso estas exposiciones del dibujo han de ejercer una benéfica influencia en un arte en el cual tanto se ha distinguido siempre España.

En la última Exposición de París sufrimos un gran desencanto al comparar nuestras obras pictóricas con las de los artistas de las demás naciones, y tuvimos que reconocer que, aparte algunas excepciones, nos hemos encastillado en un romanticismo que no está conforme con los adelantos del progreso.

Digitized by Google

El arte es principalmente genio, pero hay que hermanarlo con el pensamiento. No basta con deslumbrar con un cuadro: es preciso hacer sentir y pensar. En el dibujo, en la línea, en el claro oscuro, en la perfección de lo blanco y lo negro, está el secreto del adelanto.

El Círculo de Bellas Artes lo ha comprendido así, y su exposición de hoy tiene mucha más importancia que la que celebró la primavera pasada en el palacio de cristal del Retiro.

Numeroso público acude todas las noches á admirar los dibujos, las marinas, las figuras, las escenas de la vida real que sirven de asunto á los dibujos y los grabados; y de lo blanco y lo negro resulta para el arte una exposición que une al color rosado de la ilusión los tonos animados del color de la esperanza que hace pensar en un buen porvenir para nuestras artes.

KASABAL

EL AMOR Y LA AMISTAD

(CONTINUACIÓN)

VIII

Elvira se sorprendió de que, al volver del funeral de Cayetano, Gregorio no hubiese entrado á verla. Atribuyólo al principio á un exceso de sentimiento que le había obligado á buscar la soledad; pero su inquietud fué creciendo: abrigaba cierto recelo que se explica bien por su estado moral, y se dirigió á la alcoba de su marido.

El mayor silencio reinaba en la habitación. Llamó, pero no le contestaron; y comprendiendo que dormía, se retiró á su cuarto, lanzando un suspiro lastimero: era la primera vez que Gregorio prescindía de ella. Elvira no durmió, y entonces pudo comprender todo lo que amaba á su marido.

A las seis de la mañana volvió á la alcoba de Gregorio y miró por el ojo de la llave.

Envuelto en la bata estaba el joven sentado en un sillón, con los codos apoyados en la mesa y las manos en las mejillas. El corazón de Elvira palpitaba con violencia: había algo en ella que le hacía presentir una desgracia.

Decidióse á llamar, y, apenas sus dedos tocaron en la puerta, Gregorio se puso en pie como si aquel golpe hubiera hecho vibrar todos sus nervios, lanzó un gemido sordo, y, pasándose la mano por la frente, se dirigió con paso firme á la puerta y la abrió.

Estremecióse Elvira al ver la palidez mortal de su rostro, con acento de profunda tristeza se adelantó, y, cogiendo á Gregorio una mano, le preguntó:

—¿Sufres y huyes de mí?

El le señaló un sillón y con tono de imperio le dijo:

—Siéntate.

Elvira obedeció sin replicar, pero aquella sola palabra le explicó la situación de su marido. No había en los ojos de éste ni cólera ni dolor, sino, por el contrario, cierta vaguedad indefinible que ella interpretó perfectamente. Así, permaneciendo inmóvil, siguió con la vista sus menores movimientos, revelando una ansiedad que era un tormento.

Sentóse Gregorio delante de la mesa, escribió una carta, la cerró, le puso el sobre, y, dando un golpe en el timbre, dijo al criado, que acudió en seguida, que llevara la carta al instante á casa de la madre de Elvira.

La joven se estremeció: la calma que su marido demostraba en todo lo que hacía probaba una determinación irrevocable; pero no se atrevió á romper el silencio para pedirle cuentas de su conducta.

Gregorio se echó para atrás los cabellos, queriendo acaso con esa acción comprimirse la frente sin que su mujer lo notara. Después colocó un sillón delante de ella, y, cruzando los brazos, le dijo, mirándola con fijeza:

—Cuando te conocí me prendé de tu hermosura, pero sabes que evité tu trato porque nunca me pagué del exterior. El destino me llevó á tu casa, y entonces me prendé de tu alma. Temí todavía engañarme, y un hombre, mi único amigo, completó la obra. A no haber mediado Cayetano, no me hubiera casado contigo.

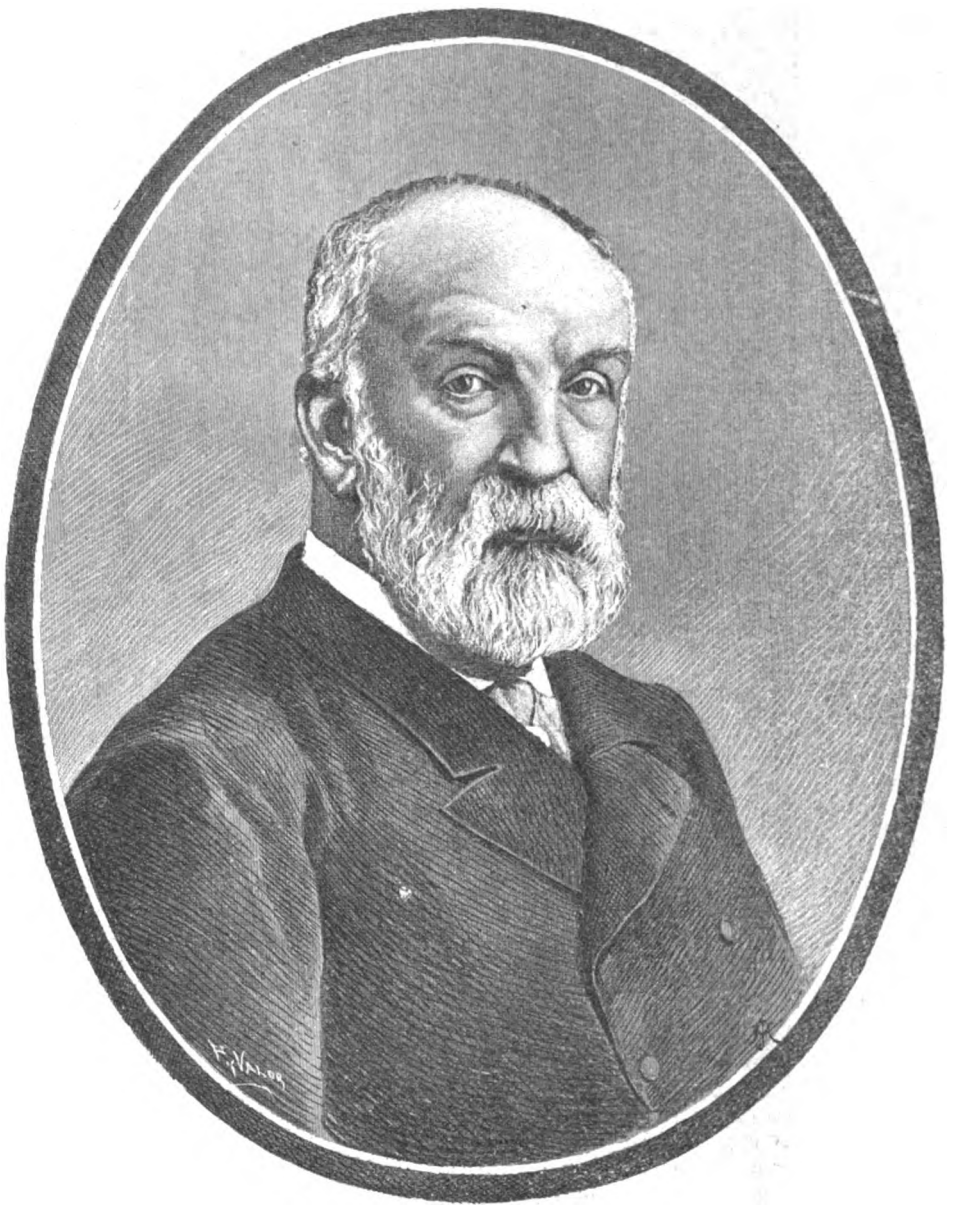
Al nombre de Cayetano la joven palideció; pero Gregorio, sin hacerle ver que lo había notado, continuó en el mismo tono:

—Ese hombre, que ejercía sobre mí un dominio grande, por cuanto le había abierto mi corazón, labró en él el afecto que te profesé y que tomó inmensas proporciones. Mi vida entera te ha pertenecido: ahora que ha muerto tengo que reconcentrar en ti todo mi cariño y quiero preguntarte si eres digna de que te lo consagre.

La joven alzó la cabeza, y, aunque quiso contestar, no pudo, pues las palabras se le atravesaban en la garganta. Gregorio, sin alterarse, añadió:

TEODORO GUERRERO

(Se continuará)



S. A. D. ANTONIO DE ORLEANS, DUQUE DE MONTPENSIER

(Dibujo de P. y Valor)

LOS COMUNEROS BAJO FELIPE II

España bajo Carlos V, Felipe II y Felipe III, por Leopoldo Ranke

No ha habido quizás monarca alguno, en ningún país ni tiempo, juzgado tan diversamente como Felipe II, y, sin embargo, pocos han dejado á la posteridad mayor cantidad de testimonios con que poder ser objeto de imparcial estudio. Ninguna autoridad tenemos para emitir una opinión sobre su reinado; pero, apoyados en irrecusables datos, intentaremos demostrar que no debió de ser tan *absolutista*, ó si se quiere tan fanático é intransigente como todo eso el rey que por largos años tuvo en sus consejos á señalados comuneros, y aun se verá, tal vez, que algunos desaciertos de que se le suele acusar fueron motivados precisamente por aquel partido.

Entre las trascendentales diferencias que distinguen el gobierno de Felipe II del de su padre resalta en primer lugar, para nuestro objeto, el hecho de quedar reconocida Castilla como cabeza de todos los Estados de la monarquía hispana, y ser castellano, exclusivamente castellano, el Consejo de Estado, formado precisamente por los mismos personajes que habían constituído su corte de príncipe: el duque de Alba, D. Antonio de Toledo, Ruy Gómez de Silva, el duque de Feria; á los cuales fueron agregados después el duque de Francavilla y D. Manrique de Lara, sin que veamos figurar en él ni á Octavio Farnesio, ni á Egmont, ni á Manuel de Saboya, ni á Ferrante Gonzaga, y solamente en circunstancias especiales á Granvela el joven. «El rey,—decía el embajador Michele Soriano, —no estima sino á los españoles: aconséjase, delibera y gobierna con ellos.»

No hay que creer, sin embargo, que, á pesar

Digitized by Google

HIGH LIFE (cuadro al óleo, de Llovera)

Digitized by Google

CAMPESINA (acuarela, de Sorolla)

Digitized by Google

de su preponderancia, estuviesen estrechamente unidos aquellos ministros castellanos. Había dos partidos en la corte que se hacían cruda guerra: el que tenía por jefe al príncipe de Eboli y el que acaudillaba el gran duque de Alba. Ahora bien: el partido del duque de Alba representaba lo que llamaríamos hoy el elemento democrático ó liberal, por extraño que pueda parecer esto. No se ocultaba el duque de manifestar sus simpatías por las libertades aragonesas, y era bien manifiesta su oposición á pensar en ninguna conquista respecto á Portugal. Lo que hay es que era, ante todo, un soldado, y obedecía sin permitirse la más ligera observación, aun cuando lo que se le mandaba chocase con sus personales sentimientos.

destable de Castilla Velasco, realista ardiente, mientras la casa de Alba, su rival, vese á punto de dar en tierra. «En los pueblos hay opiniones, enojos y enemistades,» dicen en su petición XLVIII los procuradores á Cortes en las de 1558; y Cabrera no disimula que en Sevilla, Jerez, Trujillo y Plasencia subsisten los antiguos partidos, felicitando á Felipe II por haber sabido contener la explosión de sus odios.

Desde la vuelta del duque de Alba de sus campañas de Flandes no es dudosa ya la inclinación del rey: los descendientes de los jefes comuneros de Toledo y Madrid, esto es, un Ayala, conde de Fuensalida, y un Zapata, conde de Barajas, están ahora en candelero, de la misma manera que lo están Cabrera, el conde

tico y defensor de la supremacía absoluta del Poder Real sobre todos los demás acabara por ampararse en la constitución aragonesa; pero á muchos cambios políticos obliga la necesidad ó lleva el resentimiento.

El partido comunero, de cada vez más afianzado en el poder, abusó, á la verdad, de su valimiento; y tanto sería así que el marqués de los Vélez no encontró mejor manera de huir de sus venganzas que escapando, ó poco menos, al Perú. «Te aprietan,—le escribía á Antonio Pérez *(Relación XII)* en 1579,—aun no poseyendo el favor del rey, y cuando lo poseen te arrebatan la vida y el honor.»

A este mismo partido comunero, ó sustituyente del que se llamó así, pertenece el célebre Mateo Vázquez, el terrible perseguidor del desdichado ex favorito. Apoyábanle el conde de Barajas y fray Diego de Chaves, y siempre le había hecho atrocísima guerra al brillante secretario y atrevido familiar de Felipe.

LA LECCIÓN DE MÚSICA (cuadro de Watteau)

Ya desde entonces veremos en el poder á los descendientes de los antiguos comuneros. La política de Felipe II cambia enteramente de carácter. A las pacíficas tendencias de los primeros veinte años, á aquellos esfuerzos para evitar á todo trance la guerra, sucede una política belicosa. Ya en el citado primer período, si se decidió la represión de los desórdenes de Flandes por la fuerza de las armas, fué inclinándose al parecer del partido antiaristocrático, representado por el duque de Alba y en contra de la opinión del Príncipe de Eboli. Nada, desde 1556 á 1578, que sea concebir planes de monarquía universal, ni de guerras con Inglaterra, ni de incorporaciones de Francia á los Estados españoles. En cambio desde la caída del partido realista ó aristocrático adquiere la política de Felipe II el carácter por el cual le atacan precisamente sus adversarios de hoy. *Comuneros* son los que le impulsan *á acabar con las libertades aragonesas*, como suele decirse con más aplomo que exactitud, pues en medio de todo Aragón conservó todavía sus libertades en gran parte, y en pleno reinado de Felipe III podía el P. Mariana citar aún sus Cortes como dechado de entereza en comparación de lo que eran las deshonradas de Castilla, granjería de desalmados codiciosos al llegar los desastrados tiempos de Felipe IV.

La división á que nos referimos tenía, sin embargo, orígenes más antiguos que la guerra de las Comunidades: puede decirse que los comuneros del tiempo de Carlos V eran los *fernandistas,* y los nobles los *realistas de Felipe I,* de cuando las disensiones entre suegro y yerno al advenimiento de D.ª Juana *la Loca*. En aquella ocasión el pueblo, las ciudades y parte de la nobleza se habían colocado de parte del ilustre viudo de Isabel, mientras la mayoría de la aristocracia se declaraba por el rey austro-borgoñón. La composición de los bandos no se alteró esencialmente durante la insurrección comunera, y siguió subsistiendo á pesar de Villalar. Aun en tiempo de Carlos V, había entre sus mismos consejeros quienes favorecían á un bando y quienes á otro: Xievres estaba por los nobles; Gattinara por los comuneros. En 1525, esto es, cuatro años después del suplicio de los jefes de las Comunidades, ensangrentábase Toledo cada día con las disensiones de los Ayalas y los Silvas, ó sea de los comuneros y los realistas. Verdad es que Carlos V tuvo habilidad bastante para reducirlos á todos á su servicio; pero no quedaron extirpadas por eso las raíces, y el dualismo retoñó en ocasión propicia.

Durante los primeros veinte años del reinado de Felipe II llevan la ventaja los realistas: todas las atenciones del rey son para el Conde de Chinchón, Almazán y otros de idéntico linaje. El conde de Khevenhiller, embajador del emperador Fernando, refiere en sus *Anales* (tomo XLI) que el almirante de Castilla le escribía, en 1578, quejándose de que el Gobierno de S. M. C. no fuese un Gobierno de justicia, sino de venganza, y de que «los hijos de aquellos que en la guerra de los comuneros se habían sublevado contra el rey Carlos y la nobleza, llevasen actualmente el timón de los negocios y que su único deseo fuese vengarse de los adversarios.»

Y ciertamente que los nuevos consejeros (Fuensalida era mayordomo mayor del rey y Barajas de la reina) perseguían que era un desconsuelo á los *ebolistas*, ó dígase á los representantes de los antiguos defensores del Poder Real: tanto los perseguían, que no reconoció otro origen la desgracia de Antonio Pérez y de la princesa de Eboli (muerto ya Ruy Gómez de Silva y sustituído en la jefatura por el marqués de los Vélez) que la inquina de los Zapatas, enemigos mortales de la casa de Mendoza, á cuya familia pertenecía D.ª Ana, y de la de Coello, de cuya estirpe era la esposa del famoso secretario. «A la verdad,—dice éste en su *Memorial* (pág. 217),—*algunos ministros* de las persecuciones destas personas eran descendientes de los comuneros.» No deja de ser curioso que el inteligentísimo corifeo del partido aristocrá-

Ya desde entonces veremos en el poder á los descendientes de los antiguos comuneros. La política de Felipe II cambia enteramente de carácter. A las pacíficas tendencias de los primeros veinte años, á aquellos esfuerzos para evitar á todo trance la guerra, sucede una política belicosa. Ya en el citado primer período, si se decidió la represión de los desórdenes de Flandes por la fuerza de las armas, fué inclinándose al parecer del partido antiaristocrático, representado por el duque de Alba y en contra de la opinión del Príncipe de Eboli. Nada, desde 1556 á 1578, que sea concebir planes de monarquía universal, ni de guerras con Inglaterra, ni de incorporaciones de Francia á los Estados españoles. En cambio desde la caída del partido realista ó aristocrático adquiere la política de Felipe II el carácter por el cual le atacan precisamente sus adversarios de hoy. *Comuneros* son los que le impulsan *á acabar con las libertades aragonesas*, como suele decirse con más aplomo que exactitud, pues en medio de todo Aragón conservó todavía sus libertades en gran parte, y en pleno reinado de Felipe III podía el P. Mariana citar aún sus Cortes como dechado de entereza en comparación de lo que eran las deshonradas de Castilla, granjería de desalmados codiciosos al llegar los desastrados tiempos de Felipe IV.

En cambio de la decadencia que podría lamentarse en la importancia de la nobleza bajo la nueva política de Felipe, cabe decir que nunca prosperó tanto el respeto á la magistratura y la confianza que en ella se tenía. El más desvalido plebeyo podía defenderse de su poderoso opresor con decirle:—Apelaré al rey.

No queremos significar, con las observaciones anteriormente expuestas, que el advenimiento de los descendientes de los comuneros al poder hubiese sido la realización de todo el programa de la *Santa Junta* y de los discursos de los oradores de Villabrájima, pero sí de parte de sus pretensiones de antaño, algunas de las cuales había, sin embargo, satisfecho Felipe II por voluntad propia, verbigracia en lo de no ausentarse de estos reinos, en lo de no dar oficios ni cargos á los extranjeros y en lo de no vender los empleos. La novedad se conoció, sobre todo, en el papel desairado que se obligó á desempeñar á la nobleza, harto preterida ya por Carlos V, y más especialmente en la distinta política exterior, resultante, por más que quiera decirse, de las aspiraciones nacionales y no solamente de las particulares miras del rey. El país conocía que necesitaba de guerras para no rendirse al peso de su pobreza. Cierto que con

Digitized by Google

ello se empobreció todavía más, pero la opinión nacional (la de los hidalgos, de los labradores y de las ciudades) no veía más recurso contra la pobreza natural de estos reinos que en aquellas aventuras belicosas que tanto dinero proporcionaran en las guerras de Italia y Flandes.

Reconozcamos que no toda la iniciativa pertenecía al monarca, y que Castilla se imponía de buena gana los más desesperados sacrificios en aras del delirio de la monarquía universal ó de la adquisición de Francia. Más diremos, y es que quizás en punto á intolerancia religiosa le ganaba el pueblo al rey. La expresión resultará, sin duda, exagerada como soltada por un protestante; pero en el fondo no carecería de exactitud al escribirle Challoner á Isabel de Inglaterra: «España, fuente de orgullo en un valle de miseria.»

De que el país no andaba muy sobrado de dinero dan fe las novelas del *Lazarillo, Guzmán de Alfarache, Marcos de Obregón* y las *Ejemplares* de Cervantes, en las cuales se habla con admiración de los *polastri* que se comían en Italia. Demás de esto, hallábase el mísero labrador agarrotado (de igual manera que hoy) por el dogal terrible de la usura, y volvía sus ojos á la guerra como en nuestros días los vuelve á la emigración. Y entiéndase que no creemos decir nada nuevo, pues ya hizo hincapié en esta misma pobreza un historiador quizás *moins lu que célébré*. Podrá ser desconsoladora la apreciación, pero por desgracia es cierta, y con ello tenemos la clave de por qué el país secundaba perfectamente las miras belicosas del rey, y de porqué, imperando el partido popular (bien que sólo hasta el punto que podía imperar algún partido bajo aquel rey de acero), se inclinaba mejor á los temperamentos guerreros que no cuando habían gobernado los opulentísimos próceres, poseedores de incalculables rentas.

Aparte de esto, era innegable que, enteramente al revés de lo que sucede hoy, el pueblo se aristocratizaba, en vez de democratizarse la aristocracia.— Soy tanto como el rey, menos los dineros,—podía decir cualquiera; y estimaba tanto su honor el triste remendón, y le era estimado, como el duque de Osuna. Prácticamente las comunidades habían conseguido su objeto: la humillación de la aristocracia, el encumbramiento del pueblo; y esto se ve muy bien en el reinado de Felipe II (y no se verá en el de Felipe III ni en el de Felipe IV), en el cual los humildes secretarios plebeyos de que echa mano ocupan el lugar preeminente con mengua de la grandeza.

Atrevida puede parecer la proposición, pero no es ningún absurdo sostener que si durante Felipe II no hubo monarquía democrática, gozó del principal favor la democracia monárquica.

Tal es lo que nos proponíamos decir en este artículo, creídos de que no es lícito establecer una radical separación entre los reyes y los pueblos, á lo menos siglos atrás, desde el momento que vemos á los pueblos secundar las miras de los monarcas. En caso de disensiones estalla una insurrección, como la de los castellanos contra Alfonso X ó contra Enrique IV, como la de los catalanes contra D. Juan II, como la de las Germanías contra Carlos V. Nada de eso vemos en cuanto á Felipe II: España le seguía ciegamente en todo, desde Vizcaya á Cataluña, desde Galicia á Valencia. Las mismas alteraciones de Aragón tuvieron mucha menor importancia de lo que se ha dicho y no fueron en realidad de verdad resultado de un movimiento popular, sin que sea esto hacerles ningún favor á los que se retrajeron. El rey y el pueblo estaban estrechamente unidos, y lo estuvieron más aún cuando, caído para no levantarse más el partido de Eboli, ocuparon los Consejos los descendientes de los Comuneros y se resucitó la política de Fernando *el Católico*, no menos unido al pueblo que su biznieto, tan parecido á él por no pocos conceptos y puede decirse que su verdadero modelo en muchas cosas.

CARLOS MENDOZA

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

(CONTINUACIÓN)

Tolstoï está siempre presente en sus obras; pero no indiscretamente, á la manera de los novelistas cursis que han de meter su cucharada con apreciaciones personales que á nadie importan, ni al asunto tratado. Nace esta *asistencia impersonal* á la acción de la novela, más que de una real inhibición, del modo *objetivo* como se produce, hasta convertirse el autor en un personaje de la fábula, estrechamente ligado á ella y sin influir subjetivamente sobre los demás. De modo que, limitándose el subjetivismo á intervenir en la acción como un elemento absolutamente igual á los otros en importancia, y renunciando al papel de Providencia ó *Deus ex machina*, la novela no pierde nada de su objetividad, pero gana en idea, en interés y en calor de emoción.

WASHINGTON ALLSTON, PINTOR NORTEAMERICANO

Conviene no tomar esta última frase en un sentido demasiado riguroso. No habla Tolstoï, cuando es el *Sevine* de *Ana Karenine* ó el *Pedro* de *La guerra y la paz*, con la pasión del sectario ni con el dogmatismo de un profesor de universidad española. El modo dulce y considerado, caritativo y conciliador, de mirar las cosas de la vida, á que ha llevado al autor su religión altamente humana, de un misticismo nada menos que despreciador de lo terreno, le ha servido mucho para la narración sincera, exacta, absolutamente desapasionada de los hechos (1), que campea en sus libros. Y, en fin, digámoslo de una vez, el valor personal de *Sevine* y de *Pedro*, su alteza ideal, la gravedad y trascendencia de sus pensamientos y de sus problemas de vida (que lejos de ser *abstractos* son perfectamente reales), dan á toda la obra un interés que ninguna otra supera.

Es la sociedad rusa, desde el punto de vista de la historia de las ideas, de una importancia extraordinaria para todo hombre culto. Hállanse las altas clases en un período de crisis intelectual análogo al de las naciones de Occidente; más análogo, podría decirse, al del siglo XVIII, si no mediara un elemento nuevo, muy poderoso ya en Rusia: la ciencia moderna. En las clases bajas, el problema religioso y el social son perennes: el primero no ha salido del período de elaboración y de pequeñas iglesias, interesante como ninguno; y el segundo plantéase en los términos más elementales y propicios á un curioso estudio de economía, sin la contra de la complejidad extrema que en Occidente tiene esta rama de cuestiones.

Ambos se reflejan en los libros de Tolstoï, no traídos abstractamente, sino porque de hecho están en la masa del pueblo; y en este reflejar de la vida de las ideas estriban la novedad de Tolstoï, la razón de la importancia que en su obra tiene el pueblo y su superioridad (en cierto modo) sobre Zola.

Los personajes de Zola, por lo general, no se preocupan sino de la lucha externa de la vida, de los cuidados que la gente llama materiales, y á lo sumo de los ideales de cuantía menor. Para ellos no hay problema religioso, ni social, ni de educación, ni político: sólo les preocupa el económico, en el más vulgar concepto, y el amoroso. No quiere esto decir sino que Zola [salvo alguna excepción (1)] ha escogido sus personajes en la esfera de cultura ajena á estas cuestiones. Y adviértase que no es esto exigir la posesión de un título académico ó largos estudios para entrar en la categoría de las personas que se preocupan de tales problemas. El interesarse en ellos no es siempre producto de una reflexión científica, sino de la natural reflexión que lleva á los pueblos á representarse el sentimiento de sus necesidades en forma de interrogante ideal.

Descuella entre los *relatos* de costumbres de Sacher-Masoch el que se titula *La Madre de Dios*, trágica historia de uno de esos fanatismos puramente religiosos, tan frecuentes en el pueblo ruso; verdadero drama de Echegaray, tanto más terrible cuanto más sencillo, pero que en medio del horror que inspira á los sentimientos, más que á la falta de cierta experiencia análoga, en los lectores de Occidente, se mezcla una sensación extraña, como la del sublime de las grandes tempestades, en que el terror va junto á la íntima é inefable penetración de la superior fuerza que en el hecho se esconde, siempre más atractiva que la plácida tranquilidad de la inercia.

No por el camino de lo trágico, sino por el del misticismo suave y amoroso, los lectores de estas tierras de Occidente, tocados de cierto indiferentismo temporal y falso (porque no pasa de la superficie), han de sentirse movidos extrañamente y con simpatía inexplicable al leer las novelas de Tolstoï.

Háblase allí de cosas y aspectos de la vida tácitamente relegados aquí á segundo término, por miedo, tal vez, de la crisis que llevan consigo, y más relegados aún en la literatura, donde los que suelen traerlos es de modo tal (hablo por España) que más valiera el silencio. Y tiene tal encanto y tal novedad, lo mismo para los creyentes fríos ó vagantes que para los descreídos de todo culto histórico, este llamamiento real á los problemas siempre puestos en el fondo de la conciencia humana, que promueve en seguida esa difícil y hermosa colaboración (el mejor título de gloria para los autores) con que el pensamiento crítico del que lee sigue y comenta el pensamiento declarado del que escribe.

(1) Hago excepción de la tesis histórica sobre la invasión francesa, que ocupa al autor en muchas páginas de *La guerra y la paz*.

(1) El nihilista de *Germinal*, por ejemplo.

Digitized by Google

POLICHINELA EN EL CO

Digitized by Google

VENTO (cuadro de De Blaas)

Digitized by Google

El efecto es todavía mayor, porque el modo de poner los problemas Tolstoï no es el dramático y acre de algunos dramas de Sardou ó de algunas novelas de Galdós, sino un modo tranquilo que no perturba; como si el problema, con ser profundamente social, se desarrollara sin salir del limbo oscuro é íntimo de la conciencia de los individuos.

Esta propiedad de reacción sobre el pensamiento de los lectores, que no es más que una *influencia* del propio pensar del autor, resulta una superioridad incuestionable de éste (ó á lo menos una gran novedad) sobre casi todos los novelistas occidentales, incluso los ingleses, que en este punto suelen ser soporíferos. Todavía alcanza otro mérito á favor suyo el problema religioso puesto en Tolstoï, y es que no pasa de una indeterminación deista en punto al dogma, manteniéndose igualmente alejado de todos los cultos históricos, y que se traduce luego en regla de conducta para la vida, acudiendo á la resolución de los conflictos de ésta en vez de perderse en subjetivismos místicos de enfermiza abstracción; resplandeciendo en ella, al lado de cierta predestinación no tan definida que se la pueda tachar de fatalista, el fondo amoroso humano que resplandece en las predicaciones de Jesús, y cuyo valor tan sinceramente ha sentido, en medio de su leyenda del cristianismo, el genio poético y apasionado de Renan.

III

El segundo problema que Tolstoï suscita en sus novelas es el llamado social. Como el religioso, surge en la acción en forma de exigencia, de pensamiento y de vida de uno de los personajes, en contacto con las circunstancias del medio en que se mueve.

A nadie puede extrañar, ni ocurre el mote, neciamente aplicado por lo común, de *tendencioso*, cuando *Sevine* (1), inspeccionando los trabajos de sus labradores, tomando parte en ellos, conversando con los grandes propietarios vecinos suyos ó con los políticos y economistas de Moscou, habla y discute de los problemas que á todos ellos preocupan porque se refieren á los elementos esenciales de su vida: el campo, la cooperación de los trabajadores, la renta de la tierra, los sistemas agrícolas, la participación del pueblo en la gobernación del Estado y las fórmulas científicas de todos estos fenómenos sociales. Lo antinatural sería que en una novela que pretende ser relación sincera y llana de la vida misma no se tomase cuenta de tales asuntos y motivos de preocupación. Como elementos del medio intelectual en que *Sevine* y otros personajes se mueven, y á la vez como expresión de los diferentes círculos sociales que integran la vida del pueblo ruso, cuya nota de conjunto pretende reflejar Tolstoï, son aquellas cuestiones (aunque el autor no tuviese particular interés en su discusión) imprescindibles en la novela. Y nótese que la palabra *discusión* da idea inexacta del modo como las cuestiones aparecen en la trama (considerando la común y errónea acepción en que se toma); porque no se pone cátedra de ellas, ni se ventilan y remueven á guisa de los *novelistas* políticos como Ayguals de Izco, ni aun con el carácter propagandista que dió Jorge Sand á las novelas de su primera época. Ni se prejuzga la conclusión ni se diserta enfadosamente: hablan de ellas los personajes de Tolstoï como *Sandoz* y sus amigos hablan de arte en *L'œuvre*.

Por raro fenómeno, el interés que Tolstoï pone en la condición y mejora de las clases rurales le lleva á un sentimiento del campo más enérgico, profundo y real que el de cualquiera de nuestros novelistas latinos. El *episodio* (¿puede llamarse así?) de la siega, en *Ana Karenine*, uno de los más hermosos y nuevos de esta obra, traduce la impresión de la vida rural con una exactitud y un ardor tan grandes, que prueban sin más que aquello está sentido y que no es un entusiasmo puramente intelectual como el de algunos que pasan aquí por adoradores de la *tierra*. Para los lectores de guante blanco, que no han medido nunca las afueras de Madrid con la suela de sus zapatitos y traducen la sierra de Guadarrama, á lo sumo, por un lugar de caza, aquel y otros pasajes de la novela resultarán incomprensibles. Pero en esto les llevan sobrada ventaja los provincianos, hijos de pueblo, primogénitos ó segundones de labrador, para quienes aquella lectura puede ser llamamiento abonado á la conciencia y paladeo de escenas que tal vez han vivido de pequeños con ánimo indiferente ó con la pesadez del trabajo que preocupa y aparta de la contemplación.

RAFAEL ALTAMIRA

(Se concluirá)

(1) *Ana Karenine.*

ESFUERZOS INEFICACES

«—Pero, mamá, ¿qué piensas hacer con ese duro?

»—¡Qué sé yo! ¡Se puede hacer tan poco con un duro!»

No há muchos días (y en ocasión muy triste por cierto) recordaba yo esas palabras que el donoso escritor *Javier Burgos* pone en boca de dos personajes en la parodia titulada *El novio de doña Inés*.

Aquella buena señora imaginada por el poeta tiene muchísima razón. Con un duro puede hacerse muy poco. Eso consideré cuando, en la ocasión á que me refiero, leí en una lista de socorros distribuídos por un periódico de Madrid: «A F. L., viuda, enferma y cuatro hijos (Sartén, 4): *cuatro pesetas.*» Si con un duro puede hacerse muy poco, calcúlese lo que podrá hacerse con cuatro pesetas; máxime, ó, mejor dicho, mínime, si quien ha de dar empleo á esos diez y seis reales es viuda, y por añadidura está enferma, y para colmo de desdichas tiene cuatro hijos. No le demos vueltas: en circunstancias tales ni eso puede llamarse, con justicia, socorro, ni sirve para maldita la cosa. Y no hay que decir de este caso que ha sido excepcional: pocos, muy pocos serán los enfermos pobres socorridos á quienes haya alcanzado mejor fortuna. Cinco pesetas á éste, una manta á ése, dos libretas á uno, media libra de chocolate á otro... y nada más. Ni era posible hacer otra cosa, ni es seguro siquiera qué las personas favorecidas hayan sido precisamente las más necesitadas. ¿Tienen la culpa de estas deficiencias los periódicos que han iniciado suscripciones para acudir en auxilio de las víctimas de la miseria? ¡Oh! No, ciertamente. Esos periodistas, inspirándose en un sentimiento humanitario, contribuyendo con su fortuna y con su inteligencia, con sus fuerzas y con su actividad, á la realización de sus nobles propósitos, han merecido bien de sus prójimos y me parecen dignos de sincero y unánime aplauso. ¿Puede, con razón, culpar nadie de esta ineficacia notoria á ese público que ha respondido con apresuramiento y con entusiasmo á la excitación de la prensa? Tampoco. El pueblo de Madrid ha dado, como la da siempre cuando á él se acude, gallarda muestra de sus instintos de filantropía. Lo malo que en todo esto ha habido es el error de creer anormal y extraordinario lo que es de todos los días y de todas las horas y de siempre: *la miseria;* la miseria, que es más horrible en la cruda estación de invierno, en la cual aumentan tanto las necesidades cuanto suelen disminuir los medios de atender á ellas.

Lo de la epidemia ha sido accidental, pasajero; y si bien es cierto que con ella se han acrecentado los horrores permanentes de la escasez y de la falta de abrigo, no lo es menos que acaso nadie habría fijado en ella su atención si no hubiera escogido entre sus víctimas á personas de posición elevada y conocidas por su riqueza.

Las defunciones numerosas de *altos personajes* pusieron, por su mayor resonancia, espanto en los espíritus. Las clases ricas bajaron entonces sus ojos hacia las clases menesterosas, y las hallaron con hambre y con frío, y sin pan y sin techo. El espectáculo era conmovedor, y se conmovieron, y se apresuraron á llevar á los sótanos y á las guardillas lo que juzgaron necesario para remediar el mal del momento presente; y se hubiera remediado, en efecto, si del momento presente hubiera sido. Miles de pesetas, miles de duros, hasta millones, han afluído de todas partes á las redacciones de los periódicos, á las juntas de barrio, á las casas de socorro. Pero ¿qué son unos cuantos millones para un mal de hoy y de ayer, de anteayer y de mañana? Se da pan un día á los hambrientos, se paga por una semana el tugurio insalubre é infecto en que vegeta una familia: está remediado el mal de un instante; pero ¿y después?

Después la epidemia decrece, la mortalidad comienza á disminuir en las clases bien acomodadas, el pánico cesa, y con el pánico cesan también las operaciones del *ejército de la caridad*, y se disuelven las juntas de barrio, y dejan de funcionar los comités de distrito, y si queda algún sobrante de lo recaudado para socorrer á los enfermos, resérvase en depósito para otra ocasión, y los pobres siguen como antes, muriéndose de hambre y de frío, aunque menos ruidosamente. Y esto sucede cuando hay instituciones como la llamada *La Hermandad del Refugio*, que tiene, según dicen, en sus arcas *veintidós millones de reales*. Y esto sucede cuando se pagan... ¡perdón! comenzaba á olvidarme de la índole de una publicación como LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA.

Pocos días después de haberse iniciado las suscripciones para socorro de enfermos pobres, leí en algunos periódicos la siguiente noticia:

«El señor marqués de Zafra, al declararse la epidemia reinante, dispuso, á pesar de no ser el rigor del invierno el tiempo mejor al efecto, comenzar las obras y desmontes para la apertura de varias calles y la construcción de dos nuevos hoteles en el barrio de su nombre.» Ese, ese es el camino. Socorramos, auxiliemos á los enfermos, procuremos por todos los medios posibles devolverles la salud, hacerles más llevaderos sus males; pero ¡por los clavos de Cristo! no nos olvidemos de los sanos, que también necesitan comer y que se convertirán en enfermos si no comen lo bastante y si carecen de abrigo. Démosles, no limosna, sino trabajo; y que esos *ejércitos de la caridad* no se licencien ni rompan filas cuando, después de una campaña laudable y gloriosa de algunas semanas, declaren los médicos que la epidemia tal ó cual ha desaparecido: perseveren en sus trabajos, continúen en pie de guerra, que entonces es quizá más necesaria su labor y pueden ser más fecundos sus trabajos.

De sobra comprendo que todo ello no bastaría; que la vida en Madrid es excesivamente cara, mejor dicho aún, absolutamente imposible para el jornalero; que los salarios y los jornales son exiguos; que la alimentación es escasa y mala, á más de ser cara: pero no era mi ánimo, ni podía serlo, exponer aquí un plan de reformas sociales. Ellas vendrán (pues ¿no han de venir?) como han venido otras cuyo advenimiento pareció imposible en épocas pasadas; vendrán, y vendrán pronto. Pero mientras esperamos su llegada, bien será que pensemos en esto de dar carácter de permanencia á esos arranques efímeros de la caridad, que por lo común producen un resultado más que sólido aparatoso, y más que verdadero ficticio. Por ahora bastaría con eso, si no se quiere que los esfuerzos de donantes más ó menos filántropos resulten casi del todo ineficaces.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

CANTE Y BAILE FLAMENCO

El espectáculo se había puesto de moda.

Tuve curiosidad por conocerlo, y una noche me decidí.

Digitized by Google

Tal vez despertara en mí el entusiasmo y me convirtiera en uno de sus admiradores.

En un café de los barrios bajos de Madrid se veía pegado un cartel que, no con caracteres de imprenta, sino con letras de mano, decía:

Cante y baile flamenco. Todas las noches á las nueve.

Y desde mucho antes de la hora anunciada hasta mucho después de media noche, era casi imposible penetrar en aquel recinto, ocupado por una concurrencia menos distinguida que numerosa.

El humo de los cigarros, el vapor del café y el hedor de vino que se desprendía del aliento de muchos parroquianos, creaban una atmósfera espesa y repugnante.

Había allí un ruido ensordecedor, una baraúnda infernal.

Los gritos de los jaleadores, las voces roncas y aguardentosas de los que se entusiasmaban con el monótono *cante*, y el acompañamiento al compás, que algunos hacían chocando los metálicos platillos contra las mesas, todo ello formaba un conjunto inarmónico y bárbaro.

Pero tal vez más que el canto entusiasmaba el baile.

En uno de los costados del café se levantaba un tablado sin adornos, desnudo...

A este tablado se subía por una escalerilla.

Aquello, más que un escenario, parecía un patíbulo.

¿Es atrevido el símil?

No importa.

Aquel tablado era el patíbulo del pudor.

Sentáronse jaleadores y guitarristas...

Pero no quiero describir al detalle el espectáculo.

Mucho taconeo, mucho movimiento de caderas y brazos, retorcimientos de cintura; algo de serpiente, con algo también de gata encelada... El descoco, la lascivia, la incitación á la lujuria, incitación asquerosa.

Espectáculo propio para adolescentes ilusos y para viejos verdes, y que, sin embargo, contemplan muchos hombres serios.

Yo recuerdo haber visto algo parecido á esto en Africa.

Sí, no lo dudéis.

He visto un baile parecido en Argel, bailado por una mujer semisalvaje.

Ese baile tiene mucho de primitivo.

Sepan sus admiradores que retrogradan.

Hombres y mujeres, que hay mujeres que á tales sitios concurren, y tocan las palmas y jalean, y hasta se entusiasman ante el descoco; hombres y mujeres, decimos, preguntaban á los camareros, que con su mandil, que fué blanco, y su paño, que ya es negro, procuraban complacer á los parroquianos:

—¿No va á salir la Fulana?

Y, poco antes de que la Fulana saliera, el estruendo era formidable.

No se encontraba silla ni banqueta vacía.

Algunos estaban de pie encima de las mesas.

Y entre éstas, en todos los huecos, en todos los rincones, casi diremos en todos los intersticios, se agrupaba la gente ó asomaba una cabeza.

Por fin salió la Fulana. Era joven y hermosa. ¡Desdichada! No tenía conciencia de su degradación.

Su presencia fué acogida por una salva de aplausos.

Y también por una granizada de requiebros, en su mayoría soeces.

Ella sonrió satisfecha.

El impudor también tiene su orgullo.

En seguida comenzó á bailar.

Pero ¡qué modo de bailar!

¡Qué contorsiones, qué pataleo, qué manera de retorcerse!

Aquello no era bailar: era hacer ejercicios de dislocación.

Ella parecía tener dislocados los brazos y la cintura.

Y los que aplaudían y se entusiasmaban debían tener dislocado en el cerebro el sentido común.

La bayadera no languidecía ni se fatigaba.

Y cada vez con nuevas y más difíciles contorsiones, con más retorcimientos, y, sobre todo, con más provocativos y lúbricos ademanes.

Los aplausos parecía que no iban á tener fin.

Pero á los pocos minutos los entusiastas olvidaron á la bailarina porque una *cantadora* acababa de subir al tablado.

Ya había visto bastante, y no quería oir la cansada monotonía del continuo ¡aaay...! de esos cantos.

La función debía continuar hasta hora muy avanzada.

Y cuando llegara el escándalo á su colmo, y el vino turbara las inteligencias, no sería extraño que terminara la tal fiesta, como es frecuente, con algún navajazo.

Después... un hombre á la casa de socorro ó al hospital... acaso un cadáver al cementerio.

Y un hombre, ó dos ó tres, á presidio.

Y unas cuantas familias sumidas en la desolación y en la miseria.

Confesemos que hay algo más repugnante que el descoco de la *cantadora* y el impudor de la bailarina, y es el frenesí de sus admiradores; frenesí que nos atreveremos á calificar de lúbrico.

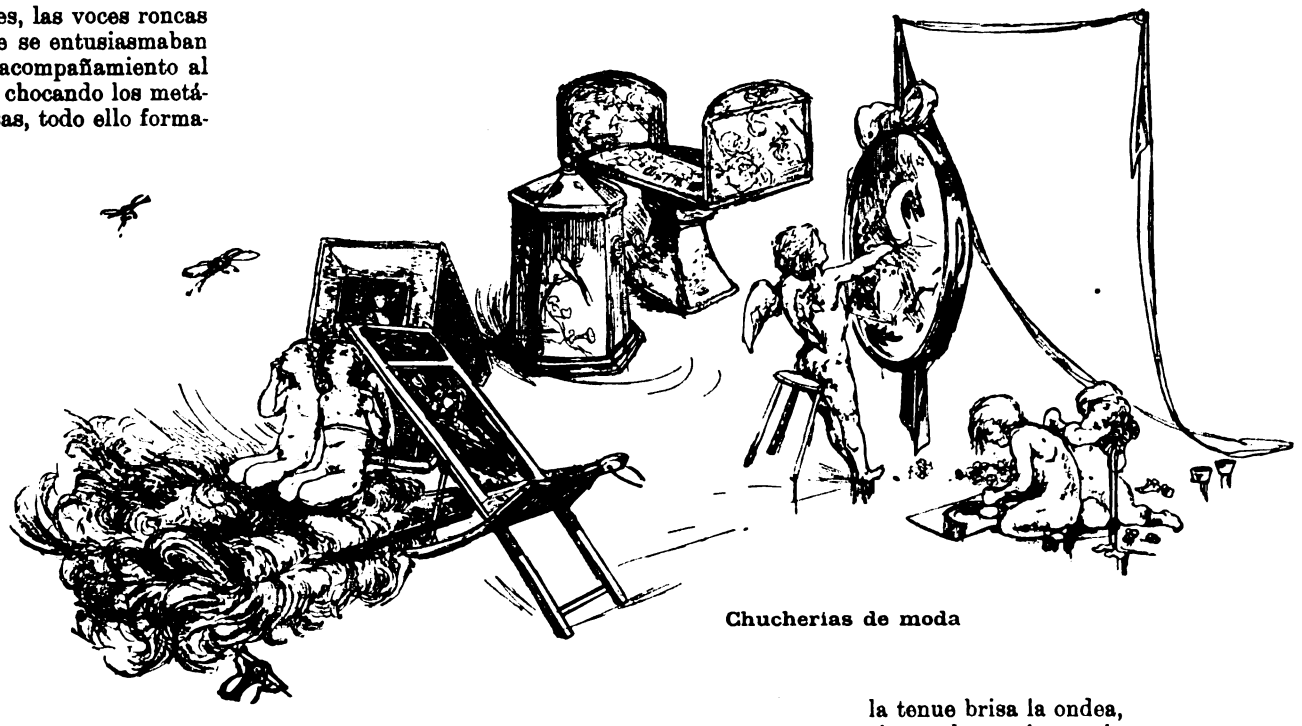
Confesemos también que por fortuna, en Madrid al menos, ha pasado la algidez de la afición.

Más vale así.

Un espectáculo inculto hace formar pobre idea de la moralidad y de la capacidad de un pueblo.

La reacción se ha hecho porque las gentes sensatas están en mayoría.

VICENTE MORENO DE LA TEJERA



Chucherías de moda

LA BANDERA

—Hijo mío: esos pedazos
de tela que se conservan
en el lugar preferente
de esta mísera vivienda
son los restos malheridos
de nuestra heroica bandera.
Ella cobija á los tristes
y á los valientes alienta,
y por ella dieran todos
cien vidas si cien tuvieran.
—¿Por qué así, padre, la quieren
con tal pasión?
—Porque es la enseña y la imagen
de la nación.

Con sus huestes aguerridas,
paseando á la cabeza,
venciendo á sus enemigos
recorrió toda la tierra.
Por eso, cuando en el asta
la tenue brisa la ondea,
siento el corazón que late
dentro del pecho con fuerza,
recordando aquellos tiempos
de su pasada grandeza.
—¿Y ya, padre, no la quieren
con tal pasión?
—Sí, porque nadie se olvida
de su nación.

También en continua lucha,
de su hogar en la defensa,
gastaron los españoles
el oro de sus riquezas
y han regado los barbechos
con la sangre de sus venas,
porque aun no ha habido en el mundo
quien humille á esa bandera
valiente, que un río de oro
entre dos de sangre ostenta.
—Padre, me llena el relato
de admiración.
—No ha nacido para esclava
nuestra nación.

Yo la he visto muchas veces
ondear pura y serena
entre el humo de la pólvora
y el estruendo de la guerra;
yo la he visto muchas veces
cubriendo las cadavéricas
carnes de aquellos soldados
que combatieron por ella
y hallaron gloriosa tumba
sobre el campo de pelea.
—Bien comprendo que es muy digna
de estimación.
—Sí; ¿no ves que ella es la imagen
de la nación?

¡Ay del que en funesto día
á despreciarla se atreva!
¡Ay de aquel que un solo insulto
dirija á nuestra bandera!

Digitized by Google

GUARDIA CIVIL (cuadro al óleo, de Pozo)

Digitized by Google

CHULA (cuadro al óleo, de Cuchy)

Digitized by Google

Porque insulta á nuestra madre
y á nuestra patria desprecia,
y no hay un hijo en el mundo
que escuchara estas blasfemias
sin que taladrase el pecho
del que á su madre ofendiera.
—Siento lleno de entusiasmo
mi corazón.
—Venera siempre, hijo mío,
nuestra nación.

Si alguna vez te llevasen
los azares de la guerra
sobre pueblos enemigos
ó sobre vencidas tierras,
con los pobres humillados
usa siempre de clemencia,
porque también tendrán hijos,
hermanos y esposas tiernas,
que por los suyos sollocen
y maldigan tu fiereza.
—¿Y si otra cosa mandara
nuestra nación?
—No: sólo puede ordenarte
la compasión.

Con la bandera en la mano
cuando subas por las cuestas
en cuya cima las bocas
de los cañones enseñan,
como reptiles de hierro,
vivo el fuego de sus lenguas,
piensa que detrás de ti
toda la nación te observa
y quiere que aquélla brille
donde brilla otra extranjera.
—Es hermosa, padre mío,
tu narración.
—Ya verás cómo te premia
nuestra nación.

La bandera es nuestra patria,
su limpio honor representa:
por eso, al ver los jirones
que guardo en nuestra vivienda,
como prueba de respeto
has de inclinar la cabeza,
porque cobija á los débiles
y á los valientes alienta
y por ella dieran todos
cien vidas si cien tuvieran.
—Ya la adoro, padre mio,
con tal pasión...
—Es tu deber, que es la imagen
de la nación.

EDUARDO VILLEGAS

NUESTROS GRABADOS

ANTES DE CENAR

Cuadro de Toulmonche

Por esta vez la escena es edificante. Colombina, la pérfida esposa de Pierrot, olvida á Arlequín y cena con su señor marido. El beso que le da es grave, serio, nupcial, y todo el mundo aplaudirá la conmovedora reconciliación.

La idea de Toulmonche, original en sumo grado, está realizada con admirable delicadeza de pincel, constituyendo una obra magistral.

S. A. D. ANTONIO DE ORLEANS, DUQUE DE MONTPENSIER

(Véase la revista de *Madrid*.)

BELLAS ARTES

EL ARTE ESPAÑOL: CHULA, *cuadro al óleo, de Cuchy*.—HIGH LIFE, *de Llovera*.—GUARDIA CIVIL, *de Pozo*.—CAMPESINA, *acuarela, de Sorolla*. (En colores.)

Inauguramos hoy la serie de cromos litográficos que anunciamos oportunamente. Difícil era la realización de nuestra empresa: al público toca juzgar si hemos logrado ó no dar feliz cima á empeño tan arduo.

Bien conocido como pintor y dibujante de los más distinguidos es el Sr. Cuchy. Su *Chula* rebosa el más castizo garbo español, está plantada magníficamente y aparece simpática y original desde el primer momento, distinguiéndose señaladamente de tantas congéneres como se ven por ahí.

Elegante y seductora, como todas las suyas, es la figura de la dama que ha pintado Llovera. La gracia vaporosa con que está presentada acredita una vez más el talento de su autor, tan hábil en reproducir picarescas chulas y manolas como señoriles ejemplares de la buena sociedad.

Perfectísimo tipo de nuestros bizarros guardias civiles es ese que con tan sólido modelado ha trazado el pincel de Pozo. Este artista es sumamente notable, como se dejó ver en la última Exposición Parés; y al par que sabe trasladar con irreprensible exactitud las cosas del mundo exterior, no deja nunca de conservar un buen gusto refinado que le libra de extraviarse en las repugnancias ó niñerías de ciertos fotógrafos en color.

La *Campesina*, de Sorolla, el celebrado autor de *El entierro de Cristo*, es un precioso estudio del natural, y con eso vagamente idealista. Esa figura, en medio del melancólico paisaje que le sirve de fondo, resalta con poético relieve, que no es poco resaltar.

Y ahora sólo nos queda que decir: *Se continuará*.

Bata te

FRANCIA: WATTEAU

Un solo pintor quedaba en Francia al terminar el reinado de Luis XIV, Watteau, ya que no pueden considerarse, en efecto, como tales, ni Rigaud, mero retratista; ni Pedro Subleyras, que vivía en Italia; ni Carlos de la Fosse y los dos Boulogne, imitadores serviles del finchado, aparatoso, majestuoso y monárquico Lebrun; ni Antonio Coypel, que, así como en el teatro salían los griegos con calzones de seda y las romanas con *tablier*, pintaba en sus cuadros á monsieur Aquiles y á mademoiselle Antígona. Watteau, sí, es el único artista de aquel período final. Verdad es que se limitó á ser el decorador de los *boudoirs* de las petimetras; pero siempre habrá que admirar en el pintor de las *Fiestas galantes*, además del exquisito color, la invención, el mimo, la gracia, el *esprit*, y, si aceptamos las opiniones de algunos críticos, hasta la decencia, aunque eso sea para nosotros harina de otro costal. Sin embargo, Genaurt dice en su biografía que era «libertino de espíritu, pero ejemplar en sus costumbres.» «Si el hijo del pobre plomero de Valenciennes, —dice Viardot,—que pintó por largo tiempo *Santos Nicolases* á tres libras por semana y la sopa, antes de que Claudio Gillot lo introdujese en los bastidores de la Opera, creó para la pintura un género de decadencia, ó, por mejor decir, si pintó con la decadencia realizada ya, fué con tal superioridad sobre todos los imitadores de este género (el llamado *Pompadour* por los actuales artistas y decoradores), que su nombre, por censuras en que incurra, debe ocupar un puesto honorífico entre los de los artistas franceses. La decadencia llegó á su último término en manos de sus plagiarios, los Van-Loo, los Pater, los Lancret, los Notoire y la larga escuela de sus subimitadores. Entonces el arte, de cada vez más empequeñecido, se deshonró en ridículas y licenciosas pastoriladas con cintas de raso, y los cuadros no fueron más que *dessus de portes*.

De la manera de este pintor da perfecta idea el grabado que acompañamos.

ESTADOS UNIDOS: WASHINGTON ALLSTON

Fué este uno de los primeros pintores norteamericanos, pudiendo aplicársele artísticamente en la escuela inglesa. Nació en 1779 en Georgetown (Carolina del Sur), y recibió su primera educación en Newport y Boston. Regresó luego al Sur, estableciéndose en Charleston con su camarada, el miniaturista Malbone, y ambos se trasladaron después á Londres (1801). Estuvo luego Allston en Francia, Suiza é Italia, hasta que en 1805 fijó su residencia en Roma, donde permaneció cuatro años estudiando las insignes obras allí existentes. En 1809 regresó Allston á América, dedicándose á la pintura de retrato, que abandonó después para ir á Inglaterra y entregarse á la composición de grandes lienzos sobre asuntos bíblicos, mitológicos y shakespearianos (1811 á 1818). Vuelto á su país, no se movió ya más de Boston, descollando como pintor de historia, así sagrada como profa-

Digitized by Google

na. En todas sus obras muéstrase Allston poderosamente influido por los venecianos, cultivando siempre el *grande arte*.

En nuestro próximo número podrá verse algo de este ilustre artista.

POLICHINELA EN EL CONVENTO

Cuadro de De Blaas

La cosa es rigurosamente exacta. Polichinela hacía su entrada triunfal en los conventos el domingo de Septuagésima para no retirarse hasta las doce de la noche del siguiente martes. Y ¿dónde era eso? En Venecia, en cuyo Carnaval tomaban parte las monjas; y, si no, consúltese á Casanova y á Des Brosses. Las educandas se divertían mucho, y, al parecer, las *madres* también.

El hermoso cuadro de De Blaas no tiene necesidad de recomendación, siendo únicamente de notar la valentía y acierto de esa enorme mancha blanca que corre de un extremo á otro con admirable diversidad de líneas, y el hermoso estudio de cabezas que tan simpática hace esa obra.

Á TULA

No es posible fundir el pensamiento,
ni hay crisol en que el alma, evaporada,
abandone un momento su morada
y muestre al exterior el sentimiento.
Es pobre de la cítara el acento,
su oscura vaguedad no expresa nada,
y silenciosa el alma enamorada
no logra demostrarte lo que siento.
Mi ser á idolatrarte se concreta
porque huyó ante el amor la fantasía,
robando el fuego de la mente inquieta;
y hoy que tanto te adoro, vida mía,
cuando yo más quisiera ser poeta
se aleja mas de mí la Poesía.

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

LOS PRINCIPES DEL CONGO

Pida Vd. por un jabón—que da albor y perfuma
Al punto que la piel—al decaer se ahuma
Imitación feliz—del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad:—tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así—sufrir pueda avería.
Indague V. en cualquier—cabal perfumería
En todas le dirán:—Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de—los Príncipes del Congo.

Víctor Vaissier—Ronbaix—París.

Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona: Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

—Para conducir al matrimonio á Octavio es indispensable que tengas firme la cabeza y que sofoques tus sentimientos hasta que sea hora. Cree á tu tío, que sólo desea procurarte la felicidad.

—Pues bien: has de saber que Octavio me dijo y me juró anoche que, si fuera libre, se casaría conmigo.

—Lo prometería en un momento de entusiasmo. No te fíes de esos momentos. Prometemos los hombres, antes de conseguir, todo lo que desea la mujer que se le prometa, sin el ánimo deliberado de cumplir lo ofrecido: prometemos para alcanzar mejor.

—Eso le contesté yo misma; pero él insistió de tal manera y con acento tan veraz, que creo que en este punto sus aspiraciones y las mías están acordes.

—Mira que conozco muy bien á Octavio: le veo como es; mientras que tú no puedes verlo porque te ha puesto una venda en los ojos. Mira que es prematuro desenlazar esta farsa, que puede dar pésimos resultados si se la descubrimos antes de tiempo, si la conoce antes de que el amor le ciegue hasta el extremo de querer ser tu esposo, haciéndole apostatar de las ideas arraigadas en él durante quince años.

—Te digo que es hora y que puedo calcularlo mejor que tú, porque hablo con él diariamente en el seno de la confianza; y te declaro que si me equivoco y hoy no me ama con verdadero cariño, jamás se lo inspiraré; si sólo es hijo de su imaginación cuanto me dice y promete, si los sentimientos que expresa no nacen de su alma, es que carece de ella; y debo y debe él mismo renunciar á ver florecer en su pecho el árbol del cariño, porque éste no cría flores en tierra estéril.

—Insisto, Virginia, en que es pronto para descubrirle nuestro plan: no debe amarte en tan poco tiempo lo suficiente para perdonarte esta intriga, que debe herir su amor propio y producir un cataclismo.

—Eso me temo y eso venía á consultarte.

—Pues bien: demos tiempo al tiempo, y éste nos facilitará el desenlace más propio de las circunstancias. Nada se pierde con esperar: al contrario, de día en día te irás apoderando de la voluntad de Octavio, y si sabes conducirle le impondrás la tuya. Cuando llegue este caso podrás descubrirle impunemente la estratagema.

—Eso es cierto.

—Entonces no insistas: ten paciencia.

—Pero es que me repugna este continuo fingimiento; es que me parece que le falto no diciéndole la verdad desde que me considero ligada á él moralmente por el lazo del amor recíproco.

—Pues bien, Virginia: ¿de qué modo le descubres hoy la intriga sin que se ofenda? ¿de qué manera le haces saber la verdad consiguiendo que te lleve al altar? Si encuentras el medio de que no malogremos nuestros propósitos, te autorizo para que lo emplees.

—Precisamente eso es lo que anoche me contuvo en nuestros momentos de expansión y me impidió decirle: «—Amame impunemente: soy soltera. Me fingí casada porque te enamorases de mí, sabiendo que en ti producían semejantes milagros las mujeres ajenas. Perdóname.» Temí perderle si le hacía esta confesión, y por eso no la articularon mis labios.

—Tú misma conoces lo arriesgado que sería en los momentos actuales semejante confesión. Nada tengo que replicar: estamos acordes.

—Veo que no me queda más recurso por ahora que fingir y arriesgarme. ¿Qué dice el padre de Octavio? ¿Contestó a tu carta?—preguntó Virginia sesgando la conversación.

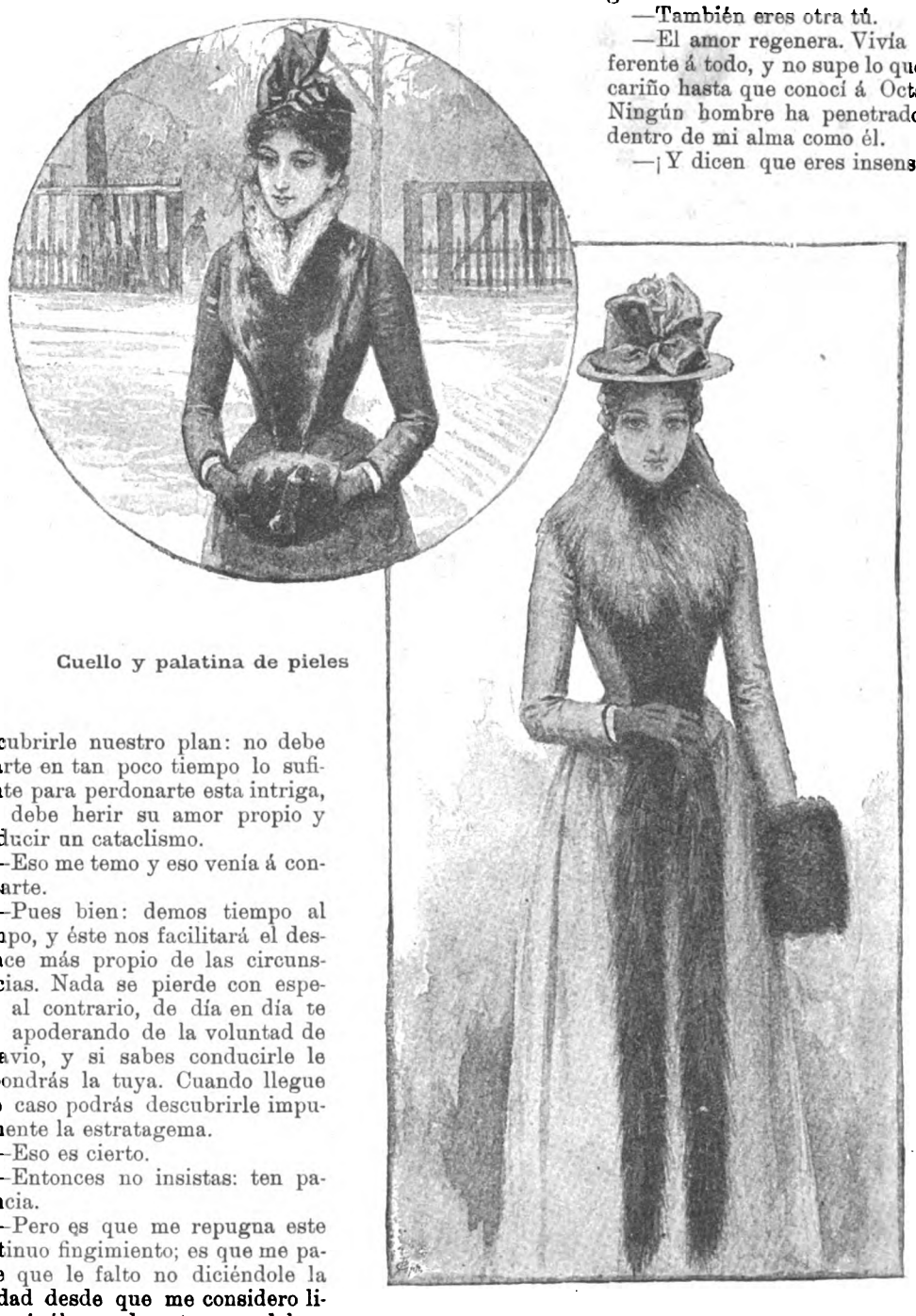
—El padre de Octavio ruega á Dios noche y día para que consigamos realizar nuestros propósitos, porque su hijo le amargó con muchísimos disgustos. Cree él que fijándole de una vez por medio de este matrimonio, ventajoso para él á todas luces, se le ha de sentar la cabeza y ha de cambiar de vida.

—¡Ah, sí! ¡Cambiará, será otro! —contestó con profunda convicción Virginia.

—También eres otra tú.

—El amor regenera. Vivía indiferente á todo, y no supe lo que era cariño hasta que conocí á Octavio. Ningún hombre ha penetrado tan dentro de mi alma como él.

—¡Y dicen que eres insensible!



Cuello y palatina de pieles

Plastrón de zorra negra con cabos de boa

—Insensible fuí para los que lo dicen.

—Pues bien, Virginia: confío como tú en que en el artista se verifique semejante cambio. Tienes razón: el amor regenera.

VII

Cuando Octavio se despidió de Virginia y salió de la alquería de la calle de la Reina, eran las dos de la madrugada. No encontrando á semejantes horas ni tartana, ni tren, ni coche de tranvía que le condujese á Valencia, se dirigió á pie á la ciudad, internándose en el entonces solitario camino del Grao, iluminado con claridad por los puros rayos de plata de la luna, que llegaban á él al través del frondoso

Digitized by Google

ramaje de la doble fila de árboles que entoldan á una y otra parte las anchas aceras de aquella pintoresca alameda.

El largo paseo que emprendía á deshora era higiénico para él en las circunstancias que se encontraba, porque contribuía á refrescar el cerebro, que le ardía, y á desentumecer sus miembros entumecidos, por conservar durante algunas horas la misma posición en el jardín de la señora de sus pensamientos.

Además deseaba no ser interrumpido en las abstracciones mentales que le preocupaban y repetirse á sí mismo palabra por palabra y efecto por efecto todo lo acontecido en las horas que se prolongó la última cita, que repercutía en su imaginación como oímos los gratísimos acentos de agradable pieza musical después de extinguido el sonido de las notas, cuando el silencio reemplaza á la armonía, cuando ésta ya no la perciben los oídos y suena todavía, sin embargo, en el alma.

Entre todos los recuerdos de las horas de amor acabadas de trascurrir en el jardín de Virginia, no podía Octavio desechar de su mente ni un solo instante uno que dominaba á los demás, un pensamiento culminante que, sin explicarse el verdadero motivo, le atormentaba, sumiéndole en el malestar que causa una naciente duda que nos acomete de improviso, sin que veamos de dónde nace ni comprendamos por qué ejerce sobre nosotros incomprensible poderío. La insistencia de Virginia en preguntarle si la llevaría al pie del altar para unirse allí eternamente con ella por el vínculo del matrimonio, el juramento que le exigió tras de la pregunta, el silencio profundo que respecto de su esposo guardaba como por sistema, silencio misterioso; la desviación del diálogo acerca de él que procuraba siempre su amada para no ocuparse nunca de ese hombre invisible, ausente é ideal para Octavio; le hacían formar un sinnúmero de conjeturas que le llenaban de inquietud y malestar y que le arrastraban á poner en tela de juicio la sinceridad de su amada al ver que ésta no se presentaba ante él con la franqueza propia de la intimidad del cariño.

Dudaba, además, de este cariño; porque, á pesar de descubrirle Virginia que su corazón era una fuente de la que fluía el profundo manantial del sentimiento; á pesar de ser ésta, por su estado, irresponsable, pudiendo por lo tanto entregarse con su amante á todas las caricias del amor, porque á esto se obliga la mujer ajena que corresponde á un hombre que no es su esposo, siendo además como era este el aliciente, el motivo determinante de dedicarse el artista á la conquista de la esposa abandonada; á pesar de todo esto, ella se encerraba inflexible en el círculo del deber, como una doncella, y negaba al amor sus legítimos derechos, con la austeridad de la mujer que no ama y con el empeño de la mujer insensible, que se niega á reconocerlos.

Cuantas más vueltas daba Octavio en su imaginación al pensamiento que le alanceaba, iba poniéndose más hosco y sombrío, y con mayor tenacidad quería descubrir quién era en realidad el esposo misterioso de Virginia, y decidió resueltamente averiguarlo. Pero ¿cómo? Después de haberle despedido Ignacio de su casa, no le permitía su dignidad volver á entrar en ella, y aunque así lo hiciese no le debía preguntar nunca lo que deseaba saber, no podía aprovecharse de ese medio de averiguar la verdad. No le ocurría otro. No conocía á nadie en Valencia. Este secreto, tan sigilosamente guardado, le hería también por no poderse explicar la razón de tan profunda reserva, y le incitaba más todavía á averiguar lo que con tanta tenacidad trataban de ocultarle.

Siempre fijo en esta idea, le ocurrió por fin un medio: recurrir á D.ª Concepción. Su estado podía favorecerle en esta conjetura si él la obligaba á hablar, y se resolvió á obligarla.

Halagado por este último pensamiento, y meditando en el modo de realizarlo al día siguiente, llegó á Valencia y llamó á la puerta de la fonda de las Cuatro Naciones, donde se hospedaba.

Se acostó, pero no pudo conciliar el sueño por lo avanzado de la hora y sobre todo por la fiebre nerviosa que agitaba su cuerpo y especialmente su imaginación.

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista **102, Rue Richelieu, PARIS.** En todas Farmacias, Perfumerías y Bazares de España.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO**

ELIXIR
de PROTOCLORURO de HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
de VIVAS PÉREZ
Recetado por los médicos y adoptado por los hospitales. Es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la **anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre,** debilidad, inapetencia y menstruaciones difíciles. Precio: botella, **4 ptas;** pequeña, **2'50.** *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.*
Depósito general:
ALMERÍA, **Farmacia VIVAS PÉREZ**
POR MAYOR: *Madrid*, Melchor García. *Barcelona*, Sociedad Farmacéutica, y se vende en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerías.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS *de Santé* du docteur FRANCK
Constipacion *(estreñimiento)*, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Frasco: 5 fr. — en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANALS, 26 — R. St-Denis

Maison **De VERTUS Sœurs**
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito,** de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER**, Inventor, 1 **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** *(En América, en todas las Perfumerías).*
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 22 de febrero de 1890	Núm. 373

BUEN CHISTE! (cuadro de T. Cederström)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*El amor y la amistad* (conclusión), por Teodoro Guerrero.—*Supercheria* (conclusión), por Clarín.—*Novelistas contemporáneos* (conclusión), por Rafael Altamira.—*Hierro viejo* (poesía), por Pedro Garriga Puig.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Nuestros grabados*.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: *Bellas Artes*. Noruega: ¡Buen chiste!—Inglaterra: Recolectora de yerbas. Cogedor. Cogido. Los tres pescadores. Alarma en el camino. Silvia.—Rusia: Campesino ruso á caballo.—*Tapicería pintada:* Biombo. Una dama y su paje. Alcibíades y su perro.—Modas.

MADRID

Instituciones nuevas y tipos antiguos.—Trasformaciones y mudanzas.—Tristezas

Una institución de nombre exótico, pero de innegable importancia, se ha establecido en Madrid estos días, contribuyendo á la obra demasiado lenta de la trasformación de la capital de que fué cronista insigne el buen D. Ramón Mesonero Romanos, de grata é imperecedera memoria.

Me refiero al *Continental Express*, agencia que pone en comunicación directa al habitante de la corte con todo el mundo culto y que le presta multitud de servicios indispensables en la vida moderna, ya abriéndole crédito en las principales capitales del extranjero si tiene necesidad ó gusto de viajar, ya poniendo á su alcance cuanto se produce en extrañas tierras, desde los perfumes de Constantinopla á los libros y bombones de París.

Una de las secciones de la nueva casa es la de los recadistas, compuesta de muchachos de doce á quince años, vestidos con elegantes libreas y que por la módica suma de 30 céntimos se encargan de llevar recados á todos los barrios de la población.

Esta reforma, al parecer insignificante, no deja de tener importancia. No todos pueden disponer de criados presentables para enviar un mensaje, y este cometido lo venían desempeñando en Madrid desde tiempo inmemorial los respetables *mozos de cuerda*, que formaron una clase numerosa hasta que los hizo llegar á menos la introducción de los carros de mudanza, como la subida del agua del Lozoya á las casas asestó rudo golpe á la no menos respetable institución de los aguadores, que proporcionó durante muchos años honrada ocupación á los buenos paisanos de D. Pelayo que venían á Madrid en busca de fortuna.

El *mozo de cuerda* es, desde el establecimiento de la nueva agencia, un tipo del pasado: ya el enamorado no tendrá que depositar en su callosa mano la tierna misiva en que pintó sus ansias al objeto de sus amores, y que éste recibía saturada con el poco grato olor de las colillas á que hizo compañía en el fondo del bolsillo del burdo chaquetón del honrado mensajero; ya éste no irá ocupado con ramos de flores que contrastaban con su rudo aspecto, ni tendrá que repetir con su tosco lenguaje las palabras de la anhelada cita.

De estos mensajes se amparan ahora los que, según el color de sus libreas, han sido bautizados con el nombre, que parece de opereta, de *petits rouges* ó de *petits bleus*, muchachos listos y bien vestidos con una flor entre los botones de la vistosa casaquilla, con inmaculados guantes blancos para coger las misivas y con carteras forradas de raso para llevarlas.

Un *Cherubín* ó un *Fígaro* vestido á la moda y puesto á disposición de cualquier *Almaviva* que disponga de 30 céntimos.

Si el ilustre académico D. José de Castro y Serrano se consagrase ahora á los asuntos de actualidad, como en los tiempos felices para las letras en que escribía sus famosas *Cartas trascendentales*, es seguro que no dejaría de consagrar á la nueva agencia madrileña artículo menos primoroso que el que consagró á los establecimientos de limpiar el calzado; pues si es útil y conveniente tener siempre á mano los medios de llevar relucientes las botas, no lo es menos poder disponer de buena servidumbre á poca costa.

***

Sería curioso seguir la historia de las trasformaciones de Madrid desde el año de gracia de 1850, en que dejó de escribir sus crónicas el buen *Curioso Parlante*. Dubost introdujo la modificación de la camisa, relegando al olvido el camisolín de nuestros abuelos y sustituyendo á la antigua prenda de lienzo de la Coruña, en la que se atendía más á la calidad que al corte, con la camisa de vistas de hilo, en la que lo principal es la hechura. Reynaldo fué el modificador del calzado. Utrilla el de la ropa, y, merced á la hábil tijera de este célebre sastre, que murió, no hace mucho, figurando entre los primeros contribuyentes de Madrid, adquirió la levita la preponderancia que aun hoy conserva la clase media que ocupa los más altos cargos y los más importantes destinos.

Y, en el orden de las trasformaciones, ¡qué diferencia entre la antigua tienda del barbero, con sus vacías de peltre calcadas en el modelo del famoso yelmo de Mambrino, con sus sillones de enea y sus raquíticos y mal azogados espejos, y los modernos salones de peluquería, resplandecientes de lunas y dorados y con cuanto la comodidad y la higiene han inventado para hacer más grato el tocado!

¡Igual contraste que el que existe entre las antiguas tiendas de los portales de la plaza Mayor y de la calle de Toledo, con mostradores de pino y quinqués de aceite, y los modernos establecimientos con coquetones escaparates, artísticas molduras y alumbrados con los esplendores de la luz eléctrica!

Ya no se ve en ellos la arrollada pieza de amarillenta frisa de Colmenar impregnada en aceite, ni los apiñados dobleces del tosco paño de Santa María de Nieva; sino las telas más nuevas y vistosas, dispuestas de un modo agradable á la vista.

Entre una antigua librería de la calle de Carretas, con los estantes de pino cerrados con alambreras, y los establecimientos de Fe en la Carrera de San Jerónimo ó de Gutenberg en la calle del Príncipe, existe la inmensa diferencia que entre un *in folio* en pergamino y el libro de *Los Meses* que acaban de dar á luz las prensas de Barcelona.

El marqués de Pontejos, Bravo Murillo, don Nicolás María Rivero, hicieron mucho, como alcaldes corregidores ó como alcaldes populares de Madrid, por la trasformación del viejo y destartalado lugarón de la Mancha donde tuvo el mal gusto de establecer la capital de España el señor D. Felipe II, de desgraciada memoria; pero al lado de sus nombres hay que colocar el de los grandes industriales madrileños, que han hecho con sus establecimientos mucho más en pro de la estética que la mayor parte de los municipios que han administrado los intereses de esta villa.

Matías López, Carlos Prast, los Ruiz de Velasco, los Labianos, Casuso, el gran introductor y propagador de los géneros de punto; Marzo y Ansorena, los joyeros; los jóvenes de la *New England* de la Carrera de San Jerónimo; Bach, con su famoso y artístico bazar de la calle de Alcalá; Escribano, Eguía, Tejada, los de *La Dalia Azul*, y otros muchos llegados á Madrid desde Asturias, Galicia, Cataluña, la Sierra de Cameros, las montañas de Santander, han sido los iniciadores de la gran trasformación que hoy se observa en el comercio madrileño y que redunda en beneficio del buen aspecto de la ciudad, que ya no conocería el inolvidable autor de las *Memorias de un sesentón* si por fortuna pudiera volver á dar por ella sus provechosos paseos.

***

¿Corresponden á estos adelantos materiales los adelantos morales é intelectuales? Esto es lo que no me atrevería á asegurar. Indudablemente los literatos que se sentaban en las sillas de paja del antiguo Parnasillo y discutían en medio de la atmósfera cargada de humo del clásico café del Príncipe, valían más que la mayor parte de los que hoy van á Viena y al Casino.

En el antiguo Ateneo de la calle de la Montera, con sus destartalados salones, se discutía más y mejor que en el flamante palacio de la calle del Prado.

Las obras que se representaban sin gran aparato escénico en el Teatro del Príncipe y del Circo, eran mejores que muchas de las que hoy se estrenan; pero es lo cierto que, si abundan menos los genios, se ha extendido algo más la cultura general, sucediendo lo que con la luz del día, que al despuntar la aurora ilumina sólo las cimas de las montañas y que se extiende y difunde por el llano al avanzar las horas.

***

Escribo en vísperas de Carnaval, y ningún suceso de actualidad propio de la época me proporciona asuntos para esta crónica. El baile de la Sociedad de Escritores y Artistas es ya un recuerdo, y el baile del Círculo de la Unión Mercantil ha sido como siempre la fiesta de la burguesía madrileña, que ostenta una vez al año su lujo en los salones.

Todos aquellos proyectos de trasformar el insípido Carnaval madrileño en brillante fiesta, en la que la industria, el trabajo y el comercio pudiesen representarse por medio de vistosas apoteosis que concibió la iniciativa de Felipe Ducazcal, se han ahogado entre las toses de la *grippe* y han desaparecido tras los crespones de los numerosos lutos que hoy visten las gentes.

No ha habido embajador que se haya atrevido este año á bailar un cotillón, ni palacio aristocrático que haya abierto sus puertas, para sostener la tradición de las espléndidas fiestas que se celebraban otras veces.

La gente está triste y mal humorada, y los pensamientos, como dijo el poeta, parece que están de luto sobre la tumba de las alegrías.

Los que pueden se van á pasar estos días en el campo, y Madrid sólo puede prometerse para Carnaval su serie de tradicionales mamarrachos y su desfile de niños adornados por las madres.

En los teatros comienzan los beneficios de los actores principales, que son el anuncio de la liquidación de la temporada. ¡Mala ha sido la de este año! Han abundado las quiebras y los fracasos, y la esquina de la calle de Sevilla se ha visto tan frecuentada como durante la canícula por los artistas sin contrata, con la diferencia de que la falta de contrata se puede soportar mucho mejor en verano, cuando no hace falta la ropa de abrigo y es más fácil el alimento, que en un invierno tan cruel y riguroso como el presente.

La Nevada, que vino al Teatro Real desde el dulce y apacible clima de Huelva, ha sufrido el pernicioso influjo de las traidoras corrientes que nos regala el Guadarrama, y la noche de su reaparición con *Sonámbula* sufrió un desmayo que la ha hecho volver á meter entre algodones su privilegiada garganta, como se mete en el estuche guateado de raso una joya.

Dicen que el espectro de Gayarre se le ha aparecido á la famosa *diva* y que quiere abandonar á toda costa la corte.

Indudablemente estamos, como la campiña de Roma en algunos meses del año, sujetos á la *malaria*.

Y el invierno se prolonga, confirmando el refrán valenciano que dice que no desaparece cuando la Candelaria *no plora*.

¡Pobres flores de almendro de los árboles del Retiro y de la Casa de Campo! ¡Buena les espera si, fiándose del almanaque, se atreven á asomar su blanca y sonrosada cabeza!

KASABAL

Digitized by Google

EL AMOR Y LA AMISTAD

(CONCLUSIÓN)

—¿No puedes contestarme? Haces bien en callar.

—No te comprendo,—balbuceó Elvira haciendo un esfuerzo, pero sin atreverse á mirarle.

—¿Hablas al fin? Ya me comprenderás cuando te diga que ha pasado por mi cabeza una sospecha.

—¿Una sospecha?

—Sí. ¿Por qué no lloraste, como yo, á Cayetano Morales, que era nuestro mejor amigo? ¿Temiste acaso que tus lágrimas cayeran sobre mi corazón para hacerme abrir los ojos?

—¿Qué dices, Gregorio?

—¿Le lloraste en silencio? Ya sé que escondes tus lágrimas para que no las vea; pero la máscara hipócrita del alma ha descubierto tu dolor: en tus ojos hinchados estoy viendo las huellas de las lágrimas.

—¡No, no! ¡No he llorado á Cayetano!

—¿Por qué, siendo tu amigo, no habías de llorar por él?

—No lloré, Gregorio, porque en el corazón no hay lágrimas cuando no hay afecto.

—En ese caso, ¿cómo tenía en su poder este retrato tuyo?

Gregorio sacó la caja de terciopelo, y abriéndola la echó en la falda de su mujer. Esta no se atrevió á tocarla, y, haciéndose superior á la acusación, dijo:

—Ese retrato... No sé... Mi madre...

—¡Ah! ¡Te conozco ahora! No sigas hablando, porque vas á cubrir tu falta con una mentira infame. Toma, y niégame ahora la verdad.

Gregorio le puso delante de los ojos el paquete de sus cartas.

Elvira dió un grito, quiso ponerse en pie y cayó al suelo desmayada.

En el primer minuto el marido agraviado permaneció impasible; pero no pudiendo hacerse superior á la bondad de su alma, sintió que las lágrimas asomaban á sus ojos, y, cogiendo en brazos á su mujer, la colocó en el sillón con el mayor cuidado.

Elvira volvió en sí, y al ver á su marido se cubrió el rostro con ambas manos.

—El mal no tiene remedio,—dijo Gregorio;—me engañaste vilmente, y no hay poder que me devuelva la ilusión perdida: has puesto entre los dos una barrera. Creí que era acreedor á otro pago. ¡Dios te perdone el mal que me has hecho!

—¡Gregorio!— exclamó la joven queriendo cogerle las manos.

—¡Aparta! ¡No me toques! Estas manos no tienen para ti más que un rayo con que debía destruirte; pero no...

—¡Mátame, Gregorio, mátame! ¿Para qué quiero la vida sin tu cariño? Pero óyeme: no soy tan criminal como supones.

—¡Silencio!—prorrumpió el joven poniéndole los dedos en la boca.—No quiero oirte: tu falta no tiene disculpa.

—¡Pues mátame entonces!

—¿Matarte? No. Los que se extravían en la senda de la virtud hallan fácil borrar un delito con otro. En mi alma no cabe el delito. Dios no me da derecho para matarte, pero sí para arrancar de mi lado á la mujer miserable que me hizo víctima de su traición. Te entrego á tu conciencia. ¡Oh! ¡Harto tendrás que expiar tu falta con el remordimiento!

En aquel instante abrióse la puerta y entró la madre de Elvira, teniendo pintado en el rostro el sobresalto. Acercóse Gregorio á ella, y, señalando á la joven, dijo:

—He llamado á V. para devolverle su hija. Ella, si quiere, explicará el motivo de este paso que doy. Puede V. agradecerme que se la entregue viva.

Gregorio salió del cuarto, y, dirigiéndose á su escritorio, cerró por dentro la puerta. La fiebre volvió á apoderarse de él, y las lágrimas comprimidas saltaron de sus ojos.

En su delirio llamaba sin cesar á Elvira, exclamando:

—¡Perderla!... ¡Perderla para siempre!... ¡Oh! ¡La amo tanto!...

IX

Ocho años han pasado.

¿Son ocho años bastante tiempo para cerrar las heridas del corazón?

Al separarse Gregorio de su mujer, creyó que perdía la razón. La buscaba en todas partes, y, convencido de que no podía sobrellevar la existencia respirando la misma atmósfera que ella, se decidió á abandonar la corte. Nombró un administrador que le arreglara los pocos bienes que le dejó el abuso de confianza de Cayetano Morales, y, señalando una pensión á su mujer, salió de Madrid con dirección á Francia.

¡Oh! ¡Cómo lloró entonces, acordándose de que antes se había considerado tan feliz haciendo aquel viaje con la mujer que amaba!

Dejémosle seguir su peregrinación en compañía de su dolor, y vamos en busca de la infeliz esposa.

Elvira se retiró con su madre á un pueblecillo de Andalucía. Allí, separadas del bullicio del mundo, lloraban su pena y expiaban su falta. La madre no se consolaba de la desgracia de su hija, porque su imprevisión había tenido gran parte. Considerábase Elvira menos desventurada al lado de aquella persona querida que lloraba con ella. Una madre todo lo perdona, todo lo olvida, y su alma generosa comparte el sentimiento de sus hijos: es un cáliz bendito que recoge nuestras lágrimas.

Elvira ha vertido muchas; pero ¡ay! aquellas lágrimas sólo Dios y su madre las veían correr: Dios y su madre le abrieron sus brazos.

En aquel rincón Elvira ejerce la caridad y consuela los dolores de los que sufren, corre á la cabecera de los enfermos, gasta parte de su pensión en mitigar el hambre de los desvalidos, y vive entre las privaciones, queriendo que el cielo se lo tenga en cuenta como expiación de una falta que cometió sin comprender su alcance.

Y pide á Dios sin cesar por la felicidad de su marido, con quien habla en sueños, á quien mezcla en todas sus oraciones, á quien ama con todo su corazón. Escribe algunas páginas de un diario que sólo verá Gregorio después que ella muera. Se conforma con que la desprecie en vida, pero quiere que respete su memoria.

¿Y Gregorio? Ha recorrido toda la Europa y América buscando su felicidad perdida; pero lo que busca lo deja atrás. Llega á una ciudad, quiere distraerse, va á todas partes, se hastía, se desespera, le asusta la noche que le amenaza con el insomnio, y apura una botella de ron que le rinde y le proporciona un sueño agitado, pero que al fin es sueño.

Las mujeres no le sorprenden una mirada; los hombres no le distraen un minuto; las emociones de la vida no tienen para él atractivo; el peligro de los viajes no le asusta; los placeres no le encantan; bebe el ron porque le adormece, aunque le destruye.

Lleva siempre delante un fantasma. No hay para él en el mundo más que Elvira. Huye de ella, pero la busca en todas partes; quiere arrancarla del corazón, pero es impotente su voluntad. Arrastra una vida ficticia, porque dentro de su cuerpo se encierra un cadáver.

Gregorio y Elvira: hé ahí dos almas que se buscan y que el mundo las separa.

Ahora pregunto á Víctor Hugo:

¿Son exactas sus definiciones del amor y de la amistad?

TEODORO GUERRERO

TAPICERIA PINTADA

BIOMBO (según dibujo de Teniers)

Digitized by Google

RECOLECTORA DE YERBAS (cuadro de Sprague Pearce)

Digitized by Google

PAISANO RUSO (cuadro de Chemolski)

Digitized by Google

SUPERCHERIA

(CONCLUSIÓN)

Comprendí su prudencia, su lección, su miedo. Me levanté, besé en la frente á Tomasuccio, y, oculto en la sombra del pabellón de aquella cuna de la inocencia, me atreví á hablar de todo... de todo menos de lo más importante.

Catalina supo de mi curiosidad contenida; supo más: le confesé que era para mí causa de disgusto aquella sombra de superchería que quedaba en el misterio. Mi simpatía hacia aquella familia, con que me habían unido de corazón lazos del azar, padecía con aquella sombra de superchería, de... comedia, llegué á decir. Estuve casi duro, demasiado franco. Pero ella entendió bien mi idea. Mi amor á la verdad, á la sinceridad, era muy cierto; mi amistad tambien muy seria y muy cierta: la sospechada superchería se ponía en medio y me lastimaba. No dije nada de amor, no la separé á ella de su marido al hablar de mi afecto; iban los tres juntos: los cónyuges y el niño. Catalina me entendía y me agradecía aquella preterición de lo que me estaba adivinando en la voz temblorosa.

No recuerdo sus propias palabras de cuando me contestó. Recuerdo que tardó en hablar. Otra vez acarició la frente del niño, se paseó por el gabinete, y al volver á mi lado estaba cambiada: sus ojos brillaban; su tez, encendida, parecía despedir pasión eléctrica, no sé qué; todas sus facciones se acentuaron, adquirieron más expresión, más fuerza... estaba menos hermosa y mucho más interesante. Vino á decir, con voz algo ronca, que yo tenía derecho á que ella no guardase el secreto de su arte por lo que se refería á nuestra aventura. Me engañaba, según ella, si creía que era farsa aquella enfermedad que padecía y que le servía para dar de comer á su hijo. No me podía explicar muchas cosas que no eran su secreto exclusivo, sino el de su familia: esto sería una infidelidad. Pero... en lo que tocaba á nuestras relaciones, á mi aventura... todo había sido puramente natural... aunque Dios sabía si en el fondo sería aquello no menos misterioso que lo pasado en el mayor misterio.—Yo venía,—prosiguió diciendo con palabras equivalentes á éstas,—de Segovia á Madrid. En el coche que me llevaba á la estación en que había de tomar el tren, creo que la de Arévalo, viajaba también un sacerdote que iba á esperar á unas monjas, hermanitas de los pobres, las cuales, para cuidar un enfermo de no recuerdo qué pueblo, debían llegar de la estación anterior á la en que iba á tomar el tren. En Arévalo el sacerdote me acompañó al andén. Juntos buscamos á las monjas. Venía una sola... y ¡cómo venía! Como una reina, en pie sobre el estribo y agarrada al picaporte de una portezuela. Un empleado de la estación la salió al paso antes que mi señor cura la reconociese; y reprendiéndola estaba por su modo de viajar, cuando intervenimos nosotros. La monja, casi llorando, explicaba su conducta. La hermana Santa Fe no había podido venir: se había puesto enferma horas antes de pasar el tren. El párroco de no sé dónde, de aquel pueblo, había visto la necesidad de enviar á la hermana Santa Agueda sola, y todo porque el caso no daba espera y él no podía acompañarla. Le había metido en un reservado de señoras. Ella había aceptado porque el viaje era corto, entre dos estaciones inmediatas, y reconocía lo apurado del asunto. Pero en el reservado de señoras no iba más señora que un caballero, un joven, un joven dormido... que podía ser un libertino ó un ladrón. A ella, á la Santa Agueda, le había entrado el pánico del pudor... y sin encomendarse á Dios había abierto la portezuela con gran sigilo, y muy agarrada á la barandilla y al picaporte había salido del coche... y había llegado á Arévalo, como habíamos visto. Los comentarios del suceso duraban todavía entre el sacerdote, mi compañero de viaje, la monja y el empleado, cuando la locomotora silbó y tuve que meterme á toda prisa en el tren. Vi un coche con una tabla colgando de la portezuela.—Este será el reservado verdadero,—pensé;—aquí no irán hombres. Y allí entré. Caí en el mismo error que los que embarcaron á la monja. No era reservado: era el coche en que no se consentía fumar, según vi cuando salí de él. En efecto, allí iba un joven solo, un joven dormido. Yo no tuve miedo; yo no escapé. Al llegar á este punto Catalina vaciló, calló un punto, y con más brasas en el rostro dijo por fin:

—Esto... es una especie de confesión. Yo no soy una santa: soy... mujer... curiosa... indiscreta. Además, mi obligación es, lo manda el arte, mi obligación... es enterarme de todo lo que la casualidad quiere hacerme aprender: siempre que la curiosidad me aporte un objeto del cual deseo saber algo, que ofrece posibles consecuencias provechosas... debo oir la voz de la curiosidad. Así hice. El sueño de aquel joven era inquieto... parecía soñar, murmuraba frases que yo no podía entender. A su lado, sobre el almohadón, había un libro de memorias abierto. Esto parece tan imposible como el adivinar, pero es *más natural*. Cogí el libro con el mismo sigilo que la monja había empleado para escaparse. No habia miedo: el viajero dormía profundamente. La rapidez de mis movimientos era para mí guardia segura: antes que él tuviera tiempo de dispertar por completo y darse cuenta de mi presencia, estaba yo segura de poder dejar el libro en su sitio sin que su dueño notara mi curiosidad. Con grandes precauciones me puse á hojear el libro. Yo no entendía aquello: sus letras eran muy raras y desiguales: no son del alfabeto que yo conozco. Ya iba á dejar donde le había cogido el cuerpo del delito, defraudada mi mala intención, cuando llegué, al pasar hojas, á la última. Escrita allí, vi letra inteligible. Me puse á leer con avidez, y leí mil abominaciones contra el milagro y la superstición, y á vueltas de todo esto la declaración de su miedo de V., de su miedo á las alucinaciones. Allí se decía bien claramente, en pocas palabras, que había creído V. ver á Santa Teresa en un rincón del coche. Lo demás lo comprendí yo atando cabos. Lo singular, lo excepcional, lo *milagroso*, lo inverosímil de la aventura, de la coincidencia, me impresionó sobremanera. ¡Cuántas veces he pensado en el viajero, en la monja y en la *visión!* El joven, V., siguió dormido. Al llegar á la primera estación se movió un poco, suspiró, tal vez dispertó; pero sin incorporarse, sin abrir los ojos. Se abrió la puerta del coche, entraron un viejo y una vieja... y yo salí para buscar el verdadero reservado de señoras.

—Es verdad,—interrumpí yo.—Recuerdo que llegué á Madrid acompañado de una pareja de sesentones que nada tenían de aparecidos.

—Pero el verdadero milagro,—prosiguió Catalina,—está en habernos vuelto á encontrar. Es decir, en volver yo á encontrarlo á V. Ahora quien dormía no era V.: era yo.

—Pero V. no me vió...

—No le vi á V. hasta que volvió al salón cuando el alcalde me estaba magnetizando. Yo le veía á V. ... con los ojos *casi* cerrados. Le reconocí en seguida: formé mi plan inmediatamente. ¡Si viera V. qué emoción! Un incrédulo que quería quitarme el pan de mi Tomasuccio, que no quería que yo pudiera vestir á mi niño... ni siquiera con tul viejo y cintas ajadas... Mi superchería fué mi arma. *Avisé* á Vincenzo, á mi marido; me entendió... y vino el segundo milagro... el segundo, porque el primero, el mejor, el *importante*, era el otro. Aquella *casualidad* de habernos vuelto á encontrar venía á coronar la otra serie de casualidades.

—Todo esto en un cuento parecería inverosímil.

—Pero todo es verdad: luego fué *posible*. Además, cosa por cosa, nada es extraordinario... mucho menos lo que más lo parece, lo principal, el atreverme yo á leer su libro de memorias...

—¿Y el escribir yo aquello, nada más que aquello, en letra ordinaria? (En efecto, después busqué en mis apuntes la narración y las reflexiones á que Catalina aludía... y en letra bastardilla estaban escritas; en letra *rapidísima*, pero clara.)

—Eso se explica por la emoción con que V. escribiría: no le dió tiempo á recordar su costumbre de usar letras exóticas: escribía V. como escribirá lo que le importa más; todo lo que no sea para sus memorias.

—De modo que... según V., no hay milagro.

—¡Oh, sí! ¡Evidente! El milagro está en el conjunto; en la reunión de todo eso... ¡en tantas coincidencias!

Los dos callamos, nos miramos fijamente, leímos, *confrontando las almas*, el respectivo pensamiento. Pero nadie leyó en voz alta. Se oía la respiración algo fatigada de Tomasuccio.

UNA DAMA Y SU PAJE

Digitized by Google

Los dos atendimos al niño: ella le tapó mejor; yo arreglé los pliegues del pabellón de la cuna. Y, como si hubiéramos cambiado de conversación, me atreví á decir:

—Después de todo, ¿qué mayor coincidencia *inverosímil* que el encontrarse en el mundo dos almas, dos almas hechas la una para la otra?

—¡Ah! Sí: es verdad. El amor es un misterio. El amor es un milagro.

Llegó Foligno. Yo le estreché la mano sin miedo: sin miedo ni á él ni á mi conciencia. Después estreché la de Catalina, aquella mano *tan mía*, y la estreché tranquilo. Nos miramos ambos satisfechos, como dos compañeros de naufragio que se saludan, sanos y salvos, en la orilla.

. . . . . .

Al día siguiente fuí á despedirles á la estación.

No más unos momentos, muy pocos, estuve á solas con la Porena mientras facturaba el equipaje el doctor.

No hablábamos. Me miró sonriendo. Yo fuí quien se atrevió á decir:

—En la explicación de ayer... pensando en ella esta noche, vi dos puntos... oscuros.

—¡Dos! ¿Cuáles son?

—¿Cómo viajaba V. sola de Segovia á Madrid?

—¡Bah! ¡Tantas veces he viajado sola! Foligno tenía que presentarse en Madrid á responder... de una deuda. Era una batalla con un usurero empresario de un teatro. Amenazaba con pleitos, con la cárcel... ¡qué sé yo! Somos extranjeros, tenemos miedo á todo. Foligno aquellos días cayó enfermo en Segovia... y fuí yo sola á calmar al enemigo, á darle garantías de nuestra buena fe, á pedir prórroga... ¡Es V. demasiado curioso! Ya sabe V. más de lo que yo debía decir. No pregunte V. más cosas... así.

—La otra pregunta... el otro punto oscuro...

No hubo tiempo á más. Foligno llegó. Entraron en un coche de segunda. Un apretón de manos, un beso muy largo á Tomasuccio... y partió el tren.

¿Hasta cuándo?

Al día siguiente yo me volvía á Madrid.

Nota. La segunda pregunta, que no hubo tiempo á formular, era esta: —¿Por qué me conocía V. siempre por el contacto de la yema de un dedo?

XI

Dos años después de haber escrito Nicolás Serrano en sus *Memorias* lo que va copiado, se paseaba por Recoletos una tarde de primavera. Una muchacha de quince abriles pregonaba violetas, ramitos de violetas. Algunos árboles del paseo olían á gloria. Las golondrinas, bulliciosas, jugaban al escondite de tejado á tejado, rozando con su vuelo el cielo azul, rozando con las puntas de las alas, á veces, la tierra. Los leones de la Cibeles, teñidos de la púrpura del crepúsculo esplendoroso, parecían contentos, soñando, como la diosa, al son de la cascada de la fuente. Serrano gozaba de aquellas emanaciones de la *Maya* inmortal, si no contento, tranquilo por lo pronto, en una tregua de la *angustia metafísica*, que era su enfermedad incurable. Un perro cursi, pero muy satisfecho de la existencia, canelo, insignificante, pasó por allí, al parecer lleno de ocupaciones. Iba deprisa, pero no le faltaba tiempo para entretenerse en los accidentes del camino. Quiso tragarse una golondrina que le pasó junto al hocico. Es claro que no pudo. No le inquietó: siguió adelante. Dió con un papel que debía de haber envuelto algo sustancioso. No era nada: era un pedazo de *Correspondencia* que había contenido queso. Adelante. Un chiquillo le salió al paso. Dos brincos, un gruñido, un simulacro de mordisco, y después nada: el más absoluto desprecio. Adelante. Ahora una perrita de lanas, esclava, melindrosa, remilgada. Algunos chicoleos, dos ó tres asaltos amorosos, protestas de la perra y de sus dueños, un matrimonio viejo, bueno, corriente. ¿Que no quieren? ¿Que hay escrúpulos? En paz. Adelante: lo que á él le sobraban eran perras. Y se perdió á lo lejos, torciendo á la derecha, camino de la Casa de la Moneda. A Serrano se le figuraba que aquel perro iba así... como *cantando*.

—¡Oh! Es mucho mejor filósofo que yo,—se dijo.

Y, al volver la cabeza, vió enfrente de sí á Caterina Porena vestida de negro.

Ella le reconoció antes. Se puso muy encarnada, y pasó un mal rato dudando si él la saludaría, si se acordaría de ella. Si él pasaba adelante... ¡adiós! ¿cómo atreverse á detenerle?

Pero Nicolás se detuvo, sintió el corazón á la garganta y alargó una mano, después de hacer un ruido extraño con la garganta, donde tenía el corazón; acaso con el corazón mismo.

Se estrecharon las manos.

«¿Su vida?»

La de él... como siempre. No habían vuelto á adivinarle nada.

No le había pasado ninguna otra gran casualidad.

¿Y á ella? A ella se le había muerto Tomasuccio. Hacía más de un año. Pero aquel año no era como los dos meses de Ofelia: era como los dos días de Hamlet, era ayer siempre el día de la muerte.

A Serrano se le nubló la primavera. Sintió de pronto la tristeza del mundo en medio de los pregones de violetas, de la luz radiante, del cuchicheo de las golondrinas.

El rostro, los ojos sobre todo, anunciaban en Caterina un dolor incurable.

—¡Qué horriblemente desgraciada debe ser! —pensó Serrano.

Callaron un momento, puesto el recuerdo, lleno de amor, en Tomasuccio.

Después, en un tono mate, frío sin querer, preguntó el filósofo:

—¿Y Foligno?

—Bueno, muy bueno.

—Sí,—pensó Nicolás;—ese nos enterrará á todos.

Se separaron. Ella estaba en Madrid de paso. No hablaron siquiera de volver á verse. ¿Para qué?

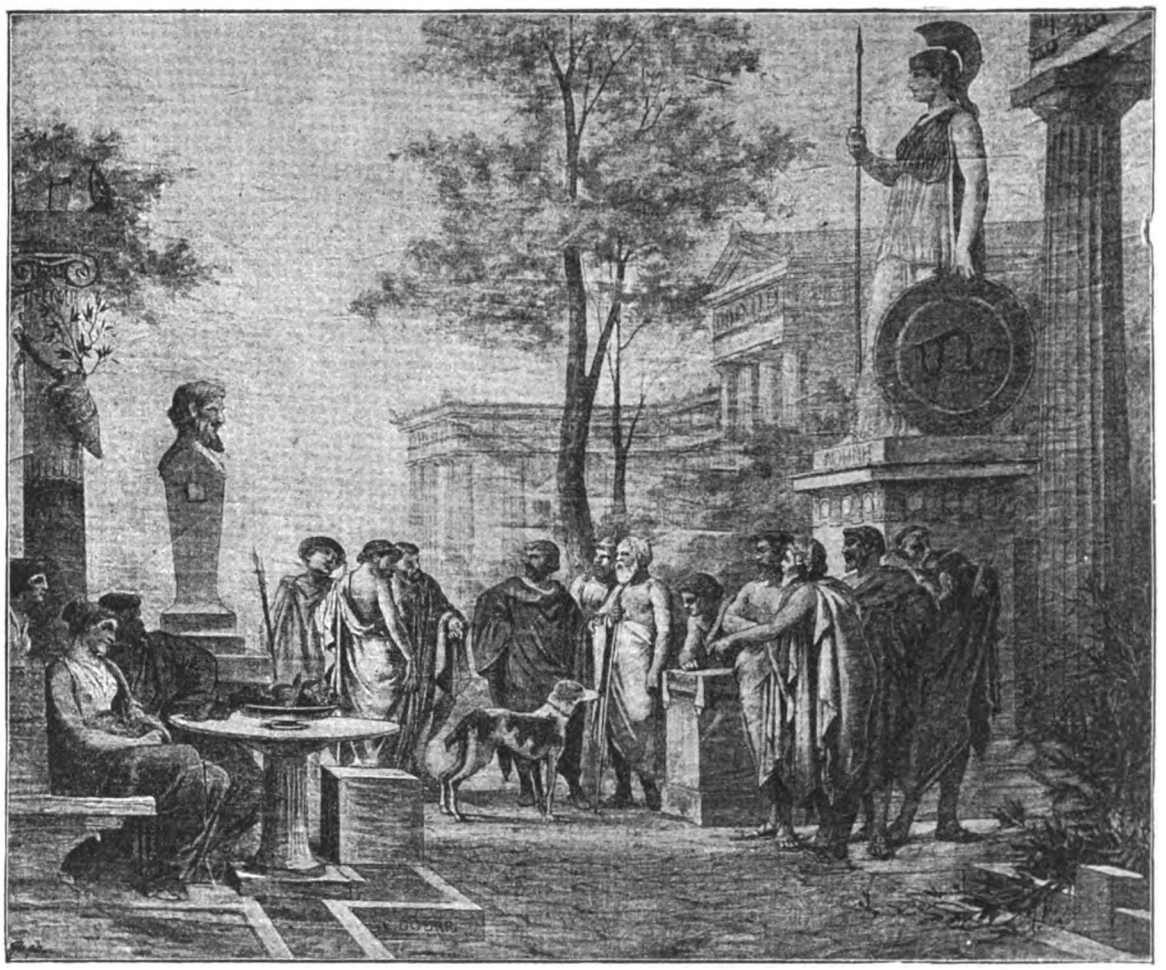
Ella era honrada, él también: vivía Foligno... y Tomasuccio había muerto. La Porena, siempre en el éxtasis de su pena, vivía como en un templo, sacerdotisa del dolor. Todo mal pensamiento era una profanación del altar en que se quemaba un corazón sacrificado al recuerdo de un hijo. No era el corazón solo: todo se consumía. Catalina estaba muy delgada, muy pálida: se iba poco á poco con su Masuccio.

El amor, y el amor adúltero singularmente, no tenía ya sitio allí.

No cabía más que *recordarse* de lejos, sin buscarse. Queriéndose, ó lo que fuere, hasta que el difumino del tiempo se encargara de desvanecer la última aprensión sentimental.

Catalina siguió su camino hacia la Cibeles. Serrano, sin saber lo que hacia, torció á la derecha, hacia la Casa de la Moneda, como si quisiera seguir la pista del perro canelo, que tomaba los *fenómenos* como lo que eran, como una... superchería.

CLARÍN



ALCIBÍADES Y SU PERRO

NOVELISTAS CONTEMPORÁNEOS

(CONCLUSIÓN)

El problema de las relaciones sociales entre ambos sexos adquiere en Tolstoï una trascendencia notable.

Las dos novelas fundamentales del ilustre escritor, son dobles cada una en su estructura interna, de modo que la crítica tradicional podría

Digitized by Google

Digitized by Google

LAS HEROINAS DE SHAKESPEARE: SILVIA (cuadro de C. Perugini)

Digitized by Google

decir que no hay en ellas unidad de acción. Que la hay, no es cosa de discutir ahora: díganlo los lectores sinceros y desapasionados. La división es marcada y tiene su por qué: amóldase una de las partes á la estructura ordinaria de las novelas, con los conflictos de siempre, el juego de pasiones ya sabido, y el cruce de sentimientos que pueden calificarse, en la preceptiva épica, de *generales de la ley*, salvo que están presentados con una originalidad y una distinción poco comunes: ejemplo, el tipo del viejo príncipe *Bolkousky* (1) y el conflicto conyugal de *Ana* y su marido. En la otra parte plantéanse los problemas característicos de Tolstoï, hechos carne en dos personajes géminos, *Natalia* y *Pedro*, en *La guerra y la paz*; *Kitty* y *Sevine* en *Ana*. Los dos hombres representan la crisis de ideas religiosas y sociales, y no sé cuál de los dos resulta más simpático. Las dos mu-

MODAS DE PARÍS

jeres llevan consigo el problema del matrimonio, de la relación de caracteres y aficiones dentro de la familia; y por cierto que ambas, aunque no acentúan mucho su personalidad en este sentido (como tampoco *Pedro* ni *Sevine*), tienen un capítulo de exigencias para la vida marital de que se holgarían mucho nuestras muchachitas de quince y de veinte años. *Natalia* cala más hondo que *Kitty*, aun en ser lo que se dice mujer de su casa: no parece hija de un príncipe, sino una de estas raras muchachas de pueblo, hijas de grandes hacendados, fuertes de alma, aficionadas á lo culto, pero que saben discutir con los arrendadores, les gusta dirigir una granja y se encuentran bien cooperando con su marido en la vida comercial y burguesa que les ofrece. *Kitty* es más delicada, y á veces se asemeja á la *Maximina* de Palacio Valdés; pero tiene más nervio y más horizonte que *Maximina* y sobre todo vive en otra sociedad, muy superior en cultura y más libre y sensata tocante á vida de la mujer y á sus relaciones con el otro sexo.

En el casamiento de *Sevine*, y en su primera época de matrimonio, hay escenas de una verdad admirable y hasta ahora no aprovechada por los novelistas; y en la vida conyugal de *Natalia* y *Pedro* (al final de *La guerra y la paz*), un alto sentido de intimidad entre los esposos, intimidad cuya trascendencia, no explícita para el que no lee entre líneas y dando toda su alma á la lectura, va más allá de lo que las mismas palabras dicen.

(1) *La guerra y la paz.*

En *La guerra y la paz* hay un tercer personaje, el príncipe *Andrés Bolkousky*, que comparte con *Pedro* la representación del lado ideal de la novela. El problema de las creencias y del destino en la vida, muéstrase en él con esos tonos vagos, tan llenos de substancia en el fondo, con que generalmente aparece á los hombres distraídos de las cuestiones ideales por conflictos positivos más inmediatos y de más urgente resolución en el tiempo. Las últimas reflexiones del príncipe *Andrés* antes de caer herido mortalmente en la batalla de Borodino, y todo el proceso intelectual que sigue durante el doloroso prólogo á su muerte, valen por cien libros de polémica religiosa, porque tienen lo que á éstos les falta ordinariamente: sentimiento; y en cambio están libres de todo propósito sectario y cultista.

En medio de sus convicciones, Tolstoï, como hombre serio y de estudio, no es dogmático. Al final de todas sus proposiciones hay un interrogante. La cuestión, decidida provisionalmente, queda abierta; y en el ánimo del lector no hace la conclusión más fuerza que la natural de un pensamiento grave, mesurado, y que arranca de lo íntimo, sobre el propio pensamiento libre y normal. Por eso, sin duda, los personajes de Tolstoï (muy conforme á la verdad de la vida) reflejan, como los de ningún otro autor, dos cosas muy olvidadas, á veces por sistema, en el naturalismo moderno: las contradicciones (aparentes, es cierto, dentro de la unidad del carácter) y las vacilaciones con que se muestran el pensamiento y la voluntad en la vida; y la influencia de las pequeñas causas, de los detalles insignificantes que por lo común tuercen más la conducta diaria que las grandes causas, incluso en los que la tienen inquebrantable y rígida en lo esencial, los cuales no se escapan á los desequilibrios nerviosos que su misma tensión origina.

Los personajes de Zola, verbigracia, son inflexibles, rígidos, absolutamente determinados, porque los concibe en la unidad de su vida y conducta, en la cual todo hombre tiene una fórmula unitaria de expresión que lo caracteriza independientemente de las contradicciones y vaivenes que en el análisis detallado de sus períodos sucesivos pueden notarse. Tolstoï, en vez de apreciar esa unidad desde la cual todo individuo aparece como una resultante enteramente cualificada, relata el proceso de elaboración del carácter, en el que se muestra todo lo accidental y relativo suyo, todo lo que en el juicio posterior de los hombres y de las cosas se desprecia como mero *accidente;* pero que en la historia de los individuos, y en la misma expresión de su característica fundamental, no es menos importante. Así la diferencia de Tolstoï á Zola depende del punto de vista desde el que aprecian la realidad. No de otro modo, como observaba Gervinus, la historia humana, vista en períodos aislados, ofrece el fenómeno de oscilaciones incesantes entre impulsiones contrarias, señalándose con toda claridad la influencia de las causas pequeñas; mientras que «en el estudio de las grandes evoluciones de los siglos se percibe el flujo y reflujo alternativo de una misma corriente, llevada, no obstante, en una dirección fija; reconociéndose, al través de la serie de edades, los progresos de un principio director.»

IV

Indicaba antes que para apreciar bien el valor y, lo que importa más aún, la significación de Tolstoï en la novela, es preciso conocer todos los escritos en que el simpático autor de *Ana Karenine* expresa el caudal de sus ideas y las vicisitudes de su historia intelectual.

No importa sólo como dato este conocimiento, sino porque el secreto todo del relieve ideal que tienen aquellas novelas fúndase en la presencia activa del autor, cuyos problemas y preocupaciones, lejos de ser manías subjetivas, corresponden al campo común de dudas é interrogantes en que inciden todos los hombres reflexivos. *Sevine*, *Pedro* y el príncipe *Andrés* son el mismo Tolstoï; y tal es la razón (y no, como pudiera pretenderse, una sequedad imaginativa) de la analogía que existe entre ellos.

Engañaríase, no obstante, cualquiera que por las precedentes observaciones (en las que sólo me propuse indicar las notas salientes de lo que pudiera llamarse el *carácter ideal* de Tolstoï) pensara que sus novelas son una tesis artísticamente presentada, mas sin el calor, la poesía y el encanto *de estricta literatura*, que para algunos es el todo de la novela.

Lejos de eso, no ya como pensador, mas como artista, ofrece Tolstoï un cuadro extenso de tipos de originalidad extraordinaria y un gusto seleccionista y perspicaz para los detalles característicos. Ejemplo de ello puede ser su estudio de la adolescencia femenina, en el que alcanza observaciones de gran penetración; y por lo que toca al efecto emocional, á ese arte de sobrecoger el sentimiento del que lee, produciendo lo que yo llamaría *lo indefinido de la emoción*, algo que en la literatura y en la vida se acerca á lo soñador y vago (por lo subjetivo y libre que es) del efecto de la alta música, ó del remanente ideal que sigue á una conversación con alguno de esos colosos del pensamiento cada una de cuyas palabras tiene un inmenso fondo de trascendencia, porque remueve lo más íntimo y complejo de nuestro propio pensar; en orden á esa dulce sacudida del sentimiento y de la idea que á veces se produce con una sola palabra, como la *Ironía* del artículo de Daudet sobre Turgueneff, ¿hay nada más fino, más artístico, más sentido bellamente y en que la sencillez de la frase revele mejor lo infinito del fondo, que aquel final de *La guerra y la paz*, en que el hijo del príncipe Andrés siente el primer movimiento de esas vocaciones pasionales de la adolescencia, de esos arrebatos nobles y fogosos que á veces son la revelación de todo un carácter, despertado en él por el recuerdo de su padre, cuyo nombre abre á sus ojos de repente toda la complejidad de la vida, confusa á los ojos del niño y concentrada para él en un solo nombre y en un solo sentimiento al cual subordina todo el destino del mundo?

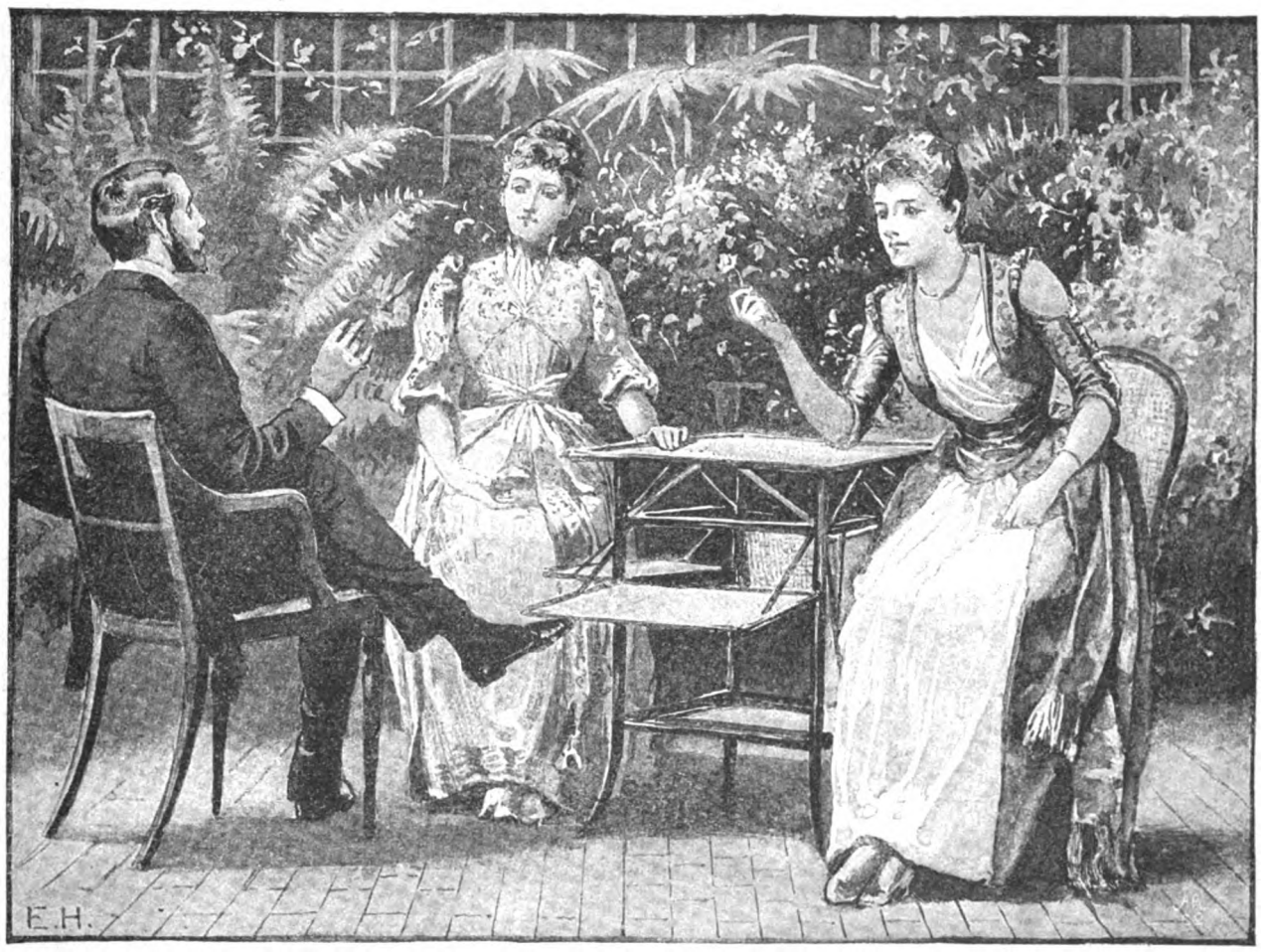
Ni la dramática frase de Planus en *Fromont jeune et Risler aîné*, ni la grave sentencia con

Digitized by Google

que termina *El Nabab*, ni cualquiera otra análoga de las que yo recuerdo ahora, alcanza la fuerza de impresión que logra producir aquel detalle finísimo de Tolstoï. Porque todos los finales citados, aunque lleguen á veces á lo sublime, terminan la acción y cierran de golpe el proceso de ideas que ha venido promoviendo la obra de arte; pero los últimos párrafos de *La guerra y la paz* abren de nuevo el ciclo de ideas, y, semejando á la vida, en que nada concluye, sino que todo se continúa y se origina perpetuamente, deja ver, en el punto en que el novelista quiso suspender la narración, el despertar, lleno de misterios y de interrogantes, del alma de un niño en ese momento hermoso é interesante como ninguno, en que se incorpora á la cadena de los seres personales y se ve como un elemento que tiene en la sociedad una fuerza y una misión que mutuamente se solicitan, pero que todavía no puede él definirse.

Todo este nuevo orden de consideraciones pide tratado aparte, y ya no cabe en el presente artículo, cuya intención, como dije, fué otra, y cuyas dimensiones exceden de lo que me propuse.

RAFAEL ALTAMIRA



Trajes para comida

HIERRO VIEJO

APÓLOGO

(A MI QUERIDO HERMANO)

En una pobre herrería
de un modesto lugarejo,
un montón de hierro viejo
arrinconado yacía.

Tirados sin plan ni arte
los hierros allí reunidos,
por el orín corroídos,
formaban montón aparte

un roto *eslabón* sin brillo,
un *casco* de una granada,
una *reja* desgastada
y un oxidado *tornillo*.

El herrero los cogió
un día para labrarlos,
y en el yunque al colocarlos
hablar á los cuatro oyó.

En confusa algarabía,
el *eslabón*, el primero,
con acento lastimero
estas voces profería:

—Me avergüenzo, compañeros,
de haber sido lo que fuí.
De los abismos salí
por mano de unos mineros.

Al ver que el hombre afanoso
de la mina me extraía,
creí me destinaria
á servir un cargo honroso.

Sufrí de un horno el calor,
que me convirtió en lingote;
contento sufrí el azote
del mazo del forjador.

Y apuré mi sufrimiento
tan alegre y resignado
por creerme destinado
á ser útil instrumento.

Servir al hombre anhelaba
con delirio, lo confieso:
en ser factor del progreso
mi esperanza se cifraba.

Mas el hombre, en su ambición,
á deshonra me condena,
y de infamante cadena
me convierte en eslabón.

Conmigo otros compañeros
su infortunio lamentaban
mientras que nos embarcaban
en unos buques negreros.

Aquellas naves corsarias,
en busca de carne humana
corren la costa africana
de playas no hospitalarias.

Y negros á centenares,
en los bajeles entrando
y las bodegas llenando,
lloran sus perdidos lares.

Y entre lamentos y llanto
de hombres que parecen fieras,
otros, que lo son de veras
y no lo parecen tanto,

á esclavitud ominosa
condenan á sus hermanos,
atando sus pies y manos
con la cadena afrentosa.

Con vergüenza y con horror
por muchos años he sido
tirano del oprimido
y apoyo del opresor.

¡Ay! ¡He visto al mayoral,
con el látigo en la mano,
cruzar la cara á su hermano
con desenfreno brutal!

¡Cuántas veces me sentí
de sangre humana empapado!
¡Cuántas veces ha llorado

Digitized by Google

COGEDOR (dibujo de Fairfax Muckley)

LOS TRES PESCADORES (cuadro de C. Napier Hemy)

Digitized by Google

COGIDO (dibujo de Fairfax Muckley)

ALARMA EN EL CAMINO (cuadro de J. Christie)

Digitized by Google

el esclavo sobre mí!

En muchos años de penas
un instante alegre cuento,
que es el ansiado momento
de ver rotas las cadenas.

Con infernal alboroto
vi la turba entrar un día,
y de la cadena mía
fuí el primer eslabón roto.

Después, en la oscuridad
de este miserable asilo,
he visto al hombre tranquilo
gozando de libertad.—

Aquí el *eslabón* dejó
su relación terminada,
y el *casco* de una granada
de esta manera empezó:

—Yo, de un hueco proyectil
á formar parte obligado,
vi á un pueblo desenfrenado
luchando en guerra civil.

Desde un parque me llevaron
al lugar de la batalla,
y de pólvora y metralla
los soldados me llenaron.

En el hueco de un cañón
por mi desgracia metido,
me vi de pronto expelido
por infernal explosión.

Corrí mas veloz que el viento
por espacios ignorados,
y en pelotón de soldados
del contrario campamento

súbitamente caí,
con estruendo reventé,
y muerte y horror sembré
donde quiera que me vi.

Quedé en un cráneo clavado
que después cubrió la tierra;
y, terminada la guerra,
me desenterró un arado.

Aquí un hombre me tiró
con desprecio inmerecido,
y aquí tranquilo he vivido
porque el hombre me olvidó.—

El *casco* calló, y la *reja*
hizo un gesto horrorizada
y con voz entrecortada
dijo así:—Mi historia es vieja.

Yo en todas edades soy,
he sido y seré querida:
yo doy al hombre la vida,
siempre á su servicio estoy.

PEDRO GARRIGA PUIG

(Se concluirá)

BIBLIOGRAFIA

El buen Jeromo, poema en cuatro cantos, por *Luis de Ansorena*, con una carta de D. Ramón de Campoamor.—Madrid, 1890.

Que á mí no me gusten nada los pequeños poemas, ni aun cuando los escribe Campoamor (confieso mi estragado gusto), no quiere decir que deje de reconocer sus buenas cualidades de versificación cuando sucede así, y en este caso se encuentra *El buen Jeromo*. Dicho esto, se me permitirá que *haga votos* por que un poeta del fuste del Sr. Ansorena se decida á beber en su vasito propio, dejándose de hacerlo en imitaciones (si felices, siempre artificiales) de otros vasos, aunque sean etruscos.

Por Francia y por Alemania, por *D.ª Emilia Pardo Bazán*.—Madrid, 1890

Prescindiendo de su inevitable *yoísmo*, ese libro contiene cosas que se leen con agrado, por más que la materia esté ya apurada hasta la colilla. Y ahora, puesto que su ilustre autora nos habla de Alemania (no de la del Norte, sino de la del Sur), vaya una *querelle d'allemand*. Lo mismo en *Al pie de la Torre Eiffel* que en el tomo de que hablo, emplea la Sra. Pardo Bazán el sustantivo *raspacuero* como equivalente de *rastaquouère*, y yo no sé si vale la traslación. *Raspacuero* implica así como una especie de mote desdeñoso profesional, y la etimología no es precisamente esa. *Rastaquouère* es un brasileño de un *vaudeville* de Meilhac y Halevy que va á París con el objeto de que le roben allí

ce que j'ai volé là-bas

(dice él); pero, generalizando el tipo, se ha convertido hoy en calificativo del aventurero exótico que no retrocede, si el caso llega, ante el asesinato (Pranzini, Prado). Creo, por lo tanto, que la *adaptación* resulta un tanto libre é inexacta y que lo mejor sería decir *rastaquouère* sin buscarle analogía en español, dado que el tipo no existe por aquí. Decir en nuestra lengua *raspacuero* (y mejor *raspacueros* ó *rascacueros)* indica como cierto desprecio, y no es ese el sentimiento que inspiran los *rastaquouères* de París, sino el de estar ojo avizor sobre ellos para evitar las unas que no les largue un *lapin* ó las deje secas de una puñalada, y los otros para que no hagan con su *argent* lo que algunos empleados nuestros hacen en ciertas oficinas de Cuba.

Sombrero nuevo

Otra *querelle*. Al hablar del Shah, ó si se quiere *Cha*, de Persia, trasforma la Sra. Pardo Bazán su nombre de Nasr-ed-Din en *Nasaredino*, siendo así que no había que inventar ninguna palabra nueva por tenerla perfectamente en castellano: *Nasredín* ó *Nasredino*, y también *Annasir*, pues el Shah se llama precisamente como el *Sultán Verde*, derrotado en las Navas de Tolosa, tan citado por nuestros historiadores.

He de manifestar también que todo lo que me ha gustado, por ejemplo, la semblanza de Richepin, me ha sorprendido algo de lo que se dice en el capítulo de los *Felibres*, puesto que, aun sin ser yo de la parroquia, me duele se trate mal á quien se presenta cuando menos como un gran carácter. Cierto que el aludido no sirve para hacerle la competencia á Mistral, pero siempre sabrá presidir con formalidad y *buen gusto*, lo cual no se puede decir de todos los presidentes de Juegos Florales, aunque pretendan hablar en catalán.

Finalmente, no ocultaré que me ha parecido una puerilidad usar el nombre de *Bavaria* en vez de Baviera. Hasta ahora lo había visto empleado por algunos escritores de Buenos Aires, lo mismo que *Wutemburgo* por Wurtemberg; pero, francamente, aunque sea cosa de la Academia, si es que lo es (que no quiero saberlo), siempre resultará un nombre feo y mucho menos eufónico que el *Baviera* de los tratados de Geografía. Siguiendo por ese camino iríamos á parar á *Munique* por Munich, *Nuremburgo* por Nuremberg, *Lindao* por Luidau, *Francofuerte* por Francfort, etc., amén del terrible trastorno que produciría en los cafés y cervecerías el tener que pedir un *bock de Bavaria doble*, una *Bavaria chica*, y otras capacidades para britolados.

Y basta ya de reparos.

Cant á la llauradora valenciana, por *Francesch Barber y Bas*.—Valencia, 1889

Fué premiada esta poesía en los Juegos Florales de *Lo Rat Penat*, lo cual basta para encarecer su mérito.

La señora de Villemor, por *P. Lestang*.—«La España Editorial,» Madrid, 1890

Al hablar de la primera parte de esta novela *(El rey de París)*, manifesté ya mi parecer sobre el género, por lo cual no repetiré lo que entonces dije.

Cuentos del día de Reyes, por *Carlos Dickens*.—Valencia

Pertenece á la *Biblioteca selecta* que publica en Valencia el inteligente editor Sr. Aguilar. El tino con que están elegidas las obras extranjeras, y el mérito de las españolas que salen á luz en dicha colección, merece los mayores elogios.

Retazos médicos.—Colección de apuntes ó instrucciones populares fisiológico-higiénicos, por *Manuel Corral y Mairá*.—Madrid, 1889

El autor tiene bien sentada su reputación como discreto vulgarizador de las ciencias médicas, y en esta colección acaba de poner el sello á su merecida fama. Muy de desear sería que el público leyese los tales *Retazos*, en la seguridad de que no había de pesarle lo que allí se aprende.

CARLOS MENDOZA

NUESTROS GRABADOS

BELLAS ARTES

NORUEGA: ¡BUEN CHISTE! *cuadro de T. Cederstrom*

Aunque noruego, el autor ha hecho sus estudios en Munich, y merece ser contado en el número de los mejores discípulos de aquella excelente escuela. El asunto es más alemanisco que otra cosa, tratándose de un reverendo fraile bávaro que, al parecer, saborea con deleite los chistes de la famosa *Kladderadastch* de Berlín.

Como obra pictórica recomiéndase sobre todo por la expresión de la figura y el claroscuro.

INGLATERRA: RECOLECTORA DE YERBAS, *cuadro de Pearce*.—COGEDOR. COGIDO, *dibujos de F. Muckley*.—LOS TRES PESCADORES, *cuadro de Napier Hemy*.—ALARMA EN EL CAMINO, *de Christié*.—SILVIA, *de C. Perugini*.

No hay que decir de qué *Silvia* se trata aquí, pues todos comprenderán que entre todas las Silvias cantadas por los poetas, sacadas á las tablas por los dramaturgos ó narradas en su prosa por los noveladores, la Silvia por antonomasia es la de Shakespeare, la de *Los dos gentilhombres de Verona*, comedia inspirada en el cuento de Boccaccio que lleva el mismo nombre, y por más señas traducida al español por el malogrado D. Jaime Clark. Con esto se podrá formar idea del acierto con que el pintor ha materializado la figura de la hermosa heroína del insigne Will.

Aunque de autor inglés la *Recolectora de yerbas (Cueilleuse d'herbes)*, es mejor un cuadro francés que no otra cosa, á pesar de la nacionalidad de su autor, Mr. Sprague Pearce. Género Bastien Lepage. No hablamos del mérito del original ni del grabado por ser harto patentes.

Los tres pescadores es una buena marina, y *Alarma en el camino* es un cuadro de género lleno de gracia y de dificultades felizmente vencidas.

Finalmente los dos dibujos de Muckley se recomiendan por la ingeniosa antítesis y el arduo problema de presentar las mismas figuras con diferentísima expresión; problema difícil, como pocos, de resolver.

Digitized by Google

RUSIA: CAMPESINO RUSO Á CABALLO, *dibujo de Chelmonski*

Maravilloso animal es un caballo ruso: no porque sea precisamente muy hermoso, sino por su andar desembarazado y rápido, por su fuga admirable y por su carácter. A primera vista nadie diría de lo que es capaz, pero no hay más que ponerle á prueba, á condición de no apretarle demasiado el cuello ni el vientre ni la grupa, y resulta un animal que á ninguno cede en obediencia, bastando el solo sonido de la voz para animarle y haciendo sin el menor cansancio sus cuatro ó cinco leguas por hora.

El pinter Chelmonski ha representado en su dibujo el paso por la estepa de un campesino á caballo en ocasión en que quizás se oye á lo lejos el aullar de los lobos prontos á lanzarse sobre la ansiada presa.

No nos toca llamar la atención sobre el grabado de que tratamos, porque á cualquiera le es fácil reconocer sus excepcionales condiciones de belleza en todos los conceptos en que se mire.

TAPICERÍA PINTADA

La moda de pintar lienzos imitando tapices, muy en boga en el siglo XV, ha resucitado ahora como nuevo Lázaro, viéndose muchas pinturas de este género en la Ópera y en muchas iglesias de París. Es un género que realmente está muy en consonancia con los gustos decorativos de nuestra época, y que por la manera como se ejecuta la obra se parece mucho á la acuarela. Entre los pintores que más descuellan en la tapicería pintada, ocupa envidiable lugar nuestro paisano D. Victoriano Codina Langlin, verdadera especialidad en tan difícil arte.

LOS PRINCIPES DEL CONGO

Pida Vd. por un jabón—que da albor y perfuma
Al punto que la piel—al decaer se ahuma
Imitación feliz—del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad:—tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así—sufrir pueda avería.
Indague V. en cualquier—cabal perfumería
En todas le dirán:—Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de—los Príncipes del Congo.

Víctor Vaissier—Ronbaix—París.

Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona: Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

Por la tarde del día siguiente (habiéndole dicho Virginia que iría á Valencia á casa de D. Ignacio) se dirigió Octavio á la alquería del Cañamelar, aprovechándose de la ausencia de la joven para encontrar sola á la anciana y ejecutar á mansalva el plan que se había propuesto.

De modo que mientras Virginia visitaba en Valencia á su tío, Octavio llamaba á la puerta de la casa de la calle de la Reyna, que ya conoce el lector.

El criado Antonio le abrió y le introdujo en una sala en la que, tendida en un profundo y gran sillón, D.ª Concepción dormitaba. Esta, en cuanto vió aparecer al artista, abrió los ojos con asombro y los labios con una sonrisa, diciendo:

—¡V. por aquí á estas horas!

—Si no molesto...—contestó Octavio.

—No, no: siéntese.

—Me parece que V. dormía cuando entré.

—Eso no importa, porque yo siempre duermo: esa es mi enfermedad.

—Me sentaré, pues.

—Sí, sí.

—¿Está V. sola?

—Virginia hace dos horas se fué á Valencia á casa de mi hermano. Sentirá no ver á V.

—Y yo. Pero como esta noche no podré quizás venir...

—¿No?—preguntó con extrañeza D.ª Concepción.

—No me será posible acaso, y ese motivo me conduce aquí á estas horas.

—Mi hija quizás regrese pronto, y si V. espera...

—No puedo tampoco: llegó á la fonda que ocupo un amigo mío de Madrid, y me embarga durante veinticuatro horas para que le acompañe, porque visita á Valencia por primera vez. Está de paso y no conoce á nadie.

—Entonces ya me lo explico.

—Sin ese poderoso motivo no perdería yo ni una sola noche.

—¡Picarillo!

—Su hija de V. vale un Perú, D.ª Concepción.

—Bien puede V. decirlo en voz alta.

—No se comprende cómo hay en el mundo un hombre tan insensato que, poseyendo tan apreciable alhaja, la abandona neciamente para que la recoja el primer transeunte,— añadió mirando Octavio fijamente á la paralítica.

—Es verdad,—contestó ésta esquivando las miradas del artista.

—¡Qué hombre tan miserable debe ser su esposo!

D.ª Concepción no respondió á la exclamación anterior. Tras breve pausa dijo Octavio:

—Virginia nunca le nombra, y excita mi curiosidad el deseo de penetrar ese secreto. ¿Quiere V. decirme cómo se llama el marido de su hija?

—No lo recuerdo... no lo tengo presente,— balbuceó la anciana.

—Eso no puede ser. Parece que todos Vds. se hayan conjurado para que yo ignore lo que debieran confesarme desde el principio.

—En eso tiene V. razón.

—Me alegro que V. lo conozca, porque así puedo esperar que sea conmigo más franca, más sincera que su hija.

—Nada debo decir respecto á esto hasta que ella lo confiese.

—Pues si continúan procediendo de esa manera, me harán creer que las sospechas que abrigo son justas, esto es, que Virginia ha dado pie para que huya de ella y la abandone su marido.

—¡Mi hija!—exclamó irguiendo rápida y altaneramente la cabeza D.ª Concepción.

—Eso parece que denote la obstinación de Vds. en no hablarme jamás de su esposo.

—Pues si eso le inquieta, puede V. vivir tranquilo: á mi hija todo el mundo la quiere y... nadie la abandona.

—¡Nadie!

—Nadie. Mi hija no es casada: es soltera, es libre. Respire V.

—¡Soltera!—exclamó Octavio perdiendo súbitamente el color del rostro y palideciendo densamente.—¡Soltera!—repitió.

—Dispense V., Octavio... No sé lo que me digo... Le he engañado: mi hija es casada,—repuso arrepintiéndose de lo dicho y con la velocidad que le permitía la torpeza de su órgano vocal.

—No se arrepienta V., señora, de que se le haya escapado la verdad,—contestó Octavio perdiendo su aplomo.

—Pero, aunque así fuese, debía V. dar gracias á Dios porque le sorprende con tan grata noticia, y no palidecer, como si ésta le proporcionase un disgusto. Veo, Octavio, que no comprende V. lo que vale el amor de mi hija y que mi hermano le conoce á V. muy bien.

—Crea V. que me es muy grata esta nueva, D.ª Concepción; pero me causa tal sorpresa que me siento mal de júbilo, de regocijo, y me veo en la precisión de retirarme al momento.

—Pues bien: retírese V.,—respondió con sequedad la digna anciana.

Abrigo Edisson

Digitized by Google

Octavio se despidió de ella. Salió de la alquería trastornado, con la mirada errante, con el cerebro en ebullición y exclamando sin cesar:—¡Soltera! ¡Soltera!

VIII

A media hora de salir Octavio de la alquería de la calle de la Reina entraba Virginia con la camarera que la acompañaba, y encontró á su madre con los ojos llorosos y como convulsa.

—¿Qué tienes?—la dijo sentándose á su lado.

—Nada, hija. Ha venido Octavio.

—¿Cuándo?

—Hace media hora que se fué.

—Pues ¿sabía que yo estaba en Valencia?

—Lo sabía... pero dice que no le esperes á la noche, que no podrá venir.

—Es la primera vez que se excusa de acudir á mi cita.

—No te fíes de él.

—¿Por qué?

—Porque creo que no te ama como tu mereces ser querida.

—Explícate.

—Vino, me encontró sola y me preguntó quién era tu esposo y por qué te abandonó.

—Esta farsa repugnante no puede durar: esto vengo de decirle á mi tío; pero él insiste en que no es hora todavía de descubrir á Octavio la verdad.

—¿Sabes que él sospecha que si tu esposo te abandonó es porque lo mereces?

—¡Eso te dijo!—exclamó Virginia admirada.

—No me lo dijo claro, pero me lo dió á entender de tal modo que tuve que salir á tu defensa y declararle que á ti no te une el vínculo del matrimonio con ningún hombre y que por lo tanto no pudo abandonarte tu esposo.

—¡Le descubriste que soy soltera!

—Sí.

—¡Se alegraría de saberlo!

—Se puso enfermo de... alegría.

—Pues bien: hay que acabar esta farsa de una vez, suceda lo que suceda. Ya no me es lícito callar: me corresponde ser sincera con él como debí serlo desde el primer día.

—¿Qué piensas hacer?

—Confesarle la verdad íntegra. Voy á escribirle.

—Sí, sí: es lo mejor.

D.ª Concepción, cuando se vió sola, lloró, exclamando:—¡Pobre hija mía!

Virginia fué á su habitación, y con rapidez, tomando la pluma, trazó sobre papel timbrado los siguientes renglones:

(Se continuará)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC
ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma: J. ESPIC.*
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

ESTREÑIMIENTO y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.
ANDALUCÍA
Tipos, costumbres, recuerdos y paisajes
POR
M. MARTINEZ BARRIONUEVO
Precio: Una peseta cuaderno

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El VINO de PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuídado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGIA
R. MOLINAS. Cortes, 365 á 371

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS
El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Higado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con quo se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.
Cura la TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.
El precio es muy moderado.
Lo venden las farmacias y dr guerias.
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª—BARCELONA.

el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg
Recetado hace 40 años
EN EL MUNDO ENTERO
contra las enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquiticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas, etc. El ACEITE de BACALAO de HOGG es el más abundante en materia de *bases activas*.
Se vende solamente en frascos triangulares.
PARIS, HOGG
2, Rue de Castiglione, 2
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 1.º de marzo de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 374

TRAJES DE INVIERNO

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Febrero* (poesía), por C. M.—*Amoríos en la luna*, por Vicente Blasco Ibáñez.—*El conde Ingolfo* (poesía), por Vicente de Arana.—*Bocado de autoridad*, por Antonia Opisso.—*La táctica del porvenir*, por X.—*Nuestros grabados*.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: Modas.—D. José Abascal.—*Bellas Artes*. Alemania: Riña callejera en Venecia.—Francia: La edad feliz.—Inglaterra: Crepúsculo.—Estados Unidos: Saúl y la nigromántica de Endor.—El duque de Orleans.—Valencia: Puerto del Grao.—Febrero (alegoría).—El carnaval de Milán: Los cingaleses.—Blois.—Madrid: Cercos de las puertas principales de San Francisco el Grande.

MADRID

La mueca del Carnaval.—La enfermedad de Zorrilla.—Abascal

Unos cuantos harapos manchados con el lodo de las calles, unas cuantas voces enronquecidas por el vino adulterado que se vende en las tabernas madrileñas: hé aquí lo que ha sido el Carnaval que acaba de pasar. La lluvia le ha ahogado y el barro fangoso ha cubierto su sepultura. ¡Quiera el cielo que no vuelva á salir de ella! Es un viejecillo decrépito, con las mejillas lívidas pintadas de colorete, corriendo tras Susanas que no hacen nada por ocultarse. El vicio le anima y la grosería es la expresión de su lenguaje. ¡Séale pesada la losa de cieno que ha caído sobre él este año para que no volvamos á ver su ridículo gesto, mezcla de imbecilidad y desvergüenza como las que se retratan en el rostro de los viejos que se obstinan en ser calaveras!

A esa mueca bufonesca es preferible la cara severa de la Cuaresma.

***

¡Aun hay patria, Veremundo! O, lo que es lo mismo, aun hay corazones que saben responder á los nobles sentimientos de la admiración y del entusiasmo rindiendo tributo á un anciano que no ejerce ninguna de las funciones elevadas del poder, pero que goza de todos los esplendores de la gloria.

Zorrilla, el gran Zorrilla, ha caído gravemente enfermo. Ese hombre, tan fuerte como las almenas de los castillos en que buscó inspiración muchas veces, tan vigoroso como el roble en que colgó su lira, ha sufrido, hombre al fin, á pesar de ser inmortal, una de esas crueles dolencias á que la humanidad viene sujeta. Madrid, al saberlo, se ha conmovido, y personas de todas las edades y de todas las clases sociales han acudido á la modesta vivienda del ilustre vate para enterarse de su dolencia y hacer votos sinceros por su restablecimiento.

Los pliegos de papel colocados en la portería de su casa se llenan de numerosas firmas precedidas de frases de admiración ó de afecto. Los periódicos diarios han abierto una sección para dar cuenta del estado del ilustre enfermo, y todos á porfía contribuyen á este homenaje que consuela, porque Zorrilla es una institución, es la personificación de la poesía española en lo que tiene de más hermoso y gallardo, y nada de lo que á él se refiere puede ser indiferente al país cuyas glorias y tradiciones ha cantado en inspirados versos.

Zorrilla, llevando hasta ahora muy desembarazadamente el peso de sus muchos años, es una excepción en este país, donde los hombres ilustres, y sobre todo los poetas, viven poco. Recuérdese que prematuramente se han abierto las tumbas de Eulogio Florentino Sanz, de Serra, de Tassara, de Selgas, de Ayala, de Bécquer y de tantos otros. La imaginación, que es la fiebre del espíritu, abrasa y destruye, y sólo seres privilegiados, como el cantor de Granada, pueden unir durante muchos años (y quiera Dios aumentarlos todavía) las canas á los laureles.

Y no será porque Zorrilla haya llevado una vida tranquila y reposada. De sus ochenta años, setenta se puede decir que han sido de ruda lucha y de azarosa existencia, que le ha llevado á recorrer el mundo sin más caudal que su lira y sin más caudal que sus cantos.

Hoy mismo, ese rey de la poesía, coronado con diadema de oro recogido entre la arenilla del Darro, no tiene lista civil y está, en cuanto á recursos, como los reyes en el destierro de que nos habla Daudet.

Y aun peor, porque no sabemos que le queden para un caso de apuro alhajas de la corona.

Las hojas de laurel no son prendas hipotecables.

***

Un hombre ha muerto estos días, en edad no muy avanzada (no tenía nada más que sesenta años), que era notable por ser uno de los tipos más característicos de una generación que ya va desapareciendo. Era el ex alcalde de Madrid D. José Abascal y Carredano, y su generación es de los hombres de 1850, herederos y continuadores de la obra del glorioso y venerable partido progresista.

¡1850! Sobre cuarenta años han trascurrido desde esa fecha; y si atendemos á la labor que durante ellos se ha llevado á cabo, nos parecerán un siglo, porque ahora se vive muy de prisa.

Revoluciones, guerras civiles, cambios de dinastías, mudanzas de instituciones, un golpe de Estado y una restauración. Todo eso hemos visto en ese breve espacio de tiempo, durante el cual han brillado y han bajado al sepulcro muchos hombres notables: Calvo Asensio, el gran patriota; Carlos Rubio, el poeta inspirado y el periodista atrevido y valiente; Roberto Robert, que contribuyó con su fina y delicada sátira, heredera de Quevedo, pero irreverente como la de Rabelais, al descrédito de lo antiguo, que él simbolizaba en *Los cachivaches de antaño* y en *Los tiempos de Maricastaña;* Rivero, el tribuno y el hombre de las energías fecundas y provechosas; y otros muchos.

Quedan algunos de aquella generación valiente y entusiasta; pero si no son viejos por los años lo son por lo que han sufrido y la muerte los va arrebatando. Uno de éstos era Abascal. En todos los períodos de lucha se distinguen dos clases de hombres: los de pensamiento y los de acción, que tienen que vivir tan estrechamente unidos como el alma y el cuerpo. Los que quedan citados y otros que aun viven pertenecían al primer grupo: Abascal era una de las personificaciones más genuinas del segundo.

Joven, rico, entusiasta, hijo del pueblo por su nacimiento, liberal por la gloriosa herencia de su honrado padre y por sus propias inclinaciones, formado entre las aulas donde fué á aprender y entre los talleres que le enseñaron á vivir, pudiendo por su fortuna alternar con las clases más altas y viviendo por sus ocupaciones entre las más humildes, este hombre fué á los veinte años, como ha sido durante toda su vida, uno de los elementos más valiosos del partido liberal en Madrid.

Los periódicos progresistas y democráticos necesitaban en aquella época grandes capitales: no para emplearlos, como pueden hacer los diarios de hoy, en llevar alicientes á sus columnas por medio de servicios telegráficos y numerosas correspondencias, sino para hacer frente á las grandes multas que les imponía el poder.

Castelar paga todavía réditos del dinero que necesitó tomar para su periódico *La Democracia*. *La Iberia*, la batalladora *Iberia* de aquellos tiempos, la que se recibía como el pan bendito en los hogares de los progresistas, la que se leía con veneración en las trastiendas de las boticas, debajo del retrato de Espartero, fué más afortunada porque tuvo á Abascal, que hizo frente á aquella guerra implacable de multas y recogidas.

Pero no bastaba sólo el dinero para sostener la lucha: era necesario sacrificar la libertad personal: cada periódico avanzado tenía un editor responsable, que era un ciudadano colocado siempre á la puerta de presidio para cuando al Gobierno se le antojase meterle dentro.

El comercio madrileño proporcionó muchos de estos hombres heroicos, dispuestos siempre al sacrificio. Abascal durmió entonces muchas noches en la cárcel; y en aquella ruda contienda contra los reaccionarios se identificó tanto con el pueblo de Madrid, que aquel hombre, que había nacido en las montañas de Santander, parecía un heredero directo de los héroes del *Dos de Mayo*, nacido en el riñón del barrio de Maravillas.

Si el pueblo peleaba en las calles, peleaba; si sufría, sufría; cuando le azotó terrible epidemia, el revolucionario ardiente se convirtió en enfermero é hizo prodigios de abnegación y de caridad que le conquistaron mucho cariño.

En los días que precedían á la lucha, allí estaba él para animar á los menos entusiastas; y en los días que seguían á la derrota, allí estaba él para arrancar víctimas á la venganza.

El pobre emigrado español aterido de frío en los boulevards de París y muerto de hambre en las calles de Bruselas, sabe lo que valía el socorro de aquella alma generosa.

Cuando la Revolución, á la que había ardientemente cooperado, triunfó, regresó á su patria, y los distritos más populares de Madrid le eligieron para que los representase en las Cortes Constituyentes.

Este cargo y el de alcalde primero de Madrid han sido los únicos que ambicionó. Hay que acordarse de lo que era Madrid al triunfar la Revolución de Setiembre, y fijarse en lo que es ahora, para comprender todo lo importante de la obra que inició desde la alcaldía D. Nicolás María Rivero y que Abascal continuó.

La Castellana cerrada por un ridículo bosquecillo de raquíticos pinos y por un laberinto de guardarropía rodeando una noria; Chamberí un barranco con casuchas mal alineadas en destartaladas calles, careciendo de lo más rudimentario en materia de policía urbana; el Retiro cortando la calle de Alcalá y uniendo las tapias de su extenso recinto reservado á la puerta que se levantó en tiempos de Carlos III y que era límite de la población por aquel lado.

El Parque de Artillería bajando hasta el Dos de Mayo, y el palacio que servía de residencia al infante D. Francisco ocupando una gran extensión de terreno y dejando una plaza cuadrada casi en igual estado que en tiempo de Felipe IV.

Madrid, después que se marchó el rey José I, que hizo él solo más que una dinastía, no ha tenido más reformadores, hasta los tiempos de la Revolución de Setiembre, que el marqués de Pontejos, Bravo Murillo, el marqués de Salamanca y D. Angel Pozas: los primeros en los puestos oficiales, los segundos con la iniciativa individual.

La obra grande la emprendió la Revolución de Setiembre; y en ella, si corresponde la iniciativa á Rivero, sería injusto negar una gran participación á Abascal.

En estos últimos tiempos (preciso es reconocerlo para ser justos) esta gran iniciativa se había paralizado: crueles padecimientos físicos y amargas torturas morales pusieron trabas á un pensamiento vastísimo, en el que, desde la construcción de una Casa Ayuntamiento por el estilo de las de París ó Bruselas hasta la apertura de la *Gran Vía*, se comprendían una porción de útiles reformas; pero Abascal se detuvo ante los clamores que se levantaron, y no se atrevió á ser lo que Haussman en París y Rius y Taulet en Barcelona cuando concibió el atrevido proyecto de realizar una Exposición Universal.

Para hacer reformas hay que afrontar la impopularidad y hasta arrostrar la calumnia: el vulgo, que es más numeroso de lo que se cree y que no está precisamente en las clases populares, es enemigo de todas las reformas.

¡Cuánto no se declamó en Madrid cuando se abrió el paseo de coches del Retiro y cuando

Digitized by Google

se construyó el Hipódromo, que hoy figuran entre los ornatos de la población!

Para edificar lo nuevo es necesario destruir lo viejo cuando no es hermoso; y el demoledor tiene pocas simpatías, porque siempre hay gente encariñada con el rincón en que nació, con el sitio en que vive, con los lugares á que están unidos sus recuerdos.

Sin embargo, el entierro de Abascal ha sido en Madrid una manifestación de simpatías precursoras de la justicia que se le hará cuando las pasiones del momento callen.

KASABAL

FEBRERO

Mes con careta, tornadizo y loco,
en que hacen su agosto ciertas damas.
Piscis preside, símbolo de escamas
en que la gente reflexiona poco.
Allá en el baile, con disfraz barroco
y echando por los ojos vivas llamas,
la chica, sin andarse por las ramas,
ir á cenar exige con descoco.
Mezclado el rufián con el mendigo,
esperan del sarao la salida
hambrientos ambos, sin hogar ni abrigo.
Ya vanidosa, ya de envidia roída,
brinca también la infancia, y en castigo
de danzantes la fosa queda henchida.

C. M.

AMORIOS EN LA LUNA

I

El encuentro fué en la desembocadura de la calle del Arenal. Los tres jóvenes que remontaban esta calle con el cigarro en la boca, el cuello del gabán rozando las orejas y el *clak* algo ladeado; aquellos tres elegantes que á aquellas horas (muy cerca de la una de la madrugada), con sus trajes de etiqueta que en parte dejaban ver los gabanes, y siguiendo tal calle demostraban venir del Teatro Real; al llegar á la entrada de la Puerta del Sol tropezaron con otro joven que pasó por su lado sin mirarlos.

Los elegantes iban cantando entre dientes y de una manera bastante estrambótica el *raconto* de *Lohengrin*, cuyas notas indudablemente aun vibraban en sus oídos; pero al pasar aquel joven, los tres cesaron de cantar y se codearon para llamarse mutuamente la atención.

—¡Es Federico!—dijo uno de ellos.

—Sí: indudablemente es él,—contestaron los otros con una admiración algo parecida á la de los coros de las zarzuelas cuando aparece un personaje inesperado.

El llamado Federico, en tanto, seguía adelante y ya se había internado en la calle del Arenal, como si no le importara un ardite toda la extrañeza que pudieran experimentar tres fracs envueltos en gabanes claros.

—¡Eh! ¡Federico! ¡Federico!—gritaron á coro los sorprendidos por el encuentro.

El joven dió media vuelta, y, después de ver quiénes le llamaban, se acercó con paso mesurado, como aquel que no tiene gran prisa en llegar.

—¿Qué hay?—preguntó con acento indiferente cuando llegó á encararse con los tres elegantes.

—¡Cómo que qué hay!—dijo con asombro uno de éstos.

Y luego continuó indeciso, como si comenzara á convencerse de que había confundido á una persona con otra:

—¿Acaso no es V. nuestro amigo Federico?

—Sí, hombre: yo soy Federico. Sois bastante raros: me llamáis y luego no me conocéis.

—Es que contestas de un modo muy original. No te vemos en dos años, y al encontrarte nos preguntas que qué hay: ni más ni menos que si nos hubiéramos visto hace unas horas en el Café Inglés. ¿Dónde has estado el tiempo que no te hemos visto?

—En ninguna parte.

—¡Hombre! Bonita contestación.

—Yo no ocupo lugar alguno. Parece que estoy en un sitio, y en realidad estoy en otro, lejos, muy lejos.

Y, al decir esto, Federico cerraba los ojos como si con el espíritu quisiera medir la magnitud de aquella inmensa distancia de la que hablaba con tanto respeto.

D. JOSÉ ABASCAL (dibujo de P. y Valor)

Los tres amigos se miraron para no sacar nada en limpio de aquella rápida consulta. No sabían qué pensar de Federico.

—Vamos, chico,—dijo por fin uno de ellos;—tú tienes la cabeza trastornada por el *champagne*, ó te has propuesto, al vernos, darnos una broma sin gracia. Bien sea una cosa ú otra, te condenamos á que vengas á cenar con nosotros al casino.

Federico nada contestó y quedóse inmóvil como si desconociera el valor de las palabras.

—¿Admites: sí ó no?

La contestación la dieron sus hombros levantándose con desdeñosa indiferencia.

—Bueno: te da lo mismo: vente, pues. No somos tan ingratos como tú, que desprecias á los amigos cuando tienen gusto en tenerte en su compañía.

El que había hablado cogió el brazo de Federico, y los cuatro comenzaron á andar.

A aquella hora gran número de los faroles de la Puerta del Sol estaban apagados y el reloj del Ministerio de la Gobernación lucía allá arriba su rojizo disco, semejante á un gigantesco ojo de fuego que contemplaba á Madrid dormido.

El pito del último tranvía sonaba cada vez más lejos, la gente se retiraba á sus casas de prisa, y sólo las anchas aceras ostentaban algunas parejas de movibles estatuas de la justicia con sus grandes zapatones, encapuchados y con el sable á la cintura, y algunos grupos compuestos de esos tipos asquerosos de ambos sexos que vienen á constituir la fauna del cieno social.

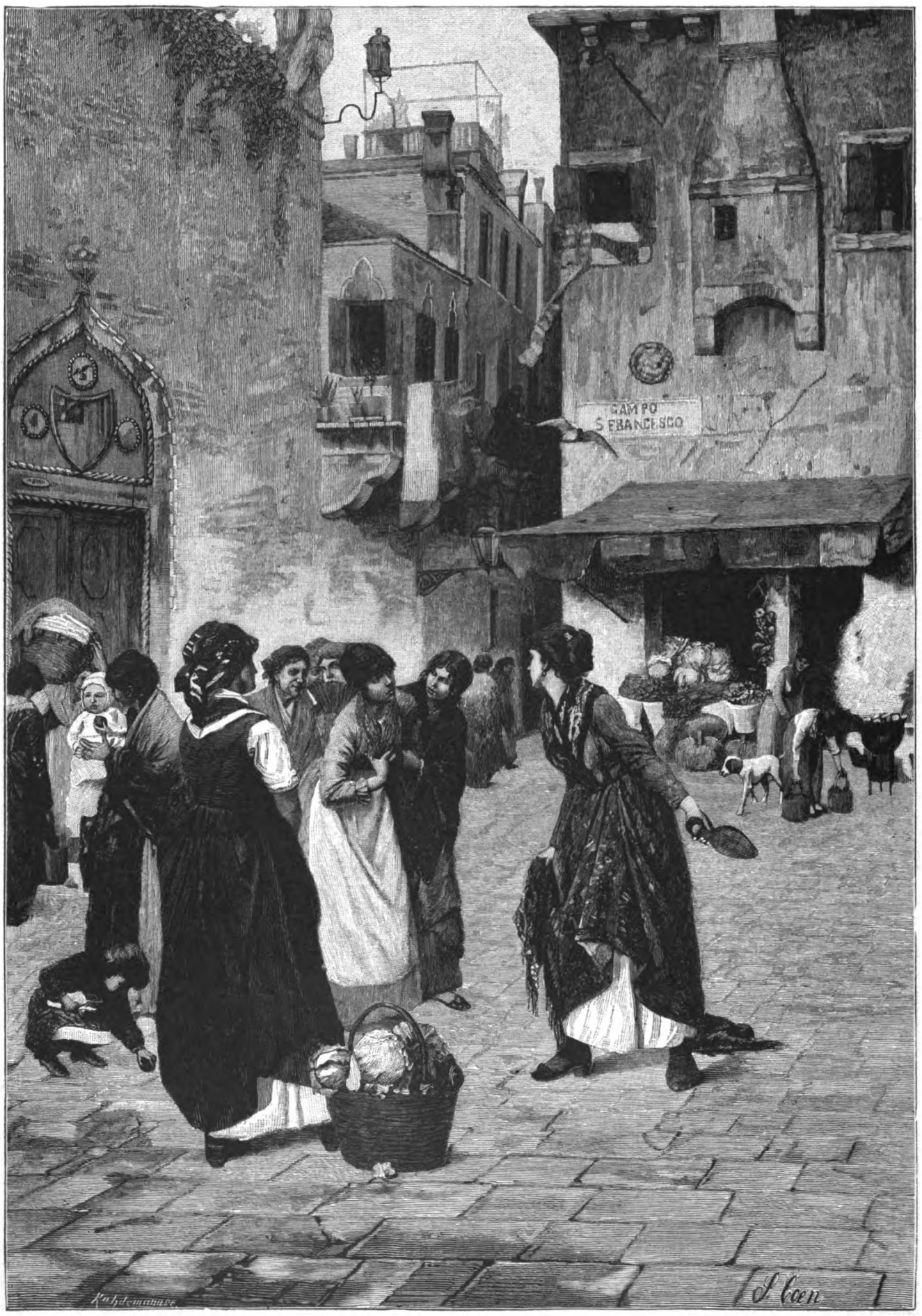
Los cuatro amigos siguieron la calle de Alcalá. Mientras andaban, los tres elegantes contemplaban á su amigo. Su rostro no se había desfigurado: tenía el mismo perfil elegante que tantas conquistas le habían valido dos años antes y aquellos ojos de africano enamorado (palabras de la condesa X.), pero su barba estaba hirsuta y desaliñada como si no conociera en mucho tiempo el halago del tocador, y además tenía las mejillas algo marchitas y casi arrugadas.

Iba bien vestido, pero su levita caía desmazalada hasta las rodillas; su sombrero de copa, con el pelo tieso y empolvado, estaba reclamando la benéfica caricia del cepillo; y además había adquirido la costumbre de llevar las manos en los bolsillos del pantalón, postura propia de los desheredados, que de tal guisa parece que quieran desafiar al infortunio.

Los tres amigos le contemplaban cada vez con más extrañeza y atención.

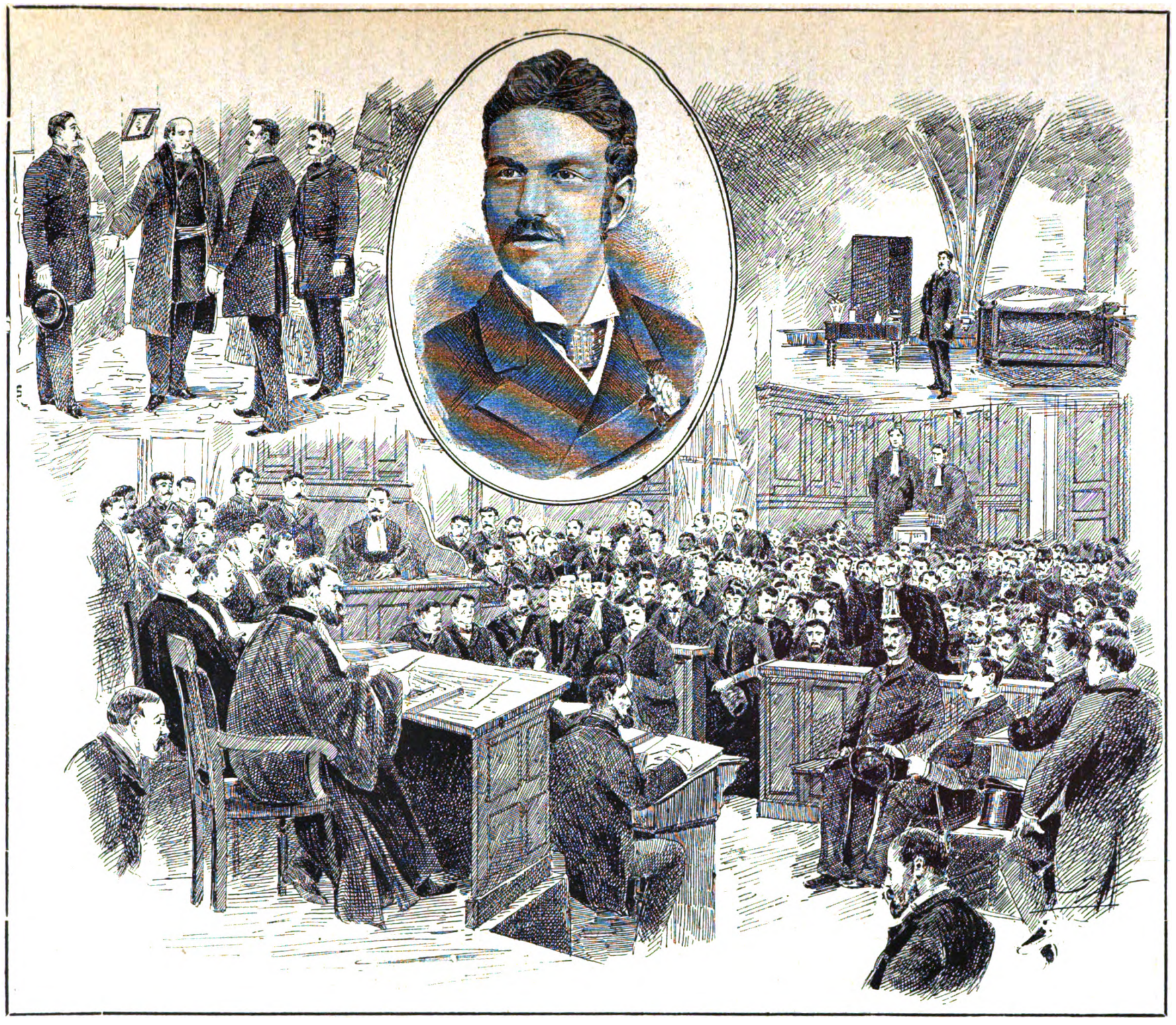
(Se continuará) VICENTE BLASCO IBÁÑES

Digitized by Google



RIÑA CALLEJERA EN VENECIA (cuadro de Coen)

Digitized by Google



EL DUQUE DE ORLEANS

Arresto del principe.—Cuarto en que estaba detenido en la Conserjería.—Vista de la causa ante el Tribunal Correccional. (Dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

EL CONDE INGOLFO

LEYENDA HISTÓRICA ORIGINAL DEL SIGLO IX (1)

De los condes noruegos que el rey H'arald
venció, era el más ilustre el noble Ingolfo.
Si queréis escucharme, una aventura
suya os he de contar, que junto al fuego,
de Navidad, en noche frigidísima,
un anciano narróme, de cien años,
en la lengua del Norte misteriosa.

I

Pensaba Ingolfo en la cruel fortuna
que hizo que el rey H'arald le venciese
y le quitara todos sus estados;
pero pensaba más en una joven
bellísima cual pocas, á quien viera
partir en un navío para Islandia.
¡Cuánto á las aves envidiaba Ingolfo
que de un vuelo llegaban á la fría,
á la helada Thulé! (2) ¡Si alas tuviese,
bien pronto pisaría el conde Ingolfo
las playas de aquella ínsula remota!
Pero ¿qué hacer allí si no sabía
el nombre de la joven, é ignoraba
dónde tenía su mansión? Extensa
es la vieja Thulé. ¿Hacia qué lado
buscaría á la joven? No era fácil
volverla á ver: mejor era olvidarla.

II

Pero olvidarla no quería Ingolfo,
y si hubiese querido no pudiera.
Decidió, pues, buscarla, y el verano
para Islandia partió. Yo de su viaje
no diré una palabra, que el mareo
por mí temo y también por las lectoras.
Á más que de ese modo evitaremos
el pasaje pagar, y socaliñas
que en los viajes no faltan casi nunca.
Ingolfo saltó en tierra: á la ventura
por los campos vagó.
Mas quiso el hado
que á la puerta llegara de una casa
en la que celebrábase un banquete,
un banquete de bodas, según díjole
un servidor que de la gran vivienda
estaba en el umbral.—Entrad, os ruego,—
aquel hombre añadió.—Mi señor quiere
que no pase ni un solo caminante
que no asista al festín y que no beba
á la salud del novio y de la novia,
que es la más bella joven de Noruega.
—¿De Noruega decís?—exclamó Ingolfo,
y en el salón entró. Allí cien personas,
sentadas á la mesa, alegremente
la boda celebraban, mil manjares
sabrosos devorando y á delicia
apurando las cuernas que el copero
de aquel licor henchía generoso
que del Rhin dan la cepas tan preciadas.
En lugar preferente allí veíanse
uno al lado del otro los casados:
él, el conde Osborn, un guerrero rudo
de barba gris y de mirada torva;
ella una doncellita de quince años,
más hermosa que el sol y que la luna.
¿Cuál quedaría Ingolfo, que en la joven
reconoció á la hermosa que adoraba?
Disimuló con todo, y tomó asiento,
y sin ganas comió, y bebió sin ganas.
Un anciano que Ingolfo á la derecha
tenía, le contó la triste historia
de la novia, de Guerda la divina,
que así en Islandia la llamaban todos.
Al darla á luz murió su pobre madre,
y hacía pocos meses que la joven
de Noruega llegó á cerrar los ojos
á su adorado padre moribundo.
Osborn, que era pariente del finado,
fué nombrado tutor de la doncella;
y aunque ésta aborrecíale, el infame,
tentado por su angélica hermosura
y sus grandes riquezas, se casaba
con la niña infeliz. Tal fué la historia
que al conde Ingolfo refirió el buen viejo,
añadiendo que todos los presentes
al banquete vinieron por la joven,
á quien amaban mucho. Por el novio
nadie venido hubiera: en toda Islandia
hombre no había tan brutal y odiado.

III

Se animaba el banquete. Una matrona
pidió á la novia una canción, y todos
la súplica apoyaron. La doncella
tuvo, pues, que cantar. De mejor gana
llorado hubiera la infeliz. Su canto
pongo aquí. ¡Plegue al cielo que pudiese
su hermosa voz poner, tan dulce y triste!

LA CANCIÓN DE GUERDA

Envidia me tienen las hijas de Islandia:
que soy bella y rica que dicen ya sé;
mas si conociesen mi pena extremada,
dirían que es Guerda la más desgraciada
niña de Thulé.

Madre nunca tuve: besos maternales,
maternal cariño, lo que son no sé;
no como vosotras tuve yo en la vida
una compañera amante y querida,
hijas de Thulé.

Lo que es ver á un padre amado expirando,
lo que es verse sola, por desgracia sé:
dichosas vosotras si no habéis perdido
en edad temprana un padre querido,
hijas de Thulé.

La muerte y el luto y el llanto sin tregua,
desde pequeñita lo que son bien sé;
y aunque el mar anchísimo se hubiera secado,
Guerda con sus lágrimas lo hubiese llenado,
hijas de Thulé.

El dulce contento, los juegos alegres,
la paz y la dicha, lo que son no sé.
Mas ¿podéis vosotras decir otro tanto,
ni sentisteis nunca tan fiero quebranto,
hijas de Thulé?

Lo que es el morirse, lo que hay tras la tumba,
si los muertos sufren y lloran no sé.
Mas ¿quién como Guerda la muerte tan fea
aguarda con ansia, con ansia desea,
hijas de Thulé?

Así cantó la niña. Sus sollozos
la última estrofa ahogaron. Los presentes
también llorado hubieran, mas temían
al fiero novio, y su emoción profunda
trataron de ocultar. Mas no pudieron
dejar de verter lágrimas las muchas
hermosísimas niñas que allí estaban,
de la isla helada ornato. Osborn se puso
en pie, y, con una voz atronadora,
de este modo cantó, según refieren:

LA CANCIÓN DEL DESPOSADO

¡Linda canción para una desposada!
¡Linda canción á fe!
Si debo yo cantar del mismo modo
os juro que no sé.

Lo que quieren decir esas palabras,
los gemidos también,
y esas lágrimas tan inoportunas,
os juro que ya sé.

Decid: ¿qué debo hacer en este trance
con mi hermosa mujer?
¿Hacer que ría ó permitir que llore?
Os juro que no sé.

Que yo el esposo soy de esta doncella,
y su señor también,
y que tiene que hacer lo que yo ordene,
os juro que ya sé.

Tan odiosas palabras irritaron
á todos los presentes. ¡Ay del novio
si en el instante mismo alguien se hubiera
lanzado sobre él! Todos siguiéranle,
y en un momento Guerda, la preciosa,
sin dejar de ser virgen fuera viuda.
Todos allí tenían sus espadas
y sus hachas de guerra formidables,
que nadie desarmado en aquel tiempo
osaba andar.
La cólera de Ingolfo
en su rostro leíase. Se puso
en pie y cantó con furia estas estrofas:

LA CANCIÓN DE INGOLFO

Mal caballero es quien así se expresa,
mal caballero á fe:
que con su sangre mi hacha de batalla
he de manchar ya sé.

Si en toda Islandia, ó en el mundo todo,
tan preciosa mujer
como la bella Guerda habrá una sola,
os juro que no sé.

Mas que de una doncella tan hermosa,
de tan supremo bien,
no es digno el hombre rudo que es su esposo,
os juro que ya sé.

Álcese Osborn si es que no tiene miedo,
póngase pronto en pie,
que ansioso estoy de derribar la fiera,
vergüenza de Thulé.

Calló Ingolfo, y, el hacha de batalla
enarbolando, al novio dirigióse.
La muerte en su mirada se leía.
Osborn, furioso, como un tigre herido,
de su asiento saltó. Con las dos manos
su espadón empuñaba.
Poco tiempo
duró el combate. Ingolfo, con dos golpes
de su hacha de batalla, las muñecas
cortó al novio infeliz, cayendo al suelo
el pesado espadón y las sangrientas
horribles manos. El valiente Ingolfo
á Osborn dió un tercer golpe, separando
del tronco su cabeza de bandido.
Un grito de alegría los presentes
lanzaron; pero Ingolfo arrojó el hacha
y á los pies de la novia arrodillóse.
—Libre sois, bella niña,—dijo el conde;—
el que su esclava os hizo, ya se encuentra
en el Nifleim (1): de allí no saldrá nunca.
Yo os amo, bella niña. De Noruega
sólo por veros vine. Por esclavo
ó por esposo recibidme ¡oh Guerda!
si no queréis que muera á vuestras plantas.
Y vuestras plantas permitid que bese
en muestra de perpetuo vasallaje.
—¡Alzaos, conde! Por marido os tomo.
Besadme no en los pies: en las mejillas.

† VICENTE DE ARANA

(1) El viaje de que se habla en esta leyenda se realizó antes de la conquista de Islandia por el rey H'arald.
Esta leyenda forma parte de la obra inédita titulada *Leyendas del Norte*.
(2) Nombre antiguo de Islandia.

(1) Nombre del infierno en la mitología escandinava.

Digitized by Google

BOCADO DE AUTORIDAD

En la linda y solitaria casa que semejante á nevada cima se levanta en medio de *Los Bosques*, celebrado cortijo del tío Antón, contra las habituales costumbres de sus moradores reina extraordinario movimiento y actividad. La cortijera y su hija Rosa no se dan punto de reposo, revolviendo y arreglando la casa. Desde la cocina, que hace en la planta baja las veces de recibimiento y comedor, hasta los graneros de los altos, todo sufre completa trasformación, en todo se imprime sello de gala y de solemnidad.

Ni la *Dolorosa*, herencia de los abuelos y venerada como la joya de la casa, se libra del ajetreo de las cortijeras, que cuidadosamente la sacan de su encierro de cristales para ataviarla con nuevas y más lujosas galas. ¡Qué emoción sienten madre é hija al desnudar la adorada imagen! ¡Con cuánto temor y delicadeza proceden en su piadosa tarea! En cuanto los dolores y la corona de plata, completamente ennegrecidos, han recibido un baño de bicarbonato y han sido puestos á secar, la Virgen es despojada de sus ajadas tocas, de su túnica de pana verdinegra, de su correa sin brillo y cortada, y de sus enaguas de amarillento percal. Luego, con una pequeña toalla hecha exprofeso, levemente empapada con aceite templado, se limpia el rostro de la *Dolorosa*, que al suave contacto del paño va recobrando su palidez de marfil y su acongojada expresión. El cristal de los ojos recobra asimismo su brillantez, y, á través del párpado ligeramente sombreado, parece que miran con infinita conmiseración. El cabello natural, ofrenda hecha á la santa imagen por la devota cortijera al curar de grave dolencia, es cuidadosamente peinado y perfumado por la que un día, haciendo el sacrificio de su más ponderado adorno, se desprendió de él con tanta piedad como abnegación. En seguida Rosa, fuertemente emocionada, ciñe á la santa Virgen finísimo enagua de batista, con entredoses y encaje, obra de su prodigioso crochet. Luego la adorna con un vestido de terciopelo negro que lleva á su borde dos órdenes de encajes de plata y delantero con lágrimas del mismo precioso metal. El cinturón se cierra por medio de elegantes broches, ocultando la primorosa toalla de encajes que sostiene la *Dolorosa* con ambas manos este detalle de elegancia mundanal. Colocadas las tocas, Rosa y su madre proceden á la limpia de los atributos de la gloria y el dolor de la Virgen Madre, que á las primeras frotaciones aparecen con una brillantez deslumbradora, la cual va en aumento á medida que el blanco polvo va desprendiéndose de las cinceladuras y adornos de ambas joyas. ¡Qué hermosas! ¡Qué resplandecientes salen de sus manos! Las estrellas de la corona parecen arrancadas al mismo cielo una de estas claras noches en que los astros brillan como flores diamantinas fluctuando en un mar de zafiros. Las espadas del escudo son comparadas á fulgurantes discos arrebatados al sol. Maravilladas de su propia obra, las dos mujeres se arrodillan con místico arrobamiento á los pies de la santa imagen, que les infunde en aquel instante más admiración que fervor. Con embeleso casi infantil examinan los detalles de las nuevas galas, aprecian el conjunto, y, dominado por completo el efecto, proceden al retoque, terminado el cual, dando expansión al sentimiento que la domina, exclama Rosa:

—¡Qué hermosa está! ¡Parece una santa!

A cuya ingenua expresión la envuelve su madre con una mirada arrolladora, completada por el más expresivo

—¡Necia!

—¡Madre!

—¡Que te calles! Mañana, á primera hora, á ver si se te olvida cambiar las flores de los jarros. ¿Oyes... hereje?

—¡Madre!

—¡Vete!

Cabizbaja y desconcertada por lo brusco é inesperado de la arremetida, Rosa obedece, sin replicar, el mandato de su madre; la cual, al verse sola en la sala, se dirige á la *Dolorosa*, diciéndole con viva emoción:

—Ahora dispón tú lo que mejor nos convenga: si ha de ser que sea; si no, un buen estorbo que nos mande tu Hijo Dios.

***

Lo que Dolores la cortijera le pedía á su patrona que decidiese, era si le convenía ó no á Rosa el nuevo pretendiente que al siguiente día debía presentarse al cortijo con el objeto de solicitar la mano de su hija. Si los jóvenes se gustaban, según acuerdo previamente convenido entre el tío Antón y Lucas, padre del candidato á marido, la boda se efectuaría inmediatamente. Ambos eran ricos y en edad de tomar estado; por manera que verse era lo solo que les faltaba para resolver la cuestión.

Al siguiente día amaneció Rosa con el alba, vistiéndose con detenida atención. Contra su cotidiana costumbre, no le rezó á Dios: en cambio, contra su costumbre también, se miró repetidas veces al espejo, con tanta complacencia como placidez. Decididamente Rosa se gustaba; y, persuadida no sólo de que estaba presentable, sino también de que resultaba una rosa de mérito sin igual, dando por terminadas sus tareas de tocador, bajó á la huerta para dar cumplimiento al encargo que su madre le hizo el día antes, decidida á no dejar en las plantas una sola flor.

Sin embargo, sus buenos propósitos, como tales, se estrellaron contra inesperada contrariedad. Al ir á cortar una hermosa azucena, cuyas hojas de nieve tenían la tersura del raso y los cambiantes del tornasol, una avispa salió de la frondosa mata, infiriendo con su agudo aguijón varias picaduras en el semblante de la joven, que al doloroso contacto del insecto estuvo próxima á perder el sentido. Instantáneamente una hinchazón alarmante inflamó su rostro hasta el extremo de alterar por completo su fisonomía; tanto que, al verla entrar llorosa y desconsolada en la casa, la cortijera lanzó un grito desgarrador.

—Pero ¿esto qué es? ¿Qué te ha sucedido? Habla pronto. Haz un esfuerzo, que se me come la inquietud,—le dijo, presa de la mayor congoja.

Gimoteando y dejando escapar lastimeros ayes, contó Rosa lo que acababa de ocurrirle, atendiéndola sus padres con verdadera consternación.

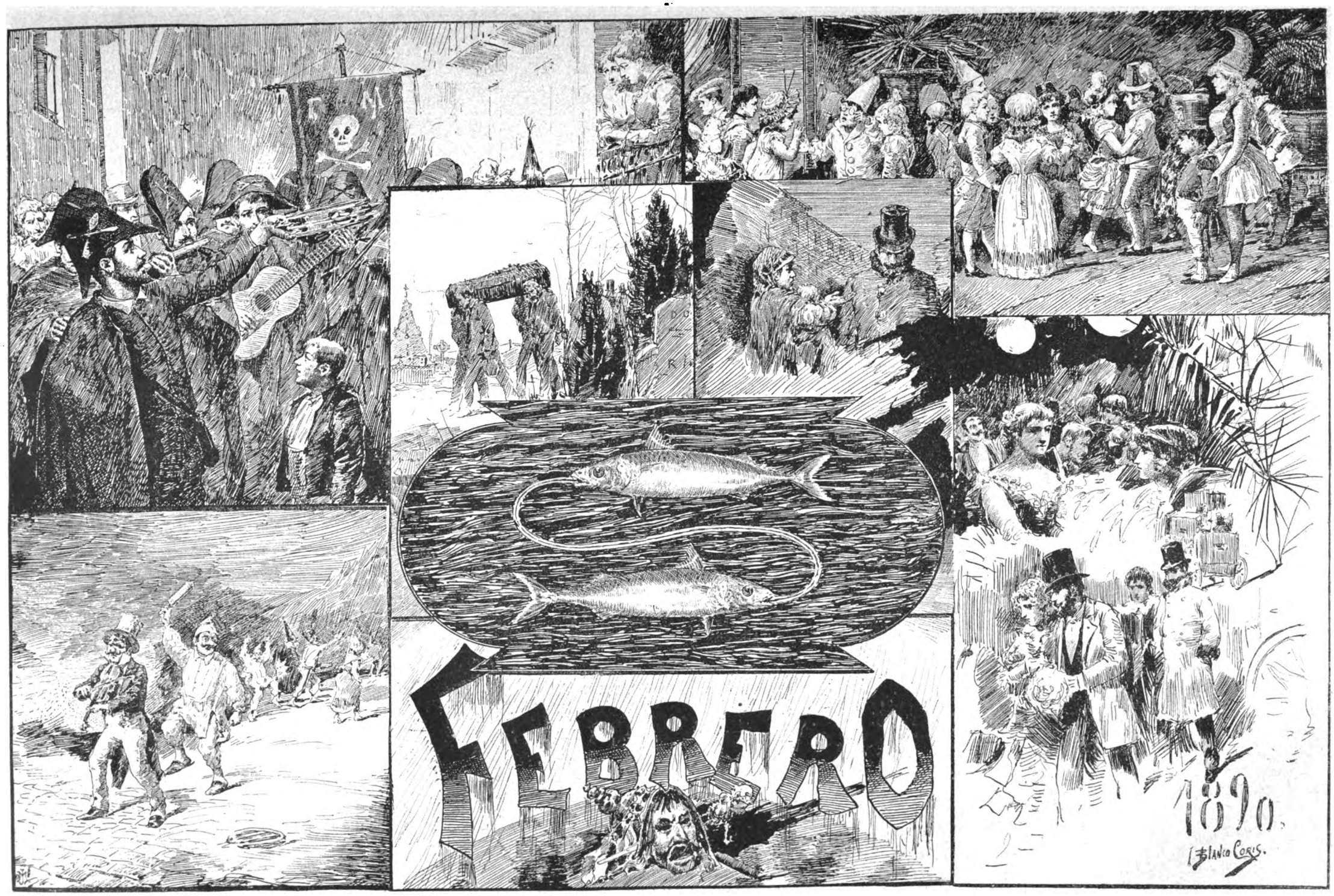
La atribulada madre, sin pérdida de tiempo, lavó el rostro de su hija con vinagre, lo que aumentó extraordinariamente su dolor. El tío Antón, disintiendo, según costumbre, del parecer de su costilla, dió á Rosa unas fricciones con aceite caliente que irritaron más sus heridas; en tanto que Romo, un mozo de la casa, echando su cuarto á espadas, opinaba que era indispensable, para conseguir un resultado inmediato, empapar el rostro de la paciente con fango de la cuadra. Era un remedio tan eficaz como probado, de cuyos resultados respondía él. Se ensayó también la prescripción de Romo, que resultó asimismo tan negativa como las demás. Ante la ineficacia de los medios empleados para dominar aquel inesperado contratiempo, la congoja y la consternación de los cortijeros y de su hija iba en aumento por instantes, llegando á lo sumo cuando el próximo galopar de dos caballos les llamó á la realidad. El tío Lucas y su hijo Juan acababan de entrar en el cortijo: era preciso salir á su encuentro. Rosa se negó resueltamente á ello, la madre no insistió para que lo hiciera, y, comprendiendo lo que aquella negativa y aquella tolerancia significaban, salieron de la casa Romo y el tío Antón.

Nuevas batas te

Digitized by Google

VALENCIA: PUERTO DEL GRAO (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google



ALEGORÍA (dibujo de J. Blanco Coris)

Digitized by Google

***

No se habían engañado.

Cabalgando en soberbios caballos, el tío Lucas y Juan acababan de entrar en el cortijo. Apenas echaron pie á tierra, abrazaron efusivamente al tío Antón, preguntándole con el mayor interés por su mujer y su hija.

—Sí, deseamos saludarlas cuanto antes: á Rosita sobre todo, la rosa más fragante de *Los Bosques*, cuyo exquisito perfume es el que hoy nos trae aquí,—exclamó Juan con elegante galantería.

A Antón le supo el elogio como el cosquilleo producido por la punta de un florete que hubiese acariciado su cuerpo. Sin embargo, dominando su turbación y aparentando el mejor humor,

—En casa han quedado esperando,—dijo.—En seguida les presentaré á las dos.—Y hablando del viaje y del buen aspecto que presentaban los campos, llegaron á la casa, en cuyo portal les esperaba Dolores con semblante entre sonriente y compungido.

Los recién llegados la saludaron con efusivos extremos, manifestando al mismo tiempo su disgusto por no ver á Rosa á su lado.

—Baja al momento,—repuso Dolores sin saber apenas qué contestaba; en tanto que el tío Antón, abriendo la puerta que comunicaba con los altos, gritó entre consternado y medroso:

—¡Rosa! ¡Baja al instante!

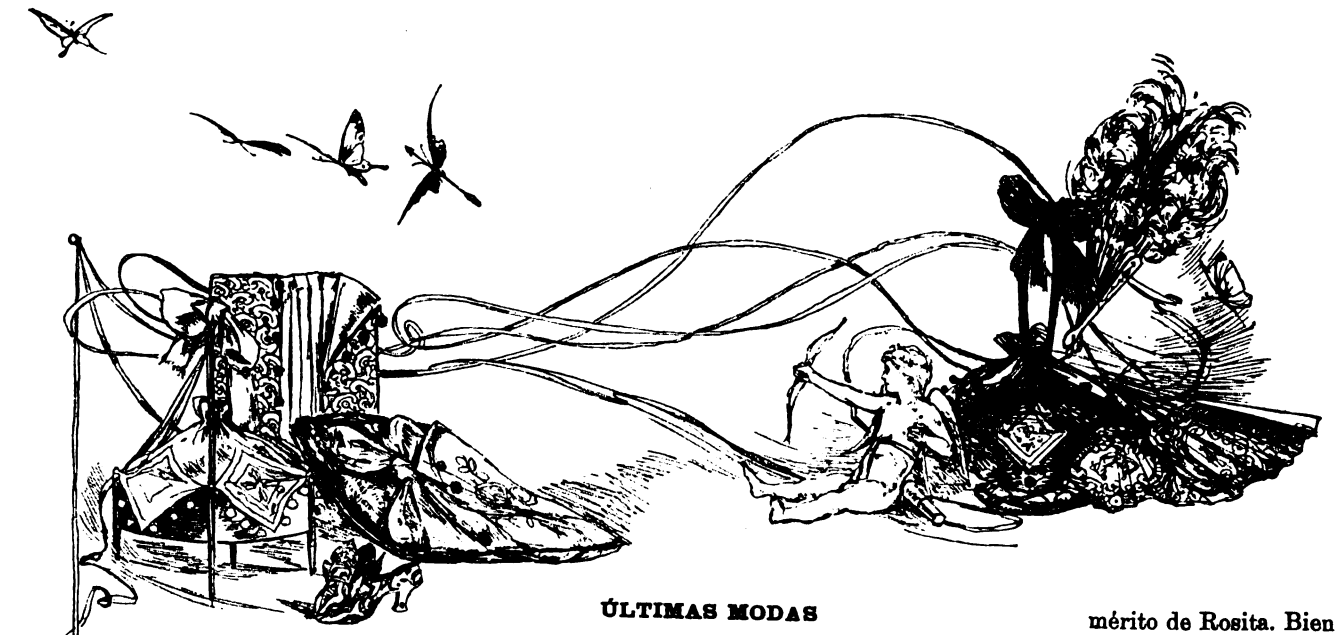
Un silencio profundo, comparable á la calma precursora de las grandes tempestades, reinó en seguida. Callaban todos, percibiéndose claro y distintamente el rumor de los pasos de Rosa, que descendía por la escalera. A los pocos instantes se abrió la puerta, apareciendo la novia en el comedor con las facciones alteradas por la hinchazón y el rostro completamente descompuesto.

A su vista sintió Juan tal desencanto é impresión tan violenta, que estuvo próximo á perder el sentido. Su padre abrió desmesuradamente los ojos, en tanto escapaba de sus labios el más expresivo, el más mortificante *¡oh!*

Presumiendo el cortijero que aquel recibimiento equivalía á la más completa retracción, auxiliado por su mujer se apresuró á explicar á Lucas le ocurrido. Sin embargo, ni éste ni su hijo les atendían: inmóviles y asombrados, no acertaban á separar sus ojos de Rosa, á la que contemplaban con el estupor que produce todo lo extraordinario y fenomenal.

Para poner término á tan angustiosa situación, el cortijero invitó á sus huéspedes á recorrer la finca en tanto se disponía la comida; invitación que fué aceptada desde luego por los forasteros, deseosos de perder de vista aquella inesperada visión.

La granja era magnífica, su extensión incalculable, sus bosques dilatados y frondosos, sus viñas no tenían igual; pero aquella rosa se había clavado con todas sus espinas en el pensamiento de Lucas y su hijo, y cuanto más admiraban la finca, más vivo é intenso sentían el dolor. ¿Sería verdad el cuento de la avispa ó sería la chica un fenómeno monumental? Esto se preguntaban interiormente padre é hijo; y el temor de ser llamados á engaño, y al mismo tiempo de perder aquella incomparable finca, les causaba visible mal humor.



ÚLTIMAS MODAS

De regreso á la casa, dió comienzo la comida, durante la cual reinó silencio monástico. Los comensales consagraban toda su atención á saborear los manjares, que resultaban tan apetecibles como sabrosos. Escanciáronse infinidad de botellas de exquisitos vinos y licores, y, terminada la comida, percibiendo los efectos del café, el tío Antonio, animado y resuelto, planteó con toda llaneza el gran problema.

—Vamos á ver,—dijo;—creo que ya es hora de que tratemos de nuestro pleito. ¿Qué deciden Vds.?

Juan dejó á su padre que hablase, seguro de que rompería resueltamente con Antón. Sin embargo, espoleado por la codicia, Lucas no se decidía á romper.

—Verás, Antón,—exclamó;—las cosas hay que pensarlas.

—No admito dilaciones,—replicó Antón.

—Tu finca,—prosiguió el otro,—es soberbia pieza, pero...

—Pero ¿qué?

—Tu hija...

—¿Qué tienes que desdeñarle á mi hija?—observó el cortijero con altiva arrogancia.

—Desdeñarle, nada.

—¿Entonces?

—Nada: se me habia figurado que era, tu Rosa, rosa de calidad más superior.

—¿Que si lo es? ¡Tú que sabes, hombre! ¡Ni yo lo sabía tampoco si ayer no me lo hubiese contado Romo!—replicó Antón con deliciosa ingenuidad.

—¡Romo!—repitió Rosa consternada.

—El,—contestó Antón.

—Y ¿qué fué ello?—preguntó Lucas, espoleado por la curiosidad.

—Ustedes van á oir. Romo: repite ahora mismo cuanto me contaste ayer.

Romo no se hizo de rogar Apuró el último sorbo de café que quedaba en su taza, y, después de dar algunas chupadas á su tabaco, exclamó:

—Pues... le dije á V. la verdad: que tiene Rosa muchos *perseguidores* que la persiguen. La otra tarde, en el soto de los avellanos, en tanto estaba cogiendo unas setas, el hijo del alcalde, que estaba cazando, fué por la espalda.

—Y ¿qué?—preguntó Juan con alteración.

—Nada: que le pegó un mordisco en el cogote.

—Continúa, Romo,—añadió el cortijero, radiante de satisfacción por el efecto que sus palabras causaban á sus huéspedes.

—¿Todavía hay más?—preguntó malhumorado Lucas.

—¡Ya lo creo! ¡Como que falta lo mejor!—prosiguió Romo.—El día de las Santas, al volver el recodo de la ermita, sorprendí al hijo del juez dándole un beso á Rosa.

—No fué beso,—objetó Rosa briosamente;—fué... bocado.

—Esto es,—afirmó el tío Antón;—fué un bocado de autoridad despechada. Mi Rosa es hija de padre: ha desdeñado siempre la autoridad.

El tío Lucas y su hijo no volvían de su asombro. Se consultaron con los ojos: sus labios no osaban hablar. Al fin, dominando su estupor, pudo decir Lucas:

—Dispensa nuestras reservas, Antón. El no residir nosotros en esta comarca disculpa nuestra ignorancia respecto al mérito de Rosita. Bien puede ser esposa de mi hijo la que ha sido dos veces bocado de autoridad.

Escanciáronse nuevas botellas, y, en tanto se apuraba el oloroso mosto, las dos familias acordaron la forma en que debían extenderse las cartas matrimoniales y el día que la ceremonia se debía efectuar.

ANTONIA OPISSO

LA TÁCTICA DEL PORVENIR

Con este título acaba de ver la luz en una de las más acreditadas revistas parisienses un interesante trabajo sobre las consecuencias probables á que dará lugar el empleo de la *pólvora sin humo;* modificación que, á juicio del autor y en contra de lo que opinan algunos escritores militares alemanes, habrá de cambiar por completo lo mismo la fisonomía de las batallas que la táctica observada hasta el presente. El articulista, sin embargo, no da como ciertas sus conclusiones, fiando la solución del problema á lo que resulte de la guerra que pueda estallar en plazo más ó menos lejano entre Francia y Alemania. Nuestro objeto es dar una ligera idea del artículo de que hablamos, en la seguridad de que habrá de llamar la atención del público en general, á pesar de lo concreto del asunto.

Lo primero que parece ser evidente es que el servicio de descubierta será mucho más peligroso y mortífero que hasta ahora. Si se continuara empleando la caballería ligera en semejante operación, el primer destacamento que divisara al otro echaría pie á tierra, se emboscaría y dispararía contra los jinetes enemigos casi á mansalva, por lo difícil de descubrir de donde habían partido los tiros. Consecuencia: que los exploradores deberán sacarse de entre los dragones, ejercitándoles bien en el tiro de tercerola; ó, si no sucede así, que dejará de practicarse el expresado servicio. La experiencia ha demostrado (1) que un grupo de infantes tiran-

(1) Maniobras del 7.º y 10.º cuerpos de ejército alemanes, presididos por Guillermo II en Osterwald.

Digitized by Google

do con cartuchos sin humo diezman en un momento un piquete de caballería á 500 ó 600 metros de distancia, sin descubrir por eso su posición.

Vamos ahora á lo que deberá suceder una vez estén en contacto los dos ejércitos contrarios. Supongamos que uno de ellos, el que toma la ofensiva, se pone en movimiento precedido de una vanguardia que marcha á uno ó dos kilómetros más adelante. Al llegar á cierto punto, á unos 400 metros de una casa de campo, por ejemplo, empiezan á silbar las balas, pero sin que pueda saberse á punto fijo de dónde parten los tiros ni la fuerza que hay apostada allí. Lo único que se sabe es que hay que pasar por delante de aquel enemigo invisible y que precisa salir del mal paso lo mejor que se pueda, guareciéndose en cuantos abrigos se hallan al alcance. ¿Cómo despejar la incógnita? No hay más remedio que emplear la artillería: se envían algunas granadas á la granja y no se tarda en ver salir de sus emboscadas á un piquete de infantería que se apresura á retirarse. Resultado: una detención más ó menos larga, cosa que no sucedía antes, pues por el humo hubiera podido juzgarse de la situación y número de los enemigos.

Sigue su marcha la columna y se encuentra con tres ó cuatro puestos avanzados por el estilo del primero, dudando siempre si es el último, hasta que por fin el fuego mucho más nutrido indica claramente donde está el adversario. Se hace adelantar la artillería; pero mientras llega, la artillería é infantería contrarias han tenido tiempo de preparar bien la puntería, y la descarga que hacen es mortífera, obligando á retirarse á la batería que se adelantó. Con todo, la situación del enemigo permanece ignorada todavía: las descargas apenas han producido sino una ligerísima niebla. ¿Cómo responder á su agresión? No hay más remedio que barrer anchas extensiones de terreno por si se da con la batería enemiga. Se perderán naturalmente muchísimos disparos, pero será la única manera de poder ofender. Calculando que una batería ocupe un frente de 50 metros y una profundidad igual, resultará que hay que barrer 500 cuadrados. Ahora bien: emplazando las seis piezas de una batería á la distancia de 15 metros una de otra, y elevando el tiro sucesivamente 200 metros, bastarán treinta disparos para barrer 100,000 metros cuadrados.

Sea como fuere, ello es que una ú otra batería han de acabar por callar. Termina el cañoneo y llega la vez á la infantería, preparado ya el terreno. Antes, con la pólvora con humo, la cosa no ofrecía inconvenientes; pero en lo porvenir no sucederá así. La infantería no podrá dejarse al descubierto como ahora, ni podrá tampoco dejar ver su marcha, cosa que no era preciso cuando una espesa humareda se encargaba de ocultar sus movimientos. Por lo mismo la infantería, teniendo que tomar por caminos que la abriguen, ó que dar rodeos con igual objeto, tardará en formar en masa, y el enemigo, desde las posiciones en que está fortificado, podrá disparar certeramente sobre los que se disponen á atacarle. Sus baterías, con sus fuegos convergentes, harán estragos en la columna asaltante, y los proyectiles que rebasen este objetivo irán á sembrar la muerte entre las masas de reserva ocultas entre los repliegues del terreno.

De todo lo dicho se desprenden las conclusiones siguientes, perfectamente formuladas por la *Revue du Cercle Militaire*:

Infantería.—La disminución de humo permitirá á los comandantes de compañía, de batallón, de regimiento, etc., ver bien sus unidades y las unidades vecinas, y seguir todas las operaciones. La disminución del ruido facilitará el mando.

Resguardada detrás de un abrigo cualquiera, una colina, un vallado, un bosque, la infantería podrá causar mucho daño al adversario con permanecer oculta.

Caballería.—El papel de esta arma en el campo de batalla parece debe ser aún más difícil que en el servicio de reconocimientos. Hasta ahora la caballería había intervenido en el momento decisivo: podía aprovecharse del humo de la pólvora para acercarse á corta distancia y dar una carga brillante sobre elementos fatigados por la lucha y ensordecidos por el ruido. Hoy no será así, y parece que el papel de la caballería, muy aminorado ya por el empleo de las armas de tiro rápido, será insignificante en el campo de batalla.

Artillería.—Desde el punto de vista de sus formaciones en el campo de batalla, la artillería quedará muy favorecida: podrá estrechar el intervalo de sus piezas hasta el extremo límite compatible con el movimiento de los avantrenes, y no será ya de temer que no pueda emplazarse la artillería por falta de sitio, como le sucedió en Reischoffen á la artillería del 5.º cuerpo alemán. También se podrá aumentar la proporción de artillería afecta á las divisiones y cuerpos de ejército.

Desde el punto de vista del tiro propiamente dicho, cualquiera imagina fácilmente que durante el duelo de artillería la observación de los puntos de caída ganará en precisión. En efecto, el humo procedente de la explosión de las granadas será distinguido claramente y no se confundirá ya con el de las baterías adversas.

Mando.—El general en jefe tendrá mucho trabajo en darse cuenta de la posición de los diferentes cuerpos enemigos, por no revelarle el humo sus emplazamientos. Además, vacilará más en tomar una resolución, no sabiendo si las tropas que tendrá en las cercanías oirán el cañoneo y acudirán en su socorro.

Para enterarse de las posiciones de sus tropas, lo mismo que de las del enemigo, será preciso adoptar el telégrafo, el teléfono, el velocípedo, etc., y de una manera general todos los medios de rápida comunicación, que en lo porvenir adquirirán una importancia extraordinaria.

Resumen.—Según lo que precede, parece probable que será menester desplegar las tropas á mayor distancia del enemigo de lo que se hacía sirviéndose de la antigua pólvora, vista la incertidumbre que reinará en cada campo sobre los puntos ocupados por el adversario. Los comienzos de la lucha serán, pues, más largos; el consumo de municiones más considerable; pero así que habrá terminado el período preparatorio, probablemente la acción se desarrollará más rápidamente que en lo pasado, marchando los dos adversarios á la descubierta uno contra otro, sin que nada estorbe la vista ni la precisión del tiro.

No están contestes, sin embargo, todos los que se dedican al estudio de las cuestiones militares, en que suceda lo que dice la *Revue du Cercle*, opinando muchos que los combates se reducirán simplemente á un duelo de artillería. Este es, á lo menos, el parecer del ilustrado general Fevrier. Lo que resulta, sí, ciertísimo, es que con la nueva pólvora será peligroso todo movimiento, lo cual equivale á decir que todas las ventajas serán para el que permanezca á la defensiva.

X

NUESTROS GRABADOS

BELLAS ARTES

ALEMANIA: RIÑA MUJERIL EN VENECIA

Cuadro de J. Coen

Escena llena de vida (demasiada), de realidad y de color local. Todas las actitudes están acertadamente estudiadas, y los accesorios hábilmente escogidos. Vese que Coen es hombre que lo entiende, y se ve también que no les van en zaga las venecianas á sus hermanas de por acá.

LA EDAD FELIZ (cuadro de Watteau)

FRANCIA: LA EDAD FELIZ

Cuadro de Watteau

(Véase el n.º 372)

INGLATERRA: CREPÚSCULO

Cuadro de Alfredo East

La tendencia de la modernísima pintura consiste en sorprender los efectos de la luz y los matices de la atmósfera. El paisaje á lo Claudio de Lorena pasó, bien que pasó hace ya mucho tiempo, á los museos arqueológicos. La cuestión está en sorprender el velo de la atmósfera á determinada hora y en determinado punto, el tono de la luz, el valor de los colores; condiciones que realiza *in totum* el cuadro de East, lleno de superficies instables al par que de masas sólidas que contribuyen por su parte á plantear nuevos problemas de perspectiva aérea.

ESTADOS UNIDOS: SAÚL Y LA NIGROMÁNTICA DE ENDOR

Cuadro de W. Allston

(Véase el n.º 372)

LA PRISIÓN DEL DUQUE DE ORLEANS

Dibujo de J. Vehil

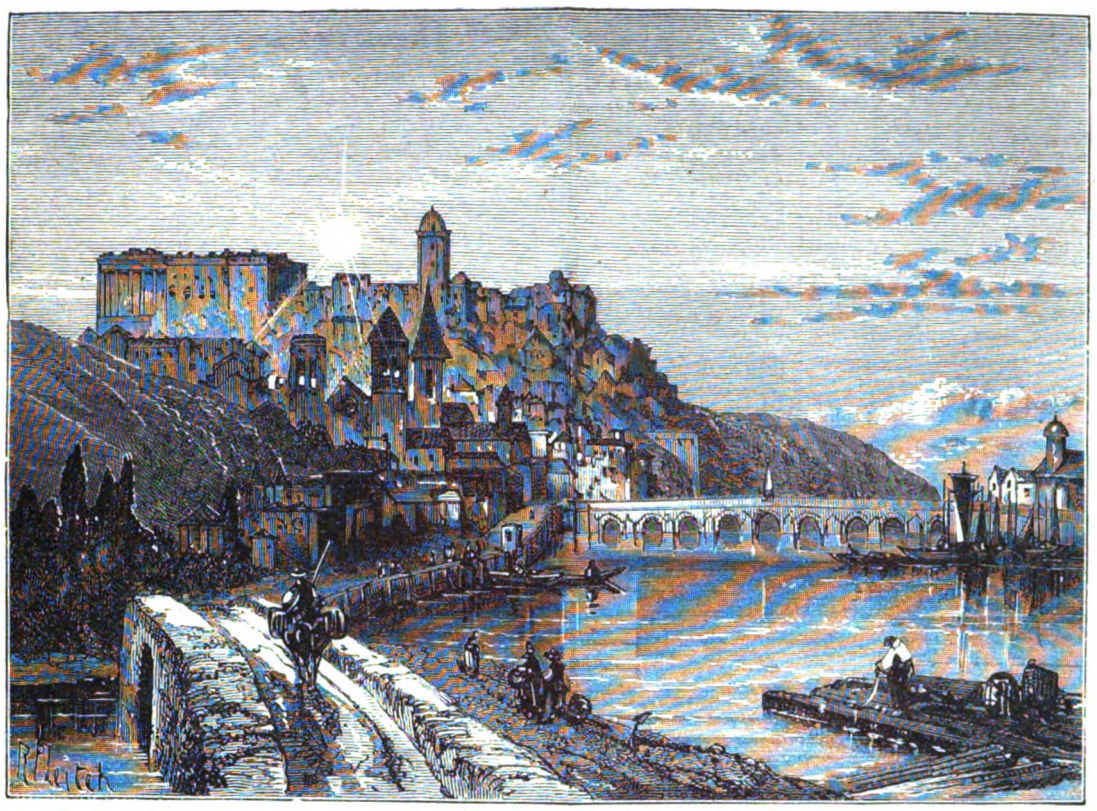
No fué muy acertada ocurrencia la del joven príncipe al presentarse en París sabiendo que no podía hacerlo sin peligro de ir á dar con los huesos en alguna *maison centrale*. Esas cosas sólo pueden hacerse cuando se cuenta con tres ó

Digitized by Google

CREPÚSCULO (cuadro de Alfredo East)

EL CARNAVAL DE MILÁN: LA DANZA SACRA DE LOS CINGALESES

Digitized by Google



BLOIS

¡EL CARNAVAL DE MILÁN: LA DANZA DE BASTONES DE LOS CINGALESES

Digitized by Google

cuatro regimientos ó con los arrabales. Ello es que el príncipe Felipe, que no puede negarse es un valiente y una persona muy ilustrada, se ha puesto en el caso de tener que deber un favor á M. Carnot si acaso le indulta, de lo cual no habia necesidad.

VALENCIA: PUERTO DEL GRAO

Dibujo de F. Pons

Magníficas son las obras que se llevan á efecto en el Grao, habiendo adelantado notablemente de algunos años á esta parte después de haber sufrido sensibles entorpecimientos. El puerto será uno de los mejores del Mediterráneo en capacidad y seguridad, y su porvenir será el más halagüeño si se realiza la construcción de los ferrocarriles á Francia por el Pirineo, pues se convertirá en el punto más directo de embarque para Argelia, acudiendo allí gran parte del tráfico de Marsella; pero, aun prescindiendo de eso, siempre será un elemento inapreciable de prosperidad para Valencia poseer un puerto en el que puedan fondear los buques de gran porte y hallar seguridad completa todas las embarcaciones.

EL CARNAVAL DE MILÁN: LOS CINGALESES

La mode est à l'exotisme. ¡Cuántos millares de millares de veces no se ha leído esta frasecita durante la Exposición de la Torre Eiffel!

Nada más natural que repetirla, pues, y decir que también en Milán han disfrutado de la presencia de la gente asiática, grandes pantomímicos todos ellos. De lo que sea la danza sacra y la danza de los bastones se enterará el lector, mejor que por mis explicaciones, por lo que verá en los grabados.

BLOIS

Capital del departamento de *Loira* y *Cher*, á orillas del primero de estos ríos. Divídese en parte antigua, situada en lo alto, y parte moderna, en lo bajo, guardando graciosa armonía con el magnífico muelle de la derecha del Loira y con el puente de once arcos, adornado con un alto obelisco, que comunica con el arrabal. Los edificios oficiales son hermosos, en especial el palacio episcopal, que disfruta de una vista deliciosa.

MADRID: CERCOS DE LAS PUERTAS PRINCIPALES DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

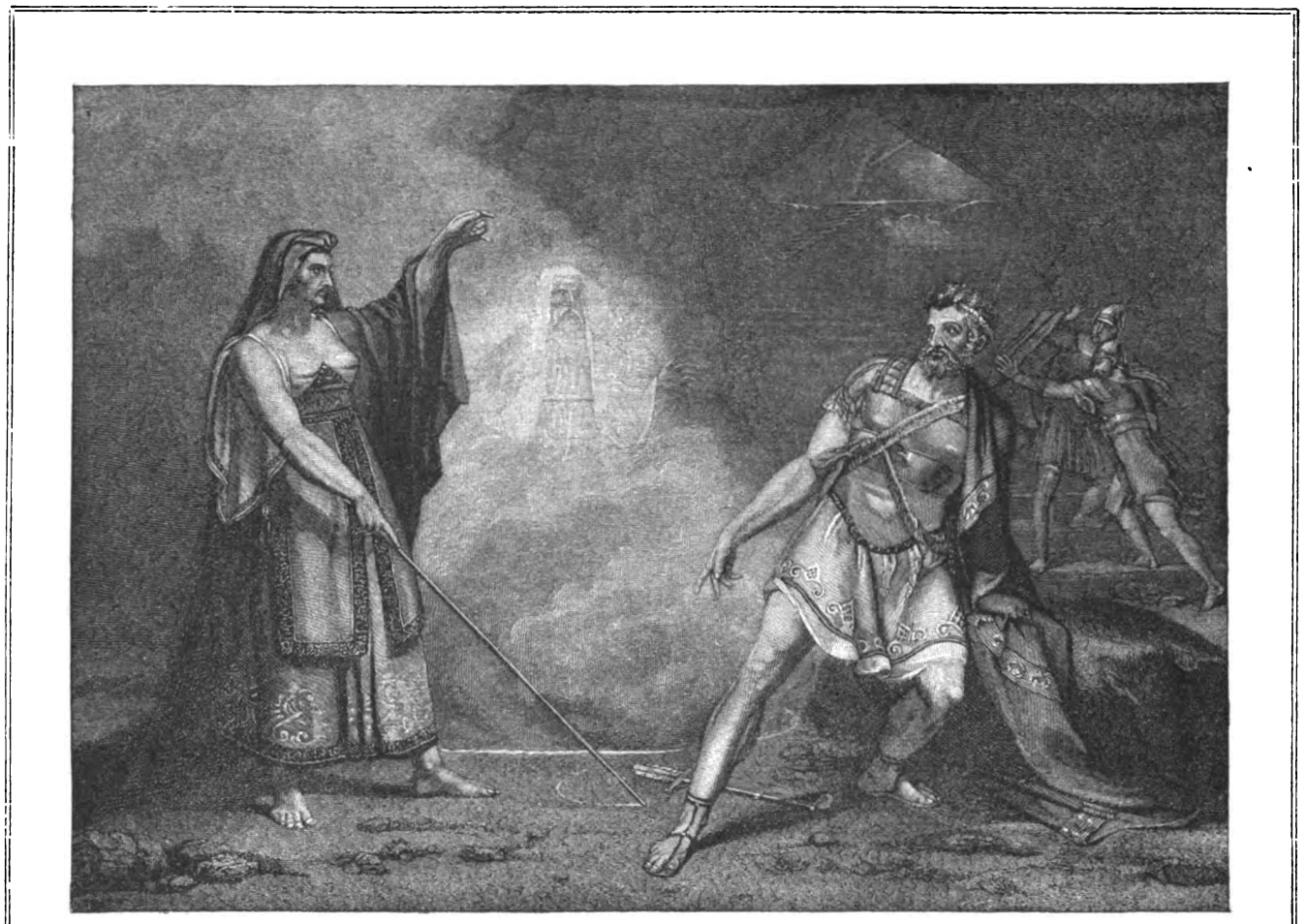
Modelo de D. Antonio Varela

Al publicar en el n.° 366 un fotograbado de una de las puertas laterales del vestíbulo de San Francisco el Grande, incurrimos en una lamentable aunque involuntaria omisión al no publicar el nombre del malogrado artista á quien se deben los ricos bajos relieves que hacen de dichas puertas una grande obra de arte, en la que se ve cuán estudiado tenía el artista el más puro renacimiento español.

Los cercos de las puertas principales que hoy publicamos, y otros grabados de la misma obra que publicaremos á medida que se terminen, dan bien á conocer la riqueza con que ha sido ejecutada la obra.

Don Antonio Varela, que éste es el artista de que nos ocupamos, fué natural de Madrid y alumno de aquella Escuela de Artes y Oficios. A los ventiséis años de edad comenzó los modelos de las puertas de San Francisco el Grande, que tan buen renombre le dejan como artista. La muerte vino en julio de 1889, y cuando apenas contaba ventinueve años, á quitarle la gloria de ver terminada su obra.

La ejecución en madera de la escultura y talla la confió á los señores D. Felipe Roig y D. Joaquín Arrojo: éste de la Escuela de Artes y Oficios, y el primero de la de San Carlos de Valencia. Gracias á tan excelentes colaboradores, sigue la ejecución de la obra, fielmente interpretada de los modelos que dejó el malogrado autor, cuyos talleres continúan á cargo de su señora viuda.



SAÚL Y LA NIGROMANTICA DE ENDOR (cuadro de W. Allston)

LOS PRINCIPES DEL CONGO

Pida Vd. por un jabón—que da albor y perfuma
Por el punto que la piel—al decaer se ahuma
Imitación feliz—del nácar que hermosea?
Sencillo es en verdad:—tendrá lo que desea
Sin que el bolsillo así—sufrir pueda avería.
Indague V. en cualquier—cabal perfumería
Que todas le dirán:—Mi franca idea expongo.
Recurra al Jabón de—los Príncipes del Congo.
Víctor Vaissier—Ronbaix—París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona: Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

por JACINTO LABAILA

CONTINUACIÓN)

«Mi querido Octavio: Conociendo mi tío Ignacio y tu padre las tendencias irresistibles de tu carácter, que te arrastran á acometer los obstáculos y á atacar lo prohibido; sabiendo que para ti carece de mérito lo llano, lo fácil, lo que está al alcance de todo el mundo, y que por lo tanto no te excita ni te halaga, ni lo buscas ni lo deseas; me impulsaron á fingirme casada, deseando sentar tu cabeza ligera por medio del matrimonio verificado conmigo, constándoles que te amo, como también que yo no te soy indiferente.

»Que no se equivocaron respecto á ti, lo prueba el que te propusieses mi conquista desde el momento en que te dijeron que era mujer de otro, lo que no intentaste tres años atrás cuando me creías mujer libre. Pruébalo, además, la conducta que conmigo has observado pidiéndome en todos los tonos y por todos los medios imaginables la concesión del fin de los amores ilícitos, conducta por tu parte muy natural, creyendo, como creías, que estaba en ese caso y constándote que te correspondo con la pasión intensa y profunda que lograste encender en mi corazón.

»Sospechar que yo di pie para que me abandonase mi fingido esposo, me ofende de tal modo que, si así como se lo dijiste á mi madre me lo dices á mí, me hubieras obligado también á descubrirte la verdad para sincerarme á tus ojos, pues cualquier papel puedo aceptar decorosamente menos el de mujer indigna, que no sé ni sabré nunca desempeñar.

»A pesar de tus esfuerzos, á pesar de quererte con delirio, á pesar de que has tratado de destruir mi virtud, he sido una roca para ti: no te he dejado realizar tus vehementes designios. Esto te probará que sé quererte de otro modo y que he obrado contigo como se porta la que tiene el convencimiento de su deber.

»Soy, pues, libre, y si tu amor es verdadero ahora lo voy á probar. Si sólo te movió á enamorarme uno de esos fútiles devaneos que han

Digitized by Google

entretenido tu pasada juventud, si sólo he sido para ti la manzana de Eva, te alejarás de mi lado en cuanto te convenzas que no soy el árbol del bien y del mal; pero si soy para ti el ideal de la mujer soñada que ansiamos convertir en eterna compañera de nuestra vida; si, como me juraste, fundiéramos nuestros dos seres en uno; si afortunadamente ha de llegar para mí ese día feliz, te apresurarás á arrojarte en mis brazos y á cumplirme en ellos tu juramento.

»Mientras tanto tu conducta decide de tu suerte y de la mía, te suplico que me perdones la fraguada intriga, en la que tu padre y mi tío me obligaron á desempeñar el papel de protagonista contra mi voluntad, movidos por tus antecedentes, que les proporcionaban datos irrefutables para obrar contigo como hemos obrado.

»Ha terminado el complot, pero lo que no terminará más que con mi existencia es la pura y abrasadora llama en que por ti se quema mi corazón.

»*Virginia*»

En cuanto la joven escribió la anterior carta, la encerró en el sobre y se la entregó á su criado Antonio, encargándole que la llevase inmediatamente á Valencia, á la Fonda de las Cuatro Naciones, y la pusiese en manos de Octavio.

D.ª Concepción exclamaba aún:—¡Pobre hija mía!

IX

Octavio subió á uno de los coches del tranvía cuando abandonó la alquería de la calle de la Reina, cuyo vehículo le llevó rápidamente á la ciudad. Al llegar á la Glorieta bajó del coche, é internándose en el hermoso jardín que acabamos de nombrar, se sentó en una silla junto á una de las mesas de los kioscos donde se sirven refrescos y helados, establecidos frente al edificio monumental de la Aduana. En una silla inmediata á la que acababa de ocupar dejó el bastón y el sombrero de paja, que le oprimía la cabeza, que sentía arder bajo la doble presión de sus pensamientos y la del calor de la canícula.

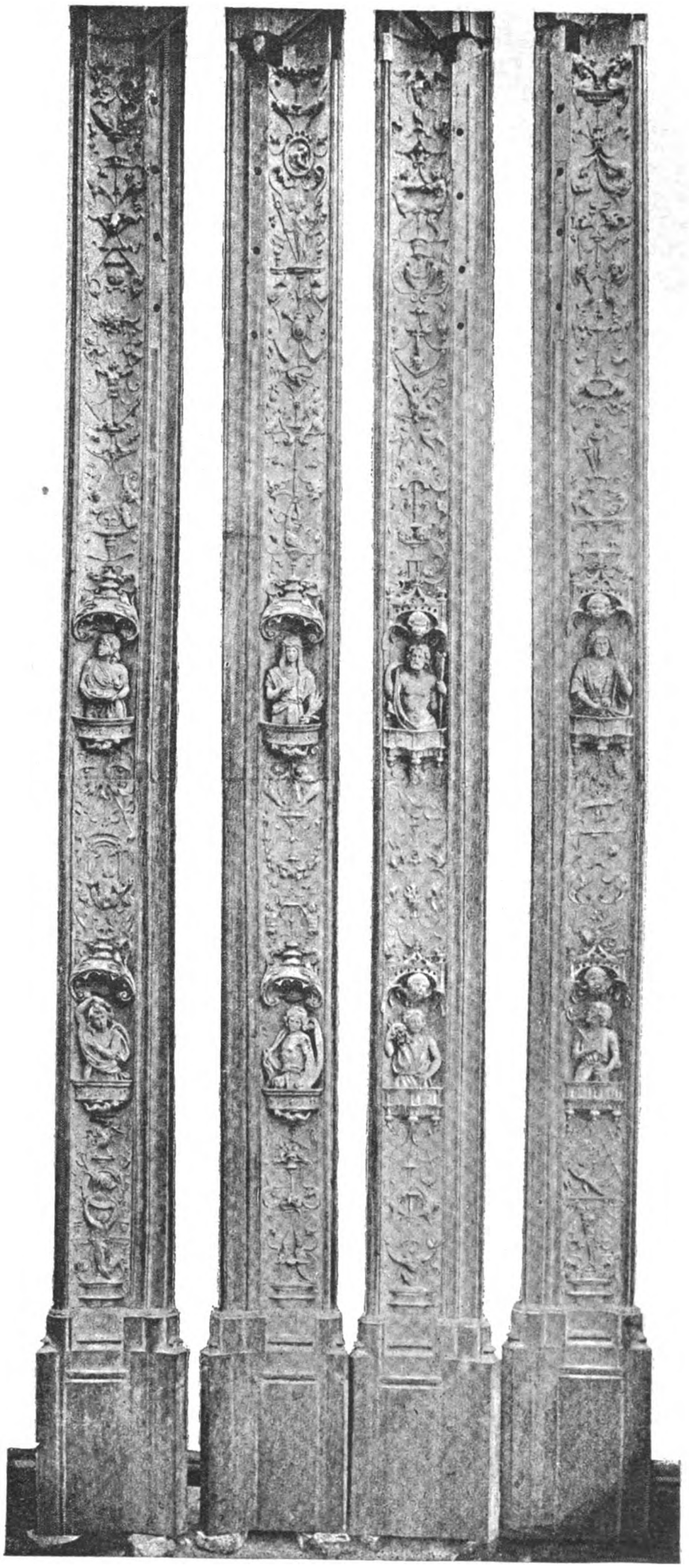
Pidió cerveza y la bebió con avidez. Cuando agotó la botella quedó inmóvil, indiferente, sin mirar ni ver el hermoso jardín convertido en fresco paseo, ni la gente que le recorría en todas direcciones; enclavado en su silla como el Tritón de la Glorieta sobre su pedestal.

No podía volver en sí del estupor que le causó la nueva que arrancó á la anciana paralítica. Vió, por su propia curiosidad, venirse á tierra de un soplo el castillo de naipes de sus ilusiones respecto á Virginia. Se encontró cogido y maniatado en hábil trampa, dispuesta para hacerle purgar sus errores, en la que cayó como un inocente, él, que se daba aires de hombre despreocupado y conocedor de las falsedades y de los fingimientos del corazón humano; él, que huía del matrimonio como el diablo de la cruz; él, que atribuía á la libertad y á la independencia todos los medios de conseguir la ventura y á los eternos vínculos los medios de sepultarse en el abismo, en la desgracia, por el peso de las cadenas de la esclavitud moral.

Creía que era sincera la pasión que Virginia le profesaba, y estaba orgulloso de haberla encendido, estaba orgulloso de haber sacrificado en el altar de su amor propio una víctima sublime; y esa creencia era una mentida ilusión que la realidad desvanecía, resucitando á la mártir, que de repente vivía y derribaba en el suelo el falso altar, convirtiendo sobre sus ruinas á Octavio en víctima humillada y escarnecida.

La fantasía del artista cae de un extremo á otro: de tener confianza, fe ciega en el afecto de Virginia, pasa Octavio á descubrir el complot fraguado contra él, á creer este afecto falso, mordaz é interesado. Desde que conoce lo hábil que es en el fingimiento, cree que finge también un amor que no siente.

(Se continuará)



MADRID

CERCOS DE LAS PUERTAS PRINCIPALES DE SAN FRANCISCO EL GRANDE

(Modelo de F. Antonio Varela)

Digitized by Google

ALUMBRADO ELÉCTRICO

ABOILARD
7, rue Bleue, 7
— PARIS —

PROVEEDOR DE LAS ESTACIONES CENTRALES
DE
MADRID, VALENCIA, MÁLAGA, CADIZ, ALMERÍA, CALATAYUD, RONDA, ALGECIRAS, ETC.

ABOILARD
7, rue Bleue, 7
— PARIS —

Datos que se deben suministrar para la formación de presupuestos:

PARA ESTACIONES CENTRALES

1.° Plano acotado de la población que se desea alumbrar.
2.° ¿Se dispone de fuerza motriz?
3.° Su naturaleza (de vapor ó hidráulica).
4.° ¿A cuánta distancia del centro de la población, ó de la primera lámpara que se debe instalar, se encuentra esa fuerza motriz?
5.° ¿Cuántos focos son necesarios en cada calle?
Para el alumbrado público.—Para los particulares.

INSTALACIONES PRIVADAS

1.° Plano acotado de los sitios que se quiere alumbrar.
2.° ¿Se dispone de fuerza motriz?
3.° Su naturaleza (de vapor ó hidráulica).
4.° Número de lámparas que se desea, y cuántas por piso y por pieza.
5.° Si se debe alumbrar un edificio de varios cuerpos, indíquese:
La distancia entre ellos.
La distancia entre la fuerza motriz y cada uno de ellos.

NOTA.—Presupuestos con sujeción á plano y pedidos

ALUMBRADO ELÉCTRICO DOMÉSTICO

SIN MOTOR NI DINAMO, POR MEDIO DE PILAS ESPECIALES Y ACUMULADORES

Los siguientes presupuestos comprenden la instalación completa, con elementos para **tres meses de alumbrado** y plan para renovarlos por sí mismo.

Las remesas se expiden francas de embalaje en la estación de París. Pago al hacer el pedido en letra á la vista sobre París.

| | | |

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 8 de marzo de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 375

LA VUELTA DE PERSÉFONE Á LA TIERRA (cuadro de Arturo Hacker)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Amoríos en la luna* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Círculo de Bellas Artes: Exposición de blanco y negro*, por Francisco Alcántara.—*Un tenedor de libros*, por A. Sánchez Pérez.—*Sueños* (poesía), por Federico Balart.—*El dengue ó grippe*, por Alfredo Opisso.—*Bibliografía*, por C. M.—*Soledades* (poesía), por Jesús Carrascosa.—*Nuestros grabados*.—*La manzana de Eva* (continuación), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: *El arte inglés:* La vuelta de Perséfone á la tierra. Céfalo y Procris. Almuerzo á bordo de un yacht. Noticias frescas. ¿Amigo ó enemigo? Después de la batalla.—La duquesa de Grammont.—Joya materna.—Modas.—¿Qué te parezco?—Un rincón tranquilo.—Alcalá de los Panaderos.—Cádiz: Plaza de San Antonio.

MADRID

El cuerpo diplomático extranjero.—Negros.—¡Viva la Pepa!

Por fin se ha abierto un salón en Madrid durante este triste invierno: el de la embajada de Alemania. Alemania llama ahora la atención de Europa por el resultado de sus elecciones, en las que han obtenido un triunfo tan importante los socialistas; por la caída de Bismarck, al que parecía que sólo la muerte podía arrojar del pedestal del mando; por las genialidades de su joven emperador, que cuando no viaja se pasa el tiempo jugando á los soldados. Alemania ha correspondido á su carácter de actualidad recibiendo, en el reducido espacio que posee en la capital de España, á la sociedad de Madrid.

Y por cierto que Madrid no puede quejarse en punto á embajadores: como en los tiempos en que era capital de la nación poderosa en cuyos dominios no se ponía el sol, abundan en su recinto las embajadas.

Francia, Alemania, Italia, Austria, Inglaterra, elevaron no hace mucho á embajadas sus plenipotencias, y hoy se reune en nuestra villa y corte un cuerpo diplomático extranjero muy distinguido, que constituye uno de los matices más variados de la sociedad elegante.

Austria está representada por un gran señor maggiar, el conde Dobosky, tipo noble y caballeresco, de porte distinguido, cazador infatigable, que consagra á los placeres cinegéticos los ocios de su cargo diplomático, y que es agradabilísimo en sociedad.

Francia por un abogado de mucho mérito, Mr. Cambon, joven todavía y hombre de mundo, que une las tradiciones aristocráticas del pasado con el espíritu de los actuales tiempos. Habita, en la calle de Olózaga, uno de los más lindos hoteles del Madrid moderno, y ha decorado sus estancias con magníficos tapices de los Gobelinos, con preciosas porcelanas de Sevres, con cuadros históricos que proceden de los antiguos palacios de los sitios reales de su país. Está casado con una distinguida dama perteneciente á una familia que recuerda las glorias militares de Francia, y sus salones son de los más hospitalarios del cuerpo diplomático, y muchas veces se abren para conciertos notables, en los que toman parte los más aristocráticos aficionados de nuestra sociedad.

Inglaterra ha arreglado recientemente su antigua casa de la calle de Torija, donde hemos conocido á muchas notabilidades de su país: á Mr. Layard, el notable investigador que sacó tan curiosos documentos de las ruinas de Nínive y de Babilonia, y el industrial artista que ha montado en Venecia una de las más notables fábricas en que se colora, se hila y se labra el cristal como en los mejores tiempos del florecimiento de las artes en la aristocrática república de los Dux.

Allí conocimos también á Sir Roberto Monier, el que representa actualmente á Inglaterra en Rusia, y que tanto ha figurado recientemente con motivo de las relaciones que sostuvo con el emperador Federico de Alemania.

El actual embajador, Sir Ch. Ford, es un caballero amabilísimo, de genio abierto y expansivo, y que tiene muchas simpatías por España, cuyas provincias recorre con frecuencia, encantándose con nuestros gloriosos monumentos, recuerdos del pasado. Su pasión son los camafeos y las miniaturas, de las que ha reunido una preciosa colección que convierte en interesante museo los salones de la embajada.

A representar á Italia ha venido hace poco tiempo uno de los miembros más distinguidos de la carrera diplomática de la nación en que reina Humberto I, el marqués de Maffei, antiguo secretario de su país en Londres, ministro en Grecia y subsecretario del Ministerio de Negocios Extranjeros. Siente una predilección especial por nuestra pintura y está espléndidamente instalado en el antiguo palacio de los duques de Abrantes.

El barón Stum, el embajador de Alemania, es una de las personas más agradables que pueden encontrarse en sociedad. La amabilidad es la base de su carácter, y posee una ilustración vastísima, que hace sumamente interesante su conversación. Hace muy poco que vino á España y habla ya muy bien nuestro idioma. Dueño de una pingüe fortuna, se puede permitir uno de los lujos más caros de los grandes señores: las antigüedades que colecciona como el artista más inteligente.

En su hotel de la calle del Rey Francisco ha reunido preciosidades en maderas, tallas y porcelanas. La baronesa, su esposa, es una dama encantadora, americana por su nacimiento, cosmopolita por su larga residencia en todas las cortes de Europa donde ha seguido á su esposo, y es de las que tienen el privilegio de saber dirigir un salón.

El príncipe Gortchacoff, hijo y heredero del célebre canciller de este nombre, representa ya hace años entre nosotros al imperio de Rusia y casi puede decirse que está convertido en un madrileño neto. Tiene la más original y curiosa de las aficiones, que le ha nacido sin duda leyendo el *Quijote* y encantándose del gran papel que hace en el libro inmortal de Cervantes el yelmo famoso de Mambrino: el príncipe es un gran coleccionador de bacías de barbero, y tiene decorados con ellas algunos salones de su elegante casa de la calle de Leganitos.

Bacías de loza de Talavera en que hicieron su barba los buenos hidalgos de otros tiempos; bacías de plata repujada que figuraron sin duda en el *necessaire* de algún rico y opulento Don Lindo de las cortes de los Felipes; bacías de reluciente peltre como las que todavía sirven de enseña á los Fígaros de los lugares; bacías de todas formas, clases y tamaños figuran en la original colección que ha reunido el príncipe ruso. Hay en su casa para hacer la barba á medio mundo.

Del ilustre conde de Casal Ribeiro, ministro de Portugal, ya he hablado en estas crónicas. América, y especialmente la América latina, tiene desde estos últimos años una brillante representación en España. De México es ministro el general Riva Palacio, un poeta lírico que parece de la escuela sevillana, y un escritor muy notable.

Chile, Perú, todas las repúblicas que hablan nuestra lengua, nos han enviado ilustres doctores y estadistas eminentes que desde aquí han ido á ocupar los primeros puestos en la gobernación de su país ó que han venido después de desempeñarlos con acierto.

Ahora el cuerpo diplomático extranjero en Madrid tiene una curiosidad que unir á la embajada China y al fez del honorable Turkan-Bey: el distinguido ministro de Turquía, que tanto llama la atención en las solemnidades á que concurren los embajadores. El representante de la república de Haiti y su señora son negros, y es la primera vez que se ve gente de color en el cuerpo diplomático.

En otros tiempos hubieran corrido el peligro de que les hiciese proposiciones algún aficionado á la *trata*: hoy son recibidos con el respeto y la consideración que merecen los representantes de un país amigo, y la negra ministra de Haiti presentará un bello contraste con las rubias diplomáticas de las cortes de Europa cuando se presente en las recepciones luciendo entre los encajes del vestido el seno, los brazos y las espaldas de color de ébano.

¿No es el cuerpo diplomático la representación de todos los pueblos y de todas las razas? ¿No figuran ya en él los amarillos semblantes de los que nos manda el emperador del Celeste Imperio? Pues bien venidos sean los negros, que ya han desempeñado papel importantísimo en la historia de algunos pueblos americanos y han subido al puesto de primer magistrado de su país.

***

Como estrellas de las embajadas han figurado siempre un gran número de mujeres hermosas, notables por su elegancia y por su talento.

¿Quién que haya frecuentado el mundo no recuerda á aquella condesa del Barral, noble italiana cuyo busto parecía reproducido en los más famosos camafeos; y aquella Mad. O'Koliehany, resumen maravilloso de la hermosura de la mujer de raza slava; y Mad. Stuar, un prodigio de belleza yankee; y la vizcondesa de Brison, que era una artista dramática muy notable?

Actualmente abundan también las bellezas en el cuerpo diplomático extranjero, y entre ellas Mad. Belle, la condesa de Wadrisky, Mad. Penkels, la bella esposa del cónsul de Alemania en esta corte y Mistress Carregide, que acaba de llegar ahora de Inglaterra.

***

La Sra. Gabbi, que tan aplaudida fué en el teatro del Liceo de Barcelona durante la Exposición, ha tenido en Madrid un gran éxito cantando, en el teatro Real, *Mefistófeles*. Es una *Margarita* y una *Elena* admirable como cantante y como artista.

En Barcelona cantó con Gayarre. ¡Pobre Julián! Parece que hace ya años que ha muerto, y ha sido esta misma temporada cuando le hemos visto en ese papel de *Fausto* que tan admirablemente cantaba. ¡Cuándo se volverá á oir, como él la decía, la romanza del epílogo!

¡Y pensar que no hemos podido hacer, para rendir tributo á su memoria, lo que habíamos pensado varios amigos! ¡Qué razón tenía Mariano Cavia cuando recordaba el título de la preciosa comedia de Bretón *Muérete y verás!*

***

El día de San José será de fiesta en España é islas adyacentes, según lo acaba de decretar el señor ministro de Gracia y Justicia de acuerdo con S. S. León XIII.

Un día de fiesta de real orden, como si aquí nos hicieran falta esas disposiciones para gritar con frecuencia:—¡Viva la Pepa!

KASABAL

AMORIOS EN LA LUNA

(CONTINUACIÓN)

Aquel era Federico, el mismo Federico elegante, siempre irreprochablemente vestido, que tantos triunfos amorosos había logrado en la alta sociedad.

Allí estaba el hombre, el mismo hombre de antes; pero indudablemente faltaba alguna cosa que ellos no podían adivinar.

Algo gordo le había sucedido, y los tres tenían prisa en hacerle beber para que hablara.

El misterio les atraía. Además allí había mucho y bueno para lucir al día siguiente las dotes de narrador en el café y las tertulias aristocráticas.

II

La cena tocaba ya á su término. Las bujías, en la cúspide de los altos candelabros de plata

Digitized by Google

Cristoff, agitaban sus cabelleras de fuego llorando raudales de líquida esperma sobre las arandelas, y su luz inquieta se reflejaba en platos y cubiertos, se quebraba en el interior de las botellas y hacía centellear el borde de las copas con los colores del iris.

Las frutas y los dulces, abandonando al gran ramo de flores que ocupaba el centro de la mesa, habían bajado desde su trono de plata á los platos, verdadera ara de cruentos sacrificios, y sus mutilados restos yacían sobre el blanco mantel, profanado en varias partes con irreverentes manchas de grasa y vino.

Las negruzcas botellas habían ido desangrándose en el fondo de las copas, y ahora le tocaba su turno al *champagne*, que con su coronilla de espuma temblaba en el cóncavo cristal con el terror del que está próximo á perecer.

Federico ocupaba el lugar preferente de la mesa, y sus tres amigos, llevando la copa á cada instante á los labios con el cigarrote en la siniestra y la crujiente pechera lastimosamente arrugada, le miraban con marcada atención. En aquel pequeño comedor no se oía otra cosa que el chisporroteo de las bujías y alguno que otro suspiro de satisfacción que exhalaban aquellos *gourmets;* pero de fuera y en extraña confusión llegaban los rumores de la sala de juego del casino y los ruidos de la calle, cuyo pavimento se conmovía á aquellas horas con el rodar acelerado de gran número de carruajes.

—Pero, hombre,—dijo de pronto uno de los tres;—á ti te sucede algo. No comes, no bebes, ni dices una palabra. ¿Estás enfermo?

Federico hizo con la cabeza un signo negativo, y continuó abstraído, dejando vagar su brillante y extraña mirada por la habitación.

—Pues, entonces, ¿qué tienes? Habla claro, hombre: recuerda que estás ante tus tres mejores amigos.

El joven continuó silencioso. Pero, por fin, como aquel que hace un esfuerzo para hablar y salir de la abstracción, dijo:

—Me pesa la vida: deseo abandonar esta envoltura que oprime mi espíritu.

—Vamos, ya está todo comprendido: tú amas, no te corresponden, y tu desesperación es tal que deseas abandonar este mundo.

—¡Conque no soy correspondido!—Y, al decir esto, Federico sonreía mirando con expresión de lástima á sus amigos.

Estos quedaron algunos instantes estupefactos; pero, por fin, el que había hablado antes dijo así:

—Pues si hay quien te ama, si corresponden á tu pasión, ¿por qué quieres morir?

Al escuchar esta pregunta lógica, Federico se incorporó en su silla y, envolviendo en una mirada de superioridad á los tres amigos, les dijo:

—Vosotros sois unas infelices criaturas incapaces de comprender nada de lo que suceda más allá de esa mezquina sociedad de que formáis parte. ¡Ah, gusanillos, si pudierais ver, á pesar de vuestra pequeñez, lo que me ha sucedido en estos dos últimos años!

Los tres elegantes tuvieron casi en el mismo momento idénticos pensamientos:

—Está borracho.

El joven, al romper por fin su silencio, parecía haber cobrado un imperioso deseo de hablar: así es que continuó:

—Vosotros no sabéis todavía lo que es el placer ni el amor: tomáis por mujeres hermosas é ideales á esas muñecas ridículamente escotadas y con las mejillas embadurnadas de colorete que hacen todas las noches su aparición en los palcos del Real; no habéis puesto jamás vuestro pie en el recinto misterioso de la luna; no habéis surcado jamás el espacio... En una palabra, no sabéis nada, ni nada habéis visto: sois unos miserables.

—Pero ¿qué jerigonza es esa, Federico?—exclamó uno de los tres jóvenes, cuyo nombre era Fermín.—¿Qué significa eso de la luna, las muñecas del Real, etc., etc.? Explícate, y no nos digas tantas tonterías, que para broma con pocas bastan.

—Os digo y os repito que vosotros nada habéis visto, que sois unos miserables gusanillos que nada sabéis; y si no á la prueba. ¿Alguno de vosotros ha estado en la luna?

Cambio de miradas de extrañeza entre los tres jóvenes y después contestación á coro:

—No.

—Y ¿habéis tenido ni remotamente amores con una mujer intangible y hermosa, de miembros de luz y cabellera vaporosa, que al moverse deja en el espacio un mundo de agradables sonidos?

—Por más que procuro recordar,—dijo Fermín,—si entre mis queridas había alguna de estas condiciones, no logro dar con ella. Me convenzo de que esa mujer tan especial sólo la has poseído tú.

—Somos de la misma opinión,—dijeron los otros dos.

—Pues eso, que vosotros no habéis ni siquiera soñado, lo he tenido yo: he vivido en la luna y soy amado por la mujer más hermosa que puede concebir mente humana.

—¿Dónde la conociste?—preguntó uno.

—En algún baile de máscaras,—contestó Fermín con sorna.

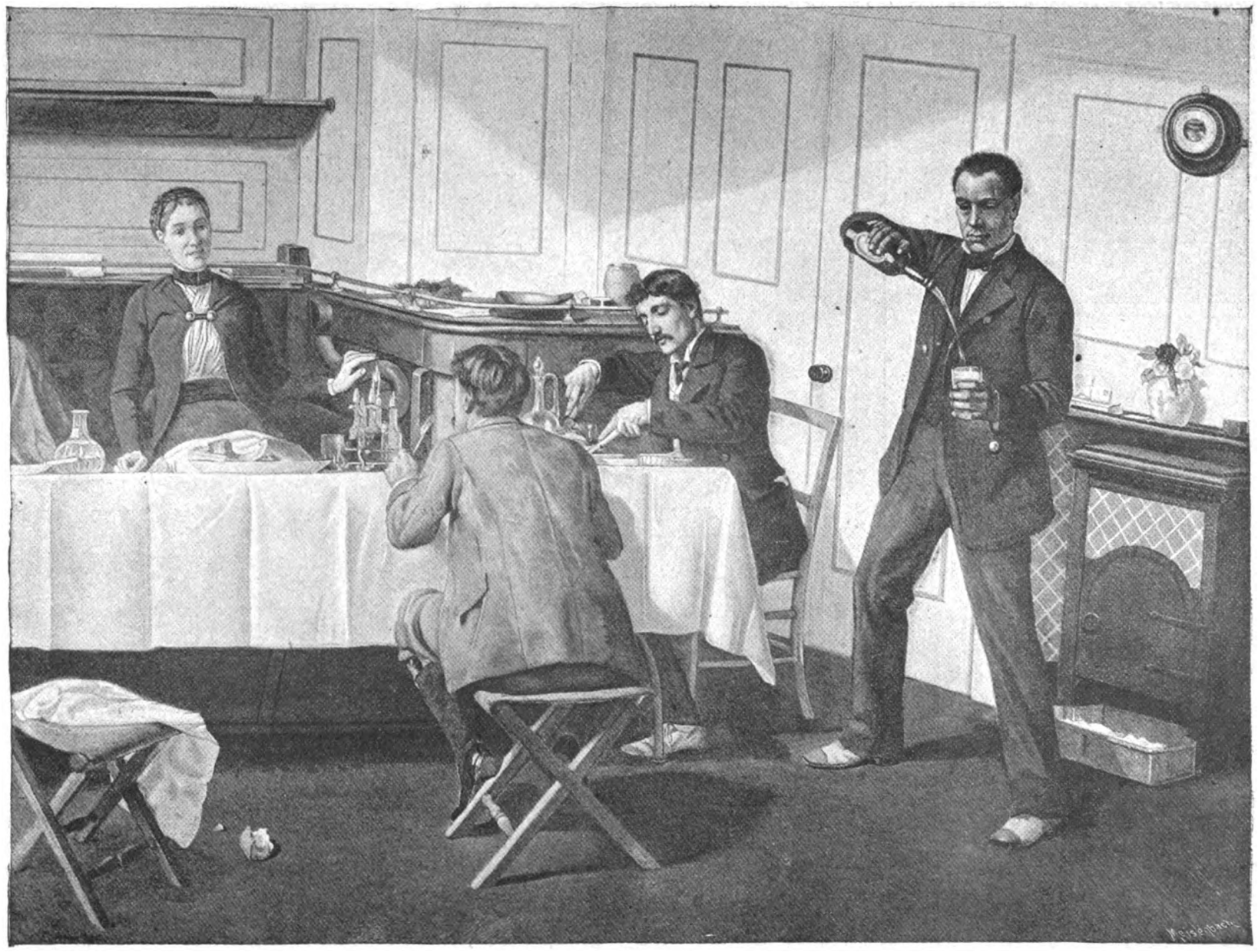
Federico, sin alterarse ante aquella sonrisa burlona é incrédula que sus palabras provocaban en los amigos, dijo después de una larga pausa:

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Se continuará)

CÉFALO Y PROCRIS (cuadro de Enriqueta Rae)

Digitized by Google



RECUERDOS DE UN VIAJE EN YACHT: UN ALMUERZO Á BORDO (cuadro de E. Armitage)

Digitized by Google

NOTICIAS FRESCAS (cuadro de R. Stacey Marks)

Digitized by Google

CÍRCULO DE BELLAS ARTES

EXPOSICIÓN DE BLANCO Y NEGRO

El lisonjero éxito que obtuvo la Exposición celebrada por el Círculo de Bellas Artes en la pasada primavera, animó al iniciador de aquélla, Agustín Lhardy, para proponer la que se inauguró anoche, dedicada á dibujos y bautizada con el nombre extraño de *blanco y negro*. Es la primera de este género que se celebra en Madrid.

La novísima tendencia marcada por el deseo de conocer las creaciones literarias hasta en su aspecto gráfico, andará su camino hasta conseguir entre nosotros expertos dibujantes que, como en centros más afortunados, secunden la obra del literato, ilustrándola para satisfacer la necesidad apremiante de llevar á la inteligencia el *summum* de cultura por cada uno de los sentidos que la ponen en comunicación con el mundo exterior.

La Exposición de que nos vamos á ocupar, aunque digna de elogio, refleja el estado embrionario en que todavía se encuentra entre nosotros la *ilustración*. Los dibujos, aunque buenos en su mayoría, revelan la falta de un claro concepto del fin á que deben servir: no abundan entre ellos los que revelan en el artista el afán de llevar á la obra un reflejo sincero de la vida. Suele verse en ellos el procedimiento, la manera, de los verdaderos dibujantes de actualidades; pero el sabor de verdad que hace de un dibujo fiel trasunto del natural existe en pocos.

El arte es uno, y hoy más que nunca es necesario proclamar esta unidad para robustecer el concepto orgánico del arte y de la vida, generalmente desconocidos.

Mientras la inarmónica educación de la juventud continúe produciendo entre nosotros una numerosa clase de literatos de cultura tan limitada y parcial que desconozcan la importancia que han alcanzado en la historia artes como la arquitectura, generadora de todas, la escultura, pintura y música; hombres que por no haber cultivado ni ligeramente las artes del diseño se hallen imposibilitados de sentir las delicadas impresiones que al que dibuja producen líneas suaves y colores; á quienes por consiguiente sea imposible juzgar las obras de arte con algunos más datos que los proporcionados por la natural aptitud que todos tenemos para gozar de la belleza; mientras la multitud de esos literatos, que son todavía la única y más alta representación de la cultura, permanezcan tan ignorantes como hoy en cuanto al aspecto gráfico de las cosas se refiera, será inútil hablar de la unidad esencial del arte para proclamar la consecuencia de una educación que ponga al hombre, sea cualquiera el arte que cultive, en condiciones de no permanecer extraño á las restantes, de conservar con todas ellas una estrecha amistad, como partes que son del total organismo artístico.

El correctivo de esa absurda tendencia meramente retórica de la educación general entre nosotros, y especialmente de la educación literaria, lo pondrá el sentimiento público que pide que el aspecto gráfico de toda obra literaria la acompañe, de manera que al lado de lo espiritual de los caracteres vaya lo que podemos llamar sus vibraciones, rasgos fisonómicos, actitudes, trajes, cuanto comprende la extensa denominación, *medio ambiente*, cuanto á pesar de largas y brillantes descripciones no puede dar la palabra, lo que por medio del dibujo alcanza la mayor fuerza sintética, ofreciéndose al espíritu más inculto con la rapidez del relámpago, puesto que se libra de la sucesión de partes indispensable en la exposición literaria.

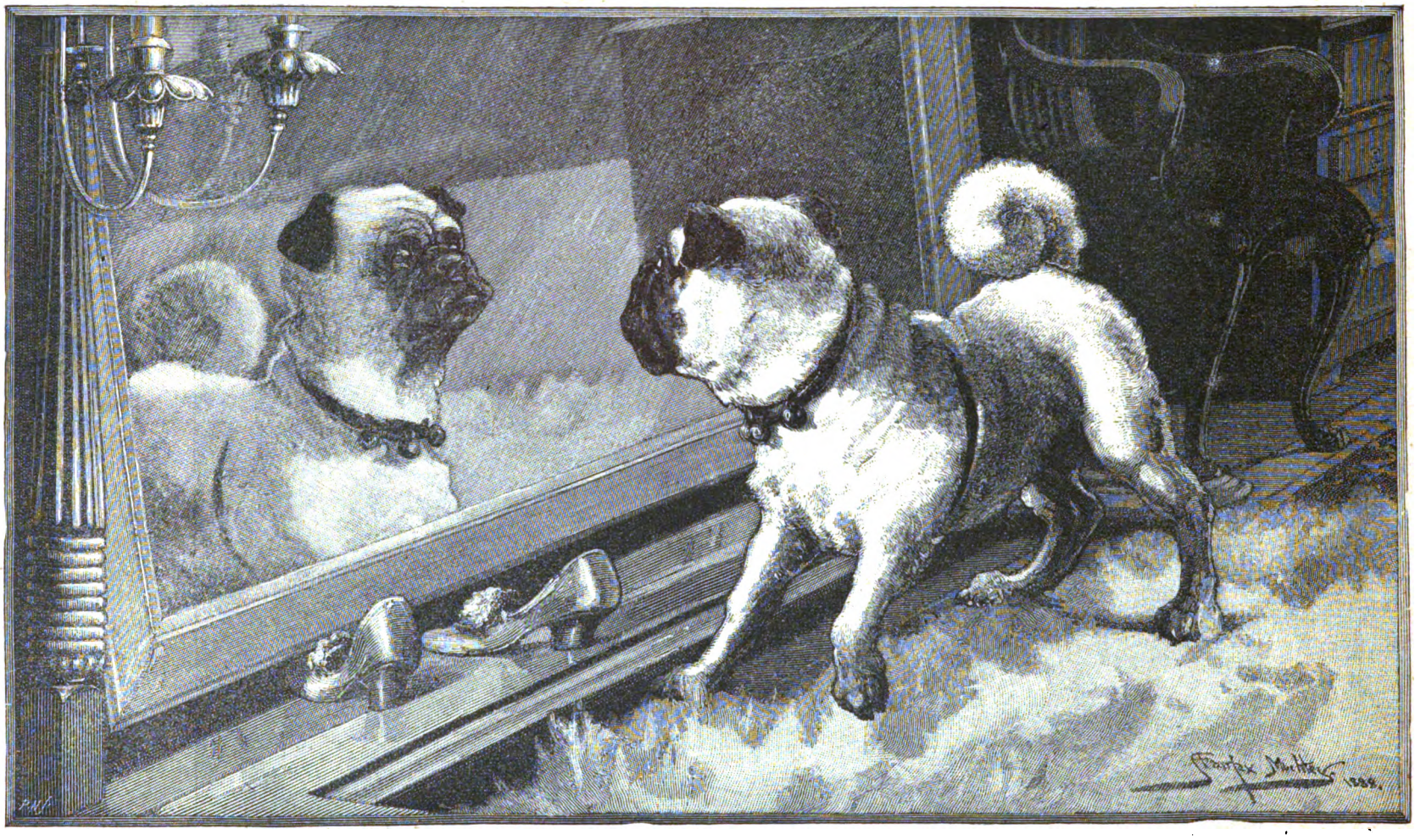
El sentimiento público se deja seducir por esta nueva tendencia hasta el punto de que, como dicen los autores, *libro con monos se vende*. Nuestros acartonados sabios hallarán la causa de este fenómeno en la propensión del público á los recreos fáciles, en la necesidad de incitantes atractivos para mover la atención, tanto más perezosa hoy cuanto más soliçitada en cosas semejantes; pero, aunque así sea, basta que, no obstante ser humildes, haya que reconocerlas como principio y base del arte de la *ilustración*, casi desconocido entre nosotros, como arte esclavo de la obra literaria y consagrado á su servicio con una lealtad, respeto y decisión de que sólo son capaces, y no siempre, dibujantes notabilísimos, creados con recursos y medios que no están al alcance de nuestra sociedad.

Aunque parezca quimérico é inútil, no he de desaprovechar la ocasión de ofrecer al juicio de los lectores el tipo ideal de un literato, novelista por ejemplo, que, habiendo recibido educación conveniente, pudiera ilustrar sus obras; único caso en que la ilustración sería tan rica de carácter, tan propia como es de desear: sólo entonces sería la *ilustración* un acorde de las partes literaria y gráfica.

La mayoría de los niños que muestran aptitudes artísticas podrían ser fácilmente iniciados en los secretos de la producción si en la edad en que se les enseña la gramática de la lengua se les enseñara las del dibujo y música: después de iniciados, los escogidos, los fuertes, harían el resto; y téngase en cuenta que el arte del diseño es sin duda el que más ilumina la vida del hombre por referirse á las formas, á todo lo tangible con que se ha levantado el hermoso edificio de la civilización. Los que hayan llegado á conocer la perfectibilidad de los métodos, desde el caos de los que nos martirizan hoy, verán posible en ocasiones el tipo ideal del que pudiera manejar el idioma, el dibujo y la música.

***

Pobre es entre nosotros este ramo del arte del dibujo, que por lo costoso de su desarrollo exige la existencia de poderosos editores y de empresas como las que han creado y sostienen



¿AMIGO Ó ENEMIGO?

Digitized by Google

los grandes periódicos ilustrados franceses, ingleses y alemanes. Centenares de publicaciones ilustradas, artísticas, industriales de muchas clases, venatorias, de modas, viajes, geografía y otras, existen en París y Londres; y en torno de ellas una numerosa clase de artistas dibujantes que, hallando seguro y cómodo medio de subsistencia en el cultivo del dibujo de actualidades é ilustración de todas las obras literarias, cultivan este dificilísimo ramo del arte con el ardor que patentizan sus brillantes exposiciones anuales de *blanco y negro*, en las que alcanzan con frecuencia éxitos brillantísimos nuestros compatriotas.

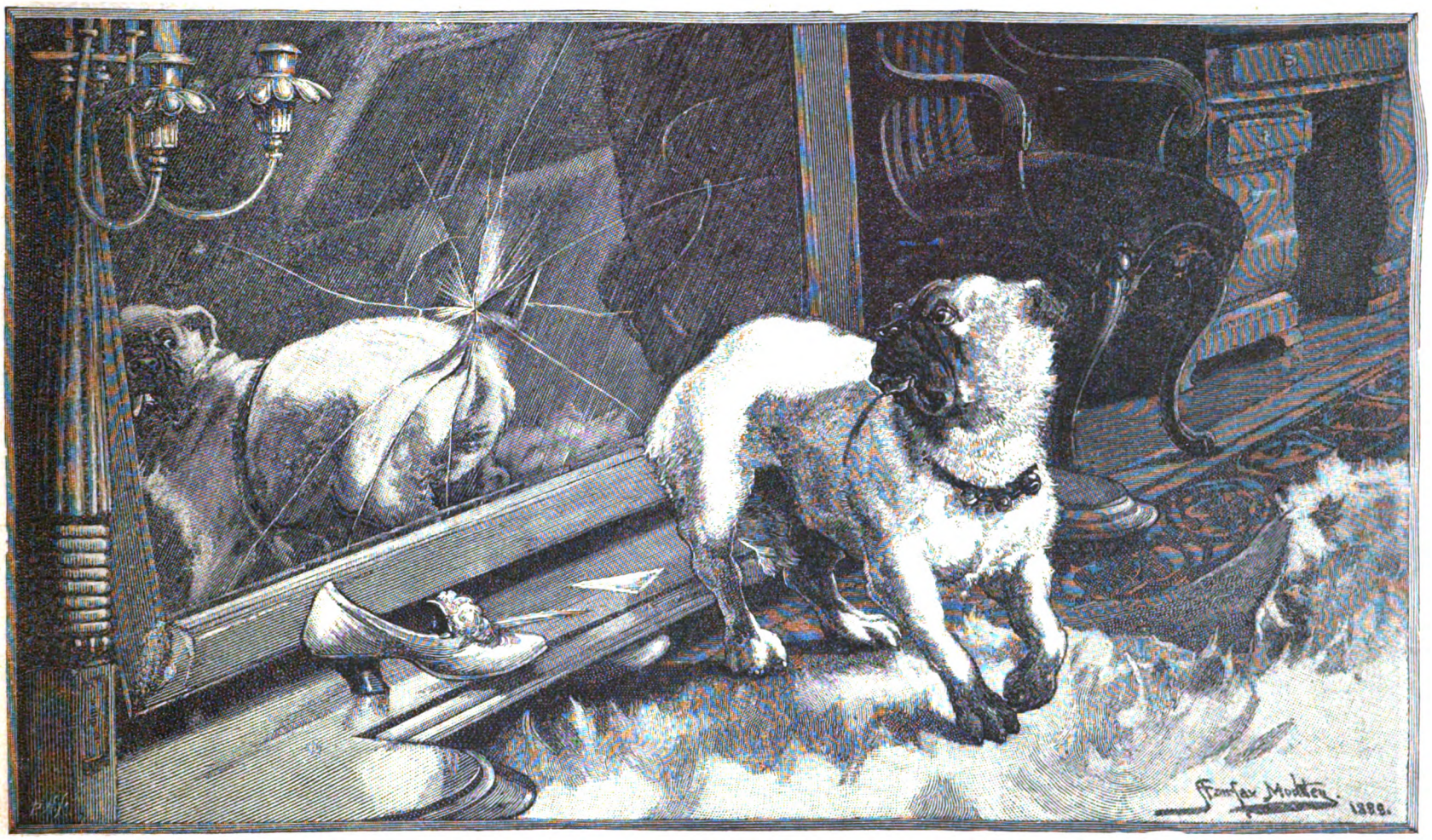
En las de Londres, donde tan difícil es disputar el premio á los grandes dibujantes de puede decirse que es el más genuino representante del noble y hermoso naturalismo español, de modo que sus dibujos unen á los inagotables encantos de la realidad los del arte. Es el único dibujante español á quien la juventud puede seguir á ciegas. No tiene manera, y esto es el mejor elogio que puede tributársele.

Luque colabora dignamente en el *Paris illustré* al lado de artistas notables, y omito otros muchos cuya simple enumeración haría demasiado largo este artículo.

Traigo á cuenta estos nombres para demostrar una vez más las universales y brillantes aptitudes de nuestra raza, y para que ni por un instante pueda creerse por nadie que por falta de alguna de aquéllas vamos como á la zaga de rita Francés, Gartner, Gil Montojano, Gonzalvo, Hernández (D. Germán), Huertas, Jadraque, Lemus, Lhardy, López, Marín, Mejía, Peña, Perea (D. Daniel y D. Alfredo), Pla (D. Cecilio), Plasencia, Picolo, Pidal, Rico (D. Martín), Romea, Sampietro, Etuyk, Unceta, Varela y Bori y otros.

Además figuran en el Certamen algunos de los originales de los dibujos publicados en la *Andalucía*, el del inolvidable Casado, de Pradilla, Jiménez Aranda y Moreno Carbonero, y uno del infortunado Casimiro Sainz, propiedad del señor Avilés.

Jimenéz Aranda y Mejía son los campeones que mantienen las severas prácticas del arte en sus inimitables trabajos á pluma, de más interés



DESPUÉS DE LA BATALLA

de *The Illustrated London News* y *The Graphic*, los ha conquistado con frecuencia el insigne Jiménez Aranda.

En París brilla hace veinte años, como colaborador de *Le Monde Illustré*, el madrileño Samuel Urrabieta Vierge, que, llevando al dibujo de actualidades la intencionada gracia española, ha creado la más artística y simpática forma de ilustración que existe. Imitadores suyos son cuantos han pretendido emularle. Vencido por una cruel parálisis del lado derecho, tuvo que abandonar hace algunos años el campo de sus triunfos, hasta que hace poco reapareció después de largos y heroicos esfuerzos por dibujar con la mano izquierda, conservando por fortuna del arte su antigua grandiosidad y el prolijo detalle que tanto atractivo da á sus obras.

La gran falange cosmopolita de dibujantes que vive en París, se reunió hace poco para celebrar su reaparición en la vida artística con la bellísima composición *La Noche Buena de Valladolid*, publicada por *Le Monde Illustré*, y para ofrecerle las insignias de la Legión de Honor costeadas por los antiguos compañeros del veterano é ilustre artista.

También ha triunfado en París Pellicer, que hoy reside en Barcelona. Sin temor de exagerar otros pueblos. Trabajemos por conseguir lo que nos falta, la riqueza; y entonces, en lugar de una revista ilustrada que arrastra triste vida en la soledad que le permite un funesto monopolio, existirán en Madrid la multitud que hermosea la vida de otras grandes capitales. Sevilla, Valencia, Málaga, Granada, Cádiz y Zaragoza, ciudades cultísimas cuyos artistas languidecen en la inacción, ilustrarán la exuberante vida de nuestras comarcas; y la misma rica y abundante Barcelona mejorará sus productos artísticos en bien de la cultura patria fomentada por sus grandes empresarios.

***

Ciento treinta son los artistas que han acudido al llamamiento del Círculo de Bellas Artes la mayor parte de ellos con más de una obra.

Figuran en el *Catálogo* Alarcón, Alcázar, Jiménez Aranda, Araujo (D. Joaquín), Avilés, Badillo, Banda, el nunca bastante llorado Valeriano Bécquer con un admirable dibujo propiedad del señor Avilés, Bermudo, Campuzano, Carraffa, el insigne grabador Carretero con un dibujo de los más bellos y delicados de la Exposición, Casanova (D. Enrique), R. Estorach, Espina, Estevan, Ferrant, Ferriz, señolos del último, porque á la prolija verdad unen la gracia, don que no fué concedido á Jiménez Aranda.

Alfredo Perea con su retrato de cuerpo entero, obra completa por la robustez de su espíritu, justeza y esmerado gusto, marcha al frente de los dibujantes al blanco y negro, y le siguen Pla, Alcázar, Marín, Bermudo, Campuzano, Carretero y Enrique Estevan.

FRANCISCO ALCÁNTARA

UN TENEDOR DE LIBROS

«Mientras exista una mujer hermosa
habrá poesía.»

Así dijo, poco más ó menos, el inolvidable y malogrado Bécquer, y me parece que dijo muy bien. Mientras haya mujeres hermosas habrá poesía y habrá poetas; que esto último, aunque no lo dijese Bécquer, es verdad también.

Por supuesto que, en buena lógica, no quiere esto decir que la poesía ha menester, para existir, de mujeres guapas. No, señor: en la poesía no hay exclusivismos. Buen elemento y hasta muy bueno es la hermosura de la mujer para la

Digitized by Google

LA DUQUESA DE GRAMMONT (cuadro de P. Lely)

Digitized by Google

JOYA MATERNA (cuadro de Luis Busi)

Digitized by Google

poesía; pero no es el único, ni siquiera es indispensable. Esto es axiomático; pero si necesitase demostración, bien sabe Dios que no sería yo el que la diese. Lo creo y lo afirmo: el que me crea, que me crea; y el que no, que lo deje: al fin y al cabo, por que seamos muchos ó pocos á creerlo, no dejará de ser verdad.

Yo no conocí, ni aun de vista, al señor D. Amadeo Lagrange (que en paz descanse), ni conocí tampoco á su señora esposa (que descanse en paz asimismo): no puedo asegurar, por consiguiente, si la mencionada señora de Lagrange era ó no era hermosa. Tengo motivos para creer que tenía ya bastantes años, y es de presumir que, en todo caso, con la edad hubiese perdido algo en belleza. Pero voy al caso, y el caso es por cierto muy lastimoso. El Sr. Lagrange (ó M. Lagrange, pues era de nacionalidad francesa) cayó enfermo. Su mujer, hermosa ó no, anciana ó joven, le atendió con solicitud y con cariño extraordinario; permaneció día y noche, á todas horas, á la cabecera de la cama del enfermo; dábale por sí misma las medicinas, no se separaba un momento de su lado, ni de día ni de noche se daba un instante de reposo, y fué para el marido esposa amante é incansable enfermera, madre cariñosa. Los cuidados de la señora, ó la ciencia del médico, ó las fuerzas de la Naturaleza, ó todas estas causas mancomunadamente, devolvieron la salud al enfermo, y monsieur Amadeo Lagrange pudo, al cabo de algunas semanas, abandonar el lecho; pero la alegría de hallarse bien fué amargada muy pronto por la desventura de ver moribunda á su esposa. Esta, cuyas fuerzas habían sido inquebrantables merced á una continua excitación nerviosa mientras duró la enfermedad de su marido, cayó postrada y casi exánime luego que la necesidad de atender al enfermo cesó de sostenerla. Los continuos sobresaltos, las vigilias incesantes, habían labrado en aquella naturaleza una enfermedad para la cual no hallaron remedio los médicos. Amadeo Lagrange prestó á su compañera los cuidados mismos que ella le había prestado antes; pero, menos afortunado que su mujer, no consiguió devolverla á la vida, ántes por el contrario la vió sucumbir en sus brazos. Al inmenso dolor que esta horrible pérdida le habría causado siempre, uníase ahora el tormento de saber que él mismo había sido, aunque inocente, el causante de la enfermedad de su esposa. Esto, unido al amor que le había profesado siempre, llevó á su ánimo el deseo de acompañarla en muerte como en vida la había acompañado. La amortajó cuidadoso, cerró piadosamente la caja de la muerta y después se disparó dos tiros de revólver que le ocasionaron la muerte casi instantánea. ¿No es verdad que hay poesía en este drama de la vida real? Nadie habría podido presumir que la tranquilidad de aquel hogar apacible, sereno, tuviese ese trágico acabamiento. Lagrange era hombre morigerado, no muy partidario de los personajes novelescos. Disfrutaba de una posición desahogada, y, para que en todo sea extraño este acontecimiento, desempeñaba el puesto de *tenedor de libros* en un importante establecimiento de crédito. ¡*La teneduría de libros!* ¡El romanticismo! ¿No es cierto que parecen términos incompatibles? La poesía y las cuentas corrientes cabían juntas en aquel cerebro. Los periódicos dieron noticia del suceso con la concisión telegráfica que el noticierismo va imponiendo hasta en los más conmovedores y más interesantes asuntos.

«Anoche,—escribía un periódico,—se suicidó con un revólver un sujeto, natural de Francia. El motivo fué que había muerto su mujer.»

¡Pobres señores Lagrange! ¡Toda una existencia de fidelidad mutua y de cariño entrañable, todo un poema de abnegación, de ternura, de amor, sólo mereció del noticiero ese lacónico y desdeñoso epitafio! ¡Quién sabe si el escritor que redactó así la noticia será de los que creen que dijo una gran verdad el que dijo: «El matrimonio es la tumba del amor»! Si así piensa y si eso cree, confundiendo lastimosamente el amor con otra cosa que no lo es, aunque se le parece mucho para los romos de mollera y pequeños de corazón, no es de extrañar que solamente en son de broma y así como con extrañeza diese cuenta á sus lectores de que un *sujeto* se había pegado un tiro porque se había muerto su mujer.

¡Vea V. qué cosa más extraña! Si hubiera sido por una pérdida á la Bolsa, ó por una deslealtad de la querida... ¡ah! podría haber pasado; pero ¡por la mujer! ¿dónde ni cuándo se ha visto eso?

Sigo creyendo, sin embargo, como Bécquer, que mientras haya mujeres hermosas habrá poesía; y mientras veamos (aunque con poca frecuencia) maridos como Amadeo Lagrange, existirá el drama.

A. Sánchez Pérez

Trajes de sastre

SUEÑOS

¡Ved cómo duerme, de inquietud ajeno!
En vano en el hogar, de luto lleno,
su encono ceba la falaz fortuna:
ni ambición ni recelo le importuna:
¡no hay en la vida sueño más sereno
que el sueño de la cuna!

¡Ved cómo duerme en su callado asilo!
En vano del dolor le amaga el filo,
en vano el huracán furioso zumba,
en vano el universo se derrumba:
¡no hay en la tierra sueño más tranquilo
que el sueño de la tumba!

Federico Balart

EL DENGUE O GRIPPE

Discusiones, historias, hipótesis, frases, descubrimientos y recuerdos

Al correrse hasta por estas tierras la enigmática epidemia que colea todavía en numerosas localidades, era opinión vulgar que *dengue* y *grippe* eran una misma cosa, no tardando, sin embargo, en *esclarecerse* el asunto, haciendo de ello dos enfermedades distintas. Ya que no se supiese palabra de su naturaleza ni tratamiento (cosa nada extraña, pues raros eran los médicos que hubiesen visto una epidemia de *influenza),* á lo menos parecía hacerse algo con descoyuntar aquel todo.

En la Academia de Medicina de París dióse cuenta de una Memoria del doctor De Brun, muy competente por ejercer en Beyruth, en la que juraba por sus dioses que lo que teníamos aquí era el *dengue*, que había visto él en Siria el otoño último, y de igual manera pensaba el doctor Bucquoy; pero saliéronles al paso Brouardel, Colin, Le Roy de Mericourt y Proust y demostraron como tres y cuatro son ocho (y se puede demostrar en francés) que la tal epidemia era dengue como yo archipámpano de Sevilla, y que se trataba de la *grippe* y nada más que de la *grippe*. A esto hizo observar Dujardin Beaumetz que quizás la *influenza* sería el dengue de los países cálidos, porque cuando los antiguos autores describieron la *grippe* ó *influenza* no se conocía aún la otra enfermedad; pero perdió también el pleito. En suma, ganaban los *grippistas.*

En Berlín no se pensó siquiera en que la enfermedad pudiera ser el *dengue*, sino que discutieron sobre si la *influenza* era ó no contagiosa y sobre si podía ó no ofrecer distintos tipos.

Pasaron días y fué menester que los *grippistas* transigieran admitiendo que había dos epidemias paralelas: una de *grippe* y otra de *dengue*, atacando á veces las dos juntas (un *dengato de grippe*, que hubiera dicho Ricord); hasta que por fin gran número de autoridades han acabado por admitir que tenían razón los que llamaban *dengue* á la epidemia, y que también la tenían los que le llamaban *grippe*, por ser una sola y misma enfermedad las designadas con los dos términos.

Y, en efecto, recogidas buen número de observaciones, se las comparó con las que dejaron los historiógrafos de las epidemias de *grippe* de 1239 acá, y resultó que era lo mismo, como también era lo mismo comparándolas con las descripciones de las epidemias de *dengue* estudiadas en lo que va de siglo.

Esto es, á lo menos, lo que parece desprenderse con toda evidencia de la discusión habida en la *Société de médecine publique*, de París, de la cual resulta que el *dengue* no es sino la *grippe* de los países cálidos, incomparablemente más benigna que en los nuestros, en los cuales tan temibles son sus complicaciones y las infecciones secundarias á que puede dar lugar.

En suma, les regalamos la *grippe* á los orientales, y ellos nos la devuelven trasformada en *dengue,* inofensivo al llegar, pero prontamente mortífero al recobrar sus antiguos abributos, como si con el viaje de ida y vuelta le pasara á la *grippe* lo que sucede con ciertos vinos y tabacos. M. Treille, médico de la armada france-

Digitized by Google

sa, hizo notar que en los países cálidos se observan complicaciones torácicas, ó dígase pulmonías, en general, cuando falta la erupción (como sucedió aquí); y por su parte M. Netter, que acababa de llegar de Siria, dijo que, á haber visto en París los enfermos de *dengue* que vió allí, hubiera diagnosticado en seguida la enfermedad de *grippe*.

Hay que observar ahora que en los países meridionales de Europa (Turquía y Grecia) la epidemia, en su principio, revistió perfectamente la forma del *dengue*, sin que dejara también de verse la erupción en numerosos casos ocurridos en París; y lo mismo puede decirse de los observados en los diferentes puntos en que se ha presentado en España, especialmente en las mujeres y los niños.

Respecto á los síntomas y á su pronóstico, Dujardin Beaumetz tuvo una frase muy feliz: «En la *influenza*,—dijo,—hay toda la patología, con los solos caracteres de herir muy pronto, ser muy corta y epidémica.» (Me apresuro á decir que M. Brouardel no encontró nada feliz el aserto del ilustre clínico.) Esto explica por qué las diversas epidemias de *grippe* ó *dengue* han sido tan diversas en cuanto á la mortalidad: en unas ésta ha sido escasísima; en otras, como en la que desgraciadamente podemos llamar aún *actual*, la mortalidad ha sido, según en qué partes, en París por ejemplo, cinco ó seis veces mayor que la del cólera de 1884. En Barcelona y Madrid ha sido también considerable. La epidemia de 1837 causó en Francia é Inglaterra más víctimas que el cólera de 1832.

Es un hecho constantemente observado que la *grippe* ó *dengue* causa mayores estragos en los países donde son endémicas las fiebres intermitentes, verbigracia en Méjico, afligido de nuevo por la epidemia que tanta mortandad causó en 1709. Otras veces, sin embargo, la mortandad excesiva depende de causas locales ignoradas.

Respecto á su propagación, reina igual diversidad. Esta vez adelanta paulatinamente; pero no sucedió así, en nuestra España, en 1557. La aparición fué tan súbita que la inmensa mayoría de los habitantes dé toda la península se vió atacada *en un solo día*. Ignoro si los que hablan de esta epidemia se referirán á la que registran en dicho año nuestros epidemólogos con los nombres de *fiebre punticular ó tabardillo*. Caso de ser así, quedaría perfectamente demostrada la existencia de una erupción, como se ve en el dengue. En 1580 la tuvimos de nuevo con el nombre de *catarro*. Tan grave fué que casi despobló á Madrid, y tocante á su extensión baste decir que apenas hubo en Barcelona quien no la padeciera (Capmany).

Respecto á su duración, es tan variable la grippe como lo es en todo lo demás: á veces la epidemia se limita á una semana, otras á dos meses, y otras, como sucedió en la de 1837, puede durar diez meses.

Por lo que hace á su letalidad, lo mismo las epidemias antiguas que las inmediatamente anteriores á la de hoy, distinguíanse por sucumbir especialmente los ancianos, mientras que en la actualidad han caído indistintamente adultos y viejos, notándose solamente una relativa benignidad respecto á las mujeres y los niños.

Se ha tratado de investigar la naturaleza de esta enfermedad, suponiéndola de carácter microparasitario, como indudablemente debe ser; pero hasta ahora nada puede decirse con seguridad. Unos, como Seiffert, de Wurtzburgo, dicen haber encontrado un micrococco especial en las secreciones de los gripposos; otros, como Vaillard, Vincent, Ducazal y Ribbert, dicen que han encontrado un streptococco muy parecido al de la erisipela, pero nada de pneumococcos de Friedlaender (microbios patógenos de la pulmonía vulgar). En cambio, Netter, Verneuil Sée y Bordas dicen que sí los han encontrado. Terceros en discordia, MM. Chantemesse y Vidal dicen que no han encontrado ni streptococcos ni pneumococcos. Verdad es que M. Bouchard afirma que no solamente ha encontrado dichos dos microbios, sino aun otro más, «lo cual es demasiado,» afirma con mucha gracia el admirable patólogo.

Yo creo, sin embargo, que Bouchard encontró *bel et bien* los tres microbios, pero que no es ninguno de ellos el verdadero parásito de la *grippe*. En esta parte paréceme que quien habrá acertado es Klebs si resulta confirmado su descubrimiento de un parásito, no de los tejidos, sino de la sangre, un *hematozoario* análogo al descubierto por Laveran en el paludismo, con gran asombro de los que no tenían noticia de que hubiese microparásitos en la sangre. Y, en efecto, hay grandísimas analogías entre la malaria y la *grippe*, entre las cuales pueden citarse:

a) Ser las únicas cuya trasmisión *por el aire* á grandes distancias está comprobada.

Nuevas batas de noche

b) Desarrollarse los gérmenes dé la *grippe* con excepcional intensidad donde reina endémicamente el paludismo, incluso á bordo de los buques.

c) Ir acompañadas ambas de una gran destrucción de glóbulos rojos.

d) Ser las dos enfermedades irregulares en su curso, ora de una duración fugacísima, ora interminable.

e) Ceder ambas al sulfato de quinina, verdadero veneno de los protozoarios.

Dando por aceptada la existencia de esos hematozoarios, explícanse perfectamente muchas particularidades de la *grippe:* así, las recaídas, ó, por mejor decir, recidivas, marcarían en realidad un nuevo *acceso*, y la destrucción de los glóbulos explicaría la profunda adinamia que resulta á veces después de la enfermedad. Sobre todo, se tendría un agente racional para combatir la *grippe*, esto es, la quinina, en vez de ir divagando del salicilato de sosa á la antipirina y de la morfina al tártaro emético, si es que lo mejor no fuese la expectación, esperando á que se muriesen los hematozoarios de Klebs.

En suma: 1.º la *grippe* y el *dengue* son dos formas de una sola enfermedad, modificada según la latitud: la *grippe* de la Europa occidental y de la América es el *dengue* de los países cálidos de Oriente, y el *dengue* de los países cálidos de Oriente es la *grippe* de la América y de la Europa occidental; 2.º es casi seguro (si no viene otro y lo echa abajo) que el microparásito que determina la *grippe* es un hematozoario y no ningún microbio de las vías respiratorias, de lo cual resulta, cuando menos por analogía, que la medicación más racional es el sulfato de quinina.

En cuanto á su etiología, se sabe mucho menos, pero puede predecirse que recibiremos mucho más á menudo que antes la visita del *molesto huésped*, gracias al ferrocarril transcaspiano de Baku á Samarcanda. Es indudable, en efecto, que la epidemia actual ha tenido su cuna en el Turkestán, desde donde la expidieron al Asia Menor y á Rusia. Un verano calurosísimo, un invierno excepcionalmente frío, una primavera lluviosísima, y para colmo las abstinencias del Rhamadán ó Cuaresma mahometana, favorecieron el desarrollo del *dengue* en el Turkestán, con todo su cortejo de parasitismos animales y demás amenidades. Esto es lo que sabemos, ignorándose por completo las condiciones meteóricas ó atmosféricas que influyen en su desenvolvimiento.

En cuanto á profilaxis, Dios la dé, pudiendo dar gracias el que se libra con estarse un par de días en la cama.

Como dato que sirva para los epidemólogos del futuro que hojeen LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA, he de dejar sentado que uno de los síntomas más incómodos en la epidemia de este año, era el mal sabor que el dengoso encontraba en todo, haciendo mil *dengues* para tomar una taza de caldo ó un vaso de agua azucarada. Este síntoma subjetivo era muy general. En cuanto á las complicaciones torácicas, y en especial las pulmonías, tenían que tratarse como Dios manda, por boca de Jaccoud y del incomparable Sée, esto es, con tónicos y estimulantes, pudiendo extenderse la papeleta de defunción al que se le *curaba* á la antigua con el emético y demás debilitantes. El vino de Jerez, el aguardiente y el caldo, algo más gallina y vaca que solución gomosa, libraron á muchos de la muerte.

ALFREDO OPISSO

BIBLIOGRAFIA

La trata de blancas, por *Eugenio Antonio Flores.*—I. López, editor: Barcelona, 1890

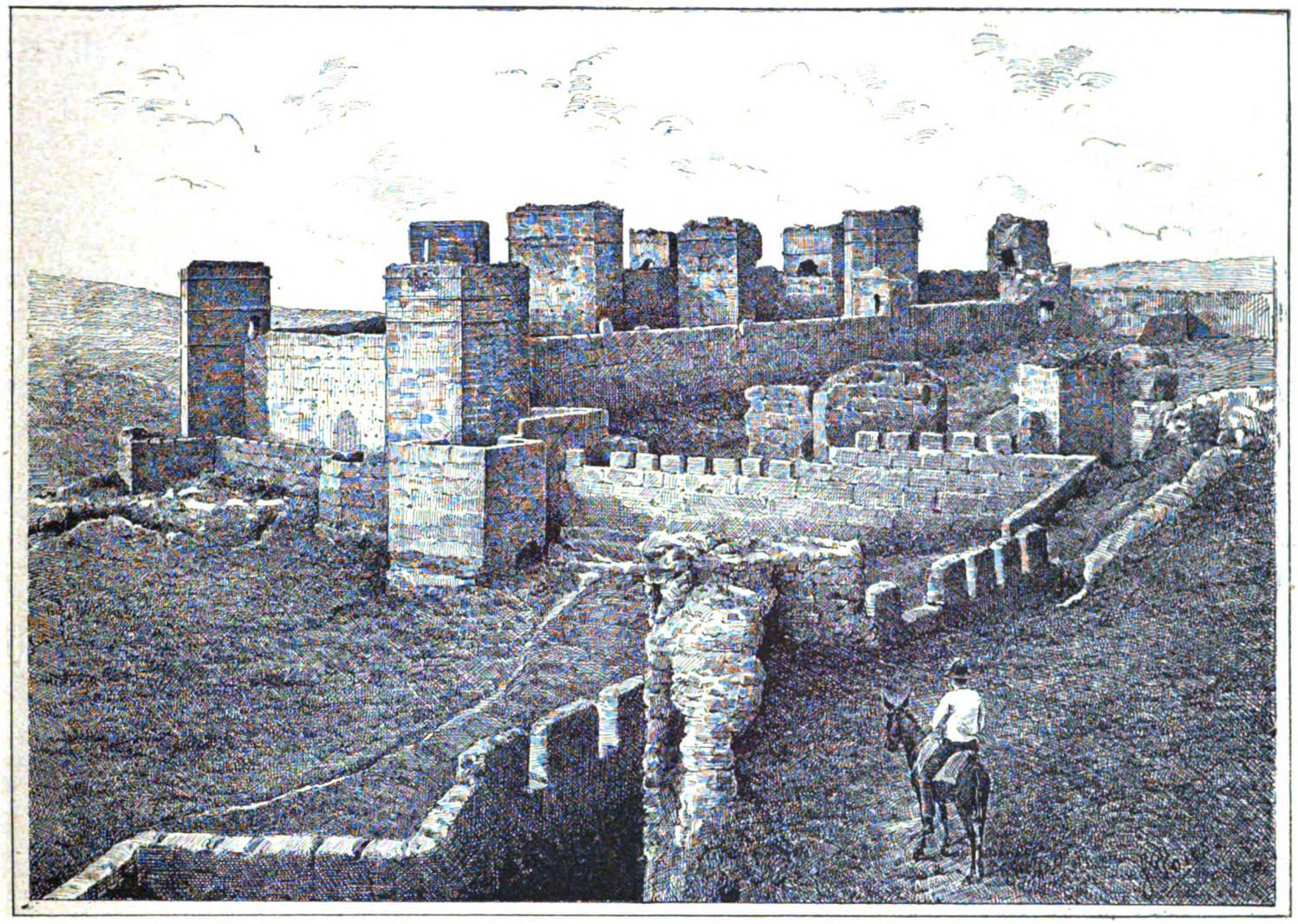
No se trata, á decir verdad, de una novela en el sentido que damos hoy á esta forma literaria, sino de un estudio social *sui géneris*, digno de fijar la atención de los gobernadores civiles, ó, si se quiere, de los ayuntamientos, segun la nueva organización del ramo á que se refiere. El libro está escrito de manera que no habrá de quitar el sueño ni á Zola, ni á Goncourt, ni á Laforêt, ni á cuantos han tratado de materias semejantes; pero á pesar de la lisura del estilo, y hasta de su poco artístico desenvolvimiento, cau-

Digitized by Google

¿QUÉ TE PAREZCO?

UN RINCÓN TRANQUILO

Digitized by Google



ALCALÁ DE LOS PANADEROS (dibujo de F. Pons)

CÁDIZ: PLAZA DE SAN ANTONIO (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

sa penosa impresión, doliéndose uno de que tales cosas puedan suceder aquí y en la Habana.

Poesía del porvenir, por *F. Salazar y Quintana*.—I. López, editor: Barcelona, 1890

Que sea esa la poesía del porvenir, puede ponerse muy en duda, pero no que el autor no componga intencionadas letrillas satíricas y sea un versificador que con el tiempo pueda escribir muy buenas cosas si se decide á dejarse de *Ocurrencias* y á abandonar ciertos ataques á determinados *personajes*, como decía con adorable candor en las Constituyentes el general Serrano.

Romances de Villa y Corte, por *Francisco Gras y Elías*. —Barcelona, 1890, I. López: editor

El Sr. Gras y Elías, poeta tan delicado como fácil, se ha constituído en una peregrina especialidad en materia de escribir romances sobre cosas y personas de á últimos del pasado siglo. Todos ellos se recomiendan por su soltura, su gracia y su sabor de época. Otros hay, los que podríamos llamar contemporáneos, que no desmerecerían mucho al lado de los de Trueba, como el que lleva por título *El barrio de San Pedro*, lleno de exquisito sentimiento.

Los tres libros de que he hablado van ilustrados con excelentes dibujos de Gómez Soler, Diéguez y otros distinguidos dibujantes.

Mostaza inglesa, por *Angel Alfaro*.—Madrid, 1890

¡Qué lástima de ingenio desplegado en epigramas de tal índole! Aplique el autor á otro género su innegable talento, y es seguro podrá conquistar un buen puesto entre los *poetæ minores* de la actual generación.

Cleopatra, por *Enrique Greville*.—Madrid, «La España Editorial», 1890

El autor, que entre paréntesis es una señora, tiene por costumbre hacer que sus novelas pasen en Rusia, pero no en la Rusia de Tolstoï ó Dostoiewsky, sino en otra Rusia que se ha hecho para su uso particular. La falta de interés del asunto y la flojedad de las condiciones literarias de la obra hace que no haya motivos para entusiasmarse con ese libro más. Sería de desear que en asunto de traducciones no se diese á conocer sino lo bueno, dejándose de cosas medianas ó insignificantes.

C. M.

SOLEDADES (1)

Ya vuelven esas largas noches de invierno.
¡Qué noches más alegres junto á la lumbre!
Deja que airados rujan los vendabales
y el viento en las rendijas se filtre y zumbe;
que en tanto, aquí, juntitos en la camilla,
mientras que los cristales azota el cierzo,
nos echaremos cuentos de mil colores
y asaremos castañas en el brasero.

¡Cuántas noches, cuántas,
he pasado solo,
recordando tu talle flexible,
y la magia que tienen tus ojos!

Y al entrar del alba
la luz en mi alcoba,
me parece que miro en sus rayos
la sonrisa que vaga en tu boca.

Tu eres la voz: yo el sonido;
tu la forma y yo la idea;
y nuestras vidas el libro,
y nuestro amor el poema.

¡Me asusta sólo pensar
lo infeliz que voy á ser
si me llegas á olvidar!

Cruza silenciosa
de su casa al templo,
recatado el rostro
por el amplio velo.
¡Qué ojeras más anchas
en sus ojos negros!
Como si por su alma
cruzara un entierro,
brillan sus pupilas
con fulgor siniestro.
¡Dios mío! De entonces,
siempre que la veo,
pienso ver la sombra
del remordimiento.

JESÚS CARRASCOSA

(1) De un libro próximo á publicarse.

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS

LA VUELTA DE PERSÉFONE Á LA TIERRA, *cuadro de Arturo Nacker*.—ALMUERZO Á BORDO DE UN YACHT, *de G. Armitage*. —NOTICIAS FRESCAS, *de Stacey Marcks*.—CÉFALO Y PROCRIS, *de Enriqueta Rae*.—¿AMIGOS Ó ENEMIGOS?—DESPUÉS DE LA BATALLA, *dibujos de Fairfax Mottley*.

La pintura mitológica, tal como se ve en *Perséfone* y en *Céfalo y Procris*, permite lucir la habilidad así en la inventiva como en la delicadísima ejecución que requieren los asuntos eminentemente poéticos. En efecto: ¿qué más dramático que la fábula de Céfalo y Procris? Una esposa devorada por los celos que mata sin querer á su marido y luego se suicida.

Almuerzo á bordo de un yacht y *Noticias frescas* son dos cuadros de género, recomendables por su buen estudio de figuras; y finalmente los dos dibujos de Fairfax constituyen una graciosísima humorada expresada admirablemente.

LA DUQUESA DE GRAMMONT

Figura este retrato, debido al pincel de Pedro Lely, especialidad en punto á peinados, en la galería de Hampton Court. Lady Isabel Hamilton, duquesa de Grammont, era una de las más hermosas damas de la corte de Carlos II Estuardo, y favorita de éste. Dejó unas *Memorias* que escribió su cuñado el conde Hamilton.

ITALIA: JOYA MATERNA

Cuadro de Luis Busi

Bello cuadro, honrado, consolador. No brillan precisamente las producciones modernísimas por su tendencia á enaltecer la familia, y de ahí que debe ser saludado con alborozo cuanto tienda á hacer amable y envidiable la tranquilidad del hogar doméstico.

UN RINCÓN TRANQUILO.—¿QUÉ TE PAREZCO?

¿Qué te parezco? es una linda inspiración. El niño quiere saber del hermoso dogo qué le parecería si cambiasen de papel. Efecto es de la condición humana envidiar un ser racional la vida de los otros seres, aunque como el perro deban estar sujetos á la esclavitud.

En *Un rincón tranquilo* nos encontramos también con un *duetto*. Esta vez son una niña y un minino, amigos ambos del sosiego, cualidad esencialmente gatuna.

ALCALÁ DE LOS PANADEROS

Dibujo de F. Pons

Hállase esta villa, llamada también *Alcalá de los Gazules*, á 18 leguas de Sevilla, en lo alto de un monte, á orillas del Barbato. Su término produce algunos cereales y vinos, abundando en ricas canteras de mármoles y jaspes. Consérvase un gran torreón de un antiguo castillo que se cree ser del tiempo de los romanos.

CÁDIZ: LA PLAZA DE SAN ANTONIO

Dibujo de F. Pons

Entre las buenas plazas públicas que tiene la hermosísima ciudad de Cádiz, es la mejor la de San Antonio, de figura cuadrada, enlosada, rodeada de pilares que impiden que puedan pasar los carruajes por en medio.

TOME V. NOTA

Desde hoy señores propongo
que en la Española Nación
impere solo el *jabón*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

De venta en las principales perfumerías.
Victor Vaissier—Ronbaix—París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona, Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

POR

JACINTO LABAILA

(CONTINUACIÓN)

Desde que no ve alta á Virginia, cree que se arrastra por el suelo. Desde que pierde la idea de la abnegación de su cariño, cree que ella sólo busca la mano del esposo, no el corazón del hombre. Desde que deja de ser para él la manzana de Eva, cree que sólo es anzuelo matrimonial.

La farsa inventada de común acuerdo por su padre, por Ignacio y por la joven le parece un medio indigno de personas de juicio; medio que él, á pesar de su ligereza y de su juventud, no se hubiera atrevido á usar contra nadie, porque aunque este engaño esté fraguado de buena fe y con el ánimo de hacerle contraer boda ventajosísima, bajo el punto de vista del interés, es un engaño impropio de gente formal y seria, y es extravagante cuando lo plantearon los dos ancianos. Arguye además poca delicadeza de parte de la mujer avenirse á desempeñar la protagonista del complot, presentándose en un estado interesante usurpado para herir al hombre que se trata de esclavizar en las fibras sensibles del alma y conmovérsela con la lástima después de encendérsela con el amor.

Octavio, al verse así burlado, estaba iracundo, colérico: herido por sus propias armas, no tenía más remedio que sucumbir ó apelar á la fuga. No encontraba modo alguno de escapar á este dilema: ó casarse con Virginia ó marcharse á Madrid, diciéndola:—Me has engañado: por lo tanto no mereces que te lleve al altar. Adiós, pues: quiero servirte de lección para que no engañes á otro hombre.—Casarse le repugnaba, y mucho más con la mujer que comenzó sus amores por medio de un fingimiento. Huir le repugnaba también, porque recordaba que prometió y juró á Virginia ser su esposo si algún día ésta estaba en el caso de disponer de su mano. Lo prometió y lo juró, pero era por desconocer la alevosía con que le fueron exigidos la promesa y el juramento; que, á conocer el verdadero estado de Virginia, no lo hubiera prometido ni jurado.

Si Octavio no hubiese sido tan artista, quiero decir tan poco apegado al interés, tan poco amante de la opulencia, constándole que Virginia había de aportarle en dote cuantioso patrimonio y olvidando la herida causada en su amor propio por proceder tan avieso, cerraría á él los ojos y la llevaría á recibir la bendición sacerdotal. Pero Octavio sólo apreciaba el dinero como medio y no como fin: lo deseaba para poder viajar, para satisfacer sus caprichos y sus placeres, y para todo esto le bastaba lo que su pincel le producía: no era, pues, capaz de sacrificarse por ser opulento. No estaba en condiciones para unirse en matrimonio á Virginia por razón de interés. Tampoco lo estaba por causa de una pasión ciega. Deslumbró la fantasía de Octavio el atrayente conjunto de la joven cuando creyó que las leyes sociales se oponían á que solicitase su correspondencia, calificándola de delito; cuando las leyes divinas también le imponían el veto, dando á su infracción el nombre de pecado; en una palabra, cuando vió brillar á Virginia con la magia, irresistible para él, de *lo prohibido*. Pero desde el momento que ya no tenía que robar el cariño á otro hombre, desde el momento que las leyes sociales le decían: «Puedes unirte con ella para toda la vida,» y las leyes divinas añadían: «Y nosotras os bendeciremos;» desde ese momento Virginia perdió á los ojos de Octavio todo el encanto poético de que la circundaban los obstáculos, toda la magia que encerraba para el libertino arrancar á la esposa de los legítimos brazos del esposo; todo el atractivo que saborearía su amor propio al conseguir que por su cariño faltase la mujer enamorada á sus juramentos, á su deber, á su conciencia y á la virtud. Roto y deshecho de un golpe ese velo fascinador que la envolvía á la

Digitized by Google

vista de Octavio, Virginia descendió de las alturas y cayó ante él más hondo de lo que debía, merced también á otra ilusión óptica contraria de que era presa la imaginación del artista.

Así es que, mirándola ahora también por engañoso prisma, perdió para él la belleza y creyó que el ambiente de deleite y de atracción que en torno de ella respiraba fué sólo antojo de su mente excitada por falaces alucinaciones. De creer esto á no amarla, sólo mediaba un paso; y viéndose en la necesidad de escoger entre el matrimonio y la fuga, tenía que dar pronto ese paso si hemos de razonar con exactitud según la lógica de su carácter.

Nos consta que Octavio no era hombre de sentimiento: era hombre de imaginación. Las pasiones en él sólo se reflejaban pasando por las orillas del mar movedizo de su fantasía, sin llegar nunca á arrojar el áncora en el puerto del alma. Pertenecía á esa raza de seres cuyo paso por la tierra debería concretarse á conseguir correspondencia de mujeres equívocas, de virtud dudosa, ó de las hijas del deleite y del vicio, pero que jamás debieran atravesarse en el camino de las desgraciadas que poseen el fatal don de la sensibilidad y el triste privilegio de la dignidad del sexo; porque esos seres sólo se aparecen en el mundo á esas desgraciadas para abrir en sus corazones perenne fuente de lágrimas y sumirlas en los abismos profundos del dolor.

X

Anochecía ya cuando Octavio, después de vaciar la tercera botella de cerveza, se levantó de la silla de la Glorieta y se dirigió á la fonda de *Las Cuatro Naciones*.

Cuando llegó á su cuarto, que ya estaba alumbrado con luz artificial, un criado le entregó la carta que Virginia le escribió y que ya conocen nuestros lectores.

La abrió con precipitación y devoró su contenido. Este concluyó por fortalecer la resolución que Octavio acababa de adoptar: uno de los dos términos del dilema, el de la fuga.

Con la carta de Virginia abierta ante sus ojos, comenzó á escribir contestando del modo siguiente:

«Mi querida Virginia:

»Acabo de leer tu epístola, escrita algunas horas después de mi entrevista con tu madre, que te puso en el trance de acabar con el fingimiento con que convinisteis mi padre, Ignacio y tú, cubrir la realidad, dotándola con el aliciente de una fábula que me atrajese con el canto de sirena más grato á mis oídos para acercarme á ti. Lo conseguisteis. Mis tendencias me lanzaron de lleno en esa emboscada preparada por mano maestra. Mi suspicacia y mi curiosidad me salvan por milagro.

»Mi corazón empezaba á interesarse en esta pasión tan hondamante que me desconocía á mí mismo: si llevo puesta en los ojos la venda poco tiempo más, consigues realizar tu intento. Negarte con tanta tenacidad y en momentos tan oportunos á que yo alcanzase el fruto vedado, iba contrariándome tanto y á la par engrandeciendo de tal modo la llama de mi cariño, que negaciones tan sin motivo y fundamento, creyéndote como te creía irresponsable, me hubieran enloquecido en la pendiente del vértigo, y, ya en ella, hubiera rodado infaliblemente hasta el matrimonio el día de la revelación de tu verdadero estado. Hábilmente coordinasteis el plan; pero se desenlazó fuera de tiempo, antes de llegar á la *catástrofe:* sin culpa de sus autores, es cierto, pero se desenlazó.

»Sabes bien que jamás fuí amigo ni partidario de la unión eterna, porque todo lo que no tiene término repugna á mi corazón voluble é independiente; pero tampoco ignoras que prometí y juré contraerla contigo, si llegara el día en que pudieras sujetarte al yugo de Himeneo, en uno de los momentos de expansión amorosa en el que, sentados en el banco del cenador de tu jardín, la luna nos alumbraba con su claridad argentina. Ahora que se ha roto el espeso velo que me impedía ver claro, abro los ojos y leo escrita en tu pensamiento la intención profunda que te impulsó con empeño á arrancarme promesa y juramento: la creía hija legítima del amor, y ahora comprendo que esa intención era una hija bastarda. Insiguiendo en el sistema de fingimiento que adoptaste al declararte ante mí mujer ajena, me fingías acaso también en tu jardín cariño espontáneo y vehemente, cuando el arranque que me lo denotaba era quizás nacido del empeño ó del cálculo. De quien usa la falsedad alguna vez, bien puede lógicamente deducirse que la usa en otras ocasiones. Por lo que espero que perdones la falta de cumplimiento de lo jurado, ya que yo también te perdono el complot que fraguasteis para acabar con mi libertad y hacerme caer en el lazo diestramente urdido. Perdón por perdón. El mío te servirá de saludable enseñanza para el porvenir y te descubrirá de una vez para siempre lo arriesgado que es burlarse de un hombre de buena fe que pide ansioso cariñosa recompensa con el corazón en la mano.

»Bien sé que al portarme así te afirmarás en la opinion que de mí tienen formada mi padre y tu tío Ignacio: la opinión de que soy incapaz de sentir el verdadero cariño. Pero no es esto lo que me induce á tomar una resolución extrema: me obliga á ello perder en ti la confianza que mató en mi pensamiento tu engaño; pues aunque, como antes escribí, te lo perdono, no lo podré olvidar nunca.

»Cuando llegue á tus manos esta epístola estaré ya en el tren correo, camino de Madrid.

»Dios te conceda la felicidad que deseas y que no puede proporcionarte—*Octavio.*»

Cuando el artista acabó de escribir la carta, se metió en el lecho, satisfecho de sí mismo, como hombre que acaba de descargarse de un enorme peso que le abrumaba. Apagó la bujía y se decidió á conciliar el sueño, diciéndose á sí mismo:—Mañana la llevará un camarero de la fonda á su dirección, y asunto terminado.

Su padre y D. Ignacio le conocían bien.

(Se concluirá)

Sombreros

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.—Especialista en sífilis

Digitized by Google

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el **MORRHUOL** es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el **MORRHUOL** grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, **Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona,** y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la **FRESCURA** de la **JUVENTUD** y preserva de la **PESTE** y del **COLERA MORBO**

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: **2 fr. la Caja.**

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El **VINO** de
PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL **ESTOMAGO**
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

Píldoras Catárticas
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
LA MEJOR
Medicina de Familia.
El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques bilioso, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADAS POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg
Recetado hace 40 años
EN EL MUNDO ENTERO
contra las **enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquiticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas,** etc. El **ACEITE** de **BACALAO** de **HOGG** es el más abundante en materia de ***bases activas.***
Se vende solamente en frascos triangulares.
PARIS, **HOGG**
2, Rue de Castiglione, 2
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

ALBINA, BLANCO DE LAÏS
PARA BLANQUEAR LA TEZ
y hacer desaparecer las manchas y granitos del rostro
PREPARADO POR
DESNOUS, Perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS
En todas Farmacias, Perfumerias, Bazares.

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS
Domicilio social: 120, BROADWAY, New-York

			DUROS
Grandeza..	**LA EQUITATIVA** es la primera y más prominente Compañía de Seguros de Vida..	Seguro en vigor....	549,216.126
Popularidad.	**LA EQUITATIVA** obtiene anualmente la mayor suma de nuevos negocios y acredita el mayor incremento en las pólizas en vigor.....	Nuevo Seguro en 1888 / Aumento en el Seguro en vigor..	153,933.535 / 66,186.564
Solidez....	**LA EQUITATIVA** es más rica en SOBRANTE que todas las demás Compañías, y ninguna de sus principales competidoras la iguala en EXCESO del activo sobre las obligaciones	Sobrante al 4 p. 100.. / Activo sobre el pasivo.....	20,794.715 / 128 p. 100
Ganancia..	**LA EQUITATIVA** ha innovado y perfeccionado la forma más amplia y provechosa de Seguro de Vida, es á saber: **LA PÓLIZA de dividendos acumulados**	Los Agentes de esta Sociedad facilitarán ejemplos basados en resultados de esta clase.	

Las pólizas de esta clase proporcionan mayores ventajas al asegurado y rinden beneficios **más crecidos** que las de ninguna otra forma de Seguro. Las pólizas de acumulación de **LA EQUITATIVA** se convierten en **indispustables** á los dos ó tres años de antigüedad, según sean ó no **libérrimas,** pagándose **inmediatamente que ocurre el vencimiento** de unas y otras. Además del inmenso Activo de esta Sociedad, sus asegurados de España y Portugal tienen una garantía especial en el edificio que está construyendo en esta Corte á punto de terminar, y cuyo coste no bajará de un millón de duros

Sucursal de España, autorizada por Real Orden de 10 de Octubre de 1882
MADRID: SEVILLA, 16, PRINCIPAL
DELEGADO EN CATALUÑA Y BALEARES: EXCMO. SR. D. MARIANO CASI Y LÓPEZ
Delegación y Oficinas: Rambla de Estudios, 6, pral.—BARCELONA

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tífus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultad o Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.
ANDALUCÍA
Tipos, costumbres, recuerdos y paisajes
Precio: Una peseta cuaderno

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS
El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Higado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con que se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.
Cura la TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.
El precio es muy moderado.
Lo venden las farmacias y droguerías
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª—BARCELONA

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito,** de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER, Inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerias*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

¡INSERTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL!

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 15 de marzo de 1890	Núm. 376

TRAJES DE CASA

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Amorios en la luna* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*Cuesta abajo*, por Clarín.—*Luceritos* (poesía), por José Campo Moreno.—*Medio millón de milagros*, por A. Sánchez Pérez.—*Cantares*, por Manuel de Peñarrubia.—*La Santa Virgen y la pintura*, por José Sánchez Roda.—*Hierro viejo* (poesía) (conclusión), por Pedro Garriga y Puig.—*El gato de mi tía*, por José Vallarino.—*Nuestros grabados.—La manzana de Eva* (conclusión), por Jacinto Labaila.

GRABADOS: Modas.—Bajos relieves del monumento á Gordon.—*El arte español:* Los tres bufones. Los cortesanos y el bufón.—El arte italiano: La sed en el desierto.—El príncipe heredero de Portugal.—El premio de un joven Gluking.—Puerto de Tarragona.—La Martinica.

MADRID

Necrologías.—Música.—Banquetes

La crónica es este año una serie no interrumpida de necrologías. Se buscan con interés los asuntos de actualidad para que la sirvan de tema, y se encuentran los cadáveres de personas notables, ante los que es preciso detenerse para conceder á su nombre el responso civil que es el resumen de lo que hicieron al pasar por el mundo.

Parece que el siglo, antes de desaparecer, quiere liquidar llevándose restos venerables del pasado; pues aunque la guadaña corta algunas vidas juveniles, como la hoz que se lleva frescas amapolas entre las espigas secas, la mayoría de los que sucumben han avanzado ya mucho en el camino de la vida.

Un académico laborioso y concienzudo, don Luis Fernández Guerra y Orbe; un opulento hombre de negocios, el marqués de Mudela; un aristócrata de antigua y noble estirpe unida á recuerdos gloriosos de Cataluña, el marqués de Monistrol; han bajado casi al mismo tiempo á la tumba, y en el lecho de dolor agoniza, en los momentos en que escribo estas líneas, un anciano venerable que es la representación más genuina de la consecuencia política, de la entereza de carácter y. de la honradez del hombre público, D. Claudio Moyano.

El académico era un hombre laborioso, pero no brillante, de los que tienen más talento que genio y que se forman á fuerza de constancia y de trabajo en las bibliotecas, como esos mosaicos que nos han legado algunos cachazudos frailes del siglo XVIII que pasaban su vida uniendo los diminutos pedazos de marfil, de concha y de ébano, con los que, al cabo de muchos años, formaban la mesa ó el contador que hoy admiramos como un prodigio de laboriosidad y de paciencia.

Un libro muy notable acerca de *D. Juan Ruiz de Alarcón y Mendoza* es la obra que descuella entre los trabajos literarios del que acaba de dejar vacante un sillón en la Academia Española.

La vida del autor insigne de *La verdad sospechosa* comenzó en Méjico, donde se educó su espíritu allá por el año de 1608 con las lecciones de los mejicanos sapientísimos que ilustraban el foro, los conventos, y el palacio de los virreyes; continuó en Sevilla, y llegó á su apogeo en Madrid cuando reinaban el tercero y el cuarto de los Felipes; y la obra que le estudia parte, por lo tanto, de los brillantes panoramas americanos y de uno de los períodos más gloriosos de nuestra dominación en América, y termina en la corte del Buen Retiro, teniendo por personajes á próceres é ingenios, entre los que descuellan, por las especiales relaciones que sostuvieron con el corcovado mejicano, Góngora, Lope y Cervantes.

Esta obra mereció un premio de la Academia y abrió á su autor de par en par la puerta de la mansión de los inmortales, donde ya le había precedido su hermano D. Aureliano, que aun trabaja en la calle de Valverde.

***

El segundo marqués de Mudela, que acaba de fallecer, ha sido una excepción en la regla general según la cual los hijos de los padres que han reunido una gran fortuna se dedican á gastarla alegremente.

Heredó 75 millones y dejó más de ciento, y más hubiera dejado si Dios prolonga su vida, porque era hombre que gastaba poco y ganaba mucho, aunque no se arriesgaba á atrevidas empresas, gustándole más el paso tardo, pero seguro, que la carrera en que se puede saltar con arrogancia un obstáculo, pero en la cual se puede encontrar también la ruina.

El hierro que guardan en su seno las montañas de Vizcaya y el vino á que da fuerza el sol de la Mancha fueron la base de la fortuna de su padre, y él continuó con fábricas y bodegas recogiendo la utilidad de lo establecido sin mejorarlo ni perderlo y gozando de la vida con la sencillez de un burgués regularmente acomodado que no necesita para ser feliz más que un asiento en los toros, un palco en la zarzuela y una escopeta para matar conejos de cuando en cuando.

***

El marqués de Monistrol, conde de Sástago, era también un académico, pues ingresó el año 1868 en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando leyendo un notable discurso acerca del arte ojival, que consideraba, no sin razón, como la expresión más perfecta, por lo que se refiere á la arquitectura, del sentimiento cristiano.

A sus aficiones artísticas unía el noble marqués una gran predilección por la agricultura, cuyo fomento le interesaba en alto grado, y al que consagró algunos desvelos, ya en la comisión de que formó parte como senador, ya en las corporaciones á que pertenecía.

***

Pero dejemos las necrologías para volver la vista á asuntos más gratos. D.ª Juana *la Loca*, que ya nos había contado sus cuitas de amores y de celos con versos hermosos de Tamayo, y que ya nos había expresado su dolor en lienzo inmortal de Pradilla, ha sido ahora resucitada por la música de un compositor español, el maestro Serrano, y casi todas las noches la vemos en el escenario del Teatro Real cantando sus desdichas, persiguiendo á su desleal y aventurero esposo, y llegando hasta enloquecer de amor, que es, según dicen las gentes sensatas, la peor de las locuras.

El año pasado fueron los amantes de Teruel los que cantaron en italiano; este año la hija infortunada de los Reyes Católicos; y, siguiendo así, tendremos dentro de poco nuestra historia y nuestras tradiciones en música, como ya las tenemos en pintura.

Todo cuanto tienda á darnos vida y movimiento propio en música, como la tenemos en literatura y en pintura, debe ser acogido con simpatía, y por eso me suenan muy bien los aplausos que se tributan al maestro Serrano, como los que se tributaron al maestro Bretón. «Sin el movimiento del espíritu público en favor del Arte Nacional,—ha dicho el conde de Morphy en un reciente trabajo que es una prueba más de su competencia en esta materia,—no hubiera existido la ópera italiana ni la ópera francesa, ni mucho menos la nueva escuela de Wagner.» Lo que me gustaría más sería que Diego Marsilla, Isabel de Segura, D.ª Juana *la Loca* y Felipe *el Hermoso* cantasen en español; pero esto no puede ser por ahora y hay que resignarse con lo que tenemos, que ya es algo contar con maestros como Arrieta, Barbieri, Chapí, Caballero, Bretón y Serrano. Este último es joven y tiene indudablemente gran porvenir. Los actos tercero y cuarto de su ópera gustaron mucho la noche segunda de su representación, y gustarán más en otras audiciones.

Lo importante es que continúe la reacción que se ha iniciado en favor del verdadero arte para que termine el período de decadencia á que hemos llegado con el sistema de las piezas en un acto y las funciones por hora.

La zarzuela ú ópera cómica española, que llegó á un período de grande apogeo y popularidad, gusta siempre á nuestro público, como lo prueba el concurso que presta al Sr. Berges, que sostiene este año el pabellón de la zarzuela antigua, de la de Arrieta, Barbieri, Oudrid y Gaztambide en el Circo de Price.

Los padres jesuitas que predican á las devotas elegantes que asisten á los ejercicios en el Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, la han emprendido contra las zarzuelas en un acto, contra los tangos y habaneras, y de seguro obtendrán un gran resultado.

***

Como siempre que hay una vacante en la Academia Española, la gente de letras y los aficionados á la literatura se ocupan en la manera más digna de llenarla.

Hay todavía algunos literatos tan insignes como D. Francisco Pi y Margall que no se comprende cómo no tienen ya un sillón en aquella casa.

Federico Balart, el crítico notable, el poeta inspirado, el que tan bien conoce y escribe el castellano, tiene también méritos suficientes para penetrar en la casa de la calle de Valverde.

La opinión pública señala también á otro candidato al que los académicos no pueden rechazar por sus méritos, que son muchos, pero que rechazan por su sexo: á D.ª Emilia Pardo Bazán. La que ha escrito *San Francisco de Asís*, *La cuestión palpitante*, el estudio acerca del P. Feijoo y el estudio acerca de la literatura contemporánea en Rusia; la que ha producido con su pluma tantos primores y es tan notable por su erudición como por su estilo, tiene méritos sobrados para llegar á la Academia, aunque vista sayas en vez de pantalones.

Ya en el siglo pasado una ilustre dama de la casa de los condes de Oñate figuró en el areópago de los inmortales, y no tendría más méritos, seguramente, que la autora de *El viaje de novios*.

El candidato que reune ahora más probabilidades es Manuel del Palacio, que llega en verdad con un buen bagaje literario á la puerta de la Academia y que no sería de los que rechazarían el sufragio universal si se adoptara este procedimiento para elegir académicos, como propone el ingenioso Mariano Cavia.

Con sufragio universal era de seguro académico Miguel Escalada, aunque no le aprobasen el acta los autores del *Diccionario*.

***

Estamos en plena Cuaresma y es la época del año en que más banquetes se celebran.

Desde las embajadas á los restaurants en todas partes está puesta la mesa para grandes solemnidades gastronómicas, practicándose en este año de lutos el refrán que dice que *los duelos con pan son menos*.

KASABAL

AMORIOS EN LA LUNA

(CONTINUACIÓN)

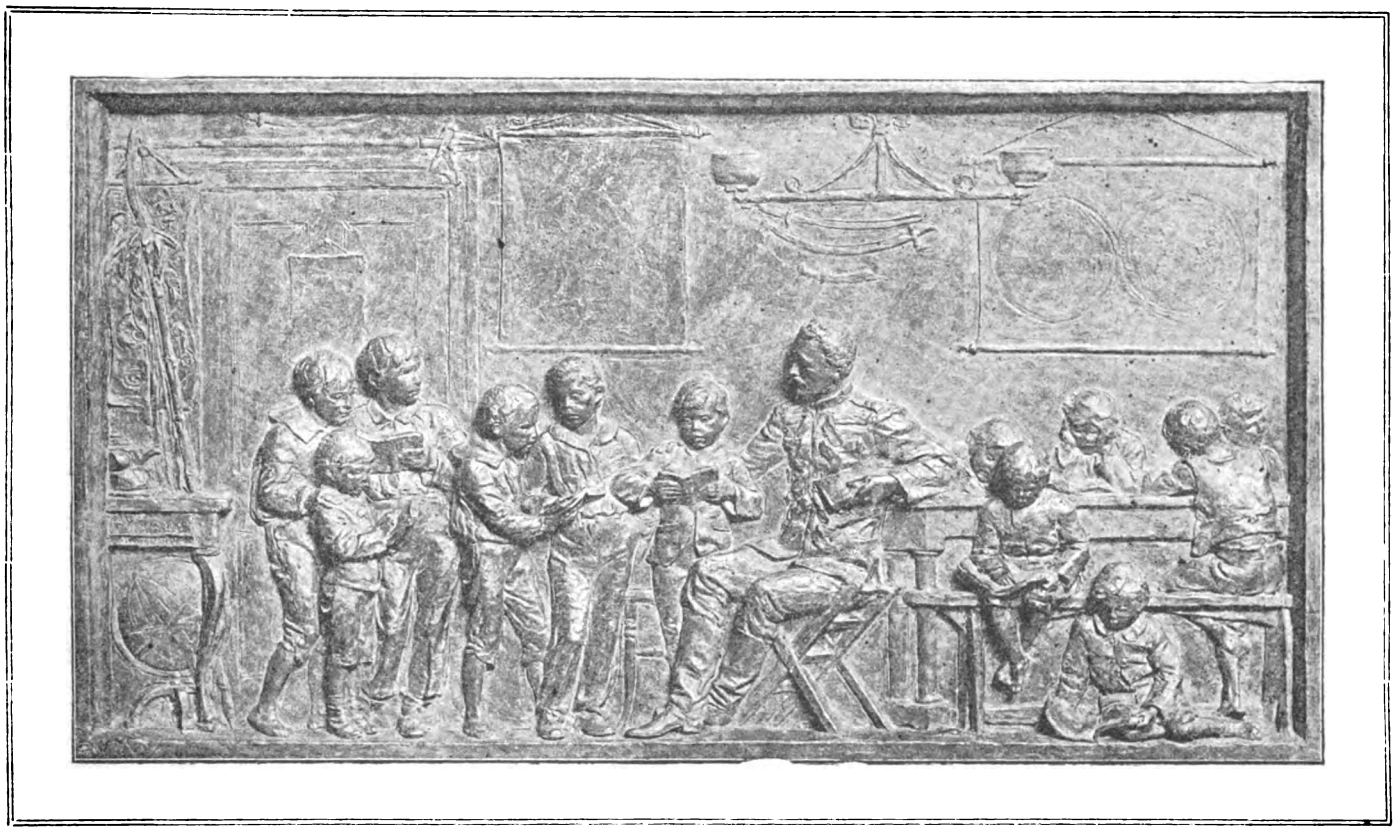
—Para convenceros, espíritus vulgares, os haré el relato de todo cuanto me sucedió en tan singular aventura. No es un secreto: á mi familia se lo he contado muchas veces; pero ella, desgraciadamente, es igual á vosotros, incapaz también de comprender todo aquello que no se asiente en la base de la mas completa vulgaridad.

—Cuenta, Federico, cuéntanos eso,—dijeron los tres amigos.

Digitized by Google

Y reclinándose en sus asientos, aguardaron, chupando sus cigarros y en beatífica postura, la relación de Federico.

—Dos años hace que abandoné Madrid para marchar á mi ciudad natal, donde mis padres habían arreglado mi casamiento con una muchacha fea, pero simpática, y además inmensamente rica. Yo no la quería; pero como tampoco era mujer que me causase repugnancia, me propuse obedecer á mis padres, y mis amores con la joven millonaria andaban como quien dice viento en popa. Una noche, á la salida del teatro, acompañé á ella y á su mamá hasta casa en su carruaje, y después á pie me dirigí á la mía. Estábamos en primavera y la noche era cálida, sin que alterase la calma el menor soplo de viento. Allá arriba, encerrados en el marco de los aleros de tejado, se veían trozos de cielo de un azul vaporoso espolvoreados de estrellas



EL GENERAL GORDON ENSEÑANDO Á LOS NIÑOS DE GRAVESEND (bajo relieve)

y empapados de luz de la luna, que aquel día no sufría la menor mutilación en su redondez. Al pasar junto á las tapias de algunos huertos, ó al atravesar los jardinillos públicos, un fuerte perfume de azahar, ese perfume espiritual, dilataba las alillas de mi nariz y me hacía dar suspiros de satisfacción.

Iba distraído. ¿En qué pensaba? No lo sé: todo y nada era el objeto de mi pensamiento. Consideraba que la primavera era muy bella, que la vida no lo era menos, que la juventud es muy hermosa; y de tales perogrulladas no venía á sacar en claro ninguna consecuencia.

A aquellas horas no quedaba en las calles de aquella ciudad, de costumbres casi monásticas, otro trasnochador que yo.

Los serenos y vigilantes nocturnos me saludaban con respeto al pasar, y yo apenas si contestaba.

Iba abstraído, meditando una idea que de pronto había surgido en mi cerebro. ¿Cómo sería el verdadero amor de una mujer que no os debiera un hotel, ni brillantes, ni coches? Yo pensaba en aquel instante qué formas tendría una pasión verdadera, una de esas pasiones que conducen hasta á morir por el ser amado: Saffo y Faón por ejemplo.

Yo, en realidad, jamás había sido amado. Cuatro noches delirantes, pasadas con aristócratas monomaníacos, furiosos de pasiones carnales; algunos meses de relaciones con muchachas ligeras, que se daban mucha prisa en vaciar mis bolsillos; y... hé aquí toda la historia de mis amores hasta entonces. Aquello no era amor ni cosa que lo pareciera. Yo no había sido amado ni tenía esperanzas de serlo, porque mi futura consorte, la feíta millonaria, era un ser infeliz, acostumbrada, á causa de una rígida educación, á reglamentar todos sus afectos; y si me tenía alguna simpatía, era indudablemente porque así se lo había ordenado su familia.

Aquello era para desesperarse: existir el escenario con su hermosa decoración y no encontrar actores; estar en plena primavera con el espacio impregnado del suave perfume de azahar, tener sobre la cabeza aquel cielo hermoso con su luna misteriosa, hallarse rodeado de un ambiente que convidaba al amor, y no encontrar á la mujer, á la hermosa mujer mil veces aparecida en los ensueños, de formas indefinibles, pero de esencia conocida, toda fuego y pasión, oprimiéndome entre sus brazos y absorviéndome la vida con sus besos.

Yo sentía dentro de mí un creciente furor al considerar mi impotencia para encontrar aquel ser que me podía convertir en el más feliz de los hombres.

¿Dónde estaba? ¿Dónde la encontraría? Aquello era bastante para aborrecer la existencia. Pero de pronto, ¡ay, amigos míos! de pronto vi... No quiero apresurarme: voy á relatároslo bien. Héme frente á la esquina que formaba mi casa. Aquel ángulo de piedra estaba bañado por un rayo de luna que sobre lo negruzco del muro formaba una gran mancha blanquecina, y en el centro de esa mancha vi á la mujer de mis ensueños tal como yo me la había imaginado muchas veces y tendiéndome amorosa sus brazos.

En el primer instante me creí víctima de una ilusión y me detuve para convencerme; pero no cabía la duda: era ella, ella que me aguardaba.

Su cuerpo era todo luz, y sobre el blanco nimbo que la rodeaba tenía el mismo brillo que la luna entre los celajes lácteos que la circundan. Sus contornos no estaban limitados por la línea tangible, sino que se perdían poco á poco como la sombra disfuminada, y todo su cuerpo tenía la diafanidad del cristal al par que el resplandor del fuego. Era una llama blanca revistiendo las formas de una hada melancólica.

Me arrojé impetuosamente sobre ella, y, en el mismo instante que mi cuerpo tropezó con la esquina, me sentí enlazado por sus brazos al mismo tiempo que sufrí una rápida trasformación.

Perdí mi ser. Pareció como que abandonaba mi condición de mortal, las ligaduras de la materia no me pesaron, me engrandecí, tocaba con mis extremos el cielo y la tierra... Al mismo tiempo perdí la noción del tamaño y del tiempo, y hasta creí que aquel mi nuevo ser era todo lo existente. ¡Quédese abajo todo lo pesado, lo material, lo grosero! ¡Yo voy al infinito!

Y al mismo tiempo que esto me decía, me elevaba por ignoradas regiones, siempre abrazando á aquella forma ideal que me enloquecía.

Mi envoltura ridícula, cubierta prosaicamente con levita y sombrero de copa, quedaba abandonada allá abajo y pugnaba inútilmente por seguirme á mí, que era el espíritu. Intentaba agarrarse con las uñas á la esquina para subir y lanzarse al espacio, y yo, al contemplar los ridículos esfuerzos de aquella masa de materia, ¡je! ¡je! ¡je! me reía como un loco en brazos de mi adorada, que también se sonreía. La materia es tan imbécilmente atrevida con el espíritu como la tortuga que intentaba volar cual el águila.

Mi cuerpo se quedaba allá abajo, y yo, entretanto, arriba, siempre hacia arriba. Oía una música deliciosa: los planetas cantaban, todo vibraba á nuestro alrededor, y nuestros cuerpos, surcando el infinito espacio, al romper las moléculas del aire, las hacían chocar unas contra otras, produciendo una melodía persistente y semejante al sonido del cristal.

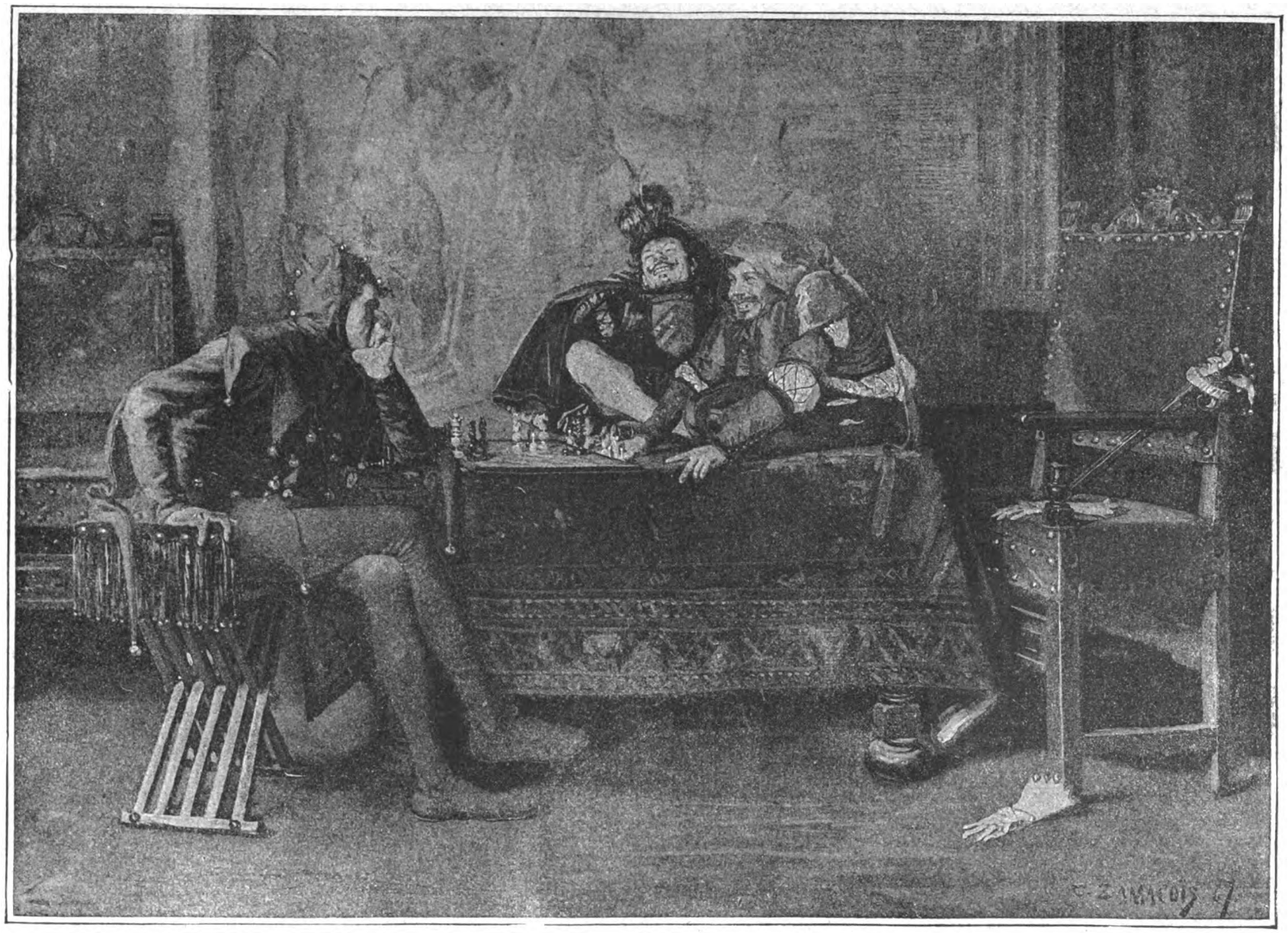
Todo era allí movimiento, luz y armonía. Las estrellas corrían de una á otra parte, y al cruzarse entrelazaban sus estelas brillantes, formando un como tejido de luz láctea, dentro del que flotábamos mi amada y yo, y en tanto seguía sonando aquel canto vago é indefinible, que yo consideré desde el primer instante como nuestro himno nupcial.

Y siempre subiendo, cada vez más envueltos en aquella atmósfera de luz y más dulcemente aturdidos por la música indefinible.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Se continuará)

Digitized by Google



LOS TRES BUFONES (cuadro de Zamacois)

Digitized by Google

LOS CORTESANOS Y EL BUFÓN (cuadro de Zamacois)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

7 de enero de 18... A las cinco de la tarde Ambrosio Carabín, portero segundo ó tercero (no lo sé bien) de esta ilustre escuela literaria, cerraba la gran puerta verde de la fachada oriental, y, después de meterse la llave en el bolsillo, se quedaba contemplando al propietario de la cátedra de *Literatura general y española*, que bajaba, bien envuelto en su gabán ceniciento, por la calle de Santa Catalina. Carabín, es casi seguro, pensaba á su manera:—¡Y que este *insignificante*, que ni toga tiene, me obligue á mí, con mis treinta años de servicios, á estar de plantón toda la tarde porque á él se le antoje tener clase á tales horas en vez de madrugar como hacen otros que valen cien veces más, según lo tienen acreditado!

Si el propietario de la cátedra de *Literatura general y española* hubiera oído este discurso probable de Carabín, se hubiera vuelto á contestarle:—Amigo Ambrosio, reconozco la justicia de tus quejas; pero si yo madrugara ¡qué sería de mí! Déjame la soledad de mis mañanas en mi lecho si quierès que siga tolerando la vida. Me has llamado *insignificante*. Ya sé que lo soy. ¿Ves este gabán? Pues así, del mismo color, soy todo yo por dentro: ceniza, gris. Soy un filósofo, Carabín. Tú no sabes lo que es esto: yo tampoco lo sabía hace algún tiempo cuando estudiaba filosofía y no sabía de qué color era yo. Pues sí: soy un filósofo y casi casi un naufragio de poeta (no te rías)... y por eso no puedo, no debo madrugar. En cuanto á que mi cátedra te estorba, te molesta, lo admito: me lo explico. También me estorba, también me molesta á mí. Intriga con el Gobierno para que me paguen sin poner cátedra, y habrás hecho un beneficio al país, á ti mismo y al propietario de esta asignatura, que ni tú, ni yo, ni los estudiantes sabemos para qué sirve. Pero el no madrugar es indispensable: por eso, por eso es por lo que debían pagarme á mí. No creas que en la cama no hago más que dormir. No, Carabín: medito, siento, imagino, leo, escribo... Justamente ahora doy principio á una obra, si no te parece ambiciosa la palabra, á una obra muy interesante para el curioso lector, que soy yo mismo, yo solo. Ea, con Dios, Ambrosio: queda con Dios, y no me desprecies demasiado. Y, en último caso, despréciame mucho... pero no me mandes madrugar.

El que habría hablado de esta suerte al portero, de haberle oído, es el principal personaje de estas memorias, el que tiene el honor de *dirigirse* la palabra, el autor, yo, D. Narciso Arroyo. Tengo treinta y seis años, ninguna cana, pocos desengaños, ninguno de esos personales que llegan al corazón; creo haber amado bastante, he creído lo suficiente, no me remuerde la conciencia por ninguna gran picardía de acción ó de omisión; y no emigro de España porque cuando sueño que estoy lejos de la patria me dan amagos de disnea, allá entre pesadillas. Además, por lo que he visto de la tierra en los periódicos ilustrados y en *Le tour du monde*, todo viene á ser lo mismo. Toda la humanidad se ha retratado, y ya no quedan más que dos tipos: ó se trae corbata ó se enseña el ombligo; ó se sujetan con el corsé las sagradas fuentes de la vida ó se dejan resbalar languideciendo. *Otrosí*, estoy enamorado de esa torre, estoy enamorado de ese monte. ¡Ay, sí! ¡Bien enamorado, mucho más de lo que yo sabía! Ayer pasó junto á mí Elvira (como yo soy el lector de estos apuntes, no necesito explicarme más; Elvira: demasiado sé yo quién es Elvira). ¡Qué vieja! Sí, esto pensé: ¡qué vieja! Estos ojos suyos no son ya aquellos ojos míos. ¿Se le apagaron á ella, ó se me han apagado á mí? A ella, á ella sin duda. Y, si no, veamos. Ahí están la torre, el monte, que no han engordado, que no palidecen. Y no es que no se gasten... sí se gastan algo, el monte sobre todo: está más triste, más comido por las canteras; se va quedando algo calvo de robles y de castaños; pero, con todo, son los mismos, y yo siento por ellos más, mucho más que sentía hace veinte años y hace diez, y veo en ellos lo que entonces no veía. Tienen, de esto que sigo llamando mi alma, mucho más de lo que yo pensaba. ¡Y el cristianismo, el santo cristianismo, que me ordena amar más á D. Torcuato, el primer teniente alcalde, que á esa torre y que á esa montaña! Es que el cristianismo no conoce bien á D. Torcuato. ¡D. Torcuato Angulo! Parece hecho por el diablo para probar que no hay Dios. ¡D. Torcuato! Nunca le perdonaré el susto de la otra noche. Fué como sigue. Estaba yo acostado. Iba á dormirme, ya apagada la luz, cuando de repente recordé que Angulo había dicho de mí, en la confitería, que yo era ateo. La conciencia clara, clarísima, de que valgo más que Angulo, de que éste es un ser miserable hasta el asco, me dió remordimientos y me arrojó en los *tiquis miquis* de los escrúpulos de vanidad, soberbia, falsa filosofía, unción superficial y puramente artística con que suelo atormentarme en cuanto tomo la postura supina si no he trabajado con intensidad durante el día. En vano buscaba, en el fondo de esto que llamo *el alma*, actos de humanidad y caridad para quedar tranquilo, dormirme y acabar de una vez. Nada: la obsesión persistía. D. Torcuato no era digno de ser amado: ni metiéndole en la cuenta del *gran todo*, sumándole con lo Infinito para que pasara sin ser notado, conseguía yo hacer tolerable á aquel gandulazo. Y no había modo de dormir. Nada, una de dos: si yo no encontraba el lugar *armónico* que en la realidad y en mi corazón ocupaba necesariamente Angulo, no había tal realidad una, ni yo era un verdadero pensador, ni una persona decente: había que amar á D. Torcuato y *explicárselo*. Por poco me vuelvo loco. Claro: aquel ir y venir de argumentos en que el suelo se venía abajo de minuto en minuto y se volvía arriba, aquel círculo de contradicciones y aquella *angustia metafísica*, trajeron, como siempre, la excitación nerviosa, las náuseas, el miedo á la enajenación mental, y el sueño triste y lleno de visiones desanimadoras, que es lo peor que saco de estas campañas estériles. ¡Y todo por culpa de D. Torcuato! Ahora que estoy bien despierto, y el sol alegre llega hasta besar la blancura de esta sábana, y tengo el torso vertical, y no hay miedo al hígado ni al cerebro; ahora, apoyado en los estribos del buen sentido, santo, del mediodía, ahora grito: —¡Mala centella parta á D. Torcuato Angulo!—Y sigo.—No sé si he dicho que soy viudo: lo soy. No se crea que me acuerdo ahora de esto porque mi mujer me la haya matado D. Torcuato, no: capaz sería, pero no fué él. No estoy seguro de no haber sido yo. Pero bien sabe Dios que si contribuí á su muerte fué sin querer. Culpa, ninguna. Por eso estoy tranquilo. Aunque no siempre del todo. Porque hay horas también en que tengo remordimientos, á pesar de no creerme responsable de los actos en que esos remordimientos se fundan. Por ejemplo, cuando hablo en cátedra de las tres *unidades* de acción, lugar y tiempo, y digo que para el artista moderno ya no hay tales trabas, no estoy seguro de decir la verdad. Tal vez las tres unidades dramáticas son esenciales. Vaya V. á saber. Pero ahora lo corriente es decir que se puede prescindir de algunas de ellas. Y se prueba. No se prueba del todo, pero se prueba. ¿Voy yo á reñir con todo el mundo? ¿Voy á declararme paladín de las unidades? No: anda que corra la bola. Pues ¡no tendría yo que discurrir poco para averiguar el fondo último de la verdad en este punto! Tendría que emplear toda la vida en averiguar eso... y me quedaría á oscuras. De modo que ¡abajo las unidades y caiga el que caiga! ¿Qué culpa tengo yo? Bien, pues así y todo me remuerde la conciencia. ¡Ay! Bien piensa Carabín: siempre seré un *insignificante*.

Pero voy á mi asunto. Yo, Narciso Arroyo, catedrático de la facultad de Filosofía y Letras, viudo, de treinta y seis años, domiciliado en la calle de Santa Catalina, número nueve, he decidido escribir las memorias de mi vida en variedad de metros como quien dice, y sin respetar gran cosa las tres unidades. Pienso ser unas veces predominantemente épico, como yo digo muy serio en cátedra, porque hay que vivir; y otras veces me inclinaré visiblemente á lo lírico. Días habrá en que todo lo que guarde de aquellas veinticuatro horas mi libro de memorias no será más que una canción. ¡Días felices aquellos en que el alma fué no más una cuerda de la lira, y la conciencia una vibración sonora! ¡Quién le diría á mi compañero, el de *Literatura griega* y *latina*, que yo sé explicarme tan poéticamente! ¡El, que me cree seriamente preocupado con el origen de los versos leoninos! ¡Mi buen D. Heliodoro! ¡El ve á Grecia á través del director de Instrucción Pública, y jamás se le ha ocurrido imaginarse la cara que pondría Friné si le presentaran á Gil y Zárate y viceversa!

Hoy, pasada la Epifanía, se reanuda el curso, comienza el año nuevo... en cátedra, y quiero que hoy también se inauguren mis *Memorias*. *Cuesta abajo*, es decir, camino del hoyo. Sí, no hay que *forjarse* ilusiones: ya no hay más horizonte; doblé la cumbre y voy descendiendo ya al otro lado de la montaña. Sólo podré ver la vertiente que dejo atrás con los ojos del recuerdo. Mientras yo bajo por este lado, las *Memorias* volverán á subir por el otro; pero ¡ay! el espíritu que las dicta va *cuesta abajo*. ¡Qué diferencia de vivir á volver á vivir! Si se pudieran hacer las cosas dos veces ¡qué mal las haríamos la segunda vez! Esta segunda vida sería obra del hombre, y la primera es obra de Dios. Tal creo.

CLARÍN

(Se continuará)

LUCERITOS

—Di, mamá: ¿dónde está mi hermanito
que ya no le veo?
—¡Se murió el pobrecillo, mi vida!
—¡Morir! Y ¿qué es eso?
—Pues morir es marcharse del mundo
muy lejos, muy lejos,
y allá arriba, entre nubes, estrellas
y lindos luceros,
disfrutar de otra vida más dulce
sin penas ni duelos.
—¡Ay, mamá! ¡Quiero ver á mi hermano!
¡Mamá, quiero verlo!
—Mira: ¿ves una estrella chiquita
que luce en el cielo?
Pues aquél, hijo mío, es tu hermano.
—Y ¿todos aquellos
que hay con él?—Son también otros niños
que arriba subieron
y allí lucen para que sus madres
los vean al menos.
—¡Ay, mamá! ¡Cuántas madres de noche
mirarán al cielo!

JOSÉ CAMPO MORENO

MEDIO MILLÓN DE MILAGROS

Hay personas que no creen en milagros porque, según dicen, no han visto ninguno. Pues si quieren verlos y tocarlos, no tienen sino establecerse en Madrid, esta capital llamada por el malogrado D. José Picón *La corte de los milagros*, y no pasará día sin que presencie no uno, ni dos, ni veinte, sino quinientos mil milagros.

Los habitantes de Madrid, que yo supongo poco más poco menos *quinientos mil*, vivimos de milagro.

El que conoce á fondo lo que Madrid es, lo que en Madrid se come, lo que en Madrid se bebe, lo que en Madrid se respira, se acuesta todas las noches muy convencido de que no ha de levantarse más, y al despertarse al siguiente día se asombra de no haber reventado aún.

Nada quiero decir de esos rateros de alta gra-

Digitized by Google

duación que á media tarde asaltan á uno en paseo, y le roban, y después le apalean; nada de esos dependientes del resguardo que, con pretexto de hurgar á un matutero, descerrajan un tiro al primero que pasa; nada de los cocheros que atropellan al desdichado transeunte cuando se aventura á cruzar una calle; nada de los conductores de tranvías; nada de otros mil encargados de amenazar seriamente nuestra existencia en lo que podríamos clasificar de *cirugía;* basta y sobra, para patentizar el milagro ó los milagros, pensar en lo que comen los que comen... que no son muchos.

Casi todos los periódicos diarios dan noticias, un día sí y el otro también, de descubrimientos de matadores clandestinos. Aquí se hallan rastros de una mula, allí se ven asaduras de asno, y para mayor satisfacción resulta del examen facultativo que la mula estaba enferma y el borrico no estaba sano. Y esa carne de mula y esa carne de pollino, ambas á dos enfermas, se han expendido indudablemente en alguna carnicería, y han figurado tal vez en algún opíparo banquete ó en el humilde puchero de un trabajador.

Pues esos mataderos clandestinos existían ya hace algún tiempo, y su existencia hace presumir la de otros; y es muy de temer que, como los personajes imaginados por el ínclito D. Eleuterio Crispín de Andorra, en su comedia *El gran cerco de Viena,* estemos comiendo en Madrid

sapos y sucios insectos.

Muy poco tiempo ha trascurrido desde que refieren los periódicos el hecho acaecido en casa de una mujer, trapera de oficio, nombrada Laureana Rincón de Latorre, que habita en el sitio denominado *Casa Blanca.* Dos amigos se reunieron en dicha casa para comer unos despojos de gallina.

Laureana condimentó los despojos, comiéronlos sus huéspedes con apetito, y un cuarto de hora después uno de los amigos caía muerto en medio de horribles dolores, y el otro compañero se hallaba próximo á morir. La cocinera, que no había hecho más que probar el guiso, sintióse enferma también, pero no de tanta gravedad.

Del hecho se dió, como era natural que se diese, conocimiento á las autoridades; y comenzaron las averiguaciones, y supongo que continuarán, y se vendrá en conocimiento de que...

¿De qué?

Difícil es presumirlo. ¿Estarían enfermas las gallinas cuyos eran los despojos que los amigos comieron?

¿Estaría adulterado el vino con que probablemente rociarían el guiso de los despojos? ¿Procedería el veneno de alguna de las especias con que fueron aliñados?

Porque la codicia de los mercaderes ha llegado en este bendito pueblo á un punto tal que ya todo es falsificado y nocivo y venenoso.

Ni el chocolate es chocolate, ni es vino el vino, ni leche la leche. Pero ¡qué más! ¡si hasta es mala y cenagosa el agua, que (entre paréntesis) nos va á faltar el día menos pensado!

Y ya Vds. ven: en el Congreso andan muy atareados en averiguar si deben pagarse ó no las excedencias; en el Ayuntamiento no pueden celebrar sesión por falta de asistencia de los concejales; y á nadie preocupa que bebamos turbia y llena de materias extrañas el agua, y que estemos constantemente en riesgo de no poder beberla ni aun así.

Después se espantarán algunos de la excesiva mortalidad que las estadísticas demográficas acusan en la capital de España. Pues ¡hombre! si lo sorprendente (ya lo he dicho), lo milagroso, es que vivan algunos. Todo conspira á aumentar la mortalidad, pero muy especialmente la insaciable avaricia de los que comercian en artículos de comer y beber. Las carnes ya he dicho lo que suelen ser; el vino es veneno; de las hortalizas, de las leches, del café... no hablemos: de todas esas cosas sí que podría decirse con mucha justicia aquello de

non raggionam di lor.

y pasemos, pero sin mirar, porque de verlo se revuelve el estómago y se ponen los pelos de punta.

Y que para los efectos del veneno vale muy poco, ó no vale nada, la diferencia de jerarquías. El vendedor de comestibles y de *géneros ultramarinos* no distingue de clases y

¡no perdona ni sexo ni edad!

Todos los parroquianos, pobres ó ricos, son iguales ante la adulteración.

Esos pobres jornaleros á que me he referido murieron por haber comido en un figón unos despojos y haber bebido *peleón,* Dios sabe de dónde ni de qué. No hace mucho tiempo, un caballero muy acaudalado murió á consecuencia de haber comido un poco de *foie-gras,* que remojaría probablemente con *Chateau-Iquem* ó cosa por el estilo.

Es necesario desengañarse: en esta Mantua de mis pecados, en este *castillo famoso* del insigne Flumisbo Thermodonciaco, los que no comen debían morirse de hambre, y los que comen debían morirse intoxicados; y casi todos vivimos tan contentos y tan satisfechos como si nada nos faltara. Conque... si no son éstos verdaderos milagros, háganme Vds. el favor de decirme lo que son. Seguro estoy de que no me lo dirán Vds.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

MUERTE DE GORDON EN KARTUM (bajo relieve)

CANTARES

(Á mi entrañable amigo Juan Ruiz y Porta)

I

Un pobre llama á tu puerta
huérfano de padre y madre:
dale pan, pues que en el mundo
ya más no pueden quitarle.

II

Tengo celos de las flores
que se admiran en tu reja
porque todas las mañanas
las acaricias y besas.

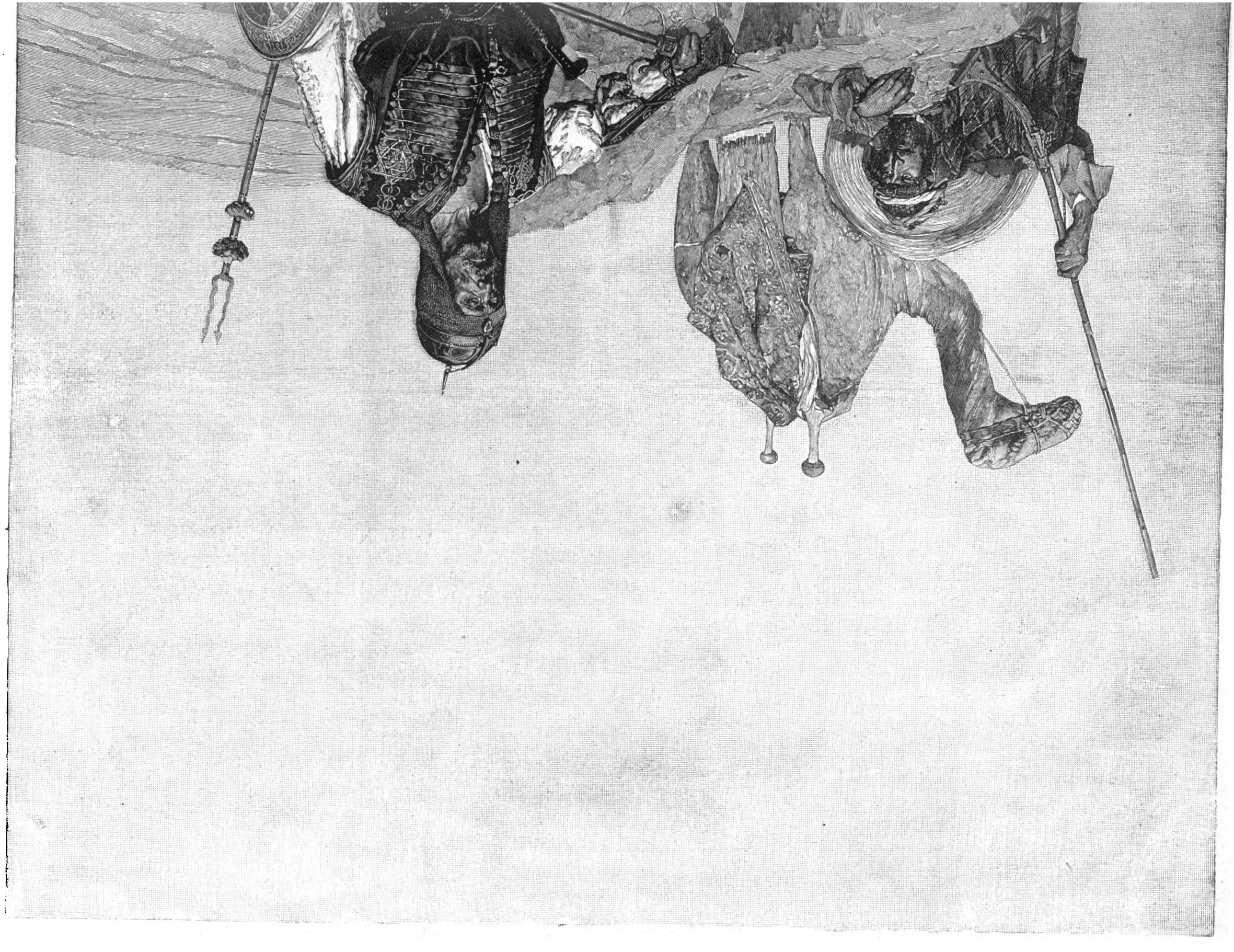
III

Me dices que no me quieres
porque no te digo nada:
siempre enmudeció la lengua
cuando quiso hablar el alma.

IV

Yo no quiero que me quieras
como se quiere en el mundo,
que el cariño de esta tierra
dura tanto como el humo.

Digitized by Google



Digitized by Google

LA SED EN EL DESIERTO (cuadro de G. Signorini)

Digitized by Google

V

El cantar que más estimo
es el cantar de mi pueblo,
porque cuando canta, llora,
y llora de sentimiento.

VI

El sol marchita la planta,
el agua horada la piedra,
y el tiempo, poquito á poco,
va horadando mi existencia.

VII

Mañana es nuestra ilusión,
mañana es nuestra esperanza,
y es cada vez más cruel
el mañana de mañana.

VIII

Si se pudiera cortar
de algunos hombres la lengua,
por esos mundos de Dios
¡cuántos irían sin ella!...

* * *

¡Cuántos irían sin ella
sin que les hiciera falta!
que la lengua es el veneno
que emponzoña la palabra.

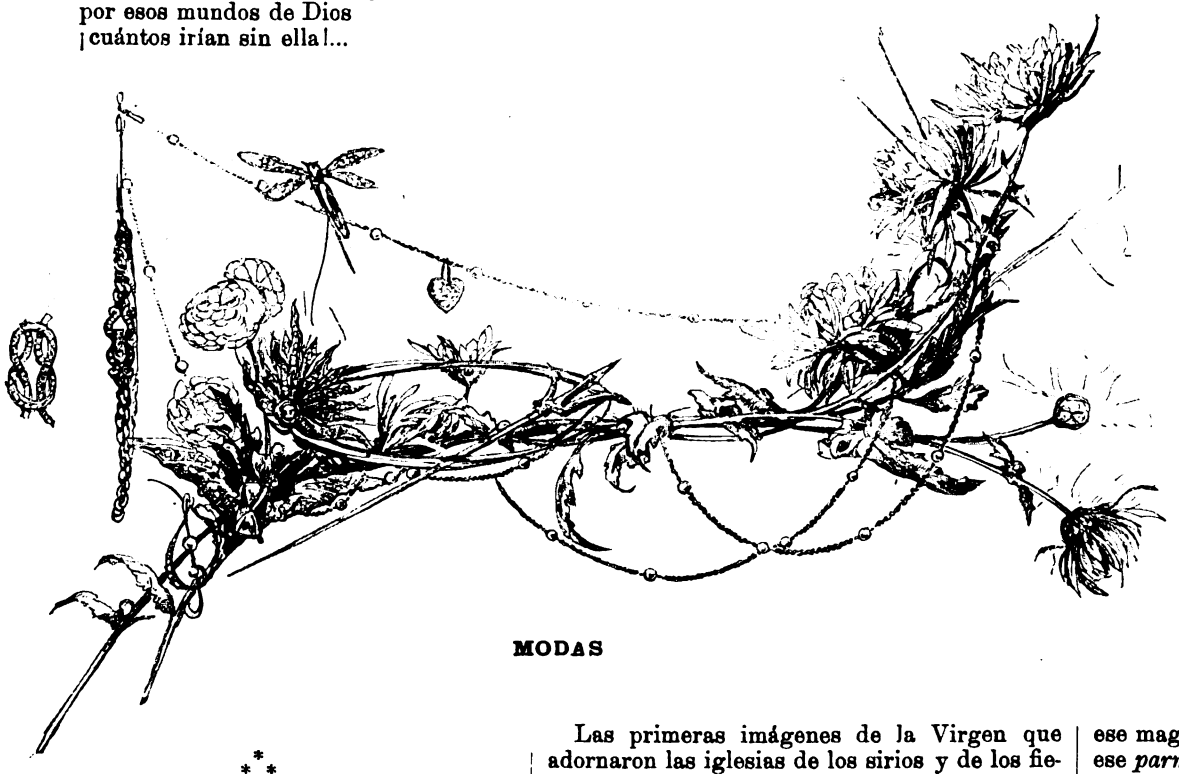
MANUEL DE PEÑARRUBIA

LA SANTA VIRGEN Y LA PINTURA

(A MI ESTIMADO AMIGO D. ISIDORO ROLDÁN)

Es la pintura, con relación á las demás bellas artes, la hija primogénita del culto cristiano. Según la tradición de Oriente, la primera pintura cristiana fué la Santa Faz de Nuestro Señor milagrosamente impresa en el velo de la Verónica, y la segunda el retrato de la Santa Virgen pintado por San Lucas.

Entre los judíos limitábase la pintura á la reproducción de flores y plantas, porque toda representación sacada del reino animal había sido prohibida por Moisés, que se recelaba de la inclinación de ese pueblo á la idolatría, y que quería establecerlo en medio de una multitud de naciones paganas en que el símbolo había hecho olvidar al tipo. Esa prohibición en los últimos tiempos se observaba con tanto rigor que los romanos tuvieron que esconder sus victoriosas banderas para no ofender con la vista de sus águilas la extremada susceptibilidad de los hebreos sobre este punto. Por otra parte, se lee en los *Actos de los Apóstoles* que los judíos convertidos se desprendían con mucho trabajo de sus preocupaciones nacionales, y no quedó por ellos el que pasasen á la ley de gracia las innumerables prohibiciones de la antigua. Síguese de aquí que, á excepción del retrato que pintó San Lucas, puede tenerse por demostrado que las primeras imágenes de María no fueron obra de los hebreos; y, por el contrario, todo induce á suponer que lo fueron de los jonios, que por largo tiempo poseyeron á la Santa Madre del Salvador en Efeso, ciudad entonces de los artistas, patria de Apeles y lumbrera del Asia. En efecto, los efesinos conservaron el recuerdo de la Virgen con la veneración más tierna, según lo testifican las iglesias que le dedicaron muy desde los principios. En el año 403, los padres del Concilio general de Efeso declaraban que esta gran ciudad debía su principal lustre á Juan el Teólogo y á María, Madre de Dios.



MODAS

Las primeras imágenes de la Virgen que adornaron las iglesias de los sirios y de los fieles del Asia Menor, eran pintadas sobre madera con unos colores sólidos y abrillantados por una mezcla de cera derretida. Tales fueron las famosas imágenes de Edesa en Mesopotamia, de Seydnay en las cercanías de Damasco, de Didinia en Capadocia, de Sosópoli en Pisidia, y, finalmente, de Gilermo en Antiquia.

Las imágenes de María se multiplicaron en pinturas al fresco con fondo dorado en las cornisas de las basílicas de Constantinopla; y los mosaístas griegos rivalizaron en esfuerzo y talento con los pintores para reproducirla de un modo más duradero y no menos hermoso en esos cuadros trabajados con tanto arte y paciencia que Ghirlandajo llamaba *pinturas para la eternidad*. La Grecia tuvo durante siglos el monopolio de los frescos, de las vidrieras de color, de las pinturas y de los mosaicos. La primera imagen de la Señora que haya sido venerada en Italia, si se ha de creer la tradición de los napolitanos, era un retrato en mosaico de la Santa Virgen, ejecutada por artistas griegos en el pavimento de la antigua iglesia de Santa Restituta, templo de Neptuno convertido en catedral cristiana por San Aspreno, primer obispo de Nápoles. Por largo tiempo la Italia no contó como propios sino unos frescos semibárbaros en que los santos daban miedo y la Virgen tenía el color de una etiope. Esas Vírgenes de rostro negro, que algunos han atribuído al pincel degenerado de los griegos, son reivindicadas por los napolitanos, que las atribuyen á sus mejores artistas. No hay reparo en dejárselas, sin añadir por eso un florón muy noble á su gloria artística.

Desde Cimabue, que fundó la escuela italiana en 1240, hasta Carlos Maratti y Salvador Rosa, que se reputan por sus dos últimos maestros, es decir, durante un espacio de cinco siglos, la pintura religiosa produjo una larga serie de obras maestras en que la historia de la Santa Virgen se llevó la mayor parte. Rafael, entonces bello, poético y piadoso como un ángel, adivinó el primero, en su admirable cuadro de los Desposorios *(sposalizio)*, el aire de cabeza noble y sencillo, la fisonomía hermosa y seria y actitud celestial de la Madre de la Misericordia. Diríase que en un día de oración fervorosa se le apareció María, sentada sobre nubes, con su acompañamiento angélico, y que él la ha retratado en su gloria tal como la vió. ¡Cuántos hombres marcharon tras las huellas de ese gran maestro! Miguel Angel, Corregio, Ticiano, los Caroccios, el Españoleto, el Dominiquino, y ese austero Carlos Dolci que había dedicado su pincel á la Virgen María, y ese fiero Salvador Rosa que hacía peregrinaciones á Nuestra Señora del Loreto, ¡qué riqueza de imaginación, qué ideas sobrehumanas, qué profundo sentimiento de la santidad del arte en esos grandes maestros de Italia! ¡Y cómo la Silla Apostólica elevaba noblemente hasta ella al hombre de genio! ¡Cómo allanaba las distancias, cómo borraba las distinciones sociales para honrar á los talentos ilustres, para hacerlos marchar en igualdad con las altas fortunas y los nacimientos de las primeras clases de la sociedad! Giotto, ese aldeano que abandonó su rebaño en un valle romántico de Toscana para trabajar en la escuela de Cimabue, fué protegido del papa Clemente V, y este sucesor de San Pedro fué quien primero buscó al artista Miguel Angel, que, destinado por su padre á ser un fabricante en lana, fué honrado algo más que con el favor, pues que poseyó la confianza de Julio II. A Urbino, hijo de un pintor pobre y oscuro, le ofrecieron de una parte el cardenalato, y de otra la mano de una sobrina de un cardenal amigo de León X, ese magnífico protector de las artes. Lanfranc, ese *parmesano* tan popular en el siglo XVIII, era amigo íntimo de varios cardenales, caballero del Santo Imperio Romano y protegido especial del papa. El Carabajio, hijo de un albañil, recibió la cruz de la Orden de Malta, una soberbia cadena de oro que el gran maestre le puso, con sus propias manos, al cuello. Claudio de Lorena, que empezó por ser harinero y moledor de colores, fué el amigo del elegante cardenal Bentivoglio y favorito de Urbano VIII. Los cardenales romanos gastaban una parte de su fortuna en obras maestras que constituyen todavía el más brillante adorno de las iglesias ó de sus espléndidas galerías; y, á su ejemplo, todos los príncipes católicos alentaban las artes y adornaban los altares con pinturas religiosas en que la historia de la Santa Virgen se llevó la mejor parte.

JOSÉ SÁNCHEZ RODA

HIERRO VIEJO

APÓLOGO

(CONCLUSIÓN)

La *reja* soy del arado
que el *casco* desenterró:
al campo que él asoló
yo nueva vida le he dado.

Yo doy al hombre solaz,
la tierra de dicha inundo,
yo sus entrañas fecundo:
soy símbolo de la paz.

Digitized by Google

Por mí se cubren los prados
de tupida y blanda alfombra;
el árbol por mí da sombra
y verdean los sembrados.

Yo nunca del hombre he sido
instrumento de venganza;
yo soy la dulce esperanza
del labrador oprimido.

Yo las huellas de la guerra
con profundos surcos borro;
yo soy el dulce socorro
de los pobres de la tierra.

Las mieses veo amarillas
al morir la primavera;
veo cubrirse la era
de nutritivas semillas.

Con el trabajo, el ardor
templo del mozo robusto;
soy un hierro que no asusto
al tímido labrador.

No ambicioné la grandeza,
he vivido sin mancilla,
y pura mi frente brilla,
libre de toda bajeza.

Mi origen humilde y bajo
heme esforzado en honrar;
y aquí he venido á parar,
ya inútil para el trabajo.—

Sin orgullo ni boato,
llano, modesto y sencillo,
el oxidado *tornillo*
empieza así su relato:

—Vuestra relación me mueve
á contar mi humilde historia.
He contribuido á dar gloria
al gran siglo diez y nueve.

En el mundo no he brillado,
pero he servido al progreso:
á sostener mucho peso
un tiempo me vi obligado.

De manos del forjador
salí el tornillo más fuerte,
y con otros fuí, por suerte,
de un puente sostenedor.

Fué el puente muy admirado:
de mí ningún caso hacían,
pues apenas me veían,
que estaba casi enterrado.

Poco el brillar me importaba,
pues nunca fuí petulante:
era, aquel puente, elegante,
y yo solidez le daba.

Fué declarada la obra
maciza, sólida y bella:
yo formaba parte de ella;
quedaba honrado de sobra.

Desde allí pude admirar
del hombre la inteligencia:
vi que domina su ciencia
aire, fuego, tierra y mar.

Del puente que era sostén
vi pasar aterradora
monstruosa locomotora
arrastrando inmenso tren.

Con asombro la admiré
mil veces rauda volando;
su agudo aullido escuchando
mil veces me horroricé.

Vi sobre el puente pasar,
en momentos siempre exactos,
los variados artefactos
que el hombre sabe labrar.

Vi trascurrir cada día
del campo el fruto sabroso
y del telar ingenioso
la variada mercancía;

de fraguas y de talleres
la maquinaria ingeniosa,
la rica alhaja ostentosa
y los humildes enseres;

los minerales nativos,
artefactos ya labrados,
objetos de arte estimados
y productos nutritivos.

Todo lo vi discurrir
siendo el apoyo del puente;
mas, confundido en mi mente,
no lo acierto á referir.

Los junta con interés
dentro de la fragua ardiente,
y la masa incandescente
rudo machaca después.

Y al poco rato el martillo
trocados los hierros deja
en una cortante *reja*
y en un sólido *tornillo*.

Y el *casco* y el *eslabón*
cesaron, de aquel momento,
de ser de muerte instrumento,
de la humanidad baldón.

PEDRO GARRIGA Y PUIG

Trajes de niños

De ser del hombre auxiliar
una vez me dió coraje:
cuando por aquel paraje
vi un tren de guerra pasar.

Vagones á centenares
pasaron á cortos trechos
con belicosos pertrechos
y soldados á millares.

De aquellos montes y llanos
que tan dichosos creía
vi trocada la alegría
en cruda guerra entre hermanos.

Y aquel puente colosal,
tan sólido y tan hermoso,
fué derrumbado en el foso
por una turba infernal.

Aquí yo vine á parar
no sé por quién conducido,
pues quedé desvanecido
tanta barbarie al mirar.—

Quedó el herrero turbado
después que el coloquio oyó,
y los hierros contempló
confuso y avergonzado.

EL GATO DE MI TIA

I

Al entrar en mi pobre alcoba, el silencio de la noche dejó llegar hasta mí una docena de lúgubres campanadas que, partiendo de la torre de nuestra hermosa catedral, fueron repetidas por los miles de ecos que multiplican cualquier sonido durante la profunda tranquilidad de una noche serena.

Las doce campanadas resonaron dentro de mi pecho como la voz del remordimiento debe resonar dentro del alma del hombre que ha tenido la desgracia de caer en la pendiente res baladiza del crimen.

—¡Dios mío! ¡Las doce! ¡Seis horas de placer y de locura! ¡Qué mal gasto yo mi tiempo: el tiempo de la juventud, el tiempo más bello de la vida!

Después, siguiendo el curso de mis meditaciones, murmuré, al mismo tiempo que me quitaba la raída levita y que la colgaba en la cabecera de mi cama:

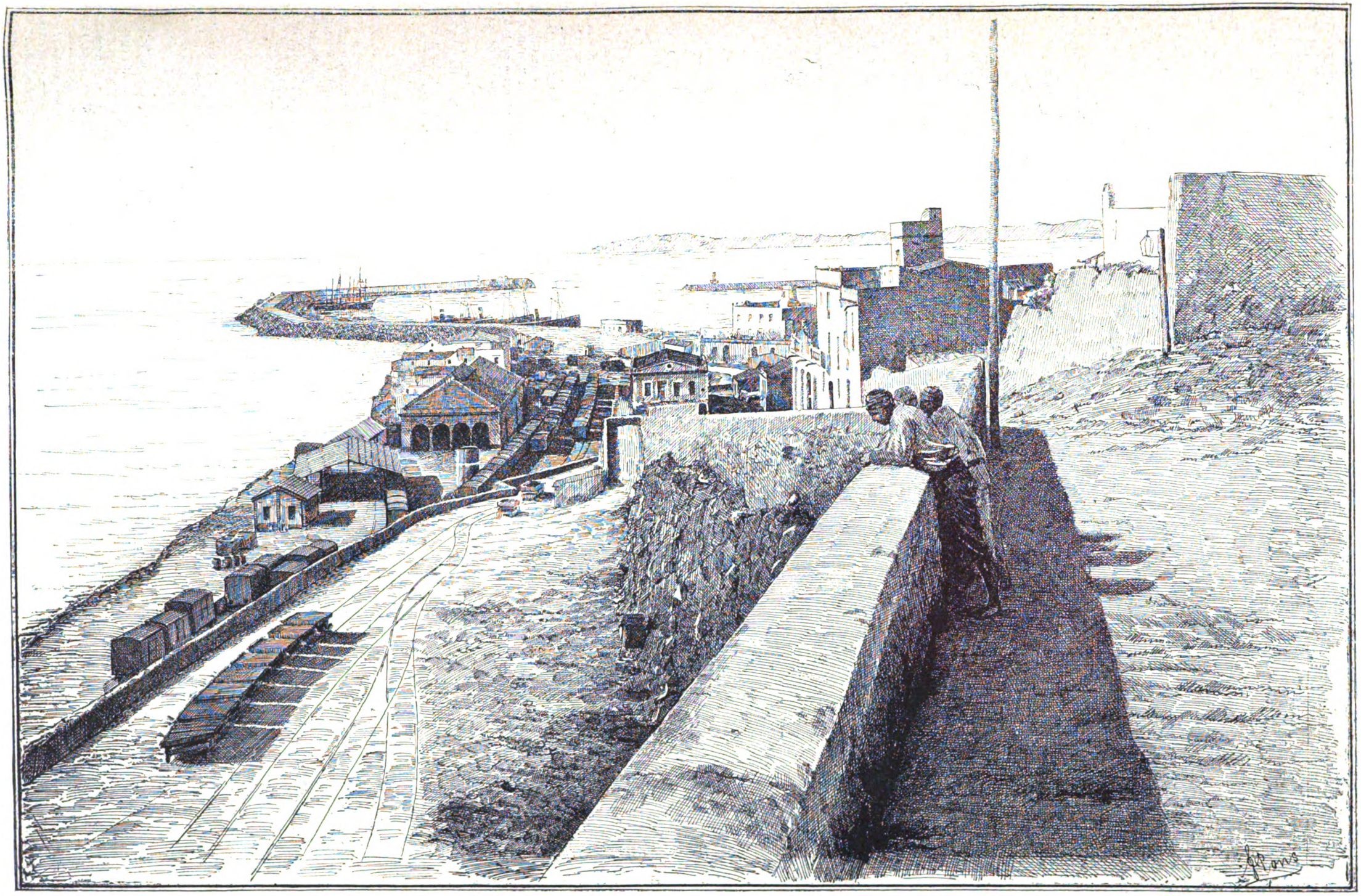
—¿Qué es la vida del hombre? Vanidad y no otra cosa. Hoy salud y juventud: mañana enfermedades y la fría vejez. Luego llega la

Digitized by Google

EL PRÍNCIPE DE BEIRA, HEREDERO DE PORTUGAL

EL PREMIO DE UN JOVEN GIUKING

Digitized by Google



EL PUERTO DE TARRAGONA VISTO DESDE EL EXTREMO ORIENTAL DE LA RAMBLA DE SAN JUAN (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

hora de nuestra muerte, y, entonces, ¡adiós mundo engañador, adiós horas de placer y de locura, adiós para siempre!

Estaba en ropas menores, y el frío de la noche se dejó sentir. Encendí un gastado trozo de vela, me metí en la cama y poco después dormía profundamente.

II

Era una hermosa noche de verano. La luna se mostraba con toda su belleza. Una ligera brisa crespaba apenas las tranquilas aguas de nuestra bahía, y el rumor de alguna que otra barca que surcaba con su elegante quilla y al compás de los remos la serena superficie del mar, eran los únicos ruidos que se oían.

Todo convidaba á gozar la calma de la Naturaleza dormida, y yo sentía, al sentarme sobre un peñasco de la playa, una alegría inmensa.

Parecía que me hallaba trasportado á otro mundo desconocido enteramente para mí, y mi alma vagaba perdida en una atmósfera perfumada y divina.

Alzaba los ojos al cielo, y veía, medio vedadas por tules que las cubrían enteramente, unas diez ó doce ninfas que me sonreían de una manera encantadora y que parecían convidarme á gozar delicias nunca experimentadas.

Bajaba mi vista hacia el mar, y á través de sus turbias aguas veía un par de hermosos ojos. Después aquellos ojos aparecían más y más cerca, y, al fin, una beldad, que debía ser la reina del océano, aparecía á mi vista. Me miraba y me sonreía, á su vez, alargándome sus esbeltos brazos. Aquello era una tentación horrible, devoradora.

Mas de una vez quise precipitarme hacia ella; pero entonces mis ojos se elevaban, sin yo quererlo, al cielo, y allí las doce ninfas me sonreían de una manera tal que mi alma quedaba errante en las regiones aéreas.

De pronto el cielo se fué nublando. La luna desapareció y el viento hizo oir sus fuertes zumbidos. Las olas bramaron con furia sin igual, y las barcas se vieron obligadas á correr á tierra á fuerza de remo.

Horrorizado, levanté mi vista hacia el cielo, y... ¡oh desdicha!... las ninfas habían desaparecido tras una negra nube que corría impulsada por el fuerte viento.

Volví á bajar los ojos al mar y... nada vi. El trueno retumbó con furor, y gavillas de fuego cruzaron el firmamento en todas direcciones.

De repente me sentí levantado en el aire por una enorme ola y sumergido en el abismo. Nada más sentí: mis oídos zumbaron horriblemente. Quise gritar y no pude conseguirlo. Mis ojos se nublaron con rapidez... y perdí el sentido.

III

Al volver en mí me hallé tendido en una blanda cama (mucho más blanda que la mía) que había sido colocada en un hermoso saloncito profusamente adornado con colgaduras de seda y pintado con hermosísimos frescos.

Fijé los ojos alrededor, y lo primero que llamó mi atención fué un grande y magnífico cuadro colgado casi frente á mi cama. Era el retrato de una bellísima mujer, y aquella mujer se parecía como una gota de agua á otra gota á mi ideal, á mi visión, á mi dulce tormento; esto es, á la beldad del fondo del mar. No pude contenerme y lancé un agudo grito. Entonces se abrió una puertecilla secreta y apareció á mi vista una joven encantadora, divina; en una palabra: la diosa que yo había visto á través de las aguas.

—¿Necesitáis algo, joven?—dijo aquel querube dejando oir su argentina voz.

—No... señorita... Gracias... No necesito nada... Mi alma... (no sé si os parecerá mal á vos... á quien no tengo el honor de... de conocer...) es la que tiene precisión de un lenitivo que cure sus ya terribles penas.

Trajes de paseo para niños

Después callé avergonzado y mis mejillas se colorearon de rubor.

—Y ¿cuál es ese lenitivo?—volvió á preguntar aquella celestial criatura.

—Vuestro amor,—respondí tomando ánimo ante la pregunta de aquella beldad;—vuestro amor, porque nada hay ya para mí en el mundo sin vos.—Y, esto diciendo, me incorporé, tendí mis brazos á aquella diosa y estreché fuertemente su talle... Pero de pronto sentí un dolor agudo en mis mejillas... y... desperté. A la luz del día, que entraba por la ventana de mi alcoba, vi, dando brincos enormes, *el gato de mi tía*. Este era la beldad que en mis arrebatos amorosos había estrechado contra mi pecho; y el dolor sentido en mis mejillas, una caricia que *Lucerito* me había hecho con sus afiladas uñas...!!!

JOSÉ VALLARINO

Montevideo, setiembre de 1889.

NUESTROS GRABADOS

BAJOS RELIEVES DEL MONUMENTO Á GORDON

Por Hamo Thornicroft

Figuran esos bajos relieves en el monumento erigido á Gordon, en Londres, por suscripción nacional. Sabido es que el admirable héroe del Sudán no era un simple guerrero de genio, sino un hombre extraordinariamente bondadoso y caritativo: así, no se desdeñaba de convert'rse en maestro de escuela para enseñar á los niños de Gravesend (arrabal de Londres). Respecto á su muerte, el escultor ha debido limitarse á simples conjeturas, pues nadie sabe cómo pereció en Kartum el insigne general, víctima de los almohades.

EL ARTE ESPAÑOL

LOS TRES BUFONES.—LOS CORTESANOS Y EL BUFÓN

Cuadros de Zamacois

Nunca será bastante deplorada la muerte del insigne pintor español, en cuyas obras se descubre siempre la más exquisita elegancia acompañada de la más profunda intención. Gustábanle los asuntos palaciegos, y su pincel cáustico y brillante, así ponía en evidencia *La educación de un príncipe* como evocaba las épocas en que los bufones constituían una institución monárquica. Con esto, nada más hermoso que aquel colorido lleno de viveza y armonía, aquel arte de componer sin que holgara un detalle, y aquella comprensión del asunto, que hacia de sus obras verdaderos libros.

EL ARTE ITALIANO

LA SED EN EL DESIERTO

Cuadro de G. Sabatini

Desde que fueron los italianos á buscar aventuras por el África, ha surgido en la península hermana un nuevo arte, que no deja de producir buenas cosas, inspirado en asuntos de por allá, como es el caso en nuestro grabado de hoy. Un jefe abisinio atraviesa el desierto, y su gente se detiene, acosada por la sed, junto á una charca en que mitiga su tormento. Las figuras están muy bien estudiadas: hay en primer término un atrevido escorzo, y se ve que el autor ha hecho prolijos estudios en la indumentaria y trastos de matar de los súbditos del descendiente de Salomón y la reina Balkis.

EL PRÍNCIPE HEREDERO DE PORTUGAL

D. Luis Felipe, príncipe de Beira, nació en 21 de setiembre de 1887. Dicen que se le dedicará á la carrera de marino, como es tradicional en aquella casa de Braganza. Aunque tan niño aún, corrió ya un gran peligro, no precisamente acuático, pues se pegó fuego á su habitación, salvándose de una muerte horrible gracias á la intrepidez de su madre, aunque no sin sufrir algunas quemaduras.

EL PREMIO DE UN JOVEN GIUKING

Trátase de una leyenda escandinava compilada en el *Edda*. Esos *Giukings* ó *Wikings* eran cuatro hijos del poderoso rey Giuki, que gobernaba un grande estado á orillas del Rhin, y eran tres varones y una hembra, ésta la bellísima Gudrun. Los Giukings eran sin duda muy valientes, pero no tanto como el incomparable Sigurd. Había éste abandonado, gracias á un bebedizo, á su novia Brinhilda, que, por una estratagema, hubo de casarse con un Giuking, el llamado Gunnar. Celosa como una leona Brinhilda, indujo á su marido á que matase á Sigurd, como así lo hizo; pero acabaron, así Gunnar como sus hermanos, de una manera desastrosa.

Raza belicosa entre todas, eran desde niños educados los Giukings en las proezas guerreras, recibiendo en premio de su buena puntería algún precioso arco, de la manera que hoy se les regala un juguete de física recreativa á los niños aplicados.

PUERTO DE TARRAGONA

Dibujo de F. Pons

Está tomada esta vista desde el extremo oriental de la Rambla de San Juan, punto de vista tan maravilloso que hizo decir al rey D. Carlos IV «que no tenía otro balcón mejor en sus estados.»

El puerto de Tarragona es obra importantísima, contribuyendo en gran manera á la prosperidad de aquella población.

LA MARTINICA

Es una de las pequeñas Antillas, y á fe que este nombre es bien impropio, pues viene de la imaginaria isla de *Antilia*, siendo así que si hubiese justicia en la tierra deberían llamarse *Archipiélago Columbiano;* pero quedamos en que no la hay.

La Martinica, pues, se halla situada al SE. de Puerto Rico y pertenece á Francia. Tiene 50 leguas de circuito y 38 leguas cuadradas de superficie. El terreno, muy montuoso en unas partes y llano en otras. Rica vegetación y más de 60 ríos. Producciones: azúcar, café, algodón y cacao. La población asciende á unos 150,000 habitantes.

Fuerte Real, su capital, está edificada junto á una buena bahía, defendida por regulares fortificaciones. Las casas son en su mayoría de madera, pero muy aseadas. Todos saben que esta isla sufrió un terrible terremoto que ha servido para hacer un drama, del cual cierta Maritornes que se preciaba de bien educada no hablaba nunca sin decir «el terremoto de doña Martinica.»

Digitized by Google

FUERA SECRETOS

¿Sabéis cómo me compongo
para estar tan *fashionable?*
Uso el *jabón* admirable
de los PRINCIPES DEL CONGO.

De venta en las principales perfumerías.
Victor Vaissier—Ronbaix—París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid. Valverde, 37.—Barcelona, Bailén, 83.

LA MANZANA DE EVA

por JACINTO LABAILA

(CONCLUSION)

XI

Al día siguiente almorzaban juntos, en el comedor de la alquería de la calle de la Reina, D.ª Concepción, Virginia y D. Ignacio. Este se encontraba allí, llamado por su sobrina, para noticiarle que había sido necesario descubrir el complot y acababan de enterarle de todo lo sucedido.

—Pues lo siento en el alma,—decía,—porque esa declaración prematura y extemporánea no nos producirá el apetecido resultado ó mucho me equivoco.

—Lo creo así,—dijo con corroboración la vieja paralítica.

—No soy de vuestra opinión,—replicó Virginia.—Si Octavio no me ama, ya no me amará nunca; y el resultado, más pronto ó más tarde, tiene que ser el mismo. O puede en él más la animadversión hacia el matrimonio que mi cariño, ó viceversa.

—Esa animadversión quería yo que perdiese á fuerza de cariño y de tiempo; pero decirle de repente y antes de hora: «—Te hemos engañado para que te cases,» es casi ponerle en el caso de que crea que nos hemos confabulado para burlarnos de él,—contestó D. Ignacio.

—Eso temo, y eso me sobresalta.

—Pues, sobrina, lo hecho está hecho y no se puede enmendar. Si Octavio fuese capaz de querer como tú, estaría tranquilo.

—O es maestro en el fingimiento ó me ama verdaderamente.

—El entusiasmo con que se dedica á la mujer amada es falaz en Octavio.

—No comprendo cómo se pueda fingir una pasión hasta ese extremo no sintiéndola; no me explico que se puedan falsificar las espontáneas manifestaciones del sentimiento.

—Tú no podrías, Virginia.

—Pero él sí,—añadió D.ª Concepción.

—¡Tú que sabes!—exclamó su hija de súbito.

—Cuando le dije que eras soltera, en vez de regocijarse con tan grata nueva, se quedó pálido y triste.

—*¡Malorum signum!*—dijo D. Ignacio.

—Efecto quizás de la sorpresa,—contestó Virginia.

—Quizás.

—Estoy deseando que llegue la noche para acabar con la inquietud y la zozobra que me atormentan desde ayer, de tal modo que no he podido reconciliar el sueño ni un solo instante.

—¡Pobre hija mía!

—Pues ten valor, Virginia, y hazte superior á los acontecimientos.

—Anoche no vino Octavio,—dijo D.ª Concepción.

—¿No vino?—exclamó D. Ignacio con extrañeza.

—Es la primera vez que deja de venir á verme, pretextando que tiene que acompañar á un amigo forastero, cuando siempre le recibo á media noche ó á la madrugada esperándole en una de las rejas.

—Ya se excusa...

—Sí, tío: por primera vez.

—En cuanto supo que eres soltera...

—No, Ignacio: antes de comunicárselo me dijo que participase á su hija que no podría venir por la noche,—replicó D.ª Concepción.

—Eso es diferente.

—Es diferente, pero me entristece,—contestó la joven.

—Los tres interlocutores callaron un instante, y durante la pausa de la conversación sonó un aldabazo en la puerta de la calle. Antonio, que servía á la mesa, fué á abrir, y volvió con una carta que de parte de Octavio trajo para Virginia un camarero de la fonda de las Cuatro Naciones de Valencia.

La entregó Antonio á la señorita, y ésta rasgó el sobre con avidez y empezó á leerla para sí febrilmente.

Su madre y su tío la miraban callados, pero ansiando conocer pronto el contenido de la epístola.

Mientras leía se trastornaban las facciones de la joven y palidez mortal sustituía al color rosado de sus mejillas; sus manos temblorosas agitaban el papel. Cuando terminó la lectura, lanzó un grito agudo, penetrante, rápido; la carta se escapó de las manos de Virginia; ésta, agitándose en una convulsión que la hizo cerrar los ojos, cayó al suelo inanimada.

Antonio y la camarera se lanzaron á socorrer á su señorita, y levantáronla del suelo rígida, fría é inerte. D. Ignacio se apoderó de la carta de Octavio, que leyó con velocidad y con cólera. D.ª Concepción, imposibilitada de levantarse por sí misma, vertía copioso llanto.

XII

Algunos días después, Octavio, en Madrid, estaba arreglando el equipaje para marchar á Italia más pronto de lo que pensaba por haber mediado entre su padre y él una agria cuestión provocada por lo que pueden suponer los que hayan seguido hasta aquí el curso de la novela.

Cuando el artista regresó á su hogar, y refirió minuciosamente á su padre lo que le aconteció en Valencia, y le dio parte de la brusca ruptura de sus amores con Virginia, D. Andrés afeó y reprobó con dureza el proceder villano de Octavio, y éste le lanzó al rostro la culpa de lo acontecido y sus consecuencias por haber fraguado contra él una farsa indigna de gente de gravedad y circunspección. Se enconaron tanto los ánimos de padre é hijo, que el primero despidió de casa al segundo, diciéndole que no quería tener en su compañía á un hijo que le deshonraba; y éste le contestó que no necesitaba, para vivir, el auxilio de un padre que intentó contra su voluntad y por medio del engaño sujetarle para siempre á una cadena que él aborrecía.

Llegada á este extremo la situación tirante de ambos, Octavio había decidido no permanecer ni un día más en el hogar doméstico, y estaba disponiéndolo todo para su partida, cuando el criado le entregó una carta que acababa de recibir del correo de Valencia.

Era de D. Ignacio. Estaba concebida en estos términos, comenzando por este alarmante párrafo:

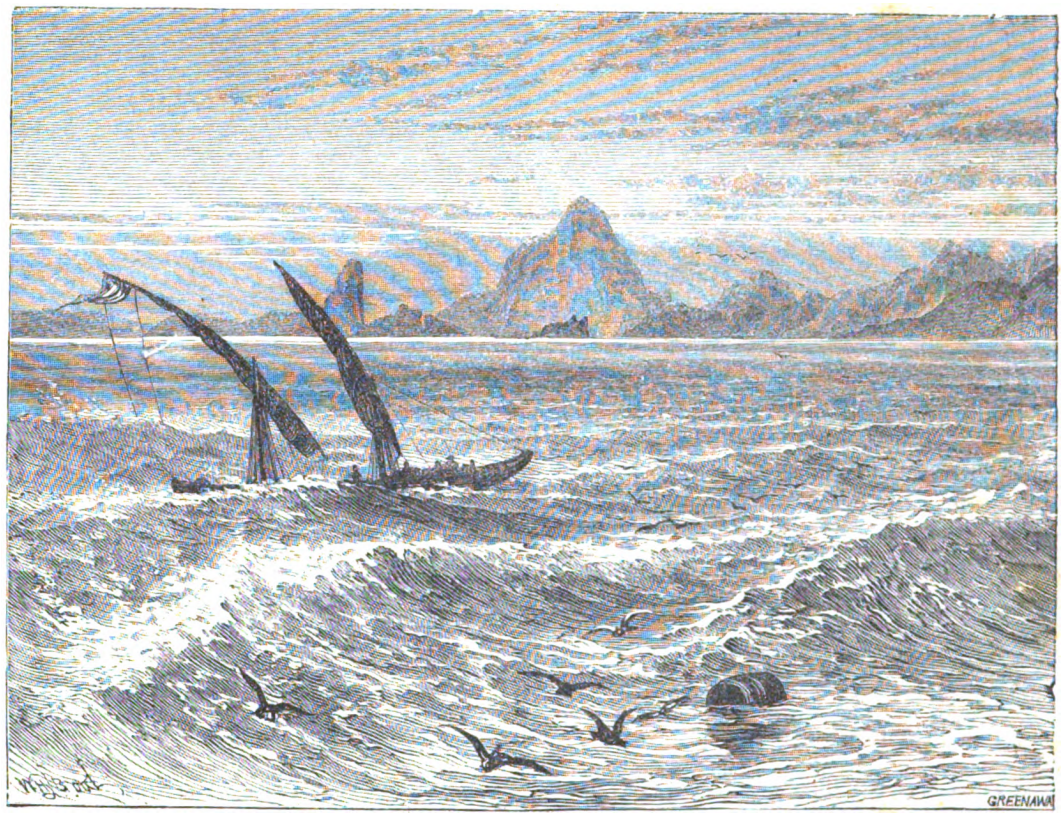
«Ruega á Dios por el descanso eterno de Virginia, á la que has asesinado. Tú eres responsable de su muerte. ¡Eres un miserable!»

Octavio, al leer lo anterior, inclinó la cabeza sobre la mesa escritorio y quedó anonadado como si escuchase el rudo pero merecido reproche que le lanzaba la voz de su propia conciencia, que resonaba severa y terrible en el vacío del alma.

Dolorosa sorpresa le produjo la introducción de la carta que le escribía D. Ignacio. Le faltaba valor para continuar su lectura y miraba con pavor los renglones iguales trazados sobre el papel. La excitación nerviosa que recorría todas las articulaciones del cuerpo de Octavio le impedía averiguar por completo el sentido de la carta, al mismo tiempo que punzadora ansiosidad le atraía á descifrarlo. Por fin se atrevió y leyó la epístola de su amigo de una vez y haciendo penoso esfuerzo, como quien apura de un solo trago pócima venenosa.

«No sólo la abandonaste de súbito después de haber despertado en su alma una pasión ardiente y devastadora, sino que te alejaste despreciándola y mofándote del sentimiento que encendiste en ella, del sentimiento puro y desinteresado que eres incapaz, no digo de sentir, sino de comprender. Jugaste con su delicado corazón y lo has hecho pedazos: alcanzaste un triunfo digno de un bandido. Debe vanagloriarte causar la muerte de una mujer que no merecías y que tuvo la debilidad de confiar en ti, juzgando, por su corazón leal, el tuyo. Lo repito: ¡eres un miserable!

»La lectura de la cruel carta de despedida que le dirigiste le produjo tan desastroso efecto que cayó al suelo cadáver. Vanos fueron nuestros auxilios y los de la ciencia para devolverla á la vida. Los médicos dicen que su muer-



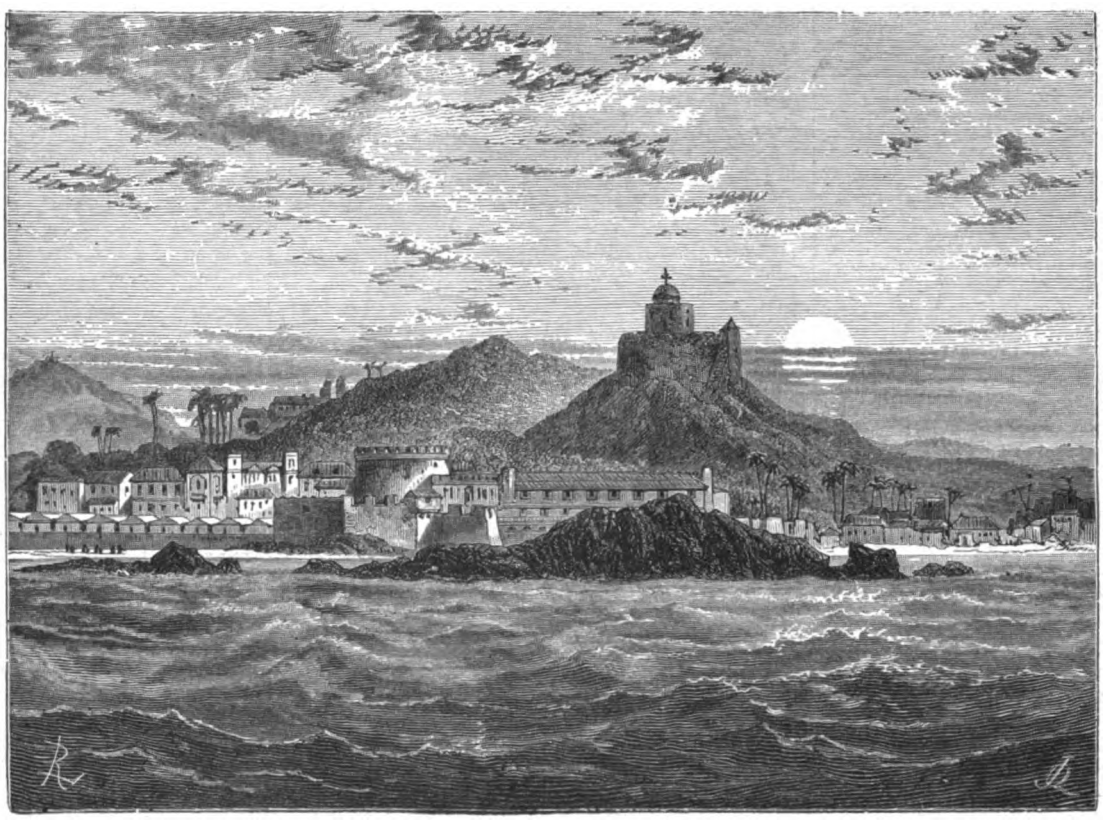
LA MARTINICA

Digitized by Google

te instantánea fué obra de la ruptura de un aneurisma, pero yo sé que tu carta fué el puñal alevoso que atravesó su corazón de parte á parte.

»Sobre tu conciencia pesará siempre el remordimiento de ser el autor de la temprana muerte de una joven llena de vigor y de ilusión en el florido abril de su existencia; de una mujer que te idolatraba como ninguna otra te ha querido ni te querrá; de un ser delicado y dispuesto al sacrificio que merecía ser elevado á un altar y no arrojado á una tumba.

»La comparaste á esas mujeres sin pudor y sin dignidad y has tratado á un ángel como tratas á una ramera: no conoces otro mundo que el que frecuentas. No salgas nunca de él: no mereces ni respirar la atmósfera que rodea á la mujer honrada. No salgas nunca de él: satisfácete con una víctima, que es poco honroso para el hombre de nobles sentimientos desempeñar el papel de verdugo.



FUERTE REAL, CAPITAL DE LA MARTINICA

»Ni una palabra más. Corre desalado tras *la manzana de Eva* para morderla y arrojarla después de haberla mordido, pero no busques nunca el amor puro y legítimo que ni sabes comprender ni sabes apreciar. Envuélvete en el torbellino de efímeros devaneos, y gasta inútilmente la vida en placeres de un instante, ya que no es posible fijar tu imaginación voluble y antojadiza.

»No te cambiarás nunca cuando ahora no cambiaste. No te envidio: lo que tú tomas por placer, á la larga será para ti el tormento del Judío Errante: te cansarás de andar y de no llegar nunca. ¡Desgraciado de ti si un día eres semejante á Sísifo!»

Así terminaba la carta de D. Ignacio, que causó honda impresión en Octavio. Lágrimas silenciosas caían ardiendo de sus pupilas, y, agitado por tardío remordimiento evocado por la voz sibilítica de su amigo, exclamaba preso de angustia indescriptible:

—Tiene razón Ignacio: ¡soy un miserable!

FIN

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, (castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro), SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

ELIXIR
de PROTOCLORURO de HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
de VIVAS PÉREZ
Recetado por los médicos y adoptado por los hospitales. Es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre, debilidad, inapetencia y menstruaciones dificiles. Precio: botella, 4 ptas; pequeña, 2'50. *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.*
Depósito general:
ALMERÍA, Farmacia VIVAS PÉREZ
POR MAYOR: *Madrid*, Melchor Garcia. *Barcelona*, Sociedad Farmacéutica, y se vende en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (estreñimiento), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÉS, 26 B^d St-Denis.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

R. MOLINAS, EDITOR — ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA — CORTES, 365 A 371

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 22 de marzo de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 377

MADAME VIGÉE LEBRUN (retrato por la misma, en el Louvre)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Marzo* (poesía), por C. M.—*Amoríos en la luna* (continuación), por Vicente Blasco Ibáñez.—*El primer galán*, por A. Sánchez Pérez.—*Voces de la naturaleza*, por Salvador Rueda.—*Psicología personal*, por U. González Serrano.—*Bibliografía*, por Alfredo Opisso.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour*, por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Madame Vigée Lebrun.—Miss Nellie Bly y Miss Isabel Bisland.—La cubierta de un trasatlántico.—Valencia: La Glorieta.—Modas.—«Los maestros cantores», de Ricardo Wagner.—«Mater amabilis.»—La isla de Granada en las pequeñas Antillas.—Tipos de Cerdeña.—La vida en la quinta.—El pozo.—Las damas de Turquía.

MADRID

Dramas de la vida real.—La clase media.—Sermón

Un drama de la vida real, una tragedia en que no son los personajes héroes ni dioses, sino mortales de los que encontramos á cada paso, ha preocupado á Madrid estos días. Me refiero á la muerte repentina del infortunado secretario de esta Audiencia, Sr. Donderis.

Todos los periódicos han publicado el relato, en todas las casas se ha comentado el suceso; y en estos momentos en que el cadáver, despedazado por la ciencia para buscar en las entrañas el secreto de la muerte, yace todavía sobre la fría mesa de mármol del depósito judicial, es conversación de actualidad esa desgracia que ha abierto á la curiosidad pública un hogar y que ha puesto de manifiesto las horribles torturas de una vida al parecer feliz y tranquila, pero en realidad llena de penalidades y muy parecida á otras vidas cuyas desgracias permanecen ignoradas.

¿Qué era el Sr. Donderis para la generalidad de los que le conocían hace unos cuantos días? Un hombre feliz y respetado. Joven todavía, á los cuarenta años, había llegado á uno de los puestos más distinguidos de la magistratura, de esa profesión que, teniendo la delicada misión de ejercer justicia, aparece revestida de los prestigios del sacerdocio, que despiertan veneración é imponen respeto. Todos los días vestía la severa toga, se colocaba en el pecho la placa de oro en que aparecen esmaltados el libro producto de la sabiduría, la balanza símbolo de la igualdad, y la espada justiciera que para corregir castiga; y, así revestido, se sentaba bajo señorial dosel para ejercer con sus compañeros el alto ministerio en que la sociedad confía.

Fuera del Tribunal, el hogar con una esposa amante, con dos niñas encantadoras que daban sus primeros pasos en el camino de la vida; y fuera del hogar, en lo que se llama el mundo, la consideración y el aprecio.

¿Qué queda de todo eso? El cadáver de un náufrago de las luchas por la existencia, la toga que ha estado cerca del banquillo, el llanto de una viuda, el luto de dos huérfanas, y la gente apiñándose para hacer comentarios en torno de todo esto, como se apiñan los habitantes de la playa á contemplar los restos del barco deshecho por la tempestad que arrojan las olas sobre la arena.

***

Inclinémonos ante la desgracia y respetemos el dolor. En cuanto voy á decir no hay la menor alusión á la vida del Sr. Donderis, y serán sólo consideraciones inspiradas por el suceso de actualidad que se expone á la crónica.

La clase media de nuestro país se ha empeñado en una vida de la que no puede salir bien. Muchas necesidades y pocos recursos: hé aquí el resumen de su existencia, y de aquí las luchas continuas, las zozobras incesantes, los anhelos, las torturas que permanecen ignoradas hasta que la desgracia las saca á la superficie.

¿Qué sueldos tienen los destinos á que se llega al fin de una carrera? Treinta, cuarenta mil reales generalmente. ¿Qué ganan con el ejercicio de una profesión liberal los que no constituyen la excepción, los que no son los genios ó los afortunados que figuran en primera línea? Pues una cantidad parecida.

Y con esto hay que pagar casa cuyo alquiler no bajará de seis mil reales si ha de ser decente, y hay que tener criados, y mandar todos los días á la plaza, y vestir, no con aquella prudente economía que hacía en otros tiempos que las señoras tuviesen pocas prendas para su atavío, pero buenas, sino con esta insustancialidad de la moda que hace gastar mucho en trapos y moños que es preciso renovar con frecuencia.

La mantilla de encaje que llevaba antiguamente una señora á su boda le servía mucho tiempo; del pañuelo alfombrado no veía el fin; el vestido negro, de buena y abundante tela, era susceptible de modificaciones que le hacían poco menos que eterno. Ahora á la mantilla ha sucedido el sombrero, que cuesta caro y que es preciso renovar en todas las estaciones; al chal han sucedido las confecciones, que varían de forma con más frecuencia que algunos políticos de casaca.

Y á todo esto se une el viaje de verano, que constituye una de las necesidades de la vida moderna; el abono al teatro; los gastos de representación, cada vez más grandes; el tributo á la vanidad, cada vez más crecido. Y como todo esto no se puede costear con un sueldo, resulta que la mayor parte de las familias de la clase media viven, como el Estado, en perpetuo *déficit*.

El marido se afana, el padre se desvela, y la deuda, la aterradora deuda, sube como la marea en torno del pobre trabajador del mar que nos pintó en páginas inmortales el genio de Víctor Hugo.

Es irresistible la tentación que producen los fondos, aunque no sean propios, al que sufre apuros. Se dispone de ellos confiando en que podrán reponerse. ¿Por qué no intentar esas jugadas de Bolsa que dan en un momento una fortuna? ¿Por qué no emprender los negocios arriesgados en los que se gana mucho oro? Y, además, ¿no sale unas cuantas veces al mes la lotería repartiendo premios grandes? Y, para un caso extremo, ¿no están los amigos ricos, que son obsequiosos y atentos? Todo esto se dice el que lucha con la existencia y tiene á su alcance fondos, aunque no sean suyos, para disculpar la impremeditación con que usa de ellos.

Pero ¡ay que la bola de nieve de la necesidad se agranda como la que baja al llano desde la cima de la montaña, y la Bolsa trae quiebras en vez de ganancias, y la lotería no cae, y los amigos con que se contó fruncen el ceño y cierran la gaveta á la primera petición de dinero!

¿Qué hacer entonces? Los periódicos lo revelan al dar cuenta de una fuga, de un suicidio, de una muerte repentina.

Este es el epílogo de muchos dramas de la vida real en que son personajes esos Sísifos de la clase media cargados con el peso abrumador de necesidades que no se pueden soportar.

¡Con qué facilidad se firma el primer pagaré sin reparar en réditos ni intereses, y cuántas veces aquel documento es la primera hoja de un proceso que termina con la carta en que un infeliz le dice al juez de guardia que no se culpe á nadie de su muerte!

No: la clase media de nuestro país, y especialmente esa clase media de la burocracia que tiene que atenerse á un sueldo, no puede vivir como vive sin que sean frecuentes esos hechos que preocupan algunos momentos y se olvidan pronto desaprovechando la enseñanza que ofrecen.

Para el que no tiene patrimonio no hay más fuente de riqueza honrada y pura que el trabajo, y á los productos de éste hay que acomodar las necesidades si no se quiere llegar á la catástrofe por el camino tristísimo del desequilibrio.

***

No se dirá que estas consideraciones no son muy propias del tiempo santo de sermones que atravesamos. Todas las tardes van las devotas elegantes á oir los sermones que predican los Padres Jesuitas en el aristocrático oratorio del Sagrado Corazón de Jesús.

Ahora parece que declaman contra las piececitas de género alegre que se representan en algunos teatros y contra los escotes que se lucen en las recepciones del gran mundo.

El tema es muy moral, no puede negarse; pero produce pocos resultados, pues hace mucho tiempo que se explota sin que por eso dejen de representarse con éxito piezas subidas de color, y sin que suban muchos dedos el escote aquellas que pueden enseñar entre el raso y los encajes algo más que huesos.

Indudablemente es muy pecaminoso el escote que aparta la batista para mostrar nieve teñida de rosa, como la que en las cimas de las montañas coloran los rayos del sol al despedirse, y líbreme Dios de defenderlo. Pero ¿cuánto tiempo hace que impera, y quién puede asegurar que haya llegado su reinado á la decadencia?

El escote es el traje de etiqueta de las damas. A donde los hombres van con el lúgubre frac negro ó con el bordado uniforme, ellas van con los brazos desnudos y con el pecho al aire.

No hace mucho que en un baile oficial del palacio del Elíseo, la residencia del jefe del Estado en Francia, fueron rechazadas dos señoras porque llevaban muy alto el cuerpo del vestido.

Los hombres, cuando van de rigurosa etiqueta á la corte, enseñan las pantorrillas aprisionadas en la ceñida media de seda: las señoras muestran la espalda y el seno, libres de inoportunos cendales.

¿Producirán efecto las predicaciones de este año? No puede asegurarse. Lo que sí se puede afirmar, porque es un hecho, es que muchas de las que estuvieron el último miércoles por la tarde en la coquetona iglesia de la calle del Caballero de Gracia, estaban por la noche en la embajada de Alemania luciendo sus brazos torneados y sus senos turgentes.

Los lectores habrán oído seguramente alguna vez una copla popular que dice:

No te tapes la cara,
niña bonita,
que al que tapa lo bueno
Dios se lo quita.

Las damas del gran mundo no quieren, sin duda alguna, que el Señor las quite lo mucho bueno que las ha dado, y hacen más caso de la copla que de los predicadores.

KASABAL

MARZO

Mes de transicïón, mes pastelero:
Germinal con Ventoso se ha abrazado;
mes arlequín, ni carne ni pescado
aunque el sol esté en *Aries*, el Carnero.

Corre de la Cuaresma el tiempo austero;
consigue el pecador ser perdonado;
mas ¡ay que la Cuaresma aun no ha acabado
cuando ya torna al delinquir primero!

Celébrase la fiesta de los Pepes
con los indispensables requesones
y chispas de Jerez, Champagne y Yepes.

Siéntense por el cuerpo comezones
que la gente combate con julepes,
y abundan los diviesos y flemones.

C. M.

AMORIOS EN LA LUNA

(CONTINUACIÓN)

— Pero ¿á dónde vamos?—pregunté sin valerme de los medios materiales que usaba en la tierra para hablar, formulando sencillamente la pregunta con mi pensamiento.

Digitized by Google

Mi amada, por toda contestación, sonrió, y, oprimiéndome más entre sus brazos, se esforzó en subir más aprisa y el surcar de nuestros cuerpos fué más rápido por aquel espacio que parecía elástico, pues apenas sufría nuestro contacto, nos enviaba más arriba. Viva luz nos envolvió de pronto: á nuestro alrededor todo lo vimos de color de plata. Una luz semejante á la que se escapa á través de un globo de nácar, hizo trasparente nuestros sutiles seres, y revoloteando fuimos á caer á las orillas de un lago... ¡qué digo, un lago! de un mar, de una inmensidad tranquila y clara como un espejo y formada de un líquido plateado y titilante como el mercurio.

— Estás en mi casa, mortal,—dijo mi amada colocando mi cabeza sobre su pecho. — Puedes ya decir, allá abajo, que has estado en la luna.

—¿Quién eres?—Esto fué lo único que se me ocurrió decirle.

—Si te dijera mi nombre me conocerías en seguida. Soy reina de muchos vasallos, pero allá abajo son muy ingratos conmigo, y á mis súbditos los encierran como animales dañinos. Esta es mi residencia; y cuando veo que algún mortal me busca, le cojo entre mis brazos y lo subo aquí para que me jure eterno amor y fidelidad.

—Como yo te lo juro.

— Gracias. Estabas desesperado, y yo me presenté ante ti para consolarte. Buscabas la mujer ideal y casi divina, y esa soy yo, que te amo como jamás mujer alguna es capaz de amar. Yo, al par que reino, soy esclava complaciente para mis vasallos. Tomo mil formas para llenar sus deseos: para uno soy ruedecita de la máquina creadora del movimiento continuo, que ruedo y ruedo sin gastarme jamás, sin sufrir descomposición; para otro soy la sustancia desconocida que ardo y ardo eternamente sin consumirme y produzco la luz perpetua; para algunos soy también la línea geométrica que completo la cuadratura del círculo; merced á mí, unos creen que han descubierto la dirección de los globos, otros las máquinas para volar; y todos mis vasallos ¡infelices! guardan con mucho secreto mis inspiraciones, y pasan uno y otro día hasta su muerte encerrados y olvidados del mundo, pero felices con la posesión de su gran secreto.

—Yo no soy de esos.

—Lo sé. Tú eres más difícil de contentar. Tú no deseas la gloria, sino el amor. Tú no quieres hacer descubrimientos: lo que tú ansías es ser objeto de una de esas pasiones verdaderamente sobrenaturales; y lo serás, pues me tienes á mí, que te amo, que te adoro, que te haré olvidar esa admiración que profesas á Saffo y á todas las heroínas del amor. Vuelve al mundo envuelto en la carnal vestidura, y vive feliz con la idea de que no hay mortal allá abajo que pueda jactarse de ser tan amado como tú.

—Yo no quiero volver al mundo,—exclamé. —¿Qué he de hacer allá? Pasear mi materia, alimentarla, respirar vil prosa, y... nada más. Yo quiero estar aquí eternamente, junto á ti, aspirando tu aureola de perfumes, confundiéndome con tu ser en este espacio todo luz y hermosura, y dando á nuestros espíritus nueva vida y vigor en nuestros besos.

—No puede ser, márchate. Tu cuerpo está allá abajo incólume y lleno de vida, y no es posible que un organismo esté sin romperse y al mismo tiempo sin espíritu que le anime. Ve allá abajo, y el día en que mueras, en que tu alma se desligue voluntariamente del cuerpo, ese día vendrás aquí, volverás á mi lado, y juntos estaremos toda la eternidad.

Yo no pensaba obedecer, no me quería marchar, y así se lo manifestaba con una resistencia pasiva.

—Recuerda,—me dijo con cierto aire de autoridad que aun la hacía más hermosa,—que soy reina al par que amante, y que tú eres mi vasallo. Obedéceme y parte: yo iré á verte allá abajo alguna vez.

Continué mi resistencia, pero mi amada se cansó de ella. El lago hinchóse casi en la misma orilla, produciendo una gigantesca ola que descargó sobre mí. Sentí un violento golpe en la espalda, faltóme sitio donde apoyarme y caí en el espacio. Bajé rápido como una bala de cañón, y al tocar el suelo sentí un fuerte golpe en la cabeza.

III

Federico calló por breves instantes, que aprovechó uno de sus amigos para decir:

—Veo ya el final en lontananza: vas á terminar tu relación con esas palabras que son el epílogo de muchas novelas vulgares: «—Cuando volví en mí me encontré cómodamente acostado en mi propia cama. Todo había sido un sueño.»

MISS ELISABETTA BISLAND

MISS NELLIE BLY

Las dos viajeras rivales que apostaron dar la vuelta al mundo en 75 días.

—Te engañas. Cuando volví en mí me encontré en mi cama, pero no había soñado, pues tenía fracturada una pierna y la cabeza descalabrada de resultas de una caída. Había estado cuatro días en un delirio continuado, ó sea desde la noche en que me recogieron caído de la luna.

—¡Federico, por Dios, que el que cae de tan alto sufre algo más que dos ó tres fracturas fáciles de curar!

—Piensa que mi amada velaba por mí.

—Además, lo que cayó desde allá arriba era tu espíritu según dices, y un espíritu no se fractura las piernas.

—Ignoras una circunstancia. Cuando mi espíritu, en su caída, estaba ya muy cerca del suelo, se encontró con el cuerpo que aun seguía intentando escalar aquella esquina; y con tanta fuerza se introdujo en él, que vinimos al suelo, y de aquí las fracturas.

Los tres amigos se miraron é hicieron gestos raros ante tal explicación.

—Federico,—dijo uno de ellos,—eres un argumentador irresistible. Y ¿no has vuelto á encontrarte con tu amada?

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

(Se concluirá)

Digitized by Google

LA CUBIERTA DE UN TRASATLÁNTICO

Digitized by Google

VALENCIA: LA GLORIETA (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

EL PRIMER GALAN

Sí, señoras; sí, señores: el primer galán de la *troupe* aristocrática y distinguidísima que funcionaba (hace ya mucho tiempo, no sé cuánto) en el precioso teatro *Carolina*, instalado por los opulentos marqueses de Venacá, condes de Vetallá, en su magnífico palacio *(hotel* si Vds. quieren, aunque la Academia no lo autoriza) de las afueras, bajo la advocación y el patrocinio de una niña bellísima que llevaba aquel nombre y era hija única de los ya mencionados marqueses y condes y tal.

Batas te

Era joven y no era feo; *vestía bien* y no *cortaba* mal el verso, y lo nombraban Ricardito Lobaila: nada más puedo decir á Vds. de este apreciable muchacho (muchacho entonces, por supuesto, que ahora ya será machucho) que no tenía señas particulares. El padre de Ricardo había sido en sus mocedades gran amigote del marqués de Venacá; y cuando éste resolvió dar funciones en su palacio, el señor de Lobaila y su hijo Ricardo fueron de los convidados. Y sucedió una vez que el director de escena del teatro *Carolina* dió un papelillo de muy escasa importancia á Ricardo, y Ricardo lo representó á pedir de boca según opinión unánime del auditorio. Yo, la verdad, no presencié aquel primer triunfo escénico de Ricardo; pero siempre he creído que más sería el ruido que las nueces. Por regla general, aquellas actrices y aquellos actores aficionados eran muy medianitos, y me parece que los adulo. Es claro que al día siguiente de cada representación aparecían en casi todos los periódicos noticias encomiásticas de *tan deliciosa fiesta*: la señorita de *Tal* había entusiasmado; la niña de *Cual* habría hecho palidecer de envidia á la más celebrada de nuestras artistas de profesión; el señor *Fulano* representaba con un primor que no estábamos habituados á ver en nuestros principales teatros; el señor *Zutano* se *revelaba* como un verdadero maestro; y... así sucesivamente. En todo esto (ya se comprende) había mucha exageración, mejor dicho, todo ello era exageración. Ellas y ellos hacían, eso sí, todo lo que buenamente podían, y de ordinario podían muy poco; pero, al fin y al cabo, se trataba casi siempre de muchachas muy lindas y muy bien vestidas, y salían á las tablas tan monas y solicitaban el aplauso con tanta gracia, que no había más remedio que aplaudir hasta romper los guantes y elogiar hasta agotar el diccionario. Amén de eso los marqueses daban muy bien de cenar, y el crítico, después de haber cenado opíparamente, está muy predispuesto á la benevolencia. Por estas ó por otras razones, ó acaso por aquello de que en tierra de ciegos el tuerto es rey, Ricardo probó las dulzuras del aplauso público, y se engolosinó de tal suerte que ya no pensó en otra cosa. Las palmadas de los concurrentes, las salidas á escena, los plácemes de los amigos, le aturdieron un poco; pero cuando al siguiente día leyó en todos los *órganos* de la opinión pública que él tenía condiciones de actor eminente y aptitudes excepcionales para *hacer la comedia*, que podía ser considerado como heredero legítimo de las glorias de *Julián*, perdió por completo la cabeza: tomó en serio sus tareas de comediante, y tanto se aplicó y con tanta asiduidad asistía á los ensayos, y con tal empeño estudiaba sus papeles y caracterizaba á los personajes que debía representar, que llegó en poco tiempo á ser el primer galán de su compañía.

¡Y poco hueco iba Ricardo por esos paseos, figurándose que todas las miradas se fijaban en él y que allí no se hablaba de otra cosa que de lo *magistralmente* que él había interpretado el papel de D. Martín en *Marcela* ó el de protagonista en *El hombre de mundo!* Cuando pasaban cerca de él dos chicas bonitas, parecíale que le contemplaban con asombro, y aun se figuraba oir que decía la una á la otra:—Ese *pollo* tan elegante es el primer galán de *Carolina*. ¡Y qué bien trabaja!—Nada de esto oía Ricardito, pero como si lo oyera; y cada vez más convencido de que era ya una celebridad y de que las familias de buen tono se lo disputaban, se consagró en cuerpo y en alma al divino arte de la declamación, y ahora con los ensayos, y después con el estudio de los papeles, y luego con las funciones, y un poco antes en discusión con el sastre, y un poco después en las riñas con el peluquero, y todas las mañanas con la lectura de los diarios para saber lo que decían de sus triunfos ó enojarse con los *periodiquillos* que no le citaban, consumía todo su tiempo y mucho más que hubiese tenido.

En realidad el tiempo no le sobraba, pues á más de las ocupaciones antedichas no se daba abasto para acudir á las reuniones á que era invitado, ni para salir á paseo, ora en carruaje, ora á caballo, con infinitos amigos nuevos que solicitaban su compañía. Porque (eso era otra cosa) aunque Ricardito exageraba muchísimo sus propios méritos, y aunque se forjaba grandes ilusiones en lo relativo á su celebridad, algo famoso y algo célebre sí lo era. Ni su celebridad, ni su fama traspasaban los umbrales del teatro *Carolina;* pero aun entre los asiduos concurrentes del lindo coliseo de los condes de Vetallá, contaba Ricardito con admiradores sinceros que se envanecían con llamarle su amigo y se daban cierto *lustre* afectando tratarle con suma confianza; chicos todos ellos, ó en su mayor parte, de la aristocracia del dinero, cuya amistad costaba muy cara al padre de Ricardito, el buen Sr. Lobaila. Pero para que su hijo alternara dignamente con sus nuevos amigos sin convertirse en un *gorrón* de primera, érale necesario concederle, con deplorable frecuencia, créditos supletorios que se consumían tan pronto como eran cobrados.

Todo lo llevaba con resignación el Sr. Lobaila, á quien lisonjeaban también mucho los triunfos escénicos de su heredero y que no podía menos de alabar lo bien relacionado que Ricardito estaba: hoy almorzaba con un conde, al día siguiente cenaba con un duque, muy á menudo se iba de cacería con barones y hasta príncipes. Y lo que él decía frecuentemente:—«Al que á buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.» Y malo ha de ser que, entre tanto título de Castilla y tanto grande de España á quien trata el muchacho de igual á igual, no le den negocios para formar un buen bufete hoy que termina la carrera.

Porque se me había olvidado decir á Vds. que Ricardito seguía la carrera de Derecho; y

Digitized by Google

es bien perdonable que se me haya olvidado á mí, porque también se le había olvidado á Ricardito. Calculen Vds. si á quien estudia sus papeles por la mañana, y ensaya por la tarde, y representa por la noche, y cuando no representa baila ó enamora, va á quedarle tiempo para entretenerse en averiguar *Divinarum atque humanarum reram notitia*... En fin, que llegaron las postrimerías del curso, y con ellas los exámenes, y el primer galán que sabía mucho de Bretón de los Herreros, y de Rodríguez Rubí, y de Narciso Serra, y de Vega, y hasta de Olona, no tenía la menor sospecha de que hubiese existido Justiniano, ni de que hubiese en algún libro *justi atque injusti scientia;* y como el hombre tenía desparpajo y estaba muy acostumbrado á hablar en público, se presentó á exámenes. Por desgracia, los señores jueces, que no concurrían á las funciones del teatro *Carolina* ni habían oído una palabra sobre los merecimientos del *primer galán*, le suspendieron, ni más ni menos que hubiesen podido hacer con el último de las partes de por medio de la compañía.

Aquel contratiempo inesperado disgustó lo que no es decible al Sr. de Lobaila, el cual llamó á capítulo á su hijo y le anunció su resolución firmísima de obligarle á *rescindir su contrata* con la empresa del teatro *Carolina*. Ricardo, que había tomado afición á la vida del teatro (de la cual el infeliz solamente había conocido el lado alegre), manifestó al autor de sus días que el estudio de las leyes le hastiaba y que estaba resuelto á dedicarse con toda seriedad al teatro.

No es posible expresar con palabras la santa indignación que en el Sr. Lobaila, un tanto linajudo y muy chapado á la antigua, produjo aquella manifestación de su primogénito. —¿Has perdido el juicio?—le dijo. ¡Como si lo hubiese tenido alguna vez!—¡Tú, tú, el descendiente de cien generaciones de Lobailas, quieres hacerte comediante! ¡Un Lobaila convertido en histrión! ¡No sé, no sé cómo he podido oirte sin emprenderla contigo á mojicones y á patadas! ¡Medrados estaríamos! Y ¿en esto habrían venido á parar tus amistades con marqueses y duques? Abogado has de ser; y si para que lo seas es necesario (que ya voy viendo que lo será) tu separación completa de esas distracciones, desde ahora mismo te prohibo que vuelvas á casa de la marquesa de Venacá.

Acaso hizo mal el Sr. de Lobaila en dejarse arrebatar por sus preocupaciones, ya pasadas de moda, cerrando de esta manera á su hijo un camino por el cual tal vez hubiese llegado á alguna parte; pero, vamos, esas son cosas en que no quiero ni debo mezclarme. ¿Quién sabe si Ricardo, metido definitivamente en el teatro, hubiese acabado por ser un perdido (aunque más perdido que fué sin ser del teatro no cabía), y si no habría pasado de comiquillo de veraneo? Lo repito: allá él. Si en conciencia creyó que su obligación era apartar á su hijo de aquella senda, obró como sabio y prudente y bueno haciéndolo así. Creo que mientras la sociedad humana esté organizada como hoy lo está, los deberes del varon no concluyen cuando han engendrado un hijo, sino que siguen hasta más adelante. No se trata sólo de tener hijos por el gusto de tenerlos y para *poblar el mundo*, sino de criarlos y educarlos y guiarlos. ¿Que esto es difícil? ¡Ya lo creo que es difícil! Por eso hay tantos muchachos mal criados y sin pizca de educación por esos mundos. Por eso digo que me libraré muy bien de censurar al padre de Ricardo porque prohibiese á éste dedicarse á la escena. Quizá le perjudicó, eso es otra cosa; pero si obró con buena intención, la intención lo salva. Mucho hubieron de trabajar los marqueses de Venacá, condes de Vetallá, para persuadir al buen Sr. Lobaila á que permitiera á Ricardito continuar *actuando* de *primer galán* en el teatro *Carolina*. Obtenida del artista insigne la promesa de consagrar más horas al *Derecho Romano* que al estudio de sus papeles, le fué permitido seguir luciendo su elegancia en el vestir, sus maneras que recordaban las de Manuel Catalina, su naturalidad en el decir, sólo comparable con la de Romea. Los periódicos siguieron diciendo de él todo esto y mucho más que no recuerdo ahora, y en casa de los marqueses era el niño mimado de la marquesa misma, y de sus amigos y deudos, y parientes y testamentarios. Porque, al cabo, Ricardito no solamente les divertía gratis, que ya es hacer algo, sino servía á ciertos planes que ellos *se traían* (como decimos ahora) sin dar noticia de ellos á nadie.

Esos proyectos, que al fin se realizaron, no eran otros que los de casar á su hija Carolina, que era efectivamente muy mona y muy listilla, que tenía muchísima gracia y se destacaba en aquel cuadro de compañía *quantum lenta volent inter viburne cupressi*, como muchos años después y con motivo muy distinto había de decir Cristino Martos. Verdad es que ya se disponían las cosas de modo que Carolina hiciese mucho, aunque fuese preciso eclipsar á todas las demás. Los marqueses, aunque solían ser designados en las *noticias de sociedad* con el epíteto de *opulentos*, no lo eran tanto como la gente lo pintaba, y juzgaron que podrían convenir mucho aquellas manifestaciones casi públicas de lo que Carolina valía. Y nada, sus previsiones se realizaron: al terminar la tercera temporada, se empezó á decir por los salones aristocráticos que la hija de la marquesa de Venacá había sido, ó sería, pedida en matrimonio por el heredero de un título de la más antigua nobleza. Y los rumores adquirieron consistencia, y por último se confirmaron del todo, y... antes de comenzar las funciones de la cuarta temporada Carolina se había casado. Había dejado de ser la señorita hija de la marquesa para convertirse en señora duquesa de Fuentemalva, y, lo que es más triste, se había separado definitivamente del teatro, porque su esposo, el duque, no gustaba de ver á su mujer enamorada de galanes y requebrada por Tenorios, y tal vez abrazada y besada por padres postizos, que, aunque sean padres de mentirijilla, suelen abrazar de veras cuando se trata de mujeres bonitas.

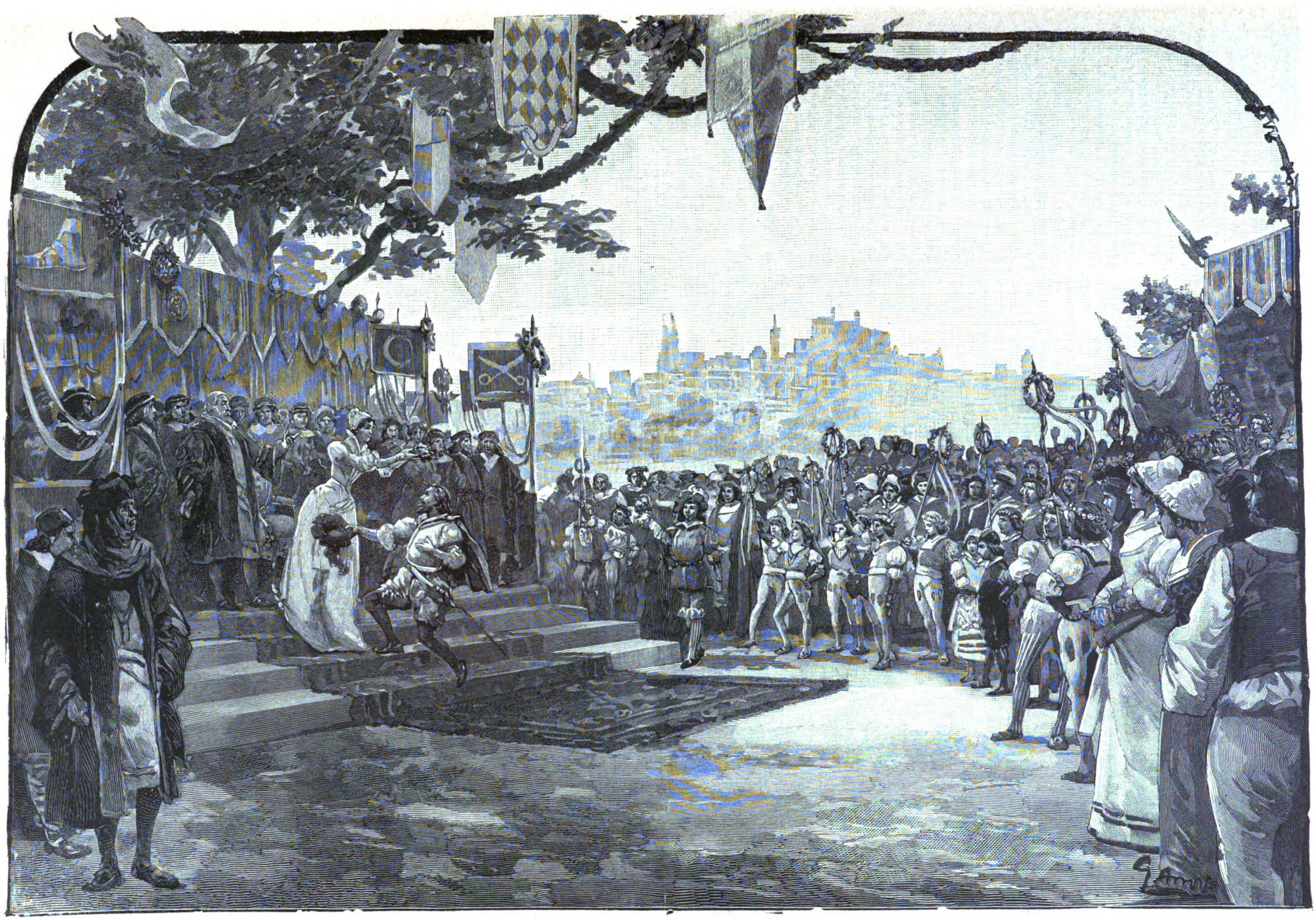
Los marqueses sostuvieron, porque no se dijera, el teatrillo *Carolina;* pero como ya había dado la sustancia, y como aquellas funciones sin *la estrella* que las animó desde un principio languidecían lastimosamente, al año siguiente cesaron de darse funciones, y Ricardito quedó cesante en su cargo honorífico de *primer galán*, y poco á poco las gentes, ingratas de suyo y olvidadizas, dejaron de acordarse de él, y los periódicos no le anunciaban siquiera. Cierto que no tenían para qué, como no hubiera sido para decir que continuaba saliendo suspenso todos los años.

Salidas de teatro

No he vuelto á ver á Ricardito desde una noche en que le vi representar, muy discretamente, en el teatro *Carolina*, *Asirse de un cabello*. Su corrección en vestir, su airoso porte al llevar el frac, esa prenda tan desairada, impresionaron muy agradablemente á la concurrencia, y confieso que yo mismo quedé encantado de hallar en él algo que no es muy frecuente en los cómicos y en los que no lo son: elegancia natural, maneras distinguidas, trato de gentes y buena crianza. He oído decir que, después de repetir cuatro años seguidos el primero de Leyes, abandonó la carrera; que, muerto su padre y siguiendo sus inclinaciones, intentó formar parte de una compañía dramática y no pudo conseguirlo. Por entonces el pobre ya se había casado, mal y de mala manera, con una de sus admiradoras, y... hoy creo que ella y él venden periódicos y obras en no sé qué estación de ferrocarril.

¡Cuántas veces contemplará con amargura á sus antiguos amigos los duques y los condes aquellos que se disputaban su amistad y solici-

Digitized by Google



«LOS MAESTROS CANTORES», DE RICARDO WAGNER (escena final del acto último)

Digitized by Google

«MATER AMABILIS» (cuadro de G. Sciuti)

Digitized by Google

taban su compañía, que pasan sin mirarlo y sin conocerlo en sus coches de lujo, y no pensarán que aquella voz que dice:—*¡El Imparcial! ¡El Liberal! ¡El Madrid Cómico! ¡La Guía de los ferrocarriles!*—es la voz del Ricardito Lobaila, el primer galán del teatro *Carolina!*

A. Sánchez Pérez

VOCES DE LA NATURALEZA

El Almendro

—Mi ramaje es el primero que florece para anunciar el regreso de la primavera: á mi temprano despertar remuévense los gérmenes de la tierra, corre la savia bajo las ateridas cortezas, sacuden los pájaros el polvo de sus liras, despliéganse dificultosamente las alas de los insectos, y, á la vez que el misterioso germen labra su flor y las abejas recobran su zumbido, envuelto en la clámide de mis flores observo el levantamiento mágico de la naturaleza, miro cómo atraviesa el lagarto arrebujado en su piel de colores, cómo deslía sus círculos apretados la culebra, cómo la nieve se despereza corriendo en hilos sonoros á los valles, y cómo por manera inefable apunta el primer brote ó se rompe la primera yema convirtiéndose en brillante corola.

A mi florecer brilla el primer tono rosado en los cielos, resbalan por los troncos las alegres lluvias que han de cincelar con gotas cálices de rosas y arcos encantadores de lirios.

Cuando los demás árboles han cubierto de hojas sus ramas, y de cada selva sale un rezo como de cada fuente una plegaria, á cada noche que se encienden las estrellas en el cielo yo apago las rosadas estrellas de mis flores, y, deshecho mi reinado y trocadas por frutos mis corolas, veo allá sobre los distantes peñascos erguirse la elegante y ardorosa palmera, que abre su espléndido abanico en los aires y refresca con sus hálitos las doradas y abrasadoras siestas del estío.

La Palmera

—Yo presido la orgía deslumbradora de la tierra. Desde las alturas del cielo miro el vigoroso enroscarse de las parras á los techados y las veo cubrirse de trasparentes racimos. Las vides mueren bajo la luz del hermoso tapiz de las pámpanas, entre las cuales van á ocultarse las cigarras; ondulan pausadamente los cañaverales abanicando con sus hojas idilios pastoriles; de toda la tierra sube á los cielos un movible tejido de vapores que enerva y languidece los árboles y calienta los manantiales; el hombre sueña bajo mi sombra y eleva palacios encantados en su mente; verifícanse las misteriosas transformaciones de las vírgenes y de las crisálidas en mujeres y mariposas; y á la altura de mi tronco cuelga la hiedra su pabellón flotante, donde vienen á emboscarse, sedientas de frescura, las abejas.

Al trocarse mis palmas en elegantes arcos de oro, presido la madurez de los frutos teñidos de suaves colores y miro el soberbio balanceo de las ramas pletóricas, que crujen al peso excesivo de la abundancia. Yo elevo mi abanico oriental en el calado patio moruno donde la odalisca se hunde en las riquezas conquistadas por su soberano; envío entre los pliegues del aire mis caricias á las lejanas palmeras que se empinan sobre las rocas para mirarse; chocan en mi penacho las águilas; y cuando todo tiende en la tierra á abrir alas, deseos y follajes, yo baño mi enloquecida cabeza en los rubios y espléndidos oleajes del sol.

El Cipres

—Mi ramaje es eterno como la muerte. No hay para mí alegres primaveras ni abrasadores estíos: ningún aliento de vida viene á florecer mi follaje. Apartado y triste lo mismo cuando las alboradas se llenan de tintas brillantes que cuando las tardes se cubren de tinieblas, yo elevo mi tronco sobre un monton de ceniza y sobre amarillas osamentas.

En mis ramas graznan ferozmente las aves siniestras, que caen sobre las tumbas y levantan ecos misteriosos. Al conjuro de las voces del viento en mi ramaje, se elevan los guerreros de piedra de los sepulcros, tejen su accidentado vuelo de mariposa los fuegos fatuos, suena la gota de agua sobre la hueca calavera, y la azada arroja montones de tierra sobre los ataúdes.

Mi riego se compone de lágrimas; mis murmullos se forman de lamentos; se arrastran de rodillas los hombres á mi presencia; y cuando se inicia la primavera y la naturaleza lanza su poderoso canto de vida, las flores de mi edén se desenvuelven dentro de fatídicas macetas, porque salen del fondo de las calaveras.

Salvador Rueda

Trajes de recepción

PSICOLOGÍA PERSONAL

La ciencia de nuestras ignorancias, la inmersión de la luz en la penumbra, la perspicacia del juicio asomándose á lo insondable, lo que se sabe y lo que se ve, evocando lo que se presiente y formulando la eterna cuestión al misterio que por todas partes nos rodea, son otras tantas audacias del pensamiento, ó empeños (propios de la insania, considerados superficialmente), que implican en realidad labor seria y estimable en la indefinida de formar conciencia de nosotros mismos y de todo lo que nos rodea.

A tales audacias, aunque con apariencias modestas, corresponden todas las observaciones que recogen los grandes escritores del limo y sedimento, que constituye su propia personalidad formada en relación al medio como la planta nutrida por el aire. En esta especie de Psicología personal, á través de notas incoherentes y de observaciones nimias, revelan los toques del talento ó del genio, al evocar sus propios recuerdos, lo mismo que flor perfumada al mover sus hojas, lo más íntimo y consustancial de su ser, algo que surge del fondo é idiosincrasia propios al contacto con la realidad, choque en cierto modo semejante al del acero con el pedernal, de donde salta la chispa. Profundizar con la sonda de la reflexión y de la crítica en estas corrientes positivas y negativas, simpáticas y antipáticas, que son constantes entre la personalidad y el medio que la rodea; notar ahora la influencia benéfica, apuntar después la tendencia repulsiva, fijar más tarde el consorcio de la personalidad con el medio ó la divergencia de la primera respecto al segundo; es en último término reconocer la *grandeza de lo pequeño*, dando con ello testimonio preciso de que *todo está en todo*. Y es claro que la complexión, que pone de relieve la realidad en todos sus diversos y múltiples matices, se acentúa con tonos plásticos y vivos muy señaladamente en la inefable y divina conjunción de la personalidad con el medio como el punto de empalme de la individualidad con su fin. *Omne individuum ineffabile*, ha dicho Schopenhauer.

Fijando en la serie indefinida de impresiones que de todos lados nos rodean como atmósfera que nos nutre, las que persisten á través del tiempo y se graban en nosotros, formando carne de nuestra carne y hueso de nuestro hueso, es cómo nos adiestramos en aquel arte sublime de *saber mirar y ver*, á que reducía Gœthe la condición primordial del talento. Si á ese registro ó inventario unimos, en especie de corriente central, los eslabones restantes de esta cadena de oro, en que engarza la vida latente de nues-

Digitized by Google

tro carácter, quedan echadas las bases para una *Psicología personal*, que será por lo menos capítulo interesantísimo de aquella ciencia concebida por St. Mill, y aun no formada: la Etología ó ciencia del carácter. En él se sintetizan de modo eminente las influencias todas del medio con el impulso inicial y semigerminativo, que más tarde ha de fructificar en la personalidad. Si este impulso se malogra y esteriliza, lo mismo puede proceder el mal éxito de las influencias del medio (lo desfavorable de las circunstancias) que de la dirección desacertada que dentro de ellas imprimimos á la propia personalidad (ineptitud ó torpeza). Si por el contrario fructifica y prospera, á ambas causas habrá de referirse el resultado.

Obvio es por demás que el ritmo del tiempo impone su marcha inflexible á las conexiones de la persona con el medio, sin que tal exigencia, contraria á lo extemporáneo (á lo que aparece sin sazón y antes de su madurez, precocidades malogradas), implique oposición ninguna á que el impulso innovador y el acicate de lo perfectible filtren *vino nuevo en el odre viejo;* antes bien de suyo requiere, por la virtud eficaz de las enseñanzas de la experiencia misma, que el obligado decurso del tiempo sea causa ocasional para que la racionalidad eduzca é infiera la *previsión*.

También es cierto, sin que haya necesidad de aducir razones bien manifiestas, que en estas observaciones, notas, registros, especie de saldos de la propia personalidad con las circunstancias que dentro del medio la rodean, será preciso que la crítica separe el *trigo de la zizaña*, entendiendo aquí por zizaña el *sujetivismo presuntuoso*, que sólo enseña la flaqueza de la condición humana, cuando, neciamente prendada de sí, aspira á suplantar la realidad de que se nutre y dentro de la cual vive con el orgullo satánico de un Narciso, enamorado de sí mismo. Las autobiografías de tales genios malogrados son á la *Psicología personal* del hombre que se estudia á sí mismo dentro de su medio lo que el simbolismo de la antigua Alquimia á los resultados positivos de la Química moderna. En las primeras, un ideal concebido quizá sin haber arbitrado medios para ponerlo por obra, y concebido de una manera abstracta, hace resaltar, más que la propia personalidad, la aprehensión sujetiva, la sombra de una realidad, sombra desvanecida por el lamentable motivo de que el mundo entero no se ha postrado á sus pies para quemar incienso y mirra. Tales son los genios malogrados, bohemios perdurables, que llevan siempre en los labios las máximas del Pesimismo, verdadera *filosofía de bolsillo* ó esperanza (aunque sea paradójico) de los desesperados. En las notas y perspectivas del hombre que se estudia en su medio y dentro de esta complexión en el fin que ha perseguido, la realidad circundante es el término primero, es el acero contra el cual choca el pedernal para que salte la chispa. Y de este modo, con sinceridad y modestia, en el grado mismo en que pone de relieve el buen temple del acero, enaltece, aun sin quererlo, el pedernal que con él se pone en contacto.

Leyendo entre líneas, y sin sutilizar demasiado, pudieran citarse á granel ejemplos de observaciones positivas, de carácter real y aun de trascendencia universalísima en muchas obras de los grandes escritores. En ellas surge su propia personalidad y se destaca con un valor sustantivo dentro del medio que la circunda cual síntesis y cúpula de la propia existencia, ofreciendo de este modo enseñanzas, de obra y de palabra, para la formación del carácter y aun para la explicación justificativa de las imperfecciones que le son inherentes, pues el hombre perfecto, el *Caballero sin Tacha y sin Mancha*, es un héroe de melodrama, pero no un ser real y vivo. Valga como ejemplo del último extremo, es decir, de explicaciones justificativas de las imperfecciones de un carácter, las aducidas por Gœthe en su *Dichtung und Warheit*, cuando declara su falta de patriotismo, sin que deje él de concebir (aunque en sí mismo no pueda sentirlo) el ardor patriótico de un Kærner, todo ello educido del medio y circunstancias que han rodeado respectivamente al uno y al otro, no censurando él á Kærner, pero solicitando de los demás que no le exijan lo que no puede dar de sí. ¡Cuán exacto conocimiento de sí y del medio en que vive implican estas certeras observaciones de Gœthe!

Si queremos hallar cerca, entre nosotros, explicaciones positivas de determinadas cualidades del carácter personal justificadas del mismo modo que lo hace Gœthe cuando habla de su *tic realista*, opuesto al *tic idealista*, de Schiller, nos bastará leer y meditar aquellas *bromas serias* de Clarín cuando, burla burlando, refiere su primera entrada en la Universidad, los prestigios que se le desvanecen, los que tomán más cuerpo que el que les había concedido en su imaginación, y otras *esquisiteces* propias del escritor que, como él, mira alto y cimenta hondo. Y si queremos seguirle en esta confesión de sus puntos (y quizá comas) pecaminosos, leed y leamos la descripción que hace de la primera vez que oyó y vió representar á Calvo, á aquel malogrado *tenor del verso*. Los acentos, entusiasmos y ternura del gran actor recordaban al crítico severo y sagaz su tierra, su madre, su infancia muerta y su pubertad naciente, y hacían olvidar al Juvenal de las Mesalinas del ripio las condiciones artísticas y literarias de la obra que se representaba. En esa lectura, ¡cuánto y cuánto campo laborable hay para ejercitar el *saber mirar y ver!*

Sin salir de los contemporáneos, que deben inspirar más intenso *calor de humanidad*, leyendo *Treinta años de París*, de A. Daudet, es imposible olvidar la descripción, aunque minuciosa, concisa, al estilo de Melo, de la noche de insomnio que pasa el futuro novelista esperando ver su primer artículo publicado, y llega el momento semigenesíaco, el *Fiat* bíblico, y el atentado contra la vida de Napoleón impide que salga el periódico y todo el sueño de oro se disipa como nube de verano. Y después viene otro sueño y otro. Un primer frac, una primera entrada en el gran mundo, hambre que siente, poeta desconocido á quien toman por un príncipe de Valaquia, dispensándole un honor que se siente obligado á estimar como un insulto, una copa de exquisito licor que es agua clara; miedo á sí mismo y al ridículo, que, de tropezón en tropezón á cual más prosaicos, obligan al poeta lírico y tildado á cometer la insigne torpeza de romper vasos, platos y demás servicio de mesa, concluyendo por salir huído de aquella casa; son otros tantos episodios que en su pequeñez revisten la sublimidad de todo lo que es íntimo y propio, revelando el hermoso contraste que resulta de un medio dentro del cual no se halla aún adaptada la persona que se mueve en él. ¡Con qué fácil habilidad y posesión de sí se moverá actualmente Daudet en esos mismos círculos!... Aprende, antes de enseñar ó enseñando, aprende Daudet, *docendo dicitur;* así es que reconoce, en la fidelidad con que evoca y describe este y otros recuerdos, su predisposición á los detalles minuciosos, sus preferencias por lo íntimo y por lo delicado, inclinaciones que en él se acentúan favorecidas por su miopia. ¡Cuán natural y espontánea es la aparición del carácter personal de este escritor, dado el medio y condiciones que le han rodeado!

LAS ANTILLAS: LA ISLA DE GRANADA

Para precisar síntesis semejantes á las que dejamos indicadas, y que se hallan implícitas en esta especie de meditaciones exteriorizadas de los grandes escritores, es necesario discernir el elemento exclusivamente sujetivo del propiamente personal, aunque íntimo. El primero (aun cuando á veces sea el que merece las preferencias del escritor) es superfluo y baladí. El personal, el íntimo, en cuanto condensa en sí mismo de modo estable alguna relación capital con el medio, es el elemento utilizable para el estudio, el que ofrece enseñanzas elocuentes para concebir los *caracteres en vivo*, los caracteres como son ó deben ser, dinámicos y no estáticos, pues su mismo aspecto permanente evoluciona y se trasforma merced á su inmersión en el medio dentro del cual se desarrolla y prospera el carácter, como dentro de la tierra donde tiene sus raíces se nutre y crece la planta. A esta intensa labor excita todo escritor que sabe, aparentando hablar sólo de sí mismo, hablar de todas las cosas que con él se relacionan. Cuando llegue á nuestras manos libro de tal naturaleza (y la señal que lo caracteriza es bien patente) es preciso leer y meditar, pues en lo pequeño se halla lo grande y en lo cómico lo serio. A tales libros hay que aplicar el conocido precepto: *Lege et labora.*

U. González Serrano

Digitized by Google

TIPOS DE CERDEÑA

TRAJE DE LOS LANUSOS

UN MASSAIUS

TRAJE DE LOS LANUSOS

TRAJE DE LAS LANUSAS

TRAJE MIXTO

Digitized by Google

EL POZO

LA VIDA EN LA QUINTA

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

La Sierra Nevada, por *Luis de Rute*.—**Paris**, 1889

Con muy buen acuerdo se ha publicado, traducida al francés, la monografía que el señor D. Luis de Rute (Q. E. P. D.) dedicó al estudio de Sierra Nevada. Compónese el libro, lujosamente impreso, de las conferencias dadas en el Círculo Artístico y Literario de Granada, y del *Diario* del viaje por la Sierra, empezado el 3 de agosto y terminado el 14 (1888). El autor describe detenidamente, bajo múltiples aspectos, el hermoso macizo penibético recorrido desde Lanjarón al Pico del Mulhacén y desde el Picacho de la Veleta al marquesado de Zenete, no cabiendo lectura más interesante ni más amena, por manera que lo mismo el geólogo que el pintor, el fisiólogo que el geógrafo, el historiador que el físico, encuentran allí importantes datos y abundantes observaciones que habrán de servir de mucho. Al par de esto, aparece el Sr. de Rute como un escritor lleno de elegancia y poseído del más sincero sentimiento de la Naturaleza, todo lo cual viene á corroborar la justicia con que fué tan deplorada su temprana pérdida.

Segundo Congreso Nacional de Arquitectos, celebrado en Barcelona durante la Exposición Universal.—Barcelona, 1889.

Contiene este libro las sesiones celebradas por los arquitectos cuando la Exposición Universal de Barcelona, y se ve que, aunque en el Congreso se habló más quizás de lo que era estrictamente necesario, facundia peculiar á todos los Congresos españoles, no por eso dejaron de decirse muy buenas cosas. Así, por ejemplo, el señor D. Mariano Belmás mostróse competentísimo en punto á higiene arquitectónica; el Sr. Torres Argullol hizo gala de su erudición en la historia de la arquitectura y oficios é industrias auxiliares de la misma, igualmente que el señor D. Demetrio de los Ríos (bien que este distinguido arquitecto no estuvo en el Congreso, sino que envió una memoria); el señor Bassegoda demostró su competencia en cuanto al importantísimo punto de cómo podrían precaverse las desgracias que ocurren en las obras; el Sr. Domenech y Estapá hizo alarde de su espíritu progresivo; y, en una palabra, no puede negarse que ninguno de los oradores dejase de revelar profundos conocimientos en el asunto de que tratara. Falta ahora que los acuerdos del Congreso, laudabilísimos todos ellos, se traduzcan pronto en hechos, sobre todo los que se refieren á los temas 2.º y 5.º

ALFREDO OPISSO

NUESTROS GRABADOS

MADAME VIGÉE LEBRUN

Era Mme. Vigée Lebrun una de las más hermosas mujeres del Primer Imperio, distinguiéndose como pintora de retratos, hasta merecer se la comparara con Van Dyck. Indudablemente no ha alcanzado tan ilustre artista la fama que merece.

MISS NELLIE BLY Y MISS ISABEL BISLAND

¡*Enfoncé* Fileas Fogg, que tuvo que tardar 80 días en dar la vuelta al mundo! Esas *misses* le han dado en 75, y perdone M. Julio Verne. Pero ¿qué digo? No, señor. Miss Nellie Bly, representante del *New-York Herald*, la ha dado en 72 días y 6 horas. ¡*Nellie for ever*! Verdad es que miss Elisabeth Bisland, del *Cosmopolitan Magazine*, no pudo llegar á tiempo para tomar el vapor del Havre, y que á no ser por eso no se hubiera retrasado de 6 horas, retraso que le ha costado perder la suma de 10,000 francos, que era la cantidad apostada y que como buena yankee se apresuró á pagar por telégrafo.

Creemos que nuestros lectores verán con gusto los retratos de las dos intrépidas viajeras, que han dejado con un palmo de narices á Fileas Fogg. Ciertamente que es toda una maravilla salir de Nueva-York el 14 de noviembre y estar de vuelta... al mundo el sábado 25 de enero por la mañanita.

LA CUBIERTA DE UN TRASATLÁNTICO

Las cubiertas de los trasatlánticos se distinguen por el gran número de sillas que se ven en ellas. En los buques ingleses esas sillas son propiedad de los pasajeros, que las llevan á bordo aconsejados por los que han hecho antes la travesía. Son de forma especial, muy cómodas para reclinarse; é instaladas en ellas las señoras pueden leer, hacer crochet, etc., etc.

VALENCIA: LA GLORIETA

Dibujo de F. Pons

Fama merecidísima tiene Valencia de ser una ciudad de las más agradables del mundo, y, en efecto, lo es, y puede

DAMAS TURCAS

TOCADO DE UNA DAMA TURCA

estarse bien seguro de que lo seguirá siendo mientras nazcan valencianas, que es de suponer vayan naciendo hasta que se acabe el mundo. Pero, aparte de sus vecinas, agrada Valencia por ser una población con fisonomía propia, re-

TRAJE DE CALLE DE UNA DAMA TURCA

cordando, por más de un concepto, á Florencia. Entre sus paseos es uno de los mejores la Glorieta, jardín lleno de naranjos, de limoneros y de multitud de hermosas y perfumadas plantas, regado por anchos surcos de agua.

«LOS MAESTROS CANTORES» DE RICARDO WAGNER

Acto último, escena final

Muy de desear sería que en nuestros teatros líricos se pusiese pronto en escena esa magnífica producción del gran maestro alemán, que está haciendo actualmente las delicias de los que concurren al teatro de la Scala.

MATER AMABILIS

Cuadro de José Scenti

El artista se ha inspirado en la dulce invocación dirigida á María para pintar un grupo encantador que, de ser presentado con el convencionalismo de costumbre, podría tomarse como la propia expresión de la *Madre Amable* de la Letanía. Ello es que esa *Mater* es de todo punto nazarena por el tipo, y que la campiña es exactamente la reproducción de las que se contemplan en la risueña provincia de la Galilea. Respecto á la ejecución, diremos que es vigorosa y muy moderna, dándose gran participación en el cuadro al elemento luminoso.

LA ISLA DE GRANADA EN LAS PEQUEÑAS ANTILLAS

Al sur de Puerto Rico, y no lejos de la costa de Venezuela hay una cadena de islotas llamadas *las Granadinas*, terminando en una isla mayor, que es la de *Granada*. Tiene ésta 10 leguas de largo por 6 de ancho y unos treinta mil habitantes, de los cuales más de veinticinco mil son negros. Produce café, tabaco, añil y azúcar. En la cumbre de una montaña que está en medio de la isla hay un lago, del cual descienden numerosos ríos. La capital es Georges Town.

Fué descubierta esta isla por el gran Colón.

TIPOS DE CERDEÑA

Sabido es que Cerdeña perteneció, por espacio de cuatro siglos, primero á la corona de Aragón y luego á la de España, hasta que en 1708, cuando la contienda entre los Borbones y la casa de Austria, se apoderaron de ella los ingleses cediéndola al emperador, que la cambió por Sicilia con el duque de Saboya.

A decir verdad, nuestra dominación, ya desde el tiempo de D. Jaime II, que conquistó la isla por habérsela regalado un papa, como hubiera podido regalarle la China ó el Japón, fué casi siempre accidentadísima, teniendo que combatir continuas insurrecciones de los sardos. Hubo, sin embargo, algunas comarcas donde se aceptó de buen grado la ocupación aragonesa. Una de las medidas que se tomaron para la conservación de aquel estado fué la colonización de varios pueblos por expedicionarios catalanes; y tan bien cuajó, que se ha perpetuado en mucha parte de la isla el uso de la lengua y no pocas costumbres de los hijos de Wifredo, incluso la encarnada *barretina*.

Los tipos sardos que damos hoy en nuestras páginas son de moradores de la isleta de Ogliastra, vecina á la de Cerdeña, población tranquila, obediente y juiciosa, pero sumamente atrasada y afligida por los latrocinios de los pastores, que son la plaga de aquellos honrados isleños.

LA VIDA EN LA QUINTA.—EL POZO

Vida tranquila y envidiable la que hace esa familia. Indudablemente no hay nada más higiénico que vivir en el campo, cuando se tiene una buena quinta.

En cuanto á *El pozo*, algo se habrá caído en él, probablemente una muñeca, siendo bien sensible que la pobrecita, según entienden esas niñas, haya de haber acabado sus días *ahogada*. Es de creer, sin embargo, que la criada podrá sacar con su pértiga á la desgraciada *náufraga*.

LAS DAMAS DE TURQUÍA

Esas damas pertenecen principalmente á tres razas: la otomana ó turca, la albanesa y la circasiana. Eso de que sean tratadas como esclavas parece que es puro cuento, antes bien gozan de las mayores consideraciones y se distinguen por sus elegantes modales y su brillante conversación. Lo que hay es que con el ocio á que se les condena no pueden desarrollar todas sus peregrinas facultades. No obstante, han florecido allí algunas ilustres poetisas, entre ellas cierta Mihri de Amasia, que mereció ser llamada *la Safo otomana*.

En Constantinopla y las principales ciudades del imperio hay aristocráticos colegios de niñas donde se recibe muy buena educación, ni faltan tampoco otros á que concurren las niñas de la clase media y de la clase artesana; pero en éstos la enseñanza se reduce á lo más elemental, predominando la parte religiosa.

Asegúrase que los eunucos distan mucho de ser unos cancerberos y que son frecuentes las escapatorias del harem, lo cual debe ser cierto á juzgar por el gran número de turcas que se encuentran por las calles entre Galata y los arrabales del Bósforo. Las señoras de los visires dan recepciones. Dicho esto, conviene añadir que las damas turcas son lo más supersticioso del mundo, que fuman como una chimenea, y que están en vías de desterrar su hermoso traje nacional para vestirse según las modas de París.

SIN TEMOR

Mi fama sé que no expongo,
si alabo en cien ocasiones
al *jabón* de los jabones
de los PRINCIPES DEL CONGO.

De venta en las principales perfumerías.
Víctor Vaissier, París.
Depositarios en España: Boldú y Romeu, Madrid: Valverde, 37.—Barcelona, Ballén, 83.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

POR

Roberto Luis Stevenson

Traducción de Enrique L. de Verneuil

CAPITULO I

EMPRENDO MI VIAJE EN DIRECCIÓN Á LA CASA DE SHAWS

La historia de mis aventuras comienza en la mañana de cierto día del mes de junio de 1751, día en que cerré por última vez la puerta de la casa de mi padre. El sol comenzaba á dorar las cumbres de las colinas cuando emprendí el camino, y al llegar al presbiterio los mirlos silbaban en la espesura de las lilas, mientras que en el valle la niebla se desvanecía á medida que avanzaban las horas.

El Sr. Campbell, ministro de Essendean, me esperaba junto á la puerta del jardín. ¡Qué hombre tan bueno! Preguntóme si había almorzado, y, como le contestase que no necesitaba nada, cogió una de mis manos entre las suyas y estrechóla cariñosamente diciendo:

—Vamos, amigo David: te acompañaré hasta el vado en tu camino.

Y los dos emprendimos la marcha silenciosamente.

—¿Te entristece abandonar el pueblo?—preguntóme después de una pausa.

—Si yo supiera,—le contesté,—dónde voy y qué va á ser de mí, os lo diría ingenuamente. Essendean es un punto muy agradable, y yo he vivido feliz aquí; pero debo añadir que nunca estuve en otra parte, y, por lo tanto, no puedo saber si hay otra cosa mejor. Habiendo muerto mis padres, lo mismo me da estar aquí que en el reino de Hungría; y, á decir verdad, si creyese que he de mejorar allí donde voy, iría de muy buena gana.

—Muy bien, David,—repuso el bondadoso clérigo;—has hablado bien; y ahora me corresponde á mí decirte algo sobre tu futura suerte. Después de morir tu madre, y cuando tu padre se vió acometido de su última enfermedad, me entregó cierto día una carta diciéndome: «—Esta es la herencia de mi hijo. Cuando yo haya dejado de existir entregádsela al punto y enviadle á casa de Shaws, que vive cerca de Cramond. De allí vine yo, y allí debe ir el chico. David es un muchacho de las mejores disposiciones, y no dudo que le recibirán bien y le apreciarán.»

—¡La casa de Shaws!—exclamé.—Pero ¿qué tenía que ver mi pobre padre con la casa de Shaws?

—¡Ah! ¿Quién podría decirlo con seguridad? —repuso el Sr. Campbell.—Sin embargo, hijo mío, el nombre de esa familia es el tuyo propio: Balfour de Shaws. Es una antigua y respetable casa, por más que haya decaído en estos últimos tiempos. Tu padre era también un hombre instruído, y ninguno supo como él dirigir una escuela. Yo me complacía en presentarle á todo el mundo, y adviértote que los Campbell de Kibrennet, los Campbell de Dunswire, los Campbell de Minch y otros caballeros bien conocidos, buscaban siempre su compañía. En fin, para que lo sepas todo, aquí tienes esta carta testamentaria escrita de puño y letra de tu difunto padre.

Así diciendo, el Sr. Campbell me entregó la carta, en cuyo sobre se leía lo siguiente: *Para entregar en manos del caballero Ebenezer Balfour de Shaws, en su casa de Shaws, debiendo ser el portador mi propio hijo David Balfour.*

Mi corazón latía apresuradamente al recibir aquella carta, pues parecíame que se me presentaba un nuevo porvenir, á mí, pobre muchacho de diez y seis años, hijo de un maestro de escuela del Bosque de Elrick.

—Sr. Campbell,—dije balbuciendo;—¿qué haría V. en mi lugar?

—¡Oh! Por de pronto ir á esa casa sin vacilar. Un muchacho como tú puede llegar en dos días á Cramond, que está cerca de Edimburgo. En el caso peor, y si tus nobles parientes (pues supongo que lo son) te pusieran á la puerta, sólo habrás perdido dos días de viaje, y volverás después aquí; mas yo espero que serás bien recibido, como lo suponía también tu pobre padre. Y dicho esto, hijo mío, déjame descargar mi conciencia dándote algunos avisos para que te pongas en guardia contra los peligros del mundo.

TRAJE DE CASA DE UNA DAMA TURCA

Al pronunciar estas palabras, el buen ministro fué á sentarse sobre un tronco bajo la copa del árbol más próximo, invitóme á imitarle, y, como el sol lanzaba ya sobre nosotros directamente sus rayos, sacó el pañuelo del bolsillo para cubrirse el cuello y dió principio á su discurso. En primer lugar hablóme de las malas tentaciones que podrían perderme, me aconsejó que no olvidara nunca mis oraciones ni la lectura de la Biblia, é hízome después una descripción de la casa á donde iba, indicándome la conducta que debía observar con sus habitantes.

—Mucho cuidado con las cosas del espíritu, —díjome el Sr. Campbell,—y acuérdate que aunque seas de noble cuna te has educado en el campo. En aquella gran casa, á la vista de los numerosos criados que van y vienen, muéstrate circunspecto, procura comprender pronto, y mide tus palabras antes de hablar. En cuanto al jefe de la familia, no olvides el respeto que se le debe: honra á quien te honra... y no te digo más. Es agradable obedecer á un jefe, ó por lo menos debe serlo para los jóvenes.

—Está muy bien,—repuse;—procuraré hacer lo que me decís.

—Perfectamente,—replicó el Sr. Campbell: —con esto me complacerás. Y ahora pasemos á los asuntos más materiales. Yo guardo aquí un paquetito que contiene cuatro cosas.

Así diciendo, el ministro sacó de un bolsillo el objeto de que hablaba.

—De estas cuatro cosas,—añadió,—la primera te pertenece legalmente: es el dinero recogido de la venta de los libros de tu padre y de algunos enseres, cantidad que yo he guardado religiosamente para ti. Las otras tres cosas son regalos de mi señora y míos, y espero que los aceptarás como un recuerdo: la primera, que es redonda, te agradará mucho desde luego; pero advierte, querido David, que sólo es una gota de agua en el mar: te servirá sólo para dar un paso, desvaneciéndose después como la niebla bajo los rayos del sol; la segunda, que es plana y cuadrada y está escrita, te servirá de guía en el camino de tu existencia; y en cuanto á la última, que es cúbica, te preparará el camino para ser feliz en un mundo mejor.

Acabado su discurso, el Sr. Campbell se puso en pie, cogió su sombrero, rezó una oración, estrechóme entre sus brazos, mirándome después con aire compasivo, y despidióse de mí cuando llegamos á la inmediación del vado.

Tal vez otro se hubiera reído al ver las manifestaciones de aquel santo varón; pero yo estaba triste. No dejé de mirarle un momento mientras se alejaba, y pude observar que no volvió la cabeza ni una sola vez. Entonces pensé que mi marcha era todo lo que causaba su pesar, y sentí como un remordimiento, porque yo en cambio experimentaba alegría al salir de aquel tranquilo lugar para ir á una gran casa, rica y poderosa, con cuyos dueños estaba emparentado.

—¡David, David!—pensé.—¡Estás dando una prueba de la más negra ingratitud! ¿Cómo puedes olvidar pasados favores y antiguos amigos por un nombre pomposo? Verdaderamente es una vergüenza.

Cuando el Sr. Campbell se hubo perdido de vista, sentéme en una piedra y abrí el paquete para examinar los regalos. No dudaba que la cosa cúbica, como él la llamó, era una diminuta *Biblia*, y de ello me pude convencer al punto; el objeto redondo era un chelín; y lo que me debía servir de auxilio durante mi existencia reducíase á un pedacito de papel amarillo en el que se leía escrito con tinta roja:

«*Virtudes del agua de lirio de los valles.*—Tómense flores de lirio de los valles y destílense,

DAMA ALBANESA

tomando del agua una ó dos cucharadas, según convenga. Devuelve el habla á los tartamudos, es buena para combatir la gota, conforta el corazón y fortalece la memoria. Si se guardan las flores en un vaso y se pone éste en un sitio donde haya hormigas, conservándolo allí durante un mes, el licor que resulte de las flores,

Digitized by Google

conservado en un frasquito, será buen medicamento para hombre ó mujer.»

El Sr. Campbell había añadido de su puño y letra lo que sigue:

«También es buena esta agua para los calambres y el cólico, debiéndose tomar una cucharada de hora en hora.»

Al leer esto no pude menos de reirme, aunque pronto me arrepentí de mi ligereza. Después coloqué el paquete en el extremo de mi palo, pasé al lado opuesto del camino, y, dirigiendo una última mirada á Essendean, á los árboles del bosque y al cementerio donde reposaban mis padres, emprendí la marcha rápidamente para distraer los tristes pensamientos que me acosaban en aquel instante.

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.—Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.—Especialista en sífilis

el Aceite de HIGADO de BACALAO DE Hogg
Recetado hace 40 años
EN EL MUNDO ENTERO
contra las enfermedades del Pecho, Tos, Niños Raquíticos, Humores, Erupciones del cutis, Personas débiles, Pérdidas blancas, etc. El ACEITE de BACALAO de HOGG es el más abundante en materia de *bases activas*.
Se vende solamente en frascos triangulares.
PARIS, **HOGG**
2, Rue de Castiglione, 2
Y EN TODAS LAS FARMACIAS.

LA MÁSCARA DE BRONCE — por CARLOS MENDOZA — Barcelona: R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS
El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Higado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con que se digiere. Como es dulce, agrada mucho á los niños.
Cura la TISIS, los RESFRIADOS, la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.
El precio es muy moderado.
Lo venden las farmacias y droguerías
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª—BARCELONA

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado o Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

PARIS
GRANDES ALMACENES DEL
Printemps
NOVEDADES
Remítese gratis y franco
el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrando los nuevos modelos para la ESTACION de VERANO, á quien lo pida á
MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS
Se remiten igualmente, libres de franqueo, las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.
Expediciones á todos los Países del Mundo
El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*
Casas de Reexpedicion:
En Madrid: *Plaza del Angel, 12*—entlo-dcha — Irún — Port-Bou Hendaye — Cerbère.
Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.
Correspondencia en todas Lenguas

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

ESTREÑIMIENTO y Afecciones que son su consecuencia
CURACION con el uso del VERDADERO
POLVO laxante de VICHY DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El VINO de PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rapidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

LA SAGRADA BIBLIA EDICIÓN DE GRAN LUJO
Á DOS REALES CUADERNO.—Suscripción permanente: Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.—Barcelona

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 29 de marzo de 1890	Núm. 378

UNA GRANADINA (acuarela de Pozo)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Amoríos en la luna* (conclusión), por Vicente Blasco Ibáñez.—*¡¡Caracoles!!* por A. Sanchez Pérez.—*Mujeres y rosas* (poesía), por Federico Balart.—*Nocturno*, por Antonia Opisso.—*La nieve* (poesía), por Carmen Beceiro de Pato.—*Bibliografía.*—*Nuestros grabados.*—*Dolora cursi* (poesía), por José M.ª de la Torre.—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte español:* La granadina. Predicar en desierto. La alegría de la tierra (en colores).—*Una visita á los criaderos de avestruces del África del Sur:* Kaffires en un maizal. Un kaffir. Los avestruces en el campo. Choza kaffir en un criadero.—Ofelia.—Éxtasis.—Madrid: La Puerta de Toledo.—Valencia: Palacio del conde de Ripalda.—El arte italiano: Una declaración.

MADRID

Palacios, casas y habitaciones

MIENTRAS *Tannhauser* se prepara para dejarnos oir en el Teatro Real sus cantos impregnados de armonías religiosas y de voluptuosidades que conducen desde la gruta de Venus á la iglesia donde se implora el perdón por los caminos de la penitencia, hablemos un poco de la casa, aprovechando la ocasión con que nos brinda la apertura del magnífico palacio que han hecho construir en la calle de Alcalá los señores marqueses de Linares.

La *casa* ha sido siempre la constante preocupación del hombre desde que perdió, por culpa de sus pecados, aquella cómoda y baratísima vivienda del Paraíso donde gozaba de tantos encantos.

Dueño de su albedrío, tuvo que buscarse los medios de vivir, y necesitó ropa para cubrir su cuerpo y un techo donde cobijarse para descansar de sus fatigas, para preparar sus comidas, para guardar las herramientas de su trabajo y las armas para su defensa.

No hace mucho, el pasado verano, se podía seguir en el Parque de la Exposición de París la historia de la vivienda humana recorriendo los diversos modelos que la presentaban desde que fué la gruta abierta en la tierra ó en la peña, la cabaña construída con ramaje y cubierta con las pieles de animales feroces, hasta llegar después de muchas trasformaciones á la cómoda casa de nuestros días.

El estudio no puede ser más curioso é interesante, y ninguno puede dar mejor idea del carácter de un pueblo y del estado de su civilización. La cueva del troglodita, la choza del pastor, la cabaña del guerrero, la casa expresión de un adelanto notable, el castillo representación de una edad de lucha, y el palacio resumen y compendio de una época de renacimiento del arte y de la inteligencia, van retratando al hombre en su vida íntima, como el edificio público, la iglesia, el convento, el municipio, el cuartel, el mercado, la estación, la fábrica, van pintando á la sociedad.

Cuanto el hombre adquiere lo aprovecha para formar su hogar, y en él se reflejan el estado de su inteligencia, la cultura de su espíritu, las riquezas de que dispone y los adelantos de su época.

El hombre no se completa, no goza de todos sus derechos, no es el ciudadano en toda la expresión de la palabra, hasta que tiene su casa, su hogar protegido por la ley que le hace el santuario de la familia rodeándole de garantías que le hacen respetable y casi sagrado.

Por eso uno de los mayores anhelos del hombre en todos los tiempos es poner casa.

Una de las mayores manifestaciones de la desgracia es no tener *casa ni hogar*. Del infeliz abandonado de todos, se dice que *no tiene sobre qué caerse muerto;* del que trabaja con anhelo y provecho se exclama con elogio:—*Ese hará casa;* del despilfarrador, *que tira la casa por la ventana.*

Para encomiar al modelo de la mujer hacendosa, se dice que es muy *mujer de su casa.*

El templo es la casa de Dios, el municipio la casa del pueblo, el hospital la casa de la caridad, y siempre y en todas ocasiones la casa se presenta como una necesidad suprema.

El que ama y va á realizar sus sueños uniéndose con indisolubles lazos á la elegida de su corazón, en lo primero que piensa es en poner casa; y ella, la que ha de dar la felicidad al hombre siendo el encanto y el gobierno de su hogar, prepara lo más rico de que puede disponer para el nido que ha de albergar su dicha.

Los pueblos ricos y amantes del trabajo se distinguen por lo confortable del interior de sus viviendas. El pacífico y sesudo holandés es en esto un modelo; y sólo con ver los cuadros de sus pintores mostrando la sala bien dispuesta, el aparador cargado de rica y limpia vajilla, los cacharros con flores, la lumbre rodeada de marmitas, de las que se escapa dulce vapor, se comprenden sus costumbres patriarcales.

El inglés, que á costa de grandes esfuerzos ha logrado asegurar antes que ningún otro pueblo sus derechos políticos y ha consolidado las conquistas de la vida moderna, cuida como nadie de su interior, y su *home* es el modelo de ese refugio de la familia donde el hombre descansa de las luchas y de las tempestades de la vida.

***

Cuando España llegó al apogeo de su gloria y de su riqueza, se acumuló en las casas de sus magnates todo cuanto revelaba los adelantos de su industria y el florecimiento de sus artes.

En una sesión memorable del Ateneo Científico Artístico y Literario de Madrid, describió con grande erudición el señor conde de Morphy la casa de un gran señor del siglo XVI y del siglo XVII.

Los tapices decorando las anchurosas salas, las sedas de Talavera y de Valencia formando los cómodos cojines, los cueros labrados de Córdoba dando blando asiento y suave respaldo al patriarcal sillón, la plata repujada brillando en las alacenas delicadamente esculpidas, los artesonados ricos y suntuosos, los pavimentos de artísticos mosaicos, la talla reproduciendo la fauna y la flora ó la vida de los santos y las hazañas guerreras en ricos muebles; todo era espléndido y opulento.

El siglo XVIII fué el de la perversión del gusto, que se manifiesta en el amaneramiento y la preponderancia de lo lujoso sobre lo delicado. La talla había de ser dorada con el desbordamiento que se nota en los marcos recargados de las cornucopias; los muebles perdieron su esbeltez y su elegancia para convertirse en ventrudos é hinchados; las salas no tuvieron la severidad de que habla el romance que nos presenta á Carlos V en la anchurosa cuadra del alcázar de Toledo, decorada con tapices flamencos y apoyado en la mesa cubierta con tapete napolitano, sino los reflejos chillones del oro alternando con las flores de vivos matices y con los amorcillos mofletudos y colorados que revoloteaban como mariposas en torno de las deidades mitológicas vestidas como las cortesanas de Luis XV.

Al camarín de la dama castellana, del que era el principal adorno el reclinatorio con la imagen del Redentor ó de su Divina Madre, ante los que ardía constantemente la luz de la lámpara sostenida por la fe, sucedió el *boudoir* versallesco con sus pinturas voluptuosas, sus colores de azul y rosa, sus tocadores y sus baños de Venus, y toda aquella prodigalidad del lujo galante copiada de la Pompadour y la Dubarry.

Y vino con todo esto la decadencia que terminó con el estruendo de la Revolución francesa.

El primer Imperio resucitó el gusto helénico, pero amanerándole en un clasicismo de mal gusto. La mayor parte de los palacios reales que hoy se conservan están alhajados con arreglo á este estilo, que prevaleció en España durante todo el reinado de Carlos IV y que se puede ver hoy en los Sitios Reales.

De los alcázares de los reyes pasó á los palacios de los particulares y llegó hasta las casas más modestas. Todavía se pueden ver en las antiguas los tocadores con columnas dóricas, las sillas con el respaldo formado por una lira de doradas cuerdas, los sillones sostenidos por sirenas ó centauros, las macizas mesas con garras de león, los cortinones amarillos con flecos y borlones azules cayendo con profusión de pliegues y cogidos de coronas de laurel ó mirto.

Hasta las modestas sillas de caoba que formaban el estrado de las personas acomodadas de la clase media, adoptaban forma griega ó romana en las curvas de sus respaldos y en los contornos de sus pies y sus brazos.

El estrado, el patriarcal estrado que ha llegado hasta nuestros días, ¿quién no le recuerda con cierta especie de veneración?

En el testero principal de la sala el grave y ceremonioso sofá; á su lado, bien alineados, los iguales sillones, y, en correcta formación en torno de las paredes, las indispensables doce sillas que no discrepaban una de otra. Sobre el sofá los retratos de los señores de la casa, y al lado de ellos los bordados primorosos que hicieron en el colegio las niñas para felicitar á los papás el día de su santo.

Entre los sillones la alfombra con el melenudo león ó la airada pantera. Entre los balcones, decorados con las cortinas de muselina y damasco recogidas con los clavos romanos, la consola con la urna en que se destacaba entre flores el niño Jesús, la Virgen ó el San José de cera; y á los lados los floreros cubiertos con protector fanal. Debajo de la consola el juego de china ó la filipina bandeja, á la que daban guardia los monumentales caracoles de nacarado seno.

En las rinconeras multitud de primores, y todo bien alineado y haciendo juego.

Hoy todo ha cambiado, y la revolución se ha introducido en las moradas como se ha introducido en los espíritus. Cuando un rico quiere adornar un palacio, llama, como el marqués de Linares, á los más insignes artistas, recorre las fábricas más renombradas, y, sin fijarse en ninguna época determinada, hace lo que el opulento marqués ha hecho en su palacio: unir todos los estilos y las épocas en un conjunto eminentemente moderno, que resulta rico, bello, variado y lujoso.

***

En las casas más modestas reina igual eclecticismo: el venerable estrado ha desaparecido para dejar su lugar al coquetón mueble sin estilo propio; el paravento japonés aisla el ángulo donde, sobre una mesa imitación del siglo XVI, se extienden con profusión los *bibelots* de la industria moderna al lado de algún recuerdo de lo antiguo; el bargueño se alza al lado del sillón Luis XV, á cuyo lado parece una enana una sillita de florido asiento y labrados palitroques dorados.

El diván turco ofrece su cómodo asiento junto á algún alto sillón de talla gótica, y en todas las estancias reina el más encantador desorden.

El Japón y la China han lanzado á Europa una invasión de cachivaches; la planta de pomposas hojas se enseñorea del salón; la araña de labrado cristal se sustituye por el monumental quinqué cobijado por la pantalla de encaje que parece una tienda de campaña.

Madrid tiene algunos palacios suntuosos: el de los duques de Fernán Núñez es la morada del gran señor de raza que ha heredado las maravillas acumuladas por sus antepasados y que las dispone con un gusto exquisito en magníficas estancias; el de los marqueses de Viana es un prodigio de suntuosidad y buen gusto que reune en amoroso lazo lo antiguo y lo moderno; el de los condes de Villagonzalo parece construído todo con Sevres ó Sajonia para servir de fondo á la figura de una mujer hermosa; el de los marqueses de Cerralbo es un rico museo de antigüedades; el de la duquesa de Medinaceli es el antiguo modelo de la casa de los grandes de España, con sus salones colocados en continuada serie y ricos en obras de arte; el de la duquesa de Bailén es una maravilla que reune, en sus galerías de gusto italiano y en sus salones de antiguos estilos, primores del arte moderno.

Digitized by Google

La duquesa de Santoña y el marqués de Campo hicieron los palacios de los nobles ricos de nuestros días; pero en este género nadie ha ido más allá que el marqués de Linares.

Cerca de veinte años consagrados á buscar, sin escatimar molestias ni dinero, lo más rico y más bello que ha encontrado en Europa; el concurso de pintores como Pradilla, Plasencia y Ferrant; de escultores como Suñol; la ayuda de decoradores hábiles y experimentados; el mármol, el oro, la seda, los tapices; han dado por resultado una capilla bizantina, un salón del Renacimiento, una galería florentina, gabinete japonés, de los gobelinos, de Luis XV; todo, en fin, lo que compone un magnífico palacio, modelo de lo que se puede hacer en lo que se refiere á la decoración de morada á fines del siglo XIX.

***

El almanaque ha anunciado la entrada de la primavera; pero debe venir como los reyes y príncipes cuando viajan, esto es, de incógnito, porque nadie la ha visto, y ni los almendros del Retiro y de la Casa de Campo, esos antiguos conocidos de Gomar, se han enterado, porque no han sacado á relucir sus florecillas blancas, ni las golondrinas han venido á buscar sus antiguos nidos en los aleros del Museo y en las torres de San Jerónimo.

La primavera del espíritu no anda tampoco más lucida: hace frío, un frío horrible que todo lo paraliza. Sin embargo, allá en lo alto, en los estudios de los pintores, se nota algún movimiento: Mayo se acerca y se dan las últimas pinceladas en los lienzos que se han de mandar á la Exposición que está anunciada.

Se espera, para comenzar sus preparativos, á que los enfermos dejen las camas colocadas en las salas del Palacio de Bellas Artes, que fué medio convertido en hospital.

Estamos, pues, como el que sale de una grave enfermedad y entra en la convalecencia; pero no nos ayuda para nada el tiempo, y, para colmo de males, vienen de Murcia noticias de inundaciones y de Andalucía rumores de terremotos.

Los artistas enferman entre estos fríos como las flores fuera de la estufa: la Nevada hizo unos gorgoritos y se marchó en seguida envuelta en sus abrigos de pieles; la Van Zandt, que vino á sustituirla, no ha podido cantar todavía; y el Teatro Real ha acudido á Wagner para buscar remedio á sus males.

Las únicas reuniones que se verifican en el gran mundo son para celebrar bodas, y así el amor es la única flor que se abre entre las ruinas y las amarguras de este tristísimo invierno, que ya ha terminado de real orden, pero que continúa de hecho como los inveterados abusos á que intentan poner fin las reales órdenes que publica la *Gaceta*.

KASABAL

AMORIOS EN LA LUNA

(CONCLUSIÓN)

—¡Bah! Ella no es inconstante como esas mujercillas que vosotros adoráis. El mismo día en que volví á la razón se me apareció radiante de luz y de hermosura. Era de noche. Yo estaba en la cama imposibilitado de hacer el más mínimo movimiento, y, con la cabeza sobre las almohadas, contemplaba aquel cuadrado de cielo que dejaba ver la abierta ventana de mi cuarto. Un rayo de luna entraba por ella trazando sobre el pavimento una gran mancha blanca que hería mis ojos con la viveza de su color. Algo gritaba dentro de mí que mi amada no tardaría en aparecer.

—Y ¿cómo apareció?

—Entró por la ventana como en las comedias de magia, y fué á colocarse erguida sobre aquel trozo de pavimento alumbrado por la luna. No os quiero decir qué hablamos, porque vosotros, espíritus superficiales y aficionados á la burla, haríais objeto de ésta mis amores: básteos saber que me prometió una vez más llevarme allá arriba apenas muriera, y tenerme eternamente á su lado. Y después de decir esto me recordaba sonriendo cómo había tenido que despedirme de la luna en vista de mi terquedad; y como si aquel recuerdo la excitara, comenzó á dar vueltas por mi habitación vertiginosamente. Dos ó tres veces pasó por junto á mí y me arrojó besos con la punta de los dedos luminosos; pero tan pronto como yo tendía mis brazos para cogerla, ya se encontraba lejos de mí.

Impulsado por mi deseo, hice un supremo esfuerzo y me levanté de la cama; pero apenas apoyé mi pierna fracturada en el suelo, no pude menos de dar rugidos de dolor y caer en tierra.

—Percances de ser de genio arrebatado. Y después ¿qué te sucedió?

—Nada: mi amada se fué por donde había venido, y mi familia entró asustada por mis gritos.

—Y ¿ya no has visto más á esa novia de la luna?

—Por más que hago, nunca quiere aparecérseme.

—Eso es,—dijo Fermín con tono zumbón,—que te será infiel.

—Jamás he creído tal cosa.

—Y ¿á qué has venido á Madrid?

—Comenzaba á aburrirme de estar en mi ciudad: ahora pienso viajar sin descanso de un punto para otro, á ver si de este modo vuelvo á reunirme con la que adoro.

Por algunos minutos reinó el más completo silencio en el saloncito. Los tres elegantes empezaban á encontrar poco divertidas las extravagancias de aquel amigo, y lanzaban ruidosos bostezos, que intentaban acallar con el *champagne*.

El humo de los cigarros había cargado la atmósfera de la estancia, y por esto Fermín ordenó á un criado que abriese el balcón.

Aquella bocanada de aire helado reanimó á todos, y Federico, que estaba de espaldas al balcón, se volvió para mirar.

Enfrente destacábanse las grandes moles de las casas; y más arriba de los puntiagudos tejados, erizados de cañones de estufas y chimeneas, brillaba la luna rodeada de estrellas con esa viveza é intensidad propia de las noches de invierno.

Federico quedóse contemplando el nocturno astro.

—Espera á tu novia,—dijo Fermín,—que no tardará á presentarse en la ventana.

Los tres reían, y Federico, en tanto, seguía mirando con arrobación aquel disco blanquecino, hasta que por fin se levantó para ir al balcón.

—¡Quél ¿Ya sale?—preguntó uno de los tres.

—Sí, ya sale,—contestó Federico con un acento de convicción que dejó algo estupefactos á sus amigos.

Y se agarró á la baranda del balcón, quedándose erguido y contemplando sonriente á la luna.

Los tres jóvenes se agrupaban con curiosidad detrás de él.

—¿Qué es lo que ves?—le preguntó uno.

—Ella me llama, me hace señas.

—Es verdad,—dijo Fermín con sorna.—Yo la veo también.

—Tú no la ves,—contestó Federico con gravedad.—Tú no puedes verla aunque quieras: no eres súbdito suyo.

—Y ¿qué te dice con sus señas?

—Creo comprender que ella se ha convencido de lo mucho que yo padezco y no quiere hacerme esperar. Adiós, amigos. Me voy allá arriba.

—Feliz viaje. Y ¿por dónde subes? Mira que aquí no hay una esquina como en tu ciudad.

—¡Imbéciles! La materia cae, pero el espíritu no: ese vuela y sube siempre hacia el infinito.

Y, al decir esto Federico... (sus amigos se horrorizan todavía cuando lo recuerdan), con un impulso nervioso púsose casi de pie sobre la baranda y se lanzó en el espacio, no como el que busca la caída, sino como el que intenta andar por el espacio.

Fermín se lanzó sobre él y llegó á tiempo para asirle de un faldón de la levita; pero éste se rompió al peso del cuerpo, que cayó volteando, y allá bajo, en el fondo de la calle... ¡¡clac!! sonó algo semejante al estallido de un puchero rompiéndose en centenares de pedazos.

IV

Fermín enseñaba á todos sus amigos una carta que recibió al día siguiente y que estaba suscrita por el padre de Federico.

En dicha carta le rogaba que, ya que era amigo de su hijo, procurara ver si estaba en Madrid, pues se había escapado de casa hacía dos semanas sin que nadie supiera su paradero.

Además, el infeliz padre contaba que el joven estaba loco hacía ya dos años, ó sea desde una noche en que, saliendo del teatro, le dió por querer subirse por una esquina, lo que le ocasionó una caída y varias fracturas.

La manía del desgraciado Federico era sus amores en la luna.

VICENTE BLASCO IBÁÑEZ

UNA VISITA A LOS CRIADEROS DE AVESTRUCES DEL AFRICA DEL SUR

KAFFIRES EN UN MAIZAL

Digitized by Google

OFELIA (cuadro de casado del Alisal)

Digitized by Google

ÉXTASIS (cuadro de Emilio Sala)

Digitized by Google

¡¡CARACOLES!!

Eso... *¡¡caracoles!!* dije (y aún me parece que me quedé muy corto en el decir) después de leer en un periódico (1) la siguiente noticia:

«A las voces de *¡A ese! ¡Ladrones!* varios sujetos perseguían á uno, procurando detenerle. Viendo uno de ellos la imposibilidad de poder detenerle, sacó una pistola y con ella disparó dos tiros sobre el sujeto que huía, no consiguiendo herirle y únicamente romper el cristal del escaparate del Sr. Barco, situado en el número 9 de dicha calle.»

Suspendo aquí, para continuarla después, la copia literal de la noticia, y digo:

—¿No les parece á Vds. que eso no habrá sucedido así?

Porque al demonio mismo, en sus buenos tiempos, no le habría ocurrido esa manera de perseguir ladrones.

Es verdad que, según suele decir el vulgo, «cada uno tiene su modo de matar pulgas,» y, así como había quien las mataba á pistoletazos, muy bien podría aquel vehemente perseguidor de ladrones detener á pistoletazos á sus perseguidos; pero, vamos, la cosa no me parece verosímil, porque al cabo y al fin, por muchos deseos que el aludido tuviese de coger al ladrón, debió pensar que empleando tan inusitado procedimiento podría no haber alcanzado al perseguido y haber dado muerte á un pacífico transeunte. Por fortuna para todos, las cosas se arreglaron de otra manera y el muerto ó destrozado fué el cristal de un escaparate; pero esta misma circunstancia demuestra que el de la pistola tiraba á dar y no de mentirijillas para asustar al fugitivo. Por eso creo yo que en la relación del noticiero debe de haber inexactitud, ó exageración cuando menos. Si no fuese así y se generalizara el sistema, ¡vive Dios! que habría llegado el caso de no salir á la calle sin blindarse previamente por si á un ladrón se le antojaba echar á correr cuando uno pasase.

Pero doy de barato (y ya Vds. comprenderán que no es poco dar)... doy de barato que ese caballero de la pistola no hubiese encajado un par de balas en el cuerpo á un ciudadano inofensivo y limpio de toda culpa y hubiese herido ó muerto al sujeto que le sirvió de blanco: ¿desde cuándo es lícito imponer, sin formación de causa, pena de muerte á un hombre que huye?

En el caso de que se trata es muy elocuente la segunda parte de la noticia, que dice así:

«El sujeto que huía, y que había robado una libreta de una tahona de la calle del Prado, fué detenido y conducido al juzgado de guardia. Se llama...—(como se llame, que eso no hace ahora al caso)—y por su apariencia parece ser un desgraciado que se halla en la mayor indigencia.»

Ya lo saben Vds.: el sujeto que huía se halla, al parecer, en la mayor indigencia (acaso se moría de hambre) y ¡¡ROBÓ UNA LIBRETA!!

No digo yo que eso esté bien hecho; no, señor, porque al fin... vamos, porque no quiero decirlo; pero tampoco dirá nadie que ese delito tenga señalada en ningún código pena de muerte. Esto no obstante, su perseguidor, sin encomendarse á Dios ni al diablo, le formó proceso, le condenó definitivamente, falló no haber lugar á la casación y, convirtiéndose en ejecutor de la sentencia, le soltó un par de tiros que si conforme no le dieron le hubiesen alcanzado, como alcanzaron al cristal, habrían concluído de una vez con el hambre y con la indigencia del raptor de panecillos, que no hubiera necesitado dedicarse á tan poco productiva industria en adelante.

Persisto en creer que en la noticia hay inexactitud; pero, háyala ó no, paréceme que no es ociosa la tarea de llamar, sobre esto de los pistoletazos y de los *carabinazos*, la atención de las autoridades, tanto militares como civiles, porque realmente espanta la facilidad con que aquí, por un quítame allá esas pajas, le sueltan á uno un tiro, como soltaba aquel personaje de Narciso Serra

un novillo á un forastero.

Aquí ha sucedido más de una vez y más de dos veces (todos Vds. lo recordarán) que un centinela, cumpliendo su consigna, descerrajara un tiro á un pobre sordo ó á una infeliz muda porque no respondía al *¿quién vive?* Y ¿cómo habían de responder? En la villa y corte ha sucedido (y no es ciertamente historia antigua lo que refiero) resultar con un brazo ó una pierna rotos á balazos por haber intentado introducir un par de cuartillos de vino sin pagar derechos, ó porque los dependientes de consumos se figuraron que pretendía introducirlos.

UN KAFFIR

Conque si, á más de esto, damos en la manía de perseguir á tiros á los rateros, con probabilidades de dejarlos muertos en la calle, será cosa de crear una fuerza pública para vigilar á los encargados de la vigilancia.

De que la creación de esta fuerza está haciendo muchísima falta, certifican los hechos que he mencionado, otros muchos marcados que podría mencionar y, por añadidura, la noticia siguiente, que es, por decirlo así, calentita, acabada de salir del horno:

«Al retirarse anteanoche á las ocho á su casa de la calle de Santa Engracia el empleado en ferrocarriles D. Eutiquio Lancharas, vióse sorprendido por el silbido de las balas—*(¡agradable sorpresa!)*—que pasaban cerca de él y que procedían de los vigilantes del resguardo al perseguir á unos matuteros.»

Y dice el periódico para comentar la noticia:

«Como la calle de Santa Engracia es muy concurrida, no sabemos cómo puede autorizarse ese procedimiento, que tiene alarmado al vecindario.»

Ya lo creo que le tendrá... y al que no sea del vecindario también. Me parece, sin embargo, que el procedimiento ese no debería estar autorizado aunque la calle fuese menos concurrida: no solamente por el irreparable daño que puede causarse á un ciudadano que por allí pase, sino también por los matuteros mismos.

Bueno que al que robe, ó al que defraude á la Hacienda municipal, se le encarcele; bueno que se le forme causa, bueno que se le castigue siempre dentro de la ley; pero, señores, hágase esto por aquellos á quienes compete la administración de justicia y no se persiga á quien quizás se ha lucrado en media peseta como si fuese un can rabioso.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

(1) *El Liberal.*

MUJERES Y ROSAS

Rozagantes, alegres,
frescas, lozanas,
la mujer y la rosa
son dos hermanas:
flores divinas
impregnadas de aroma,
llenas de espinas.

¡Oh mujer! Entreabiertos
y perfumados,
sus dos labios parecen,
acariciados
del tibio aliento,
dos pétalos de rosa
que arrulla el viento.

¡Oh rosa! De las auras
al manso arrullo,
tus pétalos, saliendo
de entre el capullo
puros é ilesos,
parecen unos labios
que buscan besos.

En las agrias pendientes
de nuestra vida,
lo mismo á la bajada
que á la subida,
triste, infecundo,
sin mujeres ni rosas
¿qué fuera el mundo?

Si la gracia es aroma,
desde la infancia
rosas son las mujeres
por su fragancia;
mas, cual las rosas,
no son las más fragantes
las más hermosas.

Rosa y mujer, al rayo
del alba pura,
del amor y el rocío
cobran frescura;
mas, con el frío,
el amor para en llanto
como el rocío.

Rivales en belleza
y en lozanía,
la mujer y la rosa
duran un día;
pero su aliento,
aun después de marchitas,
perfuma el viento.

Mujer, si osado el hombre
tu honor ofende,
la virtud es la espina
que te defiende:
con ella armada,
serás, cuanto más dura,
más codiciada.

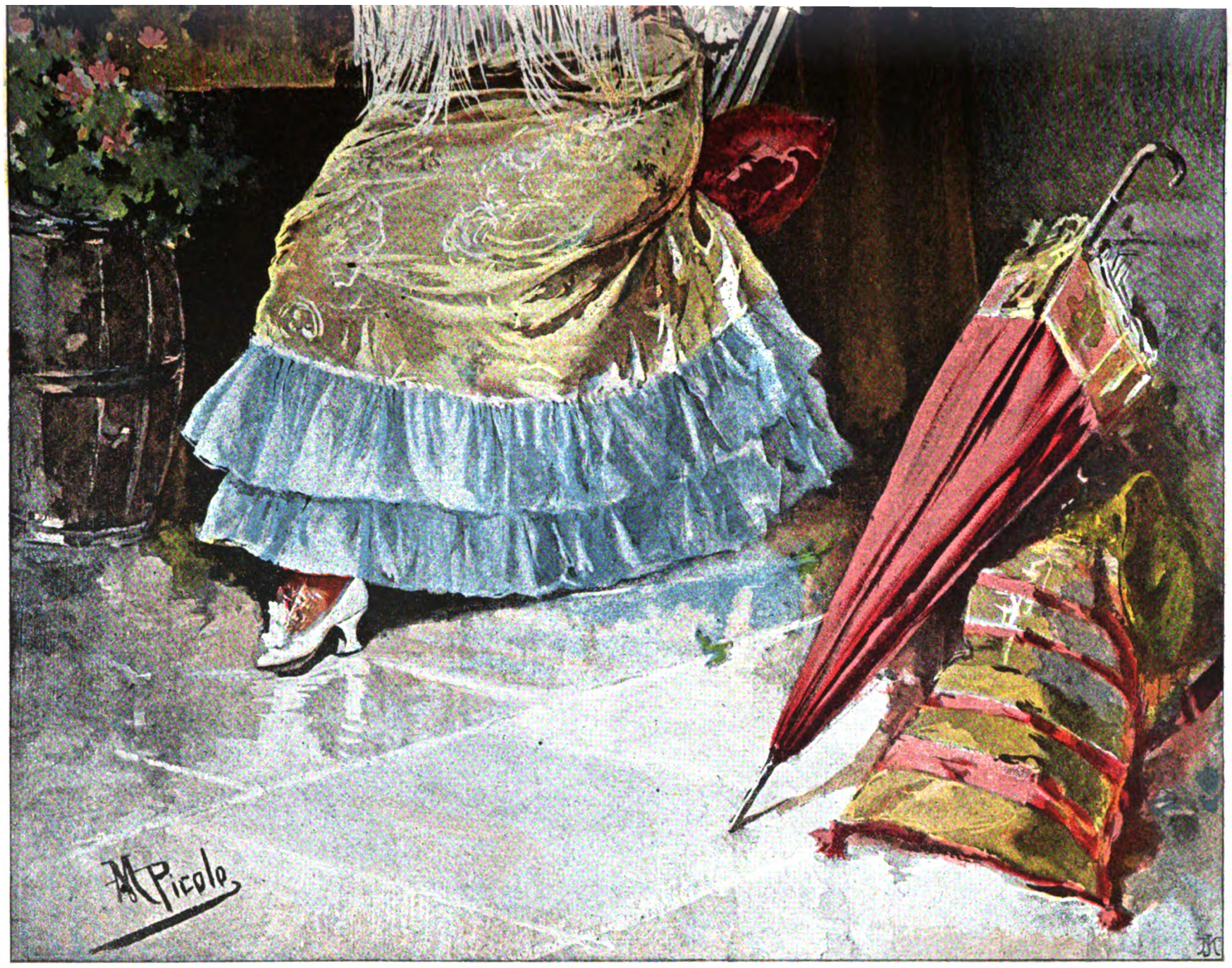
Ya amarillas, ya blancas,
ya purpurinas,
rosas verás acaso
faltas de espinas;
pero ¡ay, paloma!
la que no tiene espina
no tiene aroma.

FEDERICO BALART

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



Tipolit. LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

PREDICAR EN DESIERTO (acuarela de Picolo)

Digitized by Google

Digitized by Google

NOCTURNO

Separó de su *bouquet* de oro y esmaltes el pequeño ramo que había lucido en el último baile, y guardó la joya en elegante estuche de raso azul. Luego recogió las flores, dispuesta á separarlas de su vista; pero al observar sus hojas pálidas y marchitas, y al ver que en vez de exquisito perfume sólo tristeza se desprendía de ellas, un vago desaliento la conmovió súbitamente, haciéndola exclamar:

—¡Pobres flores! ¡Qué existencia tan efímera la vuestra! ¡Vivís el tiempo que la felicidad y la dicha: el espacio de una mañana!

Y—Tienes razón,—se le antojó que ellas le contestaban.

Asombrada por tan singular casualidad, recogió el ramo y, recostándose indolentemente en un lujoso mueble que por la elegancia de su tapiz y el oro de sus molduras resultaba digno de una odalisca, se propuso leer en las hojas de aquellas flores algo de poético y desconocido que presentía había de entretenerla agradablemente. Un jazmín tan atrevido como galante, anticipándose á sus deseos, le preguntó:

—¿Qué te propones saber?

—Vuestra historia,—repuso ella.

—¿Historia? Las flores no la tenemos. Como seres parásitos, las aventuras no se han hecho para nosotras. Los pájaros y mariposas es ya distinto. En su existencia les ocurren más dramas que idilios. ¡Si tú supieses...!

—Si tú no me lo cuentas, ¿yo qué he de saber?—repuso la dama riendo del mejor humor.

—Pues yo he presenciado algunos, y fué el más serio el que contemplé el último día que estuve en el jardín.

Vino la aurora.

Ciñó á su cuerpo de nácares flotante cendal de doradas gasas, bañó sus rosados dedos en la última estrella que vagaba errante por el firmamento, y, sacudiendo sus manos de nieve, en las que brillan siempre primorosas sortijas de rubíes, dejó caer de ellas menuda lluvia de perlas y cristales que avariciosas recogimos en nuestros cálices en tanto nos desperezábamos del último sueño.

Las mariposas y demás insectos nocturnos que, semejantes á diamantinos broches prendidos en impalpable tul, vagaban por el espacio plegando sus alas de oro, refugiáronse medrosos bajo el espeso follaje de los árboles, en cuyas altas copas los pájaros, asomando sus oscuras cabecitas por entre las pajuelas de sus nidos, gorjeaban sus matinales píos.

Juntos saludamos á la recién llegada: con sus cantos ellos, nosotros enviándole ráfagas de delicado perfume. Cumplido que hubimos con ese deber de cortesía, y engalanadas con los diamantes que la aurora nos enviaba, no quedándonos qué hacer, las de mi cuadro *(parterre* decía el jardinero) nos entregamos al más animado palique.

Siempre teníamos algo nuevo que contarnos. Yo le había dado palabra de casamiento á una mariposa de alas de amatista, muy bella y linda por cierto, pero algo caprichosilla; y antes de formalizar mis compromisos quería enterarme de sus condiciones: una flor debe de ser muy cauta si no quiere comprometer su lozanía y el matiz de sus colores.

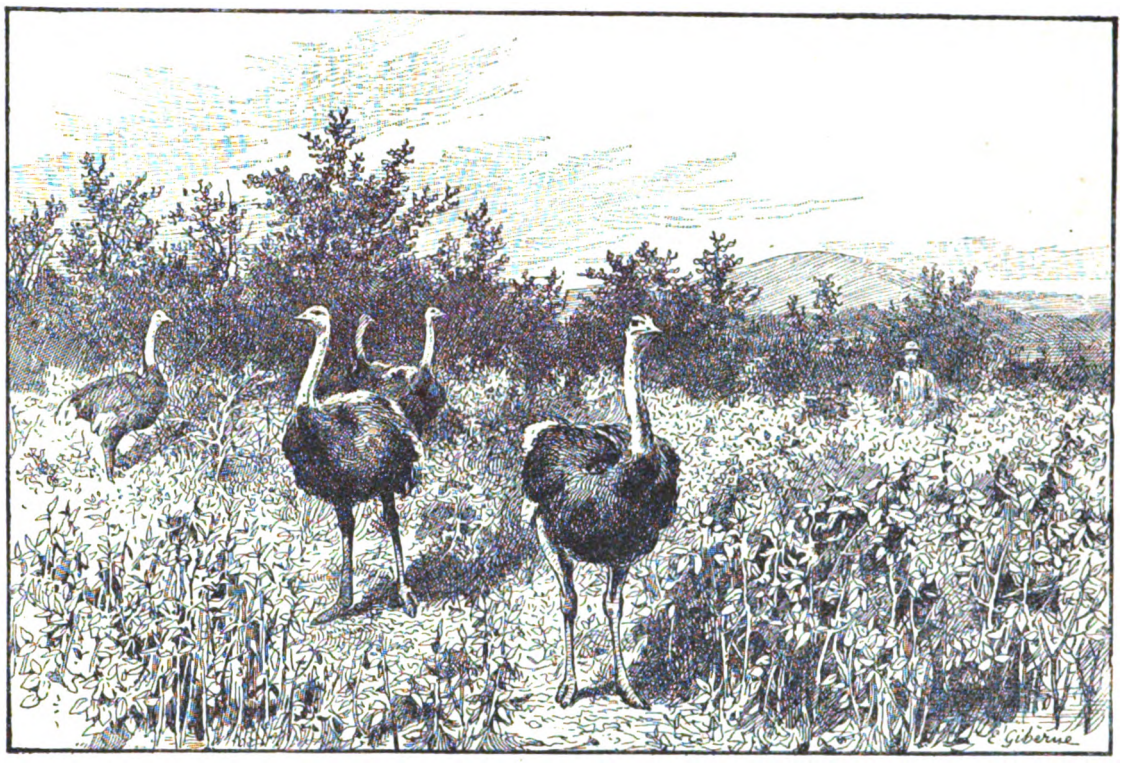
Ello es que teníamos tantas cosas que contarnos *(impresiones que cambiar* creo que decís vosotros) que todas rompimos á hablar á un tiempo. ¡Qué charla! ¡Qué deliciosa algarabía armamos! A cada risa que escapaba de nuestros pétalos, henchíase el aire de suavísimo perfume; á cada lágrima que el dolor ó el despecho arrancaba de nuestras hojas, algo parecido á una piedra preciosa quedaba engarzado en la alfombra de verdor que se extendía á nuestros pies. Gritábamos mucho, pero no conseguíamos entendernos. *Ingratitud*, *perfidia*, *confianza*, *inocencia*, *incauta*, *coqueta*, *presuntuosa*, y otras palabras por el estilo, eran las solas que conseguíamos oir, quizá porque eran las que con más fuego, más vehemencia y pasión se proferían.

De pronto, un clavel que presidía nuestro grupo y que siempre se las había echado de dómine, ahuecando la voz y encendido de coraje:

—¡Silencio!—gritó.

Le miramos con tanto asombro como desdén. Naturalmente, ¿él quién era para mandarnos callar? Sin embargo, en cuanto observamos su expresión, más triste que severa, más angustiosa que soberbia, temiendo que se sintiese enfermo, con viva ansiedad exclamamos:

—¿Qué te pasa?



LOS AVESTRUCES EN EL CAMPO

—¿Por qué nos mandas callar?

—¡Qué afligido estás!

—¿Has pasado la noche en claro? ¡Ay, clavel! ¡Tú no andas bien!

—Cuéntanos tus penas, que estamos todas dispuestas á consolarte,—le dijo á su vez una rosa que, á pesar de ser blanca, era muy atrevida.

El clavel no contestó; pero, como nosotros insistiésemos en nuestro interrogatorio, cabeceó como flor próxima á sucumbir al peso de grandes amarguras, rodaron por sus hojas de púrpura las gotas de rocío que aquel movimiento arrebató á su cáliz, y, rindiéndose al porfiado asedio con que le estrechábamos, con gran contentamiento de todas rompió á hablar.

—Efectivamente,—nos dijo;—he pasado la noche en claro. ¿Quién es capaz de dormir después de las buenas noches que ayer nos dió el jardinero? No las habréis olvidado. De ellas se desprendía que hoy nos dará los buenos días con la hoja de su cuchillo. Luego pasaremos al mercado. Después sabe Flora lo que será de nosotras.

—Quizá estaremos mejor que ahora,—observé yo.

—Eso ni suponerlo podemos,—repuso sentenciosamente.—Tú sólo conoces la vida de planta: la otra es un arcano para ti y para cuantas me atendéis. Pues decía,—siguió diciendo,—que, inquieto por lo poco tranquilizadoras de las buenas noches que nos dió el tirano, esta noche no he logrado descansar; bien que no he puesto gran empeño en ello, ya que algunas noches solía visitarme una mariposa nocturna de peregrina belleza y deseaba despedirme de ella antes de abandonar para siempre estos jardines. Desconfiaba ya de verla, cuando, por fin, ha llegado. Venía fatigada y algo triste. El incesante batir de sus alas me dejaba adivinar la inquietud que sentía. Según costumbre, ha arrojado el polvo de oro de sus alas en mi cáliz: yo la he envuelto en una emanación de mi perfume. Este ha sido siempre nuestro saludo, después del cual empezábamos á charlar. Hoy, sin embargo, no ha sido así: la emoción y la pena no me permitían proferir palabra; pero ella, á pesar del visible malestar que la agitaba, me ha preguntado la causa de mi disgusto.

No me he hecho de rogar, y por todo consuelo á mi pena se ha echado á reir.

Adivinando, sin duda, el disgusto que su risa me causaba (¡mujer al fin!), ha querido convencerme de lo justo de su contento, argumentándome con pretextos hijos de la más refinada vanidad: que llevo aquí vida ignorada y parásita; que mi gentileza y gallardía me autorizan á mejores aspiraciones; que en vez de dormir á la intemperie podré descansar en el nevado seno de hechicera beldad, y tener por compañeros encajes y diamantes, y morir finalmente entre jaspes ó porcelanas del Japón; palabras muy bellas y halagadoras, pero que, en vez de calmar mi pena, me inflamaban y enardecían por lo engañosas y traidoras. Protestaba ella de su sinceridad; acusábala, á mi vez, de perfidia é ingratitud; y, loco de celos y de amor á la par, desbordaba mi perfume por todos mis poros, ansioso de asfixiarla y acabar con su engañosa vida.

Veíala languidecer, batir lentamente sus alas, apagarse la luz de sus ojos y desvanecerse los esplendores de sus pedrerías, cuando el rápido aleteo de un pájaro que cautelosamente se detenía á mi pie ha llamado mi atención. He observado y he visto que con su pico recogía un gusanillo de luz y, remontando á seguida su vuelo, se ha clavado como flecha luminosa á lo alto de un árbol vecino.

—Es él,—ha murmurado muy quedo la mariposa.

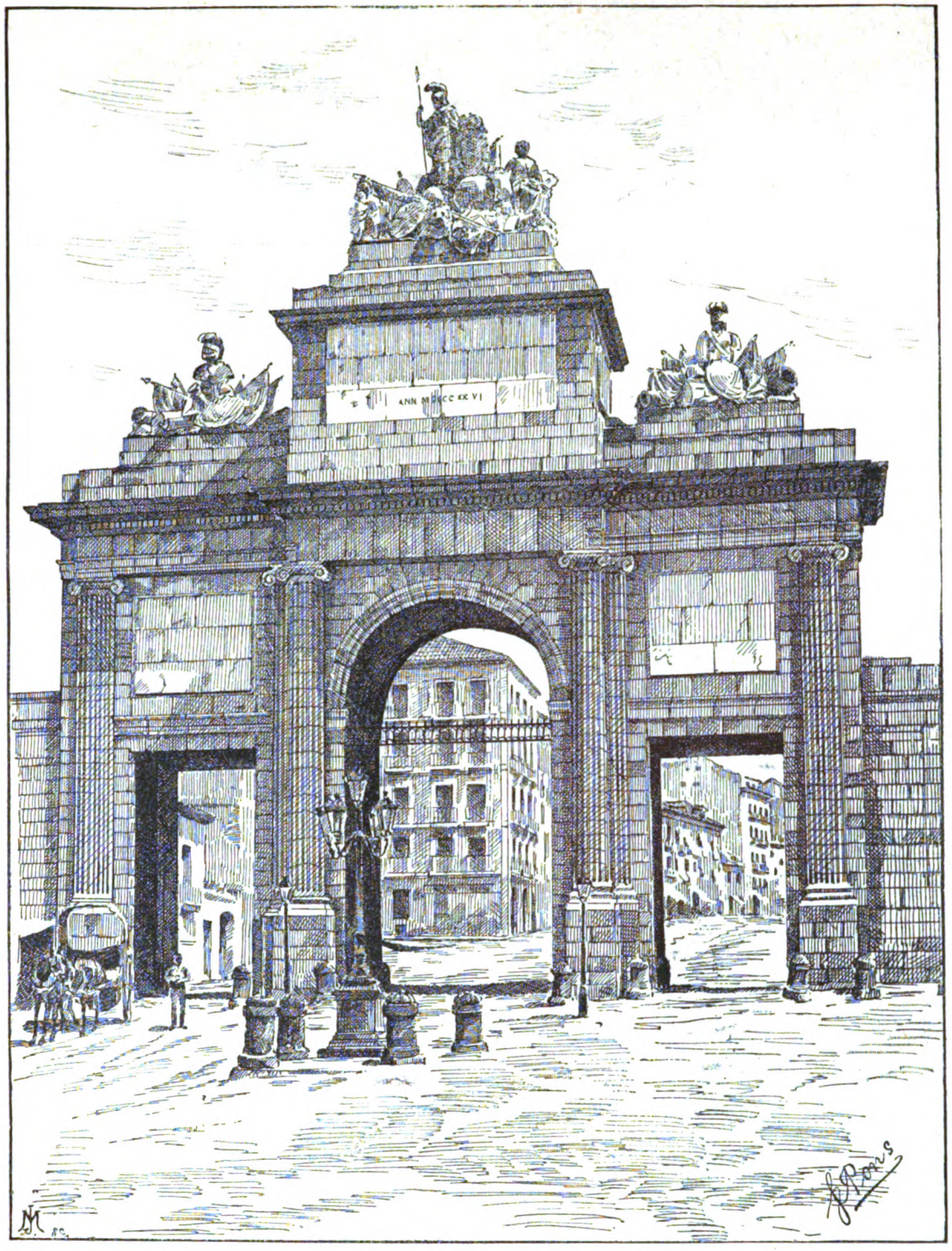
—¿Quién es?—le he preguntado.

—Un gorrión que tiene celos como tú, bien que más justificados. El espesor del follaje no permite penetrar hasta su nido la luz de las estrellas, y habrá venido por ese gusanillo para iluminar con él el cuadro de sus desdichas.

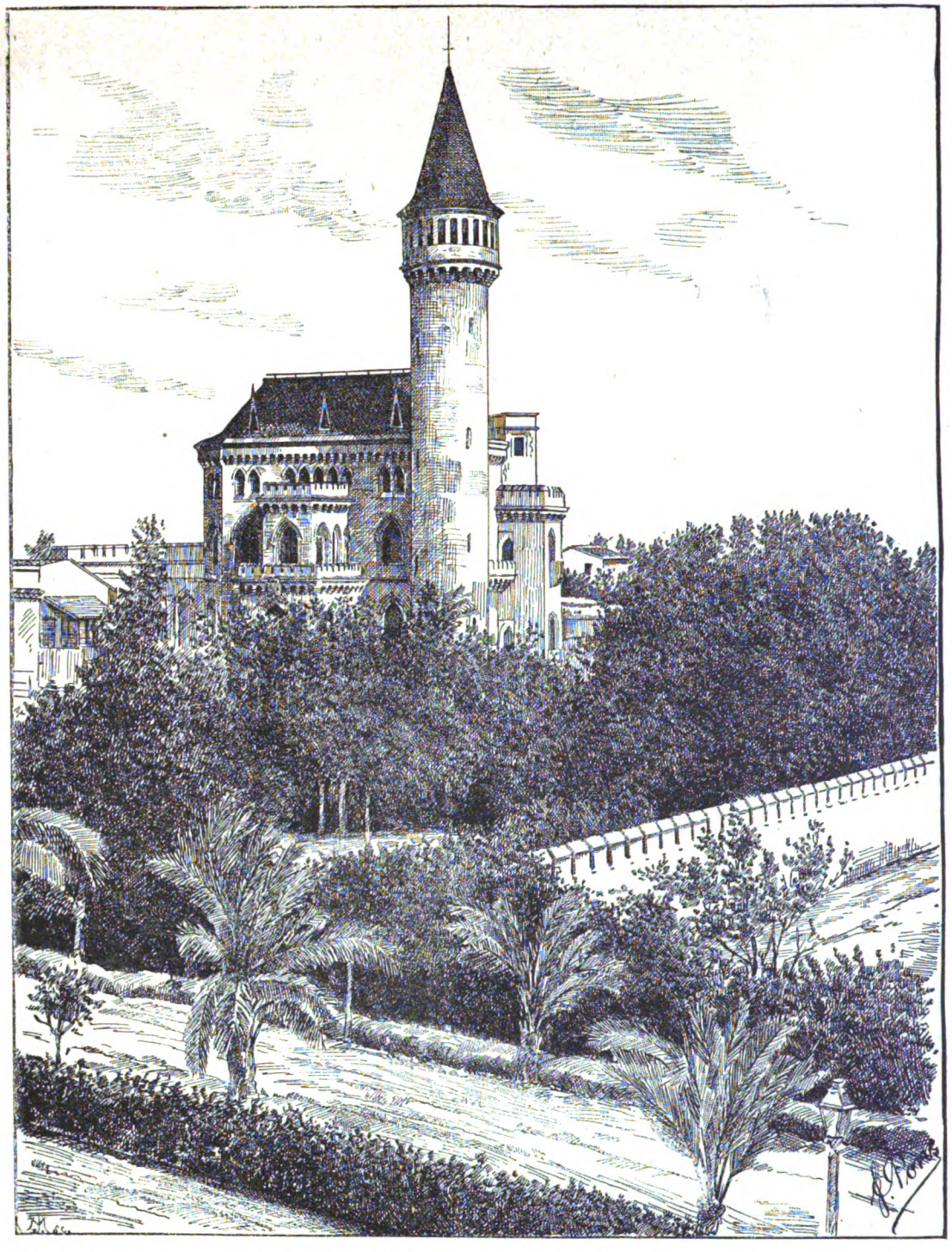
—¿Estás segura de ello?

—Segurísima. De rondar su nido venía cuan-

Digitized by Google



MADRID: LA PUERTA DE TOLEDO (dibujo de F. Pons)



VALENCIA: PALACIO DEL CONDE DE RIPALDA (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

LA DECLARACIÓN, (cuadro de Atilio Simonetti)

Digitized by Google

do he bajado hasta ti. ¡Qué dúo de píos y picotazos, plañideros unos, feroces otros, pero todos revelando la desesperación y el encono! No creas que sea todo poesía allá arriba: también caben los odios más implacables, los celos más exaltados, las traiciones más abominables entre pájaros. Ese pobre gorrión que acabas de ver era bueno y condescendiente como el que más. Muchas veces le oí decir á su desleal compañera:—Agradece á nuestros hijos que no te mate. —Pero ayer mañana quiso la fatalidad que los chicos salieran muy de mañana, y, como se bajaran más de lo regular, una lluvia de perdigones les dejó convertidos en una criba. Yo les vi dar sus últimos aleteos. Su padre los vió expirar en medio del mayor desconsuelo, y cuando ya nada le restaba hacer, volvió á su nido sin hijos á la par que sin corazón. *Ella*, que según costumbre estaba ausente, volvió y le encontró llorando. ¿Crees que le preguntó la causa de su duelo? Al contrario: airada y desdeñosa, parece que sólo le dijo:—Eso no se puede aguantar.—Y audaz, atrevida, desdeñando la pena amarguísima del triste gorrión, echó á volar de nuevo, no volviendo á su nido hasta ya entrada la noche, cuando callaban ya todos los pájaros y todas vosotras dormíais. Entonces se ha enterado de la desventura de sus hijos; entonces, arremetiéndola con desesperada fiereza el gorrión, ha decidido acabar con ella. ¡Qué drama tan sangriento se ha desarrollado en aquel pequeño nido! Me ha faltado ánimo para presenciar su desenlace y entonces he bajado á saludarte á ti.—

Así hablaba el clavel cuando observamos que el gorrión abandonaba de nuevo su nido llevando un objeto pendiente de su pico. Era el cuerpo rígido y ensangrentado de su desleal compañera, que vino á sepultar á nuestro pie. Dirigióle una mirada llena de infinita conmiseración, y, remontando de nuevo su vuelo, se perdió como una nota triste, como una queja ignorada, en el espacio.

. . . . . .

—¿Qué es esto? He contado bien: acaban de dar las ocho.—Saltó azorada de la cama y se vistió rápidamente.

—¡Qué sueño tan original el de esta noche!—pensó Julia en tanto se vestía á gran velocidad. —¡Flores que hablan, dramas de pájaros, idilios de mariposas, yo feliz y rica, con joyas y muebles lujosos y palacios que eran una maravilla! A lo menos he sido feliz en sueños, bien que el haberlo sido unos minutos más me va á costar hoy medio cuarto de jornal.

ANTONIA OPISSO

LA NIEVE

Con majestad salpicando
y de rizos adornando
flor preciosa
que en gentil rosal florido
da el aroma apetecido
á la hermosa

que enamora con sus galas
y al amor le presta alas
sonriente,
deslumbra, candor vertiendo,
la nieve que va cayendo
lentamente.

La luz del fulgente sol
y del cielo el arrebol
entoldando,
copo tras copo cayendo,
va la atmósfera envolviendo
y ocultando

con puro manto de armiño
que hace la ilusión del niño
inocente,
cuando la mira ir corriendo,
la nieve que va cayendo
lentamente.

Esas lágrimas del cielo
aumentan el desconsuelo
del mendigo,
que espera con fiebre loca
no hallar pan para su boca,
ni un abrigo.

Si aparentando la calma,
buscamos amor del alma
que no miente,
¡oh! ¡qué triste es ir sintiendo
la nieve que va cayendo
lentamente!

CARMEN BECEIRO DE PATO

BIBLIOGRAFIA

Las fuerzas de la vida, estudios físico-químicos, fisiológicos, biológicos y terapéuticos, que prueban la posibilidad de prolongar la vida humana, por el médico *don Juan Fernández Ballesteros*.—Barcelona, 1890.

No puede decirse aún nada en concreto sobre este libro por no revelarse todavía en él qué clase de sustancia es esa que puede prolongar la vida. El autor está enamorado de la *materia radiante*, con la cual asegura pueden producirse experimentalmente «desde la luz hasta la organización de la célula, desde el movimiento atómico hasta las vibraciones que producen el pensamiento, la voluntad y la conciencia.» Y no se crea que el autor escriba eso á humo de pajas, pues afirma haber logrado devolver la vida á un pájaro después de asfixiado en el vacío, y haber «organizado y vitalizado células en un medio particular combinando los cuatro estados de la materia.»

Yo no digo que sí ni que no, pues la experiencia nos tiene demostrado que nadie puede decir *de esta agua no beberé*, y por lo mismo no aseguro que con el tiempo no me decida á tragar algunos gránulos de materia radiante para prolongar esta triste vida, aunque no sea más que para probar.

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE ESPAÑOL

LA GRANADINA, *acuarela de Pozo*.—PREDICAR EN DESIERTO, *de Picolo*.—LA ALEGRÍA DE LA TIERRA, *de Huertas* (en colores).

Nuestros lectores podrán ver las hermosas cromotipografías que adornan este número y de cuya ejecución no hemos de ser nosotros los que juzguen, limitándonos a decir que nos esforzaremos de continuo en perfeccionar nuestros trabajos, única manera de corresponder al favor que nos dispensa el público.

La *Granadina* es, sin duda, una de las mejores acuarelas de Pozo. Es, en efecto, el tipo perfecto de la bella hija nacida al pie de la Torre de la Vela, tal como la describiera la pluma de Alarcón. No es *una andaluza*, es *una granadina, específica*, por decirlo así; superior mérito que debe ostentar el que se dedica á la representación de tipos.

En *Predicar en desierto* ha hecho gala Picolo así de su celebradísima gracia como de sus relevantes cualidades como dibujante, colorista y hábil en la composición. Las dos figuras se llevan tras sí los ojos, viéndose claramente que el pobre fraile gasta el tiempo en balde para convencer á la apasionada muchacha, guapa como ella sola.

La alegría de la tierra es un rasgo arrancado á la viviente realidad, un pedazo de Sevilla trasladado sobre el papel. Para más pormenores véase la *Andalucía* de Barrionuevo, publicada por esta casa editorial.

UN CRIADERO DE AVESTRUCES EN EL ÁFRICA DEL SUR

El avestruz ha sido reducido á una especie de domesticidad en la colonia inglesa del Cabo de Buena Esperanza, donde algunos ricos criadores han establecido vastas instalaciones de incubación artificial, con lo cual se preservan de todo daño las plumas del macho y de la hembra y se libra á los huevos de una porción de causas de destrucción. Hay que decir ahora que no deja de ofrecer sus peligros ir á quitarles sus huevos á los padres, pues tratándose de animales de tan elevada talla y tan forzudos, es siempre temible su furor.

Desplúmase á los avestruces cuando no tienen un año todavía. Los hay que han sido desplumados diez y seis veces, y por eso siguen tan provistos de pluma como si tal cosa. Cuando llega la época del desplume se engatusa á los avestruces atiborrándolos de maíz después de haberles atraído á un cercado donde siguen á cualquiera que les presente aquella *golosina*. Cuando el cercado está lleno ciérrase la entrada por medio de una puerta móvil que estrecha de cada vez más á los avestruces y les imposibilita de oponer la menor resistencia, pues tan apretados se encuentran que no pueden ni desplegar las alas ni cocear con su vigor acostumbrado. Entonces se introducen entre sus filas los kaffires (de los cuales tanto se habló en *Las minas del rey Salomón*), les agarran por las alas y les quitan las plumas codiciadas, ya cortándolas, ya arrancándoselas. No parece que sea operación muy dolorosa. Las plumas más preciosas son las de debajo del ala, que se venden á 625 francos la libra.

OFELIA

Cuadro de Casado del Alisal

Non est ad omnibus adire Corynthum, lo cual, traducido al castellano quiere decir que no todos sirven para pintar Ofelias. Pero indudablemente servía mucho Casado del Alisal, que no parece sino que se inspiró en la admirable *Rima* de Bécquer para representar la dulcísima figura de la pobre niña.

ÉXTASIS

Cuadro de Emilio Sala

Basta ver esa figura para que se comprenda toda la maestría que caracteriza al ilustre pintor valenciano. Muchos *Extasis* se han pintado en el mundo, pero pocos con la realidad humana de éste; á lo cual hay que añadir que no solamente se nota en las obras de Emilio Sala el más profundo estudio del natural, sino también la más sagaz investigación psicológica de las figuras representadas.

Pertenece esta hermosa obra á la galería del Sr. García Vela.

MADRID: LA PUERTA DE TOLEDO

Hállase al fin de la calle de su nombre, al sur, y da entrada á la carretera de Andalucía. Fué comenzada en 1813 y terminada en 1827, más abajo de donde estaba la antigua. Consta de un arco de 36 pies de alto y 16 de ancho, adornado con dos columnas estriadas de orden jónico. A los lados hay otras dos puertas cuadradas, de 10 pies de ancho y 21 de alto. La altura total de la puerta es de 65 pies y su línea de 54. Los grupos se elevan 20 pies más. En la fachada que mira al campo se ve un grupo compuesto de *España*, que pasa un *Genio de las Provincias* al *Genio de las Artes*. En la fachada que mira á la calle hay las armas reales, y á los extremos de la puerta varios atributos militares. Está dedicado este monumento á Fernando VII *el Deseado*.

VALENCIA: PALACIO DEL CONDE DE RIPALDA

Este magnífico edificio es uno de los monumentos arquitectónicos más notables de Valencia, en cuyas afueras se halla situado. La esbelta torre que flanquea el edificio y el almenado muro que le rodea prestan al palacio un aspecto de todo punto señorial.

EL ARTE ITALIANO: UNA DECLARACIÓN

Cuadro de Attilio Simonetti

Una mezcla de Goya y de Schweninger. La *Maja* en combinación con un fondo siglo XVIII, en que tanto sobresale el distinguido artista vienés. Unas mujeres preciosas, los accesorios de rúbrica y un asunto siempre interesante en su insignificancia.

DOLORA CURSI

(A LA SEÑORITA TULA MATEOS)

Has pisado las áridas comarcas
donde cantaron Poe, Longfellow;
y has lucido en Broadway y junto al Hudson
tu cuerpo seductor.

En ti causó placer: en mí... dolores,
pues tan sólo conozco Nueva-York
por las célebres píldoras de Bristol
y la emulsión Scott!

JOSÉ M.ª DE LA TORRE

NO TIENE RIVAL

Cuanto jabón se ha inventado
dijo:—Mi gloria depongo,
ante el *jabón* perfumado
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Victor Vaissier, Paris.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

CAPITULO II

LLEGO AL FIN DE MI JORNADA

En la tarde del segundo día, al llegar á la cumbre de una colina, vi desarrollarse ante mis ojos todo el paisaje, que se extendía hasta la orilla del mar, y sobre una prolongada cordillera la ciudad de Edimburgo humeando como la chimenea de un vapor. En el castillo ondeaba una bandera, y vi varios buques anclados, y otros que salían ó entraban. Todo esto me recordó al punto mi país.

Muy pronto llegué á una cabaña habitada por un pastor, quien me indicó el camino de Cramond; y así, preguntando á unos y á otros, acerquéme á la capital por la carretera de Glasgow. Allí pude tener el gusto de ver un regimiento que marchaba al son de los pífanos, marcando el paso. A su frente iba un general de cara rubicunda, montado en un caballo gris, y cerraba la marcha una compañía de granaderos con sus enormes gorras. El orgullo de la vida me embriagó un momento al contemplar las casacas rojas y el aspecto marcial de aquella tropa, que avanzaba al compás de una alegre música.

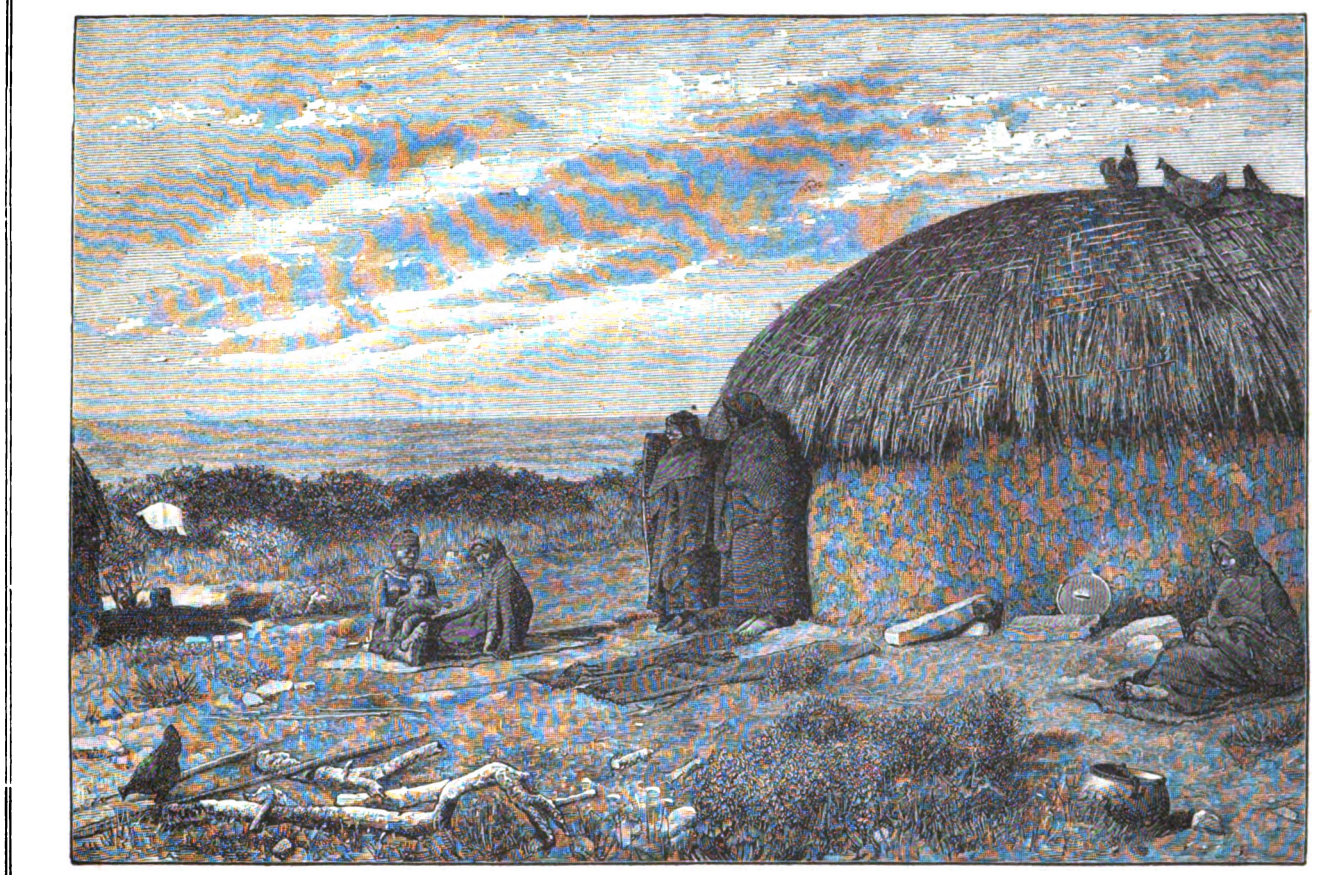
Un poco más lejos dijéronme que ya estaba en el distrito de Cramond, y entonces pregunté por la casa de Shaws. ¡Cosa singular! Este nombre parecía sorprender á todos aquellos á quienes pedía noticias. Al principio creí que mi aspecto de aldeano y mi humilde traje cubierto de polvo estaban en contradicción con mis pretensiones de rozarme con tan noble casa; pero cuando tres ó cuatro personas me hubieron mirado con la misma extrañeza, dándome igual contestación, comencé á creer que ocurría alguna cosa de particular respecto á la casa de Shaws.

Era preciso aclarar cuanto antes el asunto, para lo cual cambié la forma de mis preguntas; y, al ver á un campesino que iba sentado en su carro, dirigíme á él para tomar lenguas.

—¿Habéis oído hablar alguna vez,—le pregunté,—de la casa de Shaws?

El buen hombre detuvo su carro y miróme con tanta sorpresa como todos los demás.

—¿Por qué me preguntáis eso?—replicó.



CHOZA KAFFIR EN UN CRIADERO

—¿No es una gran casa?—añadí.

—Sí, la casa no deja de ser bastante grande.

—Pero... ¿y la gente que vive en ella?

—¿Qué gente?—repuso el hombre.—¿Estáis loco? Allí no hay gente, ó por lo menos nada que pueda llamarse así.

—Pues qué: ¿no vive allí el Sr. Ebenezer?

—¡Oh! Ese debe ser el jefe,—exclamó el carretero.—¿Para qué le buscáis, compadre?

—Pensaba obtener de él una colocación.

—¡Como!—exclamó el carretero con un tono tan penetrante que hasta el caballo se sobresaltó.—¡Una colocación! Vamos, compadre: estas son cosas que á mí no se me importan; pero como me parecéis un buen muchacho, voy á daros un consejo, y es que no entréis en relación alguna con los Shaws.

La persona que encontré luego después era un hombrecillo que llevaba una peluca muy blanca y que tenía todas las trazas de barbero. No ignoraba yo que los barberos suelen estar enterados de todo cuanto se relaciona con los vecinos de una localidad, y en su consecuencia preguntéle qué especie de hombre era Balfour de los Shaws.

—¡Oh! ¡oh! ¡oh! Pues no es ninguna especie de hombre: no es absolutamente ninguna especie de hombre,—contestó el barbero.

Y después de mirarme de pies á cabeza, quiso averiguar indirectamente qué buscaba yo; pero comprendí su intención y despedíme de aquel sujeto sin satisfacer su curiosidad.

Este golpe echaba por tierra todas mis ilusiones, y cuanto más vagas eran las contestaciones que se me daban, más acrecía mi desconfianza, pues mayor campo dejaban á mis conjeturas. ¿Qué clase de casa sería aquélla que todo el mundo se extrañaba al oir pronunciar su nombre? ¿Qué caballero sería aquél tan mal reputado en toda la ciudad? Si me hubiese hallado á una hora de Essendean, seguramente habría vuelto allí, renunciando á proseguir mis averiguaciones; pero un vez tan lejos, era vergonzoso desistir, y por otra parte consideraba como un deber aclarar el misterio para saber á qué atenerme.

Prosiguiendo mi camino, encontré á una mujer alta y seca, de aspecto adusto, que bajaba de una colina; y como me acercase á ella para dirigirle la misma pregunta que á los demás, hízome seña de seguirla, acompañándome hasta la cumbre de la eminencia. Apenas llegados, señalóme con el dedo una vetusta mole ruinosa que se elevaba solitaria en medio del valle. El paisaje era risueño: no faltaban allí cristalinos arroyos, frondosos árboles y sombrías espesuras; pero la casa parecía ruinosa, ningún camino conducía á ella, de ninguna chimenea salía humo, y hubiérase dicho que el edificio estaba abandonado.

—¡Es eso!—exclamé con acento de dolor.

—Sí,—contestó la mujer con maligna sonrisa y marcada expresión de cólera.—¡Eso es la casa de los Shaws! ¡Con sangre se construyó, con sangre comenzó á hundirse, y con sangre desaparecerá del todo! Mirad,—añadió después de una pausa;—escupo en el suelo y piso la saliva. ¡Negra suerte tenga! Si veis al jefe de esa casa, decidle que esta es la décima novena vez

Digitized by Google

que Juana Clouston le maldice á él y á todos los suyos. Reducidas queden á cenizas la casa y el establo, el hombre y el huésped, el amo, la mujer y la hija. ¡Malditos sean todos, malditos, malditos!

Al proferir estas últimas palabras, con una voz cuyo diapasón se había elevado progresivamente, la mujer dió media vuelta y desapareció de mi vista.

Yo quedé inmovil en el mismo sitio, mudo y erizado el cabello. En aquella época, aun se creía en las brujas, y yo temblé al oir semejante maldición, lanzada tan inopinadamente contra la familia en quien fundaba todas mis esperanzas.

Me senté un momento para contemplar la casa de Shaws, y cuanto más miraba, más agradable me parecía aquel rincón de tierra: todo estaba verde y florido; en las praderas, los rebaños pacían tranquilamente; el ambiente era delicioso; y en medio de aquel conjunto, el ruinoso edificio presentaba un aspecto sombrío.

Algunos campesinos pasaron cerca de mí, pero faltábame valor para preguntarles nada. El día comenzaba á declinar, cuando de pronto observé una columna de humo en el edificio que estaba contemplando. A la verdad era muy ligera: poco más espesa que la de una vela de sebo; pero al fin era humo, y esto suponía la existencia del fuego y el calor, y también la de un ser animado que debía encender la lumbre. Esto me consoló mucho, seguramente más que una botella entera del agua de lirio de los valles que me había regalado el señor Campbell.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

LA ALEGRÍA DE LA TIERRA (dibujo de Huertas)
(De la obra «Andalucía»)

Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.

ANDALUCÍA

Tipos, costumbres, recuerdos y paisajes

POR

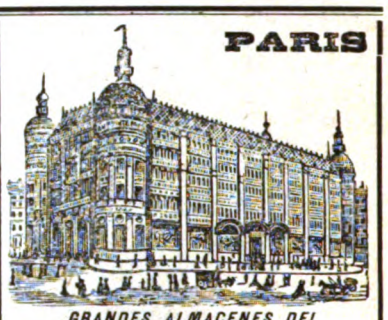
M. MARTINEZ BARRIONUEVO

Esta obra, que viene llamando la atención del público inteligente por sus riquísimos dibujos originales, debidos á los eminentes artistas Araujo, Pelayo, Perea, Oliva, Lizcano, Mejía, Huertas, Cecilio Pla, Méndez Bringa, Gartner y otros, sigue publicándose al precio de

UNA PESETA EL CUADERNO

en este establecimiento tipolitográfico editorial.

PARIS



GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la ESTACION de VERANO, á quien lo pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie

PARIS

Se remiten igualmente, libres de franqueo, las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedicion:

En Madrid : *Plaza del Angel, 12*—entlo-dcha — Irún — Port-Bou Hendaye — Cerbère.

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envios que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los géneros y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

Píldoras Catárticas

DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

LA MEJOR

Medicina de Familia.

El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericia, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producan la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADAS POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 30 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Autor, Escudillers, 22. Barcelona

HIERRO QUESADA

Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.

EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

ADMINISTRACION: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Tudó, [illegible]

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 5 de abril de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 379

LA MAGDALENA (cuadro de Barilli)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Bibliografía*, por C. M.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Los dolores de la Virgen* (poesía), por Antonio Osete.—*El sermón del Paso*, por Agustín González Ruano.—*Nuestros grabados*.—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *La pintura religiosa contemporánea:* La Magdalena. El Gólgota. La vuelta de Jerusalén. Dolorosa. El entierro de Cristo.—*Joyas de la pintura religiosa antigua:* La creación de Eva. El nacimiento de la Virgen. La Piedad. El entierro de Cristo. Cristo sacado del sepulcro por los ángeles.—La catedral de San Petersburgo.—Madras.

MADRID

Notas de primavera.—Distracciones baratas.—Un acto nuevo

EL Teatro Real ha cerrado sus puertas poniendo fin á la azarosa temporada entre cuyos tristes recuerdos figura principalmente el de la muerte del inolvidable Julián Gayarre. La percalina de color plomizo oculta ya las doradas molduras en que jugueteó la luz; reinan las sombras en aquellos palcos objeto de tantos anhelos, imán de tantas miradas, cuando brillaba en ellos la hermosura y lucía la elegancia; y está desierto el vasto escenario que pisaron los artistas, y las altas galerías, de las que guardará eterno recuerdo el estudiante que pasó en ellas horas deliciosas.

Las historias reanudadas ó comenzadas en aquella sala cuando la inundaba la luz y la poblaban las armonías, van á continuar en otra parte; y un ejército de coristas, bailarinas y comparsas van á buscar en otra parte modesto salario por lucir sus pantorrillas, no siempre torneadas, y sus voces cascadas por los años.

La clausura del Teatro Real coincide siempre con la llegada de la primavera, que tiene en Madrid un aspecto especial, lleno de variedades y de matices muy distintos de los que ofrecen los tranquilos campos y la apacible aldea. Por la mañana invaden las calles los vendedores de plantas y de tiestos, que son los heraldos del buen tiempo en la coronada villa. Sus voces, que tienen algo de salmodia, ofrecen los geranios dobles, los esquejes de que brotaron los claveles, los alelíes de color de oro y los rosales cuajados de botones, semejando jardines ambulantes los borriquillos que conducen la florida carga.

En Madrid hay una afición decidida por los tiestos, y, especialmente en las habitaciones modestas, apenas hay reja de boardilla, alero de tejado, terraza de sotabanco, sin macetas, que forman los cármenes del pobre. La modista que tiene que vivir encerrada en su cuchitril sin dejar en reposo la aguja, se complace, cuando levanta la cabeza, en contemplar los tiestos que florecen en su ventana: ahora los alelíes y los jacintos, más tarde las rosas y las azucenas, luego la albahaca mensajera de las verbenas, y en todo el año una especie de calendario florido que forma parte de sus sencillos recreos.

Y esos modestísimos tiestos es todo lo que de la belleza de los campos disfrutan las clases trabajadoras de Madrid, consagradas á incesante tarea, pasando la vida entre el taller y la casa y contemplando el cielo sólo á pequeños trozos como los prisioneros.

Un balcón ó una ventana llenos de macetas dan ideas de algo tierno y delicado como todo lo femenino, y detrás de un grupo de macetas se adivina una mujer, que, si no es en todos los casos hermosa, es casi siempre buena.

Por la tarde el aspecto de la población cambia: á los gritos de los vendedores suceden las notas de los organillos repitiendo hasta la saciedad las notas de los tangos y jotas que constituyen el atractivo de las piezas más en boga en los teatros por horas.

Yo recuerdo con delicia los organillos de otros tiempos, los que escuchaba en los días de mi mocedad, y tengo una aversión profunda á los que ahora nos atormentan. Aquéllos, colgados por ancha correa al cuello de un extranjero de luenga barba y aspecto artístico, dejaban oir los trozos más selectos de las óperas del repertorio italiano. Hacían llegar á los corazones las lágrimas de Donizetti y de Bellini, nos recordaban la romanza del tenor predilecto, la cavatina de la tiple favorita, los cantos unidos á sucesos íntimos de nuestra vida, á noches deliciosas pasadas en el Teatro Real contemplando á la mujer amada; y cuando sus melodías subían de la calle invadiendo el cuarto, interponiéndose entre la cabeza inclinada y el libro en que se buscaba con febril actividad la ciencia necesaria para pasar en el próximo examen, un soplo de arte recreaba el espíritu y despertaba la fantasía que alejaban las novelas de Justiniano y los sabios comentarios del buen D. Pedro Gómez de la Serna al derecho romano, para remontarse al país de los sueños.

Pero los organillos de hoy día (¡mala peste en ellos!) son unas discordantes cencerradas que atacan los nervios. Los conducen, en chillones y estruendosos carros, desarrapados pilluelos de desmedrado y cínico aspecto, de los que forman las avanzadas del vicio en el Madrid truhanesco. No saludan para pedir, sino que hacen gestos de manos, mandando al aire el humo nauseabundo de la colilla que chupan; y las notas que producen al voltear el manubrio, sólo evocan desagradables recuerdos de bailes chulescos en que se quiebra la cintura y se acompasan torpes movimientos.

La polka de los paraguas, el tango del café, las aventuras de la pobre chica, el dúo de los tímidos, y otras piezas por el estilo, son el tormento de los vecinos de esta destartalada ciudad en que toda incomodidad tiene su asiento.

***

El aspecto verdaderamente agradable de Madrid en primavera es el de las primeras horas de la noche, cuando el gas se enciende, los escaparates se alumbran, las calles se animan y de cada puerta de tienda sale un torrente de luz.

En casi todas las esquinas, especialmente de los sitios céntricos, hay floreras con los canastillos llenos de varas de jacintos y ramos de violetas. Las modistas, sombrereras, costureras, floristas, las obreras todas del bello sexo que desde el día de San José pusieron fin á las velas que comenzaron el día de San Francisco, salen alegremente de los talleres rebozadas en el coquetón manto de ligero velo é invaden la calle, donde las esperan los que se mueren por sus pedazos, ó por donde las siguen los viejos verdes, á los que sólo queda de su afición el compás.

Las señoras van al teatro, no envueltas en los pesados abrigos y con la cabeza oculta entre la tupida toquilla, sino luciendo trajes claros y flores en el peinado, libre de velos.

Es la hora en que buscan distracción los que han pasado el día trabajando en la oficina, en que el obrero vuelve á su hogar, en que salen á la calle las que buscan remedio á los desperfectos del traje en la oscuridad de la noche; es, en fin, la hora predilecta de ver escaparates para las personas poco acomodadas que no pueden permitirse otras distracciones.

¡Ver escaparates! No se crea que esto es poca diversión para viudas pobres, huérfanos menesterosos, pensionistas de escasa pensión y esposas é hijos de empleados de escaso sueldo. Cuando llega el buen tiempo, apenas ha anochecido y han despachado en el desmantelado hogar el no muy suculento cocido, se lanzan á la calle á ver escaparates, recreando los ojos en las telas recamadas de oro, en los brocateles y los rasos de la calle Mayor, en las piezas de cerámica de la calle del Arenal, en los caprichos y novedades que forman exposición en las vitrinas de la Puerta del Sol, de la calle de Alcalá, de la de Peligros, de Cedaceros y Carrera de San Jerónimo.

Las sedas que imitan vestidos en los escaparates de Escobar y Crespo, las piezas que centellean desde casa de Ansorena á la de Barco, los chinos y muñecos de Matías López, de la Compañía Colonial y de Venancio Vázquez; las estatuitas y preciosidades de la Nueva Inglaterra, los cuadros del Continental Expres, todo es objeto de una peregrinación que se repite todos los días llevando el alta y baja de las novedades.

Pero, en estas visitas á los escaparates, nada que ofrezca más atractivo que las fotografías. Los retratos de la familia real, los de los generales con los pechos llenos de cruces, los de los jurisconsultos envueltos en la toga y con el libro de las leyes en la mano, los de mujeres hermosas en traje de baile, los de artistas notables en los papeles que les han valido más aplausos, constituyen un gran recreo de las gentes desocupadas y amigas de distraerse á poco coste, y que conocen por su fotografía á todas las notabilidades de la época.

Debas es el que les ha proporcionado más goces, porque ante sus máquinas es ante las que más notabilidades se han parado, y sus escaparates los que más atractivos ofrecen.

Allí están el último retrato de la Reina Regente y del Rey niño; allí se ven recuerdos del baile famoso de trajes de los duques de Fernán Núñez, del no menos notable de la Tarantela en el palacio de los marqueses de Viana, y de los últimos cuadros vivos de la duquesa de Medinaceli.

¡Con qué placer, las que están bien enteradas, llevan á sus conocidas delante del escaparate, y allí, haciendo corro, hacen gala de sus conocimientos!—¿Ve V. esa del collar de perlas? Es la infanta Eulalia de recién casada; y aquella del mantón de luto la duquesa de Osuna; y esa que deja caer el abrigo de pieles y parece una reina, es la condesa de Guaqui; y aquella otra del traje de corte, con la cola larga y la fisonomía tan expresiva, la duquesa del Infantado.

—¿Ve V. aquel señor grueso con patillas, que tiene cara de bueno? Pues es Campoamor. Y aquel general calvo, con tantas cruces y bandas, López Domínguez; y el de los lentes, Echegaray; y el de la toga, Alonso Martínez.

Y así pasan algunas horas en distracciones honestas y poco costosas que se aprovechan en cuanto llega el buen tiempo, protector de los pobres, amigo de los necesitados, providencia de los que no pueden proporcionarse grandes goces.

El invierno, con sus fríos crueles, con sus lluvias incesantes, con sus exigencias de lumbre y de abrigo, es cruel para éstos; pero la primavera es su libertadora, y por eso anima tanto su llegada las calles de la villa, ricas, en estos días, de luz y de colores.

***

Ha sido un acontecimiento literario la representación de *La Comedia nueva ó El Café*, de Moratín, en el Teatro de la Comedia, la noche del beneficio de Emilio Mario.

Temían los literatos que la donosa sátira contra las malas comedias y la perversión del gusto en lo que se refería al arte dramático, que fulminó el buen sentido del regenerador del teatro moderno, resultase pesada en la representación; pero no fué así por la perfección con que fué desempeñada por la compañía que dirige el Sr. Mario, que presentó un perfecto y acabado cuadro de época.

Además la sátira de Moratín tiene carácter de actualidad en nuestros días. ¿No pervierten y estragan el gusto del público, tanto á lo menos como Cañizares, Añorbe, Morcir, Valladares, Zabala y el que va á la cabeza de todos en las extravagancias, D. Luciano Francisco Comella, los autores que dan hoy mayor cantidad de zarzuelas, pasillos, comedias y revistas á los teatros de la corte?

Los chulos, cigarreras, criadas, sastras, modistas y flamencas de todos géneros que figuran en las obras en boga, ¿son mejores, bajo el punto

Digitized by Google

de vista literario, que el conde Beutiff, el sargento Stuffeld, Zastron, Potrukin, Tecumha, Atemisto, Atemislo y Alomonte, y toda aquella patulea de magnates turcos, rusos, ó polacos, y los reyes, emperadores y princesas que eran los personajes de los desdichados engendros que sucedieron en la escena española á las obras admirables del siglo de oro?

Ya cambiaríamos de buena gana algunas obras de nuestros días aunque fuese por *La Esclava del Negro Ponto* ó el *Federico II rey de Prusia*.

Los poetas chirles como el infeliz D. Eleuterio, los críticos pedantes como D. Hermógenes, abundan en nuestros días; y como anillo al dedo encaja en los tiempos actuales mucho de lo bueno que se dice en *El Café* de Moratín.

hijo del Sr. García Ortega, que ha heredado las aficiones de su padre, se consagrase al teatro y sea hoy uno de los más notables galanes jóvenes que pisan las tablas.

Pero esta adquisición no bastó al Sr. Mario, deseoso de completar un buen cuadro de compañía, y emprendió la conquista del padre.

No se puede resistir á realizar lo que ha sido el sueño de toda la vida, y el Sr. García Ortega se ha presentado en el D. Pedro de *El Café*, que ha representado de un modo admirable.

Es un actor, y un actor notable de la escuela de Romea, como hace hoy falta para la interpretación de la comedia moderna.

¿Continuará pisando la escena y consagrando el otoño de su vida á lo que fué el ideal de su juventud? Dicen que sí, y Mario está de enhorabuena, pues al terminar la temporada cuenta con una buena compañía para inaugurar la del año próximo.

Julia Martínez y María Guerrero han adelantado mucho, y, gracias á ellas, se llena el vacío que se notaba en nuestra escena por falta de actrices.

Pero, en fin, por este año ya hemos pasado: una semana más y la temporada cómica habrá terminado, dejándonos el triste recuerdo de la despedida de Vico y de las desventuras del infortunado Teatro Español.

En el de la Comedia resonará muy pronto la hermosa lengua del Dante, y gozaremos, después de Barcelona, de la célebre trágica italiana que llega aquí precedida de los anuncios de la fama.

La época es propicia para los aplausos, pues predisponen á ellos las palmas del Domingo de Ramos y las flores que perfuman y alegran los días regocijados de la Pascua.

KASABAL

LA PIEDAD

Grupo en marfil, en el Museo Británico
(Segunda mitad del siglo XIV)

LA CREACIÓN DE EVA

Del gran portal de San Petronio, en Bolonia, por Jacobo della Quercia
(Mediados del siglo XV)

BIBLIOGRAFIA

Mundana, por *Hector Malot*. Versión castellana.—Madrid, «La España Editorial,» 1890.

Todo se le podrá negar á Hector Malot, excepto ser un novelador de primera fuerza. No hay obra suya en que no deba admirarse la verdad de la observación, lo bien trazado del plan, la propiedad del estilo, el lenguaje lleno de naturalidad, el interés de la acción y la sana tendencia de la obra. Todo eso, y varios otros méritos, se advierte en *Mundana*, que habrá de agradar mucho á los que apetecen las cosas buenas.

La bestia humana, por *Emilio Zola*. Version castellana —Madrid, «La España Editorial,» 1890.

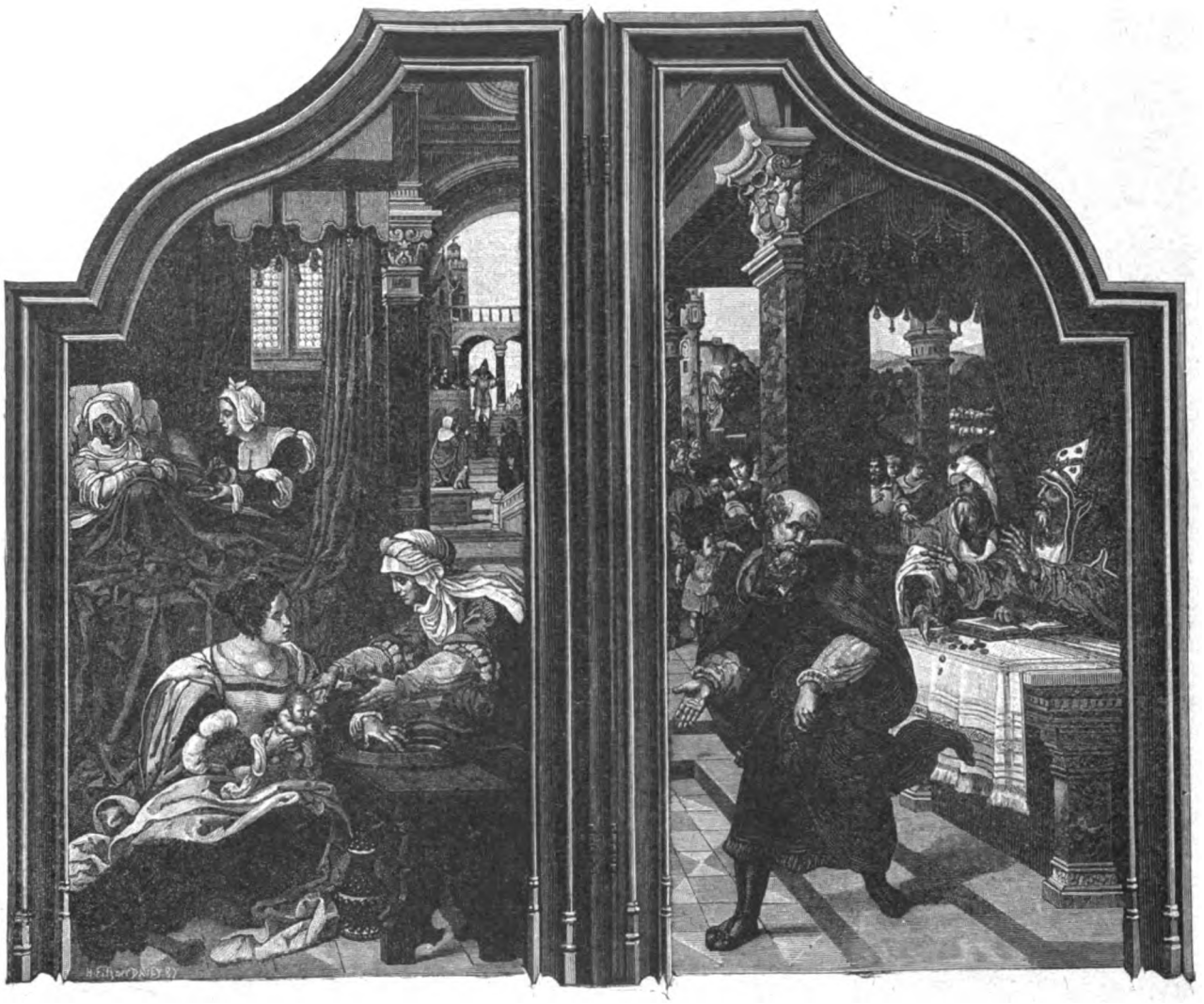
Pero ¿qué diablos le habrán hecho al coloso de la novela contemporánea los pobres empleados de ferrocarriles, que tan mal suele tratarles? Ello es que no he podido menos de acordarme, al leer esa admirable obra de *La bestia humana*, de aquel quinteto de empleados ferrocarrileros de *Teresa Raquin*, y, aun llegando más allá en mis *rapprochements*, he pensado si acaso *La bestia* esa no sería un desenvolvimiento de la idea contenida en germen en la susodicha *Teresa*. Ello es que cuanto más ahondo en este asunto más me voy inclinando á sospecharlo, lo cual probaría únicamente que nadie como Zola para sacarle el jugo á una causa criminal, por más que generalice luego por harto alarmante manera.

Tres noches (poema), por *Catarineu*.—Madrid, 1890.

Creo que alguna vez he hablado ya de mi extraña idiosincrasia, que no me deja apreciar en su verdadero punto el mérito de los pequeños poemas. Yo no sé en qué consiste: me deleito con las silvas de Polo de Medina, de Espronceda, y hasta, con rubor lo confieso, de Meléndez Valdés y de Samaniego; pero no hay quien me haga apechugar con la silva de los pequeños poemas. Me recuso, pues, yo mismo para dar parecer sobre una cosa que pertenece á un género á cuyas bellezas soy impermeable. Esto no obsta para que celebre la buena versificación que se advierte en el poema del señor Catarineu, especialmente en las magníficas cuartetas de los tres primeros párrafos y en los octosílabos de la segunda parte.

C. M.

Digitized by Google



EL NACIMIENTO DE LA VIRGEN Y LA NEGATIVA Á RECIBIR LA OFRENDA DE SAN JOAQUÍN (diptico de Van Orley)

LA PIEDAD (grupo de Miguel Angel)

Digitized by Google

EL ENTIERRO DE CRISTO (cuadro del Ticiano)

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

Los diamantes.—Nuevos datos para el pronóstico del tiempo.—Acción antiséptica del café.—Los microbios arquitectónicos.—Para hacer seda.—Las trufas, manjar celeste.—Más microbios.

Reanudaré estas crónicas con una noticia que habrá de agradar á los aficionados á las piedras preciosas, y es que ya se sabe donde están los diamantes: están en las regiones infragraníticas, á considerables profundidades en las que domina el peridot, de donde salen, cuando ocurren en nuestro globo convulsiones excepcionales, por una especie de chimeneas eruptivas, casi circulares, y labradas como con un sacabocados. No hay, por consiguiente, más que hacer un pozo de algunas leguas de profundidad, y se dará con inmensísimos tesoros. Asimismo se encuentran diamantes, aunque hechos polvo por desgracia, en los meteoritos, y aun para mayor desventura trasformados ya en gran parte en grafito, esto es, en carbón.

El sitio en que ha habido de prefencia volcanes de diamantes es el Africa austral, y el en que han caído mayor número de meteoritos la Groenlandia.

***

La noticia siguiente va dedicada á los *zaragozanos*, así á los auténticos como á los *viles falsificadores*. Sépase, pues, que el día 3 de marzo próximo pasado, á las 3 y 45 de la tarde, vióse alrededor del sol un halo de 22º con sus dos parhelios ó soles falsos, sus dos arcos parhélicos horizontales y su arco tangente superior. Ambos parhelios brillaban sobre el sol brumoso como otros tantos Febos á través de la niebla, y cada uno de ellos ofrecía una especie de penacho horizontal ó arco parhélico que se esfumaba hacia la extremidad del halo. Los arcos tangentes aparecían vivamente coloreados, y el del halo de 22º era notable por su longitud y su ondulada forma.

Tiempo hace que M. Cornu les sigue la pista á esos halos para sacar de ellos deducciones sobre la previsión del tiempo, habiendo observado con especialidad los del 28 de abril y 3, 14, 21 y 30 de mayo de 1886; pero en la última ocasión de que hablo pudo ver que cerca del mediodía, y en el momento en que comenzaba á aparecer el halo de 22º, el espectro solar estaba de acuerdo con tal fenómeno meteorológico para indicar que en las regiones superiores de la atmósfera existían corrientes húmedas y calientes á pesar de lo fría que había estado la mañanita (11º bajo cero en París) (1). La violenta borrasca que se desencadenó al día siguiente por el norte de Europa, se encontró, por lo tanto, señalada por aquellos dos fenómenos ópticos de tan distinto linaje. A juicio de M. Cornu la aparición de los arcos tangentes, que corresponden á una orientación en el plano horizontal de las agujas ó picachos helados, es un dato capaz de indicar con toda precisión la dirección de las corrientes atmosféricas superiores y de determinar ciertas condiciones en la marcha de las borrascas. A mayor abundamiento recordó que el 30 de enero último observó otro bello arco tangente al halo de 22º, y que las borrascas del norte de Europa, que habían cesado por algunos días, sobrevinieron con intensidad á los dos días.

Podremos decir que:

Cuando veas algún halo
pronostica un tiempo malo.

***

Ha quedado indiscutiblemente proclamada la acción antiséptica del café. Así resulta, á lo menos, de los experimentos de M. Luderich, consistentes en dejar permanecer en una infusión del *aromático líquido*, durante un tiempo variable, algunas gotas de un cultivo microbiano, y ver luego qué tal se portaban los microbios en consecutivas sembraduras. Los resultados fueron los siguientes:

El *Bacillus prodigiosus* muere en 6 días en una infusión de café al 5 por 100, y en algunas horas en la infusión al 30 por 100. El bacilo tífico muere, respectivamente, en 2—3 y 1—2 días. Los microbios del pus, en una infusión al 20 por 100, sólo tienen para 3 días; el de la erisipela, colocado en una infusión al 10 por 100, muere en 24 horas. Una infusión pura de café al 1 por 100 mata el famoso bacilo del cólera en 6 ó 7 horas; pero si se usa una infusión al 30 por 100, en media hora cesa de existir, por manera que en la tierra del Schah curan el cólera, y parece que les va bien, atiborrando al enfermo de café negro muy fuerte y obligándole á hacer ejercicio.

Como el café contiene muchas sustancias activas, no puede precisarse á cual se debe su acción microbicida, pero se supone que el héroe será la cafeona.

***

No se dirá que los higienistas no vayan á pensar en todo: no sólo persiguen á los microbios en las aguas, en el aire, en los *ingesta*, incluso los sorbetes, y en los objetos *muebles* que pueden trasportarlos, sino que han caído ahora en la cuenta de que el enemigo podía encontrarse donde no había pensado nadie: en los materiales de construcción, en el mortero hecho con agua plagada de microbios patógenos. Habiendo hecho M. Bovet unos filtros de mortero de un espesor que variaba entre 3 y 15 milímetros, ha visto que el líquido filtrado, lo mismo que el yeso, contenían microbios. Pero no es sólo el mortero, sino también la piedra, la madera vieja, los tapices y papeles de las paredes, etcétera, etc., los que pueden hallarse llenos de micro organismos.

El remedio á esto consistiría en lavar las paredes y los suelos con una solución de sublimado al milésimo, pero habría el inconveniente de que se envenenaran con solimán los inquilinos, y por lo mismo se ha dado la preferencia á la desinfección del agua empleada en las obras. Así, en vez de gastar agua común para hacer el mortero, nada mejor que sustituirla con una solución al 5 por 100 de salicilato de zinc. Lo único que hay es que el mortero resulta de color de rosa, pero luego ya desaparece con el sol este color. La misma solución podría emplearse para desinfectar los papeles y tapices. El salicilato de zinc cuesta á 7'50 francos el kilo; por manera que, necesitándose por lo regular unos 20 quintales métricos de yeso para una casa de medianas dimensiones, vendría á costar el todo unos 800 ó 900 francos, pues se necesitaría emplear de 100 á 120 kilos de dicha sal.

En cuanto á las maderas, si son chicas, puede apelarse á la inmersión, pero si son mayores sólo es posible desinfectarlas con buenos y repetidos embadurnamientos. Respecto á los materiales empleados en rellenar las bovedillas (de cuyos nocivos efectos hablé ya una vez), tendrían que ser la arena ó el cok, desinfectados con una adición de naftol carbónico en la proporción de 3 ó 4 por 100.

***

Ya que no tenemos seda como antes, fabriquémosla. Ahí va la receta, según la fórmula de M. Duvivier.

Prepárense estas tres soluciones:

1.ª Una de 70 gramos de algodón pólvora en 1 litro de ácido acético cristalizable.

2.ª Otra de 50 gramos de cola de pescado, ó ictiocola, en ídem.

3.ª Otra de 125 gramos de guttapercha en un litro de sulfuro de carbono.

Mézclese en las proporciones siguientes:

Solución de algodón pólvora.	1 litro	150
» de ictiocola. . . .	0 »	400
» de guttapercha. . .	0 »	80
Glicerina.	0 gramos	20
Aceite de ricino.	20 gotas	

Maláxese todo en un aparato de mezclas cualquiera. Obtiénese un líquido viscoso que se somete á dos filtraciones sucesivas á través de un tejido de anchas mallas primero, y después más estrechas.

La materia se hila por un tubo capilar, y el tubo atraviesa sucesivamente los baños siguientes:

1.º Un baño de sosa para quitar el ácido acético.

2.º Un baño de albúmina al 3 por 1,000, destinado á animalizar la materia.

3.º Un baño de bicloruro de mercurio al 54 por 1,000 que coagula el hilo.

4.º El hilo es recibido después en una atmósfera de ácido carbónico gaseoso que activa la coagulación.

***

Si Baltasar del Alcazar exageró algo al decir que se llama vino al vino

porque nos vino del cielo,

no parece ser lo mismo tratándose de las trufas, que, según los más autorizados pareceres, son, en efecto, un manjar celeste, es decir, procedente de los espacios siderales, lo mismo que la mayoría de los hongos. Es, en efecto, la trufa un alimento riquísimo en principios azoados, en ácido fosfórico, en potasa, en cal, óxido de hierro, magnesia, sosa, azufre (que forma parte, con el ázoe, de las materias albuminoides ó animalizadas), manganeso, iodo, hierro y cloro; siendo el caso que, aunque el terreno en que se crían no contenga ni fósforo, ni potasa, ni cal, ni hierro, las trufas los contienen, pero sobre todo ázoe, aunque en el terreno no se encuentre pizca de él. Así es que se supone que las tuberáceas (como la trufa y el terfaz de los árabes) son plantas que nos envían de allá arriba, y por lo mismo verdaderamente llovidas del cielo.

***

Para cambiar de asunto volveremos á hablar de los microbios. He dicho que los había en los sorbetes y en los materiales empleados por los albañiles, y ahora añadiré que no hay nada más peligroso... que el agua de mar. Es verdad que los microbios del cólera, del carbunco y de la fiebre tifóidea mueren en ella, pero solamente al cabo de dos ó tres días, por manera que puede servir interinamente de vehículo á dichos microbios patógenos y que por lo mismo hay que abstenerse de tragarla, de meterse en ella teniendo abierta alguna úlcera ó herida, y de recibirla en los vestidos cuando los violentos vientos la desparraman por el aire, amén de lo cual conviene que no vaya á mezclarse con los manantiales, ni emplearla para lavar los toneles, ni para lavar la ropa, ni menos para elaborar el pan.

La verdad es que uno tiene que vivir en un continuo azoramiento, pues eso de pensar que puede haber microbios patógenos en los mantecados, en el mortero, en el agua del mar, en el vino, en la leche y en todo lo que nos rodea y rodeamos nosotros, es para volver aprensivo al más pintado.

Y no hay que burlarse, porque donde menos se piensa... Así, no tiene duda que es peligrosísimo habitar en un cuarto, no desinfectado, donde haya habitado un tuberculoso, pues de seguro habrá gran cantidad de microbios en el polvo, procedentes de la desecación de sus esputos (no de su aliento). Esta facilidad para contraer una tuberculosis sin más que habitar en una casa donde haya habido algún enfermo de lo mismo: disminuye en gran manera el contingente de los casos atribuídos á la herencia ó á la predisposición.

ALFREDO OPISSO

(1) Cuando son estacionarias las condiciones meteorológicas, el borramiento de las rayas acuosas de D coincide con fríos excepcionales, y, sin embargo, esas rayas estaban menos borrosas el 3 de marzo que el 28 de febrero, á pesar de que en este frío el minimum hubiese sido solamente de —4º.

Digitized by Google

LOS DOLORES DE LA VIRGEN (1)

(Sonetos dedicados á mi estimado amigo D. Vicente de Fuenmayor Sánchez-Torres)

INVOCACIÓN

Ecos fugaces de la selva umbría,
murmullos de arroyuelos bullidores,
suspiros de canoros ruiseñores,
confusas notas de la mar bravía:
venid á secundar la lira mía,
que há menester de fuerzas superiores,
y en mágico conjunto de primores
cantaré los tormentos de María.
Tú, Madre celestial, á cuyo manto
se acoge el triste trovador sincero:
muéstrame las grandezas de tu llanto.
Cantar tus penas cual merecen quiero:
dirige Tú mi plañidero canto
y escuchará mi voz el mundo entero.

I

Apenas el lucero matutino
presentóse en la bóveda azulada,
dejan José y María su morada
llevando en brazos á Jesús divino.
Las flores que guarnecen el camino
se yerguen para verlos de pasada,
y Ellos siguen su marcha acelerada
sin presentir lo triste de su sino.
¡Oh templo de Sión! Yo te saludo
con voz ferviente, de suspiros llena,
y ante tus gradas me prosterno mudo;
que hoy en ti se consuma la alta escena
en que, á la voz de Simeón, sacudo
el primer eslabón de mi cadena.

II

Obedeciendo celestial aviso,
con alma triste y con el cuerpo yerto,
la Sagrada Familia huye al desierto,
sin prepararse ni lo más preciso.
En su curso anhelante é indeciso,
siempre á sus ojos el abismo abierto,
cuando es su rudo padecer más cierto
exclama resignada:—Dios lo quiso.—
¡Flor la más delicada de las flores!
¡Oh Virgen! ¿Cómo puede tu ternura
sufrir de tanto daño los rigores?
Mas ¡ay! el cáliz con valor apura...
¿Qué sería sin esos tus dolores
de aquesta miserable criatura?

III

—¿Habéis visto al amor del alma mía?—
pregunta á todos con afán prolijo
al verse sola, sin su amado hijo,
la tan afligidísima María.
Un vértigo de amor sus pasos guía
y busca por doquier sin rumbo fijo,
y no hay calle ni plaza ni escondrijo
que se cierre á su bárbara agonía.
Sapientísima y alta Providencia:
¿do está Jesús, que no oye tanto duelo?
¿qué lugar santifica su presencia?
Vedle en el templo: esparce con anhelo
las primeras semillas de una ciencia
que puede hacer de nuestro mundo un cielo.

IV

Todo inspira doquier duelo y pavura:
el sol que apenas arde, el triste acento
del aire enrarecido, y el lamento
de Jesús en la calle de Amargura.
Rompiendo de la turba la espesura,
ya sin color y casi sin aliento,
cual paloma impelida por el viento
corre hacia el Salvador la Virgen pura.
Anhelosa lo llama á su regazo,
y, aunque á entrambos el paso se les cierra,
al fin se funden en estrecho abrazo;
y el miserable pecador se aterra,
sin saber que ese nudo es un abrazo
que se dan hoy los cielos con la tierra.

(1) Premiados por la *Academia Bibliográfico-Mariana de Lérida* en su certamen de 1889.

V

¿Cómo podrá expresar mi baja lira
con fieles vibraciones el quebranto
de la Madre del Dios tres veces santo
que abrazada á la cruz hondo suspira?
¡Nube de horrores por la mente gira
que baja al corazón trocada en llanto,
y, al querer entonar fúnebre canto,
sobreexcitada la razón delira!

De las piedras escúchase el lamento,
el trueno airado zumba, el rayo estalla,
y, temblando la cruz en que se halla,
lanza el Hijo de Dios su último aliento.
En medio del desorden y la muerte
preséntase la madre dolorida
y en sus brazos recoge á su hijo inerte;
y lo oprime y lo besa estremecida
cual si le fuese dada tanta suerte
que pudiese otra vez darle la vida.

EL GÓLGOTA (cuadro de Herman Corrodi)

¡Oh de Dios y los hombres santa Madre!
Plegue á tu sacratísimo derecho
que tu negra aflicción á mi alma cuadre
y que, en mi llanto abrasador deshecho,
la misma espada que te hirió taladre
la víscera amorosa de mi pecho.

VI

Cubre negro crespón el firmamento,
riñen los mundos infernal batalla,
embravecido el mar rompe su valla
y silba desatado y seco el viento.

VII

¡Ya no existe Jesús! Pesada losa
aprisiona sus lívidos despojos.
¿Y María? Doquier lanza los ojos
halla la soledad más espantosa.
Al ver tal duelo, la encendida rosa
temblando oculta sus colores rojos,
y al presenciar el ave sus enojos
pliega el vuelo y se oculta silenciosa.
Todo ofrece señales de tristeza:
desde el negro crespón del firmamento
hasta el frío tapiz de la maleza

Digitized by Google

Digitized by Google

LA VUELTA DE JERUSALEN (cuadro de Harrach)

Digitized by Google

se oye con voz sin timbre este lamento:
—Si así siente la gran naturaleza,
¿quién mide de María el sufrimiento?

CONCLUSIÓN

Ecos fugaces de la selva umbría,
murmullos de arroyuelos bullidores,
suspiros de canoros ruiseñores,
confusas notas de la mar bravía:
los que auxiliasteis á la lira mía
al cantar de la Virgen los dolores,
recibid de mi pecho los favores
que os devuelvo dichoso en este día.

CATEDRAL DE SAN PETERSBURGO

Tú, Madre celestial, á cuyo manto
se acogió el triste trovador sincero,
recibe con amor mi pobre canto:
Yo, en la empresa, feliz me considero;
pues si pensé morirme al ver tu llanto,
eterna vida por tu llanto espero.

ANTONIO OSETE

EL SERMON DEL PASO

Sabido es de todo el mundo la piedad del pueblo español, como sabido es también lo firme de sus creencias religiosas y lo que en las clases populares de nuestra nación influyen los misterios que la Iglesia conmemora en la Semana Santa.

No contentos los españoles de todas las provincias con asistir á las grandes fiestas que se celebran en los templos en recuerdo de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo, han formado numerosas hermandades y cofradías que en los días de la Semana Mayor exhiben en público sus imágenes, adornan los pasos ó andas donde son conducidas, y hacen estación de penitencia y devoción á la iglesia principal de cada pueblo, cruzando procesionalmente nuestras calles y plazas.

Los habitantes de las provincias andaluzas, sea porque en ellos influye más el hermoso sol que dora sus campos, sea porque más viva su imaginación necesite de más *expansibilidad*, se distinguen por la ostentación de que hacen gala en estos actos religiosos.

En Sevilla se despliega un lujo completamente oriental en sus célebres procesiones de la Semana Santa. Visten las imágenes de la Virgen, que son llevadas en sus *pasos*, espléndidos mantos de larga cola de terciopelo negro, azul, morado ó verde, según las cofradías, bordados de oro con una riqueza y un primor exquisito, y cuyo coste asciende á muchos miles de duros. Las tocas, los encajes, las alhajas que lucen en el pecho, en el talle, en el cuello, en la cabeza y en las manos, representan una suma fabulosa. Cúbrenlas riquísimos doseles de terciopelo, tisú ó damasco bordados también de oro, sostenidos cada uno por seis recios varales de plata; y adornan é iluminan el paso multitud de ramos de flores naturales, y abundantísimas velas de cera, ya labradas primorosamente, ya lisas, con más los candelabros de forma caprichosa y elegante con bombas de cristal, colocados en los cuatro ángulos de la peana que forma el trono de cada imagen. A esto se agrega la belleza artística, los milagros de escultura que presentan las efigies del Salvador del mundo; preciadísimas obras, muchas de ellas de Martínez Montañés, de Roldán, de su hija la Roldana y de otros notabilísimos escultores de la época en que el fervor religioso estaba en su mayor auge. Jesús en el huerto, Jesús desnudo y atado á la columna, Jesús con la cruz á cuestas, ó sea, genéricamente hablando, Jesús nazareno y Jesús crucificado, son otras tantas maravillas que admiran. Las túnicas del Señor son también de terciopelo bordadas profusamente con oro, y de oro es asimismo el ángulo ó cordón que las sujeta. En unos pasos lleva el Nazareno al hombro una cruz de carey con cantoneras y filetes de plata labrada. En otros son las cruces de riquísimas maderas, pero recamadas muchas de ellas con el mismo rico metal. Se ostentan, en el zócalo de las andas, medallones pintados admirablemente, que son otras tantas joyas artísticas. Las figuras accesorias de estos pasos no son de menor mérito: ya las de San Juan evangelista; ya de la Magdalena y las otras dos Marías que acompañaron al Señor hasta el Calvario; ya también las de la Santísima Virgen al pie de la cruz. Los pasos, en general, son enormes, como para contener, además de las figuras principales, soldados romanos de á pie y de á caballo, verdugos, jueces y judíos, todos de tamaño natural; pasos que necesitan para su conducción algunas docenas, cada uno, de robustos mozos de cordel ocultos tras los ricos faldones que penden de la peana tallada y dorada en madera, con gran realce en las hojas de acanto, y profusión de labores caprichosas en sus cuatro frentes.

Cada paso representa una página del gran drama de nuestra redención, tomada de los santos libros.

Tan brillante atavío, tan ostentosa exhibición, se completa con el acompañamiento del clero, de las autoridades y de los individuos de cada una de estas cofradías. Penitentes con la faz cubierta, vestidos con túnicas, ya de terciopelo negro, ya de merino azul, blanco, verde ó negro, con elevadas caperuzas de los mismos colores y sendos cirios en las manos; soldados romanos con vistosos cascos con plumero y corazas, con el escudo bruñido en el brazo izquierdo, ó bien de madera forrado de piel, y lanza corta ó pica en la otra, las vestes bajo la media armadura, la clámide terciada sobre el hombro, calzados con ricas sandalias, precedidos de sus jefes, con la espada romana, especie de machete, desnuda, y porción de músicos vestidos de igual manera; otros soldados romanos á caballo, con gualdrapa de piel de tigre, los pendones y oriflamas con las simbólicas iniciales S. P. Q. R. (Senade y Pueblo Romano). Los estandartes de la cofradía en que luce el lema de la Virgen Santísima, *Sine labe concepta* (concebida sin mancha); niños vestidos de ángeles, con profusión de alhajas; niñas representando las sibilas del paganismo unas, las partes geográficas del planeta otras, figurando aquéllos los nueve coros de ángeles que asisten al trono del Señor; forman un conjunto admirable, casi imposible de describir.

Cada año se presentan en público de veinte á veinticinco cofradías que hacen su estación á la Santa Iglesia Catedral desde el Domingo de Ramos hasta la tarde y primeras horas de la noche del Viernes Santo. Las hay, y es lo general, vespertinas, y las hay matutinas también; y son las más devotas, y quizás las de mayor ostentación, las que verifican su salida á las dos, á las tres, á las cuatro y á las cinco de la madrugada del Viernes, contándose entre ellas *la del Silencio*, llamada así porque no lleva música, cantores ni escolta militar; la de Jesús Nazareno, llamada *del Gran Poder;* y la de Nuestra Señora de la Esperanza, que luce riquísimo manto de terciopelo verde bordado de oro, como son verdes también los pendones de la hermandad y las túnicas y caperuzas de sus penitentes nazarenos. Los años en que sale la procesión *del Santo Entierro* se multiplica todo este aparato y es extraordinaria la concurrencia de naturales y forasteros de todos los países del mundo.

Nada más fastuoso que el culto con que se celebran en la suntuosa catedral de Sevilla los misterios de la Pasión del Señor, si bien no en el día, por el estado de reedificación en que se halla el magnífico templo. El monumento en que se deposita la sagrada forma al terminar los oficios del Jueves Santo, se alza en la nave central del trascoro hasta llegar á la soberbia bóveda, formando cuatro cuerpos de arquitectura y viéndose decorado con multitud de estatuas de patriarcas, de profetas y de santos, é iluminándose con cientos de lámparas de plata, grandes cirios y velas de cera de todos tamaños. En el famoso *Miserere* del maestro Eslava, cantado al finalizar las tinieblas ó maitines del Miércoles y Jueves Santo, se han dejado oir los mejores artistas del mundo, tales como Tamberlick, Gayarre, Masini y Stagno, invitados al efecto por el Cabildo catedral y el Ayuntamiento de Sevilla.

Nada más bello, ni más poético, ni más conmovedor, que oir durante el tránsito de las procesiones, en medio del recogimiento de que se halla poseída la multitud que lo presencia,

Digitized by Google

una voz fresca, vibrante y lastimosa que lanza al viento una de esas coplas á que llaman *saetas*, cuya música es un quejido y cuya letra viene á recordarnos alguno de los dolores de la Virgen María ó alguno de los más amargos trances de la Pasión. Melódica y acompasada la *saeta*, penetra la imaginación y conmueve el alma, haciendo á veces acudir el llanto á los ojos, sin casi darse cuenta, el que la oye, de la dulce melancolía que experimenta y la ternura extraordinaria que siente.

Pero, en medio de toda esta pompa, no hay en Sevilla acto ninguno que, saliéndose de lo ordinario, entrañe una representación más viva, ó más plástica si se quiere, de los misterios de la Semana Mayor.

En las otras ciudades de Andalucía, y en los pueblos sobre todo, se presentan aquellas escenas más á lo vivo. En casi todos ellos se celebra en las mañanas del Viernes Santo, sobre las vías públicas y *coram populo*, el sermón *del Paso*, que así se llama técnicamente. La procesión que ha salido de la iglesia en las horas de la madrugada, llevando en ella la imagen de Jesús Nazareno cargado con la cruz; de la Virgen María, que guiada por San Juan sigue sus pasos; de la Verónica y otras piadosas mujeres de Jerusalén; llega, al romper el día, á una de las plazas más espaciosas del pueblo. En uno de sus lados se ha improvisado un púlpito portátil, y desde allí un padre misionero va explicando al público las diferentes fases del drama de la Pasión, hasta que Jesús, rodeado de sus verdugos y seguido de la escolta militar romana, emprende por la calle de la Amargura el camino del Calvario. Entonces hace alto la procesión. Toman las imágenes de la Virgen, de San Juan y de la Verónica posición tras las esquinas de las calles que desembocan á la plaza. Llama después el misionero á la Verónica, adelántase ésta, reverencia á Jesús, y luego, merced á un mecanismo, á la voz del sacerdote que la conjura para ello, se acerca al Señor, límpiale el rostro, y, extendido el lienzo con que lo hace, lo muestra al pueblo con la faz del Señor impresa; lo que excita el llanto y los sollozos de la muchedumbre. Tras de la Verónica, y siempre á la voz del sacerdote, se aproxima San Juan, que enseña á la Virgen, con el índice extendido de su mano derecha, dónde va el Señor. Esta Divina Señora saluda, inclinándose, á su querido Hijo, y Jesús la bendice. A las súplicas del padre cuaresmal, Jesús extiende el brazo y bendice al pueblo, y, al pedirle compungido el ministro del Señor que bendiga los campos, los bendice también; levantándose universal sentimiento de gratitud en el auditorio. Termina con esto el sermón *del Paso*, y sigue la procesión la carrera que le está marcada. Durante ella se hacen tres pausas, y se inclinan adelante las andas en que va Jesús Nazareno, en conmemoración de las tres caídas que dió el Señor llevando la cruz sobre sus hombros.

En estas procesiones, y presenciando el sermón *del Paso*, suelen ir penitentes descalzos, llevando cruces pesadísimas y toscas sobre sus espaldas, y disciplinantes que se azotan en ellas con verdadera furia hasta saltarse la sangre y salpicar el rostro y traje de las personas que se hallan próximas.

En Cabra, preciosa ciudad de la provincia de Córdoba, tiene lugar un acto por extremo original. En una gran plaza, frente al palacio de los duques de Serra, se dispone un tablado cubierto en gran parte de ramaje de la sierra vecina y semejando un monte ó una colina de fácil acceso. En la mañana del Viernes Santo, Abraham, precedido de su hijo Isaac, sube al tablado. Lleva el joven un haz de leña seca á las espaldas, y el anciano un largo y afilado cuchillo á la cintura. Ve Isaac el ara, pero no encuentra la víctima. El patriarca le anuncia que la víctima es el propio Isaac, que humildemente se postra é inclina el cuello. Alza su padre el cuchillo, y en aquel crítico instante un ángel aparece que cantando le dice:

Détente, détente, Abraham:
no mates á tu hijo Isaac,
que ya está mi Dios contento
de tu buena voluntad.

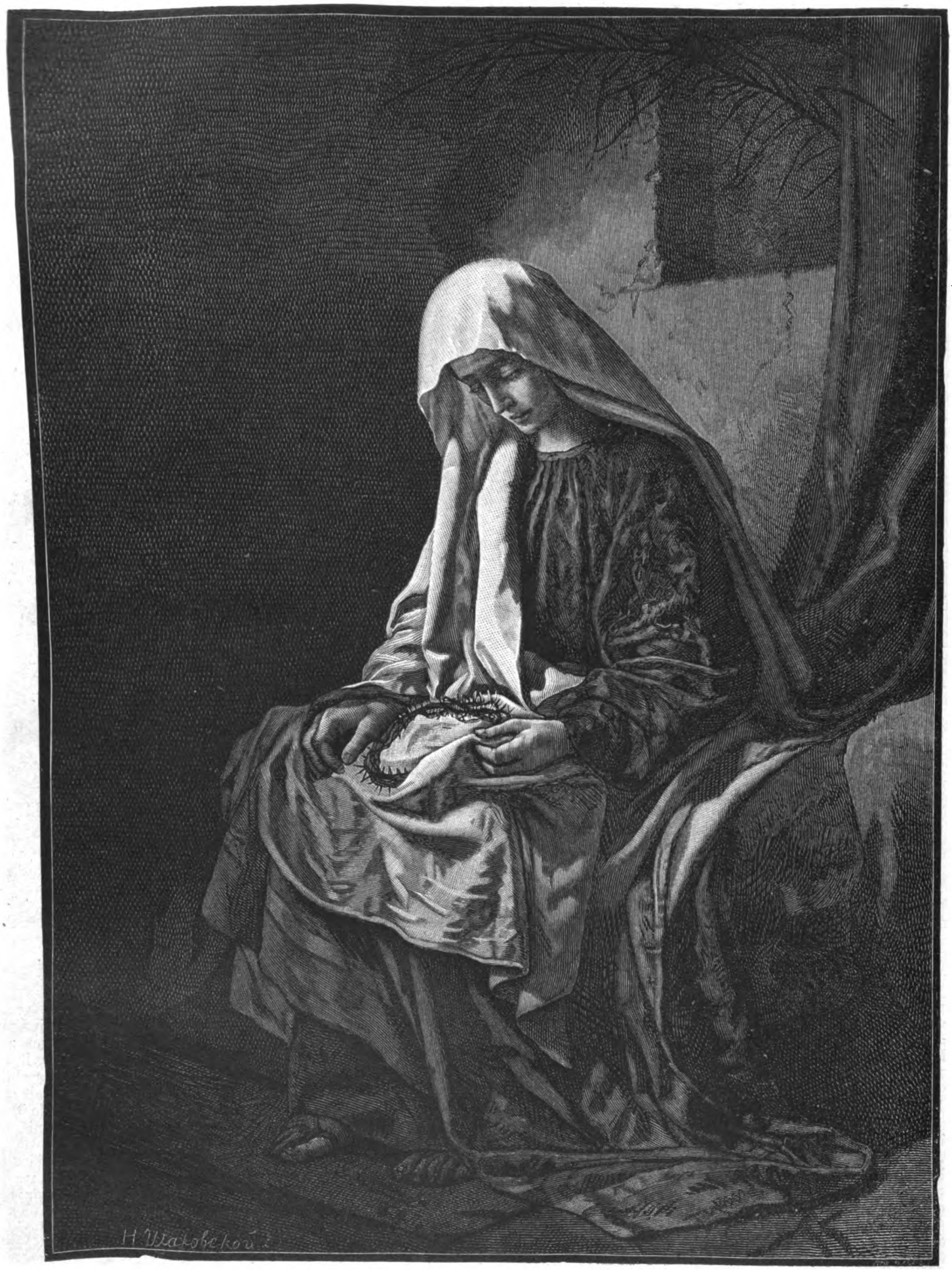
JESÚS SACADO DEL SEPULCRO POR LOS ÁNGELES (cuadro del Giorgino)

Puesto ya de pie y perdonado Isaac, se encuentran padre é hijo un cordero sujeto por los cuernos entre las zarzas de la espesura; con lo que ya no falta víctima para el sacrificio que Abraham se había propuesto ofrecer al Señor.

A las procesiones de la ya nombrada ciudad, asisten algunos cofrades vestidos de Evangelistas, con un libro en la mano izquierda y la pluma en la derecha, con la que van consignando los misterios de la Pasión, seguidos de un judío cada uno, quienes pretenden en vano arrebatarles la pluma; como también *Longinos* el centurión se presenta en alguna de ellas con la lanza en que más tarde hirió el costado de Jesús, recobrando la vista, que tenía perdida, al salpicar sobre sus ojos la sangre del Cordero inmaculado.

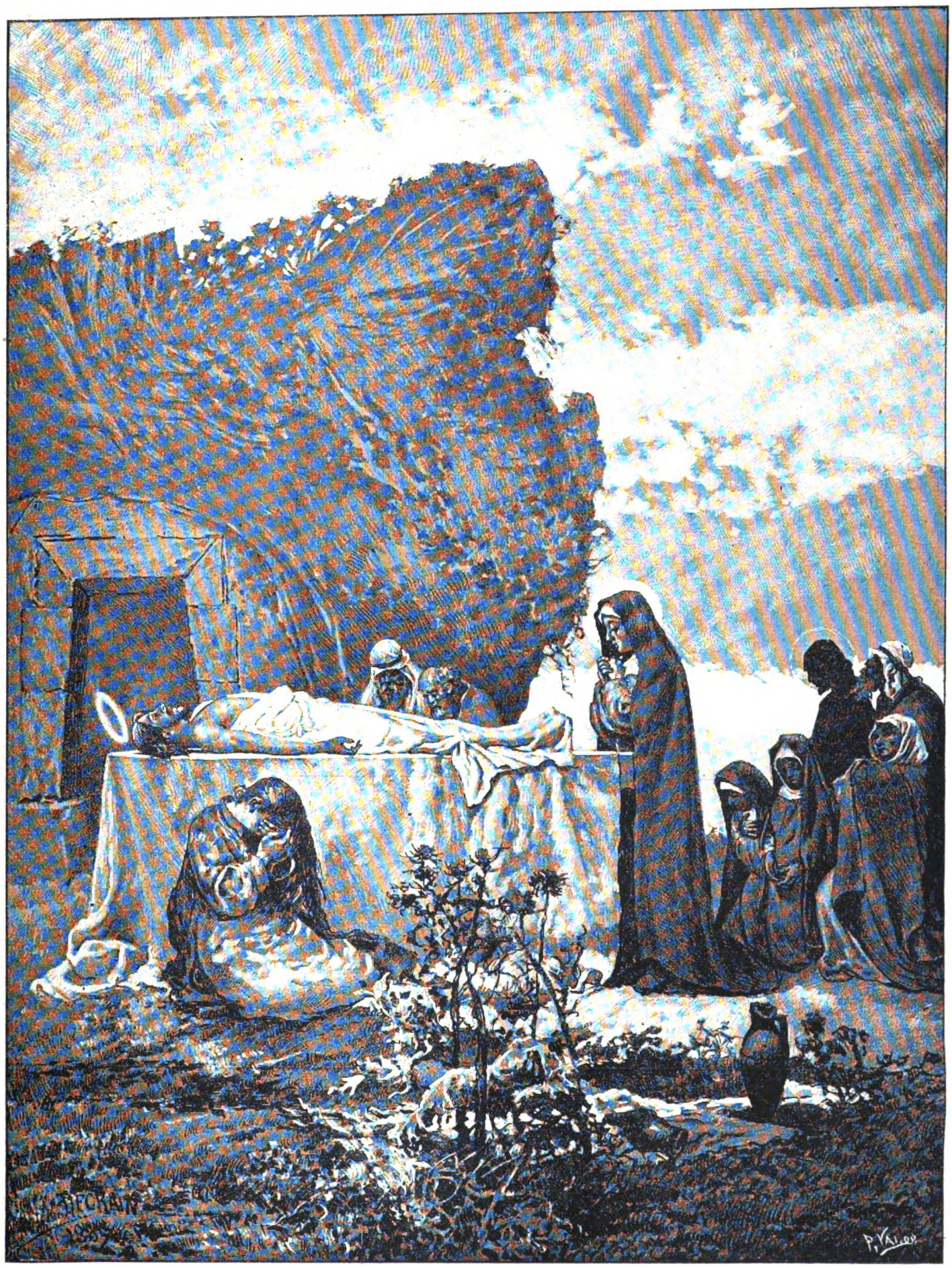
Mézclanse con estos actos religiosos otros un tanto extravagantes. En Marchena, y durante las procesiones, se nota un incidente que llaman *las Molederas*. Estas consisten en que cualquier devoto caprichoso rompe á lo mejor el silencio alzando la voz y diciendo:—Doy tres duros por que la Virgen retroceda seis pasos.—Si el hermano mayor no accede, uno de los oficiales de la cofradía tiene que pujar y decir:—Van cuatro porque la Virgen siga adelante.—Otro de

Digitized by Google



DOLOROSA (cuadro de **Maxobekow**)

Digitized by Google



EL ENTIERRO DE CRISTO (cuadro de Muñoz Degrain, dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

los circunstantes exclama:—Cinco duros porque la hija del alcalde cante una saeta.—Si la hija del alcalde no sabe cantar ó no quiere hacerlo, tiene su padre que pujar, á pesar de ser alcalde, para librar á su hija del compromiso, y depositar la suma necesaria en la caja de la Hermandad. A todo esto la procesión está detenida, y por eso tal vez lleva la cosa el nombre de *Molederas*.

En otros puntos se hace á lo vivo el Descendimiento en la tarde del Viernes Santo. No há mucho tiempo que para Jesús se escogía el mejor mozo del pueblo, para ladrones otros dos mozos bastante feos, principalmente *Gestas*, que en cuanto á San Dimas ya se sabe que en la cruz se arrepintió. Para la Magdalena y las otras Marías, tres chicas guapas; y dos sacerdotes representan el piadoso papel de los santos varones José y Nicodemus. En el día las figuras del Señor y los dos ladrones, así como las Marías, son esculturales, y sólo los sacerdotes que bajan al Señor de la cruz son de carne y hueso.

Cuando en el sermón de Pasión se describe la injuria y el ultraje inferido á Jesús cuando, expuesto en el Pretorio, los soldados romanos, después de coronado de espinas y ponerle en las manos una caña por cetro, le dieron una cruel bofetada, resuenan en el templo otras muchas que los piadosos oyentes se aplican sobre las mejillas.

En Ecija como en Jerez, en Antequera como en Aguilar, Montemayor y otros muchos pueblos, se celebran otros actos religiosos con gran pompa y con verdadero lujo. Rivalizan las hermandades en vestuario y magnificencia, y, en Antequera especialmente, se hace un verdadero derroche en el lujo con que se presentan en público las imágenes y en las túnicas de los Nazarenos, todas de terciopelo con ángeles de oro.

Ilustración, adelantos del siglo, libertades públicas, cultura general: todo esto es en sí muy bueno; pero en nada modifican la profunda fe que atesora el pueblo español, y muy especialmente las provincias que, cerradas por el mar y por las cordilleras de Sierra Morena, se hacen llamar con orgullo *la Tierra de María Santísima*.

AGUSTÍN GONZÁLEZ RUANO

NUESTROS GRABADOS

LA PINTURA RELIGIOSA CONTEMPORÁNEA

DOLOROSA, *cuadro de Maxobelon.*—LA MAGDALENA, *cuadro de Barelli.*—EL GÓLGOTA, *de Herman Corrodi.*—LA VUELTA DE JERUSALÉN, *cuadro de Fernando Harrach.*—EL ENTIERRO DE CRISTO, *cuadro de Muñoz Degraín, dibujo de P. y Valor.*

La Magdalena es un buen cuadro, apareciendo esta vez la interesante beldad en forma de una hermosa rusa, de igual manera que la *Dolorosa*. Es inevitable muchas veces que las figuras del sublime drama del Gólgota denuncien el tipo del país de origen del artista: así se ve aun en los más ilustres maestros, como Rafael, Ticiano, Rubens, Velázquez, etc.

En el *Gólgota*, de Herman Corrodi, se ve ya otra cosa. El pintor conocía al dedillo el lugar de la acción, y en su cuadro se advierte un color local de todo punto exacto.

MADRAS

La vuelta de Jerusalén, en el que se representa á la Santa Virgen llorando la muerte de su hijo, es un hermoso cuadro de la escuela de Munich, muy bien estudiado; y por fin *El entierro de Cristo*, de Muñoz Degrain, es una nueva página magistral que añadir á las muchas que constituyen la brillante historia de nuestro insigne compatriota.

JOYAS DE LA PINTURA RELIGIOSA ANTIGUA

CRISTO SACADO DEL SEPULCRO POR LOS ÁNGELES, *del Giorgione.*—EL ENTIERRO DE CRISTO, *del Ticiano.*—EL NACIMIENTO DE LA VIRGEN, *díptico de van Orley.*—LA CREACIÓN DE EVA, *de Jacopo della Quercia.*—LA PIEDAD, *de Miguel Ángel.*

Fué Jorge Barbarelli, llamado el *Giorgione* por cierta grandeza de alma y por la robustez de sus miembros, una de las más conspicuas figuras de la escuela pictórica veneciana. Aun hoy ejercen sus *Madonas*, de suavísimo rostro y alegre sonrisa, una fascinación incomparable. Fué el Giorgione el primero que, rompiendo con la tradición bizantina, infundió vida, juventud, calor, en sus creaciones, despidiéndose de los santos envarados y de las vírgenes flacuchas de la anterior generación. La Venecia del siglo XV, tan bella, tan dulce, tan espléndida, obró sobre su espíritu para que en sus cuadros reprodujera lo que veía en torno suyo.

Había nacido el Giorgione en Castelfranco, marquesado de Treviso; pero fijóse en Venecia desde su temprana juventud. Estudió con Bellini y vivió allí en medio de los más nobles placeres, hasta que, hallándose en la flor de la edad, á los treinta y cuatro años, le arrebató la peste (1511). Dejó el Giorgione innumerables cuadros en Venecia, la mayor parte de profano asunto; pero también hay algo fuera de allí, como sucede con su magnífico *Jesús sacado fuera del sepulcro*, que reproducimos hoy, el cual es ornamento del Monte de Piedad de Treviso. El genio del Giorgione no debe buscarse en este cuadro en el asunto, sino en el movimiento y en la variedad de las acciones de todas las figuras, colocadas en difíciles escorzos; y, á la verdad, no hay figura que esté puesta en la misma dirección que otra. El cuerpo de Cristo, por ejemplo, es el más difícil escorzo que puede inventar el arte. La luz que surge y se difunde por oriente muestra la hora en que Jesús salió de la muerte. Mediante esa vaga luz oriental tuvo ocasión el Giorgione de sacar los más admirables efectos de claro-oscuro, abocarla en las partes más eminentes, esconderla en las internas y declives, y hacer por tal manera evidente toda la escena.

El entierro de Cristo, del Ticiano, figura en el Museo del Louvre después de haber pasado por manos del duque de Mantua, del rey Carlos I de Inglaterra, de un banquero de Colonia, del cardenal Mazarino y de Luis XIV. Es uno de los poquísimos cuadros en que el insigne artista se muestra verdaderamente religioso; admirándose, aparte de su colorido y su dibujo, lo dramático de la composición, á cuya expresión concurren la entonación fuerte y austera, el efecto de las figuras que resaltan oscuras sobre un cielo nebuloso, y la vibración de los tonos claros de la sábana y del cadáver, que se destacan sobre la armonía tétrica é intensa del fondo.

La famosa *Pietà*, de Miguel Ángel, nos conduce á tratar del delicado asunto de los plagios. Que Miguel Ángel copió en esta obra el grupo en marfil del siglo XIV que está en el Museo Británico y reproducimos hoy, es cosa que salta á la vista, y basta comparar ambas obras; pero más lo que puede demostrar esto, es el gran poder asimilativo del gran artista florentino, así como sus admirables facultades de adaptación y desenvolvimiento. En suma, cuando el plagiario es hombre de genio no resulta un gran mal: Milton plagió á Calderón, tomando el *Enemigo malo* de *El mágico prodigioso* por modelo de su tremenda figura de Lucifer; Voltaire plagió á Quevedo; Moreto plagió á todo el mundo; Molière plagió á Alarcón; plagió Shakespeare; plagió Fidias, cincelando la figura crisoelefantina de Atenea Partenia del precedente tipo arcaico de la Bondad; plagió Praxiteles copiando su *Hermes* y *Dionisio* del grupo de su maestro *Irene* y *Phetos*, etc., etc., etc., etc. Pero volviendo á nuestro Miguel Ángel, no se mostró únicamente plagiario en la *Pietà*, sino también en su fresco de *La creación de Eva* que está en la capilla Sixtina, tomado del bajo relieve de Jacopo della Quercia que se admira en la portada de San Petronio en Bolonia.

Hablemos ahora de Bernardo van Orley. Fué este prodigioso artista un ejemplo de que se puede ser un hombre admiradísimo sin que nadie se tomara la molestia de estudiar su vida; por manera que hasta hoy no han podido conocerse bien muchas de sus particularidades, gracias á los trabajos de Wauters y Pinchard.

Era Bernardo hijo de Valentín van Orley, pintor de alguna nota, y nació en Bruselas en 1490. Estudió al lado de su padre con sus hermanos, y se dedicó especialmente á dibujar cartones para tapices. Estuvo en Italia, donde perfeccionó su educación en el taller de Rafael, del cual fué íntimo amigo; y volvió á Bruselas, donde consta se encontraba en 1515. Pintó varios cartones para los tapices del Vaticano por encargo de León X, en colaboración con el divino Sanzio.

A juzgar por la ciencia desplegada por van Orley en sus obras, vese que era hombre de profundos estudios y espíritu observador; apareciendo trasladadas en sus pinturas con poderosa fuerza las impresiones que del exterior recibía. Así, sus arquitecturas dan la más luminosa idea de lo que era la Roma de la edad media.

La influencia que ejerció sobre sus contemporáneos en un tiempo en que vivían Rafael, Alberto Durero, Quintín Metsys y Holbein, fué grande. Muchos artistas, como Maciuse y Bellegambe, abandonaron las antiguas tradiciones flamencas por el nuevo estilo mixto en que predominaban las formas del renacimiento italiano.

Fué van Orley pintor de cámara de la princesa Margarita, hermana de nuestro D. Felipe *el Hermoso*, á la cual representó en muchas de sus obras. Tuvo grande amistad con Alberto Durero, al cual trató á cuerpo de rey cuando estuvo á visitarle; y ocupó una posición distinguida en la corte de Bruselas, la Roma de Occidente, entonces, en materia de dibujo.

Como retratista, poco difiere su manera de la de Holbein, advirtiéndose en él aquel mismo dibujo sólido y amplio, la misma rubicundez de las carnaciones, la misma austeridad de las posturas y la misma sencillez de los detalles, la misma difusión de la luz y la misma sobriedad de los accesorios.

En 1527, Bernardo y su esposa, su padre, hermanos y amigos, fueron acusados de luteranismo, siendo condenados á pagar una fuerte multa y á un destierro de tres meses, con conminación de cortarles la mano derecha si desobedecían. Cumplida la penitencia, trabajó van Orley en la catedral de Santa Gúdula pintando varias vidrieras. Tanta actividad, sin embargo, no le proporcionó una gran fortuna, por manera que murió bastante pobre en 1542.

Las dos muestras que damos de las composiciones de este ilustre artista, revelan perfectamente sus admirables cualidades.

SAN PETERSBURGO: LA CATEDRAL DE NUESTRA SEÑORA DE KAZAN

Es la catedral de la corte. Su interior está esplendorosamente adornado. Corónala una hermosa cúpula. La entrada está precedida por un soberbio pórtico semicircular que remata en un terraplén, siendo las columnas de orden corintio y distinguiéndose en ella la puerta principal, que es de bronce.

MADRAS

Capital de la presidencia del mismo nombre en el Dekhan. Está situada á lo largo de la costa, en una llanura árida y arenosa, por lo cual son en ella excesivos los calores. La ciudad se divide en blanca y negra, siendo el aspecto de esta última muy caprichoso, eminentemente oriental, abundando los alminares, las pagodas, las mezquitas, los cuarteles y las casas de techo plano rodeadas de jardinillos y sombreadas por corpulentos árboles. A principios de este siglo se edificaron muchas construcciones de estilo neogriego, como el palacio del gobernador, la aduana, la audiencia, etc. El fuerte de San Jorge, que es una de las fábricas más notables de la India, está situado en la ciudad blanca y tiene á sus pies un paseo de los más hermosos que pueden verse, á orillas del mar. La ciudad blanca se distingue por sus anchas calles y plazas y por el lujo de las casas. La población excede de medio millón de habitantes.

CON SENCILLEZ

A vuestro criterio expongo
mi *jabón* puro y perfecto,
y por ser el *predilecto*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Victor Vaissier, París.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

—

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Algo reanimado, levantéme y avancé por un angosto sendero apenas marcado entre la yerba, tanto que nadie hubiera dicho que conducía á un lugar habitado. Por allí llegué á un sitio donde se elevaban una especie de pilares cuadrados de piedra, coronados por sendos leones del mismo material. Estos pilares parecían destinados á formar una entrada principal, pero sin duda no se había terminado la construcción. En vez de puertas de hierro veíanse unas cañas sujetas con cordeles; y como allí no había paredes, ni avenida ni andén alguno, el sendero que yo seguía prolongábase por el lado derecho de los pilares en dirección á la casa.

Cuanto más me acercaba, más triste me parecía aquel lugar. Lo que estaba viendo debía ser el ala de un edificio sin concluir. En lo que hubiera sido el interior presentaba escaleras y rampas que llegaban hasta los pisos superiores; pero sin techo ni paredes, lo cual indicaba que se había suspendido la construcción. Muchas de las ventanas carecían de cristales, y los murciélagos entraban y salían como las palomas en un palomar.

La noche comenzaba á cerrar cuando me acerqué á la casa, y en tres de las ventanas inferiores, bastante altas, estrechas y protegidas por un sólido enrejado, observé como un resplandor de fuego.

Tal era el palacio que yo iba á visitar. ¿Debía encontrar en aquella triste mansión amigos y protectores que me pusieran en el camino de la fortuna? En aquel momento recordé la casa de mi padre en Essen-Waterside, donde el fuego y las luces se veían desde una milla de distancia y donde se tenía abierta la puerta para los que pidiesen hospitalidad.

Avancé lentamente con el oído atento, y de pronto oí ruido de platos y vasos y una tos seca y cortada; pero no se percibía ninguna voz, ni siquiera el ladrido de un perro.

La puerta, por lo que yo pude ver á la escasa luz que allí llegaba, reducíase á una gruesa plancha de madera cubierta de clavos; y cuando hube hecho esta observación, levanté una mano con desaliento para llamar. En el mismo instante todo quedó silencioso en el interior de la casa, y, durante un minuto, sólo oí el aleteo de los murciélagos que pasaban sobre mi cabeza. Volví á llamar y escuché de nuevo: esta vez mis oídos, acostumbrados al silencio, pudieron percibir el tic-tac de un reloj; pero por lo demás el silencio era cada vez más profundo.

Por un momento tuve la intención de huir de allí; pero la cólera levantó mi mano, y comencé á descargar ruidosos golpes en la puerta, preguntando á voces por el Sr. Balfour. Un momento después, y como oyese la misma tos sobre mi cabeza, di un salto hacia atrás para mirar arriba. En la ventana vi la cabeza de un hombre cubierta con un gorro de dormir, y apuntada hacia mí la boca de un trabuco.

—Está cargado,—dijo una voz.

—He venido,—repliqué,—á traer una carta para el Sr. Ebenezer Balfour de Shaws. ¿No está aquí?

—¿De quién es esa carta?—preguntó el hombre del trabuco.

—De una persona que debe conocer muy bien aquel á quien va dirigida,— contesté con acento de enojo.

—Pues bien,—repuso la voz;—dejadla junto á la puerta y marchaos pronto.

—No haré tal,—grité.—Debo entregar la carta en manos del Sr. Balfour, según se me ha encargado. Es una carta de recomendación.

—¿De qué?—preguntó la voz precipitadamente.

Volví á repetir la palabra.

—Y ¿quién sois?—replicó la voz después de una pausa.

—Yo no me avergüenzo de mi nombre,—contesté.—Me llamo David Balfour.

A pesar de la oscuridad, no me cupo la menor duda que el hombre se había estremecido, pues oí que se apoyaba en el suelo la culata del trabuco, y después la voz me preguntó con una entonación muy diferente:

—¿Ha muerto vuestro padre?

Tanto me sorprendieron estas palabras que, en vez de contestar, permanecí mudo mirando á mi interlocutor.

—Vamos,—añadió el hombre,—seguramente ha muerto, y hé aquí por qué venís á llamar á mi puerta.

...llegué á un sitio donde se elevaban una especie de pilares...

Sucedióse otra pausa y el hombre añadió:

—Voy á dejarte entrar.

En el mismo instante desapareció de la ventana.

CAPITULO III

TRABO CONOCIMIENTO CON MI TÍO

A los pocos minutos oí un gran ruido de cadenas y cerrojos. La puerta se abrió con precaución y cerróse inmediatamente apenas hube entrado.

—Pasa á la cocina y no toques nada,—dijo la voz.

Después, el que me había abierto, comenzó á correr los cerrojos y tender las cadenas, operación que duró algunos minutos.

Cuando entré en la cocina, ardía un buen fuego en el hogar; pero el conjunto de aquélla no podía ser más desmantelado. Sobre el fogón vi media docena de platos sucios. En la mesa, preparada al parecer para cenar, humeaba una cazuela llena de potaje, y á su lado veíase una cuchara de cuerno y un vaso de cerveza. En vez de sillas no había más que algunos cajones arrinconados á la pared, y en un ángulo de la cocina una rinconera y un candado.

A los pocos momentos entró el dueño de la casa. Era un hombre algo encorvado, estrecho de espaldas, de rostro amarillento, y que debía rayar en los sesenta años. Llevaba gorro y bata de franela, y sin duda hacía mucho tiempo que no se afeitaba; pero un detalle me llamaba la atención más que todo esto, y era que los ojos de aquel hombre, sin separarse nunca de mí, no me miraban ni una sola vez frente á frente. Difícil habría sido imaginar cuál podía ser la profesión ó el estado social de aquel individuo; pero á mí me pareció un viejo inútil á quien se habría encargado la custodia de aquella casa.

—¿No tienes gana de comer algo?—preguntó el hombre fijando su mirada en mis rodillas.—Te puedo ofrecer un poco de potaje.

Contesté que no quería privarle de su cena.

—¡Oh!—repuso.—Yo no tengo apetito y me contentaré con la cerveza, porque me alivia la tos.

Y, tomando el vaso, apuró la mitad del líquido que contenía, sin apartar la vista de mí. Después alargó el brazo de improviso, diciéndome:

—Veamos ahora esa carta.

Contesté que era para el señor Balfour y no para él.

—Y ¿quién te parece que soy yo?—repuso.—¡Vamos, dame la carta de Alejandro!

—¿Conocéis el nombre de mi padre?

—Extraño fuera que no lo supiese, puesto que era mi hermano; y por poco que te guste mi persona, mi casa ó mi potaje, has de saber, amigo David, que yo soy tu tío y tú mi sobrino. Por lo tanto dame la carta, siéntate y come un poco de potaje.

Si hubiera tenido algunos años menos, la vergüenza, el disgusto y la contrariedad me habrían hecho llorar; pero en el caso en que me hallaba faltáronme palabras para responder, y, entregando la carta al punto, me senté á la mesa, aunque sin el menor apetito.

Entretanto mi tío, inclinado sobre el fuego, daba vueltas á la carta entre sus manos.

—¿Sabes tú lo que contiene?—me preguntó de improviso.

—Ya véis,—contesté,—que el sello está intacto.

—Pero ¿qué te ha inducido á venir aquí?

—Sólo era mi objeto entregar la carta.

—Sí, pero seguramente tú esperarías algo.

—Debo confesar,—repuse,—que cuando se me dijo que tenía parientes bien acomodados, pensé que podrían ayudarme en mi carrera; pero no soy ningún mendigo, ni vengo á pediros favores, ni aceptaré tampoco los que no se me dispensen con la mejor voluntad. Por pobre que sea, no me faltan amigos propios que me ayudarán en cuanto les sea posible.

—¡Hola, hola!—exclamó mi tío Ebenezer.—Parece que te me subes á las barbas; pero aun quedaremos amigos. Si has acabado ya con el potaje, yo también tomaré un poco.

Así diciendo, acercó á su lado el plato y la cuchara de que me había servido, y añadió:

—Este es un alimento muy sano, aunque á tu padre le gustaba más la carne. El era un buen gástrónomo, pero yo me contento con poca cosa.

El tío Ebenezer apuró otro trago de cerveza, y esto sin duda le hizo recordar los deberes de la hospitalidad, pues me dijo al punto:

—Si tienes sed, ahí encontrarás agua detrás de la puerta.

Sin contestar una palabra, permanecí en pie, mirando á mi tío con el corazón henchido de cólera; mientras que él seguía comiendo como si tuviera prisa, al paso que dirigía furtivas miradas tan pronto á mis zapatos como á mi traje.

(Se continuará)

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

Digitized by Google

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Domicilio social: 120, BROADWAY, New-York

			DUROS
Grandeza..	**LA EQUITATIVA** es la primera y más prominente Compañía de Seguros de Vida..	Seguro en vigor....	549,216.126
Popularidad.	**LA EQUITATIVA** obtiene anualmente la mayor suma de nuevos negocios y acredita el mayor incremento en las pólizas en vigor.....	Nuevo Seguro en 1888	153,933.535
		Aumento en el Seguro en vigor..	66,186.564
Solidez....	**LA EQUITATIVA** es más rica en SOBRANTE que todas las demás Compañías, y ninguna de sus principales competidoras la iguala en EXCESO del activo sobre las obligaciones	Sobrante al 4 p. 100..	20,794.715
		Activo sobre el pasivo....	128 p. 100
Ganancia..	**LA EQUITATIVA** ha innovado y perfeccionado la forma más amplia y provechosa de Seguro de Vida, es á saber: **LA PÓLIZA de dividendos acumulados**	Los Agentes de esta Sociedad facilitarán ejemplos basados en resultados de esta clase.	

Las pólizas de esta clase proporcionan mayores ventajas al asegurado y rinden beneficios **más crecidos** que las de ninguna otra forma de Seguro. Las pólizas de acumulación de **LA EQUITATIVA** se convierten en **indisputables** á los dos ó tres años de antigüedad, según sean ó no **libérrimas**, pagándose **inmediatamente que ocurre el vencimiento** de unas y otras. Además del inmenso Activo de esta Sociedad, sus asegurados de España y Portugal tienen una garantía especial en el edificio que está construyendo en esta Corte á punto de terminar, y cuyo coste no bajará de un millón de duros

Sucursal de España, autorizada por Real Orden de 10 de Octubre de 1882
MADRID: SEVILLA, 16, PRINCIPAL
DELEGADO EN CATALUÑA Y BALEARES: EXCMO. SR. D. MARIANO CASI Y LÓPEZ
Delegación y Oficinas: Rambla de Estudios, 6, pral.— BARCELONA

NO MAS CANAS

TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

El Vigor del Cabello DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

ELIXIR de PROTOCLORURO de HIERRO CON HIPOFOSFITOS de VIVAS PÉREZ

Recetado por los médicos y adoptado por los hospitales. Es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la **anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre**, debilidad, inapetencia y menstruaciones difíciles. Precio: botella, **4 ptas**; pequeña, **2'50**. *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.*

Depósito general:
ALMERÍA, **Farmacia VIVAS PÉREZ**
POR MAYOR: *Madrid*, Melchor García. *Barcelona*, Sociedad Farmacéutica, y se vende en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España, Ultramar y América del Sur.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK

Constipacion (*estreñimiento*), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

El **VINO** de **PEPTONA CATILLON** *restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.* Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades

DEL **ESTOMAGO**
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON,
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACION de VERANO**, á quien lo pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente, libres de franqueo, las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedicion:

En **Madrid** : *Plaza del Angel, 12*— **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

Francs fr PUREZA DEL CUTIS en Paris

LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 Rue St-Denis

ESTREÑIMIENTO *y Afecciones* que son su consecuencia
CURACION con el uso del VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

ACEITE DE HIGADO DE BACALAO DE JENSEN

AGRADA Á LOS NIÑOS

El Aceite de Hígado de Bacalao de Jensen es el Aceite mejor que se conoce para recobrar la salud perdida; y se prepara en la mayor fábrica de Aceite de Higado de Bacalao del mundo; siendo, bajo todo punto de vista preferible á los otros aceites ó á las mezclas que lo contienen tanto en Inglaterra como en los otros países; y es muchísimo más superior que todas las otras clases por su pureza y la facilidad con quo se digiere Como es dulce, agrada mucho á los niños.

Cura la TISIS, los RESFRIADOS la TOS, la DEBILIDAD GENERAL Y UN SIN NÚMERO DE ENFERMEDADES.

El precio es muy moderado
Lo venden las farmacias y droguerías
POR MAYOR: VICENTE FERRER Y C.ª— BARCELONA

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion *absolutamente nueva* bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo dondehay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ! Gran novedad ! **DUSSER**, Inventor, *Rue J.-J.-Rousseau, n° 1, Paris.* (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc.. *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerías de Lafont, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

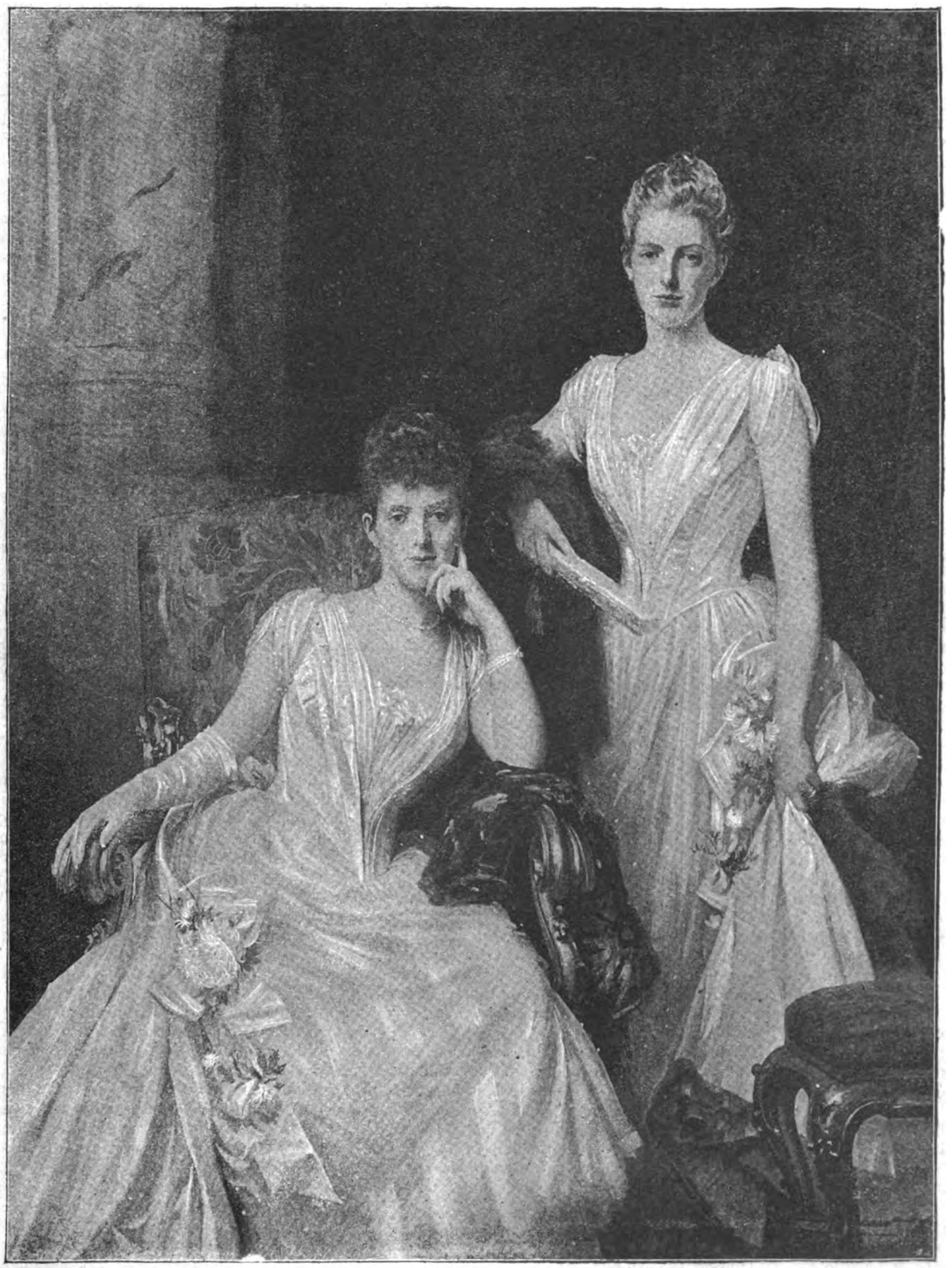
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 12 de abril de 1890	Núm. 380



HERMANAS (retratos por Luke Fildes)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Carta problema*, por José M. Matheu.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*El adiós*, por Salvador Rueda.—*El peregrino* (poesía), por Alfredo Opisso.—*Las espinacas*, por Alfonso Pérez Nieva.—*Bibliografía*, por C. M.—*Asociación de la Juventud Literaria Española.*—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Hermanas.—El Excmo. Sr. D. Enrique Vallés y Soler.—«Servite Dominum in lætitia».—Narciso.—Metalistería céltica.—Cartagena: Puerta de Mar.—Cádiz: La catedral.—Ferrocarriles directos: De Reus á Mora la Nueva.—El artista espectro.—Lady Hamilton.—Odesa.

MADRID

Militares y paisanos.—Los hombres que se van.—Lo que quiere el obispo.

Es imposible sustraerse al asunto de actualidad aunque no se entre en el terreno vedado, para estas crónicas, de la política. Pero ¿qué hacer si en las Cámaras, en los círculos, en los cafés, en las tertulias, no se habla de otra cosa? Pues seguir la corriente y echar un cuarto á espadas en la cuestión de militares y paisanos.

Los unos representan la fuerza, el arrojo, el heroísmo: los otros la utilidad, la conveniencia, la razón. Estos trabajan, producen, crean: aquéllos gastan, lucen y brillan; pero mientras los unos pueden permanecer en su casa en los días de peligro, los otros tienen que estar siempre dispuestos al sacrificio de su vida, y atraviesan los mares cuando está amenazada la integridad de la patria, y suben á las trincheras cuando es preciso defender la libertad, y los vemos constantemente al lado del pabellón nacional dispuestos á sostenerle.

No hay que olvidar, sin embargo, que cuando llegan las horas supremas de angustia para la patria, los paisanos saben hacerse militares y sacrifican no sólo su hacienda, sino su vida.

La historia del ejército español es muy ilustre; pero la de los voluntarios españoles, esto es, la de los paisanos que guerrean cuando es preciso, tiene también páginas muy brillantes. No es preciso recordar las de la guerra de la Independencia, en la que al lado del general aparece el guerrillero, y en la que salió del pueblo el más intrépido de los caudillos: el general *No importa*. En la primera guerra civil ganaron los voluntarios memorables jornadas que han hecho inolvidables, entre otros muchos, los nombres de Cenicero y de Gandesa, y nunca se ha levantado banderín de enganche sin que hayan ido á inscribirse espontáneamente en las listas muchos de los que no eran llamados por la ley.

Pero los ejércitos permanentes son indispensables. La razón los discute, la necesidad los impone, y no hay nación que no cuide preferentemente de su ejército, porque en él está la salvaguardia de su honra y la garantía de su tranquilidad.

En España debemos mucho al ejército; pero le hemos pagado siempre sin regateo, y el prestigio del uniforme y el brillo de la espada se han impuesto aquí más que en ninguna otra parte. Sólo un ministro universal ha habido, y ese fué un general: el general Serrano; sólo dos hombres han sabido ejercer el cargo supremo de regente del Reino, y los dos han sido generales: el general Espartero y el duque de la Torre; á un solo español se le ha concedido el título de príncipe, y ese fué también un general: el duque de la Victoria.

Durante el reinado de D.ª Isabel II descuellan en primera línea las figuras de los generales; y no sólo al principio, cuando la guerra civil daba relieve á las figuras de los Córdovas y de los Conchas, sino más tarde cuando la paz estaba asegurada y se repartía el gobierno de la nación entre Narvaez y O'Donnell, excluyendo sistemáticamente al partido progresista, en el que preponderaba el elemento civil.

La Revolución de Setiembre, preparada en gran parte por el constante esfuerzo de los hombres del partido democrático, está sintetizada en un caudillo, en el general Prim, y siempre vemos sobresalir el uniforme y brillar los entorchados.

El hombre del orden civil trabaja asiduamente: va á las aulas, al taller, á la fábrica, cultiva la tierra, pero permanece siempre en la sombra; mientras el militar, desde que es cadete, se adorna con vistosos cordones, luce brillantes trajes, y goza de los prestigios de lo que deslumbra.

Comparad la vida modesta, casi oscura, de un magistrado encanecido en los estrados de la Audiencia, de un catedrático que ha consagrado su actividad, su talento y sus fuerzas todas á la enseñanza de sus conciudadanos, con un general, por pocos servicios que tenga, y veréis la diferencia.

El comerciante arruinado, el fabricante que ha visto perecer su industria, el labrador que contempla desolados sus campos por las plagas y las malas cosechas, no tienen el auxilio del presupuesto, que jamás niega sus socorros al militar, lo mismo que esté en la vida activa que en el reemplazo, de servicio que de cuartel.

El médico, el abogado, el farmacéutico, el hombre de letras ó el hombre de ciencia, salen de la Universidad con su título y tienen que buscar la clientela, abrir el bufete, hacer oposiciones á las cátedras, buscarse, en fin, los medios de ganarse la vida; mientras el alférez, desde el momento en que sale del colegio con su grado, sabe que tiene algo permanente y seguro con que contar.

Nada de esto es injusto: la nación gasta buenamente en el presupuesto de Guerra más que en el de Fomento, los militares tienen cruces pensionadas de que no gozan los paisanos por grandes que sean los servicios que hayan prestado á su país, y todo se ha reconocido como un deber que la nación tiene para con sus ilustres defensores.

Pero, si todo esto es cierto, ¿por qué son las quejas, por qué las alarmas? La paz de que afortunadamente disfrutamos desde hace algunos años, ha dado cierta preponderancia natural y lógica al elemento civil. Ya hace tiempo que no son generales los presidentes del Consejo de Ministros. Pero ¿qué hemos de hacerle? Alguna vez les había de tocar su turno á los hombres civiles, y mucho más cuando la raza de los generales como Espartero, como Serrano, como Narváez, como O'Donnell, como Prim, ha desaparecido.

En Italia, en la nación de los Saboya y de los Garibaldi, prepondera hoy el elemento civil; y lo mismo sucede en Francia, en la nación de los Bonapartes y de los imperios.

El hombre que más ha hecho por el progreso de Portugal y por la prosperidad de sus intereses materiales no ha sido el mariscal Saldanha con sus pronunciamientos, sino D. Antonio Fontes Pereira de Mellho con sus líneas de ferrocarriles y sus disposiciones acerca de la enseñanza.

Hay que tomar los tiempos como vienen y es inútil querer forzar las cosas marchando contra la realidad. Cuando una nación está amenazada de graves peligros en el exterior, ó en el interior de grandes trastornos, prevalecerá el caudillo: cuando pueda disfrutar de paz y de calma, le tocará su turno de gobernar al hombre de estudio.

Hoy no se debía hablar en España de militares y paisanos, sino de ciudadanos que cada cual en su esfera trabajasen por la prosperidad de la nación. Bastante hemos guerreado en lo que va de siglo para que descansemos un poco al final; bastante han brillado la casaca y los entorchados para que se vea sin impaciencia el frac burgués en las esferas del poder.

***

No hemos salido todavía, cuando escribo estas líneas, de la tregua de la Semana Santa, aunque están próximas las alegrías de la Pascua. Los días consagrados al recogimiento han pasado sin novedad en Madrid, que va modificando lentamente sus costumbres suprimiendo romerías tan escandalosas como la de la *Cara de Dios*, que se celebraba con sobra de aguardiente la madrugada del Viernes Santo, y viendo sin sorpresa circular los coches en los días en que otras veces no hubiera podido salir un carruaje á la calle sin exponerse á recibir una lluvia de pedradas.

Las reformas que imponen las costumbres y las necesidades arraigan siempre, aunque declamen contra ellas hombres como el respetable señor conde de Canga Argüelles, enamorados con exceso del pasado.

Y la prueba es que los que han aprovechado el permiso del alcalde para andar en coche los días de Jueves y de Viernes Santo han sido damas de la aristocracia, personajes de esas clases elevadas en los que parecía que debía estar más arraigado el respeto á la tradición.

Los que han sido fieles á ella han sido los populares simones. Estos no han querido utilizar la licencia y han permanecido en la cochera, con contentamiento, sin duda, del escuálido jamelgo y con delectación de su compañero el auriga.

La falta de simones priva á Madrid de uno de sus más pintorescos aspectos y le da, en las primeras horas de la noche sobre todo, la apacible calma de una ciudad protestante en día de domingo.

Esta calma continúa en la mañana del Viernes Santo por la ausencia de periódicos, que no llenan las calles con sus pregones ni acuden al hogar para llevar como de ordinario sus noticias.

Así como el señor del antiguo régimen no se podía pasar por la mañana sin su jícara de aromático soconusco y sin su tabaquera bien rellena de americano rapé, el hombre moderno no puede pasarse sin el periódico que le dé diariamente noticias de cuanto ocurre en el mundo y que le comente los sucesos de actualidad. Un día sin periódicos es un día sosísimo, sin actividad, sin movimiento y sin vida; una especie de destierro para el hombre de la ciudad que apaga la luz para dormirse después de leer las últimas noticias de los periódicos de la noche y que no saborea bien su desayuno si no le acompaña con los diarios de la mañana.

Afortunadamente esta suspensión no es más que de un día, un día extraordinario, y por esto puede hacerse llevadera.

***

En las funciones que este año se han celebrado en los templos, se ha notado un progreso: el cuidado que se pone en hacer lo más esmerada posible la parte musical. La música religiosa, tan llena de grandeza, gana mucho con esto, y aun podía hacerse mucho más resucitando las obras clásicas que de este género tenemos en España y que constituyen un tesoro tan apreciable como el de las letras y el de la pintura.

Lo que no ha adelantado nada ha sido la oratoria sagrada. Exceptuando al antiguo diputado constituyente y actual canónigo de Toledo Sr. Manterola, que predicó el sermón de las *Siete palabras* en la parroquia de San José, ninguna ilustración del clero ha subido en la pasada Semana Santa al púlpito; y el Mandato, la Soledad, la Pasión y todos los sermones de rúbrica, no han tenido en la cátedra sagrada comentaristas dignos de la grandeza del asunto que trataban. La oratoria, que se extiende hoy tan lozana y brillante por todas las esferas, es tan vulgar y ramplona en el púlpito como en los tiempos de Fray Gerundio de Campazas.

La prensa, que ha sido el nuevo P. Isla de esta moderna corrupción del gusto, ha conseguido algo, pero no todo lo que hubiera sido de desear, y esto indudablemente por falta de elementos en los que debían hacer la regeneración. El clero no reune hoy las ilustraciones con que contaba en otras épocas. En el congreso católico que se celebró en la iglesia de San Jerónimo de Madrid el año pasado, fueron los seglares los

Digitized by Google

que se llevaron la palma de la oratoria tratando asuntos eminentemente religiosos, y de aquí ha nacido la preponderancia que han tomado los apóstoles de levita.

¡Oh! Si D. Alejandro Pidal pudiese predicar en alguna iglesia, si Menéndez Pelayo pudiese desarrollar desde el púlpito alguno de los misterios de la Pasión como trató no hace muchas noches desde la tribuna del Ateneo la obra de Manzoni, entonces sí que volverían para la oratoria sagrada los días de gloria que le dió Bossuet.

Pero esto es imposible y tendremos que contentarnos con oir á los grandes oradores en el Congreso ó en el Ateneo.

***

El señor obispo de Madrid se ha preocupado con una cuestión muy grave y ha reunido en su palacio á las señoras de la aristocracia abonadas al Teatro Real, para que pidan al empresario, señor conde de Michelena, que baje más los toneletes de las bailarinas, y para que haga que las artistas, aunque representen deidades mitológicas como la madre de los Amores, salgan á escena un poco más vestidas que lo han hecho en las últimas representaciones.

Ropa, más ropa para las artistas quiere el venerable prelado, y las elegantes damas que se cuentan entre sus diocesanas no se resistirán á la súplica y pedirán al conde de Michelena que acceda á sus ruegos.

La exposición se la debía de presentar una comisión de damas escotadas y con manga corta para que hiciera más efecto.

KASABAL

CARTA PROBLEMA

A JAIME BESCÓS, LETRADO

Quiero contarte, amigo Jaime, la última aventurilla que coronó, no sé si trágica ó felizmente, mis dos carreras de Jurisprudencia y de Letras.

Parece que la he guardado bajo mi birrete de doctor y que ahora la saco á luz tan fresca y nuevecita como el discurso impreso que repartí después del grado entre mis profesores y compañeros. Hoy me ha dado por ésto: otro día me dará por hablarte de las deficiencias del Código Civil ó del último libro de Lombroso. Pues bien: recuerdo que mi padre, encarándose conmigo con aquel aire de magistrado que tenía, á pesar de no ser más que un simple notario de número, me dirigió las siguientes palabras:

—Nosotros, ya lo sabes, Augusto, no somos ricos, pero queremos que poseas todos los títulos de una carrera para que puedas luchar entre los primeros. Nuestra sociedad se paga mucho de la apariencia. Esa apariencia nos cuesta un poco cara, aunque no me importa, porque es un arma como cualquier otra. También te buscaría en Madrid algunas relaciones, personas de influencia y hasta parientes; pero no lo haré de ninguna manera. Estudia, trabaja: prefiero que te lo debas todo á ti mismo. Ya podrás suponer, por lo tanto, lo que me agradaría que me trajeras las mejores notas, es decir, la consideración de haber obtenido el primer puesto entre tus condiscípulos.

Sin esperar contestación volvióse mi padre hacia la mesa del despacho, sembrada de papelotes, de minutas, de escrituras legalizadas, y, después de calarse las gafas, se sentó en aquel ancho sillón de cuero, de recios y sobados brazos de nogal que ya había conocido dos generaciones. Tú, que naciste en este rincón de provincia, ya sabes cómo aquí se vive. Poco más ó menos tu padre, ha sido, como el mío, un modelo de padres que, habiéndose sacrificado por sus hijos día por día y entregádoles su corazón sin restricciones ni reservas mentales, puede exigirles todo: afecto, lealtad, aplicación, buena conducta, obediencia ciega; en fin, todo. Y, tanto ó más que por el buen ejemplo por haber vivido estrechamente unidos, mi madre y mis hermanos constituimos una obra completa viva y acabada, de igual modo que varias ramas cortas brotando de una sola raíz forman un arbusto. Cualquiera de nosotros que muriera, me parecería desde luego que nos faltaba algo de nuestro pensamiento ó de nuestro corazón. Ahora bien: conozco por experiencia propia los defectos de este modo de vivir, *antiquitatis documentum;* pero ¿qué sistema de educación no ofrecerá sus peligros si se extrema? Así crecimos, nos hicimos hombres, y es natural que defienda lo que simboliza nuestro bienestar, aquellos veinte años de inefable paz, de plácida y venturosa armonía.

EL EXCMO. SR. D. ENRIQUE VALLÉS

enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de España en Santiago de Chile † en dicha capital el 21 de noviembre de 1889

A la mañana siguiente mi padre me entregó una carta para una familia á quien yo no conocía ni de nombre, y me dispuse á marchar. La noche la pasé en el tren, entre despierto y dormido, soñando con las grandes impresiones que me reservaba la capital de España. Entré, pues, en Madrid, sano de cuerpo y de espíritu, con cierta timidez, con un gran entusiasmo siempre reprimido, acordándome mucho de los consejos de mi padre. A los tres ó cuatro días me tropecé con algunos paisanos, con antiguos compañeros, caras ya conocidas; pero ni estas amistades ni los rozamientos *sui generis* de la casa de huéspedes me sacaron de mis casillas. Hallaba en todas estas gentes una ingeniosa tolerancia para todos los vicios. Su divisa era la de disfrutar lo antes que se pueda y lo mejor que se pueda de los placeres de la vida. Esta divisa la entrego á los moralistas. Yo conservaba la mía, que era: «Todo para lo porvenir.» ¿A qué apresurarse á recoger todas las risas cuando nuestra juventud cuenta con tantas primaveras? Puse, pues, mi única atención en el estudio. Las horas del día las repartía entre la Universidad, las bibliotecas y el paseo. Y tan preocupado anduvo esta primer semana con unas cosas y otras, que no hallé hora á propósito para llevar la carta de mi padre. Hay que advertir que tampoco me había encargado la precisión de una fecha:

—Cuando te quede un rato, subes á la casa, les haces una visita y les entregas la carta.

Esto es lo que me dijo. Fuí, por lo tanto, un lunes á la calle de Recoletos, á casa de D. Luciano Baroja, que así se llamaba la persona por quien debía preguntar; pero en lugar de éste me encontré con su hija, que me hizo pasar á la sala de recibo.

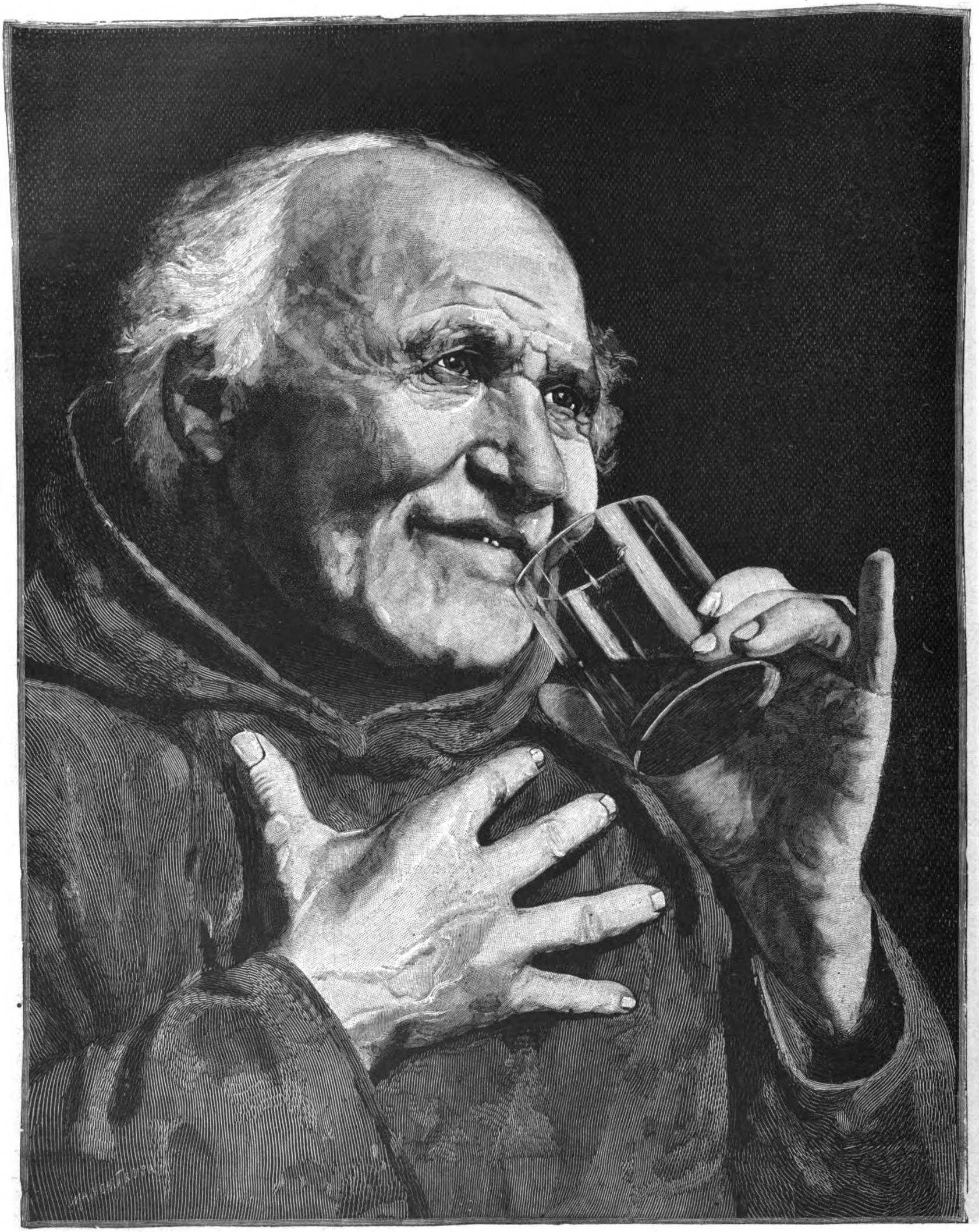
Al pronto, por la escasez de luz ó por venir de la calle inundado de sol, no distinguía los rasgos de su fisonomía, y únicamente la voz era lo que empezó á agradarme por su fresca y penetrante sonoridad. Luego, como es natural, vi claro, me fijé detenidamente y quedé asombrado. No era una mujer tal y como me lo había figurado, sino una niña, es decir, una jovencita de diez y seis años que aparentaba tener catorce. Y lo chistoso del caso era el ser yo el que anduviese más torpe de lengua y más frío de expresión al observar la situación algún tanto anómala en que ambos nos hallábamos. No es lo regular ni lo correcto que una señorita reciba de primeras á buenas á un desconocido. Eso sí: se expresaba con tanto juicio y con tal dominio de sí misma, que bien podían confiar sus padres en que desempeñaría á maravilla su cometido. Sólo un momento en que me quedé como embobado, contemplando sus muchas perfecciones, observé que se sonrojaba un poco y volvía la cabecita hacia la puerta como diciendo:—Para aburrirme con tu sosez, bien pudieras largarte.

Pero yo, quieto en mi butaca, dando vueltas al sombrero de copa y discurriendo un nuevo tema de conversación. Ella tendría mucha prisa por salir del paso; pero lo que es yo... maldita. Todo llega, sin embargo, y llegó para mí la hora de abandonar el asiento so pena de pasar por un provinciano tan obtuso como desatento. Al despedirme me dijo que su mamá estaba en cama con un fuerte catarro, y su padre en Aranjuez, á donde había ido con unos compañeros de oficina.

JOSÉ M. MATHEU

(Se continuará)

Digitized by Google



«SERVITE DOMINUM IN LÆTITIA» (cuadro de Emmanuel Correa)

Digitized by Google

NARCISO (estatua por Torcuato Tasso, dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

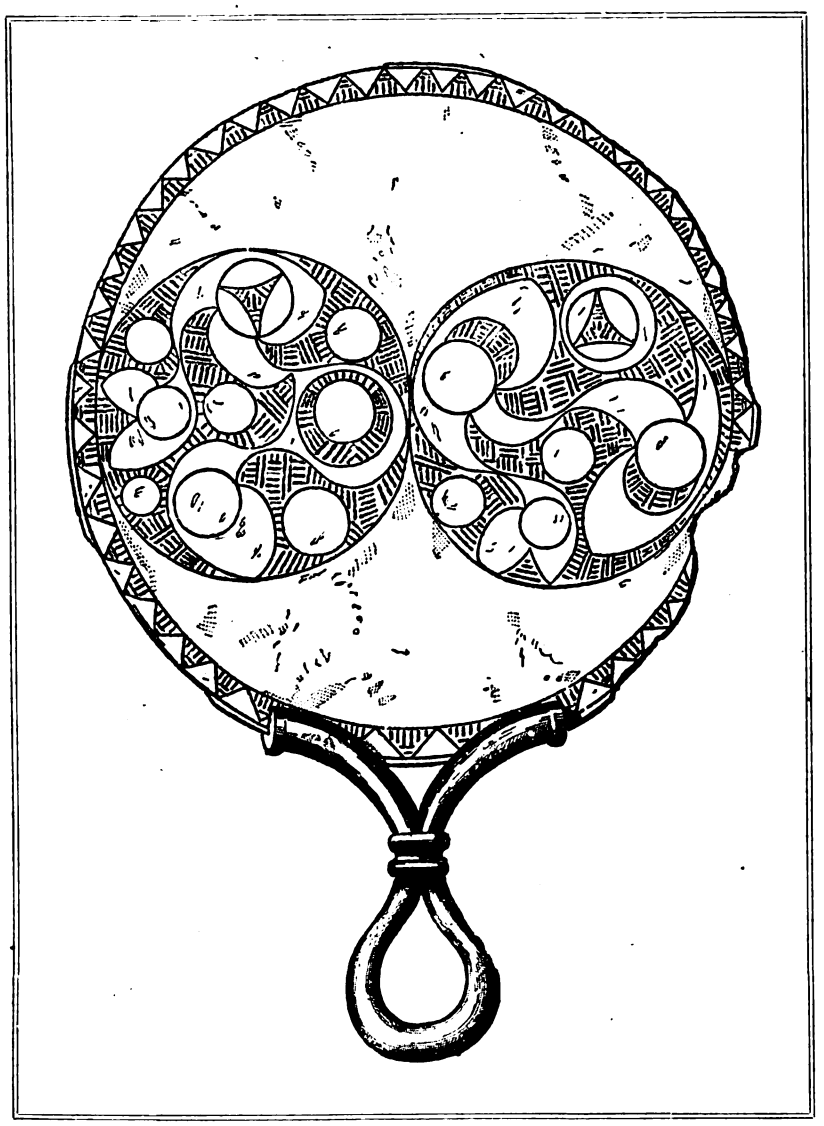
(CONTINUACIÓN)

8 de enero de 18... Si, como quieren ciertos filósofos modernos, el hombre es un *compuesto inestable,* yo á los diez y siete años era un *compuesto inestable...* y sin novia. No tenía más novia que la Virgen Santísima. Alabada sea ella de todos modos. Nunca le perdonaré á Renan lo poco que dice de María. A los diez y siete años yo no sabía de Renan más que por una traducción de *Los Apóstoles* que publicaba en el folletín un periódico republicano que con motivo de la revolución triunfante quería *arrancar á España de las garras del fanatismo,* aunque fuera descalabrando el idioma de nuestros intolerantes antepasados. Además, ahora que me acuerdo, había visto una traducción, mala también, de la *Vida de Jesús,* en la maleta de un americano muy rico y muy bruto, que quería educar á sus hijos á la moderna, y para ello se preparaba leyendo *El Evangelio del Pueblo,* del Sr. Henao y Muñoz, y llevando consigo á todas partes el libro de Renan, aunque sin leerlo, porque no estaba escrito en estilo cortado, como *El Evangelio de Henao* y los artículos de los periódicos satíricos que también deletreaba, y él los períodos largos no los entendía.

Tenía yo, en consecuencia, por un hombre de malas entrañas y mal gusto, por filósofo superficial y por historiador embustero, al insigne bretón; y eso que no sabía entonces, como supe después, por los oradores del Ateneo de Madrid, que el tal Renán todo lo copiaba de los Alemanes, menos la cháchara poética. No por ser tan injusto con el autor de *San Pablo* era yo en aquel entonces tan mentecato como parece deducirse del contexto. Hay que acostumbrarse á distinguir de facultades, porque unas se desarrollan antes y otras después, y algunas nunca, y no por eso deja de haber elementos dignos de aprecio en las almas de ese modo incompletas. Ni hay que suponer que ciertos espíritus, encerrados en la letra de una fe quieta, estancada, no puedan tener sus grandes anhelos poéticos de esperanzas insaciables, de abnegación *metafísica*, de idealidad independiente, y también los sentimientos y arranques anejos. No es lo más frecuente, pero los hay que tienen todo eso. También es verdad que cada día hay menos, y que las almas completamente sinceras y de cierto temple, casi todas son libres, en el sentido de que no las sujeta ningún dogma histórico. Pero vuelvo á mis diez y siete años. Acababa de pasar una gran fiebre nerviosa. Me encontré del lado de acá de la adolescencia en poder de una tristeza *milenaria,* suavemente apocalíptica. El mundo se había hecho viejo de repente; las cosas, todas pálidas, apenas tenían más que la superficie; el sol no era tan claro como antes; y entre mis ojos y las nubes, entre mis ojos y el mar lejano, aparecían enjambres de puntos, de circulillos opacos, como una *vía láctea* de estrellas apagadas. Aquello era para mí lo más doloroso y el símbolo de la ruina universal y, sobre todo, de mi propia ruina. Mi ruina era inmensa: aquel velo de puntos que había entre mis ojos y el mundo me decía que la la hermosa vida, que ya no era hermosa, no era para mí. Yo venía á ser un príncipe, más, un emperador del ancho mundo, á quien habían destronado durante una enfermedad peligrosa. Como Gil Blas se levantó del lecho sin sus doblones, yo me levanté sin mis ensueños de rapaz ambicioso y fantaseador. Por eso no tiene nada de particular que cuando me ponía á escribir versos los dejase siempre sin concluir, aun sin mediar; porque tanta desesperación había en las primeras estrofas, tanto anhelo del aniquilamiento universal, que ya no había nada más que decir en este sentido, no cabía apurar más la gradación del desencanto, y no merecía en el mundo cosa alguna el esfuerzo de seguir buscando consonantes no vulgares, única clase que yo admitía; trabajillo que acaso entraba por algo en el abandono de todas mis tentativas rítmicas. Mientras fuí niño, *proximus infantiæ* primero y *proximus pubertati* después, fuí absolutamente épico en mis lecturas y épico y dramático en mis escritos y en mis aspiraciones: leía novelas de aventuras y de pasión, historia, política, viajes y su poquito de filosofía; poemas y versos clásicos que no entendía; hacía alarde de mi erudición y de la imaginación siempre exaltada; contaba á mis amigos cuentos que yo iba discurriendo según los contaba, y escribía comedias y dramas á docenas, alguno de los cuales representábamos en teatritos caseros, en las guardillas y desvanes. Enfermé, y, al volver tristemente á la vida, mi alma era ya toda lirismo. Había perdido mis comedias, olvidado mis lecturas en gran parte, despreciándolas casi todas; y hasta la ortografía, que había aprendido bien de chiquillo y que días antes de caer en cama noté que se desvanecía de mi memoria, hasta la ortografía, tuve que volver á cultivarla, porque siempre tenía presente la anécdota de:—Orestes se escribe sin *h*, —y me daba mucha vergüenza el contraste de mis cavilaciones y profundidades escritas con el mal uso de las haches y el abuso de las ges ó las jotas.

Era durante el verano mi larga convalecencia, prolongada en mis adentros, cuando ya los médicos me daban por restablecido completamente. Estaba yo en la aldea, en un valle frondoso, muy retirado, ancho y largo, limitado por colinas suaves, de líneas graciosas cubiertas hasta la cima de árboles copudos. No sé cómo llegó á mis manos una edición diamante de las poesías de Leopardi, más algunos artículos que hablaban de su vida y comentaban sus pensares y sus dolores. Por la primera vez me picó en el alma la idea del ateo, del ateo honrado, digno de cariño, del ateo hermano. Leopardi no creía en Dios, no volvía los ojos del alma á la Providencia, al Padre Espiritual; y á pesar de esto, que era entonces para mí un horror, en mi corazón, intolerante en su inocencia, nacía, como un pecado, una lástima infinita, una dulcísima aunque desesperada intimidad de dolores con el solitario de Recanatti. Muchos años después he leído en *Parerga* y *Paralipomena* de Schopenhauer, que el aburrimiento es patrimonio de las almas inferiores. No hay que decir estas cosas tan en absoluto: hay muchas maneras de aburrimiento. El vacío, el que consiste en la ausencia *de espacio* para la imaginación, es ciertamente propio de los jugadores de tresillo; pero el aburrimiento, que fué la décima musa del poeta de Recanatti, es diferente aunque no en todo. Las dudas ó las negaciones de la voluntad no son propias de los hombres vulgares, como el mismo Schopenhauer viene á reconocer en el mismo libro; y esas negaciones y esas dudas, las dudas sobre todo, engendran esa otra especie de aburrimiento dignificado por su objeto y por el dolor positivo que causa. El ateísmo de Leopardi es de los más tristes, porque es un ateísmo de soñador, de místico sin divinidad; es decir, lo infinito como teatro, pero sin personajes, sin drama. Para mí el ateísmo de Leopardi fué siempre más triste, más simpático, que el de los más grandes poetas modernos, ateos también. El ateísmo de Shelley es toda una tesis, una filosofía batallona, hasta una especie de palingenesia. El ateísmo de los modernos poetas *indianizantes,* de los amigos del *nirvana,* me parece menos *inmediato,* menos sentido, que el

METALISTERIA CÉLTICA



ESPEJO

Digitized by Google

de Leopardi, y, lo que más importa para el caso, más divertido, menos doloroso. Estos orientalistas no se aburren: se duermen, y sueñan formas hermosas, libres de la *congoja metafísica*. El ateísmo de Leopardi está continuamente ligado á un espiritualismo que, una vez muerto Dios, encuentra inerte la naturaleza, estúpida, como la llama el Sr. Feuillet en una novela que está publicando estos días (1) *(Honor de artista)*. Por eso la poesía de este desgraciado genio (de Leopardi, no de Feuillet) que para mí simboliza mejor su poesía, su carácter poético, es la canción de un pastor á la luna en una llanura de Asia. Nunca olvidaré el día, la hora, el sitio en que por vez primera devoraron mis ojos y tragó mi corazón aquella hiel. Aquella mañana de setiembre, calurosa, cenicienta en el cielo, había yo tenido una extraña crisis nerviosa: había inventado salir á la huerta, al sentarme á almorzar, porque la casa se me venía encima; me ahogaba de tristeza, de imposibilidad de vivir así, si el mundo seguía pareciéndome tan inútil, tan descompuesto, tan ilógico, tan partido en moléculas sin cohesión... Me agarré á mi madre, di gritos de angustia, de espanto, y salimos juntos á la huerta. Paseamos un poco bajo las parras que formaban un pórtico. Ella me daba el brazo, me consolaba con frases que, por lo mismo que no llegaban á la inteligencia de mi desazón, de mi disparatada aprensión respecto de la realidad que me rodeaba; por lo mismo que eran una afirmación del mundo normal, lógico, bueno, una verdadera petición de principio; me confortaban, me distraían de mi alucinación *interior*, de mi locura pasajera inefable. Entre el cariño y el buen sentido me iban volviendo á la realidad verdadera, sana, consistente, continua. Pasó la angustia que llamaré *intelectual* impropiamente. Nos sentamos sobre el pretil de la muralla que daba sobre el *corral de abajo*. ¡Oh que inolvidable aniquilamiento el que sentí un minuto después de sentarme! Ha dicho un crítico francés de los del día que el dolor físico es, si hablamos con sinceridad, mayor que el moral, en suma. Yo no lo afirmo, pero en aquella ocasión el terror de lo que sentí fué entonces superior con mucho á la angustia y á la locura de poco antes. Ello era que se me iba la vida por la espalda. Aquello no se llamaba morirse: era irse... escapar todo por la espalda, cayendo... cayendo, alejándome de mi madre, que, agarrada al mundo, á la materia, de que ella era parte, se quedaba allá lejos, desvaneciéndose, sin comprender mi mal, inútil para mí á pesar de su cara de compasión y de angustia. Me tendía los brazos, que á pesar de tocarme no llegaban á mí, ¡ay! no llegaban á la región en que yo sentía el espanto y también el cariño que llevaba ella dentro, como un niño en una cuna olvidada. Yo volvía atrás, volvía atrás, á la primera infancia... pero no para entrar en el seno de mi madre: para alejarme de él, cayendo, cayendo en la nada, que me invadía.

...Volví á la vida entre besos, lágrimas y abrazos de mi madre, más un poco de azahar, que llegó á tener para mí, á fuerza de usarlo, algo del olor del regazo materno. Mi madre creía en el azahar como en las oraciones.—La oración,—pensaba ella,—es medicina para los creyentes: el azahar para los nerviosos.

CLARÍN

(Se continuará)

(1) Entre las varias ficciones puramente convencionales de estas memorias, cuéntese desde luego el constante *anacronismo*. Aquí se desprecia el tiempo, cuando no se trata de efectos dramáticos. (Nota de D. Narciso Arroyo.)

EL ADIOS

(DE «LA REJA,» NOVELA ANDALUZA, INÉDITA)

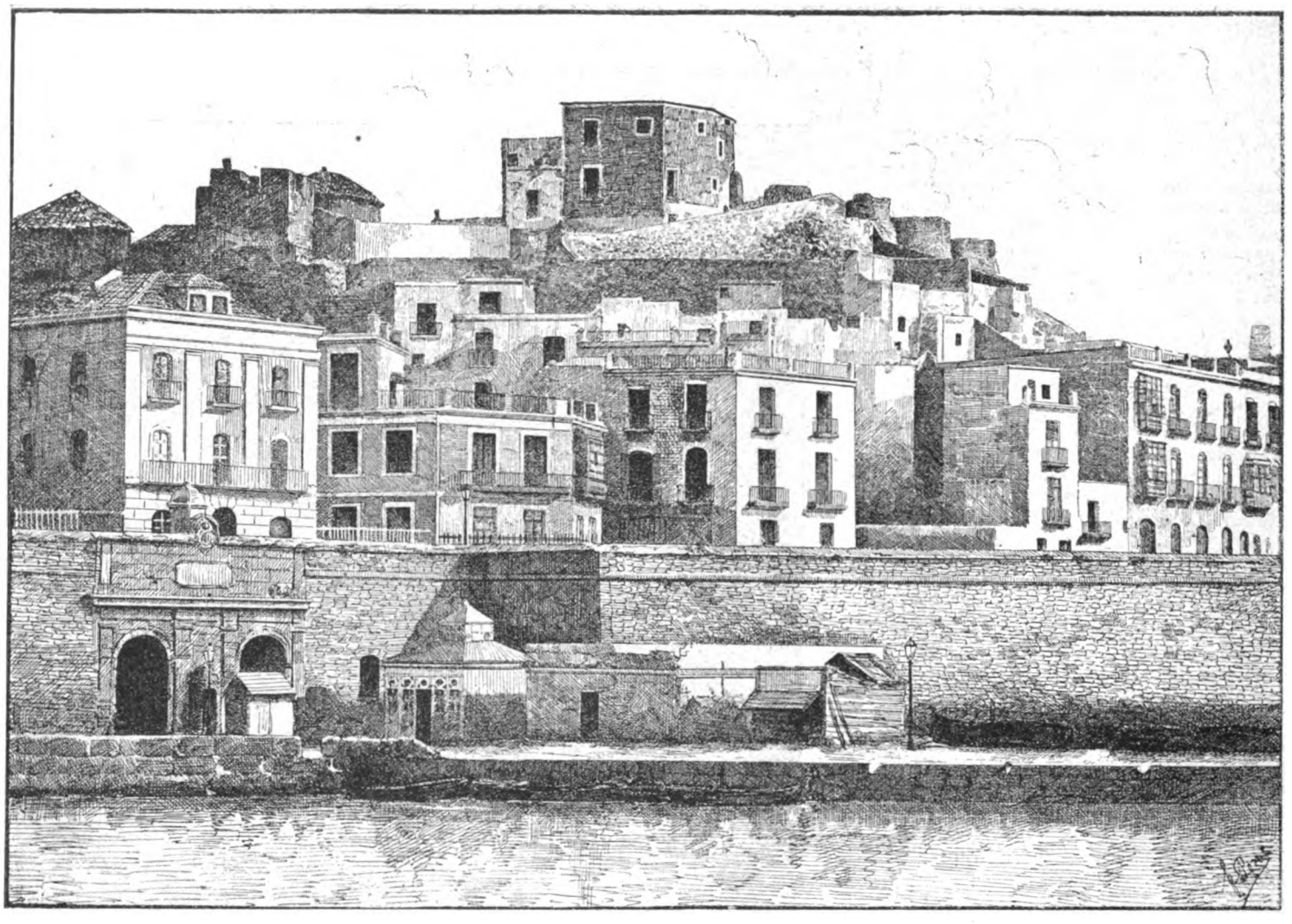
Tenía que romper en aquel instante y de un solo golpe todas las raíces que la tenían afianzada á aquella casa; tenía que arrojar de su corazón, como lastre que lanza un buque en alta mar en momento terrible, sus queridos sueños de niña, el afecto que se profesa al sitio donde nacimos, el amor de su madre, suavísimo y tierno, engendrado allá en lo más misterioso del alma.

En el amplio corral dormía en distintos sitios el ganado aquel que ella había visto tantas veces regresar de los campos á la hora del crepúsculo, entre el idílico repique de las esquilas y las voces de mando de los pastores.

A un lado enseñaban los bueyes la abierta cornamenta, y miraban, con inmovilidad de cabeza, el astro bellamente afligido elevarse sobre la hoz de picos de los montes. Los cerdos apeñuscaban cuerpos y cabezas, dibujando una negra mancha en el suelo. Bajo techado dormían, apoyadas en tosco palo y desplegadas en larga retahila, las cobardes gallinas, que necesitan de sol á sol para dar el conveniente descanso á los cuerpos. Todo gozaba de ese reposo augusto de la no-

ESCUDO CELTA

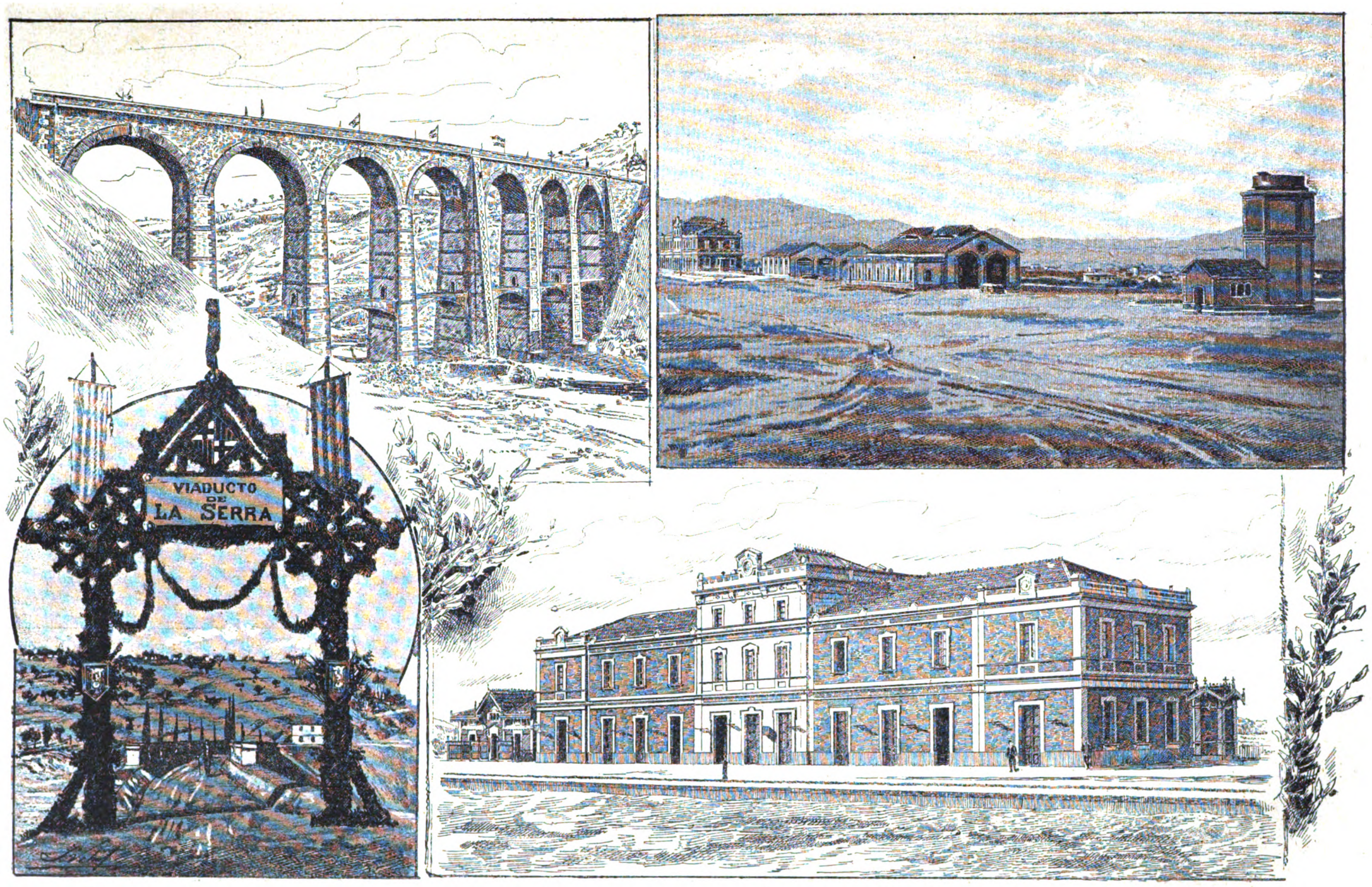
Digitized by Google



CARTAGENA: PUERTA DE MAR (dibujo de F. Pons)

CÁDIZ: LA CATEDRAL (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google



1: Viaducto de la Serra. — 2: Emplazamiento de la estación en Mora la Nueva. — 3: Arco de Triunfo en el viaducto de la Serra. — 4: Estación de Mora la Nueva (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

che, el cual da un sueño extraño á los objetos y parece dotarlos de una vida rara é incomprensible. Por la boca del pozo, situado en medio del corral, entraba y daba con la impalpable punta en el muro un silencioso rayo de luna que plateaba el borde de piedra.

Rosalía sintió que llegaba un golpe de llanto á sus ojos al tener que dejar para siempre aquellos sitios que tanto recrearon su vida. Para siempre daría un adiós á todo: al árbol del que colgaba el columpio en las tardes de estío; al renglón de macetas que asomaban sus hojas por las tapias, vistiéndolas de una brillante túnica de flores; á la parriza que se abría en un ángulo, de la cual pendía aún en forma de racimo un cairel de oro del verano.

Porraceábale el corazón como campana y se le hacía en la garganta ese nudo que forma el sentimiento antes de venir á los ojos el desatado raudal de las lágrimas.

¡Ella separarse de su madre, huir de su lado cuando era la única persona que le había ayudado á llevar las penas de su vida!

El gallo lanzó en esto su canto. Aquella voz que tantas veces le había despertado á tiempo de que oyera los sones de la parranda, que tantas veces le había recordado su cita en la reja y la hora cercana del día en que los enamorados se despiden, acabó de desbordar el llanto de sus ojos. Se echó desfallecida en una piedra saliente del suelo y se enterró el rostro entre las manos.

Lejos sonaba el vago concierto de las ranas en el estanque de un huerto cercano, un ruiseñor entonaba su última estrofa de estío desde la blanca rama de un álamo, y llegaba á los oídos ese murmullo compuesto de notas de insectos extraños, de vibraciones de alas que tijeretean á la luz de la luna, de cantos de una sílaba que se enmarañan y confunden componiendo la medrosa canción de la noche.

Medidas parecen esas horas por el golpear de péndulos misteriosos que se paran á la primera señal luminosa del día.

La moza tuvo que reunir toda su fuerza en un arranque de resolución para no volver atrás en el emprendido camino de la fuga. Dirigió su paso á la puerta y oyó las palabras que pronunciaban á media voz los mozos que fuera esperaban su salida. Notó en aquel rumor de gente el trasiego de una numerosa comitiva, golpes de cascos en tierra, respiraciones fuertes de caballos, toses ahogadas que procuraban no delatar el plan establecido.

Una sensación fría corrió por el cuerpo de la mujer, que retrocedió algunos pasos. Detrás de aquella puerta le aguardaba el hombre con quien había de unirse para siempre; le esperaban los mozos que huirían con ella haciendo volar sus caballos y despertando á las dormidas personas del pueblo con los triunfales disparos de sus armas.

Se apoyó nuevamente en el muro para no dar en tierra de emoción. Cerca vió el techado que guardaba los enseres de los pastores, que á aquella hora daban brincos y saltos en la fiesta. Colgados de varias estacas contempló los recios sajones que á diario luchan en el monte con las jaras, las arguenas conteniendo el duro pan de la gente, los cuernos del aceite y el vinagre relucientes á la luz de la luna como si estuvieran bruñidos de plata.

Ese algo *humano* que parece haber en todo objeto usado por el hombre, especie de aroma corporal, despertó nuevas oleadas de sentimiento en su alma y sintió anhelos de retroceder, dejando en una cita eterna á los mozos.

El recuerdo de su padre le hizo, sin embargo, volver á meditar en la fuga. El trato rudo y salvaje de aquel hombre, que tenía como medio de persuasión el golpe, acabó por hacerle tomar aquella resolución.

Ya iba á abrir la puerta para escapar y apoyada tenía la mano en el cerrojo, cuando sintió un ruido tras de sí que la hizo volver de repente y quedar pegada é inmóvil en el muro. A la dudosa claridad de la noche avanzó desde un extremo del corral un bulto blanco, que una vez que hubo andado algunos pasos quedó parado no lejos de la tapia. ¿Sería algún pastor que estaría en su acecho y una vez que la vió decidida á escapar salió de algún ángulo donde lo tendría oculto la penumbra?

La contracción nerviosa ocasionada por el sobresalto, hizo azulear de miedo el rostro de la moza. Luego acelerósele el ritmo de la sangre y sintió horribles martillazos en el cerebro igual que si sobre su cabeza se construyera un macizo arco de templo.

Apartar la vista del objeto que produce terror, parece que nos pone más lejos de él. Rosalía clavó los ojos en el muro, pero dijérase que veía por todo el resto de su cuerpo. Era en aquel instante una mujer todo pupila. Con un poco de temblor en los labios permaneció no pudo saber el tiempo. No se movía la visión, ni se movía ella del muro. Al cabo, cuando dió algunos pasos más la sombra, y la mujer vino en conocimiento de lo que era, el terror ocasionado por el miedo se resolvió en un profuso y apenado diluvio de lágrimas.

CUCHARA CELTA

TACHÓN DE ARNÉS

El animal señalado por ella desde pequeño para darle la comida en su mano, la oveja que tomó parte en sus juegos, se había alzado de la piara que dormía en el suelo, y acudía á su encuentro después que hubo notado su presencia.

Era la única despedida que recibía al huir de aquella casa para siempre. La idea removió los sentimientos que dormían allá en todo lo más hondo de su alma é hizo temblar de pena sus entrañas.

La llamó con una señal convenida, y el bulto blanco resbaló hasta llegar á su lado. Rosalía dejó en su cuello el abrazo más tierno de su vida.

No podía resistir por más tiempo aquella escena, y puso la mano en el cerrojo. El hierro chirrió dentro de los anillos oxidados, y se abrieron las hojas de la puerta.

SALVADOR RUEDA

EL PEREGRINO

Ardiente sed atormentaba á Ananda,
del Sakyamuni servidor adicto:
el sol abrasador secado había
sus labios y sus fauces. Junto á un pozo
no lejos de una higuera, ve á una joven
de dulce rostro y ademán modesto
que apoyado en el talle lleva un cántaro
lleno del agua que sacado había
del fresco manantial de aquel oasis.
—¿Quisieras darme de beber, oh niña?—
pregunta Ananda á la gentil doncella.
Mas ve que, ruborosa, de él se aparta
y dice balbuciendo:—Peregrino,
no quieras acercarte: mi contacto
tu ser mancillaría. ¡Yo soy paria!—
Miróla Ananda dulcemente, y luego
—No te pregunto, hermana,—le responde,—
cuál es tu casta ni de dónde vienes.
Agua quisiera, si es que puedes dármela.—
Atónita la niña le da el cántaro
y Ananda bebe el agua con deleite,
exclamando después:—No hay diferencia
entre los parias y los demás hombres.
Lo que distingue al oro de la piedra,
y á las tinieblas de la luz del día,
no se ve entre los hombres, buena joven.
De igual manera que viniste al mundo
vine yo, y, cuando muera, mi cadáver
el mismo hedor exhalará que el tuyo.
¿Difiere tu placer del que yo siento?
¿No lloras y no ríes y no piensas,
no esperas, no deseas de igual modo
que yo espero y deseo? Dulce niña,
tan sólo hay diferencia en las virtudes,
no en las castas inicüas. El paria
que es bueno y generoso, vale ciento
que el sudra ó el brahmán de vil conducta.
Hermanos somos todos los nacidos.
¿Quién osar puede apellidar impuro
á un ser cualquiera, de cualquier linaje?
Cual brillan para todos igualmente
el resplandor del sol y de la luna,
cual vierte por do quier su agua la nube,
así los rayos de la Inteligencia
á todos iluminan de igual modo,
al bueno como al malo, al ignorante
como al docto, y al vil como al más noble.
Para todos es ley la ley de gracia;
para el asceta todos son lo mismo:
lo mismo tú que yo, mi madre que otra.
—Jamás creyéra oir esas palabras
que acabáis de decirme, peregrino,
respondió la doncella. ¿Yo, cuitada,
igual que vos seré? ¿La paria impura
que come carne y no ha leído el *Veda*
habrá de ser igual que el sudra ó chatria?
Pero vos lo decís con tal aplomo
que creerlo he, y á fe que no me duele.
Mas ¿qué han de hacer los que como vos piensan?
—Han de cumplir con el deber estrecho
de no odiar, no matar, ni mentir nunca;
de ser probos, pacientes, desdeñosos
de honores y riquezas y placeres;
han de ser castos y caritativos
con todos cuantos en el mundo existen.
Si un tigre tiene hambre, date en pasto;
y si no tienes con que hacer limosna,
véndete por esclava y da tu precio.
Tal es la buena ley del Tathagata.
Solamente siguiendo estas doctrinas
podrás del renacer emanciparte
y del puro *no ser* gozar por siempre
y del mal de la vida huir segura,
del mal que todo, todo, lo domina,
del mal universal, del mal del mundo.
¡Oh qué dulce existencia en la Nirvâna,
do acaba toda pena vividora!
Quietud eterna, el aniquilamiento
de toda conciencia, acción, idea,
lámpara que se extingue sin aceite
y se libra del fuego de la llama.
Allí se rompe la fatal cadena
que enlaza la existencia á las que fueron
y á las futuras encarnaciones;
allí se goza, al fin, de verse libre

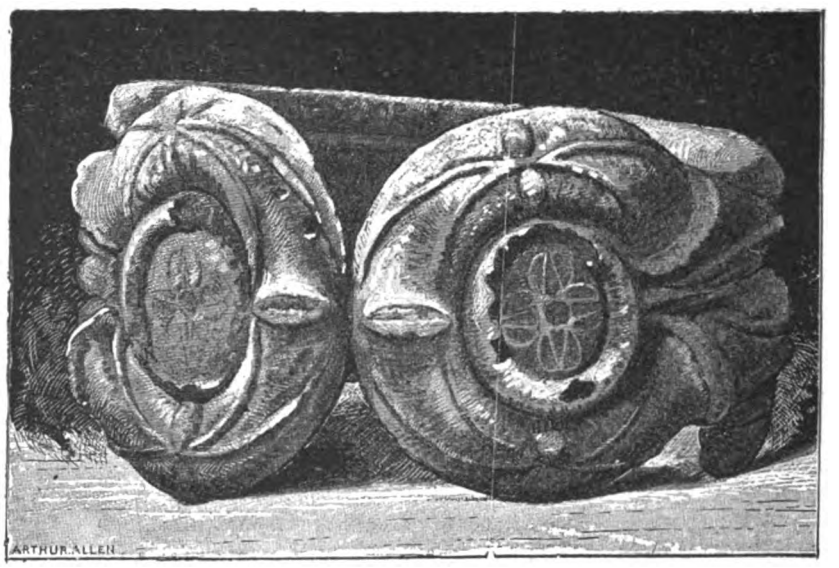
Digitized by Google

del dolor, el deseo y el recuerdo.
A todos está abierto el buen camino.
—Yo lo quiero seguir, religioso,—
responde la doncella, que arrobada
escuchaba la voz del viandante.—
Al veros parecióme que mi pecho
hacia vos se me iba. Parecióme
que no erais un mortal como los otros,
y bien que lo acerté. Todo lo dejo,
y do quiera vayáis iré yo, hermano.
Que iguales somos todos habéis dicho,
y esa es la verdad. Yo soy la hija
del gran rey de los parias que hay al norte
del Ganges caudaloso: ya lo olvido
y esclava quiero ser.—¡Oh, dulce niña!—
respondió Ananda.—Sigue en buena hora
los pasos de este pobre mendicante,
y á un monasterio habré de conducirte
donde en pobreza y castidad perpetuas
tu vida pasarás hasta aquel día
en que vueles feliz á la Nirvâna.

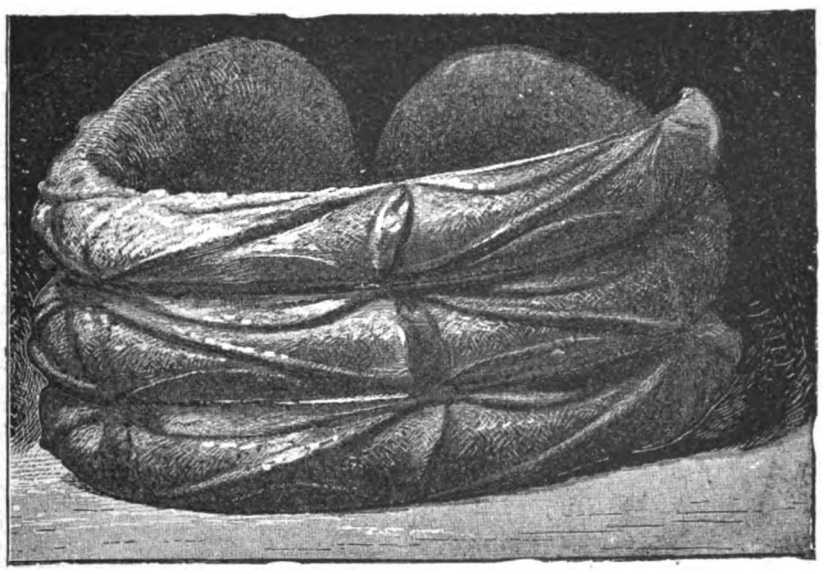
ALFREDO OPISSO

LAS ESPINACAS

Nadie hubiera dicho que corría el mes de marzo, el amante furioso de las locas de las veletas, ante aquella tarde apacible, sin turbonadas ni ventiscas, en la que el sol, luciendo con sus mejores ganas, como queriendo aprovecharse de un respiro del mal tiempo, llenaba el horizonte, bruñido por la calma, con un resplandor inmenso que ofuscaba y calentaba á la vez, despidiendo extraños ardores de canícula. En lo que la vista alcanzaba extendíase una planicie de viña sin límites, empedrada del enorme aluvión de cantos propio de los terrenos calcáreos, y cortada solamente en su monótona uniformidad por las borlas oscuras de los olivos, que brotaban aquí y allá sin simetría alguna, entre las filas pardas de los ceporros y los surcos abiertos en el piso por la reja. Toda aquella inacabable llanura alfombrada de vid brillaba, bajo tan espléndida radiación del mediodía, con un aturdimiento de rayos que cegaba, resbalando la luz por



BRAZALES



BRAZALES

la arena y laminándola hasta darle una tersura acerada de espejo, prendiéndoles fuego á los cantos al pasar, y dándoles luces de diamantes, y trazando, en las copas de los olivos, sutiles telas de araña que prendían sus hilos luminosos de rama á rama. Corriendo parejas con esta *lluvia* de luz, el ambiente era cálido, pesado, lleno de un polvo encendido que doraba la atmósfera, la hacía bochornosa y densa, y prestaba una serenidad abrumadora al espacio. En lo lustroso de las hojas de los árboles y en lo lavado de repechos y caminos se adivinaban los pasados aguaceros. El sol, horadando la tierra, húmeda aún, arrancábale una evaporación tenue é imperceptible, que dejaba escapar por todos los poros de los prados su hálito tibio. Indudablemente la Naturaleza, pasmada por la continua llovediza, entraba en reacción y rompía á nadar *frotada* por el picante sol de aquella tarde, en que el buen tiempo, adelantándose á su estación, traía uno de esos días dulces y hermosos que reblandecen todas las yemas de las plantas y llaman á las puertas de todos los nidos.

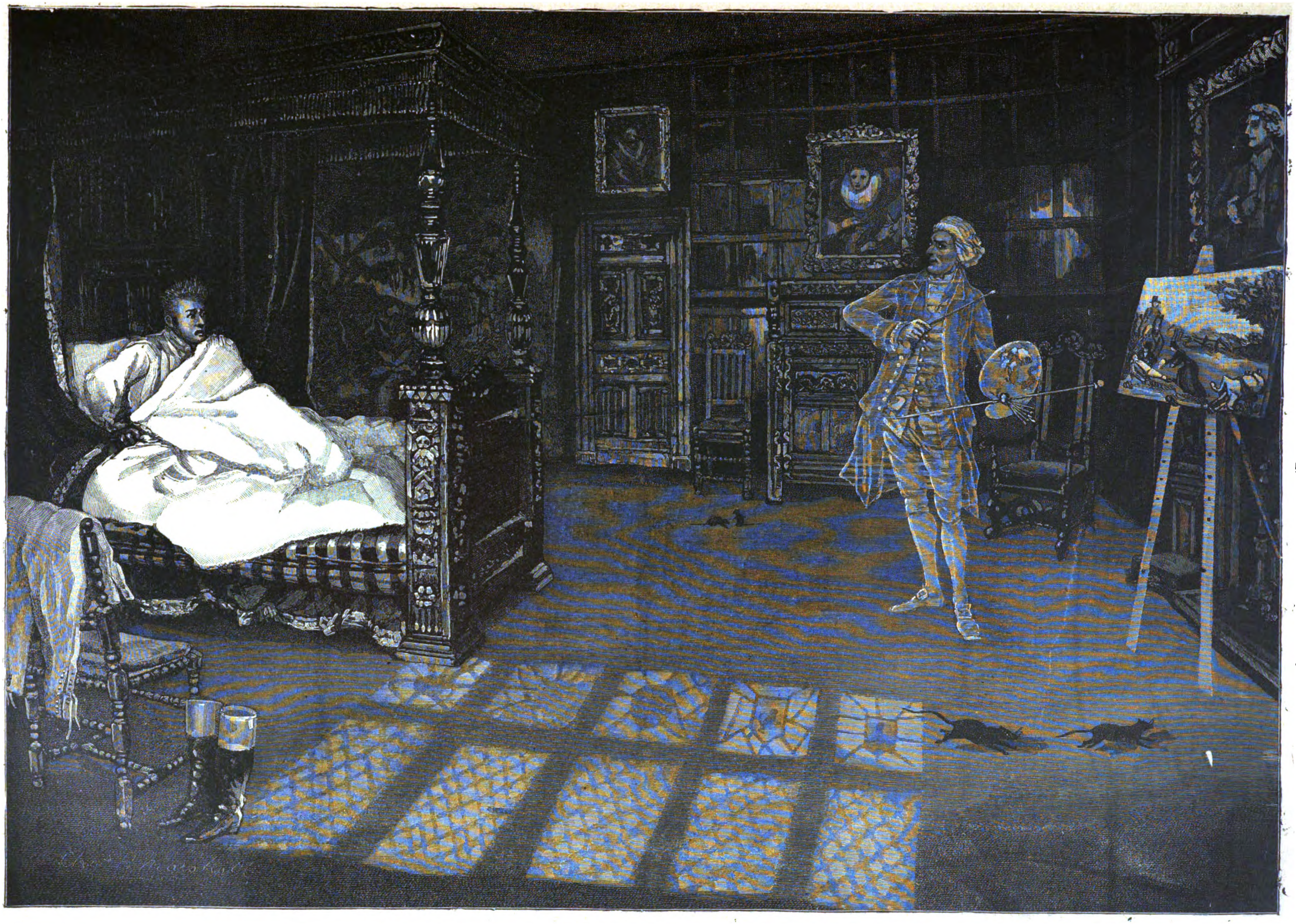
Amodorrados, sin duda, por la languidez de la tarde, adelantábanse cabalgadura y jinete, con los ojos cerrados, por el caminejo de herradura abierto entre los altozanos cubiertos de viñas que ponían en comunicación el pueblo con la ciudad. A primera vista se conocía quién era el viajero: bastaba con distinguir su enorme volumen y el amarillento pollino sobre que iba montado: aquel tamaño de persona y aquel asno tirando á color de canela no podían ser otros que D. Lucas, el cura de la aldea, y su burro Pótoche.

En la silueta que el buen padre ofrecía á caballo, conocíase lo monstruoso de su crasitud, y eso que disimulaba algo la gordura lo holgado del balandrán que llevaba puesto, cayendo el faldón hacia atrás, por las ancas del jumento, como la mantilla de un corcel de la edad media. La cortedad de sus piernas rechonchas obligaban al clérigo á ir medio de pies sobre el albardón, apoyándose en los estribos, que tales adminículos gastaba á pesar de lo modesto de la cabalgadura. Después, por encima del lomo del animal, seguía la figura de D. Lucas, descansando la barriga pesadamente sobre la perilla de la montura, como si la panza no pudiera consigo misma y tuviera conciencia de su desarrollo. No correspondiendo con un cuerpo tan disparatado, la cabeza del párroco era pequeña, redonda, de rostro fofo, abultado en los carrillos, muy colorado, y terminado bajo la barba en una ondulación de paperas carnosas que le colgaban como un collar de piel sobre el pecho; el cráneo le desaparecía dentro de un sombrero hongo, cuadrado, con disformes alas. Todo este talego humano de D. Lucas trascendía, sin embargo, á bondad y á honradez: se adivinaba en el pobre hombre al cura de pueblo adinerado y comodón que guarda muy respetable número de pesetas en el arca, se entera antes de acostarse, cada noche, de cómo andan las faenas de sus tierras, y posee en la despensa una flotante colgadura de perniles y en la bodega un buen par de tonelitos de vino añejo capaces de animar á una estatua de piedra. Mirándolo, pues, despacio, se advertía en aquella cara, distendida por la gula, un baño de simpática mansedumbre que suavizaba todas sus facciones. El único defecto del enorme señor debía ser el tratarse á maravilla: era un comilón y nada más. Fuera de eso, su semblante resultaba sencillo, limpio, sin mancha de doblez, dejando adivinar un espíritu trasparente y sutil, y trayendo maquinalmente á la memoria, su semblante dulce, la tertulia del boticario, la brisca, el tute, la caja de rapé, la iglesia escrupulosamente atendida, los pobres socorridos, su genio alegre, espontáneo, estruendoso, bulliciosísimo y todo carcajada. Acaso semejantes cualidades se le asomarían á los ojos; pero, confiando en su burro, había concluído D. Lucas por pegar los párpados, y con los brazos caídos, sujetando sin fuerza el ronzal, moviendo acompasadamente la cabeza con el meneíllo del asno, dejábase llevar por él, hundido en el más plácido de los sueños.

Por no ser menos que el amo, iba el pollino durmiendo tranquilamente, con las orejas gachas, el cuello encorvado y sin apartarse de su ruta, gracias á la costumbre de caminar roncando. Alguna vez tropezaba, y aun tendía á arrodillarse; pero se reponía en el acto y continuaba su paso menudo sin cortar su sueño ni el del padre, que se limitaba á tirar, dormido é instintivamente, del ronzal. Por lo demás, se conocía que el burro era muy ladina *persona*, pues huía de las guijas y se enderezaba por los sitios limpios de cantos, donde asentaba en blando las pezuñas.

El sendero solitario y retorcido que el padre seguía veíase poco frecuentado por la gente del

Digitized by Google



EL ARTISTA ESPECTRO

Digitized by Google

LADY HAMILTON: «EMMA» (cuadro de Romney)

LADY HAMILTON: «UNA BACANTE (cuadro de Sir Josué Reynold)

Digitized by Google

pueblo: por allí se rodeaba bastante, yéndose á entrar en el lugar por su parte alta. Era, pues, seguro que de encontrarse á D. Lucas, ahupado en su jumento, por aquel camino, el asno llevaba en la delantera las alforjas atestadas, cayéndole á uno y otro lado sobre los brazuelos.

(*Se concluirá*) ALFONSO PÉREZ NIEVA

BIBLIOGRAFIA

Historia de la Música, por *H. Lavoix*, hijo.—Madrid, «La España Editorial,» 1890.

No cabe más. Es todo lo que se llama una excelentísima obra, de la cual puede decirse á boca llena que *viene á llenar el vacío* que se notaba en libros sobre el asunto. La edición es digna del texto, lo cual constituye su mejor elogio.

Rosas y espinas, poesías de *Antonio de la Cuesta y Sainz*.—Valladolid, 1890.

Compréndese que el autor es muy joven aún, pero esto no quita que revele las más felices disposiciones. Me ha gustado sobre todo que en estos tiempos de burros de reata no quiera ser uno de ellos, y, á riesgo de chocar contra los gacetilleros racionalistas, levante enhiesta la bandera de la Fe y ataque con rudeza la Razón. *¡Well roared, lyon!* como dice Teseo al rey del desierto cuando desgarra la túnica de Tisbe.

El Gran Oráculo del siglo XIX, por *D. Ricardo Gonzáles*.—Valencia, 1890.

Es libro que tendrá muchos compradores, porque ¡ahí es nada saber á qué atenerse para lo porvenir con sólo volcar un par de dados!

P. D.—En la *Bibliografía* anterior se deslizaron dos erratas dignas de ser corregidas: donde dice *quinteto*, léase *terceto;* y donde dice *cuartetas*, léase *cuartetos*.

ASOCIACIÓN
DE LA
JUVENTUD LITERARIA ESPAÑOLA

Con este nombre se ha constituido en Madrid una agrupación de jóvenes escritores y aficionados á la literatura cuyo objeto es facilitar á los asociados los medios de dar á conocer sus producciones, luchando contra los obstáculos que encuentran ahora en su camino.

Inútil es decir que vemos con el mayor gusto esa muestra de virilidad y que celebraremos en el alma que la Asociación consiga plenamente la realización de sus levantados propósitos. Los que quieran enterarse con más pormenores de lo que viene á ser dicha Sociedad, pueden ver el número de *Madrid Alegre* correspondiente al 8 de marzo último.

NUESTROS GRABADOS

HERMANAS

Cuadro de Luke Fildes

Magníficos retratos, de lo más *hig life* que puede concebirse, y que demuestran el alto grado de adelanto á que ha llegado en Inglaterra la pintura. Aparte de esto, no suele dedicarse precisamente Luke Fildes á ese género, sino que descuella principalmente como distinguido pintor de las miserias londinenses: las *woorkhouses*, los sábados negros, etc.

EL EXCMO. SEÑOR D. ENRIQUE VALLÉS Y SOLER
MINISTRO DE ESPAÑA EN CHILE, † EN DICHA CAPITAL EL
21 DE NOVIEMBRE DE 1889

Vivísimo sentimiento ocasionó en la capital chilena el fallecimiento de nuestro ministro plenipotenciario en aquella república, al cual se tributaron honras fúnebres extraordinariamente solemnes.

Pertenecía el Sr. Vallés á una familia catalana que tiene su solar en Santa María de Bellver, provincia de Barcelona.

Fué alumno de esta Universidad y de la de Madrid, en la cual se graduó de licenciado en ciencias y en derecho civil y canónico. A los diez y ocho años ingresó en la carrera diplomática, prestando sus servicios sucesivamente en las embajadas de Roma, Constantinopla, Washington, Londres y Berlín. En 1880 fué nombrado encargado de Negocios en el Perú, y en 1884 fué trasladado á Santiago de Chile, ascendiendo en 1888 á ministro plenipotenciario y enviado extraordinario. Contaba el finado con gran número de condecoraciones. Según disposición testamentaria, debe su cadáver ser trasladado á España para recibir enterramiento en la capilla fundada por sus antepasados en Villafranca del Panadés.

«SERVITE DOMINUM IN LÆTITIA»

Cuadro de Emmanuel Correa

Obra lindísima, llena del mejor buen humor del mundo sin caer en la grosería ni por pienso. El buen padre, convencido de que no hay nada peor que la melancolía, ya sea hamletiana, ya derive de disgustos con el sastre ó la patrona, aconseja que se sirva con alegría á Dios; y no sólo lo aconseja, sino que da el ejemplo, desmintiendo el proverbio de que una cosa es predicar y otra dar trigo.

NARCISO

Estatua por Torcuato Tasso

Es natural que á un joven tan hermoso como es de suponer fuese Narciso le hayan tomado por su cuenta los discípulos de Fidias para hacer gala de su habilidad en el modelado y en las proporciones, empeño del que ha salido bien airoso nuestro distinguido paisano D. Torcuato Tasso, uno de los escultores más celebrados que figuran hoy en Barcelona.

METALISTERÍA CÉLTICA

Esos objetos que reproducimos hoy, demuestran que no eran los celtas tan salvajes, ó, si se quiere, que no estaban tan atrasados como quieren suponer las historias. Conocían el uso del hierro, y no es grano de anís el adelanto que esto significa. Al diablo, pues, lo que dicen los clásicos, comenzando por Julio César, y conste que todo lo que aseveran en latín queda desmentido por los descubrimientos que se vienen haciendo, incluso en nuestra Galicia, y que demuestran que los celtas contaban con distinguidos artífices, no sólo en bronce, sino también en hierro y aun en plata y en oro.

En Inglaterra, Escocia é Irlanda consérvanse innumerables ejemplares de metalistería céltica del período pagano (espuelas, arreos de montar, trompetas, yelmos, escudos, vainas, espadas, espejos, brazales, cucharas, etc.), algunos de ellos repujados, ornamentados otros con incrustaciones y esmaltes, y de cuyo admirable mérito dan prueba los grabados que acompañamos.

CARTAGENA: PUERTA DE MAR

Sale esta puerta al muelle, y se halla al extremo occidental de la muralla de mar. Como todas las de Cartagena, es doble, siendo la derecha para los que entran y la izquierda para los que salen. Recomiéndase por su solidez y hermosura, que hacen de ella una obra verdaderamente monumental.

Sabido es que como puerto militar no tiene Cartagena rival en la Península, y, según decía Andrés Doria, no poseía el Mediterráneo otro más seguro ni más cómodo. La verdad es que en ninguna parte se encuentra una cuenca tan vasta y tan profunda, pudiendo fondear los mayores buques á algunos metros del muelle.

CÁDIZ: LA CATEDRAL

Por más que Cádiz sea una ciudad archiantiquísima, su aspecto actual es el de una población del siglo XVI, desapareciendo las construcciones fenicias, cartaginesas y romanas bajo la eflorescencia de las sucesivas edificaciones. La catedral es de estilo Renacimiento, dándole su dorada cúpula cierta semejanza con las de Moscou.

FERROCARRILES DIRECTOS: DE REUS Á MORA LA NUEVA

La prensa diaria ha dado cuenta con toda la extensión que el caso merecía de la inauguración del trayecto de Reus á Mora la Nueva, en el cual se encuentran obras tan pasmosas como el incomparable túnel de la Argentera, de 4,040 metros de longitud. Damos hoy la reproducción de algunos puntos de vista de la línea, por las cuales podrá verse la importancia de los trabajos llevados á cabo según los proyectos del distinguidísimo ingeniero director de las mismas, D. Eduardo Maristany, honor de España.

BOCADO DE FRENO

EL ARTISTA ESPECTRO

Trátase indudablemente de un sueño que ese aficionado á los estudios psicológicos tomó por una realidad. No se crea, sin embargo, que deje de haber, sobre todo en Inglaterra, quienes jurarían que *¡vive Dios que pudo ser!*, pues hay en aquella tierra cierta *Sociedad de investigaciones psicológicas* en cuyos anales se registran tales fenómenos que hacen poner los pelos de punta.

LADY HAMILTON

Conocida es ya de nuestros lectores la personalidad de esta famosa aventurera, que llegó al extremo de hacerle perder la cabeza al insigne Nelson. Los dos retratos que damos hoy de Lady Hamilton son reproducción de sendos cuadros en que está representada cuando era todavía *Emma Lyon* á secas, y cuando, celoso de la gloria de Romney, su rival, la tomó Reynold por modelo de una *Bacante* (1783).

ODESA

Es la ciudad más importante de la Rusia meridional, debiendo su prosperidad á su carácter de puerto franco, por el cual se exportan todas las mercancías que bajan por el Dniester y el Bag (trigos, maderas, ceras, pieles de Ukrania etc.), y se importan los vinos y frutos del Mediterráneo, las sederías y cueros levantinos y todos los artículos de lujo extranjeros. Dicho puerto tiene suficiente cabida para trescientos buques. Las calles de la ciudad son rectas, y están bien empedradas y adornadas con una doble fila de árboles. Entre la ciudad y el puerto hay una serie de magníficos cuarteles que le comunica un aspecto imponente. Son muchos los edificios notables que contiene, en su mayoría del pasado siglo. Esta ciudad fué creada por el duque de Richelieu y goza de gran prosperidad, que sería completa sin la plaga de judíos de que está infestada Odesa, por más que no sea la única plaza comercial donde ocurre esto.

BUEN CONSEJO

—Padre, estoy hecho un mondongo.
—Pues, hijo, vete á lavar
con el *jabón* singular
de los PRINCIPES DEL CONGO.
Victor Vaissier, Paris.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Sólo una vez, como se atreviese á levantar un poco la vista, nuestros ojos se encontraron. El ladrón cogido *infraganti* no hubiera podido expresar en su mirada tanto disgusto é inquietud como en aquel momento manifestó la de mi tío, y entonces comencé á pensar si su timidez provendría de la falta del trato de gentes y si al fin mi tío se convertiría en otro hombre. La voz de Ebenezer me distrajo de mis reflexiones.

—¿Hace mucho tiempo que murió tu padre?—me preguntó.

—Tres semanas,—contesté.

—Alejandro,—añadió mi tío,—era hombre muy reservado, y ya de joven hablaba poco. ¿No te habló nunca de mí?

—Jamás supe, hasta que me lo dijisteis, que tuviera hermano alguno.

—¡Dios mío!—murmuró Ebenezer.—¿Será posible que no citara siquiera el nombre de Shaws?

—Jamás se lo oí pronunciar.

—¡Qué hombre tan singular era Alejandro!

A pesar de estas palabras, mi tío parecía muy satisfecho, aunque no pude comprender si lo estaba de sí mismo, ó de mí, ó de la conducta de su hermano. De todos modos, figuróseme que ya volvía á experimentar aquel disgusto que sin duda le inspiré al principio, pues saltando de su silla acercóse á mí, dióme un golpecito en el hombro y me dijo:

—Me alegro mucho de haberte dejado entrar, pero ya es hora de que vayas á dormir.

Con gran sorpresa mía, el tío Ebenezer no encendió ninguna lámpara ni vela, é introduciéndose en un oscuro pasadizo, subió por una escalerilla, detúvose ante una puerta y la abrió.

Como yo iba detrás, hízome entrar al punto, diciéndome que aquel era mi aposento. Di algunos pasos, y le rogué que me dejara una luz para acostarme.

—No es necesario,—contestó Ebenezer;—bastante tienes con la luz de la luna.

—Ni con la de la luna ni con la de las estrellas podré ver dónde está mi cama,—contesté.

—Ese es un lujo inútil,—replicó mi tío.—A mí no me gustan las luces en una casa, porque así estoy más asegurado de incendios. ¡Vamos, buenas noches, David!

Y sin dejarme tiempo para protestar nuevamente, mi tío salió presuroso, y oíle cerrar la puerta por fuera.

Verdaderamente no sabía qué hacer: si reir ó llorar. La habitación estaba fría como un pozo, y cuando encontré la cama vi que estaba completamente húmeda. Afortunadamente llevaba el petate y mi abrigo de viaje, y, extendiéndolo todo sobre el suelo, me eché sobre aquel lecho improvisado, y muy pronto pude conciliar el sueño.

Al rayar el día abrí los ojos y pude examinar la habitación, que era muy grande y tenía un mobiliario bastante lujoso, penetrando la luz por tres hermosas ventanas. Diez años antes, ó acaso veinte, aquella estancia debía haber sido muy agradable; pero la humedad, el polvo, los ratones y las arañas lo habían echado á perder todo. Muchos de los cristales de las ventanas estaban rotos, y me causó extrañeza observar lo mismo en toda la casa; tanto que llegué á creer que mi tío había sido sitiado alguna vez por sus indignados vecinos, guiados quizás por Juana Clouston.

Entretanto el sol avanzaba en su carrera, y, como yo tenía mucho frío en aquella habitación, llamé á la puerta hasta que mi tío me abrió. Condújome detrás de la casa donde había un pozo y un pilón de piedra, y díjome que allí podría lavarme. Hecho esto, dirigíme á la cocina, donde ya estaba encendido el fuego para hacer el potaje. Mi tío había puesto también la mesa, en la que había dos escudillas y dos cucharas de cuerno, pero el mismo vaso de cerveza. Sin duda Ebenezer comprendió que aquello me extrañaba, pues me habló como si contestara á mi pensamiento, preguntándome si me gustaría la cerveza.

Le contesté que acostumbraba á beberla, pero que no hiciera ninguna innovación por mí.

—No, no,—repuso;—nada te negaré si está en razón.

Y cogiendo otro vaso que había encima de los fogones, colocóle á un lado; mas con gran sorpresa mía, en vez de sacar más cerveza, tomó la mitad de la suya para dármela. Esta delicadeza por su parte me desarmó un poco en mi mal humor. Si mi tío era un avaro, debía ser uno de aquellos que llegan á ser respetables por su mismo vicio.

Cuando hubimos terminado nuestro frugal almuerzo, Ebenezer abrió el cajón de la mesa, sacó una pipa de barro y un poco de tabaco, y, después de llenar aquélla, sentóse junto á una de las ventanas para tomar el sol, fumando tranquilamente. De vez en cuando fijaba en mí una furtiva mirada, dirigiéndome á intervalos alguna pregunta. Una vez me interrogó sobre mi madre, y, cuando le contesté que había muerto también, díjome que siempre la apreció porque era una buena mujer. Después preguntóme quiénes eran aquellos amigos míos de que yo le hablara antes.

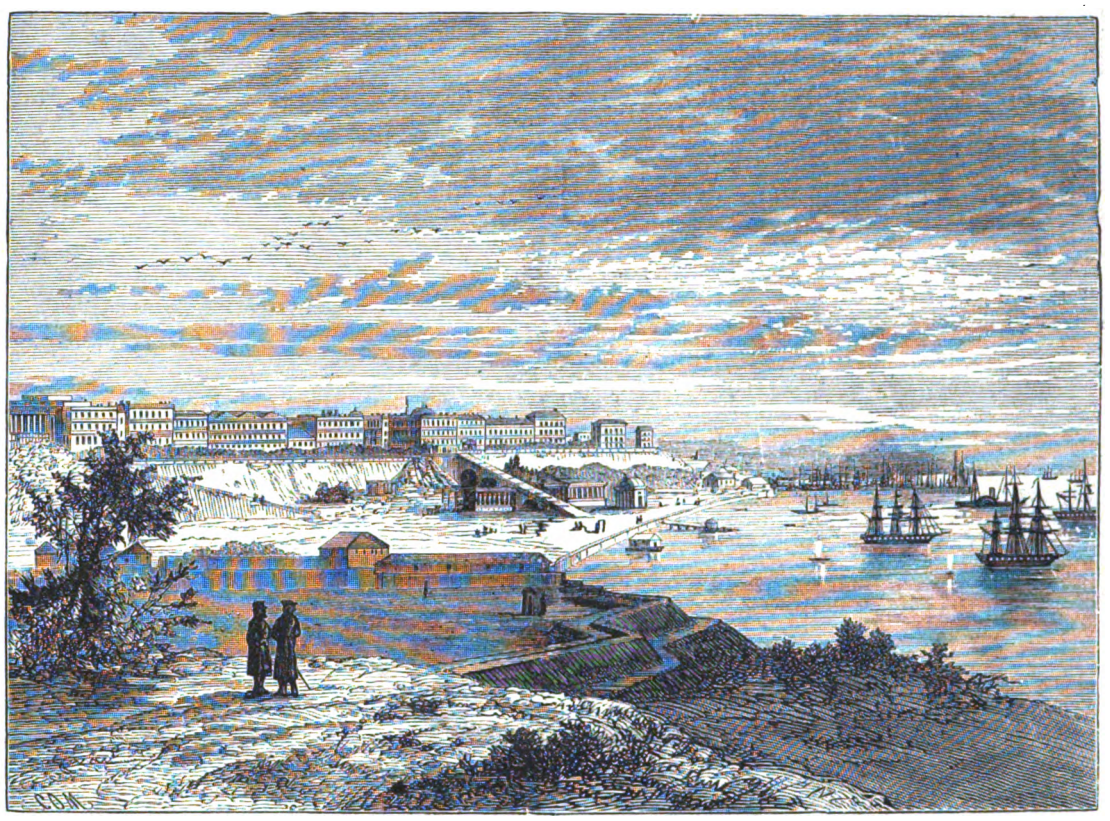
Contestéle que eran algunos caballeros de la familia de Campbell, aunque en realidad sólo el ministro había fijado su atención en mí; pero comencé á pensar que mi tío no estaba en posición de hacer nada en favor mío, y no quería que me creyese abandonado.

Mis palabras le hicieron reflexionar al parecer, y después de una pausa me dijo:

—Amigo David, bien has hecho en venir á buscar á tu tío Ebenezer, pues conozco perfectamente á esta familia y pienso hacer algo por ti. Sólo me preocupa ahora lo que más pudiera convenirte: si la carrera civil ó la de las armas. De todos modos no me agradaría que los Balfours quedasen humillados ante los Campbells, y yo te rogaría que no soltases demasiado la sin hueso. Nada de cartas ni de mensajes ni de palabras ociosas, pues de lo contrario puedes ya tomar la puerta.

—Tío,—repliqué yo,—no tengo motivo alguno para suponer que no deseéis mi bien; pero debo advertiros que tengo mi amor propio como todos los demás. No he venido á buscaros por mi voluntad; y si me habláis de tomar la puerta otra vez, os cogeré la palabra.

—¡Diablo de muchacho!—exclamó mi tío.—Ya veo que tienes genio. No puedo encontrar para ti una fortuna en el fondo de mi cazuela; pero concédeme un día ó dos, y te aseguro que haré por ti lo que debo hacer.



ODESA

—Muy bien,—contesté;—ya hemos hablado bastante. Si queréis ayudarme, nada más tengo que decir sino que os quedaré agradecido.

Parecióme, tal vez demasiado pronto, que comenzaba á tener algún ascendiente sobre mi tío, y comencé á decirle que deseaba poner á secar y orear la ropa de la cama, pues de lo contrario no podría acostarme.

—¿Será esta mi casa ó la tuya?—preguntóme con su voz penetrante.

Y como arrepentido de sus palabras, añadió al punto sin darme tiempo para contestar:

—No, no he querido decir eso: lo que es mío es tuyo, David, y lo tuyo mío. La sangre es más espesa que el agua, y la que corre por nuestras venas es la misma.

Cambiando después de conversación, Ebenezer habló de su familia, de su antigua grandeza y de su padre, que había comenzado la construcción de la casa, suspendida después por mi tío. Esto me hizo pensar en el mensaje de Juana Clouston, y se lo comuniqué á Ebenezer.

—¡Maldita vieja!—gritó.—¡Condenada bruja del infierno! El día que se ponga á mi alcance he de quemarla viva. Ahora mismo voy á decírselo al señor alcalde.

Mi tío abrió un cajón, del cual sacó un levitón muy antiguo, aunque bien conservado, un chaleco y un sombrero de castor con lazo, y, después de ponerse todo esto, cogió su bastón para marcharse; pero de pronto detúvole alguna nueva idea.

—No puedo dejarte solo en la casa,—me dijo;—será preciso que salgas, porque quiero cerrar.

Digitized by Google

La indignación hizo subir la sangre á mis mejillas.

—Si me echáis fuera,—repliqué,—esta será la última vez que me habréis visto.

Mi tío palideció, fijando su mirada en un ángulo del aposento.

—No es así como obtendrás mis favores,—repuso después de una breve pausa.

—Señor tío,—repliqué,—respeto vuestra edad y nuestra sangre común, y no considero vuestros favores como una compra. Desde niño me enseñaron á tener buen concepto de mí mismo; y si en vuestra persona estuviesen representados todos mis tíos y mi familia, no compraría vuestro aprecio bajo ciertas condiciones.

Ebenezer se asomó á la ventana y vile estremecerse de pies á cabeza; pero cuando volvió hacia mí, una sonrisa entreabrió sus labios.

—Bien, bien,—dijo con voz breve;—será preciso resignarse. No saldré, y así queda arreglado todo.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

FUMIGATEUR CIGARETTES ESPIC PECTORAL
ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma: J. ESPIC.*
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de ESPAÑA: **2 fr. la Caja.**

ALBINA, BLANCO DE LAÏS
PARA BLANQUEAR LA TEZ
y hacer desaparecer las manchas y granitos del rostro
PREPARADO POR
DESNOUS, Perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS
En todas Farmacias. Perfumerías. Bazares.

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL
Printemps
NOVEDADES
Remítese gratis y franco
el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACION de VERANO**, á quien lo pida á
MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS
Se remiten igualmente, libres de franqueo, las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.
Expediciones á todos los Paises del Mundo
El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*
Casas de Reexpedicion:
En **Madrid**: *Plaza del Angel, 12*—entlo-dcha — **Irún** — **Port-Bou** **Hendaye** — **Cerbère.**
Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.
Correspondencia en todas Lenguas

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultad o Exigir la firmá y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

Maison De **VERTUS** Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataqués apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquílo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER**, Inventor, 1 **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerías*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

LA SAGRADA BIBLIA EDICIÓN DE GRAN LUJO
Á DOS REALES CUADERNO.—Suscripción permanente: Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.—Barcelona

INSERTESE O NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 19 de abril de 1890 | Núm. 381

¡CUANTO TARDA!

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Abril* (poesía), por C. M.—*Carta problema* (continuación), por José M. Matheu.—*Espejismos*, por A. Sánchez Pérez.—*Las espinacas* (conclusión), por Alfonso Pérez Nieva.—*En el Paraíso*, por J. M. Bonilla Franco.—*Á mi Beatriz* (poesía), por Camilo Pou.—*Una historia*, por Guillermo Roca.—*La arena*, por Federico Pujol.—*Cuatro tablas* (poesía), por Federico Balart.—*Un paseo cómico por el Madrid monumental* (poesía), por Manuel del Palacio.—*Nuestros grabados*.—*Primavera* (poesía), por J. Adán Berned.—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: ¡Cuánto tarda!—*Orillas del Dart:* Iglesia de Totnes. Totnes.—Menelik y su estado mayor en traje de campaña.—*El arte italiano:* Ciocciara del Lacio. «Lacrymæ rerum».—Las mujeres á caballo.—El descanso.—Un jurado de flamencos.

MADRID

Los estudiantes portugueses.—Flores y hiedras.—Los oradores parlamentarios

Una ráfaga alegre de juventud y de vida ha llegado en estos primeros días de abril, trayéndonos, con gratas impresiones del momento, dulces memorias del pasado.

Viene de lejos, de allí donde las aguas del Mondego, el río portugués que como nuestro Darro oculta en su seno arenas de oro, copia las altas torres y el famoso observatorio de la Universidad de Coimbra y ha pasado por la histórica Salamanca como si hubiera querido unir al eco de las estrofas con que lloró Camoens al pie de la fuente de los amores la desgracia de D.ª Inés de Castro, los de las dulces poesías de nuestra dulce y conmovedora escuela salmantina.

Han sido los estudiantes portugueses que han venido á visitar á sus compañeros los de la capital de España los que nos han traído estas gratas impresiones; y al verlos llegar alegres y regocijados á las puertas de nuestra Universidad Central, abrazando á sus compañeros, mientras las banderas portuguesa y española se unían al pie de la estatua del cardenal Cisneros, parecía que las auras regeneradoras de la primavera arrancaban del viejo laúd de las tradiciones notas regocijadas que recordaban la alegre jota rasgueada por las guitarras de una antigua estudiantina y acompañadas por la bulliciosa pandereta.

Los estudiantes portugueses visten todavía para ir á las aulas el clásico manteo negro, y se cubren la cabeza, en vez de tricornio, con un birretillo de terciopelo negro semejante á los que por acá se usaban en los tiempos de Carlos I de Castilla. Con este traje, animado con los lazos distintivos de la facultad á que pertenecen, andan estos días por las calles de Madrid los estudiantes portugueses. Asisten á los ateneos y á los teatros, y son festejados por los estudiantes madrileños, que han recibido dignamente á los que han venido á traerles pruebas de un afecto fraternal que puede ser fecundo en bienes para el porvenir de las dos naciones, tan estrechamente unidas por queridos lazos.

El manteo estudiantil como prenda de diario constituye una novedad en España, donde, después de ser emblema de tradiciones gloriosas, ha quedado reducido á disfraz carnavalesco.

España, la nación de las Universidades famosas de Palencia, de Salamanca y de Alcalá; la que tiene en Santiago uno de los monumentos más insignes levantados por el arte para servir de templo á la ciencia; es la que ha perdido más en los modernos tiempos el carácter estudiantil que aun conservan muchas ciudades famosas del extranjero.

En Alemania hay todavía poblaciones universitarias donde se siguen prácticas de la edad media. Inglaterra conserva todo el carácter antiguo en la gótica ciudad de Oxford, poblada de *college* que le dan el aspecto de un inmenso convento laico donde se guardan los recuerdos de cinco siglos de glorias inglesas.

Id allí y veréis todavía á los estudiantes con su capita flotante á la espalda, mucho más corta y de menos vuelo que el manteo, con su casquete de original dibujo embutido en la cabeza; y, en medio de esta población de jóvenes vestidos para asistir á sus clases á la antigua usanza, hallaréis piadosamente conservados los recuerdos de los grandes varones que fueron allí estudiantes, de Duns Scott, el adversario de Santo Tomás; de Juan de Okkam, el doctor invencible; de Walter Raleigh, el héroe de tantas expediciones maravillosas; y de otros muchos que fueron gloria de su patria.

Estas tradiciones se han perdido por completo en España: se refugiaron durante algún tiempo en Alcalá para desaparecer cuando la famosa Universidad creada por el cardenal Cisneros fué trasladada á Madrid, donde vinieron Sabau, Camus, el marqués de Morante, y todos los viejos maestros que ya han bajado al sepulcro.

El estudiante español no es ya como el alemán, como el inglés, como el que cursa en Coimbra, ni siquiera como el habitante del barrio latino de París, escolar y nada más que escolar, sino un caballero particular que asiste á las clases; y para formarse idea de lo que ha sido la vida estudiantil en España hay que leer las novelas ejemplares de Cervantes ó algunas de las narraciones inimitables de Quevedo que inspiraron á Espronceda su leyenda de D. Félix de Montemar.

Esto no es obstáculo para que el espíritu de clase no se despierte algunas veces, como ha sucedido ahora para recibir á los estudiantes portugueses que han estado algunos días entre nosotros.

¡Lástima que no se hayan podido organizar mejor los festejos para obsequiarlos! En vez de las insulsas y descocadas piezas del repertorio moderno que han visto en Eslava y en Apolo, debían haber asistido en el Teatro Español á la representación de alguna obra de nuestro teatro antiguo, como *El alcalde de Zalamea*, *El desdén con el desdén* ó *La vida es sueño*. En vez de una excursión al Escorial, que no tiene nada que se relacione con la vida estudiantil, se debía haber hecho una expedición á Alcalá, que fué el último refugio de nuestras tradiciones universitarias. Pero, en fin, se ha hecho lo que se ha podido y ha estado bien como todo lo que conduzca á que los dos pueblos de la península ibérica se traten, se conozcan y se estimen.

***

Entre los festejos á los estudiantes portugueses se pueden contar dos que no figuraban en el programa ni se han organizado para ellos, pero que han coincidido con su estancia en Madrid: una sesión de grande espectáculo en el Senado y otra en el Congreso.

¿Habéis reparado como las caricias de los primeros rayos del sol de primavera animan los viejos troncos y bañan con tintas doradas los mohosos muros del antiguo edificio, dándoles impresiones de vida? Pues así han animado este año las auras primaverales la sangre enfriada en las venas de los respetables abuelos de la patria, y todas las tardes ha sido teatro de escena tumultuosa el confortable palacio de D.ª María de Molina, dispuesto previsoramente para la tranquilidad de la siesta.

Ni una sola cabezada se ha dado allí estos días, y Morfeo ha huído de su grato recinto dejando el puesto al genio tumultuoso de la pelea.

El coro de obispos de *La Africana* es un idilio comparado con la escena tumultuosa que ha habido estos días en la alta cámara, con gran regocijo de las señoras que han invadido casi por completo las tribunas.

—Eleonora Duse por la noche y los senadores por la tarde,—me decía una de nuestras damas más elegantes.—Estamos en completa tragedia, y esto me encanta.

***

Eleonora Duse es hoy la artista de moda en Madrid: cuanto hay aquí de artístico, de distinguido, de elegante, en el mundo de las artes y de las letras y en la sociedad aristocrática, va á verla representar en el Teatro de la Comedia todas las noches que sale á la escena, y los elogios son unánimes confirmando la reputación de que la insigne artista venía precedida.

La Duse es más artista de sentimiento que de estudio: no es la flor criada artificialmente entre los cuidados de la estufa, sino la que crece libremente en los campos, recibiendo directamente las caricias del sol y encerrando en su corola todas las aromas que deposita en ella la madre Naturaleza.

Esta es su diferencia esencial con otras artistas que hemos admirado y que están hoy en boga, con Sarah Bernardht especialmente. La artista francesa busca mucho los efectos, estudia hasta los menores detalles, y no hace ni dice nada que no sea hijo de una profunda reflexión: la artista italiana se deja llevar más de su corazón que de su cabeza, y siente al representar, viéndose mojar muchas veces lágrimas, verdaderas lágrimas, sus ojos.

Por esto conmueve más y despierta más simpatías. Estas simpatías van acompañadas de un sentimiento de tristeza. La Duse no se ríe nunca: ni aun cuando el público la llama entusiasmado para colmarla de aplausos, asoma la sonrisa á sus labios. Cuando deja de representar se extiende un velo de melancolía por su interesante rostro y se apaga la luz que ilumina sus hermosos ojos cuando está entregada al arte.

Dicen los que la conocen que está enferma, y es que no se pueden sentir como ella los siente los afectos del alma, de que los autores hacen la base de sus obras, sin que eso la debilite profundamente.

Aunque comprende que el gusto del público de nuestros días se inclina al realismo, ella tiende en todo lo que puede á la idealidad, y así ha hecho una muerte de Margarita Gautier sin toses ni esputos, que ha conmovido sin horrorizar.

El éxito de esta artista está ya en Madrid asegurado, y los abonados del Real han encontrado ya donde pasar sus noches, que eran aburridas desde que se cerró su coliseo favorito.

***

La introducción de las modas nuevas y arriesgadas en el sexo masculino, suele ser expuesta á peligros. A nuestros abuelos les hemos oído contar que los primeros que se presentaron en público con los cabellos cortados á lo Tito, que sucedieron á la coleta empolvada, y con el sombrero de copa sucesor del tricornio, fueron apedreados.

Un joven filipino ha tenido que sostener con la espada en la mano su derecho indisputable á llevar con el frac una camisa con la pechera encarnada.

Al ponérsela no pensaría que aquel color rojo podía ser el anuncio de la sangre que había de correr en un duelo. Parece mentira que aun á fines del siglo XIX haya que reivindicar por medio de la fuerza el derecho de vestirse según se crea conveniente.

Los lances personales están estos días en boga. Los hay entre militares y paisanos, y, lo que parece más inverosímil, entre senadores.

Y es que la primavera ha venido este año tarde, pero ha venido con fuerza.

Y no nos trae sólo flores de Valencia, la ciudad perfumada por excelencia, la que nos manda otras veces los primeros claveles con que se prenden las hermosas las mantillas para rezar el Jueves Santo y para ir á los toros el Domingo de Pascua: han venido este año ecos de motín y ruidos de pedradas, rompiendo cristales y, lo que es más sensible, cabezas.

En los puestos de flores se han oído diálogos como éste:

—¿Tiene V. claveles de Valencia?

—No hemos recibido más que piedras.

El marqués de Cerralbo, que es una persona muy ilustrada y muy distinguida, goza en Ma-

Digitized by Google

drid de muchas simpatías, no como político, sino como caballero.

Así es que en esta cuestión, como en otras de actualidad, se ha sentido el efecto de las dos naturalezas que están ahora en boga, y son muchos los que han dicho:

—Mire V.: siento lo que le ha pasado al marqués, pero no siento tanto lo que le ha pasado al carlista.

Antonio Vico, que se hospedaba con su familia en la fonda donde iba á ir el *leader* del partido tradicionalista, ha sufrido las consecuencias del motín, siendo apedreadas sus ventanas.

El gobernador de Valencia debió utilizar al célebre actor para restablecer el orden. Porque ¿quién se hubiera atrevido á silbar delante de Antonio Vico, que tantas veces ha arrancado aplausos al público?

Pero Vico hizo bien en no presentarse á las turbas desenfrenadas. Aquí del cuento de una de las más famosas obras de Leopoldo Cano, el poeta que se nos ha ido ahora al otro mundo á desempeñar el cargo de secretario general del gobierno de Puerto Rico:

—Fíate de la opinión, pero ponme la alambrera.

***

Los oradores políticos están hoy en boga, y hay un medio de conocerlos á fondo como si se les viera y se les oyera, sin necesidad de sufrir apreturas y calor en las tribunas del Senado y del Congreso.

Este medio es leer el libro que acerca de ellos ha escrito Miguel Moya, que los ha retratado primorosamente.

Y no como Federico Madrazo retrata á las mujeres, favoreciéndolas, sino como retrata Emilio Sala, con vigor y con verdad.

KASABAL

ABRIL

Terrible mes que deja en desamparo
á cuantos so la capa ó sobretodo
disímular pudieron de algún modo
la vista de su traje viejo ó raro.
Pide la lluvia el labrador avaro
y que lleguen las mieses hasta el codo;
piden los limpiabotas que haya lodo
y piden los paseantes que esté claro.
Muy buenas de dormir son sus mañanas,
mejores de pasear sus tardecicas;
de amapolas y rosas castellanas
hácese grande acopio en las boticas,
y llegan las compañías italianas
para en un periquete hacerse ricas.

C. M.

CARTA PROBLEMA

(CONTINUACIÓN)

No le era desconocido por completo aquel nombre de D. Antonio Bárguena que yo pronuncié antes de entregar la carta, por haberlo oído en boca de sus papás aun no haría cuatro días. O yo no lo entiendo, ó indirectamente trataba de disculpar con estos datos la recepción franca y casi familiar que acababa de hacerme.

De todos modos yo salí de su casa con cierto deslumbramiento y alguna turbación producidos por las ideas nuevas que me sugirió esta visita. Bien considerado, no fué la visita, sino el aspecto brillante de la sala y la buena impresión de aquella donosa hechicera que la habitaba. Con sus muebles, su cortinaje de seda, su hermoso centro de mesa, sus porcelanas, los bronces, los cuadros y las acuarelas que la adornaban, la sala me hablaba de un bienestar y de un lujo inteligente, sencillo y de buen gusto; me hablaba de encantos artísticos que yo no había disfrutado en nuestra vida de provincia. En cuanto á la jovencita, admiraba en ella la distinción unida á la gracia y á la dulce serenidad que respiraba toda su persona. La bata ó traje que vestía, de un verde indefinible de hoja seca, de corte sencillo y elegante, permitía apreciar los contornos admirables de su cuerpo. Delgada, esbelta, de color trigueño, de facciones finas y expresivas, resultaba para mí un tipo desconocido ó poco observado. Hasta el perfume tenue y exquisito que despedían sus ropas fué otro atractivo que nunca hallé tan halagador en ninguna de las mujeres que yo había tratado.

Tres días después de la visita aun flotaba entre mis ojos y las páginas del libro la encantadora imagen de aquella joven; y debo confesarte, amigo Jaime, que ante las refulgencias de esta aparición palidecían los recuerdos de *Lonclaves*, las plácidas reminiscencias de mi familia y de mi casa. Al cabo de tres semanas la enfermedad continuaba y la obsesión de la imagen era tan grande que necesitaba pasar dos veces por la calle de Recoletos. ¿En busca de quién iba yo allá? En realidad no lo sé, pero yo iba.

Una tarde de invierno que estaba parado en la esquina de la calle, como el que aguarda el tranvía del Barrio, vi salir á la jovencita acompañada de una señora de cierta edad, es decir, de edad muy incierta, que debía ser su mamá. Las saludé cortesmente, y ella me conoció al momento, porque me devolvió el saludo. Si me agradó tanto en la media luz de una sala profusamente adornada con mil raros y curiosos objetos, volvióseme á clavar aun más en la imaginación al verla en plena claridad, en medio de la escueta calle, andando graciosamente como andan estas mujercitas de las poblaciones grandes. Ni en *Lonclaves* ni en los pueblos que yo he recorrido verás andar de este modo, yo te aseguro. Tú tendrás todo esto por una niñería; pero considera, amigo Jaime, que aun no he cumplido los veintitrés y que la mitad de nuestra vida se compone de niñerías y la otra mitad de chocheces. Contra el ardor de esta caliente sangre que exalta mi imaginación, que me presta alas para volar á donde yo quiero y ver lo que deseo, ¿qué voy á hacer yo?

Este estado psicológico particular me obligó á buscar un confidente, puesto que tú, mi buen amigo, no podías serlo á cincuenta leguas de distancia. Se llamaba Norberto, era paisano, antiguo condiscípulo mío, y muchacho á quien tenía por formal y caballero aunque algo positivista, es decir, asaz influído por estas ideas que eran antiguamente patrimonio de viejos desengañados, escépticos y volterianos. Norberto trabajaba durante el día en el bufete de un abogado de nota, y las noches las dedicaba al esparcimiento y á los amigos. Me hizo, pues, ir con él á primera hora al café de Fornos, y allí pasábamos largos ratos, la mayor parte de las noches, discutiendo y barajando el mapa político de Europa. Después de la política venía la sociología, la ciencia penal, el derecho, la literatura y lo que yo llamaría el *fenomenismo*, es decir, todo lo extraordinario y excepcional que sucede en el mundo sin permiso nuestro. Ya comprenderás si había tela cortada para charlar siendo la mayoría ó más bien todos mis compañeros hombres de carrera, cultos, instruídos y muy pagados de sí mismos. Alguna vez amanecía también por allí el diputado por *Lonclaves*, hombre ya maduro, reflexivo, agudo, inteligente, orador de pensamiento, desnudo de flores y galas poéticas, aunque algún tanto seco y desabrido.

IGLESIA DE TOTNES

JOSÉ M. MATHEU

(*Se continuará*)

Digitized by Google

MENELIK Y SU ESTADO MAYOR EN TRAJE DE CAMPAÑA

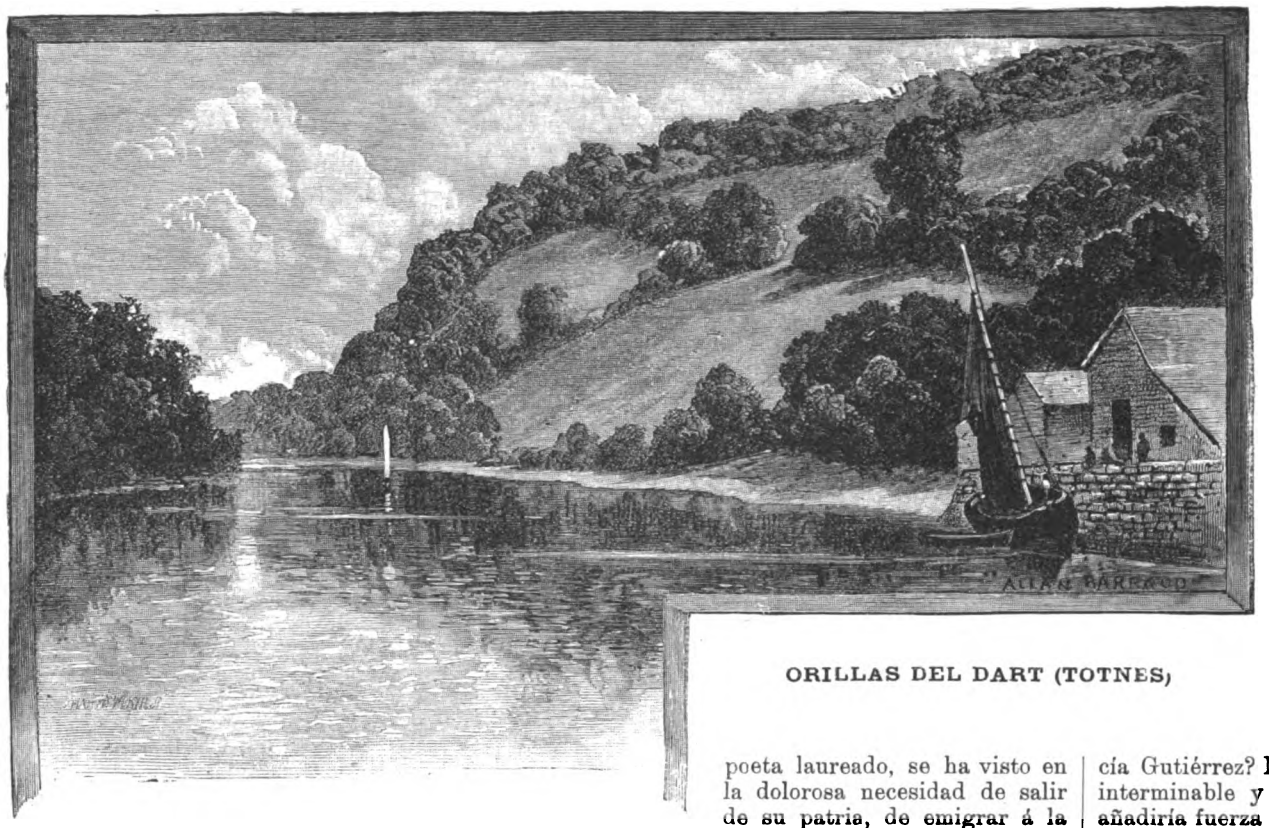
Digitized by Google

CIOCCIARA DEL LACIO (dibujo de Ferraguti)

Digitized by Google

ESPEJISMOS

Corría... (¡vaya si corría! muy pronto lo perdimos de vista y hoy apenas hay quien se acuerde de él)... el año de 1867, y en un teatrillo de verano se verificó el estreno de un sainete cómico lírico intitulado *Café, teatro y restaurant cantante*, cuyos principales papeles estaban encomendados á la aplaudida primera tiple señorita D.ª Matilde Esteban y al primer tenor cómico Sr. Carratalá. Matilde Esteban y Emilio Carratalá hicieron primores, la obra gustó muchísimo y el público obligó al autor de la letra á presentarse en las tablas para colmarle de aplausos: el autor era *D. Emilio Alvarez*.



ORILLAS DEL DART (TOTNES)

A nadie sorprendió su triunfo, ni al autor mismo pudo maravillarle: estaba muy acostumbrado á ellos.

Emilio Alvarez, el autor de *Pecados veniales*, de *Las amazonas del Tormes*, de *Á los pies de V., señora*, y de otras muchas obras escénicas todas representadas con buen éxito, se había familiarizado con la victoria.

Pocos años después, en 1871, se estrenaba en el mismo teatro un cuadro histórico titulado *La capilla de Lanuza*. También el cuadro fué muy del agrado del público. He dicho poco: la verdad es que *arrebató*. Desde los primeros versos, que el insigne Antonio Vico, nuestro gran actor, dijo de un modo inmejorable, la concurrencia no cesó de aplaudir, y más de una vez estuvo interrumpida la representación para que se apaciguasen las ruidosas manifestaciones de entusiasmo. El público pidió insistentemente el nombre del autor de *La capilla de Lanuza*, y Vico pronunció el de *Marcos Zapata*.

No era éste, á la sazón, tan conocido como *Emilio Alvarez* cuando dió al teatro su sainete. *Zapata* era, por entonces, un periodista de mucho ingenio, un poeta de grande inspiración y de aliento vigoroso; pero esto lo sabían pocos más de una docena de amigos: en la noche del estreno de *La capilla de Lanuza* nació para el público el poeta *Marcos Zapata*.

Emilio Alvarez, nacido en Valencia; Marcos Zapata, nacido en Zaragoza; habían trasladado su residencia á Madrid, estimulados, como tantos otros, por el deseo de darse á conocer, de abrirse camino por donde andar holgadamente, de encontrar atmósfera en que respirar con libertad, de descubrir horizontes amplios por donde lanzar su vuelo... Ambos habían visto realizado su anhelo; ambos habían llegado á la meta de su deseo. Sus nombres eran conocidos, sus obras habían sido celebradas: tenían abiertas de par en par las puertas del teatro, que ellos mismos, por su propio valer, por su talento, por su laboriosidad, se habían franqueado. ¡Cómo y cuánto envidiaban la suerte de los que terminaban la trabajosa peregrinación los que entonces la comenzaban! ¡¡Dichosos ellos una y mil veces!! ¿Qué pueden alcanzar ya? ¿Qué dificultad pueden hallar en su senda de flores?—exclamaban los recién llegados.

. . . . . .

Y, efectivamente, veinte años después, en este mismo en que nos hallamos de 1890, el aplaudido autor de *La capilla de Lanuza*, el poeta laureado, se ha visto en la dolorosa necesidad de salir de su patria, de emigrar á la República Argentina, para buscar allí medios de subsistencia de que entre nosotros carecía.

¿Y Emilio Alvarez? ¡Ah! El poeta valenciano precedió al vate aragonés en la emigración, como le había precedido en la victoria: en julio de 1889 salió de España con dirección á Santiago de Chile para ponerse al frente de una escuela de declamacion recién creada. Tampoco podía vivir en su patria y ha necesitado solicitar la hospitalidad y el amparo de la América española.

—¿Se habrán dormido sobre sus laureles? ¿Habrán dejado de escribir? ¿Serán perezosos? ¿Habrán padecido enfermedades que hayan interrumpido su labor?—Esto preguntarán los que de buena fe y sinceramente creen que en literatura *cuando se llega se ha llegado*, lo cual tratándose de nuestro país no es verdad. Emilio Alvarez no ha cesado de trabajar desde 1867, en que se estrenó su *Café, teatro y restaurant cantante*, hasta 1886, en que Emilio Mario representó en el Teatro de la Princesa de Madrid *La nuera*. En el trascurso de esos veinte años ha escrito juguetes como *Esos son otros López*, estrenado por Emilio Mario, por Pepita Hijosa y por Alisedo, y que aun está en el repertorio de casi todas las compañías dramáticas; ha refundido magistralmente *El castigo sin venganza* y *El mágico prodigioso;* ha escrito parodias, novelas, historias... ¡cuanto hay que escribir!... y... ha concluído por emigrar.

Marcos Zapata... ¿quién no sabe lo que Marcos Zapata ha escrito? Dramas como *El castillo de de Simancas;* zarzuelas como *El anillo de hierro*, todas aplaudidísimas, todas representadas durante muchas noches, todas colocadas en el repertorio usual y á modo de reclamo por las compañías de zarzuela... y, sin embargo, ha necesitado abandonar su patria, separarse de sus amigos, romper lazos del corazón que le eran carísimos, para pedir albergue á la capital del Plata.

¡Emilio Alvarez! ¡Marcos Zapata! Dos amigos queridos, dos poetas ilustres, dos escritores laboriosos. Habían luchado, habían vencido, el laurel de la victoria ceñía sus sienes, los obstáculos del camino habían sido arrollados, y ya vemos qué resultados han obtenido de sus victorias.

Pero, por ventura, ¿son Marcos Zapata y Emilio Alvarez, esos amigos cuyas manos acaso no estrecharemos nunca y á quien desde aquí enviamos á través de los mares cariñoso saludo, una excepción deplorable de la regla? No.

Pues qué: ¿no había vencido como ellos, y aun más solemnemente que ellos, *Eugenio Sellés* en *El nudo gordiano?* Pues Eugenio Sellés no ha ido á Buenos Aires, pero ha necesitado cobijarse á la sombra de un gobierno civil para atender á las necesidades de la existencia.

Y antes que éste y antes que aquéllos, ¿no habían triunfado en toda la línea Tamayo y Baus y su inseparable *alter ego (ipse ego* sería más propio) el autor de *Virginia*, de *La bola de nieve* y de *Un drama nuevo?* Pues tampoco ha emigrado á Chile ni á Buenos Aires, pero está entre nosotros, y ojalá sea para muchos años, viviendo de su sueldo como director de la Biblioteca y de sus dietas como secretario de la Academia, cosa que no habría podido realizar con sus obras dramáticas. Pues ¿y Adelardo Ayala, el insigne autor de *Consuelo*, esa joya de nuestro teatro contemporáneo; y García Gutiérrez? No quiero ampliar la lista: sería interminable y además desconsoladora, y no añadiría fuerza al argumento.

Quería yo deplorar la ausencia forzosa de dos buenos y antiguos amigos... y advertir de paso á los que se apresuran á llegar á las puertas de la celebridad porque piensan que, una vez franqueadas éstas, penetran en un templo del cual no han de ser expulsados, que no hay tal templo ni hay tales puertas, y que todo eso que puertas y templos les parecen es, por lo menos en nuestro país (que de otros no sé, ni hablo), una ilusión óptica, cosas que al aproximarse á ellas se desvanecen para presentarse más lejos: un verdadero y calificado espejismo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

LAS ESPINACAS

(CONCLUSIÓN)

Todo el villorrio lo sabía: á primeros de mes los vecinos de aquella barriada topábanse con el buen señor trotando sobre su amarillento burro y ambos cansinos y con señales de traer una regular jornada. Pero D. Lucas no se rendía: defendíase tenazmente de las cuchufletas y pullas de sus amigotes, y llegaba hasta incomodarse con encono, empeñado en achacar su fofería y su crasitud á los pícaros humores hidrópicos.

Un buen espacio de tiempo anduvo el padre sin hallar otra alma viviente que los lagartos que se salían á tomar el sol y los gorriones menudos y turbulentos que pasaban con vuelo bajo por junto á su cabeza, siguiendo luego sus locos envites al ras de los olivos. Por fin, en mangas de camisa, unos con el palurdo sombrero encasquetado, otros descubiertos, almocafre en mano, agachados sobre la tierra, can-

Digitized by Google

turriando con el cigarro apagado en la boca, surgieron en la pendiente de un altozano varios campesinos podando las cepas de una viña. D. Lucas seguía un senderillo que había de conducirle á donde aquellos hombres trabajaban. En seguida le vieron, y, suspendiendo la faena y mientras encendían la enorme colilla acachiporrada y gruesa, exclamó uno de los jornaleros, estirándose y riéndose bestialmente de su propia gracia:

—Por allí viene el pae Talego...

Corearon los demás compinches el alboroto de su camarada, y, adelantándose uno de ellos, el que parecía ser el manijero, al borde de la senda por donde D. Lucas venía, esperó á que éste llegara, y cuando le tuvo cerca le gritó, ahuecando la voz con las manos, para sacarle del sueño:

—¡Vaya V. con Dios, pae D. Lucas, y no se pase V. así sin saludar á los amigos!

Aquella voz recia, dura, salida con estruendo de unos pulmones que tenían algo de fuelle de fragua, despertó bruscamente al buen padre, arrancándole al delicioso sueño con que le había cerrado los párpados el solecillo picante y trayéndole á la realidad de improviso. El primer impulso de D. Lucas fué detenerse, y espontáneamente, sin darse cuenta de ello, pegó un tirón violento del ramal del burro, que se plantó asustado, abriendo también los ojos y aguzando las orejas hasta ponerlas de punta. El padre, arrancado de pronto á su dulcísima modorra, miró con pupilas aun abotagadas, y, recobrando en seguida la lucidez, pareció contrariado con el encuentro; pero en el acto se borró la sombra que había oscurecido su semblante, sacó de sabe Dios dónde su sonrisa habitual, y exclamó con tono placentero y afable, en el que pugnaban por estallar un tropel de bostezos:

—¡Hola, Geromo! ¿Eres tu? ¡Caramba! ¡Me he dormido con el calorcillo de esta tarde! ¡Mira que pica el sol para andarnos en marzo! ¡Qué! ¿Ya ha empezao la poda de las cepas?

El manijero, entre quitándose el sombrero y dejandóselo puesto y rascándose la pelambre, repuso con blandura:

—Pues sí, señor: ya andamos á vueltas con estas condenás.

Luego, iluminándose su rostro acorchado con una burlona expresión de socarronería, y mirando al padre con ojos maliciosos, le dijo con la brutal audacia de la gente de campo:

—¡Qué! ¿Viene V. de por provisiones de la ciudad, pae D. Lucas? Hoy es día de mercado.

El padre se sobresaltó todo, se le encendieron las mejillas, y, poniéndose más encarnado á medida que hacía esfuerzos de cíclope para serenarse, balbuceó con un acento temblón que estaba delatando la mentira:

—¡Qué disparate, hombre! ¡Si ahora es tiempo de ayuno! ¡Quién se acuerda de la ciudad!

Al cabo se le ocurrió la excusa, y añadió con la satisfacción del que encuentra medio de salir de un apuro:

—Vengo de mi huerto del Canalillo, de coger unas espinaquitas para la colación, que allí se crían muy hermosas.

Después, queriendo acaso torcer el diálogo y distraer la atención del manijero, sacó D. Lucas, del bolsillo del balandrán, un petacón enorme de badana con picadura y un librillo de papel, y, alargándolos al campesino, le dijo amablemente:

—¿Quieres echar un cigarro?

El manijero admitió el obsequio murmurando: —¡Muchas gracias!—Echóse un montoncito de tabaco en el hueco de la mano, arrancó un papelillo, y devolvió petaca y librito al padre, que los rechazó exclamando:—¡Dales á esos una ronda!—Los jornaleros liaron su cigarrete, y cuando el padre, haciendo á su vez el suyo, creía ya olvidado el lance, el manijero, tornando á reirse con bestial imprudencia, exclamó, señalando á las alforjas repletas:

—Pues ¿sabe V., pae D. Lucas, que ha arrancao V. buena ración de espinacas?

El padre no aguardó la segunda andanada: taloneó repentinamente al burro, y, sin contestar á aquella nueva coz del manijero, exclamó con la voz cortada por el arranque del asno al echar á andar:

—¡Vaya, muchachos, que trabajéis mucho y que Dios os ayude!

Y temblando su enorme cuerpo como una gelatina por el trotecillo que tomó el jumento, se alejó de aquel sitio, mientras que los campesinos tornaban á su tarea riendo á costa del padre y comentando el bulto de las espinacas encerradas en las alforjas.

Un rato siguió D. Lucas trotando; después, oculto ya de los campesinos de la viña por las ondulaciones del terreno, tiró del ronzal al burro, que se iba cansando de la carrera, y aflojó en seguida el paso; y luego, limpiándose el sudor, que le corría por la frente, con su gran pañuelo de yerbas, examinó atentamente las alforjas, y, seguro de que no descubrían nada de su contenido por ningún roto indiscreto, murmuró lanzando un suspiro:

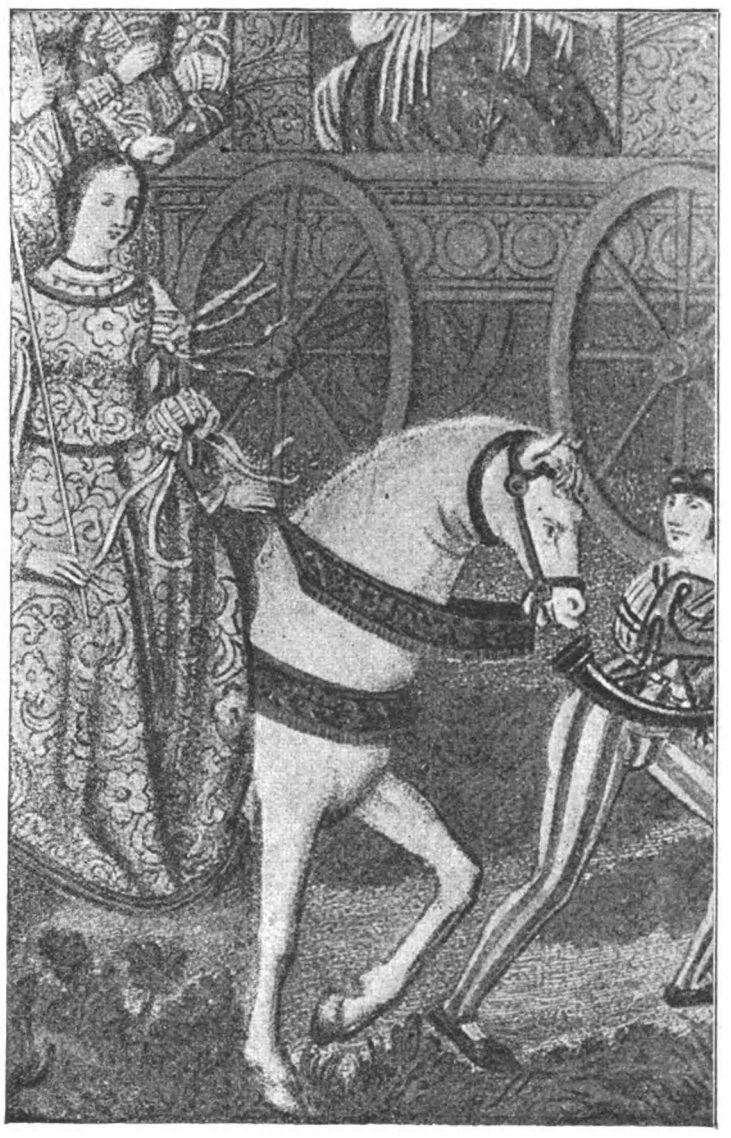
—He pasado un susto grandísimo: creí que esos brutos habían atisbado el interior de la alforja... que se había roto... ¡qué sé yo!

Después, pareciéndole pocas todas las precauciones, quiso acondicionar las alforjas de suerte que quedaran bien tapadas; y al arreglarlas, sin que él lo pretendiera, descubrió en una de las dos bolsas un orondo jamón, pardusco, rollizo, curado ya y trascendiendo á gloria de puro grasiento y bien oliente. Entonces, el padre, sin poderse contener, lo examinó un instante, se le encandilaron los ojos, iluminósele toda la cara, y, dándole una palmadita cariñosa al pernil antes de ocultarlo, se echó á reir de gozo y le dijo á la campiña con deleite

—¡Y malas magras que deben tener estas espinaquitas!

ALFONSO PÉREZ NIEVA

LAS MUJERES Á CABALLO



DAMA DEL SIGLO XV

EN EL PARAÍSO

(DEL REAL)

Formando raro contraste con el Paraíso de nuestros primeros padres, en el que vivieron largo tiempo á sus anchas y seguirían viviendo hoy si la pícara Eva, tentada por el demonio (digo, por la serpiente), no hubiera tocado el fruto prohibido, se halla el *paraíso* del Real, en el que, si no hay demonios ni serpientes, no deja de verse concurrido por buena cosecha de *Adanes* y *Evas* y su poquitito también del *fruto prohibido*, pero no entre flores y acariciado por un aire puro y sutilísimo, sino entre alguna que otra espina y rodeados de una atmósfera *sui generis* difícil de analizar.

En aquel Paraíso primitivo sería digno de ver á nuestro padre Adán filosofando, y más digno sería aún presenciar los saltos y zapatetas que daría Eva, á quien no podían estorbarle ni el polisón ni el corsé ni otros *artefactos*, como diría Rojo Arias.

En este otro *paraíso*, una vez colocado el espectador en su asiento, no se le da derecho ni para mover una pierna.

Allí en el *paraíso* (y conste que de ahora en adelante me refiero al del Real), cualquiera de esos jóvenes literatos del día que en todas sus composiciones dicen que se *sienten poetas*, con sólo el movimiento de cerrar los ojos y halagados por las delicadas melodías que *en derredor* de la sala se dejan oir, pueden dar rienda suelta á su exaltada fantasía y crear un mundo de venturas, un edén incomparable, donde sólo hallamos los que no somos poetas muchos apretones, mucho calor y acomodadores (que mejor se llamarían *incomodadores)* sin educación ni formas... sociales, se entiende.

En este dichoso *paraíso* se adquieren pronto relaciones de amistad con los vecinos de arriba, de abajo, de delante y de atrás, sin dar á estos cuatro *puntos cardinales* otra interpretación que la genuina del lenguaje gramatical.

Esta familiaridad da por resultado muchas veces hacer agradables los entreactos conversando con el vecino ó vecina, y otras, por el contrario, discusiones acaloradas y hasta conatos de bronca.

Todos los días (todas las noches quise decir) oimos allí, los que tenemos *la fortuna* de tomar asiento en el *paraíso*, diálogos como los siguientes:

—Señorita: haga V. el favor de quitar del asiento esos abrigos,—dice un acomodador.

—Quítalos, niña,—añade su mamá.

—Si le estoy guardando el sitio á Arturo,—replica la niña.

—¿Qué sitio?

Digitized by Google

«LACRYMÆ RERUM»

Digitized by Google

(cuadro de V. Attanasio)

Digitized by Google

—En donde ha de sentarse.

—¡Ah!

—No es posible guardar sitios, señora,—vuelve á decir el *incomodador*.

—¿Me alquila V. esos gemelos?

—Sí, señora: con mucho gusto. Son excelentes. Diez reales nada más. Si no gustan esos les daré otros. Pongan, pongan los abrigos por si esperan á alguien. ¿Quieren el libreto? Dos reales.

—¿Cómo dos reales?

—Sí, señora. Estamos en el *paraíso*.

—¡Caballero!—dice una señora en tono compungido.—Haga V. el favor de ponerse derecho, porque, como V. comprende, yo no soy respaldo de una butaca.

—Señora, V. dispense,—replica el aludido.—Me coloco de este modo porque hay delante de mí una señora que no me deja sitio dónde colocar las piernas, y... ¡ya ve V.!

—No, joven; yo no veo nada.

—¡Aguador! ¡Aguador! ¡Que me ahogo!—grita una señora de figura esferoidal, á quien tienen que sacar á fuerza de puños fuera del *paraíso* sus parientes y deudos.

—¡Jesú!—decía una andaluza vecina, barbiana y frescota.—¿Y esto es el *paraíso*?

—El mismísimo *paraíso*,—la dije.

—Pues mire V, camará, que zi er de nuestros primeros padres no era mejó, y sobre too si no era más ancho, no sé cómo pudo mové la señá Eva las manos pa...

—¿Para qué?—la interrumpí.

—Para comerse la manzana, hombre... ¡digo yo! ¡Caracoles! Vecino: sabe V. que hay un mozo aquí por detrás de mí que tie dos rótulas como dos lanzas? ¡Compare, si no me deja respirar!

—¡Señora!—grita otro.—¡Por el amor de Dios, que me está V. *esgrimiendo* el acero toda la noche!

—¿Qué acero?

—El de su vestido, que se ha empeñado en sacar tajada de mis pantorrillas.

—¿Ha dicho pantorrillas?... ¡Qué prosaico! ¡Tiene pantorrillas!

—Si V. fuera tan amable,—dice una joven linda á un pollo que la oprime, inocentemente por supuesto.

—Usted dirá, señorita. Es V. muy linda y simpática.

—Mil gracias; pero está V. metiendo *la pata*, (¡ay! V. dispense: las piernas quise decir) toda la noche, y esas demostraciones no son propias de...

—Ruego á V. me perdone. No hay tal intención. Esto es sencillamente que al hacer los asientos de este célebre paraíso no dieron los que lo dirigían en suponer que los que aquí venimos pudiéramos permitirnos el lujo de usar piernas.

—Es V. ocurrente.

—Y V. muy bella.

La mamá, que hasta aquí había permanecido callada, conociendo que el diálogo se extiende más allá de los límites de una petición, intercede.

—Niña,—dice;—déjame en ese sitio, porque á mí, aunque me toque con la pierna ese joven, *no ha lugar á deliberar*.

—¿Ha conocido V. que estudio derecho?

—No, señor: es que soy viuda de un magistrado, y ya V. puede conocer que algo se pega de los maridos.

—Sí, señora: ¡se pegará tanto!...

A mi izquierda había dos señoras que sostenían el siguiente diálogo:

—Créame V., Milagritos: yo vengo á este sitio por capricho. Aquí se oye mejor y se aprecian mejor las condiciones artísticas del cantante. El palco me aburre, porque lo que sucede es que si no viene *una* desnuda ó poco menos, nadie le hace caso. En las butacas no se sabe al lado de qué clase de gente puede tocarle la suerte de colocarse, y, además, también tiene V. que vestirse. En cambio aquí vengo como estoy en casa.

—Y cuesta más barato,—dice Milagritos.

—No, hija, por Dios: si no es por lo que cueste. Yo yá lo digo: mi marido se está *empeñando* continuamente en traerme á butaca y yo no quiero. ¡Ya V. ve! Además, los verdaderos inteligentes nos reunimos aquí. Desengáñese V., Milagritos: en palcos y butacas vienen á ver y ser vistos: ¡nada más!

Volví la cabeza con disimulo para conocer á la que tanto hablaba y... ¿saben Vds. quién era?

¡La esposa de un cobrador de los tranvías del Norte!

J. M. Bonilla Franco

A MI BEATRIZ

Tu mirada de ángel
sólo yo la comprendo

TRAJE DE EQUITACIÓN (1788)

y nadie puede verte
así como te veo.
No quieras que otros brazos
se ciñan á tu cuello.
No luches ¡oh! no luches
contra un amor eterno
cual tu hermosura, grande
cual tu mirar sereno.
Recoge los suspiros
que salen de mi pecho:
amantes golondrinas
que vuelan á tu encuentro,
amantes golondrinas
que enamorado espero...
. . . . . .
. . . . . .
¡No morirán de frío
en tu balcón soberbio!
¡¡No llamará ninguna
dos veces á tu pecho!!
Para llamarte pura
con amoroso acento,
para decirte siempre
lo mucho que te quiero,
irán, hermosa mía,
á esperarte en el cielo.

Camilo Pou

UNA HISTORIA

Paseábame por la Castellana una de esas tardes de invierno que dan envidia á la primavera. Lucía el sol radiante en un cielo azul, purísimo; y el aire, lejos de ser molesto ni de levantar ofensivo polvo, como suele en aquella parte de Madrid la mayor parte del año, estaba inmóvil, diáfano, llevando en su seno no sé qué singulares ecos melodiosos y no sé qué arreboles, tintas, líneas y sombras que dibujaban fantásticos alcázares ó acaso tan sólo los ideaba mi fantasía. La tarde era espléndida, el paseo estaba concurridísimo. Los carruajes de todas formas y nombres se embarazaban, obstruían el camino y se paralizaban unos á otros, en la confusión del número, por allá cerca del Obelisco. Yo caminaba muy pausadamente, y á dos jóvenes, gallardo oficial del ejército uno y elegantemente vestido de paisano el otro, que cerca de mí iban, les oí el siguiente diálogo:

—¿Ves aquella hermosa,—dijo el militar,—la del vestido verde? Mírala: por allá va. Por allí, tras de la segunda fila de carruajes. Aquella de la carretela descubierta.

—Sí, la veo,—replicó el paisano mirándola.—Pero oye, si es divina mujer. ¡Qué busto, qué cabecita, qué ojos y qué rizos flotantes! Pues no me la habías mostrado nunca... Esta mujer, belleza encantadora en todas partes, en una corte sería reina, en el cielo querubín, en un lago hada, en la mente de un artista supremo ideal. Y ¿hace tiempo que la conoces?

—Sí: hace tiempo que la conozco. Por vez primera la vi como tú ahora, en una tarde como la de hoy y en este mismo paseo. Quedé prendado de su belleza, mas estuve tiempo sin saber de ella. La vi por segunda vez en otras circunstancias, y desde entonces han pasado muchas cosas entre ella y yo, y ahora más que nunca la adoro con toda mi alma.

—¡Qué!

—Es toda una historia que voy á referirte. Esta mujer, por capricho de la fatalidad, es sola en el mundo. Posee una regular fortuna, heredada de sus mayores. Los elegantes de los salones la han dirigido en todos los tonos palabras amorosas, y muchos han solicitado su mano. Ella, que tiene un gran talento y se aburre entre el incienso de la lisonja y las insulseces de tanto bobo con frac y corbata blanca, les ha despreciado á todos.

Aunque, como sabes, no soy amigo de saraos, porque se empeñó nuestro amigo Lorenzo, el hijo de la condesa de Almería, estuve una noche en un baile en casa de la marquesa de Aznalcázar, el invierno pasado, y allí tuve el honor de ser presentado á Teresa Martínez, que tal es el nombre de la mujer que has admirado. La ofrecí mi brazo, que aceptó ella cariñosa, al preludiar la orquesta un wals. Jamás había creído en el placer del baile; pero aquella noche me pareció venir al mundo, gozar por vez primera. ¡Qué delicadas emociones, qué gloria, qué embriaguez divina experimenté ciñendo la cintura de aquella mujer, contemplando sus gracias, percibiendo el aliento de su palpitante seno y acariciando mi rostro aquellos sus rizos perfumados! Yo no sé lo que pasó por mí. Aquella noche no pude pegar los ojos, ni al otro día, ni al otro. Tenía siempre delante de mí la imagen de Teresa, y viéndola gozaba.

Yo amaba á esta mujer con amor vehemente, y necesitaba declararla mi pasión. No recuerdo cómo fué, pero á la semana del baile de la marquesa de Aznalcázar yo visitaba á Teresa en su hotel. Continué después visitándola, y puedo asegurarte que como bella es discreta esta mujer: vive en el mundo del arte y tiene un gran corazón.

Fué á pasar una temporada en una magnífica quinta que posee en Córdoba, y allí iba yo á menudo á verla. No hay palabras para expresar nuestra dicha durante todo aquel tiempo, porque ella me amaba también apasionadamente. ¡Aquellos nuestros diálogos sobre el césped húmedo por el rocío, en medio de la na-

Digitized by Google

turaleza, á la luz de la luna de las noches estivales, entre la música de los pájaros y el murmullo del riachuelo que se desliza por entre juncos; aquel amor intenso que apenas acertábamos á traducir en palabras sino con una vaguedad!... En el otoño siguiente nos casamos...

—Pero ¿qué estás diciendo?

—¡Ah! Es verdad,—replicó el oficial dando un suspiro.— Te estaba refiriendo la soñada historia de mis relaciones con la belleza que has admirado esta tarde, y llegaba al momento más feliz. Es un sueño que bulle constantemente en mi imaginación.

. . . . . .

Y no pude oir más, porque al llegar aquí los dos amigos se fueron por camino distinto del que yo por obligación debía tomar cuando ya me retiraba del paseo.

Caminando por las calles de la villa iba pensando cómo no ha muerto la raza de los soñadores y recordaba las relaciones del apuesto militar con la bellísima joven que yo también había visto en la carretela. Imaginaba desenlaces para esta historia y no encontraba ninguno que digno me pareciese. Por saber el fin de labios del mismo héroe yo no sé qué habría dado.

GUILLERMO ROCA

LA ARENA

Voy á escribir acerca de la arena, y me va á resultar un artículo escrito en la misma.

Para comprender bien el que la frase *escribir en la arena* simbolice aquellos escritos tan pronto redactados ó leídos como olvidados, las promesas y juramentos no cumplidos, y en general todo lo inconstante é inseguro, es preciso contar con la colaboración del viento, que, según parece, se está muy quietecito esperando que alguien se ocupe en garabatear en la arena para entretenerse luego en soplar sobre los caracteres trazados hasta borrarlos.

Este proceder del viento no me extraña, pues sabido es que se dedica también á llevarse palabras, faena á la que supongo se entregará por malicia ó diversión, porque no creo que le sirvan para maldita la cosa. A pesar de llevarse tantas, jamás se le ha oído decir una sola, lo que prueba que no las arrebata para su uso particular.

A pesar de esto, no estoy conforme con la antedicha frase, porque hay muchas que expresan mejor la idea, como por ejemplo *programas políticos* ó *escritos de mujeres*.

Aquí, en el seno de la confianza, diré á Vds. que conservo unos paquetitos de cartas en las que varias mujeres me aseguran, con una formalidad digna de mejor causa, que me querrán siempre (unas con *q* y otras con *c*), me juran amor eterno, así como suena, no faltando entre ellas una traviesa modistilla que hace ya tiempo estampaba en una de sus misivas: *tuya asta la timba*, cosa que me hizo arrojarme al juego de cabeza, buscando desesperado el término de aquel amor (vamos al decir) que se me había hecho inaguantable.

Figúrense Vds. que á la chica le dió por lo sentimental y me ponía unas cartas que me volvía loco para leerlas, porque la generalidad de sus garrapatos estaban borrados con lágrimas artificiales.

Como ella no tenía gana de llorar, después de emborronar cuatro mortales carillas mojaba sus puntiagudos dedos en la palangana y rociaba la carta de menudas gotas, cosa que imitaba á la perfección un copioso llanto.

Con esto ella quedaba muy segura de que al recibir sus endiabladas cartas exclamaría:—¡Pobrecilla! ¡Estaba llorando al escribirme!—Yo, por mi parte, cuando recibí la primera epístola húmeda, recordé que había llovido aquella mañana y no pude menos de decir con extrañeza: —¡Diablo! Esta muchacha se ha puesto á escribirme en medio del arroyo.

Y, sin embargo, de aquellas promesas y juramentos no queda hoy nada, absolutamente nada. Ya ven Vds. la confianza que se puede tener en tales escritos.

Estoy por dispararme en versos elegíacos, llorando la fragilidad del amor, las ilusiones y otras zarandajas por el estilo; pero no: rechazo tal idea por cursi de solemnidad y me contento con encogerme de hombros.

Las arenas forman un dilatado imperio compuesto de una gran metrópoli llamada *Sahara*, é innumerables colonias.

Estas tienen una misión altamente beneficiosa.

Se establecen en las márgenes de los ríos para encauzar las corrientes y acampan en las playas para dar el alto á las olas.

DAMA DEL SIGLO XVII

A veces, y obedeciendo, sin duda, órdenes emanadas del poder central, destacamentos de estas colonias emprenden largos viajes á bordo de los buques que van en lastre.

El gobierno del reino debe ser despótico: por eso la metrópoli sufre con frecuencia grandes agitaciones.

A lo mejor el simoun ruge, las antes inmóviles arenas se lanzan al espacio formando una nube que corre con rapidez vertiginosa, choca con la amedrentada caravana, la envuelve en una espiral de fuego, la sofoca, la ahoga, y, cuando el pobre peregrino sucumbe á aquella lucha de un minuto, las arenas, horrorizadas de su obra ó temerosas de un castigo, se apresuran á encubrirla formando un montículo sobre las víctimas.

Son homicidas y enterradoras.

El simoun todo lo trastorna: coge los granos más humildes, los que soportaban el peso de sus compañeros; los mece, los alza poco á poco para después, presa ya del vértigo, lanzarlos de una á otra parte con la velocidad del rayo; hasta que, por último, los deja en la cumbre de los montecillos que señalan las víctimas, para que se asemejen á los tiranos que se elevan raquíticos y medrosos sobre sus tronos de sangre.

El simoun es la revolución del desierto, y la revolución entre nosotros no es otra cosa que el simoun de la idea soplando sobre el pueblo.

La aristocracia de este imperio, ó sea las arenas de oro, ha hecho lo que todas las aristocracias hacen ante los movimientos populares: poner pies en polvorosa. Así es que las mencionadas arenas han invadido el Sahara buscando más tranquilos parajes.

Se han establecido en muchas partes: en la Australia, en el Perú, en la generalidad de nuestros ríos, y sobre todo en los poéticos Darro y Genil.

En éstos se les hace una guerra sin cuartel: en cuanto salená dar un paseo ó efectúan alguna gira, se encuentran hechos prisioneros al menor descuido.

Sin embargo, no todos han sido cogidos por sorpresa: cuando se anunció la coronación de Zorrilla, muchos granos se arrojaron espontáneamente en manos de los rebuscadores y soportaron los tormentos del fuego y el cincel por ceñir las sienes del poeta.

Es muy difícil conocer bien el carácter y los instintos de la arena, porque sus actos se contradicen unos á otros.

Parece amante de la sangre: en la antigüedad invadía el suelo de los circos romanos, y lo mismo hace hoy con nuestras plazas de toros; pero en cambio se la ha visto muchas veces resguardar en la guerra el pecho de los combatientes metida en sacos ó en cestones de mimbres.

Es muy sociable: siempre la veréis en los paseos, y deben gustarle mucho las flores, porque también invade las sendas de los jardines.

A las arenas les sucede con nosotros lo que á los niños con sus juguetes: se empeñan en ver lo que tenemos dentro.

Por eso, con el pretexto de cualquier ráfaga, se lanzan sobre nosotros intentando introducírsenos por la boca, por las narices, y sobre todo por los ojos. Se conoce que dicen ellas:—Entrando por donde ellos ven, veremos mejor también *lo que se traen*.

Una de sus amistades íntimas es la que sostienen con las hojas secas, con las que se entretienen en juegos infantiles.

Cuando en el otoño vean Vds. caer las hojas amarillentas, si se fijan, sorprenderán en los paseos y jardines multitud de granos de arena jugando con ellas al corro.

FEDERICO PUJOL

CUATRO TABLAS

Lujosa ó pobre, liviana ó grave,
desde que naces hasta que mueres,
de cuatro tablas consta la nave
donde te embarcas sin inquietud:

una es el timbre de tus honores,
otra es la mesa de tus placeres,
otra es el lecho de tus amores
y otra la tapa de tu ataúd.

FEDERICO BALART

Digitized by Google

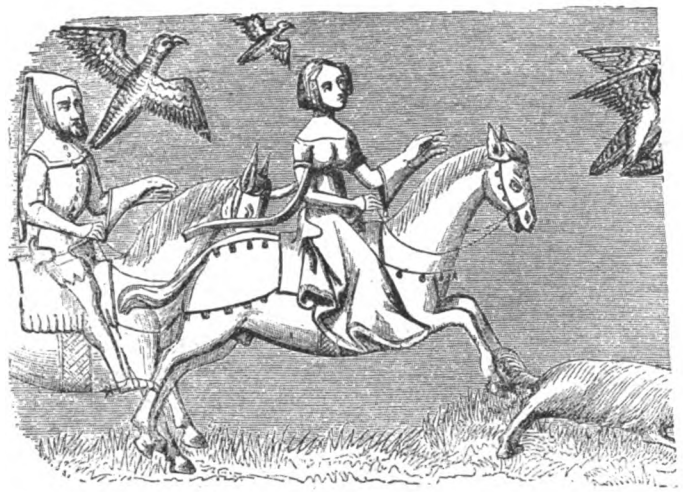
LAS MUJERES Á CABALLO

(1820)

DAMA ALEMANA DEL SIGLO XVI

ISABEL DE FRANCIA

REINA ISABEL DE INGLATERRA



DAMA CAZADORA DEL SIGLO XIV

DAMA CAZADORA EN EL PARQUE DE GREENWICH
(Reinado de Guillermo y María)

Digitized by Google

EL DESCANSO

UN JURADO DE FLAMENCOS

Digitized by Google

UN PASEO CÓMICO

POR

EL MADRID MONUMENTAL

LA FUENTE DE LA PUERTA DEL SOL

Esa gran taza que ves
fuente pensarás tú que es,
y es barreño de agua fría
que inventó la policía
para lavarnos los pies.

SAN FRANCISCO EL GRANDE

Mucho mármol, mucho bronce,
mucha luz, mucho color;
poca fe, poca armonía,
poco cielo, y poco Dios.

EL VIADUCTO

Pasadizo de hierro
no muy seguro
que acorta la distancia
del otro mundo.

LA CÁRCEL MODELO

Refugio de pecadores
con su regla y su capucha,
en donde sólo una cosa
no es estrecha: la clausura.

EL HOSPICIO

Quien por recurso le tome,
si en su puerta no se atasca,
verá, aunque verlo le embrome,
que todo allí es hojarasca
incluso lo que se come.

EL CONGRESO

Fábrica de palabras,
en donde algunos
hacen el bien del pueblo...
cuando no el suyo.

LA EQUITATIVA

¡Qué líneas tan elegantes
¡Qué sólida construcción!
Mas si aquellos elefantes
emblema de fuerza son,
en la casa que va á hacer
el rico y bruto Longinos,
las ménsulas deben ser
avestruces ó pollinos.

EL CABALLO DE LA PLAZA MAYOR

Si viviese algún vasallo
de esa edad que hoy es un sueño,
dijera, echándole el fallo,
que también hincha al caballo
la vanidad de su dueño.

LA ESTATUA DE COLÓN

Trabajo de filigrana
que muchos dan en creer
pequeño para obelisco
y grande para quinqué.

LA BIBLIOTECA

Cuando puedan guardarse
libros en ella,
ni habrá quien los escriba
ni quien los lea;
mas no afligirse,
que no ha de faltar nunca
quien los critique.

SAN JERÓNIMO

Una iglesia de cascote
revestida de cartón,
con dos torres de guirlache
tuertas por inclinación.

EL TEATRO REAL

Cuatro fachadas de plomo
y un pórtico de doublé;
Vignola con papalina,
Herrera con guardapies.

TRAJE DE DAMA PARA PICADERO (1772)

LA PLAZA DE TOROS

Árabe la construcción,
árabe la diversión,
y en un desierto sin fin
las kábilas de Alcorcón
y el aduar de Chamartín.

EL HIPÓDROMO

Corren aquí por el día
los caballos más ligeros,
corre el aire y el tranvía,
y corre la policía,
y ganan los matuteros.

EL PALACIO DE BELLAS ARTES

Se construyó para cuadros
y ha resultado hospital:
ya los pintores de sangre
tienen una sala más.

LA ESTACIÓN DEL NORTE

Al recordar la de antaño
se ve con admiración,
mas nada tiene de extraño,
fuera de ser la estación
más fría de todo el año.

LA BOLSA

Una Bolsa en buen estado
y otra Bolsa á medio hacer,
pero nadie ha averiguado
lo que vamos á meter.

EL BANCO DE ESPAÑA

El estilo Luis Catorce
imita en lo *rococó*,
y también como el monarca
dice:—¡El Estado soy yo!

EN LAS AFUERAS

ISABEL LA CATÓLICA, CONCHA Y ESPARTERO

Cual entró en Segovia un día
luciendo el talle gentil,
hubiera entrado hace tiempo
doña Isabel en Madrid
á no impedírselo Concha,
que yo no sé con qué fin
se pasa las horas muertas
señalando á Chamberí,
mientras saluda Espartero
á todo chisgaravís
como diciendo:—¿Qué espada
me ha ganado á mí á cumplir?

MANUEL DEL PALACIO

NUESTROS GRABADOS

¡CUÁNTO TARDA!

La bella niña siente harta impaciencia por el retardo del amado, y todo es mirar el reloj contando ansiosamente los minutos. ¡Suerte tiene el bribón de que le quiera tanto esa muchacha verdaderamente guapa!

ORILLAS DEL DART

En el condado de Devon, junto á las márgenes del Tamar, elévase una meseta de 7 leguas de largo por 5 de ancho, estéril y pantanosa, por la cual serpentea el Dart. En el valle regado por este río hay tres ciudades: Ashburton, Totnes y Darmouth. Totnes está rodeado de murallas ruinosas, muy antiguas. Modernamente se ha procurado fomentar aquella comarca, reducida hasta hace pocos años al estado de la mayor ignorancia, pobreza y grosería.

MENELIK Y SU ESTADO MAYOR EN TRAJE DE CAMPAÑA

Hete ahí al potentísimo rey de Abisinia, al descendiente de Salomón y la reina de Sabá. No se dirá que no sean de muy buen gusto sus bélicos arreos.

EL ARTE ITALIANO

LACRYMÆ RERUM, *cuadro de N. Attanasio*.—CIOCCIARA DEL LACIO, *dibujo de Ferraguti*.

¡Lágrimas de las cosas! La escena responde verdaderamente al título: nos hallamos en el oratorio de un manicomio de locas. Cinco hay, todas jóvenes. Una hermana de la Caridad, de pie, concentrada en la lectura de un libro piadoso, las asiste; pero, en vez de rezar, las pobres dementes siguen su capricho, cada una á su manera. Quiere huir la una, dejando caer el devocionario que tenía en sus manos; la otra, presa de mística exaltación, se ha postrado de hinojos, como en éxtasis; una tercera está jugando con unos rosarios; la cuarta besa con exaltación una medallita; y, por fin, la última mira estúpidamente á sus compañeras. Cinco figuras que representan en compendio toda una psicología.

Attanasio escoge siempre asuntos de parecida índole, empeñándose en ser el pintor de las grandes miserias humanas.

Así como las chulas son hijas de las manolas y nietas de las majas, las *ciocciaras* son las legítimas descendientes de las antiguas *carmentas* del Lacio, cuyas efigies pueden verse en los grotescos de Pompeya y Roma. Véselas tañer las panderetas con sonajas y bailar en acompañado ritmo, cual

Digitized by Google

las antiguas vaticinadoras del Campo Marcio, formando las delicias de las poblaciones agrícolas vecinas á la Ciudad Eterna.

LAS MUJERES Á CABALLO

Suponemos que nuestros lectores verán con gusto esas curiosas reproducciones de antiguos dibujos y pinturas de *amazonas*, como decimos hoy. Es un capítulo muy interesante de la historia del traje mujeril, viéndose claramente la diferencia que va de la *masculinización* de los vestidos de hoy á los graciosos atavíos de los pasados siglos.

EL DESCANSO

Nada mejor que el blando césped para descansar de las fatigas de una prolongada marcha ó de un empeñado juego. El lugar es apacible, y sin duda deben encontrarse perfectamente *à son aise* esos niños en cuyo rostro resplandece la más lozana salud.

UN JURADO DE FLAMENCOS

No parece que sean los hombres los únicos animales parlamentarios: los flamencos, esas hermosas zancudas que tanto abundan en el mediodía de España, saben tanto como el que más en eso de reunirse, discutir y acalorarse respecto á la pena que hay que imponer al que ha faltado á las leyes de Flandes. Una vez pronunciado el veredicto, la víctima es desplumada y á picotazos le quebrantan los huesos.]

PRIMAVERA

Los árboles cubiertos de ramaje
prestan belleza á la feraz campiña,
y Febo, que pasea por el cielo,
las dulzuras del campo poetiza.
Corre entre flores arroyuelo manso
cuyas aguas son puras, cristalinas;
choca en las ramas del ciprés erguido,
con canto seductor, la tenue brisa;
y en los campos cercanos crece hermosa
del rubio trigo la dorada espiga.
¡Salud, oh primavera encantadora!
¡Cuál goza el ser dichoso que te admira!
¡Todo florece en ti, todo renace,
y todo ante tu influjo se reanima!
Tan sólo un pecho que el pesar conmueve
no calma la tristeza que le agita,
¡pues no hay dicha en el mundo que me vuelva
la triste primavera de mi vida!

J. ADÁN BERNED

ES DE CREER

Que no gastaréis supongo,
obrando con discreción,
otro *jabón* que el *jabón*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

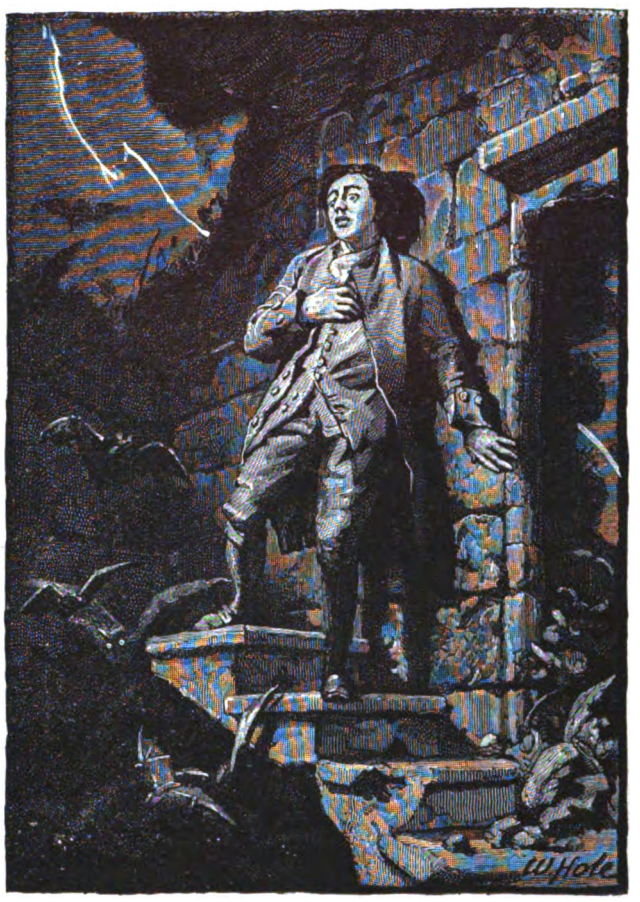
(CONTINUACIÓN)

CAPITULO IV

CORRO UN GRAN PELIGRO EN LA CASA DE SHAWS

Aunque el día había comenzado tan mal, se pasó bastante bien. No faltó el consabido potaje, frío por la tarde y caliente por la noche, y el vasito de cerveza. Mi tío hablaba poco, y siempre de la misma manera, dirigiéndome á intervalos preguntas sueltas; y cuando yo trataba de entablar la conversación sobre mi porvenir, eludía el asunto.

En una habitación inmediata á la cocina, donde se me permitió entrar, encontré muchos libros latinos é ingleses que me entretuvieron mucho toda la tarde, y el tiempo pasaba tan lentamente que casi comencé á reconciliarme con mi residencia en Shaws. Solamente me inspiraban aún desconfianza el aspecto de mi tío y sus ojos, que procuraban siempre no encontrarse con los míos.



...mi frente se bañó en sudor y erizóseme el cabello.

Cierto detalle me inspiró algunas dudas; detalle que, al parecer, no tenía importancia. En la portada de un libro vi escritas, de puño y letra de mi padre, como pude reconocer fácilmente, las siguientes palabras: «A mi hermano Ebenezer, con motivo de su quinto cumpleaños.» Esto me preocupó, pues siendo mi padre el hermano menor, era preciso que hubiese cometido un singular error ó que antes de los cinco años hubiera escrito ya como un hombre.

Procuré desechar esta idea por no encontrar la explicación del hecho; pero, aunque leí otros libros interesantes de historia y poesía, aquella dedicatoria de mi padre me daba mucho que pensar, y cuando al fin volví á la cocina en busca del potaje y de la cerveza, pregunté á mi tío Ebenezer si mi padre había sido muy precoz en sus estudios.

—Nada de eso,—me contestó.—Yo lo era más que él, y sabía leer perfectamente antes que él aprendiera bien.

Semejante contestación me preocupó más aún, y, ocurriéndome de pronto una idea, pregunté á mi tío si él y mi padre habían sido gemelos.

Al oir estas palabras, Ebenezer saltó de su silla, dejando caer en el suelo la cuchara que tenía en la mano.

—¿Por qué diablos preguntas eso?—gritó cogiéndome por el faldón de la casaca y mirándome esta vez fijamente con sus ojos, que eran pequeños y brillantes como los de una ave de rapiña.

—¿Qué significa esto?—pregunté con la mayor calma y sin experimentar el más mínimo temor, porque comprendía que era más fuerte que él.—Retirad la mano si os place, que esta no es manera de conducirse.

Ebenezer pareció hacer un esfuerzo sobre sí mismo, y díjome, moderando su tono:

—Sólo quiero decirte, David, que no debes hablarme de tu padre, aunque él era el único hermano que tenía.

Mi tío pronunció estas palabras con voz débil, y, recogiendo después su cuchara, volvió á comer.

El brusco proceder de mi tío, y después su repentina manifestación de cariño á la memoria de mi difunto padre, eran cosas incomprensibles para mí, que me inspiraron á la vez temor y esperanzas. Por una parte comencé á creer que mi tío era tal vez un loco, y como tal peligroso; y por otra recordé cierta historia de un niño que siendo legítimo heredero no pudo adquirir sus bienes á causa de la perversidad de su tío. ¿Por qué Ebenezer se interesaría por un pariente que llegaba á llamar á su puerta casi como un mendigo, á menos de haber alguna causa para que me temiese?

Dominado por esa idea, siempre fija en mi espíritu, comencé á examinar las portadas de todos los libros; y cuando mi tío y yo estábamos sentados á la mesa nos observábamos mutuamente como un gato y un ratón. Rara vez me dirigía la palabra, mas hubiérase dicho que maduraba algún plan; y cuanto más le miraba, más me convencía de su hostilidad hacia mí.

Al día siguiente de haber ocurrido la escena de que acabo de hacer mención, Ebenezer fué á sentarse junto á la chimenea para fumar su pipa, vuelto de espaldas hacia mí.

—David,—dijo de pronto;—estaba pensando...

Aquí hizo una pausa y continuó:

—Quería decir que antes de que tú nacieras había prometido una cosa para ti: se la prometí á tu padre. No creas que es nada de herencia legal: cuestión de una oferta después de un banquete. Has de saber que se trata de una suma que yo guardo para ti separada. No deja de ser importante; pero, en fin, lo prometido es deuda. Viene á ser de... de... ¡cuarenta libras!

Al pronunciar estas últimas palabras me miró de reojo, y, como si se arrepintiese de lo que acababa de decir, añadió precipitadamente:

—¡No libras... chelines!

Parecióme muy considerable la diferencia, y, por otra parte, comprendí que aquel cuento era una mentira inventada con un fin que yo no podía adivinar; y, por lo tanto, no traté de disimular el tono sarcástico con que le contesté.

—Vamos, tío,—repuse;—habréis querido decir libras esterlinas.

—Eso mismo,—contestó Ebenezer rectificando;—libras esterlinas. Y si quieres salir un poco á la puerta para ver qué tal noche hace, yo iré entretanto á buscar el dinero.

Hice lo que me decía, sonriendo con desprecio al pensar que él pudiese creer que era tan fácil engañarme. La noche estaba oscura, y al abrir la puerta oí el viento mugir en las colinas. El tiempo estaba tempestuoso, y poco hubiera yo podido imaginar la grande importancia que esto tendría para mí antes de acabar la noche.

—Tío Ebenezer,—repliqué,—no saco nada en limpio de lo que decís. Me tratáis como si fuera un ladrón, y harto conozco por vuestras palabras que mi presencia en esta casa os es importuna. Si es así, y puesto que debo obrar con toda franqueza, no veo por qué habéis de retenerme aquí. Dejadme marchar y buscaré á mis amigos.

—No, no,—contestó mi tío apresuradamente,—ya nos arreglaremos; y, aunque no sea más que por el honor de la casa, no puedo consentir que te vayas así.

—Muy bien,—repuse después de reflexionar un momento;—esperaré, pues más justo es que me ayude una persona de mi familia que no un extraño. Si no nos entendemos, no será por culpa mía.

Digitized by Google

Pronto me llamó mi tío, y cuando hube entrado me entregó treinta y siete guineas de oro. Conservaba el resto en su mano, en la cual vi otras más pequeñas y plata menuda; pero sin duda le faltó corazón para dármelas y se las guardó en el bolsillo.

—Ya ves cómo me porto,—dijo.—Soy un hombre extraño, sobre todo con los desconocidos; pero palabra es palabra, y aquí tienes la prueba de ello.

Ahora bien: mi tío era tan mezquino que no pude menos de enmudecer ante aquella repentina generosidad, y no encontré palabras para darle gracias.

—Nada de frases de agradecimiento,—exclamó.—No las necesito, pues solamente cumplo con mi deber. No quiero decir que todos hubieran hecho lo mismo; pero á mí me complace ser justo con el hijo de mi hermano, y sobre todo pensar que ahora nos entenderemos como buenos amigos.

Contesté á mi tío con toda la finura que era posible, aunque preguntándome qué habría impulsado á Ebenezer á desprenderse de su oro, pues ni un niño hubiera aceptado la razón que él daba.

—Váyase una cosa por otra,—díjome á los pocos momentos mirándome de reojo.

Le contesté que estaba dispuesto á probarle mi gratitud de una manera razonable, pero temiendo que me hiciera alguna petición monstruosa. Sin embargo, cuando al fin se armó de valor para hablar, fué sólo para decirme, muy naturalmente, según me pareció, que ya se hacía viejo y achacoso, y que esperaba le ayudase en cuidar de la casa y el jardín.

Contestéle que estaba dispuesto á obedecer.

—Muy bien,—repuso;—vamos á comenzar ahora.

Y sacando del bolsillo una llave muy mohosa, añadió:

—Esta es la llave de la torrecilla que está en la parte más lejana de la casa. Deberás entrar por fuera, porque la construcción no está terminada. Sube la escalera y tráeme una caja que encontrarás allí, pues contiene unos papeles que necesito.

—¿Me daréis una luz?—pregunté.

—No: nada de luces en mi casa.

—Muy bien; pero ¿es grande la escalera?

—Sí: muy ancha.

Y cuando ya me iba añadió:

—No te apartes de la pared, pues no hay pasamano; pero la escalera, como ya te he dicho, es bastante ancha.

En medio de la oscuridad me dirigí hacia el punto indicado. El viento soplaba con fuerza á lo lejos, las tinieblas parecían más densas que nunca, y avanzando á tientas llegué al fin á la escalera de la torre, y después á la puerta. Acababa de introducir la llave en la cerradura, cuando de pronto, sin que se oyera viento alguno, el cielo se iluminó de repente, quedando negro un momento después. Fuéme preciso ponerme una mano sobre los ojos para acostumbrarme de nuevo á la oscuridad, pues hallábame como deslumbrado cuando penetré en la torre.

Las tinieblas eran profundas en el interior, pero avancé tanteando el terreno con pies y manos, y pronto llegué á tocar la pared, que á mí me pareció de piedra muy fina. Los escalones, algo empinados y estrechos, eran del mismo material y bastante sólidos. Recordando la advertencia de mi tío, manteníame siempre junto á la pared; pero mi corazón latía con violencia.

La casa de Shaws tenía cinco pisos, y á medida que yo avanzaba parecióme que la escalera estaba más al aire y no era tan sólida. Preguntábame cuál podría ser la causa de este cambio, cuando de pronto brilló un relámpago. Si no grité fué porque el temor me estrechó la garganta, y si no caí, se debió más bien á un favor del cielo que á mi propia fuerza. La luz del relámpago no solamente iluminó las paredes haciéndome ver que estaba en una especie de andamio aéreo, sino que me mostró la desigualdad de los peldaños de la escalera y uno de mis pies apoyado en aquel momento á dos pulgadas de un pozo.

—¡Vaya una escalera ancha!—pensé yo sintiendo renacer la cólera en mi alma.—Mi tío me ha enviado aquí seguramente para exponerme á un gran peligro, tal vez con la intención de que perezca; pero si no me rompo el cuello ya arreglaré yo este asunto.

Ayudándome con pies y manos, continué mi ascención de rodillas con la lentitud de un caracol, asegurándome de la solidez de cada piedra y tanteando cada pulgada de terreno. La oscuridad me parecía entonces mucho más densa, y además inquietábame de continuo el aleteo de los murciélagos, que pasaban á veces á mi lado, rozándome el rostro y el cuerpo.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

Pectoral de Cereza DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos**, si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis pulmonía o tisis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, pues que otros no darán el mismo resultado o Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias medicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El **VINO** de **PEPTONA CATILLON** *restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito. Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades* **DEL ESTOMAGO**
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLLADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 Bd St-Denis

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (*estreñimiento*), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

ESTREÑIMIENTO *y Afecciones*
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripcion pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 26 de abril de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 382

SE ENREDA LA MADEJA (cuadro de Arturo Moradei)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Carta problema* (continuación), por José M. Matheu.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*Una industria alemana en el siglo XVIII*, por Antonia Opisso.—*Á tus ojos* (poesía), por Edmundo de C. Bonet.—*Conócete á tí mismo*, por P. de Alcántara García.—*En un álbum* (poesía), por Ramón A. Urbano.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte italiano:* Se enreda la madeja. La dote de Rita. El primogénito.—Matilde Serao.—Amy Levy.—Roberto Browing.—Rembrandt.—Marina de guerra española: Los cruceros «Castilla» y «Don Juan de Austria.»—Taza en forma de tulipanes.—Cartones de Andrómaca cautiva.—Pomos de esencias.—Los mantos.—Antigua iglesia de Londres: San Andrés.

MADRID

La «Guía oficial.»—Memoria de gobernador.—Preparativos

Al mediar el cuarto mes del año se ha repartido el curioso libro que se titula *Guía oficial de España para 1890* y que el público llama sencillamente *Guía de forasteros*. Las empresas particulares publican sus almanaques para el año nuevo antes de que termine el viejo. El *Almanaque Gotha*, que es el libro oficial de Europa, anda ya por todas las cortes á fines de diciembre. Aquí, á poco que nos descuidemos, va á salir la *Guía* cuando haya terminado el año para que ha sido formada. En algo se ha de conocer que sale el libro de las oficinas del Estado, panteón de expedientes y dormitorio de negocios, donde tiene su macizo trono uno de los pecados capitales que más ha encarnado en el carácter nacional: la pereza.

Es un libro eminentemente aristocrático este de la *Guía:* en sus páginas se halla el resumen de la España oficial, de la que brilla, de la que deslumbra, de la que cobra; y al verle se despierta el orgullo de gran nación que, según muchos, no ha perdido nunca esta señora de dos mundos que ha venido á menos como viuda de intendente ó azafata de la reina en tiempo de la Revolución.

El aspecto solo del libro revela bienestar y grandeza. Sobre el fondo rojo de la tapa campea en oro la corona real, y debajo de ella y con profusión de cuarteles el collar de la insigne orden del Toisón de Oro y los eslabones de castillos y leones que constituyen el de Carlos III.

En la primera página el retrato del rey niño, abriendo, por un contraste de la suerte, con una sonrisa de inocencia, el libro en que son viejos los que ven repetido muchas veces su nombre; y en la segunda el de la Reina Regente, con sus lutos de viuda indicando que no hay esfera por alta que sea.

Y después de estas dos páginas, verdaderamente simpáticas, y de un recuerdo á los jefes de Estado de todas las naciones del globo, entra ya toda la España oficial.

Marchan primero los senadores con el veterano marqués de la Habana á la cabeza; en un grupo los que se sientan en la Alta Cámara por derecho propio, príncipes de la Iglesia y de la milicia, grandes de España, la nata y flor de los personajes; en otro grupo los senadores nombrados por la corona, ó sea la plana mayor del cuartel de inválidos de la política; luego los sabios que mandan las universidades y las academias; y, por último, los que eligen las provincias, jubilados que se consuelan en el antiguo palacio de D.ª María de Molina de no haber entrado en el de la plaza de las Cortes.

Al Senado sigue el Congreso, el cuerpo activo de la política, la representación más ó menos genuina del país, todas las ideas y las opiniones que batallan en la eterna lucha de aspirar al poder.

El libro oficial no publica más que los nombres de los diputados al lado de los distritos que representan, y sería curiosísimo otro libro que consignase al lado de los nombres lo que costó la elección, las influencias á que fué debido el triunfo, las transacciones que se hicieron. Esto constituiría una historia demasiado naturalista de nuestra política, y sería preciso, para escribirla, un espíritu de análisis como el de Zola.

A los Cuerpos Colegisladores sigue el Consejo de Ministros, con los nombres que surgieron de laboriosa crisis, realizando esperanzas, premiando afanes, cumpliendo afanes. Todos los anhelos de los españoles que se agitan en la política se reducen á figurar alguna vez en esta página de la *Guía*.

Se pasa por allí y se vuelve á casa, después de haber disfrutado las dulzuras del poder, con una rentita de 30,000 reales que permite esperar con tranquilidad los acontecimientos.

Al Consejo de Ministros sigue el Consejo de Estado, otro desfile de eminencias y de veteranos que se han asegurado un buen puesto en esa especie de asilo que ha fundado la alta política para que no queden desamparados los ancianos.

Luego entran los gobernadores con sus secretarios, esos jefes de las provincias que tienen que ser más diplomáticos que Tayllerand para contemporizar con el caciquismo y que tienen que hacer más equilibrios que hacía Blondin en la maroma para sostenerse en sus puestos.

A la cabeza de los Ministerios va el más aristocrático, el de Estado, el que regula las relaciones de España con las demás naciones, el hilo oficial que nos une al mundo culto.

Embajadores, ministros plenipotenciarios, enviados extraordinarios, ministros residentes, encargados de negocios, secretarios de varias categorías, cónsules y vicecónsules. ¡Qué personal más numeroso! ¡Cuántos españoles por esos mundos sosteniendo el prestigio y los derechos de la patria! Es verdaderamente consolador saber que no nos puede llevar la próspera ó la adversa suerte á ninguna parte de la tierra donde no encontremos una casa con el pabellón español que nos recuerde el hogar ausente y sin ver funcionarios de nuestra nación que nos presten su auxilio si le necesitamos.

***

El Ministerio de Estado es también el de las órdenes. La primera que figura es la del Toisón de Oro, y sus cincuenta y dos miembros son, en su mayor parte, emperadores, reyes, príncipes; y digo en su mayor parte porque, al lado de los nombres de las dinastías que representan el derecho divino, se ven nombres modestos de algunos que nacieron en el seno del pueblo y se han elevado distinguiéndose por sus claros talentos y por sus grandes méritos y servicios.

Al lado del emperador de Alemania, el vástago de los Hohenzollern, figura D. Antonio Cánovas del Castillo; y al lado del heredero de la corona de Italia y de los timbres de los Saboyas, D. Arsenio Martínez Campos.

En esta lista, donde figura el emperador de todas las Rusias, Alejandro III, figuran también el rey destronado Francisco II y el emperador del Brasil, que llora á orillas del Mediterráneo su recién perdida corona.

Una lista de nombres parece que no indica nada á primera vista, y, sin embargo, es muy elocuente lo que se puede leer entre líneas.

***

A la orden del Toisón de Oro, que recuerda grandezas de los Austrias, sigue la de Carlos III, la que tiene los colores azul, como el cielo de España y como el manto de la Virgen bajo cuya advocación la puso el rey más famoso de la casa de Borbón, y blanco como la pureza.

Luego vienen en señoril desfile las damas de la orden noble de María Luisa, reinas y princesas extranjeras, infantas españolas, señoras de lo más linajudo de la aristocracia española, damas que son todavía recuerdos vivos del reinado de Isabel II, que tiene tan interesante historia, y señoras que recibieron la distinción como recompensa á los méritos de los suyos.

La dama más antigua es la infanta D.ª Isabel Fernandina de Borbón, que recibió la banda el 18 de mayo de 1821; y la más moderna la condesa de Cumbres Altas, que la recibió el 19 de octubre del año pasado.

En esa lista de señoras figuran celebridades y hermosuras como María Buschental, que ya se adornó con los colores morado y blanco el año 47; y la duquesa de la Torre, que la tiene desde el 56. A la emperatriz de China se la dieron en julio del año pasado.

¡Qué contraste formarán los apagados colores de esa banda con los brillantes tonos de su traje de ceremonial! Serán como un pensamiento al lado de un girasol.

Sigue luego la orden de Isabel la Católica, el sueño dorado (el del oro es uno de sus colores) del rico hecho de pronto, del burgués endiosado, del que vuelve con dinero de las posesiones ultramarinas, ó del que deja con algunos ahorros el mostrador.

Las Maestranzas, esos recuerdos caballerescos del pasado, cierran la parte correspondiente al Ministerio de Estado, y entra luego el de Gracia y Justicia, con sus cardenales, arzobispos y obispos, con sus graves y respetables magistrados y con su larga lista de grandes de España y títulos de Castilla.

No es un grano de anís figurar en esas listas: para conseguirlo, muchos no han tenido que hacer nada más que nacer y pagar sus derechos; pero otros han sostenido largos y costosos pleitos, y algunas de esas sencillas líneas, que no tienen más que un nombre y dos fechas, podrían servir de título para algún interesante drama de familia.

Siguen el Ministerio de la Guerra y el de Marina, con la larga enumeración de las jerarquías de nuestros ejércitos de mar y tierra, la fuerza, la defensa del país.

El Ministerio de Fomento ocupa pocas páginas. No habremos realizado ninguno de los ideales de la vida moderna, no habremos roto por completo restos de cadenas que aun nos atan, mientras ese Ministerio, donde están concentradas la instrucción, las artes y las ciencias, la industria y el comercio y la agricultura del país, no sea el más importante de todos. Una lista de profesores más larga que la de maestrantes, caballeros cruzados y títulos; un presupuesto mayor que el de todos los demás Ministerios, es indispensable para la resolución de los problemas de la vida moderna.

El Ministerio de Ultramar llega el último en el libro oficial, y ¿quién sabe? dentro de poco quizá no sea, por desgracia, otra cosa que un recuerdo.

***

He hojeado la *Guía*, que ha llegado tarde á mis manos, mientras el agua cae á raudales sobre Madrid. Ni una población holandesa tiene más agua que la coronada villa en estos días; pero, en medio de las tristezas de un cielo nublado y oscuro, nos alientan las esperanzas de un mes de mayo animado y espléndido. Esas gotas de agua que caen incesantemente, formando delgados hilos, son color y perfume para las rosas y para las lilas; de estas nieblas ha de surgir, espléndida y hermosa, la primavera, como la aurora después de una noche de insomnio y melancolía.

Y no es sólo la fiesta de la naturaleza la que se prepara: la del arte va á extender sus galas muy pronto por las vastas salas del Palacio de Bellas Artes, donde se alineaban no hace mucho los lechos de un hospital.

El gobernador de Madrid, Sr. Aguilera, ha publicado una *Memoria* que es el reflejo exacto del tristísimo invierno que acabamos de pasar y en el que se ha unido á los rigores del frío el azote de la epidemia. Leyendo las páginas donde ha acumulado datos interesantísimos el señor D. Alberto Aguilera, se comprende lo que ha sido el invierno de 1889 á 1890 para Madrid; pero en ellas se experimenta también un gran consuelo, pues se ve que si las calamidades han sido muchas, ha sido muy grande la caridad que las ha remediado.

Digitized by Google

La Reina, los particulares, las corporaciones, todo el que tenía algo que dar, lo ha dado para acudir al socorro del menesteroso, y la prensa ha realizado verdaderas maravillas, siendo el lazo de unión entre el que socorría y el que necesitaba socorros.

El dinero ha circulado con profusión, derrochándose en suntuosas fiestas si no empleándose en remediar males. Casi se puede asegurar que no ha quedado, este año, pobre que no haya tenido una manta para su cama y un vestido para cubrir su cuerpo.

Esto no es todavía la realización del sueño de Enrique IV, que quería que todos sus súbditos echasen gallina en el puchero; pero se le acerca algo.

Los pueblos, como los individuos, no pueden vivir siempre dominados por el sufrimiento. Madrid necesita resarcirse de las tristezas pasadas, y se hacen ahora preparativos para grandes y extraordinarias fiestas en mayo.

Todo lo más brillante, como espectáculo y como diversión, se proyecta. Si resulta algo, no habrá que lamentarse del resultado, porque sabido es que las cosas requieren principio y que no se puede improvisar lo que debe basarse en la tradición.

Pero las intenciones son buenas y los esfuerzos plausibles: con un poco de buena voluntad en todos, se conseguirá distraer el espíritu de las tristezas pasadas, romper un poco la monotonía de la vida y poner en circulación el dinero, que es el alimento del comercio.

***

Eleonora Duse continúa cautivando la atención del público y conquistando muchos aplausos. Algunos censuran su repertorio, que es el del teatro moderno, sin considerar que el antiguo nos ofrecería el incesto de Edipo, los horrores de Mirrha ó los apasionamientos de Sapho.

No sé por qué se ha de tolerar mejor lo que se dice en endecasílabos y vistiendo túnica que lo que se dice con la prosa de Sardou ó de Dumas y vistiendo trajes de Worth ó de Félix.

Pero el público es así y se fía mucho de las apariencias: las mamás, que no tienen inconveniente en llevar á sus hijas á ver *La Traviata*, les prohiben terminantemente que vean *La Dama de las Camelias*. Sin duda tienen razón en esto último. Pero ¿por qué consienten lo primero?

Hay muchas que hacen que se tapan los ojos con la mano, pero entreabren los dedos para no perder ni un solo detalle.

KASABAL

CARTA PROBLEMA

(CONTINUACIÓN)

Inútil será añadir que no en una sino en muchas ocasiones, cuando la reunión estaba animadísima, cuajada la mesa de tazas, platillos y copas; la atmósfera densa, cargadísima; los cigarros encendidos, humeando entre los dedos; salió al debate el famoso problema del matrimonio. Y, aunque todavía me duela, te lo confesaré: la mayoría de mis compañeros le llamaban la *impedimenta*, y no se hablaba del nudo sino de la carga matrimonial.

Cuando ya hacía tiempo que nos conocíamos, cierta noche en que se tocaba este arduo problema, senté yo la siguiente proposición, que debió sonar como herética á la mayoría de la reunión:

—Si el día de mañana me hago doctor y abro mi bufete, y tropiezo con una muchacha que me satisfaga bajo todos conceptos, me caso con ella.

Se hablaba de las mujeres con tal desprecio, y de la familia como cosa tan baladí, que, sintiéndome herido y como irritado ante tamaña injusticia, levanté la voz y les lancé este reto. Fué acogido con gran algazara, voces y gritos de protesta en unos y de aplauso en otros.—¡Qué disparatón!—¡Una locura!—Eso se dice, pero no se hace.—¡Bravo por Augusto!—¡Bien por los valientes!—Si se ha de hacer, cuanto antes.

Y yo repuse á mi vez:—Justamente por eso: porque si el hombre ha de constituir una familia, debe hacerlo, á mi entender, en esa hermosa época de la vida; en esa época en que, desvanecidas ciertas ilusiones, se empieza á poner el sentido de la realidad. Algunos años después, en la madurez, ya habrá exceso de cálculo, de reflexión, de engañoso positivismo.

—Y ¿V. ve un mal en eso?—preguntó nuestro diputado.—Querrá V. ir al matrimonio con los ojos vendados.

—No, señor: no quiero ir á ciegas; pero sí llevar conmigo el lote de noble poesía á que la juventud tiene derecho. Ustedes no caerán en esa vulgaridad de suponer que la vida no es más que pura y rastrera prosa. Hay también su parte de poesía, formada por los sentimientos, las pasiones, los entusiasmos; por todos esos santos recuerdos que van ligados á las alegrías y á las fiestas tradicionales de la familia.

—Y vuelvo á lo de antes,—terció mi amigo Norberto.—Te casas á los veinticinco años, te cargas de hijos y te falta el pan: ahí tienes otra de las fiestas de familia que no te faltará.

—Di más bien: nos cargamos de hijos, para que el caso particular tome las proporciones de un problema social. Entonces te contestaré que las razas potentes y fecundas son las que se imponen. Compara la España del siglo XVI, activa, emprendedora, guerrera, sabia, cultísima, que influye en toda Europa, con la España de Carlos II, empobrecida y estéril, sin industria, sin agricultura y sin gente.

—Las razas degeneran, señor D. Augusto. Diversas causas motivaron este descenso; pero nosotros habíamos degenerado, esa es la verdad, y con nosotros la monarquía,—afirmó otro de nuestra mesa, que era ingeniero y hombre de extensos y variados conocimientos.

—Para mí no existe eso de la degeneración de las razas: no hay más que ideas grandes ó ideas mezquinas. Del hombre que se siente con una noble ambición, como de los pueblos que aspiran á algo, siquiera sea á vivir con independencia, se puede esperar alguna cosa. Del que carece de aspiraciones, de entusiasmo, de actividad y de iniciativa, de ese no espere V. nada más que eso: la degeneración.

—Cuando haya V. cumplido cuarenta años opinará V. de distinto modo.

—Bien puede ser; pero abriré la historia de mi país y la de todos los países del mundo, y me enseñará lo mismo que me enseña hoy.

—Las enseñanzas que V. saque de allí habrán cambiado bastante, créalo V.

—Sí, las opiniones de los historiadores variarán: convengo en ello. Pero ¿los hechos? ¿los hechos fundamentales? Lo dudo mucho.

Replicó el ingeniero á lo antedicho con una ingeniosidad que no era gran argumento; y, metidos ya en este terreno, al cuarto de hora de discusión nos hallábamos á veinte kilómetros del tema. Y no apunto más porque, si fuera á recordar una parte mínima de las ideas que allí se cruzaban, no acabaría nunca. A pesar del tiempo gastado con estos compañeros de mesa y de las horas dedicadas al estudio, aun me quedaba vagar para dar una vuelta por la Castellana ó por Recoletos en busca de la casualidad: de la casualidad de ver á la joven de la visita. Había conseguido que hija y madre correspondiesen afectuosamente á mi saludo. En ocasiones observaba que después de saludarme vagaba por los labios de la joven una sonrisa que yo traducía de infinitos modos. ¿Sería de complacencia, de ironía, de burla, de compasión, de afecto? De cualquier manera que la interpretase, era para mí como agudo acicate que espoleaba mis temores ó mis esperanzas.

(Se continuará)

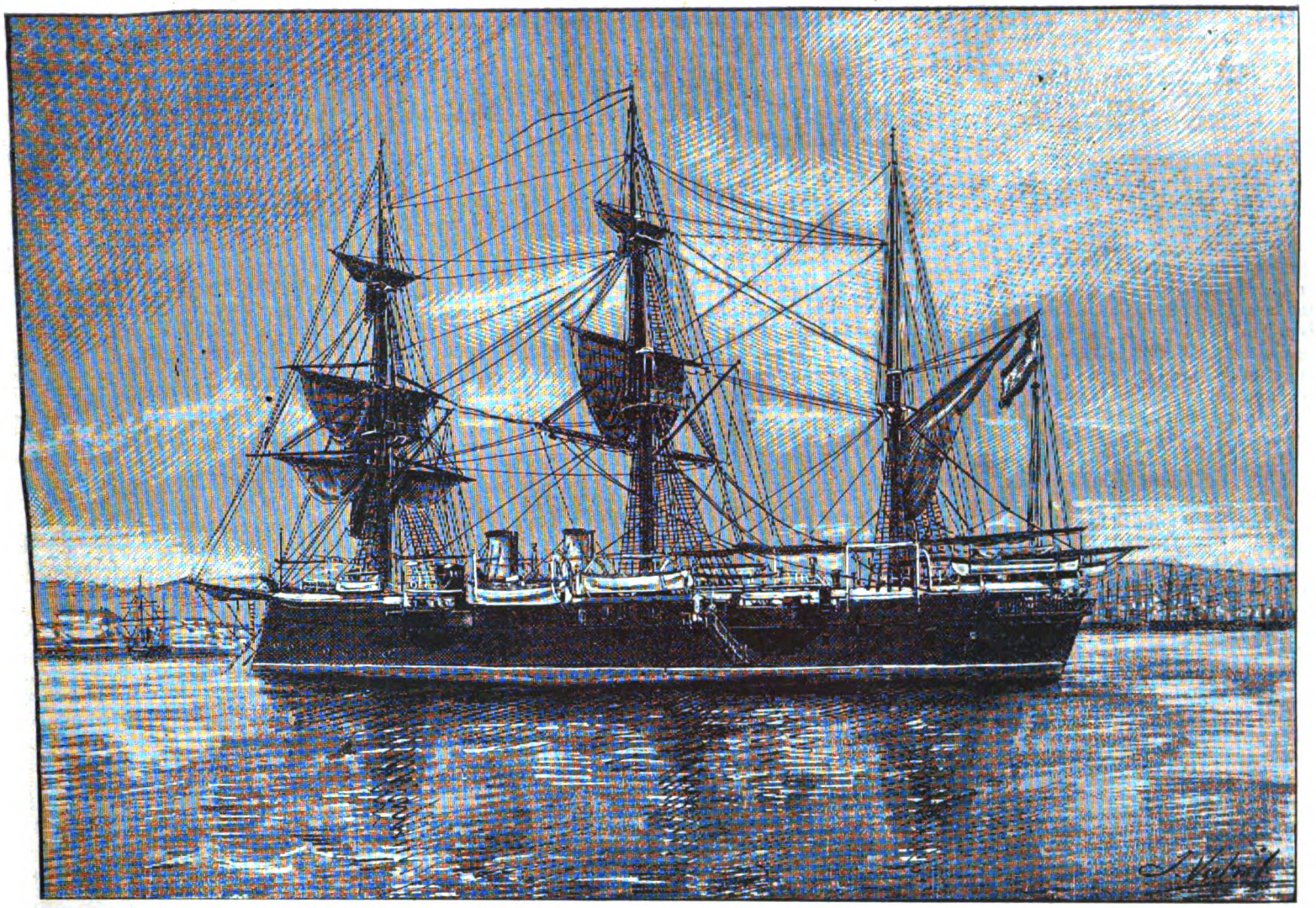
JOSÉ M. MATHEU

MATILDE SERAO, NOVELISTA ITALIANA

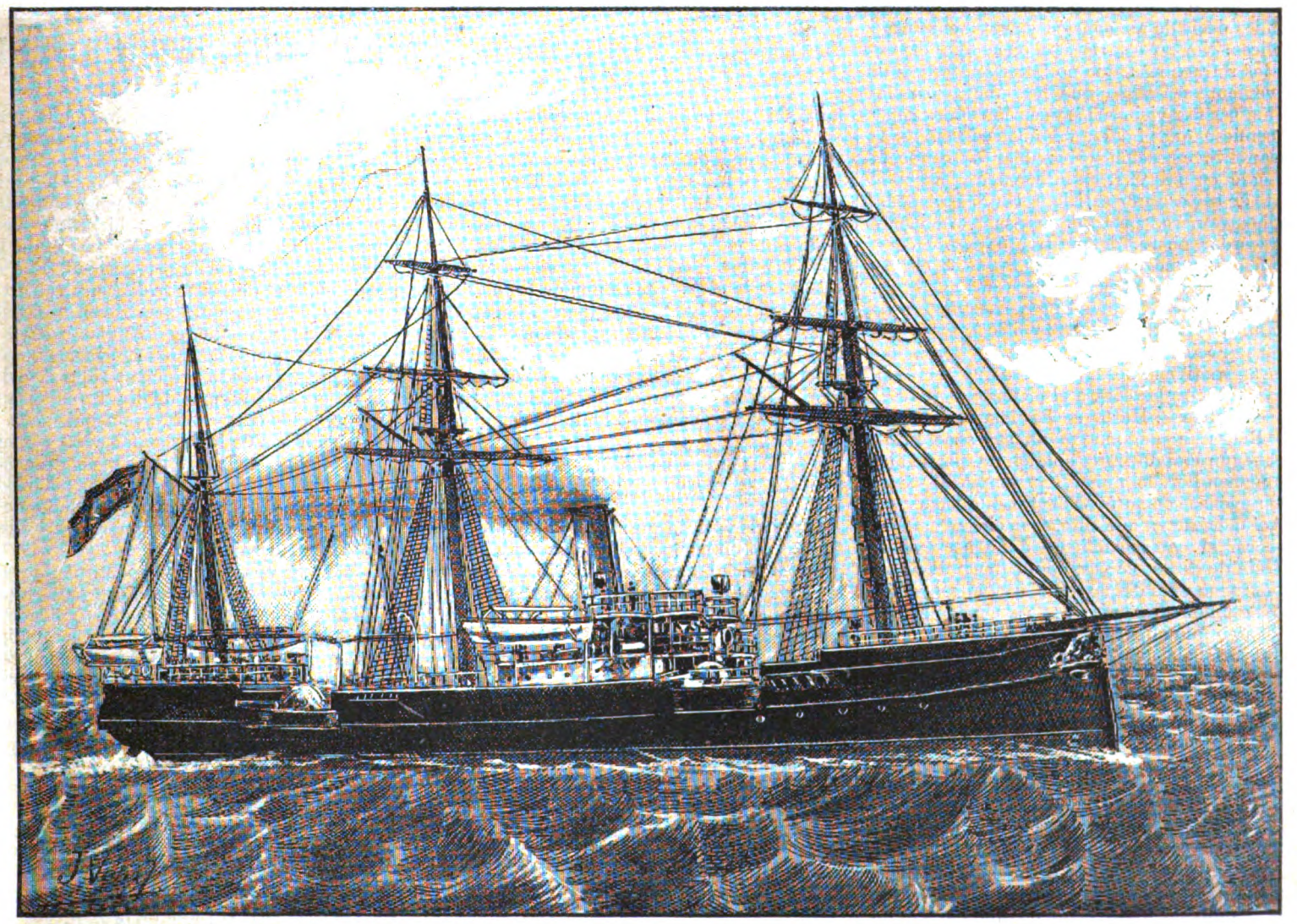
Digitized by Google

RETRATO DE REMBRANDT, PINTADO POR SÍ MISMO

Digitized by Google



CRUCERO CASTILLA (dibujo de J. Vehil)



CRUCERO DON JUAN DE AUSTRIA (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

(CONTINUACIÓN)

Siguió una reacción de alegría sin causa, como síntoma no más halagüeño, pero como bien *positivo actual* muy sabroso. Las alegrías *sin causa* no hay que descontarlas en la vida, porque tienen en sí mismas su razón de ser, que es la causa más constante. Ni los *pesimismos* ni los *ascetismos* deben echar en saco roto estos argumentos de las almas alegres *quand même*. ¡Oh! ¡No hay que llevar demasiada metafísica á las pasajeras ráfagas de buen humor que orean de tarde en tarde la prosa manida de la existencia! Según me hago viejo, me inclino más cada día á un empirismo espiritual, á un *epicurismo* de buenas costumbres, moral y suave... Decía que, pasada la crisis nerviosa, volví aquel día al dominio de mi espíritu, alegre, vibrando, como placa sonora, con todas las impresiones que venían de la luz, del sonido, de los olores, del contacto. ¡Horas memorables éstas de *armonía* interior, en que la presencia de la realidad se convierte en una música y el alma adivina el *timbre* de todas las cosas y escucha las grandiosas sinfonías de la naturaleza *latente!*

Para mí, sobre todo en aquella edad, fué siempre el remate obligado de estas excitaciones la necesidad de leer versos buenos en voz alta, á mis solas, en lugar á propósito, y acabar la lectura con ahogos de enternecimiento, con lágrimas en la voz y en los ojos, refiriendo el sentido íntimo, esencial, de lo leído á un sentimiento de caridad, de un orden ó de otro, pero de caridad vivísima, inefable. No recomiendo el procedimiento á los pedagogos; no pido que á los niños de las escuelas ó de los institutos provinciales se les enternezca artificialmente hasta el punto que me enternecía yo, por medio de la lectura de los grandes poetas, hasta conseguir fabricar una buena porción de sentimientos humanitarios que sumados aseguren al Estado grandes dosis de abnegación y sentimentalismo públicos. No, no estaría eso bien. Sin contar con los refractarios, que no faltarían, tal vez ni conveniente sea acaso que los muchachos lleguen á ser tan visionarios y sentimentales como yo confieso que fuí en mi adolescencia (más adelante tuve ocasión de cambiar de conducta y llegué en mi viril endurecimiento hasta el punto de ser escritor satírico). Un ilustre pedagogo extranjero, coetáneo, cuyo nombre siento no recordar ahora, demuestra, ó poco menos, que los niños no deben llorar, pese á ciertas preocupaciones contrarias. Pues que no lloren. Sobre todo, si se ha de mirar la cuestión desde el punto de vista puramente fisiológico (y así parece que debe ser), por mí que no lloren, que no sean sentimentales. No quiero que se me culpe de conspirador contra el mejoramiento de la especie humana. Harto se ha insultado al pobre Rousseau con motivo de sus *sensiblerías*, que, según la autorizada opinión de personajes que no han llorado nunca, corrompió á varias generaciones con su falso sentimentalismo.

Así debe ser en adelante, es decir, no se debe provocar el enternecimiento á no ser cuando se trate de causa mayor, de un duelo legítimo y que tenga algo de parecido con el *zollverein*, ó sea la unión aduanera, esto es, cuando se trate de algo que importe á la mitad más uno, ó sea la mayoría absoluta, de los ciudadanos. Todo lo demás es subjetivismo, afeminamiento, impresionabilidad excesiva y otra porción de sustantivos más ó menos clásicos.

Pero cuando yo tenía diez y siete años no veía las cosas como ahora; así es que aquella tarde, para saciar el ansia poética que siguió á mis ataques de nervios, busqué un autor de los que más me conmovieran, de los que mejor me hablasen de las cosas de más adentro. Llegué á mi cuarto. Sobre la mesa de noche se destacó, como imponiéndose á mi atención y á mi voluntad, el volumen lindo, pequeño, que parecía un extracto de ideas y emociones, el libro familiar de aquella temporada: *Leopardi*. No dudé. La acción siguió al impulso: tomé el libro. Como con una presa, huí á lo más escondido de la huerta, á una gruta artificial, fresca, nemorosa hecha por nosotros mismos con laurel en un socavón de una muralla antigua. ¿Por qué más que nunca entonces necesitaba mi alma al poeta triste? ¿No estaba yo alegre, no creía firmemente en tales instantes en las armonías del mundo? Por lo mismo, por la comezón irresistible del contraste, por la curiosidad peligrosa de ponerme á prueba, quería leer aquello. Además, disparatadamente, como si el libro no fuera cosa muerta, constante por su misma inercia en el dolor de que hablaba, yo iba á leer con la esperanza absurda... de *influir* en Leopardi aquella tarde en vez de dejarme entristecer por él. ¡Era tanta mi alegría íntima, tan sólidos creía yo los cimientos de mi dulce optimismo!—A ver quién vence á quién: á ver si él me comunica, como siempre, su congoja, ó si yo infiltro en estas hojas frías el espíritu de amor y fe que me inunda. «Consolemos al triste.» Del absurdo nunca pudo salir nada bueno.—Por casualidad, lo primero con que tropezaron mis ojos fué con *El sábado de la aldea*, que es uno de los más sublimes cantos á la esperanza, pero á la esperanza sola, que ha inspirado á ser humano la decepción eterna. Aquella impresión agridulce aun no enfrió mi celo de catequista. En seguida llegué, á saltos, á la famosa poesía en que Leopardi habla del *renacimiento* de la ilusión...

Mecco ritorna à vivere
la piaggia, il bosco, il monte
parla à mio cuore il fonte
mecco favella il mar...

Olvidado yo de lo que sabía que venía después, medio creí un momento en el *milagro*. Mi alegría, mi fe, mi amor, se comunicaban al poeta muerto... me seguía, él amaba también y comprendía la belleza y bondad del mundo. ¡Momento solemne aquel! ¿Por qué he olvidado yo tantas escenas culminantes de mi vida: mi primera declaración de amor, mi primera comunión y otras cosas por el estilo, que tanto debían importarme, y tengo grabadas en el cerebro, como presentes, estas nimiedades de que hoy hablo, y otras así? ¡Ay! Porque ya más que un hombre soy una entelequia de la facultad de filosofía y letras.

El poeta decía en seguida ¡claro!

Ma dei miei vaghi inmagini
so ben ch'ella discorda;
so che natura e sorda,
che miserer non sa.

Como si en el cielo azul y sonriente, allá hacia la parte del Este, donde se aglomeraban las nubes, como recogidas, hubiera una cortina negra envuelta en sus pliegues, y de repente esta sombra, esta oscuridad, se corriera con chirridos de metal por todo el firmamento; así quedé, frío, á oscuras, lejos de la luz de mi alegría, del *sólido* fundamento de mi fe racional que hacía un minuto me animaba á *convertir* el libro á mis ilusiones.

Aviso á la juventud incauta. (Este aviso es de una pedagogía absolutamente *correcta*, no encierra ningún elemento malsano de sentimentalismo, y puede verse, en otra forma, en varios autores.) Aviso á la juventud incauta. No se debe luchar, á cierta edad, con los grandes hombres que hablan en los libros. Siempre vencen ellos. El joven que piensa haber sacudido las riendas de la autoridad, el *magister dixit*, se rinde sin saberlo al primer maestro que él á ciegas, por capricho, escoge por tirano. La fuerza de la autoridad, que es mucho más poderosa de lo que muchos creen ahora, se venga de los que irracionalmente se burlan de ella, imponiéndose á esos mismos en la más divertida y caprichosa variedad de formas. Cuenta *otro* pedagogo que á los niños de muy pocos años se les puede imponer la voluntad ajena con afirmaciones rotundas, enérgicas, de que los mismos niños desean lo que se pretende que hagan. El infante toma por voluntad propia la sugerida de esta suerte. Pues bien: á los jóvenes se les hace tomar por *dictado* de la *razón* lo que es *dictado* de la opinión de un hombre que tiene á sus ojos mucha autoridad. Los cambios de la opinión (aparente) de muchos jóvenes, librepensadores y todo, se deben á imposiciones de este género, tanto más fuertes y peligrosas cuanto que no son reconocidas. Tal vez parte, no digo más que parte, de la causa por que Hegel influyó tanto en el pensamiento moderno, consiste en esto.

CLARÍN

(Se continuará)

AMY LEVY, POETISA INGLESA

UNA INDUSTRIA ALEMANA EN EL SIGLO XVIII

Si la Alemania moderna, dominada y regida por el militarismo y atenta sólo á su engrandecimiento por medio de la fuerza de las armas, puede ser considerada como la Alemania del hierro; la del pasado siglo, menos belicosa, pero no cuidando menos de su bienestar material, buscó en el cultivo de la más fragil de las industrias la base de su prosperidad. Fué el pasado siglo el de las porcelanas; y tal grado de perfección y magnificencia alcanzaron los productos cerámicos de las manufacturas de Meissen, que, conforme su exportación constituyó en aquella época la principal riqueza del país, el poseer hoy alguno de los raros ejemplares que se conservan constituye asimismo la ambición suprema de los más afamados y competentes coleccionistas, los cuales no desdeñan de colocar en sus vitrinas, junto á las modernas maravillas de Sevres, las preciosidades de Bœttger y de Kœndeller, y cuantas acrediten su autenticidad sajona.

Más que una industria constituía la cerámica un arte, que era practicado con todos los refinamientos de la ciencia y cuantos cuidados eran necesarios para obrar verdaderos prodigios, y así se explica la preferencia que los reyes y príncipes teutones dedicaban para conseguir el desenvolvimiento y la perfección de una industria que consideraban eminentemente nacional. Tal se desprende de una carta escrita por Federico *el Grande* á su madre acompañándole un vaso de porcelana, la cual entre otros párrafos contenía el que trascribimos:

«Bien sabéis que no soy rico, como tampoco lo es la materia que ha servido para modelar el vaso que os envío. Por ser producto de nuestra industria nacional espero, sin embargo, que lo aceptaréis cual si fuese de oro. Somos pobres, mi querida madre, y el oro es para nosotros una ilusión. Sólo nos resta y nos da autoridad

Digitized by Google

el honor: ¡una capa dorada y brillante como la que embellece nuestras porcelanas!»

La porcelana era, pues, la única fuente de riqueza, la pasión dominante de la Alemania del siglo XVIII. Cada monarquía la protegía, sin embargo, á su manera; pues en tanto los reyes y príncipes de Sajonia sostenían á sus expensas las principales manufacturas, los Hohenzollerns, fieles á la tradición de su raza, formaban magníficas colecciones por medio del derecho de conquista, colecciones que no tenían grande empeño en conservar si así convenía á sus ambiciones y miras particulares.

Como aserto del anterior supuesto, en el Museo Johanneum de Dresde se conservan todavía diez y ocho vasos de porcelana de la China, de fondo blanco con dibujos azules, cuya colección es conocida por la de *los vasos de los Dragones*, nombre que deben á un pacto tan curioso como original, convenido entre Federico Guillermo I de Prusia y el elector de Sajonia Augusto II, rey de Colonia.

En una amistosa entrevista celebrada por los dos soberanos, después de asegurarse de la lealtad de sus mutuos y buenos deseos y de los votos que hacían para la felicidad y engrandecimiento de sus respectivos estados, Federico Guillermo mostró á su real aliado una magnífica colección de vasos de la China que acababa de adquirir. El rey sargento, ceramista tan entusiasta como falto de medios para satisfacer sus artísticas ambiciones, sintióse desde luego inclinado á adquirir una colección igual; mas el estado de penuria de su erario, llamándole á la realidad le hizo abandonar súbitamente su pretensión, la cual adivinada por Federico Guillermo, le propuso un medio para satisfacerla, tan ingenioso como tentador: tal fué el de ceder al rey de Prusia su mejor regimiento de dragones en cambio de la codiciada colección. Cerrado el trato, los vasos pasaron á las vitrinas que guardaban las colecciones del rey sajón, incorporándose al propio tiempo en el ejército de Guillermo los dragones cedidos por el elector.

En tanto el gran Federico ocupó la Sajonia, tan de improviso é inesperadamente conquistada, repartió como botín de guerra, entre los generales de su escolta, las maravillosas porcelanas de la real manufactura de Meissen; acto que llenó de indignación á los sajones, que tuvieron que sufrir las consecuencias de la ligereza y falta de premeditación de su monarca.

¡Quién sabe si aun hoy, al recorrer el heredero de la casa de Sajonia los salones del museo *Johanneum*, al fijarse en la famosa colección de *los vasos de los Dragones* no sentirá algún sentimiento de amargo reproche hacia aquel aturdido antepasado suyo, fanático coleccionista que cedió su derecho real á la dinastía alemana en cambio de diez y ocho vasos de la China!

***

A falta de otros títulos de grandeza, es positivo que Alemania le debe á Augusto II el grado de perfección que bajo su reinado consiguió el arte cerámico, para cuyo desenvolvimiento y esplendor no perdonó medio ni sacrificio alguno.

Después de haberse procurado los más hermosos y acabados modelos del Japón y de la China, el rey consagró todas sus preferencias á crear una cerámica exclusivamente nacional. Al efecto confió la dirección de su fábrica al célebre farmacéutico berlinés Federico Bœttger, tan conocido como respetado en el mundo científico á causa de los profundos estudios é investigaciones á que se dedicaba. Un monje griego llamado Lascaris habíale proporcionado una receta asegurándole que su prescripción debidamente combinada le facilitaría un medio para componer oro. Bœttger combinó en vano las materias prescritas: el oro no le resultaba. Sin embargo, en uno de sus repetidos experimentos de alquimia, la casualidad quiso que en el fondo de una de las redomas que le servían para analizar sus experimentos descubriese un día un medio para componer sus famosas porcelanas. Conocedor de ello Augusto II, instaló al farmacéutico en Meissen (Albertburg), residencia feudal de la dinastía de Wettin, debiéndose á su iniciativa y desprendimiento la fundación de una manufactura que ha sobrevivido á su época consiguiendo universal celebridad.

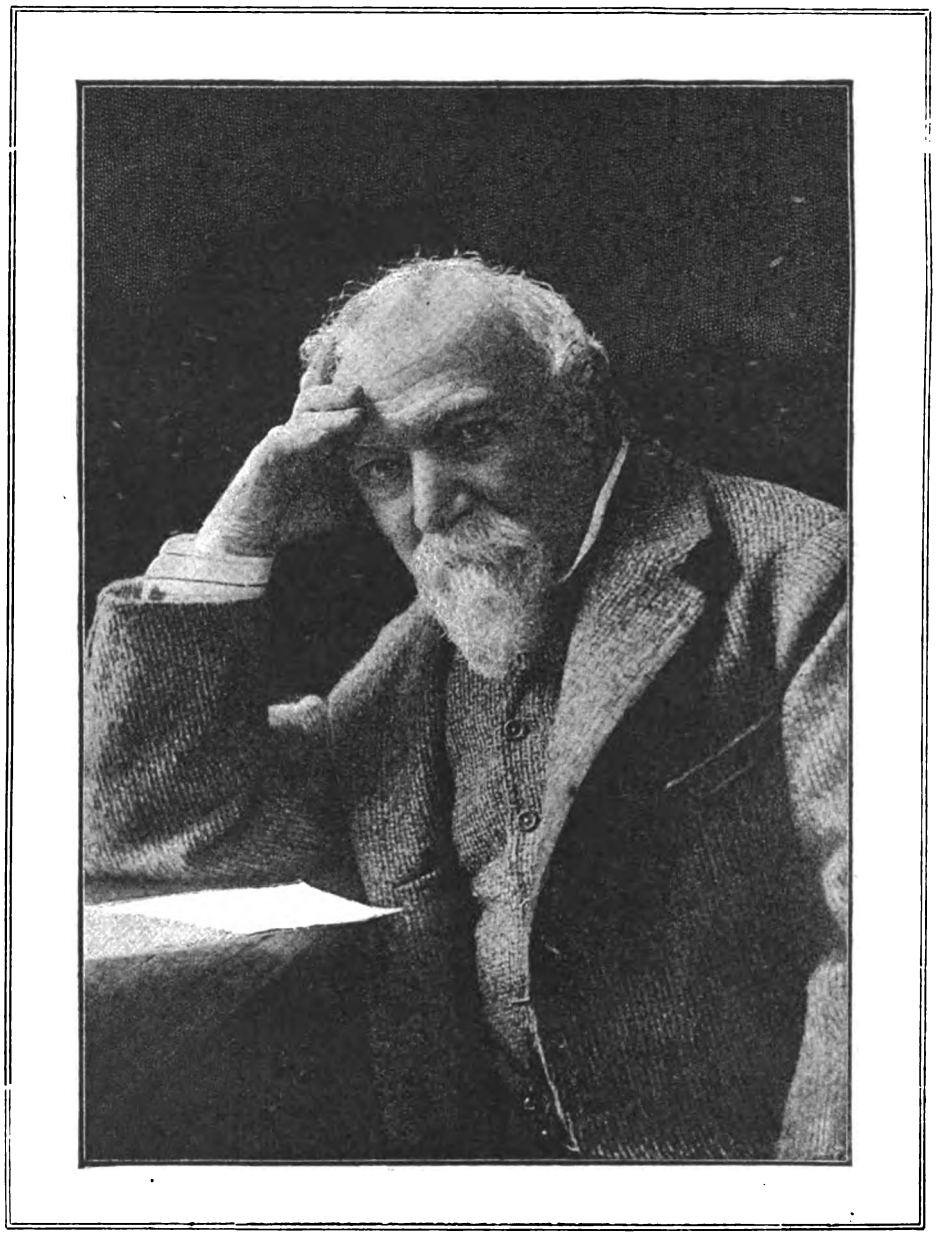
Sin embargo, ser un ceramista asombroso no le evitó á Bœttger ser un detestable administrador de los intereses que se le habían confiado. Si es cierto que dejó á sus porcelanas unos rojos, unos jaspeados y unos grises imposibles de imitar, lo es asimismo que dejó la caja del establecimiento de Meissen en un estado de penuria tal que ocasionó serios conflictos á su sucesor Jorge Herold. El primer cuidado de éste fué llamar á su lado á J. J. Kaendler, el cual, con su talento, con sus vastos conocimientos y lo depurado de su gusto artístico, le auxilió cumplidamente para elevar la cerámica al más alto grado de perfección. Kaendler embelleció sus porcelanas con asuntos pastoriles, ciervos, perros, frescos deliciosos, diosas coronadas de rosas, genios con atributos alegóricos, ninfas que ostentan instrumentos músicos: todas las elegancias de Watteau, de Laucret y de Boucher fueron ornamentación de sus divinas cerámicas, las más acabadas y deliciosas de cuantas ornaron las vitrinas de Meissen.

El mérito principal de los artistas sajones consistía en saber trasmitir á sus obras el carácter y sabor de su época, pudiendo considerarse los contados ejemplares que se conservan en algunos palacios y museos, como documentos históricos que atestiguan uno de los períodos más brillantes de la civilización moderna. Frívolo, alegre, superficial y voluble el siglo XVIII, no podía buscar páginas más á propósito para escribir su historia y trasmitir el espíritu de su época que las elegantes manifestaciones de su más característico arte.

Bœttger fundó la real manufactura de Meissen en 1708, muriendo en 1730. Su sucesor, Herold la dirigió durante diez y nueve años, siendo secundado, como dejamos indicado, por el talento prodigioso de Kaendlerd. La decadencia de esta industria alemana empieza con M. de Brüll, acentuándose más todavía con la dirección del conde Marcoloni.

A partir desde el principio del presente siglo, la era de la cerámica sajona termina en absoluto su reinado, en cuya época abandona todos los primores y delicadezas del más depurado arte para adaptar los amaneramientos y mercantilismos de la industria.

De cuantas preciosidades salieron de la célebre fábrica de Meissen, las más buscadas son las que á trasluz dejan ver la cifra en oro de la condesa de Cassel, favorita de Augusto II, á la cual dedicaba este monarca los más acabados trabajos de su real manufactura. Como son muy raros los ejemplares que se conservan, las imitaciones sorprenden con frecuencia la buena fe de los coleccionistas, cuya afición se hermana raras veces con la debida competencia. La fábrica de Meissen no estaba exenta de rivales, pues Nymphenburg, Ludwigsburg, Wallendorf, Fulda, Cassel, Ansbalb, Gotha, Berlín, y

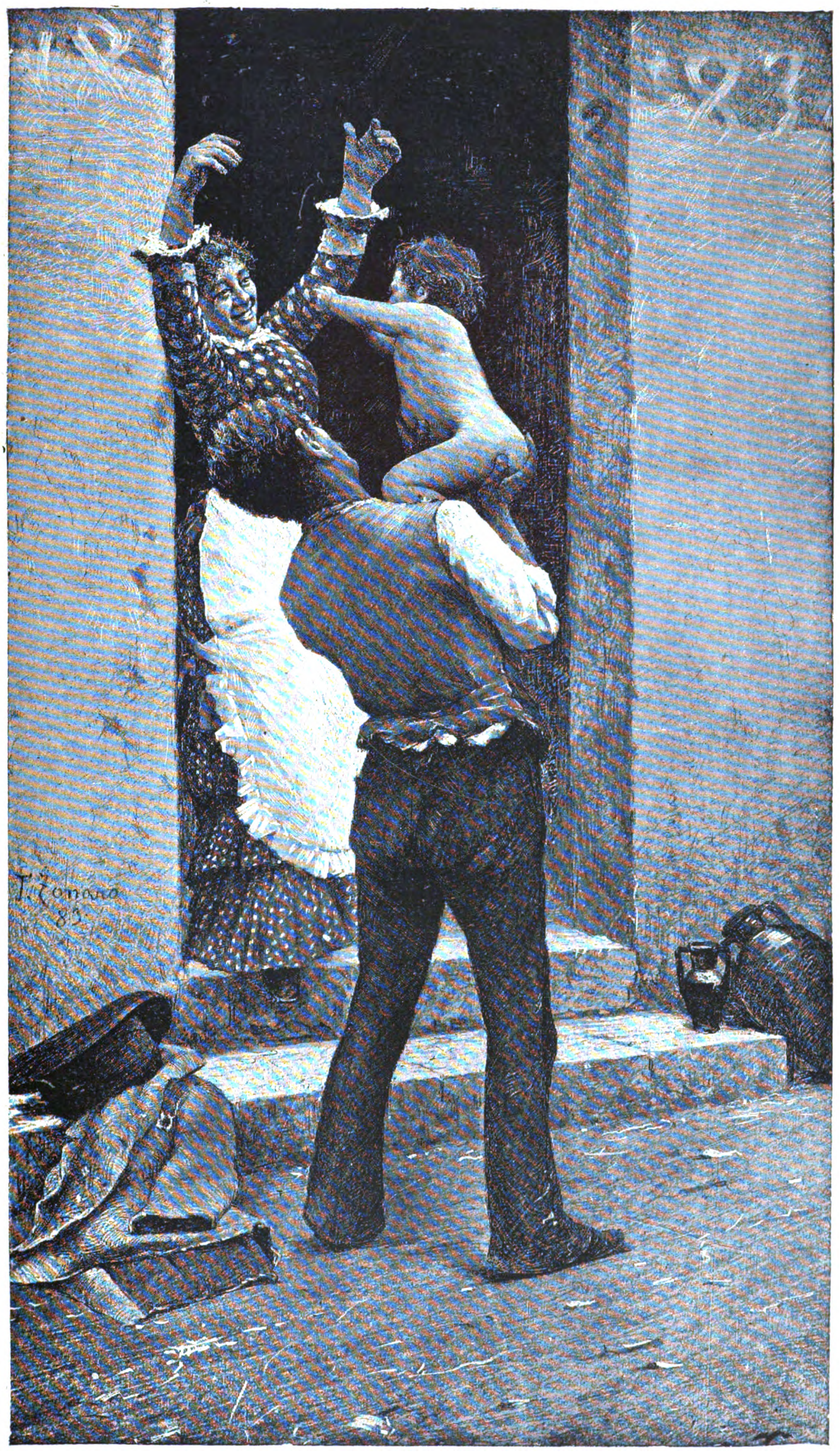


ROBERTO BROWING, POETA INGLÉS

Digitized by Google

LA DOTE DE RITA (cuadro de V. Caprile)

Digitized by Google

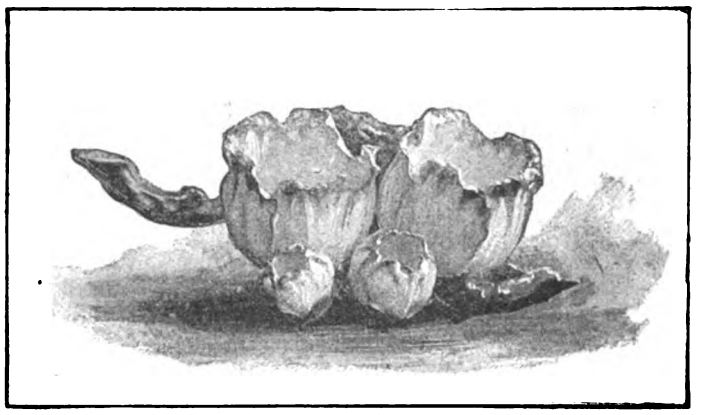


EL PRIMOGÉNITO (cuadro de Fausto Zonaro)

Digitized by Google

sobre todo Hœchst, bajo el electorado de Mayence, compitieron y aun la aventajaron en la perfección de sus productos.

Las colecciones más selectas y completas que debidas á Bœttger, Kaendler y Melcher, se conservan, las guardan los palacios de Dresde, de Gotha y de Charlottenburg, habiéndoles cabido desastrosa suerte á las que poseen los dos últimos, hasta el extremo de hallarse en la actualidad completamente mermadas. Cuando la reina Victoria fué á visitar á Ernesto II para celebrar el tratado de paz ajustado entre Alemania y Francfort, tan atolondrados anduvieron en sus agasajos á la reina de la Gran Bretaña los reales moradores del castillo de Gotha, que la mayor parte de jarrones, jofainas, objetos de tocador y vajilla de Sajonia destinados al uso de la reina fueron rotos por el descuido de los criados encargados del cuidado de tan primorosos objetos, ocurriendo lo propio en Charlottenburg cuando en la primavera de 1888 la mencionada soberana visitó á su hija la emperatriz Federica; de suerte que si las visitas de la soberana del Reino Unido menudeasen en la corte de Berlín, á juzgar por lo perniciosa que su presencia ha resultado siempre para las porcelanas, dentro de algunos años las colecciones de cerámica se compondrían sólo de objetos desportillados si, á falta de otros de más legítima procedencia, los soberanos teutones se decidiesen á conservarlos comorecuerdo de la industria que más abolengo y renombre conquistó á la Alemania del pasado siglo.



TAZA EN FORMA DE TULIPANES

ANTONIA OPISSO

A TUS OJOS

Tienes, hermosa niña,
en tu semblante
unos ojos azules
puros y grandes...
puros y grandes
como los de las vírgenes
de los altares.

Cuando tus ojos bellos,
niña, en mí clavas,
explicarme no puedo
lo que me pasa...
lo que me pasa
al contemplar lo dulce
de tu mirada.

Puso Dios en tus ojos
dulces reflejos
de ese azul que purísimo
hay en el cielo...
hay en el cielo
en las tardes que brilla
puro y sereno.

Las dichas de este mundo,
que á otros halagan,
yo las desprecio todas
por tu mirada...
por tu mirada,
dulce como el recuerdo
de la esperanza.

Si alguna vez mi vista
te causa enojos,
aunque tú me desprecias
yo te perdono...
yo te perdono
con tal de que en mí claves
tus lindos ojos.

EDMUNDO DE C. BONET

CONOCETE A TI MISMO

I

Es fama que en el frontispicio del tan celebrado templo de Delfos, la ciudad sagrada de los griegos, se ostentaba, por vía de consejo á todas las gentes, la máxima que sirve de epígrafe á estas líneas y que se atribuye al gran maestro de la filosofía helénica, al inmortal Sócrates, con harta razón considerado como uno de los *santos de la humanidad*.

Por más que tan sabio y prudente consejo constituya el verdadero y más sólido fundamento del amor de sí mismo, tan arraigado en lo más íntimo de nuestra naturaleza, en las entrañas de nuestro ser, es lo cierto que, no obstante el tiempo trascurrido desde que nos lo dieran, no hacen los hombres mucho caso de él, siendo lo corriente que se consagren á adquirir conocimiento de todo menos de sí mismos. Aunque parezca paradoja, lo que más cerca tenemos es lo que más desconocemos. Diríase que sienten las gentes como temor y pavura de echar una mirada escrutadora por el pequeño mundo *(microcosmos)* que cada cual lleva consigo, y acaso por eso mismo hay muchos que ponen empeño en *desconocerse*. Pero, dejando para más adelante desentrañar el sentido de esta última afirmación, la que ahora nos importa dejar hecha es la de la supina ignorancia en que la inmensa mayoría de las personas vive respecto de lo que somos todas y cada una es física y moralmente.

Sin duda por juzgar semejante conocimiento de poca ó ninguna monta, nos pasamos la vida sin tomarnos la molestia de fijarnos en los fenómenos que la hacen tan accidentada ni las causas que á cada paso la perturban y á menudo nos la arrebatan. Y, por lo mismo también, sufrimos con ejemplar mansedumbre que en las escuelas instruyan á nuestros hijos en todo menos en lo que tanto y tan de cerca les interesa. Debe ser más trascendental para ellos y su descendencia estar al dedillo del número y nombre de las constelaciones y las estrellas que matizan la bóveda celeste, de los miles de años que cuenta tal ó cual objeto tenido con más ó menos razón é ingenuidad como fósil, de las clases de animales antediluvianos que han desaparecido, de las clasificaciones zoológicas y las irregularidades de los verbos, de los movimientos moleculares en el reino mineral, de las patas que tienen los insectos, y de otras curiosidades de este jaez, que enseñarles á conocerse, á saber lo que es el espíritu y el cuerpo y la relación en que viven, á enterarse de la manera cómo funcionan nuestras energías orgánicas y anímicas, y de las causas que alteran la normalidad de ese funcionamiento, en la que consiste la salud corpórea y moral del hombre, es decir, su dicha y su bienestar.

Y no obstante semejante preterición, el *nosce te ipsum* (conócete á ti mismo) es de trascendental importancia para los hombres por las muchas y vitales aplicaciones que de él necesitan hacer todos. Considerado, con razón, como la base de toda cultura científica, hemos menester del conocimiento que supone (el de las ciencias antropológicas) para regir bien la vida en la rica y compleja variedad de sus manifestaciones, y, en lo tanto, para regular nuestra educación y la de nuestros semejantes.

¿Qué conocimiento puede aventajar en valor positivo al que nos facilita, como lo hace el que se recomienda en la máxima socrática, la consecución de esos tan interesantes fines?

II

Por falta del conocimiento á que hemos aludido más arriba, se cometen diariamente pecados contra la higiene, que al cabo purgamos á costa de la salud y aun de la vida; que no se vulneran impunemente las leyes que rigen nuestra naturaleza. Bastaría muchas veces tener alguna idea de lo que es nuestro cuerpo, y cómo y en qué condiciones funciona, para evitar esas infracciones que tan caras nos cuestan.

A la falta de semejante conocimiento, y á los pecados contra la higiene que de ella se originan, deben multitud de individuos el cortejo de dolencias á que se refiere el eminente filósofo inglés Herbert Spencer en este pasaje: «Tal vez no haya persona que no confiese, si la interrogáis, que en el curso de su vida no haya contraído enfermedades de que le hubiera preservado la más simple noción de fisiología. En unas es una enfermedad del corazón, consecuencia de una fiebre reumática adquirida por la indolencia en no elegir una habitación convenientemente orientada; en otras, la vista perdida para toda la vida por el exceso del estudio. Ayer era cuestión de una persona cuya persistente claudicación proviene de que, á despecho del dolor, ha continuado sirviéndose de una rodilla ligeramente herida; hoy se nos habla de otra que ha tenido que guardar cama durante años por ignorar que las palpitaciones que sufría eran uno de los efectos de la fatiga de su cerebro. Ya es una lesión incurable que proviene de algún rudo movimiento de fuerza; ya una constitución que nunca se ha visto libre de un trabajo excesivo, contrahecha sin necesidad. Durante estos tiempos vemos por todas partes las perpetuas indisposiciones que acompañan á la debilidad.»

Y debe tenerse en cuenta que semejantes dolencias no sólo acusan perturbaciones más ó menos profundas en la salud del cuerpo, sino además laxitudes, melancolías, pérdidas de tiempo y de dinero; y al impedirnos el cumplimiento de nuestros deberes, paralizan nuestros negocios, producen en los pacientes una irritabilidad fatal para la buena educación de sus hijos y hacen de la práctica de las funciones del ciudadano una imposibilidad y del placer una fatiga.

Conociendo lo que es nuestro cuerpo, sabremos, por ejemplo, la necesidad que tiene de ejercicio, y como éste, en debidas condiciones realizado, fortalece los músculos, activa todas las funciones vitales del organismo, mejora la calidad de la sangre, facilita la digestión, y, como consecuencia de todo ello, abre el apetito. Por el contrario, la falta de ese ejercicio (cuya expresión más acabada se condensa en lo que se llama *vida sedentaria*, á la que tanto apego tienen las mujeres), engendra la obesidad lo mismo que la demacración, cierta pereza del aparato digestivo y la consiguiente inapetencia, languidez en todas las funciones, congestiones del hígado y una gran debilidad en el organismo entero; á todo lo cual sigue con frecuencia este otro cortejo de enfermedades: anemia, linfatismo, tisis é hipocondría, que, aunque originada en el cuerpo, es dolencia del alma.

Advirtamos que un excesivo ejercicio corporal agota las fuerzas orgánicas y atrofia los músculos (y esta atrofia trae aparejadas fatales consecuencias, sobre todo cuando adquiere el

Digitized by Google

carácter de progresiva), lo que es á su vez manantial abundoso de afecciones más ó menos graves, como por ejemplo corvaturas, roturas de músculos y huesos, hernias, aneurismas y otras enfermedades así del corazón como de los pulmones.

Bastan estas ligeras indicaciones para que se comprenda lo mucho que á todos interesa tener algún conocimiento de lo que es su cuerpo, y cómo y en qué condiciones desempeña las funciones mediante las cuales realiza su vida. Sin semejante conocimiento, que puede resumirse en ciertas nociones de fisiología, no se explican ni pueden aplicarse la gimnasia y la higiene, que entrañan lo fundamental de la educación física, cuya práctica á todos obliga, personalmente primero y después por el deber en que estamos (muy particularmente las mujeres) de dirigir la educación de la familia, en especial de los niños. Hé aquí un nuevo punto de vista desde el que hay que considerar la importancia de la máxima socrática: *conócete á ti mismo*. Conociendo nuestra naturaleza conoceremos la de los seres cuya educación debamos dirigir, y podremos cooperar á realizarla en mejores condiciones y con más garantía de buen éxito.

Y ya que este punto tocamos, no estará de más que señalemos el hecho de que el exceso en el trabajo intelectual, á que tan inconsiderada y ciegamente obligan los padres á sus hijos y los maestros á sus discípulos, por pueril vanidad y con rigurosa violencia á menudo, al agotar prematuramente las fuerzas de la inteligencia que perturba hasta el punto de producir la locura, es también causa de enfermedades del cuerpo (aparte de otras del alma) no menos graves que las mencionadas antes, como por ejemplo miopia, escoliosis, neurosis, anemia y escrofulismo, meningitis, tuberculosis, desarreglos de las funciones digestivas, etc., que, por ser más frecuentes entre los alumnos, reciben el calificativo de *escolares* y son el tormento de los padres y la preocupación de los pedagogos é higienistas, que con tanto afán é intención tan gallarda y meritoria estudian hoy las consecuencias de lo que en lengua extranjera se denomina *surmenage* (exceso ó recargo de trabajo intelectual).

Si se conocieran, además de la manera de ser y de funcionar propias del espíritu y el cuerpo, las relaciones que existen entre ambos elementos constitutivos de nuestra naturaleza, la influencia que mutuamente se ejercen uno y otro, se evitarían en muchos casos las enfermedades nombradas, y todos tendríamos un punto de apoyo seguro para regir bien nuestra vida y la de los seres de cuya dirección y crianza estamos encargados. Pues no debe olvidarse que, por virtud del hecho que acabamos de señalar (la acción recíproca entre espíritu y cuerpo), los desarreglos que origina en el cuerpo la falta de atención á sus exigencias repercuten en el espíritu, haciéndose ostensibles por enfermedades cuyos efectos se dejan sentir á su vez en la esfera de lo corpóreo y viceversa, movimiento de acción y reacción, de flujo y reflujo, de que á la postre se hacen solidarias todas las energías de nuestra naturaleza psicofísica y trasciende á la vida toda del hombre.

Para dirigir esas energías, al intento de satisfacer en las debidas condiciones las exigencias individuales y sociales de la vida, precisa conocerlas y saber, por ejemplo, que no ejercitándolas se atrofian y que sometiéndolas á un trabajo excesivo se agotan; que la repetición de unos mismos movimientos y actos crea el hábito consiguiente, el cual facilita y perfecciona la ejecución de los actos y movimientos á que se refiere, ahorrándonos trabajo y el respectivo gasto de fuerza y de la sustancia que la produce. Es menester estar informados, además, de lo que son los instintos y del papel que desempeñan, de cómo se crean y reforman los hábitos, y de la influencia que en nuestra manera de ser física, y sobre todo moral, ejercen los hechos debidos á la herencia, hechos que forman parte de nuestro natural y entran, por lo tanto, en la constitución de nuestro carácter, que tanto contribuyen á determinar en colaboración con las energías á que antes hemos aludido. Y precisamos del conocimiento á que nos referimos para saber lo que debemos hacer y evitar, al intento de regular la vida en todas sus esferas y regir bien la educación, que á su vez es rectora de esa misma vida.

Sin entrar en más pormenores (y sobradamente se comprende que apenas hemos desflorado el vasto campo de los hechos que ofrece la observación algo atenta de la naturaleza humana), concluiremos que el conocimiento que concurre á enseñarnos lo que queda insinuado en las precedentes indicaciones, reviste para el hombre capitalísima importancia y no cede á ningún otro en interés, por lo que tiene un alcance que traspasa los límites de toda ponderación el *nosce te ipsum* de la antigüedad.

ANDRÓMACA CAUTIVA (cartones del cuadro de Sir Federico Leigthon)

III

Sin ahondar ni mucho menos en las profundidades de la ciencia, que con tan nobilísimo afán aspira al presente á descorrer el velo que aun cubre el misterio de la vida; ni siquiera descender al estudio, tan bien cultivado y floreciente á la sazón, de los fenómenos á que antes aludimos; todos podemos adquirir un cierto conocimiento de nosotros mismos, con el que nos

Digitized by Google

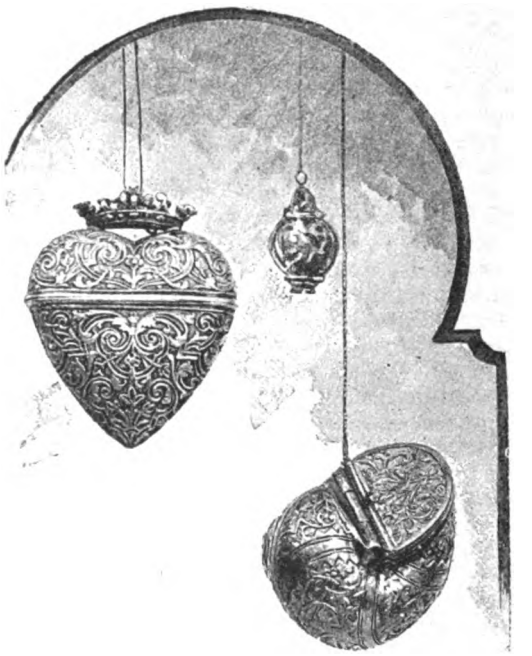
POMOS DE ESENCIAS

PULVERIZADOR (Hispano-mexicano, siglo XVII)

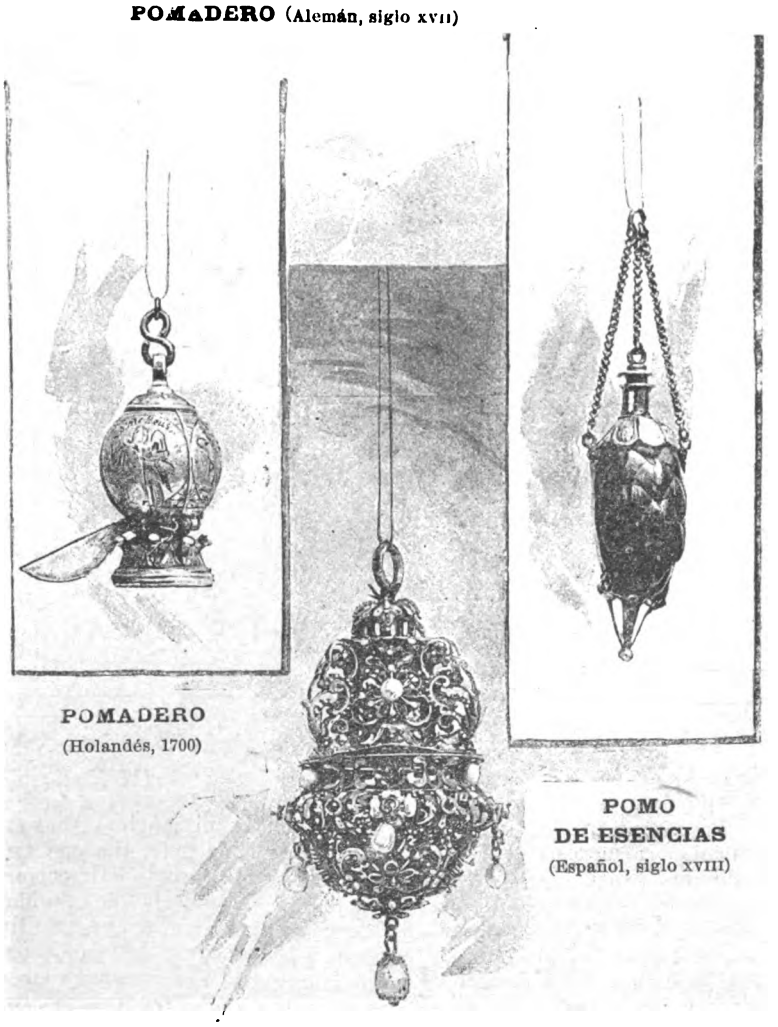
POMO DE ÁGATA (Francés, siglo XVIII)

PEBETERO DE PLATA (Francés, siglo XVIII)

POMADERO (Alemán, siglo XVII)



PEBETEROS (Alemán, siglo XVIII)



POMADERO DE ORO (Italiano, siglo XVI

PEBETERO DE TALLA (Alemán, siglo XVIII)

Digitized by Google

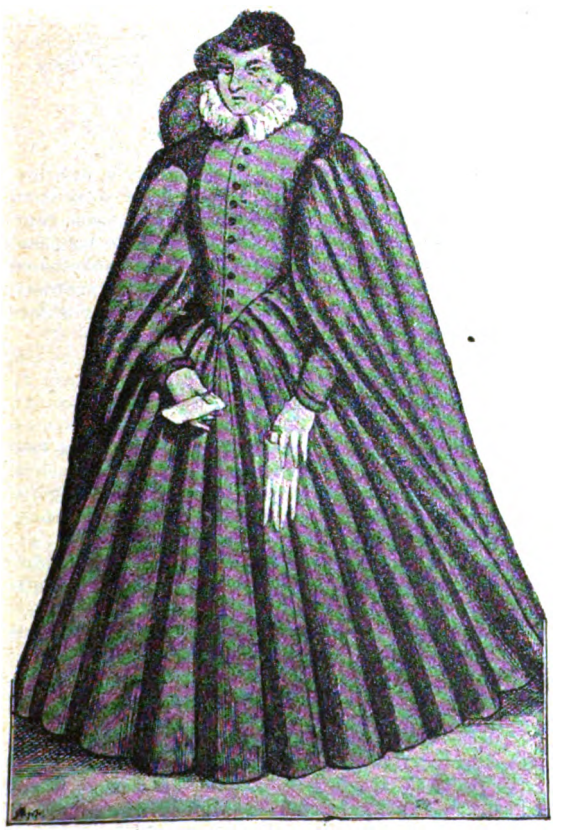
MANTOS

CATALINA DE VENDOME

DAMA CON MANTO CARMESÍ
(1811)

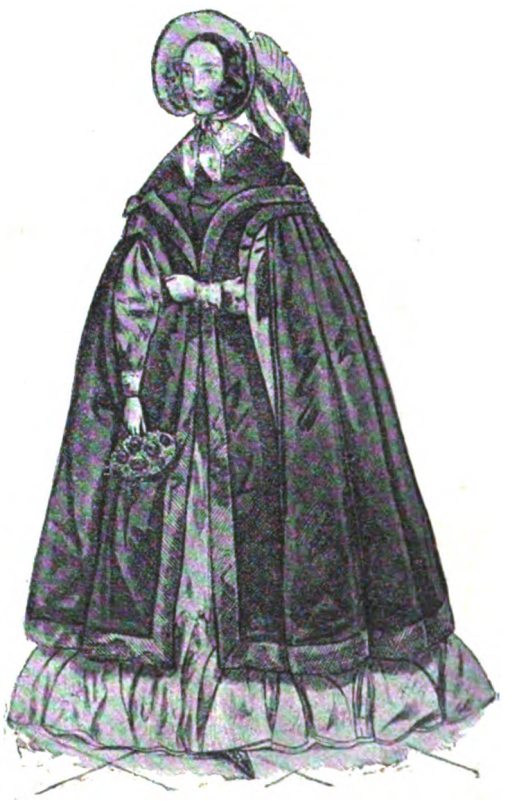
DAMAS ANGLO-SAJONAS

MANTO DEL SIGLO XVIII



CATALINA DE MÉDICIS

FREDEGUNDA, ESPOSA DE CHILPERICO I



1839

Digitized by Google

será dado satisfacer, en parte al menos, la recomendación que se nos hace en la máxima socrática.

No es menester, ciertamente, engolfarse en los estudios antropológicos (antropología vale tanto como el conocimiento del hombre, de su naturaleza psicofísica, en el sentido que aquí la tomamos) para saber cada cual, si no lo que *es* en esencia, lo que *vale* y *puede*, material y moralmente hablando. Basta para ello con que nos observemos un poco, y, sin dejarnos llevar de ningún género de presunción, nos juzguemos con ánimo sereno é imparcial, de modo que no pueda aplicársenos el antiguo proverbio según el que «vemos la paja en el ojo ajeno y no la viga en el nuestro.»

Declara este aforismo de la sabiduría popular el pertinaz empeño con que los hombres procuran no ver sus faltas, *desconocerse*, ora por natural apasionamiento, bien por estudiado disimulo. Lo que no dice es que, cualquiera que sea la causa de ese desconocimiento, nos acarrea muchos y no pequeños males en la práctica de la vida. A que nos libremos de ellos se endereza el consejo que nos ha dado la filosofía antigua en el lema que ostentaba en su frontispicio el famoso templo de Delfos.

Con el *conócete á ti mismo* se nos recomienda alguna más benevolencia de la que comunmente ejercitamos al juzgar al prójimo, con el que solemos ser implacables al reprocharle faltas de que los mismos que las censuran no se hallan exentos; y si lo están, llevan consigo otras de igual ó mayor cuantía que no ven por no conocerse, ó que por ser propias estiman inferiores á las de los demás y siempre más excusables y de poco bulto, lo que en el fondo implica también desconocimiento de sí mismo.

Conociendo nuestros defectos nos miraremos mucho antes de convertirnos en pregoneros de los ajenos, con lo que la murmuración y la maledicencia no campearán por esos mundos de Dios tan arrogantes y tan á sus anchas y desenfrenadamente como las vemos ostentarse por todas partes; que harto dice á todos la experiencia personal que el reconocimiento de las faltas propias cohibe con su pesadumbre al espíritu y amordaza la boca cuando se trata de recriminar á otros lo mismo ó algo análogo de lo que á nosotros nos reprocha la conciencia. Si á pesar de esto, y por irresistible impulso de congénito y no bien repenado egoísmo, incurrimos en semejante mal proceder, el remordimiento se encarga de volver por los fueros de la justicia, atormentándonos y advirtiéndonos de la inmoralidad de nuestra acción y de la necesidad que tenemos de mirar á nuestro tejado antes de tirar piedras al ajeno; de conocernos para poder juzgarnos, como es obligado, antes de juzgar á los demás.

A las luchas internas que esto origina, y que se traducen para el alma en las borrascas que acumulan sobre ella los aquilones del remordimiento, hay que añadir males exteriores que se manifiestan en el decurso de la vida por tirantez en nuestras relaciones sociales, pérdida de nuestra estima para los demás, y otras dificultades de más ó menos monta cuya enumeración omitimos porque harto se ocurrirán á quien estas notas leyere.

Lo que sí debemos hacer constar ahora es que, con la máxima que sirve de tema al presente trabajo, nos recomienda la antigüedad, por boca de su gran filósofo Sócrates, algo más de lo insinuado en los párrafos precedentes y que, como esto, tiende á darnos una sabia y prudente regla de conducta, que de seguirla ahorrará á los hombres no pocos descalabros de los muchos que por no conocerse tienen que resignarse á sufrir á cada paso en la práctica de los negocios ordinarios.

Por no conocer sus fuerzas, sus aptitudes, sus condiciones de carácter, se consagran muchas personas á fines para los que evidentemente no tienen vocación ó no sirven, se dedican á trabajos para los que nada les abona, y adoptan, en fin, resoluciones ajenas, cuando no opuestas, á su manera de ser y que al cabo no pueden realizar, ó si lo hacen es de un modo detestable. De aquí los desengaños, las decepciones, los fracasos ruidosos con que muchas gentes se encuentran sorprendidas, y que han podido evitar estudiándose, procurando poner en práctica el *Nosce te ipsum*, observándose con alguna atención y sin prejuicio alguno, y reflexionando luego sobre los datos que esa observación les suministre y que debieran estimar como necesarios é insustituibles para resolver el problema de su vida.

Damos en ésta, con harta frecuencia, pasos de que después nos arrepentimos contristados (á menudo cuando ya no hay remedio), y que no habríamos dado, de seguro, si hubiéramos tenido la previsión de enterarnos antes de si contábamos con la fuerza ó las condiciones requeridas para el caso. Por no hacer lo debido, por menospreciar lo que más nos interesa, y por mirar á todo menos á lo que más cerca tenemos (nosotros mismos), solemos proceder hasta en lo que más trascendencia tiene para nuestra felicidad (que tan anhelosamente buscamos) como menguados aventureros; y las aventuras cuestan caras aun en lo que más baladí y trivial parece.

Si la experiencia es, como á todas horas se repite, madre de la ciencia, el saber es guía de la vida, la que nada nos enseñará á conducir mejor que el conocimiento de lo que ella misma es y, como base de esto, el de lo que somos nosotros, de las energías y aptitudes con que cada cual cuenta para realizarla y para aprestarse á afrontar la lucha por la existencia en que desde el alborear de ésta nos hallamos todos empeñados; lucha en la que seremos tanto más fuertes y batallaremos con tantos más bríos y tantas más probabilidades de éxito cuanto mejor conozcamos el temple de las armas de que disponemos y, en lo tanto, cuanto más hayamos procurado poner en práctica la máxima socrática: *Conócete á ti mismo*.

P. DE ALCÁNTARA GARCÍA

EN UN ÁLBUM

Un escultor notable quiso un día
retratar á un filósofo su amigo:
hendió el barro, copiando del modelo,
y surgió el parecido.
Un entusiasta que del busto viera
el notable trabajo,
así dijo: —¡Qué hermosa es la figura!
¡Si parece mover pupila y párpados!
¡Qué blandura en las carnes! ¡Si hasta creo
que el pecho se levanta!
¡Si parece un mortal!—Oyendo esto
el filósofo clama:
—Cierta es la semejanza: sobre todo
la exactitud reparo
en que es de barro el busto, y los mortales
somos también de barro.

RAMON A. URBANO

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE ITALIANO

CAPRILE, ZONARO, MORADEI

El primogénito, de Zonaro, es un lindo cuadrito realista que expresa tan bien las alegrías de la paternidad y la maternidad como pudiera hacerlo la mejor alegoría clásica, sólo que esa escena es verdadera y la clásica sería falsa.

Caprile ha hecho también *realismo* en su *Dote de Rita*. No se trata de ninguna perfumada bucólica, sino de una sucia y mal oliente mocetona que da de comer á sus cabras, encerradas en un mal establo con toda la prosa y mercantilismo del mundo. De seguro piensa cuánta agua podrá mezclar á la leche que saque de sus bestias.

La madeja se enreda, ó, si se quiere, *Una historia vieja que siempre es nueva*. Bueno: ya sabemos.

MATILDE SERAO.—AMY LEVY.—ROBERTO BROWING

Matilde Serao es una joven noveladora naturalista italiana, que tiene algo de Tolstoi, aunque muy pesimista y poco resignada. Comenzó por ser maestra y después telegrafista, colocaciones de que ha conservado muy malos recuerdos; y por fin se metió á *reportera* parlamentaria. Parece que no cuida mucho del estilo, pero en cambio se distingue por sus finos análisis psicológicos, su ironía acerada y sus brillantes descripciones.

Amy Levy era una simpática poetisa inglesa, de origen judío, no ha mucho fallecida. Su poema *Xántipa* (la mujer de Sócrates) es muy notable por la amargura que revela. Publicó además algunos tomitos de poesías y dos novelas, todo muy melancólico, pero lleno de vida y fuertemente condensado.

Finalmente, Mr. Roberto Browing es un poeta que se ha dedicado á cantar tipos de mujer, esto es, lo que llamamos un poeta de álbum.

REMBRANDT

Rembrandt es el más preciado timbre de la Holanda, y aun no falta quien lo proclame, como Paul Delaroche, el primer pintor del mundo.

Nació este grande hombre cerca de Leyden, en un molino á orillas del Rhin (1606 ó 1608). Fué toda su vida un ignorante en letras, y puede decirse que no tuvo maestro de pintura, pues se disgustaba al punto de todos cuantos querían enseñársela. Y se comprende: Rembrandt rompió con todas las tradiciones estéticas que imperaban en su tiempo y tomó á la realidad por musa. «Haciendo de la realidad una especie de visión sobrenatural,—dice Viardot,—encontró en la enérgica reproducción de las formas, de los tonos y de los planes una nueva poesía con un nuevo arte; encontró la profundidad de pensamiento en la feliz combinación del sabio contraste de las luces y de las sombras; y, por fin, cambiando de ideal, encontró lo bello verdadero en lo simplemente verdadero. Rembrandt ha probado, por ejemplo, y bien victoriosamente, que un efecto, digámoslo mejor, un acento de luz ó de sombra, puede ser más expresivo que esas contracciones de facciones y de gestos que sirven de ordinario para expresar el dolor y pretender hacerlo experimentar.» La luz, efectivamente, es el supremo mérito de Rembrandt, por lo cual Fromentin le llamaba un *luminista*. ¿Quién no conoce por el grabado, la fotografía ó los cromos la *Ronda de noche*, la *Lección de anatomía*, los *Síndicos del gremio de mercaderes de paños de Amsterdam* y sus retratos al agua fuerte?

El retrato que damos hoy, pintado por el mismo Rembrandt, figura en el Museo Pitti de Florencia.

MARINA DE GUERRA ESPAÑOLA

LOS CRUCEROS CASTILLA Y D. JUAN DE AUSTRIA

Esos dos magníficos buques hacen el mayor honor á los arsenales españoles en que han sido construidos, pues al par que reunen las mejores condiciones marineras, están dotados con todos los perfeccionamientos más modernos introducidos en las naves de guerra. El *Castilla* hace tiempo navega ya, y en breve también saldrá á la mar el *D. Juan de Austria*.

TAZA EN FORMA DE TULIPANES

No está muy lejos aún el tiempo en que el principal papel decorativo desempeñado por las flores consistía en un racimo de ellas, de cera, colocado bajo la campana de un *florero*. Las cosas han variado modernamente por completo, y el uso decorativo de las flores es inmenso, aplicándose á los más múltiples ramos de las industrias artísticas. Damos hoy un ejemplo tomado de la cerámica: una taza formada por tulipanes.

CARTONES DE ANDRÓMACA CAUTIVA

De Sir J. Leigthon

Veintiocho años tardó el ilustre presidente de la Real Academia de Londres en pintar su *Andrómaca cautiva*, expuesta en la última Exposición Universal de París. Representa á la inconsolable viuda de Hector, prisionera de Pirro, después de la caída de Troya, yendo por agua «á la clara fuente Hipérica,» quehacer entonces el más bajo entre los más bajos oficios, y recordando llena de dolor los días de su felicidad.

Todo es poco para alabar cual se merece esa admirable composición.

POMOS DE ESENCIAS

Como las flores de que se extraen, gozan los perfumes de universal favor, viéndose ya hacer uso de ellos en las más remotas edades, especialmente en las ceremonias religiosas, desde donde pasaron á las moradas de los reyes. Sabido es el gran consumo que de perfumes hacían las damas egipcias.

Digitized by Google

De los egipcios cundió la moda á los judíos, y de éstos á los asirios, griegos, romanos y árabes, hasta las naciones de la moderna Europa.

Los griegos atribuían á los perfumes un origen divino, por manera que no podían concebir una divinidad que no oliese á ambrosía.

En el Museo South Kemington se conservan varios antiguos pomos de esencias romanas de cristal oscuro, los unos y los otros de color blanquecino, ornamentados con varios dibujos de objetos empleados en los baños. Desde Roma, después de la invasión de los bárbaros, trasladóse á Bizancio el foco de todas las elegancias; pero indudablemente á los árabes se deben los más importantes descubrimientos perfumísticos. Así, nuestro Avicena (siglo x) inventó el arte de extraer los principios aromáticos ó medicinales de las plantas por destilación. Cuando Saladino entró en Jerusalén en 1187, el suelo y las paredes de las mezquitas de Omar fueron lavados con agua de rosas.

En la India, paraíso de las flores, se hace un consumo enorme de perfumes, y lo mismo en la China.

Los druidas conocían y estimaban las plantas aromáticas indígenas, y sabido es que las druidesas se adornaban con coronas de verbena y eran grandes boticarias.

Durante un largo período no se hizo uso de perfumería en Europa á no ser en los templos y palacios; pero al llegar la época de las Cruzadas introdújose esta moda, que obtuvo la más vehemente acogida, ejerciendo Venecia el monopolio de su importación.

En el siglo XVI gozó de gran favor una pomada que se hacía en Sevilla con flores de azahar, clavos y ciertas especias, siendo muy de notar los caprichosos envases en que se contenía.

El empleo de los perfumes trajo consigo el de los pebeteros y botes, de los cuales damos hoy varias reproducciones.

LOS MANTOS

Desde los primeros tiempos ha sido el manto usual distintivo de la categoría social del portador. Por nuestros grabados de hoy puede venirse en conocimiento de las trasformaciones por que ha pasado hasta nuestros tiempos en que, como si estuviese agotada toda invención, se vuelve á las modas históricas, más ó menos adulteradas en consonancia con lo que exigen nuestros tiempos.

Las damas anglosajonas del siglo X, olvidando las modas de Dinamarca, usaron un traje inspirado evidentemente en el de las romanas, mientras que las normandas se honraban con seguir la *fashion* de las sarracenas y bizantinas, cuya influencia se dejaba sentir principalmente en todo el mediodía de Europa.

El retrato de Fredegunda (la terrible enemiga de nuestra pobre Brunequilda) puede servir como modelo de una elegante de á comienzos del siglo VI. Lleva un manto (verde) de corte griego.

Durante la edad media los mantos formaban parte oficial de las insignias de las órdenes militares, y las damas los llevaban semejantes para indicar su posición en la sociedad.

En Francia, durante los siglos X y XI, los mantos de armiño eran privilegio exclusivo de reinas, princesas y damas nobles, indicando su categoría. En el siglo XII se puso de moda la *capa* (*chape*), corta y sujeta por un broche incrustado de pedrería. Con todo, otras damas usaban una graciosa *cámide* sujeta al hombro. En el siglo XIII introdújose la novedad de llevar bordado en el manto el blasón de la familia. El color preferido solía ser el verde.

En el siglo XIV usóse en Francia un manto especial llamado *corset fendu*, compuesto de dos piezas: una corta por delante y otra larga por detrás, sujeta al hombro y dejando los brazos perfectamente libres. Este manto estaba forrado de armiño. En la segunda mitad de dicha centuria usáronse mantos como el que se ve en nuestro grabado de *Catalina de Vendôme*, de terciopelo rojo, sujetos á un corpiño de cuello bajo, de pieles.

Catalina de Médicis introdujo en Francia las modas italianas, revolucionando por completo las antiguas usanzas. Los cuellos, en vez de rebajados, adquirieron una altura desmesurada. Esta moda fué aceptada con entusiasmo en Inglaterra durante el reinado de Isabel.

Poco antes de estallar la Revolución Francesa dieron las damas en la flor de vestirse de una manera hombruna, esperando la hora de volver á los trajes griegos y romanos, tan en predicamento durante el primer Imperio. En 1811 vemos los mantos á *la Cardenal*. Durante la Restauración predominan unos mantos muy graciosos, de ancho cuello, muy pintorescos. Nada más feo, después, que los mantos ó abrigos que se llevaron durante la época de Luis Felipe. En nuestros días la más trascendental innovación es debida á Sarah Bernardht, cuyo manto de *Fedora* abrió una nueva era.

ANTIGUA IGLESIA DE LONDRES: SAN ANDRÉS

San Andrés es una iglesia del 1520, notable por su capacidad y por la tranquilidad de sus líneas. Hállase en el centro de la City.

BUENA DISPOSICION

Por lo higiénico, dispongo
no falte en mi tocador
el *jabón restaurador*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Victor Vaissier, Paris.

ANTIGUA IGLESIA DE LONDRES: SAN ANDRÉS

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Se me olvidaba decir que la torre era cuadrada, y que en cada ángulo había una gran piedra de distinta forma que la de los peldaños para unir éstos. Ahora bien: yo había llegado á uno de estos escalones cuando, al alargar la mano como siempre, sólo encontré el vacío: era porque la construcción se había suspendido allí. Entonces pensé que enviarme á mí á franquear aquella escalera en la oscuridad, no conociendo el sitio, equivalía á enviarme á una muerte segura, y, aunque gracias al relámpago y á mis precauciones estaba en salvo, sólo al pensar en el peligro que acababa de correr y en la inmensa altura desde la cual hubiera caído, mi frente se bañó en sudor y erizóseme el cabello.

Pero ya sabía á qué atenerme y comencé á bajar poseído de cólera. A la mitad del camino el viento comenzó á soplar con tal fuerza que la torre pareció oscilar en su base; después comenzó á caer un torrente de lluvia, y en el mismo instante dirigí una mirada hacia la cocina. La puerta, que yo había cerrado cuando salí, estaba ahora abierta de par en par, y al débil resplandor de la luz parecióme ver la figura de un hombre en actitud de escuchar. Casi en el mismo momento el fulgor de un relámpago seguido de un trueno me permitió reconocer á mi tío, que parecía estar en acecho.

Difícil habría sido adivinar si Ebenezer tomó el ruido del trueno por el de una caída, ó si creía oir en aquél la voz de Dios denunciando su asesinato. Lo cierto es que, sobrecogido sin duda por un temor supersticioso, refugióse á lo más retirado de la habitación, dejando la puerta abierta. Yo llegué silenciosamente á la cocina y pude observarle de cerca.

Mi tío acababa de abrir una alacena, de la cual sacó una botella de aguardiente, y sentóse después á la mesa, de espaldas hacia mí. De vez en cuando sobrecogíale algún estremecimiento, y entonces, llevándose la botella á la boca, bebía muy buena parte del contenido.

Sin poder reprimir mi impaciencia, acerquéme á mi tío, y, poniendo ambas manos sobre sus hombros, exclamé:

—¡Ya estoy aquí!

Ebenezer dejó escapar un grito ahogado, alzó los brazos y cayó en tierra como un hombre muerto. No dejó de extrañarme esto mucho; pero debía cuidar de mí ante todo, y no vacilé en dejarle como estaba. La alacena había quedado abierta, y yo quería buscar algún arma antes de que mi tío volviera en sí y pudiese hacerme daño. En la alacena vi algunas botellas, al parecer de medicinas, varias cuentas y otros papeles que de buena gana habría examinado; pero temí que me faltara tiempo.

Después pasé á los cajones arrimados á la pared. El primero estaba lleno de comestibles, en el segundo encontré varios sacos de dinero y papeles, y en el tercero hallé, entre algunas prendas de ropa, un puñal algo tomado de orín, sin vaina. Cogí el arma, guardéla en un bolsillo y acerquéme de nuevo á Ebenezer.

Estaba como le había dejado, con una rodilla doblada y un brazo extendido. Su rostro tenía un color azulado, y hubiérase dicho que ya no respiraba. Entonces, temiendo que estuviera muerto, le rocié con agua la cara. Esto pareció volverle en sí, pues vile mover la boca y las cejas, después abrió los ojos, y, al verme, su mirada expresó un terror que nada tenía de humano.

—Vamos, vamos,—le dije;—poneos en pie.

—¿Estás vivo?—preguntó, dejando escapar un sollozo.—¿Estás vivo de veras?

—Sí, señor,—contesté,—y no gracias á vos.

—¡Dame el frasco azul que está en la alacena!—murmuró.—¡Dame el frasco azul!

Digitized by Google

Corrí á buscar el objeto, que era una botellita de algún medicamento, según deduje por el rótulo, y administré algunas gotas á mi tío.

—Padezco una enfermedad,—dijo Ebenezer recobrándose;—una enfermedad de corazón, David.

Le senté en una silla, mirándole silenciosamente. A decir verdad, inspiróme alguna compasión; mas por otra parte estaba justamente irritado, y enumeré los puntos sobre los cuales le exigía inmediata explicación. Necesitaba saber por qué mentía á cada palabra, por qué temía que yo me marchase, y por qué le disgustaba que yo creyera que él y mi padre eran gemelos. Preguntéle por qué me daba un dinero á que yo no tenía derecho, y por último por qué me había expuesto á una muerte segura. Escuchóme silencioso, y después me rogó con voz débil que le permitiera acostarse.

—Yo te lo contaré todo mañana,—me dijo,—tan seguro como que me he de morir.

Y como le veía tan débil, no pude oponerme; pero le encerré en su cuarto y guardéme la llave en el bolsillo. Después volví á la cocina, y, arreglando mi ropa sobre los cajones, no tardé en conciliar el sueño.

Traducción de

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

ASMA Y CATARRO

Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC

Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.

Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma: J. ESPIC.*

Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris

y en principales Farmacias de ESPAÑA: **2 fr. la Caja.**

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmetico *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,

En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias.

CAPSULAS EUPEPTICAS

DE

MORRHUOL

PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL **Dr. PIZÁ** Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona. y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Píldoras Catárticas

DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

LA MEJOR

Medicina de Familia.

El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADAS POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

Maison **De VERTUS Sœurs**

CORSETS BREVETÉS

PARIS 12, Rue Auber

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL

en 2 dias ó instantánea

para los **CABELLOS** y la **BARBA**

AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.

LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.

Por Mayor: PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.

En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 30 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

AU

BON MARCHÉ

NOVEDADES

CASA ARISTIDE BOUCICAUT

PARÍS Almacenes de Novedades, que reunen en todos sus articulos el surtido **PARÍS** más completo, más rico y más elegante.

Tenemos el honor de informar á las señoras, que nuestro Catálogo de Novedades de la Estación acaba de publicarse, y que es remitido **franco** á cuantas personas nos lo piden.

En razón al desarrollo constante de nuestros negocios, nuestros surtidos son muy considerables, y podemos afirmar que ofrecemos ventajas indiscutibles, tanto desde el punto de vista de la calidad, como de la baratura de todas nuestras mercancías.

Independientemente de nuestro Catálogo de Estación, que contiene una mención de nuestras principales novedades, tenemos á la disposición de las señoras:

Muestras variadas de todos nuestros tejidos en *Sederías, Lanas, Paños, Telas nuevas, Tejidos estampados, Encajes, Cintas, Alfombras* y *Telas para revestir muebles.*

Igualmente tenemos albums, descripciones y reproducciones de todos nuestros modelos de *Confecciones, Vestidos para señoras y niñas, Trajes para caballeros y jovencitos, Modas y sombreros, Corsés, Enaguas, Faldas, Peinadores, Equipos de novia y canastillas, Ropa blanca, Géneros de punto, Camisería, Pañuelos, Paraguas y sombrillas, Guantes, Corbatas, Plumas y flores, Calzado para caballeros, señoras y niños, Ropas de cama, Colchas, Artículos de viaje, Artículos de Paris, Tapicería, Muebles,* etc.

Todos los pedidos que alcancen á un valor de 25 francos, son expedidos contra reembolso, *francos de porto*, hasta la frontera francesa. Los pedidos de un valor de 25 francos en adelante, enteramente pagados por adelantado, y que puedan ser enviados por el servicio de *paquetes postales*, son expedidos *francos de porte* hasta su destino á todas las localidades á que alcance dicho servicio, en un paquete postal por cada 25 francos. Los paquetes postales no pueden pesar más de 3 kilogramos, ni exceder de una dimensión de 60 centímetros, y un volumen de 20 decímetros cúbicos. — Los derechos de Aduanas son á cargo de nuestros clientes.

Diríjanse las cartas « **AU BON MARCHE** », Maison ARISTIDE BOUCICAUT, PARÍS. — Dirección telegráfica, « **Maison BOUCICAUT. París** ».

La casa del BON MARCHÉ no tiene sucursal ni representante en Francia ni en el Extranjero, y ruega á sus clientes que desconfien de los comerciantes que se sirven de su titulo para establecer una confusión. El principio invariable de la casa del BON MARCHÉ es venderlo todo con corto beneficio, y enteramente de confianza. Este principio, que ha sido siempre lealmente aplicado, le ha valido un éxito no interrumpido, y sin precedente.

La casa del BON MARCHÉ ha obtenido en la Exposicion Universal de 1889,

DOS GRANDES PREMIOS, TRES MEDALLAS DE ORO, TRES MEDALLAS DE PLATA

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

de VIVAS PÉREZ

Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.

Precios: Caja grande, **3'50** ptas. Pequeña, **2** ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGIA

R. MOLINAS. Cortes, 365 á 371

HIERRO QUESADA

Del **análisis** resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de **BRAVAIS** y que todos los demás, é inofensivo. Cura la **anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.**—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.

EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS

de España y América del Sur

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 3 de mayo de 1890 | Núm. 383

PRIMAVERA

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Carta problema* (continuación), por José M. Matheu.—*Noticia científica. Los trabajos internacionales del Mapa Celeste*, por Eduardo Estévez.—«*Dies illa*» (poesía), por Alfredo Opisso.—*La loca*, por R. Hernández y Bermúdez.—*A una hermosa* (poesía), por Camilo Pou.—*Cogida infraganti*, por Antonio Fernández Navarro.—*Tras la colgadura* (poesía), por Inocencio de Oña.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Primavera.—Crepúsculo.—Murcia: La Glorieta.—Salamanca: Puente romano sobre el Tormes.—*Veracruz:* El faro de Benito Juarez. La catedral.—Juana de Arco.—Amelia Opie.—*El arte italiano:* «Refugium peccatorum». Un inventario. Enamorados.—Puente de Staverton.—Londres: Iglesia de Allhallows Barking.—Palacio de los reyes de Bohemia, en Praga.

MADRID

La primavera madrileña.—Las cabalgatas.—Fuerza y dinero

MADRID, el prosaico Madrid de las oficinas y de las tiendas, el de los alrededores tristes y el de los campos pobres, tiene también su primavera, que así como, según dicen las gentes, no hay quince años feos, no hay nada que no adquiera tinte poético ante el influjo de la luz espléndida, del sol dorado, del aura embalsamada de los regocijados días de abril.

El madrileño antiguo, el clásico, el que ha salido poco del recinto de la villa ó no ha salido nada, sabe encontrar esos efectos de la primavera en multitud de detalles que pasan generalmente desapercibidos: el grupo de macetas que florece en una azotea vecina, el tinte de color de oro ó de rosa, segun las horas, que adquieren los horizontes que abarca siempre su vista; el pregón del vendedor, el canto del pájaro, tienen para él, en medio de la prosa de sus diarias ocupaciones, sabor de idilio; porque estamos así constituídos, y, por mucho que alardeemos de naturalismo y de indiferencia, no podemos resistir al impulso que nos lleva á revestir de poesía la vulgaridad para hacer más aceptable la vida.

Hay señores mayores que en cuanto llega marzo no dejan de ir un solo día á los alrededores de la iglesia de San Andrés á ver si ha llegado la cigüeña; y cuando la ven aletear en lo alto de la torre ó escuchan el ruido que produce con el pico, su alegría no tiene límites, y les parece que vuelven á ver después de larga ausencia un ser querido.

En las primeras tardes de primavera se forman, en los alrededores del Museo y de San Jerónimo, grupos curiosísimos de veteranos del cuartel de inválidos y de antiguos pensionistas, que se recrean ante las bandadas de golondrinas que llegan á buscar sus antiguos nidos en los aleros de la casa donde se guardan las joyas del arte, ó entre las molduras que imitan el género gótico en las puntiagudas torres del restaurado templo.

No hay estudiante, de los que van á clase y se saben las lecciones, que no tenga en el Retiro su rincón favorito á donde ir por la mañana á respirar aire puro, después de las largas veladas alumbradas por el quinqué alimentado con petróleo en la mesa de estudio.

El camino de la fuente ferruginosa de la Casa de Campo se ve concurrido todas las tardes por multitud de niñas pálidas que van allí en busca de un poco de fuerza para su pobre sangre.

Los pintores de paisajes saben encontrar entre las alamedas de la Moncloa, entre los bosquecillos de la Casa de Campo, y entre los alrededores del zaherido Manzanares, sitios que les dan asunto para preciosos cuadros que reflejan todos los encantos de la Naturaleza. Gomar, Lhardy, Villamil, el venerable Haes, han hecho con los alrededores de la corte lo que Federico Madrazo con las mujeres feas: los han embellecido al copiarlos, sin quitarles el parecido.

Pero hay un sitio donde se notan más que en ninguna parte los efectos de la primavera, y es el Museo de Pinturas. La luz, que entra á torrentes en aquellas salas, anima á los viejos cuadros y parece que da vida á los paisajes y relieve á las figuras.

Hay allí un cuadro de Bassano, *La reconvención de Dios á Adán*, que parece distinto, cuando se le ve una mañana de primavera, que en un día de invierno. Las figuras de este cuadro, Adán que está en actitud suplicante delante del Padre Eterno, Eva que se esconde detrás de unos rosales, tienen, en mi humilde concepto, poco de particular, y perdóneme el bueno de Jacobo de Porte, que tanto enriqueció las colecciones de D.ª Isabel de Farnesio; pero el paisaje que constituye el fondo, los árboles cargados de fruta, la variedad de aves que le pueblan, todo es de una riqueza y de un vigor que anima y encanta.

Hay un retrato de una dama principal, que no saben los inteligentes si es de Sánchez Coello ó de Antonio Moro, que parece triste todo el invierno y se anima cuando llega la primavera. Representa á una mujer como de veintiséis á veintiocho años, con el cabello rubio y rizoso levantado en forma de diadema, y es de una gran delicadeza de facciones, que en estos días parece que se coloran como si bajo aquellas carnes blancas corriese la sangre.

Y no quiero hablar de las glorias de Murillo, de las damas y caballeros de Van-Dyck, de las mujeres de Rubens, de los personajes de Velázquez, tal como resultan vistos á la luz espléndida de estas hermosas mañanas, porque me desviaría mucho de los límites de una crónica; pero es lo cierto que aquellos inmortales lienzos muestran á sus reflejos bellezas que ocultan en otras épocas del año.

Y es lamentable ver la soledad que reina ordinariamente en las salas del Museo. Algún grupo de extranjeros que van, catálogo en mano, pasando rápidamente delante de los cuadros, los aficionados que hacen la milésima copia de la *Concepción* ó del *San Juan* de Murillo, es todo lo que se encuentra allí donde se debía ir casi todos los días, como los devotos van al templo, para admirar algo bello.

Cuando se oye decir á muchos que han vivido durante largo tiempo en Madrid que no han puesto los pies en el Museo, se siente algo como el dolor que causaría á un buen católico oir decir á alguno que no había entrado nunca en una iglesia, y hay, sin embargo, personas que pasan por ilustradas que no conocen el Museo del Prado, ó lo han hecho de pasada cuando han tenido que acompañar á algún forastero: una visita de etiqueta.

Del Museo Arqueológico, uno de los gratos recuerdos que nos dejó la Revolución de Setiembre, no hay que hablar, porque éste es menos conocido; y, sin embargo, tiene cosas muy dignas de aprecio que maravillarían á nuestros inteligentes si las viesen en los museos extranjeros.

* * *

Continúan los preparativos para hacer á mayo no sólo florido y hermoso, como lo es por tradición el mes primaveral por excelencia, sino divertido y alegre como unas castañuelas.

Si se realizan todos los proyectos, San Isidro, al llegar este año, se va á encontrar agradablemente sorprendido, pues en vez de la insulsa romería que Emilia Pardo Bazán describe en su novela *Insolación*, se va á encontrar con más festejos que Santiago en Galicia y la Virgen de los Angeles en Cádiz.

Pero en esto de los festejos debe procederse con mucho cuidado, pues no basta decretarlos, como el buen preboste de *Genoveva de Brabante*, que mandaba divertirse al pueblo á las diez en punto: es preciso que arraiguen en las costumbres y que correspondan al carácter del pueblo para el que se organizan.

La resurrección de las verbenas el pasado verano fué cosa fácil porque esa clase de fiestas están en la índole del pueblo madrileño; pero ¿sucederá lo mismo con la exótica batalla de las flores y con la gira á la Florida, tomada de la costumbre de los artistas que viven y trabajan en Roma?

No me gusta ser pesimista: creo que todo lo que sea adelanto ó mejora debe intentarse; pero me temo mucho que haya quien, al recibir una lluvia de flores, se amostace si cae sobre su cabeza alguna, lanzada con un poco de fuerza, y conteste con un cacharrazo; y no me sorprendería que los que tomen parte de buena fe en la alegre cabalgata, encuentren, al recorrer las calles, silbidos en vez de aplausos.

La batalla de las flores tiene una garantía si se propone iniciarla con decisión Pastor y Landero, el que ha organizado y sostenido en Madrid las Exposiciones de Plantas y Flores, uno de los hombres de más tenacidad y de más constancia que se conocen y entusiasta de las innovaciones que cree útiles y beneficiosas para su país.

La gira, con su desfile, necesita el concurso de la gente que tiene trenes y puede derrochar algún dinero en vistosas vestimentas. Los bailes de trajes que se han dado en Madrid, el de la duquesa de Medinaceli y los de los duques de Fernán Núñez, han sido verdaderamente notables; la gran procesión cívica del Centenario de Calderón resultó muy bien: no es, pues, elementos lo que falta en Madrid, sino estímulos para las iniciativas individuales y una buena dirección. Las cabalgatas son asuntos tomados de la historia, de la leyenda ó de las artes: constituyen una fiesta culta y digna de los pueblos modernos. En Viena y en Bruselas se han hecho algunas verdaderamente notables.

Aquí, con un poco de estímulo, de buena fe y una acertada dirección, se podrían hacer cosas notables.

¡Qué hermosa sería, por ejemplo, una cabalgata que reprodujese los asuntos de los cuadros de Velázquez que se conservan en el Museo!

Dejando aparte los de asuntos religiosos, como *La adoración de los Reyes*, *La coronación de la Virgen* y *San Antonio Abad visitando al primer ermitaño*, podía comenzar por *Los borrachos*, que se presta mucho á componer una carroza en la que al pie de la trepadora vid se apiña el grupo de truhanes, vagos de Triana, gitanos ó piqueros inválidos de algún tercio de Flandes que rinden culto á Baco.

La fragua de Vulcano nos remontaría á los tiempos mitológicos, y la *Rendición de Breda* nos recordaría glorias de la patria.

El cuadro de *Las hilanderas*, ó sea la fábrica de tapices de Santa Isabel de Madrid, podría ser una apoteosis de la industria madrileña que más ha brillado entre cuantas se han cultivado en la coronada villa.

Las Meninas serían un recuerdo de la corte caballeresca de Felipe IV, y caballeros particulares podrían reproducir los retratos ecuestres de Felipe III, de Felipe IV, del conde duque de Olivares, y no faltaría quien se prestase á hacer *El niño de Vallecas* y *El bobo de Coria*.

Pero para organizar una cabalgata de este género se necesita mucho tiempo, mucho reposo y mucho dinero, cosas las tres que ahora nos faltan. Pero, en fin, bueno es empezar á iniciar las ideas para que algún día se desarrollen.

Ahora estamos muy preocupados con lo que los militares dicen en el Congreso y con lo que proyecta el Banco.

El oro parece que se ha ausentado por completo de la circulación, y dicen que se va á aumentar el papel, lo cual alarma á la gente asustadiza y vulgar, que no considera lo mismo á los billetes con los retratos de eminencias financieras ó artísticas que á las peluconas con la vulgar efigie del infeliz Carlos IV.

Estos días se va á tratar de eso en el Congreso: después de las cartas los papeles.

Esto, que iniciado así parece poco importante, es de gran trascendencia, pues representa la fuerza y el dinero.

KASABAL

Digitized by Google

CARTA PROBLEMA

(CONTINUACIÓN)

Ya en la primavera, una noche que asistía con mi amigo Norberto á la representación de un drama italiano en el teatro de la Comedia, vi entrar en un palco principal á la consabida, á Rosarito Baroja, pues ya sabía su nombre. Tal reserva había guardado en este punto que ni aun al amigo me pareció bien señalarle quién fuese la persona que me merecía tantas simpatías.—Se dice el nombre del pecado, pero no el del pecador,—solía yo responderle siempre que se chanceaba de mi formalidad. Aquella noche, sin embargo, por curiosidad, por conocer la impresión de Norberto, quizás por puntillo de enamorado vanidoso, le indiqué el palco y lugar que ella ocupaba.

—Buen gusto tienes,—me dijo después de mirarla dos ó tres veces.—Poca mujer, pero muy *monina*. Bien educadita, de buena familia, con alguna guita, no es de las que se dejan ver mucho por esos mundos de Dios.

—¿Qué particularidad habéis observado en ella? ¿No le habéis puesto mote?

—No: ya te dije que no es de las danzarinas ni de las abonadas á la Castellana. Sólo sé, como cosa rara, que su madre es catalana, su padre aragonés y ella ha nacido en Madrid. ¡Vaya un pisto de sangres! ¿Eh?

Dióme que pensar esta particularidad, y, aunque no sea partidario de Claudio Bernard, me di á explicar la naturaleza compleja de aquella joven por la influencia de estas dos ricas savias que la sustentaban. En último resultado debía haber sido provechoso para el fruto, conformándose esta idea con la que tenía yo formada sobre la mujer modelo, física y moralmente considerada.

¿Conceptuarás también esto como niñerías, amigo Jaime? Por aquellos días me vi precisado á obrar como si lo fuesen, porque pasé muy contadas tardes por la calle de Recoletos. Me hallaba en vísperas de examen, y, ya que te hablo de exámenes y que las malas noticias son las que llegan antes, quiero que en esta ocasión sean las buenas las primeras. Gracias á esta labor asidua del estudio, conseguí las notas brillantes que tanto deseaba mi señor papá. Pero al leer el discurso del grado tendía la vista á mi alrededor con vivísima emoción y echaba de menos la carita agraciadísima de Rosario. Quizás no le hubiera desagradado contemplar este acto solemne y escuchar mi voz serena y clara á pesar de la íntima satisfacción que sentía al recordar el apretado abrazo de mis padres el día de la despedida. Ese abrazo volvería á repetirse el de mi llegada á *Lonclaves* cuando supieran que su hijo había cumplido como bueno. ¡Estas sí que no son niñerías, amigo Jaime!

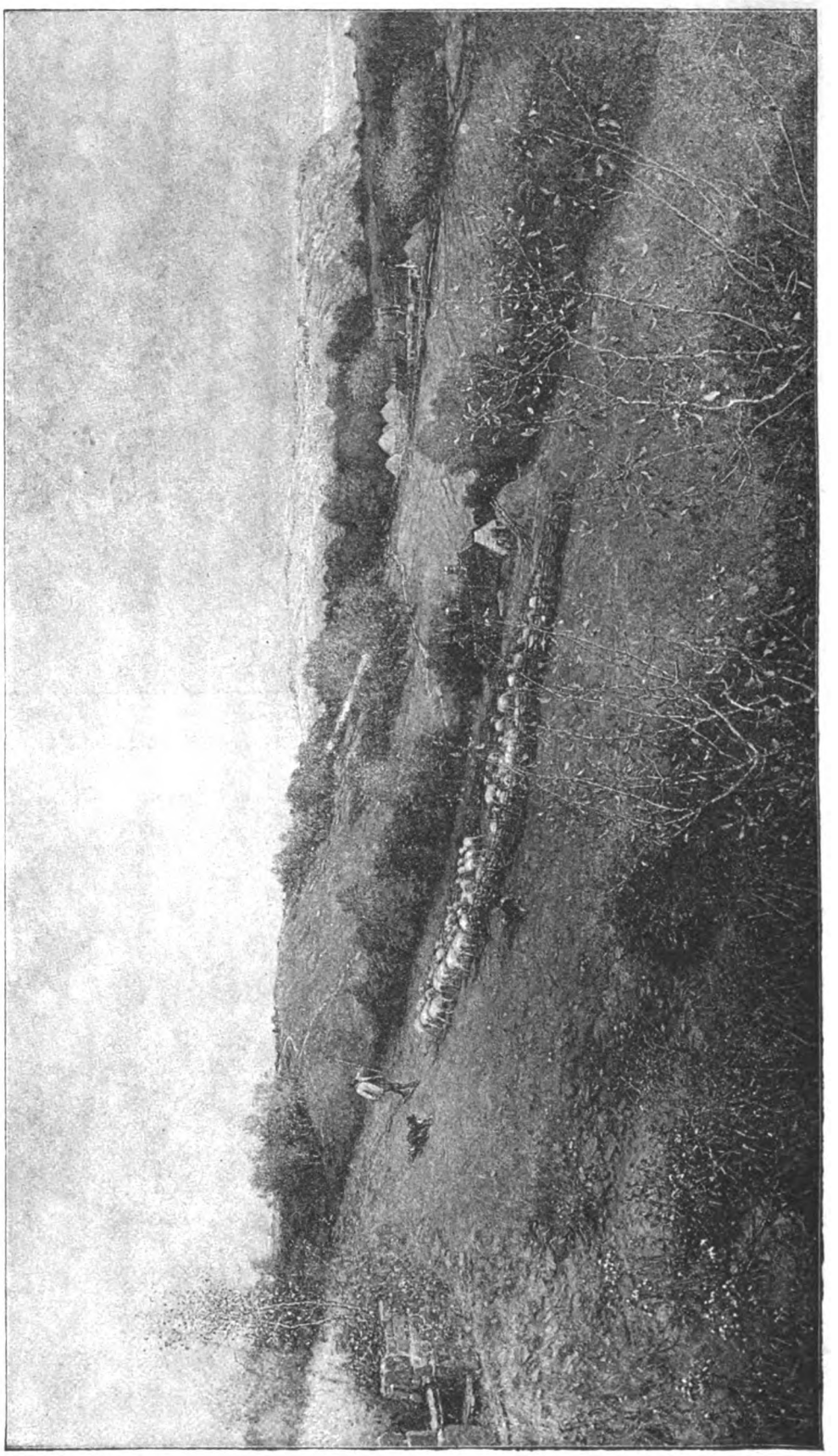
Y no obstante, no me creía del todo satisfecho ni dichoso, considerando lo mucho que me faltaba para llegar á ser algo. Además me causaba bastante pena abandonar este Madrid, estos mismos lugares donde ella vivía. Sí, no cabe duda: me hubiera atrevido á dar un paso arriesgado, á afrontar el bochorno de una negativa; pero ¿qué iba yo á ofrecer á cambio de su afecto, ó siquiera de su buena amistad? Reflexionaba algunas veces sobre la cuestión que debatíamos las pasadas noches del invierno en el café de Fornos, y me parecía que si el amigo Norberto y nuestro diputado no tenían razón en absoluto, les faltaba muy poco. Desechéme, pues, el proyecto de presentación á la familia de Rosario como empresa absurda y peligrosa; pero ¡con cuánto dolor de mi corazón! Ese instinto inexplicable de la simpatía, esa voz secreta que atribuimos al corazón, esa inspiradora Ninfa que los antiguos colocaban al lado de los grandes hombres, me hablaba también á mí en estas últimas horas y decíame:—Aprovecha la ocasión. Esa mujer debe ir unida á tu destino. Amala. ¿No observaste bien su fisonomía? Pertenece á la raza de las leales.

Al otro día recibí carta de mi padre, en la que se me indicaba la necesidad de volver pronto á *Lonclaves* para encargarme de un asunto de importancia que mi maestro de abogacía encomendaba á mi leal saber y entender. Aunque fuera el motivo principal el hallarse enfermo, lo tuve por una deferencia y adelanté dos días la marcha. Aquella carta me decidió. Como habrás de suponer, con el contento de verse uno entre los suyos y las cavilaciones del negocio que defendía como abogado, algo palidecieron los recuerdos que traía de Madrid, palpitantes de vida y de deseos; pero no tanto que se entibiasen ó pudiera darlos por fenecidos.

Tras estas tremendas luchas interiores llegó el verano. Un día, estando de sobremesa, nos contó mi padre, como gran novedad, que había recibido carta de nuestros parientes de la corte, unos parientes de sobradas ínfulas con quienes hacía años que apenas se escribía ni se trataba. Por rareza de carácter ó por exceso de vanidad, sólo se acordaban de que existíamos en el mundo en los casos rarísimos en que nos necesitaban para cualquier asunto. En cambio, mi padre, que era tan entero como honrado, no les había molestado nunca ni aun con una simple carta de recomendación. Ahora, según parece, este pariente, primo segundo ó tercero de mi padre, iba á tomar baños termales, y, debiendo pasar por *Lonclaves*, se detendría unos cuantos días, así como á su vuelta, por vía de descanso Al saber su deseo, mi padre le ofreció la casa, y lo esperábamos en la segunda quincena de julio.

JOSÉ M. MATHEU

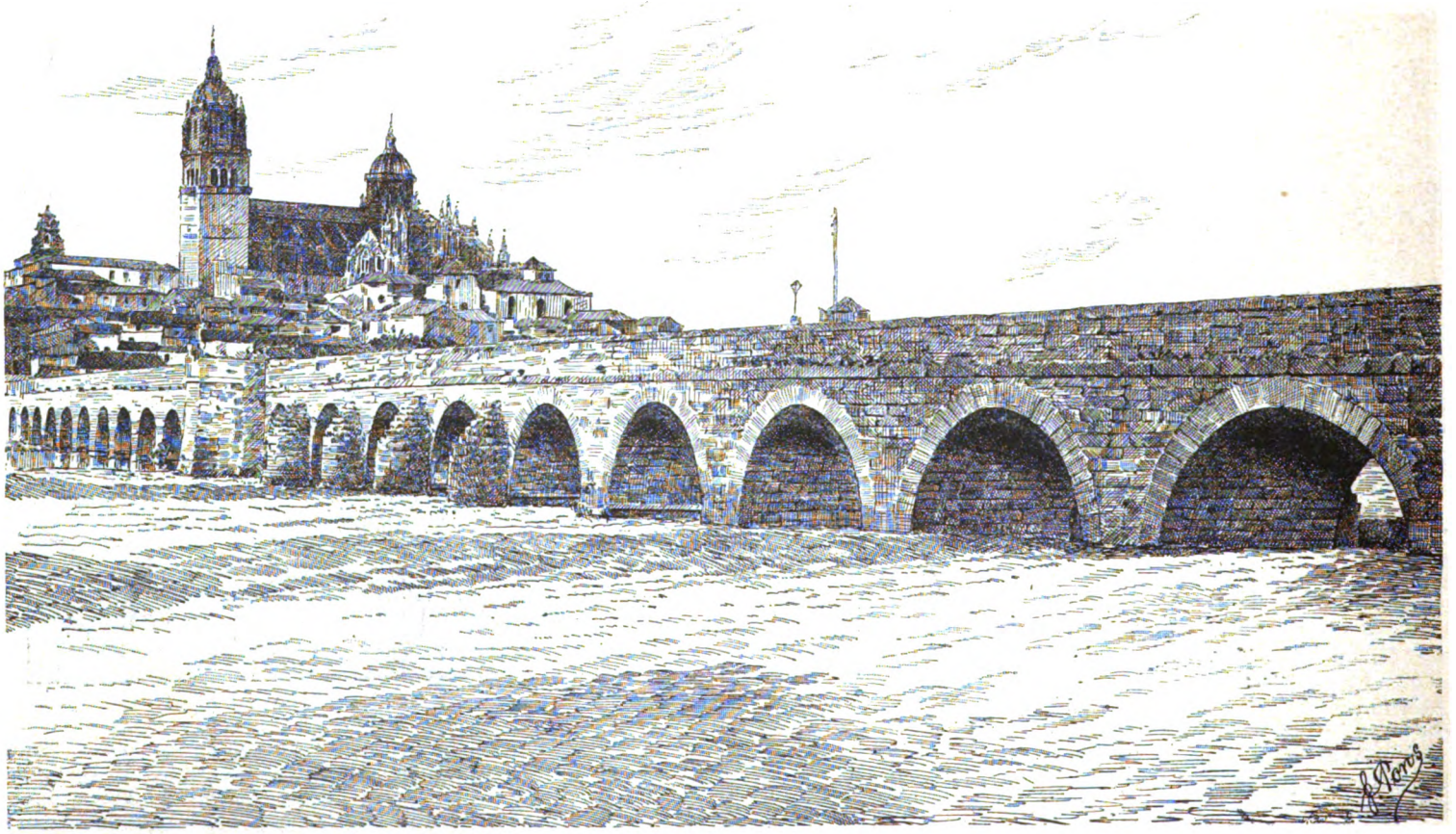
(*Se continuará*)



CREPÚSCULO (cuadro de G. Boughton)

Digitized by Google

MURCIA: LA GLORIETA (dibujo de F. Pons)



SALAMANCA: PUENTE ROMANO SOBRE EL TORMES (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

VERACRUZ: LA CATEDRAL (dibujo de F. Pons)

VERACRUZ: EL FARO DE BENITO JUAREZ (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

NOTICIA CIENTIFICA

Los trabajos internacionales del Mapa Celeste

Un acontecimiento importante, que ha de trasformar por completo el estado actual de los conocimientos astronómicos y físicos, preocupa en estos momentos la atención de los sabios de Europa y de América: la construcción de un mapa astrofotográfico que ha de prestar incalculables servicios á las ciencias experimentales, proporcionando, sobre todo, el método más eficaz y positivo para conocer la constitución del Universo visible.

En el Congreso Científico Internacional celebrado en París hace poco, se reunieron representantes de los centros científicos del mundo y acordaron las bases de los trabajos fotográficos del *Mapa Celeste* con arreglo al estado actual de las ciencias físicas.

Estos trabajos tienen inmensa trascendencia, y son de tal índole que han de revelar secretos de los espacios siderales de los que no podemos hoy formarnos una idea aproximada.

Las fotografías parciales que se han obtenido hasta ahora, prometen grandes resultados, y el perfeccionamiento de las placas sensibles permiten hoy dar efectos muy poderosos á este trabajo. Así se ha obtenido la representación del grupo de la constelación de Hércules, que á la simple vista sólo presenta una mancha difusa de dos ó tres milímetros; pero con los instrumentos se distinguen algunos centenares de estrellas que rodean el foco y que, si dispusiéramos de medios de observación más potentes, probablemente se descompondrían también en grupos de estrellas.

El problema del mapa celeste en estos momentos es un hecho en Europa. Los observatorios que han sido designados por el Congreso Científico Internacional han empezado desde primero del año actual sus respectivos trabajos de fotografía estelar, y el resultado más satisfactorio y brillante han obtenido.

La fotografía, pues, ha proporcionado estos sorprendentes resultados, y tienen hoy un grande interés de actualidad. Ya en 1874, para observar el paso de Venus por el disco del sol, se usaron aparatos especiales bastante perfeccionados. Entonces se adquirió el convencimiento de las grandes ventajas que ofrece la observación fotográfica y de los nuevos resultados que de este modo pueden lograrse. Extendiéndose más allá de los rayos violeta, el espectro fotográfico traspasa los límites asignados al ojo humano, es decir, que la fuerza de la observación fotográfica es mayor casi en un tercio que la de la observación ocular. Además, la impresión luminosa en la retina dura muy poco, y al cabo de este tiempo la vista se enturbia ó, lo que es igual, los ojos, cansados, no distinguen nada, mientras que con la fotografía la impresión crece con el tiempo; de modo que sobre ella pueda obtenerse la huella de objetos poco luminosos que nuestros ojos no podían distinguir.

Si, por el contrario, sucede que la luz del objeto es muy viva, deslumbra la vista y no se distingue nada. En este caso, y limitando la exposición á pequeñas fracciones de segundo, se obtienen buenas reproducciones. Por último, el descubrimiento de las placas secas al gelatino-bromuro de plata, muy sensibles y con las que se opera poco tiempo, y los últimos perfeccionamientos realizados en los instrumentos ópticos, permiten empezar con los buenos auspicios con que se ha empezado en Europa la formación gigantesca de un mapa fotográfico del cielo que permitirá á las generaciones futuras conocer la disposición del cielo visible tal como se encuentra en el siglo XIX.

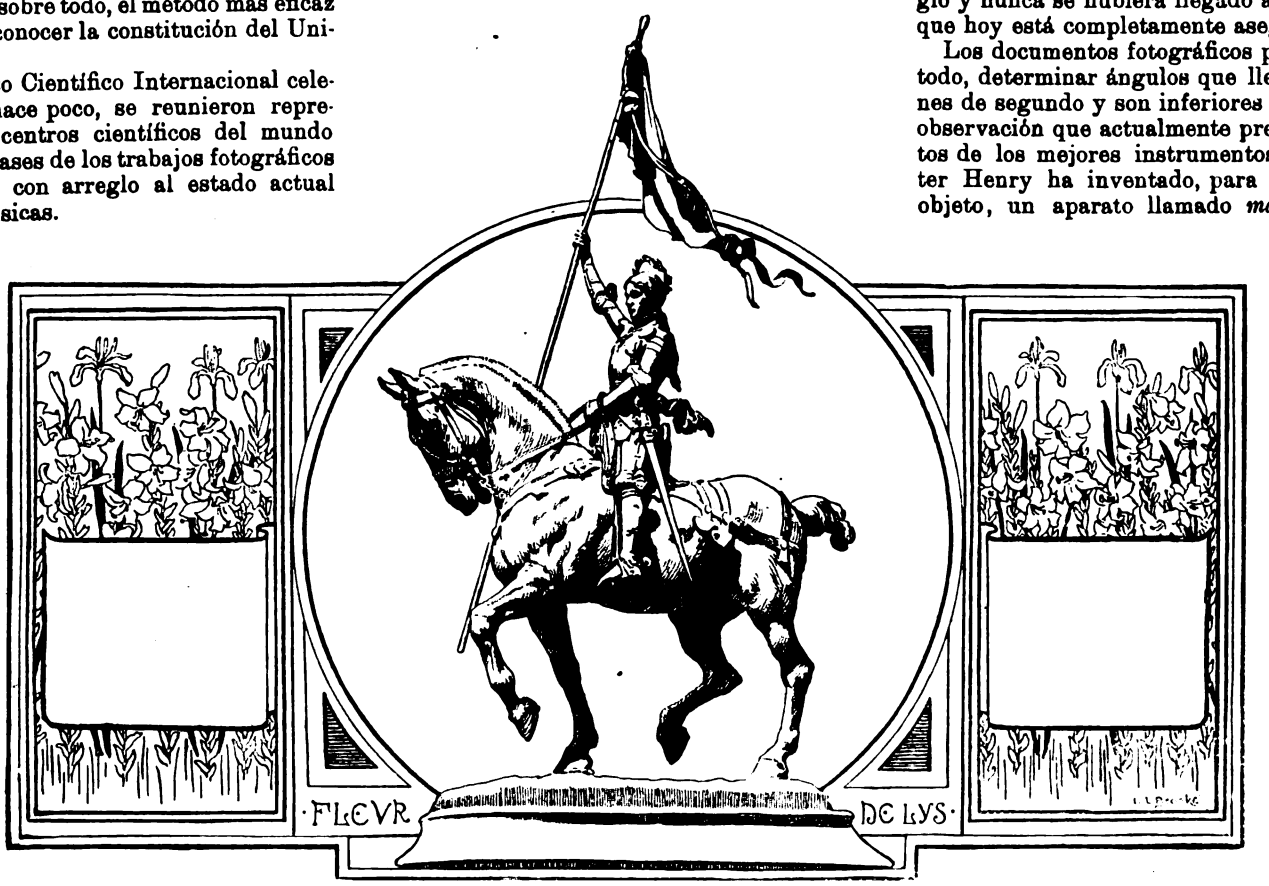
Mrs. Henry y Monchez son los astrónomos que más resultados han dado en este ramo de la astronomía estelar con sus profundos trabajos analíticos.

El estudio de los planetas y de la Vía Láctea fué el primero que se hizo empleando la fotografía. Anteojos movidos por un mecanismo de relojería, y que durante algunas horas tienen en su campo una misma estrella, permitieron reproducir astros hasta la décima sexta magnitud, imposibles de descubrir con los lentes más poderosos; y los observadores se sorprendieron al encontrar en el cielo nebulosas cuya existencia ni siquiera sospechaban. A la sazón pueden hacerse las observaciones mucho más cómodamente, disponiendo el anteojo durante un espacio que, tratándose de estrellas de décima sexta magnitud, puede alcanzar hasta veinte minutos.

Fácilmente se comprende, frente á estos descubrimientos, cuán importante es coordinar las observaciones y hacerlas siguiendo un método general para que al reunirlas nos den una representación exacta del cielo á una distancia que la vista nunca alcanzará. Tal es el objeto de la resolución adoptada por el último Congreso Científico Internacional, que ha discutido reglas de detalle y prescripciones de forma para el inmenso trabajo de conjunto que se hará en diversos observatorios convenientemente distribuídos en la superficie del globo.

El trabajo de cartografía astronómica ha empezado á principios de este año de 1890, y comprenderá, para el desarrollo total de la esfera celeste, 2,000 hojas, que señalarán la posición de 2.000,000 de estrellas. Podrá quedar terminado en pocos años, pero sin el auxilio eficaz de la fotografía hubiera exigido más de un siglo y nunca se hubiera llegado á la perfección, que hoy está completamente asegurada.

Los documentos fotográficos permiten, sobre todo, determinar ángulos que llegan á fracciones de segundo y son inferiores á los errores de observación que actualmente presentan los datos de los mejores instrumentos ópticos. Mister Henry ha inventado, para conseguir este objeto, un aparato llamado *macromicrómetro*,



JUANA DE ARCO

el cual determina con gran precisión los ángulos y, por consiguiente, las paralajes y las posiciones respectivas de los cuerpos celestes. Así se obtendrá, para una época cualquiera y reuniendo las hojas que constituyan el aspecto general del cielo, un conocimiento exacto de las posiciones efectivas de los astros, constelaciones, etc. Comparando el estado del cielo con veinticinco, sesenta ó cien años de intervalo, se llegará á apreciar y medir con toda exactitud los cambios que actualmente apenas se pueden concebir. Tal es la importancia de los nuevos trabajos astronómicos.

Estos han empezado ya por los más sabios observadores de Europa y de América, y su alcance científico despierta vivo interés. ¡Quién sabe los maravillosos descubrimientos que aguardan á la ciencia contemporánea en el misterioso infinito del espacio!

EDUARDO ESTÉVEZ

DIES ILLA

El Astro Rey, siguiendo su carrera,
rayos no lanza ya de ardor potente.
Pálido brilla en la azulada bóveda,
y su disco, antes rojo, todos miran
de hito en hito sin que nadie ciegue.
Ya ni la aurora de colores tiñe
el lejano horizonte, ni el ocaso
esparce su arrebol por la ancha esfera.
Privadas de calor, soberbias plantas
han perecido al hálito del frío;
abetos crecen do palmeras hubo.

Digitized by Google

Do fué París el esquimal habita,
y el sajón y el latino y el eslavo
y el árabe y el indio y el beréber
avanzan hacia el trópico de Cáncer.
Y pasan siglos, y aquel sol que un día
con sus rayos ardientes abrasaba,
ya falto de calor, rueda cual luna
siniestra; enorme, colosal cadáver.

—

En medio de un pinar, á las orillas
del helado Amazonas, se ve un grupo
de gente enana, los supervivientes
de la gran raza que dominó el mundo;
rudos lapones que hasta allí bajaron
y se disputan con los osos blancos
la carne de los renos y las focas.
El mundo es sólo un pudridero inmenso,
y el ambiente, cargado de ponzoña,
envenena á los míseros humanos
que aún de hambre y frío no cayeron.
Sólo esos quedan: en su rostro estúpido
no brilla de la mente la centella;
fieras con rostro de hombre reproducen
la imagen de los hombres que surgieron
por vez primera en el edén del Asia;
sólo que en vez de aurora son crepúsculo,
y en sus semblantes míseros, decrépitos,
en vez de la esperanza, retratado
se ve el espanto del latir postrero.
Oscuras tradiciones balbucean
en la tribu bestial perpetuadas,
de cuando de allá el Norte se salieron,
y, siempre en busca del calor, pasaron
por cien naciones llenas de palacios
hechos ruinas, un montón de escombros
do anidaban tan sólo los reptiles
ó el oso montaraz ó el lobo fiero.
Entre la nieve, medio sepultadas,
surgían mil estatuas peregrinas,
columnas, torres, campanarios, cúpulas
de bronce y oro y mármol y de hierro,
restos de un pueblo grande que ni rastro
de su historia dejó. Luchas terribles
entre las razas estallaron luego
al cebo del calor amontonadas
en los países do durante el día
en el cenit el astro rey se cierne
y do se ven de noche las estrellas,
innúmeras, de ambos hemisferios.
Blancos, negros, cobrizos y amarillos,
con todas armas y con mil lenguajes,
rugiendo se mataban, lucha horrenda.
Mas nadie ya quedó: bajaron ellos
y encontraron el campo de batalla
ocupado por fieras que famélicas
los huesos que roer se disputaban,
cual antes disputaran los humanos
por un trozo de ciervo ó de gamuza.
Y mientras balbucean vagamente
lo que de antiguos tiempos aprendieron,
desfallecen sus cuerpos, se amortigua
su mirada y su voz, y uno tras otro
muriendo van... ¡La humanidad no existe!

. . . . . .

Del Chimborazo la más alta cumbre
corona un globo negro que adelanta
cual buho enorme en el espacio tétrico.
La luna fué... Ya no ilumina ahora
con luz misteriosa á los amantes:
el oso al divisarla gruñe ronco,
y el perro del lapón siniestro aúlla.
Toda la vida es la que aun poseen
unos cuantos reptiles y unos cuantos
helechos... Extinguida, no renace
ya de la muerte. El globo es un cadáver,
y frío y mudo va rodando eterno
por el espacio inmenso de los astros.

ALFREDO OPISSO

LA LOCA

Se había dispuesto la expedición para un domingo, y varios amigos montamos en los coches y nos dirigimos al manicomio del doctor E.

La casa de salud, construída sobre una altura, domina vasta extensión de verdes praderas que en suaves ondulaciones, como un mar tranquilo, van á unirse en el horizonte con el azul del cielo.

El edificio es blanco, de blancura inmaculada, propia para los desgraciados seres que en él moran. Parece el asilo de la inocencia.

Un parque á la inglesa, cerrado por férrea verja, corre á lo largo de la fachada principal, desde cuyas ventanas colúmbranse allá en la lejanía puntiagudos y pizarrosos campanarios, bajo los cuales se adivinan pueblos petrificados durmiendo el sueño eterno como ciudades prehistóricas.

Ningún rumor turba la soledad de aquellos parajes. El sol, un sol tibio de marzo, cae á plomo sobre la llanura y hace brillar con ígneos reflejos los cristales del manicomio. El paisaje es uniforme, y por uniforme monótono. Al espaciar la vista en tales llanuras nos vino á la memoria el trayecto de un buque desde el cual por espacio de días y de noches interminables no ve el viajero más que cielo y agua y después agua y cielo.

Y al fin llega á hastiar lo que en un principio se consideró hermoso. La excesiva grandeza abruma, y eso es el océano; la excesiva belleza empalaga, y eso es el paisaje.

Contemplad mucho tiempo una mujer que reuna todas las perfecciones que la naturaleza puede prodigar á sus hijos. Al principio os asombrará la corrección de sus formas, la pureza de sus líneas, la finura de la piel, la armonía, en fin, del todo. Pero proseguid mirándola sin distraer la vista del hermoso objetivo, y poco á poco veréis descomponerse las líneas, alterarse las formas, vulgarizarse los trazos, y al cabo, conocida punto por punto la figura, os causará un sentimiento de disgusto que en vano trataréis de reprimir. Estáis hastiados. La belleza que visteis os empalaga por tanta simetría, por tanta corrección, por tanto perfeccionamiento, que os finge más obra de arte que ser humano.

De tanto mirar el paisaje estábamos cansados, y, buscando refugio contra la tristeza que imprimió en el alma el monótono espectáculo, nos entramos en el amplio edificio y recorrimos las eternas galerías bordeadas de innumerables celdas.

Un empleado iba diciendo:

—Esta es la de los suicidas, esta la de los alucinados, ésta la de los histéricos, ésta la de los furiosos...

Y así todas las que son distinguidas por la manía de los huéspedes que las ocupan.

Por último llegamos á las habitaciones ocupadas por una loca que pertenece á aristocrática estirpe.

AMELIA OPIE, ESCRITORA INGLESA

Ante aquella infeliz nos descubrimos.

Hallábase sentada en cómoda butaca, cerca de un rincón. Las ventanas, cubiertas con sendos cortinajes, tamizaban apenas la luz, dejando el cuarto en leve penumbra.

La forma de la dama destacábase enérgica sobre el fondo lila de la pared y del sillón, y difícilmente podíamos examinar la parte de su rostro que al descubierto dejaba un pañuelo con que se cubría los ojos.

Aquella mujer era algo gruesa y parecía alta sin exageración. Su pelo negro encuadraba una frente marmórea, y, alisado con sencillez, iba á retorcerse en grueso y apretado moño sobre la nuca.

La loca estaba inclinada con el brazo derecho fijo en el de la butaca, y la mano blanquísima sujetando el pañuelo con que, ocultando sus ojos, no permitía satisfacer la curiosidad á nuestras miradas.

Su vestido era en extremo modesto, y por debajo de él asomaba un pie que con impaciente ó nervioso movimiento golpeaba el suelo sin cesar.

—Señorita,—le dijo nuestro guía,—estos caballeros vienen á visitarla.

Digitized by Google

«REFUGIUM PECCATOI

Digitized by Google

JM » (cuadro de L. Nono)

Digitized by Google

—¡Cuánto siento,—replicó sin moverse,—recibirles en esta ocasión!

—¿Por qué?—le pregunté.

—¡Oh!... Mis hijos lo han revuelto todo y aun no he tenido tiempo de arreglar la casa.

—No importa,—repliqué;—somos de confianza.

—Gracias les doy por su benevolencia, pero hoy no me encuentro visible.

—Y ¿cómo están los ojos?—interrogó cariñosamente el empleado.

—Mis ojos,—contestó la loca,—son hoy más bellos que nunca.

Salimos de allí.

—¿Qué tiene esta mujer?—pregunté.

—Una manía originalísima. La enferma que acaban Vds. de ver es la Sra. de M., viuda con inmensa fortuna. Todos los individuos de su familia han padecido bastante de la vista, y por consecuencia de ese mal, que es hereditario, algunos han quedado completamente ciegos. Uno de ellos fué el padre de esta señora: perdió la vista á poco de contraer matrimonio.

La Sra. de M. era hermosísima, de tan extraordinaria belleza que aun hoy, que los años han caminado sobre ella con presteza acelerada por grandes amarguras, conserva muchos de sus encantos.

La pobre se casó á los veinte años con un hombre á quien adoró con la vehemencia del primer amor, del único de su vida, y tuvo dos niños. Nacer el segundo y morir su esposo fué una misma cosa. Tanto de soltera como cuando ya estuvo casada, la Sra. de M. conservó la constante preocupación de que más pronto ó más tarde habría de quedarse ciega. La inexorable ley perseguidora de la familia pesaba como tremenda espada de Damocles sobre su cabeza. La fatalidad tenía que cumplir su obra acaso secular. Y la Sra. de M. cuidábase los ojos como el don más preciado de su hermosura. La verdad es que los tenía muy lindos. Ella lo sabía, y la primera operación cuotidiana que llevaba á efecto apenas abría los ojos, era mirárselos en un espejo y embriagarse en la negrura de sus dos abismos... ¡Abismos fueron en donde cayó para no levantarse nunca!

Casi al mismo tiempo sus dos hijos enfermaron de la vista.

Ella estaba horrorizada y, aunque con grandes precauciones, cuidábalos con solícito esmero.

La Sra. de M... temía que el mal se le pegase y perdiera aquellos dos luceros que se encendían en el cielo de su rostro.

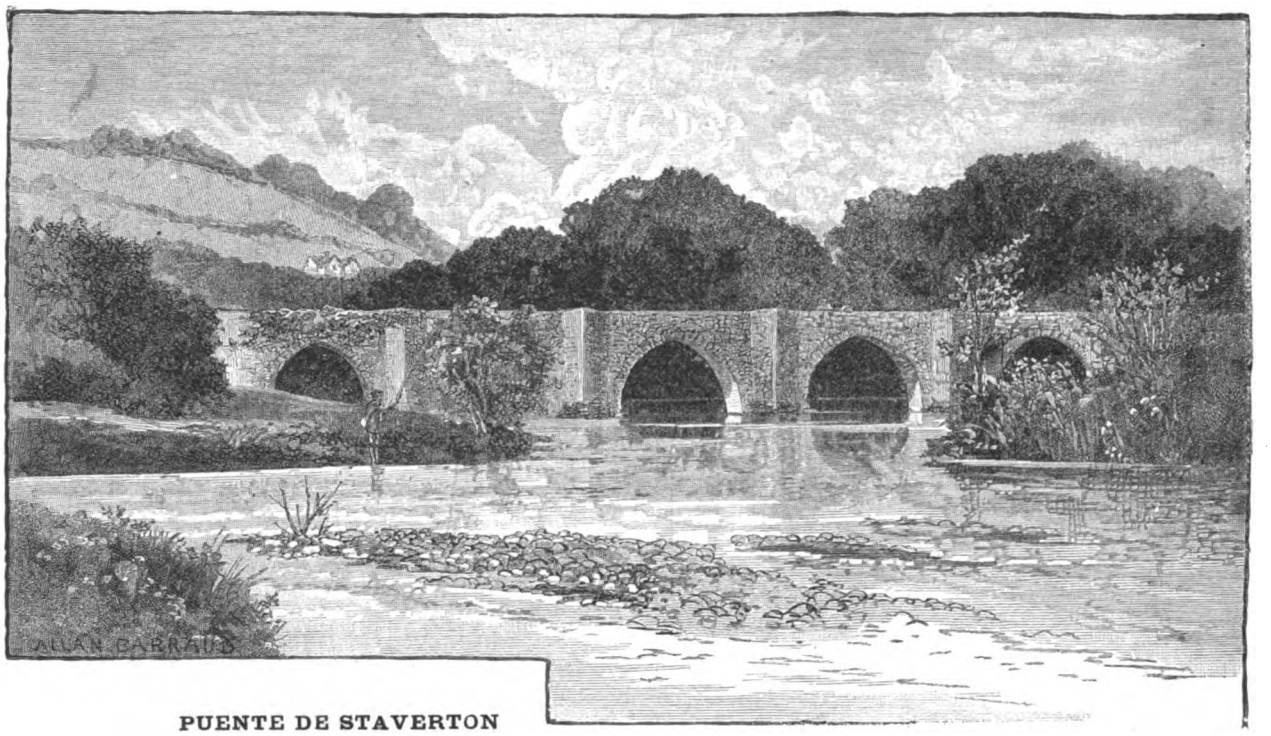
Su pueril alarma persiguióla obstinadamente, y hasta en sueños la obsesión de la ceguera agitaba sin tregua su cerebro.

El presentimiento aumentóse con la gravedad que adquirió el mayor de los niños; y cuando al cabo de muchos meses se quedó ciego, la pobre madre se volvió loca.

Y ahí la tienen Vds., siempre sentada en la oscuridad, siempre nerviosa y siempre ocultando sus ojos bajo el pañuelo para que no los hiera la luz; porque cree que si los abre, si se quita el paño y un rayo de sol ilumina su pupila, entonces sus ojos negros y grandes cegarán instantáneamente. Tal es la manía histérica que tiene esa loca.—

Un sentimiento de inmensa piedad se apoderó de mi alma, y á mi mente acudieron estas palabras del *Eclesiastés: Vanitas vanitatum et omnia vanitas.*

R. Hernández y Bermúdez



PUENTE DE STAVERTON

Á UNA HERMOSA

Yo imagino en tu cuerpo el calor tibio
que da un rayo de sol en primavera,
debe haber en tus labios más dulzura
que en las flores que nutren las abejas,
y parece tu seno palpitante
el seno de una diosa de la Grecia.
Atesora tu cuerpo más encantos
que el cielo azul y que la mar inmensa,
en tus ojos radiantes y profundos
se sonríe tu alma placentera,
y parece tu boca, cuando hablas,
nido apacible en que el amor gorjea.
Desde la planta de tu pie menudo
á tu rica y hermosa cabellera,
desde tu mano blanca y modelada
hasta el hombro gentil, ¡cuánta belleza!
Ya he soñado mil veces que eras mía,
y en mis sueños de amante y de poeta
he viajado contigo en una nube,
he morado contigo en las cavernas
donde gozan los gnomos ignorados
el tesoro sin fin de sus riquezas;
te he contado mi afán y mi ternura
en la alma soledad de la floresta,
he tenido un castillo poderoso
con torre de homenaje gigantea,
he llevado al triunfo á mis vasallos,
me he sentido capaz de hacerte reina,
he escuchado cantar cien trovadores
celebrando mi amor y tu belleza,
y, al volver al castillo presuroso
con el corcel que me llevé á la guerra,
te he visto en lo más alto de la torre
buscando entre los pinos mi cimera...
¡Cuántas horas de amor, cuánta ventura,
te debe el alma sin que tú lo sepas!

Camilo Pou

COGIDA INFRAGANTI

Está visto: me he vuelto lo más madrugador del mundo. Está claro: como siempre me olvido de cerrar esta dichosa ventana, en cuanto apunta el día se me llena el cuarto de luz que es una bendición de Dios, y ya no hay que pensar en dormir. Y ¿dónde voy yo á esta hora? Debe de ser muy temprano, porque en la calle no se oye ruido alguno ni se ve alma viviente. ¡Hola, hola! Ya no soy yo solo el que madruga en la vecindad: allí está mi vecina, la mujer de mi amigo Espadilla. Ayer también estaba en el balcón á esta hora. ¡Vecinita, muy buenos días! Y no me contesta: ni me ha visto siquiera. Pues ¡no está poco distraída la señora! Bueno: ya cerró el balcón y se marcha. ¡Qué lástima, hombre! ¡A mí que me hubiera venido tan bien un ratito de palique! ¡Calla! ¡Si no se ha marchado! ¡Si está allí, tras los cristales! La veo perfectamente: está leyendo una carta, ó lo que sea, escrita con tinta azul. ¡Eso es! Gracias á que los visillos están levantados. ¡Coquetuela! ¡Cómo se mira en el espejo! Sí, señora: está usted muy guapa. Una cara como un cielo de hermosa, y un cuerpo que si no es la gloria le falta muy poco. ¡Qué suerte tiene ese Espadilla! Vamos, que esta mañana se está haciendo la *toilette* en toda regla. ¡Maldito visillo! Ya no la veo la cabeza. Sí, pero por el movimiento del brazo me figuro que estamos en los polvos de arroz. ¡Ajajá! Ya dejó la caja de los polvos. Ya están esas mejillas como las propias rosas. Otra vez tiene en la mano el papel escrito con tinta azul. Vuelta á quedarse pensativa. Pero, señor, ¿qué papel será ese? ¿Si será...? ¿Si será un billete amoroso? ¡Ca! Después de todo, imposible no es. Ella es bonita, su marido un vejestorio (casi tanto como yo), y el diablo, que no descansa... ¡No, no seas mal pensado, Dimas! Vaya, la señora se pone la mantilla y los guantes. ¡Demonio, qué precipitación! ¿Otra miradita al espejo? ¡Y que no es poco presumida! ¡Anda con Dios! Al salir ha dejado caer algo de la mesa.

Ya sale de casa mi vecina. Se detiene á la puerta y habla en voz baja con la criada. Si yo pudiera oir lo que la dice... Porque lo que es á mí no me la dan: aquí *hay gato encerrado.* ¡Qué pícara curiosidad la mía! Apostaría algo á que eso que están hablando tiene alguna relación con la carta escrita con tinta azul. ¡Ah! Pues lo que es ahora bien claro he oído lo que ha dicho mi vecina:—Ni una palabra al señorito: ¿entiendes?—Y la criada ha hecho un gesto de inteligencia, y la otra se ha marchado muy diligente. —Ni una palabra al señorito: ¿entiendes?—¡Qué rayo de luz! ¡Ya decía yo! ¡Y el pobre Espadilla de seguro que estará durmiendo como un bendito, mientras su mujer...! Porque esto es claro como la luz: ella ha recibido una carta, esa escrita con tinta azul, en que se la pide una cita, y acude á ella aprovechando el sueño de su marido y sobornando á la criada.

Digitized by Google

¡Qué mujeres! Y ese infeliz de Espadilla se esfuerza siempre en pintarme las excelencias del matrimonio para decidirme á que tome estado. ¡Quita allá, hombre, quita allá! A mí nadie me la pega; y, sobre todo, que el buey suelto...

AL DÍA SIGUIENTE

Estoy convencido: para madrugador yo. No, lo que es mi vecina no estará en su balcón, porque la mañana es bastante fría. Pues sí, señor: allí está tras los cristales. Pero ¡cielos! ¿qué veo? ¡No está sola! Junto á ella hay un jovenzuelo que la trata con demasiada familiaridad. Es claro: ese debe de ser el amante, de seguro. Y dirán luego que yo soy malicioso y... ¡Qué descaro! ¡Se me están riendo en mis mismas barbas! De buena gana les tiraría algo... Pero ¿á mí qué me va ni me viene? A quien Dios se la dé... Bien: pero vamos á cuentas. ¿No soy amigo íntimo de Espadilla? ¿No hemos servido juntos en el 2.º de lanceros? ¿No estuve yo para casarme con una hermana suya que usaba peluca y tenía una tienda de gorros? ¿No soy yo su confidente, su...? Entonces, fuera vacilaciones y dudas: debo contarle todo lo que pasa. Sí, señor: hoy mismo se lo diré todo, todo. Que he visto la carta, que la he cogido infraganti... en fin, todo: yo no dejo que suceda lo de siempre, que el último que se entera es el marido.

¡Pobre Espadilla! Bien se lo decía yo cuando estábamos en el norte:—No te cases, Pepe: mira que tu afición á la caza de venado es de muy mal agüero.—En fin, esta tarde lo sabrá todo.

EN CASA DE ESPADILLA

. . . . . .

—Nada, nada: te repito, Dimas, que puedes hablar con entera franqueza.

—Mira, Espadilla: yo, la verdad, como ya he dicho, no quisiera inmiscuirme en ciertos asuntos de familia, por ser esas cosas tan íntimas, tan.. (Pero, señor, ¿cómo le digo yo á este hombre que su mujer *se la pega*?)

—¡Ah! Ya sé á qué te refieres. Pero ¡qué quieres, hijo! eso ya no tiene remedio.

—¿Que no tiene remedio? (¡Hombre, pero con qué tranquilidad lo dice!) Hasta cierto punto, es claro, lo hecho ya no puede remediarse; pero hay que evitar...

—Si no puede ser: si mi mujer tiene empeño en tenerlo á su lado, y mi suegra también.

—¡Demonio! Pues, aunque se empeñen todos los santos de la corte celestial, tú no debes permitirlo.

—Cuando yo te digo que no puedo hacer más que resignarme...

—¡Resignarte, resignarte! ¡Hombre, parece mentira que tengas sangre en las venas y que hayas servido conmigo en el 2.º de lanceros! ¡Por Dios! Piensa, repara en tu honor, en tu honra...

—Y ¿qué tienen que ver mi sangre, y el 2.º de lanceros, y mi honra, con las terquedades de mi mujer y de mi suegra?

—¡Buenas terquedades te dé Dios! ¿De modo que tú consientes á tu mujer la terquedad de tener un amante?

—¡Rediós! ¡Un amante! ¡Dimas, Dimas! ¡Piensa lo que dices, porque vas á probármelo ahora mismo!

—(¡Santa Bárbara bendita!) No: si yo... es que...

—Pruebas, pruebas: dame pruebas.

—Bueno: ¿para qué ocultarlo? Ayer los vi en este mismo sitio, muy cerca el uno del otro. ¡Ah! Y anteayer la vi á ella leyendo una carta que seguramente era de él. ¿Quiéres más detalles? Pues bien: la carta está escrita con tinta azul.

—¡Azul, azul! Así la voy á poner á esa infame. ¡Oh! Si yo encontrara esa carta, eso sí que me convencería. Aquí está su costurero: veamos. Papeles, aquí hay papeles... letras para bordar, encajes. ¡Dios mío! ¡Un papel escrito con tinta azul! ¡Este debe de ser!... ¡Un demonio! ¡Es una receta para hacer almíbar de melocotón!... Y no hay más. La buscaré en sus vestidos, revolveré toda la casa, y, si la encuentro, lo que es á mi mujer la mato, ¡como esta es luz que la mato!

Allá va Espadilla como un loco. ¡Gracias á que ella no está en casa! ¡Buen cisco voy á armar por meterme á redentor! ¡Caracoles! ¡Qué estoy mirando! ¡Ese joven que sale es el mismo que estaba ayer con la mujer de Espadilla! ¡No, pues no le dejo ir! ¿Qué mejor prueba puedo presentarle á mi amigo? ¡Este no se me escapa! Caballerito: ¿me hace V. el favor de oir dos palabras?

—Estoy á la disposición de V.

—(¡Y no se inmuta siquiera!) Tenga V. la bondad de sentarse un momento. (¡No van á ser bofetadas las que va á llevar este muñeco!) Aquí está ya Espadilla. ¡Ven acá, marido desgraciado! ¡Este es el mozalbete que te deshonra!

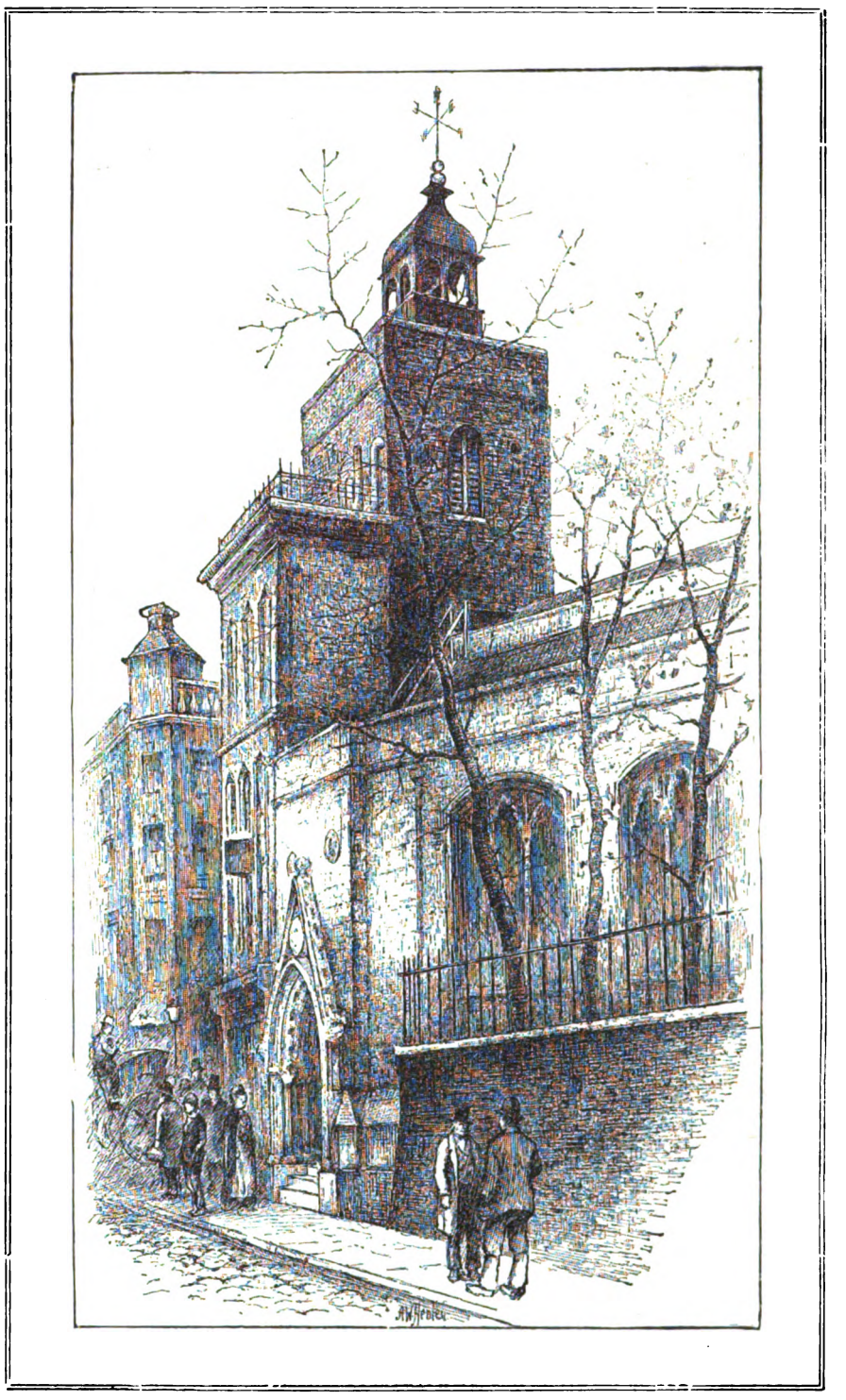
—Poco á poco, señor mío, que yo no soy mozalbete ni deshonro á nadie.

—Pero, Dimas, tú te has vuelto loco. ¡Si este es mi cuñado Pepito!

—Tanto peor: ese es el que yo vi junto á tu mujer.

—Es claro, junto á su hermana. Sí: Pepito llegó ayer y vino para quedarse aquí con nosotros. Como es un... mala cabeza, yo me oponía á que se quedase; pero mi mujer se empeña en tenerlo á su lado, y yo, como te he dicho, no tengo más remedio que resignarme.

—¡Ya! Pero ¿y la carta, la dichosa carta?



LONDRES: IGLESIA DE ALLHALLOWS BARKING

—He revuelto toda la casa y sólo he hallado este papel sobre el tocador.

—¡Justamente, el mismo! ¡Las letras con tinta azul! ¿Qué dice aquí? ¡Ja! ¡ja! ¡ja! ¡Si es la cuenta de la lavandera!

(La criada entrando en escena).—¡Miste que Dios! ¿Y por la cuenta de la lavandera alborotaban Vds. tanto? ¡Yo les hubiera dicho lo que había de eso! ¡Pues claro! Que no está cabal, que faltan tres camisas del señor; aunque yo no debiera decirlo, porque la señora me dijo ayer, cuándo se iba á misa: «—De esto ni una palabra al señorito.»

—¡¡Me he lucido!!

(Telón rápido.)

ANTONIO FERNÁNDEZ NAVARRO

Digitized by Google

UN INVENTARIO (cuadro de Eleuterio Pagliano)

Digitized by Google

ENAMORADOS (acuarela de Eduardo Dalbono)

Digitized by Google

TRÁS LA COLGADURA

Sé que de miedo te apuras
cuando en el lecho reposas,
pues siempre, al quedar á oscuras,
tras las bellas colgaduras
ves mil sombras caprichosas.

Me pides temblando mucho
que te explique las visiones
que de tus labios escucho...
¡Por desgracia yo soy ducho
en sueños y apariciones!

Por eso no extraño, Aurora,
si en sueño tal te enajenas:
es tu edad tan seductora
que la menos soñadora
ve fantasmas por docenas.

¡Se ven cosas espantosas!
(la razón yo darte puedo)
Mas se ven otras preciosas.
¿Confiesas?... ¡Vamos! Hay cosas
que no nos dan tanto miedo.

Para curar este mal
has decidido romper
la colgadura fatal.
¡Seguirá tu mal igual!
¡No es eso lo que hay que hacer!

Este mal no tiene cura,
y aconseja la razón,
si se llega á la locura,
¡no quitar la colgadura!
suprimir el corazón.

Si algún día venturoso
te encuentras al fin amada
por amantísimo esposo
que te acompañe amoroso,
toda sombra será... nada.

Tú me llamas importuno
y del remedio te pasmas:
tengo razón cual ninguno:
así se convierte en *uno*
esa *legión* de fantasmas.

INOCENCIO DE OÑA

NUESTROS GRABADOS

PRIMAVERA

Esta vez se nos presenta *desde* el punto de vista marítimo. Flora se ha trasformado en una elegante señorita que gusta de ver los barcos. Y en su derecho estuvo el pintor al buscar esta nueva fase de la primavera, pues ya dijo el clásico que por este tiempo

Trahunique siccas machinæ carinas

Por lo tanto, es lícito representar la llegada de Favonio por medio de una paseante que se divierte curioseando por el muelle.

CREPÚSCULO

Es un admirable paisaje de gran tamaño, de tono plateado y vigorosa factura. El sitio representado es cierta parte de la isla de Wigh. Bougthon es una de las más distinguidas personalidades de la escuela inglesa moderna, pues concibe bien, como la generalidad de aquellos artistas, y ejecuta perfectamente.

LA GLORIETA DE MURCIA.—PUENTE ROMANO DE SALAMANCA

La *Glorieta* de Murcia es una de esas agradables plazas paseos como tantas que se ven en muchas ciudades de Valencia, Murcia, y aun Andalucía: amenos lugares frescos en los que durante las calurosas noches de verano se reunen los moradores.

El *Puente romano* de Salamanca, sobre el Tormes, es una construcción que fué obra de Trajano, habiéndole restaudo en gran parte D. Felipe IV. Tiene 27 arcos y mide 423 pies de longitud por 8 2/4 de anchura.

VERACRUZ: EL FARO DE BENITO JUÁREZ. LA CATEDRAL

El puerto de Veracruz, uno de los principales emporios americanos, cuenta hoy con un faro digno de su importancia, dedicado á la memoria del ilustre patricio que libró á Méjico de caer bajo la dependencia de Napoleón III. El muelle de Veracruz fué empezado por nuestro virrey D. Antonio de Mendoza, y cuando posteriormente hubo de ser recompuesto fuélo con tanto coste que se envió á buscar piedra de la montaña de Montjuich de Barcelona.

La catedral es un hermoso edificio de arquitectura moderna, por estilo de tantas construcciones españolas como se ven por toda la América de lengua castellana.

JUANA DE ARCO

Esa de hoy es la que hay en el monumento de la Plaza de las Pirámides, calle de Rivoli, en París. No trataremos aquí (no se asusten mis lectores) de Juana de Arco como militara y mártir, sino que nos limitaremos á apreciarla como la más ilustre de las hembras que han vestido de hombre. Dicho esto, recuérdese que no ha sido ella la única que se ha puesto con gracia y dignidad los pantalones (metáfora moderna), pues no hay que olvidar á la sin par hermosa Hortensia Mancini, duquesa de Mazarino; á su hermana Olimpia; al caballero ó por mejor decir, á la caballera de Eon; á Jorge Sand, á Rosa Bonheur, á D.ª Blanca, según dicen, á la admirable reina Sofía de Nápoles, á la intrépida viajera Mme. Dieulafoy, etc., etc.

AMELIA OPIE

Esa escritora hizo furor allá por los años de 1814 á 1830 como gran propagandista del *cuakerismo*. Su novela más conocida es *Padre é hija*. Murió en 1852.

Cuentan que era señora de mucho *esprit* y que escribía preferentemente sobre asuntos tomados de la realidad.

EL ARTE ITALIANO

NONO.—PAGLIANO.—DALBONO

Refugium peccatorum: cuadro grande y gran cuadro. La escena en la ribera de Chioggia, bien conocida de los artistas que han hecho el viaje á Venecia. No llega á verse la estatua de la Virgen, pero se adivina perfectamente, bastando la peana para dar á conocer el santo.

Esa Virgen se venera bajo la advocación de *Refugium peccatorum*, y ya se comprende que por algo acudirá á ella esa *Gretchen* chiozota. Es la hora del crepúsculo: la *calle* está desierta: ha sonado ya la campana del *Ave María*. No falta nada para procurar al espectador la sensación de la melancolía más dulce y penetrante.

El cuadro es magnífico, magnífico: presenta la mayor unidad, está trazado con calor y sentimiento, la factura es sólida y, como dicen por allá, *morbida;* y en medio de todo se ve la tendencia á producir una obra de altísima tendencia estética mejor que no un encargo profesional.

El rey Humberto, que a lo que se ve es buen entendedor, lo adquirió para su casa.

Un inventario es una variación sobre motivos de Fortuny, como tantos miles de *Inventarios* que andan por ahí con distintos nombres.

Enamorados es una bonita acuarela de Dalbono, género pompeyano, aplicado á las exigencias *fin de siècle*.

PUENTE DE STAVERTON

Hállase este puente sobre el Dart, en el condado de Devon, respecto al cual hablamos ya en nuestro número anterior.

LONDRES: IGLESIA DE ALLHALLOWS BARKING

La iglesia de Allhallows Barking se halla en Mark Lane y se recomienda por su pintoresca torre, que data del tiempo de los normandos (siglo XII).

PRAGA (BOHEMIA): PALACIO REAL

Ocupa Praga una magnífica situación en el seno de Bohemia. El Moldau la divide en dos partes, levantandose á su orilla izquierda, sobre una colina, el inmenso *Hradschin*, el glorioso palacio de los antiguos reyes y emperadores. Este palacio fué comenzado en el siglo XIV por Carlos IV y terminado por María Teresa en 1774; pero ya de muchos siglos antes habitaban en aquella cumbre los soberanos de Bohemia. Hoy, con su elevada cúpula, su magnífica fachada y sus extensos jardines, es, sin duda, una de las residencias reales más importantes del mundo.

VAYA SI LO ES

Siempre le encuentro esencial
por más que le descompongo,
que es un *jabón* sin igual
el *jabón primordial*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

CAPÍTULO V

VOY Á LA ENSENADA DE LA REINA

Durante la noche llovió mucho, y á la mañana siguiente sopló un viento muy recio del NO.; pero antes de que la aurora despuntase ó desapareciese la última estrella, fuí á lavarme en la pila del pozo, y después me senté para reflexionar sobre mi situación.

La enemistad de mi tío me parecía evidente, y no me quedaba duda de que se valdría de todos los medios para exterminarme; pero yo era joven y tenía mucho ánimo, y, como todos aquellos que se han criado en el campo, confiaba mucho en mi capacidad. Había llamado casi como un mendigo á la puerta de Ebenezer, que me recibió con la traición y la violencia, y en su consecuencia debía adelantarme á él para dominar la situación.

Pronto puse término á mis reflexiones, y bajo la impresión del desprecio subí al cuarto de mi tío para ponerle en libertad. Dióme los buenos días cortesmente, y yo hice lo mismo, sonriendo con desdén desde la altura de mi suficiencia. Poco después nos sentamos á la mesa para almorzar, como el día antes.

—Vamos, caballero,—díjele con tono de sarcasmo; —¿no tenéis nada que hablarme? Creo que ya es hora de entendernos. Me tomasteis por un bobo sin pizca de entendimiento; y yo á vos por un buen hombre, ó cuando menos no peor que los demás; pero veo que los dos nos hemos equivocado. ¿Qué motivos tenéis para temerme, para engañarme y atentar contra mi vida?

Ebenezer murmuró algo sobre una broma; y después, observando que yo sonreía, cambió de tono y aseguróme que me lo explicaría todo después de almorzar. Comprendí que no tenía preparada aún la mentira, pero que su mente trabajaba para urdirla; y creo que iba á decírselo, cuando de pronto llamaron á la puerta.

Ordenando á mi tío que no se moviera, fuí á abrir, y encontréme con un muchacho vestido de marinero, que apenas me vió comenzó á dar saltos castañeteando con los dedos con gran destreza. Tenía el rostro amoratado por el frío, y por su expresión no se hubiera podido decir si el muchacho iba á llorar ó á reirse.

—¿Qué hay por aquí?—preguntó en tono zumbón.

—¿Quién eres y qué se te ofrece?—contesté yo.—Si no lo dices cerraré la puerta.

—Esperad un momento, hermano,—repuso.—¿No gastáis nunca una broma? ¿Queréis que me den de latigazos? Traigo una carta del capitán para el Sr. Balfour.

Así diciendo, enseñóme la carta y añadió:

—Debo advertiros que tengo un hambre voraz.

—Bien,—contesté;—entra en la casa y tomarás un bocado aunque yo no coma.

Y conduciendo al muchacho á la cocina, le mandé sentar en mi sitio, donde al punto devoró los restos del almuerzo, guiñando los ojos y haciendo muchas muecas, que sin duda le parecerían graciosas al pobre muchacho. Entretanto mi tío había leído la carta y reflexionaba. De pronto se puso en pie con mucha viveza é hízome seña para que le siguiese al otro lado de la habitación.

—Lee esto,—me dijo entregándome la carta.

Hé aquí el contenido:

«*Posada de Hawes en la ensenada de la Reina.*

»Muy señor mío: Me hallo aquí con mi barco y os envío á mi grumete para ponerlo en vuestro conocimiento. Si tenéis que hacerme algún encargo, habrá de ser hoy mismo, pues quiero aprovechar el viento. Debo advertiros que han

Digitized by Google

mediado disputas con vuestro agente el Sr. Rankeiller, y que si no se arreglan pronto las diferencias podéis esperar algunas pérdidas. He girado contra vos una letra, según podréis ver.

»Vuestro humilde servidor

»ELÍAS HOSEASON.»

—Ya lo ves, David,—dijo mi tío cuando hube terminado la lectura;—tengo un buen auxiliar en ese Hoseason, capitán del bergantín mercante *Covenant*, de Dysart; y si fuéramos ahora con este muchacho, yo podría ver á ese amigo en Hawes, ó tal vez á bordo de su barco, si se han de firmar algunos papeles. De este modo no perderíamos tiempo, y podríamos á la vez ir á ver al abogado Sr. Rankeiller. Si tú no crees nada de lo que yo digo, paréceme que darás crédito á ese caballero. Es el agente de toda la localidad, hombre muy respetable y que conoció á tu padre.

Desde luego pensé que íbamos á ir á un puerto, sin duda populoso, donde mi tío no podría intentar ninguna violencia. Una vez allí, sin duda me sería fácil obligar á Ebenezer á visitar al abogado, aunque no fuera tal su intención; y por otra parte halagábame la idea de ver el mar y los barcos.

—Muy bien,—contesté;—vamos á la ensenada.

Mi tío cogió su bastón, colocóse en el cinto un cuchillo mohoso, apagamos el fuego, y después de cerrar bien la puerta nos pusimos en marcha.

Soplaba con fuerza el viento NO., y, aunque era el mes de junio, la yerba estaba cubierta de escarcha. Tal era el frío, que parecía más propio del mes de diciembre.

Ebenezer avanzaba á buen paso, aunque tambaleándose como un hombre ebrio y sin decir una palabra; de modo que me vi obligado á trabar conversación con el muchacho, quien me dijo que se llamaba Ransome y que había estado en los mares desde los nueve años, pero ignoraba qué edad tenía. Me enseñó varios tatuajes que tenía en el pecho, entreabriendo su camisa á pesar de mis advertencias para que se resguardase del frío, pues el viento me parecía suficiente para matarle; y en su conversación dejó escapar varias imprecaciones impropias de un muchacho de su edad. Hizo alarde de haber cometido muchos actos censurables, como estafas y robos, y hasta asesinatos; pero todo esto lo decía con tal sencillez y minuciosidad en los detalles, que más bien le compadecí que le creí.

Preguntéle por el bergantín, y díjome que era el barco más velero que podía encontrarse en el mar, y que su capitán, Hoseason, buen marino, no temía nada en el cielo ni en la tierra, que no tenía escrúpulos de ninguna especie y que se distinguía siempre por lo bruto. Todas estas cualidades parecían al pobre muchacho dignas de admiración, y en su concepto el capitán no tenía más rival que el contramaestre llamado Shuan, que era quien verdaderamente dirigía el buque y al cual reconocía como el hombre mas práctico en el oficio.—Sólo tiene el vicio, — añadió, — de embriagarse con frecuencia, y entonces se le debe temer.

—Mirad,—dijo bajándose un calcetín y enseñándome una herida cuyo aspecto me estremeció;—él me lo hizo.

— ¡Cómo! — exclamé. — ¿Es posible que te traten de esta manera tan cruel? Tú no eres ningún esclavo.

— No, — repuso el muchacho cambiando de tono, — ciertamente que no lo soy; pero ya me las pagará todas juntas.

Al pronunciar estas palabras enseñóme un cuchillo de regulares dimensiones, que había robado, según dijo, y añadió:

—¡Oh! ¡Que vuelva á tocarme otra vez! También me atreveré con él, y os aseguro que no será el primero.

Aquel pobre muchacho, que me parecía casi idiota, inspirábame verdadera compasión, y comencé á creer que el tal bergantín sería una especie de infierno en los mares.

— ¿No tienes parientes, amigos? — pregunté al muchacho.

Contestó que su padre estuvo en otro tiempo en un puerto inglés cuyo nombre no podía recordar, pero que ya había muerto

—Y ¿no podrías encontrar,—le dije, —una ocupación honrosa en tierra?

— ¡Oh, no!—repuso guiñando un ojo con expresión de malicia.—Me obligarían á tomar un oficio, y esto no me hace gracia.

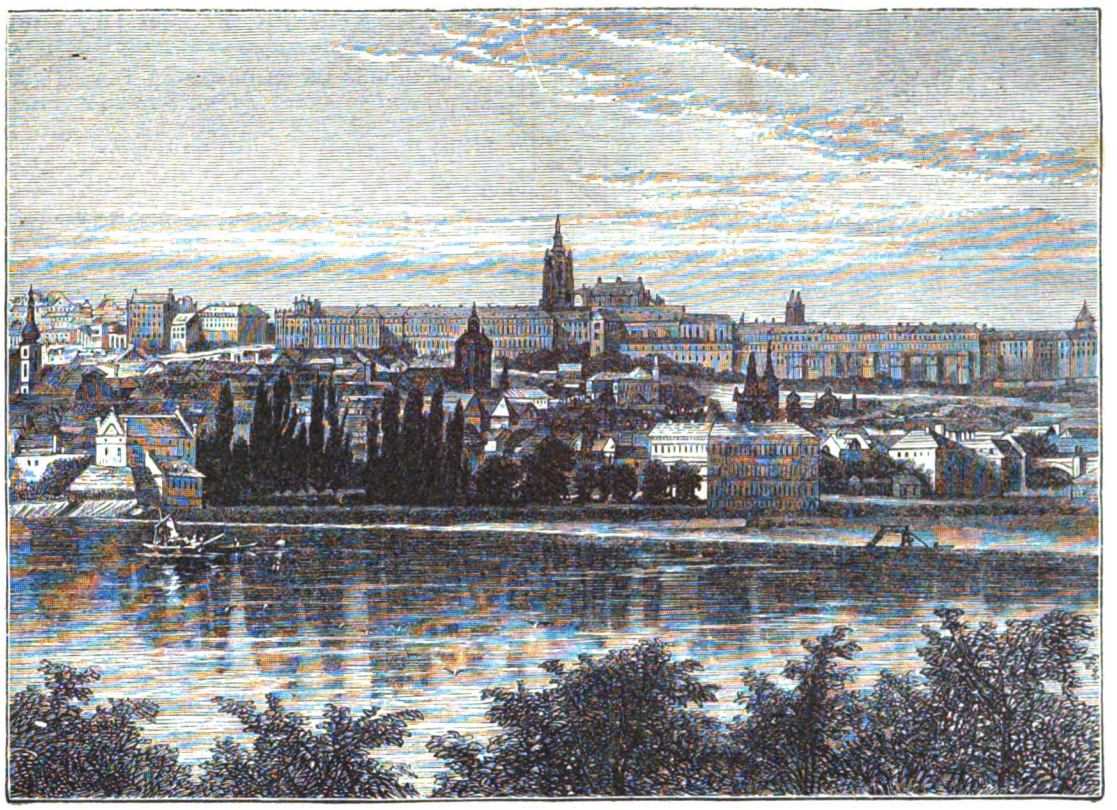
Preguntéle qué oficio podía ser peor que el que tenía, hallándose expuesto continuamente no sólo á perder la vida en un naufragio, sino á sufrir los horribles tratamientos de sus amos.

El muchacho contestó que esto era verdad, pero que en cambio le causaba mucho placer desembarcar en tierra con algún dinero y gastarlo alegremente.

—Otros tienen peor suerte, — añadió,—como son los de las *veinte libras*, con los cuales no me divierto poco; y además los *pequeños*, de los cuales me cuido yo, y os aseguro que sé conservar entre ellos el orden, para lo que me sirvo de una buena cuerda.

De lo que el muchacho siguió diciendo deduje claramente que los *de veinte libras* eran esos infelices criminales que se enviaban para servir como esclavos á la América del Norte, y que al hablar de los *pequeños* referíase á las desgraciadas é inocentes criaturas robadas por algún interés particular ó por venganza.

No tardamos en llegar á la cima de la colina desde donde se veía la ensenada de la Reina y el sitio llamado el Estrecho del Forth, brazo de mar que se estrecha en aquel punto formando como un gran río, y que, prolongándose por el norte, presenta un puerto bastante capaz para toda clase de buques. *(Se continuará)*



PALACIO DE LOS REYES DE BOHEMIA, EN PRAGA

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

Frasco 8 fr. PUREZA DEL CUTIS en Paris
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUDEL, 26 El Sr. Denis.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA - Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.-BARCELONA
LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ESTREÑIMIENTO y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra fácilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (estreñimiento), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

Digitized by Google

LA EQUITATIVA DE LOS ESTADOS UNIDOS

Domicilio social: 120, BROADWAY, New-York

			DUROS
Grandeza..	**LA EQUITATIVA** es la primera y más prominente Compañía de Seguros de Vida..	Seguro en vigor....	549,216.126
Popularidad.	**LA EQUITATIVA** obtiene anualmente la mayor suma de nuevos negocios y acredita el mayor incremento en las pólizas en vigor.....	Nuevo Seguro en 1888 / Aumento en el Seguro en vigor..	153,933.535 / 66,186.564
Solidez....	**LA EQUITATIVA** es más rica en SOBRANTE que todas las demás Compañías, y ninguna de sus principales competidoras la iguala en EXCESO del activo sobre las obligaciones	Sobrante al 4 p. 100.. / Activo sobre el pasivo.....	20,794.715 / 128 p. 100
Ganancia...	**LA EQUITATIVA** ha innovado y perfeccionado la forma más amplia y provechosa de Seguro de Vida, es á saber: **LA PÓLIZA de dividendos acumulados**	Los Agentes de esta Sociedad facilitarán ejemplos basados en resultados de esta clase.	

Las pólizas de esta clase proporcionan mayores ventajas al asegurado y rinden beneficios **más crecidos** que las de ninguna otra forma de Seguro. Las pólizas de acumulación de **LA EQUITATIVA** se convierten en **indisputables** á los dos ó tres años de antigüedad, según sean ó no **libérrimas**, pagándose **inmediatamente que ocurre el vencimiento** de unas y otras. Además del inmenso Activo de esta Sociedad, sus asegurados de España y Portugal tienen una garantía especial en el edificio que está construyendo en esta Corte á punto de terminar, y cuyo coste no bajará de un millón de duros

Sucursal de España, autorizada por Real Orden de 10 de Octubre de 1882

MADRID: SEVILLA, 16, PRINCIPAL

DELEGADO EN CATALUÑA Y BALEARES: EXCMO. SR. D. MARIANO CASI Y LÓPEZ

Delegación y Oficinas: Rambla de Estudios, 6, pral.—BARCELONA

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,

En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue del'Opéra, PARIS

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas la buenas Perfumerias.

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

El **VINO** de **PEPTONA CATILLON** *restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.* Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades

DEL **ESTOMAGO**

LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.

3, Boulevard Saint-Martin, Paris

y en las buenas farmacias

MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

El Vigor del Cabello DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerias.

PREPARADO POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

LA MÁSCARA DE BRONCE

Consta de 40 cuadernos á 2 reales

Suscripción permanente

R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

ANDALUCÍA, por M. Martínez Barrionuevo.-R. Molinas, editor. Cortes, 365 á 371

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo:

JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto sameri canos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Malaga, Ceuta, Cádiz, Tanger, Larache, Rabat, Casabianca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

NO MAS CANAS

TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, perfumista **102, Rue Richelieu, PARIS.** En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

AU

BON MARCHÉ

NOVEDADES

CASA ARISTIDE BOUCICAUT

PARÍS Almacenes de Novedades, que reunen en todos sus articulos el surtido más completo, más rico y más elegante. **PARÍS**

Tenemos el honor de informar á las señoras, que nuestro Catálogo de Novedades de la Estación acaba de publicarse, y que es remitido **franco** á cuantas personas nos lo piden.

En razón al desarrollo constante de nuestros negocios, nuestros surtidos son muy considerables, y podemos afirmar que ofrecemos ventajas indiscutibles, tanto desde el punto de vista de la calidad, como de la baratura de todas nuestras mercancías.

Independientemente de nuestro Catálogo de Estación, que contiene una mención de nuestras principales novedades, tenemos á la disposición de las señoras :

Muestras variadas de todos nuestros tejidos en *Sederias, Lanas, Paños, Telas nuevas, Tejidos estampados, Encajes, Cintas, Alfombras* y *Telas para revestir muebles.*

Igualmente tenemos albums, descripciones y reproducciones de todos nuestros modelos de *Confecciones, Vestidos para señoras y niñas, Trajes para caballeros y jovencitos, Modas y sombreros, Corsés, Enaguas, Faldas, Peinadores, Equipos de novia y canastillas, Ropa blanca, Géneros de punto, Camiseria, Pañuelos, Paraguas y sombrillas, Guantes, Corbatas, Plumas y flores, Calzado para caballeros, señoras y niños, Ropas de cama, Colchas, Articulos de viaje, Articulos de Paris, Tapiceria, Muebles,* etc.

Todos los pedidos que alcancen á un valor de 25 francos, son expedidos contra reembolso, *francos de porto*, hasta la frontera francesa. Los pedidos de un valor de 25 francos en adelante, enteramente pagados por adelantado, y que puedan ser enviados por el servicio de *paquetes postales*, son expedidos *francos de porte* hasta su destino á todas las localidades á que alcance dicho servicio, en un paquete postal por cada 25 francos. Los paquetes postales no pueden pesar más de 3 kilogramos, ni exceder de una dimensión de 60 centímetros, y un volumen de 20 decímetros cúbicos. — Los derechos de Aduanas son á cargo de nuestros clientes.

Dirijanse las cartas « **AU BON MARCHE** », Maison ARISTIDE BOUCICAUT, PARÍS. — Dirección telegráfica, « Maison **BOUCICAUT**, París ».

La casa del **BON MARCHÉ** no tiene sucursal ni representante en Francia ni en el Extranjero, y ruega á sus clientes que desconfien de los comerciantes que se sirven de su titulo para establecer una confusión. El principio invariable de la casa del **BON MARCHÉ** es venderlo todo con corto beneficio, y enteramente de confianza. Este principio, que ha sido siempre lealmente aplicado le ha valido un éxito no interrumpido, y sin precedente.

La casa del BON MARCHÉ ha obtenido en la Exposicion Universal de 1889,

DOS GRANDES PREMIOS, TRES MEDALLAS DE ORO, TRES MEDALLAS DE PLATA

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ! **Gran novedad ! DUSSER**, Inventor, ***Rue J.-J.-Rousseau, n°1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* **Melchor Garcia** y en las Perfumerias **Pasoual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc., *Barcelona:* **Vicente Ferrer**, depositario, y en las Perfumerias de **Lafont**, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 10 de mayo de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 15 pesetas.

Núm. 384

LOS PRIMEROS BESOS (cuadro de Ferragutti)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Carta problema* (conclusión), por José M. Matheu.—*A una niña muerta* (poesía), por A. Alcalde y Valladares.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*A la zaga*, por A. Sánchez Pérez.—*Mayo* (poesía), por J. Tolosa Hernández.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Rimas*, por Edmundo de C. Bonet.—*Historia vulgar* (poesía), por Carlos Miranda.—*Nuestros grabados*.—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Los primeros besos.—Madame Campan.—Cogidos infraganti.—*La Habana*: La plaza del vapor. Calle del Prado.—Lamartine.—El viaje del presidente de la República francesa.—Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: La muerte de Sertorio.—*Las esfinges de Egipto*: La grande esfinge. Cabeza de esfinge romana.—Londres: La catedral de San Pablo.—«Los Maestros cantores», de R. Wagner.—El colegio de Girton.—Idilio pompeyano.

MADRID

Ocho horas de trabajo.—Rayos del sol

Se habían anunciado terribles conflictos, sangrientas escenas, para el 1.º de mayo; y ese día, que abre las puertas de la vida al mes regocijado de las flores, ha pasado sin dejarnos un triste recuerdo que haga colocar crespones sobre las corolas de las hermosas hijas de la Naturaleza con que se engalanan los altares para rendir homenaje á la Madre de Dios y con que se adornan las niñas para acudir á la fiesta cívica del Dos de Mayo.

Los obreros no trabajaron aquel día, en las calles hubo más blusas azules y blancas que chaqués y levitas, y del reposo en que quedaron las herramientas tomaron desquite las lenguas, que se despacharon á su gusto en el Liceo Rius, en los Jardines del Retiro, en los corrillos; y esto fué todo.

Los días en que una manifestación era un conflicto y las peticiones iban envueltas en amenazas han pasado, por fortuna. Cuando los obreros salían el día 1.º de mayo de los Jardines del Retiro y subían por la calle de Alcalá, se encontraron muchos coches de los que iban á pasear á sus dueños á la Castellana; y los unos continuaron su manifestación pidiendo ocho horas de trabajo, y los otros continuaron su ruta consumiendo unas horas de aburrimiento.

Se comprende, aunque se lamente, que el problema social haya provocado sangrientos conflictos en otros tiempos cuando entre los romanos se ponían trabas al disfrute del *ager publicus*, cuando siervos y villanos tenían que luchar en la edad media para salir de una condición tristísima en que todo se les negaba, dando lugar á movimientos como el de la *Jacquerie* en Francia y la *Wat Tyler* en Inglaterra; pero esto pasaba allá por los años 1353 y 1381, y desde entonces acá ha llovido mucho, y el que era un siervo se convirtió en villano censatario después de la Reforma, y el villano censatario se ha convertido en ciudadano libre, en propietario, después de la Revolución.

Hoy todos somos más ó menos obreros, y muchos de los de la clase media se contentarían con no trabajar nada más que ocho horas para atender á las obligaciones que sobre ellos pesan.

La petición de ocho horas de trabajo es, en realidad, muy sensata y comprendemos que los obreros pidan esa reforma: ocho horas de trabajo, ocho horas de sueño para restaurar las fuerzas, y ocho horas para distribuirlas entre las comidas indispensables, los paseos higiénicos, las lecturas recreativas y provechosas, las expansiones de la familia ó de la amistad indispensable al espíritu, constituyen un ideal de la vida que no todos pueden realizar.

El labrador que sale de su casa en cuanto oye el canto de la madrugadora alondra, y no vuelve hasta que ha sonado el toque de oraciones con que la iglesia despide al día y recuerda á los que fueron; el artista que se levanta en cuanto el primer rayo de sol llega á la ventana de su estudio, y que no deja la paleta y los pinceles hasta que le ocultan el color las sombras del crepúsculo de la tarde; el médico que va presuroso á sorprender el efecto de la enfermedad en las primeras horas de la mañana, y que vuelve á estudiar el recargo vespertino; el que se sienta detrás del bufete lleno de infolios en cuanto raya el día, y continúa á la luz de la lámpara su tarea de aplicar las leyes á los casos prácticos; el comerciante que no deja apenas un momento el mostrador, el que pasa la vida tras el enrejado de una oficina, el marino que dirige el movimiento de un barco ó contribuye á él, el hombre de ciencia que procura resolver problemas y desentrañar misterios; todos esos trabajan más de ocho horas diarias, y se darían por satisfechos con llegar á ese ideal justísimo del obrero.

Porque, en honor de la verdad, ocho horas de trabajo son bastantes. Es tan corta la vida, empleamos tanto tiempo en dormir, que es muy corto el que nos queda para disfrutar algo en este mundo.

Si hiciéramos una cuenta parecida á la que los protagonistas de *Divorçons*, la preciosa comedia de Sardou, hacen para saber el tiempo que han estado juntos, verdaderamente juntos, en tres años de matrimonio, nos sorprenderíamos como ellos al ver lo poco que vivimos.

Ocho horas libres cada veinticuatro, ocho horas que puede emplear en leer el que anhela instruirse, en pasear el que necesite de la actividad del cuerpo, en ver deshacerse las espirales del humo del cigarro el que sea indolente, en atender á su familia el que sea amante de los goces del hogar; es lo menos que puede desear el hombre civilizado después de haber realizado tantas conquistas.

¿Para qué, si no, se ha hecho dueño del vapor y está á punto de convertir por completo en dócil servidora suya á la electricidad?

Todo lo que parecía aventurado y absurdo al tiempo de iniciarse, se ha ido poco á poco realizando, y la práctica ha demostrado que no eran grandes los males ni insuperables los obstáculos que se presentaban á la vista de la rutina en los primeros momentos.

Sólo que en esto sucederá, como en todo, que al lado del ideal estará la práctica, y que el que sea laborioso ó busque una conveniencia trabajará más de ocho horas, sea lo que se decrete; y que al que no quiera trabajar le parecerán las ocho horas un siglo y se concederá las rebajas que crea convenientes.

***

El que se ha declarado en huelga esta primavera en Madrid ha sido el buen tiempo, y el sol no alumbra, esto es, no trabaja todo el tiempo que por obligación le corresponde en esta época del año en que tiene que hacer tantas cosas.

Da lástima ver cómo vienen las lilas de la Casa de Campo, que hacían otras veces su entrada triunfal en Madrid el día 1.º de mayo; al Prado fueron el día 2, los que no pierden la costumbre de oir allí su misa en sufragio de las víctimas, muy embozados en sus capas; y los árboles del Retiro no se han atrevido á lucir su traje de gala, como las muchachas no se atreven á sacar del armario sus trajecitos claros.

Si esto sigue, en el Palacio de Bellas Artes va á ser necesario encender las estufas que templaron sus salas cuando era hospital, y así podremos ver los cuadros que han llevado allí los pintores, sin exponernos á tener sabañones.

Los que están en carácter son los bailes del gran mundo que se celebran ahora para indemnizar á la sociedad elegante de las tristezas del pasado invierno. Baile en casa de M. Bauer, baile en el palacio de los duques de Fernán Núñez, bailes en las embajadas: parece que estamos en la época que precede al Carnaval y que el tiempo quiere contribuir á este retroceso.

Santiago el Verde con su alegre romería á orillas del Manzanares, la *Maya* con sus alegres danzas de muchachas en torno del árbol florido, eran las fiestas de otras épocas en los días primeros de mayo.

Ahora, aunque las costumbres modernas no las hubieran abolido, no podrían celebrarse.

El mal tiempo es un buen agente de orden público para reprimir las manifestaciones de la vía pública, y en este sentido prestó muy buenos servicios el día 1.º de mayo; pero es un turba fiestas que va á poner en peligro las que se preparaban para festejar á San Isidro.

Cuando oimos á los señores mayores decir que ahora luce el sol mucho menos que en su juventud, tomamos sus asertos por ilusión que hace considerar que cualquiera tiempo pasado fué mejor; pero es lo cierto que, volviendo la vista á las costumbres antiguas y considerando lo que hoy pasa, no hay más que darles la razón.

Las mañanas de abril y mayo que inspiraron á Calderón, son hoy muy desapacibles; las escenas descritas por Zabaleta en sus preciosos cuadros de costumbres, no podrían hoy verificarse al aire libre.

En tiempos del buen D. Ramón Mesonero Romanos, de ilustre é imperecedera memoria, era el día de San José el destinado para vestir á los niños de corto; y las gentiles modistillas madrileñas cambiaban, en cuanto terminaban las veladas, que comenzaban el día de San Francisco, el mantón de lana por el flexible pañolillo de crespón.

Ahora no sólo las flores de la vara de San José, sino hasta las azucenas de San Antonio, se hielan casi todos los años.

Será que el sol se va haciendo viejo y tiene menos fuego, y habrá que jubilarle y mandarle á clases pasivas, encargando á Edison uno nuevo.

KASABAL

CARTA PROBLEMA

(CONCLUSIÓN)

Por esta razón supimos con alguna anterioridad su venida, pues de no haberse detenido en *Lonclaves*, mi padre, que era reservadísimo, nos lo hubiera anunciado el mismo día de salir á saludarlo á la estación.

Hechos ya en la casa los preparativos necesarios por mi madre y mi hermana, amaneció el día señalado y nos reunimos en el andén toda la familia. Asomó, por fin, el monstruo de hierro, entre silbos y resoplidos, con su flotante cimera de humo; acercóse apresuradamente, y se detuvo delante de nosotros, mudo y obediente á la mano del hombre que lo dirigía. Abrimos la portezuela de un coche de primera por donde apareció nuestro pariente, hombre de unos cincuenta años, seco y enjuto de carnes como buen montañés, y luego... Figúrate, amigo Jaime, cuál sería mi asombro cuando ni acertaba siquiera á saludar á su hija que le acompañaba, á mi prima, á la propia Rosarito. ¿Eh? ¿Qué te parece? ¡Tener á Rosario en *Lonclaves* y á dos pasos de distancia! ¿No era esto un sueño? Mi padre no me había dicho, al entregarme la carta, aun no hacía un año, que fuese pariente nuestro aquel D. Luciano Baroja. ¿Sabría ella acaso en nombre de quién me presentaba en su casa? ¿Me recibiría por esto tan familiarmente? Todos estos pensamientos, y aun muchos más, acudieron á mi imaginación al ver á Rosario caminito de *Lonclaves*. Llegados á casa, tan grande era la extrañeza que me causaba esta novedad, que en los primeros momentos me hallaba yo en su presencia como gallina en corral ajeno, entre suspenso y cohibido.

¿Sería más bien por la intensidad misma de los sentimientos, por aquella inesperada vibración de los recuerdos que se despertaban de nuevo? Sólo sé decirte, amigo Jaime, que, dueño al fin de mí mismo, acompañando á mi prima á todas partes en estos ocho días que estuvo con nosotros, no le hablé una sola palabra de lo pasado. Habíame quedado como con cierto resentimiento de que ella no hubiera sido más explícita conmigo, declarando en la pri-

Digitized by Google

mera visita que les hice el parentesco que nos unía. Si lo sabía y lo callaba era evidente que por su parte no existían grandes deseos de renovar las antiguas relaciones de familia. Nos tratamos, por lo tanto, como primos, afectuosamente, pero guardando siempre esa distancia que no franquea más que la pasión ó la cordialidad fraternal, íntima, cariñosísima. No por eso dejaba yo de observarla, de estudiar su carácter, de chancearme alguna que otra vez, sobre todo los dos últimos días que paseamos juntos.

Luego, al retirarme de noche, pensaba y me decía: —Sí: esa imaginación, ese amor al trabajo, esa actividad que dedica á los quehaceres domésticos sólo por su gusto, eso es de su madre, catalana neta; ese buen sentido, esa seriedad, esa impetuosidad con que defiende hasta sus equivocaciones, eso lo lleva en la sangre aragonesa; pero la distinción de sus maneras y la gracia con que se burla, en ocasiones, de sí misma, eso lo ha mamado en Madrid. Defectos visibles ó buenas cualidades en germen, todo me encantaba y me removía, y me enloquecía y mareaba, como si anduviera deslumbrado por infinitas luces. Y, sin embargo, el recelo de haber sido comprendido por ella y de que no hiciera la menor mención de aquella temporada inolvidable de Madrid, era á modo de una mano de hierro que me oprimía el pecho en el momento mismo en que iba á declararle la verdad.

Por último, al día siguiente salimos á acompañarlos á la estación, que no estaba distante de la ciudad ni de nuestra casa. Al cruzar al andén, mientras Rosarito se bajaba el tul blanco del sombrero, me puso la sombrilla en la mano y mirándome muy risueña me dijo:

—Vamos, primito: ¿no hay algún encargo de última hora? ¿No quieres que traiga alguna cosa?

—Con tu personilla que me traigas, ya me tienes contento y no pido más.—Luego añadí en otro tono:—Ya sabes que somos nosotros los que quedamos á tus órdenes.

Partió el tren á los pocos minutos, y yo lo vi desaparecer con honda y disimulada tristeza como si no hubiera de encontrarme más en mi vida al lado de mi prima. A la vuelta pasarían probablemente de largo. La vería un instante, y luego... Dios sabe cuándo. ¡Qué tristeza! Realmente los dos ó tres días que siguieron á esta separación no los llenaba por entero ni las tareas de mi profesión ni la grata compañía de los míos. Echaba de menos, como el melancólico paseante de *Hyde-Park*, los hermosos días de sol de su patria, esos días en que se siente, sin saber por qué, la alegría de vivir, la esperanza de ser muy dichoso. Creo, pues, haber obrado con delicadeza poniendo por mi parte término á este largo y amoroso sueño. ¿Habré acertado? Tuyo de corazón

Augusto Bárguena.

Posdata. El viernes de aquella semana recibió mi padre carta del tío Luciano, y al ver, como la vez anterior, la firma de L. Baroja, cuando en *Lonclaves* no se conocía á esta familia más que por *los de Valenzuela*, no pude menos de preguntarle:

—Diga V., padre: ¿cómo se firma ahora Baroja? A V. le hemos oído hablar siempre de nuestro pariente Valenzuela, del tío Valenzuela...

—Por una razón muy sencilla: porque aquí se les ha llamado desde tiempo inmemorial *los de Valenzuela*, que era el apellido de los abuelos, el nombre de la casa solariega, y yo he seguido naturalmente esta costumbre.

Con esta respuesta de mi padre, y teniendo en cuenta su carácter, me expliqué perfectamente la anomalía de no estar nosotros al tanto de ciertas circunstancias tratándose de parientes lejanos á quienes ni conocíamos de vista. Tres días después, y cuando menos la esperaba, recibí carta de mi prima Rosario, que se leyó en familia, como la del tío, aunque algo de corrido, porque en sustancia venía á decir lo mismo. Pero más abajo de la firma empezaba una posdata que dejé de leer intencionadamente, reservándola como gran regalo para saborearla á mis solas. Por gusto la copiaré íntegra: «Escrito lo anterior, me ocurre una duda: Tú, lo mismo que yo, ignorabas que fuésemos primos segundos ó terceros... y no me has hablado una sola palabra de esto. ¿Ha sido con intención? ¿Es que no te ha gustado el parentesco? En Madrid me mirabas con mejores ojos aun no hace todavía un año (¿no te acuerdas?), y ahora no te has dignado sacar á cuento nada de lo que entonces pensaste de tu prima. Pues bien: yo, cuando me dijo papá que íbamos á tu casa, tuve una alegría... una alegría que no sé cómo explicarte... ¡Iba tan contenta!... Pero luego, al vernos, te encontré tan reservado, tan comedido y tan... otro, que pensé para mí:—No, pues yo no le digo nada.—Ahora, sin embargo, me atrevo á ponerte esto por escrito, porque entre parientes... creo que ha de haber alguna franqueza. Papá es tan indolente y tan abandonado en todas sus cosas, que no te extrañe que no vuelva á escribiros más en su vida; pero os quiere mucho, y yo lo haré en su nombre de vez en cuando.»

Leída esta posdata, yo besé la carta, otra niñería que tú no me perdonarás, amigo Jaime; pero ¡si vieras qué alegría tan insolente se me entró en el alma! Me puse á saltar como un chiquillo, y, si no á saltar, á correr por el cuarto como si me hubiera picado la tarántula ó tuviera hormiguillo. ¿Conque es decir que ella ignoraba lo del parentesco por las mismas ó parecidas razones que yo? ¿Conque es decir que ella esperaba que le manifestase mis sentimientos claramente? ¿Conque es decir que...? Vamos, vamos: había para volverse loco.

Después, al recobrar la calma, pensé en el problema planteado por mis amigos y en las consecuencias que de él se derivan. Sí, en efecto: he visto en el mismo Madrid hombres de cuarenta años que llevaban del brazo á sus mujercitas, muchachas de diez y siete á diez y nueve abriles. Pero ¡qué quieres! á pesar de la sensatez con que obraron estos caballeros al aguardar tener hecha su fortuna para dar el gran paso, me causaba tristeza su vista. No sé por qué. La dulce intemperancia de la juventud habrá pasado para ellos; tendrán su lote de poesía íntima irreflexiva y graciosa, pero ¡qué menguado! Serán dichosos, pero les faltarán las alas, es decir, aquellas invencibles esperanzas que nos alientan y sostienen en las luchas, en el trabajo, en medio de las ásperas realidades de la vida. No creas, con todo y con eso, amigo Jaime, que doy el problema por resuelto. Muy al contrario: pido, para ver más claro, la valiosa cooperación de tu inteligencia. Teóricamente lo discutiremos, agotaremos el caudal de todas las buenas razones; pero en la práctica... en la práctica me decido por esa felicidad que he soñado tantas noches teniendo las cartas de mi prima sobre los libros, pues has de saber que ya nos escribimos con frecuencia, ya somos... novios reconocidos oficialmente, y nos queremos mucho. Y vuelvo á preguntarte: ¿habré acertado?

Por la copia

JOSÉ M.ª MATHEU

MADAME CAMPAN

A UNA NIÑA MUERTA

Al venir á este valle de sonrojos,
en dicha estéril, en dolor fecundo,
sentiste en tu suspiro moribundo
punzarte el aguijón de sus abrojos.

Ni una sonrisa de tus labios rojos
pudo escaparse en tu pesar profundo,
y al llegar á las puertas de este mundo
cerraste con desdén los tristes ojos.

Pasaste como estrella desgajada
que, fugaz por la atmósfera cruzando,
va á perderse en la bóveda azulada.

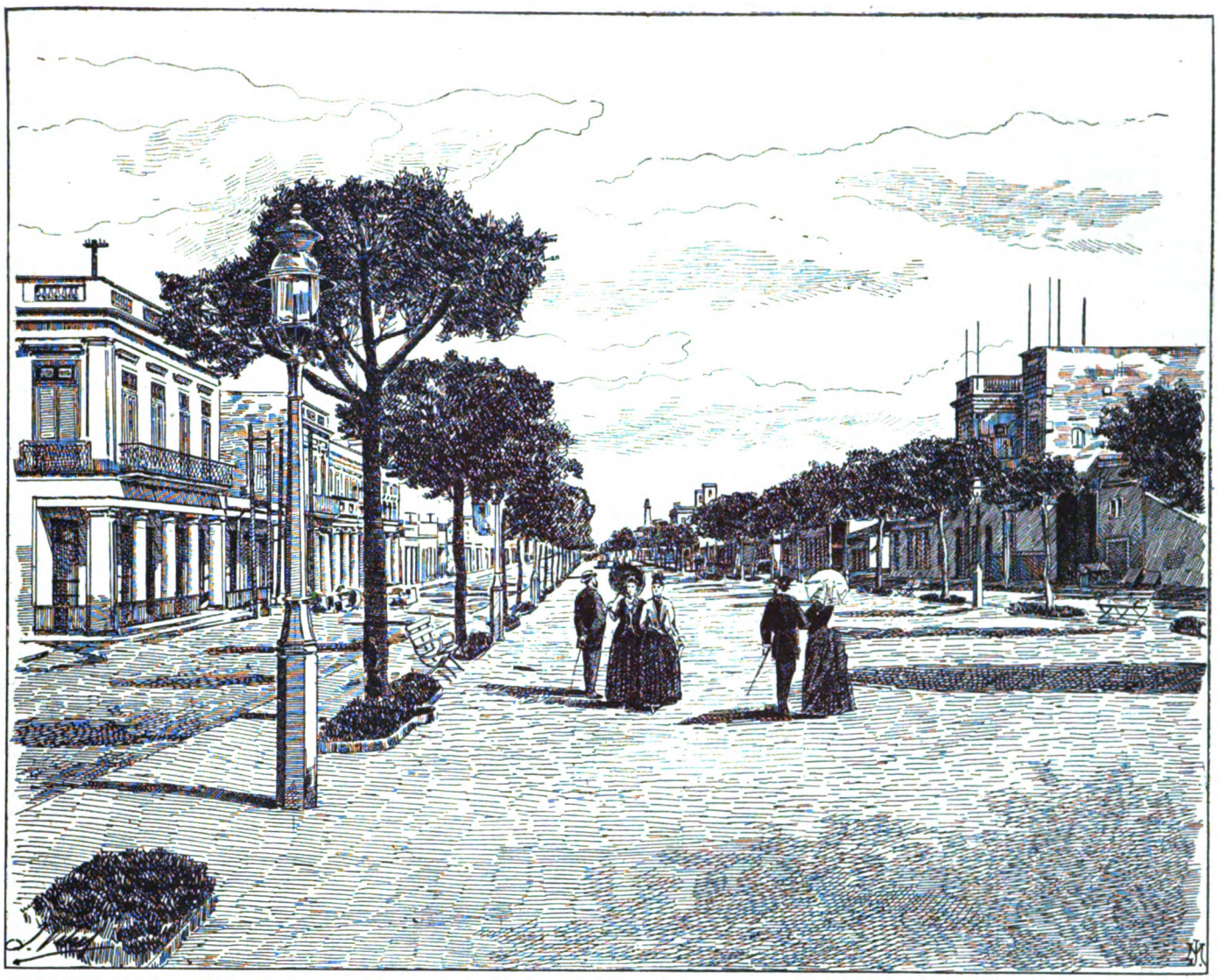
Y es que dijiste, en tu dolor pensando:
—Para siempre volver quiero á la nada,
que no nacer para vivir llorando.

A. ALCALDE VALLADARES

Digitized by Google

COGIDOS INFRAGANTI (cuadro de Girardet)

Digitized by Google



LA HABANA: CALLE DEL PRADO (dibujo de J. Vehil)

LA HABANA: PLAZA DEL VAPOR (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

(CONTINUACIÓN)

Sí: los filósofos, los poetas, los moralistas, etcétera, etc., que hablan como dictadores, que mezclan elementos de voluntad, de energía en sus ideas, las imponen más fácilmente. Hegel, en efecto, en su *Lógica,* por ejemplo, nos llega á convencer de que seremos unos pelagatos intelectuales, unos cualquiercosa metafísicos, vulgo y nada más que vulgo, si no preferimos lo que él dice y *quiere* que sea la verdad á lo que el sentido común nos sugiere. Tal vez la famosa cuestión kantiana, la que es base del moderno escepticismo más ó menos disimulado, la cuestión del *fenómeno* y del *noúmeno,* no pueda resolverla la humanidad nunca en un sentido satisfactorio para el valor real de la razón... sino por un acto de voluntad: *no queriendo* dudar de la correspondencia de lo representado con la representación. Schopenhauer debe gran parte de sus triunfos tardíos á su *dandysmo* filosófico, que se funda en un *desdén, querido* con constancia, de las ideas contrarias á su sistema.

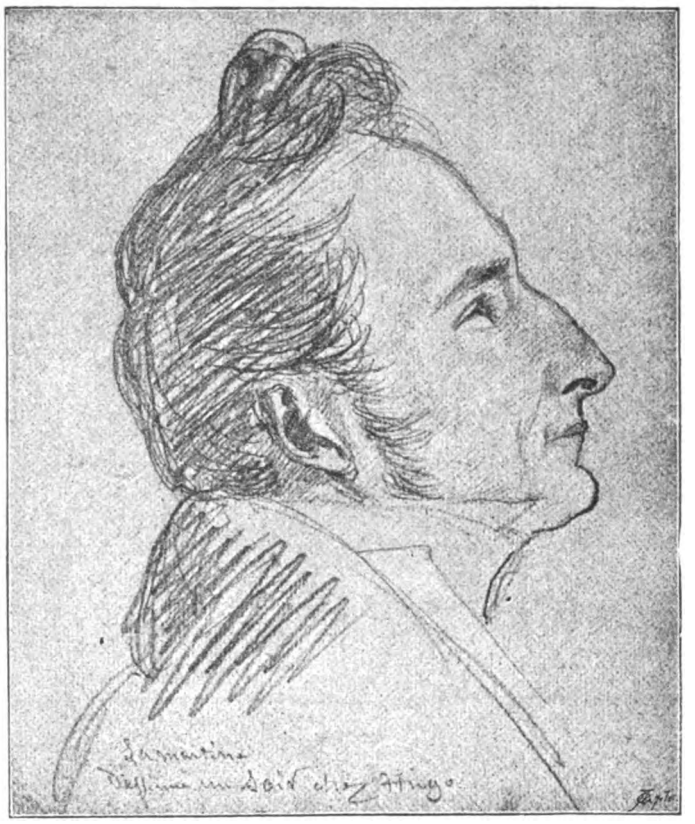
Pero ¿qué más? El secreto del triunfo inmenso de todas las grandes religiones históricas está en los *actos de fe,* que no son en suma más que otros tantos martillazos de una voluntad de hierro descargados sobre el cráneo, de hueso al fin, de la mísera razón humana.

Todas estas dudas, estas negaciones desconsoladoras, de que se queja el hombre moderno, el *fin del siglo,* ¿son racionales propiamente? ¿Ha dudado ó ha negado cada cual por cuenta propia? ¡Ay, no! Ni mucho menos. Así como la Iglesia se encargaba y se encarga de pensar por cuenta de sus fieles y afirmar por ellos, así el escepticismo y el *materialismo,* etc., etc., de unos pocos, lleva la *cura de almas* de una infinidad de pobres diablos que si se condenan no será por culpas de su *intelecto.* ¡Bajar á beber al fondo de las ideas, que es un abismo, cuando es tan fácil pedir en el camino un poco de agua á los que suben con el ánfora llena! Lo malo es que como los *del ánfora* saben que los otros no bajan... pueden ellos no bajar tampoco y fingir que sacan de lo hondo el agua que puede ser de los arroyos de la superficie.

En fin, cualquier joven reflexivo habrá observado que muchas veces se ha dejado deshacer sus ilusiones racionales por una afirmación, ó negación, rotunda de un pensador famoso; y esto sin más que la *fuerza de voluntad* acumulada, como electricidad, en la negación ó en la afirmación misma.

Yo, jóvenes pensativos, os aconsejo, como ligero alivio á ese tormento de que tan poco se habla y que es tan doloroso y tan frecuente, que consiste en la tortura causada por los grandes pensadores y los poetas tristes y desengañados, que son los que nos quitan las ilusiones que podrían reverdecer hasta bajo las canas y al borde de la sepultura; yo os aconsejo que os apliquéis á examinar con rigorosa lógica las doctrinas que destruyen vuestros ideales en los libros de los grandes maestros. Es cuestión de química intelectual: separad los elementos racionales, propiamente racionales, de la mezcla sentimental y *prasológica*; no admitáis esa especie de *opio* que la voluntad mete en las ideas para darles eficacia comunicativa. ¡Mirad, oh jóvenes de corazón robusto y generoso, que muchas veces, cuando creéis estar meditando... estáis amando!...—

Así hacía yo aquella tarde de mi cuento. Para mi corazón el desgraciado solitario de Recanati era una autoridad muy fuerte. Leopardi no hacía más que quejarse... y á mis ojos estaba argumentando. Lloraba, y me convencía. Y entonces, después de correrse aquel triste velo oscuro de que hablé más arriba, fué cuando llegué á las lamentaciones que el pastor de Asia dirige á la luna, su compañera de inútil aburrimiento. Como en un pozo, volví á caer de cabeza en mi ordinaria congoja, volví al estado



LAMARTINE (boceto por David)

normal de aquella mi triste convalecencia de alma; mas ahora caía en aquel marasmo desconsolado con un dogma poético, con una leyenda metafísica para mi aprensión nerviosa: la fuerte cadena de toda una filosofía didascálica me amarraba al fondo de mi desesperación de adolescente enfermizo. Yo iba creyendo aquello que decía de la *infinita vanidad de todo* el poeta, como si fueran demostraciones matemáticas sus quejas: debía de parecerme á los discípulos entusiásticos y candorosos de aquella primera filosofía jónica que era mitad poesía mitad fantasía reflexiva. Así como aquellos Tales, Anaximenes, Anaximandros, Heráclitos, etc., etc., decían que todo era agua, ó todo era aire, ó todo era fuego, el *pastor* de Leopardi y yo decíamos, como si lo viéramos, que todo era hastío. Encontrar el mundo inútil á los diez y siete años es un gran dolor. Tal vez no se cura de este mal por completo nunca. Cuando muchos años después creí en la vida, y hasta fuí á votar á los *comicios,* y cuidé mi hacienda, aunque poca, y hasta jugué algún albur en la banca de la suerte á la carta del progreso, y me decidí á escribir un programa de Estética, dividiéndolo, por supuesto, en parte general, especial y orgánica; todas estas cosas, y otras muchas por el estilo, las hice yo con un poco de comedia que procuraba ocultarme á mí mismo. Desde aquellas primeras tristezas serias de mi adolescencia, siempre que estoy contento me encuentro cierto aire de actor. Una voz secreta y melancólicamente burlona me dice:—¡Ah, farsantuelo!—y otra voz también secreta, y tal vez más honda, me dice:—¡Haces bien, cómico! ¡Adelante!

Si estas memorias, ó lo que sean (pues ya fuera de cátedra no creo apenas en los géneros), cayesen en manos de uno de esos literatos eminentemente *romanistas, arianos,* como dicen ahora algunos críticos *judaizantes;* en manos de uno de esos literatos que, ante todo, en toda clase de arte aman la arquitectura, y en el plan de toda obra ven como lo principal un plano; si tal aconteciera, digo, el tal literato notaría que ya había perdido el hilo lastimosamente, que todo me volvía digresiones é incoherencias. Había empezado, en efecto, por decir que á los diez y siete años era Narciso Arroyo, el que suscribe, un chico sin novia, á no ser que contáramos á la Virgen María... y después *salto* á Leopardi, al ateísmo poético, etc., etc.: ¿qué orden es este?

Sepa de una vez para siempre el Zoilo hipotético que yo soy *germanista,* que soy un latino que en esto de despreciar la arquitectura literaria me acerco á las leyendas de Odino y á los poemas cahóticos de los primitivos sajones y demás hombres del norte. El orden lo llevo yo en el alma: no es cuestión de literatura, es cuestión de conciencia. Yo aseguro que hay orden en todo lo dicho y basta. Leopardi y la Virgen María... ¿qué tienen que ver una cosa con otra? ¡Bah! Para la historia de mi espíritu, mucho. Yo, en el tiempo á que me vengo refiriendo, hacía á mi manera (de que ya hablaré) compatibles mis tristezas metafísicas, mi *bancarrota universal,* con las creencias católicas, ó que por tales tenía mi relativa ignorancia. Yo creía, como tantos otros creen, que porque tenía el símbolo de la fe tenía la fe. No sabía que si mi catolicismo hubiese sido fuerte como el de un creyente de la edad media, verbigracia, mis tristezas no llegarían hasta la raíz del mundo. Pero, en fin, entre contradicciones, de que á ratos tenía conciencia en forma de remordimiento, yo me llamaba católico, y era casi místico, en el sentido de cuasi visionario. El culto de María, no externo, pues éste desde la lejana infancia no había vuelto á tenerle (fuera de las oraciones que mi madre me había enseñado poco después de nacer); el culto de María, interior, poético, vago y misterioso, era uno de mis pocos consuelos de entonces. Mi madre y la Virgen eran, en rigor, las únicas ventanas por donde yo veía entonces un poco de cielo azul. A veces, en horas de exaltación, yo había casi creído en la proximidad de una aparición de María. Pues bien: al terminar la lectura de aquellas quejas del pastor oriental á la luna, entre las lágrimas de compasión infinita que me inspiraban Leopardi, el pastor, la luna, el rebaño, el mundo entero... yo mismo sobre todo... como un engendro del llanto y de la caridad, nació en mi alma esta extraña idea:—La Virgen *debió* presentarse al pastor de Asia: ella, tan amiga de aparecerse á los pastores, á los adolescentes solitarios del campo, que meditan, en la somnolencia de su inocente vida, *debió* presentarse, apareciendo detrás de la luna, al mismo pastor de aquellas soledades y bajar hasta ponerle en el corazón una mano, con lo cual bastaría para explicarle el por qué del mundo, el por qué de las vueltas de *la plateada rueda,* como llamó á la luna nuestro Fray Luis de León, un *pastor* de almas que llevaba á María dentro del pecho. ¡Pobre Leopardi, pobre solitario de Recanati, alma llena de amor infinito y que no encuentra objeto para tanto amor, pues no hay enfrente de su cariño... no más que una *infinita vanidad!*

¿A quién mejor que al pobre poeta, joven, casi niño, tan capaz de comprenderla, tan capaz de amarla, tan inocente en su dolor, en su negación dolorosa; á quién mejor que á este *ateo bueno,* á este *huérfano del alma* podía aparecerse María?

Y puesta á disparatar mi fantasía calenturienta, ayudada por mi corazón pasmado, llegué, al ocurrírseme aquellas cosas, que no eran blasfemias ni sacrilegios, dada la pureza de mi intención, llegué á desear volver atrás el curso del tiempo y resucitar á Leopardi, y hacer que la Virgen se le apareciera y le consolase.

Digitized by Google

Sí, sí: bien lo merecía. Además de lo dicho había otros motivos. Leopardi había amado á las mujeres del mundo, á las que en la cara, y hasta en el aire á veces, se parecen á María; había amado como sólo aman los grandes corazones solitarios, y las mujeres del mundo le habían desdeñado: no le quería Dios, que le dejaba negarle; no le quería la mujer... ¿Qué le quedaba ya, á no ser el regazo de María?

Y lloraba yo como un perdido ideando estas locuras; lloraba en aquella gruta artificial construída por nosotros; lloraba sin que nadie me viera, es claro; sin que nadie, ni mi padre, sospechara, ni con cien leguas, que había allí, tan cerca, quien llorase por estas cosas.

Y por último fuí á dar al egoísmo, fin triste de muchos entornecimientos. Ya que no á Leopardi, porque no existe; ya que no al *pastor de Asia,* porque no existió nunca; ¿por qué María no me consuela *más* á mí, no se me presenta á mí?... No he de ocultar que, al decirme para mis adentros esto de *presentárseme* María, á pesar de la seriedad del momento, á pesar de mi buena fe, un diablillo se reía dentro de mí gritando:—¡Presentarse, aparecerse! ¿Qué es eso?—Y otra voz, que no debía de ser de un diablo, me decía:—Tú tienes á tu madre...—Y después, como si fuesen ecos que decían cada cual cosa distinta, por milagro, por supuesto, otras voces gritaban más lejos, es decir, más adentro: Una:—Tú tendrás mujer... Otra:—Tú tendrás hijas... Y otra:—Tú tendrás sueños...

Estas varias voces merecen y necesitan explicación. Por eso escribo estas memorias. Por ahora sólo diré, respecto de la voz del diablillo que no quiso que yo creyese en apariciones, que el tal demoniejo *estaba llamado* á crecer y crecer dentro de mí como me temía, y á devorarme la bondad que más adelante había de ir naciéndome como un jugo de la buena salud que llegué á tener, á Dios gracias.

Quién me hubiera dicho á mí, entonces, que por culpa del tal diablo burlón, yo mismo, el que casi esperaba ver á la Virgen, había de ser autor, años después, de cierto suelto de un periódico satírico, que decía:

«En la parroquia de Tal se juntaron siete curas y mataron á palos á un feligrés. Hay que hacer un escarmiento con el clero. No hay que pagarle un cuarto.»

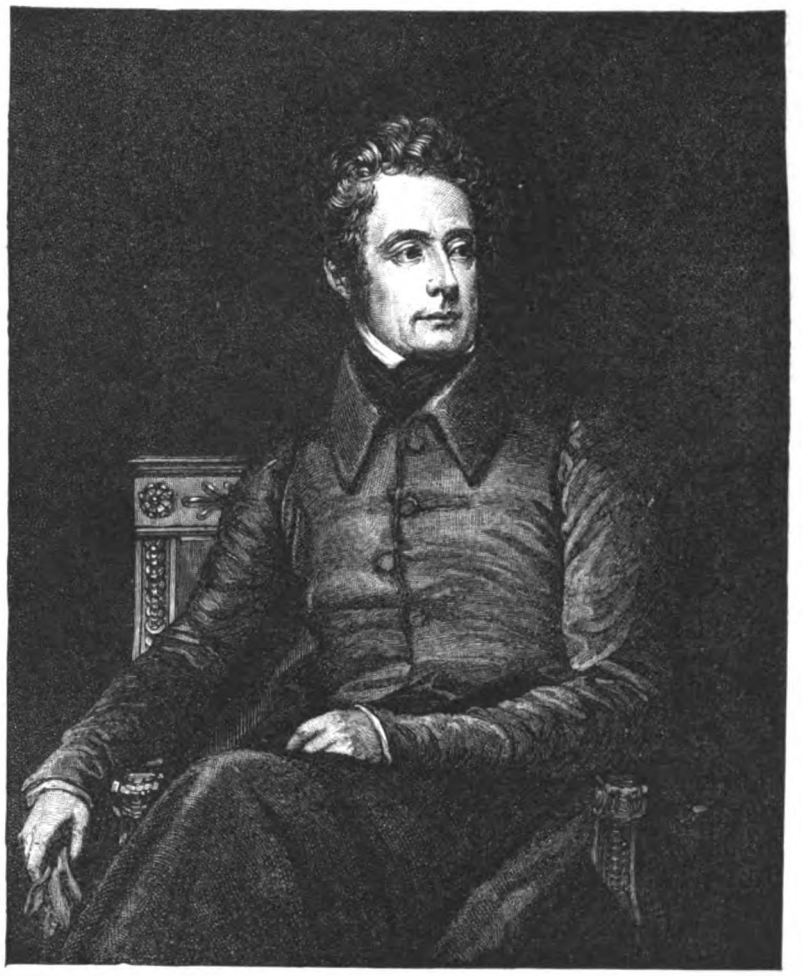
Y de este otro suelto, publicado al día siguiente:

«Estábamos mal informados. No era completamente cierta la noticia que dábamos ayer respecto al crimen cometido por siete curas en la persona de un feligrés. Fué de otro modo: fué que entre siete feligreses mataron al cura. Pero nos ratificamos en lo dicho: hay que hacer un escarmiento con el clero.»

¡Y dirán que el hombre moderno no es complejo! ¡Dios mío, si hasta lo soy yo, Narciso Arroyo... que soy tan sencillo!

CLARÍN

(Se continuará)



LAMARTINE (retrato por Gerard)

A LA ZAGA

Sobre si el impuesto de consumos debe recaudarse en esta forma ó en la otra, y sobre si produce ahora menos ó más de lo que antes producía, los ediles de la villa coronada (como suelen nombrar á Madrid los aficionados á poner motes) andan en dimes y diretes á cada dos por tres, sin que logren nunca llegar á un acuerdo: cosa sencillísima de explicar por aquello de *abyssus abyssum clamat* (ó como sea), ó bien porque, de lo absurdo, solamente consecuencias absurdas pueden esperarse. La supresión de ese impuesto inicuo, y como tal odioso, resolvería todas las dificultades; pero como esta supresión, por razones que yo no he de exponer ahora, desagrada á los legisladores, el impuesto sigue y seguirá hasta que Dios fuere servido, si llega á serlo alguna vez, de iluminar las inteligencias de nuestros hacendistas.

Los concejales de Madrid, justo me parece decirlo todo, no piensan únicamente en el enmarañado problema de los consumos: se ocupan al mismo tiempo en discurrir la manera de vestir *á la última moda* la capital de la monarquía y están preparando á toda prisa el alumbrado eléctrico; cuando menos lo esperen, los habitantes de la corte se encontrarán con esa mejora en las calles principales y en los paseos más concurridos.

En los meses de verano todo irá bien; es decir, yo no sé si irá bien ó no irá; pero, vamos, es posible que sí vaya. Mas llegará el invierno

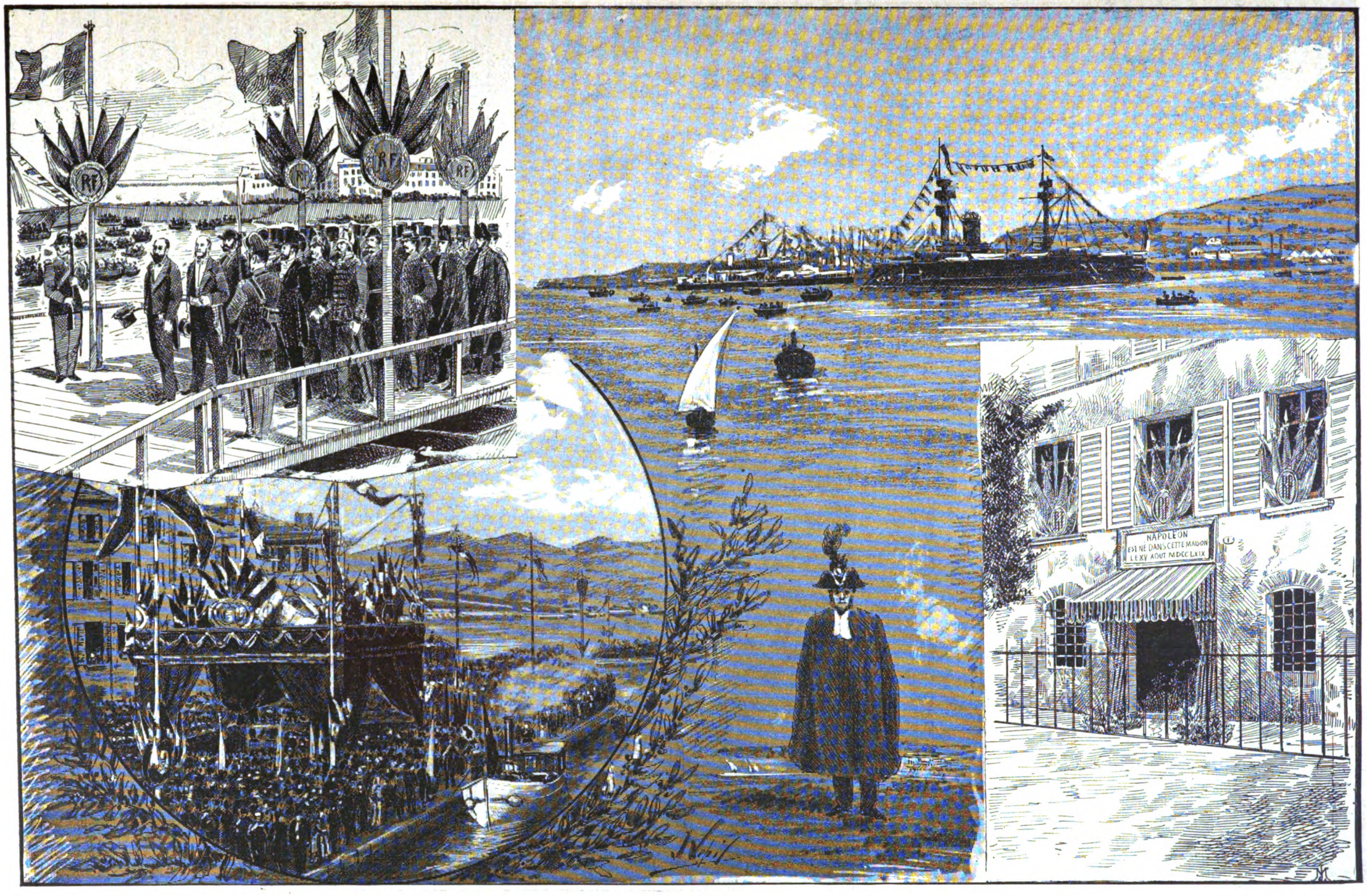
con sus nieves cano,

como suelen decir los poetas de barbería, y «aquí te quiero, escopeta,» esto es, aquí te quiero, alumbrado eléctrico: comenzarán las lluvias, la humedad persistirá, los aisladores perderán su virtud, los malos conductores de electricidad se convertirán en medianos y aun en buenos, y una noche cualquiera (no diré la mejor, como suelen decir las gentes) un transeunte ó *una transeunte* irán muy tranquilos por la acera y *¡zas!* (como dice el himno de Espartero) caerá en tierra como herido por un rayo. Y no es una comparación, no señores: será, en efecto, una chispa eléctrica la que haya dado con el transeunte, primero en tierra y después en la sepultura. Porque los chispazos eléctricos no entienden de bromitas y matan de veras.

Entonces será el quejarse y el crujir de dientes; entonces nuestras autoridades municipales, que (parecidas en esto á las provinciales y á las nacionales) no se acuerdan de Santa Bárbara hasta que truena, estudiarán las causas de tan doloroso efecto, conocerán el mal y acaso intenten ponerle remedio; lo cual será entonces sumamente difícil. Cundirá la alarma, alarma muy justificada por cierto; y con el miedo á las pulmonías, que hoy pone los pelos de punta al forastero, se juntará el temor á la electricidad subterránea, que nos amenazará con rayos del subsuelo tan temibles como los que puedan forjarse en la atmósfera. Entonces se comprenderá que el sistema adoptado por nuestro ayuntamiento, acaso por razón de economía, es el menos perfecto, el que han desechado ya hace mucho tiempo como incompleto y peligroso todas las personas entendidas (Edison entre ellas, y me parece que es autoridad). Porque nosotros somos así, como Dios nos hizo, un poquito apáticos y muchos poquitos vanidosos. Van adelantando las industrias en otras naciones, y nosotros muy quietos, *clavaos,* como el jinete del cuento; disputando sobre si debemos suprimir algunas audiencias, ó acerca de lo que dirá Romero Robledo del sufragio. Un día echamos de ver que nos hemos quedado muy atrás y pretendemos colocarnos, de un solo salto, al nivel de los otros países. Como eso de andar á saltos ofrece muchos inconvenientes, suele ocurrir que cuando creemos andar al lado de los pueblos más adelantados y más cultos, no vamos á su lado sino á la zaga (y muchas gracias) y tomamos como adelantamiento grande lo que ellos han desechado por inservible y viejo mucho tiempo hace.

Cuando el telégrafo eléctrico se había generalizado en casi todas las naciones de Europa y de América, principiamos los españoles á construir las torrecillas á nuestros telégrafos ópticos (!). Por ahí, por esas tierras de Dios, están diseminadas y solitarias las torres que no sirvieron para maldita la cosa y que ahora se destinan á distintos usos con arreglo á las necesidades del término en que se levantaron, ó no se

Digitized by Google

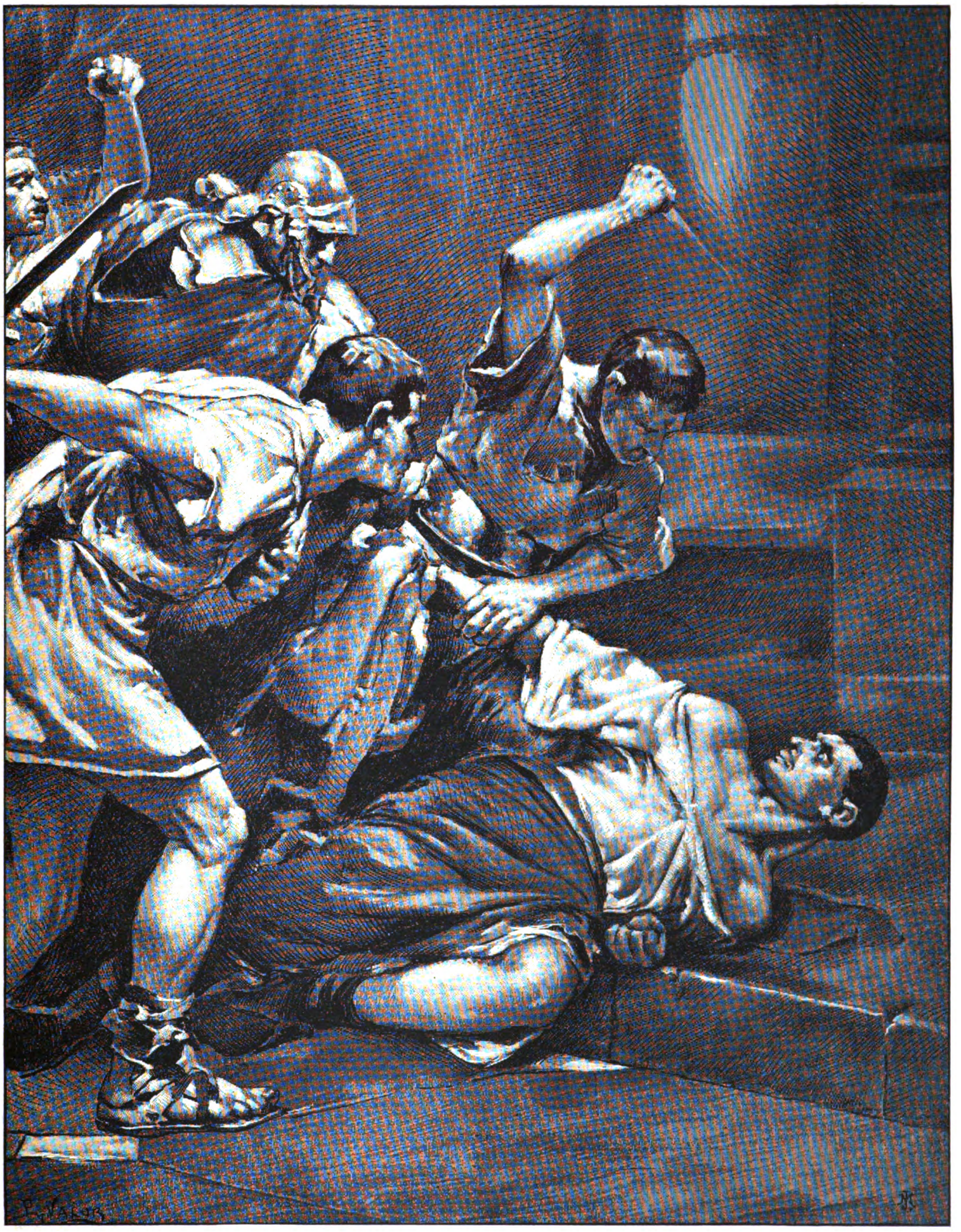


VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

1: Visita del puerto antes de botar el «Polynesien».—2: El «Formidable» en la rada de Tolón.—3: Llegada de Carnot á La Seine.—4: Un prohombre de pescadores.

5: La casa donde nació Napoleón I (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google



LA MUERTE DE SERTORIO (fragmento de un cuadro de Vicente Cutanda, dibujo de P. y Valor)

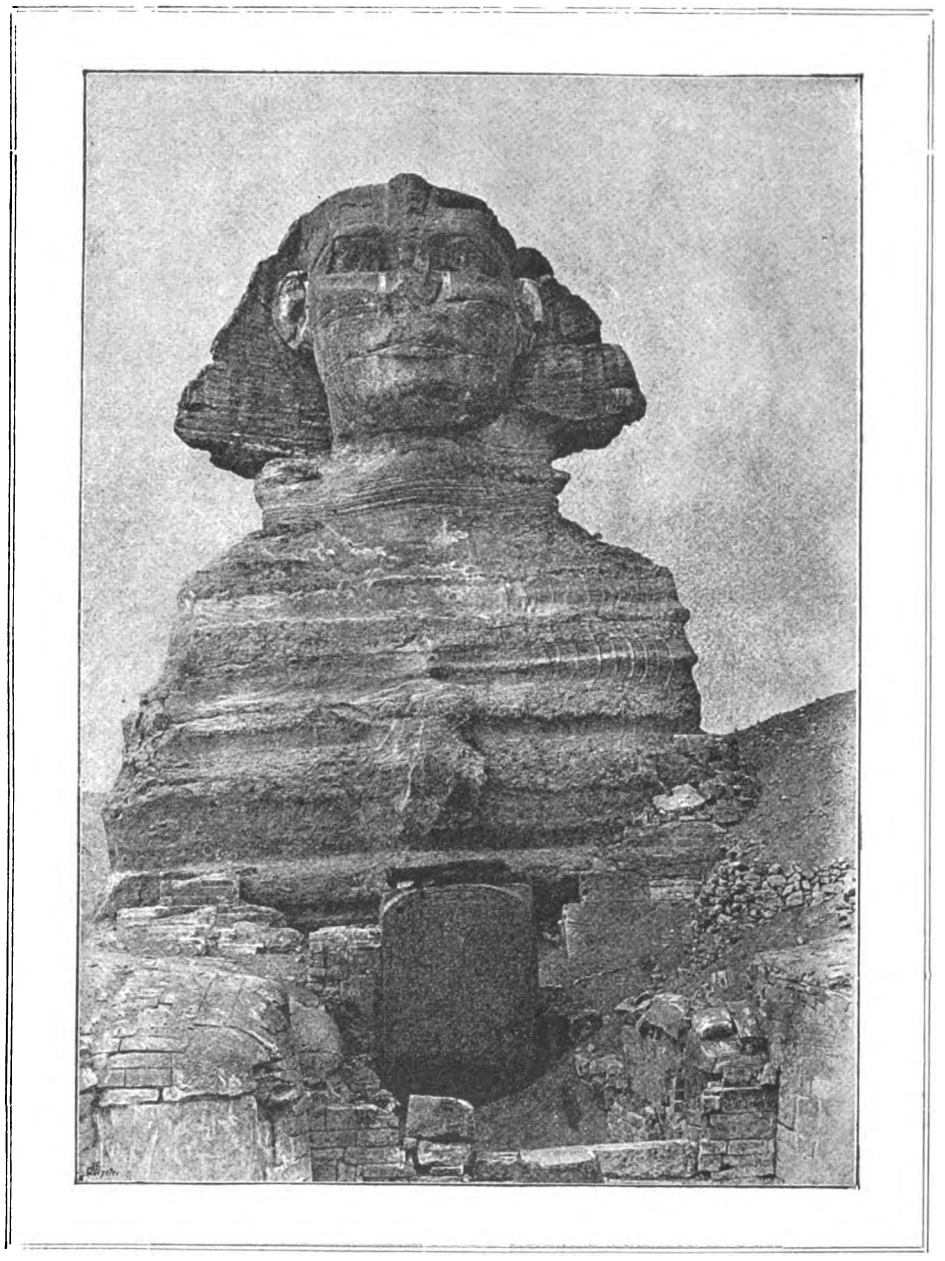
Digitized by Google

destinan á uso ninguno. En Madrid se ha establecido también, tarde y mal, como de costumbre, el servicio de teléfonos... y tengo entendido (y lo creo como si lo hubiera visto) que nos sirven con aparatos de desecho adquiridos en París; y bien se conoce por lo mal que funcionan. De ferrocarriles ¿para qué hablar? Hace ya muy cerca de veinte años que entre Berlín y París hay servicio de trenes que caminan con una velocidad de 65 kilómetros por hora. El que une á Buda-Pesth con las fronteras de Rumanía recorre una distancia de unos 740 kilómetros (más que de Madrid á Irún): pues el recorrer esos 740 kilómetros *en primera clase* cuesta (desde mediados del año próximo pasado) menos de *veinte pesetas*... casi la cuarta parte de lo que cuesta ir desde Madrid á San Sebastián. De las comodidades para los viajeros no es preciso, ni aun conveniente, hablar aquí donde el *summum* del sibaritismo es acomodarse en el reducido camarote de los *Sleeping-carr*.

Pues eso, que nos pasa en todo, va á sucedernos también (¿cómo no?) en el asunto del alumbrado eléctrico: lo adoptamos tarde y lo instalaremos mal. Pero nadie podrá decirnos que no sabemos colocarnos á la altura de las circunstancias. Sí, señor: nos colocamos á su altura; pero vamos siempre muy arrimados á la cola.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

LAS ESFINGES DE EGIPTO



LA GRANDE ESFINGE

MAYO

Los cantos de las aves
que anidan escondidas en las ramas,
los acentos suaves
de la brisa que gime en la espesura,
del rojo sol las fulgurantes llamas,
del arroyo la linfa cristalina,
de la floresta el manto de verdura,
de la fuente que rápida camina
por entre flores el murmullo blando,
el horizonte azul sin que una nube
cruce por él su claridad manchando,
el grato aroma de las tiernas flores
que hasta los cielos sube
y el espacio embalsama,
la tibia noche con sus mil primores,
amiga del que llora y del que ama;
todo anuncia en la tierra y en el cielo
que el mes ha vuelto que á gozar convida,
y que á su paso el suelo
recobra fuerzas y calor y vida.

¡Mes dichoso del año! ¡Cómo el alma,
la belleza al mirar que en ti se encierra,
sus pesares destierra,
vuelve á encontrar su bienhechora calma,
y allá en su fondo siente
renacer sus hermosas ilusiones,
que del dolor agudo é inclemente
marchitaron los fieros aquilones!
¡Cómo, olvidando el corazón sus penas,
con nuevas esperanzas se corona
y, al ver las horas resbalar serenas,
himnos de amor y de placer entona!
¡Cómo audaz y ligero el pensamiento,
de bellezas sediento,
contempla todas las hermosas galas
con que Naturaleza se atavía
y batiendo sus alas,
aun más sutiles que la luz del día,
llega hasta Dios y su poder bendice,
mayo risueño, porque aquí te envía!

Ya ha vuelto á recobrar la paz el mundo;
ya no rebrama enfurecido el viento,
ni el torrente iracundo
la tempestad remeda con su acento.
Ya no corona al monte
la nieve como fúnebre mortaja,
ni empaña un nubarrón el horizonte,
ni deshecha en raudales
copiosa lluvia de los cielos baja.
Ya no vuelan las flores sacudidas
por el soplo infernal del torbellino,
ni las hojas del árbol desprendidas
se arrastran sobre el polvo del camino.
La tierra, antes desierta,
se ofrece á la mirada
con sus joyas más bellas adornada,
y, gozosa, temblando de alegría,
recibe á Mayo, que á reinar empieza
derrochando tesoros de poesía
y atesorando mundos de belleza.

¡Qué hermoso el valle está! Los mil hechizos
con que ahora orgulloso se engalana,
las aromosas flores
que columpia al volar brisa liviana,
los cantos melodiosos y suaves
que al nacer la mañana
entonan juntas las pintadas aves,
los árboles de hojas revestidos,
arrogantes, erguidos,
que ofrecen grata y soñolienta sombra;
el músico arroyuelo
que se desliza por la verde alfombra
y en sus ondas de plata
del trasparente cielo
el limpio azul retrata;
las aéreas mariposas
que reflejan del iris los colores
y duermen en el seno de las rosas;
cuanto abarcan los ojos
y surge á la mirada de improviso,
recuerda con su cielo y sus primores
el eterno verjel del Paraíso.

¡Salve, Mayo gentil! Por ti las flores
embalsaman los aires con su aroma,
murmuran los arroyos bullidores
y de amores se abrasa la paloma;
por ti del monte la riscosa falda
sus mejores adornos manifiesta,
y ufana se coloca la floresta
su primoroso manto de esmeralda;
por ti los corazones
se entregan locos á su dulce sueño,
y henchidos de ilusiones
el mundo ante su bien juzgan pequeño;
por ti en la tibia noche perfumada
relumbran como nunca las estrellas,
y sus ansias de amor y sus querellas
canta el ave que anida en la enramada;
por ti muestra la tierra su tesoro,
y toda alborozada se estremece
cuando la besa con sus rayos de oro
el sol que el cráter de un volcán parece;
por ti también, en fin, mi lira ruda
hace vibrar sus cuerdas más suaves,
y alegre y cariñosa te saluda
con las flores, las auras y las aves.

J. TOLOSA HERNÁNDEZ

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

Los malhechores de Madrid, por *D. Manuel Gil Maestre.*—1889

No hay novela más interesante que ese libro, como tampoco hay informe, dictamen, tratado ó memoria que más intensamente logre presentar el cuadro exacto del horribilísimo estado en que se encuentra nuestro *sistema* (!!!) carcelario. Esa obra es la más tremenda requisitoria que se haya dirigido nunca contra el *régimen* (!!!) penitenciario de España.

Por supuesto que nadie le hará caso al que fué nuestro dignísimo gobernador: al fin y al cabo se trata de cárceles y presidios, lugares en que no se encuentra por un remedio á ningún *alto empleado* (véase el último discurso del señor Azcárate).

El impuesto sobre el timbre, por *D. Joaquín Aymamí Torres.*—Barcelona, 1890

Obra muy interesante para los que tienen que ver á todas horas con aquella contribución. Véndese en la calle de Mendizábal, 20, 2.º

Acta de la sesión pública celebrada en el Ateneo Barcelonés el día 5 de noviembre de 1889.—Barcelona, 1890.

Contiene este opúsculo los discursos del secretario Sr. Estasen y del presidente Sr. Luanco, y los trabajos leídos por los Sres. Rahola, Zulueta, Roca y Roca, Pasarell y Calvet en la velada celebrada en obsequio del Sr. Castelar, terminando con el maravillosísimo discurso pronunciado por el más sabio, hermoso y elocuente de nuestros *monstruos*.

Poética: polémicas literarias, por *D. Ramón de Campoamor.*—Valencia, 1890

Se pasa muy buen rato leyendo esas páginas, que recuerdan al ingenioso director de *El Estado*, al inventor celebérrimo de las *filfas* y al donoso diputado de las Cortes de Miraflores.

(Où sont les neiges d'antan!)

Se puede no estar conforme, y yo no lo estoy, con las ideas del insigne poeta; pero esto es lo de menos, pues en nada se opone al placer que se experimenta al leer su prosa, doliendo únicamente que haya quien sea capaz de darle un disgusto al amable autor de tantas bonitas *Doloras*. Puede que exista algún *quídam* que le haya molestado alguna vez, involuntariamente, al egregio literato; pero, en caso de ser así, la explicación de la *molestia* antes honra que mortifica al ilustre creador de dos ó tres géneros poéticos, y es que se le hacen pagar á él, que no tiene ninguna culpa, las culpas y pecados de sus innumerables imitadores. Todos los grandes hombres tienen quien les va á la rastra. ¿A cuántos detestables pintores no dió origen Fortuny? ¿Cuántos malos poetas no hizo brotar Zorrilla? ¿De cuántos Boschs y Fustigueras no está cargada la conciencia del Sr. Castelar? Y ¿qué diremos de Heine, traducido al español por el Sr. Fernández, y de Bécquer, y hasta (¡imposible parece!) de D. Víctor Balaguer?

Consuélese, pues, el admirable autor de *Músicas que pasan*, en la seguridad de que las nueve décimas partes de lo que se haya podido escribir de desagradable para él, va dirigido no al eminente poeta de *¡Quién supiera escribir!*, sino contra esa *campoamoringenesia* á que ha dado inocentemente origen en las gazaperas del Parnaso castellano.

La vida moderna, por *Carlos Ossorio y Gallardo* Madrid, 1890

Forma un elegante volumen que resulta uno de los mejores publicados hasta ahora por la activa empresa de la *España Editorial*.

Un problema, por *D. Enrique Gaspar.*—Valencia, 1890 (*Biblioteca selecta*)

Es una interesantísima comedia en tres actos y un prólogo puesta en forma de novela: quiero decir que no es una novela, sino una comedia interesantísima en un prólogo y tres actos. Como novela tiene muchos peros, mas como comedia alcanzaría sin duda grande éxito. Argumento, caracteres, situaciones, diálogo, desarrollo; todo es cosa de teatro, produciendo una impresión desconcertadora verlo desenvuelto novelescamente.

Un problema es uno de esos envidiables errores de talento en que cae á veces el Sr. Gaspar.

La Reja, novela andaluza, por *Salvador Rueda* Madrid, 1890

Ya Andalucía tiene su correspondiente Pereda, como deberían tenerlo todas las regiones españolas, ocupando tan preeminente puesto el autor de *La Reja*. Como todos los libros de Rueda, hácese admirar éste por su colorido murillesco, la realidad de los tipos, el buen gusto del lenguaje, la índole sana y honrada del asunto, y, si pudiera decirse así, por lo artístico de la factura. No puede decidirse qué capítulo es

CABEZA DE ESFINGE ROMANA

(De bronce)

el mejor; pero lo que es para mi gusto, el último, que representa un *rosario de la aurora* (ocho páginas en 8.º menor), es *admirable*. ¡Qué manchista!

«En el fondo de la noche producía fantástico efecto ver elevarse las rojizas luces y caer produciendo detonaciones de cuerpos golpeados.

»Cada figura, con el cirio puesto en alto, daba palos horribles que arrancaban gritos y blasfemias.

»Revoleaban en el aire los faroles, y un desgajarse de cristales indicaba el golpe descargado.

»Aquello era una lucha celebrada en las tinieblas, de las cuales salían respiraciones fatigosas, resuellos producidos por manos que oprimían rudas y tenaces las gargantas.

»La imagen, en tanto, temblequeando entre sus adornos, ramos y guardabrisas, presidía el espanto de las mujeres, que juntaban las manos y las elevaban hacia ella.

»Las más consternadas se hincaban de rodillas y rezaban á grito herido, como en las grandes catástrofes de la vida.

»Toda esta confusión, todo este estruendo, corría á lo largo de la calle, que tenía de un lado el mar y hacía resaltar sobre él posiciones y figuras.

»La claridad del alba empezaba á teñir de una delicadísima claridad el cielo y dibujaba sobre el fondo la batalla.

»A aquel reflejo leve se destacaban vagamente las figuras *como un dibujo negro que careciera de líneas y contornos*. La confusión bullía semejante á una gran sombra en el horizonte...»

No sigo porque copiaría hasta el final.

Creo que quien sabe escribir así, no tiene nada que envidiar á nadie y puede servir de modelo.

CARLOS MENDOZA

El distinguido doctor en medicina D. Manuel Corral y Mairá acaba de publicar, en un folleto titulado *Higiene de la infancia*, varios apuntes, instrucciones y consejos populares fisiológico-higiénicos para las madres de familia. Trata de las abluciones y baños, los vestidos, la vacunación, la lactancia, la dentición, el régimen alimenticio, el ejercicio corporal y el sueño.

El folleto está muy bien escrito y ha de lograr gran circulación por la utilidad que encierra.

D. Gonzalo de Castro acaba de dar á luz un folleto titulado *Influencia de las Bellas Artes en la cultura y progreso de los pueblos*, en el cual hace alarde de sus sentimientos artísticos, hábil y galanamente interpretados por un lenguaje correcto y florido.

Con el título de *Papeles viejos é investigaciones literarias*, acaba de dar á la estampa nuestro compañero en la prensa D. Manuel Ossorio y Bernard un curiosísimo libro que encierra estudios muy apreciables sobre Calderón, Lope, Tirso de Molina, Quintana, Hartzenbusch, la imprenta en Madrid en el siglo XVIII, el gremio de los ciegos vendedores de periódicos, el teatro español á principios del siglo actual, el renacimiento artístico de España y otros asuntos de tanta importancia como amenidad. Es seguro que el nuevo libro de nuestro compañero obtendrá el mismo envidiable éxito que todos los suyos.

Para adquirirlo basta dirigir el pedido con su importe, 2 pesetas, á la calle del Duque de Alba, números 6 y 8, Madrid, á nombre del autor.

RIMAS

Dime, cruel, que me odias y aborreces
y que mi vista te molesta ya...
que la llama de amor que trocó un día
tu pecho en un volcán,
el triste desengaño ha convertido
en pavesas no más...
que las mil ilusiones que en tu mente
te hacían suspirar,
han huído de ti, por mi desgracia,
y nunca volverán.
Dime todo esto y más si así lo sientes;
mas no intentes negar
que hubo un día, no há mucho, que me amabas
con cariñoso afán.

Terminen de una vez ya tus desdenes,
con palabras de amor mi pecho alegra
y truéquense en venturas
mis continuadas penas;
que si acaso, mi bien, no acaba pronto
tu cruel indiferencia,
las heridas que causas en mi alma
curármelas no puedas.

Dime qué queda del amor que un día
hizo por mí tu pecho palpitar;
dime qué queda de la llama aquella
destructora y voraz
que alimentó tu pecho de esperanzas...
Pero ¿á qué proseguir? ¡Qué ha de quedar!
¡Lo que del fuego queda solamente!
¡Ceniza, nada más!

EDMUNDO DE C. BONET

Digitized by Google

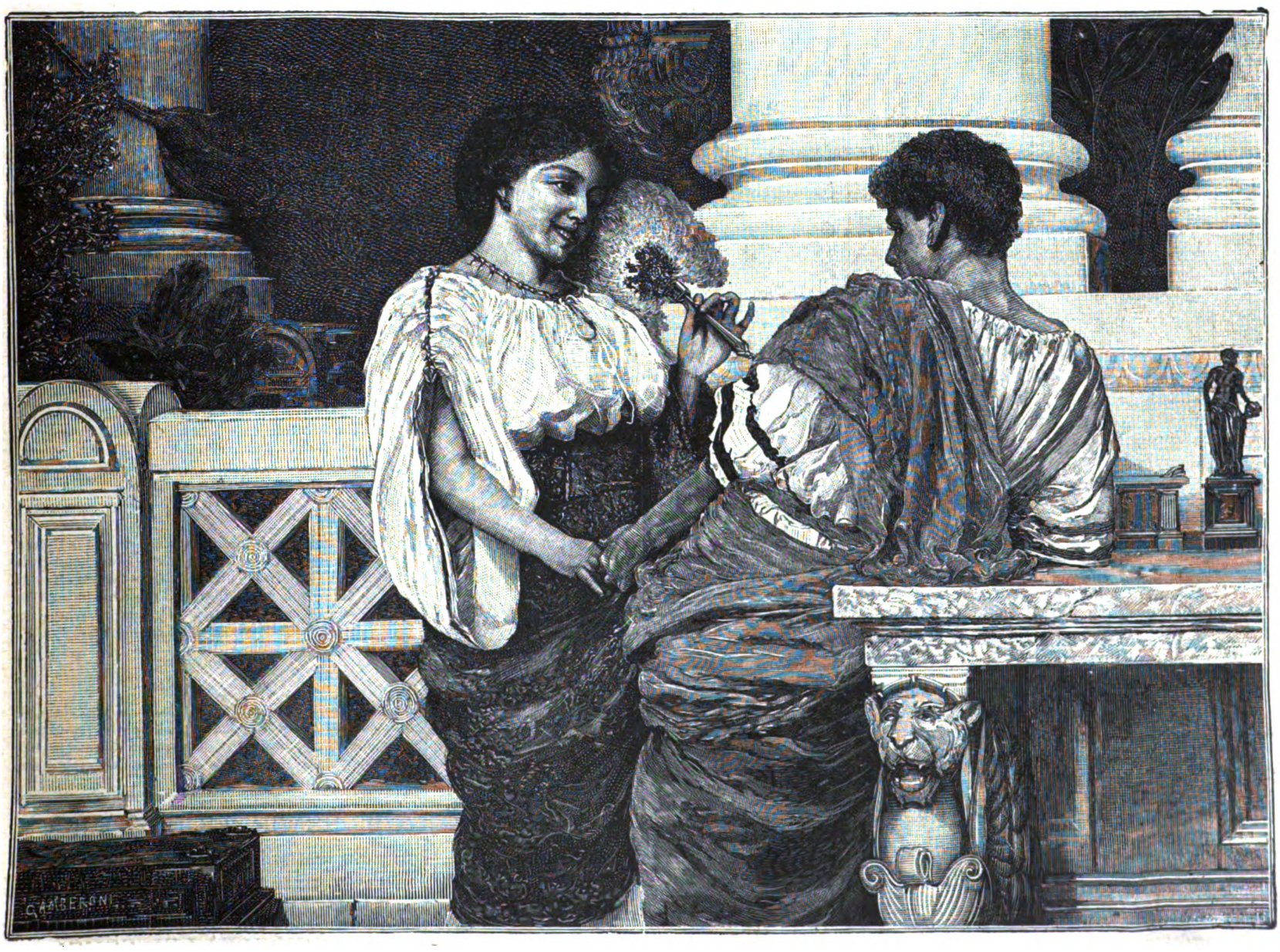
SAN PABLO, DE LONDRES (cuadro de Logsdail)

Eva (La Gabbi) Hans Sachs (Seguin) Walther (Nouvelli)

«LOS MAESTROS CANTORES», DE R. WAGNER (una escena del acto III)

Digitized by Google

SALA DE ESTUDIO DEL COLEGIO DE GIRTON



IDILIO POMPEYANO (cuadro de Mazzuoli)

Digitized by Google

HISTORIA VULGAR

I

Allá en el pico más alto
de la altiva cordillera,
donde las águilas viven
entre las nieves perpetuas,
y en el que, cuando á alegrarnos
el sol no viene, las nieblas
dan á la montaña el beso
que el cielo manda á la tierra;
como signo de otra vida
existe una cruz de piedra
sobre la cual ha esculpido
el Amor una leyenda.
Y á esa cruz, que en lo más alto
de la montaña se eleva,
el céfiro la acaricia
y el vendaval la respeta;
y cuando la nieve extiende
su manto sobre la tierra
sin someterse á linderos
ni reconocer fronteras,
ante esa cruz, que en el mundo
simboliza una epopeya,
la nieve de alma de hielo
se postra en llanto deshecha.

II

¿Cuál puede ser el asunto
que aquella cruz representa?
¿Por qué está en aquel paraje
de la redención la enseña?...
¿Fué testigo de una lucha,
ó es de una victoria emblema?
¿Significa algún milagro,
ó alguna hazaña recuerda?...
Nada de eso: aquella cruz
que en un pico de la sierra
dirige al cielo sus brazos
cual si implorase clemencia;
aunque allí fué colocada
como estigma que da afrenta
porque un suicida sublime
descansa debajo de ella,
y está allí para escarmiento
de las gentes venideras,
expresando en cierto modo
la imposición de una idea;
y aun cuando dice al suicida
«*Nulla est redemptio*» la Iglesia;
¡la cruz misma es redentora
del crimen que representa!...
. . . . . .

III

La historia de aquel suicidio
es vulgar, porque es eterna;
y así hay cruces que pregonan
victorias de la clemencia,
porque el perjurio en el alma
es relámpago que ciega;
y en tanto el sol no se apague
ni se desquicie la tierra,
habrá crímenes y locos,
y habrá traiciones y pérfidas,
y habrá verdugos que maten
y habrá víctimas que mueran.
Cuando en el fondo del pecho
brota el rayo que le incendia,
y el espíritu se ofusca
y el corazón se amedrenta,
si Dios no aplaude el suicidio,
por lo menos lo tolera;
puesto que, al formar al hombre,
puso la sangre en las venas,
la razón en el cerebro,
la moral en la conciencia
y en las manos la venganza:
¡por eso hay manos que vengan!

IV

Debajo de aquella cruz
que en la montaña se eleva,
existen desde hace tiempo
un osario y una huesa,
porque en aquel mismo sitio
puso fin á su existencia
un loco desesperado
por la traición de una pérfida.
Quizá encontrara el suicida
su condenación eterna
en aquel picacho donde
las tempestades se engendran;
pero la cruz, siempre humilde,
allí se yergue soberbia,
y el céfiro la acaricia
y el vendaval la respeta;
y cuando la nieve extiende
su manto sobre la tierra
sin someterse á linderos
ni reconocer fronteras,
ante esta cruz, que en el mundo
simboliza una epopeya,
la nieve de alma de hielo
se postra en llanto deshecha.

CARLOS MIRANDA

NUESTROS GRABADOS

LOS PRIMEROS BESOS

Cuadro de A. Ferragutti

Ferragutti es un buen pintor lombardo, distinguido colorista que se complace sobre todo en tratar la figura humana en grandes dimensiones. Así, este cuadro de *Los primeros besos* es sólo un pretexto para pintar jugosamente un torso desnudo de una mujer morena, sobre el cual resalta la fresca encarnación de un rosado rorro visto de espaldas.

MADAME CAMPAN

La principal gloria de Mme. Campan fué la fundación del colegio de Ecouen, destinado á la *instrucción* del bello sexo, á la manera que Mme. de Maintenon fundó el colegio de Saint-Cyr para su *educación;* con lo cual dicho queda que fué Mme. Campan la creadora de las *mujeres literatas*, gloria que no es para envidiar.

COGIDOS IN FRAGANTI

Cuadro de Leon Girardet

Es un cuadro en el cual todo contribuye á producir una impresión de las más agradables. El asunto es ya en sí regocijado, pues siempre dan que reir las desventuras de los Romeos y Julietas de menor cuantía, y no es floja la paliza que la madre se dispone á propinarle á su futuro yerno. El lugar de la acción es bonito y alegre, y, por fin, los accesorios están escogidos con sumo gusto y acierto, realzado todo por la risueña luz que se refleja en las blancas paredes de la quinta.

LA HABANA: LA PLAZA DEL VAPOR.—CALLE DEL PRADO

Dibujo de J. Vehil

La del Vapor es una vasta plaza mercado, con una fachada porticada que parece la de un suntuoso edificio. La *Calle del Prado* es á su vez un delicioso paseo, sumamente característico, y aristocrático como pocos por el carácter de sus edificaciones de propiedad particular.

LAMARTINE

¡Lástima da ver cómo ha descendido la nombradía de gran poeta que acompañó un tiempo al autor de las *Meditaciones!* Pero no hay más remedio, y ya ha dicho recientemente M. Renan que es preciso que todo escritor se conforme con pasar, sin que trascurran muchos años, al panteón del olvido.

Los dos retratos que damos hoy representan respectivamente el uno á Lamartine en su juventud (copia de Gerard), y el otro á la edad de cincuenta ó sesenta años (boceto de David), indicando bien la trasformación psicológica operada en el poeta.

Como hombre político tuvo Lamartine una carrera muy accidentada. Guardia real en tiempo de Luis XVIII y luego Encargado de Negocios en Nápoles, sirvió á los Borbones con la espada y con la pluma. Casado con una opulentísima inglesa, pasó los dos primeros años del reinado de Luis Felipe dándose vida de rey en Palestina. Diputado durante la monarquía de Julio, abdicó sus ideas legitimistas para consagrarse solamente á la Francia, consagración que le valió la presidencia de la República. Caído de su puesto, hubiera experimentado todos los horrores de la miseria á no haberle recogido una sobrina suya; hecho que se explica por la prodigalidad que caracterizó siempre al insigne cantor de Elvira.

EL VIAJE DEL PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA FRANCESA

Salido de París á mediados de abril, visitó M. Carnot á Aix y Marsella, dirigiéndose luego á Tolon. Llegado á la Ciotat (día 18), recibió la comisión de los prohombres del gremio de pescadores, cuyo traje llamó mucho la atención con sus pesadas capas españolas del siglo XVII y sus sombreros de la época de Luis XVI, adornados con un plumero tricolor. Los franceses llaman á este traje *Luis XIII español*. Visitó después M. Carnot los talleres de las Mensajerías Marítimas, deteniéndose en la inspección de la máquina destinada al vapor *Polinesio*.

El 19 llegó el presidente á Tolon, visitando el *Formidable*, buque almirante, y las *Forges et chantiers de la Seine*, magnífico arsenal en que fué construído nuestro acorazado *Pelayo*.

En Tolon embarcóse M. Carnot para Córcega, visitando entre otras cosas la casa en que nació Napoleón I en Ajaccio.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

LA MUERTE DE SERTORIO

Cuadro de V. Cutanda, dibujo de Pla y Valor

Con este fragmento del cuadro del Sr. Cutanda, damos principio á la serie de reproducciones de las principales obras que figuran en la Exposición que va á celebrarse próximamente en Madrid.

La muerte de Sertorio revela en su autor poderoso aliento, destacándose vigorosamente la figura del ilustre republicano marista entre la de sus miserables asesinos. La impresión general es la de un clasicismo del mejor gusto en consonancia con las corrientes modernas, punto muy difícil de acertar.

LA GRANDE ESFINGE

Uno de los más imponentes monumentos que admira el viajero en el antiguo imperio de Misraim, es *La Grande Esfinge*, el león con cabeza humana de Sireh. Esta cabeza está esculpida con mucho más cuidado que el resto del cuerpo.

Durante la dominación romana extendióse mucho el culto á las divinidades egipcias, viéndose en los museos diversos ídolos y esfinges de aquel Panteón, como demuestra la bonita esfinge de bronce romana que reproducimos hoy.

LONDRES: LA CATEDRAL DE SAN PABLO

Cuadro de Logsdail

Cuéntase esta obra por el más bello monumento del decadente protestantismo. Fué empezada en 1675. El plano general del edificio es el de una cruz latina con una proyección lateral al O., á fin de dar mayor importancia al pórtico de aquel lado. La nave mide 500 pies de longitud por 100 de anchura, y la elevación mayor del templo es de 404 pies. Las esculturas de la cornisa representan la conversión de San Pablo, y alrededor del monumento hay colocadas con grande acierto decorativo numerosas estatuas de santos y de reyes. La fachada occidental, de que hablamos antes, se halla adornada con un doble pórtico de órdenes corintio y compuesto combinados para producir la más majestuosa armonía.

San Pablo contiene muchos y magníficos sarcófagos de celebridades inglesas.

Como cuadro es muy recomendable la obra de Logsdail, pues da una perfecta idea del aspecto especial de la plaza de San Pablo.

«LOS MAESTROS CANTORES», DE R. WAGNER

Una escena del acto III

La situación de *Eva*, *Hans Sachs* (el cantor) y *Walther*, está expresada en ese dibujo (según fotografía) por admirable manera, conteniendo además los retratos de la Gabbi, Seguin y Nouvelli, respectivamente.

Los *Maestros Cantores* han sido representados con grande éxito en el Teatro de la Scala, de Milán.

EL COLEGIO DE GIRTON

Girton es un colegio de señoritas agregado á la Universidad de Cambridge, en el cual se da una educación basada en las teorías de Darwin aplicadas á la pedagogía. La vida se hace en común y se atiende al desenvolvimiento de cada individualidad, lo cual equivale á un incesante combate para sobresalir del vulgo de las pensionistas.

IDILIO POMPEYANO

Cuadro de G. Muzzioli

Si non e vero, e ben trovato. La escena es realmente, no sólo por sus accesorios sino por el tipo de las figuras, muy pompeyana, pues así es de suponer se enamorarían aquellos vecinos, poco dados á idealismos y otras zarandajas.

SI, SEÑOR, ES EL MEJOR

En tratando de jabones
ni rey quito ni rey pongo,
mas creo por mil razones
que es *jabón* sin excepciones
el de PRINCIPES DEL CONGO.

Victor Vaissier, París.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

En el centro de dicho brazo elévase una isleta con algunas ruinas. En la parte del sur se ha construído un muelle, en cuya extremidad, al otro lado del camino y contigua á un pequeño jardín, se ve una casa conocida con el nombre de *Posada de Hawes*.

La ciudad de Queensferry *(Ensenada de la Reina)* se halla más lejos al oeste, y por eso las inmediaciones de aquel edificio parecían bastante solitarias, aun en aquella hora del día, tanto más cuanto que acababa de salir un barco con pasajeros. Sin embargo, en el muelle puesto un chaquetón muy grueso de marino, abotonado hasta el cuello, y un gorro que le tapaba hasta las orejas. El aspecto de aquel individuo era de un juez muy estudioso y poseído de sí mismo.

Púsose en pie al vernos entrar, y, adelantando un paso, ofreció su ancha mano á Ebenezer.

—Me alegra mucho veros, Sr. Balfour,—dijo con voz profunda,—y felícitome de que hayáis llegado á tiempo. Sopla una brisa favorable, y ya esta noche estaremos navegando.

—Capitán Hoseason,—replicó mi tío,—en esta habitación hace demasiado calor.

—Es una costumbre mía, Sr. Balfour,—replicó el capitán. Soy muy friolero por naturaleza, y para mí no hay piel, ni franela, ni fuego que caliente bastante lo que llaman la temperatura. Lo mismo sucede con la mayoría de los hombres que se han carbonizado, como ellos dicen, en los soles del trópico.

yo estábamos en edad de permitirnos semejante lujo, pero que si quería tomar un vaso de cerveza le convidaría con gusto. Mi respuesta pareció enojarle y murmuró algunas palabras de desagrado; pero aceptó la cerveza, y, sentándonos á una mesa frente á la posada, comimos y bebimos con buen apetito.

De pronto me ocurrió que me convendría hacerme amigo del posadero, puesto que era hijo del país, y por lo tanto invitéle á tomar algo con nosotros según se acostumbraba en aquellos días; pero era demasiado hombre para hacer aprecio de tan pobres parroquianos como Ransome y yo; y ya se alejaba de nosotros cuando le llamé para preguntarle si conocía al Sr. Rankeiller.

—Sí por cierto,—dijo,—y á fe que es un hombre muy honrado. Pero, ahora que recuerdo, ¿no sois vos quien ha venido con Ebenezer?

—Sí.

COLEGIALA DE GIRTON

vimos un bote con algunos tripulantes que dormían. Ransome me dijo que estaban esperando al capitán, y me mostró el bergantín mismo anclado á una media milla de distancia. El viento hizo llegar hasta mí el rumor del canto de los marineros, ocupados entonces en alguna maniobra. Recordando todo lo que el muchacho me había dicho en el camino, no pude menos de mirar aquel buque con horror, y en el fondo de mi corazón compadecí á los infelices condenados á ser sus tripulantes.

Después de franquear la colina bajamos al camino, y entonces juzgué oportuno dirigir la palabra á Ebenezer.

—Debo advertiros,—le dije,—que yo no he de seguiros á bordo de ese barco.

—¿Qué es eso?—preguntó mi tío como si despertase de un sueño.

Repetí mis palabras.

—Está bien,—contestó;—supongo que será preciso complacerte. Pero ¿qué hacemos aquí? Yo no puedo resistir el frío, y si no me engaño están preparando el bergantín para hacerse á la mar.

CAPITULO VI

LO QUE SUCEDIÓ EN LA ENSENADA DE LA REINA

Apenas entramos en la posada, Ransome nos hizo subir las escaleras y condújonos á un pequeño aposento que contenía una cama y cuya temperatura era algo semejante á la de un horno, á causa del gran fuego encendido en la chimenea. Ante una mesa colocada enfrente, vi á un hombre alto, de tez curtida, que estaba escribiendo en aquel instante; y, á pesar del calor, tenía

—Perfectamente, capitán: todos debemos buscar lo que nos conviene.

Ahora bien: es el caso que aquel capricho del marino influyó mucho en mis desgracias, pues aunque me había prometido no perder de vista á mi tío, era tal mi impaciencia para ver el mar y me sofocaba tanto la temperatura de aquella habitación, que cuando Ebenezer me invitó á bajar un poco para tomar el aire, cometí la torpeza de acceder al punto.

En su consecuencia salí presuroso, dejando á los dos hombres sentados ante una botella y un legajo de papeles. Crucé el camino por delante de la posada y me dirigí hacia el muelle. El olor del mar era sumamente salino, y, mientras le aspiraba con delicia, observé que el *Covenant* aparejaba. Esto me hizo reflexionar sobre los largos viajes marítimos, y casi envidié la suerte de los tripulantes que podían ver tantos países.

Mi vista se fijó de pronto en los tripulantes del bote, todos ellos hombres robustos, de tez curtida, en mangas de camisa unos, con sus chaquetones otros, un pañuelo atado al cuello, y armados de pistolas y puñales. Trabé conversación con el que me pareció menos rudo, y, habiéndole preguntado por los marineros del bergantín, díjome que pronto estarían mar adentro, manifestándome su satisfacción por alejarse de un puerto donde no había tabernas.

Aquel hombre blasfemaba tanto á cada momento, que muy pronto me separé de él y fuí en busca de Ransome, pues me parecía el menos malo de todos. Vile salir en aquel momento de la posada, y al divisarme corrió hacia mí, pidiéndome que le convidase á tomar ponche. Le contesté que no hacía tal cosa, porque ni él ni

—Supongo que no sois pariente suyo.

Contesté negativamente.

—Así lo creía yo,—repuso,—y, sin embargo, tenéis cierto parecido con el Sr. Alejandro.

—Paréceme,—dije,—que Ebenezer está mal visto en el país.

—Sin duda alguna,—contestó el posadero.—Es un viejo muy malo, y muchos hay que quisieran verle bailar en la extremidad de una cuerda, como por ejemplo Juana Clouston y otros á quienes ha dejado sin casa ni hogar. Esto no impide que Ebenezer haya sido en su tiempo un guapo mozo; pero fué antes de visitar al Sr. Alejandro, siendo causa de su muerte.

—¿Qué decís?

—Que él le mató. ¿No habéis nunca oído decir esto?

—Y ¿por qué le mataría?—pregunté.

—Para quedarse con la propiedad.

—¿Qué propiedad? ¿La de Shaws?

—No: otra que yo sé.

—¿Es posible? ¿Era mi... era Alejandro el hijo mayor?

—Claro está. A no ser así, ¿por qué le habría matado?

El posadero puso fin al diálogo, impacientado ya sin duda, y se alejó de nosotros.

Hacía mucho tiempo que yo sospechaba algo de esto; pero una cosa es sospechar y otra es estar seguro, y por lo pronto quedé aturdido al reflexionar que el pobre muchacho que había llegado de Essendean dos días antes cubierto de polvo, era ahora rico y podría tener una casa suya y extensas tierras si sabía manejarse.

En todas estas agradables cosas y en otras muchas pensaba yo, mirando por la ventana de la posada y sin fijarme en lo que veía: sólo re-

Digitized by Google

cuerdo que de pronto vi al capitán Hoseason entre sus marineros, á quienes hablaba con acento de autoridad. Pocos momentos después observé que se dirigía de nuevo á la posada, no con la llaneza de un marino, sino con grave continente y con la misma expresión en el semblante. Entonces dudé que los cuentos de Ransome fueran verdad, pues el aspecto de aquel hombre no parecía convenir con lo que de él había dicho el grumete. Sin embargo, tal vez hubiera en él dos individualidades: una para el mar, aunque no tan mala como dijo Ransome, y otra para cuando estaba en tierra.

De pronto oí la voz de mi tío que me llamaba, y vile en el camino con el capitán, quien me dirigió la palabra cortesmente de un modo muy lisonjero para mí.

—Joven,—dijo;—el Sr. Balfour me hace grandes elogios de vos, y por mi parte agrádame vuestra presencia. Quisiera estar más tiempo aquí para que fuéramos mejores amigos; pero no pudiendo ser esto, os invitaré á pasar á bordo media hora para beber un vaso de ponche conmigo.

Yo ansiaba ver el interior de un buque, pero repugnábame aceptar la invitación, y dije á mi tío que tenía cita con un abogado.

—Ya lo sé,—contestó mi tío;—pero advierte que el bote mismo en que vamos te volverá á tierra, dejándote en la punta del muelle, muy cerca de casa de Rankeiller.

Y acercando la boca á mi oído añadió:

—Mucho cuidado con ese viejo zorro, porque no intenta nada bueno. Más vale que vengas á bordo hasta que podamos hablar á solas.

Y, cogiéndome del brazo, añadió en voz alta:

—Vamos: dime qué quieres que te traiga de las Carolinas (1), pues todos mis amigos pueden pedirme alguna cosa. ¿Te agradaría un paquete de tabaco? ¿Prefieres alguna hermosa piel ó una buena pipa? Ahora estás á tiempo de elegir.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

(1) Las Carolinas de la América del Norte.—(N. de la R.)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

ALBINA, BLANCO DE LAÏS
PARA BLANQUEAR LA TEZ
y hacer desaparecer las manchas y granitos del rostro
PREPARADO POR
DESNOUS, Perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS
En todas Farmacias. Perfumerías. Bazares.

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC
ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma*: J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los CABELLOS y la BARBA
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor: PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado o Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataqués apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los CABELLOS y la BARBA
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor: PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmetico *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerías sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías.

Enciclopedia de MEDICINA Y CIRUGÍA
=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS
de España y América del Sur

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— DUSSER, Inventor, 1, RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (*En América, en todas las Perfumerías*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, 3.º pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 17 de mayo de 1890 | Núm. 385

MÚSICO ARGELINO DE LA EXPLANADA DE LOS INVÁLIDOS DURANTE LA EXPOSICIÓN DE PARÍS

(Dibujo de L. Marold)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Mayo* (poesía), por C. M.—*La carta fúnebre*, por Enrique Sepúlveda.—*Silueta del día*, por Antonia Opisso.—*De tejas arriba*, por Salvador Rueda.—*Primavera* (poesía), por Venancio Serrano Clavero. *N. N. (hombre bueno)*, por M. Ossorio y Bernard.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Músico argelino.—Libros bordados.—Los sucesos de Barcelona.—*El arte español:* Un aficionado. Guardando el rebaño. La guitarra es un suspiro... (En colores.)—Exposición Nacional de Bellas Artes, de 1890: Una campanada.

MADRID

Los duques de Fernán Núñez.—La enfermedad del general Cassola.—Los hombres políticos y la higiene.

Por un contraste de esos que la casualidad, que suele ser muy artista, se complace en presentar, la noche del día en que los obreros se reunían en manifestación, se celebraba en el palacio de los duques de Fernán Núñez un magnífico baile.

El palacio Cervellón, como se llama en Madrid á la morada espléndida de los duques, se alza al final de la calle de Santa Isabel, en el riñón de uno de los distritos más populares y más decididos por las ideas republicanas: en el distrito del Hospital, que, en las épocas en que no ha habido restricción para emitir el voto, ha mandado al Municipio concejales republicanos, y que cuando ha sido preciso empuñar las armas no ha sido de los últimos en acudir á la pelea.

El palacio y las casas de vecindad que le rodean son como la representación de lo estrechamente unidas que han estado siempre en Madrid dos clases distintas: la aristocracia y el pueblo; y por eso el palacio que encierra maravillas y riquezas no ha tenido que temer nada, ni aun en las épocas de trastornos y revueltas, que tanto han abundado.

Las noches de baile, cuando los balcones se iluminan para mostrar el regocijo con que la noble casa recibe alguna persona de la familia real, cuando todas las luces del anchuroso zaguán se encienden y los lacayos de empolvada peluca y lujosa librea verde y grana abren las portezuelas de los carruajes que llegan al pie de la escalera, se sitúan delante del portal numerosos grupos de vecinos de los alrededores; pero no en actitud hostil, ni mucho menos, sino para tomar una parte en la fiesta viendo las damas que bajan de los coches, apreciando lo que ven de sus trajes y tocados y ejerciendo un derecho: el derecho de la crítica, al que el pueblo de Madrid no renuncia nunca.

La dama hermosa recibe, en cuanto aparece, una ovación; pero la que ha perdido sus encantos, ó busca la profusión del adorno para hacerlos valer, ya puede ganar precipitadamente la escalera si no quiere oir cosas desagradables: aquella representación del pueblo agrupada á la puerta del palacio es más justiciera y menos galante que los revisteros de salones.

Para asistir á los bailes de los duques de Fernán Núñez las damas se visten con sus más ricos trajes y se adornan con sus más espléndidas joyas. La decoración de aquella galería poblada de obra de arte y de aquellos salones suntuosos, tapizados unos con brocatel, cubiertos otros con bordados reposteros, llenos todos de preciosidades, exige en las figuras que se mueven en ellos en una noche de fiesta, gran riqueza de tonos para no descomponer el cuadro, y las damas que lo saben se atavían con especial cuidado para acudir á aquella casa.

Las diademas de heráldicos floreros, los aderezos de riquísimas piedras, están allí en su centro; y cuando yo las veía fulgurar sobre hombros y cabezas de linajudas damas la noche del día en que los obreros se habían reunido en el vecino Liceo Rius para salir luego en manifestación por las calles, no podía menos de considerar lo estrechamente enlazada que está con todas las clases de la sociedad la cuestión obrera.

El obrero necesita, para vivir, de esas manifestaciones del lujo: la seda y los terciopelos de los ricos trajes se han tejido en fábricas que dan labor á multitud de brazos; los brillantes, las esmeraldas, los zafiros, los rubís, se han sacado del seno de la tierra por infatigables mineros y se han pulido en talleres que dan buen jornal á los artífices que tallan las facetas y engarzan la piedra; las perlas de irisado oriente han venido del fondo de lejanos mares proporcionando vida al comercio. Si todo aquello que se lucía en la espléndida fiesta desapareciese, desaparecerían multitud de industrias que hoy viven con decoro.

Yo bien sé que en economía política resultan falsas estas teorías y que los maestros en estas cuestiones preferirían dar otro empleo al capital que representan aquellas riquezas; pero no hay que prescindir de la realidad, ni resolver problemas en el libro, sin tener en cuenta el corazón humano. Mientras la sociedad se halle organizada como hoy está, no se puede prescindir de que haya diferencia de clases y de riquezas, y cuando esto sucede es conveniente que el rico ponga en circulación su dinero para que de este modo llegue en cambio de servicios á los que lo necesitan y lo pueden adquirir por medio de su trabajo.

Napoleón I, que era un hombre eminentemente práctico, cuando distinguía con títulos y distinciones á los atrevidos soldados que le seguían en los campos de batalla y le ayudaban á conseguir victoria, los dotaba con grandes rentas, imponiéndoles la obligación de dar suntuosas fiestas que hiciesen gastar mucho dinero.

La fortuna del avaro que se encierra en su casa y no gasta nada, es un tesoro escondido que nada produce, mientras la fortuna del magnate espléndido es algo de que disfrutan todos.

A la sombra del inolvidable primer marqués de Salamanca se hicieron muchos capitales y se fomentaron muchas empresas. El primer rail de ferrocarril que se extendió en España le recuerda, el erudito le debe satisfacciones como la de haber visto reunidas en interesantes bibliotecas obras importantes del saber humano, y no se podrá tratar de la transacción entre el pasado y el presente á que asistieron nuestros abuelos y nuestros padres sin citar su nombre.

Los duques de Fernán Núñez continúan en Madrid las tradiciones de la condesa del Montijo y del primer marqués de Salamanca, concediendo gran puesto en sus salones á la clase media ilustrada y especialmente á los artistas. En los salones del palacio de Cervellón hay obras que han obtenido premio en todas las exposiciones que se han celebrado en Madrid, y se han perpetuado, con lienzos como el que consagró Palmaroli á la guerra de Africa, victorias de la patria.

Cuando han ocurrido desgracias nacionales, como los terremotos de Andalucía, allí se han reunido todos para levantar la casa derruída, el templo destrozado, la escuela donde reciben su instrucción los hijos del pueblo.

Una sociedad ignorante, la de la corte de Fernando VII antes de que viniera á civilizarla con manifestaciones de arte y espíritu de tolerancia la encantadora reina María Cristina, que abrió las puertas de la patria á los emigrados, abandonó los salones en que se celebraba un baile porque se presentó en ellos el ilustre actor D. José Valero.

En el palacio de los duques de Fernán Núñez ha sido objeto de las mayores distinciones Rafael Calvo. Allí se han leído los versos de Núñez de Arce, y cuando Gayarre iba allí á cantar se abrían y se iluminaban los salones para recibirle como se abrieron para recibir al príncipe de Gales.

Una ejecutoria que se tiene allí mucho en cuenta es el talento.

El duque de Fernán Núñez y sus hijos están afiliados al partido liberal, que cuenta también en su seno al duque de Alba, al de Abrantes: á los dos descendientes de las más antiguas casas de la aristocracia española que han arrebatado al partido conservador la significación que quería monopolizar.

***

La grave enfermedad que ha puesto á las puertas del sepulcro al general Cassola ha puesto de relieve las agitaciones de la vida de los hombres políticos que se matan batallando.

La fortuna parecía sonreir al más batallador de los generales de la oposición formada contra el Sr. Sagasta; y cuando apenas había terminado la enérgica campaña emprendida con motivo de la carta famosa del general Dabán, cuando se proponía reanudarla examinando y combatiendo los presupuestos del Ministerio de la Guerra, aquel hombre tan enérgico, joven todavía, lleno de proyectos respecto al porvenir, ha caído de repente herido por crueles dolencias de esas que ponen en peligro la vida.

Los hombres políticos de España gozan, con contadas excepciones, de muy poca salud, y suelen morir sin entrar de lleno en el período de la vejez. Alcalá Galiano, Aparici Guijarro, Ríos Rosas, Rivero, Ulloa, sucumbieron cuando el hombre de Estado llega á la plenitud de la vida y cuando más provechosos pueden ser los frutos de su experiencia. Los ejemplos de Bismarck, de Gladstone, de Lesseps, trabajando con todo el ardor y la fuerza de la juventud después de los setenta años, no son frecuentes en nuestro país, donde la necrología registra muchas muertes prematuras, como la de D. Eleuterio Maisonave, que tomó, no hace mucho, parte tan importante en la discusión del sufragio universal en el Congreso, y que era un defensor incansable de los intereses materiales del país.

Si se tuviera en cuenta esta brevedad de la vida, se dulcificarían mucho las costumbres políticas, porque no vale la pena batallar tan rudamente para sucumbir tan pronto.

En estas dolencias mortales, en esta brevedad de la vida, entra por mucho la falta de higiene: el ejemplo de Gladstone, que se ocupa mucho en sus libros y en sus discursos, pero que consagra muchas temporadas á hacer de leñador en sus bosques, abatiendo con el hacha los más corpulentos árboles, es poco seguido.

Aquí se tiene mucho apego á la ciudad y poco al campo: se respira más la atmósfera viciada de los centros que el aire sano de la montaña y de los valles. El hombre que se dedica á los trabajos intelectuales descuida los ejercicios corporales que deben sostener el equilibrio conservando la mente sana en el cuerpo sano, como dicen los antiguos: la lucha por la existencia acorta la vida con multitud de inquietudes y zozobras.

La lámpara del bufete, la atmósfera de los salones, la energía que hay que pedir á los excitantes, el artificio de los grandes banquetes; todo eso, que turba las digestiones, altera el sueño y roba el reposo, va acumulando venenos hasta que destruye la salud.

La anemia, la afección al corazón, el desarreglo de los nervios, la pérfida diabetes, el reblandecimiento de la médula espinal, que aqueja á los que han amado ó han sentido mucho; son los enemigos terribles de los hombres públicos.

Durante algún tiempo permanecen ocultos pero cuando se manifiestan consumen rápidamente su obra destructora, poniendo en evidencia la falta de recursos de la ciencia para combatirlos con éxito.

La vida del campo, la que huye del mundanal ruido, aquella ensalzada por Fray Luis de León desde el huerto oreado por el viento y situado en la ladera pintoresca, es indispensable si se quiere prolongar la vida.

Recientemente se ha creado una sociedad que tiene por objeto fomentar la afición á la vida del campo y facilitar en Madrid los medios de hacerla asequible á toda clase de fortunas. El pensamiento no puede ser más útil: á

Digitized by Google

la sociedad actual le falta oxígeno y sangre, está anémica, nerviosa, y con el desequilibrio que revela no puede hacer nada bueno.

Así es que al avanzar en el camino de la vida, y antes, mucho antes de que se llegue al tercio de la existencia, asusta considerar el número de puertas que se han cerrado á nuestra amistad y á nuestro cariño, y el número de tumbas que se abren á nuestros pies.

Hace mucho tiempo que no abro un álbum de los que encuentro encima de las mesas, sin hallar en él mayor número de retratos de muertos que de vivos.

Hemos adelantado mucho en la senda del progreso, hemos realizado muchos de los ideales por que lucharon nuestros padres, y vemos establecido lo que se consideraban utopias impracticables en los días de la primera juventud de los que no somos todavía muy viejos. Ahora es preciso detener y reposar y atender más á las exigencias de la salud, sin la cual no es posible la dicha.

Desde principios de siglo tremola la bandera de las reformas: ahora es preciso levantar otra muy alta, la bandera de la higiene, porque sin ella es muy amarga la vida.

KASABAL

LIBROS BORDADOS

ACTA SYNODI NATIONALIS DORDRECHTI HABITÆ

EL PETRACHA (1544)

LA CARTA FUNEBRE

(LEYENDA FANTÁSTICA)

I

Yacía envuelta entre las sombras de la penúltima noche de diciembre (noche de frío y de ventisca) la imperial Toledo.

Había sido el día oscuro y triste. Ni por un instante las nubes que ocultaban las veletas de la Catedral dejaban que el sol iluminase la campiña, y constantemente una lluvia menuda y glacial convertía en laguna las calles, en barrizal los caminos y en estanques profundos los aljibes.

Los árboles, desnudos, agitaban sus gigantescos brazos y parecían, destacándose entre la neblina que del río se alzaba majestuosa para unirse á la que lentamente bajaba de los cerros, ejércitos de esqueletos. Permanecieron cerradas puertas y ventanas y pasaron las horas poco á poco, rodeadas de una calma insoportable.

Los habitantes á quienes sus tareas no apremiaban vieron trascurrir el día junto á la lumbre que ofrecía su grato abrigo en los colosales hogares; las muchachas bonitas bordaron junto á la recatada celosía, sin que alterase la monótona igualdad de las oscuras paredes vecinales el paso de ningún caballero, dueña ó soldado; y algunas viejas acudieron, al caer la tarde, á rezar como de costumbre en San Juan de los Reyes.

Cuando el sol, cansado de luchar con la impenetrable muralla de nubes que le impedía mirarse en el río, comenzó su descenso hacia poniente, la noche vino de pronto sin trámite de luz á sombra, sin crepúsculo.

Sonó el toque de oraciones, agitóse en los aires el implacable aquilón, y entre sus fuertes ráfagas huracanadas cayeron revueltas lluvia y nieve, perdiendo ésta su blancura apenas tocaba al suelo; se apagaron las funerarias lamparillas que acompañaban á los santos en las esquinas de las tortuosas calles, se golpearon las cancelas mal seguras, y se oyó á lo lejos, por la parte del monte, el aullido del lobo hambriento, el lastimero gemido de las ramas desgajadas, y el ruido sordo, monótono y cadencioso del Tajo, que corría más caudaloso é inquieto que otras veces.

II

Mientras en los relojes sonaban lentamente nueve campanadas, un gallardo mancebo, alto, fornido, de agraciado rostro y expresivos ojos, terminaba ante una humilde mesa la cena que apenas gustara.

En la estancia, que era de paredes blancas y abovedado techo, estaban á la sazón el que va á ser protagonista de este cuento y un viejo criado que vestía ropilla y altas botas de ante. No llevaba al cinto tizona, si bien del ancho cinturón de cuero pendían las correas en que aquélla debía colocarse.

El cuarto era modesto. Un comodín alto bastaba para guardar la ropa del caballero; una cama desvencijada servía, al par que de reposo al joven, de adorno á la habitación; una mesa, un viejo sofá y unas sillas completaban el ajuar. De las paredes pendían algunas cornucopias, cuadros de batallas, vistas de la Catedral y una imagen de la Virgen de los Dolores. Sobre el comodín había un ramo deshojado y una carta; en una de las sillas veíase caída una larga capa azulada, un chambergo de airosa forma y ondulante pluma, y una espada elegante de cincelada empuñadura.

ENRIQUE SEPÚLVEDA

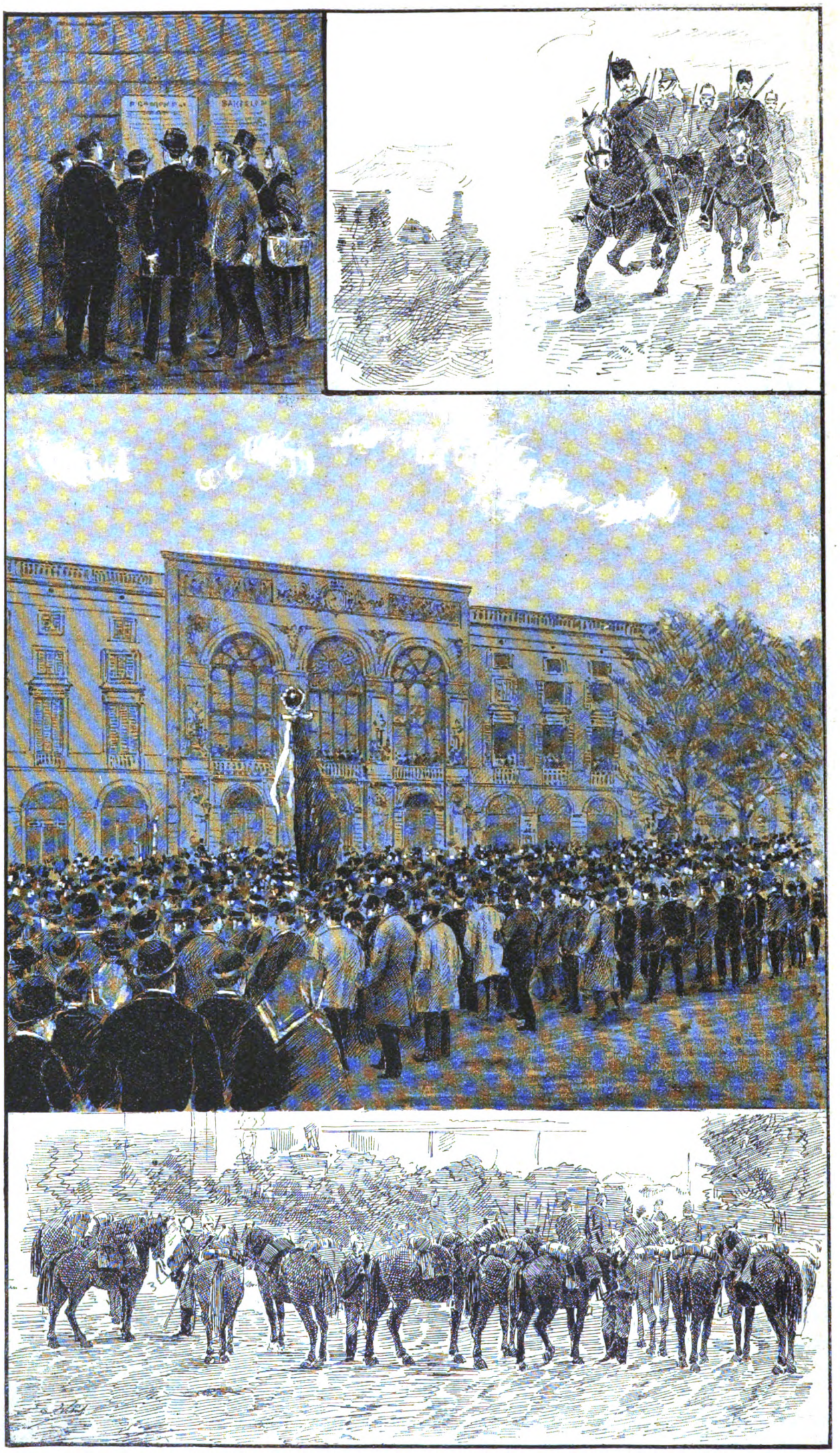
(Se continuará)

MAYO

Funesta fecha, espanto del gandul
que nunca ha estudiado la lección
y del *suspenso* ve la relación
con la paterna tranca de abedul.
Véndese mucho blanco y mucho azul
para hacer la primera comunión,
despachando el hortera con fruición
miles de metros de barato tul.
Ya ha empezado la fiesta nacional,
asiste á las carreras lo más *chic,*
y aspiran á alcanzar gloria inmortal
los émulos de Goya y de Van Dyck,
mientras otros suspiran por su mal
prisiones de la capa ó del carrick.

C. M.

Digitized by Google



LOS SUCESOS DE BARCELONA

Leyendo el bando.—Soldados de caballería.—La manifestación del 1.º de Mayo.—En la plaza de Cataluña

(Dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

UN AFICIONADO (acuarela de Pozo)

Digitized by Google

SILUETA DEL DIA

I

Felices, no diré yo que no lo fuesen; al contrario, no faltaba en la villa y corte quien, deslumbrado por su aparente dicha, les envidiara de todo corazón: lo que sí puedo asegurar es que, dadas las circunstancias particulares de cada uno de ellos y la holgada posición de que disfrutaban, podían serlo infinitamente más de lo que en realidad lo eran. Un disentimiento continuado imposibilitaba la estabilidad de su dicha, falseando por completo la base de su bienestar.

No quiere decir esto, ni mucho menos, que Manolo y su madre no se llevaran bien: nada de esto. La aspiración constante del joven era siempre anticiparse á los deseos de su madre: el anhelo único de D.ª Rosario, adivinar cuanto podía ser grato á su Manuel. Tan sólo en un asunto andaban desacordes, alterándose gravemente la armonía de sus afectos cuantas veces lo sacaban á discusión.

Ello era que, como todas las madres, tenía D.ª Rosario sus ambiciones y sus proyectos casamenteros encaminados á asegurar la suerte y el porvenir de su hijo (así á lo menos lo creía ella), y que, como la gran mayoría de los hijos, tenía Manolo, por su parte, sus teorías y sus preocupaciones acerca del matrimonio: de ahí que cuantas veces, voluntaria ó inadvertidamente, departían sobre la eficacia ó inconveniencia del séptimo sacramento, el choque fuese inevitable, los rozamientos tan ásperos como violentos; lo cual no evitaba que, firme en sus aspiraciones, la buena de doña Rosario, lejos de ceder en sus proyectos y de batirse en retirada, buscara á cada instante medios para preparar nuevos encuentros, segura de que más ó menos tarde su perseverancia le reportaría la ansiada victoria.

DE ANTIQUITATE ECCLESIÆ BRITANNICÆ

Nada, sin embargo, autorizaba su candoroso optimismo: con más indiferencia la atendía Manuel cuanto más se esforzaba ella en ponderarle los méritos y virtudes de la nueva candidata que ofrecía á su deliberación.

—Entonces, dime,—le preguntó un día;—cuando yo falte ¿qué será de ti? ¿quién cuidará del orden de esta casa? ¿quién, en fin, llenará en ella el vacío que sólo la madre ó la mujer propia pueden llenar?

—No te preocupes por esto,—repuso Manuel.—Por mi parte te aseguro que nunca me inquieta la idea de lo que puede ocurrirme mañana.

—Lo cual no acredita mucho tu discreción.

—No creo que la discreción del hombre estribe en tomar estado: se dan casos, por desgracia sobrado repetidos, que acreditan totalmente lo contrario.

—Son excepciones.

—Podría ser yo una de ellas.

—Precisamente para que así no sea cuido yo de buscarte novia. Las madres tenemos un tacto especial: sabemos mejor que nadie quién puede hacer la felicidad de nuestros hijos.

—No quiero mujer de encargo.

—Entonces dedícate tu mismo á buscar entre nuestras amigas una que llene por completo tus aspiraciones.

—¿Aspiraciones? No tengo ninguna. He dicho mal, una tengo: la de conservar, mientras viva, mi independencia y mi libertad. Además, ¿soy acaso el primer hombre que se muestra refractario al santo yugo? ¿Porque deje de casarme va á extinguirse la familia? Entonces ¿qué falta cometo permaneciendo célibe? Ninguna: al contrario, la apariencia nos demuestra cada día, bajo las más variadas y gallardas formas, que en el terreno de la práctica y de la sana razón, mis preocupaciones, como tú las llamas, no son tan malas como se te antoja.

—Malas no son: son peores. Ahí tienes la causa de mis inquietudes y de mi continua intranquilidad: lo extraviado de tus conceptos. Si fuesen hijos de prematuros desengaños ó de probada experiencia, no me inquietaría tu porvenir; pero como no los autoriza motivo alguno justificado, y sí sólo tu ansia de rendir tributo servil á teorías ridículas ya que no modernas (porque pobres de espíritu los ha habido en todos tiempos), temo que el resultado de tanto desdén y asco como les haces á mis observaciones sea tan denigrante para ti como desairado para nuestro nombre.

—¿Qué presumes?—observó Manolo algo desconcertado.

—Que tu fin será el de todos los *experimentados:* casarte con alguna costurerilla ó alguna criada.

—¿Yo?—repuso su hijo con visible indignación.

—O con algo peor,—añadió desdeñosamente D.ª Rosario.

Y D.ª Rosario no se engañó. Su prematura muerte, sin embargo, tuvo la generosidad de evitarle los sonrojos que le hubieran ocasionado las debilidades y tremenda caída que respecto al matrimonio sufrió su despreocupado hijo.

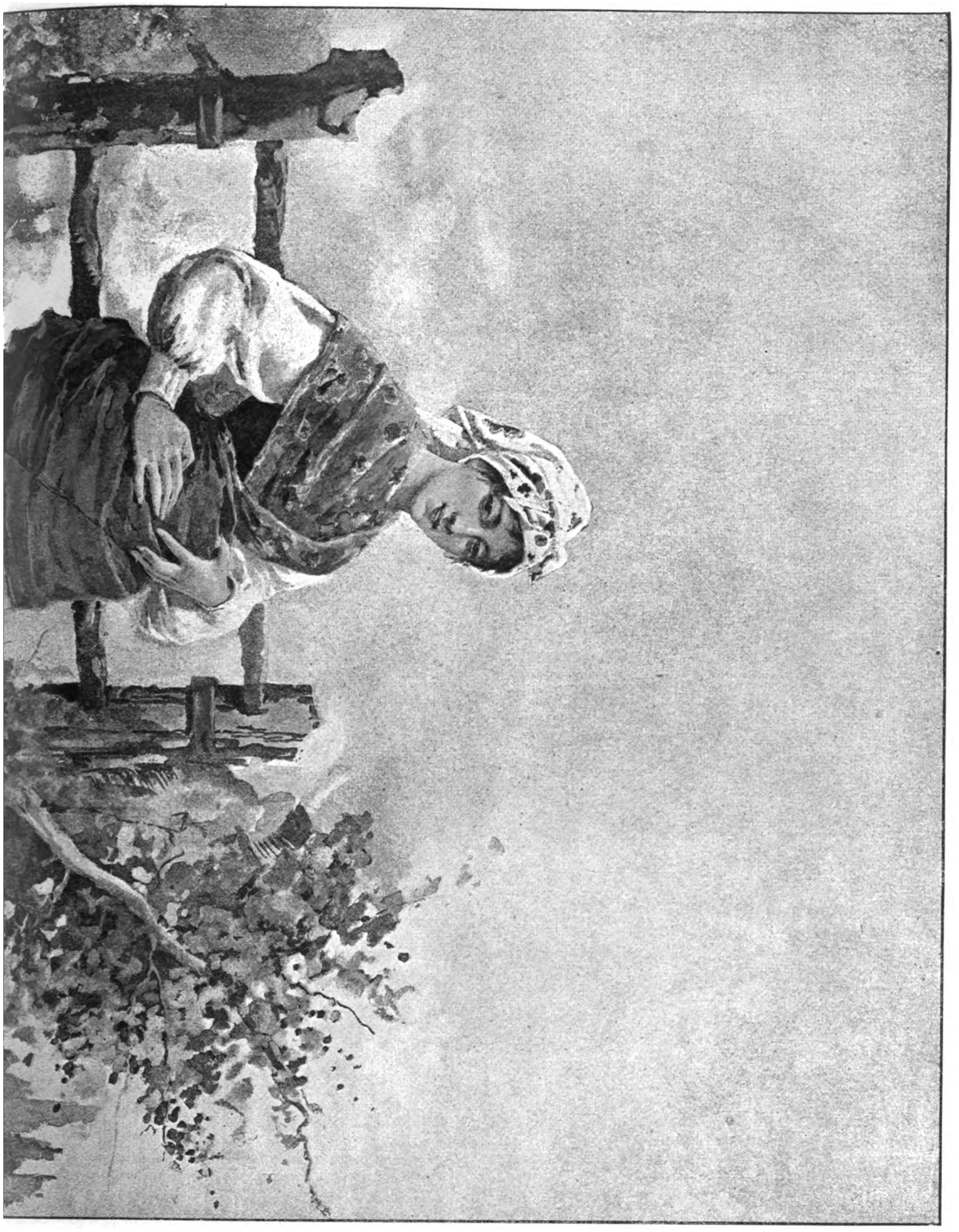
II

Realmente estaba su hogar muy triste y solitario desde que faltaba en él su excelente y recordada madre. El vacío que ésta dejó no se llenaba ni improvisando ruidosas y alegres fiestas, ni invitando á su mesa á sus amigos, ni decorando la casa con extrema elegancia: al contrario, más triste le parecía cuanto le rodeaba, cuanto más hacía para dorar su soledad. Aquel hogar ostentosamente alhajado sonaba á hueco: era sólo un cuerpo sin alma, una flor de trapo, falta de frescura y perfume; sus encantos y ficticias bellezas no conseguían interesar más allá de la visual. Las afecciones más puras y necesarias á la existencia quedaban en completo desamparo, exentas de vida y de legítima expansión. Los amigos le abandonaban en cuanto habían comido bien, los criados burlaban su confianza y le despellejaban descaradamente, sus deudos sólo le visitaban cuando necesitaban de él, y algunos vividores de oficio dieron en explotar su credulidad. Manolo adivinó lo falso é insostenible de su situación, y adivinó también que sólo aquella *mujer propia* que le recomendó su buena madre podía normalizar la marcha de su casa y llenar el vacío que sentía en su corazón. Pero ¿era ó no era él un hombre del día? Entonces ¿cómo iba á declararles á sus amigos sus blanduras internas y sus propósitos de ingresar en el gremio de los maridos? No: antes le ahorcaban que declararse vencido. Además, ¿quién le garantía que casado estaría mejor? ¿Y si le caía una mujer coqueta, callejera y manirrota? ¡Buenos andarían entonces el sosiego doméstico y la paz conyugal! Pensándolo mejor, después de todo, ¿qué falta le hacía á él una mujer? A su casa sólo iba (cuando iba) á comer ó á dormir. El casino, el café, los toros y los teatros por hora, le ofrecían amenos pasatiempos, expansiones á cual más grata y atractiva; los teatros por hora sobre todo, á los cuales, tal vez por lo estimulantes ya que no por lo apetitosos, les había cobrado Manolo verdadera afición. ¡Como que ya se había echado las más cordiales amistades entre la gente! Desde el director de orquesta al último apunte, toditos le tuteaban como amigos los unos, como deudores de repetidos favores los demás. Cuanto á *ellas*, huelga asegurar que tenían en Manuel el más devoto de los adoradores, devoción que se traducía en persuasivas demostraciones las noches de sus respectivos beneficios, en los cuales solía echar Manolo la casa no por la butaca, porque ésta raras veces la ocupaba, sino por los bastidores, su localidad preferida y espléndidamente retribuída. Por supuesto que las agasajadas se lo merecían. A no ser ellas, ya estaría él durmiendo el último sueño en la cripta del panteón donde descansaban los restos de su madre: el tedio ó la nostalgia hubieran acabado con él. La *diva (doña Juanita* la llamaban entre bastidores), con su gracia y despejo y el desgarro de sus arranques, había contribuído poderosamente á alejar las sombras de su pensamiento y sus melancólicas tristezas, acabando á la par con la sequedad que lentamente iba volviendo insensible á su corazón. Así á lo menos lo aseguraba Manolito á cuantos se lo querían oir; lo cual cabía en lo posible, pues era *doña Juanita* remedio infalible para tristes y aburridos, y elegantes en decadencia. Fresca, guapota, sin pizca de rubor y pronta á todo descaro, alegre como unas pascuas, con su poco de *chic* francés y su mucho de garbo andaluz, reunía todas las circunstancias debidas para sacar de quicio á un hombre de suyo tan desquiciado como era el pobre Manuel. Y lo sacó. Como que, llevado de sus entusiasmos, no se contentó con menos que con ofrecerle su mano, su nombre y posición. Por supuesto que, desde el momento en que el

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



GUARDANDO EL REBAÑO (acuarela de M. Alcázar)

Digitized by Google

Digitized by Google

cura les echara las bendiciones, la *diva* dejaría de formar parte de la compañía: de sus gracias, de sus talentos, de su deliciosa voz, sólo él sería el afortunado en disfrutarlos, como dueño único y absoluto de tan inapreciables tesoros. No se le ocultaban las envidias que su *triunfo* ocasionaría, las enemistades que le preparaban. Pero ¿qué culpa tenía él si había sido el preferido? ¿qué responsabilidad le alcanzaba si la *diva* se dignaba descender del alto pedestal de su gloria para compartir con él la oscura y prosaica vida de familia? ¡Cuestión de suerte! A él le tocaba el regalado lote, y él demostraría con sus actos que era digno de tal favor. A los *desechados* no les quedaba otro recurso que resignarse ó rabiar.

Doña Juanita, después de pensarlo mucho y de demostrar á Manuel la desventaja que la boda le traía, pues tenía ella infinidad de contratas en *blanco* que podía llenar á su gusto (veinticinco ó treinta duros diarios), se *resignó* y aceptó la mano que su rendido adorador le ofrecía; el cual, estimando el sacrificio de la *diva* en toda su magnitud y alcance, se prometió hacerla la más feliz de las mujeres, la más envidiada y venturosa de las ex tiples de zarzuela (ex artista decía él).

III

Y se casaron.

Fueron al altar: ella vestida de blanco, con profusión de encajes y flores de azahar; él de frac, luciendo vistosa condecoración. Terminada la ceremonia, los amigos les felicitaron, augurándoles venturas infinitas. Al otro día algunos periódicos les desearon una eterna luna de miel; pero el dulce astro, burlando tan nobles y generosos deseos, marcó muy pronto su cuarto menguante, anticipándose de esta suerte á los vaticinios de los que sin pasarse de listos presintieron que *aquello* acabaría mal.

Mal, precisamente, no acabó: lo cómico con dificultad puede sorprender con su desenlace dramático; y si Manuel y su consorte no fueron un matrimonio modelo, fueron en cambio uno de tantos que acusan la bendición del diablo. Conservó ella mil resabios de bastidor; conservóse latente en él un resto de pudorosa dignidad: los encuentros fueron, pues, inevitables, los choques desastrosos, las tempestades conyugales frecuentes y de seguro estrago. Ganoso de poner término á ellas, á los pocos meses de su matrimonio Manuel solicitó y obtuvo un destino para Ultramar, para donde partió solo, dejando á su mujer en Madrid. A falta de más amistosa compañía, mil recuerdos amargos como el remordimiento le acompañaron durante la travesía. Manuel resistía valerosamente á su empuje, disculpándose en sus disentimientos internos con un medroso—¡No soy yo el primero!

El argumento no se recomendaba ni por su novedad ni por su fuerza moral, pero conseguía tranquilizar lo suficiente á Manolo, que, pasado el influjo de sus frecuentes crisis, se sentía casi feliz.

Lejos de España olvidó por completo á su *Juanita*, la que á su vez se olvidó, sin grandes esfuerzos, de él. El arte la llamaba, según decía. De ahí que, después de haber agotado alegremente la fortuna de su esposo, ingresara de nuevo á su antiguo *redil*, con menos facultades, por supuesto, pero con excepcionales condiciones para descollar en primer término entre las *estrellas* de mayor magnitud que brillan en los teatros donde se rinde culto al arte moderno.

ANTONIA OPISSO

ORATIONIS DOMINICÆ EXPLICATO

DE TEJAS ARRIBA

Sobre el plano resbaladizo de un tejado, plano cubierto de jaramagos y de ortigas, está con la cabeza puesta hacia abajo el amor, y quien dice el amor dice Hermenegildo el herrero, mozo que lo mismo se canta una copla en la rondalla que va delante de la Virgen haciendo de escopetero, y que si en la fiesta luce la agilidad suprema de sus pies y repica donosamente los palillos, en la barra señala donde nadie, y en la pelota cuenta por más tiempo que ninguno, y en los bolos derriba con más gracia que todos, y en cuanto fija los ojos, pone la mano ó interviene de palabra, sale por cima de los demás mozos, como que él tiene la gracia, ciencia y donaire de todos juntos, y adora, por aditamento, á la emperejilada Teresa, que si ve con deleite á su novio poner la raya tan por lo alto, ella no lo hace menos, y en la mudanza sabe bajar pudorosamente los ojos, en el bordado ejecuta de aguja con maravillosa destreza, en la conversación suelta agradablemente lo que debe y no más de lo necesario como para dejar abierto el paladar, y en todo cuanto interviene, preside ó embellece, deja rastro luminoso de su persona, la cual no tiene otro objeto que enamorar con la honestidad, seducir con la modestia, encantar con la palabra, enseñar, sin pretenderlo, con sus virtudes, y traer corazones y cerebros á remolque, lo mismo que si los atara con hilos invisibles á su pecho.

Echado de bruces en las tejas, y viendo desde el alero á su novia, apoya Hermenegildo la una mano en las canales y le alarga con la otra un pulido ramo de flores, ramo que, para atraparlo, ella saca el apretado busto y alza los pies desde la ventana sin que quiera la suerte que lo coja, porque á punto de hacerlo asoma por la punta de la calle una rondalla profusa en guitarra y bandurrias, y un mozo, á quien parecen haberle soplado al oído la escena, deja oir su voz en la siguiente copla, que acompaña el punteado alegre de las cuerdas.

Por el ala del tejado
te alargué un ramo de flores:
el ramo cayó en tu mano
y en tu pecho mis amores.

Pero bien sabe Hermenegildo que miente como un bellaco el cantar, y que no es sino decir por decir lo de la copla. Apechugando, pues, contra las tejas, y atirantando como cuerdas de arpa las de su cuello, escurre el cuerpo como puede, plano arriba, y queda oculto á las miradas, bien que con un cardenal en cada rodilla y un desollón en cada dedo.

Pero á bien que miradas, siendo de amor, curan heridas, y, una vez que baje Hermenegildo, Teresa pondrá en juego sus ojos, y aquí hilas, allí unto, acullá parche, el mozo quedará como nuevo, y remendado, como quien dice, desde el propio carcañal al colodrillo.

En el ínterin, como ocultas son sus relaciones con Teresa, y en ocultar las pasiones siempre fué inflexible el instinto, aguardará el paso de la rondalla para en seguida sacar de nuevo la cabeza y con voz aguda y suave llamar á su adorado dueño, alargar el brazo hasta tocar las manos de la novia, soltar con maestría el ramo, y recibir en pago una expresiva mirada de ternura.

Pero hé aquí que los mozos se sitúan delante de la puerta, enjuáganse, uno á uno, la garganta con un trago de lo tinto, y el mismo mozo de antes echa del pecho afuera esta otra copla, cuyo sentido viene á poner en más cómica situación al enamorado:

Por la puerta de tu casa
ha de entrar el que te quiera:
cuida, niña, del que amante
llegue hasta ti por las tejas.

A punto estuvo de decir:—¡Alma perra!—el mozo y descolgarse del alero, cayendo en medio de la fiesta, y allí armar una sarracina de palos que se hubiera *tapado* el aire de garrotes; pero mordió solamente un jaramago que cayó junto á su boca, y, tragando el vegetal sin saber lo que hacía, clavó la cara en las tejas aguardando que *tocara á irse* la rondalla.

No parecía estar ésta en semejante idea, porque, apurando uno de los mozos el último sorbo de la bota, mandó en el instante mismo á la taberna, y una botella vacía que le había quedado en la mano, por uno de esos raros caprichos de los borrachos, apretóle bien el tapón al cuello, y, levantando el brazo de pronto, la disparó al plano pendiente del tejado, yendo á dar en la mitad del cuerpo de Hermenegildo, al cual hizo sonar como parche dado por la porra.

Como sacrificios quiere el amor, el herrero se acordó, para calmar su rabia, de los mazos del yunque y de aplastar con ellos cráneos y costillas; y cuando el agudo dolor hubo pasado, enterró con más ahinco la cara en las tejas y ahogó los ayes que iban á escapársele del pecho.

Tal hizo, cuando entre una espantosa tremolina en que parecían bailar estrepitosamente

Digitized by Google

LA GUITARRA ES UN SUSPIRO... (acuarela de Araujo)

Digitized by Google

EXPOSICIÓN DE BELLAS ARTES DE 1890: UNA CAMPANADA (cuadro de Federico Jiménez y Fernández, dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

las tejas, cruzó una pareja de gatos sobre el magullado cuerpo del herrero, ya convertido en *ecce homo*, y las uñas de las ocho patas, justas y cabales, pasáronle por el rostro no dejándole pulgada de piel sin arañazo.

—¡¡Ay!!—dijo desde el fin de sus entrañas el novio, y llevóse ambas manos á la cara, con ese movimiento involuntario imposible de contener.

La queja, dudosamente oída por la rondalla, no por lo vaga ó lo sufrida, sino por lo semejante á la de los gatos, llamó la atención de algunos, que sin temor á duendes ni á aparecidos hubieran al punto tratado de indagar de dónde producía, si en el instante mismo de pensarlo no empezara á caer tal y tan apretado aguacero, que los unos echándose mano á la cabeza para cubrir los vistosos pañuelos liados á ella, los otros tapando con el lado del justillo las bandurrias, éstos recogiendo los palos del suelo, y aquéllos atrapando lo que no era posible de olvidar, la bota, no salieran á uña de caballo buscando refugio contra el torrente, y no dejaran limpia la calle y tan desierta como silenciosa hilera de sepulcros.

El mozo púsose entonces de rodillas, como si fuera á pronunciar la sentida oración del alba; estiróse en medio de las gotas de sangre que le caían por el rostro, y otra vez aplicó el cuerpo á las tejas y se deslizó hasta llegar al borde mismo del alero.

Teresa salió muerta de risa á la ventana y miró al desdichado novio, después de colocarse sobre una empinada silla para llegar con las manos á más corta distancia del herrero.

—Aquí está el ramo, Teresa, —dijo *hablando* más sangre que palabras el mozo.—Me parece que ahora bien merezco lo que te he pedido tantas veces.

—Y ¿qué es ello?

—¡Toma! Pues tú lo sabes: lo que se jase juntando los labios.

—Sí que lo mereces, y, como veo que me quieres, te concedo esta vez lo que pides; pero ve que estás muy alto, Hermenegildo.

Entonces el mozo, escurriéndose con arrojo temerario por el alero y quedando pendiente de él, puso los pies en el marco de la ventana, y antes de que la novia pudiera impedirlo entró de un salto en la estancia y se oyó una explosión loca y arrebatada de besos.

La rondalla, pasados unos momentos durante los cuales se deshizo la fugitiva nube del aguacero, volvió á cantar á lo lejos, acompañándose de gritos de alegría y vivas aclamaciones:

Por la puerta de tu casa
ha de entrar el que te quiera·
cuida, niña, del que amante
llegue hasta ti por las tejas.

SALVADOR RUEDA

PRIMAVERA

(A LA SEÑORITA D.ª JOSEFINA VIANA)

¡Bienvenida mil veces
la Primavera!
Ya de verde se visten
bosque y pradera;
ya en la fronda confusa
los ruiseñores
cantan la tierna endecha
de sus amores.

De los viejos tejados
libres vecinas,
á sus nidos regresan
las golondrinas;
sobre los fríos hierros
de los balcones
alegres picotean
los gorriones.

De las lánguidas brisas
al blando arrullo,
esparciendo perfumes
se abre el capullo;
en su virgen corola
cae el rocío
esmaltando de plata
su tallo frío.

LIBRO DE SALMOS (1635)

Todo al amor convida:
valles y lagos,
del intranquilo río
los sones vagos,
el rumor misterioso
de la enramada
y el rápido y potente
de la cascada.

El beso que las ondas
dan á la orilla;
del pescador los cantos
en la barquilla;
las estrellas que bordan
el éter puro;
su fulgor macilento,
triste, inseguro...

Las gotas que la nube
deja en las flores
como lágrimas frías
de sus amores;
del astro rey la hermosa
luz purpurina
que se oculta tras la alta
y azul colina...

El eco religioso
de la campana
que á la oración convida
grave y lejana;
el rumor ledo y vago
de la maleza,
que á intervalos parece
que gime y reza...

¡Todo excita en el alma
dulce alegría!
¡Todo es amor, perfumes
y poesía!...
¡De tu sueño de virgen,
niña hechicera,
á despertarte viene
la Primavera!

VENANCIO SERRANO CLAVERO

N. N.

(HOMBRE BUENO)

En su niñez soñó acaso con llegar á presidente del Tribunal Supremo de Justicia; más tarde se contentó con ser magistrado de las Audiencias de lo criminal; y cuando salió reprobado uno y otro año en la carrera de Derecho, que hubo al fin de dejar, todavía juzgaba posible desempeñar un juzgado municipal ó una escribanía de actuaciones.

Al principiar á afeitarse actuaba de escribiente en la Curia, y desde poco después se desconocen su vida, su familia, sus medios y sus aspiraciones. Sin embargo, que no ha perdido su afición á las cosas de justicia, lo prueba el hecho de que se pasa la vida en los despachos de los escribanos ó en la portería de los juzgados municipales.

—¿Trae V. su hombre bueno?—pregunta el portero á un querellante.

—¿Yo? No, señor.

—Pues hay que buscarle.

—Pero ¡si estoy citado para esta hora y no conozco á nadie por aquí!

—Mire V.: me parece que le está saludando aquel caballero.

Y *aquel caballero*, que no es otro que N. N., queda convenido con ser hombre bueno del querellante. Y se presenta con tal carácter al juez, y aboga con calor por su nuevo conocido, y prestará cien juramentos, si cien juramentos se le exigieran, de conocerle, tratarle y poder salir fiador de él.

Si no hace falta un hombre bueno y sí un testigo, allí está N. N. Él se ofrece á una de las partes de una contienda, y ofrece dar testimonio de haber visto lo que se trata de demostrar; y si no se ajusta, por diferencias de precio, acude á la parte contraria y afirma y jura haber visto y presenciado lo opuesto precisamente de lo que minutos antes estaba dispuesto á declarar. Dotado de una conciencia acomodativa, viene prestando declaraciones sin que le importe un ardite que en ellas pierda ó gane la justicia, triunfe ó perezca la razón. Él es fiador de todo individuo desconocido con tal de que el desconocido pueda darle dos ó tres pesetas; él, adelantándose muchas veces al juez, procura avenir á los litigantes en la portería del juzgado ó en la calle; y después de exagerar lo que subirían las costas del juicio, caso de celebrarse, cobra algo menos de ambas partes, sin necesidad de actas, ni papel sellado, ni nada.

El tipo existe: si abunda ó no, averígüelo quien en ello tenga interés. Yo conocí á un ejemplar que, desde la hora en que se cierran los tribunales hasta la en que se cierran las tabernas, ahogaba en algunos cuartillos de lo tinto sus escrúpulos, y, ya de madrugada, acudía á su casa, alarmando con sus campanillazos y golpes á toda la vecindad; y cuando su mujer ó sus hijas le abrían la puerta, empezaba nuevo escándalo de apaleo y lágrimas.

—¿Quién es el vecino del sótano?—pregunté una vez al portero.

—Pues D. N. N.

—Y ¿qué profesión ú oficio tiene?

—Es... hombre bueno.

M. OSSORIO Y BERNARD

Digitized by Google

NUESTROS GRABADOS

MÚSICO ARGELINO

Dibujo de La Maroid

Magnífico dibujo y hermosa página en *blanco y negro*. Eso se llama ser digno de modelar á lo Fortuny. Ya se comprenderá que ese tipo, tomado del natural, es un recuerdo de la pasada Exposición de París.

LIBROS BORDADOS

Entre las artes que cultivaban las damas linajudas en las edades de la caballería para distraer el tedio de su existencia, era una de las más bellas la de bordar cubiertas de libros. Este género de bordado tenía todas las ventajas y ninguno de los inconvenientes del trabajo de tapicería, que exigía á veces largos años. Damos hoy algunas muestras de lo que eran semejantes obras, debiendo manifestar que las tapas bordadas de los libros *Orationis Dominicæ Explicato* y *De Antiquitate Ecclesiæ Britannicæ* son del tiempo de Isabel de Inglaterra; que el *Petracha* perteneció á la reina Catalina Parr (1544), cuyas armas lleva bordadas, y que el *Acta Synodi*, etc., y el libro de *Salmos*, fueron bordados para Jacobo I.

LOS SUCESOS DE BARCELONA

Nuestros lectores tendran, sin duda, conocimiento de lo ocurrido, por lo cual nos limitamos á decir que los dibujos que acompañamos están tomados del natural por el distinguido artista Sr. Vehil.

EL ARTE ESPAÑOL

GUARDANDO EL REBAÑO, *acuarela de M. Alcázar*.—LA GUITARRA ES UN SUSPIRO..., *acuarela de Araujo*.—UN AFICIONADO, *acuarela de Pozo*. (En colores.)

Podemos felicitarnos con el más perfecto motivo al publicar hoy estas tres lindísimas páginas en LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA, sobre cuya reproducción en color nada diremos por ser el público quien tiene que decidir tocante á este trabajo.

Guardando el rebaño es un estudio de figura magistralmente realizado. Hé ahí la campesina española en toda su realidad y pureza, y, por lo mismo que en toda su realidad, impregnada de poesía. Guarda el rebaño, pero bien se ve que no solamente ocupa su pensamiento el cuidado del ganado, sino que en su corazón hay algo que le hace sonreir. Es joven, bella, garrida, y el pintor ha tenido buen cuidado de respetar todas estas perfecciones, pero conservándole el castizo carácter lugareño y no trasformándola en una tiple de zarzuela.

Y ¿qué diremos de *La guitarra es un suspiro...?* Ya que no pueda expresarse la cosa con la frase de que esas figuras están hablando, permitido nos será manifestar que están *cantando* y *tañendo*. ¡Qué verdad, qué expresión en el *cantaor* y su acompañante! ¡Cuán concienzudamente desempeñan su cometido, lanzando el uno un plañidero *jipío* y atendiendo el otro á la guitarra para que su rasgueo en nada discrepe del *momento psicológico* de la petenera! Esa acuarela, pintada con toda la gracia que es de regla en las obras del Sr. Araujo, constituye un asunto inolvidable.

En *Un aficionado* alardea el Sr. Pozo de su reconocida competencia en la pintura de flores, así como de su *vis cómica*, al representar determinados tipos. En el de ese *aficionado* vemos un caballero del tiempo en que la botánica española alcanzó sus grandes días de gloria, y ha sido excelente idea figurar al personaje en plena época de Lagasca, Cavanilles y los Salvadors.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

UNA CAMPANADA

Cuadro de Federico Jiménez y Fernández, dibujo de P. y Valor

No hay que decir qué *campanada* es esa, pero sí que su trasporte al reino ornitológico resulta meritísimo, graciosísimo y poco menos que admirable. Es una obra que rebosa ingenio y coloca á su autor entre nuestros más envidiables *humoristas*.

OBRAR BIEN

A mis gustos, antepongo
el provecho verdadero,
por esto el *jabón* prefiero
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

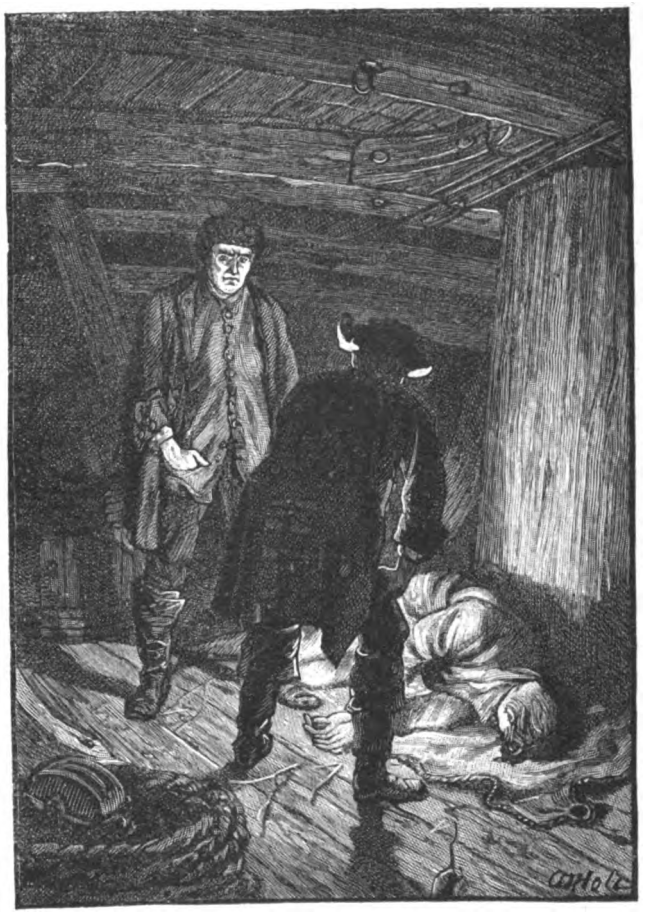
AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Entretanto estábamos ya junto al bote, y mi tío me ayudó á saltar. Yo no pensé siquiera en retroceder, y, lejos de ello, pensaba (¡qué tonto era!) que había encontrado un buen amigo y protector, y halagábame ver el buque.

Apenas hubimos ocupado todos nuestro sitio, el bote se alejó rápidamente de la orilla, avanzando mar adentro. Confieso que en aquel instante experimenté mucho placer y sorpresa al contemplar desde lejos el muelle y las formas del bergantín, que me parecía cada vez más grande. Ni siquiera me fijé en lo que el capitán decía.



—¿Qué estáis diciendo?—gritó el capitán...

Cuando estuvimos junto al costado del buque, donde se oían los gritos de los marineros, Hoseason, diciendo que él y yo debíamos pasar á bordo antes que los demás, dió orden de echar una escala al bote, y un momento después encontréme sobre cubierta, donde el capitán me esperaba ya, y me cogió al punto del brazo.

En aquel momento estaba un poco aturdido y tal vez algo atemorizado, pero distraíame mucho cuanto veía á mi alrededor.

—Pero ¿dónde está mi tío?—exclamé de pronto.

—¡Ah!—repuso el capitán haciendo una mueca.—Esta es la cuestión.

Al punto comprendí que estaba perdido, y, apartando al capitán con toda mi fuerza, corrí al costado del buque, donde vi que el bote regresaba en dirección al muelle, con mi tío sentado en la proa.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Al asesino!—exclamé lanzando un grito penetrante, que debió oirse á larga distancia.

Mi tío volvió la cabeza y pude ver distintamente su rostro, cuya expresión revelaba á la vez la crueldad y el terror.

Ya no vi más: unas manos de hierro me arrancaron del costado del buque, sentí un fuerte golpe en la cabeza y perdí el conocimiento.

CAPÍTULO VII

NAVEGO EN EL BERGANTÍN «COVENANT» DE DYSART

Cuando recobré el sentido rodeábame la oscuridad. Experimentaba un fuerte dolor en la cabeza, habíanme atado de pies y manos, y oía inusitados rumores. Parecíame que las aguas mugían á mi alrededor, y percibía claramente el crujido de los mástiles y los gritos de los marineros. Tan pronto creía elevarme á grande altura como bajar á las profundidades de un abismo; y tan dolorido estaba mi cuerpo y tan confuso mi espíritu, que trascurrió largo rato antes de que pudiera comprender que estaba atado en las entrañas de aquel espantoso buque. Entonces mi desesperación fué horrible: sentí un profundo remordimiento por mi locura y torpeza, y á la vez despertóse en mí un sentimiento de cólera y de odio contra mi tío.

Cuando volví en mí del todo, reconocí bien los movimientos del buque, cuyas fuertes sacudidas me aturdían, sin contar que el dolor en la cabeza era cada vez más agudo. En aquel tiempo de mi juventud aventurera sufrí muchos trabajos, mas no recuerdo haber padecido nunca tanto como en las primeras horas que pasé en el bergantín.

De pronto oí un cañonazo, y supuse que había estallado la tempestad y que se daba la señal de socorro. La idea de verme libre, aunque fuera por la muerte, fué agradable para mí en aquel momento; pero me engañaba, según supe después. Era costumbre á bordo (y cito este pormenor para que se vea que hasta los peores hombres pueden tener delicadezas) disparar un cañonazo cuando el bergantín pasaba á pocas millas de Dysart, donde vivía la señora Hoseason, madre del capitán, como una manifestación de respeto y deferencia.

No me era posible medir el tiempo, pues el día y la noche eran para mí iguales en la especie de hedionda caverna en donde me hallaba; pero en mi triste situación parecíanme las horas días, y no podría calcular cuánto tiempo esperé el momento de que el buque se estrellara contra una roca ó se hundiera en las profundidades del mar; pero al fin el sueño me venció.

No sé cuánto tiempo después despertóme la luz de una linterna que brillaba junto á mi rostro. Un hombre pequeño, como de treinta años, de ojos verdes y abundante cabello, me miraba fijamente.

—¿Cómo va eso?—me preguntó.

Contesté con un sollozo, y entonces el visitante tomóme el pulso y me tocó las sienes, después de lo cual me vendó la herida que tenía en la cabeza.

—No ha sido mal golpe,—murmuró;—pero vamos, ánimo, que aun no se ha concluído el mundo. Habéis dado un mal paso, joven; pero otra vez lo daréis mejor. ¿No os han traído carne?

Contestéle negativamente, y al oirlo dióme un poco de aguardiente y agua, y se marchó.

La siguiente vez que vino hallábame medio aletargado, pero con los ojos abiertos en la oscuridad. No sentía náuseas como antes, pero sí una especie de fatiga angustiosa, mucho peor aún. Tenía todos los miembros doloridos

Digitized by Google

y las cuerdas que me ligaban parecíanme de fuego. Habíame acostumbrado al mal olor que allí se percibía; pero, en cambio, durante el largo intervalo trascurrido desde la primera visita del hombre, sufrí otros tormentos, pues las ratas corrían á mi alrededor, pasando á veces sobre mi rostro, y una ardiente fiebre me hacía ver horribles imágenes.

El brillo de una linterna, que apareció al abrirse una escotilla, parecióme una luz del cielo, y, aunque me permitía ver las oscuras vigas del barco que me servía de prisión, experimenté una indecible alegría. El hombre de los ojos verdes fué el primero que bajó por la escalera, y observé que el capitán le seguía. Ninguno de los dos hablaba una palabra; mas el primero, después de examinarme y de curar la herida como la primera vez, dijo á Hoseason, que fijaba en mí una mirada siniestra:

—Ya lo estáis viendo: la fiebre va en aumento, falta el apetito, no se le da carne y aquí no hay luz. Ya comprenderéis lo que quiero decir.

—Yo no soy adivino, Sr. Riach,—contestó el capitán.

—Me habéis de permitir,—repuso el otro,—y esto sin buscar excusas de ninguna especie, que se saque de este pañol á este joven para trasladarle al castillo de proa.

—En lo que se refiera á vos particularmente podéis obrar como os plazca,—replicó el capitán;—pero en todo lo demás ya sé lo que se ha de hacer: ese muchacho está aquí, y aquí permanecerá.

—Admitiendo que se os haya pagado bien,—dijo Riach,—tendréis presente que á mí no se me ha dado nada. Yo recibo mi sueldo como oficial segundo de este viejo cascarón de nuez, y bien procuráis que lo gane; pero á mí no se me paga para otra cosa.

—Si pudierais absteneros del trago, señor Riach, no tendría ninguna queja de vos,—repuso el capitán,—y entonces podríamos entendernos mejor. Ahora basta de frases,—añadió Hoseason poniendo el pie en la escalera.

Riach le cogió por una manga y díjole secamente:

—Admitiendo que se os haya pagado para cometer un asesinato...

—¿Qué estáis diciendo?—gritó el capitán, fijando en su interlocutor una mirada de cólera.

—Paréceme que es el lenguaje que mejor comprendéis,—replicó Riach, mirando á su vez fijamente á Hoseason.

—Señor Riach,—dijo el capitán,—hemos hecho ya tres viajes, y durante este tiempo podíais haberme conocido. Soy un hombre rígido y duro, lo confieso; pero esas palabras que acabáis de pronunciar sólo son propias de un hombre de mal corazón y de negra conciencia. Si decís que el muchacho morirá...

—Sí que lo digo.

—Pues entonces basta,—dijo el capitán.—Metedle donde queráis.

Hoseason franqueó la escalera, y yo, que había escuchado silencioso aquel extraño diálogo, vi á Riach hacer una profunda cortesía con expresión irónica. A pesar de mi triste estado, noté dos cosas: la primera, que el hombre de los ojos verdes estaba algo bebido, como el capitán lo indicara, y que, ebrio ó no, tal vez sería para mí un amigo útil.

Cinco minutos después cortaron mis ligaduras, y un hombre se me cargó al hombro para conducirme al castillo de proa, donde me echaron sobre algunas mantas y donde lo primero que hice fué perder el conocimiento.

¡No fué poca ventura para mí abrir de nuevo los ojos á la luz del día y encontrarme en compañía de otros hombres! El castillo de proa me pareció un sitio bastante cómodo, y allí vi varios marineros, unos fumando y otros durmiendo. Como el día era apacible y el viento favorable, abriéronse las escotillas y la luz aumentó: hasta tuve el gusto de ver penetrar un rayo de sol hasta mí; y como si esto no fuera bastante, uno de aquellos hombres me presentó una bebida preparada por el Sr. Riach, aconsejándome que permaneciera tranquilo si quería restablecerme pronto.

—No tienes ningún hueso roto,—añadió;—un golpe en la cabeza no es nada, muchacho, y te advierto que yo soy quien te lo dió.

En el castillo de proa pasé varios días como prisionero; y no solamente me restablecí, sino que llegué á conocer bien á toda aquella gente. Eran hombres rudos, como lo son la mayoría de los marinos; hombres que, por sus desgraciadas circunstancias ó sus apuros, se veían obligados á pasar la vida en los mares, sometidos á la voluntad de jefes desalmados.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANALES, 26 — St-Denis.

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El VINO de PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

Enciclopedia de MEDICINA Y CIRUGÍA =R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ESTREÑIMIENTO y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

Pectoral de Cereza
DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos**, si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis, pulmonía o tísis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LA MÁSCARA DE BRONCE
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
Suscripción permanente
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371
BARCELONA

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas. catarros, úlceras del estómago y pir**oxis** con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado o Exigir la firmá y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (*estreñimiento*), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, (*castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro*), **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripcion pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 24 de mayo de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 386

† EL GENERAL D. MANUEL CASSOLA (dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Bibliografía*, por C. M.—*La carta fúnebre* (continuación), por Enrique Sepúlveda.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*E pur si muove*, por A. Sánchez Pérez.—*La primavera* (poesía), por M.ª del Buen Suceso Luengo.—*La arquitectura románica en España*, por Eduardo Soler y Pérez.—*Ilusión* (poesía), por Tomás Camacho.—*Patas y pies*, por José M.ª Carpio.—*Cabeza y corazón* (poesía), por Tomás Camacho.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: El general D. Manuel Cassola. Su entierro.—Viaducto de Conemaugh (Pensilvania, EE. UU.)—Rinconete y Cortadillo.—*Un viaje al Harrar:* Tipos de mujeres galas. El viajero Luis Robecchi y sus servidores. Tipo de mujer somalí de Harrar. Mujeres de Harrar.—La desamparada: Recuerdo de Venecia.—La familia imperial de Rusia.—Simpatía.—Zaragoza: El paseo de Santa Engracia.—La Granja: La fuente de Neptuno.—Kakemonos.

MADRID

Forasteros.—San Isidro.—Asuntos varios

MADRID ha perdido estos días su fisonomía habitual adoptando sus principales calles el aspecto del escenario de un teatro cuando se representa una de esas zarzuelas en boga en las que desfilan los diversos tipos de las provincias de España.

Hace una semana que los trenes de recreo llegan llenos de viajeros procedentes de todos los puntos de la Península: el cachirulo del aragonés, la barretina catalana, la boina de las provincias vascas, el ancho sombrero del castellano y el más coquetón del andaluz forman pintorescos contrastes, y Madrid es hoy de los forasteros.

El contribuyente que da al Erario público buena parte de sus productos viene á contemplar con ojos curiosos la sima donde desaparecen tantos capitales; el labrador que pasó el invierno encorvado para trabajar la tierra ó interrogando al cielo para prever la suerte de su cosecha, viene antes de que llegue el tiempo de recogerla á echar una cana al aire contemplando de cerca todo aquello de que tantas veces ha oído hablar de lejos; el cacique que tiene negocios en las oficinas centrales; el que pretende: todos aprovechan la baratura de los trenes de recreo y se vienen estos días á la corte.

Antiguamente era escaso el número de forasteros que venían á Madrid y pocos los atractivos que les ofrecía la villa. El reservado del Retiro, con sus ridículas y amaneradas casas rústicas; el Casino de la Reina, con su prodigioso pájaro que cantaba y abría las alas; la Florida, con sus muñecos de palo que hacían movimientos; la Armería, las Caballerizas, la Casa de Fieras y la Historia Natural; era todo lo que se ofrecía á los forasteros. Ahora tiene otros muchos atractivos, los espectáculos públicos son más variados, los museos están mejor organizados, y, aunque lentamente, Madrid ha ido adquiriendo por algunas partes aspecto de gran capital, y su comercio, antes tan modesto, se ha extendido considerablemente, presentando establecimientos que en novedades y en géneros compiten con los de los grandes centros de Europa.

Una visita á Madrid, para el que vive todo el año encerrado en un oscuro rincón de provincia, merece la pena, y se explica la animación de estos días.

Yo no sé si en relación con los alicientes habrán aumentado también los peligros que el buen D. Antonio Liñán y Verdugo señalaba allá por el año 1753 en su obra titulada *Guía y aviso de forasteros que vienen á la corte.* Los principales que señalaba el docto licenciado eran los que se corrían en tomar posada en ruin vecindad, en elegir con irreflexión amigos, en pisar calles que no ha menester para sus negocios, en las manos en que pone la solicitud de éstos, y otros por el estilo; acompañado todo con sanos consejos para que repartiese bien el tiempo y acudiese á sus ocupaciones cristianamente.

Los peligros que ofrecen las grandes capitales son casi siempre los mismos: el gancho que acecha al incauto para guiarle al garito y ayudar á desbalijarle, no es tipo peculiar de nuestros días, como no lo es tampoco el de la engañadora Circe que tiende voluptuosas redes en las que suelen enredarse la salud y el dinero; y un repaso á la obra que se publicó en 1753 no carecería de interés y provecho para los forasteros que vienen á la corte.

Aunque parezca mentira, todavía hay quien se deja engañar por los rollos de perdigones y por el antiquísimo timo de la pulsera de deslumbradora pedrería encontrada por casualidad en la calle; y esto habla mucho en favor de la feliz inocencia de algunos corazones.

***

Es verdaderamente peregrino, y se presta á hacer consideraciones acerca de las anomalías que se llaman *cosas de España,* que sea un santo labrador el patrón de la población menos agrícola que existe en la Península. ¡Que fuese patrón de Madrid un empleado, si es que los hay entre los bienaventurados, se comprendería! Pero ¿ser un labrador? ¿Puede darse cosa más absurda? Unos campos áridos y tristes en torno de los cementerios, y la Escuela de la Moncloa, es todo lo que Madrid posee bajo el punto de vista de la agricultura, y con un par de yuntas se puede labrar los campos de la corte consagrados á la producción del grano; así es que San Isidro puede hacer muy poco por sus patrocinados, á no ser que mandase ángeles que resolviesen los expedientes empolvados en las oficinas, como en otros tiempos los tuvo para arar la tierra de sus amos los señores de Vargas.

Celebrándose la fiesta del Patrón el 15 de mayo, esto es, en plena primavera, las flores con que se adornan los silbatos tienen que hacerse con trapo.

El silbato, que es uno de los distintivos de esta romería, está más en carácter, porque son muchas las cosas que merecen la desaprobación ruidosa del silbido.

Lo que adelanta muy poco es la caricatura expresada por medio del barro en los célebres silbatos del Santo: Sagasta con su tupé, Castelar con largos bigotes, Martos sin barba, Cánovas arrugando el entrecejo; esto es, los antiguos modelos de ese arte callejero, son los modelos de este año.

Y es que la caricatura se desarrolla más en épocas de represión que en épocas de tolerancia y de libertad como la que atravesamos. El pensamiento, para expresarse, no tiene que buscar los rodeos de la alegoría y los disfraces de la caricatura, y por eso ésta decae, ofreciendo muy pocas novedades.

Lo que no se puede asegurar es que el santo se libre este año de alguna ruidosa manifestación de los vendedores establecidos en la que se llama pomposamente *pradera;* pues si el sol ha lucido espléndido el día del Santo, estas líneas las escribo con cielo nublado y amenazando lluvia.

Y ya se sabe que las gotas que caen aguando la fiesta y destruyendo las esperanzas de los vendedores, se suelen convertir en pedradas para la imagen del bienaventurado esposo de Santa María de la Cabeza que adorna la fachada de la modesta ermita en que se rinde culto al feliz matrimonio que gozó de dicha en la tierra y disfruta de eterna bienaventuranza en el cielo.

Años ha habido en que la imagen del Santo ha perdido el brazo con el que sostiene la hijada divina que hizo brotar agua de la peña; y no sé por qué, en cuanto se nubla el cielo, no se le protege con una alambrera, como al santo del cuento que nos refiere Leopoldo Cano en una de sus más famosas comedias.

Y el agua este año no vendría á turbar sólo la popular romería, sino los festejos con tanto afán preparados para animar la segunda quincena de mayo y la primera de junio.

La misa de campaña será solemne, y para *La Florida* se hacen muchos preparativos.

Por de pronto los forasteros han gozado ya de una fiesta flamenca por todo lo alto en el barrio de la Alhambra.

Cuando hasta París llevamos ya los cantares y los hipidos de la flamenquería, no era justo que Madrid se quedase en esta ocasión sin palmas y sin oles, y con malagueñas y peteneras se han inaugurado las fiestas, confundiéndose los bravos á las *cantaoras* con los primeros acordes de la diana que anunció, al amanecer del domingo que siguió al día de San Isidro, que comenzaban las fiestas.

Liñán no habla nada, en sus avisos á los forasteros, de los peligros de la flamenquería, y les previene mucho contra los de los mantos encubridores de busconas como las que satirizó Quevedo.

No sé yo si habrá más peligros en un manto que en el enrejado de uno de esos pañolones de Manila de fleco de á cuarta, como dice la canción, y proporcionadores de las ocasiones de que se enrede en ellos el botón del traje de algún buen mozo; pero bueno será, por si acaso, que se prevengan contra ellos los forasteros de hoy, como contra ciertos mantos debían precaverse los de antaño.

***

No han faltado en la romería de este año, como en las de los anteriores, los representantes de la corte de los milagros exhibiendo sus llagas y mutilaciones más ó menos auténticas para excitar la caridad pública.

Repugnante es el espectáculo, pero es mucho más triste, por lo que se refiere al orden moral, el que da el verdadero ejército de muchachos de seis á catorce años que han salido este año á pedir limosna.

La vagancia y la mendicidad es una de las mayores plagas de la actual organización social. En un libro muy curioso que el antiguo jefe de policía de París, M. G. Maze, ha publicado recientemente, se halla una estadística horrible, que he recordado al ver estos días las calles llenas de muchachos pidiendo limosna.

Se refiere á los suicidios de muchachos mayores de 12 años y menores de 16: en 1877 llegaron á 141, en 1887 á 200.

De 16 á 20 años la proporción es más horrorosa: en 1887 ha llegado á 1,100 el número de suicidios de jóvenes de esa edad.

En Madrid no se llevan esta clase de estadísticas; pero, aunque ellas no nos lo revelen, podemos asegurar que aumenta cada año el número de muchachos que van al vicio y al crimen por los caminos de la mendicidad.

Cuando el anciano tiende su rugosa mano pidiendo una limosna, inspira compasión; pero el niño, el mozalbete que asedia á los transeuntes, va derecho á la perdición si con energía no se le separa de su funestísimo camino.

***

Los forasteros tienen motivo para disgustarse con los políticos: este año no han contribuído á los festejos con un par de sesiones tumultuosas en las Cámaras, de esas que tanto se comentan en los pueblos.

KASABAL

BIBLIOGRAFÍA

La chaquetilla azul, novela de puntas, original de los señores *Mínguez, Carmena, Cavia, Vázquez, Taboada, Chaves, Reinante, Neira (J. y G.), Peña, Palacio, Toda, Caamaño y Rebollo,* con un prólogo de *Barbieri* y un epílogo de *Millán.*—Madrid, «Biblioteca del Toreo cómico,» 1890.

Libro temible por el peligro de herniarse, tanta es la risa que provoca. Hay allí toda la sal del mundo. Algunos capítulos tienen una gracia irresistible, piramidal, por ejemplo el 3.º y el 6.º El prólogo de Barbieri es un derroche atrocísimo de ingenio.

María-Mario.—Dos idilios, por *Francisco Gras y Elías.* Barcelona, 1890

Son dos inspiradas composiciones que acredi-

Digitized by Google

tan una vez más las dotes de poeta que reune su apreciable autor. La versificación es muy fluida y muy delicados los asuntos.

El Real Colegio de Loyola (vulgo de las Vizcaínas), hoy de la Paz, por *S. Enrique de Olavarría.*—México, 1890.

El Sr. Olavarría traza en este libro (publicado en magníficas condiciones editoriales), la historia del Colegio de las Vizcaínas, de México, destinado á la educación de las niñas, además de constituir también un establecimiento benéfico. Es una excelente monografía.

Datos sobre las deudas de la primera enseñanza Madrid, *Saturnino Calleja.*—1890

Hay que enterarse de esa espantosa denuncia y comparar luego los datos recogidos por el señor Calleja con los aducidos por el Sr. Maura al tocar á la marina.

C. M.

LA CARTA FUNEBRE

(CONTINUACIÓN)

El joven caballero, apenas dejó el asiento que hasta entonces ocupara, comenzó á pasear por el cuarto, hablando consigo mismo y como preocupado por una idea fija. Al cabo de un rato se detuvo ante uno de los espejos.

—Cristián,—dijo entonces mientras se arreglaba la golilla y el peinado;—si esta noche tardo en venir, acuéstate: no me esperes. Tú necesitas reposo, y yo... no sé siquiera si volveré.

—Señor, por Dios,—contestó el viejo;—¿será acaso que persistís en la loca idea que ayer concebisteis?

—Sí, Cristián: esta noche seré dueño de Aurora aunque se oponga el mismo infierno. No me contradigas ni recrimines. Esta pasión me vuelve loco. Ella me adora. ¡Oh! Sí, Cristián: será mía, porque el amor que me inspira es ardiente, puro, inmenso; será mía aunque su padre se niegue. Todos los obstáculos los vencerá la astucia si con ella basta, ó esta espada si el cielo me abandona.

Y, al decir esto, el joven se colgó al cinto el acero.

—Sea lo que Dios quiera, señor,— replicó Cristián;—pero me da el corazón que ha de costaros cara la empresa. El día ha sido triste y sombrío: cerca del Tajo ha muerto á manos de unos bandidos un soldado de la escuadra. La noche se cubre de sombras y de negrura. Don Alfonso de Aguilar es un zorro viejo que no duerme ni descansa desde que le habéis jurado que Aurora será vuestra esposa á pesar de toda su resistencia, y ó mucho me equivoco ó esta noche ha de ocurrir algo grave. En fin, señor: ¿queréis oir un consejo?

—Habla.

—No vayáis esta noche á casa de Aurora.

—¡Bueno fuera! Déjame, déjame en paz, Cristián,—contestó el joven mientras se ponía la capa y ajustaba á las sienes el sombrero.—Acuéstate, como te he dicho, y no pienses en mí.

Después abrió uno de los cajones de la cómoda, y, sacando una pistola, la colgó al cinto.

—¿Está el caballo ensillado?—preguntó á Cristián.

—Desde hace una hora.

En este instante sonaron lúgubremente en un reloj vecino los tres cuartos para las diez.

—Alumbra, Cristián,—dijo el joven.

El viejo cogió el pesado velón y marchó delante.

Seguíale el caballero, dando, á pesar suyo, señales de la agitación que le embargaba.

Así llegaron al portal, que era estrecho y largo. Cerrábalo por la parte de la calle una alta puerta con postigo. Frente por frente de ésta, y al extremo opuesto, había otra desvencijada que daba acceso á una pequeña cuadra. Allí piafaba impaciente, tascando el freno, un hermoso caballo cordobés de corto y nervudo cuello, espesas crines y arrogante cabeza.

Cristián, mientras con una mano sostenía el velón, desataba con la otra el inquieto bruto. En seguida lo sacó al portal, sostuvo el estribo izquierdo, y, rápido como el rayo, el joven saltó á la silla, embozóse en la capa, con la que cubrió también la grupa del caballo, y salió por el postigo inclinando el cuerpo hacia adelante para no tropezar con el quicio de la puerta.

—Adiós, Cristián,—dijo el caballero.

—El guíe vuestros pasos, señor.

Y en seguida se cerró el portón, resonando lúgubremente, en el pavoroso silencio de aquella noche fatídica, el áspero rechinar de la pesada llave.

VIADUCTO DE CONEMAUGH (PENSILVANIA, EE. UU.)

III

Dos palabras ahora para que el lector pueda seguir la marcha de los sucesos.

El joven á quien acabamos de conocer en el capítulo anterior, era un bravo oficial de los tercios á quien sus padres dejaron, al morir, en una situación que, aunque muy modesta, le aseguraba lo necesario para vivir. Era valiente, emprendedor, atrevido, sabía que el uniforme le facilitaba muchas conquistas, y, como tenía la debilidad de adorar á las mujeres... por grupos, no quiso privarse de aquella vida que tan bien cuadraba á sus inclinaciones.

Contrastaba grandemente con estas prendas de carácter la invencible superstición que dominaba al joven Augusto. El, que á nadie temía en lides de amor, en desafíos ó batallas, no era dueño de sí mismo cuando escuchaba en boca de su criado, el viejo Cristián que le vió nacer, las mil patrañas de aparecidos, duendes y brujas que por aquel entonces, decía el vulgo, bajaban durante la noche por Toledo. Claro que disimulaba aquel secreto temor, pero no es menos cierto que su corazón era, tocante á este punto, como el de un niño.

Iba á cumplirse el primer año de la orfandad del joven oficial cuando una grave y penosa enfermedad le obligó á pedir una licencia y marchar á Toledo á restablecerse, en donde siguió viviendo algún tiempo.

Allí conoció Augusto á la bellísima Aurora de Aguilar, hija única del caballero D. Alfonso, que vivía con ella en una quinta cercana al Tajo.

No tardaron mucho tiempo en enamorarse perdidamente el uno del otro. Era la gentil Aurora un ángel de virtudes, y su alma virgen abrió de par en par las puertas al amor de Sandoval.

D. Alfonso de Aguilar tenía concertado el casamiento de Aurora con otro caballero, partido mucho más ventajoso, y se opuso tenazmente á las relaciones que Augusto sostenía con la linda toledana.

Contar aquí las tretas de que se valieron los amantes para verse y hablarse, fuera prolijo y enojoso. Mil veces fueron la Catedral, San Juan de los Reyes y la iglesia del Tránsito testigos mudos de las entrevistas de los jóvenes; mil veces alumbró la luna largos coloquios dulcísimos al pie de la reja de la entreabierta ventana.

Por la parte posterior de la casa de Aurora daban varias rejas á una desierta explanada. Allí sólo el astro de la noche sorprendía la conversación de los amantes, los tumultuosos latidos de sus pechos, los inocentes hurtos de su amor. Contra el fuego de la pasión de Augusto se oponía el muro de la ventana, y entre la soledad y el misterio de la noche, siempre que *ella* aparecía á los ojos de *él* como si prisionera esperase á que el amor quebrase los débiles hierros de la celosía para darla libertad.

D. Alfonso comprendió, al fin, que el asunto iba de mal en peor, comprendió ó adivinó alguna de estas visitas nocturnas y se constituyó en eterno acompañante de su hija. Obligóla á cambiar de habitaciones, y ni aun de casa salía, temeroso de que durante su ausencia ocurriera en ella algo desagradable.

Augusto, que, á la verdad, sentía por Aurora un amor puro y verdadero, como el que á otras había dedicado, solicitó de D. Alfonso una entrevista de la que salió diciendo:

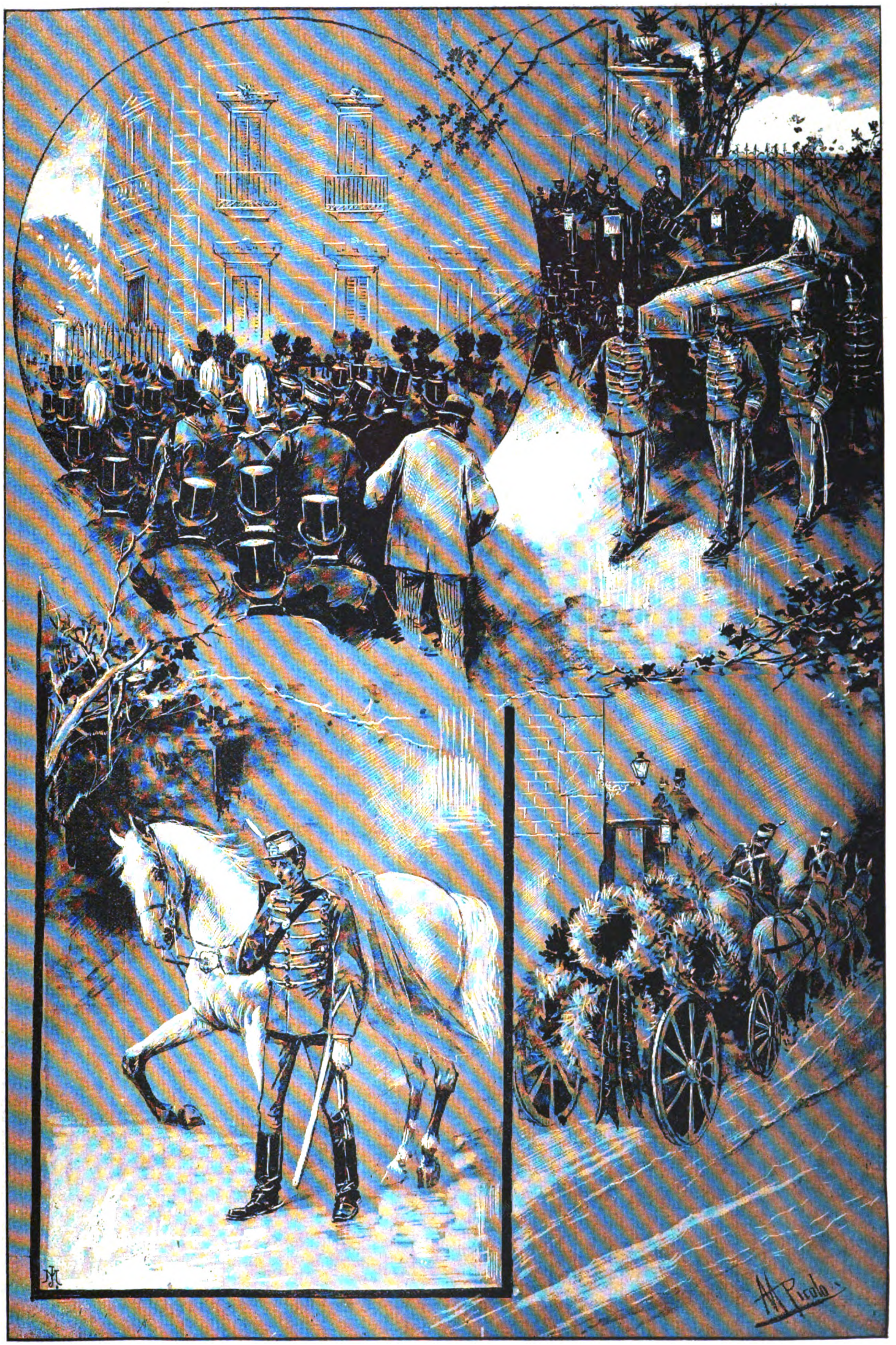
ENRIQUE SEPÚLVEDA

(Se continuará)

Digitized by Google

RINCONETE Y CORTADILLO (Cuadro de Montero y Calvo, en el Museo Nacional. Dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google



MADRID: EL ENTIERRO DEL GENERAL CASSOLA (dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

La neofobia del Sr. Lombroso.—De los saludos

Corren malos vientos para la doctrina del progreso. Lombroso acaba de descubrir que el hombre es un animal eminentemente *neófobo*, ó, si se quiere, *misoneico* y, por si no se ha entendido bien aún, enemigo de innovaciones. El lema de la humanidad vendría á ser en último resultado aquello de

no introduzcas novedades,
sigue el rumbo de las gentes.

La ley de la inercia, que no la del movimiento, es la que rige el mundo moral. Todos somos conservadores sin saberlo, y la historia no es más que una lucha encarnizada entre la inmensa mayoría partidaria del *statu quo*, pero cuerda y sensata, y una minoría de *locos y criminales*, no precisamente amiga de novedades, pero sí menos conservadora que el resto. En suma: nuestra cacareada civilización no es más que un ligerísimo barniz que oculta una barbarie prehistórica ineluctable. (Véase *La bestia humana* de M. Emilio Zola, las relaciones de naufragios, de actos de canibalismo, etc., etc.)

Advertencia: La neofobia no es, sin embargo, *una ley de la naturaleza* sino cuando la innovación es demasiado radical.

La primera demostración de la *neofobia* la encuentra el ilustre italiano en la infancia. Todos los niños son reaccionarios... aunque no lo parezcan. Al tremendo golpe de ariete asestado por Herbert Spencer contra la instrucción primaria negando la eficacia moral de la susodicha materia, añade ahora Lombroso este catapultazo de la neofobia infantil. Los niños tienen, como los salvajes, horror á las novedades. Una barba les da espanto, una pierna de bailarina toda algodonada les asusta, un desconocido es para ellos un *coco*.

Los animales á quienes, digo, á los que, llamamos *irracionales*, son asimismo unos *neófobos*, peores que nuestros revolucionarios del 68. Un caballo es misoneo desde el momento en que no se deja montar por un extraño. Los electores votan de muy buena gana á los marqueses ó á los politicastros afamados, con preferencia á los plebeyos y á los pollos políticos, por un resto de superstición respecto al antiguo régimen. Los casados no se divorcian con más frecuencia por resabios teocráticos.

El Ministerio de la Guerra es el misoneismo gu-ber-na-men-tal. El estudio del latín (si es que el latín se estudia) y el de las lenguas muertas, la arqueología en peso, la Real Academia de la Historia, son síntomas misoneicos. ¿Hay nada más neofóbico que las reglas de la simetría, la escala músical y la gamma de los colores, que no guardan la menor relación con la estructura de la materia inorgánica y orgánica? En una palabra: todas las leyes, usos, costumbres, instituciones, el sistema de pesas y medidas, etc., etc., son manifestaciones neofóbicas.

Neófobos y neófilos.—La lucha entre ambos partidos se ve renovada incesantemente á través de los siglos. Luchan los plebeyos de Roma contra los patricios. Luchan los paganos contra el cristianismo. ¡Qué magnífico neófobo el pobre Juliano! El pueblo suele ser neófobo por ignorancia, las clases directrices lo son por cálculo, y es dable que del choque entre ambas neofobias resulte un progreso. Quizás podría encontrarse un ejemplo de esto en nuestra inmortal epopeya de la guerra de la Independencia. Las terribles reacciones de los años 1814 y 1823 son casos elocuentes de neofobia popular. La persistencia de la pequeña industria y de las industrias de aldea á pesar de la formidable competencia de las grandes manufacturas es otro ejemplo de neofobia.

Por el hecho de este misoneismo se ven perpetuarse en las religiones nuevas multitud de reliquias de los extinguidos cultos, así como se perpetúan también muchas fiestas y usos que datan de luenguísima fecha: por ejemplo los huevos de Pascua, el Carnaval, la Cruz de Mayo, y diversas costumbres particulares de determinadas localidades.

La trasformación de la marina de vela en marina de vapor, la generalización de las máquinas, de los ferrocarriles, etc., etc., han tenido que luchar con vivísima oposición. Recuérdese que el pueblo frances envió á Lavoisier á la guillotina.

¿Quién se encarga, pues, de abrir paso al progreso? Según Lombroso, incumbe ese ministerio á los *genios* y á los *monomaníacos* que prevén la necesidad que *más adelante* habrán de experimentar los pueblos. Esos genios no son, pues, la vanguardia de la humanidad, sino los rebeldes, los neófilos, representados por Carducci en Satanás y por Bartrina en el susodicho personaje y en Caín. Así el progreso no es en manera alguna un *fenómeno fisiológico* de la humanidad, sino un caso patológico individual que sólo se hace fisiológico ó normal *al cabo de siglos*, cuando sin duda por haberse hecho ya vieja la gente acepta la innovación antes tan combatida.

Prueba elocuente de la neofobia humana es la triste suerte que suele caberles á los inventores ó descubridores, reputados generalmente por locos ó chiflados, desde antes de Colón á Colón, y desde Colón hasta nuestros días.

Por una singularísima salida de tono que nadie hubiera esperado del autor terriblemente *echao pa alante* del *Uomo delinquente*, Lombroso se jacta de una neofobia intratable, tronando contra el jurado, contra el derecho de asociación, contra la existencia de la cuestión obrera en Italia *(habent oculis...)* y horrorizando con sus ideas verdaderamente inhumanas tocante á la represión de los delitos políticos. Desde el momento en que afirma que la neofobia es un atributo psicológico inherente á la humanidad, cree que debe perseguirse á los neófilos, á quienes supone en estado patológico. «Los esfuerzos en favor del progreso,—dice,—si son demasiado bruscos ó violentos, no son fisiológicos; y sí pueden constituir una necesidad para una *minoría* oprimida, *en línea jurídica* son un hecho antisocial.»

Tenemos, pues, que las *revoluciones* no son nunca efectos bruscos, porque están justificados; pero en cambio las *insurrecciones* y *motines* son efectos bruscos, y de ahí que para Lombroso sean *un crimen ó el equivalente de un crimen.* ¡Magnífico descubrimiento de que pueden echar mano los fautores de pronunciamientos victoriosos! Pero se dirá: ¿en qué se diferencia una revolución de una insurreccion? Pues muy sencillamente: «La revolución es. el último picotazo del polluelo que quiere salir del cascarón.» Resultado: que cae por su base aquello de que para hacer una tortilla es preciso romper los huevos. Una revolución no es más que un idilio: *mínimum de atrición*, *máximum de éxito*. Verdad es que antes de llegar á ese mínimum de atrición ha sido preciso, por medio de los locos ó neófilos, romper muchos huevos de gallina, y hasta traer las gallinas. No retrocede, sin embargo, Lombroso ante esta verdad, y dice que, en efecto, antes de que una revolución salga bien es preciso que haya habido la correspondiente incubación, algunos motincillos; pero cuida de decir que en tal caso estos son *crímenes temporeros*, siempre y cuando el resultado final sea el triunfo. El crimen político es, pues, según Lombroso, «todo atentado violento contra el misoneismo político, religioso, social, etc., de la mayoría contra el orden del gobierno que de él resulta y contra las personas que son sus representantes oficiales.»

Tales son las ideas del ilustre italiano que sólo he tratado de dar á conocer como curiosa muestra de hasta dónde puede llegar el ingenio de un hombre de superior talento.

***

Podríase intitular también este párrafo *el*

UN VIAJE AL HARRAR

TIPOS DE MUJERES GALLAS

Digitized by Google

capítulo de los sombreros, pero mi intención no es precisamente hablar de la sombrerería, sino hacer notar que Lombroso descuidó un elemento que quizás hubiera podido servirle para su teoría neofóbica: me refiero á la manera de saludar que tienen los hombres.

Primera categoría de saludos.— Los que tienen por objeto expresar la concordia, la unión, la amistad. Medios de expresión: el apretón de manos, el beso (contacto de los labios), el abrazo, el contacto de la nariz. En algunas tribus, el oler, aspirar ó relinchar, actos que necesitan un contacto ó aproximación físicos. Muchos oceánicos y esquimales no comprenden qué gusto puede resultar de darse un beso con los labios y se besan con la nariz, desde el simple contacto hasta la más vigorosa fricción mutua, acompañada de un gesto ó de un gruñido.

Los isleños de Fidjí saludan cogiendo la mano del huésped y oliéndola voluptuosamente, por manera que en su lenguaje no dicen nunca —*Bésame*, sino —*Huéleme*.

El apretón de manos goza de favor en el Asia Central, con acompañamiento de crujido de dedos, castañetas ó palmas. Consta que los troyanos eran asimismo grandes amigos de *shackhands*.

Besos.—¡Hecho horrible! ¡Los japoneses no saben lo que es un beso, y ni siquiera tienen en su diccionario tal palabra! En cambio los makololos y makololas parece que hacen gran consumo de ellos. (*Vide* Livingstone y pregúntese al Sr. Serpa Pinto.) No hablamos de Europa, porque cada uno sabrá á lo que atenerse. Con todo, un inglés acaba de demostrar, ó de pretenderlo cuando menos, que el beso deriva de las lameduras de los animales. ¡Oh Romeo!

Segunda categoría.— Los que tienen por objeto demostrar temor ó humildad. Medios de expresión: ir á la rastra, ocultarse, postrarse de hinojos, y, como correlativo, la elevación de brazos en señal de bendición. Una costumbre bárbara (africana) consiste en tiznarse de lodo.

Tercera categoría.—Los que tienen por objeto expresar la debilidad, el desvalimiento, el abandono de armas. Tiene por traducción descubrirse alguna parte del cuerpo: la cabeza, el torso.

Hasta aquí los saludos que no cuestan nada. Vienen ahora los que cuestan algo, ó mucho, esto es, los regalos, abuso universalmente propagado.

Voy á terminar dando cuenta de dos extrañas maneras de saludarse, peculiares respectivamente á los dyoor del África y á los coreos: los primeros se escupen á la cara cuando se encuentran, y los segundos se dan la bienvenida administrándose una gran paliza. De quienes nada podría decirse es de los kunis y los lhossai, pues no saludan nunca, ni saben lo que es.

ALFREDO OPISSO

EL VIAJERO LUIS ROBECCHI Y SUS SERVIDORES

E PUR SI MUOVE

Eso dicen algunos que dijo el insigne Galileo cuando el Santo Tribunal de la Inquisición (de grata memoria) le obligó á retractarse de cuanto había dicho y explicado acerca del movimiento de la tierra. No faltan quienes afirmen que Galileo no dijo tal cosa y que se contentó con abjurar solemnemente de sus *errores*, que tanto habían alarmado aquellas conciencias asustadizas. De si lo dijo ó no lo dijo, nada sé, porque no concurrí al acto: pudo decirlo y pudo no decirlo aunque lo pensase, porque las solemnidades de aquel piadoso y cristiano tribunal no eran ciertamente para tomadas en broma, y por mucho menos que un *é pur si muove* ó un *quítame allá esas pajas* podía uno perfectamente morir achicharrado, cosa que no debía de ignorar Galileo, por muy alejado que estuviese, á fuer de sabio, de las cosas de este mundo mezquino (que no es tan mezquino como algunos dicen). Pero si el ilustre maestro de Torricelli no pronunció la famosa frase que la leyenda le atribuye, los asiduos concurrentes (por afición ó por deber) á las tribunas del Senado sí pudieron decir eso, con una ligera variante, cuando, con motivo de haber afirmado cierto abuelo de la patria *(pater majorum gentium)* que en España no circulaba oro, otros dos senadores, *(¡oh patres conscripti!)* sacaron á relucir monedas de oro de veinticinco pesetas y aun algunas onzas de las llamadas *peluconas*.

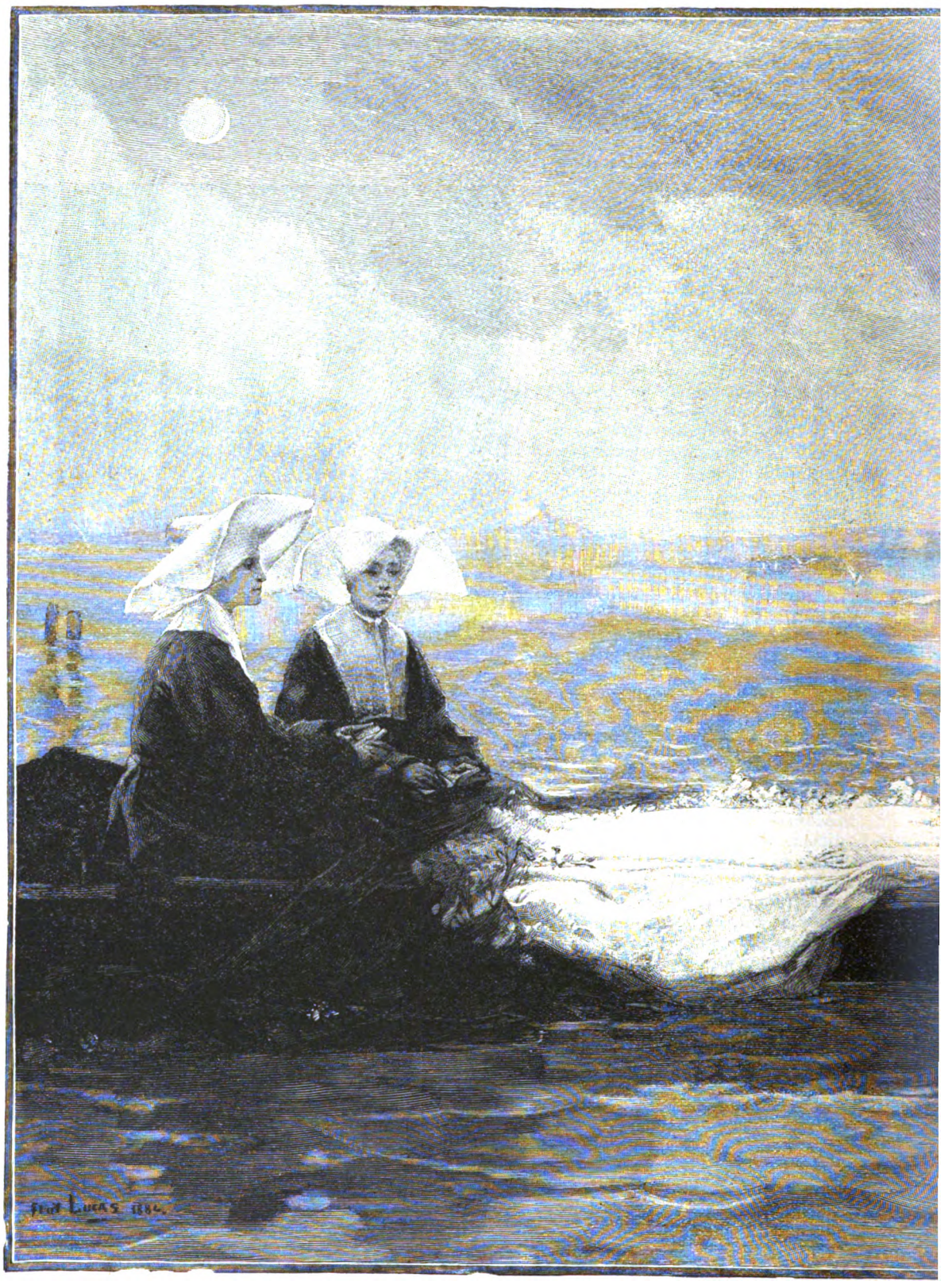
—*E pur* NON *si muove*... y, sin embargo, no circula,—pensarán muchos de los que, como yo, escuchaban aquella discusión. Que el senador conde de *Tal* y el senador duque de *Cual* posean (¡mortales felices y privilegiados!) algunas monedas de oro, y hasta *peluconas*, no significa en modo alguno que circule el oro: también hay de esas monedas y se abandonan, ciertamente, en los escaparates de las casas de cambio; también hay oro en el bienaventurado y monopolizador establecimiento que se titula *Banco de España*, en cuyas cajas existen, según los datos contenidos en su última *Memoria*, más de *cien millones* de pesetas en ese precioso metal (llamado *vil* por los que no lo tenemos, que de algún modo hemos de consolarnos); pero el que tengan oro media docena de potentados, los cambistas y el cajero del Banco, no quiere decir que el oro circula: no, señor, no circula; y yo aseguro á esos señores senadores que muestran monedas de cinco duros y hasta onzas de oro, que como no las conserven, como se desprendan de ellas, corren gran peligro de no tener otras en mucho tiempo. En el comercio solamente se ven monedas de plata (no todas legítimas) y billetes de banco (muchos falsificados). Es más: por ahí dicen que se han acuñado monedas de oro de á veinte pesetas: yo declaro con toda seriedad y bajo mi palabra de hombre honrado que no he visto ninguna. Y no hay en esta declaración ni reticencia, ni ironía, ni sentido figurado, ni eufemismos: no quiero decir sino lo que digo, *ad pedem literæ:* no vaya á entenderse que pretenda yo significar, al decir eso, que emborronando diariamente muchas cuartillas no he logrado ganar veinte pesetas juntas. Mal anda el oficio; sí, señor, muy malo: no puede andar peor; pero, así y todo, desde que hay esas monedas de oro (según por ahí dicen) he cobrado yo más de veinte y más de veinte mil pesetas, y ni por casualidad he visto una de esas monedas de oro: conozco á muchos que se hallan en mi caso. Que los empleados públicos no reciben sus pagas en oro lo demuestra el hecho de que ni en mercados, ni en tiendas de ultramarinos, ni en establecimientos comerciales de ninguna clase aparecen monedas de oro. ¿Dónde está el oro? ¿Quién lo tiene? ¿A dónde va?

No seré yo el guapo que se atreva á encontrar contestaciones para esas preguntas. Dónde está el oro no lo sé; pero en el Banco de España hay (según él mismo dice) más de cuatrocientos millones de reales en ese metal. Tampoco sé quién lo tiene; pero me figuro que algo deben de tener los accionistas de ese establecimiento, entre quienes se ha repartido hace poco un beneficio líquido de más de cien millones de reales; beneficio líquido que me parece bastante sólido para obtenido en un solo año. Ignoro asimismo á dónde va el oro, si bien imagino que, pues en España no circula, habrá ido á parar al extranjero.

Pero, señor: ¿qué mucho que no circule el oro si en España no circula nada? Asusta saber que solamente en el *Banco de España* (¡siempre el mismo establecimiento!) hay poco menos de DOS MIL MILLONES de reales en depósito y cuentas corrientes. Y es de advertir que la mayor parte de estas cuentas corrientes son cuentas que, á pesar de llamarse así, no se mueven; verdaderos depósitos que permanecen inactivos, amortizados y á disposición de sus propietarios, que prefieren tenerlos así á exponerlos á las contingencias y riesgos de una empresa industrial, á dar impulso á la agricultura, á... en fin, á esas mil cosas á que suele destinarse el dinero en otros países donde el Estado no se obstina en hacer competencia al productor, al industrial, al comerciante, á todo el que intente emplar en algo provechoso su actividad y su inteligencia.

Y esto no se destruye sacando media docena

Digitized by Google



LA DESAMPARADA: RECUERDO

Digitized by Google

DE VENECIA (cuadro de H. Lucas)

Digitized by Google

de centines ni un par de onzas con el busto de Carlos III. La mayor y la más saneada parte de toda industria la absorbe el Tesoro: es claro que el capitalista huye de la industria como el diablo de la cruz. Por otra parte, el Estado ofrece al capital empleado en títulos de la Deuda mayor interés y menos riesgo y ninguna contrariedad: dígase, pues, si es maravilla que por ese lado se vaya á todo correr el dinero que no se halla como depósito ó cuenta corriente en el Banco.

¿Que circula el oro?

Ya podrían Vds. enseñarme no una, mil onzas de las peluconas legítimas (que no me las enseñarán), que yo proseguiría diciendo:—*E pur*...

TIPO DE MUJER SOMALI DE HARRAR

y, sin embargo, no circula.—¡Qué ha de circular, hombre! Ya nos daríamos con un canto en los pechos con que anduviese en línea recta.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

LA PRIMAVERA

Ya en el follaje ocultos
los ruiseñores,
dan al aura los himnos
de sus amores,
y por las lomas
se escuchan los arrullos
de las palomas.

Ya sus alas agitan
las mariposas
y celebran idilios
entre las rosas;
ya en la espesura
juega entre los tomillos
la brisa pura.

La aurora se despierta
más de mañana
y se viste con tules
de rosa y grana,
y al bosque umbrío
da coronas de perlas
y de rocío.

Brilla el sol en el cielo
con más fulgores
y de bellos matices
viste á las flores;
blando murmullo
del arroyo se escapa
como un arrullo.

Vuelven las golondrinas,
de dicha ufanas,
y otra vez cuelgan nidos
de las ventanas;
dulce concierto
de las aves cantoras
se oye en el huerto.

Ya todo exuberante
nace á la vida;
ya á gozar sus encantos
todo convida.
¡Qué el mundo fuera
sin pajaros ni flores
ni primavera!

Ya el corazón no siente
melancolía
y rebosa en el pecho
pura alegría.
¡Pobre del alma
que vive sin amores,
sin fe, ni calma!

M.ª DEL BUEN SUCESO LUENGO

LA ARQUITECTURA ROMÁNICA EN ESPAÑA

Notables monumentos arquitectónicos hallan en las distintas regiones de la Península, especialmente en las septentrionales y en la central, el viajero y el arqueólogo, que buscan ora impresiones gratas, ora motivos de estudio é investigación. De los siglos XI y XII, sin ser de los más renombrados en la historia general del arte, se encuentran en bastante número para merecer la contemplación atenta á que toda obra de las edades pasadas, y más si puede ser calificada de artística, tiene derecho. No ha muchos años la significación que en la historia del arte á tales obras corresponde era muy otra que la que en el estado actual de las doctrinas y de la crítica se les atribuye. En manos, si no de todos, de muchos, y cada vez en progresión creciente, corren los volúmenes que se editan en Barcelona bajo el título de *España, sus monumentos, sus artes...*, en los cuales es sabido se han refundido, cuando no reproducido meramente, los publicados no ha muchos años por los señores Piferrer, Quadrado, Madrazo y otros. Pues en todos ellos se habla de arquitectura bizantina, normanda, sajona, etc., á cuyas denominaciones la crítica moderna y el adelanto en los estudios históricos han reemplazado con la de *estilo románico*, por lo que de románicas calificamos á aquellas obras, producidas principalmente en los siglos XI y XII, que representan un momento importante en el arte, no ya español, sino europeo, bien sea ese momento de tal magnitud y valor como habría que reconocer de estimarse que entonces surge un estilo original, que no cabe confundir con los dos entre los cuales aparece cronológicamente (el bizantino y el ojival), ó, por el contrario, mermada su importancia, no valga sino como preludio ó preparación del ojival, dentro del que habría de quedar absorbido. Que ambas apreciaciones acerca de lo que llamamos arte ó estilo románico, pretendiendo justificar la una la propiedad del título, mermándole su valor la otra, tienen valiosos mantenedores. Cualquiera que al cabo se imponga al común consentimiento de críticos y arqueólogos, como así ha de ser de necesidad, no por esto dejará de subsistir la nueva denominación. Y decimos nueva con escasa exactitud, aun refiriéndola al estado medio de nuestra cultura y á su uso y aceptación por los hombres llamados en todo tiempo á promoverla y dirigirla, porque trabajos españoles existen relativamente antiguos en que se explicaban con bastante amplitud las notas características de esta nueva arquitectura, ó sea la arquitectura románica. Allá por los años de 1857 nada menos, sucedía esto en el *Semanario pintoresco*, revista bastante conocida y divulgada para que pudiese resultar inexcusable la ignorancia de su contenido, ignorancia, dicho sea de paso, de que adolecen trabajos escritos con posterioridad y en que todavía se emplean las denominaciones anticuadas dichas, atribuyendo á los bizantinos, á los sajones y á los normandos obras hechas según estilos y maneras en sí mismos muy otros de aquéllos, por más que en algo ó algos pudieran confundirse sus respectivas órbitas. Por honor á la cultura patria hay que recordar, repetimos, que en 1857 se describía por uno de nuestros más autorizados arqueólogos, el Sr. Assas, lo propio de la iglesia románica, lo bastante para que no resultara confundida con la iglesia bizantina, ilustrando el texto con grabados, algunos reproduciendo capiteles de la colegiata de Santillana (pág. 365). Planta de cruz latina, decía, con una ó más naves, terminando todas en ábsides semicirculares: bóvedas de cañón seguido, divididas en compartimentos por fajas muy resaltadas que pasan de las columnas que están bajo uno de los arranques de la bóveda á las que se hallan bajo el otro y sirven para cubrir las naves y también los ábsides, en cuyo caso suelen tomar la forma de semicúpulas: columnas de fuste grueso, si aisladas, esbeltas; si empotradas para adorno, pareadas á veces bien de frente ó en fondo, alzándose sobre modillones ó ménsulas y con basas de figura caprichosa y que varía, y en ocasiones sostenidas por imágenes de hombres, rematando en capiteles ora acampanados, ora cónicos, ora piramidales, desnudos de ornato unos, ricos de él otros, llegando á representarse en la serie escenas históricas: arcos de las formas usadas en el arte bizantino, pero comunmente semicir-

Digitized by Google

culares. Estos rasgos por lo que se refiere al interior.

El ingreso en el mismo mediante puertas, y su iluminación mediante ellas y las ventanas, ofrece de particular: en las portadas suele haber arcos abocinados; en las ventanas vanos estrechos, como aspilleras, que permiten pasar luz escasa que merced á otros accesorios, puestos por la piedad, la costumbre ó la rutina, deja casi en oscuridad el interior, por más que tal situación sea muy grata para los espíritus románticos y aun se estime favorable á la meditación. Las ventanas ó son aisladas ó gemelas, y suelen abrazar ajimeces de diferentes formas bizantinas, cuando no son redondeadas y toman la figura de un rosetón sencillo, que preludia el más grandioso del estilo ojival.

Los elementos decorativos, aunque tomados del estilo bizantino, acusan otra manera, si más tosca y ruda, más realista y vigorosa; y, sin estar tan prodigados como en épocas posteriores, ora cubren las fachadas formando fajas verticales y de poco vuelo, ora moldean los extremos salientes de la techumbre por donde se da salida á las aguas (canecillos), ora se emplea para estos fines el arco, que pierde entonces su finalidad constructiva y de él salen las arcaturas y otros motivos.

Más oscuros son los orígenes del arte románico en España, dado lo incipiente de las investigaciones históricas en el orden artístico y el exiguo número de los que las persiguen. La venida de los monjes de Cluny traídos por Alfonso VI, que los protege y galardona considerablemente, juntamente con la de elementos no eclesiásticos que ayudan á aquel rey en su empresa de conquistar á Toledo, donde al cabo pudo asentar su autoridad, ha sido conceptuada como ocasión que favoreció la aparición del nuevo estilo, dado que los monjes, al par que sus ideas y sus prácticas religiosas, debieron traer quienes construyeran sus iglesias y sus conventos al estilo de los que se hallaban levantados y se levantaban en Francia, de donde procedían. Sabida es la importancia que la introducción de esta entonces famosa orden monástica, cuya casa matriz era la abadía de Cluny, reviste, tanto por lo que determinó el cambio de la liturgia nacional, cuanto por lo que influyera en cuanto á la reforma de las costumbres del clero regular nuestro, que niegan historiadores reputados, cuanto por su engrandecimiento en el orden feudal, llegando á ser la comunidad y el abad de Sahagún tan poderosos como los prelados y *ricos omes* de aquellas centurias.

Pero hay investigadores que, emulando con los que llenos de amor patrio han disputado y aun negado la influencia bienhechora de la nueva orden en la vida religiosa de aquel tiempo, juzgan que obras de estilo románico se construían entre nosotros antes de la venida de los mencionados monjes. Así en tiempo de Fernando I *el Magno*, abuelo de Alfonso VI, y por los años de 1052 á 1063, se debió reedificar la iglesia renombrada de San Isidoro de León, para lo cual se conjetura si se sirviera de alarifes y arquitectos venidos de Navarra, patria de aquel rey. Algunos años antes, en 1017, se construyen en Gerona la iglesia de San Daniel y la primitiva catedral, cuyos restos subsisten, consagrada en 1058, año en que además el obispo de aquella diócesis consagra la parroquia de Elna.

La cuestión de los orígenes, como se ve, pende de mayores y más afortunadas investigaciones históricas. Pero sean cuales fueren, remóntense más ó menos, es indudable que el nuevo género arquitectónico encontró bien dispuestos los ánimos á juzgar por la rapidez de su desarrollo y por el número de obras que lo representan, fenómeno tanto más de notar cuanto que lo rudo y bárbaro de los tiempos y lo calamitoso de los mismos dificultaban la prosecución de construcciones de alguna importancia.

Apenas si hay región ó reino que no pueda ostentar aún en pie, al cabo de tantas contrariedades y de la dura presión de los tiempos, catedral ó por lo menos iglesia románica. Cataluña las posee, pues aparte de las citadas las mencionan frecuentemente los trabajos dados á la estampa por las sociedades catalanas de excursiones fundadas en Barcelona, tan meritorias por su celo y perseverancia en la prosecución de los fines de su instituto; hallándose lo mismo en ciudades y capitales que en villas y lugares. Basta citar por todos el monasterio de Ripoll. No menos numerosos son esos monumentos en el Alto Aragón y aun en el resto de este reino. Navarra ofrece al investigador su San Salvador de Leyre, tan lleno de recuerdos y tan célebre en otro tiempo por su panteón real. Asturias posee al lado de aquellas iglesias anteriores al XI, que con tanto interés vienen siendo objeto de estudio y de calificaciones contrarias desde Jovellanos, otras que les siguen, como la de Celón, si no salimos de aquel siglo. Nada se diga de Galicia, entre cuyas numerosas iglesias descuella la catedral de Santiago, obra del maestro Mateo, que salía de cimientos en 1082, considerada hoy como uno de los más bellos monumentos de este arte, y cuyo Pórtico de la Gloria ha merecido los honores de la reproducción sin alterar las proporciones, hecha para el museo de Londres, South Kensington, no habiendo llegado aún el momento de que museo alguno español haya imitado su ejemplo (1). Por la natural influencia que al conquistar á Portugal hubieron de ejercer allí gallegos, leoneses, etc., bien pronto se levantan basílicas románicas como las de Lamego y Braga, Porto y Coimbra, cuya Serelha atrae las miradas del crítico (2). Y León y Castilla se constituyeron como los centros principales del nuevo estilo que arraiga, produciendo dentro del XI iglesias tan celebradas cual la de San Isidoro de León, la Colegiata de Santillana, cuyas tres naves pertenecen á aquella centuria, así como el claustro del Monasterio de Santa María la Real, de Aguilar de Campoo (1), y otras que sirven de ornamento en Avila como en Segovia, en Zamora como en Salamanca y Burgos.

Extendiéndose el nuevo género hasta poblaciones en que persistió por más tiempo la cultura árabe, como Toledo, y en las cuales, cuando no puro, se mezcla con aquel otro denominado *mudéjar*, que en Córdoba como en Sevilla y aun en Valencia modifica más ó menos profundamente los elementos recibidos del románico.

EDUARDO SOLER Y PÉREZ

MUJERES DE HARRAR

(1) Assas: *Museo Español de Antigüedades:* I, p. 619, nota.
(2) Amador de los Ríos (F.): *Museo Español*, VIII.—*Revista de España*, núm. 122.

ILUSIÓN

Miré ayer á tu ventana
cuando el sol se iba ocultando,
y vi los limpios cristales
llenos de efluvios dorados.
Las tinieblas avanzaban,
el sol se hundió en el ocaso,
y aun creía yo estar viendo
en tu ventana sus rayos.
Tendió su crespón la noche
y seguí viendo extasiado
oro y luz en tu ventana,
tinieblas en el espacio...
Mucho tiempo, mucho tiempo
permanecí meditando,
hasta que encontré la causa
del misterioso espectáculo.
Como tienes, niña hermosa,
los cabellos tan dorados
y como de tus pupilas
brotan deslumbrantes rayos,
era el brillo de tus ojos
lo que me dejó asombrado:
¡brillo divino que estaba
con tus cabellos jugando!

TOMÁS CAMACHO

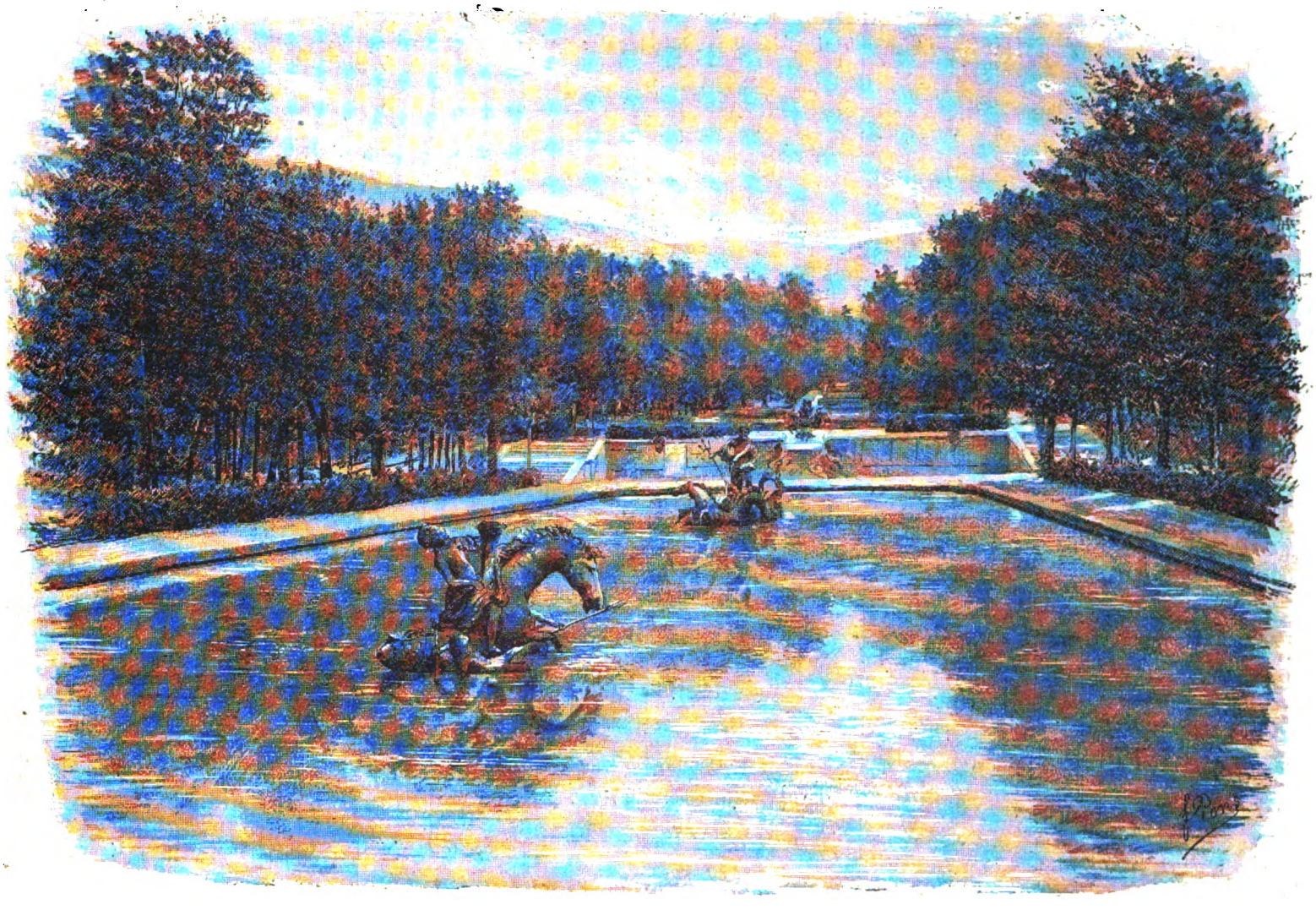
(1) Assas: *Museo*, III.

Digitized by Google

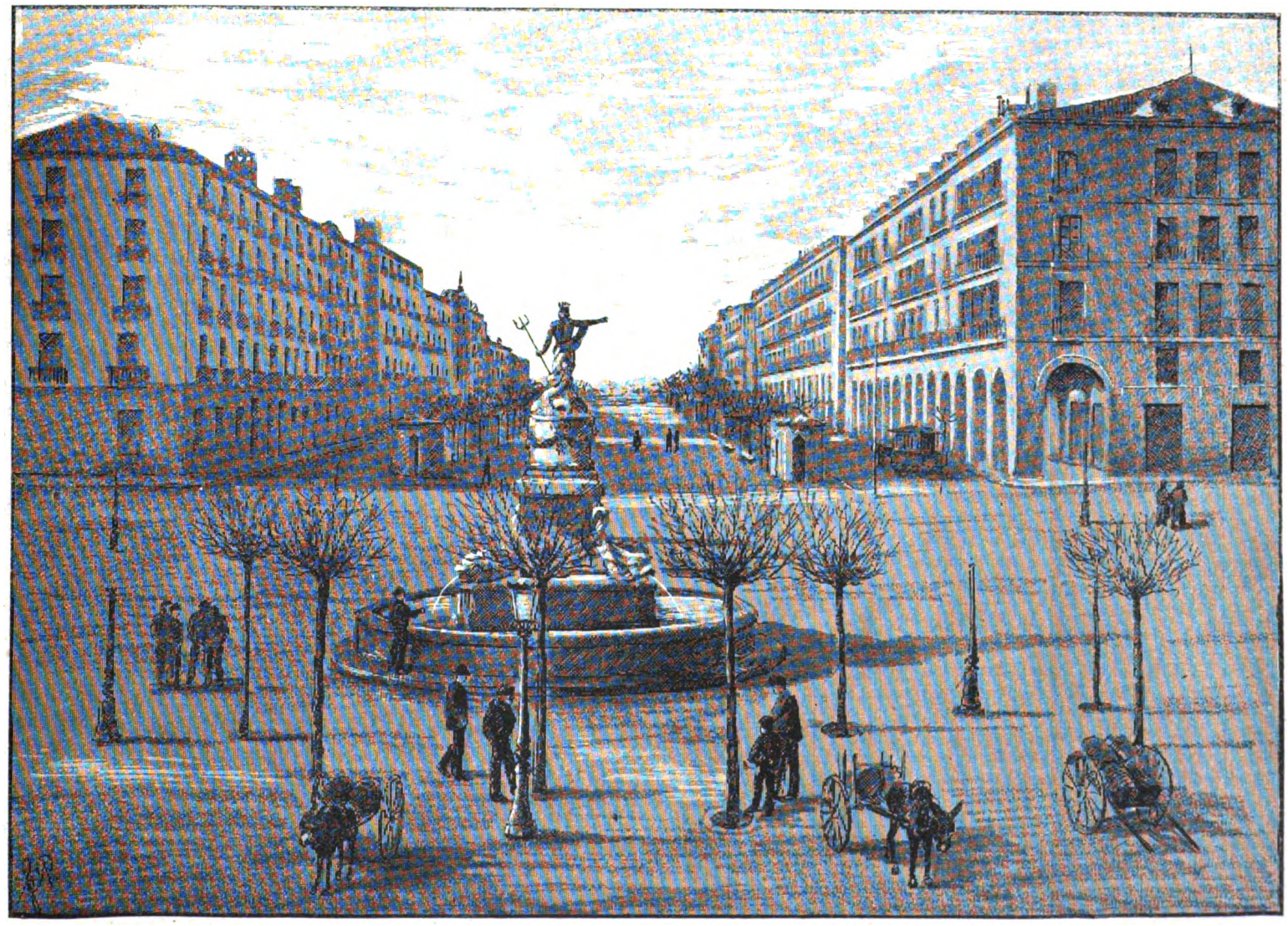
EL CZAR Y LA CZARINA Y SUS HIJOS

SIMPATÍA

Digitized by Google



REAL SITIO DE SAN ILDEFONSO: LA FUENTE DE NEPTUNO (dibujo de F. Pons)



ZARAGOZA: EL PASEO DE SANTA ENGRACIA (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

PATAS Y PIES

No sé por qué secreto influjo, si de estrellas ó de hadas, pero sí que se apodera á veces de nosotros una especie de manía investigadora que nos lleva al descubrimiento de las leyes de la gravitación, á la invención de los submarinos, ó, engolfados, nos conduce á las más intricadas regiones de la tontería, sin que del fatal influjo podamos sustraernos.

¿Por qué hemos de llamarles, á nuestros *pies, patas* en unas ocasiones, y en otras, á nuestras *patas, pies?*

Hé aquí la grave cuestión que, soñando ó despierto, lo cual no recuerdo bien, me entretuvo hace tiempo lo bastante para que de tal entretenimiento haya salido este artículo.

La causa de mis aberraciones fué el saber que el *pie* no es sólo miembro de las personas, sino también de los animales y aun de las cosas, como puede verse en el léxico oficial de España; y *pata* parte de animales solamente.

De manera que pensando en esto empezaron á pasar revista, ante mí, infinidad de palabrejas y frases, diciéndome todas que somos nosotros, los humanos y racionales (que no es lo mismo), gente de *patas* tanto como de *pies,* y aun de aquéllas más que de éstos.

Y, efectivamente, ¡cuántos hay por ahí que, en todo asunto en que intervienen, *meten la pata;* y cuántos otros que, en ciertas cuestiones, á todos les quieren *echar la pata!* ¿Quién, por culto, fino y atildado que sea, está libre de un *patatús* que lo deje *patitieso?* ¿A cuántos señorones de la política no los vemos salir en las elecciones *empatados?* ¿Qué les queda á los que pierden algún pleito más que el recurso del *pataleo?*

Pero no es sólo eso: vaya cualquiera á donde quiera que sea, verbigracia á un casino ó de visita, y no esté con la compostura debida, pórtese como la *patulea,* y le pondrán de *patitas* en la calle, amén de alguna filípica que lo levante de *patilla,* aun cuando sea gente muy *á la pata la llana. ¿Patean* algo algunos enamorados por que tengan eco sus suspiros? Y, finalmente, ¡cuántos herederos no están, en ocasiones, deseando que se lleve *pateta* al moribundo para repartirse el caudal en cuanto *estire la pata!*

Además de esto, suficiente ya para que un tonto cavile, si es que los tontos cavilan algo, que yo no lo creo, *patiestevados, patizambos, patituertos, paticojos* y *patiabiertos* andan por este mundo desmintiendo el *Diccionario.*

Pues, y *angelitos patudos* ¿hay algunos? ¡Válgame Dios, que esto es ya cosa de volverse loco!

No quisiera hablar de los *patosos,* porque se figura la Academia que éstos no existen.

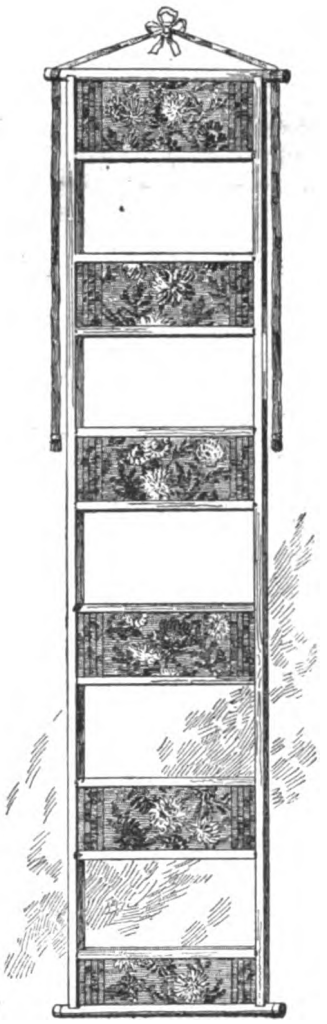
También cree la docta corporación que no hay gente que va al teatro ó á los toros decidida á *armar pata.* Trajera yo á esta Isla de León, en donde escribo, á cualquier académico, y se convencería de que hay bastantes y debían estar en el *Diccionario.*

Alguno me dirá que no son *patosos* sino *pataRRosos;* pero como no voy á lo que se debe decir, sino á lo que se dice, aquí, donde tenemos el ventorrillo de *patarra,* se dice *patoso* y en Cádiz lo mismo per la gente que da el tono en estas cosas.

Y ya que del *Diccionario* hablé, voy á liquidar con él unas cuentas, *salga pata ó gallareta.*

Están omitidos el término *patoso* y las frases *armar pata* y *estirar la pata:* conforme, hasta que tomen carta de naturaleza en toda España, como sucedió con la palabra gaditana *cursi.* Pero aun voy más allá: quizá la frase *armar pata* y el término *patoso* no tengan por origen inmediato *pata.* Fúndome para ello en que los que *arman pata,* ó sean los *patosos,* suelen andar á palos y á bofetadas con frecuencia; y siendo el verbo griego πατάσσω *(patasso)* golpear con ruido, dar bastonazos ó palos, como lo usó Plutarco en la biografía de Temístocles (y no copio el texto griego para mayor claridad, como hacía el D. Hermógenes de *La comedia nueva* de Moratín), siendo también su significado dar bofetadas, según Demóstenes, pudieran haber tenido los académicos reparo en poner la frase *armar pata,* al tratar de la misma, para evitar confusiones.

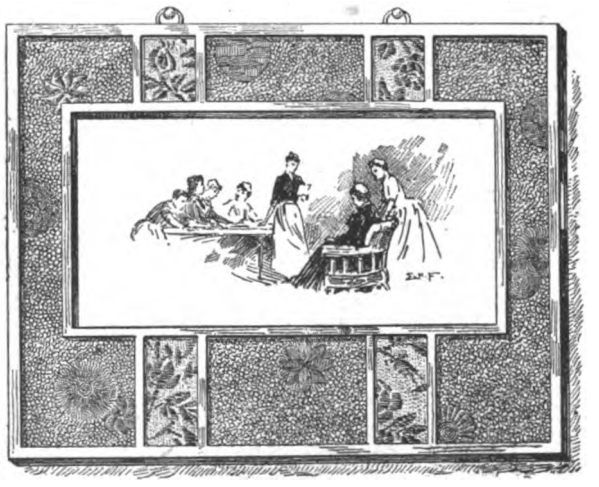
Y á los *patagones* ¿por qué les suprimen la



KAKEMONO

etimología? ¿Se duda que provienen del vocablo *pata?*

Pues dice muy claro D. Martín Fernández de Navarrete, en su *Colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo* XV, tomo IV, pág. 39, donde pueden verse los textos en que se funda, que los españoles les llamaron así por tener los pies disformes. No tienen, por tanto, razón para omitirla, porque siempre que pueden las ponen hasta con lujo: véase, si no, la palabra *tontina.* Y no se me arguya con que la dicción griega παταγος *(patagos)* significa ruido y quizá algunos ruidos grandes y sospechosos oirían los compañeros de Magallanes que les impulsaría á llamar *Patagonia* á las tierras del estrecho y *patagones* á sus habitantes. Esto no consta en ninguna parte, y sí lo otro: por consiguiente no hay duda, y no se debió omitir la etimología.



KAKEMONO

Siguiendo la liquidación, no veo inconveniente en que *patoso* no proceda de *pata;* pero en este caso están los *patanes* y me los da el *Diccionario* originados de *pata.* Aquí hablará por mí un insigne literato á quien, en estos tiempos en que se nos va á conceder la universalidad del sufragio, no dudo en conceptuar y votar que es el primero de España: ante D. Adolfo de Castro me descubriré con respeto; y éste, en su obra *Estudios prácticos de buen decir y de arcanidades del habla española,* dice: «Decir »una cosa á boca,» es frase antigua nuestra. Significa «decir de boca á boca abierta.» De aquí, de *pathat* en hebreo (también el hombre estólido é inexperto) vino nuestra voz *patán,* que de todo se maravilla, «el de la boca abierta á cuán»to le dicen.»

Tenemos también otra *pata,* la hembra del pato, y dos refranes en el *Diccionario*: uno el usado ya, *salga pata ó gallareta,* y otro *pagar el pato.*

En el primero puede sustituirse el masculino por el femenino, como antes hice, sin disonancia sensible; pero en el segundo no se puede, y forzoso es decir *pagar el pato.* Y ¿por qué esto? Recurriré de nuevo á Castro, que con su citada obra me sacará de dudas:

«*Pagar el pato* no se entiende por el ave así llamada, sino por el *pacto* de Abraham, dicho en burla de los judíos. Véase el prólogo de las ediciones antiguas de la *Biblia* de Valera.»

De suerte que, estando en el *Diccionario* sin aclaración ni explicación alguna, en el artículo *pato,* el refrán *pagar el pato,* nos pone á los indoctos en un mar de confusiones.

Resumiendo, que no sé por qué nos hemos de incomodar si alguien nos dice que tenemos las *patas* grandes en vez de decir los *pies,* pues no son exclusivos de nosotros, con la circunstancia agravante de que hay quien da coces, como puede verse entre otros en el *Don Quijote,* parte I, cap. VIII, cuando, al hablar de lo que hicieron con Sancho los mozos de los frailes de San Benito, dice Cervantes: «y sin dejarle pelo en las barbas le molieron á coces.»

Sin embargo, probado ya que el término *pata* se puede aplicar y se aplica á todos los que den *patadas,* no aconsejo que á señora alguna, aunque le den *pataletas,* se le diga:—*Beso á V. las patas,* en vez de—*A los pies de V.*

Y si alguno cree que mi objeto ha sido poner *patas arriba* algo de lo que el *Diccionario* dice, y no discurrir sobre las anomalías de las *patas* y los *pies,* dígole desde ahora que será lo que piense una *salida de pie de banco* ó *de pata de gallo,* que da lo mismo.

JOSÉ M.ª CARPIO

CABEZA Y CORAZÓN

¡Corazón! Desde este instante
no volveré á hacerte caso,
pues cada vez que obedezco
tus enérgicos mandatos
oigo decir á la gente:
—¿Está loco ese muchacho?

Aconséjame, cabeza:
yo seré tu humilde esclavo,
pues sé que los que ajustan
al egoísmo y al cálculo
sus frases y sus acciones,
alcanzan fama de sabios.

TOMÁS CAMACHO

NUESTROS GRABADOS

EL GENERAL D. MANUEL CASSOLA.—SU ENTIERRO

(Véase *Madrid* en el número anterior.)

Digitized by Google

VIADUCTO DE CONEMAUGH (PENSILVANIA, EE. UU.)

Esta obra está construída sobre el Juniata, en el corazón de los Montes Alleghanys. Estos montes no constituyen precisamente una cordillera, sino una larga meseta de 35 á 40 leguas de ancho, coronada por muchas series de colinas que especialmente en Pensilvania forman muchos valles y cañadas.

RINCONETE Y CORTADILLO

Cuadro de Montero y Calvo, dibujo de P. y Valor

Acertadísimo se mostró el malogrado artista castellano en la reproducción de la genial escena en que los dos héroes sevillanos se presentan en la ínclita academia de Monipodio. La figura de éste, que es la culminante, está llena de expresión, y el lugar de la escena rebosa exactitud y gracia.

Figura con justicia este hermoso lienzo, tan castizamente español, en el Museo Nacional.

UN VIAJE AL HARRAR Ó HURRUR

La ciudad de Harrar se halla en el territorio de los somalis, al SE. de Abisinia. Dista de Zeila (delante de Aden, al otro lado del Estrecho de Bab-el-Mandeb) 300 kilómetros, que las caravanas hacen en quince días, ó sea en ochenta horas de marcha. La ciudad está edificada al pie del monte Hachim. Su aspecto, desde lejos, es rojizo, flameante, viéndose interrumpida solamente la monotonía en las líneas horizontales de las casas por tres blancos alminares. Está rodeada de una muralla de 4 ó 5 metros.

El viajero italiano Robecchi realizó hace poco una excursión á aquel país, trayendo diversas fotografías de tipos de somalis y gallas, que reproducimos hoy en nuestras páginas. Estos somalis presentan muy caracterizado el tipo del árabe meridional. Son enemigos mortales de los gallas, que ostentan los atributos del más puro nigricianismo.

LA DESAMPARADA: RECUERDO DE VENECIA

Cuadro de H. Lucas

La composición no es muy original, pues recuerda otros cuadros; pero no cabe duda que el mar y la atmósfera de Venecia están expresados con acierto. El autor ha querido dar carácter de actualidad al asunto colocando esas figuras de hermanas de la caridad, que reemplazan á los antiguos gondoleros. Figuró este cuadro en la Exposición Universal de París.

LA FAMILIA IMPERIAL DE RUSIA

De buena se libró la augusta familia que se halla al frente del imperio moscovita en la terrible catástrofe ocurrida en Ayova Kharhoo, en octubre de 1888, cuando el terrible choque del tren en que, procedentes de una excursión al Cáucaso, regresaban á Europa el emperador, su esposa y sus cinco hijos; choque en que perdieron la vida ocho personas y quedaron heridas más de veinte.

Tocante á su vida privada sábese que el emperador descuella como carpintero, la emperatriz como cocinera, y las princesas Olga y Xenia como bordadoras. En cuanto á los hijos, el primogénito Nicolás es militar, como Alejo el menor; mientras que el segundo, Jorge, es marino.

SIMPATÍA

Trátase de un combate con bolas de nieve. El pobre chico quedó vergonzosamente derrotado, pero pronto habrá de consolarse con la simpatía que le demuestra esa señorita, testigo del lance, al asegurarle que todo se ha perdido menos el honor.

ZARAGOZA: EL PASEO DE SANTA ENGRACIA.—LA GRANJA: LA FUENTE DE NEPTUNO

Magnífico es el aspecto que ofrece el paseo de Santa Engracia de Zaragoza, con sus nuevas construcciones porticadas, dignas por completo de la importancia de aquella ciudad ilustre. Después de contar Zaragoza con inmortales, imperecederos timbres de gloria, ha entrado modernamente en la senda del progreso, siendo su porvenir de los más halagüeños una vez realizado el ferrocarril de Canfranc.

La *Fuente de Neptuno ó de los Caballos* es una de las ocho de primer orden que hay en el Real Sitio de San Ildefonso. Compónese de un estanque cuadrilongo, en medio del cual se ve á Neptuno en figura de un respetable anciano coronado, tridente en mano, montado en un carro tirado por dos fogosos caballos marinos gobernados por un genio y una nereida.

KAKEMONOS

Aunque esta clase de chirimbolos se ha hecho ya muy vulgar, cuando menos en Barcelona, bueno será decir que consisten en una pintura japonesa sobre papel ó seda, destinada á ser colgada de la pared á manera de un mapa. Su índole especial consiste en el carácter decorativo de la pintura, en la que brilla toda la fantasía de los artistas japoneses. Modernamente algunos artistas de Europa se han dedicado también á este género de cuadros.

NO OLVIDARLO

¿Preguntas cómo prolongo
mi existencia? Fácilmente:
uso el *jabón* excelente
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

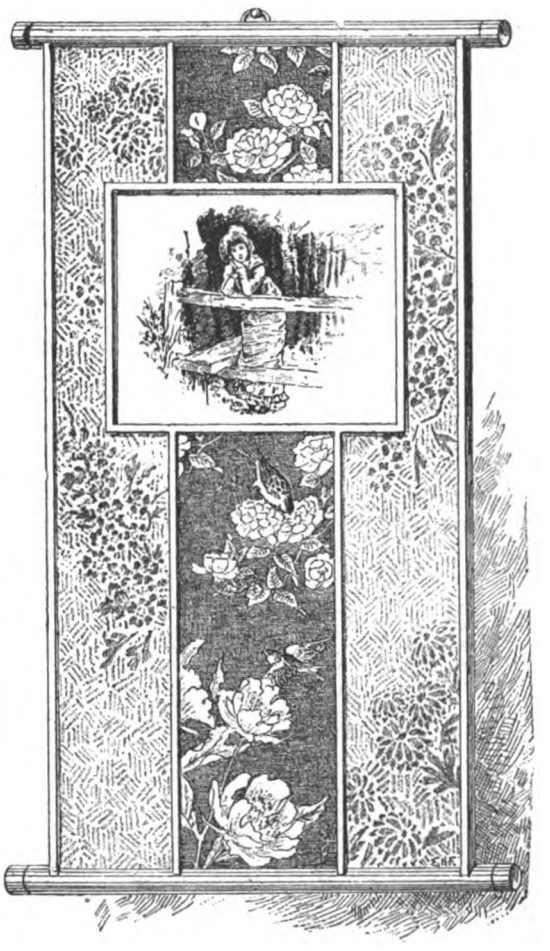
EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Entre aquellos individuos contábanse algunos que habían navegado con piratas y visto



KAKEMONO

cosas de que sería vergonzoso hablar, y otros que eran desertores de los buques de guerra y habían estado condenados á muerte, de lo cual parecían hacer un mérito. Sin embargo, á los pocos días de conocerlos bien á todos, rectifiqué algo el primer juicio que había formado de ellos.

Ningún hombre es en sí del todo malo, sino que cada uno tiene sus propias faltas y virtudes, y aquellos marineros no formaban una excepción de la regla. Aunque rudos, y crueles á veces, tenían muchas virtudes: mostrábanse bondadosos en ciertos casos y hasta tan sencillos como yo, no siendo raro ver en ellos algún rasgo de honradez.

Uno de mis compañeros, hombre de cuarenta años, solía pasar horas enteras á mi lado y hablábame de su mujer y de su hijo. Era un pescador que en otro tiempo perdió su barca y que, buscando ocupación, obtúvola al fin en el *Covenant*. A decir verdad, comprendí que muchos de aquellos infelices debían haberse visto en situación tan precaria que les había sido forzoso aceptar cuanto se les propusiera.

Entre sus diversos actos loables, uno de ellos fué devolverme mi dinero, que se habían repartido ya; y, aunque no era gran cosa, complacióme mucho recobrarlo, pues pensé que me podría servir de mucho cuando desembarcara. El buque hacía rumbo á las Carolinas, y ya se comprenderá que yo no iba solamente allí como un desterrado. El comercio, pobre entonces, había cesado casi del todo con la rebelión de las colonias y la formación de los Estados Unidos; pero en aquella época aun se vendían hombres blancos como esclavos, y á ser uno de éstos estaba yo condenado por mi infame tío.

El grumete Ransome, que me había hablado de todas estas atrocidades, se presentaba á veces curándose alguna contusión, renegando de la crueldad del capitán. Esto me producía un sentimiento profundo; pero todos los marineros manifestaban mucho respeto á Hoseason, asegurando que no era tan mal hombre cuando no estaba bebido. No dejó de llamarme la atención que el Sr. Riach se mostrase taciturno y grosero cuando no bebía, mientras que el capitán no hubiera sido capaz de hacer daño á una mosca cuando se embriagaba.

Hice todo lo posible por granjearme la amistad de Ransome; pero su inteligencia era muy pobre, y apenas me parecía humana. No recordaba cosa alguna sobre su vida antes de ir al mar, conservando sólo como una reminiscencia de que su padre construía relojes. Las penalidades y peripecias de su existencia le habían hecho olvidar todo su pasado, y tenía una extraña opinión sobre la tierra firme, figurándosele que en ella, á juzgar por lo que había oído decir á varios marineros, se sometía á todos los muchachos á la esclavitud. Yo le dije que se me había tratado muy bien en la misma tierra que él temía tanto, y que yo tenía amigos y parientes que se interesaban por mí. Cuando Ransome acababa de recibir algún golpe, lloraba amargamente, jurando que huiría; pero si se hallaba en su estado normal ó bebía alguna copa de aguardiente, olvidaba muy pronto sus propósitos.

El Sr. Riach (¡Dios me perdone!) era quien daba de beber al muchacho, y yo supongo que lo hacía con buen fin; pero sin contar que con esto perjudicaba su salud, era muy lastimoso ver aquella pobre criatura bailar y hacer contorsiones, cuando bebía, como si estuviera loco. Unos marineros se reían, pero otros mostraban enojo, pensando tal vez en sus hijos, y aconsejábanle que no hiciera necedades. En cuanto á mí, avergonzábame sólo de mirar al chico y no pocas veces se me ha representado en mis sueños.

El bergantín debía luchar continuamente contra vientos desfavorables, de modo que las escotillas estaban siempre cerradas y había muy poca luz en el castillo de proa. Todos los tripulantes estaban muy atareados por efecto de las repetidas maniobras, y esto les ponía tan de mal humor que renegaban día y noche. Como no se me permitía poner el pie en la cubierta, ya se comprenderá cuán cansado estaría de aquel género de vida y cuánto deseaba un cambio.

No tardó en presentarse, según se verá; pero antes debo dar cuenta de una conversación que tuve con el Sr. Riach, el cual me comunicó ánimo para sufrir mis tribulaciones. Aprovechando una ocasión favorable en que había bebido, pues nunca se acercaba á mí cuando estaba sereno, referíle toda mi historia, rogándole que respetara mi secreto.

Riach me dijo que aquello le parecía un cuento; que haría cuanto pudiese por mí, proporcionándome por lo pronto papel, pluma y tinta para escribir una carta al Sr. Campbell y otra al Sr. Rankeiller; y que si le había dicho la verdad, apostaba diez contra uno á que yo recobraría mis derechos con su auxilio.

—Entretanto,—añadió,—mostrad firmeza, porque no sois el único que se puede quejar: muchos hombres hay que navegan cuando podrían disfrutar de sus bienes y tener coche y caballos. Miradme á mí: yo soy hijo de un poderoso jefe, y casi un médico, y, sin embargo, debo tolerar la compañía del capitán Hoseason.

Me pareció deber de cortesía rogarle que me refiriese su historia.

—No tengo ninguna,—contestó;—me ha gustado la broma y nada más.

Dicho esto, se alejó de mí.

Digitized by Google

CAPITULO VIII

LA CÁMARA

Cierta noche, á eso de las doce, uno de los marineros que estaban de guardia bajó á buscar su chaquetón, y poco después se comenzó á murmurar, diciéndose algo sobre el capitán. Apenas tuve tiempo para enterarme, porque de pronto se presentó Hoseason y, después de mirar á su alrededor á la oscilante luz de la linterna que llevaba, dirigióse hacia donde yo estaba y con no poca sorpresa mía díjome con bondad:

—Joven, será preciso que sirvas en la cámara: desempeñarás el servicio de Ransome.

En este momento aparecieron dos marineros por la escotilla, llevando al pobre chico en sus brazos; y como el buque se balanceaba mucho, la luz de la linterna se reflejó de pronto en las facciones de Ransome: estaba pálido como la cera, y en sus labios parecía dibujarse una espantosa sonrisa. Confieso que se me heló la sangre en las venas, y quedé sin aliento un instante.

—¡Lleváoslo pronto!—gritó el capitán.

Pasé por entre los marineros y subí presuroso á cubierta.

El bergantín se deslizaba ligeramente, aunque la mar era muy gruesa, y por entre las velas parecióme ver una brillante puesta de sol, lo cual me sorprendió mucho á semejante hora de la noche; pero era yo harto ignorante para comprender el fenómeno. En aquel momento navegábamos por el norte alrededor de Escocia, y estábamos en alta mar entre las islas de Orkney y Shetland, habiendo tomado aquel rumbo para evitar peligrosas corrientes. Como había estado preso tanto tiempo, y muchos días en la oscuridad, no entendía nada de vientos, y parecíame que debíamos hallarnos en medio del Atlántico. Comencé á correr por la cubierta de un lado á otro, tropezando con las cuerdas y aparejos; y, á no ser por un hombre que varias veces me había manifestado simpatías, me hubiera caído al mar.

La cámara donde debía prestar mis servicios hallábase á unos seis pies sobre cubierta, y, atendida la cabida del buque, era de regulares dimensiones. En el interior veíase una mesa amarrada, un banco y dos coys, destinado uno de ellos al capitán, y el otro á los dos pilotos, alternativamente de guardia. Allí estaba también el depósito de víveres, y en un compartimiento guardábase la mejor pólvora, así como las armas de fuego. La mayor parte de las hachas y cuchillos estaban en otra parte.

Una ventanilla á cada lado dejaba penetrar la luz durante el día, y por la noche encendíase un farol, que ardía cuando yo entré. Lo primero que vi fué al Sr. Shuan sentado á la mesa con una botella de aguardiente al lado. Era hombre de elevada estatura, muy fornido y de tez bronceada. En el momento de penetrar yo en la cámara, aquel hombre me pareció estar embrutecido por la bebida.

No fijó su atención en mí, ni tampoco en el capitán, que me seguía de cerca y fijó en Shuan una mirada amenazadora. Yo temía mucho á Hoseason, y no me faltaban buenas razones para ello; pero algo me decía que por el pronto no era peligroso para mí, y atreviíme á murmurar á su oído:—¿Cómo estáis?

El capitán movió la cabeza como hombre que no sabe ni quiere pensar, y su semblante tomó una expresión sombría.

Poco después entró el Sr. Riach, quien dirigió al capitán una mirada, expresándole con ella, tan claramente como si hablase, que el chico había muerto ya. Después fué á ocupar su asiento, y los tres permanecimos silenciosos mirando al Sr. Shuan, que, con la vista fija en la mesa, no pronunciaba tampoco una palabra.

De improviso el contramaestre alargó la mano para coger la botella; pero en el mismo instante el Sr. Riach se adelantó y cogiósela más bien por sorpresa que por violencia, diciéndole con acento de enojo que ya había bebido más de lo suficiente y que por culpa de él iban á ser encausados los tripulantes del buque.

Y, al pronunciar estas últimas palabras, Riach arrojó la botella al mar.

Shuan se puso en pie cual movido de un resorte, y sus ojos expresaron una amenaza de muerte, la cual hubiera cometido, sin duda, por segunda vez aquella noche si el capitán no se hubiese interpuesto entre los dos hombres.

—¡Sentaos!—gritó el capitán con voz de trueno.—¿Sabéis lo que habéis hecho? ¡Acabáis de asesinar á ese pobre muchacho!

Shuan pareció comprender, pues sentóse al punto y se cubrió la frente con las manos.

—Pues bien,—dijo;—lo he hecho porque me trajo un vaso sucio.

Al oir estas palabras, Hoseason, Riach y yo cambiamos una mirada de espanto. Después el capitán se acercó al contramaestre, cogióle de un brazo y le ordenó que se fuera á dormir. Shuan murmuró algunas palabras, como un niño rebelde, pero quitóse las botas y obedeció.

Traducción de

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL DR. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los CABELLOS y la BARBA
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor : PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC
ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, pensara en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma :* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España : 2 fr. la Caja.

LICOR BREA MUNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

Píldoras Catárticas
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
LA MEJOR
Medicina de Familia.
El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADAS POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado o Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Mechor Garcia.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Enciclopedia de MEDICINA Y CIRUGÍA =R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS
de España y América del Sur

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Asalto de S. Sebastián, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

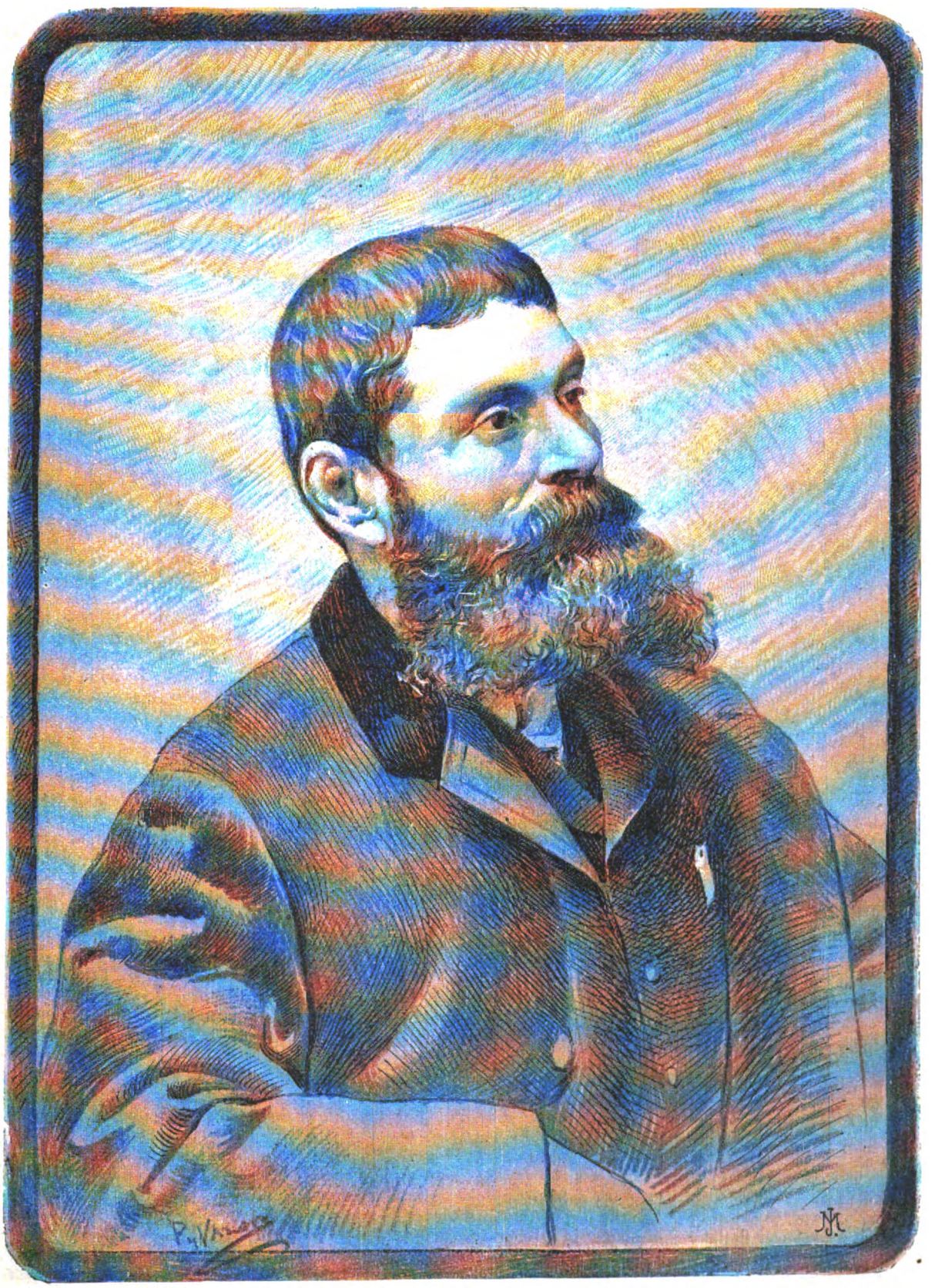
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 31 de mayo de 1890 | Núm. 387



D. CASTO PLASENCIA (dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*La carta fúnebre* (continuación), por Enrique Sepúlveda.—*Pedagogía literaria*, por R. Altamira.—*El público*, por Francisco Flores García.—*Amorosa* (poesía), por Eduardo Villegas.—*El capitán Martínez*, por Vicente Colorado.—*Cumbres. Milton*, por Gonzalo de Castro.—*Bibliografía*, por Alfredo Opisso.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: D. Casto Plasencia.—Modas.—El arte español: En las lagunas de Venecia.—Las fiestas de San Isidro en Madrid: Misa de campaña.—*El arte italiano:* Regreso de las carreras. De vuelta de la fiesta.—El príncipe real de Dinamarca y su familia.—Las violetas.

MADRID

Fiestas.—Crespones.—El crimen

La que llaman los novelistas la coronada villa, la del oso y el madroño, el lugarón de la Mancha donde Felipe II tuvo el mal gusto de establecer la capital de España, se anima estos días con regocijadas fiestas que divierten á los forasteros y distraen á los habituales moradores de las estrechas viviendas que aquí tanto abundan.

Las fiestas no se distinguen hasta ahora por su originalidad; pero hay que tener en cuenta que es el primer año que se establecen y que nada nace perfecto y acabado.

Uno de los principales objetos, que era entretener en Madrid á los forasteros que antes se marchaban en cuanto pasaba San Isidro, se ha conseguido, y hay que dar, por lo tanto, por bien empleada la pólvora que se gasta en los fuegos artificiales y la música que se derrocha en los bailes populares.

Como nota triste en medio de los festejos, ha surgido el duelo del Arte causado por la muerte inesperada de uno de los que lo cultivaban con más gloria: del insigne pintor Casto Plasencia. Y, como nota desagradable, se ha impuesto á los asuntos de actualidad un nuevo crimen, hasta ahora misterioso: el crimen de la calle de la Justa.

Casto Plasencia era una de las eminencias artísticas de la España contemporánea. Hijo del pueblo, nacido en el seno de modestísima familia, en un humilde lugar de la provincia de Guadalajara, vino á Madrid, hará unos veinticinco años, pobre y desconocido, y había llegado á ser, por el camino del trabajo y por lo relevante de su mérito, rico, célebre, respetado y querido.

La banda de color de oro y blanca de la gran cruz de Isabel la Católica cruzaba su pecho en las grandes solemnidades. No había magnate que quisiera hacer un palacio suntuoso que no solicitase algunos trazos de su pincel. En la iglesia de San Francisco, que es la más gallarda muestra de la pintura contemporánea, deja una capilla poblada de ángeles, de figuras y de símbolos que bastarían para su gloria. En el Museo Nacional se admira su cuadro *El origen de la República de Roma;* en el palacio de los marqueses de Linares descuellan las alegorías de la Agricultura y de la Industria; y *Las Lavanderas, El Mentidero, La Noche,* y otras muchas producciones suyas, quedan proclamando la originalidad de sus composiciones, el vigor de su estilo, lo rico y exuberante de su paleta y lo poderoso de su genio.

La suerte ha sido con él cruelísima, pues le ha dejado subir á la cumbre de la gloria y le ha arrebatado la vida cuando ya había corrido todas las dificultades, realizado todos los sueños y no tenía que hacer nada más que pisar flores y recoger aplausos.

La manifestación de duelo que se ha hecho con motivo de su entierro ha sido análoga á la que se tributó á Gayarre.

Los dos eran de la misma edad y los dos parecían fuertes y robustos. Se conocieron en Roma cuando el uno era pensionado de la Escuela de Bellas Artes y el otro comenzaba á entusiasmar al público con su voz maravillosa, y los unió una estrecha amistad. Gayarre pasaba muchas horas en el estudio de Plasencia cuando estaba en Madrid, y Plasencia no dejaba de asistir ninguna noche al Teatro Real cuando cantaba Gayarre.

Los dos han muerto en la plenitud de la gloria y en el mismo año. La nación que los ha perdido tiene motivos para estar de luto: dos pérdidas como esas en un mismo año dejan un gran *déficit*.

***

El crimen de la calle de la Justa, revestido de circunstancias análogas á las que concurrieron en el crimen famoso de la calle de Fuencarral, ha preocupado y preocupa todavía mucho á la opinión pública, haciéndola fijarse en las circunstancias de la víctima y en las de los que están en poder de la justicia, que sigue la pista del crimen.

Las circunstancias de la víctima son las de otras que han sucumbido al impulso de los asesinos: el desgraciado D. Joaquín Hevia era un señor que vivía solo y sin familia, al cuidado de manos mercenarias, como la señora que fué asesinada en la calle de Bordadores, como la viuda del general Pierrad, como D.ª Luciana Borcino.

Esto prueba que es una temeridad muy grande querer contrariar las leyes naturales de la lógica y separarse de lo que es siempre, pero especialmente en los últimos años de la vida, una necesidad imperiosa: la familia.

En todas las épocas necesita el hombre de esa atmósfera de cariño en medio de la cual encuentra apoyo en los días de la infancia, consejo sano y prudente en los de la juventud, solícito cuidado en los de la ancianidad y amparo y refugio siempre.

Crearse una familia debe ser uno de los principales anhelos del hombre; y si la desgracia, arrebatándole seres queridos, no se lo permite, debe buscar el apoyo de los que llevan su mismo nombre y sienten circular por las venas la misma sangre.

Por ingrato, por malo que sea el pariente, ha de ser mejor que el criado tomado al acaso y que se acerca sólo guiado por el interés.

¿Quién duda que si la infeliz D.ª Luciana Borcino hubiera vivido en Vigo con su familia, y que si el desdichado D. Joaquín Hevia hubiese accedido á los ruegos de sus sobrinos aceptando un puesto en su casa, no hubieran tenido tan trágico fin?

Quedarán, no lo dudo, muchos fieles y honrados servidores dispuestos á cuidar con solicitud á sus amos; pero ¿es prudente abrir la puerta á la primera criada que llega á pretender, entregándose sin discreción á ella?

Al lado de los cadáveres de dos personas que vivían solas y gozaban de algunos bienes de fortuna, se han encontrado criadas admitidas en la casa con irreflexión; y al penetrar en la historia de esas sirvientes, se han hallado antecedentes poco favorables.

El crimen de la calle de Fuencarral puso de relieve uno de los vicios de la sociedad actual: la flamencomanía. El crimen de la calle de la Justa ha revuelto el fango de Madrid, sacando á la superficie á los que viven en los lupanares cobrando la contribución del vicio y pasando del vicio al crimen.

Al lado de Higinia Balaguer apareció Dolores Avila con su triste historia: al lado de Claudia, la sirviente del desgraciado Hevia, ha aparecido una figura que suele vivir oculta á las miradas del público, pero que ejerce una grande influencia sobre la mujer y por lo tanto en el hogar: la *echadora de cartas*.

Parece mentira que en los últimos años del siglo XIX existan supersticiones que valieron con razón la nota de ignorantes á otros tiempos; pero, sin embargo, nada es más cierto. La *echadora de cartas, la curandera* y *la celestina* son tipos de la sociedad actual como de aquella cuyos vicios fustigaron los grandes satíricos del siglo de oro de nuestras letras.

En los estudios de la realidad que me ha llevado á hacer confrecuencia mi ya antigua profesión de periodista, he encontrado algunas veces con asombro á la *echadora de cartas* ejerciendo influencia no sólo en las clases de más bajo nivel intelectual, sino en clases de elevada posición social.

Yo he visto abrirse con frecuencia la verja de uno de los más elegantes hoteles del Madrid moderno á una vieja que penetraba misteriosamente en el elegante *boudoir* de la señora y pasaba allí mucho tiempo extendiendo sobre la alfombra las cartas de la baraja para descubrir los misterios del porvenir á la hermosa dama que la escuchaba atentamente.

Yo he visto á señoras muy principales salir misteriosamente por la mañana de sus elegantes viviendas y llegar con paso presuroso y rostro recatado al tugurio donde vivía rodeada de perros una repugnante vieja que se decía viuda de un bravo militar y que poseía la ciencia de embaucar á sus clientes con las combinaciones de la baraja.

Que la pobre lavandera á la que roban una prenda de valor en el río acuda á la *adivina* para saber su paradero, la disculpa la ignorancia; pero que la mujer que ha tenido una educación esmerada, que vive en medio del movimiento del mundo, que viaja, que ha demostrado en algunas ocasiones entendimiento, se deje arrastrar por esas debilidades, no se comprende, y, sin embargo, la experiencia ha demostrado que eso sucede.

D.ª Remigia, D.ª Gervasia, las sonámbulas de Chamberí, han sido en Madrid famosas; y una sonámbula vive en París que es tan visitada como Worth ó Laferrière por algunas señoras que van allí el otoño á elegir sus trajes.

Por regla general esas *adivinas* tienen una policía muy bien montada: saben la historia y los secretos de las que acuden á ellas, y poseen una habilidad especial para hablarles el lenguaje que más de acuerdo está con sus impresiones y sentimientos del momento.

Por regla general, la mujer que va á que le *echen las cartas*, pertenezca á la más alta ó á la más baja de las clases de la sociedad, va guiada por un mismo impulso: el amor y los celos.

El amor ilegal, tan lleno de sobresaltos, se deja arrastrar por todo lo misterioso; y los celos buscan con ansia motivos en que fundarse, inventándolos cuando no los encuentra.

Las adivinas modernas emplean el lenguaje misterioso que usaban las sibilas antiguas, y en ese lenguaje lleno de nebulosidades la superstición se afana por descubrir rayos de luz.

Se cree con facilidad lo que se teme, y no se necesita mucho para que la duda que atormenta adquiera todo el aspecto de lo cierto é indudable. En este conocimiento del corazón humano, y especialmente del corazón de la mujer, se funda la ciencia de las *adivinas*, y la que se entrega á ellas se convierte involuntariamente en su víctima.

El proceso que se sigue con motivo del crimen de la calle de la Justa ha sacado á la superficie una de esas mujeres que viven en la sombra, y la justicia la interroga. No pretendo penetrar en los secretos del sumario, ni tengo datos ningunos para hacer deducciones, y ni aunque los tuviera entraría en el camino aventurado de hacerlas; pero sigo, como todo el público, con interés el proceso, y creo que cumplo la misión que corresponde al escritor aprovechando sus fases para buscar el remedio á males que nos perturban.

El crimen de la calle de Fuencarral corrigió en mucho la flamencomanía, que se convertía en plaga: si el crimen de actualidad hoy, corrige algunos vicios perniciosos, servirá de algún provecho la desgracia.

Por de pronto ya tienen un nuevo motivo de escarmiento los que viven solos y en poder de los criados. Será inútil que guarden sus valores en férrea caja y con triple llave; será en vano

Digitized by Google

que los guarden de parientes codiciosos y que se crean tranquilos en medio de su egoísmo, creyendo que porque viven solos están más seguros y van más libres é independientes: esa libertad pueden pagarla muy cara.

Para el anciano desvalido no hay más refugio que el asilo que le abre la caridad: para el que posee algunos bienes de fortuna no hay más garantía que la familia y la amistad. Aislarse es entregarse al enemigo, y la defensa está en rodearse de afecciones.

Contra la caja bien cerrada está la ganzúa del ladrón, que no vacilaría en convertirse en asesino para asegurar la impunidad y el sueño tranquilo, no el que vela, el que recibe un salario; sino el que inspiran la gratitud, el afecto, los lazos del alma.

***

El público continúa visitando la Exposición de Bellas Artes, y se adelanta, como sucede siempre, con sus fallos á los fallos oficiales del Jurado.

Uno de los premios que la opinión pública ha concedido, ha recaído sobre un pintor joven, de grandes esperanzas, Muñoz Lucena, un cordobés que ha presentado un cuadro lleno de luz, de color, de inspiración, con rasgos sorprendentes de genio: *Las lavanderas*.

Es un grupo de mujeres del pueblo, de un pueblo del mediodía, que jabonan ó aclaran las ropas en las aguas de un riachuelo, mientras otras tienden ó retuercen los purificados trapos que han sacado limpios del río.

Escena del natural, pero llena de verdad y de arte, que forma la ejecutoria de un artista.

Es consolador encontrar al lado de los genios que mueren los genios que nacen.

De pérdidas como las de Casto Plasencia sólo podemos consolarnos viendo en la Exposición las obras de algunos jóvenes que siguen sus huellas.

Las sombras de la noche son llevaderas ante la esperanza de que ha de disiparlas la luz espléndida de la mañana.

KASABAL

LA CARTA FUNEBRE

(CONTINUACIÓN)

—Será mía mal que te pese, viejo del demonio.

Entonces se valió de una criada de la casa, por medio de la cual Aurora recibía cartas llenas de mágicas frases, á las que ella contestaba con no menos cariño.

Así continuaron las cosas, hasta que una tarde, la que citamos al empezar, la criada entregó á Augusto una carta cuya lectura puso á éste fuera de sí. Aurora accedía por fin á dejar su casa para casarse en secreto y volver después á implorar el perdón.

IV

Cuando Augusto dobló la esquina próxima á su casa para dirigirse por el puente de Alcántara á la de Aurora, el viento, que rugía como una fiera enjaulada, hizo detener al caballo, que con las crines erizadas por el terror olfateaba el espacio y miraba sin ver el terreno en que sus cascos se apoyaban.

Al extremo de la calleja por que marchaban veíase á intervalos una luz mortecina, que cual fuego fatuo, iba de derecha á izquierda, se apagaba un instante y volvía á brillar de improviso; la lluvia azotaba con fuerza el pavimento, y de las tortuosidades de la calle parecían surgir sombras amenazadoras. El caballo piafaba á veces, y el ruido de sus pasos, repetido de calle en calle, despertó á las lechuzas que dormían en las ojivas y cornisas de la Catedral.

Augusto dominaba de un modo heroico su característica superstición: se santiguó rápidamente, cuando al llegar junto á la lucecita que antes viera se fijó en una imagen del Salvador Crucificado, y á poco salía de la ciudad, poniendo al cordobés al trote largo.

Al poco rato una masa negruzca se alzó delante de él. Era la casa de Aurora. Echó pie á tierra, atando el caballo al tronco de un centenario roble, y, valiéndose del tacto, comenzó á recorrer las tapias del jardín, hasta tropezar con una pequeña puerta medio escondida en un marco de follaje. Entonces dió dos golpes con el puño de la espada: era la señal indicada en la carta que Aurora le escribió.

La puerta giró sobre sus goznes y un bulto de mujer apareció en el jardín. Sacó, de entre un manto que la cubría, una linterna y alumbró. Era la criada.

—¿Y Aurora? –dijo Augusto impaciente.

—En el pabellón. Seguidme.

Augusto avanzó rápidamente. Ni el más leve rumor turbaba el silencio majestuoso de la noche. La lluvia había cesado. Aurora estaba allí, como siempre hermosa, con el cabello en desorden, descompuesto el traje, que precipitadamente se vistiera, y envuelta en su riquísimo pellón.

—¡Aurora!—dijo Augusto,—¡Bendita seas! No tardes. Huyamos de aquí. Mi caballo espera á dos pasos. Al fin seremos dichosos.

La joven pareció vacilar: quizá el recuerdo de su padre ó la enormidad de su falta la detenían; pero al fin, reponiéndose, dijo á tiempo que Augusto la atraía dulcemente hacia sí:

—Vamos, vamos pronto.

Y comenzaron á salir en dirección á la pequeña puerta.

Entonces la criada, que durante la escena anterior permaneció en la puerta del pabellón, dió un grito y se apartó bruscamente.

De entre las sombras, pálido y amenazador, había surgido D. Alfonso de Aguilar, puesto al corriente de todo por la misma confidente de los amantes.

Aurora, al ver á su padre, se separó de Augusto y corrió hacia la casa.

D. Alfonso, encarándose entonces con el joven, le dijo:

—¡Tú con mi Aurora! ¡Tú robármela! ¡Ah, miserable! ¡Juro á Dios que, pues así atacas á mi honor, no ha de quedar tu falta impune!

Y al decir esto descargó sobre Augusto una tremenda bofetada.

—¡Ira de Dios,—rugió éste ciego de cólera,—viejo infame, que no has de repetir la agresión! Me niegas á tu hija sin razón, me has insultado otras veces y abofeteado hoy! ¡A nadie culpéis de nuestra muerte!

Y rápido como el rayo, sin dar tiempo á que el viejo se defendiera, desnudó el acero, que brilló como un relámpago en el aire, y lo hundió dos veces en el cuerpo de D. Alfonso.

Este cayó al suelo diciendo:—¡Maldito seas, infame Augusto!

. . . . . .

El morcillo cordobés galopa hacia la ciudad. En él cabalga Augusto. Llega á su casa, abre el portón, se apea, y con paso vacilante sube á su cuarto, recoge todo su dinero, y se dispone á marchar.

Cristián duerme profundamente.

Augusto le despierta y grita:

—¡Huye, Cristián! que nadie pueda verte, que nadie te interrogue. He dado muerte á don Alfonso.

—¡Jesús me valga!—dice el criado.

—Calla: nadie lo sabe. Adiós.

Y, lanzándose á la carrera, volvió á montar á caballo, perdiéndose á poco en las tinieblas.

V

. . . . . .

Ha pasado algún tiempo.

Augusto, que se incorporó á su regimiento á los pocos días de la funesta aventura, se encuentra en Barcelona.

Para olvidarse de Aurora se ha lanzado á una vida disipada: ha tenido nuevos amoríos, aventuras y pendencias.

No ha vuelto á saber de Cristián, pero tiene casi la evidencia de que el crimen no había sido descubierto.

¿Quién puede sospechar de él cuando nadie conocía en Toledo sus relaciones con Aurora y todos creían que ésta iba á unirse con el caballero que su padre la destinaba? Permanecía, pues, tranquilo, y ¡cosa rara! ni aun á su espíritu apocado llegó el grito de la conciencia por la muerte que diera á D. Alfonso.

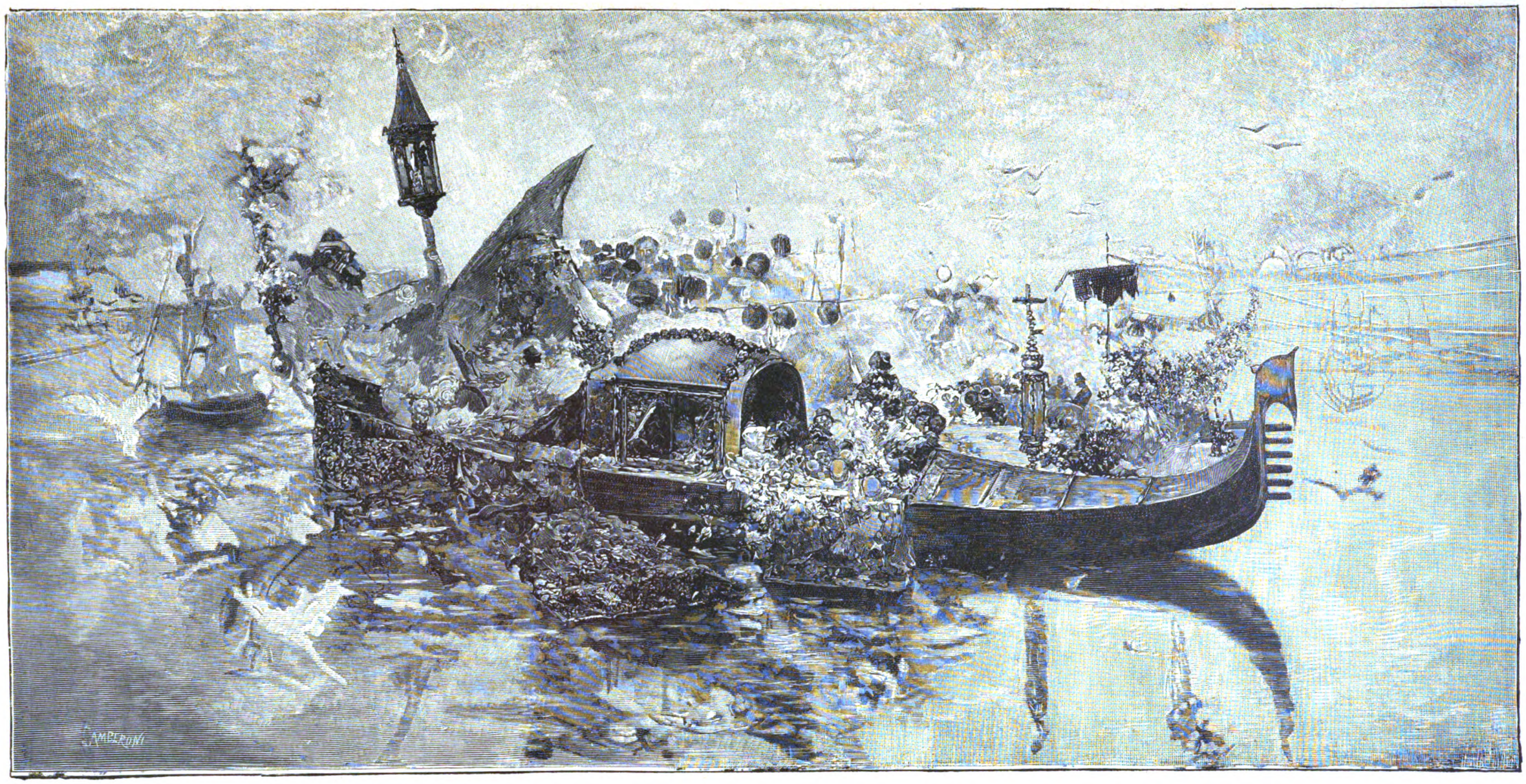
Retirábase una noche de una orgía desenfrenada.

ENRIQUE SEPÚLVEDA

(Se continuará)

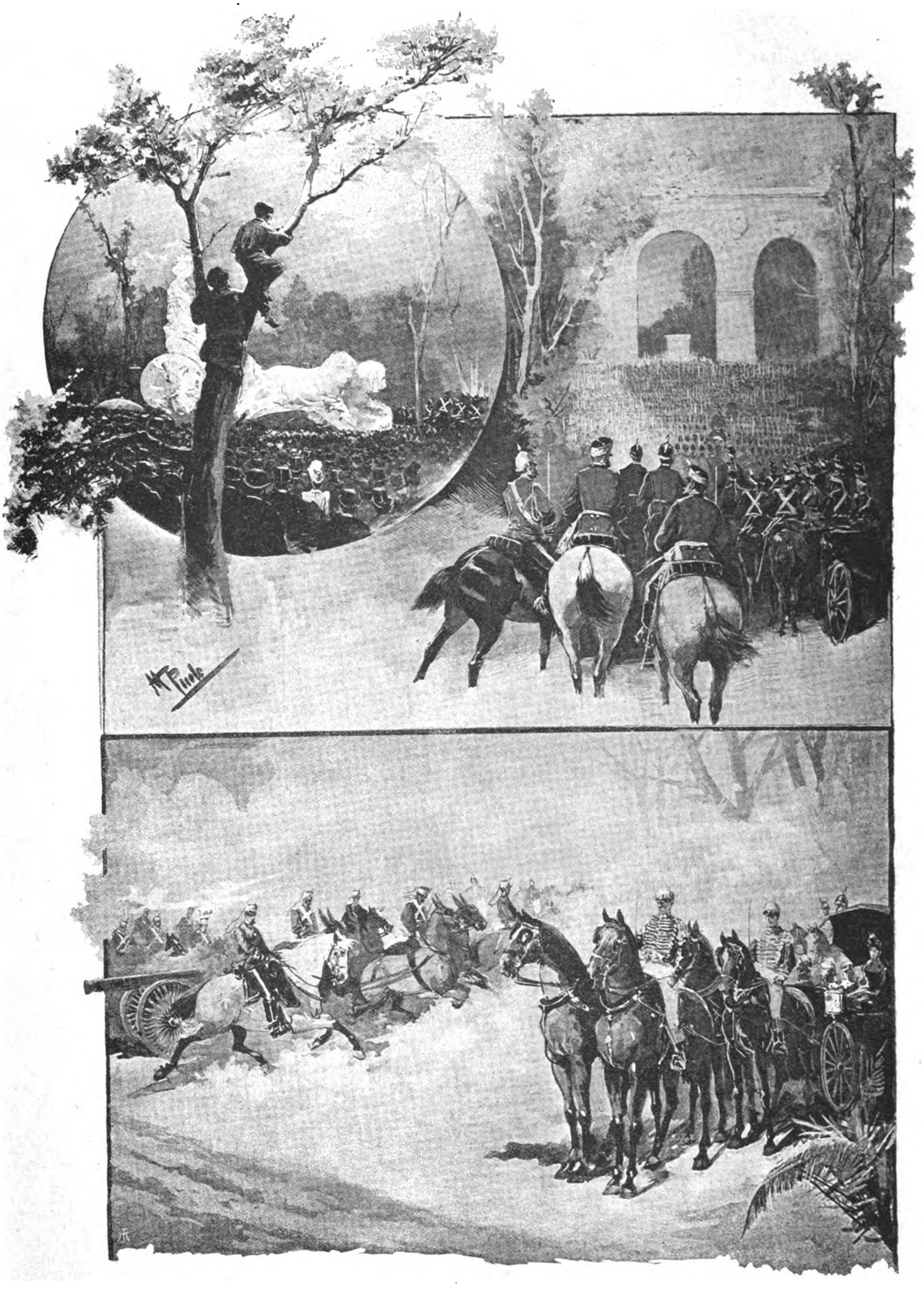
ÚLTIMAS NOVEDADES

Digitized by Google



EN LA LAGUNA DE VENECIA (cuadro de Sánchez Barbudo)

Digitized by Google



LAS FIESTAS DE MADRID: MISA DE CAMPAÑA (dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

PEDAGOGÍA LITERARIA

(PARADOJA)

Confieso que no sienta bien en mis escritos lo festivo ni lo irónico. Tal es, cuando menos, la opinión de algunos señores, que ha llegado á ser la mía propia. Pero, convénganme ó no aquellas especies de estilo, lo cierto es que concluyo siempre por ponerme serio y tratar *gravemente* las cuestiones en que llego á meter cucharada. Y no, el cambio no depende sólo de mi particular idiosincrasia: es ¡vive Dios! porque no hay quien remueva la más pequeña cuestión, de las muchas que á nuestros actuales usos y abusos literarios conciernen, que no termine por llorar de desengaño y desesperación.

Cierto que hay á veces más amargura en la risa que en las lágrimas, aun sin echar la cosa por el lado romántico; pero crean Vds. que al fin se rompe la cuerda del *humorismo* y tira uno por la calle de en medio.

No sé, pues, cómo saldrá este artículo, aunque me figuro que por lo antecedente, y por mi convicción de que no me va bien lo festivo, he de estar serio, serio como un fiscal de audiencia.

Antes de que se hablara en España de pedagogía con la conciencia que la cosa merece (y digo *antes* suponiendo que ahora la haya), existían cátedras de literatura; y no es de dudar que en ellas fué la mente del que las añadió al programa, y de los que veían su necesidad, que hubieran de servir no sólo para atiborrar al alumno de teorías estéticas ó de fechas y nombres, según el caso, porque esto es de *ene*, sino para formarles el gusto y ser plantel de una castiza y razonable escuela literaria, á lo cual (es decir, á lo de *escuela*) hubo siempre aficiones por acá.

Me parece tan elemental la cosa, que no dudo la pensarían todos. Porque ¿de qué nos había de servir una generación que supiese cuántas ediciones ha tenido el *Cancionero* ó el *Romancero*, y juntamente prefiriese los versos de Grilo ó de Velarde, pongo por caso, á los de Carducci? Dios bendiga á esos buenos eruditos que saben griego y latín, y lenguas romances y hasta celta. Pero ¿me quieren Vds. decir el favor que nos harán si tienen el *juicio crítico* como aquel redactor de la *Revue Suisse*, que cuenta entre nuestros buenos novelistas españoles al Sr. Angelón?

Por fortuna hay sitio en el mundo para todos, pero es contando con que cada cual ocupe el suyo. Ahora, en las cátedras de literatura, sólo para mal están los señores de quienes me ocupo. Valdría tanto, y perdonen la comparación, como si cualquiera de mis lectores colocara á sus hijos bajo la dirección de un pedagogo que supiese de memoria todas las *Morales* escritas, desde la dirigida á *Nicomaco* á la de Schöpenhauer, mas prefiriese la de los fariseos y lo pregonara así á los discípulos, practicándola él mismo.

Pues en literatura la *práctica* es el *juicio* de las obras, y en la formación acertada de éste, en cuyo discernimiento estriba el *gusto*, tiene influencia sobrada el profesor, dado el sistema actual de enseñanza en que al alumno corresponde un papel exclusivamente pasivo.

Digo, pues, que si en la elección de los catedráticos tuviesen nuestras leyes un adarme de sentido común, pedirían para los de literatura la condición del *gusto*.

Ya sé que muchos van á soltar la carcajada, creyendo que en las oposiciones habría examen de *gusto*, alegando también que de gustos no hay nada escrito, como dice el vulgo (¡y tan vulgo!), y que sería someter el mérito personal de los candidatos á las *opiniones* particulares de los jueces.

Con lo cual, así como ahora se deja á uno sin cátedra porque no es suscritor de *El Movimiento Católico* ó amigo de Pidal, se le excluiría entonces por ser catalanista, ó decir que Verdaguer es buen poeta ó que los gallegos primitivos fueron célticos.

Y los que tal alegaran tendrían razón si hubiera de continuar el absurdo modo que ahora rige para el *otorgamiento* de cátedras. Pero yo supongo que ya para entonces habría entrado el sentido común en la legislación de instrucción pública.

El infrascrito no se detendrá á exponer, como dicen los que proponen reformas legislativas, los detalles del articulado ni el procedimiento

Sombrero de novedad

para llevar á la práctica la idea que expone, por ser todo esto para mirado más despacio, con aquellas luces experimentales que la administración atesora y aquel supremo arte político á la sabiduría de las Cortes siempre presente.

Sombrero de novedad

Pero aguarden, que todavía hay más. No sólo están excluídos por derecho natural los profesores faltos, desde *ab initio*, de gusto literario, como casos teratológicos que pueden dar lugar á una grave epidemia, sino los que, aparentemente dotados de tan preciosa condición, faltan á ella por motivos ajenos á la literatura y más ó menos cercanos á la consideración de los propios méritos.

Corresponde esta segunda parte tanto al código moral de los literatos como al disciplinario de las academias. Por el primero vienen obligados los educadores á no dejarse llevar del afán de originalidad en el juicio, censurando lo que todos alaban por merecerlo, ó viceversa; á no atribuirse invenciones que otros hicieron antes; á no presumir de maestros con los que tienen mayores títulos; á no meterse en lo que no entienden, verbigracia el juicio de un autor ó de una obra, en que deban hablar por boca de ganso ó *ad libitum;* á no dejarse llevar de animosidades nacionales ó regionales... Pero, á un lado estas y otras cosas que más directamente corresponden al mismo profesor, le están sobremanera prohibidas aquellas que tuercen el ánimo y la moral de los educandos.

Porque ¿qué pedagogo es ese (suponiendo que se me admita la pretensión de que la pedagogía es también asunto universitario) que para ejemplo de sinceridad muestra el suyo, censurando un día lo que alabó el precedente, haciendo de la crítica comidilla de comadres, buena para cuando no se corre peligro de que la oiga el interesado (sobre todo si es personaje político), pero inútil y aun nefanda cuando se trate de decirla en público?

El presunto pedagogo de que hablo no es figura abstracta, como el *tirano* de Alfieri ó el *burgués* de los anarquistas: abunda, en realidad, que es un primor, sostenido por la opinión pública, que entre nosotros no reconoce más crítica que la murmuración, en la cual se puede hablar á qué quieres boca y con toda la ligereza propia del caso.

El resultado es mantener, por un milagro de equilibrio, reputaciones en quien nadie cree, pero cuya discusión pública, seria y documentada tendrían todos por desacato grave y aventura expuesta á más de un descalabro.

Este defecto, en el cual se resumen todos, sólo podrá curarse en las mismas cátedras de literatura; pero antes era preciso desterrarlo de ellas mediante dos reformas capitales, que podrían formularse en el siguiente decreto:

Art. 1.º La condición esencial para ser profesor de literatura será tener gusto artístico é independencia de carácter. Se considerarán no comprendidos en el primer extremo á los que prefieran la música de Chueca á la de Boito, y las novelas de Feuillet á las de Zola.

Art. 2.º Los rectores velarán por el cumplimiento de este decreto, visitando con frecuencia las cátedras, con facultad de suspensión, multa y destitución de los profesores.

Y, ahora, ¡Dios me libre de los liberales, porque apenas si van á decirme que soy absolutista!

R. ALTAMIRA

EL PUBLICO

Unos le han llamado *monstruo de cien cabezas;* otros, *fiera indomable;* algunos, *fiera* sencillamente; y los actores, que son los que *desde más cerca* le conocen ó deben conocerle, *pluralizando* la denominación, dicen para designar al público: *los morenos.*

En opinión de algunos actores, su calificativo es el más gráfico porque, según dicen, vistos los espectadores desde la escena, por la disposición especial de las luces de *la batería*, todos parecen *morenos*. En este caso, ni la denominación puede ser ofensiva ni expresa otra cosa que un efecto de optica.

La calificación de *fiera* me parece la más exacta, dada la afición á devorar que muestra en determinadas ocasiones.

Sería lo más divertido, y lo más curioso al propio tiempo, encerrar en un libro todas las opiniones que tienen del público todos los individuos que del público viven (suponiendo que dichas opiniones se manifestaran con entera franqueza).

Aquel sabido refrán, «cada cual habla de la feria según le va en ella,» parece hecho de encargo para este caso concreto.

El público es malo ó bueno, culto ó ignorante, justo ó injusto, al decir de determinados individuos, según que éstos hayan obtenido ó no

Digitized by Google

sus valiosos y solicitados favores. ¡Palpable injusticia que se vuelve cruelmente contra el que la formula!

Sombrero de novedad

En primer lugar, á nadie se obliga por la fuerza á ir al palenque peligroso donde *espontáneamente* se solicita el fallo del público; y se puede ser un excelente ciudadano, modelo de esposos, de hijos ó de padres, sin ser artista ni cosa que lo valga.

En segundo y principalísimo lugar que, en el mero hecho de someterse *voluntariamente* á su fallo, se concede al público, implícitamente, la necesaria capacidad para fallar.

Si no la tiene, ¿por qué se solicita su fallo? Y si la tiene, ¿por qué no se quiere aceptar ese fallo cuando no es favorable?

De este error lastimoso nace la teoría más peregrina y más caprichosa, por no decir ridícula, que se conoce; á saber:

Cuando el público aplaude, en concepto del que cosecha los aplausos del público es culto, discreto, sabio y angelical. Hasta cambia la perspectiva, y, lejos de aparecer *morenos*, son todos los espectadores de color de rosa.

Por el contrario, cuando grita y *rabia* y patea, en opinión del que ha recibido el desaire, ese mismo público que antes era sabio, culto, discreto y hasta guapo, en el sentido honesto de la palabra, es *ahora* ignorante, estúpido, mal educado... y qué sé yo cuántas cosas más.

Si esto es lógico, venga Dios y véalo.

No afirmaré yo en absoluto que el público no se equivoque alguna vez, tanto al aplaudir como al rechazar determinadas obras ó determinada labor artística; pero ¡ay! ¡es tan difícil saber cuando se equivoca!

Sobre todo, ¿quién tendrá saber bastante para probar de modo evidente la equivocacion, si la hay alguna vez? ¿De qué medios se valdría el sabio para probar que su sabiduría no era soberbia? ¿Ante quien se iba á probar la equivocación? ¿Ante el mismo público que *se había equivocado?*

No hay que darle vueltas: él fallo del público es inapelable, y esta cualidad esencialísima hace ridícula toda rebeldía.

Contra el público y contra la crítica existen algunos argumentos que pudiéramos llamar históricos y que yo no sé si realmente tendrán algún valor.

Por ejemplo, se acusa al público del siglo XVII de haber tratado injustamente á un escritor de tanta valía como D. Juan Ruiz de Alarcón, cuyas comedias nos han parecido á nosotros excelentes, y muchas de las cuales pudieran representarse hoy, con una ligera refundición, como obras de caracteres y de costumbres de nuestros días.

Es evidente, según críticos autorizados, que Alarcón se adelantó á su tiempo.

Pues, si se adelantó, ¿qué tiene de particular que el público de su época no le entendiera?

Si *aquel* público no entendió *aquellas* comedias, no fué injusto al rechazarlas.

Dejando á un lado lo que pudiera llamarse *ojeada retrospectiva* ó *crítica trasnochada*, y volviendo á la época presente y al público de nuestros días, sigamos trazando los rasgos que pueden llegar á constituir, si no un retrato, al menos un boceto, de tan respetable entidad.

Concretando el asunto exclusivamente á la esfera teatral, creo que en el estreno de una obra dramática hay algo misterioso, algo sobrenatural, por decirlo así, que escapa á toda especulación científica; y que el público procede inconscientemente en virtud de fuerzas desconocidas, pero imperiosas, que le llevan á demostraciones ostensibles que no ha podido prever ni puede explicar por el momento.

La inconsciencia se prueba con la unanimidad del fallo, unanimidad ilógica, por lo instantánea, entre tantas personas y, por consecuencia, entre tantos pareceres y juicios distintos.

Si fuera posible leer la obra dramática, separadamente, á cada una de las personas que luego han de concurrir al estreno, podría darse el caso (y se daría, indudablemente, más de una vez) de que los que individualmente hubieran aplaudido una obra, colectivamente la rechazaran, y viceversa.

Esa tremenda incógnita del estreno lleva á

Sombrero de novedad

muchos escritores al terreno de la consulta previa.

Críticos eminentes, actores de talento y de larga práctica, autoridades reconocidas de las academias científicas y literarias, asisten á la lectura de una obra dramática, concurren á los ensayos, hacen observaciones al autor y á los actores, y de buena fe sancionan la obra y predican el éxito.

¡Trabajo y tiempo perdidos!

El público viene luego y desautoriza todas aquellas respetables opiniones, echando por tierra la obra.

Es más: los que antes gustaban de la obra, en los momentos del estreno se vuelven de la opinión del público y ven con perfecta claridad los defectos que antes no vieron ni sospecharon siquiera.

Por el contrario, hay obras que ni en la lectura ni en los ensayos gustan á los que las conocen: las gentes de bastidores creen, sin excepción, que van á un fracaso seguro y positivo. La obra se representa únicamente por la autoridad de su autor; pero va al estreno envuelta en una atmósfera detestable, y viene el público y hace un éxito brillante y llena el teatro cincuenta noches.

¿Qué explicación tiene esto? Ninguna. Por eso digo más arriba que en el estreno hay algo misterioso y sobrenatural.

El público no es el mismo en todas partes. Mejor dicho, no tiene el mismo gusto ni opina de la propia manera en todos los espectáculos, aunque muchos de éstos sean semejantes entre sí.

A semejanza del *camaleón*, que toma el color de la luz que recibe, el público toma el gesto, la actitud y hasta el temperamento apropiados al espectáculo que presencia.

Se da el caso de que el mismo público que ha asistido por la tarde á una corrida de toros, deleitándose con la muerte de los caballos, las caídas de los picadores y las cogidas ó el peligro de los diestros, asista por la noche á la representación de un drama y llore las desdichas del enamorado galán joven que encuentra obstáculos insuperables á la realización de sus deseos amorosos.

Por más que hay quien dice que el público convierte algunas veces el teatro en plaza de toros, esto no es verdad: lo que sí ocurre algunas veces es que los directores de los teatros ofrecen al público espectáculos indignos del lugar en que se ejecutan.

Otro fenómeno digno de llamar la atención.

En Madrid hay un público, el mismo siempre, que concurre á todos los estrenos y á todas las inauguraciones.

¿Cómo se explica que, siendo el mismo público, lo que aplaude, por ejemplo, en Eslava, lo silbe en Lara, y viceversa?

En un teatro aplaude el género culto, discreto, artístico, en una palabra; y en otro gusta del chiste verde de la canción picaresca y hasta de la crudeza de la forma.

Misterios son estos que escapan á todo raciocinio lógico.

De estas múltiples y diversas y complejas manifestaciones ostensibles del público en general y de *los públicos* en particular, nace la incertidumbre, el miedo, mejor dicho, del autor dramático. Por acreditado que esté, por experto que sea, siempre está desorientado.

Recuerdo á éste propósito, las palabras de un célebre escritor la noche del estreno de uno de sus más hermosos dramas.

Paseábase el autor por el foro, temeroso, asustado, temblando, mientras los actores representaban su obra.

—D. Antonio,—le dije;—parece mentira que un hombre como V., gloria de las letras españolas, fuera ya de la crítica y con el conocimiento que debe tener del público, tenga el miedo que tiene.

D. Antonio me miró bondadosamente, y contestó:

—Ese es el error de algunos autores: creer que conocen al público. Es posible que esto su-

Sombrero de novedad

ceda algunas veces; pero tenga V. por seguro que *nosotros* quizá podamos conocerle algunas veces; pero *él*... *él*... no nos conoce nunca, y te-

Digitized by Google

REGRESO DE LAS CARR

Digitized by Google

ARRERAS (cuadro de L. Mancini)

Digitized by Google

niendo ésto en cuenta es como únicamente podremos agradarle de vez en cuando.

Muchas veces me he acordado después de las palabras de D. Antonio.

De todas suertes, y tenga el público los defectos que tenga, no conozco *señor* más agradable ni más digno de ser servido con buena voluntad.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

—¡La he visto muchas veces en mi vida
retratada en las niñas de tus ojos!—
Te quiero con pasión y con locura;
y siempre que se asoma tu alma pura
tras de la obscura red de tus pestañas,
aspiro una fragancia en tu figura,
una armonía tal entre tus labios,
que parece ese ruido que en las cañas
forma el viento al besarlas dulcemente...

Calzados de moda

AMOROSA

—

Si no busco en tus brazos las delicias
hijas de mi pasión y tus caricias,
no juzgues desamor este desvío,
pues te juro una vez y dos y ciento
que por tus gracias siento
no amor, sino delirio y desvarío.
Nunca podré olvidar nuestros amores
nacidos en el tiempo de las flores
cuando te vi al albor de la mañana
hablando en tu jardín con una rosa
que sólo por lo hermosa
nació para vivir siendo tu hermana.
¡Cómo olvidar las épocas aquellas
en que juntos, de noche, con anhelo
veíamos besarse las estrellas
sobre la negra bóveda del cielo!...
Y, en prueba de que es cierto lo que digo,
un pajarillo que en mi cuarto mora
en una jaula de doradas rejas
y es mi mejor amigo,
en sus himnos de amor y entre sus quejas,
cuando comienza á despuntar la aurora,
con dulce suavidad... ¡y no te asombre!...
dice y canta tu nombre.
Y yo que hablo con él, porque me entiende,
le dije una mañana:—¡Si supieras
lo feliz que serías
si escucharas su voz, si tú la vieras!—
Y, piando, entre alegre y con enojos,
me contestó en seguida:
¡Lengua que no sabrán jamás los sabios
y que sólo el poeta admira y siente!
Mas si ves que no busco de tus brazos
los codiciados lazos;
si no aspiro más cerca de tu boca
el abrasado aliento;
si mi cara no toca
tus rizos agitados por el viento,
ni me abrasan cerquita tus miradas,
ni pretendo ser dueño de un suspiro;
si al oir tus palabras apagadas
sientes que no deliro
ni de placer me muero;
no te apenes, por Dios, porque aun te quiero
como nadie en el mundo te querría...
No juzgues desamor este desvío;
pero he oído decir el otro día
á un hombre de experiencia
que del mucho placer nace el hastío,
y yo, como te quiero tanto... tanto...
doy un tormento eterno á mi conciencia
pensando con espanto
que pueda ser verdad esa sentencia.

EDUARDO VILLEGAS

EL CAPITAN MARTINEZ

Al mediar la última guerra civil, Martínez era capitán efectivo, y en los días de gala lucía sobre su pecho varias condecoraciones.

Militar por oficio, valiente sin entusiasmo, y demasiado indiferente para ser ambicioso, ni provocaba rivalidades ni molestaba á la envidia. Su carácter franco, alegre y decidor inspiraba simpatía y confianza. A estas cualidades debió su popularidad en el regimiento, el afecto de la oficialidad y la consideración de sus jefes.

Entre otras distinciones había merecido las de ser habilitado y cajero, cargos que desempeñaba á las mil maravillas y con gran contentamiento de todos, porque era diligente en dar, olvidadizo en pedir, y, así en las necesidades como en los apuros de sus compañeros, la prudencia sellaba su boca tanto como la generosidad abría su bolsillo.

No se preocupaba de ascensos y de honores, lo mismo le daba la paz que la guerra, y cuando le hablaban de su porvenir en el ejército, se encogía de hombros.

Pero no todo le era indiferente: había bastantes cosas que le sacaban de quicio: las rubias y las morenas, una mesa bien servida, el vino blanco y el tinto, la taza de café, la copa de coñac, el cigarro puro y una partida de juego.

—Vamos á tomar las posiciones del enemigo, —decía cogiendo las cartas y señalando el dinero que había sobre la mesa.

Punteando la guitarra, conquistaba el corazón de las mujeres, y sus chascarrillos hacían desternillar de risa á los más graves.

En varias ocasiones los revolucionarios pretendieron atraerle á su causa ofreciéndole montes y moreras si se sublevaba al grito de *¡Viva la República!* Pero el capitán Martínez les oyó como quien oye llover.

No, él no se sublevaría jamás: no quería jaleos más que al son de la guitarra, ni otros líos ni aventuras que las aventuras y líos amorosos. ¿Salir al campo á armar jarana? Bueno, pero de merienda. ¿Gritar *¡Viva la República!*? Prefería gritar *¡Viva la Pepa!*

Y cuando, á modo de anzuelo, le ofrecían hacerle general, él replicaba:

—¡Ni aunque me hicieran obispo!

No era republicano ni monárquico, no tenía ideas políticas: lo mismo le daba Amadeo que Pi Margall. Defendía las instituciones establecidas y al Gobierno constituído porque era su deber de soldado: más allá de esto su ideal se cifraba en vivir alegre y divertido.

***

Pepón, su asistente, parecía un Sancho Panza gigantesco, así como el capitán Martínez era la imagen de un D. Quijote en miniatura.

Aquél, alto, ventrudo, linfaticote y calmoso: éste, de talla infantil, enjuto de carnes, inquieto, vivo y nervioso. El uno gallego: el otro andaluz. Y no obstante de ser dos caracteres y temperamentos distintos, Pepón quería á su amo con ternuras de madre, y el capitán á su asistente con arrebatos y caprichos de hermano menor.

Llevaban cinco años de vivir juntos y el instante de su separación se acercaba: sólo faltaban tres meses para que Pepón cumpliera sus años de servicio y tomar la licencia absoluta.

—¡Ah, señorito! Si no fuera por mi madre, que es muy vieja; por mis cinco hermanos, tres de ellos inútiles y los otros dos aun pequeñuelos; y por una buena muchacha que ha de ser mi mujer; si no fuera por ellos...

—¿Qué, Pepón?

—¡Me reenganchaba, señorito, me reenganchaba!

El capitán, aunque pesaroso de esta separación, miraba las cosas de un modo más halagüeño.

—¡Bah! ¡Quién se apura! El día menos pensado me ves aparecer en tu pueblo.

—Eso no lo dice de veras el señorito.

—¡Y tan de veras! Seré el padrino de tu boda: llevaré un mantón á tu madre y una saya á tu mujer, haré rabiar á las mozas y me comeré cuantas gallinas haya en el pueblo.

Digitized by Google

—Si el señorito hiciera eso que dice... ¡qué alegría para mi madre! ¡qué satisfacción para Benita! ¡qué felicidad para mí! Porque allá en el pueblo todos quieren al señorito. Yo les hablo en mis cartas, ellos me preguntan en las suyas, y, como llevamos cinco años de preguntas y respuestas, ¡figúrese el señorito si le conocerán en el pueblo!

—¿Es decir que durante estos cinco años has escrito mi biografía á tus parientes?

—Yo no sé qué viene á ser eso; pero he dicho lo bueno que ha sido siempre para mí, y mi madre, Benita y mis hermanos bendicen su nombre y no hablan de otra cosa que del señorito.

***

El capitán era hombre de suerte, circunstancia que sin fundamento suele ser envidiada en el mundo, porque la suerte hace con sus favoritos lo que muchas madres con sus hijos: que en fuerza de tolerar sus faltas las convierten en defectos y vicios de carácter que luego no se pueden desechar. Bien mirado no hay personas más desgraciadas que los hombres felices. Halagados constantemente por la fortuna y acostumbrados á una vida fácil y ligera, sólo saben reir y gozar; déjanse dominar de sus aficiones y caprichos en la confianza de que todo ha de salir á medida de su deseo, y á la primera contrariedad, que tarde ó temprano llega, estos niños mimosos y consentidos se desconciertan, se aturden, el mundo se les viene encima y van de torpeza en torpeza á su perdición y á su ruina.

Acaso fué el gesto desdeñoso de una muchacha cualquiera la causa de que el capitán Martínez volviera á su casa con un humor de mil diablos: lo cierto es que todo le pareció detestable aquel día: no quiso comer, riñó con Pepón, dió cuatro puntapiés á los muebles que halló á su alcance, y se marchó á matar el tiempo con unos amigos.

Malhumorado como estaba, bebió, jugó y perdió. Aquello avivó el fuego de su amor propio resentido. ¡Cómo! ¿También las cartas se burlaban de él? Al otro día quiso tomar el desquite y contrajo deudas. Esto le desazonó, porque no tenía un cuarto y las deudas del juego son sagradas (¡vaya V. á saber por qué!). Pidió un plazo, siguió jugando bajo su palabra, y volvió á perder de nuevo. Cuanto más se obstinaba en ganar, más perdía. Las faldas que traía al retortero agravaron su situación, porque no pudo satisfacer caprichos aun más sagrados que las deudas del juego. ¡Cuánto sufrió su vanidad! ¡Cómo le atormentó el orgullo! Ya pensaba que todo el mundo hablaba de él, que le señalaban con el dedo, que perdía prestigio y reputación, amigos y mujeres; y allá en su imaginación se vió desgraciado, arrojado del regimiento, sin honor, sin dignidad, siendo el último de los últimos... Y todo ¿por qué? ¡Por un puñado de oro!

Esta idea fija, tenaz, le invadió el cerebro, excitó su sistema nervioso, desequilibró su temperatura y le produjo fiebre.

Entonces recordó que la caja del regimiento estaba al alcance de su mano. Era cuestión de unos días: pagando todas sus deudas, podía jugar de nuevo, ganar y devolver el dinero sustraído sin que nadie se enterase.

No hallando más tabla de salvación que esta, se asió á ella, y, en efecto, como lo pensó lo hizó: pagó, jugó y perdió. Conocido el camino, le recorrió otra vez más, volviendo á jugar y á perder. Cuando la caja estuvo vacía, sintió un instante de angustia. De pronto se serenó: tenía en sus manos el remedio á tantos males: las faltas del honor se pagan con la vida. Por aquí debió de haber empezado; pero, la verdad, el suicidio, esa idea que acompaña á todos los desesperados, no se le había ocurrido hasta aquel momento.

Resuelto á quitarse la vida, se dirigió á las afueras del pueblo. De repente le asaltó una idea, se detuvo, retrocedió hasta el cuartel, donde permaneció largo rato hablando con unos y con otros, y, ya bien entrada la noche, se retiró á su casa.

—¡Pepón!

—¿Qué manda el señorito?

—¡A ver! Mi capote, mis polainas, el revólver. ¿Está cargado el revólver?

—No, señorito.

—Pues trae las cápsulas.

—Aquí están.

—Ponte en traje de marcha y espera mis órdenes. . . .

. . . . .

. . . . .

Al día siguiente se supo en el pueblo que el capitán Martínez, al frente de su compañía, se había sublevado llevándose los fondos de la caja del regimiento. Fuerzas de infantería y de caballería salieron en su persecución; pero, quizá porque anduvo listo ó porque no quisieron prenderle, las tropas volvieron al pueblo con sólo dos soldados prisioneros: uno de ellos Pepón.

¡Desventurado Pepón!

Mientras se formó el Consejo de guerra que le sentenció á muerte y llegó la hora de cumplir la sentencia, el infeliz, llorando á lágrima viva, protestaba de su inocencia en su dulce acento gallego.

¿Por qué le fusilaban? Él había cumplido con su deber. La ordenanza lo dice: el soldado no tiene otra voluntad que la de sus jefes. Le mandaron y obedeció. ¡Qué sabía él dónde iba ni de lo que se trataba! «—Ponte en traje de marcha,» le dijeron. Y se vistió en traje de marcha. «—Ven á incorporarte á tu compañía.» Y fué. Luego formaron, el capitán se puso al frente y echaron á andar. Hasta que no pasó la noche (llevaban ya tres leguas largas de camino) su amo no le dijo que se había sublevado. Entonces se le apretó el corazón y quiso volver atrás; pero no pudo, porque le amenazaron con dispararle un tiro por la espalda. Como no quedaba otro remedio, siguió á remolque, de mala gana, rezagándose todo lo posible. ¡Y era el señorito quién le metía en tales trotes! ¡Así le pagaba cinco años de servicio y el afecto que le tenía! ¡Y ahora se burlaban de sus lágrimas, llamándole cobarde! Pues bien, sí: lloraba de miedo, porque su madre... y Benita... y sus cinco hermanos... ¡Y les había de perder cuando sólo faltaban dos meses para abrazarles! ¡Buena boda le esperaba! ¡Vaya un modo de apadrinarle el señorito!

Hasta el momento terrible de la ejecución, Pepón siguió barajando en voz alta estas ideas, entrecortadas por el hipo de los sollozos y cortadas al fin por la muerte. En tanto su anciana madre contaba por los dedos los días que faltaban para abrazar á su hijo.

Trajes para niños

***

En el destierro, el capitán Martínez, ostentando el grado de general, tomó parte activa en los trabajos del partido político por cuyos ideales se sublevó con la compañía de su mando: hizo varios viajes á la frontera, excitó á la rebelión á sus antiguos compañeros de armas, apareció y desapareció en varios puntos y firmó manifiestos dirigidos AL PAÍS, Á LA NACIÓN.

Dos años después de *su hazaña* triunfaron *los suyos*, y lo que hasta allí había sido un título irrisorio se convirtió en realidad dentro del escalafón del ejército: cobró sus atrasos de general, le eligieron diputado, fué ministro y...

No todos los héroes han de acabar en presidio.

VICENTE COLORADO

CUMBRES

MILTON

Sentado en vetusto sillón, respirando las bocanadas de aires puros que vienen de los próximos campos, inmóvil porque está atacado de la misteriosa parálisis producida por el éxtasis,

Digitized by Google

DE VUELTA DE LA FIESTA (cuadro de Nicolás Cannicci)

Digitized by Google

EL PRÍNCIPE REAL DE DINAMARCA Y SU FAMILIA

LAS VIOLETAS

Digitized by Google

viejo por los años, decrépito por los sufrimientos, el ciego sublime dicta con voz solemne á una mujer estas palabras: «La noche se adelantaba tranquila, y un apacible crepúsculo envolvía los objetos en sus uniformes tinieblas. Las aves del cielo descansaban en sus nidos, los animales de la tierra en sus guaridas. Todo callaba, menos el ruiseñor, amante de la sombra, que llenaba la noche con sus quejas, embeleso del silencio... Adán y Eva se retiran al albergue nupcial después de ofrecer sus preces al Eterno. Penetran en la oscuridad de la espesura, y tiéndense sobre un lecho de flores...»

Los rayos del sol avaro é intermitente de Londres mienten alrededor de la frente del anciano poeta ese nimbo luminoso que orla las cabezas de los santos y el disco de los astros.

Y los versos cadenciosos revolotean, gorjeando, desde su cerebro á sus labios; y las ideas profundas desfilan por su alma, como las estrellas por el horizonte, en piñas resplandecientes; y su fantasía se resuelve en tropos brillantes, como el cohete en luces de bengala.

Increible parece que aquellos labios marchitos y temblones sepan balbucir frases primaverales; increible parece que aquella frente vieja y arrugada tenga meditaciones infantiles; increible parece que aquella cabeza decrépita irradie ideas jóvenes y pensamientos niños.

Y es más vivo y más sorprendente y más violento el contraste, sabiendo que aquel anciano había sido el testigo y el cronista de un gran drama político y social; sabiendo que su único amigo había sido un soldado, aleación de osadías inauditas y brutales crueldades, que necesitó para hacerse ver de las muchedumbres la antorcha del incendio y el prestigio de la matanza, porque, raquítico de genio y enano de corazón, fuéle preciso encaramarse en los hombros del cadáver de un rey; sabiendo que sólo él había tenido entrada en el alma tenebrosa del regicida, recogiendo allí dentro y al oído las confidencias sigilosas del crimen, asistiendo al proceso formidable de las ambiciones sin freno, á la monstruosa florescencia de los rencores, á la trágica gestación de esas audacias inmensas que hacen astillas un trono, ensangrientan una época y empujan todo un pueblo; sabiendo, en fin, que tenía en su alma el sedimento amargo de las catástrofes, ese limo de las revoluciones hecho de aristocracias mutiladas, de amputados despotismos, de instituciones corrompidas... estiércol de la historia, con que algunos siglos abonan la tierra para que broten luego las ideas grandes, los pueblos libres, las igualdades benditas, ¡toda esa flora santa y luminosa de la democracia!

Pero aunque la existencia de aquel hombre había experimentado enérgicas agitaciones, aunque su alma y su epoca habían sufrido terribles vaivenes (porque también el alma y la historia tienen sus terremotos), aunque tuvo por maestra y hermana la desdicha, esa sabia desconsoladora que sólo enseña ciencias tristes en lecciones amargas; aquel hombre había conservado en no sé qué paraje de su ser... ¡quizá en aquel lado del espíritu donde hay más tropeles de sombras augustas!... su fe de niño, las creencias religiosas que aprendiera en la cuna cuando las madres nos inciensan con su aliento y nos dan á comulgar sus misticismos de mujer y nos rezan al oído su alma entera!

Y aquel religioso sedimento de su niñez, hecho de oraciones sencillas, de infantiles candores, de pueriles creencias, de poéticos mitos, de niñerías santas, flotó un día, cuando los dolores habían removido todo su ser; y el pobre náufrago se agarró á aquellas astillas de sándalo y á aquellos tallos de rosa... ¡Siempre el pájaro revolotea gozoso en torno del árbol de cuyas ramas pendió su nido y entre cuyas hojas tartamudeó sus primeros himnos al sol!

Aquel hombre es Milton.

Él arrancó del edén moiseno las dos simbólicas figuras, fundiólas al calor de su genio para acuñarlas de nuevo, y ofreciólas al mundo vaciadas en el troquel de su fantasía.

Bastóle empapar en su imaginación unas cuantas páginas del *Génesis* para teñir con los colores del genio todo un libro: él, de cada versículo rígido y petrificado, segundo Moisés, hizo brotar chorros de poesía; él, sobre la augusta aridez mosaica, derramó una primavera de ideas.

Y de ese modo, la figura de Adán, relegada á la tradición; incrustada, como el fósil en la capa geológica, en el dogma; apenas conocida fuera del niño cristiano y del historiador sacro; ofrecióse de repente al mundo entero, porque la mano del gran poeta inglés señaló hacia ella... y ya se sabe que la humanidad mira hacia donde el genio señala.

Desde entonces, el Adán hebraico, engrandecido por la fantasía del sublime ciego de Londres, y el paraíso bíblico, puesto en verso por la musa soberana del confidente de Cromwell, mostráronse á todos los ojos y á todas las almas.

La máxima fría, la ley árida, el precepto rígido, pueden ser olvidados; pero si el poeta los desliza en un espíritu entre los arrullos de una estrofa, entonces el precepto, la ley, la máxima, se prenden á la memoria con las suaves pero eternas raíces de sus rimas.

El poeta fué encargado por Dios de decir las cosas á los hombres de modo que las escuchen, las entiendan, las recuerden y las bendigan.

Kant explica el alma desde su cátedra de Kœnisberg, y sólo le oyen unos cuantos alemanes meditabundos, y sólo le comprenden tres ó cuatro filósofos maniáticos.

Gœthe explica el alma desde las páginas del *Fausto*, y le escucha y le entiende la humanidad entera.

La historia dice que existió el Cid.

Y ¡qué sabría el mundo, de él, sin el *Romancero!*

¡Ah! Lo que á veces no logra el revelador con sus parábolas, y el legislador con sus códigos, y el sacerdote con sus preceptos, lo consigue el poeta con sus cantos. Y es que la poesía, impalpable, aérea, incorpórea, va y viene de alma á alma y de pueblo á pueblo como el polen de las palmeras. Es que el verso, espiritual, vapóreo, alado, se posa en todos los oídos y canta allí sus misteriosas trovas, porque sabe que dentro le está escuchando la eterna novia de lo bello... ¡el alma!

GONZALO DE CASTRO

BIBLIOGRAFIA

Colecció de monografías de Catalunya, anotadas per *Joseph Reig y Vilardell*, ab un prólech de *D. Joseph Coroleu*. Edició ilustrada. – Barcelona, 1890.

Forma el primer tomo de una serie de monografías por orden alfabético, cuyo conjunto constituirá un diccionario geográfico de Cataluña. Cada artículo contiene la clasificación del lugar, sus medios de comunicación, población, producciones, monumentos, historia, biografía y *folk-lore*, por manera que resulta un modelo en su género. Agréguese á esto que las descripciones están hechas en vista de la inspección ocular ó de datos particulares inéditos, y se tendrá idea de la grandísima importancia de esta obra, que añade un capítulo más al admirable cuadro del renacimiento catalán.

La obra, magníficamente impresa, va adornada con numerosos grabados, según fotografías ó dibujos del natural, y comienza con un precioso prólogo del Sr. Coroleu, en que este reputadísimo historiador derrama á manos llenas sus originales cuanto profundas reflexiones sobre diversos puntos que vienen muy al caso y hacen de aquellas páginas la más oportuna introducción al concienzudo trabajo del Sr. Reig y Vilardell.

ALFREDO OPISSO

NUESTROS GRABADOS

CASTO PLASENCIA

Dibujo de P. y Valor

Honda consternación causó en el ánimo de todos los amantes del arte español la pérdida del pintor eminente arrebatado á la vida cuando todo hacía presagiar el porvenir más envidiable para el malogrado artista.

Casto Plasencia nació en Cañizar, pequeño pueblo de la provincia de Guadalajara, el año 1846. Era de carácter franco, entusiasta y dispuesto á todo lo bueno y bello.

En 1866 ingresó en la Escuela especial de pintura de esta corte, y en 1874 ganó por oposición la plaza de pensionado en la Escuela de Bellas Artes que España acababa de fundar en Roma.

Desde allí mandó, en cumplimiento de las disposiciones reglamentarias, algunos trabajos que llamaron la atención de los inteligentes y valieron alguna celebridad al joven artista. Pero la obra que reveló por completo su genio fué la que envió á la Exposición de 1878 y que representaba el *Origen de la República Romana*.

Este cuadro, muy admirado, le valió una medalla de tercera clase, y más tarde, en la Exposición Universal de París, obtuvo medalla de bronce.

Otra de sus obras notables de esta época es el cuadro de *San Sebastián saliendo de las Catacumbas*.

Terminados sus compromisos y sus estudios en Roma, Plasencia, después de residir una breve temporada en París, se estableció en Madrid, donde recibió numerosos encargos.

Entre sus obras de esta época, merecen citarse los retratos del rey D. Alfonso XII y de la reina D.ª Mercedes, que se hallan en el Ministerio de Estado; y el de Bravo Murillo, que forma parte de la galería del Congreso de los Diputados.

Dos edificios se levantan en Madrid que reflejan como ninguno el estado de la pintura moderna en España: el templo de San Francisco el Grande y el palacio de los marqueses de Linares en la calle de Alcalá. En los dos ha dejado huellas de su genio Casto Plasencia.

La capilla de la orden de Carlos III, pintada por él, es una de las maravillas de la iglesia de San Francisco el Grande. Plasencia concebía como pocos la pintura alegórica, y la ejecutaba con riqueza de colorido y exuberancia de vigor.

En el palacio de los marqueses de Linares ha dejado Plasencia las figuras alegóricas de la agricultura y de la industria.

Hace unos cuantos años, en cuanto llegaba el buen tiempo, se iba para descansar de sus faenas á un risueño valle de Asturias, donde se había propuesto, y lo iba consiguiendo, formar una colonia artística.

Allí pintó sus alabados cuadros *El Mentidero*, una escena deliciosa en la fuente de una aldea, y *Las lavanderas*, que trajo el otoño pasado.

Cuando la cruel enfermedad que le ha causado la muerte le postró, pintaba una alegoría de la noche.

Entusiasta por el arte, Plasencia había sido uno de los fundadores del Círculo de Bellas Artes, y allí se le veía con frecuencia, prefiriendo aquel rincón, donde departía con sus amigos, á los salones del gran mundo, que se lo disputaban.

Fué uno de los iniciadores de la gira á la Florida, y en preparalla se ocupaba cuando cayó enfermo.

Era también jurado de la sección de pintura del Certamen de Bellas Artes que ahora se celebra.

El eminente artista ocupaba en el pasaje de la Alhambra uno de los mejores estudios de Madrid, adornado con primorosas obras de arte, entre las que descollaban muchos recuerdos de Roma y los estudios para la capilla de Carlos III.

EL ARTE ESPAÑOL

EN LAS LAGUNAS DE VENECIA

Cuadro de Sánchez Barbudo

Pocos asuntos hay que ejerzan tanta atracción en el ánimo de los pintores como Venecia, siendo innumerables las obras inspiradas en aquella incomparable ciudad. Nuestro Sánchez Barbudo, que es uno de los pintores españoles más apreciados en Europa, ha pagado también su tributo á la fascinación ejercida por la Reina del Adriático, no cabiendo hacer mejor que lo que se ve en ese hermoso cuadro.

LAS FIESTAS DE SAN ISIDRO: MISA DE CAMPAÑA

Dibujo de M. Picolo

(Véase la revista de *Madrid* por Kasabal).

EL ARTE ITALIANO

REGRESO DE LAS CARRERAS, *cuadro de Mancini*.—DE VUELTA DE LA FIESTA, *de Cannicci*

El *Desfile* pintado por Mancini es una página familiar á cuantos tenemos el honor de habitar en ciudades que cuentan con *hipódromos*. Es un espectáculo muy filosófico y *sui generis*, poco á propósito, sin embargo, para ayudar á resolver la cuestión social.

Enteramente opuesto al cuadro anterior, glorificación de la pornocracia, la plutocracia y la hematocianocracia (con esta bárbara palabra pretendo significar la aristocracia de sangre azul), es el bello lienzo de Cannicci, pintor toscano. Este artista se ha inspirado en el sentimiento de los humildes y le ha salido un cuadro lleno de *unidad moral*, algo formalote, pero muy sentido y agradable, con dejos religiosos y campesinos que subrayan perfectamente el asunto.

Digitized by Google

EL PRÍNCIPE REAL DE DINAMARCA Y SU FAMILIA

El príncipe heredero de aquel famoso reino que cuenta entre sus reyes al padre de Hamlet, tiene cuatro varones y tres niñas, llamados respectivamente Cristián (naturalmente), Carlos, Haroldo, Gustavo, Luisa, Ingeburga y Thyra. Sábese que todos ellos son intrépidos jugadores de *cricket* y *lawn-tennis*. Los varones son soldados ó marineros, según costumbre de las casas reinantes.

LAS VIOLETAS

Bonito tipo de florista (especialidad en violetas). La pobre niña no espera á que vayan á comprarle su deliciosa mercancía, sino que va á repartirla á domicilio entre sus parroquianos. Ya se comprenderá que el asunto se presta á una poesía muy elegantita; pero, no siendo este mi fuerte; hago punto aquí.

mar, y á fe que daría cinco libras de mi bolsillo para que pudiese ser cierto.

Y después de una pausa añadió:

—¿Por qué habéis arrojado la botella buena? Esto ha sido inútil.

—David,—díjome después, echándome una llave;—anda á sacar otra, que también el señor Riach beberá un trago.

Los dos hombres tomaron asiento, y, mientras bebían, el asesino se incorporó y mirónos fijamente á ellos y á mí.

Aquella era la primera noche que prestaba mis servicios, y me bastó el día siguiente para aprender á desempeñarlos: debía preparar la comida para el capitán á horas regulares, permaneciendo con el oficial de guardia; á cada instante érame preciso correr de un lado á otro para dar de beber á quien lo pidiese; y por la noche dormía en la cubierta sobre una manta. La cama era fría y dura, y además no podía dormir nunca sin que me despertaran, pues siempre llegaba alguien á pedir un trago. No me explico cómo aquellos hombres podían conservar la salud, ni tampoco sé cómo no la perdí yo mismo.

Por lo demás, mi servicio no era muy fatigoso, pero no dejé de mostrarme algo torpe al principio, pues me caía algunas veces con lo que llevaba en las manos. El capitán y el señor Riach, no obstante, eran muy pacientes; lo cual me hizo pensar que trataban de ponerse bien con su conciencia y que no hubieran sido tan buenos para mí si no hubiesen sido tan malos para con Ransome.

En cuanto á Shuan, la bebida ó su crimen, ó tal vez ambas cosas, habían perturbado su espíritu, y no puedo decir que nunca le viera en su sano juicio. Erale, al parecer, imposible acostumbrarse á mi presencia; mirábame á veces con expresión de terror; y en más de una ocasión retiróse cuando yo me acercaba á él. Pronto me convencí de que no tenía clara idea de lo que habia hecho, y al segundo día de prestar mis servicios adquirí la prueba. Estábamos solos y después de haberme mirado largo tiempo palideció como un difunto y se me acercó con grande espanto mío; pero no había razón para temer.

—¿No estabas aquí antes, muchacho?—me preguntó.

—No, señor,—contesté.

—Aquí había otro chico,—repuso;—¿no es así?

—Sí, señor.

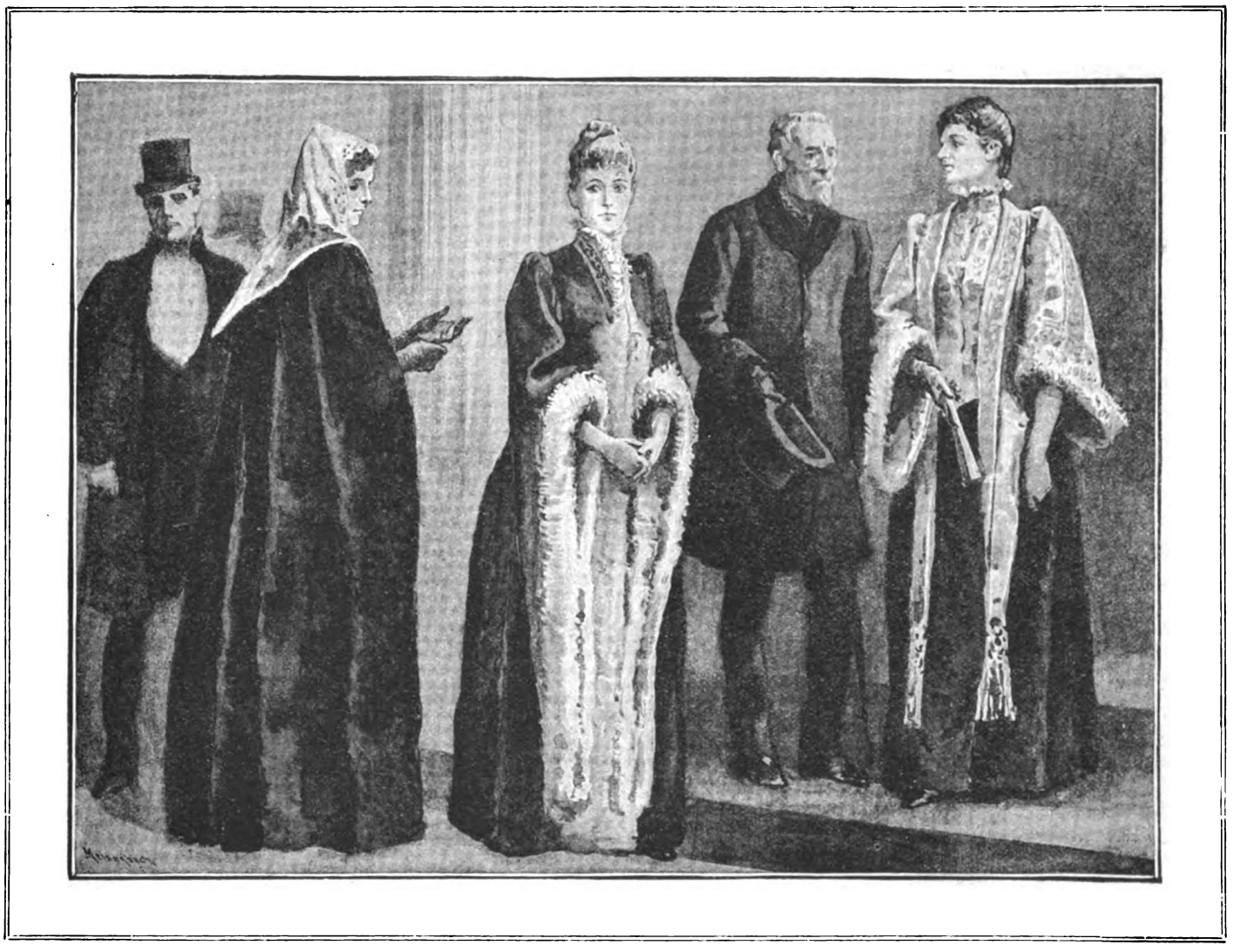
—¡Ah! ¡Ya me lo figuraba!—exclamó.

Y fué á sentarse en un rincón sin pronunciar una palabra más, como no fuera para pedir aguardiente.

Podrá parecer extraño, mas á pesar del horror que me inspiraba aquel hombre, le compadecí. Era casado, y su mujer vivía en Leit; pero no recuerdo si tenía familia.

Mi género de vida no era entonces muy cansado, pero, según se verá, duró poco tiempo. Comía tan bien como el primero; se me daba mi parte de bebida, y hubiera podido embriagarme como el Sr. Shuan. No me faltaba tampoco buena compañía: el Sr. Riach me trataba con bondad en sus buenos ratos, y dióme á conocer muchos hechos no poco curiosos; y hasta el capitán parecía tomarme cariño y hablábame de los países qne había visitado.

La sombra del pobre Ransome pareció estar presente para todos nosotros, pero sobre todo para Shuan y yo. Otra cosa inquietaba además, mi espíritu: servía á tres hombres que me inspiraban repugnancia más bien que otra cosa, y uno de los cuales, por lo menos, merecía ser ahorcado. Esto en cuanto al presente, y por lo que hace al futuro veíame ya entre negros y



Fashions

NO PINTARSE

Soy dama y nunca compongo
con coloretes mi faz;
uso el *jabón* eficaz
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN

—¡Ah!—exclamó Riach con acento de enojo. —Debíais haber intervenido antes: ahora ya es tarde.

—Señor Riach,—repuso el capitán,—lo que ha sucedido aquí esta noche no se debe saber en Dysart: se dirá que el grumete se cayó al

Digitized by Google

esclavo como ellos. Tal vez Riach me prohibía por prudencia decirle una palabra más sobre mi historia; el capitán me rechazaba como un perro cuando decía alguna palabra para franquearme con él; los días pasaban rápidamente, con la tristeza en mi corazón; y sólo me distraía el trabajo porque con él no pensaba en otra cosa.

CAPITULO IX

EL HOMBRE DEL CINTURÓN DE ORO

Durante más de una semana la navegación continuó con más dificultades y tropiezos que antes. Había días en que el *Covenant* avanzaba muy poco, y otras veces érale preciso retroceder. Al fin fuimos impelidos tan lejos hacia el sur, que durante el noveno día fué preciso virar continuamente á la vista del cabo Wrath y de la pedregosa costa que se despliega á ambos lados. Con este motivo celebróse consejo de oficiales, y se tomó un acuerdo que yo no comprendí bien: sólo supe que se había tomado por viento favorable el que era contrario, y que corríamos hacia el sur.

En la tarde del décimo día reinó una niebla tan espesa y húmeda que no se veía la popa del buque desde la proa. Toda la noche estuve en la cubierta, y pude ver á los oficiales y marineros que escuchaban con la mayor atención, por temor á acercarse á los arrecifes. Yo no comprendía este término, mas á pesar de ello presentía el peligro y estaba muy excitado.

A eso de las diez de la noche, cuando servía la cena á Riach y al capitán, el buque chocó contra alguna cosa, produciendo sordo estruendo, y oímos varios gritos. Mis dos amos se pusieron al punto en pie.

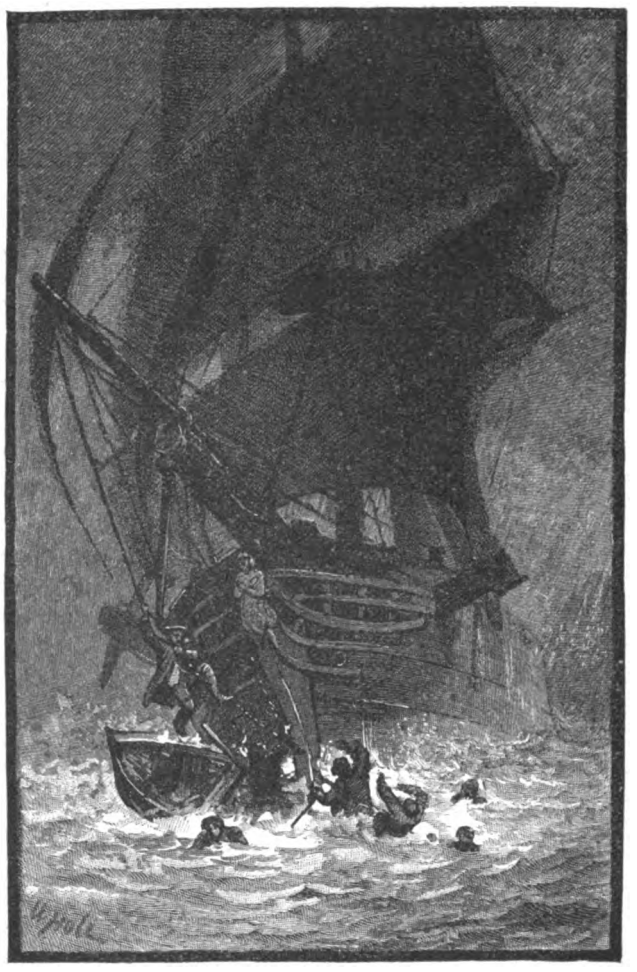
—Ha chocado.

—No,—replicó el capitán;—es que han pasado un bote por ojo.

Los dos salieron presurosos.

Hoseason tenía razón: en medio de la niebla el bergantín había chocado contra un bote, haciéndole zozobrar con toda su tripulación, excepto un hombre. Este individuo, según supe después, iba sentado en la popa como pasajero, mientras los otros estaban ocupados en la proa. En el momento del choque la popa se elevó en el aire, y el hombre, que tenía las manos libres, saltó y cogióse al bauprés del bergantín.

Para salvar así su vida en semejante apuro, era necesario que aquel hombre tuviese mucha agilidad, así como una fuerza nada común; y, sin embargo, cuando estuvo sobre cubierta y le



...saltó y cogióse al bauprés del bergantín.

miré mostrábase tan sereno como yo mismo.

Era un hombre de corta estatura, pero bien formado y enjuto como una cabra, de color muy oscuro, y el rostro señalado por la viruela; tenía los ojos muy brillantes, de expresión bondadosa y vivaz, y su mirada seducía á la vez que alarmaba. Cuando se quitó el gran casacón que llevaba, puso sobre la mesa un par de magníficas pistolas con incrustaciones de plata, y pude ver que de su cinto pendía una grande espada. Sus modales tenían cierta elegancia, y habló con el capitán cortesmente. Desde luego pensé que preferiría más bien ser amigo que enemigo de aquel hombre.

El capitán hacía también sus observaciones, pero fijábase en el traje del desconocido más que en su persona. No le faltaba razón para ello, pues apenas se hubo despojado aquél del casacón, su elegancia contrastó singularmente con el atavío de todos los que le rodeábamos. Llevaba un sombrero adornado con plumas, chupa encarnada, calzón de terciopelo negro y casaca azul con botones de plata, todo de la mejor calidad, pero algo deslucido por la humedad de la niebla.

—Siento mucho lo ocurrido,—dijo el capitán.

—Algunos hombres de bien se han ido al fondo del mar,—repuso el desconocido,—y os aseguro que preferiría mejor verlos en tierra firme que salvar una docena de botes.

—¿Eran amigos vuestros?—preguntó el capitán.

—Sí,—contestó el otro;—pero no como los que podríais tener en vuestro país, porque esos infelices hubieran dado por mí sus vidas.

—Está muy bien,—replicó Hoseason;—pero advertid que en el mundo hay más hombres que botes para embarcarlos.

—Eso es verdad,—replicó;—me parecéis hombre de mucha penetración.

—He estado en Francia,—repuso el capitán con un tono que parecía indicar más de lo que sus palabras expresaban.

—Lo mismo podrían decir otros muchos,—replicó el desconocido.

—Sin duda,—contestó Hoseason;—y algunos de ellos personas de cuenta.

—¡Cómo!—exclamó el extranjero poniendo rápidamente su mano sobre las pistolas.—¿Qué queréis decir con eso?

—Nada de arrebatos, caballero,—repuso el otro;—no hagáis ningún disparate inútil. Vestís la casaca militar francesa y habláis como un escocés; pero otros muchos se hallan en el mismo caso hoy día.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raiz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (estreñimiento), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS: Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

LA MÁSCARA DE BRONCE
por CARLOS MENDOZA
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
LA FUERZA DEL DESTINO
A. PEDROSO DE ARRIAZA
Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas.
Suscripción permanente
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371
BARCELONA

R. Molinas, Editor — BIBLIOTECA «LA FAMILIA:» — Cortes, 365 á 371

LOS BANDIDOS DEL GRAN MUNDO
POR MAURICIO DRACK

LOS GRANDES CRIMINALES
POR M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripcion pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 7 de junio de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 388

UN DIBUJO DE PLASENCIA

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Junio* (poesía), por Carlos Mendoza.—*La carta fúnebre* (continuación), por Enrique Sepúlveda.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Meditemos*, por A. Sánchez Pérez.—*La música* (poesía), por Luis Vía.—*En propia mano*, por Salvador Rueda.—*Combustión de los sólidos y líquidos*, por Iprac-Ordep.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Un dibujo de Plasencia.—Modas.—*El arte alemán*: Cariño maternal. Angélica.—Una conferencia sobre Shakespeare.—Barcelona: Las regatas organizadas por el «Real Club».—El maharadjá de Kaputala y el radjá de Binga.—Cerámica americana.—Tientsin (China).

MADRID

El tiempo y las fiestas.—Los bailes.—Las herederas de las manolas.—Blanco y negro.—La píldora.

Las fiestas de mayo les está pasando algo parecido á lo que le pasó á la famosa y desgraciada escuadra que armó Felipe II contra los ingleses: están siendo víctimas de los elementos. La lluvia aplazó repetidas veces la retreta, y el viento apagó sus luces cuando aprovechando una pasajera tregua de las nubes salió por fin á la calle; las regatas en el proceloso estanque del Retiro han luchado con un temporal deshecho; y los jockeys han vuelto del Hipódromo de la Castellana, todas las tardes en que se han celebrado carreras de caballos, empapados en agua, lo cual no ha debido ser del gusto de los grandes bebedores de cognac.

El alcalde Sr. Mellado, parodiando al fundador del Escorial, puede decir que él había ideado los festejos para regocijo de forasteros y distracción de madrileños, pero no para que fuesen juguete de los elementos.

Contra los que no han podido éstos nada, ha sido contra los bailes, y el de la plaza de la Cebada, el de los Mostenses y el del Teatro Real han resultado, cada uno en su esfera, verdaderamente brillantes.

El baile, como expresión de individual ó general regocijo, es tan antiguo como el hombre; y desde que David bailó delante del Arca santa hasta nuestros días, no ha habido victoria señalada, acontecimiento feliz ni suceso próspero que no se haya celebrado con danza.

Fiestas sin bailes apenas se conciben: la pavana, el minué, el rigodón y la popular jota van unidos á importantes sucesos históricos; los venerables patriarcas que se reunían so el árbol sagrado de Guernica para adoptar las disposiciones por que se regía el pueblo vasco, no terminaban su misión sin entregarse á los acompasados y graves movimientos del ceremonioso *aurresco*. Un rigodón oficial suele ser para los diplomáticos asunto tan arduo como la elaboración de un tratado internacional; y aunque muchos padres de la Iglesia y no pocos doctores, desde el cardenal Belarmino hasta el P. Claret, han declamado contra los bailes, no han logrado proscribirlos. En muchas cortes se ha bailado sobre un volcán: en Francia fueron famosos en tiempo de la Revolución Francesa los bailes de las víctimas; bailando en casa de Alcañices y en casa de Superunda, hicieron la oposición á la dinastía de Saboya las damas alfonsinas que tomaron parte tan activa en la restauración.

La Fronda fué una serie alternada de bailes y de batallas; los bailes en el convento de las Descalzas reales, á los cuales asistían los reyes y los príncipes de la casa de Austria, pintan una época; y donde la corte de Carlos IV y de María Luisa se presenta con todo su carácter es en los bailes célebres de la condesa duquesa de Benavente, una de las mujeres más notables de su época.

En los festejos de mayo ha habido bailes para todos los gustos: bailes populares al son de la dulzaina y del tamboril, bailes que se pueden llamar de rompe y rasga en los mercados, y baile de carácter más aristocrático en el Teatro Real.

Los bailes populares no tienen en Madrid el carácter que en las provincias de donde proceden: la muñeira, aun la que se baila en *La Virgen del Puerto*, todas las danzas de los cafés flamencos, tienen algo de teatral y carecen del relieve que les da el sabor local.

Los bailes en los mercados han tenido un carácter esencialmente madrileño. En la trasformación de los tiempos y en la modificación de las costumbres se ha perdido mucho del tipo de la antigua hija del pueblo de Madrid, de la que pintó Goya y sacó á escena D. Ramón de la Cruz, de la que fué heroína en las jornadas del Dos de Mayo y reinó como soberana absoluta desde el campillo de Manuela á Monteleón y desde el Barquillo á las Peñuelas, siendo las rivales casi siempre vencedoras de las madamas y madamiselas que se dejaban arrastrar por la corriente de las costumbres afrancesadas.

Ya apenas hay castañeras como las del famoso sainete, la casa de Tócame Roque y otras por el estilo han sido derribadas, y las romerías del Cristo de Rivas y de San Eugenio en el Pardo han llegado á una completa decadencia. Sin embargo, el tipo madrileño por excelencia no había desaparecido por completo y se conservaba en el fondo de los mercados, en el gremio numeroso de vendedoras, que comprende desde la carnicera bien acomodada á la que vocea los manojitos de garrafales ó la media docena de alcachofas.

La romería de San Andrés, la visita al Matadero en la mañana de Viernes Santo y la romería de la Virgen de la Paloma eran sus fiestas favoritas, en las que se lucía mucho del heredado donaire.

En política no tomaron nunca parte tan activa como sus compañeras las Damas de la Halle de París, que vemos mezcladas á todos los acontecimientos políticos de la Francia del presente siglo, representando un elemento conservador y liberal frente á los héroes de la guillotina y á los petroleros de los tiempos de la *Commune*. Las Damas de la Halle hicieron suscripciones para comprar cuna al rey de Roma y al *hijo del milagro*, eran recibidas en las Tullerías y ofrecieron ramos de flores á la duquesa de Berry y á la emperatriz Eugenia.

Las vendedoras de Madrid fueron á principios de siglo eminentemente antiafrancesadas, enemigas encarnizadas de Napoleón y de su hermano, y partidarias entusiastas de Fernando VII y de los infantes sus tíos y sus hermanos. Ellas cortaron los tirantes del coche preparado para conducir á los infantes á Bayona, y á los gritos de—¡Que nos los llevan! ¡Que nos los llevan!— iniciaron la famosa y heroica jornada.

Ellas contribuyeron á dar á Fernando el sobrenombre de *el Deseado*, y todavía se conserva en las caballerizas reales la célebre carroza de caoba en que la hermosa Pepa *la Naranjera* y otras compañeras suyas salieron con mitológicos atavíos á recibir, llenas de júbilo, á aquel rey que con tan negra ingratitud y tan bárbara crueldad correspondió al cariño y á los sacrificios del pueblo.

En las noches que siguieron á las jornadas del 54 y del 56 bailaron en las barricadas delante de los retratos de Espartero iluminados con farolillos de colores, y después de los infaustos sucesos de junio de 1866 hicieron muchos esfuerzos por librar de la muerte á los artilleros del cuartel de San Gil que tomaron parte en la sublevación.

Pero á esto había quedado reducida su intervención en los sucesos políticos, no habiendo salido, después de la Revolución de Setiembre, de su esfera privada.

Los bailes en los mercados de la plaza de la Cebada y de los Mostenses, que se han celebrado estos días, han hecho fijar la atención en las descendientes de las antiguas *manolas*, y se ha visto que no han perdido nada en gracia y donosura, y que á pesar de las costumbres nuevas, de los viajes veraniegos á San Sebastián y á Bayona, se conserva todavía la antigua raza de las madrileñas netas, devotas de la Virgen de la Paloma, más liberales que Riego, limpias como los chorros del oro, trabajadoras que no descansan desde que asoma el alba hasta que anochece, y rumbosas y desprendidas cuando llega una fiesta y sacan de la cómoda los trapitos de cristianar guardados entre olorosos membrillos, de las cajas de laca los pañolones de Manila, y de sus estuches las arracadas de diamantes ó los broquelillos de aljófar.

***

Así como los bailes en los mercados han sido los bailes populares por excelencia, el baile del Teatro Real, llamado *de blanco y negro*, ha sido el baile de la clase media.

Con muy buen acuerdo pensaron los iniciadores de esta fiesta en darle el carácter que ha tenido. En festejos costeados por el Municipio y por las corporaciones no era conveniente dar una preponderancia decisiva al elemento aristocrático: la aristocracia bastante se divierte en los bailes de los palacios de los grandes y de las embajadas que se celebran durante el invierno: en los festejos públicos era preciso proporcionar diversión á esa parte numerosa de la clase media que no frecuenta los salones ni va á los bailes públicos.

Lo de *negro y blanco*, que algunos periódicos demasiado aristocráticos han ridiculizado llamando al baile *el de medio luto*, ha sido una disposición acertada. Habría muchas señoras modestas que ante la idea de tener que hacerse un traje para asistir á un baile de sociedad hubieran renunciado á la fiesta. Pero ¿qué señora de la clase media no tiene un traje negro presentable que guarda para las grandes solemnidades? Y, en cuanto á las muchachas, lo más económico y lo más práctico es hacerles un traje blanco de muselina, lanilla ó cachemir, que se aprovecha luego para todo el verano. En blanco y negro se puede lucir desde lo más rico y ostentoso hasta lo más modesto. Ha habido, pues, un gran sentido práctico y un exacto conocimiento de la realidad en la organización del baile y esto ha contribuído á su éxito, dándole carácter de baile de la clase media, análogo al que tiene el baile que se celebra en el Círculo de la Unión Mercantil el sábado que precede al Domingo de Carnaval y al que tienen los bailes del casino en las capitales de provincia.

La sala del Teatro Real estaba muy bien dispuesta, dominando en el decorado las flores, que ahora tanto abundan y que llegan todos los días, en vagones, de Murcia, de Valencia y de Barcelona. Las damas de la aristocracia fueron á los palcos y se asomaron á ver el gran número de caras bonitas que había en la sala, y se rompió la monotonía del círculo estrecho y demasiado conocido de las personas del gran mundo que asisten á las fiestas del gran mundo y que forman las listas, por regla general invariables, que publican los periódicos en sus crónicas de salones.

La parte danzante ha sido de lo más notable de los festejos de mayo: para los de la primera quincena de junio hay en el programa algunos números muy interesantes, en los que se trata de unir la tradición y el progreso, como se une en el corazón con la esperanza el recuerdo.

Madrid ha salido con esto de su ordinaria monotonía, y ha echado, como vulgarmente se dice, una cana al aire, proporcionando al mismo tiempo motivos de diversión á los forasteros.

Entre los rumores de las fiestas se han discutido en el Congreso los presupuestos: la píldora de los gastos se ha dorado con esto; pero bien claro se ve que el país hace cada vez más esfuerzos para tragarla y que llegará algún día en que le será imposible pasarla si no la reducen de tamaño.

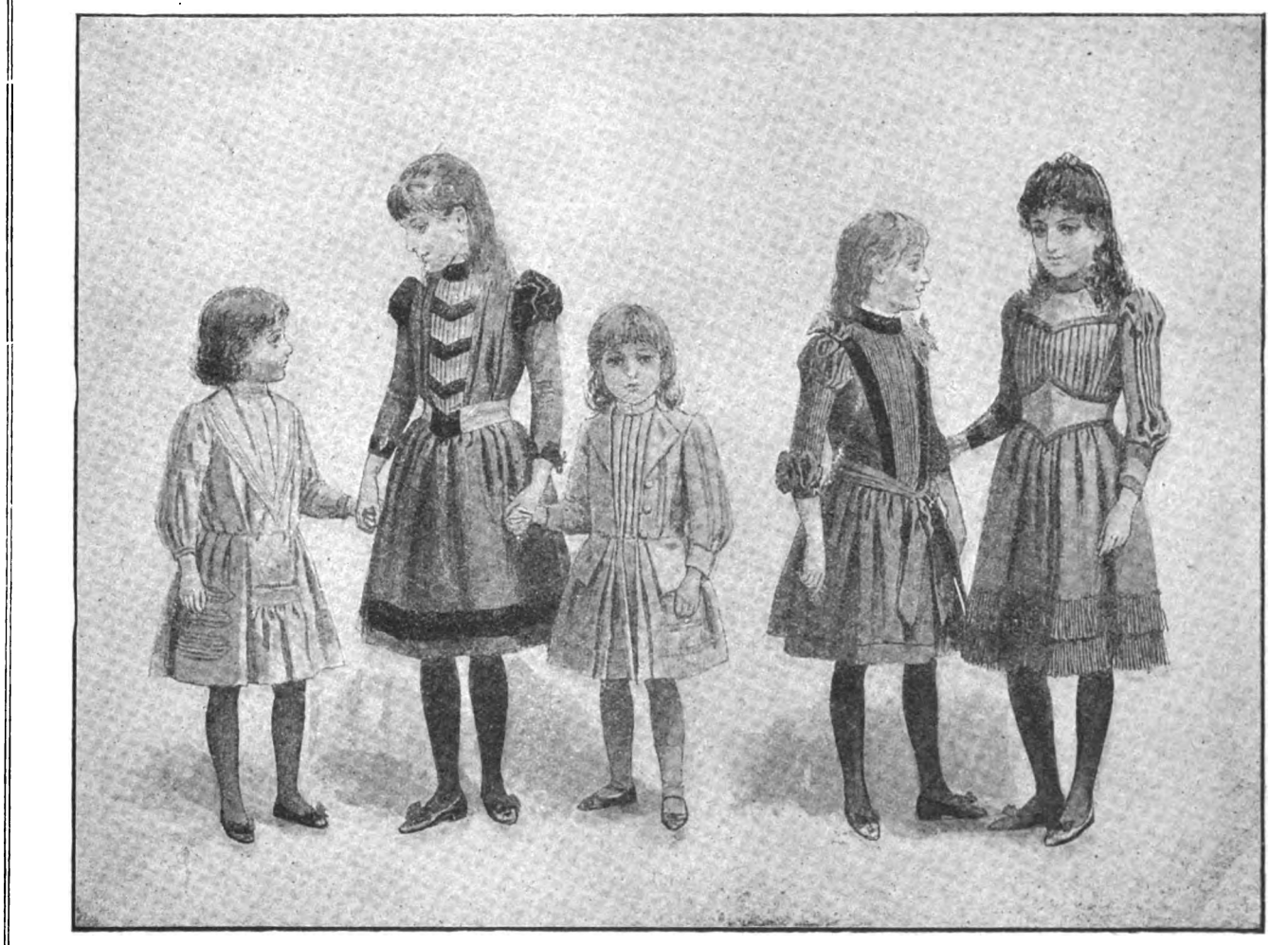
KASABAL

Digitized by Google

JUNIO

Mes que espera gozoso el prestamista
y que impaciente ansía el usurero:
precisa hacerse con algún dinero
á fin de darse tono de bañista.
El zapatero, el sastre y la modista,
que tomaban paciencia desde Enero,
con ímpetu terrible y porte fiero
quieren cobrar sus cuentas á la vista.
Es fiesta cada día en este mes
con Corpus, las verbenas y demás;
hacen su agosto fondas y cafés;
viajan los enfermos cual jamás;
mientras otros se quedan sin parnés
por culpa de una sota ó de algún as.

CARLOS MENDOZA



Trajes de niños

LA CARTA FUNEBRE

(CONTINUACIÓN)

El mes de agosto hacía la atmósfera irrespirable, y la luna llena esparcía su luz por el espacio.

La calle, que Augusto recorría á largos y no muy seguros pasos, estaba desierta.

De pronto, del quicio de una puerta inmediata á la morada del joven, salió un bulto negro cubierto y embozado en una larga y pardusca capa, y, cortando el paso al joven, puso en sus manos sin decir palabra una carta sellada con lacre negro.

—¿Quién sois?—dijo Augusto, á quien un estremecimiento involuntario agitó al ver el talante del desconocido.

Entonces el bulto negro se desembozó, y Augusto vió con terror, á favor de la luna, el fantástico contorno, las facciones descarnadas de un espectro en quien creyó ver á D. Alfonso de Aguilar.

—¡Maldito seas, infame Augusto!—dijo el fantasma señalando con su huesosa mano las dos heridas que ostentaba su pecho.

Y desapareció lentamente.

Augusto cayó al suelo asombrado, mas se repuso en breve, y trémulo de terror entró en su casa.

Una vez allí, abrió la carta, en la que leyó lo siguiente:

«Yo, D. Alfonso de Aguilar, vengo esta noche, por especial permisión de Dios, á decirte que dejarás de existir dentro de cuatro meses al cumplirse el año de mi muerte. ¡Maldito seas, infame Augusto!»

El joven no pudo conciliar el sueño aquella noche: las facciones del espectro no se apartaban de su mente, y su imaginación, exaltada por los vapores del vino, le hacía vislumbrar cosas horribles.

A la mañana siguiente, ya más despejado, creyó que todo aquello podía ser broma de algún compañero ó ilusión de sus sentidos. Serenóse un poco y dejó de ocuparse de la lúgubre escena.

A los dos días, mientras se levantaba de la cama, el soldado que servía á sus inmediatas órdenes trajo una carta para Augusto. Abrióla éste, y sin leerla miró la firma: era de Cristián. Desconoció Augusto la letra de su criado, pero sin fijarse en esto exclamó:

—¡Al fin!

En la carta del viejo criado decía que estaba en casa de una rica familia, que nada se había descubierto de lo acontecido, y que los funerales de D. Alfonso se distinguieron por su magnificencia, que Aurora había entrado en un convento y que él deseaba volver con su antiguo amo.

De nuevo asaltaron á Augusto siniestras dudas sobre la aparición del muerto. Sus continuas cavilaciones le hicieron contraer una enfermedad, y, apenas repuesto, pidió el retiro y marchó á Sevilla.

Entre unas cosas y otras trascurrieron dos meses.

VI

En Sevilla, la hermosa ciudad del cielo azul, de las mujeres bonitas y del amor, Augusto empezó de nuevo á disfrutar de su perdida tranquilidad. Y de nuevo también el amor le hizo fijarse en una linda niña de negros y rasgados ojos, alta, morena, bien formada: una andaluza perfecta, en cuyos ojos ardía todo el sol de aquel incomparable país. Se llamaba Clotilde.

Cuando la conoció Augusto, tornaba la joven de misa. Con su negro vestido estrecho, su zapato de galgas, su corpiño de seda (carcelero feliz de un cuerpo escultural), su mantilla de blonda y su alta peineta, aquella niña atraía las miradas de todos y se llevaba tras sí los corazones.

Augusto, con su simpatía irresistible, no tardó en ser admitido en la casa de Clotilde, y no faltó la noche del 30 de noviembre, cumpleaños de la encantadora beldad.

Hubo lucido sarao, y el joven pasó toda la velada al lado de su novia. Ya iba vencida la noche, cuando un criado entró en la sala y, llamando aparte á Augusto, le dijo:

ENRIQUE SEPÚLVEDA

(Se concluirá)

Digitized by Google

CARIÑO MATERNAL (cuadro de Sonderland)

Digitized by Google

UNA CONFERENCIA SOBRE SHAKESPEARE (dibujo de Yeats)

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

De la leche alimenticia.—Antropometría criminal.—Perrerías.—Desinfección barata

Según acaba de manifestar M. Duclaux, *de l' Institut*, en una conferencia dada en la *Asociación francesa para el adelantamiento de las ciencias*, la sola y única manera de poder contar con una leche pura y barata es apelando á la leche *condensada*. Hay muchos que abominaban de este producto, pero según M. Duclaux estaban en un error: la leche condensada es la gran leche.

En esta conferencia toca el distinguido académico algunos puntos muy interesantes. Nadie diría, por ejemplo, que en Francia se produjese más leche que vino, y, sin embargo, es así: por término medio la cosecha vinícola ascendía, antes de la filoxera, á unos 68 millones de hectólitros (hoy no excede de unos 30 ó 36); mientras que los cinco millones de vacas que hay en la vecina república dan 75 millones de hectólitros de leche. Y, sin embargo, la demanda resulta siempre muy superior á la oferta, lo que se explica por no ser la leche una mercancía como las otras, pues no puede conservarse, ni expedirse lejos, allí donde se necesita.

Esta inestabilidad de la leche depende de la prontitud con que se desarrollan en ella los microorganismos. Al cabo de una hora de haberse ordeñado una vaca, cada litro de leche contiene nueve millones de bacterias, y al cabo de veinticinco horas contiene sesenta y tres mil quinientos millones. Sabiendo que cada mil millones de bacterias pesan un miligramo, se comprenderá cuán poco influye su presencia en el aumento de peso; pero en cambio obran poderosísimamente sobre la leche en el concepto químico, haciéndola impropia para el consumo.

«Todo obstáculo comercial,—dice ahora monsieur Duclaux,—crea dos nuevas categorías de industriales: los que le explotan y los que procuran hacerle desaparecer. Los primeros se han dicho, probablemente sin reflexionar mucho: —No podemos dar al público toda la leche que pide. Pues no se diga por eso: vamos á hacerla con agua. Quizás el bueno del público se quejará, pero le conocemos perfectamente: ya se acostumbrará; y cuando más adelante le propondremos venderle mucho más cara la leche que le procuraremos como pura, lo aceptará, sancionando así indirectamente el bautismo que autoritariamente hemos impuesto á la leche ordinaria. Nos contentaremos con acariciar esa imaginación ofreciéndole nuestra *leche pura* en elegantes frascos, con sistemas de cierre complicados é inéditos.—El cálculo podía parecer atrevido, pero ha resultado exacto, y así es cómo los pobres parisienses pagamos de 80 céntimos á 1 franco el litro de leche que sólo le es pagado de 15 á 20 céntimos al productor; porque no es preciso decir que, como sucede siempre, en semejante caso los intermediarios son los que se aprovechan del aumento de valor.»

Otros industriales, en vez de acudir al bombo de los frasquitos á franco, con agua, han ideado *conservar* la leche añadiéndole carbonato de sosa, que retarda la coagulación y obra como una excelente *lejía* en las vías digestivas sin que el paciente sospeche tales cuidados de limpieza interior. Una cosa de bueno tiene el empleo del carbonato de sosa, y es que el lechero puede prescindir en absoluto de toda limpieza en cuanto á sí, evitándose, por lo tanto, la molestia de tener bien limpio el establo, bien limpias las manos, bien limpias las ubres y bien limpios los recipientes; con cuya limpieza total la leche se conservaría tan pura como con la adición de la lejía que se ha dicho.

Se ha ensayado tambien el procedimiento de congelar la leche para conservarla, pero es procedimiento poco práctico y muy peligroso.

Una causa poderosa de envenenamientos es el consumo de cremas y quesos frescos fabricados con los sobrantes de leche no vendida en las grandes ciudades; siendo, por su parte, las leches de mala calidad, ó procedentes de determinados establecimientos, terrible vehículo por el que se propagan las tifóideas, la escarlatina, el crup, la difteria y otras enfermedades debidas á gérmenes morbíficos. Y ¿qué diremos de la tuberculosis, cuando resulta que de cada cien vacas sacrificadas en los mataderos hay siempre una, dos ó tres afectadas de aquella enfermedad? Lo que hay (digámoslo todo) es que haciendo hervir dicha leche parece que pierde sus cualidades nocivas; pero que la leche de una vaca tísica propaga la tisis si se bebe en estado natural, es cosa, por desgracia, harto experimentada.

En vista, pues, de todos esos inconvenientes, cree M. Duclaux que lo mejor es hacer uso de la leche condensada, pues con la previa ebullición y evaporación quedan destruídos todos los microbios, y sólo es necesario echarle agua para que recobre todas las cualidades de leche natural, excepto el gusto, pues sabe un poco á leche cocida.

El mejor final que podamos ponerle á lo que dejamos dicho, es la noticia de que acaban de tomarse recientemente las más severas medidas contra los falsificadores de sustancias alimenticias y los vendedores de comestibles nocivos á la salud. Las multas serán desde ahora de 1,200 pesetas, reemplazables por un arresto de tres meses; y en caso de reincidencia serán dobles, con interdicción de los derechos civiles y políticos.

Esto, en Rusia.

*
* *

Bata te Traje de casa Traje de noche

En estos tiempos de Higinias, Claudias, *Justinas*, etc., etc., no deja de ofrecer cierto interés un *Estudio antropométrico sobre las antiverticales y las ladronas* que acaba de publicar la antropóloga rusa Sra. Paulina Tarnowsky.

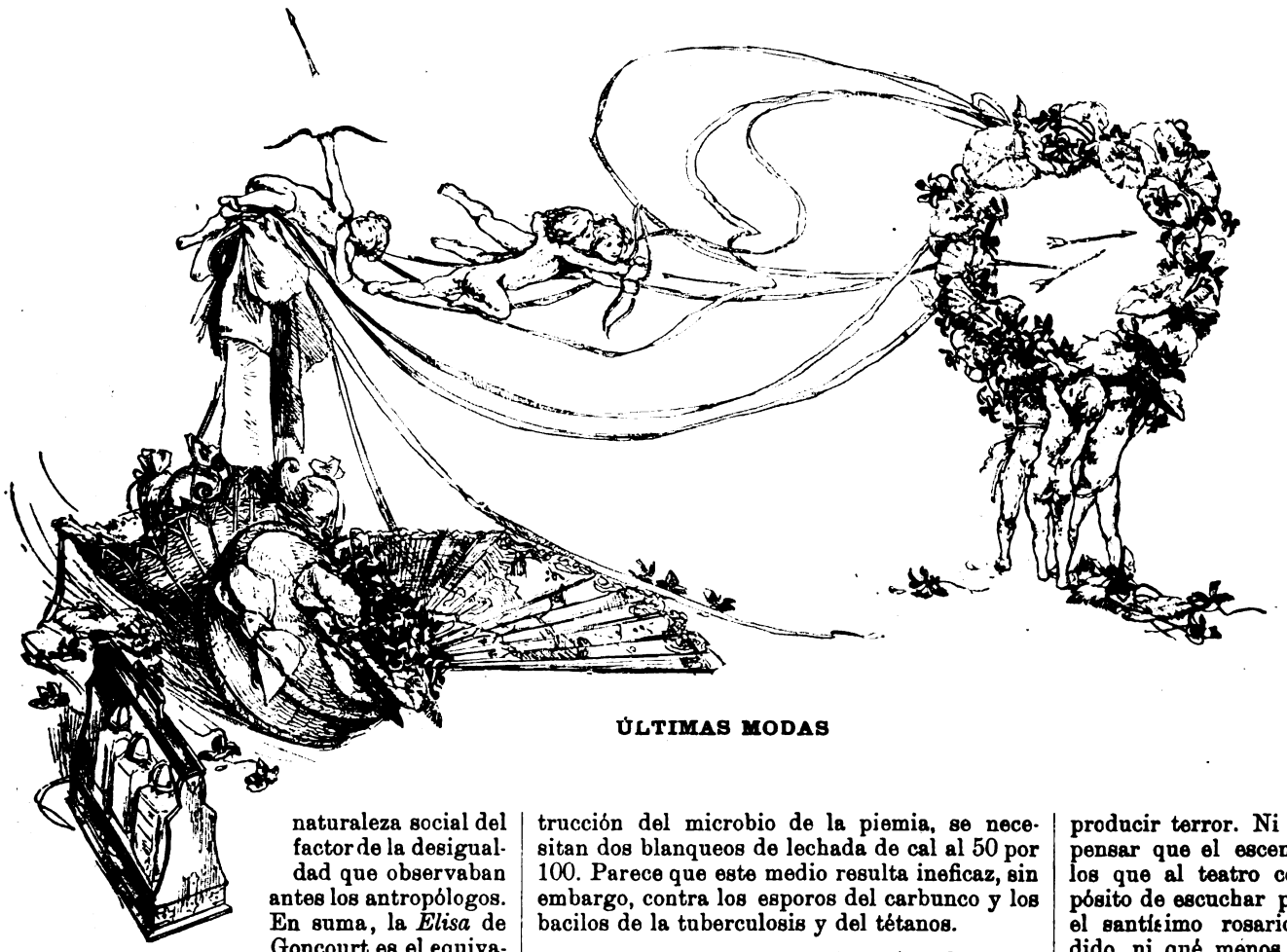
Había sido siempre un problema de difícil resolución la diferencia observada entre la criminalidad hombruna y la femenil, á pesar de presentar ambos sexos igual proporción de individuos degenerados (ya se sabe que la degeneración es el gran factor del crimen); pero ya se ha averiguado ahora en qué consiste tal diferencia, y es que el equivalente de los crímenes de menos cometidos por las hijas de Eva debe buscarse en el horizontalismo. Así la ecuación resulta exacta. El hombre, por no trabajar, roba: la mujer, para no tener que fatigarse con una ocupación persistente y regular, se convierte en vengadora. Entiéndese, por supuesto, que se habla aquí no de las heroínas por fuerza ó *per accidens*, si no de las que dan que hacer á la *higiene* por vocación, hasta reincidir fatalmente si se las aparta de su camino.

Las ladronas y las otras difieren por completo, presentando las segundas numerosos y profundos signos de degeneración que las hacen absolutamente semejantes á los criminales varones. Estos signos son físicos y psíquicos. Signos físicos: deformaciones de la cabeza y

Digitized by Google

anomalías del cráneo, del rostro y de las orejas, con defectuosidades de los dientes. Signos psíquicos: debilidad intelectual, ausencia del sentido moral, ambos más ó menos graduados. La Sra. Tarnowsky divide en cuatro grupos á sus Citereas, encontrando como principales factores de cada uno la herencia alcohólica, la tuberculosa, la frenopática y la degeneración física.

Las ladronas, aunque presentan signos físicos y morales peculiares, se apartan menos, sin embargo, del tipo honrado. La herencia es menos influyente, no son estériles tan á menudo, tienen más amor propio, más viveza de espíritu y son menos holgazanas. Resulta, pues, que hay entre ambas series la misma diferencia que entre los criminales y los ladrones. Así aparece, pues, la



ÚLTIMAS MODAS

naturaleza social del factor de la desigualdad que observaban antes los antropólogos. En suma, la *Elisa* de Goncourt es el equivalente de Troppmann.

***

Echemos ahora un rato á perros. Sépase, pues:

1.º Que habiendo preguntado recientemente un señor diputado, en la Cámara de los Comunes, qué tal resultado había dado el *abozalamiento* obligatorio de los canes londinenses, ha podido enterarse de que desde que se sigue este sistema el número de casos de rabia ha bajado de 133 á 81 y luego á 39, datos que merecen ser comparados, en cuanto á su eficacia, con los que arrojan las estadísticas de las vacunaciones.

2.º Según acaban de manifestar MM. Roux y Nocard, un perro rabioso puede inocular su enfermedad, mordiendo ó lamiendo, antes de que el animal presente síntomas rábicos, pues la baba puede ser virulenta *tres días antes* de observarse nada sospechoso en el perro, siendo de creer, no obstante, que dicha precocidad es mucho mayor de dichos tres días.

***

Acaba de descubrirse un preciosísimo desinfectante que llenará, sin duda, de satisfacción á los *calígrafos* del Llano de la Boquería: tal es la lechada de cal. No hay nada como la *kapankalá*, nada como el enjabelgamiento científico, para acabar con todas las millonadas de microbios que infestan las habitaciones de los tíficos, coléricos y piémicos. Felicitamos á los enjabelgadores andaluces, porque ellos se anticiparon á los sabios modernos en la resolución del arduo problema de matar microorganismos.

Los usos de la lechada de cal son varios: empléase en la desinfección de las evacuaciones de los tíficos, coléricos y disentéricos, y, como decíamos, en el blanqueo de las paredes de las habitaciones en que ha habido enfermos de dicha clase. Para desinfectar las paredes contaminadas por los microbios del tifus y del cólera, basta un simple enjabelgamiento en la proporción de 50 por 100 en el primer caso y 20 por 100 en el segundo: tratándose de la destrucción del microbio de la piemia, se necesitan dos blanqueos de lechada de cal al 50 por 100. Parece que este medio resulta ineficaz, sin embargo, contra los esporos del carbunco y los bacilos de la tuberculosis y del tétanos.

ALFREDO OPISSO

MEDITEMOS (1)

Es muy curioso y digno de ser estudiado un fenómeno que de algún tiempo á esta parte se observa en nuestra sociedad cortesana. No hace muchos días apareció en casi todos los diarios de la corte la noticia de que algunas damas aristocráticas se habían reunido en el palacio del señor obispo (¡vaya un sitio para reunión de damas!) y habían acordado manifestar el desagrado con que habían visto los bailables de algunas óperas representadas en el Teatro Real (así lo llaman) y el firme propósito que tenían de dejar sus abonos respectivos si no se moralizaba un poco eso del baile.

Poco después comienza sus representaciones en el Teatro de la Comedia la eminente actriz italiana ELEONORA DUSSE, y, cuando van pasadas apenas las cinco ó seis primeras funciones de abono, ya sale un escritor, muy enterado de lo que ocurre en los círculos del *gran mundo* (que, por supuesto, ni es grande, ni siquiera es mundo), diciendo... Pero voy á reproducir sus palabras: «Faltaba, sin embargo,—(está hablando de la *escogida* concurrencia que asistió á la primera representacion de *La mujer de Claudio*, de Alejandro Dumas, hijo)—un elemento principal en el teatro: las jóvenes solteras; y es lástima que la compañía de la Comedia no procure alternar con las obras del género de la de anoche otras cuya representación no produzca sonrojos en rostros juveniles.»

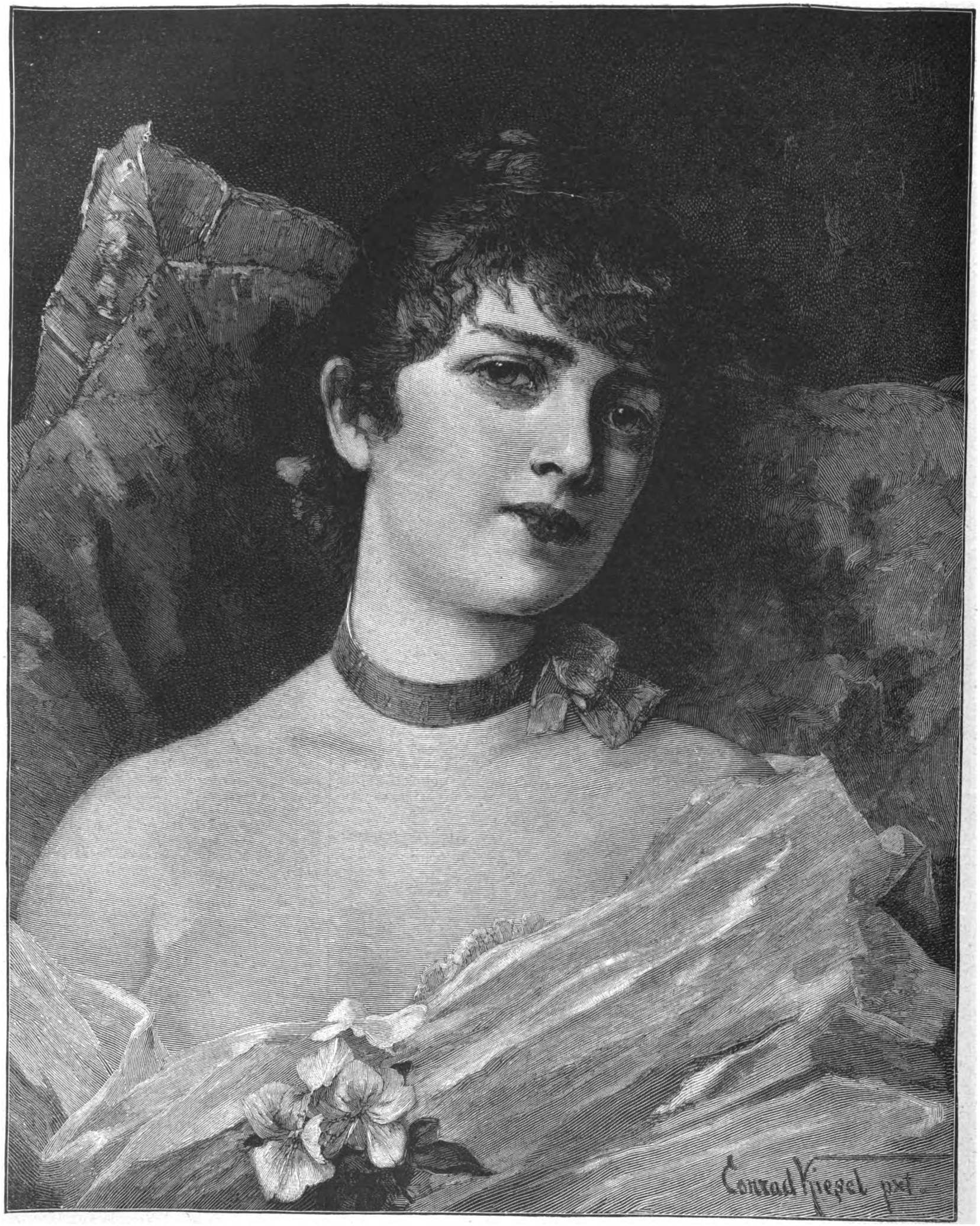
Y pregunto yo: ¿qué ha sucedido en nuestra *alta sociedad* para que se muestre de pronto y á deshora tan pacata y asustadiza? Cualquiera diría que en nuestros teatros solamente se representaban comedias sacadas de *Las páginas de la infancia* ó de *El amigo de los niños*. A la *Pezzana*, aquella actriz de tan extraordinario talento, á la *Marini*, á la *Pia Marchi*, á la *Glech*, á la incomparable *Lucinda Simoes*, y entre nuestras artistas á la inteligentísima *María Tubau*, hemos visto hacer *Demi-monde*, cuya figura principal es una entretenida; *La Dama de las Camelias*, *Teresa Raquin*, *Fedora*, *Divorciémonos*; en una palabra, el moderno repertorio francés, que por regla general se reduce á variaciones sobre los temas de la prostitución y del adulterio. Y no digo esto en son de censura: el teatro moderno es lo que necesariamente ha de ser; lo que fué, aunque en distinta forma, el teatro antiguo. Adulterios, incestos, parricidios... esta es la primera materia que labraron los trágicos griegos; y eso, crímenes, faltas, vicios, es lo que desde entonces hasta ahora se ha llevado al teatro y lo que desde ahora hasta que el teatro muera habrá de llevarse en una ó en otra forma para hacer reir ó para hacer llorar, para inspirar lástima ó para producir terror. Ni es discreto ni es juicioso pensar que el escenario es el púlpito y que los que al teatro concurren van con el propósito de escuchar pláticas morales ó entonar el santísimo rosario. ¿Qué autor más comedido, ni qué ménos alarme los santos pudores de la concurrencia más pusilánime, que Moratín? Pues Moratín, en su comedia *El médico á palos*, pone en boca del protagonista (cuando se trata de curar á la señorita que se finge muda) las palabras siguientes: «Primero la meten ustedes en cama, después se le dan unas buenas friegas, bien que eso yo mismo lo haré.» Y este chiste, harto subidito de color (que por cierto no está en el original de Molière), no escandaliza á nadie. Ni nuestras damas aristocráticas se han escandalizado de solteras, ni de casadas, ni de viudas, oyendo *La Traviata*, ni viendo *Nana* hace dos ó tres años. Y confesemos que *Nana*, de E. Zola, es algo más cruda que *La mujer de Claudio*.

Por eso digo que no acierto á explicarme esos escrúpulos, que se me antojan demasiado tardíos, amén de muy injustificados; como injustificados y tardíos me parecen los de esas señoras abonadas al Teatro Real (?) que celebraron su reunión en casa del obispo.

No voy á buscar argumentos en otros teatrillos en que se representan con unánime aplauso juguetes, zarzuelitas, disparates, pasillos, revistas, etc., etc., en las que puede estudiarse perfectamente el desnudo. Y no los busco ahí porque podría decírseme:—Corriente: en esos teatros hacen lo que bien les parece; pero el público que á ellos concurre no puede llamarse á engaño, porque ya sabe lo que allí dan, y precisamente porque lo sabe va á buscarlo, y es natural que le guste y que lo aplauda.

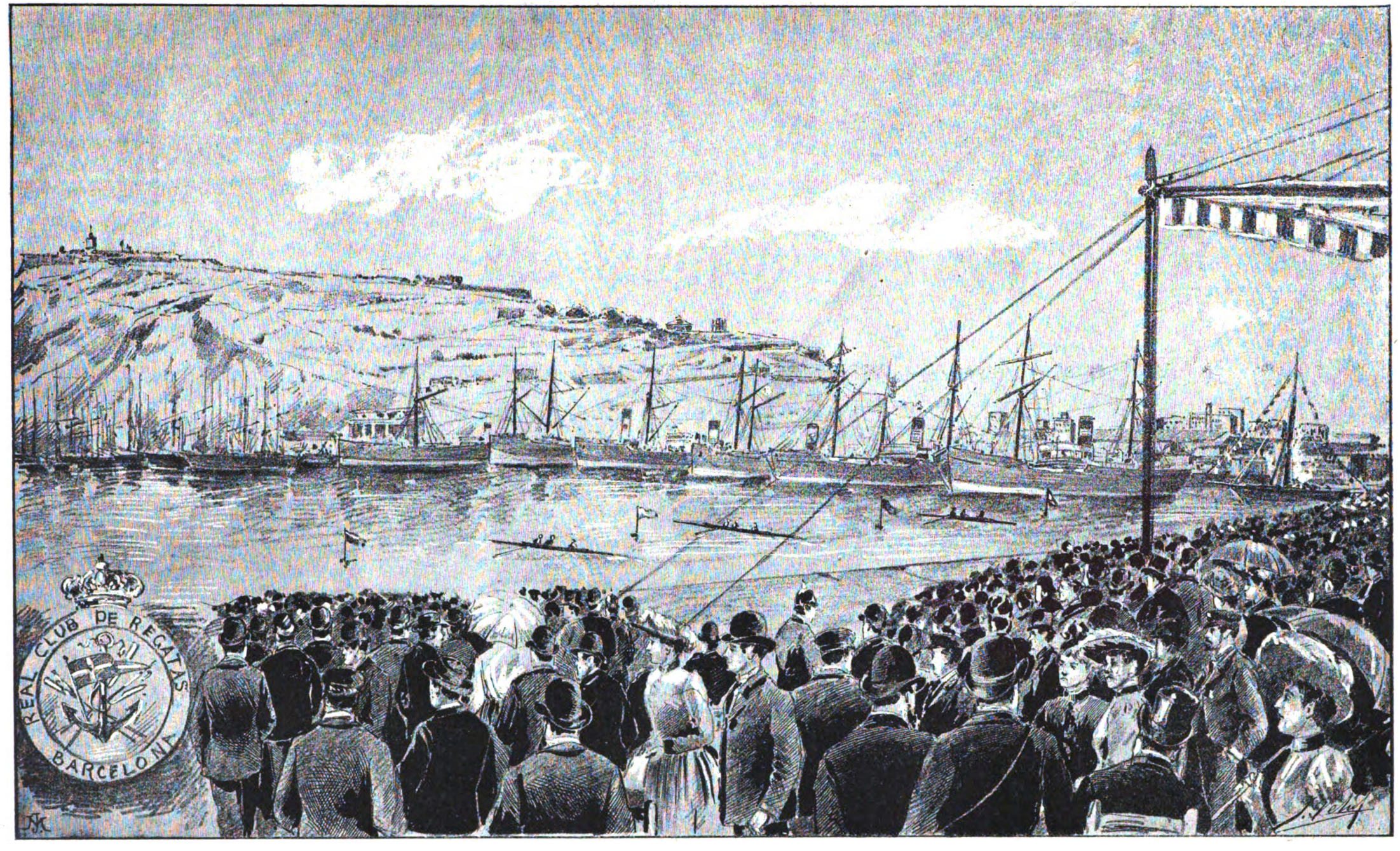
(1) Y... *oremus*.

Digitized by Google



ANGÉLICA (cuadro de Conrado Kiesel)

Digitized by Google



BARCELONA: LAS REGATAS ORGANIZADAS POR EL «REAL CLUB» (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

Pero no salgamos del Teatro Real (!) ni olvidemos al de la Comedia.

¿Es ó no es cierto que en el de la Comedia han representado *Demi-monde* María Tubau, *Teresa Raquin* Lucinda Simoes, y *Nana* la Glech? ¿Es ó no es verdad que la Pezzana, la Marini, la Pía Marchi han representado, sin escandalizar á nadie, obras basadas en adulterios, seducciones y perversidades de toda clase?

Del Teatro de la Opera no se diga. Como unos cuarenta años hará que se cantó por primera vez la ópera *Roberto el Diablo*. Desde entonces, pocas, muy pocas habrán sido las temporadas en que no se haya oído la grandiosa partitura de Meyerbeer. Pues bien: ¿qué me dicen ustedes de aquel bailecito del acto tercero? ¡Vaya si tiene miga y aun corteza!

Las monjitas á quienes hace surgir de sus tumbas la magnífica evocación de *Bertramo*, se proponen trastornar el juicio á Roberto, y lo consiguen á fuerza de mimos, halagos y *batimanes*. No sé de ópera alguna en que los bailables tengan esa significación, ni sean más expresivos, dentro del simbolismo de la danza. Si esas señoras de nuestra aristocracia, después de haber presenciado ese baile por espacio de cuarenta años, caen ahora en la cuenta de que es deshonesto, no se me niegue el derecho de decir que la protesta les ha resultado un poco tardía. No sé, ni realmente me importa, si las señoras protestantes (c. p. b., eso es otra cosa) siguen celebrando sesiones en la casa de S. I.; pero si continúan, bien será que precisen un poco los términos de su pretensión. ¿Quieren, para cortar el mal de raíz, que se suprima el baile por completo? ¿Aspiran solamente á que las bailarinas luzcan algo menos sus formas? ¿Desean solamente que los bailables sean puros, honestos y candorosos? Pues, según lo que se propongan, así deben redactar su misiva al señor conde de Michelena, quien, si accede á complacerlas, habrá de hacer un reglamento en que se determine el número de centímetros de pierna que puede enseñar cada bailarina y el número de piruetas que puede dar para no salirse de los límites de lo honesto. ¡¡En qué cosas pasan el rato algunas señoras!!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL RADJÁ DE BINGA (UDE)

LA MÚSICA

(IMPROVISACIÓN)

Frases tiernas y dulces vaguedades,
acentos impregnados de pasión,
estruendos de terribles tempestades,
lamentos tristes de infelicidades
que agitan el humano corazón.

Ora es alegre y tierna melodía
que traduce del ánimo el contento,
ora vaga y letal melancolía;
la dicha de un amante sentimiento,
la tristeza mortal de una agonía.

Voz lejana de un ángel en la altura,
el susurro del aire en la espesura,
los trinos del amante ruiseñor,
el rumor de la fuente que murmura
dando á las flores savia y dulce olor.

Lenguaje universal cuya armonía
al alma va á parar directamente
cual de lo eterno la expresión sombría;
fuente suprema de genial poesía
cuyo raudal inspira eternamente.

Esperanza, ilusión, desdicha, pena,
todo expresarlo puede este arte bello
con dulces notas y fecunda vena.
Luz, poesía, verdad... todo lo llena
del cielo eterno este sin par destello.

LUIS VÍA

EN PROPIA MANO

Sr. D. V. M.

Mi querido amigo:

Recibo su carta, que, muy lejos de parecerme mal fraguada y mal escrita, como V. supone, me parece que ni de perlas, pues en ella se revela V. como literato, cosa que, dicho sea sin agravio, no pude sospechar. Yo creo que con poco V. sería dueño de la forma escrita como lo es de la paleta y de los colores, y, con escaso esfuerzo de su parte, tendríamos á un insigne colorista más á quien aplaudir.

Dice V. que dónde van á querer luchar el pincel y la pluma si de materia de arte se trata. Efectivamente, el lienzo tiene la ventaja de encadenar la atención por los sentidos, que es el modo más vivo de herir bien la fantasía, y representa además, de modo tangible, las cosas, al revés que lo hace la pluma.

Pero si el pincel, con la suprema magia del color, pinta á un personaje, á Ciro por ejemplo, que apunta con el dedo á Babilonia, señalando á su ejército la ciudad que ha de ser invadida, y en su actitud revela lo esforzado de su intento y en su fisonomía arde la fiereza que habrá de conducirle á la lucha; pintado el cuadro por la pluma, su cara gesticula, sus ojos despiden relámpagos, su voz truena y habla pronunciando frases terribles, y, al mismo tiempo que el ejército nos deja oir el inmenso patear de sus caballos que entran galopando en Babilonia, la pluma nos describe el suntuoso palacio del rey, que arde como un montón de pedrería; las lámparas de plata pendientes de los techos, como un tembloroso diluvio de estrellas; Daniel que deletrea las cifras misteriosas en los muros, y los vasos sagrados caídos en el suelo después de haber contenido los licores ardientes de la orgía.

El cuadro, hecho por una pluma de artista, se moverá, brillará, conmoverá el ánimo como si lo viéramos realmente, y por cada actitud del pincel nos mostrará trescientas actitudes, y por cada movimiento trescientos movimientos.

Indudablemente, la ventaja es de la pluma; pero ¡el color!... ¿Hay cosa más bella que el color? Yo sólo lo encuentro comparable á la luz, de donde emana, y á la música, que le hace competencia.

En momentos determinados yo también soy exclusivista por aquello que tengo delante de los ojos.

Acaso V. me crea un tanto sacrílego porque dejo entrever que lo mismo me gustaría el cuadro de una procesión cristiana que el de un aquelarre, siempre que uno y otro, al ser pintados ó escritos, llenaran las exigencias del arte. Nada tema V.: más me inclino á lo primero que á lo segundo, si bien iríame en compañía del macho cabrío cuando la baraúnda quimérica estuviese mejor representada.

Me habla V. de arquitectura asomado al hueco de una ojiva, y no sabe V. que en ese hueco tengo fabricado mi nido á modo de oscuro vencejo de catedral. Ya ve V. si me mostraré partidario de las ideas en que abunda, que aquel pá-

Digitized by Google

jaro, valga la nimiedad, que hace su nido en templo que no sea gótico, para mí tiene perdida la simpatía: me parece digno, á lo sumo, de llevar el libro de cuentas de los demás pájaros.

¡Que si es hermosa la catedral de Sevilla! ¡Ya lo creo! Yo también he oído como V. un órgano de cuatrocientas flautas en solemnidades religiosas, cuando el misal, lleno de registros, enseña la letra latina que habrá de ser cantada por los sacerdotes. Me habla V. de las bellezas del templo y no sabe que viene á ponerme el dedo en la llaga; no sabe que mi imaginación, á manera de ave invisible, vuela siempre bajo esas naves y flota bajo esos arcos, y ora bate con el ala palpitante los vidrios de colores, ora se cierne sobre la frente de las estatuas que de rodillas oyen el deslizarse del tiempo sobre sus sepulcros, tan pronto traza arrebatados círculos en torno de las lámparas, como roza las baterías de trompetas del órgano donde parecen dormir voces del día del juicio y cantos sublimes de profetas.

Cuando el crepúsculo que hace asomar mi mente á esas ojivas produce sus últimos destellos y desliza sus últimos rayos bajo las naves, lejos del cuerpo que me encierra, me abismo al pie de esas columnas y veo espaciarse la sombra en el templo.

Arriba, las palmeras de piedra entrelazan sus arcos y recogen todas las líneas atrevidas para unirlas en la rotonda después de arquearlas en la bóveda, y desde allí lanzarlas á la cruz, síntesis y remate del templo cristiano. En los muros fosforecen con brillo extraño los exvotos colgados al lado de las imágenes, las cuales miran eternamente á un mismo punto. Los altares duermen el sueño de la religión, grave, profundo, poblado de visiones evangélicas y lleno de esos vagos susurros del silencio. Las arañas cuelgan del cable infinito y agrupan sus miles de cristales; en alguna faceta brilla un punto de luz que no se sabe de donde viene.

Sumido en este profundo letargo el recinto, la imaginación hace dejar sus pedestales á los santos, á los obispos representados en las estatuas, á las figuras que hacen guardia de siglos en el crucero, á los profetas con sus libros de piedra en las manos, que alargan la colosal cabeza hasta las bóvedas.

Todos, reyes, profetas, ángeles que andan por el pavimento con las blancas alas recogidas, vírgenes á quienes quitó el movimiento de las formas la estatuaria, prelados con el traje de piedra, dignidades que recomponen sus pavesas y salen de los sepulcros, mézclanse y confunden en imposible conjunto, y acuden á entonar el miserere.

Usted ha pintado admirablemente una de estas visiones.

Pero si todo este esplendor, si toda esta hermosura, producen arrobos místicos é inspiraciones artísticas que el llamado á recogerlas las fija en la piedra, en el lienzo ó en el libro, tampoco son menos de admirar las luchas de fuera, las de la vida, las del corazón, que busca su idilio y su remanso á través de las ondas y los despeñaderos. Las religiones son oasis donde se adormece el recuerdo y busca el descanso del momento para lanzarse nuevamente á la lucha: no es bien quedarse en el puerto cuando á lo lejos va el delirio arrastrando en lucha perpetua á los demás hombres. Latir por una sola idea, por un solo sentimiento, es hacer moverse el organismo por una sola rueda, llevando las demás atrofiadas.

Sublime es el templo al que V. dice consagra toda su alma y del cual recibe todos sus goces; pero prefiero á las petrificaciones del arte los movimientos de la vida, porque si aquéllas muestran las actitudes del hombre, éstos enseñan sus sentimientos; y si unas producen los deslumbramientos de la fantasía, los otros producen el amor.

Y nada más por hoy. Y peores los he oído en el Ateneo.

SALVADOR RUEDA

COMBUSTIÓN DE LOS SÓLIDOS Y LÍQUIDOS

Los gases arden *directamente* en el aire, pero no así los sólidos y líquidos, que necesitan antes trasformarse en gases; de modo que lo que arde no es *directamente* el sólido ó líquido, sino los gases desprendidos por efecto del calor de la llama.

En una bujía se liquida primero la estearina ó la cera, después se trasforma en gases, y entonces es cuando arde: así puede decirse que una bujía es una pequeña fábrica de gas, el cual va ardiendo á medida que se va formando.

Este curioso fenómeno puede observarse del modo siguiente: Se sumerge el extremo de un lápiz de madera en un líquido combustible, por ejemplo alcohol ó espíritu de vino, petróleo, benzina, etc., y se aplica luego un fósforo encendido. Se observará entonces que la llama no *sale* del lápiz, sino que entre el extremo del lápiz y la llama queda un cierto espacio perfectamente visible, y tanto más cuanto que la llama se va haciendo más pequeña hasta extinguirse. Cuando la llama es ya muy pequeña se ve que entre ella y el extremo del lápiz queda un espacio de uno á dos milímetros, de modo que se ve que está *en el aire*, completamente separada del lápiz.

Puede hacerse el experimento de otro modo, y, aunque no se ve tan claramente el fenómeno, resulta el experimento de un bonito efecto.

Sobre la llama de una bujía se proyecta el chorro de líquido pulverizado por medio de un pulverizador. Las finísimas gotas de líquido que tropiezan con la llama se vaporizan y arden; el calor de esta llama vaporiza las gotas que vienen detrás, y arden también; y así la llama se propaga desde la bujía al pulverizador; pero entre la llama y el pulverizador queda un espacio de dos ó tres centímetros ocupado por el líquido que sale pulverizado, y, como allí salen las gotas con más fuerza, más unidas y mayores, no pueden evaporarse instantáneamente para arder.

Si el experimento se practica empleando el alcohol, la llama es poco brillante; pero si se emplea la benzina, ó una mezcla de benzina y alcohol, la llama resulta muy brillante, y como tiene dos ó tres decímetros de longitud resulta de una gran potencia luminosa.

Con el alcohol puede utilizarse la llama como la de un soplete.

IPRAC-ORDEP

EL MAHARADJÁ DE KAPUTALA (PENJAB)

NUESTROS GRABADOS

UN DIBUJO DE PLASENCIA

(Véase el número anterior.)

EL ARTE ALEMAN

ANGÉLICA, *cuadro de Conrado Kiesel.*—CARIÑO MATERNAL, *cuadro de Sonderland*

Esa *Angelica*, de Kiesel, puede reputarse por una obra excelente, de estilo *chaplinesco*. *Cariño maternal* es un cuadrito

Digitized by Google

I.—CERÁMICA NICARAGUANA (1/4 del natural)

II.—CERÁMICA MEXICANA (1/6 del natural)

Digitized by Google

III.—CERÁMICA MEXICANA (1/4 del natural)

IV.—CERÁMICA DEL PANAMÁ DEL NORTE (1/3 del natural)

V.—CERÁMICA PERUANA, DE ANCON Y ARICA

Digitized by Google

apreciable, lleno de ese apacible encanto que es el fuerte de los pintores alemanes, ya que no brillan ni como coloristas ni como muy inventivos.

UNA CONFERENCIA SOBRE SHAKESPEARE

Dibujo de Yeats

La escena se desarrolla á últimos del pasado siglo. Dos damas, tan elegantes como concienzudas, asisten á la conferencia, una de ellas texto en mano, bien que olvidándose de la lectura, arrastradas ambas, como todo el mundo, por la elocuencia fascinadora del ilustre comentador de Will. Pero, aparte de esto, bien claro se ve que la intención de Yeats ha sido ante todo dibujar esas dos encantadoras jóvenes para dar idea de cómo iban vestidas las contemporáneas del primer Jorge y con qué atención escuchaban las conferencias literarias.

dígenas que quedan todavía en el imperio británico del Asia, y posee vastos territorios en el Pendjab y el Ude, habiéndose distinguido siempre su familia por la adhesión á los ingleses. Dícese que está muy bien educado y que habla perfectamente el francés, sobresaliendo en el *sport*. Los ingleses administran sus estados y dejan que cobre cada año unas 200,000 libras esterlinas.

El radjá de Binga, en el Ude, se distingue por su fervor ortodoxo hindo y su oposición á toda reforma social. Cree el buen radjá que no hay que pensar en radicalismos ni proyectos democráticos que tiendan á convertir á la India en una nación, pues según él, la India no tiene tal carácter, sino que es una colección de pueblos de diferentes razas, creencias é intereses que viven juntos en paz y tolerancia gracias al freno de la ley. Es doctor por las Universidades de Calcutta y Allahabad.

CERÁMICA PERUANA: LAGO DE TITICACA Y SUS CERCANÍAS (1/8 del natural)

BARCELONA: LAS REGATAS ORGANIZADAS POR EL REAL CLUB

Dibujo de Vehil

Favorecidas por un tiempo espléndido y ante una concurrencia tan numerosa como distinguida, celebráronse el lunes 26 de mayo las regatas oportunamente anunciadas, que dieron principio á las cuatro y media de la tarde, zarpando las embarcaciones *Víf-argent*, de Tolouse; *¡Olé ya...!* y *Caramelo*, del Real Club, al oirse el disparo del cañonazo que indicaba la salida.

Los de Tolouse se retiraron antes de dar la primera virada por encontrar dificultades en la marcha de su embarcación, ganando el primer premio el *¡Olé ya...!*, y *Caramelo* por consiguiente el segundo.

Siete pesetas se pagaron en las apuestas mutuas por cada cinco apostadas.

Cariño ganó el primer premio en la segunda regata, *La Luscrambo* el segundo, y el tercero *Directo*.

Suprimida la tercera regata, se dió orden para proseguir con la quinta anunciada en el programa, sin los obstáculos, saliendo ganancioso *Doria*, á pesar de haber llegado antes *Ciclón*, que, por dar una virada por una boya que no le correspondía, perdió el primer premio.

En la cuarta regata salió también victorioso el Real Club de Barcelona con la embarcación *Cap de brot*, siguiéndole *Niniche*, de Tolouse; y en la quinta y última con *Excelsior*.

El sitio donde se verificaron las regatas estaba incomunicado por una línea de barcazas, y éstas rodeadas de gran número de embarcaciones llenas de curiosos que deseaban presenciar de cerca el espectáculo.

EL MAHARADJÁ DE KAPUTALA Y EL RADJÁ DE BINGA

El maharadjá es uno de los pocos príncipes indianos in-

CERÁMICA AMERICANA

La tendencia de los investigadores de antigüedades americanas es, en general, encontrar semejanzas con las reliquias del Antiguo Continente. No es cosa que deba sorprender en demasía descubrir cierto parecido con otras de su mismo orden; pero también existen grandes diferencias, y sin duda es eso más interesante y expresivo que lo otro. La diversidad entre la cerámica de los *constructores de terraplenes*, ó raza autóctona de los EE. UU., y la cerámica del Viejo Mundo, es evidente por la tosquedad de las asas y de los pies ó soportes de los vasos; por la ausencia total de toda moldura de gusto arquitectónico y la indecisión de los contornos y la demarcación de las diversas partes del vaso, hablando en general; y por la ausencia también de rebordes bien marcados. Lo rudimentario de las asas, sobre todo, en comparación de lo que se ve en las más antiguas y rudas obras de cerámica de Grecia y Asia, es muy notable como diferencia.

En el Museo Peabody de Cambridge (Massachussets), en el cual está coleccionado lo mas importante de los descubrimientos hechos en Norte América tocante á la antigua civilización de aquel país, vense pipas en forma de animales y de figuras humanas y numerosos amuletos de igual hechura hallados en las excavaciones hechas en los terraplenes ó túmulos del Misurí y Tennessee, presentando un innegable carácter mejicano, con lo cual queda dicho que predomina en los adornos la figura de la serpiente, elemento importante de las primitivas religiones y del primitivo arte de América.

La cerámica mejicana, representada copiosamente en el Museo Peabody, presenta caracteres particulares que la distinguen de la que es propia de los *Constructores de terraplenes*. Los vasos son bastante grandes, muy rudamente labrados, con ornamentación blanca y roja y con asas muy prominentes, ya formando gancho, ya aplanadas, que es otro carácter que las separa de la cerámica de los *constructores de terraplenes*. Con todo, los ejemplares más típicos son los que reproducimos en estas páginas, los cuales no sólo presentan las mencionadas particularidades, sino que además ofrecen una rica ornamentación en relieve que recuerda la de los ídolos de aquel país. La comparativa finura de la labor y el tamaño de los vasos indican que se trata de obras escogidas. La forma de uno de ellos, que es precisamente la de las cántaras de hoy en día, parece revelar una influencia europea, pero la ornamentación es típicamente mejicana.

Muy diferente de esta clase de alfarería era la de Cholula, de cuya habilidad se hacen lenguas nuestros conquistadores, hasta suponer que rivalizaba con la de Florencia. Por desgracia apenas quedan ejemplares, pero por los escasos fragmentos que se conservan dedúcese que la cerámica cholulana descollaba por la riqueza del colorido (blanco, azul y rojo) y la diversidad de los tipos.

Viniendo ahora al cuerpo humano, reproducido por la cerámica mejicana, es interesantísima la figura de la lámina III, en barro cocido, que recuerda *Il Pensiero;* y no menos extraordinario interés despierta la colección de máscaras, también de tierra cocida, lámina. En general, el tipo representado es el del americano indígena, caracterizado por su anchura y aplanamiento, como se ve en la segunda hilera; pero, con todo, algunos tipos, como los de la hilera superior, presentan un carácter caucásico bien definido, y algunas, como las dos de en medio, una singular semejanza con otras cabezas similares de origen griego. Por desgracia la *procedencia* de dichas máscaras es un misterio, por más que, según el profesor Putnam, sea incuestionablemente mejicana.

Otro de los atractivos del Museo Peabody es la colección nicaraguana, cuyos objetos han sido encontrados en su mayoría en las islas del Lago y en los alrededores de éste. Llaman la atención los jarros funerarios (fig. I), semejantes por su borde superior á los de Chipre, perfectamente lisos los unos y decorados los otros con serpientes, rostros humanos ó sapos en relieve. Sin embargo, el principal carácter de estos vasos estriba en su ornamentación, en que el desorden, la excentricidad y la angulosidad del arte americano alcanza su mayor grado. No se ve empleada ninguna planta como motivo decorativo, pero sí el rostro humano (¿quizás el simiano?), pájaros, pumas ó leones de América, etc. Por más que la imitación plástica de la forma humana no sea tan hábil como en la cerámica mejicana, con todo, tecnológicamente, la cerámica nicaraguana no cede á ninguna otra entre las americanas indígenas. En general puede decirse que dicho arte es demoniaco, extraterreno, malévolo, sombrío, enfermizo: los colores predominantes son el rojo y el amarillo, el negro y á veces el gris. El mismo espíritu que animaba su arte monumental se deja traslucir en su cerámica.

Otro grupo radicalmente distinto de los anteriores es el que corresponde al Panamá del Norte. Su cerámica puede dividirse en cuatro clases: la primera comprende vasos con pies (fig. 4), ya lisos, ya con relieves ó rayas, de color rojo: á veces tienen asas. La segunda clase comprende vasos de forma bulbosa, sin pies, pero invariablemente con asas, ornamentados con caricaturas simias ó del rostro humano, ó con cabezas de serpientes y otros animales. Muchos de estos vasos son de barro sin pintar. La tercera clase se parece á la anterior en cuanto á la forma, pero los vasos son más finos y están pintados de rojo, pardo ó negro. La ornamentación es sencilla y grave. Finalmente, la cuarta clase consiste en grotescos sentados, mujeres, niños, ranas y armadillos. Todas esas figuras presentan una superficie lustrosa y están ornamentadas con rayas blancas y azules.

La cerámica peruana recuerda bastante la de las *ánforas* griegas (fig. 7). Muchos de los objetos contenidos en el Museo Peabody proceden del lago Titicaca, centro de la religión peruana (á 12,500 pies sobre el nivel del mar!). Son vasos grandísimos, con las asas invertidas ó fuera de sitio. Lo mismo que en Méjico, es fácil reconocer en la cerámica del Perú mucha variedad de estilos según las localidades. Así, los objetos encontrados en Arica se distinguen por su decoración circular concéntrica (fig. 6) y el desarrollo de las asas, por la abundancia de vasos en forma de cabeza humana ó animal, y por la complicación de los cuellos, dispuestos al objeto de producir ciertos sonidos al llenarse su cavidad.

TIENTSIN (CHINA)

Thian-tsin ó Tientsin es capital del departamento de su nombre, provincia de Tchy Li, y significa en chino *lugar celeste*. Está situada sobre una eminencia á orillas del Pay-ho, en un país muy agradable y fértil. Tiene una muralla monumental y es notable el palacio del gobernador.

ESTA BIEN

Enriquecer me propongo
á la Española Nación
con el valioso *jabón*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jaboneria de Victor Vaissier, París.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—¿Es decir que sois del partido honrado?—(queriendo decir con esto que era jacobita, pues en aquellas contiendas civiles, cada partido se juzgaba el más honrado.)

—Yo,—replicó el capitán,—soy un verdadero protestante, y doy gracias á Dios por ello.

Esta era la primera vez que oía al capitán hablar de religión, pero después supe que iba mucho á la iglesia cuando estaba en tierra.

—Pues quiero hablaros con franqueza,—dijo el desconocido.—Yo soy uno de aquellos fieles caballeros que tomaron parte en las luchas civiles hace cinco años; y confieso que si cayera en manos de los de la casaca encarnada, seguramente lo pasaría mal. Ahora bien: me dirigía á Francia, y al efecto debía cruzar por aquí un buque para conducirme; pero ha pasado sin vernos á causa de la niebla, y os juro que me daría por muy contento si hubiese sucedido lo mismo con el vuestro. De todos modos, ya no tiene remedio; pero si queréis dejarme en tierra en el punto á que me dirigía, llevo lo suficiente para recompensar bien vuestro trabajo.

—¿A Francia?—preguntó el capitán.—No, caballero; yo no puedo hacer eso. Y ¿no se puede saber de dónde venís?

Al decir esto, Hoseason me miró casualmente, y envióme á la cocina para preparar la cena del desconocido. La orden me contrarió; pero despaché lo antes posible, y cuando volví á la cámara observé que el caballero acababa de quitarse un cinto, del que sacó unas guineas. El capitán fijó primero una mirada de codicia en las guineas, después en el cinturón y por último en el desconocido, y parecióme que se excitaba.

—¡Dadme la mitad de todo eso,—exclamó,—y estoy dispuesto á serviros!

Por toda contestación el extranjero volvió á guardar las monedas y sujetóse el cinto debajo de su chupa.

—Yo os he indicado,—dijo,—que no me pertenece ni un cuarto de todo eso. Es de mi amo,—añadió llevándose la mano al sombrero;—y si bien fuera locura no tomar una pequeña parte para salvar el resto, en cambio tampoco consentiré en comprar mi vida á un precio exorbitante. Os daré treinta guineas si me dejáis en tierra, ó sesenta si me conducís á Linnheloch. Aceptad si os conviene, y, si no, haced lo que os plazca.

—Y ¿si os entregara á los soldados?—preguntó Hoseason.

—Haríais una necedad. Los bienes de mi jefe están confiscados, como todos los de la gente honrada de Escocia: sus propiedades se hallan en poder del titulado rey Jorge, y los oficiales de éste son los que cobran ó tratan de cobrar las rentas. El dinero que llevo es parte del que ese monarca busca, y yo debo entregarlo á su legítimo dueño. Me parecéis hombre que puede comprender bien estas cosas, y no se os ocultará que si ponéis mi oro en manos del Gobierno, sólo recibiréis una muy pequeña parte.

—Seguramente,—replicó el capitán,—si yo diese á conocer la procedencia; mas creo que en este punto podría callarme.

—¿Cómo se entiende?—gritó el caballero.—Debo advertiros que si tratáis de ser falso conmigo, sabréis quién soy; y si alguien se atreve á poner la mano sobre mí, no le arriendo la ganancia.

—Muy bien,—contestó el capitán;—lo que ha de ser que sea: me daréis las sesenta guineas y trato concluído. Aquí están esos cinco.

—Tomad los míos.

Hoseason se alejó algo apresuradamente á mi modo de ver, y dejóme solo en la cámara con el extranjero.

En aquella época, poco después del año 1745, muchos caballeros desterrados iban, con peligro de sus vidas, á ver á sus amigos ó á recoger algunos recursos; y, en cuanto á los jefes escoceses cuyos bienes se hallaban confiscados, era asunto de todas las conversaciones cómo podrían arreglarse sus vasallos ó partidarios para proporcionarles el dinero que necesitaban, burlando la vigilancia de la soldadesca. Yo había oído hablar de todo eso, y en aquel instante tenía á mi vista un hombre cuya vida estaba en peligro, no sólo porque era un rebelde y defraudador de rentas, sino porque se había puesto al servicio del rey Luis de Francia. Y como si todo esto no fuera bastante, llevaba un cinto lleno de guineas de oro. Atendidas que no tendrá suficiente terreno para esgrimir el acero.

—Es verdad,—replicó Riach;—pero será duro de pelar.

—Podremos trabar conversación con el hombre, colocándonos uno á cada lado, y sujetarle los brazos á una señal, sin darle tiempo para desenvainar el espadón.

Al oir esto experimenté á la vez temor y cólera: la traición de aquellos hombres codiciosos y sedientos de sangre me indignaba, y mi primera intención fué alejarme; pero me contuve, concibiendo al punto un plan atrevido.

—Capitán,—dije acercándome de pronto;—el caballero quiere beber y ya no hay más vino en la botella. ¿Me daréis la llave?

TIENTSIN (CHINA)

tales circunstancias, aquel extranjero me inspiraba el mayor interés.

—¿Conque sois jacobita?—preguntéle cuando se hubo sentado á la mesa.

—Sí,—contestó comenzando á comer;—y, á juzgar por esa cara tan larga que ponéis, yo diría que pertenecéis al partido *whig* (1).

—Sí y no,—contesté para no enojarle; pues, á la verdad, tenía todas las ideas de *whig* en que el Sr. Campbell pudo imbuirme.

—Bien, eso importa poco,—repuso el caballero.—Y, á propósito, ved que esa botella está vacía: si he de pagar sesenta guineas, no es justo que me escatimen así un trago.

—Voy á pedir la llave,—contesté.

Y salí apresuradamente á cubierta.

La niebla no se había desvanecido, pero la mar era menos gruesa; y como se ignoraba dónde estábamos, Hoseason había dado orden de mantenernos al pairo. Algunos marineros seguían escuchando con atención á fin de evitar los arrecifes; pero el capitán y los dos oficiales estaban á la otra banda, discutiendo al parecer vivamente. Parecióme, no sé por qué razón, que aquellos hombres tramaban algo, y la primera palabra que oí, al acercarme silenciosamente, confirmó mis sospechas.

El Sr. Riach decía en aquel momento, como si hubiera tenido una idea repentina:

—¿No podríamos hacerle salir de la cámara?

—Mejor está allí,—contestó el capitán,—por-

(1) Así se llamaba á todos aquellos que permanecían leales al rey Jorge.

Todos se volvieron hacia mí.

—Aquí tenemos al que podrá traernos las armas de fuego,—dijo Riach.—¿Sabes dónde están las pistolas?—añadió.

—¡Oh! David es un buen muchacho,—añadió el capitán.—Mira,—dijo acercándoseme más;—ese hombre que se nos ha colado á bordo es muy peligroso para el barco, y además es enemigo del rey Jorge.

Hoseason no me había hablado nunca con tanta amabilidad desde que estaba en el *Covenant;* pero, sin darme por entendido, contesté á todo afirmativamente, como si cuanto oía me pareciese muy natural.

—El caso es,—continuó el capitán,—que todas nuestras armas de fuego están en la cámara, en manos de ese hombre, y la pólvora también. Si yo ó uno de los oficiales vamos á buscarlas, el extranjero sospechará algo; pero si vas tú, David, podrás llevarte una ó dos sin llamar la atención. Si lo haces así disimuladamente, lo tendré en cuenta cuando lleguemos á la Carolina, que es donde necesitarás amigos.

Riach habló dos palabras al oído del capitán.

—Está muy puesto en razón,—dijo Hoseason.

Y añadió, dirigiéndose á mí:

—Escucha, David: ese hombre lleva un cinturón lleno de oro, y te doy palabra de que tocarás una parte del contenido.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

Digitized by Google

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, (*castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro*), **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, *perfumista* 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

LA EQUITATIVA
SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA
DE LOS ESTADOS UNIDOS

Domicilio social,	De la sucursal de España,
120, BROADWAY.—NEW-YORK	CALLE DE SEVILLA, 16, MADRID

Situación en 1.º de enero de 1890

ACTIVO.	duros	107.150,339'12
PASIVO.	»	84.329.234 92
CAPITAL SOBRANTE. . . .	duros	22.821,074'20

Valor de sus inmuebles en América y Europa, DUROS 24 653,296'39

Presidente, H. B. Hyde. | Director general para España y Portugal,
Vicepresidente, J. W. Alexander. | Excmo. Sr. D. Juan Angel Rosillo.

Delegación de Cataluña y Baleares:
Excmo. Sr. D. Mariano Casi y López, Delegado-Administrador.
Comité Consultivo y de referencia:
Presidente. . . | Excmo. Sr. D. Juan Tutau.
Vicepresidentes. | Sr. D. Emilio Vidal-Ribas y Torrens. / Señor Marqués de Santa Isabel.
Vocales. . . . | Sr. D. José Estruch y Cunmella. / Sr. D. José Castellet y Sampsó. / Sr. D. José M.ª Vallés y Ribot. / Sr. D. José Coroleu.

LA EQUITATIVA es la **única** sociedad de seguros sobre la vida que emite pólizas indisputables y la única también que además de la sólida garantía de su inmenso **activo** ofrece á sus asegurados de España una especial tan importante como su magnífico edificio de Madrid.

Oficinas para Cataluña y Baleares:
RAMBLA DE ESTUDIOS, NÚMERO 6, BARCELONA

SERVICIOS DE LA COMPAÑIA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto sameri canos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.
LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.
LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.
LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.
SERVICIOS DE AFRICA.—**Línea de Marruecos.** Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casabianca y Mazagán.
Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los **CABELLOS** y la **BARBA**
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor : PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA
de
E. COUDRAY
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo le emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,
En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas la buenas Perfumerias.

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penétra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma :* J. ESPIC.
Venta por mayor : J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España : **2 fr. la Caja.**

Enciclopedia de MEDICINA Y CIRUGÍA
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=
BARCELONA

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirosis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataqués apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

LA CHARMERESSE
Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde haya mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ! **Gran novedad ! DUSSER**, Inventor, ***Rue J.-J.-Rousseau, n° 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias Pasoual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc. *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Ancha 663. Bonanza, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 14 de junio de 1890 | Núm. 389

IDILIO DEL DELFINADO (cuadro de Augusto Hirsch, grabado de León Fleuret)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*La carta fúnebre* (conclusión), por Enrique Sepúlveda.—*Cuadros gallegos: Una feria y una romería* (poesía), por Manuel Amor Meilán.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Correo cojo*, por A. Sánchez Pérez.—*Á la memoria del poeta Querol* (poesía), por Jacinto Labaila.—*La expedición de Mr. Stanley en socorro de Emin Bajá.*—*La huéspeda*, por A. Sánchez Pérez.—*Amor y celos* (poesía), por Lino González Ansótegui.—*Los príncipes marianos*, por José Sánchez Roda.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: El arte francés: Idilio del Delfinado.—La expedición de Mr. Stanley en socorro de Emin Bajá.—Los festejos de Madrid.—Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890.—Casto Plasencia.

MADRID

Procesión, matute y exposiciones

¡Oh y cómo se hubiera regocijado el insigne D. Ramón Mesonero Ramanos, el más ilustre de los cronistas de Madrid, si hubiera visto el jueves pasado la larga carrera que recorrió la procesión del Corpus!

No se imaginó en sus tiempos cosa tan maravillosa, y se recuerdan pocos en que haya habido más derroche de percalina, más profusión de gallardetes y más ostentación de ramaje y de verdura. Así, así se hacen las cosas cuando se quiere quedar bien; y la procesión famosa de que hablan las crónicas del reinado de Felipe IV, y en la que ése desplegó todo el lujo posible para deslumbrar al príncipe de Gales, que venía á pretender la mano de una infanta, ha quedado oscurecida ante la que ha formado parte de los festejos con que se ha obsequiado este año á los forasteros, príncipes de Gales de esta fastuosa solemnidad.

Cierto es que, á juzgar por el pelaje de la mayor parte de los hermanos que con medalla al cuello y cetro en mano formaban en las cofradías, éstas han venido muy á menos. Pero ¿no es una buena compensación á esta lamentable decadencia la felicísima idea de haber hecho formar en la procesión á los alguacilillos de la plaza de toros y á unos cuantos comparsas vestidos con los uniformes de la famosa guardia amarilla?

Frailes no hubo á mano más que dos, viejo el uno y de aspecto miserable como una figura de Carducho, y joven y rozagante el otro como un capitán de tercios navarros; pero para otro año ya se remediará esta escasez haciendo venir á Madrid con tiempo oportuno, como se ha hecho con los guardias civiles jóvenes y los carabineros adolescentes, á los muchos que gozan de dulce calma en los numerosos conventos que se levantan en los sanos valles de las provincias vascas.

Entretanto regocijémonos recordando el templete del Ministerio de Ultramar, el altar del pórtico del Congreso, los farolillos de la calle de Carretas, la percalina de la plaza Mayor y los jardines improvisados en la árida Puerta del Sol.

Hay quien dice que la procesión del Corpus debía haber quedado como estaba, y que la iniciativa y el trabajo y el dinero gastado se debía haber empleado en algo más conforme con el espíritu de los tiempos y con el respeto que se debe á todas las ideas, como se hace en las grandes cabalgatas que se disponen con frecuencia en Amberes, en Bruselas y algunas otras ciudades; pero los que tal dicen no son más que criticones, capaces de censurar hasta su misma sombra, y no hay que hacer gran caso de ellos: lo principal es que en el año 1890 se haya hecho una procesión del *Corpus* que no haya tenido que envidiar nada á las más renombradas de los tiempos de los piadosos reyes de la casa de Austria, y ¡viva el progreso!

***

Además de este explotable asunto de procesiones, exposiciones de perros, de plantas y de flores que ahora regocija al Madrid que se divierte, se presenta proporcionando asunto á la crónica otro suceso muy digno de estudio: el del matute, que ha hecho de actualidad el afortunado golpe del director del ramo de consumos en el Ayuntamiento, Sr. Suárez de Figueroa, cogiendo *infraganti* á renombrados matuteros.

La lucha entre el Estado, ansioso de cobrar derechos, y los individuos que trabajan para disputárselos, es muy antigua: el contrabandista es anterior al carabinero, y el paquete de contrabando apareció al mismo tiempo que la primera aduana. La ocultación de la propiedad no es otra cosa que un contrabando en grande escala.

Pero el contrabandista, que á riesgo de su vida y arrostrando los mayores peligros conduce por montes y vericuetos el paquete en que lleva un capital de que se aprovecha el comerciante avaro que le da una retribución pequeña, es un personaje noble y valeroso comparado con el matutero de las grandes ciudades, que tiene por principales armas el soborno y la astucia.

El museo del matute es curiosísimo, y para atravesar el fielato sin pagar derechos ni excitar sospechas se han aprovechado del carro mortuorio que vuelve del cementerio, el féretro de los pobres que después de dejar su carga en la fosa común torna al hospital para esperar á otro desgraciado que conducir á la última morada.

En una ocasión se detuvo por los empleados del resguardo un viejo y monumental *landeau* tirado por mulas en el que iba un reverendo obispo con sus pajes, y se vió que las respetables vestiduras moradas, ocultaban el cuerpo rollizo de un cerdo (dicho sea con perdón), y que los pajes no eran otra cosa que matuteros disfrazados que llevaban debajo de las sotanas vejigas con líquidos que pagaban mucho tributo.

Los carros de doble fondo, los fingidos niños de pecho llevados en brazos por madres al parecer cariñosas, los polisones rellenos, y otras cosas por el estilo, pertenecen á la infancia del arte. Pero lo que se introducía en Madrid por medio de la astucia no era nada comparado con lo que se introducía por medio del soborno, por el poder avasallador del dinero. Un lazo diestramente tendido ha patentizado lo que todo el mundo sabía, y hoy se dice en voz alta lo que se murmuraba por lo bajo, esto es, que los matuteros formaban una asociación numerosa, rica, influyente, que disponía de destinos y daba socorros á los que por servirla eran separados de sus puestos; y *Pepe el Huevero*, uno de los principales personajes de esa asociación, es una figura de actualidad.

No tenía profesión conocida y usaba coche, lucía brillantes y llevaba siempre la cartera henchida de billetes de banco; pero no era esto sólo, sino que, según se dice, ese personaje sostenía otros coches, regalaba brillantes mejores que los que él lucía, y distribuía prodigiosamente lo que llevaba en su cartera entre todos los que le ayudaban y servían.

Ahora está en la cárcel, y un juez le instruye causa teniendo por base el expediente que se ha formado en el Ayuntamiento y en el Gobierno Civil. ¿Arrojará esa causa luz que disipe las sombras en que hasta ahora han vivido las gentes del matute? Esto es lo que espera con anhelo la opinión pública. En Madrid se pagan muy caros los artículos de primera necesidad, y la principal causa de la cuestión son los consumos, y una gran parte de esto se la llevaba el matute. Si ahora se puede aumentar la renta indispensable para sostener las cargas municipales disminuyendo los derechos, se habrá hecho una gran cosa, y Madrid estará tan agradecido al que lo realice como al marqués de Portijos, que mejoró la policía urbana, y como á Bravo Murillo, que trajo á la sedienta villa las claras y abundantes aguas del Lozoya.

***

La Exposición de perros que se ha instalado en el Retiro no es más que un ensayo; pero ensayo afortunado, que demuestra lo mucho que puede hacerse en este grupo.

Los poetas han cantado al perro considerándole como fiel compañero del hombre y le han hecho el símbolo de la lealtad. El cuida la casa y guarda el ganado, es regocijo de la señorita, consuelo de la solterona, compañero y auxiliar poderoso del cazador. Los perros del monte de San Bernardo se han hecho famosos por sus auxilios al extraviado caminante, y más de un terranova podría figurar entre los salvadores de náufragos. Desde el diminuto faldero al corpulento mastín, su variedad es numerosa, y figuran entre ellos, desde el elegante galgo inglés al caprichoso *bulldog*, diversidad de tipos. De algunos hay ejemplares muy curiosos en la actual Exposición canina, que constituye una curiosidad de Madrid, y no es completamente perdida la tarde que se echa á perros visitando las instalaciones del Retiro; y eso que entre los presentados este año figuran sólo los perros de lujo y faltan los útiles. No hay ninguno que represente á la respetable clase de lazarillos de ciego ni á los perros sabios que hacen ganar el dinero á sus maestros en los circos; no los hay tampoco pastores ni guardianes; pero los hay tan políticos como el mismísimo inseparable compañero del antes poderoso y hoy abatido Bismarck, pues figura un *bulldog* que procede de D. Carlos y que, más afortunado que su dueño, ha podido llegar á la capital de España, y un hermoso can propiedad de la bella esposa del ilustre jefe del partido conservador.

Rosas y perros, el título de una novela del ingenioso Ramón Rodríguez Correa, es hoy de actualidad, pues al lado de la de los canes está la Exposición de plantas y flores.

Es notable el incremento que la planta y la flor han tomado en estos tiempos como elemento decorativo. Antiguamente apenas había en las casas más flores que las de trapo resguardadas por el farol, ó las que adornaban la vara de San José ó la urna del niño Jesús colocada sobre la consola; y todas las plantas caseras estaban reducidas á la albahaca, los geranios ó los claveles que crecían en los tiestos del balcón. Para ver plantas raras y curiosas era preciso ir al Jardín Botánico. D. Manuel María Santa Ana, que fué uno de los primeros que establecieron en Madrid tiendas de flores, perdió su dinero; pero vino un hombre de gran iniciativa y de perseverancia, el Sr. Pastor y Landero, un marino que en sus largas travesías y en sus rudas campañas por mar adquirió un gran amor por las flores, y contribuyó mucho á la modificación de las costumbres en este sentido creando la Sociedad de Horticultura y estableciendo en Madrid las primeras exposiciones de flores que se han celebrado.

Y la afición á la flor y á la planta decorativa han tomado gran incremento. Hoy hay en Madrid estufas notables. La de los duques de Fernán Núñez, de Alba, del conde de Montarco, de la viuda de Oleo, y del Sr. Pastor y Landero, figuran en primera línea entre las particulares; de las que se consagran á la venta, es notable la de la quinta de la Esperanza; y en Madrid existen hoy más de cuatro establecimientos montados con lujo, sin contar multitud de puestos más modestos que viven con las plantas y las flores.

Con ellas se adornan los salones y las habitaciones particulares: ya no hay comedor donde no figuren, ni mesa regularmente servida donde no luzcan sus colores, y la modesta colección del balcón se ha aumentado con plantas de más mérito.

En la confección de los ramos se ha adelantado también mucho, y ya se ha perdido aquel pesado modelo de Valencia y de Murcia que amazacotaba la flor para formar con ella pirámides poco airosas ó imitar jarrones, y en vez de esto se hacen, como en París y Niza, primorosos ramos en que la flor suelta luce toda su gentileza.

La Exposición inaugurada recientemente en los extensos terrenos del Parque de Madrid,

Digitized by Google

donde estuvo la Exposición de Filipinas, es notable: figuran en ella todas las estufas anteriormente citadas, el Real Patrimonio y muchos particulares, entre los que se distingue Mr. Philipot, que es uno de los jardineros más inteligentes y de mejor gusto de Madrid.

El Palacio de Cristal forma un precioso recinto, donde las azaleas, los rhododrendos, los eucaliptos, las hegonias, los helechos, las palmeras, y otras muchas plantas delicadas, lucen sus primores y su belleza; y la pradera que rodea al lago parece un tapiz donde una mano caprichosa ha seguido los giros de una rica fantasía bordando las mas preciosas flores.

Dignas son de esta atención y de estos cuidados las bellas hijas de la Naturaleza cantadas por los poetas y con las que se adornan los altares y las mujeres. Ellas nos acompañan durante toda la vida, siendo el ornato de las fiestas con que se celebran nuestras alegrías; ellas forman nuestros mensajes de amor, y aun marchitas y secas se guardan como recuerdo en las páginas de un libro predilecto. La tumba parece menos triste cuando la decoran las flores que lleva el cariño y cuyo perfume parece que se eleva en memoria del ser querido que perdimos y que esperamos volver á encontrar.

En la historia figuran muchas flores célebres y son todavía símbolo de partidos.

Con todo lo que se ha escrito en España sólo de la rosa, está formando un libro, que dicen que será notable, el conocido escritor Sr. Pérez de Guzmán.

De las flores se ha escrito casi tanto como de las mujeres, y es que flores y mujeres se parecen mucho.

***

Ya hay vendidos billetes por valor de 15,000 duros para la corrida de toros á beneficio del Hospital de Madrid, la *corrida de beneficencia*, como se dice más brevemente; y el papel continúa subiendo con gran contentamiento de los revendedores.

Y esto sucede después de un gran número de corridas extraordinarias que han hecho gastar mucho dinero. No hay que desmayar por lo tanto.

La afición no se pierde.

Aun hay patria, Veremundo.

KASABAL

LA CARTA FUNEBRE

(CONCLUSIÓN)

—Señor: un hombre alto y pálido como un muerto me ha entregado esta carta para vos.

—¿Y está aguardando?

—No, señor: se ha marchado en seguida.

Erizáronsele los cabellos al joven al reconocer la letra del anterior billete y el mismo sello negro. Disimuló cuanto pudo, y, terminada la fiesta, corrió á su casa y rompió con trémula mano el sobre.

El contenido de la carta era exactamente igual al anterior, con la única diferencia de anunciarle que sólo un mes le restaba de vida.

Augusto comprendió que aquello ya no podía ser broma de ningún compañero, toda vez que nadie conocía la trágica aventura de Toledo. Se convenció de que realmente D. Alfonso vivía para él, y su espanto fué tal que vió seriamente amenazada su vida. La superstición dominó desde entonces á nuestro héroe.

Apenas se encontró mejor, sin preocuparse del mundo ni de sus comentarios, y deseando sólo librarse de la persecucion del muerto, marchó á un convento de monjes allí cercano y llamó al prior diciéndole que quería trocar por la calma del claustro la agitación de su pasada vida.

VII

Algunas dificultades retardaron la profesión de Augusto hasta fines del mes de diciembre.

Llegó, por fin, el día. Levantábase ya el novicio del lugar en que hiciera los primeros votos cuando vió á sus pies un billete con el fatídico sello negro, que depositara allí la mano del implacable fantasma que le perseguía. Cogiólo con avidez y se dirigió á su celda.

Al atravesar un pasillo largo y oscuro creyó ver un bulto arrimado á la pared. Era, en efecto, el espectro de D. Alfonso, que le saludó con las consabidas palabras:

—¡Maldito seas, infame Augusto!

Nuestro héroe, víctima de su invencible terror, cayó en seguida en cama para no levantarse más.

—¡Esto es horrible!—repetía constantemente, cuando, sin que él ni nadie supieran cómo, recibió aún dos cartas anunciándole la hora de su muerte.

Augusto, víctima de horribles pesadillas, veía junto á sí un círculo inmenso de fantasmas blancos, y en el centro el espectro que implacable seguía sus pasos. Cuando para desvanecer la fantástica visión llamaba junto á sí á los monjes, los conocía á todos, pero en medio de ellos seguían agitándose los fantasmas.

Al fin, al anochecer del día 30 de diciembre (aniversario de la muerte de D. Alfonso), Augusto pidió confesarse: se sentía morir por momentos.

Largo rato duró el religioso acto.

Cuando el sacerdote abandonaba la mano ya crispada del joven, abrióse la puerta de la celda y apareció (siempre embozado en su negra capa) el espectro fatal.

—Augusto,— dijo dirigiéndose al lecho; — escúchame.

Pero el pobre oficial Augusto, víctima de horribles convulsiones, se irguió un momento, extendió las manos para apartar la sombra, y se desplomó pesadamente sobre el lecho.

¡Estaba muerto!

. . . . . .

El prior y los monjes escucharon entonces asombrados la relación que de lo acaecido en Toledo les hizo junto al cadáver de Augusto D. Alfonso de Aguilar en persona, que no había muerto de las estocadas y que, valiéndose de mil medios, ideó y realizó aquella horrible venganza.

ENRIQUE SEPÚLVEDA

LA EXPEDICIÓN DE MR. STANLEY

EN SOCORRO DE EMÍN BAJÁ

Stanley y sus zanzibareses

CUADROS GALLEGOS

UNA FERIA Y UNA ROMERÍA (1

Á MI MEJOR AMIGO
el eminente autor de los CUADROS DE ANDALUCIA
SALVADOR RUEDA

I

LA FERIA

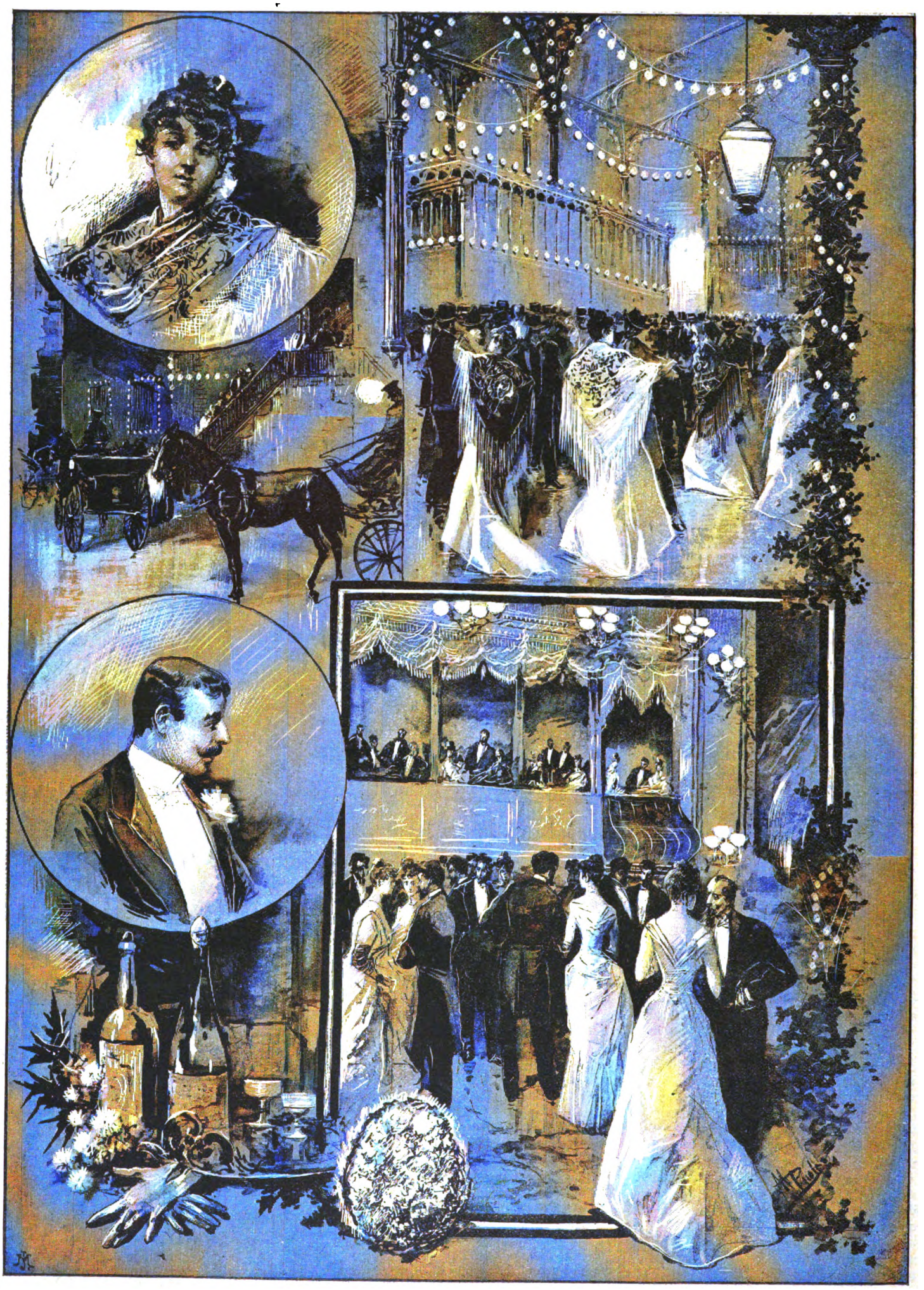
Apenas en el oriente
rasga la luz las tinieblas
y las sombras de la noche
se desvanecen y quiebran;
apenas el gallo lanza
su salutación primera
á la clara luz del alba;
antes de que en la arboleda
pinzones y ruiseñores
entonen su cantinela;
en esa hora en que aun el lirio
no abre su corola, llena
de colores y de aromas,
de hermosura y gentileza;
en esa hora en que parece
la Naturaleza muerta
y sólo indicio de vida
es la brisa mansa y leda,
los perfumes del tomillo,
jazmines y madreselvas,
y los cánticos del gallo
que al aire agudos se elevan,
y el murmurar del arroyo
que en cascada se despeña;
en esa hora, de sublimes
armonías y bellezas,
allá á lo lejos, muy lejos,
débil melodía suena
como suspiro ó sollozo,
como enamorada queja
que nos encanta y admira
nos cautiva y embelesa;
armonía melodiosa,
armonía suave y fresca
que más distinta se escucha
cuanto se oye más cerca;
agudo son que un momento
algo vago nos recuerda
y que un momento mitiga
el rigor de nuestras penas:
aquella dulce armonía
al fondo del alma llega
á la par que los latidos
del corazón acelera.
Ya se escucha más distinta...
cada vez se oye más cerca...
¡Es la alborada que brota
de nuestra gaita gallega!...
¡Sí! Por angostos caminos
y sombreadas veredas
allí se acerca el gaitero,
el precursor de la fiesta.
Pronto saldrán las aldeanas,
garridas, sonrientes, frescas,
á darle la bienvenida
vestidas con gentileza,
con el *dengue* que aprisiona
las curvas que se revelan
á través del mismo dengue,
á través de la chaqueta,
del mandil con azabache,
de la *muradana* negra
y de la cofia, que airosa
se destaca en la cabeza
cayendo como cascada
de nieve sobre las trenzas
del cabello, que en la espalda
penden, giran, culebrean,
cuelgan, lucen, se retuercen,
se confunden y se besan!...

MANUEL AMOR MEILÁN

(Se continuará)

(1) Premiada en público certamen.

Digitized by Google

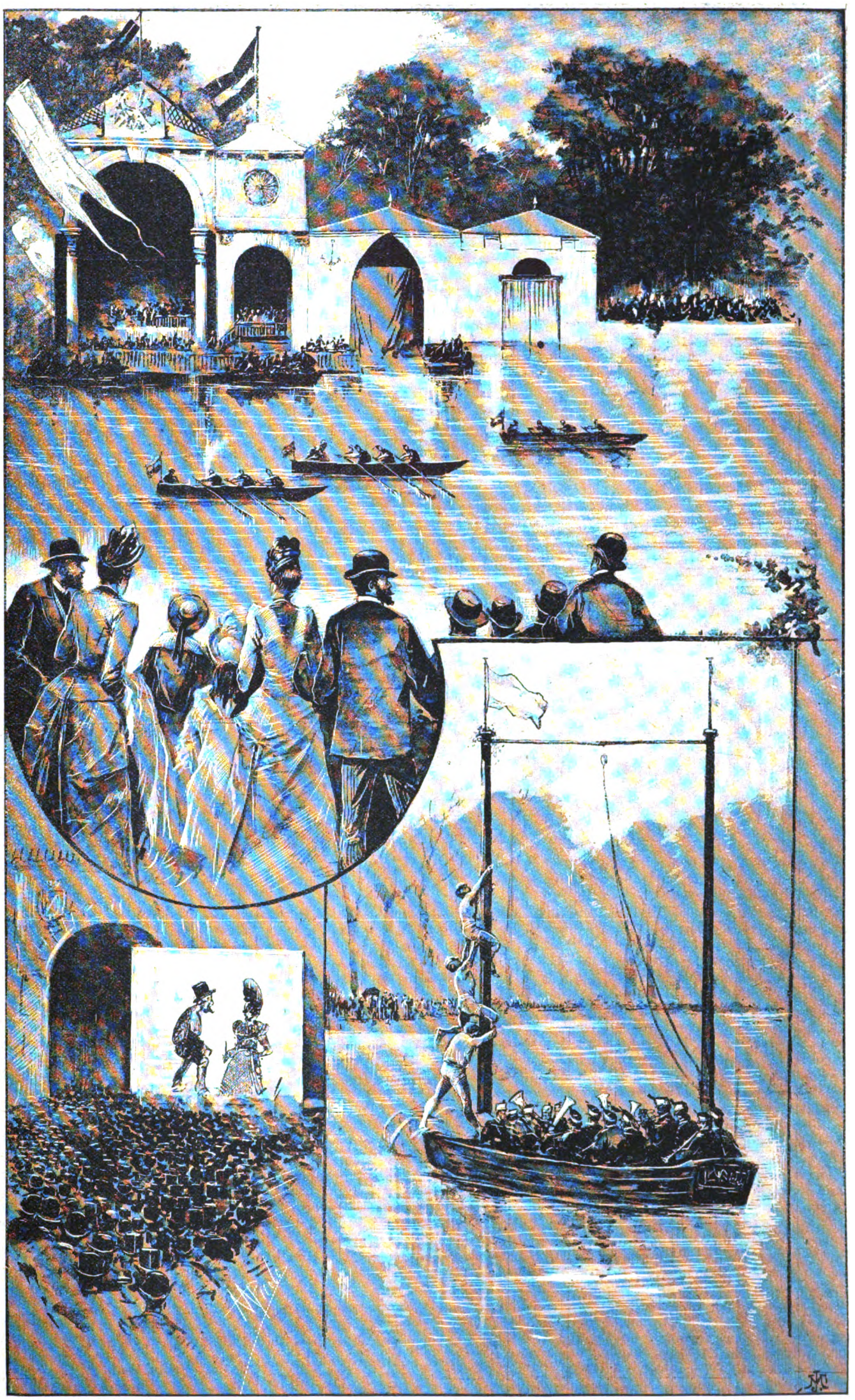


LOS FESTEJOS DE MADRID: LOS BAILES POPULARES

Baile en la plazuela de Mostenses.—El baile de blanco y negro en el Teatro Real

(Dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google



LOS FESTEJOS DE MADRID

Regatas en el Retiro.—Los cuadros disolventes en la Plaza de la Armería.—La cucaña. (Dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

REVISTA CIENTÍFICA

De la localización en las enfermedades del sistema nervioso, por el doctor *D. F. de P. Xercavins.*—Barcelona, 1889.

Materia que ocupa á las más elevadas inteligencias es la cuestión relativa á la localización de las enfermedades del sistema nervioso cerebro-espinal, asunto que puede decirse data de nuestros días, pues la verdad es que ni la patología ni la fisiología de los centros nerviosos existían antes de que Flourens pusiese manos á la obra allá por los años de 1821 á 1823. Gracias á dicho experimentador, quedó sentado que las facultades intelectuales é instintivas residen exclusivamente en el cerebro propiamente dicho (en los hemisferios cerebrales) y que la ablación del cerebro, en los mamíferos, determina la pérdida de todas sus facultades intelectuales, instintivas y afectivas. Parece extraño que unas nociones tan vulgares fuesen desconocidas antes de Flourens, y, sin embargo, es así.

Después de haber estudiado el cerebro, ocupóse Flourens en la fisiología del cerebelo, y, no sin grandísimo trabajo, descubrió que es el órgano de la facultad de coordinación, de equilibración de los movimientos de locomoción (1). Luego, continuando sus admirables experimentos, manifestó que los tubérculos ópticos son los centros á que convergen las impresiones visuales, los centros que gobiernan los movimientos del iris.

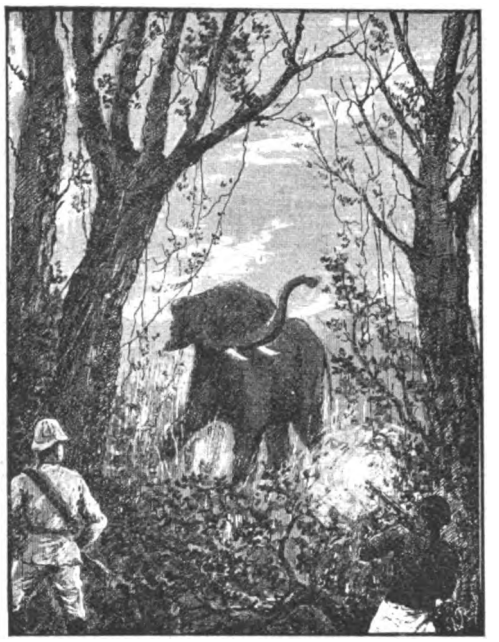
Por lo que hace al bulbo raquídeo, dió á conocer que es el centro excitador y regulador de los movimientos respiratorios. Como se ve, la gloria que supone haber descubierto todo eso basta para procurar la inmortalidad. En cambio equivocóse Flourens al combatir enérgicamente las localizaciones cerebrales, bandera entonces de la *frenología,* sosteniendo que todas las facultades residían en igual sitio, en *toda la extensión* de los lóbulos, es decir, la *unidad* de las facultades intelectuales é instintivas. Con todo, y por una singular paradoja, resulta que aquel enemigo de los *cantones* es el verdadero precursor de los actuales localizadores.

El impulso comunicado por Flourens á la fisiología cerebral no quedó perdido. Leuret (1839) contribuyó en mucho al adelantamiento de la cuestión estudiando las circunvoluciones de los cerebros de los animales y tratando de localizar en cada una de ellas una función determinada; pero la morfología encefálica no quedó definitivamente establecida hasta 1855 con la aparición de la *Memoria sobre los pliegues cerebrales* del malogrado Pedro Gratiolet, base de todos los trabajos que se han publicado después. Ahora bien: lo que Leuret entrevió, lo que Gratiolet realizó en cuanto al cerebro de los cuadrumanos, lo realizó Broca en cuanto al hombre, no solamente descubriendo la bien conocida localización del lenguaje articulado en la tercera circunvolución frontal izquierda, sino con la determinación del llamado *gran lóbulo límbico del hemisferio*, carácter eminentísimamente distintivo del cerebro humano.

Después de los nombres que acabo de citar sería harto fastidiosa la enumeración de los innumerables fisiólogos y patólogos que han dedicado su atención á las localizaciones cerebrales (muy facilitadas por la creación de la nomenclatura de Broca); por lo cual, no sin hacer una excepción en favor de Kussmaul, Lussana, Ferrier y Charcot, nombres universalmente conocidos, los pasaré por alto.

Y voy ahora á la importantísima Memoria del doctor Xercavins sobre la localización en las enfermedades del sistema nervioso, trabajo que en otro país hubiera colocado al autor entre los hombres más distinguidos de la nación: tanta es su trascendencia, su originalidad, su novedad, si así puede decirse, y su utilísima aplicación práctica. Educado el doctor Xercavins en la clínica de la Casa de Caridad de Barcelona, que por su carácter constituye una especie de *Salpêtrière* (guardando toda proporción), ha podido disponer de especiales facilidades para sus estudios, ora en la clínica, ora en la sala de autopsias; lo cual, ayudado de singulares dotes de inteligencia y voluntad, ha hecho posible que España pueda contar hoy con una gloria de que pocos tendrán noticia, pero que no por eso deja de serlo, como probablemente sabremos algún día por conducto de cualquier periódico extranjero.

La grandísima novedad del trabajo del doctor Xercavins estriba: 1.º, en la determinación de la localización de los *centros nerviosos medulares;* 2.º, en la atrevidísima descentralización de la sensibilidad, la inteligencia y la motilidad, suponiendo su residencia EN TODOS LOS LÓBULOS y superpuestas por su orden en las diversas capas de la corteza cerebral (1); y 3:º, en la facilidad con que, en vista de los esquemas representados por el autor, puede precisarse la localización de las lesiones determinantes de los síntomas propios de las enfermedades nerviosas (lesiones de motilidad, inteligencia, sensibilidad, amiotrofias, contracturas, ataxias, afasias, etc.).



El teniente Stairs acometido por un elefante herido

«El cerebro,—dice el doctor Xercavins,—no puede estar destinado todo para cada sensación y todo para cada uno de sus impulsos: cada territorio sensitivo periférico debe tener su representante sensitivo central; cada impulso motor, correspondiente á un aparato ú órgano ejecutor, debe tener su islote celular en las capas grises. Debemos admitir, pues, que los centros nerviosos psíquicos son como federaciones, admirablemente organizadas, en cada una de las cuales se puede centralizar el funcionalismo correspondiente á una demarcación periférica.»

Procediendo ya al estudio de la materia objeto de la obra, divide el autor el total del sistema nervioso en dos sub-aparatos: el *medular* y el *cortical del cerebro;* comprendiendo el primero no sólo la médula espinal y el bulbo raquídeo, sino también el mesocéfalo, los pedúnculos cerebrales, la cápsula interna, los cuerpos estriados, el tálamo óptico, y, como aparato especial, el cerebelo, y correspondiendo al segundo los hemisferios.

Después de una discusión minuciosa, basada en la histología, la anatomía, la clínica y la experimentación fisiológica, sienta el doctor Xercavins la *localización de las corrientes de sensibilidad en el segmento posterior* y *las de la motilidad en los segmentos antero-laterales del eje raquídeo en toda su extensión,* de la misma manera que localiza las amiotrofias y las contracturas en los núcleos de sustancia gris y en la porción sensitiva de los arcos diastáticos. En cuanto al cerebelo, debe ser considerado como el aparato de la coordinación motriz, residiendo en sus componentes (lóbulos, pedúnculos y cuerpos restiformes) las lesiones productoras de las diferentes formas de ataxia.

Estudiando luego las localizaciones medulares en el sentido longitudinal, propone el autor esta ley: Todas las corrientes (sensibles y motrices) sufren un entrecruzamiento en el aparato medular, poco después del ingreso en el mismo eje de los nervios, excepto los espinales motores, cuyo entrecruzamiento se verifica en globo en las pirámides anteriores del bulbo.

Entra el doctor Xercavins en el estudio del sub-aparato cortical del cerebro, y, después de una discusión abrumadora relativamente á la existencia de lóbulos ó circunvoluciones exclusivos de sensibilidad, inteligencia y motilidad, niega tal supuesto; y no sólo esto, sino que demuestra que ni aun forman las circunvoluciones y los lóbulos divisiones esenciales, pues hay centros que abarcan dos de unos y otras. Partiendo de la similitud de estructura entre los dos sub-aparatos, dice el distinguidísimo neurólogo barcelonés: «En el cerebro hay también su substancia gris, y si no viene dispuesta en columnas anteriores, medias y posteriores, lo está en capas periféricas, medias y profundas; y, atiéndase bien, si desdoblamos la tela cerebral en la extremidad superior vertical del eje medular, nos van á resultar las capas más periféricas del cerebro como las continuadoras de las columnas posteriores medulares, y las profundas del primero como anteriores, y, por lo mismo, simulando la expansión superior de tales columnas del eje raquídeo. Y, hecho digno de ser tenido en cuenta, los caracteres de los que constituyen los planos posteriores, digamos ya cerebro-medulares, son precisamente los asignados á los territorios de sensibilidad; y las condiciones de estructura de los que forman los planos anteriores, tanto corticales como medulares, tienen los caracteres que se asignan á las células de la motilidad.» Esta idea del desdoblamiento de la *tela cerebral*, suponiéndola extendida verticalmente, es una de las más luminosas inspiraciones de que tengo yo noticia, y, en efecto, resulta un argumento poderosísimo en favor de la tesis sostenida por el autor, pues aparecen absolutamente continuas las capas grises periférica y profunda de la corteza del cerebro con las columnas posteriores y anteriores medulares, mientras que la capa cortical central del cerebro corresponde á los sistemas especiales posteriores y anteriores de cordones blancos. Así, el *sistema de sensibilidad corresponde al segmento posterior y el sistema de motilidad corresponde á los segmentos anteriores de los centros cerebro-medulares.*

En lugar, pues, de suponer centralizadas la sensibilidad, la inteligencia y la motilidad en sendos lóbulos ó circunvoluciones, el doctor Xercavins las hace patrimonio respectivamente de las capas grises más superficiales, de las intermedias y de las profundas de la corteza cerebral; empero no en toda su extensión, sino circunscritas á los islotes, territorios ó espacios en relación cada uno de éstos con un determinado órgano, aparato ó región del organismo. En suma:

1.º Hay hechos de sensibilidad, inteligencia y motilidad en todos los lóbulos del cerebro.

2.º Estos hechos deben localizarse, según

(1) Creyóse por mucho tiempo que el cerebelo era el órgano... ¡de la memoria! ó bien del instinto de propagación.

(1) La originalidad de este aserto estriba en su radicalísima diferencia con lo sostenido por muchos autores antiguos y modernos respecto á que hay un lóbulo cerebral destinado á la sensibilidad, otro para la inteligencia y otro para la motilidad (lóbulos occipital, frontal y parietal), ó bien, según otros, que hay circunvoluciones sensitivas, motrices, intelectuales y de sentido muscular El doctor Xercavins rompe con lo que se admite generalmente y atribuye á *todo lóbulo* la posesión de sensibilidad, inteligencia y motilidad.

Compárese la diferencia entre este modo de ver tan *autonómico* y la primitiva concepción unitaria de Flourens, remozada muchos años después por Vulpian con el nombre de *sustitución mutua* de las diversas partes de los hemisferios cerebrales, por más que luego abandonó tan arbitraria teoría.

Digitized by Google

su orden, en las tres capas periférica, intermedia y profunda de la corteza cerebral.

3.º Los lóbulos ó circunvoluciones dentro de cuyas diversas capas se verifican hechos de sensibilidad, inteligencia y de impulso motor, correspondientes á determinada región ó aparato del organismo, representan el centro de éstos.

Estas proposiciones, verdaderamente novísimas, quedan comprobadas por el doctor Xercavins en el terreno de la histología, de la experimentación y de la clínica; después de lo cual, y como síntesis de todo lo expuesto, pasa el autor á enumerar algunas de las localizaciones aceptadas hoy, ó, lo que es lo mismo, á dar cuenta de los diversos cerebros pareiales con atributo conocido, cuya federación constituye el cerebro total. Estas localizaciones son las siguientes:

Localizaciones cerebrales (sensitivas, intelectuales y volitivas) de los miembros superiores é inferiores del lado opuesto: en los centros de Hitzig (circunvoluciones centrales anterior y posterior) y en algunos otros centros.

Palabra: en la circunvolución de Broca. Hay que observar, sin embargo, que hay diversas formas de afasia, cuya localización es múltiple.

Audición: circunvolución temporal superior ó primera.

(El doctor Xercavins considera estos dos centros y la ínsula, en conjunto, como el cerebro de la audición y locución.)

Aparato sensorial de la visión, ceguera (intelectual) psíquica y anexos musculares: en el lóbulo occipital.

Olfación: ¿en la circulación del hipocampo?

Gustación: ¿en ídem? ¿en las cercanías del hipogloso?

Si tan reducida es la lista de las localizaciones cerebrales fisiológicas, en cambio es muy completa la que da el doctor Xercavins respecto á la localización (en los segmentos periférico, medular ó cerebral) de los síntomas observados en las enfermedades del sistema nervioso.

Mucho siento que la brevedad del espacio á que he debido sujetarme no me haya permitido extenderme en ciertos pormenores que hubieran dado á conocer todavía más la valía del trabajo del doctor Xercavins; pero, de todas maneras, creo que con lo dicho se comprenderá que se trata de una obra notabilísima en cuanto es fruto exclusivo de los estudios de un compatriota nuestro, que se aparta en ella de lo que pasa por artículo de fe entre la mayoría. La independencia del doctor Xercavins, sea cual fuere el éxito que obtenga su atrevido tema, es un rasgo consolador en medio del espíritu de imitación que caracteriza á la mayoría de nuestros sabios, y atestigua que cuando menos hay en Cataluña quien no ha perdido la tradición de pensar por cuenta propia.

ALFREDO OPISSO

CORREO COJO

¡Oh, cuál vamos á ser felices todos!
¡Lo que se va á perder el que se muera!
(*El Padre Cobos*, 1854.)

El *trancazo*, ó el *dengue*, ó lo que Vds. quieran, pues no vamos á reñir por el nombre, malogró nuestras fiestas tradicionales de Pascuas de Navidad: las nubes aguaron las diversiones que para conseguir el desquite (la *revancha* como dicen algunos) disponíanse en Carnestolendas; pero á nosotros no nos fastidia ningún chato y ya estamos preparando otras festividades para cuando llegue el día del Santo Isidro, patrón de Madrid y de sus alrededores y protector de Fuenlabrada y de varias dinastías de *tías Javieras*, legítimas todas, como las rosquillas que venden.

Habrá, por supuesto, corridas de toros: eso no podía faltar,

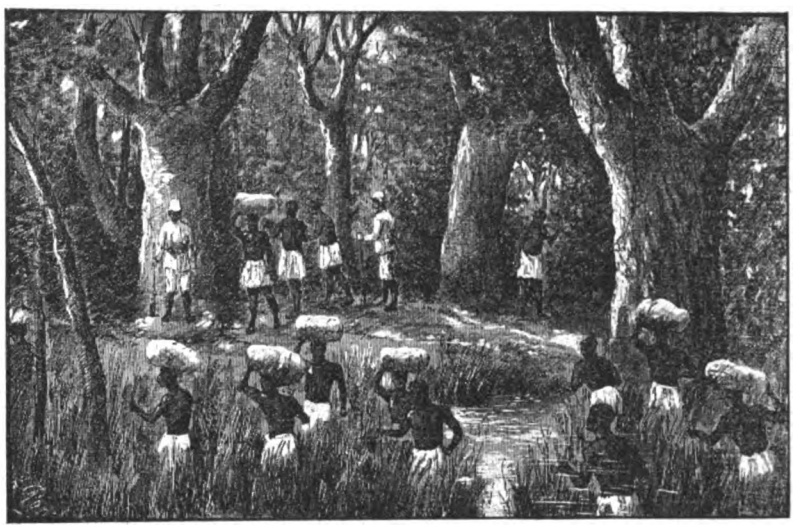
¡pues no faltaría
sino que faltara!

y exposición de bellas artes, y exposición de perros, y exposición de flores, y exposición de pantorrillas, y exposición de fuegos artificiales, y... exposición de romperse el bautismo á cada dos por tres: en fin, que podremos decir como el poeta de *La derrota de los pedantes:*

De manera que cosa más lucida,
ni se ha visto jamás ni se ha pensado.

También ha de celebrarse en el presente mes de mayo, no sé si como parte de las fiestas ó independientemente de ellas, una asamblea nacional de las ligas de contribuyentes.

Prescindo, por hoy, del programa de las diversiones, porque no está definitivamente acordado todavía; pero no prescindo del programa de temas que ha de ser discutido en la ya mencionada asamblea, temas que se han publicado ya y que demuestran de un modo evidente que sus autores, dicho sea esto sin ánimo de ofenderles en lo más mínimo, viven un poquito atrasados de noticias.



La vanguardia de la expedición cruzando por una selva virgen

Siete son los temas que, según he visto en los diarios, van á ser sometidos á la deliberación de la asamblea: siete, como los pecados capitales ó como los dolores de María.

Administración y economías dice el primero, y se habla en él de lo consabido: bajas en el presupuesto, moralidad, responsabilidad fácilmente exigible, comodidad para los administrados, etc., etc.; en fin, lo de siempre: palabras, palabras, palabras.

Fomento económico es el tema segundo, en el cual se pregunta si hay necesidad de variar esencialmente los principios que en la actualidad preside el fomento de las obras públicas. Sí, padre: hay que variarlos de todo en todo, y, si no, ¡medrados estamos!

Propiedad, es el tema tercero, y su ampliación dice: «*Contribución territorial.* ¿Existen ocultaciones apreciables en cantidad y en calidad?» ¡Vaya una gracia! ¿Que si existen ocultaciones? ¡Donosa es la pregunta por cierto! ¡Vaya si existen! ¡Y muy gordas y de mucha importancia! Pero, señores, si eso lo saben hasta los niños de la escuela: esas cosas ya no se preguntan. Y continúa el tema: «Si las hay ¿á qué responden?» ¡Toma! Pues al deseo de pagar menos contribución: me parece que no pueden responder á cosa más interesante... para los ocultadores. Y ¿cuál es el medio mejor y más eficaz de descubrirlas? Eso... eso sí que no me atreveré á decirlo en este sitio, porque me espanta la idea del susto que iban á recibir los habituales lectores de LA ILUSTRACIÓN, á quiénes supongo personas de arraigo, afincadas en alguna parte, y hasta... ¿quien sabe?... quizás un poco tocadas también del afán de la ocultación. De todas maneras lo que yo propusiese no había de aceptarse: conque ¿á qué llevar la intranquilidad y la alarma al ánimo de personas pacíficas que no me han hecho ningún daño, que yo sepa?

El otro tema es el de *Agricultura*, y acerca de éste digo algo parecido á lo que acerca del otro he dicho.

Industria y comercio es el tema quinto... Eso es: el quinto, no matar. A esto deberían reducirse las conclusiones sobre ese tema. Porque, realmente, casi todos nuestros gobiernos (los reaccionarios como los liberales) parece que tratándose de industria y de comercio, no aspiran á otra cosa: trabas por aquí, dificultades por allá, ahora impedimentos, después gabelas, hoy expedientes de tramitación interminable, mañana vejaciones injustificadas y atropellos sin fin. Nada, que para ser comerciante ó emprender una industria en este país del Banco único y de los préstamos al Tesoro, se necesita el valor no ya de un Cid, de un centenar de Cides.

En el *sexto* tema (siempre está en el sexto lo más escabroso) se trata de *Impuestos*, y se dice para explicación: «*Consumos.* ¿Es posible la desaparición de este impuesto?»

Sí, señor: es posible, y es, además de posible, necesaria, como es necesaria la desaparición de todo lo que es injusto, inicuo y monstruoso como esa malhadada contribución de consumos, azote del pobre, dogal del menesteroso, verdugo del padre de familias necesitado.

Por éste y por el de las ocultaciones de la propiedad he dicho que estaban los autores de los temas algo atrasados de noticias: hoy ya no hay que preguntar si existen ocultaciones y si son importantes; hoy ya no hay quien admita discusión sobre si es tolerable el impuesto de consumos. De los otros temas, á decir verdad, declaro que me parecen oportunos, como me lo parece también el último, que dice así:

«Modificaciones generales que convienen en materia de impuestos. Manera de conseguir sin perjuicios ni dificultades graves la extensión equitativa de la contribución á propiedades que no tributan, ó no tributan lo que deben, á fin de que salga menos gravada la riqueza pública. Reformas que se imponen en la distribución y cobranza de las contribuciones.»

Yo, salvo mejor parecer, creo que la extensión *equitativa* de la contribución á todos los ciudadanos que hoy no tributan, ó tributan menos de lo que deben, habría de realizarse aunque hubiera perjuicios y á pesar de cuantas dificultades se presentaran.

Pero Vds. verán cómo de esas discusiones de las ligas no resulta nada parecido á lo que considero yo justo y razonable; y si por casualidad resultara, ahí están nuestros legisladores para no hacer caso de lo que digan las ligas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Mayo de 1890.

A LA MEMORIA DEL POETA QUEROL

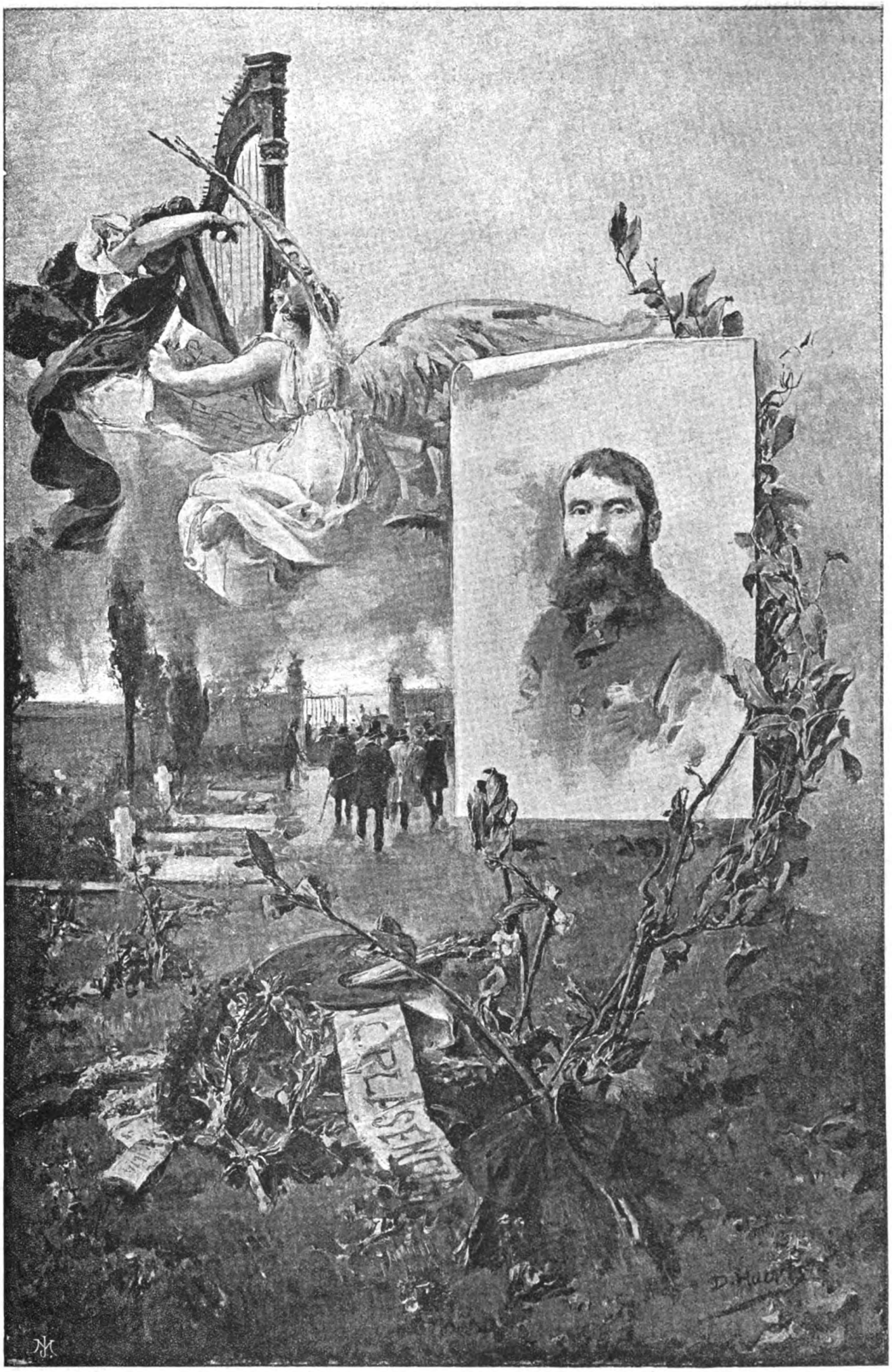
El campo de mis recuerdos
sembrado está de cadáveres:
en el silencio nocturno
que reina en mis soledades,
surgir veo de sus tumbas,
como fantasmas errantes,
los espectros luminosos
de mis adorados padres,

Digitized by Google

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890: DESCANSO DEL MODELO

(Escultura de A. Marinas. Premio de 2.ª clase.) (De fotografía)

Digitized by Google



CASTO PLASENCIA (alegoria de Huertas)

Digitized by Google

la imagen del tierno amigo,
la grata visión de un ángel.
Cuando ya de la existencia
va declinando la tarde
y en la oscuridad nos sumen
las sombras crepusculares,
sólo entonces nos convence,
con su lógica implacable,
la experiencia, de lo efímero
de nuestras vidas fugaces.
La guadaña, que la muerte
con mano invisible blande,
oculta y á todas horas
amenaza á los mortales;
y de su golpe certero
ni siquiera se sustraen
la hermosura, que seduce;
la virtud, que es admirable;
el amor, que tanto puede;
la gloria, que tanto vale.
Es cierto: son en su imperio
todos los hombres iguales;
pero traspasa sus límites,
dejando en tierra su cárcel
de barro, su cuerpo muerto,
que dentro el sepulcro yace,
el espíritu, que tiende
sus dos alas en los aires:
que el genio es la mariposa
que de su envoltura sale,
y el cadáver es capullo
que cuando él espira se abre.
Murió en ti, mortal querido,
el gusano miserable,
y vive el insecto alado
de tu genio, ilustre vate.
No importa que antes de hora
el designio inescrutable
del Ser que el mundo gobierna,
de la humana lid te aparte;
no importa, porque saliste
victorioso del combate,
circundado de la gloria
con la aureola triunfante.
Más dignos somos de lástima
los poetas que dejaste
luchando por la corona
que nunca quizás alcancen,
y mueran, como crisálidas,
encerrados en su cárcel,
sin llegar á mariposas
y sin volar por los aires.

JACINTO LABAILA

LA EXPEDICIÓN DE MR. STANLEY

EN SOCORRO DE EMÍN BAJÁ

La reciente expedición de Mr. Stanley recuerda naturalmente la que emprendió en 1871, á invitación de Mr. Bennet Gordon, para buscar al célebre doctor Livingstone, perdido en las profundidades del Africa y cuyo paradero se ignoraba. No es nuestro ánimo describir aquí en todos sus pormenores los incidentes de aquel aventurado viaje, en el cual se ocuparon oportunamente con toda minuciosidad las diversas publicaciones de aquella época, y, por lo tanto, nos limitaremos á recordar en pocas palabras el resultado.

En enero de 1871, Stanley llegó á Zanzibar, donde hizo sus últimos preparativos, contratando los dos guías que debían acompañarle por de pronto, y sin pérdida de tiempo emprendió el peligroso viaje. Después de numerosos percances y aventuras, y como guiado por un instinto maravilloso, llegó á Ujiji, punto situado en la orilla oriental del lago Tanganika, y allí encontró precisamente al doctor Livingstone. No tardó en llegar la noticia á Europa, y bien podríamos decir que desde entonces comenzó la fama de Stanley como viajero intrépido y explorador del Africa.

Entre nuestros grabados figura uno que representa la cabaña donde nació Mr. Stanley (1841), en Denbigh (país de Gales).

Vamos ahora á reseñar brevemente la última expedición de Stanley en socorro de Emín Bajá, cuyo resultado ha sido bastante satisfactorio.

Marcha de la expedición

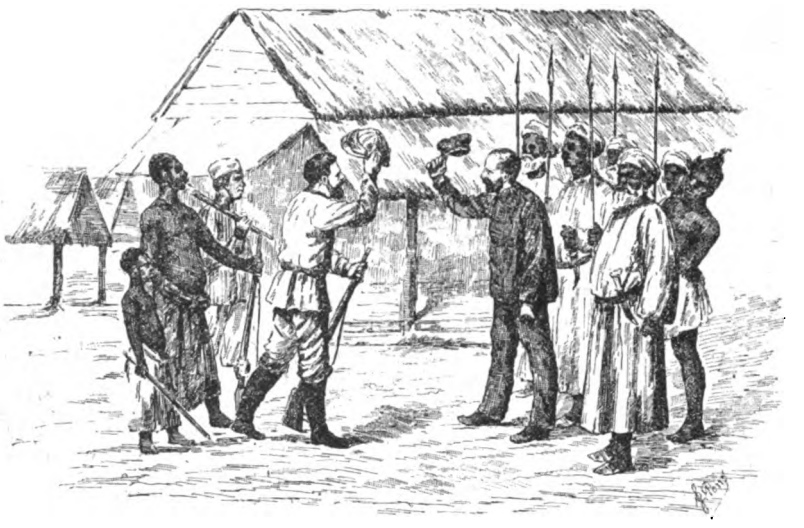
El 20 de enero de 1887 salió de Londres el *Navarino*, llevando á bordo á Mr. Stanley con todo su equipo. Dos auxiliares, embarcados en Liverpool, le habían precedido para dirigirse al Congo á fin de contratar mil quinientos portadores que debían llevar todos los bagajes desde Matadi al Lago de Stanley, donde el viajero debía encontrar un carruaje construído ya. Stanley tomó la vía de Brindisi, á fin de ir directamente al Cairo para consultar allí con el Gobierno egipcio y el doctor Junker.

El 22 de febrero, Stanley y su acompañamiento llegaron á Zanzibar, donde acababa de fondear el vapor *Madura*, el mismo que debía conducir la expedición al Congo; pero se necesitaron otros cinco, que salieron sin pérdida de tiempo en dirección á Boma, residencia principal del Gobierno del Estado libre del Congo, donde habitan ahora varios europeos, ingleses, franceses, holandeses y belgas. También hay allí centros comerciales portugueses, una escasa guarnición indígena, y algunos centenares de labradores indígenas. En Matadi, donde la navegación por el río queda interrumpida, los expedicionarios debieron desembarcar y emprender la caminata con los bagajes y abastecimientos, que los hombres llevaron hasta Manyanga; trasporte muy laborioso y que duró muchos días. Desde este último punto hasta el Lago de Stanley, donde Mr. Troup estaba encargado del trasporte, y después hasta el *truwimi*, el cargamento fué siguiendo por el agua. A últimos de abril, reunidos todos los hombres que Stanley había contratado en Kinshassa, emprendióse el viaje por el río en cinco vapores, y se remontó el Congo sin sufrir grandes molestias, como no fuera la escasez de víveres en el Lago de Stanley, donde los almacenes de la estación estaban muy desprovistos. Los indígenas no querían llevar sus vituallas al mercado, y no había lo suficiente para alimentar á ochocientos extranjeros. Yambuya, punto situado al pie de las cascadas que interrumpen la navegación, fué elegido como depósito de provisiones. Allí se dejaron cincuenta y siete hombres á retaguardia de la expedición, al mando del mayor Bartelot. Esta retaguardia permaneció en Yambuya desde julio de 1887 hasta el mismo mes de 1888; mientras que Mr. Stanley marchaba con la vanguardia, debiendo atravesar las selvas y senderos que conducen al lago Alberto Nyanza.

Descalabro de la retaguardia

Mr. Stanley avanzaba por el desierto desconocido, con su columna, compuesta de más de trescientos hombres entre oficiales y subalternos, en junio de 1887, y antes de ponerse en camino había dejado sus instrucciones al mayor Bartelot, al parecer bastante explícitas; mas no pudo prever la mala fe de Tipoo-Tip, que, habiéndose ofrecido á proporcionar cierto contingente de hombres, faltó á su promesa.

Este Tipoo-Tip, hijo de un árabe de Zanzibar, reside hace diez años en el distrito de Manyema, donde goza de mucha popularidad. Se le acusa de ser traficante en esclavos. Miles de éstos cultivan las plantaciones que Tipoo-Tip posee, y parece que todos le profesan el mayor respeto. Además comercia en marfil, en cuya venta ejerce el monopolio; y podría decirse que ese hombre tiene allí el doble carácter de conquistador y comerciante, habiendo llegado á crearse un verdadero imperio en el corazon del Africa. Siempre se distinguió por su indomable valor, su energía en todos los actos y su carácter resuelto, y atribúyensele en el país apreciables cualidades; pero seguramente abriga mucha astucia, y no poca mala fe, si se ha de juzgar por su proceder con Stanley. Después de puesto en claro el grado de confianza que el intrépido viajero podía tener en Tipoo-Tip, no cabía dudar de la traición de éste y de Salim-ben-Mahomed, su representante. No solamente dejaron de facilitar los hombres prometidos, sino que Salim formó un poderoso campamento detrás del que ocupaba el mayor Bartelot, prohibió á los indígenas vender víveres á los blancos, y mandó destruir las canoas que éstos tenían en el río.



Reunión de Livinsgtone y Stanley en el África Central

A últimos de mayo, el mayor Bartelot se hallaba en las Cascadas de Stanley, y allí obtuvo de Tipoo-Tip un refuerzo de cuatrocientos hombres en vez de los seiscientos prometidos para que el infortunado jefe pudiera emprender su marcha en busca de Stanley. No obstante, cuando dicho refuerzo llegó á Yambuya, suscitáronse dificultades sobre la repartición de la carga, y se adquirió la evidencia de que se procedía de mala fe proporcionando á Tipoo-Tip ocasión de apoderarse de alguno de los bultos que contenían pólvora y cartuchos. El mayor Bartelot, viendo amenazada su vida, prosiguió su marcha fatal con el resto de su gente en junio de 1888, al cabo de un año de privaciones que ocasionaron la muerte de muchos hombres. Era demasiado tarde para prestar auxilio á Stanley, y una semana después, el 18 de junio, el mayor Bartelot fué asesinado por uno de los manyemas que Tipoo-Tip había puesto al servicio de la expedición.

Desde Yambuya al lago Alberto

Para llegar al lago Alberto era preciso que Stanley y su gente atravesara una espesa selva de inmensa extensión, en la que había que abrirse paso continuamente entre una vegetación secular que presentaba gravísimos obstáculos. Véase lo que escribía Mr. Stanley al describir aquella parte del país:

«Se necesitaron más de cinco meses para atravesar aquella selva, sumamente enmarañada y cuyos límites están bien circunscritos. La extensión superficial que comprende es de unas 246,000 millas cuadradas. Trascurrieron ciento sesenta días antes de que pudiéramos dar gracias á Dios por haber salido al fin de las tinieblas, y hubo instantes en que blancos y negros apenas nos podíamos tener en pie. Imagínese una selva en que la espesura es de las más compactas y donde la vegetación se halla en todos los períodos del crecimiento y de la deca-

Digitized by Google

dencia; árboles leñosos, apoyados uno sobre otro, que amenazan desplomarse ó interceptan el paso; insectos de todas especies, tamaños y colores; sonidos extraños de aves y cuadrúpedos; sordos rumores como de una manada de elefantes que avanzan por la espesura; copiosa lluvia casi todos los días; una atmósfera infecta, fatal á veces; la fiebre y las calenturas; las tinieblas durante el día, y la oscuridad más lóbrega por la noche; y sobre todo esto una selva que parece interminable; y se podrá formar idea de nuestros padecimientos desde el 28 de junio hasta el 5 de diciembre de 1887.

»Lo que más nos molestó en el paso de la selva fué la presencia de los wambutti, salvajes que apenas alcanzan cuatro pies de estatura y que se distinguen por su amor á la rapiña y al robo. Nos acechaban de continuo, y, como usan flechas envenenadas, cuyas heridas producen casi siempre la muerte, eran verdaderamente peligrosos y debíamos ir muy alerta para evitar sus ataques.

»Cuando salí de aquel mal paso prometíme no volver jamás á la selva del Congo. El camino de Yambuya á Kaballi está dividido en grandes espacios, en cada uno de los cuales la marcha fué muy penosa, siendo forzoso á menudo abrirnos paso á través del bosque; de modo que la columna avanzaba poco más de 2 millas diarias.

»También son de temer los elefantes cuando se llega á la parte más clara de la selva, donde esos colosos pueden penetrar á veces. El teniente Stairs fué atacado por uno que estaba herido, y, gracias á tener cerca un árbol de tronco enorme, pudo librarse del enfurecido animal.»

Crítica situación de Emín Bajá

Mr. Jephson fué el único individuo de la expedición que pudo llegar á las estaciones egipcias ocupadas por Emín Bajá en el Nilo, al norte del lago Alberto, y así pudo presenciar las últimas luchas de Emin contra los traidores y falsos egipcios y árabes que promovieron la rebelión de una gran parte de las guarniciones sudanesas que estaban bajo su mando. Poco faltó para que ambos muriesen á manos de aquellos insurrectos, y desde el 20 de agosto hasta noviembre de 1888 estuvieron prisioneros en Dufelé, sin saber cuál sería su suerte. Emín Bajá estaba muy abatido, pareciendo á veces imposible distraerle de su tristeza. Ya no le quedaba apenas autoridad alguna, siendo la rebelión y los acontecimientos ocurridos consecuencia natural de aquella falsa posición. Con rara generosidad, é impulsado por humanitarios sentimientos, aquel hombre notable se negó á huir inmediatamente, á menos de llevar consigo la mayor parte de las familias y sus propiedades, poniéndolas bajo la protección de mister Stanley, de quien había recibido ya noticias.

Primera entrevista de Stanley con Emín Bajá

Obtenida al fin su libertad, Emín Bajá y su inseparable compañero Mr. Jephson, que habían recibido á un mensajero de Stanley anunciando su llegada al lago Nyanza, dirigiéronse á dicho punto, donde fueron acogidos con la mayor deferencia por el intrépido viajero y su gente. Provisto de sus gemelos, pudo Mr. Stanley divisar el barco que conducía á Emín, y todos los individuos de la expedición profirieron entonces en gritos de alegría al ver al hombre por quien habían sufrido tanto. A eso de las siete de la noche ancló el vapor, y poco después el Bajá, el capitán Casati, Mr. Jephson y demás acompañamiento saltaron en tierra, donde fueron recibidos por el médico Parke y una escolta. Como ya estaba oscuro, los zanzibaritas encendieron teas para alumbrar el camino hasta el campamento, que solamente distaba unas 200 varas. Mr. Stanley recibió allí á los distinguidos viajeros, acogiéndoles de la manera más cordial y amistosa. Sus hombres, muy entusiasmados, aclamaban al Bajá, mientras que los nubianos devolvían el cumplido de la manera que acostumbran con gritos y gesticulaciones. Emín Bajá, que vestía con traje blanco, dió las más expresivas gracias á los ingleses por el auxilio de su expedición.

De regreso á la costa

Según lo que se había convenido, el 10 de abril de 1889 se emprendió de nuevo la marcha para regresar á la costa. A fin de evitar en lo posible el encuentro de enemigos, los expedicionarios atravesaron el país de Warancra, hacia el valle del Semliki y las altas montañas situadas al sur de Ituri, desde donde podía tomarse la dirección sudeste hacia las estaciones situadas á orillas del Victoria Nyanza.

Con Emín Bajá y su séquito iban muchos fugitivos, cuyo número pasaba de quinientos catorce; pero muchos de ellos quedaron rezagados y no pudieron continuar el viaje.

Alquería cerca de Denbigh, donde nació Stanley

Saliendo de la parte del valle de Semliki llamada Awamba, la expedición penetró al segundo día de marcha en Usangora, país que flanquea el lago Alberto; y tres días después llegó á la importante ciudad indígena de Kativé. Allí hay un lago salado de 2 millas de longitud, poco más ó menos, que contiene salmuera pura de color sonrosado, la cual produce considerables beneficios al rey de Ungoro. Después de haber seguido durante algún tiempo la orilla del lago, los expedicionarios subieron á las tierras altas de Ankoré, marchando desde aquí, á través de Karagwé y Uhaiya, en dirección á Uzinja.

Cuando los expedicionarios dieron vista á Mpwapwa, después de haber permanecido veinte días en Mssalala ocupándose en varios preparativos para continuar el viaje, y en recoger las provisiones depositadas allí para su servicio, el número de los que seguían á Stanley había disminuído considerablemente á causa de las muchas bajas ocurridas entre los egipcios ó árabes y en los negros que partieron desde el lago Alberto Nyanza. De mil quinientos hombres apenas quedaron la mitad, habiendo sucumbido setecientos cincuenta á las enfermedades ó al cansancio en una marcha de doscientos cuarenta días.

Recepción en Zanzibar

Antes de llegar á Zanzibar, la expedición se detuvo en Bagamoyo, donde los viajeros fueron perfectamente recibidos con vítores y aclamaciones. Habíase engalanado la ciudad con arcos de follaje y ramas de palmera, y se hizo una salva de nueve cañonazos, á los cuales contestó un buque alemán. Una vez en Zanzibar, donde el recibimiento fué más entusiasta aún, mister Stanley no pudo ya disponer de un momento: tantas eran las personas que acudían ansiosas para felicitarle por su llegada. Casi todos los soberanos de Europa le habían dirigido telegramas en los términos más afectuosos. El sultán de Zanzibar acogió también al intrépido viajero cariñosamente, y todos los oficiales de la expedición fueron invitados á un suntuoso banquete. La entrada de Mr. Stanley en Zanzibar había sido verdaderamente un triunfo, y las numerosas pruebas de afecto que recibió debieron compensar en parte las fatigas y penalidades de su atrevida expedición.

LA HUÉSPEDA

Como suele decir el vulgo, aunque sin permiso de la Academia, el Excelentísimo Ayuntamiento de la villa de Madrid ha dispuesto que sus administrados se diviertan de oficio durante algunos días; pero ha contado *sin la huéspeda*.

La huéspeda en esta ocasión ha sido el gremio de tablajeros, ó si ustedes lo prefieren carniceros, ó cortadores, de la muy heroica villa y ¡¡ay!! también corte, aunque me sepa mal el decirlo.

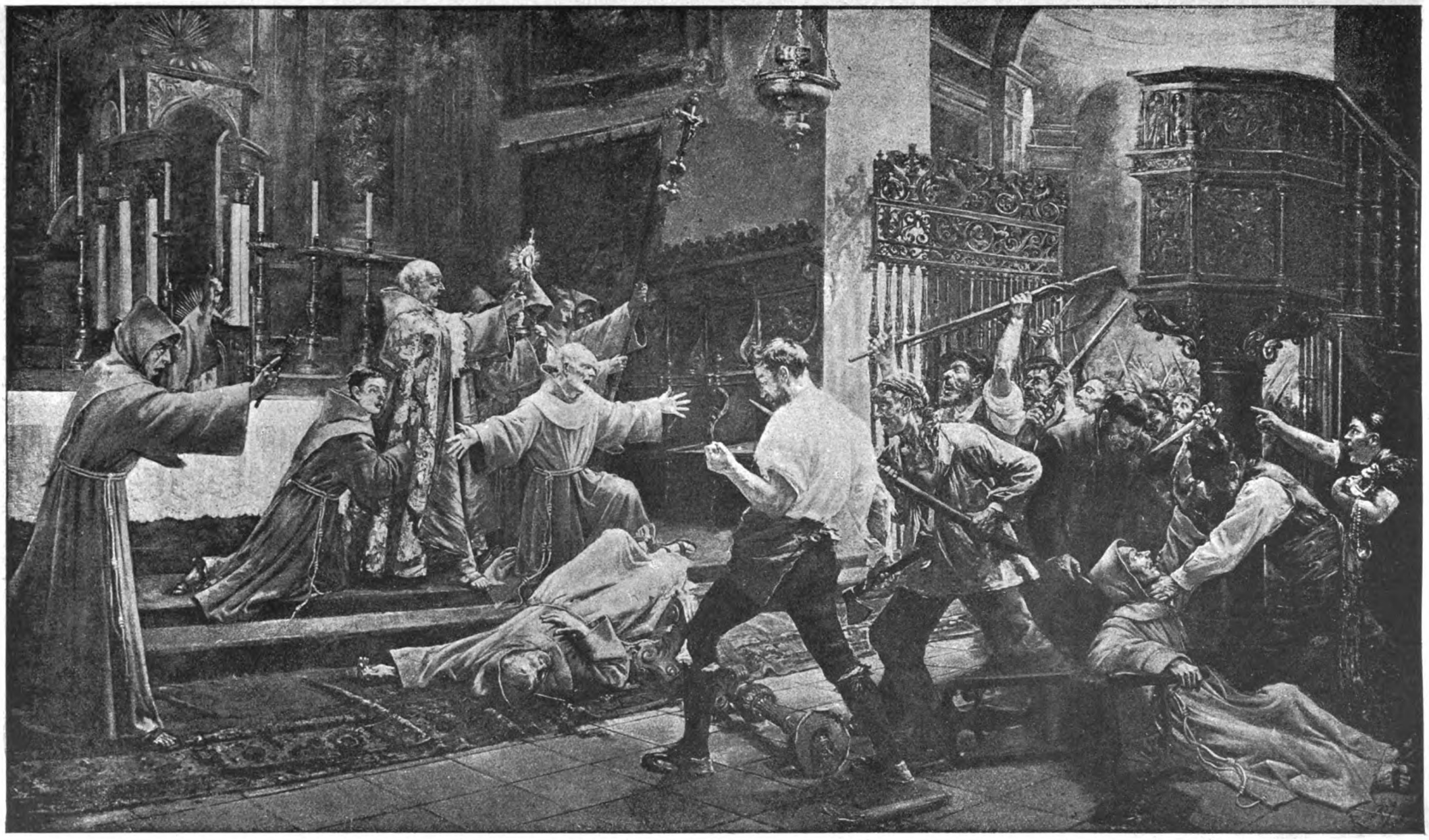
En Madrid (lo he dicho y lo he repetido no sé cuántas veces, pero cuántas se diga son pocas) se come oro, es imposible la vida: todo cuesta muy caro y es todo mucho más malo que caro. De la carne no hablemos: sobre que nunca está uno seguro de que sea carne lo que come, ni mucho menos de que, puesto que sea carne, haya pertenecido á una vaca; entre huesos, desperdicios y faltas de peso ya puede asegurarse que no se recibe sino un diez por ciento de lo que se paga, y aun me parece que me excedo. Pues bien: ahora que la afluencia de forasteros ha de dar, como es lógico, mayor ganancia á industriales y comerciantes, antójaseles á los carniceros subir *en dos reales* nada menos el precio de la carne. De modo que ¡cualquiera come carne las próximas fiestas!

Declamen cuanto gusten los obreros contra los pícaros burgueses que gastan levita y trabajan con el cerebro; imaginen los estadistas y los sociólogos reformas sociales para mejorar la situación del trabajador; diluciden pacíficamente ó con trastornos, industriales y jornaleros, las relaciones que deban existir entre el capital y el trabajo; que cuando más engolfados estén en esas disputas aparecerá el gremio de carniceros para devorar á los que disputan, como á los conejos de la fábula devoraron los perros antes de que aquéllos llegasen á un acuerdo sobre si eran podencos ó galgos los que persiguiéndoles venían. El gremio de carniceros no es burgués ni es obrero, y no se contenta con no quitar ni poner rey, sino que imita lo que, según un cantar muy famoso en tiempo de nuestros abuelos, hacía el inolvidable y sabio monarca Fernando VII *el Deseado*:

Ese narizotas,
cara de pastel,
á negros y á blancos
os ha de comer.

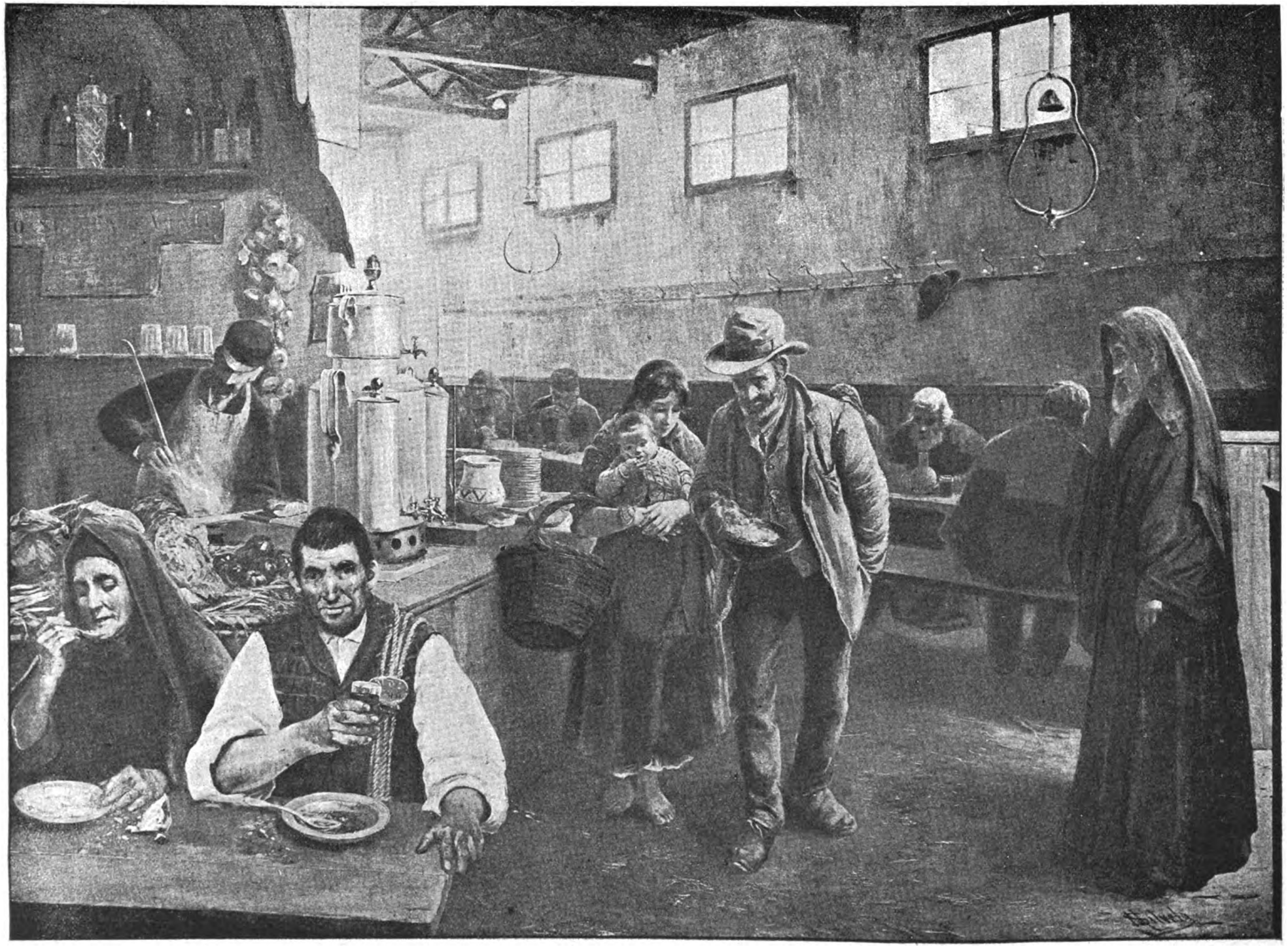
Eso, eso es lo que hace con burgueses y con descamisados el gremio de carniceros, ó el de ganaderos, ó el que sea, pues los unos echan la culpa á los otros: los carniceros dicen que los

Digitized by Google



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890: LA MATANZA DE FRAILES (cuadro de D. Ramón Pulido.) (De fotografía)

Digitized by Google



EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890: EN LA TIENDA-ASILO (cuadro de D. Mateo Silvela.) **(De fotografía)**

Digitized by Google

ganaderos les venden las reses muy caras; los ganaderos afirman que se las compran excesivamente baratas; unos y otros hablan de monopolios y de trampas y de ilegalidades; y la verdad es que, como dice el refrán, «uno por otro la casa sin barrer» y el pobre sin poder comer carne... ni pescado.

Paréceme que esta salida de tono de los carniceros es una venganza. El Ayuntamiento, por iniciativa del alcalde, ha dispuesto grandes fiestas, más ó menos populares, para la segunda quincena de mayo y la primera quincena de junio. A cooperar al mayor lucimiento de estas fiestas han sido invitadas corporaciones científicas y corporaciones oficiales. El Municipio se ha dirigido al Gobierno, á las academias, á las sociedades, á las autoridades civiles y militares, á los periódicos y hasta á los niños de los asilos benéficos (no sé si habrán contado también con los enfermos de los hospitales, pero he de averiguarlo): el ministro de la Guerra dará tropas para una retreta y para una diana y para que oigan una misa de campaña; la autoridad eclesiástica proporcionará clero para celebrar esa misa; las academias han ideado carrozas; los gremios han dispuesto cabalgatas; los niños del hospicio, evoluciones militares; las personas talludas, meriendas en la Florida y mascaradas por las calles *pa en merendando;* los aficionados á danzas, un baile de convite en el Teatro Real (como aquí lo llaman, mal llamado por cierto). El gremio de carniceros no habrá sido invitado á tomar parte en este general regocijo y ha querido tomar sabroso desquite de ese desaire ó de esa preterición ofensiva, y, apareciendo por la puerta lateral derecha, á modo de un Silva algo pringoso, que toca el cuerno, ha gritado:—*Ecco la tazza.* También quiero yo contribuir al mayor esplendor de las fiestas. No habéis contado conmigo para el jolgorio (tampoco Hernani cuenta con Silva para convidarle á las bodas); pero vengo espontáneamente para decir que este gremio coopera al general contentamiento subiendo desde mañana dos reales el precio de la carne.

. . . . . .

—Ahora,—grita un chusco,—sólo falta que los panaderos contribuyan subiendo el pan y hemos hecho un pan como unas hostias.

Y siga la diversión y adelante con los faroles... de retreta.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

AMOR Y CELOS

Deslumbradora se erguía
junto á un arroyo una flor,
y á su contacto crecía,
y sus pétalos abría
llenos de aroma y color.

El cefirillo la amaba,
la amaba con tal exceso
que, si á su lado pasaba,
siempre, siempre la besaba.
¡Y qué dulce era aquel beso!

Así el tiempo trascurrió
embebida en sus amores,
pasó una niña, la vió,
—¡Qué perfume y qué colores!—
dijo alegre, y la cortó.

Y entonces, al meditar
lo mucho que iba á sufrir,
lo poco que iba á gozar,
la rosa se echó á llorar,
la niña se echó á reir.

Y desde que el sol salía
hasta que su rojo brillo
en occidente escondía,
la buscaba el cefirillo,
mas la flor no parecía.

Y dicen que aun es constante,
que aun la busca con afán,
y que loco, delirante,
anda el cefirillo amante
trasformado en huracán.

LINO GONZÁLEZ ANSÓTEGUI

LOS PRÍNCIPES MARIANOS

(A S. A. R. EL INFANTE D. ANTONIO)

El rosario y la corona, que no fué instituída por Santo Domingo de Guzmán, sino que, según Astolfi, era una devoción muy antigua en la Iglesia, pues los cruzados que no sabían leer recitaban un cierto número de *pater* y *ave*, que variaban según la solemnidad, en un cuerda de nudos *per cordulam nodis distinctam*, era el adorno de los grandes del pueblo, de los magistrados y de los guerreros. Los paisanos y los caballeros lo rezaban yendo á sus campos ó volviendo á la ciudad, los litigantes en la audiencia esperando á sus abogados, y los cristianos de todas clases marchando á ganar sus indulgencias á las iglesias lejanas. Los mismos reyes daban el ejemplo. Blanca de Castilla rezaba ordinariamente su rosario, y Luis XI lo llevaba sobre su pecho cuando hacia el fin de su vida se mostraba de lejos sobre las murallas de Plessis en traje de monarca. Eduardo III, rey de Inglaterra, dió su rosario, que era de perlas, á Eustaquio de Ribeaumont, caballero francés que lo había derribado dos veces. Los suizos en Granson encontraron dentro de la tienda ducal de Carlos de Borgoña su rosario, en que había las figuras de los Apóstoles, de oro macizo. Sábese también que el famoso condestable Anne de Montmorency decía siempre su rosario cabalgando á la cabeza de sus soldados. Enrique IV, á quien su madre, la herética Juana Albret, dió á luz cantando una antigua canción bearnesa á una imagen popular (Nuestra Señora de la Cabeza del Puente), decía su rosario todos los sábados y su corona todos los domingos, por ser ésta una de las condiciones que le impuso la corte de Roma cuando su abjuración. Un rosario bendito estaba ceñido al glorioso pabellón de D. Juan de Austria cuando se dió la batalla de Lepanto. El duque de Orleans, tío de Carlos VI, cuya vida era, á la verdad, poco edificante, no por eso dejaba de tener en su palacio de San Pablo un oratorio enriquecido con esculturas góticas de madera de Irlanda, sobre cuya puerta se leían estas palabras: *Retrete en que reza sus pater monseñor Luis de Francia.* Carlos VI fué muchas veces á implorar la protección de Nuestra Señora del Puy durante la ocupación de los ingleses, y delante de su mismo altar fué proclamado rey de Francia.

El rey Luis XII era singularmente devoto de María. En 1478 separó del Artois el condado de Boloña y lo traspasó á la Virgen María, declarándola condesa del Boloñés. A título de prestación feudal colocó sobre su altar un corazón de oro del peso de trece marcos, y prometió que sus sucesores al trono deberían renovar el homenaje y la ofrenda á la Virgen *soberana.* Sábese que este príncipe cruel pero lleno de genio, desdeñando el fausto hasta caer en el exceso contrario, no llevaba otro adorno, en sus audiencias solemnes, que una pequeña imagen de Nuestra Señora, hecha de plomo y pegada á su real sombrero; y acostumbraba decir que hacía más caso de ese pequeño trozo de plomo que de todo el oro de sus reinos. Este mismo rey instituyó en Francia la oración del *Angelus* tal como hoy existe. Su decreto fué redactado así: «Se manda á todos los franceses, caballeros, hombres de armas y plebeyos que se pongan *de rodillas* al primer toque de campana del mediodía, que se santigüen devotamente y recen una oración á Nuestra Señora para alcanzar buena paz.»

En el año 1647, el emperador de Alemania, Fernando III, consagró solemnemente su persona, familia é imperio á la Reina del Cielo. Levantóse una magnífica columna en la plaza Mayor de Viena á honra de la Concepción Inmaculada, y encima de aquélla fué colocada su estatua con la luna bajo sus pies y hollando con el calcañar la cabeza de la infernal serpiente.

En 1212, Alfonso IX, apellidado *el Noble*, que no llevaba esculpidas todavía en sus armas más que las torres de Castilla, al pasar por León alcanzó sobre los moros una gran victoria, que fué atribuída en toda España á la protección de María. La enseña del Temple huía ya junto con los pendones españoles de Calatrava, la Media Luna iba triunfante: despliégase entonces al aire el estandarte de Nuestra Señora de los Dolores y la victoria queda para los cristianos. Ese mismo estandarte fué el que vió huir las galeras turcas en la famosa batalla de Lepanto.

Sería prolijo citar los príncipes que se han distinguido por su devoción á María y que bien pudiera llamárseles *marianos:* unos levantando templos en su honor, otros fundando cofradías y órdenes militares y religiosas, y la mayoría concediendo grandes mercedes en nombre de María. Basta, para concluir, el consignar la gran devoción que tienen á María nuestros reyes reinantes, y la gran veneración en que es tenida la célebre estatuilla de plata representando á Nuestra Señora de los Reyes y que el rey San Fernando llevaba siempre sobre el arzón de su caballo en todas las conquistas, y que hoy se conserva en el palacio de Sanlúcar del señor duque de Montpensier.

JOSÉ SÁNCHEZ RODA

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE FRANCÉS

IDILIO DEL DELFINADO

Cuadro de Augusto Hirsch, grabado de León Fleuret

Ese grabado es un buen ejemplar de la manera con que se entiende actualmente en Francia el arte de la pintura. El colorido suele ser siempre deficiente ó apagado, pero en cuanto á composición y perspectiva aérea queda poco que desear, además de la laudable tendencia á romper con todo convencionalismo, representando las cosas tales como son, vistas por el pintor.

LOS FESTEJOS DE MADRID: LOS BAILES POPULARES Y EL BAILE DE BLANCO Y NEGRO.—LAS REGATAS, LOS CUADROS DISOLVENTES Y LA CUCAÑA.

Dibujo de M. Picolo

Nuestros lectores se habrán enterado por las crónicas de *Kasabal*, además de los muchos pormenores de que vienen llenos los periódicos, de la brillantez que revisten los festejos de Madrid; hecho tanto más digno de plácemes en cuanto es la primera vez que se lleva á cabo un programa de fiestas tan numeroso y variado, lo cual es segura prenda de que aun se hará mejor en lo sucesivo.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

EN LA TIENDA ASILO, *cuadro de Mateo Silvela.*—LA MATANZA DE FRAILES, *de Ramón Pulido.*—DESCANSO DEL MODELO, *escultura de Aniceto Marinas.*

Dibujo de P. y Valor

A pesar de que en nuestro próximo número comenzará la publicación de la revista de la Exposición del Hipódromo, trabajo encargado al notable crítico de Bellas Artes Sr. D. Francisco Alcántara, nos permitiremos recomendar las obras que aparecen reproducidas en este número, pues es indudable que la escultura del Sr. Marinas es un trabajo lleno de humorismo y perfectamente ejecutado, así como *La matanza de frailes* revela una esperanza y *En la tienda asilo* es una confirmación de la bien sentada fama adquirida por el Sr. Silvela.

CASTO PLASENCIA

Alegoría de Huertas

Creemos que nuestros lectores verán con gusto ese delicado homenaje, lleno de sentimiento, tributado por un artista distinguidísimo al malogrado pintor de *La fundación de Roma.* El Sr. Huertas, que goza de envidiable fama como inspirado y correcto dibujante, ha dado en esa página una prueba más de aquella poética manera que tan simpáticos hace sus trabajos.

Digitized by Google

REGALO

—Un tesoro prometí
regalarte y no prolongo
más tus ansias: vedle aquí,
bella niña.—¡*Jabón!*—Sí,
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier. París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN

Aunque apenas tenía aliento para hablar, contesté que haría lo que se me mandase, y entonces el capitán me dió la llave para sacar más vino y dirigíme lentamente á la cámara. ¿Qué debía yo hacer? Aquellos hombres eran unos infames y unos ladrones. Habíanme arrebatado de mi país, habían asesinado á bordo al pobre Ransome, y ahora querían que yo fuese cómplice de otro asesinato. En cambio, el peligro de perder la vida era evidente, pues un muchacho y un hombre, aunque fueran intrépidos como leones, nada podrían hacer contra toda una tripulación.

Iba pensando yo todas las probabilidades en pro y en contra, sin saber por qué partido decidirme, cuando al entrar en la cámara vi al jacobita cenando tranquilamente, y esto bastó para que tomara mi resolución al punto. Maquinalmente, y sin saber apenas lo que hacía, dirigíme á la mesa, puse la mano sobre el hombro del caballero, y le dije:

—Se trata de mataros.

Púsose en pie con un rápido movimiento, é interrogóme con la mirada tan claramente como si hubiera hablado.

—¡Oh!—exclamé.—Aquí todos son asesinos. Hace muy poco que han dado muerte á un grumete, y ahora parece que os toca á vos.

—¡Hola, hola! ¿Eso pretenden? Pues aun no me tienen.

Y mirándome con curiosidad añadió:

—¿Os pondréis de mi parte?

—Sí,—contesté,— porque no soy ladrón ni asesino.

—¡Bravo! ¿Cómo os llamáis?

—David Balfour...—respondí.

Y pensando que al caballero le agradaría tratar con gente de su clase, pronuncié el apellido *de Saws*.

Seguramente no dudó de mí, porque el *highlander* está acostumbrado á ver á los más encopetados nobles en la mayor pobreza; pero tal vez le parecieran mis palabras un exceso de vanidad.

—Yo me llamo Stewart,—dijo el caballero,—pero me conocen con el nombre de Alan Breck; nombre de rey que no me disgusta del todo, por más que tenga mis razones para creer que no me sienta mal.

Así diciendo, dirigió una mirada á su alrededor como para buscar los medios de defensa.

La cámara era de construcción muy sólida, propia para sufrir los embates del mar, y, de sus cinco aberturas, solamente la claraboya y las dos puertas eran suficientemente grandes para dar paso á un hombre; pero estas últimas se podían cerrar bien, eran de roble y estaban provistas, además, de buenos cerrojos. Una de ellas permanecía cerrada, y la atranqué; pero cuando iba á cerrar la otra, Alan me detuvo.

—David, — dijo; — esa puerta abierta será nuestra mejor defensa.

—Pues creo que más seguro sería aún cerrarla.

—No, David,—contestó;—estáis en un error, pues con la puerta abierta podré ver mejor á mis enemigos y saber á qué atenerme.

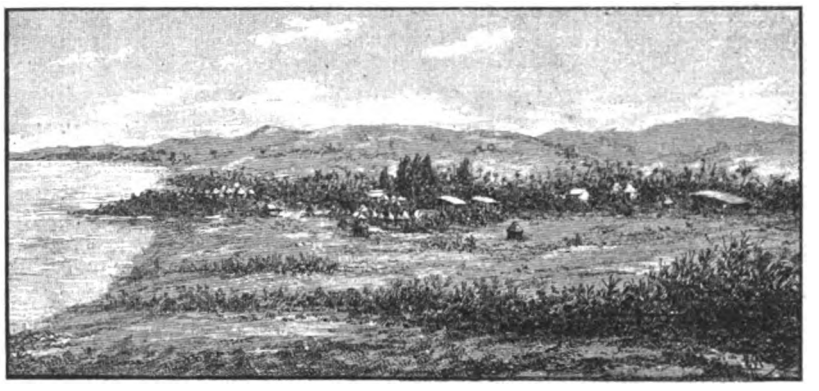
Dicho esto eligió cuidadosamente entre las armas y me dió una navaja, refunfuñando que jamás había visto armas tan pobres; y acto continuo hízome sentar á la mesa con un frasco de pólvora á mi alcance y un saco de balas, ordenándome que cargase todas las pistolas.

—Mejor ocupación es esa para una persona de noble alcurnia,—díjome el caballero,—que no la de fregar platos, mezclándose con semejante gente.

Alan se colocó entonces en el centro de la cámara frente á la puerta, y, desnudando su espada, ensayóse en esgrimirla.

—Será preciso,—murmuró,—limitarme á la estocada, y es una lástima, porque prefiero los tajos; pero, en fin, ya nos arreglaremos. Por de pronto seguid cargando las pistolas y estad atento á mi voz.

Prometí hacerlo así, pero en aquel instante hallábame turbadísimo. Sentía una grande opresión de pecho y la boca seca, pareciéndome que todo se oscurecía á mi alrededor. Al pensar en los muchos hombres que iban á caer sobre nosotros, mi corazón se estremecía; y al ver el mar, pensé que mi cuerpo sería botado al agua á la mañana siguiente.



Ujiji, cerca del lago Tanganika, donde Stanley encontró á Livingstone

—En primer lugar,—dijo el extranjero, —¿cuántos serán contra nosotros?

—Quince,—contesté.

—Bueno,—repuso Alan poniéndose á silbar; —esto se arreglará de otra manera. Yo me encargo de esa puerta, donde empeñaré la batalla; y os prevengo que no hagáis fuego por aquí si no me veis caer, pues mejor quisiera tener diez enemigos enfrente que un amigo disparando pistoletazos á mi espalda.

—He de advertiros,— contesté,—que no soy tirador.

—Muy bien hablado,—replicó Alan admirando mi candidez.—Muchos caballeros conozco yo que no hubieran querido confesar otro tanto.

—Advertid también,—repuse,—que tenemos una puerta detrás y que tal vez la derriben.

—¡Ah!—exclamó.—Pues de esa os encargaréis vos. Apenas se hallen cargadas las pistolas, colocaos junto á la ventana; y al primero que levante la mano para tocar la puerta fuego en él. ¿Qué más se ha de guardar?

—Tenemos la claraboya,—contesté,—y, á decir verdad, yo necesitaría más ojos para vigilar los dos puntos, pues cuando mire á la puerta no veré la claraboya.

—Tenéis razón,—dijo Alan;—pero supongo que no os falta oído.

—Claro que no: tengo finísimo el oído.

—Que me place. Yo también tengo algunos rudimentos de ese sentido,—replicó Alan espantosamente.

CAPITULO X

EL ASEDIO DE LA CÁMARA

Llegaba el momento de terminarse la tregua. El capitán y sus oficiales, que me esperaban en la cubierta, debieron impacientarse al fin, y, apenas acababa de hablar Alan, vimos á Hoseason acercarse á la puerta.

—¡Alto! — gritó el caballero amenazándole con la punta de su espada.

El capitán se detuvo, pero sin retroceder un paso.

—¡Vaya una manera como tenéis de corresponder á la hospitalidad!—dijo.

—Miradme bien,— contestó el caballero;— desciendo de reyes y llevo nombre de rey, y esta espada ha cortado más cabezas que dedos tenéis en los pies. ¡Llamad á vuestra canalla para que os ayude, y acabemos de una vez! Cuanto más pronto comenzaremos, antes podréis probar en vuestros pellejos el acero de mi espada.

El capitán no contestó, y limitóse á fijar en mí una mirada siniestra.

—David,—dijo con un acento que me hizo estremecer;—ya te lo tendré en cuenta.

Y alejóse silenciosamente.

—Ahora,—dijo Alan,— la mano ligera y serena la cabeza.

El caballero desenvainó un puñal que tenía en la mano izquierda por si acaso alguno conseguía escurrirse debajo de su espada, y por mi parte empuñé dos pistolas y abrí la ventanilla que debía vigilar. El mar comenzaba á serenarse, y el viento era tan ligero que apenas agitaba las velas; de modo que en el buque reinaba gran silencio, aunque yo oía perfectamente un sordo rumor de voces. Poco después percibí un ruido metálico en la cubierta: sin duda sacaban los cuchillos en aquel momento, y uno de ellos había caído.

Yo no sé si era miedo lo que tenía, pero sentía latir mi corazón apresuradamente, y, por más que me restregaba los ojos, tenía la vista ofuscada. En cuanto á esperanzas, no me quedaba ninguna, pero sí una especie de cólera contra todo el mundo que me estimulaba á defender mi vida, vendiéndola todo lo cara que fuese posible. Recuerdo que traté de rezar, mas era tal mi agitación que no pensaba en lo que decía. Mi único afán era comenzar la lucha y concluirla cuanto antes.

No hube de esperar mucho. De repente oí un ruido de pisadas y gritos, una exclamación de Alan, rumor de golpes, y un lamento como de alguien que estuviese herido. Volví la cabeza y pude ver en la puerta al Sr. Shuan que cruzaba el acero con el desconocido.

—¡Ese es el que mató al muchacho!—grité.

—Atención á vuestra ventana, — exclamó Alan.

Y en el momento de volver la cabeza vile atravesar con su espada el cuerpo del piloto.

Tiempo era de que volviese á mi ventana, pues apenas asomé la cabeza, vi á cinco hombres que avanzaban con una verga á fin de servirse de ella como de un ariete para derribar la puerta. Yo no había disparado nunca una pistola, y pocas veces había cogido una escopeta, y jamás contra un ser humano; pero en aquel instante no podía vacilar, y cuando ya estaban cerca hice fuego.

Sin duda herí á uno de los hombres, pues profirió un grito y retrocedió un paso, mientras que los demás parecían vacilar. Antes de que volvieran en sí, disparé el segundo tiro, y después el tercero, y los que no cayeron alejáronse apresuradamente.

Entonces dirigí una mirada á mi alrededor, aturdido aún por el estruendo que oía. La cámara estaba llena del humo de la pólvora, pero pude ver al caballero firme en el umbral de la

Digitized by Google

puerta y defendiendo intrépidamente el paso. Por la hoja de su espada corría la sangre hasta la empuñadura; y en aquel momento, enorgullecido por el triunfo, tenía la actitud de un invencible héroe. A sus pies estaba Shuan, sosteniéndose con manos y rodillas, pálido como la cera y arrojando sangre por la boca. Varios hombres que estaban detrás cogiéronle por los pies y le arrastraron, y creo que entonces murió.

—¡Ya tenemos despachado á uno!—gritó Alan.

Y, volviéndose hacia mí, preguntóme cuántos había matado.

Contestéle que había herido á uno, que en mi concepto era el capitán.

La vanguardia atacada por los enanos con flechas envenenadas

—Pues yo he dado cuenta de dos,—contestó el caballero;—pero aun no se ha vertido bastante sangre, y seguramente volverán á la carga. Alerta, David: esto no ha sido más que un trago antes de comer. ¡Ojo y oído!

Nuestros enemigos estaban disputando en la cubierta, y en voz tan alta que pude oir dos ó tres palabras.

—Ha sido Shuan,—decía uno.

—Pues ya ha pagado el pato,—contestó el otro.

Después las voces bajaron de tono, y sólo oí una, al parecer de alguien que indicaba lo que debía hacerse, pues las otras contestaron brevemente, como aprobando el plan. Por esto comprendí que iban á volver á la carga, y así se lo dije al caballero.

(Se continuará)

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmetico *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas Perfumerias.

Pectoral de Cereza
DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos,** si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis pulmonía o tisis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El VINO de PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

Frasco: 5 fr. PUREZA DEL CUTIS en Paris
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 B.ª St-Denis.

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS
de España y America del Sur

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconiz-da
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito,** de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas,* para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER,** Inventor, 1. **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerias.*)
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

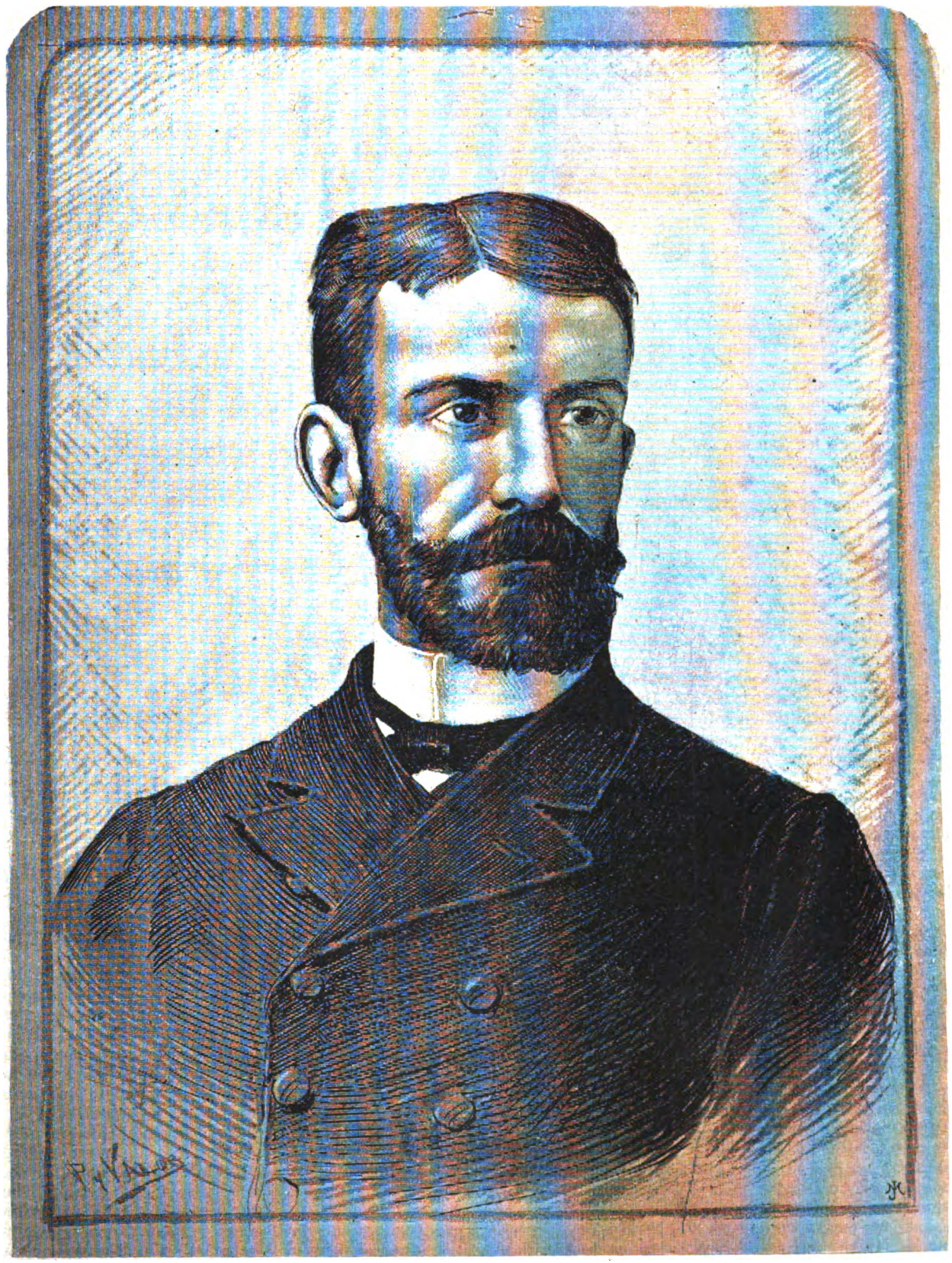
Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 21 de junio de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 390



D. ISAAC PERAL, INVENTOR DEL SUBMARINO (dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Cuadros gallegos: Una feria y una romería* (poesía) (continuación), por Manuel Amor Meilán.—*La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890*, por Francisco Alcántara.—*En sus tiempos*, por Antonia Opisso.—*Con franqueza*, por A. Sánchez Pérez.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: D. Isaac Peral, inventor del submarino.—Modas.—Los festejos de Madrid.—Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: Poesía.—En Pausilipo.—*El arte español:* Llegando la autoridad al sitio del crimen. Misa de alba.

MADRID

El Círculo de la Unión Mercantil.—Las damas de la aristocracia.—El Peral.

El Círculo de la Unión Mercantil, que es en Madrid el centro de comerciantes é industriales, está dando pruebas, con ocasión de los actuales festejos, de la iniciativa y de la actividad que siempre le ha distinguido. Todo lo que hace está inspirado en alto criterio de progreso y en un espíritu eminentemente práctico.

Su rifa en los Jardines del Retiro ha proporcionado recursos á los pobres; su distribución de premios á los que se han distinguido en el trabajo alentará á los que perseveran en sus labores sin la esperanza de una recompensa; y la manifestación del comercio y de la industria que realizará uno de estos días, será gallarda muestra de lo que deben ser las procesiones en los tiempos modernos. Una buena idea de este centro, que tan bien sabe marchar con su tiempo, ha sido el homenaje rendido á los comerciantes é industriales que han fallecido dejando un nombre honrado y una reputación sin tacha. En magnífica corona ha escrito con doradas letras esos nombres de hombres modestos y laboriosos que consagraron su vida al trabajo y que contribuyeron poderosamente á sostener las cargas públicas, y para los cuales la celebridad no es tan pródiga en alabanzas como para los que se dedican á otras profesiones más brillantes y menos útiles.

La corona del Círculo de la Unión Mercantil es un compendio de la historia del honrado comercio madrileño, que tanto ha contribuído al progreso del país apoyando eficazmente á los iniciadores de adelantos y de reformas que ellos fueron los primeros en seguir, trasformando el modesto mostrador de pino y la oscura tienda que conocieron nuestros abuelos en esos magníficos establecimientos que hoy vemos y que son uno de los principales ornamentos de la capital de España.

Además de estas solemnidades de comerciantes é industriales, se ha podido admirar la gallardía y agilidad de nuestros soldados en los varios ejercicios del *Carrousel* celebrado en la plaza de toros y se ha hecho algo útil plantando árboles en la hasta ahora abandonada dehesa de Amaniel.

Plantar un árbol, tener un hijo ó escribir un libro dicen los filósofos que es lo más importante de la misión que tiene que desempeñar un hombre en la tierra, y en este sentido el alcalde de Amaniel prestó un buen servicio á los que convidó á la plantación del futuro pinar, que ojalá tenga mejor suerte que el pobre y raquítico de los de Gómez, que ha medrado tan poco.

Los festejos extraordinarios nos han conducido como de la mano á las fiestas tradicionales de las verbenas. En tres distintas partes de la villa se ha celebrado, y en todas con regocijo, la del glorioso San Antonio, gran buscador de novios para doncellas necesitadas y el más eficaz auxiliar para encontrar las cosas perdidas; y ya están haciendo preparativos para celebrar de una manera inusitada la más tradicional de todas las verbenas, la del bienaventurado San Juan, que no es, en asunto de proteger amores, menos eficaz, si hemos de creer á los poetas que nos han contado cosas maravillosas de la velada que precede á su día, que el santo milagroso de las azucenas.

Pero no logran estos regocijos públicos apartar la atención de las cosas ordinarias de la vida, y andan revueltas las de la política con el pleito de conservadores y liberales, y vuelven á surgir las de moralidad con motivo de los escándalos del matute.

En el primer pleito dicen que toma parte en favor de los conservadores la alta servidumbre de palacio, y con este motivo se fijan ahora los periódicos en los altos cargos palatinos. Yo bien sé que no debe ser la política asunto de estas crónicas, y no entraré en materia que aquí me está vedada; pero hay algo que no se debe dejar de tratar, aunque no sea más que como asunto de actualidad.

La alta servidumbre de palacio tuvo en otros tiempos mucha influencia, y basta recorrer las páginas de *La Estafeta de Palacio* de Bermejo, de las *Memorias íntimas* del general Córdoba, registrar las columnas de los periódicos que se publicaron en el reinado de D.ª Isabel II, ó escuchar á los muchos testigos presenciales que quedan de sucesos de aquella época, para convencerse de la fuerza que tuvieron las camarillas, compañeras, y á veces auxiliares poderosos, de los pronunciamientos. Pero camarillas y pronunciamientos han venido, por fortuna, tan á menos como las azafatas y las viudas de intendentes, y los altos cargos palatinos no son más que lo que deben ser, esto es, puramente decorativos, y las respetables personas que los desempeñan no ejercen, como otras veces, presión en la marcha de los sucesos públicos.

La etiqueta misma se ha reducido mucho; y si se conservan como respeto al pasado las antiguas denominaciones, ya no tienen que hacer nada gentiles hombres de casa y boca, mayordomos de semana y otros cargos por el estilo.

***

Emilia Pardo Bazán está publicando en la notable revista *La España Moderna* los estudios, brillantes como todos sus trabajos, que acerca de la mujer española publicó no hace mucho en una acreditada revista inglesa.

El segundo artículo está consagrado á la aristocracia, y la ilustre autora de *La cuestión palpitante* y *San Francisco de Asís* emprende la noble tarea de defender á la dama de la aristocracia española de las injusticias que sobre ella hace caer el vulgo considerándola como tipo de la frivolidad y aun de algo peor.

Habrá algún tipo de esa clase entre las damas de la aristocracia, como en las mujeres de las demás clases sociales; pero no es este el general y corriente. El nivel intelectual, en ellas, es, por regla general, superior al del hombre de su misma condición, y las hay que marchan al frente del movimiento industrial, como la duquesa de Medinaceli, que concurre á todos los certámenes con los productos de sus fábricas; que sacan del olvido joyas literarias como las cartas de sor María de Agreda, según ha hecho la marquesa de Casa Loring; que poseen una educación tan vasta y esmerada como la de la duquesa de Mandas; y que se consagran á obras benéficas como la marquesa de Miraflores, la de San Felices, la duquesa de Bailén y otras.

Damas aristocráticas fueron las que secundaron la iniciativa de la duquesa viuda de Medinaceli para reparar la injusticia que los cuerpos colegisladores cometieron negando una pensión al gran poeta Zorrilla; damas aristocráticas se encargan de llevar socorros á la vivienda del pobre y de preparar asilos para los niños abandonados y para los ancianos sin familia; y no se deben desconocer sus méritos, ya que se quiere hacer pasar como regla general las debilidades de algunas.

En la guerra de la Independencia, al lado del heroísmo de Agustina Aragón, puede citarse el arrojo é intrepidez de su paisana la condesa de Bureta. En la guerra civil que estalló á la muerte de Fernando VII, las damas aristocráticas se pusieron resueltamente, en su mayoría, al lado de la cuna de la niña que simbolizaba la causa de la libertad, y en sus tertulias y salones propagaron y difundieron las ideas del régimen representativo que ya estaban arraigadas en otros países muy adelantados.

Una dama de la aristocracia, la condesa del Montijo, contribuyó mucho al movimiento social de su época abriendo de par en par las puertas de sus salones á la clase media ilustrada, y colocando al par de los magnates, y aun en sitio más preferente, á los artistas que se distinguían por su mérito.

Compárese la sociedad ignorante de la corte de Fernando VII, abandonando un salón de baile porque entró en él el actor D. José Valero, con aquellas reuniones del célebre palacio de la plaza del Angel, en que descollaban Julián Romea y Ventura de la Vega, y se comprenderá la influencia que ejerció en las costumbres la ilustre madre de la emperatriz Eugenia.

De su tiempo procede la preponderancia que artistas y literatos han tenido en los principales salones, habiendo habido algunos, como el de la difunta condesa de Velle, que casi les estaban consagrados por completo.

Damas de la aristocracia han sido las que han acudido estos días al auxilio del desgraciado escritor Mas y Prat organizando una función en beneficio suyo. No hay, por lo tanto, que seguir las corrientes de la novela que ha hecho blanco de sus iras á duquesas y marquesas, y hay que juzgarlas viéndolas más de cerca, como ha hecho la Sra. Pardo de Bazán. Lo que hay es que, dados los medios de que disponen, podrían hacer algo más en favor de las corrientes verdaderamente nacionales si se pudieran sustraer á los extranjerizadores de su educación y á las corrientes de la moda que las hacen ir todos los otoños á París, Londres y Viena á proveerse de lo que necesitan, con grave daño de lo que se produce en España.

De aquí nace que Ohnet, Cherbuliez ó Feuillet sean más conocidos por ellas que los buenos novelistas españoles, y que los volúmenes de cubierta amarilla que vienen de casa de Calman Levy, ó los de cubierta azul que salen de casa de Víctor Havard, figuren más en los gabinetes elegantes que las bellas ediciones de libros clásicos que vienen de Barcelona ó que la severa colección de *Escritores castellanos* que se edita en Madrid.

***

Madrid, á pesar de sus fiestas y regocijos, no quita hoy su supremacía á Cádiz. Allí está Peral, allí está su admirable invento, que ya no es un proyecto atrevido sino una obra realizada, y allí se dirigen las miradas de toda España como en los días en que la hermosa *tacita de plata*, la que tiene por relicario á la Virgen del Rosario, como dice el cantar del pueblo, era el baluarte donde habían buscado asilo las libertades patrias.

Allí lució en las primeras décadas del siglo la aurora del sistema parlamentario, y de allí nos viene, antes de terminar la centuria, tan pródiga en grandes hechos, uno de los más notables inventos del siglo.

Peral es hoy el héroe del día, y los éxitos del submarino han renovado los entusiasmos que se sintieron al iniciarse la atrevida idea, que no se ha desvanecido como el sueño de un sabio con imaginación de poeta, sino que se ha confirmado en la realidad con la precisión de la obra de un ingeniero que procede según leyes invariables y seguras.

Las Cortes, el Gobierno, los altos poderes y los modestos ciudadanos se apresuran á felicitar al afortunado inventor. Los desvelos incesantes, las luchas titánicas, las crueles angustias, tienen hoy la merecida recompensa en el general aplauso; y el que sufrió tanto, y tanto trabajó, puede descansar como el que pone el pie en la tierra prometida.

La recompensa debe corresponder al esfuerzo y al servicio: en estos tiempos no se pueden

Digitized by Google

cometer ingratitudes como las que amargaron la vida de Colón después de haber descubierto un nuevo mundo; y la nación se encargara de deshacer la injusticia si, lo que no es creíble, se fuese injusto con el ilustre autor del admirable invento.

KASABAL

CUADROS GALLEGOS

UNA FERIA Y UNA ROMERÍA

(CONTINUACIÓN)

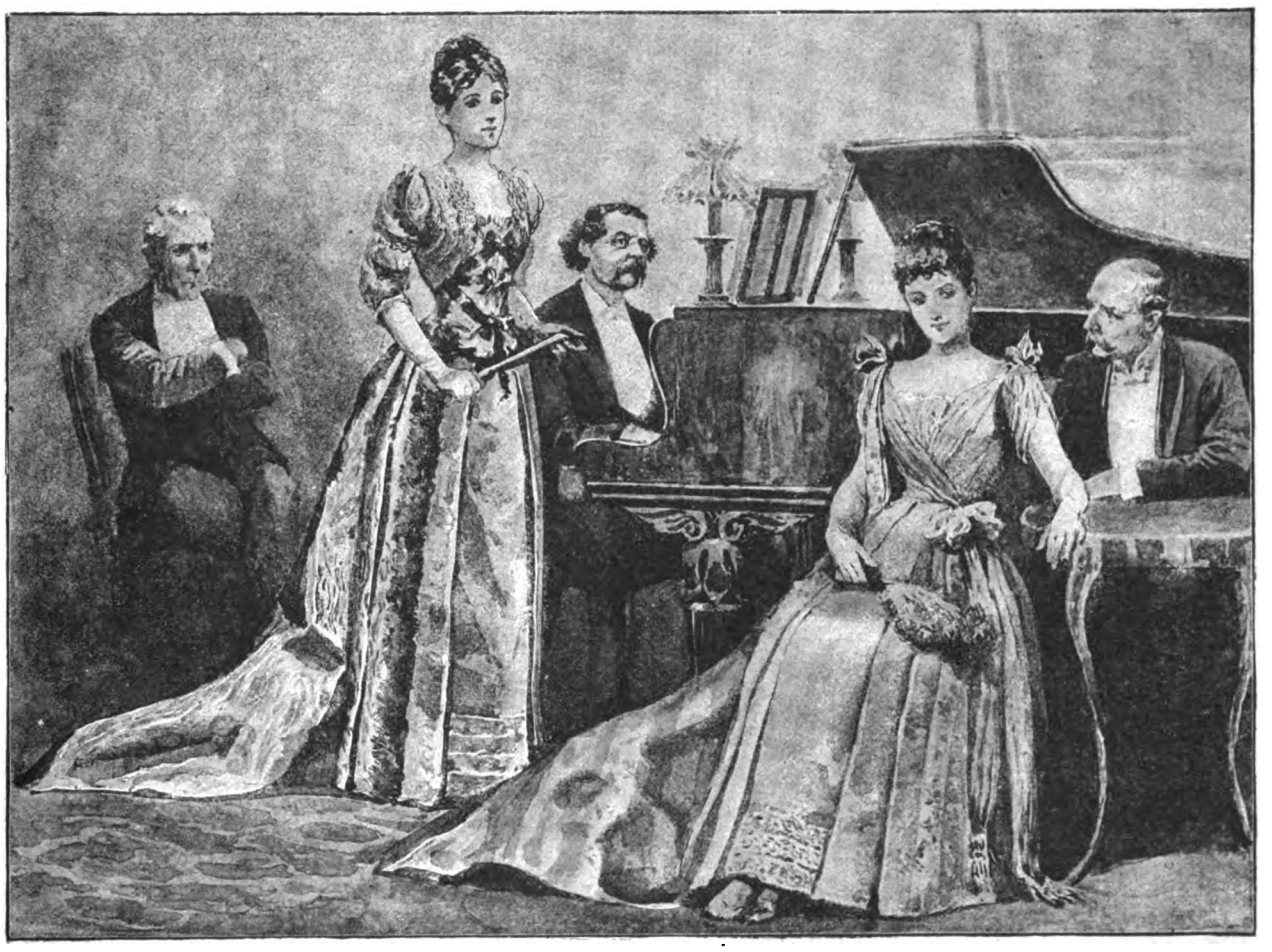
Á una jóvenes y ancianos
sus humildes lechos dejan
y con afable sonrisa
de satisfacciones llena
abren la estrecha ventana,
y el sol, riendo, penetra
en aquellos pobres lares
donde la dicha se alberga.
Salúdale el campesino
con fruición que su alma anega,
vístese luego y despacio
su mejor ropa de fiesta,
y niños, mujeres y hombres
de sus hogares se alejan
y toman por empinadas
sombrías frescas veredas
ó cruzan del fértil valle
las angostísimas sendas
que les guían hasta el soto
donde habrá lugar la feria.
Si risueños marchan ellos
también van contentas ellas,
y el sol, cayendo de lo alto
en tenues doradas hebras,
hace destellar orgías
de color que el alma alegran.
Marchan delante las mozas,
y al son de la pandereta
que una morena con arte
incomparable maneja,
con voz dulce y melodiosa
cual la voz de la sirena
lanzan las otras al aire
alalalus que con fuerza
saliendo de sus gargantas
se pierden como una queja,
como el rumor de la brisa
en la sombría arboleda...
alalalaa... cantan ellos,
alalalaa... cantan ellas,
alalaa... repite el eco
por montañas y por vegas,
alalaa... flota en los aires,
y todo sobre la tierra
del *alalaa*... á los acordes
dijérase que se alegra,
desde el sol, que allá en el cielo
ufano se pavonea,
hasta el mísero gusano
que se esconde entre la hierba.

***

Ya llegaron los romeros
hasta el soto de la feria:
todo allí es animación
regocijo y francachela.
A la sombra de castaños
seculares que les prestan
como dosel sus ramajes,
los vecinos de la aldea;
y hay algunos que anduvieron
dos y tres y cuatro leguas.
Todos comparten y charlan
compran, venden, regatean;
todos en trajes de gala,
todos en trajes de fiesta;
quien de sombrero de fieltro,
quien de afelpada montera:
el aldeano, chapado
á usanza y costumbre viejas,
y el que transige con eso
que llaman vida moderna,
todos allí se confunden,
venden, ajustan, aprecian,
miran, charlan, examinan,
proponen y regatean.
Allí, en medio de las gentes
que concurren á la feria,
siendo objeto de alabanzas
ó de animadas contiendas,
están el lustroso jaco
de cola anudada en trenza
con mil lazos adornada;
relincha y caracolea
el bruto, y á sus relinchos
cuanto le alcanza su cuerda
el medroso cochinillo
corre por entre las piernas
de los feriantes: alguno
por poco se viene á tierra.
Entretanto el triste rucio
estira entrambas orejas
como prestando atención
á lo que de él se comenta:
quien le cuenta los colmillos,
quien palmaditas le asesta,
quien un bocado le da
de *borona* cási negra;
quien le mira, quien sus guiños
ríe á mandíbula llena;
y allí, á su lado, mugiendo
la vaca, pesada y lenta,

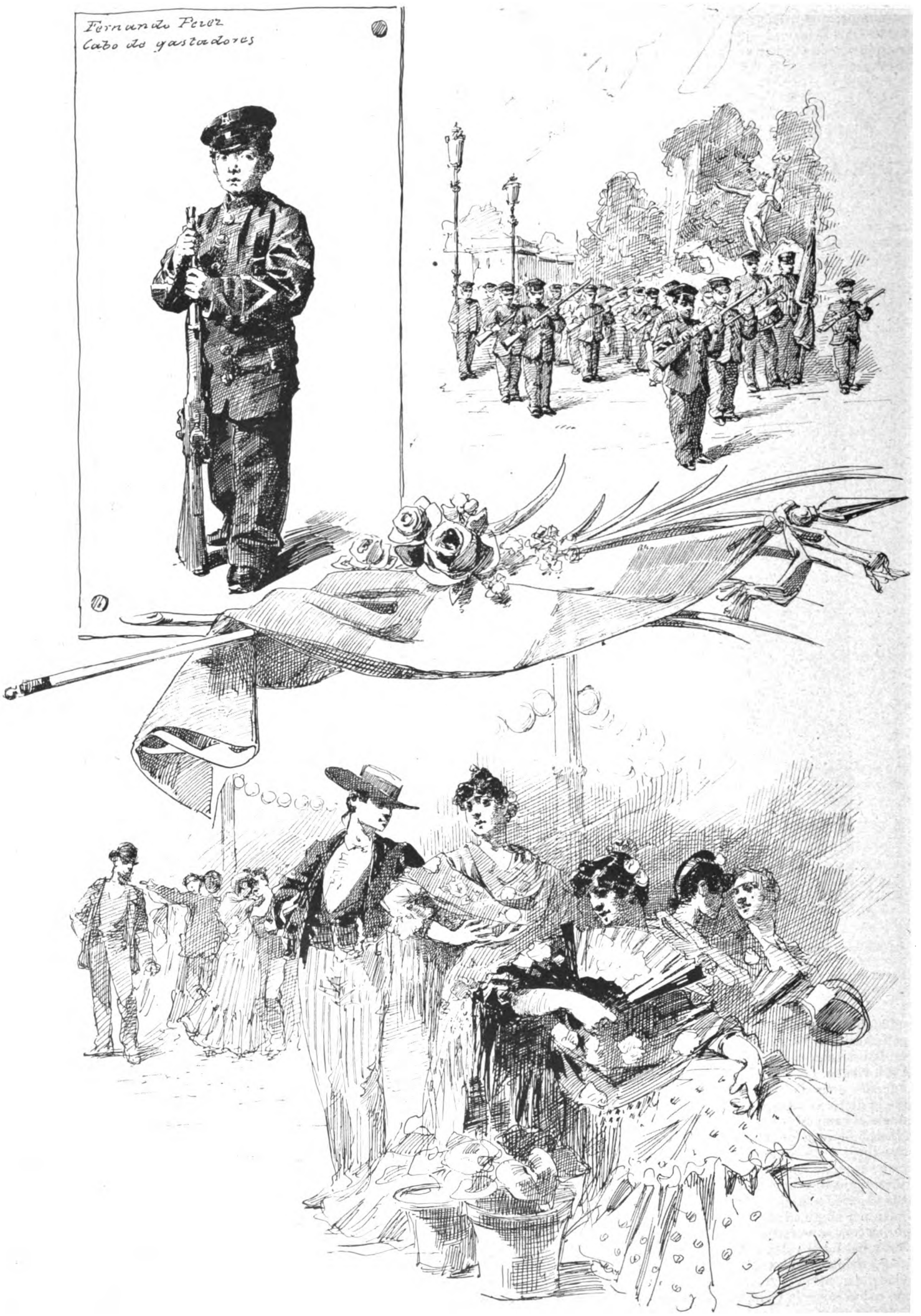
MANUEL AMOR MEILÁN

(Se continuará)



TRAJES DE CONCIERTO

Digitized by Google



LOS FESTEJOS DE MADRID: EL BATALLÓN ESCOLAR.—BAILES POPULARES (dibujo del natural)

Digitized by Google

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890: POESÍA (cuadro de J. Zapater, dibujo de Pla y Valor)

Digitized by Google

La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890

I

Al comenzar el siglo, postrada España por el terrible esfuerzo con que sacó triunfante la nacionalidad, disueltos los organismos rectores de la vida, y sintiendo los comienzos de la crisis que la trasformó al cabo, brotan en su seno los gérmenes del arte que por misteriosa ley del destino constituyen uno de los primordiales elementos del carácter de esta raza díscola y brava, guerrera y artista.

Es sublime la audacia de aquellos organizadores de la enseñanza artística al hablar en sus discursos, leídos ante la Academia de San Fernando, de sus ilimitadas aspiraciones con respecto á lo que ya llamaban en profecía arte nacional.

Desolados los campos, las fábricas destruídas por la perfidia extranjera, casi indigentes al lado de la gloriosa Francia, cuya secular prosperidad no interrumpida nos humillaba, ¿no es una sublime locura aquella aspiración, propia de españoles, de improvisar nada menos que un arte? Pues, aunque desmesurada y loca, tal aspiración encarnó en el país; y en los tiempos en que ni escuelas ni universidades habían todavía franqueado sus puertas á la juventud, ésta se precipitaba ya animosa por las de la Academia de San Fernando, en donde hombres ilustres que recordaban con amargura el pasajero esplendor de nuestras artes en tiempo de Carlos III, comenzaron de nuevo á enseñar el dibujo con el desinterés y tierno cariño del abuelo que inicia á sus nietecillos en las gloriosas tradiciones patrias. ¡Sagrado entusiasmo, abnegación sublime, propios de aquellos corazones en que existió incólume la grandeza de la patria invadida y detentada!

Después la gran manía de nuestro total renacimiento envolvió en su gigantesca y delirante expansión las aspiraciones de todos géneros condensadas en el Estado y por él dirigidas con varia fortuna, hasta llegar el día en que dos entre los muchos ilustres maestros consiguieron que se pronunciaran sus nombres con universales alabanzas.

Rosales y Fortuny realizaron la profecía de aquellos venerables fundadores, testigos y víctimas de la guerra que aniquiló sus fortunas y la fortuna pública, pero que en sus propias casas ó en el local de la Academia dieron enseñanza gratuita durante largos años, viviendo no se sabe de qué, pero abrasados en amor heroico por el porvenir del arte patrio.

Hay que recordar estas cosas á la juventud de nuestros días, tan poco amante de los sagrados recuerdos, juventud que, hundiéndose en el egoísmo que todo lo anega y enfría, se ha dejado poseer por el vil pecado de la indiferencia hacia cuanto no trae personales medros y, apartando los ojos del ideal, olvida, en su ignorancia y completo desamor á su origen, que tiene una gran patria á quien deshonra con voluntaria y punible decadencia.

Las últimas generaciones que han oído las vacías palabras del profesorado oficial, de ese profesorado llevado por el favor á cátedras ocupadas antes por hombres integérrimos; las generaciones educadas en ese espíritu de afeminada componenda de los que para vivir han hecho esclavo su pensamiento y prostituído su inteligencia; son fuerzas perdidas para nuestra nacionalidad. Esas generaciones no sienten la necesidad de parecerse á sus padres, de cultivar las virtudes de nuestra raza: todo les es indiferente si por cualquier medio pueden llegar á una posición. Su criminal extravío les lleva á no considerar como bienes inapreciables, dignos de ser ambicionados, más que los bienes materiales; y el temor de no alcanzarlos, ó de perderlos ya alcanzados, puede tanto como para acallar las más preciosas energías del carácter desechar las innatas virtudes é impulsos generosos que como nimbo celestial circundan en épocas dichosas las frentes juveniles.

Masas egoístas, falanges de especuladores que pueblan nuestras ciudades y aspiran á todos los puestos que van escalando como una gangrena de la patria, no convertirán ya su alma á las varoniles virtudes que elevan á los pueblos; mas con los ojos puestos en los que llegan debemos trabajar sin descanso por la restauración de las virtudes patrias.

En cuanto al arte se refiere, debemos comenzar por ilustrar la opinión de corporaciones y particulares para que la protección á las artes se lleve á cabo con el plan de echar las bases de nuestro arte moderno.

La patria española será grande con inconmensurable grandeza el día que las regiones de nuestra península puedan aportar á la cultura general los tesoros infinitos que guardan en su suelo y en su carácter. Nuestra pasada efímera grandeza será nada al lado de la futura basada en el libre desenvolvimiento regional. Dice el ilustre autor de *Mis memorias íntimas*, al hablar del soldado de las distintas regiones de España, que cada uno le parece mejor. Cuantos hayan recorrido nuestras provincias, habrán admirado la suma de fuerza y actividad aprisionada por nuestros viejos sistemas, que sólo espera, para desenvolverse y florecer, el día en que la verdadera libertad las coloque en iguales condiciones: entonces se verá también que el producto total de cada comarca es el mejor.

Las emigraciones en masa de los artistas jóvenes á Roma y á París son funestas para su educación como artistas y como españoles. El arte es de cierto modo un producto del suelo, como lo es la fruta del árbol: ¿qué robustez y sabor local puede alcanzar la fruta de un árbol á cada instante trasplantado á climas diversos? Las diputaciones provinciales deben tender á crear centros locales de educación artística para que los jóvenes, á la vez que sometidos á las más severas prácticas, reciban las influencias locales que después han de desarrollar. Sólo cuando hayan completado esa educación, cuando hayan asegurado su porvenir como artistas locales capaces de ofrecer al mundo en sus obras la luz, los sentimientos é ideas de la localidad en donde nacieron, de cuyo suelo han vivido, cuya historia sienten y desarrollan con su propia vida, deben tener lugar los viajes costeados por corporaciones y protectores. Así tendremos pronto un arte nacional infinitamente rico, que, asentando su planta en la naturaleza, se eleve á las diversas creaciones inspiradas por el temperamento de cada cual; así, por último, volverá á poseer nuestra juventud las robustas virtudes de aquellos ilustres fundadores de nuestro arte moderno, cuya abnegación y desinterés ofrecemos hoy á la consideración de todos como estímulo y guía de nuestros artistas enfermos de desaliento é indiferencia.

La actual Exposición, que ha motivado las anteriores consideraciones, es la prueba patente de que á nuestros artistas falta ideal. Poseen brillantes aptitudes, sienten como artistas; pero no tienen asuntos. Cualquier suceso es asunto de una grande obra cuando la inteligencia se halla robustecida por sana cultura y el corazón abrasado en sanos afectos.

La Exposición de 1890 señala el período más crítico que ha recorrido la pintura española en este siglo. El efectismo, único ideal de los artistas atacados de la manía de esa enfermiza gloria tributada por el vulgo, ofrécese en una decadencia tan absoluta que no podrá ni dar señales de vida en la Exposición que ha de celebrarse dentro de dos años.

Ha muerto para siempre aquel arte de embadurnar telas inmensas, arte en que se tomaron por genialidades las locuras cuyos delirantes rasgos han decaído hasta la memez incolora y absolutamente inofensiva de que nadie se apercibe. Agoniza en la mayoría de los grandes lienzos de esta Exposición la funesta receta de hacer cuadros de historia ignorando la historia, no teniendo instrucción para elevarse á los grandes caracteres, contentándose con exterioridades vulgares más ó menos sorprendentes para el inmenso vulgo.

Sala, único artista de quien esperábamos un cuadro de historia, con su *Expulsión de los Judíos* ha probado una vez más que posee una paleta digna de los grandes maestros del renacimiento, mas también que, aquejado por este mecanismo que se interpone casi siempre entre el artista moderno y el ideal, no ha realizado su asunto.

Alvarez (D. Luis) nos ha ofrecido en su cuadro *La silla de Felipe II* como un eco de todas las vulgaridades que con respecto á aquel grande y todavía enigmático rey se vienen diciendo en Europa desde Schiller, sin que ni en los detalles de la escena ni en el color ofrezca nada característico, y cuya pintura, de la casta industrial que ha monopolizado los mercados europeos, es el último lánguido destello de un convencionalismo infinitamente más despreciable que el que hundiera en el olvido los últimos extravíos de la escuela boloñesa.

Ni á Cutanda ha salvado su brío extraordinario, ni á Uria su genialidad, ni á Maura su discreción. El cuadro de historia queda en las alturas del grande arte, sólo accesibles á los grandes temperamentos. La verdadera manía con que se ha cultivado durante muchos años por cuantos se dedicaron á la pintura, ha producido millares de siniestras derrotas, sin llegar nunca á convencerse los artistas de que el cuadro de historia es la prueba más difícil á que puede someterse el genio. Sólo los repetidos escarmientos harán que ese género repose algún tiempo en las alturas augustas á que sólo ha llegado entre nosotros Rosales; mientras con amor fervientísimo á la naturaleza en todas sus formas, paisaje, marina, animales, costumbres, en las cuales se desenvuelven las bellezas del alma en el escenario del mundo, se apresta nuestra juventud á la creación de un arte, de una preceptiva libre y serena, de la que no se proscriban sistemáticamente géneros determinados ni se impongan otros con absoluto desconocimiento de la libertad con que se desenvuelven las facultades creadoras. Un cuadro de género de mérito excepcional, *A buen juez mejor testigo*, del Sr. Menéndez Pidal, le revela como mantenedor de la gran herencia espiritualista de Rosales, pero encarnada en formas nacionales castizas y resultado de procedimientos tan sanos como los que admiramos en *El espejo del bufón*. Notabilísimos cuadros de costumbres, tales como *La vuelta al hato*, de Bilbao, y *Otantor*, de Silvio Fernández, aparecen en la Exposición como aurora frente al triste ocaso de la pintura de historia.

Por primera vez se presentan en nuestras exposiciones los marinistas españoles como falange resuelta á conquistar un nombre entre las más afamadas. El desventurado Juste la selló con su vigoroso sentimiento de la naturaleza, y desde entonces cada nueva Exposición ha señalado un nuevo progreso. Vese también florecer el paisaje en esta Exposición, en que figura *El nacimiento del Ebro*, del no menos desventurado Casimiro Sainz, primer paisajista verdaderamente español, cuyo naturalismo, reposado y tranquilo, recuerda el que comunica imperecedero encanto á nuestro gran arte del siglo XVII. En más de una ocasión hemos condensado nuestro juicio sobre la pintura y escultura de este certamen en la frase *muerte* y *renacimiento*: muerte del efectismo, de la manía de tratar asuntos de historia, de cientos de preocupaciones, restos desfigurados de un clasicismo vergonzante aunque disimulado con modernos oropeles; y renacimiento de ese franco amor á la naturaleza que posee á los artistas siempre que se aproximan grandes épocas como á la que estamos abocados.

La escultura es como si dijéramos la más conservadora de las artes plásticas. Desde los grandes tiempos de Grecia tiene sus cánones, que nadie puede dejar de respetar como á un decálogo del arte. Este prestigio, único en la historia, es con frecuencia el mayor enemigo del escultor, porque se necesitan, ó un sentimiento

Digitized by Google

de independencia como poseen escaso número de temperamentos, ó un loco desprecio de axiomas consagrados por los siglos, para que el escultor se exima algo de la esclavitud á que le reduce el grande arte griego en cuanto puede admirar una sola de sus obras inmortales.

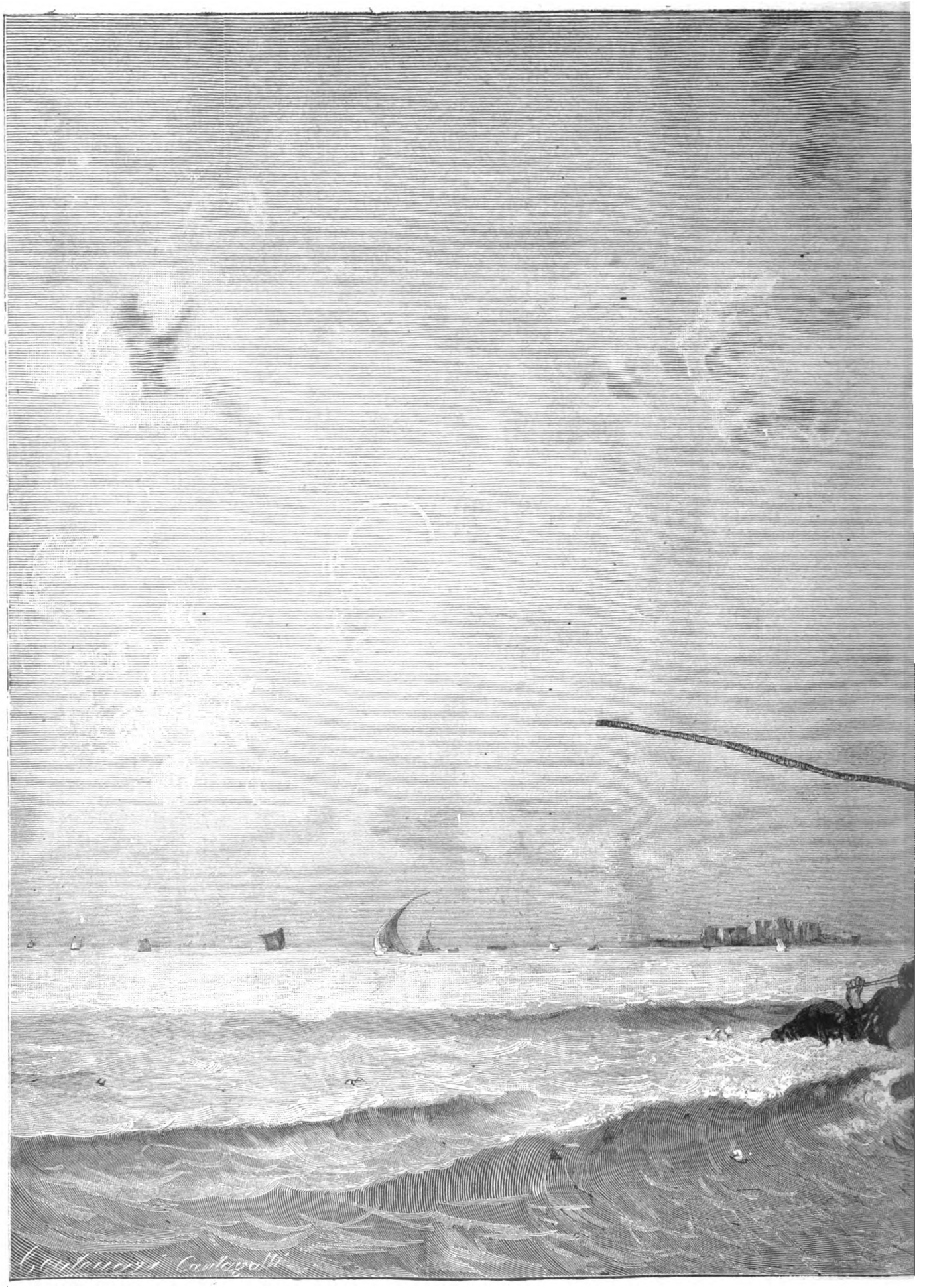
En ocasiones diversas, á pesar del prestigio de aquel arte, nos hemos declarado en escultura por el estudio del natural como medio de aspirar á un arte propio del siglo en que vivimos. El estudio de los clásicos, que para el escultor formado en el cultivo del natural equivale á excitar el valor del soldado robusto y ágil, armado de todas armas, á la empresa de acometer al enemigo apoyado en la ciencia de los grandes estratégicos; queda ordinariamente reducido, cuando los que guían á la juventud no han podido sentir el espíritu de nuestro tiempo, que inspira direcciones propias á todas las manifestaciones de la cultura, á frías é incoloras imitaciones de obras que, apoyadas en la naturaleza, tienen, sin embargo, más del genio en cuya fantasía se concibieron que de la realidad, en la que no se da nunca la realización completa del tipo ideal.

Hoy de nuevo nos declaramos por el naturalismo en escultura, señalando el renacimiento de la nuestra en la actual Exposición, renacimiento anunciado hace años por obras cuyo vigor juvenil brillaba entre las secas imitaciones del antiguo. Benlliure, Susillo, Marinas, Folgueras, Angel é Inurria, son los campeones de la moderna escultura española: de ellos nos ocuparemos extensamente.

En cuanto á la arquitectura, repitiendo lo dicho en otra ocasión, sólo conmueve á las gentes con el interés de los muertos gloriosos. En absoluta postración actual, ni siquiera interesa al público, no obstante ser el arte nobilísimo á

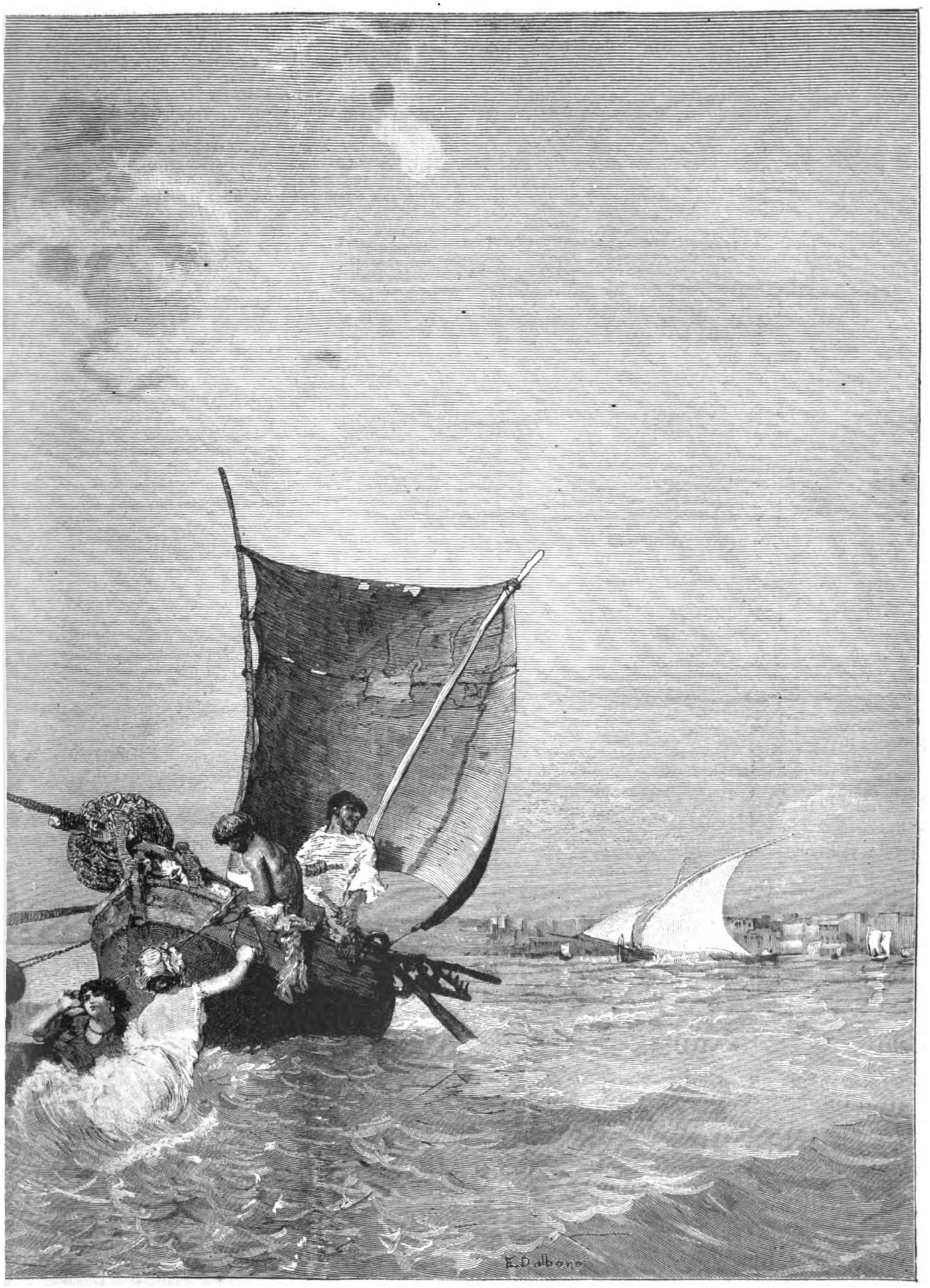
TRAJES DE RECEPCIÓN

Digitized by Google



EN PAUSILIPO (

Digitized by Google



adro de E. Dalbono)

Digitized by Google

cuyo calor todas se desarrollaron. Relegado á la historia, véngase de las multitudes alojadas en laberínticos barracones de palo y clavo guardando sus misteriosas delectaciones para los pocos capaces de elevarse hasta su serena grandeza.

FRANCISCO ALCÁNTARA

EN SUS TIEMPOS

Cuando leí en la *Correspondencia de España* su pomposa esquela de defunción, á pesar de que así se imponía por la sinceridad de su carácter abierto y leal como por la generosidad que revelaban sus adorables errores.

¿Qué dolencia, qué traidora afección acababa de arrebatarlo al cariño de sus amigos?

En su modernísimo diccionario no registra la patología la clase ni la naturaleza de la enfermedad á cuyo estrago había sucumbido, pues su muerte era sólo consecuencia de la infinita, de la inconsolable nostalgia de lo que él llamaba *sus tiempos*.

Al encontrarse, á su vuelta de Cuba, donde asuntos de familia le retuvieron dos ó tres años, con su esposa ya difunta, con sus hijos convertidos en verdaderos *señoritos* ingertos de chulo,

TRAJES DE CASA

que la triste nueva no me pillaba de sorpresa, pues más que esperarla la presentía, no pude menos de percibir los efectos de una impresión tan ruda como penosa.

Aquellas breves y frías líneas encuadradas por enlutada orla no dejaban lugar á ninguna duda: Manuel Peralta ya no existía, y sus *desconsolados* hijos participaban á sus numerosas relaciones, con la fórmula obligada, tan triste acontecimiento.

Aunque el anuncio resultaba de encargo, era realmente aquél un acontecimiento tristísimo, no por sus desconsolados hijos, que al fin iban á heredarle, sino por los que perdíamos en él el tesoro de su noble y generosa amistad. Era el buen Peralta un hombre chapado á la antigua, de costumbres patriarcales, ingenuo, no como un niño, porque suele ser la de éstos una ingenuidad no exenta de impertinencia, sino como el que ha conservado su corazón con toda la inmaculada nitidez de su primer despertar; grande amigo de sus amigos y compañero único, muertos algunos de sus mejores amigos, y con una sociedad completamente renovada; tan en abierta oposición se declaró con la nueva época, que para sustraerse á su contagio y evitar repetidos choques, adquirió una finca á unas leguas de Madrid, y allí se fué á vivir con el dulce recuerdo de su pasado, á fin de respirar, según decía, una atmósfera en *todo* más pura que la que se respira en el estómago de la nación.

Cuando me habló de su resolución procuré disuadirle de ella, asegurándole que á su edad le eran más que nunca necesarios los cuidados y atenciones de su familia, que le quería con entrañable afecto y no consentiría en separarse de él.

—Sí consentirá,—me dijo con amarguísima convicción.—¿Cuándo y dónde me acompañan mis hijos? A veces me paso dos ó tres días sin verlos, y cuando los veo de nuevo se presentan á mi presencia con la indiferencia del que está acostumbrado á ver un objeto ó una persona á todas horas. Además, si tanto se interesan por mí, que me acompañen en mi retiro, que me causarán con ello grandísimo placer.

—Su juventud les disculpa.

—Y á mí los años. Estoy resuelto: quiero salir de Madrid. Mejor, mil veces mejor estaré solo que en medio de ese aislamiento que percibo donde quiera que hay movimiento y animación. ¡Qué cambiado está todo! Voy por la calle, y apenas si veo una cara conocida; me visitan los amigos de mis hijos, y me aburren con su conversación, mezcla á la par de procacidad é insulsez; tomo un periódico, y no doy más que con ecos de estómagos agradecidos ó despechados, y, si tienden á festivos, con cuatro vulgaridades suministradas mil veces en diversas formas. Por complacer á mis hijos accedí á acompañarles una noche al teatro. Me aseguraron que iba á divertirme mucho. ¡Y tanto! Acabada la primera pieza me vine á casa. Era aquello el desquiciamiento del gusto y del sentido moral.

—¿Qué pieza echaron?

—¡Qué sé yo! ¡Cualquier cosa. Lo que sí puedo asegurarte es que en mis tiempos aquello no se hubiera representado.

—Estamos en plena evolución de gustos y costumbres.

—Lo que estamos es en pleno chirlismo: esto se demuestra á cada paso. A fuerza de achicarnos acabaremos por desaparecer.

—Algo ha desaparecido ya.

—Sí: todo lo que daba carácter y fisonomía propia á mis tiempos. Nada queda ni se conserva de ellos, bien que basta su recuerdo para mostrarme con toda su raquítica mezquindad el modernismo actual.

Hacerle desistir de su propósito era, pues, pretensión, más que aventurada, inútil. Manuel se consideraba fuera de su centro y agobiado por continuo malestar. Buscó en el campo el descanso que no le fué dable encontrar en Madrid.

En su voluntario retiro no tenía acceso ningún eco del siglo, ninguna mundanidad, á pesar de lo cual no era aquella, ni mucho menos, la morada de un misántropo ni de un anacoreta: al contrario, en ella tenían asiento todas las comodidades, cabida cuanto prescribía el gusto estrechamente hermanado con la sencillez. Por añadidura estaba la finca soberbiamente situada, rodeada por frondosos bosques y deliciosos parques; lo que, unido al hermoso panorama que le servía de marco, le daba el aspecto de paradisíaco *hall*.

En él le visité varias veces, guardando inextinguible memoria de la última vez que le vi.

***

Hará próximamente un mes.

Atraído por lo agradable del día, me trasladé á su quinta seguro de que había de ocasionarle con mi visita grata satisfacción. La tarde estaba muy hermosa, la atmósfera vibrante de luz y colores, el cielo tenía la serena diafanidad de un cielo de acuarela, las plantas, bañadas por el tímido sol de mayo, parecían tocadas por primoroso esmalte. Donde quiera se fijaban mis ojos, descubría horizontes cerrados por bandas de oro ó azuladas montañas en cuyas elevadas cimas, ligeras nubecillas fluctuaban como velos de nevado encaje agitados por aire sutil. De sorpresa en sorpresa, de admiración en admiración, anduve por el parque de la quinta hasta dar con un cenador completamente tapizado por heliotropos y madreselvas. Allí me encontré á Manuel: allí le buscaba siempre, pues ya sabía que era aquél el retiro de su retiro, la soledad donde aislaba su conmovedora soledad. Sorprendíle más grave y preocupado que de costumbre, echado perezosamente en una mecedora. Tan abstraído estaba en sus cavilaciones que apenas si observó mi llegada. Le abracé efusivamente: aquella sentida manifestación de mi afecto pareció llamarle á la realidad, y, correspondiendo cumplidamente á él, exclamó:

—¿Eres tú?

—¿No me esperabas?

Digitized by Google

—No, pero estimo la sorpresa. ¡Eres de los pocos que no me olvidan!

—¡Olvidarte yo!—exclamé abrazándole de nuevo.

—No serías el único,—replicó con profunda amargura. Y como alejando de su pensamiento alguna idea tormentosa, me abrazó á su vez, invitándome luego á que me sentara.

Ambos ocupamos un ancho sofá rústico que con una mesita y dos mecedoras adornaban el interior de la glorieta. En la mesita veíanse algunas botellas y varias copas; en un platillo de porcelana ardía una buena cantidad de ron, cuya oscilante y azulada llama, cortada á veces por la corriente del aire, se repetía y apagaba en continuo parpadeo; una caja de tabacos que acusaba asiduo consumo dejaba al descubierto algunos habanos de la más legítima y tentadora procedencia. Apenas nos hubimos sentado, Peralta se apresuró á presentarme los tabacos, diciéndome con su habitual bondad:

—Quedan pocos, pero todavía puedes tomarles el gusto. Esto no se fuma en Madrid.—Añadiendo después de breve y expresiva pausa:—Es decir, sí se fuma: mis hijos son grandes consumidores.

—¿Tus hijos? Les veo poco. ¿Te visitarán con mucha frecuencia?

—De mes en mes, si es que antes no les aprieta algún apurillo.

—De manera que te consideran poco más ó menos como á su cajero.

—Eso es: pero como un cajero intransigente, que toleran sólo porque no les es dable deshacerse de él. Ni el tacto tienen de disimularlo. Si á veces hasta presumo que les contraría mi longevidad.

—No eres tú tan viejo para abrigar tan traidora sospecha.

—Por fuera no, pero por dentro la ruina es completa: no hay una fibra que no esté lastimada, un sentimiento que no esté herido, una esperanza que quede en pie. No lo dudes, las arrugas que surcan el corazón acusan mayor decrepitud que las que surcan el rostro; el frío que hiela nuestras ilusiones, vejez más anticipada que la nieve que blanquea nuestros cabellos. Por mi decaimiento interno adivino que he llegado al límite de mi jornada, pero la carne es cobarde y se resiste á caer.

—Estas melancolías son efecto de la soledad, del aislamiento en que vives; lo cual, lejos de reportarte los beneficios que te prometías, ha aumentado profundamente tu malestar. Tus hijos son buenos: sus atolondramientos, lo que tú juzgas sus impaciencias, es sólo efecto de su juventud. Reúnete á ellos, vuelve á la vida activa, y vive al fin como un hombre de tus años debe de vivir: ó insensible á todo, ó tolerante y transigente con todo lo que le puede contrariar.

Por toda contestación Manuel me miró con expresivo asombro, adivinando por su gesto que más que disgusto le habían causado mis palabras compasión.

Compasión, lástima infinita; tal era el sentimiento que le inspiraba cuanto no le hablaba de su pasado, de los inolvidables días de su juventud, de sus amorosas aventuras, de sus amistades más queridas, de sus expansiones tan nobles como gratas. Su ayer era su día; su presente su noche, pálidamente embellecida por el constante sueño de su ayer. Este fenómeno psicológico, á pesar de lo caracterizado que se presentaba á la observación, nunca se mostró en él tan acentuado como el inolvidable día que le hablé por postrera vez.

A pesar de que hice cuanto me fué dable para distraerle de sus tenaces preocupaciones, su abstracción era tal que apenas si acertaba á contestar vaga y descoloridamente á cuanto le preguntaba: frases entrecortadas, monosílabos dichos con automática sequedad, contestaciones breves, sonrisas más tristes que el dolor, chispazos de alegría menos justificada que su pena, fué cuanto mis desinteresados consejos, mis amistosas observaciones, obtuvieron de Manuel. Persuadido de que era poco generoso obligarle á la violencia de descender de su mundo abstracto á la esfera de la realidad, me despedí de él, ofreciéndole repetir mis visitas con más frecuencia, para abreviar en lo posible su abrumadora soledad.

—Confío en tu promesa,—me dijo estrechando fuertemente mi mano.

Iba á reiterarle mi ofrecimiento; pero el frío contacto de su mano, tan honda impresión me causó, que dominado por ella no acerté á articular palabra alguna, costándome violento esfuerzo contener á su presencia mi emoción.

Abrumado por tristísimos presentimientos, tomé el camino de Madrid.

El día declinaba, la noche venía muy oscura. La densidad de sus sombras y el frío que llevaba consigo hiciéronme concebir presagios nada halagüeños. En vano hice para arrancarlos de mi imaginación: con más tenacidad me acosaban cuanto más hacía para sustraerme á su influjo.

La voluntad cedió, y, con el propósito de sustraerme á nuevas tristezas y melancolías,

—¡No volveré á verle!—me dije.

Y con efecto... ¡no le volveré á ver!

ANTONIA OPISSO

CON FRANQUEZA

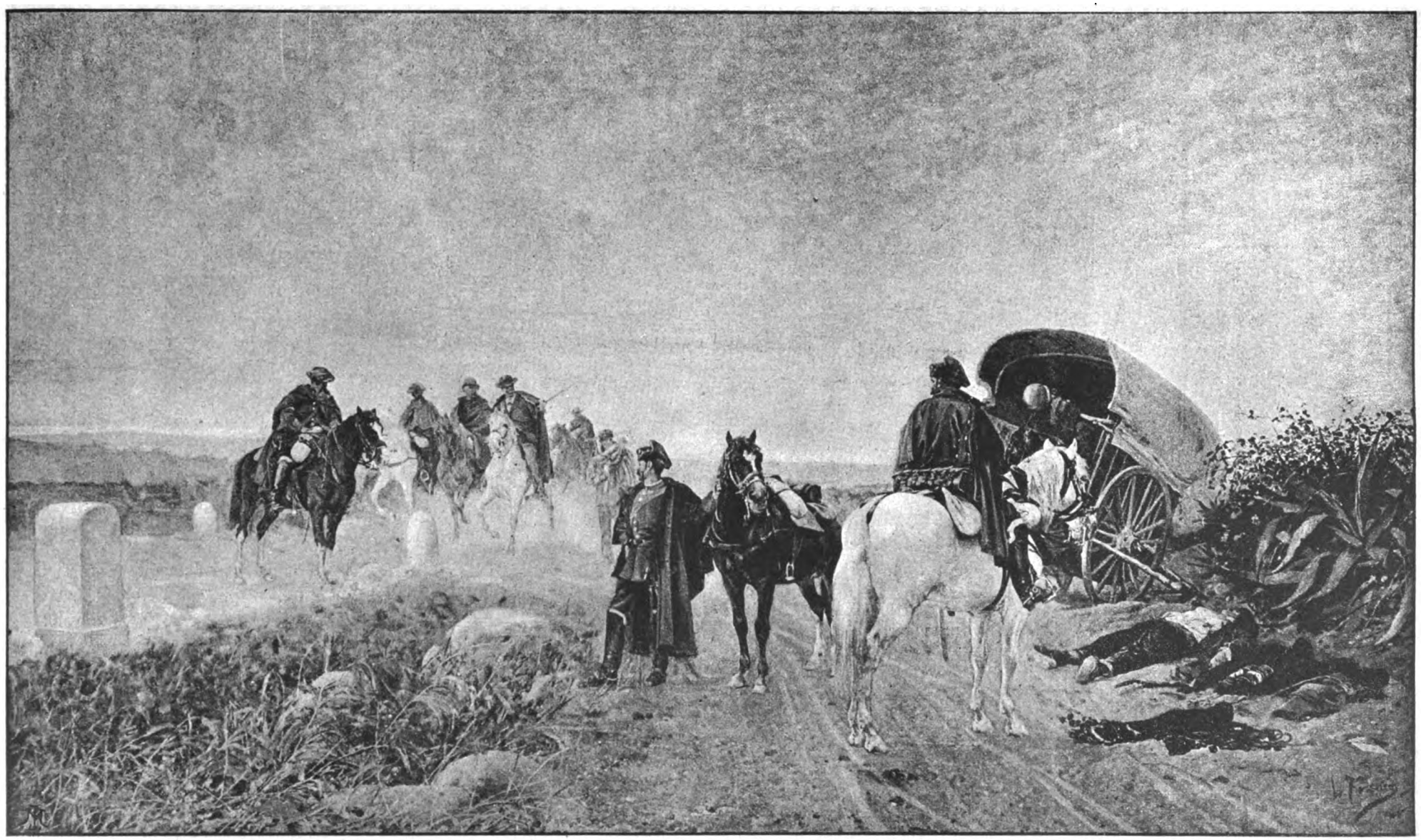
Para el gran novelista y gran crítico (si bien algo intransigente en la apariencia) E. Zola, que coloca entre las principales condiciones del artista la de ser veraz y sincero, no tendrían precio los *sinceros* que á deshora nos han salido por esta tierra de garzas y de otras aves.

Hace pocos días (y vaya el ejemplo primero) corrió por Madrid la noticia de que alguien había atentado contra la vida de la Reina Regente en el momento en que esta señora entraba en la estación del ferrocarril del Mediodía ó salía de ella. La noticia resultó completamente inexacta, pero no de todo en todo destituída de fundamento. La verdad era que nadie había intentado asesinar á D.ª Cristina; pero era verdad también que cuando la viuda de D. Alfonso XII se hallaba en la estación antes mencionada se oyó cerca de allí el ruido de un disparo de arma de fuego.

Averiguado el caso, súpose que el tiro lo había disparado un empleado de consumos (estos empleados se han propuesto matarnos á pesa-

SOMBREROS

Digitized by Google



LLEGANDO LA AUTORIDAD AL SITIO DEL CRIMEN (cuadro de L. Franco Salinas)

(Reproducción directa de fotografía)

Digitized by Google

MISA DE ALBA (cuadro de Miguel Carbonell y Selva)

(Reproducción directa de fotografía)

Digitized by Google

dumbres), al cual, como le preguntasen acerca de aquella ocurrencia, contestó, con esa *sinceridad* tan apetecida por E. Zola, que, *como no tenía en qué pasar el rato, había disparado contra un tordo.*

No me nieguen Vds. que la ocurrencia, sobre ser sincera, es ingenua y peregrina: á falta de matuteros sobre quien disparar, el hombre se entretenía en tirar sobre tordos que él creía ver y que, si como fueron tordos hubiesen sido conejos, hubiera apuntado á flor de tierra, á riesgo y ventura de perniquebrar á los transeuntes en lugar de dar al conejo.

Y yo me pregunto: —Pero, señor, el concejal que empleó á ese cazador de tordos y puso un fusil ó una carabina en sus manos, ¿no le conocía? ¿No comprendió que era muy abonado, cuando no tuviera nada que hacer, para ponerse á disparar á las puertas mismas de Madrid sobre lo que le pareciesen tordos, aunque fueran personas *mayores?*

Pues ¿cómo y por quién á un hombre tan primitivo y tan sincero se le facilitan armas, se le dan municiones, para que se solace, convirtiendo en monte de caza los alrededores de una estación?

Lo que habrá sido del tordo y del matador del tordo (si es que hubo tordo, porque sobre eso nada dijeron los periódicos) no lo sé ni me importa; pero deseaba llamar la atención de los lectores sobre la sinceridad y el desenfado de la respuesta.

Pues anden Vds., que para sinceridades ninguna como la de un cartero cuyo nombre he olvidado ya y que fué sorprendido en el acto de guardarse en el bolsillo de la americana algunas cartas de las que llevaba para repartir.

Voy á copiar textualmente lo que aquella noche decían algunos diarios de noticias:

«A preguntas que le hicieron respecto al hallazgo de las cartas, respondió *que las había cogido para ver si tenían algo dentro y* PODERSE *ganar unas pesetas.*

¿Quieren Vds. más sinceridad y más llaneza?

Esto es ya el bello ideal del naturalismo, el *non plus ultra* de la verdad. Para mí (y creo que para cualquiera) es evidente, de toda evidencia, que quien contesta de ese modo, quien dice que coge las cartas para ver si hay algo dentro y poder ganar unas pesetas, lo dice y lo declara así porque lo considera muy natural y nada ve en ello de malo. Como una criada que yo conocí hace ya muchos años, para la cual no había en el mundo más que un solo delito: el asesinato. Lo que no fuera matar á otro era lícito siempre y no valía la pena de hablar de ello. Que sisaba escandalosamente no es preciso decirlo; cogía cuanto había en la casa y le parecía de su gusto; se guardaba el dinero, los objetos, los vestidos... Pero no lo ocultaba ni lo sacaba de la casa, no: guardábalo en su baúl, que no cerraba nunca; y cuando (como no podía menos de suceder) se notaba alguno de sus hurtos y se la reprendía, contestaba invariablemente, sonriéndose y encogiéndose de hombros: —*¡Vaya, que no es ninguna muerte!* Lo dicho, que para aquella muchacha no había nada ilícito como no fuera un asesinato.

El cartero que *se quería ganar unas pesetas* con las cartas que le confiaban para repartirlas, no tiene indudablemente noción alguna del mal ni del bien en esa parte: no es, por consiguiente, culpa suya lo acontecido. Pero pregunto como antes: —¿Quién le ha empleado? Al darle ese destino, que pone en sus manos diariamente intereses muy respetables, ¿no le conocía?

Ahora comprendería yo que los carniceros, al preguntárseles por qué habían subido la carne, contestaran: —Para poder explotar más aún el trabajo y los sudores de nuestros estimados y apreciables convecinos.

No lo dicen así, pero así lo piensan; sino que ese gremio no es tan partidario de la sinceridad como E. Zola, ni la practica lo mismo que el cazador de tordos y el cartero de las pesetas.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

BIBLIOGRAFIA

Conferencias dadas en el Ateneo Barcelonés relativas á la Exposición Universal de Barcelona.—Barcelona, 1890.

Aunque la aparición de este libro resulta algo tardía, no puede menos de elogiarse su publicación, gracias á la cual quedarán salvadas del olvido y podrán ser conocidas de la generalidad las conferencias celebradas en aquel afamado centro sobre diversos puntos concernientes á la Exposición realizada en ésta en 1888. Puede que *le jeu n'en vaut pas la chandelle*, pero hay que reconocer que todos los conferenciantes se expresaron no sólo con elocuencia, sino también con la mayor imparcialidad, y dieron pruebas de conocer al dedillo el asunto que les estaba encomendado. Y ahora, á fuer de franco, he de decir que el trabajo del señor D. Francisco Vila y Lletjós *(Mi criterio acerca de la Exposición Universal de Barcelona. Apuntes para su historia.)* resulta una nota terriblemente discordante, sin entrometerme á decidir si las severísimas censuras que dirige al *Gran Certamen* están realmente fundadas en justicia ó pecan quizás de apasionamiento. Sea como fuere, la conferencia resulta muy chocante, dado el diapasón de las otras, pues, como jarro de agua helada, digamos la verdad, lo es.

El diamante negro, por *P. Saler*.—**Roberto de Champignac**—**Un drama financiero.**—**Madre**, por *Hector Malot*.—Madrid, «La España Editorial,» 1890

Con laudable actividad prosigue la mencionada empresa en sus publicaciones de novelas originales y traducidas, siendo muy recomendables por su interés las citadas más arriba.

Educación y enseñanza, por *Francisco Giner*.—Madrid, 1890.

Este tomito, el XX de la «Biblioteca Andaluza,» es un librazo admirabilísimo, que debería ser el *Breviario* de cuantos tienen algo que ver con la enseñanza, desde el rector al bedel y desde el doctor al que tiene que examinarse para ingresar en la segunda enseñanza. Hay que leer eso. Total cuesta 6 reales para el público, y no es cosa, por tan modesta suma, de privarse de aprender tantas cosas y de asimilarse tantas ideas como contienen las 216 páginas del texto.

Bien quisiera decir algo más; pero ¿quién soy yo, pobre de mí, para poder hacer otra cosa que leer y callar tratándose de un libro de don Francisco Giner?

La legislación portuguesa contemporánea. Estudio de legislación comparada, por *D. Rafael María de Labra*.—Madrid, 1890.—Un tomo de la «Biblioteca Andaluza.»

El insigne autor de tantos hermosos libros agrega con éste un nuevo renglón á los innumerables bienes que le son debidos, dando á conocer la legislación portuguesa, no poco digna de estudio. El Sr. Labra hace resaltar las diferencias entre el Código civil lusitano y el de otras naciones, deduciéndose de tales comparaciones la importancia de la obra realizada en el vecino reino en 1867.

Cuanto contribuya á dar á conocer mutuamente los dos reinos peninsulares es meritísima labor de *iberismo*, bello ideal cuya realización podría quizás un día ser posible si hubiera en Portugal un Labra que hiciera por España lo que el eminente publicista español hace por la patria de Camoens.

La última peseta, novela original por *Francisco Carbonell*.—Madrid, 1890.—Un tomo de la «Biblioteca Andaluza.»

Buena novela, que acredita á su autor de observador excelente y gran conocedor del mundo. La producción es amena, está hermosamente escrita y tiene profunda intención. No hay más que pedir sino que haga otra el Sr. Carbonell. Cuando tantos bombos se dan á ciertas novelas que hacen caer el alma á los pies por su trivialidad, sus desaciertos en el plan y la fal-sedad de los tipos y las escenas, da gusto encontrarse con una obrita que sin previo trompeteo ni hiperbólicos encomios resulta interesantísima, bien hecha y de mucha miga.

POESÍAS DE AROLAS. (**Cartas amatorias.—Eglogas.—Los besos.**)—Valencia, *Biblioteca Selecta* de Aguilar, 1890.

Como *documento literario* es un tomito muy curioso, viéndose lo que se ha *progresado* en poesía desde que fueron escritos esos versos. Hoy es tan grande nuestra irreverencia, que nos sonreimos al leer aquellos nombres de *Célima, Julia, Enriqueta, Silvio*, etc., etc., y al topar con metáforas como *el clarín de Marte*, las *flechas de Cupido*, etc. ¿Qué esperar de un tiempo en que á los personajes de la *Ilíada* les llaman *bomberos* los pintores? Todo lo cual quiere decir que ya el bueno del P. Juan Arolas pertenece á la interesante categoría de los fósiles.

El asno muerto, novela por *Julio Janin*.—Barcelona, «Biblioteca del siglo XIX», 1890

Un tomo á 50 céntimos de peseta. En cuanto á la novela parece fué escrita para hacer rabiar á los románticos cuando hicieron su aparición en el campo de las letras francesas.

Lecciones de Arqueología Sagrada por el *M. I. Sr. Licenciado D. Antonio López Ferreiro*, Canónigo de la S. I. M. de Santiago.—Obra ilustrada con 400 grabados en madera.—Santiago, 1890.

Con que cada año saliesen nada más que una docenita de libros como ese, ya me daría yo por sumamente satisfecho. No es esto decir que el libro no deje nada que apetecer; pero, en fin, dada su índole elemental, llena más que cumplidamente su objeto.

La primera parte está dedicada á las tres llamadas Bellas Artes, cristianas, y la segunda á las artes auxiliares: Orfebrería, Herrería, Broncería, Cerámica, Glíptica, Vidriería, Indumentaria, Numismática, Sigilografía, Epigrafía, Paleografía, Heráldica y Música religiosas. El autor trata de todas estas artes casi especialmente por lo que se refiere á Galicia, y este es el lunar á que me refería antes, pues al hablar de la herrería, por ejemplo, produce efecto extraño el encontrarse con que no se hace mención de las incomparables obras de aquella clase que se admiran en la Catedral de Barcelona, de la propia manera que se pasan por alto otras brillantísimas manifestaciones del arte cristiano que son orgullo de distintos templos de España. Ya comprendo que es imposible decirlo todo, pero con dos líneas se salía del paso; y es de desear que si el autor hace una segunda edición procurará enriquecer su libro con nuevos datos de fuera de Galicia, ya que en esa parte no se le puede pedir más.

Gracias á la *Arqueología Sagrada* del Sr. López Ferreiro, no será lícito ya en lo sucesivo alegar ignorancia en la materia, puesto que el libro es no sólo la historia del arte cristiano, sino un tesoro de noticias que aclaran muchas cosas en que nadie se había fijado y con las cuales desde ahora habrá que tener cuenta.

Todas las materias están perfectamente distribuídas y claramente desenvueltas, leyéndose el volumen con el mayor agrado, pues la erudición de que está henchido en nada impide la facilidad de la lectura. La parte relativa á la arquitectura románico-bizantina, de la cual tan peregrinos restos se conservan en Asturias (hasta llamarla Jovellanos *arquitectura asturiana)*, es muy notable, y basta á demostrar la solidez de los conocimientos del autor. Por su parte, los grabados en madera, representando en su mayoría ejemplares de Galicia, son excelentes y en tanto número como es menester para la ilustración del asunto, todo lo cual hace de esas *Lecciones* (á pesar de su preponderancia regionalista) un libro cuya adquisición nunca podré encarecer bastante á los amantes del arte cristiano, y en general á cuantos se interesan por las tradiciones y las glorias artísticas de España.

CARLOS MENDOZA

Digitized by Google

NUESTROS GRABADOS

D. ISAAC PERAL, INVENTOR DEL BUQUE SUBMARINO DE SU NOMBRE

Triunfó, por fin, definitivamente el ilustre marino, de quien se muestra orgullosa España entera, y el día 7 de junio quedará como una de las más gloriosas fechas en los anales de nuestra amada patria. Durante 63 minutos el *Peral* navegó bajo las aguas.

«Un incidente ocurrió en la prueba, dice un testigo presencial, que cautivó á cuantos le observamos y que ha impresionado grandemente á los señores de la junta técnica. Voy a referirlo:

»Marchaba el submarino dejando sólo, fuera del agua, su torrecilla óptica. Disponíase á verificar la prueba inmersiva con rumbo al mar.

»Un bergantín francés se atravesó á su paso: sus tripulantes miraban con asombro aquella máquina extraña que se les venía encima como un rayo.

»Peral esperó á encontrarse á cinco ó seis brazas de él, y, sumergiéndose, pasó por debajo reapareciendo por su popa.

»Á bordo del bergantín debió reinar grande espanto, pues sus tripulantes accionaban y gesticulaban con calor inusitado.

»Sin esperarlo han sido los primeros en sentir bajo de sí las palpitaciones del monstruo eléctrico, rey de los mares.»

España saluda hoy alborozada á D. Isaac Peral y le acompaña en su satisfacción, aplaudiendo la resolución del Gobierno al concederle los honores y premios á que se ha hecho acreedor.

No decimos más por hoy, pues en breve publicaremos extensos pormenores sobre el glorioso acontecimiento que llena hoy de júbilo el corazón de los buenos españoles.

LOS FESTEJOS DE MADRID: EL BATALLÓN ESCOLAR.—BAILES POPULARES

Mucho gustó el batallón de niños por la gracia con que fueron ejecutadas las maniobras. Es indudable que en España cuesta poquísimo formar un soldado y que los niños en especial se desviven por hacer el ejercicio. En cuanto á los bailes populares, nada hemos de añadir á las preciosas descripciones de *Kasabal*, que no habrán olvidado ciertamente nuestros lectores.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

LA POESÍA, *cuadro de J. Zopater*

Un cuadro muy bonito, bien compuesto y bien dibujado. El asunto es muy claro: son los días del señor, como no sean los de la señora, y el papá lee á la familia la poesía, de indudable carácter festivo, con que le felicita algún amigo de chispeante ingenio y de cuyos versos suele hacer mucho caso el público.

Las diversas expresiones están muy bien caracterizadas dentro de la uniformidad de la alegría, notándose, empero, *algo*, así en la postura como en la cara de la mamá, que, por lo que el escorzo deja adivinar, debe ser muy guapa.

EN PAUSILIPO

Cuadro de E. Dalbono

No cabe negar que el distinguido artista napolitano entiende á maravilla el arte de pintar el golfo de Nápoles. Composición elegante, figuras geniales, fino gusto en el dibujo, originalidad del conjunto, son cualidades que no es preciso señalar en ese cuadro, pues se aprecian á primera vista como en casi todos los cuadros de ese artista eminentemente dotado de sentido poético.

EL ARTE ESPAÑOL

MISA DE ALBA, *cuadro de Miguel Carbonell Selva.*—LLEGANDO LA AUTORIDAD AL SITIO DEL CRIMEN, *de L. Franco Salinas.*

En la *Misa de alba* es bueno todo, figuras y paisaje, y aun, á decir verdad, yo no sé qué es mejor; pero lo que más agrada en ese cuadro es que, con ser innegablemente muy exacto, no degenera en servil copia, viéndose claramente que es obra de un artista que siente y sabe escoger con discernimiento lo que ha de poner en la tela.

Aunque distinto por la índole, casi diríamos lo mismo que del anterior del cuadro del Sr. Franco Salinas, sorprendente por su verdad y acabada ejecución.

BELLEZA

Si mi fealdad descompongo,
no te cause admiración:
belleza me da el *jabón*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

EL SECUESTRADO

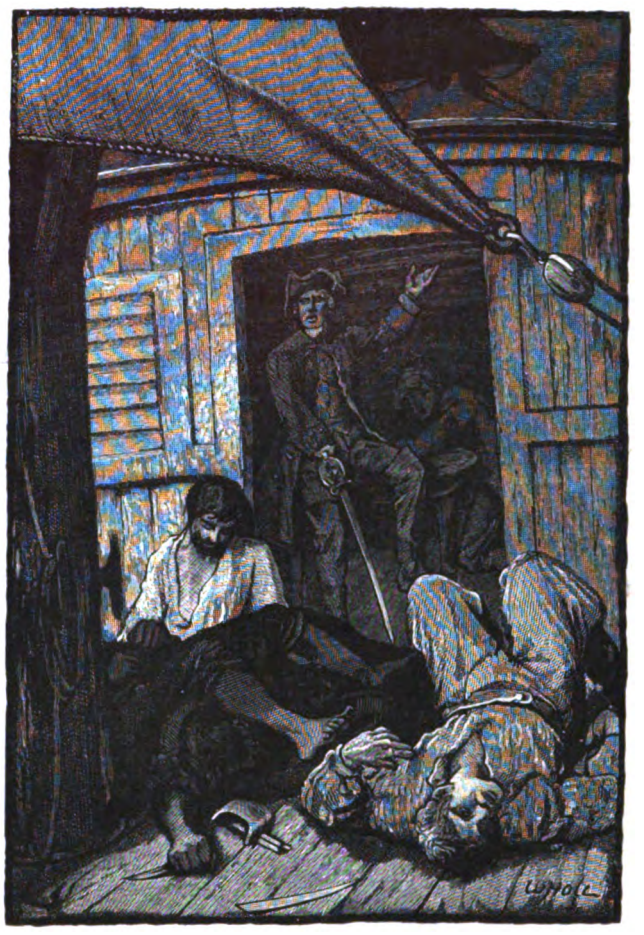
AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Es lo mejor,—contestó Alan,—pues hasta que nos tengan miedo no acabaremos ni será posible dormir; y me parece que esta vez será la lucha más encarnizada.

Mis pistolas estaban preparadas, y nada teníamos que hacer por de pronto sino escuchar y esperar. Mientras duró la primera escaramuza no tuve tiempo de pensar en si estaba asustado ó no; pero, una vez restablecido el silencio, comencé á darme cuenta de la situación. De repente oí pasos de hombres que se acercaban á la cámara, y pude comprender que tomaban posición en la oscuridad.



...sentóse sobre la mesa, espada en mano, y entonó una canción...

El rumor se oía por la parte donde estaba Alan; y ya comenzaba á creer que en cuanto á mí habría terminado la lucha, cuando de pronto oí un pequeño ruido sobre el techo de la cámara.

Un hombre apareció, cuchillo en mano, junto á la puerta. Al mismo tiempo los vidrios de la claraboya cayeron hechos pedazos y se deslizó por ella un marinero, resbalando. Antes de que se pusiera en pie apuntéle una pistola, y habría podido disparar á boca de jarro; pero repugnábame matarle así, y me faltó aliento para soltar el gatillo.

El hombre, que había dejado caer su puñal, levantóse con rápido movimiento y quiso cogerlo, profiriendo una blasfemia; mas esto me hizo volver en mí é hice fuego. Sin duda le herí gravemente, pues dejó escapar un grito horrible. En el mismo instante, sintiéndome que me tocaban los pies de otro individuo que iba á descolgarse, hice fuego por segunda vez y mi víctima cayó junto á su compañero. Después seguí disparando tiros á través de la claraboya sin apuntar á nadie; pero, como oyera de pronto un grito del caballero pidiendo al parecer auxilio, corrí presuroso hacia él.

Alan seguía defendiendo intrépidamente el paso de la puerta; pero uno de los hombres se había deslizado por debajo de su espada, cogiéndose después á su cuerpo. El caballero trataba de rechazarle con la mano izquierda, pero entretanto habíase acercado otro hombre y tenía su puñal levantado. Creí que estábamos perdidos; mas, cogiendo mi navaja, precipitéme contra aquellos hombres.

Sin embargo, no tuve tiempo de prestar auxilio, porque Alan, desprendiéndose al fin de su antagonista, retrocedió algunos pasos para tomar distancia y cayó sobre sus enemigos con irresistible ímpetu. Todos retrocedían ante él, empujándose unos á otros en su afán por huir. La espada del caballero, girando rápidamente en sus manos, brillaba como el rayo destructor, y á cada uno de sus golpes oíase un lamento. Aun creía yo que estábamos perdidos, cuando vi al caballero persiguiendo á sus adversarios por la cubierta como si fueran una manada de carneros.

Sin embargo, volvió muy pronto á su puesto, porque era tan prudente como intrépido; y entretanto los marineros seguían corriendo y gritando como si aun se les persiguiera.

La cámara parecía un campo de batalla: en el interior había tres hombres muertos, otro estaba moribundo en el umbral de la puerta, y ni Alan ni yo teníamos un solo rasguño,

El caballero se adelantó hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Permitidme que os abrace, David!—exclamó.—Os amaré como á un hermano y desde este momento os considero como tal.

Dicho esto, acercóse á nuestros cuatro enemigos, los atravesó con su espada, y empujólos fuera de la puerta uno tras otro, silbando y cantando con la mayor tranquilidad, como si nada hubiera sucedido. Con el rostro encendido y los ojos brillantes, sentóse sobre la mesa, espada en mano, y entonó una canción, especie de himno con que celebraba nuestra victoria.

Shuan y otros cinco hombres habían muerto, dos de ellos por mi mano y otros cuatro que también herí; de modo que había contribuído por mucho á conseguir el triunfo.

Sin embargo, tenía tan oprimido el corazón que apenas podía respirar. Perseguíame la imagen de los hombres que había muerto ó herido, y de pronto, sin poder contenerme, comencé á sollozar y á llorar como un niño.

Alan se me acercó, púsome la mano sobre un hombro, y díjome que era preciso pensar en dormir.

—Yo seré el primero en hacer guardia,—dijo.—Te has portado muy bien conmigo, y no quisiera perderte por nada de este mundo.

Dicho esto, él mismo preparó mi cama, empuñó una pistola, colocóse la espada sobre las rodillas, y vigiló por espacio de tres horas. Al cabo de este tiempo despertóme y ocupé su lugar. Ya era de día, comenzaba á llover, y el agua sirvió para lavar el suelo de la cámara, cubierta de sangre. Mientras yo estuve de guardia no percibí ningún ruido, y pude comprender que ni siquiera había un hombre en el timón. Según supe después, contábanse tantos muertos ó inútiles, y los demás estaban tan desanimados, que Riach y el capitán debían hacer guardia relevándose como Alan y yo, pues de lo contrario el buque se hubiera ido á pique. Fué una suerte que amainara el viento á pesar de la lluvia; pero aun así, y á juzgar por el gran número de gaviotas que revoloteaban alrededor

Digitized by Google

del barco, era preciso que éste hubiese derivado hacia la costa ó una de las islas Hébridas. Al fin, mirando por la puerta de la cámara, vi la grandes colinas pedregosas de Skye á la derecha, y un poco más lejos la extraña isla de Rum.

CAPITULO XI

EL CAPITÁN DE RODILLAS

Alan y yo nos sentamos á la mesa para almorzar. El suelo estaba cubierto de vidrios rotos y de manchas de sangre cuyo solo aspecto me hizo perder el apetito; pero, por todo lo demás, nuestra situación no era desagradable, pues siendo dueños de la cámara, donde se guardaban el vino y los licores, y habiendo además suficientes víveres, podíamos arreglarnos asaz bien. Esto era bastante para ponernos de buen humor; pero lo mejor del caso era que los dos hombres más bebedores que jamás salieran de Escocia (habiendo muerto el Sr. Shuan) se veían en aquel momento condenados á humedecerse las fauces con lo que más aborrecían, es decir, con agua fresca.

—No dudéis,—me dijo Alan,—que muy pronto tendremos algo más que ver con esa gente. Nuestros hombres podrán abstenerse de la lucha, pero no de la botella.

Estábamos muy satisfechos uno de otro. Alan, que tenía una conversación muy amena, quiso darme alguna prueba de su amistad, y, cogiendo un cuchillo de la mesa, cortó uno de los botones de plata de su levita.

—Son un recuerdo de mi padre, Duncan Stewart,—díjome Alan,—y ahora voy á daros uno para que lo conservéis como memoria mía. Donde quiera que vayáis y enseñéis este botón, los amigos de Alan Breck estarán con vos.

El caballero dijo esto como si hubiera sido Carlomagno cuando mandaba ejércitos, y, aunque admiraba su valor, siempre estaba en peligro de reirme al ver cuánta era su vanidad. Digo peligro porque si no me hubiese mantenido grave habría podido temer una enojosa disputa.

Cuando hubimos concluído de almorzar, el caballero fué á revolver la alacena del capitán para buscar un cepillo, y cuando lo hubo encontrado despojóse de la casaca y comenzó á limpiarla con un cuidado y paciencia de que yo no hubiera creído capaz más que á una mujer. Seguramente no tenía otra, y además, siendo la casaca de un rey, debía conservarse muy limpia.

Y cuando vi con qué cuidado sacaba los hilos en el sitio del botón arrancado, apreció en más el regalo de Alan.

Cuando más ocupado estaba mi compañero en su trabajo, oímos de pronto la voz de Riach que nos hablaba desde cubierta solicitando parlamentar. Al oirle me encaramé hasta la claraboya, sentéme en el borde, y, pistola en mano y con expresión amenazadora, dile la voz de *¡Alto!* intimándole á decir pronto qué se le ofrecía. Riach saltó á un rollo de cuerdas para que se le oyera mejor, y durante un momento nos miramos sin pronunciar palabra. No creo que Riach hubiese tomado mucha parte en la refriega; mas parecía abatido y fatigado, sin duda por haber estado en pie toda la noche, bien de vigilancia ó bien para curar á los heridos.

—Todo esto es un mal negocio,—dijo al fin, moviendo la cabeza.

—No tenemos nosotros la culpa,—contesté.

—El capitán,—añadió Riach,—desea hablar con vuestro amigo: podrán hacerlo por la ventana.

—Y ¿cómo podemos saber,—repuse,—qué nueva traición ha fraguado?

—No intenta nada,—replicó Riach,—ni tampoco puede, pues os juro que no tenemos ya quien nos ayude.

—¿Es verdad eso?

—Aun hay más: hasta yo mismo estoy herido, y lo único que deseamos es salir cuanto antes de esta situación.

Consulté con Alan, y éste aceptó el parlamento, dándose los dos hombres palabra de proceder lealmente. Pero otra cosa quería también Riach: rogóme tan reiteradamente que le diera un poco de bebida, y me recordó de tal modo sus bondades para conmigo, que al fin accedí á darle una botella de aguardiente. Bebió una regular cantidad del contenido y se llevó el resto, sin duda para compartirlo con el capitán.

(Se continuará)

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras ténico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los **CABELLOS** y la **BARBA**
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor : PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.°

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma :* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España : **2 fr. la Caja.**

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro),* **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no daran el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantia.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Píldoras Catárticas
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
LA MEJOR
Medicina de Familia.
El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADAS POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

Enciclopedia de MEDICINA Y CIRUGÍA
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=
BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 28, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 28 de junio de 1890	Núm. 391

LORD BYRON (estatua por Egidio Pozzi)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Cuadros gallegos: Una feria y una romería* (poesía) (continuación), por Manuel Amor Meilán.—*¡Angelitos!*, por A. Sánchez Pérez.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Dar la hora*, por Carlos Cano.—*Bibliografía*, por C. M.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Lord Byron.—Modas.—Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: La Riva del Schiavoni.—*El arte español*: ¡Porra juera! Florista cordobesa. Llamada.—Los festejos de Madrid: La manifestación comercial.

MADRID

Comitivas.—Temores.—Higiene.

La procesión del *Corpus* fué la fiesta del pasado resucitada en nuestros tiempos para formar parte de un programa de festejos. La manifestación del comercio y de la industria y el desfile de carros y comparsas con que terminó la fiesta artística de la Florida, han sido las fiestas del presente, pidiendo, para desarrollar su pensamiento, galas y atavíos á otras edades.

Imágenes de Santos y de Vírgenes bordadas en los estandartes y en los pendones, ó alzadas entre flores y luces sobre doradas andas, figuraron en la primera; y alegorías del comercio y de la industria bordadas con oro sobre el raso y el terciopelo, ó destacándose en vistosas carrozas, figuraron en la segunda; y evocó la tercera recuerdos del mundo pagano con sus emblemas mitológicos reproducidos por hábiles artistas.

Aroma de incienso dejaba en las calles por donde pasaba la procesión religiosa: el negro humo de la chimenea que representaba la fábrica del gas formaba el penacho de la manifestación cívica; y los colores azul y rosa de las bengalas, iluminando las estatuas con plegadas túnicas blancas, emblema del arte clásico, y los corceles con bridas de oro de que nos habla la fábula, imitaban la aurora del renacimiento.

La religión con sus sublimidades del espíritu, la vida material con sus imposiciones que han desarrollado riqueza y progreso, el arte con sus idealidades, todo eso han representado los diversos cortejos que en muy pocos días hemos visto desfilar por Madrid.

Las gentes devotas se inclinaron reverentes al paso de la custodia, pomposamente acompañada, los que se ocupan en el desarrollo de los intereses materiales saludaron el emblema del progreso en humeante chimenea, y los artistas vieron con regocijo las figuras paganas que han sido manantial de tan bellas inspiraciones.

Un cuadro religioso de la época de los Austrias en Madrid, una fiesta de Amberes en los gloriosos días de su preponderancia comercial, y la reproducción del bajo relieve de un templo de Grecia ó Roma, eso han sido las tres solemnidades. No hay que decir cuál ha estado más conforme con el espíritu de los tiempos: la religión y el arte serán siempre nortes sublimes del espíritu que busca anhelante perfecciones, consuelos y belleza, apartándose de la tierra para elevarse al cielo; pero acá en la realidad hay que pensar en lo que impulsa la vida de los pueblos, en lo que la desarrolla y en lo que la sostiene.

***

No se habían extinguido aún los alegres ecos de la última fiesta, había todavía en los aires rumores de músicas y resplandores de brillantes luces, cuando circularon noticias que venían á turbar los regocijos, como de ordinario en la vida llegan las desgracias á amargar las dichas. Entre las flores del antiguo reino de Valencia aparecía la faz aterradora del cólera, y de las hermosas tierras del Mediodía, de los mares azules donde se mira Málaga la bella, venían ráfagas envenenadas con la ponzoña que produce la fiebre amarilla. Al invierno del dengue y de las pulmonías iba á suceder el verano del cólera y de la fiebre; á todos los desfiles se iban á sobreponer los fúnebres cortejos y las Funerarias: ese ramo sombrío de la industria moderna se iba á declarar en manifestación permanente.

Hoy, por fortuna, van desapareciendo los temores: casi se puede asegurar que lo de Rugat no es cólera y que lo de Málaga no es la temible fiebre epidémica. La estadística demuestra que la mortalidad es menor que en otros años por este mismo tiempo, y con esto ha vuelto la calma á los espíritus apocados que se asustaron en los primeros momentos.

Por bien empleado se podía dar el susto si sirviese para poner en práctica los medios de mejorar las condiciones higiénicas de la población. Las campañas sanitarias no se deben emprender sólo cuando azotan las epidemias para remediarlas, sino en los tiempos normales para prevenirlas. La higiene y el aseo hacen mucho más en estas cuestiones que la ciencia, y Madrid, aparte de algunos sitios del centro, es una de las poblaciones mas desaseadas y antihigiénicas que se conocen. Todavía existen en los barrios extremos muchas casas de vecindad construídas por el modelo de la famosísima de *Tócame Roque*, y algunas que tienen más vecinos que días el año.

No se puede formar idea, sin verlas, de lo que son estas viviendas de corredores estrechos, á los que se abren cuartos sin luz y sin aire donde se apiñan por la noche, revueltos como en el aduar salvaje, los miembros de una familia sin distinción de sexos ni edades.

Y la clase media no vive mucho mejor en Madrid, bajo el punto de vista de la higiene, que la clase jornalera. Todavía abundan las alcobas interiores, los retretes al lado del fogón, los comedores que son piezas de paso, los patios altos y estrechos de ennegrecidas paredes y cenagoso piso, las viviendas, en fin, donde la única pieza regular es la sala, que la vanidad cierra para abrirla sólo á las visitas de cumplido, y donde lo que sirve á la familia está falto de luz y de aire.

Barcelona ha mejorado en esto mucho más que la capital de España. Aquí se puede decir que hay casas sólo para ricos y para pobres, pero escasean las viviendas modestas y bien acondicionadas para los que viven de un sueldo pequeño ó de los honorarios de una profesión que no produce mucho.

La vida de la clase media en Madrid es una serie no interrumpida de penalidades: la mayor parte de lo que gana la consagra al aparato, á la representación, á lo que se ve; y está mal alojada y peor alimentada, siendo esto causa de la anemia, del raquitismo, de la neurosis, de todo lo que debilita y empobrece la sangre, savia del cuerpo, y fuerza, calor y vida.

En todas las grandes capitales sucede mucho de esto. De la miseria de Londres hablan con frecuencia sus manifestaciones de multitud de obreros que salen hambrientos y haraposos de los barrios pobres. París no es sólo la ciudad hermosa que ve el viajero que recorre sólo sus principales bulevares, sino la ciudad que nos ha descrito Zola en muchas de sus obras y Alberto Wolff en *L' écume de Paris*. Recientemente se ha publicado una obra titulada *Les bas fonds de Berlin*, que es un cuadro tristísimo de vicio y de miseria de la capital que se muestra tan orgullosa de sus conquistas militares.

Pero todas esas capitales trabajan mucho por sus reformas. París especialmente, tuvo á su célebre prefecto Haussman y ha tenido escritores como Maximo du Camp, que en su obra titulada *París: sus órganos, sus funciones y su vida en la segunda mitad del siglo* XIX, estudió con gran profundidad todas las cuestiones que pueden afectar á la vida moral y material de una población.

Madrid no ha tenido más que un cronista ilustre: Mesonero Romanos; dos reyes que hayan dejado, como reformadores de la población, grata memoria: Carlos III, al que se deben muchos de los monumentos que hoy existen, y José Bonaparte, por cuya civilizadora iniciativa se derribaron conventos y se abrieron plazuelas.

Entre el número de sus alcaldes sólo tres descuellan principalmente: el marqués de Pontejos que hizo mucho en el ramo de policía urbana; Bravo Murillo, que trajo al sediento villorrio de la Mancha las aguas abundantes del Lozoya; y D. Nicolás María Rivero, expresión de las iniciativas de la Revolución de Setiembre, que derribó las antiguas tapias, abriendo á la población amplio campo por la Castellana, por la Puerta de Alcalá y por el Norte.

Un publicista insigne, D. Angel Fernández de los Ríos, de grata y honrada memoria, trazó en su *Madrid futuro* las líneas generales de una población á la moderna; y hoy se ven realizados algunos de sus proyectos, pero completamente desatendidos otros. Un médico que figura en primera línea entre la juventud que salió no hace mucho de las aulas de San Carlos, ha escrito una obra notable acerca de la higiene de Madrid, y un periodista activo é inteligente, D. Julio Vargas, redactor de *El Liberal*, consignó en un apreciable volumen las impresiones que recogió la última vez que tuvieron la desgracia de ser visitados por el cólera los barrios antihigiénicos que se extienden á los extremos de esta coronada villa.

Los Sres. Peñasco y Cambronero, inteligente empleado este último en el Archivo Municipal, han consagrado á Madrid algunos trabajos y un libro notable acerca de la historia de sus calles.

En todas las obras citadas, aunque no son tan completas como la del académico francés Maxime du Camp acerca de París, hay ideas y proyectos muy dignos de atención para trasformar el destartalado poblachón donde tuvo Felipe II el mal gusto de instalar la corte, y para el mejoramiento de sus condiciones higiénicas. Lo que falta es iniciativa para acometer estas reformas, y recursos para desarrollarlas. Sólo en tiempos de epidemia se piensa un poco en esto, para volver, cuando se canta el *Te-Deum*, á la desidia antigua.

Ahora quizá se podría hacer algo bueno, porque se ha comenzado cegando los conductos comunales por donde se escapaban fondos que debían ir á parar al Municipio.

***

Ya se cierran las tiendas los domingos. Lo que no pudieron conseguir los gobiernos reaccionarios de los últimos tiempos del reinado de D.ª Isabel II que quisieron que á la fuerza se santificasen las fiestas, y lo que no ha podido conseguir la campaña emprendida por las señoras de las asociaciones católicas que trabajan desde la restauración porque no haya ningún establecimiento abierto los domingos, lo ha conseguido fácilmente un acuerdo voluntario de los gremios.

Es condición humana rechazar lo que se impone, aunque sea objeto de la imposición lo que se desea. Antes no bastaba un ejército de polizontes para hacer cumplir lo que mandaba la autoridad, y ésta tuvo al fin que declararse vencida, dejando que las tiendas se abriesen; y ahora ha bastado un sencillo aviso de lo acordado para que Madrid presente los domingos un aspecto parecido al de Londres ó cualquier ciudad de los Estados Unidos en igual día.

Y se llegará á más, porque los oficiales de peluqueros, y los mozos de café, y los cajistas de imprenta, y todos los que no tienen hasta ahora descanso, no quieren ser menos que los dependientes de comercio y quieren tambien el reposo del día en que, según la doctrina cristiana, descansó Dios después de haber hecho el mundo.

Con esto y con la sociedad para fomentar la afición á la vida del campo, quizá se modifiquen algo las costumbres en el sentido civilizador que tienen en otras grandes capitales. Ya se han presentado proyectos para unir por medio de un ferrocarril económico Madrid y el Pardo, y otros para construir en las inmediaciones del célebre monte, hoteles que se podrán adquirir á plazos.

Digitized by Google

Marchamos lentamente, pero menos mal si al fin marchamos.

KASABAL

CUADROS GALLEGOS

UNA FERIA Y UNA ROMERÍA

(CONTINUACIÓN)

entre uno y otro bocado
de espigas alza su testa
de finos cuernos armada,
la revuelve con presteza,
de las moscas se sacude,
y, paciente, á su faena
vuelve, triscando la espiga
que le regala su dueña.

Se regatean los precios
y los contratos se cierran,
se apuran jarros de vino,
se oyen sonar las monedas,
y alegres unos y otros
regresan á sus viviendas
para volver de allí á poco
á cerrar la grata fiesta
con la ansiada romería,
que viene tras de la feria.

II

LA ROMERÍA

De la empinada colina
en la cumbre sombreada,
se alza la ermita erigida
á la milagrosa santa
que es patrona de la aldea
que hoy se halla de fiesta y gala.
A través de ramas y hojas,
del sol la luz irisada
se desliza temblorosa
á gozar de la algazara
y general alegría
que los ánimos exalta.
Allí los carros del vino,
al suelo puestas las lanzas,
fijas sus pesadas ruedas
que soportan una carga
de odres, copas y botellas,
aquéllos llenos del de Avia,
que puestos en batería
jarros y copas aguardan;
allí las cestas de frutas
cuyos colores regalan
los ojos; allí el coplero
que el estandarte levanta,
el estandarte en que mano
inexperta y temeraria
pintó con vivos colores
la horrenda historia de un drama
que explica cierto romance
que el coplero con voz agria
ofrece gritando:—¡Historia
nunca vista y alabada!
¡Dos cuartos cuesta el romance!
¡Quién quiere otro, que se acaban!

***

En derredor de los carros,
viejos de arrugadas caras
se ven empuñar las copas
llenas del vino del Avia,
que, á la luz del sol que filtra
sus fulgores por las ramas,
se asemeja á enorme perla
en el cristal encerrada;
y al acercarse las copas
á los labios, y, en cascadas
microscópicas, el vino
al rodar por las gargantas,
aquellos viejos, que apenas
si pueden ya con la carga
de los años, imaginan
sentir cual si nueva savia
en sus pechos arraigase,
y las caras arrugadas
toman brillantes colores,
y se animan y se exaltan,
y se convierten en mozos
por sus hechos y palabras...
¡que tanto puede y consigue
el rico zumo del Avia
en cascadas microscópicas
al rodar por sus gargantas!

***

En otro lado el gaitero
contra su pecho la gaita
con fuerza aprieta, y alegres
sones de su fondo arranca.
Es la gallega *muñeira,*
ese canto que embriaga
y hace arder en nuestros pechos
del patrio amor llamaradas.
Forman apretado corro
los mozos y las muchachas
que no se sienten con fuerza
para arrostrar las miradas
de los curiosos bailando
nuestra celebrada danza.

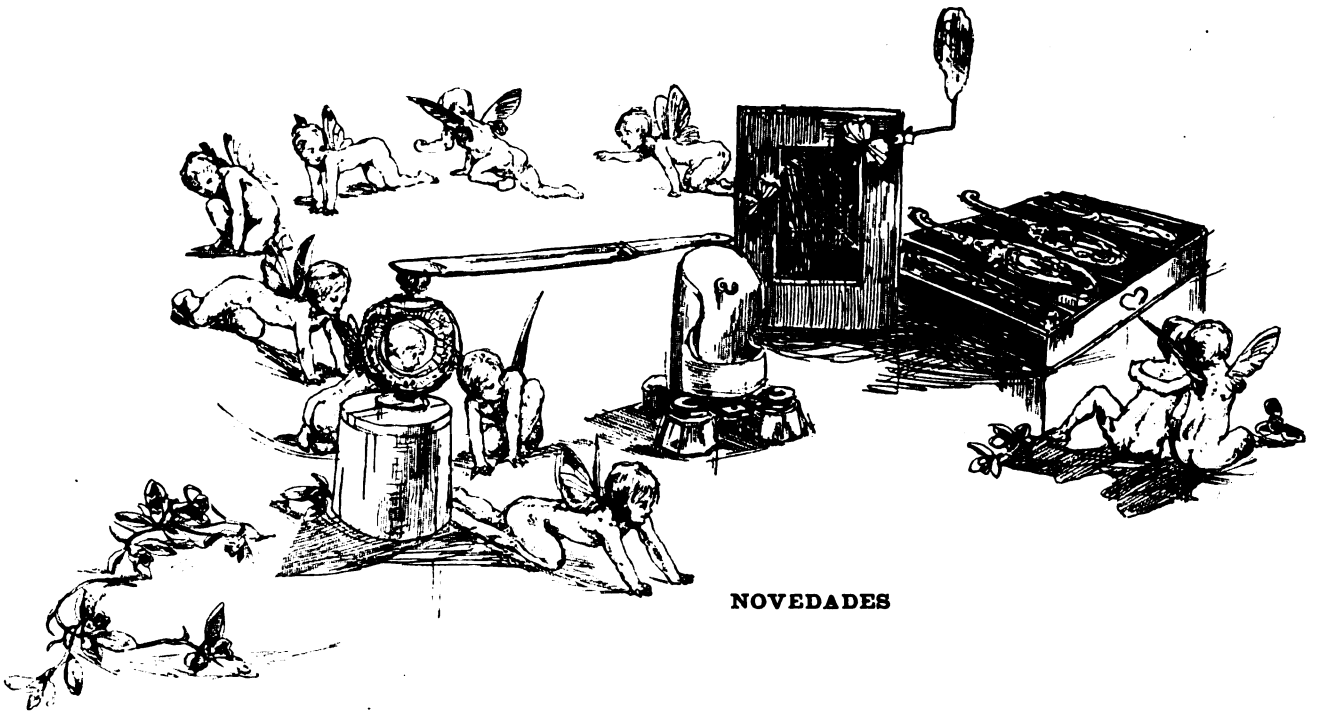
Otros, en cambio, en el corro
sus habilidades raras
lucen: airoso mancebo,
al aire la ensortijada
cabellera, en cruz los brazos,
las castañuelas con arte
y con fuerza redoblando
á los sones de la gaita;
ella es airosa morena,
encantadora muchacha
que apenas sus negros ojos
del suelo un punto levanta
agitando levemente
su cuerpo al son de la danza,
doblando las castañuelas
entre sus dedos de nácar.
Ambos danzantes se acercan
un momento, se separan,
giran uno de otro en torno
cual mariposas que vagan
en derredor de la luz;
ya parece que se abrazan,
ya el hombre se encoge un punto,
la mujer se acerca ufana,
y tornan á separarse,
giran, brincan, tornan, pasan,
hasta que el mozo, rendido
de la muchacha á las gracias,
brinca y gira á un mismo tiempo
y á los pies de la muchacha
rendido ya y de rodillas
queda, mientras baten palmas
cuantos siguieron el curso
de tan intrincada danza.

***

El viejo de los romances
tiene también sus comparsas:
desarrapados chicuelos,
atrás las manos cruzadas
y el estandarte mirando
con una boca de á cuarta
y unos ojazos de á palmo;
viejas de faz arrugada
entre cuyas cabelleras
serpean hilos de plata.
Todos oyen al coplero,
con admiración tamaña,
referir los incidentes
de la historia extraordinaria.
De cuando en cuando una mano
entre cabezas se alarga
con una pieza de cobre
puesta en la extendida palma.

MANUEL AMOR MEILÁN

(Se concluirá)

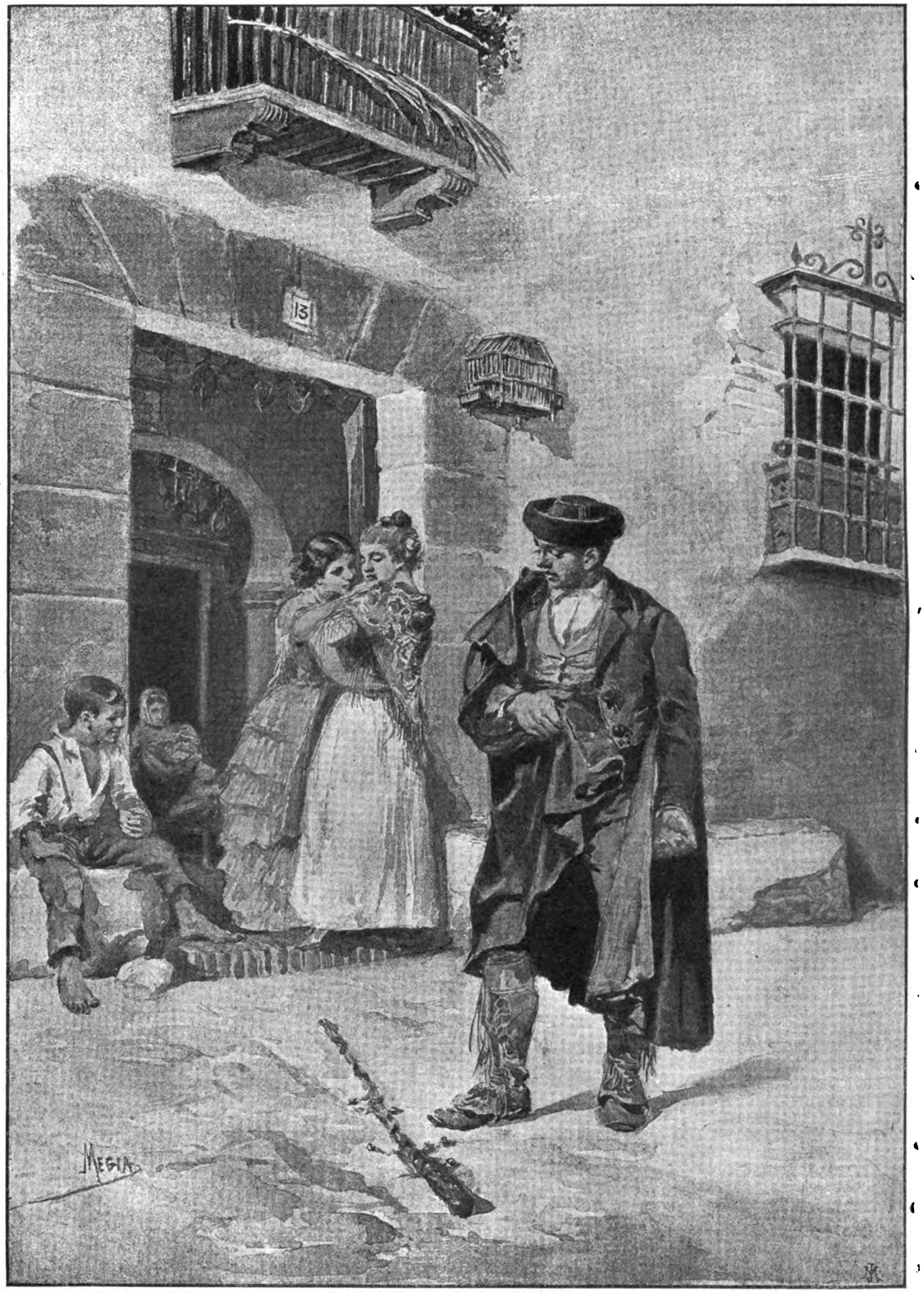


NOVEDADES

Digitized by Google

LA RIVA DEI SCHIAVONI (cuadro de H. Estevan, dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google



¡PORRA JUERA! (acuarela de Megía)

Digitized by Google

¡ANGELITOS!

Sí, señor: mucho me escandaliza eso del matute, y lo de *Pepe el Huevero*, y lo de... en fin, eso. Hacen muy bien y muy retebién los periódicos en sacar un día y otro á la vergüenza los nombres de esos defraudadores. Pero ¡caracoles! no exageremos las cosas ni vayamos á sacarlas de su quicio, que en eso del matute y del contrabando hay muy pocos que puedan tirar la primera piedra.

En España, desde los grandes hasta los pequeños, lo mismo caballeros que señoras, son matuteros y contrabandistas. ¿Quieren Vds. negarme que por esa frontera francesa pasan más contrabando las señoras de nuestra aristocracia

CALZADO DE MODA

y las niñas más elegantes de la *buena sociedad* que los contrabandistas de oficio? Pues si quieren Vds. negármelo, que no querrán, pierden lastimosamente su tiempo, porque yo lo he visto, y lo mismo que yo lo habrán visto Vds. y acaso lo habrán hecho. ¿A ver? El que no haya introducido alguna vez algún contrabando, que levante el dedo.

Yo puedo levantarlo, porque, en efecto, no me he prestado nunca á ser contrabandista honorario ni defraudador aficionado; pero he visto en muchas ocasiones cómo se regocijaban personas muy ricas y de gran posición cuando lograban engañar á los carabineros pasando como ropa de uso trajes completamente nuevos ó cortes de vestido. Todo en broma y como por diversión, pero, vamos, sin pagar los derechos. Por eso digo que es necesario no exagerar. A mí me parece que el medio más sencillo y más eficaz para acabar con el contrabando sería suprimir los consumos, y creo que en eso vendremos á concluir; pero entretanto vuelvo á decir que me escandalizo, como es bien que me escandalice, de esos matutes y de esos cohechos y de esas inmoralidades... y después de escandalizarme declaro que todavía me escandaliza más la siguiente noticia (que no he inventado yo): «Por si uno tenía la nariz más larga que otro se pelearon dos individuos en Jaén, disparando el chato al narigudo un tiro de pistola.» Esto, francamente, me parece todavía más grave que lo del matute. Si por quítame allá esas narices hemos de andar á tiros con el prójimo, será cosa de meterse uno en su concha y no dejarse ver de nadie. ¿Qué habría hecho el *nason* jienesense con D. Francisco de Quevedo si le hubiese dedicado el famoso soneto

Érase un hombre á una nariz pegado?

Cuando oye uno hablar de matutes y de contrabando y de fraudes, lo lamenta y lo deplora con más ó menos amargura, según su respectivo temperamento; pero al cabo no ve en todo ello sino males casi inevitables de nuestra organización social, que es mala, que es absurda, y absurdos y males ha de engendrar. Cuando se oyen cosas como esas de andar á pistoletazos por cuestión de narices, realmente duda uno de si está ó no está en un país civilizado.

Pero aun eso del pistoletazo puede explicarse, porque cuando á un hombre se le busca la lengua, por muy pacífico y muy sereno que sea, á veces se le hinchan las narices y le suelta un tiro al lucero del alba: lo que no tiene explicación, ni atenuación, ni excusa, es esto otro que también han publicado los periódicos:

«En la calle de San Pablo, de Valladolid, un muchacho de ocho años de edad roció de espíritu de vino á otro de seis y después le prendió fuego con una cerilla.»

¡¡Angelito de Dios!!

¡Qué delicia de criatura!

Y no se diga que á esa edad el inquisidor en germen no sabía lo que se quemaba. Pues ¿no había de saberlo? Dada su afición á las cerillas, más de una vez se habría quemado los dedos y de sobra experimentaría que aquello producía muchos dolores y padecimientos horribles. Lo de rociar previamente con espíritu de vino á su víctima, fué un refinamento de crueldad que anuncia lo que ese muchacho será en lo futuro. ¡Lástima que el infeliz haya venido algo retrasado! Si viene al mundo un par de siglos antes, habría sido el único para disponer y organizar autos de fe, que no revelan menos sus preciosas aficiones á quemar con todas las reglas del arte á su prójimo.

Vds. podrán opinar lo que quieran, pero ese chiquillo vallisoletano, ese vecinito de la calle de San Pablo, me da á mí más cuidado para mañana que un escuadrón de *Pepes hueveros* y un ejército de contrabandistas.

A éstos ya sé que hay un medio muy sencillo para inutilizarlos: para librarme del otro, no veo tan claramente el camino.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

REVISTA CIENTÍFICA

Sobre el *dengue*.—Abusos del bisturí.—Las impresiones de un buzo

Vase tratando de hacer alguna luz sobre las causas del *dengue*, envueltas aún en la oscuridad á pesar de todos los esfuerzos hechos para descubrir la personalidad de aquella indocumentada epidemia. Recientemente, dos doctores escoceses, sir A. Mitchell y Mr. A. Buchan, se han dedicado á un laborioso estudio médico-meteorológico y han deducido que la *grippe* no tiene nada que ver con que haga calor y frío.

Limitándose á los datos proporcionados por las oficinas de estadística de Londres (localidad que en poco espacio contiene una población enorme sometida á iguales condiciones de clima), han visto que en las cuatro primeras semanas de enero último, en que hubo el primer máximum, la mortalidad general excedía en 2,258 defunciones del término medio, siendo debido este aumento á enfermedades del aparato respiratorio, tisis, lesiones cardíacas, reumatismo y afecciones del sistema nervioso, mientras que el *dengue* ó *grippe* figuraba sólo por 303 defunciones. Hay que advertir ahora que la temperatura fué por lo general bastante elevada y que no hubo muchas nieblas, por lo cual preciso es suponer alguna causa desconocida que determinara aquel exceso de pneumonías, pleuro-pneumonías, bronquitis, etc., ya que los ordinarios factores de su etiología (el frío y las brumas) brillaban precisamente por su ausencia.

Por lo que respecta á los síntomas nerviosos que en dicho máximum de enero acompañaron el *dengue*, especialmente las cefalalgias y el decaimiento, llamaron la atención de los dos doctores por haberse observado igual motivo de letalidad en el segundo máximum que hubo en marzo, no siendo quizás improcedente suponer que no sería la famosa *nona* otra cosa que un *dengue* de forma nerviosa. En cuanto á las defunciones por reumatismo, cabe razonablemente pensar que su naturaleza no sería muy distinta de aquellos dolores musculares de que nos quejábamos la mayoría de los dengosos.

Durante la epidemia sufrieron vergonzosa derrota la fiebre tifóidea, la escarlatina, el sarampión, la erisipela, la diarrea, la disentería y las enfermedades del hígado (siempre en Londres).

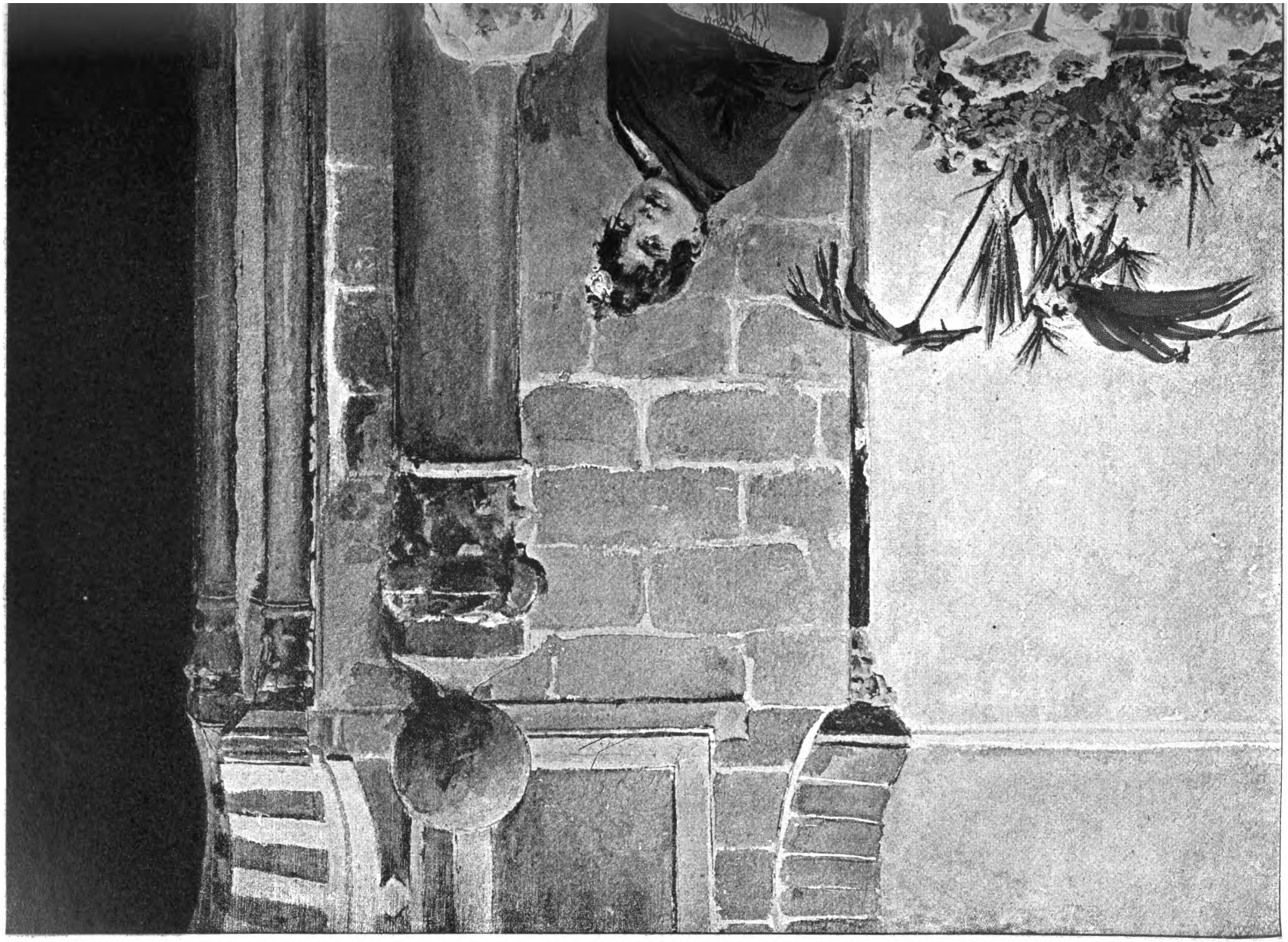
En cuanto á la edad, han observado sir A. Mitchell y Mr. Buchan que durante las cuatro ó cinco semanas que precedieron á la primera papeleta de defunción en que se atribuía la causa de muerte á la *influenza*, aumentó mucho el término medio de los fallecidos mayores de veinte años, es decir, que algo había que mataba especialmente á la gente de veinte años para arriba, cabiendo *à posteriori* suponer que fuese el *dengue* no reconocido todavía oficialmente. Los menores de veinte años, sin embargo, pagaron el pato en el máximum de enero.

Tocante á la manera de propagarse la enfermedad, parece deba ser por el aire, encargándose de la diseminación del agente morbífico, los vientos que rasan la superficie de la tierra y los ciclones y anticiclones.

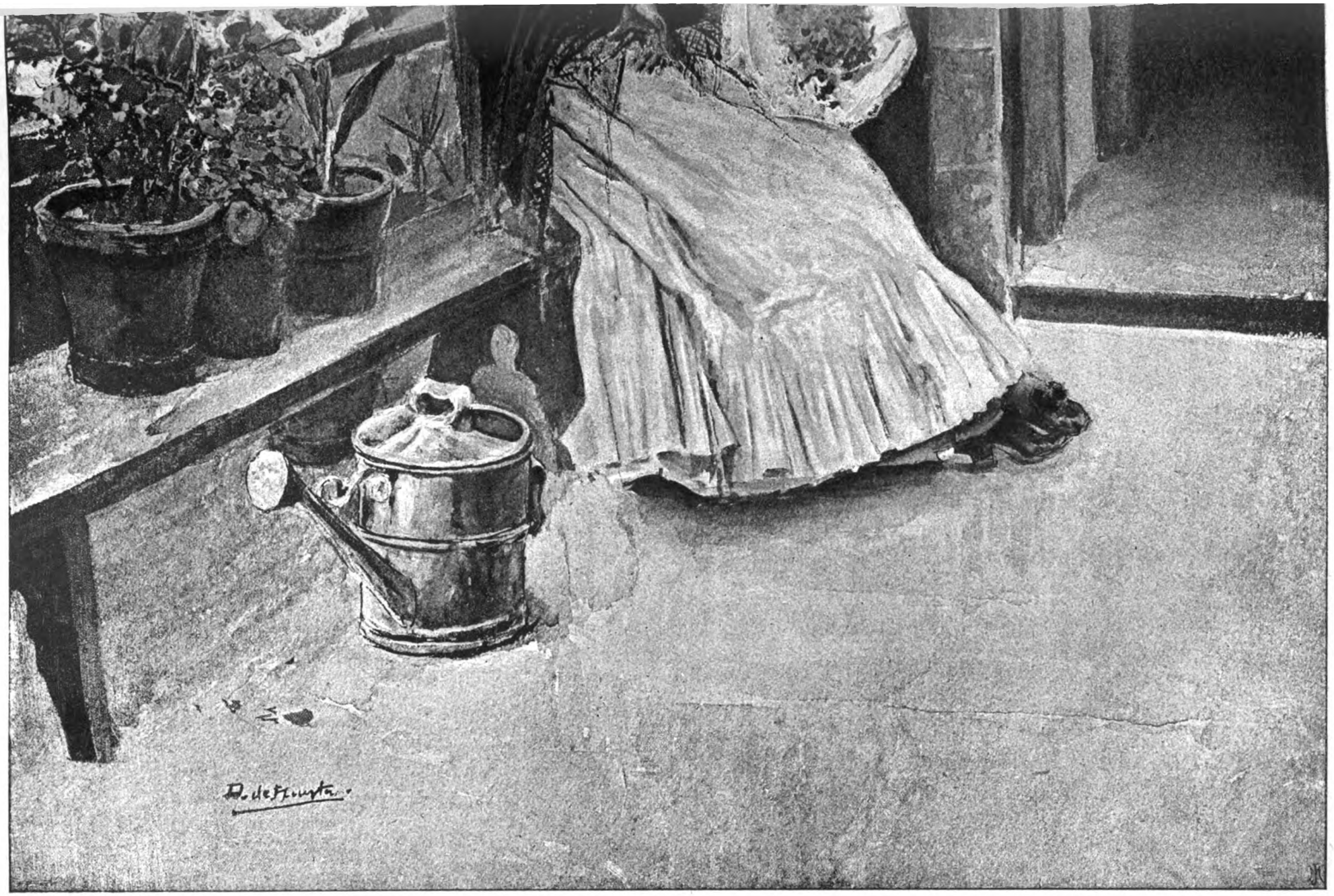
La cuestión primordial, empero, dista mucho de quedar resuelta definitivamente. ¿Es el *dengue* una enfermedad especial? ¿No resultaría acaso de la sobreactividad de ciertos microorganismos como los de la erisipela y la pneumonía? ¿Sería quizás la expresión de una debilidad de resistencia de la economía á la acción ordinaria de dichos microbios? Y, en este último caso, ¿de qué dimanaría esta aminoración de resistencia? Problemas son esos de difícil resolución, aunque, como ya dije en otra ocasión, hay muchos que suponen ó afirman que el *dengue* es una entidad nosológica completa, producida por un hematozoario análogo al del paludismo.

Digitized by Google

Digitized by Google



Digitized by Google



FLORISTA CORDOBESA (acuarela de D. de Huertas)

Digitized by Google

Digitized by Google

***

No se dirá que M. Simon Duplay, catedrático de la facultad de París, continuador del *Follin*, y ahora, por resultar ya atrasada dicha obra, codirector de un nuevo tratado de cirugía, no sea un hombre *progresivo*. Esto no impide, sin embargo, que en medio de los maravillosos triunfos y de las inconcebibles audacias de la terapéutica quirúrgica, gracias al método antiséptico, conserve la serenidad (como otros insignes operadores), y aún comience á inquietarse algo por los abusos á que puede dar lugar el *prurigo secandi*.

En la conferencia inaugural de la cátedra de clínica quirúrgica de la Caridad, en la que ha reemplazado al malogrado Trelat, ha creído conveniente M. Duplay señalar ciertas funestas tendencias originadas por el mismo vertiginoso vuelo de los progresos conseguidos.

Parécele, pues, al ilustre cirujano de la Caridad que, dejando aparte los inmensos beneficios procurados por la revolución listeriana, es posible que los operadores se sientan arrastrados á dar demasiada preferencia al bisturí; que, en virtud de la misma seguridad que se abriga respecto á la inocuidad de la operación, se descuida la ciencia del diagnóstico, puesto que el resultado de la intervención manual lo aclarará perfectamente, á propósito de lo cual cita monsieur Duplay el hecho de un cirujano á quien le basta ver una *enferma de vientre gordo* (es el diagnóstico que hace) para que la opere en seguida, dejando para después el saber de qué enfermedad se trataba. Cree también que el pronóstico se resiente del abuso operatorio, pues ni se piensa en si el paciente hubiese podido curar por otros medios ni se calcula si los beneficios de la intervención quirúrgica serán peores acaso que la misma enfermedad (extirpación de cánceres con infarto ganglionar, ablaciones de bocios que convierten en cretino al paciente, ovariotomías inmotivadas con las trasformaciones que dicha operación produce en lo físico y en lo moral de las castradas).

Así, pues, por la seguridad con que el cirujano sabe que ha de curarse la herida operatoria (no la enfermedad), descúidase «el estudio del enfermo, el diagnóstico, el pronóstico, las indicaciones y contraindicaciones del tratamiento para reemplazar todo eso por la operación *à outrance*. Esta manera de ver,—añade,—es evidentemente más fácil, exige menos esfuerzos, menos trabajo; pero no es científica y tiende á rebajar el papel del cirujano al de peón.»

No se crea, sin embargo, como ya he insinuado antes, que sea M. Duplay el único que clama contra el delirio operatorio, pues en este mismo concepto se expresan en su *Tratado de terapéutica quirúrgica* los doctores Reclus y Forgues, y ha dejado oir también su voz el ilustre catedrático Verneuil.

En la conferencia de que he dado cuenta sin entrar en pormenores didácticos, manifestó Duplay que entre las causas del *prurigo secandi* había cierto número «de orden moral, ó mejor, de orden inmoral,» que no quería examinar en aquel sitio. «Quiero creer,—dijo,—que todo cirujano es un hombre honrado, y que la idea de lucro ú otro cualquier motivo extracientífico no podrá jamás determinarle á practicar una operación que no debería practicarse ó que no estuviese netamente indicada.»

***

El intrépido buzo y eminente naturalista suizo M. Hermann Fol ha dado cuenta recientemente, en el Club Náutico de Niza, en cuya ciudad tiene su laboratorio, de las impresiones que como tal buzo experimenta en sus chapuzones científicos; pero, con ser muy curioso lo que refiere, lo pasaré por alto para resumir únicamente las observaciones de orden físico que ha podido hacer en los abismos submarinos.

Mirando el fondo del mar desde á bordo, parece muy plano y sin ninguna sombra; pero, en lugar de ser así, el buzo lo encuentra muy accidentado, erizado de rocas y surcado por valles profundos, siendo visibles las sombras, porque, viniendo de arriba la iluminación, las partes reentrantes bajo las salientes de las rocas y las matas de algas están en la oscuridad.

«La iluminación del fondo se parece al de una sala sin ventanas que recibiese luz por una claraboya que ocupase el centro del techo. Si el buzo, llegado á fondo, mira hacia arriba por el cristal frontal del casco ve un grande espacio circular luminoso que se puede considerar como la base de un cono invertido, cuyo vértice ocupa el ojo del observador. Este cono tiene un ángulo de abertura de cerca 62°50'. Más allá de este círculo la superficie parece oscura y presenta exactamente el tinte y el aspecto del mar visto de arriba abajo desde á bordo de un barco. El cielo y los objetos situados en el aire, sólo son visibles en los límites del círculo luminoso.

»... La disminución en la intensidad de los rayos solares es muy rápida, y á 30 metros están casi completamente difusionados. En el momento en que el sol baja hacia el horizonte, prodúcese casi súbitamente una oscuridad tal que me ha sucedido remontarme pronto creyendo que la noche se venía encima, encontrándome con la mayor sorpresa, al salir del agua, inundado por los rayos de un sol que no estaba nada cerca de su ocaso. Hay un ángulo bajo el cual la proporción entre los rayos reflejados y los rayos refractados es tan desfavorable para estos últimos que la iluminación del fondo disminuye bruscamente.

»La trasparencia del agua varía enormemente á lo largo del litoral. Cuando el agua está relativamente clara, absorbe aún tan poca luz que, á 30 metros de profundidad y con un cielo nublado, no se ve lo suficiente para recoger animales muy pequeños. En la dirección horizontal no se puede, en estas condiciones, distinguir una roca á más de 7 ú 8 metros de distancia. Si brilla el sol y el agua está muy límpida, se puede llegar á ver un objeto brillante á 20 metros, y quizás á 25; pero en las condiciones ordinarias hay que contentarse con la mitad de esta cifra.

»Estos hechos, comprobados gran número de veces en los frecuentes descensos que he ejecutado desde hace tres años con la escafandra del laboratorio que he instalado en Niza, me parecen importantes desde diversos puntos de vista.

»Es evidente que un barco submarino no puede ver su camino en estas condiciones. Por poco rápido que sea, no tendrá tiempo de batirse en retirada y de retroceder si ve súbitamente levantarse algún grande obstáculo ante él; porque en el momento en que lo distinguiría no estaría ya más que á 10 metros del mismo. Siempre estará obligado á tomar las direcciones antes de sumergirse, y de no navegar sino en un terreno conocido, cuyo relieve haya sido cuidadosamente estudiado. La navegación submarina se encuentra, por lo mismo, encerrada en límites que el genio del hombre no puede ensanchar, puesto que no puede modificar la trasparencia del agua.»

Explica luego M. Fol la manera de huir que tienen los habitantes de las capas iluminadas del mar cuando se ven acosados, que es escapar muy aprisa para detenerse luego, ya que pocos metros bastan para ponerlos fuera del alcance de las miradas de sus perseguidores. Así se comprende que los animales marinos sean míopes, pues de poco les serviría tener buena vista si á 10 metros de distancia se les hacía oscuro. Cree M. Fol que, á no ser por eso, esto es, que á poder ver los peces en el agua como se ve en el aire, los pescadores no sacarían gran provecho de sus redadas. (Esto demuestra, entre paréntesis, la existencia de las causas finales, pues así como los ríos pasan por debajo de los puentes para que se pueda cruzar por ellos, así los peces son míopes para que se les pueda pescar con redes.)

El matiz del agua varía del azul al verde, según el grado de claridad. A 10 metros los objetos adquieren un tono azulado, y á 25 ó 30 metros la luz es tan azul que los animales de color rojo oscuro parecen negros, mientras que las algas verdes parecen claras, por contraste. Si desde tales profundidades se asciende rápidamente, se ve de un color rojizo el paisaje aéreo. Dedúcese, por lo tanto, que los rayos que se extinguen primero son los rojos y que los que penetran más lejos son los azules. *Et nunc erudimini qui decoramenta pingitis.*

El oleaje se siente por contragolpe lo mismo á 30 metros que á 10 metros de profundidad, haciendo muy difícil la tarea del buzo, al cual una fuerza irresistible hace oscilar como un péndulo.

ALFREDO OPISSO

DAR LA HORA

Dos meses después de haber acudido á aquella extraña cita, Ricardo Mendieta se unió para siempre á Emilia Sandoval.

Pero ¿qué estoy contando á Vds. sin haberles dicho una palabra de Emilia ni de Ricardo?

¡Qué cabeza tengo! ¡Qué cabeza!

Empecemos por el principio, y perdonen Vds. el pleonasmo y mi distracción.

Allá por el año 1870 había en Cádiz una joven tan famosa por su belleza, que era de primer orden, como por sus rasgos de ingenio, que eran de un orden superior.

Se llamaba Emilia Sandoval. Ya saben Vds. quién era Emilia.

Y había en la misma época, y en la misma capital andaluza, un apuesto oficial de artillería perdidamente enamorado de dicha joven. Se llamaba Ricardo Mendieta. Ya saben Vds. también quién era Ricardo.

Bueno: sigo mi narración.

Ricardo amaba á Emilia, y otro tanto le sucedía á un compañero suyo, nombrado Enrique Cepeda, desde el día en que ambos fueron presentados en casa de la marquesa viuda de Casa Blanca, madre de la citada joven.

Uno y otro pretendiente hacían esfuerzos inauditos por conseguir el amor de Emilia; pero todo era en vano: Emilia, sin traspasar los límites de la amistad, se mostraba igualmente amable con los dos enamorados artilleros.

Prueba al canto.

Emilia tocaba divinamente el piano, y entre sus piezas favoritas figuraban el vals *El judío errante* y el nocturno *Tristeza*, obras ambas muy en boga por aquellos tiempos.

Enrique, que tenía el carácter triste y reservado, se trasportaba al quinto cielo oyendo el consabido nocturno; y Ricardo, que era alegre y expansivo, se entusiasmaba escuchando el citado vals.

Pues bien: cada vez que Enrique le paseaba la calle, ya se sabía, Emilia, para que él lo oyera, tocaba el nocturno; y, en cambio, tocaba el vals siempre que Ricardo rondaba sus balcones.

Enrique y Ricardo se querían como hermanos, y por nada del mundo hubieran roto su fraternal amistad. Ambos sentían adoración por Emilia, y ambos le rogaban que aceptara el amor con que cada uno le brindaba, prometiéndose entre sí que el que fuera desairado, respetando la decisión de la joven, no turbaría un momento la felicidad del otro.

—Denme Vds. pruebas de cariño,—solía decirles Emilia,—y, sobre todo, de adivinar mis pensamientos; y el que me dé más pruebas será el objeto de mis amores. Yo quiero que el hombre á quien ame lea en mi mente como en un libro abierto. Si en las pruebas á que les someta descuellan Vds. en ese género de lectura, al que lo haga más de corrido le abriré de par en par las puertas de mi corazón.

Y empezaron las pruebas.

Hablaba Emilia de su afición á las flores, y llovían ramos de ídem en su gabinete, remitidos, como es de suponer, por sus dos adoradores.

Digitized by Google

LLAMADA (acuarela de Pozo)

Digitized by Google

LOS FESTEJOS DE MADRID: LA MANIFESTACIÓN COMERCIAL (dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

Indicaba que las levitas largas (entonces en todo su apogeo) no eran de su agrado, y desde aquel día Ricardo y Enrique se presentaban hasta en el teatro con unas americanas que parecían chaquetas.

Mostraba predilección por el color amarillo, y los dos jóvenes interpretaban su pensamiento usando corbata y guantes de amarillo canario.

¡Qué más! Dijo en cierta ocasión que en todas las cuestiones lo mejor era transigir y ¡pelillos á la mar!, y Enrique y Ricardo, creyendo llegar al colmo de la adivinación, se hicieron cortar el cabello á punta de tijera y se resignaron á quitarse el bigote, operaciones ambas que originaron las mayores burlas de sus compañeros.

Y así pasaron meses y meses, y Emilia siguió haciendo pasar las de Caín á sus dos pretendientes sin pasar á decidirse por uno de ellos.

La marquesa viuda de Casa Blanca y Emilia, su hija única, *se quedaban en casa* los miércoles, y formaban su reunión en las noches de esos días muchas familias de la buena sociedad gaditana. Se bailaba, *se hacía música* y se leían versos, y no hay que decir que con tales alicientes eran muy agradables aquellas *soirées*, contribuyendo á ello, en primer término, la discreción de la marquesa y el talento y la gracia de su encantadora hija.

Una de esas noches se aproximó Emilia á un grupo de que formaban parte Enrique y Ricardo, y dirigiéndose á éstos les dijo bajando la voz:

—Desearía saber la hora que es, pues mi reloj anda como Dios quiere.

Miraron casi á la vez el suyo los dos pretendientes, y á dúo le contestaron que eran las once.

Entonces, Emilia, mostrándoles la esfera del que llevaba prendido de un precioso broche, añadió:

—Bien sabía que esta *alhaja* andaba hoy *dificultosa*. ¿Ven Vds.? Marca la una.

Ricardo y Enrique no se atrevieron á desmentirla, á fuer de galantes; pero observaron perfectamente que el reloj de Emilia señalaba las once y algunos minutos.

--Gracias,—dijo ella.

Y se separó del grupo.

Una hora después desfilaron los contertulios, y los dos enamorados jóvenes se marcharon á los pabellones de la Bomba, donde estaban instalados en dos habitaciones contiguas.

Entró en la suya Enrique, y á los pocos momentos se durmió como un bienaventurado.

Ricardo iba también á entregarse en brazos de Morfeo; pero de repente, como inspirado por una idea luminosa, saltó de la cama, se vistió presuroso, y, saliendo como alma que lleva el diablo, se dirigió á la calle del Vestuario, donde Emilia vivía, murmurando con febril exaltación:

—¿Será una cita á la una de esta noche lo que ha querido significar equivocándonos la hora? ¡Si fuera cierto!

En esto el reloj del Ayuntamiento dió una campanada, y, casi á la vez, se abrió el balcón del gabinete de Emilia y apareció ella radiante de belleza que realzaban aun más los rayos de la luna iluminando su rostro encantador.

—¡Emilia!—exclamó Ricardo loco de alegría.

—¡Ricardo!—balbuceó Emilia llena de júbilo.

Y no hay que decir, pues lo habrán comprendido Vds. desde luego, que de aquella entrevista, que duró hasta el amanecer, resultó la suntuosa promesa de amarse para siempre.

Ricardo, que adivinó la cita, fué el vencedor en aquel pugilato de pruebas de cariño. Enrique, confesándose vencido, consiguió ser trasladado á Sevilla, y al emprender su viaje se despidió de su afortunado compañero diciéndole casi llorando:

—¡Dichoso tú! Te casas con una mujer que *da la hora* como nadie.

Y aquí viene bien el párrafo con que distraídamente empecé este artículo:

Dos meses después de haber acudido á aquella extraña cita, Ricardo Mendieta se unió para siempre á Emilia Sandoval.

CARLOS CANO

BIBLIOGRAFIA

Poesías, por *Carolina Valencia*.—Palencia, 1890.

Si no se hubiese desfigurado tan hipócritamente la significación de muchas palabras, yo diría que la Sra. Valencia se muestra en su libro como una autora *discretísima*. Este elogio, en plena época del más empalagoso *cabotinage*, es, en el sentido en que lo empleo, la expresión de un hecho verdaderamente peregrino. ¡Ahí es nada, en estos tiempos de inaguantables *subjetivismos*, encontrarse con una Torre de marfil!

Las poesías de la señora D.ª Carolina Valencia no arrebatan, ni entusiasman, ni hacen correr ninguna clase de frío por la espalda, pero en cambio satisfacen, agradan por su lenguaje correctísimo, por su versificación magnífica, por la armonía de los ritmos y la rotundidad de las rimas, y, sobre todo, por su aristocrática gravedad. Una vez que la autora quiso echárselas de popular, como en los *Cantares*, no le salió bien.

Nada más consolador que encontrarse con un poeta que demuestra pensar y sentir en castellano, dedicando su inspiración á contarnos otras cosas que sus amorosas ansias y sus tribulaciones domésticas, sin pizca de reminiscencias de Víctor Hugo, Heine, Bécquer, Campoamor y demás manoseadísimos modelos.

La edición, hecha en Palencia, es muy recomendable.

EL AÑO PASADO.—Letras y artes en Barcelona, por *José Yxart*.—Volumen V.—Barcelena, 1890.

Una de las cosas, entre varias, en que puedo parecerme á veces á Gedeón, es en mi asombro cuando leo á Yxart. ¡Yo que le conocí de chiquitín, llevándole algunos años de delantera, tener que reconocerlo ahora como el tipo de los críticos sesudos! No digo erudito porque eso no tiene ninguna gracia: el toque está en tener seso, y lo que es Yxart, me deja pasmado, lo confieso, en punto á sensatez. Es un muchacho, quiero decir, es un hombre, de un sentido común terrible y tan lagarto que ya puede el más pintado apostárselas *à le mettre dedans*...

Con toda sinceridad declaro que no sé yo lo que daría por saber decir lo mismo que dice él de los flamencos, verbigracia, de Echegaray, de Apeles Mestres, de música, de pintura y de *Judas de Kerioth*, aunque sobre este último diría mucho más y, en vez de calificarlo de *profanación artística*, lo llamaría delirio insano, mistificación inconcebible y dislate que sólo por milagro consiguió librarse de ser reventado, pese al admirable talento de su autor. Pero volviendo á este último *Año pasado*, hay que leerlo como modelo de crítica fundada, dialéctica, sugestiva: maza de Fraga de los follones literarios; punzón sutil que perfora los hinchados Montgolfieres de la dramática y los deja reducidos á su intrínseca cualidad de globos de papel; espejo bruñido que refleja y hace resaltar las bellezas allí donde las hay; voz elocuente que enseña, juzga, censura y enaltece con lo que únicamente se posee cuando se reunen los méritos de Yxart: con autoridad.

¡Qué montones de ideas en aquellas páginas! ¡Qué caudal de observaciones! ¡Qué profundos puntos de de vista! ¡Qué finísima sátira! ¡Y pensar que yo le conocí á ese maestrazo cuando apenas si sabía hacer palotes!...

Lujuria, por *E. García Alemán*.—Madrid, 1890.

Un bonito tomo, por cuyo envío damos al autor las más expresivas gracias.

FOSFORESCENCIAS.—Artículos y poesías por *P. Cabanyas* y *A. Sánchez Pantoja*.—Badajoz, 1890

Las poesías festivas denotan bastante ingenio y están versificadas con facilidad, no agradándome tanto las inevitables *humoradas* y los conatos de *pequeños poemas* que andan entremezclados con aquéllas. Los artículos no dejan de inspirar cierto interés. Es de suponer que los dos coautores den con el tiempo algo que sea la realización de las esperanzas que hacen concebir.—C. M.

NUESTROS GRABADOS

LORD BYRON

Estatua por Egidio Pozzi

El título completo de esa obra es *Byron meditando los medios más conducentes á la liberación de la Grecia*. Hay que decir, ante todo, que el traje en que está representado el poeta es el mismo, algo teatral, que usaba en campaña. En cuanto á lo que Byron hizo en Grecia, fué pasar muchísimos disgustos. Le encargaron del mando de los suliotas, y estos apreciables sujetos se negaron á obedecer mientras no se les pagasen los atrasos. Y así se comprende que el escultor haya representado tan mohino al pobre lord, aburrido con las continuas insubordinaciones y exigencias de los patriotas, que abusaban de su bondad creyéndole otro Creso.

Murió Byron de una fiebre inflamatoria en 1824, hallándose en Missolonghi, después de haber gastado muchos millones de thalers en la causa filohelénica. Había sido elevado á la categoría de *Archi-estratega* ó generalísimo, y su pérdida fué con justo motivo lloradísima así en Grecia como en el resto de Europa (menos Inglaterra). Los mismos turcos le estaban agradecidos por sus humanitarios sentimientos. Contaba á la sazón el insigne cantor del *Childe Arold* y de *Manfredo*, treinta y siete años. El nombre de Jorge Gordon Noel Byron, lord de Rocdale, brilla por su ausencia en el panteón de hombres ilustres que hay en Westminster. Inglaterra no le ha perdonado que tuviese corazón.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

LA RIVA DEI SCHIAVONI

Cuadro de H. Estevan, dibujo de P. y Valor

Dice M. H. Taine, y á mi juicio dice bien, que el lugar del mundo que le gusta más es la Ribera de los Esclavones, en Venecia. Ciertamente que es un lugar incomparable, y del modo como lo ha trasladado al lienzo el distinguidísimo artista español se ve bien claro que no andaba descaminado el insigne estético francés.

EL ARTE ESPAÑOL

¡PORRA JUERA!, *acuarela de Mejía*.—LLAMADA, *id. de Pozo*.—FLORISTA CORDOBESA, *de D. la Huerta*. (En colores.

¡Porra juera!, esto es, *¡Porra fuera!*, lo cual quiere decir que el infeliz pretendiente ha recibido calabazas. Nada más fácil que salir de dudas el que pone en alguna juncal hembra sevillana sus atrevidos pensamientos. Se deja la porra á la puerta del palacio de la bella. Si al día siguiente, al pasar el aspirante ó suspirante, la porra está *adentro*, quiere decir que se le estima; si *porra juera*, es inútil que porfíe.

Y ahora comprenderá el que no supiera eso toda la gracia é intención de la acuarela de Mejía, brillante de color y llena de sevillano realismo.

La *Florista cordobesa*, de Huertas, nos ofrece un delicioso tipo de aquella peregrina ciudad de los califas; tipo perfectamente propio é inconfundible con ningún otro. El lugar de la acción está acertadamente indicado, y todos los accesorios armonizan delicadamente con el carácter de la protagonista.

El lector encontrará sin duda que si el *Corneta* de Pozo no está hablando, es porque ahora está tocando. Bien plantado, exactísimo, es todo un soldadito español, de esos que no tienen rival por lo valientes, sufridos y disciplinados.

LOS FESTEJOS DE MADRID: LA MANIFESTACIÓN COMERCIAL

Dibujo de Picolo

La fiesta del Comercio, muy apropiada á las condiciones de nuestra vida meridional, resultó tan lucida como era de esperar. La larga cabalgata fué un espectáculo tan ameno para los ojos como interesante por la variedad de los productos exhibidos, no cabiendo más que felicitar á sus organizadores por el buen gusto de las carrozas y el entusiasmo con que fué secundada la idea.

JOYA

Hoy á vuestras manos pongo
una joya de valor,
con el *jabón* superior
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, Paris.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Poco después llegó Hoseason, según lo convenido, y acercóse á una de las ventanas, permaneciendo allí á pesar de la lluvia. Estaba grave y pálido, y parecía tan envejecido que

Digitized by Google

me remordió la conciencia haber hecho fuego contra él.

Lo primero que hizo Alan fué apuntarle una pistola.

—Dejaos de amenazas,—dijo el capitán.—

—Vamos,—dijo el capitán,—no reneguéis, pues nada se adelanta con esto (á decir verdad, Hoseason no blasfemaba nunca), y tenemos otras cosas de que hablar,—añadió con acento de amargura.—Habéis hecho una matanza en mi

así me será dado referirles un lance curioso. ¡Quince lobos de mar contra un hombre y un muchacho! ¡Qué vergüenza!

Las mejillas del capitán se enrojecieron súbitamente.

TRAJES DE CALLE

¿No os he dado ya mi palabra, caballero? ¿Tratáis de insultarme hasta el fin?

—Capitán,—contestó mi protector,—dudo mucho de vuestra palabra, pues anoche me la disteis también, estrechándome además la mano en prueba de lealtad, y harto sabéis lo que tramabais. ¡El diablo cargue con ella!

bergantín, y no me quedan brazos suficientes para maniobrar. Mi primer piloto ha muerto á vuestras manos, y ahora no tengo más remedio que ir á Glasgow en busca de auxiliares. Allí encontraréis, sin duda, algunos que os harán entender la razón mejor que los otros.

—Mucho me alegraré,—contestó Alan,—pues

—No,—continuó Alan;—deberéis desembarcarme tal como convinimos.

—Bien sabéis,—repuso el capitán,—que mi piloto ha muerto: de los que han quedado ninguno conoce esta costa, y debo advertiros que es muy peligrosa para los buques.

—Podéis elegir,—dijo Alan;—desembarcad-

Digitized by Google

me en Appin, Ardgour, en Morven, ó en Morar, ó, en fin, en el punto que gustéis con tal que no se halle á más de 30 millas de mi país, exceptuando el territorio de los Campbell. Si no podéis hacerlo así, resultaréis ser tan pobre marino como mal guerrero. Hasta los más humildes pescadores de mi país van en sus pobres barcas de una isla á otra, esté la mar como quiera y aunque sea de noche.

—Una barca no es un buque, caballero,—dijo el capitán.

—Pues bien, vamos á Glasgow: allí podréis reiros un poco.

—No estoy ahora para pensar en tal cosa: lo que debo deciros es que esto costará dinero.

—Perfectamente,—contestó Alan.—Por fortuna no estoy desplumado: 30 guineas si me dejáis en la orilla, y 60 si me conducís á Linnhe.

—Pero ved que estamos á pocas horas de Ardnamunchaw, caballero: dadme 60 libras y os dejaré allí.

—¡Sí, para verme expuesto á caer en manos de los de la casaca roja!—exclamó Alan.—Nada de eso: si queréis 60 guineas, ganadlas dejándome en mi país.

—Esto es exponerme á perder el buque, y también vuestras vidas.

—Tomadlo ó dejadlo.

—¿Podríais servirnos de piloto?—preguntó el capitán frunciendo el ceño.

—Mucho lo dudo: soy más á propósito para guerrero que para marino, según os he demostrado; pero he desembarcado á menudo en esta costa y la conozco un poco.

—Si hubiese perdido menos dinero en este viaje, mejor os vería colgado de una entena que exponerme á perder mi barco; pero sea como gustéis: apenas sople un poco de viento, lo aprovecharé. Pero aun hay otra cosa: es posible que encontremos en el camino algún buque del rey y que nos hagan una visita sin poder yo evitarlo, tanto más cuanto que por aquí cruzan muchos en busca de lo que sabéis. Ahora bien: si esto sucediera, podríais dejarme el dinero.

—Capitán, si encontramos uno de esos cruceros, á vos os toca poneros en salvo. Y, hablando de otra cosa, como sé que estáis mal de aguardiente, os daré una botella á cambio de dos cubos de agua.

Esta fué la última cláusula del tratado, que se cumplió por ambas partes; de modo que Alan y yo pudimos limpiar bien la cámara, borrando hasta el último vestigio de la sangre vertida, mientras que el capitán y Riach pudieron ser felices otra vez á su manera, es decir, empinando el codo.

CAPITULO XII

OIGO HABLAR DEL «ZORRO COLORADO»

Antes que hubiéramos acabado de limpiar la cámara, comenzó á soplar un viento fresco que dispersó muy pronto la lluvia, permitiendo al sol iluminarnos al fin.

Aquí conviene dar una explicación, y, para comprenderla mejor, el lector debería consultar un mapa. El día en que sobrevino la niebla y pasamos por ojo el bote de Alan, seguimos nuestra derrota por aguas á través del Minch menor; y el día después de la refriega, á primera hora, estábamos encalmados al este de la isla de Canna, ó sea entre ésta y la isla Eriska en la cadena de las islas Largas. Ahora bien: para ir desde aquí á Linnhe la vía recta era á través de los estrechos de Mull; pero el capitán no tenía la carta hidrográfica y temía comprometer el buque si avanzaba demasiado entre las islas; así es que, como el viento era favorable, prefirió enderezar el rumbo por el oeste de Tiree para llegar á la costa sur de la grande isla de Mull.

La brisa refrescaba cada vez más, y, llegada la tarde, la mar comenzó á picarse alrededor de las Hébridas. Para costear éstas debíamos dirigirnos por el oeste; de modo que al principio tuvimos una mar muy gruesa, pero al anochecer, cuando doblamos la punta de Tiree, haciendo rumbo más al oeste, la navegación fué más fácil.

La primera parte del día fué muy agradable, pues el sol brillaba en todo su esplendor y veíamos en diferentes partes islas montañosas. Alan y yo estábamos sentados en la cámara, con todas las puertas abiertas, y fumábamos el mejor tabaco del capitán. En aquel momento fué cuando nos referimos nuestras historias respectivas, lo cual me importaba mucho para adquirir algún conocimiento sobre la tierra alta de Escocia, donde tan pronto debía desembarcar.

Yo fuí quien dió el ejemplo refiriendo á Alan mis desgracias, escuchándome con mucha bondad y atención; pero cuando le hablé de mi buen amigo el Sr. Campbell, profirió una exclamación, diciendo que odiaba á todos los que llevaban este nombre.

—Pues yo creo,—contesté,—que os agradaría dar la mano á ese hombre.

—Lo único que yo le daría á cualquiera de esa familia es una bala de plomo: los cazaría á todos como si fueran gallos silvestres; y si estuviese moribundo, haría un esfuerzo para incorporarme y matar al que tuviese más cerca.

—Y ¿por qué odiáis tanto á los Campbell?—pregunté yo.

—Fácil es comprenderlo: yo pertenezco á la familia Appin Stewart, y los Campbell han perseguido y arruinado implacablemente á los que llevan mi nombre; pero siempre á traición y nunca espada en mano (al decir esto descargó un puñetazo en la mesa). Si en otro tiempo no hice caso de lo que se decía contra ellos, fué porque sé que los vencidos tienen siempre censuras para los vencedores; pero ahora conozco bien sus mañas y sus intrigas.

—Sin embargo,—dije yo,—os creo demasiado noble para aborrecer, y también harto generoso, puesto que regaláis vuestros botones de plata.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas dé los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.

Precios: Caja grande, **3'50** ptas. Pequeña, **2** ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantia.

Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con **MEDALLA DE ORO** en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

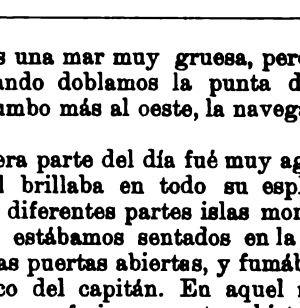
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el **MORRHUOL** es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el **MORRHUOL** grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, **Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona,** y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.



MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caída del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerías.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=
BARCELONA

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de **BRAVAIS** y que todos los demás, é inofensivo. Cura la **anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.**—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS
de España y América del Sur

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El **VINO** de
PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL **ESTOMAGO**
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cûtis limpio y terso
CANUDAS, 26 B^d S^t-Denis.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de San Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 5 de julio de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 392

LAS MARGARITAS

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal. — *Julio* (poesía), por C. M. — *En la sombra*, por Tomás Camacho. — *El ideal* (poesía), por Inocencio de Oña. — *El submarino Peral y sus pruebas*, por José M.ª Carpio. — *La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: Paisajes y marinas*, por Francisco Alcántara. — *Cantares*, por Francisco J. de Prats. — *Nuestros grabados*. — *El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Las margaritas. — Arresto de Eyraud en la Habana. — *Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890:* Risas y lágrimas. El viático á bordo. — Modas. — Jesús y la Magdalena. — José Borrás, víctima de un error judicial. — Los festejos de Madrid: La Florida.

MADRID

Inmoralidades. — Cuestión peliaguda. — Chaleco blanco.

La inmoralidad en la administración, que está siendo estos días objeto preferente de las discusiones del Congreso con motivo del descubrimiento del fraude del matute, es un mal antiquísimo y arraigado en España, que ha visto siempre filtrarse en manos de infieles y avaros administradores lo mejor de sus recursos.

El cuadro del pueblo trabajando y pagando y unos cuantos poderosos enriqueciéndose á costa del sudor ajeno, es antiquísimo, y la poesía popular ha buscado desahogo y consuelo fustigando á esas sanguijuelas de las arcas de los municipios y del Estado.

Ya en el reinado de Enrique III hallamos un Villasandino que con patriótico enojo se dirigía al rey diciéndole:

Hablaré primeramente
De los vestros rregidores,
Porque son gobernadores
Deste rreyno é de la gente;
A Oriente é á Occidente
Nunca cessan de rrobar:
Cuanto pueden alcanzar
Toman lo de buenamente.
Tienen ellos los dineros,
Más espesos que en enxambre,
E matan á vos de fambre
E á los vestros escuderos.
Señor, tales cavalleros,
Non parescen rregidores,
Sino lobos rrobadores,
Cobdiciosos, manzilleros.
. . . . . .

Y por este estilo sigue Villasandino hablando, en sus *dexires* al rey, de los cargos que se vendían, de los administradores que defraudaban, y poniendo al obispo de Osma D. Pedro de Frías, conocido con el nombre de Cardenal de España y que gozó de la privanza del monarca, como se ha puesto estos días en el Congreso á *Pepe el Huevero*, que, según una pintoresca frase del señor marqués de Sardoal en el Senado, ya no debe ser designado tan familiarmente, sino llamándole *D. José de los huevos*, denominación que, según el ex presidente de la Diputación Provincial de Madrid, es más adecuada á la categoría del personaje que se ha hecho famoso.

El célebre Antón de Montoro, llamado *el Ropero de Córdova*, que alcanzó los reinados de D. Juan II, de Enrique IV, y aun parte del de los Reyes Católicos, nos ha dejado, en sus obras, amargas sátiras y punzantes epigramas contra los autores de lo que se ha dado en llamar, en el lenguaje culto de nuestros días, *irregularidades*.

Mosén Juan de Dueñas, enemigo encarnizado del Condestable de Castilla D. Alvaro de Luna, tronó también contra los vicios y defraudaciones de su época, y en este camino le siguieron D. Iñigo López de Mendoza, marqués de Santillana; Lope de Estúñiga, y aun el famoso Juan de Mena en sus coplas satíricas llamadas *de la Panadera* por su estribillo *Di, panadera*.

Con los datos que proporcionan estas composiciones satíricas se puede reconstruir el cuadro de aquella época de injusticias, despilfarros y escándalos, como con las composiciones de Juan Álvarez Gato, *el hijo de Madrid*, y las más conocidas de *Mingo Rebulgo*, se pueden reconstruir los trastornos y revueltas del reinado de Enrique IV y los despilfarros que á costa del escarnio público hacía la portuguesa D.ª Guiomar de Castro, una de las queridas del rey; pues ya es antiguo también esto de que haya alguna *ella* en el lodazal de las inmoralidades de la administración española.

Siguiendo atentamente á la poesía satírica en el siglo XVII, tan fecundo en obras literarias, se la verá dominando en obras primorosas los vicios y defectos de la administración, y fustigando á los defraudadores del Estado, que entonces tenían dinero en abundancia con lo que nos mandaba América, que parece imposible que no se haya agotado con lo que la ha chupado la amante y cariñosa Metrópoli.

D. Rodrigo Calderón, el duque de Lerma, el conde-duque de Olivares, Valenzuela, y todos los que protegieron estos privados, se enriquecieron á costa del país, que no tuvo más consuelo ni venganza con ellos, la comedianta Calderona, la reina madre D.ª Mariana de Austria y los que la oprimieron y arruinaron, que las sátiras del conde de Villamediana, de Quevedo y del famoso *Duende de la Corte*, que fué puede decirse el fundador de la prensa satírica moderna, y que hacía llegar su periódico á manos del rey sin que lo pudiese evitar la más rigurosa vigilancia, y que expresaba las quejas de la opinión contra los favoritos extranjeros que vinieron con Felipe V á desgobernar España y llevarse los buenos doblones españoles.

No es extraño que andemos tan medrados habiendo tenido tan buenos gobernantes y administradores. El Sr. Azcárate, en un notable discurso que pronunció en el Congreso acerca de esa cuestión palpitante, trazó un triste cuadro realista, presentando los eslabones con que se unen los perversos, los malos, los medianos y los buenos, para confundirse al fin y al cabo todos en estos asuntos que de cuando en cuando salen á la superficie y que tan mal parada dejan la moralidad.

Las necesidades de la clase media, que aumentan cada día sin que aumenten en proporción los medios legales y honestos de adquirir, son fuente de inmoralidad y causa principal de la mayor parte de las irregularidades. Pero es preciso confesar, para no faltar á la justicia, que se ha iniciado de algún tiempo á esta parte una saludable campaña contra los defraudadores, que está produciendo muy buenos resultados. Si ahora se habla más de estas cuestiones, es porque la opinión pública se fija en ellas; porque se descubren y se castigan, no dejándolas en la impunidad con el silencio y el misterio, como ha sucedido en otras ocasiones. Diez y ocho años de impunidad llevaba el famoso Pepe el Huevero, hasta que ha caído en la trampa que le ha llevado á la cárcel con sus cómplices. Los que contaban antes con el silencio, ven que la publicidad se hace con las campañas de la prensa, con la intervención que toma en seguida el Parlamento; y esos abusos se hacen cada vez más imposibles y el oficio lucrativo más peligroso.

Por esto es injusto querer acumular las censuras sobre el momento en que se descubre el mal y no sobre el largo período en que ha venido creciendo y desarrollándose á la sombra.

***

Una huelga nos amenaza que va á hacer crecer las barbas y las cabelleras de los que las tengan: la de los oficiales de peluquería. Dueños de establecimientos y oficiales se han puesto en desacuerdo, y estamos amenazados de que dejen de funcionar, hasta que se entiendan unos y otros, navajas, tijeras y tenacillas.

¡Qué bien dice el refrán! En la casa en que no hay harina todo se vuelve disgusto, y la causa principal de todo está en lo á menos á que ha venido, por culpa de la pícara moda, el oficio de Fígaro, de Prats y de *Sí Sí*. Ya no se usan las largas y sedosas cabelleras que reclamaban con frecuencia auxilio de las caldeadas tenacillas para la armonía de los rizos; ya no se ocultan las relucientes calvas con los bucles protectores de la clásica peluca, tan grata á Rossini y á nuestros respetables antepasados; y hasta las señoras, las señoras, tan celosas de mostrar abundante cabellera, desdeñan hoy tirabuzones y añadidos para remangarse el pelo sobre la nuca con menguada moña de pervertido gusto inglés. La barba, la democrática barba, impera en la mayoría de las caras; y el rasurado ha dejado ya de ser la detenida y meticulosa operación diaria en la que tanto cuidado ponían nuestros abuelos.

Y con este decaimiento han coincidido para aumentar la ruina las pretensiones que exigen lujo y *confort* en los establecimientos. ¡Qué lejos estamos ya de la reluciente vacía de peltre digna compañera del yelmo de Mambrino, y del sencillo tocador de barnizado pino con un frailuno sillón de enea, y de aquel primitivo adorno en que sólo campeaba la guitarra y algún que otro cartel de toros! Ahora mármoles y espejos por todos lados, lavabos y tocadores bien provistos, profusión de gas, abundancia de sillones y molduras doradas, y una decoración confortable y elegante en sus detalles y en su conjunto.

Los maestros dicen que no pueden más con tantos gastos, y los oficiales arguyen que no pueden responder á las exigencias de la vida moderna con tan exiguos jornales, por más que los aumenta la generosa propina del parroquiano, en la que ahora quieren intervenir los maestros, y de aquí el conflicto que amenaza con una huelga.

Lo cierto es que ha habido pocos peluqueros que hayan podido retirarse con un modesto capital si se han limitado sólo al ejercicio de su profesión. Y si esto sucedía en los buenos tiempos del rizado, de la perilla y del bigote, ¿qué ha de acontecer en estos del pelo al rape y de la barba corrida? Ya sólo se riza el pelo algún niño que otro para ir á la Minerva ó para vestirse de máscara, ó algún predestinado para retratarse y mandar la fotografía á la que se ha de encargar en lo porvenir de arreglar su cabeza. El sietemesino de hoy no necesita más que un poco de bandolina para arreglar sobre la frente el afeminado rizo, y la calva, la descarada calva, que ya no hay cuidado en ocultar, sorprende en edad no muy avanzada, haciendo inútiles los cuidados prolijos que en otros tiempos exigía el peinado. Prats, que fué durante mucho tiempo el peluquero de moda; el viejo Peláez, que alcanzó los tiempos de los polacos y de los bailes de la condesa del Montijo, la dinastía de los *Sí Sí;* gozaron de mejores tiempos que los maestros de hoy, que por un real afeitan y peinan.

El peluquero francés se ha defendido haciéndose perfumista y obligando al cándido extranjero que se sienta en sus sillones á cargar con cuantos frascos destapa para servirle; ha encontrado también dilatado campo á su actividad en el peinado de señora; pero el peluquero madrileño, con muy pocas excepciones, se ha limitado á afeitar, rizar ó cortar el pelo á un público perezoso y descuidado, que cada vez prescinde más de sus servicios.

¿Qué hacer para resolver el conflicto? El procedimiento de alzar las tarifas, como quieren los gamacistas, se impone: lo malo es que los parroquianos se declaren capuchinos dejándose crecer la barba como los misioneros, á pesar de que el calor arrecie como estos días, que está Madrid convertido en un horno, y sin el refresco que le proporcionaban las frutas y hortalizas de Valencia.

La ciencia ha dicho que entre las sabrosas pulpas del tomate rojo como el coral puede ocultarse el terrible microbio, y las salsas y las ensaladas se han visto privadas de uno de sus más importantes elementos.

El cólera ha sido ya declarado solemnemente en el periódico oficial. ¡Qué grato sería que esta vez, confirmando su antigua fama, mintiese la *Gaceta!*

Digitized by Google

Y esta esperanza está muy arraigada, porque en Madrid, en buena hora lo digamos, no ha ocurrido un solo caso, y la estadística nos presenta la consoladora cifra de 645 defunciones menos en el último período de tres meses que en otro igual del año pasado.

El chaleco blanco, de Ramos Carrión, con botones, esto es, con música de Chueca, que se representa en el Teatro Felipe, ha tenido una gran aceptación.

Es indudablemente una buena prenda de verano.

KASABAL

JULIO

Valles, montes y pueblos son estufas;
reinan sólo el sopor y la indolencia;
expórtanse horchateras de Valencia
y con ellas limón, cebada y chufas.
Los balnearios, con promesas bufas,
atraen enfermiza concurrencia;
mas en punto á curarse la dolencia
es buscar en el golfo las cotufas.
Prosperan *trapisondas* y ruletas,
fabrícanse partidos y programas,
Dios sabe lo que pasa en las casetas,
pasan muchas busconas por ser damas,
y se quedan vacías las gavetas,
tornándose los baños luego en dramas.

C. M.

EN LA SOMBRA

Julián penetró en mi alcoba apresuradamente. Venía pálido, jadeante, desencajado... No me dió tiempo para preguntarle la causa de su agitación.

—Si quieres ver á Ramírez, —me dijo con voz entrecortada, —ven... ven al momento: el pobre está expirando.

Me sería imposible explicar la dolorosa impresión que me produjeron aquellas frases. ¡Con decir que Ramírez era el único amigo verdadero que he tenido en toda mi vida!...

Julián y yo bajamos á saltos la escalera de mi casa, y recorrimos una distancia más que regular, atropellando á todo el que se me ponía por delante. Durante el camino supe que Ramírez había caído en cama con una pulmonía, con una de esas pulmonías que no tienen punto vulnerable por donde el hombre de ciencia las pueda atacar. El médico, tan pronto como vió al pulmoníaco, frunció las cejas. Veinticuatro horas después advirtió á las personas que le cuidaban que debían perder por completo toda esperanza de salvación.

Cuando el enfermo nos vió entrar, una sonrisa que tenía algo de dulce y algo de burlona se dibujó en sus descoloridos y secos labios. Estrechó mi diestra fuertemente, y dijo á media voz, respirando con gran dificultad:

—Hay pulmonías caritativas... La que yo tengo es una de ellas...

Y al apercibirse del profundo dolor con que le vimos hablar así, añadió sonriéndose de nuevo:

—Demasiado sabéis que... muerte y felicidad... son para mí... sinónimos... desde hace mucho tiempo.

¡Y tenía razón mi desgraciado amigo!

***

Aquella tarde, cuando las sombras del crepúsculo empezaron á invadir la destartalada habitación en que nos encontrábamos, nos dirigió Ramírez su mirada postrera. Se me oprime el pecho, y me dan ganas de llorar como un niño, al recordar las expresiones que tenían sus ojos al mirarme por última vez.

Julián y yo pasamos la noche junto al cadáver. Durante las primeras horas nos entretuvimos en evocar uno por uno los infinitos incidentes, ya alegres, ya tristes, en que los tres habíamos tenido participación directa. Después nos quedamos silenciosos, contemplando á veces la miserable envoltura de un espíritu sobre el cual halláronse casi siempre amontonadas las sombras del dolor; viendo á ratos, á la vacilante luz de unos cirios amarillentos, las fantásticas figuras que se movían en las paredes cuando Julián ó yo cambiábamos de postura, ó cuando cualquiera de los dos se asomaba á la ventana del patio á respirar unas bocanadas de aire algo más puro que el que se aspiraba en aquel estrecho chiribitil.

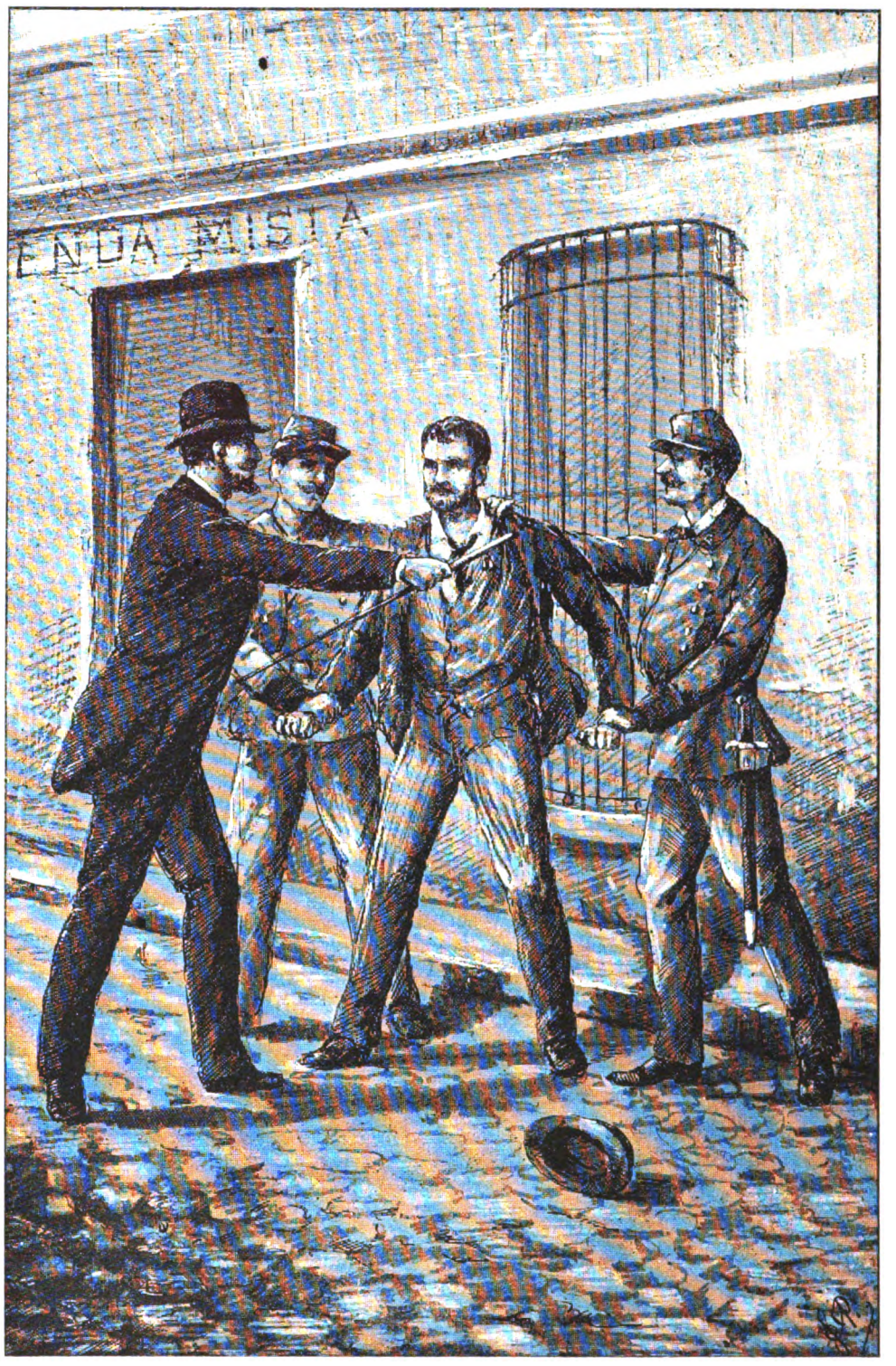
***

Desde la ventana veíase un pedacito de cielo tapizado á trechos de puntos fosforescentes. Estaba contemplándolos con infinita tristeza cuando vi que uno de ellos cruzaba con rapidez vertiginosa por el reducido espacio que abarcaban mis ojos. Y, al verlo aparecer y desaparecer como por arte de magia, sin dejar tras de sí huella alguna de su paso, no pude reprimir este grito: —¡Ramírez!

Debí pronunciar el apellido de mi infortunado compañero con tono tal de angustia, que Julián corrió hacia mí creyendo, según después me dijo, que era yo víctima de unos accidentes.

TOMÁS CAMACHO

(Se concluirá)



ARRESTO DE EYRAUD EN LA HABANA

EL IDEAL

¿Amarla? No, que del amor cansado
es ya mi corazón sepulcro frío.
La contemplo, eso sí, con desvarío
porque es el ideal tan deseado.
Cuando pasa radiante por mi lado,
quiero vencer á mi constante hastío,
porque es la imagen del ensueño mío,
porque es el ángel por mi afán soñado.
¡Pase de largo, sus encantos guarde!
Aunque sería amarla mi consuelo,
hacer no puede de su amor alarde
este maldito corazón de hielo...
¡Su sombra ha sido mi constante anhelo,
y hoy que la encuentro, para amarla es tarde!

INOCENCIO DE OÑA

Digitized by Google

RISAS Y LÁGRIMAS (escultura de Susillo). (De fotografía)

Digitized by Google

EL VIÁTICO Á BORDO (cuadro de Martinez Abades)

Digitized by Google

EL SUBMARINO PERAL Y SUS PRUEBAS

Nada hay más cierto que el mérito triunfa y sobresale siempre, aun cuando se opongan á él las mayores contrariedades. Pero no hay nada tan positivo, tampoco, como la gloria que corresponde á los que, en vez de oponer resistencias y presentar dificultades, orillan unas y otras, y aún, saliéndose del orden común de sus obligaciones, facilitan los triunfos y precaven y anulan los efectos de los odios, las envidias y las enemistades.

Cuando D. Isaac Peral concibió, no el proyecto de su buque submarino, sino la idea de ofrecérselo á la patria para su defensa contra el poderoso, encontró de todo: facilidades y resistencias, entusiastas y adversarios, dentro del mundo oficial en que tuvo que vivir la idea. Antes de que la prensa moviese la opinión pública para que se ordenase la construcción del submarino, una persona de gran jerarquía excitó con sus órdenes la oficial, y otra subordinada á esa facilitó con las suyas la ejecución material del proyecto. El primero fué el capitán general del departamento de Cádiz, D. Florencio Montojo; el segundo el intendente del mismo departamento, D. José Ignacio Pla.

Montojo nombró una junta de notabilidades de Marina para que examinasen el aparato de profundidades antes de que Peral fuese con él á Madrid; y gracias al brillantísimo informe que le acompañaba, se presentó en la corte el aparato, destruyendo una porción de prevenciones que, notoriamente, eran conocidas. Sin el acto espontáneo del general Montojo, pues, la Superioridad no habría ordenado tal informe, los rozamientos hubieran sido mayores, y ¡quién sabe lo que hubiera sucedido!

Pla le facilitó á Peral los primeros fondos para su trabajo preliminar, 10,000 pesetas primero y 5,000 después, sin tener tampoco órdenes para ello, aunque usando de sus facultades discrecionales; y de esta manera y con tales auxilios se puso la primera piedra sobre la que construyó Peral el soberbio edificio de su gloria. Justo es consignarlo así, y por eso lo hago, para que la historia del submarino resulte completa en su día y para que lleguen á conocimiento de todos estas noticias hasta hoy desconocidas.

El primero que se brindó para acompañar á Peral fué el teniente de navío D. Pedro Mercader, que estaba en situación de supernumerario; y los primeros que le alentaron en su empresa fueron el director del Observatorio de Marina, D. Cecilio Pujazón; el de la Academia de Estudios Superiores de la Armada, D. Juan Viniegra; y el profesor de dicho centro, D. Tomás de Azcárate; personas á quienes por su profundo saber consultó Peral antes de poner en práctica su proyecto.

Peral, sin embargo, para una obra de tal magnitud, no ha tenido colaboradores. Todo lo del submarino es exclusivamente suyo, y pasma el ver de la manera tan ingeniosa con que todo está dispuesto. Y no hay que perder de vista que Peral prometió como uno, y ha obtenido y presentado como siete. La prensa, que tanto le ha ensalzado, ha sido la que más ha contribuído á ello. Es maravilloso ver á un pueblo que no tenía conocimiento verdadero de la magnitud de la empresa de que se trataba, alzar su voz unísona de alabanza, profetizando el triunfo de la ciencia que había de conseguirse en breve. Nunca ha sido la voz del pueblo más voz de Dios que en esta ocasión, y á esa voz unánime quiso corresponder Peral esforzándose y luchando hasta conseguir lo que parecía imposible.

Peral sufrió accidentes varios, tuvo que retrasar la ejecución de su plan, y por esa razón decayó últimamente el entusiasmo un poco, á lo que contribuyeron las voces de la maledicencia, que nunca faltan, y que culpaban al sabio y no manifestaban que luchaba sin auxilios contra la imperfección de medios de que disponía en los arsenales. No había las máquinas que necesitaba, y á veces ni obreros que le entendiesen. ¡Cuántas veces él mismo tuvo que coger las herramientas y ejecutar lo que nadie comprendía! Yo le he visto llegar á su casa, muchos días á la puesta del sol, sucio, cansado, con las manos estropeadas por el trabajo, cuando los compartimientos estancos de su buque no supieron construírselos y tuvo personalmente que prepararlos imperfectamente como están hoy.

Ha sufrido averías en los motores eléctricos sin culpa alguna suya, porque, construídos en el extranjero, tuvo que recibir los que le mandaron, pues no había otra cosa; que si en nuestros arsenales se hubiera dispuesto de más elementos, los motores del *Peral* resistirían hoy toda la energía disponible, y el buque hubiese andado las 10 millas calculadas y algunas más. Pero en nuestros arsenales no se pueden construir motores eléctricos, y los que el *Peral* tiene no resisten la tensión eléctrica de toda la batería.

Los que lleva son siete: dos de treinta caballos para las hélices gemelas de popa; dos para las horizontales, cuyos movimientos regula el aparato de profundidades; y tres más para mover las distintas bombas del buque. Y aunque los extranjeros ya lo hayan hecho en el periódico *The Electrician* de Londres, no quiero describir el aparato de profundidades copiándolo de aquél, por no tener la seguridad de que es como dice, ni me he atrevido á consultar al inventor sobre esto, pues aunque la amistad sea mucha, la discreción debe ser más al tratarse de este punto. La brújula es otro triunfo de la ciencia: no influyen sobre la aguja las corrientes eléctricas de los motores con ser tan enérgicas, ni todo el hierro del buque; y aunque pudiera decir cómo está dispuesta, sólo debo consignar que lo ha conseguido el inventor con sus pantallas magnéticas.

Cuando el submarino flota, puede estar en tres posiciones distintas: la ordinaria de navegación, en que se le descubre parte del lomo; la de combate, en que no se ve más que la torrecilla; y la de ataque, en que enseña sólo el extremo de ella, cosa de 1 decímetro, donde lleva el aparato de visión indirecta.

Las pruebas de velocidad, á flote, últimamente realizadas, han sido muy discutidas por el público y la prensa. El submarino, á flote, cuando se atraviesa á la mar y está extendida, se balancea bastante. El día 21 del mes último tuvo balances mayores de 60°, y, aunque se sabía eso de antemano, causó mala impresión en los espectadores, no acostumbrados á tan grandes movimientos. El remedio, sin embargo, es facilísimo y se aplicará en los futuros submarinos. Consiste simplemente en ponerles quillas de balances que no lleva el actual y que en realidad no necesita, pues si ese día se tuvo que atravesar á la mar, fué cumpliendo el programa señalado; que si no, se hubiese sumergido á profundidad suficiente para que no le alcanzara la influencia de las olas en la superficie.

De las pruebas de velocidad se han obtenido datos muy satisfactorios. El *Peral* puede navegar, sin volver á cargar sus acumuladores, 26¼ millas durante 66 horas, con una velocidad de 4 por hora, consumiendo 5 *amperes* en cada una de éstas, al régimen de un cuarto de batería. Este resultado no lo ha obtenido ningún buque eléctrico de los conocidos. Si el régimen es de media batería, eleva su velocidad á 6 millas, su consumo á 15 *amperes* y su energía dura 22 horas, pudiendo recorrer un trayecto de 132 millas, por ser 330 *amperes* los que puede haber en sus seiscientos acumuladores.

El submarino, á flote, navega perfectamente con marejada de proa, y hay quien afirma que la mar tendida no le molestará cuando no haya sincronismo entre las oscilaciones del submarino y el período de duración de las olas. Desgraciadamente para el *Peral*, hubo sincronismo el día 21 de mayo, en que se tuvo que volver inmediatamente de arribada, no por temor de dar la voltereta, como muchos supusieron, pues la voltereta es casi imposible que la dé, sino porque el inventor no quiso exponer á los tripulantes á las insoportables molestias de unos balances de la magnitud expresada.

¡Y cómo juzgó el público por esas primeras impresiones! Quien decía:—*Causa finita est;* quien que el dinero gastado era una lástima; *et sic de ceteris* iba todo el mundo maldiciente añadiendo una piedra para arrrojarla á la frente serena del inventor, que, tranquilo, esperaba otros resultados.

Llegó, por fin, el día 7 de junio, fecha memorable que lleva grabada la cruz que le regaló el capitán general del Departamento; y en ese día, en una hora, cambió por completo la actitud de España entera. El sol brillaba esplendente, sin nubes que empañaran el azul puro del cielo; el viento dormía tranquilamente ó, tal vez, encadenado por Eolo, no levantaba en el mar ni la más pequeña ola: todo en ese día era calma, grandeza y majestad. El submarino salió de Cádiz á las nueve de la mañana, y á las diez nos hallábamos con el crucero *Colón*, fuera de puntas y bajos, como á cuatro millas al SO. de la farola de Cádiz. Allí empezaron las maniobras para sumergirse á la vista del *Colón*, de los cañoneros *Cocodrilo* y *Salamandra*, del vaporcito mercante *Trocadero*, fletado por D. Ramón G.ª Ravina, presidente del Club de regatas de Cádiz, que llevaba á su bordo los representantes de la prensa; y de un bergantín que, aunque no tuvo la cortesía (que además es obligación) de largar su bandera estando á la vista de buques de guerra y de una insignia de capitán general que arbolaba el *Colón*, supe que era francés, porque en el espejo de popa, leí con los gemelos este letrero: *Eugenie—Saint Malo*. Este bergantín, sin querer, proporcionó la manera de que ejecutase Peral una brillante y preciosa maniobra, que consistió en lo siguiente:

No queriéndose apartar del sitio en que Peral maniobraba, sin duda para verlo mejor, y aprovechándose de la ventaja que, para ir por donde quieran, tienen los buques de vela sobre los de vapor, pues éstos tienen, por mandato expreso, que cederles el camino; andaba voltejeando, virando constantemente en redondo y por avante, conservándose á muy poca distancia del submarino. Y en una de las viradas, que Peral no esperaba, se le vino encima de una manera tan rápida, que no parecía sino que iba á pasarlo por ojo. Ya tenía el *Colón* un bote en el agua para advertirle al capitán francés lo conveniente, cuando al estar encima, encima del submarino, se hundió éste de repente dejándole el paso libre, volviendo á reaparecer cuando el bergantín estaba ya á un cable de distancia. Esta atrevidísima maniobra me la refería luego Peral como la cosa más sencilla del mundo.—Mire V.,—me decía;—yo lo veía tan perfectamente cuando estaba próximo á sumergirme, que á la imagen suya que tenía en la *mesita óptica* le estaba contando todas las velas y hasta los cabos de la maniobra: así es que esperé á tenerlo completamente encima para irme abajo.

Después de este incidente ó episodio, fué cuando ocurrió otro peligrosísimo que elevó á un grado heroico el valor de los tripulantes del torpedero. Practicaban la tercera de las inmer-

Digitized by Google

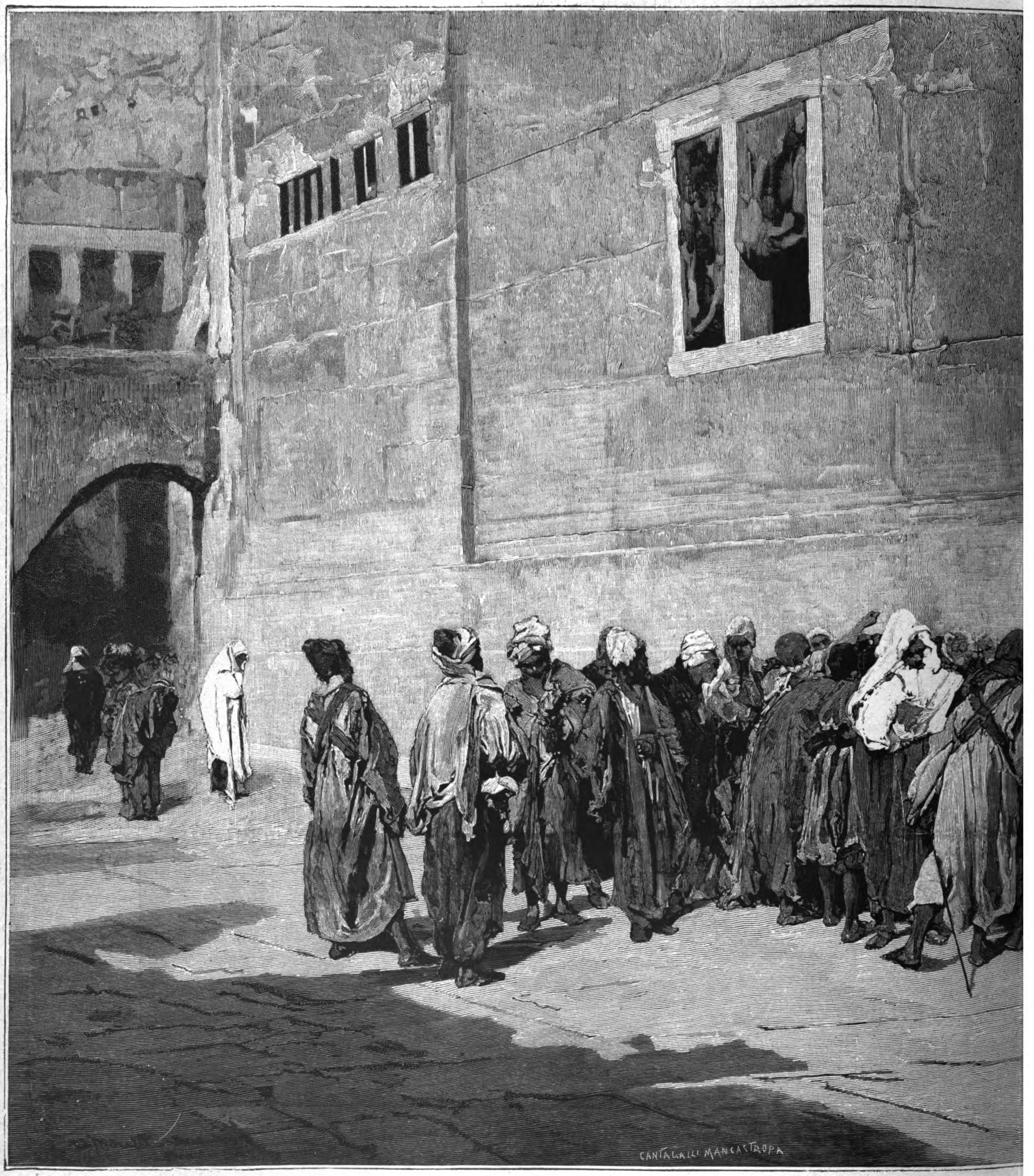
siones preliminares, y estaban á unos 4 metros de profundidad, cuando se abrió de repente una válvula mal cerrada que para renovación del aire lleva la torre, entrando y cayéndole encima de la cabeza á Peral tan enorme caudal de agua que se hubiera aturdido á no tener la serenidad que requería el ser inventor y comandante del submarino. Uno de los oficiales, el bizarro Iribarren, me ha dicho que hubo un momento en que se creyeron perdidos al ver que el barco se inundaba; pero fué sólo un momento, porque las órdenes de Peral se cumplieron sin confusión, consiguiendo ver que el buque obedecía perfectamente, achicando el agua con sus bombas y volviendo serenamente á la superficie después que Cubells cerró la válvula por no habérselo permitido á Peral sus escasas fuerzas físicas.

Cuando después de este incidente llegó Peral á bordo del *Colón* para dar cuenta á la Junta de lo sucedido, daba lástima el verlo chorreando y tiritando por el frío que sentía y la evaporación rápida le producía, hasta el extremo de que se le dió un grueso capote del comandante del *Colón*, D. Juan José de la Mata, y al cabo de poco tiempo entró en reacción, quedándonos todos admirados cuando dijo que se marchaba para continuar las experiencias. Y no admiremos aquí solamente el temple de alma de Peral: admiremos el de todos los tripulantes, que contestaron á una voz:—*Ahora mismo*,—cuando les preguntó, estando el buque ya á flote después del accidente, si estaban dispuestos á continuar las pruebas.

Y, efectivamente, á las 3 y 4 minutos del tiempo medio, hallándonos á 5 millas SO. de

TRAJES DE RECEPCIÓN

Digitized by Google



LA MAGDALEN

Digitized by Google

(cuadro de Morelli)

Digitized by Google

la farola de Cádiz, se sumergió totalmente, no dejando en las aguas el más leve rastro de su existencia. Los buques de la escuadrilla permanecieron entonces parados, y los gemelos y anteojos que en ellos había disponibles se emplearon en explorar la superficie del mar en todas direcciones. Nunca me han parecido los minutos tan largos como en aquella hora famosa en que Peral demostró por segunda vez al mundo la resolución de su problema. Lentamente trascurrieron los minutos de la primera media hora en medio de un silencio imponente; pero después la inquietud turbó la aparente calma, y el *Colón* hizo señales á los cañoneros de avanzar poco á poco. ¡Qué ansiedad la del último cuarto de hora! Ya no era ansiedad: era angustia insoportable la que muchos sufríamos. Todos los ojos interrogaban al horizonte, y al cumplirse la hora, al minuto justo de su terminación, cien voces exclamaron:—¡Allí está!—El submarino había salido á la superficie, y se veía en lontananza, por la misma proa del *Colón*, como un punto negro que crecía á medida que nos acercábamos. Medida la distancia recorrida submarinamente, resultó, por marcaciones, de 3 millas con 8 décimos, si bien, por marcaciones que se hicieron en otro buque, dicen que resultaron 5 las millas recorridas por el *Peral* en el seno de las aguas. Sea de esto lo que quiera, y sin refutar á nadie, lo importante del caso es la exacta conservación del rumbo, la horizontalidad conservada á 9 metros de profundidad durante la hora de navegación sumergido, y la facilidad y seguridad en el manejo del buque para practicar al segundo la operación prevenida; que si algunos testigos han dicho que estuvo sumergido 63 minutos, consiste en que, hallándose los vapores mercantes mucho más lejos de él que nosotros, ó sea el *Colón*, lo vieron 3 minutos después de haber salido.

A 9 metros no necesitaron luz artificial, bastando la que penetraba por los cristales del buque, que era un tanto verdosa. Y cuentan los tripulantes que dentro del submarino no había noción del movimiento, deslizándose como si estuviera quieto, por no haber puntos de comparación para notar el movimiento. Poco antes de cumplirse la hora, le dijo Peral á Iribarren:—Vamos, lo convido á V. á estar un cuarto de hora más.—A lo que Iribarren contestó:—Ni un segundo.—Y no por falta de gusto, sino porque se hizo cargo de la situación de los que estábamos arriba esperando. Si Peral está sumergido un cuarto de hora más... ¡qué digo un cuarto de hora!... un minuto más de los señalados, nos proporciona un disgusto de incalculables consecuencias.

Cuando el *Colón* fondeó en Cádiz y Peral vino á bordo, la Junta le hizo una recepción solemne y una demostración imponente de admiración en la cámara del comandante, donde Peral entró humilde, estropeado y con el mismo traje del momento de las pruebas, creyendo que lo llamaban, como siempre, para ordenarle la vuelta al arsenal; y se sorprendió y emocionó tanto con las palabras que le dirigió el general Montojo, que creo ha confesado que cuando salió de la cámara no podía articular palabra. Y es que el general, ajeno á toda clase de envidias, amante sólo de la verdad y de la honra de la marina, le habló, como suele decirse, con el corazón en la mano, dándosela afectuosamente *como general y como compañero*. Iguales demostraciones le hicieron todos los individuos de la Junta, el comandante y oficiales de dotación del *Colón* y los que en él íbamos agregados con permiso especial de S. E. I. (un jefe y dos oficiales), favor señaladísimo que yo por mi parte nunca le agradeceré lo suficiente.

El día 21 fué el escogido para los simulacros, que no han dado de sí, como era de esperar, los resultados necesarios para hacer un juicio exacto de las cosas. De día, el *Peral*, que como buque de ensayo no es perfecto, fué visto siempre por el *Colón* á más de 1,000 metros de distancia, considerándose frustrados sus ataques con arreglo á las condiciones del plan; pero de noche no pudo ser descubierto nunca con los focos eléctricos, y en cuatro ocasiones hizo la señal de haber disparado á poca distancia de nuestro costado.

De donde se pueden deducir estas consecuencias: que los submarinos, de noche, son eficacísimos é insustituibles para una sorpresa, de la que nadie, por más que vigile, podrá librarse nunca; y que también podrá suceder que sean invisibles de día si así resulta de las experiencias mandadas practicar nuevamente por el ministro.

Y, escrito lo anterior, hago protesta solemne de ser absolutamente cierto cuanto llevo dicho, sin exagerar ni aminorar la importancia de los hechos; por los cuales pueden estar todos los españoles muy orgullosos, y algo más yo por haberme cabido la suerte de ser el que comunique á los ilustradísimos lectores de este notable periódico la exacta y fiel relación de tan brillantes experiencias.

JOSÉ M.ª CARPIO

La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890

II

PAISAJES Y MARINAS

La Exposición actual de Bellas Artes no ofrece, como muchas de las anteriores, un conjunto armónico, un espectáculo del género que suele apetecer el vulgo, con su gran cuadro de historia ó religioso desde el cual, y descendiendo en mérito, pueda contemplarse toda una serie, con sus categorías fáciles de señalar por los críticos y de entender por los que, al inaugurarse un certamen de esta clase, buscan en los periódicos ocasión de exaltar una obra y entusiasmarse al pronunciar un nombre; de abominar un desacierto ó proteger con su benevolencia á los artistas discutidos y á las esperanzas del arte.

—¿Cuál es el cuadro de la Exposición?—preguntaban durante los primeros días cuantos esperaban un acontecimiento artístico acomodado al patrón que acabamos de trazar. Y al no hallar respuesta categórica consideraban el certamen fallido, como una especie de ser acéfalo contra el que se irritaban como burlador de grandes esperanzas.

Algunos de los que creyendo guardar el fuego sagrado, la preceptiva consagrada por el tiempo y los éxitos, no guardan más que humo saturado de antiestéticos miasmas, uniéronse á los chasqueados, contentos de hallar una explicación, sea cual fuere, y llenáronles la cabeza de palabras huecas, del humo de sus discursos, tan vacíos de toda idea que no parece sino que los charlotean calaveras hartas de blanquear en la huesa, porque los tales guardadores del fuego sagrado son muertos que andan, desempeñan empleos y chocheando fabrican la opinión oficial. Y dicen:—El arte va á su completa ruina, asuntos nimios llenan telas inmensas, vese desdeñada la historia, y la multitud de los artistas, en busca de lo fácil y cómodo, se dedica á esos géneros inferiores indignos de figurar al lado de los grandes cuadros: paisajes, marinas, bodegones y floreros. Hay que restablecer en todo su esplendor el gran arte, cuyo objeto es el hombre. ¡Ah! ¡Los tiempos pasados! ¡Las grandes obras de exposiciones anteriores!—Y siguen las lamentaciones espeluznantes, hasta que las gentes honradas que les escuchan acaban por convenir con ellos en que el arte va á su completa ruina, hallando la prueba más patente en la Exposición de 1890.

Mas ¿que es lo que de malo tiene la Exposición de 1890 sino obra de sus doctrinas sistemáticas? Del advenimiento del positivismo, que comienza á dar sus frutos en el profundo y sincero amor de la juventud á la naturaleza, apenas vislumbraron ellos en sus mocedades una pálida aurora; apegados al neoclasicismo, en cuya preceptiva tiene su origen el arte moderno, echáronselas de revolucionarios con sólo descargar un poco de betún sus paletas tenebrosas. No tuvieron arranques para desechar los asuntos académicos, siempre tremebundos, de un trascendentalismo sutil sin maldita la aplicación á la vida, como atenuaciones que eran de la alegoría, sueño dorado de los aéreos clásicos; y, gracias á la ignorancia del público, vinieron durante años y años inundando nuestros certámenes con el desfile de la antigüedad contrahecha y de esa edad media de la que no han visto más que las sombras; figurones quiméricos sugeridos por necias lecturas, héroes de teatro, reyes y príncipes de opaca majestad como vista desde la más apacible ignorancia, muertes y batallas evocadas por imaginaciones débiles, jamás robustecidas por el fortificante contacto de la naturaleza.

Si se exceptúa un cuadro de primer orden, *El testamento de Isabel la Católica*, debido á un genio superior, y otra media docena que tal vez no se pueda contar entre los que han resistido al tiempo, ¿qué debemos á esa funestísima manía de los cuadros de historia, desde que comenzó el renacimiento de nuestro arte hasta hoy? Con excepción de Alenza y algún otro, nuestros pintores murieron generalmente sin dejar una obra de las que, reflejando la vida de que fueron colaboradores, pueden inmortalizar mejor el nombre de un artista. Debemos, pues, á la manía de consagrarse á la pintura de historia la carencia absoluta de obras inspiradas en nuestras costumbres, embellecidas en toda la Península por los trajes más pintorescos del mundo; debemos el que en busca de la quimérica enseñanza, perseguida, además, con una falta completa de cultura, se hayan entregado nuestros pintores á imaginar, y, ya en la pendiente de los extravíos, llegarán hasta la locura de no encontrar verdaderos asuntos más que en las escenas de sangre y muerte, como si hubieran de pintar para un pueblo bárbaro despreciador de los goces que hacen dichosa la vida, dulces y humanas las costumbres; debemos el que, siguiendo la frívola dirección por ellos trazada, no se hayan emancipado los jóvenes más que para seguir otra paralela y no menos funesta: la de contentarse con las meras exterioridades de determinados tipos populares, que puestos en caricaturas han inundado el mundo, dando mentirosa y triste idea de nuestro país: toreros, majas, chulos y chulas; como si en España no existiera la familia en el campo y en la ciudad, y en todas partes una riqueza infinita de movimiento y vida.

Cuando se desdeña á la naturaleza se pierden hasta las más elementales nociones de sentido común: así, por ejemplo, al juzgar las obras de opositores á pensiones de Roma, se atiende exclusivamente á las cualidades imaginativas antes que á las técnicas, se habla de brillante composición, del raro aparato de una obra calenturienta, y se desprecia como baladí el defecto de que en toda ella no exista un decímetro cuadrado de pintura sólida.—Eso se adquiere con el tiempo,—dicen. Y á la sombra de tanta lenidad para perdonar defectos técnicos, la *manera*, esa peste de nuestro arte moderno, se enseñorea de los jóvenes para perderlos irremisiblemente. El que no ha sido enseñado en el estudio del natural, ó no lo siente por temperamento muy pronto, no sabiendo por convicción propia que las únicas enseñanzas atendibles son las que proporciona la naturaleza, se inclina fácilmente á la imitación de los maestros más ó menos *grandes*.

En el museo no estudia: copia servilmente; ensucia por toda la vida las facultades perceptivas que posee, y, en la mayoría de los casos, seducido por esa única y grandiosa pincelada de Velázquez, la imita, sin advertir que también las obras del gran maestro se hicieron en presencia del natural, que no se eximió de estudiarlo, y por que lo estudió profundamente lo refleja con sinceridad sublime.

Tratando de imitar un reflejo de la naturaleza marcado con sello personal determinado, nada se consigue: consíguese estudiándola con

Digitized by Google

sentimiento y procedimientos personalísimos, únicos. Pero ellos, los confeccionadores de la opinión oficial, entienden las cosas de otro modo: han inundado las cátedras de la escuela central de pinturas, y escuelas de artes y oficios, de hechuras suyas, de *pintores de historia*, ninguno de los cuales, y cuidado que son numerosos, ha podido hacer nunca algo más que lo que ellos han dado en llamar *una cabeza artística* al tratar de hacer un retrato.

El desvío del natural ha llevado lo mismo á maestros que á discípulos á la absoluta ignorancia y desconocimiento de la buena pintura. Desdeñan como patanes un trozo de pintura sólida, creen que eso nada de particular tiene, y, descartando de entre las cualidades del pintor la primera, la base de todas, la de pintar bien, es como llegaron á obsequiar á la patria con una numerosa cría de pintores jóvenes improvisados é improvisadores, ante cuyas obras estupendas sintiéronse anonadados sus propios maestros.

Jóvenes de genio dignos de haber sido educados para grandes artistas, fuéronlo en las prácticas de ese arte fácil, que apenas exige el manejo del color durante cuatro ó cinco años, para engolfarse en los susodichos cuadros de historia: con ellos han acudido á las últimas exposiciones. Todos hemos visto á sus maestros, espantados ante obras para cuya calificación no tenían criterio, decidirse al fin por admirarlos sin poder apreciar sus enormes defectos ni en su justo valor las cualidades.

Educados para *manerís'as,* sintiéronse poseídos del delirante efectismo que ha malogrado el arte contemporáneo, y nos llenaron las últimas exposiciones de obrazas cuyo triunfo puede compararse al del cohete en las tinieblas, que, después de brillar un instante con mágicas luces, hace más triste y pesada la oscuridad.

Pero el momento culminante del efectismo pasó: ideal de corrupción, apenas supo componerse un instante para triunfar de la ignorancia, y no ha podido arribar á la Exposición del 1890 más que su decadencia. Tras de la sorpresa que el vulgo y los maestros del error sintieron ante el fracaso de nuestro arte en París, la de que ningún cuadro de historia haya podido sostener en nuestra Exposición la desacreditada bandera; sorpresas prevenidas por nosotros en un artículo titulado *La pintura y escultura durante el año 1887,* que hoy citamos para replicar á los que exageran la imprevisión de los escritores de Bellas Artes.

Aturdidos primero, irritados hasta el furor después, quisieron los confeccionadores de nuestro arte oficial que manejan los intereses artísticos de España, amordazar á la prensa que por primera vez trató de decir al público la verdad sincera sobre materias de arte. ¡Cómo se entiende! ¡Propalar el descrédito de sus doctrinas, la ruina de sus obras, ante un público que se enorgullecía con sus artistas!

Mas la realidad se impone con incontrastable ímpetu. Muchas cosas han envejecido rápidamente en España durante los últimos quince años, contrastando con las que florecen y se disponen á dar sanos frutos. Entre tales envejecimientos ninguno ha sorprendido tanto como el de esa pintura manerista que desde Rosales y Fortuny se ha desarrollado ahogando á nuestros artistas sinceros, condenados á presenciar con dolor ni siquiera mitigado por la esperanza de mejores tiempos, el éxito de un arte vacío. Ajusticiado al cabo en París á presencia del mundo entero, abominado hoy en Madrid por nuestra juventud, sólo inspira el respeto que merecen sus mantenedores dispuestos á defenderlo desde posiciones oficiales; mas, derrotados en una gran batalla, no han de oponer invencible resistencia.

Creemos no equivocarnos al afirmar que la generación dispuesta á acometerles no ha de tener la excesiva docilidad de las que le han precedido en los cuatro últimos lustros, y que, excepción hecha de alguna personalidad vigorosa, han caído envueltas en su ruina. La generación actual siente amor tan profundo á la naturaleza, desprecia tanto las desacreditadas prácticas de esos pseudo-maestros, que no abdicará de sus juveniles inspiraciones. Por lo menos no ha de desbandarse tan fácilmente como en otros tiempos ante el ofrecimiento de una prebenda para cada apóstata.

Toca el turno en la vida al desinterés negado por el egoísmo aun reinante; y los artistas, los que sueñan en primer lugar con la gloria y como añadidura esperan lo necesario, deben no perder de vista el ideal de nuestros maestros del siglo XVII: producir obras inmortales, poniendo, para realizarlas, las fuerzas que tantos artistas mercaderes gastan hoy en labrarse éxitos efímeros y posiciones que les esclavizan.

TOILETTE DE TEATRO

Al envejecimiento de las recetas artísticas con más ó menos habilidad confeccionadas, oponemos nosotros los tiernos renuevos del naturalismo patrio, comenzando á estudiarlos en las obras más desdeñadas y humildes de la Exposición.

Varias causas han ayudado á arraigar en el corazón de los artistas jóvenes el sentimiento de respeto y amor á la naturaleza que, al verse libres por fin de preocupaciones clásicas, manifiestan hasta en sus más insignificantes estudios. Es la principal el descrédito de los maestros, que cunde hace tiempo entre los del oficio, aunque no como debiera entre el público, cuya actual opinión se formó con los incondicionales halagos que la prensa tributara hasta hace poco á la pintura. Cuantos sienten el arte, huyen de los talleres á que antes acudían en tropel, y, entregados á su libre inspiración, escudriñan con avidez los secretos de la naturaleza en todas sus manifestaciones.

Invaden los campos, entréganse á los sublimes goces que proporciona la contemplación de esas decoraciones de la naturaleza eternamente nuevas é inagotables, las estaciones cuya infinita belleza es como la melodía en que se anegan las cosas; asimílanse las musicales vaguedades de las lontananzas, el dramático vigor de los bosques añosos, la alegría de los cármenes, la majestad imponente de las montañas é íntima belleza de sus regazos, en que se guarecen ciudades y aldeas; la serena quietud de fértiles campiñas cultivadas, ó la austera sencillez de los desiertos; estudian el mar, satúranse de su imponderable grandeza, derrochada después al representárnosla lo mismo en sus bonanzas que en sus trágicos furores, caprichoso como el azar y sin entrañas para el hombre y sus débiles barcos; recréanse en un detalle, síntesis resumen del mundo, florhumilde, altiva roca ó árbol centenario; y, estudiando la fauna, reflejo de todas las bellezas y tesoros del suelo, toman en absoluto posesión de la tierra.

Así preparan el advenimiento de un arte robustecido con todas las energías del mundo, y se disponen al estudio del hombre, de la figura humana, resumen gráfico de las bellezas de la creación. Todo esto significa el afán con que la juventud se consagra al estudio de esta escena espléndida en que Dios colocó al hombre.

Hasta hace poco ha sido bárbaramente desdeñado el estudio del paisaje, como si fuera posible sentir al hombre sin conocer los elementos que en él se resumen.

La mayoría de esos pontífices del arte que se revuelven airados contra la invasión de los *géneros inferiores,* han estudiado la figura humana al través de infinitas preocupaciones y aislada de la creación; como arrancada de la tierra de que vive, debilitada por esa soledad en que la coloca la abstracción de los que no la creían amasada con todas las bellezas de su morada terrestre; y de abstracción en abstracción de tal manera han ido modificando en su preceptiva la naturaleza humana, que sus cuadros parecen representar escenas de mundos desconocidos, según lo contrahecho de las figuras, artificiosa composición y colór fantástico de sus cuadros.

Puede afirmarse que una de las causas principales del derrumbamiento de nuestra pintura, además del espíritu mercantil con que se han dedicado á su explotación casi todos, apoyados en el crédito universal que le dieron Fortuny y Rosales, ha sido la ignorancia de esos llamados *géneros inferiores,* que son á la pintura lo que el hombre es al mundo en que vive. Jáctanse muchos *maestros* de no saber hacer un paisaje, como si esto fuera meritorio; y sin duda, hechas escasas y meritorias excepciones, de cualquier principiante pueden recibir lecciones en esta materia.

Abrazados á la naturaleza, conmovidos por el hervor de sus fuerzas, amando con ferventísimo amor cuanto calienta, nutre y fortifica nuestra sangre, sintiendo las funciones de todos los organismos y el imperio vivificador de una higiene serena de la vida; es como el artista y literato del porvenir deben aprestarse á su grande obra, influída por las corrientes es-

Digitized by Google

JOSÉ BORRÁS, VÍCTIMA DE UN ERROR JUDICIAL EN FRANCIA

M. Marcou, senador, abogado de Borrás.—José Borrás.—Borrás de regreso al seno de su familia

(Dibujo de F. Pons)

Digitized by Google

FESTEJOS DE MADRID: LA FLORIDA (dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

piritualistas que vienen á purificar los egoísmos y bajas pasiones de hoy.

Cuando todo lo que hoy bulle en el alma de la juventud como un anhelo se vaya infiltrando en los métodos, y con ellos en escuelas y academias, aparecerá viril y robusto el arte ya anunciado en las obras de animosos jóvenes que hoy arrostran los duros contratiempos de todo apostolado. Entonces encontrarán verdadero deleite en el estudio de los afectos y costumbres que engendran, veránse dotados de la sagaz intuición necesaria para escudriñar el alma, y ofrecerán un poderosísimo arte nacional tan rico de matices seductores como lo es la vida de nuestras regiones variadísimas. Elevaránse con pasos firmes y seguros á las cimas de la historia, y restaurarán ante nuestros ojos los grandes y ejemplares hechos, gloria de nuestra raza, libres de caer en abstracciones vagas propias de almas no saturadas de realidad; y si Dios pone en los corazones juveniles la fe en su porvenir y el entusiasmo de que tan pobres se han encontrado las últimas generaciones, es obra de unos lustros la creación de un arte nacional digno de nuestros grandes maestros y de los destinos de la patria.

FRANCISCO ALCÁNTARA

(Se concluirá)

CANTARES

I

Mientras duren tus desvíos
y no amengüen mis pesares,
lo que me das en desdenes
te devolveré en cantares.

II

Mal que te pese, morena,
no es poco lo que consigo:
has de respirar el aire
en que flotan mis suspiros.

III

En la copa en que bebí
dejé de hiel una gota:
¡infeliz del que primero
los labios en ella ponga!

IV

¿Por qué se agitan las olas?
¿Por qué corren sin cesar?
¡No saben las pobrecitas
que han de morir al llegar!

V

Lloró una tarde en el bosque
triste cantar un amante,
y lo repiten las hojas
hace siglos cada tarde.

VI

Cuando te asomas al pozo,
vecinita, desde casa
veo en un fondo de cielo
una cabecita de ángel.

VII

—¡Siempre tuyo!—me dijiste,
y sopló un poquito el viento...
y aún parece que el aire
repite—¡Siempre!—muy quedo.

VIII

Al atravesar el mar
se perdió una golondrina:
no encontró donde posarse
y cayóse al mar rendida.

FRANCISCO J. DE PRATS

NUESTROS GRABADOS

LAS MARGARITAS

El rostro de esa joven indica una profunda preocupación, y es natural, pues acaba de hacer la famosa prueba: *Et m'ama, et non mi ama, et m'ama*, etc., etc. Se conoce que por último *vince amor*, y ahora estará pensando en cuándo será la boda.

PRISIÓN DE EYRAUD EN LA HABANA

Dibujo de F. Pons

Nuestros lectores estarán enterados ya de que, gracias á los buenos oficios de un comerciante francés residente en la Habana, pudo ser habido el famoso compañero de Gabriela Bompard. La policía española se portó muy bien, y ahora no hay más que esperar el resultado de esa captura, que aclarará, si es que no lo oscurece más, el asesinato del *trop galant huissier*.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

EL VIÁTICO Á BORDO, *cuadro de Martínez Abades*.—RISAS Y LÁGRIMAS, *escultura de Susillo*.

El viático á bordo es una manifestación brillante de esa nueva escuela que va poco á poco surgiendo entre las ruinas de nuestro arte pictórico y que ha de proporcionarnos, sin duda, más gloria y más provecho que las *machines* mandadas retirar. Nuestra enhorabuena al Sr. Martínez Abades.

El escultor Susillo es un poeta que en vez de enristrar una pluma y escribir renglones cortos, maneja el cincel ó los palillos y hace estatuas y bajos relieves, y así salen esas obras suyas, como puede verse en *Risas y lagrimas*, que es de lo más poético que se escribe hoy en España.

LA MAGDALENA

Cuadro de Morelli

Hé ahí una de las composiciones más originales de la magnífica serie evangélica del valiente jefe de la escuela de Nápoles. La bella de Magdala no figura ni con el famoso vaso del oloroso ungüento, ni á los pies de Jesús rogando por el hermano Lázaro, muerto y sepultado, ni de otra manera en relación alguna directa con el hermosísimo Nazareno, excepto el hallarse á algunos pasos del mismo al alejarse junto con su propia hermana Marta.

Recorriendo la Siria, deteníase Jesús á predicar la buena nueva por doquier le parecía más fácil prosperase la semilla. La composición que reproducimos hoy en nuestro grabado, nos presenta á la Magdalena que ha atravesado por entre un grupo delante del cual Jesús ha estado predicando en el atrio de una sinagoga. Quizás se ha detenido un instante en escuchar aquella voz tan suave y ha oído una de aquellas frases divinas que tanto enternecían á las multitudes. La Magdalena ha cruzado por entre las turbas llena de desenvoltura, pero al retirarse á casa lleva en el corazón el germen de aquella conversión que le hará un día una de las más espléndidas figuras del Evangelio y la más seductora bajo todos los aspectos entre las mujeres que permanecieron fieles á Jesucristo en el Gólgota.

Otro mérito de este cuadro lleno de naturalidad es la verdad con que está representada la vista de una calle de Jerusalén, hasta constituir un portento de exégesis gráfica.

JOSÉ BORRÁS, VÍCTIMA DE UN ERROR JUDICIAL

Nuestros lectores conocen ya, sin duda, el terrible drama de que ha sido protagonista nuestro pobre compatriota. Hará unos cuatro ó cinco años, se cometió un asesinato en la persona del comerciante de Petit-Condom (Aude), M. Pradiés. Fueron acusados del mismo dos trabajadores llamados Guillaumet y Villarrubia; y como se sabía eran tres los coautores, echóse mano á Borrás á pesar de las continuas protestas de los otros dos, que á cada momento declaraban que nada tenía que ver con el asunto aquel pobre hombre. La causa siguió sus trámites, fué al jurado y los tres acusados fueron condenados á muerte, librándose por milagro de ir á la guillotina por haberse conmutado la última pena por la inmediata.

Un senador por el Aude, M. Marcou, convencidísimo de la inocencia de Borrás, revisó privadamente el proceso y dedujo de su estudio la inculpabilidad de aquél. Envió en seguida el expediente á M. Tevenet, ministro de Gracia y Justicia, demostrando que en lugar de Borrás había de buscarse á un tal Rosell, y, en efecto, el digno ministro no se tomó la molestia de enterarse. Cayó, y M. Marcou, creído de que el sucesor de aquel insigne funcionario no sería tan descuidado, consiguió que se enterase, con lo cual la inocencia de Borrás apareció tan clara como el agua, y fué *indultado*.

Bueno: ya tenemos *indultado* á Borrás. El público se compadece de él y le favorece con su apoyo pecuniario; pero un *indulto* no significa la *inocencia*. La causa no puede ser revisada, según la legislación actual; y cuando más tranquilo se hallaba Borrás, de nuevo en el seno de los suyos, cátate que sale el hijo de M. Pradiés y le pide 100,000 francos de indemnización, que probablemente tendrá que darle, pues *no ha sido declarado inocente legalmente* y siempre aparece ante la ley como uno de los tres asesinos.

LOS FESTEJOS DE MADRID: LA FLORIDA

Dibujo de M. Picolo

Con esa fiesta terminaron las diversiones que por espacio de muchos días mantuvieron en continuo jaleo la villa y corte. Debida á la iniciativa privada, resultó una brillante manifestación artística y dió ocasión á desplegar todo el ingenio y la gracia atesorada en la capital de España.

LIBROS

No con argumento tomado de ninguna obra francesa, según por equivocación se dijo, sino con asunto y color más castizos y brillantes que nunca, ha salido á luz la última novela de la Pardo Bazán *Una cristiana*, que hoy luce en los escaparates de las librerías. La popular autora ha pedido al trabajo distracción para la pena que la aflige: por fin ha terminado *Una cristiana*, retrasada por este mismo disgusto. Felicitamos á la Pardo y á la empresa *La España editorial*, que ha editado tan notable libro.

Otro motivo de enhorabuena para la Sra. Pardo Bazán es la próxima aparición de sus novelas *Un viaje de novios* y *Los Pazos de Ulloa*, esmeradamente traducidas al alemán y al francés.

IDOLATRIA

¿Con *anuncios* á porfía
preguntáis qué me propongo?
—Que se preste *idolatría*
al *jabón* de más valía
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—¡Ah! ¡Sí!—repuso Alan sonriendo.—Tengo el carácter de mi pobre padre, Duncan Stewart. Era el hombre más gallardo de la familia y la mejor espada de Escocia, David, que es lo mismo que decir del mundo entero. El rey quiso ver cómo tiraba, y, para complacerle, mi padre marchó á Londres con otros tres caballeros escogidos. Se les recibió perfectamente en palacio, donde se verificó, á presencia del rey Jorge y de la reina Carolina, un asalto de armas que duró dos horas, habiendo asistido muchos caballeros cuyos nombres no recuerdo ya. Cuando se hubo terminado, el monarca hizo muchos elogios de mi padre y sus amigos y dióles tres guineas á cada uno; pero al salir de palacio, y como fuese preciso pasar por delante de un portero, Duncan, queriendo darle á conocer su calidad, regalóle las tres monedas de oro recibidas del rey, imitando el ejemplo sus compañeros; de modo que salieron á la calle sin un penique por su fatiga. Sólo dejó probado que nadie igualaba á Duncan Stewart en manejar el sable ó la pistola.

—No creo que vuestro padre fuese hombre para dejaros rico,—observé yo.

—Eso sí que es cierto,—replicó Alan;—solamente me quedaron mis efectos y muy poca cosa además. Por eso me alisté en el servicio militar, lo cual no deja de ser un borrón en mi nombre y se consideraría como una circunstancia agravante si cayera en manos de los de la casaca roja.

—¡Cómo!— exclamé.— ¿Habéis servido en el ejército inglés?

—Sí, pero en Preston me pasé al partido de los que defendían la causa más justa, y esto me consoló.

Yo no pensaba así: parecíame que la deserción con las armas en la mano era una mancha en el honor de un hombre; mas, á pesar de mi juventud, tuve la prudencia de no expresar este pensamiento, y me limité á decir:

—¡Diantre! Creo que eso tiene pena de muerte.

—¡Oh! Si me cogieran, seguramente lo pasa-

Digitized by Google

ría mal,—contestó Alan,—aunque tengo en el bolsillo el salvoconducto del rey de Francia, y tal vez esto me serviría de algo.

—Lo dudo mucho,—contesté.

—Yo también tengo mis dudas,—dijo Alan.

—Pero, amigo mío,—continué;—siendo un rebelde perseguido, y además hombre que sirve al rey de Francia, vuestra presencia aquí es un reto á la Providencia. ¿Qué os trae á este país?

—Trabajo por mis amigos y mi patria,—repuso Alan.—Sin duda que Francia es agradable, pero á mí me gustan más los grandes bosques y la caza, sin contar que tengo asuntos en otra parte. Mientras recluto gente para el monarca francés, lo cual me vale algún dinero, arreglo los negocios de mi jefe Ardshiel.

—Creí que vuestro jefe se llamaba Appin.

—Sí, pero Ardshiel es el capitán del clan: un grande hombre, descendiente de reyes, y obligado, no obstante, á vivir ahora como un simple particular en una ciudad francesa. El, que tenía á su servicio cuatrocientas espadas, se vió obligado á ir á comprar él mismo el pan y la carne para su alimento diario, limitándose á vivir en una reducida y mísera casa con su familia. Ahora bien: los arrendatarios de Appin deben satisfacer sus cuotas al rey Jorge; pero como aman á su jefe y quieren serle fieles, basta un poco de presión para que esa pobre gente estruje un poco la bolsa y pague también á mi jefe Ardshiel, Yo soy, David, el encargado de llevar el dinero.

Así diciendo, Alan dió un ligero golpe en su cinto, haciendo resonar las guineas.

—¿Es decir,—pregunté yo,—que se pagan dos contribuciones?

—Justamente,—contestó Alan,—y admírame la facilidad con que se consigue; pero debo advertir que esto se debe á los buenos oficios del amigo de mi padre, Jaime de los Valles. Jaime Stewart, hermano político de Ardshiel, es quien recauda el dinero y lo administra.

Aquella era la primera vez que oía pronunciar el nombre de Jaime Stewart, tan famoso después en la época en que le ahorcaron; pero no me fijé por de pronto, pues sólo pensaba en la generosidad de los pobres montañeses de Escocia.

—Es muy noble proceder el de esa gente,—dije,—y lo reconozco así por más que sea un *whig*.

—Sí, pero en cambio sois caballero y no pertenecéis á la maldita raza de los Campbell. Si fuerais el Zorro Colorado...

Al pronunciar estas últimas palabras, Alan rechinó los dientes, y la cólera descompuso casi sus facciones.

—Y ¿quién es el Zorro Colorado?—pregunté con curiosidad.

—Pronto lo sabréis. Cuando nuestros escoceses fueron derrotados en Culloden y se perdió la buena causa, Ardshiel debió huir como ciervo perseguido por los cazadores; y mientras aun estaba oculto, los pícaros ingleses, que no pudieron arrancarle la vida, usurpáronle en cambio sus derechos, confiscándole cuanto poseía y hasta llevándose las armas de sus nobles partidarios. Lo que no consiguieron sustraer fué el amor de éstos á su jefe, y así lo prueba el oro que llevo encima. Pero héte aquí que poco después se presenta un individuo, un Campbell de cabello rojizo, Colin de Glenure...

—Y ¿es ese á quien llamáis el Zorro...?

—El mismo, —continuó diciendo Alan. —Aquel hombre llevaba papeles del rey Jorge, que le nombraba administrador de las tierras de Appin, y al principio se mostró poco exigente; pero cuando supo que los buenos arrendadores de Appin y sus amigos se esforzaban en proporcionar una segunda renta á Ardshiel y enviarle los fondos, la negra sangre de ese maldito Campbell se dió á conocer bien. ¡Ah! ¡Si el Zorro Colorado llegase á ponerse alguna vez al alcance de mi carabina, Dios le perdone! ¿Sabéis lo que hizo, David? Pues declaró que arrendaría las granjas secuestradas á los que más diesen, pensando que así alejaría á los Stewarts, á los Macrolls y á los Macrobs, á los mismos que pagaban dos contribuciones; pero éstos ofrecieron más precio que ningún Campbell, y el Zorro Colorado no consiguió su objeto.

—Singular historia,—dije yo;—y me alegro que aquel mal hombre quedara derrotado.

—¡Derrotado él! Nada de eso: no se da por vencido. Pero el día que me quede libre algún tiempo para darle caza, no hay bosque en toda Escocia donde pueda ocultarse para escapar de mi venganza.

—No os dejéis llevar de la cólera, que es mala consejera,—repuse yo.—Nada adelantaríais con matar á ese hombre, y, por otra parte, no es de buenos cristianos tomar venganza.

—Bien se conoce que os ha educado un Campbell; pero si cualquiera de ellos estuviese en mi lugar, creo que pensaría como yo. Ese infame Zorro Colorado se había propuesto matar de hambre al pobre Ardshiel, y como necesitaba apoyo, envió á buscar abogados y papeles y gente armada, y arrojó de sus hogares á todos los que le hacían sombra.

La cólera de Alan aumentaba de tal modo que creí lo más prudente cambiar de conversación, y para ello comencé por manifestarle que no comprendía cómo, estando la alta Escocia llena de tropas y vigilada cual una ciudad en estado de sitio, le era posible á él ir y venir sin ser detenido.

—Eso es más fácil de lo que creéis,—contestó Alan;—la falda de una colina es para mí lo mismo que un camino. Si hay centinelas en un lado, se va por el otro, y, además, la maleza sirve de mucho. Eso de que el país esté ocupado por tropas es una niñada, sobre todo cuando se tienen buenos amigos. Yo he pescado truchas en el río hallándose un centinela en la orilla opuesta, y he ido á descansar junto á un

CAPOTAS DE MODA

Digitized by Google

jaral á seis pasos de un soldado que vigilaba.

—También se ha de tener en cuenta,—añadió Alan después de una pausa,—que la Escocia de ahora no es la de hace algunos años. Dicen que está pacificada, mas no creo que esto dure mucho hallándose en el destierro hombres como Ardshiel mientras que el Zorro Colorado disfruta de una buena mesa, oprimiendo á los pobres.

Dichas estas palabras, Alan permaneció silencioso durante largo tiempo y entregado al parecer á sus amargas reflexiones.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro),* **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

LA EQUITATIVA
SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA
DE LOS ESTADOS UNIDOS

Domicilio social, 120, BROADWAY.—NEW-YORK | De la sucursal de España, CALLE DE SEVILLA, 16, MADRID

Situación en 1.º de enero de 1890

ACTIVO.	duros	107.150,339'12
PASIVO.	»	84.329.234 92
CAPITAL SOBRANTE. . . .	duros	22.821,074'20

Valor de sus inmuebles en América y Europa, DUROS 24 653,296'39

Presidente, H. B. Hyde.
Vicepresidente, J. W. Alexander.
Director general para España y Portugal, Excmo. Sr. D. Juan Angel Rosillo.

Delegación de Cataluña y Baleares:
Excmo. Sr. D. Mariano Casi y López, Delegado-Administrador.

Comité Consultivo y de referencia:
Presidente. . . Excmo. Sr. D. Juan Tutau.
Vicepresidentes. Sr. D. Emilio Vidal-Ribas y Torrens. Señor Marqués de Santa Isabel.
Vocales. . . . Sr. D. José Estruch y Cumella. Sr. D. José Castellet y Sampsó. Sr. D. José Mª Vallés y Ribot. Sr. D. José Coroleu.

LA EQUITATIVA es la **única** sociedad de seguros sobre la vida que emite pólizas indisputables y la única también que además de la sólida garantía de su inmenso **activo** ofrece á sus asegurados de España una especial tan importante como su magnífico edificio de Madrid.

Oficinas para Cataluña y Baleares:
RAMBLA DE ESTUDIOS, NÚMERO 6, BARCELONA

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA de **E. COUDRAY**
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto sameri canos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.
LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.
LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.
LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.
SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: **2 fr. la Caja.**

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.
En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue del'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerías sucursales que posée en Paris, así como en todas la buenas Perfumerías.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. **CURAN INMEDIATAMENTE** toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

LA MÁSCARA DE BRONCE
por CARLOS MENDOZA
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y C.A., Barcelona.

LA CHARMERESSE
Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion *absolutamente nueva* bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE**, y solidificada, en estuche, muy adherente. ¡Gran novedad! **DUSSER**, Inventor. *Rue J.-Jousseau, n° 1, Paris.* (En América, en todas las Perfumerías). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerías Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc. *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerías de Lafont, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 12 de julio de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 393

EN LA TERRAZA (cuadro de E. Poynter)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO **Madrid**, por Kasabal.—*Á Jenny* (poesía), por J. María T.—*En la sombra* (conclusión), por Tomás Camacho.—*Cantares*, por Manuel de Peñarrubia.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: Paisajes y marinas* (conclusión), por Francisco Alcántara.—*La comisión*, por A. Sánchez Pérez.—*Portugal contemporáneo: Juan Rosa*, por H. Giner de los Ríos.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: El arte inglés: En la terraza.—El grabado á la punta seca.—Partida de ajedrez.—Indecisión.—Antes de un besamanos en el Palacio de Buckingham.—Jack y su ama.—El gorrión nuevo.—Descanso al mediodía.—Modas.

MADRID

Crónica.—Viajes y verbenas.—Un suicidio.

¡Qué triste vida la de los que dependen exclusivamente de los cargos que concede la influencia política! La crisis, la pavorosa crisis, es su constante amenaza, hasta que por fin llega con el contagio de calamidades que lleva consigo la cesantía y con todos los dolores que causa la caída. Por esto una crisis, y una crisis que produce un cambio completo de política, es un suceso de gran sensación en una población tan eminentemente democrática como Madrid.

Hoy no se habla de otra cosa, y es imposible ocuparse en asuntos de actualidad sin volver la vista á las alegrías de los que llegan y á los pesares de los que se van.

¡Los que llegan! ¡Qué largo les ha parecido el período de cuatro años y medio que han vivido alejados del poder, y cuántas calamidades representan! Como el ahorro es imposible con los mezquinos sueldos y las muchas necesidades, las privaciones comienzan el mismo mes de la cesantía, y van aumentando cada día en la proporción de la bola de nieve que crece al rodar, y avasalla y arrastra cuanto encuentra á su paso. La esperanza ha sido el único sostén del tristísimo período, y se ha vivido en la seguridad de que lo que subía iba á salir pronto y de que la vuelta de los suyos era inevitable. De aquí el anhelo, la ansiedad con que se sigue la marcha de los acontecimientos políticos, con que se comentan las noticias y se aprecian los incidentes. No basta que el desengaño destruya las ilusiones: sobre las ruinas de unas se levantan otras, y así se va viviendo aunque con vilipendio, como el fosforero del cuento.

¡Los que se van! ¡Que corto les ha parecido el tiempo! El plazo de cuatro años y medio ha sido para ellos más breve que la vida de la rosa, que vive, según la expresión del poeta, el espacio de una mañana. Como la tremenda cesantía había causado tantos atrasos, fué preciso acudir en los primeros tiempos á reparar los más urgentes, á recoger el pagaré terrible que se llevaba réditos y dejaba en pie la deuda, á reponer el averiado guardarropa, á proveer la desierta despensa, y todo lo que se cobraba se iba entre las manos como si se evaporase. Ahora era cuando se comenzaba á vivir con algún respiro, cuando se permitían los lujos del veraneo y del abono, cuando se renovaban los trajes á la llegada de las estaciones, cuando parecía mezquino el cuarto que se habitaba, y se pensaba en la mudanza que hiciese mejorar cambiando el antiguo mobiliario; y cuando todo se volvían gratos proyectos, llega el batacazo á renovar las desdichas.

Y lo que es para unos las necesidades de la vida, es para otros las exigencias de la vanidad. Se iba tan bien en el coche con los galones dorados, proporciona tantas satisfacciones y tantas ventajas la elevada posición oficial, que es durísimo perder todo eso, y no recibir los respetuosos saludos, ni ver abrirse de par en par las mamparas, ni atendidas las recomendaciones, ni cumplidos los deseos. Ya no se puede dispensar protección ni pensar en los asuntos, no sólo de la nación, sino de Europa y del mundo entero. Aquella solícita tertulia que apenas cabía en el despacho ni en la sala, se irá replegando poco á poco en el comedor, y aquella legión de conocidos que formaba numerosa y lucida corte quedará reducida á algún amigo leal que participe de la desgracia, y el que iba en coche andará á pie, y el que iba acompañado solo, y no recibirá ya ni dulces sonrisas ni billetes perfumados con apremiantes y hechiceras recomendaciones que hacían pensar en dulces recompensas.

¡Subir, caer! ¡Qué anhelos en la vida del político! Todo tiene en este mundo graves inconvenientes, que no es precisamente una fiesta la existencia: el comercio, la industria, causan graves sobresaltos; el artista vive entre los anhelos y la fiebre de la producción y la lucha, á veces encarnizada, con los rivales y con los émulos; el médico no descansa; el hombre de bufete se ve muchas veces abrumado por la fatiga; pero no hay nada comparable con los tormentos del que no vive más que de un destino sujeto á las fluctuaciones de la política, y, comparado con él, se puede considerar dichoso el que vive de su trabajo y no sufre alteraciones con los cambios de gobierno.

Por esto la clase media tiene que apartarse de la política y buscar otros medios de vivir que los que proporciona el inseguro empleo, que es una de las calamidades de la época presente.

La inmoralidad administrativa va íntimamente unida á la instabilidad de los destinos, y no se cortará un mal mientras no se ponga remedio á otro.

***

Comienza el veraneo: las playas y las montañas llaman á voz en grito á los anémicos habitantes de la corte, y el azufre y el hierro de los salutíferos manantiales brindan con la anual carena á los averiados pobladores de la ciudad.

El que viaja por necesidad y el que viaja por lujo no piensan ya en otra cosa que en el equipaje, y de la misma estación salen el coche de tercera que lleva á los que la caridad costea el viaje y el *Sleeping-carr* que conduce á los elegantes en busca de nuevas emociones. Las villas de aguas, como dicen los franceses, inauguran su temporada animada mientras el tísico sube en desvencijada diligencia la polvorienta carretera que conduce á Panticosa, y el diabético busca las aguas cada vez más renombradas de Mondariz.

¡Qué diferencia entre la inmovilidad casi conventual de nuestros abuelos y este continuo movimiento en que anhelamos vivir sus nietos!

Antes eran muchos los que no habían visto más río que el de su patria y dormían de viejos á la sombra del árbol que había protegido sus juegos de niños: ahora es raro el que no ha puesto su planta en alguna capital extranjera. Este año no hay ningún acontecimiento en Europa que llame la atención general como la Exposición del año pasado en París; pero no por esto se anhela menos pasar la frontera desempeñando el papel agradable de *touriste*.

Lo que es lástima es que no se aproveche este afán de viajar, esta necesidad del veraneo, en provecho de la nación. En España hay comarcas encantadoras que permanecen completamente ignoradas. Ya hace años que Velisla nos hablaba de Castro Urdiales, un puertecito de la provincia de Santander, poniéndole muy por encima, en punto á belleza y salubridad, de los famosos Etretat ó Trouville. Plasencia, el malogrado Casto Plasencia, fundó hace dos años una colonia de artistas en un valle de Asturias que compite con los de Suiza. No hace muchos días la castiza pluma de Manuel Troyano describía en *El Imparcial* un viaje al monasterio de Yuste que podría ser objeto de una deliciosa excursión veraniega. A las puertas mismas de Madrid como quien dice, en el seno de esa sierra cuyos elevados picos vemos durante el invierno cubiertos de nieve, hay valles encantadores. Pedro Antonio Alarcón, el ilustre escritor que más ha viajado por el interior de España, ha pintado paisajes deliciosos y ha descrito maravillas de la naturaleza que no conocen los que van todos los años á París y á derrochar el dinero en Suiza.

Preguntadle á Emilia Pardo Bazán por Galicia, ó leed el libro que ha consagrado á su tierra, y veréis que hay en ella muchos elementos para pasar una temporada deliciosa de verano.

Es un absurdo seguir el camino trillado de Biarritz y de las poblaciones de moda pudiendo hallar más tranquilidad y más economía sin salir de casa. Pero hay mucha gente para la que no hay dicha completa sino ven durante el verano el monumental y artístico sombrero del gendarme francés.

La crisis habrá modificado muchos proyectos de viaje y cortado el vuelo á muchos sombrerillos, y los caídos repetirán en casa las lecciones de Gamazo diciendo: — Es preciso hacer economías.

***

Terminaron los festejos oficiales de mayo y junio; pero Madrid continúa divertidísimo. Los vecinos han decidido hacer de cada verbena un jolgorio, y, como las verbenas abundan, continúa el derroche de percalina y de farolillos de colores y no se deja un momento en reposo á los pañuelos de Manila.

Porque ahora no hay fiesta completa sin baile en que se luzcan los vistosos pañolones y sin que salga á relucir toda la chulería.

Todo lo antiguo vuelve, y mucho más si tiene carácter eminentemente nacional. Por esto, sin duda, dícese por ahí que han vuelto las camarillas. Dios nos libre de sus compañeros los pronunciamientos, como nos va librando, gracias le sean dadas, del cólera.

***

La noticia del suicidio del pintor Horacio Lengo ha causado general sorpresa. Lengo vivía en el gran mundo. Era muy querido y muy apreciado. El estilo de sus cuadros, en que eran los personajes pichones y palomas, y los accesorios flores, tapices, joyas, revelaba un gusto delicadísimo: parecía que aquel hombre debía vivir entre arrullos y perfumes.

Tuvo una época que estuvo muy en moda, y en todos los gabinetes aristocráticos se ven cuadros suyos que no necesitan firma.

Nadie creía á aquel hombre tan fino, tan distinguido, tan aristocrático, animado de ideas de muerte; y su cadáver, pendiente de una cuerda en un estudio artístico cubierto de tapices y de ricas telas antiguas, causaba una impresión dolorosísima.

Cuando se vean en adelante sus delicados idilios y se recuerde su trágico fin, parecerá que hay crespones flotando entre los azulejos de las ventanas árabes que como pocos pintaba.

Y ¿en qué vida, aun en las que parecen más dichosas, no hay crespones?

KASABAL

Á JENNY

Así en mis goces como en las penas
y á todas horas, hermosa hurí,
en tus encantos soñando, vivo:
¡todo, ángel mío, me habla de ti!

El blando céfiro con su murmullo,
con sus rumores el vasto mar,
rosas y lirios con sus aromas,
los ruiseñores con su cantar.

Cuando en verano las golondrinas
jugando llegan á mi balcón,
de tus amores las mensajeras
en mis delirios creo que son.

Si allá á la noche, callado y solo,
miro los astros el cielo hendir,
en sus destellos los de tus ojos,
aun más fulgentes, veo lucir.

Digitized by Google

Cuando inspirado en tu hermosura
mi pobre lira llego á pulsar,
de aquellas cuerdas tan sólo arranco
un nombre, un ritmo bello sin par.

¡Tu dulce nombre, que en cada letra
un poema guarda de puro amor!
¡El dulce nombre que hasta soñando
repite siempre tu trovador!

Eres la estrella que anima sola
el horizonte de mi ilusión,
faro radiante que mi alma guías,
imán que atraes mi corazón.

Mientras latiere sola una fibra
del pecho mío, y pueda alentar,
¡será mi gloria cantar tus gracias!
¡será mi dicha saberte amar!

J. M.ª T.

EN LA SOMBRA

(CONCLUSIÓN)

***

¡Pobre Ramírez!... ¡Pobre amigo mío!... Tu tránsito por el mundo, como el tránsito de la errante estrella que por el trozo de cielo alcanzaba á ver desde la ventana del pasillo, tuvo la fugacidad del chispazo eléctrico. Pocos serían los que se apercibieran de la rápida marcha de aquel fugitivo mundo en embrión, y pocos, muy pocos fueron los que observaron la luz que irradiaba de tu inteligencia. Ni él dejó señales de su peregrinación á través del firmamento, ni tú las dejaste de tu breve y penosísima caminata por el mundo. Y eso que tu talento prodigioso, tu acrisolada honradez, tu exagerado amor al trabajo y tu actividad inconcebible eran motivos más que suficientes para que tu nombre ocupara un lugar de preferencia en la lista de las grandes figuras contemporáneas, y para que lo pronunciaran con admiración los que saben distinguir el oro del oropel.

***

¡Ah! Si los miserables de espíritu fueran capaces de sentir agradecimiento, te levantarían una estatua, gastándose en ella una pequeñísima parte del dinero que adquirieron explotando el filón de tu privilegiada inteligencia.

¿Qué fuiste tú, pobre amigo mío, durante los diez últimos años de tu vida? Una escalera... por la cual han subido al elevado sitio en que hoy se hallan los que carecían y carecen en absoluto de condiciones y de méritos para llegar á tan grande altura.

***

Quiero consignarlo aquí, porque creo que consignándolo podré desahogar la ira que me producen la contemplación de ciertas farsas y el cinismo de los que las representan. El que compró por un puñado de monedas tus hermosos trabajos literarios y los dió á luz con su firma, es hoy, en el campo de las letras, una especie de reyezuelo inviolable é indiscutible; el que te robó (la frase podrá parecer algo dura, pero no la retiro)... el que te *robó* tus magistrales estudios político-sociales sobre economía y administración pública, será pronto ministro de Hacienda y vestirá la casaca galoneada de oro en vez de vestir el uniforme del presidiario; los que tú sacaste del montón de la estupidez anónima, para llevar sus nombres un día y otro día, por espacio de mucho tiempo, á las columnas de un popular periódico, son ya diputados y directores generales, y qué se yo cuántas cosas más... Hasta el propietario de la publicación, aquel pobre bruto que no podía hablar doce palabras sin cometer seis delitos de leso sentido común, y que tuvo á bien atribuirse la paternidad de tus más brillantes artículos; hasta ese ha conseguido, por obra y gracia de tu talento y de su desfachatez, una senaduría vitalicia. Y el muy bestia te pagaba quince duros al mes... ¡cuándo te los pagaba!

***

¡Triste destino el tuyo! Pero, después de todo, no hay que compadecerte: vale más vivir y morir en la sombra que estar bajo la acción directa de un foco de luz codeándose con los necios vestidos de sabios y con los miserables que se disfrazan de personas honradas!

TOMÁS CAMACHO

CANTARES

I

El sol marchita la planta,
el agua horada la piedra,
y el tiempo poquito á poco
carcome nuestra existencia.

II

No extraño que los cipreses
crezcan y sean tan altos,
puesto que de un mar de lágrimas
suelen siempre estar regados.

III

Mira si te quiero
que si no fuera por ti, alma del alma,
ya me hubiera muerto.

IV

¡Mira si la nieve es fría
y si el invierno es helado!
Pues más fríos aun han sido
tus amargos desengaños.

V

El amor y el olvido
son cariñosos hermanos:
cuando el uno está durmiendo
el otro le está velando.

VI

Quise escribir un poema,
y la pluma sin pensar
trazó el nombre de mi madre
y... me puse á llorar.

VII

Cual en agua cristalina
en tu corazón me veo.
¡Dios te conserve, alma mía,
lago tan limpio y sereno!

***

Lago tan limpio y sereno
sin que se enturbie jamás,
que el agua inmunda es difícil
tornarla á purificar.

VIII

El mañana es mi ilusión,
el mañana es mi esperanza,
y cada vez es más lúgubre
el mañana de mañana.

IX

Lo alto de la sierra
cubre la nieve:
lo alto de mi cuerpo
blanco se vuelve.
¡Ay de aquel día
que la nieve se filtre
en el alma mía!

MANUEL DE PEÑARRUBIA

EL GRABADO Á LA PUNTA SECA

1

2

3

LAS TRES PRUEBAS Á LA PUNTA SECA, POR MORTIMER MENPES

Digitized by Google

PARTIDA DE AJEDREZ (acuarela de De Tommasi)

Digitized by Google

INDECISIÓN (cuadro de Luis Alvarez, dibujo de Pla y Valor)

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

Antropología matrimonial.—Cóleras.—Calumnias.—Cantos... de arena.—Un puñado de noticias

Cualquiera se figuraba hasta ahora que si dos esposos, cuando viejos, se parecían, era porque con el largo tiempo de vivir juntos se copiaban mutuamente; pero ahora resulta que estábamos en un error: aquellos observadores que suponían que Arturo se prendaba de Elvirita por ser rubio él y morena ella, ó por ser ella una gigantona y él corto de talla; en una palabra, que cada uno se enamoraba de un *objeto amado* lleno de contrastes con su figura propia; aquellos observadores, digo, tocaban el violón. M. Herman Fol, aquel buzo y zoólogo de que hablaba el otro día, acaba de promulgar las siguientes leyes:

1.ª Las parejas se unen según la regla de las conformidades y no de los contrastes.

2.ª La semejanza entre esposos ancianos no es un hecho adquirido por efecto de la vida conyugal, puesto que la semejanza existe ya en el momento de las bodas, casi en igual proporción que en los matrimonios viejos.

Así se explicaría que á veces los hijos de un segundo matrimonio se parezcan al consorte difunto: no es que se parezcan, sino que el difunto consorte y el consorte vivo se parecían. Esto lo resuelven otros de diverso modo (por la vida del protoplasma); pero, caso de resultar cierto lo que dice M. Fol, su explicación sería mucho más comprensible.

Ya saben, pues, los que aspiren á encender la nupcial antorcha que, aunque no se lo parezca á ellos, se habrán enamorado de su futura por sus *conformidades* y no por sus contrastes. La homeopatía es de esta hecha la Musa del amor: *Similia similibus amantur*.

***

Sería muy extraño, ciertamente, que no dijera algo del cólera, y, por lo mismo, echemos nuestro cuarto á espadas. Que es el cólera lo que hay en el reino de Valencia paréceme artículo de fe, y no porque se hayan encontrado bacilos en coma ni en punto final, sino porque sería muy tonto negar que el cuadro de síntomas y la marcha de la epidemia son exactamente los del cólera. Querer fiar el diagnóstico de una enfermedad tan clara á la existencia ó no existencia de determinados microorganismos en las deyecciones, sería perder el tiempo. Ni una palabra de eso sabían los médicos del año 34, del 55 y del 65, y, sin embargo, conocían perfectamente cuando un caso era de cólera ó de otra cosa. Esto no es negar, sin embargo, la trascendental importancia de los estudios bacteriológicos, base de la medicina del porvenir, y que soy el primero en admirar, así como á sus dignísimos cultivadores españoles.

La cuestión, que es todavía un problema, es saber de dónde procede ese cólera que comenzó en Puebla de Rugat. No puedo formar opinión, pero en todo caso me inclinaría á la del ilustre doctor Julio Rochard, que cree se trata de una reaparición del cólera del 85, es decir que el de ahora no ha sido importado, sino que ha renacido de sus cenizas. Esto, caso de ser así, sería muy tranquilizador, pues se sabe que esos cóleras-Fénix, nunca tienen la fuerza de los que llegan facturados de la India. Ni sería la primera vez que, como D. Basilio, hubiese dado aquella enfermedad las buenas noches para asomar de nuevo las narices cuando menos se esperaba; y lo mismo se puede decir de otras enfermedades infecciosas exóticas.

Todo médico tiene naturalmente obligación de saber de qué manera se libre uno de recibir en su interior al huésped asiático: es una pregunta inevitable, y sería dar patente de muy poco sabido no contestar á ella. ¿Qué pensaría la gente? Digo, pues, que lo mejor, según parece, es desconfiar del agua, y beberla, ó bien filtrada en un filtro Chamberlain, ó hervida. Sólo que ahora resulta que para matar bien los microbios ha de hervir una hora, sin lo cual no queda bien esterilizada. Se puede airear ú *orear* llenando media botella y agitándola bien. Otros prefieren no beber nunca agua, y hacen uso de infusiones de te ó de cocimientos de café. Creo, sin embargo, que el abuso de estas bebidas podría dar origen á desagradables desórdenes.

Lo que realmente contribuye mucho á cortar la propagación del cólera es la buena alimentación y el saneamiento de las poblaciones. En Londres, en Ginebra y otras ciudades les traen siempre sin cuidado esas epidemias, porque aquello está limpio como un sol, como decían antes, pues ahora ya se sabe que el sol tiene manchas. Por lo tanto, mucha limpieza, lo cual en el terreno de la práctica se traduce por la extinción de todos los focos de insalubridad, como pozos negros, tripería, carruajes públicos, teatros, etc.; encalamiento de las casas, frecuente recogida de las basuras, desinfección de los retretes, vigilancia en los mercados, previa purificación de las ropas que entran en los lavaderos, etc.

Con ocasión de este cólera de ahora se ha renovado la antigua discusión sobre la eficacia ó el peligro de las vacunaciones anticoléricas.

Esto de las vacunaciones es un problema tan grave como complicado, y se comprende que apasione á los que hacen de ellas el objeto de sus estudios. ¡El diablo vaya á saber lo que verdaderamente puede determinar la inmunidad contra el cólera! Primero se creyó que los virgulas *en especie*, después que las *ptomainas* ó sea los productos venenosos segregados por los virgulas, y hasta se le ocurrió á Gamaleia (nombre que se pega al oído), aspirante al momio Brehant, que podrían inocularse microbios de gallina muerta de gastro-enteritis colérica de las aves (vibrión de Metschnikoff), convenientemente atenuados. Como se ve, la cuestión, á medida que se ha adelantado en bacteriología, se ha oscurecido más y más.

UN RETRATO: PRIMERA PRUEBA

***

Lo que me escama á mí en aquello de Gamaleia que dije más arriba, es que prevaliéndonos de que los pájaros, y en general las aves, no pueden hablar como nosotros, fuera de los loros y de alguna vez que los pavos hacen correr la voz de que tienen la viruela, calumniamos con reprensible frecuencia indignamente á nuestros co-bípedos con plumas. ¿Quién no ha dicho, ó á lo menos me parece haberlo dicho yo, que los volátiles podían pegar la difteria? Y, sin embargo, nada más falso, nada más falto de fundamento, nada más anticientífico.

Por supuesto que ya era extraño que reinando á veces terriblemente alguna epidemia de difteria pajaril en el Jardín de Plantas de París, y habiendo empleados en las jaulas varios parvulitos, ninguno de éstos sintiese novedad; pero no se había fijado nadie en ello. Ahora sí: ahora se sabe ya que lo mismo se parece el bacilo ornitológico al bacilo antropológico que un huevo á una castaña. El primero, en efecto, es una bacteria recta, muy semejante al bacilo de Metschnikoff ó al de la septicemia del conejo, y se da muy bien en las patatas; mientras que el bacilo de la difteria humana preséntase con un un engrosamiento en cada extremidad y es corto como el de la tuberculosis, pero más grueso, y no

Digitized by Google

se da en las patatas. Inoculado un cultivo puro de bacilos de la difteria humana en el tejido celular de un conejo ó de un pichón, muertos son, mientras que la inoculación del otro apenas si produce un absceso caseoso en el punto inoculado.

Quédales, pues, devuelta su buena fama á los gallineros y palomares, y guarden perpetuo silencio los calumniadores de los volátiles.

***

Una prueba más en favor del sabio proverbio que dice: *Antes que te cases mira lo que haces.*

Es preciso mirarlo mucho, en efecto. Acaba de insinuar Herr Schmitz, de Berlín, que la diabetes sacarina es contagiosa (¡diabólico descubrimiento!). Siguió la pista á 2,320 casos y se encontró con que en 26 de ellos la enfermedad había tenido un origen marital. Pero lo más grave es que una señora que padeció la diabetes por haberse casado con un diabético, unióse en segundas nupcias y diabetizó *à son tour* al pobre número 2. Dice para mayor consuelo Herr Schmitz que los casos de diabetes sacarina *inter conjugues* van sumamente aprisa.

De todas maneras, se sabe tan poco sobre las causas de esta enfermedad, que es de agradecer cualquier dato que se aporte, aunque sea tan poco halagüeño y tan microbiano como el del doctor berlinés.

***

Cantemos ya cosas más divertidas, y en este sentido nada más divertido que las arenas cantantes, porque las hay, en varias partes; pero sólo hablaremos hoy de las de Jebel Nagus, en el riñón de la Arabia Petrea. Véase á este propósito lo que dice *Ciel et Terre*.

El Jebel Nagus es una montaña aislada, á 4 ½ horas de Tor, á orillas del golfo de Suez. Sus laderas son muy escarpadas y están en parte cubiertas de espesas capas de arena. Mide 2 kilómetros de base por 350 metros de elevación, y está formado de asperón veteado y mezclado con guijarros de cuarzo. La ladera llamada *de las Campanas* emite sonidos musicales muy claros cuando la arena se desliza á lo largo de la misma, ya lo haga naturalmente, ya empujada por la mano. La expresada ladera mide 80 metros en su base y 1'80 en su cúspide y se eleva 120 metros, estando encajonada entre dos paredes de asperón casi verticales. La arena es de un grano muy fino, compuesta de asperón y cuarzo, de un blanco amarillento, y yace sobre las rocas formando un ángulo de 31º. Cada vez que la arena empujada por el viento se acumula en grande cantidad rebasando el ángulo de equilibrio, comienza á deslizarse la arena por la pendiente, desde la base de la capa abajo y desde la cumbre hasta dicha base, yendo acompañado este movimiento de una fuerte vibración y de un sonido musical que recuerda el del registro más grave de un órgano, con trémolo, mientras que las rocas dan lugar á un eco que magnifica y prolonga los sonidos, por manera que se oyen á muchos centenares de metros de distancia. Los beduinos, al fin beduinos, dicen que aquellos sonidos proceden de una campana de madera (Nagus) que hay en un monasterio situado en el corazón de la montaña, no atreviéndose, sin embargo, á insinuar que sea cosa de los jesuitas.

M. H. Carrington Bolton, americano él y descubridor de las arenas cantantes del Jebel Nagus, supone que la causa de la sonoridad de la arena del desierto y de las arenas cantantes parece depender de la existencia de películas de aire ó de gas depositados y condensados en la superficie de los granos de arena, como otras tantas almohadillas elásticas de gas condensado, susceptibles de fuertes vibraciones y cuyo espesor ha sido aproximadamente determinado. La extensión de la vibración, el volumen, y la altura del sonido producido cuando la arena está removida, dependen en gran parte de la forma, estructura y superficies de los granos de arena, como también del limo ó polvo mezclados con ellos.» Y, en efecto: cuanto más gruesos son los granos, menos cantidad es menester para que canten; y cuanto mayor es la masa removida, más graves son los sonidos. En la *Ladera de las Campanas* la gran masa que se pone en movimiento produce sonidos extremadamente graves.

***

Para que no se diga que en esta *Revista* todo ha sido hablar de microbios y granitos de arena, vayan un puñado de noticias de más miga:

—Se ha descubierto un nuevo medicamento contra la catarata: la *Cineraria marítima*, que crece en Venezuela. Se inyectan tres veces por día en la conjuntiva dos gotas de la savia de dicha planta, y al cabo de dos meses, ya está.

—Ni embalsamamiento ni cremación: lo mejor para guardar en casa un cadáver, consiste en someterlo á la acción de una prensa hidráulica. El total queda condensado en una pequeña masa que parece un bloque de mármol. La noticia viene de Pittsburgo, y desde el momento se ve ya lo Pensilvania que es. *¡All right!*

—Contra la coqueluche: Según Mr. W. Gemmell *(British Med. Journal)*, da muy buenos resultados la uabaína á la dosis de medio miligramo por día, dividido en ocho tomas, una cada tres horas. Puede asociarse con el bromuro de potasio y el cloral. Dice que la uabaína hace abortar la coqueluche en el primer período, modera la violencia de las quintas de tos en el segundo y apresura la convalecencia en el tercero.

—Parece va á ser suprimida la famosa universidad de Heidelberg, muy decaída desde la anexión de la Alsacia por acudir los estudiantes preferentemente á Estrasburgo.

—La langosta hace actualmente estragos al sur de los departamentos de Argel y Orán.

—Dice M. C. Hess, naturalista alemán, que los topos ven tan claro como puede ver cualquier otro animal. ¡Qué contrariedad para los fabulistas!

ALFREDO OPISSO

UN RETRATO: SEGUNDA PRUEBA

La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890

PAISAJES Y MARINAS

(CONCLUSIÓN)

***

Casimiro Sainz es el gran paisajista español. Siempre estudió el paisaje con la sinceridad del que jamás tiene en cuenta ante el natural otra consideración que el profundo respeto que se le debe si ha de poder consignarse en el lienzo algo de su divina serenidad: así es que abandonó pronto los resabios de escuela que nunca arraigan en los artistas independientes, y tan fieramente naturalista es, que en ninguno de sus estudios innumerables hemos encontrado las vergonzosas señales de adulación al vulgo de que no pueden eximirse los que, teniendo que vivir de la pintura y encontrándose con compradores de gusto viciado por el arte tradicional embustero, procuran compla-

Digitized by Google

ANTES DE UN BESAMANOS E

Digitized by Google

EL PALACIO DE BUCKINGHAM

Digitized by Google

cerlos falseando la sublime austeridad de la naturaleza. Entre su alma de artista y el natural no se ha interpuesto nunca ningún interés: su emoción palpita en sus obras con la original pureza; y eso á pesar de ser pobrísimo y desamparado, más aún, hostilizado por cuantos supieron labrarse éxitos y temblaron ante la fuerza de su genio. Como no ha transigido nunca con el vulgo, nunca ha sido popular: prefirió caer á los golpes de la miseria, precursora de la enfermedad que hoy lo roba al arte, á prostituir su pincel nobilísimo. Es un verdadero mártir del arte, un héroe que mantuvo enhiesta su bandera hasta que cayó. ¡Gloria al desdichado Casimiro!

Hay la esperanza de arrancarle á su enfermedad: si se realiza, al volver entre nosotros tendrá el consuelo de que se le hayan reconocido sus méritos. ¡Que su ausencia no sea larga, y brille pronto, con los dones soberanos de que fué dotada por Dios, la preclara inteligencia de Casimiro Sainz!

Nacimiento del Ebro se titula el gran cuadro suyo que figura en la Exposición. El cielo más bello, azul con nubes ligeras, cubre las robustísimas montañas que en abruptas laderas descienden hasta el lugar en que el nacimiento del río se encuentra señalado por una especie de columna. El primer término es un lugar profundo cubierto de tranquilas aguas sombrías: á la derecha, árboles de verde húmedo intenso. La grata y saludable atmósfera de las Geórgicas envuelve este país, cuyo ligero vigor dramático, debido á la colosal grandeza de sus líneas, es la nota local de la montaña. Casimiro es el pintor de la naturaleza total: si hubiese alcanzado una vida holgada, habría emprendido todo género de asuntos, porque lo mismo trata la figura humana, los animales y flores, que el paisaje: magistralmente. *Procesión de montes claros, Paisaje Campurriano* y *Vista de la Vega de Matamorosa*, son otras tantas joyas, embeleso inagotable de cuantos conservan en su alma la sana impresión del natural. Casimiro Sainz es el poeta más íntimo y profundo de nuestros pintores, y el pintor más serenamente realista de nuestro tiempo.

Santiago Rusiñol envió á la Exposición de 1887 un paisaje admirable de pasmosa verdad y honda poesía. Aquel jurado no lo vió: es verdad que ni el público. Este año envía *Tumbas de Poblet* y *Retrato*. Ha tenido más fortuna: todos se han fijado en ambos, sobre todo en el primero, de sólida verdad y cuyo inagotable interés poético aprisiona la voluntad. El segundo demuestra que de muchos de nuestros pintores jóvenes se puede decir lo que de Casimiro Sainz hemos dicho arriba: abarcan la naturaleza entera. Consiste en un magistral retrato de velocipedista en descanso y al aire libre. El realismo de Rusiñol es gemelo del de Sainz.

Realismo de esta nobilísima casta, que hay que acreditar, vemos en *Paisaje de Asturias*, de Cecilio Pla y Gallardo. Un *Orreo* sobre verde y florida pradera, boscajes profundos y la sensación de que sobre este detalle asturiano se elevan montañas gigantescas: tal es este hermosísimo cuadro en que una aldeana, con el pacho á la cabeza, tiene la sencilla y á la vez fantástica apariencia de la figura humana como sumergida en la inmensidad de la naturaleza. *En el campo*, detalle digno del hermoso cuadro anterior. Pla, que también tiene en la Exposición un precioso retrato de mujer, cultiva todos los géneros y es una de las más sanas esperanzas del arte patrio.

Emilio Sánchez Perrier figura entre los grandes paisajistas españoles. Su sentimiento de la naturaleza es sereno y profundo á pesar de la profusión y variedad con que se manifiesta en Andalucía su patria, á quien tantos himnos tiene cantados en sus cuadros. *Febrero* se titula el que expone: un pinar sumido en la calma de muerte del invierno, admirablemente interpretado. Algo de concesión á lo que se llama pintura de comercio hemos creído notar en el primer término de vaguedad poco expresiva, extraña en las obras de Perrier, que, si de algo pecan á veces, es de una concreción extraordinaria.

Manuel García Rodríguez, paisajista notable desde la Exposición de 1887, ha concurrido á ésta con dos obras: *La tarde* y *San Benito de Calatrava*. Ambas demuestran su gran porvenir artístico; pero la primera, que lo acredita de concienzudo realista, es una obra de admirable precisión y difícil tonalidad, puesto que representa un interior de huerto en que lucen todos los esplendores de la flora meridional expuesta al sol que cae centelleante de un cielo sin nubes. Este es un cuadro de verdadero artista, en el que demuestra sus extraordinarias fuerzas como dibujante y pintor. El segundo es más para el público, para la venta, y no podemos dejar de aplaudir en el Sr. García Rodríguez el alto respeto al arte tributado en *La tarde* cuando se cree obligado á transigir con el vulgo en *San Benito de Calatrava*.

Hermenegildo Esteban, en *Llanuras de Normandía*, como en la multitud de estudios que presenta, se muestra respetuosísimo del natural, por más que todavía no del todo libre del recuerdo de su maestro.

El espiritualísimo Tomás Martín, brillante esperanza del arte, ofrece en un paisajito una muestra de la extremada delicadeza de su espíritu, que halla en la luz y los colores armonías desconocidas para la generalidad.

Septiembre en mi tierra, de Joaquín Vayreda, uno de los paisajistas más sinceros de la Exposición, nos ofrece una muestra de su naturalismo, hermano del de Casimiro Sainz.

También el Sr. Vilar y Torres, en otro cuadro titulado *La tarde*, se muestra poseído del hermoso naturalismo, que debe ser la primera y más sobresaliente cualidad de las obras en las artes plásticas. Un campo extensísimo cubierto de monte y surcado por un río, á cuya orilla se levanta uno como caserío ó fortaleza. La calma algo sonriente de un crepúsculo vespertino, brilla en este paisaje bellísimo.

Vascono, en *La parroquia de Valdemoro*, ofrece la más vigorosa y justa luz de sol de la Exposición. Tordesillas, en *Día triste*, una nota melancólica llena de distinción y expresada con naturalismo. Lavilla, en *Asturia*, ha conseguido ofrecernos el paisaje asturiano, dificilísimo por su monótono verdor y grandeza majestuosa. Pinelo, en *Ribera de Santiponce*, la exuberancia y alegría del paisaje andaluz meridional. Franco Cordero, en dos cuadros, los grises del paisaje madrileño. Mas, en *Tarde de Marzo*, un dramático trasunto del austero paisaje de invierno. Solís, en *Alrededores de Irún*, ha dado justa idea de los añosos bosques del norte iluminados por la cenicienta luz de invierno. Y Roig, Almira, Ferrándiz, Herreros de Tejada, Sánchiz, Salces Rodríguez en *Luz y sombra*, y Guasch, aportan en sus trabajos notas personales interesantes.

Estudio aparte merece *Ecos de Roncesvalles*, del Sr. Muñoz Degrain; la obra que revela más poderosa fantasía á la vez que sentimiento del natural. Paisaje apocalíptico que seduce tanto por sus trágicas energías como por sus poéticas vaguedades.

Jaime Morera, el discípulo predilecto de don Carlos Haes, presenta una colección de estudios magistrales. Su cuadro *Efecto de nieve*, es de lo más bello que en su género puede idearse: vigor y poética ternura, idealismo y fuerza de expresión, son las cualidades de este cuadro, por muchos conceptos único en la Exposición. Sus vistas de calles y plazas son obras de verdadero maestro. Agustín Lhardy, casi emancipado ya de Haes, presenta varias obras. *Estudio de pinos* es la más acabada. En ella se ve la influencia de los paisajistas franceses, que Lhardy conoce tan bien.

Enrique Casanova presenta varios interesantes cuadritos, y Ramos Artal *Cercanías de San Sebastián* y *Bosque*.

El idealista Urgell (D. Modesto) presenta distintas variaciones de su tema el crepúsculo vespertino. *Quietud, Reposo, Los pinos del Abad* y *Al caer la tarde*, son obras de inagotable belleza, tan inspiradas como todas las suyas.

Síguele Juan Espina, artista de fantasía poderosa y espléndida, pero cuyos medios no le permiten siempre desarrollar sus impresiones del natural. *Marzo* es un cuadro de gran carácter á pesar de sus debilidades de dibujo.

* * *

Por primera vez se presenta en nuestras Exposiciones una falange de marinistas personalísimos, en cuyas obras se refleja el natural sin rastro de imitaciones extrañas. Aunque casi todos figuraron en anteriores certámenes, nunca hasta hoy alcanzaron tanta madurez y carácter.

Meifrén en *Mi estudio* y *Epílogo*, Abril en *Todo á babor* y Lleonart en *Dios dirá*, ofrecen obras ricas del sano naturalismo que aplaudimos arriba en los paisajes de Casimiro Sainz, y del sentimiento de los misterios y sublimidades del mar.

Síguele Martínez Abades con *El Viático á bordo* y *Mar de Gijón*, Gartner con *Calma*, Garris Arcos, Pérez del Camino, Sentenach, Pío, Ardanaz y Saforet.

Paisajistas y marinistas revelan, pues, un sentimiento fidelísimo y profundo de la naturaleza, un manejo de la luz desconocido en nuestra pintura; cualidades todas que irán arribando, que han arribado ya á nuestro gran arte, como demostraremos al ocuparnos en las más importantes obras de la Exposición.

Gesa presenta sus admirables flores de siempre. Síguenle su discípula Sra. Menastade, el Sr. Pirala, Sra. Ginés y Srta. Cabrera. Pero las flores del Sr. Nogales son la nota culminante de su género en el certamen: la verdad y hermosura de *Flores y espinas* no tienen igual.

Entre los bodegones se distingue por su valiente y justo color el de Amorós, cuyas cualidades serían igualmente relevantes aunque apareciera entre obras de más importancia.

FRANCISCO ALCÁNTARA

LA COMISION

La comisión... la comisión... Y ¿de cuál de ellas se trata? ¡Hay tantas comisiones! Si resucitase ahora el que dijo, hace ya muy cerca de sesenta años, que España era el país de los *viceversas*, se ratificaría en lo dicho, y diría además que España es también el país de las comisiones. Aquí para todo nombramos una comisión, lo menos.

Hay que acudir en auxilio de una población inundada: comisión; es preciso iniciar una suscripción para los pobres: comisión; se piensa en fundar un casino: comisión; conviene dar un baile: comisión; se trata de proponer reformas sociales: comisión.

A esta última, á la Comisión de reformas sociales me refiero, sin perjuicio de aplicar á todas las otras lo que de ésta se diga, porque las comisiones, tales cuales en este país nuestro se las entiende, suelen diferenciarse en que las unas parece que trabajan y las otras parece que no trabajan; pero se asemejan en que no trabaja ninguna.

Y consiste esto en la manera que aquí hay para llevar á cabo esas constituciones y esos nombramientos.

Esta de que ahora hablamos, por ejemplo, fué creada, si no recuerdo mal, en 1883. Ya por entonces, y no bien hube visto los nombres de los señores nombrados, tuve la honra de profetizar que no haría nada; y, en efecto, he tenido la honra de haber acertado.

No me enorgullece el cumplimiento de mi profecía, porque muchos auguraron lo mismo y porque aquello no podía dar de sí otra cosa.

Estamos empeñados en dividir á los españoles en dos castas: una, la de muy pocos y muy escogidos, que sirven para todo; otra, la de muchos y muy adocenados, que no sirven para nada. Los de la primera casta son, si así puede

Digitized by Google

decirse, comisionados natos, individuos por derecho propio de toda comisión: todo lo presiden, lo organizan todo, aunque mal; están en todas partes, como aquellos de quien decía el poeta:

Unos pagan, otros cobran,
estos vienen, esos van,
y en todas partes están...
porque en todas partes sobran.

Yo no digo que esos señores de la Comisión sobren (aunque sí lo sospecho de algunos); pero de que están en todas partes nadie duda. Desde que se habla en cualquier periódico del pensamiento de nombrar junta de tal ó cual cosa, comisión de cual ó tal otra, no hay quien vacile en designar anticipadamente los nombres de los individuos que formarán esa comisión: Fulano, Zutano, Mengano, Perengano, etc., en fin, los de siempre; y es seguro que no yerra, como no yerra presumiendo que el cargo de comisionado será honorífico y gratuito.

Este es justamente, á mi modo de ver, el pecado original de las comisiones: por eso, en tesis general, no sirven para nada.

¿Quiénes forman, por ejemplo, y ya que de ésta se trata, la Comisión de reformas sociales? Pues nada, los de siempre: el Excmo. Sr. D. N., el Ilmo. Sr. D. M., el senador, el diputado, el Director general, etc., etc., que no han solicitado esos cargos, pero que los aceptan porque, no estando retribuídos y siendo honoríficos, suponen que no deben ser renunciados; y los señores D. X., D. I. y D. Z., caballeros desconocidos que los solicitan para codearse con personajes elevados y para darse tono, poniendo en sus tarjetas: *A. Pérez del Salto y del Brinco, miembro de la Comisión de reformas sociales.*

Lejos estoy de sospechar y lejos también de decir que cada uno de los individuos de esa Comisión no fuese muy capaz de sacar de su cabeza todo un plan entero y verdadero de reformas sociales; pero sí digo, y no es sospecha sino certidumbre la que en esto tengo, que la colectividad, la Comisión, no llegará á formular ¡qué un plan! ni una reforma siquiera.

No es la culpa seguramente de los comisionados. ¿Qué pueden hacer ellos en esto? El presidente es, por ahora, D. Antonio Cánovas del Castillo, quien es también presidente del Ateneo Científico Literario de Madrid, y presidente de la Academia de la Historia, y jefe del partido liberal conservador, y diputado, y académico de la Española, y presidente y jefe de cuanto hay que presidir y *jefear* en tierra española. Dígaseme si, aun dividiéndose el Sr. Cánovas en doscientos, podría atender á tan múltiples y tan heterogéneas ocupaciones, á las cuales hay que añadir sus tareas literarias y sus esparcimientos particulares.

Pues lo que digo de Cánovas del Castillo, es claro que lo digo también de los demás obligados miembros de toda comisión. Los prohombres, los ricachos, los que no necesitan pensar en buscar *panem nostrum quotidianum,* han menester asistir á consejos de administración de sociedades industriales, al Congreso, al Senado, á las academias, al teatro: los que viven de lo que trabajan (que vivirán mal seguramente) tienen que asistir á la oficina, á la redacción, á los tribunales... Entretanto, las reformas sociales, muertas de risa y sin que nadie piense en ellas.

Si era eso lo que se deseaba (y bien podía suceder), está conseguido: no hablemos más del asunto; pero si se quería otra cosa, comiéncese por deshacer lo hecho. Retribúyase al que haya de trabajar, y exíjasele trabajo real y efectivo y tangible en cambio de esa retribución. Nada de cargos honoríficos, nada de personajes obligados... nada, nada: gente joven, idónea, laboriosa, inteligente y que arrime el hombro y haga algo. Ya verán Vds. cómo nada de esto se hace.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Junio

PORTUGAL CONTEMPORÁNEO

JUAN ROSA

Todavía recordamos en Madrid con verdadero regocijo la permanencia de la única compañía dramática portuguesa que ha pisado la escena española desde tiempo inmemorial: acaso se pueda asegurar *la única,* dicho en absoluto. Cierto que cada día que pasa vamos los dos pueblos hermanos entendiéndonos, y, á Dios gracias, aquella muralla altísima que nos desunía desde la torpe conducta de la política del conde-duque de Olivares, se derrumba merced al influjo del sentido moderno, á los lazos que el comercio crea, á los vínculos que las necesidades recíprocas establecen, y merced, en fin, á ese espíritu nacional de la conciencia etnográfica que cunde más ó menos rápidamente aun sin darse cuenta los individuos.

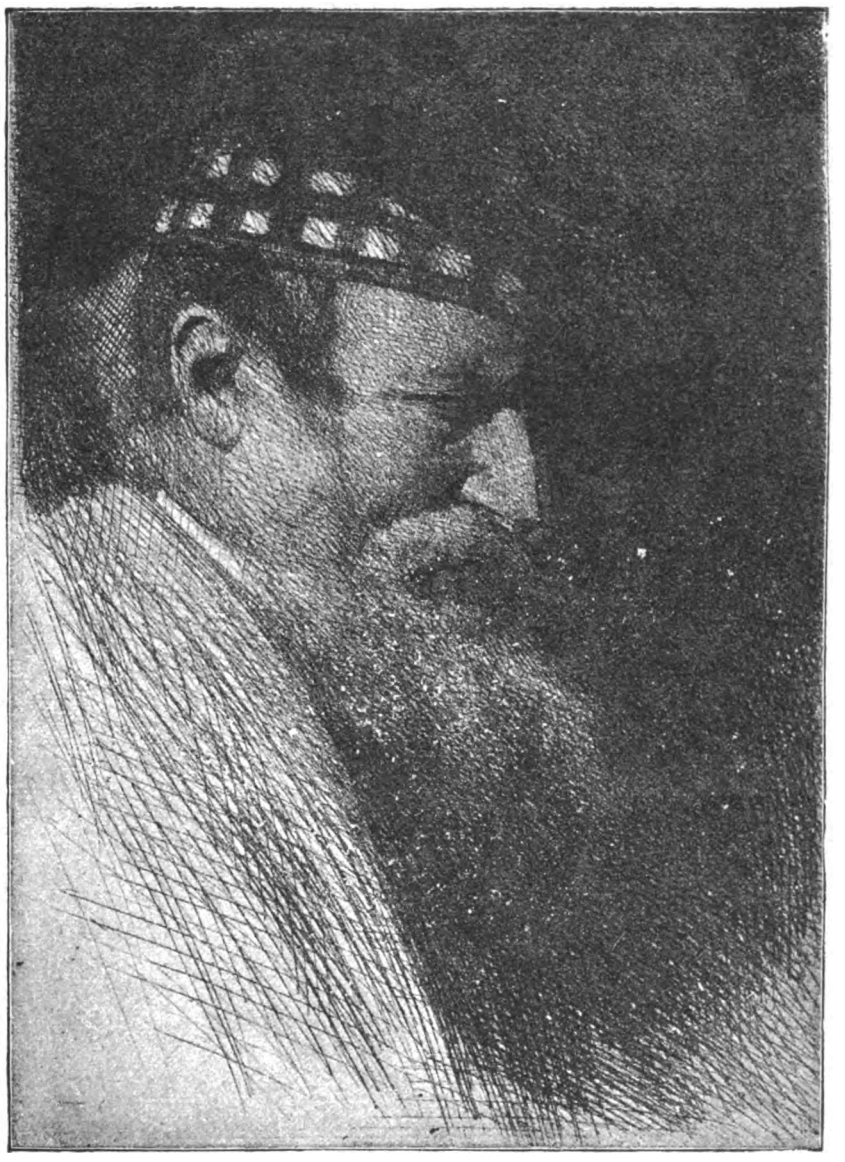
Ello es que nuestras relaciones con el vecino reino adquieren de día en día afortunadamente mayor cohesión, traduciéndose el influjo en todas las esferas.

Repitamos nuestras primeras palabras: todavía resuenan en nuestros oídos los aplausos entusiastas tributados á los artistas portugueses en el Teatro de la Comedia, y el delirio que causó en el público madrileño la actriz Lucinda Simões. Lo que no todos sabrán es que, en vez de la compañía dramática del actor Furtado Coelho, debió venir á Madrid la de los hermanos Rosa, la que actúa en el primer coliseo de verso portugués en Lisboa, la que en parte dirige Juan Rosa en el teatro de *Doña María.*

El artista que motiva estos renglones pidió permiso al Gobierno lusitano para venir á Madrid una vez concluído su compromiso en la temporada oficial de Lisboa, y... hubo sus inconvenientes para concedérselo. Después lo reclamaron desde el Brasil, y las dificultades se obviaron. Pasaba el tiempo á la sazón, y la duda de la autorización de una parte, el temor de que tuvieran éxito de otra, decidieron al ilustre actor á preferir la escena de Río Janeiro á la de Madrid, y allá fué toda la compañía, volviendo ahita de *contos de reis* (miles de duros) y cubierta de laureles. Entretanto supo aprovechar la ocasión el discreto actor Furtado Coelho, y firmó la escritura con la empresa que deseaba esta novedad para Madrid, logrando contar, si no aquellos *contos,* al menos miles de pesetas, y cosechando tantos lauros como acaso hasta aquel entonces ningún otro cuadro extranjero había conseguido.

La primera noche el público no sabía si debía reir ó entusiasmarse, y en los entreactos hubo eminencia académica que ridiculizaba la elocución lusitana, tratando de sacar partido, ora plagiando frases humorísticas de Cervantes á propósito de la lengua de Camöens, ora improvisando *doloras* en gallego. Pero el público, extraño á las prevenciones, sincero, sano, antes de terminar la función inaugural, dió su veredicto favorable, sin reservas; y en noches sucesivas se habituó rápidamente con la canturía del dulce idioma inmortalizado por el sublime tuerto, á quien si le sobraba un ojo para ser Homero, pudo llegar á igualarse á Milton sin ser ciego del todo.

El portugués, en la escena, en el parlamento,



UN RETRATO: PRUEBA FINAL

Digitized by Google

JACK Y SU AMA

EL GORRIÓN NUEVO

Digitized by Google

DESCANSO AL MEDIODÍA

Digitized by Google

en el foro, la cátedra ó el púlpito, tiene una eufonía tan diametralmente opuesta á la música del habla castellana, que no es de admirar dijera un sabio filólogo sueco, al oir sucesivamente en un *meeting* de la Alhambra á Moret y á los exploradores de Africa Ivens y Capello, que no conocía dos lenguas más diferentes en Europa. Pero poco á poco va el oído español haciéndose á aquellas modulaciones, acostumbrándose pronto; no sin cierto asombro al advertir que infinitas de aquellas locuciones son castellano arcaico, y que nos hallamos escuchando el lenguaje de Castilla de pasados siglos, pronunciado de distinta manera de como ahora lo pronunciamos; como si resucitara una generación antigua con sonidos desconocidos para nosotros, bien porque el rozamiento de los tiempos haya borrado inflexiones de voz, bien porque ellos conserven puro el idioma que nosotros hemos perdido, ó como si por último escuchásemos la lengua madre pronunciada por los moros que escribían en aljamia.

El caso es que la compañía portuguesa alcanzó un éxito extraordinario en el dificilísimo público de Madrid, y que el mismo (por no decir mayor) hubiera logrado la compañía del Teatro Principal del reino vecino.

***

Pocas personas podrán contar lo que yo (y de ello me vanaglorio): pocos pueden asegurar haber gozado de una representación dramática dada para ellos solos, á no ser el difunto rey de Baviera, que en los últimos años de su locura se hacía servir, como si dijéramos, una audición de ópera dirigida por el mismo Wagner en su propio coliseo palatino. Y yo, sin corte, ni palacio, sino en humilde casa de huéspedes de un real sitio de baños (algo había de tener de palaciego) de Portugal, disfruté de escenas sueltas del teatro romántico portugués, del clásico de Shakespeare, y del drama francés contemporáneo. Así tuve yo la honra de conocer á Juan Rosa.

Muchos años antes había yo visto en el teatro de *Doña María* el selecto cuadro de verso que allí trabaja. Yo conservaba grande admiración por los hermanos Rosa, singularmente por Juan; y sabido esto por el interesado, y previa larguísima y sabrosa conversación en que admiré también su talento fuera de las tablas, encontréme sorprendido cierta noche por su visita, anunciándome que venía *á representar*.

—¿A representar?

—Sí, señor: lo que no he querido hacer en la función concierto, el otro día, á beneficio de no sé qué cosa, vengo á *brindárselo* á V., como Vds. dicen, aquí, frente á frente, y á que sigamos discurriendo de teatro, de literatura, de política y de todo cuanto hemos charlado esta tarde. Yo soy así: cuando me interesa una conversación soy infatigable, y cuando no me interesa lo que á mi alrededor ocurre, soy mudo.

—Gracias por tanta honra, y... por el recuerdo, porque he oído que no tiene buena memoria más que para aprender los papeles de las obras. Para lo demás... hasta se olvida V. de ir á ensayo, de dar su clase á los alumnos del Conservatorio de Lisboa, y hasta en más de una ocasión se ha cambiado el cartel á última hora en *Doña María* porque á V. se le había pasado que debía representar aquella noche.

—¡Exageraciones! Sí, soy distraído; pero... En fin, ¿V. no ha visto *Otello*? ¿Ha visto á Shakespeare traducido por nuestro rey? (1) ¿No? Pues, entonces, á ver si V. piensa como yo acerca del Yago. Yo creo que Yago es un personaje sublime á fuerza de ser vulgar. Es el tipo del común de las gentes, envidioso, mezquino, ruin, como todos los hombres en los casos en que no actúan de protagonista. El segundo papel es muy amargo en la vida, y difícilmente se aviene el hombre á desempeñarlo. Por lo demás, creo que Shakespeare quiso buscar el contraste entre el fuego y el hielo, la pasión y el cálculo, el héroe y el vulgo, el amor y el odio, lo sobrenatural y lo humano. De aquí que yo no desdeñaría jamás interpretar estos segundos papeles de los grandes autores, pues son complemento de los primeros, y, si me apura V., le añadiré que estimo su ejecución erizada de mayores dificultades que la parte de los mismos protagonistas. Y... basta de teoría: vea V. el ejemplo, á ver si demuestro mis apreciaciones dando carne y huesos á Yago.

Y, con efecto, dijo las escenas culminantes de *El moro de Venecia* de un modo portentoso, que excede á toda ponderación.

Cambió después Rosa de entonación, compuso el rostro, y cuando le dije que tampoco le había visto el *Hernani*, se animó, declamando el parlamento de Carlos V de un modo inimitable, tal y como allá lo soñaría en sus poéticas visiones al escribir sus versos el genio de Víctor Hugo. Para ser el solitario de Yuste nada le faltaba sino el traje; pero tal es el poder del ademán y del gesto en los grandes actores, que pueden conseguir que se produzca por abstracción la emoción estética, hasta el punto de trasfigurarse y que el espectador se crea que viste la malla quien está vestido de levita, pareciendo espada el bastón y capacete el sombrero hongo. ¿Qué autor dramático no ha experimentado estas ilusiones viendo ensayar su obra á los actores, dicho se está que á los verdaderos artistas?

Para ser el Carlos V auténtico, además, aquel que nos ha hecho conocer Ticiano, cuyo retrato (aludimos al ecuestre) constituye un verdadero poema, no le falta á Juan Rosa nada, pues hasta la estatura le favorece, ya que no es un gigante sino en el arte, como tampoco el héroe de Pavía fué colosal de cuerpo, sino de espíritu.

Para no cansar á mis lectores, diré que terminó aquella sesión, que nunca se borrará de mi memoria, con algunas escenas del *Luis XI*, donde pude comparar á nuestro Valero con el artista lusitano, y nada perdió éste en el parangón, que es el mayor elogio que puedo escribir.

H. GINER DE LOS RÍOS

(Se concluirá)

(1) Vivía en aquel entonces todavía D. Luis.

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS

EN LA TERRAZA

Cuadro de E. Poynter

Poynter es uno de los más distinguidos artistas de la escuela inglesa moderna, dedicándose especialmente al género arcaico, para el cual reune las más brillantes cualidades. Ese cuadrito de la *Terraza* está muy bien estudiado, á pesar de lo contemporáneo que es el rostro de la linda frutera, estando concebido con mucho acierto el lugar de la acción.

EL GRABADO Á LA PUNTA SECA

Quedan aún por fortuna algunos cultivadores del grabado obra de arte, en cuya especialidad se cuenta el llamado *á la punta seca*, tenido como superior á todos. Rembrandt mismo, que es el rey de los grabadores al agua fuerte, combinó después este procedimiento con el de la punta seca hasta acabar por hacer uso exclusivamente de éste. El grabado á la punta seca es un procedimiento *positivo:* tomando la plancha de cobre como una hoja de papel y el buril como un pincel, las líneas presentan el aspecto natural de lo negro sobre blanco. Otra ventaja consiste en la delicada y aterciopelada cualidad de las líneas, lo cual es inestimable para la producción de ciertos efectos.

PARTIDA DE AJEDREZ

Acuarela de De Tommasi

Un purpurado y un pobre franciscano tienen entablada la partida, no siendo difícil augurar que el cardenal va á darle al otro el jaquemate del siglo. Es un cuadro muy bonito por el estudio de las dos figuras y la acertada elección de los accesorios, y aun podría decirse que encierra como cierto simbolismo, sospechándose que el autor quiso significar que el clero bajo nunca prevalecerá contra el Sacro Colegio.

INDECISIÓN

Cuadro de D. Luis Álvarez, dibujo de P. y Valor

Cuadro de género sumamente bonito. La época se presta como pocas á pintar escenas de galantería, con hermosos trajes. El lugar de la acción, un café de París á últimos del pasado siglo, está representado con suficiente exactitud, sin inútiles accesorios. En suma, un cuadro de esos que gustan tanto hoy en día.

ANTES DE UN BESAMANOS, EN EL PALACIO BUCKINGHAM

Los *drawing-room* ó sea recepciones, y si se quiere besamanos, de S. M. Victoria I, son famosos por la cortesía con que la graciosa soberana pone fin á la ceremonia. Dícese que es una cortesía de un mérito artístico indescriptible, una especie de vuelta en redondo, cuyo secreto sólo posee la digna soberana de la Gran Bretaña. Esas recepciones tienen mucha importancia para aquellos naturales, pues cuando un súbdito británico ha merecido el honor de ser presentado á la reina, tiene el derecho de que el embajador inglés respectivo le presente al monarca del país donde se encuentre.

JACK Y SU AMA.—EL GORRIÓN NUEVO

Jack y su ama es un buen grupo, siendo indudable que si *Jack* hubiese concurrido á la Exposición de Madrid, se hubiese llevado un premio. *El gorrión nuevo* es un lindísimo dibujo lleno de naturalidad y de asunto muy original.

DESCANSO AL MEDIODIA

Escena de la vida rural en el Oeste de los Estados Unidos. La vida del labrador es allí muy diferente de lo que se ve en nuestras tierras, habiendo llegado á un grado de bienestar que la hace envidiable. Verdad es que dista mucho de ser tan pintoresca, pero vale más indudablemente no prestarse tanto á dibujos mientras el puchero contenga carne y no falten buenos *dollars* en el arca.

INVENTO

A todo el mundo propongo,
como superior invento,
mi *jabón*, rico elemento
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Yo añadiré aquí lo que me resta decir sobre mi amigo. Alan, músico y poeta á la vez, no carecía de cierta instrucción, pues había leído muchas obras inglesas y francesas. Tiraba al blanco admirablemente, y era consumado maestro en la esgrima. En cuanto á sus defectos, no dejaba de tener algunos; pero el mayor era su exagerada susceptibilidad, que le inducía á considerarse ofendido por la menor cosa, aunque conmigo no lo hizo así, tal vez agradecido por el auxilio que le presté en la cámara. A mi amigo le agradaban los hombres valerosos sin hacer alarde de su propio mérito como tal, y por eso admiraba yo más su intrepidez.

CAPITULO XIII

EL NAUFRAGIO DEL BERGANTIN

Era ya bastante entrada la noche, y no dejaba de ser ésta oscura, aunque no lo bastante para no permitirnos distinguir los objetos á cierta distancia. Todavía hablábamos cuando el capitán llamó á la puerta de la cámara.

—Hacedme el favor de salir, y ved si podéis prestarme auxilio,—dijo.

—¿Preparáis alguna otra jugarreta? preguntó Alan.

—No estamos ahora para eso: se ha de pensar en otras cosas, porque el bergantín está en peligro.

Por la mirada del capitán, y sobretodo por su aspecto grave, pudimos reconocer que hablaba muy de veras, y por lo tanto Alan y yo salimos á cubierta sin gran temor de que nos hiciera traición.

El cielo estaba claro, pero soplaba un viento

Digitized by Google

fuerte y frío, y la luna brillaba en todo su esplendor. El bergantín se hallaba situado en disposición para dar la vuelta por el ángulo sudoeste de la isla de Mull, cuyas colinas se distinguían á babor. Aunque aquel punto no era favorable para la navegación, el *Covenant* avanzaba rápidamente, empujado por la fuerza de las olas.

La noche no me parecía del todo mala para nuestro viaje, y ya comenzaba á extrañar que el capitán estuviese tan preocupado, cuando el buque se elevó de pronto á mayor altura, y Hoseason nos gritó que mirásemos. Entonces vimos á cierta distancia una especie de surtidor inmenso, y seguidamente oyóse un rumor sordo.

—¿Cómo llamáis á eso?—preguntó el capitán con acento lúgubre.

—Son las rompientes de un arrecife,—contestó Alan;—pero ahora sabemos donde está, y por lo pronto es una ventaja. ¡Ah, si fuera ese el único!

Apenas había acabado de pronunciar estas palabras, divisamos una especie de fuente por la parte del sur.

—¡Ya lo estáis viendo!—exclamó el capitán. —Si yo hubiera conocido estos arrecifes, si yo hubiera tenido una carta hidrográfica, ó si Shuan no se hallara en el fondo del mar, no digo por sesenta guineas, sino aunque me hubierais dado seiscientas, habría arriesgado yo el bergantín en semejante paraje. Pero ¿no habéis dicho que nos dirigiríais?

—Estoy pensando,—repuso Alan,—que eso es lo que llaman las Rocas de Torran.

—¿Hay muchas?

—A decir verdad, yo no soy piloto; pero tengo idea de que se prolongan en la extensión de diez millas.

Hoseason y Riach se miraron silenciosamente.

—Supongo que habrá algún paso entre ellas.

—Indudablemente, pero no sé dónde, aunque me parece que el paso estará más expedito cuanto más nos acerquemos á tierra.

—Pues entonces,—dijo el capitán á Riach, —deberemos aproximarnos todo lo posible al promontorio de Mull, y aun así corremos grave peligro. Nos hemos metido en un mal paso, y paréceme que vamos á quedar todos aquí.

Así diciendo, dió una orden al timonel, y envió á Riach á la cofa de trinquete. Sólo había cinco hombres en cubierta y de ellos sólo tres disponibles para la maniobra, pues los otros dos estaban heridos. Riach era quien debía comunicarnos al punto sus observaciones sobre cuanto viese.

—La mar está muy gruesa por el sur,—gritó á poco,—y parece más tranquila cerca de tierra.

—Está bien,—dijo Hoseason á Alan;—vamos á seguir vuestro consejo; mas me parece que tanto valdría fiarse de un ciego. ¡Dios quiera que tengáis razón!

—Dios lo quiera,—repitió Alan,—pero, de todos modos, lo que haya de ser será.

A medida que avanzábamos, los arrecifes parecían más numerosos á nuestro paso, y Riach nos gritó varias veces que cambiáramos de rumbo; pero la última que lo hizo teníamos un arrecife tan cerca que cuando las olas se estrellaron contra él, el agua cayó sobre cubierta como una lluvia.

Aunque era de noche, podíamos reconocer aquellos peligros perfectamente, y por lo mismo nos inquietaban más. El capitán permanecía en pie junto al timón, apoyándose tan pronto en un pie como en otro y soplándose á veces las manos, aunque siempre con su acostumbrada gravedad. Ni él ni Riach se habían distinguido en la refriega, pero comprendí que eran valerosos en su oficio, y admirélos tanto más cuanto que observé que Alan estaba muy pálido.

—¡Animo!—gritóme el caballero.—Esto no es en rigor la muerte.

—¡Como!—exclamé yo.—¿No teméis nada?

—No,—contestó el caballero humedeciéndose los labios;—pero comprenderéis que esta es una muerte muy fría.

Orzando tan pronto á un lado como á otro para evitar un arrecife, dimos la vuelta á Jona, acercándonos á Mull. Un hombre estaba en el timón, y el mismo Hoseason ayudaba de vez en cuando en la maniobra, siendo de ver como aunábamos todos nuestros esfuerzos para retroceder del peligro. De repente Riach anunció desde su observatorio que veía agua clara.

—Teníais razón,—dijo entonces Hoseason al caballero;—habéis salvado el bergantín, y lo tendré presente cuando ajustemos cuentas.

Yo creo que el capitán quería decir con esto algo más de lo que sus palabras expresaban; pero tanto apreciaba su buque, que no me cabe duda que en aquel momento estaba muy agradecido.

Como quiera que sea, el resultado no fué el que esperábamos.

Un hombre estaba en el timón, y el mismo Hoseason...

—¡Orza un poco!—gritó Riach.—¡Arrecife á barlovento!

En el mismo instante las olas impelieron el bergantín, que, siguiendo el impulso del viento, fué á chocar contra el arrecife, con tal fuerza, que todos caímos en la cubierta, incluso Riach, situado en su observatorio.

Yo me puse en pie al punto. El arrecife en que acabábamos de chocar hallábase en la extremidad sudoeste de Mull, fuera de una isleta llamada Earraid, que parecía un punto negro. Unas veces las olas se precipitaban contra nosotros, y otras mugían alrededor del bergantín, haciéndonos comprender que el buque se hacía pedazos. El rumor de las velas, el bramido del viento, el agua que nos inundaba y la impresión del peligro, eran cosas suficientes para trastornar á un hombre más fuerte que yo, y apenas podía comprender lo que estaba viendo.

De pronto vi á Riach y á los marineros muy ocupados alrededor del bote. Corrí hacia ellos y presté mi auxilio; pero no era nada fácil la tarea, pues el tal chinchorro contenía cadenas y otros efectos, y hallábase colocado en el sitio más expuesto á las olas, que nos hacían retroceder á menudo.

Entretanto los heridos que podían andar llegaron también para ayudarnos; mientras que aquellos á quienes no era posible abandonar su sitio, gritaban para que los salvasen.

El capitán no hacía nada: parecía estar aturdido, y seguramente apenas se daba cuenta de lo que sucedía á su alrededor. El bergantín era para él lo que para cualquier otro hombre la familia: habíase mostrado casi indiferente por la desgracia del pobre Ransome, pero sólo la idea de perder su buque causábale sin duda tormentos indecibles.

Mientras trabajábamos para desprender el bote, recuerdo que pregunté á Alan, mirando á tierra, qué país era aquél, y contestóme que el peor para un Stewart, porque pertenecía á los Campbells.

Uno de los heridos se había encargado de observar el mar mientras descolgábamos el bote para botarlo al agua; y ya íbamos á efectuar la operación cuando nuestro vigía dió un grito, exclamando: —¡Por amor de Dios, deteneos!—Por su voz comprendimos que ocurría alguna cosa extraordinaria, y, en efecto, un momento después enormes olas elevaron el buque á grande altura, tumbándole después de costado. Ignoro si oí el grito demasiado tarde ó si mi mano fué demasiado débil para resistir el esfuerzo; pero lo cierto es que de pronto me vi en medio del mar.

Hundíme al principio, tragando mucha agua. Volví á subir á la superficie, y sumergíme de nuevo. Dícese que cuando un hombre se sumerge por tercera vez ya no sale más; pero á mí no me sucedió así, pues aparecí y desaparecí varias veces, siendo empujado de una parte á otra con una rapidez que me aturdía. Confieso que en aquel instante la cosa era tan nueva para mí, que no experimenté tristeza ni temor.

Muy pronto eché de ver que estaba agarrado á una tabla, la cual me ayudaba bastante; y de improviso me encontré en agua tranquila y comencé á volver en mí.

Aquella tabla era la misma á que yo me había agarrado, y no me causó poca extrañeza ver cuán lejos estaba ya del bergantín. Entonces grité, pero evidentemente ya no podía oirme nadie, y tampoco me fué posible ver si el bote estaba en el mar.

Poco después llegué á un sitio en que había poco oleaje, aunque las aguas parecían alborotadas. Sin duda estaba ya fuera del alcance de aquella fuerte marea, que, después de lanzarme de un lado á otro, habíame arrojado lejos de sí.

Hallábame en aquel momento en una calma relativa, y comenzaba á comprender que podía morir de frío, ya que no me había ahogado. Las orillas de Erraid estaban muy cerca, y veía los brezos y la mica que brillaba en las rocas.

—¿No me será dado llegar hasta allí?—me pregunté.

Yo no era nadador, pues en mi pueblo los jóvenes no tienen el elemento necesario para ejercitarse; pero, cogido á la tabla con ambos brazos, comencé á mover los pies rápidamente y pude observar que avanzaba, aunque con lentitud. Mucho hube de esforzarme, y á veces experimentaba mortal angustia; mas al cabo de una hora llegué á una playa arenosa rodeada de colinas bajas.

El mar estaba allí muy tranquilo, las aguas no producían allí rumor alguno; mas en cambio jamás había visto un lugar tan triste y desierto. De todos modos hallábame ya en tierra firme, y cuando al fin pude andar con paso seguro, olvidé mi fatiga para dar gracias á Dios pensando que en ninguna otra ocasión podría estar más obligado á ello.

Traducción de

(Se continuará) ENRIQUE L. DE VERNEUIL

Digitized by Google

SOMBREROS DE MODA

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO. — DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

Prason: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 St-Denis

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

EL JUDIO ERRANTE.-R. Molinas, Cortes, 365 á 371

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los CABELLOS y la BARBA
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor: PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmetico *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones*, dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas Perfumerias.

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
UNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, (*castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro*), SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, *perfumista* 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— DUSSER, Inventor. 1 RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (*En América, en todas las Perfumerias*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc. En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, 1.º izq.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 19 de julio de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 394

LOS PESCADORES (cuadro de Colin Hunter)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Teatros*, por C. M.—*Cuadros gallegos: Una feria y una romería* (poesía) (conclusión), por Manuel Amor Meilán.—*La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890: Historia. Costumbres*, por Francisco A cántara.—*Hojas de verano*, por Antonia Opisso.—*Portugal contemporáneo: Juan Rosa* (conclusión), por H. Giner de los Ríos.—*El faisante*, por M. Ossorio y Bernard.—*La virtud de la tolerancia*, por U. Gonzalez Serrano.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte inglés contemporáneo:* Los pescadores. Antigua alquería inglesa.—D. Isaac Peral y su familia. El submarino.—*Recuerdos de una dinastía destronada:* El príncipe Carlos Eduardo Estuardo. Flora Mac Donald. Dibujos de las telas distintivas de los jacobitas. El estandarte de los guardias del príncipe Carlos Eduardo.—*Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890:* Visita de pésame. El gran día de Gerona. Contraste. Confesión á mamá.—El palacio imperial de Delhi.

MADRID

Sin tomates y sin alcalde.—De veraneo

En circunstancias normales, el tren de Valencia que llega diariamente á la estación del Mediodía de Madrid es para la población de la corte lo que para el niño hambriento el seno próvido de la nodriza. Aquellos vagones cargados de sabrosos frutos que se iban derechos al mercado, podían compararse al cuerno de la Abundancia derramando sobre Madrid sus dones. De allí nos venían las primeras fresas y los primeros espárragos; ántes, mucho antes de que en este suelo enfriado por el invierno llegasen á su madurez los frutos, venían sazonados de la eterna primavera que reina en las riberas del Turia y en la hermosa costa donde se confunden los tonos azules del mar y del cielo y donde se destacan entre el follaje verde los puntos de oro de los limoneros y de los naranjos.

Pero todo ha cambiado desde que la epidemia aflige á aquellos pueblos, y el tren de Valencia no trae á Madrid el perfume excitante del fruto recién cogido, sino el olor acre y desagradable de las fumigaciones.

El tomate rojo y trasparente como el coral del golfo de Nápoles, se descolora y arruga en el baño de cloruro; el pimiento verde y lustroso, con la artística forma del gorro griego que cubrió tantas bellezas y que ha llegado á ser, como la corona, símbolo de una institución, pierde en los impuestos procedimientos químicos su sabroso jugo; y vagones enteros de ricas hortalizas son quemados para que no traigan á la corte el terrible *bacillus* propagador del mal.

Y no se sabe, hasta que se ve la escasez, lo que es el verano en Madrid sin tomates: al obrero le falta su almuerzo favorito, el tomate abierto por en medio, espolvoreado con sal y colocado entre un panecillo tierno; á la burguesía, la salsa que hace pasar en tiempo de calor el harinoso garbanzo y es aperitivo del clásico cocido; y al cocinero de primer orden un elemento principalísimo para sus guisos.

«Tomate hasta en el chocolate,» decían nuestros abuelos para demostrar la universalidad del sabroso fruto; y este año, que falta, no hay en Madrid ensalada completa ni manjar favorito para el pobre. Y como faltan el tomate y el pimiento, faltarán el melón riquísimo y la sandía refrigerante que llegaba todos los años de Gandía. ¡Pobre Gandía! Un telegrama de su celoso diputado Sinibaldo Gutiérrez Mas la presenta sumida en la miseria, á ella, hace un año tan próspera y dichosa.

En Madrid, á pesar de las precauciones adoptadas, ocurren algunos casos sospechosos; pero esto no es porque nos haya invadido la enfermedad, que esto no ha sucedido por fortuna, sino porque Madrid es la población más antihigiénica que se conoce. Aquí no se vende alimento que no esté adulterado; los mercados, aun los nuevos, están en pésimas condiciones; y los antiguos, enclavados en el centro de barrios populosos, faltos de luz y de aire, son focos de infección.

Los partidos políticos que turnan en el poder cuidan de llevar al primer puesto del Ayuntamiento á un personaje de mucho viso, creyendo que un alcalde á la moderna debe ser lo que era un antiguo alcalde corregidor.

Ahora se ha ofrecido el puesto á no sé cuántos grandes de España, que no lo han aceptado, y ya que no se ha podido llevar á la alcaldía á un aristócrata, se ha llevado á un ex ministro, como si con esto se salvase la situación.

El cargo de alcalde necesita condiciones especialísimas, algo de lo que es la vocación y el genio para el artista. Se puede improvisar un ministro, se puede hacer de cualquiera un subsecretario, un director, un gobernador, pero no un alcalde. Hay que tener para este puesto algo del genio innovador de Haussman, que, inspirado en el espíritu de su tiempo, lleva su atrevida piqueta á las tortuosas callejuelas de una población vieja para trasformarlas en los anchos *boulevarts* de una capital moderna.

Los acontecimientos de las grandes ciudades de nuestros días son las exposiciones, y las exposiciones no pueden hacerse sin un alcalde innovador y atrevido. Entre los proyectos para celebrar dignamente el centenario de Colón, figura el de un gran Certamen Hispano-Colonial que trajese á Madrid los variadísimos y ricos productos de aquel fértil suelo á donde llegaron los primeros nuestros navegantes, las manifestaciones valiosísimas de su industria. Pues bien: este gran certamen no se podrá celebrar si Madrid no encuentra antes un alcalde, y mucho me equivoco ó éste no ha de salir de las filas de los grandes de España y de los personajes de relumbrón, donde ahora lo ha buscado el partido conservador.

***

Ha sonado la hora de la desbandada, y los chismes más en boga son el panzudo baúl mundo donde la elegante guarda las galas que ha de lucir en playas y casinos, y la maleta que ha de recorrer establecimientos balnearios y hoteles.

Así como el señor chapado á la antigua no se concibe sin el espadín y la peluca empolvada, el hombre á la moderna no se concibe sin la maleta y la manta de viaje, dispuesto siempre á imitar al judío errante.

La corte ha seguido la corriente general y ha dispuesto su equipaje para trasladarse á orillas del mar. Este equipaje no es aquel arqueológico en que figuraba como primer elemento la antigua silla de posta, la jornada palaciega, grata á las azafatas y gentiles hombres de los tiempos de D.ª Isabel II, ha desaparecido, y el Real Sitio como punto para pasar la corte el verano, sin perder nada de su ceremoniosa etiqueta, ha dejado de tener vida.

En las alamedas de la Granja hace ya años que no se escuchan los acordes de la marcha real, y en sus recortados parterres no se ven ya los uniformes palatinos, ni corren las rizadas aguas de sus vistosas y monumentales fuentes con aquel aparato que hacían recordar música deliciosa de Offembach. Ahora la corte se va en ferrocarril á San Sebastián, como los burgueses que van á tomar baños, y allí vive en un hotelito que tiene poco de palacio y donde no hay galerías para los alabarderos ni antecámaras para los gentiles hombres.

Las sillas de posta que recorrían el camino de Villalba á la Granja se quedan en las caballerizas, ó sirven sólo para la infanta Isabel, muy apegada á las prácticas antiguas.

La locomotora llega ya cerca de la Granja á la antigua Segovia: un paso más y la tendremos en las mismas verjas del antiguo Real Sitio, cuyos jardines, trasformados en restaurants, chocolaterías, kioscos que sirven de salón de baile ó de concierto, de gabinete de lectura ó de juegos, podrán servir de solaz y recreo á los madrileños, que se aprovecharán así de los fabulosos tesoros de la nación que allí derrochó Felipe V, deseoso de construirse cerca de Madrid un Versalles.

***

Dentro de unos cuantos días, Madrid, sin corte, sin personajes, sin sus mujeres elegantes y sin sus círculos políticos, dormirá su siesta de verano, sólo interrumpida por el rasguear de las guitarras de las populares verbenas.

Ya todas las esquinas muestran los anchos carteles en que las empresas de ferrocarril anuncian los precios reducidos con que llevarán viajeros á las playas del Norte y á los valles y montañas de Asturias y Galicia. Con ellos alternan los caprichosos cromos que anuncian festejos en las apartadas provincias, y el buen burgués consulta su bolsa para ir á zambullirse en el Sardinero ó en la Concha de San Sebastián, ó para ir á ver disparar cohetes y encender luminarias en Gijón y en la Coruña.

Bilbao ofrece los atractivos de botar al agua los nuevos cruceros construídos en las playas del Nervión y que serán muestra de los adelantos de la industria española.

La lira de los poetas se apresta á las gentilezas de los Juegos florales en varios puntos de la Península; y mientras la chicharra canta en los árboles y el labrador tiende en las eras las maduras y recién segadas espigas que triturará el trillo para separar el grano de oro de donde saldrá el pan, que el hombre, cumpliendo una ley divina, debe ganar con el sudor de su frente, los afortunados de la tierra correrán á buscar salud los unos y distracción los otros en manantiales y casinos.

Renegamos del calor cuando nos abrasa y enerva en los días estivales, y olvidamos que él es fuerza y vida, que todo lo anima, madurando los frutos, desarrollando la potencia de la naturaleza y siendo el agente poderoso de la existencia.

Madrid abre ahora sus casetas de estera levantadas sobre la escasa corriente del pobre Manzanares, sobre el que han caído más epigramas que agua, y cierra sus crónicas para reanudarlas cuando soplen las brisas del otoño, que traerán este año un gran movimiento político con los preparativos electorales. En tanto, hay que buscar los asuntos lejos de este atrasado lugarón de la Mancha donde vivimos por un desdichado capricho de Felipe II.

La crónica, imitando á la generalidad de la gente, lía también su maleta y se va á otras partes.

Luis Blanc comenzaba un artículo fechado en Londres diciendo que hay sitio en el mundo que agrada siempre volver á ver. ¡Dichosos los que tienen alguno de esos sitios sombreados por castaños y nogales, como los que describió Trueba, ó arrullados por las olas, como los que encontramos al recordar las páginas castizas de los libros de Pereda!

¡Cuánto mejor se vigoriza el cuerpo y se fortalece el espíritu, durante la canícula, en estos sitios, apartados del mundanal ruido, que en los casinos, donde gira incesantemente la ruleta, haciendo cambiar de manos las apiñadas pilas de relucientes *luises*, ó donde se extienden las cartas del *Baccarrat* agitando las almas con sus ochos y con sus nueves!

Pero la crónica, si ha de corresponder al interés de actualidad, no puede hacer lo que quiere, y, como el loro del portugués del cuento, no tiene más remedio que ir á donde la lleven.

KASABAL

TEATROS

Con éxito brillantísimo y ante un público tan lucido como inteligente, con ser muy numeroso, estrenóse en el Teatro de Novedades, la noche del 10, la comedia de nuestro buen amigo y compañero D. Antonio Sánchez Pérez, titulada *El primer choque*.

Del mérito de esta producción nos ocupamos

Digitized by Google

ya en una de nuestras *Bibliografías;* pero esto no quita que manifestemos ahora que la obra dejó encantado al auditorio por constituir un verdadero modelo de comedia de costumbres, culta, delicada, llena de primores de lenguaje y desarrollada con una naturalidad á que no estábamos acostumbrados.

Que la producción del Sr. Sánchez Pérez es un dechado de corrección de lenguaje, no hay por qué decirlo tratándose de tan excelente hablista; pero sí que el autor se ha mostrado consumadísimo maestro en la pintura de los caracteres y en la observación de la realidad, presentada con exquisito discernimiento, por manera que no hay ni una escena ni una frase que huelgue.

El éxito de la comedia, exenta absolutamente de *efectos,* ha sido uno de los más legítimos, quedando demostrado que el público sentía verdadera ansia por embelesarse con una obra derivada de la observación de la realidad y desenvuelta con la donosura que se admira en *El primer choque.* Ya se ha podido ver ahora lo que quiere el público y lo que le gusta.

Por nuestra parte no podemos ocultar la satisfacción con que asistimos á la ovación alcanzada por nuestro estimadísimo compañero, á quien enviamos desde aquí la más cordial enhorabuena.

C. M.

CUADROS GALLEGOS

UNA FERIA Y UNA ROMERÍA

(CONCLUSIÓN)

Entrega el viejo un romance
y comienza el toma y daca,
y los romances del ciego
por las monedas se cambian.
—¡Uno á mí!—¡Déme á mí otro!
—¡A mí!—¡Y á mí!...—Y la cascada
voz del viejo que pregona:
—¡La Historia más celebrada!...
¡Dos cuartos cuesta el romance!
¡Quién quiere otro, que se acaban!

***

Mas ya de la blanca ermita
se deja oir la campana:
lenta y grave en un principio
como solemne plegaria
que sube hasta el almo cielo
de la fe en las divas alas,
luego es alegre repique
que en los aires se dilata
y cuyos ecos se extienden
hasta una inmensa distancia.
Del modesto campanario
subidos sobre las tapias
adornadas con largueza
de banderolas y flámulas,
unos cuantos mozalbetes
agitan de las campanas
los badajos; el cohetero,
con la mecha preparada,
dispuesto á atronar el aire
con las estruendosas salvas
de cohetes en el punto
en que de la ermita salga
la procesión que conduce
á la imagen de la santa.
Ya sale al fin: dos cohetes
en los espacios estallan
después de un breve escarceo.
Cesan de pronto las gaitas,
callan todos los rumores,
y sólo regocijadas
se oye sonar en los aires
el repique de campanas.
Tras del pendón de la ermita
graves y enfilados marchan
algunos fieles, que llevan
grandes y encendidas hachas.
En medio de las dos filas
las ofrecidas, tapadas
con negro manto, arrastrándose
de rodillas, sus plegarias
á los cielos dirigiendo.
Viene á seguida la santa,
en los hombros conducida
de cuatro atletas, que estallan
de regocijo y orgullo
con tan codiciada carga;
detrás el palio, y detrás
el *ramo,* soberbia rama
cargada de ofrendas, hechas
de amuletos y medallas;
y cierran la procesión
aldeanos y aldeanas,
humildes y recogidos
cual llenos de unción sagrada.
De la procesión al paso
encórvanse las espaldas,
se doblegan de rodillas,
todo se tornan plegarias,
signarse, golpear el pecho
é invocar de Dios la gracia;
y así, al son regocijado
de cohetes y campanas,
la procesión lentamente
el atrio cruza y repasa.

***

Y sigue la romería
alegre y regocijada,
y vuelve á correr el vino,
y vuelve á sonar la gaita,
y vuelve el viejo coplero
á cantar la historia extraña,
y así trascurre la tarde
y así la noche se avanza;
y cuando las negras sombras
se extienden por la comarca,
á sus hogares regresan
aldeanos y aldeanas
lamentando que tan breve
pase la dicha y tan rauda.
Todo terminó: tan sólo
perdido allá en lontananza
se escucha el son melodioso
de la dulce y vieja gaita,
armonía que semeja
la tierna voz de las *fadas*
de los pinares vecinas,
armonía dulce y grata
que lenta se va perdiendo
semejando enamorada
queja, suspiro ó sollozo
que conmueve nuestras almas!
. . . . . .

III

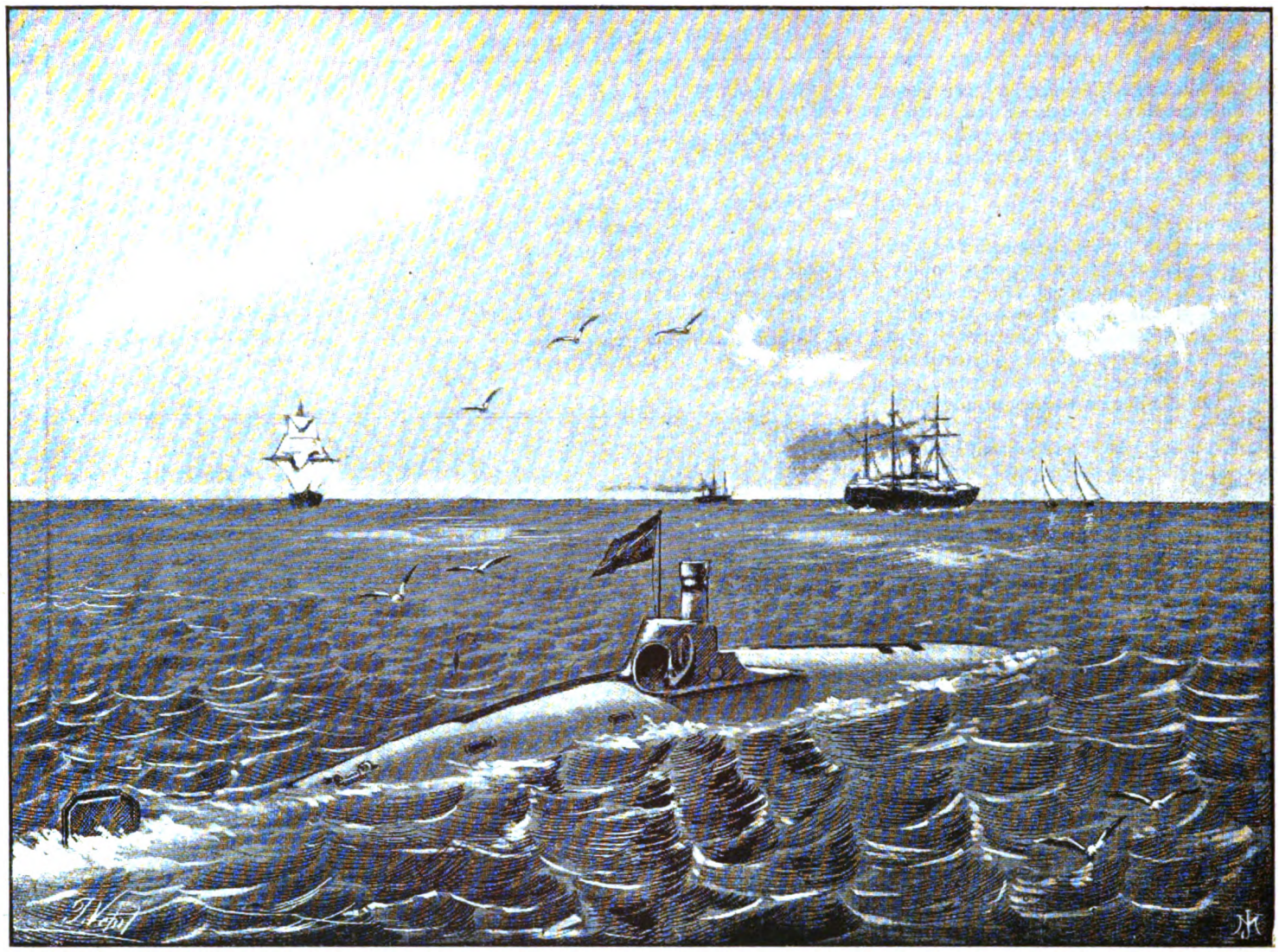
¡Galicia! ¡Patria querida!
¡Destello del almo cielo!
¡Cuánto lejos de tu lado
tantos hechizos recuerdo!
¡Con lágrimas en los ojos
y sollozos en el pecho
este recuerdo te envía
quien gime de ti muy lejos!

MANUEL AMOR MEILÁN

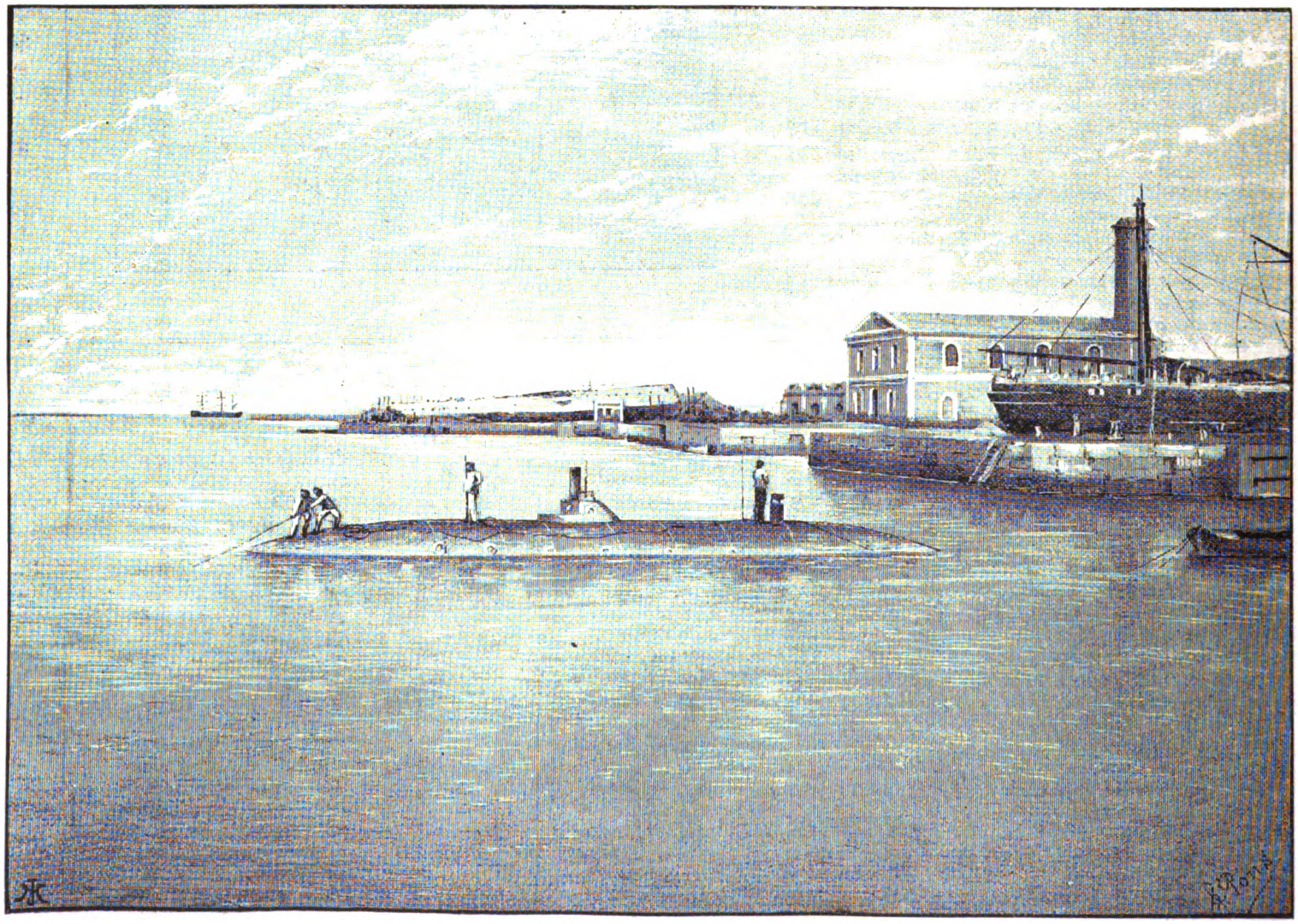
Castellón, agosto 1887.

D. ISAAC PERAL Y SU FAMILIA

Digitized by Google



EL SUBMARINO PERAL DESPUÉS DE LA PRUEBA DE INMERSIÓN
(Dibujo de J. Vehil, según el cuadro del Sr. Ruiz Luna, fotografiado por el Sr. López Cembrano)



EL SUBMARINO PERAL AMARRADO EN EL ARSENAL DESPUÉS DE LAS PRUEBAS
(Dibujo de F. Pons, según fotografía del Sr. López Cembrano, de San Fernando)

Digitized by Google

FLORA MAC DONALD

EL PRÍNCIPE CARLOS EDUARDO ESTUARDO

Digitized by Google

La Exposición Nacional de Bellas Artes de 1890

III

HISTORIA.—COSTUMBRES

Lo que en oposición á lo que llaman *géneros inferiores* (paisaje, bodegones, etc.), podemos llamar *género superior*, la pintura de historia, adolece del grave inconveniente, gravísimo en estos tiempos de realismo, de reflejar el natural al través de infinitos preceptos que hacen de la obra de arte un producto de convenciones ridículas siempre que el artista no tiene una base inconmovible de estudio, instrucción vasta ó rapidísima y excepcional intuición.

¿Qué es el cuadro de historia? La restauración de una escena de la vida más ó menos distante, pero restauración tan completa que rechaza toda modificación, no sólo esencial, sino hasta accidental, que el temperamento del artista pueda llevar á ella. Es decir, que el artista debe ser esclavo de la verdad histórica, subordinando á ella su personalidad, como el historiador digno de tal nombre tiene que ser casi un dios que se eleve sobre las pasiones humanas, sobre sí mismo, para ver, desde la región en que sólo impera la verdad, el episodio donde en la mayoría de las veces debe condensar una época entera.

Veamos los elementos de que los artistas suelen disponer para la feliz realización de un cuadro de historia.

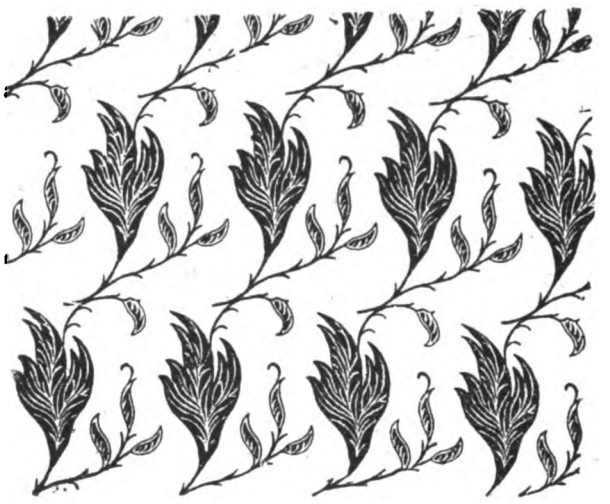
En estos tiempos de tan extraordinaria severidad crítica que no merece el nombre de historia sino la basada en datos ciertos; en que se rechazan con el desdeñoso nombre de leyendas los anales de los pueblos, alterados siempre por el orgullo nacional; sólo á algunos hombres tan sinceros como profundos, que consagraron su vida á la investigación de períodos determinados, les es dado penetrar en las tinieblas de la historia después de pertrecharse con las armas insustituibles de la filología, de una sagacidad filosófica probada en largas meditaciones y de un instinto etnológico despierto por el cultivo de las ciencias naturales. Y, ya que no pueda el artista alcanzar tanto, ¿hasta dónde le será dado llegar en la investigación de los hechos convergentes á la escena que trata de representar? ¿con qué medios cuenta para ello?

¡Pobres medios para empresa tan ardua los que le proporciona el estudio empírico de algunas asignaturas teóricas, cuando las estudia! Sin el más ligero conocimiento enciclopédico del vasto plan de la vida moderna, sin preparación ninguna, los libros, suponiendo que los tuviera, son letra muerta en sus manos, enigmas indescifrables: vese reducido, cuando cae en la funesta tentación de acometer un asunto histórico, á la consulta de alguna página suelta de la historia al uso, que no suele tener, las más de las veces, más importancia que la de una novela inspirada en cualquier manía política ó de escuela.

¿No nos ofrece un ejemplo, en esta misma exposición, el cuadro de Sala, inspirado en episodio relatado por autor inglés cuyo fundamento probable no es otro que el deseo de Prescott de presentar la expulsión de los judíos como obra exclusiva del funesto fanatismo español, tan cacareado ya por propios y extraños y con toda la solemnidad de un acontecimiento rodeado del fausto de la corte? Y esto siendo Sala de los poquísimos pintores ilustrados.

¿Dónde acudirá el artista al uso para estudiar la indumentaria de la época? ¿A esos álbums vulgarizadores de las vulgaridades arqueológicas? Una cosa hay difícil sobre todas para los artistas españoles: el sentimiento de la varonil y desgarrada elegancia española, desdeñosa de todo afeminamiento en el traje, de un altivo descuido, de una sencillez que ha rechazado las exageraciones de la moda, siempre importadas, acreditadas nunca, y para cuyo conocimiento sirven de poco los dichos álbums, generalmente franceses, que aquí se consultan. Total, que quien pretenda hacer de la pintura de historia obligado ideal de los pintores, desconoce en absoluto la inmensa importancia de este género y sobre todo las dificultades casi insuperables que para su cultivo se presentan.

¿A qué se debe esa efímera existencia de esa multitud de cuadros de historia pintados durante los últimos veinte años, sino á la dificultad, imposibilidad casi siempre, de penetrarse en el acontecimiento, espíritu y carácter de los personajes y del conocimiento de la indumentaria verdadera? Aparece un cuadro de historia: sorprende al principio, pues por escasos que hayan sido los medios reunidos por el pintor, siempre son mayores que los del vulgo, admirador, un instante, del pálido reflejo que de la época nota en el cuadro; mas al instante la crítica lo destruye, y aun, sin la crítica, el mismo público que lo admiró al aparecer, siente como envejece ante sus ojos el artificio fraguado con el deseo de sorprenderle.



DIBUJO DE LAS TELAS DISTINTIVAS DE LOS JACOBITAS

Además parece que cuantos sufren la manía de los cuadros de historia han olvidado hasta el color de los objetos, el vigoroso relieve con que en el natural se ofrecen, todo lo que á las obras comunica sabor de verdad. Por todo esto, el género desacreditado ofrece en esta exposición las últimas muestras de una manía que nuestra juventud repugna ya, apasionada de la naturaleza, sobre cuyo estudio se apresta á fundar el arte nuevo.

El cuadro de Emilio Sala es, sin duda, una obra admirable, aunque en él no se haya conseguido realizar el asunto. Ninguno de nuestros pintores de este siglo ha poseído tan rica paleta ni pincel tan diestro y magistral: para hallar trozos de pintura como los que forman el conjunto de *Expulsión de los Judíos*, es preciso llegar hasta el renacimiento. Este mérito es mucho mayor por contrastar con el lamentable y vergonzoso descuido en que ha caído nuestra pintura.

La silla de Felipe II, *Venganza de Fulvia*, *El último día de Gerona*, *Predicación de San Pablo*, *Hernán Cortés ante Carlos V*, *Entrada de Carlos V en Yuste* y *Muerte de Sertorio*, son la confirmación de las ideas que hemos expuesto.

El 17 de Julio, ó la matanza de los frailes, para designarlo con el título conocido por el público, es digno de mención especial por ser obra de un joven que demuestra grandes cualidades; así como *Ultima sesión del compromiso de Caspe*, del Sr. Parlade, por la gran compostura de la composición, y *Defensa de Zaragoza*, del Sr. Mejía, por la castiza pintura que en él abunda.

A buen juez mejor testigo, del Sr. Menéndez Pidal, ya mencionado en nuestro primer artículo, es un cuadro digno de mención especialísima. En obsequio á los que no lo hayan visto, diremos que es la realización del último momento de la caballeresca y poética leyenda de Zorrilla. Inés de Vargas ha demandado el testimonio del Cristo de la Vega, ante el que Diego Martínez juró desposarla. El momento del cuadro es aquel en que el Cristo

> vino á posar en los autos
> la seca y hendida palma.

El escribano, de pie y como anonadado, sostiene los autos. Inés ve confirmada su fe, el gobernador se humilla reverente, Diego Martínez está á punto de tirar de la espada hasta contra el que le dejó por perjuro con su testimonio, y las gentes sencillas ven el prodigio con religiosa admiración, pero sin extrañeza, como si lo hubieran creído posible antes de llegar á la presencia de Cristo. La poesía única, vehemente y tierna del gran Zorrilla vive en el conjunto sapientísimo del cuadro, que sobre todos sus méritos, y con muchos, cuenta el de tener encarnada en sus figuras, con facilidad asombrosa y sencillez inverosímil, una acción tan compleja como la de esta leyenda, en que lo sobrenatural se alía sin esfuerzo con la vida corriente.

* * *

Los que en su mal disimulado odio á las corrientes naturalistas del día hacen solidaria á la juventud de las exageraciones realistas de un grupo de artistas exaltados, ó de críticos cuyo extremo positivismo es más fantástico aún que las mayores exageraciones de la metafísica antigua, no saben con qué amor tan ferviente, con qué respeto tan sincero se coloca el artista moderno ante la naturaleza. Sin la preocupación clásica de corregirla ni aumentarla, sin discutirla, porque ahora por lo pronto sólo se trata de asimilársela; sorprende cada día nuevos y sabrosísimos misterios que en ninguna época del mundo ha tenido para los hombres más ó menos preocupados de un espíritu trascendente ó de escuela. Verla en todo el hermoso abandono con que se ofrece, y llevarla al lienzo según el propio temperamento, es el ideal del artista moderno; y á los que nos digan que las obras de tales artistas resultarán insípidas sin los aliños que eruditos preceptistas confeccionan, les contestaremos, por el pronto, que la obra en que se consigue el reflejo con que devuelve al exterior el alma del artista á la naturaleza, es inmortal.

Como si no existieran maestros ni autoridades que defendieran el *arca santa* que guarda quiméricos preceptos y tradiciones fósiles, los paisajistas de que nos ocupamos en el artículo anterior y los pintores de costumbres á quienes vamos á dedicar algunos renglones, buscan en la naturaleza lo que ellos solos pueden encontrar, y, como si fueran hombres primitivos que jamás hubieran oído hablar de arte, abren su alma á la belleza del mundo una y distinta y nada más.

Así ha procedido Muñoz Lucena en sus *Lavanderas*, situadas á pleno sol en los bordes de un arroyo cercado de prados y bosques, oreado por el confortante ambiente de los campos y por la franca luz de mediodía. Así ha procedido Bilbao en su *Vuelta al hato* al representarnos la hermosísima escena de una familia campesina andaluza gozando de las caricias de sus hijos al volver del trabajo remunerado por el amor de tiernas criaturas, colocando la escena á campo abierto, en la dilatada vega que limitan violáceas montañas, entre los grupos de gañanes y á la luz picante del crepúsculo vespertino. Así el pintor gallego Silvio Fernández en *O xantar*. En el alto de una colina tras de la que se desarrollan tierras labradas, con las mieses en haces, y azuladas montañas, á la tranquila luz de Galicia, un trabajador toma su merienda traída por

Digitized by Google

la rapaciña su hija, que le contempla. El aire patriarcal del padre, la sencillez idílica de la hija, la majestad del paisaje, y hasta el reposo mismo de la pintura, son notas locales y fidelísimas que por primera vez aparecen en nuestra pintura. Así Blanco Coris en *Prófugos y desertores*, grupo de hombres avezados al martirio que les proporcionan sus locuras, de un audaz cinismo ó colérico abatimiento; que, conducidos por guardias civiles, entran en una población despertando distinto y conmovedor interés en una madre y una hija. Así Maura en *Sin trabajo:* muchacha hermosísima, costurera en actitud reflexiva de forzado ocio, cerca de su máquina de coser y rodeada de los humildes muebles de modestísima habitación. Y Cabrera Canto en *Huérfanos,* familia desolada por la pérdida de la madre; Carbonell y Selva en *Santuario,* Andrade en *El aniversario,* Silvela en *La tienda-asilo,* Sorolla en *Costumbres valencianas*, de ejecución admirable; Ugarte en *En el campo,* Osmundo Gómez en su *Playa de Laredo,* Llimona en *El ofertorio,* y otros muchos, han buscado en nuestras costumbres esa florescencia de la vida humana, compendio de la vida universal; pero con la sinceridad que nunca podrán comprender artistas educados en el estudio de la *figura humana* hecho á la antigua, de esa apariencia de hombre como segregado de la naturaleza que lo envuelve; ni los confeccionadores de sus preceptos.

Jiménez Aranda ha expuesto cuadros de costumbres españolas del siglo pasado y francesas contemporáneas. De éstos también ofrece Sorolla, entre sus preciosos estudios de cabeza, *Boulevard de Paris.*

Los retratos de la Exposición: hé aquí el título de un artículo que tal vez escribamos dada la importancia de este género y su decadencia en nuestra pintura. El de Masriera y su *Esperanza y resignación* son, sin duda, lo mejor en su género.

Con mérito excepcional figuran en la Exposición tres obras del Sr. Valenzuela Puelma, americano-español cuya tranquila manera de ver el natural y amplísima ejecución son dignas de todo elogio.

FRANCISCO ALCÁNTARA

HOJAS DE VERANO

I

Se llamaba Hortensia Flores, nombre de suyo muy perfumado y digno de figurar como título de algún tratado de floricultura, lo cual no quiere decir que no guardase irreprochable armonía con las condiciones de la niña que lo llevaba, ya que, á nacer ésta en el mundo de las plantas, á buen seguro que hubiera salido hortensia, esto es, una flor tan rica en matices como falta de exquisitos aromas.

Porque Hortensia, no cabe negarlo, era soberanamente hermosa, bien que de una hermosura tan muda como fría. Sus gracias y atractivos no conseguían interesar más allá de la visual: ahondando, se daba con un vacío tan grande que, al pretender sondearlo, el abismo causaba vértigo, obligando á retroceder. Ídolo de barro, se hacía preciso adorarle desde conveniente distancia, pues salvándose los límites que marca la perspectiva, todos los encantos y bellezas convertíanse en espantosas deformidades.

En la comedia social se había impuesto la niña el papel de reina, papel de no muy difícil desempeño á juzgar por la costumbre observada en los teatros de confiarlo siempre á los partiquines; pero como los aficionados resultan siempre detestables, bien que se les tolera y aplaude en gracia á su buena intención, de ahí que la corte de parásitos que rodeaba á Hortensia transigiese sumisa con sus impertinencias, y aun (¡cortesanos al fin!) solicitara el honor de merecer sus desdenes.

Un día, sin embargo, descendió la niña de moda de su dorado pedestal, y, al confundirse entre los demás mortales, sintió dispertar en una temperatura de 4º sobre cero el cacho de corazón que le tocó en suerte al nacer, atmósfera que, dado su temperamento, fué más que suficiente para inflamar aquel fragmento de víscera. El asombroso fenómeno lo obraron las asiduas atenciones y finezas que le prodigaba Paco Ruiz, el menos gomoso y almibarado, pero el más rendido y constante, de sus asiduos devotos, el cual la adoraba con cariño rayano en ciega idolatría, seguro de que obtenía, por parte de su amada, sincera y leal correspondencia. Hubiera sido él un hombre perfecto á ser menos sensible á los encantos de Hortensia; pero como lo perfecto no cabe en lo humano, el bueno de Ruiz vendó sus ojos con la rosada venda, y, á través de sus alegres y seductores cambiantes, todo lo veía y lo miraba conforme le aconsejaba el deseo.

¿Sus amigos? Eran unos envidiosos: cuantas advertencias le hacían eran hijas del despecho y de los celos que les causaba su triunfo monumental. Así discurriendo, todas las reflexiones holgaban, los mejores consejos debían infaliblemente estrellarse contra su inocente á la par que funesta ceguedad.

Llegó el verano, y la familia Flores se dispuso á abandonar Madrid. Paco no podía acompañar á Hortensia: sus ocupaciones le reclamaban á la corte; y, aunque era para sentida, dió su amada muy poca importancia á esta primera contrariedad. Todos sus afanes y atenciones los consagró á discurrir sobre lo que debía de llevar. Con pueril alegría dispuso su tren de marcha; y en lugar preferente de su *mundo*, en un compartimiento que guardaba infinitas bagatelas, colocó primorosa cajita de marfil, urna querida que contenía los caros testimonios que daban fe de su primer amor.

No podía quejarse su novio: otra niña de sus condiciones hubiera dejado aquellos mudos recuerdos en Madrid: ella los llevaba consigo para que constantemente le *hablaran* de él, y Paco estimó en todo su valor tan delicada muestra de cariño.

Llegó el día de la partida. Ruiz bajó á la estación del Norte para despedir á su amada. Estaba muy preocupado y triste, y jamás dijeron sus labios ternezas más sentidas, protestas más apasionadas que aquella tarde.

—No seas niño,—le decía ella;—mi ausencia no va á ser eterna: dos ó tres meses fuera de Madrid no es motivo justificado para que te impacientes conforme lo haces.

—Mi impaciencia la disculpa mi cariño,—observaba Ruiz;—me desespera la idea de dejar de verte un solo día. Escríbeme á lo menos con frecuencia: tus cartas serán mi única alegría.

Hortensia le atendía sonriendo, pero sin contestarle. Paco hablaba cada vez más enamorado, pero más triste. ¿Por qué tenía que afligirse ella? Iba á uno de los balnearios más deliciosos de la costa cantábrica: su nombre figuraría entre los primeros en las correspondencias de Zarauz que publicarían los periódicos de la corte, como ya había figurado durante el invierno en todas las revistas de salones. Si ya *se estaba leyendo* en un suelto que había publicado el más elegante de los periódicos de *budoir* anunciando la salida de D. Felipe Flores acompañado de su distinguida esposa y bellísima hija. Engolfada en tales cabildeos, difícilmente podía descender á la realidad á que la llamaba Ruiz, sin abandonar uno de sus más favoritos ideales y el que más halagaba su refinada vanidad.

Paco sentía crecer por instantes su agitación. Cuando los empleados cerraron las portezuelas de los coches, y lanzó la máquina su prolongado silbido, y el tren se puso en marcha entre nubes de humo, creyó que una nube negra fluctuaba sobre su cabeza; que todas las sombras de la noche, condensándose en un solo punto, penetraban traidoramente en su alma, envolviéndola entre oleadas de lúgubre y siniestra oscuridad.

Abandonó la estación, y, al encontrarse solo, sintió que sus ojos se humedecían. Los dirigió por última vez hacia la vía, pero el tren corría velozmente y pronto se perdió de vista: por eso no vió Paco que, en tanto era él presa de mortal congoja, llevaba Hortensia alegre y animada conversación con algunos compañeros de tren.

II

Hortensia fué en Zarauz la niña de moda, como había conseguido serlo en Madrid.

Algo había presentido ella al abandonar la corte, pero la realidad excedió de mucho á sus cálculos, como que, á los pocos días de haber llegado á la hermosa villa guipuzcoana, hasta tiempo le faltó para escribir á Ruiz.

Lo cierto es que las cartas á su novio eran para Hortensia un verdadero conflicto. ¿Qué iba á decirle? ¿Que se divertía mucho? ¿Que tenía allí infinidad de adoradores que apenas si le dejaban tiempo para recordarle? Hay verdades que no pueden decirse, y, comprendiéndolo así Hortensia, decidió poner á Paco una carta cada semana, luego una cada quince días, y finalmente convino en que lo más indicado era dejar en suspenso sus relaciones hasta regresar á Madrid, porque lo cierto era que Ruiz con sus quejas y ternezas le ocasionaba los únicos malos ratos que pasaba en Zarauz, y á veranear se va precisamente para pasar una temporada de relativo descanso, para permanecer unos meses ajeno á todo disgusto y malestar.

Además había intimado mucho con un joven gaditano muy simpático y elegante y que, dadas sus circunstancias especiales, juzgó desde luego mucho más digno de sus preferencias que el descontentadizo novio que quedaba esperándola en Madrid.

El andaluz, sí que le quería bien. Era tan bueno y condescendiente que nunca se quejó porque mirara á ese, al otro ó al de más allá: al contrario, cuando ella estaba desdeñosa y quería darle celos hablando con otros bañistas, Luis que así se llamaba el andaluz, le decía:

—Así me gusta: que te diviertas mucho, que seas en todo y por todos la reina de la jornada, el único ídolo del salón.

Un novio de tan buen carácter bien merecía el sacrificio de alma y corazón, y por entero se lo rindió Hortensia, decidida como estaba á encadenar para siempre su suerte con la de Luis.

—Hé aquí el marido soñado,—se decía;—el único hombre que me comprende y puede hacerme feliz.

Y le quiso con toda la vehemencia propia de su carácter frívolo y arrebatado á la par.

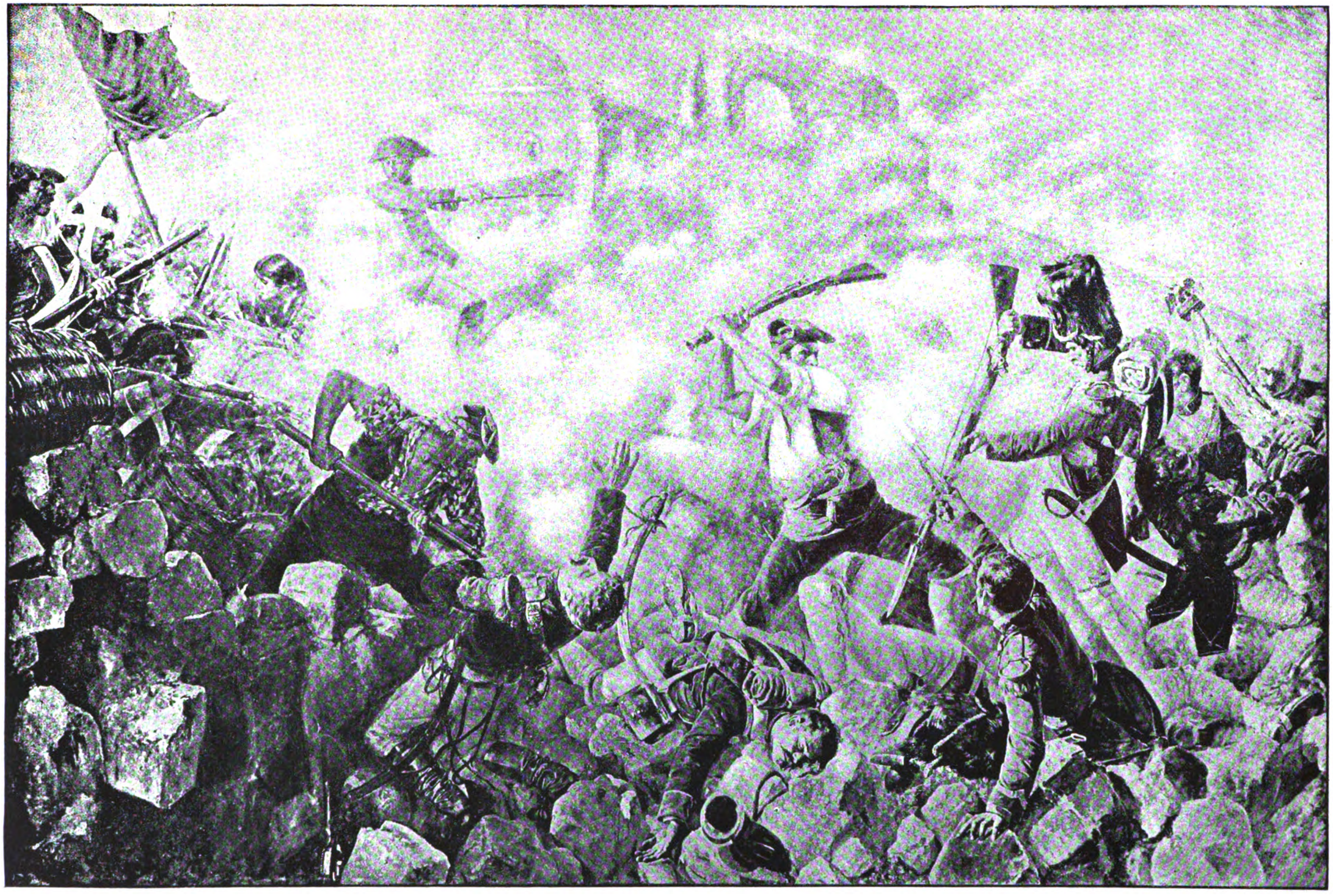
Una noche, antes de recogerse, abrió el balcón de su cuarto. En medio de un cielo tachonado de estrellas brillaba la luna sobre enorme mancha opalina, irradiando sus reflejos en la playa con la luminosa fosforescencia de una lluvia de diamantes. En todo el espacio del cóncavo azulado se sentía esa múltiple fermentación generadora de la naturaleza, de la tierra en el amor. La hora era altamente dulcísima, respirándose por doquiera una vaguedad misteriosa que hablaba íntimamente al corazón, conmoviéndole fuertemente como el resplandor de las estrellas á las aguas del mar; pero Hortensia contemplaba insensible el hermoso panorama que se extendía á su vista: una idea pertinaz, fija, avasalladora, no le dejaba vivir en paz.

Pocas horas antes habían convenido con Luis en cambiarse los retratos, y al ir á buscar el suyo encontróse con la olvidada cajita que guardaba los recuerdos y la fotografía de Ruiz. ¿Qué iba á hacer con aquel retrato? Apenas si se atrevía á mirarlo. Aquel rostro mudo y sin expresión, parecía animarse en cuanto fijaba en él sus ojos, y airado y amenazador pedirle estrecha cuenta de su desleal proceder. Era preciso destruir *aquello:* romperlo era poco correcto, guardarlo era hacer traición á Luis. Reflexionó mucho, y, después de pensarlo detenidamente, resolvió hacer un auto de fe. Tomó, pues, el retrato, lo aproximó á una vela, prendióle fuego por uno de sus dorados bordes, y una llama rápida y brillante, que se inflamaba entre rojos y azulados tonos envolvió instantá-

Digitized by Google

VISITA DE PÉSAME (cuadro de J. Luis Alvarez). (De fotografía)

Digitized by Google



EL GRAN DÍA DE GERONA (Cuadro de César Álvarez Dumont. Medalla de segunda clase). (De fotografía)

Digitized by Google

neamente la cartulina. Hortensia la recogió con cautela, arrojándola fuera del balcón: lo propio hizo con cuantas flores y cartas guardaba del ausente; quedando de esta suerte *amortizados* todos los testimonios que acreditaban su primer amor.

Consumada la operación, Hortensia permaneció largo rato en el balcón contemplando cómo el viento descomponía las cenizas del retrato de Ruiz, y, al ver los caprichosos giros del sutil airecillo que soplaba, preguntóse con irónica indiferencia:

—¿Dónde irán á pasar estas cenizas? De fijo que no será en Madrid.

—Y, en efecto, á Madrid no llegaron, pero en cambio llegó la noticia de su perverso proceder. El mismo periódico que publicó la interesante noticia de que los señores de Flores habían salido para Zarauz, insertó una correspondencia en la que se leía el siguiente párrafo:

«También parece acordada la boda de la bella señorita de Flores con un acaudalado banquero gaditano.»

La noticia tenía poco de conmovedora. A los lectores del periódico les tenía muy sin cüidado que la señorita Flores se casara ó se metiera monja. En la bolsa tampoco dejó sentir su influencia la interesante nueva. Al único que sí interesó fué á Paco, que creyó perder la vida al conocer la fea conducta de la que tan ciega y apasionadamente amaba. Su primer impulso fué trasladarse á Zarauz y desafiar á su osado rival; pero, pensándolo más cuerdamente, desistió de todo escándalo, seguro de que ni él ni ella eran merecedores ni de sus iras ni de su desdén.

—No merece ni un disgusto, ni un pensamiento mío,—se decía.—Sea feliz con el andaluz: yo como si nunca la hubiera conocido.

Y feliz debía serlo según aseguraba la colonia veraniega de la deliciosa villa, que miraba con envidia suma el partido que hacía la afortunada niña. Luis era el más guapo, el más simpático y galante de los jóvenes que estaban veraneando en Zarauz, y Hortensia, bajo todos conceptos, podía ufanarse de haberle caído un novio que entre los de la clase podía ser clasificado como el premio mayor de la lotería.

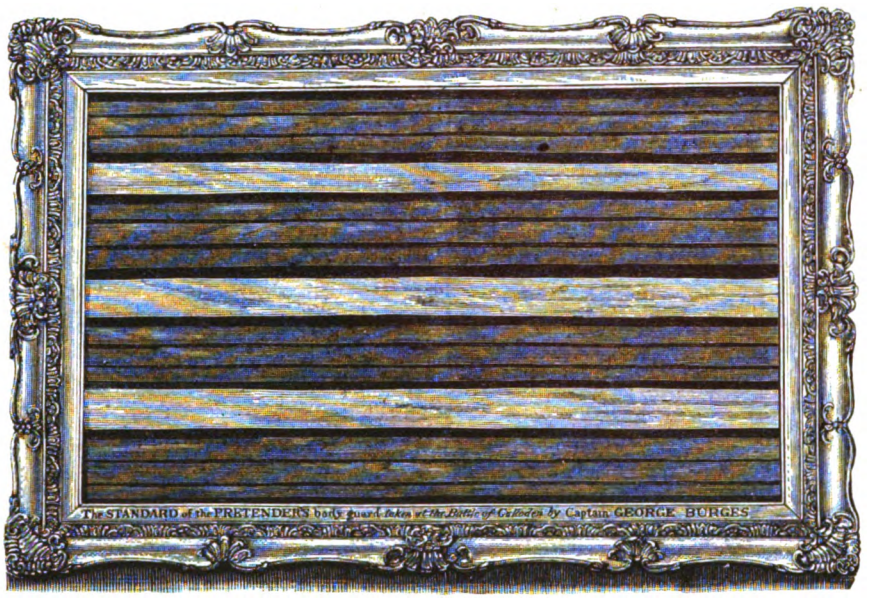
Entre fiestas, bailes, giras y expediciones, llegó el otoño, y las golondrinas del gran mundo se dispusieron á regresar á sus abandonados cuarteles de invierno. Quedaban ya muy pocas familias en el hotel, y la de Flores acordó trasladarse á París antes de regresar á Madrid. Luis debía acompañarles para adquirir de común acuerdo los muebles, carruajes, *trousseau*, y demás para la casa y la boda; pero el día señalado se le echó de menos entre los contados bañistas que quedaban. ¿Dónde estaba? ¡Qué angustia sintió Hortensia! Un presentimiento angustiosísimo oprimió su corazón. Se buscó á Luis inútilmente. Sus amigos aseguraron que á la madrugada había salido con dirección á Irún. ¿Por qué tan repentina é inexplicable marcha? Se buscó un motivo, un indicio, que orientara á los desorientados Flores; pero todo fué inútil: en el cuarto que ocupaba Luis, sólo se encontró un paquete de cartas y retratos de bailarinas, celebridades políticas y *cantaoras*, formando parte de la abigarrada colección el de la distinguida señorita de Flores.

Dicho se está que la infidelidad del andaluz marcó el cuarto menguante en la fama de la niña de moda, la cual, despojada de su falsa aureola, tuvo que resignarse á formar en lo que desdeñosamente llamaba ella el montón.

Y en el montón se las echó de ídolo, pero ejerció de ídolo de barro... desportillado.

ANTONIA OPISSO

RECUERDOS DE UNA DINASTIA DESTRONADA



EL ESTANDARTE DE LOS GUARDIAS DEL PRÍNCIPE EDUARDO

PORTUGAL CONTEMPORÁNEO

(CONCLUSIÓN)

***

Juan Rosa es hijo de otro célebre actor y de familia distinguida, contando como la generación de los Romea con esta preeminente condición para ser grande artista. Los modales, las maneras, las actitudes, todo lo que es difícil, ya que no imposible, aprender en una clase, lo posee nativamente nuestro hombre, por haber nacido y haberse criado en una atmósfera de distinción y de la más correcta finura. De aquí que nunca grite, como no gritaba Romea; que no declame con la violencia ordinaria de que abusan tantos cómicos ni busque los efectos de relumbrón en los *desplantes*: todos sus recursos están concentrados en su fisonomía.

A primera vista parece inverosímil que aquella cara redonda, más bien blanda, sin rasgos acentuados, sin facciones pronunciadas, sin ninguna línea acusada en demasía, pueda ser expresiva. ¡Harto habrá luchado con su propio semblante para someterlo á esa gimnástica de la mímica, hasta dominar aquel rostro y hacerlo esclavo de sus creaciones! La naturaleza no le ha otorgado otro órgano dúctil y adaptable á la manifestación de los afectos que los ojos: algo semejante de lo que ocurría al inmortal Romea y lo que sucede á nuestro Vico. La elegancia de su figura, lo atractivo de su semblante, dirían poco, si es que alguna elocuencia pudieran tener, sin aquella mirada. Sus ojos, sí, brillan con resplandores extraños, ora siniestros, ora dulces, y parecen más grandes de lo que son con serlo mucho, y parecen menos negros de lo que son con serlo tanto que se diría eran ojos de cubano. En aquella mirada hay un fulgor que en pocas pupilas aparece: no es luz, sino brasa; no es llama sino ascua lo que reluce.

Contemplando su cabeza se recuerda involuntariamente el retrato de Van-Dyck, y su conjunto revela aquella distinción del pintor, si bien con menos esbeltez, ahora al menos.

De su voz ya hemos apuntado algo: no grita. Declama como se habla, y vibra su acento con gran maestría, dejando percibir hasta las más tenues inflexiones sin necesidad de apelar al registro alto. Sabe modular, y casi murmurando ha conseguido que nadie le pierda una sílaba.

***

El teatro de *Doña María* se llama *teatro normal* de la nación. Es decir que forma una verdadera escuela, ó, al menos, la mente de legislador quiso que tal fuese, uniéndolo al Conservatorio que constituye como un anejo suyo. Allí depende del estado, y algunos de sus actores son profesores de aquel centro, cobrando sueldo modestísimo. Rosa disfruta de una pensión equivalente á seis mil reales, y se halla *aposentado*, esto es, que gozará de pensión vitalicia. ¡Jubilado! Pero con poco más de cuarenta años: no vaya á creerse que es un viejo. Encontrábase vacante el puesto de catedrático por muerte del actor Santos (ciego ya, como Milton, de gota serena, y que por cierto representó una obra sobre este asunto, original del que suscribe estos renglones), y nombróse á Juan Rosa para dicha plaza, considerándolo *aposentado*, como aquél estaba, para asegurar su vejez. ¡Bien podríamos imitar el ejemplo, para que no se diera el caso, recientemente acaecido, de que los artistas que más contribuyeron á la cultura patria, á la educación nacional y á la formación del gusto hayan de vivir de la munificencia de un particular en los años de su vejez ó su decrepitud!

La fama de Juan Rosa data del año 1865, en que se presentó en la escena de *Doña María*, y no se ha eclipsado su gloria desde entonces sino por el breve espacio en que se retiró (en 1876) para contraer matrimonio con una hija de los marqueses de Peñafiel.

Su repertorio es tan vasto como general su renombre; pero... en él no hay ni una sola obra maestra del Teatro Español. ¡A qué distancia están ambas escenas, cuando nacieron de la misma madre, y padre de nuestra poesía dramática fué Gil Vicente!

Rosa tiene un hermano, Augusto, actor distinguidísimo en el género cómico. Pero los laureles de Juan son bastantes para honra de toda la familia.

Y terminaremos hoy estas líneas, haciendo votos por que pronto puedan ser comprobadas en España nuestras apreciaciones.

H. GINER DE LOS RÍOS

EL FARSANTE

Siempre ha existido, pero nunca ha logrado tanto desarrollo como hoy, acaso porque la sociedad actual le presta la atmósfera que necesita para ello. Puede ser médico ó jurisconsulto, artista ó militar, hombre de ciencia ó de negocios: puede no ser nada también, pues le basta la posesión de las condiciones morales que le prestan carácter.

¿Quieren Vds. conocerle mejor?

Digitized by Google

Pues óiganle cuando es médico:

—Su vida estaba apagándose, y un minuto más tarde hubiera sido cadáver. Entonces yo le abrí la piel del pecho en cruz, serré dos costillas, rompí la pleura, llegué á los pulmones, y en cinco minutos los mondé de todos los tubérculos, los cicatricé, cerré con un aglutinante la pleura, empalmé y pegué los pedazos de las costillas, recubrí todo con la piel, y... á vivir.

—Pero ¿vive ese enfermo?

—¡Ya lo creo! Y logrando grandísimos triunfos en los circos extranjeros, pues me olvidé decir que es el atleta á quien se conoce con el nombre de *el Hércules de España*.

¿Quieren Vds. conocerle como militar?

—Mi carrera es una serie no interrumpida de hechos heroicos: de soldado, salvé el Palacio Real de caer en poder de los revolucionarios disparando mi fusil contra ellos y dando aviso á la guardia; de cabo, impedí con mis cuatro números que se sublevara todo el regimiento, cerrando la puerta para que no saliera del cuartel y tiroteándome contra mil plazas; de sargento, decidí en Africa la batalla de Wad Ras con un puñado de hombres á mis órdenes; de alférez y en la revolución del 22 de junio, tomé á la bayoneta veintitrés barricadas; de teniente, hice volver á la obediencia á un batallón de francos; y, poniéndome luego á su cabeza, atacamos á los carlistas y les perseguimos desde Miranda hasta Bilbao durante cinco días de lucha.

—Y ¿cuántas heridas ha recibido V.?

—¡Oh! Muchas: cuento tantas como acciones de guerra.

—Y ¿no ha pasado V. de teniente?

—Es natural: todos los generales han trabajado en contra mía, sabiendo que, de seguir ascendiendo, les eclipsaría.

Si es hombre de negocios le oiremos invariablemente decir:

—No es por alabarme, pero las oscilaciones de la Bolsa no me cogen desprevenido jamás, y, si tuviera ambiciones, sería cien veces millonario. Nadie como yo para tomar el pulso á los sucesos y deducir con lógica irrebatible sus consecuencias: de aquí que siempre haya liquidado con grandísimas ventajas. Y no sólo en la Bolsa, sino en todas las operaciones que emprendo, tengo los mismos aciertos. Si compro un terreno puedo tener la evidencia de que á los ocho días tendré que venderlo con la ganancia de un mil por ciento por ser necesario para una vía férrea, ó encontraré á medio metro de profundidad riquísimo filón de mineral de plata y oro. Si adquiero una casa, me la expropían al día siguiente para alinear la calle.

—¡Será V. riquísimo!

—Podría serlo, pero mis empresas de caridad me arruinan. Sostengo un asilo de jóvenes anémicas, un refugio de ancianos idiotas y un colegio de niños huérfanos y estúpidos. Por cuenta mía viaja por Africa una caravana de zoólogos buscando variedades de coleópteros, y costeo la expedición al Polo Norte que ha de descubrir á la foca blanca, que nadie ha visto todavía. Por otra parte, yo costeo carrera á setenta y tres jóvenes naturales del Burgo de Osma, que es el pueblo de mi nacimiento.

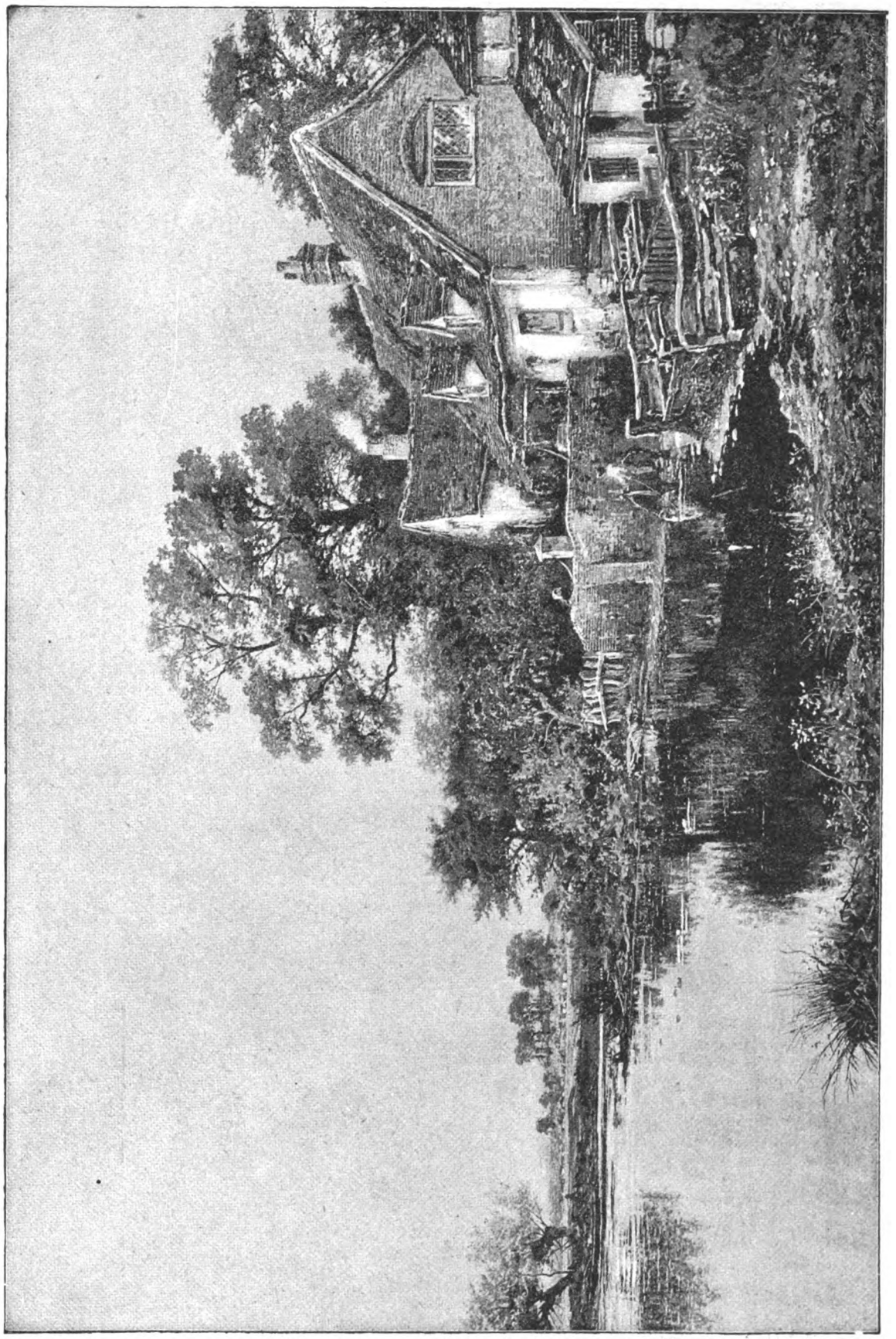
Pues no digo nada si mi tipo se halla agremiado en cualquiera de las artes, si es actor por ejemplo.

—Aquello,—dice,—fué un delirio: las señoras agitaban los pañuelos y los abanicos; los hombres, puestos de pie en las butacas, se destrozaban las manos aplaudiendo. Cuando dije lo de

> ... que es más pura y honrada
> que la madre de V., mal caballero!

parecía que en el teatro se había dado la voz de fuego ó anunciado haber surgido una revolución: tal era el movimiento del público. Luego empezó el desfile de criados conduciendo coronas y regalos. Los músicos tuvieron que ayudarles, y hasta el gobernador de la provincia puso á mis órdenes á los agentes de la autoridad para que me auxiliasen á llevarlos á la posada. Coronas de oro, de plata, de laurel y de flores naturales, veintiuna sortijas, quince tarjeteros, veintidós bastones, cartas de amor, versos pentacrósticos, perfumes, cortes de chaleco: aquello era un bazar surtido permanentemente por los vecinos de Cuenca.

Si el aludido es poeta, hablará con desdén de todos sus compañeros y demostrará que no tiene Campoamor, ni Zorrilla, ni Núñez de Arce cosa que se parezca á su oda *A la luna;*



ANTIGUA ALQUERÍA INGLESA (cuadro de Leader)

Digitized by Google

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES: CONTRASTE (cuadro de Plácido Francés, dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

CONFESION A MAMÁ (cuadro de J. Luis Álvarez, dibujo de P. y Valor)

Digitized by Google

que ha dejado de concurrir á certámenes públicos porque no tiene ya en su casa sitio donde colocar sus premios, y que escribe poco porque se tiene miedo á sí mismo.

—Cuando yo estoy inspirado,—dice,—me ataca tan fuerte calentura que arde mi frente, la mano traza temblorosos caracteres, y hay ocasiones en que caigo al suelo con accidentes nerviosos y golpeando á todos cuantos se acercan á auxiliarme.

Si es pintor, nadie ha logrado sorprender como él los secretos de la naturaleza.

—Vean Vds., vean Vds. el cuadro que estoy haciendo...

—Es verdad. ¡Hermosas coliflores éstas del primer término!

—No son coliflores: son ángeles; sólo que están en un escorzo un poco violento.

—¡Oh! Y ese fraile está muy bien.

—¡Fraile!... ¡Si es un eucaliptus!

—Y ¿es para la exposición el lienzo?

—Pienso exponerlo aquí mismo, porque los señores jurados no han de volver á hacerme otra jugarreta. ¿Creerán Vds. que en la exposición última pusieron un cuadro mío vuelto de *espaldas,* alegando que mis ninfas no estaban en trajes presentables? ¡Lo que entenderán de mitología los individuos del jurado!

Estos caracteres abundan mucho, como dije al comenzar mis párrafos, y, dentro de su variedad infinita, pueden designarse con un solo calificativo: el de *farsantes.*

M. Ossorio y Bernard

LA VIRTUD DE LA TOLERANCIA

Según el proverbio inglés se debe ser bueno hasta por cálculo, y podría añadirse que debemos ser tolerantes hasta por egoísmo.

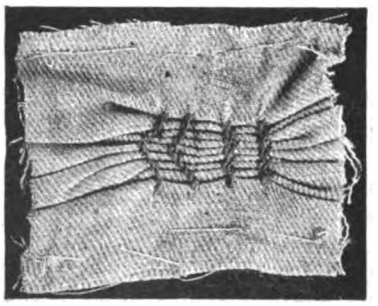
Apreciaciones exageradas por lo severas de la conducta de los demás, pueden revestir nuestro juicio de apariencias de Aristarco; pero por muchas y muy complejas razones es fácil, casi seguro, que decline el criterio, tenido por inflexible, en la más repugnante de las injusticias.

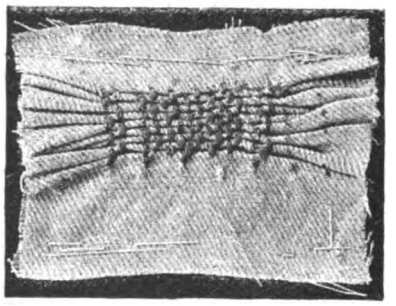
Es bien difícil el juicio de la conducta de los demás. Son complejísimas las condiciones que concurren á la ejecución de los actos, y aún, para calificar los más repulsivos, es necesario, sin incurrir en latitudinarismos punibles, conservar cierta serenidad de juicio, porque, como ya decía Rousseau, quizás los grandes criminales son juzgados tan severamente porque vemos el punto á donde han llegado y no el punto de donde han partido. Al presentimiento de tales obstáculos se refiere seguramente la hermosa exclamación de nuestro Espronceda cuando dice: «¿Quién al hombre del hombre hizo juez?»

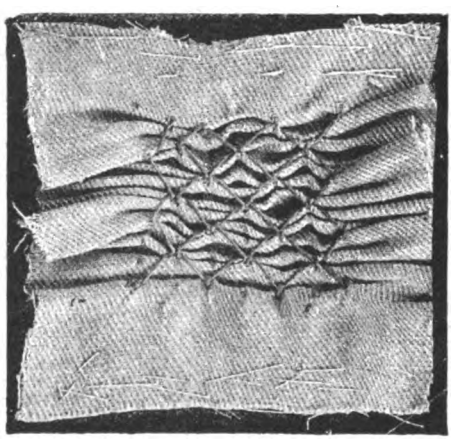
En el juicio de los actos propios, en la conducta por nosotros observada, no falta ninguno de los elementos esenciales para formular el juicio mismo: la reflexión interior los ofrece abundosa y claramente. Para los actos propios se debe emplear la severidad del juicio: para las faltas de los demás se requiere la piedad y la tolerancia. Se debe, en una palabra, ser indulgente y tolerante con los demás y severo é inflexible con la conducta propia. Acontece precisamente lo contrario por un egoísmo mal entendido, pues son numerosas las razones, tomadas de un egoísmo prudente, que aconsejan y recomiendan aquel olvidado precepto.

Si se olvida y no se practica, si somos jueces inexorables respecto á los demás, revistiendo nuestras apreciaciones de la conducta ajena de un rigorismo oropelesco y catoniano, quizás para dar á entender que ni la tentación de cometer ciertas faltas empaña el limpio y sereno cielo de nuestra pureza moral, es porque somos víctimas de una alucinación. Del mismo modo que el cuerpo (el nuestro) no siente su propio peso y sólo le molesta y desagradablemente le impresiona el de los demás cuerpos, no ve el individuo sus propias faltas y distingue con minuciosa escrupulosidad las del prójimo, aunque sean las mismas en que él claudica. Semejante alucinación está gráficamente expresada en el conocido proverbio de «ver la paja en el ojo ajeno y no ver la viga en el propio.»

Ante tal obstáculo, y ante la sencilla y obvia consideración de que todo hombre debe ver, en su prójimo, ejemplar más ó menos exacto, pero siempre idéntico, de su propia personalidad, la ley de la tolerancia se hace fácilmente perceptible hasta por cálculo de egoísmo. ¡Quién sabe







FRUNCIDOS

(la complejidad de la vida lo hace, al menos, probable) si las faltas que en los demás censuramos acremente son imputables, con exceso, á nuestra conducta propia y nosotros no las vemos, siendo víctimas de la alucinación indicada, ó si las que se nos pueden atribuir son aun mayores que las que en otros vituperamos! En cualquiera de los dos casos (y ambos son posibles y aun probables) todo el exceso de severidad de nuestro juicio redunda en contra de nosotros mismos, razón bien atendible, aun sin salir de la esfera del egoísmo prudente, para obligarnos á ser tolerantes con las faltas de los extraños.

Atendiendo además á relaciones que, si en cierto modo exceden, no contradicen el orden moral, tengamos en cuenta que la alucinación de que podemos ser víctimas nos coloca en una situación ridícula, rayana en lo grotesco, cuando estamos censurando en los demás faltas que cometemos nosotros mismos, quizás porque, como ha dicho un humorista, el hombre no se resigna á vivir dentro de su propia piel. Y aun cuando lo ridículo no sea lo inmoral, revela por lo menos falta y deficiencia, que puede llegar á traducirse en algo contrario al objeto de nuestras pretensiones, pues ya decían los antiguos que la vida moral es un poema y una obra de armonía. En ella la nota discordante del ridículo, como consecuencia de nuestra aparatosa severidad de juicio, repercutirá por lo menos como efecto contradictorio de nuestra pretensión, que es la de mostrarnos á la consideración de las gentes como Catones inflexibles, resultando seguramente imágenes mortecinas de los *sepulcros blanqueados* del Evangelio.

Si por el contrario nos mostramos severos con nosotros mismos, sin ofrecer á los demás de palabra, sino por medio de la enseñanza elocuente del ejemplo, nuestra conducta como norma de la extraña, evitaremos caer en la necia presunción de que «nosotros, sólo nosotros, somos los buenos,» en cuanto aplicamos un criterio de piadosa tolerancia á los actos del prójimo. No implica la tolerancia la indiferencia punible, sino la obligación de explicar (aunque la explicación no equivalga á una justificación) lo pecaminoso y deficiente de la conducta de los demás con una piedad que á toda hora estamos solicitando para nuestras propias faltas. Interesa no echar, según vulgarmente se dice, por la calle de en medio y, tajo va tajo viene, rajar por donde nuestra bilis arbitrariamente quiera en asunto tan delicado y complejísimo como el juicio de la conducta de los demás. Para este y para casos semejantes viene como anillo al dedo la profunda sentencia de Espinosa: «*Neque flere, neque ridere, sed intelligere.*»

A obedecer la ley de la tolerancia debe reconocerse obligado todo hombre bien sentido: primero por piedad y por amor al prójimo; después por multitud de razones que proceden de la complexión inherente al juicio moral. Si ninguno de estos motivos es bastante eficaz para los intolerantes, que les sirva de rémora el egoísmo y además el fundado temor de que pueden caer en situación bien ridícula, tan ridícula cuanto que no podrán hacer surgir en los demás el sentimiento de la compasión de que han hecho ellos mismos gala de carecer, pues como dice Schopenhauer, «el hombre sólo nota las faltas y vicios ajenos, no los propios; pero tiene en los demás su propio espejo y en ellos puede reconocer sus propias faltas, si no hace lo que el perro que ladra ante un espejo porque ignora que es él mismo el que ve y se imagina ver otro perro.»

U. González Serrano

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS CONTEMPORÁNEO

ANTIGUA ALQUERÍA INGLESA, *cuadro de Leader*
LOS PESCADORES, *de Colin Hunter*

La *Alquería* es un hermoso paisaje á la antigua manera, esto es, de antes de que se dejase sentir en Inglaterra la influencia de los grandes maestros franceses. El cuadro aparece lleno de poesía y produce una impresión muy armoniosa, aunque se advierta la falta de esa naturalidad que es hoy el principal encanto de aquel género.

Los *Pescadores* pertenecen ya al arte modernista, rebosando realidad las figuras y apareciendo estudiada la atmósfera y el agua con ese vivo empeño que se advierte en las obras de los contemporáneos.

D. ISAAC PERAL Y SU FAMILIA.—EL SUBMARINO

Según fotografías de D. E. López Cembrano, de San Fernando

Honran hoy las páginas de la Ilustración Ibérica los retratos de D. Isaac Peral y su familia, siendo indecible nuestra satisfacción al poder dar á conocer, al inmenso número de admiradores del glorioso marino español, el grupo formado por el insigne sabio y las prendas más caras de su alma.

Nuestros lectores podrán ver además los grabados representando el submarino amarrado en el Arsenal, después de las pruebas, y el mismo después de la prueba de inmersión, siendo este último copia de la marina al pastel regalada á D. Isaac Peral por el distinguido autor de *Trafalgar* Sr. Ruiz Luna.

RECUERDOS DE UNA DINASTÍA DESTRONADA

Esta dinastía es la de los Estuardos. Después de la batalla de Culloden, donde quedó definitivamente vencida la causa del pretendiente, huyó el príncipe Cárlos Eduardo,

Digitized by Google

disfrazado de mujer, en compañía de miss Flora Mac Donald, ardiente jacobita, que figuró ser su criada.

El estandarte de los guardias del príncipe lo conserva hoy colocado en un marco Sir Archibaldo Lamb. Damos ambién una muestra del dibujo de las telas que usaban como distintivo político los jacobitas ó, por mejor decir, los carlistas.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

CONFESIÓN Á MAMÁ, VISITA DE PÉSAME, *cuadros de J. Luis Alvarez.*—EL GRAN DÍA DE GERONA, *de D. César Alvarez Dumont.*—CONTRASTE, *de D. Plácido Francés.*

La *Visita de pésame* es un cuadro de maestro, y se comprende, por lo tanto, que haya merecido los grandes elogios que de él ha hecho la crítica española. La *Confesión á mamá* dista mucho de revestir igual importancia, pero siempre se nota en el cuadro ese dibujo sólido que es uno de los caracteres del Sr. D. Luis Alvarez como artista.

De *El gran día de Gerona* habla en este mismo número, en su *Revista de la Exposición*, el reputado crítico Sr. Alcántara. *Contraste* es una prueba más de las eminentes dotes que distinguen al Sr. Francés, pintor reputadísimo de cuyo pincel no salen nunca sino cosas excelentemente hechas.

EL PALACIO IMPERIAL DE DELHI

Este palacio, que es el monumento más hermoso de la capital, está situado sobre el Djemnah y es una gran fortaleza de asperón rojo y de bella disposición, pues mide un kilómetro de largo por 600 metros de ancho. Supónese que los gastos de construcción importaron diez millones y medio de rupias, y se comprende que debiese ser así, pues todas las salas aparecen radiantes de oro, de azur y de toda clase de adornos. Las caballerizas pueden contener 10,000 caballos, y hasta las cocinas parecen salones, asegurándose que en otros tiempos eran de plata todos los utensilios; digno todo ello de la corte del Gran Mogol.

PROPOSICION

Si quieres enriquecer
tus perfecciones, mujer,
como espero,
una ganga te propongo:
usa el *jabón* verdadero
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

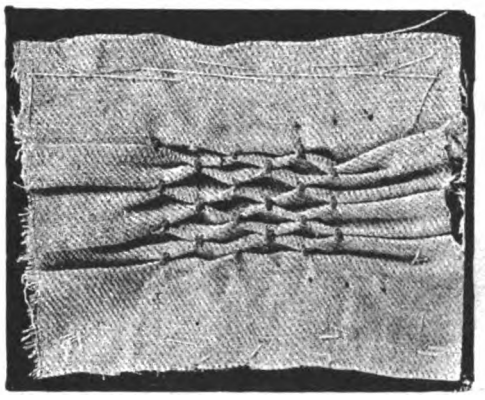
CAPITULO XIV

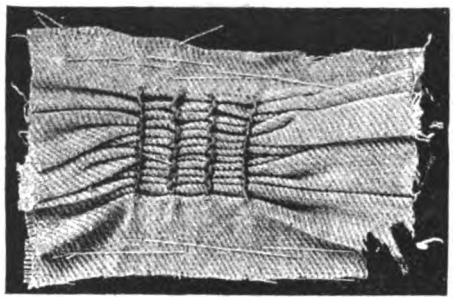
EL ISLOTE

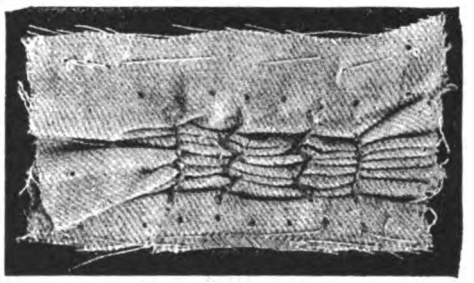
Al ganar la orilla salvadora, comenzó la parte más triste de mis aventuras. Según mi cálculo, debían ser las doce y media de la noche poco más ó menos, y, aunque el viento no soplaba en tierra, sentíase un frío intenso, tanto que no me atrevía á sentarme por temor de quedar allí helado. Despojéme de mis zapatos y comencé á correr de un lado á otro, golpeándome el pecho para no perder el calor. No se percibía rumor alguno, ni siquiera el canto de un gallo ó el mugido de un animal: oíase solamente el sordo rumor de las aguas á lo lejos, que me recordaba mis peligros. En aquel lugar desierto causábame indecible temor andar por la orilla á semejante hora. Apenas empezó á despuntar el alba, me puse los zapatos y trepé á una colina, la más escabrosa que jamás viera, tanto que á cada instante perdía el pie entre grandes moles de granito ó debía saltar de una á otra. Cuando llegué á la cumbre era ya de día y no vi la menor señal del bergantín, que sin duda se había ido á pique. Tampoco se divisaba el bote en ninguna parte, ni vela alguna en el Océano, mientras que por la parte de tierra no había ninguna vivienda humana.

Temía pensar en cuál habría sido la suerte de mis compañeros, y entristecíame aquella soledad. Sin contar la molestia que me producía mi ropa húmeda, comenzaba á sentir en mi estómago el aguijón del hambre, y esto me indujo á seguir avanzando por la costa sur para ver si encontraba alguna casa donde pudiera calentarme un poco y tal vez obtener noticias de los náufragos. De todos modos confiaba en que el sol secaría mis ropas.

Al poco tiempo encontré á mi paso una especie de caleta que parecía prolongarse mucho tierra á dentro, y, como no tenía medios para cruzarla, fuéme preciso cambiar de dirección hasta llegar al fin de aquélla. El terreno era escabrosísimo, pues toda la parte de Earraid, así como la inmediata de Mull, está sembrada de







FRUNCIDOS

guijarros y rocas de granito, entre las cuales crecen los brezos. Al principio la caleta se estrechaba, pero muy pronto observé con sorpresa que iba ensanchándose, hasta que al fin, al llegar á un espacio de terreno elevado, comprendí que me hallaba en un islote verdaderamente desierto.

En vez de brillar el sol, comenzó á llover, y entonces mi situación llegó á ser más desesperada aún.

Durante largo rato estuve sufriendo el agua, que me helaba la sangre en las venas; y yo no sabía qué hacer, cuando de pronto me ocurrió que tal vez la caleta sería vadeable. Volví á la parte mas estrecha, y á unas tres varas de la orilla del mar introdújeme en el agua. Si entonces no perecí, fué más bien por la gracia de Dios que por mi propia prudencia. No me mojé más porque esto no podía ser apenas; pero creí que iba á morirme de frío.

No tardé en llegar de nuevo á la playa, donde me dejé caer sobre la arena; y, en el colmo de la desesperación, comencé á llorar, perdiendo ya las esperanzas de salvarme.

Me horroriza de tal modo el recuerdo de las crueles horas que pasé en el islote, que no me detendré en más pormenores. Muchos náufragos arrojados á parajes desiertos llevaban consigo algunos útiles ó pudieron recoger en la playa objetos necesarios en su situación; pero yo no tenía más que dinero y el botón de plata de Alan, y, por otra parte, no tenía práctica alguna de semejantes casos.

No ignoraba, sin embargo, que los mariscos constituyen un buen alimento; y entre las rocas de la isla encontré numerosas almejas, que al principio me costó mucho arrancar de su lecho.

Además encontré otra especie de conchas semejantes, y devoré un considerable número de unas y otras. Tanto me aguijoneaba el hambre, que me parecieron deliciosas, aunque me las comí crudas.

Tal vez no era aquella estación propia para semejante alimento, ó quizás no tendría éste las necesarias condiciones en aquella isla, pues apenas hube comido, comencé á sentir un malestar indecible, y durante largo rato permanecí poco menos que muerto. Sin embargo, como no tenía otra cosa con que alimentarme, volví á buscar más moluscos, y esta vez, sin hacerme tanto daño, devolviéronme un poco las fuerzas. No obstante, mientras permanecí en la isla comía como siempre con inquietud, ignorando lo que sobrevendría: tan pronto me sentaba bien el alimento como me producía náuseas, sin que yo pudiera reconocer qué era lo que me dañaba.

Todo el día llovió casi de continuo, de modo que la isla parecía un lago, sin que se encontrase un solo espacio seco. Llegada la noche, me coloqué entre dos moles de granito, con los pies en un charco de agua.

El segundo día crucé la isla en todas direcciones, y me convencí de que era igual en todas sus partes: sólo vi rocas y guijarros, y algunas aves, que yo no tenía medio de matar, abundando sobre todo las gaviotas en prodigioso número.

El canalizo ó estrecho que separaba la isla de la tierra firme terminaba por el norte en una bahía, la cual prolongábase á su vez hasta el estrecho de Iona. En la inmediación de este puerto fué donde resolví permanecer hasta que Dios dispusiera de mí.

No me faltaban razones para elegir aquel lugar, porque encontré allí una especie de choza, semejante á una pocilga, donde los pescadores acostumbraban pasar la noche, sin duda, cuando iban á visitar aquellos parajes; pero como el techo se había hundido, aun hubiera estado allí peor que al abrigo de las rocas. En cambio los moluscos abundaban mucho, y esto era una condición esencial para subsistir. Por otra parte, no había podido acostumbrarme á la horrible soledad de la isla; y en el punto elegido por mí érame más fácil vigilar y ver si se presentaba por cualquiera parte algún ser humano. Desde la falda de la colina que dominaba la bahía podía distinguir la antigua iglesia de Iona y los tejados de las casas; mientras que en la parte más baja del país veía humo por la mañana y por la noche.

Este humo me hacía pensar en el fuego, tanto más cuanto que estaba mojado y frío, y sobre todo en la compañía de seres humanos. Lo mismo me sucedía al ver las casas de Iona, y tal era mi desesperación y mi sufrimiento que creí volverme loco; pero no llegué á perder del todo las esperanzas, pues parecíame imposible que se me dejara morir en las costas de mi propio país, á la vista de una iglesia y cerca de las viviendas humanas. Sin embargo, trascurrió el segundo día, y, aunque mientras hubo luz vigilé atentamente para ver si pasaba algún bote ú otra embarcación, no descubrí nada. Aun llovía, y á pesar de esto quedéme dormido, tan mojado como siempre, y con la garganta dolorida.

Carlos II dijo una vez que cualquier hombre podía permanecer más días al aire libre en el clima de Inglaterra que en ninguna otra parte. Pensábalo así tal vez porque tenía un palacio y buenas ropas para mudarse, y porque cuando hubo de huir de Worcester no fué tan mala su suerte como la mía en aquel mísero islote. Aunque era el rigor del verano, llovió más de veinticuatro horas seguidas, y el tiempo no

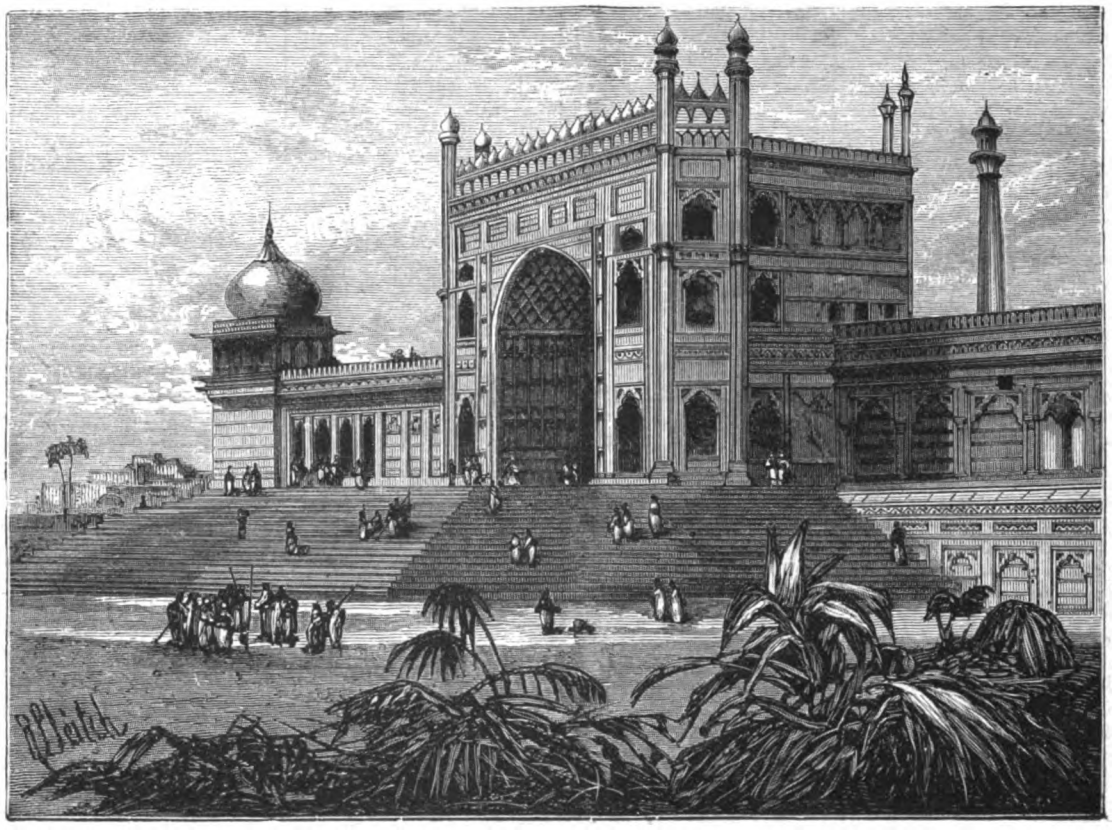
Digitized by Google

aclaró hasta la tarde del tercer día, que fué de muchos incidentes para mí.

Por la mañana vi un magnífico ciervo, de enramadas astas, que en medio de la lluvia permaneció inmóvil en la parte más alta de la isla; mas, apenas observó que me movía, huyó al otro lado. Supuse que habría cruzado á nado el estrecho, pero no comprendí para qué habría ido aquel animal á Earraid.

Poco después, cuando me ocupaba en recoger moluscos, vi de improviso una guinea que cayó sobre una roca frente á mí, deslizándose después hasta el mar. Cuando los marineros me devolvieron mi dinero, habían guardado para sí no solamente una tercera parte de toda la suma, sino también la bolsa de cuero de mi padre; de modo que desde aquel día llevaba mi oro suelto en un bolsillo con un botón. Supuse que tendría aquél roto, é introduje la mano apresuradamente para cerciorarme; pero ya era tarde: había salido de la ensenada de la Reina con cincuenta libras, y en aquel momento no tenía ya más que dos y un chelín de plata.

Al poco tiempo encontré otra guinea y recogíla apresuradamente, de modo que tenía tres y la moneda de plata, lo cual podía servirme para un caso de apuro si salía de allí.



PALACIO REAL DE DELHI

Por lo demás, mi estado era sumamente lastimoso: la ropa comenzaba á pudrirse, tenía los calcetines hechos pedazos, me dolía mucho la garganta, mis fuerzas disminuían por momentos, y el alimento diario me repugnaba ya de tal modo que sólo al verlo experimentaba náuseas.

Sin embargo, aun debía venir algo peor.

Al NO. de Earraid hay una alta roca que yo tenía la costumbre de visitar porque la cima era plana y podía dominar bien desde ella el Océano. No solía permanecer allí mucho tiempo; pero iba y venía de continuo.

Apenas salió el sol, me situé en la cima de aquella roca para secarme, lo cual me consolaba mucho, infundiéndome la esperanza de salir pronto de aquella triste situación. Por el sur de mi observatorio, una parte de la isla sobresalía mucho, ocultándome una buena parte de Océano; de modo que podía un bote pasar muy cerca de mí sin que yo lo viera.

No obstante, de improviso divisé una pequeña barca con su vela, tripulada por dos pescadores, que sin duda se dirigían á Iona. Al punto comencé á gritar, y, cayendo de rodillas, levanté las manos en ademán de pedirles socorro.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

Perfumería 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA.- Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.- BARCELONA

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumería escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro),* **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerías y Bazares de España.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

LA MÁSCARA DE BRONCE
por CARLOS MENDOZA
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
LA FUERZA DEL DESTINO
POR
A. PEDROSO DE ARRIAZA
Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas.
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de San Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año. . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . . 50 reis.

Barcelona 26 de julio de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 395

LA DAMA CAZADORA

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*A...* (poesía), por Camilo Pou.—*Ausencia* (poema microscópico), por Eduardo Villegas.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Origen del bronce y empleo del cobre por los caldeos y antiguos egipcios*, por Diego Losada.—*¡Ah!... con extrañeza*, por A. Sánchez Pérez.—*Odio y Amor* (poesía), por José Martínes Medina.—*La ola*, por Antonio Pareja Serrada.—*El cuadro del Museo*, por R. Hernández y Bermúdez.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: La dama cazadora.—El rezo de los niños.—Educación maternal.—Lady Hallé.—Bordados y guarniciones de vestido.—Mistress Langtry.—*San Miguel del Fay* (*Cataluña*): Camino de las grutas. Puerta del patio de la fonda.—*El arte italiano:* María Estuardo é Isabel de Inglaterra.—El cumpleaños de la señora (cuadro de Soulacroix).

MADRID

Luz y sombra.—¡Pobre Higinia!—¡Viva Peral!

TODA la semana, exceptuando el triste suceso que la ha terminado, ha estado consagrado á Peral y á Mercader, el valiente oficial que le ha acompañado á Madrid en representación de la denodada tripulación del submarino. Hubiera sido, por lo tanto, una semana que se podría señalar con piedra blanca si no la hubiera afeado la nota lúgubre del cadalso levantado para ajusticiar á una pobre mujer.

La pena de muerte, sean las que quieran las circunstancias en que se aplique, será siempre horrible; pero lo es mucho más cuando recae contra un individuo de ese sexo que estamos acostumbrados á mirar con el cariño que inspira lo que es reconocidamente más débil y con el amor de lo que nos proporciona las más santas y más dulces afecciones de la vida. El verdugo es siempre repugnante; pero cuando ejerce sus tristes funciones en un hombre no causa tanta repulsión como cuando las ejerce sobre una mujer.

¡Una mujer matada á sangre fría por un hombre! ¡Un cuello delicado agarrotado por el corbatín de hierro! Esto es monstruoso y no puede menos de repugnar profundamente al alma menos delicada.

M. Carnot ha dicho que mientras él sea presidente de la República, y pueda por lo tanto ejercer la gracia soberana del indulto, no se guillotinará en Francia á ninguna mujer.

Y esto se comprende sin necesidad de explicaciones, sólo por el sentimiento. Pocas veces la opinión pública se ha mostrado más unánime que en esta ocasión en la petición de un indulto; pocas veces la compasión se ha mostrado más expresiva en favor de la infeliz copartícipe de un crimen cuyos principales autores se cree que estan envueltos todavía en la sombra; pero la justicia ha sido inexorable, y á los dos años de cometerse el horrible crimen de la calle de Fuencarral, Higinia Balaguer ha subido al patíbulo sin que se haya podido saber cómo murió la desdichada D.ª Luciana Borcino.

Las carcajadas histéricas de Higinia Balaguer en la capilla parecía que sonaban lúgubremente en los corazones. ¡La capilla! Como si no bastara el horror de la pena de muerte, se le aumenta con esas terribles veinticuatro horas de antesala al patíbulo, llenas de tormentos para el infeliz reo, que sufre visitas inoportunas, oye palabras insustanciales, se sienta á mesas aparatosamente servidas, se ve rodeado de personas indiferentes y sujeto á un aparato que no parece sino que tiene por objeto atormentar el ánimo.

En ninguna parte sucede esto sino en los pueblos cuya cultura está muy atrasada. Entre la notificación de la cruel sentencia y su ejecución no debe mediar nada más que el tiempo estrictamente necesario para que el reo cumpla, si quiere, sus deberes religiosos, reconciliándose con Dios. Esto sucede en Francia, donde apenas pasan dos horas desde que el sentenciado sabe que no tiene más remedio que morir hasta que muere.

Pero dejemos estos tristes asuntos, confiando en que sobre la justicia de los hombres está la de Dios.

***

¡Viva Peral! ¡Viva España! Estos dos gritos, íntimamente unidos, resuenan en Madrid sin cesar estos días, en las calles, en los paseos, en los teatros, en los salones, en todas partes donde se presentan Peral y Mercader, el inventor y el representante de los tripulantes del submarino.

Las gentes se precipitan para verlos, se agolpan para estrechar su mano, los contemplan como á los que vuelven de una lejana y arriesgada empresa, y parece que quieren convencerse de cómo son esos hombres que bajan al seno del mar y que pueden desde allí luchar y combatir para realizar algo grande en beneficio de la patria.

Y los dos personajes corresponden á esa espectación. Peral, con sus facciones irregulares, pero varonilmente acentuadas; con su semblante curtido por el aire del mar, con su ancha y despejada frente, en la que se destaca la cicatriz de una herida recibida en sus arriesgados experimentos; con la expresión de sus ojos algo soñadores, como si quisieran apartarse de las realidades de la tierra; es un tipo muy español que atrae y seduce.

Mercader, con sus facciones correctas, el escaso bigote negro que le sombrea el labio, los ojos expresivos que buscan el auxilio de los lentes, es la representación de la juventud estudiosa y trabajadora animada por el valor para acometer las más arriesgadas empresas.

A Peral se le mira con respeto y con admiracion: á Mercader con simpatía y cariño. Es el primero el hombre de ciencia que, después de largos y meditados estudios en noches sin sueño y en días sin reposo, ha descubierto maravilloso invento, haciendo progresar á la ciencia; y es el segundo la representación de la fe que confía, del valor que no teme, del arrojo que busca la ocasión de mostrarse. Cuando hablan contando con lenguaje sencillo sus emociones, cuando van á bordo del submarino entre aquel engranaje de máquinas y aquella serie de tubos que apenas les deja espacio para estar en pie, parece que se escucha á personajes de una novela maravillosa de Julio Verne que refieren sus prodigiosas aventuras, y se les envidia al oirles referir la serena tranquilidad de que se disfruta en el seno de las aguas cuando se ha pasado del valle de las agitadas olas.

¡La tempestad estallando furiosa y violenta allá arriba, y la calma dulce y serena allá abajo! Esto es verdaderamente maravilloso, y cuando el invento se halle perfeccionado se podrá andar por los mares sin temor al naufragio.

Los hombres de ciencia que han escuchado á Peral dicen que, aunque su obra estuviese reducida al aparato de inmersiones, sería importantísima, y todos convienen en que es un grande y trascendental progreso.

Pero el pueblo ha visto algo más, y el sentimiento nacional, que podrá estar más ó menos amortiguado en España, pero dispuesto siempre á manifestarse cuando algo le conmueve profundamente, se ha revelado súbitamente ante ese invento que su autor comenzó á madurar cuando la cuestión de las Carolinas, y ha gritado —¡Viva España!—al gritar—¡Viva Peral!—uniendo en esos gritos al entusiasmo la esperanza.

La esperanza, que en nuestra patria nunca se pierde, de renovar grandezas y de realizar hazañas; la revelación de ese espíritu varonil que ha salvado á la nación de todas las grandes catástrofes, como la salvó cuando á principios del siglo estaban los españoles casi sin hogar, ni honra, ni familia, ni fortuna, y se levantaron con el valor indómito de Viriato á realizar los prodigios de la guerra de la Independencia.

No le habléis, al obrero que abandona su trabajo cuando Peral pasa por delante de su taller para salir á vitorearle, ni al ciudadano que adorna su casa en su obsequio, ni á los que corren tras el coche que lo lleva, de los prodigios de la electricidad, de los acumuladores, de todas las maravillas científicas que encierra el submarino: ellos no ven en el invento más que un barco prodigioso que puede dar á España mucha gloria y asegurarle su independencia, y por eso se entusiasma.

La gloria y los barcos son antiguos compañeros en España: la patria y la libertad deben mucho á la marina, y la circunstancia de ser marino el inventor aumenta la confianza del pueblo.

En España tenemos todos algo del espíritu de los aldeanos de las montañas del Norte, que confían en que por el mar lès han de venir las riquezas y por el mar adelante van á buscarlas en lejanas tierras.

***

Las manifestaciones, los banquetes, los festejos en honor de Peral y Mercader, se suceden y se precipitan; y se puede asegurar que el inventor ha sudado más estos días que en sus momentos de trabajo y en sus noches de insomnio.

El ser héroe tiene también sus inconvenientes, y el entusiasmo es como esas madres que se comerían á besos á sus hijos.

Peral no se ha podido poner el sombrero desde que está en Madrid: lo tiene que llevar en la mano para corresponder á los saludos.

El comercio, la industria, el Círculo de la Unión Mercantil y el Fomento de las Artes, y otras sociedades, toman gran parte en las demostraciones de júbilo.

Peral ha asistido ya á banquetes de los tenientes de navío, del cuerpo de telégrafos, de la señora viuda de Rute, de la duquesa de Medinaceli; y necesitaría comer lo menos cuatro veces al día, mientras esté en Madrid, para asistir á todos los que se preparan en su obsequio.

Uno de los más notables ha sido el de la duquesa de Medinaceli. Esta dama, que por su nacimiento y por su enlace pertenece á las más ilustres casas de la aristocracia española, ha unido á los heredados blasones un espíritu abierto á todos los adelantos del progreso, y su alma, como su arrogante y gallarda figura, es eminentemente española. No hay nada verdaderamente nacional que la deje en la indiferencia: si nuestros soldados pelean en fratricidas contiendas, organiza sociedades caritativas que acudan á restañar sus heridas y á contener su sangre; si la vida de la nación se manifiesta en pacíficos certámenes, á ellos acude con los productos de sus fábricas; cuando el anciano cantor de nuestras tradiciones se veía abandonado, ella le tendió generosa mano. Sus amigos predilectos son los artistas que honran á su patria y con sus obras embellecen su palacio.

Víctor Hugo, al verla entrar un día en su casa, vestida de blanco, prendida entre las negras ondas de los cabellos la mantilla, con el aire de rica hembra que la distingue, vió renacer sus recuerdos de adolescente, y exclamó:

—*Voilà l'Espagne.*

Tenía razón el ilustre poeta, pues hay mucho de España en esa dama.

El invento de Peral la conmovió y lo ha seguido con anhelo; y cuando el marino ha llegado aquí después de realizada su empresa, ha abierto de par en par las puertas de su palacio para recibirle y agasajarle con espléndido banquete, que terminó ofreciéndole, para que se la regalase á su señora, una rica joya de rubíes y brillantes en forma de ancla, el distintivo de los marinos y el atributo de la esperanza.

Sólo el alma de una mujer puede concebir estas delicadezas é ir á buscar, el día del triunfo, en el seno del honrado hogar, á la que compartió los desvelos del sabio, á la que le alentó en sus luchas, á la que le consoló en los momentos de abatimiento, á la que preparó la lámpara para las largas veladas y mulló las almohadas para ofrecer el reposo.

Digitized by Google

Peral, que ha recibido muchas distinciones, confiesa que ninguna le ha conmovido más que ésta; y, en cuanto a su esposa, ¡con qué legítimo orgullo se puede prender al pecho la rica joya, regalo de la ilustre dama! ¡con qué cariño la guardará entre los objetos gratos para su corazón que le recuerden, al andar el tiempo, las épocas felices de su vida! y ¡con qué placer se la legará á sus hijas diciéndoles:—Mirad: este presente, verdaderamente regio, que me dió una dama hermosa é ilustre, es como un símbolo de la vida de vuestro padre: esos rubíes que parecen gotas de sangre representan la fuerza y la vida que gastó vuestro padre en la empresa, y esos brillantes que esparcen tan magníficos reflejos lucen como su gloria.

***

En el ducal banquete, al que asistieron directores y redactores de importantes periódicos de Madrid, se inició una idea que es de esperar que llegue á su completo desarrollo. Peral es pobre: un modesto patrimonio que ha heredado lo ha empleado todo en su colosal obra, y no tiene para sostener á su familia nada más que su modesto sueldo de teniente de navío.

Mucho valen el laurel y la gloria; ¿pero no se ha de dar al hombre de genio otra recompensa que las coronas y el aplauso?

Esos banquetes que hoy se celebran en obsequio de Peral pasarán como se desvanecen las burbujas del champagne con que se brinda y como se pierden en el aire los ecos de los vivas: sería, pues, conveniente pensar en algo práctico y asegurar por medio de una suscripción nacional un capital al inventor

El obrero podría acudir á esa suscripción con los céntimos de sus ahorros, los ricos con más valiosa ofrenda, y todos con los recursos de que pudieran disponer para demostrar su entusiasmo y su admiración al hombre á quien hoy tanto se aplaude y se festeja.

¿No sería esto mucho mejor que el título nobiliario que quiere concedérsele, que el acta de diputado que quiere dársele para traerle al campo revuelto de nuestra política?

Yo tengo la esperanza de que la idea iniciada en el banquete de la duquesa de Medinaceli ha de seguir adelante y ha de dar un buen resultado.

El caso es que no pase en vano esta explosión de entusiasmo con que se eleva sobre todos los asuntos de actualidad el nombre ilustre de Peral.

KASABAL

A...

A tu lado las horas no son horas:
son minutos que vuelan,
minutos que se van, como se marcha
todo lo que deleita;
como el céfiro blando entre el ramaje
de la lejana selva,
como la brisa alegre del estío
que sobre el mar negrea,
como el sol en la cumbre del ocaso
que enamorado tiembla:
¡así pasan mis horas, vida mía,
cuando te tengo cerca!

CAMILO POU

AUSENCIA

(POEMA MICROSCÓPICO)

I

¡Adiós! Al separarme de tus brazos
no pude contener mis tristes ansias,
y volví á despedirme con la vista,
y volví á suspirar por tu mirada,
y, otra vez, recordando aquellas frases
que misteriosas notas semejaban
vibrando de mi pecho en lo más hondo,
—¡Adiós!—te repetí, y en la ventana,
guarnecida de helechos y jazmines,
reunidos formando una guirnalda,
sólo vi una mujer, aun más, un ángel,
un ángel de la tierra que lloraba;
y yo, que antes valor quise infundirte
con anémica voz, por lo apagada,
ahora, al ver el pañuelo ante tus ojos,
por los míos sentí correr las lágrimas
como lluvia que en tiempo de tormenta
esas nubes eléctricas descarga.
Comencé á caminar como aturdido,
que el peso del dolor me anonadaba;
las fuerzas les faltaron á mis piernas,
las sienes me latieron angustiadas,
y queriendo engañarme... ¡cuántas veces
vagó en mis labios la sonrisa amarga!
Adelante, adelante... A cada paso
volvía la cabeza á tu morada,
repetía el—¡Adiós!—con voz muy queda
y un suspiro en un ¡ay! se me escapaba
que, otra vez, perfumado por tus labios,
me volvía á traer la brisa cálida.
Llegué, por fin, á lo alto de la cumbre;
me paré para ver aquella casa
testigo de mis dichas de otros tiempos,
confidente de alientos y palabras...
y la vi tan pequeña, tan pequeña,
que parecía una paloma blanca
en el valle, á la orilla de un arroyo
refrescando las plumas de sus alas.
Luché clavado en el terreno duro;
ahogar quise las penas y me ahogaban;
fervoroso pensé rogar al cielo
y en mis ojos lucía la amenaza;
y sin saber lo que hice, como loco,
otro—¡Adiós!—te envié con voz tan alta
que hasta el eco, movido por mis males,
—¡Adiós!—me repetía en las montañas.

II

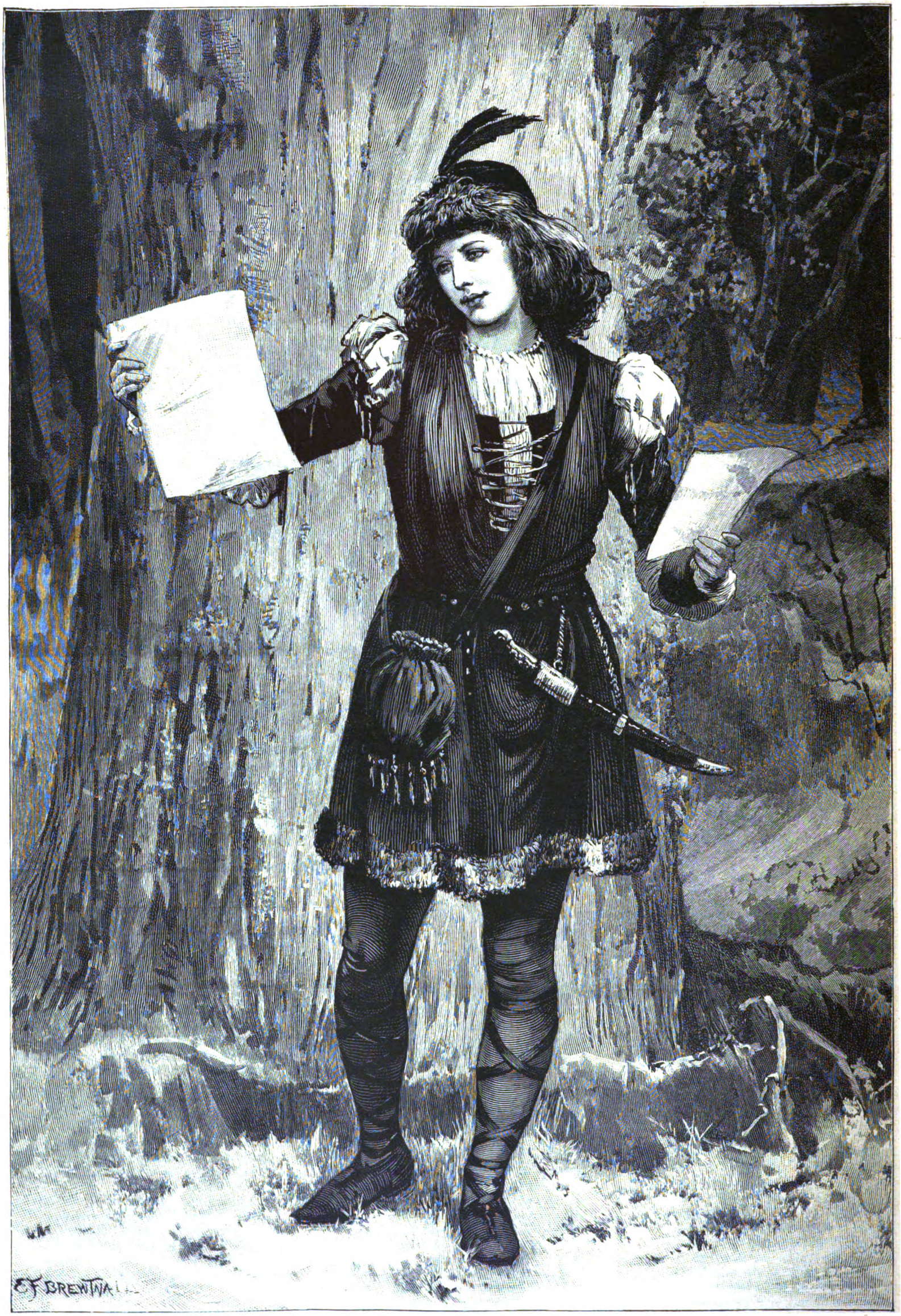
El tiempo lleva en su fatal carrera
una velocidad tan extremada,
que se parece á un tren que á todo fuego
sobre una superficie tersa marcha;
pero ¡ay de los viajeros que en él vamos,
que sin frenos, tornillos, ni palancas,
ni un momento siquiera ha de pararse,
ni habrá quien pueda detener su máquina!
Así se puso el sol desde aquel día
tantas veces y tantas,
que, ya en la corte yo y en su bullicio,
apenas si del cielo me acordaba
bajo el cual vi la luz por vez primera,
ni del verjel aquel lleno de plantas
que para ser jardín era muy grande,
para ser una vega no era nada,
porque era un vallecito tan pequeño
que un arroyo tan sólo fecundaba
de los prados las verdes vestiduras,
como cinta de plata.
Tu figura, en el pecho, mucho tiempo
como en hoja de zinc tuve grabada,
mas como en el metal se desmorona
la imagen por los ácidos y el agua,
así á través del tiempo se perdieron
sus líneas en el fondo de mi alma.

EDUARDO VILLEGAS

(Se concluirá.)

LADY HALLÉ, DISTINGUIDA VIOLINISTA

Digitized by Google



MISTRESS LANGTRY EN EL PAPEL DE ROSALINDA DE LA COMEDIA DE SHAKESPEARE «COMO GUSTÉIS»

Digitized by Google

SAN MIGUEL DEL FAY: CAMINO DE LAS GRUTAS (dibujo por F. de V. Ros)

SAN MIGUEL DEL FAY: PUERTA DEL PATIO DE LA FONDA (dibujo por F. de V. Ros)

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

Las enfermedades de la imitación

I

Con este título acaba de publicar el distinguido psicólogo M. G. Tarde un interesantísimo trabajo, del que trataré de dar idea en la creencia de que el lector habrá de reconocer la originalidad, la trascendencia y la grande aplicación de las observaciones que contiene.

El *lazo social* (no la *cohesión* social, la nación, el Estado) está fundado en la semejanza imitativa. Todo acto verdaderamente social se caracteriza, en efecto, por ser *imitativo*. Puede haber relaciones de utilidad, agregados de diversas especies, pero sin estar unidos sociológicamente si no se hallan en condiciones de obrar por imitación. Un domador y sus fieras, un propietario y sus esclavos, un náufrago europeo entre una tribu de salvajes, formarán agregados, estarán en relaciones mecánicas ó fisiológicas, pero no estarán unidos por un lazo *social*. Para ello es preciso que los seres puestos en relación puedan imitarse consciente ó inconscientemente, gracias á hablar la misma ó parecida lengua, á profesar la misma ó análoga religión, á reconocer el mismo credo filosófico ó á haber recibido una educación científica, artística, industrial común. Tal serie de individuos será probablemente la imagen de la rivalidad, y aun del odio mutuo, pero formará un lazo social. Y tal es la fuerza de esta similitud imitativa, que se verá más estrechamente ligado siempre al tendero con el tendero, al pintor con el pintor, al cómico con el cómico, al aguador con el aguador; que no al tendero con el parroquiano, al pintor con el público que le hace encargos, al cómico con los espectadores y al aguador con el cliente que le paga. Vese, pues, que la sociedad dista mucho de ser una asociación de socorros mutuos: los más unidos son los que más se aborrecen; los más ajenos y extraños entre sí son los que más se ayudan. De ahí que la tendencia de la civilización sea á la fusión de todas las series ó fracciones, es decir, á hacer que todos los ciudadanos se parezcan, mediante la imitación mutua, rompiendo de esta manera la tendencia á la formación de *castas*, explotadoras una de otra; problema dificilísimo, pues se trata de realizar dos igualdades que parecen rechazarse: la igualdad personal y la nivelación en los beneficios.

Como ejemplo de esta tendencia á formar grandes masas igualadas por la imitación, puede citarse *la persona decente* de nuestros días. Ciertamente que no ha habido nunca, por imitación, tantas *personas decentes* como hoy, y, sin embargo, en el siglo XV había poquísimas. El original era el *rey*, imitado por los *cortesanos*, copiados á su vez en el trascurso del tiempo por los *hidalgos*, abuelos de las *personas decentes* de hoy en día. Véase, pues, si ha habido imitadores en lo que va de entonces hasta el presente.

Esta impresionabilidad imitativa, que viene á ser en suma la sociabilidad, es, como dice M. Tarde, una de nuestras propiedades cerebrales más características, maravillosas y poco conocidas. Gracias á ella, ó, por mejor decir, por culpa de ella, se dejan los hombres dominar por el *prestigio* de otro, ó, inversamente, el hombre *solo* experimenta la *intimidación* producida por un grupo de *muchos* hombres.

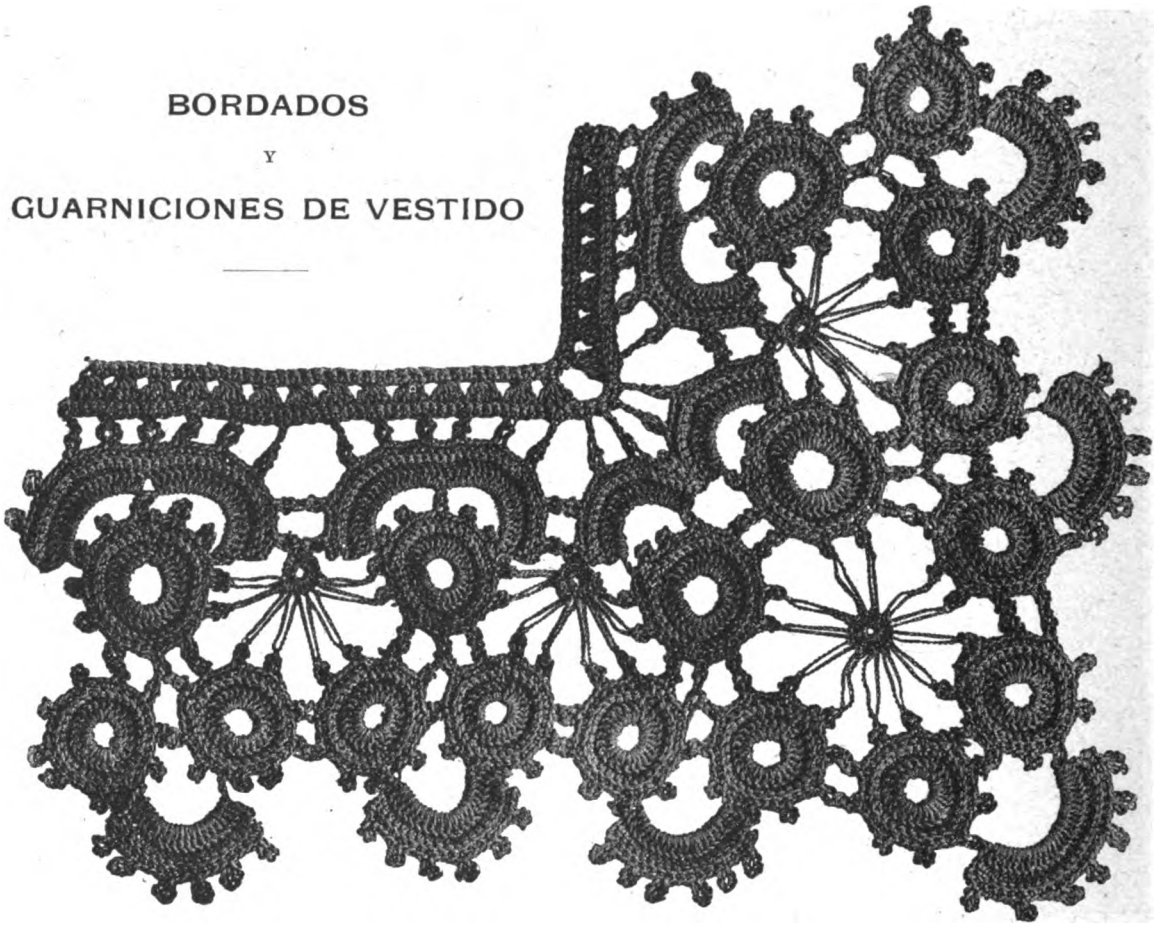
¡Cosa curiosa! Esa intimidación ante el número, bien conocida de los oradores, los estudiantes, etc., no deriva de la calidad sino de la cantidad de la muchedumbre, lo cual quiere decir que *cada fisonomía individual* de un grupo es intimidante de por sí, pero no lo suficiente para producir efecto, el cual sólo se deja sentir mediante la adición de todos ellos sobre un hombre en particular. Tenemos, pues, que todo individuo intimida á otro, no debiendo, sin embargo, confundirse al *tímido* con el *temeroso*. Lo que es difícil decir ahora es qué número de fisonomías es menester para determinar la intimidación. Mas aún: «la presencia del grupo intimidante,—dice M. Tarde,—puede no ser necesaria ó puede cesar de serlo. Puesto que, según nuestros psicólogos, la imagen, la idea, el recuerdo de una sensación es la reproducción deliberada de la misma, debemos creer que la idea sola de un grupo de hombres que nos ha anteriormente intimidado basta para intimidarnos, aunque, á la verdad, más débilmente. Esta intimidación por reflejo es, con mucho, la más importante, debiendo atribuirse á ella las humillaciones intelectuales de los pensadores, que, aun en su gabinete, sufren inadvertidamente la fascinación de un público especial ó de la opinión popular, y, con mayor razón, esas capitulaciones de conciencia, esas cobardes complacencias de corazón ó de espíritu, esos aplanamientos ante el éxito, esas pasivas obediencias ó consignas tiránicas, que en ciertos momentos, señalan la depresión general de los caracteres. Por más que cada uno esté en su casa, se siente próximo á los otros, y al pensar en los demás se está intimidado ante la idea de ponerse en oposición ó en disidencia con aquella muchedumbre que le sumerge y le subyuga.»

Por virtud de este hecho, el hombre pierde su carácter propio y se confunde con el resto: el alumno con sus condiscípulos, el aprendiz con sus camaradas. El resorte individual queda roto: el intimidado, esto es, el hombre social, quedará como hipnotizado y obedecerá á los gustos, sentimientos, preocupaciones é ideas del grupo en que vive. Así un orador no comenzará nunca sin tratar de identificarse con su auditorio, y sólo estará tranquilo cuando se haya realizado esta identificación, después de lo cual hará que se identifique con él cada uno de los que le escuchan, contagiándose al par un oyente á otro; por manera que cada uno experimenta dos efectos: el propio y el trasmitido.

El auditorio imita, pues, al orador, y esta imitación puede hacerse morbosa, ya sea en una asamblea, ya al pasar por la calle una manifestación tumultuosa, ya en un teatro, etc. Triste cosa es tener que reconocer, sin embargo, que los sentimientos de odio, envidia, sospecha, escepticismo, rebelión, ambición, etcétera, son más contagiosos que los de amor, confianza, respeto, admiración y otros análogos.

II

Compara luego M. Tarde la imitación (fenómeno social proteiforme que reviste mil aspectos: lingüísticos, dogmáticos, escolares, ritualistas, morales, estéticos, profesionales) con la memoria, diciendo que la imitación es á la sociedad lo que la memoria es al espíritu. Y, en efecto, no es que el agregado social sea como un *organismo*, sino que es *como un cerebro*, «atravesado á cada momento por corrientes de impresión que se comunican de una célula á otra, repitiéndose, multiplicándose, cambiándose, entrecruzándose, luchando por aparecerse ó por reaparecerse á la conciencia. Por todas las puertas del cerebro, por los sentidos, precipítanse por entrar una porción de impresiones nuevas (nuevas hasta cierto punto) y comparables en este concepto á los descubrimientos, á las innovaciones de todo género que tratan de abrirse paso en el mundo. Un corto número formando haz y sistema lo consiguen, y desde su punto de origen se desparraman por el pueblo entero de las células con una rapidez que los psicofísicos han medido á veces. Luego, después de un momento de esplendor, como los descubrimientos más felices después de un período de celebridad, caen en la oscuridad de la inconsciencia; pero entonces, lejos de aniquilarse, aumentan el tesoro de los recuerdos acumulados, reviviscentes de cuando en cuando. Siendo, pues, así, no debemos sorprendernos de que la memoria, conservación y reproducción de los recuerdos (y también de las costumbres, recuerdos de los



CROCHET PARA GUARNICIÓN DE ABRIGO

Digitized by Google

actos) sea una propiedad universal de todas las impresiones que han sido una vez conscientes y como tales han formado parte de lo que llamamos el espíritu. Y, en efecto, seguramente que sólo repitiéndose, reproduciéndose sin cesar dentro de los elementos celulares, puede conservarse en ellos la impresión, de la propia manera que sólo repitiéndose y propagándose de una célula á otra podrá llegar á la gloria de la conciencia y volver ulteriormente á ella.»

Tenemos, pues, que *la conciencia* y *la memoria* son dos fenómenos cerebrales de igual naturaleza, meras *reproducciones,* que sólo difieren por ser intercelulares las unas é intracelulares las otras, que es también la diferencia que encontró M. Tarde entre dos formas complementarias y alternantes de imitación social: la imitación-costumbre y la imitación-moda. *Toda costumbre ha empezado por ser una moda,* ó dígase *novedad,* hasta arraigarse luego y perpetuarse en la tradición. Así podríamos decir que á no haber modas no habría costumbres, verificándose el progreso social por la intermitencia de la moda y la continuidad de la tradición, de la propia manera que se efectúa el progreso intelectual por la entrada *(inglutition,* dice M. Tarde) de las ideas nuevas y la rumiación de las ideas antiguas. Generalizando este paralelismo, tendremos que así como el hombre compone un sistema de conocimientos con la elección de sus recuerdos, de la propia manera la sociedad organiza sus lenguas, instituciones, industrias, artes, etc., con los ejemplos recibidos por moda ó conservados por costumbre.

Dando, pues, por sentado que la *imitación* es á la sociedad lo que la *memoria* es al individuo, se comprenderá que, así como ésta puede sufrir diversas enfermedades, puede suceder lo mismo con aquélla. Hay enfermedades de la memoria que se revelan por pérdida ó exceso de la misma: de la propia manera se observan, en ciertos países, bruscos abandonos de tradiciones ó costumbres para lanzarse á una imitación desenfrenada de novedades extrañas. Raro parecerá lo que vamos á decir ahora, y, sin embargo, nada más cierto: es imposible una buena memoria sin muchos olvidos (olvidos de cosas inútiles), de la propia manera que es imposible una sana imitación sin muchos desprendimientos de viejos usos. Pero esto solamente en ciertos límites y según en qué circunstancias. «Muchas veces, —dice M. Tarde,—se ha visto en el curso de la historia, bien que bajo una forma religiosa (pero poco importa), conversiones de pueblos en masa á una civilización nueva. La cristiandad de la edad media se ha formado y engrosado por una serie de esas bruscas trasformaciones, de esas especies de metempsícosis. Esa entrada sucesiva de los búlgaros, de los polacos, de los rusos, de todos los pueblos orientales de Europa, en la República cristiana, ha ido acompañada por doquier de una de esas fermentaciones extraordinarias ante cuyo espectáculo un espectador filósofo tiene siempre derecho á preguntarse: —¿Es un bien, ó es un mal?—Ha resultado que era un bien, puesto que la asimilación operada de este modo ha sido duradera y ha ido consolidándose y desenvolviéndose después, y que cuanto más se asimilan las conciencias por el triunfo de una religión sobre sus rivales (preludio á la invasión de las mismas ciencias y luego de las mismas necesidades y de las mismas costumbres), tanto más se ensancha sobre la tierra, á través de todos los combates, la esfera de los derechos y de los deberes reconocidos. Pero ¡cuántas veces ha sucedido que esos entusiasmos renovadores, destructores del pasado, han precipitado la ruina de los Estados y justificado las predicciones pesimistas de los patriotas!»

Ejemplo de esto último puede ser quizás, aunque no está suficientemente probado aún, la prisa con que los japoneses actuales *desimitan* á sus antepasados para convertirse en plagiarios de los europeos.

ALFREDO OPISSO

(Se continuará)

ORIGEN DEL BRONCE Y EMPLEO DEL COBRE

POR LOS

CALDEOS Y ANTIGUOS EGIPCIOS

I

La civilización caldea, bien anterior á la de los asirios, no ha conocido la industria del hierro á pesar de haber sido empleado este metal por los egipcios en las primeras dinastías. Esta civilización nos demuestra de una manera incontestable la primacía de la industria del bronce. En Egipto es creencia fuertemente admitida el empleo del bronce con bastante anterioridad al hierro. Los objetos de metal más antiguos hallados en estas regiones son de bronce. No obstante esto, esta antigüedad excesiva y esta cuasi universalidad del uso del bronce no ha sido suficientemente explicada. En efecto, si el hierro se presenta en estado natural, especialmente en África, y si ha podido ser trabajado, como ciertamente lo es al presente en el continente africano, por pueblos de una civilización asaz rudimentaria, no se concibe en buena lógica la preferencia dada á aquella aleación sobre este metal.

BORDADO EN SEDA

El bronce es una liga de dos metales cuando menos. Habitualmente se compone de dos elementos esenciales, y uno de éstos, el estaño, es relativamente raro. Al menos no existe en estos países de Oriente de tan remota civilización. De igual suerte escasea en el Cáucaso que en el Asia menor y en Egipto. No se le encuentra á flor de tierra y en abundancia más que en la parte oriental del Asia. No está evidenciado que las regiones del Asia central, todavía tan poco exploradas, estuviesen totalmente desprovistas. Y es lógicamente presumible, ateniéndonos á los hechos hoy establecidos, que las relaciones comerciales se hallasen, durante aquellas remotas épocas prehistóricas, mucho más extendidas que hoy podemos imaginarnos, y tuviesen facilidades de comunicación que desconocemos todavía. Antes de la existencia de las mismas civilizaciones protocaldeas, las márgenes del golfo Pérsico han sido ciertamente un mercado donde los pueblos de la Arabia y del Africa han estado en contacto más ó menos directo con los pueblos de la India.

El Asia central, además, ha sido todo el tiempo, sin duda alguna, el teatro de formidables emigraciones, de vastos é irresistibles movimientos de pueblos, á consecuencia de los que los elementos de civilización más diversos se han encontrado unidos primero, para más tarde divorciarse y dispersarse en todas direcciones. Nada contradice la creencia de que estas civilizaciones más antiguas hubiesen tomado el conocimiento y uso del bronce de cualquier pueblo inferior que debiese el descubrimiento á una dichosa circunstancia fortuita de la que no apareciese el nombre en la historia. Con frecuencia se observa, así en lo grande como en lo pequeño, atribuir preciosos descubrimientos no á los que los realizan verdaderamente, sino á aquellos que han sabido utilizarlos mejor.

Se explica, pues, perfectamente, que los pueblos de las primitivas civilizaciones históricas hayan podido pasar, sin otra transición, de la edad de la piedra á la del bronce, merced únicamente á la extensión de sus relaciones comerciales, y sobrepujar por consecuencia todas las demás por la duración y brillantez de su historia. De igual suerte que nuestra sociedad no se encierra en un círculo mezquino, las sociedades primitivas no se limitaban á vivir y sostenerse de las invenciones y de los productos de su particular industria. Harto al contrario, los pueblos toman unos de otros los productos más ventajosos y más perfeccionados. Y por esta causa los vemos pasar casi sin transición de una á otra civilización industrial.

—¿Cómo se explica,—se ha dicho con frecuencia,—que los pueblos prehistóricos, antes de emplear el bronce, no hubiesen empleado el cobre, tan abundante, tan fácil de obtener y tan maleable? —Esta cuestión, sencilla en apariencia, no se ha resuelto de una manera satisfactoria. Solamente podemos decir que no se conoce todavía el pueblo que después de haber empleado el cobre, utilizase el bronce y señalase de una manera incontestable el descubrimiento de este último. Aunque esta respuesta nada resuelve, es preciso todavía hoy atenerse á ella prudentemente.

Sin embargo, es bien posible que los pueblos que dicen haber conocido el bronce sin haber pasado anteriormente por una civilización de cobre puro, empleasen desde luego el cobre. Es posible, de ignal suerte, que el descubrimiento del bronce sea uno de aquellos que á consecuencia de idénticas circunstancias se producen espontánea y simultáneamente en diversos países. A estas conclusiones nos conducen dos observaciones recientes del célebre químico Mr. Berthelot.

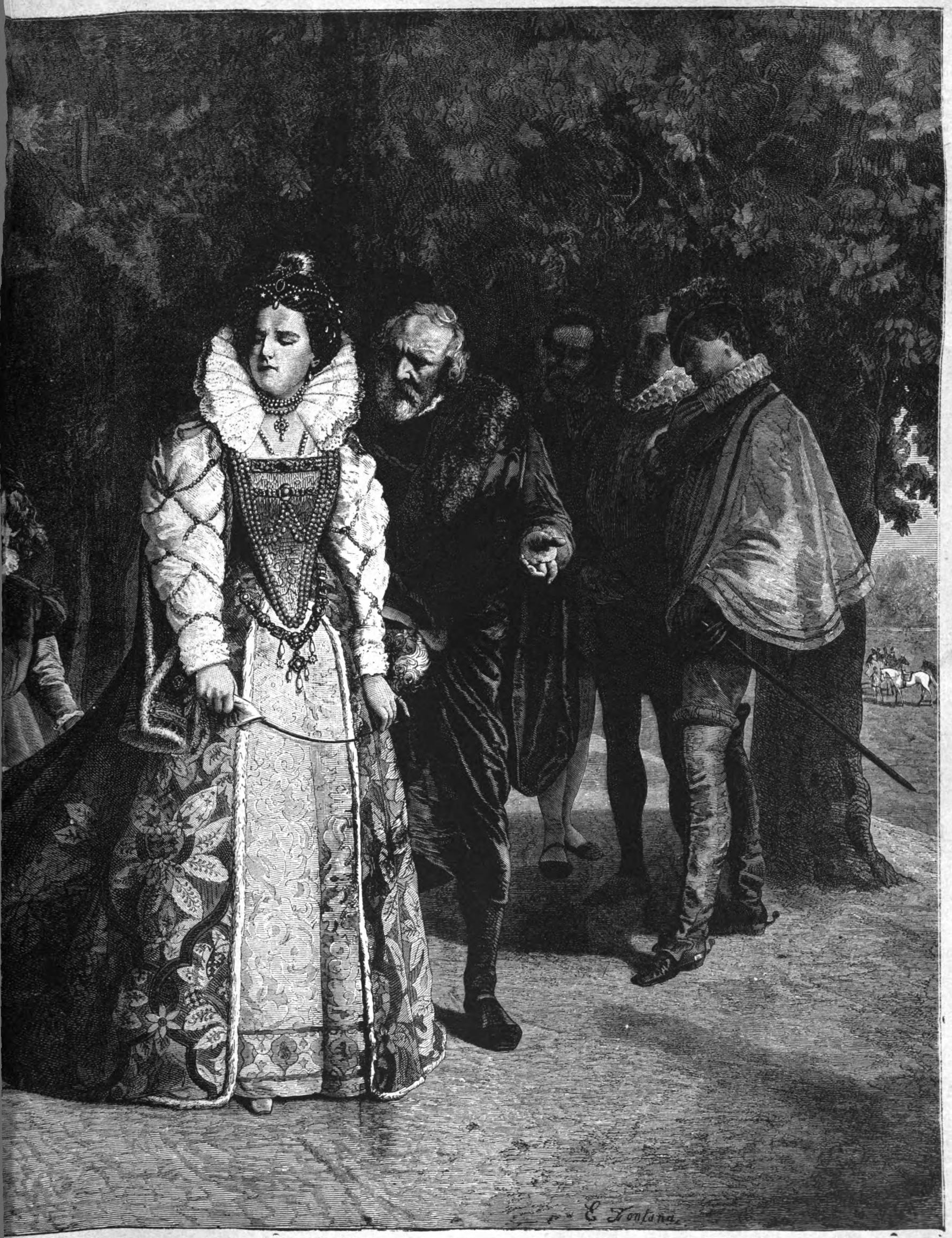
M. Berthelot se ocupa hace ya algún tiempo de determinar los metales realmente conocidos de los antiguos, cualesquiera que sean los nombres, con frecuencia falsos, con que se les denominase. Ultimamente ha analizado la sustancia de una estatua encontrada en la Mesopotamia y un cilindro metálico egipcio.

La estatua ha sido encontrada en Tello en la célebre exploración de Mr. Sarzec, y lleva grabado el nombre de Gondeah. Este Gondeah pasa por ser anterior al siglo XVI antes de nues-

Digitized by Google

MARIA ESTUARDO E ISABEL DE

Digitized by Google



NGLATERRA (cuadro de E. Fontana)

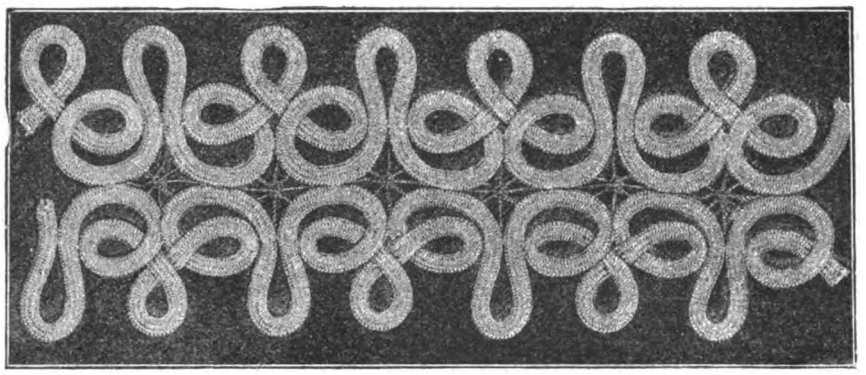
Digitized by Google

tra era. Mr. Oppert lo hace remontar á 4,000 años antes de nuestra era. Mas dejando aparte su antigüedad, y ocupándonos solamente del análisis, resulta como dato concluyente que la estatua tenida por ser de bronce, es de cobre puro.

El cilindro, cóncavo y largo de unos doce centímetros, estaba enclavado al pie de un bastón ó lanza, y se cree sea el cetro de un Faraón de la VI dinastía. Calcúlase su reinado entre 3,500 y 4,000 años antes de nuestra era. Se creía, igualmente, fuera de bronce. Mas, Mr. Berthelot en el análisis no ha encontrado ni estaño ni zinc, sino solamente cobre puro y pequeñas partículas de plomo. Este cobre parece ser proceda de las famosas *Magan*, célebres minas de Sinaí, que los egipcios conocían antes de la IV dinastía, que perdieron poco después, y que finalmente reconquistaron, precisamente durante el mencionado Faraón.

No pretendemos generalizar las conclusiones que se desprenden de estos hechos. Podemos decir, sin faltar á la verdad científica, que durante la época á que se refieren estas observaciones, los egipcios y los caldeos no conocían el cobre más que puro sin estar unido al estaño. No obstante esto, las ulteriores observaciones de Mr. Berthelot pueden cambiar nuestras ideas sobre este punto y sobre otros muchos. Mas aunque fuese para demostrarnos lo contrario, deseamos vivamente las prosiga.

DIEGO LOSADA



TRENZADO

¡AH!... CON EXTRAÑEZA

Ya anuncia un señor no sé cuantos que ha descubierto unos polvos *regeneratrices* (¡aprieta!): de aquí á llamar *el emperatriz alemán* al monarca prusiano no hay más que un paso. Yo, en vez del inventor, habría llamado á esos polvos, cuando menos, *regeneradores;* pero allá él. A bien que cuando hemos dado en llamar á las cosas los nombres bárbaros, y ya no sabemos decir reunión política, sino *meeting*, y llenamos las columnas de nuestros periódicos de *Kermesse,* y *Carrousel,* y *Garden-Party* y *Lunch*, etc., etc., nada tiene de extraño que un extranjero padezca error muy excusable á quien no se dedica al cultivo de los idiomas, sino á la caza de invenciones y de específicos.

Pero lo que no anunciaba el inventor ese, es que con motivo de los festejos de mayo y junio habían de verse y de oirse en Madrid cosas muy extrañas. De bastantes de ellas he levantado acta, aunque no de todas, porque eso habría sido cuento de nunca acabar; y poco á poco iré sometiéndolas todas al juicio desapasionado de mis amigos para que me digan si he tenido razón en hallarlas extravagantes, ó si, por el contrario, son cosas usadas y correctas que me han sorprendido sin razón justificada.

Ya pasó (y ya se han enterado cuantos han tenido deseos de enterarse) la solemne procesión del Corpus; una procesión que, en honor de la verdad, resultó muy larga y muy fea. Ya sé que los periódicos no dijeron eso, pero pueden Vds. creerme como si lo hubieran visto. A mí en la procesión ni me iba ni me venía nada: si hubiese resultado bien, lo diría con franqueza; resultó mal y lo digo. Empezaron los organizadores por no calcular la longitud de la comitiva, y sucedió que cuando la cabeza de la procesión quiso cruzar por la Puerta del Sol para entrar en la calle de Carretas, encontró que se lo impedía la procesión misma, que no había acabado de pasar por la Puerta del Sol: ¡un conflicto! Los curas eran muchos, las beatas más, las imágenes de escaso valor artístico, el sol abrasador y la carrera demasiado larga: conque medio Madrid estuvo incomunicado con el otro medio durante cinco horas.

Pero no fué eso lo que vi con extrañeza ni lo que supe con asombro: lo que me habría asombrado sería que hubiera salido bien, porque estas cosas, ya en las postrimerías del siglo décimonono, han de salir siempre deslucidas. Lo que sí me pareció inexplicable fué la siguiente noticia que por aquellos días publicaron casi todos los periódicos:

«Un carro de la casa real llevó hoy una sillería de Palacio y otros muebles, indispensables durante la permanencia de S. M. en aquel Ministerio, á cuyos empleados no les llegaba la camisa al cuerpo.»

Pero ¿no hay sillería en el Ministerio de la Gobernación?

Confieso que, por muchas vueltas que di en mi cabeza á la noticia, no pude explicármela. Es cierto que no me interesaba explicarlo: la verdad es que á mí, el que llevaran ó dejaran de llevar sillas de Palacio y otros muebles indispensables (que no sé qué muebles serían) desde Palacio al Ministerio, me tiene sin cuidado; pero mi amor propio se interesó en esto, como á las veces se interesa en descifrar un geroglífico ó en adivinar una charada que en realidad nada me importan. Y aun lo de llevar la sillería de Palacio en un carro, aunque no del todo evidente, alguna explicación podrá tener si es que la etiqueta palaciega (que yo desconozco en absoluto) no admite que los monarcas ocupen sillones que hayan sido ocupados por súbditos: lo que de ninguna manera acierto á comprender es el por qué á los empleados del Ministerio de la Gobernación no les llegaría la camisa al cuerpo.

¿Tanto susto les produce ver sillas de Palacio? ¿O lo que les asustaba era lo de los otros muebles indispensables?

Esto de no ser palaciego tiene varios inconvenientes, y entre ellos este de no comprender ciertas cosas que acaso para cortesanos sean las más claras del mundo.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

ODIO Y AMOR

Tendiendo al mundo su vuelo
más raudo que el del condor,
halláronse Odio y Amor
en los espacios del cielo.

Y siguiendo su camino,
después que se saludaron,
uno á otro se preguntaron
cuál iba á ser su destino.

Y replicó de esta suerte
el Odio:—¡Yo bajo al mundo
para con rencor profundo
dar á medio mundo muerte!—

Y el Amor dijo:—¡Por Dios!...
Mi destino es tan fatal...
¡Ya veremos, al final,
quién mata más de los dos!

—¡Yo!—dijo el Odio.—Me ayuda
mi falta de sentimiento.
—¡Yo!—dijo el Amor,—pues cuento
con los celos y la duda.—

Llegaron al mundo al fin,
y para calmar su afán...
¡el Amor abrazó á Adán,
y el Odio abrazó á Caín!

A impulsos del Amor cruel
Adán perdió el paraíso,
y porque el Odio lo quiso
Caín asesinó á Abel.

¡Desde aquel día de horror
no se averiguó jamás
cual de los dos mata más
entre el Odio ó el Amor!

JOSÉ MARTÍNEZ MEDINA

LA OLA

Rugía el mar agitado por el *sirocco* y lanzando montañas de espuma sobre las rocas de Hansmamet.

La barquilla del pescador huía delante de las rizadas olas buscando refugio en el puerto, y allá á lo lejos, entre nubes de polvo que flotaban en el aire y la revuelta superficie del Mar Rojo, un cárabo corría el temporal, ora deslizandose sobre montañas de espuma, ora envolviendo en ellas la oscura y grosera vela que su mástil cargaba.

Aferrado al timón, con las dos manos crispadas sobre la caña y el rostro contraído con expresión salvaje, el fakí Ben-Nazar luchaba contra la tempestad, dirigiendo el rumbo del buque en cuanto era posible y sosteniendo la proa en perfecta línea recta con la playa, mientras dos esclavos nubios bregaban por sujetar la vela, casi destrozada por el viento.

En el centro del cárabo formaban triste grupo dos jóvenes de distinto sexo recostados sobre fardos y cajas, semihundidos entre las aguas que el buque había recibido á bordo. Eran Alí, hermano de Ben-Nazar, y Lulú, su hermosa compañera.

Pálida como un cadáver, con los ojos cerrados y los frescos labios entreabiertos, Lulú se había desmayado en brazos de su esposo impresionada por la tempestad, y Alí le prodigaba sus cuidados con una ternura infinita, sin cuidarse para nada del fin que pudiera tener el drama que cielo y agua representaban en aquel momento.

De pronto resonó un crujido horrible, y Ben-Nazar cayó de espaldas sobre la amura, arrastrando consigo la palanca en que se apoyaba: un golpe de mar había roto el timón, y la nave quedaba sin gobernalle á merced de los vientos.

—¡Pronto, perro!—exclamó dirigiéndose á uno de los nubios.—¡Arría esa vela, que nos va á hundir en el abismo!

Y como el pobre Osmán no pudiese ejecutar á tiempo la maniobra, el fakí enarboló el palo que apretaba entre sus manos y lo dejó caer sobre la cabeza del esclavo, salpicando de sangre el lienzo de la vela. El nubio extendió los

Digitized by Google

brazos, doblóse su cuerpo sobre la banda del cárabo y cayó pesadamente al agua, que se cerró á su paso como fúnebre sudario.

Alí lanzó un grito y se puso en pie.

—¿Qué has hecho, Nazar?—exclamó.

—¿Qué te importa, hermano? Tal vez encontrar tu salvación y la nuestra, enviando con Eblis á ese infame que nos hacía traición. ¡A la vela, Alí, á la vela ó somos perdidos!

—¡Pero vamos á encallar en la playa!—murmuró Alí.

—Y ¿qué importa si no hay otro medio?—rugió el fakí lanzando una terrible mirada sobre su hermano.

Efectivamente, no había más recurso que encallar. El viento no amainaba, el mar estaba cada vez más imponente, y entre los negros celajes que surgían de la costa arábiga empezaba á dibujarse el efímero brillo del relámpago anunciando furiosa tempestad.

Lulú había recobrado el conocimiento, y presa de mortal angustia fijaba sus grandes ojos en Alí, que luchaba con la vela sin poderla arriar, mientras Ben-Nazar devoraba con la vista los tesoros de belleza que brillaban en el rostro de la joven.

De pronto ésta se puso en pie y exhaló un grito de suprema angustia. Alí, queriendo romper la polea que sujetaba el velamen y en la que estaba enredada la cuerda, había trepado por el palo con el cuchillo entre los dientes y cortado la zágula; pero el viento arrolló sobre su cuerpo la humedecida tela y le arrojó al mar como pesado fardo que rompe las cadenas de la grúa.

Ben-Nazar dejó brillar en sus ojos momentáneo rayo de alegría y tendió los brazos para recoger el cuerpo de su cuñada, que vacilaba como la caña tronchada por el huracán.

—¡A él, hermano mío, á él!—gritó la pobre mora señalando al mar.

Y Ben-Nazar se precipitó sobre las olas y se dirigió al punto en que su hermano luchaba por separar de su cuerpo la humedecida tela.

¿Qué sucedió después? Es un secreto que pertenece al Mar Rojo: sólo podemos decir que, en el instante en que el cárabo hundía su proa en la arena, se oyó un grito terrible y una voz moribunda que decía:

—¡Maldito, maldito seas, Caín!

Media hora después, el fakí, empapado en agua, se arrodillaba ante el inanimado cuerpo de Lulú á la que socorrían los pescadores de Hansmamet, mientras Zephir, el esclavo nubio, permanecía sobre la cubierta del cárabo como fiel centinela que guarda las riquezas de su señor.

***

Ben-Nazar poseía el cuerpo de Lulú, pero no su alma.

Absorbida por completo en el recuerdo de Alí, aquella infeliz había cedido á la fuerza y caía sobre el lecho del fakí como la leona á los pies del domador: vencida y no dominada.

Cuatro años llevaban en esta vida de mutuo sufrimiento; cuatro siglos para el uno y para el otro.

Ben-Nazar apenas salía de su casa; y cuando la necesidad de respirar libremente le impulsaba á recorrer las calles de Hansmamet, siempre se dirigía del lado del desierto y nunca hacia el mar. Lulú, en cambio, cuando obtenía el permiso de su cuñado y esposo para dar un paseo, siempre marchaba, como obedeciendo á misteriosa atracción, hacia aquella playa en cuyas inmediaciones había perdido para siempre al objeto de su amor.

En vano sus esclavas, en vano el fiel Zephir, procuraban desterrar su tristeza; en vano el mismo Ben-Nazar la rodeaba de atenciones: no obstante que era sola en el harem, que poseía las mejores joyas que llegaban al mercado de Túnez y que el fakí le manifestaba un amor sin límites, las caricias de Lulú eran frías como el hielo y los labios del esposo sentían el frío del mármol al rozar aquella boca antes tan sonrosada y pura.

***

Un día Lulú paseaba en la playa, mientras Ben-Nazar, encerrado en su gabinete de estudio, consultaba su horóscopo, tomado la noche antes de las pálidas estrellas.

Y el horóscopo era terrible.

Prometíale el goce de inmensas riquezas, la sabiduría de la ciencia en todas sus manifestaciones, la salud más completa, todo menos el triunfo de su amor; y luego aquella nube roja flotando sobre el astro de su nacimiento, aquella sombra interpuesta siempre entre su estrella y la de Lulú.

Ben-Nazar cerró el libro en que leía, y sacó de un cofrecillo, primorosamente cincelado, un rollo de pergamino. El testamento de su padre estaba cumplido en todas sus partes.

«Tu hermano Alí llega de la Meca,—decía.—¡Así Alá le salve y bendiga!

»Mi espíritu se dilata, quiere romper su cárcel, y mi cuerpo se inclina á la tierra buscando su reposo.

»¡Oh tú, mi hijo mayor! Oye bien mi mandato, y que la bendición de Dios Unico y Grande te aliente para cumplirlo.

»En el séptimo día de la luna de Ramadam irás á la costa de Hansmamet á la hora sagrada del Mogreb, y esperarás á mi hijo menor que llega.

»Sé para él un nuevo padre y un maestro, puesto que Alá te hizo fakí. Con él trabaja en el aumento de sus bienes, y si Dios ha escrito en el libro del destino que te preceda á la tumba, encárgate de sus esposas é hijos y que en nada echen de menos al que perdieron. ¡Maldito sea el que desobedezca tus órdenes! ¡Maldito el que no te ame!»

Alí había muerto á la vista de las playas de Hansmamet, su hermano acrecentaba las riquezas que traía del Asia, y la hermosa Lulú (1) era su hermana, más aún, su esposa.

(1) *Lulú* significa *Perla*.

ADORNO BORDADO PARA BANDA

¿Por qué, pues, el destino se oponía á su felicidad?

Así pensaba el fakí, cuando se abrió violentamente la puerta de la cámara y apareció en ella el esclavo, lleno de mortal angustia.

—¿Qué quieres, perro?—gritó Ben-Nazar.

—¡Señor, corre, ven conmigo á la playa! Lulú, mi señora, *ha dejado volar su espíritu* (1) y quiere arrojarse al mar.

Un rugido, que no grito, dejó escapar el fakí, lanzándose en pos del esclavo en dirección á la playa.

Y allí estaba Lulú, frenética, luchando con las esclavas.

La tempestad levantaba montañas de espuma entre las embravecidas olas, soplaba el *sirocco* con horrible silbido, y allá á lo lejos un cárabo, tendida la vela, corría el temporal, procurando enfilar sobre la playa.

Ben-Nazar llegó á tiempo que su adorada Lulú corría hacia un promontorio cercano, con ánimo, sin duda, de cumplir su propósito.

La desgraciada asió al fakí de una mano y, mostrándole la revuelta superficie de las aguas, le dijo:

—Mira, Ben-Nazar: ¿recuerdas? Así bramaban aquel día las olas... así huía nuestro buque ante la tempestad... y mi Alí, mi adorado Alí, fué arrebatado por una ráfaga, como la hoja del limonero vuela con el vendaval.

—Vamos, Lulú: volvamos á casa,—decía Ben-Nazar con angustiado acento.

—No... espera... espera aún. Cayó... Tú sabes como cayó... Tú, su hermano, te arrojaste al agua y...

—Luché con desesperación, con temeridad...

—¡Sí! Luchaste con él.

—Y le hubiera salvado sin duda, pero una ola enorme me lo arrebató.

—¡Ben-Nazar! Atrévete á jurar lo que dices.

—Yo...

—¡No prosigas! ¡Mira! ¿Le ves? ¡Es Alí, mi

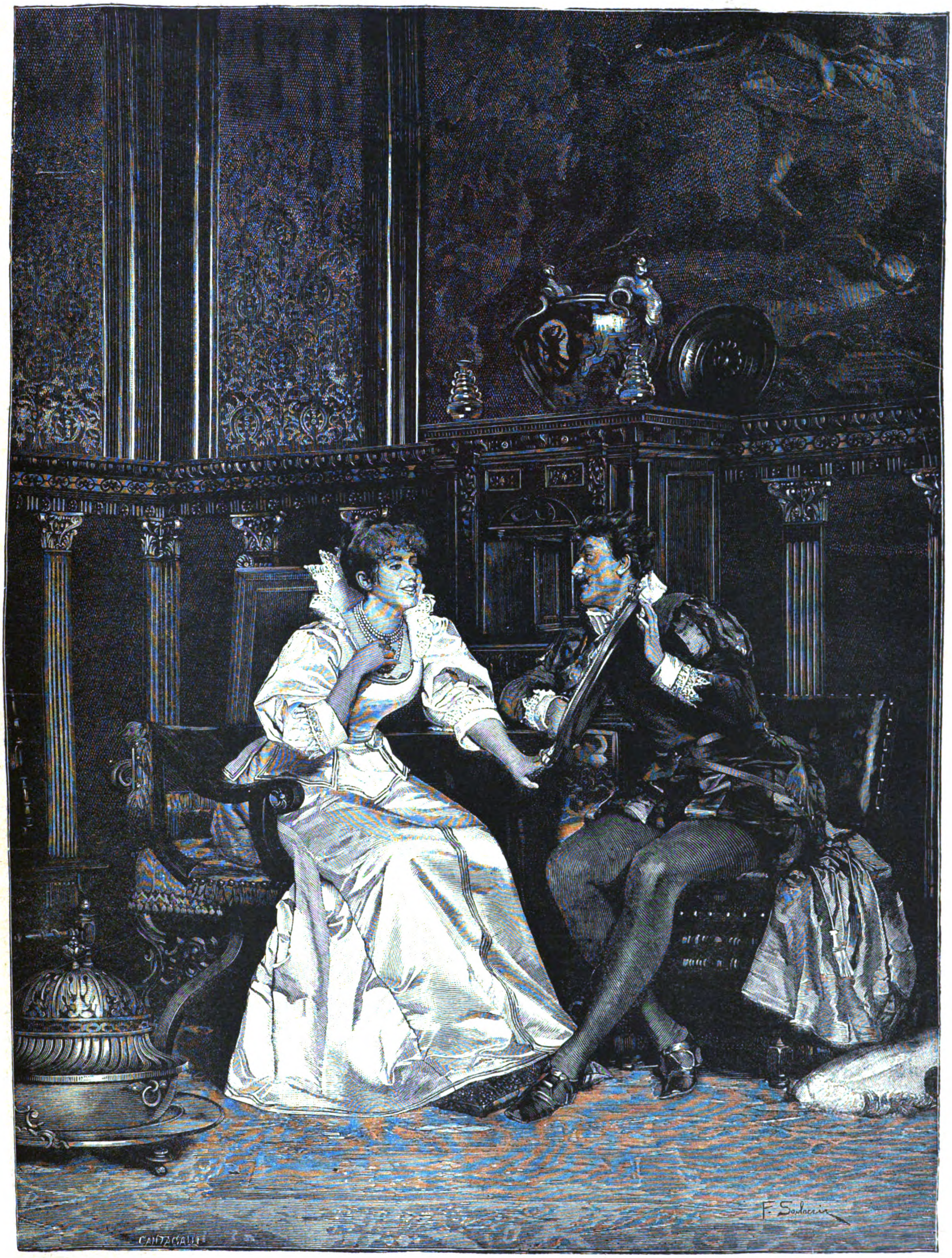
(1) *Está loca* quiere decir esta locución.

Digitized by Google

EL REZO DE LOS NIÑOS

EDUCACIÓN MATERNAL

Digitized by Google



EL CUMPLEAÑOS DE LA SEÑORA (cuadro de **F. Soulacroix**)

Digitized by Google

Allí, que flota con el cuerpo ensangrentado! ¡No, no apartes la vista, maldito! ¡Allí está! Su pecho enrojecido tiene una profunda herida. ¿Dónde está tu cuchillo, miserable? ¡Habla! Habla, ó por Alá que yo hablaré por ti.

—¡Lulú, mi adorada Lulú!—gemía el fakí procurando sujetarla entre sus brazos.

—¡Suelta, asesino! ¡Suéltame! Tú me amabas... tu tenías celos de tu hermano. Desde aquel día terrible no he visto cuchillo en tu cintura.

Ben-Nazar no pudo contenerse y anudó sus manos al cuello de la demente.

Lulú, sin embargo, se desasió de ellos y corrió á ampararse en los del esclavo Zephir.

—¡Ven aquí, asesino! ¡Zephir! ¡No me desampares... no me arrojes en los brazos del tigre! ¡El asesinó á Osmín! ¡El asesinó á su hermano Alí! ¡Mírale, fakí! ¡Mírale cómo te llama! ¡Caín, Caín! Allí se alza la ola... ¡la ola!

—¡Sí, desgraciada!—gritó el fakí.—¡La ola viene en busca mía! ¡Ola de sangre que yo mismo arrojé entre tu alma y mi alma!

Y lanzando una última mirada sobre Lulú, precipitóse desde la roca en las turbias y furiosas aguas del Mar Rojo.

Entonces Lulú extendió la mano hacia el mar y gritó:

—¡Ya estás vengado, Alí! ¡Ya estás vengado!

ANTONIO PAREJA SERRADA

EL CUADRO DEL MUSEO

¡Quién no le ha visto! Allí está aún, en el Museo del Prado, aquel célebre lienzo que inmortalizará á Llarizo. Madrid entero desfiló por delante del cuadro prodigándole alabanzas sin cuento, elogios de repertorio, frases vulgares arrancadas por la moda á corazones indiferentes é incapaces de sentir y apreciar las obras del arte ni sus bellezas.

Allí le encontraréis, si la curiosidad ó el amor á lo sublime guía vuestros pasos hasta el templo en que se albergan las concepciones de Murillo, las vírgenes de Rafael, los retratos de Velázquez, las mujeres de Rubens y los caprichos de Goya.

Es una mujer hermosa, rubia, de ojos negros y airoso talle. En su cabeza la mantilla blanca se asemeja á una nube que intentase ocultar los áureos rayos del sol. La mano de la mujer empuña el encaje, y con un movimiento de coquetería esconde la parte inferior de su rostro de virgen tras aquella delicada blonda que parece tejida por las hadas. No se le ve más que la nariz, los ojos y la frente; pero eso basta. Frente, ojos y nariz sonríen de un modo picaresco que trastorna, que atrae y que fascina. La figura está viva y os sonríe, se destaca del fondo, y esperáis que deje caer el extremo del encaje para poder contemplar los claveles de su boca y la nieve de su cuello. ¡Intento vano! La niña queda aprisionada entre el dorado marco, y cuando os marcháis os sigue con los ojos grandes, negros, sonrientes, como si se burlara de vuestra desventura.

Y si los hombres, admirando al artista, admiraban la imagen creada acaso en su imaginación de poeta; las mujeres, cuchicheando envidiosas, mirábanse en los pequeños espejitos de bolsillo para ver si en ellos se reflejaba un rostro de líneas más puras y de ojos más deslumbradores que los de la gloriosa rival del lienzo de Llarizo.

Fué un éxito loco el del pintor, un triunfo que le abrió las puertas de la Academia y le proporcionó grandes premios en exposiciones nacionales y extranjeras.

Algunos se preguntaban:

—Pero ¿adónde ha ido Llarizo á buscar esa mujer?

—Al cielo sin duda,—contestaban muchos.

Y añadían:

—Los ángeles no son de este mundo.

* * *

Cuando murió Llarizo fuí al entierro. Las artes y las letras tenían en la comitiva su más alta y fiel representación. El gran pintor al dejar la vida se llevó consigo el secreto de lo sublime en lo humano, dejándonos la naturaleza fría que habla á los sentidos pero que nada dice al corazón. Sus mujeres son la idealización de la materia, el espíritu hecho carne. No es la divinidad rafaelesca, ni la plasticidad impúdica de Rubens, cuyas figuras palpitan con vida animal excitante del deseo, no: es el naturalismo artístico que con trozos de barro produce algo superior, la belleza que se siente y no se define, como uniendo frases de una lengua vulgar surge un terceto del Dante, un alejandrino de Racine, una frase de Castelar; como de lo vago nace una melodía del cisne de Pesaro.

Ibamos á abandonar el cementerio cuando sentí que me tocaban en el brazo. Me volví al punto y encontráronse mis ojos con un amigo antiguo, con Nelio, el retratista de las mujeres más hermosas de la villa. Su pincel había copiado, embelleciéndolos, los rostros de cien damas aristocráticas, y Nelio era el niño mimado de los salones.

Mi amigo mostraba una actitud risueña al decirme:

—¡Pobre Llarizo! ¡Lo hemos perdido para siempre!

Esta vulgaridad fué la salutación que me hizo.

Después añadió:

—Iremos juntos: tengo ahí el coche.

Yo despedí el mío, y, á poco, ambos, muy envueltos en los abrigos y recostados con indolencia en el asiento del carruaje, caminábamos hacia Madrid, que envuelto en densa niebla destacábase esfumado, medio borroso, como una ciudad creada por efecto de espejismo en un inmenso desierto.

A través del empañado cristal veíamos culebrear el fangoso río por entre los sucios arenales de las orillas, y de vez en cuando una línea blanca, rompiendo la monotonía del paisaje, nos indicaba los lavaderos con las ropas puestas á secar en sogas paralelas sostenidas por negruzcas estacas de trecho en trecho.

Aquel espectáculo me puso aún más triste. La ciudad de los vivos oculta bajo la niebla me pareció una inmensa tumba. Yo iba de un cementerio á otro más grande.

R. HERNÁNDEZ Y BERMÚDEZ

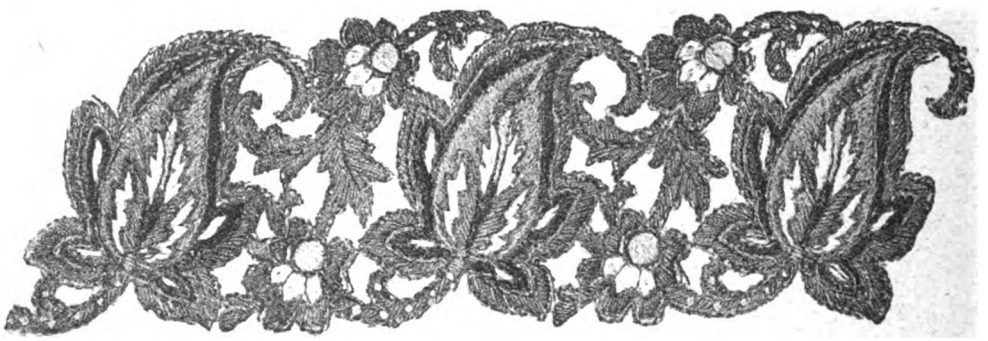
(Se concluirá)

NUESTROS GRABADOS

LA DAMA CAZADORA.—EL REZO DE LOS NIÑOS.—EDUCACIÓN MATERNAL

La dama cazadora es toda una Diana que hubiera entusiasmado al pobre Mackart y entusiasmará de seguro á los amantes de la belleza escultural y robusta.

El rezo de los niños es, á su vez, una deliciosa escena de familia, llena de encantadora sencillez; y *Educación maternal*, un dibujo en que se revela mucho sentimiento.



GUARNICIÓN PARA TRAJE DE CAMPO, BORDADA EN ALGODÓN

LADY HALLÉ

Grande estupefaccion causó en la alta sociedad londinense (hará de eso unos veinte años) la presentación en público de una *lady* que tocaba el violín, rivalizando con Vieuxtemps y Joachim, que eran los Sarasates de entonces. Y ciertamente que, en rigor, no tenía nada de asombroso semejante hecho, vulgarísimo y corriente en Alemania.

Desde aquella fecha Lady Hallé se dejó oir en Australia y los Estados Unidos, desempeñando actualmente el cargo de profesora de música de las hijas del príncipe de Gales, siendo su tertulia una de las más aristocráticas y artísticas de la metrópoli británica.

MISTRESS LANGTRY

Todos saben que Mistress Langtry es la Sarah Bernardht de Londres, así en punto á su mérito superior como en lo que se refiere á extravagancias. En nuestro grabado aparece tal como se la ve en el papel de *Rosalinda*, de la comedia de Shakespeare *Como gustéis*, bien conocido no solamente de los admiradores del gran Will, sino también de los lectores de M. Teófilo Gauthier.

SAN MIGUEL DEL FAY (CATALUÑA)

CAMINO DE LAS GRUTAS.—PUERTA DEL PATIO DE LA HOSTERJA, *dibujos de F. de V. Ros*

Es San Miguel del Fay uno de los más admirables sitios de Europa, estando situado á dos leguas de Granollers, en el término de San Vicente de Riells, en un terreno lleno de salvaje grandeza. Célebres son sus cascadas, en especial la del *Rossinyol* (del *Ruiseñor*), y sus grutas, realización de los cuentos de hadas, en las que parece que un arquitecto mágico haya levantado góticas catedrales y sembrado á profusión todos los caprichos de la más descabellada fantasía.

Por dicha se ha conservado perfectamente todo cuanto constituye el encanto de San Miguel del Fay, incluso el antiguo y ojival convento convertido hoy en hospedería, siendo imposible sustraerse á la impresión profundísima que suscita en el ánimo aquel paisaje, que realiza el bello ideal del sitio que buscaría todo espíritu contemplativo para entregarse á la meditación y apartarse de las impurezas de la mundanal realidad.

EL ARTE ITALIANO

MARIA ESTUARDO É ISABEL DE INGLATERRA, *cuadro de Fontana.* EL CUMPLEAÑOS DE SOULACROIX

Es difícil que se pierda nunca la tradición de pintar á María Estuardo, ya en sus tiempos de esplendor, ya más especialmente en sus años de desgracia. Fontana ha reproducido una vez el contraste entre las dos reinas, saliéndole muy bien su tentativa, pues se ve perfectamente caracterizada la situación y el natural de cada soberana. La lucha era entre dos ideas, más que entre dos rivales al trono. Verdaderamente estaban frente á frente el pasado y el porvenir, siendo de lamentar que la reacción estuviese representada por la hermosa en vez de suceder lo contrario.

El cumpleaños, suple *de la novia*, es un excelente cuadro de *traje histórico*, género que tiene por condición ser alegre, simpático y brillante *de* color. Soulacroix, distinguido pintor toscano, ha hecho gala en él de su garbo en la elección de los tipos y de su gusto señoril en la composición, en los trajes y en los accesorios. En cuanto al regalo, es, como se ve, un magnífico collar de perlas: la novia arde en deseos de ver qué efecto produce, pero no advierte que le pasa lo que al cabo Centeno.

Digitized by Google

YA LO SABE V.

Siendo fea cual *mondongo*
la hermosura recobré
desde que el *jabón* usé
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Hallábanse bastante cerca para oirme, pues yo podía distinguir hasta el color de su cabello; y era indudable que me observaban, porque gritaron en lengua gaélica y los vi reirse; pero el bote prosiguió su marcha en dirección á Iona.

No podía creer en semejante maldad y salté de roca en roca, gritando lastimosamente, aun después de hallarse los pescadores fuera del alcance de mi voz; mas al fin les perdí de vista. Entonces creí que mi corazón iba á romperse. Hasta entonces no había llorado más que dos veces; pero en aquel momento fué tal mi desesperación que comencé á gritar como un loco. Si el deseo bastara para matar á los hombres, los tripulantes de la barca hubieran sucumbido al pie del islote.

Cuando se moderó un poco mi cólera, fuéme preciso tomar algún alimento; pero ciertamente habría sido mejor ayunar, porque los moluscos me envenenaron: experimenté fuertes dolores, estremecimientos convulsivos, y sentía un malestar indecible, como de persona atacada de una verdadera enfermedad.

Entonces pensé que era preferible la muerte, y hallábame dispuesto á perdonar á todos los hombres, incluso á mi tío y á los pescadores. Sin embargo, de pronto me reanimé: la noche se acercaba, y, como mi ropa se había secado, pude conciliar al fin el sueño.

Al día siguiente, el cuarto de aquel horrible martirio, apenas tenía ya fuerzas; mas el sol brillaba, el aire era templado, y los mariscos que comí no me hicieron aquella vez daño.

Apenas hube vuelto á mi roca, á donde iba siempre después de comer, divisé un bote que se dirigía hacia el islote.

Comencé á esperar y á temer sucesivamente, pensando que aquellos hombres, arrepentidos de su crueldad, volvían en mi auxilio; pero sufrí otro desengaño como el del día anterior. Desesperado, á la vez que poseído de la mayor irritación, volvíme de espalda al mar, y dejé pasar un tiempo sin volver á mirarlo. El bote seguía avanzando hacia la isla, sentí latir mi corazón apresuradamente, y poco después ya no hubo para mí la menor duda: ¡iba directamente á Erraid!

Sin poder contenerme, comencé á saltar de roca en roca hasta donde era posible, y fué maravilla que no me rompiera los huesos, pues cuando me detuve mis piernas temblaban, mi boca estaba seca, y debí humedecerla con agua para poder gritar.

El bote se aproximaba cada vez más, y muy pronto reconocí que era el mismo de los dos pescadores sin más que fijarme en su cabello, pues en un individuo era amarillento y en otro negro. Esta vez iba con ellos otro hombre, que me pareció de una clase superior.

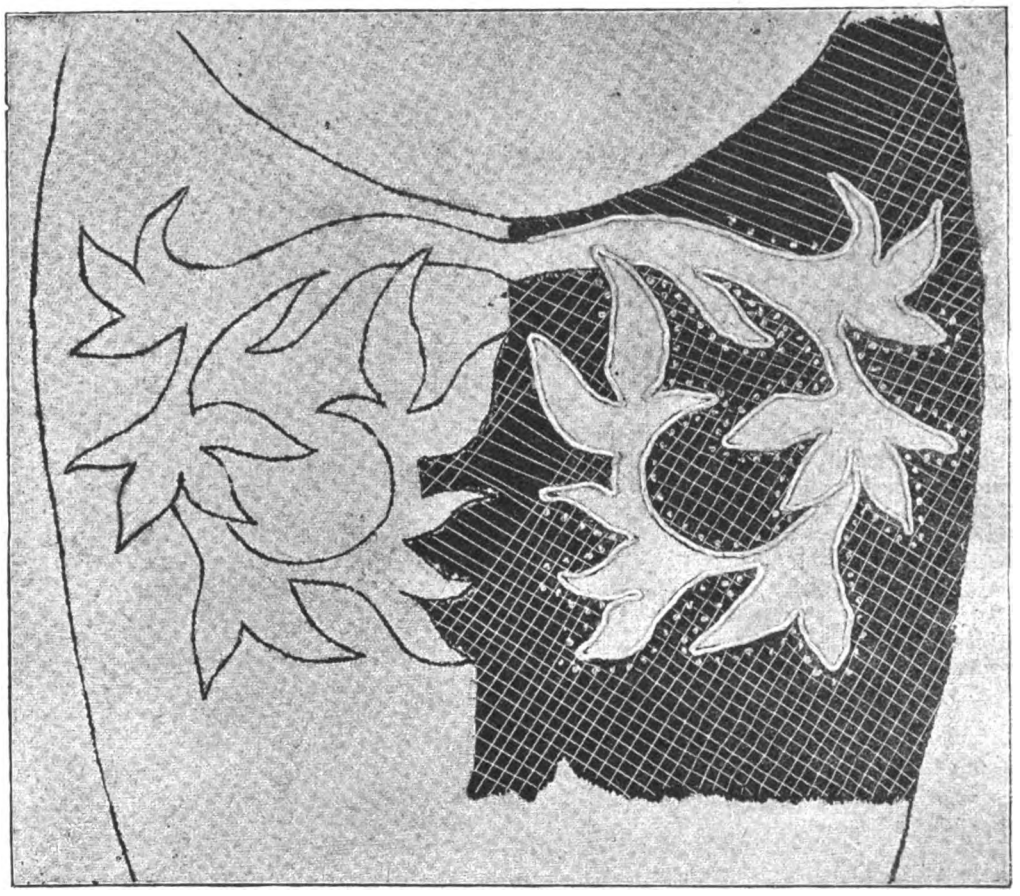
Apenas se hubieron puesto al habla, bajaron la vela, y el bote se detuvo. A pesar de mis súplicas no quisieron acercarse más, y estremecíme al ver que el hombre del cabello amarillento me miraba y se reía.

Despues se puso en pie, y hablóme largo rato, moviendo la mano repetidas veces. Díjele que no entendía su lengua, y al oir esto enojóse mucho al parecer, lo cual me hizo sospechar que aquel individuo pensaba hablar inglés. Entre las palabras que luego me dirigió pude comprender dos ó tres, y pensé que aquel hombre quería decir que se acercaría á recogerme cuando no hubiese marea. Manifestéselo así, é interrumpióme apenas hube comenzado á decírselo, gritando ruidosamente:

—¡Sí, sí! ¡Eso es!

Terminado el diálogo, volví á recorrer el mismo camino al través de las rocas, y esta vez con mucha más agilidad que antes; de modo que al cabo de media hora llegué á las orillas del canalizo, donde encontré el bote que me puso en salvo, desembarcándome á poco en la tierra firme.

Cualquier muchacho que hubiera tenido algún conocimiento del mar y de la navegación no habría permanecido un solo día en aquel islote, que era sólo de los que llaman de *marea* y en los cuales se puede entrar y salir cada veinticuatro horas con la mayor facilidad. Yo estaba observando siempre el movimiento de las aguas. Si solamente hubiera reflexionado un poco, en vez de lamentarme y renegar de mi suerte, habría comprendido el secreto, quedando muy pronto libre de mi prisión. Entonces no me extrañó que los pescadores no me entendieran, y maravillóme que, pensando en mi ignorancia, se tomaran la molestia de volver. Había sufrido hambre y frío en aquella isla durante cien horas, y, á no ser por los pescadores, hubiera dejado allí mis huesos tontamente. De todos modos mi falta de reflexión me costaba muy cara, no sólo por mis pasados sufrimientos y porque apenas tenía ropa para cubrir ya mis carnes, sino porque me faltaban fuerzas para andar y me molestaban mucho las anginas.



DETALLE DE UNA LABOR

CAPITULO XV

EN LA ISLA DE MULL

El Ross de Mull, donde entonces me hallaba, era un paraje tan escabroso como la isla que acababa de abandonar, lleno de rocas y guijarros. Tal vez habría senderos conocidos para la gente del país, pero debí guiarme por mi propio instinto.

Me dirigí como mejor pude hacia el punto en que había visto humo desde la isla, y, á pesar de mi cansancio y de mi dificultad para andar, llegué al fin á la casita que yo divisaba á eso de las cinco ó las seis de la tarde. Era una especie de cabaña con techo de paja y césped, y construída toscamente con piedras. A la puerta había un hombre anciano, al parecer decente, que fumaba su pipa.

Aunque hablaba poco el inglés, dióme á entender que mis compañeros se habían salvado, y comido allí mismo al día siguiente del naufragio.

—¿Iba con ellos,—pregunté,—un hombre vestido de caballero?

El anciano contestó que antes de llegar los tripulantes del buque se presentó un individuo que vestía calzón corto y parecía, en efecto, un caballero.

—¿No llevaba un sombrero con plumas?—volví á preguntar.

El hombre contestó que el viajero iba con la cabeza descubierta.

Al principio pensé que Alan habría perdido su sombrero; mas acordándome después de la lluvia, juzgué que lo habría guardado debajo de su casacón para que no se mojase. La idea me hizo sonreir, no sólo porque se había salvado, sino porque me hizo reflexionar sobre su vanidad en el vestir.

—¡Calle!—exclamó de pronto el anciano, dandose una palmada en la frente.—Sin duda sois el joven del botón de plata...

—¡Sí, el mismo!—contesté con admiración.

—Pues bien,—dijo el anciano;—ese caballero me encargó os anunciara que iba á su país y que deberíais seguirle hasta allí por Torosay.

El buen hombre me preguntó después cómo lo había pasado y yo le referí mi historia. Cualquier otro se hubiera reído; pero el anciano me escuchó con la mayor gravedad y expresión compasiva. Cuando terminé cogióme de la mano, me condujo al interior de su cabaña y me presentó á su mujer, quien me hizo sentar al punto, poniendo delante de mí un pedazo de pan de centeno y una tajada de carne fiambre. El anciano, por su parte, me preparó un vaso de ponche muy fuerte hecho con aguardiente del

Digitized by Google

país; y cuando hube comido y bebido, apenas podía creer en mi buena suerte. Aunque en la cabaña había mucho humo y las paredes estaban agujereadas, á mí me pareció un palacio.

El ponche me hizo sudar mucho y dormir profundamente. El anciano y su esposa no quisieron despertarme, y era ya muy tarde cuando me puse en camino al día siguiente, fortalecido por el alimento y alegre por las buenas noticias. A pesar de mis instancias el anciano no quiso aceptar la más mínima retribución, y dióme un gorro viejo para cubrir mi cabeza. No dejé de agradecer el regalo; pero cuando estuve lejos de la casa me apresuré á lavarlo, porque tenía muchas manchas.

No sólo era tarde cuando emprendí la marcha, sino que me entretuve mucho en la contemplación de todo cuanto veía. Encontré bastante gente en míseros campos, cuyo cultivo, en mi concepto, apenas podía dar el producto necesario para la subsistencia de los que los trabajaban. Y como estaba prohibido desde la rebelión el traje usado en las tierras altas de Escocia, permitiéndose sólo el que visten los habitantes del país bajo, era singular la variedad en el atavío de unos y otros: algunos llevaban solamente un capote largo ó una especie de casacón y los calzones al hombro, como si fueran una cosa inútil; otros vestían una blusa corta de tejido muy ordinario, imitación del tartán; y no pocos usaban el característico *plaid* escocés, pero modificado de modo que formaba como un pantalón corto. Todas estas alteraciones estaban prohibidas por la ley, pero en aquella lejana localidad no se temían las denuncias.

Todos me parecieron sumamente pobres, y esto era muy natural, porque la rapiña estaba á la orden del día. Los jefes de clan no tenían ya casa abierta, y los caminos estaban infestados de pordioseros. Entre estos últimos me llamó la atención que los que pedían limosna con licencia de la autoridad, hacíanlo humildemente; mientras que los mendigos del pais alto mostrábanse orgullosos, y si se les pedía el cambio de una moneda para darles una parte, no lo devolvían, diciendo que lo necesitaban para comprar rapé.

A eso de las ocho de la noche, y muy cansado ya, llegué por fin á una casa solitaria, donde pedí hospedaje y me fué rehusado terminantemente; pero de pronto me acordé de la influencia que tiene el dinero en tan pobre país, y enseñé una de mis tres monedas de oro. El dueño de la casa, que hasta entonces había asegurado no conocer el inglés y que me hacía señas para que me alejase de su puerta, comenzó á hablar este idioma con el acento más puro y convino en alojarme aquella noche por cinco chelines, sirviéndome de guía al día siguiente hasta Torosay.

...al punto comencé á gritar, y, cayendo de rodillas...

Confieso que dormí con inquietud porque temía que me robaran; mas, por fortuna, mi huésped no era ladrón, aunque sí muy pobre y capaz de engañar á cualquiera. A la mañana siguiente debíamos recorrer unas cinco millas para ir á casa de uno que mi guía llamaba un hombre rico, pues era preciso cambiar una de las monedas. Tal vez se considerase en Mull como persona acomodada; pero no habría pasado por tal en mi país, pues le fué necesario revolver toda la casa, y hasta poner á contribución á un vecino, para reunir veinte chelines en plata. Sin embargo, mostróse muy cortés y hablaba bien: nos convidó á comer con su familia y sirviónos un bol de ponche, con lo cual mi guía se alegró tanto que no quiso continuar la marcha.

Ya comenzaba á enojarme y apelé á la mediación del hombre rico (llamado Héctor Mac Lean), que había sido testigo de nuestro convenio y del pago de los cinco chelines; pero Mac Lean había bebido también bastante ponche y declaró que ningún caballero se levantaría de su mesa tan pronto; de manera que no hubo otro remedio sino sentarnos y oir los brindis de unos y otros, hasta que todos estuvieron borrachos y se fueron á dormir.

Al día siguiente (el cuarto de mi viaje) nos levantamos á las cinco de la mañana; pero mi guía cogió la botella otra vez y pasaron tres horas antes de que pudiera sacarle de la casa.

Mientras estuvimos en el valle que se extendía delante de la casa de Mac Lean, todo fué bien; pero mi guía miraba siempre hacia atrás, y, como le preguntara el motivo, limitóse á sonreir. No obstante, apenas franqueamos la falda de una colina, donde nadie podía vernos, el tunante me dijo que Torosay estaba delante de nosotros y que la cumbre de aquélla me serviría de guía.

—Eso me importa poco,—contesté,—puesto que debéis acompañarme.

El muy bribón me contestó en gaélico que no hablaba inglés.

(Se continuará) ENRIQUE L. DE VERNEUIL

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

LA MÁSCARA DE BRONCE NOVELA HISTÓRICA
por CARLOS MENDOZA — Barcelona: R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Recetados por los médicos y adoptados por los hospitales y marina. CURAN INMEDIATAMENTE toda clase de vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eruptos fétidos.
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones, por que otros no darán el mismo resultado Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 cénts. por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona. En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Frasco: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDES, 26 B.t St-Denis.

EL JUDIO ERRANTE.-R. Molinas, Cortes, 365 á 371

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Arcos de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 2 de agosto de 1890	Núm. 396

LAS PALOMAS

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Agosto* (soneto), por C. M. —*Ausencia* (poema microscópico) (conclusión), por Eduardo Villegas.—*El que á hierro mata...* por Luis de Val.—*Revista científica*, por Alfredo Opisso.—*Visión*, por Salvador Rueda.—*El amor* (poesía), por José M.ª Medina. —*Un específico*, por A. Sánchez Pérez —*Madrigal* (soneto), por Manuel Millás.—*El cuadro del Museo* (conclusión), por R. Hernández y Bermúdez.—*El dolor*, por Ricardo Sepúlveda.—*Despiadada* (poesía), por G. Pelayo Vizuete.—*El sabio*, por Iprac-Ordep.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Las palomas.—¡Quieto, «León»!—*El arte italiano:* El regreso de Piedigrotta. La gallina ciega. El moribundo.—*El arte español:* Leonor y Manrique.—*El arte inglés:* El camino de la playa. El valle del Támesis.—La Ciudad del Lago Salado.—Falstaff.

MADRID

Huelgas.—Moros y cristianos.—Verbenas.

Comenzó tarde el veraneo: primero las noticias del cólera, y luego la crisis, dejaron muchas maletas abiertas y muchos viajes en proyecto; pero cuando se fueron calmando los espíritus y se resolvió la cuestión política, se siguió la marcha de todos los años, se asaltaron los trenes, especialmente los del Norte, y Madrid se entrega á su siesta del verano, tendido perezosamente entre los árboles empolvados de la Moncloa y las llanuras arenosas de las Ventas del Espíritu Santo.

Pero este año su sueño no es tranquilo: cierto es que apenas queda ningún personaje político, fuera de los ministeriales, para contarlo; cierto es que los ratones pasean á su gusto por el salón de sesiones del Congreso, y que el de Conferencias está casi desierto; pero de allá de donde nuestras costas llegan á los límites de Africa vienen ecos de disparos, y de Málaga y de Cataluña los clamores provocados por las huelgas de trabajadores. La cuestión de Africa y la cuestión social, una eminentemente histórica y otra de imperiosa actualidad, son bastantes para turbar la tranquilidad; y, por más que se quieran cerrar los ojos para la perezosa siesta del estío, se ve como en pesadilla al moro descargando sobre nuestros soldados su espingarda y á los obreros acosados por el hambre alrededor de la fábrica desierta y de las máquinas paradas.

No hay nada que llene de más tristeza el ánimo que una fábrica donde no se trabaja: las férreas ruedas paradas, los engranajes cubiertos de polvo, todo el armazón sin movimiento, parece un esqueleto; y las vastas salas desiertas parecen un cementerio donde no se alza siquiera la flor cariñosa del recuerdo ni se escucha el murmullo consolador de la oración que pone en el cielo su esperanza.

La huelga de Málaga es casi en su totalidad de mujeres. Cuando pensamos en la malagueña nos imaginamos una especie de sultana envuelta airosamente en la flexible seda del pañolón de Manila y coronada de flores prendidas entre los negros rizos de su hermosa cabellera: de sus labios sólo salen canciones amorosas y de sus ojos miradas apasionadas que enloquecen. Y, sin embargo, ¡qué diferente cuadro nos ofrece la realidad en esos grupos de mujeres que llenan estos días la renombrada Alameda, emporio del comercio de la Málaga que proclaman por bella las coplas andaluzas!

Ya no hay biznagas floridas con perfumados jazmines para los destrenzados cabellos, ni pañuelos de flexible espumilla para los enflaquecidos hombros: el traje lo constituyen los harapos de la miseria, y la voz, enronquecida por las quejas, no puede modular canciones. La huelga de hombres es terrible é imponente, pero la huelga de mujeres es desgarradora como los gritos de dolor de la madre que pide pan para sus hijos. Málaga, la hermosa Málaga, viene siendo hace tiempo víctima de la miseria: en vez de los barcos cargados con el rico fruto de su tierra, que fué privilegiada, han salido de su puerto los vapores llenos de emigrantes; aquella mujer tan encantadora se ha plegado á las más rudas faenas, y hoy claman porque no pueden más, lo mismo que el obrero de Cataluña; y á orillas del Mediterráneo, y allí donde desembarcó Colón cuando vino á ofrecer á los reyes de Castilla y de Aragón un nuevo mundo, se representa en estos momentos una escena de ese drama que se llama la cuestión social y en el que son principales personajes los patronos y los obreros.

* * *

Con la cuestión social, que es uno de los más graves problemas que se presentan para los pueblos á fines del siglo XIX, ha coincidido un chispazo de la cuestión histórica en España, la que podría llamarse de moros y cristianos.

El árabe, que considera como su mortal é implacable enemigo al cristiano, reconcentra todo este odio en el español, y siempre que puede se entrega á atentados como los que estuvieron á punto de provocar una guerra en 1844 y como los que la provocaron más tarde en 1860.

Los hombres políticos importantes de España se han preocupado siempre algo en esta cuestión interesantísima, y ya hace años que el actual presidente del Consejo de ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, escribía con todo el vigor de la juventud: «La frontera natural de España por la parte del Mediodía no es el canal angostísimo que junta los dos mares, sino la cordillera del Atlas contrapuesta al Pirineo.»

En 1883, cuando el Sr. Cánovas escribió, para rendir homenaje á la memoria de su ilustre deudo el erudito orientalista Estébanez Calderón, la obra titulada *El Solitario y su tiempo*, decía que pensaba lo mismo que cuando dió las anteriores palabras á la imprenta. Sin embargo, el tiempo había pasado, el joven entusiasta se había convertido en pensador hombre de Estado y su opinión acerca de las cuestiones de Marruecos está condensada en las siguientes consideraciones de su citada obra:

«Para que de Europa se pudiese pasar á Africa sin permiso de Inglaterra, haría falta horadar, con un túnel bastante menos largo que el comenzado bajo el canal de la Mancha, pero dificilísimo de abrir y mantener libre por muchos motivos, el Estrecho entre Tarifa y Ceuta.»

Y, después de encarecer lo difícil de tal empresa, añadía:

«¡Ah! ¡Plegue á Dios conservarnos por siempre siquiera la mermada herencia que recibimos de nuestros padres! Aun para eso será preciso que cambiemos mucho de modo de vivir: aun para eso ha de ser forzoso que no continúe siendo el leal y valiente D. Quijote la representación exacta de nuestro carácter y de nuestro espíritu nacional. Si algún sentido oculto hubiese en los volúmenes encontrados de Cervantes, este de que voy á hablar debiera ser. Nunca leo, dicho sea en paz, sin que seriamente medite en nuestros hechos, las siguientes palabras de D. Quijote en la venta: «Yo no »puedo contravenir á la orden de los caballeros »andantes, de los cuales sé cierto (sin que hasta »ahora haya leído cosa en contrario) que jamás »pagaron posada ni otra cosa en venta donde »estuviesen, porque se les debe de fuero y de »derecho cualquier buen acogimiento que se les »hiciere en pago del insufrible trabajo que pa»decen buscando las aventuras de noche y de »día, en invierno y en verano, á pie y á caba»llo, con sed y con hambre, con calor y con »frío, sujetos á todas las inclemencias del cielo »y á todos los incomodos de la tierra.» Paréceme que se nos hubiera podido responder en la historia muchas veces lo que replicó el ventero: «Poco tengo que ver en eso. Págueseme lo que »se me debe y dejémonos de cuentos y caballe»rías, que yo no tengo cuenta con otra cosa que »con cobrar mi hacienda.» Toda la vida nacional consiste ante todo en cosa tan humilde y vulgar: en tener cuenta con la propia hacienda y no gastar nunca más que aquello que se ha de pagar puntualmente. Prosa es esto, pura prosa; pero buen espejo para vernos el rostro.»

He reproducido lo que acerca de los motivos de Marruecos escribía en 1883 el actual Presidente del Consejo de Ministros, para que no teman los espíritus pacíficos que salgamos de la prosa en las actuales cuestiones de Melilla.

¡La prosa en la vida! Nada hay tan llano ni nada se puede discurrir más cómodo. Pero ¿qué papel hubiera representado nuestra patria en la historia si no nos hubiéramos metido muchas veces en libros de caballerías?

Precisamente ese es el rasgo distintivo de nuestro carácter, y el día que le perdamos por completo, lo cual afortunadamente no creo fácil, habremos dejado de ser la tribu con pretensiones de que hablaba el ilustre y malogrado Revilla, para ser sólo pobre y oscura tribu á la merced del que se quiera tomar la molestia de conquistarla.

* * *

Madrid continúa regocijándose con verbenas que se suceden unas á otras como el último fulgor de las estrellas y el primer vuelo de las alondras. A la del Carmen sucedió la de la Magdalena, y apenas se han apagado los faroles de ésta, cuando se encienden los de la de Santiago, santo de actualidad ahora que se nos vuelven á atrever los moros.

La de la Magdalena ha sido una de las más animadas y brillantes. Se celebra en un barrio donde tienen su nido muchas Magdalenas que no han llegado todavía al acto del arrepentimiento; y, sin duda para ponerse bien con la santa que les dió tan saludable ejemplo, hacen gran derroche de majeza, y llevan allí gran número de galanes que reproducen las escenas que en tiempo de D. Juan de Zabaleta tenían por teatro el Sotillo que humedecía dividido en listas el Manzanares, poco más que si mojaran la tierra con el dedo humedecido en saliva.

Y esto es lo único que cambia con el trascurso del tiempo: el escenario y los personajes; porque las escenas son siempre las mismas en el drama que tiene por asunto el amor y por protagonistas al hombre y á la mujer.

Por no cambiar, no han cambiado ni las listas en que, según Zabaleta, se dividía el Manzanares. Ahí están como en los pasados tiempos, cobijando lavaderos como los que constituyen el animado cuadro de una pieza en boga, *El Chaleco blanco*, y dando motivo en esta época del año á que se levanten las casuchas de estera que Ricardo Vega pintó donosamente en sus *Baños de Manzanares*.

Este año, por darse aires de río, el Manzanares comenzó ahogando á un muchacho que cometió la imprudencia de zambullirse en sus ondas. La noticia la publicaron los periódicos, pero yo no la he confirmado, y me temo mucho que sea un reclamo de los dueños de baños para hacer creer que hay agua en ellos.

KASABAL

AGOSTO

Mes de pereza, mes de insolaciones:
achicharra el calor de la canícula,
y todo el mundo busca una partícula
de aire fresquito para sus pulmones.

Quedan en cuadro muchas poblaciones
por haberse hecho cosa asaz ridícula,
si aparece en la piel cualquier vesícula,
no irse á dar algunos chapuzones.

Sólo quedan los pobres é indigentes
que sudan como patos trabajando
en fábricas, talleres y oficinas,

debiendo resignarse á ser leyentes
de cómo los demás están folgando
en juergas y casinos y cocinas.

C. M.

Digitized by Google

AUSENCIA

(POEMA MICROSCÓPICO)

(CONCLUSIÓN)

III

Terminé la carrera, y, conservando
el amor que ni ciega ni nos mata
y que es aun más eterno que esos otros
que fueron fuego ayer, nieve mañana,
ansioso de abrazar á mis parientes
el camino emprendí para mi casa.
Llegué á la cumbre, y al mirar al pueblo,
sintiendo una emoción tierna y extraña,
los pájaros me hablaron de mi madre,
comprendí los susurros de las ramas,
las flores, en el campo, parecía
que al verme respiraban más fragancia,
y tu casita, aquella á cuya puerta
los sarmientos crecían de una parra,
me trajo á la memoria los recuerdos
de la que tanto amara,
de la mujer primera de mi vida,
la primera mujer por mí olvidada.
Todo era igual: la tortuosa senda
conocía á la par que caminaba;
los juncos, á la orilla del camino,
amorosos se unían á las zarzas
igual que los dejé; y hasta las mieses
todavía lucían en sus galas
en un campo de oro
amapolas de grana...
Y al entrar por las calles de mi aldea
saludando á la gente que pasaba,
¡qué impaciencia tan grande! ¡qué agonía
hasta abrazar alegre á mis hermanas,
á mi padre, á mi madre, cariñoso
estampando en su frente veneranda
ese beso sincero que extasía
y el corazón embriaga!...
Después... ¿á qué cansarte?... hablé de todo,
recordé los pasajes de mi infancia,
y, dando á nuestro gozo rienda suelta,
reimos veces mil á carcajadas;
y, al preguntar por ti, del buen anciano
la faz se entristeció, tornóse pálida
y me dijo temblando:—No te apenes.
¿Verdad que no te enfadas?
La mujer... el amor... ¡Quién hace caso!—
Y añadió terminando:—¡Es una ingrata!
¡que es el amor una columna de humo
que el viento de la ausencia desbarata!

IV

Me apreté el corazón con ambas manos,
y, al ver que no latía ni sonaba,
exclamé por lo bajo y con vergüenza:
—¡Qué razón tiene el padre de mi alma!
¡Es el amor una columna de humo
que el viento de la ausencia desbarata!

EDUARDO VILLEGAS

EL QUE Á HIERRO MATA...

No creas, querido lector, que voy á meterme á defender la verdad que suelen encerrar algunos refranes.

Jamás he creído que pudieran llegar á ser axiomas ni mucho menos, pero sí digo que en algunas ocasiones se cubren con todas las apariencias de verdad.

La historia que voy á relataros pone de relieve la veracidad que puede encerrar el refrán que encabeza estas líneas.

Escuchad, ó, mejor dicho, leed.

Diego amaba á María. Habíanse conocido en un baile de sociedad, y sus corazones juveniles, vírgenes todavía de esa pasión que enloquece los sentidos, experimentaron la conmoción que se siente al despertar de un sueño.

María era alta, de formas que el más exigente escultor hubiera encontrado intachables para modelar una Venus.

Sus ojos eran negros como las gruesas y largas trenzas que caían sobre su espalda, y éstas tan negras como las alas del cuervo.

En sus ojos brillaba la candidez, y en su acento se advertía la inocencia más perfecta.

Para ser ángel sólo le faltaban las alas.

Sus sonrisas parecían los tenues destellos de la aurora, y sus labios, al entreabrirse, semejaban fresca rosa en cuyo cáliz hubiera perladas gotas de rocío sobre hojas de rojo clavel.

Todos los perfumes de la Flora se advertían en su aliento.

Diego, en cambio, era casi un fenómeno.

Cargado de espaldas, delgado, de fisonomía indescriptible por lo rara, ojos pequeños, nariz torcida y voz gangosa.

En cuanto á fortuna, carecía de ella.

Empleado en Hacienda con seis mil reales, pasaba una vida azarosa y llena de escaseces y penas. Menos mal si no había un cambio de ministerio y quedaba cesante sin más recursos que el del vagabundo.

Cuando Diego conoció á María y bailó con ella, algo extraño pasó en él. Antes de ver á la joven dormía tranquilo, no se preocupaba de su risible figura ni de su oscuro porvenir.

El porvenir para él era un mito.

Pero desde el momento en que tuvo la dicha de rodear con su brazo la esbelta cintura de la joven, desde el momento en que sintió en su rostro el cálido y embriagador aliento de la hermosa niña, el sueño huyó de sus párpados, se miró al espejo y se abofeteó el rostro con ira y furor contra sí mismo: pensó en el porvenir, y la cesantía se ofreció á su vista.

—¡QUIETO, «LEÓN»!

Sin embargo, no pudiendo resistir el fuego de su pasión, declaró su amor á María con la timidez del que lo hace por vez primera y sin seguridades de feliz resultado.

La joven, como ya hemos dicho, jamás había escuchado ni una sola frase de amorosa pasión.

Así fué que el «te amo» estropajoso y tímido del pobre Diego sonó en sus oídos y repercutió en su corazón con la misma sonoridad que si lo hubiera pronunciado gallardo joven con dulcísimo acento.

María fijó sus negros ojos en los de Diego, contempló la poco arrogante figura del joven, y, en vez de soltar ruidosa carcajada, arqueó las cejas, murmuró con timidez algunas palabras que nada decían, y la contestación definitiva quedó aplazada para dos días después.

¡Qué impaciencia la de Diego!

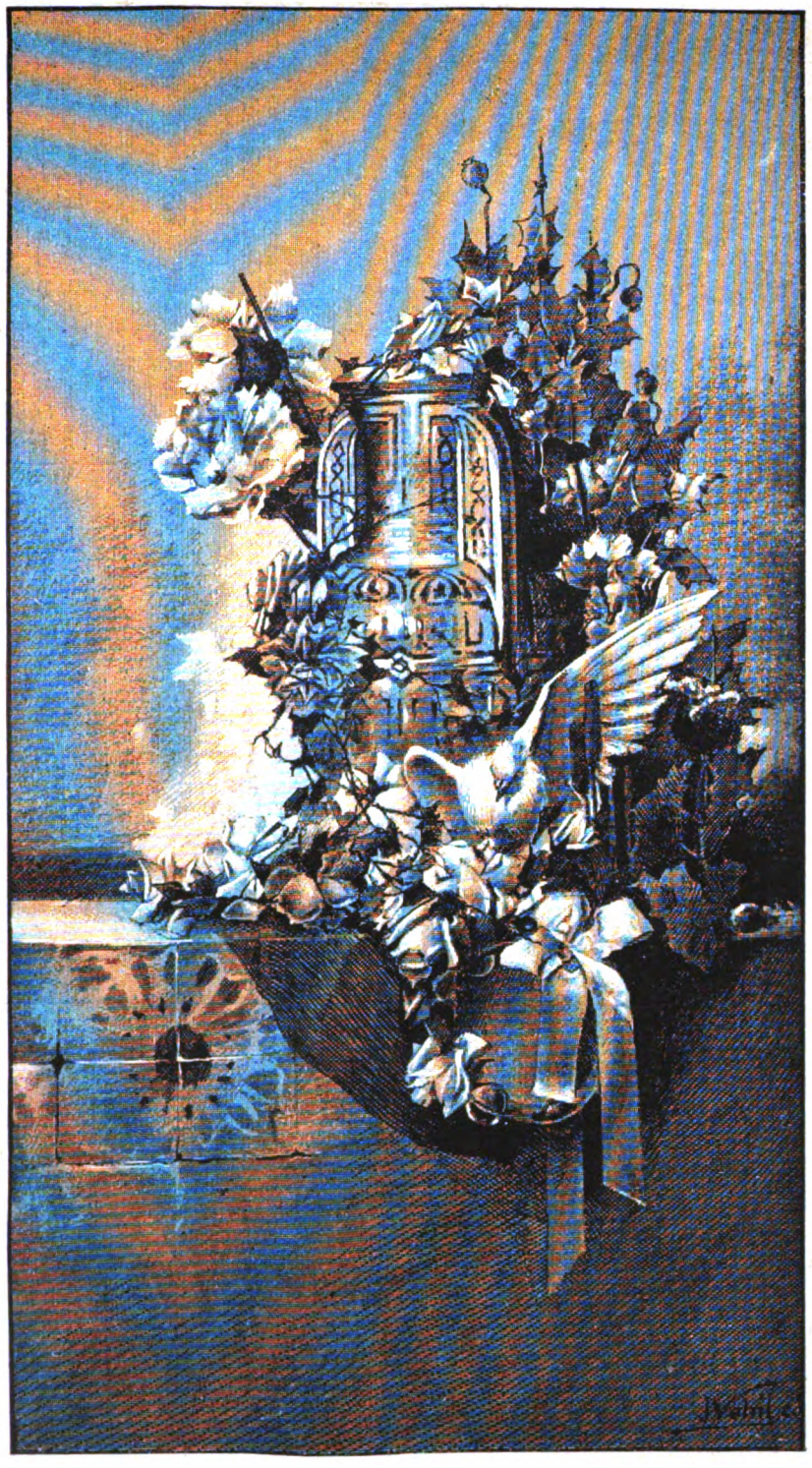
LUIS DE VAL

(Se continuará)

Digitized by Google

LA GALLINA CIEGA (cuadro de Arturo Moradei)

Digitized by Google



LEONOR (cuadro de Horacio Lengo)

MANRIQUE (cuadro de Horacio Lengo)

Digitized by Google

REVISTA CIENTÍFICA

Las enfermedades de la imitación

(CONTINUACIÓN)

III

«Cuando después de la erosión completa de las creencias de otra edad,—dice M. Tarde,—subsiste en las costumbres de las poblaciones el culto en que se expresaban y era su exposición universal y perpetua, ¿diremos que eso sea una anomalía? ¿Propondremos remedios enérgicos ó violentos contra esta persistencia morbosa de ritos rutinarios, trajes vacíos ó disfraces engañosos, fórmulas embusteras ó muertas? Pero ¡si todos los pueblos que han prosperado y durado han estado enfermos en este sentido, y su enfermedad ha durado á veces millares de años como en Egipto, ó á lo menos siglos como en Roma! Lo que sería anormal, con mayor motivo, sería, á la inversa del fenómeno indicado, la cesación repentina de las fiestas, de las procesiones, de las formas sacramentales de inhumación ó de casamiento en un país ó una provincia que hubiesen guardado, en su fuero interno, su fe religiosa, y se ruborizasen de exponerla al exterior; lo cual sería remedar las maneras y la jerga de los neófitos antes de haberse penetrado de su fe. Eso se ha visto en ciertas épocas revolucionarias en que por moda, y no sin remordimientos, se ha hecho alarde de no parecer lo que aun se era y de parecer ya lo que no será aun. De igual manera se ha visto, bajo el imperio de los respetos humanos, que ciertos bárbaros, siempre bárbaros de corazón, renunciasen á sus usos tradicionales, traducción exacta y necesaria de sus necesidades supervivientes, y copiasen las exterioridades del vecino civilizado antes de habérseles infiltrado en su alma el contacto de la civilización. Esta anticipación de la imitación exterior respecto á la imitación interna, ha sido siempre lo que ha habido de más superficial y menos vivaz: la marcha normal es el paso de la imitación *de lo interno á lo externo;* de donde se sigue que, adoptado lo último y á título de consecuencia lógica, los ejemplos externos deben sobrevivir á los internos, ó tienen derecho á ello durante cierto tiempo, explicándose y justificándose así hasta cierto punto el fenómeno de las supervivencias.»

Eso no quiere decir, sin embargo, que no llegue un momento en que la supervivencia de un uso á su necesidad, de un culto á su dogma, de una institución á su razón de ser, no exija un cambio; pero lo difícil es determinar el momento oportuno para que la reforma radical no resulte un mal en vez de resultar un bien.

Así como una memoria sana es la que conserva todos los recuerdos *útiles* para los propósitos presentes ó venideros, y una memoria mala es la que ha perdido muchos recuerdos preciosos, conservando, en cambio, muchas reminiscencias insignificantes é inútiles; así la imitación, ó mejor dicho la *imitatividad* sana, es la que conserva todas las invenciones útiles para ahora ó después y prescinde de las invenciones que no pueden tener ninguna aplicación. La imitatividad, en efecto, «está ligada á la fuerza inventiva como la memoria sana está ligada á la percepción fácil y completa. Cuando la percepción y la invención se debilitan, la memoria y la imitación se perturban y alteran. La imitación propia de las tribus salvajes ó de los pueblos decadentes, ó de las naciones que salen de alguna larga convulsión, tal como la guerra de Cien años ó las luchas religiosas del siglo XVI, se aferra á muchas innovaciones vanas y frívolas y se desentiende de muchas costumbres saludables. El tipo, ó uno de los tipos, á buen seguro, de la *imitatividad* normal, es la Inglaterra de nuestro siglo, con su abierto tradicionalismo, hospitalario con las novedades fecundas. Aun en la época de su más agudo radicalismo mostró una cordura que muchos juzgarán excesiva. Todos los grandes revolucionarios ingleses del siglo XVII sólo lo fueron á la fuerza. Pym, el primer general del ejército parlamentario al principio de la guerra civil, estaba muy pegado á las tradiciones laicas ó eclesiásticas. Cromwell, que le reemplazó, era personalmente tan conservador que, lo mismo que su yerno Ireton, persistió por largo tiempo, después de la cautividad del rey, en negociar con él para evitar la supresión de la monarquía. Prodíganse las mayores muestras de respeto al real prisionero, tanto que sólo se le habla de rodillas.

«Nunca, sin embargo, la fidelidad de los ingleses á sus costumbres nacionales, ha sido llevada hasta el extremo de hacerles perder de vista los intereses nacionales, y en esto difiere de la rutina bizantina. Tiénese razón en burlarse de los griegos del Bajo Imperio que por inveterada costumbre y enfermedad crónica disputaban por querellas de teología abstrusa en el momento en que Mahomed II sitiaba su capital. Un fraile amotinaba á la sazón á la multitud contra los *azymitas,* es decir, contra los papistas, y hacía perder con eso al heroico emperador de Constantinopla el beneficio de la unión de las dos iglesias, tan políticamente solicitada y preparada por él. Pero, á decir verdad, los espartanos, de quienes no se ríe nadie, no han demostrado menos extravagancia cuando difirieron durante tres semanas el envío de socorros contra los persas, antes de la batalla de Maratón, porque la religión prohibía á las tropas lacedemonias el salir á campaña en el cuarto de luna de entonces. Ni nadie piensa tampoco en mofarse de los helenos de toda nación que, en la misma época, han dejado pasar el momento favorable para defender con éxito las Termópilas á causa de los juegos olímpicos á que, ante todo, importaba asistir. En desquite, quizás los historiadores del porvenir se divertirán á costa nuestra relatando los asuntos que apasionaban en Francia á la opinión y al mundo parlamentario, entre Sadowa y la guerra de 1870. Así es como los historiadores censuran ó elogian, eco los unos de los otros, tan carnerunos en sus juicios como lo son los pueblos en su conducta. Y esta reatería *(moutonnerie)* de la historia, que tantos errores y tantas mentiras convencionales ha acreditado, no es la menos perniciosa de las enfermedades que estudiamos.»

EL CAMINO DE LA PLAYA (cuadro de W. Wyllie)

IV

Siguiendo siempre nuestra analogía entre la *memoria* y la *imitación,* es indudable que lo mismo en una que en otra la *inexactitud* es un defecto y la *exactitud* una ventaja. Los ancianos suelen adolecer de memoria inexacta, y esto constituye una anomalía morbosa; y lo mismo sucede en las sociedades respecto á la imitación, es decir que puede pecar de inexacta, y por lo tanto ser enfermiza, desde el momento en que tiende á desnaturalizar su objeto. Esto se ve, por ejemplo, en las alteraciones de la fonética y de la gramática, que en sumo son imitaciones inexactas del canon normal.

«Cosa notable,—dice M. Tarde;—cuanto más se extiende y se civiliza una nación, cuanto más se multiplica el número de bocas que hablan una lengua y el número de vocablos y de giros de frases que cada una de esas bocas emplea, más precisa, invariable, ritual, por decirlo así, se hace la repetición de cada una de estas palabras y de cada uno de estos giros, á pesar de su complicación creciente. Más aun: los términos más empleados y más viejos de la lengua son los que se modifican menos. Los pueblos que ofrecen más rápidas variaciones de lenguaje son los de las comarcas menos ilustradas y más groseras, los que hablan patués en el mediodía de Francia.»

No sólo pueden reconocerse enfermedades de imitación en el terreno filológico, sino en otro mucho más elevado. «Hay también alteraciones mitológicas ó religiosas de las que resulta la degeneración de las religiones antes de que, fijadas por su misma cultura, como sucede con los idiomas, se perpetúen casi inalterablemente, como el catolicismo desde el concilio de Trento. No hay que confundir esta degeneración con la renovación de las religiones por geniales ideas de heréticos, apóstoles, profetas ó papas. Tanto valdría confundir la excentricidad de los malos

Digitized by Google

pensadores cuyo pensamiento no debe su extrañeza más que á la superposición de recuerdos alterados y deformados en la memoria, con la originalidad verdadera producida por felices consorcios entre recuerdos muy precisos y muy fieles. Grande error es pensar que una Iglesia, por haberse hecho una maravilla de uniformidad y de centralización, ha perdido toda plasticidad, siendo así que nunca se presta mejor á la adopción rápida y universal de nuevos dogmas y de nuevos ritos. Toda por entero en manos de su jefe, puede de un día á otro asombrar al mundo por la repentinidad de sus palingenesias.»

Análogos distingos podemos hacer por lo que toca á las constituciones y las legislaciones. No hay que suponer, por ejemplo, que jamás el Derecho Romano haya evolucionado espontáneamente y que el Código de Justiniano, verbigracia, sea el producto de un sinnúmero de inexactitudes y libertades en la aplicación del antiguo derecho quiritario, siendo así que sólo era la resultante de las meditadas y precisas innovaciones con que cada pretor inauguraba anualmente su Edicto. Ni hay que creer tampoco que haya sucedido algo por el estilo con la Constitución inglesa, suma total, asimismo, no de caprichosas ó insensibles desviaciones, sino de sabias y oportunas iniciativas del trono ó del parlamento, habiendo sido todas las modificaciones otras tantas invenciones accesorias exactísimamente imitadas hasta su sustitución.

« Todo se altera, — sigue diciendo nuestro autor,—así los oficios y las artes como los cultos y los vocabularios, en ciertas épocas de pereza imitativa. El Bajo Imperio ha conocido esta inexactitud generalizada de los ejemplos industriales y artísticos, y sabido es si estas alteraciones han servido para nada á los progresos de las industrias, de la escultura, de la pintura, de las letras. Después de los Antoninos, la escultura decadente, á fuerza de incorrecciones, retorna á las torpezas de su infancia. No muere de temeridad, como otras, de precipitación en lo nuevo á toda costa, en la invención á todo trance: no hace más que imitar; pero imita de cada vez peor, como la versificación de la misma época. Si entre nosotros se perdieran las buenas reglas del aprendizaje en todo género, si los obreros jóvenes tomaran de cada vez menos por modelo á sus antecesores antes de pensar en sobrepujarlos, la decadencia de nuestra producción estaría próxima. El progreso industrial es tanto más rápido en cuanto más exactamente copiada está cada mejora introducida en los secretos de taller, en los procedimientos de fabricación, en las máquinas, etc., por los que han podido apreciar sus ventajas. Finalmente, el progreso de las costumbres se opera no á favor de ese *laisser aller* moral que produce la disolución de las antiguas costumbres sin preparar la formación de costumbres nuevas, sino por la preocupación general de conformarse en la conducta á los mejores ejemplos, ó á los reputados por tales, que vemos surgir alrededor de nosotros.»

ALFREDO OPISSO

(Se continuará)

EL VALLE DEL TÁMESIS (cuadro de Alfredo Parsons)

VISION

Todas las tardes, cuando el sereno lago empezaba á elevar de su seno los jirones de niebla, y heridas las aguas por el sol resplandecían con las postreras reverberaciones del día, un joven bajaba la ladera del monte y se internaba en lo profundo del valle, yendo á sentarse sobre una piedra, que adelantándose sobre el espejo se miraba en el oscuro fondo.

Lo apacible y ameno del lugar, y los encantos y misterios del valle, atraían con fuerza irresistible al solitario, como si en aquel sitio, por él solo frecuentado, aguardara un día la llegada de una extraña visión con la cual tuviese cita misteriosa.

La figura del joven, revestida de un aspecto extraordinario como el que atribuyen á los poetas, predisponía á creer que su alma estuviera relacionada con algún ser de cuerpo de niebla, de esos que vemos en los sueños y que nunca podemos abrazar.

Por una aberración de los sentidos, su imaginación había llegado á enamorarse de una abstracción sin forma y sin nombre, pero que á él le parecía el símbolo de la dicha y la felicidad.

Si el ídolo del apasionado poeta hubiera un solo momento considerado todos sus dolores, hubiera oído el oculto raudal de sus lágrimas rodar para adentro en los lóbregos senos de su espíritu, hubiera sentido la carne de su cuerpo chisporrotear abrasada por la pasión, y comprendido que para salvarle de tan atroces penas bastara con que le ciñese los brazos al cuello, con que le derramara los besos en su boca, y acariciara con sus ojos sus pupilas, la visión se hubiera apiadado de su pena y le hubiera colmado de placeres.

Sobrecogido el joven por el sueño, tendió los ojos dentro de sí, y vió á la vaporosa visión que resbalaba sobre el líquido, con la facilidad de la copia de un ave por un espejo..

Su túnica se alargaba indefinidamente tras de su paso hasta confundirse con las leves arrugas del agua, su cuerpo era suelto y aéreo, por sus hombros rodaban sus cabellos como ondas de sombras, y su rostro aparecía alegre y radiante con la expresión y fascinadores destellos de la hermosura.

A una señal de su mano, el lago elevó su superficie y empezó á transformar sus olas en remates y cúpulas de un palacio, en cuyo recinto, como á una evocación mágica, empezaron á surgir los genios de la riqueza, unos derramando cascadas de oro sobre el pavimento, otros festoneando de plata los muros, éstos poniendo soberbias colgaduras en las puertas, y búcaros de flores sobre los mármoles, aquéllos colgando brillantes arañas en los techos, y los de allá esparciendo fabulosa cena sobre las mesas, á las que habían de sentarse los felices y dichosos de la tierra.

Descendió el jóven por la escalera de cristal que colocaba á sus pies el lago, y entró en el brillante palacio siguiendo la marcha falaz de la visión, que con voz de misteriosas músicas le atraía.

Sentados en sillas cuajadas de perlas y diamantes, halló á los grandes magnates del mundo cantando y riendo para ahogar en el fondo del alma las penas. Las vajillas chocaban unas con otras y alzaban el ruido del oro.

¡No presidía el banquete la imagen que iba siguiendo el poeta; no presidía el banquete la felicidad!

El visionario pasó á otra estancia en la que tenía su imperio la hermosura. Como en los bellos serrallos orientales, las mujeres ceñían con sus brazos el cuello de los amantes, y adoptaban las más incitantes posturas.

Unas se recostaban en brillantes pieles de panteras y dejaban al riquísimo traje señalar las arrogantes formas de diosa; otras tejían bellísimas guirnaldas y se las ceñían, sonrientes, á las sienes; las unas respiraban, casi desnudas, en asientos acomodados á la pereza, y las otras deslizaban por la aromada alberca los cuerpos de alabastro y enseñaban la redondez de los brazos y la pareja de cisnes de los pechos.

El deleite cernía sus alas suaves rozando los párpados soñolientos, y los labios se abrían para dejar salir las risas y los besos.

Entre tanta indolencia y hermosura, buscó el joven la deslumbradora visión de sus sentidos: la estancia estaba también sin ella, y allá en otra más lejana sonreía siguiendo su andar aéreo y engañoso.

Era aquel espacio el consagrado á las divinas artes de la tierra. Los pintores, los poetas, los extraños músicos que excitan los sentimientos con sus notas aladas é invisibles, los escultores que saben trasmitir la vida á la piedra, y todos los demás artistas, fijaban en el pentágrama, en el lienzo, sus inspiraciones, y hacían brotar, al conjuro de sus manos, santos, dioses, profetas, guerreros, que eran el resplandor de su gloria y la ciega admiración de los sentidos.

El poeta quiso sorprender allí la felicidad, y ni rastro luminoso de su huella encontró en el taller sublime de los artistas.

Después atravesó por estancias donde se representaba la pacífica vida de los campos, por lugares donde pasaban cantando los obreros la última canción oída en los teatros, por salas donde la orgía agitaba sus locos instrumentos

Digitized by Google

EL REGRESO DE PIEDIGRO

Digitized by Google

TTA (cuadro de Eduardo Dalbono)

Digitized by Google

y chocaba sus vasos luminosos; pero en ningún sitio miraba pararse á la visión, que, como esos puntos que perseguimos en las llanuras, siempre aparecía á más grande distancia y siempre se envolvía en el tul maravilloso de lo lejano.

Por último, atravesados todos los círculos de la vida, llegó la visión al postrero, y allí esperó el paso fugitivo del poeta.

Llegó el visionario casi hasta rozar su túnica, extendió sus brazos para cogerla, y, así como la onda de humo se disuelve después de trazadas infinitas espirales, así la visión traspuso el último muro, en el cual había una inscripción que recordaba la muerte á los sentidos.

Al llegar á este punto, el fascinado sacudió con movimiento brusco la cabeza, salió de su sueño como el fatigado buzo del agua, y, fijándose en las orillas del lago, vió que ya iba cubriendo las peñas y llenando los resquicios la tenebrosa onda de la sombra.

. . . . . .

No existirá la felicidad en los cuadros que pinta el poeta cuando borbota lleno de imágenes su cerebro; pero yo la contemplo noche y día en la forma de unos labios que adoro, labios que sé jamás habrán de unirse para besarme, á pesar de estar siempre de los míos á la distancia de un tallo de flores.

SALVADOR RUEDA

EL AMOR

La conocí jugando á las muñecas
en la plácida edad de la niñez.
La dije: -¿Qué es amor?- Me hizo dos muecas,
y jugando siguió en su candidez.

De joven, pregunté á la misma hermosa
qué era amor, atrayéndola hacia á mí;
y tomando los tintes de la rosa
contestó: —¡Lo que siento yo por ti!—

Hoy, ya mujer, si se la preguntara,
como en tiempo pasado, *qué es amor*,
las lágrimas rodando por su cara
¡contestar no pudiera en su dolor!

JOSÉ M.ª MEDINA

UN ESPECIFICO

Lo que son las cosas: andan por ahí y por aquí y por todas partes

los pocos sabios que en el mundo han sido,

dándose de calabazadas para ver modo de que el pavoroso problema social tenga solución pronta y real y satisfactoria, y cuando menos lo pensamos surge, sin que nadie lo llame, un caballero particular que ni siquiera da al público su nombre, como si ocultándose bajo el velo del anónimo se propusiera huir de la gratitud de sus semejantes, y nos trae el problema resuelto con la mayor sencillez y con la claridad más admirable.

Estas dos condiciones de claridad y de sencillez han caracterizado siempre los grandes inventos. Hé aquí ahora la solución del problema tal cual un escritor anónimo lo ha propuesto en no recuerdo ahora qué periódico; pero, en fin, eso no importa, porque *el periódico no hace á la solución*. Se trata del porvenir de los obreros, y dice el inventor: «Que se unan, que se asocien, que funden con una parte exigua de su jornal cajas de ahorros y acudan con el producto de ellas á sus desgracias.» Eso es: y catén Vds. á Periquillo hecho fraile. Ya tienen Vds. resuelto satisfactoriamente el problema social. La cosa no puede ser más sencilla: lo que parece imposible es que no se le haya ocurrido eso mismo á nadie hasta ahora; pero, en fin, tenemos aquí reproducida por milésima vez la anécdota del *huevo de Colón*.

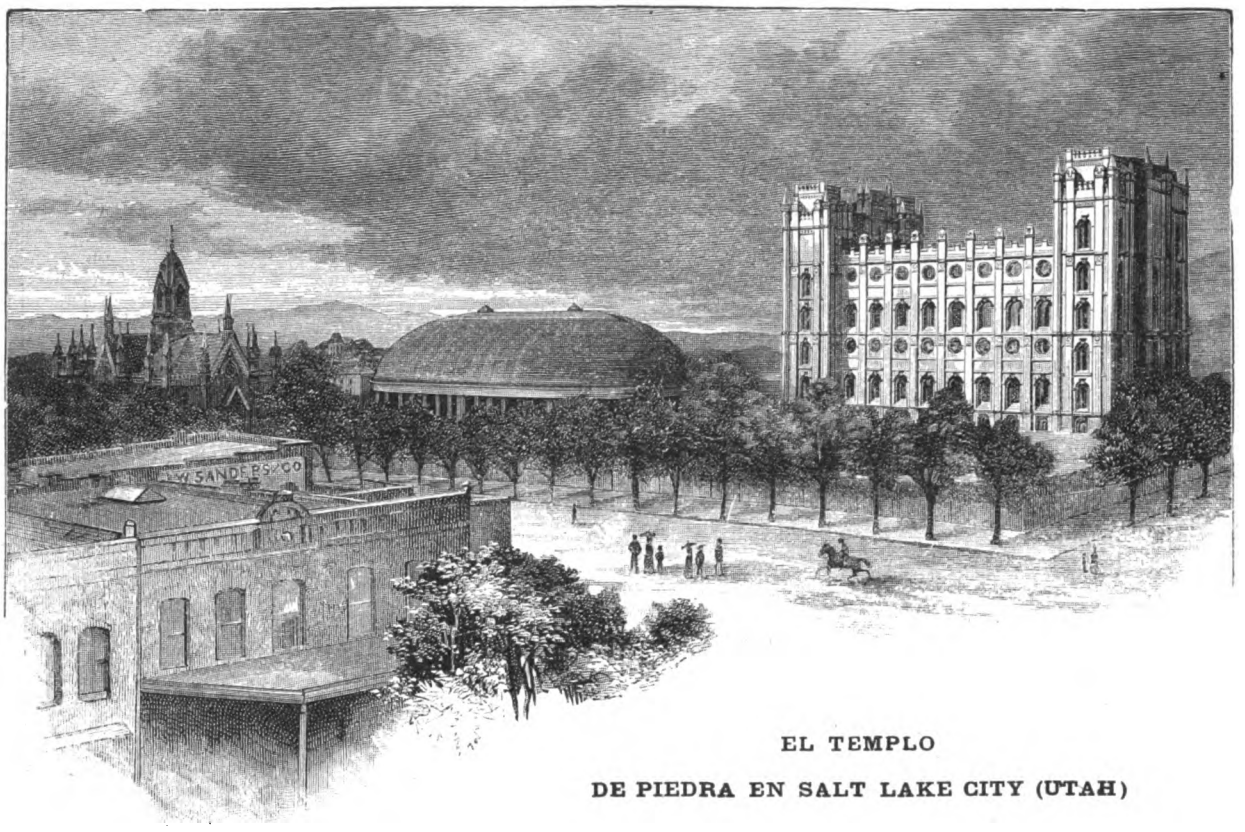
¿Quieren los obreros vivir tranquilos? Pues ya saben lo que han de hacer: el *récipe* del doctor ahí está: no hay sino mezclar los componentes *secundum artem* y tomarlo en seguida, y... como mano de santo. Primeramente se unen. ¿Están ya unidos? Bueno: pues ahora se asocian... que no es lo mismo que unirse; no, señor. Han de formar una sociedad para fines lícitos de la orden, y redactar un reglamento, y alquilar una casa, domicilio social, y amueblarla, y presentar el reglamento y estatutos á las autoridades para que éstas concedan ó nieguen su permiso, etc. Pero, vamos, tanto eso se hace tardarán un poco; pero podrán hacerlo: corriente. Pasemos á otro punto: fundar con una exigua parte de su jornal cajas de ahorros. Eso es: ¿qué dificultad puede ofrecer esto? ¿Que muchos obreros no tengan jornal, ni dónde ganarlo, ni de dónde les venga? Bien, pues esos quedan fuera de juego: ni se unen, ni se asocian, ni fundan cajas de ahorros, y se mueren tranquilamente en un rincón y los entierran, por aquello de que al que se muere lo entierran y *Pax Christi*. ¿Que aun los que trabajan apenas si logran cubrir sus más apremiantes necesidades con el jornal y no pueden distraer cantidad alguna, *por exigua que sea*, de lo que han menester para comprar pan y pagar un zaquizamí donde albergarse? En eso hay exageración: por pequeño que el jornal sea, algo podrá ahorrarse de él; pero, al cabo, los que no puedan asociarse que no se asocien y se acabó.

Los mismos asociados, si distraen una parte *exigua* de su jornal á fundar una caja de ahorros, se hallarán en la situación misma en que se halló aquel individuo de quien se cuenta que sólo tenía tres pesetas y las gastó para comprarse un portamonedas en qué ponerlas: el *capitalista* del cuento se encontró con que tenía portamonedas, pero no monedas que *portar*. Los obreros tendrán sus cajas de ahorros, y hasta bancos de economías; pero no tendrán ni economías ni ahorros. Pero esto no quita bondad al pensamiento ni eficacia al específico. El remedio discurrido por ese escritor, bueno es y archibueno: de que los obreros no puedan practicarlo no tiene él la culpa. Ya se comprende que eso de las cajas de ahorros en la práctica ofrece sus dificultades: son necesarios empleados inteligentes y probos, contabilidad clara y bien llevada, custodia de los capitales, distribución de los socorros, etcétera; todo lo cual supone gasto y supone asimismo empleo de tiempo que los obreros no podrían robar á sus ocupaciones diarias, sobre todo si se les imponían, como se ha hecho en el arreglo (¡á cualquier cosa se llama arreglo!) pactado en Bilbao, según el cual los operarios deben trabajar en mayo, junio, julio y agosto ONCE horas diarias.

Pero vuelvo á repetirlo: las dificultades que en la práctica presenta el gran descubrimiento, nada quitan á la importancia del mismo. El problema social está resuelto, definitivamente resuelto, en esas tres líneas que he copiado, á cuyo autor aconsejaría yo, si lo conociese, que anunciara su específico en las cuartas planas de todos los periódicos, con letras muy gordas y entre muchas admiraciones, como esas de ¡¡*No más calvos*!! ¡¡¡*La impotencia*!!! ¡*Si toséis toméis*! etc., etc.

«¡¡*No más huelgas*!! *Interesante al proletariado*, específico sin rival. (No confundirlo con otros productos del empirismo.)»

A. SÁNCHEZ PÉREZ



EL TEMPLO
DE PIEDRA EN SALT LAKE CITY (UTAH)

MADRIGAL

En puro cáliz de encendida rosa
la aurora cariñosa
dejó depositada
de rocío una perla nacarada.
Contemplaste tú luego la flor bella,
y de amor una lágrima perdida,
del cielo de tus ojos desprendida,
temblorosa bajando, quedó en ella.
Y apenas te alejaste, dueño mío,
sutil abeja de matices rojos,
desdeñando la gota de rocío,
libó la perla de tus claros ojos.

MANUEL MILLÁS

Digitized by Google

EL CUADRO DEL MUSEO

(CONCLUSIÓN)

—¿En qué piensas?—dijo Nelio sacándome de mi abstracción.

—¿En quién he de pensar? En él, en Llarizo... ó, mejor, en su cuadro, en el cuadro del Museo. El artista se fué: su obra queda. Aquella virgen es una huérfana. Los ojos que acariciaron su níveo cutis se han oscurecido, y sobre ellos se extienden párpados inmóviles y tierra húmeda.

Nelio permaneció silencioso: le disgustaban, sin duda, mis cavilaciones.

—¿Qué habrá sido del original de aquel cuadro?—dije como interrogándome á mí mismo.

—Yo lo sé,—contestó Nelio con viveza, asiéndose á esta idea para separarme de las otras.

—Pero ¿existe?—repliqué incrédulamente.

—Sí, existe.

—¿Luego no es una obra forjada por la imaginación de Llarizo?

—No.

—¿Luego es un retrato el cuadro del Museo?

—Sí.

—Y ¿podré ver el modelo?

—Ahora mismo si te agrada.

Después de una pequeña pausa, Nelio continuó:

—¡Ah!... Es una historia...

—Veamos.

—Una historia vulgar en que casualmente se entremetió el arte.

—Bien, bien: te escucho.

—Cierta noche de un día como éste, frío y brumoso, salió Llarizo del Círculo para su casa. En la calle de Alcalá, cerca de San José y en el quicio de una puerta, habíase quedado dormida una miserable niña, una vendedora de periódicos de esas que por la noche á última hora persiguen á los transeuntes ofreciéndoles el último número no vendido de cualquier diario. Al pasar cerca de ella, la vió nuestro pobre amigo; y como era hombre de corazón, no pudo resistir al deseo de despertarla para que no se helase de frío en medio de su apacible sueño.

—¿Qué haces ahí, niña?—le dijo con afabilidad.

—Nada, señor: dormir...

—¿Tienes padre?

—No, señor.

—¿Y madre?

—Murió hace días.

—¿Familia acaso?

—Tampoco.

—¿Dónde vives?

—Aquí, en la calle.

—¿De qué comes?

—De la limosna que me dan. Antes vendía periódicos: me enseñó mi madre... Y ahora, cuando saco para un veinticinco, voy por él y lo vendo y me gano dos reales.

Llarizo se conmovió al oir á la chiquilla y la dijo:

—¿Quieres venir á mi casa?

Ella vaciló: tenía miedo de aquel caballero, el miedo instintivo que todos los niños sienten cuando les habla un desconocido: más que temor es desconfianza que no se vence sino á fuerza de costumbre.

—Allí estarás calentita y te daré de comer lo que tú quieras hasta que encuentres colocación ó alguien te reclame. Anda, levántate.

Aquellas frases de cariño, y sobre todo la bondadosa inflexión de voz con que eran proferidas, llevaron la confianza al corazón de la vagabunda, quien, obedeciendo maquinalmente á las últimas palabras, se puso en pie, estiró el roto pañuelo que atado á la cintura llevaba y echó á andar delante de Llarizo.

A los pocos días la chiquilla andrajosa de la calle de Alcalá se trasformó en una niña bastante presentable, y de Juana se convirtió en Juanita. Llarizo la educó lo mejor que pudo, y á su lado la niña experimentó la metamórfosis suprema: la larva se hizo mariposa. Dos años después el pintor se casaba con la huérfana. Ella le quería con amor verdadero; y si á esto se une el agradecimiento que despertó en su alma la noble accion de Llarizo al arrancarla de las garras de la miseria, podrás comprender lo feliz que debió ser aquel hombre. En un principio él la adoraba. Entonces Llarizo no era el pintor célebre, el artista laureado á quien acabamos de abandonar en el suntuoso sarcófago de mármol de ese cementerio, sino un principiante desconocido, ambicioso, que soñaba con la gloria y que á todo trance quería conquistarla. La gloria fué la rival de Juanita, y ella inconscientemente arrojó á Llarizo en sus brazos.

Una tarde estaban ambos en el estudio, y, distraída Juanita, cogió la mantilla blanca que servía para las modelos. Por ver cómo sentaba á su rostro aquel adorno, púsose á colocarlo ante un espejo bromeando con su marido. Cuando ya hubo prendido la mantilla en sus hermosos cabellos, asió un extremo del ligero encaje y, tapándose la mitad del rostro con coquetería, volvió la cabeza para mirar sonriendo amorosamente al pintor. Este quedóse sorprendido. Una idea rápida iluminó su cerebro, y exclamó cogiendo un trozo de carboncillo:

—Juanita, quieta: no te vuelvas y mírame siempre así, sonriéndome como ahora.

De aquella escena vulgar salió el cuadro del Museo.

—¿Y después?—interrogué yo al ver que Nelio se detenía.

—Después Llarizo fué célebre y no volvió á acordarse para nada de su mujer. La encerró en su casa, hízola padecer no sólo con su indiferencia sino con sus brutales tratamientos, y la infeliz envejeció rápidamente. Juanita tenía el cutis blanco y sonrosado, hermosos ojos y un pelo encantador, según puede verse en su retrato. Pero... pero en cambio la boca era grande y hallábase afeada por una dentadura imposible, lo cual nadie adivinaría bajo el nevado encaje que encubre esos defectos.

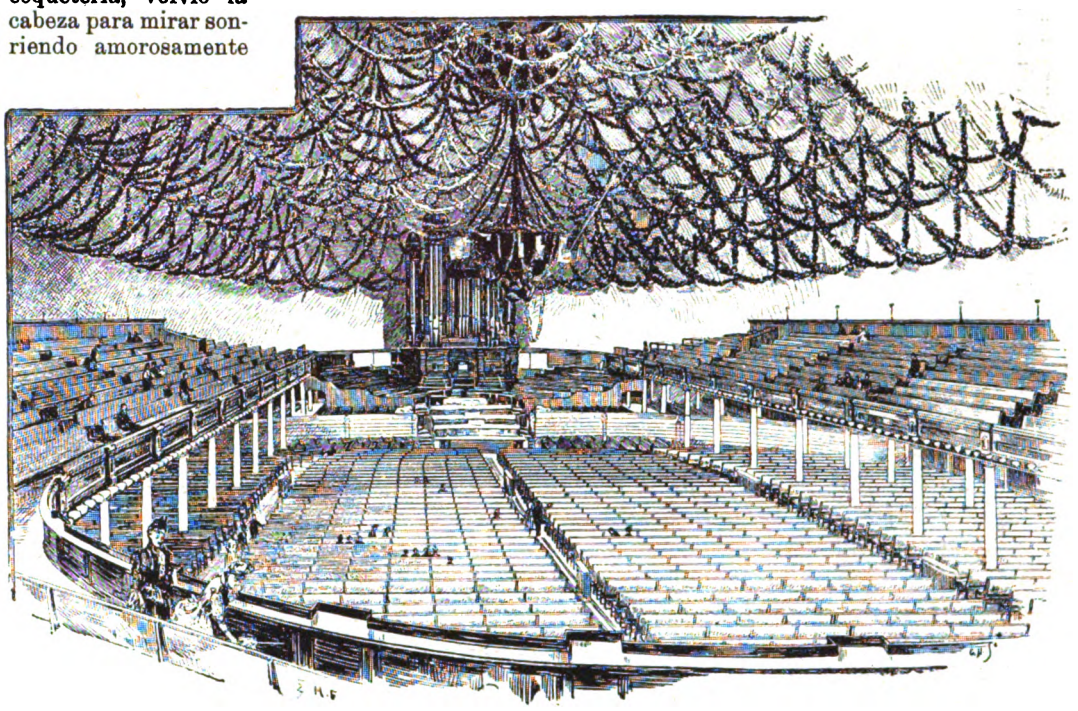
Nelio concluyó su relación á tiempo que el carruaje se detenía á la puerta de la casa de Llarizo.

Subimos, y encontramos á la viuda, una señora alta, seca, de cabellos blancos y ojos enrojecidos por el dolor que de ellos salía convertido en lágrimas. Su boca, deformada por dientes largos, acaballados y amarillentos, me produjo un efecto desagradable.

Mientras ella daba muestras del inmenso pesar que sentía, mi amigo me dijo por lo bajo:

—Ahí tienes el cuadro del Museo.

R. HERNÁNDEZ Y BERMÚDEZ



INTERIOR DEL TABERNÁCULO EN SALT LAKE CITY

EL DOLOR

No creas, caro lector, que vamos á llorar, aunque así lo dé á entender el título de este artículo.

Voy únicamente á darte cuenta de uno de los diálogos que acostumbro tener conmigo mismo.

—¿Qué es dolor?—me preguntaba yo noches pasadas.

—¡Hombre!—me contesté.—El dolor... el dolor... lo mismo que el placer, son dos *populares* gastrónomos, altamente tragones, porque *devoran* al mortal que los alberga.

—¿Tiene femenino el dolor?

—Sí, tiene: Campoamor ha inventado la *Dolora*, que debe ser la hembra seguramente.

—Y ¿qué vida lleva el placer?

—El placer vive una vida enfermiza, porque como por lo general nace de los recuerdos, de la esperanza, de los deseos, y éstos sólo son ilusiones, aquél vive lo que éstas, que son fugaces y transitorias.

—¿Y el dolor?

—¡Ay! El dolor, por el contrario, se apoya en la realidad, que es fría y duradera, y acostumbra vivir muchos días y á veces años.

—¿Dejan algún recuerdo esos señores cuando mueren?

—No sólo recuerdo, sino recuerdos; porque, como son tan tragones, siempre se observa en el hombre (y en la mujer) la huella de su paso.

—Y dime: ¿se quieren mucho? ¿son buenos amigos?

—¡Qué han de ser! Se odian con los cinco sentidos. Cuando se encuentran se pelean hasta que uno de entrambos deja de existir. Así, por ejemplo, un hombre es feliz, está inundado de placer: aparece el dolor, y concluye con el placer. Y viceversa.

—¿Cómo se dan á conocer?

—El dolor por medio de las lágrimas y poniendo *feroce* la cara del paciente. El placer por medio de lágrimas también, algunas veces, pero de distinta calidad, porque saltan... de gozo en los ojos al compás de alegres carcajadas.

—¿Cuántas clases de dolores se conocen?

—*Dolores*... conozco muchas que son muy alegrillas...

—Yo no hablo de *las Dolores*, sino de *los dolores*.

Digitized by Google

EL REY ENRIQUE IV Y FALSTAFF

FALSTAFF.—¡Mi rey! ¡Mi Júpiter! ¡A ti hablo, corazón mío!
EL REY ENRIQUE V.—No te conozco, viejo: anda á rezar...

FALSTAFF Y FORD

FORD.—Fuera de mi casa, bruja, pingajo...
(Las Alegres Comadres de Windsor, acto IV, escena II.)

Digitized by Google

EL MORIBUNDO (grupo de Enrique Butti)

Digitized by Google

—¡Ah! Pues mira, hay dolores del *alma* y dolores del *cuerpo*. A los primeros se les llama también *dolores morales* ó *de buena vida y costumbres*, y á los segundos *dolores físicos*.

—¿Cuándo duele el alma?

—No has oído decir: «—¿Me duele el alma de tanto amar?» Duele el alma cuando ama demasiado, porque, naturalmente, se fatiga; duele cuando recibe una mala noticia, porque se afecta, etc.

—¿Existen dolores del alma verdaderos?

—Uno: el dolor de la madre que pierde á su hijo. Los demás no son dolores, sino *doloras*, es decir, poesía, farsa, mentira.

—Dame un ejemplo de los últimos.

—Siempre que se dice: «—Acompaño á usted en su justo dolor.» «—Si no me quieres me volveré loca de dolor.» «—El dolor de la ausencia acabará conmigo,» etc., etc.

—¿Tienen alguna influencia los dolores físicos en los morales y viceversa?

—¡Ya lo creo! Los dos son muy influyentes. Rómpete la cabeza, y ya verás qué abatida se encuentra tu alma; sufre moralmente, y observa cómo vas enflaqueciendo por grados ó centigrados.

—¿Cuántos son los dolores físicos?

—Un batallón: el dolor *desgarrador*, el *punzante*, el *vago*, el *sordo*, el *crónico*, el *simpático*, el *agudo*, el dolor *de muelas*, el *de estómago*, el de *cabeza*, etc.

—¿Qué es dolor desgarrador?

—Es un dolor de mala conducta, de criminales instintos, que se goza en rasgarte de arriba abajo como si fueras de papel. Es un pillo.

—¿Y el punzante?

—Es el dolorcito chiquitín, que, armado de un alfiler ó *cosa así*, se divierte en darte pinchazos con la mayor finura. Es un picarón.

—¿Y el vago?

—Un holgazán que no se atreve á insinuarse con fuerza por no tomarse ese trabajo. Es un gandul.

—¿Y el sordo?

—Lo es de nacimiento. Ya le puedes gritar para que te deje en paz: como es sordo, no te oye. Es un vil.

—Y ¿el crónico?

—Un antiguo amigo tuyo, muy cumplido, que viene á visitarte en épocas determinadas. Es un farsante.

—¿Y el simpático?

—Un chico muy corriente, fino, amable, que se hace querer de todos los demás dolores que conservas dormidos. Así es que, cuando él se manifiesta, los demás dolores toman también parte... por simpatía. Es un seductor.

—¿Y el agudo?

—¡Oh! El agudo es propiamente el dolor humorístico, el dolor festivo, como si dijéramos el gracioso de la compañía. Es un chico de chispa.

—¿Y el dolor de muelas?

—Es el grito de indignación que lanzan aquéllas cuando no te las limpias.

—¿Y el de estómago?

—Es un dolor que no te deja comer para que te mueras. Se pasea por el estómago, toma en él posiciones académicas (y no de la historia), y te hace ver las estrellas y aborrecer la vida.

—¿Y el de cabeza?

—Mira, el de cabeza es el que tengo yo en este instante, y no me permite continuar dialogando.

RICARDO SEPÚLVEDA

¡DESPIADADA!...

(Á MI QUERIDO PRIMO FRANCISCO VIZUETE)

¡Tu alma es una masa inerte,
tu corazón es de hielo!...
. . . . . .
Sí: yo lo vi, muy sumiso,
que se acercó á ti corriendo,
los piececitos descalzos,
desgreñado y harapiento...
¡Pobre niño! Sollozando
alargó su mano luego,
y te pidió una limosna
con los ojos descompuestos.
¡Quién sabe si tu socorro
hubiese puesto remedio
á algún ser necesitado
que se encontrara en el lecho!
¡Quién sabe si se moría,
ó quizás ya había muerto,
y aquella infeliz criatura,
sin amparo ni consuelo,
imploraba tu limosna
para adquirir el sustento!...
Y tú, altiva y orgullosa,
en lugar de socorrerlo,
rechazaste duramente
aquellos crispados dedos,
y apostrofando al mendigo
te fuíste casi corriendo
mientras el niño lloraba
con amargo desconsuelo!
¡Oh!... Nunca se borrará
de mi mente aquel recuerdo:
lejos de debilitarse,
aun latente lo conservo.
Acerquéme á socorrer
á aquel muchacho harapiento,
y sentí en mi alma unas lágrimas
que brotaban en silencio.
¡Cómo lloraba aquel niño,
de rodillas en el suelo,
con la vista en el espacio
invocando al Dios Eterno!
¡Oh! ¡Tú corazón es un
extraño nido de cuervos,
donde, inhumano, no puede
albergarse nada bueno!
¿Cómo allí se ha de inspirar
la pasión del sentimiento?
¡Despiadada! ¡No mereces
de los hombres el desprecio!
¡Tu alma es una masa inerte,
tu corazón es de hielo!

G. PELAYO VIZUETE

EL SABIO

Quizás sabéis ya quién es, porque se da á conocer en todas partes. Lleva gafas porque los lentes se le caen de la nariz, según él dice; pero tengo para mí que las usa porque así cree estar más en carácter: las gafas *hacen más sabio* que los lentes.

No puede hacerse ni decirse nada sin que el *sabio* no explique al momento científicamente el hecho en cuestión.

Estáis en el café, por ejemplo, agitando con la cucharilla el aromático líquido, y ya está el sabio *arrancándose por derecho* con la siguiente pregunta:—¿Usted sabe por qué, al agitar el líquido, se forma esa especie de hoyo en medio? Pues reconoce dos causas: la fuerza de la gravedad, que lo solicita hacia abajo, y la fuerza centrífuga, desarrollada al agitar, que solicita también al líquido, pero hacia el exterior de la taza y en dirección horizontal; de modo que el líquido tiene que obedecer á la resultante de estas dos fuerzas, y, en cada punto que se considere de la superficie del líquido, debe ser, dicha superficie, normal á la resultante.

Si vais á paseo y el sabio tropieza y cae de narices, como le sucede alguna vez, por su miopia, os dirá que todo ha consistido en que, como los pies han quedado parados de pronto, la fuerza de inercia que lo empujaba hacia adelante, tendiendo á seguir el movimiento, le ha hecho caer.

Si en la caída ha perdido las gafas, no os molestéis buscándolas, porque él os indicará el sitio en que deben estar próximamente, calculando la trayectoria que han debido describir, según las fuerzas que las solicitaban; y si se han roto los cristales, puede ser que también os diga aproximadamente la fuerza viva que necesitaban tener en el momento del choque para romperse, teniendo en cuenta que chocaron contra una piedra y sabiendo la resistencia del cristal y el peso de las gafas.

Después que haya explicado todo esto, ya no sentirá tanto la caída ni las consecuencias, toda vez que esto le ha dado ocasión para daros una lección de mecánica: porque, eso sí, cuando no encuentra nada que explicar, ó no se le presenta ocasión, está como impaciente ó nervioso y necesita buscar un pretexto cualquiera para desahogarse hablando científicamente, porque toda su energía la tiene concentrada en la lengua. Por esto, un día que paseábamos con él dos amigos y un servidor de ustedes, los tres poco habladores, hacía un rato que el sabio no encontraba nada que explicar cuando vimos venir un jinete caballero en brioso corcel que iba al galope.—¿Qué apostáis á que lo hago saltar por encima de las orejas del caballo?—dijo de pronto el sabio. Y sin aguardar la contestación, porque el caballo estaba ya cerca, se plantó el sabio, en medio del camino, de un salto, dando un grito y agitando los brazos. El caballo, asustado, hizo un esfuerzo para detenerse, y el jinete se apeó por las orejas, pero con tan buen tino que cayó encima del sabio, rodando los dos por el suelo. Acudimos á levantarlos, y á duras penas, y después de mil satisfacciones y excusas, pudimos calmar la cólera del enfurecido jinete, que quería matar á nuestro amigo; pero pudimos apaciguarle, y, volviendo á montar, prosiguió su camino.

Creerán Vds., sin duda, que nuestro amigo no pensaría en darnos la explicación del hecho. Pues no fué así: apenas hubo contestado á nuestras preguntas de si se había hecho daño, que ya empezó á explicarnos cómo la caída del jinete fué debida á la fuerza de inercia, y que, como al mismo tiempo estaba sometido á la fuerza de la gravedad, describió en su caída una trayectoria parabólica, en uno de cuyos puntos estaba él precisamente.

El sabio es pacífico de suyo: si hizo esto, fué por su poca reflexión y ligereza, y para enseñarnos cómo puede uno á veces servirse de las fuerzas naturales; pero no pensó en las consecuencias.

Hay hombres que muchos días *se sienten brutos* y aprovechan cualquier pretexto para *armar una bronca* y desfogarse; pero esto no le sucede nunca al sabio: él siempre *se siente pacífico*.

YPRAC-ORDEF

NUESTROS GRABADOS

LAS PALOMAS.—¡QUIETO, «LEÓN»!

Las palomas es un delicioso asunto, bellamente expresando. Palomas y doncellita forman armonioso conjunto, produciendo el más agradable efecto. / *Quieto, «León»* / no es menos lindo dibujo, aunque resultando su interés del contraste entre la hermosa y delicada niña y el furioso perro.

EL ARTE ITALIANO

EL REGRESO DE PIEDIGROTTA, *cuadro de Eduardo Dalbono*.—LA GALLINA CIEGA, *de Arturo Moradei*.—EL MORIBUNDO, *grupo de Enrique Butti*

Una singular costumbre de Nápoles, con ocasión de la fiesta anual dedicada á la Madona de Piedigrotta, que se venera en la iglesia subterránea del túnel de Pausilippo, es la celebración de un concurso de canciones populares en el cual se elige por aclamación la preferida, haciéndose al punto obligatoria y propagándose en poco tiempo, así por la ciudad como por toda la provincia, y aun se ha dado el caso alguna vez de que diese la vuelta al mundo.

Digitized by Google

El cuadro de Eduardo Dalbono representa, pues, el regreso de Piedigrotta y la canción nueva que para difundiéndose por el golfo, no cabiendo una interpretación mas admirable del asunto, pues realmente contiene ese cuadro impresionista toda la Nápoles de los napolitanos de la plebe, reproducida con el mágico pincel de aquel ilustre artista.

En *La gallina ciega* nos muestra Moradei á un moceton que en vez de cumplir con las leyes de aquel juego prefiere tomar asiento sobre las rodillas de una preciosa romañola. Recomiéndase la obra, como todas las del distinguido artista toscano, aparte de la verdad de los tipos, por el sólido modelado de las figuras y su amplio dibujo.

El anciano representado por Butti, se muere de puro viejo, pero se está agarrando todavía á la vida como un desesperado. Es una obra que muchos encontrarán poco simpática, pero que, sin embargo, es de lo bueno que hay, pareciendo un cuadro de Ribera convertido en escultura. En ese *Moribundo* ha demostrado el distinguido artista lombardo, admirable vigor de mano, gran seguridad de cincel y gallardo desembarazo así en los miembros como en los amplios pliegues de los paños. En suma, una obra enérgica y viril que revela á un artista tan independiente como original.

EL ARTE ESPAÑOL

LEONOR Y MANRIQUE
Cuadros de Horacio Lengo

No pueden contemplarse sin un profundo sentimiento de tristeza esas dos preciosas muestras del talento delicado, aristocrático y gracioso del malogrado artista. Dentro de un género particularísimo y sujeto á los caprichos de la moda, ha dejado Lengo un nombre que vivirá en la historia de la pintura española. Ciertamente que quien sentía por tan sutil manera la vida de las palomas, debía poseer una susceptibilidad casi enfermiza, demostrándose una vez más el parentesco entre el genio y el desequilibrio de la sensibilidad nerviosa.

EL ARTE INGLÉS

EL CAMINO DE LA PLAYA, *marina de Wyllie*.—EL VALLE DEL TÁMESIS, *paisaje de Parsons*

En ambas obras vese la intención del artista tocante á pintar *el aire* y á hacer gala de su habilidad en la representación de las lontananzas. Hermoso es el *Paisaje*, pero no le cede en nada, en nada, la *Marina*. Así Wyllie como Parsons pertenecen á esa nueva generación de pintores ingleses que en tan breve tiempo ha conseguido llamar la atención del mundo artístico.

LA CIUDAD DEL LAGO SALADO

La secta mormónica, hasta ahora unida y compacta, hállase amenazada de próxima desintegración. Desde que se ha establecido hacia California la gran corriente de emigración, que tiene trazas de ir en aumento de cada día más, la Ciudad del Lago Salado, por donde atraviesa aquélla, va perdiendo su aspecto característico, de manera que ya ha comenzado el éxodo de los más intransigentes, que van en busca de más retirados lugares, sea en Nueva Zelandia, sea en Nuevo México.

Imposible parece la asombrosa prosperidad alcanzada por aquellos fanáticos en sus territorios del Utah. *Salt Lake City* es una ciudad hermosísima, un emporio comercial de primer orden; pero de seguro no tardará en desaparecer como toda institución basada contra las leyes de la Naturaleza.

FALSTAFF

Famosísimo es ese tipo inventado por el gran Shakespeare y explotado en varios de sus dramas y en la comedia de las *Comadres de Windsor*. El lado bestial de la humanidad está encarnado admirablemente en Sir Jhon Falstaff, emblema de la glotonería, de la cobardía, de la mentira, de la trampa, de la desvergüenza y de cuanto puede ser un cerdo humano. Nada más divertido que el repertorio de los juramentos de Falstaff, y nada más irresistible que sus embustes. Es un tipo cómico, no ya inglés, sino universal, fácilmente comprensible, hasta el punto de haberse hecho casi popular en todas las naciones regularmente ilustradas.

BIEN HECHO

Nunca el remedio prolongo
si me he de curar al cabo,
y con el *jabón* me lavo
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, Paris.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

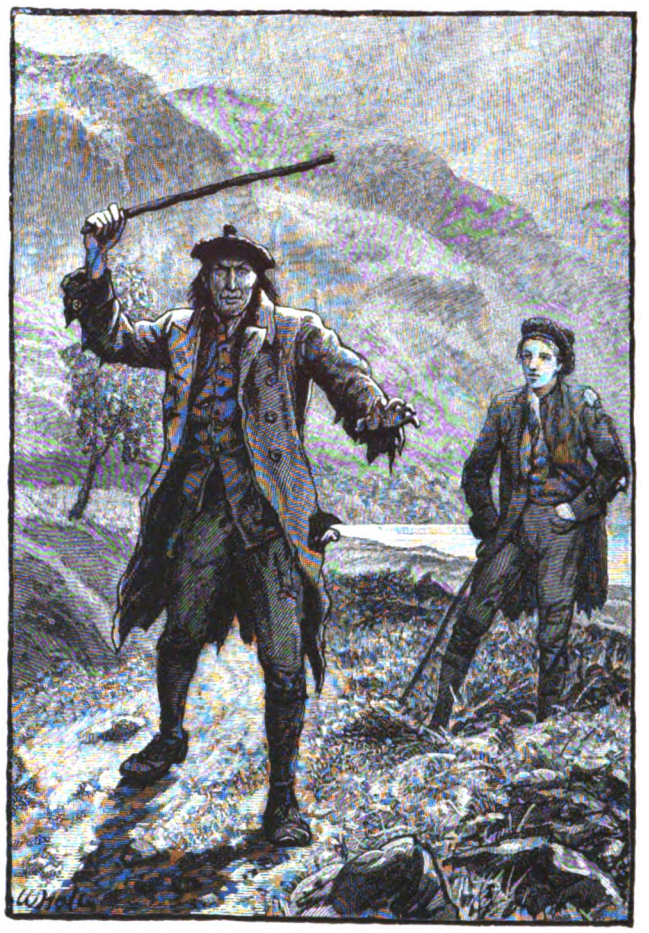
por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Escuchadme,—repuse;—ya sé yo que olvidáis y recordáis el inglés cuando os da la gana, y, por lo tanto, decidme qué debo dar para que lo habléis de nuevo. ¿Es cuestión de cuartos?

—Sí: quiero cinco chelines más y os conduciré hasta allí.

Reflexioné un momento y ofrecíle dos, los cuales aceptó no sin murmurar, aunque exigiendo que se los diera por adelantado.



.. alejóse blandiendo su palo...

Recorrimos dos millas más, y entonces mi guía fué á sentarse en la orilla del camino y descalzóse como hombre que se dispone á descansar.

—¡Ah!—exclamé, rojo de cólera.—¿Habéis olvidado de nuevo el inglés?

—Sí,—contestó descaradamente.

Al oir semejante respuesta encendióseme la sangre y levanté la mano para pegarle; pero el hombre retrocedió, sacando un cuchillo de entre su ropa, y miróme con la expresión de un gato salvaje. Entonces olvidélo todo menos mi cólera, precipitéme sobre el bribón apartando el arma con mi mano izquierda, y con la derecha le descargué un puñetazo en la boca. Como yo tenía mucha fuerza y él era un hombrecillo, le le hice rodar por tierra, y por fortuna se le escapó el cuchillo de la mano.

Recogí el arma, y los zapatos también, y despedíme del tunante para continuar mi marcha, dejándole descalzo y desarmado. Seguro estaba de que no tendría ya nada que ver con aquel hombre, y esto por varias razones: en primer lugar debía saber ya que yo no le daría dinero; en segundo, los zapatos no valían apenas nada; y, por último, el cuchillo, que era realmente un puñal, estaba prohibido por la ley.

Al cabo de media hora di alcance á un hombre muy harapiento que se apoyaba en un cayado y que me pareció completamente ciego. Díjome que era catequista, lo cual debía infundirme tranquilidad; pero su aspecto no me inspiraba la menor confianza, y mucho menos cuando á los pocos pasos observé que por uno de sus bolsillos asomaba la culata de una pistola. Ahora bien: el uso de semejante arma castigábase con una multa de quince libras, y deportación á las colonias en caso de reincidencia; y, por otra parte, no me explicaba que un maestro religioso anduviese armado, ni comprendía qué uso podría hacer de la pistola siendo ciego.

Manifestéle mi parecer, porque estaba orgulloso de lo que había hecho, y mi vanidad se anteponía á mi prudencia. Cuando le hablé de los cinco chelelines entregados al guía, gritó tanto é hizo tales aspavientos, que juzgué prudente no decirle que llevaba dinero.

—¿Os parece demasiado?—le pregunté.

—¡Ya lo creo!—exclamó.—Por un trago de aguardiente os conduciré hasta Torosay, proporcionándoos además el placer de mi compañía, que no es poco.

Contesté que no sabía cómo un hombre ciego podría guiarme; pero el hombre soltó la carcajada, y aseguróme que tenía los ojos en su cayado.

—En la isla de Mull,—añadió,—conozco el terreno palmo á palmo, y no me perdería ni aun entre la espesura. Mirad,—dijo, moviendo su cayado á derecha é izquierda;—por allí se prolonga un sendero, al fin del cual hay una colinilla con una piedra en la cumbre; y al pie de ella, según veréis, arranca el camino que conduce á Torosay. El terreno es bastante llano, y á intervalos hay espacios cubiertos de yerba. Debí confesar que era verdad y manifesté mi admiración.

—¡Oh!—exclamó el hombre.—Eso no es nada, pues habéis de saber que cuando se consentía el uso de armas en el país, yo tiraba muy bien. Si tuvierais aquí una pistola, os lo probaría al momento.

Contestéle que no tenía semejante arma. Si él hubiera sabido que yo estaba viendo la culata de su pistola en el bolsillo, no sé qué habría hecho; mas por fortuna lo ignoraba, y yo no quise decírselo.

A los pocos pasos comenzó á interrogarme con mucha sutileza para averiguar de dónde venía, si yo era rico, y si podria darle cambio de de una moneda de cinco chelines; mas todas estas preguntas redoblaron mis sospechas acerca de aquel hombre, y contesté con mucha reserva, desviándome cuando él trataba de acercarse. Al fin, el hombre, enojado al parecer, comenzó á blasfemar en idioma gaélico, dándome golpes en las piernas con su cayado.

Semejante proceder me irritó, y, como me reconocía superior, díjele que yo también llevaba una pistola, y que si no seguía el camino recto le mataría de un tiro.

La amenaza le hizo bajar de tono; pero después de haber tratado de calmarme, aunque inutilmente, comenzó á blasfemar otra vez y alejóse blandiendo su palo, hasta que le vi desaparecer por detrás de la colina. Seguro de que no me importunaría más, continué mi marcha hacia Torosay, muy satisfecho de verme libre de aquel hombre tan instruído. Aquel día fué malo para mí, y después supe que los dos hombres con quienes había tratado eran los dos peores de la alta Escocia.

En Torosay, punto que domina el camino de Morven, había una posada cuyo dueño perte-

Digitized by Google

necía á la familia de los Mac Lean, al parecer muy distinguida, pues en la alta Escocia es muy considerado el que tiene un establecimiento de esta especie. El hombre hablaba bien el inglés, y, tomándome por un estudiante, díjome algunas frases en francés, haciéndome comprender que lo conocía mucho mejor que yo; y después en latín, en el cual quedé más airoso. Por esta agradable rivalidad fuimos muy pronto buenos amigos, y pude comer y beber tranquilamente, hasta que el hombre se embriagó tanto que no tardó en quedarse dormido.

Cuando despertó dejéle ver como por casualidad el botón de plata de Alan; mas al pronto comprendí que no conocía semejante seña ni sabía lo que era. A decir verdad, parecióme que formaba muy buen concepto de la familia y de los amigos de Arsdhiel, de los cuales habló poco. Antes de embriagarse habíame enseñado una composición suya en muy buen latín, y una poesía dedicada á cierta persona cuyo nombre no me dijo.

Cuando le hablé del catequista, movió la cabeza y aseguróme que no había tenido poca suerte en escapar de él.

—Es un hombre muy peligroso,—me dijo.—Se llama Duncan Makhieg. Se le acusa de varios robos en despoblado, y hasta de asesinato.

—¿Y ese es un catequista?

—¿Por qué no? Mac Lean de Duart quiso instruirle bien porque era ciego; pero siempre se le encuentra en los caminos, donde busca los muchachos para saber qué religión profesan, lo cual no le impide cometer villanías.

Al fin llegó la hora de entregarnos al reposo, y el posadero me condujo á mi cama, donde pude descansar tranquilamente. Había recorrido la mayor parte de la tortuosa isla de Mull, desde Earaid hasta Torosay, es decir, un trayecto de 50 millas, y estaba más sano de cuerpo y espíritu que al principio del viaje.

CAPITULO XVI

Á TRAVÉS DE MORVEN

Desde Torosay á Kinlochaline hay una ensenada muy regular, en el continente. Ambas orillas están en el país del poderoso clan de los Macleans, y á él pertenecían los más de los pasajeros que iban conmigo. El capitán del barco, por otra parte, llamábase Neil Roy Macrob; y como este último apellido era el de una familia amiga de Alan, deseaba mucho hablar con Neil Roy confidencialmente.

Como el barco iba lleno de pasajeros, esto no fué posible por el pronto. Apenas soplaba el viento, y avanzábamos con mucha lentitud, pues no había más que cuatro tripulantes, á los que debimos ayudar algunos de nosotros á á fin de acelerar la marcha. Sin embargo, como hacia buen tiempo y todos parecían alegres á juzgar por lo mucho que cantaban, el pasaje no fué desagradable.

Llegados á Kinlochaline, y una vez desembarcados, llamé aparte á Neil Roy, y preguntéle si era uno de los hombres de Appin.

—No tengo por qué negarlo,—contestó.

—Pues bien,—repuse;—voy en busca de una persona, y ocúrreme que tal vez podáis darme noticias de ella: se llama Alan Brech Stewart.

Y muy aturdidamente, en vez de mostrarle el botón de plata, traté de deslizarle un chelín en la mano.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

LA EQUITATIVA
SOCIEDAD DE SEGUROS SOBRE LA VIDA
DE LOS ESTADOS UNIDOS

Domicilio social, 120, BROADWAY.—NEW-YORK | De la sucursal de España, CALLE DE SEVILLA, 16, MADRID

Situación en 1.° de enero de 1890

ACTIVO.	duros	107.150,309'12
PASIVO.	»	84.329.234 92
CAPITAL SOBRANTE. . . .	duros	22.821,074'20

Valor de sus inmuebles en América y Europa, DUROS 24 653,296'39

Presidente, H. B. Hyde. Vicepresidente, J. W. Alexander. | Director general para España y Portugal, Excmo. Sr. D. Juan Angel Rosillo.

Delegación de Cataluña y Baleares:
Excmo. Sr. D. Mariano Casi y López, Delegado-Administrador.

Comité Consultivo y de referencia:
Presidente. . . | Excmo. Sr. D. Juan Tutau.
Vicepresidentes. | Sr. D. Emilio Vidal-Ribas y Torrens. Señor Marqués de Santa Isabel.
Vocales. . . . | Sr. D. José Estruch y Cumella. Sr. D. José Castellet y Sampsó. Sr. D. José M.ª Vallés y Ribot. Sr. D. José Coroleu.

LA EQUITATIVA es la **única** sociedad de seguros sobre la vida que emite pólizas indisputables y la única también que además de la sólida garantía de su inmenso activo ofrece á sus asegurados de España una especial tan importante como su magnífico edificio de Madrid.

Oficinas para Cataluña y Baleares:
RAMBLA DE ESTUDIOS, NÚMERO 6, BARCELONA

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA de **E. COUDRAY**
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales: el 10 y 30 de Cádiz y el 30 de Santander.

LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.° de Enero de 1890.

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. de Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga, D. Luis Duarte.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona

LA FUERZA DEL DESTINO
POR
A. PEDROSO DE ARRIAZA
Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas.
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=
BARCELONA

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro.
En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas la buenas Perfumerias.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ¡**Gran novedad! DUSSER**, Inventor, ***Rue J.-J.-Rousseau, n° 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* **Melchor Garcia** y en las Perfumerias **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc., *Barcelona:* **Vicente Ferrer**, depositario, y en las Perfumerias de **Lafont**, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 36, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CASAS DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 9 de agosto de 1890	Núm. 397

RETRATO, POR J. PETTIE

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *San Sebastián*, por Kasabal.—*El que á hierro mata...* (continuación), por Luis de Val.—*Revista científica* (continuación), por Alfredo Opisso.—*Censos y estadísticas*, por A. Sánchez Pérez.—*En el templo*, por Rafael Torromé.—*Cartas íntimas* (poesía), por Carlos Miranda.—*Carta abierta*, por Teodoro Guerrero. *El primer grito* (poesía), por Manuel del Palacio.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte inglés: Retrato*, por Pettie.—Sol y lluvia.—La cabalgata.—Gerona.—Guantes antiguos.—*El arte alemán:* Elías ante el rey Acab.—Praga: La torre del Puente.—*América:* Boston. El colegio de Toronto. El ferrocarril de Panamá.—Emuy (China).

ADVERTENCIA

En contestación á algunas cartas que hemos recibido preguntándonos en qué fecha repartiríamos el primer regalo del corriente año, debemos manifestar que, como de costumbre, lo hubieran los señores suscritores recibido á primeros de agosto á no haberse roto las dos piedras con que en mayo último comenzábamos la tirada de la oleografía, habiendo sido preciso pedir otras al extranjero por no haberlas en España, motivando esto un retraso de dos meses. Así, pues, procederemos al reparto del primer regalo á últimos de setiembre ó primeros de octubre, pudiendo asegurar desde ahora que no sucederá lo mismo con el segundo, por no estar sujeto á contingencias como la de la oleografía. Dicho esto, permítasenos manifestar que LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA no ha faltado ni faltará jamás á los compromisos contraídos, y que los señores suscritores recibirán los dos regalos tal y como ofrecimos en nuestro prospecto.

SAN SEBASTIÁN

NOTAS DE VERANO

SAN Sebastián venga á los madrileños de la mala pasada que les jugó Felipe II instalando la corte en el sitio en donde se halla; porque San Sebastián es la verdadera corte, al menos durante dos meses del año, y sobre todo en el que nos hallamos, en el agosto.

Por los campos de Castilla que se atraviesan al venir aquí, se ven en tumbados haces de oro las segadas espigas, que recuerdan las proposiciones de su constante defensor el Sr. Gamazo, y las arengas, también de oro puro, de su elocuente abogado el Sr. Maura.

Aquí el oro no se siega, se gasta; porque aquella patriarcal San Sebastián, con su Parador Real como toda fonda, y sus calles estrechas, que conocían sólo los arriesgados viajeros que se atrevían á ir á Francia, es hoy una bella y coquetona ciudad moderna con calles anchas y limpias y profusión de hoteles, y á la que acuden á rendir tributo de todas las partes de España y de muchas de Francia durante la estación veraniega.

En cuanto se llega á su estación, se distinguen dos edificios que son como un programa, algo como la sinfonía en que se apuntan los motivos de una ópera. Estos dos edificios son el hotel que habita el Sr. Alonso Martínez y la plaza de toros. Política y diversiones: este es el resumen de la vida en San Sebastián durante el verano. Poned entre esos dos edificios las figuras de un pelotari y de un reporter, y el programa será completo, porque reporter y pelotari son indispensables en el breve pero brillante reinado de la capital de Guipúzcoa. Los unos manejan con sin igual gallardía la dura pelota vasca y los otros se arrojan unos á otros la pelota de la noticia política que va rebotando por toda España. Las dos se parecen muchas veces en que son bolas.

El del pelotari es un tipo interesantísimo, muy popular en estas hermosas regiones vascas de costumbres patriarcales y de gran apego á la tradición; pero hoy se ha puesto en moda, y tiene grandes contratas como los toreros y los cantantes célebres, y va á América, y es un personaje al que nada le falta para serlo, pues tiene hasta partido. De estatura regular, que en algunos tipos llega á aventajada, bien conformado de miembros y sin más carne que la necesaria para trabar y dar juego á la bien templada máquina, tiene algo del tipo del soldado español de que fué modelo el almogávar, pero con menos rudeza y mucha más elegancia, recordando con esto al luchador romano, y siendo digno, como él, por lo artístico de las posturas que adopta, de los trazos del cincel.

El pelotari se conserva muy poco tiempo en el apogeo de su gloria. Su tarea es rudísima y le gusta; pero abundan tanto en esta tierra que sin cesar se renuevan y todos los años sale alguno que emula al Chiquitín de Eibar, á Eleziqui, al Manco ó á Mendoza.

Las damas madrileñas se han aficionado mucho al espectáculo del *Jai-Alai*, y toman parte en sus apuestas como en el Hipódromo de Madrid.

***

Es curiosísima la variedad de tipos que veranean aquí. Del centro de España viene el acaudalado propietario con su familia, que ha ahorrado durante el invierno para lucir aquí sus galas. Madrid manda además su contingente de hombres políticos y una buena parte de la gente del bronce de los barrios populares, que vienen en los trenes de recreo, pasan ocho días, toman veinte baños y se van tan frescos. Los trenes de recreo traen también á las familias modestas que toman los baños como medicina y vienen pertrechadas con garbanzos, judías, arroz y todo lo que buenamente pueden reunir al salir de Madrid.

En el *boulevart* á las doce, y en la Concha por la tarde, se ven desfilar estos tipos, reuniéndose en el primer punto corrillos parecidos á los del salón de Conferencias. La Zurriola, uno de los sitios más hermosos de San Sebastián, ya no está en moda: allí un capitalista célebre, D. José Salamanca, entabló ruda pelea con un adversario digno de él, con el mar, para rehacer su fortuna; y lo hubiera conseguido porque ya había ganado algunos terrenos, pero le sorprendió la muerte y perdió la partida.

Salamanca proyectaba hacer en la Zurriola el gran casino que después se ha levantado á la entrada de la Concha. El casino es indispensable en toda ciudad de aguas, como dicen nuestros vecinos, que quiera tener importancia. Entre estos casinos modernos y aquellos que siguiendo una costumbre inglesa importada en Francia se comenzaron á fundar en España para llevar á terreno neutral las tertulias que se formaban en la trastienda de las boticas y delante del mostrador del estanco ó de la cerería, hay una diferencia inmensa.

Estos están formados con arreglo al modelo de Mónaco, y son palacios levantados al juego, único que puede con sus despilfarros, proporcionar por módica suma los refinamientos del *confort* y proporcionar los más agradables recreos. Biarritz ha debido su fortuna tanto á su casino como á su palacio de la emperatriz, que al fin y al cabo en casino llegó á trasformarse.

Uno de los empeños de San Sebastián es disputar á Biarritz el centro de la moda, y para esta lucha necesitaba un casino, y lo tuvo suntuoso y elegante, pero sin juego; y casino sin juego es como cuerpo sin alma.

Cuando desde el otro lado de la frontera vieron alzarse las dos esbeltas torrecillas de la que un ingenioso escritor, que ya no existe, llamó *Notre Dame de la Roulette*, vinieron á posarse cerca de ellas algunas de esas aves de vistoso plumaje confeccionado por Wortn y Lafernière, creyendo que tenían un nuevo campo para esas operaciones en que se cotiza el amor; pero San Sebastián es una población honrada y se asustó. El juego era el espejuelo de esas alondras, y se prohibió el juego para ahuyentarlas, lo que se consiguió fácilmente. Ellas no van nada más que donde pueden convertirse las nacaradas fichas en el reluciente *luis* de oro, y donde el cartón se trasforma en el simpático billete blanco y azul, los colores de la pureza, y con guirnalda de flores que recuerda los vales que se dan en los colegios á los niños aplicados.

Ganó la moralidad, pero perdió la riqueza, y aquellos salones decorados al gusto del primer imperio se vieron casi desiertos, y los vistosos lacayos con calzón corto de *peluche* amarilla y galoneada casaca azul, sirvieron sólo para excitar la admiración de los buenos vecinos de tierra de campos, que se quedaban asombrados ante ellos creyéndolos personajes principales.

La ruleta buscó un asilo un poco más cerca de la frontera, en Fuenterrabía, y se estableció en edificio moderno á la sombra de las memorables ruinas del castillo del emperador Carlos I. Pero no le valió tan buena vecindad: la moralidad impuesta por las autoridades lanzó de allí á la rueda que tanto se parece á la de la fortuna, porque distribuye locamente riquezas, y hace dos años que no se juega en Fuenterrabía, que ha vuelto á su sueño, sólo interrumpido por el ruido del torno con que se retuerce el cáñamo para formar las redes que tiende el pescador por los mares, ó por el golpear en los tableros donde se construye la suela de la alpargata, de que hacen muchos pueblos de la provincia de Guipúzcoa su acreditada industria.

San Sebastián puede decirse que es hoy un barrio de la corte, con un tranvía que recorre el trayecto en poco más de diez y seis horas; y por aquí desfila todo el que ha tomado aguas en los numerosos establecimientos de las provincias vascas y todos los que van á Francia.

***

En las manos de todas las señoras que leen en la playa entre el rumor de las olas, ó en el ferrocarril entre el estrépito del tren, se ven las dos novelas francesas de más actualidad: *Notre cœur*, de Guy de Maupassant; y un *Cœur de femme*, de Paul Bourget.

Ya hace tiempo que los novelistas tienen predilección especial por los personajes de lo que se llama el *gran mundo*, y las heroínas de la mayor parte de las novelas son duquesas, marquesas, ó baronesas cuando menos; pero esos personajes están muy mal pintados, porque los autores, y más especialmente en lo que á España se refiere, pintan una sociedad que no conocen más que de oídas. Emilia Pardo Bazán lo ha demostrado bien palpablemente en sus notables artículos acerca de la mujer española, que publicó en una revista inglesa y que reproduce ahora en *La España Moderna*.

Pero de Guy de Maupassant y de Paul Bourget no puede decirse esto: son los niños mimados de la sociedad más elegante de París: las grandes damas que leen con predilección sus obras, se prestan muy gustosas á servirles de modelo, como se prestan á ser retratadas por los pintores en boga; y los estudios psicológicos de los dos insignes novelistas están inspirados en la más completa realidad.

En España se ha hecho poco en este género. Pedro Antonio Alarcón ha sido el que más ha penetrado en el gran mundo, pero sin detenerse mucho; y Pérez Galdós le trató á la ligera en *La familia de León Roch*. Emilia Pardo Bazán tiene una novela de costumbres aristocráticas en cartera, y Armando Palacio Valdés frecuentó mucho, contra su costumbre, hace dos años, los salones elegantes.

—¿Qué hace V. por aquí?—le pregunté en uno de los salones más concurridos de Madrid.

—Pues lo de siempre,—me contestó;—una novela.

Esta novela debe publicarse muy pronto, por-

Digitized by Google

que el autor la terminó hace ya tiempo y la están ilustrando en Barcelona.

Leer á la sombra de los copudos árboles, á la vista de la playa, en la soledad gratísima de la casa de campo, es uno de los placeres más gratos y más tranquilos que pueden gozarse.

Aquí en San Sebastián hay mucha gente que hace la misma vida que en Madrid, trasnochando, levantándose tarde y concurriendo sólo á los sitios que están en moda; y muchos que veranean aquí hace años, no conocen los preciosos alrededores de la ciudad en boga, que valen mucho más que su concurrido *boulevart* y que su suntuoso casino.

Agosto es el mes en que llega á su apogeo la animación en San Sebastián y en el que más alegremente cantan los que desempeñan en la sociedad el papel de cigarras.

Pero no sucede con estas cigarras de la moda lo que con los de la fábula, tan llena de moral. En la vida, por regla general, los que pasán el verano entero cantando alegremente, son los que gozan también en el invierno; y la hormiga, la laboriosa hormiga, sufre trabajos en todas las estaciones.

KASABAL

EL QUE Á HIERRO MATA...

(CONTINUACIÓN)

Si el Supremo Hacedor hubiese puesto en manos del joven la complicada máquina del tiempo, seguro es que los dos días de plazo hubieran trascurrido en un segundo.

Pero como esto no era factible, el buen Diego tuvo que conformarse á sufrir la fiebre de su impaciencia.

Iba y volvía á la calle en donde estaba la casa en que vivía la joven, miraba á los balcones, sufría si algún joven se paraba por casualidad en la misma acera que él, y entre sobresaltos y temores pasóse el plazo, quedando al cabo, nuestro Diego, más pálido y ojeroso que si saliese de la cama tras larga enfermedad.

La criada de María puso en manos del joven una carta.

En ella le citaba para hablar aquella noche por el ventanillo de la puerta de la escalera.

Diego, al llegar la hora de la cita, se puso lo mejor que guardaba en el cofre para engalanarse los días de asueto.

María accedió á su petición.

El premio gordo de la Lotería no hubiera causado en él mayor contento.

Todos los días se veían los dos amantes.

Una tarde Diego observó que un joven elegantemente vestido y de arrogante figura paseaba frente á los balcones de María dirigiendo á él de continuo sus miradas.

Cuando Diego habló aquella noche con su amada, sus palabras apenas si podían entenderse.

Su voz, gangosa de suyo, lo era doblemente con la agitación del joven.

María se mostró más indiferente.

Todo el fuego de su amor parecía palidecer.

Sus frases eran menos expresivas, más superficiales.

Diego comprendió que ya no era amado y que el joven que había visto en la acera estaba pronto á reemplazarle en el corazón de su amada.

Y no se equivocó.

María no había amado jamás hasta que vió á Diego. Su corazon de niña comenzaba á sentir la falta de un amor, y Diego, con su fealdad y su triste facha, fué bastante para satisfacer los primeros impulsos de la pasión que comenzaba á iniciarse.

Sin saberlo, el joven fué enseñando á su ídolo lo que era amor, y, como el de María sólo era amor de niña, al pasar algún tiempo y convertirse en mujer, á pesar de seguir conservando su candor, comprendió que si el amor de un joven como Diego le *entretenía*, el de un gallardo doncel decidor y rico le llegaría á *enloquecer*.

Funestas fueron estas ideas para el pobre empleadillo de Hacienda.

Un día, al ir á la oficina, se encontró con un pliego, cerrado bajo sobre, encima de la mesa.

¡Era la cesantía!

Diego cogió el sombrero y salió del Ministerio de Hacienda.

SOL Y LLUVIA (marina de Henry Moore)

Llegó á su casa y la patrona le entregó una carta. Era de María.

La joven, escudándose con la voluntad de sus padres, cortaba para siempre sus relaciones.

Diego sufrió un ataque á la cabeza.

Pero á pesar de su estado corrió á la hora de costumbre á casa de su amada.

María no estaba, como él ya se esperaba, en el ventanillo.

Diego silbó, y la joven, que sin duda conocía bien el silbido, accedió á ver si era que Diego le devolvía sus cartas.

El joven comenzó á pedirle cuentas de su proceder.

—Mis padres me obligan á romper contigo porque dicen careces de un porvenir seguro,— dijo por toda contestación la niña.

—¡Ah!—exclamó con desesperado acento el infeliz Diego.—No es la determinación de tus padres la que rompe para siempre el lazo amoroso que hasta hoy nos unió. No, María, no. Sé franca y di la verdad. Tú no me amas porque consagras tu amor á otro. ¡Oh! ¡Necio de mí, que pensé eran realidad tus juramentos! ¡Necio de mí, que soñé hasta hoy con tus amores y la eterna dicha de verme unido á ti! ¡No eran venturas tan grandes para este infeliz contrahecho! Otros más apuestos y de mejor figura que yo tienen doble derecho á ser amados de ti.

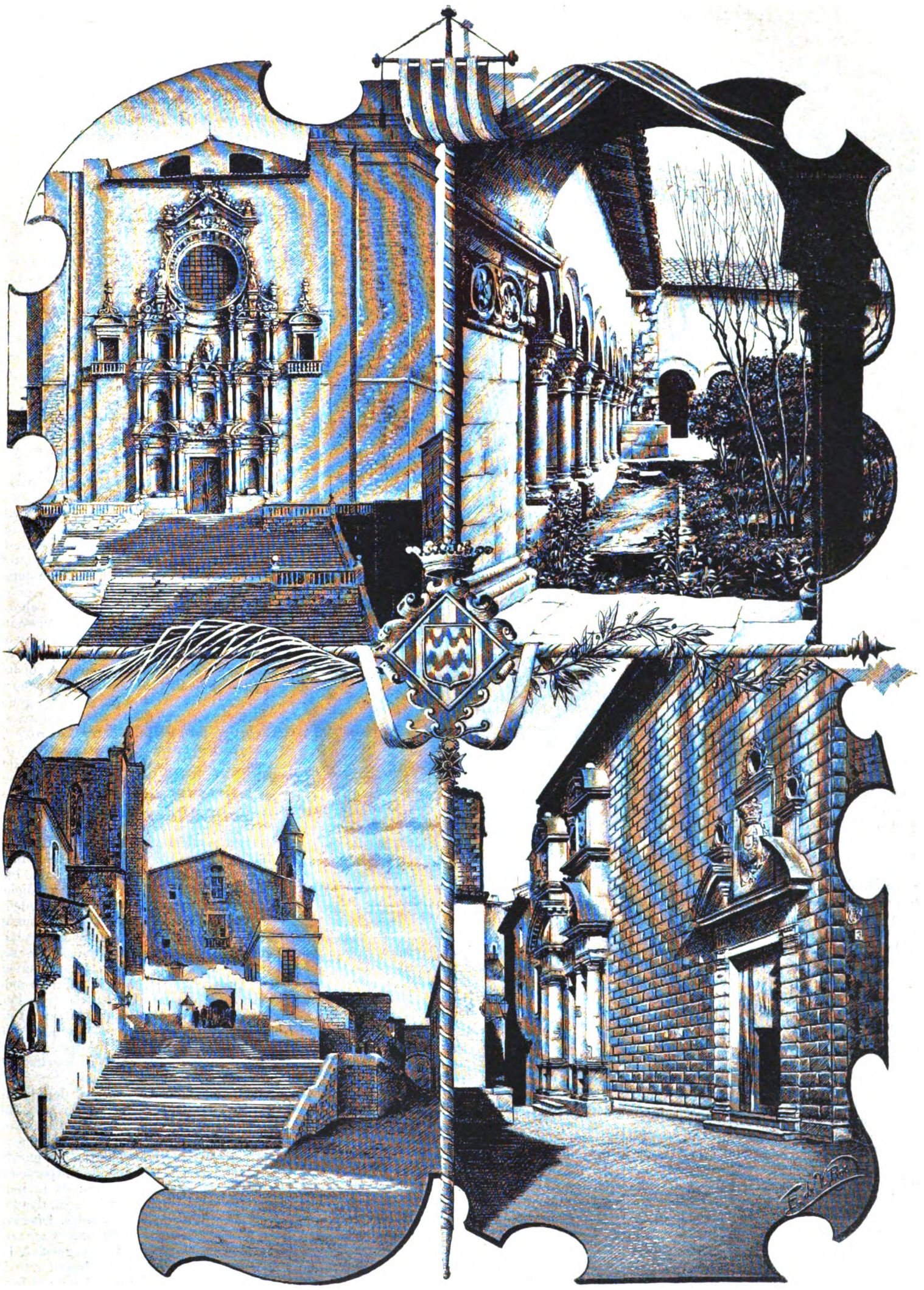
LUIS DE VAL

(Se concluirá)

Digitized by Google

UNA CABALGATA

Digitized by Google



GERONA

Catedral y claustros.—Ex convento de Santo Domingo.—Iglesia de San Martin (dibujo de F. de V. Ros)

Digitized by Google

REVISTA CIENTIFICA

Las enfermedades de la imitación

(CONTINUACIÓN)

V

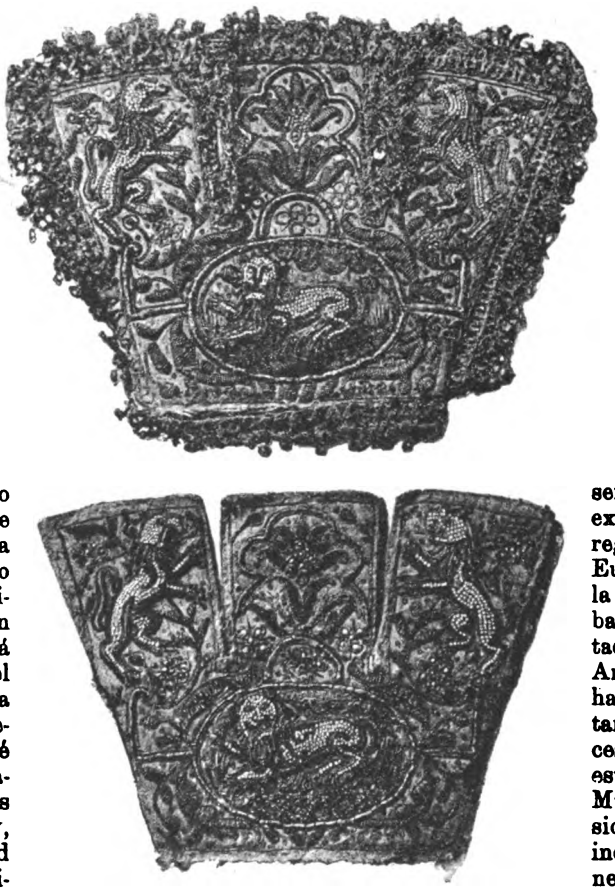
Resulta, por lo tanto, que no es cierto que la inexactitud de los recuerdos ó de las imitaciones favorezca la evolución mental ó la evolución social, y de ahí que cuanto más rápidamente evoluciona el espíritu hacia su apogeo más se precisan y multiplican sus recuerdos, de la misma manera que cuanto más aprisa se elevan las sociedades hacia la cúspide de la civilización, más regular, precisa y casi mecánica es su manera de ser, con sus lenguas fijadas, sus religiones dogmatizadas, sus teorías consolidadas, sus administraciones centralizadas y uniformizadas, sus productos de todo género estereópidos, por decirlo así, y salidos del mismo molde como sus ideas y sus necesidades.

«Un tren de ferrocarril,—dice M. Tarde,—es mucho más complicado y mucho más progresivo, mucho más adaptable á los mejoramientos, que una caravana; y, sin embargo, las caravanas que se siguen se parecen mucho menos que los trenes que se suceden. De cada vez más se toma á empeño el reflejar fielmente los cortes de los trajes, los cortes de los versos ó de las frases de moda, el saludar según el ángulo exacto de inclinación de la cabeza ó del cuerpo que se estila actualmente en los salones, ponerse al diapasón de su taller, de su oficina, de su administración, hasta el más menudo pormenor, ó, si se persigue una apariencia de originalidad, el copiar, como un facsímile, la excentricidad particular sobre la cual se modela uno á sabiendas ó inadvertidamente.»

El escrúpulo de la fidelidad imitativa, llevado hasta el extremo, es un fenómeno que sólo se ve en las sociedades adelantadas y en manera alguna en los pueblos que se hallan en estado rudimentario; y, sin embargo, tanta meticulosidad en la imitación no es en manera alguna un obstáculo al progreso, á menos que no vaya á imitarse lo del pasado con exclusión de lo del presente, y aun entonces no siempre resulta tampoco que sea un mal. Hay cosas que adquieren cierto carácter como de rúbrica, sagrado é inmutable, siendo buen ejemplo de ello las barajas con sus reyes, caballos, sotas, etc., y sus colores distintivos de á principios del siglo XIV, y, sin embargo, inquebrantables. «La verdad es,—dice M. Tarde,—que la fijación de los tipos propagados (propagados á tuerto ó á derechas) ha sido la condición de la multiplicación y del desenvolvimiento sabio de los juegos, nueva salida, y mucho más recreativa, procurada á la necesidad de variación. En su origen, cuando los tipos de naipes variaban de un año á otro, no teniendo las reglas del juego tiempo tampoco para fijarse, el arte de jugar debía permanecer embrionario. No puedo alejar de mí la idea de que las constituciones y las legislaciones son á las industrias y á las artes, y la gramática, ya que no la ortografía, á las letras, lo que la baraja es al placer del juego: sin su estabilidad asegurada, ninguna renovación seria y profunda.»

Prosiguiendo el autor en su parangón entre la imitación y la memoria, encuentra que la primera puede ser, como la segunda, muy tenaz (épocas en que la costumbre reina casi sola) ó muy rápida, pero muy fugaz (epidemias de moda momentáneamente invasoras, de las cuales tememos no puedan citarse demasiado ejemplos en España), ó bien muy lenta y muy fugaz, ó, por fin, muy rápida y muy persistente; no habiendo necesidad de decir que esta última es peculiar á las civilizaciones consumadas. La tercera forma de imitación (la muy lenta y muy fugaz) caracteriza á las naciones que declinan y yacen en la atonía final, apareciendo también, aunque pasajeramente, después de las grandes catástrofes nacionales. Con raras excepciones, vese que después de una gran guerra ó de una gran de epidemia, ó de cualquier otra plaga por el estilo, las naciones ofrecen el espectáculo de una parálisis casi total del trabajo, es decir, de la fuerza imitativa. Así se ha visto en las repúblicas hispanoamericanas después de sus largas convulsiones políticas; así se vió aquí después de la guerra de la Independencia, y, ascendiendo más, después de las guerras de los Austrias con los Borbones de Francia. Es ley constante que, consecutivamente á una serie de accesos epilépticos, se debilita ó se pierde la memoria. No es esto decir que después de una catástrofe nacional no pueda salir un genio, pero en tal caso la masa del país ni le hace caso ni le entiende, viviendo como vive de un surtido de costumbres harto menguado y gastado. En estas pérdidas de la fuerza imitativa cabe que ocurran dos cosas: pueden verse destruídas ciertas *imitatividades* por haber desaparecido en la catástrofe los oficios, las artes, las ciencias, etc., con sus secretos y sus depositarios (verbigracia cuando la expulsión de los judíos y de los moriscos); ó bien puede verse destruída la *capacidad* de imitar, es decir que puede faltar la *ocasión*, ó bien, no faltando ésta, puede faltar la potencia para imitar. Igual distinción observaremos en las pérdidas de memoria: pueden desaparecer de ella ciertos recuerdos por un accidente, ó bien puede desaparecer cierta especie de memoria (la de los nombres propios, supongamos). Un ejemplo del primer caso lo tenemos en Francia, donde mucha gente no sabe ni quiere saber nada más allá de 1789, y en cierto general español que, á pesar de ser canoso, aseguraba que había nacido en setiembre de 1868.

GUANTES ANTIGUOS



GUANTELETES DE PERCY

Detengámonos ahora más particularmente en las dos primeras categorías de imitación que hemos enumerado: imitación lenta y tenaz, é imitación rápida y fugaz.

Enfermedades por exceso ó por defecto de que pueden verse afectadas la costumbre y la moda en las diferentes manifestaciones de la actividad social.—*El lenguaje:* Purismo exagerado, rebelde á toda innovación; ó bien insensato furor de neologismo, ya importado de lenguas vivas extranjeras, ya de lenguas muertas. (El arcaísmo no es sino una forma insidiosa de neologismo.) En cambio el acento suele librarse de toda alteración, copiándose fielmente, y resultando ridícula toda tentativa para salirse de esta regla. Un catalán que quisiera hablar el castellano como un madrileño resultaría insufrible, como un burgalés que quisiera hacerse pasar por sevillano.

Religiones.—En este particular la patología es muy rica. Exageración rutinaria (fanatismo ó mojigatería, según el caso), ó bien novelerías súbitas (epidemias de conversiones, de devociones, de penitencias). Fuera de esos períodos epidémicos, las conversiones son raras; pero sobreviene la *fiebre contagiosa*, y en un momento vemos cristianizarse el imperio romano, *islamizarse* la mitad del Asia y del Africa y *buddhizarse* la India, la China y el Thibet. Es preciso contar siempre con esos hechos anómalos y no negar nunca sistemáticamente la posibilidad de las más inconcebibles conquistas confesionales. «Lo anormal,—dice M. Tarde,—tiene su lugar necesario en la historia: hay fiebres de crecimiento que son enfermedades benéficas. Por formaciones sedimentarias, entrecortadas por formaciones eruptivas, se ha constituído normalmente la tierra, á pesar del carácter anormal de las últimas; y por alternativas de rutina consuetudinaria y de entusiasmo innovador se suceden y superponen los cimientos religiosos.»

Filosofía y ciencias.—Alternativas de conservatismo y de enloquecimiento novísimo. Terquedad aristotélica, cambiada bruscamente en devoción á Descartes. Obstinación en sostener que la tierra permanece inmóvil y que la sangre se está quieta, y bruscos entusiasmos por el darwinismo, el atomismo, la panspermia, etc.

Política.—Tradicionalismo servil ó desenfrenado radicalismo, pero bien entendido que lo mismo es copia lo uno que lo otro: copia el servilón á Leovigildo y el anarquista á algún extranjis. Por este afán de imitación el Japón se regala con el sistema parlamentario europeo y Europa quiere darse el gusto de un gobierno á la americana. No es esto malo siempre, sin embargo, ya sean los imitadores los jefes del Estado, ya los pueblos. La independencia de la América española fué el simple resultado de haber querido aquellos Bolívares y Sucres imitar á sus colegas de la primera república francesa, y las reformas del buen rey Carlos III estaban copiadas de lo que hacía Luis XIV. Muchos movimientos, magníficos en suma, han sido reputados como resultado de la iniciativa individual cuando sólo han sido puras imitaciones. Las Cruzadas, nuestras expediciones á América, lo mismo que otros grandes movimientos cantados con exceso de lirismo, no fueron sino «huracanes de imitación omnipotente, accesos inauditos de credulidad y de servilismo, tan irresistibles como inconscientes.» No hay, pues, gran cosa que admirar en todo ello, y ni aun hay que admirar «la erupción, muy rara, de una grande idea nueva en un cerebro individual... ¿Qué invención existe que sea otra cosa más, en suma, que una combinación nueva de plagios? Un acto de sacrificio oscuro vale más que todo eso.»

La imitación-moda presenta dos subdivisiones. En ciertas épocas los reyes sólo imitan á otros reyes extranjeros, más poderosos que ellos, pero semejantes en la civilización y la fe; la aristocracia hace lo mismo; la burguesía obra de igual modo; y, por fin, las corporaciones no se portan de distinta manera: es la imitación que podríamos llamar profesional, dando lugar á los más inesperados resultados. Efectivamente, fórmanse castas y bórranse fronteras: los reyes, las aristocracias, las burguesías, las corporaciones internacionales, ofrecen una identidad sorprendente, mientras que de cada vez va siendo más profunda la distancia que separa, dentro de la patria, á una casta de otra casta. La cosa, á haber durado, habría hecho imposible el advenimiento de la democracia; pero sucedió que, no quedando ya nada que imitar *inter pares*, una clase imitó á la otra, la nobleza

Digitized by Google

al rey, el estado llano á la nobleza, y una corporación á otra corporación (el clérigo al laico y éste al clérigo, por ejemplo). Eso era, y es aún, ridículo; y, sin embargo, constituye un factor importante del progreso, removiendo el fondo social á profundidades incalculables.

Derecho.—Inmovilidad paralítica, fetichismo absurdo del pasado ó períodos de fiebre *legiferativa* y cizañera.

ALFREDO OPISSO

(Se concluirá)

CENSOS Y ESTADISTICAS

Algo hay de estadística en el censo, aunque el censo no sea estadística precisamente, y no me parece impropio hablar á un tiempo mismo de una cosa y de otra. Por supuesto que el censo á que ahora me refiero no es el *padrón municipal* que un ingenioso autor cómico francés ha llevado al teatro, sino otro *censo:* el *gran censo* electoral que los legisladores de la temporada anterior han traído á la vida de la política española para tormento y ahogo del señor D. Antonio Cánovas del Castillo. Y conste que, aunque los comienzos de este trabajo podrían ser considerados como preludio de un articulejo político, no lo son en manera alguna, porque de sobra sé que en publicaciones de la índole de esta ILUSTRACIÓN no es conveniente, ni es lícito, *hacer política* (vaya por el *hacer*), y mucho menos de la mía; pero como en esas clasificaciones puramente caprichosas y convencionales que los hombres han hecho de sus asuntos no están bien deslindados los campos, ni es posible que lo estén nunca, lo social y lo político, lo literario y lo filosófico, lo artístico y lo científico, andan por ahí confundidos y mezclados, como si fueran (y lo son efectivamente) una sola y misma cosa. Pasa en esto lo que sucede con los fenómenos psicológicos: los sabios estudian al *Yo* pensando, y queriendo y sintiendo separadamente; pero la verdad del caso es que en el alma humana no se dan ni existen esas divisiones, y que... vamos, que esto no es política, ni ese es el camino; que ya me parece haber dicho más de lo necesario para demostrar que, aun hablando yo aquí de los cuerpos colegisladores, y aunque hablara del cuerpo de orden público, ó del cuerpo de alabarderos, ese artículo nada tiene que ver con la política, tal cual nuestros hombres públicos la entienden y la practican; porque, bien mirado, la estadística no es política; no, señores, aunque es tan curiosa y á las veces tan entretenida como ella.

Y en clase de datos estadísticos allá van unos que los periódicos han publicado y que me parecen muy interesantes.

La próxima pasada legislatura ha durado (¿quién lo hubiera creído?) doce meses y veinticuatro días. Ha sido, por consiguiente, de las más largas que se han conocido desde que hay sistema parlamentario; eso es: porque antes de que existiera sistema parlamentario no había legislaciones, ni largas, ni cortas, ni de ningún tamaño.

Pues, como digo, las sesiones comenzaron á ser famosas y terminaron en otra no menos célebre. La legislatura se inauguró en 13 de junio de 1889, día de San Antonio (presagio feliz para los conservadores), y terminó en 7 de julio de 1890, aniversario de uno de los hechos más notables del partido liberal (augurio funesto para los progresistas bastardeados).

Durante esa legislatura, los abuelos de la patria han celebrado *doscientas once* sesiones, entre chicas y gruesas, públicas y secretas. Han llevado á la sanción de la corona *ciento treinta y seis leyes;* la mayor parte de ellas de ferrocarriles y carreteras, por supuesto... de esas leyes de las cuales nadie se entera hasta que están votadas. Verdad es que eso también acontece con muchas leyes que no son de carreteras ni de ferrocarriles, y ahí está, pongo por ejemplo, la ley del sufragio universal (ó universalizado), que no me dejará mentir.

De la ley del sufragio se ha hablado hasta la saciedad; acerca de ella se ha discutido, aunque no con gran detenimiento por la travesura de Romero Robledo; sus artículos (los de la ley, digo) se han publicado, en forma adecuada para ser encuadernados, en casi todos los periódicos de España, que, gracias á Dios, no son pocos... Pues bien: después de discutida, votada, aprobada definitivamente, sancionada por la corona, promulgada y publicada por todos los diarios políticos del país, resulta que nadie se había enterado de las disposiciones de esa ley. Ni diputados, ni senadores, ni ministros, ni nadie sabía lo que se aprobaba. Una sola persona, que yo sepa, seguía paso á paso la gestación laboriosa y larga de esa ley, y ahora llama la atención de los encargados de cumplirla y ponerla en práctica: esa persona es el *Mayor del Congreso*, D. Manuel Fernández Martín, que ha convocado á los ex presidente y ex vicepresidente primero de las Cortes, que, con arreglo á la referida ley, han de formar la Junta magna del Censo electoral, de la que es secretario nato el susodicho secretario.

Cualquier cosa apostaría yo á que no pasan de media docena los españoles que están enterados de la importancia, de la influencia decisiva que esa Junta del Censo tiene en todas circunstancias y muy especialmente en las presentes. Desde luego resulta que á la Junta general del Censo no pertenecen más conservadores que Cánovas del Castillo, Silvela y no sé si algún otro; y pertenecen á ella, en cambio, Ruiz Zorrilla, Salmerón, Sagasta, Castelar y Balaguer y Núñez de Arce y varios amigos de Sagasta.

Pero lo peor del caso (con ser eso ya de suyo bastante malo) lo peor del caso es que esa *Junta magna*, para constituirse necesita mucho tiempo y mucho dinero. Tiempo no lo hay, y dinero... no es necesario decirlo. Y mientras la Junta del Censo no se constituya, no hay elección posible, y la Junta no puede constituirse sin tiempo y sin dinero, y Cánovas no puede gobernar con las actuales Cortes... y díganme Vds. ahora si no tienen miga esos datos estadísticos y estas variaciones sobre *el Censo*.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

GUANTES DE SEÑORA BORDADOS (SIGLO XVI)

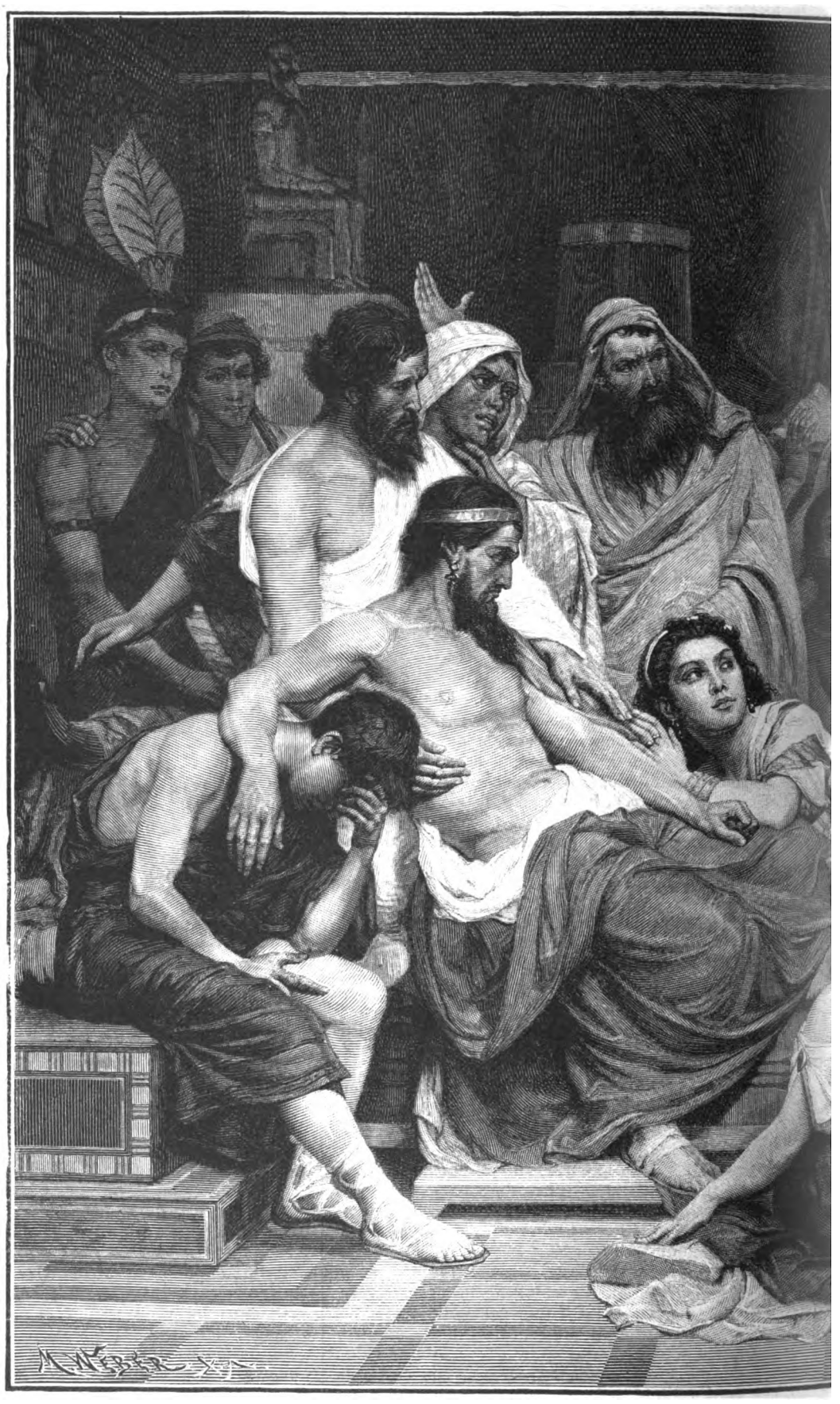
EN EL TEMPLO

Es Mercedes viuda de un bracero, quien le dejó por toda herencia un niño de dos meses, los ojos preñados de lágrimas, recuerdos oscuros, presentimientos negros; y como la sabia naturaleza ha dispuesto, en sus ordenanzas fatales, que las mujeres feas y viejas no puedan brindar á los hombres ni un momento de amor, renunció á toda esperanza de nuevo matrimonio y tuvo que resolverse á ganar el sustento por sus propias manos y honradamente, que es más arduo.

Muy pronto vió Mercedes que no podía dedicar á la industria aquellos brazos que le reclamaba su hijo. De suerte que de la horrible crudeza de las penurias que la tribulaban se desprendían voces amargas que le iban diciendo, más en el alma que en los oídos:—¡O tú ó él: si no le abandonas moriréis de hambre los dos!—

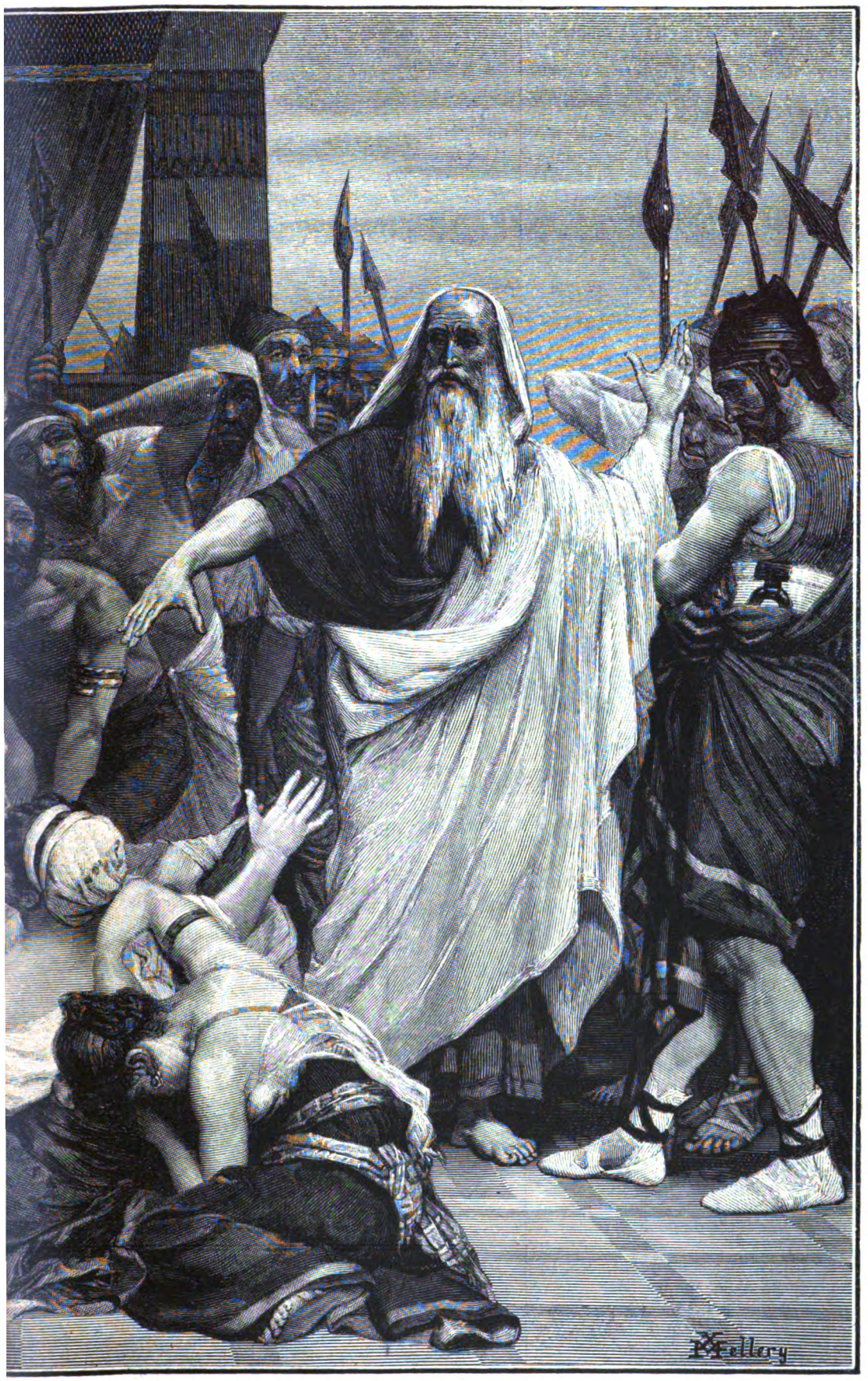
Antes que despojarse del fruto de su vientre, Mercedes prefirió llegar á todos los extremos de la miseria: mendigar el sustento, cubrirse de harapos, acurrucarse contra el quicio de las puertas buscando alivio al sueño, ser conviviente de andrajosos, andadora de malos pasos, sufridora de injurias y de inclemencias del tiempo. Y cuando su ánimo á tantos golpes desfallecía, reparaba su debilidad con besar ardientemente el rostro de su hijo; y después, irguiéndose repuesta ya, volvía de nuevo á luchar con el hambre, á defender contra la muerte aquella carne suya que palpitaba entre sus brazos, en su pecho guarecida, y siempre oculta bajo los pliegues del manto maternal, remendado y su-

Digitized by Google



EL PROFETA ELÍAS ANTE EL R

Digitized by Google



EY ACAB (cuadro de Javier Mellery)

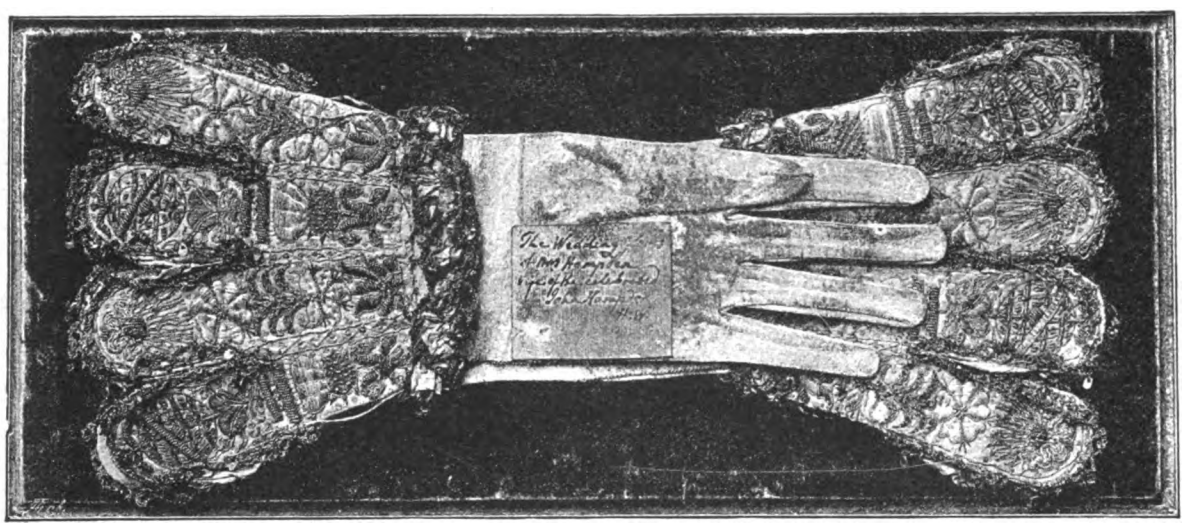
Digitized by Google

cio, pero más benigno y más protector que el cielo y que los hombres, á los cuales la infeliz mendiga acosaba por los anchos paseos de la ciudad bulliciosa, mezclando á los mil ruidos de la multitud inquieta, que alegre discurría, el sonsonete postulante, el quejido del hambre, el grito del náufrago que se ahoga entre las oleadas de lujo que inundan las calles.

Vida tan azarosa postró en breve tiempo á Mercedes, y el jugo maternal, la savia de aquellos pechos, que eran como la fuente en el desierto, iba menguando día por día sus fecundos caudales; y en vano el niño los solicitaba con sus labios y la madre los excitaba con sus dedos, que la naturaleza, implacable y sorda, cumplía con rigor su destino.

No pudiendo Mercedes alimentar á su hijo, ni aun á sí misma, decidió abandonarlo para que seres más felices que ella pudieran continuarle la vida.

Mercedes, que había pasado la noche en un



GUANTES DE BODA DE LA ESPOSA DE JUAN HAMPDEN

muladar, al despuntar el día sacudió la escarcha que brillaba en sus andrajos, se puso de pie, y oprimiendo al niño entre sus brazos se dirigió á la ciudad. Mientras iba caminando, cruzó por su mente el recuerdo de la inclusa, pero sintió repugnancia y miedo de abandonar á su hijo en aquel *spoliarium* de los festines del vicio; y con estas imaginaciones luchaba su espíritu, cuando de pronto llegó á sus oídos el voltear de una campana. Escuchó atenta aquella voz de metal que desde lejos parecía llamarla, y, aligerando el paso, se encaminó hacia el templo. Acababa de abrir sus puertas, algunos fieles oraban frente al altar mayor, las altas bóvedas y las capillas laterales permanecían oscuras á pesar de las lámparas que oscilaban pendientes de los arcos, y no turbaba el más leve ruido el silencio respetuoso y triste de la iglesia.

Mercedes abrió el portillo del cancel, y al recibir en el rostro el beso helado de la atmósfera que trascendía á incienso, quedó perpleja, sin atreverse á avanzar ni á retroceder, y oprimió á su hijo contra su pecho como si quisiera escudarle de algún riesgo.

La lucha que sostuvo consigo misma fué larga y desesperada. Por fin envolvió al niño en aquel mantón, que había sido su cielo y su casa, y le depositó encima del altar de la última capilla de la derecha. Cuando salió de aquel rincón sin la preciosa carga, tuvo miedo: creía que todo el mundo la había visto, que le iban á echar en cara su infamia y su desamor, que las imágenes la miraban con el ceño fruncido, agitando sus brazos de madera con aire de amenaza; pero cuando percibió que la calma era completa aparte de su conciencia tribulada, cuando vió que los fieles no se habían percatado de sus acciones, se arrodilló en el centro de la iglesia y rezó con gran fervor, compartiendo sus miradas entre la imagen y el mantón negro que envolvía el cuerpo de su hijo sobre el ara de la capilla.

Pasaba el tiempo sin que nadie advirtiera el desamparo de aquella infeliz criatura, cuya madre, sobresaltada y temblorosa, contaba las horas minuto por minuto, esperando el desenlace del drama. Ya le parecía que el mantón oscilaba y que el niño iba á rodar desde el altar al suelo; ya la inquietaba el temor de que se ahogara sofocado por la tela que le envolvía; ya sospechaba que el silencio de su hijo era el reposo de la muerte. Estuvo tentada de levantarse y de dar voces diciendo que allí habían abandonado á una criatura con la intención manifiesta de que la socorriera quien pudiese hacerlo; pero le faltaba valor para unir el cinismo á la maldad, recelaba ser descubierta y escarnecida, y revolvía con afán los ojos á todas partes, diciendo cuando alguno entraba en la iglesia:—¿Le verá éste? —en tanto que el sacerdote, en la capilla central, elevaba con entrambas manos la imagen del Señor y todos los creyentes inclinaban la cerviz, doblaban la rodilla y se golpeaban el pecho.

Aquella lucha silenciosa agobiaba su espíritu. Algunas veces se puso de pie, decidida á recobrar á su hijo; pero, después de haber dado un paso tímido y vacilante, volvía á caer de rodillas con las manos cruzadas y los ojos fijos en el altar de la derecha, donde nunca llegaron tan vivas y fervorosas las miradas de los creyentes, porque el amor divino no atrae el alma con el imperio y la solicitud que el amor humano, el cual en aquellos momentos oficiaba en el ara, sin pompas, luces ni galas, en silencio, con sombras y con frío, pero mostrando la majestad propia de su naturaleza.

Al fin el niño lloró, se extendió su llanto, lo percibieron muchos, resonó un murmullo, se alzaron los curiosos, llegaron á la capilla, y con ellos Mercedes, lívida y muda ante aquel jurado que iba á decidir la suerte de su hijo improvisadamente.

Cada cual hacía su comento según le cuadraba mejor: éste maldecía á las madres desnaturalizadas, aquél se condolía de las concupiscencias del mundo, otros reparaban en los andrajos del infeliz niño, y el sacristan, que era un zoquete rechonchillo y de rostro amondongado, gesticulaba y manoteaba, diciendo que era más que irreverencia dejar en los altares tamañas porquerías, por donde se originaba un gran desdoro para la casa del Señor. Con estas y otras voces se fué alborotando la iglesia, á tal extremo que el vicario quiso llamar al jefe de policía para incautarle del niño; pero algunas mujeres se opusieron á ello diciendo que entre todas habría quien recogiese al abandonado, á lo cual replicó el vicario que salieran á resolverlo á la calle, á donde fueron los curiosos con el niño y muchos transeuntes que se les agruparon.

Mercedes, con el rostro desencajado, sin apartar la vista del hijo de sus entrañas, reprimiendo su corazón, que pugnaba por dar salida á sus más naturales sentimientos, iba impulsada por aquella masa de carne que se detuvo á las puertas del templo para dirimir el extraño suceso; y como nunca faltan almas caritativas, y sobre todo á la vista de muchos, sucedió que una panadera quiso prohijarse el muchacho, tanto por natural piedad como por contrariar las intenciones de una señorona que también deseaba quedarse con él. Aquélla alegaba ser la primera en haber descubierto el abandono; y ésta, que el niño estaría en su casa mejor cuidado y atendido. Mercedes tiraba del vestido á la panadera, y los ojos se le iban detrás de la señorona, asintiendo con la cabeza á las razones que le oía y no pudiendo reprimir su afán de que la más rica se llevara el niño: todo lo cual encendió la sangre de la panadera, que veía en aquello desdén y humillación á su pobreza; y como era testaruda y altiva, y su competidora orgullosa y terca, comenzaron ambas á imprecarse sin piedad, con gran regocijo de la multitud espectadora, que pudo ver cómo pasaron de los insultos á las amenazas y de las amenazas á las manos, revolviéndose la una contra la otra como dos gallos en el circo. La panadera cogió al muchacho por los pies determinada á quitárselo á una anciana que lo sostenía; y la señora le asió por un brazo, forcejando también. Pero esta lucha no duró un segundo, porque Mercedes, gritando:—¡¡Hijo de mi alma!! ¡¡Le vais á matar!!—con más fiereza que una leona se abrió camino, empellando á unas y á otras á diestro y á siniestro, hasta recobrar el niño y cubrirle de besos.

—¡Esa es la madre! — dijeron todos.

—¡Sí, yo soy la madre!—respondió Mercedes. Y avergonzada y confusa, huyó con su hijo, en tanto que le decía:—¡Moriremos juntos! ¡Moriremos juntos!

RAFAEL TORROMÉ

CARTAS ÍNTIMAS (1)

VIII

—¡Adiós, luz de mis ojos! ¡Adiós, amada mía!
Te escribo para darte mi postrimer adiós.
Me aleja despiadada de ti la suerte impía,
y, aunque te amé entre sueños cual te amo todavía,
sin duda nos separa la voluntad de Dios.

Contigo marchan todas mis bellas ilusiones,
contigo van los restos de mi perdida fe,
y huyen también contigo mis locas ambiciones,
las dichas que llevaron la paz á mis canciones,
el mundo de placeres que para ti forjé.

Cual pobre golondrina que deja el patrio nido
para ir á otras regiones en busca de quietud,
así yo por el mundo voy triste y descreído,
sin fe, sin esperanzas, al reino del olvido,
¡destierro al que me envía tu amarga ingratitud!

Si no admití más cielo que tus divinos ojos,
y aquí dentro del alma te levanté un altar,
y en él puse tu imagen y la adoré de hinojos,
dime: ¿por qué me has hecho sufrir con tus enojos?
¿por qué no me has amado como te supe amar?

Acaso estaba escrita por Dios mi negra suerte:
quizá gustar no debo la copa del placer.
Yo acato sus designios, puesto que Dios es fuerte..
¡que si Él nos da la vida, también nos da la muerte...
y, en cuanto á ti, ya he muerto, bellísima mujer!
. . . . . .

¡Adiós, luz de mis ojos! ¡Adiós, amada mía!
Te escribo para darte mi postrimer adiós.
Me aleja despiadada de ti la suerte impía,
y, aunque te amé entre sueños cual te amo todavía,
¡sin duda nos separa la voluntad de Dios!

CARLOS MIRANDA

(1) De un libro inédito que lleva ese título.

Digitized by Google

CARTA ABIERTA

A Teresa

¿Me preguntas por qué te miro tanto?

Los ojos son las ventanas por donde el alma se asoma. ¡Ventanas malditas! ¿Se adelantaría algo tapiándolas?

No: el alma se revela, y, á no haber ojos, se asomaría á otra parte: pregúntalo, si no, á los ciegos.

Dice un refrán: «Si las mujeres no vieran, los hombres felices fueran.» Del mismo modo podría decir: «Si los hombres no vieran, las mujeres serían felices.» O hablando con experiencia: «Si los hombres no vieran, las mujeres se sacarían los ojos.» Porque la mujer prefiere que la vean á ver ella.

Deduzcamos: el mal está en tener ojos. Así debía pensar Salomón, voto en la materia, cuando decía que «saltarse los ojos era cerrar dos puertas al amor y abrir mil á la sabiduría.» Pero, á pesar de su sabiduría, no se saltó los ojos: díganlo sus trescientas mujeres y setecientas concubinas.

Una mirada es un discurso: es más, un poema.

Leí, no sé dónde, que el amor se filtra por el oído. El que tal dijo nunca había amado. El amor no se filtra: nace en un momento, y nace de una mirada. La pasión puede filtrarse, porque es una consecuencia del amor.

El amor acomete como la fiebre: la pasión es el delirio. Dos seres, sin hablarse, se aman: se acercan, se comunican, y entonces el amor cede su puesto á la pasión. El amor es vehemente: la pasión es profunda. Aquél se engendra con los ojos: ésta se elabora en el corazón. El fuego del amor se apaga: el de la pasión, aunque parezca extinguido, deja siempre rescoldo. En una palabra, el amor muere: la pasión se duerme.

Muchos sabios han dicho: «El amor es vanidad. El amor huye de los libros, porque no se aprende en el colegio.» ¡Vanidad el amor! ¡Ay, Teresa! Los que creen que sólo es la conquista de un trofeo, son unos ignorantes. ¡Vanidad en el hombre que siendo víctima dobla el cuello! No te fíes de los sabios: tienen el corazón en la cabeza.

La sensación que resume todas las sensaciones de la vida es la primera mirada de la primera persona que vamos á querer. Aquella mirada es la que da vida al corazón; es el rayo de sol que rasga el botón y da aroma y color á la rosa, abriéndola al rocío de la noche y á la brisa de la mañana: el alma, entonces, como la crisálida, siente la vida, aspirando el aire fuera de la cárcel que la encerraba. Aquella mirada, la primera sensación, es la que enseña al hombre á amar.

—¿Te acuerdas, Teresa, de la primera mirada?

—Yo sí: aun está en mi corazón.

Esa mirada es como la esencia que se encierra en un frasco: puede el frasco romperse, pero la esencia queda siempre en el cristal.

Los ojos son el arsenal del corazón: allí se surte de armas ofensivas y defensivas para las lides del amor.

Los ojos de la mujer son la linterna de Diógenes: sin cesar buscan *un hombre*. La soltera dice como el Paralítico: *Hominem non habeo*.

Dicen que para que una coqueta mire no hay más que dejar de mirarla. La coquetería es el extravío del sentimiento, es una negación del alma.

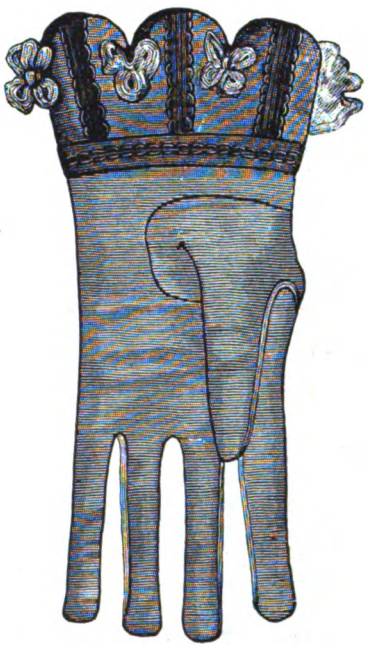
¡Qué elocuencia la de los ojos! Hablan un idioma especial que sólo entienden dos personas mientras se quieren: el día que en ambos ó en uno muere el cariño, el idioma se hace ininteligible; en aquella telegrafía se olvida el sistema de signos.

El primer billete que se dirigen los amantes es una mirada. Así lo escribió Ninon de Lenclos, que tenía un talento superior. Según ella, una mujer se persuade mucho más de que la aman por lo que adivina que por lo que la dicen.

Es violenta la simpatía de dos almas que se encuentran por la primera vez: aquella mirada es un dardo que se clava en el corazón. Si el hombre es un libertino ó la mujer una coqueta, el dardo va envenenado: en ese cambio sólo hay una víctima, pues el dardo que ésta despide se embota en la malla del contrario.

En la mirada el hombre marca un deseo: la

GUANTES DE SEÑORA (SIGLO XVI)



GUANTES DE MARÍA ESTUARDO

mujer se entrega. El hombre empieza siempre por donde debía acabar: la mujer acaba por donde el hombre pretende empezar. La mirada del hombre tiende al análisis: la de la mujer es pura síntesis. La mujer, al lanzar una de esas miradas que siempre dan en el blanco, deja escapar toda el alma: lo demás pertenece al tiempo.

Si la mujer que tiene dueño cambia una mirada con otro hombre, ha muerto para su dueño: aunque se detenga en la pendiente, la falta existe: en el código del amor el conato se pena tanto como la consumación. ¿Vale, por ventura, menos el alma que el cuerpo?

La que da el alma ¿de qué le sirve luchar y defenderse? Esto no es la virtud: la virtud es combatir los impulsos de los ojos, ocultando los del corazón. Lo demás es cuestión de fibra.

La mujer agradece siempre la mirada de un hombre, por más que no le corresponda: es el incienso que se quema en su altar.

Cuentan de Fontenelle que cuando tenía noventa años pasó un día por delante de madame Helvetius, sin verla.

—Sois poco galante,—dijo ella;—pasáis por delante de mí, y ni siquiera me miráis.

—Señora,—respondió el anciano,—si os hubiese visto no hubiera pasado.

Aquella galantería de unos labios contraídos por la edad satisfizo á la dama: no en balde dice un escritor que la mujer encuentra siempre talento y mérito en los que la miran con admiración.

Debe ser verdad que los ojos son instrumentos ópticos que sirven al amor para agrandar las virtudes y empequeñecer los vicios; pero esto no es culpa de los ojos, sino del amor.

Los ojos de las mujeres son la luz que nos guía por los mares de la vida: ¿cómo se comprende la existencia sin una mujer que nos anime con su mirada cariñosa? Si alguna vez esa luz nos lleva contra una rompiente, ¿cuántas ¡ay! es el faro bendito que nos señala el puerto y nos salva de una tempestad?

¿Dices, Teresa, que no se pueden sentir esas emociones violentas con una mirada? ¿Crees que el espíritu se rebela contra tan poca cosa? Es cierto que hay más que desear, pero debe ser secundario.

Si el amor de una mujer es el paraíso, los labios serán la puerta; pero los ojos son la estrella que señala el camino.

Murmuren cuanto quieran de la mujer los sabios y los filósofos: el que maldice más, más la busca: para vivir sin amarla es preciso empezar por no ser hombre. Por mucho que en contra de las mujeres se hable y se escriba, no dejará el hombre de quererlas, y mucho menos de mirarlas, pues la belleza es un manjar para los ojos: todos le rinden culto sin que nadie acierte á definirla.

La belleza es casi convencional. Preguntaban á Aristóteles:—¿Qué es la belleza?—Y no queriendo buscar una definición, contestó:—Dejemos esa cuestión para los ciegos.—Aristóteles juzgó la belleza como un don. Sócrates opinaba que era una tiranía de poca duración. Teócrito nos dice que es un mal hermoso. Bion la juzga un bien para los demás. Teofrasto la cree un engaño mudo. Y Carneades la miró simplemente como una reina sin escolta.

A pesar de cuanto se diga, la belleza es la piedra de toque de la humanidad: la prueba es que los hombres van á todas partes á ver á las mujeres, y las mujeres van para que las vean los hombres.

En los paseos, en los bailes, en los espectáculos, se cruzan miradas de inteligencia que no sorprenden los padres, ni los maridos, ni los hermanos: si alguno adivina un cambio de miradas, será un indiferente. Los gemelos y los lentes son magníficos auxiliares para las miradas traidoras: los cristales apuntan á un palco y los ojos se fijan en la platea.

El hombre impresionable que va al teatro á ver la función, no sabe si se lo permitirán algunos ojos negros. ¡Qué mirada tan penetrante la de los ojos negros! ¿Quién no delira por los ojos negros?

Y ¡qué mirada tan dulce la de los ojos azules! ¿Quién no delira por los ojos azules?

¿Y si son garzos? ¿Quién no se enciende con la mirada de unos ojos garzos?

Va un hombre por la calle preocupado con una idea que le domina ó á cumplir con un deber imperioso; cruza por su lado una mujer que tiene unos ojos, de cualquier color, pero que se fijan en él; y ¡adiós, preocupación! ¡adiós, deber!

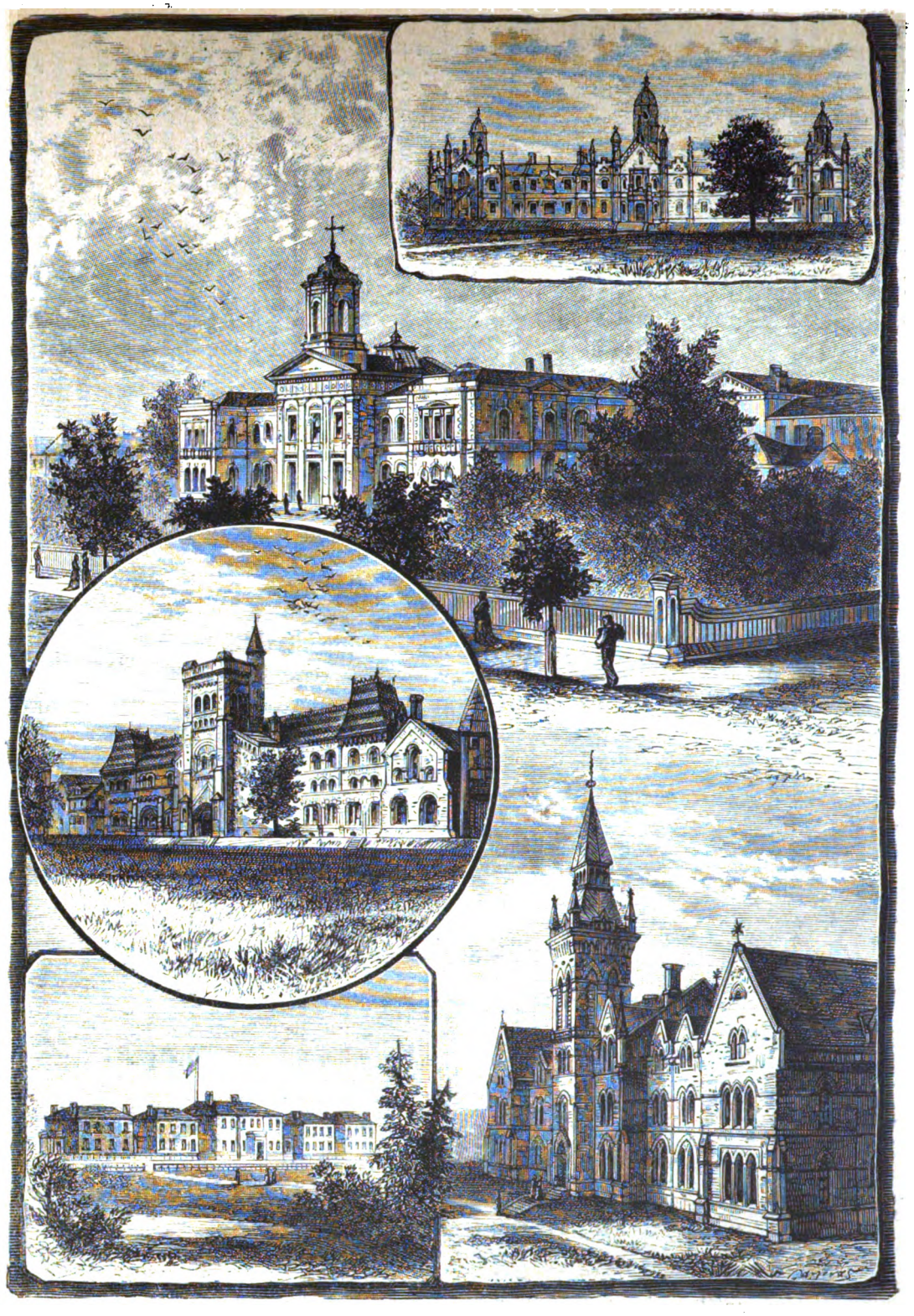
La mirada de la coqueta es el aliento del boa, que fascina á la presa para devorarla.

La mirada del amante de oficio es la red que se tiende para *pescar*.

La niña inocente que, agradándole un joven, fija en él los ojos, lo hace sin saberlo: vaga entonces su mirada alrededor de la pupila de

Digitized by Google

PRAGA: LA TORRE DEL PUENTE

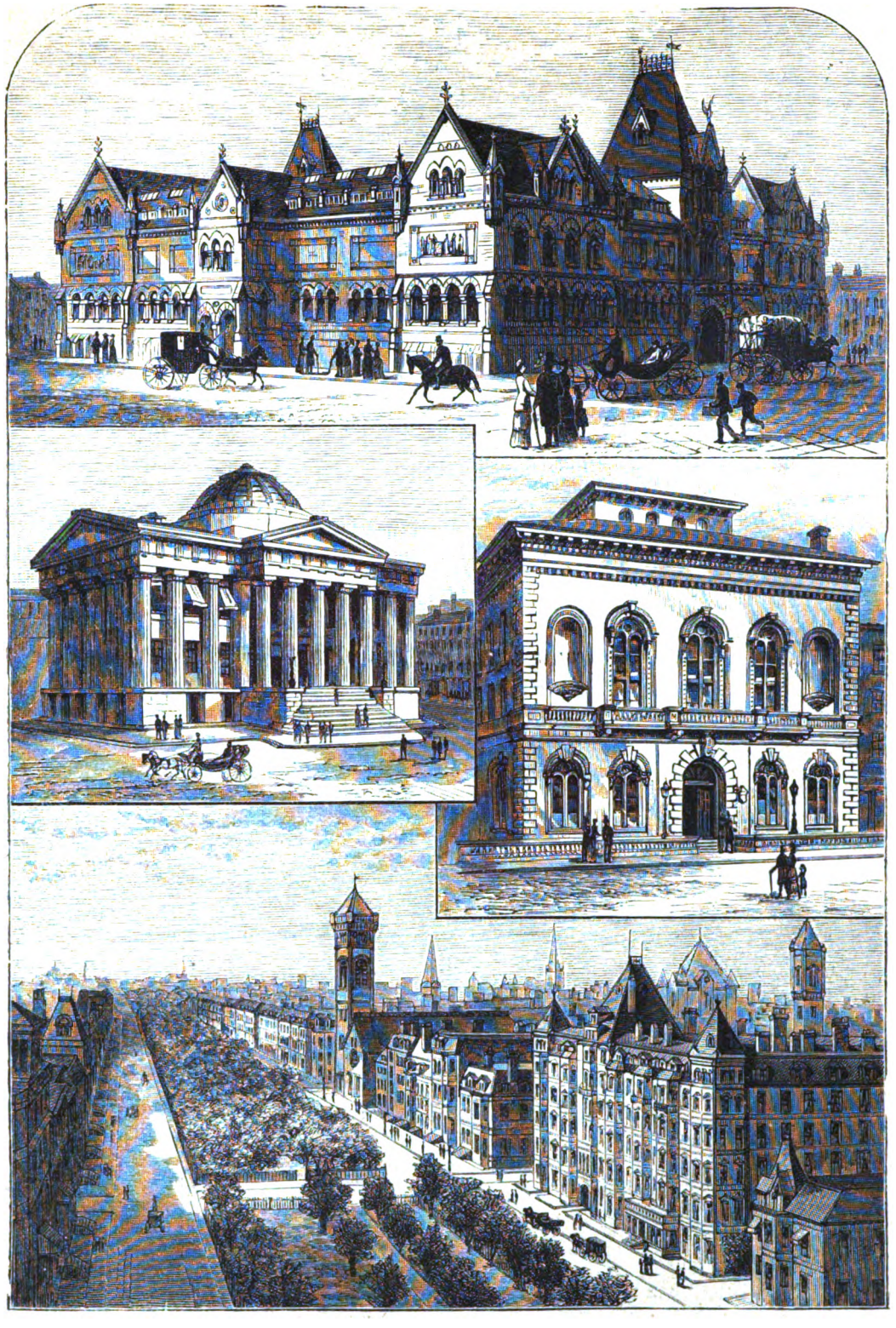


CANADÁ: EL COLEGIO DE TORONTO

Colegio de la Trinidad.—Escuela Normal.—Universidad.—Colegio del Alto Canadá.
Colegio de Knox

Digitized by Google

FERROCARRIL DE PANAMÁ



VISTAS DE BOSTON (ESTADOS UNIDOS)

Museo de Bellas Artes. — Palacio del Ayuntamiento. — Biblioteca pública. — Avenida de Commonwealth

Digitized by Google

aquél como la mariposa en torno de la luz, sin adivinar que se quemará en ella.

La mujer que va del brazo de un jorobado mira con placer á un hombre perfecto. En el paralelo no es difícil comprender quién gana. La mirada de aquella mujer azota las facciones ó la joroba del que la acompaña. Aquella mirada es un puñal con dos puntas: hiere á otro al herirse á sí misma.

La mirada del amante no correspondido es un grito de dolor punzante.

La mirada del celoso es un rayo que busca sitio donde descargar.

La mirada del amante olvidado es un rugido de venganza.

Si los ojos, Teresa, son las ventanas adonde el alma se asoma, tapiemos esas ventanas. Pero ahora recuerdo que antes te dije la verdad: el alma se asomaría entonces á otra parte.

Dicen que Mahoma, después de haber encerrado á todas las mujeres, creyó inútil el infierno, y lo suprimió.

Si encerrasen ahora á todas las mujeres, los hombres harían más que Mahoma: suprimirían el mundo.

No vuelvas á preguntarme por qué te miro tanto.

TEODORO GUERRERO

EL PRIMER GRITO

Monólogo teatral que puede representarse por una niña de catorce á diez y seis años

Señoras y caballeros:
he pedido la palabra
para un asunto tan grave
que debe, por su importancia,
tratarse en sesión secreta
y casi á puerta cerrada.
Y como en este recinto
sólo estamos los de casa
y no han de saberlo fuera...
lo menos hasta mañana,
voy á empezar mi discurso
con un ¡viva! á las muchachas.
Por ellas y á nombre de ellas
aquí vengo á romper lanzas,
lleno de entusiasmo el pecho
y armada de todas armas,
desde agujas y alfileres
hasta suspiros y lágrimas,
siendo el mote de mi escudo:
«¡Justicia, y caiga el que caiga!»

Mil quejas tengo que daros,
caballeros de las barbas,
que tocan también de cerca
á las señoras casadas.
En vuestro mundo risueño
nosotras somos los parias,
y sólo para nosotras
el progreso es una farsa.
Donde vamos de visita
apenas si se nos habla,
y siempre con salvedades
y sin mirarnos la cara.
Lo mismo es entrar un pollo
que ponerse mamá en guardia;
y si amable nos saluda,
la tosecita y á casa.
En cambio ¡lo que ellos ríen!
En cambio ¡lo que ellas charlan!
Mas tan luego como notan
que el diálogo nos agrada,
se oye el —¡Cuidado, señores,
no se enteren las muchachas!—

Es el viajar un deleite
para los ojos y el alma,
pero nosotras viajamos
como pájaros en jaula.
La mesa redonda es *cursi*,
las *cursaales* son *non sanctas*,
las pinturas peligrosas,
las esculturas profanas.
Con mujeres no se alterna,
con hombres hay que ser cautas,
con extraños no se intima,
y, por sobras ó por faltas,
la niña no ve el museo,
ni se asoma á la ventana,
ni admira gracias ajenas,
ni luce las propias gracias,
mientras papá por lo bajo
dice á la mamá: —Descansa,
porque esta noche, de *ocultis*,
dejando á Lolita en cama,
te voy á llevar á un baile
que sólo en París se baila.—

La lectura de novelas
nos seduce y nos encanta,
pero no sé lo que tienen
que bajo llave las guardan.
Hay que tomar precauciones
si hemos de asistir á un drama,
y si es comedia ¡imposible!,
y si es sainete ¡ya escampa!
—¿Qué pasará en el teatro?—
digo yo para mi falda,
porque allí van los mayores
y no les sucede nada.

Tal es nuestra situación.
¿Debemos martirio tanto
sufrir con resignación,
ó apelaremos al santo
derecho de insurrección?
Muchachas, no haya cuartel:
á su puesto cada cual,
y sepa el hombre crüel
que si nos niega la miel
le negaremos la sal.
Y si al hablar ó escribir
es fuerza decirlo todo,
nada quede por decir;
pero ¿por qué no de modo
que lo podamos oir?

MANUEL DEL PALACIO

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS

RETRATO, *por John Pettie.*—SOL Y LLUVIA, *marina de Henry Moore*

El *Retrato* de John Pettie, compuesto á manera de los de Carolus Durán, es una obra excelente, como lo son siempre sus retratos, superiores á los cuadros de género y á las pinturas dramáticas en que también se ejercita.

Sol y lluvia es una marina poco menos que admirable, pues no supone poca dificultad el salir airoso de un empeño tan arduo como el de expresar la luz de un cielo radiante y lluvioso á un tiempo.

LA CABALGATA

Ahí tenemos á un señorito que se está divirtiendo á más y mejor, no desdeñando fraternizar con los hijos del pueblo. Aunque hijo de encopetada familia, cifra su mayor orgullo en ser capitán del *Cricket-Club* y del Club de los Bolos, aspirando ahora sin duda á que con toda justicia le proclamen capitán del *Club Ecuestre*.

GERONA: CATEDRAL Y CLAUSTROS.—EL EX CONVENTO DE SANTO DOMINGO.—IGLESIA DE SAN MARTÍN

La catedral de Gerona fué reconstruída en 1316 sobre una meseta elevada, á la cual se sube por una escalinata de ochenta y seis escalones. Compónese de una sola nave, y se ven en ella algunas figuras esmaltadas y varias esculturas del siglo XI, así como los sepulcros de Ramón Berenguer II y de su esposa Ermesindis, que datan de 1058. Notables son asimismo algunas de las iglesias que encierra en su corto número la inmortal ciudad, ofreciendo hoy á nuestros lectores la vista de dos de ellas, estando trasformada en cuartel la de Santo Domingo, y ofreciendo un buen ejemplar del estilo barroco la de San Martín.

GUANTES ANTIGUOS

Si el consumo de papel da la medida de la instrucción de un pueblo, el consumo de guantes la da de su refinamiento. Está visto, sin embargo, que con la democratización de los guantes esta industria ha perdido el carácter artístico que tuvierà un tiempo, fenómeno análogo con lo que sucede con las encuadernaciones y otras envolturas. No se ha perdido, sin embargo, del todo la tradición, siendo memorable el surtido de guantes de la duquesa de Orleans (1867) por subir á 180 pares ricamente adornados con encaje y bordados de oro y plata; el de la princesa de Metternich, en cuyo guardarropas se encontraron 156; y sobre todo el de la duquesa de Sommerset, que no se contenta con tener menos de *dos mil* pares.

Es indudable que los guantes son conocidos desde muy remota fecha, pero un antiguo poema provensal atribuye su invención al caballero Ivaine, que floreció en el siglo XIII. Entre los más famosos reformadores de guantes, ya sea en cuanto á la forma, ya en cuanto al material y al color, hay que citar á María Estuardo, la esposa de John Hampden, Brummell, D'Orsay, Sarah Bernardht, etc.

EL ARTE ALEMÁN

ELÍAS ANTE EL REY ACAB

Cuadro de X. Mellery

Dividida en dos la monarquía hebrea á la muerte de Salomón, formáronse respectivamente los reinos de Israel y de Judá, siendo desde entonces la preocupación de los soberanos del primero romper la unidad religiosa que los ligaba con sus hermanos de Judea. En tiempo de Acab, séptimo rey de Israel (907-888), los israelitas habían desertado casi por completo de la religión nacional. Casado Acab con la sidonia Jezabel, introdujo en sus estados el culto fenicio de Baal-Moloch, mientras meditaba la perdición de los verdaderos profetas. Tronaba Elías contra los desórdenes de la corte, y tan elocuente sería su predicación, que el pueblo israelita se levantó en armas y mató á los sacerdotes de Baal. Entre los crímenes cometidos por los reales consortes figura el robo de la viña de Nabot y la condenación de éste por la prevaricación de sus jueces sobornados por Jezabel, lo cual motivó el que Elías, presentándose á la reina, exclamara: —*Aquí donde los perros lamieron la sangre de Nabot* (condenado por blasfemo), *lamerán también la tuya;* profecía que se cumplió.

Tal es el asunto en que se ha inspirado Mellery para pintar su cuadro.

PRAGA: LA TORRE DEL PUENTE

Praga es una ciudad que sorprende por su aspecto grandioso y monumental, teniendo bastante analogía con Moscou, aunque su situación es mucho más pintoresca.

Damos hoy la vista del *Puente de Carlos* sobre el Moldau, con su antigua torre del Alstad. Fué empezado en 1358 por Carlos IV y terminado en 1503 por Uladislao II. Á derecha é izquierda se levantan dos colosales estatuas de bronce, y en el pretil hay veintiséis de piedra, además de muchos grupos gigantescos.

AMÉRICA: BOSTON. — EL COLEGIO DE TORONTO. — EL FERROCARRIL DE PANAMÁ

Toronto ó *York* era en lo antiguo capital del alto Canadá, y de hecho lo es hoy del Canadá entero. Domina el lago de su nombre, y es reputado especialmente como centro del saber. La larga península que abriga el puerto de Toronto se llama *Gibraltar*.

Boston, capital del estado de Massachusseis (EE. UU.), llamada *la Atenas del Nuevo Mundo*, es una ciudad especial, pues en vez de ser sus calles tiradas á cordel, ofrecen una dirección irregular, y en vez de aparecer pintadas las casas con el rojo brillante que tan monótonas hace la mayor parte de las poblaciones norteamericanas reina la mayor variedad en los revoques. Es la segunda ciudad de la Unión como emporio y la primera como foco de ilustración. Sus monumentos son numerosísimos, pudiendo verse algunos en nuestras páginas. Boston fué la cuna de la independencia americana y es la patria de Franklin.

El ferrocarril del Panamá es una preciosa vista, por la cual se forma idea no sólo de la flora sino también de la fauna del país por donde cruza, y que vió antes que nadie el pobre Vasco Núñez de Balboa, no pudiendo imaginarse un trazado más lleno de accidentes, pues nace en el Atlántico (isla de Manzanillo), cruza el estrecho que separa á dicha isla del continente, llega al valle del río Chagres, y, por fin, después de infinitas curvas, termina, serpenteando, en la bahía de Panamá.

EMUY (CHINA)

Emuy ó *Hia-men* es un gran depósito comercial perteneciente á la provincia de Fu-Kian, una de las del Sur de la China. Frecuentado casi únicamente hasta mediados de siglo por nuestros hermanos de Manila, quedó abierto al comercio europeo desde la guerra con los ingleses. Cuenta unos trescientos mil habitantes.

El puerto de Emuy es capital de la isla de su nombre, la cual mide 6 leguas de circunferencia, siendo muy celebrada por los chinos por su vasto y magnífico templo dedicado á Fo, que no tiene igual en todo el imperio.

Digitized by Google

NO REHUSARLO

—Chica, estás hecha un mondongo,
y no te valen excusas,
pues siempre el *jabón* rehusas
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier. París

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Neil Roy retrocedió un paso.

—Me ofendéis mucho, joven,—díjome con gravedad;—y á fe que esta no es la manera de proceder de un caballero cuando trata con otro que lo es también. El hombre de quien habláis se halla en Francia; pero si estuviera en mi camarote y me dieseis un talego de chelines, no consentiría que se le tocara un cabello.

Comprendí al punto que había cometido una imprudencia, y, sin gastar tiempo en vanas excusas, enseñé el botón de plata en la palma de la mano.

—Eso es distinto,— dijo Neil,—y debierais haber comenzado por esto. Si sois el joven del botón de plata, todo va bien, pues tengo encargo de daros instrucciones. Por de pronto, y dispensadme que os hable con franqueza, os aconsejaré que no pronunciéis nunca el nombre de Alan Breck y que no hagáis nunca lo que habéis hecho conmigo, es decir, ofrecer el vil metal á un caballero escocés de las tierras altas.

No era fácil excusarme, pues apenas podía decir á Neil, aunque era verdad, que no pensaba que él pudiera ser un caballero, aunque lo dijese. Mi interlocutor no parecía deseoso de prolongar el diálogo, y limitóse á comunicarme las instrucciones, indicándome al punto el camino que debía seguir, como para despacharme pronto. Según aquéllas, debía pasar la noche en la posada de Kinlochaline; al día siguiente cruzaría el Morven hasta Ardgour, pernoctando en casa de un tal Juan de Claymore, quien estaba avisado de mi llegada; el tercer día cruzaría por Corán y Balachulish; y aquí me indicarían el camino hasta la casa de Jaime de Glens en Aucharn, en el Duror de Appin. Era preciso servirse mucho de las embarcaciones, pues en toda aquella parte el mar penetra mucho en las montañas, por lo cual es fácil defender el país pero difícil recorrerlo.

Neil me había aconsejado también que no hablase con nadie por el camino, particularmente con los Whigs y los Campbells; y sobre todo que evitara el encuentro de los de la casaca roja, aunque para ello fuera necesario esconderme. En una palabra, debía conducirme como un ladrón ó un agente jacobita.

La posada de Kinlochaline era el lugar más mísero que jamás había visto en mi vida; estaba lleno de humo, de basura, y de montañeses que bebían sin pronunciar palabra, de modo que mi alojamiento me desagradó mucho; pero pronto me alegré de estar allí, pues al cabo de media hora estalló una violenta tempestad que inundó una parte de la casa.

A primera hora del día siguiente, al poco tiempo de haber emprendido la marcha, alcancé á un hombrecillo, muy robusto al parecer y de aspecto grave, que iba leyendo atentamente en un libro. Vestía con bastante decencia, y por su aspecto me pareció que tenía algo de clérigo.

Era otro catequista, pero no como el ciego de Mull; y según supe después, pertenecía á la Sociedad de Edimburgo, siendo su misión evangelizar á los que habitaban en los puntos más salvajes de las tierras altas. Se llamaba Henderland. Hablaba el dialecto del Sur, y muy pronto me inspiró un interés particular, pues el libro que iba leyendo era una colección de himnos traducidos al gaélico por mi buen amigo Campbell, el ministro de Essendean.

Proseguimos nuestra marcha juntos, pues ambos debíamos ir hasta Kingairloch. Mi compañero se detuvo varias veces para hablar con los traficantes y los jornaleros que encontrábamos; y, aunque no supe de qué trataban, parecióme que Henderland era bien mirado, porque muchos le saludaban y ofrecíanle un polvo de rapé.

No hablé de mis asuntos más de lo necesario y nada le dije acerca de Alan, manifestándole que iba á Balachulish en busca de un amigo, pues pensé que si citaba los nombres de Aucharn ó Duror podría sospechar alguna cosa.

Por su parte me habló mucho de sus trabajos, de la gente con quien trataba y de los ministros y los jacobitas. Su moderación me indujo á interrogarle sobre el *Zorro Colorado* y los arrendatarios de Appin, pareciéndome mis preguntas naturales en boca de un joven que viajaba por el país.

—En todo eso veo un mal negocio,—me contestó;—y lo que me maravilla sobre todo es que esa gente pueda encontrar dinero cuando casi se mueren de hambre. Sin embargo, esos arrendatarios se ven, sin duda, obligados á ello, pues Jacobo Steward de Duror, es decir, aquel á quien llaman Jaime de los Valles, es cuñado de Ardshiel, capitan de clan, y me parece hombre á quien se mira con mucha consideración. Por otra parte hay un tal Alan Breck...

—¡Ah!—exclamé yo.—¿Qué me decís de ese? ¿Dónde se halla?

—Preguntadle al viento dónde va,—contestó Henderland.—Hoy está aquí, y mañana ya no se le encuentra: tan pronto escondido detrás de un jaral como en el centro de la ciudad. Ese Alan Breck es un hombre muy atrevido y temerario, y se le puede considerar como el brazo derecho de Jacobo. Se ha puesto su cabeza á precio, pero nada le arredra; y no dudo que si algún arrendador se negase á dar lo ofrecido, le mataría sin compasión.

—Todo esto es muy triste,—repuse,—y, hablando con franqueza, no tengo interés en saber más sobre el asunto. Pero, ahora que recuerdo: ¿qué hace el agente del rey, ese á quien he oído llamar el *Zorro Colorado*?

—¡Ah! ¡Colin Campbell! Ahora ha metido la cabeza en un avispero, y no sé cómo la sacará.

—Creo que trata de expulsar á los arrendatarios por fuerza: ¿no es así?

—Eso se ha propuesto, pero el asunto es muy espinoso. Primeramente Jaime de los Valles fué á Edimburgo á buscar un abogado (por supuesto un Stewart), y consiguió que se suspendieran los procedimientos; pero Colin Campbell volvió á la carga con otras influencias, y hace poco he sabido que los primeros arrendatarios han de ser expulsados mañana de Duror.

—¿Creéis que haya lucha?

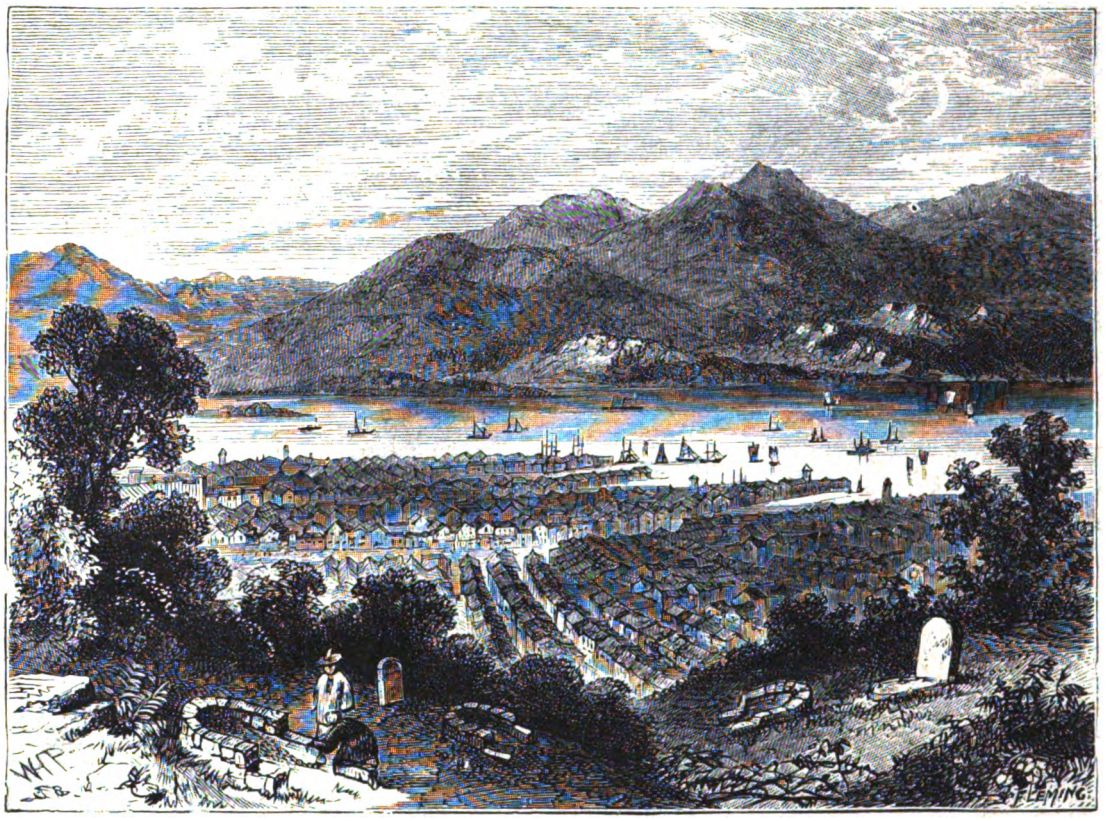
—Dícese que están desarmados, ó por lo menos se supone; pero yo sé que aun hay escondido mucho hierro, y por otra parte han de llegar las casacas encarnadas para sostener el derecho con la fuerza. Pero, de todos modos, si yo fuese la señora de Colin Campbell, no estaría tranquila hasta tener á mi esposo en casa: los Appin Stewarts son temibles enemigos.

—¿Son peores que sus vecinos?—pregunté yo.

—No,—contestó mi compañero;—pues el agente del rey puede arreglar pronto el asunto con los Appin, y no lo creo tan fácil en el distrito de Mamore, perteneciente á los Camerons, donde es preciso expulsar también á los arrendatarios. Hablando con franqueza, amigo Balfour, yo creo que si el agente escapa de los unos no saldrá vivo de manos de los otros.

Así continuamos hablando durante nuestra marcha de aquel día, hasta que el Sr. Henderland, después de manifestarme cuanto le agradaba mi compañía, y sobre todo haber encontrado á un amigo de Campbell, propúsome pasar la noche en su casa, situada poco más allá de Kingairloch. A decir verdad, la oferta me complació mucho, pues no tenía grandes deseos de ver á Juan de Claymore, porque mis dos aventuras con el posadero y el guía hacíanme temer á los desconocidos. En su consecuencia acepté, y por la tarde llegamos á una casita próxima á las orillas del Linnhe Loch.

El sol iluminaba con sus postreros rayos las



EMUY (CHINA)

Digitized by Google

desiertas montañas de Ardgour, pero aun brillaba en las de Appin; las aguas estaban tranquilas como las de un lago, las gaviotas lanzaban roncos gritos á intervalos, y todo el paisaje tenía algo de solemne.

Apenas habíamos llegado á la puerta del domicilio del Sr. Henderland, éste se precipitó hacia delante, con gran sorpresa mía penetró en su cuarto, cogió un tarro lleno de rapé y una cuchara de cuerno, y comenzó á introducirse en la nariz grandes cantidades de polvo. Después comenzó á estornudar y miró á su alrededor con una sonrisa singular.

—No os extrañéis,—dijo;—he hecho voto de no llevar nunca rapé, lo cual no deja de ser una gran privación; pero cuando entro en casa pongo fin á mi martirio.

Cuando hubimos cenado (siempre el consabido potaje), Henderland tomó cierto aspecto de gravedad, é interrogóme sobre el estado de mi espíritu respecto á Dios. Yo me sentía dispuesto á reir recordando lo del rapé; mas apenas hubo hablado un rato el buen hombre, expresábase de una manera tan patética que hizo asomar las lágrimas á mis ojos. Dos cosas hay de que el hombre no debe cansarse nunca: de la bondad y de la humildad, que nunca se pueden tener con exceso en este mundo, sobre todo cuando se vive entre los que siempre pecan de orgullo.

Antes de acostarnos, Henderland me ofreció seis peniques para ayudarme en el camino, dinero que sacó de un agujero practicado en la pared. Yo no sabía si aceptar ó no, pero el buen hombre insistía con tal gravedad que al fin me guardé la moneda en el bolsillo, dejando á Henderland más pobre que yo mismo.

CAPITULO XVII

LA MUERTE DEL «ZORRO COLORADO»

Al día siguiente el Sr. Henderland buscó un hombre que tenía un bote de su propiedad y que debía cruzar el Linnhe Loch por la tarde para pescar y dirigirse á Appin. Aquel individuo era uno de sus feligreses, y consintió gustoso en llevarme; de modo que me ahorré un largo día de camino y el precio de dos pasajes.

Era cerca de mediodía cuando salimos. El día estaba oscuro, el cielo nublado, y sólo á intervalos brillaba un poco el sol. El mar, muy profundo en aquellos parajes, conservábase muy tranquilo. Las montañas eran muy altas y escabrosas á cada lado, y por la sombra de las nubes parecían negras; pero en muchos sitios deslizábanse riachuelos, semejantes á corrientes de plata cuando los rayos del sol iban á reflejarse en su líquida superficie. Aquel país de Appin, era, á mi ver, demasiado árido para que valiera lo mucho que Alan suponía.

Al fin nos acercamos tanto á la punta de tierra que hay á la entrada del Loch Leven, que rogué al pescador me desembarcara en la orilla.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmetico *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas.
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerías sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerías.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Frasco: 5 fr. en París
CANUEL, 26 Bd St-Denis.
EL JUDIO ERRANTE.-R. Molinas, Cortes, 365 á 371

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber
ANDALUCÍA.- R. Molinas, Editor

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los CABELLOS y la BARBA
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor : PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, (*castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro*), SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, *perfumista* 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

LA SAGRADA BIBLIA * EDICIÓN DE GRAN LUJO *
Ramón Molinas, Editor - Barcelona

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la esceiente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— DUSSER, Inventor, 1 RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (*En América, en todas las Perfumerías*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACION: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

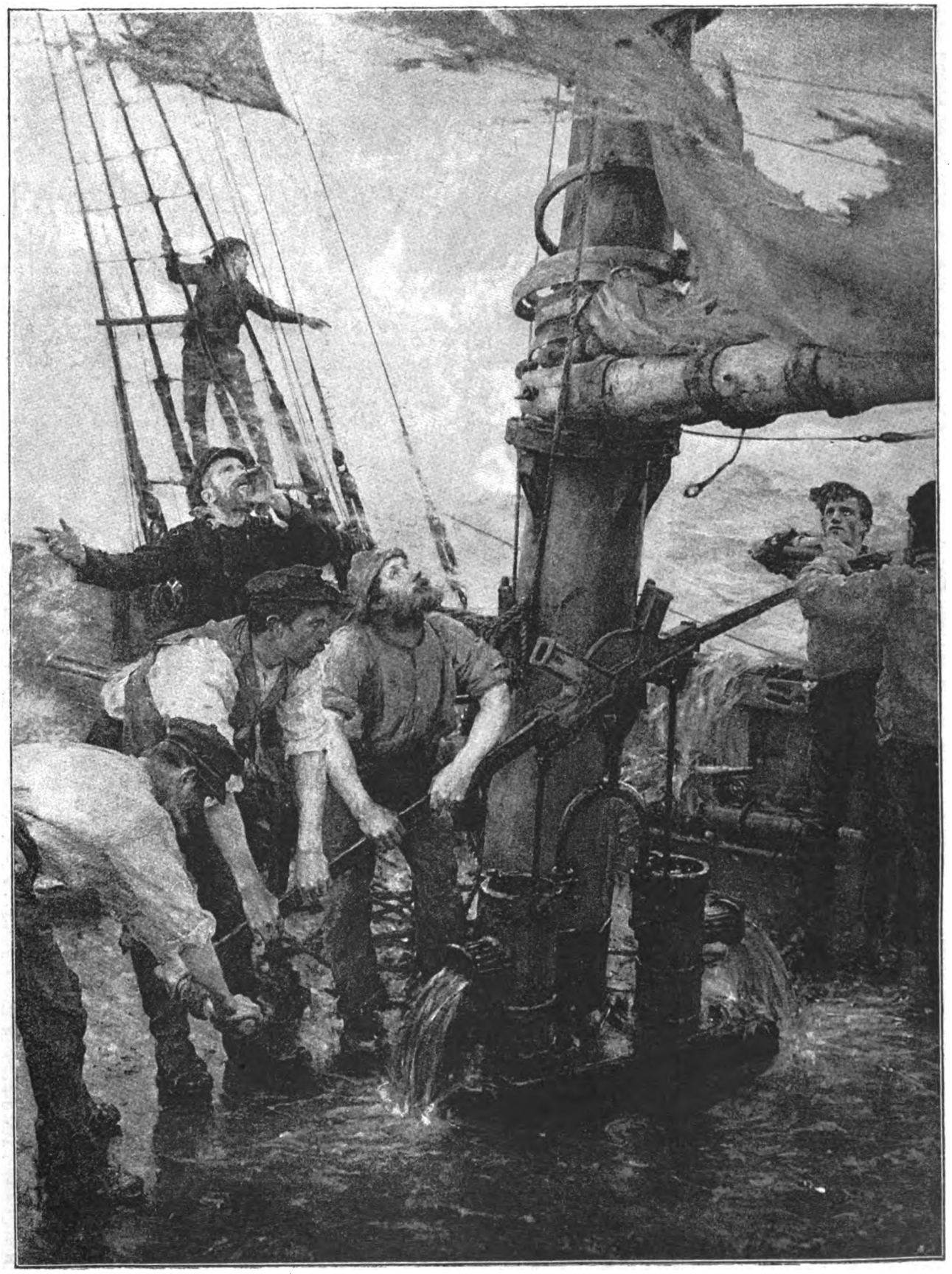
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 16 de agosto de 1890	Núm. 398



¡TODOS Á LAS BOMBAS! (cuadro de H. Tuke)

Digitized by Google

EL GRITO DE INDEPENDENCIA

NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL

POR CARLOS MENDOZA

Quinta edición, copiosamente aumentada y ricamente ilustrada con profusión de cromolitografías y grabados en negro intercalados en el texto.

Agotada hace ya tiempo la *cuarta edición* de esta celebradísima obra, ponemos en conocimiento de las innumerables personas que esperaban esta nueva edición, la próxima aparición de la misma, aumentada considerablemente y con una ilustración digna de la importancia del libro, constituyendo, en definitiva, la novela histórica por excelencia de la grande epopeya comenzada el Dos de Mayo.

SUMARIO

Texto: *Crónicas de verano* por Kasabal.—*Rimas*, por Camilo Pou.—*El que á hierro mata...* (continuación), por Luis de Val.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*Revista científica* (conclusión), por Alfredo Opisso.—*San Magín* (poesía), por C. M.—*Decadencia rápida*, por A. Sánchez Pérez — *Un boceto*, por Bernardo Morales San Martín.—*La primera piedra* (soneto), por Manuel del Palacio.—*La madre de los pobres* (poesía), por Eduardo Villegas.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

Grabados: *El arte inglés:* ¡Todos á las bombas! Bordados irlandeses.—*El arte español:* Retrato de niño. ¡Huérfanos! —*El arte italiano:* Teodora. La expedición del ingeniero Robecchi al oasis de Ammon.—En Franciacorta (Lombardía).

CRÓNICAS DE VERANO

Desde la frontera.—Notas é impresiones

La estación del ferrocarril de Irún presenta estos días curioso y animado espectáculo que hace recordar las páginas más interesantes de la *Bête humaine*, la novela en que Zola pinta la vida de todos los que se agitan alrededor de ese portento de la ciencia que simboliza el progreso moderno: la locomotora.

Casi sin cesar llegan humeantes de Francia y de España y penetran dando fuertes y prolongados silbidos bajo la techumbre de cristal que se estremece al cobijarlas, como si se espantase de aquella grandeza.

Los poetas de otros tiempos tuvieron conmovedores asuntos para su inspiración: aquel gran movimiento en que nobles y plebeyos, humildes y poderosos, se unieron bajo la enseña de la cruz para ir á pelear por la fe en las abrasadas arenas de Siria, fué digno de ser cantado por tan gran poeta como el Tasso; pero no se diga que en la sociedad moderna faltan asuntos para la poesía, que bien merecen ser cantados esos atrevidos esfuerzos que ha realizado el hombre poniendo á su servicio la ciencia, y no puede inspirar menos elevadas ideas la locomotora que atraviesa rápidamente los campos que la catedral que eleva las caladas agujas que un gran orador ha llamado oraciones petrificadas al subir al cielo.

El mar tiene armonías inimitables en el murmullo de sus olas, y no se las puede ver romperse en espumas, al chocar contra la roca, sin sentirse dominado por tanta grandeza; pero tampoco se puede ver, sin experimentar profunda emoción, el monstruo de hierro que avanza arrojando humo y fuego, y también hay armonía en el rechinamiento de sus ejes, de sus ruedas, de toda la maquinaria que el vapor mueve y anima como el alma que da vida al cuerpo.

Desde las ruinas memorables del histórico castillo de Carlos V en Fuenterrabía á la estación del ferrocarril de Irún, hay muy poca distancia, y en una misma hora se pueden experimentar las emociones que inspira el pasado contando sus historias encerradas en los viejos muros tapizados de yedra y las que hace experimentar el presente con sus portentosos atrevimientos, que son honra, animación, progreso y vida.

Los trenes españoles vienen ahora llenos de gente. En las ventanillas de los *Sleepings* y de los coches salones he visto estos días las caras más conocidas del mundo madrileño, representado por sus mujeres más hermosas y elegantes y por sus hombres más notables. El extranjero los atrae y se los lleva durante unos cuantos meses, y cuando las brumas de otoño hayan ahuyentado de nuestro clima á las golondrinas, ellas volverán con los últimos decretos de la moda guardados en sus mundos monumentales, y ellos á continuar la ruda lucha por la existencia.

***

En Guetaria se sumergen en el mar una porción de familias españolas acampadas en los hotelitos de la playa, y San Juan de Luz presenta su ordinario aspecto de población burguesa bien acomodada, donde la vida se desliza serena y apacible. Biarritz, por el contrario, es la población coquetona y aristocrática que el capricho de una emperatriz joven y hermosa levantó sobre una humilde colonia de pescadores para ver desde las ventanas de su palacio las playas de su patria. ¡Pobre emperatriz! Los días dichosos pasaron para ella con más presteza que la verdura de las eras; y las olas que llegan tumultuosas á estrellarse contra los recios muros del gentil alcázar, donde todavía se ve su cifra coronada con la diadema imperial y rodeada de rosas, parece que cantan la instabilidad de las grandezas humanas, que pasan como las nubes y como las sombras.

¡Cuántas lágrimas han sucedido á las perlas con que aquella mujer hermosa se adornaba con preferencia! ¡Cuántas tristezas á las rosas que alfombraban su camino! Aquí fué joven, bella, acatada, feliz. Un esposo en cuyo nombre se condensaban las glorias militares de Francia, parecía asegurarla sólidamente el poder, y un hijo que había de heredarle la garantizaba el porvenir. Ni esposo, ni hijo, ni imperio existen ya: circulan todavía las monedas con el busto del primero, coronado (¡triste sarcasmo!) con los laureles de César, y queda como recuerdo de aquellos días la población alegre y coquetona donde vienen á buscar reposo ó alegrías gentes de muy varias tierras y de muy diversas condiciones.

Así como las estaciones siguen serena y majestuosamente su invariable curso, sin preocuparse para nada de las penas ó de las dichas de los hombres, Biarritz ha continuado su vida de población alegre sin cuidarse para nada de las desgracias de la que le dió el cetro de la moda, que ha sido más permanente que el del imperio.

Los personajes han cambiado, pero la decoración se ha embellecido: ese palacio moderno que aquí levantaron los herederos de los condestables de Castilla, que no estaban á su gusto en sus históricos castillos de España, ya no les pertenece; y esas hermosas puntas que elevan entre verdes masas de corpulentos árboles sus torrecillas de pizarra, han albergado á muchas majestades caídas. Pero todo sonríe como si nada hubiera pasado, y en los caminos se oye el alegre sonido de los cascabeles que adornan á los caballos que tiran de las elegantes carretelas en que se reclinan beldades de moda, y hay música agradable, luz espléndida y animación extraordinaria en el Gran Casino, que ya ha abierto de par en par sus puertas para que entren en los adornados salones los que van á buscar la fortuna en los azares del juego.

Biarritz es el compendio de la población alegre del placer en que gozan las potestades de la tierra. Todo es en ella alegre y sonriente. Su única calle regular, la calle de Masagran, es un bazar en cuyas vitrinas chispean las joyas modernas con todas sus seducciones, y en cuyos mostradores se venden antigüedades preciosas, desde el tapiz que decoró los muros de la mansión feudal y los recamados brocateles de vestiduras sagradas, hasta el damasco de las alcobas de encantadoras cortesanas; desde la férrea armadura del incansable y vigoroso peleador de los antiguos tiempos, hasta el cincelado y virgen espadín del cortesano de Versalles.

Al lado de una rueca de labrada madera en que sin duda hiló su copo de cardada lana alguna miserable madre de familia, se veía días pasados una colección de abanicos del siglo XVIII con sus paisajes de damas y amorcillos representando escenas mitológicas. La suerte había unido en aquel bazar de antigüedades lo que representa el hogar en su aspecto más patriarcal y el salón en lo que tiene de más frívolo: la rueca y el abanico, dos páginas de la historia de la mujer que ahora se completan con los libros recién salidos de las casas editoriales de París que se ven en las librerías que con las tiendas de antigüedades y las joyerías alternan en la calle de Mazagran.

Hay en ella también bazares de objetos orientales y bazares de objetos españoles fabricados por los franceses. Un puñado de blondas, panderetas con escenas de bailes flamencos y de toreros, navajas de Albacete: esto es todo lo que consideran como eminentemente español nuestros vecinos, y en este concepto se lo venden á los ingleses y á los rusos que forman la colonia de Biarritz.

Con estos objetos completan la idea de España que han extendido en sus libros de fantásticas relaciones de viaje por nuestra patria, y da pena y risa ver esos bazares que llaman españoles á las puertas mismas de nuestra casa.

Sin embargo, en esta población alegre se gasta mucho dinero de España: la colonia de españoles es la primera que llega todos los años á ocupar los hoteles que muchas veces se han pagado hipotecando tierras de Castilla y olivares de Andalucía; el escudo de Osuna, que ya no se ostenta en ninguna casa de España, se ve aquí en una suntuosa villa moderna.

La aristocracia española, lo mismo la de la sangre y los pergaminos que la del papel que se cotiza en las Bolsas y la del dinero, tienen una gran predilección por Biarritz, y en su Casino se han liquidado muchas dehesas de Extremadura, muchos arrozales de Valencia y muchas fincas de Aragón y de Navarra.

Pocos de los grandes sueldos que paga el erario español se dejarán de gastar en Biarritz durante el verano. No hay dama elegante que si tiene que tomar baños de mar no prefiera á todas las limpias playas españolas el rinconcito pedregoso del Port-Vieux y á todas las sociedades las del Casino, donde ven de cerca á las más célebres beldades de París, que van allí á lucir sus atrevidos sombreros y sus elegantes trajes, que luego copian servilmente.

Para el político español que está de reemplazo, esto es, en la oposición, tiene también Biarritz muchos atractivos: aquí se han levantado banderas que han influído en la política de España, aquí murieron O'Donnell y González Brabo, y aquí hizo su última evolución política el duque de la Torre.

El emigrado español pobre se refugia en Bayona mientras las autoridades francesas se lo permiten, y siempre se encuentran, debajo de los soportales de la ciudad famosa en que ventilaron delante de Napoleón sus disensiones de familia Carlos IV y Fernando VII, algún tipo de tenaz carlista ó de intransigente republicano.

Biarritz, por el contrario, es nido de ex ministros y de ex embajadores que están próximos á volver á ocupar sus altos puestos, y consuelo de la oposición. En esto se parece á la tribuna de ex diputados del Congreso, y como en ella se murmura y se espera.

Digitized by Google

***

Unos tipos que también se ven ahora mucho en la frontera son los de frailes. No se sube á ninguno de los numerosos trenes de ida y vuelta que ahora circulan sin encontrar á algún capuchino ó á algún carmelita. En las estaciones rozan el rudo sayal de sus toscos hábitos con los vestidos elegantes de las viajeras. Van siempre en parejas como la guardia civil, y hay días que en Hendaya se ven más que gendarmes y en Irún casi tantos como carabineros.

Las luchas que los carabineros de Irún sostienen con los introductores de contrabando, son numerosísimas. No hay señora que al alcanzar la frontera no se convierta en contrabandista. La moda ha desterrado este año el polisón, pero este precepto no lo observan en el trayecto que separa á España de Francia y en el que se han desarrollado tantos sucesos históricos, y el polisón parece institución permanente de la isla de los Faisanes. Lo malo es que los carabineros, que son muy curiosos, quieren penetrar muchas veces en los misterios de esta prenda de la indumentaria femenina, y hacer en ella notables descubrimientos.

Una observación curiosa es que casi ninguna señora pasa por la aduana de Irún con sombrero viejo: todos son nuevos y flamantes, y hay algunas que en días de calor vienen muy arropaditas con abrigos de pieles.

No vacilan en dejar francos y más francos en las tiendas francesas, pero aguzan el ingenio para evitar los derechos de la hacienda española; y de seguro que si se las pregunta se declaran decididamente librecambistas, por reaccionarias que sean. Para ellas no hay fronteras, ni tipo más antipático que el carabinero que registra sus mundos y maletas.

Para una señora, introducir un vestido sin pagar derechos es un triunfo: lo mismo que para los hombres que van á Francia pasar fraudulentamente sus cajas de cigarros y sus cajitas de cerillas.

El tipo del contrabandista antiguo, activo, emprendedor y valiente, que realizaba los actos más prodigiosos de audacia para pasar sus paquetes, ha desaparecido desde que hay ferrocarriles.

—Esas pícaras locomotoras han matado el oficio,—decían hace pocos días unos robustos mocetones de los que ahora emplean sus fuerzas en llevar en palanquín á viajeros enclenques que van por Francia á Panticosa.

Ahora los más activos contrabandistas son las señoras, y nadie las podría hacer creer que ejercer el contrabando es falta y es pecado.

KASABAL

RIMAS

I

Yo he dicho que eran dulces muchos labios
sin saber que lo fueran,
y sin saberlo, niña, juraría
que tu alma es noble, cariñosa y buena.

II

Al sentir el influjo soberano
de tu mirada pura,
parece que me cogen de la mano
guiándome á la altura.

III

Quizá no te vuelva á ver,
pero te he de recordar
siempre que venga un placer
á interrumpir mi penar.

IV

Si no te conociera cantaría
las flores y la luz;
mas ¿qué puedo cantar, hermosa mía,
que valga lo que tú?

CAMILO POU

EL QUE Á HIERRO MATA...

(CONTINUACIÓN)

—No es eso, Diego,—se atrevió á decir María.

Pero el joven prosiguió:

—No intentes negarlo. Conozco al que ahora amas, al que tal vez tenga la dicha de estrecharte con sus brazos. ¡Ah! Si pudiera arrancarme el corazón, con gusto lo hiciera para dejar de amarte. ¡Pero esto es imposible! Que me ames ó no, yo siempre he de quererte. Tu recuerdo vivirá eternamente en mi memoria, aunque sólo sirva para atormentarme más y más. Toma, toma todo cuanto tuyo tenía: cartas, flores marchitas que en mis noches besé con creciente frenesí, tu retrato... ¡Ah! ¡También tu retrato! ¿Para qué lo quiero? Conservo otro en mi corazón que reproduce mejor tu imagen. ¡Adiós, María!—prosiguió Diego limpiándose las lágrimas que bañaban su amarillo y feo rostro.—Tu amor fué el amor de un instante: mi corazón un juguete tuyo. Lo has destrozado, sientes hastío y deseas otro juguete que recree mejor tus sentidos. ¡Adiós! ¡Quiera la suerte que seas feliz!

Y Diego, con paso vacilante, bajó á la calle. En la acera se encontraba el nuevo pretendiente de María.

El pobre cesante sintió impulsos de arrojarse sobre él.

Pero se contuvo.

¿Con qué derecho podía ultrajar á quien de nada tenía la culpa?

Presa de mortal accidente, el joven cayó en cama para ser conducido más tarde al hospital.

Cuando al cabo de dos meses salió de él, María era la esposa de D. Jacinto Lafuente.

Diego vió un día al que había logrado lo que tanto ansiaba él.

Era efectivamente el mismo joven que viera en la calle de su antigua amada.

Pasaron dos años.

María tuvo dos hijos en este tiempo.

Pero los dos murieron.

Jacinto era rico y puso á su esposa á la altura de su posición.

Pero él no era muy á propósito para hacer dichosa á una mujer.

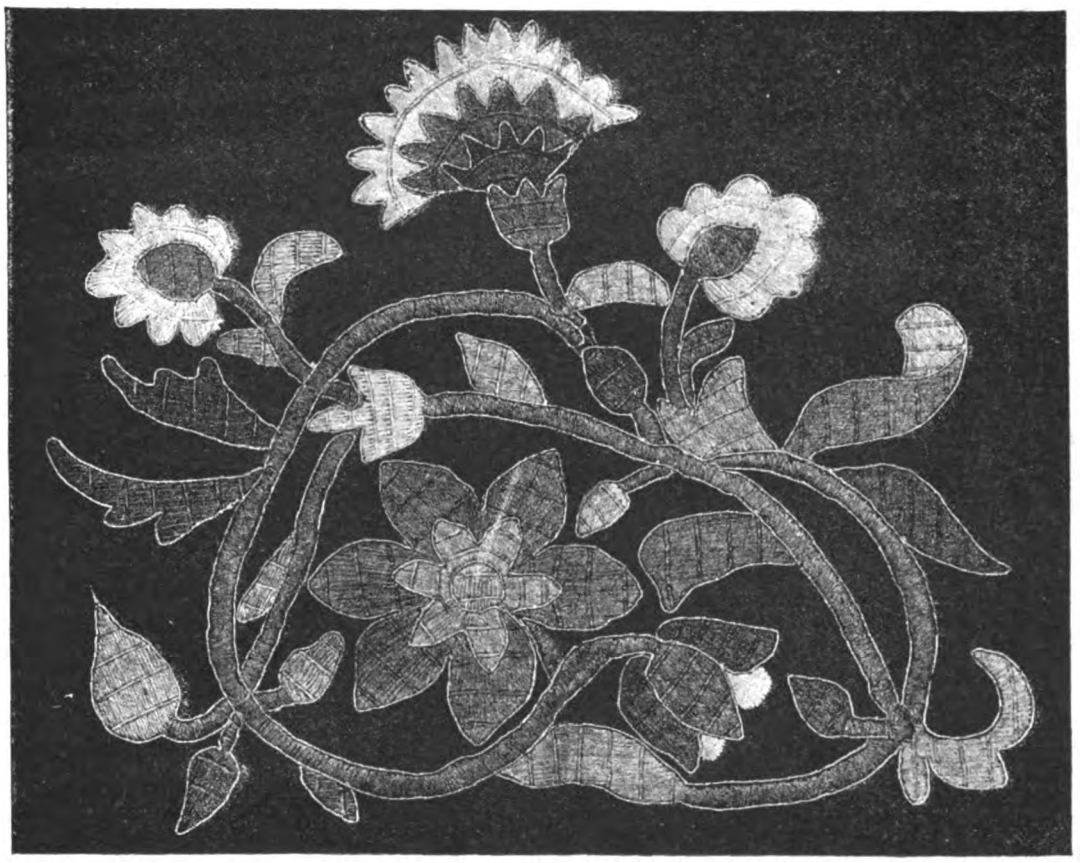
Gustaba de todos los vicios y odiaba el trabajo y el recogimiento.

Una querida dió al traste con la fortuna del joven, al cual abandonó después.

Triste vida fué desde entonces la de la ex amada de Diego.

Un día cayó enferma.

BORDADOS IRLANDESES



BORDADO «KELLS»: RESPALDO DE SOFÁ

Cuando abandonó el lecho su hermosura había desaparecido.

Su rostro estaba completamente desfigurado.

La terrible viruela negra había dejado impresas sus huellas en él.

Jacinto sintió horror al contemplar á su esposa.

Aquel rostro, lleno de hendiduras, era inso. portable.

Desde entonces el abandono más completo rodeó á la joven.

Jacinto pasaba el día entre mujerzuelas que acabaron de despojarle de lo poco que le restaba de su fortuna.

Aquello no podía durar mucho.

En efecto, Jacinto fué á poco convirtiéndose en el más soez y embrutecido de los seres.

Del galante joven no restaba nada: ni aun la dignidad, pues su afición á la bebida le reducía al estado de la bestia.

¡Pobre María! Una noche Jacinto regresó á su casa borracho y la dijo:

—Perra mía, tienes el rostro tan amarillo y marchito que es necesario te vuelvan á salir los colores. El medio no importa mucho. Mira: este es el más eficaz.

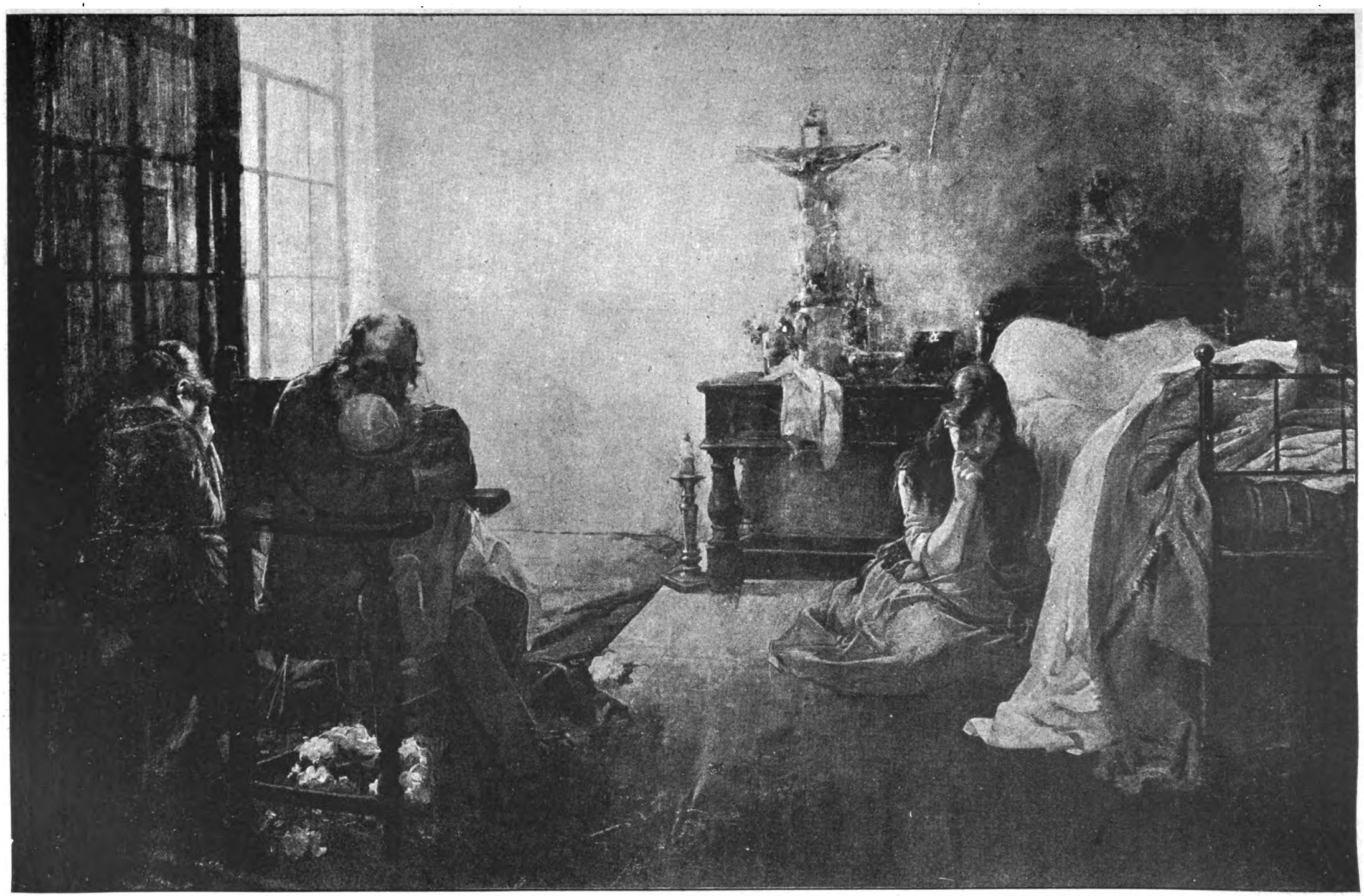
Y, al decir esto, el pervertido esposo de María golpeó el rostro á ésta.

. . . . . .

LUIS DE VAL

(Se concluirá)

Digitized by Google



HUÉRFANOS! (cuadro de Francisco Cabrera)

Digitized by Google

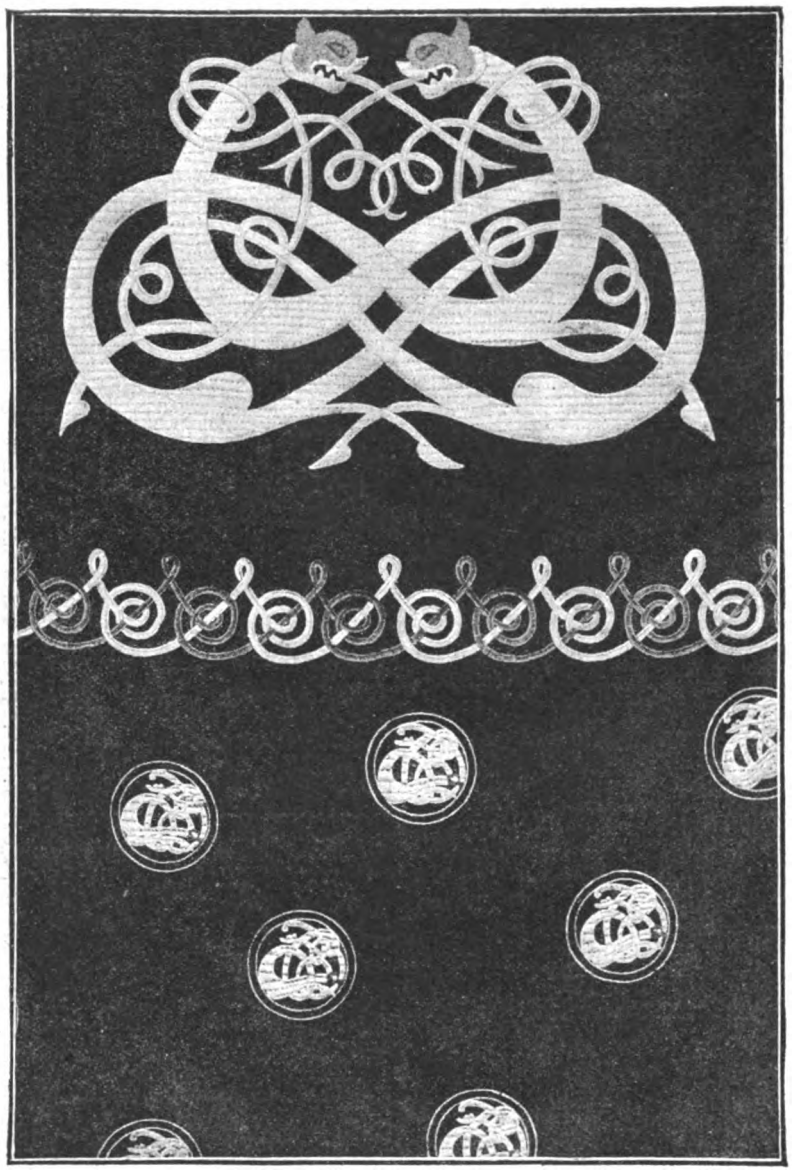
RETRATO DE NIÑO, POR D.ª ANTONIA DE BAÑUELOS

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

(CONTINUACIÓN)

9 de enero.—Conoció mi madre que me aburría en nuestro querido retiro; y como abandonar el campo durante el verano ambos lo hubiéramos reputado solemne locura, pensó ella en el modo de procurarme alguna distracción que me arrancara, por horas á lo menos, al hastío de mi soledad y á los peligros que ella barruntaba en mis largas cavilaciones.



BORDADO «KELLS»: «PORTIÈRE», BORDADA EN SEDA SOBRE YUTE
(Dibujo céltico)

No había que pensar en los aldeanos de la vecindad, pues aunque yo en aquella época no creía del todo lo que decían los desengañados retóricos acerca de la falsedad del género bucólico, y no desesperaba por completo de encontrar á Flérida algún día, escondida, á la hora de la siesta, *en la calor estiva,* entre los laureles y zarzas de una selva, á la sombra; sin embargo, esta vaga esperanza no bastaba á cerrarme los ojos ante los desencantos diarios de la triste y prosaica realidad. No acababan de parecer Galatea ni Flérida, y mi madre me llevó una tarde consigo á visitar á las de Pombal. Había de mi casa á la de estas señoritas media legua larga, y nos la anduvimos á pie, porque mi madre no conocía el cansancio. En casa, todos los días, subiendo y bajando, de la cocina al corral, de la sala al desván, se tragaba dos ó tres leguas. Lo que ella no quería era montar en burro; y en coches no había que pensar tratándose de los caminos empinados y fragosos de aquella tierra. Doblamos una colina y bajamos á un valle hondo, estrecho; un pozo de verdura que yo desde lo alto había contemplado muchas veces en mis paseos melancólicos, pero al cual no había descendido nunca, por aquella pereza triste de mis soledades y por cierto miedo pueril á encontrarme por aquellas pomaredas y castañares de la vega con las de Pombal, dueñas del *Castillo* y de la casita blanca y verde que á mí, desde arriba, se me antojaba semejante á cierto templo griego que había visto pintado en un libro. No tanto me recordaba el templo por la sencilla forma, como por la situación que ocupaba á media ladera, entre follaje, en un montículo que parecía artificial, una imitación de las lomas vecinas hecha por los pastores. El *Castillo* no era más que un antiguo torreón edificado en lo más alto de un cerro, en un prado de yerba muy alta, heredad de la casería de Pombal.

—Si no fuese por las de Pombal, bajaría,—me había yo dicho mil veces, contemplando desde lo alto las hermosas profundidades del valle angosto, que me atraían con el secreto de su misterio. En vano la razón me decía que allá abajo no habría más que cosas parecidas á las que ya veía y tocaba del lado de acá de la colina, en el valle nuestro, más grande y claro: una superstición ¡dulce me inclinaba á imaginar, en aquellos parajes desconocidos para mí, novedades y atractivos de que los aldeanos que frecuentaban tales sitios no me hablaban porque ellos no los veían. Los nombres de la parroquia, barrios, lugares y cuetos y vericuetos del valle desconocido me eran familiares: trataba yo á muchos de los vecinos de aquel *misterioso país;* y, con todo, lo tenía por singular, lleno de sorpresas, de emociones nuevas para mí... si me determinaba á bajar. Pero estaban allí las de *Pombal* y no bajaba. ¿Por qué? Porque me daba *vergüenza* encontrarme con señoritas. Además, si había algo penoso en aquel miedo á bajar, también el encanto del misterio y el temor de que éste desapareciese contribuían á dilatar mi resolución de entrar por aquellas arboledas adelante.

En vano el más sencillo raciocinio me demostraba fríamente que nada debía esperar ni temer de la excursión siempre aplazada: había en mí algo que mantenía la ilusión con sus mezclas de esperanza loca y de temores absurdos, algo instintivo, muy arraigado en el alma, y que debía de ser del mismo orden de energías que el apego á la vida que siguen mostrando la mayor parte de los pesimistas, que, sin quererlo ni creerlo, siguen *naturalmente* esperando algo de ella.

Pero mi madre cortó por lo sano. Yo no me decidía á descender al valle de Concienes, que así se llamaba, por miedo de encontrarme con las dueñas del *Castillo,* y mi madre resolvía de plano poniéndome sobre la cama la *ropa nueva,* el traje que acababa de enviarme el sastre de la ciudad, y una brillante camisola; todo con el fin de que me vistiera para ir á visitar á las de Pombal.

—Pero, madre, si yo no las conozco.

—Pero las conozco yo, hijo. Tu padre fué compañero de armas del suyo. Yo traté mucho á su tía, y á ellas las tuve en brazos cuando eran chiquillas, es decir, tuve á la mayor, porque á la otra no la conozco tampoco: nació después que la familia se marchó de esta tierra. Y cuando volvieron ya huérfanas, no fuí á verlas... por lo que ya sabes: porque yo lloraba lo mío, y el mundo entonces me importaba dos cominos. Hice mal: fuí egoísta: debí visitarlas, debí estrechar relaciones con las desgraciadas hijas del amigo de tu padre. Ello fué que no las estreché. Algunos años les he enviado cestas de fruta y tortas muy finas; pero nunca fuí por allá.

—¿Y ellas? ¿Por qué no vienen ellas?

—¿Ellas? Es verdad. Podían haber venido ellas. Pero ya ves: los cumplidos. Yo era la que debía ir allá primero. No empezando yo... ellas no podían saber si quería ó no tratarlas. Además, esto es lo que se usa. Las chicas no sé si serán así; pero lo que es la tía, que ya debe de estar chocha porque es muy vieja, tiene esto de los cumplidos por una religión. Es muy fina, muy buena; pero la etiqueta lo primero.

—Sí: además recuerdo haberte oído que tiene ciertos humos aristocráticos.

—No, humos no; no se puede decir humos. Es más bien una manía... que no ofende. Que se cree más que uno porque es parienta de una porción de condes y marqueses... vaya, eso es seguro. Pero no importa: ni se da tono, ni esas ideas le sirven para nada malo. Ella es la que paga la manía, porque con su aristocracia se pasa la vida como D. Quijote la noche de velar las armas.

Sí: así habló mi madre: esto último es casi textual. Los diálogos que á veces reproduciré aquí para darme á mí propio el placer de convertir en novela mi historia, no serán siempre muy aproximados. La verdad por lo que toca á la letra, ¡quién va á decirla! Pero esta conversación que estoy copiando no sólo es exacta por su espíritu, sino que, en gran parte, estoy seguro de que reproduce las palabras de mi madre. ¡Bendita sea su memoria! Aquel diálogo era solemne á pesar de las apariencias: por él entraba yo en la iniciación de mi *destino. Ir ó no ir* á ver á las de Pombal: *esta era la cuestión.* Iba á comenzar el noviciado de mi *profesión.* ¡Es tan natural, tan justo, que fuera mi madre quien me condujera á mi suerte!

Ella, tan ajena siempre á mis *grados académicos,* tan olvidada de mis sabidurías y borlas doctorales, de mis *triunfos* periodísticos; tan extraña á la vida de mis cavilaciones y empresas intelectuales, de las que jamás supo cosa mayor, si no así, en montón, que tenía un *chico listo* que padecía jaquecas y se levantaba muy tarde,

Digitized by Google

por culpa de los pícaros libros y de las endiabladas filosofías; ella, que jamás leyó nada mío, que hubiera sido el último de los lectores... que no leen, *filisteos y burgueses*, de que tanto he abominado cuando imitaba á Heine y demás; ella, tan buena católica apostólica romana que cuando se trataba de discutir dogmas convertía el alma en un erizo; ella, el ángel que Dios me había puesto al lado de la cuna; era la que debía llevarme á casa de las de *Pombal*... para que Dios me repartiese el dolor y la dicha que me tocaban en el mundo.

Cuando mi madre, tomándome una mano, me hacía estrechar con ella la de aquella señorita á quien, presentándomela, llamó «la pequeña de Pombal, Elena,» no sabía que sus palabras, al parecer insignificantes, vulgares, eran toda una frase sacramental; sí, de un sacramento humano, que consiste en pasar el corazón de una mano á otra en la vida, de un apoyo y un amor á otro amor y otro amparo. Mi madre, sin saberlo entonces ni ella, ni Elena, ni yo, me decía:

—Mira, hijo: hasta aquí hemos llegado. Yo soy tu madre, que te traje hasta aquí. Esta es tu esposa, que te llevará, si lo mereces, hasta la muerte.

¡Ay! ¡No lo merecí! La vida feliz es la que va de la mano de la madre á la mano de la esposa, y de la mano de la esposa á la del misterio de la sepultura. ¡Mi madre, mi Elena, las dos muertas! ¡Y ella, lo *inesperado*, lo imposible, Eva, muerta también!

CLARÍN

(Se continuará)

REVISTA CIENTÍFICA

Las enfermedades de la imitación

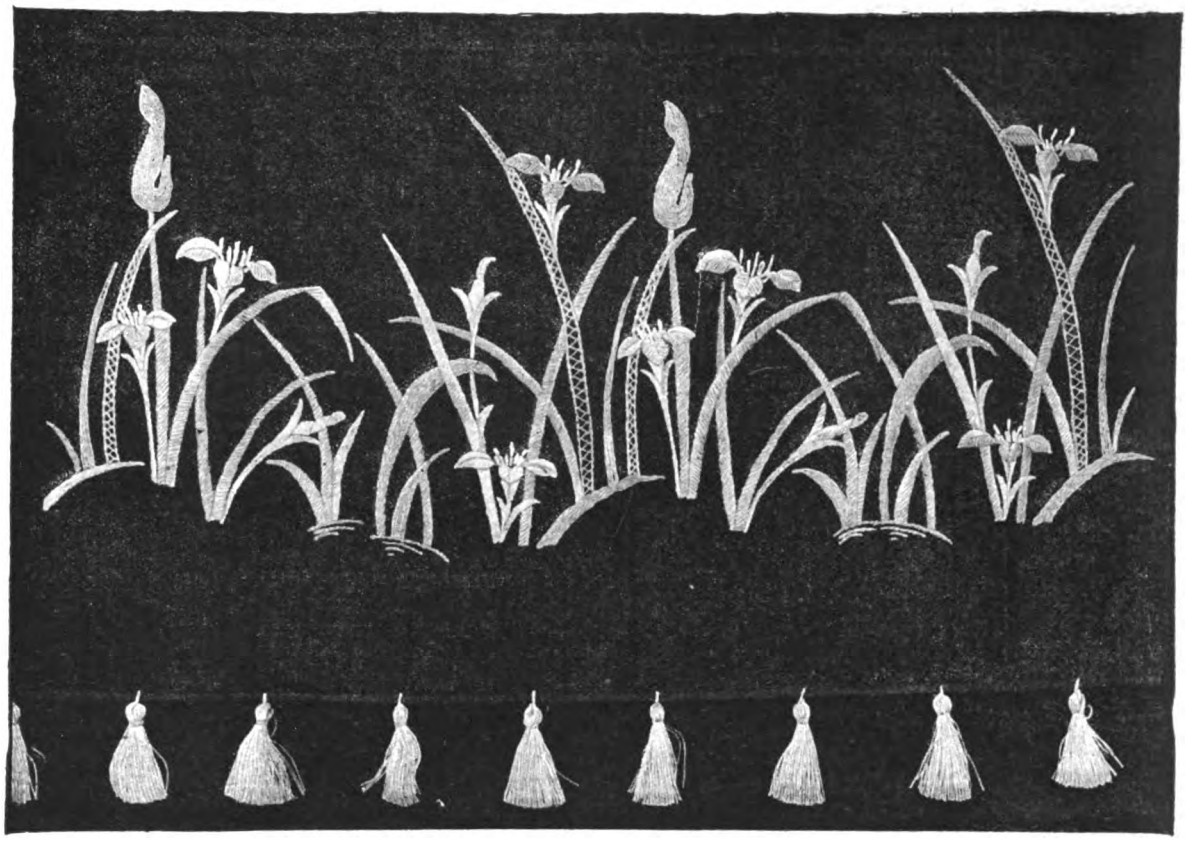
(CONCLUSIÓN)

VI

Más peligrosos que en el terreno de la filología, de las religiones, de las leyes, de las ciencias y las letras, de la política, etc., son aún los excesos de rutina ó de moda en la esfera económica, pagando las consecuencias de la enfermedad ya el productor, ya el consumidor, y quizás más el primero que el segundo. «La tenacidad rutinaria de las industrias pasadas de moda, que han perdido la razón de ser, y de precio y de los salarios tradicionales, no es el peor mal,—dice M. Tarde,—siendo, por el contrario, causa de las más lamentables ruinas la prontitud excesiva en introducir por doquier toda industria nueva que se ha visto florecer en alguna parte y la prisa en adoptar precios nuevos, dimanando de ello esa periodicidad de crisis comerciales ocasionadas por la sobreproducción intermitente.»

Ciertamente que no sólo experimenta crisis el mundo económico, sino también la religión, la literatura, la estética, la legislación, la moral; pero las más visibles son, á no dudar, las de que hablamos ahora; y como esas crisis tienen una causa dificilísima de desarraigar, de ahí que sean en vano cuantos cataplasmas quieran aplicarse para combatirlas, desde el socialismo de real orden á las huelgas, mientras utopistas ó emperadores «no encuentren la manera de obrar sobre el régimen y la pendiente del río de la imitación y de cambiar su curso, no solamenmente entre los productores, sino entre los consumidores.

»Entre estos últimos,—sigue diciendo nuestro autor,—cuyos gustos y necesidades, alternativamente incorregibles y caprichosos, forman ley para los primeros, soplan á veces vientos y huracanes de moda que lo derriban todo y escapan á toda previsión como á toda dirección. La historia del traje abunda en ilustraciones de esta verdad. «Está probado por irrecusables testimo»nios,—dice Quicherat,—que el uso de la ropa »blanca interior, de los anchos capirotes, de los »sayos fruncidos y guarnecidos de pieles, ó *pello»tes*, de las mohatras y de los zapatos aguzados, »fueron adoptados por los campesinos.» Así ataviados los lugareños, no debían ser menos curiosos de ver que si se tratara de negros africanos vestidos de frac. Todos esos trajes de lujo procedían de las ciudades vecinas, donde les habían admirado, y que, á su vez, habían recibido las ciudades, en el Norte, del Mediodía, más rico y civilizado, de la propia manera que hoy vemos, por el contrario, seguir en el Mediodía las modas del Norte. En los siglos XII, XIII y XIV el foco de la civilización europea estaba en las orillas del Mediterráneo, principalmente en Sicilia, en Provenza, en España, en Italia. De estas regiones han partido todas las innovaciones, á menudo excéntricas y nada graciosas, pero siempre acogidas con un ardor frenético, que han revolucionado muchas veces el traje durante la edad media. La revolución que tuvo efecto en 1190 y que inundó á Europa de trajes largos, embarazosos, fastuosamente incómodos (las togas de nuestros magistrados son su último vestigio), procedían de los normando-sicilianos. La revolución de 1340, que en un año sustituyó á este exceso de holgura las formas más exiguas, excepto los sombreros, que á la inversa adquirieron proporciones descomunales, tomó origen en Cataluña ó en Italia, en cuya época eran comunes los mismos usos á todas las ciudades del Mediterráneo, desde Barcelona á Génova (1). Cuando en el siglo XV Gante y Brujas llegaron á ser las ciudades más ricas del mundo, cuando la corte del duque de Borgoña fué el más brillante centro de Europa, partieron de allí las renovaciones de traje, por ejemplo la moda del *hennia*, ó cucurucho, esa tocadura tan extraña, en 1428. La multitud de edictos, decretos y reglamentos antiguos y modernos que han prohibido á determinada clase de ciudadanos llevar tal ó cual traje, á los senadores romanos vestirse de asiáticos, á los pecheros vestirse de señores, etc., prueban la fuerza universal y constante de la inclinación á adornarse á guisa de otro.» Lo raro es que cuanto más sociable y activo es un siglo, más imitador se muestra: así la sociedad francesa del siglo XVIII copiaba á la sociedad inglesa.



BORDADO «KELLS»: RESPALDO DE SOFÁ TRABAJADO EN HILO DE COLOR SOBRE LIENZO ENCARNADO (Dibujo japonés)

Muy interesantes consecuencias se desprenden del estudio de la historia del traje como testimonio de imitación social. Vese, en primer lugar, que el ejemplo desciende del superior al inferior, ya se trate de naciones, ya de clases: la nación más atrasada copia á la más progresiva, la plebe al estado llano, éste á la aristocracia, y, lo que es más raro, la smujeres á los hombres, nunca lo contrario.

En segundo lugar, la historia del traje ofrece copiosos ejemplos de la ley de alternativa entre la rutina y la moda, ó, si se quiere, de la cristalización de la moda en rutina. A cada innovación clamaba el clero, á veces con furibundos anatemas; y se comprende que hubiese fundamento para ello, pues como la imitación se desarrolla de dentro afuera, la aceptación de un traje nuevo implicaba la previa aceptación de las nuevas ideas y la aceleración de la propaganda; y no eran muy propicias para el clero las ideas que predominaban en el Mediodía y después en el Norte, de donde procedían las modas.

Si ahora parece que el autor se ha extendido demasiado sobre el traje, sépase que lo ha hecho por tratarse de una imitación benigna, alegando su repugnancia á ocuparse en otras imitaciones de muy distinto carácter, bastando citar entre ellas las jaquerías, los interminables motines parisienses durante la guerra de Cien años, la San Bartolomé, con sus antecedentes y sus secuelas, las septembradas y demás horrores; á los cuales podríamos oponer, en nuestro país, las matanzas de judíos, los autos de fe, el furor de delación durante el reinado del Santo Oficio y otras lindezas.

(1) En el siglo XII la costumbre de vestir de negro para significar el luto, sólo existía en España, según Baudry, abad de Bourgueil, escritor coetáneo. En los siglos XIV y XV Francia, Inglaterra y otros países habían adoptado este uso, cuyo origen mediterráneo queda así atestiguado. ¡Cuán extremada debía ser la violencia de la corriente de la moda para que las jóvenes se decidieran á aceptar aquel color severo! Verdad es que el negro sienta muy bien á las rubias.
(Nota de G. Tarde.)

Digitized by Google

TEODORA (cua

Digitized by Google

ro de J. de Sanctis)

Digitized by Google

Otra forma de imitación de lo que se ve hacer al vecino, es los viajes, que á su vez son un poderoso elemento para favorecerla. Obsérvese ahora que nunca va *Clemente* donde quiere, sino *donde va la gente*. Antes la moda era visitar la Grecia: hoy lo es precipitarse en Suiza. Antes se iba en peregrinación á Santiago: ahora á Lourdes. Cualquiera puede fácilmente encontrar diez mil ejemplos de estas manifestaciones de la imitación viajera, no cabiendo duda que la ida á París cuando la Exposición fué un verdadero ciclón imitativo.

VII

«En materia de artes,—dice nuestro autor,—las enfermedades de la imitación, bien conocidas de los críticos, son: el fetichismo ultraclásico, ó la extravagancia modernista de la innovación á todo trance, de la moda á toda costa. No insisto. Muchos se reirán, dentro algunos años, de nuestras admiraciones actuales tocante á ciertas músicas, ciertas pinturas y ciertas literaturas. En materia de costumbres y de moralidad hay que notar, parecidamente, el culto supersticioso de las costumbres y de la práctica que han hecho ya su tiempo, ó la adopción servil de nuevas maneras de obrar. Sólo hablamos aquí de ello por memoria. Notemos solamente la alternativa de la moral-moda y de la moral-costumbre, su frecuente lucha y el paso de la primera á la segunda. La moral-moda es el honor, eco interior de la opinión contemporánea y extranjera. La moral-costumbre es el deber, eco interior de una voz más profunda, de una voz anterior y antigua, de la voz de los abuelos. Pero ¿todo lo que se ha convertido en deber no ha empezado por ser pundonor?»

Reconozcamos ahora los grandes é inapreciables beneficios de esa alternativa: gracias á ella, gracias á este cultivo á la vez *intensivo* y *extensivo* de la imitación, el mundo entero se nivela, y el campo moral, reducido en un principio á los límites de la horda, de la familia y de la tribu, se va ensanchando hasta abarcar toda la humanidad; y quien dice nivelación del campo moral dice nivelación del campo religioso, del campo científico, del campo estético, político, económico, precursora de una pacificación, de una fraternidad universal definitiva. «Merced á eso,—dice M. Tarde,—poseemos una piedra de toque infalible, aplicable á todos los tiempos y á todos los lugares, para juzgar del valor moral de los hombres. Puédese sentar este principio: toda conducta que en una época y en un país dado tienda, por su ejemplo, á extender algo, por poco que sea, la *frontera moral* reconocida hasta entonces, es digna de elogio; toda conducta que tienda á hacer retrogradar y reducir este límite, es digna de condenación.» El salvaje sólo ve su tribu y sólo se siente dispuesto á la justicia tratándose de ella; el ciudadano antiguo sólo se cree obligado al deber para con su ciudad; el político de la edad media sólo atendía á su reinecillo ó principado; el hombre de Estado moderno debe gobernar en el sentido de una política no ya nacional, sino europea, casi universal, siendo tanto más digno de elogio cuanto más ancho es el horizonte moral en que se mueve.

A despecho, pues, de sus enfermedades, y á veces gracias á ellas, la imitación dirige su rumbo hacia un gran objetivo, bien que lejano: «tiende al puerto vasto y deseable en que todos los barcos reunidos de la humanidad no formarán más que una sola flota pacífica. Más aún: la misma operación de la nivelación, á fuerza de prolongarse, acabará, sin duda, por reforzar en cada uno de nosotros los rasgos de su originalidad distintiva. No se libra uno, en efecto, de la imitación, sino por la multiplicidad misma de las imitaciones, es decir, por la cultura del espíritu, que consiste en una acumulación de conocimientos enseñados. Imítase de cada vez menos por reatería, de cada vez más por reflexión, á menudo que nos civilizamos. Pero este mismo cambio es debido al desenvolvimiento de la imitación. La imitación electiva, reflexiva, supone que se tiene en mano la elección entre modelos diferentes, lo cual implica multitud de invenciones y de descubrimientos conservados y reunidos mediante una prosecución y superposición de tradiciones.»

Viniendo ahora al *pronóstico* de estas enfermedades, podremos preguntarnos cuál de las dos formas acabará por triunfar: si la exageración morbosa de la moda ó la de la costumbre, á lo cual parece lo más probable responder que será la segunda. Tanto se inventará, que será ya inútil inventar más, abundando como abundarán de sobras los modelos inmejorables. No sucederá en lo porvenir lo que no haya sucedido en lo pasado, en que vemos á tan grandes imperios como Egipto, China, Roma, Bizancio, mantenerse en largos siglos de equilibrio, llegados ya al colmo, relativo, del progreso y de la civilización. Igual sucederá en nuestro mundo europeo, y aun quizás puede verse ya un principio de este reposo en la esterilidad *de retorno* (después de una fecundidad asombrosa) que se nota en ciertas ramas de la literatura, reducidas á copias, bien que hábilmente disfrazadas. En semejante estado de reposo, sin inventar nada en ciencia ni artes, ni siquiera en derecho, vió el imperio romano durante tres siglos, después de los Antoninos, no sin prosperidad á veces, aunque pudiese compararse su gordura á la del eunuco. Hay que distinguir, empero, esta inercia del pueblo que descansa de un incesante trabajo inventivo, llegado al colmo de la civilización, de la inercia que caracteriza al bárbaro. Este pelea por no trabajar: el civilizado, por no tomarse la molestia de inventar más, trabaja, imita. Y, para evitarse la pena de *querer*, obedece. Somos ahora revolucionarios, dados á seguir atropelladamente las modas: será de ver cuando dentro de algunos siglos, adormecidos en una paz senil, seamos todos conservadores. Lo único que puede decirse es que de aquí á entonces ya habrá llovido.

ALFREDO OPISSO

BORDADO «KELLS»: BOLSA (Dibujo céltico según un manuscrito del siglo X)

SAN MAGÍN

Es el bravo San Magín
de mi pueblo el buen patrón
siempre, ya de chiquitín,
le tuve gran devoción.

Fué varón muy jovïal,
del mundo aborrecedor,
de paciencia angelical,
siempre exento de rencor.

Al prenderle en vil tropel
los soldados del pretor,
mitigó su sed crüel
brotando un gran surtidor.

Con salvajismo feroz
le segaron la cerviz,
y su alma voló veloz
de Dios al seno feliz.

En la ermita á alto nivel
que hay en mi pueblo natal,
se prosterna el pueblo fiel
ante el santo celestial.

Vense allí exvotos mil,
no por cierto de Rafael,
y en un pobre cuchitril
un recuerdo muy crüel:

es la mecha de algodón
con que el bárbaro francés
quería en un dos por tres
volar la poblacïón.

Digitized by Google

Nadie iguala á San Magín
en admirable virtud
para curar un sin fin
de males y dar salud.

Conocí á un tísico yo
que iba á morirse en un tris:
quien le vió le desahució
en Tarragona y París.

A su padre declaró
el médico la etiquez,
pero él le respondió
con cristiana placidez:

—Yo confío en San Magín
para su curacïón.—
Y la tisis tuvo fin
por calcificacïón.

Si M. Ernesto Renán
conociese á San Magín,
sin temor al que dirán
ni á pasar por arlequín

prefiriérale quizás
al buen santito de Asís,
ó, á lo menos, ras con ras
les pusiera, ó *vis á vis*.

Cual aquel santo varón
es amable San Magín
y da su protección
á quien ama con buen fin.

Sacristanas tiene él
más bellas que las hurís,
y es más dulce que la miel
su dulcísimo sonrís;

mas no crea el pecador
que tan linda juventud
con tan santo protector
se aparte de la virtud.

Y aun más grande es su poder
en las cosas de la mar:
al marino es menester
sus portentos oir contar.

¡Pueda en mi trance final,
al sentir llegar mi fin,
el socorro celestial
implorar de San Magín,

y por mí intercederá,
no lo dudo, con amor,
y el alma redimirá
de este pobre pecador!

Es el bravo San Magín
de mi pueblo el buen patrón:
siempre, ya de chiquitín,
le tuve gran devoción.

C. M.

DECADENCIA RAPIDA

«Ahora que nos vamos hay buena lumbre.»
(*Refrán popular.*)

«¡A buena hora mangas verdes!»
(*Dicho vulgar.*)

Cuando las romerías y las verbenas, como pretexto de entregarse á los placeres de la gula y á los placeres de otro pecado capital que no quiero nombrar aquí, van cayendo en desuso; cuando solamente por lo que tienen de tradicional y por lo arraigadas que se hallan en las costumbres del pueblo se conservan aún en Madrid las verbenas de San Antonio, de San Juan y de San Pedro, que, dadas las condiciones de vida de nuestra sociedad moderna, ya no tienen razón de ser; ocúrreseles á media docena de vecinos de Madrid triplicar ó cuadruplicar el número de verbenas, y celebrar una en honor de tal virgen, y organizar otra en obsequio de cual mártir, y convertir (pues á eso iremos á parar) en noches de verbena todas las noches del ardoroso estío... y que se fastidien los santos cuya festividad se celebra en cualquiera de las demás estaciones.

Desde luego salta á la vista que hay en esto una irritante desigualdad en el reparto de honores tributados á los habitantes de la corte celestial, que deben ser iguales ante la ley y ante las verbenas para todo fiel cristiano. Santo y muy bueno que los cristianos todos celebren, cada cual á su modo, el aniversario del Mesías; pase que se venere y consagre lo que reza la copla:

Tres jueves hay en el año
que relucen como el sol:
Jueves Santo, Corpus Christi
y el día de la Ascensión.

Concedo más: es decir, yo no concedo nada; pero, vamos, empleo esa frase hecha en uso de mi derecho. Concedo que cada pueblo tenga su patrón y que Madrid honre al suyo, al *Santo Isidro*, hartándose de tortillas y de vino en la Pradera, y comiendo hasta atiborrarse *torraos* y *pasas* y rosquillas de la tía Javiera; pero San Antonio, San Juan, San Pedro y Santiago, ¿por qué han de tener verbena? Y si ellos la tienen, ¿por qué no han de tenerla San Silvestre, San Antero, San Tito y San Telesforo, que se son tan santos como los otros? Y no se me diga que ya en honra y gloria de esos y de los demás santos come nuestro pueblo buñuelos, puches y castañas asadas en el primero de noviembre, en que nuestra Santa Madre la Iglesia conmemora la festividad de *Todos los Santos*; porque en eso diré yo que si los hartazgos de buñuelos de viento y de aguardiente valen y bastan para honrar á los santos del almanaque, y aun á todos los que contiene el martirologio de Pirala, también deben valer y bastan para San Juan, San Pedro, San Lorenzo y San Cayetano.

Allá cuando la villa y corte de Madrid, para no tener nada, ni agua tenía; en aquel Madrid de las manolas y los chisperos, que nosotros sólo hemos visto mal pintados, como siempre, en el teatro; en que no había ni paseos, ni fuentes, ni diversiones, ni espectáculos; claro es que la verbena llegaba á satisfacer una necesidad del vecindario, una especie de desahogo á las expansiones contenidas de la muchedumbre; pero ¡ahora!... ¡Pues si justamente lo que sobran en Madrid son diversiones y recreos para que nos vengan con verbenitas!

Lo que había de suceder ha sucedido: no podía por menos. En el año anterior los organizadores de esas fiestas, por amor propio, por puntillo de honra, les prestaron, haciendo grandes esfuerzos y sacrificios, una animación artificial que les daba carácter de manifestación popular espontánea. Se trataba, por otra parte, del primer año y es sabido que la novedad atrae siempre; pero en este año, como ni existe ese atractivo ni los esfuerzos podían repetirse, al menos con igual intensidad, las verbenas han resultado deslucidas, los periódicos no han consagrado muchas columnas á describirlas, y el entusiasmo ficticio ha quedado á *cero*. Ha sucedido en esto algo parecido á lo que sucedió cuando, hace ya algunos lustros, intentó el Ayuntamiento de Madrid establecer una feria en mayo. ¡Donosa pretensión! ¡Cuando mueren de languidez, y de anemia, y de anticuadas, las ferias de San Mateo, querer que se arraiguen las de San Isidro!

Madrid, el bazar permanente de toda Castilla, y casi de toda España, no necesita feria; mejor dicho, es una feria permanente, de todos los días y de todas las horas. Las ferias artificiales y anacrónicas de mayo murieron al año siguiente de haberse establecido, y aun las sobreviven las enfermizas, enclenques, achacosas y moribundas ferias de setiembre, que van arrastrándose, como las verbenas á que antes me he referido, por la fuerza de la tradición, por impulso de la costumbre inmemorial.

Pero las verbenas nuevas, las que nacieron en el verano pasado, ni tienen razón de ser, ni podían vivir, y ni son ya ni han vivido. No han existido, como dijo el poeta, de la flor,

l'espace d'un matín

sino el espacio de una noche.

No ha podido ser más justificada, ni más rápida su decadencia. Astros singulares cuyo orto casi ha coincidido con el ocaso.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Julio, 1890.

UN BOCETO

I

Se tendía sobre los almohadones azules de su elegante berlina, mascando una oscura breva, y miraba estúpidamente por el cristal, mientras sus soberbios overos le arrastraban desde la Bolsa al Congreso.

La fantasía de las gentes refería de él historias deshilvanadas y oscuras, distintas según el narrador: en el Congreso decían que fué un perdis empleado en Cuba, donde, sin saberse cómo, pasaron á sus manos miles de pesos, que en Nueva York trasformó en millones de pesetas; en la Bolsa referían cómo fué negrero y bandido en tiempos borrascosos; en los círculos murmuraban detrás de su nombre un largo rosario de horrores; y en los cafés y en todas partes contaban cosas espantosas. ¿Era verdad todo? Zariena era honrado, exageradamente formal y caballero; nunca hizo con nadie, á espaldas de su posición y de sus millones, tratos de esos que el decoro deja en la sombra; era caritativo, cariñoso con sus hijitos y amantísimo con su mujer; en la Bolsa jugaba limpio; su inmensa fortuna la tenía en fincas y en acciones, y en metálico una enorme cantidad en su cuenta corriente del Banco. Su presente era despejado, limpio, franco: su pasado ¿cómo habría sido?

Todos le envidiaban: esa raza de desventuradas mujeres que á través de los éxtasis del amor columbran montañas y arroyos de oro, soñaban con su tren, su hotel y con los caudales cerrados en su caja; el ambicioso le hubiera robado su acta de diputado; el oscuro y vulgar zote, su nombre famoso; el hortera, su crédito; el politiquillo ruin, su colosal influencia; y Martín Zurrieta, el apuesto teniente de húsares, si le dejaran, le robaría su linda y desdeñosa mujer. ¿Envidiaría Zariena á alguien? Tal vez no; quizás sí.

Su figura altiva, olímpica, era como modelada de intento para resistir las oleadas traidoras de la calumnia y los viles mordiscos de la envidia. Era alto y grueso, de recios brazos, de sólidas piernas, de amplias espaldas: elegante y apuesto, de modales desenvueltos, con arrogancias de grande de España y altivez de monarca ó dios pagano. La cabeza, aquella parte donde reside lo más grande y hermoso de la arcilla humana, era pequeña; y la cara, esbozo de la conciencia de las criaturas honradas, antipática. Los ojos eran dos pupilas enterradas en dos hoyos cavados á la sombra de espesas cejas; la nariz chiquita, remangada, insolente; la boca, oculta en su enmarañada y cerdosa barba de un negro sucio, ceniciento; corto el cuello y rojo como las manos y las mejillas; abultado el pecho denotando pulmones de toro... Aquella hermosa figura de Hércules pedía otra cabeza.

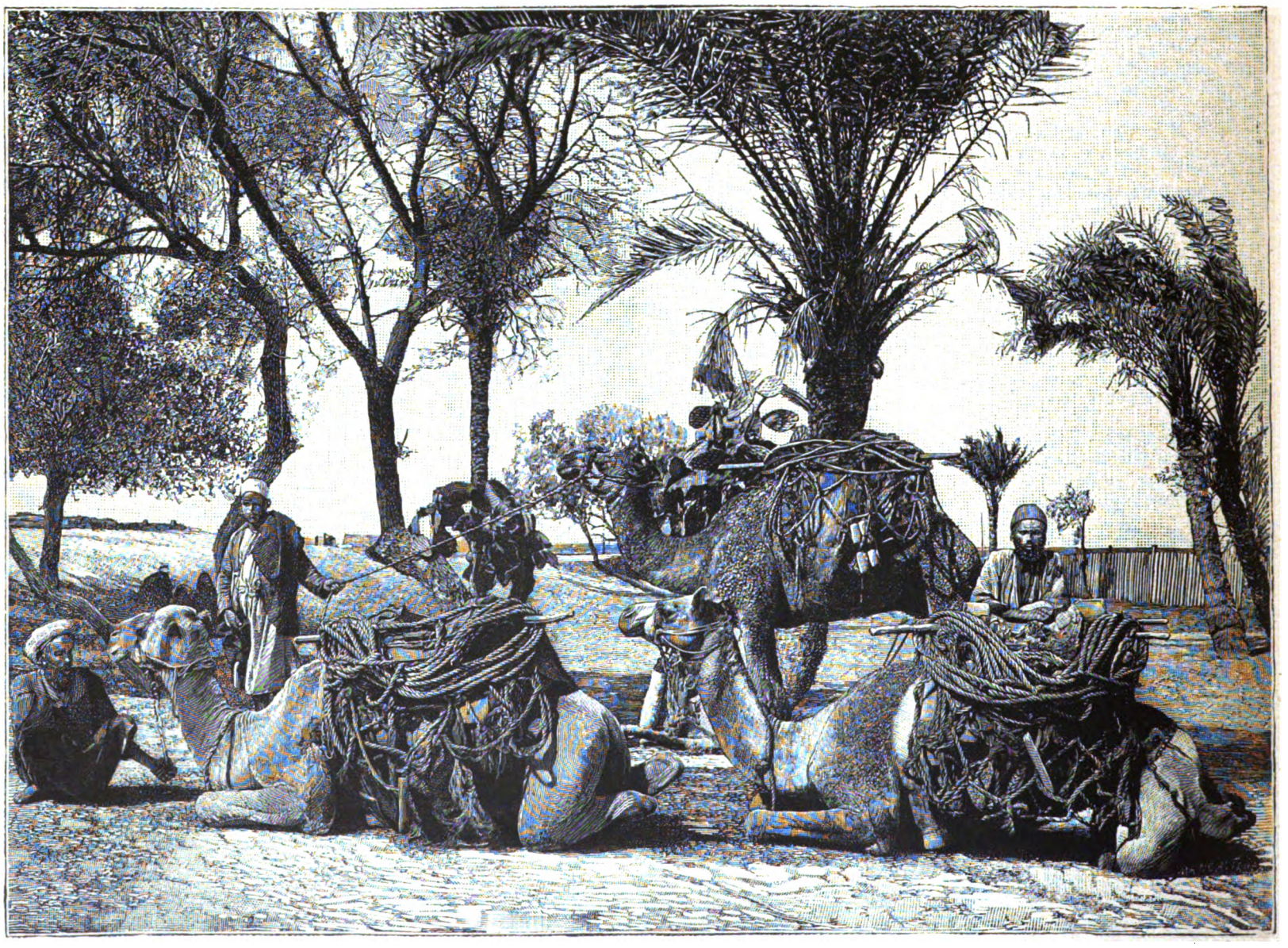
Vestía con gusto, ostentosa y ricamente. Sabía envolverse en su gabán de pieles como un senador en la toga, y se encasquetaba la chistera y movía el junco como un gomoso. Hombre de negocios, de acción, calculador y reflexivo, no era orador: hablaba poco, pero claramente; y, moviendo los brazos con estudiada acción, intentaba suplir con ademanes su falta de retórica, y lo conseguía.

Vivía como un príncipe, como un nabab. Te-

Digitized by Google

LA EXPEDICION DEL INGENIERO ROBECCHI AL DESIERTO DE AMMON

CAMPAMENTO DE ROBECCHI EN EL DESIERTO LÍBICO



CAMELLOS Y CAMELLEROS DEL CAIRO

Digitized by Google

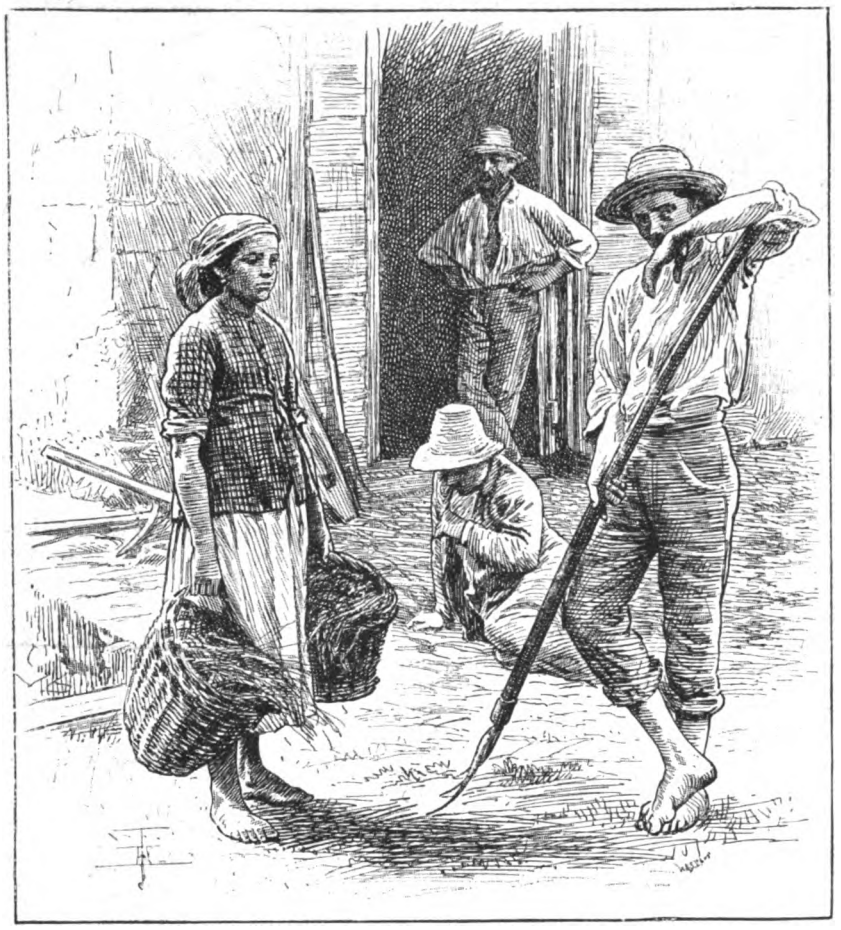
DONCELLA DE FRANCIACORTA

NIÑOS DE FRANCIACORTA SOBRE UN CARRO DE LABRANZA

Digitized by Google

nía su plaga de hambrientos parásitos. Daba en su palacio bailes y cenas que eran festines, y giras y cacerías en sus cotos. Se dejaba arrastrar y envolver por el alegre turbión del gran mundo, arrastrando con él á los suyos. Y aquel mundo realmente fantástico, con sus destellos de diamante, sus reflejos de oro, sus tornasoles de seda y el vértigo de los placeres infinitos, no borraba la dura expresión de su rostro ni desarrugaba su frente, no tranquilizaba su mirada inquieta ni hacía sonreir á su boca, contraída con expresión de desdén.

Huraño, cejijunto, opaca su pupila, contento pocas veces, triste y abatido otras muchas, escondía en los repliegues de su conciencia el secreto de una tragicomedia vulgar, sin lágrimas ni escandalosos aullidos de desesperación, sin



LABRADORES DE FRANCIACORTA

alegres risotadas ni vocerío de gentes contentas ó bullangueras...

Este es Javier Zariena, el hombre de mi novela.

BERNARDO MORALES SAN MARTÍN

(De la novela inédita *La razón social Rinconete y Cortadillo.*)

LA PRIMERA PIEDRA

Rica de juventud y de hermosura
fuistes al baile ayer, bella Violante,
ostentando entre flores un brillante
de tu seno rival por la blancura.
Como ofrenda de amor sencilla y pura
lo codiciabas trémula y amante;
mas yo sé que, aunque torpe y vacilante,
de él y de ti la sociedad murmura.
Sólo al ver desplomado un edificio
arraiga allí la trepadora yedra,
que es á la par su adorno y su cilicio.
Si el fulgor del brillante no te arredra
¿será que, en ruinas tu virtud, el vicio
puso en tu pecho la primera piedra?

MANUEL DEL PALACIO

LA MADRE DE LOS POBRES

—Desdichado pordiosero,
¿dónde vas?
—Voy á buscar una puerta
que me dé cama en su umbral:
estoy débil y rendido:
necesito descansar.
—Hace mucho frío... mucho...
—Para mí siempre está igual:
no tengo ropa, ni mesa,
ni un hogar
que me libre de la helada,
la lluvia y el huracán.
Lo que más echo de menos
es cariño maternal:
según me han dicho otros niños,
el amor de madre da
gozo, alegría y consuela
y alimenta más que el pan.
—¿No conoces á tu madre?
—Yo no la he visto jamás,
pero sé que de pequeño
se ocupó de mí, quizá,
cuando me llevó á la Inclusa
ó me arrojó á un muladar.
Mas yo no hago caso de ella,
pues tengo otra madre ya.
—Dime su nombre, chiquillo.
—Mi madre es la Caridad.

EDUARDO VILLEGAS

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS

¡TODOS Á LAS BOMBAS!
Cuadro de H. Tuke

Profunda impresión deja en el ánimo la contemplación de esa obra. La tempestad ha destrozado el velamen del pobre barco, las olas amenazan con tragárselo, y el agua penetra á torrentes á bordo. El capitán manda *achicar*, y los marineros acuden á las bombas, luchando contra el invasor elemento. No hay en ese cuadro un solo detalle que no esté lleno de terrible expresión: las figuras están hablando, y el mar y el cielo aparecen con siniestro aspecto, resultando de todo ello un conjunto de admirable realidad.

BORDADOS IRLANDESES

No han sido pocos los filántropos que han imaginado cómo podría remediarse en algo la crónica miseria de Irlanda, habiéndosele ocurrido á uno de ellos, Mr. Harts, la idea de implantar en algunas localidades la industria del bordado, de tan brillante tradición en la Verde Erin. Instituyó, pues, una escuela de aquella clase en Donegal con el propósito de restaurar el decaído arte del bordado irlandés; y no sólo eso, sino que creó un nuevo género, llamado *Kells*, de carácter muy decorativo. El material empleado es el lino, y los dibujos están tomados de los manuscritos célticos.

Los resultados han sido muy halagüeños, pudiendo verse algunos de los modelos en nuestro número de hoy.

EL ARTE ESPAÑOL

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES DE 1890

RETRATO DE NIÑO, *por D.ª Antonia de Bañuelos.*—¡HUÉRFANOS!, *cuadro de Francisco Cabrera*

Figura la aristocrática autora del *Retrato* entre los mejores artistas españoles contemporáneos, revelándose en sus obras la influencia del célebre Chaplin, con la elegantísima factura y la gracia delicada del maestro.

¡Huérfanos!, del Sr. Francisco Cabrera, mereció con justicia los unánimes elogios de la crítica, que no es poco decir; y, en efecto, vese en esa obra no sólo la observación profunda de un pensador, sino también el brioso empeño de acometer una obra de alto vuelo, castizamente española, moderna y llena de palpitante sentimiento.

EL ARTE ITALIANO

TEODORA

Cuadro de Sanctis

Gozaba la emperatriz de Bizancio de la más perfecta tranquilidad de ultratumba, conocida casi solamente de algunos eruditos, cuando vino Sardou á convertirla en celebridad, habiéndose, desde entonces, acabado la apacible calma en que yacía allá en los mosaicos de la catedral de Rávena. La crónica escandalosa dióse á trompetear sus vicios de cuando era *mímica* del Circo, y sus crueldades y altanerías de cuando el señor Justiniano, emperador, la llevó al trono. De Sanctis, poseído del drama de Sardou, ha representado á la emperatriz en pleno bizantinismo, aunque creemos difícil que una señora tan virtuosa y recatada como quería aparentar que era, así que fué esposa del gran revolvedor de papelotes, se dejase ver nunca de la manera *negligée* con que la vemos en ese cuadro.

LA EXPEDICIÓN DEL INGENIERO ROBECCHI AL OASIS DE AMMON

El viaje del ingeniero italiano Robecchi-Bricchetti al Oasis de Syuah, ó de Ammón (1885), es uno de los más importantes que hasta el presente se han realizado. En nuestros grabados de hoy puede verse el aspecto que ofrece el punto de partida de las caravanas que se dirigen al Desierto Líbico, el cual punto se encuentra en Kerdassa, cerca del Cairo, y el campamento de Robecchi en el expresado Desierto, de regreso ya de Syuah.

En cuanto al oasis de dicho nombre, hállase situado á los 29º de latitud N. y 29º longitud E. del meridiano de Madrid. Mide 55 leguas de largo por 2 ó 3 kilómetros de ancho, y está lleno de lagos salados, cerca de uno de los cuales se levanta un antiguo templo de Júpiter Ammon.

EN FRANCIACORTA (LOMBARDÍA)

A pesar de viajarse tanto en estos tiempos, es raro el que se aventura á visitar otras localidades que las que traen las *Guías*, ya sean la de Johanne, ya las de Boedeker, Tauchnitz, etc.; y, como en esos libros no se encuentra todo, de ahí que permanezcan ignorados muchos sitios en que el veraneo sería una cosa deliciosa.

Prescindiendo de España, cuya mayor parte es verdadera *terra incognita*, aun para nosotros mismos, hablaremos hoy de una preciosa y salutífera comarca italiana llamada *Franciacorta*, que, según cuentan, parece la realización de alguna escena de las *Geórgicas*. Hállase al oeste de Brescia, al sur del lago de Iseo, dominada por los altos picos de los Alpes, y al este del Monte Orfano, teniendo por capital á Rovato. Por su importancia estratégica ha sido Franciacorta teatro de memorables sucesos militares; pero hoy es nada más que un país agrícola, próspero y muy agradable, en el cual se tiene la seguridad de encontrar, durante el verano, al historiador César Cantú, que va á descansar allí de sus importantes tareas.

Digitized by Google

FAMA

No nació cual nace el hongo
mi *jabón:* de amor la llama
le dió el ser y eterna fama
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

El hombre, que se mostraba muy amable, ofreció conducirme hasta Balachulish; pero como esto me llevaría más lejos de mi secreto destino, insistí en desembarcar y salté en tierra en el bosque de Lettermore.

Era un bosque de abedules, los cuales crecían principalmente en la escabrosa falda de la montaña que domina el paisaje. Tenía muchas claras, con un sendero que iba de norte á sur por el centro, donde se veía un manantial. Allí me senté para comer un pedazo de pan de centeno y reflexionar sobre mi situación.

Mucho me molestaban aos mosquitos, pero más dún mis dudas é incertidumbre. ¿Qué debía yo haler y qué iba á buscar en la compañía de un hombre perseguido y acosado, que de un momento á otro podría convertirse en asesino? ¿No sería más prudente volver al sur desde luego con mis propios recursos? Estas dudas me hacían perder la tranquilidad, acusándome más que nunca.

De repente oí un rumor de voces y pisadas de caballos, y muy pronto después vi asomar por un recodo del sendero cuatro hombres que iban uno tras otro porque el camino era allí muy estrecho. Cada uno llevaba un caballo de la brida. El primer hombre, alto y bien vestido, tenía las mejillas muy coloradas y llevaba el sombrero en la mano, dándose aire como con un abanico, porque el calor era sofocante; el segundo, á juzgar por su traje negro y su peluca blanca, parecióme un abogado; el tercero era sin duda un criado; y en el cuarto, cuyas facciones me pareció haber visto antes, reconocí al punto un oficial del Juzgado.

Al ver aquella gente, como yo no tenía motivo alguno para huir, resolví permanecer quieto; pero al acercarse el primer hombre levantéme y le pregunté por dónde podría ir á Ancharn.

Detúvose al verme, y, fijando en mí una mirada penetrante, volvióse hacia su abogado.

—Mungo,—le dijo;—muchos hombres tomarían este encuentro por un mal presagio. Yo voy á Duror para lo que sabéis, y aquí se me aparece un joven para preguntarme por dónde se va á Ancharn.

—Glenure,—contestó el otro,—este no es asunto para chancearse.

Los dos hombres se habían acercado más y mirábanme fijamente, mientras que los otros permanecían á cierta distancia.

—Y ¿qué váis á buscar á Ancharn?—preguntó Roy Campbell de Glenure, pues era el mismo á quien Alan llamaba el *Zorro colorado*.

—A un hombre que vive allí,—contesté.

—Será, sin duda, Jaime de los Valles,—replicó Glenure frunciendo el entrecejo.

—¿Os parece que estará ya reuniendo gente?—añadió dirigiéndose á su abogado.

—De todos modos,—contestó éste,—lo mejor será permanecer aquí hasta que llegue el destacamento.

—Si os referís á mí,—repliqué yo,—os advertiré que no soy partidario de quien habláis, ni de vosotros tampoco, y sí solamente súbdito del rey Jorge, y hombre que no teme ni debe á nadie.

—Muy bien dicho,—repuso el agente;—pero séame permitido preguntaros qué hacéis tan lejos de vuestro país, y por qué buscáis al cuñado de Arsdtriel. Debo advertiros que tengo aquí autoridad, que soy agente del rey en varios de estos dominios, y que me apoyan algunas columnas del ejército.

EN FRANCIACORTA (LOMBARDÍA): LA LABRANZA

—He oído decir, sín embargo,—contesté yo algo impaciente,—que sois un hombre muy duro.

Glenure me miró con expresión de duda.

—Vamos,—dijo al fin;—por lo menos tenéis la lengua muy suelta; pero no me desagradan los hombres francos. Si me hubierais preguntado hace poco tiempo dónde vive Jacobo Steward, os habría indicado el camino, deseándoos buen viaje; pero hoy... ¿Qué te parece, Mungo?—añadió volviéndose al abogado.

En el mismo instante silbó una bala, que sin duda debió partir de la cumbre de la colina, y Glenure cayó en tierra.

—¡Soy muerto!—repitió varias veces.

El abogado dióse prisa á levantarle, sosteniéndolo en sus brazos, mientras que el criado levantaba los brazos en ademán de desesperación.

El herido miró á uno y otro con los ojos muy abiertos, y dijo con voz desfallecida:

—¡Poneos en salvo! ¡Yo soy muerto!—Y quiso entreabrir su chupa como para buscar la herida; pero su mano cayó sin fuerza, y, exhalando un profundo suspiro, inclinó la cabeza sobre el hombro y expiró.

El abogado no pronunció una sola palabra, pero estaba pálido como un difunto. El criado se acercó llorando como un niño, y yo contemplaba el espectáculo poseído de una especie de horror. El oficial del Juzgado había corrido en busca de la trepa apenas oyó la detonación.

Al fin el abogado dejó el cadáver en medio del sendero, y alejóse corriendo como un loco.

Yo creo que esto me hizo volver en mí, pues apenas vi huir al abogado, comencé á trepar por la colina, gritando:

—¡Al asesino! ¡Al asesino!

Tan deprisa subí, que cuando llegué á la cima y pude dominar el espacio descubierto, vi al matador alejándose apresuradamente. Era un hombre alto, que vestía un levitón negro con botones de metal, y llevaba en la mano una carabina.

—¡Aquí está!—grité.—¡Yo le veo!

Al oir esto, el asesino volvió ligeramente la cabeza y comenzó á correr. Un momento después desapareció entre la maleza, mas á poco le divisé de nuevo en la parte más alta, trepando como un mono. A los pocos minutos se perdió de vista.

Yo había corrido también mucho, y estaba bastante lejos, cuando una voz me gritó que me detuviera.

Al volver la cabeza vi á mis pies toda la parte descubierta de la colina. El abogado y el oficial, situados en medio del camino, gritábanme y me hacían señas para que volviese, y por la izquierda vi las casacas rojas de los soldados, que acababan de llegar á la parte baja del bosque.

—Y ¿por qué he de volver?—grité.—¡Venid vosotros!

—¡Diez libras si cogéis á ese joven!—exclamó el abogado volviéndose á los que le rodeaban.—¡Es un cómplice, y estaba aquí para entretenernos!

Al oir estas palabras, aunque no iban dirigidas á mí, sino á los soldados, experimenté un nuevo espanto, pues veíame expuesto no sólo á perder mi vida, sino también mi honor; y todo esto había pasado tan rápidamente que no sabía qué hacer.

Los soldados comenzaron á diseminarse, y algunos de ellos á correr, mientras que otros me apuntaban, sin que por esto me moviera de mi sitio.

—Penetrad entre los árboles,—dijo una voz cerca de mí.

Sin saber lo que hacía obedecí al punto, y en el mismo instante varias balas silbaron entre los abedules.

A pocos pasos encontré á Alan Breck, que llevaba en la mano una caña de pescar. Sin saludarme, pues no había tiempo para cumplidos, díjome que le siguiera, y comenzó á correr en dirección á Balachulish, siguiéndole yo de cerca.

Así recorrimos un considerable espacio, de-

Digitized by Google

teniéndonos á veces detras de las piedras, y trepando otras como gatos. Aquel camino era infernal. Parecíame que el corazón se me iba á saltar del pecho, y no tenía tiempo para pensar, ni podía hablar tampoco. Sólo recuerdo que me admiró mucho que Alan, deteniéndose á intervalos, se empinase cuanto le era posible para mirar hacia atrás; y cada vez que lo hacía oíanse los gritos de los soldados.

Un cuarto de hora después Alan se detuvo, sentóse junto á un brezo, y me dijo:

—La cosa va de veras. Haced como yo para salvar vuestra vida.

Y, levantándose al punto, continuó su carrera con la misma rapidez, aunque con mayor precaución, á través de la montaña, por el mismo camino que habíamos venido, pero á mayor altura.

Al fin Alan llegó á la parte superior del bosque de Lettermore, donde le había encontrado primero, y echóse entre la espesura jadeando como un perro.

Me dolían tanto las piernas, estaba tan aturdido y tal era mi sofocación, que me dejé caer como muerto á su lado.

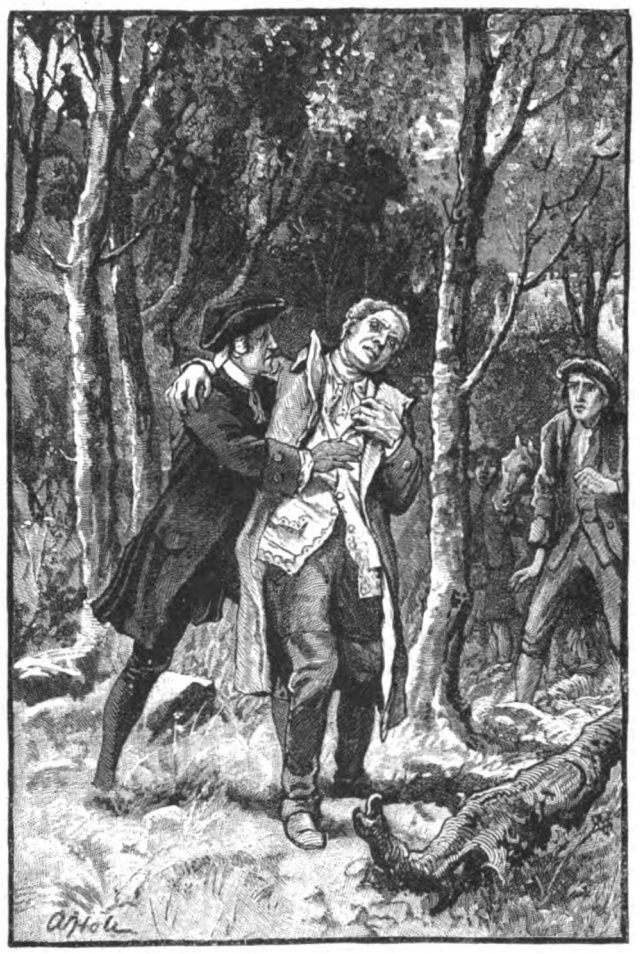
CAPITULO XVIII

CONVERSACIÓN EN EL BOSQUE DE LETTERMORE

Alan fué el primero que volvió en sí. Levantóse sin decir palabra, se dirigió al lindero del bosque para explorar con la vista los alrededores, y volvió á sentarse.

—Parece que os hallabais en grave apuro,—dijo después de una pausa.—¿No es verdad, David?

No contesté una sola palabra, y ni siquiera alcé la cabeza. Había visto asesinar en mi presencia á un caballero, precisamente el mismo que Alan odiaba; había visto después á mi antiguo compañero deslizándose entre los árboles como si huyera de las tropas; y bien fuera su mano la que hizo fuego, ó solamente su cabeza la que dirigió el plan, el resultado no dejaba de ser un crimen. El único amigo con quien yo contaba en el país aparecíase á mis ojos como un asesino y me inspiraba horror. Ni siquiera me atrevía á mirarle, y hubiera preferido estar en mi isla desierta que en aquel cálido bosque junto á un asesino.



—¡Pocos en salvo! ¡Yo soy muerto!

—Estáis todavía cansado?—me preguntó Alan, interpelándome por segunda vez.

—No,—contesté sin levantar la cabeza;—ya he descansado y puedo hablar, aunque solamente para deciros que debemos separarnos. Os apreciaba mucho, Alan; pero vuestra manera de proceder no será seguramente agradable á Dios ni á mí tampoco, y por eso debemos irnos cada cual por su lado.

—Yo no me separaré de vos,—repuso Alan con gravedad,—sin que me deis una razón para hacerlo así. Si sabéis algo que pueda perjudicar á mi reputación, lo menos que podéis hacer, en nombre de nuestra antigua amistad, es decírmelo desde luego; y si es que os desagrada mi compañía, quiero saber si debo darme por ofendido.

—¿Qué significan esas palabras, Alan?—pregunté.—Bien sabéis que el cadáver de un Campbell yace en medio del camino sobre un charco de sangre.

Alan permaneció silencioso un instante, y después repuso:

—Estoy pensando, Sr. Balfour, que tal vez no reflexionáis sobre lo que decís.

—¡Cómo!—exclamé yo.—¿Pretendéis no haber tenido parte en ese acto?

—Comenzaré por advertiros francamente, Sr. Balfour de Shaws, como debe hacerlo un amigo con otro, que si yo tratase de matar á un caballero no lo intentaría en mi propio país, produciendo así una perturbación á mis parientes y amigos. Además, en semejante caso, no olvidaría mi espada y mi carabina, y bien veis que solamente llevo una caña de pescar.

—Eso es verdad.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de **VIVAS PÉREZ**
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirosis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.— De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona

LA FUERZA DEL DESTINO
POR
A. PEDROSO DE ARRIAZA
Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

Perfumería 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

R. MOLINAS - EDITOR
Barcelona: Cortes, 365
LA SAGRADA BIBLIA
ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA DE LOS MÁS SABIOS Y DISTINGUIDOS AUTORES BRITÁNICOS

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 75, 1.º izq.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 23 de agosto de 1890	Núm. 399

RETRATO, POR H. WELLS

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Crónicas de verano*, por Kasabal.—*A la memoria de Mme. Ackermann* (soneto), por Alfredo Opisso.—*El que á hierro mata...* (conclusión), por Luis de Val.—*Cantares*, por Benito Blanco Fernández.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*El árbol santo*, por Antonia Opisso.—*La huérfana* (poesía), por Pelayo Vizuete.—*Amagos*, por A. Sánchez Pérez.—*Recuerdos de la coronación de Zorrilla*, por Salvador Rueda.—*Mal de amores* (poesía), por Manuel Millás.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte inglés:* Retrato, por H. Wells.—El doctor Carlos Pellegrini.—El valle de Kakiminetas.—Gerona.—*El arte francés:* Bernesa. Adriano.—*El arte español:* El panegírico del Santo. En el coro.—El traje inglés en tiempo de Hogarth.—*Escenas de Shakespeare:* Troilo y Crésida. Piramo.—Guy de Maupassant.

CRÓNICAS DE VERANO

Una colonia aristocrática.—De las mujeres, del juego y de la administración ultramarina

ZARAUZ es un delicioso rinconcito de la provincia de Guipúzcoa donde se refugia todos los años, para pasar el verano, una gran parte de los que figuran en la *Guía de forasteros*.

—¿De quién es ese palacio de torrecillas feudales y gran puerta coronada con complicado escudo?

—De los marqueses de Narros,—le contestan.

—¿Y aquel de extenso parque á la inglesa con juego de *lonw-tennis* sobre la verde pradera?

—De los duques de la Unión de Cuba.

—¿Y aquel que muestra todas las coqueterías del estilo moderno?

—De los marqueses de Linares.

—¿Y aquel otro suntuoso en el que se une en grato consorcio á lo antiguo lo moderno?

—Ese es el sitio donde pasa los veranos una dama de grande hermosura y de peregrino ingenio: la condesa de Guaquí, duquesa de Villahermosa. En este encantador recinto se han celebrado notables fiestas, y todavía están en la memoria de muchos unos cuadros vivos donde se lucieron muchas bellezas.

En Zarauz forman un grato consorcio, para animar el paisaje, el campo con su verdura, en la que se destacan los blancos caseríos, y el mar con sus olas y sus espumas.

El chalet de los condes de Villapadierna, que corona una altura, parece una construcción Suiza.

En el gran hotel de la playa están los duques de Lecera, la marquesa de Esquilache, los condes de Pinohermoso. Allí encontré no hace muchos días á un antiguo conocido de los lectores de LA ILUSTRACIÓN, al original y siempre ingenioso *Fernanflor*.

—Me ha gustado esto,—me dijo;—el paisaje es precioso, el clima muy agradable, en el hotel dan un trato excelente; pero me voy corriendo.

—¿Por qué?

—Porque para vivir aquí hay que ser cuando menos título de Castilla.

En efecto, en Zarauz los trajes de baño deben estar marcados con coronas.

El ferrocarril no ha ido todavía á democratizar aquella playa, una de las más hermosas de la provincia de Guipúzcoa; y las perfumadas magnolias de sus parques, y las vistosas hortensias de sus jardines, crecen en medio de una atmósfera eminentemente aristocrática.

No pasa esto en San Sebastián: aquí está la corte y hay muchos palacios y hoteles de grandes y títulos, pero la colonia veraniega tiene un carácter eminentemente burgués, y tanto como el sombrerito francés y el extranjero impermeable, se ve por esas calles el pañuelo de crespón negro de la industrial bien acomodada de Madrid que viene á remojarse en la Concha, y las modas un tanto retrasadas de las que de las provincias del interior vienen unos días á hacer la vida moderna del hotel.

La Sra. Pardo Bazán, que en sus notables estudios acerca de la *mujer española* ha señalado el afán de imitar á la dama aristocrática que tiene la burguesa que dispone de alguna rentita, tendría aquí mucho campo para sus observaciones, y hallaría muchos ejemplares de los tipos de la hija de un magistrado con diez retoños, ó de la del labrador con algunos pares de mulas, que se han propuesto á toda costa imitar á la heredera de un título con veinte mil duros de renta.

Y tiene razón la insigne escritora: al pronto se las tomaría por hermanas. El mismo sombrero, el mismo corte de ropa, la misma sombrilla, y sobre todo el mismo aire cándido y desdeñoso, el mismo saludo apretadito y oblicuo; y, sin embargo, una gran diferencia para el observador. Los vestidos se parecen en la forma; pero en el uno se ve la tijera de modista célebre, en el otro el laborioso arreglo hecho á la luz del quinqué de la familia.

Y no sé por qué esto último, que es más meritorio, se quiere ocultar como si fuera un defecto. Quizá se casarían más muchachas de la clase media si los pretendientes supieran que esos trajes, que tanto les gustan bajo el punto de vista estético pero que tanto les asustan bajo el punto de vista económico, se compusieron en casa haciendo prodigios de habilidad para combinar telas, adornos y colores.

***

Una de las cosas que las señoras de la clase media creen que es de muy buen tono es jugar, y ellas son las que principalmente rodean las mesas de los *caballitos* y del *dominó* con gran contentamiento de los explotadores de esas ruletas disfrazadas.

Hubo un tiempo, si es cierto lo que dicen los señores marqueses, en que, en efecto, el juego de azar tenía un gran puesto en los salones, y no había sarao sin su mesa de banca; y aun algunas tertulias, presididas por damas que conservaban restos de belleza, bajo el pabellón de algún nombre conocido se consagraban por completo al juego. De estas tertulias era el tipo de la intendenta viuda ó de la gran señora que había venido á menos y que estaba siempre dispuesta á manejar una *vaca* que no prosperaba nunca ó á echar el resto en un *entres* que saltaba siempre. Pero esto desapareció afortunadamente, como los tirabuzones, como las niñas románticas y como los moderados; y hoy no conocemos á la *cuca* de buen tono y de larga historia como las conocieron los contemporáneos de las constituciones de 1836 y 1845.

Hoy el nacional tresillo y exótico *bezigue*, un tute disfrazado para darse tono, son los únicos juegos que se conocen en los salones, y el azar no toma parte en las tertulias.

Esta costumbre de jugar á los caballitos, al ferrocarril, ó á alguna combinación nueva, en casinos de las playas, es completamente extranjera, y la abuela que se quedó en tierra de Campos ó en Extremadura, y que no jugó en la vida nada más que algún ochavo á la *Perejila* ó algún céntimo á la lotería de cartones, se quedaría asombrada al ver la facilidad con que sus nietas ponen pesetas en las casillas por donde pasa con rapidez vertiginosa la raqueta del *gurupie*.

***

Hoy desde San Sebastián se podrían escribir algunos artículos acerca de la moralidad de la administración en Cuba. Dicen que el que más fuertes sumas apunta en el casino y el que más altas bancas talla, es un empleado de la aduana de la Habana que no estuvo allá mucho tiempo.

Este tipo del empleado que vuelve rico de Ultramar y que se deja una fortuna en el tapete verde, es muy frecuente en nuestros casinos y especialmente en el de Madrid. Allí se ven en todos los cambios de situaciones. Llegan muy flamantes: cadena de reluciente y labrado oro sobrecargada de costosos dijes se destaca sobre su chaleco, espléndido brillante luce en su dedo pequeño de la mano izquierda y brilla con irisados reflejos el alfiler de su corbata. El hombre vuelve hecho un escaparate de casa de Marzo ó de Ansorena. Yo creo que lo primero que hace el que comete una irregularidad en Cuba es comprarse una sortija y, después que se ha equipado bien de joyas, acumular dinero para jugarlo en el casino de Madrid.

Por el salón de juego de la derruída casa de la Carrera de San Jerónimo, y por el de la calle de Alcalá, que la sociedad va á abandonar muy pronto, ha pasado más dinero de Cuba y Filipinas que por el tesoro de la nación.

Y no es sólo que el que vuelve se hace jugador, sino que muchas veces las influencias políticas mandan allí al jugador á buscar dinero. Lo que viene por el camino del fraude se va por el camino de la baraja: el que ha ganado un capital á fuerza de trabajo y de inteligencia no lo expone á los caprichos de la suerte ó á las asechanzas de la trampa. Hay muchos que juegan lo suyo, es indudable; pero son los que lo han heredado, no los que lo han adquirido.

Los garitos más ó menos elegantes de las grandes capitales son siempre perniciosos, pero allí están en su centro: á lo que no he podido nunca acostumbrarme es á ver las salas de juego al lado de los espectáculos grandiosos de la naturaleza, como sucede en Biarritz, donde llegan majestuosas las olas á romperse en espumas al pie de la sala donde se juega, y como sucede aquí en San Sebastián.

El cronista tiene que ir á todas partes donde hay algo digno de estudio, como el médico tiene que ir todas partes donde hay algo que curar. Yo estaba, una de las tardes pasadas, á la hora del crepúsculo, en la sala de juego del casino de San Sebastián. Por los balcones se veía el hermoso espectáculo de la Concha, coloreada con los brillantes y tornasolados matices de nácar como un lago de Italia; allá á lo lejos se veían volver las barcas de los pescadores cargadas con lo que habían recogido exponiendo la vida en medio de las olas para ganar el sustento de su familia; más cerca, en los buques de guerra de nuestra escuadra, ondeaba gallardamente la bandera de la patria, á la que hacían centinela bravos marinos, fieles guardadores del honor nacional. Como en la primera décima de la admirable canción de Bernardo López García al *Dos de Mayo*, se confundieron el eco de la campana y el estampido del cañón: las campanas elevaban al cielo el toque del Ave María, y los cañones señalaban la hora de arriar la bandera y de recogerse en los barcos.

¡Con qué anhelo se oirían aquellos toques en el hogar de los pescadores que avanzaban en las lanchas!

Cuando me separé del balcón desde donde había contemplado tan hermoso espectáculo, vi levantarse de la cabecera de la mesa de juego un hombre pálido que se dejaba sobre el tapete una gran cantidad de fichas y billetes que otro recogía en un cestillo.

El hombre que se levantaba perdiendo, era el que me habían dicho que había desempeñado un alto cargo en Cuba. Sin aventurar juicios muy temerarios se podía asegurar que no era todo aquel dinero fruto del trabajo. Sin querer volví la vista hacia el sitio donde estaban los marinos que defienden nuestra bandera y por donde volvían los pescadores de ganarse su vida, pensando en que gran parte del dinero que veía sobre la mesa pertenece á la nación que los unos defienden y debían emplearse en obras que mejorase la situación de los otros.

Pero ¿qué se ha de hacer? Digámoslo en italiano para mayor consuelo: ¡*Cosi va il mondo, bimba mia!*

***

En las aguas de San Sebastián hay en estos días dos *yachts*, y los dos pertenecen á opulentos capitalistas de Bilbao: uno al Sr. Martínez Rivas y otro al Sr. Chavarri. El *yacht* es el signo mayor de opulencia que puede darse. Un palacio en tierra lo tiene cualquier capitalista: un

Digitized by Google

palacio flotante lo tienen muy pocos, porque se necesita una gran renta para sostenerlo. En España no recordamos más que los dos que están aquí y el de los Heredia de Málaga. Y es que, por más que digan, somos muy pobres, y el poco dinero que hay está en manos que no saben gastarlo.

KASABAL

Á LA MEMORIA DE MME. ACKERMANN

fallecida recientemente cerca de Niza

Vivistes en silencio, pura, austera,
sin saber qué era amar ni ser hermosa;
viviste como santa *Dolorosa*
para quien ningún mal extraño era.
Siempre tu frente se mostró severa,
fruncida por la idea tenebrosa
del mal que al hombre sin cesar acosa
desde el nacer á su hora postrimera.
Tú repetiste el desolado grito
que el náufrago del mundo lanza en vano,
y tuviste el amor por un delito,
y altanera retastes al tirano,
y en tus versos de lava y de granito
al fin su lira halló el dolor humano.

ALFREDO OPISSO

EL QUE Á HIERRO MATA...

(CONCLUSIÓN)

La noche era lluviosa.
El frío helaba la sangre en las venas.
Una mujer envuelta en negro mantón y el velo echado sobre el rostro, bajaba por la Costanilla de San Andrés en dirección al viaducto de Segovia.

Cuando llegó á él miró recelosamente á su alrededor.

A nadie se veía.

—¡Dios mío, perdón!—murmuró la tapada.

Y encaramándose con bastante ligereza sobre la barandilla, fué á arrojarse.

Pero en aquel momento un hombre como brotado de la tierra se abalanzó sobre la infeliz mujer.

—¡Desgraciada!—exclamó á tiempo que con todas sus fuerzas la contenía.—¿Qué iba V. á hacer?

La tapada no contestó.

Sorprendida por la presencia de aquel hombre, no sabía qué decir.

La luz de un farol daba de lleno en el rostro del desconocido.

—¡Dios mío! ¡Diego!—exclamó de pronto la pobre mujer mirando fijamente á su salvador.—¿Eres tú? ¡Ah! ¡Diego precisamente!

Y se desmayó.

En efecto, Diego era quien había salvado á su antigua amada.

Cuando ésta volvió en sí y logró que el pobre cesante la conociese, exclamó:

—La justicia de Dios es infalible. El que á hierro mata á hierro muere. Yo te olvidé porque otro rostro me cegó con su belleza. Hoy... hoy buscaba yo la muerte porque me abandonan á mí.

—¡Todavía te amo, María de mi alma!—exclamó Diego.

—Pero hoy es imposible nuestro amor.

—¿Y si algún día lo fuese?

—¡Oh! Entonces...

Y dos lágrimas expresaron lo que la infeliz joven no acertó á decir.

Jacinto murió pocos días después víctima del alcoholismo.

Su ser, lodazal humano, fué á convertirse en cieno con el cieno.

Medio año después, en una de esas hermosas mañanas de abril en que natura toda sonríe, salían de la iglesia de los Calatravas dos recién casados.

A pesar de no contar muchos años, sus rostros demostraban una prematura vejez, bien que, dado lo horroroso de sus facciones, difícil era poder asegurar los años que contarían.

Iba la amante pareja sola y á pie.

Tan pobres eran que ni para pagar un coche tenían en tan solemne día.

Al salir, algunos necios hicieron burla de ellos.

Pero los dos esposos, despreciando á los que tal acción cometían, se dirigieron por la calle de Alcalá hacia el Prado murmurando:

—¿Me amas, Diego mío?

—Sí, querida María.

—¿Me perdonas?

—No digas eso.

—A ti debo la vida y á ti mi felicidad en lo que me resta de vida.

—Más feliz soy yo, que al fin te puedo llamar mi esposa.

—¿No te enoja mi pasado?

—Yo no creo ya más que en lo presente, en mi ventura. Yo te amaba, y al amarte no ambicionaba tu ser sino tu cariño. Hoy lo tengo, y sólo deseo tener la seguridad de que al mirar mi deforme rostro no te pesa la bendición que acaba de echar el sacerdote sobre nosotros.

—Aunque tarde, por nuestra desgracia, comprendo, Diego mío, que no hay mayor hermosura ni más imperecedera que la hermosura del alma.

Y después de estas palabras los dos esposos se estrecharon las manos con el frenesí de la verdadera pasión.

LUIS DE VAL

EL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI

PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

CANTARES

Rebañando una escudilla
cantaba un pobre á mi puerta:
—¡Qué sabrosos son los guisos
del fogón de la indigencia!

Por la pendiente del mundo
todos vamos descendiendo:
los que la bajan rodando
son los que llegan primero.

—

Ayer eras pobre, hoy rica:
no envidio, niña, tu suerte,
que no son claras las aguas
de los ríos cuando crecen.

—

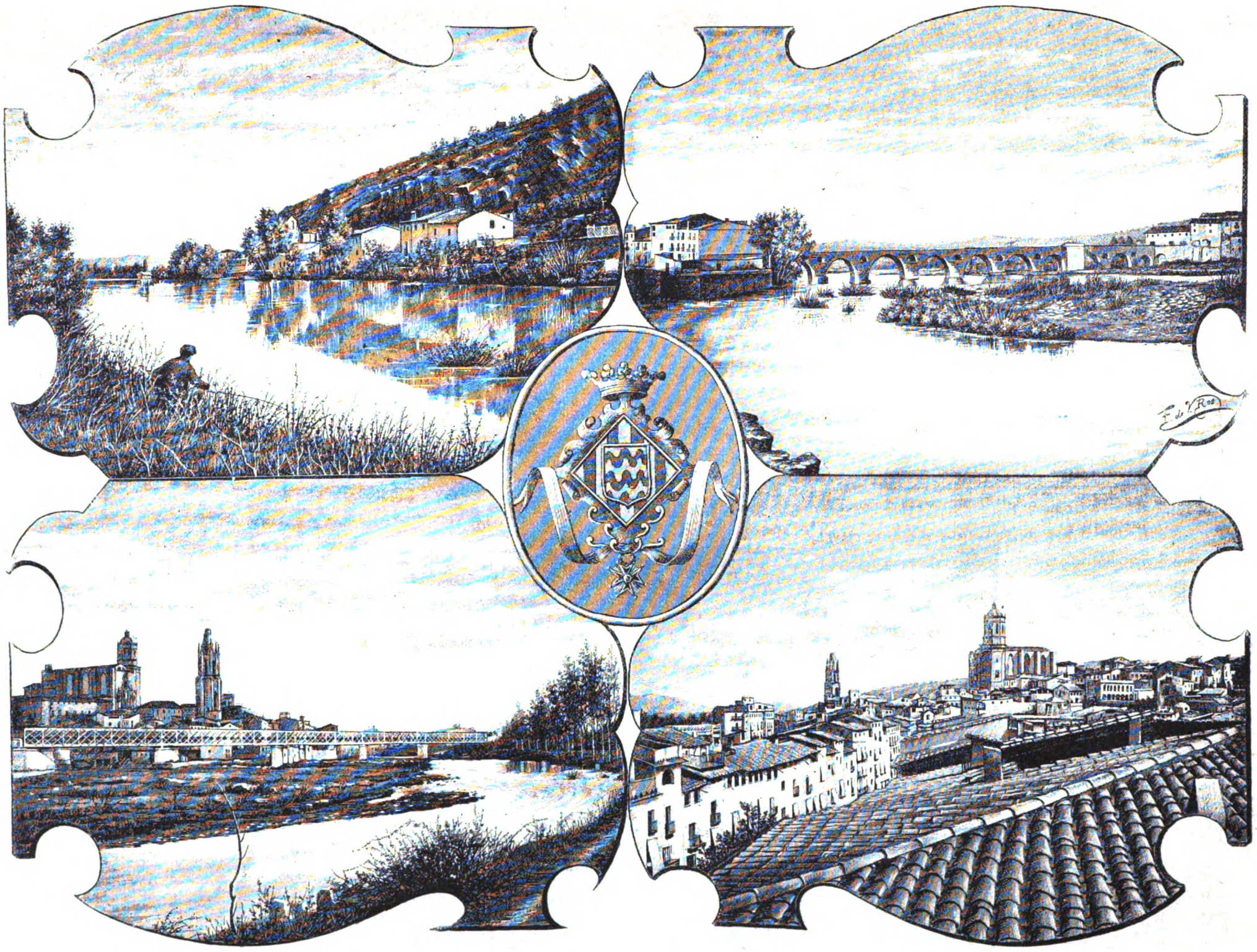
Ten presente que en la vida,
según lo ha dispuesto Dios,
la medida del placer
sólo la tiene el dolor.

BENITO BLANCO FERNÁNDEZ

Digitized by Google

ESTADOS UNIDOS: EL VALLE DE KASKIMINETAS, EN LOS MONTES ALLEGHANYS

Digitized by Google



GERONA: EL TER.—PUENTE DE PIEDRA.—PUENTE DEL FERROCARRIL. (Dibujo de F. de V. Ros)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

(CONTINUACIÓN)

10 de enero.—Comienzo por confesar que en los apuntes escritos ayer hay cierto artificio, además del diálogo. Consiste en haber ocultado, como si yo ahora no lo supiera, que tal vez habría yo bajado al valle de Concienes antes de aquella visita con mi madre á las de Pombal. En efecto, no bien dejamos á la izquierda el camino real que seguía hasta el fondo del valle, hasta la iglesia, y, torciendo por un castañar espesísimo, tomamos la vereda del *Castillo*, sentí en el alma, y hasta vagamente en los sentidos, como el *gusto* de una reminiscencia de la niñez, que quitaba el carácter de absoluta novedad á

BERNESA (cuadro de Dagnan Bouveret)

lo que iba viendo. Debo advertir que la hermosura de esta clase de paisajes tan verdes, de tanta frondosidad, en que la tierra pierde sus formas *esculturales* á fuerza de vestiduras, de terciopelos y encajes y *embutidos* de follaje, y donde los accidentes del terreno son regulares, *moderados*, armoniosos, tiene para los *profanos*, que hasta pueden ser pintores de cierto género, el defecto de la monotonía.—Todo esto es bellísimo,—se suele decir,—da gusto vivir aquí; pero todo es igual, y se describe difícilmente sin caer en la repetición y en la vulgaridad. Estos paisajes son al arte como la felicidad completa á la poesía: sólo se pintan bien por milagro.—Así como creo que la felicidad puede ser asunto de interesantísima poesía, creo también que esta verdura de los climas templados y húmedos, esta abundancia de yerbas y hojas, y estas formas suaves que toma la superficie terrestre en países como el mío, de altas montañas allá en los puertos, pero de suaves ondulaciones de colinas y cerros al acercarse al mar (como si fueran éstas unas olas de tierra y piedra que van á esperar á las de agua que vienen de frente), se prestan á ser materia de los primores del pincel y de la descripción literaria... y, lo que más importa á mi propósito, tienen para el hijo de estos valles, que sabe comprender y amar la naturaleza que le rodea, fisonomía especial, que varía á cada recodo de un camino, á cada trasponer de un vericueto. Sucede con esto lo que pasa con los individuos de raza distinta. Para nosotros casi todos los negros, como no sean de tipo diferente, parecen el mismo. Cuando en Madrid veía yo á tantos y tantos jóvenes de color sucio de la colonia filipina, á todos los tomaba por mi amigo P***, un poeta de allá. Y lo mismo esos filipinos que esos negros se distinguen entre sí como nosotros, y ellos ven grandes variedades de fisonomía donde nosotros no vemos más que rasgos semejantes. Yo, muchas veces, mostrando á los viajeros las bellezas naturales de mi país, he notado que alababan sin entender, cogiendo tan sólo el efecto general, el que habla más al sentido solo, como sucede con el deleite de la música para los profanos; y notaba también que se cansaban, á poco, de contemplar, y acababan por no ver nada, porque todo les parecía ya lo mismo: sentían el hastío del vulgo visitando largo tiempo las salas de un museo. En cambio, para mí, que tengo en estos montes, en estas vegas, en estos árboles y en estos prados, riachuelos y playas, una especie de historia natural... externa de mi propio ser, cada accidente del terreno adquiere casi una personalidad, y tiene de fijo una historia. Porque es de advertir que de unos á otros años, según yo voy cambiando, va cambiando también el aspecto de cada paisaje y de cada pormenor del mismo, sin que ellos dejen de ser como eran, en lo principal á lo menos. Así como en el *Quijote*, leído un año y otro, se descubren cada vez, según la época de la vida en que se lee, nuevas bellezas, nuevas profundidades (como también pasa con Shakespeare, Pascal, etc., etcétera), así yo veo en cada nueva etapa del viaje de mi vida novedades que no sospechaba en la tierra que he pisado y contemplado siempre. Además, las nuevas excursiones por alturas ó por profundidades no visitadas antes, me hacen encontrar *relaciones* nuevas entre montes y montes, entre valles y valles, entre ríos y fuentes. Mi topografía poética, que es todo un poema, mitad didáctico, mitad psicológico, tiene variaciones constantes que pican en dramáticas. Así, por ejemplo, en la edad á que ahora llego, cuando esto escribo, toda esta comarca que descubro, con unos buenos anteojos de marino, desde la cumbre, me parece más pequeña. Castilla está mucho más cerca que yo creía cuando niño: dos, tres leguas no son nada. Ciertas colinas que yo creía antes *autonómicas* son derivaciones de todo un sistema, dependencias de montes mayores. Todo está más cerca y más *relacionado* que yo pensaba, todo es menos misterioso, y todo está más triste y menos verde, y, así, como algo gastado. Los árboles que mueren me llevan algo del alma, mientras que los que nacen me parecen forasteros. En fin, dejando esta pendiente por la cual se llega á esa clase de disparates que consisten en hablar de cosas recónditas que no pueden entender los demás, vuelvo al punto de partida de esta digresión, ó sea al momento en que, bajando por el valle de Concienes con mi madre, creí notar que aquellas novedades del paisaje... ya las había visto algunas veces, ó las había soñado cuando menos. —¿Qué es esto?—me decía.—Si para mí cada rincón nemoroso de esta querida tierra tiene fisonomía particular, y, sin que me engañen las apariencias de igualdad ó de gran semejanza, descubro siempre diferencias que me sugieren ideas, sensaciones y sentimientos distintos entre arroyo y arroyo, entre cueto y cueto, entre *llosa* y *llosa*, *panera* y *panera*, lagar y lagar, *quintana* y *quintana*; ¿en qué consiste que todo esto que voy viendo, con ser diferente de lo conocido, con tener su propia fisonomía, bien acentuada, con despertar un *modo* especial del sentimiento, no es para el alma cosa completamente nueva, y si no evoca recuerdos, tampoco tiene el sabor singular de lo desconocido? ¿Será que alguna vez, imaginando cómo serían esta vega, ese bosque, esos prados, aquella ladera, había dado en la cuenta, me había figurado la verdad? No, no podía ser eso: en mi vaga reminiscencia había la especial dulzor melancólica que acompaña al recuerdo, mejor dicho, á la presencia ante el *alma renovada* de un modo natural en que se halló algún día el espíritu *viejo* del cual todavía llevamos algo dentro del corazón y del cerebro. Yo no recordaba nada de las circunstancias personales en que había visto aquello: ¿cuándo, con quién, cómo había estado allí? No lo sabía. Tampoco podía precisar la imagen antigua de ningún objeto particular: la reminiscencia era del conjunto y, por entonces, sin relación alguna á mi estado de aquel tiempo incierto. El resultado de aquella extraña evocación era muy parecido á lo que puede llamarse el recuerdo de un perfume ó de una música; más de un perfume.

—Madre,—preguntó no pudiendo contener la curiosidad, queriendo explicación para aquel raro fenómeno;—alguna vez, allá, cuando era niño, muy niño, ¿me trajeron por aquí, bajé yo al *Castillo?*

Mi madre no recordaba.

—Lo que es conmigo nunca viniste: al menos yo no me acuerdo.

En rigor probaba poco ó nada el testimonio de mi madre.

Desde la muerte de su marido, para aquella mujer, que había envejecido de repente, la memoria no era más que una carga dolorosa. No quería bromas con el dolor, porque éste era tan fuerte para la pobre viuda que había estado á punto de matarla... y ella quería vivir para su hijo.

Antiguamente, en vida de mi padre, era un poco devota, tirando á mística, y algo romántica de la manera más inocente del mundo: gustaba entonces de recordar las cándidas aventuras de su juventud, las cosas de aquellos tiempos. Ahora huía de todo esto, no pensaba más que en mí, en la hacienda, y el recuerdo de mi padre lo *mataba*, porque era demasiado peligroso, á fuerza de oraciones, disolviéndolo en padrenuestros. ¡Madre bendita! Su pena era tan grande, tan profunda, tan de los rincones del alma, que huía de ella con terror, como de la muerte. ¡Así hice yo después con mis remordimientos! Sí: temía el dolor y había ido matando la memoria en lo que se refería á los años de vida conyugal y de sus amores: «mis relaciones con Narciso,» como decía ella. Lo que tenía presente era su infancia: la mía no. Tenía miedo también al misticismo porque en la familia algunos devotos habían acabado en locos: ella misma había pasado temporadas de sospechosa exaltación. Yo recuerdo haberla visto ponerse encendida al oir el *dulce nombre* de Jesús. En cuanto á mi padre, siempre que alguien le nombraba, su viuda palidecía, se quedaba muy seria y procuraba mudar de conversación. Mientras los demás hablaban de otra cosa, ella rezaba en silencio.

Así hizo aquella tarde: después de mi imprudente evocación, mi madre rezó en voz baja mientras pasábamos el puente de tablas, trasposto el cual estábamos en los dominios de aquellas huérfanas que iba yo á ver por vez primera.

CLARÍN

(Se continuará)

Digitized by Google

EL ARBOL SANTO

Las horas trascurren tan rápidas como agradables, el lunes de Pascua, en el pintoresco valle de La Umbrosa.

Al borde del río que serpea como monstruosa culebra de plateadas escamas, bajo los árboles, á la sombra de corpulentos castaños, ó diseminados en medio de los sembrados, alegres grupos de gente joven forman animados corros que se destacan sobre aquel fondo de esmeralda como manchas de brillantísimo color.

Unos beben, otros comen, los más charlan ó cantan, algunos se cobran por anticipado un beso ó un abrazo, por supuesto, mediante la promesa de que en la vicaría se legitimará cuanto antes aquel anhelado anticipo.

Cuando la expansión ha llegado á sus límites, los grupos se disuelven, y, formando uno solo, la compacta masa de romeros se dirige á la venerada ermita del Remedio.

Todos suben con fe, y apenas sin sentir molestia alguna, la accidentada y fatigosa cuesta.

La subida se descubre envarada y como formada por escalones tallados en los picos de las rocas. El alto, glorificado por la leyenda popular y ocupado por hermanos libres de la orden de San Francisco, se levanta tres veces más alto que el campanario de la iglesia parroquial, el cual, según aseguran aquellos buenos feligreses, mide 40 metros de elevación. Sobre una escarpada loma ahondada por repetidos desprendimientos de peñas y guijarros vense algunas cabañas y pequeñas granjas mal ocultas por frondosos castaños y copudos olivares.

Por doquier descúbrense senderos á cual más pedregoso y de difícil acceso, por los cuales suben los romeros con más algazara que fervor; y es que su romería no se limita á visitar la Santa Virgen que se venera en la ermita. Pagado este piadoso tributo se dirigen al *Arbol Santo*, árbol que por sus excepcionales virtudes deja tamañita la fama de los gloriosos San Antonio y Santa Rita, de notoria popularidad en asuntos casamenteros. Pareja que se cobije á su sombra, al año inmediato tiene asegurado el maridaje; matrimonio que se lleve mal y acuda á la protectora sombra, puede dar por terminadas sus desavenencias conyugales: así á lo menos lo aseguran aquellas buenas gentes testigos presenciales de cuantos beneficios dispensa el árbol documento.

El día entra en su período álgido. En lo alto de la cima el sol extiende su manto de oro con grandiosa majestad, dorando con el fuego de sus rayos la pequeña ermita y los arbustos que la circundan, cuyas hojas verde bronce brillan con toques metálicos.

Ni un punto oscuro, ni la más leve sombra, altera el espléndido conjunto que ofrece la vista de aquella altura, que irradia como cuna del mismo sol.

En medio de la plazoleta que da acceso á la iglesia, y á la sombra de añejos plátanos, se instalan los vendedores de estampas, rosarios, medallitas, refrescos, aguas milagrosas y demás; distinguiéndose, por sus voces y la singular manera de anunciar su mercancía, una expendedora de pan bendito, específico seguro para curar radicalmente las enfermedades de la garganta, á cuyo reclamo acuden presurosos los romeros, cediendo más á las exigencias de su apetito que al estímulo de su piedad.

De pronto, del recodo de uno de los senderos, aparece una pareja octogenaria. Es el rayo de sombra que equilibra aquel derroche de luz. La alegre y bulliciosa multitud contempla con simpatía á la vieja pareja, que sonríe bondadosamente, considerando demostración de afecto lo que sólo es simple curiosidad.

Alegres y felices, asidos fuertemente la una del brazo del otro y luciendo sus mejores galas, los dos viejecitos suben, percibiendo apenas la fatiga, la trabajosa cuesta que conduce al santuario. Después... ¡después irán á pagar su tributo al *Arbol Santo*, á cuya sombra se juraron eterno é inquebrantable amor medio siglo ha! Hoy celebran sus bodas de oro, y el deseo de conmemorarlas dignamente es lo que les decide á visitar aquellos lugares que tan gratos bien que lejanos recuerdos evocan á su memoria.

Al llegar á la ermita, Antón, trémulo de emoción, se descubre y ofrece agua bendita á María, su mujer, y, cogidos de ambas manos, llegan al altar, presentando como ofrenda de su piadoso fervor algunas libras de cera para que ardan ante la santa y querida imagen.

El conjunto que ofrece la ermita no puede ser más pobre ni más humilde. Los muros, húmedos y negruzcos, muestran algunos miembros de cera prendidos por medio de descoloradas cintas, y algunos retablos embadurnados chillonamente. Una cruz de madera se levanta á la derecha del altar mayor y frente al agrietado púlpito, que se cobija bajo trasparente dosel de telarañas. Al fondo, y sobre el mármol del altar, brillan con apagadas luces algunos candeleros de cobre y un candelabro de latón.

En lo alto de la oscura bóveda, y como para disolver las sombras allí acumuladas, un rosetón da paso á un haz de rayos de sol, que se extienden de uno á otro ámbito de la iglesia como sutil y flotante gasa de cuyo seno se desprenden y fluctúan diminutas partículas de oro.

Antón se arrodilla visiblemente impresionado, invitando á María á que permanezca sentada en un banco inmediato. La pobre mujer, completamente apergaminada, parece la efigie de una momia tallada en la misma madera. Ni ella ni su marido rezan. Sus almas se sienten anegadas por dulce misticismo, sus corazones laten al recuerdo de mejores días, callan sus labios, y la mirada vaga errante de una á otra parte, mostrando verdadero estupor. La ermita está sola en aquella hora, y la soledad que les rodea parece prestar más poético encanto á cuanto les es dable contemplar. La vidriera de colores que corona el alto del altar mayor, inunda con sus diversos y brillantes tonos, que parecen brotados de un broche de piedras preciosas, la reducida nave del santuario, dominando el rojo y azul entre sus matices, semejantes á resplandores de ligeras bengalas por la facilidad con que se inflaman, se borran y vuelven á aparecer. De vez en cuando el canto de algún pájaro oculto en los aleros de la fachada penetra como nota alegre y poética en la silenciosa capillita, contrastando abiertamente con el confuso vocerío y ruidosa algazara que acusa la presencia de los romeros en la contigua plazoleta.

Acabadas sus oraciones, ó por mejor decir sus coloquios internos, Antón ofrece su temblorosa mano á María, y ambos se retiran de la ermita en medio del mayor recogimiento. Asidos del brazo, emprenden el sendero de La Umbrosa, que ha de conducirles al *Arbol Santo*; pero la ascensión ofrece grandes dificultades, no estando exenta de peligros. A lo alto de un cerro tallado en roca viva, la vieja pareja tuvo que separarse por no rodar por alguna de las innumerables vertientes que cortaban el camino. Antón tomó la delantera, y, asiendo su chibata por la porra, presentó el opuesto extremo á su mujer, á fin de que le sirviese de guía y de apoyo al propio tiempo. Lenta y trabajosamente anduvieron de esta suerte largo rato, guardando, como medida de precaución para no distraerse y perder el pie, largo y prolongado silencio.

Callaban sus labios, pero sus pensamientos ¡cuánta vida, cuánta actividad desplegaron! ¡Qué fieles en recordar! ¡Qué elocuentes al hablarles del pasado, de aquel tiempo que dejó en su corazón recuerdos que se alejan, pero que no se borran! ¡Cuántas veces habían ellos hecho aquella romería! Acompañados siempre, por supuesto. Pero de los hermanos, de los amigos, de cuantos seres queridos formaban en su comitiva, sólo quedan ellos: los demás les han precedido ya en otra romería que no tiene vuelta y que un vago presentimiento les dice que pronto, muy pronto, habrán de emprender. Flagelado el ánimo por tan amargos recuerdos, descubren, al fin, el deseado árbol. El sendero que conduce á él serpea entre guijarros de color plomizo y escabrosas rocas vestidas de verde musgo, que miradas á alguna distancia presentan la fantástica silueta de animales medrosos y acurrucados en una alfombra de verdor. Un pequeño bosque de pinos ciñe la meseta á guisa de vistosa y matizada cinta.

ADRIANO

La noche llega lenta y silenciosamente. El dilatado llano que se extiende á su vista aparece como enorme y descolorida mancha, próxima á borrarse por completo. Los bosques, las viñas y los sembrados se descubren claros y vibrantes en medio de la agonía de un día primaveral envuelto ya entre las rosadas sombras crepusculares, mensajeras de hermosa y serena noche. Todo rumor de vida se aletarga, cesan los ruidos, todo se apaga y languidece hasta extinguirse por completo.

Los zarzales y bojes que festonean la colina brindan, con su sombra, discreta acogida á las enamoradas parejas que consideran como impertinentes testigos á los gusanillos de luz mal ocultos entre la húmeda yerba.

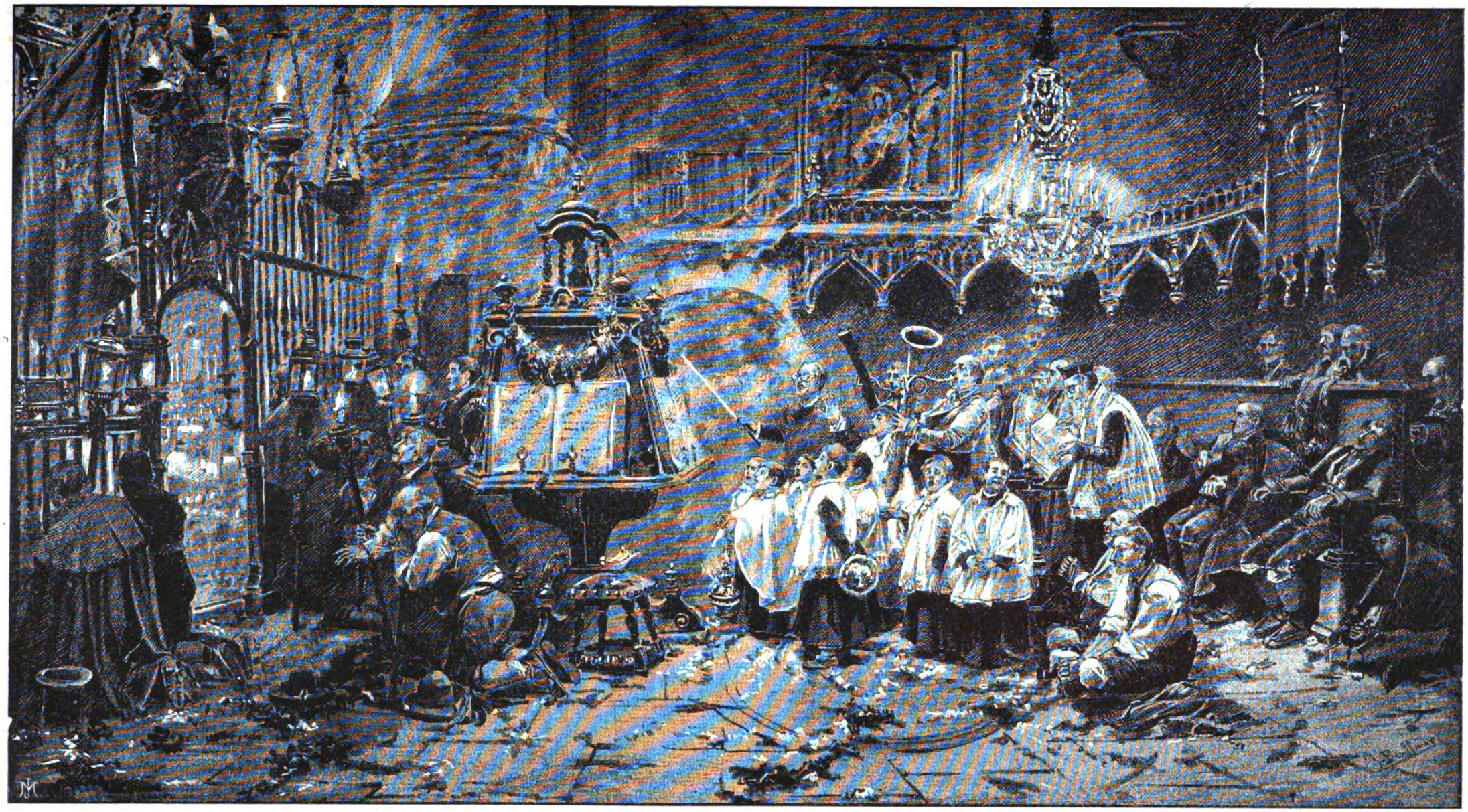
Al llegar al término de su fatigosa romería, el viejo matrimonio encuentra La Umbrosa completamente sola.

En el suelo, sobre la arena, quedan algunos rosarios, cuchillos, cintas, guitarras y ramos de flores silvestres, olvidados tal vez á propósito por algunos romeros, como amuletos destinados á reportarles toda suerte de felicidades y venturas. María es la primera que besa el árbol legendario; luego Antón aproxima sus secos labios en la hoja que acusa el reciente beso de la dulce compañera de su vida. En medio de aquella grandiosa soledad y de aquel desvanecimiento de luz, los dos viejos se abrazan conmovidos y llorosos, balbuceando frases entrecortadas, como si en aquellas elevadas alturas donde duermen su sueño las nieves invernales temieran que la vida les abandonase rápidamente.

Digitized by Google

EL PANEGÍRICO DEL SANTO (cuadro de Benlliure)

Digitized by Google



EN EL CORO (cuadro de Benlliure)

Digitized by Google

Las estrellas iluminan por completo el firmamento, y el anciano matrimonio se separa del *Arbol Santo* para regresar á su apartado hogar. Como á la subida, van tristes y silenciosos. De vez en cuando vuelven la cabeza para contemplar la borrosa silueta de la ermita y del árbol testigo de sus esperanzas de ayer y de sus decepciones de hoy. Extenuados de fatiga, se paran á descansar en un banco de piedra inmediato á la fuente del Remedio. El agua mana trasparente y abundosa con la sonoridad de un chorro de cristales, sintiendo María, á su vista, estimulada su sed.

A la primera indicación Antón juntó ambas manos, ofreciéndole en su hueco el agua apetecida. María bebe con tal avidez que el buen viejo no se cansa de llenar una y otra vez la improvisada copa.

Pero el agua del Remedio era muy fría, y sus efectos funestos para la infeliz viejecita, tanto que helaron por completo su sangre clara y anémica. Apagado que hubo su sed, asióse de nuevo del brazo de Antón, emprendiendo por el atajo la vuelta á su lejano hogar. Por el camino encontráronse con alegres corros de romeros que en medio de la mayor algazara regresaban á sus hogares, cantando con voz ya enronquecida, efecto de tanto charlar y beber. Aquellas espontáneas y naturales manifestaciones de alegría aumentaron extraordinariamente su malestar, lo que les decidió á apresurar su paso para acortar en lo posible la distancia. Al fin llegaron á su casa. Sin cambiar palabra atravesaron la pequeña huerta que daba acceso á ella, llamando su atención el nervioso aleteo de un pájaro que se cernía sobre los árboles en vertiginosos giros. Era un cuervo. Antón cerró los ojos y dejó escapar de su pecho angustiosa exclamación. María, vacilante el paso, pálida como una muerta, temblorosa á causa de la fiebre que la abrasaba y bañada en copioso sudor, subió penosamente las escaleras, y, con tiempo apenas para despojarse de sus ropas, se dejó caer en su cama. Luego se velaron sus ojos en el preciso instante que la última estrella vespertina eclipsaba con su argentada luz la última sombra que fluctuaba errante por el éter.

Alucinado, rendido de fatiga y de dolor, no se explicaba Antón lo brusco é inesperado del eclipse de la que consideró siempre como luz de su vida; y al persuadirse de la realidad de su desventura, agudos é inarticulados gritos escapaban de su garganta, cuyo eco repetía el viento, que penetraba por la entreabierta ventana, llevándose sus quejas y amargos clamoreos.

En la mortuoria estancia, bajo el techo, oculto entre agrietadas tejas, un mochuelo lanzaba agudos y estridentes gritos, expresión de pena ó de alegría quizás.

Sentado en el suelo, al pie del lecho donde dormía el último sueño la adorada mujer, é inclinado el cuerpo sobre una silla, el pobre viejo pasó toda la noche presa de horribles y angustiosas pesadillas, hasta que, al rayar el nuevo día, la presencia de algunas vecinas vestidas de negro lo dispertaron á la realidad.

No le quedaba duda alguna: desvaneciéronse los sueños que le agitaron durante el sueño. Estaba solo, completamente solo en el mundo. María había volado al cielo. El agua del Remedio heló su sangre. ¡Ay que lo que es en la juventud fuente de vida, es en la vejez sudario de cristal! Y comprendiéndolo así el buen anciano, exclamó ante los fríos despojos de su amada:

—¡Ay, *Arbol Santo*! ¡Has sido para mí sauce llorón!

Ya no habló más el desolado esposo. Los contados días que sobrevivió á su mujer, anticipóse al quietismo de la muerte, á la que tanto apeló que una mañana dispertó en la gloria.

La aurora amaneció aquel día despojada de toda gala.

El cielo había absorbido sus luces por dentro.

ANTONIA OPISSO

ABANICOS

LA HUÉRFANA

(A MI ESTIMADO AMIGO Y DIRECTOR D. ALFREDO OPISSO)

I

¡Madre, soy muy desgraciada!
¡Madre mía, tengo miedo!
¡Me encuentro sola, muy sola,
sin amparo ni consuelo!
¡Sí: me faltan tus caricias,
madre, me faltan tus besos!
¡Cuán feliz era contigo!
Y ahora que estás en el cielo,
¡cuán desgraciada! ¡Tan sólo
de ti conservo el recuerdo!
¡Dios mío! ¡Cuánta tristeza!
¡Qué soledad! ¡Qué aislamiento!
Sin la madre de mi alma,
¡qué aborrecible, qué feo
me parece el mundo! Madre:
¿por qué te fuiste tan lejos?

II

Me siento mala, muy mala:
mi corazón está enfermo.
¡Oh! ¡Qué ideas más horribles
cruzan por mi pensamiento!
¡Madre mía, sufro mucho,
siento un malestar inmenso!
Aquí, en este mundo, sola,
tan sólo con mis recuerdos,
siento que me arde la frente
y que va á estallar mi pecho.
¡Sí: yo estoy mala, muy mala!
¡Madre mía, yo me muero!
Veo en tropeles ridículos
miles de fantasmas negros
que cruzan rápidos, rápidos...
¡Madre mía, yo me muero,
me vuelvo loca, conozco
que va á estallar mi cerebro!
Mis ideas se consumen
en llamaradas de fuego,
y el corazón palpitante
quiere taladrarme el pecho.
. . . . . .
Las fuerzas ya me abandonan.
¡Dios mío, acoged mi ruego!
¡Madre, madre mía, llévame,
llévame contigo al cielo!
. . . . . .

PELAYO VIZUETE

AMAGOS

Como la vieja previsora del cuento pedía á Dios que otorgase muchos años de vida á un monarca muy malo (de los muchos monarcas malos que en el mundo han sido) porque temía fundadamente que le heredara otro peor, así pediría yo, si no á Dios (del cual temo que nos ha dejado de su mano y ya no se acuerda de nosotros), á los legisladores, que no pusieran mano en la instrucción pública, porque son capaces de empeorarla, aunque, en honor á la verdad, no cabe *peoría*.

Pocos días han trascurrido desde que leí, y como lo leí yo pudieron leerlo muchos millares de españoles, un telegrama remitido desde San Sebastián á un periódico de gran circulación, y en el que, después de la indicación *Urgente*, decía el corresponsal: «El ministro de Fomento piensa hacer una ley de instrucción pública, de acuerdo con los demás partidos é inspirada en un criterio liberal, fijando en ella los deberes de catedráticos y estudiantes.»

Me parece bien, y hasta muy bien, que se fijen en la ley los deberes de los catedráticos y de los estudiantes; pero no comprendo que sea necesario decir eso por telégrafo, y menos aún que sea necesario telegrafiarlo con carácter de urgencia. ¡Qué diablo! Se trata solamente de una cosa que piensa el ministro y que sabe Dios si podrá ó si querrá llevar á cabo; y, aun suponiendo que quisiera y pudiera realizarla, por aquello de que del dicho al hecho hay gran trecho, no es cebada que se descabeza y hay tiempo sobrado para hablar de esto. Bien que eso de *Urgente* podría ser un recurso ingenioso para hacer que comprendieran los suscritores del periódico los sacrificios que la empresa se imponía para servirles con prontitud y con aseo. Que entre dos grandes potencias se rompan las hostilidades; que se firme un tratado de paz muy discutido; que estalle una revolución formidable... ¡qué sé yo!... algunos otros por ese estilo y de ese calibre, parécenme asuntos muy dignos de ser comunicados con carácter de urgencia; pero que el ministro *piensa* en que acaso presentará á las Cortes un proyecto de ley; que en San Sebastián esperan, los que le esperan, al Sr. Villaverde; que tal ó cual ministro asiste á los banquetes de Palacio... la verdad, son hechos poco trascendentales, dicho sea sin agravio del corresponsal y sin ofensa del ministro.

Prescindiendo ahora de ese reparo (que al fin y á la postre es una niñería, porque cada cual es muy dueño de entender las urgencias á su modo), lo que aparece claro es que el ministro de Fomento piensa *hacer una ley de instrucción pública*, lo cual no es poco pensar y sería mucho hacer. Ya se entiende que el ministro sólo hará un *proyecto de ley*, y que la ley la harán las Cortes; pero, vamos, no es cosa de que nos paremos

Digitized by Google

ahora en esas menudencias gramaticales. *Allá van leyes do quieren reyes* se decía antes, y ahora podría decirse con razón: «allá van leyes do quieren ministros,» lo cual no es verso, pero sí es verdad. El ministro presenta á las Cortes un proyecto de ley; pero, en realidad, ese proyecto es, desde que sale del seno, digo, de la mente del ministro, tan ley como las que se contienen en la *Novísima*.

A buen seguro que de la discusión de ese proyecto de ley surjan disidencias, ni aun discrepancias; á buen seguro que se presenten enmiendas: ¿quién va á pensar en esas cosas, que, en último resultado, son cosas de niños? Nadie leerá el proyecto, nadie conocerá su espíritu ni penetrará su tendencia, y todos lo votarán sin que sepan á ciencia cierta lo que han votado; y aun cabe en lo posible que algún sesudo legislador, de cualquiera de las dos Cámaras, cuando se entere, por ejemplo, de que su hijo ha de estudiar *retórica* sin haber aprendido gramática castellana, ó debe aprender geodesia sin conocer la trigonometría esférica, diga muy escandalizado:—Pero ¿quién ha dispuesto semejante desatino?—Y si alguien le hace saber entonces que se trata del cumplimiento de una ley hecha en Cortes, se preguntará á sí mismo, lleno de asombro:—Pero ¿he votado yo eso? ¿Cuándo? ¿Cómo?

¡Ay! Elaborar leyes de instrucción pública «*de acuerdo con los demás partidos políticos*» no es cosa hacedera, y cuando se oye hablar de planes de enseñanza inspirados en *criterios liberales* es necesario echarse á temblar por la libertad de enseñanza.

De liberales, de muy liberales presumían (aunque bien sabe Dios que no lo eran) los autores del plan de estudios hoy vigente, y la experiencia ha demostrado que sus disposiciones acerca de los *alumnos libres* (?) son las más tiránicas que se han conocido. Eran, y siguen siendo, una especie de ley de castas en la cual el alumno oficial es el privilegiado, el particular el paria, el profesor á quien sostiene el Estado lo es todo, el maestro que por sí solo se sostiene es menos que nada.

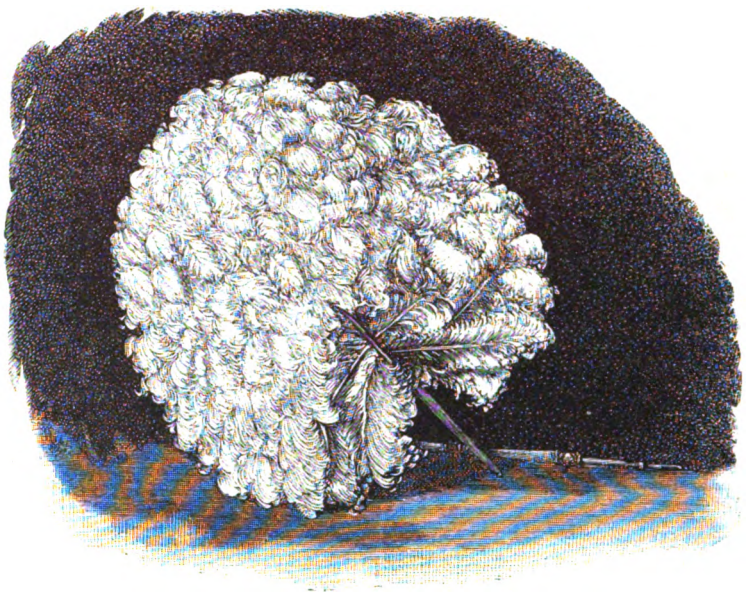
Pues (ya lo verán Vds.) con ser tan antiliberales esas disposiciones, si el ministro de Fomento realiza esos propósitos que el corresponsal le atribuye, y saca de su cabeza una ley de instrucción pública inspirada en criterio liberal, vamos á retroceder á la época en que nuestros respetables abuelos estudiaban en Nebrija el *mascula sunt maribus, quæ dantur nomina solum*, y en que eran atrevimientos científicos los apuntes de aritmética del Sr. Varas y la teoría del *horror al vacío*.

Consuélenos la esperanza de que ni el ministro de Fomento tendrá tiempo bastante para acometer esa empresa, ni los partidos políticos pensarán en ayudarle en semejante fruslería, y confiemos en que si alguna vez se pensase en reformar la enseñanza, que bien necesita de esta reforma, será para conseguir de una vez la absoluta, la completa libertad de la misma, sin perjuicio de la que el Estado pudiera dar ó facilitar, y en que para tal obra, en vez del concurso de los partidos políticos, se buscara la colaboración activa y eficaz de las personas entendidas en la materia.

¿Quieren Vds., si no, decirme para qué demontre sirve el Consejo de Instrucción Pública?

A. Sánchez Pérez

Julio 1890



ABANICO DE PLUMAS DE AVESTRUZ

RECUERDO

DE LA

CORONACION DE ZORRILLA

Acaba de hacer un año celebró Granada la fiesta que revela más ilustración en un pueblo, la fiesta de homenaje al poeta de nuestras tradiciones y leyendas, al que lleva en sus versos inmortales el espíritu de la España romántica y caballeresca.

No puede imaginarse más sublime escenario que el de Granada para celebrarse en él la fiesta del entusiasmo vivo y delirante como jamás ha sonado en ovación alguna, ni aun en las fiestas descritas por los poetas clásicos en tributo á los héroes de sus poemas.

Yo he visto con la imaginación el brillante desfile por un lugar de Constantinopla descrito en párrafos admirables por el italiano Amicis, y pasar desde el flotante jaique del moro hasta el vivísimo traje chino; he asistido en espíritu al desfile egipcio pintado á la pluma por el maravilloso autor de *Avatar*, desfile que aturde y marea los ojos con su profusión de detalles y de colores; he asistido á apoteosis magníficas, he presenciado cuadros sublimes, espectáculos soberbios; pero en ninguno vi el entusiasmo vertido á torrentes como en el homenaje nacional á Zorrilla, ni vibraron con tanta fuerza mi corazón y mi cerebro.

Como la alegría de una ciudad, entreoída en su momento de estruendo, todavía parece que llegan á mi oído el ruido ardiente de las aclamaciones, las salvas de aplausos, largas y vibrantes como un desgajarse de gloria, los coros de vivas de la muchedumbre frenética desfilando en brillantísima marcha ante el poeta, y los miles de alabanzas echadas en montón á los vientos.

Figuraos un paseo de magnífica anchura cubierto por una arrogante bóveda de árboles que forman techumbre rumorosa á sesenta varas del suelo, entre cuyas hojas se filtra la claridad de un día lluvioso; imaginaos cerca de la altura de esa bóveda un techo de colgantes curvas de flores, donde brillan todas las que producen los cármenes granadinos, desde la magnolia, que parece por su aire una reina, hasta la rosa de oscuro terciopelo, que recuerda la túnica de Cristo, pasando por la escala de los claveles de oro pálido, la de los blancos con corona, la de los rociados con polvareda de colores y la de los que revientan de orgullo al mirar su hermosura soberbia; figuraos á ambos lados y á todo lo largo del paseo dos elegantes graderías de follaje como teatro dispuesto para celebrarse en él la fiesta del estío; poned en el centro de ese paseo un pabellón presidencial adornado de asientos riquísimos, objetos de arte, telas espléndidas, donde tiembla el pesado fleco de oro; suspended de ambos lados dos hileras de lámparas de forma preciosa, que se mecen al choque del viento; derramad en el aire un diluvio de esencias, perded la vista en el marco de esa pintura que forman los jardines que bajan de la Alhambra y los que se abren al lado opuesto; y tendréis un bosquejo del cuadro que trato de pintar.

Pues colocad en esas gradas las hermosas mujeres granadinas, poned en su cabeza flores, dejad caer desde el peinado á sus hombros la mantilla, poned diamantes en sus orejas, deslumbrador zapato de raso en su pie, risas en su boca, renglones de granizos en sus dientes, tinta de flor de granado en sus labios, horizontes espléndidos en sus ojos, y el dibujo adquirirá matices y colores, se inflamarán trazos y relieves, y el lienzo palpitará con la fuerza de la exuberante vida y la belleza.

Por todas partes desgajábase hacia el paseo, en forma de gente, un estruendoso río de gloria.

Encima de los árboles caía la lluvia resonando en hojas y ramas; pero el cuadro no perdía una de sus figuras, el entusiasmo aumentaba á cada momento, y la alegría dijérase que inundaba de claridad lo que debiera estar lleno de sol y de reflejos.

Entre la confusión del desfile, entre el remolino de cabezas y brazos puestos en alto que aclamaban al poeta, llegó una niña como hasta de diez años al pie de la escalinata de la presidencia. Todos daban vivas en torno de ella, de todas las bocas salía una alabanza ó una aclamación. La niña, ante la figura del poeta y poseída de la sublimidad del espectáculo, hincó una rodilla en tierra, se santiguó como en presencia de una imagen y siguió emocionada su camino.

Visto el desfile desde la presidencia, la gente parecía una procesión brillante de banderas. Sus pliegues se abrían para enseñar letreros de oro, escudos en sedas de colores, vivas y leyendas.

Un obrero adelantó á la escalinata: era un panadero. Al entregar la corona que conducía al ilustre cantor de *La Siesta*, dijo esta sola palabra, pero trayéndose el corazón á los labios: —¡Salud!

La hermosa frase arrancó una ovación á todo el auditorio.

La manifestación era cada vez más imponente.

Seres humildes llegados de pueblos lejanos, que acaso allá en sus hogares leyeron durante las noches de invierno los encantadores romances de caballeros enamorados, de mujeres hermosas y desafíos y galanteos que Zorrilla escribió tomando sus asuntos de las tradiciones españolas, llegaban envueltos en el frotar de gentes, banderas y estandartes, deteníanse un momento ante la figura del viejo poeta, y daban un ¡viva Zorrilla! en que gritaba todo su cuerpo, toda su alma, su ser todo, y acudían lágrimas á sus ojos.

Coronas con lazos bordados de diversas maneras iban llenando el estrado y subían á una altura prodigiosa. Una de piedra de Macael, labrada por habilísimo cincelador, atraía la atención de todos los ojos. El bello y resistente mármol se había convertido en un blanco y delicado círculo de rosas: sólo faltaba el perfume á la piedra.

En medio de la confusión, cuando de doce mil bocas salían otros tantos gritos aclamando al poeta de las kásidas y serenatas, apareció ante éste un maravilloso coro de niñas. Eran del pueblo, tendrían fuerza apenas para poder tirar una rosa, y serían en número de doce.

Unas con las manos rebosando flores, otras sujetándolas en la falda, comenzaron un *apedreo* sobre la noble figura del vate. Esta niña hacía llegar el *proyectil* hasta el segundo peldaño de la escalinata, aquella disparaba con más fuerza y alcanzaba el peldaño tercero: la más pequeña

Digitized by Google

TRAJES INGLESES DEL TIEMPO DE HOGASTH

UN VIOLINISTA

DOCTOR

CORTESANOS DE JORGE II

TRAJE DE CALLE

CASACA

CHUPA DE SEDA BORDADA

Digitized by Google

TROILO Y CRÉSIDA.—CRÉSIDA. Cuando hayan dicho «falsa como el aire, como el agua, como el viento ó la arena, como la raposa para con el cordero, como el lobo para con el becerro de la vaca, como el leopardo para con el corzo,» digan también, para expresar el corazón mismo de la falsedad, «falsa como Crésida». *(Troilo y Crésida,* acto III, escena II.)

ESCENAS DE SHAKESPEARE

PÍRAMO.—PIRAMO. ¡Venid, lágrimas y consumidme!
¡Fuera de la vaina, espada, y hiere
el corazón de Píramo!
(El sueño de una noche de verano, acto V, escena I.)

Digitized by Google

alzó la mano armada de una brillantísima rosa, puso el ojo en el *blanco*, y la flor salió disparada hacia atrás, como acontece con frecuencia á los niños.

Una banda de música avanzó después tocando una marcha de triunfo. Los músicos leían con los instrumentos, en las hojas abiertas, la extraña figura de las notas metidas en el misterioso pentágrama.

Por la boca de los bajos, tendidos levemente al ocaso, entraba el varillaje de rayos de sol, que por fin quiso tomar parte en la dorada fiesta de la gloria.

Cuando después de tres largas horas de gritos, de vivas, de aclamaciones ardientes y de estruendo de triunfo, el desfile pasó con toda su profusión brillante, el cuadro descompuso sus figuras, rompióse la quietud de las actitudes, abandonó cada dama su puesto, deshiciéronse los grupos de personas, y desapareció la belleza del conjunto.

Ya sólo quedan en el aire, como ecos de una multitud lejana, los vivas, que siguen sonando detrás de la carroza del poeta.

Sobre la nieve de la sierra simula el último reflejo del sol nimbos dorados, celajes espléndidos donde arden las encendidas ráfagas del crepúsculo; en las fuentes cae el surtidor con eco doliente, derramando su collar en la misma taza y cantando la misma estrofa; el escenario donde se agitó tanta figura mece sus lámparas de flores, que van y vienen en el aire; el viento habla con lengua fantástica en los árboles; suena el grillo su lira, y, solitario poeta de las tinieblas, hiere sus cuerdas en la sombra...

SALVADOR RUEDA

MAL DE AMORES

DOLORA

I

—Madre del alma mía,
decid: ¿qué es esto
que por la vez primera
siento en mi pecho?
¿Qué es esto, madre?
¿Por qué el corazón mío
gozoso late?

—Eso es el mal de amores,
hija querida.
—Madre, si yo no sufro:
tengo alegría.
—El mal de amores,
acariciando mata
los corazones.

II

—Hija, ¿por qué suspiras
y lloras? Habla.
—Padezco horriblemente,
madre adorada:
la calma miro
perdida para siempre
del pecho mío.

—La causa de tus penas
cuéntame hija.
—Madre, ¡qué he de contaros!
¡Qué bien decíais,
qué el mal de amores
acariciando mata
los corazones!

MANUEL MILLÁS

BIBLIOGRAFIA

¿Es el centenario de Colón? por *F. Hardt*.—Madrid, 1890

Quince páginas, nada más que quince páginas, ó, por mejor decir, nada menos que quince páginas; porque si, como aseguran, basta una línea para hacer ahorcar á un hombre, echen Vds. ahorcamientos. ¡Diablo con el folletito del apreciable Sr. Hardt! *(Duro*, que diríamos en español, vertiendo el apellido del tudesco.) ¡Y qué cosas se dicen en él! Lo primero que se me ocurrió después de leerlo fué llegarme hasta el extremo de la Rambla á ver si se bamboleaba la estatua de Colón. No se bamboleaba, aunque indudablemente parecía poseída de sobrenatural enojo.

Pero, en fin, quien lleva la razón la lleva, y yo creo, con perdón del famoso marino de no se sabe dónde á punto fijo, que el Sr. Hardt tiene razón que le sobra, bien que el opúsculo está tan bien escrito, es tan ingenioso, tan español, tan patriótico, está tan espolvoreado con sal y pimienta, y seduce tanto la desembarazada manera con que está *abordada* la cuestión (porque se trata de un verdadero y ferocísimo *abordaje)*, que aun cuando el Sr. Hardt no anduviese acertado, siempre resultaría su folletito un verdadero *monumento*, esbozado si se quiere, pero al fin y al cabo monumento.

Aunque no fuese más que por el terrible peso de la piedra con que se aplasta ó pretende aplastar la significación del *Centenario*.

Mocedades (versos), por *Carlos Cano*.—Madrid, 1890

El autor ha coleccionado en un volumen multitud de composiciones escritas en su juventud, lo cual le agradecerán sin duda los amantes de la buena poesía, esto es, de la poesía sujeta á las reglas del arte, inspirada, que hace sentir y que no está calcada sobre los renglones desiguales de otros. Por todos estos conceptos, las poesías de D. Carlos Cano son dignas de la mayor estimación, felicitándonos de que aparezca demostrado que ya desde sus *Mocedades* supo el autor tener carácter propio.

Cantares, por *Nicolás Díaz de Escovar*.—Málaga, 1890

El Sr. Díaz de Escovar entiende en escribir cantares llenos de delicadeza y sentimiento. Es cosa que tiene acreditada y que acaba de corroborar ahora.

Poetas castellanos del siglo XIX.—Un tomo de la *Biblioteca del siglo XIX*

Véndese á 2 reales.

C. M.

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS

RETRATO, *por H. Wells*

Hermoso retrato, bien pintado. Vese que el autor comprende cuál es la misión del retratista, consistente sobre todo en no andarse por las ramas y concentrar toda la atención en el modelo para hacerle revelar su verdadera expresión.

EL DOCTOR CARLOS PELLEGRINI
PRESIDENTE INTERINO DE LA REPÚBLICA ARGENTINA

Sabido es lo ocurrido en Buenos Aires. La revolución, vencida en el terreno de la fuerza bruta, triunfó en la esfera política y moral, cayendo el presidente Juárez Celmán y ocupando su puesto el vicepresidente Pellegrini, personificación de la probidad en la administración.

El nuevo presidente es alto, de aspecto marcial, habiéndose distinguido en la guerra que sostuvieron el Brasil y Buenos Aires contra el Paraguay. Abogado y periodista, fué elegido diputado por primera vez en 1878. En 1880 desempeñó el cargo de ministro de la Guerra y de la Marina durante la revolución que precedió á la subida del general Roca á la presidencia de la República. Al año siguiente era elegido senador. En 1885 vino á Europa con objeto de negociar en Londres un empréstito de 200 millones de pesetas; y algunos meses después, de regreso á Buenos Aires, el 12 de octubre de 1886, prestaba juramento como vicepresidente de la República.

Su padre fué un distinguido ingeniero italiano, y él dirigió las obras del palacio episcopal de Buenos Aires y las del Teatro Colón, donde han cantado las mejores compañías de ópera del mundo.

Pellegrini forma parte de la aristocracia porteña. Es muy estimado en Buenos Aires, su ciudad natal. Se le ve siempre en los salones más á la moda y en cuantas fiestas de *sport* se celebran en la capital de la República Argentina.

EL VALLE DE LOS KAKIMINETAS EN LOS MONTES ALLEGHANYS

Este paisaje contrasta por su aspecto con lo que estamos acostumbrados á ver en Europa. El valle de Kakiminetas es uno de tantos como se encuentran en el O. de los Alleghanys ó Montañas Azules, semejando un jardín inmenso.

GERONA

Damos hoy algunas vistas de esta ciudad y sus alrededores, recomendándose no sólo por la verdad de la reproducción, sino por el carácter artístico del dibujo.

EL ARTE FRANCÉS

BERNESA
Cuadro de Dagnan Bouveret

Este artista es uno de los imitadores de Bastien Lepage. Esa cabeza de suiza, vista de perfil, está muy delicadamente modelada; pero la precisión del contorno no está en consonancia con el efecto del aire, tan buscado por aquel malogrado artista.

ADRIANO

Este emperador español, el más brillante de cuantos revistieron la púrpura de los Césares, nació el año 79. Su historia es sobrado conocida para que tengamos que repetirla, limitándonos á decir que fué hombre poseído de una verdadera manía edificadora. Abundan extraordinariamente sus bustos, existiendo uno muy bueno en el Museo de Tarragona, exactamente parecido al que reproducimos hoy, conservado en el Museo Británico y procedente de Tivoli, la *villa* célebre que mandó erigir el grande amigo de Antinoo.

EL ARTE ESPAÑOL

EL PANEGÍRICO DEL SANTO.—EN EL CORO
Cuadros de J. Benlliure

Dos joyas, en toda la acepción de la palabra. Puede que se encuentre algo *fortunyesca* la composición; pero, de todas maneras, la observación es exacta, la idea puramente española y la ejecución de maestro.

EL TRAJE INGLÉS EN TIEMPO DE HOGARTH

Con el advenimiento de Roberto Walpole al poder, desapareció en la corte inglesa la antigua moda sencilla, *cuákera* y modesta para dar lugar á un modo de vestir fastuoso, aunque poco elegante, y con eso lleno de desenvoltura, en consonancia con la grosería de modales de que alardeaba el primer ministro. A aquella época se refieren en sus novelas Fielding y Richardson, y en sus cuadros Hogarth.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

TROILO Y CRÉSIDA.—PIRAMO

Ambas escenas se prestan á ser interpretadas por un dibujante de gusto. Verdad es que Shakespeare es de los escritores más *plásticos* que se conocen, á pesar de sus profundidades psicológicas.

GUY DE MAUPASSANT

Ya con su primera novela *Bola de sebo* dióse á conocer Guy de Maupassant como escritor de singular valía consolidándose tal reputación con sus siguientes obras, hasta quedar reconocido como astro de primera magnitud en su *Nôtre cœur*, tan trompeteado por los críticos y las señoras del gran mundo.

El autor de *Sur l'eau* nació en 5 de agosto de 1850, en el castillo de Miromesnil, cerca de Dieppe. Es, por consiguiente, normando. Estudió en Ruan y estuvo luego empleado en el Ministerio de Marina. Fué discípulo querido de Flaubert, aunque este grande hombre entendía más en escribir novelas que en discurrir sobre literatura. Hoy vive Guy de Maupassant en París, calle de Montchanin, núm. 10, barrio Malesherbes, en compañía de su primo el paisajista De Poitevin, y es propietario de la deliciosa casita de *La Guillette*, en Etretat.

NECESIDAD

Las preferencias depongo
ante la necesidad
de este *jabón* entidad
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Y ahora,—añadió Alan desenvainando su puñal, cuyo figuraba una cruz, y extendiendo sobre él la mano,—juro por este sagrado símbolo no haber tenido arte ni parte en el hecho que acabáis de presenciar.

—¡Doy gracias á Dios por ello!—exclamé ofreciendo mi mano á Alan.

El caballero aparentó no ver mi ademán.

—La verdad es,—añadió,—que la muerte de ese Campbell dará mucho que hacer, pues la familia me parece numerosa.

—No debéis censurar mi sospecha, Alan,—dije á mi compañero,—pues sin duda recordáis muy bien vuestras confidencias en el buque respecto al difunto. Se puede tener una mala tentación, pero eso de matar á sangre fría un hombre... ¡es horrible! Pero ¿no conocéis al culpable? ¿No sabéis quién es el hombre del casacón negro?

—No me he fijado,—contestó Alan,—pero tengo idea de que el color era azul.

—Sea el que fuere,—repliqué,—¿conocéis al hombre?

—En conciencia no podría jurarlo: á decir verdad, pasó muy cerca de mí, pero casualmente en aquel momento estaba arreglando uno de mis zapatos.

—¿Juraríais que no le conocéis, Alan?—exclamé algo enojado, aunque sus evasivas me daban casi ganas de reir.

—Aun no,—contestó Alan;—pero os advierto que olvido con mucha facilidad.

—Me ha extrañado también que os empinarais varias veces, dejándoos ver de los soldados y exponiéndonos á los dos á ser perseguidos.

—Puede ser muy bien: cualquiera lo habría hecho siendo inocente como nosotros.

—Pues por eso mismo: si se sospechaba injustamente de nosotros, debíamos haberlo aclarado todo de una vez, pues el inocente no debe temer nada.

—Es cierto, David; pero el inocente no deja de estar expuesto algunas veces á ser condenado por el tribunal, y, por lo tanto, lo mejor que puede hacer es poner pies en polvorosa, como lo ha hecho el que disparó el tiro.

Yo iba á protestar de nuevo; pero Alan parecía tan inocente, hablaba tan de buena fe, y mostrábase de tal modo dispuesto á sacrificarse por lo que juzgaba su deber, que no me atreví.

—Alan,—le dije;—todo eso no me parece muy justo, según yo entiendo; mas no dejo de apreciar vuestras razones, y de consiguiente aquí tenéis mi mano.

Esta vez Alan me la estrechó entre las suyas, diciendo que seguramente le había catequizado, pues sentíase dispuesto á perdonármelo todo. Después, tomando un aspecto grave, díjome que no podíamos perder ya más tiempo, y que era preciso huir ambos del país: él porque era un desertor, á quien buscarían por todo el Appin, obligando á cada uno á dar estrecha cuenta de sí mismo; y yo porque seguramente sería considerado como cómplice del crimen.

—¡Oh!—exclamé con cierto orgullo.—Yo no temo á la justicia de mi país.

—¡Qué niñada!—replicó Alan —¡Como si fuera este vuestro país, y como si fueran á juzgaros aquí, en el territorio de los Stewarts!

—Pero estamos en Escocia, y...

—¿Qué tiene que ver eso?—interrumpió Alan.—La cuestión es que se ha dado muerte á un Campbell, y, por lo tanto, la causa se instruirá en Iverara, distrito principal del clan de los Campbell, del que se elegirán quince individuos para constituir el jurado, presidiendo el duque de Argyle, como jefe que es. ¡De justicia habláis, David! En todo el mundo es la misma, y á menudo como la que Glenure encontró hace poco en el bosque.

Estas palabras me intimidaron un poco, y más me hubieran atemorizado si hubiese sabido que no había en ellas exageración. Sin embargo, alegué que el duque de Argyle, aunque whig, era un noble honrado.

—Convenido, y tampoco negaré que es un buen jefe para su clan; pero ¿qué pensaría éste si después de haberse asesinado á un Campbell no se ahorcara á nadie? He observado,—añadió Alan,—que en vuestro país bajo, y tratándose de justicia, no se forma clara idea entre lo justo y lo injusto.

Al oir esto no pude menos de soltar la carcajada, y, con sorpresa mía, Alan me imitó.

—No, no,—añadió después;—estamos en la alta Escocia, David, y si yo os digo que corráis, seguid mi consejo. Duro es andar á salto de mata y sufrir hambre; pero más lo es aún pudrirse en una prisión.

Pregunté á mi compañero hacia donde huiríamos, y como me contestase que á las Tierras Bajas, me avine más fácilmente á ir con él, pues, á decir verdad, estaba impaciente por volver para ajustar las cuentas á mi tío. Además Alan me aseguró tanto que no sería cuestión de justicia en aquel asunto, que comencé á temer que tuviera razón, y la idea de morir en la horca ó en presidio me infundía espanto.

—Me iré con vos, Alan,—dije sin vacilar.

—Pensadlo bien,—repuso mi compañero;—pues vais á padecer de hambre, y vuestro lecho será la dura piedra. Viviremos como ciervos acosados por los cazadores, y será preciso dormir siempre con la mano sobre las armas. Os lo advierto anticipadamente, porque conozco bien este género de existencia; pero si me preguntáis qué otro remedio os queda, contestaré que ninguno: ó huir conmigo ó morir en la horca.

—Pues no hay que vacilar,—contesté estrechando la mano de mi amigo.

—Ahora,—dijo Alan conduciéndome al lindero nordeste del bosque,—veamos dónde están nuestros perseguidores.

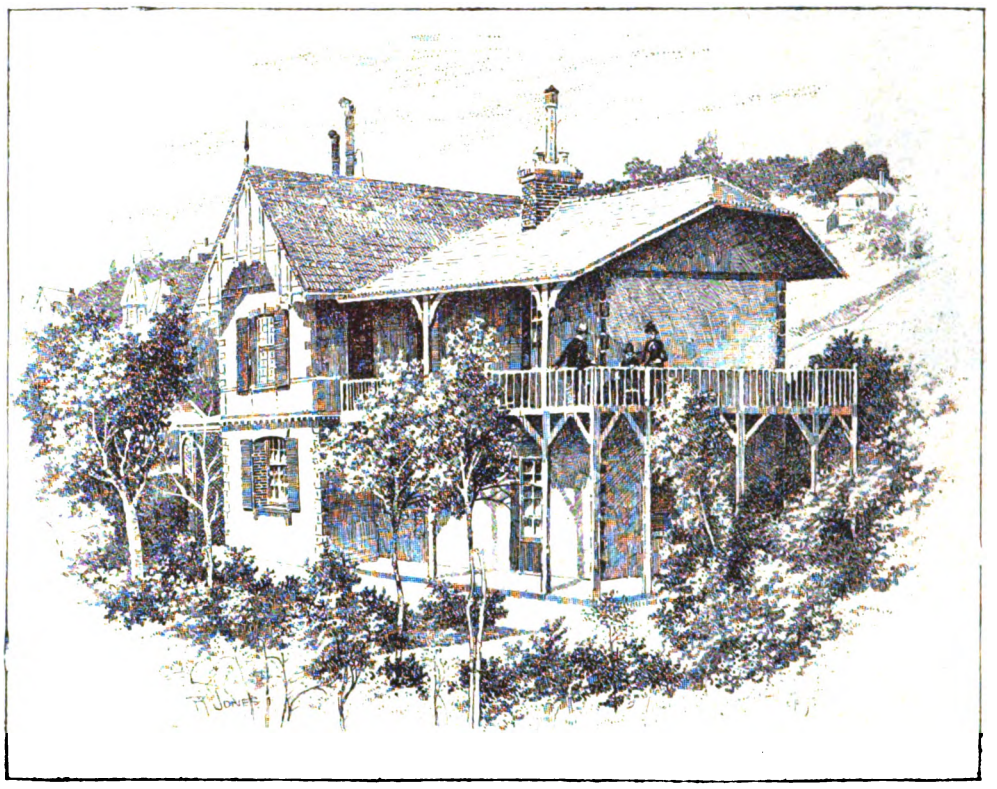
Mirando por entre los árboles, vimos un lado de la montaña que se corría hasta el agua, sumamente escabroso y lleno de peñascos y maleza. A lo lejos, por la parte de Balachudish, divisábanse los soldados, que aparecían y desaparecían sucesivamente en los repliegues del terreno, alejándose á buen paso. Ya no gritaban, pero volvían de vez en cuando la cabeza, como si comprendiesen que estábamos allí.

Alan los vigilaba sonriendo.

—¡Ah!—exclamó.—Pronto se cansarán del oficio. Y ahora, David,—añadió,—sentémonos para tomar un refrigerio y beber un trago de aguardiente de mi frasco. Después nos dirigiremos á Ancharn y á casa de mi pariente Jaime de los Valles, donde recogeré mi ropa, armas y dinero. Una vez equipados, emprenderemos la fuga.

Nos sentamos, pues, á comer y beber, y mientras lo hacíamos nos referimos mutuamente nuestras aventuras, con cuyo motivo le pregunté qué había sido del *Covenant*.

Alan me dijo que, después de pasar la enorme ola que me arrojó á mí al mar, corrió al costado del buque, donde pudo verme dos ó tres veces aparecer y desaparecer, observando luego que estaba cogido á una tabla, lo cual le hizo concebir esperanzas de que me fuese dado ganar la orilla.



LA GUILLETTE, ETRETAT

Entretanto los que se hallaban en el bergantín habían desenganchado el bote, en el cual se habían refugiado ya dos ó tres hombres. En el mismo instante una ola más enorme que la anterior sacó el buque fuera de su sitio, y seguramente se hubiera ido á fondo si no hubiese chocado con una proyección del arrecife. De todos modos la popa quedó en el aire y la proa se inclinó sobre el agua de tal modo que ésta comenzó á entrar por todas partes.

Solamente el recuerdo de lo que sucedió después hizo palidecer á mi amigo. Aun había en el buque dos hombres echados en sus hamacas sin poder moverse, y, al ver cómo el agua invadía el buque, comenzaron á proferir gritos tan horribles que todos cuantos se hallaban todavía en la cubierta precipitáronse uno tras otro en el bote, empuñando al punto los remos. Aun no se habían alejado 200 varas, cuando una tercera ola levantó el bergantín sobre el arrecife, donde osciló un momento, hundiéndose después en el abismo. El mar se cerró sobre el *Covenant*, y el buque desapareció completamente.

Los náufragos no pronunciaron una palabra antes de llegar á tierra, aturdidos aún, sin duda, por el horrible espectáculo que acababan de presenciar; mas, apenas hubieron desembarcado, el capitán se dirigió á sus compañeros y ordenóles que se apoderasen de Alan. Los hombres retrocedieron; pero Hoseason, fuera de sí, gritóles que aquel desconocido tenía la

Digitized by Google

EL ESTUDIO DE GUY DE MAUPASSANT

culpa de todo, que llevaba una considerable cantidad, y que de una vez podrían vengarse y enriquecerse. Eran siete hombres contra uno solo. En aquel sitio no había roca alguna para guardar las espaldas, y los marineros, casi convencidos, acercáronse ya al caballero.

—Entonces,—continuó Alan,—aquel hombrecillo de cabello rojo... Nunca me acuerdo de su nombre.

—Riach,—dije yo.

—¡Ah! Sí, eso es: Riach. Pues bien: habéis de saber que salió á mi defensa, preguntando á los hombres si no temían cometer un crimen, que seguramente sería castigado. Después colocóse detrás de mí para protegerme por retaguardia, con lo cual intimidó á los otros.

—Vamos, pues se portó bien,—observé yo.

—Muy generosamente,—repuso Alan,—lo confieso; pues, á no ser por él, no sé qué hubiera sido de mí. Los gritos de las dos víctimas que no pudieron salvarse y la pérdida del bergantín habían enfurecido al capitán.

—Y ¿qué hizo Hoseason?—pregunté.

—Parecía dispuesto á conseguir su propósito á toda costa; pero el hombrecillo me gritó que huyera, y juzgué que el consejo era muy oportuno. Cuando volví la cabeza por última vez para mirar á los náufragos, parecióme que no se entendían muy bien.

—¿Qué queréis decir con eso?

—Que los puñetazos menudeaban, y que vi á un hombre rodar por tierra; pero me pareció prudente no esperar, porque una parte de Mull pertenece á los Campbell, y no me convenía que me cogieran allí.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

SALON DEL MUNOO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

Frasco 3 fr. PUREZA DEL CUTIS en Paris
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 S. St-Denis

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

EL GRITO DE INDEPENDENCIA
NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL
POR CARLOS MENDOZA
Quinta edición, copiosamente aumentada y ricamente ilustrada con profusión de cromolitografías y grabados en negro intercalados en el texto.
A dos reales cuaderno.—R. MOLINAS, Editor.—Barcelona: Cortes, 365 á 371

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, PB. peral

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 30 de agosto de 1890	Núm. 400

EL LOCO Y LA LOCURA NO TIENEN FIN (cuadro de Briton Rivière)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Bilbao*, por Kasabal.—*¡Ni en el mar!*, por Adolfo Marsillach.—*Las alas*, por Luis Cánovas.—*Política y sastrería*, por Alfredo Opisso.—*La fiesta* (poesía), por Salvador Rueda.—*El debut de un médico*, por José Nebot Pérez.—*Soneto*, por F. de Asís Jiménez Spoya.—*Bibliografía.*—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte inglés:* El loco y la locura no tienen fin. El collar. Después de la victoria.—Cerámica decorativa.—En el oasis de Syuah.—*Exposición Nacional de Bellas Artes:* Satisfacción. Solaces de la Roma Imperial. ¡Dios dirá!—Tréveris.

BILBAO

SUCEDE, cuando se llega á Bilbao y se ve el animado espectáculo de su ría, el humo de sus fábricas, el fuego de sus hornos, el movimiento incesante que parte de sus minas y baja de la montaña al llano como una avalancha que lleva en su seno gérmenes poderosos de vida, lo que acontece cuando se llega á Barcelona y se recuerda á Manchester en el llano en que se extiende, y se oyen todos los idiomas del mundo, y se ven las banderas de las más ricas naciones ondeando en su puerto que nos abrió caminos de gloria en el pasado y que nos trae corrientes de civilización y de progreso en el presente.

Bilbao y Barcelona son las dos excepciones de España, las dos ciudades que representan en esta tierra de tradiciones, turbada tantas veces por las discordias civiles, la vida moderna en todo su poderoso desarrollo; y aquí, como en la antigua capital del Principado, el alma se dilata, se respira más libremente, los ojos descubren más seductores horizontes, y se abren amplios caminos á consoladoras esperanzas.

Barcelona tuvo su época de gloriosa apoteosis cuando se celebró en su recinto la Exposición Universal, que dejó tan gratos recuerdos; y Bilbao alcanza hoy sus mejores días con motivo de botarse al agua el primer barco de la importancia de un crucero como el *María Teresa*, debido á la industria privada y á un esfuerzo eminentemente nacional.

La España, esa España de ópera cómica que debemos á las calumnias de los escritores franceses y que vemos con dolor reproducidas en los abanicos y en las panderetas que se venden á los extranjeros en Biarritz y Arcachon, deshace con nobles hechos las fantásticas inventivas de los que se la figuran sólo tocando la guitarra, bailando el bolero y viendo matar toros; y esa otra España tan árida que extranjeros más benévolos ven en su afán de buscar un color local, se desemboza de la capa parda en que la presentaba envuelta Mrss. Gabriela Cunninghame Graham cuando, no hace mucho, el 9 de marzo del corriente año de 1890, daba en el *Tyreside Theatre* una notable conferencia acerca de nuestra patria.

Sí: el embozo de la capa parda ha caído, la indolencia oriental se ha sacudido, las huellas de muchos siglos de crueles guerras van desapareciendo, y ya el extranjero no tendrá que buscar sólo en nuestro suelo las caladas agujas de la catedral gótica, el arco esbelto del palacio árabe, la ruina del grandioso monumento, sino que podrá estudiar el progreso de nuestras fábricas y visitar astilleros como el del Nervión, dignos de competir con los de los más adelantados países.

Como hicimos en otros tiempos catedrales que fueron el esfuerzo titánico de muchas generaciones y la representación genuina de la fe, construiremos desde hoy en adelante barcos poderosos para cruzar los mares, para sostener nuestra bandera; y á la ciudad antigua, como Toledo y Granada, uniremos la ciudad moderna, como Barcelona y Bilbao; y ya no se verá sólo en nuestra patria, como pretenden muchos viajeros, la mal empedrada plaza rodeada de desiguales soportales en los que pasea perezosamente el hidalgo ocioso, ni sólo la tortuosa callejuela alumbrada por la temblorosa luz del farolillo colocado en un retablo, sino la despejada plaza y la anchurosa vía alumbradas por la luz eléctrica y recorridas por el obrero que va á sus faenas y por el hombre laborioso y activo que contribuye con su esfuerzo individual al progreso general de la nación.

Bilbao es un modelo de esta ciudad moderna. Desde que en el año 1869 adquirió gran desarrollo la fabricación del acero Bessemer y se imprimió con esto un asombroso desenvolvimiento á la zona minera de Vizcaya, su capital se ha desarrollado de un modo notable, y nadie diría que ha sufrido dos veces en muy poco tiempo los horrores del sitio y las plagas terribles de la guerra civil, pues sólo se ven en su extenso recinto fábricas que funcionan incesantemente, buques que se llenan con el rico mineral que baja de sus montañas, hornos poderosos que trasforman las primeras materias, ferrocarriles, tranvías, vapores que van y vienen en incesante movimiento, y las antiguas y famosas herrerías transformadas en la Vizcaya, en los Altos Hornos, en San Francisco, en esos poderosos centros fabriles de donde sale el rail que ha de formar la línea férrea, el acero que ha de servir de armazón al mercado, á la estación, á la escuela, al edificio moderno en sus varias y múltiples manifestaciones servidoras del progreso.

El sitio donde hoy se extienden los astilleros del Nervión era, en las primeras décadas del siglo, un convento de franciscanos; y allí donde en vida perezosa vegetaban, murmurando rezos, un par de docenas de rollizos frailes, trabajan hoy activamente más de tres mil obreros que hace un año pusieron por primera vez mano en la construcción de un crucero y que hoy le tienen dispuesto ya para ser botado al agua, y le preparan, para el año venidero, la máquina que será el alma de su cuerpo, y los cañones que serán la expresión de su fuerza.

Y todo sin salir del astillero que ha sustituído al convento, y todo sin llevar al extranjero el capital que ha de quedar produciendo sus beneficios en el país.

***

Hay pocas cosas más interesantes que la historia de las anteiglesias, villas, ciudades, consejos y valles de Vizcaya, cuando, al mismo tiempo que se abren sus crónicas para conocerla, se recorre su suelo para apreciar sus adelantos. Vais á Galdácano, por ejemplo, y al mismo tiempo que os habla su histórica iglesia de Santa María de la pureza del caballero Sancho de Galdácano, descendiente del rey de Navarra, podéis ver sus fábricas de dinamita y de productos químicos. Salís en Erandio del panteón que guarda los restos de Martín Ortiz de Martiartu y de su esposa D.ª Ana María de Zamudio, y, después de haber evocado allí el pasado, podéis creeros trasportados, al pisar la ribera animada del Desierto, á Liverpool, á Manchester ó á Londres.

La historia de Baracaldo, desde que en 1777 se levantó allí la primera fábrica hasta hoy que tiene la de los Altos Hornos de hierro y de acero y atraviesan su jurisdicción los ferrocarriles mismos, daría motivo para un volumen interesante.

El árbol de Guernica bajo cuyas frondosas ramas se cobijaron en los siglos pasados las libertades y franquicias del noble valor de Vizcaya, cobija hoy la industria moderna en lo que tiene de más rico y poderoso.

Hoy hay en Bilbao dos cosas que constituyen sucesos de actualidad de los que caen dentro del dominio de la crónica escrita á vuela pluma, y que simbolizan admirablemente su pasado y su presente. Estas cosas son una estatua y un crucero: la estatua de D. Diego López de Haro, el señor de Vizcaya, fundador de Bilbao; y el crucero *María Teresa*, cuyo casco está terminado en los astilleros del Nervión.

La estatua la admiramos en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid. Es obra de Benlliure, y el inspirado artista ha sabido reproducir fielmente, tal como la imaginación se la supone al leer la historia, la varonil figura del rudo tío de D.ª María Díaz de Haro, que tomó posesión del señorío de Vizcaya contra el derecho de su sobrina la esposa del infante D. Juan.

Ya está alzado en la Plaza Nueva el pedestal sobre el que se ha de levantar esta estatua representación de la antigua; pero el suceso culminante, lo que despierta más curiosidad, es el crucero: no viene nadie á Bilbao este año que no vaya á verle, y las miradas se fijan con cariño en aquel gran casco pintado de gris que azotarán las olas, que surcará los mares, que sostendrá nuestra bandera y que, al mismo tiempo que velará por nuestra honra y defenderá nuestros derechos cuando sean atacados, pregonará adelantos de la industria nacional.

El Sr. Martínez Rivas puede estar satisfecho, porque él ha sido el alma, el impulso, el sostén de esta importantísima empresa. Es un hombre joven todavía por más que las canas plateen su larga barba. Nació en Vizcaya y se ha educado en Inglaterra. Su figura alta y robusta recuerda al vasco en toda su fortaleza, y sus ademanes al inglés con todas sus reflexiones. De origen modesto, ha sabido reunir una gran fortuna y dispone de millones y habita palacios. Lo debe todo al trabajo empleado con inteligencia, y se distingue, al mismo tiempo que por su laboriosidad, por su constancia.

Cuando las Cortes de la nación, siguiendo un noble y patriótico impulso, acordaron que los buques españoles se construyeran en España para que no se invirtiesen en el extranjero las crecidas sumas que para este objeto salían del sudor y de los desvelos del contribuyente, se presentó con entusiasmo al concurso, y desde que sus condiciones fueron aceptadas no ha vivido ni ha descansado. Se ven en su moreno semblante las huellas del trabajo, pero no las señales del abatimiento. Con una puntualidad verdaderamente comercial ha cumplido su palabra, y, cuando el día último de este mes de agosto recibía en su astillero á S. M. la Reina, pudo mostrarse satisfecho como el artista que ve tomar cuerpo á la obra con que soñó su fantasía.

Con la botadura al agua del casco del crucero está dado el primer paso de la obra, que quedará terminada á fines del año que viene con la máquina y con el armamento.

Bilbao, que es entusiasta de todo lo que contribuye á su adelanto y á su progreso, se ha asociado con júbilo á la obra del Sr. Martínez Rivas, y las fiestas de agosto se han celebrado este año con animación extraordinaria.

Pocas veces se ha visto aquí más afluencia de gente, y nunca las corridas de toros, las carreras de caballos y los partidos de pelota han sido más lucidos. Se ha unido este año, á todo esto, mucho del sentimiento liberal que se respira insensiblemente en la atmósfera de Bilbao. Es la ciudad de las minas y de las fábricas, pero es también la ciudad de las libertades.

En estas crónicas están vedados los asuntos candentes de la política, pero no se puede dejar de apreciar, al hablar de Bilbao, este espíritu que hace que entre el rumor de sus máquinas, los sonidos de las bocinas de sus buques y los silbidos de las locomotoras de sus trenes, se perciban, como una parte del concierto entonado en honor de la industria y del progreso, las notas del himno de Riego entonadas en honor de la libertad.

***

Los grandes industriales de Bilbao viven como Medicis en sus palacios del campo de Volantín y se proporcionan todos los placeres cultos. El teatro que han inaugurado este año es digno de figurar después del Teatro Real de

Digitized by Google

Madrid y del Liceo de Barcelona. Las señoras bilbaínas han lucido en él, durante estas fiestas, elegantes trajes y ricas joyas; y se respira aquí una atmósfera de bienestar y riqueza que conforta el ánimo como confortan el estómago los tibios olores que salen de una bien preparada cocina.

Aquí se habla de miles de duros como de una cosa corriente, y el más pobre se puede hacer la ilusión de que es rico.

Los socios de un círculo, *El Sitio,* se encuentran estrechos en el local donde se reunen y en seguida se construyen otro de nueva planta, sin omitir gastos ni recurrir á nadie.

Aquí no se conoce el expediente, de aquí se ha desterrado por completo la rutina. ¡Ah, mi respetable Mrss. Gabriella Cunninghame Graham! Usted, que nos quiere bien, véngase otro año por Bilbao, suba á sus minas, entre en sus fábricas, contemple el resplandor rojizo de sus hornos y vuelva á congregar otra vez al público que con el respeto que V. merece la escuchó el pasado mes de marzo en el *Tyreside Theatre*, y podrá decirle que hay en España algo más que el peludo borriquillo, esa parte íntima de la vida del castellano; algo más que la plaza atestada de una muchedumbre alborotadora, regocijada y bulliciosa, muy ocupada en no hacer nada; algo más que el peregrino de Santiago que se abre paso entre la multitud, provisto del clásico báculo y de la calabaza y adornado de conchas cosidas en la delantera, mendigando una limosna para continuar la jornada.

Cierto es que Bilbao y Barcelona son la excepción en España, pero no es menos cierto que nos colocan al lado de las naciones que más trabajan y progresan.

KASABAL

Bilbao y agosto de 1890.

¡NI EN EL MAR!

Las cuartillas que encontré decían así:

«—¡Eh! ¡Cochero! ¡Cochero! ¡Pare!—Pero el aludido, que tendría sobradas razones para hacer lo contrario de lo que se pedía, fustigó los caballos, y el tranvía se deslizó por encima de los rails con inusitada carrera. Todos los pasajeros volvimos á una la cabeza para mirar á la persona que gritaba y á la que tan mal se atendía, y vimos que era una mujer gruesa, casi esférica, que, jadeante y agitándose como un energúmeno, procuraba en vano hacer parar el coche. Los pasajeros, al ver á la obesa mujer, dirigimos una mirada de gratitud al cochero por no haber parado, porque así nos ahorramos molestia de tener que levantarnos tres por lo menos. He ahí cómo faltando á sus deberes un hombre se gana las simpatías del público, del mismo público que mañana se escandalizará si no se le atiende cómo es debido. El auriga, que comprendió que su *hazaña* había causado excelente efecto entre los pasajeros, quiso remachar el clavo con la siguiente tontería:

»—Esas mujeres gordas,—dijo,—son la ruina de las empresas.

»Nadie le contestó, pero todos reímos la grosería. ¡Quién sabe si aquella sonrisa que apuntó en nuestros labios no era para hacer burla de la señora obesa y tan sólo significaba el convencimiento que teníamos de que si mañana nos pasaba algo parecido no nos había de faltar un cochero que nos *tomara* el pelo y un público excéptico que le aplaudiera! ¡Oh los cocheros! pero ¡oh el público!

»Un momento después los caballos tomaron el paso corto, y *pian pianino* nos dirigimos á los Baños Orientales. El tranvía fué llenándose por momentos. El conductor verificó los cobros. A simple vista parece que eso de recorrer una distancia bastante larga mediante la cantidad de diez céntimos es sumamente barato; pero si nos fijamos en que los empleados están reñidos con la amabilidad y las buenas formas, y en que le dan á uno moneda falsa á cambio de buena; en que permiten que se metan en el coche veinte personas más de las que caben, teniendo que ir unos encima de los otros, estrujándonos, pisándonos y ahogándonos casi; y en que los caballos que tiran del vehículo llevan ya la sombra de un picador de toros sobre sus hombros; entonces ¡ay! el precio del pasaje resulta caro. Justamente aquel día, á los cinco minutos de haberse puesto en marcha el tranvía, ya íbamos apretadísimos. A mi derecha tenía un caballero que tuvo á bien colocarme un codo en el pecho, y á la izquierda una mujer con un rorro en el regazo, el cual entretenía sus ocios golpeándome las piernas con los pies como si fueran aquéllas un tambor. Para colmo de desdichas entró el revisor de billetes. No íbamos bastante prietos é incómodos: faltaba que un empleado de la compañía viniera á molestarnos más. Había que cumplirse esa nueva imposición que la empresa puso á los pasajeros, imposición tan molesta como antipática que, por no tener confianza la compañía en sus empleados, nos obliga á velar por sus intereses haciéndonos guardar aquella ridícula contraseña, que, si bien es verdad que casi todo el mundo hace de ella una pelotilla (yo la boto) para entretener los dedos, no por eso deja de resultar una impertinencia, impertinencia que se hace insoportable cuando los coches van llenos, que, quieras que no, el revisor ha de cumplir su obligación, y para ello se ve precisado á dar pisotones, codazos, empujones, y allí cae un sombrero cuando no un chiquillo, y por donde va él va la tribulación y el mareo.

»Entretanto el tranvía *corría* con una velocidad de un kilómetro por hora. Pero hay que hacer justicia á los caballos: iba el coche atestado; no cabía un alma más. Digo mal: en la plaza de López me convencí de lo contrario cuando, infringiendo las ordenanzas, subieron dos hombres más á las barbas de una pareja de municipales montados que presenció aquella infracción de ley con filosófica y acomodaticia tolerancia. En cualquier otro país no se hubiese permitido; pero en nuestra ciudad los municipales, sobre todo los de á caballo, no parece sino que sólo estén puestos para ornato público y espantajo de chiquillos.

»Media hora después llegábamos á los baños, no sin deterioro de nuestros trajes y personas.

»En el vestíbulo de la gran barraca había animación, movimiento, vida. Toda aquella multitud alegre y bulliciosa, aquel montón de carne humana fraccionado en pequeños grupos, en los que se hablaba atropelladamente; los trajes de las mujeres, elegantes, claros, voluptuosos por lo ligeros y por sus atrevidos escotes; el continuo ir y venir de los que salían y entraban; los gritos, las voces, las carcajadas que estallaban en un grupo cualquiera de gente moza; toda aquella confusión de colores (confusión de bazar, abigarrada y chillona), de gentes, de ruidos; formaba un cuadro pintoresco, hermoso, que tenía mucho de oriental siendo verdaderamente nuestro, cuadro de verano, de realidad viviente, de bulto y de relieve.

»Al irme á mi departamento oí una voz que salió de un grupo de jóvenes que dijo:

Allá va la nave;
¿quién sabe do va?

»Miré, y vi que los versos de Espronceda eran alusivos á la mujer gorda que ya conocemos, que en aquel instante acababa de llegar y se iba pacíficamente á tomar un baño.

»Veinte minutos después me encontraba en la orilla del mar en traje de baño ó en traje primitivo, como le llama un mi amigo.

»Me recosté en la arena: extendí la mirada por el ancho horizonte, recreándome la vista con el color azul del agua, que se confundía con el azul del cielo. Con el andar de las pequeñas olas persiguiéndose unas á otras sin alcanzarse jamás, movimiento uniforme, igualitario, pero siempre bello, espectáculo es el mar que encierra una grandiosidad ciclópea, algo desmedidamente superior á cuanto puede crear la fantasía, que atrae, llama, absorbe y sujeta la voluntad y el espíritu, que causa horror unas veces y otras inspira melancolía, que retiene nuestro ser en una especie de éxtasis que hace acelerar la sangre al corazón y ensanchar el alma, y por el cual vemos y sentimos la idea de Dios y la magnificencia de sus obras.

»Me distraje luego con la animación que había en la playa. Por todas partes veíanse hombres desnudos: graves, severos y silenciosos unos; alegres y bulliciosos otros. Cuadro curioso, es aquel, en que los hombres, desposeídos de las ropas que la civilización y la moral han impuesto, se zambullen en el agua, hacen piruetas en la arena, se columpian cogidos en las cuerdas, mientras otros, más pacíficos, forman pirámides ó castillos de arena; espectáculo que, dejándonos llevar de la imaginación, parece que en un momento hemos retrocedido cuatrocientos mil siglos, ó bien que hemos sido trasportados á un país donde sólo se vegeta, donde no hay leyes, ni religiones, ni cariños, ni moral, ni amor; pero que tampoco hay cárceles ni guerras; que las infamias, los odios, las ambiciones y las ingratitudes no se conocen ni pueden llegar á conocerse; país donde no hay mujeres que hagan del corazón del hombre una víscera solamente, ni hombres que arrebaten la virtud del alma de una mujer pura; país sublime si existiera, al que había de ir de peregrinación aunque no fuera más que por vivir allí veinticuatro horas.

»Como siempre he tenido algo de artista, dime también en examinar las carnes y formas de los bañistas. Aquí el cuadro resultaba risible y grotesco para el observador, y de desesperación para la Estética y Artes Bellas.

ADOLFO MARSILLACH

(Se concluirá)

CERÁMICA DECORATIVA

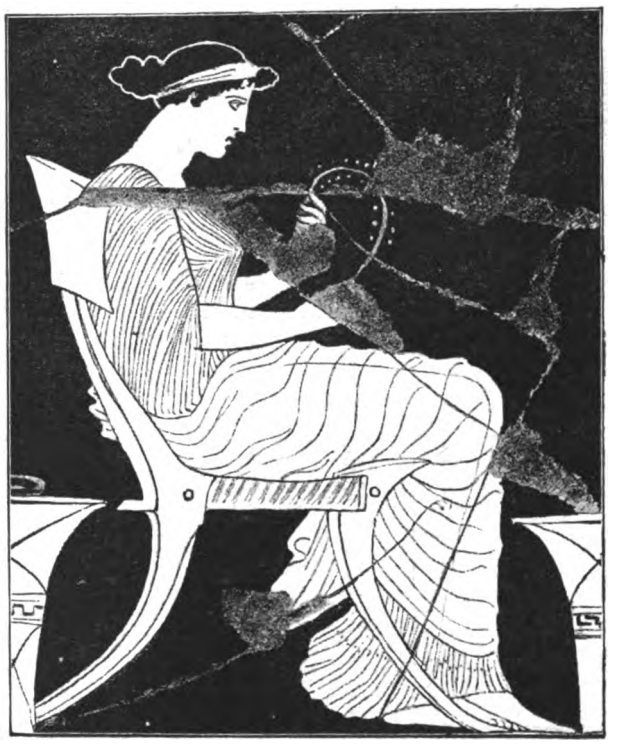
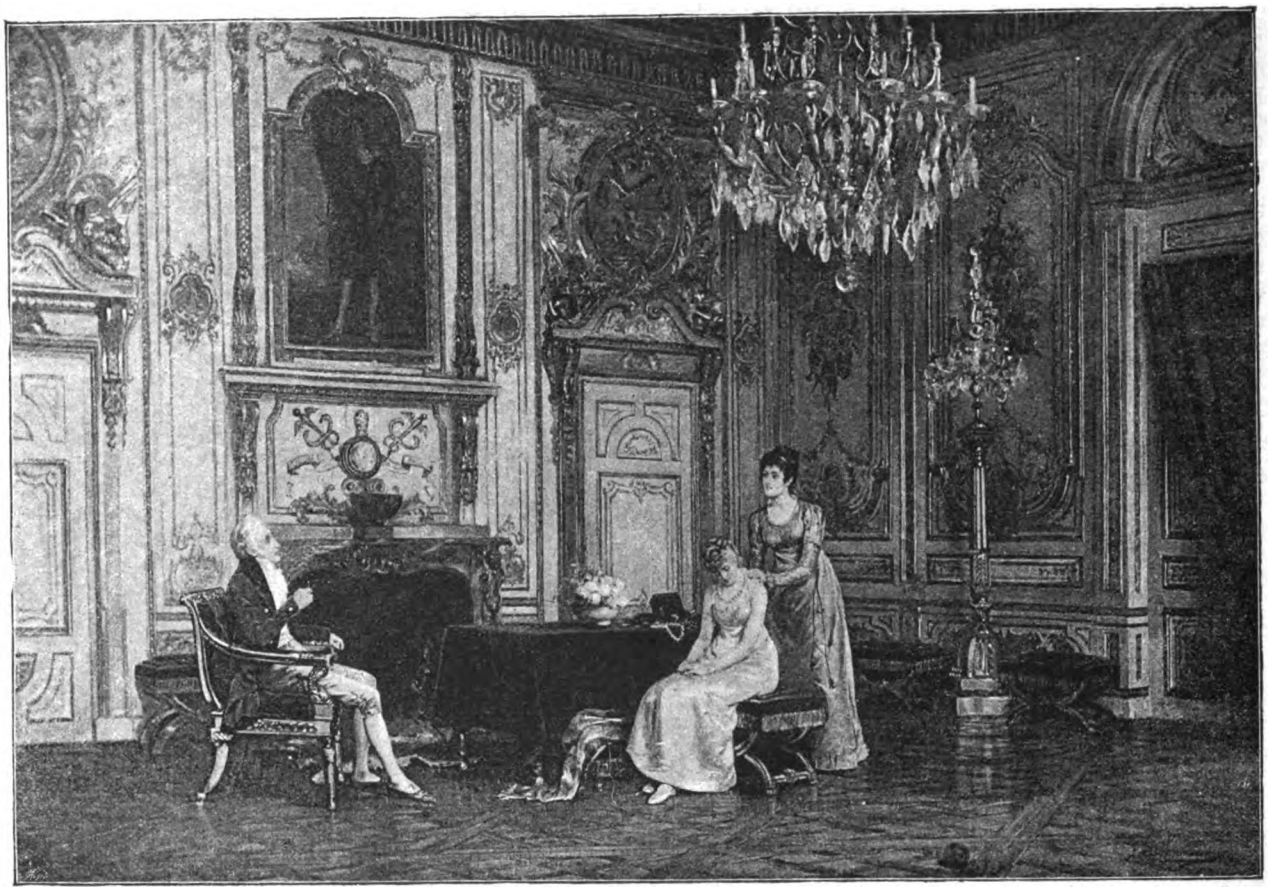


FIGURA DE UN VASO GRIEGO DEL MEJOR PERÍODO

Digitized by Google



EL COLLAR (cuadro de J. Haynes Williams)

DESPUÉS DE LA VICTORIA (cuadro de Felipe H. Calderón)

Digitized by Google

SOLACES DE LA ROMA IMPERIAL (cuadro de **A. Guinea**)

Digitized by Google

LAS ALAS

I

Bien quisiera yo apuntar aquí, con la exactitud y escrupulosidad del más minucioso cronista, las gracias y primores de Angelito, el héroe de mi cuento; pero renuncio á la tarea por imposible. Aún, aún, si por las márgenes de este impreso corriera pintoresca orla de viñetas trazadas por la mano de algún experto tobrichón, pudiera éste sorprender y trasladar al papel la alegre fisonomía del chiquillo cuando se despertaba por la mañana al contacto de los besos apasionados de su madre; el gracioso aturdimiento con que se embadurnaba frente y narices de chocolate cuando equivocaba el camino que debía llevar el bizcocho empapado de fragante soconusco; la picaresca zalamería con que pedía los dulces que devoraba con sus dientecillos de rata; el marcial ardor con que en el corredor de su casa, armado de sable y luciente casco, fingía marchas y contramarchas, ataques y retiradas, mandando con tonante voz al obediente é imaginado ejército que le seguía; la arquimedesca atención con que escuchaba los cuentos que le contaba su madre, sin cansarse jamás de saborear una y mil veces aquellas obras maestras; y hasta el encanto de sus entristecidos ojos cuando lloraba y la artística expresión de su irritada personilla cuando tomaba alguna rabieta. Figúrome yo el cuadro tal como debiera pintarse para admiración de las futuras generaciones. En el centro la preciosa cabeza de Angelito, con sus ojos profundos, grandes, inteligentes, su boquita menuda y risueña y su larga y ensortijada melena de cabellos rubios; y en torno, como corona de gloria, en artísticas miniaturas, las más notables aventuras de su larga vida.

Porque no vayan Vds. á creer que Angelito era un mocosuelo de esos que acaban de romper á andar y sueñan con el recién abandonado seno materno. Nada de eso. Mi héroe tenía tres años, y ni había piernecillas más incansables que las suyas ni orador más elocuente en todo el vecindario. Quédese para otros muñecos torpes eso de pronunciar las palabras trocando letras, comiéndose finales y abusando de las elipsis: él hablaba correctamente, vocalizando y fraseando con un primor que ya le envidiarían muchos cantantes, y, no contento con esto, reformando el lenguaje con arreglo á las más severas leyes de la lógica. Las irregularidades de los verbos, el cambio de unos géneros por otros, todas esas licencias y osadías que, so color de la elegancia y eufonía del idioma, se mantienen y perpetúan defendidas por viciosa rutina, estaban proscritas inflexiblemente de la lengua de Angelito. Por desgracia, su ejemplo no tenía imitadores y era necesaria á menudo la intervención de su madre, que, gracias á un concienzudo estudio, había llegado á ser su intérprete de cámara para que pudieran los profanos comprender sus frases, llenas de lógica y de oscuridad.

II

Muchas pasiones tenía Angelito. Es claro: no en balde había vivido tanto tiempo. Enloquecíale cualquier música que llegara á sus oídos; enamorábanle los caballos y los coches y los cocheros y todo lo que con los asuntos hípicos se rozara; seducíale el brillo de los uniformes y de todos los militares arreos; pero á nada profesaba igual cariño que á los libros con estampas. Patente se veía en él el germen de un futuro Rafael del Sanzio. Juegos, dulces, caricias, todo lo olvidaba si le ponían delante cualquier libro moderno, delicada muestra del arte tipográfico, en cuyas páginas hormigueaban los grabados, como corte de engalanados palaciegos que escoltaba ó precedía á los dibujos de folio entero, verdaderos reyes de aquel pueblo de muñecos pintados. Libros de viajes, leyendas, poesías, narraciones novelescas, todo entusiasmaba á Angelito, que, sin duda, reconstruía en su mente con aquellos datos el tomo que hojeaba, trazando novelas quizás más originales y peregrinas que la que contaban las columnas de letras en correcta formación.

Y de tal modo eran los libros ilustrados sus mentores y pedagogos, que cualquier atento observador hubiera podido deducir, por los juegos á que el chiquillo se entregaba, los dibujos que acababa de ver: después de hojear las campañas de Napoleón, todo era en la casa estruendo bélico, batallas y escaramuzas de las que solían salir mal librados los muebles; tras la contemplación de la historia de la Virgen de Lourdes, entregábase á místicos arrobamientos

ESPEJO ITALIANO

y religiosos éxtasis; cuando había mirado algún libro de historias cortesanas, ocupaba el día en hacer cumplimientos y cortesías á las butacas y los taburetes, fingiendo con ellos mil pláticas discretas; y así, como espejo que conservara durante breve tiempo las imágenes recibidas, Angelito reflejaba en su conducta los modos de ser de los personajes que poblaban sus libros favoritos.

¿Preguntáis qué libro era el preferido de Angelito? Bastará deciros que era, aunque sin saberlo, ferviente católico para que deduzcáis que el en que había puesto hasta entonces más amorosamente los ojos era la *Biblia* ilustrada por Gustavo Doré. Revolviéndolo pasaba horas enteras absorto en aquellas místicas orlas y en aquellos inimitables dibujos, sin salir de su mutismo más que para preguntar á su madre el nombre ó alguna interesante circunstancia de los personajes que figuraban en la lámina que tenía delante.

Un día que atentamente miraba la estampa en que estaba dibujada la *Oración del huerto*, se volvió de pronto á su madre y le preguntó, señalándole el divino mensajero que tenía en sus manos el cáliz de la amargura:

—Mamá: ¿quién es este?

—¿Ese? Un ángel como tú.

—Y ¿por qué tiene alas?

—Porque los ángeles vuelan como los pajaritos.

—Y ¿adónde vuelan?

—Al cielo.

III

Nunca le hubiera dado su madre tan luminosa explicación de la ligera naturaleza de los ángeles. Dió desde entonces el chicuelo en la graciosa manía de que tenía alas y en el peligroso deseo de querer servirse de ellas como para andar de sus débiles piernecillas. Ora se empinaba sobre las puntas de los pies y, remedando con los brazos el rítmico aleteo de las aves, creía elevarse y cruzar, sin tocar el polvo de la tierra, las habitaciones de su casa; ora se encaraba con su niñera, recomendándole que no le arrancase las plumas de las alas, como hacía con las de los palomos para que no pudieran volar; ora, y esto es lo peor, se arrojaba de un escalón ó de una silla abajo, pensando que sus alas le iban á servir de complaciente paracaídas. Innumerables fueron los chichones, rozaduras y rasguños que su disparatada manía le produjo; y, de tal suerte tomó alarmantes proporciones, que su madre, temiendo por su vida, comenzó á discurrir cuál sería el medio más eficaz de hacerla desaparecer, y con ella el cotidiano peligro en que veía á su hijo de matarse. Por fin, un rayo de luz iluminó su semblante y creyó haber encontrado la solución del arduo problema. Muchos besos y razonamientos le costó, muchas caricias y promesas de juguetes y de dulces; pero al fin consiguió convencer á Angelito de que, para que sus alas llegaran á ser tan grandes y hermosas como las de los ángeles pintados, era menester cortarlas sin cesar mientras fuera pequeñito. De este modo crecerían al par que él fuera creciendo: si no, se quedarían pequeñitas y no le podrían sostener en el aire cuando llegase á ser grande. ¿No se acordaba él de las veces que le habían cortado el pelo para llegar á tener aquella larga y nudosa melena rubia? Pues lo mismo había que hacer con las alas: meterles la tijera, y así se trasformarían en otras más resistentes y magníficas.

Consintió el chiquillo y se llevó á feliz término el piadoso engaño. Preciso fué desplumar á todos los habitantes del palomar para que Angelito creyese más firmemente en la realidad del despojo de sus alas; pero así se hizo, y, á los crueles golpes de las tijeras que esgrimía su madre, vió con las lágrimas en los ojos cómo caían á un lado y otro las blancas plumas que en apretadísimo haz cubrían su infantil espalda. Unas cuantas peladillas endulzaron su inconsolable amargura, y Angelito tornó á ser mísero habitante de este suelo y renunció á remontarse, como sus tocayos, por las siderales alturas.

IV

Mas ¡ay, que, consumado el sacrificio, con las imaginarias alas huyeron las rosas de sus mejillas, la sonrisa de sus labios y la alegría que inundaba todo su ser! El sable con que había ganado tantos combates yacía mellado y sin empuñadura en un rincón; su compañero, el refulgente casco decorado con imperial aguilucho de dos cabezas, abollado y sucio bajo una silla; los caballos de cartón en que gallardamente cabalgaba, olvidados en el desván, cual sin patas delanteras, cual con el morro deshecho, éste sin rabo, aquél con pavoroso agujero en el vientre, víctimas todos del súbito mal humor y la desusada misantropía en que había caído su dueño. Ni los libros ilustrados, sus predilectos amigos, escapaban de aquel triste desdén con que Angelito acogía todas las cosas que antes le eran amables. Quietecito y ensimismado permanecía junto á cualquier ventana, mirando á través de los diáfanos cristales el azul cielo con expresión entre acongojada y afanosa. Sólo, de vez en cuando, abría lentamente, como el que ansía y teme ver una cosa, la *Biblia* en que Doré dejó la imborrable huella de su genio: hojeábala inquieto hasta tropezar con el anhelado dibujo, y se hundía en su contemplación, cual si de ella sacase grande y provechosa enseñanza.

Casi pudiera elevarse á la categoría de axioma la frase siguiente: «niño juicioso, niño enfermo.» Angelito, que hasta entonces había sido un torbellino, un loquillo que no cesaba de alborotar en todo el día, cambió de pronto de con-

Digitized by Google

ducta y de carácter. Su tranquilidad, su olvido de sus constantes juegos, hicieron sospechar á la madre que su hijo estaba enfermo. Vino el médico, lo examinó, y movió la cabeza con aire de disgusto. La sospecha de la madre era cierta. Pero ¿qué enfermedad tenía Angelito? El pobre doctor, que allá en su interior se vanagloriaba de tener un gran ojo clínico para descifrar en el acto esa charada misteriosa escrita por el mal en la fisonomía del paciente, se encontró atortolado, confuso y sin saber qué nombre dar á la dolencia que consumía al chiquillo. Recetó, eso sí, un brebaje anodino para calmar, más que la fiebre del hijo, la dolorosa inquietud de la madre; prescribió que se distrajera mucho al niño; estableció todo un sapientísimo plan de higiene; pero él, que otras veces cogía la pluma para escribir la fórmula terapéutica con la firmeza del consumado espadachín que empuña el ligero florete con la seguridad de inferir mortal estocada á su contrario, garrapateó ésta vacilante, como neófito que concurre por vez primera á una sala de armas.

Y, en efecto, su duda era fundada: ni la higiene ni la medicina dieron muestras de la menor eficacia. Angelito empeoró de día en día, y sus mejillas se tornaron pálidas, y sus labios descoloridos, y sus orejitas trasparentes, y su cuerpecillo todo se fué espiritualizando hasta perder el vigor y ser únicamente la cantidad de materia absolutamente precisa para que allí se albergase un alma.

Y llegó el tremendo instante en que tan mísera envoltura terrena no tuvo fuerza para retener prisionero al espíritu, ansioso de recobrar su libertad. Deshecha en llanto, ahogándose de pena, junto al pequeño lecho en que Angelito se moría, estaba la desgraciada madre. Ya las medicinas no convertían en improvisado botiquín la mesa de noche: ya no había allí más remedios que las frenéticas caricias, los apasionados besos, que la infeliz prodigaba á su hijo, queriendo con ellos infundirle aliento, salud, robustez, alegría, darle de nuevo la vida, aunque fuera á costa de la suya propia. De improviso el chiquillo levantó la cabecita, dirigió sus moribundos ojos á su madre y le dijo:

—Mamá...

—¡Hijo de mi alma!

—Me crecen las alas...

Un sollozo fué la respuesta.

—Ya las tengo grandes: grandes como los ángeles del libro. Ahora sí que voy á volar... lo mismo que ellos... para arriba, para arriba...

Y decía bien: su seráfica cabecita tornó á caer sobre la almohada, exhaló breve suspiro, y su alma purísima, desplegando las hermosas alas de la inocencia, voló con los ángeles sus tocayos hacia arriba, hacia arriba...

LUIS CÁNOVAS

POLITICA Y SASTRERIA

Si existen, como es la verdad que existen, estrechísimos vínculos entre lo físico y lo moral; si es cierto, como lo es, que la fístula de Luis XIV ocasionó un cambio en su política y que se descubre cierta relación entre el carácter imperioso de un sujeto y la altura á que traza el travesaño de las *tees;* no es menos evidente la dependencia que existe entre la política y el traje, de la propia manera que existe entre la misma cosa y el tipo de las vesanias dominantes, y aun, si se quiere alargar más el discurso, entre ella y la gastronomía, el teatro, el número de cartas que se pierden, el de faltas de gramática, ortografía inclusive, que se cometen, etc., etc. No quiero, sin embargo, salirme de mi asunto, y á la sastrería me atengo, declarando desde ahora que para nada es preciso aludir á Sartorius, sin negar por eso que no dejaba de ser un sastre que conocía bien el paño.

No me remontaré á la noche de los tiempos, sino que voy á empezar como si dijéramos «de doce á una», en tiempo de los Católicos Reyes, que montaban tanto el uno como el otro.

Tenemos que en aquellos años se conquistó á Granada, fué anexionado Nápoles, ídem de lienzo Navarra y descubierta América, con lo cual los estados españoles adquirieron de pronto un abotagamiento con ribetes de hidropesía, aunque sin llegar al estado de polisarcia de cuando Carlos V y el más famoso de todos los Felipes coronados. Y ¿qué vemos en el traje? En lugar de las exiguas y larguiruchas vestiduras de la corte de D. Juan II, unos muy holgados y abiertos vestidos, como si no se cupiera dentro. Pero un carácter más significativo se observa aún y, es que, como delicado homenaje á la reina, el traje hombruno se afemina escandalosamente, de-

FIGURA DE UN VASO GRIEGO

jando aparecer desnuda la garganta, ofreciendo abultamientos el pecho, oprimidas las caderas, al aire las piernas, puesto en relieve lo torneado de los brazos mediante las mangas ociosas y dando lugar con ello á lucir la ropa blanca; á todo lo cual hay que añadir la moda de dejarse muy largas melenas, tendidas sobre los hombros.

Escandalizábase con tan estrafalaria manera de vestirse el dignísimo confesor de la reina, Fr. Hernando de Talavera, y denunciaba en su *Tratado de los excesos y novedades en vestiduras* (1475) que los camisones de los hombres fuesen tan coquetonamente labrados como si se tratara de camisas de mujer; que los pechos estuviesen encordados con cintas, como mujeres; y que las ropas, ó bien fuesen tan rozagantes cual las de una dama ó tan cortas y deshonestas que no cubriesen lo que la honestidad permite. «El cabello alto y encrespado ó largo, muy peinado y alesnado con gran compás y estudio, por estilo mujeril.» Con esto, los rostros bien rasurados, sin pizca de pelo en la cara, última adulación isabelina.

Las cosas siguen de este modo hasta el advenimiento de Carlos V. Trátase ahora de un emperador, y es preciso que en todo se refleje la imperial majestad; y como ese emperador es flamenco, la moda será también flamenca, con sus puntas y ribetes de suiza, por ser los suizos los prusianos de la época: quiero decir los representantes del militarismo. La gente se honra con gorgueras y valonas tudescas; aparecen las trusas, las ropillas, los sombreros alemaniscos ó *chambergos,* los mantos rebozados y las capas de Milán. Caballeros y obispos se dejan crecer ahora las barbas. El traje con eso resultaba muy marcial, y más aún con el cinturón, del que pendían espada y daga. En 1540, cuando el emperador comienza á experimentar aquella terrible falta de dinero, que fué una de las causas de su abdicación, el traje se hace más acuchillado que nunca, ciérrase la ropilla, hínchanse las calzas, recárganse de pieles y de mangas los gabanes y eclípsanse las camisas.

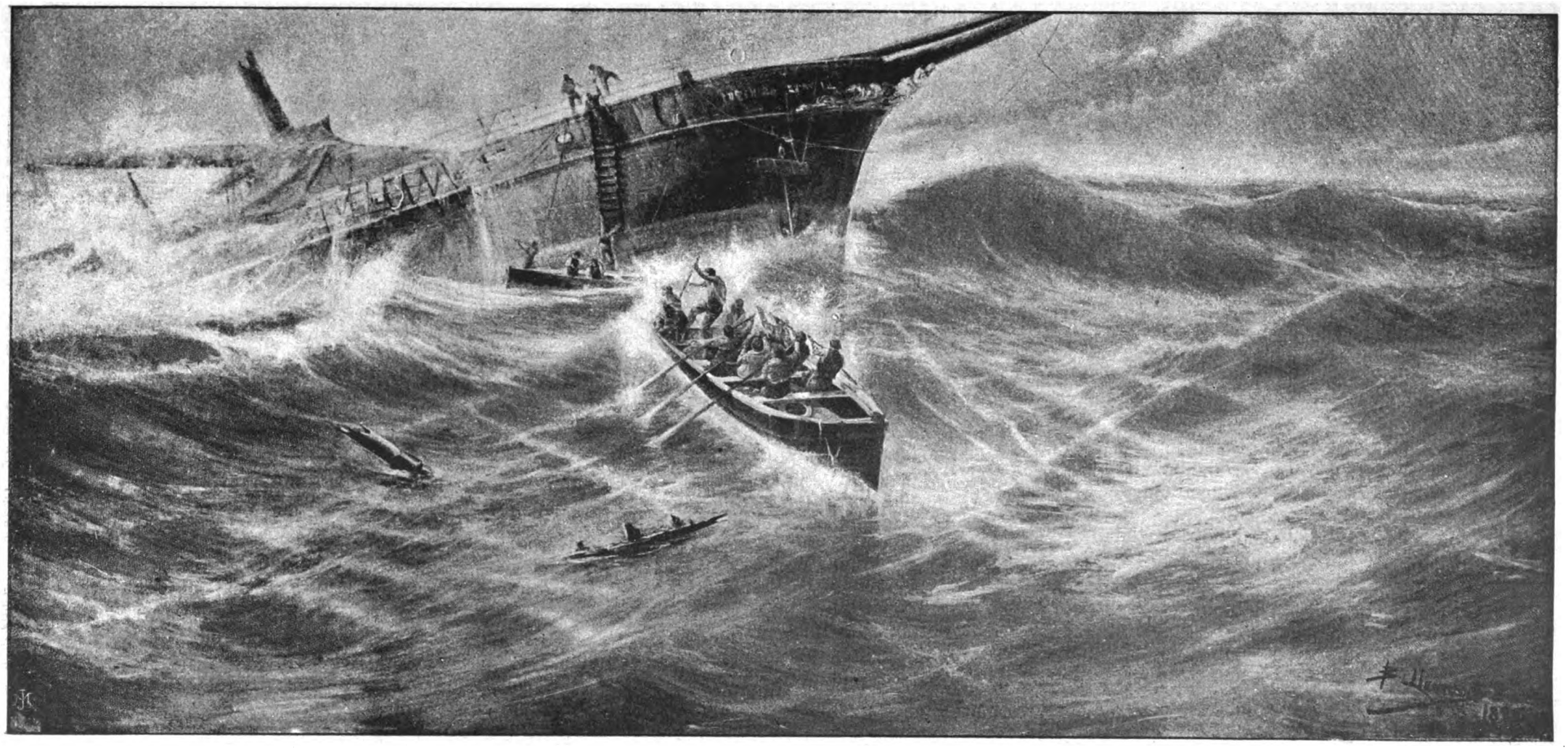
Fácilmente se comprenderá que bajo Felipe II el traje debió ser eminentemente devoto: añadióse una *camisola* á la camisa; á la ropilla vinieron á juntarse el jubón y el *herreruelo,* ilustrado en las campañas de Flandes (pieza ajustada de mangas perdidas), y el *saltaembarcas,* especie de casulla. La penuria era grande, y de ahí el incremento que tomaron las capas, con sus múltiples derivaciones de capuces, capotes, capotillos, etc.; grandes ocultadores de las prendas subyacentes. De este tiempo datan la *sotana* y *manteo* de los curas, y, aunque sea mezclar lo sagrado con lo profano, la representación de la Virgen de los Dolores y la de la Soledad en el hábito negro con que suele vestírselas en España. A esto hay que añadir el uso de *Agnus Dei,* medallas, cruces, corazones, etc., como piadosos emblemas exteriores. Veíase en todo la influencia de un rey beato, casero, oficinista, poco amigo de que nadie se atreviese á hacerse el elegante, y más aún quizás desde el recuerdo del gentil secretario que se atrevió á faltarle gravísimamente poco menos que en sus mismas barbas y que era, sin duda, el galán más apuesto de la corte.

Es ley general en todo el reinado de la casa de Austria, y sin duda pensaba en ello cierta vez el señor Cánovas, que á *reinado nuevo, ministerio nuevo;* y no así como así, sino precisamente para hacer todo lo contrario del anterior. Esta ley se cumple ya desde Felipe *el Hermoso,* que prescinde de su suegro y de Almazán y gobierna con sus flamencos. Llega Carlos V, despide á cajas templadas á Cisneros y les deja hacer á Chèvres y á Lanoy. Sube al trono Felipe II, prescinde de Gattinara y de Granvela y se las entiende con Alba, Feria y Eboli. Aparece ahora Felipe III, y le falta tiempo para hacer que se retiren Idiáquez y Mora y recaiga el poder en manos de Lerma, de la propia manera que Felipe IV prescindirá... (¡qué es prescindir!) perseguirá sañudamente á Uceda y tomará por Atlante á Olivares, hasta que al llegar María Ana de Austria posponga los últimos ministros de su marido al P. Nithard, y le hagan mandar al diablo á Carlos II al inteligente Valenzuela,—*Ruy Blas.*

Lerma tenía, pues, que hacer todo lo contrario de lo que hicieran sus predecesores, y lo hizo. Hay que fijarse, para comprender la gran revolución que experimentó el traje, en que el ministro aquel era el tipo de la fastuosidad y la elegancia, y, como el rey dependía de él, en vez de achicarse como los últimos secretarios de Felipe II, desplegó un lujo digno de un monarca. Además de eso, en tiempo de Felipe II no había corte, por ser el rey poco menos que inaccesible: la nobleza vivía literalmente desterrada en sus castillos. Todo cambió al advenimiento de S. E. D. Francisco Gómez de Sandoval y Rojas. El nuevo ministro llamó á la corte á los grandes y dió la señal de desplegar el más asombroso lujo que jamás se hubiese conocido en España. Todavía no había descubierto Europa nuestra impotencia para mantenernos en la posición en que habían colocado á España Carlos y Felipe, Enrique IV se había muerto sin haber podido realizar sus planes, y la turbulenta minoría de Luis XIII distraía por

Digitized by Google

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES



¡DIOS DIRÁ! (cuadro de Lleonart)

Digitized by Google

SATISFACCIÓN (cuadro de Cecilio Pla)

Digitized by Google

de pronto á Francia de continuar la política exterior del primer Borbón. Vamos á tener, pues, una era de lujo sin igual. Todo noble que se respeta arrastra coche. Instalado esplendidísimamente en su morada, y con el carruaje á la puerta, puede vestir con delicadeza sin temor á llenarse de polvo ó á echarse perder la ropa: lúcense altos cuellos bordados, calzas de grandes cañones, medias de rodilleras con unas ligas dignas de un caballero de la Jarretiera, almilla, y encima un jubón alagartado, abuelo de la *queue de morue* de nuestros días; los forros de las ropillas, casacas y herreruelos son de tafetán ó felpa; adórnanse con cintillas de diamantes los cubiletes y las gorras; las espadas son doradas, los guantes de ámbar. Revolución barberil de grande importancia: se llevan los bigotes retorcidos. Tenemos el tipo del cortesano ideal. Ningún traje de esta clase costaba menos de 300 á 400 ducados. No es que hubiese mucho dinero, sino que todo el que había se gastaba para lucir en la corte.

Los que no pertenecían al gremio de nobles con dinero, vestíanse con gregüescos ó calzas á la villanesca, fajas de estambre, valonas, sayo, capa gascona y de pastor. Los médicos y abogados distinguíanse por sus barbazas.

Sube Olivares, ó si se quiere Felipe IV, y cree el Sr. Guzmán y Zúñiga eternizarse en el poder con aquel gran golpe de la pragmática sobre reforma de trajes y represión del lujo, tan ardientemente celebrada por Quevedo, cual si se tratara de algo formal y serio:

> No he de callar por más que con el dedo,
> ya tocando la boca ó ya la frente,
> silencio avises ó amenaces miedo.

Pero, señor, ¿á qué tanta grandilocuencia? La medida era ridícula, ineficaz, y no valía ciertamente la pena de tomarlo con tanto calor el antiguo secretario del gran Girón. Lo único positivo que se sacó de la tal pragmática fué la desaparición de los cuellos de encajes (con tanta gracia llevados por *los tres duques* y por Rodrigo Calderón), y el advenimiento de la culterana *golilla* y del manto de *tapadillo*, procedente de Méjico y Lima, de regreso de Tarifa.

El traje, una vez hubo el diablo tirado de la manta que disimulaba nuestra decadencia, se hizo modesto, pobretón, humilde, cual convenía á una sociedad sin dineros. Los vestidos eran de paño oscuro, sin más adorno que botones; capa negra; el traje se componía de valona, jubón y coleto; las pantorrillas se fingían con algodones. Aparecen los anteojos y el rapé, y el pueblo principia á ser considerado como elemento estético, gracias á Quevedo, que en sus *Bailes*, *Jácaras* y romances canta las gracias, los hechos, proezas y costumbres de las pre-majas y pre-manolas de terciada mantilla y brial corto.

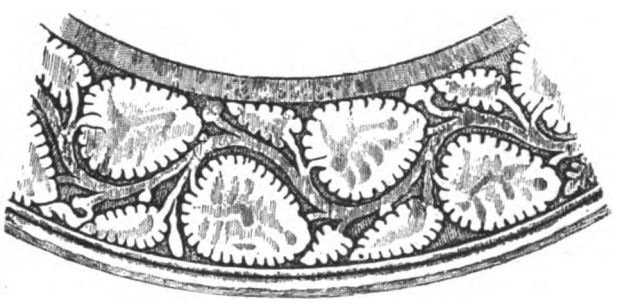
En tiempo de Carlos II, como este rey era yerno del rey de Francia, imperó la moda francesa. La más importante medida que dictó don Juan de Austria (el de la Calderona) fué la supresión de la golilla y su sustitución por la corbata, aunque no pudo salirse con la suya. De entonces data asímismo la importación del sobretodo, de la chupa, de la casaca *chamberga* y del *gambeto* de los *miquelets* de Cataluña.

El pueblo protestó á su manera de aquel *afranchutamiento*, escandalosamente agravado en tiempo de Felipe V, exagerando el traje nacional. El *embozo* de la capa respondió al redingot y al sobretodo, y las descomunales alas de los chambergos á los sombreritos de cuatro cuernos. Sombreros y capas eran sospechosas de antidinastismo, hasta acaecer la explosión del célebre domingo de Ramos de 1766. Tanta vitalidad tenían, sin embargo, esas perseguidas prendas, que subsistieron hasta Fernando VII, y aun el resto del traje goza de perfecta conservación en el vestuario de los toreros.

Con la dinastía de Borbón hiciéronse nuestros elegantes enteramente tributarios de la moda versallesa: llévase el traje llamado *militar*, caro á los zarzueleros. Cosa rara: nunca, ni en tiempo de Carlos II, se llevaron tantos escapularios, correas, escudos, etc.

A promedios del siglo XVIII redújose un tanto el vuelo y longitud de los casacones y comenzó á insinuarse el frac. Unidos á Francia por el *Pacto de familia*, vestían nuestras clases alta y media á la francesa. Con todo, la gravedad de Carlos III contuvo los descarríos demasiado pronunciados. Es el período de la galantería afeminada, del pedantismo literario, de la política de cortesías y saludos, y el traje resulta afectado en consonancia con las costumbres y los sentimientos. Casaca y chupilla corta, media blanca, espadín de vaina verde y sombrerito para llevar debajo del brazo era lo que constituía un elegante del tiempo de D. Carlos III.

LOZA ESTAMPADA



ESGRAFIADO

Estalla la Revolución, y, por singular que pueda parecer el caso, en nada influyó en la moda española: de aquella época datan tantos sainetes de D. Ramón de la Cruz en que se describe á maravilla la indumentaria coetánea; y no hay por qué insistir más, á menos de incurrir en el feo vicio de pintar por millonésima vez un cuadro de manolería.

La influencia napoleónica se deja sentir con dos prendas que señalan una diferencia radicalísima entre dos épocas: el sombrero de copa y el pantalón, como si en un mismo individuo quisieran armonizarse el emblema de la tiranía y el de la democracia.

Nuestro siglo ha sido poco inventivo, limitándose á copiar ó reformar las modas del pasado: de la casaca *fraccionada* ha hecho el *frac;* de la casaca *leve* la *levita*. Débensele, sin embargo, dos prendas que son debidas al vuelo de la industria: tales son la *blusa* y la *americana*, en sus diversas denominaciones, características del trabajo y de la igualdad.

Sucede á veces que un hombre político convierte en bandera determinada prenda, quizás un especial arreglo del pelo; y adquieren, estos pormenores, significativos alcances: tales, por ejemplo, el bigote y perilla á la *Luchana*, los sombreros Bolívar, Cavour ó Gambetta, la *garibaldina*, el Raglán, los famosos *hongos* del tiemp de la Unión liberal, las corbatas *Topetes*, etc., etc^{o} Siempre el traje ha respondido á las vicisitudes de los tiempos; y se ha visto, por ejemplo, bajo la influencia jesuítica hacerse jesuíticos, bajo la preponderancia militar adquirir este carácter, y hoy, en pleno industrialismo, en pleno eclecticismo estético y en plena situación democrática, predominar el *terno* inglés, el sincretismo más estrafalario en las modas femeninas y el *hongo* en la cabeza de los hombres.

Escrito este artículo para trazar tan sólo á grandes rasgos la *cuestión*, réstame decir que sería curiosísimo un paralelo, desde la Revolución francesa acá, entre el vestuario y la política, en la seguridad de que podrían descubrirse interesantísimas relaciones: el recrudecimiento francés desde 1823 á 1830, la influencia inglesa de cuando la guerra civil, el *ludovico-filipismo* de 1844 á 1848, vuelta á la influencia francesa en tiempo del Imperio; el manolerismo protestante de Amadeo I, el jacobinismo de 1873, el prusianismo y el austrianismo del reinado de Alfonso XII, y, por fin, en nuestros tiempos, el parisianismo de la Exposición.

¿A qué astro mayor obedecerán mañana nuestras modas?

ALFREDO OPISSO

LA FIESTA

(Del tomo de poesías, inédito, *Cantos de la vendimia*)

¿Qué cuadro es el que cubre
la fértil enramada
en cuyas frescas hojas
el aire ríe y canta?
¿Acaso de Penélope
junto á la rica estancia
los pretendientes bellos
hacen errar la crátera?
¿De Ulises en ausencia
beben, comen y bailan,
mientras la tela dócil
teje la esposa casta?
¿Qué gritos de alegría
arrojan las gargantas
por donde pasa el vino
en bocanadas áureas?
Al engendrar la risa
los tóraxs se dilatan
mostrando el torso rudo
de sólidas estatuas.
Hay en los pechos brío,
amor en las palabras,
en el ambiente fuego,
y en las pupilas ansias.
¿Quiénes son los que alegres
forman la fiesta clásica?
¿Griegos? No: campesinos
de la graciosa Málaga,
que, en vez de fiesta griega
como en la *Odisea* magna
describe el grande Homero,
celebran viva zambra.
Se dió ya en los paseros
de mano á la jornada,
y el baile de la tierra
despliega luz y gracia.
Un mozo como un bronce
puntea y enmaraña
los dedos en las cuerdas
de artística guitarra.
Otro los broncos crótalos
suena á compás que estallan
los de la moza fresca
que á su presencia baila.
Otra mozuela entona
rondeñas y murcianas,
y todos los restantes
á coro baten palmas.
Cuando una copla empieza
otro cantar acaba:
no hay punto de reposo
y ríe el que no habla.

Digitized by Google

Todo en redor se agita
de la dorada llama
que da el candil colgado
como lujosa lámpara.
Y rebosando vino,
de labio en labio pasa,
en vez del vaso griego,
la primorosa jarra.

SALVADOR RUEDA

EL DEBUT DE UN MÉDICO

—En nombre del Poder Ejecutivo de la Nación española concedo á V. el título de Licenciado en Medicina y Cirugía. Sea en hora buena.

Así dijo el presidente del tribunal dando el acto por terminado; y Juan, que no cabía en sí de gozo, salió de la Universidad escapado, y después de tropezar con más de la mitad de la gente que encontró por la calle (tan ciego iba) llegó á su casa, subió los escalones de dos en dos, y dió á la criada, que salió á abrirle, tan fuerte abrazo, que la infeliz (¡pásmense ustedes!) llegó á protestar de ello.

Siguió Juan su camino sin hacer el menor caso de tal protesta, atravesó la sala, metióse en el gabinete contiguo y...

El alma se le cayó á los pies: su tía D.ª Luisa, la honra y prez del gremio de viudas auténticas de comandantes muertos en campaña, ¡estaba llorando!

—¿Y eso, tiita?—preguntó Juan bastante alarmado.

—¡Que se muere hoy sin remedio mi hermano!

—Y ¿qué hacemos?

—Yo me voy allá en seguida: vosotros arreglaos aquí como podáis.

—No: yo me voy con V. Soy ya médico, y, aúnque novel, quizá pueda servir de algo. Esto aparte de lo mucho que yo quiero al tío y de lo muchísimo que le debo como deudo y como maestro.

Arregló en un momento D.ª Luisa la cena de Juan, despachóla éste en un periquete, pues ya casi anochecía y á causa de los exámenes había comido deprisa y mal, y se marcharon tía y sobrino en busca de carruaje que los trasportara á la orilla del mar, donde en una pequeña pero hermosa y cómoda casita de campo estaba ya el enfermo desde la primavera por consejo de los médicos.

Al llegar á la quinta del enfermo, era ya casi de noche. Subieron á la habitación de éste y quedaron agradablemente sorprendidos, pues nada allí demostraba, al parecer, que el tétrico Azrael se cerniera silencioso en aquel gabinete esperando el momento de conducir un alma ante el excelso tribunal del Juez Eterno.

D. Blas, sentado en cómodo sillón, descubierta la nevada cabeza respetable, y retratada en el semblante la melancólica tranquilidad del hombre que tiene muchas ideas en el cerebro y pocos remordimientos en el corazón, dejó escapar de su pecho un suspiro de satisfacción al ver á los recién llegados, y brilló en su mirada como un relámpago de alegría. Tendióles sus manos, que ellos estrecharon con efusión, indicó á su hermana que se sentara en un sillón inmediato, y asiéndose al brazo de Juan con la indefinible emoción de un náufrago que logra alcanzar un punto de apoyo, exclamó con voz baja y acento cariñoso:

—¡Gracias, Juanito! ¡Gracias, hijo mío! No sabes cuánto bien me has hecho al venir hoy: ¡tenía miedo!

Juan, que era un chico de talento, no contestó. Como no veía claro en lo del miedo, no se le ocurrían para contestar á ello sino algunas de esas fórmulas de sociedad, frases huecas que todos llevamos hechas á prevención cuando hemos de tratar con un desgraciado; y tales respuestas le parecían impropias de aquella situación. Tomó el pulso al enfermo casi por instinto profesional, y vió aumentar la indecisión en que por lo mucho que conocía el temple de D. Blas le puso la palabra *miedo* al oir que éste le decía cariñoso y sonriente:

—Bueno: tómame el pulso, haz lo que quieras, niño; pero te advierto que esta noche no vas á ejercer de médico, sino de estudiante. Y ¡qué lección, Juanito, qué lección vas á aprenderte! ¡Vas á ver cómo muere un hombre que tiene conciencia de lo que hace!

Pronunció D. Blas estas palabras con tan solemne acento que Juan sintió que recorría su cuerpo un rápido temblor convulsivo, como el que debió agitar á Moisés ante la zarza ardiendo ó á Eliseo al ver elevarse á su maestro en el carro de fuego.

Tranquilizados un tanto los recién venidos por el aspecto severo y animoso del paciente, y favorablemente impresionados por el cándido optimismo del honrado matrimonio que á su servicio tenía aquél en su quinta, pasóse la primera parte de la velada sin incidente notable y de la manera que suelen trascurrir las veladas de familia en el gabinete de un enfermo de algún cuidado á quien el cariño de sus deudos hace aparecer ante éstos, ora en los rosados confines de la convalecencia, ora á punto de abismarse en los oscuros antros de la agonía.

Cerca ya de media noche, por expreso mandato del enfermo, se retiraron las mujeres á descansar. Sentóse el criado cómodamente en una habitación inmediata para dormir algunas horas, y quedaron solos en el gabinete don Blas y Juanito. Este acercó su sillón al del enfermo, y, joven de verdadero entusiasmo por la ciencia, de clarísimo y ya muy cultivado ingenio, de corazón sano y generoso, comprendió que iba aquella noche á desarrollarse ante su vista una de las más solemnes escenas del drama de la vida, que iba á escribir uno de los capítulos fundamentales del libro de su historia, y reunió todas las energías de su alma para sacar el mayor fruto posible de tan sublime lección.

Cogió nuevamente D. Blas el brazo del joven médico, atrájolo á sí suavemente, y, fijando en él su insistente mirada, que animaba un fulgor que parecía un reflejo de alguna luz de lo alto, exclamó con voz dura y cariñosa á un mismo tiempo:

—Di, Juanito: ¿sabes tú lo que es morir? ¡Ah! No, no sabes lo que es la muerte; y eso que estás, hace mucho tiempo, estudiando las sendas que á ella conducen y la manera de detener á los que por ellas caminan. Pero no estudiáis nada más, y esa es vuestra falta. Decís, ¡oh fisiólogos pretensiosos!, que estudiáis la vida, y no es cierto: os limitáis tan sólo á observar lo que pudiéramos llamar sus síntomas. Decís que analizáis la muerte, y es menos cierto aún: volvéis la espalda al viajero que se aleja de la playa y os entretenéis en anatomizar la nave que á ella lo ha conducido.

—¿Qué hemos de estudiar, pues?—se atrevió Juan á preguntar.—¿Es algo más que eso nuestra misión?

—Como médicos, quizá no; pero como biólogos, indudablemente sí; porque la vida es algo más de lo que vosotros estudiáis. Por eso, yo, que hace mucho tiempo sospecho esto, al ver que se acercaba el feliz momento de adquirir la certeza de ello, he formado el atrevido plan de estudiar la muerte de la única manera que puede estudiarse; y como que yo soy de los que creen que la ciencia que no se trasmite á los que nos rodean no es ciencia, temía (y por eso te dije, al llegar, que tenía miedo)... temía, digo, que la sublime verdad que espero descubrir fuera estéril por no tener á quien trasmitirla, y hasta me acongojaba el temor de que un mal entendido sentimentalismo cariñoso viniera en la hora suprema á interrumpir mis trascendentales investigaciones. Pero ya estoy tranquilo: estás aquí tú, que eres precisamente el que yo *in pectore* había elegido, y vas á servirme de ayudante en uno de los más atrevidos experimentos que ha de registrar la historia de las ciencias: el análisis de la muerte.

Juan sintió como un choque en el interior de su cráneo: sin duda esta última frase había caído sobre su cerebro desde demasiado alto.

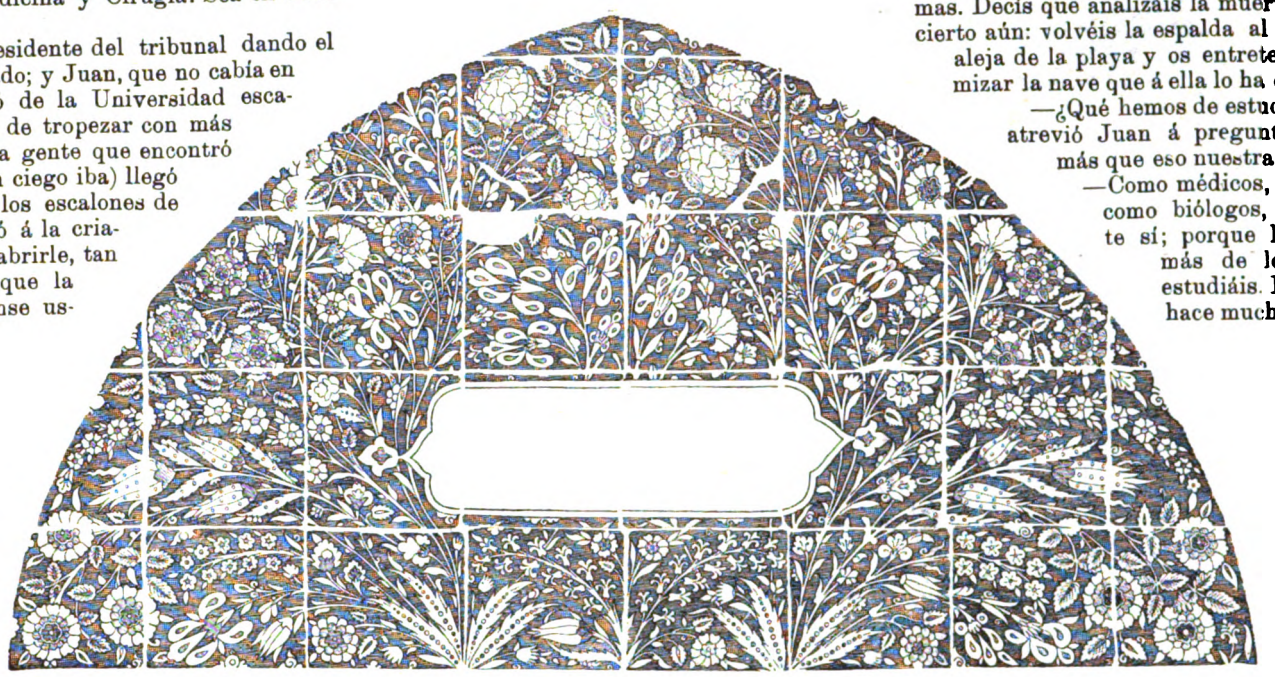
Procuró, sin embargo, serenarse, y levantó su vista hacia el enfermo. Este, con la cabeza reclinada en el respaldo del sillón, fija la mirada en lo alto y fruncidos los labios, parecía absorto en alguna observación interna.

Juan lo miró atentamente un rato y después le tomó el pulso. Bajó D. Blas la vista hacia su discípulo, y algo, sin duda, debió leer en su semblante, pues contestando á una observacion que aquél no había formulado, dijo:

—No deliro, hijo mío, no deliro: lo que tal vez suceda es que me encuentre bajo el influjo de la excitación febril que en la máquina humana suele producir la atracción de algo grande que se aproxima. Prepárate, que el experimento va á empezar en breve.

—Hablad, maestro: habéis despertado ya mi curiosidad, y estoy esperando con verdadero afán que me deis vuestras órdenes y que terminemos los preparativos todos para llevar á cabo el grande experimento.

¿Será verdaderamente contagiosa la locura?



AZULEJOS ADAMASCADOS

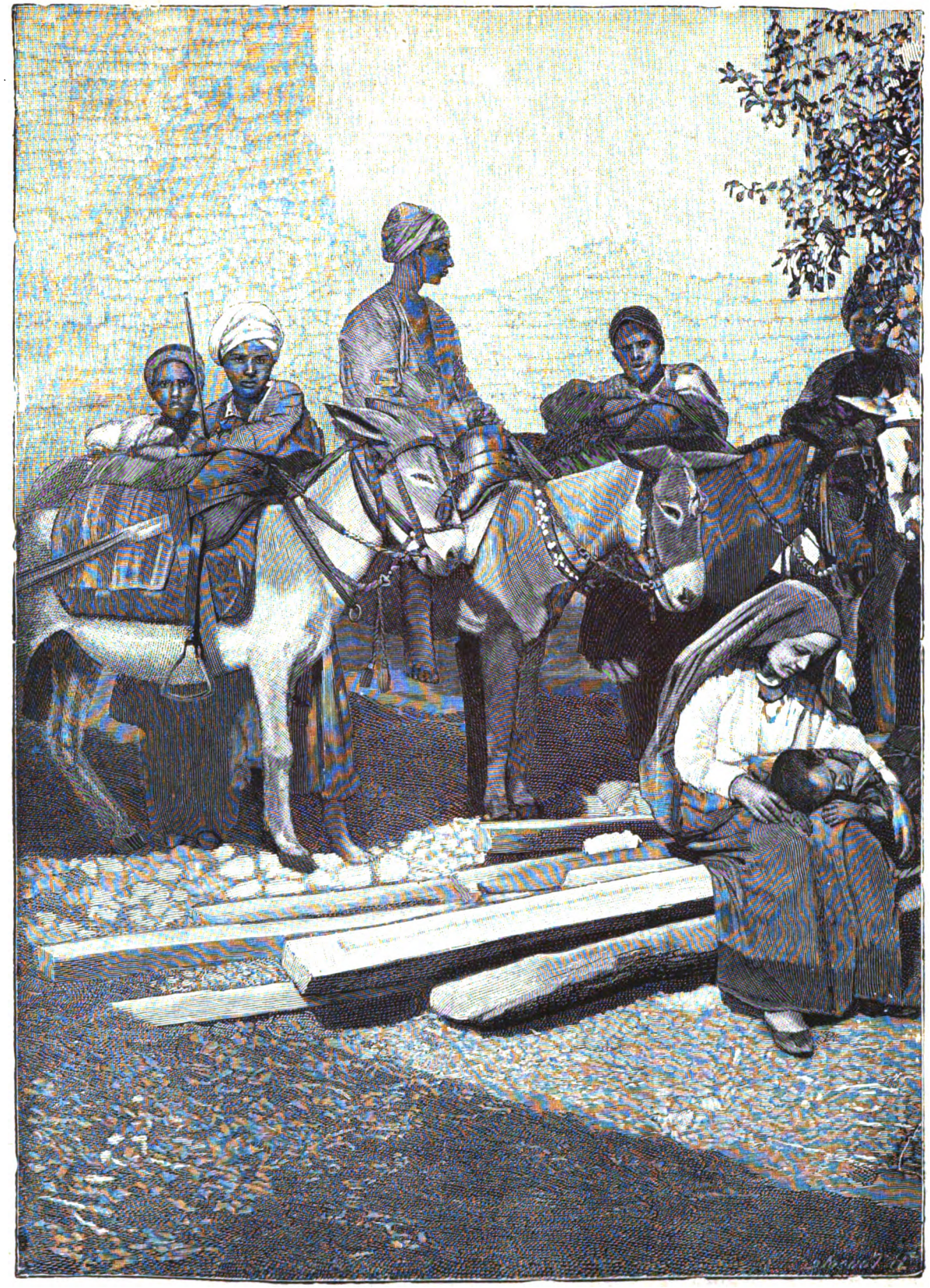
Digitized by Google

EL OASIS DE SYUAH: ÁRABE NÓMADA COMPLETAMENTE EQUIPADO PARA LA TRAVESIA DEL DESIERTO

EL OASIS DE SYUAH: BAILARINAS ÁRABES

Digitized by Google

EL OASIS DE SYUAH: MUJER DE LA TRIBU DE SENAGRAH QUE VA AL POZO Á BUSCAR AGUA



EL OASIS DE SYUAH: ASNOS Y BURREROS ÁRABES

Digitized by Google

Porque lo cierto es que estas últimas palabras, por poco que se analicen, hacen temer por la integridad cerebral del novel médico. Más artista que científico, más poeta que médico, Juan, que al principio acogió con cierto recelo las palabras del anciano moribundo, fué poco á poco dejándose dominar por lo anómalo de las circunstancias, por lo fantástico de la escena en que iba á desempeñar un papel importante, y acabó por dejarse arrastrar, sin oponer resistencia, hacia las nebulosas regiones en que el genio y la vesania confunden sus respectivos límites en una penumbra de contornos tan dudosos que es humanamente imposible llegar á tener una mediana certeza acerca de dónde termina el uno y empieza la otra.

Juan, atrevido como joven, fantaseador como poeta, ávido de saber y fanático de la ciencia como recién salido de las aulas, no pudo sustraerse al poderoso influjo de aquel hombre que tenía para él los tres prestigios de anciano, moribundo y sabio. Desde que se convenció, pues (fuera ilusión ó realidad), de que D. Blas estaba en su cabal razón, bajó su cabeza ante el maestro y se dispuso á la sublime experiencia con la fe y el entusiasmo de un cristiano de las catacumbas. Verdaderamente, si la muerte pudiera ser analizada, lo hubiera sido aquel día.

—Puesto que nosotros dos,—añadió D. Blas, —somos de los que el vulgo apellida sabios, hagámonos dignos de tal calificativo y procedamos con orden. Además, la cosa es bastante importante para que nos sujetemos á un programa que nos ofrezca algunas garantías de éxito: empecemos, pues, por recopilar antecedentes.

Pero ante todo,—continuó el enfermo acomodándose algo mejor en su sillón,—prevengámonos contra las emboscadas de la materia. En aquella alacena tienes botiquín y despensa: prepárame á mí una poción cordial y toma tú unos bizcochos mojados en Jerez, á fin de que el estómago no venga después á interrumpir el trabajo del cerebro.—

Indudablemente D. Blas era un sabio, pero uno de esos sabios de cepa legítima que no dejan nunca en sus tareas ningún cabo suelto. Hizo Juan lo que el maestro ordenara; y éste, después de tomar un sorbo de su cordial, empezó así la recopilación de antecedentes:

—La esencia de la muerte está precisamente comprendida en uno de los términos del siguiente dilema: ó la muerte es la cesación absoluta de la vida, ó es el acto por el cual esta vida que conocemos se convierte en otra que se mantiene hasta hoy fuera del alcance de las ciencias experimentales. ¿Es eso?

—Exacto, maestro: el dilema es absolutamente perfecto.

—Pues, bien: como estos dos términos son completamente antitéticos, es indudable que sólo uno de ellos ha de ser verdadero, y á averiguar cuál sea éste se dirige el experimento que preparamos. La primera condición para que una experiencia revista probabilidades de acierto, es que el experimentador esté por completo libre de toda preocupación, de todo prejuicio. Ahora bien: ¿lo estamos nosotros? ¿Lo estoy yo cuando menos?

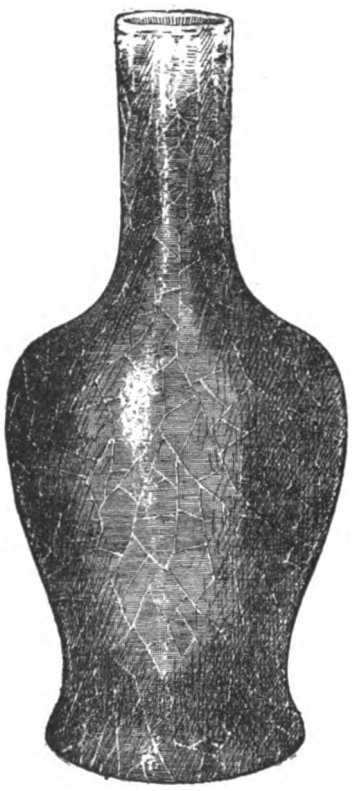
Y á propósito de esto surgió entre maestro y discípulo una erudita discusión en que salieron á relucir desde Sócrates y Epicuro hasta Moleschott y Balmes.

El enfermo se veía obligado á suspender de vez en cuando la conversación á causa de la fatiga física é intelectual; pero hacía como un esfuerzo interior y continuaba su discurso con acento débil y cansado, sí, pero con la mayor claridad de juicio. Parecería esto imposible, dadas su postración y su debilidad, si no lo explicaran en cierto modo las últimas palabras que pronunció al terminar la discusión.

Refiriéndose á los modernos fisiólogos decía:

—Hacéis demasiado caso de las fuerzas físicas y químicas (ó del movimiento molecular, como quieren los modernos materialistas) y prescindís casi por completo de esa gran fuerza que á lo mejor os trastorna y desordena todas aquéllas: prescindís de la voluntad. ¿No os demuestran mil casos clínicos que ésta (ó su hija la convicción) obran como anestésico, como narcótico y hasta como purgante? ¿No os demuestra el moderno hipnotismo que la voluntad, no ya propia, sino ajena, desvía por completo el curso natural de las sensaciones y de las ideas? ¿No traspasa ella los límites de las fuerzas físicas, como lo prueba el salto de Alvarado en las lagunas mejicanas ó la sonrisa de las vírgenes cristianas en el potro y en el circo? Y yo mismo, ¿no soy en este momento una prueba indudable de ello? ¿Dónde están mis fuerzas fisiológicas? ¿Quién me sostiene ahora sino la voluntad? Y pronto lo verás: en cuanto ésta me deje, caeré de golpe.

Después de esto D. Blas dió al joven algunas



JARRÓN DE CHINA

instrucciones acerca de la manera cómo debía recoger las impresiones que en el momento supremo procuraría él trasmitirle.

—Las fuerzas me van ya faltando,—añadió. —Cuando más necesario sea, quizá no pueda hablar: procura tú adivinar en mi mirada lo que yo quiera decir y pregúntame: mi mano al apretar la tuya te indicará si has acertado.

El enfermo descansó por algún tiempo. Juan, que no cesaba un momento de observarle, veía, profundamente emocionado, cómo se acercaba á grandes pasos el término de aquel experimento. D. Blas entraba ya en el período agónico: su ojo de médico, aunque poco experto, no podía engañarle.

Sin embargo, el moribundo pareció reanimarse un instante y dijo:

—Llegan á mí como tenues cantos de algún ave: creo que amanece. Abre las maderas del balcón: quiero ver el sol... subiré con él... á lo alto...

Juan hizo lo que el moribundo pedía. Empezaba, en efecto, el día. Las brumas marinas aparecían en el límite oriental del horizonte, teñidas de sonrosado pálido por los primeros rayos del sol. Fijó el moribundo su opaca mirada en aquellos tenues arreboles y quedó sumido como en dulce y tranquilo sopor.

El sol, en tanto, iba aproximándose al horizonte, avivaban sus tonos los lejanos celajes, avanzaba por el ancho espacio el arco de luz que apagaba con rapidez creciente las estrellas que hallaba á su paso, y la Naturaleza toda iba poco á poco despertando de su nocturno sueño.

Juan, á quien la vigilia y las variadas emociones de aquella noche tenían en un estado de excitación casi comparable á una embriaguez vesánica, esperaba calenturiento y nervioso algo grande, algo inaudito que en vano se esforzaba en calcular.

De pronto la vibrante campana de una ermita vecina agitó el ambiente con su estridente son, llamando á los campesinos á la misa del alba: el sol asomaba en aquel momento por el confín de la líquida llanura.

El enfermo se echó atrás convulsivamente, abrió sus ojos espantados, pintóse en su semblante la expresión de un inmenso terror y se asió con fuerza á los brazos del sillón.

—¡Ah!—gritó con voz ronca y apagada, entrecortada por el hipo de la agonía.—Caigo... en... el... va... cí... o...

Abalanzóse á él su discípulo, y en un arranque de filial conmiseración gritó á su oído:

—¡No! ¡El vacío, no! ¡El espacio luminoso poblado hasta el infinito!

Instantáneamente cambió la expresión del rostro del moribundo: perdieron sus líneas la espasmódica rigidez que les diera el espanto, suavizóse la violenta tensión de los músculos de su cuello, se dibujó en sus labios una beatífica y dulce sonrisa, cerráronse tranquilamente sus ojos, y quedó inmóvil.

Juan llamó á su tía y á los sirvientes, y salió de la habitación y de la quinta en busca de aire y de distracción: se ahogaba y le parecía que hervían sus sesos como si estuvieran sobre un hornillo.

—Primera observación, primer fracaso, — murmuraba parodiando á Campoamor.

Paseóse largo rato por la orilla del mar, casi sin darse cuenta de sus actos, y se dirigió, por fin, ya algo más sereno, hacia la ciudad, siguiendo una estrecha senda que se extendía ondulante entre hermosas huertas exuberantes de color y de riqueza.

Pero antes de llegar á la mitad de su camino, por uno de esos inexplicables caprichos de la atención, quedóse Juan parado ante un extenso campo cuidadosamente cultivado, en el que se veían agrupadas en encantador consorcio gran número de especies comestibles pertenecientes á la ilustre familia de las cucurbitáceas. Púsose el joven médico á contemplar aquel ejército de melones, sandías, calabazas y pepinos con tanta insistencia como si tratara de contarlos, y, dando por fin un gran suspiro que pareció aliviar su pecho de algún peso enorme, dobló ligeramente hacia fuera el labio inferior con un mohín desdeñoso, movió la cabeza como desilusionado, y exclamó, condensando al parecer en una reflexión todo un mundo de ideas que bullían en su mente:

—Pues, señor, es absolutamente cierto que, entre todos los seres organizados que nacen, viven y mueren en el planeta Tierra, los que mejor conocen los secretos de la vida y los misterios de la muerte somos los médicos; y, sin embargo, hay que confesarlo francamente: en todo lo relativo á la esencia de tales secretos y misterios... estamos poco más ó menos á la altura de las calabazas y los melones.

José Nebot Pérez

SONETO

Sé que has dicho de mí que soy un loco,
que quiero un imposible, pues te quiero,
sabiendo como sé que en vano espero
que me llegues á amar mucho ni poco;
que soy un visionario que, aunque toco
la realidad de tu desdén sincero,
tenaz en mi delirio persevero,
y ardiente de mi amor mantengo el foco.
Te engañas, Asunción: ni enajenado
ni visionario soy: mi empeño sigo,
mas no porque lo espere ver logrado.
Hasta la muerte lucharé contigo,
porque en guerras de amor soy buen soldado:
yo no vuelvo la espalda al enemigo.

F. de Asís Jiménez Spoya

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

Barcelona en 1888 y París en 1889. (Narraciones humorísticas), por *D. Carlos Frontaura.*—Vale cia

Pertenece esta obra á la «Biblioteca Selecta,» que publica el editor Sr. Aguilar, formando el volumen XLIV de la misma.

El nombre del autor, conocidísimo de todos los aficionados á la literatura amena y satírica, nos excusan de hacer el panegírico de este libro.

Pinta en él la parte humorística de los dos grandes certámenes de la industria, describiendo las mil peripecias de los que concurrieron á Barcelona en 1888 y á París en 1889, sirviendo de base para una reseña de lo más notable de ambas exposiciones.

El animado estilo del Sr. Frontaura hace muy interesante y agradable la lectura de las 196 páginas del libro, que, como todos los de la «Biblioteca Selecta,» sólo cuesta 50 céntimos de peseta.

Los pedidos á la librería de Pascual Aguilar, editor, calle de Caballeros, núm. 1, Valencia.

Hemos recibido un ejemplar de la *Magia y Física recreativa* (obra póstuma de Robert-Houdin). Traducción de M. A. Tanir.

Consta de un tomo en 8.º, de 226 páginas, ilustrado con 27 grabados intercalados en el texto, conteniendo los mejores y más modernos juegos de prestidigitación teatral, y entre ellos el famoso de los hermanos Davenport, la carte ra misteriosa y el tambor mágico.

El expresado libro constituye el complemento de las obras de Robert Houdin, tan hábil mecánico como prestidigitador.

Se halla de venta en las principales librerías al precio de 3 pesetas.

Los pedidos á la librería de Pascual Aguilar, editor, Caballeros, núm 1, Valencia.

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE INGLÉS

EL LOCO Y LA LOCURA NO TIENEN FIN, *cuadro de Briton Rivière,*—**EL COLLAR,** *de Williams.*—**DESPUÉS DE LA VICTORIA,** *de F. Calderón.*

El cuadro de Briton Rivière es de esos que desde el primer momento revelan la presencia de un maestro ilustre. Es una escena grandiosamente humorística y un alarde de técnica desesperadora, que turba la mente por la profundidad del concepto y avasalla por la audacia de la composición y de la perspectiva. Sabido es que Briton Rivière figura entre los más ilustres pintores de Europa.

El collar es un delicioso cuadro del Primer Imperio tan recomendable por su excelente estilo como por el concienzudo estudio de la época. Adviértese en seguida la influencia de Meissonier, dignamente aprovechada.

Después de la victoria, de Felipe Calderón, es una nueva demostración del talento irónico de su autor y de su habilidad artística. Calderón es, en efecto, un pintor que se distingue siempre por su intención cáustica y por lo bien que maneja el carboncillo y los pinceles.

CERÁMICA DECORATIVA

Hoy que tan en predicamento están los estudios sobre el arte decorativo, es de grande interés popularizar las mejores obras de aquel género que nos ha legado la antigüedad. Nuestros lectores podrán admirar la delicadeza de los productos cerámicos que reproducimos hoy en estas páginas.

EN EL OASIS DE SYUAH

Dícese que las bailarinas árabes, sobre cuya belleza podrá haber ciertamente sus discordancias, son verdaderamente fascinadoras; y ningún inconveniente tenemos en creerlo, á pesar de no haberlas visto, ni siquiera en Alejandría, donde hay muchas.

Dirigiéndonos ya, con el ingeniero Robecchi, hacia el Desierto Líbico, á 16 ó 17 jornadas al O. de la antigua capital egipcia, y á corta diferencia en la misma latitud, encontraremos la tribu de Senagrah, en pleno *beduinismo*; tribu nómada, autónoma, independiente, en la cual las mujeres llevan una vida de perros. Van vestidas con una gran camisa de algodón blanca ó azul, y se tatúan algo las manos y los brazos. Son de elevada estatura, bien proporcionadas, de líneas finas y regulares, y ostentan un porte marcial y un talante noble, majestuoso y grave; ojos vivos, pestañas largas y negrísimas. A los veinte años sus formas son de una perfección ideal, no habiendo nada tan bello como verlas cubrirse pudorosamente el rostro, llevando una grande ánfora sobre la cabeza y sosteniéndola graciosamente con los brazos. Por desgracia, pasados los veinte años son ya unos vejestorios.

Los hombronazos, de los cuales puede también ser ejemplar uno de nuestros grabados, son recios y esculturales; pero, según parece, andan tan ávidos de dinero como cualquier civilizado europeo.

De los asnos y de los burreros árabes puede decirse, á

FAENZA ITALIANA

corta diferencia, lo que de sus congéneros egipcios, tan famosos en la Exposición Universal de París.

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

SATISFACCIÓN, *cuadro de C. Pla.*—**SOLACES DE LA ROMA IMPERIAL,** *de A. Guinea.*—**¡DIOS DIRÁ!,** *de Lleonart*

Perfectamente adecuado le está el título de *Satisfacción* á esa señora tan campechana, frescota y satisfecha. Es una nota muy original, y ha demostrado con ella el autor un verdadero sentido *modernista*, apartándose de las convencionales *Revêries*, *Ausencias* y demás gastados temas.

¡Dios dirá! es una soberbia marina, dramáticamente compuesta y ejecutada con valentía. *Solaces de la Roma imperial* constituye un buen cuadro de arqueología, con mucho color de época.

TRÉVERIS

Ciudad de la Prusia rhiniana. Encierra grandísimo número de antiguos monumentos que atestiguan su grande esplendor de otros tiempos. Está situada á la orilla del Mosela, en medio de un feraz valle. El puente sobre dicho río, de fábrica romana, mide 225 metros de longitud por 8 de anchura. El templo de San Simeón, convertido en museo de antigüedades, es romano también, datando del tiempo de Constantino. El palacio, llamado impropiamente con el nombre de dicho emperador, y las Termas, que hoy sirven de cuartel, se supone son obras del siglo XIII.

Hay en Tréveris muchas y bonitas iglesias góticas. La catedral tiene, en cambio, más aspecto de fortaleza que de templo. Aparte de estos edificios del pasado, posee Tréveris muchos establecimientos modernos, siendo de notar la escuela de agricultura. La industria consiste en la fabricación de tejidos de lana, fundiciones y refinos de azúcar de remolacha. Tiene unos 20,000 habitantes.

ES EL MEJOR

De jabones probé mil,
pero á la fama repongo
al *jabón* flor del Pensil
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

En su consecuencia emprendí una rápida carrera, y cuando encontraba algun caminante decíale que acababa de ocurrir un naufragio. Todos aquellos á quienes di la noticia corrieron presurosos hacia el punto indicado por mí; pero perdieron el tiempo, porque seguramente no encontraron señales ni vestigios del bergantín.

CAPITULO XIX

LA CASA DEL TERROR

La noche comenzaba á cerrar cuando emprendimos la marcha, y espesos nubarrones encapotaban el cielo, de modo que la oscuridad era más intensa de lo que debía ser á semejante hora, atendida la estación del año. Atravesábamos por en medio de ásperas montañas, y admiróme la seguridad con que Alan avanzaba, sin tener señales para guiarse.

A eso de las diez y media llegamos por fin á la cumbre de una colina, y vimos abajo algunas luces. Había allí una casa con la puerta abierta, y veíase como resplandor de fuego. En las inmediaciones, cinco ó seis personas se movían de un lado á otro apresuradamente.

—Jaime debe estar muy aturdido,—dijo Alan.—Si nosotros fuéramos los soldados, ahora se vería en un buen apuro; pero sin duda tiene centinelas en el camino, y también sabe que los soldados no llegarían por donde nosotros vamos.

Dicho esto, Alan silbó tres veces de una manera particular. A la primera todas las luces permanecieron inmóviles, como si los que las llevaban se hubieran asustado, y á la tercera comenzaron á moverse de nuevo de un lado á otro.

Entonces bajamos de la colina, y llegando hasta la puerta de la casa, que era una granja, fuimos recibidos por un hombre alto, de noble aspecto, de cincuenta años poco más ó menos, y que dirigió la palabra á mi amigo en lengua gaélica.

—Jaime Stewart,—dijo Alan,—hacedme el favor de hablar en escocés, porque me acompaña un joven que no entiende el dialecto. Hele aquí,—añadió, cogiéndome de la mano y presentándome.—Es un joven caballero de las tierras bajas; pero me parece que será mejor para él no llamarle ahora por su nombre.

Jaime de los Valles se volvió hacia mí cortesmente, y saludóme con los cumplidos de costumbre, entablando después conversación con Alan.

—Esto ha sido un terrible accidente,—dijo retorciéndose las manos,—y ya veréis como produce una perturbación en el país.

—Amigo mío,—repuso Alan,—es preciso estar á las duras y á las maduras. El agente del rey ha muerto y debéis felicitaros.

¡Ah!—exclamó Jaime.—Os aseguro que quisiera que estuviese vivo. Es muy fácil hablar y amenazar; pero, habiendo una muerte de por medio, la cuestión varía mucho. Ved que el crimen se ha cometido en Appin, y sobre todos nosotros recaerá la culpa. Yo tengo familia, y para mí todo esto es sumamente grave.

Mientras los dos hombres hablaban, dirigí una mirada á mi alrededor. Algunos criados, subidos en escaleras, estaban registrando en el tejado de la casa, y veíales sacar carabinas, espadas y diversas armas de guerra; otros se las llevaban apresuradamente; y, á juzgar por el ruido de martillazos que oía más lejos, supuse que estaban ocultándolas allí. Todos aquellos hombres manifestaban en sus semblantes la inquietud y el temor, y, aunque hablaban en voz baja, pareciame que sus palabras eran de enojo.

En aquel momento apareció una criada con

Digitized by Google

un paquete en la mano, y no pude menos de sonreir al notar cómo se despertó el instinto de Alan sólo al verla.

—¿Qué trae esa mujer?—pregunté.

—Supongo que será vuestro traje francés,—contestó Jaime.—Estamos poniéndolo todo en orden, porque seguramente registrarán todo Appin con luces, y es preciso evitar que se descubra lo que tenemos, ocultando por lo pronto en la falda de la colina todas las armas.

—Sí, pero no mis ropas,—replicó Alan.

Y cogiendo el paquete de manos de la criada, introdújose en el interior recomendándome á su pariente.

Jaime me condujo á la cocina y sentóse conmigo á la mesa, sonriéndose y hablando al principio con mucha amabilidad; pero muy pronto apoderóse de él la tristeza, y sólo se acordaba de mí de vez en cuando, aunque sólo para dirigirme una ó dos palabras y recaer de nuevo en su terror. Su esposa, sentada junto al fuego, lloraba con el rostro entre las manos. Un niño se revolvía entre unos papeles en el suelo, entreteniéndose en quemar algunos. La criada iba de un lado á otro, al parecer atemorizada, y á intervalos acercábase á la puerta algun hombre para pedir órdenes.

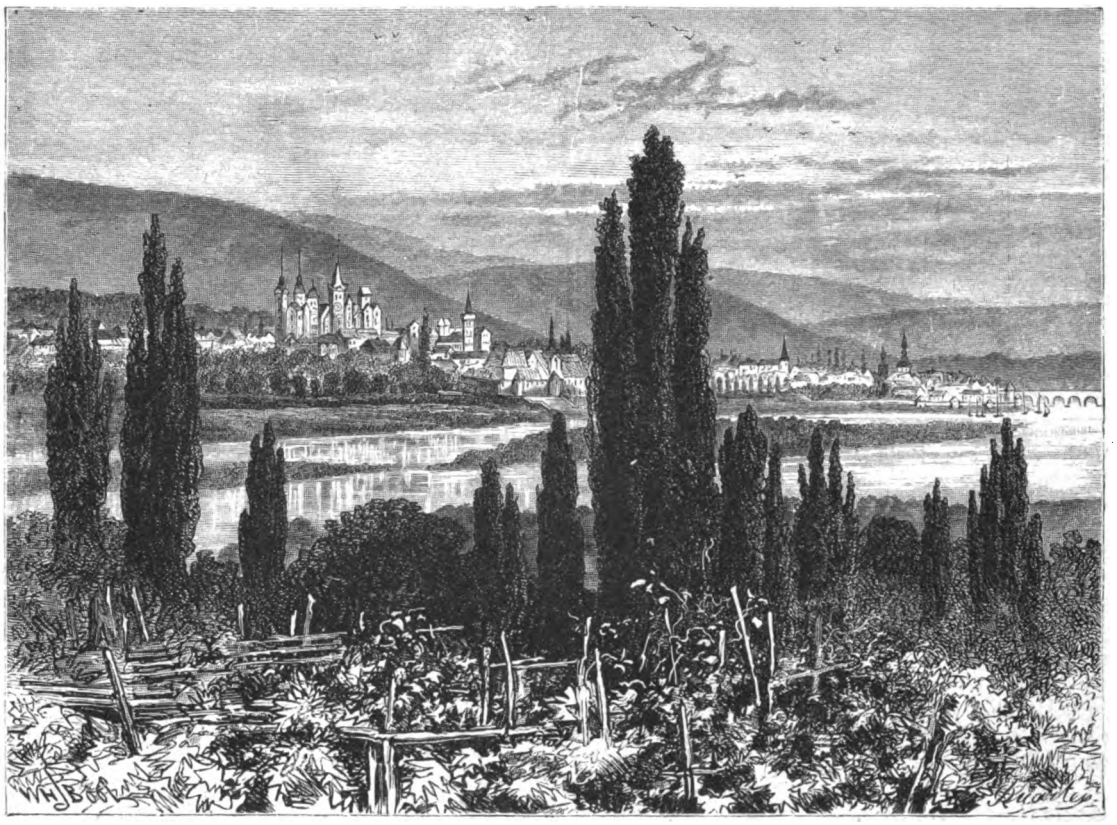
Al fin Jaime se levantó, rogándome que le dispensara, pues no podía estar quieto en ninguna parte.

—Soy un mal compañero,—me dijo;—pero no puedo pensar en nada más que en ese espantoso accidente y el trastorno que producirá á personas inocentes de toda culpa.

Poco después, al ver á su hijo quemar un papel que en su concepto debía guardarse, su excitación se dió á conocer de una manera muy sensible, pues cogió al chico y le pegó repetidas veces.

—¿Estás loco?—gritó.—¿Quieres que me lleven á la horca?

Y olvidando mi presencia, aplicó otro correctivo al muchacho, mientras que la mujer, al oir la palabra *horca*, cubrióse el rostro con el delantal y comenzó á sollozar con más fuerza que nunca.



TRÉVERIS

Todo aquello era muy doloroso para mí, y me alegré de que Alan volviera pronto, luciendo su traje francés, aunque estaba ya tan mal tratado que no tenía aspecto de tal. Uno de los hijos de la casa me condujo á mi vez al interior para que cambiase de ropa, cosa que necesitaba hacía tiempo, y diéronme además un par de zapatos, algo extravagantes, pero propios para la montaña.

Cuando volví, Alan debía haber trazado ya su plan, pues pareció entendido que yo debía huir con él, y todos se afanaban para preparar nuestro equipo. Nos dieron á cada uno una espada y pistolas, algunas municiones, un saco de harina de avena, una sartén y una botella de aguardiente francés, con lo cual tuvimos todo lo necesario para emprender la marcha. Lo único que faltaba era el dinero. Yo tenía dos guineas; pero Alan había entregado ya el oro del cinto, y toda su fortuna se reducía á diez y siete sueldos. Jaime, por su parte, sólo pudo dar algunas monedas de cobre, pues los viajes á Edimburgo y los gastos legales en favor de los arrendatarios habían agotado sus recursos.

—Eso no me basta,—dijo Alan.

—Pues será necesario que busquéis algo más en otra parte,—contestó Jaime.—Y advertid que es preciso marcharos cuanto antes y que no se puede perder tiempo para buscar una guinea ó dos. Seguramente os estarán buscando ya, y sobre vos recaerá la culpa, en cuyo caso también sospecharán de mí, que soy vuestro pariente. Si tal sucediera,—añadió mordiéndose las uñas y palideciendo de pronto,—sería muy triste cosa, no sólo para mí, sino para mis amigos, que me llevaran al palo.

—Sería un día de luto para todo Appin,—repuso Alan.

—Y, al pensar en esto,—continuó Jaime,—se me estrecha la garganta. Si me cogen á mí, Alan, entonces será cuando necesitaréis dinero, pues vuestra posición no es menos crítica que la mía, observadlo bien. Tal vez será necesario firmar un edicto contra vos, y hasta ofrecer una recompensa al que se apodere de vuestra persona. Es muy duro obrar así con un pariente tan próximo; pero ¿qué he de hacer si recae en mí la culpa y si fuese acusado de ese horrible crimen? Será preciso defendermc. ¿No lo comprendéis así?

—Bien lo veo,—contestó Alan.

—Y urge que salgáis cuanto antes del país y hasta de Escocia con vuestro amigo, contra el cual deberé expedir edictos también. ¡Contestad, Alan, contestad que lo reconocéis necesario, lo mismo que yo!

Parecióme que mi amigo se sonrojaba un poco.

—Lo siento,—dijo,—por este joven que me acompaña, porque yo soy quien le ha traído y ahora apareceré á sus ojos como un traidor.

—Pero Alan,—replicó Jaime;—mirad las cosas como son. De todos modos se expedirán órdenes contra él por iniciativa de Mungo Campbell, y, por lo tanto, ¿qué importa que lo haga yo? Además, yo tengo familia, y, por otra parte, advertid que el jurado se compondrá solamente de Campbells.

—Tenemos la ventaja,—repuso Alan,—de que nadie conoce su nombre.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirozis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

ANDALUCÍA

Tipos costumbres recuerdos y paisajes por Martínez Barrionuevo

Una peseta el cuaderno

R. Molinas editor

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma: J. ESPIC.*
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: **2 fr. la Caja.**

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA + Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.-BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, penal

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

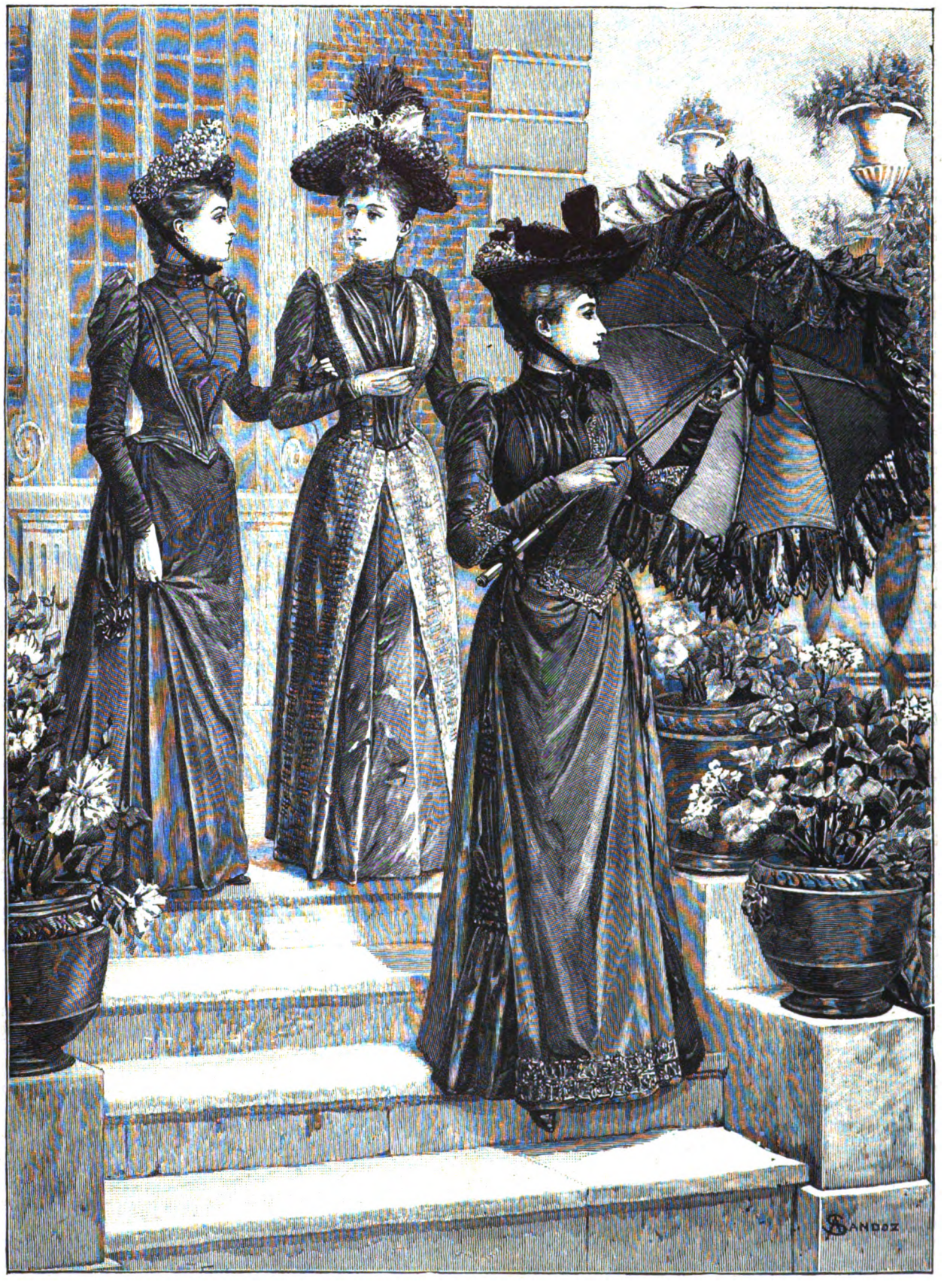
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 6 de setiembre de 1890	Núm. 401



TRAJES DE MODA

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Crónicas de verano*, por Kasabal.—*Setiembre* (soneto), por C. M.—*¡Ni en el mar!* (conclusión), por Adolfo Marsillach.—*Rimas*, por Ventura Mayorga.—*La amistad*, por U. González Serrano.—*Diálogo de circunstancias*, por A. Sánchez Pérez.—*Ódiame* (soneto), por Eduardo Villegas.—*La tempestad*, por Manuel Millás.—*Amor de amores*, por M. Martínez Barrionuevo.—*Andalucía* (boceto), por Inocencio de Oña.—*Nuestros grabados. El secuestrado.*—*Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *Exposición Nacional de Bellas Artes:* La expulsión de los judíos en España. Stella matutina.—El templo de Baco.—Desaguisado.—¡Hallados!—*Escenas de Shakespeare:* La noche de Reyes. El rey Juan.—Paisaje de la Carolina del Sur.

CRÓNICAS DE VERANO

En Bilbao.—Un crucero, una estatua y un poeta

¡El crucero! Este es el acontecimiento culminante de Bilbao en estos momentos. De todas las comarcas de la Península llegan gentes á la invicta villa de los esfuerzos heroicos y de los recuerdos ilustres, y en cuanto se quitan el polvo del camino preguntan por dónde se va á los astilleros del Nervión para ver lo que es objeto de su curiosidad. Ni el puente de Luchana con su poética y gloriosa tradición de aquella noche memorable en que la nieve que caía con abundancia del cielo se enrojeció con la sangre derramada por nuestros valerosos soldados, ni las minas con su riqueza, ni las fábricas con sus adelantos, excitan ahora la curiosidad que el crucero *María Teresa*.

Y allí está el esbelto barco, como convencido de su importancia y dispuesto á hundir en las aguas la quilla de su reluciente y acorazado casco. *Tener barcos en la mar* ha sido siempre en España una de las mayores demostraciones de riqueza que ha imaginado nuestro pueblo: por la mar y por los barcos nos han venido muchas glorias y nos han surgido grandes desdichas, y nada de lo que se refiere al mar, que rodea casi por completo á nuestra patria, puede ser indiferente á la nación que descubrió América, que venció en Lepanto y que fué derrotada en Trafalgar. En nuestras escuadras hemos fundado siempre nuestras glorias, y ellas se han llevado gran parte de lo que la nación ha producido: aquí, donde todo se ha discutido y puesto en tela de juicio, se ha hecho casi una máxima de la frase famosa: *No me toque V. á la marina.* Nuestros héroes de tierra nos entusiasman; pero nuestros héroes de mar nos exaltan, y no ha habido hombre en la época presente al que se haya admirado más y más sinceramente que al insigne Méndez Núñez.

Y esto se comprende: el mar ha sido la esmeralda engarzada á la sandalia de España en los días gloriosos en que era el sol brillante de su corona; las carabelas de Colón son el orgullo de nuestra historia, las naves de Hernán Cortés símbolo de nuestro arrojo; nunca hemos brillado tanto como en Lepanto, y nunca hemos sido más grandes y emprendedores que cuando fueron catalanes y aragoneses á Oriente y que cuando se decía que para rendirnos vasallaje ostentaban los peces del Mediterráneo las cuatro barras de sangre del noble escudo entre sus escamas plateadas.

—*Más quiere España honra sin barcos que barcos sin honra,*—dijo Mendez Núñez en el Callao; y su hermosa frase ha quedado esculpida en el pecho de todos los españoles. Sobre las débiles tablas de los barcos se han realizado valerosas hazañas de nuestros bravos marinos, y cuando para consolarnos de las desdichas del presente dilatamos el pensamiento en el pasado con el recuerdo y en el porvenir con la esperanza, vemos el pabellón español flotando entre los palos de los buques ó marchando á realizar la misión de nuestra historia en las regiones á donde nos llama una misión civilizadora.

Por eso no es extraño que nos entusiasme cuanto se refiere á la marina; por eso no es extraño que despierte tanta espectación el suceso, que ya se habrá realizado cuando se publiquen estas líneas, de ser botado al agua el crucero *Infanta María Teresa*.

Es el primer gran barco que se construye en España y por españoles, es un esfuerzo titánico de la industria nacional privada; y merece, por lo tanto, la curiosidad que despierta. Hasta ahora si hemos querido barcos buenos los hemos tenido que ir á buscar al extranjero, donde no nos los hacían muy bien, como lo demuestra el *Reina Regente*; pero en adelante podemos hacerlo todo en España, y si la nación hace grandes sacrificios para sostener un crecido presupuesto de Marina no tendrá la pena de ver que esos caudales que salen del comercio, de la industria, de la agricultura patria, esquilmándolos y ahogándolos muchas veces, van á llevar elementos de vida á otros países que nos explotan mucho y nos consideran poco.

Dicen los que han visitado los astilleros de Glascow y conocen los del Nervión, que éstos pueden competir con aquéllos y que aun les llevan ventaja por lo perfecto y acabado de la maquinaria, que está construída con arreglo á los últimos inventos de la ciencia. Yo, lo confieso con rubor, soy profano en estas materias y no puedo apreciar en todos sus detalles esas maravillas, como el sordo no puede apreciar los acordes de una orquesta; pero sí puedo decir que uno de los espectáculos más hermosos que he visto en mi vida ha sido el que presencié el día en que fuí por primera vez á los astilleros donde están en construcción los tres cruceros españoles.

Un ejército de obreros trabajando, millares de martillos cayendo sobre férreas planchas, centenares de fraguas funcionando, el hierro, el duro y fuerte hierro amoldándose como blanda cera á la forma que la mano laboriosa, obedeciendo á la inteligencia, quería darle; una serie magnífica de talleres donde todo se labra y se trabaja, lo mismo el acero que la madera; lagos de plomo hirviente, bóvedas atrevidas como las del taller de construcción de cañones, cruzadas por hilos conductores de la electricidad; y junto al mar el gran crucero esperando que la mano delicada de una dama augusta corte débil hilo de seda para deslizarse en las aguas que han de ser en adelante su elemento, y al lado del casco concluído otros dos que lo estarán muy pronto; y todo esto español, genuinamente español y hecho en menos de dos años, como para sacudir la antigua tradición de nuestra proverbial pereza: todo esto es para despertar entusiasmo en el más indiferente y sentir, como el Marcial de la *Pasionaria*, frío por la espalda al mismo tiempo que late apresuradamente el corazón.

Hemos sufrido tanto que tenemos derecho á buscar consuelo en estas expansiones, y son tan pequeñas las cosas que nos ocupan de diario, las intrigas de la política, las murmuraciones del Salón de Conferencias del Congreso, las emociones de las crisis que derriban y levantan ministerios, que habría que mirarnos con lástima por decadentes si no sintiésemos vivísimas emociones en estos acontecimientos que abren horizonte á consoladoras esperanzas.

***

El porvenir es muy incierto. ¿Quién sabe la suerte que está reservada á estos grandes barcos que ahora se apresuran á hacer todas las naciones? Desde la batalla de Lisa no ha sonado el cañón de combate en los mares, y desde entonces acá todo ha sido prepararse para una pelea que todos parece que esperan, pero que todos temen. Cuando con motivo de la Exposición de Barcelona y de la visita de la Reina á la histórica ciudad, se vieron por primera, y quizás por última vez, juntas en aquellas aguas las poderosas escuadras de la Europa de hoy, causaba espanto considerar lo que sucedería el día en que aquellos cañones que hacían salvas á la Reina de España tronasen en el fragor de la pelea.

¿Qué les sucederá el día del combate á esos monumentales acorazados de Italia, de Francia, de Inglaterra, más grandes que una catedral, más poblados que una villa, más armados que una fortaleza? Sus cascos de acero, sus torres blindadas, sus cañones de fácil movimiento, de rápidos tiros y de prodigioso alcance; todo eso que representa la riqueza, la savia, la vida de las naciones; ¿está llamado á desaparecer en un momento cuando esos monstruos marinos se lancen á la pelea y truenen en el combate?

En Lisa fué el triunfo de los barcos de madera sobre los acorazados, contra todas las previsiones; pero desde entonces acá es lo cierto que nadie que ha podido ha dejado de ponerse coraza y que los barcos se han hecho del mayor tamaño posible.

El crucero *Infanta María Teresa* tiene de eslora entre perpendiculares 103'632, de manga de fuera á fuera 19'811, de puntal 11'582. Su desplazamiento será de 7,000 toneladas métricas y su velocidad de 20 millas. Es, por lo tanto, un barco respetable. En los talleres está en pequeño el modelo de lo que será cuando esté completamente terminado, con todas sus máquinas y todos sus cañones. Parece un juguete para la distracción de un niño y será una especie de monstruo que llevará en su seno la muerte, una fortaleza á la que se confiará la honra de la patria.

El barco estará completamente terminado á fines del año próximo, y entonces estará ya muy adelantada la construcción de los otros dos hermanos que esperan en el astillero. España tendrá con esto una buena escuadra, lo que necesitamos para hacernos respetar, si no lo bastante para meternos en aventuras; pero las aventuras no nos convienen.

***

Al mismo tiempo que va á botar al agua el crucero, Bilbao va á inaugurar una estatua, la estatua de D. Diego López de Haro, señor de Vizcaya. La estatua, una obra bellísima de Benlliure que admiraron todos los que la vieron en la última Exposición de Bellas Artes celebrada en Madrid, es el pasado: el crucero, el presente y el porvenir. D. Diego López de Haro dió á Vizcaya sus venerandos fueros, plantando puede decirse las raíces del árbol venerable de Guernica: el crucero abre dilatados horizontes á su industria. En el pasado, que simboliza la estatua, estuvo su fuerza en esos códigos que fueron el origen de sus sabias leyes y de sus patriarcales costumbres: en el presente y en el porvenir, que simboliza el barco, ha de estar en el progreso y en el trabajo.

El mes de agosto del presente año termina para Bilbao con la estatua, que se levanta gallarda en su pedestal de la plaza de la Constitución, y con el crucero *Infanta María Teresa*, que moja su quilla en las aguas de la grandiosa ría, á la que llegan vapores de todas las naciones del mundo.

Se puede decir que la invicta villa no ha perdido este año su tiempo. Y, para que todo sea completo, aun le queda espacio para rendir tributo á la poesía en la persona de uno de sus más ilustres cultivadores de estos tiempos, don Gaspar Núñez de Arce.

El autor de los *Gritos del combate* vino á Bilbae como político y ha sido aclamado como poeta, agasajándole sus admiradores con un espléndido banquete; y es que si la estatua es el pasado y el barco el presente, que abre las puertas del porvenir, la poesía, como inspiración divina, es de todos los tiempos y siempre habrá para ella ecos en nuestra alma y latidos en nuestro corazón, sobre todo cuando sus fibras son heridas como las hiere el autor del *Idilio* y de *La visión de Fray Martín*.

Este homenaje que Bilbao en sus días de prosperidad rinde á un poeta ilustre, prueba elocuentemente que, á pesar del prosaísmo de

Digitized by Google

los tiempos, no son sólo las firmas de los acaudalados banqueros y de los ricos comerciantes las que se cotizan, aun en los grandes centros industriales.

Y que divaguen luego en el Ateneo de Madrid acerca de si está llamada á desaparecer la forma poética.

KASABAL

Bilbao y agosto de 1890.

SOMBRERO

SOMBRERO

SETIEMBRE

Mereciera este mes, ¡voto al dimoño!
ser el primero en todo calendario.
Es Setiembre el famoso *vendimiario*,
el mes del equinoccio del otoño.
Florece allá en los bosques el madroño,
no siendo caso muy extraordinario
encontrarse algún tipo estrafalario
del blasón de Madrid hecho retoño.
Tornan á la ciudad los estudiantes
jurando á su beldad amor eterno,
tornan á casa los veraneantes
á ver si desempeñan lo de invierno,
y, presa de usureros y tunantes,
recomienzan la vida del infierno.

C. M.

¡NI EN EL MAR!

(CONCLUSIÓN)

»Veíanse abdómenes prominentes, hombros en forma de ángulo agudo, piernas torcidas, carnes fofas y colgantes, brazos que parecían palos de escoba, hombres contrahechos, raquíticos, como representantes de una raza en decadencia y por ende escrofulosa; pocos bien formados, y muchos sietemesinos.

»Me dieron un golpe en la espalda y encontréme con un amigo.

»—¡Hola! ¿Tú por aquí?—le dije.

»—Sí, chico,—me contestó;—he venido á pasar una hora agradable, una hora fuera del mundo. Me gusta esta vida acuática y terrestre. la vida de los patos que yo la llamo. ¡Ah, si en vez de durar unos instantes fuese eterna! ¿No te parece buena la idea?

»—Excelente, como todo lo tuyo,—contesté. —Yo también quisiera,—añadí, dejándome llevar de mi misantropía,—vivir como los anfibios.

»—Parece que tienes resentimientos con la sociedad.

»—Y ella conmigo,—dije con amargura.

»—Así es el mundo,—contestó el amigo;—todos tenemos algo que echarnos en cara. Pero mira, no pensemos más en las cosas de la tierra: aquí, en las arenas del mar, hágome la ilusión de que estoy en otro mundo. Por un momento llego á olvidarlo todo; ni me acuerdo de mis deberes, ni de mi mujer, ni de mis deudas, ni siquiera de que sea hombre.

»—Algo parecido me sucede á mí: esa hora que paso en el baño me hace olvidar las miserias de la vida.

»Largo rato estuvimos de plática arreglando el mundo como mejor nos parecía; enumeramos los beneficios que nos habría de reportar una existencia vegetativa y sin más emociones que las que sienten las piedras de la calle; convinimos en que el tiempo que se pasa en el baño es, sin disputa alguna, el único verdaderamente tranquilo y feliz que los hombres experimentamos.

»Embebidos estábamos en estas tonterías, cuando un hecho inesperado nos vino á sacar de nuestro singular deliquio.

»De pronto vi que mi amigo se ponía pálido y preocupado.

»—¿Qué te pasa?—le pregunté.

»—Nada: es decir, mucho. He vuelto á la malhadada y triste realidad. ¿Ves á aquel hombre flaco que se dirige hacia nosotros? Pues es un *inglés* mío que viene á refrescarme la memoria cuando lo que yo quiero es refrescar el cuerpo. Voy á ponerme en salvo. Sígueme. ¡Al agua! ¡Al agua!

»Y los dos, en precipitada carrera, nos echamos al mar.

»Yo me tiré de cabeza y estuve algunos segundos totalmente sumergido.

»Al reaparecer me encontré frente á frente de un hombre ó, mejor dicho, de una cabeza, grande y calva, que yo al pronto creí que era una calabaza abandonada, que sin preámbulo alguno me increpó con las siguientes palabras:

»—¡Al fin he dado con V.! ¿Qué día me va á pagar aquel pico?

»—¡No tienes tú mal pico!—pensé yo cuando me hubo pasado el natural asombro.

»Y, sin contestarle palabra, me sumergí como desapareciendo por escotillón, nadé por el fondo, y no saqué la cabeza hasta que á ello me obligó la asfixia.

»¡Ni en el mar se puede estar tranquilo!»

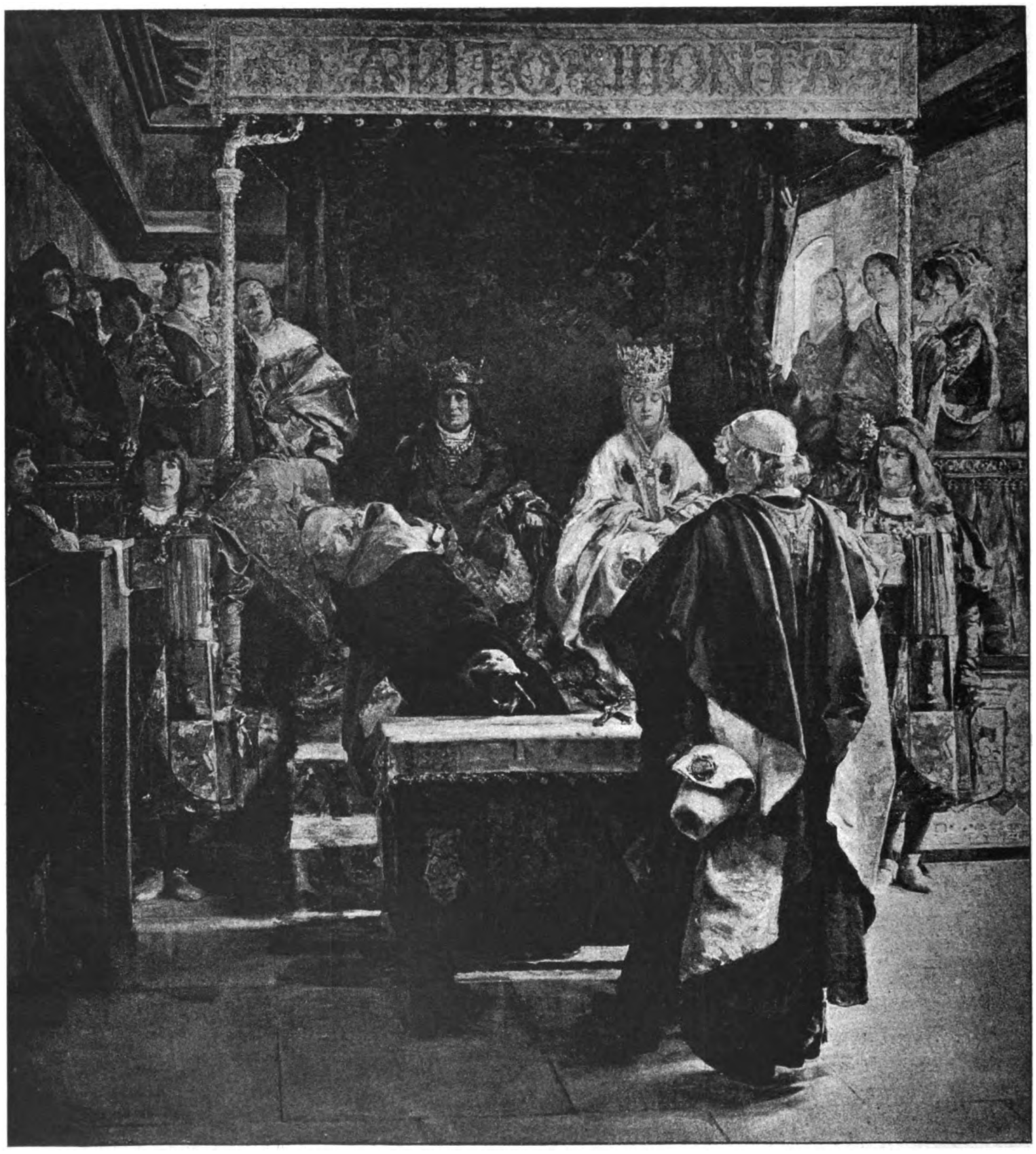
ADOLFO MARSILLACH

RIMAS

Era hermosa cual una de esas vírgenes
que Rafael divino nos pintó,
y el ámbar, los jazmines y las rosas
pródigas le prestaron su color;
era su voz murmurio de arroyuelo,
trino de enamorado ruiseñor;
y al verla andar dijérase que era
vaporosa, celeste aparición...
Mas todo tiene fin en este mundo:
á su lecho la parca se acercó,
y la arrogante flor de su hermosura
con un helado soplo marchitó.
Desnudo el cuerpo, sobre blanca mesa
colócanla, y acércase el doctor
tratando de inquirir en su cadáver
la causa que la muerte ocasionó,
y, ansioso de estudiar, rasga su pecho
que la nieve otros tiempos envidió,
buscando el corazón, y ¡oh desengaño!
¡no había en aquel pecho corazón!

VENTURA MAYORGA

Digitized by Google



LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS DE ESPAÑA (cuadro de Emilio Sala)

Digitized by Google

STELLA MATUTINA (cuadro de L. Álvarez)

Digitized by Google

LA AMISTAD

Dice Joubert: «No se puede á veces evitar lo sutil para elevarse á lo sublime, como para escalar los cielos es necesario atravesar las nubes.» Del mismo modo se puede afirmar no sólo que lo semejante engendra lo semejante, sino que los contrarios se atraen y solicitan. Así, la indiferencia echa de menos la amistad. De ella habla, por ejemplo, Schopenhauer con una delicadeza excesiva, á pesar del *ascetismo secularizado* que es la característica personal de su genio, de la *egolatría* que le domina y de su deificación del aislamiento como cualidad propia del hombre superior.

Considera el célebre pesimista la sociabilidad y los vínculos de la amistad en el fin á que tienden por medio de la educación, y reconoce su raíz viva (aun en la constitución orgánica de los seres, insuficiente por sí, en el aislamiento) dentro de la complexión de nuestra misma naturaleza individual.

El aislamiento y la falta de sociedad dan como resultado gentes hurañas, pueriles más que susceptibles, y quebradizas hasta llegar á ser vidriosas. Si nuestro cuerpo, encerrado constantemente en una habitación, alcanza un extremo de sensibilidad tanto más peligroso cuanto que ligera corriente de aire nos constipa; nuestro humor, ante un aislamiento prolongado, se convierte en excesivamente sensible y nos ofende el hecho más insignificante (nimiedades, palabras sin intención ó leves faltas). Sensitivas de estufa, somos incapaces de hacer frente á la más pequeña contrariedad, carecemos, en nuestro aislamiento, de carácter, y personificamos la menor cantidad imaginable de la condición humana en nuestra individualidad atrofiada y egoísta.

La carencia de todo trato social (especie de *autofagismo moral)* puede ser comparada (así lo concibe Schopenhauer) con el frío, que sólo se combate confortando el individuo sus energías, ateridas en lo insociable, con el calor que presta el vínculo de la amistad. Como nada real es simple, sino que todo es complejo, la misma amistad, si funda sus vínculos en circunstancias momentáneas, si se apoya sólo en condiciones sujetivas, más semeja fuego fatuo y deslumbrador que calor para animar y excitar á la obra y al sentimiento en común. La diferencia entre sentimientos artificiosos cimentados en arena y afectos duraderos con bases objetivas, y las trasformaciones de que es susceptible el vínculo de la amistad, se hallan puestas de relieve por Schopenhauer en su precioso apólogo.

Para resguardarse, con su propio calor, de los efectos de la helada, se amontonaban y estrechaban, en crudo día de invierno, unos contra otros, los puerco-espines de un rebaño. Ante la molestia de las picaduras con sus propias púas, se alejaron los puerco-espines que estaban apiñados; pero el frío volvió á acometerlos, los obligó de nuevo á acercarse y otra vez apareció la misma dificultad. Siguieron acercándose y alejándose hasta que hallaron una distancia media que por igual evitaba el frío y las molestias de las picaduras.

De te fabula narratur.—Del mismo modo, el instinto de la sociabilidad, nacido del vacío y de la monotonía del aislamiento, inclina á los hombres á unirse; pero sus cualidades repulsivas y sus faltas intolerables los dispersan de nuevo. La *cortesía* y las *buenas maneras,* y dentro de ellas la mutua *tolerancia*, designan la distancia media que facilita la vida en común. Así aparece la amistad, dentro de sus límites propios, como el calor mutuo que necesitamos para confortarnos del frío é indiferencia que engendra lo insociable, evitando con las distancias convenientes las molestias y picaduras que proceden de las flaquezas ajenas y aun de las propias. El hombre prudente y sociable se calienta sin acercar la mano, y el loco se quema y huye á la fría soledad.

Cuando la distancia de la cortesía y de las buenas maneras queda salvada merced á vínculos reales y objetivos, se anula el efecto de las púas que pican y molestan ó se embotan en la mutua tolerancia que requiere la amistad. Aun para desatar el vínculo, si existe, por causas complejas, necesidad imprescindible de abandonar determinadas amistades, se han de ir abandonando poco á poco, y, como decía Catón, no se han de *rasgar*, sino que se han de *descoser*.

Implica, por tanto, la amistad como vínculo social una *síntesis* de todas nuestras energías (señaladamente afectos y pasiones) en el comercio con los demás, tan intensa y real, que á veces contradice los preceptos de la misma razón (nos ciega la amistad). Ya decía Bacon: «El ojo del entendimiento humano no es un ojo seco, sino humedecido por las pasiones y por la voluntad: el hombre cree siempre lo que prefiere.» Y se observa que las amistades duraderas son las que se fundan en el acuerdo de voluntades y no en la analogía de inteligencias, de lo cual procede el espíritu de partido, de secta, etc.

TOCA DE PAJA NEGRA

Consecuencia del *furor divinus* (ceguedad por el amigo) con que se sella el vínculo de la amistad, el sacrificio y la abnegación que le acompañan y el placer que se siente, identificándose con el amigo, es la conexión de la amistad (llevada á sus extremas manifestaciones) con el amor. Aun cuando el amor, meditación del genio de la especie, como le llama Schopenhauer, ponga obstáculo con sus excitantes, que á veces relaja y en ocasiones altera el vínculo de la amistad, señaladamente entre individuos de sexo diferente, todavía merece consignarse el parentesco inmediato del amor con la amistad, pues el obstáculo que el primero ofrece queda en parte destruído cuando se reconoce con Proudhon que «en las almas escogidas el amor no tiene órganos,» ó con el poeta que «la belleza (y por lo tanto la bondad) es un ángel que carece de sexo.»

U. González Serrano

DIÁLOGO DE CIRCUNSTANCIAS

PERSONAJES

Un hombre de mundo (Luis.)
Un hombre cursi. (Juan.)

La escena se verifica en Madrid. El teatro representa el comedor suntuoso y elegantísimo de la casa de Luis. Epoca: ahora mismo.

ESCENA UNICA

Luis saborea con visible delectación el *moka* aromático. Juan penetra en el comedor. Lleva en la mano un periódico y parece muy agitado.

Luis.—Gracias al Señor que has venido. Para almorzar llegas demasiado tarde, pero puedes tomar café.

Juan.—Gracias, Luis: ahora no puedo, no quiero tomar nada. Estoy seguro de que cuanto tomase había de volvérseme ascuas en el cuerpo.

Luis.—¡Demonio! ¿Has tenido un disgusto? ¿Ocurre alguna cosa grave? Mira, no me des ahora noticias desagradables... y en todo caso hazme el favor de dármelas poco á poco. He almorzado con excelente apetito, y sería deplorable que hubieses venido á turbarme la digestión, amigo de mi alma.

Juan.—Pierde cuidado, hombre, pierde cuidado: lo que ahora me pasa nada tiene que ver contigo.

Luis.—Menos mal. Te confieso que me habías asustado. Me pareció notar que estabas conmovido.

Juan.—Lo estoy, en efecto; pero...

Luis.—Deja, deja. ¡Ah que adivino la causa! Alguna otra carta de un general...

Juan.—¡Oa, hombre!

Luis.—Habrá ocurrido algún escándalo en el Congreso, ó se anunciará la cesantía de un gobernador, ó se retrasará la votación de la ley del sufragio, ó estará en crisis el Gobierno...

Juan.—No te canses: ninguna de esas cosas ni todas ellas juntas me interesarán nunca lo que me ha interesado una noticia que acabo de leer en este periódico.

Luis.—Veamos, veamos. ¿Quién se casa? ¿Qué príncipe extranjero ha llegado? ¿Qué infante español militar se ha ausentado sin licencia de sus jefes? ¿Qué solemidades se preparan en el alcázar de nuestros reyes? ¿Qué festejos dispone el Ayuntamiento de la villa y corte?

Juan.—Más que esas idas y esas venidas, mas que esas palatinas solemnidades, más que las bullangas y que los jolgorios que se anuncian, interesa esta noticia.

Luis.—Acaba de leerla, hombre de Dios, y salgamos de dudas.

Juan.—Pero ¿cómo he de leerla si no me dejas? La noticia, óyela: es como sigue: «*Desfallecido y falto de alimento se hallaba ayer, próximo al Museo de Pinturas, un anciano de sesenta años de edad llamado José Alvarez Pérez. Fué auxiliado en la casa de socorro correspondiente.*» (Rato de pausa.)

Luis.—Y ¿qué más?

Juan.—Nada más. ¿Te parece poco?

Luis.—Hombre, te diré: no me parece poco, eso no; pero no veo que haya motivo para que te conmuevas tanto. Al fin y al cabo sólo se trata de que ha muerto un hombre, poco importa de qué, y eso es cosa que está sucediendo todos los días.

Juan.—Calla, calla: no sé lo que me pasa oyéndote. ¿Conque nada encuentras de extraordinario que aquí donde hemos discutido durante un mes sobre si se debía ó no se debía imponer la pena de dos meses de arresto á un general, dejemos á un pobre viejo que se muera de hambre y nos quedemos tan tranquilos? ¿que aquí donde una frase, más ó menos imprudente, de éste ó del otro hombre político es origen de polémicas enconadas en los periódicos, de acaloradas disputas en los cafés, de provocaciones á duelo en los círculos aristocráti-

Digitized by Google

cos, de lances personales, de manifestaciones ruidosas, se considere asunto baladí el que un infeliz anciano caiga desfallecido de necesidad en un paseo? ¿Para esto vivimos en sociedad? ¿Y nos tenemos por un pueblo civilizado y hasta culto? ¡Buenas están nuestra civilización y nuestra cultura!

LUIS.—Exageras mucho las cosas, querido Juan. Nadie dirá (¿quién había de decirlo?) que no es deplorable la desgracia de ese infeliz, como son deplorables todas las desgracias que sobrevienen á cualquiera y que están ocurriendo todos los días y á todas horas; pero de reconocer que son deplorables á indignarse porque no podemos remediarlas, hay un abismo.

JUAN.—Sí, un abismo, eso es: como lo hay entre el no poder y el no querer en esta cosa. Sé de sobra que existen desgracias, cuyo remedio no está en nuestras manos; pero también sé que hay otras muchas (y la de ese anciano está entre ellas) para evitar las cuales bastaría querer evitarlas.

LUIS.—¡Ah! ¿Tu pretendes evitar que haya pobres y ricos?

JUAN.—No es eso. Bueno sería evitar que hubiese pobres, y á eso llegaremos, ¡oh! ¡vaya si llegaremos!; pero por ahora me contentaría yo con que se evitara que hubiera quien se muriera de hambre.

LUIS.—Pero, hijo mío, ¿cómo se evita eso?

JUAN.—¿Cómo? Pues de un millón de maneras.

LUIS.—Conque me digas una es bastante.

JUAN.—No tengo humor ahora de explicar un curso de sociología, ni soy tampoco el encargado de evitar el mal ó remediarlo cuando no se ha evitado. Sé que si los encargados de dirigir las sociedades humanas no sirven para eso, pueden hacer cuenta de que para nada sirven. Si la sociedad á cuyo desarrollo y engrandecimiento contribuyo en lo que soy y en lo que valgo y en lo que puedo, con mi fuerza, con mi actividad, con mi inteligencia, con todas las energías de mi cuerpo y todas las facultades de mi espíritu, no halla modo de acudir en mi auxilio cuando la he menester, tanto valdría (¡qué digo tanto!)... más valdría vivir en la soledad de los bosques, alejado de todo trato humano; pues ese Dios que, según vosotros aseguráis, alimenta á los pajarillos del campo, también á mí me alimentaría.

LUIS.—Mira, chico, déjate ahora de pajarillos y de soledades. Eso de que Dios se cuida de alimentar á los pajarillos, es una solemne majadería. Esos animalitos se lo buscan como buenamente pueden; y cuando por vejez ó por otra causa cualquiera no pueden buscarlo, se mueren de hambre los pobres. Sólo que, como no tienen periódicos para dar la noticia, nadie se entera y nadie les compadece; si bien los que viven cerca del hombre no suelen llegar á ese extremo, porque antes de que hayan envejecido los mata un cazador, lo cual es darles género distinto de muerte. Y si, como tú dices, vivieses en la soledad de los bosques, te morirías igualmente de hambre cuando no tuvieses fuerza ni agilidad para proporcionarte sustento.

JUAN.—Pues eso es lo que digo: exactamente eso mismo que me sucede ahora, forma parte de una sociedad que se llama cristiana y se jacta de ser caritativa... que no es caridad lo que celebraría yo ver en ella, sino justicia.

LUIS.—¡Justicia... justicia! No hay palabra que más se emplee ni que menos se atienda. ¿Habría sido justo, por ejemplo, que para matar el hambre á ese anciano por quien tanto te interesas me hubiera quedado yo sin comer? Porque eso, amigo mío, vendría á ser, como vulgarmente se dice, desnudar un santo para vestir á otro, y no se me alcanza por qué razón había de tocarme á mí el papel del santo desnudo.

JUAN.—Pues de eso precisamente se trata, de que á nadie le toque. Si son las sociedades reuniones de seres humanos que se forman para su común mejoramiento y para conseguir el bienestar moral y material de todos y de cada uno, en tanto que exista en la sociedad (no ya muchos, como los hay) un solo individuo que tenga hambre, que carezca de abrigo, esa sociedad no ha realizado el fin para que se formó. A los encargados de realizarlo, á los legisladores, á los gobiernos, á las *clases directoras*, corresponde la tarea de conseguirlo. Mira, pues, si tengo motivo para indignarme al ver que mientras nuestros representantes en las Cámaras pasan días y días y días discutiendo eso de las inmunidades parlamentarias, una cosa mandada recoger hace medio siglo; mientras nuestros concejales preparan festejos para divertir á los muchachos ó no celebran sesión por falta de número; mientras nuestros diputados provinciales están pensando en organizar corridas de toros con caballeros en plaza; haya quien se muera de hambre por esas calles. Eso es lo que me indigna, eso es lo que me parece intolerable.

LUIS.—Porque tu fuiste siempre un cursilón, dado á ridículas sensiblerías. Es necesario tomar el mundo tal cual es: al cabo y al fin, ni tú ni yo hemos de mejorarlo. ¡Bah! Deja ese periódico, tranquilízate un poco y toma una taza de café: es exquisito. Ya verás cómo, después de tomarlo y de fumar un tabaco escogido que he reservado para ti, ves las cosas de otra manera. *(Luis acepta el café y el tabaco.)*

(Telón lento.)

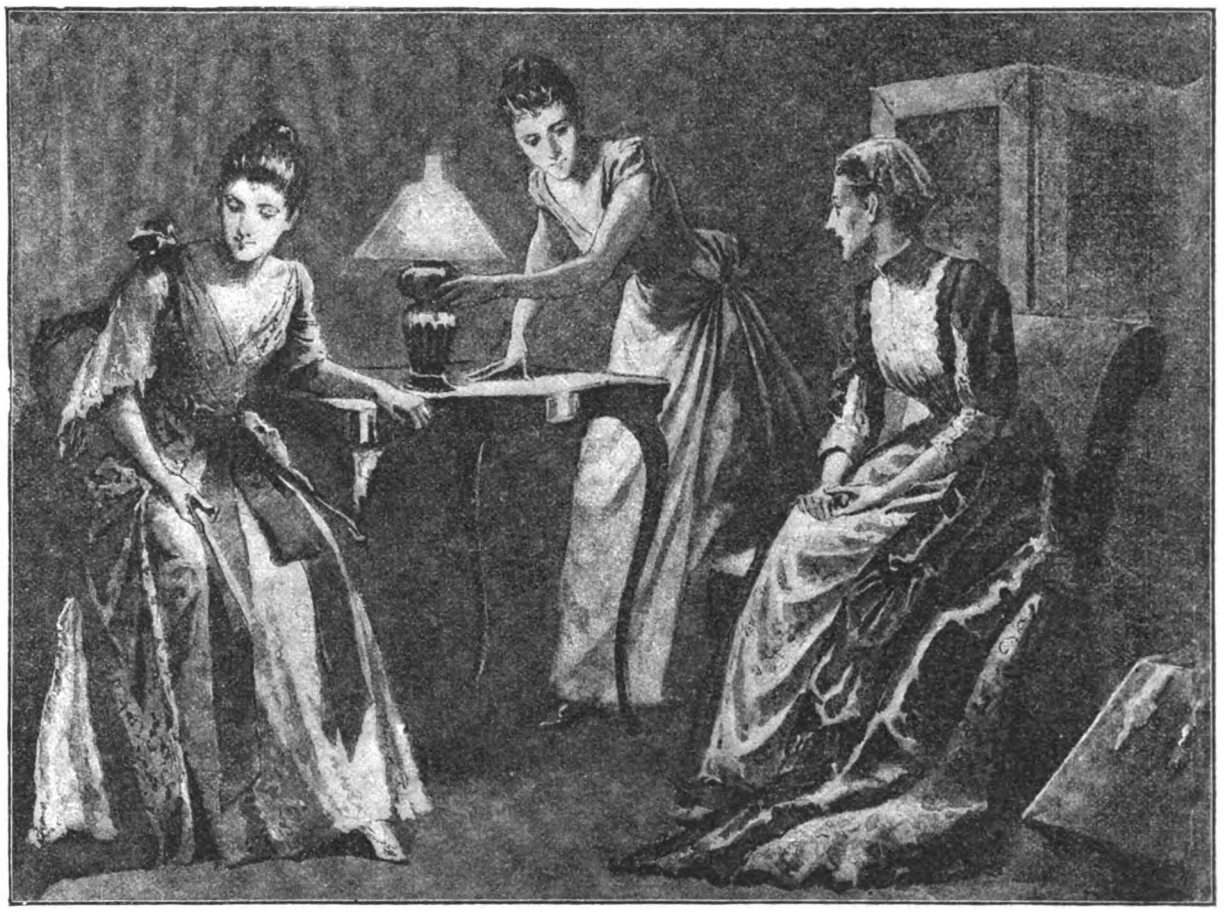
A. SÁNCHEZ PÉREZ

Abril, 1890.

ODIAME

Aunque siempre me miras con desprecio,
altivo el ademán y el continente,
ni me asustan los surcos de tu frente
ni el golpear de tu carácter recio.
Mi delito, lo sé, es delito necio:
¡haberle dicho lo que el alma siente
á un corazón sin vida, indiferente,
que menos me ama cuanto más le aprecio!
Mas prefiero que me odies con encono
dejándote á tus ímpetus, tan terca
que te premie «El odiar» con su guirnalda;
pues yo, con la esperanza, te perdono,
porque el amor y el odio están tan cerca
que se estrechan las manos por la espalda.

EDUARDO VILLEGAS



TRAJES DE BANQUETE

LA TEMPESTAD

Relámpago fugaz el cielo hendía,
ligera lluvia al campo descendía
en armónico son;
allá á lo lejos retumbaba el trueno,
y tú, medrosa y agitado el seno,
rezaste una oración.

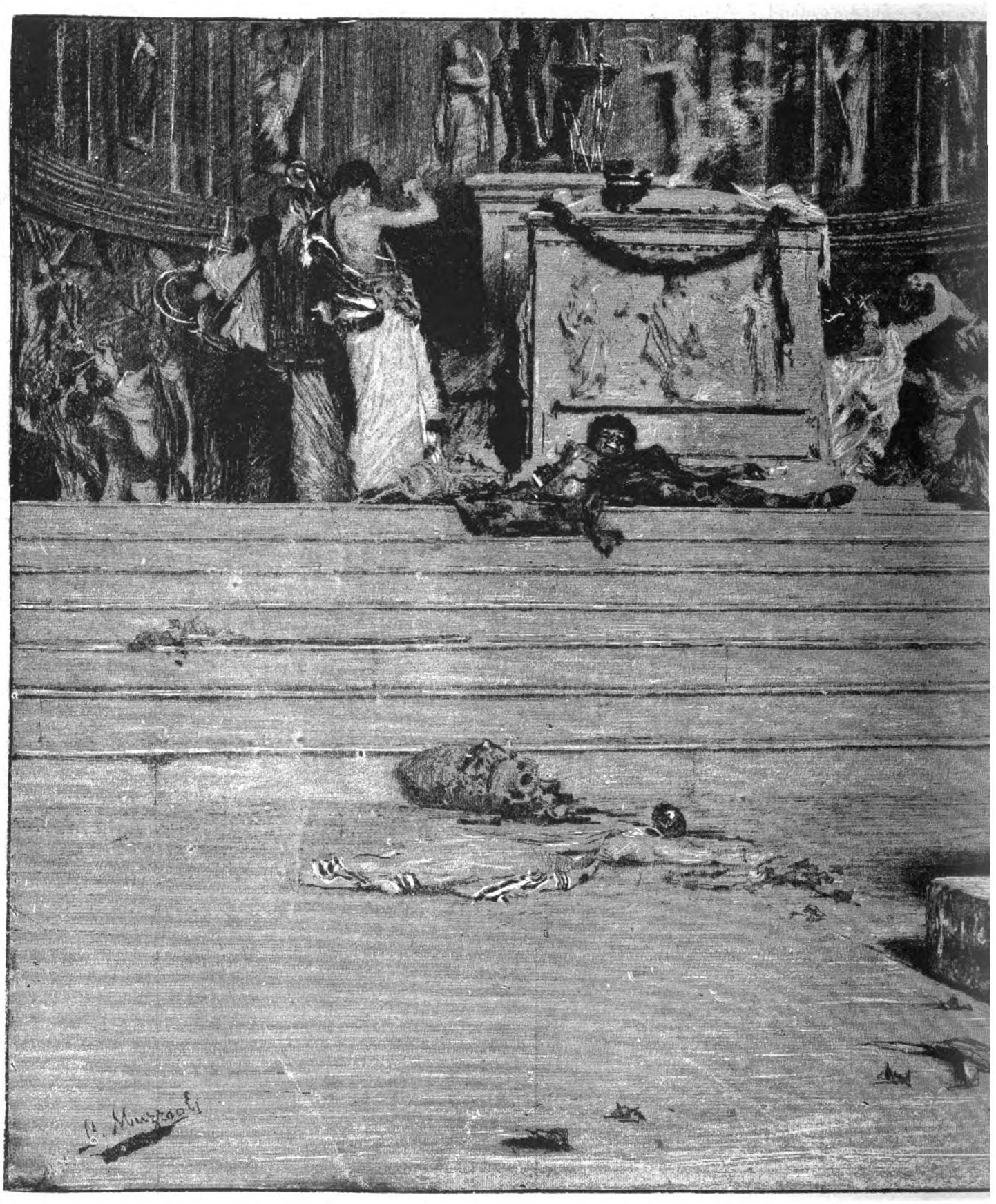
La tormenta veloz se aproximaba
hacia el árbol que abrigo nos prestaba,
y, al verla tú avanzar,
cual la frondosa vid tiende sus lazos
al olivo cercano, así tus brazos
viniéronme á enlazar.

Mi diestra acariciaba tu cintura,
que, cual palma que flota en la llanura,
mecíase gentil;
mis labios se posaron en tus rizos,
y á impulso de sus mágicos hechizos
les dieron besos mil.

Y al par que tú, con fervoroso anhelo,
rogabas que cesase al almo cielo
tan fiera tempestad,
extasiada de amor el alma mía,
al cielo que durase le pedía
por una eternidad.

MANUEL MILLÁS

Digitized by Google



EL TEMPLO DE BA

Digitized by Google

CO (cuadro de J. Muzzioli)

Digitized by Google

AMOR DE AMORES

I

El tren avanza. ¡Qué tarde más triste! ¡Qué tarde más fría! El aire da en mi rostro. La noche va á empezar. El cielo se oscurece. Solitaria está la campiña é inúndase con un suave y dulce reflejo. Es el reflejo de la luz que aun lucha con la sombra. Aun se distinguen vagamente los objetos, así como en lo más profundo, en lo más recóndito de mi corazón cansado y dolorido, siento que las esperanzas se confunden con las dudas. ¡Qué bueno es vivir, Dios omnipotente, cuando se vive para algo! ¡No, Dios mío! Tú bien lo sabes: yo no vivo para nada. Es decir, sí: vivo, ¡vivo para morir!

Lejanas eras donde las mieses se amontonan como inmensas pirámides de oro, vetustos arcos, herrumbres de puentes, caseríos negruzcos, lejanos horizontes que se pueblan de fantasmas, unos fantasmas extraños, inverosímiles, sobrenaturales, muy parecidos á estos que se levantan dentro de mí para conmoverme y herirme y hacer de mi cerebro gran hoguera en cuyos fuegos gigantes bullen esas salamandras que nunca mueren; montes, vallados, colinas, túneles como féretros espantosos donde la humanidad, de una vez para siempre, figura que va á hundirse: todo, todo se queda atrás; el torbellino me lleva lejos... ¡Oh qué lejos, madre de mi alma! Sólo contemplo delante de mis ojos, siempre constante como una nota triste, el poste telegráfico, cuyos alambres parecen rayas del destino, recortándose vigorosas y sutiles en la diafanidad maravillosa de los cielos.

¡Oh rayas de mi destino! Decidme: ¿qué auguráis? ¿Será feliz? ¿Será adverso? No lo sé, no lo sabe nadie: Dios nada más, y Dios no me lo dice. ¡Ay! ¡Quién pudiera descorrer los impalpables velos del porvenir, rasgándolos de repente, como el hombre mancillado rasgaría de una puñalada el corazón de la mujer infame! ¡Ay! ¡Quién pudiera descifrar, allá en el fondo, en lo último, el gran misterio de la eterna verdad! Es imposible, no lo sabré: ¿cómo puede alumbrarnos la luz que no se ha hecho todavía?

¡Pero no, Dios mío! ¡Qué dije! Se hace, se hace la luz. Veo lo porvenir. El augur está hablando. ¡Yo le oigo! ¡Yo le miro! Entre las rayas negras del hilo telegráfico, que se recortan en el cielo vigorosas y sutiles; entre esas rayas negras, radiante y divinal como la mujer amada, nuncio de amores, tranquilo como ella es, hermoso como ella, con la dulce, con la bendita, con la serena luz que arde en sus ojos, aparece un lucero. Es la estrella de la tarde; es la diosa divina de las flores; la primera que nos sonríe; la que su luz filtró tantas noches por entre las yedras del jardín de Nieves para hablarle de amor y darle besos y coronar su frente de aureolas, mientras las otras estrellas, sus hermanas, aparecen allá, melancólicas y dulces como lágrimas de los ángeles.

Habló el augur. ¡Benditas seáis, esperanzas mías! ¡Ya gozo! No, no es que ya goce: es que sufro de otra manera. ¿Acaso el placer infinito, el inmenso, el que no reconoce límites, no duele en el alma lo mismo que el dolor más grande?

II

Llegué, y habían pasado veinticuatro horas desde que el augur venturoso habló. Otra vez declinaba la tarde; otra vez se oscurecía el horizonte y se llenaba de fantasmas. Yo dejé el tren y subía, subía por la vertiente donde da comienzo la senda empinadísima que conduce al castillo, aquel viejo titán de las edades, aquella osamenta de la arquitectura, restaurado y rejuvenecido por los alarifes de hoy, pero antiguo siempre, vetusto, derruyéndose, de lienzos de muralla negros, y de torreones desvencijados aunque exteriormente simulen otra cosa. Todo, todo parece allí á propósito para que forme contraste con la juventud de Nieves, con la hermosura, con la exuberancia de vida, con la, dulce y eterna infancia que parece su mejor ornamento. ¡Oh Nieves! ¡Qué hermosa es! ¡Iba á verla después de dos años! Me decían que no cambió nada en su físico. Del alma ya sé yo que no cambió: eso no es necesario que me lo diga nadie. Su cara, su cuerpo, sus manos, su busto y su cabeza, pero sobre todo eso: su frente... su frente dicen que es la misma.

ABRIGOS DE MODA

Allá, distinguíanse como gigantes negros las viejas torres, y mi corazón latía con fuerza; mis ojos se llenaban de lágrimas. ¡Iba á verla después de dos años! ¡Me esperaba dichosa, y llorando también de inquietudes y amor! Besaría yo sus labios, frescos como rosas encendidas que acabaran de coger, llenas de rocío. Iba yo á mirarme en aquellos ojos negros y profundos con los misterios y dulzuras de sacrificios que mi alma presiente sin que los defina. Pero no, no la vi: no me miré en sus ojos, no besé sus labios. Salió á encontrarme una mujer y se interpuso en mi camino.

—Espere, señor, espere, que soy yo, que soy Antonia.

Yo me detuve y la reconocí: era Antonia, la vieja nodriza de Nieves. Creí que el corazón se me iba á romper. Me dijo que estaba Nieves muy contenta, que era muy feliz en aquel momento. ¿Acaso no lo sabía yo? ¿No tenía sus cartas? Y, aunque no tuviera sus cartas tampoco, ¿qué necesidad tenía yo de que nadie me dijera lo que Nieves me ama? Yo lo sé, yo lo sé: yo estoy seguro de ello.

Digitized by Google

—Voy, voy á verla,—decía yo, pálido de gozo y con las manos cruzadas.

Y Antonia, la nodriza:

—No: espere, señor, espere. Estoy yo aquí, que me ha mandado ella para dar á V. una carta.

¡Una carta para mí, de Nieves! Me decía en la carta que no entrase en el castillo, que podíamos vernos en aquel punto, pero saliendo ella á una de las ventanas de abajo. ¡Cómo se nubló el cielo de repente! ¡Cómo se llenó el campo de nieblas! ¡Oh fantasmas míos! Ya empezáis á arder en mi cerebro. Esperaos, esperaos: no salgáis de ese modo, que podéis hacerle saltar.

—¿Qué era aquello? ¿Qué ocurría?—preguntábale yo á Antonia. Y no hacía otra cosa que encogerse de hombros, sin contestarme. ¿Qué era aquello? ¿Por qué no podía yo entrar en casa de Nieves?

—Anda, anda,—decía yo á Antonia. Y tiraba de ella... y ella no podía.—Anda, anda más.—Llegamos y me enseñó la ventana donde Nieves estaría aguardándome.

—¡Nieves! ¡Nieves!—decía yo al aproximarme.—¡Nieves!—Toda la sangre mía pareció que se me puso de pronto en la garganta. Yo no pude decir otra cosa y cogí sus manos. Yo me ahogaba y la sentía llorar en silencio.

—¿Por qué lloras, Nieves? ¿Por qué lloras?—Le pregunté yo eso y lloraba al preguntárselo.

—De alegría porque estás á mi lado,—contestó.—Pero tú lloras también.

—Yo no sé de lo que lloro. Mira, cuéntame eso, cuéntamelo: ¿por qué has prohibido que entre en tu casa?

—¡Prohibirte yo á ti eso! ¡Qué sería de mí entonces! Pero ¡qué cosas dices! ¡Oh, que oscuro está!—¡No te veo!

—Habla, habla: ¿por qué me dices en tu carta que no entre?

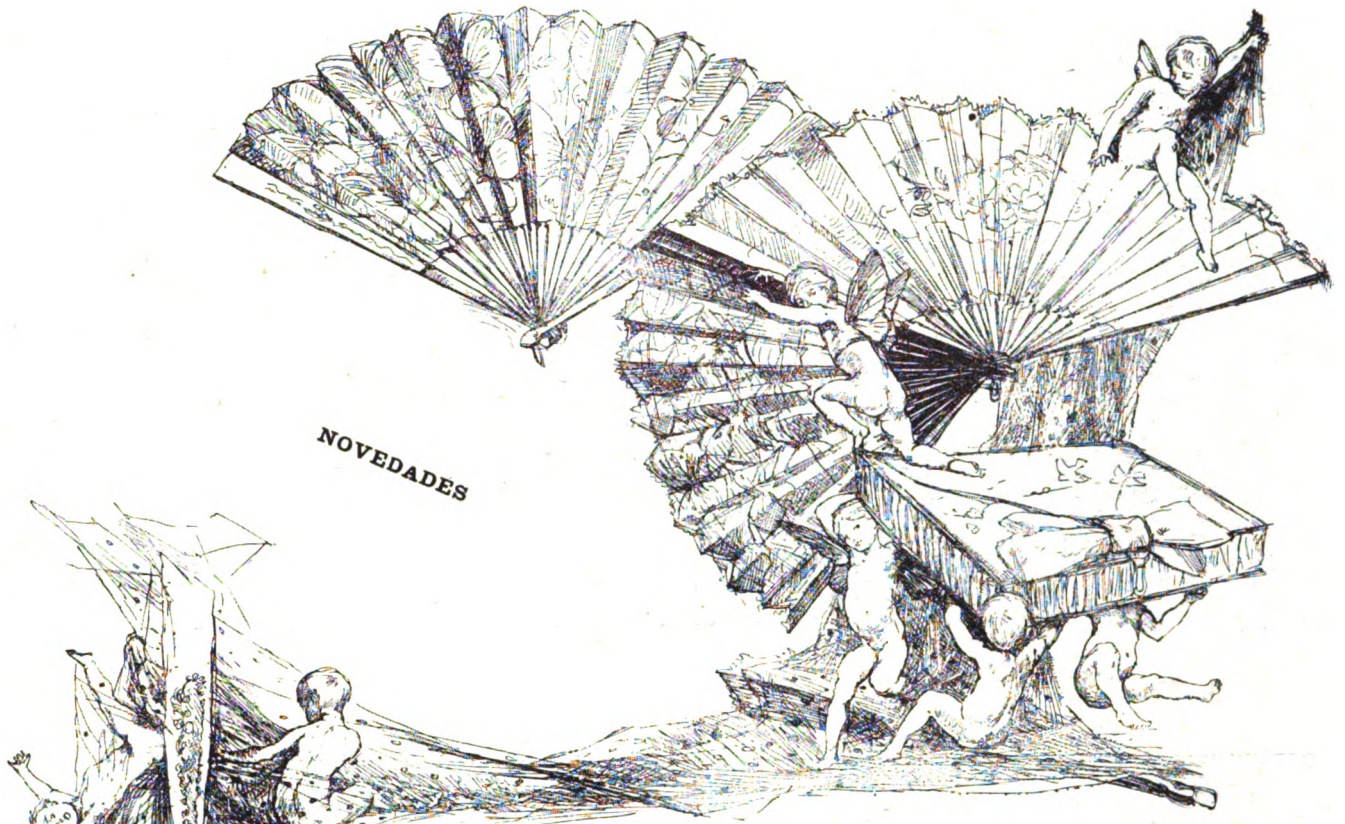
—Pero ¡qué! ¿No te lo dijo Antonia?

—No me lo dijo: habla. ¿Consiste en tu padre acaso? ¿No me ama ya?

—¡Oh, no, Augusto de mi alma! Te quiere mucho. Pero, sin embargo, yo no sé lo que le ocurre: anda inquieto. Al oir tu nombre se irrita, porque piensa que, al unirnos nosotros, ya no estaré yo á su lado: tiene celos de ti. No sabe que has venido, y yo quise prepararle antes. ¡Perdónale, Augusto! ¡Pobre viejo! ¡Perdónale!—Y Nieves se echó á llorar otra vez.

—Y ¿estaré mucho tiempo sin verle?

—No: cuatro ó cinco días nada más. ¡Perdónale, Augusto! ¿Sí? El te ama: yo te lo juro por el cariño nuestro. ¿Me quieres tú? ¿Me quieres?



—¡Yo me muero por ti, Nieves de mi alma!

—¿Le perdonas?

¡Cómo no había de perdonarle!...

La voz de Nieves, al hablar, era una dulce melodía de amor, arrancada de no sé qué cuerdas. Allá, en lo alto, vi de pronto el lucero, la estrella divina de la tarde, el augur venturoso... y sonreí: ¿no era aquel lucero el símbolo de mi felicidad?

—Tus manos arden,—dije entonces á Nieves.

—Sí: de calenturas, de impaciencia que tenía de que estuvieses á mi lado.

—¡Ay! ¡Pero no nos vemos, Nieves! Aquel rostro tuyo, blanco, de suaves tintas de rosa, parece velado para mí por una inmensa cortina negra. Te me finjo, como entonces, gallarda, con majestades: la silueta de tu cuerpo era luminosa, como si se rodeara de un brillante círculo de estrellas. ¡Bendito sea tu amor! ¡Yo te soñé antes de conocerte, y Dios quiso realizar mi sueño! Venía yo en el tren ahora, después de mi larga ausencia, y se ennegreció mi alma: yo no sé qué malos espectros me conturbaron; y, hablando con ese Dios infinito que nos protege y nos ama, yo le dije: «—Yo, Dios mío, no vivo para nada: yo sólo vivo para morir.»

Nieves gimió, y yo, con mi acento más dulce, salido de lo más profundo de mi corazón, seguía hablándole:

—No llores, porque me parecerá de ese modo que es cierto lo que yo á Dios le dije. Yo viviré, yo viviré para la felicidad; pero ¡ay, Nieves! ¡no te veo! Sólo tengo de ti ese perfume que tú emanas y que yo tanto conozco, estas manos ardientes que en las mías estrecho, y esta luz de tus ojos que chispea en la oscuridad como diamantes heridos por la luna.

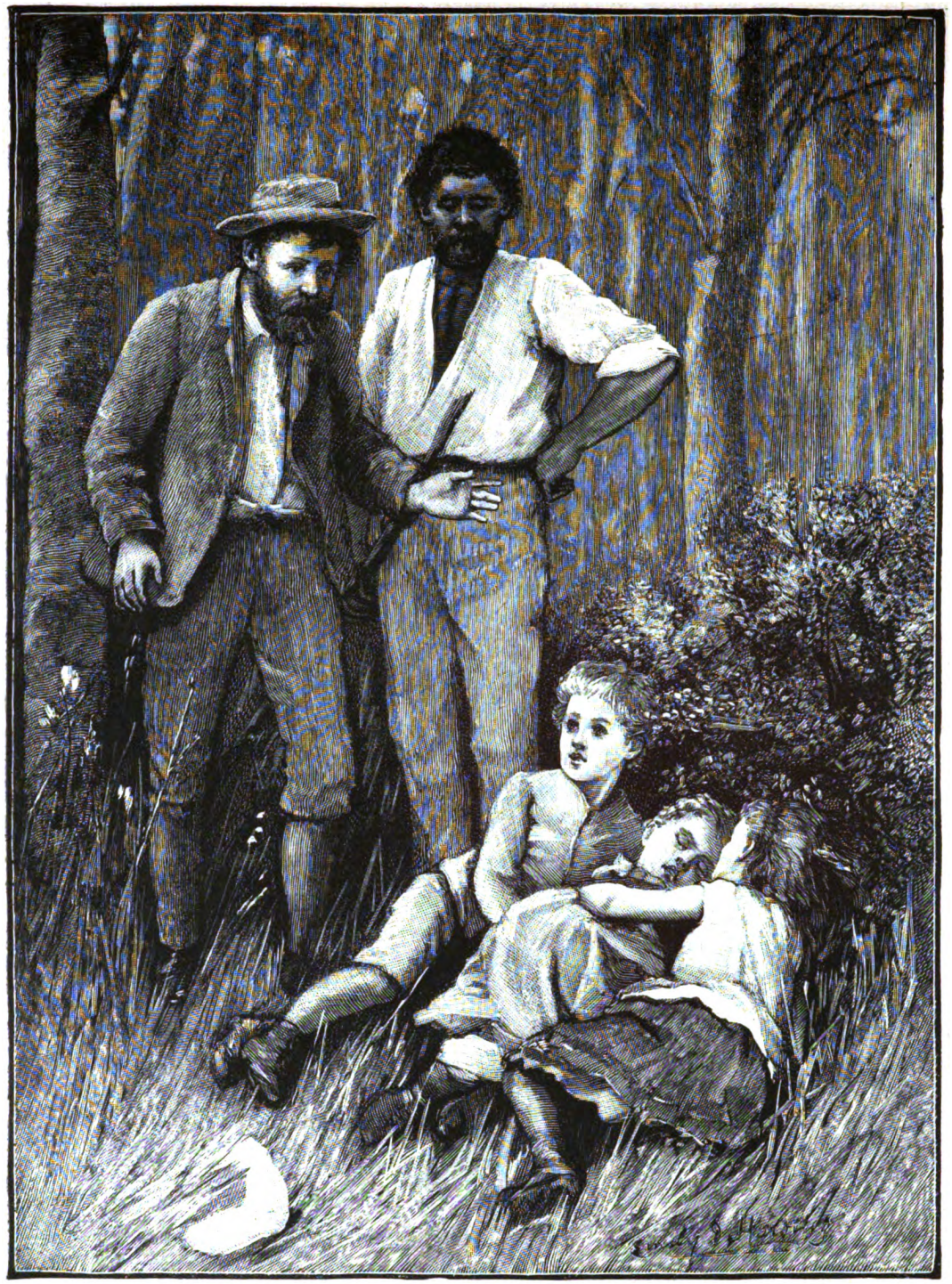
Estremecíase ella de amor, de alegría. Me lo dijo y yo lo creí: ¿acaso no brillaba en el cielo, intensa y pura como jamás la vi, la estrella que protegía nuestros amores? ¡Lucero de la tarde, augur bendito: mi alma te saluda! ¡Cuando tú sales, las rosas tienen otros perfumes, los céfiros otras armonías, el campo otras bellezas! ¡Tú estás ahí como guardián custodio de nuestro amor, mientras las otras estrellas, tus hermanas, aparecen allá, melancólicas y dulces como lágrimas de los ángeles!

III

Esta noche he hablado también con Nieves. Le arranqué la promesa de que mañana me avisará para que vaya á ver á su padre. ¡La veré también! Consumíame la impaciencia, y era de día aún cuando me detuve á los pies de los quebrantados muros del castillo. ¡Qué tonos tan extraños de luz encontré á aquella vetusta mole! No sé qué impresión causó su vista en mi alma. Había algo, dentro de mí, de aquellos personajes de los cuentos fantásticos de Hoffman y de las baladas de Ossián. Parecíame el castillo, levantado allí por genios misteriosos que infundían temor, suspendiendo á la par el ánimo por la sorpresa de su vista. La población distinguíase allá en la falda de un monte pizarroso, y derramábase en su declive desigual caserío blanqueado de cal, pero con una blancura amarillenta por el tiempo, á semejanza de algunos encajes antiguos.

Reinaba un silencio de muerte. Iba cargándose el cielo de nubarrones. Parecían monstruos luchando allá, en lo profundo, y aumentaba el tropel de batalladores, cuanto más encarnizada era la lucha: parecían surgir en confusión terrible, con posturas y muecas horrendas. Iba oscureciendo, y la rota campana de la capilla sonó lentamente anunciando la oración á los devotos. Distinguíanse los objetos aún: aquella hermosa extensión de la vega, cubriéndose con el gran arbolado de limoneros y naranjales que constituyen la principal riqueza del país; aquellas huertas, mas célebres aún que los cármenes granadinos; las preciosas casitas, revestidas como con verdes túnicas de raso, con las suaves enredaderas salpicadas de campanillas blancas y azules; el río, que se desliza cerca, serpenteando y rumoroso; y allá en lo último los trenes que pasan y cruzan, pareciendo, en la noche, con sus

Digitized by Google



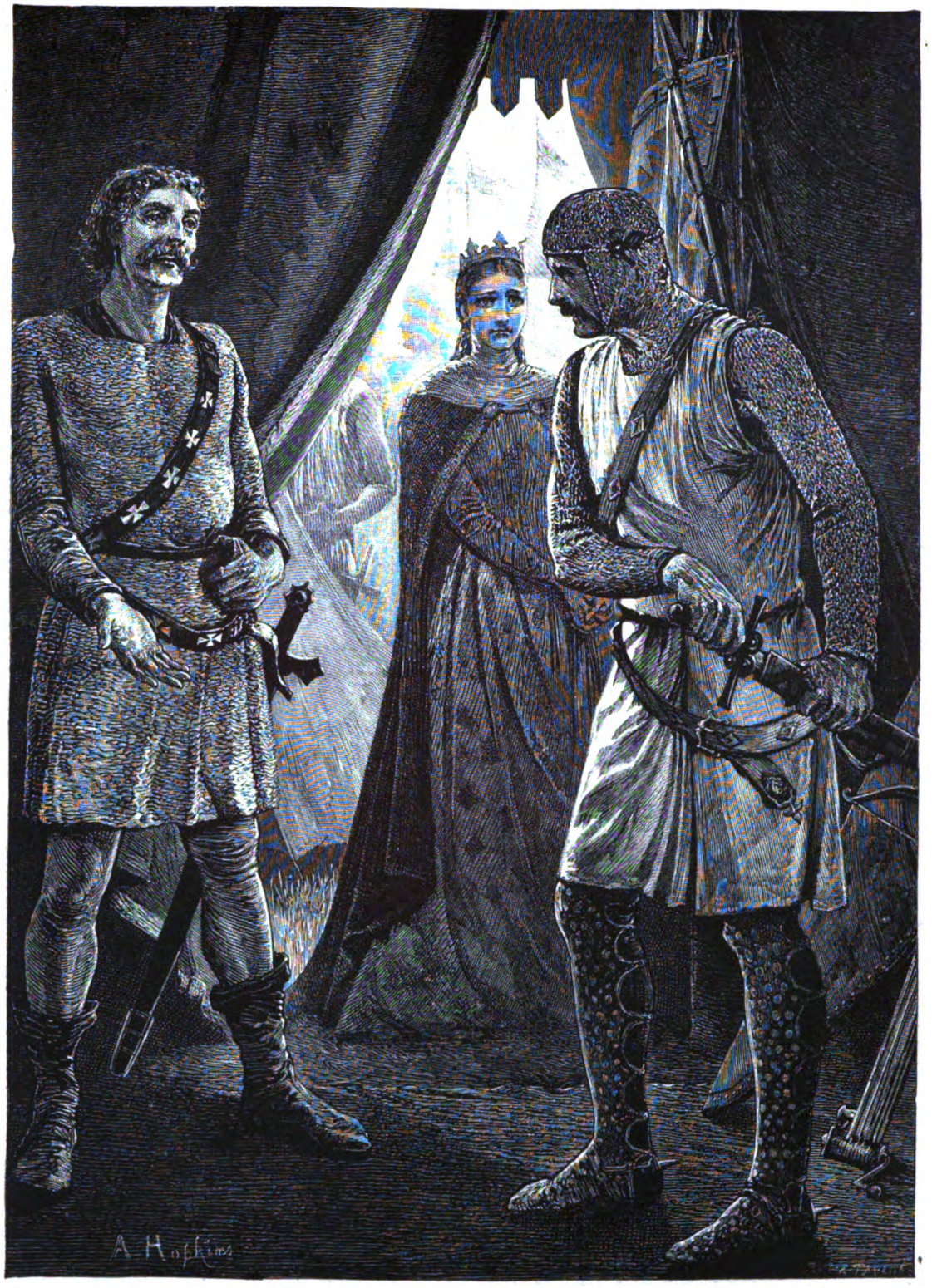
¡ENCONTRADOS!

DESAGUISADO

Digitized by Google

Malvolio.—MALVOLIO *(leyendo):* «Mi estrella me coloca por encima de ti; pero no temas la grandeza: algunos nacen en la grandeza, otros la conquistan y á otros se da libremente.»

(La Noche de Reyes, acto II, escena V.)



Austria, el Bastardo, Constanza.—EL BASTARDO. Y echaos una piel de becerro sobre vuestras cobardes espaldas.
AUSTRIA. Está bien, villano: he de tragar esos ultrajes, porque...
(El Rey Juan, acto III, escena I.)

Digitized by Google

luces cárdenas y su pitar agudo, cíclopes rugiendo, con los enormes ojos encendidos de cólera.

En esta contemplación hallábame, y se abrió la ventana. Entonces fué cuando hablé con Nieves y le arranqué el consentimiento de ir de día al castillo. Pareció contenta, pero creí adivinar un amargor muy grande en sus palabras. ¡Cómo ardían sus manos! ¡Cómo chispeaban sus ojos! Brilló un relámpago súbitamente, y á su luz vi sus facciones, que me parecieron de una muerta; vi su sonrisa, que me pareció de una santa; vi sus ojos de mirada infinita, que me parecieron de una mártir: y es que la hermosura sobrenatural de Nieves, tomó en aquel punto con la luz extrañísima un tono fantástico, fuera de toda ilusión humana, que hacía estremecer.

amor escritas en el cielo por misteriosas vírgenes! ¡Que la inocencia de su alma pueda mi puro amor embellecer, y que á mi lado sea la reina feliz de los amores!

Y al eco de la última estrofa, rugió el trueno y trepidó la inmensidad como si se levantase un solo clamor de aplauso surgido de las mismas entrañas de la madre tierra.

Yo acaricié sus ardientes manos con mis besos; yo le dije, estremeciéndome de alegría:

—Surgen de mi corazón pálidos fantasmas, acarician mi frente con sus cendales suavísimos, y ponen de este modo la calentura en mi cerebro, cantándome tristezas y contándome historias de amores: hace la calentura cerrar mis párpados con su peso de plomo. Pero cuando la frente inclino, agobiado por la fatigosa tarea; cuando los pensamientos van en

PAISAJE DE LA CAROLINA DEL SUR

Tuvo Nieves un extraño capricho, y me cantó una balada que yo le compuse hacía ya muchos años. Llenábanse los horizontes de llamas, ardía el rayo cruzando las esferas, rugía el trueno haciendo estremecer las cavidades de los montes, y Nieves, como á compás de aquella gran sinfonía de Dios, cantaba con dulzura y en mi oído casi:

I

¡Lágrimas del corazón! ¡Dulces querellas! ¡Soles que en Oriente asomáis como plegarias de amor escritas en el cielo por misteriosas vírgenes!

II

¡Iluminad, iluminad el caos que engendra en mi alma la lucha con la suerte cruel! Soy peregrino de amor: quiero encontrar la paz en mi azarosa senda.

III

Amo á una mujer hermosa como el sol, pura como la Virgen: ella me ama, ella teje á mi amor coronas de consuelo. ¡Que yo pueda, mi Dios, hacerla feliz, iluminándola con la bendita luz de mi alma noble!

IV

¡Su boca es fresca! ¡Su boca es fresca como los perfumes de las mañanas estivales! ¡Su cuerpo es gallardo como las rosas de la umbría! ¡Sus ojos son misteriosos fanales de santas luces que enseñan á adorar á Dios!

V

Es la mujer de la Escritura: es noble y altiva; es bella y seductora; es la enseña de amor y de paz que los benignos cielos enviaron al mundo, es dulce como la piedad. ¡Es blanca como las nieves!

VI

Nieves se llama... ¡Lágrimas del corazón! ¡Dulces querellas! ¡Soles que por Oriente asomáis como plegarias de tropel golpeando sin piedad el cerebro, como la luz de la luna besa de noche el lago y hunde su rayo en el profundo seno de las aguas, así la luz de tus ojos, bendita y dulce, besa mi corazón y penetra en él y el caos ilumina; así la risa de tus labios, frescos á semejanza de las rosas que embellecen los búcaros de oro de tu salón, en mi cerebro entra y le baña en oleajes de paz. ¡Oh días bonancibles! ¡Oh mis amores santos! ¡Benditos seáis!

Suspiró Nieves y suspiré yo también. Vibró el rayo, se cerró la ventana... ¡Allá en el fondo de la inmensidad tenebrosa, por entre dos nubes hechas pedazos, asomó un lucero!

M. MARTÍNEZ BARRIONUEVO

(Se continuará)

ANDALUCÍA

(BOCETO)

Hay una tierra bendita
que Andalucía se llama,
soñada por los poetas,
por los pintores soñada,
donde el purísimo cielo
jamás una nube empaña,
y el sol no alumbra, que ciega,
y, más que calienta, abrasa.

Allí se llora cantando,
allí llorando se ama,
que es patria de los amores
y de los cantores patria.
Allí habitan las mujeres
que rebosan sal y gracia,
las de los negros cabellos,
las de los labios de grana,
las de los ojos rasgados
y las de trigueñas caras.

El aire que se respira
mil aromas lo embalsaman,
desde la flor del naranjo
al perfume de las *cañas*.
Por todas partes se escuchan
los sones de la guitarra,
ya los *tangos* armoniosos
ó ya alegres serenatas,
ya las tristes malagueñas
ó ya los polos ó cañas.
Cantares que son suspiros,
acordes que son plegarias,
acaso tristes endechas,
acaso amorosas ansias.
No hallé corazones fríos,
no encontré mujer sin gracia,
no hay fiesta sin *manzanilla*
ni placeres sin guitarra.

. . . . . .

Id á la tierra que adoro,
y veréis cómo al dejarla
sentís en los ojos llanto,
sentís dolor en el alma.

INOCENCIO DE OÑA

NUESTROS GRABADOS

EXPOSICIÓN NACIONAL DE BELLAS ARTES

LA EXPULSIÓN DE LOS JUDÍOS DE ESPAÑA, *cuadro de Emilio Sala.*—STELLA MATUTINA, *de L. Alvarez.*

Tiene Emilio Sala, entre otros parecidos con Leonardo de Vinci, el de estar devorado por el afán de hacerlo siempre mejor, no dándose jamás por satisfecho con lo producido hasta entonces; y, llevado de esta ansia en busca de la perfección ideal, aparece con inesperadas trasformaciones, aunque siempre con aquel colorido mágico incomparable que es el carácter distintivo de sus obras. En la *Expulsión de los judíos* quiso, sin duda, el insigne maestro, hacer lo que llaman los italianos un *pasticcio* de los cuadros de la primitiva escuela española, la de Sánchez de Castro, Jorge Inglés, Antonio del Rincón, Pedro Berruguete, Comontes y Gallegos, ó como si dijéramos una *pintura en fabla*. De ahí que muchos no la hayan entendido.

La obra, prescindiendo de su colorido y ateniéndonos sólo al dibujo, á la perspectiva, á la composición y á la indumentaria, perfectamente apreciables por el grabado, es una maravilla. Las figuras de los Reyes Católicos son un verdadero hallazgo psicológico. Sí, así debían ser Fernando é Isabel: su alma se asoma por entero á sus semblantes y se refleja en sus respectivas actitudes. Y así debía ser también Torquemada, y aquella cara debían poner los cortesanos ante el desacato fanático del terrible inquisidor.

Emilio Sala no tiene la culpa de que la gente no se entusiasmase con su obra, encontrándola demasiado *retablo* é ignorando de qué se trata allí, á pesar de saberse tantas cosas mucho menos significativas que aquella anécdota. En cuanto á los críticos han tocado también el violón, habiendo debido salir uno que no es del oficio, el Sr. Manrique de Lara si no recordamos mal, á poner los puntos sobre las íes y á explicar lo que debían entender nuestros Paul Mants y nuestros Wolffs y no entendieron. Pero la humanidad es flaca y es preciso recordar que Flaubert tuvo que ponerle notas á *Salammbó* para que se comprendiera su idea.

Stella matutina es una prueba de la diversidad de aptitudes de un distinguido autor que, inspirándose en la poética advocación de la Virgen, la ha interpretado con tanta delicadeza como habilidad decorativa.

EN EL TEMPLO DE BACO

Cuadro de J. Muzzioli.

El cuadro está muy bien compuesto y tiene mucho carácter. El suntuoso *Assommoir*, con sus bacantes y borrachines produce esa impresión siniestra de todo matadero, que no otra cosa son todos los templos de Baco.

DESAGUISADO.—¡HALLADOS!

Aunque se trata de un perro y un gato, la escena no deja de ser eminentemente humana, siendo uno de tantos aspectos del *struggle-for-life*, ley del mundo por más que se em-

Digitized by Google

peñe Daudet en que no está bien. Y de ahí tantos *desaguisados*.

Hallados es un bonito dibujo. Perdiéronse los niños en el bosque, salió desalado el padre en su busca y hallólos por fin en medio de las rosas, sanos y salvos, aunque con el susto consiguiente.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

LA NOCHE DE REYES.-EL REY JUAN

La noche de Reyes es una comedia que podríamos llamar *de gracioso*, pues desempeña en ella principal papel un bufón. Trátase de una *guasa* de que es víctima el presumido señor Malvolio, mayordomo de la opulenta condesa Olivia, creído fatuamente de que su ama se muere por sus pedazos, siendo así que la buena señora se está derritiendo por un tal Cesario, que no es otro que una gentil señorita llamada Viola, á la que le ha dado la humorada de vestirse de hombre y es adorada por el señor duque Orsino. Sucede en esto que llega á la ciudad un hermano de Viola, llamado Sebastián, arrojado allí por una tempestad, el cual se parece prodigiosamente á aquélla, y, topándose una noche con Olivia, confúndele ésta con *Cesario* y le ruega se despose al instante con ella, á lo cual no se niega el bueno de Sebastián, conformándose por fin Olivia con ser su mujer una vez se descubre todo el enredo. La comedia abunda en discreteos y chistes muy ingeniosos y la trama es muy divertida.

El rey Juan es un sombrío drama basado en la usurpación que de la corona de Inglaterra hizo aquel monarca á su sobrino Arturo Plantagenet. Descuella en primer término la figura de la madre de Arturo (Constanza), tipo del amor maternal llevado hasta la sublimidad, consiguiendo que Felipe Augusto de Francia haga suya la causa del despojado. Caído Arturo en poder de Juan, enciérrale éste en el castillo de Northampton, induciendo á uno de sus servidores á que abrase con un hierro candente los ojos del pobre niño, villanía que no tiene valor para realizar. Arturo, sin embargo, deseoso de salir de su esclavitud, salta desde lo alto de la muralla y se estrella, con lo cual ya no tiene el rey Juan quien le dispute la robada corona.

La escena representada en nuestro grabado es cuando el rey Juan y Felipe Augusto celebran en la tienda de éste, ante Angers, con asistencia de Constanza y Arturo, y del bastardo de Ricardo Corazón de León, y de la corte del rey francés, una conferencia que termina en definitivo rompimiento, en medio de lo cual se cruzan las más agrias palabras entre el bastardo, juanista, y el archiduque de Austria, filipista, muriendo éste á manos del otro en la batalla inmediata.

PAISAJE DE LA CAROLINA DEL SUR

En esta región se crían muy hermosos árboles, como el arce de flores encarnadas, el sauce, el ciruelo, el albérchigo, etcétera, sin olvidar el naranjo, que se da perfectamente en la costa. Surcanle los ríos Santee y Cooper, y abundan los bosques, siendo su principal riqueza la agricultura y la explotación forestal.

JAZMIN Y ROSAS

Si mi *jabón* descompongo
veréis que encierra jazmines
y rosas de los jardines
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Ni tampoco le conocerán, amigo mío: yo le doy mi palabra,—exclamó Jaime con la mayor animación, cual si conociera mi verdadero nombre y me hiciese algún favor con su promesa; —pero siempre preguntarán qué traje viste y cuáles son sus señas.

—Y, después de haberle dado la ropa que lleva,—replicó Alan con acento de enojo,—¿seríais capaz de venderle?

—¡No, no!—contestó Jacobo.—¡Eso no! Solamente me referiré al traje que Mungo vió.

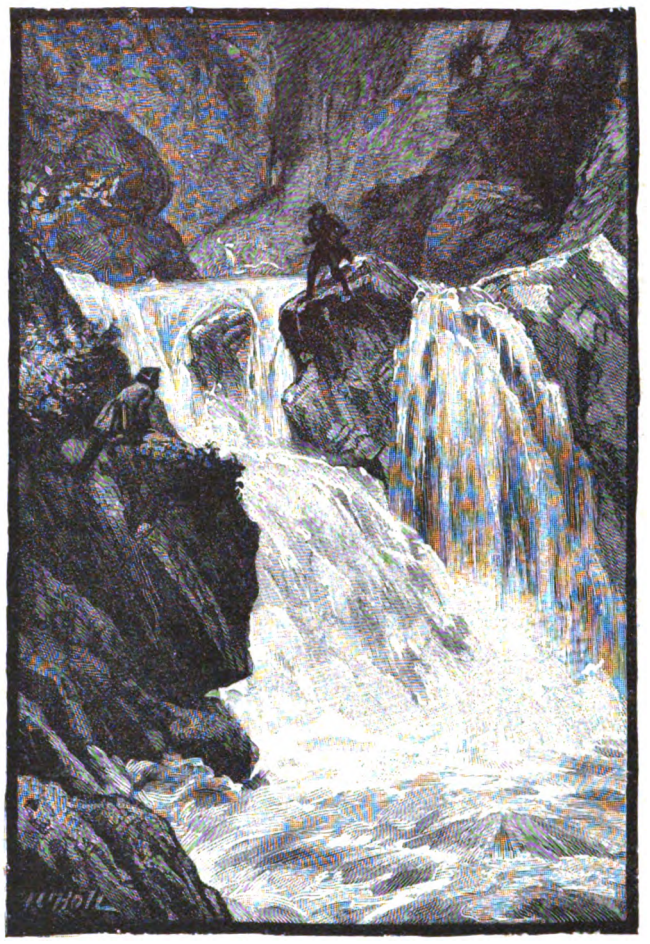
Al decir esto, sin embargo, parecía muy abatido. Sin duda creía hallarse ya en el tribunal ante sus enemigos hereditarios, que le condenaban á muerte ó á presidio.

—Muy bien,—dijo Alan volviéndose hacia mí.—¿Qué decís á esto? Aquí estáis bajo la salvaguardia de mi honor, y yo cuidaré de que no se haga sino aquello que os conviniere.

—Solamente tengo que decir dos palabras,—contesté,—pues soy del todo extraño á vuestra cuestión. Lo más lógico es acusar al verdadero culpable, es decir, al hombre que disparó el tiro. Expedid contra él todas las órdenes que gustéis, perseguidle y dejad á los inocentes presentarse con la frente alta donde quieran.

Al oir esto, Alan y Jaime profirieron varias exclamaciones, diciéndome que me callara, porque no se podía pensar en tal cosa, y preguntando qué pensarían los Camerones (lo cual confirmó mi sospecha de que un Cameron de Mamore había sido el autor del crimen).

—Muy bien,—repuse;—expedid los edictos que gustéis contra mí y Alan, y aunque sea contra el rey Jorge, pues los tres somos inocentes y esto es lo esencial; pero al menos,—añadí dirigiéndome á Jaime,—si no puedo ser útil á mi amigo Alan y á los suyos, quiero evitar el peligro en lo posible.



...recogíme sobre mis rodillas para tomar fuerzas...

Juzgué oportuno poner buena cara al observar la turbación de Alan y pensando que de todos modos, apenas volviese la espalda, se dictarían los edictos contra mí, bien consintiese ó no; pero en esto me equivocaba un poco, pues apenas hube acabado de hablar, la Sra. Stewart se levantó de su silla, acercóse á mí llorando, abrazóme y me dijo:

—No sé vuestro nombre, pero os conozco, y, mientras mi corazón lata en el pecho, vuestra imagen no se borrará de mi memoria y no pensaré en vos sino para bendeciros.

Dicho esto, la buena mujer volvió á sentarse, sollozando de una manera tan angustiosa que me contristó verdaderamente.

—Vamos, vamos,—dijo Alan, un poco aturdido también.—En este mes de julio pronto amanece, y mañana habrá en Appin mucho trastorno y corridas de dragones. Cuanto antes nos vayamos, mejor será.

Sin decir palabra más, nos despedimos al punto, emprendiendo la marcha en una noche serena, aunque bastante oscura, y por un camino tan malo como el que habíamos recorrido ya.

CAPÍTULO XX

LA FUGA

Unas veces andábamos y otras veces corríamos; pero cuando se acercó el día fué cuando más apresuramos el paso. Aunque el país parecía á primera vista desierto, no dejaba de haber bastantes cabañas y casas, y sin duda pasamos por cerca de más de veinte que estaban casi ocultas en la falda de las colinas. Cuando llegábamos á alguna de ellas, Alan me dejaba en el camino, acercábase á la puerta y hablaba un rato con el habitante, á quien acababa de despertar. Era con objeto de dar noticias, lo cual se considera en el país como un deber, tanto que Alan, aunque huyendo para salvar la vida, debía detenerse para cumplirlo. Sin embargo, otros se habían anticipado, y así es que, en más de la mitad de las casas á cuya puerta se llamó, ya se tenía conocimiento del asesinato. En las demás, según pude juzgar á la distancia á que me hallaba, y no conociendo el dialecto, la noticia se recibió con más consternación que sorpresa.

Aunque caminábamos con mucha rapidez, el día comenzó á clarear cuando estábamos lejos aún de un punto conveniente para refugiarnos, y la luz del sol nos sorprendió en medio de un inmenso valle sembrado de rocas, en cuyo centro deslizábase un río de corriente muy ruidosa. En ambos lados elevábanse montañas de aspecto salvaje, y allí no había yerbas ni árboles. Más tarde, al evocar los recuerdos de mis pasadas aventuras, he pensado que aquel valle sería el de Glencae, donde se perpetró una matanza en tiempo del rey Guillermo; pero no tengo presentes los detalles del trayecto que recorríamos, pues tan pronto íbamos por tortuosos desfiladeros como avanzábamos entre las rocas, deteniéndonos por lo regular de noche para descansar.

He dicho que la luz del sol nos sorprendió en aquel espantoso valle, y añadiré que vi á mi amigo fruncir el entrecejo.

—Este sitio no es nada conveniente para ninguno de nosotros,—murmuró en voz baja,—porque es seguro que estarán vigilando por aquí.

Y, al decir esto, corrió con más rapidez que nunca hacia la orilla del agua, deteniéndose en un paraje en que el río se dividía en dos entre tres rocas. Las aguas se precipitaban allí con horrísono estruendo que infundía pavor; pero Alan, sin mirar á derecha ni á izquierda, saltó hasta la roca del centro y apoyóse en ella con manos y rodillas para recibirme, porque era bastante pequeña y muy fácil caerse.

Apenas tuve tiempo para medir la distancia ni calcular el peligro, pues seguí á mi compañero inmediatamente, y gracias á él no caí. Allí nos encontramos, pues, uno junto á otro, en aquella pequeña roca, muy resbaladiza por la humedad y viendo las aguas bullir á nuestro alrededor.

Cuando me di cuenta de nuestra posición experimenté indecible terror y puse una mano sobre mis ojos. Alan me cogió de un brazo y comprendí que hablaba; pero el mugido de las olas y la turbación de mi espíritu me impidieron oir. Solamente noté que el semblante de Alan estaba rojo de cólera y que golpeaba la

Digitized by Google

roca con un pie. Sobre nosotros caía una ligera lluvia producida por el choque de las aguas, y, cubriéndome otra vez los ojos con la mano, comencé á temblar.

Alan acercó la botella de aguardiente á mi boca, y obligóme á beber una buena parte, lo cual hizo circular de nuevo mi sangre y me reanimó. Entonces, acercando sus labios á mi oído, gritó:—¡Ahorcado ó ahogado!

Y, volviéndose de espalda, dió un salto sobre el brazo más lejano del río, cayendo sano y salvo.

Quedé solo en aquella roca que tanto me aterraba, pero el aguardiente me había enardecido la sangre. Acababan de darme el ejemplo, y comprendí que si no saltaba de una vez no lo haría nunca. En su consecuencia, recogíme sobre mis rodillas para tomar fuerzas, y salté con esa especie de ira desesperada que algunas veces ha sustituído en mí al valor. Sólo mis manos tocaron la orilla, y resbalé. Cogíme de nuevo y otra vez me escurrí; y ya iba á caer en el abismo cuando Alan, agarrándome por los cabellos primeramente y después por un brazo, atrájome á sí con poderoso esfuerzo y me puso en salvo.

Sin pronunciar una sola palabra emprendió de nuevo la carrera, y yo le seguí como pude. Hasta entonces sólo había sentido cansancio; pero en aquel momento tenía náuseas, estaba magullado y el aguardiente me trastornaba la cabeza. Por eso tropezaba continuamente; y cuando al fin Alan se detuvo junto á una enorme roca que se elevaba sobre otras más pequeñas, dejéme caer, porque ya no podía tenerme en pie.

He dicho una roca, pero en rigor eran dos, unidas en su parte superior, de unos 20 pies de altura y á primera vista inaccesibles. El mismo Alan, aunque trepaba como un gato montés, no pudo escalarlas ninguna de las dos veces que lo intentó; mas al fin lo consiguió á la tercera, aunque apoyándose en mis hombros, con una fuerza que creí que me iba á romper el espinazo. Una vez encaramado, deslizó hasta mí un cabo de su cinturón de cuero, y, utilizándome de unas grietas de la roca, pude reunirme con mi compañero.

Entonces comprendí por qué Alan había elegido aquel sitio: como las rocas estaban ahuecadas en su cima formaban una depresión bastante profunda, donde se hubieran podido ocultar muy bien tres ó cuatro hombres.

En todo este tiempo, Alan, sin decirme ni una palabra, había corrido y trepado con una especie de loco frenesí, como si temiera algún percance. Aun después de estar en la roca no dijo nada, y, aplanándose cuanto pudo, siempre con el ceño fruncido, miraba á lo lejos atentamente.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto conveniente del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales el 10 y 20 de Cádiz y el 30 de Santander.
LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, el N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y México con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.
LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.
LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.
LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.
SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.— De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA
de
E. COUDRAY
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

LA CHARMERESSE
Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ! **Gran novedad!** **DUSSER**, inventor, ***Rue J.-Rousseau, n° 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc. *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 13 de setiembre de 1890 | Núm. 402

EN LAS CARRERAS

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Crónicas de verano*, por Kasabal.—*La nueva fachada de la Catedral de Barcelona*, por Carlos Mendoza.—*Machaca*, por Antonio Pareja Serrada.—*Desolación*, por A. Sánchez Pérez.—*En, con, por, sin, de sobre el IV Centenario... de Colón*, por Alfredo Opisso.—*Amor de amores* (continuación), por M. Martinez Barrionuevo.—*Á Remedios Javier de Ortuño* (soneto), por Julio de las Cuevas.—*¡Muerto!* (poesía), por Lino González Ansótegui.—*Ausencia* (poesía), por Venancio Serrano Clavero.—*Nuestros grabados.—El secuestrado.—Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Fiesinga.—*El arte italiano*: Despedida del trabajo. Las últimas horas de la libertad sienesa.—La nueva fachada de la catedral de Barcelona.—Dos retratos de Van Orley.—Viaje á el oasis de Syuah.

CRÓNICAS DE VERANO

Las estatuas.—Una ciudad que fué famosa

SOBRE artístico pedestal levantado en la Plaza Mayor de Bilbao se destaca ya la estatua de D. Diego López de Haro, el señor de Vizcaya, que fué el fundador de la villa que hoy ha llegado á un grado tan grande de apogeo.

La botadura del crucero, de que ya he hablado en estas crónicas, ha sido la fiesta del presente, que abre sonrientes horizontes al porvenir: la elevación de la estatua ha sido un tributo rendido al pasado, muy bien simbolizado por aquel rudo hombre de armas, de atlética figura, vestido de hierro, con colosal espada al cinto y espuelas capaces de desgarrar los ijares del más rebelde y fogoso potro.

Benlliure ha hecho una obra admirable, identificándose con el espíritu de aquel hombre estúpido y ambicioso que despojó á su sobrina D.ª María Díaz de Haro del señorío que le correspondía y que casó con la infanta D.ª Violante, hija del rey D. Alfonso *el Sabio*.

Las estatuas son el tributo que las naciones pagan á sus hombres ilustres: la Iglesia tiene para sus santos la canonización y los altares, los pueblos la historia y las estatuas para los que han contribuído á su gloria ó á su engrandecimiento. España no ha sido en esto muy pródiga. Habrá pocas naciones que tengan mayor número de hombres ilustres y menos estatuas. A la de Cervantes, en Madrid, la llamaba con razón, el ilustre Revilla, una figurilla de rinconera, la de Calderón se descubrió hace poco tiempo, y con Lope de Vega y Quevedo se está cometiendo una grande ingratitud no consagrándoles un monumento en la capital de la monarquía, donde también debieran tener estatuas otros muchos hombres ilustres.

Las estatuas enseñan y decoran, y son en un pueblo lo que las galerías de retratos de antepasados en las casas solariegas. Una de las principales bellezas de las ciudades italianas consiste en las estatuas que las adornan. No hay plaza ni plazoleta sin alguna, y las tienen los pueblos más modestos que han servido de cuna á algún grande hombre.

Francia ha seguido este ejemplo, y especialmente en estos últimos años. Allí, ya se sabe, en cuanto llega el verano, hay varias estatuas que descubrir, y se celebran grandes fiestas en las localidades donde se alzan los monumentos, se pronuncian discursos, y el hombre ilustre que prestó servicios á su patria parece que resucita para recibir los homenajes, y su memoria queda para siempre esculpida en el mármol ó en el hierro.

Barcelona dió en esto, como en otras muchas cosas, el ejemplo en España, y es una de las capitales que más estatuas pueden enseñar al viajero. En este verano hemos tenido dos inauguraciones solemnes: la de la estatua de Méndez Núñez en Vigo y la de D. Diego López de Haro en Bilbao; y será bueno que esta costumbre se arraigue para pagar las muchas deudas que la nación tiene con los que la enaltecieron; pero para esto se necesita mucha tranquilidad y que las inquietudes del presente no nos impidan volver con reposo la vista al pasado.

***

Un accidente imprevisto me ha hecho venir precipitadamente desde Bilbao á la histórica y antigua villa de Medina del Campo. ¡Qué contraste! Allí la vida en todo su apogeo, la industria en todo su esplendor, el comercio difundiendo su actividad fecunda y provechosa: aquí ruinas, paralización y muerte. Parece mentira que sea esta la corte de España donde vivió la emperatriz esposa del césar Carlos V, y donde se recibían y celebraban las noticias lisonjeras para nuestras armas que venían de Flandes. Aquí se celebraron también las más renombradas y animadísimas ferias que hubo en España, y el sol que nace dora todavía las almenas del castillo en que murió Isabel *la Católica* y en que estuvo preso César Borgia. Páginas interesantísimas de la historia de España se han escrito en estos campos donde pelearon las Comunidades, y Núñez de Arce nos ha pintado en el *Idilio* una de sus más hermosas ruinas.

Yo recordaba, recorriendo las muy tristes y abandonadas calles de Medina del Campo, las epístolas famosas que desde aquí escribía allá por el año 1532 el buen D. Antonio de Guevara, cartas que no sólo son modelos de literatura, sino documentos preciosísimos para la historia. En una de ellas hablaba de las numerosas cortesanas que había en Medina. «De Avila vinieron con la corte hartas,—decía,—y aquí en Medina había muchas, y, allende de éstas, Toro, Zamora, Salamanca y Olmedo han enviado otras aventureras; de manera que si en palacio hay para un galán siete damas, hay en la corte para un cortesano siete cortesanas.»

Acerca de la carestía de Medina, decía: «Desde octubre hasta abril ha gastado mi mayordomo, en mi despensa, 140 ducados de carbón y leña, y cáusalo esto que esta villa de Medina cuánto es rica de ferias tanto es pobre de montes; por manera que, echada bien la cuenta, nos cuesta tanto la olla como la leña en que se guisa. Otras cosas hay en esta corte á buen precio,—continuaba,—ó, por mejor decir, á buen barato, es á saber, crueles mentiras, nuevas falsas, mujeres perdidas, amistades fingidas, envidias continuas, malicias dobladas, palabras vanas, esperanzas falsas; de las cuales ocho cosas tenemos en la corte tanta abundancia que se pueden poner tiendas y hacer pregonar ferias.»

De las ocho cosas se habrá librado Medina con su notable decadencia, que no hay mal que por bien no venga; y ahora no harán más que pasar rápidamente en los trenes que sin cesar la cruzan, y especialmente cuando la envuelven las sombras de la noche ó despunta el día, sin que los viajeros que dormitan en los coches saquen la cabeza por la ventanilla para dirigir una mirada al teatro de tantos sucesos notables.

Yo también tengo que interrumpir esta crónica sin detenerme más tiempo, como quisiera, en Medina, donde escribió sus notables cartas D. Antonio de Guevara; y sin reparar en que no cumplía aquellos preceptos que él daba para escribir cartas, esto es, en que los renglones sean derechos, las letras juntas, las razones apartadas, la letra buena, el papel limpio, la nema sutil, la echo al correo no muy perfeccionado desde que lo inventó Pirro, rey de los epirotas, sólo por no interrumpir una semana mi correspondencia con los lectores de LA ILUSTRACIÓN, que hoy más que ningún día me deben otorgar su benevolencia.

KASABAL

Medina del Campo y setiembre de 1890.

La nueva fachada de la Catedral de Barcelona

Dicho sea en honor á la verdad, la tal fachada ha distado mucho de gustar á la mayoría, no habiendo escaseado las más violentas censuras contra el *patafi* (sic) costeado por el Sr. Girona. Yo pediría un poco de indulgencia: no es una obra maestra, pero, en fin, relativamente *pot anar*, como decimos por aquí, á condición, sin embargo, de no caer en la tentación de entrar en la basílica. Los dos cuerpos laterales no son ningún mamarracho, los contrafuertes son bastante bonitos, y en todo caso el cuerpo central es lo que podría prestarse á merecidas imprecaciones, pues si el entrepaño resulta un cuadrado macizo, pesadísimo, ciego, la portada, á pesar de todos los perifollos y de la profusa imaginería de las arquivoltas y del pináculo, más parece cosa de *santi boniti é barati* que digno ingreso á nuestra aérea y archielegantísima catedral. Aquello es mezquino, gastado y pueril.

Del remate no hay que decir sino que en nada se diferencia del de cualquier casa del ensanche.

A nuestro entender, lo mejor hubiera sido dejar la catedral sin fachada, tal como estaba, con su incompleto frontón, porque, sin negar el mucho talento de nuestros arquitectos, cabe disputarles la *psicología* de los mazoneros medievales, y una catedral se proyecta tanto con las reglas y la imaginación como con la sensibilidad religiosa, variable según las épocas.

Ningún arquitecto contemporáneo es capaz de concebir una fachada digna de la catedral de Barcelona: podrá hacer una cosa más admirable aún que la catedral, pero no una cosa *como* la catedral.

En el presente caso la fachada y el interior se dan de puñetazos, y lo mismo sucedería con cuantas se hiciesen. Hay obras que son como las armas de Roldán, y en este número está la maravillosa catedral de Barcelona. ¿A quién se le ocurriría hoy *continuar*, supongamos, la *Imitación de Cristo*? Sin entrar en comparaciones, puede hacerse una cosa buena: meter mano en la obra de otro, cuando se trata de una obra tan *personal* como nuestra deliciosa basílica, es profanar lo hecho. Cuando á Overbeck le dió por imitar la pintura pre-rafaelesca procuró identificarse con la vida del beato Angélico, pero no por eso pudo lograr se le confundiera con él, y lo mismo puede decirse de Dante Gabriel Rosetti á pesar de sus admirables cuadros y poesías; cuando Goëthe escribía su *Ifigenia*, hacía vida de ateniense, convirtiéndose en un verdadero pagano adorador de Zeus; pero, con ser muy estimable su tragedia, distó mucho de confundirse con Eurípides, y, aun lográndolo, sólo demostraría esto la fuerza de la voluntad y la eficacia de la erudición, no la espontaneidad de un talento. En nuestros tiempos de Eiffels y de jesuitas no se hacen ya catedrales góticas porque no hay quien sienta (ni el arquitecto ni la gente) como sentían del siglo XIII al siglo XVI. Hay que dejar el gótico para los palacios de los bolsistas, aplicar á los templos el estilo *rococo* ó un ojival al alcance de los devotos, y convencerse de que es tan imposible *continuar* (no digo *restaurar*) un monumento de la edad media como entusiasmarse de veras por Santa Eulalia ó por el *Savi Concell de Cent*. Si tan difícil es pintar un cuadro de historia vagamente verosímil, ¿qué no será querer *hacer* la historia misma?

En suma, la fachada no es ninguna gloria para nadie, y ha sido lástima emplear en eso el dinero que ha costado, pues ninguna falta hacía la obra del Sr. Girona. La fachada ha resultado de percalina y el interior es de encaje.

CARLOS MENDOZA

MACHACA

—¡Mi primero! Con permiso de V. vengo á darle parte...

—¿Parte otra vez, pipiolo?—replicó el sargento Somovilla, retorciéndose su cerdoso bigote.

—Sí, señor, mi primero, si V. no lo toma á mal.

—Bueno: al grano y despacha pronto.

—Pues yo venía, con licencia de V., á decirle

Digitized by Google

que al entrar en la cuadra me ha dado un susto el corneta Zambrano.

—¡Hombre! ¡Como vuelvas á venir con otra canción semejante, vas á conseguir que te ponga la mano, pero en gordo!

—Pero, mi primero, ¡si estaba con la sábana echada por la cabeza y...

—¡Basta! ¡Cabo Rodríguez!

—¡Presente, mi primero!—dijo el cabo entrando en la habitación.

—Ahora mismo me arresta V. á este *marica* hasta nueva orden.

Y Rodríguez, tomando al soldado por el brazo, le hizo girar rápidamente sobre sus talones y le bajó al calabozo.

¡Al calabozo!

Es decir, á un sótano lleno de telarañas, de inmundicias, y donde tendría por compañeros los bichos más repugnantes, los ratones, las ratas...

¡Pobre Machaca!

¡El, tan tímido, que se moría de miedo al ver un corneta con la sábana por la cabeza!

Machaca era un pobre diablo nacido en un pueblo de la provincia de Cuenca, á quien sus convecinos habían apodado así porque su ocupación era batir las herraduras que el albéitar colocaba en el duro casco de los mulos de labor.

Tan inocente, tan apocadito era, que desde el momento en que sobre la cuarteada torre de la iglesia resonaba el *Angelus,* ya no traspasaba el dintel del camaranchón que le servía de guarida. ¿Salir él de noche por las solitarias calles de la aldea? ¡Que si quieres! ¿Ir con los demás mozos á rondar á las muchachas? ¡No, señor! Después de las oraciones andan sueltas las brujas, y en las rondas suelen perderse algunos garrotazos que se los encuentra el que menos lo espera. ¡En casita... y con luz por si acaso!

Y no se crea que Felipe Asenjo no tenía corazón: no, señor.

Allá, entre el bullicio del baile, había sentido algunos domingos cierta comezón que desaparecía ante el rubor por breves instantes, cierto bienestar que crecía por momentos al encuentro de sus ojos con los de la hermosa Angeles, garrida mozuela hija del tío Pedro, jornalero del campo. Pero ¡ay! Angeles, que había aceptado sus obsequios, le puso por condición que fuese á verla por la noche al camino de la fuente, y el pobre Machaca, por más que mucho la quería y... ¡vamos, que no pudo hacerse superior á su debilidad!

Y al domingo siguiente, cuando en *la rueda* de la plaza la sacó á bailar, Angeles, con tono desabrido que jamás había usado con nadie, le dijo:

—Mira, Machaca: no te canses en pensar en mí.

Helado se quedó el pobre Felipe al oir tal exabrupto y vaciló sobre sus macizas piernas, mientras sus ojos se llenaban de lágrimas.

Angeles comprendió lo que aquella alma sufría, y, más compasiva, le sacó á un extremo del corro y le dijo:

—No creas que no te quiero: te quiero mucho, porque eres bueno y trabajador y... pero ¡hijo mío! con ese miedo que tienes...

Machaca prometió enmendarse, salir de noche á verla... todo... ¡pero no lo pudo cumplir!

Aquello terminó.

Volvió á sentirse inquieto, lleno de turbación y de pena, y adivinó que Andrea era muy buena muchacha, muy linda, y, por contera, hija del más rico del pueblo. Creyó que *no le miraba con malos ojos,* y, en su lenguaje rudo y franco, le habló de amores. Andrea le envió á tomar el fresco, diciéndole:

—¡Pero Machaca! ¡Si eres más pobre que *las ratas* y más cobarde que una liebre!

El desgraciado muchacho pasó algunas noches en vela, temblando angustiado bajo el *berrendo* que le cubría y maldiciendo su estrella y, sobre todo, su miedo. Por fin tomó una resolución y se dijo:

—Yo no tengo padre, ni madre, ni nadie á quien volver mis ojos; yo necesito vencer esta aprensión que me avasalla y vivir lejos del pueblo, donde no vea á estas dos ingratas. ¡Voy á sentar plaza! Si algún día hay guerra y una bala perdida me encuentra en su camino, mejor: no viéndola venir no veo la muerte.

Y desapareció del pueblo para ir á dar con sus huesos en el calabozo de un cuartel. Y todo ¿por qué? ¡Por el pícaro miedo!

***

Allí se estaría pudriendo si su coronel, D. Alberto Castellanos, compadecido de su misma debilidad, no le hubiera *sacado* para asistente.

En verdad que otro como él no había en todo el regimiento del Rey. Limpio como el oro, solícito como la solicitud misma, fiel como un perro de Terranova, callado como una estatua de mármol y cuidadoso para las cosas de su amo. ¡Así le tenía tanto cariño el solterón Castellanos!

La guerra había sacudido su tea sobre España. Una turba de salvajes marroquíes se había atrevido á hollar el escudo de Castilla, y el regimiento del Rey fué uno de los primeros que pisaron las fronteras africanas.

Machaca, al lado siempre de su coronel (y á veces ocultándose tras del caballo), asistió á las primeras acciones, esquivando cuanto podía el peligro y viendo angustiado los cadáveres que yacían en el campo. ¡Muertos! ¡El, que tanto miedo tenía á los muertos!

Sin embargo, un día la lucha estaba empeñada, reñida como nunca. Los marroquíes llegaban hasta las baterías españolas, y, á cuenta de algunos sablazos del coronel Castellanos, el pobre Felipe no tuvo más remedio que descolgarse la carabina y entrar en las guerrillas.

A pocos pasos de él vió un morazo cetrino, casi negro, que le encañonaba con su espingarda, y el miedo á la muerte le hizo defender su vida: se echó el fusil á la cara, cerró los ojos y apretó el gatillo. Cuando el humo le permitió mirar, vió á los moros en retirada, á su agresor muerto y á su cartuchera sin un tiro. Sin saber lo que se hacía había consumido su dotación, y, avanzando siempre á paso de carga, había dejado detrás á sus compañeros.

Al terminar la acción el coronel Castellanos le abrazaba llorando de alegría y diciendo á los soldados:

—¡Aquí tenéis un valiente! ¡Este es el que vosotros llamabais pipiolo y lila y collón! Soldado Asenjo: desde este momento, y en nombre de S. M. la reina, es V. cabo primero de la primera compañía del regimiento inmemorial del Rey.

Y Machaca pudo al día siguiente prenderse con dos alfileres los galones de cabo tan fácilmente conquistados en el campo del honor.

Pero... ¡caramba con el miedo!

Ya no podía ocultarse tras el caballo de su amo. Y pensó en su aldea, y en Angeles, y en la perversa Andrea, y oyó resonar en su oído:

—¡Si eres más cobarde que una liebre!

Aquello le animó: en el primer combate que hubo se arrojó como un león sobre las kábilas, y el triunfo, hasta entonces indeciso, se declaró por los españoles. El general vió lo que creía su arrojo y sólo era su deseo de encontrar la muerte, y al día siguiente, poniéndole de ejemplo en la orden, le nombró sargento segundo.

No obstante sus galones, el miedo no le abandonaba tan radicalmente como hubiera querido, y, al entrar en fuego, de buena gana hubiese vuelto la espalda más de una vez; pero aquella repulsa de «más cobarde que una liebre» le encendía la sangre, y ya no había temor de que retrocediese.

Llegó el día 4 de febrero, y á su aurora empezó el preludio de aquel memorable combate que preparó la toma de Tetuán.

Machaca entró en fuego con su batallón, y su compañía, desplegada en guerrilla, recibió la orden de tomar una colina desde la cual hostilizaban los moros al ejército de la derecha. Arriba fueron entre un diluvio de balas; y cuando el pobre Felipe se dió cuenta de su situación, hallóse con que los jefes estaban muertos ó heridos y que tenía, por junto, una veintena de hombres útiles á sus órdenes.

Las cornetas del batallón tocaban retirada y Machaca se aprestó á obedecer; pero en aquel momento una pobre liebre que aturdida se había agazapado bajo unas malezas, saltó de entre sus pies y rápida como el relámpago salió corriendo adelante.

Nuestro sargento recordó la frase de Andrea y, soltando un terrible juramento, gritó al corneta:

ANTONIO PAREJA SERRADA

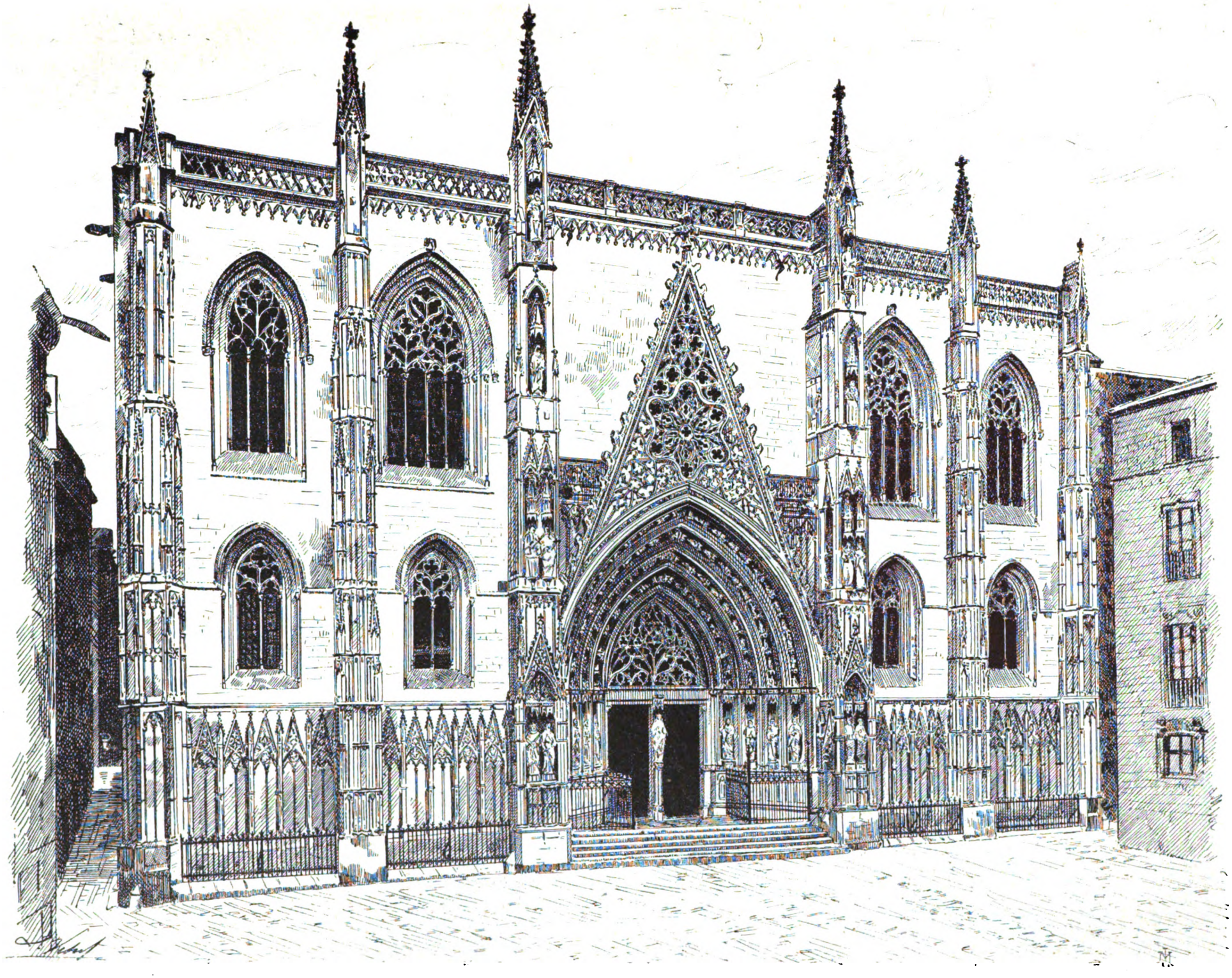
(Se concluirá)

FLESINGA

Digitized by Google

DESPEDIDA DEL TRABAJO (cuadro de **Augusto Corelli**)

Digitized by Google



LA NUEVA FACHADA DE LA CATEDRAL DE BARCELONA (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

DESOLACION

«Dentro de Roma, á Roma busco en vano.» ...

Eso es; y yo, dentro de Madrid, busco en vano á Madrid y hallo solamente *campos de soledad, mustio collado*, como dijo el otro: un par de teatrillos de verano, otro par de circos ecuestres, los jardines del Buen Retiro, y pare V. de contar, si es que había empezado: ni hay más sitios donde esparcirse un poco, ni aun con ser tan reducido el número de diversiones hay público para todas ellas, ni casi casi para una sola. Para que el aburrimiento sea mayor, ni refresca el tiempo ni pueden leerse los periódicos. Los de mayor circulación y los que ordinariamente se buscan más, han destacado por ahí, por esas estaciones balnearias, á sus redactores más laboriosos y más infatigables, que envían *á diario* carta de San Sebastián, y de Bilbao, y de Urbernaga de Ubilla, y de Cestona, y del Sardinero de Santander, y del mismísimo infierno, para enterarnos de que allí está la Sra. Gómez y Sánchez y González, y las familias de D. Juan y D. Pedro, y don Demonio, lo cual á nadie le importa un comino; y de que se divierten tanto más cuanto, y esto es peor, porque pone envidia en el corazón menos envidioso. ¡Fuerte cosa es que para halagar la vanidad pueril y ridícula de unos cuantos haya de darse dentera á la mayoría de los madrileños! Estoy convencidísimo de que esto pasará: ¡pues no ha de pasar! La ley del progreso continúa, sin tregua, sin descanso, su marcha incontrastable: adelantarán nuestras costumbres públicas y privadas, se desarrollará nuestra razón, adquiriremos seriedad, llegaremos, en una palabra, á ser hombres (porque ahora apenas si somos niños todavía); y cuando eso llegue, cada cual se divertirá como pueda, y disfrutará lo que le sea dable, y viajará ó se estará en casa, y tomará baños fríos ó calientes, sin contárselo á nadie en los periódicos, á cuyos suscritores todas esas cosas les tiene en absoluto y por completo sin cuidado.

Lo malo del caso es que aun tardaremos bastante en llegar á eso, porque no es posible precipitar los sucesos, como suelen hacer novelistas y dramaturgos: en la vida real y en el desenvolvimiento de las sociedades, los adelantos y las conquistas van realizándose por etapas y á pasos contados; y tengo para mí que la generación actual, y aun la que inmediatamente la siga, estarán condenadas á enterarse de todo lo que hace el Sr. Pérez, y dónde se bañan las señoritas de Gómez, y de si se casan el barón M. y la vizcondesa H., y de si se propone bailar en Argentona, ó jugar en el casino de San Sebastián, ó comer bien en Vichy, el banquero K.K. ¡Dichosos, una y mil veces dichosos nuestros nietos, á quienes nadie enterará de esas majaderías!

Harto comprendo que podrán preguntarme: —Pero si no hablamos de lo que sucede fuera de Madrid, ¿de qué hemos de hablar? La corte está en San Sebastián; Sagasta en Bilbao; los escritores más famosos se reunieron entre Oviedo, Gijón, Santander: aquí solamente podríase decir algo de *la boa* que se ha escabullido como podría haberlo hecho un ratón, de alguna zarzuela estrenada en Felipe, y del banquete organizado, con bastante inoportunidad por cierto, en honor del celebrado y laborioso maestro Chapí.—Sí, señores: todo eso es mucha verdad: como decía el malogrado Eguilaz hace ya muy cerca de cuarenta años,

es una verdad amarga,
pero es una gran verdad.

Cuenta, sin embargo, que yo no me había propuesto (habríame guardado muy bien de proponérmelo) indicar á nadie asuntos de los cuales debíase hablar y asuntos de los que debería no hablarse: me concretaba á manifestar el aburrimiento que invade y envuelve y aniquila á los vecinos de Madrid en esta época de veraneo obligado, y para justificar mis afirmaciones dije lo que dije de los periódicos, sin intención, eso es otra cosa, de mortificar á nadie ni de aconsejar á quien de seguro no ha menester de consejos míos.

No he de terminar estas lamentaciones sin que deje aclarada alguna indicación que podría interpretarse mal acerca del almuerzo dispuesto por los amigos y admiradores de Ruperto Chapí, un artista á quien de veras admiro y un hombre á quien de corazón quiero. En principio, y prescindiendo ahora del caso particular de Chapí, hallo injustificado que se obsequie con banquete al que logre éxito envidiable en el teatro; porque eso viene á ser lo que el vulgo, en su lenguaje tosco pero significativo y gráfico, expresa diciendo: «*al cochino gordo, untarle el rabo.*» Más equitativo, más filantrópico, y hasta más racional, sería disponer esos banquetes, á modo de función de desagravios, á los artistas maltratados por el público, á quienes son necesarios, en su tribulación, consuelos y manifestaciones de amistad y de compañerismo.

Pero, en fin, admitida la costumbre de obsequiar al *triunfador*, paréceme que los organizadores de la fiesta á Chapí debieran aguardar á mejor ocasión: á que regresasen á Madrid muchos, muchísimos amigos y compañeros del autor de *La Bruja* que habrían concurrido seguramente al banquete, ó cuando menos esperar la vuelta de los críticos y muchos periodistas que fueron á Bilbao para presenciar la fiesta que allí se preparaba y que es de suponer se habrá verificado ya. Sea lo que fuere de todo esto, hay que convenir en que en verano está inhabitable la capital de la Monarquía (!!!).

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Agosto, 1890.

RETRATO DE GUILLERMO EL NORMANDO (cuadro de Van Orley)

En, con, por, sin, de, sobre el IV Centenario... de Colón

En una *bibliografía* inserta recientemente en esta revista hablaba Carlos Mendoza, ensalzándolo cual se merecía, de un sustancioso folleto debido á la bien tajada pluma de un americanista... *alemán*, llamado *F. Hardt*, con el título por demás significativo de: *¿Es el centenario de Colón?*

Posteriormente, otro ilustradísimo escritor, D. Francisco Barado, comentaba en las columnas de nuestro distinguido colega *La Vanguardia* la muy notable producción del ya citado tudesco, abundando en iguales ideas y aspiraciones, y, por insignificante que sea mi concurso, no puedo resistir á la tentación de echar también mi cuarto á espadas en tan morrocotudo asunto, á trueque de que se diga que *ya somos trece*s.

Vamos, por lo tanto, á cuentas.

La Comisión ha imaginado, entre algunas otras, dos cosas, á saber: 1.º, abrir un certamen para premiar el mejor libro *sobre la vida y hechos de Colón;* 2.º, conceder 250,000 pesetas á Granada y otras tantas á Barcelona para la erección de sendos monumentos á la gloria del susodicho héroe, tratándose además de conceder otras cantidades á Sevilla y Salamanca con igual objeto y de comprar la casa en que murió en Valladolid el ilustre navegante, por más que haya allí *dos* fincas urbanas que se disputan este honor.

Y en Dios y en mi ánima que se me ofrecen más de trescientos cincuenta y ocho reparos en contra de una y otra determinación, por más que desde ahora puede tranquilizarse el lector en la seguridad de que no he de sacarlos todos á la colada.

Primer punto: *El libro*. Destinado éste á la

Digitized by Google

glorificación del Almirante de las Indias, ha de cuidar el autor *de no deslustrar en nada la gloria del héroe.*

La precaución es cuerda, pues podría caber, en efecto, que alguien pensara quizás en deslustrarla, no reconociendo á Colón por un *genio* de veras; pero aun con este pie forzado, antójaseme que *la Comisión* no ha tenido en cuenta el objeto del Centenario, suponiendo que *toda la gloria* del hallazgo de América corresponde á Cristóbal Colón. Algo, y aun mucho, les toca á otros, y hubiera estado más conforme con la justicia y con el patriotismo acordarse de los que apoyaron la idea y dieron lugar *al nauta de la Liguria* á llevar adelante el proyecto, esto es, acordarse de los Pinzones (Martín Alonso, Francisco y Vicente Yáñez), los Niños, la Cosa y los ciento veinte marineros y soldados de Palos de Moguer, que prestaron su indispensable concurso (negado hasta por los galeotes) al gran navegante, poniendo en sus manos sus carabelas, vidas é intereses, siendo así que en nada podían parangonarse las ventajas que alcanzaran ellos con los exorbitantes beneficios pactados por Colón en las capitulaciones de Santa Fe. Ni hubiera estado tampoco de más hacerles un poquito de lugar al avisado cosmógrafo Fray Juan Pérez de Marchena, de quien no aprendió poco el atrevido proyectista, ni al buen contador Alonso de Quintanilla, ni aun ¡qué diablos! á los mismos Reyes Católicos, que buscaron los cuartos, prestados á D. Fernando II de Aragón (sin que D.ª Isabel tuviese que llevar nada á Peñaranda) por su escribano de ración Luis de Sant-Angel, que los tomó á su vez del tesoro de aquel reino (seis cuentos de maravedís, que venían á ser unos 16,000 ducados).

Segundo punto: Se conceden 250,000 pesetas á Barcelona y Granada, y prescindo de las otras pesetejas para los demás puntos ya citados, con destino á la erección de arcos de triunfo, etc., etc.; y esto me recuerda cierta *scie* que hizo estragos en Madrid allá en mis verdes años y decía:

Musiú Blondin
tiene un reloj
que da los cuartos,
las horas no.

Y, en efecto, Granada, Salamanca, Sevilla, Barcelona, Valladolid, etc., etc., etc., etc., etcétera, son *cuartos,* no habiéndose acordado la Comisión de las *horas* (y esto sí que la da), ó como si dijéramos, del *Monasterio de franciscanos de la Rábida* y del puerto de *Palos de Moguer.*

Porque, en efecto, ¿qué demonios de importancia tienen, en lo relativo *al descubrimiento de América,* ni Granada, ni Barcelona, ni Valladolid... ni Zamarramala? Todo *el lugar de la acción* estuvo en la Rábida y en Palos, y así resultará que mientras en Barcelona poseeremos dos monumentos colombinos, pues nos enorgullecemos ya con un Cristóbal Colón á guisa de San Simeón Estilita, y en Granada admirarán otro que dejará sin duda tamañita á la Alhambra, allá tendrán que esperar se celebre dentro de algunos siglos otro centenario para que se acuerden de ellos. Lo de Barcelona, sobre todo, me hace remuchísima gracia, casi tanta gracia como que en Tarragona le hayan erigido una estatua al valiente Roger de Lauria, que, por especial favor de la Providencia, nunca tuvo nada que hacer por allí, á no ser que le enterraran en Santas Creus, monasterio comprendido hoy dentro los aledaños de la provincia. Dícese que el motivo de levantarle en Barcelona un arco de triunfo al Almirante de las Indias es por haber desembarcado aquí de vuelta de su primera expedición, y, en efecto, desembarcó aquí, si es que no vino por tierra, que esto no se sabe, después de haber desembarcado... en Palos; y, á no hallarse en la condal ciudad los señores Reyes Católicos, á buen seguro que Colón no hubiera jamás tenido el gusto de admirar nuestra catedral, afortunadamente *desfachatada* aún; á lo cual hay que añadir que tan poca parte pudo tomar Barcelona en el descubrimiento de América, en cuanto que lo primero que hizo la tía de la hija de Enrique IV fué prohibir á los catalanes que pasasen á las Indias, y aun me atrevería yo á decir, en puridad, que el descubrimiento de América fué la ruina comercial de esta industrial ciudad, privada de su comercio con Levante por desquiciarse el rumbo de las navegaciones, que tenían ahora mejor punto de partida en Lisboa, Sevilla y Cádiz. Pero vamos siguiendo.

Decíamos, pues, que mientras allí donde no tienen «razón de ser» se levantarán monumentos á Colón ó al descubrimiento de América, *sicut velis,* se dejará olvidada la Rábida para vergüenza y oprobio de España, la Rábida, moria de Pinzón, quitándole la mala fama que le han colgado los colombófilos extranjeros y erigiéndole una estatua también en Recoletos; y al escribir una obra sobre el feliz hallazgo de América, sea tanto para honrar al inmortal Colón como para ensalzar á los nuestros y defender la memoria de Bobadilla, Ovando, Fonseca y demás *segundos barbas,* y para desterrar eternamente de los libros que corren en manos de los niños y de los machuchos tantas paparruchas y calumnias como debemos agradecerles á los extranjeros *au sujet* del héroe famosí-

RETRATO DE BERNARDO ZELLE, DOCTOR DEL SIGLO XVI (cuadro de Van Orley)

donde radican la celda de Fray Juan Pérez de Marchena, la tumba de Martín Alonso Pinzón, los poyos donde se sentaban los marineros y la iglesia donde colgaron los exvotos los nuevos argonautas. «No sería mucho,—escribe el señor Hardt,—emplear con preferencia en su conservación y adorno espléndido los fondos que la Nación destina á la remembranza del suceso. ¡Donde se abrieron las puertas del Nuevo Mundo, puertas de oro mil veces más ricas que las que dan acceso al capitolio de Washington fueran poco!»

¡Ah, señores! (estilo parlamentario). Ya que tratamos de conmemorar el DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA, conmemorémonos también nosotros además de conmemorar al insigne italiano, de lo cual ya se encargan de sobras sus paisanos, y los yankees, y *tutti quanti* no son de esta tierra de garbanzos. Conmemoremos á nuestros bravos pilotos y marineros; vindiquemos la memoria de Pinzón, quitándole la mala fama que le han colgado los colombófilos extranjeros y erigiéndole una estatua también en Recoletos; y al escribir una obra sobre el feliz hallazgo de América, sea tanto para honrar al inmortal Colón como para ensalzar á los nuestros y defender la memoria de Bobadilla, Ovando, Fonseca y demás *segundos barbas,* y para desterrar eternamente de los libros que corren en manos de los niños y de los machuchos tantas paparruchas y calumnias como debemos agradecerles á los extranjeros *au sujet* del héroe famosísimo. Porque ¡vive Dios! mucho habría que decir sobre eso de nuestro mal pago, y no sería yo quien afirmase que el descubridor de la isla de San Salvador (?), que supuso estaría cerca del Japón, se portó como un santo con sus compañeros españoles, como de ello pudo dar buenas pruebas el digno vicario Fr. Bernardo Boil; y téngase en cuenta que en punto á ingratitudes, si las hubo, no sería el Almirante el único que debiera mostrarse sentido de ellas, pues apenas si los señores tíos de la infeliz Juana I *(in partibus infidelium)* concedieron ningún premio á los temerarios que tuvieron agallas para seguir á Cristóbal Colón en su expedición aventurada, ni aun al marinero de Lepe que vió por primera vez lumbre en la costa, la noche del 10 al 11 de octubre de 1492, y que, enojado por tamaña *preterición,* se pasó al moro, renegando de los Reyes, y de Colón, y de quien le dió la mala idea de seguirle.

Digitized by Google

LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBI

Digitized by Google

RTAD SIENESA (cuadro de P. Aldi)

Digitized by Google

Mas, por desgracia, nada de lo que pretenden el Sr. F. Hardt, ni D. Francisco Barado, ni algunos señores de Huelva, y con ellos este humilde escribidor, será tenido en cuenta: la memoria de nuestros valientes marinos de Palos continuará como hasta aquí eclipsada, desdeñada ó calumniada; aquel puerto de inmortal remembranza acabará por cegarse, y el monasterio de la Rábida, restaurado por Montpensier, acabará por derrumbarse mientras en Granada, en Barcelona, y hasta en la Pampanga con igual motivo, se levantarán unos cuantos monumentuelos destinados á hacer olvidar el recuerdo de nuestra legítima gloria en el hallazgo de un Nuevo Mundo. Y así seguirá monopolizando todo el mérito del descubrimiento de América un hombre ilustre, ciertamente, pero no tan ilustre quizás como Gutenberg, Miguel Servet, Newton ó Galileo, inventores que todo lo debieron á sí mismos y nada á las circunstancias, ó á lo que habían oído decir á otros ó se tenía ya por cierto ó muy verosímil antes que ellos. Y no me hago ni remotamente eco de lo que escribe Gómara en la primera parte de su *Historia general de Indias* al hablar *del descubrimiento primero* de América; pues lo creo sobradamente malicioso, por más que esto sea, en general, el tono de nuestros antiguos y harto olvidados historiadores de Indias al hablar de Colón, tono bien cambiado posteriormente.

Preciso es decirlo, pero entre las muchas cosas que se ignoran por no traerlas como es debido las *Historias* generales de España, están las brillantes glorias de nuestros marinos y descubridores de antaño. ¡Quién sabe lo que un Menéndez Pelayo, atravesado... de Fernández Duro, podría escribir sobre las navegaciones de los vizcaínos, que puede que estuvieron en América antes que Colón! Yo no digo que el inmortal descubridor de Cuba no se merezca todo lo que tiene: monumentos de mármol y de papel, poemas, loas, fondas, estatuas, cuadros, columnas, dramas, monólogos, zarzuelas, óperas, libros como el del conde Roselly de Lorgues, y un cadáver tan abundante en huesos como aquel que guardan en Santo Domingo (Newton tenía por lo menos 25 cabezas, exhibidas en otros tantos museos), en fin, todo lo que se acostumbra á hacer por un héroe; pero sí digo que no desmerecen gran cosa á su lado un Vasco Núñez de Balboa, descubridor del Pacífico, del cual mar jamás tuvo la menor idea Colón; Bastidas, Nicuesa, Hojeda, los Niños, los Pinzones, Solís, Elcano, etc. etc. Y si me dicen que no tiene gracia lo que hicieron por haberles precedido Colón, también podría decirse que antes que Colón hubo un Martín Behaim, un Toscanelli, quizás un Alonso Sánchez de Huelva, y que el P. Juan Pérez de Marchena era hombre que sabía mucho y no se asustaba de nada, y que podía encontrar muy natural que más allá, yendo á Poniente, hubiese tierras, pues lo que sobraba era indicios de que las había real y efectivamente.

Honremos á Colón, nada mejor; pero honrémosle *á la española*, sin sacrificarle nuestras propias glorias. Defendámonos. El incomparable autor del *Intermerzo*, le llama á Cortés *capitán de ladrones, insolente, bandido*, y dice que Colón era un héroe sin mancha, como el sol (cuando escribía esto Henri Heine no se sabía aún que el sol tuviese manchas). Pues bien: demostremos que no por tener en mucho á Colón dejamos de tener también en mucho al primero de nuestros *conquistadores* y á cuantos se le parecen. ¡Viva Colón, pero viva también Pinzón y *viva España*! Porque se trata ahora de glorias verdaderas y no de glorias de *galvanoplastia*.

Mucho me he extendido, pero deseaba hacer notar que, según la *Comisión*, vamos á encontrarnos con que lo que va á celebrarse no será el IV Centenario del descubrimiento de América por España, sino la apoteosis del italiano Cristóbal Colón, y no es lo mismo; y no haberse acordado de la Rábida y de Palos de Moguer, y haberse acordado en cambio de Barcelona y de Granada y de Salamanca, no tiene perdón... de Fray Juan Pérez de Marchena.

ALFREDO OPISSO

SOMBRERO LAMBALLE

AMOR DE AMORES

(CONTINUACIÓN)

IV

Estoy esperando que me avise para ir al castillo. ¡Cómo late mi corazón! Procuro distraerme y recorro los alrededores. Ya sabe Nieves dónde Antonia tendrá que ir para avisarme. Es al convento: un convento en ruinas que hay cerca de su casa.

El convento parece hermano gemelo del castillo: quiero decir con esto, que está igualmente ruinoso y estropeado. La yedra, como serpientes de verdosas escamas, enróscase á la columna de piedra carcomida; las galerías que dan al patio, están desprovistas de barandas; parte de las techumbres, derrumbáronse en anteriores inviernos con la furia de los temporales: lo último que del convento se conserva un poco, es la capilla, aunque también está en mal estado. Volviendo la cabeza desde el altar mayor, encuéntranse las pupilas con el balconcillo de madera del coro hecho pedazos. Debajo del púlpito, de encina tallada, representando algunas escenas de la Pasión, hay un atril lleno de telarañas, un crucifijo roto, y debajo del atril algunas hojas de un *in folio* apolillado. Por este orden halláse toda la iglesia, cuyo suelo, blanco del polvo, crúzase, como tupida red, en multitud de surcos finísimos que hicieron los ratones paseándose á sus anchas. Subí al campanario de la iglesia. Es una torre cuadrada. Sus muros, de arcilla de color pardusco, y negra en algunas partes, presentan unas aspilleras, semejantes á enormes grietas, que sirven para dar luz al interior, alumbrando difícilmente sus retorcidas escaleras, de peldaños enormes y corroídos. Remata el extremo de la torre por un cono agudo, y allá en la punta se eleva una gran cruz con los brazos abiertos siempre, quizás por misteriosos mandatos divinos, para servir de regazo á las pobres golondrinas. Brota fresquísimo manantial entre las hendiduras de las rocas inmediatas, y es digno de oir algunas veces, al caer de la tarde sobre todo, el suave concierto que forman los trinos de los pájaros, allá, en los brazos de la cruz, el dulce cantar de los pastores, el rumor tenue de aquel arroyo límpido y chispeante, brotando de las hendidas piedras con alegría bullidora, y allí, como saliendo del mismo fondo de la iglesia, la brisa acariciando las rosas con rumores de besos, de aletear de pájaros y suspirar de vírgenes; hasta parece que se escuchan, entre todo este concertante melancólico y vivificador á la vez, de la Naturaleza, los quejumbrosos salmos penitenciales de los monjes de aquel convento, que hoy se contempla, desde su terraza, como el cadáver de un santo, escondido por invisible poder en una inmensa sepultura de flores.

Devorábame la impaciencia. Todo lo veía de una manera extraña. Eran unas nubes que flotaban delante de mis ojos, de un color éstas y de otro aquéllas; los objetos iban tomando el tinte mismo del color de las nubes cuando al pasar los cubría como dosel de majestades. El bosque maravilloso que rodea el derruído convento parecíame todo de un matiz blanco, que se tachonaba acá y acullá con grandes estrellas; grandes, sí, mucho más grandes que las del cielo. ¡Cómo me acordé entonces de la estrella divina de la tarde, la dulce protectora de nuestros amores! Me restregué los ojos no queriendo ver tales cosas, y mi sorpresa se hizo más profunda. Al abrirlos otra vez, vi allá, en el fondo de un muro desportillándose, algunos pequeños ventanales bajos. Asomé la cabeza maquinalmente y la retiré luego con horror: era una cripta húmeda, pestilente, y allí, en la profunda lobreguez de aquel sótano, había muertos, muchos muertos. Pero, aunque yo me hubiese ido de allí, ¿qué importaba, si me bastó el segundo que estuve asomado para verlos todos? Yo nunca me asusté de los muertos, pero sí me dieron horror esta tarde. Los muertos que vi hoy no se parecen á los que he visto en otras ocasiones. Estas son momias gigantescas vestidas ostentosamente de rasos y de sederías. Tienen ricos mantos y lujosas preseas. Las melladas encías parecen grietas profundas de abismo, en el fondo de las huecas órbitas centellean gruesos diamantes, y el cráneo, lustroso, contrasta con el otro brillo de la seda, que señala con implacable ferocidad la escueta armazón de la momia. Cuando me retiré un poco, me detuve á mi pesar: creí haber escuchado un coro de carcajadas en el fondo de la cripta, acompañándose este coro con música de crujir de huesos. Quise asomarme otra vez, porque me pareció que las momias bailaban; pero no lo hice: no tuve valor. ¡Dios mío! ¡La impaciencia, la angustia de no haber recibido todavía aviso ninguno de Nieves, hacíame concebir aquellas imágenes

Digitized by Google

propias de la calentura! Quise animarme, quise fortalecerme, sentíme con rubor de mi propia debilidad, y me alejé de aquellos sitios. Entonces todo el cielo era de un color verde muy extraño: parecía ya una cúpula maravillosa que formó no sé quién con una sola esmeralda. Todas las rosas eran negras; el río que pasaba más abajo, rojo: parecía aquel un río de sangre. Sonó en aquel momento el esquiloncillo del campanario y me estremecí. ¿Quién pudo tocar aquella campana estando yo solo y bien lejos de ella? Fué el aire sin duda, pero yo bajé precipitadamente los peldaños, como si alguna momia de la cripta corriera también detrás de mí.

Me tranquilicé cuando estuve abajo: era ya de noche; y allá, en lo infinito, resplandecía un lucero, y las estrellas empezaban á salir, lentas y dulces, como plegarias de amor escritas en los cielos por misteriosas vírgenes.

V

Aquel lucero era mi fe: mientras yo le viese estaba tranquilo. Apenas vi el lucero sentí unos pasos. ¡Oh, placer! ¿Eran de Antonia? De Antonia, sí.

—¡Antonia!—dije.

—Yo soy,—me contestó en un sollozo.—Yo soy, la mujer del infortunio. Pero no soy yo: soy un alma triste. Cuando mi vieja carne se pudra, yo seré el alma en pena del castillo.

—¿Y Nieves?—pregunté en un grito supremo de angustia.

—¡Nieves ha muerto! ¡Nieves acaba de morir!

Yo no acabé de oirla: yo caí desmayado. Antonia reía y cantaba la dulce canción de las hojas que se caen... y el lucero resplandecía en la inmensidad, y aquellas lágrimas de los ángeles seguían apareciendo lentamente.

VI

No sé cuánto tiempo estuve sin sentido. Cuando volví á la realidad era de noche todavía. Al abrir los ojos, con lo primero que tropezó mi mirada fué con la estrella de la tarde. ¡La diosa de mis amores! ¡La protectora de los ensueños felices de mi alma! Fuí malo, tuve un pensamiento de impiedad: maldije de aquel astro melancólico y dulce que alimentó en mi espíritu mil fantasmas de luz, para que luego, de repente, todas aquellas luces se extinguieran en el fondo del abismo. Allí estaba, siempre bello, siempre puro, como una sonrisa bienhechora; allí estaba como una bendición de paz... Y Nieves, en tanto, la santa virgen á quien yo puse bajo su égida, dormía para siempre también en su ataúd de plomo. ¡Oh sarcasmo! Si fuera verdad que los espíritus mantienen diálogos misteriosos con las estrellas, el espíritu mío traspasaría los espacios para llegar allí y envolver en sus tenebrosas iras aquella luz perenne del lucero de la tarde, aquella luz cuyas reverberaciones son espolazos que en mi corazón dolorido asesta no sé qué demonio de impiedad que zumba dentro de mí. Lo que primero pude contemplar fué la estrella; lo que primero pude oir fué la canción de las hojas que se caen; aquella canción que Antonia siguió entonando en voz apagada, como un gemido sin fin.

Pasó aquel instante de muerte: la vida volvió á mi corazón. Lancé un grito cuando en realidad me di cuenta de todo, y pude sacar luego á la vieja nodriza algunas frases sin concierto que me aclararon toda la tremenda verdad.

Durante mi ausencia enfermó Nieves: su enfermedad era del pecho. Comprendió que moría, y esto aumentó la dolencia, haciendo más rápido su desenlace. No me lo dijo en sus cartas nunca por no angustiarme, por no aturdirme, por no volverme loco. Rezó siempre por mí y por que Dios le concediera la felicidad única que ya esperaba: la de hablar conmigo una vez antes de morir. Por otra parte, cuando supo mi vuelta, se aterró: sintióse con un profundo espanto al pensamiento de lo que por mí pasaría cuando supiese que ella estaba moribunda. Por eso fué su piadosa mentira para que yo no entrase en el castillo; por eso fué su afán de hablar conmigo de noche solamente; por eso me juraba que el amor de su padre hacia mí, era grande como siempre lo fué; por eso ¡Dios bendito!, la noche de nuestra primera entrevista, cuando en medio de la tormenta ardió el relámpago y contemplé á su rápida luz el rostro de Nieves, me pareció su sonrisa la de una mártir, ¡me parecieron sus ojos los de una santa!

Todo esto lo entendí por lo que Antonia habló entre sus profundos lamentos. Yo corría, y la dejé muy pronto atrás: yo corría en dirección del castillo, que contemplaba á lo lejos, resplandeciente, en la negrura de la noche, como si le rodease una gran hoguera. Aquel inmenso foco de luz, creía yo que bajaba del cielo. La naturaleza parecía muerta: no escuché otro ruido que el de mis pasos. El frío íbase apoderando de mi alma otra vez. Interrumpía todas mis facultades una inmensa pavura que se aumentó ante la idea de que me faltase aliento para llegar. Yo corría, yo corría incesantemente, y, por los estrabismos de mi calentura, parecióme que el castillo corría delante de mí como una inconmensurable constelación de fuego que iba arrasando toda la campiña. Detúveme un segundo para tomar aliento. ¡Qué mutismo! ¡Qué soledad! Volví la mirada aquí y allí. Nada pude ver: allá lejos, el castillo que se envolvía en misteriosas lumbres, como los fuegos fatuos de los cementerios; y cerca de mí, murmullos imperceptibles, como besos divinos de amor de las brisas que jugueteaban entre las yerbas y los juncos del remanso.

M. Martínez Barrionuevo

(Se concluirá.)

TRAJES DE VISITA

A REMEDIOS JAVIER DE ORTUÑO

Como eres niña te dedico un cuento:
Náufrago errante, de luchar rendido,
corría por el mundo un descreído
ajeno del amor al sentimiento.

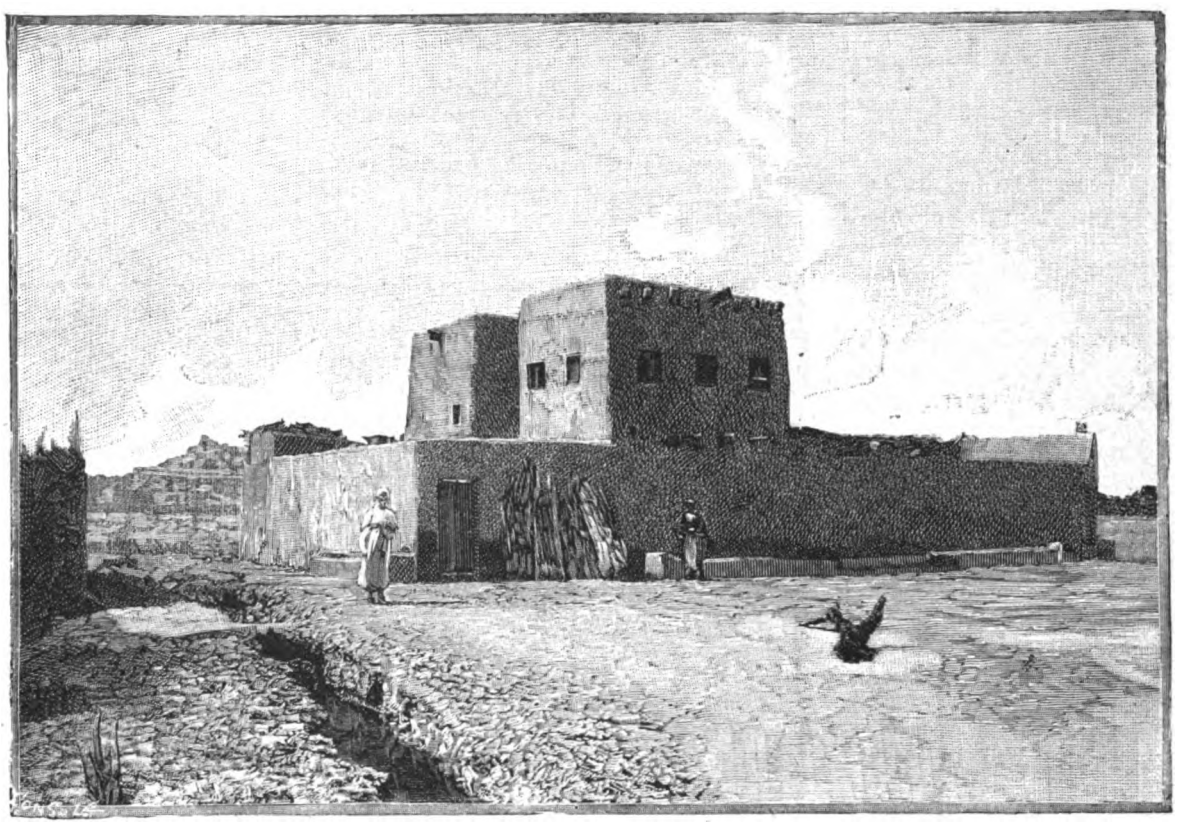
En su propio cariño halló el tormento;
y así, llevando el corazón herido,
odiaba á las mujeres, convencido
que el amor era en ellas fingimiento.

De todas despreciaba la ralea;
mas, viéndose de un ángel frente á frente,
—¡Maldito,—dijo,—el que en amor no crea!—

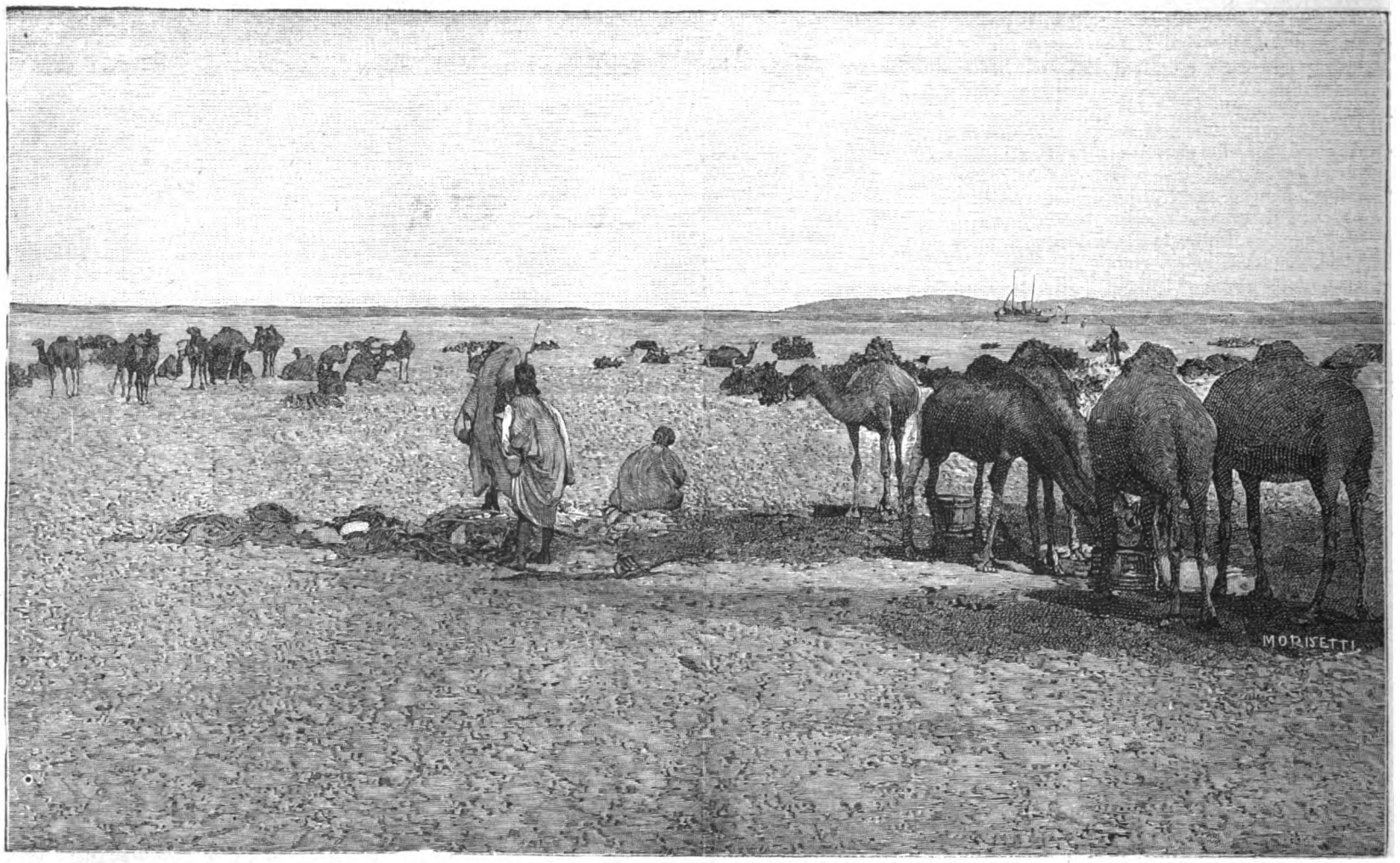
Y, el cuento terminado, ten presente
que eres tú el ángel que cambió mi idea
y yo el ateo que creí ferviente

Julio de las Cuevas

Digitized by Google

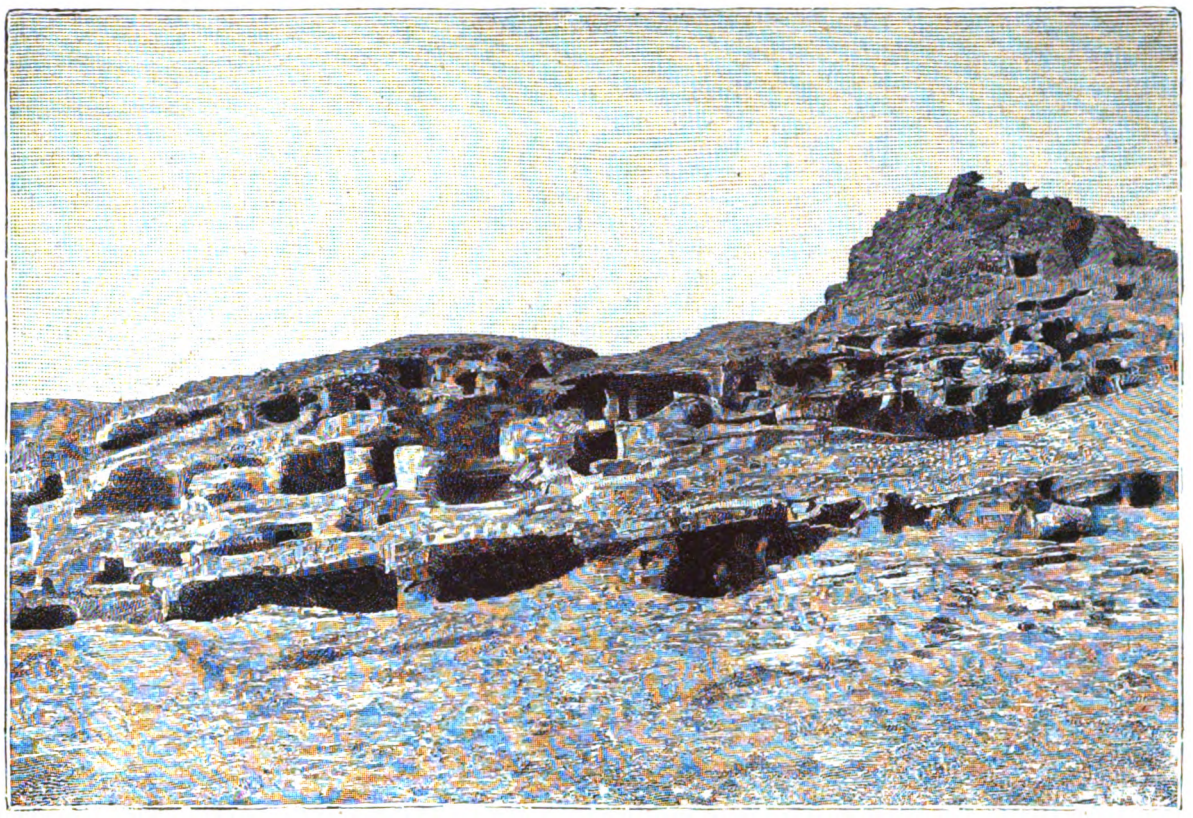


HABITACIÓN DEL MAMUR DE SYUAH



CAMELLOS DE LA TRIBU DE LOS SENAGRAS EN LOS POZOS DE BERBETAH EL MADDAR (MESETA DEL MADDAR)

Digitized by Google



SEPULTURAS DE LA GRAN NECRÓPOLIS DE SYUAH

VAKIL, DE LA SECTA DE LOS SENUSES

Digitized by Google

¡MUERTO!

Vedle cómo camina
con tardo paso,
sin que de sus pesares
nadie haga caso,
sin pan ni abrigo,
muertas sus esperanzas.
¡Pobre mendigo!

Es joven todavía,
y ¡oh, desventura!
va cruzando la senda
de la amargura:
doquier sus ojos
no ven más que miserias,
cieno y abrojos.

También feliz ha sido;
también un día
le acarició la diosa
de la alegría;
también su alma
sintió en tiempos mejores
plácida calma.

Él también tuvo padres,
también fué niño
y en sus amantes pechos
halló cariño;
también su vida
se ha visto en sueños dulces
adormecida.

También su tierna madre,
siempre afanosa,
le besaba en su rostro
de nieve y rosa.
¡Triste quimera,
si es tan breve, tan breve,
la primavera!

Sus padres sucumbieron,
cambió su suerte,
y al verse triste y solo
pensó en la muerte;
y él la llamaba,
la llamaba, pero ella
no le escuchaba.

Por eso entre torturas
camina errante
sin que nadie le tienda
su brazo amante,
sin un amigo
que calme sus dolores.
¡Pobre mendigo!

Y cruza ante sus ojos
la carretela,
y al mirar tanta pompa
se desconsuela;
que el desdichado
se acuerda de las glorias
de su pasado.

Y á pesar de que el pecho
se le desgarra
cuando pulsa las cuerdas
de su guitarra,
con dulce canto
suele envolver las hieles
de su quebranto.

¡Cuántas veces la aurora
le ha sorprendido
sobre vetustas piedras
medio dormido,
sin ropa, hambriento,
desnudo de ilusiones,
falto de aliento!

. . . . . .

Con la duda en el alma,
la vista incierta,
vedle cómo mendiga
de puerta en puerta.

Mas ya no canta:
se detiene... vacila
su tenue planta...

Miradle: está abatido...
llora... parece
que va caer en tierra,
que desfallece...
Mundo homicida,
¿le ves? ¡Sálvale pronto
si aun tiene vida!

¡Corre!... Mas no: ya es tarde,
vano es mi anhelo...
Se muere... no respira...
¡Ya está en el cielo!
Dejadlo en calma,
respetadle: es un cuerpo
que está sin alma.

No despertéis mis odios
ni mis agravios,
que aun parece que exhalan
sus puros labios
esta saeta:
«¡Canta y se muere de hambre!
¡Pobre poeta!»

LINO GONZÁLEZ ANSÓTEGUI

AUSENTE

¡Adiós, bien mío, adiós! Horas de pena
devora mi cobarde corazón
al sentir que en su fondo ya no suena
el armónico timbre de tu voz.

¡Adiós, mi reina, adiós! Ya tu mirada
no irá á posarse, cariñosa, en mí,
ni tu dulce sonrisa enamorada
la nube alejará de mi sufrir.

¡Adiós, mi hermosa, adiós! Ya no mi queja
podrá en tu virgen alma resonar,
ni allá en la soledad de oculta reja
tus labios á los míos se unirán.

¡Adiós, paloma, adiós! Mi alma doliente
encuentra en tus recuerdos pena y bien.
¿Qué sería, Dios mío, del ausente
sin los gratos recuerdos del ayer?

¡Adiós, mi estrella, adiós! Sin tu mirada,
faro alzado en el mar de mi inquietud,
es mi triste existencia hoja arrastrada
hacia abismos profundos y sin luz.

Y no temas que, ingrato y veleidoso,
pueda un día tu imagen olvidar,
porque guardo en mi pecho, codicioso,
tu esplendente hermosura virginal.

¡Adiós, mi bien! ¡Adiós, dulce amor mío!
De la suerte no llores el rigor:
¡á los secos ardores del estío
sucede viento fresco y juguetón!

VENANCIO SERRANO CLAVERO

NUESTROS GRABADOS

FLESINGA (HOLANDA)

Ciudad de la isla de Walcheren, provincia de Zelandia. Está defendida por buenas fortificaciones, poseyendo además inmensos astilleros y almacenes y un puerto muy capaz, en el cual podrían fondear 80 navíos de línea. Es patria del famoso almirante Ruyter. Cuenta unos 8,000 habitantes.

EL ARTE ITALIANO

DESPEDIDA DEL TRABAJO, *cuadro de Corelli*.—LAS ÚLTIMAS HORAS DE LA LIBERTAD SIENESA, *de P. Aldi*

¡Despedida del trabajo! Doloroso asunto, patéticamente expresado por el artista. Sin duda que el cuadro es digno de loa por su mérito; pero sobre todo ¡cuántas reflexiones sugiere! Despedida del trabajo ¿qué le queda á esa desdichada? ¡Y habrá tantas como ella!

Las últimas horas de la libertad de Siena es un hermoso cuadro de historia. Siena fué la última república municipal italiana que subsistió. Era la ciudad más gibelina de la península, es decir, la más partidaria del Imperio; pero esto no fué obstáculo para que Carlos V la tratara á baqueta, enviando allí para *protegerla* á D. Diego Hurtado de Mendoza, pasando así algunos años. Codiciaban, sin embargo, la ciudad, Cosme de Médicis y el Papa, mientras que los sieneses querían derribar el gobierno oligárquico que les impusiera Carlos V y entronizar de nuevo la democracia, á cuyo fin se echaron en brazos de Francia. Atacada por el marqués de Mariñán (Jacopo Medici), con el concurso de alemanes y españoles, y defendida por Strozzi y por el francés Montluc, hizo Siena una resistencia admirabilísima (1553), que recuerda por muchos conceptos la nuestra de Gerona (la del año 9), hasta que se vió obligada á capitular después de haber bajado el número de sus ciudadanos de 30,000 á 10,000.

Aldi, hijo de aquella tierra, tan abundante en... tierra de Siena, ha pintado con magnífica entonación la agonía de una ciudad en la agonía de sus defensores, y defensoras. La escena representa la Plaza del Campo, viéndose parte del palacio *del Comune*. En suma, el cuadro es digno del asunto.

DOS RETRATOS DE VAN ORLEY

Fué Van Orley (1480-1550) un flamenco que, en vez de seguir la tradición de los Van Eyck, los Hemling y los Quintín Metzys, prefirió seguir las banderas de Rafael, de quien fué discípulo carísimo. De regreso á Bruselas, hubo de hacerse sospechoso de luteranismo, lo cual le costó varios disgustos, y peor lo hubiera pasado á no contar con la protección de Margarita de Parma, nuestra gobernadora de los Países Bajos.

Como retratista ocupa Van Orley el primer lugar dentro del siglo XVI, no desmereciendo en nada de Holbein y aun excediéndole en la corrección del dibujo. Su *Doctor Zelle*, con aquella fisonomía de piedra y su sonrisa medio burlona, medio cruel, revela bien la época de terrorismo religioso en que fué pintado. Zelle demuestra abrigar una creencia y abriga otra.

Guillermo el Normando no es, como ya se comprenderá, el vencedor de Hastings, sino otro, gobernador de la comarca comprendida entre Borgoña y la Esclusa, vicealmirante después y embajador de Felipe II. Experto diplomático sería, sin duda, el tal Guillermo; pero Van Orley le sacó toda el alma á la cara.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

La meseta de El-Maddar, en la antigua Marmórica (1), se halla entre los 27° y 28° long. E. del meridiano de Greenwich y casi á los 31° lat. N., en plena tribu de los Senagrahs. El terreno es bueno para pastos, aunque el termómetro suele señalar de ordinario 42° á la sombra, y hay algunos pozos en que mitigan su sed las caravanas, por más que el agua sea algo salobre.

La gran necrópolis de Syuah, no lejos de la ciudad, es un inagotable manantial de investigaciones para el antropólogo. Está situada en una montaña y los nichos están materialmente henchidos de cadáveres embalsamados ó conservados de otra suerte.

El *Mamur* de Syuah es el *gobernador* de la frontera, especie de cancerbero cuyo oficio consiste en tener cuidado de no dejar pasar á ningún *perro* cristiano que no presente en regla los papeles.

Finalmente, los *Senusí* son unos flamantes sectarios que interpretan el Corán á su manera, siendo esencialmente monoteístas, es decir, desdeñosos de todo culto á los santones, y al par de eso caracterizándose por la austeridad de su carácter y de sus costumbres, por su horror al vino y por su prisa en hacer la peregrinación á la Meca.

Puede decirse que los *Senusí* son como los *puritanos* del mahometismo, jactándose de que todo su dogma podría escribirse *en la uña de un dedo*.

El *Wakil* ó sacerdote de la mezquita que tienen en Syuah los *Senusí*, es un joven muy simpático y que ha viajado mucho por el África.

Esta secta hace portentosos progresos en el interior del África, no contentándose con menos que conquistar el imperio universal prometido por el Corán.

(1) La Marmórica confinaba al N. con el Mediterráneo, al E. con Egipto, al O. con la Cirenaica y al S. con el Sahara.

Digitized by Google

RIQUEZA

—Rico en olores,
de forma oblongo,
¿quién es, señores?
—Un *jabón* de los mejores:
¡El de PRÍNCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

La aurora nos sorprendió así, y entonces pudimos ver las laderas pedregosas del valle y el fondo sembrado de rocas, así como las aguas turbulentas del río, que formaban espumosas cascadas. En ninguna parte divisamos la más pequeña choza, ni una sola chimenea ó un ser viviente, como no fueran varias águilas que graznaban alrededor de la roca.

Al fin vi á mi compañero sonreirse.

—¡Ah!—exclamó.—Ahora tenemos una probabilidad.

Y añadió en tono de broma:

—Paréceme, David, que no sois muy ágil para saltar.

Supongo que me sonrojé, pues sin darme tiempo para contestar, continuó:

—Esto no es culpa vuestra. El que teme una cosa y, sin embargo, la hace, es un hombre. Por otra parte, allí había mucha agua, y este elemento impone á cualquiera. No, no, amigo mío: no sois vos quien merece la censura, sino yo.

—¡Cómo!—exclamé.

—Porque he cometido anoche una torpeza equivocando el camino, y esto en mi propio país de Appin; de modo que el día nos ha sorprendido en un punto á que nunca debíamos haber llegado, por lo cual nos vemos aquí en algún peligro y en muy desagradable posición. Lo peor es que no he traído una botella de agua, indispensable en un día tan caluroso como el de hoy. Esto os parecerá poca cosa, pero antes de la noche comprenderéis bien lo que es.

Deseando yo hacer algo meritorio á los ojos de mi amigo, propuse arrojar el aguardiente de la botella é ir á llenarla de agua al río.

—Tampoco debemos perder ese licor,—contestó Alan.—Ayer fué para vos un buen amigo, y sin él creo que aun estaríais en aquella roca. Por otra parte, también habréis observado vos, que sois hombre de tanta penetración, que he andado más aprisa que de costumbre.

—Sí,—contesté;—llevabais un paso muy propio para reventar á cualquiera.

—Pues bien: por lo mismo comprenderíais que no debíamos perder tiempo. Y ahora ya hemos hablado bastante sobre este punto: dormid un poco si podéis, y yo vigilaré.

Hícelo así con el mayor gusto. En el hueco de las dos rocas había un poco de tierra cubierta de yerba. Allí me eché, y lo último que oí fué el graznar de las águilas.

Supongo que serían las nueve de la mañana cuando Alan me despertó bruscamente, y vi que apoyaba una mano sobre mis labios.

—¡Silencio!—murmuró.—Estabais roncando.

—Y ¿qué tiene eso de particular?—repliqué sorprendido al ver la expresión de inquietud de mi compañero.

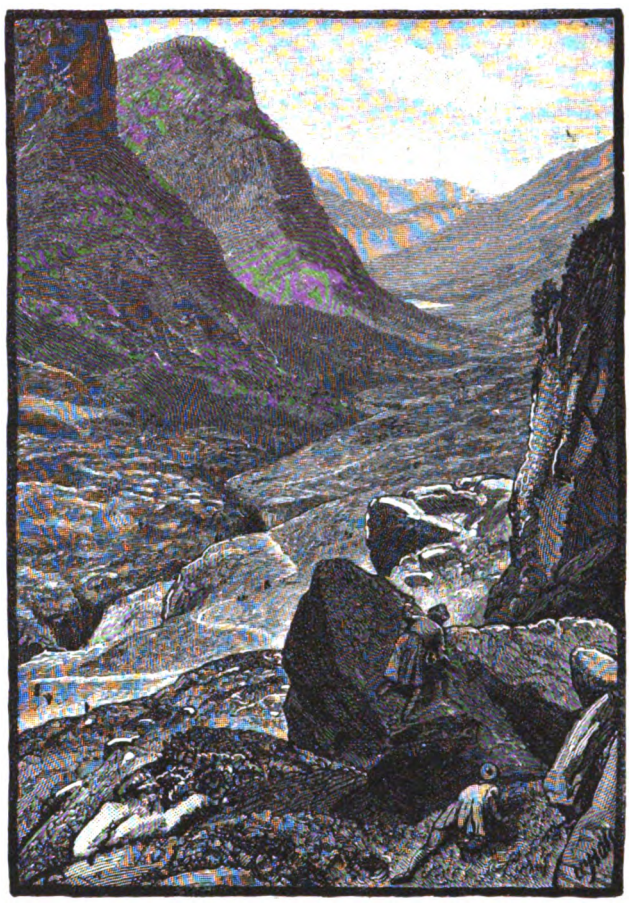
Alan acercó un poco la cabeza al borde de la roca, é hízome seña para que le imitase.

Era ya muy entrado el día, el cielo estaba sereno y hacía mucho calor. Todo el valle se veía perfectamente como en un cuadro, y á la distancia de media milla divisé un campamento y algunos soldados. En medio de ellos ardía una inmensa hoguera, en la que algunos preparaban su comida; y muy cerca, en la cima de una roca tan alta como la nuestra, vi un centinela en cuya carabina se reflejaban los rayos del sol. A lo largo de la orilla del río había otros, varios de ellos en una eminencia, y los demás en tierra. Mas allá del valle, donde el terreno estaba descubierto, hallábanse apostados de trecho en trecho soldados de caballería; y más lejos, en fin, un destacamento de infantería, destinado, al parecer, á vigilar los vados.

Apenas vi esto, ocultéme presuroso otra vez.

Era verdaderamente extraño ver lleno de tropa aquel triste valle, tan solitario al amanecer.

—Ya lo veis,—dijo Alan;—esto es precisamente lo que yo temía. Comenzaron á llegar hace unas dos horas, pero vos tenéis el sueño muy pesado y nada habéis oído. Aquí estamos



...comenzamos á deslizarnos, escondiéndonos cuanto era posible...

muy mal. Si esa gente se sitúa en los lados de la colina, podrán vernos fácilmente con un simple anteojo; pero si permanecen en el fondo del valle, podremos salvarnos. Los centinelas son menos numerosos cerca del agua, y llegada la noche procuraremos escapar á pesar de ellos.

—Y ¿qué haremos hasta la noche?

—Permanecer echados y aguantar.

No era esto poco. Ya se recordará que estábamos en la cima de una roca pelada. El sol nos caldeó muy pronto cruelmente, y la piedra se calentó de tal modo que apenas se podía sufrir su contacto. Como el espacio de tierra y yerba era muy reducido, hubimos de alternar para echarnos allí; de modo que cuando á uno de nosotros le tocaba permanecer sobre la piedra desnuda, hallábase poco más ó menos en la posición de aquel santo á quien se martirizó en unas parrillas. En aquella ocasión pensé que extraño era que, en el mismo clima y solamente con el intervalo de algunos días, hubiera sufrido tan cruelmente por el frío en mi isleta, y ahora por el calor en la roca.

No teníamos una gota de agua, y en el aguardiente no se debía pensar, pues sólo serviría para excitar más la sed; pero conservamos la botella tan fresca como fué posible debajo de la tierra, y nos alivió un poco humedecernos de vez en cuando el pecho y las sienes.

Los soldados estuvieron todo el día en el fondo del valle, patrullando de un lado á otro y relevando los centinelas, mientras que algunos cazaban entre las rocas. Era tan considerable el número de estas últimas, que buscar un hombre entre ellas equivalía á buscar una aguja en un pajar, y seguramente por esto no las registraron todas. Sin embargo, veíamos á varios soldados introducir sus bayonetas entre los brezos. Me estremecí al pensar que podrían acercarse muy pronto á nuestra roca, y apenas me atrevía á respirar.

Nuestro aburrimiento en aquella roca fué creciendo de punto á medida que avanzaba el día. La piedra se caldeaba cada vez más, y los rayos del sol nos abrasaban. Muy pronto comencé á experimentar una debilidad extremada, náuseas y dolores, y creo que sólo por un favor especial de Dios no fuimos allí víctimas de una insolación.

Por fin, á eso de las dos no pudimos ya resistir más, pues aquel tormento era insoportable, porque los rayos del sol invadieron un poco el lado oeste, y sólo quedó un espacio de sombra muy reducido en la parte oculta á las miradas de los soldados.

—Lo mismo es una muerte que otra,—dijo Alan deslizándose por el borde de la roca hasta el sitio cubierto de sombra.

Yo le seguí, y al punto me dejé caer cuan largo era, pues no podía tenerme derecho. Allí estuvimos una hora ó dos, con la cabeza y los pies doloridos, y del todo descubiertos á la vista de cualquier soldado que hubiera querido llegar hasta allí. Por fortuna no se acercó ninguno, pues todos pasaban por el otro lado, de modo que la roca siguió siendo un refugio en nuestra nueva posición.

No pasó mucho tiempo sin que recobráramos un poco las fuerzas, y, como los soldados estaban en aquel momento más cerca de la orilla del río, Alan propuso que intentáramos una escapada. Yo no temí entonces más que una cosa, que era volver á la roca abrasada por el sol: todo lo demás me parecía preferible; y, conforme con mi compañero, comenzamos á deslizarnos, escondiéndonos cuanto era posible, palpitantes y con el corazón en la boca, como suele decirse.

Los soldados, después de registrar el lado del valle, experimentaban, sin duda, alguna fatiga, y su vigilancia había disminuído. Al parecer, limitábanse á observar las orillas del río: así es que, dirigiéndonos hacia las montañas, nos alejamos muy pronto de su vecindad, pero esto nos fatigó mucho. Se necesitaban cien ojos para mantenerse oculto en aquel terreno tan desigual y fuera del alcance de tantos centinelas diseminados. Cuando pasábamos por un sitio descubierto, no bastaba la rapidez, sino que era preciso juzgar al punto con acierto de la solidez de cada piedra en que se ponía el pie, pues comenzaba á oscurecer, y era tan profundo el silencio que si hubiera rodado una sola piedra habría producido el efecto de una detonación, cuyo eco se propagaría de roca en roca.

Al ponerse el sol habíamos recorrido una regular distancia, aunque todavía estaba á la vista el centinela que primero divisamos desde nuestro observatorio. Por fortuna recobramos muy pronto la tranquilidad al llegar á un sitio en que se precipitaba un rápido torrente, cuyas aguas iban á reunirse con las del río. Esto era precisamente lo que más necesitábamos por el pronto. Arrodillándonos al punto, sumergimos

Digitized by Google

en la corriente cabeza y hombros, y no sé qué nos agradó más, si la frescura del agua ó el alivio que experimentamos al apagar nuestra devoradora sed.

Como las orillas nos ocultaban bien, permanecimos allí algún tiempo, bebiendo repetidas veces y bañando los brazos, hasta que al fin, completamente repuestos, sacamos el saco de harina y la sartén é hicimos una masa. A decir verdad, no era muy apetitosa, pero sirvió para engañar el hambre, y un trago de aguardiente acabó de reanimarnos del todo.

Apenas se hubieron extendido las sombras de la noche, continuamos nuestra marcha, al principio con la misma prudencia, pero después más atrevidamente. El camino era muy fatigoso, porque debíamos avanzar por los lados más escabrosos de las monteñas y entre numerosas rocas. El cielo se había cubierto de nubes otra vez y la noche era oscura y fría. No estaba muy cansado, pero temía continuamente caer y rodar entre los peñascos.

No tardó en asomar la luna entre las nubes, y, aunque estaba en su cuarto menguante, su luz bastó para guiarnos en nuestro camino.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento
EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno
Á 10 REALES FRASCO. — DOCE FRASCOS 96 REALES
En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.
BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

AGUA FIGARO TINTURA ESPECIAL
en 2 dias ó instantánea
para los CABELLOS y la BARBA
AGUA FIGARO, tintura Rubio dorado.
LICOR FIGARO impide la caida del pelo y facilita su salida.
Por Mayor : PARIS, 1, Boulevard Bonne-Nouvelle.
En Barcelona: S. VIVEZ, Pasaje de Bacardí, 17, 1.º

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma :* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España : 2 fr. la Caja.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmetico *blanquea y suaviza la piel* y la preserva de *cortaduras, irritaciones, picazones,* dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas Perfumerias.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Frasco 5 fr. PUREZA DEL CUTIS en Paris
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 Bd St-Denis.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.
Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:
La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'
EN PUBLICACIÓN
La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.
Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.
En provincias, en casa de nuestros corresponsales.
A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.
Obra próxima á publicarse
+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +
POR RICARDO FLEISCHER
catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro),* SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— DUSSER, Inventor, 1 RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. *(En América, en todas las Perfumerias.)*
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramon Molinas, editor. Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII | Barcelona 20 de setiembre de 1890 | Núm. 403

UN CASAMIENTO EN LA «HIGH-LIFE»

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Crónicas de verano*, por Kasabal.—*Ley de la inconstancia* (poesía), por Carlos Miranda.—*Machaca* (conclusión), por Antonio Pareja Serrada.—*Anomalías madrileñas*, por A. Sánchez Pérez.—*Á Teodoro Llorente* (soneto), por Rafael Villena.—*El monasterio de Poblet*, por Antonia Opisso.—*Rimas*, por Benito Blanco Fernández.—*Amor de amores* (conclusión), por M. Martínez Barrionuevo.—*La catedral de Barcelona.*—*En la catedral de Toledo* (soneto), por Antonio Osete.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Modas.—La catedral de Barcelona.—La comida de las serpientes en el acuario de Berlín.—Bilbao: La botadura del crucero «María Teresa».—Condenado á muerte.—Aldea.

CRÓNICAS DE VERANO

Fin de las vacaciones.—Las camareras vizcaínas. Una bailarina española

La naturaleza, nuestra pródiga y amorosa madre, tiene á veces con sus hijos crueldades de madrastra: algunas veces (¿quién no lo ha experimentado?) parece que se complace en aguar con un tremendo chaparrón la fiesta anhelada; otras, en que deseamos las protectoras sombras de la noche, las alumbra con un indiscreto rayo de luna revelador de secretos; y no pocas destruye con sus caprichos y veleidades nuestros planes.

Su crueldad se manifiesta ahora con los que salieron á veranear por el Norte. El mes de agosto fué veleidoso é inconstante: pocos días dejó de amenazar la lluvia, y en muchos las brisas fueron demasiado frescas. Partidas de pelota y corridas de toros se interrumpieron, y el día de la botadura del crucero *Infanta María Teresa* realizaron los bilbaínos un verdadero acto de valor exponiéndose á que fuesen mojadas sus galas. Pero llega setiembre y todo cambia: no hay nubes en el cielo ni tormentas en el mar; las nubes desaparecen y las olas se balancean con la dulzura que acostumbran en el Mediterráneo; las brisas son suaves, y los tonos grises y cenicientos se substituyen con un delicado y purísimo azul que llena de placidez el alma.

Y esto sucede, y aquí está la crueldad, en setiembre, cuando terminan oficialmente las vacaciones veraniegas, cuando es preciso abandonar los sitios deliciosos en que se pasaron las siestas del verano en la comodidad y la holganza y volver á la vida de la ciudad con sus horas de inimitables trabajos y con su serie interminable de anhelos y de afanes.

Abandonar á la mujer amada cuando brillan en todo su apogeo sus encantos, cuando es más dulce la sonrisa de sus labios y más expresiva y acariciadora la mirada de sus ojos, no es tan cruel como dejar las praderas todavía verdes, la sombra de los árboles cuyas hojas no han comenzado á amarillear todavía. Pero no hay más remedio: setiembre, que es para los favorecidos por la fortuna la continuación de las fiestas, es para los que no disfrutan de sus dones el término de la vacación de que se disfrutaba. Muy pronto ya los tribunales abrirán sus puertas, y la toga volverá á salir de su bolsón de negro damasco de lana para dar con sus severos pliegues majestad á la figura del magistrado encargado de ejercer las altísimas funciones de la justicia; los catedráticos vuelven á reunirse para hacer definitiva la sentencia que dejaron en suspenso en junio; los ministerios y todos los centros oficiales vuelven á sus horas ordinarias de oficina; y mientras sobre el verde esmeralda de las hojas de la viña comienzan á dibujarse las notas sonrosadas que son anuncio de la fuerza del licor que producirán las uvas, los que viven sujetos á la cadena de un cargo público vuelven á sus ordinarias tareas.

Y con ellos los que sin tener una ocupación apremiante veranean por rendir tributo á la moda sin disponer de abundante presupuesto. Estos hacen los mayores sacrificios por prolongar el veraneo hasta setiembre: la última quincena de agosto suele ser de terribles apuros, que sortean con valentía por no regresar á la capital hasta primeros de setiembre.

Cuando el tiempo les ayuda mostrándose desapacible y brumoso, ven el cielo abierto, pues la naturaleza se hace cómplice de su vanidad: pero este año les ha salido muy mal la cuenta, pues ahora empieza el buen tiempo en estas regiones del Norte, que recobran poco á poco su tranquilo aspecto.

De allá, de Biarritz, comienzan á venir ahora los ecos de las brillantes fiestas que animan las princesas rusas y las cortesanas parisienses; pero en las honradas playas españolas y en los patriarcales establecimientos donde se sirve el cocido á diario, y helado los jueves y domingos, comienza á reinar la paz, en medio de la cual el honrado vasco contará las ganancias del verano, que le servirán para pasar el invierno en el apartado caserío. El ejército de camareras que ha arreglado los cuartos y ha servido á las mesas donde se sentaban los que veraneaban, se disuelve también, llevándose como botín la bien ganada propina.

Es muy curioso este tipo de las camareras de las provincias vascongadas. Atentas, serviciales, activas, no duermen apenas en todo el verano, y desaparecen con las primeras brisas del otoño para no volver á congregarse hasta que las ninfas de la salud, ocultas en los manantiales de las aguas que ofrecen remedios, vuelven á llamar á los achacosos para prometerles alivio. Algunas de esas diligentes servidoras siguen la carrera que las lleva, desde el establecimiento balneario, á desempeñar en alguna casa de Madrid las funciones de doncella, y que termina estableciendo por su cuenta, en la capital de la monarquía, casa de huéspedes para estudiantes como la de D.ª Jesusa que la Sra. Pardo Bazán describe en su novela *La Cristiana*.

La patrona nacida en las provincias vascongadas ofrece en Madrid incalculables ventajas sobre todas las dedicadas á tener huéspedes: en sus casas suele ser más riguroso el método, mayor la limpieza y más sólida la alimentación. Durante mucho tiempo han sido las mejores fondas de España las de la Vizcaína, como han sido los mejores cafés los Suizos, las mejores quincallerías y cristalerías las de los valencianos, y los mejores comercios los de los pasiegos.

Una catedral ó una colegiata antigua, un café suizo, una tienda de pasiegos, otra de valencianos y una fonda vizcaína, constituyen el patrón de una clásica ciudad del interior de España en todo lo que va de siglo.

La civilización y el progreso van alterando estos antiguos modelos: el *menu* francés sucede en las mesas redondas á los dos clásicos cocidos, y el camarero con frac y corbata blanca á la camarera con vestido corto, delantal y pañuelo atado en forma de cofia; pero todavía no han desaparecido por completo los antiguos tipos, que resucitan todos los veranos en las provincias del Norte.

Los hemos visto en el verano que está á punto de terminar, y los veremos en el venidero, si allá llegamos librándonos del cólera en el otoño, del dengue en el invierno y de las pulmonías en primavera.

***

La epidemia colérica parece que decrece. Ese microbio que aparececió impensadamente en el antiguo reino de Valencia, sin que la ciencia haya podido explicarse satisfactoriamente su presencia, no tiene, por fortuna, gran fuerza, y es, á lo que parece, un microbio degenerado que no sirve para propagarse y que sólo ha causado sustos á nuestros vecinos los portugueses, que andan ahora tan revueltos. Más vale así, porque si no fuera por eso nuestra situación sería terrible y el cólera acabaría con lo que respetó el dengue. La viruela va también de capa caída, si hemos de creer lo que dicen las estadísticas; y esto es una fortuna, porque la viruela es una de las enfermedades más terribles: al que perdona le deja marcado para siempre, como marcaban con el hierro candente las crueldades de los tribunales de la edad media.

Los poetas bucólicos han señalado siempre en sus madrigales los hoyitos que la risa forma en las mejillas de las niñas bonitas como uno de los asilos de las gracias, como una de las trincheras donde el niño de los ojos vendados se parapeta mejor para disparar los dardos que van á clavarse en los corazones; pero cuando los hoyitos se convierten en hoyos y se multiplican por la fiebre, se convierten en fosas donde se sepulta la hermosura.

¡Una cara parecida á un queso de Gruyere! Estas suelen ser las consecuencias de las viruelas para los que logran salir de ellas con vida. Pero no hay que asustarse: las estadísticas son tranquilizadoras, y la terrible plaga va desapareciendo de Madrid, á donde vuelven ahora los trenes llenos de viajeros.

***

Aun hay patria, Veremundo, esto es, aun sostenemos en el mundo civilizado nuestro pabellón en uno de los ramos en que tuvo siempre España predominio: en el ramo de bailarinas. Los periódicos de los Estados Unidos nos dan cuenta de la aparición de una estrella coreográfica española de pura raza que vuelve ahora locos de entusiasmo á los sesudos yankees.

En el viejo continente alcanzó gran renombre una española, Lola Montes, que escaló con sus piruetas nada menos que las gradas de un trono y que produjo perturbaciones políticas en el reino de Baviera, en cuyos destinos influyó poderosamente cuando fué dueña del corazón del monarca que puso á sus ligeros pies una corona: veremos si el nuevo continente, el de los adelantos asombrosos y el de los progresos gigantes, enloquece también por una bailarina española.

En este ramo hemos alcanzado siempre la supremacía: Lola Montes, la *Nena*, la *Tirana*, vencieron cada una, en sus tiempos, á la Guy Stephen y á la Fuoco, por más que éstas tienen páginas memorables en los anales del antiguo teatro del Circo de Madrid.

Rosita Maury, la más célebre de las bailarinas de los teatros de París en estos últimos tiempos, era de origen español, y los contornos de Carmencita la gitana fueron uno de los atractivos que encontraron los extranjeros que visitaron con motivo de la última Exposición la capital de Francia.

Los periódicos de New York, dicen que la nueva bailarina española es una mujer hermosísima, y que en todos los teatros se le hacen las más brillantes proposiciones.

No es esto ciertamente motivo para entusiasmarnos mucho, pero es bueno que, ya que decaemos en tantas cosas, conservemos la tradición que tiene nuestra patria de ser cuna de mujeres hermosas y de hombres valientes.

KASABAL

LEY DE LA INCONSTANCIA

(CASI DOLORA)

I

—«Todo por ti y para ti»
llevo por lema en mi escudo;
la fe te salve, que así,
puesto que de ti no dudo,
no debes dudar de mí.—
Tal exclamaba el doncel,
enamorando á su bella;
y al prometerse amor fiel,
como él no dudaba de ella,
tampoco ella dudó de él.

II

Y ¿nada más?... Sí, señor:
al mes de haber pronunciado

Digitized by Google

tal juramento de amor,
ella dejó á su adorado
por un nuevo adorador.
Casó, al fin, la veleidosa,
y el amador sin doncella
cargó (á falta de otra cosa)
¡con la prometida esposa
del que le robó la bella!

III

Y es que *en el mundo traidor*,
cumpliendo así la condena
que nos impuso el Señor,
¡formamos una cadena
que hace y deshace el amor!

CARLOS MIRANDA

MACHACA

(CONCLUSIÓN)

—¡No hagas caso de los de abajo! ¡Paso de ataque! ¡Muchachos, vamos á la bayoneta!

Y se lanzó con su gente sobre los matorrales, donde bien pronto se trabó la lucha cuerpo á cuerpo.

Era un león en aquellos momentos el sargento Asenjo: aquí un disparo, allá un bayonetazo, acullá un golpe con la culata del fusil, había conseguido tender en el suelo un buen pelotón de marroquíes; y, ciego de ardor, viendo en todas partes aquella oportuna liebre, no reparaba en que su situación se iba haciendo insostenible. Por fortuna su regimiento acudía en socorro de la guerrilla, y, cuando menos lo esperaba, oyó una voz á su espalda que decía:

—¡Firme, valiente! ¡Aquí estamos todos!

Cual si aquellas frases fuesen una evocación, el pelotón de moros creció en torno suyo; pero el tímido Felipe ya estaba ebrio de sangre, y, girando el fusil sobre su cabeza, gritaba:

—¿No me llamaban Machaca en el pueblo? Pues machacaré mientras tenga brazos.

Y á fe que cumplía su palabra, y los moros rodaban como moscas bajo la culata de su fusil, ó monte abajo perseguidos por el pánico.

En los últimos disparos el caballo del coronel Castellanos rodó por el suelo, y con él su jinete gravemente herido.

Felipe lo vió caer y, olvidándose de todo, voló á socorrerle, á tiempo que un yatagán morisco le partía la cabeza.

En un solo grupo quedaban el coronel, su caballo y el pobre sargento; pero la colina estaba tomada, y esto fué mucha parte al éxito de la batalla.

***

Machaca se desaturdió del golpe en el hospital de sangre. A su lado vió al intrépido coronel que, expirante, dictaba algo que un oficial de sanidad escribía. El pobre sargento se desmayó, y, cuando volvió á cobrar conocimiento, el cuerpo de su coronel estaba bajo la tierra.

Asenjo, con otros heridos, pasó al hospital de Ceuta, y, cuando convalecía de su grave lesión, recibió dos importantes documentos: el uno su real despacho de alférez; el otro el testamento del coronel Castellanos, que le nombraba su heredero universal, dejándole una fortuna de diez mil duros.

***

Cuando terminó la guerra obtuvo licencia para pasar á su pueblo por un par de meses.

Allá le había precedido la fama de sus hazañas, y la aldea le dispensó una acogida tan cariñosa como grande era el desprecio en que se le había tenido.

Hospedóse en casa de su antiguo maestro, y á visitarle fueron todos los vecinos, el señor cura inclusive. Uno de los primeros llegó el padre de Andrea, y luego ésta haciéndose de miel, como se dice vulgarmente; pero Asenjo no había olvidado su desprecio, le llevaba en el alma y se prometió no callar si llegaba la ocasión.

Y llegó: ¡vaya si llegó!

El alférez D. Felipe Asenjo tenía ya un capital fabuloso para lo que se acostumbra en una aldea, y la ambiciosa lugareña pensó en que podría lucir con él muy buenos vestidos y convertirse en gran señora.

A este fin asedió á Machaca con todo género de seducciones, le envolvió en miradas provocativas y desplegó ante sus ojos todo el arsenal de sus encantos.

Felipe se rindió al fin, y ya se hizo público que la mozuela pasaría en breve á la categoría de subtenienta y señora de Asenjo.

—¡Felipe!—dijo Andrea, un poco picada por la alusión.

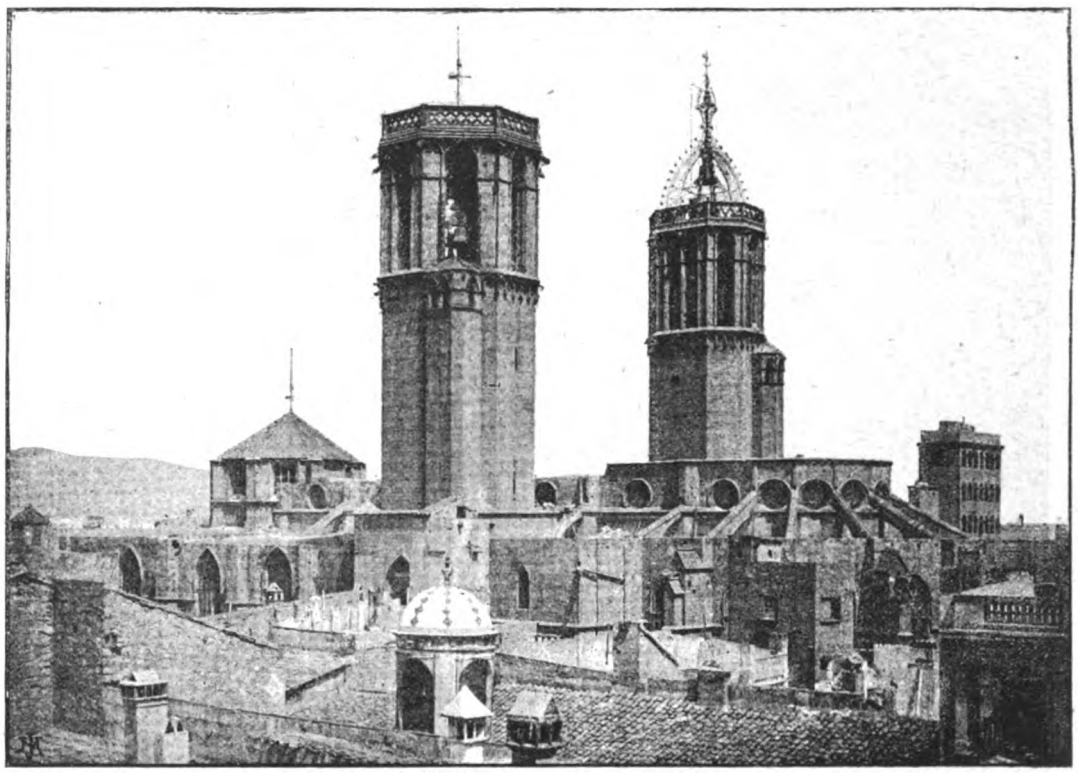
—*Como una liebre,*—repitió Machaca,—y tú... tú... *¡¡pobre como una rata!!*

La aldeana comprendió lo que aquello quería decir, y fuése para su casa sollozando y maldiciendo su soltura de lengua en aquella ocasión.

Al día siguiente eran pasto de la conversación en el pueblo las calabazas que había recogido la presuntuosa.

El tío Pedro oía lo que se hablaba en un corrillo, junto á la puerta de la iglesia; y tan embebido estaba en lo que se decía, que no vió acercarse al alférez hasta que los murmuradores suspendieron la conversación.

—Sigan Vds., señores,—exclamó éste con



LA CATEDRAL DE BARCELONA: VISTA GENERAL

La pobre Angeles, que siempre le había querido, que más de cuatro cirios había quemado por él ante el altar de la Virgen y que, en largas horas de insomnio, por él rogaba mientras duró la guerra, yacía en la desesperación y se moría de pena. Ella tenía la culpa. ¡Si no le hubiera despedido por tan poca cosa! Pero ¿qué se le iba á hacer? El mundo es así, y como da tantas vueltas...

El padre de la otra se consumía de impaciencia por aquello de que «á bodas largas barajas nuevas,» y ya se decidió un día á decir algo á su futuro yerno; pero ¡ca! no pudo articular palabra cuando se halló con él frente á frente, y encomendó á su hija el asunto.

—Mira, Felipito,—dijo la solapada lugareña; —así no marchamos bien, porque todo el pueblo murmura de nosotros. Puesto que estamos decididos á casarnos, casémonos cuanto antes y nos quitamos de historias y habladurías.

—No dices mal, hija mía, no dices mal; pero... hay un pequeño inconveniente.

—Y ¿cuál es? Porque yo no lo acierto.

—Uno chiquito... y grande... según se mire.

—Vamos: ¡no tengas ganas de broma!

—Por eso mismo que no las tengo.

—¿Es que dudas de mí, Felipe?

—¿De ti? No.

—Pero ¿entonces...?

—Es de mí mismo: ya tú ves. ¡Soy tan cobarde!

—¡Cobarde, tú!

—Sí, yo, hija mía, yo: «más cobarde que una liebre.»

cariñosa sonrisa;—luego añadiré yo algo de mi cosecha.

Y como viese que los rostros se turbaban y los labios enmudecían, posó su mano sobre el hombro del tío Pedro, y dijo:

—Tío Pedro: V. es un hombre honrado y un buen padre de familia. ¿Quiere V. ser mi padre?

—Y ¿cómo voy á ser...?—murmuró el pobre hombre sorprendido.

—Haciéndome esposo del ángel que tiene por hija: de Angeles, á quien no he olvidado ni aun entre el fragor del combate.

—Pero ¡V. es rico!...

—¡Qué V., ni qué calabazas! ¡Llámeme usted de *tú*, como siempre!

—Pues bien: tú eres muy rico y nosotros muy pobres.

—Y como Angeles me quiso cuando era *más pobre que las ratas,* ahora que soy rico quiero partir mis riquezas con la que no vió mis andrajos y me concedió el primer amor. ¿Me quiso pobre? Pues justo es que yo rico la quiera. Vamos: ¿qué contesta V.?

—Yo... ¡á ella!... Lo que es por mi parte...

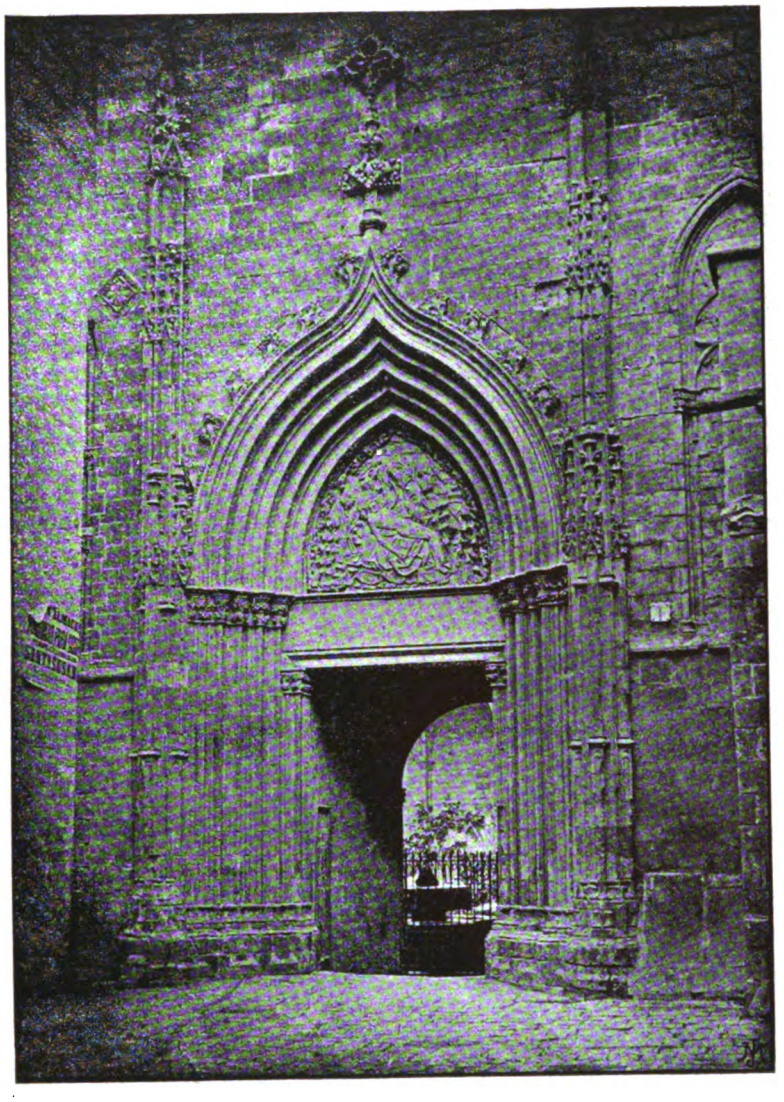
Al domingo inmediato el señor cura leía desde el altar la primera amonestación de D. Felipe Asenjo, oficial de infantería, con D.ª María de los Angeles Campillo.

Del centro de la iglesia tuvieron que sacar una mujer desmayada.

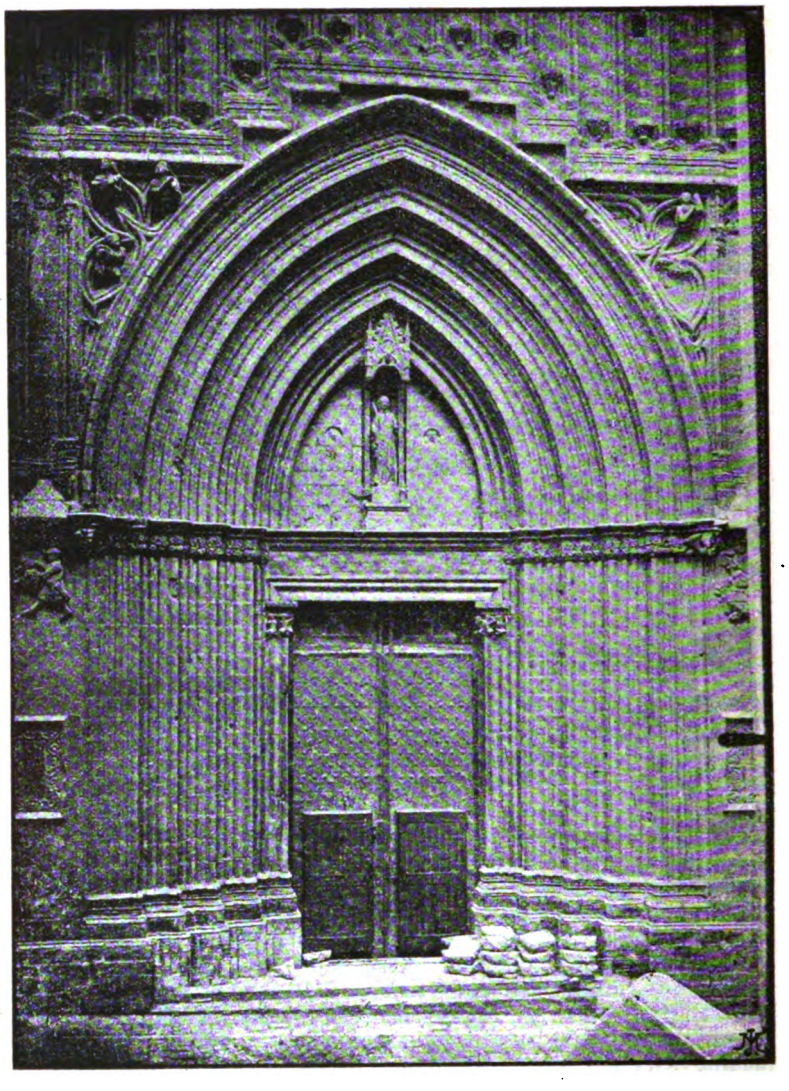
Era Andrea, conocida desde aquel día con el apodo de *la liebre.*

ANTONIO PAREJA SERRADA

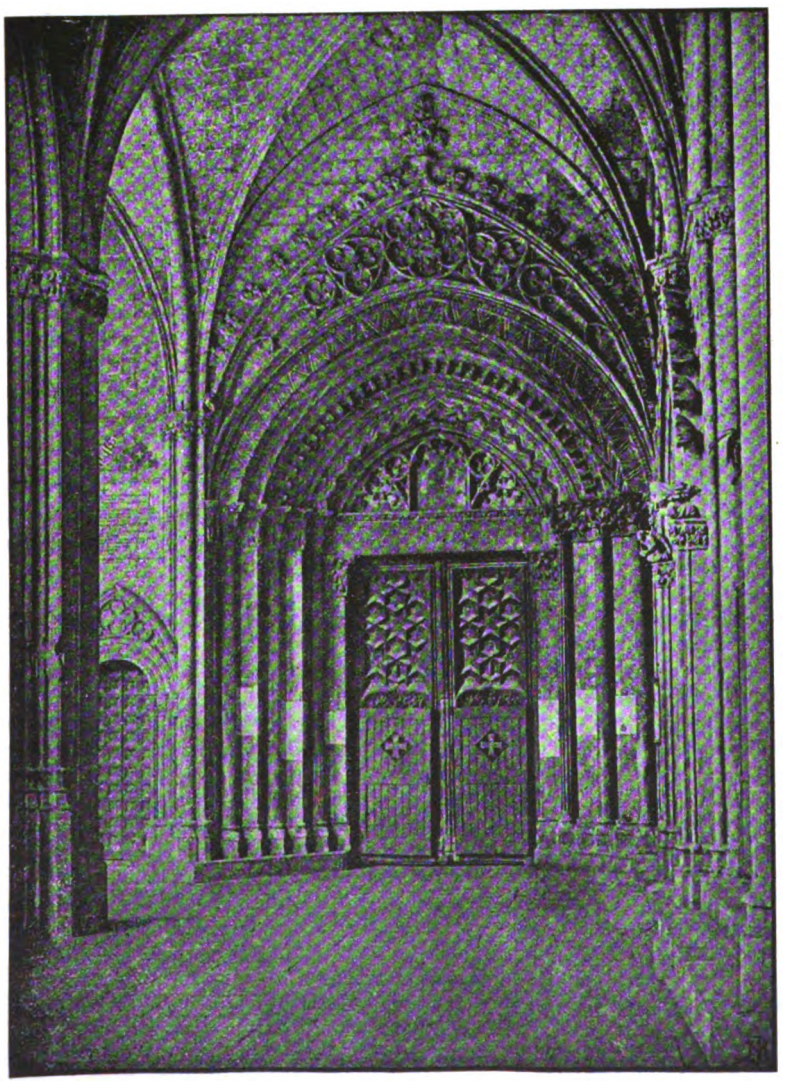
Digitized by Google



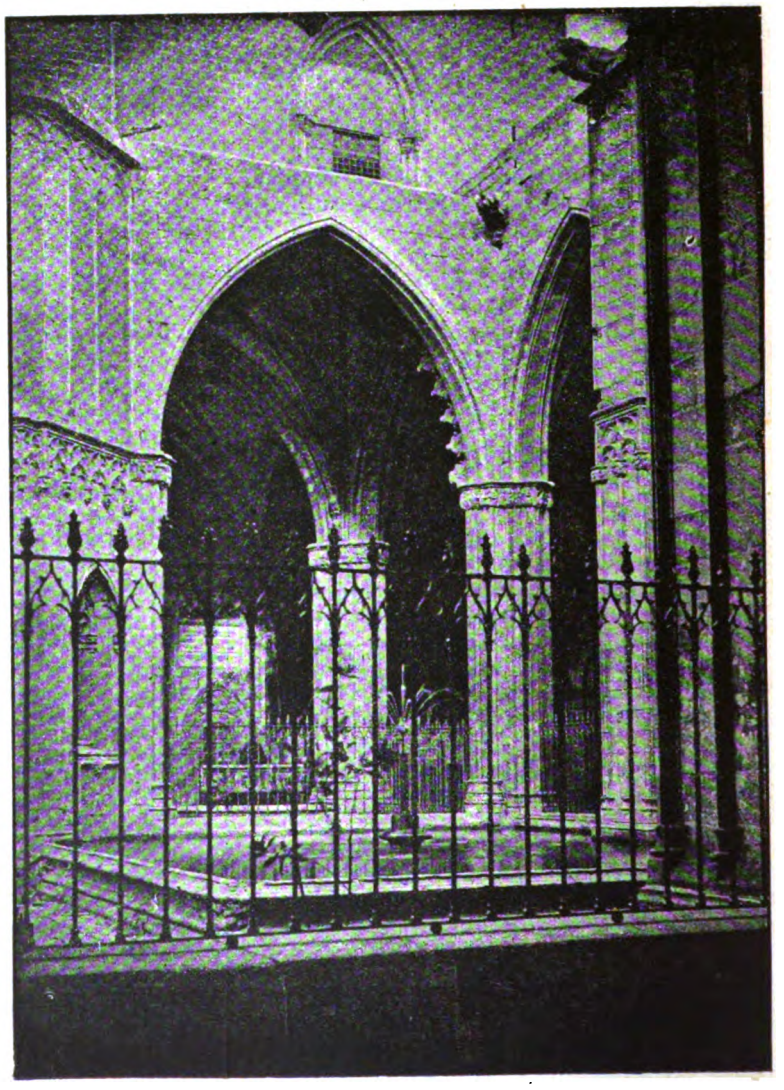
PUERTA DE LA PIEDAD



PUERTA DE SAN IBO



PUERTA DEL CLAUSTRO



EL ESTANQUE DEL CLAUSTRO

Digitized by Google

LA COMIDA DE LAS SERPIENTES EN EL ACUARIO DE BERLÍN (dibujo de G. Rosenstand)

Digitized by Google

ANOMALIAS MADRILEÑAS

. . . . . .
Mire usted: parece nada,
y cansa ser progresista.
(ROBERTO ROBERT.)

Mire V.: parece que no, y resultan muy caras las conquistas liberales. Ahora, por ejemplo, hemos logrado (y es una barbaridad lo que me alegro de ello) el *sufragio universal*. Pues bien: solamente el fijar las listas de electores en la Plaza Mayor nos ha costado tanto dinero que casi casi podríamos perdonar el bollo por el coscorrón.

Pero, señor, ¡cómo y cuánto se adelanta en esto del gastar! Vds. háganse el cargo de que en España ya han hecho elección por sufragio universal. Cánovas, sin ir más lejos (y que no me dejaría mentir) formó unas Cortes á su imagen y semejanza, en 1875, con sufragio universal. Y á propósito: ¡qué ajeno estaría él entonces de que, trascurridos quince años, volvería á reinar con el mismo sufragio!

En la época revolucionaria, en la elección de las Cortes republicanas, aplicóse también la universalidad del sufragio, y la cosa no resultó tan cara; no, señor: se nos salió por una friolera.

Pero ahora, ¡ya! ¡ya! Como desde entonces hasta hoy se han encarecido los comestibles, parece que también tienen más precio estos menesteres del sufragio. No hablo ya de la *Junta General* del censo, porque lo que esa Junta va á costar al Tesoro no es para dicho: ¡una verdadera fortuna! Nada digo de las Juntas del censo municipales y provinciales, que costarán á los municipios y á las provincias, no digamos un ojo de la cara, porque las provincias y los municipios no tienen caras, pero sí mucho dinero. Nada digo de otros gastos que luego irán saliendo, poquito á poco, como deudas de quebrado... Quería referirme solamente á los muchos miles de duros que han costado unos burladeros muy toscos enclavados en la Plaza Mayor de Madrid, para fijar en ellos las listas de electores y que han costado, según he oído decir, una atrocidad de miles de duros.

¡Eso para ir haciendo boca!

Y vean Vds. lo que son las cosas: hemos tenido para gastar miles y miles de pesetas, y aun de duros, en una tableta de *pintado pino* para fijar las listas de electores, y no tenemos con qué pagar un buen depósito de aguas ni construir un matadero medio decente.

Y es que real y verdaderamente para los madrileños parece inventado el antiguo cantar:

¡Tanto vestido blanco!
¡Tanta parola!
¡Y el puchero á la lumbre
con agua sola!

Sí, señores, sí: mucho vestido blanco y mucha *parola*, como dice el pueblo; muchos carruajes en los paseos, muchos: casi más carruajes que transeuntes de á pie; muchas canalizaciones en la calle para instalaciones de luz eléctrica, muchos hilos de seda telefónica; pero caen cuatro gotas, sobreviene una nube de verano, y ya no podemos beber agua clara. ¡Vaya! Y gracias á que la tengamos turbia, porque amagados estamos cada lunes y cada martes de quedarnos sin ella; porque el depósito que hoy existe es pequeño, es viejo y se halla en muy malas condiciones... Muchos *hoteles* (dicho sea con permiso de la Academia) de París, de Roma, de Rusia, de Embajadores... ¡de qué sé yo!... muchos *restaurants* (la Academia perdone) de Fornos, de Lhardy, de Varela... y á cincuenta pasos de la capital ya solamente se pueden comer *callos* y *caracoles* en algún merendero desaseado y mal oliente. Muchos abonos al Real y muchos días de moda en Lara y en el Español... y ni un lavadero medio decente en la capital de las Españas. Mucho aparato de desinfección, y de fumigaciones, y de campañas sanitarias... y á cien metros de Madrid un depósito de inmundicias que deja allí el contratista de limpiezas, y que suponen unos *cuarenta mil carros* de materias corrompidas; foco de infección que hace comprender cuán cierto es que en Madrid vivimos de milagro... Mucho lujo de precauciones contra el matute y manga ancha para que el desdichado vecindario coma carne mala, falta de peso y cara...

Si nuestros nietos, que indudablemente tendrán mucho más juicio que nosotros (y si no lo tuvieran, aviados estaban), se enteran de que nosotros teníamos luz eléctrica y carecíamos de agua clara, de que teníamos teléfonos y tranvías y respirábamos miasmas de basura almacenada, como *ad hoc*, al alcance de nuestros pulmones; se quedarán de seguro maravillados de nuestra insensatez.—¡Cómo!—dirán.—¿Hasta ese punto eran mentecatos ó estúpidos nuestros respetables abuelos que olvidaban lo principal por lo accesorio? ¿Miraban con indiferencia lo que, como las aguas potables, es asunto vital, asunto vitalísimo (como que es el problema de vivir ó de morir) y se entretenían en poner entarugado en las calles y en modificar los uniformes de los agentes municipales?

La verdad es que la cosa es de esas que si no se viesen no se creerían... y que se están viendo y casi casi no se creen.

¡Oh! ¡Madrid! ¡Madrid! ¡Cuánto te falta aún, á pesar de la soberbia de tus hijos, para ser una ciudad medio civilizada y medio habitable!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL MONASTERIO DE POBLET

(Á MI QUERIDA TÍA ELENA)

Uno de los monumentos artísticos de que más puede ufanarse Cataluña, á pesar de su estado ruinoso, es del que fué un día real monasterio de Poblet, situado á 39 kilómetros NNO. de Tarragona, término de la Espluga de Francolí.

Según refiere la tradición, el monasterio fué fundado por los años 1120, cuando la mayor parte de Cataluña se hallaba dominada por los sectarios de Mahoma, siendo fama que un varón de ejemplarísimas virtudes llamado *Poblet* escogió aquel rincón solitario y agreste, pero no falto de majestuosa grandiosidad, para entregarse á los fervores de la vida contemplativa.

En medio de sus místicos arrobamientos, fué sorprendido un día por los secuaces de Almira Almominiz, rey de Ciurana, el cual yendo en persecución de los cristianos dió con el santo anacoreta, dando orden de prenderle y conducirle maniatado á una de las mazmorras de su inexpugnable castillo.

Llevóse á efecto inmediatamente la orden del rey, siendo extraordinaria la sorpresa de los carceleros encargados de la custodia de *Poblet* al encontrar al otro día desocupado su lóbrego calabozo. Prendióse de nuevo, y, como el hecho se repitiera por dos veces consecutivas, atribuyólo el rey á mediación milagrosa, otorgando al ermitaño, junto con su libertad, todas las montañas y tierras á la redonda, firmándose la donación, que escrita en caracteres y lengua árabe se conservaba en el archivo del monasterio, á los 20 días del mes de febrero, año de la era de Mahoma de 614 (1120 de J. C.).

Posteriormente, cuando en 1149 el conde de Barcelona Ramón Berenguer IV conseguía extender sus dominios por toda la provincia de Lérida, hizo á su vez donación á la entonces modesta ermita de Poblet de todos los terrenos á ella inmediatos.

Desde aquella fecha el naciente monasterio tomó gran preponderancia y esplendor, pasando á formar parte de su comunidad doce monjes

BILBAO: INAUGURACIÓN DE LA ESTATUA DEL FUNDADOR DE LA VILLA, D. DIEGO LÓPEZ DE HARO

A TEODORO LLORENTE

Hijos del sentimiento y la ternura
de que viertes espléndidos raudales,
son, poeta, tus versos inmortales
reflejos de la típica hermosura.
Como se cierne el águila en la altura
te ciernes en regiones ideales,
y no hay inspiración que tú no iguales,
artista insigne de la forma pura.
Por eso, ante las flores que lozanas
creó tu fantasía, confundido
el tiempo estrellará sus iras vanas,
y, vencedora del ingrato olvido,
irá unida á las glorias valencianas
la gloria de tu nombre esclarecido.

RAFAEL VILLENA

Digitized by Google

del monasterio de Claraval, regido á la sazón por San Bernardo.

Acordada la construcción de un nuevo convento más en armonía con las necesidades de la comunidad, inauguróse el 6 de mayo de 1151 la nueva fábrica erigida en monasterio, siendo la capacidad de su iglesia de 8 varas de largo por 6 de ancho.

El muro que circunvalaba el monasterio contaba en toda su extensión 2,154 varas y 6 de elevación. Una sola puerta hacia poniente franqueaba el paso á su interior, teniendo por toda ornamentación una estatua de la Virgen en su parte superior. El pórtico, construído con grandes sillares, formaba el zaguán del gran edificio sobre cuya esbelta arcada tenía el monje portero su habitación.

Para penetrar al cuerpo principal del edificio había una magnífica y espaciosa portada de piedra, adornada con los escudos de Aragón, Sicilia y Castilla, el símbolo de Poblet y los timbres de algunos de sus abades.

En 1564 sus puertas fueron revestidas con grandes y sólidas hojas de bronce primorosamente labrado y dorado al fuego, por cuya razón se las llamaba *las puertas de oro,* puertas que sólo se franqueaban á los reyes que visitaban el suntuoso monasterio.

La clausura hallábase defendida con una verdadera fortificación. Sus cuatro lienzos, iguales en su extensión, medían en su total circunferencia 651 metros, contando 12 de elevación y 2 de espesor. La obra resultaba maciza y de imponente grandiosidad, coronada con antepechos, troneras y empavesados. Completaban tan soberbia construcción doce torreones almenados, distribuídos militarmente para su defensa.

Ordenó la construcción de esa obra de defensa D. Pedro IV de Aragón, con el objeto de defender el panteón real erigido por expresa voluntad del citado monarca en la iglesia del monasterio. El material empleado para su erección fué el alabastro de las inmediatas canteras de Sarreal.

Para penetrar en el interior de las reales tumbas había una pequeña puerta de bronce dorado, adornada con una corona real embutida en su centro.

Sus bases, de gusto moderno, sostenían tres comparticiones góticas separadas por estatuas, sobre las cuales corría un ancho friso entallado de delicados adornos interpuestos con grifos, concluyendo su remate con tres urnas góticas separadas por columnas, corriendo en torno de las mismas una galería calada con pequeños doseles que cobijaban figuras yacentes cubiertas con holgadas vestimentas talares y capuces.

Cobijaban tan bellos sarcófagos tres arcos ojivales superados de esbeltos y afiligranados doseles dorados, y pintados en su parte interior de azul con estrellas de oro, recibiendo todo aquel faustuoso conjunto una luz vaga y opaca á través de sus bien combinadas vidrieras de colores, lo cual contribuía á dar al templo más melancólica grandiosidad.

Ocupaban el primer panteón de la derecha los restos de D. Jaime I *el Conquistador,* depositados hoy en hermosa urna de mármol junto al coro de la catedral de Tarragona. Seguía á este monarca el fundador de aquel Escorial de los reyes de Aragón, D. Pedro IV, descansando en el tercero Fernando I, siendo depositadas en esta regia tumba, por disposición de Fernando V, doce infantes de Aragón hijos de distintos reyes.

Junto á los mencionados panteones, la noble casa de Segorbe y de Cardona, unida hoy á la de Medinaceli, como descendientes de familias reales labraron sus sepulcros debajo de aquéllos, en el espacio que quedaba entre el arco, el cual llenaron con tres comparticiones separadas por cuatro estatuas de alabastro. En su centro se hallaba una puerta de bronce practicable, con corona real, campeando entre dos grandes escudos de la misma familia.

Tarea interminable fuera enumerar uno á uno los panteones levantados en la hermosa iglesia del célebre monasterio, consignando además los nombres y dignidades de los que los ocuparon: basta con apuntar lo que dice el ilustre historiador Sr. Bofarull de que jamás ninguna de las actuales testas coronadas de Europa se ha visto rodeada de una corte tan brillante y selecta como la que tuvieron en torno suyo los ocho reyes y nueve reinas que durmieron su último sueño en el panteón de Poblet. Allí descansaban dos príncipes, uno de ellos el inolvidable de Viana, diez infantes, cinco infantas, veintidós condes y duques, diez condesas y duquesas, todos de estirpe real; un arzobispo, cuatro obispos, veintisiete barones ó señores feudales, más de veinte famosos guerreros, con pajes, cancilleres, maestres de distintas órdenes y embajadores, cuyos restos en su mayor parte fueron salvados del incendio y saqueo del monasterio y trasladados después á la catedral de Tarragona, donde, si no recordamos mal, se hallan depositados en la capilla del claustro llamada *de Corpus Christi.*

Si el panteón real se imponía por su severa magnificencia, el altar mayor resultaba asimismo una obra de majestuosa grandeza. A pesar de las mutilaciones que ha sufrido se manifiestan aún sus primores en las comparticiones más elevadas, á las cuales no han podido llegar los golpes destructores. Sin embargo, lo que no ha hecho el hacha movida por airada mano, lo han hecho las piedras lanzadas con furia contra las delicadas cabezas que lo coronan.

Esta preciosa obra es de alabastro de Sarreal, distribuída en comparticiones separadas unas de otras por finas columnillas de pórfido rematando en airosos doseles.

Son asimismo dignos de especial recordación los claustros, modelo de gracia exquisita por la belleza de sus esbeltas y delgadas columnas y el minucioso trabajo de sus labores en calados y ojivas, siendo de observar en uno de sus lienzos un trabajo cuya pulcritud y delicadeza supera á todo lo imaginable.

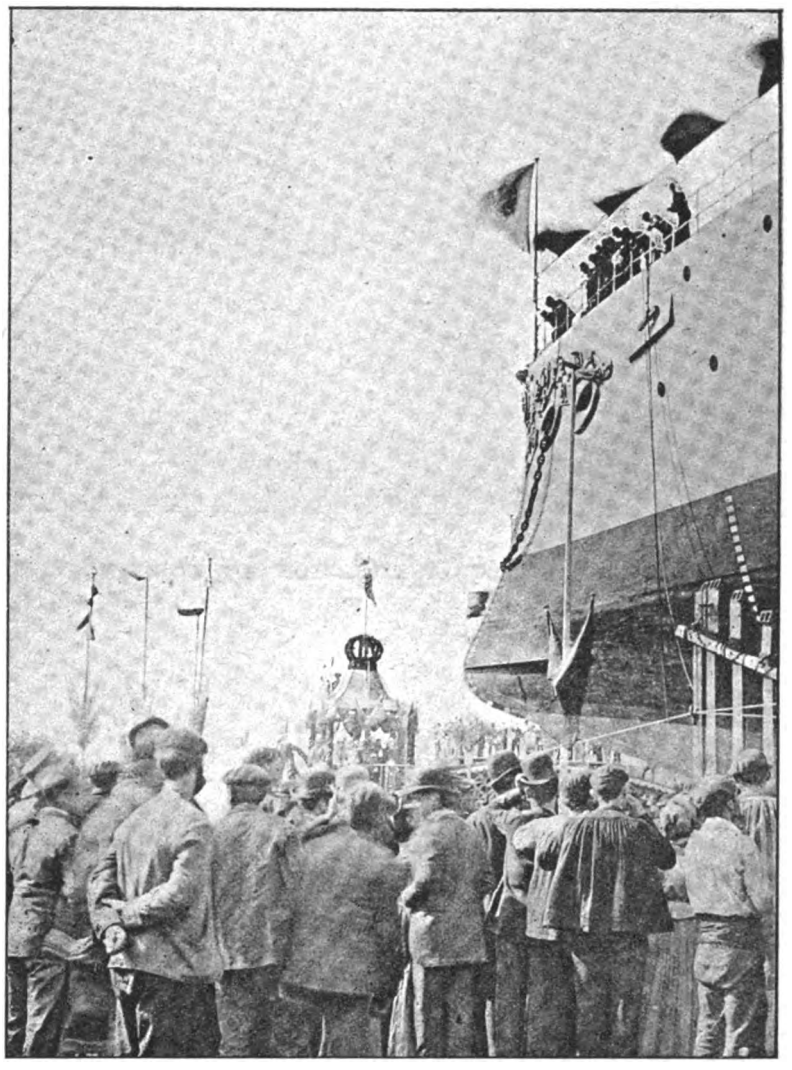
El refectorio, pieza de una sola nave, medía 27'50 metros de longitud por 9 de latitud. Recibía luz este compartimiento por grandes ventanas abiertas simétricamente en sus paredes. Un magnífico pilón octógono rebosando agua, y antiguamente por medio de un surtidor colocado en su centro, hacía sumamente agradable aquel sitio. En el exterior de su entrada, que le servía como una especie de pórtico, se elevaba una bóveda de bruñido jaspe apoyado sobre cuatro elegantes columnas, cuyo conjunto cubría un tazón de la misma piedra, de 10 metros de circunferencia, recibiendo el agua por 31 caños.

Era, á su vez, la sala capitular con su puerta adornada con un grupo de nueve delgadas columnas góticas á cada lado sosteniendo un simple arco semicircular, un soberbio compartimiento, así como la biblioteca una de las habitaciones más notables del monasterio.

Hallábase ésta situada á la entrada de los claustros junto al locutorio de los monjes y debajo del dormitorio de los jóvenes, conservándose todavía una puerta superada con el escudo de armas de D. Pedro de Aragón.

Medía el salón biblioteca 28 metros de extensión por 11 de ancho. El armazón de la librería se hallaba distribuído en treinta comparticiones, cada una con sus estantes correspondientes á los tamaños de los volúmenes que los llenaban, todo en ébano y encerrado por medio de grandes cristales antiguos de Venecia.

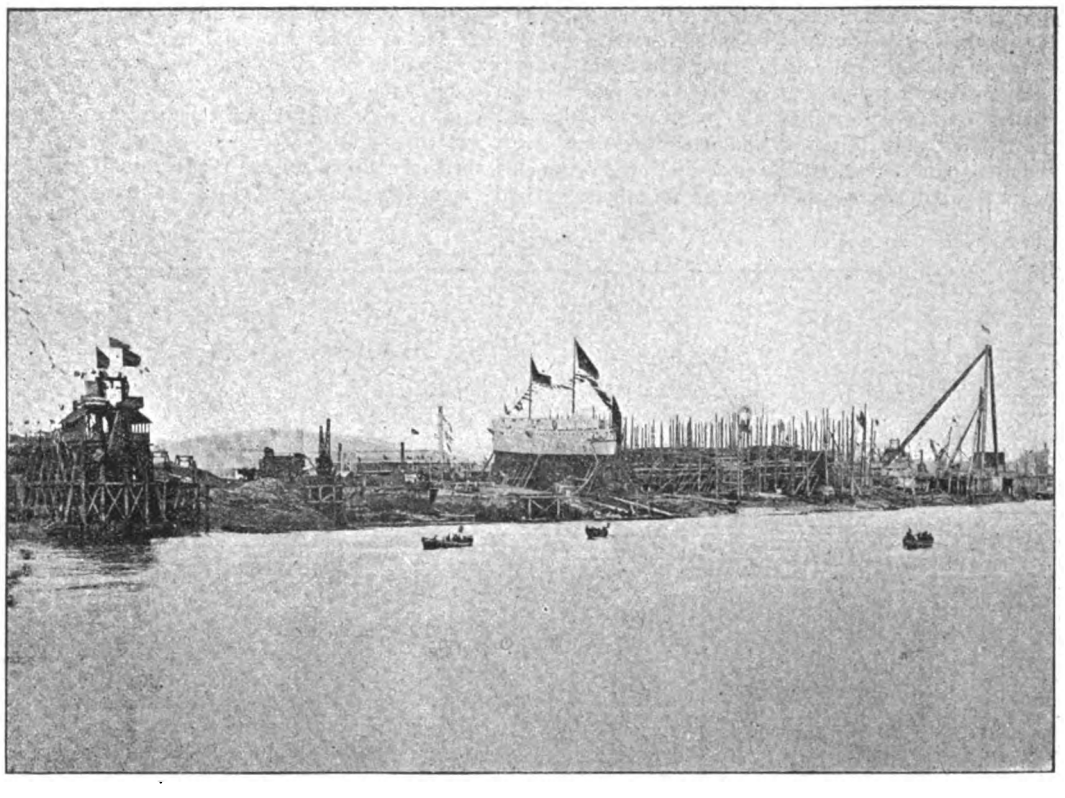
Cuando la destrucción del monasterio en 1835, el número de volúmenes constaba de 15 á 20,000 siendo los más notables 6,000 donados por el duque de Cardona con encuadernaciones iguales de tafilete, cantos, cortes, lomos, y las



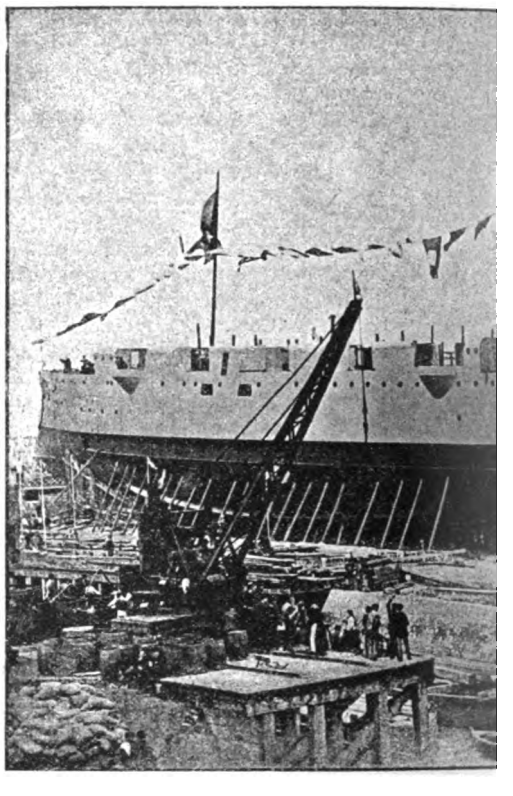
BILBAO: S. M. LA REINA CORTANDO EL CABLE PARA BOTAR EL CRUCERO «INFANTA MARÍA TERESA»

Digitized by Google

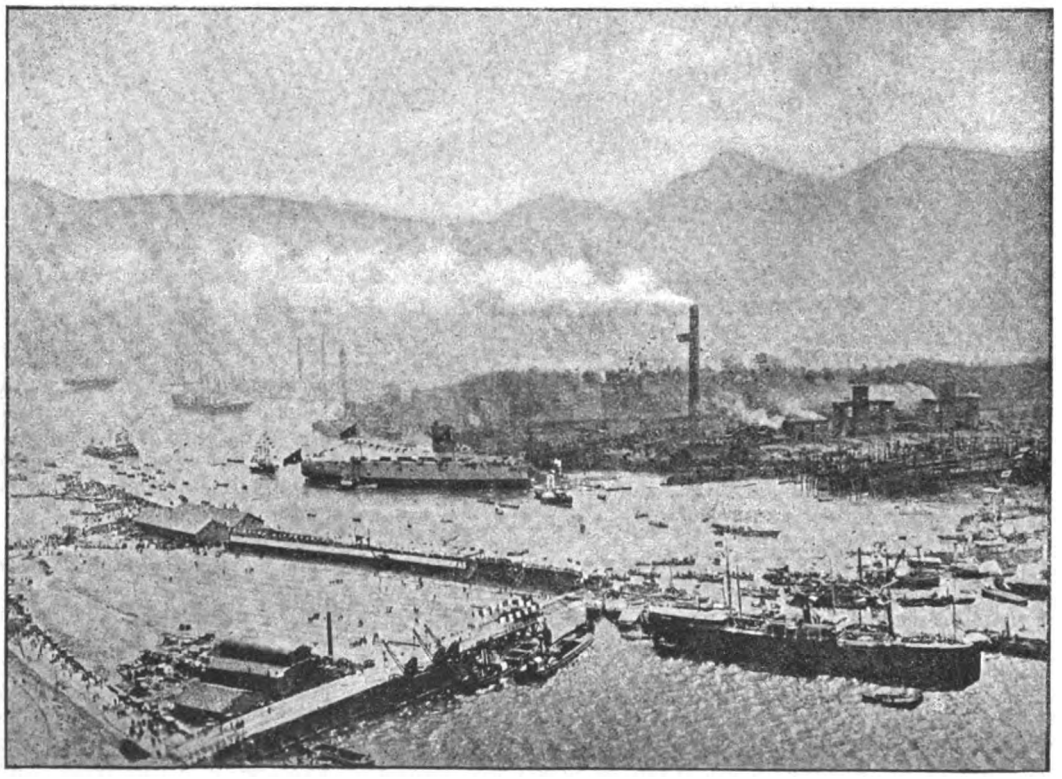
BILBAO: LA BOTADURA DEL CRUC



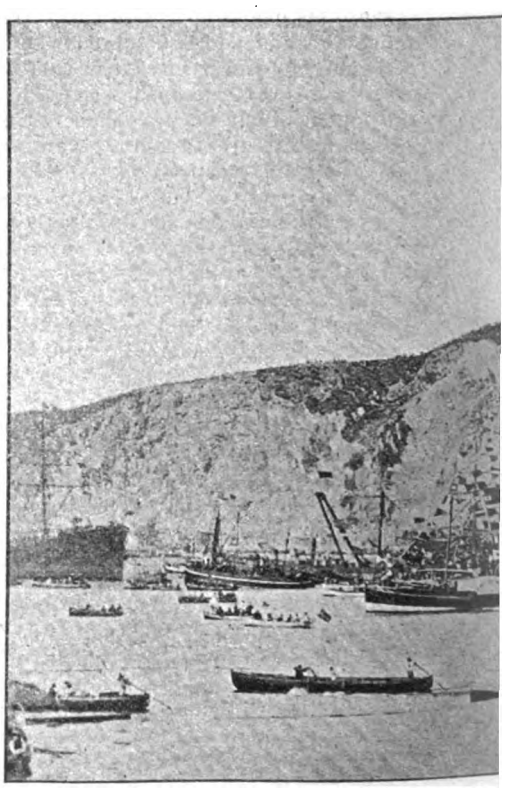
VISTA GENERAL DE LOS ASTILLEROS CON LOS TRES CRUCEROS



EL CRUCERO «MARÍA TERESA» MOI



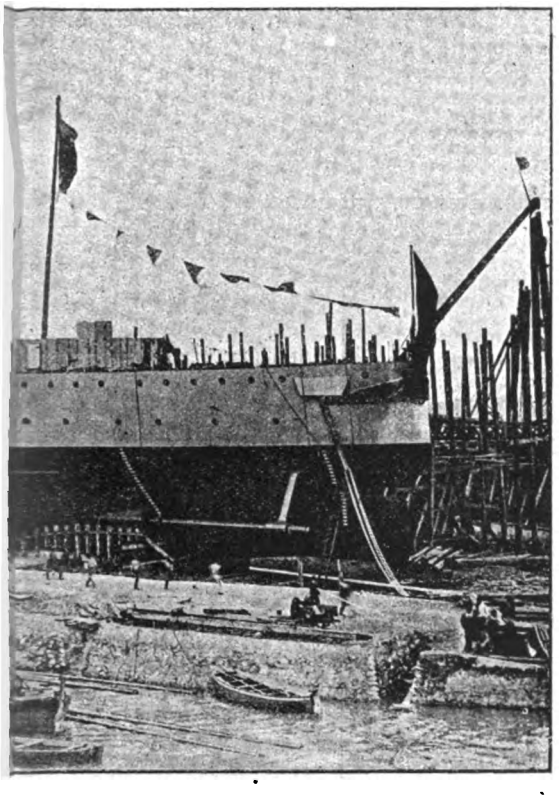
EL CRUCERO EN MARCHA DESPUÉS DE BOTAR Ó SEA EN EL MOMENTO DE BOTAR



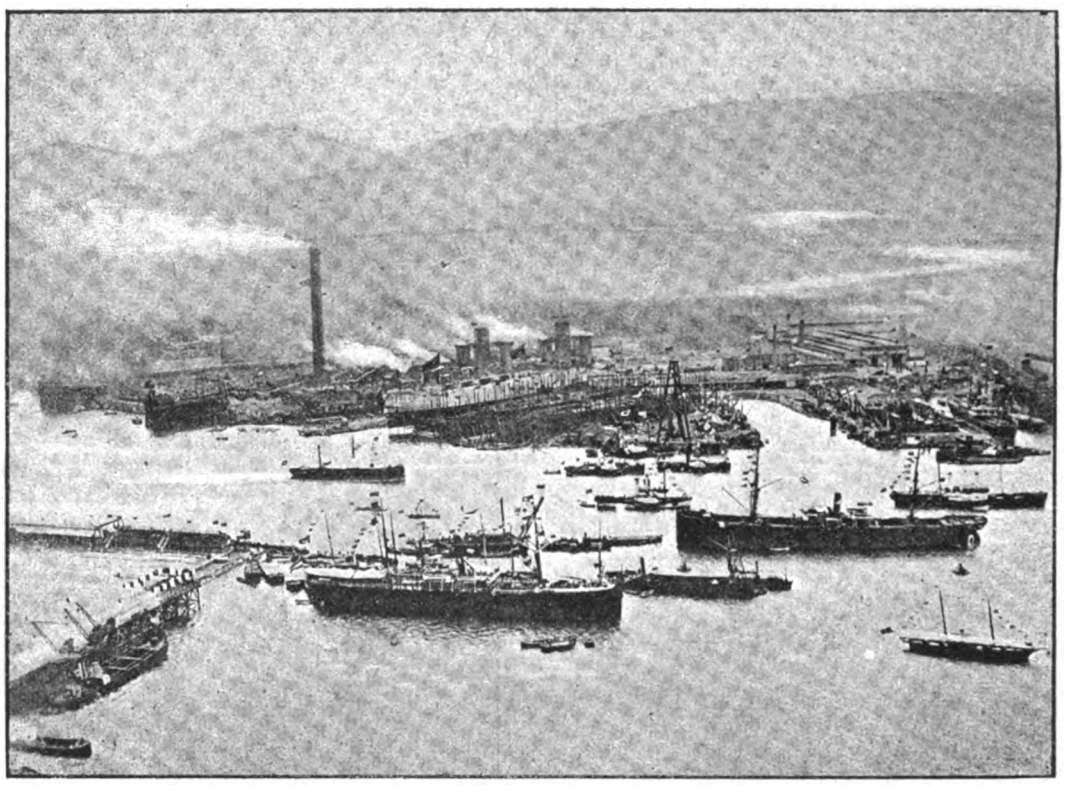
EL CRUCERO REMOLCADO PAR

Digitized by Google

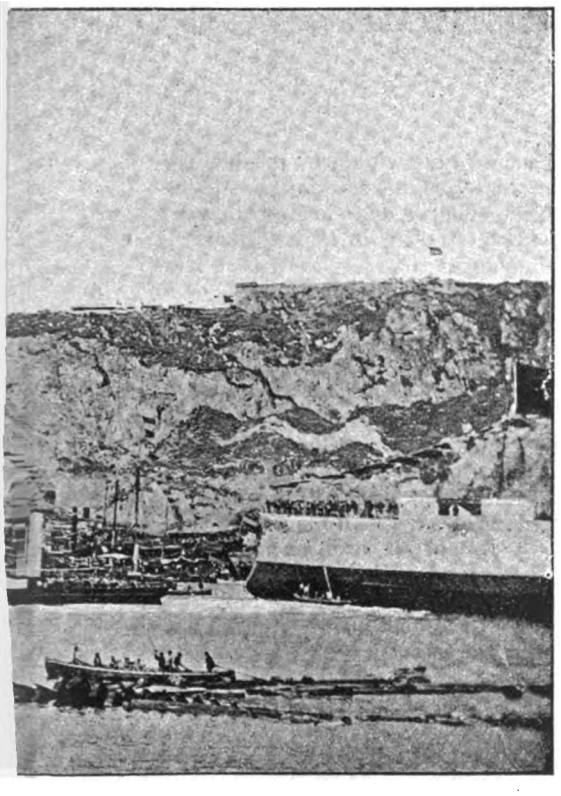
...ERO «MARÍA TERESA» (De fotografía)



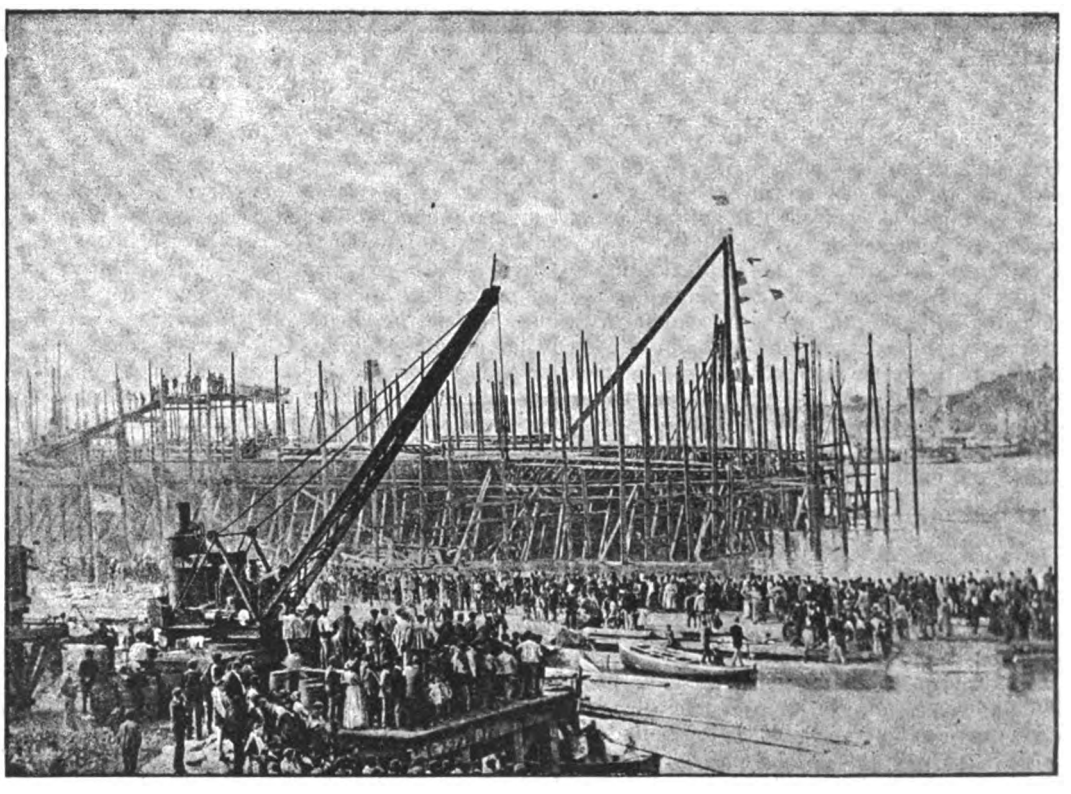
...ENTOS ANTES DE BOTARLO AL AGUA



CRUCERO AL EMPEZAR LA BOTADURA, YA EN MARCHA



EL DIQUE DESPUÉS DE BOTADO



ASPECTO DE LOS ASTILLEROS DESPUÉS DE BOTADO EL CRUCERO «MARÍA TERESA»

Digitized by Google

armas del ilustre donador en sus cubiertas, todo en oro.

La mayor parte de aquellas obras eran de un mérito inestimable por su originalidad y rareza, contándose entre ellas las mejores producciones de autores alemanes durante los siglos XVI y XVII, con un sin fin de preciosos códigos y las mejores obras, ilustradas no sólo por sus grabados si que también por sus preciosas iluminaciones y miniaturas; colección que difícilmente podrá juntarse, aun á fuerza de grandes dispendios, en las nacientes bibliotecas públicas.

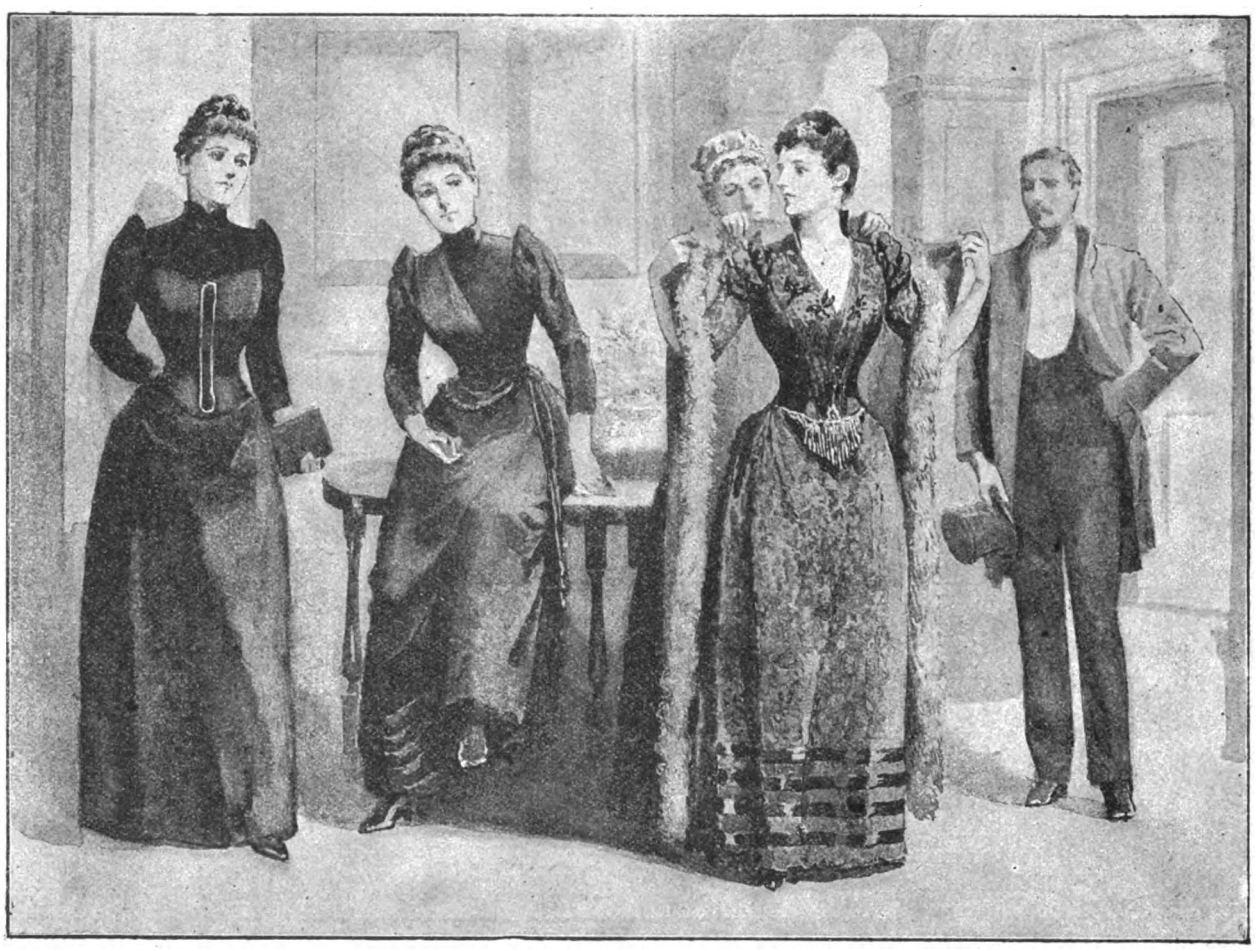
llón griego cubierto con un paño de brocado en el que se sentaba el abad, revestido con las insignias obispales y rodeado de su numerosa comunidad que como á hábito de coro vestía, cada monje, holgado y militar manto con cola de blanquísima y flexible lana.

Ninguna pompa fúnebre puede presentarse más imponente y grandiosa que las que se celebraban en Poblet en medio de los mates reflejos que proyectaban los regios panteones superados por las severas y majestuosas estatuas de sus monarcas.

Los vasos sagrados, imágenes, relicarios,

Tantos tesoros y joyas artísticas, de mérito tan indiscutible, todo fué pasto de las llamas y de los horrores del saqueo llevado á efecto por los vecinos de Vimbodí el 24 de julio de 1835, día de funesta recordación por el acto de salvajismo consumado por el fanatismo político y la obcecación de la ignorancia.

De aquella grandiosa é imponente fábrica sólo quedan admirables ruinas conservadas con un celo digno de todo encomio por la Comisión de Monumentos de Tarragona, á la que se deben las restauraciones practicadas en algunos de sus más notables departamentos. Varias veces se



MODAS DE VESTIDOS

Gracias á la munificencia de varios reyes y santos padres, poseía el monasterio un verdadero tesoro para el servicio del culto y ornamentación de su iglesia.

Colgaduras de grana para la iglesia, festoneadas y guarnecidas con ricos y primorosos realces bordados en oro, con un sin número de magníficos tapices y grandes alfombras: los primeros para vestir sus paredes, y los otros para cubrir el pavimento desde el altar mayor hasta el coro durante el invierno.

Uno de los adornos más ricos y curiosos en su clase, era el que servía en los grandes funerales, dádiva de D. Antonio de Aragón. Consistía en un terno y paramento completo pontifical para los funerales regios, compuesto de ocho capas pluviales, frontal, paño para el púlpito, y todos los demás adornos necesarios de terciopelo negro bordado en grandes y anchos realces de oro. Asimismo una alfombra de la misma calidad y gusto, de 6'64 metros de largo y 4'68 de ancho, orlada con una cenefa de 0'78 metros, campeando en su centro el escudo de la casa de Segorbe y de Cardona en realce de oro y plata cuyo rico paño se colocaba en el centro intermedio de los panteones. Circunvalaban esta alfombra 12 blandones de ébano con filetes de bronce dorado, de 1'75 metros cada uno. De igual estilo y gusto eran los seis candeleros de mayor tamaño que adornaban el altar, un crucifijo con su imagen de bronce, 2 ciriales, 2 atriles, 2 facistoles, 6 bordones, 4 taburetes y 1 si-

blandones y candeleros de oro y plata cuajados de piedras preciosas eran innumerables; no siendo sólo notables por el rico material empleado para su fundición, si que también y muy particularmente por su mérito artístico en sus raros y primorosos labores cincelados en el metal y en las piedras preciosas que llevaban engastadas.

Como alhajas dignas de mencionarse por su mérito y riqueza, merecen serlo: una custodia de oro considerada como un prodigio del arte, sostenida por un ángel apoyado en un pedestal engastado en brillantes, rubíes y turquesas, donacion de la casa de Segorbe y de Cardona; un ancho frontal para el altar mayor, reputado por la joya de más valor intrínseco que poseía el monasterio, embutido de flores, frutas y animales, formado todo de lapizlázuli, ágatas, perlas, jaspes raros, cornalinas y topacios de extraordinario tamaño, compartido en tres divisiones guarnecidas de plata y bronce dorado, ocupando su centro una imagen de la Virgen con ocho atributos, todo de plata en bajo reslieves primorosamente cincelados.

Las dos comparticiones laterales del propio precioso metal contenían las imágenes de seis santos rodeados con paisajes alegóricos á sus respectivas virtudes y embutidos sobre tarjetones también de plata.

Poseía además el regio santuario los esqueletos de 67 santos, encerrados en igual número de urnas de plata y ébano cubiertas con ricos paños de terciopelo ó de damasco.

ha echado á volar la especie de la posible restauración del histórico monasterio; pero la noticia ha carecido siempre de todo fondo de verosimilitud. La restauración de Santa María de Ripoll, en el obispado de Vich, es una reparación al arte: la del monasterio de Poblet, dado el carácter levantisco de aquellos convecinos, sería sólo sembrar de nuevo la semilla de la discordia y predisponer los ánimos para la segunda edición de 1835. Después de todo, edificar sobre ruinas es siempre edificar en falso. Hoy, al visitar el monasterio, al discurrir por sus claustros y galerías, al recorrer sus vastos departamentos y al bajar al fondo de las regias tumbas, un sentimiento de profunda piedad y melancolía hace exclamar: *¡Lo que eran!* Si una restauración volviese las cosas á su ayer, de seguro que un impulso muy distinto, un sentimiento totalmente opuesto, nos haría exclamar: *¡Lo que son!*

ANTONIA OPISSO

RIMAS

I

¡A contarte mis penas me convidas!
Siento no complacerte;
que, aunque tienes el pecho de granito
y el alma más helada que la muerte,
tal vez si las contara llorarías,
¡y temo entristecerte!

Digitized by Google

II

Dadme la copa de espumoso vino
y dejadme beber:
quiero, un instante solo, de mi vida
el recuerdo borrar de una mujer.

BENITO BLANCO FERNÁNDEZ

AMOR DE AMORES

(CONCLUSIÓN)

VII

Pude llegar al castillo, y no sé explicar ahora las extrañas vicisitudes por que pasé antes. Pareció, durante un gran intervalo, que mi dolor se apaciguaba. Hubo un punto en que me creí extraño por completo á todo cuanto veía. Me encontré en el castillo, y entonces fué cuando sentí de nuevo mis crueles torturas, sin pensar para nada en otra cosa.

Pero con ser tan grande y todo mi dolor, no era suficiente para que mis ojos dejasen de observar unos detalles muy extraños: las puertas del castillo estaban abiertas y no encontré á nadie en él, absolutamente. Era una soledad pavorosa, mucho más triste, porque ninguna de las habitaciones parecía estar deshabitada. No sentía uno allí ese frío extraño, esa atmósfera glacial que parece envolvernos en una habitación que abandonaron, no: en cada una de las habitaciones que yo iba recorriendo, creí sentir ese dulce calor del hogar y de la familia, ese vago perfume que el alma no se explica, pero que nos atrae y nos conmueve y suspiramos por él como por el abrazo de nuestra madre, como por el abrazo de nuestros hijos, como por la caricia casta de la noble mujer de nuestro amor.

Al principio avancé resuelto en dirección de las habitaciones de Nieves, porque conocía muy bien el interior de la vetusta casa; pero bien pronto el desaliento se apoderó de mí al comprender que estaba todo muy cambiado allí donde yo estaba seguro de que todo sería igual siempre.

Me perdí en aquel laberinto de corredores, de que yo no hacía memoria. Todo el edificio estaba de otra manera que cuando yo me ausenté: en los techos había unas ensambladuras estrambóticas, y los muros habíanlos pintarrajado tambien de una manera particular. Aquello no parecía la casa de Nieves, de aquella Nieves dulce, uniforme, de intuición artística asombrosa y de exquisito gusto para su adorno y el de su vivienda: aquello era un fantástico laberinto que se exornó en sus muros y en sus techos con el extraño pincel de algún genio abortado de no sé qué mundo que yo no pude presentir siquiera. Avancé á la ventura, paralizado el corazón, atónita y fija la mirada. Encontrábame aquí, de pronto, un arco estrecho como grieta de abismo, por lo tenebroso de su fondo; allá una cúpula achatada, teniendo que inclinarme para atravesar la habitación á que pertenecía; tragaluces, en un lado ú otro, por donde distinguí como con la luz del sol, aunque era de noche, un campo vastísimo de árboles tan corpulentos que mi vista, fatigada, no podía alcanzar á sus cimeras; y recuerdo con horror, que todos aquellos árboles tenían, en vez de hojas, alas negras de cuervos, y, en vez de frutos, cabezas de momias medio aplastadas como aquellas de la cripta del monasterio de las flores.

VIII

Hirió mi retina de pronto un resplandor muy fuerte. Salía de una de las habitaciones, poniendo un cuadro de luz delante de su puerta. Me aproximé temblando: presentía no sé qué horrible cosa. Otra vez iba mi cerebro poblándose de fantasmas; otra vez mi espíritu, que pareció muerto por un instante, aleteó ardientemente por el cielo sombrío de mi pena, ¡aquella pena cruel, que me flagelaba por la muerte de Nieves! ¡Otra vez sentí la canción de lágrimas de las hojas que se caen! ¡Cielos piadosos! ¿Qué resplandor era aquel que salía de una de las habitaciones, poniendo un cuadro de luz en la puerta?

Me detuve: yo quería saberlo... y no entraba. Era un suncho de acero lo que allí me detenía. Una gran ventana abríase á mi lado, ¡una ventana árabe! Yo la recuerdo: á su columnilla central de mármol enroscábase una matita de yedra; abajo había un tiesto de rosas; arriba, en un huequecillo, una golondrina. Las rosas lloraban.

La yedra preguntó á una rosa:

—¿Por qué lloráis?

—¡Porque ha muerto Nieves!—respondió.—¡Ya no tenemos quien nos cuide! ¡Vamos á morir también!

La golondrina piaba: parecía su piar una oración de llanto.

Y replicó la yedra:

—No lloréis, que la felicidad se os prepara: vais á coronar su frente. Yo soy la que debo llorar: ¡yo no podré besarla! Vosotras besaréis su frente: ¡yo no!

Yo oí todo aquello, y corté las rosas y corté la yedra.

—No,—dije á la yedra;—tú también besarás su frente. Pero... dime: ¿dónde está? Dime dónde está la muerta de mi alma.

La yedra dijo:

—Ese resplandor que sale por la puerta, es de los blandones que iluminan su féretro. Pero ¿me pondrás en su frente?

—Sí, te pondré.

Las rosas sonrieron, la yedra sonrió, la golondrina siguió piando, y la estrella de mi felicidad sonreía en el cielo aún como la yedra y como las rosas. ¡Yo era el que lloraba como la golondrina!

IX

Entré en la cámara mortuoria. Allí estaba ella en su ataúd blanco. Blanco era todo: sus vestidos, los paños que colgaban el muro, los que cubrían las baldosas; blancas eran sus manos, como las azucenas; blancos su rostro y su frente. ¿Qué me sucedía? Yo no temblé, yo no respiré; mis ojos estaban fijos, y mis pupilas, inmóviles, parecían dos gotas de plomo derretido que venía de mi cerebro.

Le cogí una mano. ¡Qué fría! ¡Cómo pesaba! Me pareció una mano de piedra. Coroné su frente de rosas y puse la matita de yedra entre las rosas. Aquellas flores dejaron deslizar sobre la pálida sien las gotas de rocío de que estaban aún saturadas, como si llorasen de amor por el espíritu puro. Los ojos de Nieves estaban abiertos: fijábalos en mí, y yo no podía apartar de ella los míos; aquellos ojos á quienes yo tantas veces acaricié, diciendo dulcemente:

. . . . . .
son negros, y son lánguidos
cual soñó el afán mío;

SOMBREROS

y si lloran, sus lágrimas
son perlas de rocío
de las flores que bordan
la orilla del Genil.

¡Y lloraban, lloraban ahora también los ojos de mi muerta! Algunas gotas del rocío de las flores se deslizaron hasta sus ojos y salieron de allí después, en lágrimas verdaderas, lágrimas de muerte, que me hicieron recordar una copla que me cantaba ella con su voz armoniosa.

Cuando me muera, te pido
por Dios que me des un beso,
para que no esté en la caja
llorando después de muerto.

¿Lloraría por mi beso?
¡Me hinqué de rodillas y la besé!

X

Al besarla miré su frente de cerca: allí quedé estático, ante los recuerdos que á mi corazón traía. Nadie, en muchas leguas alrededor del castillo, vió una frente de mujer como la suya; nadie, en la ciudad, la vió tampoco. La hermosura de Nieves era soberana; su atavío, espléndido; era Nieves la admiración de todos; y lo que se admiraba en ella, más que todo, sin embargo, era la sencillez. Pero había otra cosa que era más bella, más pura, más grande, más hermosa aún que su misma sencillez: ¡era su frente!

Sentía yo temblar mis manos ardorosas en

Digitized by Google

CONDENADO Á MUERTE

Digitized by Google

AIDEA (cuadro de Victor Corcos)

Digitized by Google

sus inmóviles manos de piedra; sentía yo vacilar mi cuerpo para caer allí, contra aquella caja de plomo, menos pesada que aquel mundo que iba aplastando mi pecho; sentía yo quemarme las mejillas al calor mismo de mis lágrimas, aquellas lágrimas que caían sobre su corona de flores, y no dejaba de contemplar aquella frente; mientras allá, de lo infinito, brotaba una música sobrenatural, y un coro de genios centelleantes como el oro y pálidos como las carnes de la muerta, iba danzando alrededor del cadáver y mío, cantando en voz muy baja como para que la muerta no se despertase de su sueño eternal...

Y yo canté en voz muy baja también, como los genios que rodeaban el ataúd:

. . . . . .

Yo no sé qué simbólico
genio de luz riente,
pudo formar el cándido
poema de esa frente
que tus rizos ocultan
como bello dosel.
¿Por qué tu frente célica,
de tan dulces hechizos,
en el misterio ocúltase
del bosque de tus rizos
para que yo no pueda
sus alegrías ver?

Como el altar druídico
del bosque venerado
donde la virgen púdica
á Dios hubo adorado
en la tupida selva
su misterio ocultó,
así tu frente escóndese
del sol á los destellos
en la fronda odorífica
de esos finos cabellos,
que con rayos de luna
tejió una noche Amor.

Esos cabellos álzate,
mi amada, y no permitas
que nubes, aunque célicas,
las glorias infinitas
del nimbo de tu frente
pretendan ocultar;
de esa frente que es áureo
trono de luz serena
donde flota un espíritu
cuya mirada buena
de piedades induce
á sufrir y á rezar...

Detuviéronse de pronto los genios que cantaban, rondando el ataúd, interrumpióse el canto, enmudecieron las liras del infinito, allá en el fondo rugió la tormenta, los blandones se apagaban, yo sentí que me cogían violentamente, volvíme hacia los que me cogieron... ¡Eran unos hombres repulsivos que venían por ella! ¡Iban á llevársela! Puedo decir que entonces me hice cargo por vez primera de mi desdicha. Se me abrasó de furor el alma, y toda mi sangre latió en las sienes.

—¡Aparta!—decían aquellos hombres.

—¡No! ¡No quiero!

—¡Aparta!—Y me cogían vigorosamente, echándome hacia atrás.

Luché con fuerzas de loco. Desprendíme de los sayones, caí á tierra y me herí la frente. La sangre, aquella sangre que latía en mi corazón con dolorosa furia, veló mi mirada y no podía ver á mi muerta: una cortina roja de fuego pareció separarnos. Limpié la sangre de mis ojos con sus hábitos níveos, y vi: la vi por última vez allí, con sus dulces y pálidas facciones, con sus ojos negros, de mirada vidriosa, fijos en los míos; con sus manos cruzadas, con su corona de rosas en la frente... Lancé un grito destemplado y abracé á la muerta, abracé el ataúd. Latíame el cerebro como si en él se derrumbase una montaña de rocas, cayendo de allí para aplastar á mi espíritu. En una última ráfaga, pasaron por mi imaginación los recuerdos anteriores: «mi felicidad porque iba á ver á Nieves, mi marcha en el tren, y la estrella de la tarde que aparecía entre los alambres del telégrafo.» Creí que venía en el tren aún, pensando en la vida, en la juventud, en la galanura y en la grandeza de mi Nieves. Aquel estrepitoso ruido del rodaje del tren, teníalo yo entonces metido en el cerebro. De no sé dónde, surgió súbitamente un mundo de llamas: el castillo se incendia, los hombres que iban por el cadáver, luchan conmigo por arrancármelo, me golpean, desfallezco...—¡Nieves! ¡Nieves! ¡Adiós!—El castillo se estremece con gran balumba, empieza á derrumbarse, cae con estruendo de mundos... Yo grito otra vez. Luego, nada.

Abro los ojos: silencio sepulcral, abismo sin fin...

. . . . . .

Pero ¡Dios mío! ¡Es ya de día! ¡Una estación! ¡Vagones! ¡Gente que pasa y cruza con sus equipajes! ¡Viajeros á quienes abrazan las familias que les esperaron!... ¡Jesús bendito! ¡Me dormí! ¡Soñé!... ¡Nieves! ¡Nieves de mi alma! ¡Está allí, con su padre! ¡Me espera! Corro, la miro, me sonríe llorando de emoción... ¡Alzo los ojos al cielo! La estrella ha desaparecido, pero mi felicidad está aquí. ¡Gracias, Dios de las misericordias!

M. Martínez Barrionuevo

SOMBRERO

LA CATEDRAL DE BARCELONA

Fué comenzada la obra de la actual basílica en 1298, empleándose la arquitectura ojival, comenzada á usarse á principios de aquel siglo, y terminó antes de á mediados del siguiente, admirando hoy la fábrica á los inteligentes por su solidez, majestad y magnificencia. El templo consta de tres naves, divididas por pilares ó grupos de delgadísimas columnas que sostienen diez y nueve arcos y sus bóvedas con incomparable ligereza.

Entre las puertas es verdaderamente de asombrar la de San Ibo, «valentía del arte y pasmo de la arquitectura,» sobre cuyo arco gravita la elevadísima torre llamada antiguamente *Seny de les hores*. La puerta de la Piedad es á su vez una maravilla de escultura, y no es menos bella la del claustro.

Este está rodeado de esbeltas columnitas que sostienen preciosos arcos ojivales que rematan en peregrinos capiteles profusamente adornados con centenares de figuritas representando escenas de las Escrituras. Son notabilísimas como obra de cerrajería artística las verjas que cierran las capillas. Este claustro llenaba de entusiasmo á Piferrer, que veía en él una obra perfecta de la arquitectura gótica. En suma, la catedral de Barcelona constituye la más preciosa joya monumental de la ciudad de los Condes, pudiendo citarse como raro modelo de esbeltez y elegancia.

EN LA CATEDRAL DE TOLEDO

Al mirar este gótico portento
que el poder de los siglos desafía,
á impulsos de exaltada fantasía
se estremece el humano pensamiento.
Desde el mármol del rico pavimento
á la cruz que las nubes desafía,
todo es arte y amor y poesía
y hermosura y belleza y sentimiento.
Absorta el alma ve su mole ingente:
como leyendo en insondable arcano,
humíllase con pasmo reverente,
y, de su autor al bendecir la mano,
adora en el Señor Omnipotente,
que dió al hombre poder tan soberano.

Antonio Osete

NUESTROS GRABADOS

LA CATEDRAL DE BARCELONA

(Véase el suelto que con este título va en esta página.)

LA COMIDA DE LAS SERPIENTES EN EL ACUARIO DE BERLÍN

Cuenta la capital de Prusia un sinnúmero de establecimientos de instrucción y entre ellos un *Aquarium* de los mejor montados de Europa. No es que todo sean allí animales acuáticos, pues hay otros muchos que son perfectamente terrestres, como sucede con la magnífica colección de *Ofidios*, vulgo serpientes, de cuyo cotidiano *menu* puede venirse en cuenta por lo que se ve en nuestro grabado.

BILBAO: LA BOTADURA DEL CRUCERO «MARÍA TERESA»

Nuestros lectores pudieron ya enterarse, por la brillante reseña de *Kasabal*, de la gran solemnidad con que se celebró en Bilbao, á 30 del pasado agosto, la botadura del nuevo crucero *María Teresa*, uno de los tres que se construyen en los astilleros de la invicta villa. Bilbao presentaba aquellos días un aspecto de extraordinaria animación, propio tan sólo de cuando acontece algún señaladísimo suceso, y no podía serlo más el de lanzar al agua una nueva y poderosa máquina de guerra. El *María Teresa* es un barco de 7,000 toneladas. Mide las dimensiones principales siguientes:

Eslora total.	110'946 m.
» entre perpendiculares.	103'632 m.
Manga.	19'981 m.

El casco es de acero dulce y de sistema celular, siendo perfecta su estabilidad.

El blindaje de acero y estaño tendrá 0'458 m. de espesor sobre la línea de flotación, y 0'219 debajo de la misma. Las planchas de la cubierta tienen 0'25.

El branque y espolón horizontal de acero fundido obrarán como medio de ataque.

La iluminación de todo el crucero se obtendrá por medio de 400 lámparas incandescentes, con tres focos de exploración, dos á proa y uno á popa.

El armamento se compondrá de 2 cañones Hontoria de 28 centímetros, 10 de 149 milímetros, 8 de 57 milímetros, 8 de 37 milímetros, y 8 tubos lanzatorpedos.

El acto de cortar la Reina Regente el cable fué conmovedor en extremo, lo mismo que la inauguración de la estatua de D. Diego de Haro, de todo lo cual habló ya oportunamente nuestro distinguido colaborador.

CONDENADO Á MUERTE

Sin apelación. ¡Buena cara hace la gallicida de abrigar en sus entrañas el más leve sentimiento de conmiseración! Sea como fuere, es indudable que la implacable matadora es muy graciosa y digna de comerse un tan hermoso gallo.

AIDEA

Cuadro de Victor Corcos

O como si dijéramos *Haydea*, una de las heroínas de Byron, fogosa, ardiente, apasionada, etc. El autor, trasportando á nuestros tiempos la fantástica creación del gran poeta inglés, le ha prestado el aspecto de una figura de Armando Silvestre ó de Catulo Mendes, ya que se trata de un caso como el de las protagonistas de esos apreciables autores.

Corcos es un excelentísimo pintor toscano, pero discípulo de Nittis, por lo cual tiene más de napolitano-parisiense que de florentino. Con eso, el mas modernista de los pintores italianos, grande amigo de pintar mujeres guapas, y absolutamente impermeable á todo clasicismo. Algunas malas lenguas dicen que su pintura es tan moderna y elegante que parece *cold-creamada*.

Digitized by Google

QUE LO PRUEBEN

Si de un buen jabón dispongo
quiero que sin dilación
prueben todos mi *jabón*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier. París

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Aquella noche descansamos un poco, y nos hallábamos á tal altura que me pareció que casi tocábamos las nubes.

Alan estaba aparentemente satisfecho, y, sin duda, no temía ya ser alcanzado por ninguno de nuestros enemigos, pues comenzó á silbar y á cantar varias coplas del país, que me trajeron á la memoria algunas del mío, haciéndome olvidar por un momento mis aventuras y mi situación en aquellas desiertas montañas.

CAPITULO XXI

LA GRUTA DE CORRYNAKIEGH

Aunque en el mes de julio amanece muy pronto, aun estaba oscuro cuando llegamos al sitio en que Alan pensaba detenerse. Era una grieta de la cresta de una alta montaña, en cuyo centro deslizábase un riachuelo, cerca del cual veíase una gruta abierta en la roca. Allí crecían algunos abedules y á corta extensión un pinar. En el riachuelo abundaban las truchas, y en el bosque no escaseaban las aves. Desde la boca de la grieta veíase una parte de Mamore y el brazo de mar que separaba de Appin el país donde nos hallábamos.

La grieta era conocida con el nombre de *Cueva de Corrynakiegh*, y, aunque estaba á grande altura y muy cerca del mar, era un sitio muy agradable; de modo que para mí fueron felices los cinco días que pasé en aquel refugio.

Dormimos en la cueva sobre un mullido lecho de yerbas cortadas expresamente para el objeto, sirviéndonos de manta el casacón de Alan. Había en el valle un lugar muy oculto, donde nos atrevimos á encender fuego para preparar nuestro alimento y asar algunas truchas cogidas con la mano debajo de las piedras en las orillas del riachuelo. Esta fué nuestra principal y más agradable ocupación, á la que nos entregábamos con una rivalidad que nos divertía mucho. La trucha más grande que cogimos no pesaría más de un cuarterón, pero la carne de aquellos pescados era muy buena y sabrosa, y sólo faltó un poco de sal para que fuese el más exquisito bocado.

En los ratos de ocio. Alan quiso enseñarme el manejo de la espada, pues mi ignorancia en este punto era para él muy censurable; y yo creo que, como algunas veces tenía más suerte que él para coger las truchas, no le disgustaba practicar un ejercicio en que era tan superior á mí; pero en sus lecciones mostrábase demasiado severo, reprendiéndome á cada instante, y á menudo con violencia. En algunas ocasiones acosábame tan de cerca que de buena gana hubiera vuelto la espalda; pero defendíame como mejor podía, y no dejé de aprovecharme de la enseñanza de mi maestro.

No se crea, sin embargo, que olvidábamos el asunto principal, que era la fuga.

—Pasarán muchos días,—díjome Alan la primera mañana,—antes que las casacas rojas se acuerden de registrar la cueva de Corrynakiegh; de modo que ahora podremos enviar un recadito á Jaime para que nos facilite recursos.

—Y ¿por quién enviaréis el recado?—pregunté.—Estamos aquí en un lugar desierto, sin atrevernos todavía á salir; y, á menos que no os

SOMBRERO

sirvan las aves de mensajeras, no sé cómo podremos hacer eso.

—¡Ah! Sois hombre de poca inventiva,—dijo Alan.

Y quedó pensativo un momento, como entregado á sus reflexiones. Después cogió un pedazo de madera, hizo una especie de cruz, y, ennegreciendo las cuatro puntas en el fuego, díjome con cierta vacilación:

—¿Me prestaréis mi botón? Parece extraño pedir lo que se ha regalado, pero confieso que no me atrevo á cortar otro.

Entreguéle el botón, lo envolvió en el cabo de una tira del forro de su abrigo, con la que había sujetado el brazo de la cruz, ató en esta una ramita de abedul y otra de mirto, y contempló su obra con marcada satisfacción.

—Cerca de Corrynakiegh,—dijo Alan después de una breve pausa,—hay un pueblecillo llamado Koalisnacoan, y allí viven muchos amigos míos á quienes podría confiar la vida, así como otros de que no estoy tan seguro. Se trata de obtener dinero, amigo David, y el mismo Jaime debe enviar algo; pero los Campbells son de temer, porque no perdonarán á un Stewart allí donde le encuentren. Si no fuese así, yo iría ahora mismo á Koalisnacoan para presentarme á mis amigos.

—Acabad.

—Pero preferiría que no me viesen, y, además, en todas partes hay mala gente. En su consecuencia, cuando cierre la noche, bajaré hasta ese pueblecillo y ataré esto que acabo de hacer en la ventana de un buen amigo mío, Juan Breck Maccoll, antiguo arrendador de Appin.

—Muy bien,—repuse.—Y si ve esa cruz ¿qué pensará?

—Ciertamente quisiera que fuese hombre de más penetración, y á fe mía temo no adelantar mucho; pero debo probarlo. Esta cruz es por el estilo de la que sirve de señal á nuestros clanes para reunirse los hombres; pero Juan Breck, sabiendo muy bien que ahora no se ha de levantar ninguno, puesto que no acompaño ninguna palabra, se dirá sin duda: «El clan no ha de tomar los armas, pero hay algo.» Después, al ver el botón, reconociendo que era de Duncan Stewart, pensará: «El hijo de Duncan está en el bosque y me necesita.»

—Bien,—dije yo,—puede ser así; pero, aun admitiendo lo que decís, no deja de haber bastante distancia desde aquí al pueblecillo.

—Eso es muy cierto,—replicó Alan;—pero Juan Breck verá la ramita de pino y de mirto, y se dirá (si es hombre de penetración): «—Alan se halla en un bosque donde hay pinos y mirtos.» Entonces vendrá á dar una vuelta por este sitio; y si no lo hace así, David, llévesele el diablo, porque no valdrá ni la sal que echa en su alimento.

—Sois muy ingenioso,—contesté;—pero ¿no valdría más escribirle dos letras?

—La observación es muy oportuna, amigo Balfour,—repuso Alan en tono de broma,—y seguramente sería más sencillo escribir; pero á Juan Breck le estorba lo negro: tendría que ir á la escuela, que está á dos ó tres horas, y es posible que entretanto nos molestaran.

Llegada la noche, Alan llevó su cruz y púsola en la ventana de su amigo. Cuando volvió estaba inquieto porque los perros habían ladrado, haciendo salir á los chicos de sus casas. Díjome que le parecía haber visto una casaca roja y oído ruido de armas. Por si acaso, fuimos á situarnos al día siguiente en el lindero del bosque, donde vigilamos con la mayor atención á fin de poder servir de guía á Juan Breck si se presentaba, ó de ponernos en salvo si veíamos llegar á los de la casaca roja.

Por la tarde divisamos á un hombre que subía por la falda de la montaña, mirando á su alrededor con expresión inquieta. Apenas le vió Alan, silbó ligeramente. El hombre se acercó más, y, repetida la señal por mi compañero, llegó al fin al sitio donde estábamos nosotros.

Era hombre de unos cuarenta años, de aspecto andrajoso y salvaje, y muy desfigurado por la viruela. Tal vez su extraño lenguaje le hacía parecer más rudo; pero de todos modos, á mí se me figuró que estaba atemorizado y no tenía la mejor voluntad para servirnos.

Alan quería que diese un recado de su parte á Jaime; pero el hombre dijo que no entendía de esto, y que sólo se encargaría de llevar una

SOMBRERO

Digitized by Google

carta. Si no bastaba esto, se retiraría desde luego.

Creí que Alan se vería apurado por esta contestación, porque en aquel desierto no había medio alguno para escribir; pero era hombre de más recursos que yo pensaba: alejóse de mí, buscó una pluma de ave, nada escasas allí, cortóla en un momento, hizo una especie de tinta con pólvora y agua, y, rasgando un pedazo de papel de su título francés, que siempre llevaba consigo como un talismán, sentóse y escribió lo siguiente:

«Querido primo: tened la bondad de enviarme el dinero por el dador al punto que él sabe.

»Vuestro afectísimo

»A. S.»

Alan entregó este papel al hombre, quien prometió llevarlo á su destino con la mayor celeridad posible. Un momento después bajaba de la montaña.

Trascurrieron tres días sin recibirse noticia alguna; pero en la tarde del tercero, á eso de las cinco, oímos en el bosque un silbido al que Alan contestó al punto, y poco después vimos al hombre avanzar á buen paso, mirando á derecha é izquierda. La expresión de su rostro era menos adusta que antes, y sin duda estaba satisfecho por haber llevado á cabo tan peligrosa comisión.

Díjonos que el país estaba lleno de soldados; que se habían descubierto armas ocultas, produciéndose por esto mucho trastorno; y que Jaime y algunos de sus servidores habían sido reducidos á prisión en el fuerte Guillermo por sospechas de complicidad. Por todas partes circulaba el rumor de que Alan Breck era el verdadero culpable, y habíanse ofrecido cien libras de recompensa por su captura y la mía.

Las noticias no podían ser peores, y la carta esquela que el mensajero traía de parte de la Sra. Stewart era muy triste. En ella rogaba á mi amigo Alan que hiciera lo posible por no dejarse coger, asegurándole que si caía en manos de las tropas, él y Jaime se podrían considerar como muertos. No le era posible enviar más dinero que el que remitía, y rogaba á Dios que nos bastara para salir de apuros. En la esquela incluía copia de la filiación que se había dado para facilitar nuestra captura.

Fácil es comprender con qué curiosidad miraríamos este documento, que no dejaba de inspirarnos temor. En la filiación de Alan se decía: «Hombre de estatura escasa, muy activo, y de treinta y cinco años de edad poco más ó menos. Lleva sombrero con plumas, casaca de corte francés, de color azul, con botones de plata, y los demás adornos muy ajados; chupa roja y calzón negro.» Mi filiación era la siguiente: «Joven alto y robusto, de unos diez y ocho años. Lleva una casaca azul vieja, muy estropeada; gorro escocés de la alta montaña, chupa muy larga de estambre, calzón azul y zapatos del país rotos en la punta. No tiene pelo de barba.»

Traducción de

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirozis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

HIERRO QUESADA
Del análisis resulta ser más rico en medicamento y más barato que el de BRAVAIS y que todos los demás, é inofensivo. Cura la anemia, clorosis, palidez y desarreglos periódicos.—Frasco, 2 ptas. con cuenta-gotas.
EN LAS PRINCIPALES FARMACIAS de España y América del Sur

CAPSULAS EUPEPTICAS DE MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
Premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.— DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor, Plaza del Pino, n.° 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista. 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerías y Bazares de España.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,
En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue del'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerías sucursales que posée en Paris, así como en todas la buenas Perfumerías.

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse
+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +
POR RICARDO FLEISCHER
catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

LA FUERZA DEL DESTINO
POR
A. PEDROSO DE ARRIAZA
Consta de 60 cuadernos.—Precio total de la obra, 15 ptas.
SUSCRIPCIÓN PERMANENTE
R. MOLINAS, Editor.-Cortes, 365 á 371

Maison De **VERTUS** Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, calle de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

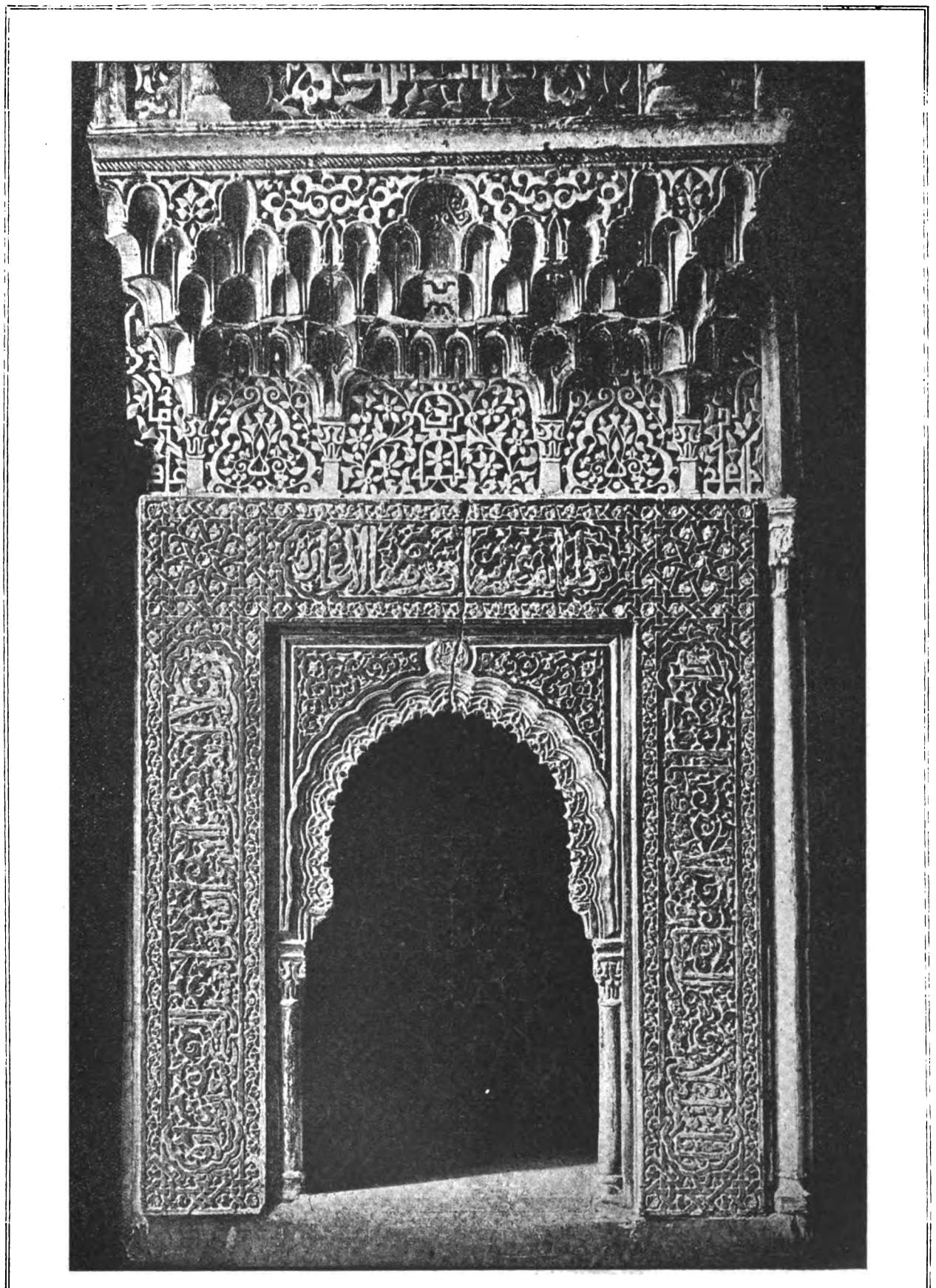
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 27 de setiembre de 1890	Núm. 404



LA ALHAMBRA: BABUCHERO DE LA SALA DE LA BARCA

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Crónicas de otoño*, por Kasabal.—*Á las artes* (soneto), por Benito Blanco Fernández.—*Croquis manchego*, por J. M. Bonilla Franco.—*El negociado del canto*, por A. Sánches Pérez.—*Descubrimientos recientes en la física solar*, por Eduardo Estéves.—*Reos* (poesía), por José Juan Cadenas.—*Las costumbres de los insectos*, por Joaquín Olmedilla y Puig.—*La lengua*, por Ricardo Sepúlveda.—*Cantares*, por M. N. Troncoso.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *La Alhambra:* Babuchero de la sala de la Barca. Patio de los Arrayanes y torre de Comares.—*Viaje al desierto de Syuah:* Doncella beduina en traje de fiesta. Doncella beduina Valddí en traje de novia.—Monumentos de Gerona.—*El arte francés:* El marido en el mar.—*El arte italiano:* Una confidencia. La fiesta de la Madona.—Escenas de Shakespeare.—Sidón.—Las tierras altas del Hudson.—Teherán.

CRÓNICAS DE OTOÑO

La Alhambra.—La industria de la seda.—¡Pobre Castilla!

La noticia del incendio de la Alhambra hizo arrancar de muchos pechos suspiros tan tristísimos como el del desdichado Boabdil cuando perdió para siempre de vista las torres Bermejas, en las cuales debía dominar bien pronto la Cruz. Era una gran catástrofe nacional la que anunciaban los telegramas; pero, por fortuna, en medio de la desgracia, las llamas fueron dominadas sin que continuasen la obra devastadora que comenzaron en el patio de los Arrayanes y continuaron en el hermoso salón de la Barca.

¡Pobre Granada sin su Alhambra! ¡Pobre España si no pudiese mostrar en su ciudad querida, en la del Genil y del Darro, en la que Fernando é Isabel completaron la reconquista, y en la que Lope de Rueda formó la cuna de nuestro gran teatro, nada más que un montón de escombros calcinados al final de la cuesta de los Gomeles!

Asoladora epidemia, terribles tormentas, todo lo ha sufrido Granada en poco tiempo, y ha llorado la escasez de su antes fertilísima vega y la decadencia de su esplendor antiguo. Más que arenas de oro, lágrimas ha llevado muchas veces en estos últimos tiempos el Darro, y la campana de la torre de la Vela ha tenido tañidos funerales cuando la peste diezmaba las familias y dejaba desiertas algunas casas; pero todo lo soportaba con resignación, y tenía como consuelo mostrar á los peregrinos del arte que llegaban de todas las partes del mundo las maravillas de su Alhambra.

Allí, dentro de aquel recinto de los primores, era todavía la émula de Bagdad y de Damasco, y podía mostrarse orgullosa de su historia, como la noble dama que conserva á través de las vicisitudes de los tiempos las alhajas de familia que tuvieron sus abuelos y las ejecutorias de nobleza que ganaron los suyos. Allí, entre aquellos encajes y aquellas filigranas, bajo aquellas bóvedas de carmín, de azul y oro, entre los versículos del Corán y las leyendas poéticas y caballerescas que hablaban de guerras y de amores, se olvidaban las desdichas del presente, las impurezas de la realidad, y la imaginación se remontaba á aquellos tiempos en que el alcázar moro estaba poblado por mujeres hermosas, por guerreros apuestos, y en que llegaban á sus puertas las más poderosas embajadas. El viento al deslizarse entre las ramas de sus mirtos, la luna al reflejarse en sus estanques, el agua al caer murmuradora de sus fuentes, todo estaba impregnado de la dulce poesía que inspiró los versos de Zorrilla, el más grande y el más digno de los cantores de tantas maravillas y de tantas grandezas.

¡Y pensar que hemos estado expuestos á perderlo todo, todo, en breves horas de una infausta noche! ¡Qué ruina para Granada y qué desgracia y baldón para España! Baldón sí, porque en el extranjero, donde la Alhambra es conocidísima, se hubiera culpado á nuestra incuria, se hubiera censurado nuestro abandono y no se nos hubiera tenido por dignos de poseer bellezas que no sabíamos conservar.

Algunos escritores extranjeros, entusiasmados con el espectáculo de tantas maravillas como el renombrado alcázar árabe ofrece, han dicho que se debía construir un fanal gigantesco para conservarlas entre cristales y que no las hiriesen las injurias del tiempo. ¿Qué habrán dicho, los que así piensan, al saber que no hay allí quien vigile de noche, quien vele diligente, y que á la casualidad sólo se debe haber descubierto las asoladoras llamas y que hubo que llamar muy recio á las puertas del palacio para que se despertasen los dormidos guardianes?

Vamos perdiendo poco á poco cuanto bueno dejaron en nuestro suelo los árabes, y sólo conservamos íntegra la tradicional indolencia musulmana. Las pérdidas han sido grandes, que nada hay, dentro de aquel recinto, insignificante; pero la desgracia no ha sido tan completa como hicieron temer los primeros telegramas. Del patio de los Arrayanes, que ha sido el que más ha sufrido, dice Pi y Margall, en su notable obra acerca de Granada, que se vive en él, se goza, se revela todo el sensualismo de los árabes. Cuando se llegaba allí, la imaginación los veía todavía sentados en sus divanes de oro y de seda, bajo las caprichosas bóvedas de los alharis. No había allí puerta, ni ajimez, ni arco que no estuviesen cubiertos de molduras, revelando todo variedad, lujo y belleza. La sala de la Barca, aunque larga y estrecha, era bellísima y digna antesala del salón de Embajadores, teatro de bellísimas escenas cantadas en el *Romancero*.

En los momentos en que escribo no se conocen en toda su extensión las pérdidas; pero se conoce el deseo, el anhelo de la nación entera, para que se acuda á remediar en todo lo posible la desgracia y á borrar del mejor modo que se pueda sus huellas. Es esta una cuestión de honra nacional en la que no caben vacilaciones y en la que no hay que regatear gastos. Hay muchas partes del mundo donde no nos conocen por nuestra historia y nos conocen por nuestra Alhambra. Se puede asegurar que si no fuera por ella, no vendrían de las regiones del Norte muchos viajeros y que nuestra patria sería menos conocida. Hay intereses materiales, al lado de los del orden moral, que son indiscutibles, que aconsejan la restauración de lo destruído, la conservación de lo que ha quedado en pie y la adopción de medidas que eviten que una mano criminal ó que un descuido produzcan desgracias como la que lamentamos.

En la última legislatura el diputado por Guadix, Sr. Rodríguez Correa, presentó una proposición pidiendo á las Cortes un crédito para atender á la conservación de la Alhambra. Esta proposición, que tenía las firmas de notabilidades de todos los partidos, llevaba la del actual presidente del Consejo de Ministros, Sr. Cánovas del Castillo, y es de esperar que en los momentos de la catástrofe, cuando él tiene las responsabilidades del poder, sienta aumentar su celo para remediar el daño. D. Juan Valera, Alarcón, Gayangos, Riaño, Castro y Serrano, Manuel del Palacio, Fernández Jiménez, todos los granadinos que en Madrid continúan las tradiciones de los varones insignes que salieron de la patria de Martinez de la Rosa y del marqués de Gerona, se unirán para atender al remedio del mal y para que no pase con la Alhambra lo que con el alcázar de Segovia y con el alcázar de Toledo.

***

Los franceses están haciendo en la actualidad los mayores esfuerzos por aumentar la importancia de su industria sericola y para sacar de ella el mejor partido posible. La moda, después de muchos años de volubilidad en que ha rendido culto á la imitación, á lo frívolo, á lo ligero, parece decidirse definitivamente por lo bueno y lo verdadero, volviendo á poner en boga las sedas ricas. En este ramo fué España una de las naciones que elaboraron mejores productos, como lo demuestran las preciosas telas de Talavera, de Toledo y del antiguo reino de Valencia. ¿Por qué no hemos de seguir el ejemplo de Francia y de Italia atendiendo á este ramo importantísimo? Los damascos que hoy se hacen en Valencia, los brocateles que se tejen en Barcelona, los productos de la fábrica de Sert que vimos en la Exposición de la ciudad condal, todo revela que hay medios de volver á esta industria importantísima su pasado esplendor, fabricando aquellas sedas que, según la expresión vulgar, no las pasaba un puñal y que duraban años y años, tapizando las paredes de los antiguos palacios, y que pasaban de generación en generación guardadas en los tallados arcones, de donde salían en las grandes solemnidades.

¡Qué colchas las que se sacan todavía el día del Corpus para adornar los balcones de algunas casas antiguas! ¡Qué telas las que hay en casi todas nuestras catedrales! Parece mentira que hayamos perdido tanta riqueza y que hoy tengamos que ser feudatarios de Lyon, de donde salen la mayor parte de las telas de seda con que se visten nuestras damas elegantes.

***

Los últimos días del verano han sido una endemnización de buen tiempo que nos debía el estío, y setiembre ha sido animadísimo en las playas y en los campos; pero el otoño comienza y los expedicionarios vuelven á sus hogares, como los colegiales á sus colegios. Los tribunales, que son los que marchan á la cabeza de las aperturas, han vuelto ya á sus importantes funciones, y el mundo de la toga, como dicen nuestros vecinos los franceses, ha reunido ya á su aristocracia en las salas del antiguo convento de las Salesas.

Muy pronto seguirán los principales teatros: por el lado de la plaza de Oriente de Madrid se escuchan ya las primeras notas que arrancan los arcos á las cuerdas de los violines, y las escalas con que prueban su voz los cantantes. Otello, el celoso moro de Venecia, está ya entre bastidores dispuesto á salir á escena con música de Verdi, allí donde sólo se le ha escuchado con inspiraciones de Rossini; y, mientras tanto, los que han de lucirse en los palcos preparan sus maletas para recoger en París la anual cosecha de las creaciones de la moda.

Este año se regresará á Madrid con una impresión tristísima: los campos de Castilla que hay que atravesar para volver desde el Norte á la corte, no han producido la abundante cosecha de granos de oro que es la base de su riqueza, y las uvas se han perdido.

No pueden ser alegres las notas de esta crónica, que comenzó bajo la triste impresión del incendio de la Alhambra y que termina con la pena de la mala cosecha que ha tenido este año Castilla.

KASABAL

A LAS ARTES

(A MI QUERIDO AMIGO PANTALEÓN SAURINA)

Rebelde Satanás se alzó en la altura,
y en el profundo, Dios le precipita.
Genio del mal, á la mujer incita,
y origen es de nuestra desventura.
Eva y Adán, llorando su amargura,
van, del perdido edén raza precita,
la sentencia de Aquél llevando escrita
en su alma, llena de mortal pavura.
Si, engendro el hombre del primer pecado,
á arrastrar su existencia por el suelo,
expulso del Edén, se ve preciso,
al poder de las Artes le fué dado
cerner sus alas, remontarse al cielo,
y convertir la Tierra en Paraíso.

BENITO BLANCO FERNÁNDEZ

Digitized by Google

CROQUIS MANCHEGO

I

Previamente declaro que no soy manchego; y, por más que la cuestión del nacimiento no es potestativo en el ser que nace y muchas veces ni aun en la madre que lo da al mundo, me encuentro tan bien y tan satisfecho de no pertenecer á la ilustre parentela del Ingenioso Hidalgo, que alabo y alabaré toda mi vida con la más ferviente de las alabanzas á la madre cariñosa que me dió salida de su entrañable albergue en país muy distante de esas llanuras inmensas donde la fantasía nada puede crear, donde el espíritu más elevado y sensible cede ante la monotonía del paisaje, y donde, por regla general, el hombre de ilustración tiene que rendir culto, en parte, al imperio del caciquismo mal representado, ó cuando menos á una negligencia lamentable sostenida por la inercia del entendimiento.

Pero si no soy manchego por haber nacido fuera de la Mancha, he de serlo por antigüedad y por afecciones de familia. Y esto es natural: ¿cómo no he de ver con cariño la tierra donde nació mi padre? ¿cómo he de sentir indiferencia por el suelo en donde vieron la luz y se criaron mis hermanos? ¿cómo he de alejar de mi mente el lugar en que se guardan cenizas de mis abuelos? El corazón se impone necesariamente á la voluntad, y, guiado por aquél, me creo manchego *in partibus*.

Manchegos que nacen, crecen y sucumben sin salir de la Mancha, son los de que aquí trato, presentando el croquis de una familia de pura raza.

II

D. Macario es un caballero de cincuenta años, alto, fornido, de temperamento sanguíneo y que conserva toda una energía juvenil, merced al influjo de los buenos aires, sosegada vida y excelente alimentación que encuentra en Triquitraque, su pueblo natal, de donde jamás ha salido y en el que tiene todo su capital en fincas rústicas. Viste traje de paño no muy fino en el invierno y de ligerísimo dril en el verano.

D.ª Sinforiana, esposa de D. Macario, pasa de los cuarenta sin llegar á los cincuenta, goza de una salud inquebrantable y pasa la vida reposando su esferoidal humanidad en una poltrona á modo de facistol, heredada de sus abuelos y conservada con toda la veneración y cuidado que por su larga historia merece. Como su marido, es nacida en Triquitraque, á Dios le habla de tú, y cuando un candidato recorre el distrito suele saludarle diciendo:—A los pies de V., caballero.

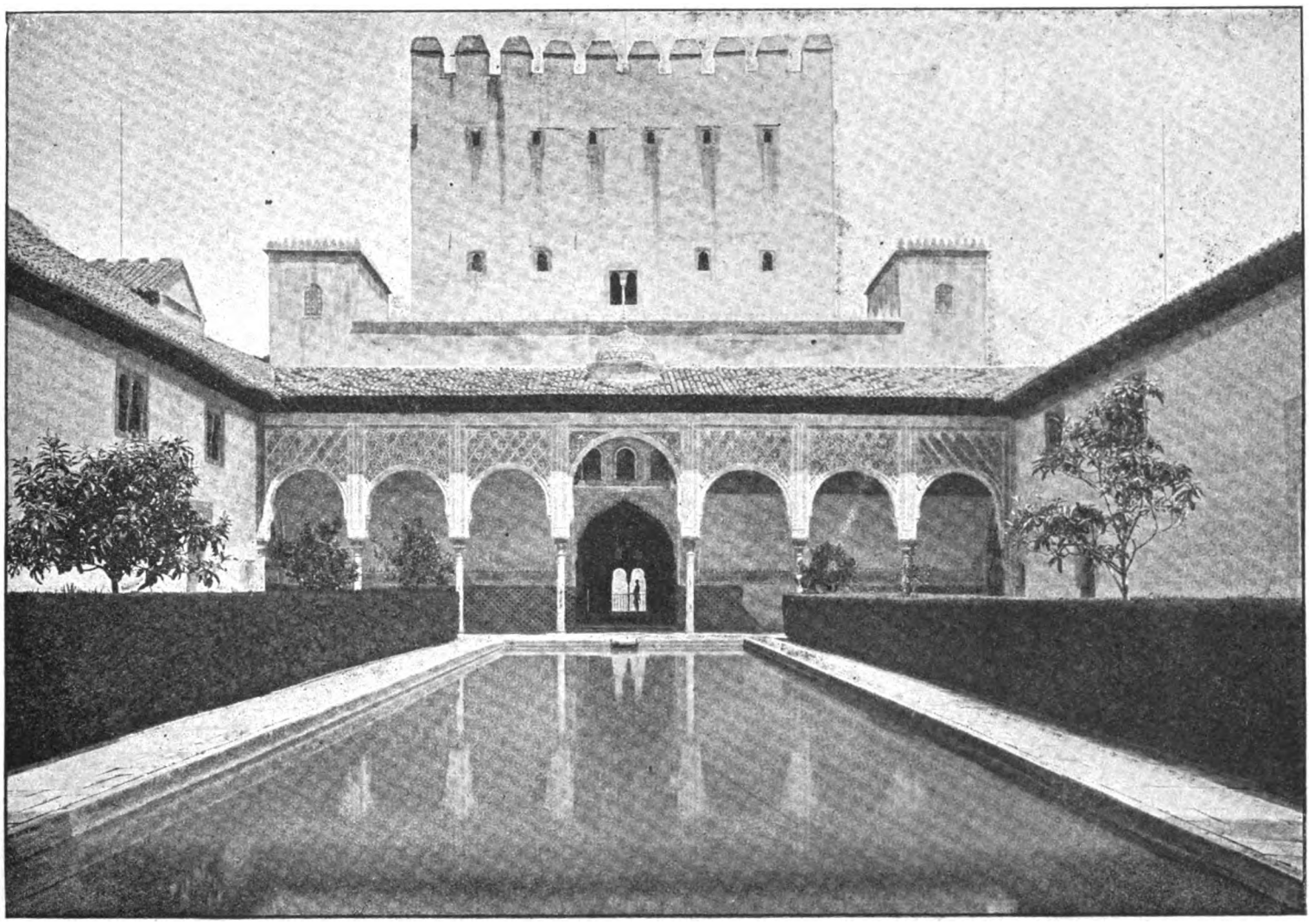
Este matrimonio tiene dos hijos: Sara y Juanito. La primera es una joven de diez y seis años, con más vida y presencia que otras mujeres de veinticinco, de carnes frescas y sonrosadas, y de pisar tan fuerte que hasta las piedras ceden á su influjo. Conoce la gramática, la aritmética y la geografía por el forro, y se dedica un ratito por la mañana á leer *los papeles* de Madrid: por supuesto, no se entera más que de la sección de sucesos. Allá en las solemnidades de Semana Santa, el Corpus y otras celebradas con todo aparato en el pueblo, gasta guantes, y es de notar que se coloca las sortijas encima de éstos porque poniéndoselas debajo no podría lucirlas. Suele ser su obligación en la casa preparar la alforja á los gañanes, sacar *habío*, cuidar de sus gallinas y pavos y remendar las mantas de las mulas. Siente, como es muy lógico, el cosquilleo del amor, y tiene por tanto su correspondiente apasionado.

Y llegamos al cuarto y último individuo de la familia, que es el prototipo manchego. Juanito tiene veinticinco años y ni siquiera es bachiller. ¿Para qué quiere él más ciencia que la suya? Sabe perfectamente las *camas* de liebre que existen en el término de su pueblo, conoce sus guaridas, sus querencias, cuándo van á las lomas, cuándo descansan en lo más hondo de un surco. Tiene los mejores galgos de toda la comarca: ninguno *realla* como *Pistón*, no hay perro que aguante á correr á *Tilo*, ni pieza alguna que pueda resistir la carrera del *Moro*. Su caballo, educado por él mismo, corre más que el viento y marcha al castellano alto con mayor brío y gallardía que las legítimas jacas cordobesas. Tiene una escopeta de fuego central como no se ha hecho otra en fábrica conocida; y cuando pone á su corcel el sillón de media carrera, y vestido á la andaluza se pasea por las calles del pueblo, es la admiración de todas las Dulcineas. Su novia... ¡la chica más guapa y más rica de los alrededores, hija única y con veinte pares de mulas! ¡Ahí es nada una joven que aporta al matrimonio una rara belleza y lleva por delante cuarenta mulas con veinte criados por lo menos á su servicio! Ella no sabrá lo que es sociedad, pero tiene conocimiento aproximado de los granos de trigo que entran en un celemín. Juan, como se ve, es un hombre completamente feliz, y, á su juicio, los que se matan á estudiar son unos tontos dignos de lástima. No tiene costumbre de leer más que en el libro de las cuarenta hojas, único que existe en la biblioteca del Casino de Triquitraque, donde acude por la noche, en unión de su padre, á *pasar el rato* jugando al golfo ú otro juego por el estilo con la mayor inocencia y mejor fe del mundo.

Estos cuatro personajes viven tranquilos y felices, sin importarles para nada la ciencia, la literatura ni las artes, Lo único que les preocupa son los agentes atmosféricos si no se presentan favorables: todo lo demás son devaneos de cabeza.

J. M. Bonilla Franco

(Se concluirá)



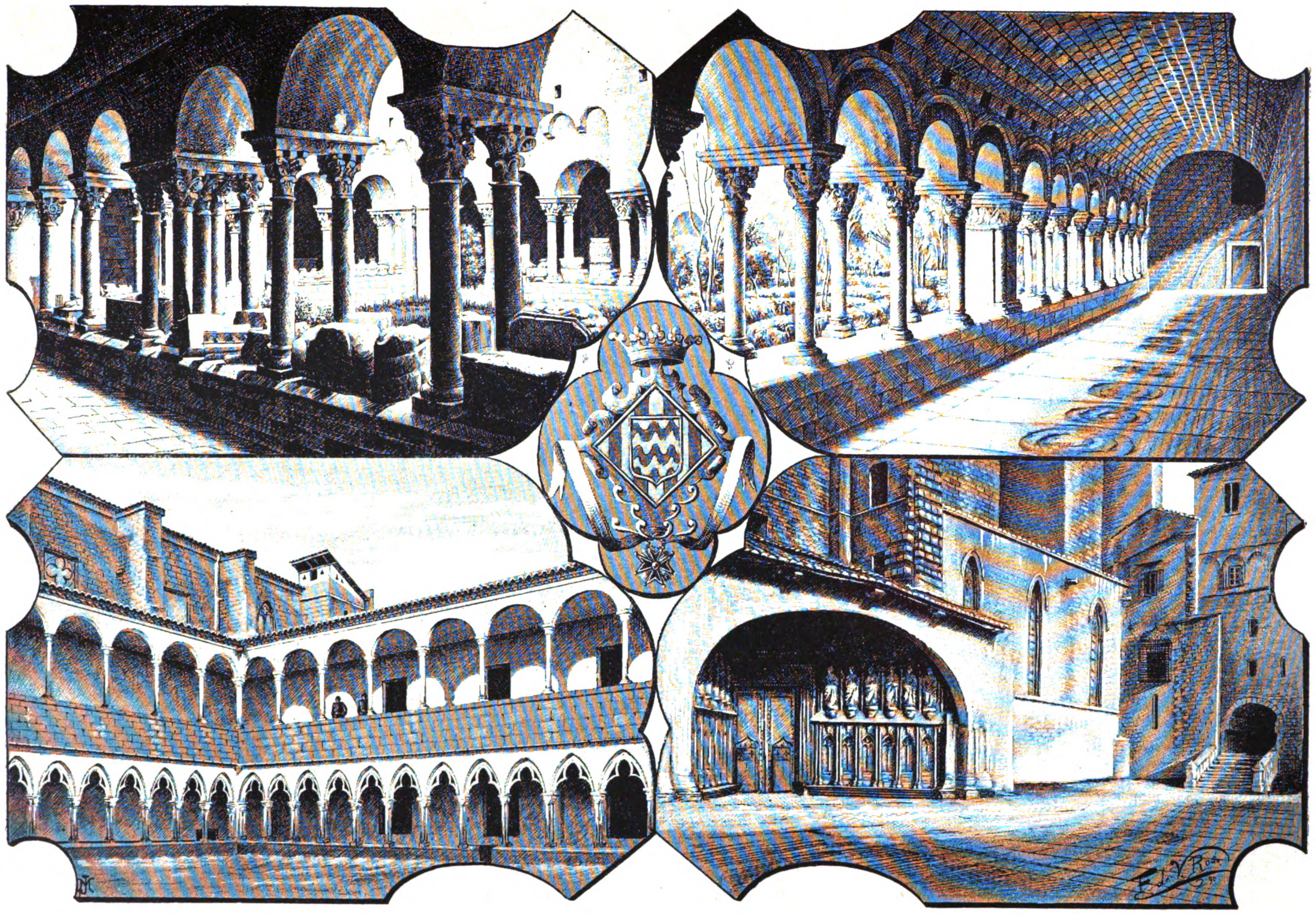
LA ALHAMBRA: PATIO DE LOS ARRAYANES Y TORRE DE COMARES

Digitized by Google

DONCELLA BEDUINA EN TRAJE DE FIESTA
TIPO DE VADI MARAT

DONCELLA BEDUINA VALADDI EN TRAJE DE NOVIA

Digitized by Google



GERONA: 1. Claustros de San Pedro.—2. Ídem de la Catedral.—3. Idem de Santo Domingo.—4. La puerta de los Apóstoles (Dibujo de F. de V. Ros.)

Digitized by Google

EL NEGOCIADO DEL CANTO

He leído, no recuerdo en dónde, que el insigne autor de *El gran Galeoto* y de *O locura ó santidad* va á escribir el libreto de una ópera. Muy capaz es de escribirlo, y de escribirlo bien, por de contado, porque Echegaray lleva á cabo siempre lo que se propone y hace siempre bien lo que lleva á cabo; pero no me parece probable que dé á deshora en esa manía. También se había dicho que estaba escribiendo una zarzuela, y la verdad es que la zarzuela ó zarzuelita (porque era zarzuelita) no vino.

Escriba ó no escriba el insigne dramaturgo el libreto de ópera española y el libreto de zarzuela, declaro que la noticia no me sorprende tanto como me sorprendió la de que el Ministerio de Fomento tenía que aprobar la lista de la compañía de ópera italiana que debe funcionar en el *Teatro Real (Real,* así lo llaman) de Madrid en la temporada de 1890 á 1891.

La cosa no es nueva, ya lo sé; pero, aun siendo vieja, continúa siendo sorprendente.

Si como existe en la república vecina un teatro francés hubiese en esta monarquía un teatro español (si debería haberlo ó no debería haberlo, es harina de otro costal, y ahora no trato de eso), se comprende que en el *Ministerio de Fomento* hubiera un negociado, y hasta si se creía necesario una *Dirección General,* que entendiese en todos los asuntos relacionados con el Teatro Nacional: lo que no se entiende, por mucho que se aguce el entendimiento, es que á un ministro del Gobierno de la Nación incumba el examen y aprobación de los cantantes de ópera italiana que figuran en la lista de teatros de Madrid.

Porque aun admitido, y no sería poco admitir, que entre las atribuciones de S. E. el señor Ministro de Fomento se incluyese la de dar el *exequatur* á el elenco de una compañía de ópera, no se ve razón para que esta atribución esté reducida al *Teatro Real* de Madrid y no se extienda á la del Liceo de Barcelona, cuyo público es tan inteligente como el de Madrid, si no es más que él (que á mí me parece que sí es más); y por qué no se ha de hacer extensiva al Teatro Principal de Valencia, población donde hay también muchos y muy buenos y muy inteligentes aficionados al arte divino; y á los teatros de La Coruña y de Cádiz, y á los de Sevilla y Bilbao, y á los de todas las capitales de España donde se rinde culto á la música.

Colocadas en este terreno las cosas, sería preciso exigir á los empleados de Fomento, á lo menos á los que hubieran de ser destinados á esa Dirección General de creación nueva, no ya solamente los conocimientos ordinarios á todo aspirante á funcionario público, sino nociones especiales de contrapunto y fuga; no ya solamente títulos académicos, sino certificaciones de haber cursado algún año de composición en el Conservatorio y de poseer al dedillo la historia de la música y la bibliografía y biografía musical contemporánea. No siendo así, como en efecto no es ahora, imagínese lo que hará con la lista de la compañía el desdichado oficial á quien corresponda *despachar ese peregrino expediente* y resolver si debe admitirse ó rechazarse al tenor *Macarroni* ó á la soprano señorita *Guasa* y al bajo *Choux-fleur,* etc., etc.

—Oye, tú,—preguntará á su compañero de mesa ó de habitación;—¿has oído hablar alguna vez de la señorita Guasa?

—Hombre,—contestará el otro;—de guasa he oído hablar muchas veces y hasta yo mismo he hablado alguna; pero no es mal guasón el que te ha encargado á ti, que nunca las has visto más gordas, de juzgar una compañía de ópera. Como si me lo encargasen á mí, que en punto á tiples solamente he aplaudido á Lucía Pastor, á Luisa Carpa y á Leocadia Alba, y en asuntos musicales no voy más allá de *La Gran Vía* y del *Certamen.*

—¿No te parece que estos negocios arduos debiera resolverlos por sí el director general, ó el jefe mismo, si á mano viene?

—Sí lo creo; pero estoy por decirte que ni el director ni el ministro saben, en la materia, mucho más que nosotros.

Y tendría razón que le sobrase el oficial ó auxiliar que dijese esas cosas. El Sr. Isasa, hoy ministro del ramo, era allá por los años 1862 (año más ó menos) oficial del negociado de Institutos en la Dirección de Instrucción pública. Han trascurrido desde entonces acá muy cerca de seis lustros... ¡¡Parece que fué ayer!!... En esos treinta años el señor D. Santos Isasa ha sido cuanto hay que ser en la carrera política y en la administrativa: jefe de negociado, subdirector, director general, diputado, fiscal del Tribunal Supremo, creo que senador y *ministro:* lo que no ha sido, al menos que yo sepa (y desde luego oficialmente no lo ha sido), es músico, ni siquiera *dilettante.* Es muy posible que si le hablan de *Mario* entienda que sólo al actor y empresario D. Emilio pueden referirse. Tengo por cosa cierta que ni ha oído cantar á Malvezzi, ni á Roppa, ni á Bettini; que no sabe quien fuera Fraschini y Belhac, y que la Alboni es para él nombre completamente desconocido. Algo habrá oído del insigne y malogrado *Julián Gayarre,* por lo sentida que fué su muerte y por lo mucho que sus honras fúnebres dieron que hablar no ha mucho tiempo. ¿Pretendo yo, cuando digo esto, dirigir un cargo grave, ni aun leve, al hombre público, al funcionario inteligente y laborioso, al sabio abogado, que paso á paso, por obra y gracia de sus propios merecimientos, se ha elevado hasta el punto que hoy ocupa? Claro es que no. Si se hubiese dedicado á esos estudios, en ellos habría brillado y en ellos se habría distinguido como se ha distinguido y ha brillado en los otros; pero como para ser un buen abogado y un fiscal excelente no ha necesitado saber de Giraldoni, ni de Uetam, ni haber oído á la Pasqua, ni á la Sthal, por sabido se calla que no sabrá cómo juzgar la lista de la compañía de ópera que le presenten.

—Pero,—se me dirá,—para eso tiene la Academia de Bellas Artes, con su academia de Música y todo, para que le ilustren...—Bueno,—diré yo;—pero si la Academia es la que ha de resolver, llévese allá desde luego la lista, y ahorraremos tramitaciones y tiempo, que no es poco ahorrar. Y, después, que, de todos modos, ¿para qué se ha de meter el Gobierno en listas de once varas?

A. SÁNCHEZ PÉREZ

EL MARIDO EN EL MAR (cuadro de Mme. V. Demont-Breton)

DESCUBRIMIENTOS RECIENTES EN LA FÍSICA SOLAR

Entre todos los astros que pueblan los espacios, el Sol es, sin duda, el más importante para nosotros, cuyo conocimiento nos interesa más; y, sin embargo, dada la glacial indiferencia con que pasamos la vida, esto apenas nos interesa y nadie se pregunta cuál es la causa que nos sostiene y vivifica.

Desde el siglo XVI la ciencia viene estudiando con constancia este foco de calor y de luz, y hoy se sabe que el Sol es la fuente única de bienestar y de vida y el que desarrolla todas las energías mecánicas y químicas en la tierra y en los demás globos planetarios que circulan á su alrededor. Pero ¿cuál es el origen de este poder cuya actividad todo lo anima y sostiene con su hálito creador? ¿Cómo se sostiene eternamente en ignición ese formidable centro de calor y de luz? ¿Cuál es la naturaleza de ese astro prodigioso de cuyos rayos depende la vida de la tierra y de los demás mundos? Todos los sabios, desde Galileo hasta Newton y desde Herschel hasta Fresuel, están conformes en

Digitized by Google

admitir al Sol como factor indiscutible, como el único sostén de la vida de nuestro sistema planetario; pero las ideas de estos sabios y las teorías que se han inventado para resolver el intrincado problema de su constitución física y química no están conformes entre sí.

Merced á los adelantos modernos de la física, y especialmente de la óptica, que nos revelan verdaderas maravillas, se ha perfeccionado extraordinariamente la teoría que determina la causa física que produce la luz y el calor.

Estos trabajos están hoy sobre el tapete de todas las discusiones científicas en Europa y en América, distinguiéndose en estos trabajos en Alemania Mr. Weis. No hay academia, no hay centro científico, donde no se trate y discuta esta cuestión importante, de palpitante interés por sus aplicaciones prácticas en las ciencias experimentales; y de ellos dan un brillante testimonio las más notables publicaciones extranjeras, consignando en sus columnas esos debates y el resultado satisfactorio de las observaciones astronómicas realizadas por los más célebres astrónomos del mundo.

Weis, partiendo, como es lógico, de la temperatura del Sol, merced á la cual ha descubierto lo que ya estaba previsto, que cada metro cuadrado de la superficie de la Tierra recibe en un año 2.318,157 calorias, lo que arroja más de 23 millones de calorias por hectárea; Weis, decimos, partiendo de estos datos que revelan una infinidad de grados en la temperatura del Sol, cree que el secreto de la fuerza calorífica de ese astro y su estado de conflagración constante se explica admitiendo que la energía radiante que se supone disipada en los espacios es detenida en su totalidad ó en parte y vuelta á enviar al Sol en otra forma, de manera que pueda continuar la acción eterna de la irradiación solar en virtud del vapor de agua y de los hidrocarburos gaseosos de que están llenos los espacios interplanetarios, los cuales son aptos para ser disociados y radiados por el Sol.

Esta teoría racional de Weis está conforme con la de Thomson y con la teoría moderna de los gases, sostenida por muchos físicos eminentes; y, aunque no ha podido explicar hasta hoy algunos de los puntos oscuros que ofrece la física solar, tiene dicha teoría muchos visos de verosimilitud y está mejor que otras en el camino de la verdad.

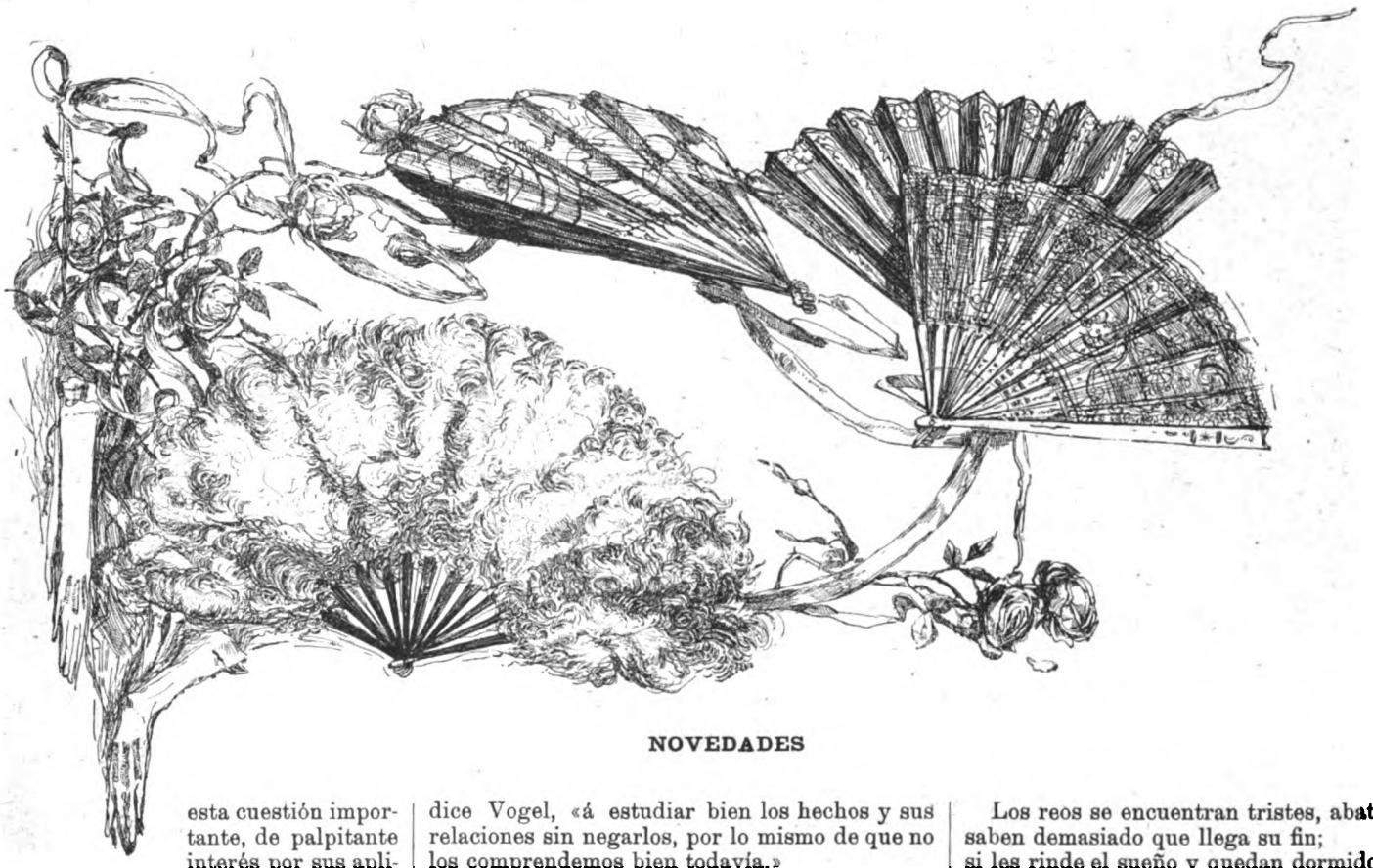
En corroboración de esta teoría, el abate Schiapareli establece una relación directa entre los fenómenos solares antes indicados y las perturbaciones del magnetismo terrestre con ocasión de una nota interesante publicada en *La Nature* por Mr. Vogel, que tanto se distingue por sus estudios espectrales sobre la luz solar.

Este sabio astrónomo ha observado la notable coincidencia, que tuvo lugar el 11 de marzo de este año, de una perturbación magnética extraordinaria con el paso de un grupo de manchas en el disco del Sol. Stone, con este motivo, admite la observación de Vogel, y establece la relación de ambos fenómenos, como lo acredita la observación constante de muchos observadores; pero no sería prudente, sin embargo, aventurar una hipótesis para explicar la causa de esos fenómenos de la física solar relacionados con nuestro planeta, debiéndonos limitar, como dice Vogel, «á estudiar bien los hechos y sus relaciones sin negarlos, por lo mismo de que no los comprendemos bien todavía.»

Otras muchas observaciones importantes se han hecho sobre este asunto, pero no se ha venido todavía á un acuerdo común sobre la causa de ciertos fenómenos observados en el luminar del día. De la observación atenta de estos fenómenos se propone averiguar Mr. Weis de qué manera el Sol mueve los mundos y hace brotar en ellos la vida; cómo trasforma las vibraciones del movimiento etéreo en calor, luz y magnetismo; cómo comunica la fuerza química á las plantas, el alimento á los animales, la actividad nerviosa al cerebro humano; y, en una palabra, cómo produce esa hoguera inextinguible, la maravilla de la vida en todas sus manifestaciones en la superficie de la Tierra y de los planetas.

Véase, pues, cómo los descubrimientos recientes hechos en la física solar por los sabios más ilustres de Europa, son de verdadera importancia, como dijimos al principio de este artículo, y hasta qué punto hechos que nada valen ni significan para la generalidad de los hombres, hasta para aquellos que se precian de entendidos y literatos, son de una utilidad verdadera y positiva, no sólo para el progreso moderno, sino para el bienestar y el porvenir de la humanidad.

EDUARDO ESTÉVEZ



NOVEDADES

REOS

(A EDUARDO VILLEGAS)

I

Están en capilla... llorosos los ojos,
tristes, abatidos, pálidos los dos:
No respetan nada, porque, en sus enojos,
maldicen de todo... ¡del mundo y de Dios!

Les dan muchas veces nerviosos accesos
que en llanto abundoso suelen terminar,
y gritan, y rugen, y no hallan los presos
quien sus amarguras vaya á remediar.

Y entonces, con miedo, con ansia infinita,
llorando, suplican, imploran perdón,
y no hay voz que luego, crüel, no repita
que precisa mucho castigar su acción.

La gente del pueblo que pide clemencia,
al ver de su esfuerzo la inutilidad,
sintiéndolo, exclama «que de la sentencia
ni la paz les salva ni la caridad.»

Los reos se encuentran tristes, abatidos;
saben demasiado que llega su fin;
si les rinde el sueño y quedan dormidos,
sueñan con *el palo*, con el *corbatín*...

Y ven el cadalso, y ven al verdugo...
vense rodeados de la multitud...
con terrible espanto contemplan el yugo...
próximo á sus cuerpos ven el ataúd...

Y sueñan los pobres, con loca confianza,
que llega el indulto y obtienen perdón:
se inunda su pecho de fe y esperanza,
y lloran, y ríen... ¡Traidora ilusión!

. . . . . .

Por fin los despiertan... la hora ha llegado...
se va aproximando el trance fatal...
Una vez que todo se encuentra arreglado
sale de la cárcel aquel funeral.

El cortejo fúnebre marcha con mesura
por todas las calles de la población.
Llegan al cadalso: llenos de pavura
á él suben los reos con resignación.

Más tarde... un minuto... ¡un solo minuto!
¡Un solo momento también de sufrir!...
La ciudad entera se viste de luto.
¡Aquellos dos hombres dejan de existir!...

II

Y... ¡vamos á cuentas! ¿Está eso bien hecho?
¿No resulta estúpida esta sociedad
si sigue albergando rencor en su pecho?
¡Quitad esa pena! ¡Tened más piedad!

Tened entendido que nunca se olvida
la muerte de un reo, y menos de dos;
que sois más culpables, porque de su vida
no dispone ¡nadie, nadie... más que Dios!

JOSÉ JUAN CADENAS

Digitized by Google

UNA CONFIDENCIA (cuadro de J. Andreotti)

Digitized by Google

LA FIESTA DE LA MADONA (cuadro de E. Dalbono)

Digitized by Google

LAS COSTUMBRES DE LOS INSECTOS

Imposible no sentir admiración á seres tan pequeños y tan perfectamente organizados bajo diversos puntos de vista, los cuales ejecutan multitud de actos con una precisión y exactitud superiores á la que realizan seres de mayor tamaño y con vislumbres de inteligencia más ó menos detallados, donde las ráfagas de la luz del entendimiento parece que debían percibirse con mayor y más franca intensidad y resonancia.

La inmensa multitud de seres que con el nombre de insectos estudia el zoólogo, hasta el punto de constituir uno de los grupos más numerosos que se conocen en la ciencia, ofrecen surtida variedad de caracteres y distintivos en cuanto á sus colores y matices múltiples, dondesingular atención. En los órganos de relación existen notables particularidades, y sobre todo en los sentidos. No se conoce bien el sitio de residencia del olfato, pero es indudable que lo poseen finísimo. Basta, por ejemplo, abandonar en un sitio cualquiera, aunque sea muy oculto, un fragmento de carne putrefacta para que acudan en breve numeroso tropel de moscas, no sólo en busca de alimento sino á depositar sus huevecillos, celosas de su reproducción. Fían más en el sentido del olfato que en el de la vista, por lo cual no es maravilla que á muchos insectos les engañen las emanaciones de algunas plantas que por lo fétidas semejan á las cadavéricas y acudan á ellas á depositar sus huevos.

La vista se halla en la mayor parte de ellos bien desarrollada, apreciando hasta los menores detalles de los objetos á bastante distancia, larvas, crisálidas y mariposas; su extraordinaria fecundidad, que permite se reproduzcan con rapidez pasmosa en número grandísimo; lo variado de su alimentación, sus bizarras costumbres, son motivos que también concurren para que la existencia de estos seres tenga por base la reunión, el conjunto, la multiplicidad, la asociación, á fin de que la suma de los esfuerzos individuales produzca maravillosos resultados y dé lugar á gigantescas obras, por lo mismo que cada individuo es insignificante y exiguo en su tamaño y en su modo de ser.

Lo mismo esas destructoras bandadas de langosta que nublan la luz solar, que los prolongados rosarios de hormigas que á larga distancia de las habitaciones originarias se prolongan y comunican rápidamente unas con otras cualquier impresión recibida, como los enjambres de industriosas abejas en que numerosísimos individuos reunidos tienen en su seno á una sola hembra fecunda, perfectamente llamada *reina* por su jerarquía y posición en aquel conjunto, se ve por todas partes y bajo cualquier aspecto la manifestación de la vida colectiva y de la importancia de la masa social que considera muy poco á la individualidad en sí misma y separada del total.

Realmente, cuando se consideran esas sociedades tan perfectamente organizadas de las industriosas abejas ó laboriosas hormigas, como las destructoras langostas, no puede menos de meditarse respecto á la finura del instinto y la exactitud con que cumplen sus fines esa multitud de diminutos animales, en que el individuo se sacrifica á la colectividad con más abnegación que puede arrostrar el hombre ante la más respetable de las humanas colectividades, que es la de la patria, y con más ceguedad que produce el entusiasmo, siquiera tenga los más elevados y plausibles móviles.

Por eso, al estudiar el hombre de ciencia los insectos, que de igual manera molestan con su zumbido que recrean en los campos con sus brillantes colores y dan múltiples productos á la medicina y á las artes, penetra en gran número de detalles que sirven después para establecer grandes principios; fijándose tanto en su complicada organización como en sus diversas funciones, que en lo que se refieren á la vida de relación, suministran datos aprovechables y preciosos para el agricultor, el químico y el médico.

De todas suertes, se observa en ellos que la nota característica y saliente es el espíritu de asociación y de colectividad, que se refleja en todos sus actos y tiene lugar en la mayoría de las especies, lo mismo en las útiles, agradables y simpáticas al hombre porque proporcionan alimentos ó constituyen heroicos remedios, que aquellas devastadoras que talan y destruyen cuanto encuentran, ó inutilizan las plantas que constituyen la vida y base principal de la agricultura.

No merecen, no, el menosprecio, sino una señalada y constante atención.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

SOMBREROS

de se representan desde los más bellos hasta los que no tienen el menor atractivo, lo mismo que en sus formas y maneras de expresar los sonidos en los momentos en que la vegetación y la vida universal se revelan, como en las épocas del celo y en las mil ocasiones en que necesitan expresar su relación con el mundo exterior; constituyen datos que sirven para determinar cuáles han de ser las costumbres de estos pequeños animales, que coinciden en muchos detalles en cuanto á su organización y constituyen un grupo con grandes analogías.

Todo su organismo se encuentra dispuesto de una manera admirable para que el espíritu de asociación se desarrolle y esté en condiciones de producir fructíferos resultados. La facilidad de comunicarse entre sí con rapidez increible, la ligereza de sus movimientos, la pronta desaparición ú ocultación en un instante determinado, el diverso y arbitrario procedimiento que pueden emplear para trasladarse de un punto á otro, son otros tantos motivos que coadyuvan á que se formen esas reuniones donde hay leyes inexorablemente cumplidas y observadas.

Dotados de cinco sentidos, como los animales de organización superior y de mayor talla, ven, oyen y tocan los objetos, son sensibles á los olores y aprecian y distinguen los sabores diferenciando unos de otros, se comunican sus impresiones entre sí y establecen alianzas defensivas y ofensivas, de tal suerte que la asociación produzca los grandes beneficios vedados al aislamiento y que tan necesarios son en unos animales cuyo diminuto tamaño y escasa significación son motivos para que su existencia se halle constantemente expuesta á los mayores peligros y en riesgo extraordinario de perderse, ante la multitud de causas que á toda hora conspiran en su contra.

Su organismo, estudiado detenida y minuciosamente por los entómologos, es muy digno de y existen los llamados ojos sencillos y compuestos, que les permite en este último caso determinar la posición de los objetos en múltiples direcciones.

Maravilla, en verdad, el orden, minuciosidad y detalles del trabajo en unos animales de tan insignificante tamaño y de humildísima apariencia, pero cuyos actos son tan dignos de consideracion y merecedores por tantos conceptos de fijar las miradas del pensador y la actividad del hombre de ciencia, para decir, cuánto hay que estudiar en seres sin importancia y sin significacion aparente en el orden social, pero á los que bien pudiera aplicarse la frase de que lo pequeño encierra sublimes y admiradoras grandezas.

La locomoción sumamente variada, verificándose en algunos sobre la superficie de cuerpos muy lisos, cual acontece con las moscas, que marchan por el pulimentado y terso cristal de un espejo, mientras que otras veces es á saltos; y en el mayor número de casos, haciendo uso del vuelo, les permite trasladarse fácilmente de un punto á otro, así como también la facultad que algunos tienen de producir sonidos; les ofrece motivo de relacionarse unos con otros para realizar las obras que su espíritu de asociacion lleva á término, como resultado de un conjunto de trabajos encaminados á un fin siempre digno de admiración y estima.

Y cantan sus himnos de amor, celebran sus victorias, enaltecen sus triunfos, participan de sus desgracias, saludan la aurora ó entonan endechas á las sombras de la noche, todo en común, en conjunto, como si sus alegrías y sufrimientos fuesen por igual é interesasen á la reunión, más que á cada uno de los individuos en particular y á solas.

Las metamórfosis ó cambios que en su organización experimentan muchos de ellos durante los variados períodos de la vida, constituyendo

LA LENGUA

¡Oh, la lengua!

¿Quién es esa señora?

La lengua es un pedazo de carne, que se estira y se encoge como si fuera de goma, que anuncia el estado del estómago como el termó-

Digitized by Google

metro anuncia el estado de la temperatura, y que tiene el don de producir palabras, de hacer frases y de decir muchas inconveniencias.

La lengua nos distingue de todos los animales. Ellos también la tienen, y en el mismo sitio que nosotros, pero no les sirve para hablar, mientras que la nuestra hace discursos y declaraciones importantes.

Es decir que por la lengua existe el lenguaje y que éste es más ó menos propio, más ó menos culto, más ó menos vulgar, según que la educación recibida por la lengua haya sido esmerada ó *radical*.

Por supuesto que no trato, al hablar de lenguas, de deciros nada de la lengua de tierra, ni de la lengua de mar, ni siquiera de las lenguas vivas ó medio muertas.

Mi intención es otra.

Se ha dicho siempre que la lengua es el medio que tiene el hombre (y la mujer) para dar forma á sus pensamientos.

Esto es un error en mi concepto.

Un sabio, cuyo nombre no recuerdo, ha dicho precisamente todo lo contrario: la lengua sirve para ocultar el pensamiento, para decir una cosa distinta de la que pensamos.

Esto es una verdad de grueso calibre, y esto es lo que trato de probar, con el permiso de ustedes.

Y para que no se diga que ejercemos influencias, vamos á dejar á las lenguas en libertad, para que, en uso de sus derechos individuales, expresen sus ideas, y así veremos cómo tratan á las personas que las poseen.

Oído, pues, á lo que dicen las lenguas en los siguientes monologuitos:

LA LENGUA DE UN HOMBRE PÚBLICO

¡Qué vida tan desgraciada la mía! Tener que engañar á la gente á cada momento, cuando me repugna tanto mentir, es una verdadera desgracia.

Mi individuo me obliga á decir cada mentira que tiembla el misterio.

Si no fuera porque no sabría ganarme la vida, ya estaba á veinte leguas de distancia de mi dueño.

Y luego, como gasta un geniazo tan atroz, siempre está haciendo bilis y tiene un gusto en la boca que no se puede parar.

¡Cuánto más me hubiera valido nacer lengua de vaca! En fin, mejor es callar.

¡Callar dije!... Ahora viene un político á echar un párrafo con mi personaje, y yo me temo que voy á estar discutiendo dos horas y media.

¡Hola! El que ha venido le dice á mi amo que le va á arrancar la lengua. Eso va conmigo, pero no seré tan afortunada.

Es claro, ya se ha ido y yo continúo sirviendo de instrumento á los planes de mi propietario y condenada á trabajar de día y de noche, porque hasta por la noche sueña en alta voz, y, como es natural, yo soy la que mete ruido.

¡Gracias á Dios! Ahora va á comer. Es el único momento en que no habla.

LA LENGUA DE UN DIPUTADO

Pues, señor, esto no es vivir: tengo que hacer una exposición á las Cortes para que no permitan hablar á mi señor.

Antes de ser padre de la patria estuvo ensayándose en su casa, y luego echando discursos á los electores; y á la fecha es tanto lo que me ha hecho mover que estoy muy desmejorada y parezco un alfeñique de delgada, y hasta tengo más ojeras que antes.

Si esto dura no sé qué va á ser de mí.

Eso sí, dicen que hablo con mucha propiedad, y siempre le gusta á una que la den bombo; pero lo que no puedo tolerar es que aplaudan y tengan por hombre franco á mi amo, porque sólo él y yo sabemos que no está convencido de la mitad de las cosas que dice.

Vaya, nos vamos á las Cortes. ¡Menudo discurso voy á ejecutar esta tarde!

LA LENGUA DE UN POBRE HOMBRE

Me da lastima mi amo, lo confieso, porque yo quisiera que tuviera el mérito que desea. Es un infeliz, muy hombre de bien, muy francote y desinteresado, y me hace decir cosas que es prudente callar en ocasiones.

Por esto tiene tantos disgustos. Dice lo que piensa sin rodeos y lo insultan y hasta le pegan.

Y, luego, no tiene ni pizca de ilustración, y, por consiguiente, aunque yo quiera ayudarle á echar un discurso cuantas veces se ha visto precisado á hablar, ha hecho en mí tantos *nudos* que ni yo misma podía desenredarlos.

Sin embargo, estoy á gusto con él porque sé que es buena persona y no me da mucho trabajo.

LA LENGUA DE UN TARTAMUDO

Realmente le hago un flaco servicio á mi amo con este defecto que Dios me ha dado.

No se me puede oir con paciencia, porque tardo una hora para decir lo contrario de lo que quiero.

El otro día le preguntaron á mi dueño quién había escrito un artículo incendiario.

El autor había sido el patrón de la casa donde estamos.

Pues bien: en vez de decir, como quería,

—Mi patrón es el autor.

Dije:

—Mi pa... pa... pa... pá...

Y no supe salir de aquí, con lo que todos quedaron convencidos de que el autor que se buscaba era el padre de mi señor.

LA LENGUA DE UN POLLO

¡Cáspita! ¡Y qué vida tan aburrida la mía! No digo mas que majaderías, porque este pollo que me lleva en su boca es de lo más insustancial que se conoce.

Conceda V. el don de la palabra para verlo tan mal empleado.

Sin embargo, como siempre estoy diciendo bobadas á las mujeres, esto me encuentro, porque, aunque pertenezco al bello sexo, me gustan las chicas bonitas.

Yo moriré de aplopegía.

LA LENGUA DE UNA COQUETA

¡Apenas he dado yo esperanzas en este mundo!

A ratos hasta me remuerde la conciencia por las cosas que digo.

Pero, ya se ve, mi señorita es veleta como ella sola, y á pesar mío tengo que secundarla en sus propósitos.

Siempre estoy diciendo á los que se acercan que las palabras que suelto salen del corazón de mi señora, y la verdad es que sólo salen de su boca.

Y ¡qué trajín el mío! Soy una taravilla.

SOMBREROS

Verdad es que la mujer necesita hablar para vivir.

Quisiera ser yo la lengua de Castelar, porque de seguro entonces hablaría menos.

LA LENGUA DE UNA SOLTERONA

El que quiera dulzura y amabilidad que me venga á oir.

Todo lo encuentro bueno. Todos los hombres solteros ó viudos merecen mis elogios.

Y ¡qué modo de mentir! Ahora le he dicho á uno que mi ama tiene veintitrés años y hace diez y ocho ó veinte que estoy diciendo lo mismo.

Me gusta mi dueña por la constancia y por las pocas edades nuevas que me hace aprender.

¡Como que nunca salgo de la *edad antigua* de su historia!

LA LENGUA DE UN COCHERO

¡Cuánta palabrota fea me obliga á decir este hombre! Créanlo Vds.: para una lengua de buenos instintos como yo, es un sofoco verse en la precisión de hablar tan rematadamente mal.

Por las tardes nos reunimos en el *punto* varias lenguas de la misma calaña, y se oyen unas cosas...

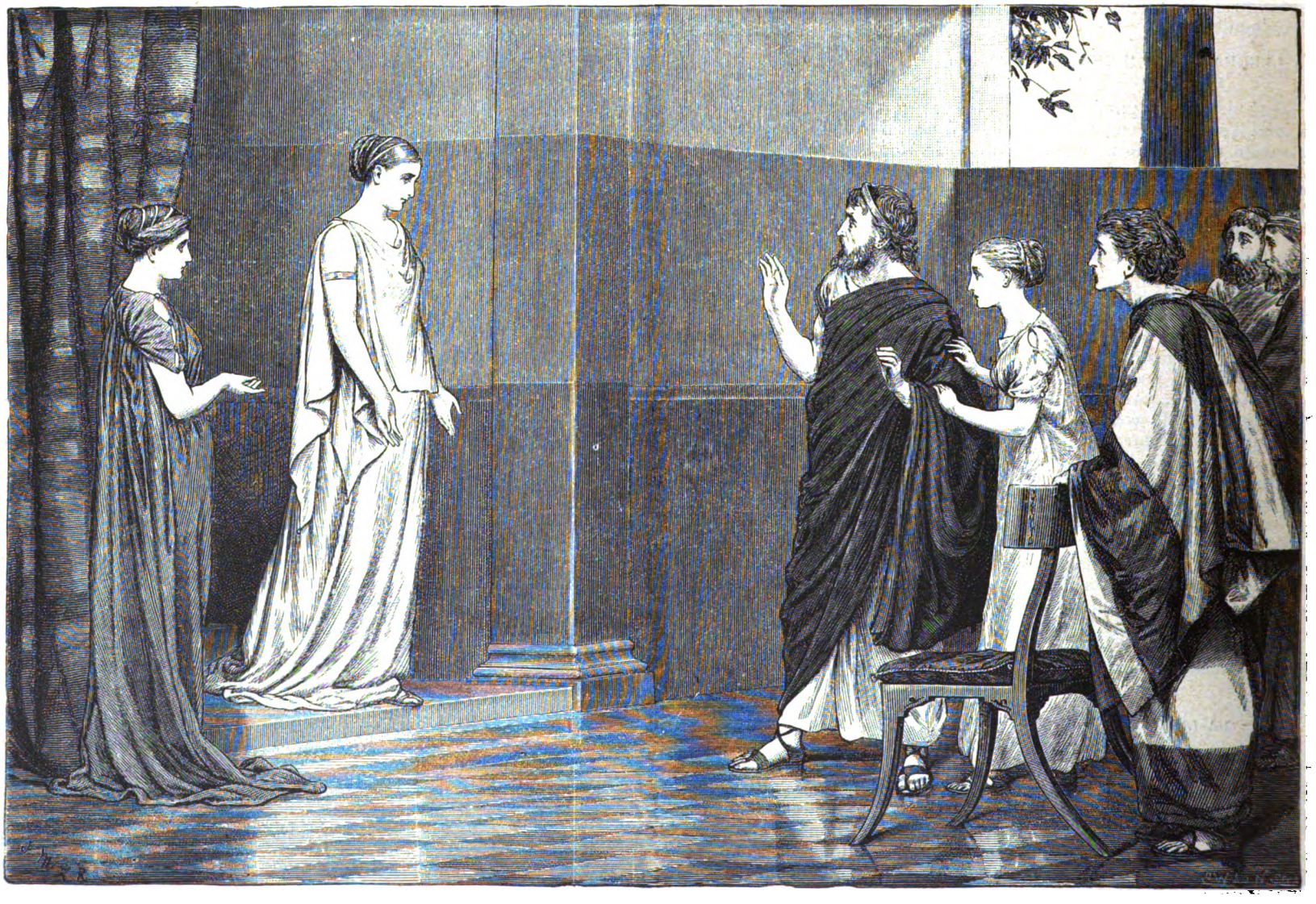
El otro día un caballero llamó á mi dueño *deslenguado*, yo no sé por qué, puesto que si no fuera por mí, no podría hablar, aunque me esté mal el decirlo.

LA LENGUA DE UN NIÑO

Esto es una delicia: en todo el día no tengo nada que hacer.

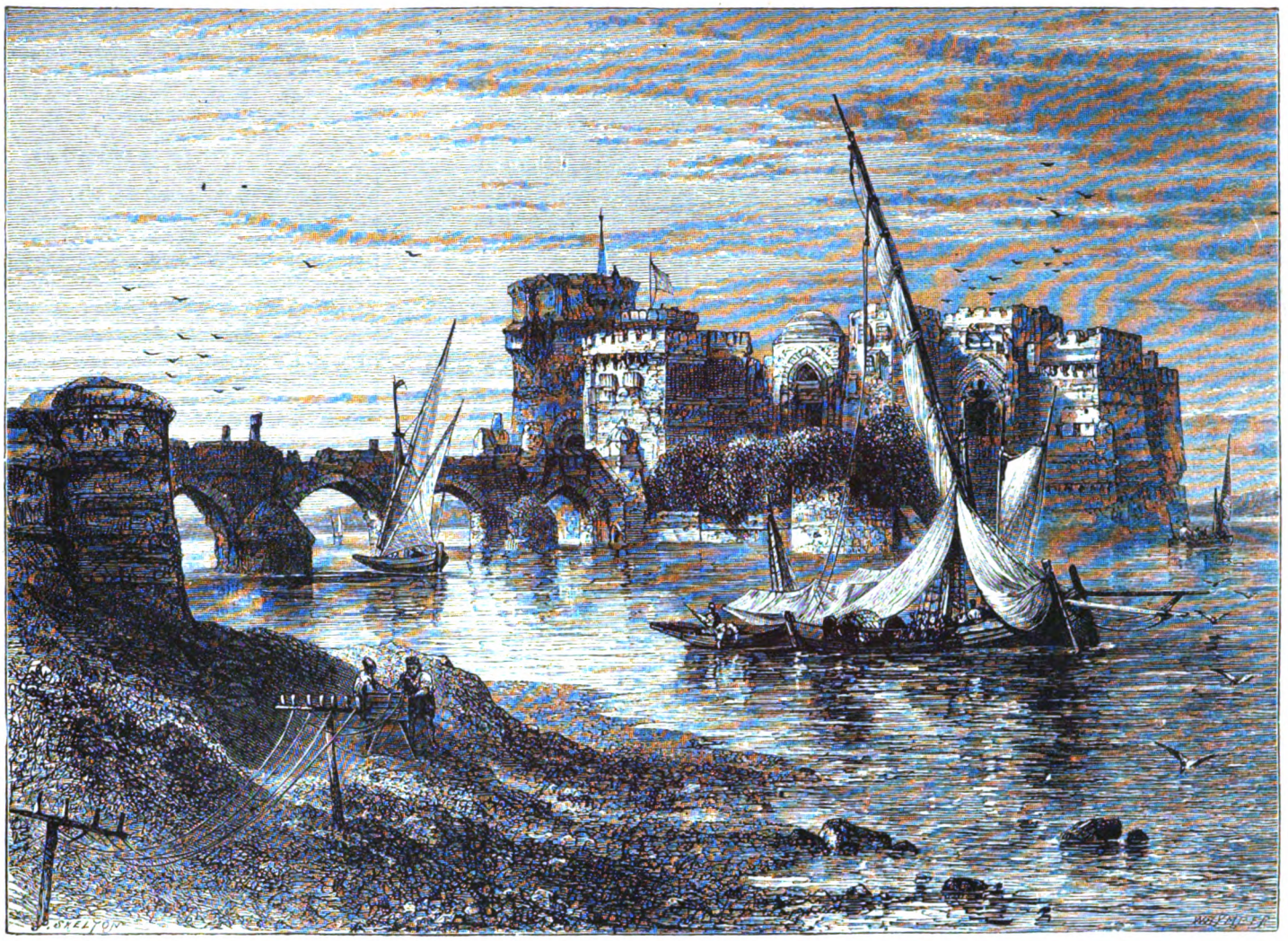
Digitized by Google

Dogberry, el sacristán.—DOGBERRY: ¿No *sospechas,* pues, mi posición? ¿No *sospechas,* pues, mi edad? — *(Mucho ruido para nada,* acto IV, escena II.)



Hermione y Leontes.—PAULINA: ¿Acaso esta imagen no se acerca mucho á la realidad? — *(El cuento de invierno,* acto V, escena III.)

Digitized by Google



SIDÓN

ESTADOS UNIDOS.—LAS ALTAS TIERRAS DEL HULSON

Digitized by Google

Sólo digo *papá* y *mamá* de cuando en cuando, y esas palabras ya las sé pronunciar durmiendo.

¡Ay! ¡Ojalá siempre esté lo mismo y no tenga que arrepentirme nunca de decir otras cosas!

LA LENGUA DE UN MUDO

Yo no sé para qué estoy aquí.
Ni siquiera una palabra he aprendido.
Cuando oigo hablar á otras lenguas, que vienen á casa en sus correspondientes bocas, tengo una envidia atroz y quiero imitarlas; pero sólo consigo hacer ruido.
Como siga mucho tiempo así, voy á pedir el retiro.

***

Y basta de lenguas, porque con tanto hablar voy yo á fatigar la mía.

RICARDO SEPÚLVEDA

CANTARES

Niña, si vas á la fuente
no ofrezcas tu cantarico,
porque si á alguno lo prestas
puede volverlo hecho añicos.

—

A las gotas de rocío
las ilusiones compara
en que nacen por la noche
y mueren por la mañana.

—

No te pongas al espejo
á consultar tus sonrisas,
que jamás la vanidad
halló en él una mentira.

—

Los ojos de algunas niñas
parécense á los cometas
en que siempre van buscando
el *astro* que más calienta.

—

La exigencia de una vieja
con marido complaciente
es un *cencerro* tapado
clamando continuamente.

—

Dices que nada me debes
desde que tu amor no es mío:
sólo me debes un beso,
que fué lo que me has pedido.

—

Triste vuelves de la fuente
y se advierte que has llorado.
¡Ay de ti si allí perdiste
la hermosa flor que has llevado!

—

Matrimonio sin cariño,
por guarismos concertado,
si no tiene peloteras
es que vive separado.

—

En la concha de tus labios
se posan tantas *abejas*
que poco á poco te roban
toda la miel que hay en ella.

—

Deja que marche tu amante
si marcha correspondido,
que el pájaro que se ausenta
nunca abandona su nido.

—

Cuando estás á tu ventana
en las noches muy oscuras,
ó te gusta algún *planeta*
ó algún *cometa* te busca.

—

Al acercarte á la fuente
salen las aguas sonriendo,
y cuando de ella te apartas
por ti se quedan gimiendo.

No sé lo que al verte paso,
y al no verte lo que siento:
si estoy contigo me abrasas,
si estoy ausente me hielo.

—

Soñé que contigo estaba
y que en tus brazos dormía.
¡Pobre de mí, que durmiendo
soñaba lo que quería!

M. N. TRONCOSO

NUESTROS GRABADOS

EL INCENDIO DEL PALACIO DE LA ALHAMBRA

Cero y van cuatro. Después del incendio del Alcázar de Segovia, del Alcázar de Toledo y de la Armería, debía venir necesariamente el de la Alhambra. Veremos á qué monumento le tocará ahora el turno. *Afortunadamente* la quema no lo ha devorado todo.

Me destierra, pudo ahorcarme;
conque mejor que mejor.

El incendio comenzó á las once y cuarto de la noche del 16, iniciándose en el ángulo de Levante del patio de los Arrayanes, y adquiriendo en breve tan vastas proporciones, que en los primeros momentos todo el mundo creía que la Alhambra iba á quedar reducida á escombros. Gracias al arrojo de los bomberos y de muchos particulares, consiguióse á las dos localizar el incendio, salvándose de inminente destrucción el salón de Embajadores, la sala de Justicia, la de las Dos Hermanas, la de los Abencerrajes y el patio de los Leones, pero teniendo que lamentar en cambio la consunción por el voraz elemento de la sala de la Barca y de las galerías norte y levante del patio de los Arrayanes ó de la Alberca, aunque indudablemente ha de haber sufrido bastante todo lo demás.

Del patio de los Arrayanes quedan aún la arcada y toda la parte decorativa. Este patio, situado en el centro del palacio árabe, al pie de la torre de Comares, mide 150 pies de largo por 82 de ancho y tenía dos elegantes galerías al norte y al sur, con una grande alberca ó vivero en medio, rodeado de flores.

La sala de la Barca, que se encuentra en uno de los testeros del patio de los Arrayanes y sirve de antesala al gran salón de Embajadores ó de Comares, toma probablemente su nombre de la palabra árabe *beraca*, bendición, corrompiéndose por el uso. Un arco de colgantes, formado de dos festones cruzados en la clave, daba ingreso á este precioso aposento, cuyos costados cerraban hermosos arcos de ataurjas y hornacinas. Las impostas estaban adornadas con letreros cúficos. Era obra del tiempo de Boabdil Mohamad.

Las grandes proporciones que adquirió el incendio desde los primeros momentos, siendo así que el edificio carece en absoluto de combustible, hace presumir se trate de un crimen.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

Siguiendo por la costa de Egipto, de E. á O., encuéntranse á los 39° 57' longitud diversas tribus de beduinos, acampados en el valle Mareotides, junto á la antigua *Taposiris*, famosa por sus viñas, y conocida hoy con el nombre de *Abusir*. La doncella beduina de los Vadi-Marat da idea de las bellezas del país.

Siguiendo luego hacia el ONNO. encuéntrase el valle de *Kelacheh* donde se encuentra la familia Geraidat de la tribu Ualad-Alí, á la cual pertenece la novia fielmente representada en estas páginas.

MONUMENTOS DE GERONA

En otra ocasión hablamos ya de la hermosa catedral de la inmortal ciudad. Hoy diremos que parte de la fábrica de la iglesia de San Pedro de Galligans, data del siglo XI, siendo notabilísimos sus claustros de estilo bizantino. Santo Domingo conserva aún su claustro del más delicado ojival.

EL ARTE FRANCÉS

EL MARIDO EN EL MAR, *de Mme. Demont Breton*

Poco le falta á Mme. Demont Breton (hijo del famosísimo Julio) para distinguirse tanto como Dagnan Bouveret de entre la masa de los pintores franceses, bastando con decir que su pintura es digna de su padre.

EL ARTE ITALIANO

UNA CONFIDENCIA.—LA FIESTA DE LA MADONA, *de E. Dalbono de Andreotti*

La confidencia, de Andreotti, hace honor á la joven escuela toscana.

E. Dalbono es ya muy conocido de nuestros lectores. *La fiesta de la Madona* es otro cuadro de costumbres napolitanas tan gracioso, genial y garboso como todo lo que pinta el eminente artista partenopeo.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

Mucho ruido para nada es una de las más hermosas comedias que escribiera Shakespeare, siendo admirable la armónica combinación de lo cómico con lo tierno y patético. El argumento tiene alguna semejanza con uno de los cuentos de Bandello, y más aún con una cierta *Historia de Apolonio y Sylla*, de Rich, publicada en 1583. «Al leer esta pieza extraña,—escribía Teófilo Gautier, no importa dónde,—siéntese uno trasportado á un mundo desconocido, del cual se conserva, sin embargo, alguna vaga reminiscencia: no se sabe si uno está muerto ó vivo, si se sueña ó se está despierto. Graciosas figuras os sonríen dulcemente y os dan, al pasar, un amistoso buenos días: os sentís conmovido y turbado á su vista, como si á la vuelta de un camino os encontrarais de pronto con vuestro ideal, ó como si el olvidado fantasma de vuestros primeros amores se irguiese súbitamente ante vos. Discurren los manantiales murmurando quejas semiahogadas; el viento azota los viejos árboles de la antigua selva sobre la cabeza del viejo duque desterrado, con suspiros compasivos; y cuando Santiago el melancólico deja llevar por la corriente del agua, con las hojas del sauce, sus filosóficas endechas, parece que el que habla sois vos mismo y que el pensamiento más secreto y más oscuro de vuestro corazón se revela y se ilumina.

»¡Oh joven hijo del bravo caballero Rolando de los Bosques, tan maltratado por la suerte! No puedo menos de estar celoso de tí: tienes aún un servidor fiel, el buen Adam, cuya vejez es tan verde bajo la nieve de sus cabellos. Estás desterrado, pero á lo menos lo estás después de haber luchado y triunfado, y tu malvado hermano te quita toda tu hacienda; pero Rosalinda te da la cadena de su cuello. Eres pobre, pero eres amado; y has abandonado tu patria, pero la hija de tu perseguidor te sigue allende los mares.

»Las negras Ardenas abren, para recibirte y ocultarte, sus grandes brazos de follaje; la buena selva, para acostarte, amontona en el fondo de sus grutas su césped más sedoso; inclina sus bóvedas sobre tu frente para preservarte de la lluvia y del sol; te compadece con las lágrimas de sus arroyos y con los suspiros de sus cervatillos y de sus gamos, que braman; hace de sus peñas complacientes pupitres para tus epístolas amorosas; préstate las espinas de sus florestas para colgarlas; y ordena á la corteza de raso de sus pobos que cedan á la punta de tu daga cuando quieres grabar en ella la cifra de Rosalinda.»

Tocante al *Cuento de invierno*, es una de las comedias más populares del gran dramaturgo inglés, estando tomado el argumento del cuento de *Dorasto y Favonia*, de Roberto Green. Trátase del harto suspicaz Leontes, rey de Sicilia, que, celoso de su mujer Hermione, hija del emperador de Rusia, acaba por matarla á disgustos, ó se cree por lo menos que la ha matado. Pero hay que saber ahora que, en plenos celos, la reina ha dado á luz una niña, y, como el bárbaro Leontes la cree adulterina, manda quemarla, bien que luego conmuta esta pena por la de abandono en alguna isla desierta, fuera de sus estados. La niña, en efecto, es abandonada en la costa de Bohemia (no le hace que Bohemia no tenga costas), pero es recogida por un *viejo pastor* que la bautiza con el apropiado nombre de Perdita, hasta que por fin se arregla todo. Hermione no ha muerto, Perdita es reconocida por verdadera y legítima hija de Leontes y se casa con el hermoso príncipe Florisel.

SIDÓN

La antigua *Sidón*, hoy *Tsaida*, *Saide* ó *Seyde*, en la Tripolitania, es una ciudad de 4 á 5,000 almas, comercial, y principal punto del despacho de Damasco. El antiguo puerto fenicio quedó cegado del todo durante la edad media. Conservánse aún los restos del hermoso palacio del emir Facardin, edificio de gusto italiano. Una torre, cuya construcción se atribuye á San Luis, domina en la parte del mar una elevada muralla.

LAS TIERRAS ALTAS DEL HUDSON

Quieren los yankees que sea el Hudson el Rhin norteamericano, y parece que les abona la razón. Dicho río baña unas riberas muy pintorescas, y más abajo de la ciudad de su nombre tiene un cuarto de legua de ancho. Su rapidez en algunas partes es tal, que sería capaz de romper una barra de hierro según afirman. Desemboca en el mar en Nueva-York, después de un curso de cien leguas, siempre en línea recta.

TEHERAN

La capital de Persia, residencia del Schah, es una ciudad muy vieja, con las casas de tierra. La forma de la muralla es cuadrada, circunscribiendo otro cuadrado en el centro de la corte, donde se levanta el palacio del rey de los reyes. Cuéntanse maravillas de las riquezas acumuladas en la tal vivienda. La población asciende á 150,000 almas.

Digitized by Google

RESTAURAR

Siendo fea cual *mondongo,*
para restaurar tu facha
te falta *jabón*, muchacha,
de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Alan pareció satisfecho de que se recordara su traje, mas al parecer le disgustó que en la filiación se dijera que los adornos de su casaca estuvieran ajados, pues al punto los contempló con sentimiento, reconociendo, sin duda, que era verdad. En cuanto á mí, juzgué que la filiación me representaba como una triste figura, pero no me desagradaron las señas, pues desde que había cambiado de ropa, la descripción que de mí se hacía, en vez de ser peligrosa, podía salvarme.

—Alan,—dije á mí compañero;—deberíais cambiar de traje.

—Nada de eso,—contestó;—en primer lugar no tengo otro, y no podría volver á Francia hecho un adefesio.

Esta contestación me indujo á reflexionar que si yo me separase de Alan me libraría de que me prendieran y podría ir abiertamente á evacuar mis asuntos. Aun suponiendo que me detuvieran cuando fuese solo, nada resultaría contra mí; pero si era cogido en compañía del supuesto asesino, mi situación sería muy grave. Por pura generosidad no quise comunicar mi pensamiento á Alan, pero no dejé de reflexionar mucho sobre ello, sobre todo al ver á nuestro mensajero sacar una bolsita verde con cuatro guineas en oro y la mayor parte del cambio de otra. Ciertamente aquella suma era mayor de la que yo tenía; pero Alan debía volver á Francia con menos de cinco libras, y yo á la Ensenada de la Reina con poco menos de dos; de modo que, tomando las cosas en su justa proporción, la compañía de Alan no era solamente un peligro para mi vida, sino un gravamen para mi bolsa.

Pero mi honrado amigo no pensaba en nada de esto: parecíole que me ayudaba y protegía; y para no contrariarle no tuve más remedio que callar, aceptando todas las consecuencias.

— Poco es,—dijo Alan, guardándose el dinero en el bolsillo;—pero procuraré arreglarme. Y ahora, Juan Breck, si queréis darme mi botón, mi amigo y yo nos pondremos en marcha.

Pero el hombre, después de tocarse los bolsillos por encima, comenzó á mirar á un lado y á otro, y dijo al fin que le parecía haberlo perdido.

—¡Cómo!—exclamó Alan.—¿Habríais perdido el botón que fué de mi padre? Pues voy á deciros lo que pienso, Juan Breck: se me figura que este día habrá sido para vos el peor desde que nacisteis.

Así diciendo, Alan se sentó, apoyándose las manos en las rodillas, y miró al mensajero fijamente: sus labios sonreían, pero sus ojos brillaban de esa manera que siempre imponía á sus enemigos.

Tal vez el mensajero era hombre honrado ó quizás tuvo intenciones de quedarse con el botón; y al verse solo con nosotros en aquella montaña tan desierta, juzgó más seguro devolverlo. Ello es que de pronto aparentó encontrarlo, y devolvióselo á mi amigo.

—Muy bien,—dijo Alan;—esto es honroso para un Maccoll.

Y volviéndose hacia mí, añadió:

—Aquí tenéis el botón, y os doy gracias por habérmelo prestado.

—En cuanto á vos,—dijo al mensajero,—habéis cumplido bien vuestra comisión, exponiéndoos á un peligro, y siempre diré que sois un buen hombre. ¡Adiós, y hasta más ver!

El mensajero se marchó por un lado, y Alan y yo nos dirigimos por otro para continuar nuestra fuga.

CAPITULO XXII

EL MATORRAL

Al cabo de once horas de camino llegamos á primera hora de la mañana á la extremidad de una cordillera, y frente á nosotros vimos una tierra desierta que debíamos cruzar. Los rayos del sol nos iluminaron muy pronto, y desde el matorral inmediato extendíase una ligera niebla semejante á humo, que nos hubiera impedido ver á un escuadron de dragones si hubiese estado allí, según dijo Alan.

Nos sentamos en la falda de la colina esperando á que se desvaneciese la niebla, y entre tanto mi amigo amasó un poco de harina para matar el hambre.

—David,—dijo Alan,—ahora es preciso resolver lo que haya de hacerse. ¿Nos quedaremos aquí hasta la noche, ó será mejor seguir adelante?

—Yo estoy cansado,—contesté;—pero aun podré andar más si es preciso.

—Yo creo que es lo más prudente: en Appin nos espera la muerte; al sur están los Campbells, y no se debe pensar en seguir tal dirección; por el norte no adelantaríamos tampoco nada deseando vos ir á la Ensenada de la Reina y yo á Francia; de modo que lo mejor será seguir la dirección este.

—Pues vamos por ahí,—contesté alegremente, aunque en aquel momento pensaba que si mi compañero hubiera querido ir por una parte permitiéndome marchar por otra, hubiera sido lo mejor para los dos.

—Convenidos,—dijo Alan;—así saldremos de ese país tan pelado, donde se puede ver á cualquiera desde muy lejos, y donde las casacas rojas no tardarían en atisbarnos. Estos parajes son verdaderamente peligrosos, David, y más aún de día que de noche.

—Alan,—repliqué,—bien veo que Appin es la muerte para nosotros. Por otra parte no tenemos mucho dinero. Cuanto más tiempo nos busquen, más fácil será que nos descubran, y de consiguiente yo os doy mi palabra de seguir adelante hasta que no podamos movernos,

—Perfectamente,—contestó Alan regocijado; —así me gustáis, amigo David, y, aunque sois demasiado partidario del rey para merecer la compañía de un caballero como yo, tenéis rasgos que me hacen amaros como á un hermano.

La niebla se desvaneció al fin, y entonces vimos desarrollarse á nuestra vista una extensión inmensa, donde abundaban los matorrales. En varios sitios veíanse charcos de agua estancada, y en último término un bosque de helechos semejantes á esqueletos. No había visto nunca un desierto de aspecto tan lúgubre, pero en cambio estaba limpio de tropa.

Avanzamos por allí, siguiendo la dirección del E., y, como desde las cimas de las montañas que nos rodeaban hubiera sido fácil vernos, nos aprovechamos de las desigualdades del terreno para ocultar nuestra marcha en cuanto fuese posible. Algunas veces nos arrastrábamos desde un jaral á otro, cuando íbamos por paraje descubierto, como lo hacen los cazadores. El sol brillaba con toda su fuerza, y por desgracia habíase concluído el agua que llevábamos en la botella de aguardiente. Si yo hubiera sabido cuánto íbamos á sufrir entonces, seguramente

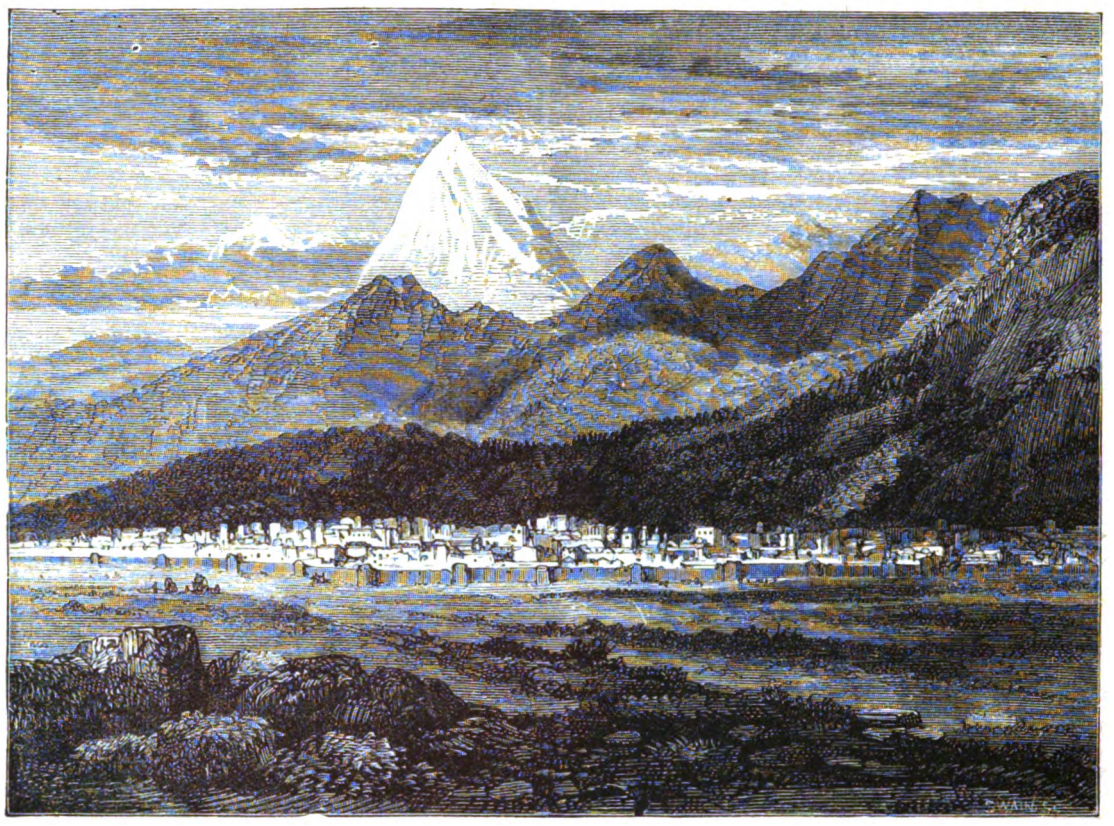
TRAJES INFANTILES

Digitized by Google

no habría tomado parte en tan desesperada excursión.

Andando á gatas y deteniéndonos á intervalos para continuar después nuestra penosa fuga, se pasó toda la mañana, y á la caída de la tarde llegamos á una espesura de brezos, dondé convinimos en dormir un poco. Alan se encargó de vigilar primero, y cuando me parecía no haber cerrado aún los ojos, sacudíame ya el brazo para que ocupase su lugar. Como no teníamos reloj para guiarnos, mi amigo clavó una rama de brezo en tierra, y díjome que, apenas su sombra se prolongase por el E., podría despertarle. Sin embargo, era tal mi fatiga, que habría podido dormir doce horas. Mi espíritu estaba despierto, pero tenía los miembros embotados. El olor cálido de los brezos y el zumbido de las abejas eran soporíferos para mí, tanto que á veces cerrábanse mis ojos, y abríalos después un tanto sobresaltado al reconocer que dormitaba.

La última vez que me sucedió esto parecióme que el sol se había alejado mucho, y al mirar la rama de brezo estremecíme, pues reconocí que había dejado pasar con mucho el tiempo señalado por Alan. Sin embargo, aun fué más grande mi terror y mi corazón desfalleció de espanto cuando, al mirar á través de nuestra espesura, vi á cierta distancia algunos soldados de caballería que sin duda habían avanzado durante mi sueño. Acercábanse por el SE. formando ala, y recorrían las partes más profundas del matorral.



TEHERAN (PERSIA)

Cuando desperté á mi compañero, éste miró primero á los soldados, observando después la posición del sol, y frunció el ceño, mientras fijaba en mí una severa mirada, pero no me reprendió.

—¿Qué haremos ahora?—pregunté.

—Lo que las liebres. ¿Veis aquella montaña?—añadió señalando en la dirección NE.

—Sí.

—Pues hemos de dirigirnos hacia ella. Es la montaña de Ben Alder, muy salvaje y desierta, llena de hondonadas y grutas; y si podemos llegar allí aun hay medio de salvarnos.

—Pero ¿no veis, —repuse,—que vamos á cruzar por la línea que siguen los soldados?

—Sí, ya lo veo; pero si volvemos á Appin nos cuesta la vida. Conque, así, ¡ánimo!

Así diciendo, comenzó á correr á gatas, es decir, apoyado en manos y rodillas, con tanta ligereza como si hubiera tenido costumbre de andar así toda la vida: tan pronto avanzaba á derecha como á izquierda, y aprovechábase de todas las depresiones del terreno para ocultarse mejor.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

ASMA Y CATARRO
Curados con los **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, pastura en el Poche, calma el sistema nervioso, facilita la expectoración y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma: J. ESPIC.*
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.
En provincias, en casa de nuestros corresponsales.
A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse
+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +
POR RICARDO FLEISCHER
catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirosis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL, 26 — Bd St-Denis.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Feder, Acuña del Arenal, 88. 1.º Izq.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

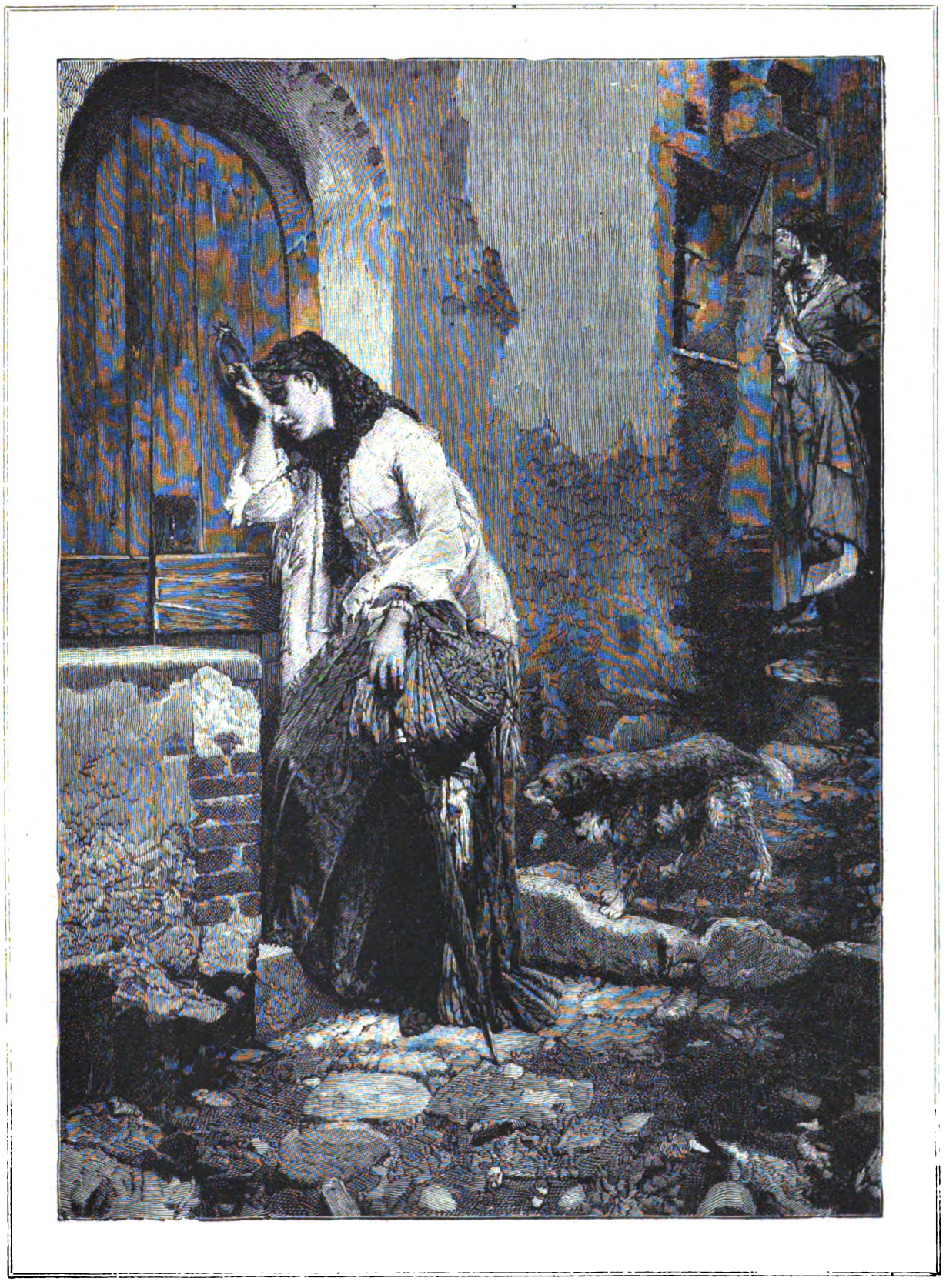
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 4 de octubre de 1890	Núm. 405



¡LLEGÓ TARDE! (cuadro de Giuliano)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Octubre* (soneto), por Carlos Mendoza.—*Croquis manchego* (conclusión), por J. M. Bonilla Franco.—*Ante un clavel* (poesía), por Javier Florentín.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*Cantares*, por M. N. Troncoso.—*Dos talleres y un cuadro*, por R. Blanco Asenjo.—*Humoradas* (poesía), por Carlos Miranda.—*La moda*, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—*La felicidad*, por Pedro de Carpi.—*La sequía* (poesía), por Salvador Rueda.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: ¡Llegó tarde!—El Excmo. Sr. D. Francisco de P. Rius y Taulet.—*El arte inglés*: La muerte del primogénito. Honores militares.—Modas.—Puente natural sobre el Juniata.—Alrededores de Gerona.—Viaje al oasis de Syuah.

MADRID

Las viruelas.—Los que tardan.—Los teatros

Los que desean prolongar su veraneo se valen este año, como pretexto, de la epidemia variolosa que, según ellos dicen exagerando las cosas, está causando estragos en Madrid. Esto, por fortuna, no es cierto, pero sirve para esparcir la alarma, y es de ver el gesto de terror con que las damas que se hallan todavía en las comarcas del Norte contestan cuando se las pregunta si volverán pronto á Madrid.

La viruela es para ellas la más terrible de las enfermedades, porque no sólo pone en peligro la vida, sino que atenta á la belleza; y si muchas veces se logra, á fuerza de cuidados, salir con bien de la fiebre que abrasa las venas, no es sin que en el rostro queden los implacables hoyos que son como sepultura de los encantos que proporciona el raso suave de la mejilla delicada que no ha recibido más que caricias.

Y se cuentan historias tristísimas de desgracias causadas por las viruelas: amores que no han resistido ál espectáculo del ser amado con la cara parecida á un queso de Gruyere; desesperaciones que han tenido que buscar asilo en el claustro huyendo de los espejos; solterías irremediables que sólo se deben á las consecuencias de esa terrible enfermedad.—¿Cómo volver á Madrid con ese peligro?—dicen las que tienen hermosura que conservar ó las que se hacen la ilusión de que la tienen. Y como para alejar la espantosa idea, se hacen aire precipitadamente con el gran abanico de plumas que refresca sus mejillas aterciopeladas por la veloutina.

Pero lo cierto es que, con viruelas ó sin viruelas en Madrid, el regreso de las expediciones veraniegas se retrasa más cada año entre las gentes que no están sujetas á los términos de una licencia ni á los límites de un presupuesto modestísimo. Y esto, que sería muy conveniente si el tiempo que se permanece fuera de la corte se emplease bien, es una calamidad, porque se siguen los caminos trillados de la rutina, que impone una vida frívola y poco provechosa ni para el espíritu ni para los bienes materiales. En España hay muchas comarcas donde se sufren las consecuencias del ausentismo ó sea el abandono en que los propietarios tienen sus fincas, que no prosperan ni contribuyen en la medida que debían á la riqueza general de la nación. Hay también sitios deliciosos, ciudades monumentales, regiones que en el otoño ofrecen innumerables encantos y que adquirirían animación y vida si fuesen visitadas por los que se complacen en retardar su vuelta á Madrid, aun después de pasados los calores estivales.

Pero no hay que hablarles de esto á los que prefieren á todo, el viaje de comisionista que hacen todos los años á París y que, complaciéndose en contar las veces que han subido y bajado á la torre Eiffel, sólo conocen las filigranas que coronan la catedral de Búrgos por haberlas visto á lo lejos entre las brumas del amanecer, al paso del tren *exprés* por delante de la histórica ciudad de Castilla.

Y cuidado, que yo creo que los viajes al extranjero son una de las cosas más deliciosas en que pueden gastarse su dinero los que lo tienen y uno de los estudios más convenientes para el hombre observador é instruído. No salir nunca de los hogares en que se vive es como permanecer entre las paredes de una celda y achicar el espíritu con los limitadísimos horizontes de una casa de vecindad, donde no hay más vida que la de los chismes y los cuentos. Pero lo que hacen un gran número de compatriotas nuestros acaudalados, que van todos los años por esta época á París, no es viajar ni es nada. Invariablemente se les ve todas las mañanas bostezando en el patio del Grande Hotel, todas las tardes paseando su aburrimiento por el Bois de Boulogne, como se podían pasear por la Castellana ó por el Retiro, y todas las noches en los teatros donde les exhiben por centésima vez lo que los parisienses han desechado por antiguo. Las señoras completan esta vida, que parece sujeta á un reglamento fijo, con las obligadas visitas á los almacenes, donde las venden pacotilla, y á los talleres de las modistas, que las reservan lo que no han querido sus parroquianas indígenas. En cuanto á los hombres, lo completan con unas cuantas excursiones á *Folies Bergères*, con algunas cenas en los gabinetes cuyos espejos están rayados por los diamantes de sortijas compradas con caricias sujetas á tarifa, ó con algunas horas pasadas en los *oudoirs*, cuyos muebles han tenido más dueños de un instante que un carruaje alquilado.

Y que no les pidan á estos viajeros más noticias que del bulevard de los Capuchinos ó de Italianos, más datos que los que se refieran á las heroínas de que habla todos los días *Gil Blas*, ni más vida que la que puede reflejar una columna de *Le Figaro*.

Y en tanto que esto hacen las personas acaudaladas en España, la industria y el comercio nacionales agonizan. El comercio de Madrid, por ejemplo, que sufrió el año pasado las consecuencias de los viajes á la Exposición de París, que ocasionaron gastos extraordinarios á las familias é impusieron economía, vive casi de milagro. El dengue del pasado invierno fué para él la verdadera epidemia, y muchas tiendas se cerraron para no volver á abrirse. Este año puede exclamar: *á la vejez viruelas, ó á perro flaco todo son pulgas*, porque no se le presentan horizontes más risueños con las alarmantes noticias de epidemia.

***

Y, sin embargo, el que juzgase de la vida de la corte por el número de teatros que han abierto ya sus puertas ó que se disponen á funcionar, creería que Madrid es una de las más ricas capitales de Europa, necesitada de diversiones y de esparcimientos para descansar de su trabajo y gastar su dinero.

Nada menos que tres coliseos actuarán á un tiempo con ópera italiana, de cumplirse los programas. Para la traducción del francés tendremos este año otro escenario además del de la Comedia, que se ha sostenido preferentemente con *El amigo Fritz*, *El cura de Longueval* y el repertorio de Dumas y Sardou. Los teatros por horas se han aumentado, y algunos de verano, como el de Maravillas, aspiran á hacerse de invierno, trasladando sus reales, desde lo que eran las afueras de la puerta de Fuencarral, al riñón de la calle de Alcalá. La zarzuela se instalará en el Circo de Price; y con esto, y con que á las señoras de la aristocracia les dé como otros años por sostener teatritos caseros, vamos á tener un escenario para cada grupo de una docena de vecinos.

¿Es posible sostener todo esto en una población como Madrid, donde abundan los empleados de seis mil á doce mil reales de sueldo, y donde los que tienen dinero se lo gastan en sostener por vanidad sus abonos al Teatro Real? De ningún modo; y la esquina de la calle de Sevilla, donde no va ahora apenas ningún actor sin contrata, nos lo dirá pronto, sirviendo de *Mentidero* á los que irán allí á lamentar percances de las quiebras é inclemencias de la suerte.

En los días de mayor esplendor de la literatura dramática contemporánea, cuando García Gutiérrez y Hartzembusch y Tamayo y Ayala escribían, y Romea, Valero, Arjona, Teodora Lamadrid y Matilde Díaz representaban, no había tanto teatro abierto, y sólo uno, ó el Circo de la plaza del Rey, con alguna notabilidad de primer orden, ó Variedades, con compañías como aquella á cuyo frente estaba Romea y entre cuyas actrices figuraba Carmen Berrobiano, podían á duras penas competir con el Teatro Español, favorecido por el Ayuntamiento.

Y no había entonces esos teatritos por horas, donde el estudiante se gasta sus cuartos y donde se complacen en arrellanarse en butacas los que no bajaron, antes de que esos coliseos abriesen sus puertas, de las galerías de los anfiteatros.

Con los numerosos carteles de teatros que forman estos días mosaicos en las esquinas de las calles de Madrid y en los aparatos de la *Anunciadora*, pasa lo que con los buques que llenos de emigrantes salen de nuestros puertos: muchos son los que se van, pocos los que vuelven; y lo que es *indiano*, esto es, rico, se puede asegurar que no se hará ninguno.

***

Y, sin embargo, el Real cubre todos los años su abono; á Mario le son fieles los que le siguen á todos los coliseos donde trabaja; María Tubau vuelve con los prestigios de los lauros que ha ganado en Barcelona y en América y con el deseo de verla, después de larga ausencia, que tiene el público que tanto la aplaudió antes de marcharse; Lara, con su compañía de siempre, ha visto que la suerte continúa favoreciéndole al comenzar esta temporada lo mismo que acabó la anterior.

Por otras partes soplará el viento de la desgracia y quizá llegue á regiones que hoy están muy serenas, demostrando claramente que entre los artistas dramáticos cuyas condiciones se completan, como entre los hombres políticos que profesan las mismas ideas y sólo están separados por intereses del momento, se imponen las fusiones.

La escena española necesita hoy, cuando menos, una gran actriz que recoja el cetro caído y otras varias que la secunden. Esa actriz puede ser María Tubau, que ha comprendido la verdadera índole de la actriz moderna; pero no puede trabajar sola y necesita, para brillar, un buen cuadro de compañía.

Si no se hacen fusiones en la escena, no se podrán representar dramas ni comedias, y los autores dramáticos sólo podrán escribir monólogos.

En medio de la animación con que comienza la temporada, sólo el Teatro Español permanece callado.

¡Pobre clásico coliseo de las gloriosas tradiciones! ¡Más le valía que aquella sentencia de muerte que pesó sobre él no hace mucho, hubiera sido cierta, para que los retratos de los insignes varones que decoran y honran su proscenio no tuvieran que entristecerse en la soledad ó que ruborizarse con la decadencia!

KASABAL

OCTUBRE

Comienzan en las clases las lecciones:
mucho gastar en libros y en enseres;
comienzan á velar en los talleres
y esperan la salida los mosconés.

Da el novato sensibles tropezones
en su afán de entregarse á los placeres,
víctima candorosa de mujeres
que huelen que ha traído patacones.

El tiempo es brusco en este mes de octubre
y ahuyenta á los que están en las montañas,
la miseria invernal ya se descubre,
no cesan de la tisis las guadañas,
hacen su agosto *Le Printemps* y el *Louvre*,
y danse en grande número castañas.

CARLOS MENDOZA

Digitized by Google

CROQUIS MANCHEGO

(CONCLUSIÓN)

Para el caso en que llega á Triquitraque el candidato (que ha de ser *de los que mandan* para que lo voten con fe), tiene D.ª Sinforiana una hermosísima alacena, de cuyo techo cuelgan varios y variados perniles y en la que también conserva, en aceite, riquísimo lomo, queso de primera y no menos apetitosos chorizos. Con estos depósitos nada apura á D.ª Sinforiana. Que viene el *señorón* de Madrid: se sacan unas tajadas de lomo, se fríen unas *magras* con huevos, D. Macario saca *una gota* de lo más añejo y... ¡santas pascuas!

III

Así como D.ª Sinforiana no cede á nadie su poltrona, el asiento de la banca suele ser patrimonio del cabeza de familia, por cuya razón D. Macario pasa la mayor parte del día medio recostado á la orilla de la chimenea, en la que de cuando en cuando manda echar *un gozo* con que obsequia á los amigos que van á visitarle. Desde tan cómodo sitio da todas sus disposiciones, y allí hace pasar, anochecido, al mayoral de la labor para conferenciar con él acerca de las operaciones agrícolas. Este mayoral ni conoce ni le han enseñado las más rudimentarias reglas de educación, y así se le ve penetrar en la habitación de su amo con el sombrero ó pañuelo hasta las cejas, sentándose antes que nadie le autorice para ello. Si alguna vez se descubre, muéstrase avergonzado de sí mismo, coloca el sombrero á la altura de la nariz, cogiéndolo con la mano izquierda, en tanto que con la derecha se rasca lentamente la cabeza; hasta que, viéndolo en tan embarazosa situación su amo, le ordena cubrirse. A nadie mejor que á estos gañanes les cuadra aquello de que «nadie los apea de su burro,» porque á donde quiera que vayan, en siendo fuera del lugar, han de ir *subíos* en el borrico, al que aguijonean con una habilidad tan especial que el burro manchego pudiera competir con el andarín más sobresaliente.

Entre amo y criado se entabla de ordinario un diálogo parecido al siguiente:

—Y ¿qué te parece, Simón,—dice el amo;—habrá en aquella *rocha* trigo ó no?

—¡*Ea, misté!*—contesta.—*Pué* que sí y *pué* que no: la sazón estaba *mu güena* al *sembralo;* pero *empués,* si el *temporamento sa* atraviesa...

—Hombre, yo creo que no hemos de salir mal.

—*Pus* eso que *usté ice:* al fin y al cabo, como dijo el otro, las cosas bien *apañás* dan su *produto correlativo.*

—Lo malo es que si luego los hielos...

—¡*Misté!*

Y así sucesivamente. Jamás ha logrado ningún labrador manchego recibir una respuesta categórica á las preguntas que dirige á las personas encargadas de sus campos, y es porque todos estos gañanes trabajan de rutina y sin conciencia de lo que hacen, careciendo además del instinto de la observación y apreciando en poco la experiencia de los años.

Después que D. Macario se entera de cómo marchan sus negocios agrícolas, sale para el Casino en unión de su hijo Juan, y allí, en tanto que *las ven venir,* echan pestes contra el Gobierno que les impone contribuciones. D.ª Sinforiana, con Sara, queda en casa *á la par* de la lumbre, haciendo calceta y teniéndoles la visita á la boticaria, la mujer del maestro de escuela y otras vecinas. Las sesiones que éstas celebran dan principio con la critiquilla de todas las demás amigas ausentes, y, cuando ya se fatigan de hablar mucho, mal y de todo lo que menos debiera importarles, una ronca por aquí, otra duerme por allá, cuyo tranquilo sueño aprovecha Sara para hablar por la reja con el novio. Regresan los del Casino y... cada mochuelo á su olivo.

Hé aquí lo que es una familia manchega. Confieso que quizás haya exagerado algo los tipos, pero debo declarar, al propio tiempo, que mi copia del natural no queda terminada, pues que sólo he dibujado el contorno de las figuras presentándolas con todos sus defectos.

Y doy fin con el artículo, creyendo haberlo dado ya con la paciencia del amable lector.

J. M. BONILLA FRANCO

EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE P. RIUS Y TAULET

MARQUÉS DE OLÉRDOLA, EX ALCALDE DE BARCELONA †

ANTE UN CLAVEL

(Á CONCHA)

Pintada flor hechicera
de matiz rico y lozano:
bella eres como lo era
la niña que te pusiera
en mi mano.

¡Qué recuerdos seductores
no evoca ante ti mi mente!
La más linda entre las flores,
me hablas de instantes mejores
que el presente.

Recuérdasme la velada
en que aquella niña hermosa
que me hablaba emocionada
dióme á ti, flor anhelada,
ruborosa.

Recuérdasme la alegría
de que mi pecho embriagado
sentí el memorable día
en que, feliz, la veía
á mi lado.

Creo mirar tu semblante
reflejar el gozo inmenso
de tu seno palpitante,
y tu mirar anhelante
cual intenso.

Creo escuchar la dulzura
de tu palabra bendita
y contemplar tu hermosura,
que juzgué, cual mi ventura,
infinita.

Estuvo tierna hasta ahora
la flor para mí tan bella;
mas el alma, que te adora,
el fatal eclipse llora
de mi estrella.

Cuando seca quede ya,
también marchita estará
la otra flor de mi alegría:
de ti el recuerdo huirá
de aquel día.

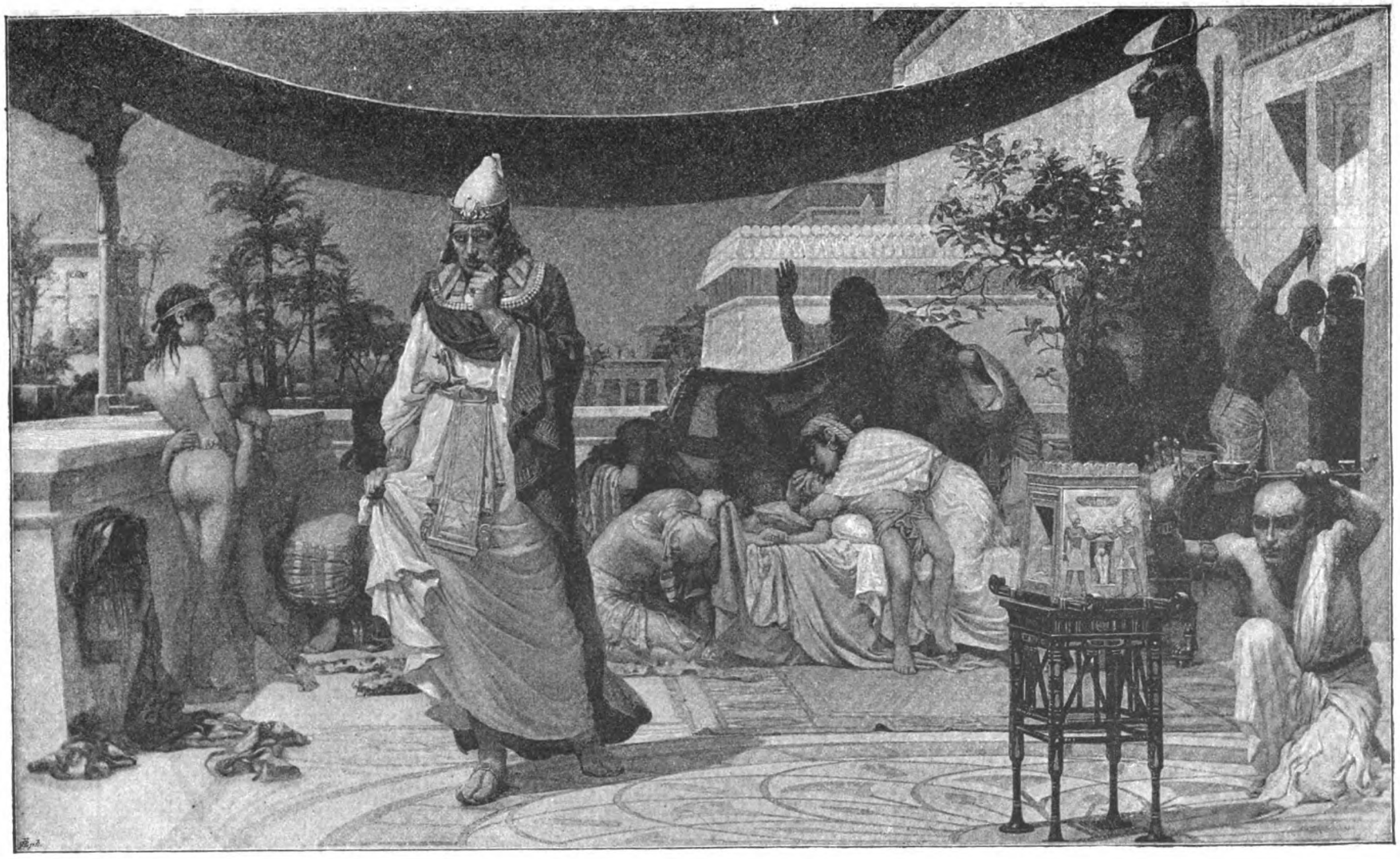
¡Oh mujer que balbuciente
tejiste, acaso inconsciente,
de mi dicha el dulce lazo
al apoyarte inocente
en mi brazo!

Recuerda por un momento
si mi sincero cariño
para ti se llevó el viento,
ó si creíste mi acento
el de un niño.

Y así, preciosa criatura,
veré al fin, no sin dolor,
que eso que llamas ternura
dura en ti cual la frescura
de una flor.

JAVIER FLORENTÍN

Digitized by Google



LA MUERTE DEL PRIMOGÉNITO (ÉXODO, XII, 29) (cuadro de Ernesto Normand)

Digitized by Google

HONORES MILITARES (cuadro de Eyne Crowe)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

(CONTINUACIÓN)

11 de enero.—No pretendo *describirme* á mí propio el paisaje que *se ofreció* á nuestros ojos cuando, después de llegar á la vega y de subir por la pomareda que se llama *el Castelete*, vimos de repente, muy cerca, como quien lo tocaba con la mano, todo *El Pombal* que teníamos enfrente, al otro lado de aquella hondonada de maíz, que parecía el hueco de una gran ola verde. Estas memorias no son descriptivas sino allí donde á mí me conviene; y, además, de las cosas y personas no he de pintar sino aquello que en mí haya dejado impresión y que especialmente me importe por cualquier concepto. Aquella tarde, en aquel momento en que *á lo mejor* podía hallarme á un paso de las *señoritas* á quien había que alargar la mano y saludar como un caballero, no estaba yo para contemplar cuadros de la naturáleza. Aquella misma *vista general* de la *posesión* de mi mujer miles de veces me llenó el alma y el sentido, y ahora con cerrar los ojos veo todo aquello como una cámara oscura podría verlo si tuviese conciencia de lo que refleja; pero entonces sólo noté que estaba más cerca todo aquello que yo estaba acostumbrado á ver desde la meseta de *mi* colina; que el castillo, que quedaba á la izquierda, en un altozano de hierba de segar muy alta, tenía las piedras comidas por el tiempo, y que la hiedra le subía por los muros como si fuera una caries. De lo que yo comparaba á un templo griego levantado en una ladera entre follaje, distinguí, como si dijéramos, las *facciones,* que eran las puertas, las ventanas y balcones, la *solana*, el terradillo y la escalera exterior de sendos tramos laterales, y un descanso y una balaustrada modesta y risueña, bordada de enredaderas; todo esto delante de una puerta al uso del país, de la aldea, es decir, de una puerta de un solo batiente, superpuesto, de modo que la parte de abajo quedaba cerrada durante el día, mientras no tenía que dejar paso. Se abría la parte superior, y parecía aquello un balcón. La casa del Pombal, toda blanca, con las maderas y hierros de verjas y balcones todo verde, estaba como empotrada en la espesura del monte que por detrás del edificio seguíase viendo, cargado de árboles cuyas copas formaban sobre el terradillo y los tejados de pizarra toldos, pabellones y hasta mosquiteros si así quiero figurarme aquella frescura gárrula y movible, que vertía la sombra como un rocío, y cantaba, pulsada por el viento, un poema de alegría con su contraste puro entre el cielo azul y las paredes blancas. Mi madre, al llegar á lo alto del Castelete, sudaba, encendido el rostro, y me sonreía como para darme ánimos. Se detuvo, apoyó una mano en la cadera, respiró con fuerza, y con trabajo, y entre aliento y aliento, dijo:

—Ya falta poco.

Contempló la huerta, que estaba debajo de la casa, en la falda del cerro, y el jardín, que se extendía por ambos lados del edificio.

—No se ve á nadie. Estarán dentro.

Mi madre, aunque disimulaba, no las tenía todas consigo. Estimaba á *la tía* como una gran señora, muy buena y muy bien educada, pero... ¿y si estaba *resentida?* ¿Si le haría pagar tantos años de olvido con un poco de frialdad, poca que fuera? En fin, bajamos del Castelete por el otro lado de la cuesta, llegamos á las tapias de la huerta, que bordeamos, siempre subiendo, y tras nueva fatiga de mi madre, la última, nos vimos en la puerta de la *quintana*, pues lo era la cortijana del Pombal, aunque cerrada y con ciertos adornos y circunferencias que solía haber en las *quintanas* comunes de la aldea. La puerta, que era de grandes tablas de roble, estaba entreabierta, pero no nos atrevimos á entrar sin previo aviso, y mi madre buscó en vano campanas ó aldabones; y entonces se aventuró á decir con voz fuerte:

—¡Deo gracias!...

—¡Guau! ¡Guau!—contestó un perro, un mastín de color de canela, que nos salió al encuentro. Retrocedimos un poco, porque yo... valga la verdad, he variado mucho de ideas y preocupaciones en materias religiosas, políticas, filosóficas, etc., pero siempre he sido constante en mi racional temor á los perros villanos, la lucha con los cuales, sobre ser casi siempre desventajosa, no pueden acarrear gloria de ningún género, y sí un mordisco y hasta la rabia en perspectiva. Mi madre, que empezaba á picarse un poco, gritó:

TRAJES DE CALLE

—¡Quieto, chito, quieto! ¿No hay aquí más portero que tú?

—¡Volante! ¡Torna, Volante! ¡Silencio, majadero!—exclamó á nuestra espalda la voz de una joven que al otro lado de la calleja abría la *portilla* del prado próximo, de donde ella salía.

—Perdonen Vds....

—¡Emilia! ¿Vd.... es Emilia?—dijo mi madre, conmovida, algo temerosa de que no se recibiese la sincera expresión de su enternecimiento como era debido.

—¿D.ª... Paz? ¿Vd.... es D.ª Paz... la señora de Arroyo?

Y las dos mujeres se abrazaron y se besaron, y al separarse los rostros, estaban húmedos de lágrimas.

Cada cual lloraba sus muertos, y las dos la tristeza del tiempo *perdido*, del pasado, que es otro muerto de las entrañas. Emilia se volvió hacia mí, y, alargándome una mano, dijo:

—Este es Narciso.

Había llegado el momento. De la manera más desgarbada me dejé apretar los dedos por aquella mano blanca, pulida, fuerte en su delicadeza, que oprimía francamente, con una cordialidad que me dejó sorprendido.

Unos ojos verdes, con pintas de oro, se clava-

Digitized by Google

ron en los míos, valientes y escudriñadores, amables y provocativos, contentos de turbarme y llenos de proyectos.

Emilia Pombal tenía veinticuatro años. Era alta, muy blanca, de frente estrecha y brillante, con cejas abundantes y bien dibujadas, los ojos verdes y poderosos, llenos de pudores interiores; la nariz, fina, aguileña, pero corta; los labios, húmedos y delgados; la barba, carnosa, con un hoyuelo, provocaba á besarla más que los labios, y, con todo, iba un poco en busca de la nariz, que salía al encuentro; pero estas tendencias no eran acentuadas. Después de mirar un rato aquel rostro, parecióme su expresión ni más ni menos que el parecido lejano que toda aquella hermosura de la faz tenía con el aspecto de cualquier ave de rapiña que fuera muy bella, muy bella... pero de rapiña. El encanto de aquella mirada y de aquella blancura hacía desvanecerse á poco la primera impresión de semejanza con un volátil rapaz, á que contribuían, á más de las facciones citadas, los pómulos, un poco duros y altos y demasiado distantes uno de otro. Tenía Emilia el cuello del mejor mármol que se quiera nombrar, pero algo corto; los hombros robustos, airosos, audaces, de una expresión petulante y graciosa, pero muy anchos, así como las caderas, que, redondas y ampulosas, hacían resaltar más el primor de la cintura, todo lo esbelta y delicada que podía convenir á torso tan arrogante.

Dominaba, seducía, exaltaba los sentidos la presencia de aquella buena moza, y á mí, además, por lo tanto, me asustó y me hizo sentir así como un malestar lleno de tentadoras delicias.

Mi madre estaba radiante después de esconder su pena y secar las lágrimas. La acogida que merecíamos á la mayor de las de Pombal no podía ser más halagüeña: no había allí fingimiento, era evidente que aquella señorita estaba muy contenta con tenernos allí, muy satisfecha con la visita, y que la antigua amistad de ambas familias vivía en su recuerdo y revivía en su corazón con sencilla espontaneidad, con fuerza natural y expansiva.

Hablaba mucho, con una voz sonora, como un orador, y precipitadamente, desordenada en su discurso, pero no incorrecta. Su lenguaje era escogido, hasta delicado, sin afectación. No se comía las desinencias en *ado*, nunca, y, sin embargo, era su pronunciación familiar y corriente. A mi madre le oprimía la mano de nuevo, con efusión, cuando ella tenía que callar, para que mi madre dijese algo. Preguntaba mucho y le costaba trabajo contener la lengua para aguardar la respuesta, á que á veces se adelantaba, adicionándola ó equivocándose; y cuando tenía que callar, se entretenía en eso, en apretar la mano de mi madre, y en gorjeos muy bonitos que eran admiraciones, ahogadas por cortesía. A mirarme á mí se volvía muy á menudo, y cuando las noticias de mi madre aludían á mi humilde persona, entonces se cuadraba en frente de su humilde servidor, y me miraba de arriba abajo, y aprobaba con movimientos de cabeza, que también eran á su modo admiraciones.

Comprendía yo entonces ya que me miraba como á un chiquillo, y ahora comprendo, además, que me miraba como á un chiquillo que le hacía mucha gracia por lo que iba teniendo de hombre.

Algo empezaba á molestarme, y aun á humillarme, que en mí todo le pareciese milagro: lo que había crecido, lo adelantado que estaba en mis estudios, lo que me parecía á mi padre, á quien ella recordaba; porque, como dijo, —Los recuerdos de mi niñez los tengo yo como plasmados aquí dentro. Aquel *plasmados* (que mi madre creyó, según después supe, una incorrección: *plasmados* por *pasmados*) me dió mucho que pensar desde luego.

Todas aquellas impresiones buenas y medianas se desvanecieron en mí cuando de repente Emilia soltó este chorro de agua rosada sobre mi inocente espíritu:

—Este señor D. Narciso no sabe que en el Pombal se le admira, y se le quiere, y se le espera hace mucho tiempo. Yo me sé de memoria muchos versos tuyos, y mi tía guarda recortes de periódicos en que se habla de tus triunfos.

Mi madre prorrumpió en una carcajada, una de las pocas que le había oído hacía muchos años. Aquella risa era la expresión de una gran alegría, de un placer entero que quería ocultarse en aquella forma.

Mi madre no me hablaba nunca, jamás aludía á lo que llamó Emilia *mis triunfos*, pero me tenía por un *grande hombre* futuro. «¡Lástima que el mundo, de todas suertes, fuera tan triste, un engaño, pese á toda clase de *grandezas*!» Sí: yo era para mi madre casi tan *notable* como mi padre. «¡Y con ser quien era el *otro*, se había muerto!» Estas ideas de mi madre se las leía yo mil veces entre ceja y ceja, durante sus melancólicas cavilaciones, cuando se quedaba mirando al suelo, con los ojos muy abiertos.

CLARÍN

(Se continuará)

CANTARES

Sobre tu seno amoroso
formado tengo ya el nido:
como es el lecho tan suave,
suelo en él quedar dormido.

—

¡Ay Cilia! Ya tu verano
está cerca del otoño,
y exigir flores de ti
es pedir *peras al olmo*.

M. N. TRONCOSO

DOS TALLERES Y UN CUADRO

(A LA MEMORIA DEL ILUSTRE Y MALOGRADO PLASENCIA)

Aun me parece que le veo en aquel vasto salón de la travesía de la Alhambra, profusamente alumbrado por bien repartida luz cenital, con las paredes tapizadas de *peluche* de entonaciones distintas.

Allí se le veía trabajar con la actitud resuelta de un denodado combatiente. Ni embrazaba adarga ni empuñaba rodela; pero con la diestra esgrimía el pincel, trémulo de inspiración, mientras sostenía en la izquierda la paleta cargada de colores.

TRAJES DE CALLE

Corpulenta y recia era su figura: su cabeza erguida y con vigor modelada, la abundante barba y la crespa cabellera de un rubio cobrizo, junto con la severa expresión de las acentuadas líneas de su rostro, comunicábanle algo de druídica rudeza. Pero aquel aspecto altivo de galo indomable y belicoso lo templaban la sonrisa franca de la boca y el centellear ardiente de sus ojos meridionales.

A pocos pasos del caballete en que Plasencia pintaba extendíase una tarima muy elegante y espaciosa. Aquel mueble tan original como aristocrático, con sus molduras de talla, sus gradas y balaustres, parecía un trono, y lo era en verdad.

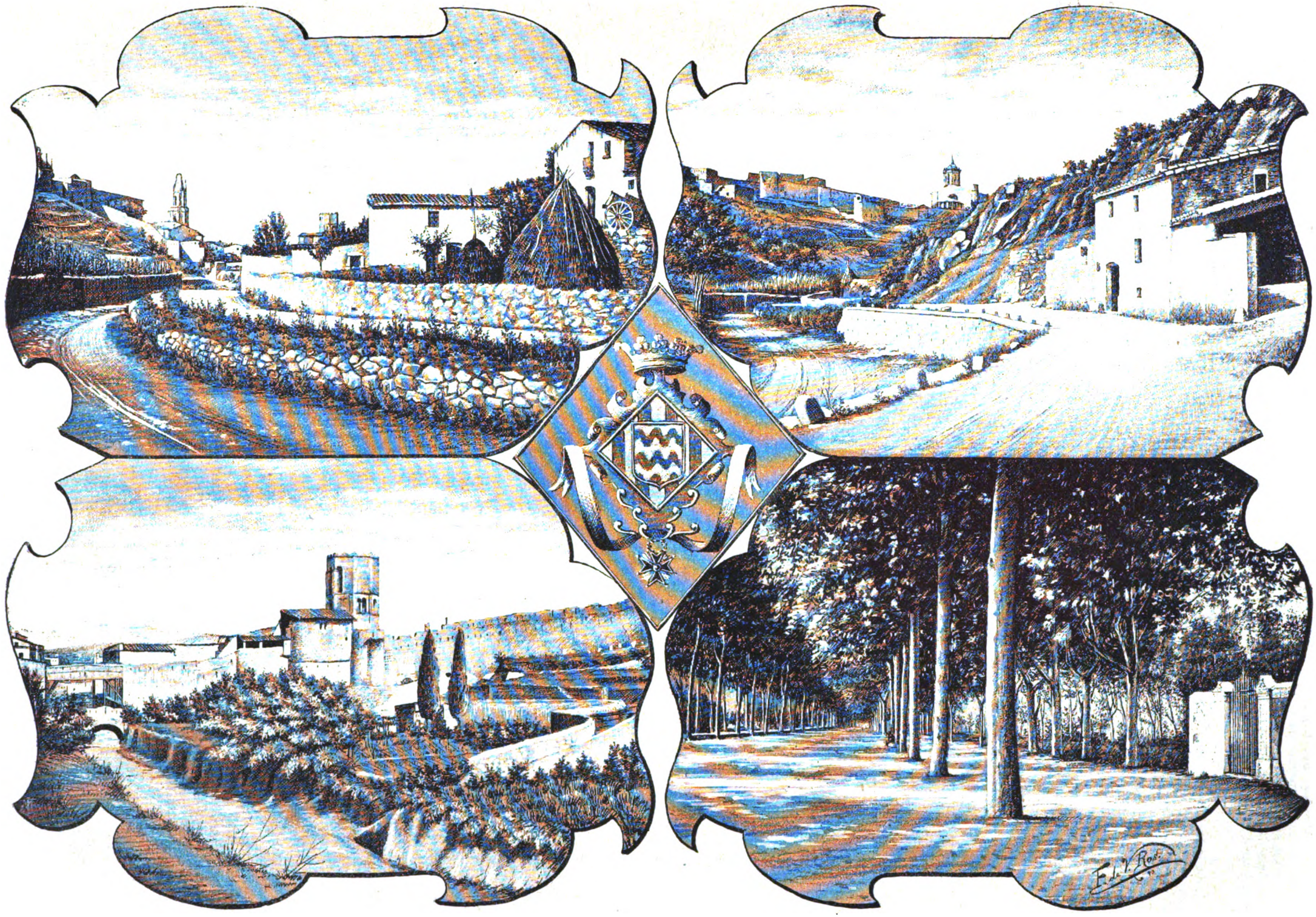
Cuando Marcelina, la joven modelo, subía desnuda, y, á la luz serena que se cernía de lo alto sobre sus carnes de matices rosados y ento-

Digitized by Google

PUENTE NATURAL SOBRE EL JUNIATA (ESTADOS UNIDOS)

Digitized by Google

GERONA



1. 2. 3. AFUERAS DE LA CAPITAL.—4. ALAMEDA. (Dibujo de F. de V. Ros)

Digitized by Google

naciones ebúrneas, inclinaba con amorosa y púdica expresión la cabeza delicada juntando sobre el seno los brazos torneados para contener la blanca túnica con clásica pureza plegada, la ancha tarima de nogal en trono de la belleza y hasta en altar del arte se convertía.

Realzaba la encantadora magia de aquel grupo la suntuosidad severa del fondo del estudio.

El terciopelo verde y carminoso, anaranjado y oro de las cuatro paredes, paños simulaban, por hábil joyero extendidos, para muestrarios gigantescos de piedras valiosas y primores de orfebrería. Y aun avaloraban su riqueza los zócalos de cuero labrado y las cenefas de oro y seda como franjas de costosísima casulla, y las puertas de marcos y soportes de nogal al gusto grecorromano, de las que pendían amplias cortinas de terciopelo celeste bajo guardamalletas de telas antiguas con profusión bordadas.

En la estancia espaciosa de 16 metros de largo por 9 de ancho, que más salón de prócer que taller de artista parecía, evocados por el genio del arte, se alineaban muebles de todas las épocas: mesas de nogal y sitiales de cuero de los Felipes; arcas de ojivales primores y de gusto plateresco; vanos de Japón y China; jarrones de Talavera; ánforas y barros de Herculano; antiguas estatuas sobre columnas doradas del barroco español más bello; sillones de cuero repujado que del arte mudéjar copiaron para los imperiales palacios de Carlos V artistas del Renacimiento; platos y azulejos árabes; lunas venecianas; cojines de hechuras y telas varias; pieles de alimañas y riquísimas alfombras.

Sobre elegantes tarimas, rígidas é inmobles, dos armaduras completas, caladas las viseras de los yelmos, los brazales doblados y cruzadas las manoplas oprimiendo el asta de luengas partesanas.

El taller de un artista es el reflejo de su personalidad, de sus costumbres y aficiones.

El sórdido Rembrandt pintaba en un granero á teja vana, desmantelado y sucio; el atildado Mieris exageraba la pulcritud y hacía que los visitantes á su estudio pasaran despacio para no levantar polvo; Rubens se engalanaba al coger la paleta como si se dispusiese para una recepción de corte; Vernet hacía del taller sala de esgrima; Alma Tadema ha reunido en su estudio un museo de antigüedades clásicas, y Meissonier otro de indumentaria militar.

El estudio de Plasencia correspondía también á su personalidad artística: aquella vasta amplitud, aquella majestuosa severidad, y aquel reposo suavemente difundido por la luz igual que sin arrancar notas ásperas vertía la elevada claraboya, reflejos son del gusto de Plasencia por las composiciones grandiosas, severas y elegantes, y por el claroscuro suave y dulce maravillosamente graduado para producir el relieve sin efectos bruscos ni manchas duras y abigarradas.

Pero el genio de Plasencia, enamorado del arte ornamental del Renacimiento, si aspiraba á desarrollar sus composiciones en salas palacianas y en cúpulas de espaciosos templos, amaba apasionadamente también la sencillez idílica y se inspiraba en la contemplación y el estudio de la naturaleza agreste y severa.

Por eso el gran pintor tenía otro taller inmenso en el más bello rincón de la poética y apartada región de Asturias.

Yo también tuve la fortuna de verle trabajar en él varios años.

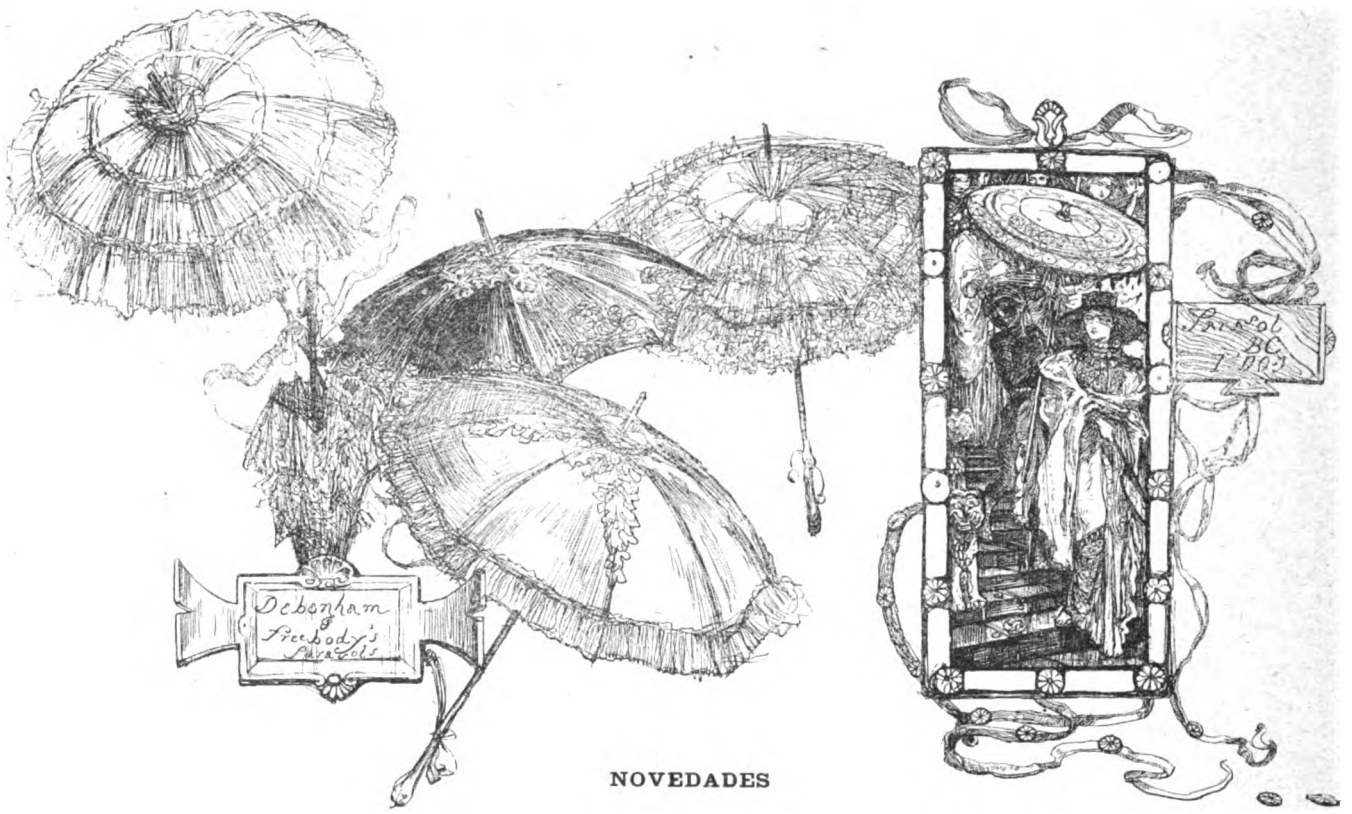
En cuanto se aproximaba la estación estival el maestro establecía su estudio bajo las pomaredas y castañedas que sombrean el aterciopelado césped de los prados, en las arenosas playas que con cintas de plateada espuma circuye el oleaje de la marea rumorosa, no lejos de la desembocadura del Nalón, junto al pueblecillo de San Esteban y en términos de Muros de Pravia.

Allá en cuenca profunda y frondosísima, revestida de césped y sombreada por castaños altísimos, brota de un muro tapizado de musgos y helechos el plateado hilillo de una fuente á pocos pasos del risueño caserío de San Esteban.

Aquella sombría y soñada floresta la escogió el maestro para fondo de muchos de sus bellísimos cuadros, como *Las lavanderas*, *La siesta* y *El mentidero*. La fuente de Roque, que así designan en el país aquel manantial puro y cristalino, fué el otro taller de Plasencia, que tenía por alfombra el fino césped esmaltado de florecillas, por muros los troncos apretados de los añosos árboles, y por techumbre, tras el encaje espeso de las ramas, el espacio sin fin del firmamento, espléndido de luz, ó melancólicamente velado por los cortinajes grises de las nieblas.

Pero el espacio de aquel risueño paisaje que servía á la vez de taller y de modelo era ilimitado. Allá abajo está la ría tranquila como un inmenso cristal. Las tintas opalinas, grises y azuladas del cielo se reflejaban en las aguas con admirable verdad. Los tamarindos de frondas afelpadas de verde amarillento, los arces y los abedules, se inclinan sobre las aguas y proyectan arcadas y bóvedas de trasparente verdura, de las que huyen, cuando el paseante se acerca, bandadas de algarabanes y mazaricos.

Cuando la tarde declina, las ondulaciones de las montañas se ensombrecen, fundiéndose en brumosos tonos violáceos las manchas oscuras de robledas y castañares que coronan las cumbres. La apacibilidad de la ría acrece en esa hora: mansamente refleja las ruinas del Castillo, que sobre poética eminencia tapizada de césped menudo recuerda los tiempos feudales; y los plateados reflejos del remanso tranquilo se truecan en cárdenas tintas que difunde sobre el agua la tibia luz crepuscular, mientras allá, por encima de la franja amarillenta de la playa, el mar extiende cinta azul que se hace tenebrosa al contrastar con la raya de blanquecina espuma que en aquel paraje indica la confluencia de la ría.



NOVEDADES

De los dos talleres de Plasencia no queda ya más que el último, que vivirá eterno, como la naturaleza, de que forma parte.

El de la calle de la Alhambra ya se ha desmantelado. Los ricos muebles y las preciosas joyas de arte se dispersaron en pública almoneda. Apenas hace dos meses que el insigne maestro falleció, y ya difícilmente la imaginación más soñadora podría evocar su recuerdo en el estudio desmantelado y vacío.

En su taller de la comarca asturiana no se desvanecerá tan pronto su memoria. Las rocas, las olas, los cielos y los árboles son los mismos que inmortalizó con sus pinceles; además, allí hay corazones que le amaron y que no le olvidan.

Agustín Lhardy, Tomás Sampedro, Adolfo Marín, Cecilio Pla, y todos sus compañeros de la colonia artística que fundó en Muros, y en cuyo número me cuento, le dedicarán este verano un recuerdo sentido y cariñoso.

En la fuente de Roque se adosará una paleta de mármol con una inscripción muy sencilla.

¿Por qué no perpetuar también la memoria del pintor ilustre en Madrid con una lápida en su estudio de la travesía de la Alhambra?

Digitized by Google

Del franco y cariñoso amigo, del eximio y admirado artista, vivirá indeleble el recuerdo en lo íntimo de mi alma. Y en mis horas de meditación y estudio, cuando más abstraído y apartado de toda memoria pudiera campear mi espíritu, es cuando con insistencia mayor se proyecta en mi mente la sombra del maestro; porque allí, en lo alto de la espaciosa librería, cuando del papel en que escribo alzo los ojos en busca de descanso ó de inspiración, lo primero que contemplan es la severa fisonomía de Shakespeare á maravilla interpretada por el pincel vigoroso que pobló de ángeles y bienaventurados la cúpula de San Francisco.

La acentuada personalidad de Casto Plasencia, poderosamente atraída por todas las concepciones á la vez naturales y gigantescas, le permitía comprender y sentir esa otra personalidad tan saliente y fogosa del gran dramaturgo de Inglaterra.

—Galán,—me dijo al ofrecerme pintarme su retrato; — hay que buscar una nota lo más auténtica posible. A mí no me satisfacen esas cabecitas de peluca rizada y caras relamidas de la mayoría de los grabados que representan á Shakespeare. Yo me lo imagino entre grandioso y brutal: los ojos radiantes de luz, la boca y la nariz sensuales, y el color macilento por los insomnios del genio y la orgía. Porque yo me lo figuro muy hombre en todo, así en sublimidades como en extravíos.

Plasencia no creo que hubiera leído á Taine; pero el genio presiente lo que ignora.

Un sabio y erudito amigo mío, Antonio Rodríguez Villa, que posee en su biblioteca numerosa magnífica colección de curiosísimos grabados, proporcionó uno bastante antiguo que representa á Shakespeare de la misma manera que Plasencia lo había imaginado.

El maestro aceptó las líneas generales para reproducir el parecido, pero dejó volar su inspiración adivinatoria y realizó con el pincel una milagrosa y doble resurrección, psicológica y material.

Nadie que haya leído mucho á Shakespeare deja de exclamar contemplando con detenimiento este retrato:

—Ciertamente que el autor de *Hamlet* no pudo ser de otra manera.

R. Blanco Asenjo

HUMORADAS

Podrán mis flores parecerte abrojos;
mas te confieso, aunque conmigo riñas,
que me gustan las niñas de tus ojos
mucho más que los ojos de tus niñas.

—

Las estrellas errantes,
en opinión de un sabio amigo mío,
son almas de mujeres inconstantes
que caminan sin rumbo en el vacío.

—

La existencia es la lucha fratricida
donde gana el derecho del más fuerte;
y ocurre que, al final de la partida,
si es la vida antesala de la muerte,
la muerte es la antesala de otra vida.

—

Como has hecho traición á mi cariño,
y de la infancia cual de ti me alejo,
soy un niño que piensa como un viejo
y un viejo que solloza como un niño.

Carlos Miranda

LA MODA

Las mujeres son esclavas de la moda.

Vestir con arreglo al último figurín de París es la idea que más las preocupa.

Desde que la facilidad de comunicaciones ha ido desterrando los típicos trajes regionales, todas las mujeres cortan sus vestidos por un mismo patrón.

De aquí el que las clases de la sociedad se confundan: la moda las iguala.

En la calle una modesta artesana no se distingue de la elegante señorita.

Es innato en la mujer el deseo de ataviarse y lucir las galas de su tocado.

Se comprende: es una coquetería pueril propia del sexo.

SOMBREROS

En todas épocas y edades han procurado las hijas de Eva engalanarse para realzar más su hermosura.

Es disculpable que empleen el tiempo en combinar el lazo ó la flor que sienta mejor á sus cabellos, y el color del traje que más las favorece.

Y ¿cómo no preocuparse de estas trivialidades si, según la opinión de muchas coquetas, de la elegancia y buen gusto de su tocado depende la conquista de un marido?

Ya ven Vds. si es importante para ellas este pueril detalle.

Muchas mujeres, cuando están elegantemente ataviadas, ha dicho un escritor, van más satisfechas y orgullosas, con sus moños á la moda y magníficos vestidos, que un conquistador á la cabeza de su ejército.

Y es la verdad.

Con las variaciones de la moda el lujo ha ido también en aumento, y esto es un perjuicio para las clases de la sociedad medianamente acomodadas, que no pueden sufragar gastos superfluos.

Como la mujer por intuición está dotada de buen gusto, no es extraño que tenga afición al lujo. En algunas suele ser una pasión avasalladora, y de aquí el que éste sea la perdición de más de cuatro.

Hoy para figurar en la *crême* es preciso vestir á la moda.

Por el traje se suele juzgar á las personas: «Al que va vestido de lana todo el mundo le llama borrego,» dicen.

Esto no deja de ser una opinión muy superficial, pero la tienen muchas gentes.

Es decir que vistiendo á la moda se tiene á cualquier persona por decente, fina, é ilustrada, aunque la tal no tenga nada de esto.

Esta es una de las muchas tonterías que tenemos en sociedad, dignas de censura.

Pero, volviendo á la moda, ésta ha sufrido muchas variaciones, y como quiere inventar cada día un traje nuevo, por más que recurra, más ó menos trasformados, á los que se han llevado en otras épocas, la inventiva se le acaba.

Todo lo que está de moda nos parece elegante.

En nuestra vecina nación, centro del lujo y del buen tono, queriendo introducir una trasformación completa en los trajes de las señoras, se trató hace tiempo de que éstas llevasen pantalones como los hombres, por razón, según exponía la autora de tal innovación, de que muchas asisten hoy á las cátedras y á las oficinas, para lo cual estorban las faldas.

Gracias que la idea no tuvo aceptación; pero si la hubiese tenido hubiésemos los hombres protestado contra semejante innovación.

¡Quitar las faldas á las mujeres! Esto debía traer una revolución social.

Como que equivalía á quitarnos á los hombres los pantalones. ¿Han visto Vds. mayor absurdo?

De ninguna manera estaremos conformes con que se les haga vestir el traje masculino. ¡No faltaba otra cosa!

Las faldas es la forma que más se adapta á su sexo. Estas, no siendo muy estrechas como las que se llevaron años atrás, me parece que no deben molestar para nada. Siendo un poco cortas, sin cola ni recogidos, está la mujer mucho más airosa y elegante que con las que se llevan ahora, cargadas de perifollos y adornos.

Pretender reformar el traje femenino porque el bello sexo se dedique á estudios ó trabajos intelectuales propios de los hombres, me parece el colmo del ridículo.

Porque no veo la relación que tiene el traje con la labor de la inteligencia.

Desde Santa Teresa de Jesús hasta Emilia Pardo Bazán, las escritoras de todos los países han vestido faldas.

Y eso que entre ellas las ha habido de gran significación política, como Mme. Stäel, que por el trato que tuvo con los grandes hombres de su época pudo desdeñar vestirlas.

Debo consiguar una excepción.

Hubo una literata ilustre que rehusó vestir el traje de su sexo: Jorge Sand.

Un retrato suyo que conservo en mi biblioteca la presenta vestida de hombre.

Me lo explico: la que en el mundo literario había adoptado un nombre masculino para ocultar el de su sexo, nada de extraño tiene que rehusase las faldas.

Como que le estorbaban, si damos crédito á uno de sus biógrafos, que la presenta poco menos que un marimacho.

La moda tiene sus ridiculeces, que es forzoso admitir si no se quiere pasar plaza de ridículos.

Esto, que á la simple vista parece una paradoja, es una verdad.

Porque, por ridícula que sea una cosa, basta que se ponga en moda para que deje de serlo.

Consecuencia de esto, nada tendría de particular que, á pesar de nuestras protestas, el día de mañana vistan las damas los pantalones.

Sería un rudo golpe para los hombres.

Porque, por la ley de los contrastes, la tiránica moda nos obligaría á ponernos las faldas.

Digitized by Google

BEDUINA CASADA DE LA TRIBU DE SENAGRAH EN TRAJE DE FIESTA

DONCELLA BEDUINA DE LA TRIBU DE SENAGRAH

Digitized by Google

MUJER BEDUINA

EL SANTÓN DE SYUAH

Digitized by Google

Grima me da el pensarlo.
¡Y yo que no quise ser cura!
Diré á Vds. por qué:
¡Por no vestir por la cabeza!

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE

LA FELICIDAD

(DEDICADO Á MIS QUERIDOS PADRES)

Había en lejanas tierras, en cierta ocasión, un joven pobre y virtuoso que un día encontró un tesoro. Loco de alegría con el hallazgo, se dijo:
—De hoy en adelante ya seré feliz.

Se trasladó á una gran capital, compró un palacio, adquirió coches, caballos, tuvo numerosos criados y se propuso ser feliz.

—La felicidad,—se dijo,—consiste en la alegría y los placeres.

Como era muy rico no le faltaron amigos, y, junto con ellos, organizó fiestas, bailes y orgías.

—Tengo amigos que me quieren, mujeres que me adoran: ¿qué más puedo desear?—se decía.

Sin embargo, al cabo de algún tiempo pudo observar que sus amigos no eran amigos suyos sino de su dinero y de sus fiestas, y que las mujeres le adoraban también por su dinero y por sus jolgorios.

Poco á poco fué *cayendo de su burro*, como acostumbra decirse, y no pasaba día que no experimentara alguna contrariedad y sufriera algún desencanto; hasta que por fin llegó á hastiarse de aquella vida, observando que todo eran vanidades, envidia y miseria.

Experimentaba un vacío en su corazón que aquella sociedad no podía llenar. Le faltaba algo: anhelaba ser feliz y no encontraba allí la felicidad.

—¿Dónde hallaré la felicidad?—se preguntaba.—¿Será posible que exista el nombre de *felicidad* y que sólo sirva para designarme cosa que no existe, que es mentira? Esto sería un absurdo. La felicidad debe existir y yo la encontraré.

Pero si entre las riquezas, fiestas y placeres no existe, ¿donde encontrarla?

Quizá la encontraré en el extremo opuesto: quizá consista en la pobreza. Puede ser que, aunque yo no la encuentre, pueda, cuando menos, hacer felices á otros, socorriendo sus necesidades.

Con este objeto se dedicó á visitar chozas, y allí creyó alguna vez vislumbrar la felicidad. Por todas partes le rodearon las bendiciones y la gratitud de sus favorecidos. Nunca se había sentido tan satisfecho de sí mismo como entonces, ejerciendo la caridad.

Un día encontró en su camino á una pobre y lindísima joven cubierta de harapos, que estaba recogiendo un poco de leña. Impresionado por su belleza, se acercó y preguntóle:

—¿Qué haces aquí?

—Señor, estoy recogiendo esta leña para venderla en la ciudad y poder dar un pedazo de pan á mi anciano padre, que está en cama, impedido para el trabajo.

—Veamos: vamos á ver á tu padre y yo te compraré la leña.

Encamináronse, pues, á la choza, y el alma del joven se conmovió á la vista de la pobreza y miseria que allí había. Un anciano, inmóvil, con los ojos cerrados y el semblante demacrado por la miseria, estaba tendido sobre un poco de paja en un rincón de la choza.

Cerca de él dormía también un niño de pocos meses, envuelto entre harapos.

—¿De quién es este niño?—preguntó el joven.

—Lo encontré recién nacido y abandonado en una puerta una noche que regresaba de la ciudad, y lo recogí; y desde entonces, al mismo tiempo que compro el pan para nosotros, compro también leche para el niño; sólo que alguna vez la venta de la leña no me produce lo suficiente para los tres.

—Y ¿qué haces entonces?

—Yo soy joven, señor,—dijo ella bajando la cabeza,—y un día puedo resistirlo bien sin comer. Sólo siento que, á pesar de todo, no puedo ahorrar nada para comprar ropa con que abrigarnos en las noches de invierno.

—Pues entonces, ¿cómo resistís el frío?

—Como mi padre es débil y no podría resistir, por la noche le abrigo con mi pañuelo.

—¿Y tú?

—Yo cojo al niño entre mis brazos y luego me envuelvo con mi saya. Pero á pesar de que procuro tapar al niño lo mejor posible y lo aprieto contra mi pecho para darle calor, el pobrecito llora de frío muchas veces.

—Y ¿no has implorado nunca la caridad pública?

—¡Ah, señor! Una vez me paré en una calle para pedir una limosna á los transeuntes; pero hacía mucho frío y todos pasaban de prisa sin escucharme: sólo un joven, envuelto en un elegante saco de pieles,—prosiguió bajando los ojos y tiñéndose sus mejillas de carmín,—se detuvo al verme y me prometió que no me faltaría nada; pero me hizo una proposición tan vergonzosa que volví á casa llorando, y desde entonces no he querido volver á implorar la caridad.

Durante este interrogatorio, y sin separar la vista de ella, el joven había estádo pensativo y como hombre que medita una resolución. Por fin, no pudiendo ya contenerse y profundamente conmovido en vista de tanta belleza, abnegación y virtud, cayó á sus pies diciendo:

—Yo soy rico y puedo darte todo lo que puedas apetecer.—Y, apoderándose de una mano de la joven, prosiguió:—¿Quieres mi mano y mi fortuna?

La joven, sorprendida, procuró desasirse, retirándose á un ángulo de la choza, entre asustada y temerosa.

En este momento despertó el anciano, y, notando la presencia del extranjero, volvió la vista hacia su hija como interrogándola con la mirada; pero el extranjero se adelantó y, arrodillándose á su lado, le explicó lo ocurrido, pidiéndole luego la mano de su hija.

El anciano se negó desde luego, desconfiando de las intenciones del joven y diciendo que no necesitaban nada, pues el trabajo de su hija bastaba para mantenerlos.

El joven no se dió por vencido: tan firme era su resolución, tan impresionado estaba y tales razones supo alegar, que, al fin, el anciano, plenamente convencido y con los ojos arrasados en lágrimas, accedió, abrazando al extranjero.

Radiante éste de alegría, se levantó y adelantóse á depositar un beso en la pura frente de su prometida.

En este instante llenó la estancia una suave y difusa luz, al mismo tiempo que apareció delante del joven una hermosísima dama, vestida de blanco, y le dijo:

—Yo soy la felicidad que tanto anhelabas. El germen de la felicidad lo lleva cada uno en sí mismo; pero la inmensa mayoría lo ahoga: sólo prospera y vive en el campo de la virtud. Muy pocos son los que me ven. Tú me verás alguna vez, pero no podré pertenecerte hasta que te hayas despojado de tu vestido terrestre. Entonces vendrás á mi reino, que es el reino de la luz, y allí me poseerás.

PEDRO DE CARPI

LA SEQUÍA

Secóse el agua en la fuente
y sobre el campo la yerba;
un espectro calcinado
finge la naturaleza.

El sol derrama su lumbre
sobre las áridas peñas
y los pájaros se abrasan
cuando se posan en ellas.

Agostados los arroyos
muestran su cálida arena,
donde la yerba se extingue
apenas el sol la besa.

Á la sombra de los juncos
que los cínifes rodean,
la anfibia rana se oculta
y con los estanques sueña.

Los gusarapos oscuros
en el fango brujulean,
y los sutiles gusanos
que se nutren de la tierra.

Los pájaros en las ramas
abiertos los picos muestran
y hace palpitar sus plumas
su respiración ligera.

Una ancha mosca que imita
á la cantárida bella,
zumba en el fuego dorado
del sol que sus alas tuesta.

Alzan del suelo ardoroso
los carrizos sus cimeras,
sus secas puntas las cañas,
y los espinos sus crestas.

De los perros calurosos
que jadeantes rastrean,
parecen al sol sacadas
de rojo fuego las lenguas.

En las puntas de las torres
chasca el pico la cigüeña,
el avión se rebulle
en su estrechísima grieta.

La mar que al fondo se extiende,
irradia inmóvil y muerta
y finge arenas de plata
porque el sol se tiende en ellas.

Entre su pelo metidas
las agujas de la media,
la vieja tiene acostada
en el pecho la cabeza.

Un incendio prolongado
abrasa el cielo y la tierra,
no hay una brisa en las ramas,
no hay en el mar una vela.

Sólo la mosca que imita
á la cantárida bella,
baila en el fuego dorado
del mismo sol que la tuesta.

SALVADOR RUEDA

NUESTROS GRABADOS

¡LLEGÓ TARDE!

cuadro de Giuliano

Este cuadro resulta algo charadístico. El pintor, sin embargo, lo ha explicado perfectamente. Trátase de una joven que, después de haber *jetté le bonnet par dessus les moulins*, vuelve á la casa paterna, pero cuando ya se han muerto todos. La actitud del perro indica que la joven huele todavía á opopónax. El autor figura entre los mejores artistas genoveses.

EL EXCMO. SR. D. FRANCISCO DE P. RIUS Y TAULET, MARQUÉS DE OLÉRDOLA, EX ALCALDE DE BARCELONA †

Dolorosa emoción causó, con raras excepciones, en Barcelona la noticia del fallecimiento del eminente hombre público á quien tanto engrandecimiento y tantos beneficios debe esta ciudad. Contaba el Sr. Rius y Taulet con ardientes partidarios y al par con los más implacables detractores; pero es indudable que, si erró alguna vez, fué arrastrado por su apasionado amor á la capital de Cataluña. Entre las importantes mejoras llevadas á cabo por su irreemplazable iniciativa están la trasformación de los terrenos de la Ciudadela en el delicioso Parque que vemos hoy, la construcción de los mercados, el enlace de los ferrocarriles,

Digitized by Google

el derribo de la antigua estación de Martorell, la Rambla de Cataluña, la urbanización de la Gran Vía desde la Universidad hasta Hostafranchs, la apertura de la hermosísima avenida Fivaller, la de la calle de Bilbao, el paseo de Colón, los entarugados, los jardines de las plazas y squares del ensanche, é infinitas más, aparte de todo lo cual fué el alma, el todo de la Exposición Universal de 1888.

El Sr. Rius y Taulet era hombre laborioso y activo como pocos, gozaba de envidiable reputación como abogado y, lo lo que constituye su mayor elogio, ha muerto pobre. ¡Descanse en paz el benemérito, el insustituible patricio! Su irreparable pérdida es una desgracia que por muchos años habrá de llorar la ciudad condal.

EL ARTE INGLÉS

LA MUERTE DEL PRIMOGÉNITO, *cuadro de E. Normand.*—HONORES MILITARES, *cuadro de Eyre Crowe*

Si *Honores militares* es un buen cuadro militar, *La muerte del primogénito* es un buen cuadro religioso. Ya se comprenderá que el asunto se refiere á una de las siete plagas de Egipto. El paisaje está presentado con grandiosidad, y las arquitecturas, la indumentaria y la expresión étnica de las figuras revelan el más escrupuloso estudio.

Un regimiento de *highlanders* escoceses, *pibrocks* y tambores al frente, rinde los honores militares á los bravos enterrados bajo la columna. La escena es conmovedora y, sobre todo, sumamente pintoresca.

PUENTE NATURAL SOBRE EL JUNIATA

Cuéntanse en los Estados Unidos varios puentes naturales, entre ellos uno sobre el Cedar Creek, confluente del James River; otro á breve distancia de Estleville, y el que reproducimos hoy en nuestro grabado. Estas curiosidades de la Naturaleza impresionan siempre el ánimo hondamente, aunque nada puede compararse á lo que ocurre con nuestro famoso Guadiana.

ALREDEDORES DE GERONA

Dibujo de F. V. de Ros

Damos hoy algunos dibujos que hacen formar exacta idea de lo pintorescos que son los alrededores de la inmortal ciudad: el paseo de la Dehesa es uno de los mejores de España.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

La *Mujer beduína* es un tipo de la tribu de Ualad Alí. *La doncella senagrah* puede servir de modelo de las de su estirpe. La vida de aquellas jóvenes es perfectamente la del desierto. Cuando se casan no llevan dote, pero en cambio empieza para ellas una vida laboriosísima, pues no solamente auxilian al marido en sus faenas, sino que suelen ser fecundas en extremo, de lo cual resulta que entre unos cuidados y otros trabajan infinitamente más que los hombres.

El *santón* de Syuah, Sidi Aberrackmami, de quien se cuentan maravillas, reside al O. de la ciudad. Cuenta setenta y cinco años y padece de un *tic* nervioso que consiste en soplar de continuo, como si tocase el saxofón. Es algo grueso, con unos ojos muy brillantes. Va desnudo, sucio y desempeña con grande énfasis su cometido, levantando horóscopos con conchas de moluscos. Hace un bonito negocio con la venta de amuletos, talismanes, bebedizos, filtros y demás del repertorio santonesco.

FLORÓN

Si con mis anuncios pongo
á las nubes mi *jabón*,
es que es el mejor florón
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

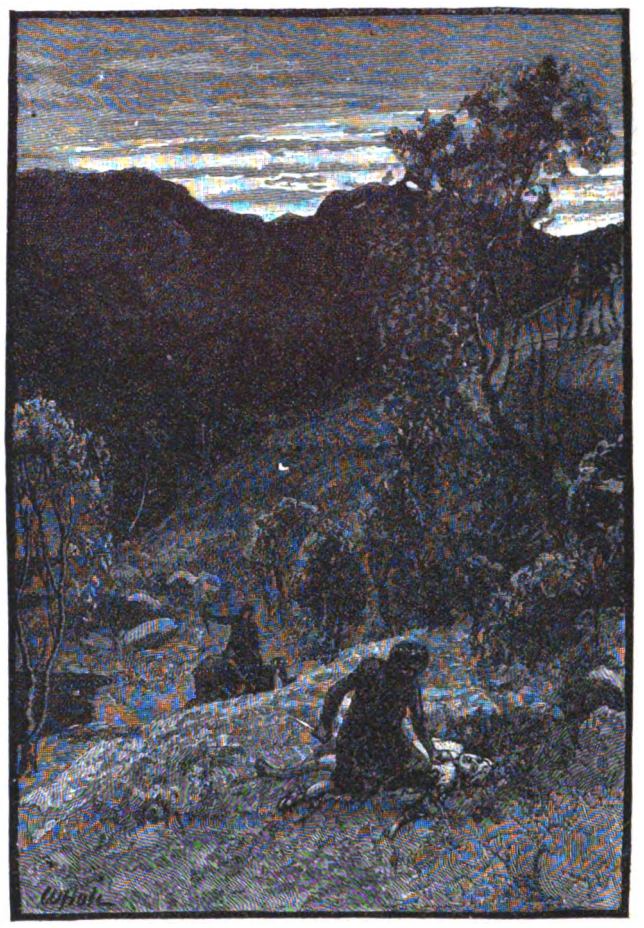
por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

En algunos sitios habíanse quemado los brezos, y á nuestro paso levantábase un polvo muy fino que nos cegaba y ahogaba; y aquella manera de andar á gatas producíame algunos dolores en las articulaciones, y sobre todo en las muñecas.

Allí donde encontrábamos un espeso matorral nos deteníamos un poco jadeantes y sin aliento, como perros fatigados, y dirigíamos una mirada entre las hojas para ver dónde estaban los dragones. Sin duda no nos habían visto, pues seguimos adelante, explorando el terreno en todos sentidos. Entonces pensé que si hubiera tardado un poco más en despertar nos habrían cogido sin remedio, no siéndonos posible escapar por un lado, como lo habíamos hecho. Sin embargo, el menor contratiempo bastaba para descubrirnos; y cuando alguna ave se elevaba de la espesura batiendo las alas, permanecíamos inmóviles sin atrevernos á respirar.

Eran tales mi debilidad y los dolores que experimentaba, sobre todo en la garganta y los ojos, que no me hubiera importado morir allí mismo. Sólo me sostenía el valor de Alan, que, con el rostro enrojecido y respirando fatigosamente, conservaba siempre el ánimo, sin que disminuyese su actividad. La resistencia de aquel hombre me maravillaba verdaderamente.



...estábamos tendidos en tierra, con un puñal asestado á la garganta.

Al fin, al extenderse las primeras sombras de la noche, oímos el toque de una corneta, y, mirando al través del follaje, vimos que los soldados comenzaban á reunirse. Poco después habían encendido una hoguera y acampaban en el centro del matorral para pasar la noche.

Al ver esto supliqué á mi amigo que nos detuviéramos para dormir un poco.

—No es posible esta noche,—contestó Alan,—porque esos malditos dragones tardarán pocas horas en continuar su exploración, y nadie podrá escapar de Appin más que las aves. No es cosa de perder ahora lo que hemos ganado. Cuando amanezca debemos estar en sitio más seguro.

—Alan,—repuse;—no es que me falte la voluntad, pero no tengo fuerza, no puedo más.

—Pues bien,—dijo Alan;—yo os llevaré.

Miré á mi compañero para ver si se chanceaba; pero vi que hablaba de veras, y, admirado de tanta resolución, avergoncéme de mí mismo.

—Pues bien: adelante,—dije;—ya os sigo.

Alan me dirigió una mirada de satisfacción y continuó su marcha.

Con la llegada de la noche había refrescado la atmósfera; pero, como estábamos á principios de julio, esto era agradable, sin contar que el relente, muy abundante, nos reanimó mucho. Cuando nos detuvimos para respirar un poco, experimenté un sentimiento de cólera al ver que en aquella noche tan serena, y en medio de la tranquilidad que nos rodeaba, nos era preciso continuar nuestra fatigosa marcha, tragando polvo y sufriendo un verdadero martirio.

Al cabo de algunas horas, que me parecieron años, el día comenzó á despuntar al fin. Habíamos escapado del mayor peligro, y ya no era necesario andar á gatas; pero era tal nuestro cansancio que estábamos como embrutecidos y casi no mirábamos por donde íbamos, á lo cual se debió que cayéramos en una emboscada.

Al llegar junto á una espesura, yendo Alan delante y yo detrás á unos dos pasos de distancia, entreabrióse de improviso el follaje, salieron de allí tres ó cuatro hombres harapientos, y un momento después estábamos tendidos en tierra, con un puñal asestado á la garganta.

Creo que me importó muy poco aquel incidente, pues el ataque no significaba nada comparado con mis padecimientos, y hasta me alegré de aquel contratiempo, que me permitía descansar un poco. Al observar la cara del hombre que me sujetaba, vi que tenía la tez ennegrecida por el sol, sus ojos eran brillantes y su aspecto amenazador; pero no temí nada, tanto más cuanto que oí á mi compañero hablar en voz baja con uno de aquellos hombres.

Un momento después los puñales volvieron á la vaina, fuimos despojados de nuestras armas y se nos permitió sentarnos.

—Es gente de Cluny,—dijo Alan,—y no podíamos haber caído en mejores manos. Ahora debemos permanecer aquí ocultos con esos hombres, que son sus centinelas avanzados, hasta que den conocimiento de nuestra llegada al jefe.

Ahora bien: Cluny Macpherson, jefe del clan de Vourich, era uno de los que dirigieron la gran rebelión seis años antes. Habíase ofrecido un premio por su cabeza, y yo creía que estaba en Francia hacía mucho tiempo con los demás jefes de aquella desesperada intentona. Por rendido que estuviese, causóme tal sorpresa lo que oía que me desperté del todo.

—¡Cómo!—exclamé.—¿Está Cluny aquí todavía?

—Sí,—contestó mi amigo;—aun está en su propio país y protegido por su clan. El rey Jorge no ha podido evitarlo.

Creo que hubiera preguntado algo más, pero Alan cortó la conversación.

—Estoy en extremo fatigado,—dijo,—y me parece oportuno dormir un poco.

Y sin añadir más palabra, se tumbó junto á un espeso matorral, donde muy pronto quedó dormido.

No pude yo hacer otro tanto, pues apenas cerraba los ojos, parecíame tener el cuerpo lleno de hormigas: incorporábame, miraba al cielo ó á los negros centinelas de Cluny, y volvía á echarme; pero en vano traté de conciliar el sueño.

No tardó en llegar el mensajero que había ido á dar aviso de nuestra llegada al jefe. Cluny enviaba á decir que nos recibiría con el mayor gusto, pero que debíamos ir cuanto antes. Alan estaba de muy buen humor y algo fortalecido por el descanso; tenía hambre y regocijábale la perspectiva del banquete que se le preparaba, según le dijo el mensajero. En cuanto á mí, solamente la idea de la comida me producía náu-

Digitized by Google

seas. Estaba completamente trastornado: el suelo me parecía una nube, el aire una corriente que me oprimía el pecho; apenas podía andar y mi desesperación era horrible.

De pronto observé que Alan me miraba frunciendo el ceño, y esto me inspiró cierto temor, aunque mi buen compañero era todo bondad para mí. Dos hombres me cogieron, uno por cada brazo, y comenzaron á llevarme, con gran ligereza según me pareció, pero supongo que en realidad con bastante lentitud, á través de aquel laberinto de tristes valles y de hondonadas que constituyen el principal carácter de la inmensa montaña de Ben Alder.

CAPITULO XXIII

LA JAULA DE CLUNY

Llegamos, al fin, al pie de un bosque muy empinado que se prolongaba por el lado pedregoso de una colina y cuya cumbre estaba coronada por un precipicio.

—Aquí es,—dijo uno de los guías comenzando á subir.

Los árboles se inclinaban sobre la pendiente como marineros en los obenques de un buque, y sus troncos asemejábanse á los brazos redondos de una escalera, por la cual avanzábamos uno tras otro.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.— DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto sameri canos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japón.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA
Este excelente Cosmetico ***blanquea y suaviza la piel*** y la preserva de ***cortaduras, irritaciones, picazones,*** dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN
La Locura, por Jórge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.
En provincias, en casa de nuestros corresponsales.
A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse
+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +
POR RICARDO FLEISCHER
catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
LACTEINA de E. COUDRAY
Perfumeria especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ANDALUCÍA.-R. Molinas, Editor

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

EL JUDIO ERRANTE.- R. Molinas, Cortes, 365

SALICILATOS DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estomago y piroxis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PEREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no daran el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.— De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LA CHARMERESSE
Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ¡Gran novedad! **DUSSER**, Inventor, ***Rue J.-J.-Rousseau, n° 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc. *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	ESPAÑA Un año. . . . . 12'50 ptas. Un semestre. . . . . 6'50 » Número suelto. . . . 0'25 » PORTUGAL Suscripción pagadera semanalmente Cada número. . . . 50 reis.	Barcelona 11 de octubre de 1890	CUBA Y PUERTO RICO Un año. . . . . 5 pesos oro. En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales. EXTRANJERO Un año. . . . . 18 pesetas.	Núm. 406

UN REMIENDO (dibujo de A. Perea)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Cuesta abajo* (continuación), por Clarín.—*Una venganza original*, por Salvador Rueda.—*Sollozos* (poesía), por Lino González Ansótegui.—*Celos*, por Inocencio de Oña.—*Fanciulla: ¿Che cosa e Satana?* (poesía), por Jacinto Labaila.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte español:* Un remiendo. Regreso de la parada. Mirando la procesión.—*El arte francés:* Cuarteles de invierno. Bretonas en la Romería. La tarde de la primera comunión.—Viaje al desierto de Syuah.—*El arte inglés:* Luis XI. La conversión de San Huberto.

MADRID

Los estudiantes.—Alfonso Karr.—Sin miedo

Los primeros que vuelven á dar á Madrid su animado aspecto de invierno son los estudiantes. Antes que ellos regresan los magistrados, que celebran el 15 de setiembre la apertura de los tribunales; pero son los señores de la toga gente pacífica y de tranquilas costumbres que no alteran en nada la vida de la población, y hasta que la Universidad central abre sus puertas, con algo del solemne ritual que recuerda los buenos tiempos de Alcalá, se puede decir que Madrid no ha terminado su siesta del verano.

El estudiante es hoy un caballero particular que no forma clase aparte como en los famosos tiempos de la sotana y del manteo, tan bien descritos en las novelas de Cervantes y de Quevedo y tan explotados por la zarzuela. Madrid no es una ciudad universitaria, como lo fueron en los tiempos de su esplendor Salamanca y Alcalá de Henares: el modestísimo edificio de la calle Ancha, aunque heredero de la complutense, no tiene las tradiciones insignes de la ilustre universidad que Carracido describe en su precioso libro *La muceta roja;* no hay siquiera en la capital de España un barrio eminentemente estudiantil, como el barrio latino de París; y el estudiante español es el que más ha perdido el carácter tradicional que aun conservan muy arraigado los de Inglaterra y los de Alemania. Pero á pesar de esto Madrid se anima con la vuelta de los estudiantes, que parece que traen, con su alegría y su juventud, savia vivificadora á este destartalado lugarón del centro de España.

Se marcharon flacos y macilentos en los últimos días de junio y vuelven orondos y rollizos, con el semblante acariciado por el aire de los campos, tostado por el sol de agosto, con el dulce calor del beso de despedida de la madre en la mejilla y con el brillo del amor correspondido en la mirada.

Las comidas de la patrona, las nieblas del invierno, las veladas en los bailes de máscara y el roce impuro de labios pintados con carmín borrará todo eso; pero ahora, en los primeros días del regreso, hay exuberancia de salud, no se anda mal de dinero y los teatros por horas, los billares, los cafés del centro, reciben con regocijo á su habitual clientela.

Yo creo que el estudiante español ha perdido mucho con apartarse tanto de la tradición, y que la muerte de las ciudades eminentemente universitarias ha perjudicado mucho á la cultura nacional. Inglaterra, que ha avanzado mucho en el camino del progreso, ha sabido conservar todos los prestigios de su gótica ciudad de Oxford, donde el estudiante encuentra hoy todavía una vida adecuada á la independencia y á la tranquilidad que necesitan los estudios. El colegio, en el sentido que en Francia y en España tiene esta institución, es algo odioso como la prisión y triste como el convento pobre; pero el *College* de Oxford, tan admirablemente descrito por Paul Bourget, y que participa algo del carácter del monasterio rico y del arte aristocrático, haciendo del estudiante inglés una mezcla de sportman, de humanista y de caballero, continúa dando vida intelectual á generaciones que salen de allí aptas para cumplir en bien de su nación los más altos destinos.

Comparad al estudiante madrileño, que llega al fin de curso, pálido, ojeroso, anémico, con las señales de una vida disipada en el semblante y con las consecuencias del desarreglo y de la mala alimentación en el organismo, con el estudiante de Oxford, con su figura de atleta, sus brazos robustecidos por el manejo del remo y su semblante que revela salud y fuerza; y veréis la diferencia. Existe la misma que entre la desordenada y antihigiénica casa de huéspedes, falta de luz y de aire, donde el estudiante madrileño vive durante el curso, mezclado con diversidad de tipos ajenos por completo á los estudios, y el *College* ó pensión donde se conservan casi como santuarios los cuartos que ocuparon el poeta Shelley, Thomas de Quincey, el escotista Juan d'Okkam, el reformador Juan de Wickleff. En *Queen's College*, en *New College*, en *Christ Church*, os enseñan todavía con gran respeto los cuartos donde estudiaron el famoso príncipe *Negro*, William Pitt, el duque de Wellington, Adisson y otros hombres ilustres; y de este modo la generación nueva que va por primera vez á las aulas recibe como el reflejo de las generaciones pasadas, que la dan sus prestigios porque continúe sus glorias.

CAMPESINA BRETONA

Después de Roma, dice con razón Bourget, no ha habido ningún pueblo que mejor haya cultivado que el inglés el arte difícil de educar.

En España, que tenemos tan brillantes tradiciones universitarias, donde brillaron en las letras tan esclarecidos varones, sería muy conveniente conservar estos prestigios, dando vida á las viejas universidades de Santiago, de Alcalá y de Salamanca, en cuyos patios crece la yerba triste del abandono, y en cuyos hermosos claustros reinan la soledad y el silencio, apenas interrumpido por los pocos escolares que deja en esos que fueron grandes centros de enseñanza la dictadura absorbente de Madrid.

No es esto pedir la resurrección de los tiempos de la sotana y del manteo, y de las ruidosas aventuras de la regocijada *tuna;* sino que el estudiante sea, en los años hermosos de la vida en que puede consagrarse al estudio, estudiante y nada más que estudiante, huyendo de los dos escollos que le ofrece Madrid: lanzándole, por un lado, á la vida calaveresca del garito, del café y del baile de máscaras, y por otro á las divagaciones del ateneo fundado por unos cuantos amigos, del periódico literario sin suscritores ó del centro político desde el cual quiere ejercer una gran influencia en la vida pública.

***

Si las perfumadas violetas de Niza y las rosas delicadas que crecen en aquellos incomparables jardines que acarician las brisas del Mediodía tuvieran entrañas, vendrían en la próxima primavera vestidas de luto, como se debieron vestir las flores de los jardines españoles cuando murió Selgas.

Alfonso Karr ha muerto en París cuando caían de los árboles las hojas de este otoño. La generación actual no conocía mucho á este anciano, que nació en 1808 y que comenzó allá por el año 1830 su vida literaria, cultivando las flores en su jardín de *Huit clos*, vestido con la blusa blanca del horticultor ó con la americana de pana del cazador. Sólo de vez en cuando daba señales de existencia mandando á *Le Figaro* alguno de sus originales artículos, que eran siempre leídos con delicia.

Alfonso Karr *tuvo su tiempo*, ya muy lejano, como que fué el reinado de Luis Felipe. Entonces escribió *Les Guêpes*, una colección de sátiras que aparecían periódicamente y en las que trataba de todos los asuntos de actualidad, distinguiéndose por la originalidad de las frases y de los pensamientos y por la ligereza verdaderamente encantadora de la forma.

Alfonso Karr ha escrito muchas novelas, algunas muy hermosas, y multitud de artículos; pero donde más ha revelado su personalidad ha sido en *Les Guêpes*.

Alguno de sus números, como el de julio de 1842, que tengo á la vista, podría pasar por de actualidad. Se lo dedica á la reina Pomaré para ver si es más generosa que Luis Felipe, que había perdido la buena costumbre que tenían los reyes de regalar cajas de rapé rodeadas de brillantes á los que le dedicaban obras, y estar consagrado á las elecciones generales para diputados á Cortes que entonces se preparaban.

«Al ver,—decía,—la cuarta plana de los periódicos llena todos los días de remedios para las más horribles enfermedades, se podría creer que Francia es un país especialmente mal sano, que no produce más que seres avasallados por las dolencias más horribles y repugnantes. Pero cuando se lean las otras planas de los diarios se halla consuelo viendo las profesiones de fe de los candidatos y enterándose del ferviente amor por la patria de que todo el mundo está poseído, del desinterés, de la abnegación con que muchos quieren resignarse á las molestias y sinsabores de la diputación.

»¡Que la antigüedad venga á hablarnos de su Decio, salvador de la República! Lo menos setecientos ú ochocientos Decios tenemos nosotros ahora, que luchan, se afanan y se desesperan por salvar la Francia.»

Y continúa en este tono hablando de los candidatos franceses de 1842, con observaciones que se podrían aplicar sin violencia á los candidatos españoles de 1890.

Alfonso Karr era un hombre del tiempo viejo que vivía como desterrado en medio de la sociedad presente. Desgraciado en su hogar, buscó consuelo cultivando su jardín y su huerta para producir nuevas variedades de rosas y de hortalizas, como dió vida á frases que se han hecho célebres y que han pasado los Pirineos.

Los periódicos las reproducen estos días para rendir tributo de admiración á su memoria y forman una preciosa corona que lucirá siempre hermosa sobre la tumba del que escribió *Agathe et Cecilie, Chemin le plus court, Sous les Tilleuls, Sous les Orangers, Genoveva, Hortensia, Voyage autour de mon jardin*, y otras y otras muchas obras notables que comenzaron á conocerse en España ya hace tiempo, cuando las traducían

Digitized by Google

para el folletín de *Las Novedades*, que se publicaba bajo la dirección de D. Angel Fernández de los Ríos.

***

El otoño madrileño corresponde este año á su fama de ser la mejor estación del año en Madrid: el tiempo es hermoso, el sol brilla espléndido y el cielo luce purísimo, siendo suave y agradable la temperatura.

Lo malo es que, como el gusano en el cáliz de la flor, se oculta entre estas bellezas la epidemia que envenena la sangre y desfigura el rostro.

Pero, según las estadísticas, ya es más benigna, y las elegantes pueden venir sin temor á la apertura del Teatro Real, en cuyos bastidores ya espera Otello para cantarnos, por primera vez en Madrid, su amor y sus celos con música de Verdi.

KASABAL

BIBLIOGRAFIA

La Negra, por *Francisco Tusquets*.—Madrid, 1890

Puede tenerse siempre la seguridad de que ningún libro del Sr. Tusquets ha de confundirse con la masa vulgar de los volúmenes que de continuo van saliendo de las prensas. El señor Tusquets es un escritor distinguidísimo, de temperamento aristocrático; un verdadero artista incapaz de firmar ninguna producción que no sobresalga por todo linaje de elegancias y refinamientos. En esta parte, no sé yo que se parezca á nadie ó que nadie se le parezca á él.

La Negra es una novela escrita con irreprensible corrección, desdeñosa de todo recurso adocenado, concebida con talento y realizada con escrupuloso esmero, ó, como suele decirse, *con amore*. La fábula es original, á propósito para desarrollar un precioso análisis psicológico, sin groserías realistas ni esos disparates de fisiología ó de terapéutica con que suelen hacer reir á los del oficio los noveladores que se meten en camisa de once varas.

El Sr. Tusquets no pertenece á ninguna escuela, y, gracias á ello, *La Negra* le ha resultado tan clara, interesante y bonita como lo sean pocas blancas.

(Aunque sea indiscreción, he de añadir que *La Negra* es del color del ampo de la nieve.)

La Prueba, por *Emilia Pardo Bazán*.—Madrid, 1890

Dicho sea en honor á las tradiciones novelescas, paréceme que eso de ponerle dos títulos á una sola y única obra ofrece algunos inconvenientes, pues *La Prueba* no es ni siquiera la segunda parte, sino el segundo tomo de *Una Cristiana*.

De la atenta lectura de ambos volúmenes se desprende que andan por Galicia unos frailes que les mojan la oreja á los PP. Manrique y otros célebres religiosos de novela en punto á *mundología*. Creo que deben ser frailes supuestos ó embellecidos, ó garbanzos negros de la frailería cuando menos. La figura más viviente de la obra, y es lástima que no salga de nuevo en *La Prueba*, es el seminarista Serafín, curioso caso de histero-epilepsia.

La autora ha llegado tarde para describir las casas de huéspedes de Madrid después de la *Desheredada* y del *Doctor Centeno*, y lo mismo para hablarnos de los *Belenes* después del *Jaque á la reina* del amigo José M. Matheu. No sé, además, hasta qué punto puede ser *naturalista* el que un alumno de Caminos viva en una casa de pupilos de tan mala muerte como D. Salustio, pues generalmente suelen hospedarse mejor. Reconozco, sin embargo, que puede haber excepciones.

Los personajes, como sucede en muchas obras de la autora, se expresan en un lenguaje catarroso y carraspeño que, si da idea de su virilidad, en cambio dice poco en favor de su cultura. Puede que sea así en realidad; pero, respetando tal lenguaje hasta el punto que lo respeta la autora, los diálogos parecen siempre de capitanes de carabineros retirados.

La *Cristiana* es una buena señora á no dudar, un pedazo de pan, digna por su mansuetud de ofrecer aquél su perfil *acarnerado* (como Pericles); pero no sé si me atreva á decir que tiene poco mérito resistir victoriosamente á Salustio, federal cuanto se quiera, pero con el cual *se queda* siempre harto fácilmente el fraile de la novela. Decididamente el alumno de Caminos es un mediano Tenorio y un *struggle-for-«loveur»* de menor cuantía.

La Prueba abunda en rellenos que no vienen para nada á cuento. ¿A qué cuento viene, por ejemplo, hacernos meter de rondón en la mora-

CAMPESINO BRETON

da de D. F. P. y M.? ¿Qué tiene que ver este mi respetabilísimo y venerado amigo con *La Prueba*? Creo que *non erat hic locus* si se quería sacarle á colación.

Tampoco puede adivinarse á qué viene lo de la sangre hebrea que corre por las venas de Salustio y que en todo caso se habrá atenuado hasta lo infinitesimal, porque de veras no se advierte que el muchacho revele la menor cualidad semítica.

En suma, no se ve que la tal *Cristiana* haga nada de particular, pues todo lo que le ocurre á ella y todo lo que á ella se le ocurre podría suceder de igual modo tratándose de una judía, una brahmana, una budhista, etc. No negaré que puede que *por dentro* le ocurriese algo, pero de esto no se habla.

Guillermo Tell, drama de *Schiller*.—Barcelona, *Biblioteca del siglo XIX*.—2 reales tomo

A pesar de la mala partida que recientemente le han jugado los juizos á Guillermo Tell, negándole que hubiese existido nunca y desterrándole para siempre de su historia, el drama de Schiller aguanta firme y debe leerse por cuantos gusten de la literatura de alto vuelo. Puede que efectivamente Guillermo Tell no haya existido nunca, pero en todo caso Schiller, muy disgustado indudablemente por lo que pasa, dirá en el cielo de los poetas:

¡*Vive Dios, que pudo ser*!

Leyendas del Norte, por *Vicente de Arana*. (Obra póstuma.) Vitoria, 1890

Entre las más peregrinas *cosas* de este país de submarinos, no es la menos de sentir la grande ignorancia en que se suele estar de muchas cosas buenas que tenemos. La rutina se ha empeñado en que no hay más poetas que los dos ó tres consabidos, y llámese usted Vicente de Arana y en balde será que pretenda se le admire y se le glorifique. Como los gacetilleros no lo adularon, no cuenta. En el resto del mundo sí, ya le conocen, desde Escandinavia á Italia y desde Alemania á los Estados Unidos. La poca popularidad de Arana (desgracia de que no vale quejarse desde el momento en que se comparte con Cabanyes, Querol y algún otro ilustre desconocido) no obstó, sin embargo, á que fuera un verdadero poeta, tal como deben ser los de á últimos del siglo XIX. La forma, aunque correctísima, le importaba menos que el fondo: valíase casi siempre del asonante ó del verso libre, en cuyo manejo sobresalía como pocos.

Arana no era un *poeta ilustrado*, sino un poeta *sabio*. Conocía familiarmente la literatura escandinava, la literatura portuguesa, la literatura italiana, la literatura alemana, la literatura eslava, y, lo que es más extraño aún, la literatura española, incluso la euskara. Así es que, al verter al castellano las poesías escritas en aquellos idiomas, hacíalo á maravilla, conservándoles toda la fuerza ó la gracia del original.

En estas *Leyendas del Norte* de que hablo es evidente la influencia del famoso, hasta cierto punto, *Œhlenschläger* (1). No diré yo que sean del gusto de todos, y muchos habrá que prefieran *Han de Islandia* como pasto noruego; pero el que sea aficionado á la música de Wagner y á los versos armoniosos experimentará un vivísimo placer.

El resto del volumen está ocupado por bellísimas traducciones ó imitaciones de Keats, Bryant, Byron, Heine, Rubió y Ors y algunos más, y por composiciones originales de diversos géneros, de novísimo gusto, algo alemaniscas unas, hermosamente clásicas otras, pero todas ellas de exquisita factura. Es una cualidad tan rara esta, que la señalo con verdadera fruición.

Sería injusticia ahora no elogiar las excelentes condiciones materiales del libro, que hace honor al establecimiento tipográfico de *La Ilustración* de Vitoria.

Las Leyendas del Norte se hallan de venta en la librería de Fernando Fe, Madrid, y en casa de D. Andrés de Arana, Bilbao, Henao, A (Ensanche).

El Marqués de Prenzanes, por *Luis Cánovas*.—Alicante, 1890

No habrán ciertamente olvidado los lectores de LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA el nombre del distinguido autor de *Mi prima Pepa*, novela que basta por sí sola para labrar una reputación. *El Marqués de Prenzanes*, leyenda fantástica, por el estilo de las de Espronceda, es sin duda un capricho del celebradísimo novelador, por más que sea preferible verle ensayarse en un género como el ya indicado que no seguir la corriente vulgar.

CARLOS MENDOZA

LIBROS RECIBIDOS

La Biblioteca Andaluza, que dirige nuestro compañero en la prensa D. H. Giner de los Ríos, acaba de poner á la venta el tomo 23 de su colección, correspondiente á la tercera serie.

Titúlase el volumen *Bullanga*, y es una preciosa novela original del popular escritor Sr. Zahonero. El interés palpitante de la narración, la pintura de los caracteres y las bellezas del estilo, lleno de chispazos de ingenio, la hacen muy recomendable y no dudamos que alcanzará un verdadero éxito.

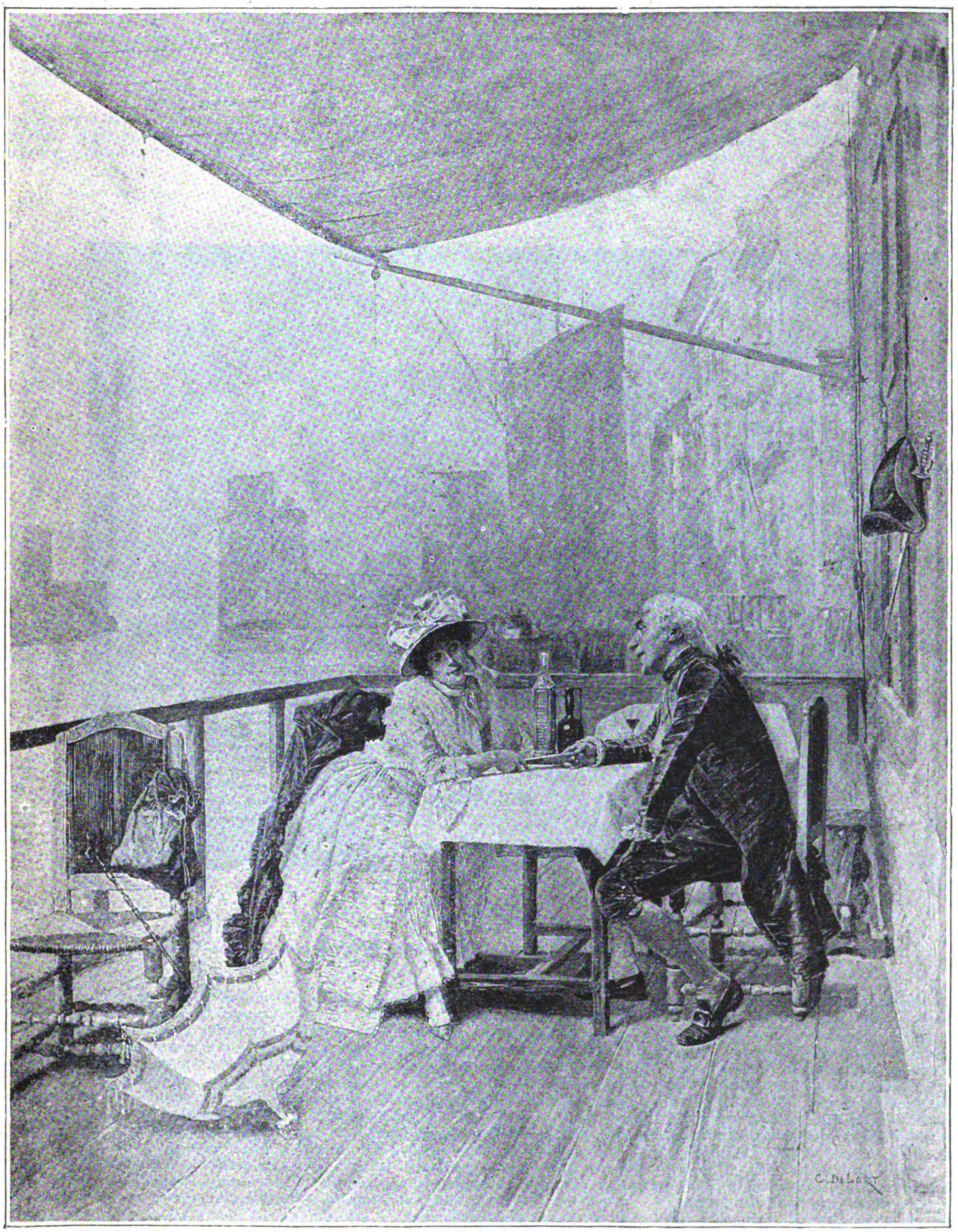
A la mayor brevedad aparecerá el tomo 24, titulado *España en Africa*, escrito por el Sr. Reparás, con un importantísimo prólogo del Excmo. señor D. Segismundo Moret y Prendergast.

(1) El que quiera conocer algo de este poeta dinamarqués puede verlo en uno de los tomos de la *Biblioteca... de los ferrocarriles* de Hachette.

Digitized by Google

CUARTELES DE INVIERNO (cuadro de C. Delort)

Digitized by Google



GALANTEOS VENECIANOS (cuadro de C. Delort)

Digitized by Google

CUESTA ABAJO

(CONTINUACIÓN)

En cuanto á mí, he de confesar que las palabras de Emilia me supieron á gloria. ¡Quería decirse que en aquel Pombal misterioso, que yo contemplaba casi con miedo, tardes y tardes, desde la colina de enfrente, pensaban en mí, y me esperaban, y me querían... y me admiraban... por mis *triunfos!*

¡Pobres triunfos! No he hablado *al lector* (¡pobre lector!) de tales grandezas por lo poco que estas fruslerías importaban á la parte seria y digna de mi historia. Como una especie de escoria del trabajo interior de mi espíritu, salían á la superficie, sonsacados por las vanidades escolares, ciertos productos de una precocidad que el mundo no miraba como síntoma de lo que yo podía ser por dentro algún día, sino como habilidad y gracia y maravilla á cuyo valor real, inmediato, presente, se atendía tan sólo. Sí: en este concepto yo había sido apreciado desde mis primeros años como un *niño precoz;* y bien sabe Dios que, á no ser por ráfagas pasajeras de vanidad, excitada por los extraños, yo no me *admiraba* á mí propio; y todas aquellas precocidades me repugnaban casi, me daban vergüenza, prefiriendo yo el valor que atribuía á *mis adentros* á todas aquellas expansiones que á lo sumo eran disculpables. Débil mi voluntad, por entonces, para esa pasividad en que ha de consistir la defensa del hombre que no ha nacido para los afanes ordinarios del mundo y que no quiere perder la originalidad y fuerza de su idea en una acción insuficiente, floja, inadecuada, me dejaba llevar por la rutina de maestros, condiscípulos, amigos y parientes, para los cuales un *chico listo* ha de dar á conocer que lo es mediante obras exteriores que sean imitación de las que las personas mayores llevan á cabo. Dócil á sugestiones de este género, que no me llegaban al alma, yo figuraba en academias de estudiantes y allí me *lucía:* escribía á veces versos para el público, y se insertaban en revistas y periódicos locales ó se leían en *veladas poéticas.* Si al principio, de los diez á los catorce ó quince años, durante lo que yo llamo la edad *épica* de mi vida, tomé con algún calor estas nimiedades, de los quince en adelante, cuando empieza la edad *lírica*, procuré huir, en cuanto pude, de exhibiciones de ese género, y cuando no había modo de eludirlas sus resultados me dejaban bastante frío, como si aquellas habilidades fuesen de *otro yo* muy inferior á mí mismo; como si fuesen *res inter alios acta.*

De todas suertes, las palabras lisonjeras de Emilia Pombal resonaron en mi alma como una música espiritual, suave y dulce. Una emoción completamente nueva, poderosa, que tenía algo de los caracteres cuasi místicos de mis entusiasmos intelectuales y mucho de voluptuosidad sensual alambicada, me tenía embargado y absorto, como sujeto á aquellos ojos sombríos que se clavaban en los míos y gozaban de las miradas como un paladar que saborea un manjar exquisito.

A todo esto la señorita mayor de Pombal nos tenía parados en mitad de la quintana, sin acordarse de invitarnos á entrar en la casa blanca y verde, que ahora me atraía como ofreciéndome ignoradas delicias.

Mi madre y la robusta habladora de los ojos verdes se olvidaban hasta de andar, con aquella charla nerviosa, precipitada; y no sé cuánto tiempo hubiéramos estado de antesala... en la calle, si la conversación no hubiera llevado á las buenas amigas á hablar de Elena y de la tía... que no estaban en la quinta.

—No, señores: no están en casa: están en el prado Somonte viendo segar yerba y cargar los carros. ¿Quieren Vds. subir y tomar algo y que después vayamos á buscarlas? Es ahí, muy cerca.

Se decidió ir en busca de las otras damas antes de todo.

Mi madre se me cogió de un brazo, porque había que subir otro poco por la colina; y... ¡diablo de hembra! Emilia, pidiéndome permiso con una seña clara, graciosísima, se me cogió del otro brazo.

Era tan alta como yo. Su brazo se apretó un poco contra el mío, sin escrúpulo, para apoyarse de veras. Era duro, redondo y echaba fuego, fuego dulcísimo. La cabellera abundante parecía más negra de cerca. Por el camino me acribilló á preguntas: hasta me preguntó si tenía novia. Yo estaba como una cereza. Mi madre reía.

—¡Qué novia, si es un hurón!—decía mirándome gozosa, segura de que todavía mi corazón no era más que suyo.—A eso vengo: á que me lo enamoréis vosotras.

—Eso allá Elena: yo ya soy vieja para éste.

Aquel *vieja* lo pronunció con tal acento y acompañado de tal mirada que fué como una provocación cargada de pimienta. ¡Vieja, y costaba trabajo contenerse y no hincar el diente en aquella carne blanca que debía de saber á manzana fresca, entre verde y madura!

Llegamos á la zarza que limitaba por aquella parte el prado Somonte, el cual doblaba, como un manto de terciopelo verde sirviendo de gualdrapa á un elefante monstruoso, el lomo de la colina y se extendía por la otra vertiente en cuesta suave, en que brillaba, con sus puntas de esmeraldas, la yerba rapada, á los rayos del sol poniente.

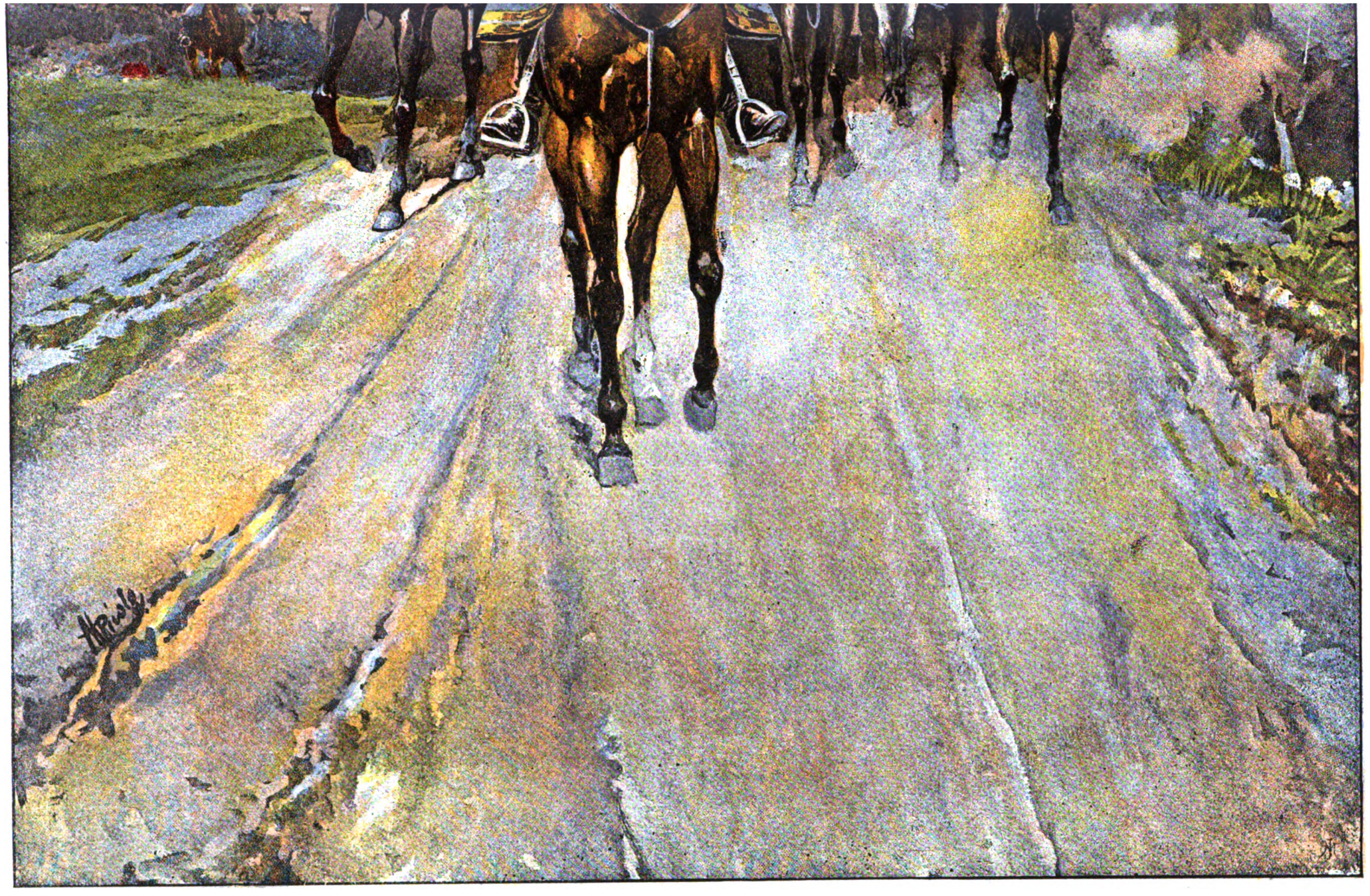
Al otro extremo del prado, allá abajo, un

LA TARDE DE LA PRIMERA COMUNIÓN (cuadro de M. Lament Derrousseaux)

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



REGRESO DE LA PARADA (acuarela de M. Picolo)

Digitized by Google

Digitized by Google

grupo de mozos y mozas, robustos aldeanos de vistosos trajes chillones, amontonaban la yerba en altos conos, bálagos provisionales. Las yuntas pastaban *á dúo* cerca del carro, apoyado en su pértigo, uncidas para llevar el heno á la tenada entre chirridos y cánticos agudos de las ruedas y el eje, á trompicones por callejas arriba y abajo.

Junto á uno de los montones de la yerba apilada, apoyando la espalda en las peinadas hebras verdes y perfumadas, una dama, sentada en el santo suelo, leía, absorta en su lectura. Su cabeza era un rizo de plata, de una belleza venerable y melancólica, algo semejante á la de un árbol cubierto de las hojas secas que pronto ha de arrancarle el primer soplo del invierno.

Emilia nos presentó á su señora tía, que no sin disgusto dejó en el suelo *Los Mohicanos*, de Dumas; pero justo es decir que en cuanto reconoció á mi madre mostró sincera alegría, y, en cuanto á mí, se dignó contemplarme como á un verdadero portento á quien tenía vivos deseos de conocer y tratar. Tal dijo en un lenguaje exquisito, con una voz solemne y afectuosa á pesar de cierta circunspección aristocrática que ya debía de ser en aquella dama segunda naturaleza.

—¿Y Elena?—preguntó Emilia.

Una carcajada fresca, cristalina, que llenó de poesía el prado, el horizonte, el cielo, sonó detrás del bálago de yerba.

CLARÍN

(Se continuará)

UNA VENGANZA ORIGINAL

Boca abajo sobre el techo de follaje que cubre las removidas aguas de una alberca, está el cauteloso Alejo, mozo que en lo tocante á enaguas se mantiene al acecho de la que cae, como cada hijo de vecino. Se halla en tan arriesgada postura porque abajo, en el estanque, goza de la frescura, tomando un delicioso baño, la mujer de Ojoalerta, que es guapa tirando de largo, y fresca como el agua misma que rodea con amoroso abrazo su cuerpo.

Pero así como no hay cerrojo que pueda guardar á una mujer, así ella se está guardada y á salvo de todo daño como le salga de la voluntad el guardarse; y aunque Alejo fisgonea desde arriba, sólo alcanza á ver la cabellera de María, que rubia y espléndida se abre en la trémula superficie del agua.

Tan silencioso es cuando quiere el amor que, con menos ruido del que alzaría si fuera pisando sobre corcho, el mozo ha logrado llegar hasta detrás del estanque que se extiende al pie de un tajo pequeño, ha mirado á lo hondo por entre las hojas del techo, y se ha tendido en una rama, que á duras penas le sostiene.

Pero si el hombre ha descubierto la presa, el esposo de María ha visto al ladrón, que no en vano le llaman en el pueblo Ojoalerta, por aquello de que el que tiene mujer guapa debe tener también ojos de lince.

No se irrita el avispado marido, ni espanta de una manera brusca al ratero: vase cantiñeando hacia la alberca mientras piensa en una chusca venganza, y el pájaro levanta el vuelo y se aleja.

En seguida, y una vez fuera del agua su esposa, corta con el hacha dos puntales de los tres en que se sostiene la enramada, y deja en pie el tercero, pero no clavado en el suelo, sino apuntalado apenas en el brocal. Luego le ata por la base una disimulada cuerda cuya punta esconde á catorce pasos de distancia entre el follaje, y deja convertido el techo del estanque en una especie de trampa, puesto que, dando un fuerte tirón á la cuerda, el techo se desplomará, haciendo, al caer, de tapa de carpeta.

Y, terminado el primer trámite del expediente, toma la dirección del pueblo con su mujer, y espera la hora del baño del siguiente día.

De acuerdo con algunos mozos de los que no faltan en toda broma, se adelanta Ojoalerta á su mujer, camino del baño, y lo mismo el vengador marido que los mozos, después de hacer flotar un pelele con forma de mujer, en el estanque, se ocultan á pocos pasos de éste aguardando la cautelosa llegada del ratero.

El cual, como le hierve la sangre moza, y el el plato que piensa dar á su vista es por extremo apetitoso, siguiendo el rastro á la mujer, y metiéndose por esta viña, saltando por aquel vallado, cruzando este portillo y ocultándose detrás de aquel tronco, llega á unos cincuenta pasos de la alberca conteniendo la respiración.

Cada mozo, oculto tras de su mata, ve la expresión de miedo á la vez que de audacia del rostro de Alejo, y siente tentaciones de risa tales que se llena la boca, para no soltar la carcajada, de olorosos tallos de mastranzos.

Cuando Alejo llega al lado de la enramada, más de uno de los del escondite se ha tragado media mata haciendo esfuerzos extraordinarios por no reir.

Por su parte Ojoalerta siente que le titilan los ojos de puro vivos, y afianza la cuerda atada al puntal de la alberca anhelando que Alejo, tras de mil trabajos de equilibrio, quede boca abajo mirando al pelele que flota en medio del estanque. No hubiera cambiado Ojoalerta el tirón por el cortijo más rico del pueblo.

Un crujido leve y argentino, que lo mismo pudiera ser de piedrezuela caída en el agua que de risa mal contenida, detuvo á Alejo en su marcha, y por un momento le arrebató todo el color del semblante. Giró los ojos á ambos lados tratando de agachar el cuerpo, y estuvo en absoluta inmovilidad hasta pasado un corto espacio.

Debió suponer que el chasquido lo ocasionaría acaso un grano de tierra, porque, volviendo á aparecer el tono rojo en su cara y abriendo de nuevo los brazos, echó otra vez el pie y quedó sobre una rama de poca consistencia, sobre la que tendría que quedar completamente tendido. Preciso es que la sangre borbote con todo el brío de la juventud en las venas para exponerse á tales peligros.

Primero clavó Alejo una rodilla, después clavó la otra de igual modo, y quedó en actitud de orar. Falta hacía á sus labios entonar el credo como reo en patíbulo, porque, aunque él no había cometido ningún crimen, sólo le concedía Ojoalerta breves minutos de felicidad, mirándole desde su escondite á catorce pasos de la alberca.

Alejo no sólo inclinó todo el cuerpo, sino que miró y, lo que es más, dirigió la voz al muñeco que adoptaba la forma de mujer.

—¡Bienafortuná el agua, María!—susurró el mozo desde arriba al insensible pelele. Y viendo que no hacían efecto sus palabras,

—¡Asín fuera yo olita de agua pa abrazarte!—agregó á modo de estrambote amoroso, sin que por esas se conmovieran las duras entrañas del muñeco.

BRETONAS EN LA ROMERÍA (cuadro de P. Dagnan-Bouveret)

Las personas ocultas en las matas mostraban lo rojo de una congestión de risa en los semblantes.

—¡María!—agregó con voz doliente Alejo.—Permíteme oir tu voz y no enmuezcas. Tu marío Dios sabe dónde estará á esta hora, y si tú me respondes, nadie habrá de oirte más que yo.

Por todo había pasado, mal que bien, Ojoalerta, menos por aquella ofensa que le hacía el astuto acechador de su honra. Lióse la cuerda á la mano, llenó de aire el pecho presa de una enloquecedora emoción, y al decir de nuevo Alejo, más almibarado que nunca,

—María, pecho e piedra, pecho e roca: ojalá cayera yo sobre ti...

—Vas á ser complacío,—saltó por fin Ojoalerta con la violencia del corcho que salta de la botella.

Tiró con toda su alma, inclinóse el techo de hojas en medio de una espantosa mueca de susto del mozo, rodó el puntal que sostenía la enramada, y Alejo dió un colosal *crismazo* en el agua levantando un tropel de olas en el estanque.

Cuando manoteaba con las ansias de la muerte, rodeó el coro de mozos la alberca, y en ella cayeron, además de las bocanadas de agua fresca y hermosa, otras alegres bocanadas de risa.

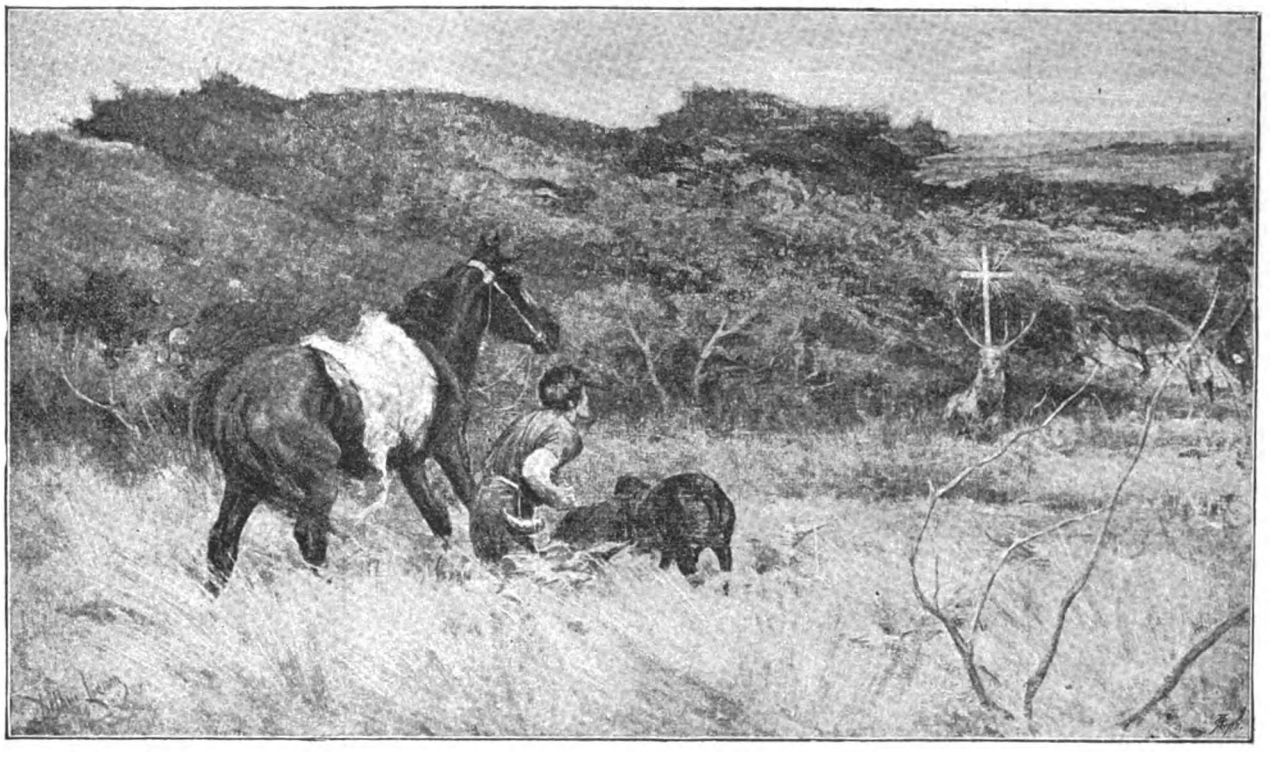
SALVADOR RUEDA

Digitized by Google

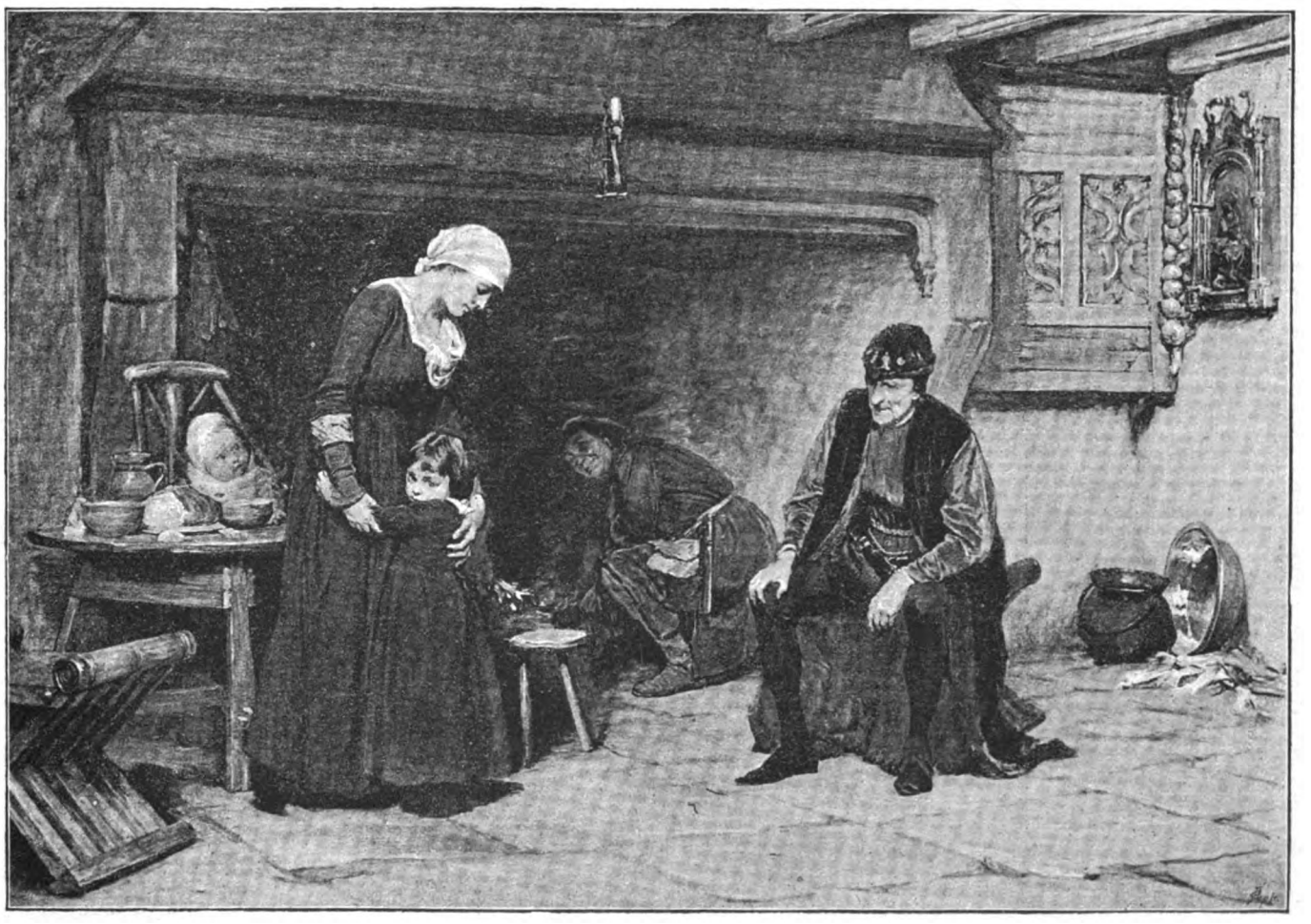
LA FUENTE DEL PICHÓN, PUEDE QUE LA ANTIGUA FUENTE DEL SOL

MUJERES INDÍGENAS DE SYUAH YENDO POR AGUA

Digitized by Google



LA CONVERSIÓN DE SAN HUBERTO (cuadro de Arturo Lemón)



LUIS XI (cuadro de Seymour Lucas)

«Sucedía á menudo que anduviese solo por las calles, entrase en casa de un simple ciudadano, de un menestral, y se sentase á la mesa si era la hora de comer.»
(Reinado de Luis XI, por M. Alejo Dumesnil.)

Digitized by Google

SOLLOZOS

¡Pero es que es guapa,
pero es que es bella,
pero es que es mona
la rapazuela!
—Oiga la niña
de la pandera,
la que oro fino
tiene por trenzas:
¿por qué sollozas?
¿por qué te quejas?
—¡Pido limosna,
de angustia llena,
para mi madrecita,
que tengo ciega!

¡Ay! ¡Desdichado
del que se encuentra
cercado siempre
por la miseria!
¡Ay del que hambriento
llama á las puertas,
que al infortunio
siempre se cierran!
¡Ay del ser triste
que entre tinieblas
siente del sol la lumbre
sin que le vea!

Mi blanca frente
llorando besa
todos los días
mi madre tierna.
Yo sus halagos
suelo volverle,
y entre suspiros
que al alma llegan
murmura entonces:
«—¡Ay, si pudiera
mirarme en tus dos ojos,
ver tu faz bella!»

—Hermosa niña
de la pandera,
la que oro fino
tiene por trenzas:
calla un instante,
calla y observa
que ya á lo lejos
la noche acecha.
Torna á tu choza,
torna y no vuelvas
hasta que apunte el alba
y el sol se encienda.

Vete, rapaza,
vete ligera:
¿no ves el cielo
cómo blanquea?
Vete en seguida,
no te detengas,
que arrecia el viento
y el frío aumenta.
Salva á tu madre:
¿no ves que nieva?
¿no ves que ya de frío
la pobre tiembla?

—¿Que huya me dices?
¡Ay, si pudiera!
Pero ¿quién cuida
de su existencia?
Si una limosna
de puerta en puerta
de pedir dejo
¿qué va á ser de ella?
—¿No ves qué triste
la noche llega?
—¡Siempre fué para el pobre
la noche eterna!

—Hermosa niña
de la pandera:
¿por qué te paras?
¿qué es lo que piensas?
¿Acaso escuchas
de las botellas
el choque extraño
que alegre suena?
Sigue tu marcha,
no te detengas:
¡del pobre, en los festines,
jamás se acuerdan!—

Y al par que tristes
las dos se alejan
por el camino
de su miseria,
repite el eco
que el viento lleva:
—¡Viva la orgía!
¡Venga más néctar!—
y —¡Una limosna,
una siquiera
para mi madrecita
que tengo ciega!—

LINO GONZÁLEZ ANSÓTEGUI

CELOS

I

Viajero: si al llegar á aquel negro acantilado que las olas baten con furia, ves una cruz solitaria que el musgo ha cubierto á medias, hinca en tierra la rodilla y ora por un instante: ruega por el alma de una criatura que murió de celos y vivió soñando. No importa tu religión: el buen Dios acoge todas las oraciones.

Pero si la noche está serena, si el mar está en calma y la luna platea las olas, yo te ruego que no te acerques al acantilado: tendrías miedo, porque he oído referir en mi hogar que en esas tranquilas noches se ve á la infortunada Dionisia flotar entre las olas ó, envuelta en vaporosa nube, vagar por aquellos parajes.

Tal vez la luna, rielando en las aguas, hizo concebir á un iluso este cuento; tal vez fuera pura fantasía; pero afirman que la han visto.

II

Dionisia la pescadora amaba con el fuego de los quince años. Sin embargo, era tan inocente que á veces acudió á la orilla llamando á las deidades del mar para contarles sus pesares. Y era porque, allá en la cabaña, su madre le había enseñado que pueblan las aguas mil seres sobrenaturales que son amigos de los hombres.

III

Andrés era el objeto de este amor. Loco y distraído, jamás sospechó el secreto de la niña. Y, no obstante, lloraba tanto Dionisia al verle partir solo en la barca desafiando el furor de las olas, ansiaba tanto una mirada, que ese fatal acantilado fué más de una vez la atalaya desde donde le seguía con la vista hasta que se perdía entre las aguas.

IV

Una noche Andrés no volvió, pero á la mañana siguiente vino á estrellarse su barca contra los riscos de la costa. ¡Andrés había muerto!

Dionisia no supo nada, y un día y otro esperó con santa constancia.

Convencida, al fin, de que Andrés no volvía, que el agua había sido su tumba, regresó á su cabaña presa del mayor de los dolores. Pero halló consuelo entre los brazos de su madre, la que por negar la muerte inventó un ingenioso cuento: dijo á Dionisia que Andrés era feliz, que le había cautivado una de esas bellas deidades de las aguas, y que allá se habían quedado disfrutando de su amor en su palacio de coral y perla. Aquella infeliz madre no pudo alcanzar el efecto de su consejo.

V

El cuento hizo presa en el corazón de aquella inocente. Soñó con la deidad y tuvo celos. Muerto, le había llorado: feliz, le maldecía.

Más de una vez pensó arrojarse al mar en busca de aquel palacio.

Una noche serena en que la luna brillaba y el mar estaba en calma, los celos la precipitaron desde lo alto del acantilado á las profundidades de esas negras olas.

¡Aquello fué un crimen! ¡El dolor no mata, pero los celos enloquecen!

VI

Viajero, no marches ahora: la tranquilidad es completa y la luna brilla en el espacio.

Es seguro que allí estará Dionisia, y es horroroso verla en su saya mojada y sus cabellos azotados por el viento.

Huye, que, aunque algunos valientes afirman que es un rayo de luz sobre las aguas...

¡Quién sabe!

INOCENCIO DE OÑA

FANCIULLA: CHE COSA E SATANA?

TRADUCCIÓN DE ALEARDO ALEARDI

Satanás es un sueño que naciera
de los remordimientos del culpable;
Satanás es Caín,
que huye por el desierto como fiera,
por el rayo divino perseguido,
sin tregua hasta la hora de morir.

Satán es sueño; es Átila que pasa
cráneos pisando, con salvaje tropa,
inhumana cual él;
que cuanto encuentra ante su paso arrasa,
y no brota la yerba donde asienta
los cascos de su tártaro corcel.

Satán es mito; es Macbeth inquieto
que al confiado huésped roba el trono
con infame traición.
En la conciencia vive: es el secreto
terror que nos inspiran esas culpas
que no tienen perdón.

El día que el mortal, harto de guerra,
de odio y rencor, con sus hermanos viva
en sacrosanta paz,
oirá una voz que gritará en los mares
y en toda la extensión de la ancha tierra:
—¡Ha muerto Satanás!

JACINTO LABAILA

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE ESPAÑOL

REGRESO DE LA PARADA, *acuarela de Picolo*.—UN REMIENDO, *dibujo de Perea*.—MIRANDO LA PROCESIÓN, *de Picolo*.

El *Regreso de la parada* es una acuarela que habrá de gustar indudablemente á cuantos pueden apreciar, por haberlo visto, la sorprendente exactitud del asunto: el regimiento de húsares de la Princesa regresando á sus cuarteles después del desfile. La escena está presentada con notable soltura, y el efecto resulta tan brillante como no puede menos de ser.

Un remiendo es una página llena de sabrosísima gracia española de la mejor ley. El asunto, tantas veces tratado, adquiere con el lápiz del Sr. Perea una novedad exquisita, que hace de *Un remiendo* una producción envidiable. Las dos figuras están *hablando*, y, lo que es más, parece que uno este oyendo lo que dicen.

Mirando la procesión, suple *en Sevilla*, da fe de lo bien que entiende el Sr. Picolo el tipo de las hijas del Betis y el temperamento de aquel devoto pueblo. El dibujo es una perla de color... local, obligando á mirar muy detenidamente á las mironas.

Digitized by Google

EL ARTE FRANCÉS

CUARTELES DE INVIERNO. GALANTEOS VENECIANOS, *cuadros de C. Delort.*—BRETONAS EN LA ROMERÍA, *de Dagnan Bouveret.*—LA TARDE DE LA PRIMERA COMUNIÓN, *de Lament Derrousseaux.*

Los dos cuadros de Delort son dos verdaderos *bijoux*. En *Cuarteles de invierno* vemos á un bizarro sargento de dragones que, trocando el casco por el gorro y las proezas guerreras por el *confort* de un buen alojamiento, goza de las delicias de Capua, mimado y agasajado por la patroncita. En *Galanteos venecianos* nos trasporta el pintor á la alegre cuanto degenerada Venecia de Goldoni, género de pintura en armonía con las facultades del artista, más inclinado á los asuntos lindos en que entren como ingrediente los buenos palmitos que no á otra clase de escenas.

Recomiéndanse los *Bretonnes au Pardon*, más que por el artificio de la composición y por el buen modelado de las figuras, por el color y por el baño de aire luminoso que circula por el cuadro.

La tarde de la primera comunión es otro cuadro de *aire pintado* y de problemas de luz; pero, aparte de la brillantez con que están vencidas las dificultades, es digno de alabanza el sentimiento exactísimo que se advierte en la obra, cuyo título le encaja perfectísimamente.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

Con razón es venerada el agua por los habitantes del desierto y con motivo es para ellos un jardín el ideal de las maravillas. La falta de aquélla, y por lo mismo la vegetación, hace que cuando se encuentra se tenga por un don del cielo. No parece, en efecto, por la actitud de esas mujeres que van por agua al estanque, sino que se trata de un acto casi religioso.

La Fuente del Sol, aquella de la que habla maravillado Herodoto diciendo que por la mañana es tibia el agua, al mediodía fría, por la tarde tibia otra vez y á media noche hirviente, hallábase no lejos del famoso templo de Júpiter Ammon. Hoy no se ve nada parecido á lo que refiere Herodoto. Puede que la fuente haya desaparecido, aunque la mayor parte de viajeros suponen que es la actual *Fuente del pichón* ó *Ain Hamman*. Mide 30 metros de circunferencia por 2 de profundidad, y está situada en medio de un bosque de palmeras.

EL ARTE INGLÉS

LUIS XI, *cuadro de Seymour Lucas.*—LA CONVERSIÓN DE SAN HUBERTO, *de Arturo Lemon*

Un cuadro de historia con todas las cualidades *velazquianas* que dan personalidad propia á su autor, y un paisaje con figuras y animales que corrobora la justa fama de que goza Lemon como *animalier*. Ambas obras han sido acogidas con calurosos aplausos en la actual Exposición de Bellas Artes de Londres *(Royal Academy Pictures*, 1890).

ALEGRIA

¡Qué alegre y guapo me pongo
cuando me puedo lavar
con el *jabón* singular
de los PRÍNCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

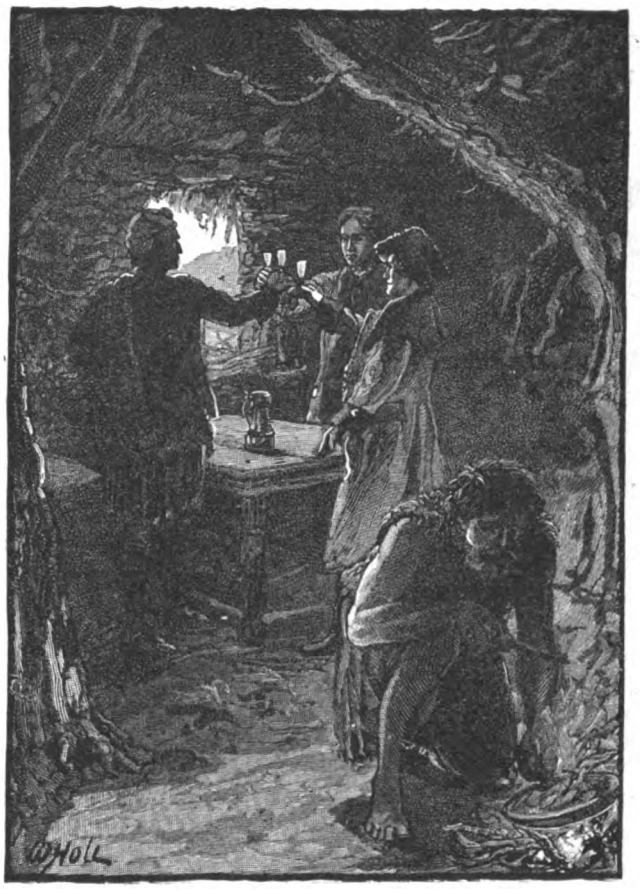
por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Llegados á la cresta y frente á una roca que se elevaba sobre el follaje, vimos aquella extraña casucha que era conocida en todo el país con el nombre de *la Jaula de Cluny*. Para su construcción habíanse colocado en sentido trasversal varios troncos de árboles rellenando los huecos con sólidas estacas unidas entre sí, y detrás de esta barricada habíase apisonado la tierra para formar el suelo. Un árbol que se inclinaba fuera del lado de la colina hacía las veces de viga central del techo, y las paredes consistían en un encañizado cubierto de musgo y zarzas. El conjunto de la construcción tenía en cierto modo la forma de un huevo, y estaba en parte suspendida en el lado de la montaña como una colmena en un espino verde.

En el interior había suficiente espacio para cinco ó seis personas. Una proyección de la roca servía perfectamente para formar el hogar, y, como el humo era rechazado por la pared de aquélla y se confundía con el aire, era difícil verlo desde abajo.

Aquel era sólo uno de los retiros de Cluny, pues además tenía varias grutas y viviendas subterráneas en diversas partes del país, y, guiándose por los informes de sus espías, iba á una parte ú otra, según que las tropas avanzasen ó se alejaran. Con este género de vida y gracias al afecto de su clan, no sólo había estado seguro mientras que tantos otros habían huído ó muerto, sino que permaneció cuatro ó cinco años en el país. Al fin fué á Francia, en virtud de orden expresa de su señor, y allí murió pronto, echando de menos, sin duda, su jaula de Ben Alder.



—¡Brindo por la restauración!

Cuando llegamos á la puerta, estaba sentado junto á la roca que hacía las veces de chimenea, observando cómo uno de sus hombres preparaba la comida. Tenía la cabeza cubierta con un gorro de dormir que le tapaba hasta las orejas, y fumaba en una pipa muy grande. A pesar de todo, sus modales eran los de un rey, y me hizo gracia ver la gravedad con que se levantó de su asiento para recibirnos.

—Venid acá, amigo Stewart, — dijo, — y veamos también á vuestro amigo, pues supongo que lo es.

—¿Cómo va, Cluny? — contestó Alan.—Supongo que lo pasáis bien. Tengo el gusto de presentaros á mi amigo David Balfour, jefe de la casa de Shaws.

Alan no hablaba nunca de mi posición sin cierta ironía cuando estábamos solos; pero delante de extraños referíase á ella con mucha gravedad.

—Sentaos, caballeros,—dijo Cluny,—y sed bienvenidos á mi casa, por extravagante que sea: esto no impide que haya estado aquí un personaje de la familia real. Beberemos, por lo pronto, un trago; y cuando ese torpe que veis ahí haya preparado el alimento, comeremos lo mejor que se pueda. Mi género de vida es algo duro,—añadió apurando su copa de aguardiente;—veo pocas personas, y me aburro pensando en un gran día que ya pasó, con la esperanza de que llegue otro. ¡Brindo por la restauración!

Al pronunciar Cluny estas palabras chocamos las copas. Yo no tenía ninguna mala voluntad al rey Jorge; mas creo que si él hubiera estado allí en persona, habría hecho lo mismo. Apenas hube bebido, sentíme mucho más animado, y desvaneciéronse de mi espíritu todas las negras visiones que antes le acosaban.

A decir verdad, aquel sitio era muy extraño, tanto como el mismo Cluny, que había adquirido en su soledad ciertas costumbres particulares: así, por ejemplo, nadie se debía sentar donde él. La Jaula estaba dispuesta de cierto modo, y nadie debía alterarla en lo más mínimo. La preparación del alimento era una de sus principales ocupaciones, y siempre vigilaba con la mayor atención al que él llamaba su cocinero.

Algunas veces recibía la visita de su esposa y de uno ó dos de sus parientes más cercanos, siempre á favor de la oscuridad de la noche; pero pasaba solo la mayor parte de su tiempo y sin comunicarse más que con sus centinelas. Uno de sus hombres, que era barbero, le afeitaba todas las mañanas y dábale noticias del país, de las cuales parecía muy ansioso á juzgar por sus interminables preguntas.

Aunque despojado de todos sus derechos por el Gobierno, aun ejercía la justicia patriarcal en su clan: él resolvía todas las diferencias y cuestiones, y tanto se respetaba su autoridad que los mismos hombres que se hubieran rebelado contra las sentencias de un verdadero tribunal, sometíanse á las decisiones de Cluny por más que se le hubiese declarado fuera de la ley. Dispensaba justicia como un soberano, y cuando se encolerizaba, que no era pocas veces, todos los hombres que tenía á sus órdenes temblaban como niños. Estando el país lleno de tropas, que lo recorrían en todas direcciones en busca de aquel jefe fugitivo, cualquiera de los servidores de Cluny habría hecho su fortuna descubriendo su retiro; pero á ninguno le hubiera ocurrido hacer tal cosa.

Nuestra comida debía componerse de un plato de torreznos, y Cluny, á quien al parecer agradaban los manjares bien condimentados, roció las tajadas con zumo de limón, diciéndonos gravemente:

—Lo mismo que vamos á comer sirvió también de alimento á S. A. R. cuando estuvo aquí, y por cierto que entonces los soldados abundaban aquí más que los limones.

Yo no sé si los torreznos eran verdaderamente buenos, pero su aspecto me repugnó, y comí muy poco. Cluny nos habló de la estancia del príncipe Carlos en la Jaula, repitiéndonos las mismas palabras que se dijeron entonces y levantándose para mostrarnos dónde se sentaron aquel personaje y él, de lo cual deduje que el príncipe era un muchacho muy ingenioso, como hijo de una raza de reyes, pero no tan sabio como Salomón.

Cuando hubo terminado la comida, Cluny sacó una baraja muy vieja, como las que se pueden ver en las tabernas, y sus ojos brillaron al proponernos jugar un poco.

Ahora bien: desde niño se me había enseñado á odiar el juego, y mi padre decía siempre que no era de cristiano ni de caballero exponer la pérdida de sus intereses al capricho de unos pedazos de cartulina pintados. Yo hubiera podido dar una excusa, fundándome en mi fatiga; pero quise hablar con claridad, y dije que me

Digitized by Google

MIRANDO LA PROCESIÓN (dibujo de M. Picolo)

repugnaba el juego y que no conocía ninguno.

—¿Qué diablos dice ese joven?—replicó Cluny dejando de barajar las cartas.—¿Qué lenguaje es ese en casa de Cluny Macpherson?

—Yo respondo del caballero Balfour,—dijo Alan;—es un hombre honrado, y quisiera tuvierais presente que yo soy quien responde de él. Llevo un nombre de rey,—añadió levantando su sombrero,—y así yo como cualquiera á quien llame amigo somos dignos de la mejor compañía; pero mi compañero está cansado y desea dormir, y si no le gustan las cartas podemos jugar los dos á lo que gustéis.

—Caballero,—contestó Cluny,—sabed que en esta pobre casa mía todo aquel á quien recibo puede hacer lo que le plazca. Si vuestro amigo desea ponerse de cabeza, dueño es de hacerlo; y si alguno de vosotros, ó cualquier hombre, no se da por satisfecho con mis palabras, tendré mucho gusto en salir fuera con él.

No quería yo que aquellos dos antiguos amigos se cortaran el cuello por causa mía, y, de consiguiente, me apresuré á intervenir.

—Caballero,—repliqué,—estoy verdaderamente muy cansado, como Alan ha dicho, y, además, comprenderéis, teniendo hijos, que, habiendo prometido á mi padre no jugar, no debo hacerlo.

—Basta, basta,—repuso Cluny señalándome un lecho de yerba que había en un rincón;—podéis ir á descansar.

Sin embargo, comprendí que aquel hombre estaba malhumorado, y la mirada que me dirigió no era nada amistosa. Sin duda mis palabras le habían molestado y eran impropias en boca de un Jacobita de la alta montaña.

Con lo que había comido y bebido, apenas me eché sobrecogióme una especie de pesadilla, que no me abandonó casi mientras estuve en la Jaula. Algunas veces estaba del todo despierto, y oía cuanto se hablaba á mi alrededor; y otras debí gritar ó decir alguna cosa, pues luego recordé que se me contestaba. Sin duda me infundía terror aquel sitio, y creía ver visiones en todos los objetos que me rodeaban.

El barbero de Cluny fué llamado para examinarme, pero como hablaba en gaélico no entendí una palabra de lo que dijo; pero yo sabía que estaba enfermo.

Alan y Cluny parecían muy engolfados en su juego, y comprendía que Alan debía haber comenzado por ganar, pues recuerdo que vi delante de él lo menos cincuenta ó sesenta guineas en oro; y por cierto me causó un efecto extraño ver tanta riqueza en aquel nido de águilas asentado en una roca.

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estomago y pirosis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penètra en el Pecho, calma el sistèma nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: 2 fr. la Caja.
FUMIGATEUR PECTORAL ESPIC CIGARETTES

Prason: 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
LAIT ANTÉPHÉLIQUE
LA LECHE ANTEFÉLICA
PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANUEL 8, 26 Bd St-Denis

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Ancha de S. Bernardo 88. pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

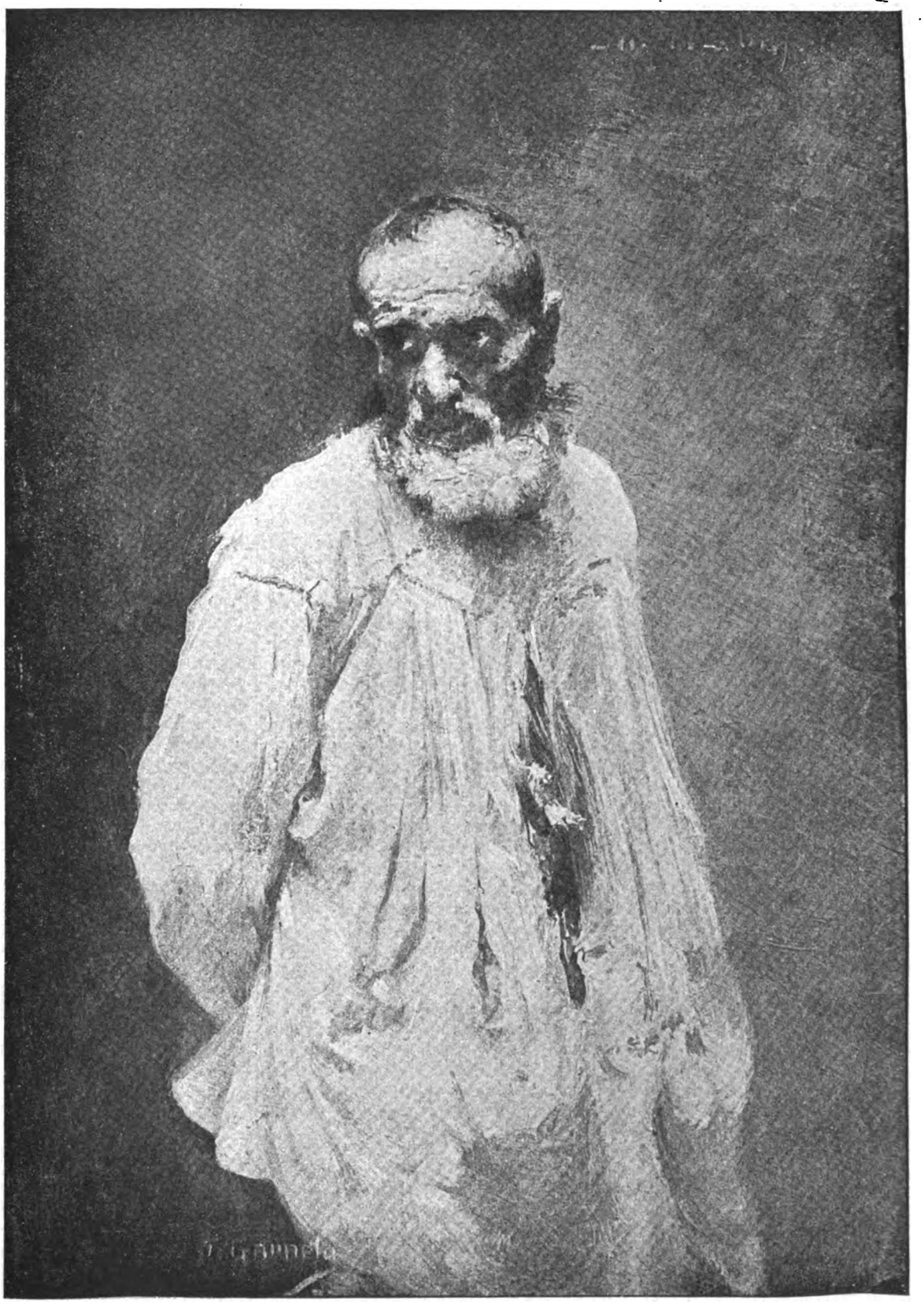
ESPAÑA
Un año . . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 18 de octubre de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 407

EXPOSICION NACIONAL DE BELLAS ARTES



SIN TRABAJO (cuadro de Garnelo)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Juan*, por Guillermo Roca.—*Hielo y fuego* (poesía), por Edmundo de C. Bonet.—*Al son de mi guitarra* (gitanescos), por Alejandro Pizarroso.—*La crítica en España*, por U. González Serrano.—*El brillante*, por Antonia Opisso.—*Lo que más me gusta* (soneto), por Manuel Millás.—*La diva*, por Eduardo Villegas.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte español:* Sin trabajo.—Ramsgate.—*Escenas de Shakespeare:* Ricardo III en el campo de batalla de Bosword. Jack Cade y Lord Say. Lear y Gloster. Imogenia en la gruta.—Mistress Siddons. Lady Monckton.—*El arte inglés:* Amor sagrado y amor profano. En las gradas del templo.—*Un viaje por Holanda:* Deventer. El Delftshewaart, Rotterdam.—Viaje al desierto de Syuah.—*Dordrecht:* Vista típica de un canal.

MADRID

El Teatro Real.—Verdi y el «Otello».—Las coristas. Los tiempos de Moratín.

La primera función de la temporada en el Teatro Real, no ha sido este año, como otras veces, la inauguración solemne de la vida elegante de Madrid en el invierno. Hace calor todavía á pesar de lo avanzado del otoño, y continúan fuera muchas de las familias y personalidades que contribuyen á la animación y esplendor de las fiestas del gran mundo. Estaban vacíos muchos de los palcos que *tienen historia*, entre ellos el de la duquesa de Medinaceli, la platea que fué rival de la que tiene enfrente, aquella donde lució su espléndida elegancia una de las damas que más han brillado por su buen gusto en Europa: la duquesa de Alba, hermana de la emperatriz Eugenia.

¡Cuántos recuerdos encierra la elegante sala del hermoso teatro de la plaza de Oriente! Cuando volvemos á ella al principio de las temporadas, nos sucede lo que acontece siempre que se visitan los lugares donde se han deslizado felices momentos inolvidables de nuestra existencia. Todo habla allí con la voz del pasado, tan grata para el alma aunque tenga la nota melancólica de las dichas perdidas. Apenas hay palco, butaca, galería, asiento, que no tenga, para el que ha pasado en Madrid los años mejores de su existencia, lo que el poeta latino llamaba dulcemente *lacrimæ rerum*.

El hombre político que ya ha llegado á dormir la siesta en su sillón vitalicio del Senado y que disfruta los beneficios de holgada cesantía, puede reconstruir allí toda su historia desde los tiempos de estudiante, en que iba alegre al paraíso, donde no dejaba de encontrar á alguna Eva, hasta á aquella noche memorable entre todas las de su vida en que pudo arrellanarse en el palco de los ministros y dirigir desde allí sus gemelos á las beldades más en boga, que le enviaban con dulces sonrisas las gracias por la credencial recibida ó que solicitaban con expresivos saludos sus ministeriales favores.

El Don Juan averiado por el tiempo ve en aquella espléndida sala el campo mejor de sus pasados triunfos, el palco donde lució sus encantos la mujer que más vivamente impresionó su alma, aquel otro donde se sentaba siempre la que logró desesperarle, ó aquel donde brilló la que le proporcionó con sus conquistas el más ruidoso de sus éxitos.

¡Cuántas mujeres, célebres por su hermosura y por su elegancia, han lucido sus encantos en aquella sala! Por allí han desfilado las notabilidades de la moda, las heroínas de la crónica madrileña, las bellezas que han formado época haciendo latir con arrebatos de pasión muchos corazones y turbando no pocas almas. ¿Qué se hicieron? Algunas se presentan con el grave aspecto de mamás acompañando á sus hijas, que renuevan sus tradiciones; pero las más pasaron como las verduras de las eras de que nos habló el poeta, viviendo lo que la rosa: el espacio de una mañana.

¡Oh si aquellos palcos hablaran y nos contaran sus historias! Con ellas podríamos reconstruir la de la vida social de Madrid desde aquellos días ya lejanos del reinado de D.ª Isabel II, en que se abrió por primera vez el teatro, hasta éstos en que hacen su primera aparición en el mundo las nietas ó las hijas de las que brillaron cuando turnaban en el poder Narváez deportando y O'Donnell liberalizando á los partidos históricos.

Y para los *dilettanti* ¡cuántos recuerdos de las notabilidades que han oído en aquella sala! De la Frezzolini, con su figura majestuosa, su busto de camafeo romano y su voz conmovedora; de la Penco, con sus inolvidables arrebatos de pasión; de la Lagrange, la artista aristocrática que fué la Norma ideal que se recuerda hoy como las bellezas de un sueño; de la Borghi Mamo, sublime y arrebatadora; de la Patti, en su aurora de ruiseñor; de la Nilsson, en todo el esplendor de su talento; de Mario, de Tamberlick, de Selva, de Ronconi, de Vialetti, de Gayarre.

¡Pobre Gayarre! Fué el año pasado todavía cuando inauguró la temporada, interpretando el papel de Lohengrin como no volveremos á oirlo nunca. El decía siempre que el artista debía retirarse en el apogeo de sus cualidades y de su gloria para no dar al público el triste espectáculo de la decadencia. La muerte vino cruel á realizar sus deseos haciéndole desaparecer para siempre, después de haber cantado de un modo sublime el *Lohengrin* y el *Mephistofeles*.

La noche de la apertura del Real se le recordaba más que nunca, y en voz baja se pronunciaron, en su obsequio, las más elocuentes oraciones fúnebres que han salido de labios de sus admiradores desde aquel tristísimo día del invierno pasado en que el gran artista enmudeció para siempre.

***

El *Otello* de Verdi, que el público de Madrid no conocía, ha sido la ópera con que se ha inaugurado la temporada este año; y si la nueva partitura no ha añadido nada á la gloria del célebre maestro, que es una de las más notables figuras del mundo artístico contemporáneo, ha servido para evocar su historia, tan llena de triunfos desde que el 17 de noviembre de 1839 se estrenó en Milán su primera ópera, titulada *Oberto di San Bonifacio*.

Verdi tenía entonces veintiséis años, hijo de un humilde posadero de Rómole. En el ducado de Parma fué educado muy cuidadosamente por su madre, y sintió desde niño una grande afición por la música. Era, á los siete años, monaguillo en la iglesia de su pueblo, y, ayudando un día de fiesta á misa, oyó por primera vez el órgano, quedando tan extasiado que se olvidó de servir las vinajeras al celebrante.—*Acqua*, —le pedía éste. Pero Verdi parecía sordo.—*¡Acqua!*—repitió de mal humor el sacerdote sin obtener ni un movimiento siquiera de su ayudante, que parecía extasiado. Del éxtasis le sacó un empellón tan tremendo que le dió el cura, hombre de carácter molestísimo, que el pobre niño rodó por las escaleras del altar, y fué llevado sin sentido á la sacristía.

No volvió á ayudar misa, pero se aplicó tanto á la música que á los pocos años desempeñaba la plaza de organista en Rómole, poniendo extasiado sus dedos en aquel órgano que le había conmovido tanto. Hoy Verdi tiene setenta y siete años, y pasa los inviernos en Génova, en el palacio Doria, y el resto del año en su quinta de Santa Agata, situada á dos millas de Busseto, donde se deslizó su infancia, estudiosa y reflexiva.

El segundo triunfo de Verdi, el que señala más claramente el principio de su gloria, fué el de *Nabuco*, que se estrenó en el Teatro de la Scala de Milán el 9 de marzo de 1842. Ronconi, el pobre Jorge Ronconi, que viejo y olvidado murió el invierno pasado en Madrid poco después que Gayarre, tomó parte en esta primera representación de *Nabuco* y contribuyó mucho á su éxito, pues se hallaba entonces en todo el apogeo de su talento.

Desde el año 1839, en que escribió *Oberto conte di San Bonifacio*, hasta el año de 1886, en que ha escrito *Otello*, Verdi no ha dejado de producir, y la lista de sus obras es numerosa. Algunas de ellas, *I due Foscari*, *Giovanna d' Arco*, *Macbet*, *Attila*, *Alzira*, *Stiffelio*, *Aroldo*, yacen en el olvido; pero otras, como *Ernani*, *Rigoletto*, *Il Trovatore*, *La Traviata*, *I Vespri Siciliani*, *Un ballo in maschera*, *La Forza del Destino*, *Don Carlo*, *Aida*, y su magnífica *Misa de Requiem* á la memoria de Alejandro Manzoni, son piezas del mundo musical moderno, y su historia va unida á la de los cantantes más insignes de esta época, ó acontecimientos como la apertura de la Exposición Nacional de Londres y la apertura del Istmo de Suez.

Verdi vino á Madrid á dirigir los ensayos y la primera representación de *La Forza del Destino*, cuyo libreto sacó Piave, el libretista obligado del maestro, de nuestro hermoso *D. Alvaro*, del duque de Rivas, como Cammarano sacó *El Trovador* de la obra inmortal de García Gutiérrez; y todavía se conservan de su paso por el Teatro Real muchos recuerdos. Cuentan que era intratable, que la menor contrariedad le exasperaba, y que por la cosa más insignificante reñía con los músicos y con los intérpretes de sus obras. Sus biógrafos dicen que estos arrebatos son en él pasajeros y que en la vida normal es el más afectuoso y sencillo de los hombres.

Su ocupación favorita es actualmente la agricultura, á la que se entrega con ardor en su hermosa quinta de Santa Agata. El *Otello* no aumentará su fama, pero no la disminuirá tampoco. Tiene, la obra que el público de Madrid ha escuchado por primera vez este año, cosas hermosísimas que recuerdan los mejores tiempos de la vigorosa inspiración del anciano maestro, que, viejo y trabajando todavía, parece que une el pasado de la música con el presente.

La empresa del Teatro Real ha puesto la obra en escena con extraordinario lujo, y la Tetrazzini, Batistini y Durot la han cantado muy bien. La Tetrazzini, en la *canción del Sauce* y en la *Ave María* del cuarto acto, obtuvo un señalado triunfo, y Batistini interpretó como un verdadero artista la hermosa pieza musical del tercer acto que se llama *el Credo*.

Las decoraciones eran nuevas y todo parecía rejuvenecido en el escenario del Teatro Real, todo... menos las coristas. Continúan allí las respetables compañeras de Ronconi, las que pudieron asistir á los primeros triunfos de Verdi en Italia, algunas que vinieron de Nápoles con la servidumbre de la reina María Cristina cuando se casó con Fernando VII. ¡Pobres y venerables restos de otras edades! Cuando en las noches crudas del invierno las vemos luciendo entre las galas de guardarropía sus arrugadas carnes, intentando representar las damas de Margarita de Navarra ó las beldades sevillanas de los tiempos de Alfonso VI, no podemos menos de experimentar un vivo sentimiento de compasión y pensar en lo conveniente que sería una honrosa jubilación para esas venerables dueñas.

Pero es el caso que, según dicen los directores de escena, no se encuentran coristas jóvenes y guapas. Las que reunen estas condiciones no cultivan su voz ni se toman el trabajo que proporcionan los ensayos, y buscan por otros caminos más fáciles el coche y el piso amueblado que tantas jóvenes cambian por la dulce y apacible virtud que proporciona las dichas en la otra vida.

***

Mario ha comenzado como siempre su campaña de invierno rindiendo culto al teatro clásico, y ha puesto en escena *El viejo y la niña*, una de aquellas preciosas y sencillas comedias con que Moratín restableció el buen gusto, pervertido con los extravíos del famoso D. Luciano Francisco Comella y sus perversos imitadores.

Mario ha hecho en la escena no sólo una resurrección de la obra, sino del tiempo en que se escribió; y la honrada estera de pleita cubriendo

Digitized by Google

el suelo, los muebles que vimos de niños en las casas de nuestros abuelos, decorando las salas donde se vivía tan tranquilamente, nos ha hecho volver la vista á un pasado bien distinto de este fin de siglo, en el que produce tantos dramas de la vida real la lucha por la existencia.

KASABAL

JUAN

En alas de sus ilusiones llegó Juan á Madrid en pleno invierno. Joven inexperto, no había calculado los contratiempos que aun aquellos acostumbrados á luchar con las contrariedades no saben á veces sortear. De brillante fantasía y ardiendo en sed de gloria, creyó sencillamente que llegar á Madrid y encontrarse con una carrera hecha era cosa de pocos días.—Llegaré á la corte,—decía para sí Juan cuando meditaba su viaje,—publicaré mis primeros artículos, que llamarán poderosamente la atención; veré solicitados mis escritos por diferentes empresas, y á las dos semanas ganaré lo bastante para comer bien, vestir decentemente y gozar de las horas necesarias para mi esparcimiento. Escribiré una novela, dos, tres, y pronto mi nombre estará al lado de Galdós y Alarcón. Asistiré al Congreso y al Ateneo, oiré elocuentes oradores, formaré mi escuela, y tres meses después terciaré con gloria en los debates de la docta corporación que presidió Moreno Nieto. Mi afición al teatro habrá aumentado con mi asistencia al Español y á la Comedia, y Vico y Mario me encantarán, de seguro. Escribiré una comedia ó un drama: ¡si yo pudiese hacer un *Tanto por ciento* ó un *Drama nuevo!*... Pero ¡qué demonio! probaremos. Con mis artículos y mis novelas tendré más que suficiente para vivir con holgura y aun con cierto lujo, mi nombre será conocido y respetado, me trataré con los más insignes literatos, y no importa que mi primer ensayo dramático sea rechazado, porque no he de tardar en escribir una obra que me coloque al lado de Ayala y de Tamayo.—Así pensaba Juan, y con estos pensamientos llegó á la muy heroica villa. Soñador y dado al romanticismo, con mediana instrucción, el día de su llegada á Madrid recorrió los sitios históricos que ya de nombre conocía, y vió lo principal de calles, plazas y paseos que puede aquí ver el curioso viajero.

Había anochecido, y pasaba por la Carrera de San Jerónimo, Juan, el mismo día de su llegada á la corte, y allá en su interior echó la siguiente cuenta:—Estamos hoy á tantos del mes. Pues para de aquí á cinco días, en que ya tendré dinero de mis primeros escritos, tengo bastante con mi capital, sobra con mis ocho duros.—Y esto diciendo, sin acordarse de que se hallaba en la calle, se puso á recitar con énfasis una de sus poesías favoritas: la *Gloria y orgullo* de Zorrilla. Detúvose ante la librería de Fe, vió un libro cuyo título le llamó la atención, y lo compró. Paseó después breve rato por la Puerta del Sol, cenó en Fornos, asistió al estreno de un drama espeluznante de Echegaray que le enfrió algo su entusiasmo por la escena, y marchó después á su hospedaje, donde durmió como un lirón.

Ya bien dadas las diez del día siguiente, levantóse. Abrió la ventana de su cuarto, y un raudal de luz lo inundó. El día era magnífico, deslumbrador. Vistióse Juan, apresuradamente, con lo mejorcito de su indumentaria, y salió de paseo. Grande fué el asombro que le causó la vista de Recoletos y de la Castellana, y mientras paseaba iba diciendo para sí:—Yo ya me lo imaginaba: Madrid es el centro intelectual de España, la capital de la nación, y aquí no podía dejar de haber cosas excelentes. Este paseo es digno de cualquiera gran ciudad... ¡Qué hoteles, qué jardines y qué verjas! Es natural, allá en mi pueblo,—y era de una villa de Extremadura,—no puede haber esto.

Con estas cavilaciones llegó hasta el Hipódromo, y, al dar la vuelta por el mismo camino, como sintiese apetito, apresuró el paso. La alegría se retrataba en su rostro. Sabía que en pocos días sería feliz: el esplendido sol del día le había predispuesto á ideas risueñas, y empezó á hilvanar sus primeros artículos. Lo primero de todo que escribiría había de ser una leyenda en que tras forma alegórica se trasparentara el ansia latente de gloria que anima al vate al balbucear sus primeros cantos.

Como con todo esto fuese ya muy adelantado el día y aumentara su apetito, marchó á comer. Comió bien no recuerdo en qué *restaurant*. Tomó despues su café, y, arrellanado en mullida otomana, leyendo los periódicos del día se pasó la tarde. Cerca de las seis serían ya cuando salió embozado en su capa. y, yendo por la calle de Alcalá, hubo de encontrarse con una hermosa gentil niña cuya sola vista le sedujo. Siguióla, aventuróse á hablarla, acompañóla á su casa... Al día siguiente no le quedaba un céntimo de los ocho duros con que á Madrid llegara, y hubo de empeñar su capa para cubrir aquellas atenciones que no admiten dilación.

Escribió después muchos artículos, la mayor parte de los cuales no fueron admitidos por ningún periódico y algunos publicados sin retribución para su autor. Vendió lo poco que le quedaba, y, tras muchas desdichas, hoy pasa con los pocos reales diarios que gana como escribiente de un notario.

GUILLERMO ROCA

HIELO Y FUEGO

(EN EL ÁLBUM DE MANUELA G.)

Sin que se dé explicación,
sabido es ya, desde luego,
que es hielo tu corazón
y el mío abrasado fuego.
Si esto es así, di, Manuela,
con franqueza: ¿por qué pasa
que el mío, de fuego, hiela,
y el tuyo, de hielo, abrasa?

EDMUNDO DE C. BONET

AL SON DE MI GUITARRA

GITANESCOS

Cantares gitanos
son todos los míos
que llevan envueltos pesares, tristezas
y amores perdidos.
—
Por Dios, serranilla:
si acaso me muero
no vayas con otro que te hable de amores
por el cementerio.
—

RAMSGATE

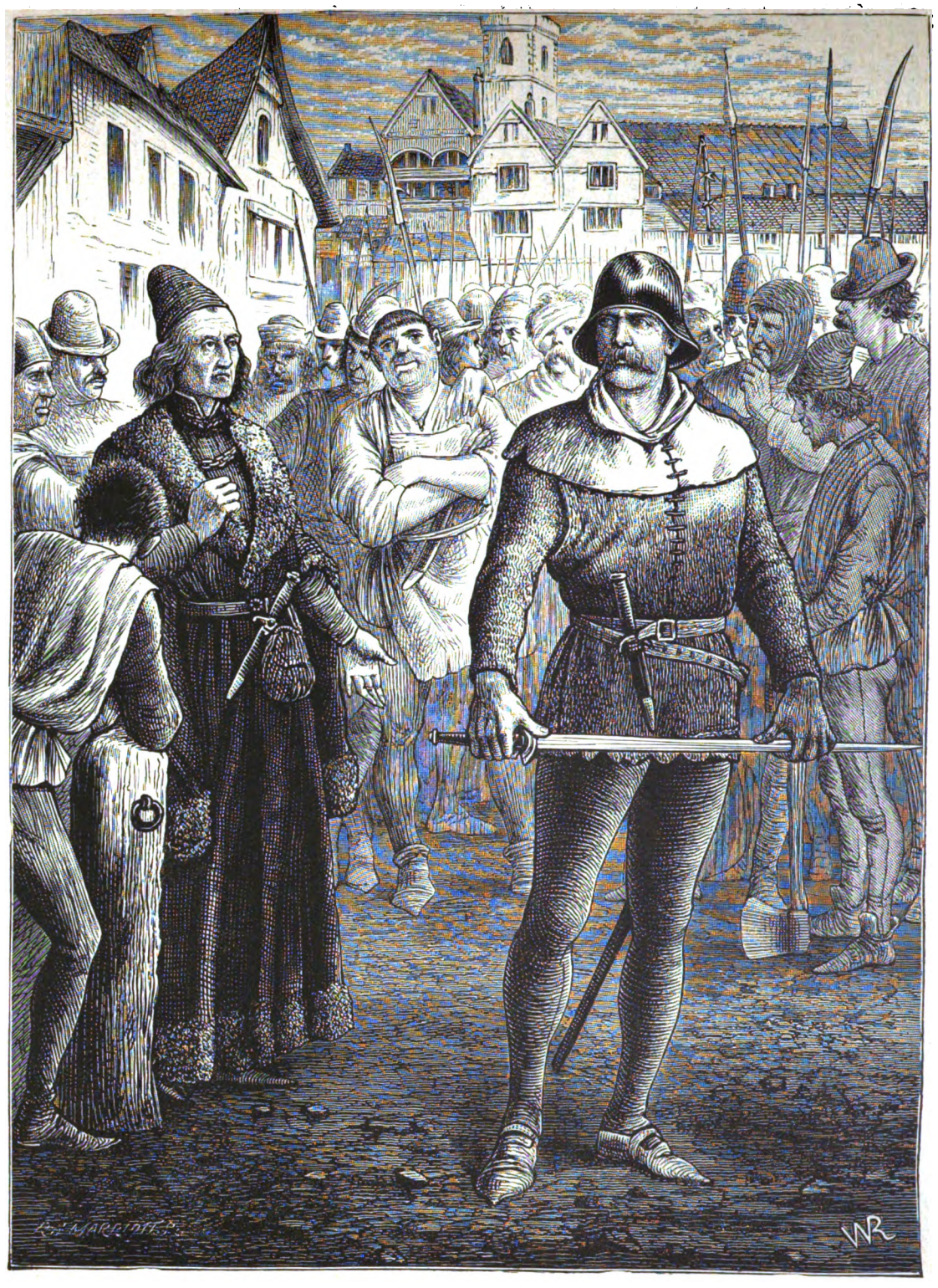
Mis coplas, serrana,
son todas de amores
muy grandes, muy puros, alegres, sinceros,
mas sin ilusiones.
—
El hombre es serpiente,
serpiente con alas:
á veces se eleva y llega hasta el cielo
y á veces se arrastra.
—
Si quieres, chiquilla,
saber lo que es genio,
el genio es un alma que, como es tan grande,
no cabe en un cuerpo.
—
Mi vida, serrana,
está toda llena
de engaños, traiciones, dobleces, falsías
y amores con penas.
—
Si acaso me muero,
por Dios te suplico
que, antes de dormirte, te acuerdes lo mucho
que yo te he querido.
—
Si sufres, chiquilla,
por Dios, te lo callas,
que siento penillas muy grandes, muy hondas,
muy tristes y amargas.
—
No quiero cantares
pensados con calma,
que quiero cantares vivos y espontáneos
que salgan del alma.

ALEJANDRO PIZARROSO

Digitized by Google

Ricardo III en el campo de batalla de Bosworth. – El Rey Ricardo: Pienso que hay seis Richmond en el campo de batalla: he matado hoy á cinco pensando que era él. *(Ricardo III*, acto V, escena IV.)

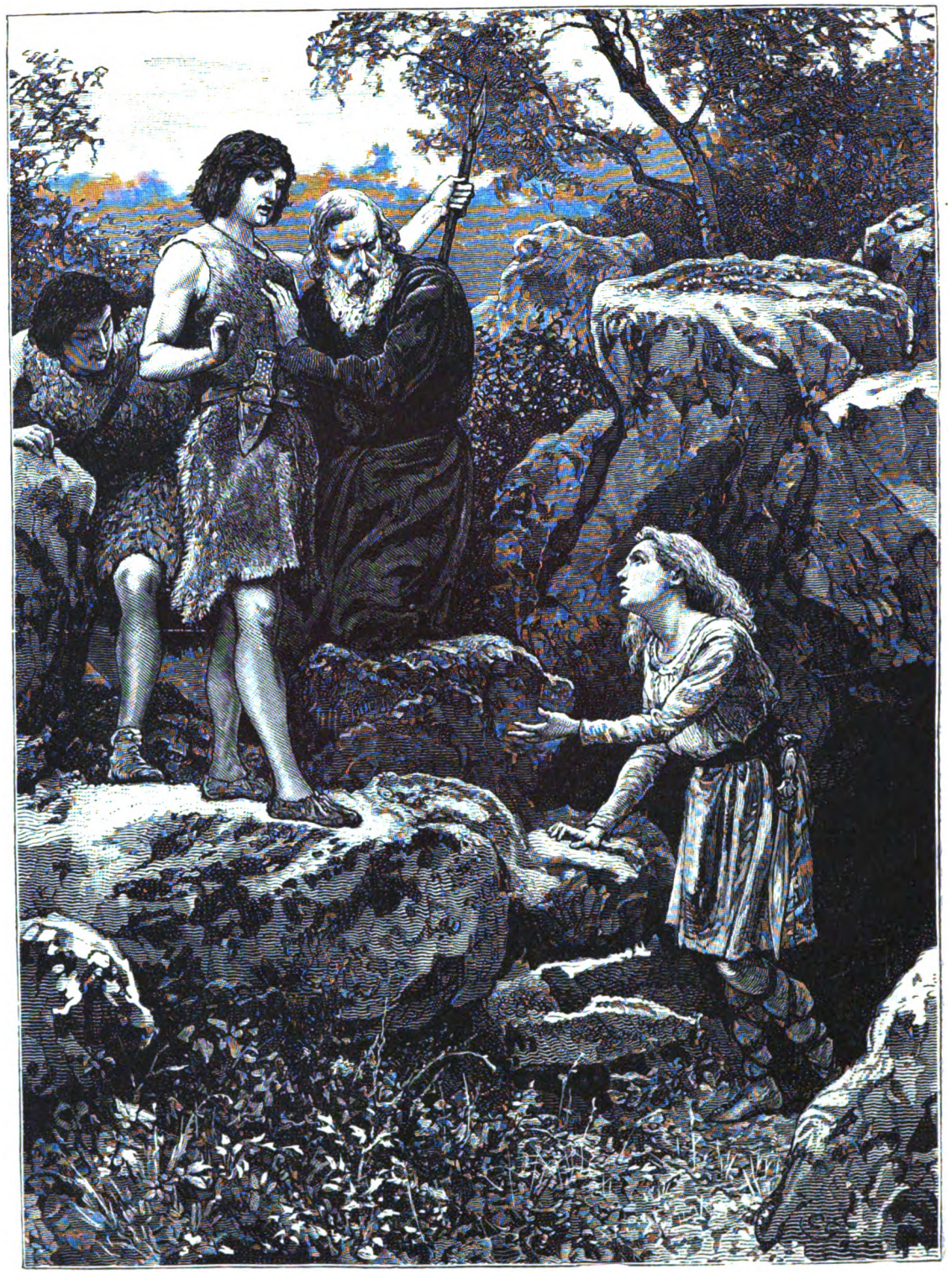
ESCENAS DE SHAKESPEARE



Jack Cade y Lord Say.—Cade *(aparte):* Siento los remordimientos que se despiertan en mí al escuchar sus palabras, pero le amarro: morirá. *(Enrique VI*, parte II, acto IV, escena VIII.)

Digitized by Google

Lear y Gloster.—LEAR: ... Hé aquí el dinero para vuestro enganche. *(El Rey Lear,* acto IV, escena VI.)



Imogenia en la gruta.—IMOGENIA: Mis buenos señores, no me causéis ningún daño. *(Cimbelino,* acto III escena VI.)

Digitized by Google

LA CRÍTICA EN ESPANA

La diferenciación de funciones, que el naturalismo empírico reconoce como condición precisa de toda realidad concreta y viva, se aplica también al arte, distinguido desde luego en *arte productor* y *arte crítico*. Las condiciones sintéticas del primero y las de discreción y análisis del segundo, la idea predominante en aquél, la factura y el nexo de las relaciones que examina éste, contribuyen á que el arte productor y el arte crítico se diferencien de modo tan acentuado y preciso, que por excepción aparecen ambos en una personalidad. Ha de alcanzar ésta el relieve de la genial y única de Goethe para que coincidan el arte productor y el crítico sin menoscabar sus manifestaciones. En los demás genios el arte productor y sus relevantes cualidades amenguan las del arte crítico, que ejercen en general los genios, á patrón fijo, sólo según su Canónica y su Preceptiva. Sirvan de ejemplo entre otros Víctor Hugo y Campoamor, ambos críticos de sí mismos en los demás y tomándose á sí propios por unidad de medida para todos. En una especie de espejismo hacen el primero de W. Shakespeare un Víctor Hugo inglés, y el segundo todas las rimas que escriben los aficionados á renglones desiguales las convierte en *Doloras* y *Pequeños Poemas*.

La novela, señaladamente la moderna ó naturalista, por sus condiciones especiales, parece favorecer el nexo del arte productor con el arte crítico. Los Goncourt, Daudet y el mismo Zola no renuncian al ministerio de la crítica, pero declinan en la falta ya indicada: para ellos su Preceptiva es la Preceptiva, y aquel amplio *saber mirar* y *ver*, primera condición de la crítica, queda reducido al saber mirar y ver lo suyo y en todas las producciones de los demás también lo suyo. Quieran ó no, reducen el Cosmos y las manifestaciones de la vida y del arte á las personales y propias, que constituyen su carácter saliente.

Carecen de aquel tono de impersonalidad, que es preciso si el crítico ha de penetrar, más que en el pensamiento de la obra que examina, en el santuario del medio interior del autor criticado, condición precisa para dilucidar los múltiples hilos que forman el tejido de la obra. El estudio impersonal del medio interior en relación con el exterior, como la cópula de que resulta la fecunda creación del arte es la característica más valiosa del espíritu crítico, es lo que hace crítico, que apenas si admite parangón con nadie, á Taine, superior al mismo Renan, á los pacienzudos y perspicaces de Alemania y á los minuciosos y sugestivos de Inglaterra.

En España, muerto Larra, malogrado prematuramente Revilla, en silencio voluntario Balart, con movibilidad versátil en pro de causas nobles Giner de los Ríos (F.), sutilizado y quintesenciado Valera, recluído en su efectismo gongorino Ortega Munilla, derrochando su talento y su gracia Cavia en la nota del día, nostálgico y un tanto retraído Picón, Yxart circunscrito á sus valiosos *comptes rendus* y retirado Orlando (Lara), apenas si siguen dando en el yunque, aunque con la constancia relativa que indica el orden en que los nombramos, *Clarín*, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés. Los tres personifican de momento, interin no tome plaza en esta ruda y difícil labor algún otro hombre de valía, la crítica moderna. Y puesto que el dogmatismo es una ciencia presumida y una audacia insostenible, y el excepticismo una falsa humildad, imponiéndose como señal de los tiempos el criticismo, sigámosle y hagamos crítica de los críticos. Se cumple así ley que se impone como condición de todo producto vivo, que ni puede quedar en su cristalización cual si fuera roca inconmovible, ni agotar la idea y el verbo que encarna. Lo mismo que toda obra de arte es material para nuevas y nuevas trasformaciones (no se explica de otro modo la existencia de escuelas, tendencias, gustos predominantes, etc.), de tal suerte que su idea generadora queda viva y en potencia para que de ella broten nuevas concepciones; así toda obra de crítica es susceptible también de nueva crítica. Que en este ir y venir de las cosas y en esta indefinida combinación mental de las ideas es donde halla el espíritu alimento para su nutrición y desarrollo. Si en lo fisiológico se vive de la muerte, según la hermosa frase de C. Bernard, en lo artístico y literario la ley de continuidad biológica se opone con fuerza incontrastable á saltos adelante ni hacia atrás, que romperían el ritmo, condición primordial de la verdad y de la belleza.

MISTRESS SIDDONS

Del mismo modo que el ojo ve todo, excepto á sí mismo, el crítico analiza todo, menos su propia personalidad; y no fuera este trabajo completamente inútil, pues enseñaría á los críticos á discernir lo que ponen *suyo, personal* en sus obras de lo que descubren de universal en lo que examinan, convirtiendo el producto ya formado en material *redivivo* para utilidad propia y de los demás. Aprenderían de este modo los críticos que «en crítica como en filosofía no existe bandera, ni religión (lo cual es propio de la política), y sólo se debe prestar pleito homenaje á la belleza y á la verdad, proceda de donde proceda.» No carece de tal condición (en mayor ó menor grado) ninguno de los tres críticos que hemos mencionado, pues aun Menéndez Pelayo, hombre de creencias *macizas*, va ya, por fortuna, reincidiendo en latitudinarismos que son nuncio venturoso de que en día no lejano personifique, con su privilegiado talento, la tolerancia, que imponen de consuno la razón y las costumbres.

Clarín merece ser examinado el primero (no pretendemos establecer jerarquías ni preferencias) por la constancia con que ejerce el ministerio de la crítica y por lo fecunda é incansable que es su pluma, al punto que algunas veces se llama él mismo *albañil literario*. Ya quisieran muchos arquitectos manejar la paleta como este peón de mano.

Clarín es un crítico que, salvo sus apasionamientos por las personas y un cierto prurito de rodear de nubes densas de incienso á los dioses mayores (apenas si se ha atrevido con Núñez de Arce), posee méritos incuestionables, que viene de modo incesante poniendo de relieve en todas sus obras. La nota humorística es en *Clarín* venero inagotable y que abundosamente sale de su pluma, creciendo en intencionalidad y belleza. Desde sus primeras críticas en el *Solfeo* á sus *Paliques* de ahora media un progreso evidente, que por fortuna no ha llegado á su término. En empeños críticos de cierta seriedad no falta la nota humorística tampoco, pero allí aparece como incrustación avalorada por el alto vuelo de sus ideas sugestivas, y, burla burlando, de lo grande á lo pequeño y de lo cómico á lo trágico, la sustancia intelectual de su profundo talento se convierte en sinovia de su aparente y bello desorden en el razonamiento. Apunta la paradoja, no la descoyunta ni violenta. Excede los límites de la crítica y entra en la esfera del pensador humorista. De ella sale y á ella vuelve, y, sin dejar que se plegue la fisonomía y que termine la sonrisa, obliga á fruncir el entrecejo y á concentrar la atención con sus hermosas audacias de *Psicología estética*. Pero hábil, como hombre del norte, no bien ha excitado el gusto del paladar intelectual y estético, arrastra al lector (quizás con pensamiento preconcebido) hacia ideas más superficiales. Quiere seducir al lector y no hacerse pesado: quizá prefiere, á dar la pimienta en grano, pulverizarla en su prosa. A veces el procedimiento resulta monótono, y, sin lugar al fastidio (*Clarín* sólo fastidia á aquel que fustiga), se repite mucho, falta propia de todo aquel que cultiva la oratoria didáctica, que siempre apunta la oreja del maestro: verdad es que nunca llega, para honra suya, á dómine.

La obsesión que *Clarín* padece de Zola y del naturalismo, ha resultado para el crítico una carga de inmensa pesadumbre, pero que ha influído también provechosamente en el alcance positivo de sus juicios. Hase dado *Clarín*, en tendencia que consideramos provechosa, á estudiar el medio exterior de la obra que examina y aun la atmósfera que rodea al autor; y si alguna vez *Clarín* se atreviera, buzo del pensamiento, á penetrar en las hondas sinuosidades del medio interior, donde se elabora el carácter y con él gustos y tendencias, llegaría á lo que debe de ser el ideal del crítico, tocando con la vara mágica de su poderoso talento las obras mejores y más bellas para educir de su fondo complejo más bellezas y más perfecciones que aquellas que percibimos las medianías miopes.

Menéndez Pelayo ha comenzado por el fin. Académico, sabio, maestro, todo lo ha sido y todo lo es, y lo es ¿á qué negarlo? con perfecto y legítimo título; porque á esa cúpula de sus triunfos le ha puesto un pedestal macizo de cal y canto, el de su bien nutrido espíritu crítico, en el cual ha hecho progresos visibles. Desde sus primeras y apasionadas (rayanas en lo injusto) polémicas con el malogrado Revilla, y desde su célebre *Historia de los Heterodoxos*, hasta su *Discurso sobre la Historia* y su más valiosa obra *Historia de las ideas estéticas*, media un progreso evidente: de polo á polo van unas y otras producciones, y, en tan largo espacio, rellenas están de un espíritu de crítica y de investigación que á veces se diluye en un pormenor y detalle perseguido sólo por *studiosus* avaro. Sabe Menéndez Pelayo *mirar* y *ver*. Quizá en el ver le falta alguna condición esencial del crítico, que es la de intentar (por lo menos) síntesis relativas de su inmensa cultura, corriendo á veces el grave riesgo de mirar y

Digitized by Google

mirar y contar arbustos y árboles y no ver la selva. Pero ni aun la falta de esta condición puede señalarse como irremediable, pues si el talento de Menéndez Pelayo ha entrado de lleno en el período de su madurez, nadie se atreverá á asegurar que se halla al término de su desarrollo.

En lo que no tiene igual (al menos en nuestro país) Menéndez Pelayo es en saber mirar y ver el mundo clásico, cuya vida reproduce con una plasticidad que excede á todo elogio. Llevara ese mismo espíritu comprensivo y aplicara esa misma amplísima perspicacia á otros estados de cultura y no hubiera intentado precipitadamente la traducción de Shakespeare. De ella ha desistido y de su intento ha cosechado muchas y muy profundas enseñanzas, en parte indicadas en sus conferencias sobre Calderón de la Barca. Percibe Menéndez Pelayo con suma facilidad el medio exterior, aprecia la ley de continuidad biológica que preside lo mental y que rige lo fisiológico; toma, en una palabra, el protoplasma y todas sus manifestaciones evolutivas con precisión; pero ¿por qué no ahonda aún más y se deja de contar árboles y concibe la selva? ¿por qué no examina el protoplasma? ¿por qué ha de ir de rama en rama y no ha de llegar al tronco y á la raíz? El trascendentalismo de sus creencias le obliga á huir de lo inmanente y debiera tener en cuenta que sus adversarios están á punto de dirigirle la acusación que también hicieron al malogrado M. Nieto: «sabe lo que todos han pensado é ignora lo que él piensa.»

Palacio Valdés debiera romper la continuidad de elogios que desapasionadamente nos merecen *Clarín* y Menéndez Pelayo, porque va, y lo tenemos por una desgracia, en camino de abandonar la crítica. No es, en tal propósito, justo consigo mismo ni con los demás. Quien, como Palacio Valdés, hace sus primeras armas con los *Oradores del Ateneo, Viaje al Parnaso*, etc., y gana desde un principio puesto de honor entre los críticos más notables, ni puede ni debe abandonar la crítica. Si quiere escribir novelas, que las escriba; si quiere escribirlas meditada y seriamente, que lo haga; pero que no abandone la crítica, porque en ella se ha señalado con caracteres tan propios y con cualidades tan salientes que no hacerlos fructificar equivale á esterilizar, como el avaro, tesoros que no son de su exclusiva propiedad. El humorismo de Palacio Valdés es menos rico y fecundo que el de *Clarín*, pero es más *emocional;* es menos intencionado y hondo, pero es más delicado. La crítica de Palacio Valdés tiende quizá á un idealismo un tanto indeterminado, pero se distingue por la clara y perspicaz percepción de lo bello; y donde no lo percibe, lo presiente. Es quizá Palacio Valdés artista de raza, pero interin no crea y produce, debe juzgar y criticar. ¿Quién sabe si la función de la crítica, en la cual predomina lo que Schopenhauer llama *principio de individuación*, dispondría favorablemente á Palacio Valdés para concretar algo su ideal artístico, que rebosa por los poros de lo que escribe? Con las pruebas que tiene ya dadas Palacio Valdés sobran garantías para afirmar que *puede* ser crítico y que sólo le falta *querer*. Con dotes y condiciones, y sin dar fruto, ¿por qué no le hemos de acusar de falta de laboriosidad?

Si al análisis mental pudiera seguir una reconstrucción plástica y viva, una síntesis de las cualidades y condiciones que se disciernen y distinguen; si el *homunculus* con que soñara Fausto fuese una realidad viviente, echando en inmensa retorta la sustancia gris de *Clarín*, Menéndez Pelayo y Palacio Valdés; de la fermentación ponderada y equilibrada de las dotes intelectuales de los tres podría surgir seguramente un enjambre de críticos, superiores al que hasta ahora estimamos el mejor, superiores á Taine.

U. González Serrano

EL BRILLANTE

No habíamos abandonado todavía la mesa cuando, al disponernos á saborear el exquisito moka que servido en elegantes tacitas humeaba en deleitoso aroma, los comensales, que hasta entonces habían permanecido silenciosos y concentrada su atención en los selectos platos que compusieron el *menu*, entregáronse expansivamente á la más comunicativa y variada charla, cobrando la agradable fiesta una fisonomía totalmente distinta, bien que no menos animada.

Abordáronse en atropellada confusión todas las cuestiones de actualidad: literatura, artes, algún chispazo de política y gran derroche de modas (las señoras estaban en mayoría); hablóse asimismo de bodas, de canastillas, y, finalmente, de joyas. Este último tema se desenvolvió con los esplendores de una oleada de luz.

La conversación trocóse en mosaico brillantísimo de piedras preciosas.

Todas las señoras se afanaron á porfía para poner de manifiesto sus gustos y preferencias respecto á determinadas piedras.

Una se declaró partidaria de las perlas, otra de los rubíes, aquélla de los zafiros, esotra de las turquesas, una señora muy sensible se declaró partidaria de los *ojos de gato*, que traen suerte, afirmando otra más despreocupada que eran sus piedras favoritas los *ópalos*, que traen desgracia. Así discurriendo, la señora de la casa, que hasta entonces había atendido la conversación sin dar su voto ni manifestar preferencia alguna, aseguró que eran sus piedras predilectas los brillantes, añadiendo:

—No porque sean las piedras de más valor, sino porque tengo mis razones poderosísimas para ello.

Un movimiento de curiosidad se produjo instantáneamente entre sus amigas, una de las cuales se atrevió á preguntarle:

—Y ¿qué razones son esas?

—Casi una historia.

—¿Una historia?—repuso su interlocutora.

LADY MONCKTON

—Desde luego supongo que debe de ser muy interesante.

—Y supones bien.

—Entonces ¿qué tardas en contárnosla?

—Sólo el tiempo que tarde en saber si deseáis oirla.

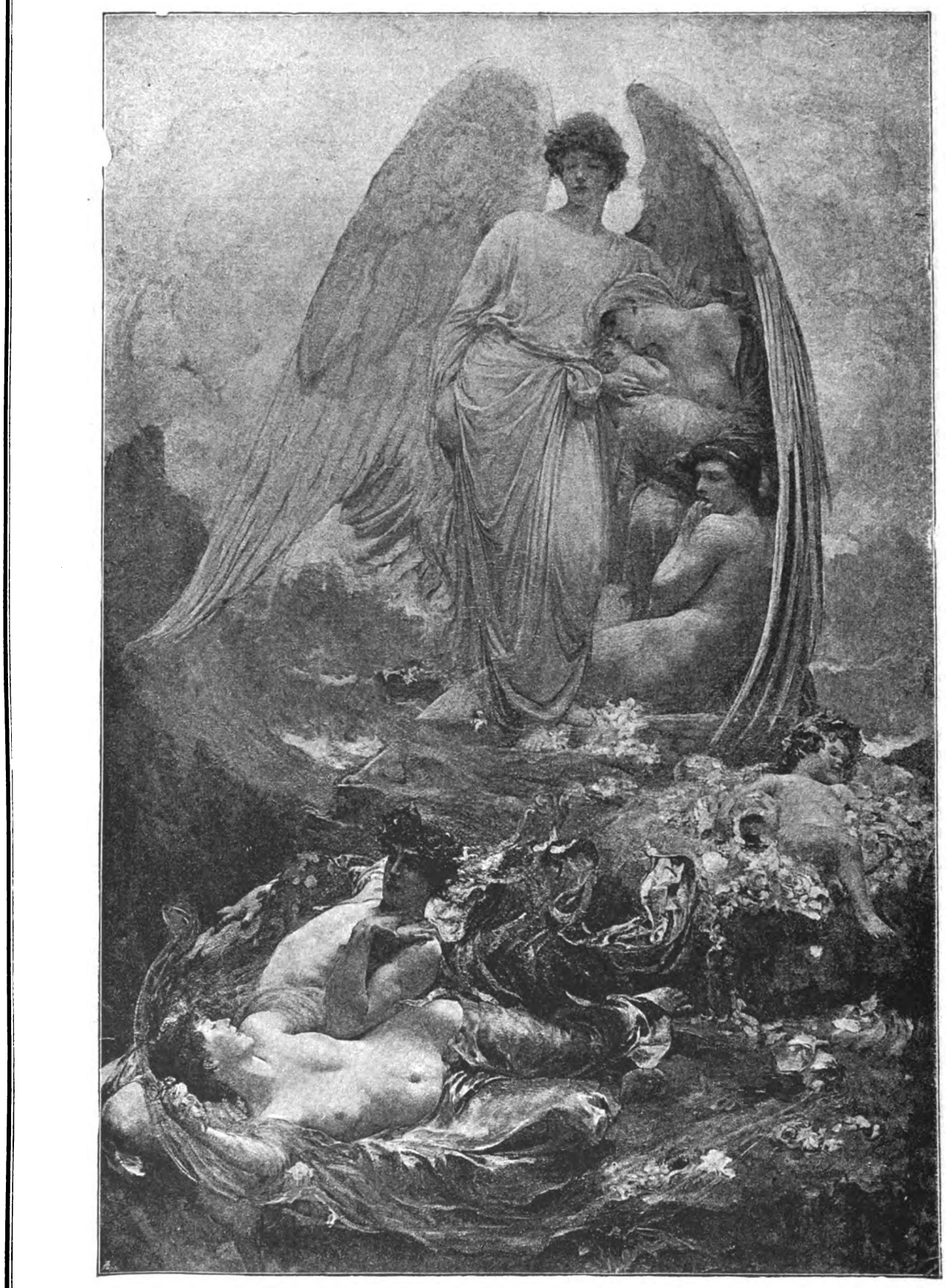
—Ya lo creo que lo deseamos,—afirmó una tercera, aproximando su silla hacia la mesa y disponiéndose á oir. Y como todas las señoras allí reunidas imitaran su movimiento,

—No tengo inconveniente en complacer á ustedes,—dijo la interesada;—pero cedo la palabra á mi esposo.

—Y yo la acepto con verdadero placer,—contestó bondadosamente nuestro anfitrión.

Nuevo ruido de sillas sobre el *parquet* y de tazas y cucharillas que eran abandonadas con verdadero apresuramiento sobre la mesa, fueron preludio del silencio verdaderamente sepulcral

Digitized by Google



AMOR SAGRADO Y AMOR PROFANO (cuadro de Salomón J. Solomón)

Digitized by Google

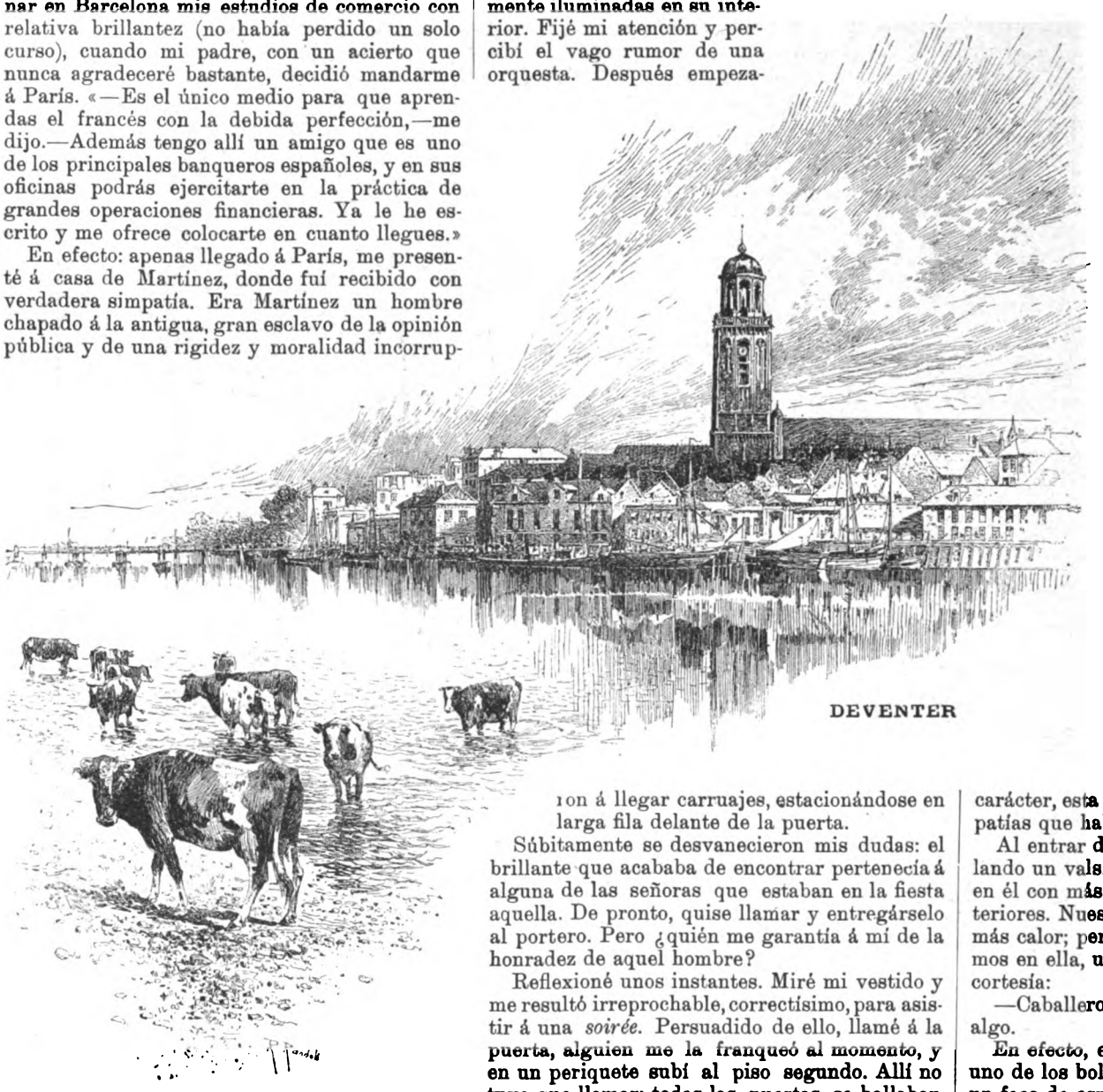
EN LAS GRADAS DEL TEMPLO (cuadro de E. Poynter)

Digitized by Google

con que todos los comensales demostraron su atención. Ante tan manifiesta prueba de interés ó de curiosidad (de todo habría, sin duda), Enrique no demoró ni un segundo su promesa, y, en cuanto hubo apurado el último sorbo de café que contenía su taza,

—Vais á oir,—nos dijo.—Acababa de terminar en Barcelona mis estudios de comercio con relativa brillantez (no había perdido un solo curso), cuando mi padre, con un acierto que nunca agradeceré bastante, decidió mandarme á París. «—Es el único medio para que aprendas el francés con la debida perfección,—me dijo.—Además tengo allí un amigo que es uno de los principales banqueros españoles, y en sus oficinas podrás ejercitarte en la práctica de grandes operaciones financieras. Ya le he escrito y me ofrece colocarte en cuanto llegues.»

En efecto: apenas llegado á París, me presenté á casa de Martínez, donde fuí recibido con verdadera simpatía. Era Martínez un hombre chapado á la antigua, gran esclavo de la opinión pública y de una rigidez y moralidad incorruptibles, según las gentes aseguraban. Con esta aureola de envidiables prestigios, realizaba él las operaciones más atrevidas, de común acuerdo siempre con quien podía responderle del éxito de sus empresas: de ahí que fuese su casa una de las más respetables de París y que su prestigio alcanzara hasta el último de sus empleados.



DEVENTER

Pero si dentro de sus oficinas la hipocresía se imponía como poderoso agente que decidía de nuestra suerte, fuera de ellas no nos abstenía-mos de echar una cana al aire: al contrario, las cenas alegres y las excursiones á los alrededores de París eran mi expansión predilecta y la de todos mis compañeros.

Una noche había cenado con algunos de mis amigos, cuando á eso de las dos de la madrugada decidí separarme de ellos y retirarme á descansar. Hacía una noche magnífica, una de esas noches á las cuales puede sacrificárseles todo descanso para disfrutar de su vaga grandiosidad. Mi cabeza ardía, mi estómago estaba algo fatigado, y, suponiendo que dar un paseo podría hacerme bien, tomé el camino más largo para llegar á mi casa. Abstraído en gratas contemplaciones anduve largo rato. Bajé por el *boulevart* de Malesherbes, y, al llegar al alto de San Agustín, algo que brillaba extraordinariamente en el suelo llamó mi atención. Me bajé y recogí el objeto. Era un brillante montado al aire, un soberbio solitario que indudablemente se le habría perdido á alguna señora.

—Gran hallazgo,— me dije entre mí, en tanto pensaba cómo aquel pendiente podía haberse extraviado sin haber sido recogido todavía.

Levanté la cabeza y vi las ventanas del segundo piso de la casa ante la cual me hallaba detenido, abiertas de par en par. Las habitaciones aparecían espléndidamente iluminadas en su interior. Fijé mi atención y percibí el vago rumor de una orquesta. Después empezaron á llegar carruajes, estacionándose en larga fila delante de la puerta.

Súbitamente se desvanecieron mis dudas: el brillante que acababa de encontrar pertenecía á alguna de las señoras que estaban en la fiesta aquella. De pronto, quise llamar y entregárselo al portero. Pero ¿quién me garantía á mí de la honradez de aquel hombre?

Reflexioné unos instantes. Miré mi vestido y me resultó irreprochable, correctísimo, para asistir á una *soirée*. Persuadido de ello, llamé á la puerta, alguien me la franqueó al momento, y en un periquete subí al piso segundo. Allí no tuve que llamar: todas las puertas se hallaban abiertas. Los salones presentaban un golpe de vista seductor: muchas flores, muchos espejos, molduras doradas, muebles elegantísimos, y, sobre todo, muchas mujeres hermosas ceñidas con rasos y encajes. En un saloncito contiguo al salón donde se bailaba, una señora hablaba con gran complacencia con algunos caballeros.

—Será la señora de la casa,—me dije. Y resueltamente me presenté á ella.

—Señora...—exclamé.

—Agradezco su atención de honrar con su presencia mi fiesta,—me dijo ella con fina amabilidad.

—Señora,—repetí,—le debo á V. una explicación.

—Comprendo: porque ha venido V. tan tarde: ¿no es eso? Queda V. disculpado, pues todavía llega á tiempo para que le presente á una señorita.

—Pero... señora...

—Suprima V. todo pretexto: llegar tarde, pase; pero negarse á bailar, sería imperdonable.

En vano hice para exponerle el por qué de mi presencia en sus salones: no me dió entrada. Me presentó á la joven que me había indicado, á la cual no tuve otro remedio que invitar para el vals que estaban preludiando.

—¡Qué diablos!—pensé.—Antes que me retire no ha de faltarme ocasión para justificar el paso que he dado: entretanto aprovechemos el tiempo.—Y al efecto me puse á hablar con mi pareja.

Era muy bella la señorita que valsaba conmigo: rubia, de ojos azules, talle flexible y elegancia extremada. Hablamos del baile y de fiestas análogas, abundando siempre en las mismas opiniones, evidenciando los mismos gustos.

El vals acabó y acompañé á mi linda pareja á su sitio, decidido á buscar á la señora de la casa para darle la debida explicación; pero mi buen deseo resultó tan inútil como la primera vez: aquella buena señora estaba defendida por una verdadera muralla de hombres que imposibilitaban por completo todo avance y toda relación.

Entonces di en buscar algún amigo. Empeño inútil: no di con una sola cara conocida. Cuando el desaliento iba apoderándose de mí, la orquesta preludió una polka, y á fin de ganar tiempo invité de nuevo á mi simpática pareja del vals.

Esta vez ya no hablamos de bailes. Nuestra conversación fué menos ligera, pero más sustanciosa: hablamos como dos antiguos amigos, con esa dulce confianza que logra establecerse entre los seres que se compenetran. Mi pareja me resultaba adorable: no podía pedirse más discreción, ni juicio más reposado, en una jovencita de su edad.

Terminada la polka, pasamos al *buffet*. Clara (he dicho ya su nombre) demostró tener excelente estómago, y, como el estómago tiene gran relación con el carácter, esta circunstancia acentuó más las simpatías que había logrado despertarme.

Al entrar de nuevo en el salón estaban bailando un vals. Excuso decir que tomamos parte en él con más entusiasmo que en los bailes anteriores. Nuestra conversación cobró asimismo más calor; pero cuando más engolfados estábamos en ella, un caballero me advirtió con gran cortesía:

—Caballero: me parece que se le ha caído algo.

En efecto, el brillante me había saltado de uno de los bolsillos del chaleco, y, despidiendo un foco de esplendorosas luces, brillaba encima de la alfombra. Lo recogí, y, sin curarme de dar las gracias al que me había advertido, lo guardé de nuevo en el bolsillo y continué valsando. Clara era mi sola preocupación. Como que ya la adoraba con todo el fuego de mi sangre española, de ahí que no me fijara en el círculo que se había formado alrededor de nosotros, ni menos en los cuchicheos de que al parecer éramos objeto los dos.

De pronto mi linda pareja se desprendió de mis brazos y, con gran azoramiento,

—¿Dónde está papá?—me preguntó.

—¿Su papá de V.? No sé, señorita: no tengo el honor de conocerle,—le contesté.

—Sí que le conoce: es el que há poco le ha advertido que se le había caído el diamante.

—Entonces no me será difícil el reconocerle.

Nos dispusimos á recorrer los salones; pero como por arte de magia cerráronse de repente todas las puertas del en que nos hallábamos, quedando sólo abierta una por la cual apareció el padre de Clara seguido de un agente de policía.

—Apodérese V. de él,—le dijo indicándome á mí.—Es un ladron que se ha introducido en esta casa con el propósito deliberado de ejercer sus fechorías. Hace poco se le ha saltado de uno de los bolsillos un botón de brillantes, que he reconocido en seguida por pertenecer á mi mujer. Me he informado de quién pudiera ser este sujeto, y nadie le reconoce: es un intruso,

Digitized by Google

á quien ha delatado el cuerpo de su delito.

—Sígame V.,—me dijo entonces el comisario con brusca sequedad.

Intenté justificarme. Propósito inútil: el agente no consintió que hablara, asegurándome que ya contestaría á lo que me preguntasen en la prevención.

Luego, á una señal suya, dos agentes penetraron en el salón, apoderándose de mí cual hubieran podido hacerlo con el último malhechor.

Antes de abandonar la sala me volví hacia Clara, dedicándole una mirada que equivalía á la más cumplida justificación; y, como quiera que las mujeres poseen un instinto superior á todas las suspicacias de la policía, mi adorada pareja contestó á mi muda protesta con una sonrisa tan dulce, tan llena de seductoras promesas, que me hizo estremecer de felicidad.

Aquella noche la pasé arrestado en un mal cuartucho de la prevención. A la mañana siguiente la luz se hizo. Comprobé debidamente mi inocencia, y el agente se excusó por su error. Sin embargo, al presentarme en casa de Martínez, aquel hombre tan esclavo de las apariencias y del buen parecer, enterado de lo que había ocurrido la noche antes, no tuvo inconveniente en decirme que quedaba suprimido mi destino, mostrándose muy pesaroso por no tener dónde ocuparme.

Entonces ocurrióseme la luminosa idea de presentarme en casa de mi acusador, el padre de Clara, respetable banquero también, y exponerle mi apurada situación.

—Caballero, — le dije, — á un error de V. debo el haber perdido mi plaza: sólo le ruego que me favorezca con su apoyo para facilitarme otra.

—Nada tan justo como su pretensión,—me contestó.—Y ¿cuánto ganaba V. en casa de Martínez?

—Dos mil cuatrocientos francos.

—Desde ahora queda V. empleado con tres mil en mis oficinas.

Aceptado el trato, ambos quedamos satisfechos de la solución de nuestra entrevista. Quien no lo quedó tanto fué Clara: ella deseaba que le pidiera á su padre algo más.

¿No es cierto, querida mía?—

Y, sin esperar contestación, Enrique abandonó su asiento y abrazó efusivamente á su mujer.

Luego, dirigiéndose á los que le habíamos atendido,

—Perdonad esta expansión,—nos dijo;—pero es una costumbre convenida entre Clara y yo. Cuantas veces cuento la aventura del brillante acabo abrazando á mi adorada mujercita: de ahí que no perdone ocasión para referirla á mis amigos.

ANTONIA OPISSO

LO QUE MÁS ME GUSTA

Me gusta ver el cielo trasparente
cuando en él luce Febo su hermosura;
disfruto contemplando la natura
cuando asoma la aurora por oriente;
me admira ver el mar cuando imponente
azota los peñascos con bravura;
me encanta una magnífica pintura
y oir de melodías un torrente;
embriágame el perfume de las flores,
deléitame escuchar la voz del sabio
y el canto de los tiernos ruiseñores:
mas todo lo trocara sin agravio
por conseguir, imán de mis amores,
un solo beso de tu puro labio.

MANUEL MILLÁS

LA DIVA

—¡Y como cantar, cantaba admirablemente! —exclamó Antonio, que me refería una de sus muchas aventuras.—

Su voz era más dulce que la miel de las cañas, flexible como un junco, alegre como piadas de ruiseñores. La emitía de tal modo, que sus notas agudas embelesaban, las graves hacían prorrumpir en francos y atronadores aplausos. Y el cuerpo de la diva, airoso y esbelto, se balanceaba de vez en cuando en suaves ondulaciones, con esa gracia temible de que sólo tienen el secreto las hijas de la sonriente Andalucía.

EL DELFTSHEWAART, ROTTERDAM

Aquella mujer tenía en sí todas las perfecciones físicas apetecibles.

Picarescos y rasgados los negros ojos, se ocultaban tras de la espesa red de unas pestañas sedosas y largas. La boca no tiene descripción posible: si te dijera que era la de un ángel, no expresaría su sensualidad; si te dijera que era un nido de besos, no te haría comprender lo mucho que se acercaba á la de los ángeles.

Su bien peinada cabellera surgía elegante por entre el rico mantón de Manila, cuyos flecos caían cubriendo la cintura como una cascada de rayos de sol.

Lo confieso: el primer día que la vi no hice más que embobarme mirándola, con una mezcla de admiración y alegría indefinibles. No sé lo que sentía. Sólo sé que, abstraído por completo, más de cuatro veces me sacaron de aquel éxtasis, si vale la palabra, los atronadores aplausos de la multitud, que á grandes voces pedía la repetición de alguna de aquellas malagueñas que constituían su género; género en el cual nadie rivalizaba con ella.

No sé cómo, pero al día siguiente fuí al teatro, y, sin darme cuenta, tomé una butaca más próxima al escenario que la que había ocupado la noche anterior.

Volví al otro día y adelanté otra fila; volví á ir y volví á acercarme; pero cuando llegué á la primera (¡no te rías!) mi corazón abrasaba y mis sentidos eran pocos para verla y oirla.

Estaba en la edad de las pasiones, y la mía surgió pronta y repentina. ¡Te lo juro: por una sonrisa suya, por una de sus miradas, hubiera dado la mitad de mi existencia!

Y entretanto volaban los días, y cada uno, al pasar, echaba en la hoguera de mi pecho una rama seca que al arder quemaba las más recónditas fibras de mi alma.

Mientras duró aquel estado, que no sé cómo definir, iba hablando solo por la calle, accionaba con descompasados ademanes y no me siguieron los chiquillos por un milagro de Dios.

Como nuevo Don Quijote, soñé despierto, pero no con gigantes y trasgos, sino que á veces me parecía estar al lado de la que tanto amé, recibiendo el aroma de su aliento, más abrasado que el soplo de agosto. Estaba tan cerca de ella que casi casi sus rizos tocaban mi frente, y la oía hablarme muy quedo, al oído, con una música indecible de suspiros y armonías, de risas encantadoras. Otras veces me encontré suplicante y despreciado. En fin (¿á qué cansarte?), estaba enamorado hasta la médula de los huesos.

Pero como el amor platónico es tan raro que yo creo que no existe, ó, por lo menos, que no es amor, pensé presentarme á ella por cualquier medio, trabar conocimiento de algún modo. Ninguno de mis amigos la conocía. Sin embargo, yo, firme en la brecha, puse en juego una táctica que me dió muy buenos resultados.

Con asiduidad constante, empecé á regalarla flores y ramos. El portero del teatro se encargaba de llevárselos. Gracias á su mediación, pude, por fin, llegar al deseado momento de mi primera visita.

Cuando la hablé, en su cuarto, estaba deslumbradora de belleza: parecía una hada vestida de mujer; me atraía, como el abismo atrae, con vértigo. Yo no sabía qué hablar, estaba mudo, me latía la sangre en la garganta con inusitada fuerza, pasó por mi vista una nube de sangre, y... hablé... hablé balbuciente, torpe, con incoherencia. ¿Qué dije? No te lo sé explicar: sólo recuerdo que en aquel momento el avisador llamó á la puerta, diciendo:—A escena,—y que ella me estrechó con efusión la mano.

—¿Debo tener esperanza?—la pregunté.

—La esperanza es lo último que se pierde,—

Digitized by Google

AGUADORA DE SENAGRAH

AGUADOR DEL CAIRO

TAHONERA DEL CAIRO

AGUADORA DE SENAGRAH

Digitized by Google

EN EL MERCADO DE SYUAH

JEQUE DE LA ALDEA DE GARAH

MÚSICO NEGRO DE SYUAH

VENDEDOR AMBULANTE DE BEBIDAS EN EL MERCADO DE SYUAH

Digitized by Google

contestó ella. Y se escapó corriendo con graciosa coquetería por el estrecho pasillo, mientras yo, anonadado, oía crujir la seda con un sonido, cada vez más imperceptible por la distancia, que parecía decirme:—La esperanza es lo último que se pierde.

¿No era esta respuesta una muy favorable á mis pretensiones? ¡Claro que sí! A no haber sido por miedo á que se hubieran reído de mí, salgo saltando como un chiquillo por el sitio mismo por donde ella había desaparecido.

No te contaré los pormenores ni detalles que siguieron hasta que me ofreció su casa. Tampoco he de añadirte, porque esto por sabido se calla, que mi pasión fué en aumento, que mis sentidos eran pocos para verla y amarla, y que *ella* me miraba de tal modo que no parecía sino que su alma estaba pendiente de mis palabras. Gozaba embriagándose en nuestro amor.

Sus menores caprichos, al pasar por sus purpurinos labios, se convertían en mandatos.

¡Ay, amigo! Me había convertido en un satélite que giraba sin cesar alrededor de una estrella... del arte.

Como mi enfermedad había llegado á su período álgido, pensé hacerla mi esposa.

EDUARDO VILLEGAS

(*Se concluirá*)

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE ESPAÑOL

SIN TRABAJO

Cuadro de Garnelo

Como estudio de figura es esa obra sumamente recomendable, pero en cuanto al tipo no me parece tan bien: ese hombre podrá revelar en su rostro los horrores de la miseria ó la perversión de la razón, pero no es la representación de *un obrero sin trabajo*. Por supuesto que cuesta mucho hacerle tomar á un modelo la compleja expresión que trae consigo el trance angustiosísimo de hallarse *parado*, sin recursos, con la familia esperando hambrienta un pedazo de pan. La situación de un trabajador víctima de la carencia de ocupación es uno de los dramas más terribles que se desarrollan en el seno de la sociedad, y exige por parte del artista una sensibilidad y un estudio especialísimos.

RAMSGATE

Ciudad de Inglaterra en el condado de Kent, á 21 leguas al E. de Londres, planteada en la costa oriental de la isla de Thanet y dominando el canal de la Mancha. Es muy notable su magnífico puerto artificial y por ser un sitio predilecto para tomar baños de mar. En lo que va de siglo, Ramsgate se ha convertido en uno de los más ricos centros comerciales de Inglaterra, pudiendo verse barrios enteros y muy extensos de nueva construcción. Hoy posee un grande arsenal.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

Los dramas de *Enrique VI* y *Ricardo III* son magníficos, como de su autor. El primero debe de pertenecer, probablemente, á su primera época: puede que se escribiera en 1591. *Ricardo III* es, á su vez, una de las obras en que á mayor altura se elevó el genio del poeta. Como dice muy bien un crítico, «el tipo del astuto Ricardo es indudablemente uno de los caractéres más originales, más sublimes y más perversos que jamás trazó su mágica pluma.»

El Rey Lear, es la más sombría de las tragedias que nos ha legado el ilustre inglés.

Cimbelino, escrito en 1609, figura entre las obras más encantadoras de Shakespeare, aunque el argumento está tomado de una novela francesa del siglo XIII (*Le Roman du Roi Flore et de la belle Jeanne*). Cimbelino es un rey de Bretaña, padre de Imogenia en primeras nupcias, y hombre de bien en el fondo. Quiere casar á Imogenia con su entenado, pues volvió á contraer enlace con una viuda; pero Imogenia no le quiere y se casa con un hidalgo pobre, pero extraordinariamente hermoso y bueno, de cuyas resultas el hidalgo es desterrado á Roma y la princesa poco menos que presa. Todo por instigación de la reina, furiosa al ver despreciado á su hijo. Además de Imogenia había tenido Cimbelino en su primera mujer dos hijos; pero fueron robados, sin que se volviese á saber de ellos.

Ya en Roma el marido de Imogenia, llamado Leonato Postumio, encuéntrase con un tal Iachimo, gentilhombre italiano, con el cual hace la apuesta de que seducirá á su esposa: la apuesta consiste en un diamante que Imogenia ha dado á Leonato contra 10,000 ducados de Iachimo. Éste partirá á la corte de Cimbelino con recomendaciones de Leonato y volverá con una prueba fehaciente de su triunfo.

Iachimo, ya en Bretaña, comienza á manejarse; y viendo que con declaraciones é imposturas no va á conseguir nada, convence á Imogenia de que le guarde un cofre lleno de joyas de gran valor, compradas para regalar al emperador de Roma, y al mismo tiempo se ofrece á ser portador de la carta que la princesa quisiese escribirle al desterrado esposo.

Llevan el cofre á la cámara de Imogenia, y, dentro de él, á Iachimo, escondido. El bergante llega en ocasión en que la princesa, que hasta entonces había leído, se siente vencida por el sueño, dando orden á su doncella de que cierre el libro en la página donde lo dejó. Duérmese en seguida: Iachimo sale del cofre y roba el brazalete de la pobre dama, enterándose, además, de que tiene cinco lunares sobre el seno izquierdo y de que el libro era la historia de Tereo y Filomela, y la página últimamente leída aquella en que Filomela se le entrega.

Y ya está de nuevo en Roma el señor Iachimo, y, claro está, demuestra como dos y dos son cuatro *quod erat demonstrandum*, ganando, por lo tanto, el diamante. ¡Puede calcularse cómo se pondrá el pobre Leonato!

Va, pues, y ¿qué hace? escribe desde Roma dos cartas: una para su mujer, fingiendo encontrarse en el país de Gales y rogándole se ponga en camino en seguida para reunirse con él; y otra á su fiel servidor Pisanio, enterándole de todo y mandando que, sin réplica, descuartice á la infiel, á cuyo efecto le da la ocasión de aquel viaje. Pónense ambos en camino, huyendo de la corte, y, al llegar á Milford, el pobre criado la entera de todo. Imogenia no puede creer aquello: cree que es un pretexto de Leonato para deshacerse de ella, y ruega á Pisanio la descuartice en seguida, á lo cual se niega éste. Imogenia, sin embargo, desesperada, no quiere vivir; hasta que por fin resuélvese que Imogenia se vista de hombre, para lo cual ya trae él lo necesario, y se agregue á la comitiva de unos embajadores romanos que regresan allá, de vuelta de Bretaña, después de declarar la guerra á Cimbelino, con lo cual podrá Imogenia hallarse cerca de Leonato. Con eso, no viéndosela en la corte de Cimbelino, y con enviarle á Leonato un pañuelo empapado en sangre, creerá el marido que Pisanio ha llevado á cabo el concebido descuartizamiento. El fiel servidor se vuelve á Bretaña, é Imogenia, vestida de hombre, queda aguardando en una gruta la llegada de los embajadores.

Alarmada la corte con la desaparición de Imogenia, preguntan á Pisanio, el cual entrega al entenado del rey la carta que Imogenia recibió de Leonato. El entenado, llamado Cloten, lleno de alegría, parte al momento para Milford, prometiéndose matar á su rival y vengarse de la que siempre le dió calabazas; y para mejor lograrlo vístese con uno de los trajes del desterrado Leonato.

Hay que saber ahora que en el sitio en que quedó aguardando Imogenia, vivían unos jóvenes pastores en compañía de un anciano, los cuales pastores eran aquellos dos hijos que le fueron robados á Cimbelino, y el anciano un caballero desterrado, á quien suponían su padre. Quiere, pues, la casualidad, que los dos jóvenes se encuentren con Imogenia (es la escena representada en nuestro grabado), con la cual hacen desde luego muy buenas migas.

Llega después el entenado, Cloten, en ocasión en que Imogenia se encontraba sola en la gruta, descúbrenle y reconócenle los dos hermanos, y uno de ellos le mata y corta la cabeza en un santiamén, en noble lid, mientras el otro, en busca de Imogenia, encuentra á ésta exánime, pero no que se hubiese muerto, sino que había tomado ciertas gotas de un frasquito de antiespasmódico que la diera Pisanio, pero que cualquiera hubiese dicho que era un veneno. Con todo, los dos hermanos, ó si se quiere sus dos hermanos, la creen difunta y entonan en su loor un canto fúnebre, hermosísimo, despues de lo cual llevan á la cueva el descabezado cadáver de Cloten.

Vuelve en sí Imogenia, y, como Cloten va vestido con un traje de Leonato y no tiene cabeza, cree que es su esposo y que lo ha asesinado Pisanio por instigación de Cloten, y se desmaya. Llega en esto el embajador de Roma. Imogenia, vestida de hombre, vuelve en sí, y le acompaña muy reconocida á la bondad con que la trata aquel digno diplomático.

Ya en esto han desembarcado las legiones romanas en Bretaña, y con ellas Leonato, que ha recibido ya el pañuelo ensangrentado que le enviara Pisanio en testimonio de haber matado á Imogenia; pero Leonato tiene ya bastante con aquella sangre, no quiere combatir contra su patria y se disfraza de campesino bretón para defenderla.

Gran batalla. Leonato combate contra Iachimo, le desarma, y luego le suelta. Los bretones, sin embargo, van de vencida, y Cimbelino cae en poder de los romanos; pero le libertan sus hijos (los robados) y Leonato, declarándose ahora los romanos en retirada y siguiéndoles Imogenia. Ésta y todos los jefes romanos son hechos prisioneros y conducidos ante Cimbelino, lo mismo que Leonato, el cual, habiéndose fingido romano, es reducido á prisión. El pobre yerno de Cimbelino tiene un sueño simbólico, y al despertar se encuentra con un libro en que se lee cierta profecía, después de lo cual es conducido á presencia de Cimbelino, rodeado éste por sus dos hijos (que no ha reconocido) y por su corte.

El primero que se presenta es el médico de palacio para participar á Cimbelino que la reina ha muerto, declarando antes que jamás le había amado, que quería envenenarle y que odiaba mortalmente á Imogenia. Llegan después los prisioneros romanos. Cimbelino dispensa la mayor benevolencia á Imogenia (de hombre), gracias á su gracia y á los calurosos ruegos del embajador.

El caballero y los dos hijos del rey, que creían muerto al bello joven á quien encontraron en la gruta, se hacen cruces (es un decir shakespeariano) al ver á aquel romanito que está cuchicheando con Cimbelino. De pronto el rey llama á Iachimo, y encuéntrase éste con que Imogenia le pregunta que de dónde ha sacado aquella sortija con el diamante. Túrbase el romano, insiste Cimbelino, y el hombre canta de plano todo, absolutamente todo. Brinca Leonato, y le suelta un bofetón de cuello vuelto á Imogenia (siempre de hombre) porque intenta calmarle en su desatinado arrebato de desesperación. Pisanio le revela entonces que aquella es Imogenia. Ésta vuelve en sí, pues se desmayó otra vez, y acusa á Pisanio de haberle querido envenenar con aquel cordial que le dió, á lo cual responde Pisanio que aquel cordial se lo había proporcionado la difunta reina. Alegría inmensa de Leonato. Explícase todo: uno de los dos hermanos confiesa que mató á Cloten. Cimbelino, con mucho sentimiento, manda prenderle; pero el caballero anciano se interpone y dice que, en desquite de haberle desterrado injustamente, robó á sus dos hijos (de Cimbelino), que tiene el gusto de presentarle después de haberlos educado como convenía. Cimbelino recobra, pues, de un golpe, sus tres hijos, Leonato se da á reconocer á Iachimo, éste se arrepiente, se presenta un adivino que explica á Leonato el sentido de la profecía del libro que se encontró en la cárcel, Cimbelino, á pesar de haber vencido á los romanos, se declara tributario de César para no pensar sino en la paz... y *tutti contenti*.

Tal es ese drama de *Cimbelino*, poco conocido aún en España, y notabilísimo no sólo por lo ameno de la fábula, sino por los preciosos pensamientos que lo esmaltan y por la admirable pintura de los caracteres.

LADY MONCKTON.—MISTRESS SIDDONS

Sépase que Lady Monckton es una ilustrísima actriz inglesa, y con eso opulenta como pocas, dotada del más refinado buen gusto y consumada conocedora de la literatura dramática de todos los países. Comenzó por representar como aficionada, y, poseída cada vez más de la pasión por las tablas, acabó por hacerse cómica de veras, con la particularidad de no querer adoptar ningún *nom de guerre*, sino conservando siempre su linajudo título.

Insigne comedianta fué también Sara Siddons, digna camarada del famoso Garrick. Dícese que era una actriz encantadora, *más mujer que las otras mujeres*, sobresaliendo en los dramas shakespearianos. Murió en 1831.

EL ARTE INGLÉS

AMOR SAGRADO Y AMOR PROFANO, *cuadro de Salomón Solomón.*—EN LAS GRADAS DEL TEMPLO, *de E. Poynter*

El contraste buscado por Salomón, sino muy contundente, está cuando menos bien pintado y lleno de las más sanas intenciones; pero hay que reconocer que no todos sirven para el género simbólico: en ese cuadro el artista vale más que el predicador.

El cuadro de Poynter está hábilmente concebido y produce excelente efecto, á pesar del modernismo de la figura, que desdice del feliz arcaísmo del fondo y de los accesorios.

UN VIAJE POR HOLANDA

Son tan pintorescos los canales de Holanda, que se comprende perfectamente que hayan servido de tema á ilustres artistas como único objeto de sus cuadros. Hoy mismo en nada ha desaparecido su belleza, y los viajeros de gusto encuentran sumo placer visitando aquellas ciudades, un tiempo nuestras, aunque por pocos años. Creemos que el lector verá con agrado las bellas reproducciones que damos hoy de algunos canales de Rotterdam, Deventer y Dordrecht.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

El lector podrá ver hoy diversos tipos del Cairo y de Syuah, exactamente tomados del natural.

DESENMASCARAR

Toda nociva invención
desenmascarar propongo
con el precioso *jabón*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

La suerte cambió sin duda al segundo día. Por la tarde se me despertó para comer, pero rehusé tomar cosa alguna, y entonces se me dió una infusión amarga que el barbero había prescrito. El sol se reflejaba en la puerta de la Jaula y me ofendía. Cluny, sentado á la mesa, barajaba los naipes. Alan se detuvo junto á mi lecho, y, acercándose para hablarme en voz baja, rogóme que le prestara mi dinero.

—¿Para qué?—le pregunté.

—No se trata más que de un préstamo,—repuso.

—Pero ¿con qué objeto?—repetí.—No veo la razón.

—Supongo que no os negaréis á prestarme á mí una cantidad.

Si hubiera estado bueno, seguramente habría rehusado; pero en aquel momento lo único que deseaba era que me dejara tranquilo, y de consiguiente le di el dinero.

En la mañana del tercer día me desperté muy aliviado, aunque bastante débil; pero ya no veía terribles visiones. Como tenía algún apetito, me levanté sin ayuda de nadie, y, apenas hubimos almorzado, fuí á sentarme á la entrada de la Jaula.

El cielo estaba nublado y el aire era fresco. Mientras estuve allí nadie me molestó, como no fueran los espías y criados de Cluny, que entraban con víveres ó á llevar noticias.

Cuando volví al interior, vi que Alan había dejado las cartas á un lado, y que interrogaba á uno de los hombres. El jefe se volvió hacia mí, y preguntóme en gaélico cómo estaba.

—No hablo el gaélico, caballero,—contesté.

Desde la cuestión sobre los naipes, todo cuanto yo hacía ó decía era, al parecer, desagradable para Cluny.

—El nombre que lleváis,—dijo con enojo,—vale más que vuestra persona; pero, en fin, os hablaré como queráis. La cuestión es la siguiente: mi espía asegura que todo está libre por el sur, y se trata de saber si podréis llegar hasta allí.

Vi los naipes en la mesa, pero ya no había oro: en lugar de éste, Cluny tenía á su lado muchos fragmentos de papel escritos; y, en cuanto á mi compañero, su mirada torva no indicaba ninguna cosa buena.

—No sé si tendré bastante fuerza,—contesté mirando á Alan;—pero con el poco dinero que nos queda debemos ir muy lejos.

—David,—dijo Alan fijando su mirada en el suelo;—lo he perdido todo: esto es la pura verdad.

—¿Mi dinero también?

—También. No debías habérmelo dado: pierdo el juicio cuando juego.

—¡Alto aquí!—exclamó Cluny.—Todo esto ha sido una broma y nada más. Por supuesto, se os devolverá el dinero, y doble cantidad si queréis. Fuera extraño que yo lo guardase, y nunca se ha de suponer que yo fuera un obstáculo para dos caballeros que se hallan en vuestra situación.

Así diciendo, comenzó á sacar oro de su bolsillo, sonrojándose singularmente.

Alan miraba siempre al suelo.

—¿Tendréis la bondad de escuchar dos palabras en la puerta, caballero?—dije yo.

Cluny contestó que con mucho gusto, y siguióme en el acto, aunque al parecer algo fuera de sí.

—Caballero,—le dije,—comenzaré por reconocer vuestra generosidad...

—¡Nada de eso, nada de eso!—interrumpió Cluny.—Esto es enojoso; pero ¿qué he de hacer encerrado como estoy en esta Jaula? Jugar con mis amigos cuando se presentan; y si pierden, no debe suponerse, por supuesto...

—Sí,—añadí yo viendo que hacía una pausa;—si pierden les devolvéis su dinero, y si ganan se llevan el vuestro: ya he dicho antes que reconozco vuestra generosidad; mas para mí, caballero, es muy doloroso verme en esta posición.

Siguióse una nueva pausa, y parecióme que Cluny quería decir algo; pero guardó silencio, aunque sus mejillas se enrojecían cada vez más.

—Soy muy joven,—le dije,—y voy á pediros consejo, rogándoos que me lo deis como si fuera vuestro hijo. Mi amigo perdió lealmente su dinero después de haberos ganado del mismo modo una suma mucho mayor. ¿Puedo yo aceptar la devolución, y sería justo que lo hiciese? Haga como quiera, bien veis que todo es muy sensible para mi orgullo.

—También lo es para mí, Sr. Balfour,—repuso Cluny,—y hasta cierto punto me hacéis parecer un hombre que ha saqueado á los que vienen á su casa. No quiero que bajo mi techo ninguno reciba la menor afrenta, ni tampoco las inferiré á nadie.

—Ya comprenderéis, caballero,—repliqué,—que el juego es un triste pasatiempo; pero, de todos modos, espero que me manifestéis vuestra opinión.

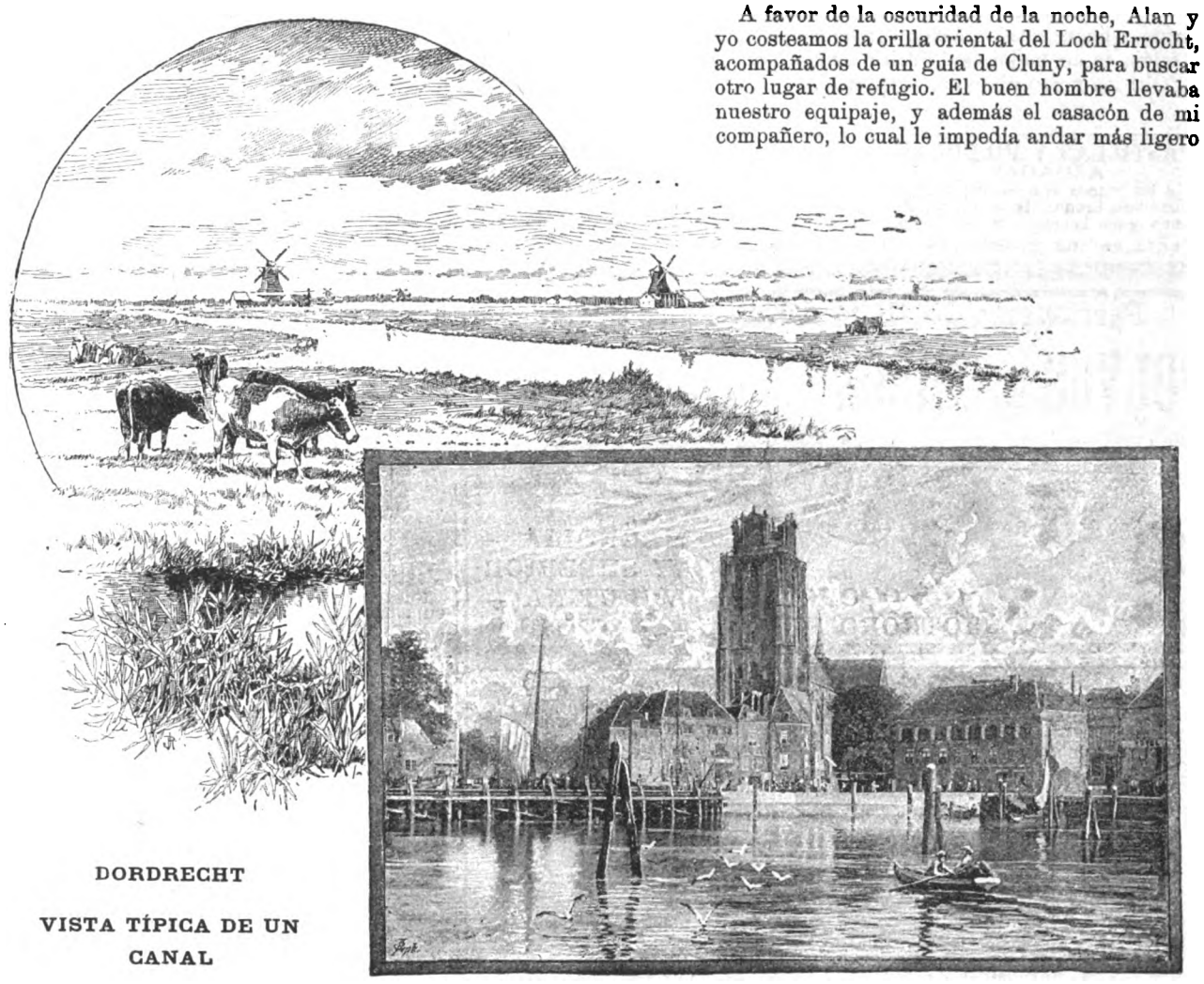
Estoy seguro de que si Cluny odiaba á algún hombre, seguramente era á mí. Dirigióme una mirada que tenía algo de belicosa, y hasta parecióme que iba á pronunciar palabras de reto; pero, ó mi juventud le desarmó, ó tuvo un sentimiento de justicia.

—Sr. Balfour,—dijo,—creo que sois demasiado amable, pero no os falta el espíritu de un caballero. Bajo mi palabra de honor podéis llevaros ese oro: así se lo diría á mi propio hijo; y, en prueba de buena fe, aquí tenéis mi mano.

CAPITULO XXIV

LA DISPUTA

A favor de la oscuridad de la noche, Alan y yo costeamos la orilla oriental del Loch Errocht, acompañados de un guía de Cluny, para buscar otro lugar de refugio. El buen hombre llevaba nuestro equipaje, y además el casacón de mi compañero, lo cual le impedía andar más ligero que yo, aunque, en una lucha cuerpo á cuerpo con aquel individuo, bien pronto hubiera dado cuenta de él, atendida mi fuerza.



DORDRECHT

VISTA TÍPICA DE UN CANAL

Sin duda era un alivio poder andar sin peso alguno, y creo que á no ser por esto no me habría sido posible dar muchos pasos á causa del estado de mi quebrantada salud, y sobre todo viajando, como lo hacíamos, por los más espantosos desiertos de Escocia y en mala inteligencia con mi compañero.

Durante largo tiempo avanzamos uno tras otro sin hablar palabra: yo lleno de enojo y de altanería, sacando fuerzas de estos dos censurables sentimientos; Alan avergonzado por haber perdido mi dinero, y colérico al ver que lo llevaba tan á mal.

La idea de la separación se fortalecía en mi espíritu, y cuanto más la aprobaba avergonzábame más de ella. En Alan habría sido un acto de generosidad decirme:—Id donde os plazca: yo estoy en el mayor peligro, y mi compañía aumentaría el vuestro.—Pero decir yo al amigo, que seguramente me estimaba,—Os halláis en grave riesgo, y el mío es poca cosa: vuestra amistad se ha convertido en una carga para mí: id por vuestro camino y arreglaos como podáis,—no, esto no era posible para mí, y hasta sólo el pensarlo me avergonzaba.

Sin embargo, Alan se había conducido como un niño, pero como un niño traidor, pues sacarme el dinero cuando apenas estaba en mi cabal razón era poco menos que un robo. Y, no obstante, iba á mi lado sin blanca en el bolsillo, pero

Digitized by Google

muy dispuesto, según me pareció, á tomar parte de la cantidad que me había inducido á pedir. Cierto que tenía intención de compartirla con él, pero enojábame que lo considerase como cosa corriente.

Esto era lo que me preocupaba, mas era poco generoso hablar de ello, si bien hice otra cosa peor, que fué guardar silencio y no mirar á mi compañero como no fuera de reojo.

Por fin, al llegar al otro lado del Loch Errocht, donde el camino era mejor, Alan, no pudiendo resistir más, se me acercó.

—David,—dijo,—dos amigos no deben estar así por una bagatela. Debo deciros que siento lo ocurrido, y, hecha esta confesión, si tenéis alguna otra queja de mí, mejor será decirlo de una vez.

—¡Oh! No tengo ninguna,— contesté.

Alan pareció desconcertado, de lo cual me regocijé.

—Quiero decir,—añadió con voz temblorosa, —que soy el primero en reconocer que he merecido censura.

—Por supuesto que sí,—contesté;—pero también convendréis en que no os he dado ninguna queja.

—Es cierto, pero advertid que habéis hecho algo peor. ¿Debemos separarnos? Ya me lo dijisteis una vez. ¿Vais á repetirlo ahora? Hay bastantes colinas y brezos entre este sitio y los dos mares, David; y os diré que no soy hombre capaz de permanecer donde no se me necesita.

Estas palabras me atravesaron como la hoja de un puñal, porque parecían dejar en descubierto mis pensamientos desleales.

—Alan Breck,—repuse;—¿me creéis capaz de volveros la espalda cuando mayor es vuestro apuro? Seguramente no me lo diréis así, pues toda mi conducta lo desmiente. Cierto que me quedé dormido en el matorral, pero fué de pura fatiga, y no es generoso echármelo en cara, pues...

—Jamás he pensado en tal cosa.

—Pero fuera de esto,—continué,—¿qué he hecho yo para que me igualéis con los perros al hacer una suposición tan ofensiva para mí? Jamás he faltado á un amigo, y no es probable que comience por vos, pues han mediado entre nosotros cosas que nunca olvidaré, aunque vos no las tengáis presentes.

Traducción de

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
Para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

Perfumería 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA — COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.
Por el nuevo modo le emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,
En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue del'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas la buenas Perfumerías.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA
Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.
Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:
La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'
EN PUBLICACIÓN
La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.
Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.
En provincias, en casa de nuestros corresponsales.
A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.
Obra próxima á publicarse
+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +
POR RICARDO FLEISCHER
catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la Junta Superior Facultativa de Sanidad, porque CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.— Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.— En Madrid, Melchor García.— De venta en todas las boticas de España y Ultramar.
EL JUDIO ERRANTE.- R. Molinas, Cortes, 365

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Antor, Escudillers, 22, Barcelona
ANDALUCÍA.-R. Molinas, Editor

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK
VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK
Constipacion (estreñimiento), Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestiones, curados ó prevenidos.
(Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY, 91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

LA MÁSCARA DE BRONCE
por CARLOS MENDOZA
Consta de 40 cuadernos á 2 reales
=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371= BARCELONA

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, (*castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro*), SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. 50 años de éxito, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — LE PILIVORE destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— DUSSER, Inventor, 1 RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS. (*En América, en todas las Perfumerias*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona : VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria. Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

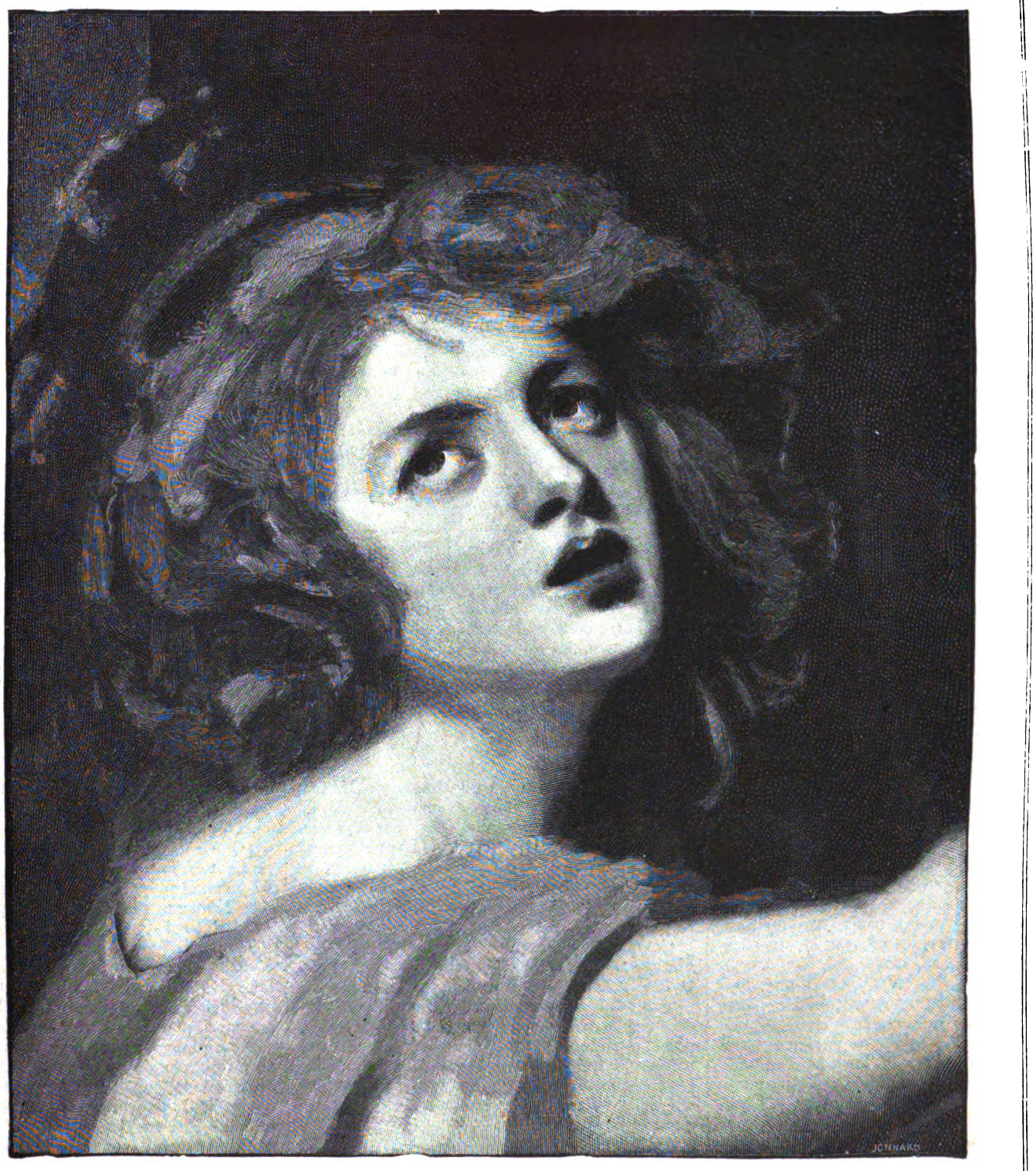
Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 25 de octubre de 1890	Núm. 408

ADVERTENCIA.—Con el número 409 repartiremos á los señores suscritores la oleografía de regalo, copia del cuadro UNA ¡VÍCTIMA MÁS, original del Sr. Martínez del Rincón



LADY HAMILTON EN EL PAPEL DE MIRANDA (retrato por Romney)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*La literatura á domicilio*, por Luis de Val.—*Mayo y Junio*, por M. Martínez Barrionuevo.—*A...* (poesía), por Camilo Pou.—*La estatua de barro*, por Vicente Colorado.—*La diva* (conclusión), por Eduardo Villegas.—*¡Málaga!* (poesía), por G. Pelayo Vizuete.—*Poesía*, por Federico Balart.—*Días aciagos*, por Antonio Sánchez Pérez.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación).

GRABADOS: Lady Milton en el papel de Miranda.—Mistress Stannard.—La montaña del Perfil.—El amor desde el balcón.—Pescadera antigua de Newhaven.—Pescadera de Newhaven contemporánea.—La pastora y su rebaño.—La calcetera.—Modas.—Viaje al desierto de Syuah.

MADRID

Sin hospitales y con viruelas.—Un rey virulento y una reina ligera

¡SOBRE Madrid! Sabíamos, porque la estadística de la mortalidad lo dice con cifras aterradoras, que es una de las poblaciones de Europa que reune peores condiciones higiénicas, y resulta ahora que es la que menos elementos tiene para hacer frente á una epidemia. ¿Qué extraño es, pues, que se diga que los vecinos de la heroica villa vivimos de milagro? La viruela, que no constituye epidemia en ningún pueblo culto, que ha desaparecido casi por completo de Berlín y de Londres, donde en épocas más atrasadas causaba estragos, está siendo en estos momentos un terrible azote para los madrileños, que fueron duramente castigados por el dengue en el pasado invierno.

Cuando el mal es inevitable, cuando la peste que asola á los pueblos es un misterio para la ciencia y no se conocen los medios de extinguirla, entonces no hay más remedio que inclinar con resignación la cabeza y esperarlo todo de la misericordia divina. Pero cuando el mal se propaga por la ignorancia y por el descuido, cuando se conocen los medios de extirparlo y no se practican, entonces la responsabilidad de las clases directoras de la sociedad es inmensa y se las puede exigir la responsabilidad en que incurren los asesinos.

¿Se comprende, en los últimos años del siglo XIX, una capital como Madrid sin hospitales, ó con hospitales tan deficientes como los pocos que existen en la coronada villa? Ha bastado que los casos de viruelas aumenten para que en el Hospital provincial, situado en un barrio populoso y rodeado de casas de vecindad, se aglomeren los enfermos en las salas, amontonándose los de padecimientos crónicos ó enfermedades comunes con las víctimas de la epidemia, á las que se da de alta en cuanto experimentan la más pequeña mejoría, y salen extendiendo la enfermedad por los sitios donde van á pasar una precipitada convalecencia.

Para pintar el punible abandono de los servicios públicos en los remotos tiempos del siglo XV, se cita una miniatura del manuscrito titulado *Livre de la vie active*, que representa una sala de hospital. Sobre un suelo enladrillado con baldosas blancas y negras, se hallan cuatro camas, colocadas tan cerca unas de otras que se tocan y no dejan espacio para que pase una persona. Los enfermos reposan en ellas desnudos y hay dos en cada cama.

Un escritor del siglo XVII, Sauval, que, animado por un espíritu generoso, quería poner remedio á los males que presenciaba, decía: «Es necesario no colocar más de un enfermo en el mismo lecho, no sólo por la incomodidad, sino porque es anticristiano sujetar á uno que padece á presenciar la agonía y la muerte del que está acostado á su lado.»

Fué necesario el gran movimiento filosófico del siglo XVIII para que los gobernantes se fijasen en las cuestiones humanitarias, adoptando disposiciones que remediaron estos males; y con la civilización y la cultura ha venido el hospital de los tiempos modernos, con sus salas limpias, anchas y despejadas, con camas cómodas y aisladas por medio de cortinas, con su asistencia facultativa, compuesta de las eminencias científicas y de la juventud estudiosa, y con los cuidados de la caridad y de la administración civil.

Pero esto parece que no reza con este pobre y desdichado Madrid, al menos en tiempo de epidemia, y las descripciones que hacen los periódicos estos días recuerdan las de Tenon cuando visitó, por encargo de Luis XVI, el Hôtel Dieu de París y encontró 3,418 enfermos en 1,219 camas.

El Hospital general de Madrid, terminado, tal cual hoy está, en el año 1781, parece un modelo de todas las malas condiciones que puede reunir un establecimiento de su índole, y ni á propio intento se hubiera faltado mejor á todas las prescripciones de la ciencia.

Está situado en la parte más baja de la zona oriental de la población, envenena el viento sur, y lleva con el este funestos miasmas hasta el corazón mismo de la villa.

Acerca del Hospital de Madrid dice Fernández de los Ríos: «Si no cabe situación peor, tampoco puede imaginarse edificio más impropio: basta tener presentes los adelantos que hoy exigen las prescripciones de la ciencia y buscar la antítesis completa de sus aspiraciones modernas para formarse completa idea del Hospital general. ¿Se exigen edificios pequeños, ligeros y de poco valor, que de tiempo en tiempo desaparezcan? Pues él, aunque sin concluir, es enorme y pesado como una fortaleza y construído para vivir siglos y siglos. ¿Se recomienda que haya, en vez de un hospital, varios destinados á especialidades? Pues este tiene por objeto todo lo contrario: almacenar los enfermos especiales en un depósito general que es un gasómetro de infección, en el cual quien entra con una leve enfermedad corre el peligro de que se convierta en grave ó de adquirir otras diferentes que pongan en peligro su vida, como que hay departamentos que tienen empapados sus anchísimos muros en determinados virus.»

Tal es el edificio donde se amontonan hoy los que padecen la cruel enfermedad que llevó al sepulcro al rey D. Luis I de Borbón.

¿Es extraño que con estas condiciones higiénicas, el mal, en vez de disminuir, se propague?

Afortunadamente la viruela tiene un preservativo reconocido por la ciencia, la vacuna, y á vacunarse ó revacunarse andan en tropel las gentes estos días. En las tertulias no se habla de otra cosa, y la ternera se ha puesto en moda. Las damas que no quieren exponer sus torneados brazos á la rojiza mancha ó al hoyuelo que descubrirá la manga corta, sufren el leve pinchazo en la pierna y salvan así la salud y la estética.

***

El rápido incremento que toman en Madrid todas las epidemias hace pensar en las deplorables condiciones higiénicas de este destartalado lugarón en que Felipe II tuvo el mal gusto, que nunca le perdonará la historia, de asentar la corte y capital de España, y en la imprescindible necesidad de introducir aquí mejoras.

Cuando se lee lo que acerca de Madrid escribieron López Deza, Gonzalo Fernández de Oviedo y Ardemars, causa admiración que sea éste aquel lugar abundante en montes poblados de enormes robles, encinas, castaños, nogales, pinos, avellanos y madroños de que habla el primero, y que aquí se recogiesen las abundantes cosechas de trigo y vino, las ricas hortalizas y las sabrosas frutas que pondera el segundo.

A Madrid le ha pasado con su corte lo que al aldeano que abandonara sus risueños campos por la ciudad. Felipe II encontró aquí una población agrícola y le quitó este carácter sin hacerla industrial; halló catorce conventos y aumentó diez y siete; halló una población sana y regularmente limpia, y durante su reinado se convirtió en un estercolero, complaciéndose en gastar fuera de Madrid, en el Escorial, un tesoro. No hicieron mucho más sus sucesores los reyes de la casa de Austria: Felipe III, al que gustaba más Valladolid que Madrid y que vivió allí cinco años después de la muerte de su padre, se contentó con hacer aquí la plaza Mayor, que destruyó un incendio el 7 de julio de 1631.

Felipe IV creó el Retiro más como jardín destinado á su recreo y al de sus cortesanos que como mejora de la villa, en la que edificó diez y siete conventos, que, unidos á los cuarenta y cinco que dejó Felipe III, formaban una suma respetable.

Carlos II dejó como memoria de su reinado la casa de la Panadería, el arco de la Armería y tres conventos más.

La dinastía de Borbón comenzó, como la de los Austrias, levantando un palacio para sus reyes, y Felipe V invirtió sumas enormes en levantar para su recreo los jardines de la Granja.

A Fernando VI no le debe Madrid más que el monasterio de las Salesas, en el cual se gastaron ochenta millones para complacer á la vivaracha y bullidora D.ª Bárbara de Braganza.

Carlos III abrió un paréntesis, y, aunque no hizo, como pudo, un plan de reformas, hay que elogiarle porque no se limitó á construir el convento de San Francisco, sino que mejoró el Prado y el Retiro; y de su reinado son la Puerta de Alcalá, el Observatorio, el Museo de Pinturas, la Puerta de San Vicente y otros edificios que constituyen lo mejor de Madrid.

Cuando murió Carlos III en 1788, se detuvo el movimiento que había impreso á la nación; y de Carlos IV y de Fernando VII más vale no hablar.

José I fué el rey verdaderamente reformador y la piqueta hizo mucho en su brevísimo reinado por mejorar la villa. Bravo Murillo, el marqués de Pontejos, el primer marqués de Salamanca, fueron tres grandes iniciadores que animaron con sus reformas el reinado de doña Isabel II, más fecundo en este punto que todos los anteriores.

El Ayuntamiento presidido, después del triunfo de la Revolución de Setiembre, por el insigne D. Nicolás María Rivero, de grata é ilustre memoria, dió un grande impulso á las reformas del Madrid moderno, haciendo funcionar discreta y acertadamente la piqueta. Aquel hombre verdaderamente notable, apoyado por un Ayuntamiento en el que figuraban concejales de tanta cultura y tan inspirados en el gusto moderno como D. Manuel Silvela, Albareda, Gasset y Artime y otros, hubiera podido ser el Haussmann de Madrid; pero la política le absorbió bien pronto y las reformas quedaron en proyecto.

***

Hay además en Madrid, no puede negarse, un espíritu mezquino de rutina, que pone grandes obstáculos, si no esteriliza todas las mejoras.

¡Qué cruzada no se armó contra aquel Ayuntamiento reformador que acometió por iniciativa y con el apoyo pecuniario del duque de Fernán Núñez la construcción del paseo de coches en el Retiro!

Hoy es ese paseo uno de los ornamentos de Madrid, algo que le iguala á las grandes capitales del extranjero. Pues para hacerle fué preciso luchar contra la rutina y el sentimentalismo cursi, que se le declararon en contra.

Ahora mismo: ¿no hemos visto que el derribo de un templo sin ninguna belleza artística, feo, destartalado, como el de San Antonio del Prado, ha suscitado una nueva campaña de sentimentalismo que no ha surtido efecto porque se trataba de una construcción particular de la que podía disponer libremente su dueño, que ha hecho muy bien derribándole?

El entarugado de las calles es una reforma admitida por todas las poblaciones cultas. El ensayo practicado en Madrid ha dado los mejo-

Digitized by Google

res resultados, demostrando que es más conveniente, bajo el punto de vista de la economía, de la limpieza y de la comodidad, que el antiguo adoquinado. Pues ¿por qué se ha detenido la reforma? Porque así lo quieren la rutina y la pereza, que son dos vicios nacionales.

Si no hubiera sido por la iniciativa de una casa extranjera, la calle de Sevilla mostraría todavía el triste aspecto de sus derribos, como el caserón de la Deuda muestra sus viejas y sucias paredes agrietadas. El Ministerio de Fomento, el que da asilo á las direcciones de Bellas Artes, de Industria, de Agricultura y de Comercio, esto es, el que reune los centros en que radica la vida del país, está hace muchos años amenazando ruina; la Biblioteca Nacional sepultará el día menos pensado entre escombros sus preciosos libros y manuscritos; los pobres soldados enfermos son hacinados en el viejo Seminario de Nobles, que se sostiene trabajosamente en pie gracias á multitud de puntales.

Y en tanto los obreros piden trabajo, y la mortalidad crece, y cualquier enfermedad se convierte en epidemia, sin que se haga nada por mejorar las condiciones higiénicas de esta población, á la que la naturaleza dotó pródigamente, según dicen sus antiguos cronistas, y á la que los hombres han estropeado.

***

Los efectos de la epidemia, el miedo de los que no se atreven á regresar por guardar el cutis y la vida de la espantosa plaga, da á Madrid un carácter de desanimación y tristeza que no han podido vencer los teatros abriendo sus puertas y procurando distracciones á un público que no acude á su llamamiento.

Otello, el del Teatro Real, ha matado estas últimas noches en secreto á Desdémona, y Marcela ha tenido en el Teatro de la Comedia más novios que espectadores de pago.

El Correo ha emprendido una campaña contra los rezagados en volver á sus cuarteles de invierno, pero predica en desierto. Las viruelas son enfermedad poco respetuosa: del cólera no se sabe que haya atacado á ninguna testa coronada; pero ellas tuvieron la avilantez de penetrar en la cámara de D. Luis I sin hacer caso de las prescripciones de la etiqueta que había establecido, antes de abdicar, Felipe V.

Cuentan unos que las viruelas le dieron al rey D. Luis á causa de una sofocación que le proporcionó su esposa D.ª Isabel de Orleans, que era, dicho sea con el respeto debido, un poco ligera de cascos, como su señor padre y como sus dos hermanos; y refieren otros, Macanaz entre ellos, que no hubo tales viruelas, sino un veneno que administró al rey el médico Servé, parmesano, de acuerdo con Laura, ama de leche de la reina, del marqués Scatti y del P. Guerra, confesor de Isabel. Pero esto deben ser habladurías, y yo á las viruelas me atengo, pues está probado que después de D. Luis las padeció su esposa, y, aunque salvó su vida, quedaron en su rostro señales que alejaron á los galanes que antes se habían prosternado ante sus encantos.

KASABAL

LA LITERATURA Á DOMICILIO

—¡Mal día! — dijo mi criado abriendo el balcón.

En efecto, los cristales, empañados, dejaban ver solamente, á través de ellos, un cielo sombrío que lloraba abundantemente.

—¿Qué hora es, Juan?—pregunté al muchacho.

—Las diez, señorito.

—Trae el mojicón y la leche.

—En la antesala espera un joven.

—¿Haciendo este tiempo?

—Sí, señor.

—¿No ha dicho qué quiere?

—Hablarle á V. de un asunto interesante.

—¡Ah, diablo! Algún asunto político: sólo éstos y los recibos son de interés en estos tiempos. Y ¿qué facha es la suya?

—Menesterosa.

—Justo: de oposición. Dile que pase. Cuando se desea ser algo en el mundo, ante todo es necesario ser popular.

Me sirvieron el desayuno, me senté en el lecho y esperé ansioso la visita.

Un joven de largas melenas, de rostro cadavérico, envuelto en un saco más largo que la

MISTRESS STANNARD, ESCRITORA INGLESA, Y SUS HIJOS

paciencia, que después me había de poner á prueba, y con un voluminoso lío de papeles en la mano, penetró en mi alcoba, mejor dicho, en la sala donde yo tengo mi cama.

—¡Saludo al predilecto hijo de las musas!—exclamó.

—Tome V. asiento,— contesté:— estoy algo delicado, y por no hacerle esperar...

—Gracias, eminente Aristarco.

—¿Qué... deseaba V.?

—Ponerme bajo su protección *omnipotente.*

—¡Adherencia!—dije para mí.

Y, alzando la voz:

—Lo celebro en extremo, — añadí,—y me considero honrado con ofrecer á V. mi sincera amistad.

—No esperaba otra cosa de V.

—Mil gracias.

—Pues... aquí traigo un drama inédito...

¡Dios mío! A poco más dejo caer el plato y la taza con el chocolate y el vaso de la leche.

No era un político, ni un acreedor, sino algo peor: ¡un poeta tronado y Dios sabe si ripioso!

—Señor mío,—balbucí con terror;—si yo no me dedico á...

—No sea V. modesto: el hombre que critica, que escribe en la prensa, que penetra en los ministerios...

—A asuntos particulares.

—Y en el teatro...

—Pagando.

—Que será ministro cualquier día...

—Eso cualquier día... que no esté en el año: el treinta de febrero pongo por caso.

—De todos modos V. ha criticado...

—Por pasatiempo, como critican otros.

—No sea V. modesto. V. puede distinguirme con su protección. V. sabe hacer, puesto que sabe juzgar.

—¡Dale! ¿Saca esa consecuencia por lo de las críticas? Pues sepa V. que es más fácil criticar mal que escribir bien. ¡Por eso es hoy tan grande el número de los *criticadores!*

—Eso son excusas, amigo mío.

Y casi á oscuras, sin hacer caso de mis advertencias, abrió aquellos autos, más voluminosos que la causa del asesinato de Prim ó el crimen de la calle de Fuencarral.

Sin ver mi gesto de desesperación, comenzó:

—«*Los asuntos de la vida.* Drama en siete actos, un prólogo y dos epílogos, original de D. Paulino Pacheco Urquijo de Utreras.» ¿Qué tal?

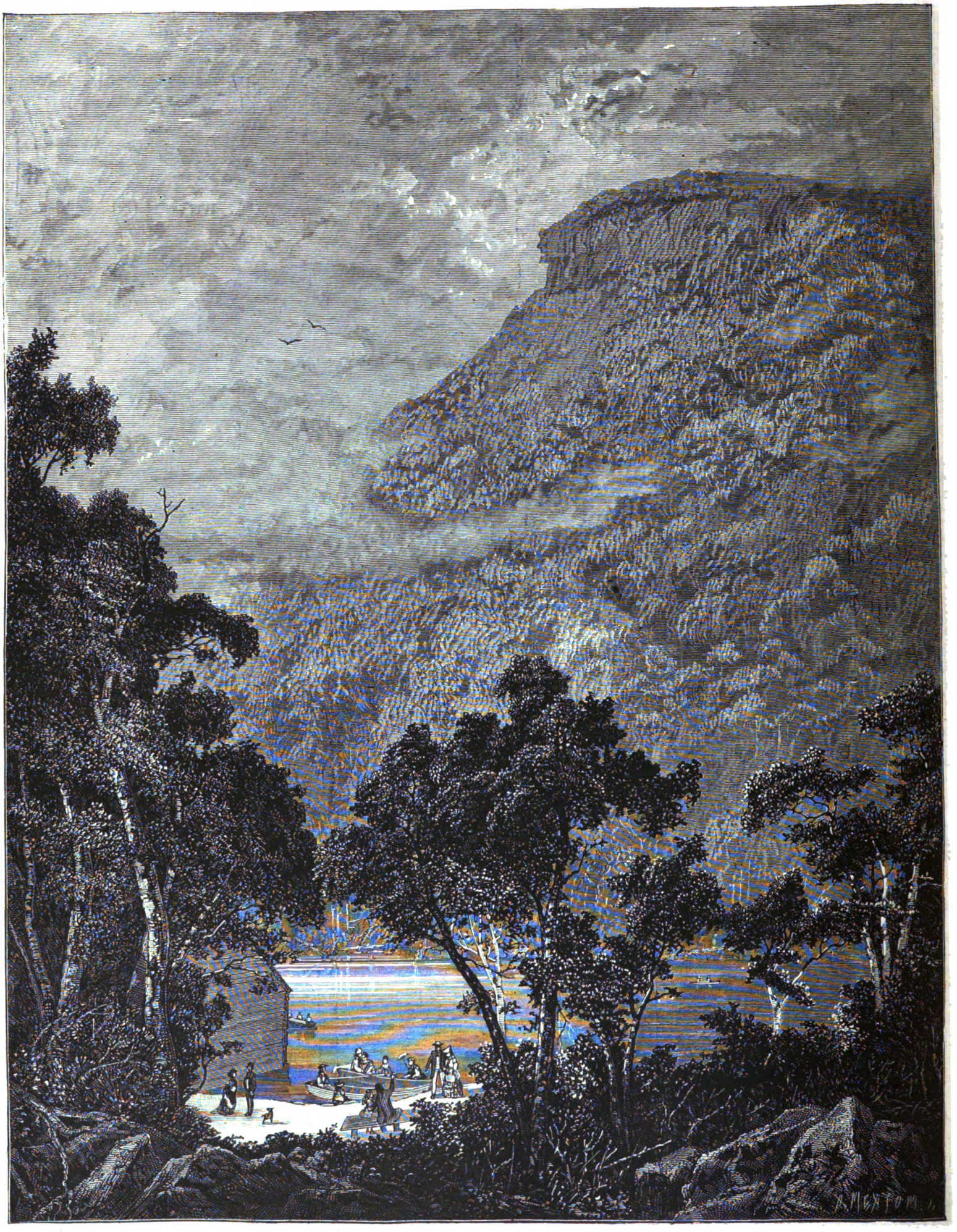
—Bien, bien: será un drama de P. y P. y doble U.

—¡Qué penetración la de V.! «*Prólogo.* Decoración del Retiro con puertas laterales. Bancos de gentes con fachadas de edificios. Al través se ve el estanque y sillas practicables.» ¿Qué tal?—volvió á repetir.

LUIS DE VAL

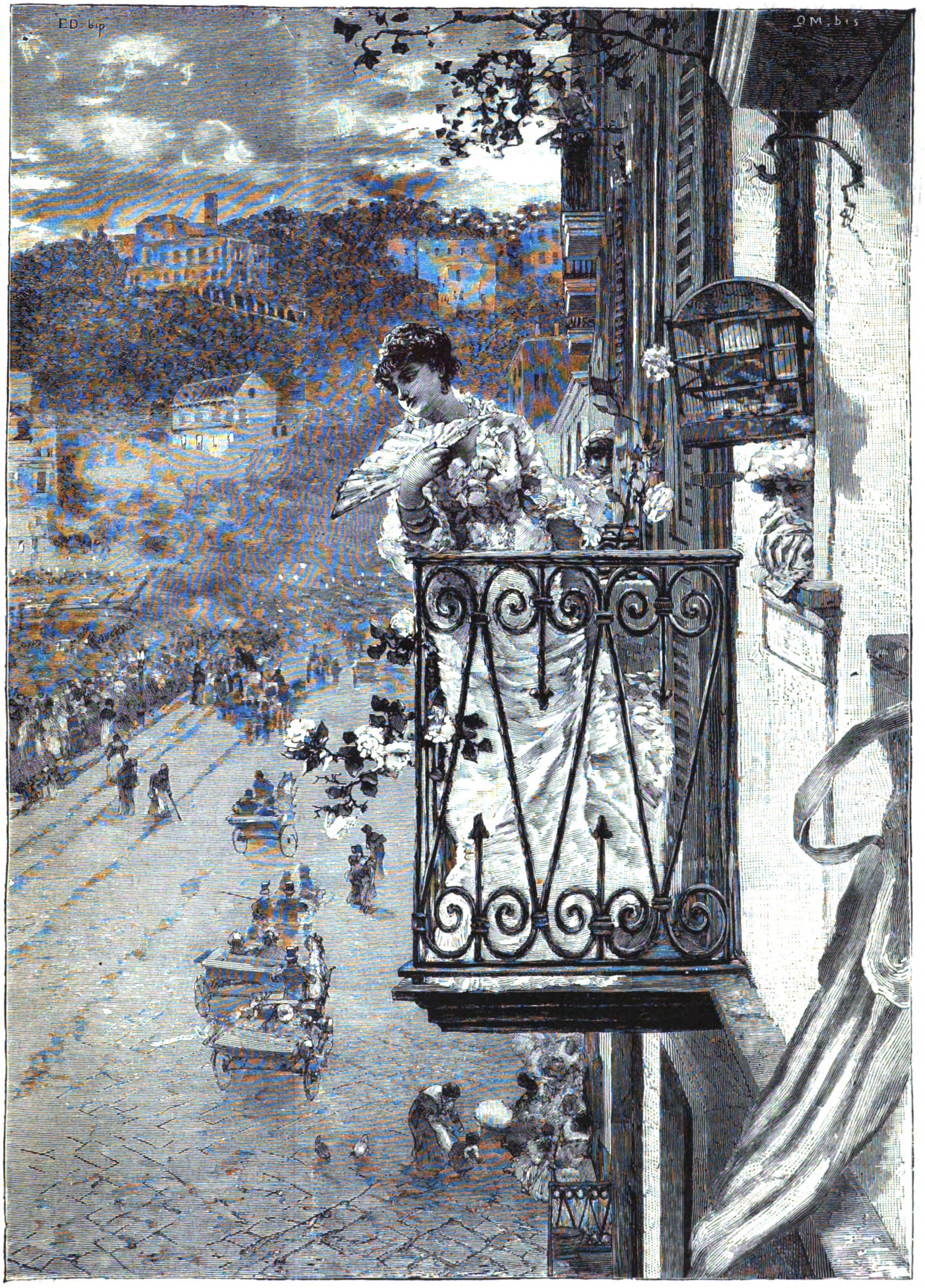
(Se concluirá)

Digitized by Google



LA MONTAÑA DEL PERFIL

Digitized by Google



EL AMOR EN EL BALCÓN (cuadro de E. Dalbono)

Digitized by Google

MAYO Y JUNIO

RECUERDOS DE GRANADA

I

¡Oh Mayo! Días son estos de alegres zambras y grandes regocijos para la gente de allá, de aquellos barrios famosos del Albaycín, tan enlazados con las historias y las leyendas de los más nobles tiempos de nuestra patria. Claras, apacibles noches convidan al observador curioso y amante del estudio de nuestras costumbres á subir por aquellos callejones, solitarios como la pena y retorcidos como puñalada de rufián.

Pero estas mismas sombras, pero estos mismos fantasmas que parecen danzar alrededor del curioso, como tenga imaginación de artista, son así como un nuevo atributo, galano y bello, con que se exornan las maravillas que allí contempla; esas maravillas ante las cuales el profano pasa sin conmoverse porque no son plásticas y no hablan á los sentidos, pero que surgen cariñosas y fieles ante el cerebro que se baña en los puros goces de la sagrada luz.

¡Oh dulce primavera, madre de las flores, reina del amor, y alegría de almas juveniles! ¡Oh Mayo delicioso, que empiezas con tus cruces y acabas con tus altares; esos altares que parecen en el Albaycín más benditos y más alegres porque están, en aquellas alturas, más cerca del cielo y más impregnados de ambrosías! Yo os visité una noche, bellos altares del Albaycín. La luna acariciaba con dulce sonrisa las negras calles. Desiguales masas de sombras ponían sus rayos en las desniveladas travesías. ¡Escalones empinadísimos! ¡Paredes blanquizcas! ¡Solitarias torres de campanas, cuyos tañidos se perdían fantásticamente en los espacios como lamentos de amor y de plegarias! ¡Viejos acueductos vestidos de yedra! ¡Viejos nichos de santos, con flores y luces! ¡Viejas casuchas de balconcitos atestados de rosas y claveles! ¡Yo os recuerdo como una sublime y primer ofrenda que Dios hace al forastero antes de llegar al recinto encantado de los misterios y de las alegrías, antes de llegar á los altares!

Aquí un ángulo tenebroso, de donde parecen surgir, con los claros oscuros de la luna, engendros deformes; allá la lucecita que asoma como una estrella por entre la rendija del portalón vetusto; ventanitas á cuyos herrajes se enroscan las madreselvas y las campanillas; aleros salientes de escuetos tejadillos que se revisten de jaramago. Y, al salir luego á la placeta de San Nicolás, el abismo á nuestros pies, iluminándose con el resplandor dulce de la luna, madre de la noche; aquel fondo de misterios, con los casuchos desnivelados de techillos que blanquean en contraste duro con los altos cipreses y los árboles que brotaron en tropel; y allá, como límite de grandezas inconmensurables, los accidentados declives del cerro que sustenta la Alhambra y su cadena negra de torreones, que se levantan en la oscuridad como grandes esfinges, símbolo de trágicas historias.

Por estas impresiones se pasa para llegar á las alturas. Aquí tropezamos con uno de repente: el del Horno del Moral, en la calle de Panaderos. Es una casa de vecinos, y cada vecino contribuye con su ofrenda para el altar, que al fin se erige con todos cuantos primores sabe encontrar para ello la ingeniosa mocita del Albaycín. Allí hay otro, en la puerta de una iglesia, ornamentándose como ninguno con las mismas preciosidades del templo. Otro en la famosa calle del Agua, donde lucen su garbo mozuelas y mocitos, con sus donaires, sus coplas y su bailar. En la plaza del Salvador brillan como pálidas estrellas multitud de farolillos. Allí hay luminarias, allí flores, allí músicas, allí lo que Dios ha criado de hermoso y alegre. Se escucha por la plaza Larga el pregón de los vendedores de los puestos de agua y dulce, de avellanas y barretas, y éntrase uno, sin saber cómo, en la calle de la Parra. Allí hay un altar que puede sacarse como modelo de todos. Es un conjunto abigarrado, pintoresco y hermosísimo de cuanto la fantasía ha podido imaginar para confusión y mareamiento de los sentidos. Es un espacio de la calle que se cubre con sábanas blanquísimas y colchas de percal de colores. En el fondo está el altar. Se ven apretadamente ramos de rosas, candeleros, velas que iluminan la imagen con profusión gigantesca y que iluminan de camino los salados rostros de aquellas muchachas del Albaycín y de los mozuelos que arman la fiesta del altar famoso. Las luces reverbenan sobre los cristales y los marcos de las cornucopias. Los pies se hunden en mullida alfombra de olorosa juncia. Sobre las sábanas, y las colgaduras, y los doselillos encarnados, y en todas partes donde la vista se dirige, hay cuadros de santos que constituyen uno de los principales ornamentos del altar.

Allí no se baila: cantan y tocan, y es un primor lo que allí se escucha de música y de canto. No hay mozuelo que no toque la guitarra, con gran jalear de los otros: no hay mozuela que no cante maravillosamente, con gran estribillo de la multitud, de alabanzas y requiebros para la que cantó. Como heroínas de la fiesta, citábanse allí tres muchachas como tres soles, cuyos nombres debían pasar á la historia, y yo las menciono aquí como principio para su fama y esplendor: eran Ana, Remedios y Antonia. A esta última pude oir solamente. Aunque *no podía* con la ronquera, de tanto como había cantado ya, por complacer y *porque no se dijese* dispúsose á ello.

Tosió el *tocaor*, reinó un silencio sepulcral, vibraron las cuerdas haciendo estremecer á los circunstantes, y Antoñita, con la gracia y el desparpajo con que saben hacerlo las mozuelas del Albaycín, salió con su copla, dulce, apenada, llena de vigores, de sentimientos, argentina, pura, embriagadora y alegre, haciendo estallar de aplausos á los que oían. Y siguió el jaleo, y siguió el barullo de coplas, de músicas, de risas, y la luna siguió vertiendo sus luces como una bendición que iba de los cielos sobre los altares del Albaycín.

PESCADERA ANTIGUA DE NEWHAVEN

II

Y nace Junio. Nace Junio, sonriente, con sus guirnaldas de rosas y con su alegre risa de amor. Sus visibles hadas y genios puros, hijos de Mayo, parecen girar en los aires fantásticamente, celebrando en honor de la Primavera una gloriosa saturnal de flores.

Llegó y pasó el Corpus con sus grandes aprestos de colgaduras, de atavíos deslumbrantes y de ricas joyas; de religiosos aparatos, de gigantones, de rezos y de animación febril. Bóvedas de luces, como un ardiente cielo de oro, surgen de entre los árboles para cobijar bajo sus constelaciones espléndidas á las hijas de este país, hermosas como la luz y buenas como la gloria. Las emociones de teatros, de rifas, de toros, de paseos, animan los semblantes, y, como rica y principal gala, se inauguran los conciertos famosos de Bretón en el palacio de Carlos V. Es un recreo para los ojos y para el espíritu ver cómo resbalan entre las indecisas penumbras de aquellos bosques los carruajes que se dirigen todos á un mismo punto. Las luces de sus faroles parecen, á lo lejos, en la oscuridad, erráticas y misteriosas estrellas deslizándose en el vacío. La luna extiende, tranquila y amante, su beso de paz sobre las altas copas de la arboleda, sobre los cármenes poéticos,

Digitized by Google

gala y admiración de los verjeles granadinos, y nos presenta, á través de las espesas frondas, delicados encajes que parecen tejer con oro las ilusiones, y alumbra, en fin, con blando y puro regocijo, las achatadas torres morunas, que fingen levantarse en la oscuridad como extraños fantasmas revestidos de yedra.

Al entrar en el gran patio de aquella vetusta mole de granito, ¡qué hermoso oasis de luces y de flores preséntase á los ojos! Divinas notas surgen bajo la mágica batuta de Bretón. Bretón ama el arte y lo respeta: siente hondo y sabe arrancar de su alma todos los perfumes y todos los sentimientos y comunicarlos inspiradamente á los profesores que dirige.

Hay algo de sutil, y de grande á la par, que se nos coge al córazón, oyendo en aquel sitio la música de los afamados maestros: figúrasenos como que toda la vida de nuestro ser se reconcentra y vibra en aquellas notas tristes, de melancolías y lágrimas; otras veces aliéntase el corazón y palpita, como á los rumores lejanos de batallas y torneos; ora surge la idea, vibra también, salta hacia otros mundos infinitamente superiores, para derrumbarse desde allí en loco torbellino, con otras que la siguen, por no sé que cielos maravillosos que cantaron en sus leyendas los fanáticos del Corán.

Gnomos y genios de aquellos bosques encantados y aquellas fábricas moras idealizadas por los poetas de Oriente parecen llegar hasta nosotros, con estas armonías, para murmurar en nuestros oídos trágicas historias y salmos de amores de vírgenes esclavas. Las olas armónicas inundan lentamente el espacio después que la imaginación ha creído verlas acariciar con sus invisibles alas todo cuanto tocan, llenando el corazón del auditorio, acariciando la escultural cabeza de las damas granadinas, hiriendo las brillantes luces, entrando por las galerías y deslizándose, en fin, invisibles siempre y hondas como el misterio, por entre aquellas columnas, techumbres y muros de granito, como el mágico y soberbio rumor con que se despeñaría sobre fina placa de oro una cascada de diamantes centelleando en sus millones de facetas.

Hay otra maravilla que admirar: la maravilla de las bengalas rojas y verdes que iluminan el misterioso bosque. Sobre el fondo negro, por encima y al través de los árboles, brillan estos resplandores que parecen despedir en aquel punto los dulces espectros de la leyenda de Loreley, trasladados desde la orilla del Rhin para fabricar en los bosques de la Alhambra sus alcázares de luz.

¡Oh Granada! ¡En ti solamente puede admirar el hombre esas maravillas! ¡No hay jardines como tus jardines del Genil cuando la luna ilumina sus cuadros primorosos de flores! ¡No hay rezo tan dulce como el que parece levantar á Dios el río que pasa lamiendo, cual perrazo noble, los pies de esas hadas que flotan en los aires al soplo de la Primavera! ¡No hay Primavera como la tuya! ¡La Primavera es la diosa del mundo, pero el trono de la diosa es la tierra granadina!

M. Martínez Barrionuevo

A...

Te irás sin que yo pueda,
amante venturoso,
mirarme satisfecho
en tus divinos ojos:
te irás sin que yo pueda
en tu querido rostro
dejar, feliz, un beso
profundo y amoroso.
Mas no te irás, hermosa,
aunque te vayas pronto,
sin leer en mi alma
que callo y que te adoro.

Camilo Pou

LA ESTATUA DE BARRO

I

Julia tenía entonces ocho años.

Era lista, bulliciosa y traviesa. Sus padres la mimaban tanto que no se la podía contrariar sin que se provocase su enojo.

Y ¡qué enojo!

Pataleaba, se descomponía sus ricitos rubios, lanzando estridentes chillidos, sin que ni una lágrima asomase á sus grandes ojos azules, que la rabieta hacía más luminosos.

PESCADERA DE NEWHAVEN CONTEMPORÁNEA

Es verdad que esto solía ocurrir muy pocas veces.

Su estado habitual era la alegría, semejándose á esos rayos de sol que refleja un espejo en las manos de los niños que lo llevan de un lado á otro sin detenerse en alguno.

Graciosa y ocurrente en sus zalamerías, no había medio de resistir á sus caprichos.

—¿Me quieres, chacho?—exclamaba saltando sobre mis rodillas y rodeándome el cuello con sus bracitos.

—Mucho. Y tú, ¿cuánto me quieres?

—Mil arrobas.

—¿Dónde nos conducirá este amor? ¿Al viaducto?

—No, chacho: á la confitería.

Una tarde, días antes de su santo, la llevé á paseo. Saltó y corrió como un cervatillo.

De vuelta á casa, nos entretuvimos curioseando los escaparates de las tiendas.

Todo cuanto veía se le antojaba.

En un comercio de bisutería y juguetes, lleno de objetos de metal y piedras falsas, en los cuales la luz del gas se descomponía en mil brillantes colores, Julia lanzó un grito de asombro.

—¡Mira, chacho, mira!—dijo señalando con el índice el centro del escaparate.—¡Qué bonito! ¡Qué bonito!

Era una gentil y hermosa estatua de barro cocido, que, sobre su peana de ébano, se levantaba sobre la punta de los pies, describiendo una elegante curva.

Tenía los brazos abiertos, como acariciando al que la contemplaba. El escultor había impreso en su rostro una sonrisa sensual y maliciosa.

El seno estaba descotado, y la túnica, echada atrás por el viento, ceñía sus estrechas formas, cuyos contornos eran de una corrección admirable.

Había calor en su mirada, voluptuosidad en sus labios y juventud, frescura y gracia en toda ella.

—¡Qué bonito! ¡Qué bonito!—repetía Julia saliéndosele el alma por los ojos.

—¿Te gusta?

—Sí, chacho. Cómpramela.

—¿Para qué la quieres?

—Para jugar con ella. Le contaré muchas cosas, comerá y dormirá conmigo, la abrazaré y será mi amiguita. ¿Me la compras?

—Sí.

—¿Cuándo?

—El día de tu santo.

—No: ahora.

Mimos, besos y abrazos triunfaron de mi debilidad, y volvimos á casa con la estatua de barro.

Digitized by Google

LA PASTORA Y SU REBAÑO (cuadro de Millet)

Digitized by Google

LA CALCETERA (cuadro de Millet)

Digitized by Google

II

A los quince días fuí á felicitar á Julia.

Su madre salió á mi encuentro.

—¡Buena la ha hecho V.!—me dijo la pobre señora, toda compungida.

—¿Qué ocurre?

—Hace dos días que Julia no se ve limpia de calentura.

Y á renglón seguido me contó que desde la noche en que compramos la estatua no se la podía sufrir, llevando y trayendo á todos los de la casa como á unos zarandillos, desalojando muebles y quitando cachivaches, ahora en la sala, luego en el comedor, después en el gabinete y cuando de la alcoba, para colocar dignamente á la recién llegada; que habían tenido riñas, rabietas, lágrimas y algún que otro pescozón, cayendo últimamente en cama con una intensísima fiebre.

—Venga V., venga V. por aquí.

Pasamos á la alcoba.

Así que me vió, la enferma tendió hacia mí sus bracitos.

—Acércate,—me dijo.

—¿Qué te duele?

—La cabeza.

—¡Pobrecita! ¿Quién te ha hecho pupa?

—Esa.

Y señaló á la estatua.

—¡Bribona!—murmuré amenazando á la delincuente.—¡Te he de matar!

—Es muy mala: desde la noche que la trajimos ha ocupado los mejores sitios de la casa; he sufrido por ella que papá y mamá me riñan y peguen; junto á mí se sentó en la mesa y comió en mi plato; ha dormido en mi cama, la cuento mis secretos, la beso, la abrazo... y ella... ella...

—¿Qué te ha hecho?

—No me quiere.

—¡Esas tenemos!

—Mírala: siempre está lo mismo. La cuento mis penas y no hace caso; la beso y no me besa; la hablo y no me responde... Si lloro, se ríe; se ríe cuando estoy triste, cuando me castiga mamá, cuando papá no quiere llevarme al teatro, cuando estoy enferma... Mírala, mírala: se está riendo de mí; no me quiere: pégala.

—¡Toma! ¡Toma!—dije simulando una cachetina de padre y muy señor mío.

La estatua siguió con su inmóvil sonrisa en los labios.

Julia, nerviosa y temblando de ira más que de fiebre, se incorporó en el lecho.

—¿Lo ves? No hace caso. Tráela aquí, que me las va á pagar todas juntas.

Coloqué la estatua de barro sobre la cama, y, en el instante, encarándose con ella, prorrumpió la enferma:

—¿Me quieres? ¿Me abrazarás cuando te abrace? ¿Te reirás si lloro?... ¿No me respondes? ¿Te sigues riendo?... No quiero que te rías: ¿oyes? ¡Qué no te rías!... ¡Ah! ¿No me haces caso?... Pues ¡ea! todo ha concluído entre nosotras. Vete, vete: no quiero volverte á ver.

Y, envolviéndose en las sábanas, dió un puntapié á la estatua.

La escultura cayó rodando al suelo y se hizo mil pedazos.

III

Pasaron los años.

Todavía recuerdo aquella escena que entonces me hizo reir y que hoy, al cumplir Julia los veinte años de edad y segundo de matrimonio, es causa de lágrimas sin cuento.

El único que no siente ni padece es su marido, gentil y arrogante mozo con quien Julia, contrariando la voluntad de sus padres, desoyendo sus consejos y atropellando por todo, se casó después de un ruidoso escándalo.

¡Pobre Julia!

Pasada la luna de miel, su salud empezó á decaer de tal suerte que los médicos han desesperado de salvarla.

Hacía muchos años que no nos veíamos, y anoche corrí á su lado.

—Me muero,—me dijo estrechando mi mano entre las suyas.

—Eso no es nada: pasará pronto.

—Mi mal no tiene remedio: alcanza toda mi vida; está en la educación, en las costumbres y en mi engañosa naturaleza. Nos crían ignorantes para mantenernos virtuosas, nos ocultan el mal temiendo que nos pervierta, y así, sin dejar de ser honradas, caemos más fácilmente. Nos enseñan á codiciar lo hermoso y no se cuidan de hacernos amar lo bueno. Más instinto que corazón, más naturaleza que espíritu y más deseo que sentimiento, me he dejado llevar de los sentidos uniéndome á un hombre que no me ama y á quien no podré amar ya tampoco porque no tiene corazón ni inteligencia, porque es un cuerpo sin alma, una hermosa estatua de barro como aquella que me regalaste, siendo niña, el día de mi cumpleaños.

VICENTE COLORADO

TRAJE DE CASA.—ABRIGO

LA DIVA

(CONCLUSIÓN)

Todos mis amigos se creyeron con derecho á aconsejarme y me sermonearon de lo lindo; pero sus discursos se perdían en el desierto, porque yo no les prestaba atención ó me enfurecía su charla, que más de cuatro veces achaqué á la envidia. Me malquisté con la mayor parte de ellos y por mucho tiempo no tuve más pensamiento que el que te acabo de indicar.

Un día abordé la cuestión de frente, la dije mis proyectos de matrimonio, esperando su aprobación; pero, en vez de demostrarme alegría (¡cosa extraña!), empezó con evasivas, con medias negaciones, con disculpas, hasta terminar en un *no* en redondo.

Me quedé estupefacto. ¡Cómo! ¡La mujer que tanto amor me demostraba no quería unirse á mí! ¡No ansiaba presentarse ante el mundo como mi legítima esposa! ¡No deseaba participar de mis penas y de mis alegrías! ¡No era su dicha lo que sólo con pensarlo me enloquecía! Recuerdo que mis ideas se enroscaban en la mente y daban vueltas en confuso tropel, se movían, se agitaban, de las cenizas de las unas brotaban otras, no sabía lo que pensaba, y pensaba, sin embargo; y, por último, de todo este confuso maremagnum de pensamientos surgió de repente uno que me devolvió la calma. ¿A qué dudar de su amor, cuando la explicación de su negativa era tan sencilla y tan natural?

Ella vivía en una atmósfera de gloria: todos la admiraban, la aplaudían cien manos cuando abría la boca. Si se casaba conmigo, tendría que renunciar á aquella vida, los aplausos no resonarían ya sino en su memoria, los laureles de las coronas, colgadas de algún oxidado clavo, irían cayéndose poco á poco, y aquella voz argentina, que llegaba al corazón, tendría que permanecer muda. Por esto vacilaba. La embriaguez de la gloria la hacía mi amante. Decididamente la gloria y la modestia están reñidas.

No sé si te he dicho que yo iba todas las tardes á su casa, lujosamente amueblada por mí, y llena de cachivaches y monerías, también sacados de mi bolsillo. Pues bien: no pasé un día sin verla en todo aquel tiempo, porque su amor era mi vida. Pero llegó un día fatal entonces. Fuí á su casa, traspasé el umbral de la puerta, y, cuando comenzaba á subir las escaleras, oí la gangosa voz de la portera, que decía:

—¡Señorito! ¡Señorito! ¿Va V. al entresuelo?

—¡Como siempre!—repliqué.

—Pues no hay nadie,—añadió con sonrisa burlona.—Se ha ido fuera de Madrid.

—¡Fuera de Madrid!

—Sí, señorito. Y no es eso lo peor, sino que el *impresario* la quiere poner por justicia. ¡Como que se lleva un trimestre *adelantao* del *treatro*! Pero el que tiene la culpa es el tenientucho. ¡Buen peine está! ¡*Miste* que escaparse con un teniente de la reserva!

Cuando acabó su cháchara insoportable la portera, quedé por un momento frío: después se apoderó de mí el calor de la ira, pasó como una nube mi proyectado matrimonio, y, herido de mortal angustia, salí del portal, repitiendo con tono de fingido desprecio, pero en realidad con reconcentrada rabia:

—¡Mire V. que escaparse con un teniente de la reserva!

Sí: ya hacía bastante tiempo que la encontraba yo muy *reservada*.

. . . . . .

Han pasado algunos años y con ellos aquel juvenil y ardiente amor.

Cuando pienso que estuve al borde del abismo me da frío.

Algunos días la veo ahora por la calle. Ya su belleza ha decaído, se amortiguó el brillo de sus ojos, y la graciosa boca está contraída siempre, quizá por el padecer.

Y cuando la miro pasar rozando conmigo por la misma acera, asoma á mi boca una sonrisa y exclamo por lo bajo:

Digitized by Google

«—¡Qué bien obraste aquel día!»
Y ella, mordiéndose los labios, dirá...
—Sí,—interrumpí á Antonio en su discurso;
—dirá: «—¡Qué mal hice el día aquel!»

EDUARDO VILLEGAS

¡MÁLAGA!

(Á MI INOLVIDABLE PAISANO SALVADOR RUEDA)

¡Dichoso el que nunca ha visto
más río que el de su patria
y duerme, anciano, á la sombra
do pequeñuelo jugaba!
ALBERTO DE LISTA

¡Oh patria de mis amores!
¡Oh queridísima Málaga!
¡Quién se viera pajarillo
para buscar con mis alas
en tu maternal regazo
las caricias que me faltan!
¡Quién pudiera pasearse
por tus deliciosas playas
contemplando aquellas olas
juguetonas que las bañan;
extasiarme con tu ambiente,
embeberme con tus gracias,
disfrutar de tu ambrosía
y aspirar con locas ansias
los suavísimos aromas
que por doquiera derramas!
¡Quién pudiera columpiarse
cual niño me columpiaba
en los árboles floridos
debajo de la *Coracha*,
admirando el ancho piélago
que se extendía á mis plantas,
y los hermosos vapores
y las infinitas lanchas
que dulcemente mecíanse
en un manto de esmeralda!
¡Oh! ¡Quién pudiera volverse
á los sueños de la infancia!
¡Mas para mí se pasaron
como se pasa una ráfaga
que fugaz desaparece
al momento de exhalarla!
Me dormí siendo muy niño:
desperté... ¡y no encontré nada!
Oscuridad, lobreguez,
la tempestad muy cercana...
¡y sin encontrar un punto
en donde posar mi planta!
Me vi alejado de ti
y se me entristeció el alma.
Tú tenías la alegría
y lo triste me esperaba.
Cuando bajo de tu techo
dichosa me cobijabas,
arrollándome en tus mágicos
efluvios de rosa y grana,
la fortuna sonreíame
y me prestaba sus alas.
Mas ¡ay! ¡volé demasiado!
Puse mi idea tan alta,
que las alas, inconstantes,
abandonáronme... ¡ingratas!...
y con estrépito horrible
crujieron mis esperanzas,
osciló la llama tenue
que débil las sustentaba,
y se extinguió cual se extingue
la luz, de alimento falta...
Y huyeron de mí, volaron
desapareciendo rápidas
como raudo desparece
el leve soplo del aura;
se rompieron cual las olas
que chocan en tus murallas,
y sumíme en el abismo
de la espantosa desgracia!
. . . . . .
¡Oh patria de mis amores,
quién á tus brazos tornara!
Allí se escucha la nota
grave, armónica, del arpa;
se oye de los pajarillos
la deliciosa algazara,
que se asemeja á los cánticos
dulcísimos de las hadas;
la naturaleza ríe
mostrando su faz galana;
y, entre las mil maravillas
que tus pétalos esmaltan,
los góticos edificios
se elevan con arrogancia,
bañados de poesía
y cubiertos por la capa
de un firmamento sereno,
de una bóveda sin manchas,
de unas regiones sin límites
donde la estela dorada
que tras sí dejan los rayos
del sol, se refleja pálida,
completando el delicioso
conjunto que te engalana.
En ti vive la alegría
palpitante, alborozada:
aquí reina la tristeza
y lo sombrío resalta.
Allí los dulces efluvios
de la ciudad sacrosanta:
aquí está la noche eterna
con sus sombras y fantasmas.
¡Contigo, los días de éxtasis:
sin ti, las horas amargas!
. . . . . .
Pero aunque no me columpio
do niño me columpiaba,
ni aspiro en tu lindo muelle
la brisa de la mañana;
aunque no veo la luz
poética que te baña,
ni me envuelvo en tus perfumes
ni en tu ambiente ni en tus gracias,
ni oigo el choque de las olas
que rompen en tus murallas;
tu recuerdo vive en mí
latente, querida Malaga;
y en las sombras de que veo
mi existencia rodeada,
con tu natural donaire
arrogante te levantas.
Sí, sí: ¡siempre te veré
agitarte en esas vagas
tinieblas que ahora rodean
mis marchitas esperanzas!
Pues aunque no esté á tu lado,
tu imagen está grabada
con caracteres de fuego
en el fondo de mi alma!
. . . . . .

G. PELAYO VIZUETE

SALIDA DE TEATRO

Faltarán á tu vida los placeres,
la gloria, los amores, la amistad,
la dicha, la esperanza... Los pesares...
¡esos no faltarán!

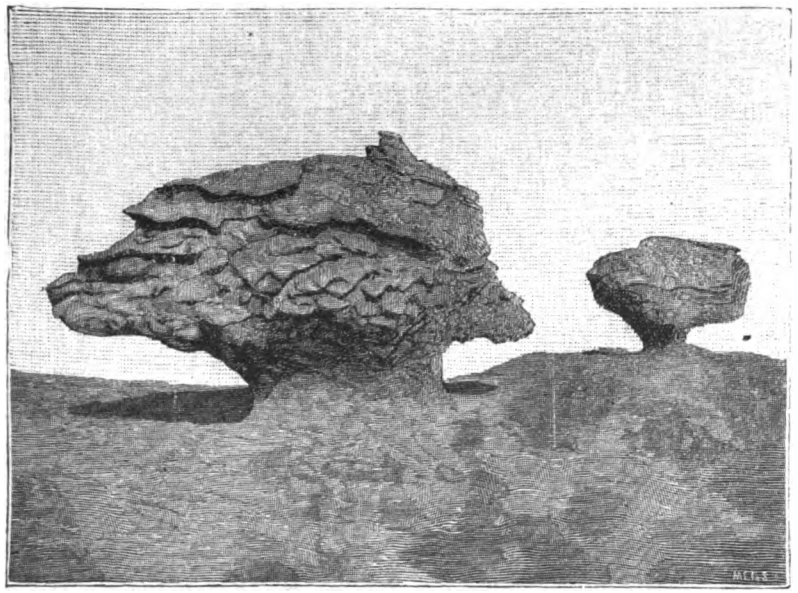
FEDERICO BALART

Digitized by Google

CASA DEL JEFE DE LOS SEUNUSSI DE SYUAH Y LA NUEVA MEZQUITA EN CONSTRUCCIÓN

MUJER DE LA TRIBU VALAD-ALI

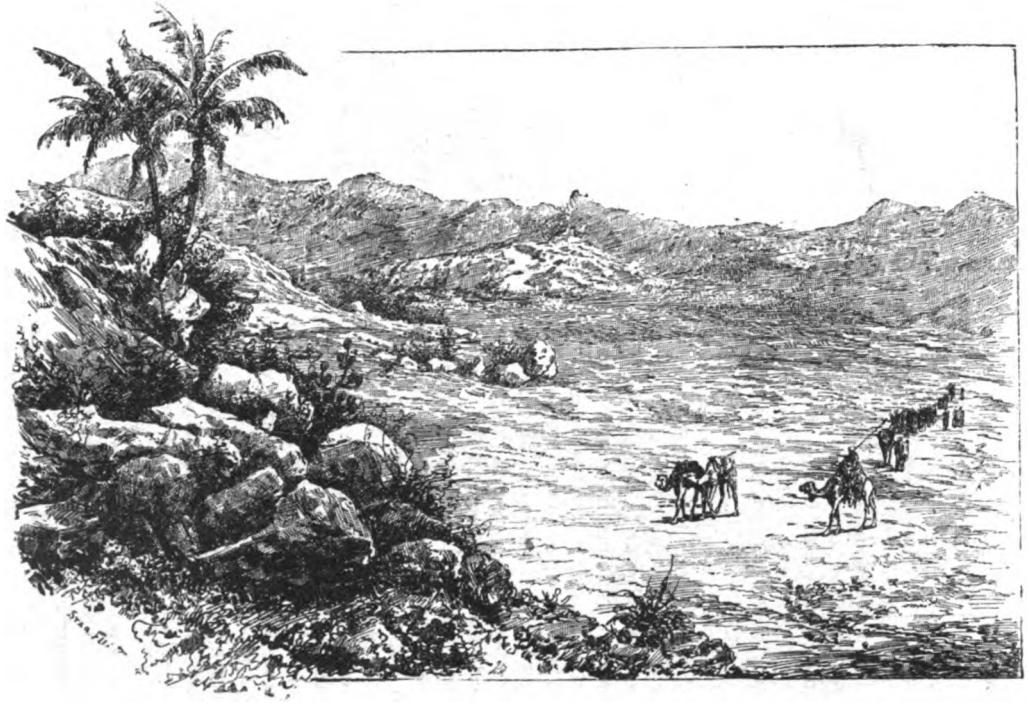
Digitized by Google



ROCAS CORROÍDAS POR EL AIRE EN EL OASIS DE SARAH

NIÑO EGIPCIO

BARBERO DE SYUAH



ALREDEDORES DE SYUAH

SCHADUF Ó NORIA DE LOS INDÍGENAS

Digitized by Google

DIAS ACIAGOS

Lunes era, lunes, bien lo recuerdo. No era martes, ni siquiera estábamos á trece, sino á ocho... ¡para que se fíen Vds. luego de las fechas infaustas ó de los días con *erre!*

Ya muy de madrugada, y como no me fuese posible conciliar el sueño, caí en la tentación de leer un periódico festivo, y literario por añadidura (aunque es posible que eso de literario sea una broma con que el papel justifique lo de festivo), y en una de las primeras estrofas de cierta composición, bastante bien hecha por más señas, tropezaron mis ojos con el verso siguiente:

y nunca los alhagos ni las caricias...

Ya sé yo que escribir *alhagos* en vez de *halagos* (como debe escribirse) no es un crimen; ya comprendo que un poeta, para ser buen poeta, no necesita saber de coro las reglas de ortografía; pero, al fin y al cabo, quien escribe para el público, y en periódico literario, parece que está obligado á emplear las voces del idioma con toda propiedad y con todos sus arrequives de acentos, aches, etc., etc.

Sea como fuere, la verdad es que no pude seguir leyendo aquella composición, y comencé á *saborear* otra, en la cual hallé, á la primera de cambio, este apóstrofe:

Sois un atajo de necios.

¡¡*Atajo!!* Pero, señor poeta festivo: mire V. que *hatajo* tiene, de hecho y de derecho, una *h* al principio, y no hay razón para privarle de ella por un simple antojo ó un antojo simple de V. Ya sé, como sabemos todos, que hay quien echa por el *atajo* y que no hay *atajo* sin trabajo; pero, amigo mío, esos son otros *atajos*, y en el caso concreto, como ahora se dice, ha debido V. escribir *hatajo*, porque hay *atajos* y *hatajos* y es necesario distinguir. Cierto que en la misma composición, y como tres versos más abajo, encontré un

de su seno exhuberante.

¡¡*Exhuberante!!* ¡Cátate ahí la *h* que nos hacía falta para el *hatajo* y que en *exhuberante* es un derroche!

Pasé desde los versificadores á los prosistas, y en la tercera línea de una novela ó cuento hallé la palabra *expontaneidad*, que fué bastante para que yo, espontáneamente, renunciase á seguir leyendo. Santo y muy bueno, sí, señor, muy santo y muy bueno que no demos á los tiquis miquis gramaticales la importancia que algunos quieren darles; pero exigir, en el que á literato se dedica y de escritor ejerce, que conozca un poco el idioma, me parece tan natural y tan lógico como pedir al solador que conozca el aciche y al zapatero que sepa algo de la lezna y del tirapié.

Podrá parecer una puerilidad, pero aquel comienzo de día fué para mí triste presagio. —Mal empezamos hoy,—pensé.—Ojalá que bien acabemos.—Pocas horas después de haber formulado á mis solas aquel deseo, supe la desgracia acaecida á la entrada del ferrocarril del Norte. No voy á referir un hecho que todos conocen, y cuyos pormenores y cuyas causas, ya viejos, publicaron entonces casi todos los periódicos; pero sí quiero que el lector benévolo se fije, para establecer comparación, en que la falta de vigilancia fué causa de una verdadera catástrofe.

La enumeración de los heridos y contusos, la descripción de los coches inutilizados y los demás pormenores de aquel tristísimo suceso, á más de ser innecesarios, darían á estas líneas un color sombrío y una entonación plañidera que yo no quiero darles; que hartos motivos hay, por donde quiera, de gemir y llorar, para que ahorremos en cuanto nos sea posible las lágrimas y los gemidos. Algo se dijo sobre exigir á la empresa no sé qué responsabilidad y no sé qué indemnizaciones de daños y perjuicios; pero ya han visto Vds. cómo todo eso se convierte en agua de borrajas. Siempre ha sucedido lo mismo y ahora no había de suceder otra cosa. ¿Por qué? El por qué sospecho este resultado no me atrevo á decirlo, y el por qué se obtiene siempre el mismo no acierto á explicarlo; pero así sucede. Señalo el hecho, cuya exactitud no puede ser desmentida, y paso adelante.

Suele decirse que «iguales causas producen los mismos efectos.» Es muy posible que así sea, no lo discuto ahora; pero acontece también que causas contrarias produzcan efectos idénticos. La falta de vigilancia produjo las desgracias irreparables á que acabo de referirme, y pocas horas después la sobra de vigilancia producía en aquel mismo sitio lamentables escenas. Tampoco voy á entristecer á Vds. con la narración, ya inútil, de lo acontecido á la llegada del señor D. Antonio Cánovas. Si la mitad, si la milésima parte de celo que algunos vigilantes mostraron por la noche para evitar ó castigar supuestos gritos ó gritos reales, se hubiese desplegado por la mañana para hacer cumplir con sus deberes á los empleados de la empresa, no habría ocurrido el choque del tren con la máquina que hacía maniobras.

Pero nosotros somos así, como nos hizo Dios: la vida de todos los viajeros que vienen en un tren nos interesa menos que la mortificación de amor propio que pueda padecer *un Jefe*. Y así anda ello: por la mañana no hay quien preste socorro ni quien ayude á los heridos que reclaman prontos auxilios; y de noche hay de sobras quien apalee y maniate á un ciudadano de quien se sabe, ó se supone solamente, que ha gritado *¡fuera!* ó ha lanzado un silbido.

Pero, excelentísimo señor ministro de la Gobernación: ¿en qué país vivimos? V., hombre de ley, ex ministro de Gracia y Justicia; V., el hombre del *sentido jurídico;* V., que por temperamento es amante de la corrección y de las delicadezas en todo; ¿verá impasible que los empleados dependientes de su Ministerio ejerzan de poder legislativo, de poder ejecutivo y de poder judicial, todo á un tiempo?

Ellos legislan, aplicando al delito de gritar, por ejemplo, la pena de tantos más cuantos palos; ellos se convierten en jueces conduciendo á quien les parece á sufrir esa pena y ejecutándola por sí mismos; y ellos, en fin, se creen el poder ejecutivo, disponiendo lo necesario para el cumplimiento de esa ley que ellos han inventado y la ejecución de esa pena que ellos han impuesto.

Si así hemos de seguir, suprímanse los Cuerpos Colegisladores, suprímase la magistratura, y quédense dueños y señores de vidas y haciendas los policías más ó menos secretos. ¡Vaya V. á saber! Acaso esto nos resultase más cómodo. Desde luego sería mucho más barato. Lo que sucede, de todos modos, es que con las epidemias por una parte, con la falta de dinero por otra, con los guardas de consumos á quienes los dedos se les antojan matuteros por el día, y con los policíacos á quienes cualquier vecino les parece silbante por la noche, estamos viviendo de milagro.

¡Y pensar que todos esas cosas y muchas más que omito ocurrieron en lunes! ¡Buen principio de semana por cierto!

¡Digo, digo si nos favoreció, por ser su día, la Virgen de Septiembre! Nunca más oportunamente que aquel día pudieron repetir sus devotos aquello que nos enseñaban nuestros piadosos y católicos predecesores: *Fíate en la Virgen y no corras.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ

P. D. Ni yo tuve la desgracia de viajar en el tren de Irún, ni, como se comprende, pensé en bajar á recibir á Cánovas: no fuí, por consiguiente, testigo presencial del uno ni del otro suceso. A lo que en los periódicos he leído me atengo y sobre ellos declino toda responsabilidad. De las relaciones de los diarios, conformes en el fondo, si bien distintas en algo accidental, se deduce que, en efecto, las dos desgracias ocurrieron y que los agentes de orden público pecaron

unos por carta de más
y otros por carta de menos.

Septiembre 1890.

NUESTROS GRABADOS

LADY HAMILTON

Retrato por Romney

Dos extrañas personalidades encierra ese retrato: aquella hija de un criado de escalera abajo que paseó su infamia y su hermosura por toda Europa, llegando á ser la idolatrada del gran Nelson y acabando por morir en la miseria; y la incomparable modelo que cual nadie sabía afectar la expresión necesaria para la representación del personaje, incluso la *Diosa Hygie* en paños menos que menores. Por ese retrato que acompañamos hoy (Miranda, en *La Tempestad*) vese que Emma Lyons comprendía perfectamente la cara que tenía que poner en el acto en que huye de Caliban (no Emilio Bergerat, sino el de Shakespeare).

MISTRESS STANNARD

Mistress Arturo Stannard es una distinguida noveladora inglesa, muy notable por su espíritu observador, lo cual hace que cuantos se la acercan teman en gran manera no verse *mis en feuilleton*. Su especialidad son las novelas militares, y más en particular las referentes al arma de caballería; y no es de extrañar, eso sabiendo, que uno de los aforismos de nuestra *authoress* es que «el arte no tiene sexo.» Ha escrito unos doce tomos, de los que se han vendido 600,000 ejemplares, siendo los más populares *La vida de la caballería, Baladas del regimiento, Capullos, Miss Bob, El niño de Bootle*, etc. Sábese que es gran coleccionadora de cachivaches de cerámica y admiradora ferviente de Mr. John Ruskin, el célebre escultor y tratadista de estética.

LA MONTAÑA DEL PERFIL

Esto es, la montaña que afecta la forma de un perfil de león, mediante la buena voluntad del espectador. Forma parte de los Montes Apalaches y está bañada por el Hudson.

EL AMOR DESDE EL BALCÓN

Acuarela de E. Dalbono

Muchos escritores y pintores y músicos han salido de Nápoles, pero ninguno ha sentido la poesía como Eduardo Dalbono. Hay que decir ahora que, sin duda por haberlo tomado de nosotros, *hácese* en Napoles de una manera desaforada el amor desde el balcón, á lo cual contribuyen, sin duda, además de nuestras tradiciones, aquel clima tan suave y las buenas vistas que desde los miradores se disfrutan; cosas que no cuestan un céntimo. Dalbono ha sorprendido el momento oportuno y ha volcado sobre la acuarela la exacta realidad de una calle de Nápoles en la hora en que se acostumbra hacer el oso.

PESCADERAS DE NEWHAVEN

Newhaven, á dos millas de Edimburgo, es una población de pescadores que presenta la particularidad de no haber cambiado en nada desde el siglo XV, debido á que allí no se casa nadie con ningún forastero, conservándose con el mayor rigor las tradiciones respecto á la manera de trabajar, usos y costumbres. Las mujeres son robustas, física y moralmente; cabellos de oro, complexión flórida, color sano, dulce voz, y, según dicen, unos tobillos muy finos, y con eso buenas liberalas, en lo cual se distinguen del sexo feo, que es allí eminentemente conservador.

LOS DOS CUADROS DE MILLET

Menester fué que se muriera para que la gente reconociera á Millet por un pintor de genio y se pagasen 100,000 duros por el *Angelus*, vendido por el pintor por la suma de 12,000 reales. Damos hoy del ilustre maestro de Barbizon dos páginas admirables: *La pastora de ovejas y su rebaño* y *La calcetera*. Resplandece en ambas obras aquella majestad y aquella profunda calma que tan poderosamente descubría Millet en la vida del trabajo del campo, aquella melancolía penetrante que se revelaba á sus ojos ante el espectáculo de la naturaleza y aquellos gálibos de mujeres deformados, toscos y, sin embargo, esculturales, bellos como si fueran modelados por el propio Fidias.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

El lector podrá ver hoy algunos tipos y monumentos del oasis de Júpiter Ammon, no menos curiosos que los que veníamos dando. El *schaduf* es la noria de aquellas gentes, reducida á un estado de los más rudimentarios, tal como se conocía en tiempo de los egipcios, á orillas del Nilo.

Digitized by Google

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Sólo os diré, David,—replicó Alan con acento tranquilo,—que hace largo tiempo os debo la vida, y que ahora os debo dinero; mas os agradecería que no me lo recordarais.

Estas palabras debían haberme conmovido, pero no sucedió así, porque comprendía que obraba mal, y en aquel momento estaba enojado no solamente contra mi compañero, sino contra mí mismo, por lo cual fuí más cruel.

—¿Deseáis que hable?—dije.—Pues bien: lo haré. Confesáis que me habéis ocasionado un perjuicio, y ahora añadiré que por vos he debido sufrir una afrenta; pero yo no os había dicho nada, y vos sois el primero en recordar este asunto. Ahora me censuráis, sin duda, porque no canto y bailo, como si fuera motivo de alegría recibir un insulto; y ya no me faltaría más que arrodillarme para daros gracias por ello. Deberíais pensar más en los otros, Alan Breck, y entonces no os ocuparíais tanto en vos mismo. Cuando un amigo que os estima tolera una ofensa sin deciros nada, deberíais callar también.

—Convenido,—dijo Alan;—no hablemos más sobre el asunto.

Y volvimos á permanecer silenciosos hasta llegar al punto en que debíamos detenernos, y almorzamos y dormimos sin pronunciar una palabra.

Nuestro guía nos dejó al otro lado del Loch Rannoch á la caída de la tarde del día siguiente, manifestándonos su parecer sobre el mejor camino que podríamos tomar, y aconsejándonos que nos dirigiéramos desde luego á las alturas de la montaña para dar la vuelta por Glen Lyon, Glen Lochay y Glen Dochart, á fin de llegar á las Tierras bajas por Kippen y la corriente superior del Forth. A mi compañero no le agradaba aquel camino, porque era preciso atravesar el país habitado por sus enemigos los Glenorchy y los Campbells, y objetó que si fuéramos por el este llegaríamos casi de una vez al distrito de los Stewarts, pudiendo dirigirnos después á nuestro destino; pero el guía alegó muy buenas razones en contra, dando á conocer los puntos en que encontraríamos mayor ó menor número de enemigos.

En su consecuencia adoptóse el itinerario aconsejado por el guía, y durante tres noches avanzamos por las montañas, rodeados á menudo de una espesa niebla, empapada la ropa por el abundante rocío, y sin ver nunca el sol. De día dormíamos entre los brezos, y de noche franqueábamos colinas y rocas, siendo á veces forzoso detenernos hasta que se disipase la niebla, á fin de no caer por algún despeñadero. No debía pensarse en encenderse una hoguera, y de consiguiente nuestro único alimento era un poco de carne fiambre de la que nos habían dado en la Jaula, rociada con un trago de aguardiente. En cuanto al agua, había desgraciadamente más de la que necesitábamos.

Malos días fueron aquellos, no sólo por la fatiga, sino por el mal tiempo y la tristeza del país. Además de esto, aquejábanme otra vez las anginas, tiritaba continuamente por el frío que me producía la humedad, me dolía todo el cuerpo, y, con la ropa empapada en agua, apenas podía dormir.

Hasta nosotros llegaba el rumor de las corrientes de numerosos ríos. Por efecto de aquella lluvia continua, los manantiales de las montañas se desbordaban: en todos los valles precipitábanse las aguas con violencia cual si cayeran en una cisterna, y seguramente habían salido de su cauce.

Durante esta horrible excursión no hubo familiaridad alguna entre mi compañero y yo, y apenas nos dirigíamos la palabra. La verdad es que yo me sentía muy enfermo, y, por otra parte, costábame trabajo olvidar y estaba irritado contra mi amigo y contra mí. Por espacio de dos días Alan se mostró muy amable, aunque silencioso, esperando, sin duda, que mi enojo se desvanecería al fin; pero yo, alimentando mi cólera cuanto me era posible, rehusaba sus servicios, mirándole con la mayor indiferencia.

Al amanecer del tercer día, antes de llegar al sitio en que debíamos hacer alto, Alan me miró con expresión de enojo, y díjome por novena vez desde que nos habíamos separado del guía:

—Dadme vuestro paquete, porque veo que estáis muy fatigado.

—Gracias,—contesté con frialdad;—bien puedo llevarlo yo.

—No os lo ofreceré más,—replicó Alan sonrojándose,—pues no soy hombre de mucha paciencia, David.

—Jamás dije que lo fuerais,—contesté, como podía haberlo hecho un chico de diez años.

Alan no me respondió, pero su conducta fué otra desde aquel momento. Seguramente se daba por perdonado el incidente ocurrido en la Jaula de Cluny, pues comenzó á silbar y cantar, mirándome sólo de vez en cuando con una sonrisa provocadora.

La tercera noche debíamos atravesar la extremidad oriental del país de Balquidder. El tiempo se serenaba, pero hacía frío á causa de soplar un viento norte que disipaba las nubes, haciendo brillar más las estrellas. Mi compañero se había reanimado mucho, pero el cambio de tiempo llegaba demasiado tarde para mí, porque me sentía verdaderamente enfermo: experimentaba á cada momento estremecimientos y escalofríos, y costábame mucho trabajo andar. En tan triste estado hube de sufrir las impertinencias de Alan, que me dirigía de vez en cuando indirectas desagradables. Oíle pronunciar á menudo la palabra *Whig;* y una vez me dijo: —¡Hola! Aquí habrá que saltar, amiguito mío. Veamos cómo os lucís, vos que sois maestro.

No se me ocultaba que de todo esto tenía yo la culpa; pero en aquel momento sufría demasiado para arrepentirme, tanto más cuanto que me parecía llegada la hora de exhalar allí el postrer aliento: sin duda iba á morir en aquellas montañas lo mismo que un papanatas ó un zorro, y mis huesos blanquearían como los de un animal salvaje.

GASTAR BIEN

A tus gustos no me opongo,
veo te sobra razón:
toma, y cómprate *jabón*
de los PRÍNCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, París.

ABRIGOS DE OTOÑO

Digitized by Google

Una vez me caí, ó, más bien, las piernas se doblaron bajo el peso de mi cuerpo, y esto llamó la atención de Alan un instante; pero púseme en pie al punto, y seguí andando con tanta naturalidad que Alan olvidó muy pronto el incidente.

Sin embargo, unas veces el sudor inundaba mi rostro y otras me quedaba frío como el hielo; y, por último, comprendiendo que no podría seguir más adelante, ocurrióme la singular idea de hacerme matar por Alan para concluir antes mis padecimientos. Precisamente acababa de llamarme *Whig*, y, deteniéndome de pronto, miréle con ademan de reto.

—Caballero Stewart,—le dije con voz temblorosa;—como de más edad que yo, deberíais conduciros con mayor prudencia. ¿Os parece oportuno ó ingenioso ridiculizar mis ideas políticas? Siempre creí que era caballero y cortés respetar las que cada uno tiene, y debo advertiros que en punto á indirectas sabría encontrar alguna mejor que las vuestras.

Alan se habia detenido frente á mí con las manos en los bolsillos, é, inclinada la cabeza, sonreía con expresión maligna, según pude conocer por el brillo de sus ojos; y cuando hube pronunciado la última palabra, comenzó á silbar una canción jacobita, la misma que se puso en moda cuando el general Cape fué derrotado en Preston.

Esto me recordó que Alan se había pasado á las tropas reales el día de la batalla.

—¿Por qué silbáis eso, Sr. Stewart?—pregunté.—¿Será para traerme á la memoria que os han derrotado en ambas partes?

—¡David!—gritó Alan.

—Ya es tiempo,—añadí,—de que cambiéis de conducta, y, por lo tanto, entiendo que de aquí en adelante hablaréis más cortesmente de mi rey y de mis buenos amigos los Campbells.

—Yo soy un Stewart...—comenzó á decir Alan.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

NO MAS CANAS

TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, perfumista. 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Antor, Escudillers, 22, Barcelona

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estomago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—Venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LA MÁSCARA DE BRONCE

por CARLOS MENDOZA

Consta de 40 cuadernos á 2 reales

=R. MOLINAS, editor.—Cortes, 365 á 371=

BARCELONA

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACION de INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En **Madrid**: *Plaza del Angel, 12* — entlo-dcha — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL

PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

premiado con **MEDALLA DE ORO** en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 **DEL Dr. PIZÁ** Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de higado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor **Plaza del Pino, n.° 6, Barcelona**, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

El **VINO** de
PEPTONA CATILLON
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

FUERZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&
Pone y conserva el cútis limpio y terso
Frasco: 5 fr. en Paris
CANDÈS et Cie
Bd St-Denis, 15

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas.. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse

TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA

POR RICARDO FLEISCHER

catedrático de la Universidad de Erlangen

Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS CIGARILLOS ESPIC

Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.

Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma: J. ESPIC.*

Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España: **2 fr. la Caja.**

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Ancha de S. Bernardo, 28 pral

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año . . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 1.° de noviembre de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro.
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 409

LA RIÑA (dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal. — *A las flores de un cementerio* (poesía), por M. N. Troncoso. — *La literatura á domicilio* (conclusión), por Luis de Val. — *Mi anhelo* (poesía), por G. Pelayo Vizuete.—*Catacumbas*, por A. Sánchez Pérez.—*Por las nubes* por M. Martínez Barrionuevo.—*Una noche en vela*, por Diego Losada.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación).

GRABADOS: La riña.—Madame Carnot.—El hada.—El brindis á la novia.—Muros de Ronda.—Retratos de Andrés del Sarto y su esposa.—Recuerdo.—Mary Davies.—La capilla de la Cartuja.—El duquecito.

MADRID

La luz eléctrica.—El estero.—Teatros

La luz eléctrica brilla ya por todas partes: en los teatros y en los palacios, en las tiendas y en las casas particulares. Aquellas zanjas que no hace mucho obstruían las calles de Madrid, han guardado ya en su oscuro seno el hilo conductor del maravilloso fluido; y en cuanto anochece, á la sencilla presión de un botón elegantísimo, la luz se hace rápidamente, esparciendo sus suaves claridades, que destruyen las sombras.

¡El gas! Hablarnos á nosotros de gas es como si á nuestros padres les hubiesen hablado de las pajuelas impregnadas de azufre ó del eslabón y la yesca después de haberles dado á conocer el fósforo. Fué un adelanto importantísimo (¿quién lo niega?), pero sus aparatos se pueden ya guardar como objetos curiosos para una exposición retrospectiva de los diversos sistemas de alumbrado que comenzase con el ennegrecido candil de las cocinas campesinas y continuase con el reluciente velón de Lucena que alumbró las salas modestas de la clase media, hasta que apareció el extranjero quinqué inaugurando una nueva época de adelantos en materia de alumbrado.

No han sido éstos pocos en lo que va de siglo: heredamos de los pasados el candil que alumbró la cena famosa que nos refiere Baltasar de Alcázar, y hemos llegado, después de practicar los diferentes sistemas que tienen por base el aceite mineral, el petróleo, la gasolina, el gas, á este que nos proporciona la electricidad en su aurora y que es susceptible, según dicen los sabios, de grandes perfeccionamientos.

Pero aun como la conocemos ahora proporciona grandes ventajas: la luz del gas abrasa como el beso apasionado y marchita las telas y hace palidecer los colores como el sol de agosto que quema los campos; la eléctrica, por el contrario, acaricia como el rayo de luna cantado por los poetas y preferido por los enamorados.

Para conducir el gas se necesita el fuerte tubo de pesado plomo, cuya protuberancia no pueden ocultar ni el papel ni la tela: la electricidad va por un invisible camino de delicada seda. Para encender el primero es necesario el aparato de la mecha, que llama á la luz desde la boquilla del aparato, á la que llega ruidosa después de haber desalojado el aire de la cañería: la segunda brota de repente como cuentan los libros sagrados que sucedió en los primeros días del mundo.

El gas, que ha triunfado en la vía pública y en los grandes establecimientos, no ha podido desterrar del salón la clásica bujía, ni el quinqué con su aparato demasiado complicado para estos tiempos; y la luz eléctrica ha obtenido en las lujosas estancias sus primeros éxitos.

¡A qué maravillosas combinaciones se presta! En la *serre* es tibia y melancólica como la casta diva de las serenas noches, y en el cuarto de dormir humilde y discreta como la de la veladora lamparilla. Pero llega al salón y es toda esplendores: desde el fondo de la vitrina hace resaltar los preciosos y artísticos objetos, y desde lo alto del techo pone en relieve toda la belleza de los primorosos cuadros, proporcionando al arte un nuevo día. Se armoniza con las flores, á las que acaricia como el primer beso de la madrugadora aurora, y chispea con el cristal, arrancándole sus más vistosos reflejos. La plata labrada no le oculta ni la más insignificante de sus labores, ni el árabe tapiz las admirables combinaciones de su maravilloso colorido.

Desaparece cuando no se la quiere y aparece en cuanto se la llama, como obedeciendo á un conjuro. La hermosa puede inundar con ella su tocador cuando se prepara para lucir en el mundo sus galas y sus encantos, y el sabio, puede, merced á ella, entregarse á sus trabajos sin fatigar la vista con la cansada lámpara.

Ni da tufo ni roba oxígeno. Es, en fin, el complemento maravilloso de los adelantos en el siglo que ya puede llamarse con razón el de las luces.

Madrid, que hasta ahora venía vacilando, se ha declarado ya decididamente por la luz eléctrica, que alumbra todos sus teatros, sus establecimientos más importantes y que ha penetrado ya en palacios tan aristocráticos como el de la duquesa de Bailén.

La inauguración de la fábrica establecida por la compañía inglesa en las inmediaciones de la estación de las Delicias, ha sido un acontecimiento. Ya podemos tener los madrileños la luz electrica, como el agua del Lozoya, á domicilio; y el hombre, que ha demostrado su superioridad sobre los demás animales utilizando la noche que ellos no aprovechan, ha encontrado ya la luz digna él, lo que mejor puede sustituir al sol, cerrando el ciclo que comenzó en las edades primitivas con la resinosa tea ó la retorcida antorcha.

* * *

De la luz, que constituye uno de los problemas más importantes de la vida moderna, pasamos, para rendir culto á la actualidad, á otro que es interesantísimo para la vida íntima: al del esterado.

El frío ha abandonado ya sus guaridas del Guadarrama para venir á la corte, y, en las regiones oficiales como en las particulares, no se trata estos días de otra cosa que del estero, que hace gozar á los empleados de la Pascua, que, con la del desestero en primavera, les proporciona seis días regocijados de asueto.

Porque, ya se sabe, para preparar el pavimento de un centro oficial para el invierno, se necesitan invariablemente tres días que no sean de fiesta ó de aquellos que, por señalar el almanaque gala con uniforme, se cierran las oficinas, sino tres días de labor serenos y despejados para que sean más agradables estas vacaciones que se proporcionan los que viven bajo el amparo cariñoso de la codiciada nómina.

En las casas particulares ya es otra cosa: los que no tienen que preocuparse en resolver las numerosas cuestiones que van unidas al problema de la vida, dan la orden de estero en cuanto sienten los primeros fríos, se ausentan de la casa un día entero, y cuando vuelven ya encuentran la nueva alfombra y el protector portier, que les ha de proporcionar *comfort* durante el invierno. Pero los que no pueden hacer todo lo que quieren, comienzan á preocuparse del asunto en cuanto desaparecen las mesas de las horchaterías y las sustituyen los rollos de estera, y no la dejan hasta que, bien avanzada la estación, logran ver cubierto el pavimento de sus viviendas.

Para la generalidad, dan la señal del estero las campanas que doblan por los difuntos en los primeros días de noviembre, el mes de las castañas, de los muertos, de San Andrés y de los buñuelos

Como en todo, se nota en la cuestión del esterado un gran adelanto. Antiguamente sólo los poderosos se podían permitir el lujo de cubrir los pavimentos de sus casas. Eso sí, la materia que usaban era riquísima, y la real fábrica de tapicería de Madrid fué maestra en la industria y el arte de elaborar suaves y delicadas alfombras de gran duración y de excelente clase.

Todavía las podemos admirar en el Palacio real y en los palacios de los grandes, en el Senado y en el Congreso, y en algunos salones del antiguo Casino de Madrid. El gusto no variaba; era una copia amanerada del estilo griego que estuvo en boga á principios del siglo y que se unió á todas las manifestaciones de la indumentaria durante el primer Imperio. Pero ¡qué riqueza en el colorido, qué firmeza en la labor, qué superioridad en el conjunto! Varias generaciones han pisado esas alfombras, y han vuelto á salir este año á luz como el primer día en que se pusieron, y constituyen y constituirán por mucho tiempo la alfombra aristocrática por excelencia.

Pero eran exclusivamente esto las alfombras aristocráticas, y cuando se extendían sobre los mosaicos de los palacios, la clase media no tenía, para ocultar sus polvorientos ladrillos, nada más que la humilde estera de pleita, compañera del popular felpudo.

La estera de pleita fué primero gruesa y blanca, y todavía podemos encontrarla en muchas casas de provincias. La industria valenciana dió luego vida á la estera de colores, que ha estado en boga durante muchos años, hasta que vino á destronarla la estera de cordoncillo. Con una estera de esta clase y una no muy grande alfombra con un fiero león ó una atigrada pantera delante del sofá, ha pasado mucho tiempo la honrada clase media, que ya no se contenta con menos del fieltro para sus habitaciones principales.

El lujo y el *comfort* se han extendido mucho, y hoy estamos en pleno reinado de la alfombra, que varía desde el terciopelo á la moqueta, desde la moqueta al fieltro, y hasta la estera de cordoncillo abandona su clásico dibujo de líneas y franjas para darse aire de alfombra con más complicados colores. La estera de pleita pertenece por completo al pasado, y ya sólo la vemos en el escenario del Teatro de la Comedia cuando la compañía que dirige el Sr. Mario representa alguna obra de Moratín.

Sin embargo, hay que confesar, aunque me pese, que cuando esa estera se usaba había más orden en las casas y más tranquilidad en las conciencias, porque estaban más nivelados los gastos con los ingresos y no era tan ruda como en nuestros días la lucha por la existencia.

Han aumentado las necesidades y no han aumentado en proporción los medios de satisfacerlas, y de este desequilibrio nacen muchos de los males que lamentamos. Bueno es que gaste el dinero el que lo tenga, bueno es que fomente el lujo el que no hace para ello sacrificios ni se precipita en los despeñaderos de la ruina; pero la clase media debía andar con más cuidado, que más vale pisar humilde estera teniendo tranquilidad que lujosa alfombra sintiendo continuo sobresalto.

Los progresos de la industria, abaratando los artículos, nos proporcionan hoy comodidades que no conocieron nuestros abuelos, y sería censurable no aprovecharlas por un espíritu mezquino de rutina; pero de esto á dejarse llevar irreflexivamente por la vanidad y por la moda, hay mucha diferencia.

La manta es otro de los artículos de actualidad que pone en boga el frío; y á esa prenda, que hizo célebre la industria de Palencia, va unido un refrán muy prudente: aquel que dice que «no se debe estirar la pierna más allá de donde llega la manta.»

* * *

Los teatros no nos han ofrecido todavía ninguna novedad, salvo alguna que otra piececita llena de gracia y de ingenio, como *Los Inquisinos*, original de Sánchez Pastor, que se ha estrenado en Lara.

La pluma regocijada de aquel festivo escritor, que sostuvo en *La Iberia* las buenas tradiciones de la gacetilla española tal como la cultivaron Roberto Robert, Villegas y otros ingenios, no se ha enmohecido en las direcciones que el señor Sánchez Pastor ha desempeñado durante

Digitized by Google

el mando de los liberales, y vuelve á pintar los tipos populares de Madrid con rasgos propios de D. Ramón de la Cruz. De todos los géneros dramáticos, el que con más éxito se cultiva hoy en España es el sainete; pero no hay que desesperar, que estamos todavía al principio de la temporada, y en los bastidores del Teatro Español esperan Echegaray, Fernández Bremón y Dicenta.

KASABAL

A LAS FLORES DE UN CEMENTERIO

¡Cuán bellísimas estáis
oh flores que ayer nacisteis
y de las tumbas salisteis
y con los muertos moráis!
Vosotras os levantáis
do nosotros descansamos:
con los restos que dejamos
formas y vida tenéis,
y al fin vosotras crecéis
donde nosotros menguamos.

M. N. TRONCOSO

LA LITERATURA Á DOMICILIO

(CONCLUSIÓN)

Yo estaba horrorizado, pero contesté:
—Estilo breve y equívoco.
—A la moda del día,—me contestó.
Y *arreó* con su drama:
—«*Escena primera.* El marqués de San Arturo. El conde de San Julián. El duque de San Luis. El vizconde de San...»
—Pero, hombre: esa es una nobleza de santos.
—Ya, ya: por eso la he puesto.
—¡Ah! La ha puesto V.,—dije decidido á tomarle por diversión.
—Sí, señor, yo.
—¿Con qué idea?
—Así creo un epigrama muy intencionado.
—No le veo la punta; pero siga V. si no falta mucho.
Con voz estentórea, que debía oirse desde la calle, prosiguió:
—Escuche V. la primera estrofa, y preste atención.
Yo me dispuse á dormir.
—«*El barón:* ¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Qué dolor!
¡Qué dolor tan agudo!
Esta es la ley del embudo:
del embudo, sí, señor.
—¿Qué le parece á V.?
—¡Magnífico! Eso del dolor y el embudo es cosa muy probada para fastidiar á cualquiera.
—Por eso está tan fastidiado el barón, que sigue diciendo:
«¡Ah! ¡Ah! ¡Ah!...»
—Pero: ¿es que bosteza el barón?—pregunté yo viendo que el maldito vate abría una boca como una espuerta.
—No, señor: ahora soy yo que involuntariamente...
—Sí, sí: comprendo.
—Continúo:
«¡Ah! ¡Ah! ¡Ah! ¡Tempestad!
¡Rayos y centellas! ¿Qué hacéis?
¿Por qué en este apuro no me defendéis
como es de humanidad?»
De humanidad hubiera sido el callarse; pero, por mi desgracia, no tuve más remedio que escuchar el prólogo.
Renuncio á detallar lo mucho risible que tenía, y sí sólo diré que los tormentos de la Inquisición, de que disfrutaban nuestros abuelos, eran carifitos comparados con los que sufrí yo.
—¿Qué tal?—volvió á decir cuando terminó.
—Lo mejor que tiene es la brevedad,—contesté.
—Como es un prólogo...
—Sí, sí: ha de ser corto.
—Entramos en el acto primero.
—¡Ni en la gloria!
—Allí acontece. El alma del barón...
—¡No! ¡No! Me siento enfermo y ruego á V. ...
—¡Qué desgracia la mía! ¡Siempre sucede lo mismo! Cinco literatos, en tres días, han sido atacados de diferentes enfermedades durante la lectura del prólogo.
—Pues si llega alguien á escuchar el drama completo, de fijo que... ¡Oh! ¡Eso es muy fuerte!
—Efectivamente que hay escenas desgarradoras y... ¡sublimes! El arrepentimiento de Judas, la hija de tres meses que va en busca de su madre...
—¿Con la nodriza?
—No tal: sin ella.
—¡Basta, querido, basta! ¡No puedo más!
—Entonces V. lo pase bien. Celebraré su mejoría.
—Será costosa.
—En fin, volveré una tarde en que llueva: tengo observado que cuando llueve todos los literatos suelen estar en casa.
—¡Ah, traidor! Tomaré medidas para...
—No: el traidor muere por medio de la explosión de gas... Verá V.
Y fué á hojear el *expediente*.
—¡Me muero!—exclamé con énfasis.
El *autor* me miró con lástima, dobló su papelería, y, calándose con rabia un fieltro de batalla, salió de la sala.
—¡Juan!—grité medio loco.
—¡Señor!
—No recibas más á ese hombre.
—¿Por qué?
—Es peor que la *grippe*.
—¿Ha insultado á V.?
—¡Peor!
—¡Ah!
—¿Qué pasa?
—Ahí fuera espera un joven poeta.
—¡Mándalo al infierno!
Y, escondiéndome debajo de la manta, dudé ¡vive Dios! de la racionalidad genérica de los seres.

LUIS DE VAL

MADAME CARNOT

MI ANHELO

Un deseo, niña hermosa,
me priva vivir con calma:
daría la vida, el alma,
por tornarme mariposa.
Estar constante á tu lado,
posarme sobre tus rizos
y contemplar tus hechizos,
que me tienen subyugado.
Admirar tu cutis luego,
que es de nácar trasparente,
y estarme constantemente
envolviéndome en el fuego
que despiden tus miradas.
Y después, con embeleso,
depositar... ¡sólo un beso
en tus mejillas rosadas!
Y, por último, contento
sin recibir tus agravios,
elevarme hasta tus labios
y embalsamarme en tu aliento.

G. PELAYO VIZUETE

Digitized by Google

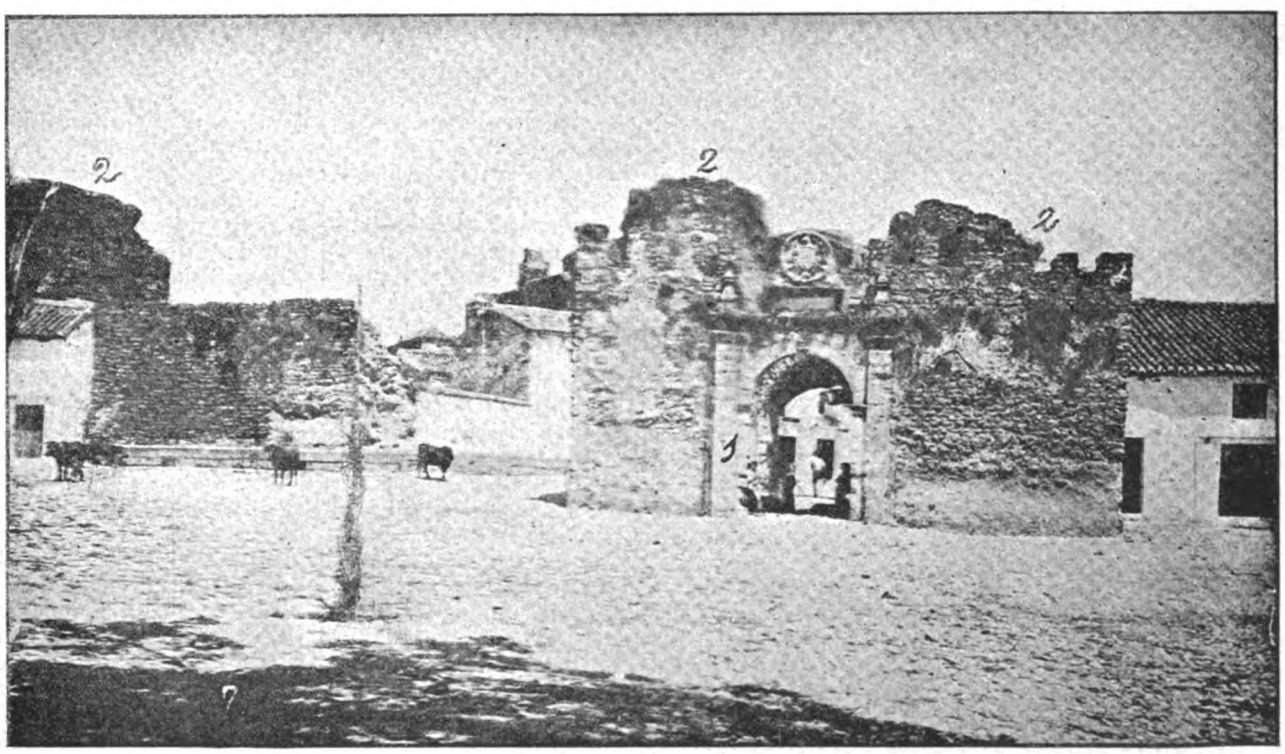
EL HADA (cuadro de Claudio Calthrop)

EL BRINDIS A LA NOVIA (cuadro de Stanhope Forbes)

Digitized by Google

RONDA

1. Encumbración de la ciudad.—2. Muros romanos del primero y segundo recinto por el este de la población



1. Arco árabe.—2. Muro romano.—Sur de la población

Digitized by Google

CATACUMBAS

Las de Madrid (las catacumbas se entiende) van á dejar pequeñas á las tan celebradas de Roma.

En las de nuestra villa y corte no son enterrados por ahora los muertos, que ya se enterrarán si Dios ó las compañías de electricidad no lo remedian, pero se entierran kilómetros y más kilómetros de cable tamaño como muslo de matrona rolliza; y en esta operación, cuyo término y acabamiento aun se ve muy lejano, llevamos ya muchas semanas.

RETRATOS DE ANDRÉS DEL SARTO Y SU ESPOSA EN EL PALACIO PITTI (FLORENCIA)

¡Oh vosotros, bienaventurados veraneantes, que allá en las costas del Cantábrico

> enseñáis en la playa
> la pantorrilla,

sin temor á los tiburones que hay en la orilla y que, según la copla, son muy aficionados á carne fresca! Hacéis perfectamente en aplazar vuestro regreso, porque por estas comarcas hay cada disgusto y cada zanjón que canta el credo.

Madrid parece campamento atrincherado: fosos por acá, minas por allá, zanjas á este lado, galerías á ese, pozos por todas partes... y no hay manera de dar un paso sin arriesgarse á hundirse, como figura de comedia de magia por escotillón.

No sé si he dicho á Vds. alguna vez que soy republicano (y á mucha honra), y, á más de republicano, federalista y todo, por más señas. Ya comprendo que esto importa á Vds. poco. Dígolo, sin embargo, en primer lugar, porque siempre está bien que estas cosas se digan y se sepan, para que luego nadie se llame á engaño; y, en segundo lugar, para que si hablo mal (que sí hablaré) de nuestras autoridades gubernativas, puedan Vds. estar en guardia y quiten de mi censura lo que sea razón por aquello de tratarse de un enemigo.

Pero si mi lealtad me impulsa á dejar asentada esta declaración previa, quiero jurar también muy sinceramente que no creo incurrir en exageración de sectario al afirmar que estas autoridades conservadoras, ó lo que fueren, están haciéndolo rematadamente mal. Para ver y para decir esto me olvido de que soy republicano, prescindo de que se trate de mis adversarios políticos, procuro, en fin, no *hacer política*, asunto vedado, ó cuasi vedado, en las columnas de esta publicación, á la cual profeso verdadero cariño, y emito mis juicios con imparcialidad absoluta: así lo creo al menos. Vds. verán si me equivoco, pues al fin y á la postre, yo que no he creído (ni creeré nunca), estoy seguro, en la infalibilidad del Sumo Pontífice, no voy á creer tampoco en la infalibilidad mía.

Paréceme, no obstante, que me pongo en lo justo al decir, pongo por caso, que el excelentísimo señor gobernador ha hecho lo que el vulgo llama ahora *una plancha* (y no sé por qué lo llama así), y *una plancha* de las más notables, concediendo permiso para una manifestación y negando su permiso pocas horas después. Algunas personas demasiado severas, y exigentes en demasía, dijeron entonces que la autoridad que de tal modo se rectificaba á sí misma estaba obligada á presentar su dimisión. Yo no voy tan lejos, porque surge en mi mente el recuerdo de que, por los años de 1854, la reina de España, que lo era á la sazón D.ª Isabel II, hubo de decir en documento dirigido á los españoles: «*Una serie de lamentables equivocaciones me había separado de vosotros*, etc., etc.,» y no por eso se consideró en el caso de presentar su dimisión, ni dejó por aquello de ser reina... hasta muchos años después. Y si confesión tamaña pudo llegar hasta un trono, mucho más fácil es que llegue hasta el despacho de un Gobierno Civil. Pero lo peor del caso es que ese mismo señor gobernador civil, que debe de ser algo vivo de genio (mala condición para autoridad), procesa hoy á un médico, suspende de empleo y sueldo mañana á un coronel de la guardia civil, prende al otro día al señor juez de guardia, y crea, para la situación á la cual sirve, un conflicto cada cuarto de hora. A mí ¡qué quieren Vds. que les diga! me parece que eso no está bien, ni medio bien siquiera... y que si fuese un correligionario mío el que lo hiciera ya habrían lanzado contra él, los monárquicos, todos los improperios del diccionario y todos los apóstrofes de las grandes solemnidades.

Pues, y de los alcaldes, ¿qué me dicen Vds.? Tres llevamos gastados desde que entró Cánovas: nos andamos con el cuarto, de quien esperamos todos que durará poco en la alcaldía.

Mellado presentó su dimisión: era natural; Sánchez Bustillo se fué al Banco Hipotecario: esto no era tan natural, pero sucedió; Vista-Hermosa se fué á su casa: esto es menos natural todavía, pero así ha ocurrido; y el Sr. Rodríguez Sampedro yo no sé á dónde se irá, pero hay muchos que piensan que se irá á paseo.

¿Qué mil demonios pasa en la alcaldía?

Y, entretanto (dígaseme si no tengo razón para deplorarlo), entretanto las calles están cuadriculadas por fosos y contrafosos, y el pan se sube... Es verdad que, en compensación, ya anuncian los periódicos que va á subirse también la carne. Con que...

> abre, *madrileño*, el pico
> y pide más, si más quieres.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Madrid y octubre 1890

POR LAS NUBES

Te hablo desde el cielo porque me apena esa vida tuya de ahí, revolviéndote con los otros humanos como salamandra maldita. Endulzar algo tu miserable existencia fué mi intención al hablarte. Yo quisiera conseguirlo, comunicándote algo de este celestial goce y quietud imperdurable que á mí me anima: de ese modo, dándote alguna resignación, esperarás tal vez menos inquieto á que la llama consuma la carne, y tu espíritu, despojado entonces de la material envoltura, venga aquí á mi lado, si de eso es digno, á gozar las santas delicias de una eterna gloria. Sírvate de ejemplo la causa de mi muerte y mi muerte misma, que yo te contaré.

Aun estaba yo vivo. Era una noche triste, medrosa: desbordábase el viento, despedazando el ramaje de la arboleda; caían las flores rotas. Corría yo afanoso en mi caballo, que piafaba dolorosamente al golpe de las espuelas en sus ijares. Iba yo en busca de mi amada: habíanme dicho que moría, y corrí desesperado. Yo caminé, caminé. ¡Cuán tupida vi la selva! ¡qué pedregoso el monte! Era todo erial tremendo, la oscura nube partíase desbordando el agua á raudales, la tempestad rugía, y ella, la pálida virgen, amante y moribunda, estaba allí, en el sombrío caserón de un bosque lejano, sintiendo las turbulentas aguas del mar; allí, sola y amedrentada, sin que endulzase su soledad, mi ardiente canto de amor.

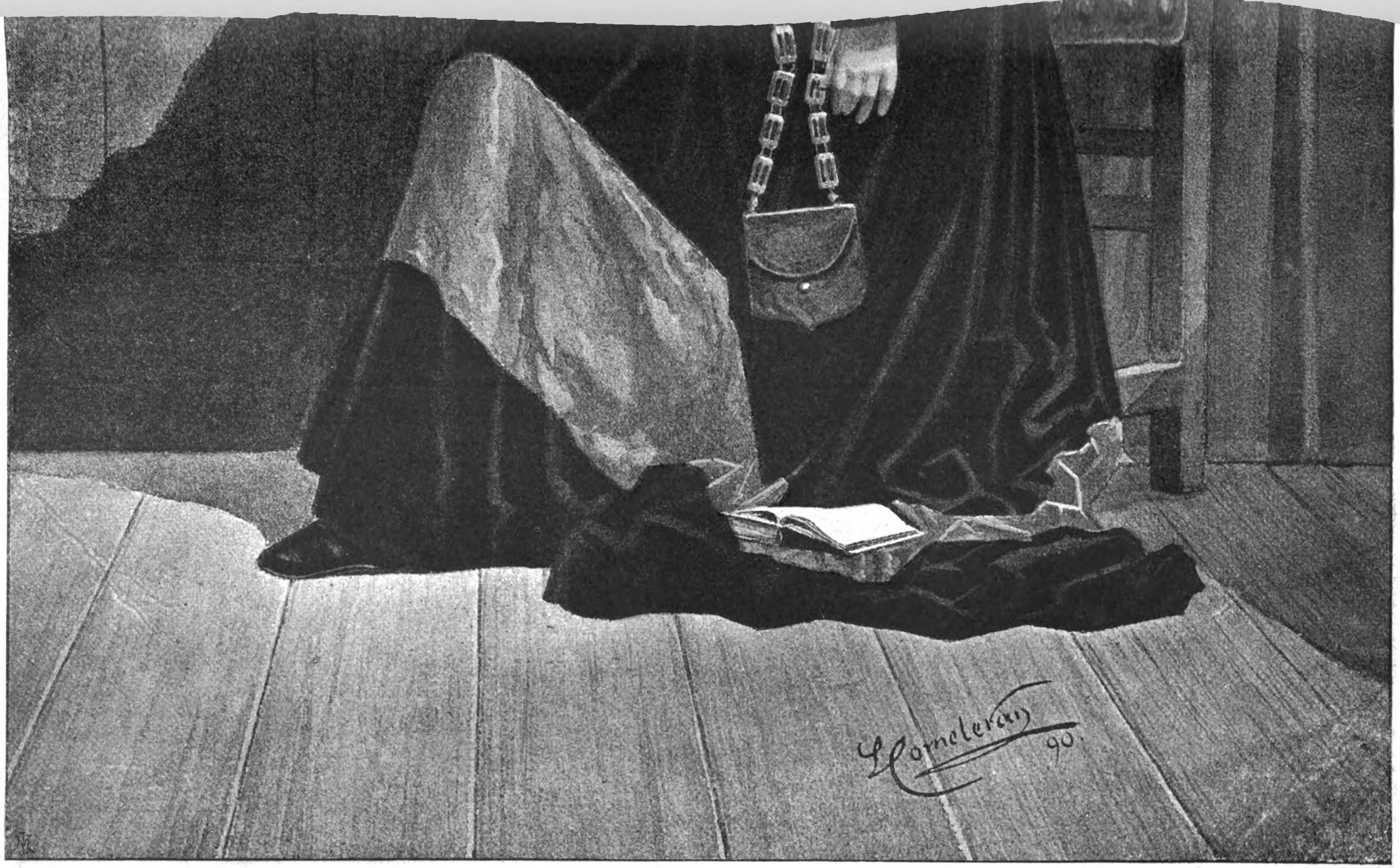
Recordé aquel día en que la conocí. Estaba en su cierro de cristales como una flor en límpido fanal. ¡Cuán hermosa la vi, con su rostro plácido como el de la Virgen! Abismos eran sus ojos llenos de sombras; pero, al igual que en las oscuridades de la noche resplandece como santa sonrisa de un ángel el brillo de la estrella, así de la profundidad de sus ojos negros destacábase la grandiosa luz divina que alumbró siempre la triste noche de mi alma.

Hacíame llorar este recuerdo y espolée furioso mi caballo. Corre, avanza... y, al seco martillear de sus herraduras en las piedras, pensé en el pupitre de mi habitación, en su cajoncito secreto: allí guardaba yo una fiel miniatura de su rostro bellísimo; allí guardaba yo un rizo de su cabello; allí guardaba yo una rosa con que había adornado su cabeza gentil. ¡Ay! Pero en el fondo del secreter no había podido guardar sus besos. ¡Pobre virgen! ¡Corre, avanza, ca-

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



RECUERDO (acuarela de León Comelerán)

Digitized by Google

Digitized by Google

ballo mío! ¡Limita el espacio, que ella me aguarda! ¡Corre, que ella muere!...

Llegué y estaba muerta. Muerta: ¿lo entendéis? O el huracán cesó de rugir, calmándose de pronto, ó el rugido de mi pecho dominó las furias del huracán: me arrojé desesperado sobre el cadáver, abracé el cuerpo, abracé el ataúd. ¡Qué hermosa estaba, Dios mío! Amarillos blandones iluminaban su rostro pálido y triste como en vida lo tuvo, y sereno y diáfano. Allí la contemplé cubierta de gasas y de flores. La llamé ansioso y no contestó nadie. Mi voz tenía las modulaciones del ¡ay! cuando el alma agoniza. Al grito desesperado de mi corazón contestaba el eco solamente en aquella soledad terrible, en aquel silencio lúgubre, que sólo se interrumpía con el chisporrotear de los cirios. Yo no la creí muerta: me pareció, en mi delirio, que dormía, que dormía allí, recostada blandamente en perfumado lecho de flores. Canté al cadáver, de rodillas, ante su ferétro, dulces baladas de amor. «El invierno ha venido, amada mía, con sus nieves y sus escarchas, con sus nubes plomizas y sus tardes tristes. Duérmete junto al hogar, que tus carnes están frías como la escarcha del campo. La noche es triste y el cielo negro. Duérmete y conforta tus helados miembros allí junto á las llamas juguetonas, y deja que en el monte retumbe la tormenta y que el rayo parta la encina. Duérmete, amada de mi corazón: pliega tus pestañas sedosas y cuando empieces á soñar en algo dulce y vagoroso como las baladas de Ossian, no te asustes si vieras acaso una sombra errante tras el cristal de tu ventana. No te asustes, amada de mi corazón, que es mi espíritu, ansioso de llegar al tuyo. Despierta entonces: abre... déjale entrar!»

Pero tuve que convencerme: estaba muerta. Seguí de rodillas ante el féretro, y con la doble y terrible penetración de los místicos vi su alma volar. Fué á la presencia de Dios. Se iluminó el cielo con un ancho festón de luz en forma de balanza. Yo quedé tranquilo, confiando en que la virgen iría á la gloria junto á los espíritus puros de los ángeles. Mientras el cuerpo quedó ahí, cubierto de gasas y de flores, encontrábase el alma aquí en lo alto, ante el juez grandioso. En un platillo de la balanza fueron puestas sus buenas obras. ¿Cuáles? ¡Dios divino! Ni una sola tenía. Vi, loco de terror, que no bajaba el platillo vacío. Miré al otro con estremecimientos glaciales, y un tenebroso fantasma ponía allí las malas: la de haberse entregado, sin amor, á otro hombre antes de yo conocerla. Abandonó á sus padres por seguir al hombre, tuvo de él hijos, y abandonó luego al padre y á los hijos. Engañó al mundo con su cara serena y su aspecto virginal, se entregó á todos los desenfrenos, tuvo amantes á porfía, comerció con su belleza, y la dulce palidez marmórea que yo creía de la virginidad cuando la conocí, era cansancio del libertinaje.—¡Piedad, Dios mío, piedad!—gritaba yo, horrorizado de saber tales cosas.

Hundíase el alma del lado del infierno: el juicio iba á terminar. Yo quedé como petrificado de asombro y dolor. Se oyó entonces una voz misteriosa y triste que llenó con su armonía el ámbito del glorioso mundo de luz. ¡Ay! ¡No podía redimirse!—¡Yo la redimo!—grité destempladamente. Silencio sombrío reinó entonces.—Y ¿qué harás insensato para redimirla?—Ante aquella voz, dulce y tétrica á la par, olvidé el mundo, la vida, todos los atractivos materiales de mi juventud, de mi riqueza, de mi amor á los ardientes goces; olvidé el hogar, la familia. Lo pasado y lo porvenir juntábanse, cogiéndome el corazón y aplastándolo. Celos rabiosos hacían arder y alimentar las tormentas que en mi cerebro rodaban, levantándose á la vez, como bandera de luz en aquellos escombros negros de la felicidad y el amor caídos, la idea terrible de redimir el alma que adoré, volviéndola á la castidad con que la hube soñado. Alguna cosa grande sentí yo últimamente rodar por mi cerebro: más grande, más terrible que la tormenta y el rayo. Saqué entonces mi cuchillo: me herí el pecho.—¡Mi sangre, Señor, mi sangre, para lavar sus culpas!—¡No basta!—dijo la voz del cielo. Me arranqué el corazón entonces, y con desesperada locura lo arrojé en el otro platillo. El alma empezó á subir lentamente. Vaciló luego á un lado y á otro: el fiel de la balanza detúvose indeciso.—¡No basta!—repitió lúgubremente la voz de las alturas. Yo grité expirante:

—Sólo me queda éste último beso, que vale más que mi corazón ensangrentado, que vale más que todas las grandezas del mundo y de la gloria.—Y envié el último beso al alma que quería redimir.

Sinfonías grandiosas rompieron entonces aquella quietud de muerte; columnas de incienso, perfumado y embriagador como el de las iglesias del mundo cristiano, subían con lentitud en suavísimos espirales; ardió, en la inmensidad, grandiosa hoguera con llamaradas de oro que iluminaron la tierra y el cielo: en medio de la gran luz vi sonreir á los ángeles, espectadores del tremendo juicio. ¡Ay! ¡La pureza de mi beso redimió al alma pecadora! Subía, subía el alma. Llegó á los gloriosos ámbitos y expiré. Perdonáronme luego la culpa de haber dispuesto de mi vida, y aquí me tienes en paz y en gracia de Dios, hecho un bendito.

M. Martínez Barrionuevo

MARY DAVIES, DISTINGUIDA CANTATRIZ INGLESA

UNA NOCHE EN VELA

(Á LA MEMORIA DE MI QUERIDO PADRE)

Había pasado toda una noche de dolor con Ignacio. La lluvia pertinaz que humedecía la tierra cesó de caer hacia la madrugada. Percibíase el misterioso y vago rumor de la noche. Veíase á los astros declinar á su ocaso. La lumbre chisporroteaba en la chimenea: todos apetecíamos su dulce calor. El airecillo frío de la mañana cortaba como un afilado cuchillo. La claridad iba haciéndose cada vez más perceptible, y allá á lo lejos se destacaba en el horizonte esa línea purpurina y agrisada, anuncio fiel de la llegada del nuevo día.

En una caja cubierta de zinc y rodeada de mortuorios paños, se ve el cadáver de la madre de mi amigo. Este, abatido y doliente, con su varonil cabeza inclinada, permanece absorto, y de su pecho se escapan fuertes suspiros.

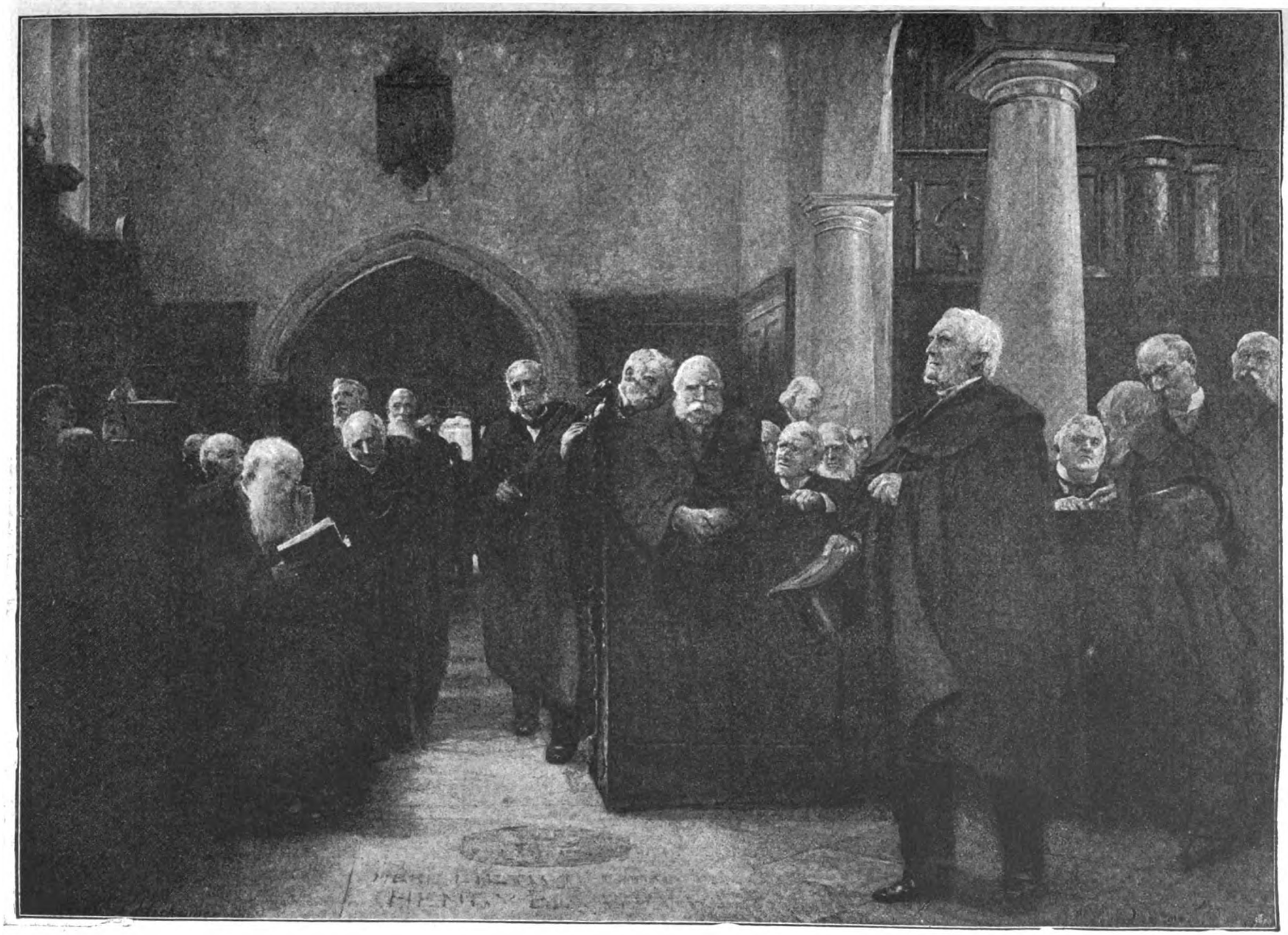
—¡Qué frío siento!—murmuró cruzando una pierna sobre la otra y aproximándose más al fuego.

Dirigióme una mirada tan llena de melancolía que jamás podré olvidarla. Su espíritu, fatigado por las zozobras y malas noches pasadas, tendía á reconcentrarse. Rendido por el cansancio, sus ojos se abrían y cerraban alternativamente; mas de súbito, sobresaltados, se fijaban en mí, y entonces se adivinaba en ellos el excesivo dolor de aquel generoso corazón.

¡Pobre Ignacio! Durante algunas horas, entre lamentos de mutuo dolor y promesas de recíproca amistad, habíamos perdido la realidad de la vida; las ilusiones de nuestros corazones nos llevaban lejos, quizá demasiado, en alas de nuestra fantasía; y la espantosa realidad se manifestaba en forma de cansancio de nuestro ser, sintiéndonos desfallecer, y comprendíamos con pesar que el hombre apetece en el mundo más de lo que le es dado alcanzar.

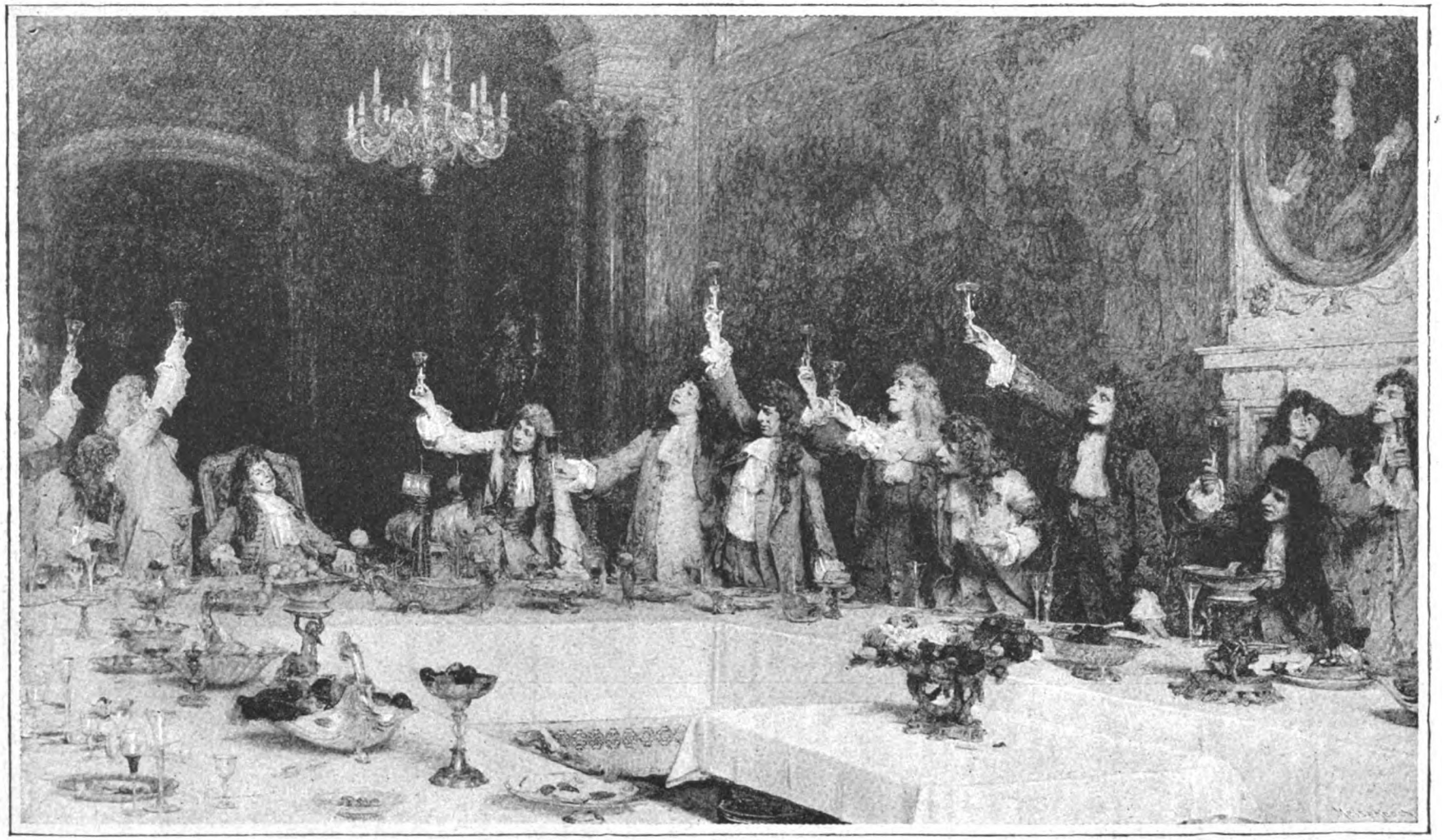
Las luces rojizas de los hachones que alumbraban tristemente la habitación, iban extin-

Digitized by Google



LA CAPILLA DE CHARTERHOUSE (cuadro de H. Herkomer)

Digitized by Google



EL DUQUECITO (cuadro de Orchardson)

Digitized by Google

guiéndose cual si huyeran avergonzadas ante la aparición del esplendente sol que se elevaba en el vasto horizonte disipando lentamente la tenue neblina que se cernía sobre la tierra. La incierta claridad, la extraña confusión de la mortecina luz artificial y la esplendente luz natural, tenía algo de fantástico.

Ignacio, reclinando la cabeza sobre el brazo izquierdo y apoyado éste sobre el respaldo de la silla, durmióse al fin: el cansancio de la materia pudo más que la excitación del espíritu.

Yo me contenía la respiración por no despertarle.

Una ligera sacudida y una prolongada aspiración me hicieron comprender fácilmente que no tenía necesidad de tomar alguna precaución.

—¡Qué ensueño tan horrible he tenido!—dijo concentrando en una cariñosa sonrisa toda la amistad que me profesaba. — Estoy rendido como si hubiera andado veinte leguas.

Calló y fijó los ojos en el cadáver de su madre. Un temblor convulsivo ponía en conmoción todos sus miembros, oprimíasele el corazón, sentía angustias de muerte, al mirar el rostro lívido, los ojos hundidos, la nariz afilada del ser que tanto había querido en el mundo.

Yo bien leía su pensamiento en sus ojos; pero, conmovido, no acertaba á hablar.

Llegó el momento de la traslación del cadáver. No pudimos lograr que Ignacio desistiera de acompañar los restos mortales de su madre al sombrío y solitario cementerio. La expresión del dolor en un alma que todo era sentimiento, no se manifestaba con fuertes gritos y entrecortados sollozos; pero la tranquilidad que aparentaba causaba más dolorosa impresión, desgarraba el alma. Inclinóse sobre el féretro del ser por él tan amado, apartó los cabellos que cubrían la helada frente y posó en ella sus labios. La palidez del mármol se extendió en sus facciones: levantóse: flaqueábanle las piernas, y su cuerpo vacilaba como un hombre ebrio. Me adelanté y le sostuve en mis brazos. Luego se rehizo de aquel ligero desvanecimiento. Volvió el rostro hacia mí y dirigióme una mirada impregnada de tristeza. Después fijó la vista en el sitio donde habían dado tierra al cadáver, y exclamó:

—Aun he de visitarte, madre mía; pues de este modo sentiré fortalecida mi alma y habré dado consuelo á mi corazón angustiado. No vendré á elevar al cielo místicas plegarias é inútiles rezos; pero sí, con mis ojos llenos de lágrimas, á la dudosa luz del crepúsculo, veré aparecer tu imagen querida, recordaré las caricias que en vida me has prodigado y las felices horas de mi niñez, que trascurrían en tanto jugaba con tus cabellos. ¡Ah! ¡Y, sobre todo, nunca me será dado olvidar el último beso que me diste al morir!

Le así del brazo y le dije:

—Ignacio: abandonemos estas sombrías regiones y tornemos á la triste realidad; salgamos de esta atmósfera, sobre la que se cierne la muerte, y respiremos las auras puras y vivificadoras que, al traspasar el verjel que circuye á la ciudad, recogen de las flores el aroma y la fragancia que las satura.

El rojizo resplandor del sol poniente alumbraba nuestra vuelta: andábamos con paso lento, hablando poco y en voz baja. Llegado que hube á casa, me metí en el lecho: estaba rendido.

DIEGO LOSADA

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE ESPAÑOL

RECUERDO, *acuarela de León Comelerán.*—¡NO ME REGAÑE OTÉ MÁ, ZEÑORITA!, *dibujo de Huertas.*—LA RIÑA, *de Picolo.* (En colores.)

Distínguense en general las obras de nuestro querido amigo Comelerán por la brillantez del colorido y la delicada poesía de los asuntos, y de tales cualidades puede verse una prueba en esa bella acuarela que reproducimos hoy en nuestras páginas. Hojeando un libro, tropieza la hermosa joven en una flor seca, recuerdo de dulces amores; y á la vista de aquellos pétalos marchitos por el tiempo cae el libro de sus manos y toda su alma se entrega á la memoria de los felices tiempos en que recibiera del amado aquel tierno testimonio de su adoración.

¡No me regañe oté má, zeñorita! es una escena que refiere Martínez Barrionuevo en su *Andalucía.* Trátase de una zurribanda que una gentil señorita le aplica á ese endiablado mozo, dispuesto á jugarle una partida serrana á la pobre muchacha que se muere por él. La señorita le pone de oro y azul al aturrullado chico, que acaba por retirarse confuso y contrito, dominado por la elocuencia de su predicadora.

A *Andalucía* pertenece también *La Riña;* riña descomunal entre la mujer de un *nazareno* y cierta prójima, en un *corralito* sevillano. La composición de Picolo es deliciosa, contribuyendo á lo original del asunto la grotesca aparición del cónyuge, con el hábito de la congregación, en el teatro de la lucha.

MADAME CARNOT

La señora del presidente de la vecina república goza fama de ser una de las más elegantes damas de París, habiendo llamado mucho la atención en las recepciones del Elíseo sus soberbios camafeos, copiados de antiguos modelos, unidos entre sí por cadenillas de plata formando un prendido verdaderamente suntuoso.

EL ARTE INGLÉS

LA CAPILLA DE LA CARTUJA, *cuadro de Herberto Herkomer.*—EL HADA, *de A. Calthrop.*—EL BRINDIS Á LA NOVIA, *de S. Forbes.*—EL DUQUECITO, *de Orchardson.*

La capilla de la Cartuja es un excelente cuadro, de difícil ejecución por los problemas de luz y de *valores* acumulados en él, aparte de lo cual se recomienda por lo viviente de la escena, dentro de una grave realidad.

El Hada es una pobre chiquilla que se gana el sustento representando su papel en alguna comedia de magia. Cuadro infantil lleno de ternura, siendo de notar el contraste entre la hermanita, *tan maja,* y los dos arrapiezos que la contemplan embobados.

El brindis á la novia tiene su mérito á pesar de lo vulgar del asunto, pues la cuestión de perspectiva resuelta por el autor es de las más morrocotudas. En cuanto á *El Duquecito,* bien se ve que se trata de una obra capital, de esas á que sólo puede atreverse un Orchardson.

LOS MUROS DE RONDA

Ocupóse este periódico, hace ya algún tiempo, en la importante monografía del señor marqués de Salvatierra *(La Munda de los romanos),* en la que aquel distinguido literato recaba para Ronda la gloria de haber sido teatro de la batalla famosa que podríamos llamar el Waterloo de la república romana; y justo es decir que tantas pruebas acumula en favor de su tesis, que bien parece llevar en un todo la razón.

Comenzamos hoy la publicación de una serie de grabados, según fotografía, de diversas vistas de Ronda, relacionadas con la época de que hablamos. *La muralla romana del sur* aparece fuertísima y robustamente construída, por ser aquella la parte menos defendida por la naturaleza del terreno, y de ahí que las fortificaciones se acumulen en ella con soberbio lujo. Desde la parte sur, á que da frente el extremo de la gran fortaleza, se levanta un alto y espeso muro que, unido á la parte baja del castillo, continúa en forma semicircular á enlazarse con la salida sur de la población, constituyendo un primer recinto, que da más valimiento á dicha fortaleza, que forma el segundo. En tiempo de los árabes la entrada fué variada, consistiendo en tres puertas que cortan un cuadrado.

El segundo recinto estaba determinado por el castillo y sus fortificaciones muradas y torreadas, notándose hoy grande mescolanza de edificaciones romanas, árabes y españolas. Debemos estas fotografías á la galantería de nuestro distinguido amigo el referido señor marqués de Salvatierra.

ANDRÉS DEL SARTO Y SU ESPOSA

Retratos conservados en el palacio Pitti

Es Andrés del Sarto (1488-1530) el más ilustre de los pintores florentinos puros. Su verdadero apellido era Vannucchi, pero llamábanle *del Sarto* porque era hijo de un sastre. Fué primeramente aprendiz platero y recibió luego lecciones de un tal Barile y del singularísimo Pietro di Cosimo, mezcla de Diógenes y de Goya.

Conviene decir que Andrés del Sarto no estuvo nunca en Roma ni en Venecia, sino que estudió siempre los florentinos (Masaccio, Ghirlandajo), algunas pinturas de Leonardo y un corto número de dibujos de Miguel Ángel. La única vez que salió de Florencia fué con ocasión de un corto viaje á Francia, llamado por Francisco I.

La vida del grande, del incomparable Andrés del Sarto, fué la más miserable, desdichada y triste que se pueda imaginar. No hubo amargura que dejase de conocer, y acabó por morir de la peste, abandonado de todos. Como compositor, era naturalísimo é intencionado; como colorista, el primero de la escuela florentina; brillaba su estilo por la grandiosidad y la elevación, su ejecución por lo correctísima; sus figuras asombraban por el vigor de la expresión; su dibujo es el dechado de la pureza y sus composiciones lo son de armonía y unidad.

Casi todas sus *Madonas,* y en general sus figuras de mujer, son otras tantas vera-efigies de su bella esposa, la hermosa Lucrezia della Fede, su demonio, su serpiente tentadora, la que le hizo gastar el dinero que *le roy galant homme* le había dado para que le comprase cuadros y estatuas para sus palacios: verdad es que con los cuadros suyos que le dió Andrés, Francisco quedó más que reintegrado de la *irregularidad.* ¡Todos pudiesen pagar como Andrés del Sarto!

El autor del portentoso retrato de *Lucrezia della Fede,* que se guarda en nuestro Museo del Prado, no supo jamás lo que valía; llamábanle por apodo *Andrea senza errori,* y puede que hubiese en él lo mejor de Rafael, Leonardo y Miguel Ángel.

MARY DAVIES, CANTATRIZ INGLESA

Esta distinguida artista se ha conquistado en breve tiempo una gran reputación en los conciertos clásicos, alcanzando grandes triunfos en los oratorios de *San Pablo, Sansón* y *El Mesías,* en el papel de Margarita del *Fausto* de Berlioz (cantado en inglés), en varias canciones de Haydn, etc. Mistress Davies alardea de su raza céltica, y, como tal, no solamente hace gala de haber nacido en el país de Gales, sino que posee allí una soberbia quinta.

HACER BIEN

De poca hacienda dispongo,
pero con ella me basto
y algo con el *jabón* gasto
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—¡Oh! Ya sé que lleváis un nombre de rey; pero debéis recordar que desde que estoy en las Tierras altas he visto á muchos que lo usan también, y añadiré que el mejor de ellos no vale el polvo que pisa.

—¿Advertís que me estáis insultando?

—Lo siento,—repuse,—pues, si os disgusta el sermón, aun tengo fuerzas para dirigiros otro. Los hombres de mi partido os batieron en el campo de batalla, y parece mezquino que ahora tratéis de vengaros en un muchacho. Los Campbells y los Whigs os derrotaron: huisteis ante ellos como una liebre, y deberíais hablar de ellos como superiores.

Alan estaba inmóvil y pálido, y el viento hacía flotar los faldones de su casaca.

—Es una lástima,—dijo al fin;—pero hay cosas que no se pueden tolerar.

—Yo no os digo que las toleréis: estoy tan dispuesto como vos.

—¿Dispuesto?—preguntó Alan.

—Sí, dispuesto,—repetí.—No soy ningún fanfarrón, como algunos que yo conozco. ¡Vamos, venid!—Y, desenvainando el acero, púseme en guardia como mi compañero me había enseñado.

—¡David!—exclamó Alan.—¿Estáis loco? Yo no puedo desenvainar contra vos: esto sería un asesinato.

—¿Era éste vuestro modo de pensar cuando me insultabais?—repuse.

—¡Es verdad!—replicó Alan algo perplejo. —¡Es verdad!

Y desenvainó su espada; pero antes de que yo pudiese cruzar mi hoja con la suya, arrojóla lejos de sí, murmurando:

—No, no: decididamente no puede ser.

Con esto se desvaneció todo mi enojo, y sólo me acordé de mi triste estado. De buena gana hubiera recogido las palabras dichas, pero esto no era ya posible. Y entonces recordé todas las bondades de Alan, las atenciones que conmigo tuvo en los pasados días, y, pensando en mis

Digitized by Google

inservibles, juzgué que había perdido para siempre aquel buen amigo. Al mismo tiempo mi mal se agravaba por momentos. Yo no me atrevía á ofrecer mis excusas á mi ofendido compañero, pero pensé que si le pedía auxilio tal vez me atendería. Por eso dejé á un lado mi orgullo á fin de facilitar la reconciliación.

—¡Alan!—exclamé.—Si no podéis ayudarme debo morir aquí.

Mi compañero se puso en pie y miróme fijamente.

—Es la verdad,—añadí;—mi última hora se acerca; pero quisiera llegar á una casa para morir más tranquilo.

—¿Podéis andar?—preguntó Alan.

—No, al menos sin ayuda, porque las piernas se me doblan, apenas puedo respirar y creo que voy á desmayarme. ¿Me perdonaréis si muero? Debo confesar que en el fondo del corazón siempre os he apreciado mucho, aun cuando estaba más enojado.

—¡Vamos, vamos!—replicó Alán.—No digáis esas cosas, David. Cogeos de mi brazo,—añadió ahogando un sollozo.— Así... apoyaos en mí cuanto podáis. Estamos en Balwhidder, y aquí no deben faltar casas, ni tampoco amigos. ¿Vais así mejor, David?

—Sí: creo que de este modo podré llegar,—contesté oprimiéndole el brazo con mi mano.

—David,—dijo Alan;—no he sido justo, ni tengo buen sentido ni bondad; no he recordado lo que sufríais ni he sabido ver que estabais muriéndoos. ¡Será preciso que me perdonéis, David!

—¡Oh! No hablemos más de eso,—repuse;—no hemos de echarnos en cara nuestras faltas, sino sufrir los dos con paciencia. ¡Oh! ¿No habrá ninguna casa cerca?

—Sí: pronto encontraremos una, pues por aquí no pueden faltar. ¿Queréis que os lleve á cuestas?

—Pero ¿no veis que soy diez pulgadas más alto?

—No tal,—contestó mi amigo.—Y aunque así sea, poco importa, pues cualquiera cosa se puede hacer por un amigo como vos.

Era muy grato á mi oído el acento de bondad con que mi compañero me hablaba, y, á no ser por mi horrible padecimiento, creo que me habría hecho llorar.

—Alan,—le dije;—¿cómo podéis ser tan bueno para mí á pesar de mi ingratitud?

—¡Diablo!—exclamó mi amigo.—No lo sé, pues creía apreciaros porque no erais pendenciero, y ahora os quiero más.

CAPITULO XXV

EN BALQUIDDER

Alan llamó á la puerta de la primera casa que encontramos, lo cual no era nada seguro en esa parte de las tierras altas que llaman Balquidder, donde no gobernaba ningún clan importante. Sólo había allí una agrupación de esos hombres que se titulaban independientes, restos dispersos de diversas familias y que por el progreso de los Campbells debían retirarse cada vez más hacia la región salvaje. En aquel punto habitaban Stewarts y Mac-Larens, que venían á ser lo mismo; y también individuos de aquel antiguo clan desterrado y sin nombre que en otro tiempo se llamó de los Mac-Gregors, hombres muy mal considerados y que no pertenecían á ningún partido en todo el país de Escocia.

La casualidad nos favoreció, pues la casa á que llegamos pertenecía á los Mac-Larens, que recibieron muy bien á Alan, no solamente porque le conocían de nombre, sino también por su reputación. Lo primero que se hizo fué proporcionarme una cama y llamar al médico, que me encontró en un estado muy lastimoso; pero, bien fuese por su ciencia ó por la fuerza de mi juventud, no guardé cama sino ocho días, y antes de un mes me hallé dispuesto á continuar mi marcha.

Entretanto Alan no quiso separarse de mí, aunque le insté con frecuencia á que lo hiciese. Durante el día ocultábase en el bosque próximo, y por la noche, cuando no había temor, entraba en la casa para visitarme. Inútil parece decir cuánto me alegraba verle. A la señora Mac-Larens, nuestra patrona, parecíale todo poco para semejante huésped; y como Duncan-Dhu, el amo, tenía dos gaitas en su casa y era aficionado á la música, el tiempo de mi convalecencia fué casi una fiesta, y por lo regular hacíamos de la noche día.

Los soldados no nos molestaron, aunque vi pasar por el fondo del valle, desde la ventana de mi cuarto, dos compañías y algunos dragones. Lo más extraño fué que no se presentara ningún magistrado á interrogarme ni que nadie me preguntara de dónde venía y á dónde iba. Sin embargo, mi presencia era bien conocida de todos los habitantes de Balquidder antes de que yo saliese de aquí, pues los que visitaban la casa hablaron de ello á todos sus vecinos.

Traducción de
ENRIQUE DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PILDORAS AZOADAS

Para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL

Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES

Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD

espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

Ramón Molinas - Editor

ENCICLOPEDIA de MEDICINA y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Resto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchel Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse

TRATADO DE PATOLOGIA INTERNA

POR RICARDO FLEISCHER

catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrando los nuevos modelos para la **ESTACIÓN de INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Países del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En **Madrid**: *Plaza del Angel, 12 — entlo-dcha* — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

SALINO REGAL

Remedio eficaz para las afecciones del aparato digestivo. Preservativo seguro contra las enfermedades infecciosas, tales como CÓLERA, TIFUS, VIRUELA, FIEBRES, SARAMPION, DIFTERIA, etcétera, etc.

Bebida agradable, ligeramente laxante y NO IRRITA. Regula las funciones del sistema en general, y lo fortalece. Cura positivamente todas las afecciones del estómago y del vientre. En su efervescencia desarrolla OZONO, que es el principio de la vida. Sus cualidades antisépticas preservan, al que lo toma, de las enfermedades infecciosas, impidiendo en el cuerpo humano el desarrollo de los microbios ó micro-organismo que producen el mal.

Preparado por THE SALT REGAL Y C.ª.—Londres.—Agentes generales para España: Vilanova hermanos y C.ª.—Barcelona.—De venta en las principales farmacias y droguerías.

NO MAS CANAS

TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicación. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerías y Bazares de España.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE

GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los géneros y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia.

Digitized by Google

¡NO REGAÑE OTÉ MÁ, ZEÑORITA!

(dibujo de Huertas)

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmetico ***blanquea y suaviza la piel*** y la preserva de ***cortaduras, irritaciones, picazones,*** dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á los manos, les da solidez y transparencia á las uñas.

En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,

y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, asi como en todas las buenas Perfumerias.

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

RAMON MOLINAS, Editor: Cortes, 365 á 371.—BARCELONA

ANDALUCÍA Tipos y costumbres, por M. Martínez Barrionuevo. —R. M., editor— Cortes, 365 á 371, Barcelona

EL EXTRACTO COMPUESTO DE

Zarzaparrilla

DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA

de

E. COUDRAY

Perfumeria especial, comprendiendo: JABON — POLVOS DE ARROZ, ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SALICILATOS

DE BISMUTO Y CERIO

de **VIVAS PÉREZ**

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad,** porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y pirozis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Autor, Escudillers, 22. Barcelona

Frasco 5 fr. — PUREZA DEL CUTIS — en Paris

LAIT ANTÉPHÉLIQUE

LA LECHE ANTEFÉLICA

PURA Ó MEZCLADA CON AGUA, DISIPA

PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA

SARPULLIDOS, TEZ BARROSA

ARRUGAS PRECOCES

EFFLORESCENCIAS

ROJECES

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANUDO, 26 — R. St-Denis

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puertos americanos de Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.

Tres salidas mensuales el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico en trasbordo en Puerto Rico.

Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.

LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, Indias, China, Conchinchina y Japon

Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.

LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.° de Enero de 1890

LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.

Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.

SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.

Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Rigol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica.*—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica,* Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

LA SAGRADA BIBLIA EDICIÓN DE GRAN LUJO Ramón Molinas, Editor - Barcelona

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de San Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

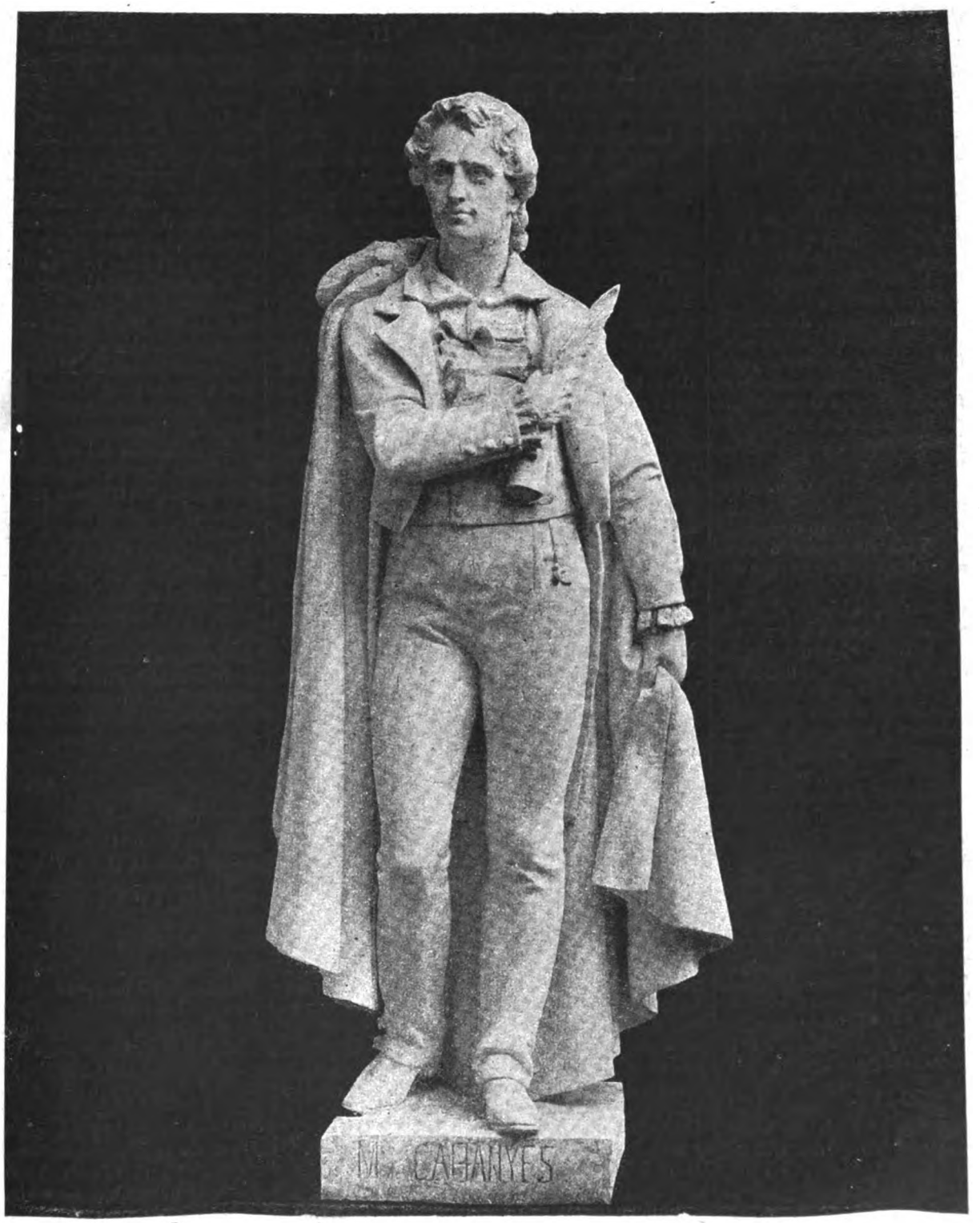
Año VIII

ESPAÑA
Un año . . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 8 de noviembre de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 410



EL POETA MANUEL DE CABANYES (estatua por D. José Campeny)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*La inauguración de la estatua de Manuel de Cabanyes*, por C. M.—*Arte de conocer á las personas*, por Iprac-Ordep.—*Fusiones artísticas*, por A. Sánchez Pérez.—*La belleza perdurable*, por Rafael Torromé.—*La noche de los difuntos* (poesía), por Francisco Contreras Martín.—*El sargento Galludo*, por Luis del Arce.—*Las maniobras militares del ejército de Cataluña en Calaf*, por X.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación).

GRABADOS: El poeta Manuel de Cabanyes.—Modas.—Maniobras militares en Calaf.—Por la playa.—Salida de misa.—Snowdon (Gales).

MADRID

Los cementerios.—D.ª Inés.—Un libro de Cavia

Los que han ido este año, siguiendo una tradicional costumbre, á adornar las tumbas donde reposan los seres queridos que perdieron, se han encontrado cerradas las puertas de los cementerios, y, en los umbrales, agentes de la autoridad con la consigna de no dejar pasar á ningún vivo.

No tendrán, por lo tanto, este año su acostumbrada fiesta los muertos, y la tradición que siguen fielmente los madrileños netos quedará reducida á ver representar el *D. Juan Tenorio*, de Zorrilla, y á comer castañas y buñuelos.

No creo que se pierda mucho con la supresión de la visita á los cementerios. El culto á los muertos es, sin duda alguna, hijo del sentimiento y del cariño y propio de almas delicadas y de pueblos civilizados. No olvidar á los que fueron, visitar el sitio en que reposan sus restos, colocar sobre su tumba flores y coronas que nos unen á ellos con los lazos queridos del recuerdo, es sin duda muy hermoso. Junto á la tumba de la persona amada parece que se está más cerca de ella: allí descansan sus restos, allí duerme el sueño eterno, allí está escrito su nombre con la triste fecha en que desapareció para siempre, y las oraciones por su alma parece que llegan más directamente al cielo desde los bordes de su tumba.

No hay nada que cause más frío al alma que una tumba abandonada: parece la pérdida definitiva de una esperanza, el dolor sin consuelo, la muerte sin la dulce idea de pasar á otro mundo mejor donde se halla la recompensa de lo sufrido aquí abajo.

Por el contrario, la tumba cuidada, el rosal que abre en ella sus capullos, la enredadera que trepa por la cruz que la señala, el sauce que la da sombra, el ciprés que la protege, la flor fresca y la corona lozana, que dicen con su lenguaje mudo y melancólico:—No te olvido y abrigo la esperanza de que nos volveremos á ver;—todo esto es eminentemente consolador y disipa la tristeza de la muerte, como templa la desesperación la grata caricia de la esperanza.

Pero todo esto es muy distinto del aparato teatral que acostumbramos ver en los cementerios madrileños el día 1.º de noviembre. Los adornos de cristal, de talco y de oropel sobre las tumbas, los jarrones de porcelana y los chirimbolos y juguetes sobre las lápidas sepulcrales, la profusión de flores de trapo, los lacayos con abigarradas libreas y sendos blandones á la puerta de los panteones de las familias aristocráticas; todo ese dolor contrahecho, oficial, oculto durante el año y que se exhibe aparatosamente sólo un día; todo eso es contrario de la majestad severa de la muerte y de sus eternos misterios.

Los cementerios de Madrid son de lo más antiestético que se conoce. Sólo en uno, en el de San Isidro, se alzan monumentos en los que se ve unido el arte inspirado por el sentimiento cristiano á la muerte, y en los otros se pueden señalar media docena de panteones aislados; pero en general no puede darse nada menos adecuado á la idea que inspira el sitio de reposo.

Madrid fué una de las poblaciones que más abusaron de la perniciosa costumbre de enterrar á los muertos en las iglesias y que más se resistieron á la reforma de los cementerios. Los grandes de España tenían el privilegio de ser enterrados en la iglesia del Carmen Calzado y Descalzo, en la capilla de la Soledad y en la iglesia de Mínimos; y por nada del mundo querían renunciar las familias á esta preeminencia.

Ir á parar con los restos á las fosas generales abiertas fuera de las puertas de Fuencarral y de Toledo, se tenía por deshonra para la familia del finado y como camino seguro de condenación para éste. No importaba que la aglomeración de cadáveres en las sepulturas obligase á hacer de cuando en cuando lo que se llamaba *mondas de parroquia*, que consistían en aglomerar restos humanos para llevarlos á la fosa común: lo que importaba era enterrar al muerto en la iglesia y que permaneciese allí al menos durante un año.

En el breve pero importante reinado de José I fué cuando se adoptaron medidas enérgicas contra estos abusos, poniendo en rigor disposiciones del tiempo de Carlos III que eran letra muerta. Entonces comenzó la construcción de los Cementerios del Norte y del Sur, que se terminó en tiempo de Fernando VII.

Dios haya perdonado á los arquitectos Villanueva Rodríguez que los construyeron, y no les tome en cuenta lo que en ambos cementerios hicieron con perjuicio de su fama.

Los demás cementerios de Madrid, construídos por los Sacramentales, son todos de fecha más reciente, habiendo algunos, como el de la Patriarcal, que son de 1845. El de San Isidro, aunque fundado en 1511 por la emperatriz Isabel, esposa de Carlos V, debe á los tiempos modernos sus más bellas construcciones.

Hay cementerios, como los de San Nicolás, San Luis y San Martín, que están dentro de la zona de la población, y desde los balcones de las viviendas de los mismos se pueden ver los nichos de la triste mansión de los muertos. ¡Cuántos recuerdos en todos esos cementerios de la corte! ¡Cuántos, que vinieron de todos los confines de la nación á buscar aquí la celebridad y la dicha, hallaron en ellos la tumba! Unos, pobres y desconocidos; otros después de haber dejado un nombre que aun se recuerda.

En dos nichos de un pobre y feo patio del cementerio de San Nicolás se leen estas inscripciones:

«*Fígaro*. La amistad á la memoria de don Mariano José de Larra, muerto en 13 de enero de 1837 á los veintisiete años de edad.»

«*Espronceda*. Nació el 25 de marzo de 1809. Murió el 23 de mayo de 1842.»

En el mismo cementerio se eleva el monumento que por suscripción nacional se levantó á la memoria de Argüelles, Calatrava y Mendizábal. En 1864 se dió hospitalidad en este panteón á los restos de Muñoz Torrero, trasladados con gran solemnidad y por suscripción del partido progresista desde la torre de San Julián de la Barna de Lisboa, donde pereció aquel mártir de las libertades públicas; y en 1874 se dió también allí sepultura á los restos de D. Salustiano Olózaga.

Un niño poeta, Jesús Rodríguez Cao, que murió en la flor de la vida como la flor del almendro que hielan los cierzos de marzo, tiene en este cementerio un bello monumento; y en el mismo sagrado recinto reposan los restos de Latorre y de Guzmán, cuyos nombres ilustres van unidos á la época más gloriosa de nuestro teatro contemporáneo.

Julián Romea y Matilde Díez reposan juntos, unidos por la muerte, en un artístico mausoleo del cementerio de San José. En el de la Patriarcal se eleva un monumento á Quintana, y no lejos reposan los restos del insigne don Manuel Bretón de los Herreros. En el mismo cementerio hay un nicho con dos nombres que el público de Madrid aplaudió mucho en una época: el que revela el nombre de la persona allí enterrada dice *Nautier Didier*; y debajo, en letras muy pequeñas, *Enrico*, el nombre de pila del ilustre Tamberlik, que consagró el recuerdo de la lápida á su querida compañera.

Ayala tiene en el cementerio de San Justo un bello monumento, en el que se destaca su arrogante y calderoniano busto.

Pero, en cambio de estos nombres conocidos, ¡cuántos que se han perdido en la revuelta confusión de los cementerios de Madrid! Yo he buscado en el general del Norte los restos mortales de Roberto Robert, uno de los más insignes publicistas de la época presente, el periodista de las crónicas parlamentarias modelo, el autor de *Los cachivaches de antaño* y de *Los tiempos de Maricastaña*, y no los he encontrado. El olvido ha caído sobre la tumba de muchos hombres ilustres, de muchos mártires de la época presente, que murieron sin tener siquiera el consuelo de ver los campos de la tierra de promisión.

Genios del romanticismo, ilustraciones de la aurora brillante del sistema constitucional, tribunos que entusiasmaron á las masas y caudillos que condujeron á los ejércitos á la victoria, mujeres hermosas que inspiraron amor y provocaron arrebatos de pasión, artistas que entusiasmaron á los públicos, y genios desconocidos que fueron desde la boardilla ó desde el hospital á la fosa común; todos los de las generaciones que nos precedieron reposan en los cementerios de Madrid que tienen que desaparecer muy pronto.

Los pisanos, para hacer su magnífico cementerio, ese cementerio que más que el de un pueblo es el de todo un período de la historia, el de la edad media, hicieron llegar de Oriente escuadras cargadas con tierra de los Santos Lugares de Jerusalén, y entre ella descansan sus antepasados, que parece que tienen el sueño más tranquilo entre aquellas arenas empapadas con sangre del Calvario y con lágrimas del Huerto.

Sangre y lágrimas hay también en abundancia entre la tierra que cubre las sepulturas de los cementerios de Madrid, y se debe recoger con cuidado para llevarla á la gran Necrópolis que exigen los cuidados de la higiene y los adelantos de la población.

La industria del dolor hecho, de las flores de trapo, de las inscripciones sentimentales; esa industria desarrollada por las agencias funerarias, que ya reparten prospectos anunciando y ensalzando sus ataúdes como el jabón de los príncipes del Congo; ha recibido un rudo golpe este año con la prohibición de entrar en los cementerios.

Los que no olvidan no lo sienten: para ellos la conmemoración de los difuntos se celebra de noche, en el interior del hogar, en la soledad de la habitación, cuando las campanas de las iglesias doblan fúnebremente, chisporrotean entre el aceite las lamparillas, y el alma se dilata en el pasado con el recuerdo.

***

El Teatro Español se ha adelantado este año á los demás coliseos para representar antes que ninguno el *D. Juan Tenorio*.

Se explica su precipitación: tenía que presentar una D.ª Inés ideal, una esperanza para aquel teatro, que ha estado tanto tiempo huérfano de mujeres: la señorita D.ª María Guerrero.

Los lauros que alcanzó la bella y simpática artista en *El vergonzoso en Palacio* los ha continuado en el drama hermoso de Zorrilla. D.ª Inés ha sido una digna continuación de D.ª Magdalena, y las blancas tocas de la novicia de las comendadoras de Calatrava han rodeado una hermosa frente destinada á ceñir los laureles de artista.

Con noviembre ha empezado en Madrid la época de los estrenos teatrales. Miguel Echegaray es aplaudido todas las noches en la Comedia por su nueva obra *La vieja ley*.

En los escaparates de las librerías se halla estos días á la venta un libro hermosamente editado por Fe y primorosamente ilustrado por Pons. Se titula *Azotes y galeras* y es original de Mariano Cavia, el ingenioso autor de los *Platos del día* de *El Liberal*.

Digitized by Google

Cavia es uno de los herederos más directos y más legítimos de los grandes satíricos españoles. Como ellos domina el idioma y le plega para revestir de formas ligeras los más profundos pensamientos.

Sus artículos eran como perlas sueltas: ahora las perlas forman riquísima sarta que puede servir de regocijo á los amantes de la buena literatura.

Del libro se desprende el sabroso tufillo que regocijó á Sancho cuando destapó las ollas preparadas para las bodas de Camacho: leyéndole se puede sacar de él mucha sustancia.

KASABAL

LA INAUGURACION
de la
ESTATUA DE MANUEL DE CABANYES

Con brillante solemnidad se celebró el domingo 26 de octubre la inauguración de la estatua levantada al poeta Cabanyes en Villanueva y Geltrú en el atrio de la Biblioteca-Museo Balaguer, habiéndose poco antes, por disposición del Ayuntamiento de aquella ilustradísima población, colocado una lápida conmemorativa en la *masía* donde nació el eximio autor de *Preludios de mi lira*.

La estatua, en piedra de Alicante, es digna en un todo de la nombradía de su autor, el escultor D. José Campeny, uno de los mejores artistas que honran hoy á Cataluña.

El escultor ha tenido por modelo un retrato al óleo, de medio busto, que se conserva en la casa *payral* de Cabanyes, en el cual aparece éste con un rostro bastante parecido (nada más que el rostro) al de Lord Byron.

Fué Cabanyes un poeta admirable, aunque por la índole de su genio no haya gozado nunca de vulgar popularidad, por más que los conocedores, como Milá y Fontanals, Menéndez Pelayo y otros, le hubiesen proclamado hace ya tiempo como una gloria purísima.

Nació el poeta en 1808 y murió en 1833, habiendo tardado tan sólo cinco meses en bajar á la fosa desde que se publicaron sus *Preludios*, sin nombre de autor, del cual libro se vendieron, según parece, nada menos que una docena de ejemplares, tantos como poesías. «Con estas doce poesías sólo,—dice D. Víctor Balaguer,—se presentó Cabanyes ante el público y con ellas ha conquistado la posteridad para su nombre.»

Es indudable que Cabanyes representa una entidad originalísima, sin precursores ni discípulos en nuestro Parnaso. Aborrecía la rima, pero en cambio fué un prodigio de armonía, para lo cual ninguna lengua, después de la latina, se presta tanto como la castellana.

Algunos, y yo, tan poco autorizado, entre ellos, han creído que Cabanyes tenía algo de Andrés Chenier; pero no parece ser así, á lo menos deliberadamente, pues, á lo que dicen, el poeta villanovés propúsose en todo caso seguir las huellas de Horacio y de Alfieri; y, sin embargo, yo creo que bien puede tributársele el dictado de *Chenier castellano*, ó catalán. En fin, sea lo que fuere, es un gran poeta.

Creo que mis lectores me agradecerán les dé á conocer algo de Cabanyes, á cuyo efecto transcribo una de sus mejores poesías.

C. M.

A***

Perdón, celeste Virgen,
si á tus honestos labios
arrebaté de amor costoso un *sí:*
si á tu inocente pecho,
si á tus sueños tranquilos
turbé la calma plácida, perdón.

Yo te adoré: y un ara
de purísimo culto
en el seno del alma te erigí;
que ni mi ardiente boca,
ni mis ojos de fuego,
ni un pensamiento vago profanó.

¡Yo te adoré á ti sola!
y ledo ya tejía
nupcial corona para orlar tu sien;
mas, de repente, en punzas,
en punzas venenosas
vi tornarse en mis manos cada flor.

¡Lejos, fatal guirnalda!
De la dicha renuncio
si al bien que adoro llanto ha de costar:
de mi dolor el cáliz
apuraré yo solo.
Sé tú feliz ¡oh amada! y pene yo.

CALZADO DE MODA

¡Sé tú feliz!... Del pecho
la infausta imagen borra
de quien más que amador tu amigo fué,
y en urna funeraria
la triste llama ahoga,
llama primera que en tu seno ardió.

Sin una pobre choza,
sin un árbol amigo
á cuya sombra el cuerpo adormecer,
yo arrastraré mi vida
como torrente inútil
entre jaras y breñas corre al mar.

Mas solitario, errante
entre agitadas olas
so el templo santo, en desperada lid,
¡oh Virgen! donde quiera
al ánima afligida
dulzura tus memorias traerán.

Y cuando al fin mi espíritu
las odiadas cadenas
rompa que le atan al arcilla vil,
y sus alas despliegue,
y á volar se aperciba
á la eterna mansión del Sumo Bien;

¡ángel mío! en los coros
yo esperaré encontrarte
que himnos santos entonan al Señor,
y á tan plácida idea
sobre el muriente labio
sonrisa celestial florecerá.

ARTE DE CONOCER Á LAS PERSONAS

Para conocer el carácter é inclinaciones de una persona hay varios medios.

Uno de ellos es el indicado en un adagio vulgar que dice: «Para conocer á una persona es preciso comer con ella siete arrobas de sal.»

La Frenología y la Fisionomonía pueden proporcionarnos medios más expeditos, aunque quizás no tan seguros; sobre todo tratándose de la bella mitad del género humano ó de *la parte contraria del hombre*, como dice un amigo mío.

Decía Malherbe que no hay nada mejor que las mujeres y los melones (y perdonen mis graciosas lectoras); pero tampoco hay nada más difícil de conocer por las apariencias.

Otro medio, recomendable por su comodidad y sencillez, es el de examinar la forma de la letra del individuo en cuestión.

Hay quien os dirá, á la vista de un escrito, cuáles son las cualidades morales y hasta quizá físicas del autor.

Una letra bonita, espaciosa y clara indicará, por ejemplo, un carácter pacífico, bondadoso y franco y quizás un temperamento linfático.

Puede suceder que dichas indicaciones no se acerquen á la verdad todo lo que fuera deseable; pero que disten de ella *unos kilómetros más ó menos* no significa gran cosa, si pensamos que podrían alejarse á una distancia infinita, y ya se sabe que una cantidad finita es despreciable comparada con una infinita.

Este método sería muy ventajoso para los hombres de negocios, á los que podría evitarles algún fiasco.

No menos útil sería también para los demás.

Una señorita, por ejemplo, recibe una misiva de un individuo que le pide permiso para imitar á cierto animal plantígrado.

Como todas las cartas de este género dicen lo mismo en el fondo, la joven no puede saber qué grado de verdad podrá alcanzar aquello de *la inmensa pasión* y *la ardiente llama* (ú hoguera) que consume el corazón del pretendiente.

Entonces le queda el recurso del precioso método: examina la forma de la letra y ve si su futuro es capaz de mentir tan descaradamente y burlarse de ella ó es un hombre formal que pretende *hacer el oso de buena fe*.

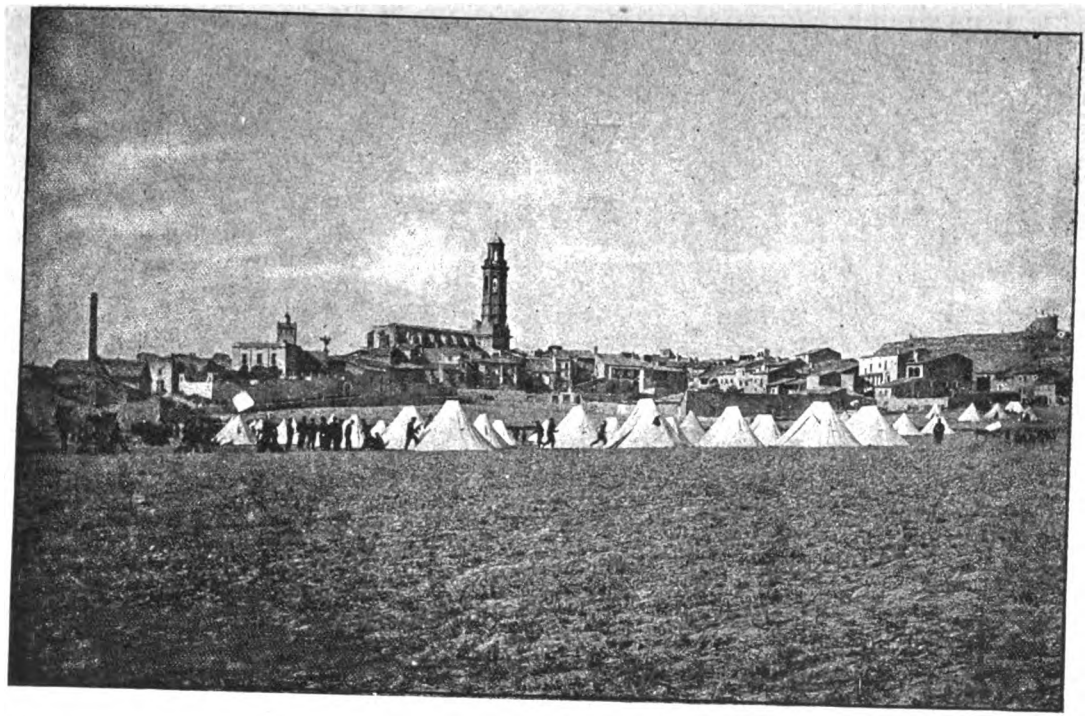
Otro método existe, mucho más sencillo y que no requiere ninguna clase de estudios ni observaciones. Se reduce á la regla siguiente: *Las cualidades morales é intelectuales de una persona están en razón directa de su capital.* ¿Se trata, por ejemplo, de alguien que no posee un céntimo? Es un hombre sin vergüenza, que no tiene educación ni talento alguno.

¿Es, por el contrario, un gran capitalista? Desde luego podéis asegurar que es, en todos conceptos, una bellísima persona.

IPRAC-ORDEP

Digitized by Google

LAS MANIOBRAS MILITARES EN CALAF



CAMPAMENTO ALFONSO XIII

CAMPAMENTO DE SAN FERNANDO

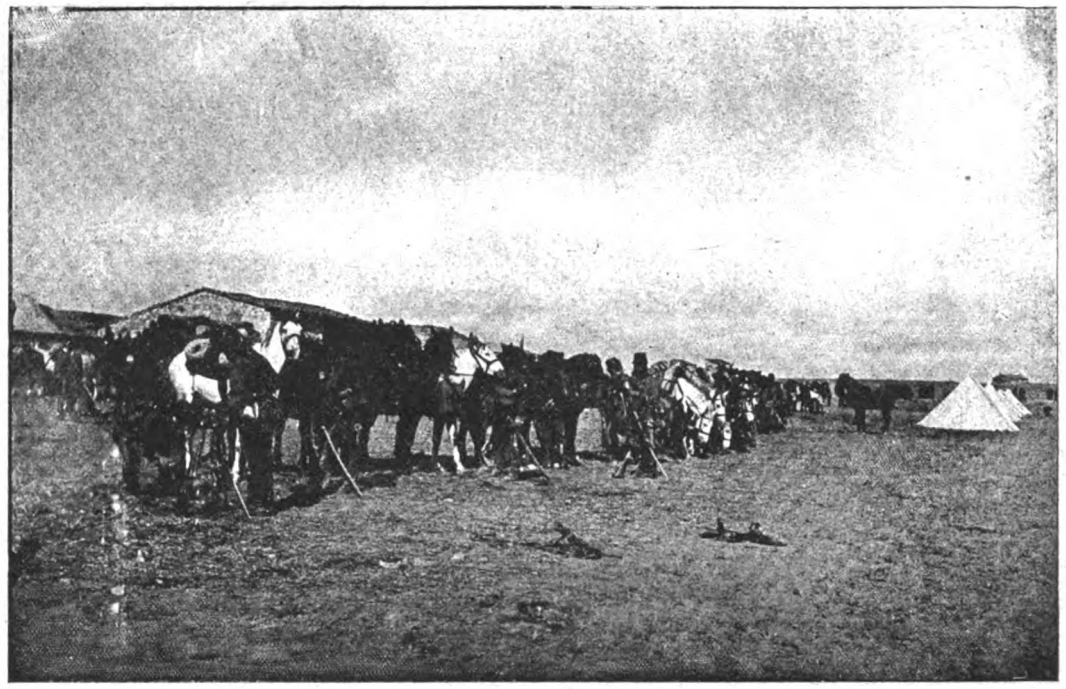
CAMPAMENTO ALFONSO XII

CAMPAMENTO DE LA REINA REGENTE

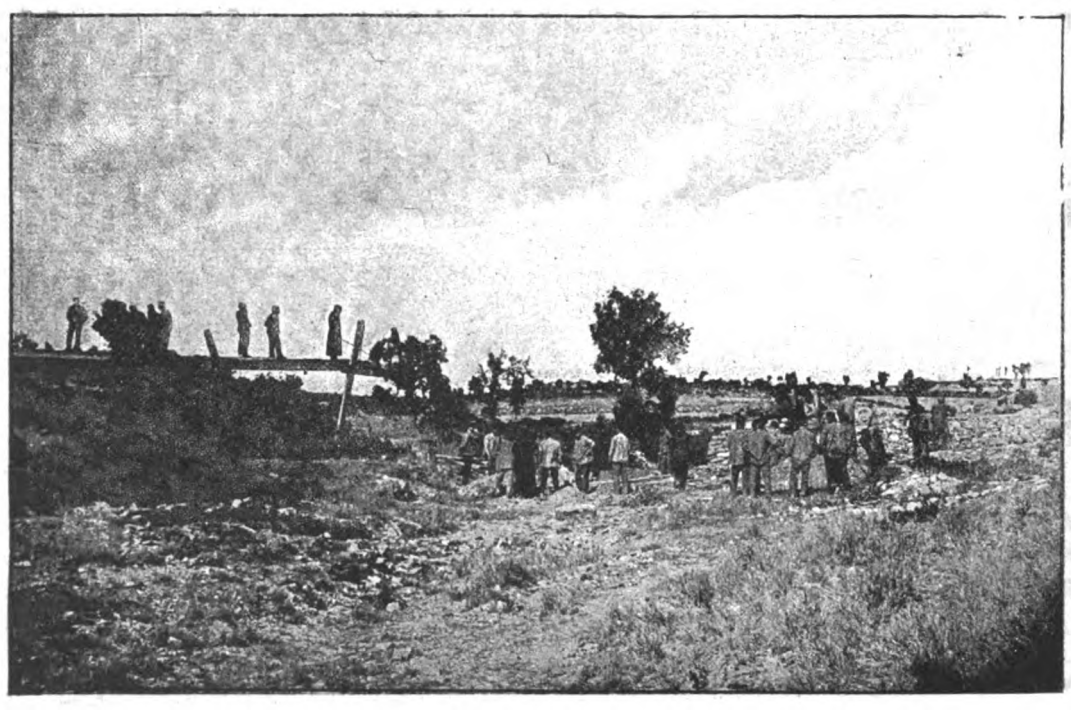
Digitized by Google

LAS MANIOBRAS MILITARES EN CALAF

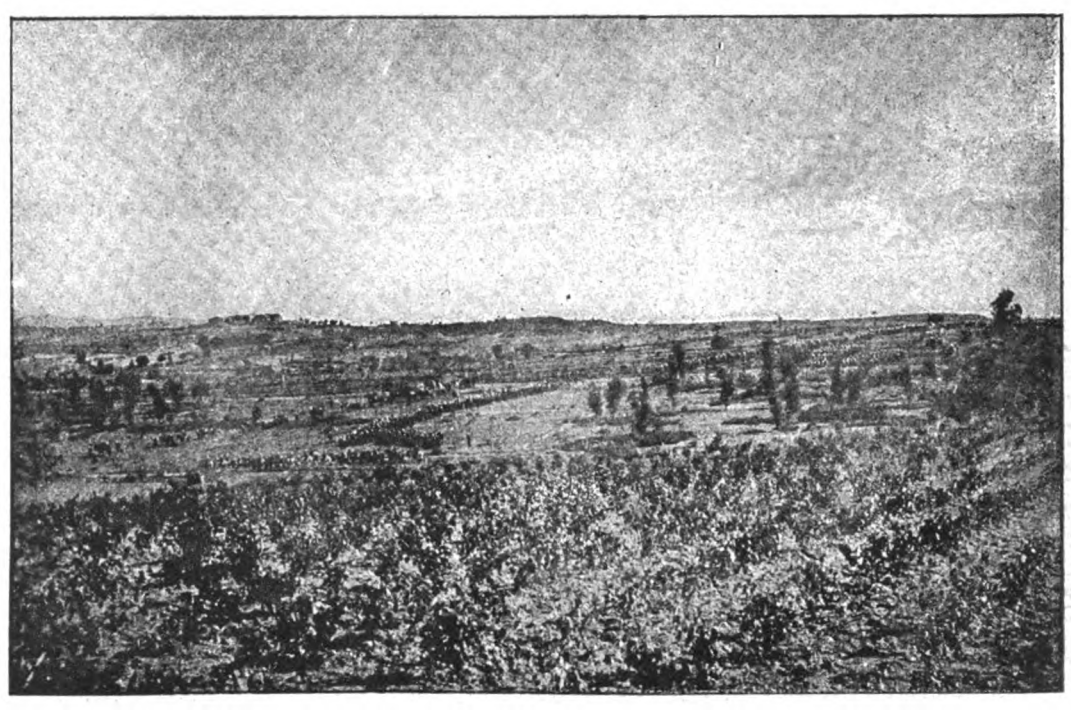
DISTRIBUCIÓN DE AGUA



PIE Á TIERRA



CONSTRUCCIÓN DE UN PUENTE POR LOS INGENIEROS MILITARES



PRIMERA ACCIÓN.—LA RETIRADA

Digitized by Google

FUSIONES ARTISTICAS

Una de dos: ó en las insondables regiones del espacio infinito andan las cosas un poco revueltas de algunos días á esta parte, ó nuestros autores de almanaques han confundido las estaciones. A Madrid aludo principalmente, porque en Madrid estoy, y aquí veo que, aproximándose, como en efecto se aproxima á todo correr, el invierno, aun no hemos salido del verano.

Tenemos (Dios se lo pague á Dios) un calor propio de julio, y estamos, según he oído decir, en octubre.

Y sí estaremos, porque, fuera de la circunstancia del calor que nos favorece, todo lo demás denuncia el invierno: regresan las gentes ricas, ó las que por tales pretenden pasar, de sus expediciones veraniegas; se advierte gran movimiento en las estererías y en los almacenes de alfombras; las empresas de los teatros, armadas de todas armas, se aperciben para la lucha encarnizada por la existencia; y en los tejados de todas las casas se ve trabajar á los deshollinadores de chimeneas.

Podrá no ser invierno, pero la estación de los fríos está casi abierta oficialmente. No hace muchos días inauguró sus representaciones en el Teatro de la Princesa la compañía de María Tubau, poco después dió comienzo á la suya la de Emilio Mario en la Comedia, y mañana, como quien dice, comenzarán las representaciones de ópera italiana en el nunca bien ponderado TEATRO REAL (??), que tanto dinero ha costado y sigue costando á la nación española en general y al pueblo madrileño en particular. Allí concurrirán (me parece que los estoy viendo) á oir el *Otello,* de Verdi, muchos de los constantes abonados á dormirse en las cómodas butacas. La última partitura del autor de *Nabuco* y de *Aïda,* de *I Lombardi* y de *Un ballo in maschera,* de *I due Foscari* y de *Rigoletto,* será, tiene que ser, es indudablemente, muy mediana. Habrá en ella (¿cómo no habrá de haberlos?) detalles de la inspiración poderosa que creó el inolvidable *tercetto* de *Hernani,* la grandiosa marcha de *Macbeth* y de *Aïda;* pero habrá también, y por desdicha predominarán, señales tristes de los inevitables estragos del tiempo: el insigne autor de *Atila* y de *I Masnadieri* ha pasado de los setenta años, aun creo que se aproxima á los ochenta; y un octogenario, por muy artista que haya sido (y como Verdi pocos), ya no puede seguir siéndolo. Habrá (no necesito conocer la obra para afirmarlo con certeza)... habrá, en la nueva obra del maestro, una, dos, acaso tres piezas que recuerden sus buenos tiempos; habrá, sin duda, trozos admirablemente acabados, temas sabiamente desenvueltos, dificultades vencidas con habilidad y conocimiento admirables: faltará frescura, vigor, inspiración... eso, eso es lo que no se debe tener á los ochenta años.

Los concurrentes, sin embargo, aplaudirán á rabiar, disimularán sus bostezos y saldrán haciéndose lenguas de la obra de Verdi y de su prodigiosa ejecución.

Disculpemos esa vanidad que, al fin y á la postre, resulta una de las más inofensivas entre las vanidades humanas.

Y, ya que de vanidades humanas hablo, no he de ocultar que, con ocasión de las aperturas de teatros, se han desencadenado, con más furor que nunca, las que por esta época misma se manifiestan todos los años con igual motivo.

La vanidad de los partidarios de la moda, la vanidad de la crítica, la vanidad de los comediantes, la vanidad de las actrices, la vanidad de los dramaturgos, más ó menos auténticos y originales, la vanidad de todos. Cada una de estas vanidades podría muy holgadamente dar asunto para varias disertaciones: la materia es inagotable. No renuncio á decir un poco acerca de cada una; pero, por hoy, sólo voy á tomar en cuenta la de los críticos... la de algunos críticos, no todos.

Es el caso que ahora se han puesto en moda, entre los que ejercen el respetable magisterio de la crítica, tres manías, son á saber: la hostilidad contra los teatrillos de funciones por horas, el empeño de la unión (artística, por supuesto) de María Tubau y Emilio Mario, y la inquina al insigne y nunca bastantemente celebrado Moratín.

Esto de atacar al autor de *El sí de las niñas* es por ahora lo más *fin de siècle* en literatura.

El insigne Inarco Celenio no ha menester defensores: en sus obras está su defensa. De los teatritos al menudeo puede decirse mucho, y mi opinión, lisa y llanamente expuesta, es que por ahí, por ellos, ha de venir la regeneración de nuestro teatro; cosa bien distinta, por cierto, de lo que otros suponen. Por lo que respecta á la fusión de las compañías de la Tubau y de Mario, tengo para mí que ni es hacedera ni resultaría de provecho alguno para el arte.

El afán de reunir en una sola compañía los mejores actores de la nación y monopolizar arbitrariamente ese espectáculo en uno de los teatros de Madrid, ha sido siempre contraproducente. Hoy Vico, nuestro gran actor, anda por provincias. Perfectamente: es muy posible que gane dinero, y es bien que el público de las poblaciones pequeñas le conozca y le admire. *Julianito Romea,* uno de los actores cómicos de más inteligencia y de mayor cultura con que hoy cuenta nuestro teatro, trabajó también fuera de Madrid. Pues no me parece mal, porque la centralización es siempre mala, pero la centralización del arte es pésima.

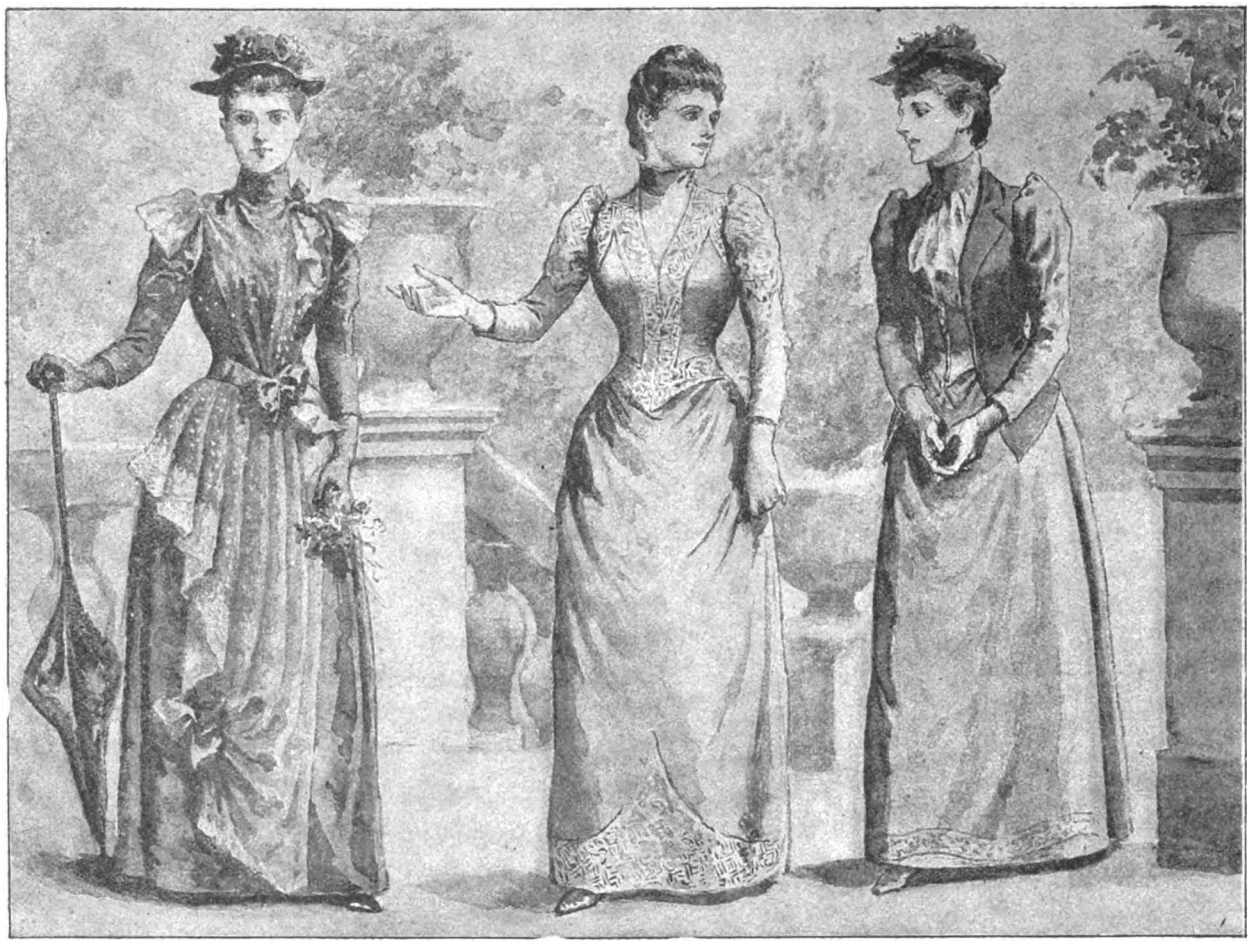
Emilio Mario actúa en la Comedia, María Tubau en la Princesa, Ricardo Calvo funciona en el Español, de Pepe Mata se dice que representará en Jovellanos. Pues esa subdivisión de trabajos redundará, como ha redundado siempre, en beneficio del arte y en bien del público: la competencia engendrará el estímulo; del estímulo nacerá la laboriosidad, el deseo en distinguirse, el empeño en sobresalir, el mayor esmero en la ejecución de obras, el cuidado más exquisito en la elección de espectáculos, la necesidad de variarlos con más frecuencia... Fórmese de todos esos elementos una sola compañía, y la producción dramática se estancará por falta de demanda: con tres ó cuatro obras nuevas y otras tantas de repertorio se habrá llenado la temporada.

No parece sino que fué en el siglo pasado cuando el gran Romea, el insigne Julián, trabajaba en el Teatro de Variedades con muchachos de porvenir que se llamaban *Emilio Mario,* Oltra, Morales, Carmen Berrobianco, Pepita Hijosa... Pues si Julián Romea dió á conocer, con la malograda cuanto inolvidada Berrobianco, *La cruz del matrimonio,* de Luis Eguilaz, Pedro Delgado y Teodora Lamadrid hicieron sentir y admirar las bellezas de *El tanto por ciento,* de Ayala.

Fusiones de esas se han intentado muchas veces; muy pocas se han conseguido y aun esas pocas sólo á medias, y después de logradas ningún resultado beneficioso se ha obtenido de ellas.

El arte, más que ninguna otra de las manifestaciones de la actividad humana, vive de la libertad. Dejémosle libre: que campe por sus respetos, que se dirija á donde quiera, que se manifieste como pueda, que se extreme; acaso, al fin y á la postre, como decían los patriotas italianos, él *fara da se.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ



TRAJES DE SASTRE

Digitized by Google

LA BELLEZA PERDURABLE

Lucía la modelo el traje convencional que los pintores y escultores visten á las entidades abstractas cuando las representan en los cuadros y esculturas, pues ya es sabido que á la Sabiduría, la Libertad, la Paz, etc., etc., les es común llevar camisón de gran escote, ceñido al talle por un aro y abierto en su delantera, porque las diosas deben de ser gente fresca y enemiga de las enaguas, ó porque el traje de Eva sea el más bello de cuantos han inventado los modistos.

El escultor cincelaba la mole bruta, queriendo trasladarle la morbidez y las líneas que mostraba la modelo, la cual, ostentando la balanza, la espada y las piernas al aire, era la encarnación más fiel de la justicia humana.

Frecuentaba el estudio Mr. Brok, hombre rico y aficionado al arte al extremo de ofrecer seis mil duros por la escultura comenzada, cuyos progresos contemplaba diariamente en el taller del escultor.

Así, pues, la modelo en la tarima, el artista en su obra y el inglés en su contemplación, pasaban largas horas juntos y alegres. En los momentos de descanso, los tres departían amigablemente, sin que la modelo se curase de la abertura de su túnica, por donde asomaban los encantos que eran su vida, porque el modelo es el único animal que vive de su propia carne.

El inglés comenzó por fijar su atención en la escultura, después compartía sus miradas entre la escultura y la modelo, y, finalmente, los ojos se le iban detrás de la muchacha.

Envanecido el artista con la presencia de aquel admirador entusiasta, atribuía sus visitas cotidianas al poder de su propio arte, y el orgullo y la soberbia le embotaron de tal modo el cerebro y los ojos que no se percató del trapicheo, hasta que un día ni el inglés ni la modelo fueron al estudio.

No acertaba á explicarse el escultor la razón de aquella doble ausencia, y sospechaba que la modelo estuviera indispuesta y el inglés ausente, cuando recibió esta carta, que le aclaró sus dudas, haciéndole caer del pedestal de sus ilusiones:

«Amigo mío: No me mande V. la escultura, porque tengo el molde en casa.

»Suyo afectísimo,

»BROK.»

***

Aunque era el inglés hombre hastiado, Andrea, la modelo, le remozó de modo que al fin pudo tratarle como á un niño y á su hacienda como propia; y él vivía contento, porque todos le envidiaban la posesión de aquella hermosura, con lo cual, á un tiempo, saciaba su vanidad y sus gustos.

Era, además, el inglés, un *sportman* frenético: la mitad de su fortuna gastó en caballos de carrera, y la otra mitad la aventuró en ellos, con tanta suerte que supo acrecentarla poniéndola á los pies de los caballos.

Solía, al caer de la tarde, salir de casa acompañado de Andrea: él, caballero en un alazán; y ella, amazona en *Lebrel*, caballo favorito de ambos. Todo el mundo fijaba en ellos las miradas, y la modelo, que con el buen trato había redondeado su hermosura plenamente, entre el bullicio del paseo avanzaba orgullosa del pasmo que producía su belleza. El sol de mayo, declinando, inundaba de polvo dorado las copas de los árboles, corría el aire templado y estaba alegre el cielo. El ambiente de los jardines era tibio, grato, dulcísimo. La gente discurría, llenando las platabandas. Los carruajes, veloces, con sus ruedas brillantes al girar, cruzaban de uno á otro lado; y las damas, luciendo en ellos sedas, joyas y plumas que el viento mecía, dejaban, al pasar, una estela perfumada. Otros coches caminaban al paso, los caballos cabeceando con elegancia: el sol tornasolaba sus pieles lustrosas y fulguraba en el metal de los arreos; las señoras, mostrando sus adornos, pasaban inspección á los ajenos é iban comentando la vida de sus prójimos. Y todo ello producía un murmullo vago, incesante, que en el paseo zumbaba, en tanto que Andrea, requiriendo las bridas de *Lebrel* y harta de la contemplación, notaba muchas veces que el pensamiento se le volvía hacia los años de su infancia. Recordaba también el pobre taller del escultor, los trajes de la modelo, las desnudeces, el hambre y aquella tarima donde pasó tantas horas derecha en un pie, la espada en una mano y la balanza en la otra. Pero, de pronto, avergonzada de sus ideas y de su pasado, fustigaba al bruto, y, aflojándole la rienda, penetraba al galope en aquel torbellino de luces y colores, en aquellas ondas de lujo que palpitaban murmurando.

***

Muy despechado quedó el escultor al persuadirse de que las visitas del inglés ni las movía él, ni la escultura, ni el arte, sino los atractivos mundanos de aquella niña. Lleno de cólera á raíz del desencanto, estuvo á pique de destrozar á golpes la imagen de la justicia, porque era un fiel trasunto de Andrea; mas luego, pensando fríamente lo ocurrido, trasformó la Justicia en la Libertad, para lo cual puso una palma en las manos del símbolo en lugar de la espada y la balanza, y esto lo hizo con la idea de competir en un concurso abierto por el Gobierno para erigir una estatua que simbolizase las victorias políticas del siglo.

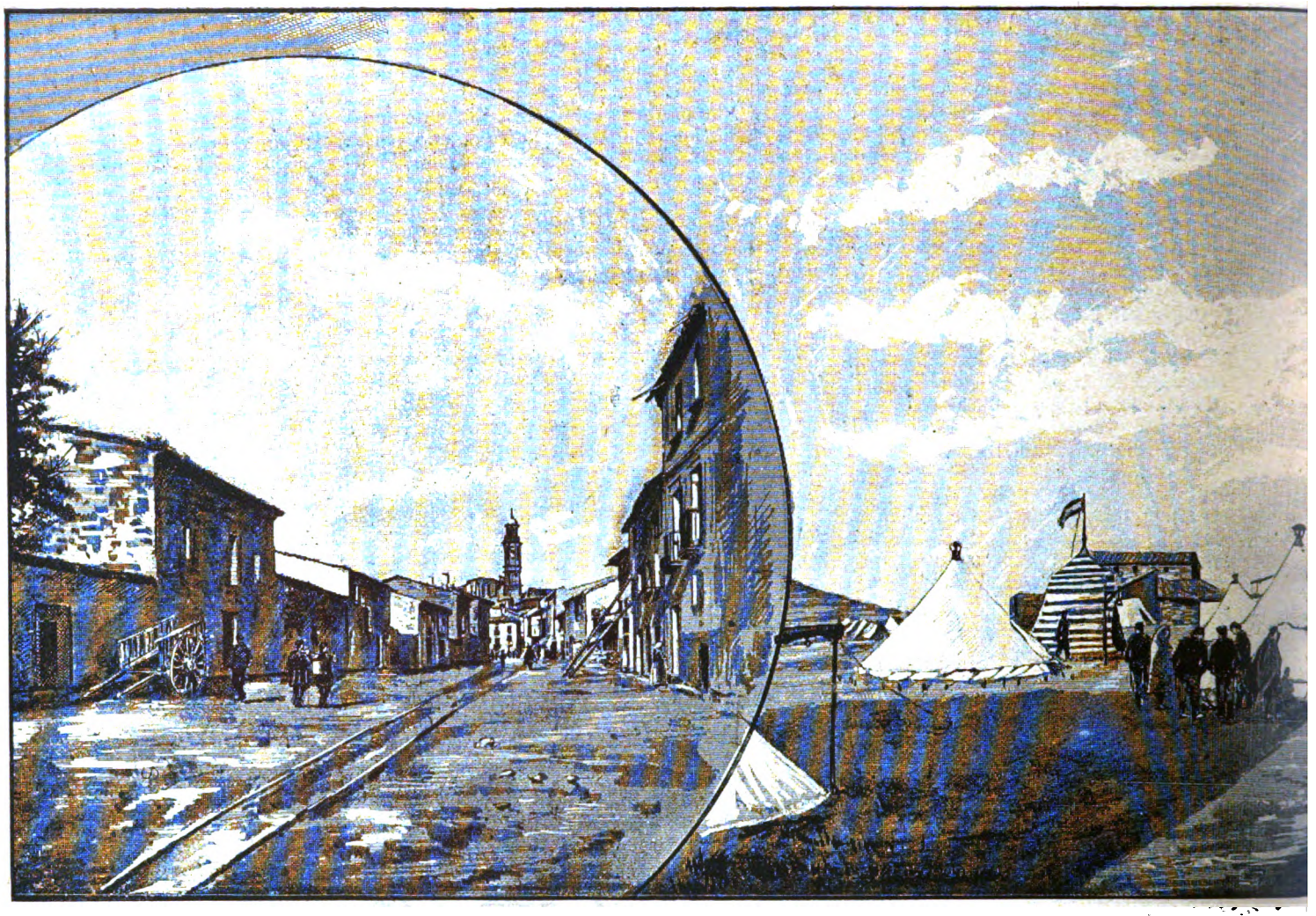
Los demás escultores presentaron bocetos; pero él expuso la obra perfecta, concluída y esplendorosa.

En el vasto salón donde el público daba su fallo, en aquel pugilato de arte, la escultura de Edmundo (que así se llama nuestro artista) ocupaba la parte central, y la multitud contemplaba la obra con asombro.

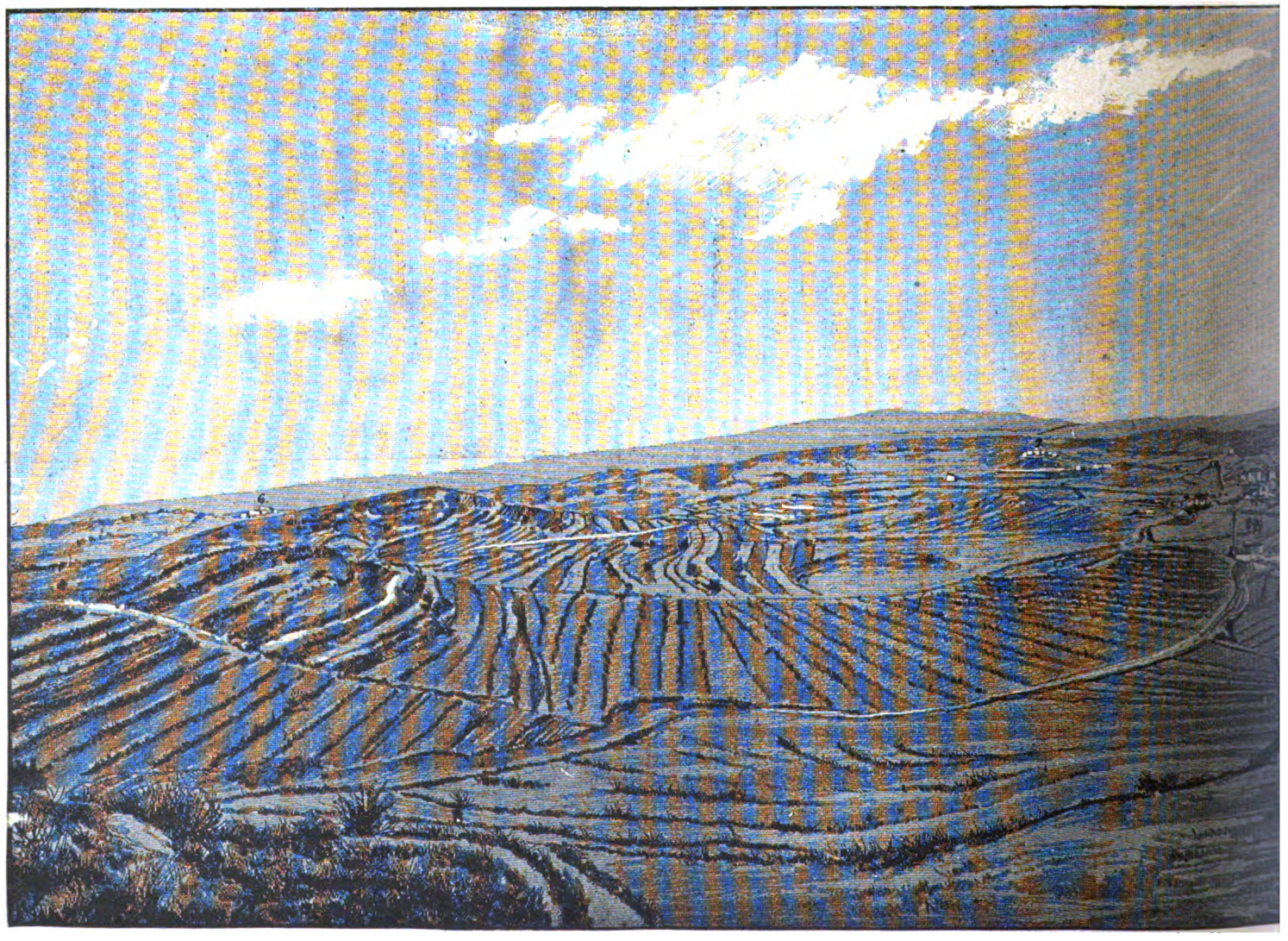
Acudieron también á la exposición Andrea y el inglés; ella luciendo sus más preciadas joyas, que realzaban desmedidamente su hermosura. Cuando penetró en el salón, arrastrando con majestad la larga cola de su vestido de seda blanca, irguiendo el talle dulce y suave, moviendo lentamente su hermosa cabeza, cubierta de un sombrero orlado de anchas plumas, que á los graciosos vaivenes de Andrea oscilaban; todo el mundo volvió hacia ella las miradas,

TRAJES DE NIÑOS

Digitized by Google



CALAF: Arrabal de San Jaime.—Cuartel general.—Vista general de Forteza.—A. Reducto.—L



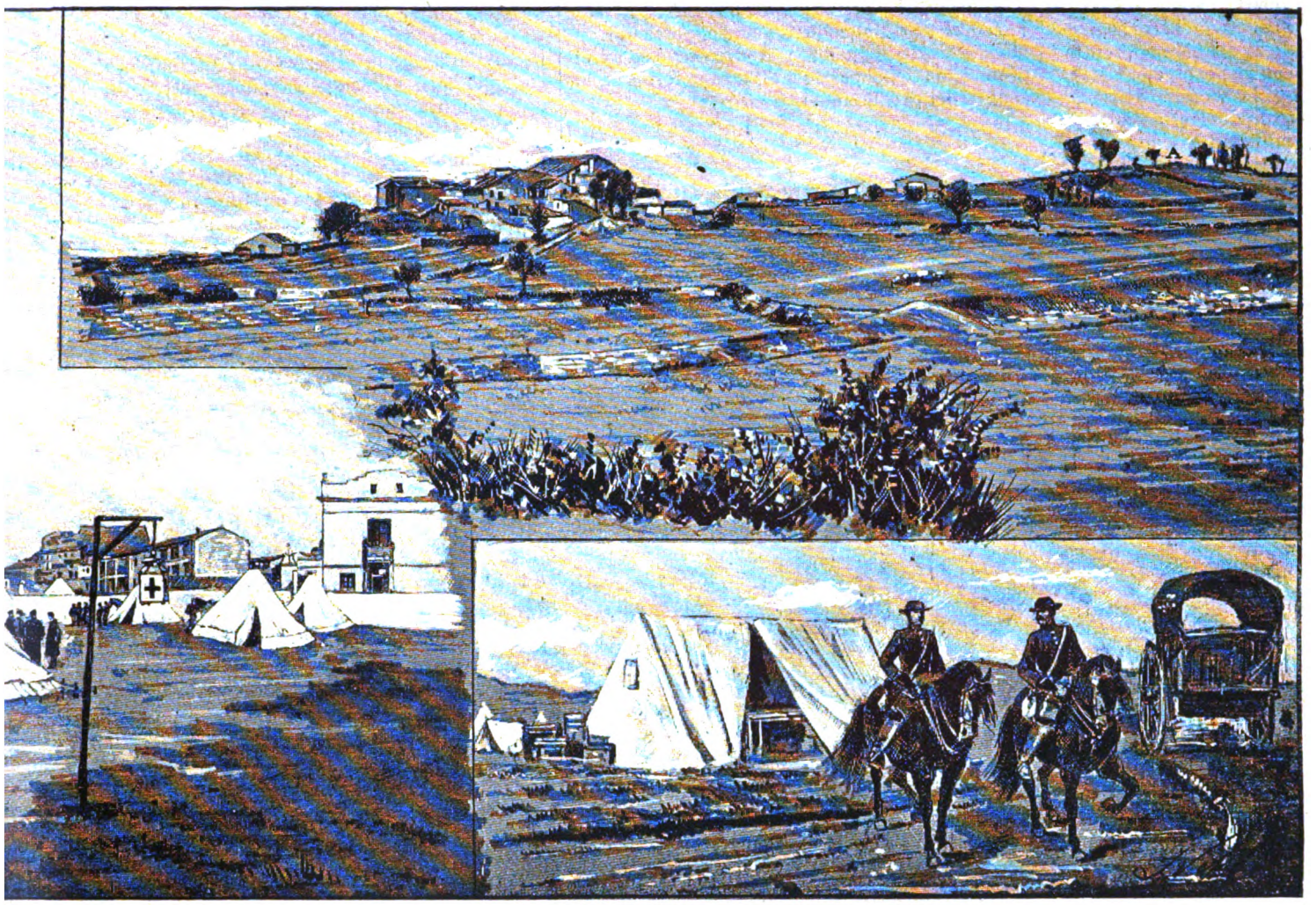
VISTA PANORÁMICA TOMADA DESDE LA ERMITA DE SAN SEBAS

1. Cuartel general y campamento de la Reina Regente.—2. Campamento de Alfonso XII.—3. Campamento de Alfor

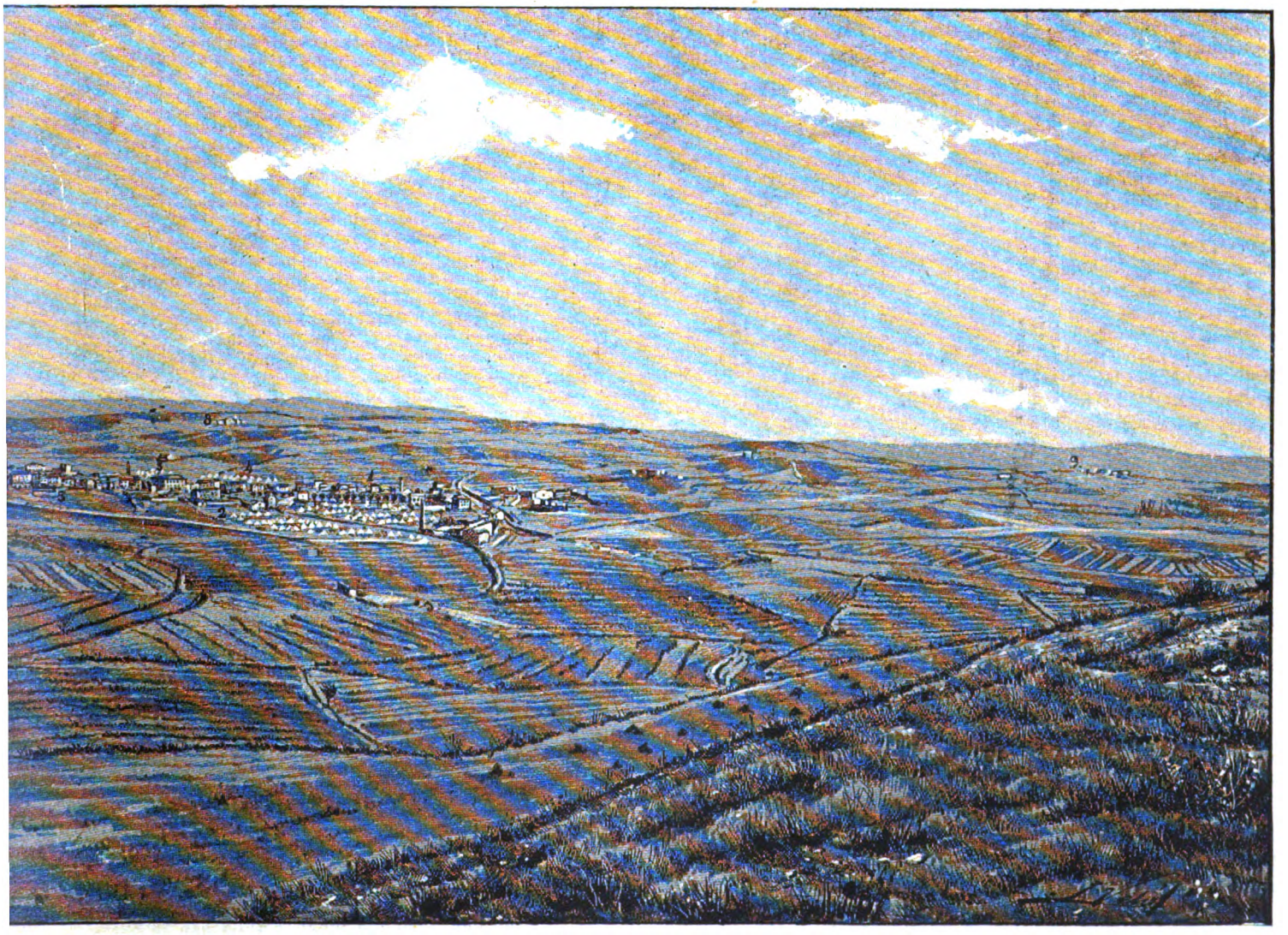
(Dibujo de nuestro co

Digitized by Google

LITARES EN CALAF



enda de la Compañía Arrendataria de Tabacos. (Dibujo de nuestro corresponsal D. J. Vehil.)



I, EN CALAF. LÍNEA DE COMBATE CUYO CENTRO ES FORTEZA
III.—4. Campamento de San Fernando.—5. Polvorín.—6. Mirambell.—7. Aleny.—8. Forteza.—9. La Llavinera.
onsal D. J. Vehil.)

Digitized by Google

apartándolas de la estatua. Un vago murmullo de asombro recibía á la belleza de la carne, que, frente á frente de la belleza del mármol, competía mirando á su rival con menosprecio.

En aquellos instantes la victoria fué para Andrea: sus atractivos producían asombro y despertaban deseos, la multitud la contemplaba con el alma y con el cuerpo, todos volvían la espalda á la escultura rindiendo su atención á la modelo; y ella, indiferente á todo, sonreía con desdén, mientras el inglés murmuraba:

—He ganado en el cambio.

La muchedumbre siguió con la vista los pasos de aquella mujer que se alejaba, y la estatua de mármol, sola, impasible y fría, con la calma propia de lo que es eterno, derecha en su pedestal de granito, dirigiendo al espacio aquellos ojos sin pupilas y alzando la mano derecha, ostentaba la palma con reposada majestad.

***

Un día tuvo Andrea el raro capricho de experimentar la extrema velocidad de *Lebrel*, y, cabalgando en el bruto, dejó la casa de su amante.

El inglés, viéndola salir, exclamó desde un balcón de su palacio:—Allá va todo cuanto amo: *Lebrel*, que me gana el dinero, y Andrea, que lo gasta.

La modelo, cuando se vió en el campo, fustigó al cuadrúpedo sin piedad, le espoleó, y le azuzó como á un perro; y, en tanto que el caballo corría más veloz que el rayo, ella, agitada con las sacudidas violentas de la carrera, asida con la mano diestra á la crin y con la siniestra blandiendo el látigo, hendía el aire como un cuchillo, gozosa de sentir en el rostro y en los hombros el roce y la frescura del viento.

Lebrel hundió las manos en un bache. Andrea salió despedida y el bruto volteado: ella cayó de bruces sobre un montón de piedras, y él de nuca en la yerba del prado. Acudió la gente, ampararon á la mujer herida y desmayada, reanimaron al bruto maltrecho, y, ella con pies ajenos y el caballo renqueando los suyos, volvieron á su casa.

***

Consintió el doctor que Andrea abandonase el lecho, donde estuvo postrada largo tiempo; desembarazóle el rostro de la multitud de vendajes y algodones que lo envolvían, y al fin quedaron descubiertas las cicatrices.

Aprovechando ella un momento de soledad, se aproximó á un espejo, donde pudo ver de golpe y con espanto el horror, la desolación y el estrago de su hermosura: la frente se le hendía por dos partes; los labios, con varios puntos de sutura, se le alargaban ladeándose; la nariz, inflamada y monstruosa, se esponjaba, harta de fealdad; y el párpado de un ojo se arrebujaba supurando. A todo esto se le unía la flaqueza que le dejó la fiebre y el desaseo y negligencia propios de su estado valetudinario.

Horrorizada de sí misma, profirió una queja, aun más desgarradora y sostenida cuando por ella vió en el espejo que le faltaba el ornamento de los dientes.

Pálida, convulsa, desesperada, bajó á la cuadra de *Lebrel*, asió una hoz de segar paja, y la hundió hasta el mango en el vientre del caballo. Estremecióse el bruto, y luego, inconsciente de su propia muerte, permaneció tranquilo, mientras las entrañas goteantes le colgaban hasta el suelo y Andrea le miraba (oprimiendo la hoz) con ojos de monstruo vengativo.

Llegó entonces el inglés y vió con estupor el espectáculo que á sus ojos se ofrecía.

—¡Qué has hecho, infeliz!

—Vengarme.

—¡Me has arruinado! Este caballo ya no era mío: había recibido cuarenta mil duros por él, y ahora tendré que devolverlos. Proyecté asegurar tu porvenir, y ahora... te verás en la miseria.

—¡Por Dios, Arturo!...

—¡Aparta!—dijo el inglés huyendo.

Lebrel se desplomó en el suelo, pateando en el estertor de la agonía, y Andrea cayó sobre él desmayada, empapando su rostro deforme en la sangre del caballo muerto.

***

De allí á dos años, una infeliz mendiga, harapienta y repugnante, vagaba por las calles de

SOMBRERO

la ciudad, sufriendo todas las inclemencias del cielo: sobre ella caían la nieve, la escarcha y la lluvia; la resecaba el sol y la ateria el frío, curtiéndole la piel y encorvándole el cuerpo.

Una tarde de invierno, sentóse la mendiga en las gradas de un monumento público levantado

SOMBRERO

en una plaza de aquella corte: era la estatua de Edmundo, la Libertad.

Llegáronse algunos rapaces á la mendiga, distrayendo los ocios callejeros en tirarle de sus harapos y en meterle piedras en la cesta. Ella, iracunda, se puso derecha sobre las gradas del monumento, levantó el brazo enarbolando el cayado, y, como entonces se le escurriera el manto, descubriendo sus canas la horrible fealdad de su rostre deforme, parecía un espectro del infierno.

—¡La bruja! ¡La bruja!—gritaban los rapaces menudeando las piedras y cercándola.

Ella proseguía de pie, inmóvil, con el palo amenazador, enhiesto, el brazo extendido y el pelo greñoso cayéndole en repugnantes mechones. Al levantar la cabeza vió la estatua, y, dirigiendo hacia ella aquel cayado siniestro, dijo con voz agria, ronca:

—¡Yo soy esa, imbéciles!

—¡Está loca! ¡Está loca!—gritaban los chicos haciendo mohines. Y la vieja movía desesperada su cabeza de Medusa á los pies de aquel monumento donde la estatua mostraba impasible su belleza perdurable.

—¡Esas piernas son mis piernas!—gritaba la modelo con voz de caña que se raja. Y levantó con mano crispada y temblona los mugrientos harapos que cubrían sus canillas enjutas.

—¡Descarada! ¡Indecente!—le gritaban los pilluelos arrojándole de nuevo fango y piedras, hasta que ella, rendida, cayó sobre el granito, y ellos, hartos de burla, le volvieron la espalda.

Allí, acurrucada sobre las gradas del monumento, pasó la noche, y al despuntar el día amaneció yerta, lívida, inmóvil: el viento le agitaba los pingajos de su falda, una espuma verdosa goteaba por sus labios cadavéricos, sus ojos vidriosos tenían congeladas las lágrimas, y allá, en la altura, sobre el pedestal, la estatua, gallarda y marmórea, herida con los primeros reflejos del sol naciente, altiva, inmutable, vencedora, con la calma propia de lo que es eterno, dirigiendo al espacio aquellos ojos sin pupilas, y alzando la mano derecha, ostentaba la palma con reposada majestad.

RAFAEL TORROMÉ

LA NOCHE DE LOS DIFUNTOS

Se hundía el sol. Sus últimos reflejos,
oscurecidos por la densa niebla,
con moribundo resplandor lucían
en la campiña por la sombra envuelta.
El negro manto de la noche oscura
con rapidez se extiende por la tierra,
y lóbregos y oscuros nubarrones
cruzaban el espacio en su carrera,
vertiendo el luto de la noche triste
al ver la luz que declinaba muerta.
¡Lóbrega oscuridad! ¡Sombría noche!
Por do quier lutos y fantasmas deja,
distinguiéndose sombras solamente
que el miedo forja y el silencio crea.
Con lento paso caminaba absorto
entre cipreses que el temor eleva,
pensando en las miserias de este mundo,
que amargan sin cesar nuestra existencia,
y en los goces fugaces y mezquinos
que ilusionan al hombre en su carrera.
Morir es renacer: la muerte acaba
con ese malestar que al alma inquieta,
con esa vida que el placer retrata,
con esa aurora plácida y risueña
que preludia á los justos y á los buenos
los resplandores de una luz eterna
que empieza donde acaban los dolores...
¡en el profundo abismo de la huesa!
¿Qué es la vida? La vida es un engaño,
es mentido ideal que el alma sueña,
es una farsa que verdad parece,
es esperanza que la dicha inquieta,
es la brillante luz que poco dura,
es un vértigo dulce que recrea
y conduce á otra vida más sublime
conjunto de hermosura y de belleza.
¡Morir es renacer! Sobre la tumba
se alza la aurora de otra vida nueva.
La muerte es el conducto necesario
de esta vida á otra vida que es eterna.
La vida hay que temer: la muerte nunca.
Si la vida es el bien, la muerte es buena;
mas si esta vida en la maldad vertimos,
despreciando la voz de la conciencia,
para siempre nuestra alma condenamos,
para siempre perdemos la existencia.
La muerte no es la noche de la vida
que dura más que nuestra vida entera;
que es la noche que dura un solo instante
y da paso á otra vida más perfecta,
que es el ocaso que conduce al cuerpo
hacia los bordes de la tumba abierta,
que es el alba del alma que va al cielo
y en alas del espíritu se eleva

Digitized by Google

hacia el trono del Dios Omnipotente,
empíreo santo que mi alma anhela.
Morir es renacer y en otra vida
gozar el alma lo que sueña en esta:
placeres que no son mentidas glorias,
dichas sin nombre que ni el hombre sueña.
La vida es el sufrir soñando acaso,
para que todo realidad parezca,
virtudes imposibles, dichas vanas,
pasiones que huyen, goces que se alejan;
y en pos de la ilusión cruzar la vida
tras algún ideal que en vano anhela,
hasta tocar con la verdad sublime,
que está en el fondo de la tumba abierta,
donde gusanos mil han de roernos,
¡donde á podrirse va nuestra materia!
Si pues la vida es una muerte triste,
continua como larga es la existencia,
si es una cárcel de materia y cieno
en donde el alma aprisionada espera
con ansiedad é incertidumbre horribles
romper de sus prisiones las cadenas,
¿por qué temer la muerte si va el alma
á renacer en vida más perfecta?

. . . . . .

La luz crepuscular del nuevo día
comenzaba á brillar tras de las cuestas,
y el negro manto de la noche oscura
se evaporaba ante la luz primera.
Las nubes se enrojecen lentamente
tras una aurora plácida y risueña,
y con tintas de grana y de topacio
le prestaban radiantes su belleza,
contrastando la noche con la aurora
como la clara luz con las tinieblas.
Y, meditando en el fatal misterio
del más allá que el ataúd encierra,
seguí por el camino de cipreses,
fija siempre mi mente en esta idea:
Tras un día apacible ¡noche triste!
Tras la noche de horror ¡la aurora bella!
Tras la vida ¡la muerte! Tras la muerte...
¡los resplandores de una luz eterna!

FRANCISCO CONTRERAS MARTÍN

EL SARGENTO GALLUDO

No recuerdo cuándo recobré el conocimiento después de mi desmayo, que me pareció interminable. De lo que no tengo duda es que después de haberme repuesto algún tanto, y en el momento que abandonaba el lecho, sentí pasar por mi rostro una mano fría, mientras un sudor también frío, producido por la impresión que me causó el roce, bañaba copiosamente el resto de mi cuerpo. Volví el rostro, con más miedo que otra cosa, y me eché á la cara á mi compañero el sargento Galludo, hombre de *puñoz*, alto, fornido, de cara tan seria como prolongada, y de cuya barbilla huesosa pendía, como siempre, su larga y espesa perilla negra.

Al verme no pudo contener el llanto, y me dijo con frases entrecortadas por prolongados sollozos:

—No lloro porque estás enfermo (¡qué he de llorar!), pues hoy por ti y mañana por mí, que á eso nos exponemos todos los que combatimos: lloro por la pérdida de la acción de ayer, pues con ella, aunque sea por pocos meses, pierdo los galones de alférez, que de otro modo tendría ya á estas horas pegados á las mangas. Todo por culpa del capitán Cabalanza, que dejó descubierto el flanco derecho, por el cual atacó con rudeza el enemigo.

—Galludo,—me dijo el capitán cuando yo regresaba de revisar el escuadrón;—espero que esta noche te portarás como sabes hacerlo, pues dentro de poco tiempo emprenderemos una jornada corta, porque hoy hay que tomar el cerro del Caimán, único que nos falta para poder llegar al camino real que conduce á Villapequeña.

—Mi capitán,—le dije,—ya sabe V. S. que yo siempre estoy dispuesto á morir entre las guerrillas; pero perdone V. S., mi capitán: no debemos atacar hoy al cerro, porque la gente además de ser poca está cansada.

—¡Cansada! ¡Rayos y truenos! ¡El soldado no se cansa nunca! ¡No sabes lo que dices, Galludo! ¡Vete de mi presencia y cumple bien! ¡Rayos y truenos!

Así me despidió el capitán, y ¡voto á los diablos que le ha castigado Dios, pues no trascurrieron doce horas sin que mis pronósticos se cumpliesen y sufriésemos una vergonzosa derrota!

Créeme, compañero Semprún,—me dijo Galludo;—hace catorce años, por San Martín, que me cosieron los galones de primero del segundo de tiradores. Pues bien: desde entonces, y no obstante mi larga campaña, no he sufrido más derrota que ésta. Tengo el corazón *que no me cabe en el pecho*, y vengo á desahogarme contigo, querido Semprún. Yo juro por lo que más quiero, que es á Petra la horchatera, que á fe de Galludo venceré solo, aunque sea mañana cuando hagamos el segundo ataque. Veo que estás ya muy mejorado de la herida que recibiste en la toma de Corguiroja: así es que cuento contigo para que me ayudes sí, como es de esperar, no hay entre todos los escuadrones ninguno que se atreva á acometer al Caimán.

Galludo se expresaba con tanta viveza, y tenía tal seguridad de vencer, que no vaciló en decir que apostaba la cena y cuatro cuartillos de vino para todos los sargentos del séptimo, cosa que no hacía más que en las grandes solemnidades y cuando estaba seguro de ganar la apuesta.

La verdad es que yo, ciertamente, había mejorado mucho de mi enfermedad, pues pronto sería *dado de alta*. Esto, unido al entusiasmo que me producía el deseo de tomar parte en el ataque que mi camarada tenía la seguridad de ganar, me animó á decirle que podía contar conmigo para *el día de la revancha*, como él llamaba al próximo combate.

Esta noticia agradó mucho á mi amigo. Salió éste de mi cuarto á los pocos momentos para dedicarse á su obligación, no sin darme antes un fuerte apretón de manos, á la vez que me decía con voz segura:

—Hasta mañana.

. . . . . .

Los continuos *toques* de corneta anunciando llamada me despertaron cuando apenas el alba empezaba á rayar. Me vestí apresuradamente, y, fiel á mi palabra, me dirigí con paso vacilante al campamento, que distaba como cien pasos de la tienda que me servía de hospital.

La poca tropa con que en aquel momento contábamos estaba ya formada y en disposición de emprender la marcha. En todos los semblantes se notaba gran decaimiento de ánimo: sólo Galludo, con voluntad de hierro y con su mirada severa y penetrante, era el que se mostraba más animado por la seguridad que tenía de su triunfo.

SOMBREROS

Me coloqué cerca de Galludo, á cuyo escuadrón pertenecía, y confieso que cuando el capitán Cabalanza ordenó la marcha con dirección al Caimán, experimenté lo que nunca conocí en mi vida: miedo á una derrota segura. ¡Tan pocos éramos! Me parecía que habíamos disminuído.

Hacía ya largo rato que caminando á paso, á ratos corto y á ratos largo, habíamos salido de La Arboleda, y muy pronto estuvimos próximos al fuerte del Caimán, que se destacaba en una montaña. Una *lluvia* de balas pasó silbando cerca de nosotros. Los del fuerte no se dormían, y empezaban ya á *saludarnos*.

Galludo me dirigió una expresiva mirada. Parecía como que deseaba decirme:

—Se acerca mi triunfo porque ninguno (y de esto casi tengo la seguridad) se encuentra con fuerzas para emprender el ataque.

A medida que íbamos aproximándonos aumentaba el número de balazos que nos dirigían, y pudimos observar bien que las fuerzas de que disponían nuestros adversarios eran muy superiores á las nuestras. No pasó desapercibido para Cabalanza, pues en vista de la imposibilidad de nuestro triunfo, y después de manifestarnos en alta voz que prefería una prudente retirada (aunque realmente no fuera, decía) á una imprudente acometida, mandó volver á La Arboleda, que allí esperaríamos refuerzos.

Muy mal cuerpo hizo á Galludo este mandato, pues no vaciló en salir de su puesto, y, encarándose con el capitán, le dijo:

—Mi capitán: yo solo me atrevo á tomar el fuerte; pero si hay alguno que quiera seguirme que venga en buen hora.—Y, al decir esto, el sargento me invitó con una mirada. Esto me inspiró hacia él más compasión que otra cosa.

¡Cuán difícil de conseguir era lo que se proponía! Yo, por más que le había dado palabra de acompañarle, ¡me sentí tan desanimado! ¡era ó sería la lucha tan desigual!... Así es que no acepté el ofrecimiento, pues lo que antes creía fácil de realizar, visto de cerca lo consideraba como una locura por lo imposible. Como yo pensaban los demás, pues ninguno de ellos hubo de querer acompañarte.

Entonces, Galludo, sin querer oir nuestros ruegos y atando al cañón del fusil, á modo de bandera, su largo pañuelo de yerbas, dijo, mientras se alejaba apresuradamente:

—Muy pronto este pabellón sustituirá á aquella bandera que ondea en el fuerte, y entonces éste será ya de nosotros.

Nos miramos unos á otros dominados por la fuerte emoción que nos produjo el acto de Galludo, y, ya que no de otra manera, seguimos con la vista al valiente soldado. Caminaba éste rápidamente hacia el Caimán y se había librado de los muchos balazos que le dirigían. De pronto, y cuando estaba ya muy cerca de una de las entradas que dan acceso al fuerte, le vimos balancearse y... caer, envuelto en una nube de humo blanquecino.

. . . . . .

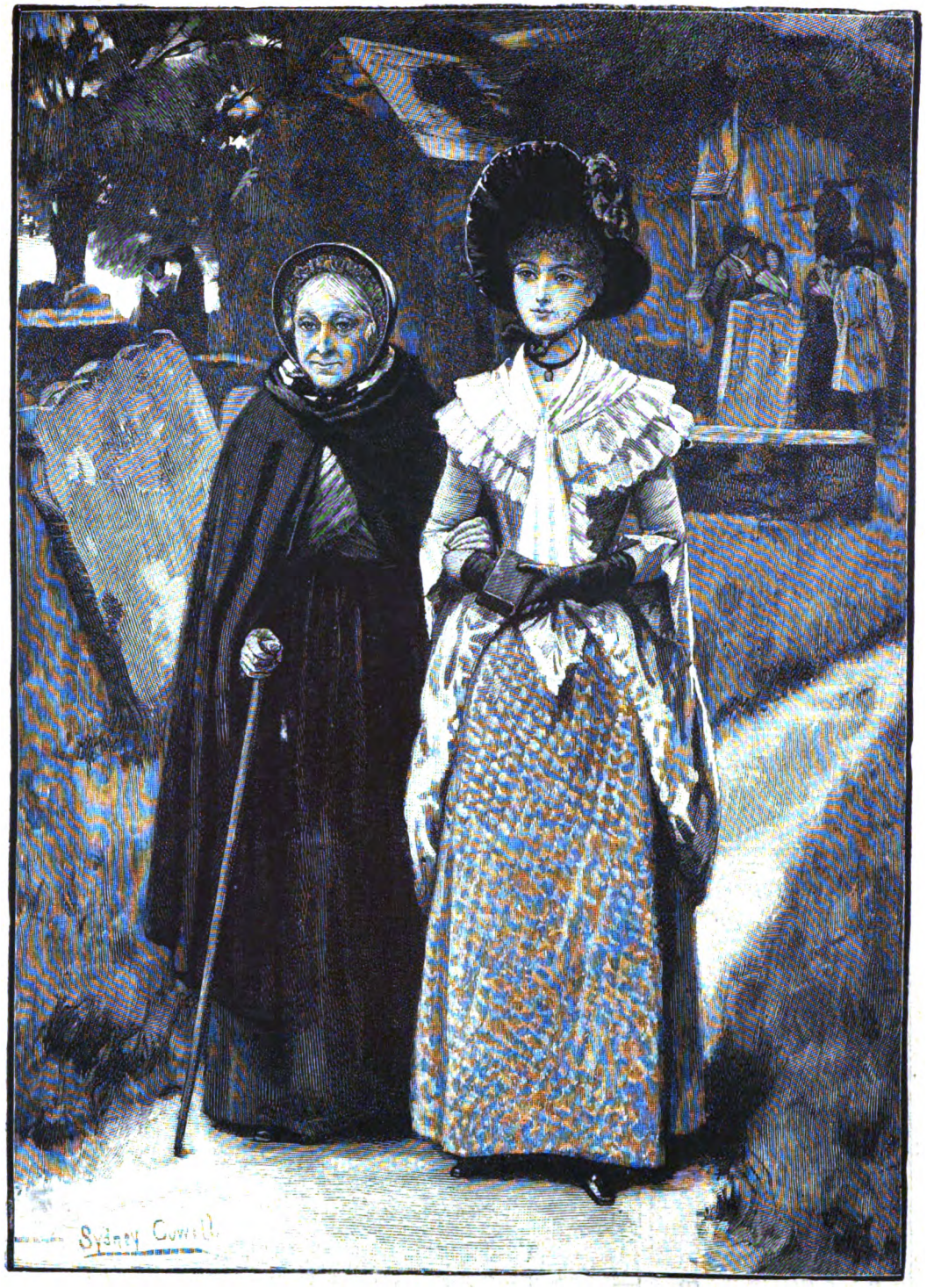
El infortunado Galludo había muerto. Instintivamente nos descubrimos todos y encomendamos su alma á Dios. Yo derramé abundantes lágrimas, y, mientras dos muy gruesas rodaban

Digitized by Google

EN ESPERA DEL YACHT (dibujo de E. Hopkins)

Digitized by Google

POR LA PLAYA



SALIDA DE MISA

Digitized by Google

por las curtidas mejillas del capitán Cabalanza, decía éste volviéndose á nosotros:

—¡Pobre Galludo! ¡Ha muerto por exceso de amor propio!

LUIS DEL ARCE

LAS MANIOBRAS MILITARES
DEL
EJÉRCITO DE CATALUÑA EN CALAF

Demostrada en el extranjero la conveniencia, y casi podríamos decir que la necesidad, de las grandes maniobras militares, era altamente sensible que no se verificasen en España, hasta que por iniciativa del señor general Martínez Campos ha tenido efecto, por fin, la primera de dichas maniobras en grande escala, tocándole al ejército de Cataluña la suerte de inaugurarlas.

Muchos y poderosos obstáculos se oponían á la realización del laudabilísimo propósito del actual capitán general del Principado, entre ellos la falta de vastas extensiones de terreno propiedad del Estado; pero gracias á los desvelos de nuestra digna autoridad militar y á su consumado conocimiento de la topografía del país, púdose al cabo encontrar en el campo de Calaf un lugar, si no inmejorable, á lo menos bastante á propósito para servir de teatro á las operaciones proyectadas, estratégicas y tácticas.

Salvado este inconveniente, pasóse por otro que se ofrecía también, de carácter militar, y era la desproporción que necesariamente debía haber entre las distintas armas llamadas á tomar parte en las maniobras, pues contándose con 5 regimientos de caballería, 2 de artillería y 1 de ingenieros, sólo podía disponerse de 15 batallones de infantería, siendo así que por las condiciones del terreno hubiera debido estar representado mayor contingente de aquélla.

Está situado Calaf en la meseta bastante llana llamada *la Segarra*, de donde arranca hacia el SO. la sierra de Prades, y levántase á 680 metros sobre el nivel del mar, por lo cual dicho está que el clima es allí muy frío. Tal situación es muy céntrica, pues hállase equidistante unos 90 kilómetros, poco más ó menos, de Barcelona, Lérida y Tarragona. Atraviesan por su término el ferrocarril de Barcelona á Zaragoza y la carretera de Barcelona á Madrid. El país es muy pobre, como toda *la Segarra*. El pueblo consta de unas 300 casas de humilde y vetusto aspecto, y está habitado por cerca de 1,500 almas.

Escaso en aguas potables, recógese el agua llovediza en aljibes, acudiéndose además á las fuentes de los pueblos de Aleny, Mirambell, San Martín de Sasgayolas, Prats de Rey y San Pedro La Llavinera, circunvecinos á Calaf.

El terreno, que en general ofrece un notable color de ocre, es medianamente onduloso, estando formado por una sucesión de colinas cubiertas de monte bajo, mientras que el llano está ocupado por viñedos, ya á la sazón despojados de todo fruto.

Alrededor de Calaf y dentro de los 16 kilómetros cuadrados del campo de maniobras, hállanse, además de los pueblos citados más arriba, y más inmediatos y concéntricos, los caseríos de Espona, Forteza, Dufort, San Pasalás, Ermita de San Sebastián, Solanellas, Puig den Mayá y La Llavinera. Por fin, á tocar con el pueblo, levántanse un viejo castillo y las ruinas del antiguo alcázar del cadí Calaf (siglo XI), cuyo nombre se ha perpetuado en el del pueblo.

La situación de Calaf es muy estratégica, y en la última guerra carlista comunicábanse por allí las partidas de Gerona y Barcelona con la baja Cataluña y el Maestrazgo, lo cual se comprenderá mejor al saber que pasan por allí, además de las vías antedichas, la carretera de Madrid, habiendo otra que une á Calaf con Manresa y luego muchos caminos que conducen desde allí á Igualada, Cervera, Solsona, Cardona, etc. Esta importante situación explica el papel que en la historia militar de nuestra patria ha desempeñado Calaf, habiendo sido teatro de rudas batallas entre Staremberg y Vendôme (1711) cuando la guerra de Sucesión, y después en la guerra de la Independencia.

Respecto al plan de las maniobras, que naturalmente debían consistir en el ataque y defensa de determinado punto, habíase acordado en un principio que hubiese dos líneas defensivas, pero posteriormente hubo que desistir de ello y reducirlo á una sola. Esta línea era la que partiendo de Mirambell y Dufort termina en La Llavinera, quedando en medio Aleny y La Forteza. Pero no solamente se trataba de este simulacro de batalla, sino de practicar antes ejercicios de brigada, y, además, de comprobar la precisión con que las fuerzas acudirían puntualmente á los lugares designados.

Estas fuerzas eran las siguientes, divididas en dos divisiones, una de infantería y otra de caballería:

DIVISIÓN DE INFANTERÍA: Comandante general, señor general de división D. Mariano Montero y Cordero.

Primera brigada, Lacerda: Almansa, núm. 18; Guipúzcoa, núm. 57; y una batería del primer regimiento artillería de montaña.

Segunda brigada, Azañón: Asia, núm. 59.

Media brigada, coronel Batanero: un batallón de Aragón, núm. 21; cazadores de Figueras, núm. 6; una batería del cuarto divisionario de artillería.

Tercera brigada, Junquera Huergo: Luchana, núm. 28; primer batallón de San Quintín, número 49; una batería del cuarto divisionario.

Cuarta brigada, Denís: Navarra, núm. 25; Albuera, núm. 26; una batería del primer regimiento de artillería de montaña.

DIVISIÓN DE CABALLERÍA: Comandante general, D. Manuel de Loresecha.

Primera brigada, Bosch: lanceros de Borbón, núm. 4; cazadores de Alcántara, núm. 14.

Segunda brigada, Torreblanca: Lanceros del Príncipe, núm. 3; cazadores de Tetuán, número 17.

TROPAS DE DEFENSA: Jefe, señor coronel de ingenieros D. Eduardo Danís: cuarto regimiento de Zapadores Minadores; cazadores de Alfonso XII; dos baterías del primer regimiento artillería de montaña; dos escuadrones de Mallorca.

RESERVA: una batería del cuarto divisionario; un escuadrón de Mallorca.

Estas fuerzas acudieron desde distintos puntos, hallándose distribuídas en las cuatro provincias catalanas, siendo de elogiar la precisión con que se hicieron las jornadas. Cada columna llevaba un plano itinerario hecho con tal cuidado por el Estado Mayor que no había necesidad de práctico, tan prolijamente representados estaban los menores detalles.

X.

(Se continuará)

NUESTROS GRABADOS

EL POETA MANUEL DE CABANYES

(Véase el artículo)

LAS MANIOBRAS MILITARES

(Véase el artículo)

EN ESPERA DEL YACHT.—POR LA PLAYA.—SALIDA DE MISA

Son tres dibujos que se recomiendan por la naturalidad de las figuras y la corrección del modelado, siendo de alabar la exactitud de las expresiones en consonancia con cada situación del respectivo personaje.

SNOWDON (GALES)

Se ha llamado al país de Gales la *Suiza chica*, y no parece inexacta la comparación, pues sin competir en tamaño ó cantidad con lo que se ve en la república helvética, tiene el país de Gales todo lo menester para que los viajeros se encanten con lo pintoresco de los sitios y lo magnífico de las perspectivas que á cada momento se ofrecen á los ojos. Ríos, lagos, cascadas, montes cubiertos de nieve: todo eso abunda allí.

PREGÓN

¡Re, tre tee! ¡Mando y dispongo
que se use de hoy adelante
el *jabón desinfectante*
de los PRINCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, Paris.
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Al pie de mi cama había también una filiación impresa, de las que se circularon cuando escapé con Alan; de modo que pude leer, trazada en gruesos caracteres, la poco halagüeña descripción de mi persona y la recompensa ofrecida por mi captura. Duncan-Dhu, y cuantos sabían que había llegado en compañía de Alan, no pudieron dudar quién era yo, pues por más que hubiese cambiado de ropas no me era posible cambiar de persona; de modo que seguramente me reconocerían por la filiación.

Sólo ocurrió en la casa un incidente digno de citarse, y fué la visita que recibí de Robin-Vig, uno de los hijos del célebre Rob-Roy. Le buscaban por todas partes como acusado del rapto de una mujer de Balfron, con la cual se casó por fuerza, según se aseguraba; pero esto no le impedía detenerse en Balquidder, presentándose con la mayor serenidad en casa de sus mortales enemigos, pues Duncan Dhu era pariente de Jacobo Mac-Larens, muerto á manos de Robin-Vig.

Duncan tuvo tiempo de avisarme quién era el visitante, y los dos nos miramos con el ceño fruncido. Era precisamente la hora en que Alan solía llegar, y parecíame que mi amigo no vería con buenos ojos al recién venido.

Robin-Vig se presentó cortesmente, pero como hombre que trata con inferiores: descubrióse para saludar á la Sra. Mac-Larens, púsose otra vez el sombrero para dirigir la palabra á Duncan, y después acercóse á mi cama é inclinóse ligeramente.

—Me han asegurado, caballero, que os llamáis Balfour.

—Mi nombre es, en efecto, David Balfour, para serviros,—contesté.

—Yo cambiaría el mío por el vuestro,—repuso,—si no fuera porque desde hace algún tiempo está un poco olvidado; pero, aunque así sea, básteos saber que os habla el hermano único de Jacobo Mare Drummond ó Mac-Gregor, de quien seguramente habréis oído hablar.

—Sí, caballero,—contesté algo inquieto;—y también de vuestro padre Mac-Gregor Campbell.

Así diciendo, me incorporé en el lecho para saludar, pues me pareció oportuno cumplimentarle, por si acaso se enorgullecía de ser hijo de un renegado.

Robin-Vig saludó á su vez.

—Quería deciros,—añadió,—que en el año 1745, cuando mi hermano se levantó en armas para favorecer la buena causa, figuraba mucho un caballero del mismo nombre que vos. Era hermano de Balfour de Baith; y si tenéis algún grado de parentesco con él, yo y mi gente nos pondremos con mucho gusto á vuestra disposición.

Debe recordarse que yo no sabía una palabra sobre mis ascendientes. Había oído hablar de los altos personajes con quienes mi tío estaba relacionado; pero á esto se limitaba todo, y, por lo tanto, no pude contestar categóricamente.

Robin me dijo en pocas palabras que sentía

Digitized by Google

haber hablado con tanta ligereza, volvióme la espalda con un leve saludo, y, al dirigirse á la puerta, oíle decir á Duncan que yo era algún tunante sin parientes que no conocía á su padre. Aunque irritado y avergonzado de mi ignorancia, no pude menos de sonreir al ver que aquel hombre, que estaba bajo la acción de la justicia, y á quien, por más señas, ahorcaron tres años después, fuese tan mirado en cuanto á la categoría de las personas con quienes trataba.

En el umbral de la puerta encontróse con Alan, y los dos retrocedieron, mirándose como perros desconocidos. Ninguno de ellos era alto, mas parecían henchidos de orgullo. Ambos llevaban espada, y pareciéronme igualmente dispuestos á hacer uso de ella.

—Pienso que sois el caballero Stewart, —dijo Robin.

—Cierto, caballero Mac-Gregor; y es un nombre de quien nadie puede avergonzarse.

—No sabía que estuvierais en mi país, —repuso Robin.

—Imagínome que me hallo en el país de mis amigos los Mac-Larens,—replicó Alan.

—Sobre eso se podrían decir dos palabras; pero, de todos modos, creo que sois hombre que maneja la espada.

—A menos que hayáis nacido sordo, debéis haber oído decir algo más que eso: no soy el único hombre que lleva espada en Appin; y cuando mi pariente el capitán Ardshiel tuvo un encuentro con cierto caballero de vuestro nombre, no hace muchos años, creo que Mac-Gregor no llevó la mejor parte.

—¿Os referís á mi padre, caballero?— preguntó Robin.

—No me extrañaría que fuese él. Recuerdo que aquel caballero tuvo el mal gusto de agregar á su nombre el de Campbell.

—Mi padre era de edad avanzada,—replicó Robin;—la lucha era desigual; mas paréceme que entre vos y yo no lo sería.

—En ello pensaba,—dijo Alan.

Yo me había levantado casi, y Duncan estaba dispuesto á intervenir; de modo que cuando se pronunciaron las últimas palabras, colocóse entre aquellos dos hombres, dispuestos al parecer á cortarse el cuello.

—Caballeros,—dijo,—dejaos ahora de disputas por cosas que no valen la pena. Aquí tengo yo mis gaitas, y los dos sois caballeros igualmente famosos por vuestra habilidad para manejar el instrumento. Siempre se ha discutido sobre cuál de ambos toca mejor, y esta es la ocasión oportuna para resolver la cuestión.

—A decir verdad, caballero,—dijo Alan á Robin, de quien no había separado la vista, así como tampoco éste de su adversario,—creo haber oído decir algo de lo que acaba de indicar mi amigo Duncan. ¿Sois verdaderamente músico? ¿Tocáis un poco la gaita?

—Lo mismo que un Mac-Rimmon.

—Mucho decir es.

—Cosas mayores he sabido hacer buenas, y esto contra más poderosos adversarios.

—Pues no quiero ventajas, caballero Stewart,—repuso Robin;—comed y bebed, y yo haré lo mismo.

Los dos campeones se sentaron á la mesa, y, después de brindar por la Sra. Mac-Laren y hacer muchos cumplidos, Robin tomó las gaitas y tocó una sonata muy caprichosa.

—Veo que sabéis soplar,—dijo Alan.

SNOWDON (GALES)

—Fácil es probarlo,—dijo Alan.

Duncan-Dhu se dió prisa á presentar las gaitas, poniendo delante de sus huéspedes un plato de carnero fiambre y una botella de esa bebida peculiar del país que se hace con aguardiente añejo, miel y crema batida. Los dos adversarios habían estado á punto de sacar el acero, pero sentáronse tranquilamente con la mayor gravedad. Robin dijo que no comería ni bebería, porque esto era desventajoso para tocar; pero Alan no lo pensó así.

—Debo advertir,—dijo mi compañero,—que no he cortado pan hace diez horas, y que no tocaría bien con el estómago vacío.

Y tomando á su vez el instrumento de manos de su rival, tocó primeramente lo mismo que Robin, introduciendo después algunas variaciones, con una serie de graciosas notas del más agradable conjunto.

Habíame agradado mucho la tocata de Robin, pero la de Alan me deleitó.

—No está mal, caballero Stewart,—dijo su rival;—pero las últimas notas me parecen pobres.

—¡Pobres!—exclamó Alan rojo de cólera.— Estoy pronto á desmentiros.

Traducción de
ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.
En provincias, en casa de nuestros corresponsales.
A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse
+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +
POR RICARDO FLEISCHER
catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

FUMIGATEUR CIGARETTES ESPIC PECTORAL

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma*: J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de España : **2 fr. la Caja.**

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

LA SAGRADA BIBLIA EDICIÓN DE GRAN LUJO
Ramón Molinas, Editor - Barcelona

Digitized by Google

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

premiado con **MEDALLA DE ORO** en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 **DEL Dr. PIZÁ** **Primer preparador español de dicho medicamento**

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el **MORRHUOL** es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el **MORRHUOL** grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor **Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona**, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

BÁLSAMO DE
FERNOLINE
Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo y es completamente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos, de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos, hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores, en el extranjero, para curar los dolores que notan muchos enfermos en el **cuello, pecho y espaldas;** pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel, se absorbe en cantidad variable, según la superficie de la aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales farmacias y Droguerías

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA.-BARCELONA

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Antor, Escudillers, 22, Barcelona

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de **VIVAS PÉREZ**

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estomago y pirozis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

VERITABLES GRAINS de Santé du docteur FRANCK

Constipacion (*estreñimiento*) Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica Congestiones, curados ó prevenidos.

(Etiqueta adjunta en 4 colores)

PARIS : Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs.

EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

GRANDES ALMACENES DEL
Printemps
NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACIÓN de INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todas los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envios *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En **Madrid:** *Plaza del Angel, 12* — entio-dcha — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envios que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

El **VINO** de **PEPTONA CATILLON** *restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito. Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades*

DEL **ESTOMAGO**
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.

3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias

MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raiz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerias.

PREPARADO POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.

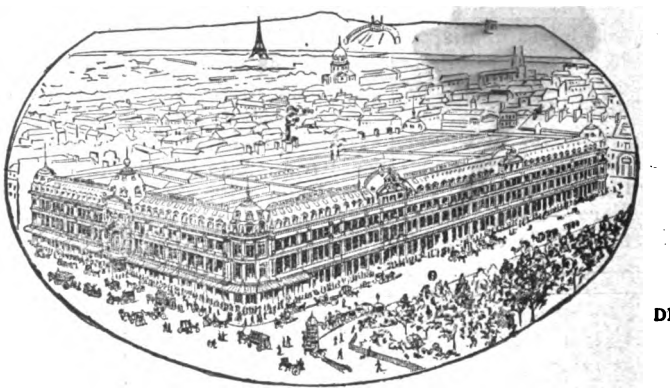
Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

AU BON MARCHÉ
NOVEDADES. — Maison Aristide BOUCICAUT

PARIS

Almacenes de Novedades que resumen en todos los artículos la eleccion mas completa, mas rica y mas elegante.



PARIS

El Sistema de vender todo con beneficios muy módicos y de toda confianza es absoluto en los Almacenes DEL BON MARCHÉ

Tenemos el honor de anunciar á las Señoras que nuestro **Catálogo** de Novedades de la Estacion de Invierno acaba de publicarse y que se remite **franco de porte** á todas las personas que lo pidan.

A causa del acrecimiento constante de nuestros negocios, los surtidos de la casa son muy considerables y podemos asegurar que ofrecemos ventajas indiscutibles, tanto desde el punto de vista de la calidad como de la baratura de nuestras mercancías.

Aparte de nuestro Catálogo de la Estacion que da una idea de nuestras principales novedades tenemos á la disposicion de las Señoras, **Muestras** variadas de nuestras telas así como Albums, Descripciones y Reproducciones de todos modelos de articulos confeccionados.

La Casa del* BON MARCHÉ *hace remesas á todos los paises del Mundo y sostiene correspondencia en todos los idiomas.

Todos los pedidos cuyo valor llegue á 25 francos serán remitidos contra reembolso franco de porte, hasta la frontera francesa y sin necesidad de designarnos la mediacion de un corresponsal.

Los derechos de aduana, el porte desde la frontera hasta el punto á que la mercancía es destinada y la pérdida del cambio son los únicos gastos á cargo de nuestros clientes.

El BON MARCHÉ *no tiene* Sucursal *ni* Representante *en Francia ni en el Estrangero y ruega á sus Clientes que desconfien de los comerciantes que toman su titulo para introducir una confusion.*

EL GRITO DE INDEPENDENCIA
NOVELA HISTÓRICA ORIGINAL
POR CARLOS MENDOZA

-Quinta edición, copiosamente aumentada y ricamente ilustrada con profusión de cromolitografías y grabados en negro—

A dos reales cuaderno.—R. MOLINAS, Editor.—Barcelona: Cortes, 365 á 371

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

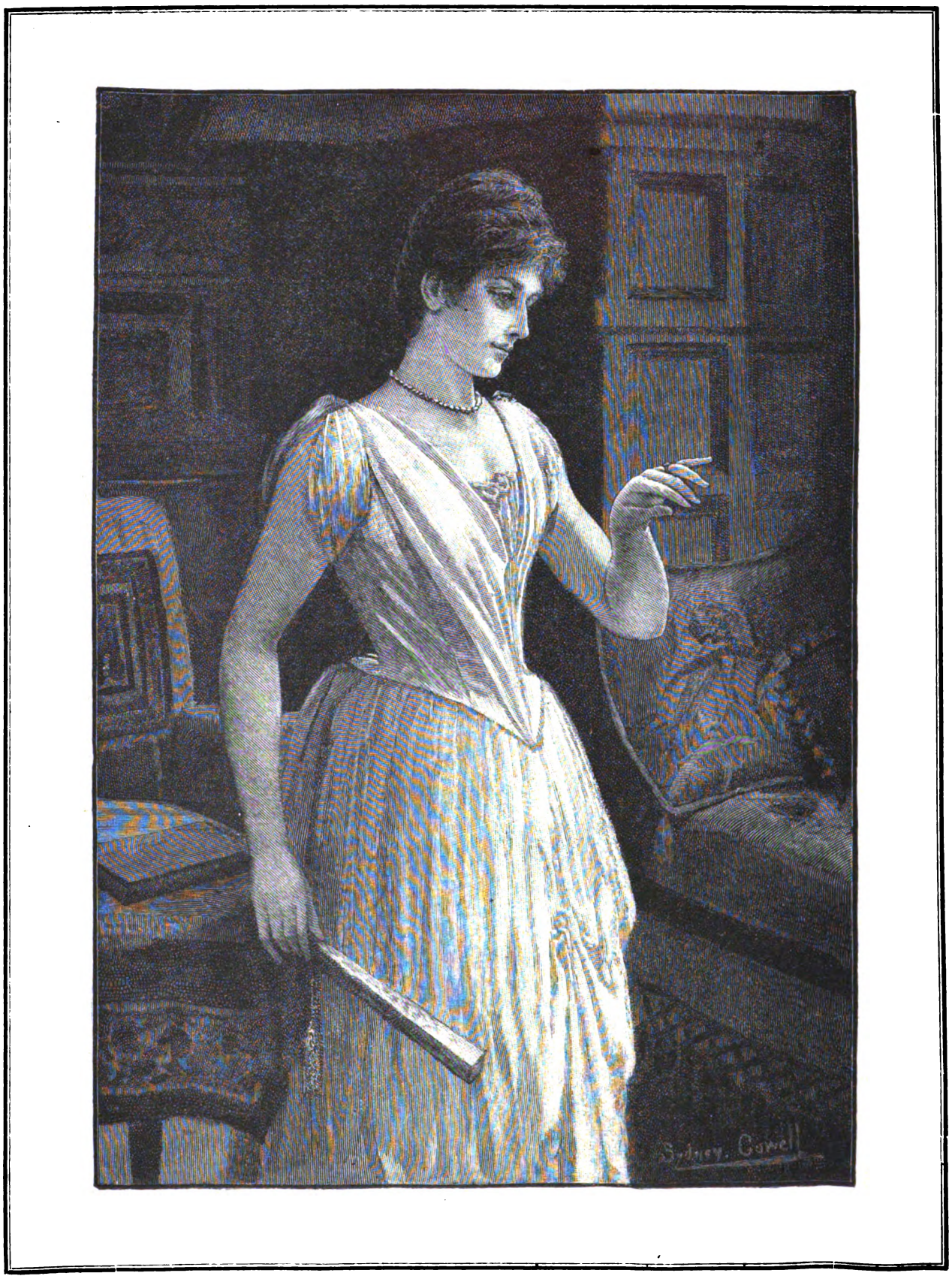
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 15 de noviembre de 1890	Núm. 411



EL ANILLO NUPCIAL

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Noviembre* (soneto), por C. M.—*Los ojos blancos*, por R. Hernández Bermúdes.—*El día de Difuntos*, por Antonio Vives.—*¡Cataplum!*, por Salvador Rueda.—*Rimas*, por Ventura Mayorga.—*¡El primer beso!*, por Julio de las Cuevas.—*El engaño y su enemigo*, por Joaquín Olmedilla Puig.—*Espejismos* (poesía), por Sofía Casanova.—*Las maniobras militares del ejército de Cataluña en Calaf*, por X.—*Desencanto* (poesía), por M. N. Troncoso.—*Nuestros grabados.*—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación).

GRABADOS: El anillo nupcial.—Modas.—Las maniobras militares en Calaf.—Dinan.—La calle de Jerzual, en Dinan.

MADRID

Las Memorias.—La carne.—Maniobras militares.

Las Memorias íntimas, ese género de literatura que refiere la historia al por menor ó entre bastidores, está muy poco cultivado en España. Las notabilísimas *Memorias de un setentón*, del inolvidable Mesonero Romanos; las de Alcalá Galiano; las del general Fernández de Córdova; los *Recuerdos del tiempo viejo*, de Zorrilla, y muy pocas más, arrojan luz vivísima sobre sucesos importantes de la vida social y política de España en el presente siglo.

La Estafeta de Palacio, de D. Ildefonso Bermejo; la *Historia de la guerra civil*, de Pirala; *El Solitario y su tiempo*, del Sr. Cánovas del Castillo, y algunos trabajos sueltos de D. Andrés Borrego, son también apreciabilísimos para estudiar las costumbres y analizar hechos importantísimos; pero han desaparecido muchos personajes de primer orden, llevándose á la tumba tesoros de experiencia y de observación, y muchos secretos que arrojarían luz sobre nebulosos asuntos.

¿Quién duda que hubieran podido ser interesantísimas las Memorias de D. José Salamanca, las del general Prim, las del duque de la Torre, las de Romea, y las de otros muchos personajes que han influído poderosamente en la vida del país?

La numerosa correspondencia que esos hombres sostuvieron durante su vida, ha desaparecido por completo, y las cartas que escribieron han ido á parar á los papeles inútiles.

El duque de la Torre tenía la costumbre de romper todas las cartas que recibía después de leerlas.

—¿Por qué hace V. eso, mi general?—le preguntaron una vez.

—Por prestar un servicio á mis contemporáneos,—respondió.—No quiero que queden huellas de muchas cosas que podrían avergonzarles.

En esto indudablemente habría mucha exageración, pues no todo lo que se hace pertenece al género de lo que no puede decirse.

Un amigo cariñoso de Gayarre ha recogido sus papeles, y con ellos y sus recuerdos está escribiendo un libro que no puede menos de resultar interesante.

Me ha inspirado esta digresión la lectura del primer capítulo de las *Memorias de un empresario* que ha comenzado á publicar en *El Heraldo de Madrid* D. Felipe Ducazcal. Es el diputado madrileño uno de los tipos más populares y curiosos de la coronada villa. Desde la Revolución de 1868 hasta el presente ha tomado una parte activa en cuantos sucesos de alguna importancia se han desarrollado en la capital de España, y sabe mucho de los primeros tiempos de la Revolución, del reinado de D. Amadeo de Saboya, de la conspiración alfonsina, de la restauración, y del reinado de D. Alfonso XII. Empresario de teatros, hombre político, activo por temperamento, simpático, generoso, expansivo, emprendedor, en todas las esferas de la sociedad tiene relaciones, y no hay en Madrid puerta que se le cierre.

La narración de los sucesos en que este hombre ha intervenido no puede menos de ser interesante, y lo prueba la simple lectura del primer capítulo publicado.

Parten las Memorias de los últimos tiempos del reinado de D.ª Isabel II, y, aunque escritas á la ligera y con gran concisión, tienen apuntes curiosísimos para formarse idea de aquella época. La tertulia del farmacéutico de la Plaza de Isabel II, Sr. Chiarloni; los medios de que se valían los que conspiraban contra el trono para publicar las proclamas revolucionarias, las cuartillas que desde Portugal mandaba Carlos Ombio, aquel cargo de jefe de la claque del Teatro Real que Ducazcal desempeñó, la escena del paraíso del regio coliseo y la del palco de la reina D.ª Isabel II; dan una exacta idea de lo que pasaba en aquel período, durante el cual se preparaba uno de los acontecimientos más trascendentales de nuestros días.

La historia íntima del reinado de D.ª Isabel II está por hacer. No hace mucho falleció un personaje que se ha llevado á la tumba muchos secretos y muchos datos, el general Mendoza, socio del casino principal de Madrid desde su fundación, hombre de mundo y observador de felicísima memoria. Era el general Mendoza una crónica viva de la sociedad madrileña desde el fin de la primera guerra civil hasta nuestros días.

Cuando él estaba de buen humor (y solía estarlo con frecuencia porque había tomado con mucha filosofía la vida) era delicioso oirle en la tertulia de última hora del casino. Daba con facilidad cuantos datos se le pedían, pero no le gustaba escribir nada. En su casa no había más que un tintero viejísimo que le servía únicamente para firmar el recibo de la paga que le llevaba todos los meses el habilitado.

Otro de los personajes que podían escribir unas Memorias interesantes es D. Manuel María Santana, propietario de *La Correspondencia de España*. Si él refiriese la historia de la candidatura del duque de Montpensier para el trono, como Fernández de los Ríos refirió, en su interesante libro *Mi prisión en Portugal*, la de la del rey D. Fernando, sabríamos muchas cosas interesantísimas que hoy permanecen ignoradas.

Pero el Sr. Santana tiene, acerca de esto, un criterio parecido al del duque de la Torre, y dice que no quiere hablar mal de muchos de los que tendrían que figurar en su obra.

Ducazcal no ha tenido estos escrúpulos. Bien es verdad que en lo que hasta ahora ha publicado no habla mal de nadie ni tendrá necesidad de hacerlo en adelante, pues el que escribe las Memorias debe limitarse á referir hechos, dejando que el lector haga las reflexiones.

***

La cuestión de la carne preocupa, y con razón, á los madrileños, porque encierra un problema importante. En Madrid, en circunstancias normales, hay multitud de familias que están en continua vigilia, ó, lo que es igual, que no pueden comer carne. ¿Qué va á suceder si este importantísimo artículo se encarece? La mujer del pueblo no le podrá poner en el modesto puchero que comparte con su marido y sus hijos; de las casas de huéspedes desaparecerán para siempre los bistecks, que aun hoy mismo son poco sustanciosos; y aumentarán las niñas anémicas, que gastarán más en polvos de arroz y en perifollos que en carne.

La clase media de Madrid come, por regla general, muy mal, pues prefieren gastar en lo superfluo lo que debían emplear en lo necesario y sacrifican á la apariencia la realidad.

¡Cuántas niñas y cuántas mamás, que se ven muy emperejiladas en el teatro luciendo sombreros nuevos, guantes flamantes y cuantos lazos y moños aconseja la moda, no han comido más que un cocido ó un guisado de patatas! Los comedores son, por regla general, los cuartos más descuidados de la casa, y por nada del mundo dejarían entrar en ellos á una visita cuando están comiendo.

La carne es un alimento esencialísimo. Sin ella no puede haber nada más que generaciones raquíticas: linfa en vez de sangre, anemia en vez de vigor y de energía. Las autoridades hacen, por lo tanto, muy bien en preocuparse en este asunto, y, ya que no lleguemos al ideal aquel de Enrique IV de Francia, que quería que todos los súbditos suyos echasen una gallina en el puchero, que no nos falte al menos el cuarteroncito indispensable para hacer un caldito regular.

La perspectiva de un invierno sin carne, con pan caro y vino malo, es horrible, y hay que encomendarse á San Pedro: no al que tiene las llaves de las puertas del cielo, sino al que empuña el bastón municipal.

***

Hemos pasado una semana entretenidos con las faenas militares: soldados de infantería, de artillería, de caballería, de todas las armas, han lucido en la dehesa de los Carabancheles su bizarría en simulados ataques y defensas.

La guerra sin muerte y sin horrores constituye un bellísimo espectáculo, y era aquello parecido á un gran *carroussel*. Los paisanos, que sienten una gran afición por todo lo que brilla y deslumbra, han acudido en grandes masas á presenciar el marcial espectáculo, la vida ociosa de la guarnición ha desaparecido por algunos días, y Madrid se despertaba al ruido de las músicas de los regimientos que cruzaban sus calles al amanecer.

¡Con qué grato placer se escuchan esas músicas! Son como una voz querida que dice á los ciudadanos pacíficos:—Descansa sin cuidado: aquí estamos nosotros para tu defensa.

Estas maniobras han sido generales en toda España. Marte, visto así de mentirijillas, como dicen los niños, no deja de ser simpático.

¡Dios quiera que nunca venga de veras!

La política también se humaniza: hoy se hace con alegres cantares de la jota aragonesa y con ecos de Barcelona. Cantando son indudablemente menores los males, porque, según dicen los poetas, el cielo dió por bálsamo á las penas cantarlas y llorar, y los españoles hemos sido siempre muy aficionados á expresar nuestros sentimientos cantando.

KASABAL

NOVIEMBRE

Conmemórase ahora á los difuntos,
va la gente en tropel al Campo Santo,
y oye luego el *Tenorio* con encanto,
teatro y devoción andando juntos.

Son la ropa y la lumbre los asuntos
que ocasionan el mayor quebranto,
teniéndose los pobres, con espanto,
sin fuego, por cadáveres presuntos.

Se abren de los ricos los salones,
se cierran como pueden los desvanes,
goza, el que tiene, caras diversiones;

padece, el que no tiene, mil afanes;
y si hay quien se duerme entre edredones
muchos más se adormitan como Adanes.

C. M.

LOS OJOS BLANCOS

(CUENTO FANTÁSTICO)

Era la noticia del día. Los dos periódicos que se publicaban en la ciudad la dieron con la extensión que el caso merecía, y durante una semana no se habló de otro asunto en las tertulias familiares, en los tres cafés de Parvas y en el casino.

Jorge Carlos, el opulento capitalista, al volver de América había fijado su residencia en Parvas.

Digitized by Google

Todas las personas importantes de la población fueron al día siguiente á visitarle al hotel que hizo construir en uno de los puntos más pintorescos de la ciudad; pero un criado les salió al paso diciendo:

—El señor ruega á Vds. que se dignen venir de noche: sus ocupaciones le impedirán tener el gusto de verlos á Vds. hasta las ocho.

Algunos se encogieron de hombros con desprecio, otros murmuraron de tamaña descortesía y los más prometiéronse volver á la hora en que se les citaba, siquiera por el placer de burlarse de Jorge y de su hotel.

—Estos hombres que van descalzos á América y regresan con botas se creen unos personajes,—decía el notario Cachaza.

—Son unos cursis todos: cuidando de sus millones, se olvidan de aprender cosas esenciales para la vida social,—añadió un pollo vestido á la última moda de Parvas.

moniosa; pero, á medida que las horas avanzaban, los rostros se animaron, las conversaciones prendieron en los asuntos de la localidad, y la música dió vida á aquel abigarrado cuadro de heterogéneos matices.

El *buffet* estaba todo lo bien servido que podía apetecer un gastrónomo francés, pero nadie se atrevía á traspasar las puertas del santuario de la gula, temeroso de caer bajo el estigma del ridículo, tacha afrentosa que en Parvas no se olvida nunca.

Por fin venció el apetito á la cortedad, y dos gomosos se atrevieron á acercarse á la tentadora mesa, cargada de variados platos y espirituosos vinos, entre los que el dorado champagne parecía un rey circuído de reverentes súbditos.

A los gomosos siguieron otras personas de buen tono como para poner su autorizada marca á la iniciativa de aquéllos, y de este modo se consiguió generalizar el visiteo entre los nobles

ojos y le ponga otros nuevos,—sostuvo el notario Cachaza dándose aire con un pañuelo grande, en una de cuyas puntas podían verse desde un kilómetro de distancia dos iniciales bordadas con seda roja.

Los comentarios no cesaron un punto: los parvasinos comunicábanse en voz baja sus desagradables impresiones, y algunos se prometieron no volver más á aquella casa mientras estuviese habitada por hombre tan raro, que con sólo su presencia infundía cierto pavor en cuantos cerca de él tenían la desdicha de encontrarse.

Las mujeres eran las que con más fuerza experimentaban sobre sus nervios la influencia de los ojos blancos y apagados de Jorge. Aunque les agradaba por su correcta belleza aquel ser excepcional, no se atrevían á contemplarle sino á larga distancia, desde donde no pudieran notar el defecto de sus ojos ó adonde no llegase el fluido que de ellos se escapaba como de un

SOMBREROS

—Veremos el gusto que tiene: la visita de esta noche nos dará idea de su cultura,—replicó un redactor de *El grillo de Parvas*, periódico de intereses morales y materiales, noticias y anuncios.

Y así por este orden los honrados y discretos personajes de la población fueron haciendo públicas sus debilidades.

La nueva de que el americano obsequiaría á las personas notables con una espléndida recepción circuló con velocidad telegráfica, y á las seis de la tarde no hubo mujer ú hombre de algún viso que no estuviese delante del espejo haciendo su *toilette* para presentarse dignamente en la casa de Jorge Carlos.

A la hora convenida el vestíbulo del hotel, alumbrado con profusión de bujías, ofrecía un golpe de vista encantador. Grandes macetas de flores extendíanse en doble fila formando artístico parterre, y por entre las flores y las hojas asomaban seis estatuas de mármol de Carrara, debidas al cincel de un discípulo de Canova. El suelo estaba cubierto con una alfombra, en la cual los pies se hundían experimentando las dulzuras del deleite.

Una doble escalera amplia y de peldaños suaves conducía al suntuoso recibimiento. De entre los dos tramos surgía un surtidor de agua olorosa que de minuto en minuto variaba sus colores, reflejando sus luces en las columnas de jaspe que servían de sostén á la galería de cristales esmerilados del primer piso, convertida en estufa de exóticas flores.

La *high-life* de Parvas quedó fascinada ante derroche tal de sibaritismo, mas procuró ocultar su admiración para que no la tomaran por salvaje.

Las mil luces puestas en arañas de cristal tallado arrancaban chispeos á las molduras de los salones y hacían más vivos los colores de las plantas profusamente esparcidas por todas partes como una orgía del mundo zoológico.

En un principio la reunión pareció fría, cereparvasinos, que gustaron profusamente los apetitosos manjares del moderno Lúculo.

El dueño de la casa recibió á los visitantes apoyado en el brazo de su ayuda de cámara, un hermoso ejemplar de la raza negra. La semioscuridad de la antesala no permitía á los concurrentes examinar bien las facciones de Jorge Carlos, aunque sí conocer que era un hombre de aspecto distinguido, alto sin exageración y que hablaba con una voz de armonioso timbre, aunque de amargos tonos. Algo había en aquel acento de triste, de melancólico, que le daba atractivos de extraña dulzura.

Cuando después apareció en el salón, siempre apoyado en el sirviente, todos los ojos, como atraídos por fuerzas superiores, tornáronse hacia él; y, al fijarse en aquella fisonomía sin expresión, donde una sonrisa helada asemejábase al rayo de luna que ilumina una estatua marmórea, los curiosos se estremecieron y súbito malestar se apoderó de los corazones.

Jorge era moreno, su barba negra y puntiaguda, sus facciones de una corrección monótona, y sus ojos... ¡oh! sus ojos helaban la sangre en las venas.

Los ojos de Jorge eran blancos. Apenas, un círculo algo oscuro en el centro del globo, indicaba el sitio de la pupila, casi imperceptible á no mirarlo muy de cerca. La vaguedad de aquellos ojos blancos molestaba á cuantos los veían, y, aun estando vuelto de espaldas, parecía sentirse como un puñal que penetra en las carnes la mirada fría de Jorge Carlos.

—Me dan horror esos ojos,—decía una niña á su novio.

—A mí me producen escalofríos,—murmuraba una vieja.

—Ese hombre parece un muerto que se mueve á impulsos de un aparato mecánico,—balbuceaba el redactor de *El Grillo* en un corro de hombres políticos de primera fila.

—El ricacho debe gastar su fortuna en los talleres de Edisson para que éste le saque los

cristal tallado en que los rayos de luz al estrellarse se extendieran en mil facetas brillantes é irresistibles.

Muchos pretendieron fingirse despreocupados, y de vez en cuando llevaban la animación á todas partes; pero bien pronto las conversaciones recaían en el héroe de la fiesta, y los cuentos más absurdos, las preocupaciones más disparatadas, los sentimientos supersticiosos más descabellados, surgían de aquellos labios en forma de consejas pesimistas, que eran acogidas en el acto para el día siguiente divulgarlas por el pueblo, dándoles aspecto fantástico de misterio.

Jorge Carlos advirtió desde luego el efecto de su presencia, y, para evitar á la reunión el disgusto de que dió muestras, retiróse discretamente á sus habitaciones. Pero la soledad le abrumaba, y recuerdos de tiempos borrascosos acudieron á su imaginación. Había ido á América en busca de una fortuna que en España le fué imposible realizar. Allí luchó como un héroe, lucha gigantesca sostenida á brazo partido, con la miseria y la repulsión que sus ojos producían á cuantos le trataban. Al cabo de mucho tiempo una persona compasiva le prestó valioso concurso en sus empresas, y, merced á la asociación de sentimientos y de fuerzas con su protector, Jorge vino á convertirse en un comerciante acaudalado y de prestigio. Entonces buscó á los oculistas más famosos del mundo y les dijo:

—Soy tan desgraciado que daré parte de mi fortuna al que consiga curarme.

—Pero ¿está V. ciego?

—Sí y no.

—¿Cómo puede ser eso?

—La luz, lo mismo la natural que la artificial, me priva de ver; pero en cambio mis miradas profundizan extraordinariamente la oscuridad y soy capaz de encontrar una aguja en cualquier sitio en que la luz no penetre.

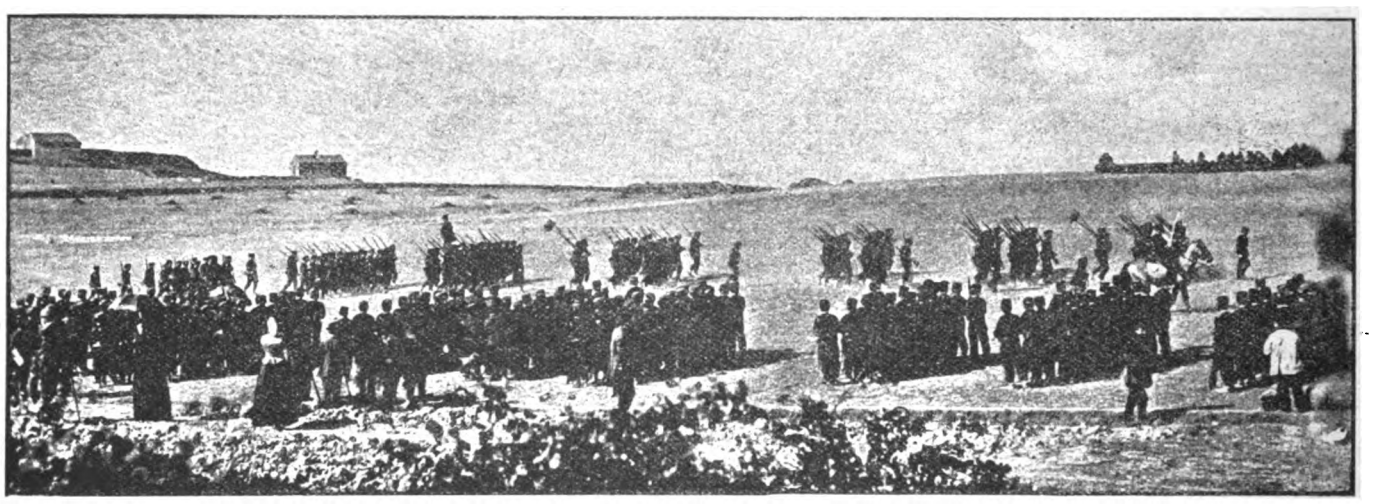
Traducción de

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

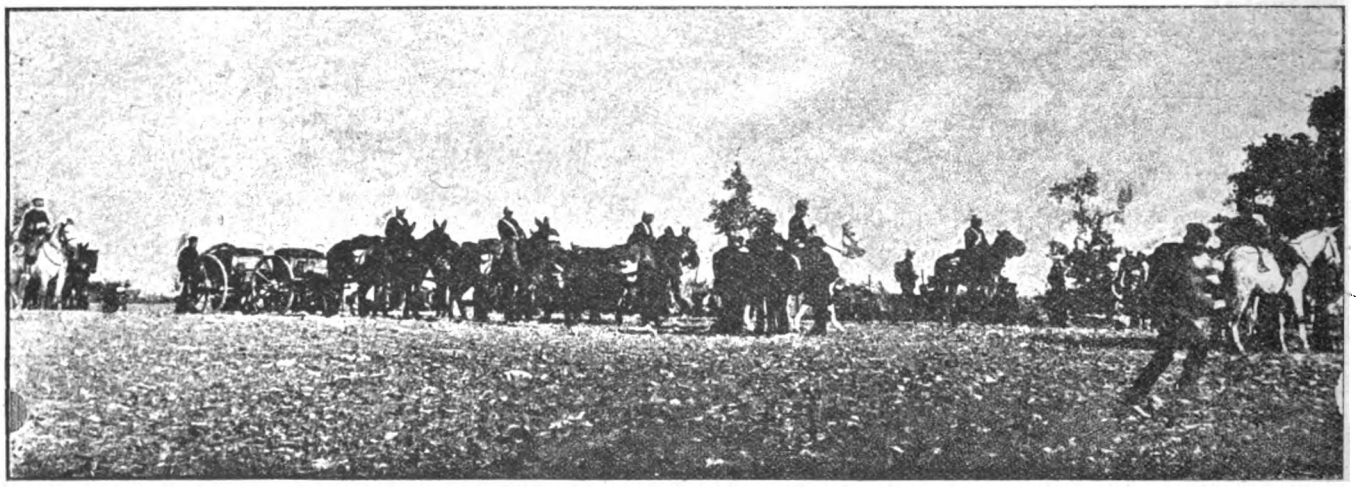
(Se continuará)

Digitized by Google

GENERAL DENÍS



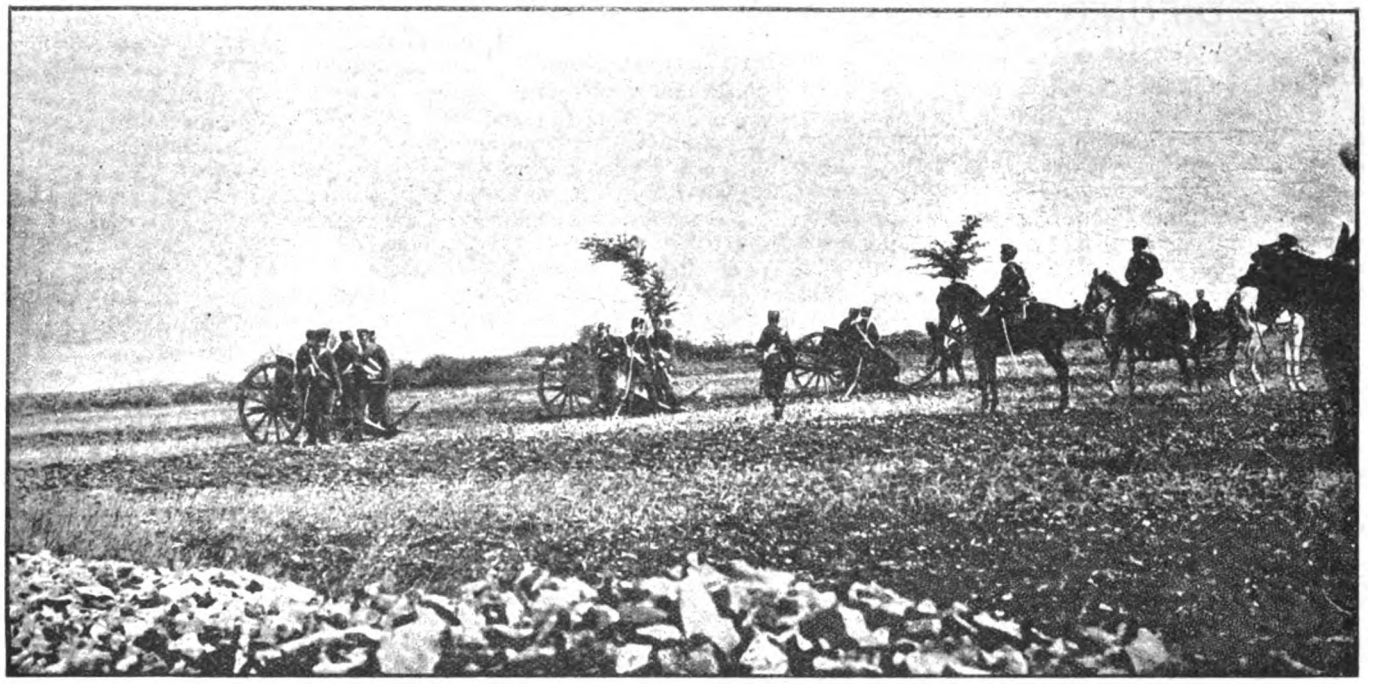
BRIGADA DEL GENERAL DENÍS



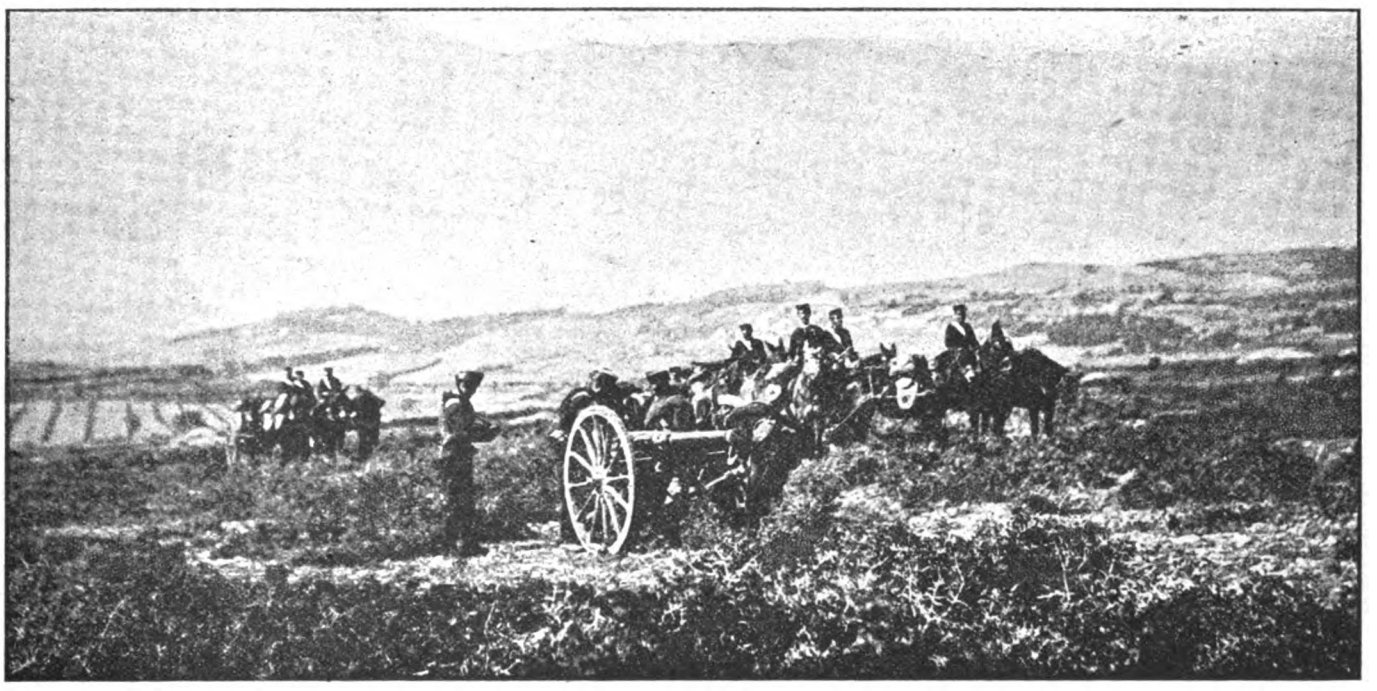
SERVICIO DE PIEZAS

A VARIAR Á LA IZQUIERDA. (De fotografía de Fernando Rus.)

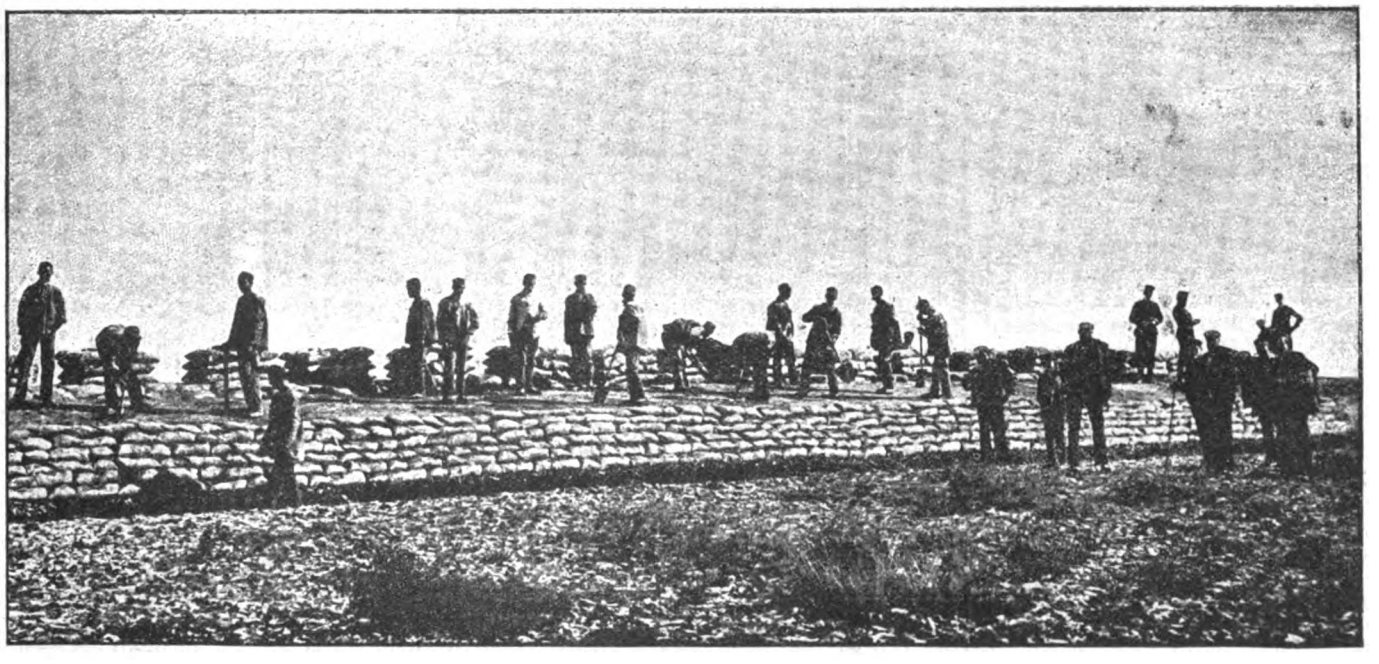
Digitized by Google



DIVISIONARIO DE ARTILLERÍA



MANIOBRANDO



CONSTRUCCIÓN DE UNA LUNETA. (De fotografía de Fernando Rus.)

Digitized by Google

EL DIA DE DIFUNTOS

Eran las cinco de la tarde. El sol acababa de esconderse tras las montañas que señalan la raya entre Aragón y Cataluña. Tan sólo en las cumbres más elevadas de oriente se veían iluminados algunos penachos de rocas, donde se reflejaban los últimos destellos del sol, cuyos rayos, débiles y casi apagados, parecían llamar al cristiano á la meditación.

Abrumado el pensamiento y cansada la cabeza, salí de mi casa sin objeto ni rumbo fijo. Sólo recuerdo que pasaba por la calle mucha gente y que apenas se oían, entre la muchedumbre que discurría, otras palabras que las de—Vamos al cementerio.—Entonces recordé que, en efecto, celebrábase aquel día la Conmemoración de los Difuntos.

Hice, pues, como los demás. Entré en el Campo Santo, recorrí sus calles, oré en las tumbas donde reposan mis antepasados, y vagué después por los sitios más apartados de aquel vasto osario, hasta que de pronto se me ofreció á la vista, en uno de los recodos que forman las calles, un departamento al que daba entrada un portal derruído en su mayor parte, en cuya cornisa, y grabado toscamente en la piedra, se leía: «Para los pobres.» Entré en aquel solitario recinto, y, como se encontraba á un extremo, apenas se oía el rumor de la multitud que discurría por las calles. El suelo de aquella mísera mansión estaba lleno de matorrales, pedruscos y escombros. Las paredes aparecían negras y musgosas, los nichos pobres y destrozados, viéndose en uno de ellos, á través de un agujero, un ataúd negro y casi consumido. —¿De quién serán esos restos que ahí reposan como un trofeo de la muerte?—pensé. Me arrodillé, recé un padrenuestro por el alma del que allí yacía y volví á salir.

Al revolver de la esquina de un mausoleo ricamente labrado y al pie de una losa funeraria, pude distinguir, á la escasa luz del crepúsculo, á una enlutada señora que, arrodillada, tenía en una mano una corona y un ramo de siempreviva y un pañuelo en la otra, con los ojos al suelo y rezando al parecer. Me acerqué á ella, la llamé por tres distintas veces y ninguna me respondió ni hizo el menor movimiento. Me acerqué más, dila un golpecito en el hombro y la dije si tenía en cuenta que la noche se entraba y que en el palacio de los muertos ya no quedábamos más que ella y yo; y, volviéndose hacia mí después de una pequeña pausa y con la faz llorosa, me dijo:

—¡También era de noche cuando recibí el último beso del ser querido que descansa en esta tumba! ¡También reinaba la soledad y el silencio en el recinto cuando, en el último estertor de la agonía, me estrechaba contra su corazón y ponía sus labios, ya fríos, en los míos, y balbuceaba juramentos de amor, palabras confusas de despedida, y regaba yo con mis lágrimas su cara! ¡También su espíritu acaricia las sombras y apetece la soledad para hablarme desde su mansión de gloria! ¡También yo busco el silencio y la noche para compartir con él mi amor y mis pesares!

Al preguntarle quién era el morador de aquella tumba por el cual rezaba, me contestó que no podía decir á nadie el nombre y sí solamente que era el amado á quien había entregado en vida su corazón, y por ello todos los años, en este día, iba á rezar junto á la cruz de su sepultura y á depositar en ella una corona y un ramo de siemprevivas para perpetuo recuerdo. Por fin, viendo que le molestaban mis preguntas y que quería continuar su plegaria, me despedí de ella, contagiado por aquella honda desesperación.

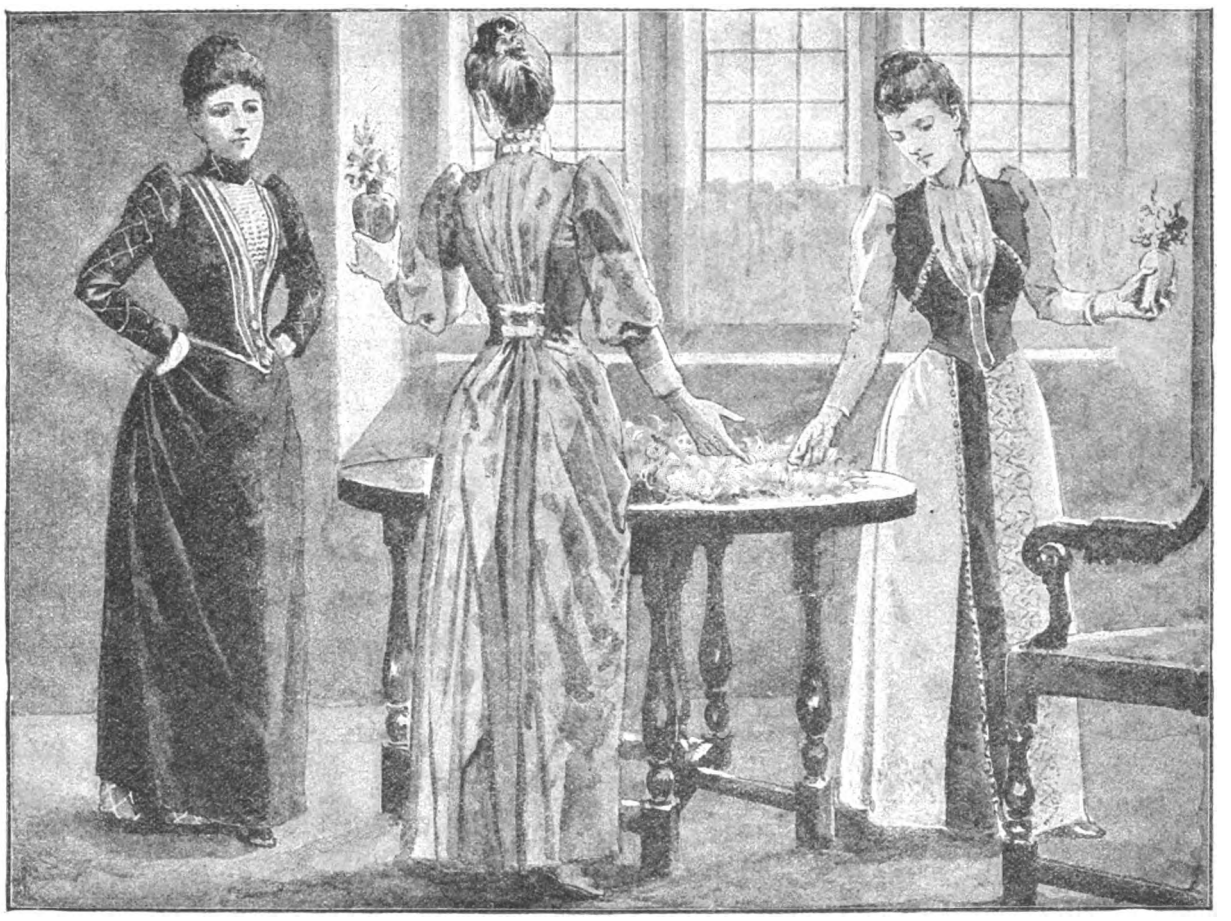
Pasada media hora, que invertí leyendo inscripciones de nichos ó cruces donde reposan los restos de algún amigo ó conocido, dirigíme hacia las puertas, pero las hallé cerradas. Busqué salida: fué tarea inútil: las altas tapias me decían que era imposible el paso. Di voces: nadie me respondió: los sepultureros se habían marchado ya y todo estaba en silencio. Yo, tiritando de miedo y de frío, quedé un momento sin poder explicarme lo que pasaba por mí. No tardé, empero, en recobrar la serenidad, y, ya que tenía que permanecer allí hasta la mañana siguiente, decidí pasar aquellas horas meditando piadosamente. Vagué por aquel vasto osario mucho tiempo, hasta que, por fin, vi temblar en el fondo de un recodo unas luces de vacilante resplandor. Me acerqué: eran dos lamparillas que ardían ante la losa de un nicho á través de una delgada verja, pudiendo ver á su favor el retrato en fotografía de una joven de unos diez y ocho abriles, de dulcísimo semblante, arrodillada ante un reclinatorio. Fijando más mi atención, vi que al pie de la fotografía había una inscripción que en letras diminutas decía: «Aquí descansan los restos de Carolina Ribalta.» Un violento frío se apoderó de mí. Mi imaginación se turbó, mi vista se iba velando y mis nervios se crisparon. Eran las facciones de la mujer que había sido mi primer amor.

Entonces, para llevar á mi alma la convicción íntima de que no me equivocaba, quise cerciorarme de si en el retrato se distinguía en uno de los dedos una sortija de singular forma, recuerdo amoroso de mi pasión; pero al concebir esta idea, vino una ráfaga de aire y apagó la débil luz de las lámparas.

Entonces se apoderó de mí como un vértigo. Perdí la conciencia de donde estaba, me recliné como pude en las lúgubres paredes, y, en medio de mi abatimiento y cual si fuera en sueños, percibió mi oído una voz débil, celeste, armoniosa, que, como si me hablara suspendida en el espacio, murmuró:

—La Providencia te ha llevado hoy á este asilo de la muerte, donde yo te esperaba, aunque lo ignorabas tú. Yo soy el espíritu de Carolina Ribalta, que, estando en el mundo engañador que tú habitas, te entregaba su corazón puro y tú lo despreciaste; yo soy la sombra de aquel ser que juró ser tuyo y no lo quiso el sino fatal; yo soy, en fin, la que me entregué á los brazos de la muerte, ya que los tuyos estaban cerrados para mí. No pienses encontrar esa felicidad que incesantemente persigues mientras te agites en ese mundo de desengaños, donde es escarnecida la virtud y menospreciado el talento, donde es pisoteada la honradez y amparado el vicio, donde se finge, calumnia y roba, y donde se comercia con honras y con vidas. Todos esos atractivos que te ofrece el mundo en que vives, son otros tantos engaños que dilatan tu agonía, porque al cabo todos los goces y las dichas se encierran en el deseo, porque la realidad es sombra que apenas advertimos cuando la vemos. Los seres animados no son sino una ilusión continua y una constante esperanza de algo mejor; y ese algo, que se interpreta de tan distintas formas y sobre el cual hay tanta diversidad de gustos y pareceres, ese algo que esperáis es el reposo de la eternidad. Adiós. Sé bueno siempre, vive en la soledad y en el retiro, sean tus amigos las letras, las artes y el trabajo, aléjate de las vanidades del mundo y piensa en Dios. Yo te aguardaré en las puertas de esta nueva vida, donde espero alcanzar lo que en esa no pude encontrar nunca.

Después de esta misteriosa revelación, que no podía yo resolverme á creer alucinación de mis sentidos, caí como en mortal letargo. No sé cuánto tiempo pasaría sin que yo sintiese nada. Por fin, cuando desperté, ya el sol reía en las cumbres que cercan el hermoso y fértil valle de la Conca. Abrí los ojos mirando en torno mío, como si debiera ver algo extraño, y ya había



TRAJES DE OTOÑO

Digitized by Google

desaparecido el retrato que yo había visto horas antes. El sitio no era el mismo donde yo había soñado: hallábame en otro lugar desconocido del cementerio. Y pensé entonces si los muertos habrían celebrado conmigo alguna ceremonia nocturna.

Mientras sobre ello discurría, oí lejanas las campanas de la ciudad, pareciéndome aquel tañido como el lloro de hijos que pierden á sus madres; y me dije:—¡Si llorarán también las campanas!—No podía explicarme el por qué mi corazón se anonadaba al escuchar el son de aquellos bronces, tan vibrantes otros días y tan apagados y tristes en aquel momento, hasta que súbitamente vi que se abrían de par en par las puertas del cementerio, entrando multitud de niños con velas en la mano; tras de ellos unos monjes con cruces y trofeos fúnebres; y luego, más atrás, entre enlutado concurso, se veía un féretro llevado por cuatro mujeres, detrás del cual iban dos desconsoladas jóvenes que, deshechas en llanto, no cesaban de exclamar: —¡¡Madre mía, que ya no te veré más!!

Mientras se daba enterramiento á aquel cadáver, pasó junto á la cerca del cementerio una turba de mozos cantando y armando una gritería tal que parecían locos; detrás de ellos seguía un número de señoritas luciendo lujosos trajes y brillantes joyas; venía en pos otra mujer llevando en brazos un niño recién nacido, adornado con todas las galas de la inocencia; y, por fin, seguía una música que con sus acordes amenizaba el alegre cortejo. Me asomé al umbral de la puerta y, preguntando á unos niños que por allí retozaban, me dijeron: —Van á bautizar á un niño.

Entonces se renovó aun más mi pesadumbre, y, meditando sobre la vida, pensé:—Allá fuera cantos y risas: aquí dentro lágrimas y sollozos; allá fuera todo son galas y joyas que avivan las ilusiones: aquí dentro fúnebres coronas, cruces y trofeos melancólicos que arrebatan la esperanza; allá fuera, en el mundo de la forma, la vida, el bullicio: aquí dentro, en el mundo de la idea, todo es desconsuelo y muerte.

Abismado en estos pensamientos, dispúseme á salir. Al llegar á la puerta me detuve un momento en el umbral y volví la vista hacia atrás como para dar el último adiós á mis compañeros de la noche anterior, y se apoderó de mí una especie de remordimiento y una tristeza sin igual al pensar que yo me internaba otra vez en el mundo de la actividad y de la vida y dejaba allí tan tristes y solos á los muertos.

ANTONIO VIVES

¡CATAPLUM!

Cuesta arriba y apretando la panza porque la enjalma huye bajo el arco de sus piernas y la cincha viene holgada al cuerpo del burro, va incómodamente montado Pero Pachorra, imagen y semejanza de Sancho. Y no es lo malo que él arrastre la barriga sobre el rocín en demanda de aldaba ó asidero á que sujetarse, sino que á las ancas del animal va la avispada y asustadiza cónyuge del buen hombre, ya, á lo que parece, bastante recelosa de los perceptibles movimientos del aparejo, porque, abarcando con el brazo el abdomen de Pachorra, le dice, paseando la mirada del rabo del burro al colodrillo del esposo:

—Mira, Pero, que esto parece que se mueve.

—¿Qué, Dorotea?

—El aparejo: ¿no ves que va medio burro delante de nosotros?

—¡Tómalas ahí! Si así fuera, todavía nos quedaría otro medio.

—No es para tener mucha esperanza.

—¿Por qué, mujer?

—Porque ya me zumban las moscardas cerca de los jarapos.

—Arremángate, no te se cuele alguna.

—Eso es, tú siempre con tu pachorra.

—Así me llaman.

—Y así está bien llamado. ¿Crees que vamos á tardar en salir por el rabo de la bestia?

—Peor sería salir por las orejas: por el rabo hay menos peligro.

—¡Vaya un ánimo de feria el mío con estos sustos por tu causa!

—Por la de la cincha, querrás decir.

—Si tú la hubieras apretao...

—¿Quién se iba á meter en eso?

—Para esto, mejor me hubiera estado en mi casa, donde me sostendría á pie firme.

—¿No vas agarrada á mí?

—¡Buena agarradera! Estiro todo el brazo y ni siquiera te llego al pecho.

—Añádele el otro y verás cómo alcanza.

—¡Vaya una hora de bromas!

—¿Qué rezas, mujer?

—¡Ay, ay! ¡Que me caigo!

—¡Mujer!

—¡Hombre! ¡pero Pero!...

Con esta inefable tranquilidad van á las regocijadas ferias de Mairena los dos enamorados esposos, y no parecen, en verdad, personas de ahí de más allá los tales, porque Pachorra, que posee el aire de todo un ricacho cortijero, lleva una cadena de oro formada de finas hebras en el cuello, así como la bolsa bien repleta á la cintura, y en su rostro se leen, mejor que en un libro de clara impresión, la de alegría que llena su espíritu pensando en los negocios que hará de paso en la feria al ajustar yuntas para el arado y recuas de borricos.

Dorotea también delata á la persona rica y bien acomodada, pues amén del vestido de seda y los zapatos con escote, sobre los cuales dan los remates y puntas de las blondas, muestra dos voluminosos zarcillos erizados de chispas de diamantes que dicen bien á las claras lo pudiente de la casa que tales lujos se permite.

Cuanto al animal, luce un madroñal en forma de borlas de estambre en la cabeza; y sobre la albarda, de paja fina y tela suave, lleva una serie de mantas guarnecidas de flecos, entre las cuales se oculta una bien mullida albarda, que sin collera, porque ésta *no se hizo para boca del asno*, ostenta en la parte inferior el atajarre, de ancho de seis dedos de arriero, todo él hecho de una vistosa fimbria á fuerza de aguja como si el asno llevara una luciente primavera en la culata.

Con semejante porte de señora, caballero y rocín, nadie podría tomar al matrimonio por personas de á tres ochavos la pila, y bien se ve que la dejadez y el abandono de Pachorra, antes de acusar miseria ó escasez, revela un temperamento nacido... para ser comido por las moscas.

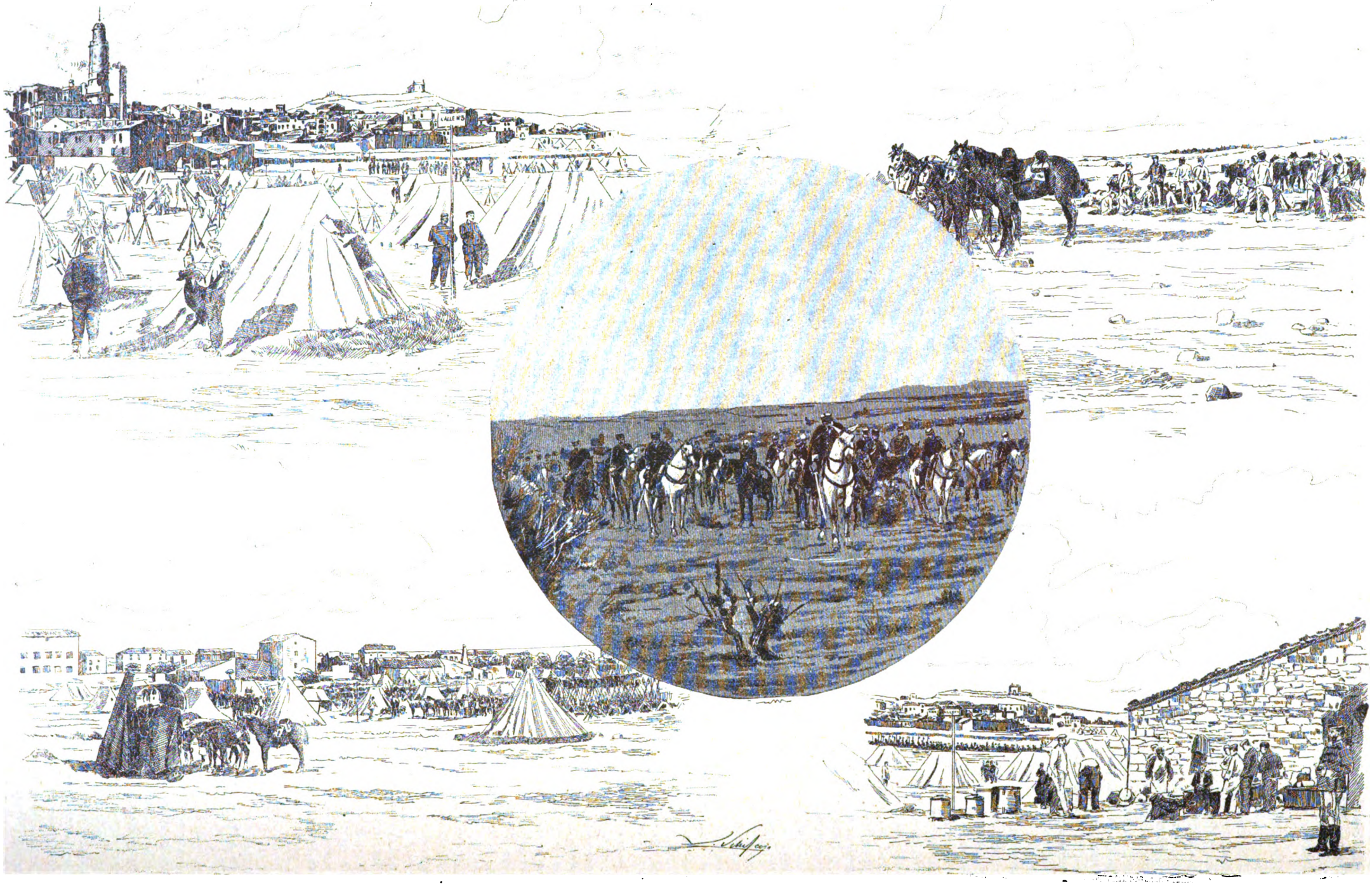
Siempre cuesta arriba, puesto que la pendiente parece querer poner á prueba los aspavientos de Dorotea y la infinita calma del jinete, *masculla* el burro, con las patas, la distancia, y trabajosamente da con los cascos en las piedras, resbala en esta hendida piedra, repónese en aquel ancho hoyo, hocica en aquel balate, y conduce á lomos el agachapado cuerpo del flemático y el enjuto y con marcados signos de avispa de la impaciente.

Como no es sol el que á todos se les viene encima, sino hoguera, pisa el burro sobre la densa y recortada sombra de los tres, ridículamente escorzada en el suelo, y cuando un casco parece querer salirse de la mancha movible y caer del lado de la luz, el otro entra fatalmente en la sombra, y cuando una pata se la desenreda, la otra queda metida de hoz y de coz, sin que logre ninguna de las cuatro, á pesar de sus esfuerzos, sacudirse el tenaz é incorpóreo murciélago que finge en el suelo la sombra.

El asno suda y resuda sacudiéndose las moscas con el rabo, el cual, dando en sus mecidas allí donde con uñas de gato se agarra la infeliz Dorotea, del aparejo, le sacude recios golpes en los nudillos como porra á estirado parche de tambor.

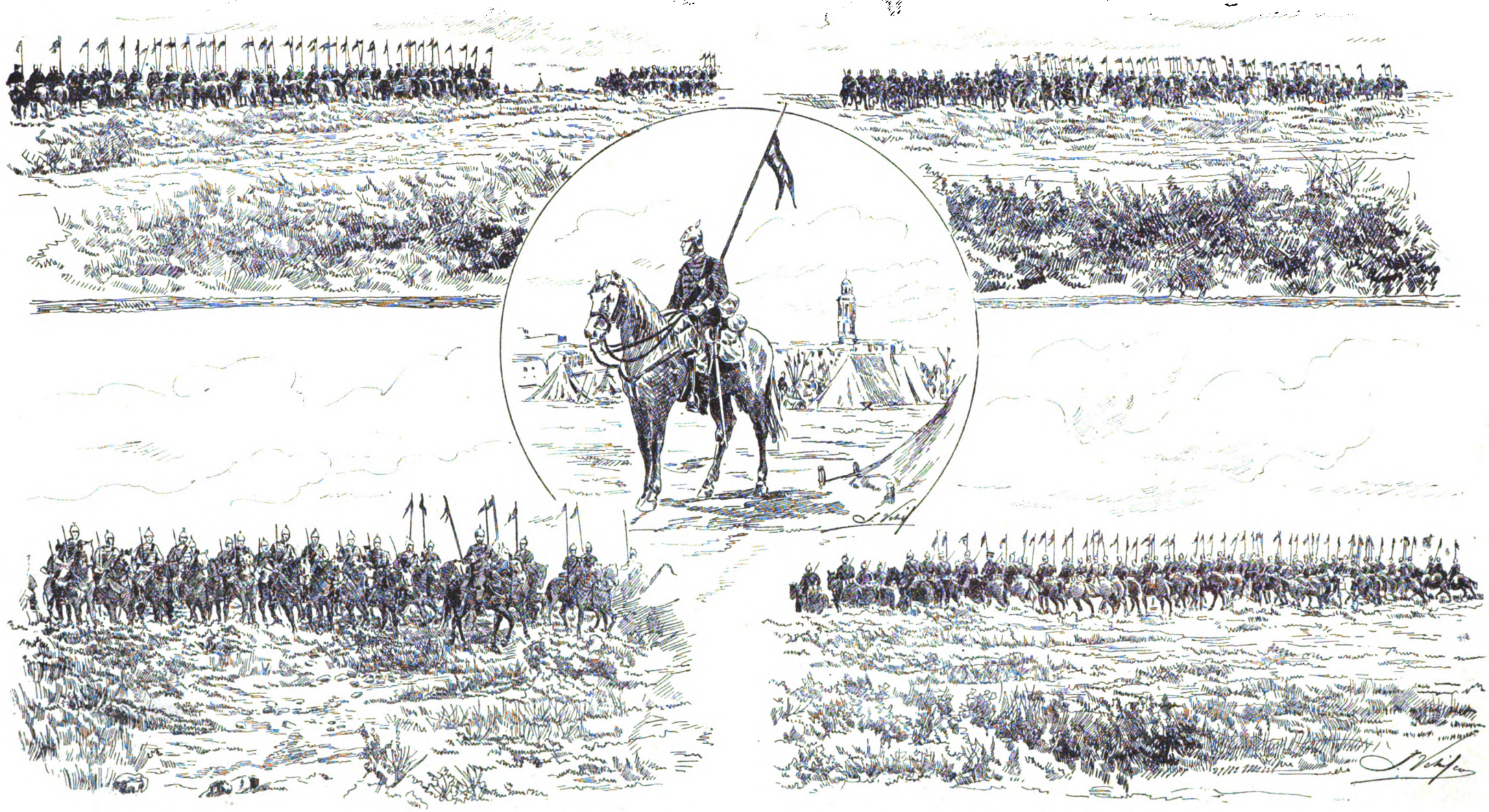
TRAJES DE NIÑOS

Digitized by Google



PREPARANDO PARA LA LISTA.—EN LA MISA DE CAMPAÑA.—EN EL CAMPAMENTO DESPUÉS DEL TOQUE DE DÍA.—RANCHERÍA. (De fotografía de R. Areñas.)

Digitized by Google



LOS LANCEROS DE BORBÓN Y PRÍNCIPE EN EL CAMPO DE MANIOBRAS. (De fotografía de Esplugas.)

Digitized by Google

—Te he dicho que vamos á dar en tierra, Pachorra.

—Mujer, si queda todavía mucho burro.

—El es el que me va dando de golpes con el rabo.

—Retira la mano y no te los dará.

—Y ¿dónde me sujeto?

—Pues al aparejo.

—Si á él voy agarrada.

—Entonces métete la mano en el bolsillo.

—Mira que no estamos para bromas.

—¡Para bromas estoy yo!

Un repentino buche de risa hizo traquetearse todo el mondongo del jinete, que, por lo visto, quería venir al suelo con su esposa.

—¡Eso es, ríete!—clamaba con principios de lloriqueo la mujer. —¡Ríete cuando ves que no tengo dos dedos de aparejo donde agarrarme! Yo me he tenido la culpa, por supuesto: ¡quién me manda á mí salir de mi casa para correr este peligro y exponerme á caer en un barranco! Luego, ¡contigo puede irse á cualquier parte! Lo mismo te se da á ti de que yo me caiga que de ver las zapatillas del Padre Santo. Bien podías no haberme...

Un nuevo borbotón de risa, más grande que el anterior, dejó oir, rojo como una guinda, el hombre, abrazado materialmente al borrico porque el aparejo se escapaba por la trasera, y retembló toda su panza como mecida por un pelotón de ondas de agua.

—¡Sí, ríe, ríe, que pronto llorarás! ¡Vaya un humor de hombre!

—¡Arre, burro, que vamos á Mairena!

—¡Vaya una risa!

—¡Ja, ja!

—¡Que me caigo! ¡Ay! ¡Que me caigo!

—¡Ja, ja, ja!

—¡Pero hombre! ¡pero Pero!...

¡Cataplum! Gran barrigazo. Dorotea, apenas cae al suelo, pónese en pie, lívida, sacudiéndose el polvo de la ropa. El burro, acompañando un ronquido de una zapateta, arrea el aparejo por la culata. Y Pachorra, rociado como Don Quijote por el suelo, clávase los cerrados puños en los cuadriles, traquetea á un lado y otro la cabeza, y dice con un formidable temblor de vientre, brazos y carrillos:

—¡Ja, ja, ja!... ¡Ja, ja, ja!...

SALVADOR RUEDA

RIMAS

Me han herido, me han herido,
hanme el pecho destrozado,
y me han tirado por tierra
atado de pies y manos.
Cuando en el suelo me han visto
todos de mí se han burlado,
y hanme mordido cual lobos
hasta hacerme mil pedazos.
¡Pobrecillos! Me dan lástima,
mas lástima envuelta en asco,
porque veo que sus almas
cubiertas están de fango.
Y al oir cómo se ríen
porque me creen debajo,
de ellos me río, porque
¡soy yo más rico y más alto!

VENTURA MAYORGA

¡EL PRIMER BESO!

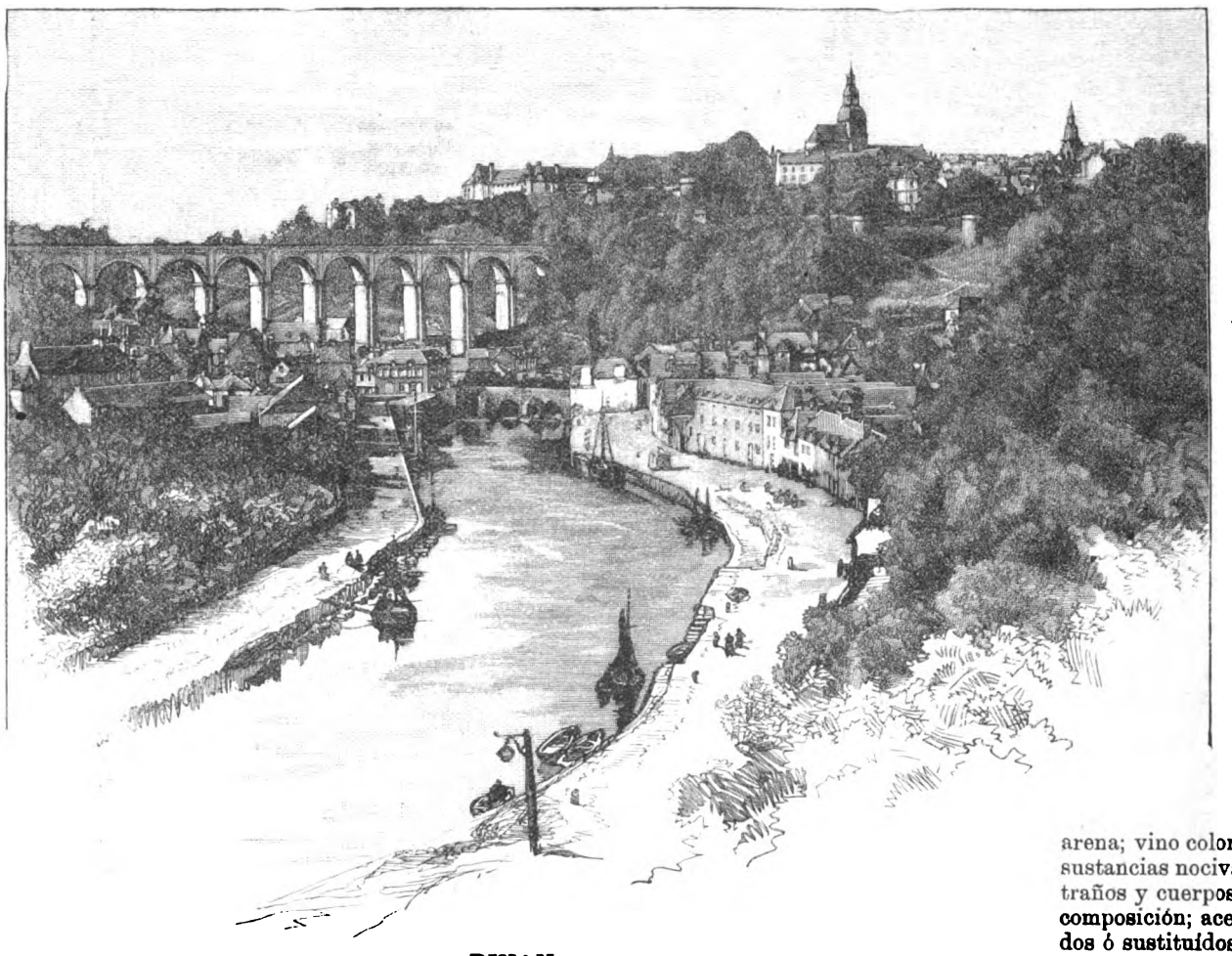
¡Los dos á solas! Con medroso acento
—Te querré mientras vivas,—me decía.
Y un cielo vislumbré que competía
con el diáfano azul del firmamento.

Esclavo de mi causa el pensamiento,
gobernaba del mundo la armonía,
la envidiable emoción de la alegría
y el continuo activar del sentimiento.

En necia ofuscación, la mente loca,
soñar me hizo en su infernal acceso
el dios mundano que á su Dios provoca;

y un instante fuí rey de todo eso
al juntar yo mi boca con su boca
y saltar como chispa ¡el primer beso!

JULIO DE LAS CUEVAS



DINAN

EL ENGAÑO Y SU ENEMIGO

Frecuentemente solemos ver en periódicos más ó menos populares, y seguido siempre de lamentos y declamaciones, que tal ó cual autoridad ha decomisado géneros averiados, de los que se destinaban á ser alimentos ó bebidas, y ha sido castigado el industrial con multas de diversa consideración. Y esto, que lo vemos casi á diario, no produce, sin embargo, en nuestro ánimo toda la indignación que merece, ni nos infunde tampoco el temor del riesgo que corre la existencia ó de las alteraciones que puede ocasionar á la salud, cuyo capital á todos interesa igualmente conservar.

El alimento que ha de reparar nuestras fuerzas y del que esperamos torrentes de vida, puede ser el motivo de una enfermedad ó la causa que paulatinamente socave nuestra existencia si una mano criminal lo perturba en sus propiedades ó cambia sus esenciales condiciones de pureza. Por eso los castigos que con tal motivo se impongan, jamás serán bastante duros, ni se podrán conceptuar exageradas las penas que designen los códigos para los sofisticadores de sustancias alimenticias.

La frecuencia de estos casos y lo extraordinario de las circunstancias que concurren en los mismos no pueden menos de llamar la atención poderosamente y merecen dedicarles algún estudio.

Las mayores anomalías se observan en lo referente á este asunto. Leches que sólo tienen de tales la blancura y el aspecto; chocolates que carecen de cacao, azúcar y canela; café que no lo ha visto en su vida; pan fabricado con harinas averiadas y sofisticadas con cal, yeso y arena; vino coloreado con fuxinas ó mezclas de sustancias nocivas y adicionado de alcoholes extraños y cuerpos totalmente ajenos á su natural composición; aceites mal preparados y mezclados ó sustituídos al de oliva de buenas condiciones con el de algodón de inferior calidad; carnes procedentes de reses que han sucumbido de enfermedad contagiosa ó que albergan seres capaces de llevar el germen de la muerte; embutidos que contienen sustancias en estado de descomposición; pescados averiados: todo eso y mucho más se presenta á la acción del hombre de ciencia, y forma objeto de sus ocupaciones para que los dictámenes que emita sirvan de aviso á las autoridades y á los pueblos á fin de que puedan precaverse contra tan terribles enemigos.

De aquí que ofrezca un interés de primer orden el estudio de cuanto se refiere á este asunto y la química haya de suministrar á la higiene interesantes y preciosos datos.

Por consiguiente, los conocimientos científicos correspondientes á este orden de ideas han de ser fácilmente hallados por los particulares ó corporaciones que los demandan á toda hora y en multitud de casos con urgencia.

Los libros publicados principalmente en Francia, Inglaterra y Alemania sobre el particular, entre los que figura el *Diccionario de alteraciones y falsificaciones* de Baudrimont; multitud de obras especiales y publicaciones periódicas dedicadas exclusivamente á este objeto; exponen gran número de procedimientos que la ciencia ha ideado para combatir al falsificador y poner en evidencia el delito.

Porque á medida que aumentan los casos de fraude y multiplican los criminales sus preco-

Digitized by Google

dimientos de engaño, ha ido la ciencia saliendo al encuentro de sus malévolos fines, ofreciendo caminos para descubrir el delito y medios de defensa á una sociedad que no debe sucumbir ni ser arrollada por el delincuente.

Jamás podrán ser mejor aprovechadas las conquistas de la ciencia, que asombran con sus maravillosos progresos, sino al emplearse para tan laudables fines, semejantes á la misión del que aspira á la suprema justicia y á la perfecta equidad.

El reactivo y el microscopio son efectivamente dos grandes palancas que han de producir titánicos progresos en la ciencia del porvenir y á quienes está reservado un puesto preferentísimo en el orden de los conocimientos sociales, como dos poderosas antorchas destinadas á iluminar los senderos de lo desconocido y á quitar al criminal los medios de fraude, por lo que debían considerarse cual emblemas de la justicia, tanto como la balanza y la espada, porque son los caminos de que se vale el hombre de ciencia para ilustrar al legislador antes de pronunciar sus fallos.

Es asombroso lo que descubre el microscopio y pone el reactivo de manifiesto en cuantos casos se someten á su inspección.

Los horizontes que ofrecen estos dos poderosos medios de la ciencia son vastísimo panorama que representa cuánto es el poder de la investigación razonada y del conocimiento metódico para llegar á poseer preciosas ideas que son otros tantos focos luminosos que irradian sus resplandores en las sombras de lo desconocido y permiten al hombre de ley aplicar la pena donde existe el delito, con los poderosos auxiliares que las ciencias físico-químicas le ofrecen.

Por eso estos conocimientos son tan interesantes y deben multiplicar sus medios de propaganda, en la seguridad de que prestan servicios que jamás serán bastante apreciados y suministran datos de tal valor que lo mismo el hombre de administración que el juez, el médico y el industrial, deben á toda hora acudir á esas preciosas fuentes de quienes brotan aguas tan claras y cristalinas.

JOAQUÍN OLMEDILLA Y PUIG

ESPEJISMOS

Rompiendo la armonía de aquella playa
donde las verdes olas cantando expiran,
cual gigante en acecho, como atalaya
del infinito enfrente, los ojos miran

una mole rodeada por la corriente:
es un alto peñasco de perfil duro,
que oculta sus jirones en un ambiente
que del peñón las sombras hacen oscuro.

En sus ásperas quiebras, las altas olas
que vienen desde el polo frío y desierto
diciendo que del Norte las playas solas
ya con la primavera brindan el puerto,

enmudecen, se agitan con ansia fiera,
se rompen, el peñasco su sombra avanza,
y la espuma que flota, blanca y ligera,
parece el cendal roto de la esperanza.

Cuando la negra noche, venciendo al día,
ensombrece del cielo los horizontes,
y medrosa se tiende la lejanía,
y los lobos aullando cruzan los montes;

cuando la negra noche llega sin luna
y el pastor temeroso guarda el ganado,
y el ruido de la lluvia nos importuna,
y del campo los ruidos nos dan cuidado;

quien advierta en la playa la alta silueta
del peñasco tan firme como sombrío,
que agranda sus contornos de fiero atleta,
cual si llenar quisiera todo el vacío;

quien advierta su seno despedazado
y la trágica forma de su rompiente;
piensa que es Prometeo que, encadenado,
desafía á los cielos impenitente;

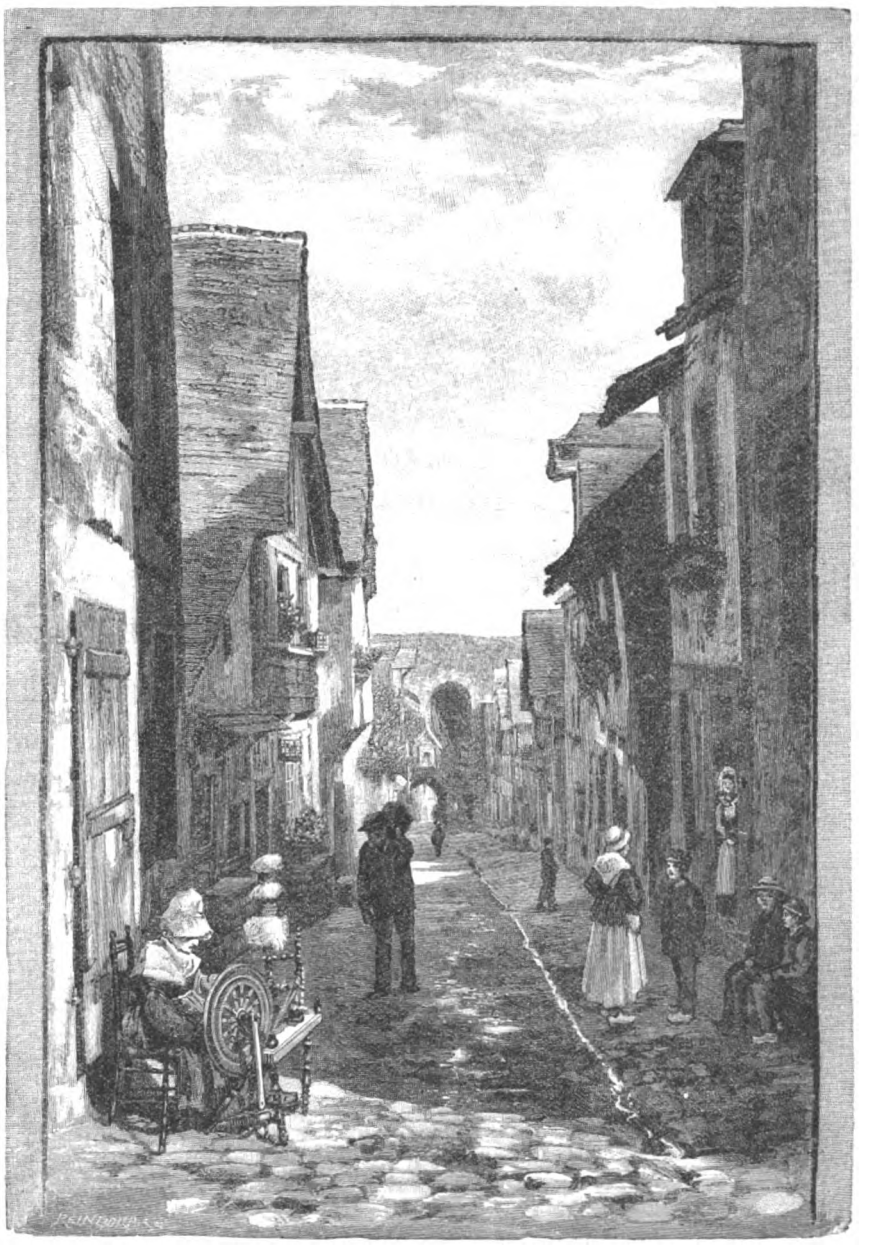
piensa que es una nave que, allí enclavada
por secretos designios, el puerto cierra
al marino que deja tras sí olvidada
la ancha mar por un pobre rincón de tierra;

piensa que es el fragmento de un astro ignoto,
de siderales ejes desencajado;
el fragmento perdido de un astro roto
en las altas regiones de lo ignorado.

Cada vez que, saltando del remolino,
una ola al peñasco se enrosca y crece,
al ascender, de estrellas traza un camino,
y parece, bajando, sol que amanece.

Por la luna y las olas acariciado,
sus sombras el peñasco trueca en fulgores,
y una concha es su seno despedazado
donde se citan Venus y los Amores.

Y parece el peñasco nave dorada
que es de un mundo ignorado la mensajera,
y que trae para el alma desconsolada
promesas del ausente que en vano espera.



LA CALLE DE JERZUAL, EN DINAN

Mas apenas las brisas de primavera
como un himno de amores suben al cielo,
y la espiga sus granos deja en la era,
y á la lluvia de mayo florece el suelo;

cuando llegan las noches primaverales
y en su límpido cielo brilla la luna,
y á su luz son florestas los matorrales,
y la charca fangosa limpia laguna;

contemplando el peñasco, que allá á lo lejos
se alza sobre las olas con valentía,
se sorprende en sus quiebras vagos reflejos,
y en sus ásperas curvas algo del día.

En blancos remolinos se alza la espuma,
que brilla con extraña fosforescencia,
y en sus pliegues, aéreos como la bruma,
parece que dormida va la inocencia.

Y el pedestal parece donde anhelamos
ver levantarse altiva sobre el granito
la estatua del que logre que conozcamos
esos mundos que pueblan el infinito.

. . . . . .

¡Ah! ¡Costa nebulosa, costa terrible
donde el bajel rosado de la Ventura
se estrella en el peñasco de lo imposible,
que envuelve la ola negra de la amargura!

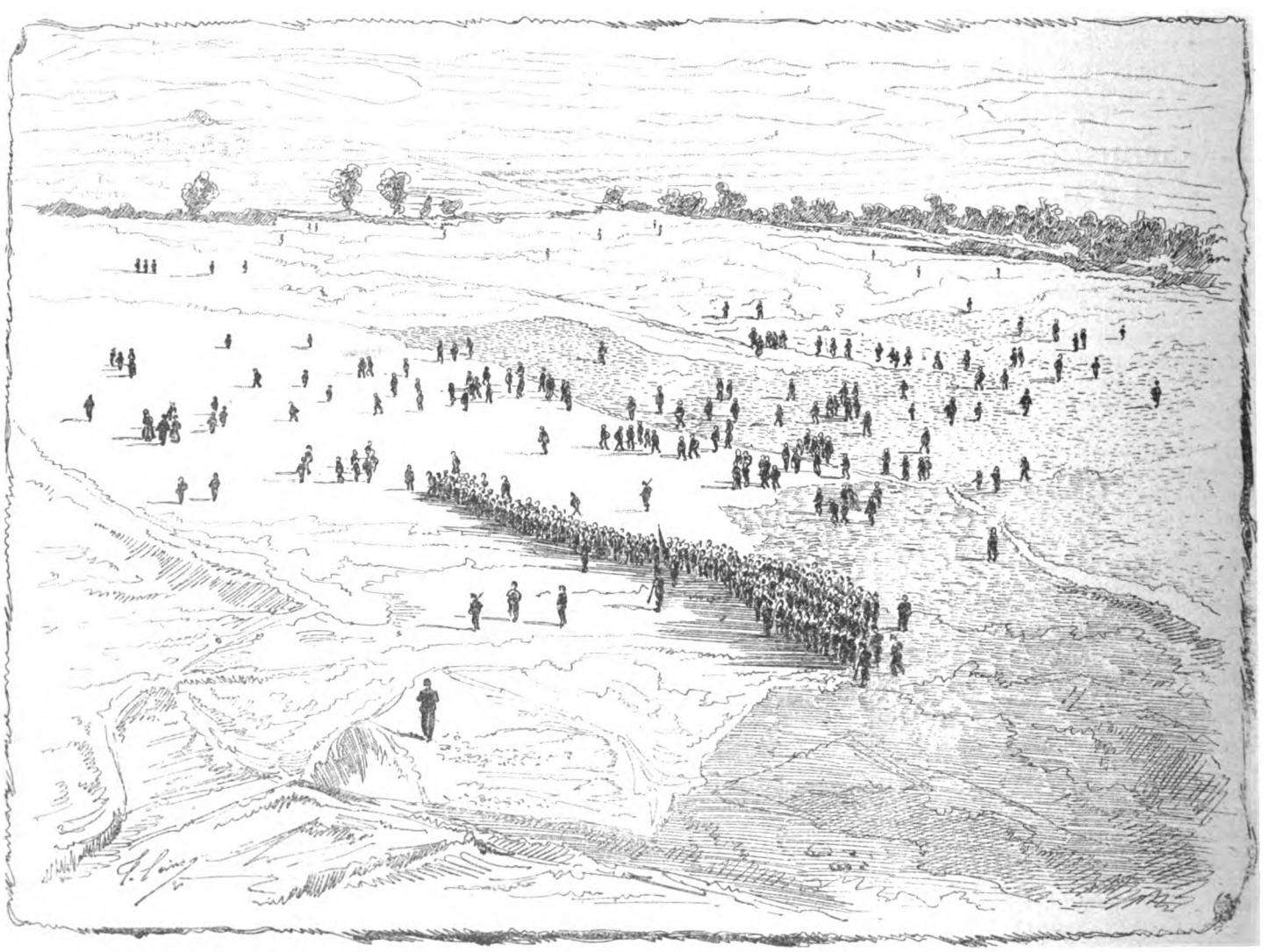
¡Costa del mar furioso, del mar maldito
donde flota el cadáver de la Esperanza,
donde penan los hombres el gran delito
de anhelar lo que en sueños á verse alcanza!

¿Por qué de los naufragios los restos fríos
siniestramente flotan en tu corriente?
¡Mares que atrás dejamos siempre sombríos!
¿Por qué está de tus playas la luna ausente?

SOFÍA CASANOVA

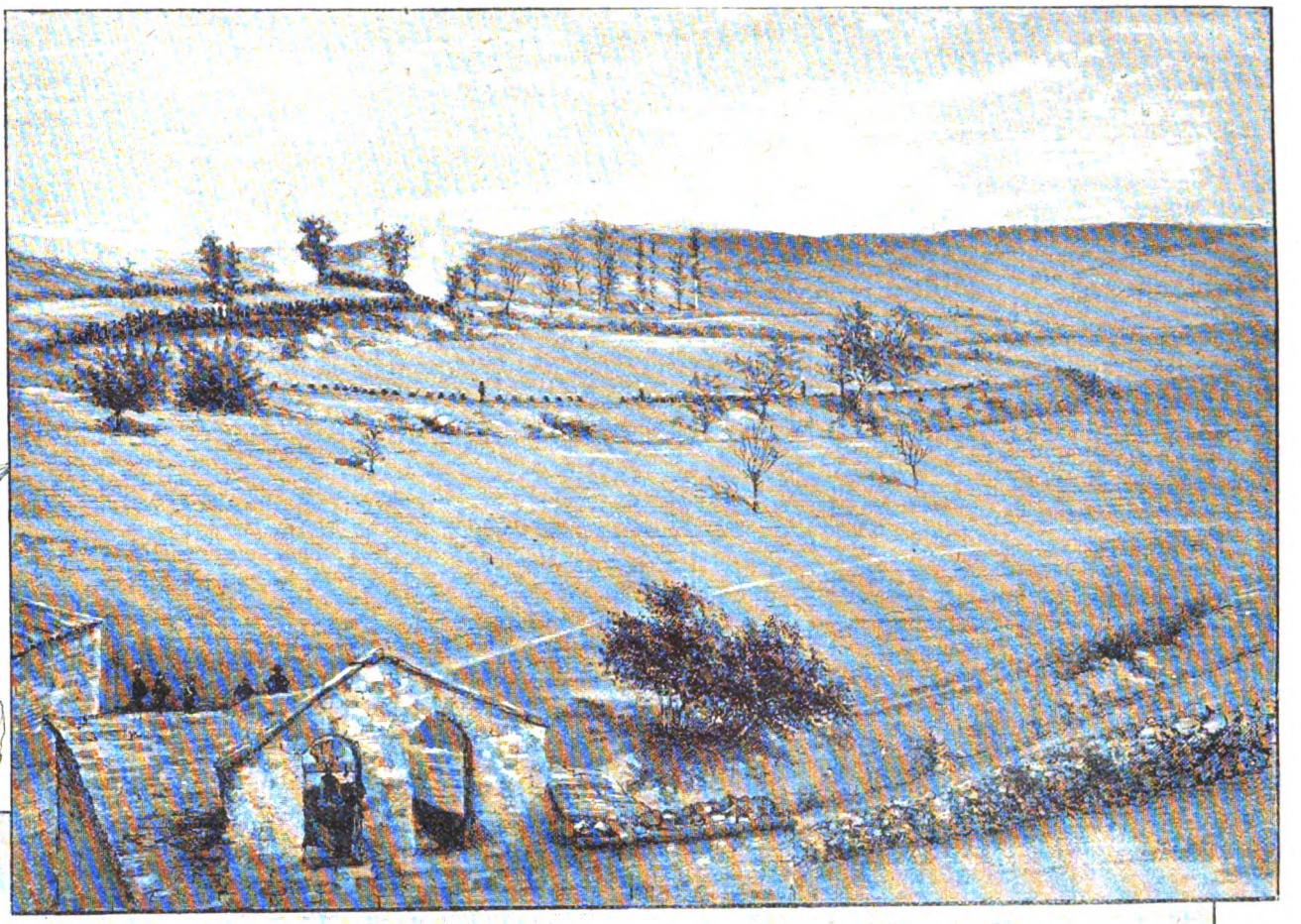
Digitized by Google

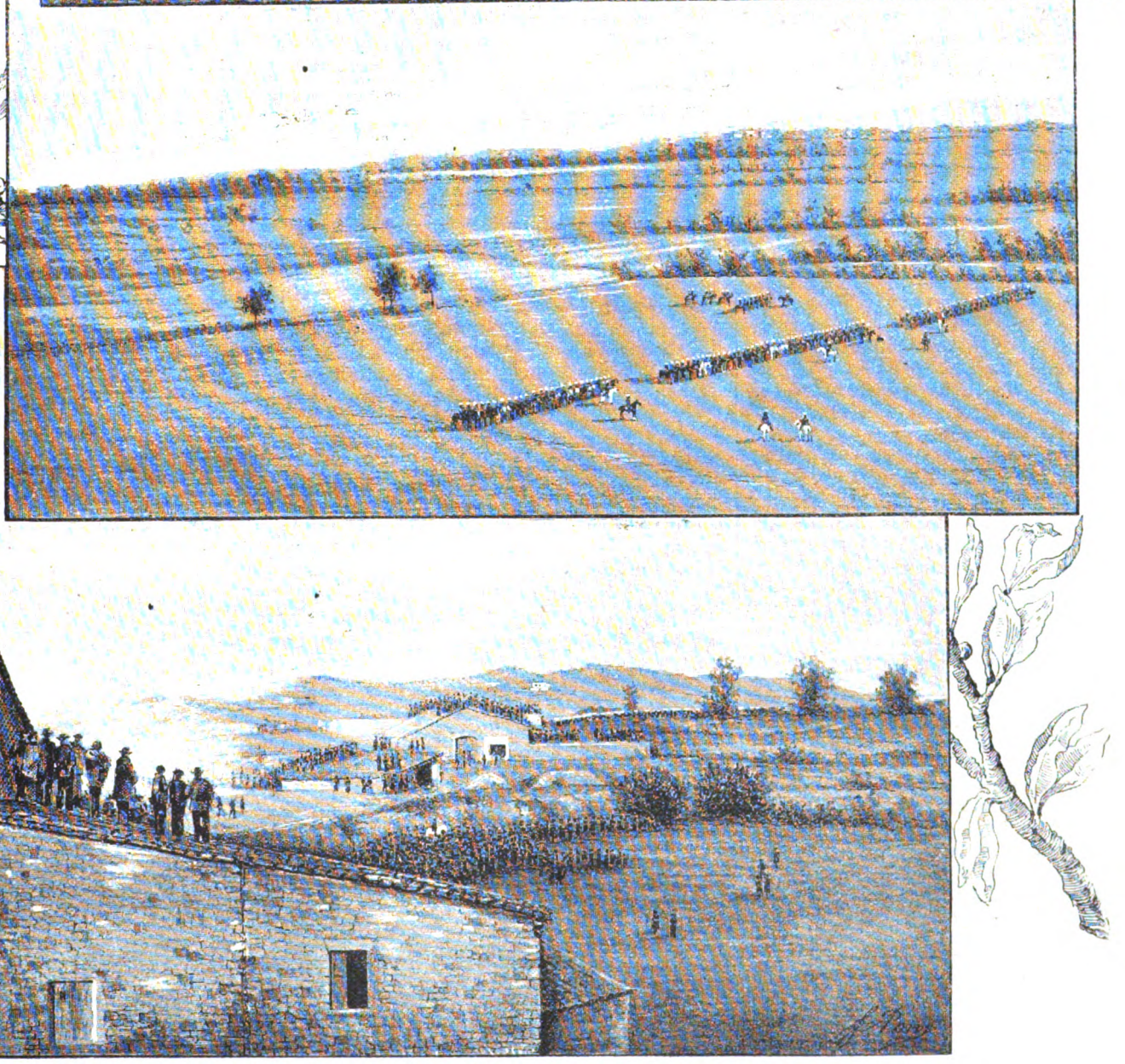
SERVICIO DE ESCUCHAS. (De fotografía de Fernando Rus.)



FORTEZA: PREPARÁNDOSE PARA EL ATAQUE. (De fotografía de Esplugas.)

Digitized by Google





FORTEZA: EL ATAQUE.—LA RETAGUARDIA.—VOLADURA DE MINAS. (De fotografía de Esplugas.)

Digitized by Google

LAS MANIOBRAS MILITARES
DEL
EJÉRCITO DE CATALUÑA EN CALAF

(CONTINUACIÓN)

Para el alojamiento de tan numerosos cuerpos habíanse levantado tres campamentos en las cercanías de Calaf, y otro en San Martín de Sasgayolas, á una hora del pueblo antes mencionado. Los tres primeros se denominaban de *San Fernando*, *Alfonso XIII* y *Alfonso XII*, éste de 78 tiendas y los otros dos de 100 en junto; todas ellas prestaron ya servicio en la guerra de Africa. El campamento de San Martín, donde estaban alojadas las brigadas Bosch y Denís, contenía 92 tiendas; y por lo pintoresco del terreno en que estaba emplazado y su configuración rigurosamente militar era visitado con predilección. La brigada Lacerda se alojó en Prats de Rey.

La línea destinada á ser teatro del ataque, y cuyos límites hemos indicado antes, fué descrita como sigue por el inteligente corresponsal del decano de la prensa local Sr. Morante:

«El terreno en que se extienden los trabajos de defensa verificados por el cuerpo de zapadores minadores, forma una línea ligeramente circular, encontrándose Calaf en el fondo. Desde esta villa sube suavemente el terreno hacia el E. y NE., terminando en una cresta que desde las inmediaciones de la Forteza se extiende hasta las cercanías de Solanellas, cresta cruzada por el camino de Manresa. Por la parte posterior de dicha cresta corre otra, de una elevación aproximadamente igual á la primera, que empezando en la Espona sigue por la altura de Serdanyola, el pueblo de la Llavinera y el caserío de Puig de Maja, establecido en una altura frente al llano de Prats de Rey. Una cañada de suaves pendientes que empieza en la Espona y se pierde junto á Prats, separa las dos crestas. A la izquierda, mirando desde Calaf, el terreno forma una cumbre que de la Espona se prolonga entre l'Aleny y San Pasalás. De esta suerte, al paso que la línea Espona Puig de Maja constituye una buena posición defensiva por tener delante un barranco, hallarse despejadas las barreras y flanquearse mutuamente las colinas, la de la Espona-Aleny se ha convertido en una cresta difícil de atacar por lo cubierto del terreno en la parte que ocupa la defensa y lo quebrado y abrupto de sus avenidas, fáciles de barrer por el fuego en todas direcciones; y es además una posición ofensiva por coger de revés con sus tiros y amenazar seriamente de flanco todo ataque contra las alturas de Puig de Maja á la Espona. Por delante de esta casa, la altura de la Forteza une los dos flancos de la defensa, enfila el barranco y coge bajo su acción todo el llano de Calaf.

»Las obras de defensa son las siguientes: En el ala derecha una luneta con dos órdenes de fuegos y una batería central y superior en la altura dominante entre San Pasalás y Aleny. Otra luneta avanzada sobre la meseta de Aleny, que bate con fuegos rasantes todo el terreno de ataque, y esta á su vez batida de flanco y de revés por la obra anterior y la Forteza, para que aquel que la ataque, aun suponiendo que la ocupe, no pueda hacerse fuerte en ella. La primera luneta es capaz para dos compañías en pie de guerra, y para una compañía la segunda. En el centro, un reducto para cuatro compañías y tres baterías ocupa el alto de la Forteza. Por la parte de delante del pueblo, en el barranco y en todas las avenidas, varias líneas de trincheras abrigos, de una longitud de 500 metros, aumentan el valor defensivo de la posición. Detrás de la Forteza, una batería y unas trincheras en la Espona sirven para reconcentrar y proseguir la resistencia en el caso de perder el centro y la derecha; y, á su apoyo, las tropas vencidas pueden retirarse ordenadamente. En el ala izquierda, un reducto para tres compañías y una batería se emplaza en el cerro de Serganyola, sobre cuyas lindes se extienden varios órdenes de trincheras. Otra obra para dos compañías y una batería se encuentra en la meseta de la Llavinera, con trincheras avanzadas para dominar las laderas y el barranco. Por último, en la extrema izquierda y dejando intermedio con la Llavinera el camino de Manresa, un triple orden de trincheras para cuatro compañías y dos baterías batiendo el llano y las alturas, se extiende en Puig de Maja. Las obras de defensa se completarán abriendo trincheras delante de l'Aleny, constituyendo posiciones de sostén entre la obra de la extrema derecha y la Espona, enlazando por trincheras las dos obras de la derecha y simulando talas en los lindes de los bosques.

»Para proteger la retirada de las avanzadas á la verdadera posición de combate, se ha construído sobre un terreno de roca, y valiéndose de sacos de tierra, una flecha á la izquierda de la Forteza mirando á Calaf y frente á Serganyola, pero al otro lado del barranco. En el fondo de éste, para facilitar la retirada á la posición, se tendrá un puente de caballetes. La flecha para media compañía está enfilada por el reducto de la Forteza y las obras de la Llavinera para hacer inútil su ocupación por el enemigo. Por esta ligera descripción se comprende que los puntos más fuertes, por la propia naturaleza del país, son las alas derecha é izquierda; pero como el centro, la Forteza, es de alta importancia por unir las alas y ser la llave de la posición, se han multiplicado en este lugar los trabajos defensivos y se ha colocado á vanguardia, á la derecha, la luneta citada en segundo lugar, y á la izquierda la flecha; obras que imposibilitan todo ataque á la Forteza sin ser tomada previamente. Dichas obras son de gran interés por comprender el doble carácter ofensivo y defensivo y estar trazadas de modo que, siendo importantísimas para el ocupante y de necesario ataque para el ofensor, no pueda éste, sin embargo, permanecer en ellas á causa de estar barridas en todas direcciones por las obras de la espalda que las dominan y baten á buen alcance.»

Reunidas ya todas las fuerzas, destruídos por el incendio gran número de matorrales y terminados los atrincheramientos, comenzaron los ejercicios el día 21. El 22, y á las siete de su mañana, dirigíanse á los llanos de la Forteza, al NE. de Calaf, una brigada de infantería y otra de caballería, maniobrando en aquel vasto terreno donde con toda holgura podían moverse 30,000 hombres. Los ejercicios de la primera fueron por batallones, en orden cerrado y abierto, practicados por todas las fuerzas, cual si se tuviera al enemigo enfrente, al mismo tiempo que la segunda (brigada Torreblanca) ejecutaba diversas evoluciones, ya sola, ya en combinación con la infantería, distinguiéndose en la aplicación de las *disposiciones oblicuas*. Dicha brigada demostró admirable pericia en sus múltiples movimientos, como fueron marchas, cargas en línea, cargas á discreción, combate individual, reunión y agrupación.

A las once retiróse la caballería á su campamento por un estrecho sendero, por el que era preciso ir de uno de frente, y el general Martínez Campos con la brigada de infantería regresó á Calaf, mientras otras dos brigadas de infantería y algunas baterías de Montaña se dirigían á los llanos de Forteza para maniobrar hasta las doce. Por la tarde tuvo ejercicio la brigada de caballería del general Bosch, terminando con varias cargas, una en línea de batalla en dos rectos y dos en línea de recto, siendo sorprendentes los despliegues.

Iguales maniobras tuvieron efecto el día 23, turnando de dos en dos horas las brigadas de infantería, caballería y artillería. El primer escuadrón de Tetuán practicó ejercicios de combate á pie, y el segundo cargó la guerrilla, aumentando el sostén. Por fin, la brigada completa, y figurando estar á la cabeza de un ejército, dió varias cargas en línea, á trote largo, replegándose luego por los lados y dejando abierto en el centro paso para la infantería, después de lo cual reuníase simultáneamente á la reserva formando nuevamente en orden de batalla. Estas maniobras produjeron el mayor entusiasmo.

Las brigadas de infantería, por su parte, hacían ejercicios de línea y de combate, extendiéndose en guerrilla, replegándose, avanzando, etcétera.

Por la tarde tuvieron ejercicio las brigadas Denís y Bosch, cargando esta última dos veces en línea desplegada y formando luego en escalones, con igual brillantez que siempre.

En este día, y á la madrugada, una sección del regimiento de San Quintín intentó sorprender al batallón cazadores de Alfonso XII, fortificado en La Llavinera; pero fué descubierta, lo mismo que otra sorpresa que se intentó contra Prats de Rey.

También en este día quedó terminado el puente que los ingenieros construían sobre el Noya á la derecha de Forteza.

El 24 era el día señalado para el combate entre cuatro brigadas, suponiéndose que avanzaban dos ejércitos sobre Calaf, cada uno de los cuales destacaba una brigada para apoderarse de los puntos avanzados, debiéndose trabar el combate entre San Martín y Prats de Rey por la mañana, y entre Solanellas y Forteza por la tarde.

Así describe el Sr. Morante la primera de las dos acciones simuladas:

«A las ocho salieron respectivamente de Prats de Rey y de San Martín de Sasgayolas las brigadas Lacerda y Denís, encontrándose cerca de la casa Cuadras de Codina, en donde ha roto el fuego la caballería exploradora de la brigada Denís, siendo contestado por las guerrillas de la otra brigada después de haberse retirado sus exploradores. A la derecha de esta misma casa se emplazó la artillería de montaña, que rompió el fuego contra masas de reserva y caballería enemiga, siendo á su vez contestado por la artillería de la brigada Denís. En la citada casa se ha sostenido un vivo combate de infantería, puesto que la brigada Denís trataba de apoderarse de ella enviando escalonadas sus guerrillas.

(Se continuará) X.

DESENCANTO

¡Qué triste es dejar el mundo
para nunca más vivir
y ver la muerte sonriendo
sin que se aparte de mí!

¡Delicias de mi ventura,
como otras veces venid
á entretener mis sentidos,
y adormecedme al morir!

M. N. TRONCOSO

NUESTROS GRABADOS

EL ANILLO NUPCIAL

Es este un objeto por el cual suspiran desde su más tierna edad las niñas: no es de extrañar, por lo tanto, que, una vez en posesión del mismo, no se cansen de mirarlo.

LAS MANIOBRAS MILITARES EN CALAF
(Véase el artículo)

UN CONVENTO EN BRETAÑA

Es la Bretaña el baluarte del idealismo francés; y, para que no falte nada en este sentido, ni siquiera faltan poéticos conventos en que las jóvenes reciben esmerada cuanto religiosa educación, no como en cualquier vulgar establecimiento instructivo-industrial, sino á estilo de la edad media.

Entre esos conventos es digno de especial mención el de la Concepción, en Saint-Janu, cerca de Dinan (distrito de este nombre, en el departamento de las *Costas del Norte*). Dinan, situada en una montaña, á la izquierda del Rance, comunica en la pleamar con Saint-Malo, y conserva aún la fortaleza de altos y espesísimos muros que fué residencia de los antiguos duques de Bretaña. Aunque modernizada, no ha perdido en nada la ciudad su pintoresco aspecto.

Digitized by Google

BUENA IDEA

Cual glorioso monumento
á la *eternidad* prolongo
la existencia de este invento,
de este *jabón*, elemento
de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier. París
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Debéis juzgaros vencido en la música, puesto que tratáis de sustituirla con el acero.

—Eso está muy bien dicho, caballero Mac-Gregor,—repuso Alan,—y retiro mis palabras apelando á Duncan.

—No es necesario apelar á nadie,—dijo Robin,—pues sois mejor juez que ningún Mac-Laren de Balquidder, y, á decir verdad, sois muy buen gaitero; pero dejadme tocar otra vez.

Alan entregó el instrumento, y Robin imitó y corrigió algunas de las variaciones de su competidor, las cuales parecía recordar perfectamente.

—¡Ah! Sois, en efecto, buen músico,—dijo Alan con expresión sombría.

—Sed juez vos mismo, caballero Stewart,—contestó Robin.

Y, comenzando á repetir las variaciones desde el principio, las amenizó con un nuevo motivo y una manera tan ingeniosa y con tal expresión y habilidad, que produjo verdadero asombro en sus oyentes.

En cuanto á mi amigo, parecía llevar muy á mal su derrota, y estaba como un hombre á quien se hubiera inferido una afrenta.

—Basta,—dijo;—ya veo que tocáis bien.

Al decir esto hizo ademán de levantarse, pero Robin hizo á todos una señal para que guardaran silencio, y comenzó á tocar un aire muy conocido de los Stewarts en Appin, y que era el favorito de Alan. Apenas oyó las primeras notas, la expresión sombría de su rostro se desvaneció, desapareciendo las señales de su enojo.

—Robin Vig,—dijo cuando su rival hubo terminado,—no puedo compararme con vos, pues tenéis más música en un dedo que yo en toda mi cabeza; y, aunque imagino que con el acero en la mano no podríais darme ninguna lección, no trataré de hacer la prueba, pues sentiría causar el menor daño á un hombre que toca la gaita tan bien como vos.

Con esto concluyó la disputa. La noche fué un prolongado concierto, y amaneció el día antes de que se hubiera disuelto la reunión.

Aquella fué la última vez que vi á Robin Vig, pues yo me hallaba en Leyden cuando terminó la instrucción de su causa y se le ahorcó en Grassmarket. He citado este incidente porque fué el único digno de mención que me ocurrió allí, y porque, tratándose de un hombre que murió en el patíbulo, me ha parecido esto un detalle histórico.

CAPITULO XXVI

TÉRMINO DE LA FUGA.—LLEGADA AL FORTH

Ya era muy entrado el mes de agosto y hacía bastante calor, cuando el médico declaró que estaba en disposición de continuar el viaje. Nuestro dinero había mermado de tal modo que urgía acelerar la marcha, pues si no llegábamos pronto á casa de Rankeillor, ó si cuando le viéramos no me ayudaba, seguramente nos moriríamos de hambre. Además, en opinión de Alan, la persecución contra nosotros no debía ser ya activa; de modo que la línea del Forth, y hasta el puente de Stirling, que es el pricipal paso de aquel río, no estarían muy vigilados.

Apenas oyó las primeras notas, la expresión sombría de su rostro se desvaneció...

—Si tratamos de dar la vuelta por el brazo superior del Forth para dirigirnos á Kippen ó Balfron,—dijo Alan,—encontraremos allí, con seguridad, gente que nos busca; pero si vamos en línea recta al antiguo puente de Stirling, apuesto diez contra uno á que pasaremos sin tropiezo.

Acordado este plan, la primera noche llegamos á la casa de un Mac-Laren que vivía en Strathire y era amigo de Duncan. Allí dormimos tranquilamente, y al oscurecer del día 22 de agosto continuamos nuestra marcha hasta una colina situada en Uam Var, donde dormí diez horas con el sueño más dulce y profundo de que he disfrutado en toda mi vida. Por la noche nos encaminamos hacia el río, y, acercándonos después á las colinas, pudimos ver la ciudad y castillo de Stirling, casi á nuestros pies.

—Ahora,—dijo Alan,—ya estáis en vuestro país otra vez: hemos traspasado la línea de las Tierras Altas hace una hora; y si conseguimos cruzar al otro lado del agua, ya podemos tirar las gorras al aire.

Cerca del Forth vimos una isleta arenosa, donde crecían algunas plantas, las suficientes para escondernos tendidos en tierra, y allí nos agazapamos como liebres. Desde aquel sitio divisábamos el castillo de Stirling y podíamos oir el redoble de los tambores de la guarnición, mientras que desde un campo inmediato al río llegaba hasta nosotros el rumor de las voces de los trabajadores y hasta oíanse claramente algunas palabras. Aunque la arena de la isleta se calentaba, como las plantas eran suficientes para ocultarnos y teníamos bastante alimento y bebida, estábamos tranquilos.

Cuando los jornaleros se retiraron del campo y comenzó á oscurecer, nos dirigimos hacia la orilla, siguiéndola en dirección á Stirling.

El puente de este nombre está casi al pie de la colina coronada por la fortaleza. Es muy antiguo, estrecho y alto, y tiene unos pilares á lo largo del parapeto. Fácil es comprender con qué interés le contemplaría, no sólo por ser famoso en la historia, sino porque para mí y Alan representaba el puerto de salvación. Algunas luces brillaban frente al castillo, y más allá veíanse otras en varias casas de la ciudad; pero todo estaba silencioso y al parecer nadie guardaba aquel punto.

Ya iba yo á cruzar cuando Alan me detuvo.

—Todo parece aquí tranquilo,— dijo;—pero mejor será ocultarnos detrás de este dique para asegurarnos.

Así lo hicimos, permaneciendo inmóviles durante un cuarto de hora y sin oir más que el rumor del agua. Al fin vimos una viejecita que avanzaba lentamente, la cual se detuvo muy cerca de nosotros, continuando después su camino; mas era tan bajita que muy pronto la perdimos de vista en la oscuridad.

—Ahora cruzará, sin duda,—murmuré al oído de mi compañero.

—No,—contestó;—aun no oigo crujir la arena bajo sus pies.

En el mismo momento resonó una voz robusta que gritaba:

—*¡Quién vive!*

Era de suponer que el centinela se había dormido, de modo que si hubiéramos pasado cuando yo tuve intención de hacerlo, habríamos estado ya en salvo; pero, una vez despierto el centinela, ya no debía pensarse en cruzar.

ENRIQUE DE VERNEUIL

(Se continuará)

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahídos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

LA SAGRADA BIBLIA

Magnífica edición ilustrada con hermosas cromolitografías y más de mil grabados de gran tamaño intercalados en el texto.
Cada cuaderno de 32 columnas con abundante lectura DOS REALES. Las cromolitografías se regalan al suscriptor.
— RAMÓN MOLINAS, EDITOR.— Barcelona: Cortes, 365 á 371 —

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA
LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicación. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista, 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias. Perfumerías y Bazares de España.

Digitized by Google

EL CAMARADA

Semanario infantil ilustrado

Cuarto año de su publicación

R. MOLINAS, EDITOR

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,

En la Perfumeria Central de Agnel, 16, Avenue del'Opéra, PARIS

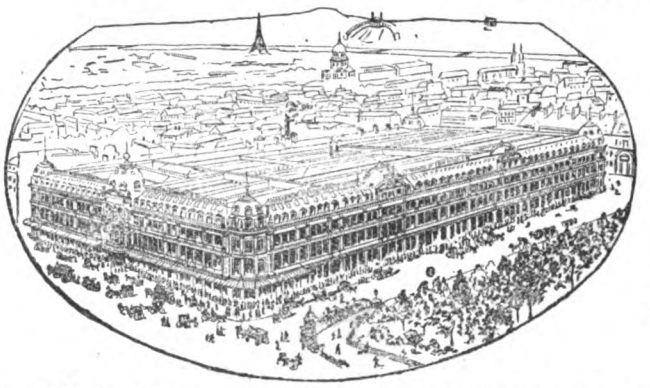
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas la buenas Perfumerias.

AU BON MARCHÉ

NOVEDADES. — Maison Aristide BOUCICAUT

PARIS

Almacenes de Novedades que resumen en todos los artículos la eleccion mas completa, mas rica y mas elegante.



PARIS

El Sistema de vender todo con beneficios muy módicos y de toda confianza es absoluto en los Almacenes DEL BON MARCHÉ

Tenemos el honor de anunciar á las Señoras que nuestro **Catálogo** de Novedades de la Estacion de Invierno acaba de publicarse y que se remite **franco de porte** á todas las personas que lo pidan.

A causa del acrecimiento constante de nuestros negocios, los surtidos de la casa son muy considerables y podemos asegurar que ofrecemos ventajas indiscutibles, tanto desde el punto de vista de la calidad como de la baratura de nuestras mercancías.

Aparte de nuestro Catálogo de la Estacion que da una idea de nuestras principales novedades tenemos á la disposicion de las Señoras, **Muestras** variadas de nuestras telas así como Albums, Descripciones y Reproducciones de todos modelos de artículos confeccionados.

La Casa del **BON MARCHÉ** *hace remesas á todos los paises del Mundo y sostiene correspondencia en todos los idiomas.*

Todos los pedidos cuyo valor llegue á 25 francos serán remitidos contra reembolso franco de porte, hasta la frontera francesa y sin necesidad de designarnos la mediacion de un corresponsal.

Los derechos de aduana, el porte desde la frontera hasta el punto á que la mercancía es destinada y la pérdida del cambio son los únicos gastos á cargo de nuestros clientes.

El **BON MARCHÉ** *no tiene* **Sucursal** *ni* **Representante** *en Francia ni en el Estrangero y ruega á sus Clientes que desconfien de los comerciantes que toman su título para introducir una confusion.*

Píldoras Catárticas
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

LA MEJOR
Medicina de Familia.

El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADAS POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Autor, Escudillers, 22, Barcelona

VINO DE CHASSAING

BI-DIGESTIVO

Prescrito desde 30 años

Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas

PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS

Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estomago y pirozis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

Frasco: 6 fr. — FUERZA DEL CUTIS — en Paris

— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —

LA LECHE ANTEFÉLICA

para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&

Pone y conserva el cútis limpio y terso

CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 15

SALINO REGAL

Remedio eficaz para las afecciones del aparato digestivo. Preservativo seguro contra las enfermedades infecciosas, tales como **CÓLERA, TIFUS, VIRUELA, FIEBRES, SARAMPION, DIFTERIA**, etcétera, etc.

Bebida agradable, ligeramente laxante y NO IRRITA. Regula las funciones del sistema en general, y lo fortalece. Cura positivamente todas las afecciones del estómago y del vientre. En su efervescencia desarrolla OZONO, que es el principio de la vida. Sus cualidades antisépticas preservan, al que lo toma, de las enfermedades infecciosas, impidiendo en el cuerpo humano el desarrollo de los microbios ó micro-organismo que producen el mal.

Preparado por THE SALT REGAL Y C.ª.—Londres.—Agentes generales para España: Vilanova hermanos y C.ª.—Barcelona.—De venta en las principales farmacias y droguerías.

EL JUDÍO ERRANTE

A un real el cuaderno.-R. Molinas, editor

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.

POLVOS DE ARROZ

Recomienda los siguientes

E. COUDRAY

MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

PARIS

GRANDES ALMACENES DEL

Printemps

NOVEDADES

Remítese gratis y franco

el Catálogo general ilustrado, en lengua española ó francesa, encerrándo los nuevos modelos para la **ESTACIÓN de INVIERNO**, á quien le pida á

MM. JULES JALUZOT & Cie
PARIS

Se remiten igualmente libres de franqueo las muestras de los tejidos que componen nuestros inmensos surtidos, pero especifíquense las clases y precios.

Expediciones á todos los Paises del Mundo

El Catálogo indica las condiciones de envíos *francos de portes y aduanas.*

Casas de Reexpedición:

En **Madrid:** *Plaza del Angel, 12* — entlo-dcha — **Irún** — **Port-Bou** — **Hendaye** — **Cerbère.**

Estas casas han sido creadas para facilitar y acelerar la reexpedición de nuestros envíos que llegan á su destino sin que el cliente tenga que ocuparse de nada.

Correspondencia en todas Lenguas

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Los corresponsales en Madrid, el representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, calle de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 22 de noviembre de 1890	Núm. 412

DULCES RECUERDOS

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Primera exposición general de Bellas Artes en Barcelona.—Montepío Provincial de Barcelona.—Los ojos blancos* (continuación), por R. Hernández Bermúdez.—*¡¡Ya escampa!!...* y *Las Marías*, por A. Sánchez Pérez.—*Las maniobras militares del ejército de Cataluña en Calaf*, por X.—*El apestado* (poesía), por Eduardo Villegas.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación).

GRABADOS: Dulces recuerdos.—El convento de la Inmaculada Concepción, en Saint Jacut.—Cienfuegos: La calle de San Fernando.—El naufragio del «Vizcaya».—El Sr. Sagasta en Barcelona.—Mistress Jopling.—María Bashkirlseff.—*El arte inglés:* ¡Salvada!—El barco fantasma.—Modas.—Escenas de Shakespeare.

MADRID

Las cigarreras.—La enfermedad de Zorrilla.—La duquesa de Malakoff.—Barcelona

Al final de la calle de Embajadores, en un extremo de Madrid y frente al jardín que fué quinta de recreo de los Borbones y donde la Revolución de Setiembre instaló el Museo Arqueológico, se levantaba un destartalado caserón, feo, mezquino y pobre, como todos los edificios que recuerdan el desdichado reinado en que se construyeron la Casa Rústica y la Casa de Fieras del Retiro.

Ese caserón, que las llamas han reducido casi en su totalidad á cenizas, era la Fábrica de Tabacos.

Allí llegaba, de los lejanos climas donde la exótica planta crece y se cultiva, el abultado cargamento, que, después de sufrir multitud de operaciones, salía para sostener el más inocente de los vicios, para convertirse en lo que todas las grandezas humanas, en humo y ceniza.

En humo se ha convertido también esta vez, pero ha sido antes de tiempo, y ese humo ha causado muchas lágrimas, formando sobre uno de los barrios más populosos de Madrid densa nube anunciadora de miserias.

La fábrica era el sostén de multitud de familias, la vida, el pan de la numerosa clase que constituyen las cigarreras.

En la Coruña, en Sevilla, en todas partes donde hay fábrica de tabacos, las cigarreras constituyen lo más genuino del tipo popular de la mujer. Emilia Pardo Bazán ha pintado en una novela, preciosa como todas las suyas, en *La Tribuna*, la vida de las cigarreras de su querida Marineda, la ciudad que la insigne autora de *San Francisco de Asís* ha hecho célebre en la literatura contemporánea. En Sevilla, una de las cosas que más admiran los extranjeros, es la Fábrica, donde encuentran tipos que recuerdan los de los modelos de Murillo.

Madrid no faltaba á esta regla general, y su recién incendiada Fábrica era el refugio de la heredera directa de la heroína de los sainetes de D. Ramón de la Cruz y de la que pintó Goya en sus cartones y lienzos.

La gracia, el donaire, el desgarro clásicos de la madrileña de pura raza, tenían allí, y tienen todavía, notables y curiosísimos ejemplares.

La madrileña del pueblo se cría en la calle y en los corredores de la casa de vecindad; y cuando crece, va según sus aspiraciones, sus inclinaciones y los recursos de que dispone su familia, ó á vender al mercado, ó á trabajar al obrador, ó á seguir el oficio de liar pitillos en la Fábrica.

Para entrar en la Fábrica se necesitan recomendaciones, y, por regla general, las que allí van, son hijas de antiguas cigarreras que entran de niñas en los talleres, y salen, si no han tenido la suerte de llegar á maestras, cuando los años las imposibilitan para el trabajo.

Allí se reune, por lo tanto, la flor y nata de los barrios de Lavapiés, de las Vistillas, del Hospital y de Maravillas. Ser de la Fábrica es una dignidad que la madrileña de los barrios bajos tiene en mucho, y hay familias en las que se hereda el puesto como se heredan los timbres nobiliarios.

La cigarrera madrileña es, por regla general, honrada y laboriosa, limpia como los chorros del oro, y devota hasta el fanatismo de la Virgen de la Paloma, á la que invoca en todas sus necesidades y á la que acude en todos los momentos solemnes de su vida. Para la veneranda imagen es su primera visita cuando sale á la calle después de haber dado á luz un hijo; y antes faltará en su casa el pan, que en el altar el cirio prometido generosamente para salir con bien de algún trance difícil.

Entre el elemento joven han conquistado no pocas partidarias las nuevas ideas, pero el elemento antiguo permanece fiel á sus tradiciones, profesando gran cariño á D.ª Isabel II, que cuenta entre las cigarreras madrileñas con muchas simpatías.

La reina D.ª María Victoria, de santa y feliz memoria, quiso conquistarlas, pero fué en vano. Aquella ilustrada y bondadosa señora, que compartió por breve tiempo el trono con D. Amadeo de Saboya, no tuvo simpatías entre los elementos populares; y las cigarreras, como las lavanderas, permanecieron siempre fieles á D.ª Isabel II, en la que encuentran muchas de sus condiciones y cualidades.

Son generosas y espléndidas hasta la exageración. Su corazón no permanece nunca cerrado ni insensible á la desgracia. Por hacer una obra de caridad son capaces de quedarse sin comer, y cuando aman, aman apasionadamente, siendo la mayor parte de las veces víctimas de la brutalidad y del egoísmo del hombre al que entregan su alma. Por él trabajan y se sacrifican: para que á él no le falte una peseta en el bolsillo, ó para llevarle la comida cuando los azares de la vida le encierran en *chirona*, empeñan hasta el colchón de su cama ó caen en las garras codiciosas del monstruo que las explota, de la fiadora, que es la gran calamidad de la cigarrera.

Sufre resignada los malos tratamientos del hombre á quien ama, aguanta con paciencia á la tirana que se lleva todas las semanas lo mejor y más sano de su jornal, con tanto esfuerzo ganado, y es humilde y tranquila en épocas normales; pero que no la toquen á su Fábrica, que no vea comprometido ó amenazado su trabajo, porque entonces se convierte en una fiera y es la heroína de esos famosos motines que tantos disgustos han dado á los gobernadores de Madrid.

En casi todos los motines la cigarrera triunfa; pero no abusa de su victoria, y cuando ha hecho valer los que ella cree sus legítimos é indisputables derechos, vuelve humildemente al trabajo sin mostrar más exigencias.

Las máquinas que simplifican las operaciones disminuyendo el número de brazos que se han de emplear en ellas, las reformas que alteran la condición, son sus enemigos implacables. Consideran la Fábrica como un patrimonio suyo, y creen firmemente que mientras trabajen á conciencia nadie tiene derecho á privarles de lo que consideran como de su pertenencia.

Ahora se han encontrado con un enemigo terrible y formidable: el fuego. Las llamas que destruían la Fábrica destruían su hogar, se llevaban el pan de sus hijos, el socorro para sus padres, ancianos ó enfermos, la alegría de su casa.

Sin Fábrica no puede haber trabajo, y sin trabajo no podrán tener el pucherito diario, cocido en la misma Fábrica, el mantón de lana para abrigarse y el pañuelito de seda para la cabeza. Su consternación ha sido grande al ver arder aquellas paredes, en las que estaba reconcentrada su vida; las lágrimas han nublado sus ojos, y el dolor se ha expresado en tristísimas exclamaciones.

Todo Madrid se ha conmovido ante la desgracia de las cigarreras, y la Reina regente, mujer y madre como ellas, ha sido la primera que ha acudido á remediarlas.

El hambre y la necesidad no tienen espera: esos millares de mujeres no pueden quedar sin trabajo; y después que la caridad acuda diligente á remediar los primeros daños causados por la desgracia, es preciso normalizar su vida.

El invierno empieza bajo tristísimos auspicios y promete ser tan terrible como el pasado. La epidemia variolosa continúa haciendo víctimas, y á las calamidades que para los pobres trae siempre el frío, se van á unir las de la miseria si no se piensa en atender á las clases menesterosas.

Madrid no puede abandonar á sus cigarreras, y antes de que se enfríen las cenizas de la antigua Fábrica es preciso hacerlas techo donde se cobijen, talleres donde puedan continuar sus faenas.

***

La enfermedad del poeta de las tradiciones y de las leyendas patrias, del ilustre Zorrilla, ha demostrado que no están extinguidas las fuentes del sentimiento. El insigne vate quiso gozar de un rayo del sol de su gloria, y fué al Teatro Español la primera noche que se representó en esta temporada su famoso *D. Juan Tenorio*.

El público le aplaudió con entusiasmo y le hizo salir á la escena; pero el ilustre anciano, que une á sus muchos años los quebrantos de una vida agitada, no puede ya abandonar su hogar para sufrir el frío de la noche, y cayó enfermo. Madrid lo supo con pena, y representantes de todas las clases sociales corrieron á enterarse del curso de la enfermedad que amenazaba la vida de una de las más grandes y legítimas glorias contemporáneas é hicieron votos por su restablecimiento.

Estos votos se han cumplido, y el poeta, después de haber sufrido cruel operación, ha podido abandonar el lecho y ha recobrado las luces de su razón, que por algún momento se nublaron.

Es verdaderamente conmovedor ver alcanzar los últimos años del siglo á este anciano que comenzó á cantar mucho antes de que llegase á su mitad y que ha tomado parte tan activa en alguno de sus principales acontecimientos.

Sólo él, Miguel de los Santos Alvarez, y no sabemos si algún otro, como el insigne actor Valero, quedan de aquella gloriosa generación de que formaron parte Espronceda, Larra y tantos genios que honraron las letras patrias.

Dios prolongue sus días, pues son, para la generación actual, lo que es en el hogar la venerable figura del abuelo que ha ilustrado el nombre de los suyos, adquiriendo para sus canas respeto y gloria.

***

En París ha fallecido estos días una dama española que fué una gran belleza y que llevó dignamente un nombre ilustre: la duquesa de Malakoff, hija de los marqueses de la Paniega y hermana del insigne novelista D. Juan Valera.

Sofía Valera, que así se llamaba de soltera la difunta duquesa, fué amiga íntima de la emperatriz Eugenia, y uno de los ornamentos de su corte. La que fué soberana de Francia profesaba á su amiga un afecto entrañable, y cuando ciñó su hermosa frente con la diadema imperial la tuvo á su lado, donde la bella malagueña conquistó el corazón de uno de los mariscales más valientes del segundo imperio, el mariscal Pelissier, el que tomó la torre de Malakoff. Sofía Valera fué la esposa del bravo militar, y con el título de duquesa de Malakoff figuró entre las hermosuras que embellecieron la corte de las Tullerías, uniendo así definitivamente su suerte á la de su imperial amiga.

Cuando llegaron los días tristes, la duquesa fué fiel á la amistad, á la que ha consagrado fervoroso culto hasta los últimos momentos de su vida.

París, que fué el teatro de las dichas de la bella dama española, le concede ahora un florido rincón para su tumba.

Descanse en paz. Ya del segundo Imperio apenas queda más memoria viva que la de la triste y desventurada emperatriz, que puede llamarse la reina de los tristes destinos.

Digitized by Google

***

Las últimas líneas de esta crónica las escribo en Barcelona. Una vez más he gozado del bello espectáculo que ofrece por las mañanas su Rambla de las Flores, por la tarde su Paseo de Gracia, al anochecer los magníficos bazares de su admirable calle de Fernando, y á todas horas su animado puerto, sus calles llenas de movimiento y vida.

Barcelona se embellece más cada día. Los que venimos de tarde en tarde á ella encontramos cada vez nuevos encantos y sentimos orgullo al considerar que es una ciudad española y que es digna siempre de conservar su diadema de señora del Mediterráneo.

Cuando en el resto de España comienzan los rigores del frío, aquí se aspira el aroma embalsamado de las violetas y lucen sus colores las camelias.

Se parte, por lo tanto, de Barcelona llevándose un grato recuerdo y con el anhelo de volver á ella, como cuando uno se separa de la mujer amada.

KASABAL

PRIMERA EXPOSICIÓN GENERAL DE BELLAS ARTES DE BARCELONA

Acordada por el Ayuntamiento de Barcelona la creación de Museos de Bellas Artes y de Artes Decorativo-industriales, va á darse comienzo á la realización de tan laudable pensamiento con la celebración, cada dos años, y alternadamente, de exposiciones de ambas clases, debiendo inaugurarse la primera, destinada á pintura, escultura, arquitectura y artes reproductivas, en 29 de marzo próximo.

El Ayuntamiento destina 50,000 pesetas anuales á la adquisición de obras que figurarán luego en los Museos municipales. Las condiciones de admisión son las de costumbre. El plazo para la entrega de los envíos empieza en 26 de febrero y termina el 7 de marzo. La Exposición se celebrará en el Palacio de Bellas Artes, paseo de Pujadas.

MONTEPÍO PROVINCIAL DE BARCELONA

Protector de los operarios de la edificación

Constituída una Sociedad nacional protectora de los operarios de la edificación, es el *Montepío* una de sus ramas, siendo de esperar que en breve extenderá su humanitario pensamiento á todas las comarcas de España.

Los objetos del Montepío, idénticos á los de la expresada Sociedad nacional, son: 1.º Procurar el mejoramiento y seguridad de los medios auxiliares de la edificación para evitar en lo posible las desgracias de los operarios. 2.º Subvenir, cuanto sea dable, á los obreros víctimas de algún desgraciado accidente ó á las familias de los mismos.

Para conseguir el primero de los expresados fines, el Montepío promoverá concursos destinados á fomentar el estudio de las disposiciones más convenientes para obtener la apetecida perfección y seguridad en los medios auxiliares de la edificación, y á estimular á los facultativos y contratistas que se distingan por el buen resultado de los que empleen; adquirirá modelos de los mejores aparatos de seguridad; procurará hacerlos aceptar en la práctica y difundirá su conocimiento haciendo incesante propaganda de ellos.

Para alcanzar el segundo objeto cuenta el Montepío con el importe de las cuotas de sus asociados de toda clase (honorarios, numerarios y protectores), las de las personas caritativas, las cantidades que ingresen en concepto de primas por seguros de obras de edificación convenidos con el Montepío, y las subvenciones y donativos que es posible se obtengan.

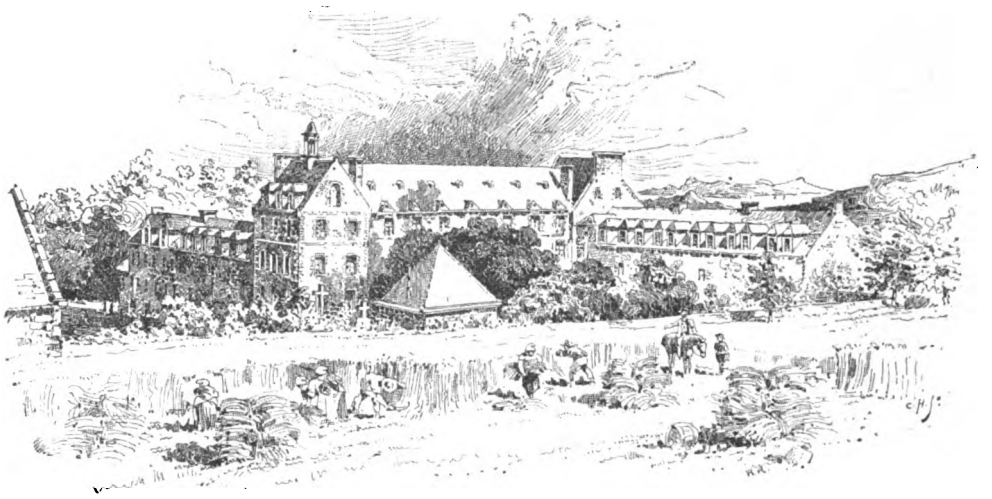
Si el estado de la Sociedad lo consintiera se establecerían escuelas, patronatos, asilos y otros establecimientos análogos, en beneficio siempre de los operarios de la edificación.

A los empresarios ó contratistas que lo soliciten, el Montepío asegurará el socorro á las necesidades procedentes de las desgracias que puedan ocurrir, mediante el pago de un canon proporcionado á la importancia y demás condiciones de la obra.

El reglamento del Montepío está inspirado en un espíritu altamente expansivo y decididamente protector de la clase obrera, siendo de desear que, tomando ejemplo del mismo, se funden prontamente otras asociaciones de igual carácter. Cuanto tienda á favorecer la armonía entre el capital y el trabajo ha de ser acogido con aplauso, y la creación del *Montepío* de Barcelona habrá de ser, no lo dudamos, una garantía de leal inteligencia entre los patronos y los obreros del arte de la edificación.

Muy grato sería que los Arquitectos, Maestros de obras, Aparejadores, Contratistas, Maestros de oficios, Jefes de taller y demás personas en conexión con la construcción arquitectónica figurasen sin excepción en las listas de socios protectores, demostrando así que no rehuyen en manera alguna su cooperación al mejoramiento de la clase obrera.

El Montepío protector de los operarios de la edificación es una creación que no sólo hace honor á Barcelona, sino que debería servir de modelo á otras instituciones análogas destinadas á estrechar los vínculos entre patronos y operarios.



EL CONVENTO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN, EN SAINT JACUT

LOS OJOS BLANCOS

(CONTINUACIÓN)

Los médicos creyeron habérselas con un loco. ¿Cómo era posible ver en la oscuridad si precisamente los rayos de luz son los que producen este fenómeno?

Jorge Carlos se puso á prueba para llevar el convencimiento al ánimo de los oculistas, y entonces éstos declararon que se trataba de un caso desconocido por la ciencia, para el cual no hallaban remedios dentro del rutinarismo médico-quirúrgico.

Sin embargo, convinieron en observarlo con atención y acudir á cierto tratamiento enérgico, sin responder de sus resultados prácticos.

Mas los recursos de los doctores estuvieron á punto de hacerle perder por completo la vista, y, después de muchos sufrimientos, Jorge Carlos vendió sus fincas, escogió en España un lugar donde establecerse y pasar una vida tranquila lejos del bullicio y de las agitaciones del mundo, y cuando lo hubo elegido construyó el hotel que Parvas entero admiraba y en el cual á la sazón hallábase reunida la aristocracia de la ciudad.

Mientras Jorge, entregado á sus tristes cavilaciones, sentíase solo en el mundo, los parvasinos se divertían allá en los espléndidos salones, escudriñaban hasta el último rincón de la casa y poco á poco fueron desfilando con recelo, temiendo encontrarse con el dueño del hotel.

—¡Que recepción más triste!—pensó Jorge recorriendo sus salones vacíos, en los cuales aun flotaba el tenue polvillo de los lugares donde la multitud se agita.

Después añadió:

—Y todo ¿para qué?... Para que me humillen con su estúpida repugnancia y no me agradezcan el placer que les regalo. ¡Ah! ¡Qué amarga es para mí la vida! ¿Por qué no se cernerá sobre nosotros la sombra eterna? ¿Qué alumbra el sol más que miseria? Ante la luz surgen las ruines pasiones, y sus destellos iluminan los harapos asquerosos de los sentimientos perversos. Pero ¡ah! en vano quiero persuadirme de que la luz es la muerte y la sombra la vida. Mi ansiedad por igualarme á los demás mortales me inspira estas ideas y me dicta mil disparatados sofismas que cualquier estudiante de primer año de Derecho refutaría con éxito. Por esa razón he trocado mi vida; y cuando la sombra se cierne sobre nosotros, una sacudida de inmenso placer me conmueve, porque siento llegar la hora en que gozo del primero de los sentidos, del que recibe la impresión de todas las cosas para comunicárselas al alma. En cambio, cuando el día se anuncia en el horizonte por claridades pálidas, experimento la ofuscación de la luz, y, como el buho, como el asqueroso murciélago, huyo á ocultarme en mi dorada madriguera y reposo de las fatigas nocturnas en el lecho, donde durante algunas horas el sueño me hace olvidar mi infortunio. Ahora todos dormirán en el pueblo. También yo quisiera dormir, pero el insomnio me lo veda. Para no perder mis añejas costumbres saldré á dar un paseo como anoche.

Al decir esto, Jorge Carlos se puso un abrigo sobre el traje de etiqueta y salió seguido del negro que en todas ocasiones le acompañaba.

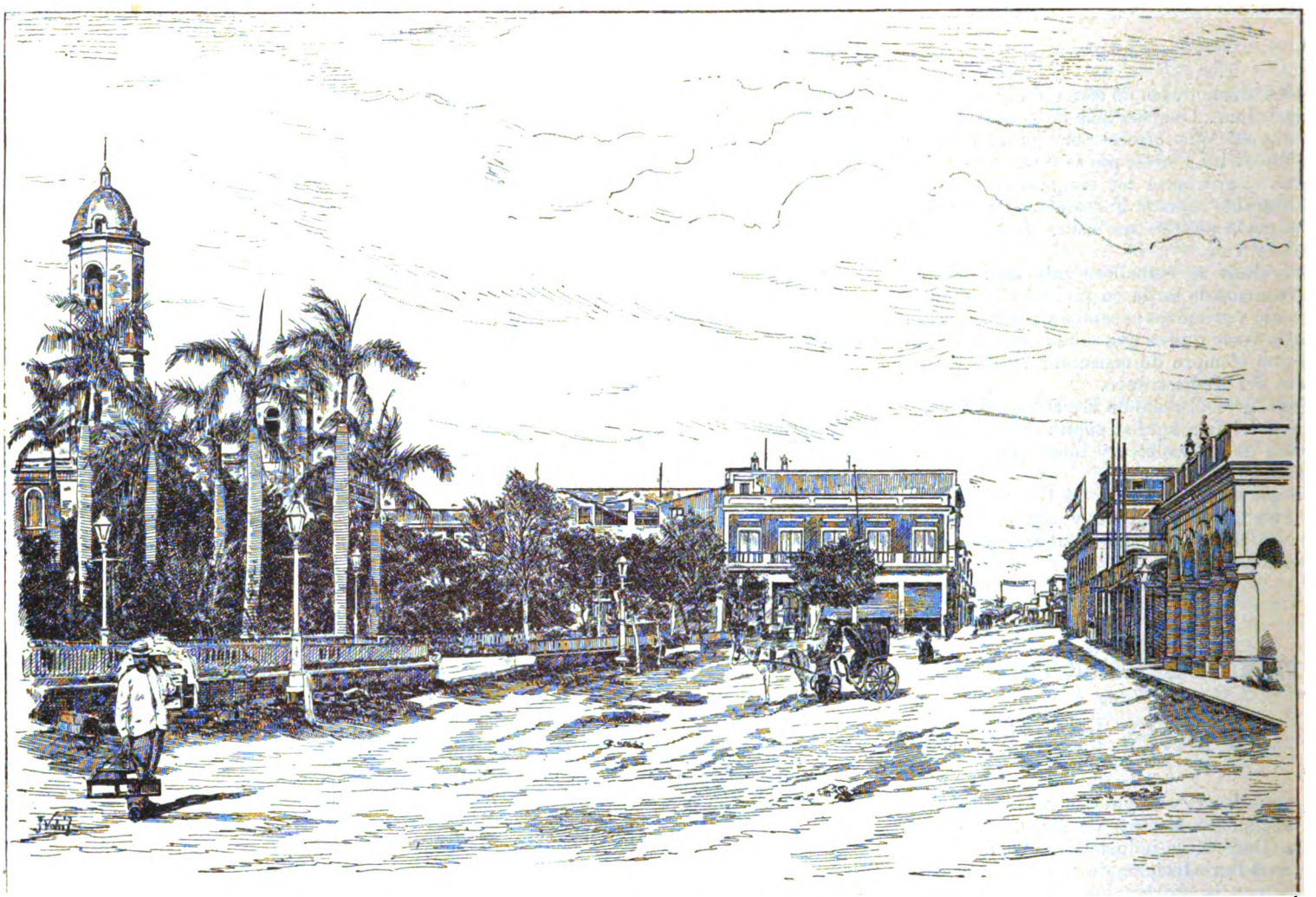
La oscuridad era completa. Algunas estrellas parpadeaban tenuemente en el sombrío espacio, y diversos balcones hallábanse iluminados por luz interior. A lo lejos ladraban con ligeros intervalos dos perros, cual si estuvieran conversando sobre la placidez de la noche. Las calles, desiertas y sucias, asemejábanse á las de una ciudad abandonada.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ (1)

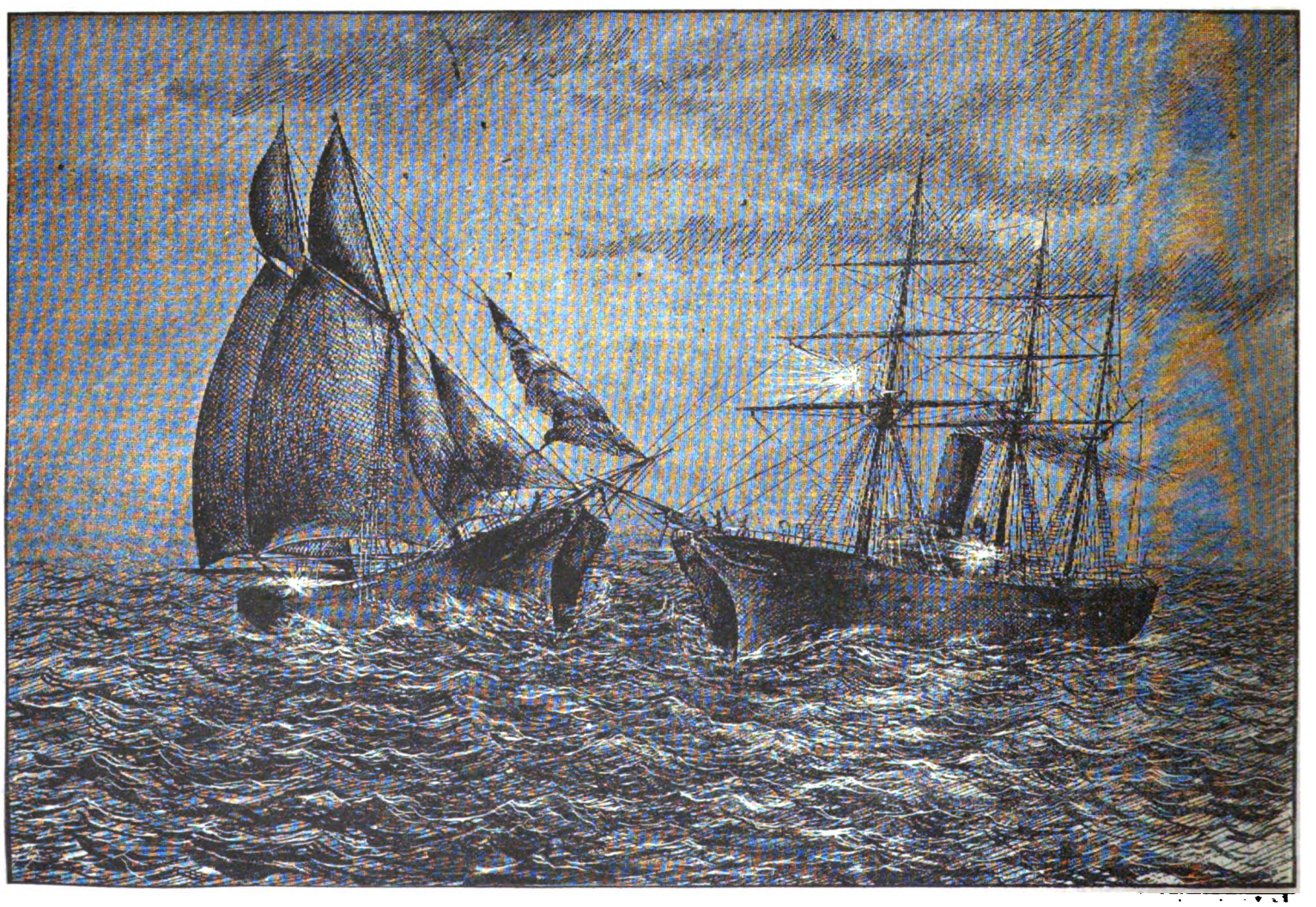
(Se continuará)

(1) En el número pasado se firmó indebidamente este artículo con otro nombre, lo que nos apresuramos á hacer constar para satisfacción de su autor y buen régimen de nuestros lectores.

Digitized by Google

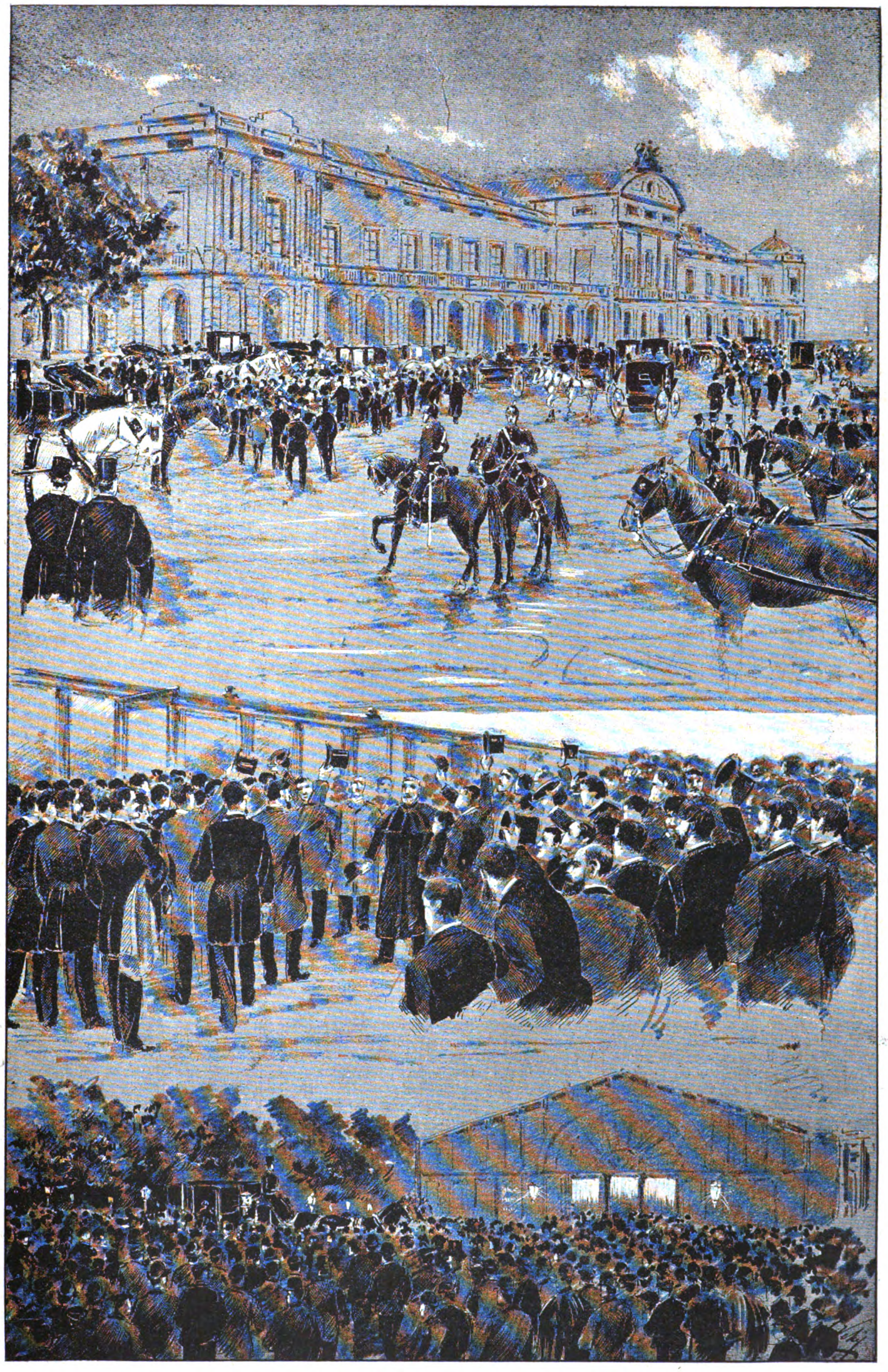


CIENFUEGOS: LA CALLE DE SAN FERNANDO (dibujo de J. Vehil)



EL NAUFRAGIO DEL «VIZCAYA» (dibujo de F. Pons)

Digitized by Google



EL SR. SAGASTA EN BARCELONA (dibujo de J. Vehil)

Digitized by Google

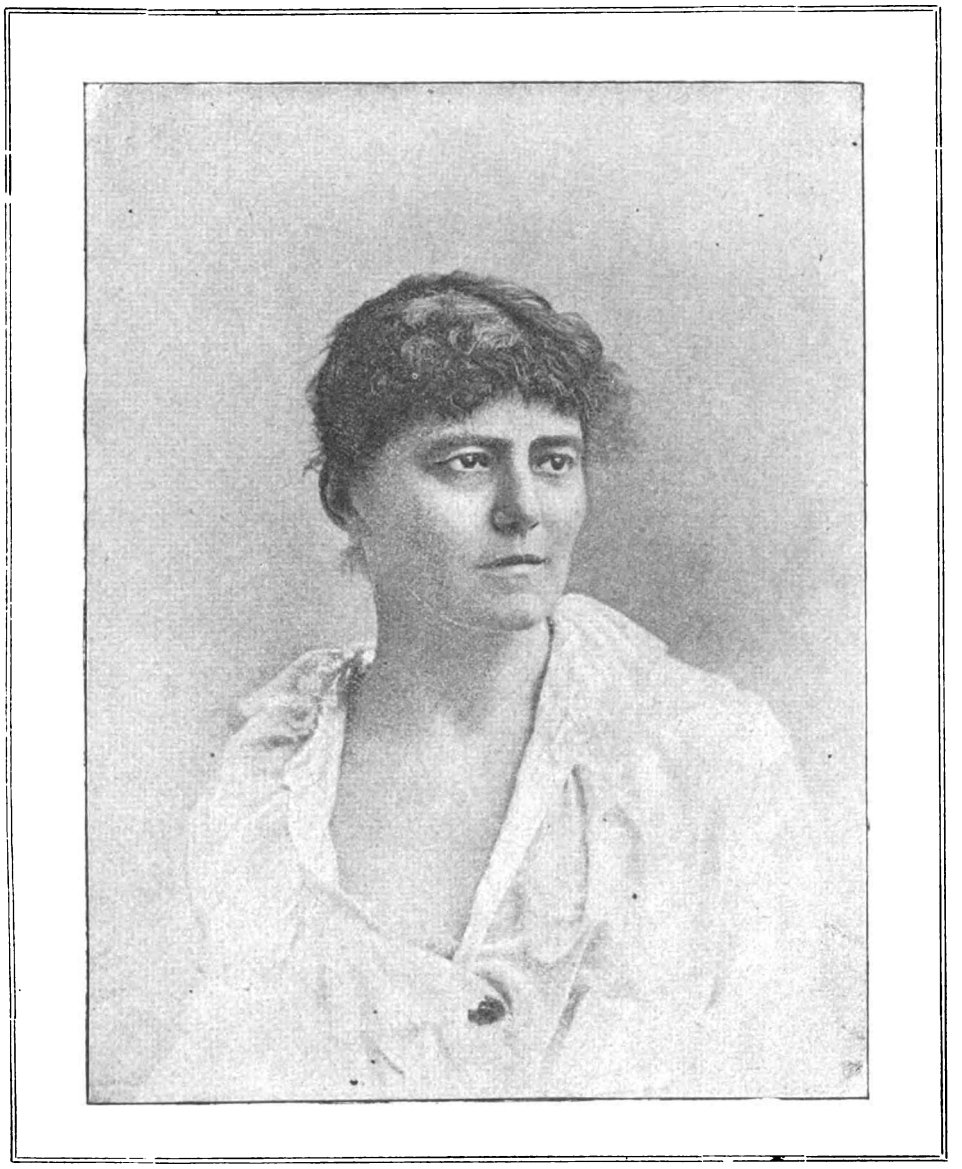
¡¡YA ESCAMPA!!...

Y llovían conflictos. Vulgar será, si Vds. quieren (y tal vez aunque Vds. no quieran); será cursi vanagloriarse de haber sido buen profeta; pero yo no puedo resistir á la tentación de recordar que no há mucho tiempo, en las columnas de esta publicación misma, vaticiné que las sesiones de la *Junta Central del Censo* concluirían como concluía el rosario de la aurora, esto es, á farolazos, según cuentan los que lo vieron, pues yo no lo vi. ¡En buena hora lo diga y líbreme Dios de verlo, porque trazas de eso llevamos!

Eso de la Junta Central del Censo, en cuya importancia nadie ha fijado su atención, es un grano que le ha salido al Gobierno en la nariz de su Presidente y que ha de darle más guerra que las ovaciones, más ó menos auténticas, otorgadas á Sagasta. Muchos de los diputados y senadores que votaron eso, no supieron lo que votaban, y estoy seguro de que ahora sienten muy de veras haberlo votado. Siéntanlo ó no, el conflicto ha venido y no existe para él más que una solución única; solución de la cual nada debo decir, porque la política... ¡oh la política!... es cosa vedada, y la Junta del Censo, por alborotada que haya resultado su sesión y por bruscamente que haya terminado, es, al fin, y no puede menos de ser, política por esencia, presencia y potencia.

También preví y dejé *escrito en este papel* que, á la subida de precio en el pan, sufriría también subida el precio de la carne; y no hay para qué decir si se han cumplido con creces mis profecías. No solamente se ha subido el precio de la carne, sino que hemos estado expuestos (y todavía no ha pasado el peligro) á no poder comerla ni aun pagándola á peso de oro: ¡qué pocos habrán podido pagarla!

Si á decir verdad vamos (y ¿por qué no habíamos de ir?), ni el conflicto de la Junta del Censo ni el conflicto de la carne han impresionado gran cosa á las masas: el primero porque las masas tienen muy escasa confianza en las futuras elecciones; el segundo porque entre las masas hay muy pocas personas que puedan comer carne... y no precisamente por carecer de bula.



MISTRESS JOPLING, PINTORA INGLESA

En España, según han demostrado los más inteligentes en estadística, son muy contados los que pueden permitirse el lujo de comer carne un par de veces al año. La mayoría de los españoles ni saben siquiera qué gusto tiene el solomillo, y es claro que para esa mayoría inmensa de *glotones* el conflicto de la carne ni es conflicto ni importa un rábano. Esto no obstante, como se dice vulgarmente, el asunto da juego: los diarios llenan sus columnas con las noticias relativas á la *cuestión de la carne;* los suscritores leen, con curiosidad casi platónica, lo ocurrido en los mercados; y esperan que de un momento á otro, se comience la matanza... de reses en las naves respectivas del matadero. Entretanto el Ayuntamiento se ha metido á tratante en carnes, y, como era de presumir, lo hace muy mal, casi tan mal como cuando quiere echárselas de empresario y director de teatros ó, como *la Diputación* de Madrid, da al público sus ya famosas corridas de beneficencia.

Periodista hay que, con fundamento ó sin él, llama á la carne artículo de primera necesidad. No discuto el número de orden, pero sí digo que hay entre nosotros muchos que no satisfacen esa necesidad, de lo cual se deduce una de estas dos conclusiones: ó las gentes viven sin comer carne, y en este caso la carne no es una necesidad; ó las gentes no pueden vivir sin comer carne, y entonces la mayor parte de los españoles que mueren, se mueren de hambre.

Todo lo cual no obsta para que nuestros ediles, convertidos en tablajeros, lo hagan pésimamente. La carne resulta ahora más cara y menos buena, y, además, se vende con menos aseo y se compra con mayores dificultades. De modo y manera (como dice una patrona de huéspedes que yo conozco)... de modo y manera que todo eso hemos ido ganando. Trátase, á lo que por ahí dicen, de acabar con el monopolio, y esto no es malo; pero vamos de bruces á otro monopolio, y esto es ya peor. Porque entre el monopolio del particular y el monopolio del Estado, lo mejor sería quedarse sin ninguno; pero es preferible el primero.

Que en Madrid, lo mismo que en todas las grandes poblaciones, se explota de una manera escandalosa al infeliz que trabaja para comer, y casi no come por mucho que trabaje, es consabido; pero que eso lo haga el Ayuntamiento á título y á pretexto de impedir la explotación, ya me parece *trop fort*, como dicen en la república francesa. Es muy posible que esas carestías de la carne, y ese desaseo en el servicio de la misma, y esos obstáculos para la compra, y esas dificultades para la entrada en la poblacion, etc., de que hoy se lamenta el vecindario, duren muy poco; que todo mejore, que los puestos aumenten en número para comodidad del consumidor, que el género se abarate y que los dependientes del Municipio se adiestren en el oficio, hoy nuevo para ellos, de cortadores. Pero es muy posible también que para cuando ese caso llegue, ya los propios y legítimos carniceros, los carniceros de la verdadera tía Javiera, tornen al *hogar paterno de sus puestos* y

vuelva todo á su primer estado.

Con que los concejales se habrán dado muy malos ratos durante muchos días, los madrileños pudientes habrán comido carne peor y más cara y menos limpia que nunca durante quince días, y unos y otros proseguiremos siendo víctimas del monopolio de abastecedores sin entrañas. *Sicut erat in principio.*

¡Bonito porvenir!

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Post scriptum.—Escrito y remitido el trabajo precedente, se vino á un arreglo en el asunto de la carne. Como el lector puede observar, ese arreglo estaba previsto, sólo que yo lo había creído menos inminente. Lo demás ya lo he dicho: sigue como estaba ó peor que estaba, pero hay muy fundadas esperanzas de que empeore.

LAS MARIAS...

«*Son muy frías.*» Así dice, él sabrá por qué, un coplero muy popular en los barrios bajos de la villa... coronada y todo. Pero las Marías (María I y María II, como las llaman algunos periódicos) de que se habla en los círculos artísticos y literarios de Madrid, llevan en su alma el calor de la inspiración. María Alvarez Tubau y María Guerrero son las Marías á que aludo, explicación seguramente innecesaria si á un público cortesano sólo me dirigiese.

Dos artistas son mucho para un solo artículo, y un artículo solo, sobre todo siendo mío, es poco para dos Marías de esa *magnitud*. Sin perjuicio, por consiguiente, de consagrar á la segunda otro, permítanme Vds. que, por hoy, solamente se lo dedique á la primera. La hermosura de María Tubau es indiscutible; sus méritos como artista son indiscutibles también: ¿qué puede producir, por lo tanto, tal cual diversidad de opiniones al juzgar de la campaña que en Madrid está realizando?... Motivos ajenos al arte,

Digitized by Google

causas de carácter particular que ninguna relación tienen ni con la señora ni con la actriz.

Los resultados *pecuniarios* de la campaña que en el Teatro de la Princesa está realizando la compañía dramática y coreográfica (porque tambien hay coreografía) dirigida por Ceferino Palencia, serán ó no serán satisfactorios: eso él lo sabrá. Ni yo le trato con la confianza necesaria para meterme en esas honduras, ni aun tomando esa confianza usaría yo de ella para averiguar operaciones de la contaduría. De los resultados artísticos auguro, con la sinceridad más completa, que la envidiable María Tubau es actriz buena entre las buenas, igual entre las mejores que á Madrid han visitado. Despues de haberla visto representar las obras *Frou-frou, Divorciémonos* y *Francillon,* el público, tribunal inapelable en este linaje de pleitos, ha fallado colocando á la artista española no por encima siempre, pero tampoco siempre por debajo, de la Sarah, de la Duse y de la Lucinda Simões. En tales papeles parece mejor una, en cuales otros gusta más otra: pueden alternar muy dignamente todas una con otra. *Divorciémonos* y *Francillon* (más todavía *Francillon* que *Divorciémonos)* lo ha comprendido la Tubau (María I) y lo ha expresado como ninguna otra, y parece (al menos esa es la opinión general aquí) que sería muy dificultoso igualarla.

Mis elogios, que son siempre desinteresados (lo aseguro), lo son más en esta ocasión por tratarse de una empresa con la cual no tengo relaciones de amistad íntima y á la cual no pienso brindar con mi cooperación; que en teatros donde se represente lo más escogido de Dumas y lo más aplaudido de Sardou no hay quien se atreva á echar su cuarto á espadas (ó por lo menos, si se atreve alguno, ese que se atreve no soy yo).

Lo que digo del efecto producido en nuestro público por María Tubau, es lisa y llana y exactamente lo que ha pasado: ni lo exagero ni lo atenúo. Conste así, y conste también que no me dejo arrebatar por entusiasmos pasajeros... porque hace ya mucho tiempo que no estoy en la edad feliz, si es feliz, de los entusiasmos.

He dicho (y he dicho la verdad) que no me une á la empresa del teatro que dirige el autor de *Cariños que matan,* lazos de amistad íntima; pero no he de ocultar que en el saloncillo del ya mentado Teatro de la Princesa tuve el gusto de comer á una misma mesa y en una ensalada misma con el empresario y con la actriz; la ensalada de *Francillon,* que había aliñado para varios amigos el conocido autor de las *Conferencias culinarias,* Angel Muro.

Los que conocen la comedia que Alejandro Dumas titula *Francillon,* y que podría titularse entre nosotros *Paquita,* saben que en una de las primeras escenas de la obra aparece una niña muy simpática (primorosamente representada aquí por la señorita Badillo) y muy buena, y que sabe más que su hermano, y mas que su padre, y hasta más que Lepe, según lo que habla y discurre; recordarán también que esa niña dicta á uno de los amigos de la familia, para que éste la copie, la receta de cierta ensalada japonesa inventada por la niña á que me refiero y que, por lo visto, había sido muy del gusto de los comensales.

Esto inspiró á Angel Muro, espíritu infatigable en la investigación de secretos culinarios, dos pensamientos: uno, aderezar para varios amigos, y muy especialmente para María Tubau, una ensalada japonesa; otro, dirigir á Dumas una carta, escrita en francés, demostrándole que su famosa ensalada no es comestible ni sería digerible.

Lo del aliño de la ensalada en el teatro se llevó á cabo con gran contentamiento de los que la probaron y con mucha gloria para el *aderezador,* que recibió muchos aplausos, muchas felicitaciones y muchos parabienes. Lo de la carta en francés lo realizó el mismo Angel Muro en el periódico *El Globo,* y es de presumir que la carta habrá llegado ya á su destino.

Fuí de los invitados á probar la ensalada, en la que había trufas y patatas (más patatas que trufas, por supuesto), y azúcar y champagne y perniles y... cucharas de boj para comer la mezcla; sendas cucharas que los comensales, después de recoger en ellas las firmas de María Tubau y de Angel Muro... llevaron á sus casas y conservarán allá como recuerdo imperecedero, tan imperecedero como el boj, de aquella deliciosa velada.

De ella (de la velada quiero decir) dieron noticia casi todos los diarios de la *corte,* y noticia extensa; y aquella fué oportunidad que aprovecharon casi todos para cantar las alabanzas de nuestra compatriota, la *Francillon* española, María Alvarez Tubau de Palencia.

A. Sánchez Pérez

Noviembre 1890.

MARIA BASHKIRTSEFF

LAS MANIOBRAS MILITARES
DEL
EJÉRCITO DE CATALUÑA EN CALAF

(CONCLUSIÓN)

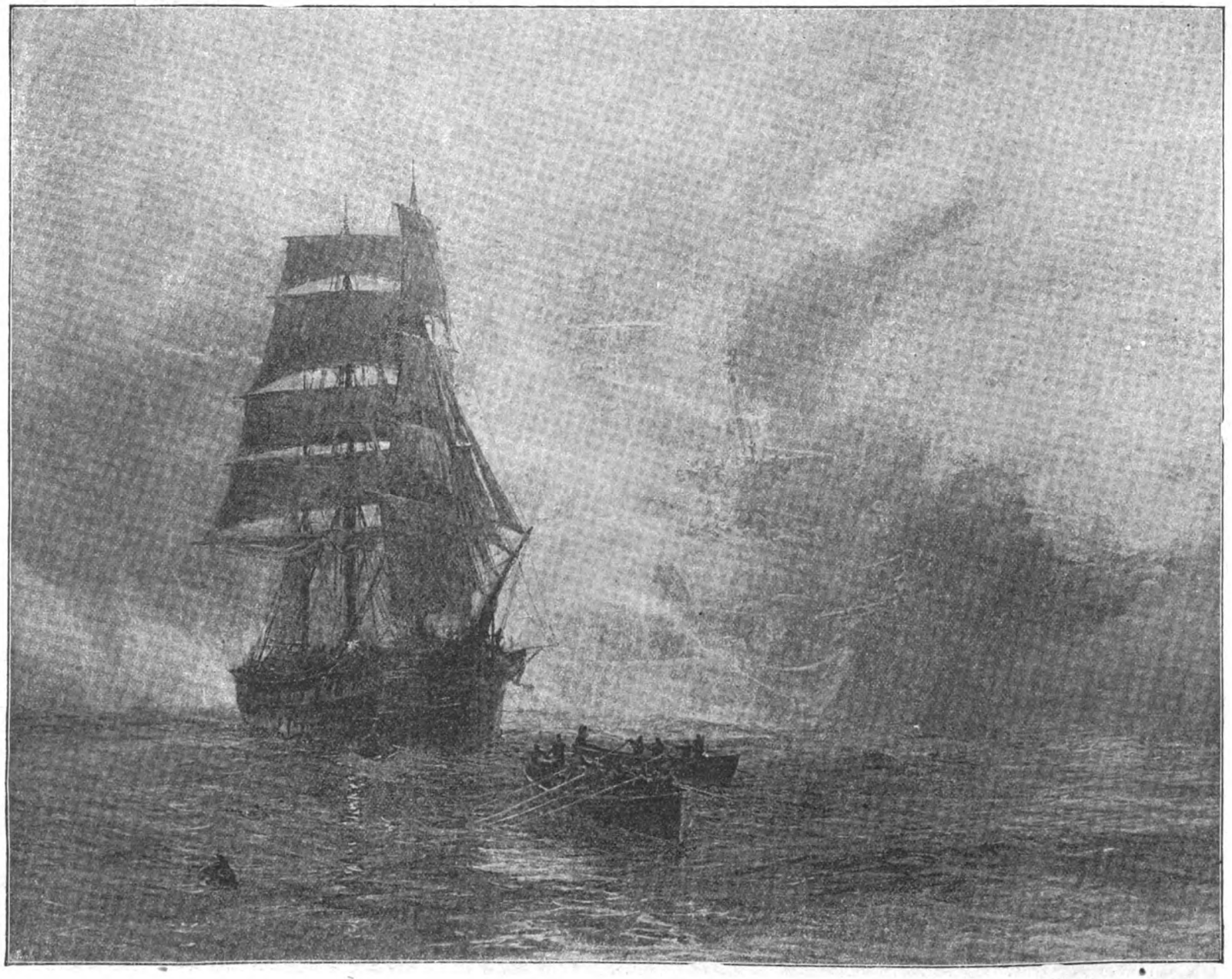
»Al mismo tiempo se corrían éstas por su flanco izquierdo, donde cargó la caballería del Príncipe á la infantería, siendo rechazada por la caballería de Alcántara. Habiéndose apoderado de la casa la brigada Denís, rechazó al enemigo hacia Prats de Rey, viéndose obligada á retirarse la artillería. En este momento dispuso el capitán general que las tropas de cazadores de Alfonso XII, Figueras y caballería de Mallorca que llevaba en reserva, al mando del coronel de E. M. Sr. Navarro y oficial del propio cuerpo D. Julio Serra, avanzasen protegiendo á la brigada Lacerda, que hasta entonces venía perdiendo, para decidir la victoria á su favor. Estas fuerzas, que estaban ocultas á la izquierda de la carretera de Prats de Rey, avanzaron sobre el flanco izquierdo del enemigo, desplegando en guerrilla el batallón de Figueras, marchando en masa Alfonso XII y al trote en la extrema derecha la caballería. Contra ellos rompió un fuego muy lento la artillería de montaña, y avanzaron en escalones las guerrillas, yendo á cubierto de los lindes y las cercas hasta situarse frente á la infantería enemiga, ordenando entonces el coronel Navarro que se atacase á la bayoneta, lo cual se efectuó de una manera brillante, retirándose las fuerzas contrarias. Pero como la acción se desarrollaba por la derecha, hubieron de correrse las guerrillas sobre el flanco derecho, protegidas por un nuevo tiroteo.

»Contra las guerrillas enemigas, que se encontraban á poca distancia, cargó el escuadrón de Mallorca, conducido por el oficial de E. M. Sr. Serra, en un orden admirable, y en escalones por secciones formóse la infantería en grupos á la bayoneta, y un escuadrón de Alcántara cargó sobre el de Mallorca; pero, obligado á retirarse al galope, pasó bajo el fuego rápido de una compañía de Alfonso XII, que oportuna-

Digitized by Google

¡SALVADA! (cuadro de Frank Bramley)

Digitized by Google



EL BARCO FANTASMA (cuadro de W. Wyllie)

Digitized by Google

mente acababa de desplegarse en guerrilla. Con una marcha escalonada á vanguardia de la extrema izquierda terminó el combate al toque de alto el fuego, retirándose nuevamente las brigadas á Prats de Rey y San Martín de Sasgayolas.»

El combate de la tarde, que comenzó á la una, fué descrito, como va á verse, por el corresponsal de uno de los más importantes periódicos de Barcelona, D. J. B. C.

«La brigada de Gerona compuesta del regimiento de Asia, un batallón del de Aragón, dos escuadrones de caballería de Tetuán y una batería de artillería de Montaña, al mando del general Añazón, situóse en los alrededores de la Forteza. En la parte de La Llavinera situóse la brigada de Lérida, compuesta del regimiento de Luchana, un batallón del de San Quintín, dos escuadrones de lanceros del Príncipe y una batería de artillería de Montaña, al mando del general Junquera, y, como puede verse, en este combate tomaban parte fuerzas iguales. El terreno era poco accidentado, y por tanto se prestaba á grandes exhibiciones de táctica militar. Los que pertenecían á la brigada de Lérida llevaban como distintivo funda blanca en el ros. De retén para acudir en auxilio de la brigada que perdiese, se había dispuesto junto á un cerro de las inmediaciones de Calaf el batallón de zapadores minadores y dos escuadrones del regimiento cazadores de Mallorca.

»Apenas hanse visto ambas brigadas, han desplegado sus piezas en batalla, una enfrente de otra, habiéndose iniciado de momento un empeñado tiroteo. La caballería de Tetuán ha dado una bonita carga. Los soldados de una y otra línea de guerrillas han llegado muy cerca unos de otros, y así han permanecido haciéndose un fuego incesante, que, á ser verdad, no quedaba alma viviente de ellos para contarlo.

»La brigada de Lérida ha retrocedido entonces, sosteniendo el fuego en retirada, y hase posesionado de puntos más á propósito, esperando que la brigada de Gerona haría algo en sentido de corregir aquel estado. Lejos de esto, la brigada de Gerona ha cargado á la bayoneta contra los que se retiraban: éstos hanse defendido del ataque haciendo disparos por compañías y por secciones. En un momento la línea de acción ha sido muy extensa. Las piezas de la brigada de Gerona batíanse en retirada en el extremo derecho de su línea. Entonces los ingenieros han entrado en combate, atacando de una manera decidida á las piezas de la brigada de Lérida.

»Han desplegado de frente en línea una compañía y dos secciones por los flancos, que de momento han roto el fuego. Detrás de ellas quedaban las compañías restantes de reserva. Hízose fuego y avance al propio tiempo, desalojando al enemigo de sus posiciones; tarea que ayudaron con una carga los escuadrones de caballería de Mallorca.

»Al poco rato de ocurrir esto, y siendo tan sólo las dos y media de la tarde, se tocó alto el fuego; y dícenme que se dispuso la no continuación del simulacro de combate, porque la cosa resultaba *un poquito desigual*. ¿Quién tiene la culpa? No se sabe. Sólo sé que la gente quedó mucho más satisfecha del simulacro de la mañana que del de la tarde, y que los inteligentes y aficionados dicen cosa parecida.

. . . . . .

»La victoria quedó pendiente de resolución, y así como en el simulacro de la mañana el público se entusiasmó al finalizar la pelea, en el de esta tarde ha quedado fríamente impresionado.

. . . . . .

»Han terminado ya por hoy las maniobras. Mañana es el día del gran simulacro. No dudo que las tropas sabrán portarse bien como lo han hecho esta mañana en particular y esta tarde en parte. Los ingenieros han obrado poco, pero bueno. Las gentes se deshacían en elogios hacia este cuerpo, pues siendo como es un batallón más obrero que militante, ha demostrado que sabe esgrimir el arma tan bien como maneja el azadón y el pico construyendo fortificaciones como las que admiran cuantos vienen á Calaf estos días para ver las maniobras.»

Amaneció, por fin, el día 25, frío en extremo, aunque con un cielo espléndido, siendo el destinado al gran simulacro del ataque de las posiciones ocupadas por las tropas de defensa. Trascribimos la descripción que de este simulado combate hizo el Sr. Morante.

«A las diez y media ha dado principio la batalla por el orden siguiente: De la primera brigada se han destacado unas guerrillas hacia Solanellas, que estaba defendido por dos compañías de Alfonso XII; y después de un vivo tiroteo y de ver que iban á perder la retirada, pasaron á Puig de Maya. A las once ha salido la segunda brigada, yendo á situarse á 1 kilómetro de Prats de Rey y siguiendo después por Solanellas hacia las alturas del *Hostal del Bou*. Dicha brigada llevaba una batería del Divisionario y dos escuadrones de caballería.

»A eso de las once y media ha llegado al llano de Calaf la división de caballería con una batería de artillería, habiendo salido antes de su campamento la tercera brigada, también con otra batería del Divisionario, en dirección á esta villa. La cuarta brigada que ha salido después del toque de diana con una batería de Montaña, ha hecho alto frente á San Pasalás. En la cima de una colina que domina l'Aleny se había parapetado un batallón de cazadores que hacía un nutrido fuego sobre l'Aleny. En todas las colinas, y aun en los llanos de la Forteza, se veía un hormigueo de gente que aumentaba cada vez que llegaban los trenes. Los de Barcelona han venido completamente atestados de pasajeros que, tan pronto como se apearon, corrieron al lugar del combate campo á través y sin penetrar en la población.

»La primera y segunda brigadas de infantería han tomado Puig de Maya y el *Hostal del Bou*, y en columna se han dirigido contra Sallavinera y Forteza, verificándose varias veces la toma y retirada de las alturas bajo un nutrido fuego de las guerrillas y de la artillería. La caballería de Mallorca ha dado varias cargas, debiendo sufrir la acción de los fuegos del reducto. La tercera brigada de infantería que ha salido de Calaf ha enlazado después por la derecha con la segunda brigada, dirigiéndose juntas hacia el reducto á paso de carga y cubriendo sus flancos la caballería. La cuarta brigada que ha tomado San Pasalás, se ha dirigido contra l'Aleny bajo el fuego que le hacían los cazadores de Figueras y los zapadores minadores que ocupaban las trincheras de dicho punto y además de la artillería emplazada en sus baterías.

»A las doce, la caballería ha formado en tres masas al pie de la villa y delante del camino de Forteza, mientras por el lado de Solanellas avanzaba la infantería en tres masas. Por la parte de Llavinera se oía un vivo tiroteo en el que predominaban las descargas en línea, y los cazadores de la colina que domina l'Aleny seguían haciendo un vivísimo tiroteo alternando la artillería de Montaña, situada al pie de una casa de una hondonada, á la que contestaba otra batería del propio regimiento emplazada en una de las salidas del pueblo. Media hora después ha salido de Calaf la brigada de San Martín, que ha hecho alto en las afueras de la villa, delante de las tres masas de caballería: y, cinco

ABRIGOS DE MODA

Digitized by Google

minutos más tarde se puso en marcha, desplegando las guerrillas de caballería en unas viñas inmediatas. Les seguían guerrillas desplegadas de infantería que avanzaron en dirección á la carretera de Manresa. Por la parte de Llavinera se oía un fuerte cañoneo y fuego de fusilería por descargas cerradas, levantándose una blanca humareda del bosque más alto.

»Las avanzadas de caballería que habían salido de Calaf han roto el fuego contra las fuerzas ocultas en el citado bosque, mientras que la batería del Divisionario tomaba posiciones para romper el fuego, disparando el primer cañonazo á la una en punto y poniendo en dispersión á la caballería enemiga.

»Por fin La Llavinera ha sido tomada, pero el flanco izquierdo se ha apoderado de San Pasalás y amenazaba l'Aleny, hallándose concentrada la acción por la parte de la Forteza. A ésta se han dirigido la primera y segunda brigadas de infantería, y, después de varios ataques, la cuarta brigada, protegida por la artillería de Montaña, que se hallaba colocada en unas colinas vecinas, se ha lanzado contra l'Aleny, que ha sido tomado á la una y media. Sus defensores se han retirado á Forteza por las trincheras, sosteniendo una viva resistencia; por lo que el avance ha sido penoso.

»Las alturas de la Forteza se hallaban ocupadas por la infantería. El grueso de la brigada de San Martín ha avanzado hacia La Llavinera, rompiendo el fuego las avanzadas de infantería; pero la caballería enemiga las ha hecho retroceder, generalizándose el fuego.

»La tercera brigada, combinada con la caballería, ha deshecho á la brigada enemiga, apoderándose de la luneta.

»Continuando la batalla, la primera y segunda brigada con bayoneta armada avanzaron rápidamente contra la Forteza, tocando las músicas paso de ataque. Después de la toma de este último punto se han reunido las demás fuerzas del ataque, retirándose los enemigos hacia casa Espina. En la última línea del horizonte y á unos 3 kilómetros de distancia ha dado muchas cargas la caballería, levantando una gran polvareda que no dejaba ver nada.

»El fuerte de la batalla se hallaba concentrado en esta parte, puesto que sólo se oía alguno que otro disparo por el lado de l'Aleny. La caballería que llevaba por distintivo las fundas blancas ha dado una carga en línea; pero la caballería enemiga la ha hecho retroceder con una brillante carga. El cañoneo era entonces muy vivo por la parte alta de Forteza, en donde la batalla tocaba ya á su término.

»Vencida la resistencia que oponían desde las trincheras, solamente se defendía la Forteza, cuando dos baterías de reserva han roto sobre ella un fuerte cañoneo, después del cual, debilitados los fuegos, se han lanzado al ataque la tercera y cuarta brigada, que han tomado la posición, retirándose el enemigo á su último punto de resistencia. A la una y media avanzaba todo el ejército hacia la Forteza, en donde ha terminado la batalla á las tres. Después del ataque de Forteza ha formado en masa toda la infantería, y la caballería quedaba formada también en la carretera, empezando después el desfile, que terminaba á las cuatro y cuarto, hora en que salía el tren correo de la estación. Esta y sus alrededores se hallaban completamente llenos de gente que aguardaban la salida de los trenes siguientes al correo, que salió para Barcelona enteramente lleno. En el mixto de la mañana llegó el Excmo. Sr. Gobernador, señor González Solesio, que debía regresar en el mixto de Lérida. Durante las cargas que dió ayer la caballería cayeron algunos jinetes, porque las ortigas de los matorrales pinchaban la barriga de los caballos.»

Al día siguiente, 26, celebróse con extraordinaria brillantez una misa de campaña, habiéndose erigido el altar á 400 metros de Calaf, entre Prats de Rey y San Martín de Sasgayolas, después de lo cual regresaron las tropas á sus respectivos puntos de guarnición.

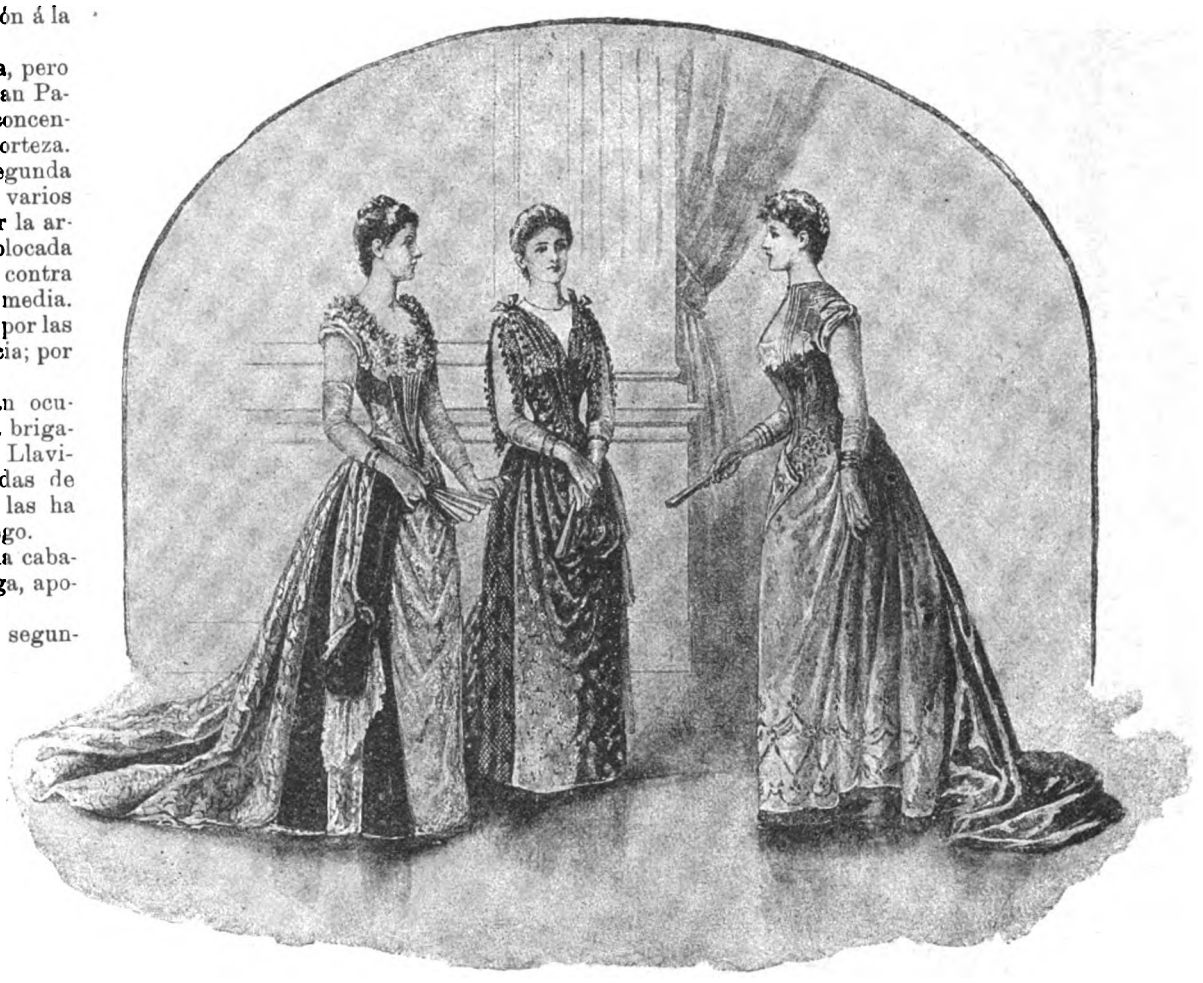
Inútil es decir que durante los días que duraron las maniobras reinó en el pueblo de Calaf una animación jamás imaginada por aquellos buenos vecinos, que por su parte hicieron lo posible para no dejar escapar tan favorable ocasión de hacerse con algunos cuartejos. El tiempo, en general, fué bueno, aunque extremadamente frío. Las operaciones dieron el convencimiento segurísimo de lo mucho que vale nuestro ejército, siendo digna del mayor elogio la iniciativa del general Martínez Campos al disponer este género de prácticas. Es de creer que buscándose para las próximas maniobras un terreno más accidentado, podrá desplegar nuestra valerosa infantería todas las envidiables cualidades que la distinguen y que ahora por lo llano del terreno no ha tenido toda la ocasión de lucir.

En suma, lo que se desprende de las manicbras que han tenido efecto en Calaf es que tales ejercicios son convenientísimos y poco menos que imprescindibles, pues vista la admirable idoneidad de los jefes y oficiales, el brío de la tropa y la perfecta organización de todos los servicios, sería lástima no poner á prueba cada año tan peregrinas ventajas, ensayándolas en diversos terrenos. Por de pronto podemos felicitarnos de que nuestro ejército haya revelado en Calaf las extraordinarias dotes de instrucción y bizarría que han hecho patentes. España puede tener la seguridad de que en cualquier ocasión sabría hacerse respetar.

Como era de temer, hubo que lamentar algunas desgracias, entre ellas, la más sensible, de un soldado muerto á causa de un taponazo.

Para concluir, réstanos manifestar que las fotografías de los Sres. Areñas y Esplugas, reproducidas á la pluma por nuestros dibujantes señores Vehil, Pons y Sans, hacen honor á la habilidad de tan reputados artistas, demostrando su competencia en este género de trabajos que exigen dificilísimas condiciones para su buena ejecución. Las fotografías de que se han sacado grabados directos, debidas á D. Fernando Rus, están hechas con placas Monckoven, desarrolladas al iconógeno bajo la fórmula de dicho distinguido artista; los objetivos son de la casa Ross y C.ª de Londres y Derggy de París, y los obturadores Guerry de dos tapas y Rus. Injusticia sería no elogiar como se merece al operador de dicha casa D. Antonio García Escobar, enviado expresamente á Calaf, y que en el desempeño de su cometido ha evidenciado bien así su pericia en el arte fotográfico como su buen gusto en la elección de las escenas, grupos y paisajes.

X.



TRAJES DE RECEPCIÓN

EL APESTADO

(POEMA MICROSCÓPICO)

I

Murió un pobre apestado
solo, sin un amigo en su agonía:
madre y esposa huyeron de su lado.
Cerró los ojos al morir el día,
sostenido en la cama y en el suelo,
yerta la frente, sin hallar consuelo
para el dolor agudo que le hería.

II

Abrió el seno la tierra en un oscuro
rincón del misterioso campo santo,
y recogió del pobre el cuerpo impuro,
sin que se oyera el sollozar del llanto
ni el murmurar una oración siquiera:
sólo se oía el golpear profundo
de la tierra en la caja,
como repique dado en la frontera
donde empieza á nacer un nuevo mundo.

III

Allí el olvido se echó en su fosa:
ni una cruz de madera
colocaron la madre ni la esposa:
sólo un montón de tierra removida
distinguía el lugar en donde estaba
un cuerpo, con el alma en otra vida.
¡Oh ingrata humanidad! ¡Todo lo olvida!

Digitized by Google

CAPAS

Digitized by Google

LEAR, KENT Y EL LOCO.—El Loco: Yo también quiero pagarla: hé aquí mi gorro de bufón. (*El rey Lear:* acto I, escena IV.)

PERICLES Y MARINA.—Marina: Mi nombre es Marina.

Digitized by Google

¿Ya nadie se acordó del pobre muerto?
No: que en aquella soledad que aterra,
en aquel vasto erial, casi desierto,
en donde gime el aire cuando zumba,
llena de compasión, la madre tierra
no le negó una flor sobre la tumba.

EDUARDO VILLEGAS

NUESTROS GRABADOS

DULCES RECUERDOS

Trátase de una bella señora que se encuentra con unas cartitas de *in illo tempore*; y aunque por regla general suelen parecer muy ridículas las tales epístolas pasados unos cuantos años, no sucede así en el presente caso, sino que refrescan en la memoria de la gentil lectora el recuerdo de las felices horas en que era amada con volcánica impetuosidad, según se desprende del texto.

EL CONVENTO DE LA INMACULADA CONCEPCIÓN

Este convento, situado cerca de Dinan, es uno de los más concurridos que hay en el departamento de las costas del norte, tan característico por su inalterable aspecto bretón.

CIENFUEGOS: LA CALLE DE SAN FERNANDO

Dibujo de J. Vehil

En pocos años ha adquirido esta población un desenvolvimiento que hace que resulte equivocado su nombre, pues no son ya *cien* fuegos solamente los que allí se encienden, sino muchísimos centenares. El puerto de Cienfuegos es hoy uno de los más frecuentados de la Grande Antilla, habiendo alcanzado gran vuelo el comercio que se hace en dicha plaza.

EL NAUFRAGIO DEL «VIZCAYA»

Profundísima impresión causó en España la noticia del naufragio del hermoso vapor de la Compañía Trasatlántica, ocurrido en 30 de octubre, á la madrugada, pereciendo en la catástrofe todos los pasajeros, en número de 16, y además 45 de los 77 hombres de la tripulación. Total 61 víctimas, sin que tuviera que registrar ninguna la goleta carbonera *Cornelius Hargraves*, de la matrícula de Filadelfia, con la que ocurrió el choque.

El *Vizcaya* navegaba de Nueva York á la Habana, mientras que la goleta se dirigía de Fall Riber (Massachussetts) á Newcastle, en el Delaware. Según parece, los dos barcos llevaban encendidos los faroles y se vieron ya á 6 millas de distancia. Fuéronse acercando, y de cada vez más se iba haciendo evidente que de no torcer uno de los dos el rumbo, era inevitable el choque. Ya casi á tocar, cerca de Barnegat, el capitán de la goleta, que era de gran porte, puso el timón á babor; pero ya era tarde. La goleta abordó contra el *Vizcaya* por estribor, precisamente en el centro del casco, metiéndose el bauprés por encima de la cubierta del trasatlántico. Nublóse el cielo, y sólo al verdoso fulgor de las linternas de los dos buques pudo verse toda la espantosa realidad. El *Vizcaya* y el *Cornelius* quedaban como encajados uno en otro, balanceándose y dando vertiginosas vueltas en redondo. Los infelices pasajeros abandonaron llenos de terror sus camarotes, y la tripulación perdió por completo la serenidad. Sumergíase el vapor con espantosa rapidez, y los que podían saltaban ó trataban de saltar á la cubierta del barco filadelfiano, que desaparecía en el abismo al cabo de tres minutos.

Vióse, entonces, en torno de donde se habían sumergido los dos buques, multitud de náufragos agarrados á los salvavidas, á tablones y á cuantos objetos ofrecían el más débil punto de apoyo. Por culpa de la confusión que reinó en el *Vizcaya*, resultó que los botes salvavidas no pudieron prestar todo el servicio que era necesario; pues en el único que fué botado, y en el cual cabían veinte personas, sólo se embarcaron once tripulantes. El capitán del *Cornelius*, á su vez, hizo la heroicidad de embarcarse con tres marineros, dejando que el resto se las compusieran.

Una barca pescadora auxilió á seis tripulantes y al segundo del *Vizcaya*, y un remolcador salvó á siete de la dotación del vapor y á siete tripulantes de la goleta. Los once españoles del bote fueron recogidos por la noche á bordo del vapor *Humboldt*.

EL SR. SAGASTA EN BARCELONA

Dibujo de J. Vehil

Extensamente se han ocupado los periódicos de mayor circulación en el viaje político realizado recientemente por el ilustre jefe del partido fusionista. Nuestros grabados representan el momento de la llegada del tren que conducía á aquel y el aspecto que presentaba la estación del ferrocarril de Zaragoza, viniendo después la vista que ofrecía el magnífico Teatro de Novedades durante la celebración del banquete con que fué agasajado aquel eminente repúblico. Pocas ciudades como Barcelona cuentan con más medios para dar esplendor á esa clase de fiestas, pues existe aquí un personal de adornistas cuyo buen gusto decorativo sólo compite con la esplendidez del material de que disponen. Aparte de esto, la indisputable popularidad de que goza el eximio caudillo del antiguo partido constitucional hace que doquiera se presenta sea objeto de entusiastas aclamaciones como las que se oyeron á su llegada, efectuada el domingo, 9, y durante la celebración del referido banquete político en el siguiente jueves.

MISTRESS JOPLING

Distínguese esta artista en el retrato, aunque cultivando también el género histórico y el *género*... solo. Nuestros lectores conocen ya su famoso *Te de las cinco*, ó, como dicen los gacetilleros, su *Five o'clock Tea*, que en un principio fué tomado por obra de algún Apeles japonés.

MARÍA BASHKIETSEFF

Era María Bashkirtseff, pintora y escritora rusa, una de las más extraordinarias mujeres de nuestros días. En un momento figuró entre los primeros pintores y entre los primeros escritores del mundo; pero tan violento debió ser el salto, que la pobre niña sucumbió apenas se había dado á conocer, no sin haber tenido que libar hasta las heces el cáliz de la amargura.

Su *Diario*, en dos tomos, en el que se revela una librepensadora *atroz*, es universalmente famoso. Sus pinturas, de amplia factura y delicado toque, acusan un talento de primer orden.

No había más implacable censor de la futilidad de las conversaciones femeninas que aquella preciosa rusa, á quien llamaban muchos (y muchas) *un enfant terrible*. Tenía dos ídolos, Zola y Bastien Lepage, y se las echaba de estoica, en cuya fe murió en 1885.

EL ARTE INGLÉS

¡SALVADA!, *cuadro de Bromley*.—EL BARCO FANTASMA, *de Wyllie*

Todo es actividad en la casa del marinero. Ha ocurrido un naufragio, y aquellos bravos habitantes prodigan toda clase de auxilios á las víctimas del siniestro. La pobre señora, milagrosamente salvada, debe pensar para sí que una humilde casa puede trocarse en un momento en algo mejor que los alcázares dorados.

El barco fantasma, inspirado en la leyenda holandesa que sirvió á Wagner para componer su primera música del *porvenir*, es uno de los mejores cuadros de Wyllie, el ilustre marinista.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

Del *Rey Lear* hemos hablado ya algunas veces. La escena representada en nuestro grabado ocurre cuando el pobre rey no ha hecho todavía donación de su poder á aquellas dos malas pécoras de Gonerila y Regania.

El drama de *Pericles, príncipe de Tiro*, es bastante dificilillo de contar. ¡Ya lo creo si es dificilillo! Y más difícil aún de representar, por manera que no sé yo si ni siquiera llega á representarse. En resumidas cuentas, se trata de un rey que ha perdido á su hija, la hermosa y virtuosísima Marina; hasta que, después de haber atravesado por los más espantables peligros, es reconocida por el buen Antíoco, ocupando por ende el lugar que le corresponde en la jerarquía social y palatina.

EL ESTUDIO DE JORGE OHNET

El feliz mortal cuyo es ese estudio, es uno de los hombres de más suerte que han nacido. De *Sergio Panine* se han hecho más de 100 ediciones, de *La condesa Sarah* más de 170, de *El Jefe de la fragua* (*Le Maitre de forges*) más de 250, *et sic de cæteris*. Y, sin embargo, la *élite* de los *hommes de lettres* le niega á Ohnet los honores de llamarle colega suyo, suponiéndole un simple plagiario de Cherbuliez, ó, mejor aún, de Julio Sandeau, ó, si se quiere, del Feuillet de *La novela de un joven pobre*. Que en eso haya cierto fondito de envidia ó despecho es muy posible; pero también es cierto que no es Jorge Ohnet ningún estilista, ni ningún psicólogo, ni ningún renovador. Escribe para agradar á la clase media, y no le va mal. En vez de escribir *Pot-Bouilles*, se contenta con cantar las excelencias de M. Prudhomme, hijo. Sus detractores le llaman *honnête jeune homme, bonnet de nuit, belle âme;* pero él debe reírse, sin duda, de tales desahogos, amparado por el entusiasmo que promueve con sus novelas en los *burgeois pur sang*.

Justo es decir, sin embargo, que el tal entusiasmo es merecidísimo. Ideas, sentimientos, preocupaciones, aspiraciones, aforismos de la clase media francesa; sus vanidades, su *snobismo*, su inconmensurable estupidez, que diría Flanbert; la vulgaridad de sus ambiciones, la imbecilidad de su conversación; todo se encuentra admirablemente expresado y tal como es en realidad en las novelas de M. Ohnet, sin descuidar los lugares comunes de la mesocracia; por manera que M. Prudhomme se encuentra, nuevo Narciso, con que no tiene más que asomarse á aquellas páginas para verse retratado.

Terminaremos diciendo que, para ser en todo *clase media*, es M. Jorge Ohnet la primera de las medianías.

INDISPENSABLE

Gran cuidado siempre pongo
no me falte, si es posible,
el *jabón* indiscutible
de los PRINCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, París.
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACION)

—Esto no nos conviene, David,—dijo Alan; —decididamente no nos conviene.

Y, sin añadir palabra, comenzó á gatear á través de los campos; y poco después, cuando estuvo á más de un tiro de fusil, púsose en pie otra vez y tomó un camino que conducía al este. Yo no comprendía aquella maniobra, y habíame contrariado tanto aquel incidente que nada podía satisfacerme ya. Yo, que creía verme una hora después en casa de Rankeillor reclamando mi herencia, como el héroe de una balada, hallábame de nuevo errante y fugitivo en la orilla opuesta á lo que era mi salvación.

—Pero ¿qué significa esto?—pregunté á mi compañero cuando me hube reunido con él.

—Significa que aquí no son tan tontos como yo creía, y que deberemos atravesar el Forth por otra parte.

—Y ¿por qué ir hacia el este?

—Porque es lo más seguro: si no atravesamos el río se buscará otro medio.

—Seguramente habrá vados...

—Sí, y también un puente, como habéis visto, —interrumpió Alan;—pero de nada nos sirven si hay centinelas.

—Bien, pero podríamos cruzar á nado.

—Eso lo harán los que sepan; mas creo que ni vos ni yo somos prácticos en ese ejercicio, y, en cuanto á mí, nado como un plomo.

—Yo no soy tan práctico como vos, Alan,—contesté;—pero veo que perdemos lo adelantado: si es difícil atravesar un río, paréceme que más lo será cruzar un mar.

—Pero bien habra algún bote, si no me engaño.

—Bien; pero ¿dónde está el dinero? Careciendo de éste, nada adelantamos con que haya botes.

—¿Os parece así?

—Ciertamente.

—David,—repuso Alan,—ya os había dicho que sois hombre de poca inventiva y de menos fe. Dejadme hacer á mí: si no consigo que me presten un bote ni puedo robarlo, construiré uno.

Con esto terminó nuestro diálogo y continuamos la marcha.

Durante toda la noche avanzamos á través de la parte norte de Carse, bajo la alta línea de las montañas de Ochil, y, á eso de las diez de la mañana, muy hambrientos y cansados, llegamos al pequeño caserío de Limekilns, situado cerca del agua, y desde el cual se ve la ciudad de Queensferry. De las casas de los pueblecillos cercanos y de varias granjas elevábanse columnas de humo. Los campos estaban cultivados y veíanse algunos botes que iban y venían por el Hop. No me cansaba de contemplar aquellas risueñas colinas, llenas de animación, y la gente que trabajaba con afán.

Pero al reflexionar que la casa de Rankeillor estaba en la orilla sur, donde me esperaba sin duda la riqueza, y que yo me hallaba aún en el norte, casi harapiento, con tres chelines en el bolsillo, mi cabeza puesta á precio y por compañero un hombre perseguido, no podía menos de renegar de mi suerte.

En Limekilns entramos en una especie de ta-

Digitized by Google

berna para comprar un poco de pan y queso, que nos fué entregado por una criada bastante bonita, y con estas escasas provisiones nos dirigimos al inmediato bosque. Yo miraba el agua suspirando con sentimiento, y observé de pronto que Alan estaba muy pensativo.

—¿Habéis fijado la atención en la criada de la taberna?—preguntóme Alan deteniéndose de pronto.

—Sí,—contesté;—y por cierto que me pareció muy agraciada.

—Pues me alegro que así sea.

—¿Por qué? ¿De qué nos sirve que sea ó no agraciada?

—¿Quién sabe?—repuso Alan fijando en mí una de sus extrañas miradas. —No sé por qué me imagino que esa mujer podría proporcionar lo que necesitamos.

—Si fuera en la otra orilla, —repuse,—sería más fácil.

—Escuchadme bien, David. No deseo yo que esa mujer se enamore de vos, pero me conviene que os compadezca. Para eso convendría que estuvieseis un poco más pálido. Pero no importa: ya se arreglará, pues en cambio vais bastante harapiento: esto basta. Volvamos á la taberna y veremos si es posible obtener un bote.

Yo seguí á mi amigo sonriendo.

—David Balfour,—añadió Alan;—si apreciáis en algo mi cabeza, sin hablar de la vuestra, será preciso que desempeñéis bien vuestro papel, porque de esto depende todo.

—Bien, bien,—contesté;—no quedará por mí.

Al acercarnos al caserío, Alan me recomendó que me apoyase en su brazo con toda mi fuerza, como si estuviera desfallecido; de modo que cuando mi compañero abrió la puerta de la taberna hubiérase dicho que casi me llevaba con trabajo.

La criada se presentó al punto, sorprendida sin duda al vernos volver tan pronto; pero Alan, aparentando que no había tiempo para dar explicaciones, sentóme en una silla, pidió una copa de aguardiente é hízome beber el líquido á sorbos, mostrando la cariñosa solicitud de un padre. No debía extrañarse que la criada se conmoviera al ver aquel joven enfermo, á quien manifestaba tanto afecto su compañero. Acercóse un poco y nos contempló en silencio.

—¿Qué tiene ese joven?—preguntó al fin.

—¡Qué ha de tener!—contestó Alan con una especie de enojo.—Ha recorrido más millas que pelos tiene en la barba, durmiendo más noches entre los jarales húmedos que en una cómoda cama.

—Es muy joven.

—Demasiado para hacer lo que ha hecho,—replicó Alan.

—Mejor sería que viajase á caballo.

—Y ¿dónde encontraría yo ese caballo?—gritó mi compañero con expresión furibunda.—¿Queréis que lo robe?

Yo creí que la criada se alejaría al oir tan ruda contestación; pero Alan era práctico en todas las cosas de la vida y desempeñaba muy bien su papel, según pude convencerme por el diálogo que siguió.

—No supongo que seáis capaces de tal cosa, —dijo la criada;—ya se conoce que sois personas decentes.

—Lo cual no impide,—replicó Alan,—que hayamos agotado nuestros recursos.

—Eso puede ser muy bien,—dijo la joven.

Yo, entretanto, me avergonzaba ya de aquella comedia y rogué á mi amigo que me dejara, pues me sentía más aliviado. Sin embargo, la voz se ahogaba en mi garganta, porque me era insufrible la mentira; pero mi cortedad y confusión favorecieron la superchería de Alan, pues la joven lo atribuyó todo á mi desfallecimiento y fatiga.

—¿No tiene amigos?—preguntó con voz temblorosa.

—Sí,—contestó Alan,—y muy ricos; pero la cuestión es llegar hasta ellos. Si lo consiguiéramos no le faltarían médicos y un mullido lecho para descansar, mientras que ahora debemos dormir entre los brezos como dos mendigos.

—Y ¿por qué eso?

—Por las contiendas políticas: somos perseguidos.

—¡Cómo! ¡Ese joven!...

—Tiene ya suficiente edad para...

Sin concluir la frase, Alan acercó la mano á su cuello é hizo un ademán muy significativo, indicando que ya tenía bastantes años para que me cortaran la cabeza.

—¡Sería una iniquidad!—exclamó la joven palideciendo.

—Pues no habrá remedio,—repuso Alan,—si no lo arreglamos de alguna manera.

Al oir esto, la joven se alejó de nosotros presurosa sin decir palabra, dejando á Alan muy satisfecho de su estratagema y á mí avergonzado de que se me tratara como á un niño.

—¡Alan!—exclamé.—Yo no puedo tolerar esto.

—¡Un poco de paciencia, David!—repuso mi compañero.—No vayáis á echarlo todo á perder ahora, pues aunque salvéis vuestra vida yo seré hombre muerto.

Era esto tan verdad que al punto enmudecí, ni tampoco hubiera podido responder, porque en el mismo instante entró la bondadosa criada corriendo, y presentónos una empanada y una botella de cerveza.

—¡Pobre joven!—exclamó tocándome ligeramente en el hombro y fijando en mí una mirada de simpatía.—Vamos,—añadió;—comed eso pronto y no habréis de pagar ni un cuarto, pues mi padre ha salido y durante su ausencia yo soy la dueña.

No esperamos á que nos repitiera la invitación. La empanada era muy apetitosa, la cerveza excelente, y mientras comíamos y bebíamos la bella joven fué á sentarse á una mesa contigua, desde donde nos miraba y parecía reflexionar, mientras retorcía entre sus blancos dedos la cinta de su delantal.

—Estoy pensando que habláis muy bien,—dijo al fin á mi compañero.

—¡Ah!—exclamó Alan.—Es porque todo lo sacrificaría por mi amigo.

—Podéis estar seguro de que yo no os descubriré.

—Así lo creo, y hasta imagino que os sería fácil ayudarnos.

—¡Ah! Eso no: nada me es posible hacer.

EL ESTUDIO DE JORGE OHNET

—Pero ¿y si pudierais?

La joven no contestó.

—Escuchad,—añadió Alan.—Por estos sitios no faltan botes, pues yo he visto dos ó tres al venir aquí. Ahora bien: si pudiéramos disponer de uno para pasar á la orilla opuesta y de algún hombre de confianza para volverse con la embarcación, se salvarían dos hombres: yo probablemente, y mi compañero con toda seguridad. Sin el bote, como sólo nos quedan tres pesetas y no sabemos dónde ir ni qué hacer, nos cogerán muy pronto é iremos á dar con nuestros cuerpos en la horca. ¿Nos dejaréis marchar, hermosa joven, sin prestarnos algún auxilio? ¿Podríais comer y dormir tranquila sabiendo que dos infelices, uno de ellos enfermo, van por esos caminos de Dios, combatidos por el agua y el viento, sufriendo hambre y fatiga y amenazados de muerte?

Al oir estas palabras reconocí que la joven se conmovía: hubiérase dicho que deseaba ayudarnos y que temía favorecer á dos malhechores; y, al notar esto, resolví intervenir para disipar sus escrúpulos con una parte de la verdad.

—¿Habéis oído hablar,—le pregunté,—del Sr. Rankeillor del Embarcadero?

—¿Rankeillor el escribano?—repuso.—Sí por cierto.

—Pues bien,—continué;—á su casa es adonde necesito ir, y ya comprenderéis por esto que no soy ningún bribón. Aun os diré más, y es que, si bien mi vida está en peligro por un fatal error, el rey Jorge no tiene en toda Escocia un amigo más fiel que yo.

Traducción de

ENRIQUE L. DE VERNEUIL

(Se continuará)

Digitized by Google

LICOR BREA MÚNERA

Recomendado por todas las eminencias médicas

ÚNICO EN SU CLASE

El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre

Autor, Escudillers, 22, Barcelona

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de **VIVAS PÉREZ**

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGÚN OTRO REMEDIO** toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

El **VINO** de **PEPTONA CATILLON** *restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.* Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades

DEL **ESTOMAGO**

LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.

Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.

3, Boulevard Saint-Martin, Paris

y en las buenas farmacias

MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro),* **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, perfumista **102, Rue Richelieu, PARIS.** En todas Farmacias. Perfumerias y Bazares de España.

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

premiado con **MEDALLA DE ORO** en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 **DEL DR. PIZÁ** **Primer preparador español de dicho medicamento**

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el **MORRHUOL** es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el **MORRHUOL** grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor **Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona**, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA

por BLANCHE DE MIREBOURG

40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Roparia, Corsés y Perfumeria escojida.

Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.

Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.

Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rapidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

FUMIGATEUR PECTORAL CIGARETTES ESPIC

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**

Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.

Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.

Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris

y en principales Farmacias de ESPAÑA : **2 fr. la Caja.**

REINAR DESPUES DE MORIR. R. Molinas, editor

BÁLSAMO DE FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo y es complemente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos, de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos, hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores, en el extranjero, para curar los dolores que notan muchos enfermos en el **cuello, pecho y espaldas;** pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel, se absorbe en cantidad variable, según la superficie de la aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales farmacias y Droguerías

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA.-BARCELONA

Maison De **VERTUS** Sœurs

CORSETS BREVETÉS

PARIS 12, Rue Auber

Pectoral de Cereza
DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos,** si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis pulmonía o tísis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL

DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.

Agentes Generales para España,

VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

ESTREÑIMIENTO *y Afecciones* que son su consecuencia **CURACION** con el uso del **VERDADERO POLVO laxante de VICHY DEL Dr L. SOULIGOUX**

De Gusto agradable y que se administra facilmente

El frasco contiene unas 20 Dósis

PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

LAS GRANDES PASIONES y EL LLANTO DE UNA HIJA

Ramón Molinas, editor

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'

Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50

Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas 13'

Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'

El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50

Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50

Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50

Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50

Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchell Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.

Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse

+ TRATADO DE PATOLOGÍA INTERNA +

POR RICARDO FLEISCHER

catedrático de la Universidad de Erlangen

Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes *de noche, mas ligeros que los polvos para la belleza.* Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídasela **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ! **Gran novedad !** **DUSSER**, *Inventor.* ***Rue J.-J.-Rousseau, n° 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias **Pascual, Frera, Inglesa, Urquiola**, etc. *Barcelona:* **Vicente Ferrer**, depositario, y en las Perfumerias de **La Rose**, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.—Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.—Los pedidos al Extranjo, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGUN ORIGINAL

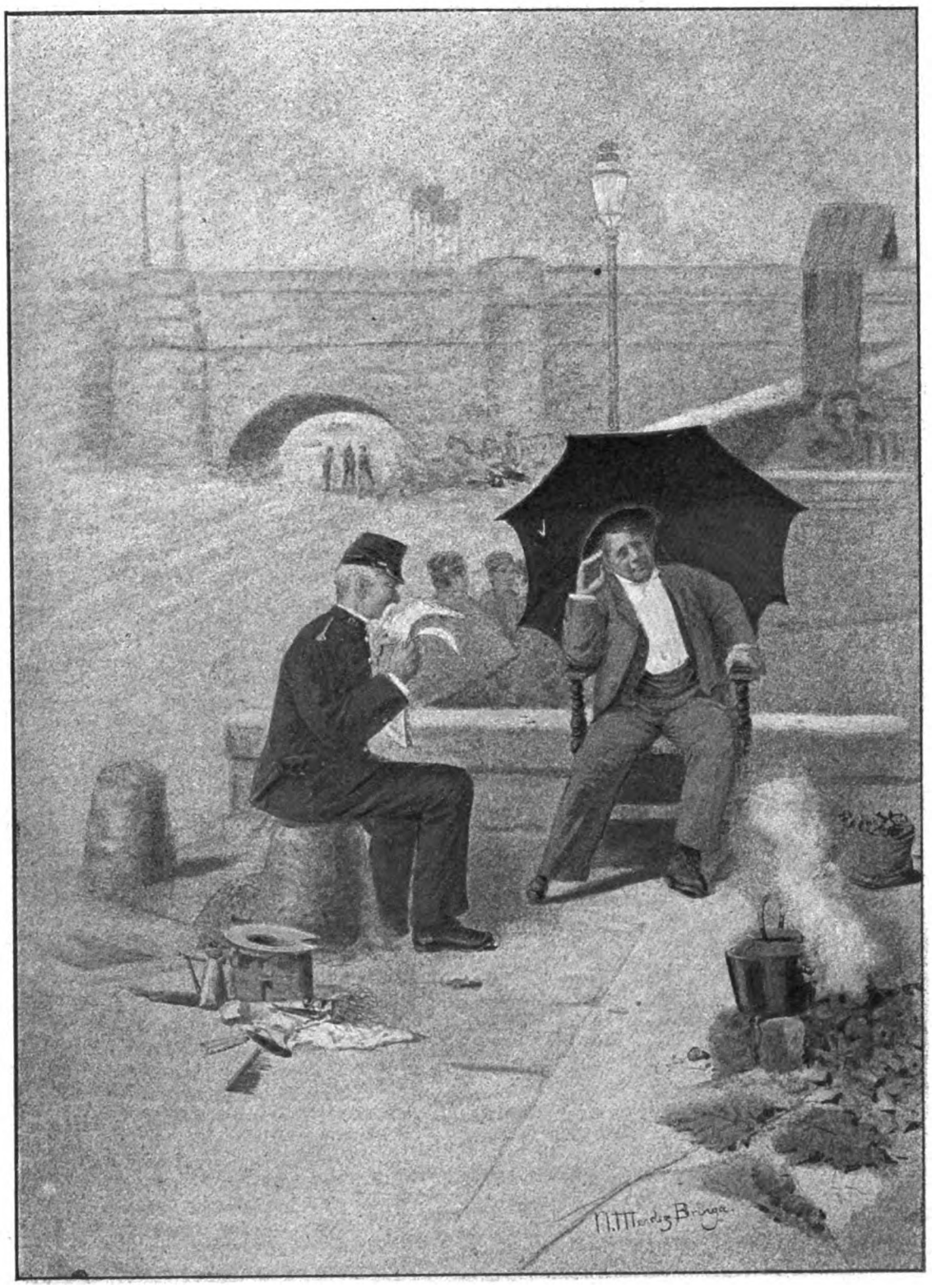
ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 29 de noviembre de 1890	Núm. 413



SEVILLA: EL BARBERO DE MUELLE (dibujo de Méndez Bringa)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Los ojos blancos* (continuación), por R. Hernández Bermúdez.—*Solimán*, por Antonia Opisso.—*Desenfado*, por A. Sánchez Pérez.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: *El arte español:* El barbero de muelle. Después del baile. Episodio de la batalla de Alcolea (en colores). — Modas. — *El arte inglés:* Un forastero. Almuerzo de caza.—Galantería de antaño.—*Viaje al oasis de Syuah:* Habitación del jeque senusis de Syuah. Aldea de Aghermí.—Ronda: Lados norte, este y oeste de la ciudad.

MADRID

No hay dinero.—El crimen misterioso. Un drama.

¿Qué pasa? El tiempo está espléndido, el otoño prodiga sus sonrisas como esas mujeres hermosas que no envejecen nunca, y, merced á los favores del sol, se celebran cacerías, se va á paseo en coche abierto, se hacen expediciones al Pardo. El Teatro Real continúa la serie de sus representaciones, dejando ver en los palcos bellezas y elegancias; se abren algunos salones; la tetera humea todas las tardes en confortable estancia donde se habla y se murmura; el grave y correcto *maître d'hôtel* anuncia ceremoniosamente que *los señores están servidos*, y se vuelven á ver en los banquetes los que estuvieron separados durante el verano; pero, á pesar de todo esto, domina en la sociedad de Madrid una nota de melancolía que lo invade todo, y se sobreponen la desanimación y la tristeza. ¿Qué es ello? Casi nada: ¡que no hay dinero!

El rey del mundo, al que canta Mefistófeles en *Fausto*, ha venido tan á menos como el emperador del Brasil, como D. Francisco el de Nápoles, ó como cualquiera de los soberanos de que nos habla Daudet en su notable obra *Los reyes en el destierro*.

La bolsa baja, las quiebras de importantes casas del extranjero se suceden, arrastrando en su ruina á algunas casas nacionales; el comercio se queja, las gentes reducen sus gastos, algunos luchan todavía con la vanidad, otros se entregan ya desesperanzados, y las palabras *crisis metálica*, *ruina*, *quiebra*, se escuchan en casi todas las conversaciones.

¡La casa Baring Brothers de Londres en liquidación! Todavía hay mucha gente que no se lo explica. Los Baring Brothers compartían con los Rostchild el imperio financiero de la vieja Europa, y su nombre sonaba á libras esterlinas cayendo en ruidosa cascada en el fondo de una caja forrada de hierro.

A mediados del siglo pasado, aun antes de que el fundador de la dinastía de los Rostchild saliese de la oscuridad en Alemania, se establecía en Lorkbeer (Devonshire) Johannes Baring, hijo de Franz Baring, ministro protestante de Bremer.

Tuvo cuatro hijos: John, Thomas, Francis y Charles. El tercero realizó el papel maravilloso que en todas las leyendas se concede al hijo pequeño fundando una casa de banca bajo la razón social de *Baring Brothers and Company*.

Esto sucedía en 1770, esto es, hace ciento veinte años, durante los cuales el poder de la casa se ha extendido considerablemente, elevándose poderosamente sobre la ruina de muchas constituciones, sobre el naufragio de no pocas dinastías. El final del siglo pasado, tan funesto para los reyes, tan agitado para los pueblos, fué fecundo y provechoso para los banqueros que supieron aprovechar aquellos momentos; y mientras caían con estrépito los poderes históricos, se elevaba poderosa esa nueva influencia que ha llegado avasalladora hasta nuestros días: la del dinero.

Los Rostchild han prestado á los reyes y á los pueblos, han reunido en sus cajas más dinero que el tesoro de algunas naciones: los Baring Brothers siguieron esta senda, y su nombre era de una respetabilidad inmensa en la Gran Bretaña. Sus hombres ocuparon los puestos más eminentes de la nación, sus mujeres celebraron las más altas alianzas, y los descendientes del humilde ministro protestante de Bremer fueron obispos, hombres de Estado, grandes personajes que vivían del prestigio de la opulenta casa. Su jefe actual es lord Northbrock, vizconde de Baring, miembro de la cámara de los lores, lord del Almirantazgo, ex gobernador de las Indias. Uno de los magnates más opulentos de Inglaterra, un sobrino de este Jorge Baring, diputado por Essex, dirigía los negocios, cuando ha sido preciso hacer suspensión de pagos.

Dicen que es el mal estado de los negocios en la República del Uruguay y de la República Argentina lo que ha ocasionado esta catástrofe financiera que ha tenido eco en el nuevo y en el viejo mundo, arrastrando en su ruina á otras casas más pequeñas que vivían á su sombra, como el viejo castillo feudal al derrumbarse arrastra al principio las construcciones que buscaron apoyo en sus fuertes muros.

Y véase cómo no puede haber en el mundo suceso indiferente para los pueblos por muy separados que vivan, pues todos se relacionan y dejan sentir sus consecuencias á mucha distancia del sitio donde ocurren.

El mundo moderno es el de la banca, el de los negocios, el de las especulaciones financieras. Los ricos muebles, los opulentos tapices, las obras maravillosas del arte, no las adquieren los descendientes de los que fueron con Godofredo á las cruzadas ó con los reyes de Castilla y de León á la Reconquista, sino los banqueros Médicis de la sociedad moderna. De ellos son los más suntuosos palacios, los más ricos tronos, las mujeres más hermosas que salen al mercado del amor; ellos dan las fiestas más espléndidas, y convidan á su mesa á soberanos, y llevan á sus bailes majestades y altezas.

El aristócrata de raza que no ha querido ver perder sus Estados como se han perdido los de Osuna, ha tenido que doblegarse al negocio; y el hombre de la clase media que no se contenta con la dulce medianía, cantada por Horacio, al negocio se entrega con ese anhelo que se llama, al finalizar el siglo, la lucha por la existencia.

El negocio es el eje de la sociedad moderna, de que es alma el dinero: la paralización de los negocios es para la sociedad lo que una lesión orgánica en el corazón para un individuo.

Decir «no hay dinero» es lo mismo que decir «no hay sangre en las venas, no hay energía, no hay vida.»

Y Madrid padece hoy de esta anemia: no es la viruela la que ha traído la desanimación á la capital de España, no es el temor al cólera que estuvo en Valencia y dicen que está en Sevilla: es sencillamente que todo esto nos coge sin dinero, y por eso hay muchos palcos vacíos en el Real, por eso están cerrados muchos salones y quiebran muchos comercios.

***

El crimen que han pregonado los mutilados restos de una mujer descuartizada encontrados en la calle del Ferrocarril, preocupa á las gentes. Es un nuevo crimen misterioso que continúa la serie de los del Canal, de Opañel y otros, cuyas víctimas no han podido identificarse y cuyos autores no han sidos decubiertos.

El crimen vulgar, aquél en que se conoce á la víctima y á los autores, impresiona y horroriza si son terribles los detalles que se dan al referirlo; pero estos crímenes misteriosos, esos cadáveres mutilados que aparecen de improviso, impresionan mucho más y asustan á las gentes. Contra aquéllos hay defensa y para ellos hay castigo; pero para éstos no, y el enemigo es tanto más terrible cuanto que permanece oculto.

El caso no es realmente nuevo, y en las grandes capitales ocurre con frecuencia: sobre las frías losas de la Morgue de París se ven muchas veces cadáveres de esos náufragos de la sociedad, arrojados por las olas á la orilla y que, después de haber estado muchos días expuestos á la curiosidad pública, son enterrados sin que se sepa su nombre.

Las escenas sangrientas del destripador de mujeres, ocurridas recientemente en Londres, han preocupado mucho á las gentes. Madrid ha pagado su tributo á los crímenes misteriosos; pero aquí son más inexplicables, porque la población es menos numerosa, porque la gente de los barrios populares vive más en familia, porque los vecinos se conocen y se tratan más que en otras partes.

Con una policía regularmente montada sería imposible aquí no conocer á las víctimas y no ponerse en camino seguro de descubrir á los criminales.

La gente de la hampa, lo que podríamos llamar el Madrid criminal y vicioso, tiene sus guaridas especiales, sus barrios determinados. No hace mucho se dió una batida en los alrededores del cuartel de la Montaña, situado en lo alto de un monte de arena, donde se formó en otro tiempo una montaña artificial que se llamó *del Príncipe Pío*. Allí habían formado cuevas parecidas á las que los gitanos forman frente á la Alhambra, y en ellas se albergaba una población indocumentada, compuesta de las escorias de la capital. Las autoridades se contentaron con espantar á aquellas gentes, que se fueron con sus esteras viejas y con sus harapos á otras partes.

En las casas de dormir de ciertos barrios se albergan todas las noches muchos individuos cuya vida debía conocer la justicia, comprendiendo en esta denominación general á la policía, que debía ser la encargada de velar por la tranquilidad del ciudadano pacífico y honrado. Pero en España se ha consagrado más la policía á perseguir al conspirador político que al criminal, y de aquí nace la odiosidad con que la mira el público.

Cuando en el pasado día de Santa Isabel los agentes de orden público detenían la manifestación de los estudiantes y querían obligarles á que se disolviesen, las mujeres del pueblo decían:

—¡Más valía que descubrieseis á los asesinos de la mujer descuartizada!

Con esto se expresaba un sentimiento muy popular: la idea de que el agente de la autoridad es una especie de vago que no sirve para nada y que llega siempre tarde á donde debía ir, está muy arraigada en nuestro pueblo. De aquí nace el desprestigio de la policía, desprestigio que la priva de autoridad y de medios para desempeñar bien su cometido.

Estos crímenes misteriosos son dramas en los que se representa delante del público la última escena. Las autoridades deben rehacer la obra, marchando desde el desenlace al origen, como los sabios que, encontrando un solo hueso de un animal antediluviano, le reconstruyen por entero hasta darnos idea del megaterio. La empresa es difícil; pero lo que no hacen las autoridades lo hace la imaginación del pueblo, muy dado á formar leyendas.

***

El primer estreno del Teatro Español ha sido este año un drama histórico de la buena escuela, original del ilustrado escritor D. José Fernández Bremón.

La Estrella roja, que así se llama el drama, parece escrito en aquellos buenos tiempos en que trabajaban Matilde y Teodora y en que aun tenía alientos para declamar Valero. Es una página de la historia de Portugal á fines del siglo XV y principios del XVI, cuando se cometió la crueldad y la injusticia de expulsar por intolerancia religiosa á los judíos de un suelo al que habían hecho beneficios con su laboriosidad y su inteligencia.

El cuadro resulta patético é interesante y está revestido de todas las galas y esplendores de la poesía, habiendo obtenido Fernández Bremón un gran triunfo. Que sea enhorabuena.

KASABAL

Digitized by Google

LOS OJOS BLANCOS

(CONCLUSION)

De trecho en trecho, ángulos agudos cortan de improviso la línea recta burlándose de la corrección arquitectónica. Las casas, construídas á gusto del propietario, parecían adelantarse con atrevimiento las unas á las otras para fisgonear la solitaria calle más á su sabor.

Jorge salió al campo y se detuvo junto al río que culebreando se pierde entre un boscaje de elevados álamos, cauce de las tranquilas aguas. Después de contemplarlas breve rato, negros pensamientos acudieron á su mente y por ella pasó la interminable serie de sus ideas lúgubres, que ni por un instante se alejaban para que descansara el espíritu abatido.

El *spleen* dominábale de mucho tiempo á esta parte, y mil veces pensó en el suicidio á que le impelía su aislamiento.

Tentaciones tuvo de arrojarse al río; pero cerca de él vió plantado como una estatua al pobre negro, que le contemplaba con impávida serenidad.

Muchas noches trascurrieron como aquélla. Jorge, cual un sonámbulo, paseó su melancolía por los campos parvasinos, deteniéndose en las orillas del río, cuyas aguas mansas, sin oleaje, hacían recordar los pintorescos lagos de Suiza.

—¡Y pensar,—exclamó Jorge,—que estos salvajes de Parvas, que huyen de mí como de una fiera hidrófoba, tengan por morada tan amenos lugares que parecen hechos por la naturaleza para servir de nidos de amor á seres superiores desprovistos de sentidos carnales, á esos seres á quienes Swedemborg dió vida en su imaginación idealista de poeta y de pensador sublime!

Después de pensar breves instantes, añadió:

—Los llamo salvajes, y el salvaje soy yo. Víctor Hugo dice que el solitario es un diminutivo del salvaje, aceptado por la civilización: luego... debo aplicarme la sentencia.

Así pasaron para el pobre Jorge los días y los años. La sociedad le abandonó por completo y fomentó estúpidas consejas de no sé qué misteriosos pactos convenidos entre él y el demonio. Mucho influyó en el asunto el rumor, extendido por un criado del solitario, de que su amo veía de noche y era ciego de día. Aquello, para los parvasinos, no pudo ser sino obra del mismísimo diablo, y ya se sabe lo supersticiosos que son los que viven en pueblos pequeños.

La actitud de sus convecinos fué para Jorge la muerte moral.

Y cuando le veían recorriendo como un sonámbulo los campos en cuanto la noche llegaba, no faltaron gentes que supusieron citas diabólicas que se verificaban en la cisterna del conde, sitio en que estuvo enclavado el castillo de un señor feudal.

Jorge, como Sócrates, como Lutero, no teniendo con quien hablar en el triste abandono en que le dejaban, se dirigía á sí mismo la palabra, y los largos soliloquios, en las eternas noches, servíanle de amargo consuelo en sus desdichas sin término.

Cuando á sus oídos llegó la opinión del vulgo necio, acogióla con una sonrisa tranquila de beatífica conformidad.

Estaba resignado. Allí como en América, como en otras grandes capitales de Europa, había experimentado el mismo aislamiento: era el leproso de Aosta de que nos habla De Maistre.

El despreció á aquel vulgo, pero su desprecio no llegaba hasta la multitud. Cabíale la satisfacción interna que experimenta el impotente que mata, hiere ú ofende sólo con el pensamiento; pero después dominábale una sorda rabia al reconocer su pequeñez, y, apretando airado los puños, exclamaba:

—Es preciso acabar, y acabar pronto con este martirio lento. Busco en vano la forma de matarme y no la encuentro á medida de mi deseo. Cuando se muere es preciso morir con arte, como los gladiadores romanos, para no ser la irrisión de la multitud.

Y, por más que ponía en prensa su cerebro, no lograba la satisfacción de hallar ideas nuevas que le descubriesen el secreto de la novedad. Anhelaba la transición brusca de la vida á la muerte, sin una larga agonía, sin sufrir las angustias del dolor.

Su preocupación fué tanta que hasta en sueños pensaba en la fórmula del suicidio, y no se dió cuenta de si soñando ó despierto tuvo la inesperada revelación.

Satisfecho ya, puso manos á la obra del arreglo de sus asuntos, y en el testamento ordenó que en Parvas se erigiera un asilo para ciegos, cuya fachada ostentase su estatua de cuerpo entero. Del cumplimiento de esta disposición dejó encargado á un famoso arquitecto.

Al amanecer de un día de invierno, Jorge vistióse de rigurosa etiqueta, se arrellanó en una butaca que había colocado frente á la puerta de su despacho, y, cogiendo una botella de ajenjo, apuró el líquido sin que el menor músculo de su rostro se contrajera por el miedo.

Jorge quedó muerto instantáneamente, con la cabeza reclinada en el respaldo de la butaca, los brazos caídos y los ojos muy abiertos mirando hacia la puerta.

Cuando el negro se percató de lo acaecido, corrió presuroso por toda la ciudad demandando á gritos el auxilio de las gentes.

En poco tiempo muchos acudieron en tropel á la casa de Jorge, y no fueron los más reacios el notario y el redactor de *El Grillo*, quien se prometió escribir un artículo notable acerca del extraño suicidio.

Cuando todos penetraron en la habitación, retrocedieron asustados al ver posarse en ellos la fría mirada del muerto, que, aun sin vigor, despedía fascinadores destellos de luz.

Nadie, al enterarse del caso, quiso entrar en el cuarto hasta que el fiel criado negro, dando muestras de intenso dolor, cerró los ojos á su amo.

Los vecinos de Parvas respiraron con satisfacción. Aquel hombre habíalos tenido cohibidos por espacio de mucho tiempo. La hora de la tranquilidad sonaba al fin para ellos.

Pero ¡ah que su alegría fué bien pasajera!

Al cabo de un año vieron levantado el edificio que á asilo de ciegos destinó el suicida, y sobre la puerta de entrada contemplaron la estatua de Jorge, tan semejante á él que parecía su propia imagen. Y cuando la noche hubo llegado, los que por delante del edificio discurrían advirtieron que de lo alto de la figura bajaban resplandores irresistibles que, sembrando la confusión en el ánimo de todos, llenábalos de supersticioso espanto.

Y decían:

—Son los ojos blancos, los ojos blancos que en el testamento legó el americano á su estatua para nuestro castigo.

Aunque el edificio era magnífico, nadie quiso habitar en él por el horror que inspiraban los destellos de los ojos blancos.

R. HERNÁNDEZ BERMÚDEZ

CAPOTA

SOMBRERO

SOMBRERO

Digitized by Google

UN FORASTERO (cuadro de Norman Garstin)

Digitized by Google

ALMUERZO DE CAZA (cuadro de Dendy Sadler)

Digitized by Google

SOLIMAN

I

Cómo y cuándo llegaron á mi poder aquéllas cuartillas, cosa es que no puedo precisarlo con la debida exactitud. Lo que sí recuerdo perfectamente es que decían así:

. . . . . .

«De mis circunstancias físicas y morales haré gracia al que leyere. Sin embargo, si á alguien le interesa enterarse de mi personalidad, satisfará prontamente su deseo quien sea vecino de Hondonada, delicioso lugarejo donde poseo la más antigua y acreditada posada, conocida con el pomposo mote de *La espuela de oro*. Lo que sí haré constar, como dato principalísimo de los que motivan estos apuntes, es que, con ser yo el hombre más inofensivo de cuantos moran de estrellas abajo, allá en mi juventud fuí causa inconsciente de la muerte de un infeliz.

Ha llovido mucho desde entonces, como que apenas si recuerdo cuando fué. Lo que sí no he conseguido dar al olvido ha sido el frío horrible, espantoso, siberiano, que se sentía al amanecer del día aquel.

Estábamos en diciembre. Desenfundé mi escopeta, y, provisto de las correspondientes municiones, acompañado de *Chacho*, mi perro de caza, salí al campo con ánimo de reaccionarme por medio de la fatiga de mi diversión predilecta.

El día, aunque frío, amaneció seco. El sol bañaba tímidamente el paisaje, envuelto en cristalina sábana de hielo, dando á las secas ramas de los árboles la perspectiva de enormes prismas y á los sembrados la apariencia de alfombra diamantina. Todo era muy lindo, muy poético y bonito; pero como la intensidad del frío superaba á la belleza de cuanto alcanzaba descubrir, apresuré el paso, buscando el momento oportuno para hacer los primeros blancos. Además, la noche antes habíamos convenido con unos amigos en merendarnos una liebre que yo había de cazar, y el cumplimiento de la pendiente apuesta me obligaba, á al par que el frío, á concentrar toda mi atención al objeto que me hizo madrugar.

GALANTERÍA DE ANTAÑO

En inútiles ojeos anduve largo rato por sotos y barrancos. *Chacho* se detenía de vez en cuando olfateando de una á otra parte; pero luego se me reunía de nuevo y, fijando en mí su inteligente y expresiva mirada, parecía decirme:

—Tiempo perdido. No se levanta una pieza por milagro. Es preciso que busquemos por otros sitios.

Yo asentía al parecer de mi fiel guía, y, siguiendo sus pasos, iba internándome insensiblemente por sotos y caminos que me eran completamente desconocidos.

Vagando sin rumbo ni dirección fija de una parte á otra, sorprendióme la noche á algunas leguas de distancia de Hondonada, rendido de fatiga y sin una pieza en el morral. El recuerdo de la pendiente apuesta me traía á mal traer, aumentando mi confusión á medida que iba entrando la noche y con la oscuridad desorientándome más y más. ¿Cómo justificar mi larga ausencia delante de mi padre? ¿Cómo resignarme á la humillante resolución de declarar á mis amigos que había perdido la jornada? Así discurriendo, apresuré el paso, buscando ávidamente una luz que me orientase, pues andaba completamente extraviado, no alcanzándoseme ya cómo salir de aquel atolladero. *Chacho* marchaba á mi lado, agachada la cabeza y jadeante á causa de sus largas correrías. Los dos íbamos tristes y malhumorados, bien que el resultado de nuestra expedición cinegética se prestaba poco á los regocijos y alegrías.

Cerca de media hora llevábamos de marcha cuando me apercibí de que *Chacho* se había alejado. ¿Por dónde andaría? ¿Se habría extraviado quizás por aquellos andurriales? Posible era que así fuese. Le llamé, pues, repetidas veces; pero ni mis voces ni mis silbidos fueron contestados por el fiel animal. Sospechando que podía haberle ocurrido alguna desgracia, retrocedí en mi marcha, dando á los pocos desandados pasos con un enorme gato que, en actitud agresiva, se hallaba junto á mi perro, dominándole con su ferocidad.

¿De dónde había salido el gatazo aquel? ¿De alguna granja inmediata, ó sería tal vez un gato silvestre de los que en invierno suelen vagar por allí? Eso pensando, intenté acariciarle; pero desde luego pude persuadirme de que el monstruoso felino no gastaba mejor humor que mi compañero y yo. Al contrario, apenas sintió el contacto de mi mano, erizáronsele sus pelos de color leonado, sus ojos brillaron con fosforescencia siniestra, y, con acti, tud nada tranquilizadora se interpuso entre *Chacho* y yo. Entonces tomé el partido de alejarme; pero apenas hube echado á andar, aprovechando nuestra rètirada, el gato se echó traidoramente contra *Chacho*, hundiendo sus afiladas uñas contra su pescuezo, ocasionándole profunda y dolorosa herida. Airado por tan inesperada acometida, arrimé al felino el más persuasivo puntapié, y, sin encomendarme á Dios ni al diablo, anheloso de rematar mi obra, apunté contra él la boca de mi escopeta, suministrándole dos balazos que lo dejaron tieso en un santiamén. Maravillado *Chacho* por aquel inesperado resultado, corrió hacia la pieza que acababa de derribar, trayéndomela triunfalmente entre sus dientes. Vacilé unos momentos entre tirarla ó quedarme con ella; pero al acordarme de mis convidados la coloqué en el fondo de mi desprovisto morral. Después de todo, si no merendaban liebre cenarían gato. La solución me ufanó, devolviéndome en parte mi buen humor, el cual fué en aumento cuando descubrí, en las sombras que me rodeaban, algo que brillaba como un punto de oro: era la luz de una casilla que acababa de descubrir.

II

Al llegar á ella, una buena mujer me franqueó la puerta, invitándome á pasar apenas le hube expuesto mi pretensión.

—Entre V.,—me dijo bondadosamente.—Precisamente acabo de poner fuego al hogar para que pase la velada mi Joaquín.—Y, dirigiéndose al anciano cuyo nombre acababa de pronunciar,—Mira,—añadió;—ahí tienes una visita que no esperabas. El señor es un cazador que se ha extraviado por estos vericuetos y el cual desea descansar antes de tomar el camino de Hondonada.

El viejo me miró con expresiva estupidez, pero no articuló una sola palabra.

Su mujer me ofreció, en tanto, un escabel para que me sentara, y, tomando asiento junto á mí,

—¿Qué tal ha ido la caza?—me preguntó.

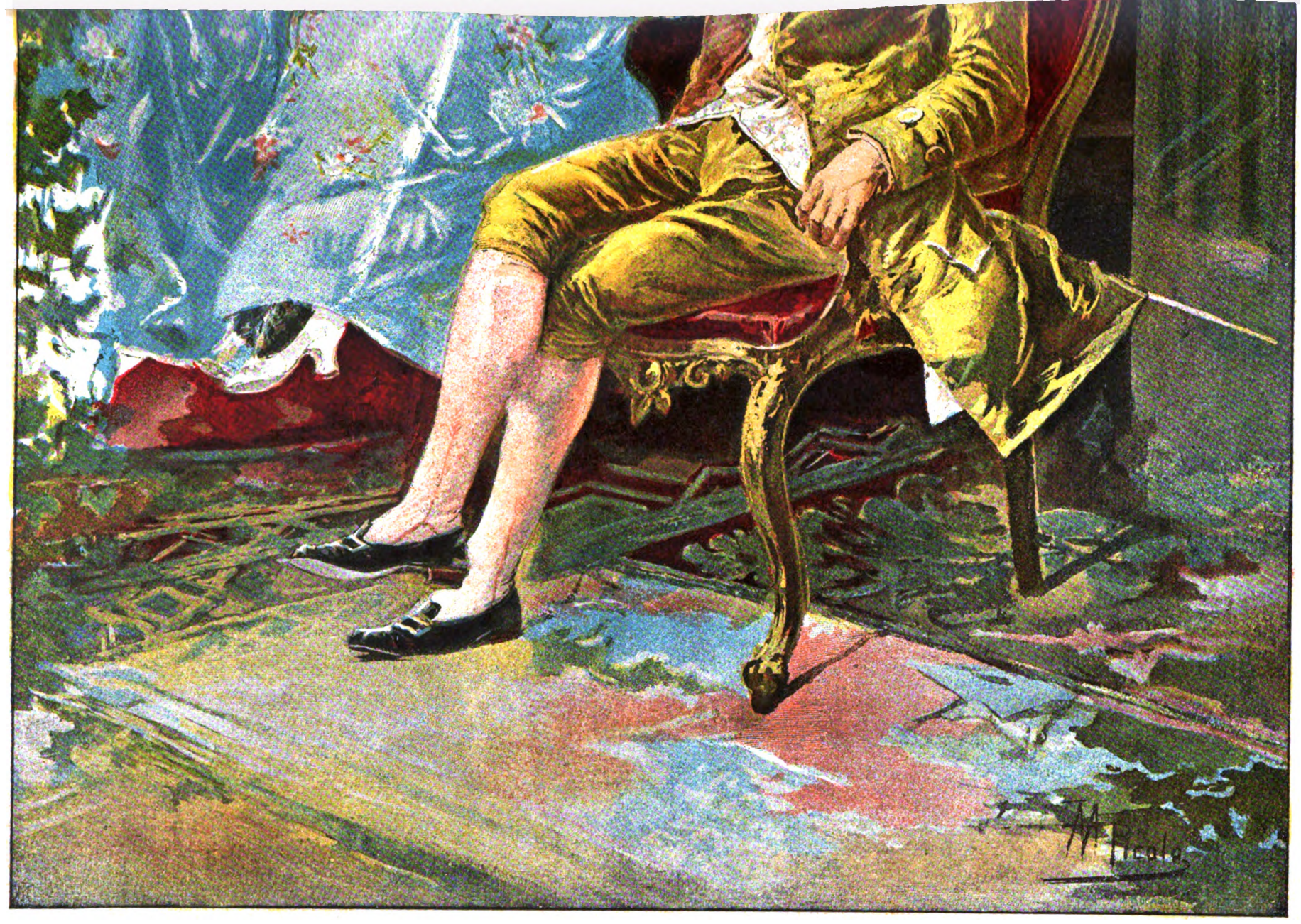
—Regular,—contesté yo, un tanto confuso y mirando con recelo el morral, que acababa de dejar colgado junto á la pared.—El día ha sido sobrado riguroso y no parece sino que los animales temen tanto al frío como nosotros.

—Sin embargo,—observó maliciosamente la casillera,—hace media hora apenas que el ruido de dos disparos simultáneos ha llegado hasta aquí. Es más que posible que hayan sido debidos á su escopeta. Menos mal si no han sido infructuosos. ¿Ha cobrado V. alguna pieza?

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google



DESPUES DEL BAILE (acuarela de M. Picolo)

Digitized by Google

Digitized by Google

Arrollado por aquella inesperada acometida, no supe qué contestar, creciendo mi turbación ante el mutismo del viejo, que, si no despegaba los labios, me miraba en cambio con algo de ferocidad.

Adivinados por su mujer mis ocultos recelos,

—No tema V.,—me dijo;—mi pobre Joaquín discurre como si se hallara en plena niñez, y, al ver ante él á un desconocido, no puede menos de llamar su atención. Mira, Joaquín,—añadió luego;—es un cazador: un cazador de liebres como nuestro Germán.

—¡Cazador de liebres!—repitió torpemente el viejo.—Entonces debe de ser un malvado. ¿Con qué derecho persigue á los animales? Y dime: ¿cómo no está aquí todavía *Solimán?*

—*Solimán* ha salido á recorrer estos campos según acostumbra hacerlo todos los días, y no puede tardar en volver,—afirmó su esposa. Y, encarándose á mí,—Quizá V. habrá dado con él, —me preguntó.—Es un hermoso gato montés, envidia de cuantos le ven y distracción única de mi marido, que, en cuanto no le tiene á su lado, se acentúa de una manera alarmante su melancolía y su mal humor. La verdad es que *Solimán* es un gato único, con su pelaje gris y sus ojos como dos topacios. Lo malo es su carácter, que de continuo le predispone á la agresión. Y ahí tiene V. lo que halaga á Joaquín: que, dada su ferocidad, sea él el solo que puede acariciarle.

—Porque le amo,—repitió lúgubremente el pobre viejo.—¿Dónde está *Solimán*? Mucho tarda en volver.

—Es su sola afección,—afirmó la casillera;—hasta el extremo de que si *Solimán* no volviese estoy segura que le costaría la vida.

Un temblor nervioso me hizo vacilar en el escabel. Aquel enorme gatazo, de humor vagabundo y fácil á la querella, el ídolo de aquel infeliz, privado casi de la razón, descansaba al fondo de mi morral, esperando la hora de ser saboreado por mis invitados de la víspera, que estarían ya impacientes para dar cuanto antes cuenta de él.

Asaltado por súbito malestar y deseando evitar toda nueva explicación con aquellas pobres gentes, abandoné la casilla, prometiéndome no volver á aparecer jamás por allí. Como alma en pena que lleva el diablo, eché á correr por aquellos campos, seguido de mi fiel *Chacho*, no recobrando la tranquilidad hasta que el clarear de algunas luces me indicaron mi proximidad á los caseríos de Hondonada.

III

A pesar de la resolución formada aquella fría é inolvidable noche, algunos meses después resolví volver una tarde á la casilla. Al llegar á ella eché de ver que la decoración había cambiado por completo. Los dos árboles que se levantaban junto á la puerta de entrada ya no parecían adornados con enormes prismas de hielo, sino con las fragantes galas que con su primer beso la primavera les regaló. Sentada á su sombra, una jovencita de diez y seis á diez y ocho años, pobremente vestida y respirando extraordinaria melancolía, se entregaba asiduamente á la costura, sin fijarse apenas en los que discurrían por allí.

Al rumor de mis pasos levantó la cabeza, fijando en mí sus tristes y grandes ojos azules.

—Dispense V.,—le dije,—si vengo á interrumpirla en sus tareas: el deseo de enterarme de la salud de Joaquín y de su esposa es lo que me trae hoy aquí.

—Mi abuela está en Hondonada,—me contestó con voz dulcemente timbrada.—Cuanto á mi pobre abuelo, hace próximamente tres meses que murió.

¡El viejo había muerto! La profecía de la casillera se había cumplido con desesperante exactitud. Dominado por mil tristes preocupaciones, que deseaba cuanto antes vencer, me atreví á preguntar:

—Y ¿de qué ha muerto su abuelo de V.?

—Era muy viejo ya,—me contestó.—Además, no tenía el completo dominio de su razón. El pobre murió de nostalgia: como lo oye V., de nostalgia de haber perdido un gato que era su sola y única distracción. Los dos se comprendían perfectamente, de suerte que, en cuanto *Solimán* se alejaba, se apoderaba del pobre enfermo un vivo malestar.

Con uno de los cabos de su delantal secó la joven dos gruesas lágrimas que resbalaban por sus mejillas. Luego, haciendo para mostrarse tranquila,

—Entre V.,—me dijo;—abuela no puede tardar en volver.

Me excusé de aceptar aquella grata invitación, quedando en volver dentro de pocos días. Al marchar volví varias veces la cabeza, pudiendo observar que la joven me miraba á su vez, bajando rápidamente sus ojos cuantas veces los míos se fijaban en ella.

SOMBRERO

Trascurrieron algunas semanas, durante las cuales no me fué posible abandonar una hora tan sólo la posada. Sin embargo, durante este tiempo no perdoné medio para enterarme, con cuantos venían á *La espuela de oro*, sobre la suerte y circunstancias de la viuda y nieta de Joaquín.

Con verdadera pena supe que su situación, harto precaria, se agravaba de día en día. La corta pensión que Joaquín disfrutaba por haberse batido en Africa y Santo Domingo le había sido negada á su viuda. Por añadidura el propietario de la finca que guardaban tenía ya nuevos colonos, y antes de tres meses ella y su nieta María debían abandonar la casilla, procurándose alguna colocación. ¿Qué haría la pobre niña con su delicada belleza y sin apoyo alguno por estos mundos de Dios? ¿Qué la pobre vieja, falta de fuerzas ya para trabajar y viéndose, sin embargo, precisada á vender el último resto de vigor que le quedaba á trueque de no perecer en la más espantosa indigencia? Tales reflexiones me ponían en extremo nervioso, agriando mi carácter hasta acabar por completo con mi habitual buen humor. Después de todo, mis melancolías obedecían á una causa justa y latente: al remordimiento que me inspiraba la suerte de aquellas infelices, á cuya desgracia no me juzgaba ajeno. Queriendo remediar en lo posible mi entuerto, propuse á mi padre que admitiese á María como á doncella de la posada, á cuya proposición contestó:

—Aquí no necesitamos de caras bonitas: lo que nos hace falta son brazos robustos.

Esta contestación aumentó mi disgusto, y, arrastrado por extraño impulso, triste y cariacontecido, abandoné mi casa, llegando hasta la casilla, donde encontré la viuda de Joaquín.

Reconocióme al instante. María le había hablado de mi primera visita, y á la pobre mujer no se le alcanzaba cómo expresarme su reconocimiento por mi aparente atención. Aunque no lo solicitó, ofrecíle desde luego mi incondicional apoyo, quedando en que hablaría con mi padre á fin de ver si por medio de sus relaciones conseguíamos hacer algo en su favor. La buena mujer me atendió, fuertemente emocionada. María guardó silencio; pero había en sus ojos tal expresión de suplicante angustia, que aquella mirada me obligó más que el ruego más persuasivo, que la súplica más elocuentemente expresada.

IV

Ocho días después visité de nuevo á la viuda de Joaquín. Luego mis visitas menudearon tanto que se hicieron diarias.

—¡Ah!—me decía un día la anciana, recordando al difunto más por los escasos recursos que con su pensión les procuraba que por el cariño que le ligaba á él.—Aquel ingrato *Solimán* tiene la culpa de nuestras desdichas: si él no se hubiese fugado, el pobre Joaquín estaría todavía entre nosotros.

Esta afirmación de la triste viuda acrecentó hondamente mis remordimientos, hasta el extremo de infundirme la debida resolución para abordar con mi padre un problema que, aunque de tiempo formulado en las oscuras celdillas de mi cerebro, no se me alcanzaba cómo plantearlo ni menos sacarlo á luz.

—Padre,—le dije un día que amaneció de excelente humor;—quisiera casarme, y, si V. me otorga su consentimiento, por mi parte he elegido ya mujer.

—¿Quién es ella?—me preguntó mi padre.

—María, la nieta de Joaquín.

—Pero ¿estás en tu cabal juicio?—añadió mirándome con extraño asombro.

—En mi juicio debo de estar cuando lo que me mueve á contraer matrimonio no es otro móvil que el de dar cumplida reparación á esa pobre niña.

Mi padre me miró con expresión nada tranquilizadora, adivinando desde luego la torcida interpretación que acababa de dar á mis palabras. Deseando desvanecer cuanto antes su error, le rogué que se sentara, refiriéndole luego la verdad de lo ocurrido desde el día de mi desastrosa expedición. El me atendía, huraño unas veces, sonriente otras, exclamando en cuanto hube terminado:

—¡Conque nos diste gato por liebre! No fué mala la aventura. Ahora me explico por qué no lo contaste, pillín.—Y, riendo del mejor humor, me dió unas palmaditas en el rostro que estimé como indicio de inmediata capitulación.

No me equivoqué: mi padre estaba desarmado, costándome poco trabajo decidirle á mi favor.

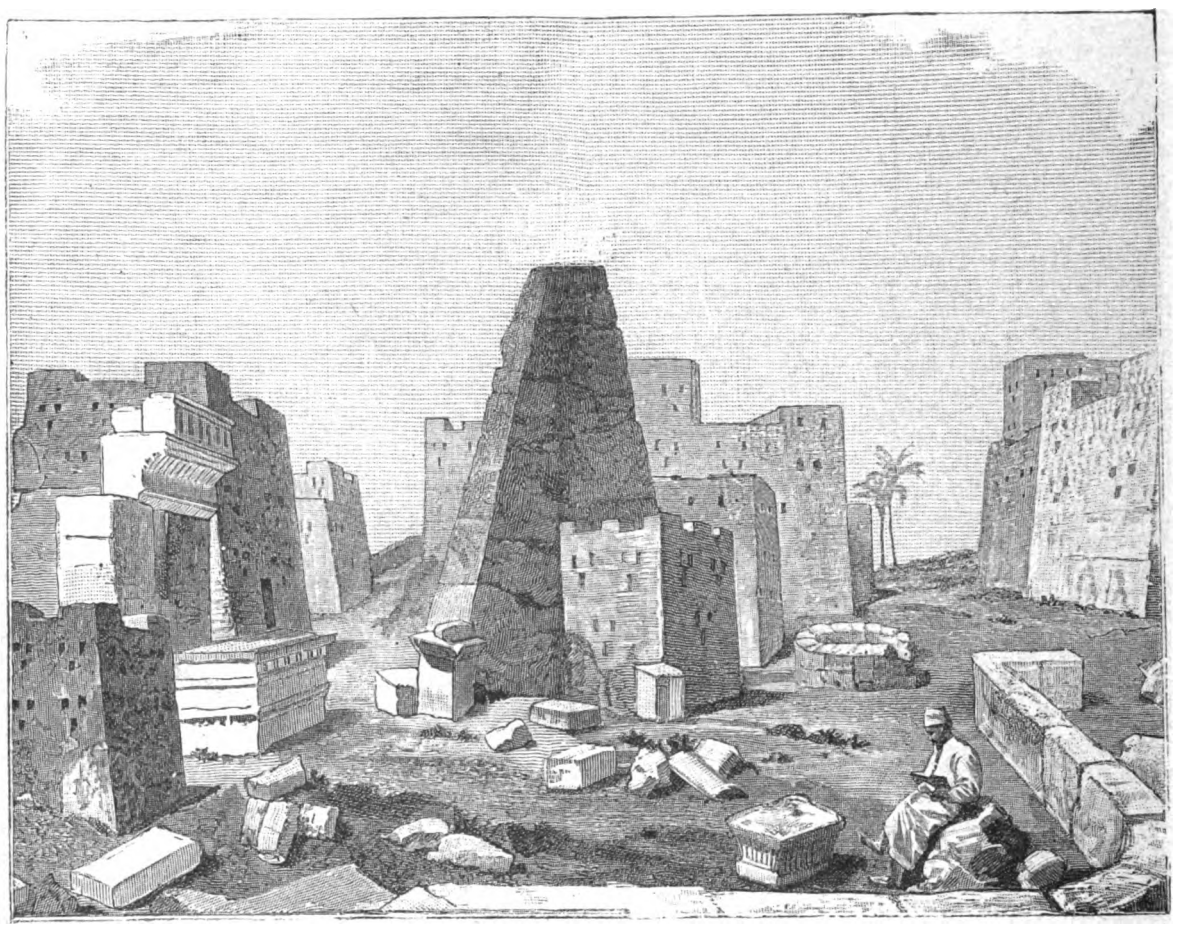
—Y bien,—me dijo al cabo de un rato;—si María es como dices, cásate con ella y que os bendiga Dios.

Yo abracé á mi padre con vehemente efusión, asegurándole de mi viva, de mi profunda gratitud.—Seremos desde hoy dos á quererle,—le dije, siguiendo á esta obligada vulgaridad otras expresiones no menos sencillas y repetidas, pero que en aquel instante se me antojaban frases de arrebatadora elocuencia, como arrancadas á la fibra que más fuertemente vibraba en mi corazón.

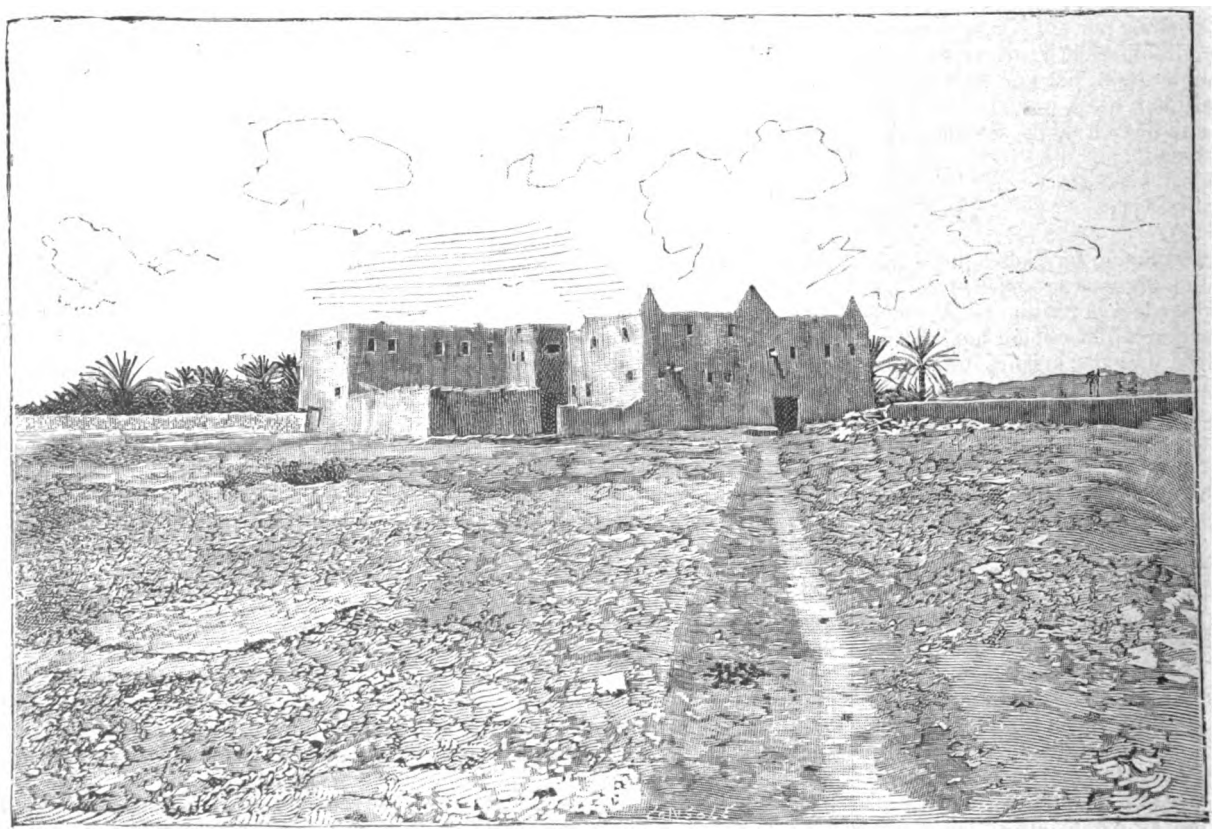
. . . . . .

Un mes más tarde desposaba á María, guardándose todavía en Hondonada recuerdo latente del esplendor que en la boda desplegué. A pesar de los años trascurridos, mi mujer ignora todavía la causa verdadera que me decidió á

Digitized by Google



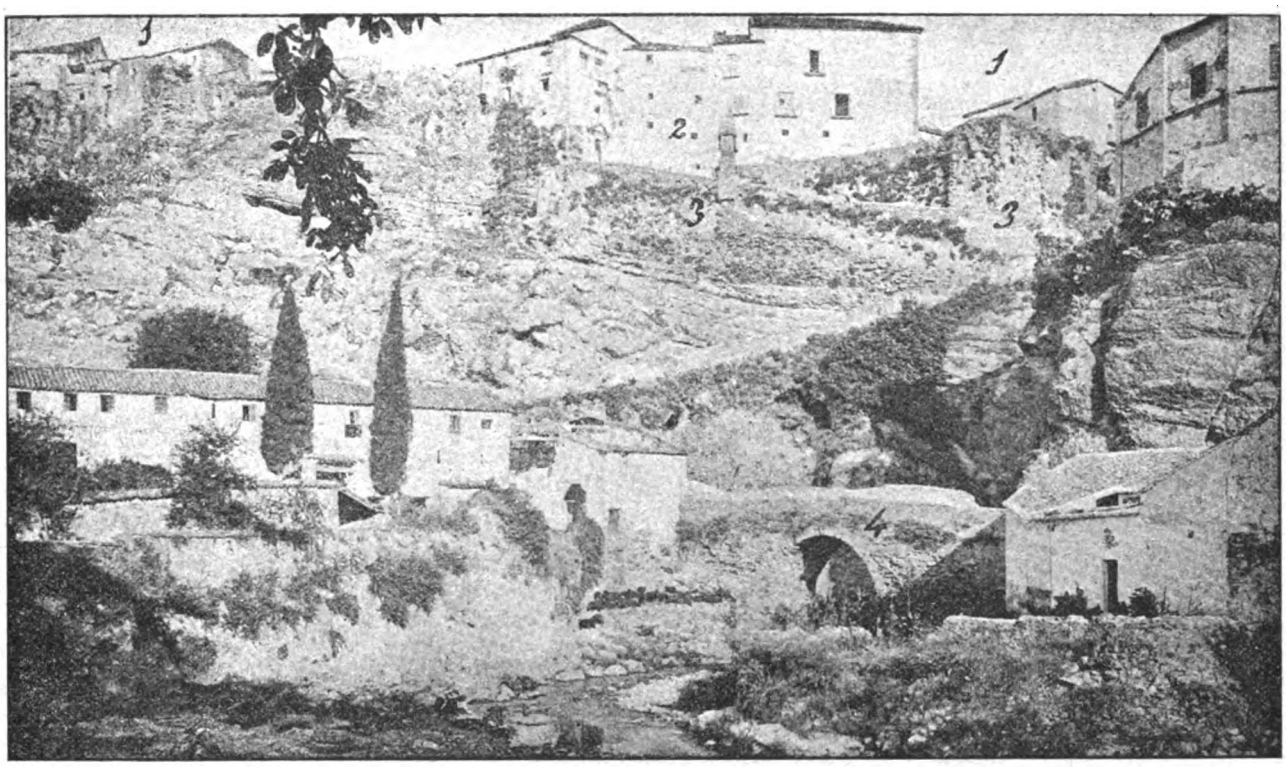
ALDEA DE AGHERMI



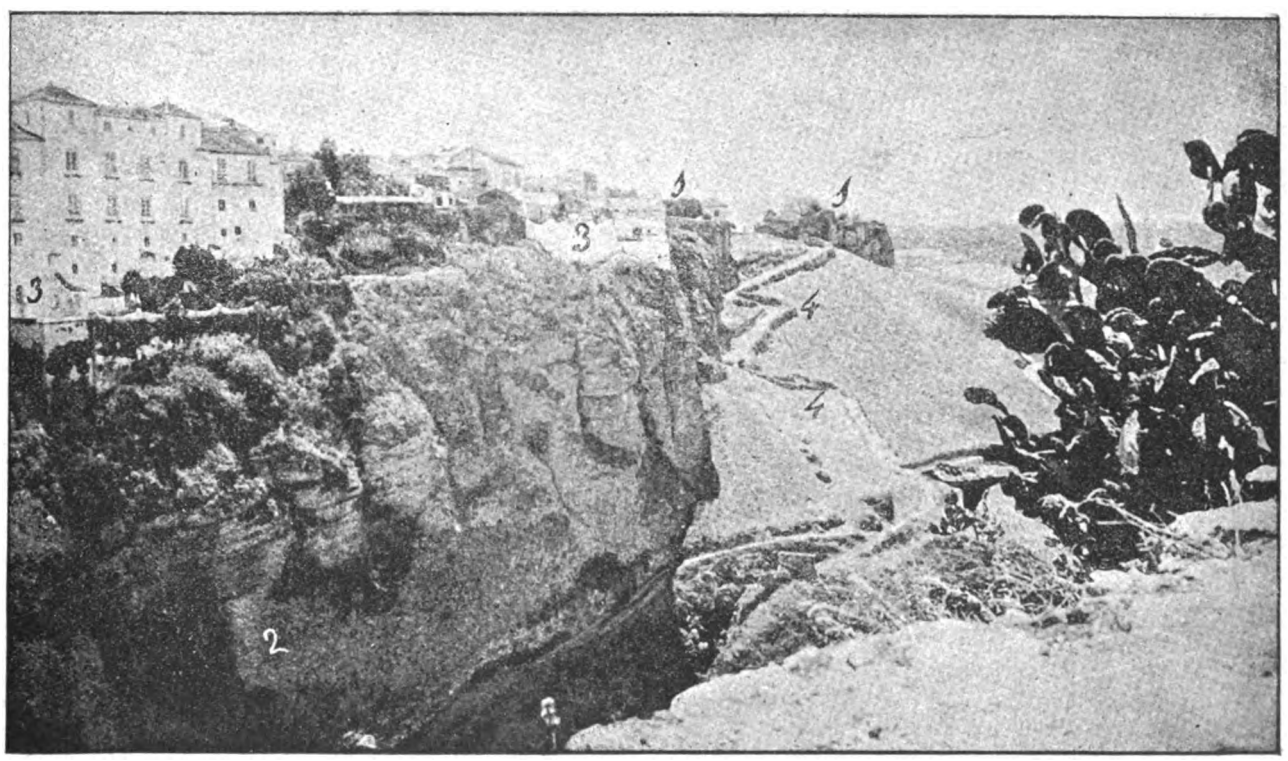
HABITACIÓN DEL JEQUE SENUSIS DE SYWAH

Digitized by Google

RONDA



1. Encumbración de la ciudad.—2. Casa de Salvatierra.—3. Muros romanos.—4. Puente romano.—Este de la ciudad



1. Muros romanos.—2. Naturaleza del terreno.—3.—Encumbración de la ciudad.—4. Camino.—Oeste de la población

Digitized by Google

hacerla mi esposa. Por mi parte, no ceso de ufanarme de la buena suerte de mi mala suerte, ya que un balazo disparado en un momento de mal humor contra un gato vagabundo fué origen de mi dulcísima, de mi envidiable felicidad.»

ANTONIA OPISSO

DESENFADO

Acabo de escribir ese epígrafe y casi me dan ganas de borrarlo y sustituirlo por otro más significativo y más enérgico. La verdad es que, por mucha que sea mi afición á los eufemismos (voz que ya uso con permiso de la Academia Española), se necesita ser, como soy, hombre bonachón y pacífico de suyo, es decir, de mío, para nombrar desenfado á lo que es en realidad poca aprensión, ó desvergüenza.

Sí, señor: poca aprensión, mejor dicho, ninguna aprensión y ninguna vergüenza tenemos ya los españoles; hablo en general, por de contado, y entre todos, y salga el que pueda, porque ya se sabe que hay excepciones en todo. Vean Vds. lo que sucede ahora, pongo por ejemplo, con la ley de sufragio universal; ley de la que no pretendo hablar desde el punto de vista político, sino como cruel manifestación del estado social... y moral y legal y tal.

En un periódico muy discreto, y que yo leo siempre con mucho gusto, he visto los siguientes versos:

Treinta y cinco actas
Martos ha pedido.
Pero ¿tiene Martos
treinta y cinco amigos?

No puede negarse que la cosa está dicha con gracia y que tiene ingenio. Acaso los martistas, lleguen ó no lleguen á tres docenas (que eso ni me importa ni he de averiguarlo), acaso los martistas ni encuentren la gracia ni reconozcan el ingenio que en eso hay; pero será porque la pasión les quita conocimiento y no les deja ver claro. Verdad es que ahora, dicho sea sin que se enojen conmigo esos eternos é impenitentes *laudatores temporis acti*, se derrocha más ingenio y se vierte más sal en media columna de esa hoja diaria que llaman *periódico*, que podía hallarse antaño leyendo muchas páginas de un *in folio*. Pero voy al caso: repito que lo de preguntar si Martos, como hombre político, tiene treinta y cinco amigos á quienes dar las treinta y cinco actas de diputados que ha pedido, es un epigrama de mucho empuje y de mucha *vis cómica*, y hasta muy sangriento.

Pero observen Vds. que el autor de esos versos no se escandaliza, ni se enoja, ni se indigna, por que se pidan las credenciales de diputado como se piden diez céntimos en la calle al transeunte: manifiesta sencillamente su asombro al saber que Cristino Martos cuenta con tantos amigos. Pero aun va más allá el comentario: parece que si, admitida la hipótesis, alguien pudiera contestar que, en efecto, Martos contaba con doscientos amigos, el periodista, antes del epigrama, había de encontrar muy lógico y naturalísimo que el ex presidente del Congreso pidiera, no ya treinta y cinco, sino doscientas actas.

Pero ¡qué más! hemos votado... es decir, han votado (que yo no he tenido en ello arte ni parte) una ley de sufragio universal, hasta cierto punto; por primera vez va á plantearse esa ley, si se plantea, y á juzgarse de sus resultados, pues ya hace muchos meses que los periódicos políticos nos dicen cuántos diputados de mayoría se propone traer el Gobierno, y cuántos *concederá* á tal partido, y cuántos á cual otro, y quién *viene* por este distrito, y quién triunfará por ése... y así por el estilo á todo.

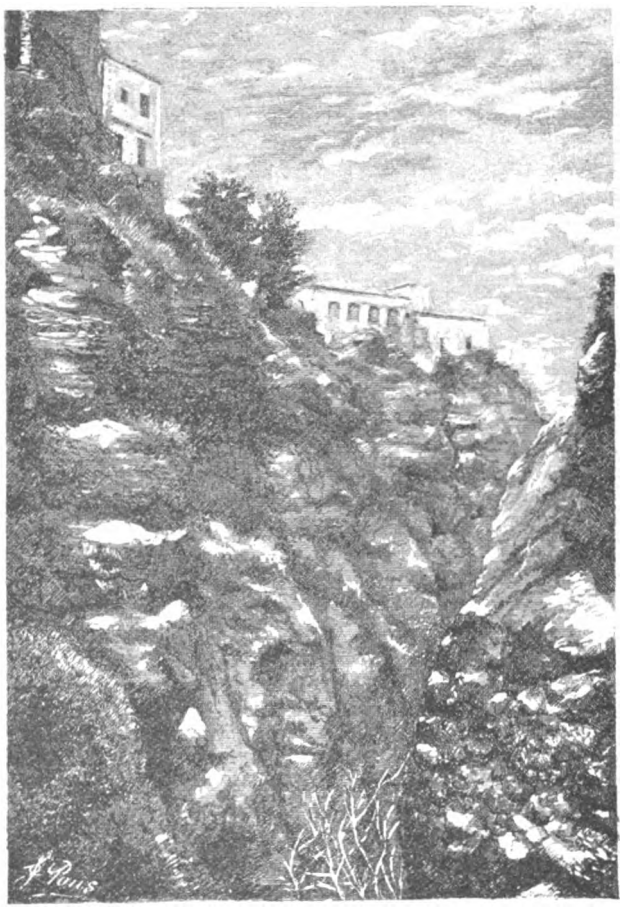
Los aspirantes á candidatos buscan, no á los electores, como parecía natural, sino al ministro de la Gobernación; y éste, que, según él afirma, se propone permanecer neutral en la lucha, no deja de recomendar á sus amigos particulares que voten á quien él les designa. Y no vayan Vds. á figurarse que hablo por hablar: lo de las recomendaciones lo sé de buena tinta.

Pues bien: esto de repartirse los distritos como puede repartirse un botín, esto de conceder actas de diputado como podrían concederse credenciales de empleados de consumos, esto que es un verdadero escarnio de la ley y una burla del sistema parlamentario, lo tomamos aquí y lo vemos como la cosa más natural del mundo, como lo usual y correcto, y á nadie alarma y á nadie escandaliza; y el infeliz que saliera ahora con panpringada de romper lanzas, á pesar de la pureza de los procedimientos electorales y del respeto á la emisión del sufragio, sería considerado como un Don Quijote, más rematadamente loco que el mismísimo imaginado por Cervantes.

Cierto, muy cierto, que en todo se progresa, en lo bueno como en lo malo, y en eso de la desvergüenza hemos adelantado mucho. Las acciones más ruines, los procederes más canallescos, son declarados hoy por sus autores con una desfachatez que asusta: asusta á los muy asustadizos, que van siendo pocos. Antes se hacía todo lo que se hace ahora y aun más; pero para hacerlo se ponían las hembras antifaz, y los hombres se embozaban en la capa: ahora nos hemos quitado la careta y los embozos, y, siguiendo por el mismo camino, llegaremos á quitarnos las ropas... para realizar el ensueño de la verdad desnuda.

De eso estamos todavía lejos, pero no me negarán Vds. que vamos acercándonos mucho á ello.

A. SÁNCHEZ PÉREZ



RONDA: 1. Naturaleza del terreno.—Norte de la población

NUESTROS GRABADOS

EL ARTE ESPAÑOL

DESPUÉS DEL BAILE, *acuarela de Picolo*.— EPISODIO DE LA BATALLA DE ALCOLEA, dibujo del mismo.— EL BARBERO DE MUELLE, *dibujo de Martínez Bringa*. (En colores.)

El Sr. Picolo puede estar satisfecho: su acuarela es tan linda, tan delicada, tan seductora, que pocos podrán jactarse de haber pintado una pareja tan bonita. La escena es en sí vulgarísima, y, sin embargo, ¡con qué distinción ha sabido representarla el artista! Por nuestra parte, y para hacer honor á tan preciosa obra, hemos echado el resto para que la reproducción fuera exactísima, y no decimos más.

El *Episodio de la batalla de Alcolea*, dibujo del mismo autor, está sacado de la *Andalucía* de Barrionuevo, á la cual remitimos al lector, contentándonos con decir que se trata de la funesta muerte de un bravo comandante isabelino. El asunto es asaz edificante para que toda alma piadosa desee no haya más Alcoleas en España. Bailenes y Geronas está bien; pero siempre será un espectáculo lastimoso el de ver pelear roses contra roses, como no sea en los simulacros.

El barbero de muelle, tipo sevillano, ó, por mejor decir, *trianesco* puro, es una página que sólo puede trazar un artista que *sienta* Andalucía con la gracia, la verdad y la intención que la siente el Sr. Martínez Bringa. ¡Qué exactitud en los tipos del *barbero de muelle* y del municipal que con él está platicando! ¡Qué fondo mágico el del puerto! ¡Qué *detalle* el del encarnado paraguas y el puchero! Es un pedazo de Sevilla trasladado al papel, sin perder nada de su genuino carácter.

EL ARTE INGLÉS

UN FORASTERO, *de Norman Garstin*.—ALMUERZO DE CAZA, *cuadro de Dendy Sadler*

La escena representada por N. Garstin es un estudio psicológico notabilísimo. Los dos niños contemplan con una curiosidad no exenta de miedo al desconocido que se halla descansando, acompañado de un perro, en una tosca escalera á un lado del camino.—¿A qué vendrá ese hombre por aquí?—parece que se estén diciendo. Lo solitario del sitio y la facha del personaje armonizan perfectamente para que los pequeñuelos se sientan poseídos de invencible recelo á la vista del forastero misterioso.

Almuerzo de caza es un lindo y alegre cuadro destinado principalmente á agradar por su asunto y por la viveza del color.

GALANTERÍAS DE ANTAÑO

El arte de la galantería es una de las artes que se van perdiendo. El americanismo ha dado al traste con aquellas delicadezas de antaño, y de cada año, democratizándose más y más las maneras, se van perdiendo las tradiciones de la cortesía. Y no se crea que la gente rica ó de sangre azul se libre del estrago: en todas las *esferas* sociales impera la grosería, sin que esto sea decir que no haya quizas algún arca de Noé donde se alberguen algunos elementos escapados del universal diluvio.

VIAJE AL OASIS DE SYUAH

La casa del jeque Senussi de Syuah, exteriormente, no es gran cosa; pero, según cuenta Robecchi, tiene un jardín que es lo que hay que ver, no ocurriéndosele otra cosa que apelar al famoso lugar común de las *Mil y una noches*, sumamente de todas las comparaciones hiperbólicas.

La aldea de *Aghermi (Hrarmi)* está situada al E. de Syuah en lo alto de un tajo, y es interesante por las ruinas que encierra. Hállase cerca del templo de Júpiter Ammon. El viajero queda verdaderamente pasmado ante aquellas ruinas semejantes á las de Tebas y Karnac, de las cuales se echó mano, con el tiempo, para edificar numerosos monumentos griegos y romanos, igualmente arruinados. Hay allí unos bloques de piedra de 4 ó 5 metros de altura por 2 de espesor, puestos uno sobre otro sin cemento ni otro medio alguno de unión, que dan mucho que pensar, como dan que pensar los muros ciclópeos de Tarragona, por ejemplo, acerca de los cuales creemos que es inútil cuanto pueda decirse. Y es que las obras de los hombres sobreviven á su pensamiento y á su historia.

RONDA: LADOS NORTE, ESTE Y OESTE DE LA CIUDAD

Hablando de la naturaleza del terreno en que asienta la ciudad que con tan buenas razones afirma el señor marqués de Salvatierra ser la antigua *Munda*, dice el señor D. José Aparicio Vázquez, citado en el libro del referido autor: «No parece sino que el mismo Hércules, valiéndose de inmensa cuña, abrió el duro seno de la tierra, empleando para ello la fuerza de un millón de gigantes, y que, de esa suerte violentamente separada, conserva aún en sus ángulos y salientes los moldes de la abertura...»

La cortadura á que se refiere lo trascrito comienza en donde arranca el arco arabe que sostiene el puente *Viejo* rodeando la ciudad y pasando el puente *Nuevo*, sin que deje ser de menos inaccesible el resto del terreno. Al E. no pierde

Digitized by Google

tampoco su carácter, ostentando grandes tramos igualmente inaccesibles, enlazando el último de ellos con la bajada que conduce al antiguo puente romano. Por el O. el terreno aparece cortado verticalmente hasta llegar á la cuesta que da acceso al camino de los Molinos, por la entrada del Campillo.

Debemos a la amabilidad del señor marqués de Salvatierra la reproducción, según fotografía, de los grabados referentes á Ronda.

ES VERDAD

¡Viendo tantas invenciones
con la farsa me indispongo!
Que es el *rey de los jabones*
el que lleva los *blasones*
de los PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

El rostro de la joven pareció serenarse, mientras que Alan fruncía el ceño.

—Basta,—replicó la joven; —me decís más de lo que yo hubiera preguntado. Acabad de comer y beber cuanto antes, id á esperar en el inmediato bosque, y confiad en mí, que ya encontraré algún medio para pasaros á la otra orilla.

Pronto dimos fin á nuestro frugal desayuno, estrechamos la mano de la generosa joven al despedirnos y nos encaminamos al punto indicado. El tal bosque no merecía el nombre de tal, pues reducíase á unos cuantos árboles y varios arbustos sin la suficiente espesura para ocultarnos á la vista de los que pasaran cerca de aquel sitio. Allí estuvimos todo el día, animados de las mejores esperanzas de salvarnos pronto y proyectando planes sobre lo que nos restaba hacer después.

La noche llegó al fin, clara y serena. Las luces aparecieron en las ventanas de las casas, y al cabo de algún tiempo vimos como se apagaban una tras otra. Eran lo menos las once y media, y ya comenzábamos á experimentar cierta inquietud, cuando de pronto oímos ese sordo rumor que producen los remos al cortar el agua. Entonces, fijando nuestra atención, pudimos ver á la misma joven de la taberna que avanzaba en un bote. No había querido confiar á nadie nuestro secreto. Apenas su padre estuvo dormido, salió de su casa por una ventana, apoderóse del bote de un vecino y vino por nosotros.

Yo buscaba frases para manifestar mi agradecimiento, pero la joven no quiso escuchar.

—No perdamos tiempo,—dijo;—venid pronto y poneos en salvo cuanto antes.

Poco después nos hallábamos en la orilla opuesta, no lejos de Carriden, y, después de estrechar la mano á nuestra salvadora, nos despedimos afectuosamente. Alan y yo, sin embargo, nos detuvimos un momento para ver cómo se alejaba, y mi compañero no pudo menos de exclamar:—¡Decididamente es una buena muchacha, David, una buena muchacha!

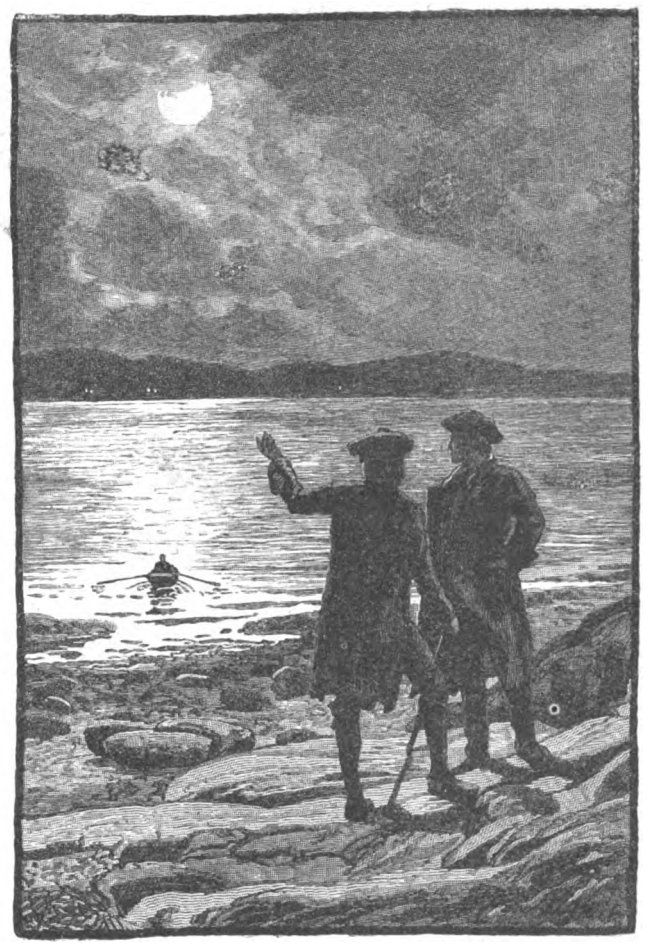
CAPITULO XXVII

LLEGO Á LA CASA DEL SEÑOR RANKEILLOR

Al día siguiente se convino en que Alan fuese á donde quisiera durante el día y que me esperara al oscurecer en los campos que se extienden cerca de Newhalls, sin moverse de allí hasta que yo llegase, debiendo ser la señal un silbido.

Antes de que saliera el sol hallábame en la calle de Queensferry, calle muy hermosa, con buenas casas de piedra y numerosas tiendas.

Después de haber paseado largo rato, comenzó al fin el movimiento del día. Abríanse las ventanas y las tiendas, y la gente salía de sus casas. Entonces pensé en mi situación. Yo no tenía ninguna prueba clara para alegar mis derechos, ni siquiera para identificar mi persona; y



...pudimos ver á la misma joven de la taberna que avanzaba en un bote.

si después de todo resultaba que no podía hacer en justicia reclamación alguna, me vería en un grave apuro. Por otra parte, si efectivamente estaba en mi derecho, se necesitaría más ó menos tiempo para legitimarle; y, en tal caso, ¿qué haría yo con tres chelines por todo capital? Si mis esperanzas quedaban defraudadas, era muy posible que mi compañero y yo nos perdiéramos. Mis harapos llamaban la atención de los transeuntes, que me miraban de reojo y se sonreían, lo cual fué nuevo motivo de inquietud para mí, pues pensé que no sería nada fácil hablar con un abogado, ni mucho menos hacerle creer en mi historia.

Por nada en el mundo me hubiera atrevido á dirigir la palabra á ninguna de las personas que pasaban por mi lado, pues causábanme vergüenza mis andrajos y mi suciedad, y no me cabía duda de que si preguntaba á cualquiera por la casa de un hombre como el Sr. Rankeillor, solamente excitaría la risa. En su consecuencia, comencé á recorrer la calle de arriba abajo, como perro que ha perdido á su amo, y poseído de la mayor desesperación. Eran ya más de las nueve de la mañana, y, un poco cansado, detúveme por casualidad frente á una casa muy elegante, con magníficas ventanas adornadas de cortinas. En la entrada vi un hermoso perro, y casi envidiaba su suerte, cuando de pronto abrióse la puerta y salió un caballero de muy buen aspecto, que llevaba peluca blanca y anteojos. Yo temía que alguien me mirara; pero el personaje fijó su atención en mí, y sin duda le chocó tanto mi pobre apariencia que, dirigiéndose hacia mí sin vacilar, preguntóme si buscaba algo.

Contestéle que había ido á Queensferry para evacuar un asunto, y, algo reanimado, pregunté al caballero si podía decirme dónde estaba la casa del Sr. Rankeillor.

—Esta misma es,—contestó mi interlocutor.—Y, por una rara casualidad, yo soy la persona cuyo nombre acabáis de pronunciar.

—Entonces, caballero,—repuse,—os rogaría me concedieseis una entrevista.

—No conozco vuestro nombre ni tampoco os he visto nunca.

—Me llamo David Balfour.

—¿David Balfour?—repitió el caballero con aire de sorpresa.—Y ¿de dónde venís?—añadió fijando en mí una mirada algo severa.

—Vengo de muchas partes extrañas,—contesté.—Mas creo sería mejor hablaros sobre el particular privadamente.

Rankeillor pareció reflexionar, y, mirando sucesivamente tan pronto á la calle como á mí, resolvióse al fin.

—Sí: sin duda que eso será lo mejor.

Y me condujo al interior de la casa, dijo á una persona, que yo no pude ver, que estaría ocupado toda la mañana, é introdújome en una pequeña habitación, llena de polvo, de libros y documentos. Sentóse al punto, invitándome á imitarle, y parecióme que miraba con algún desdén, desde su sillón, mi andrajoso traje.

—Si tenéis algún asunto de que tratar, os ruego que seáis breve. Vamos al grano sin rodeos. *Nec gemino bellum Trojanum orditur ab ovo.* ¿Entendéis esto?—añadió dirigiéndome una mirada singular.

—Haré lo que Horacio dice, caballero,—repuse sonriendo,—y os llevaré *in medias res.*

Rankeillor movió afirmativamente la cabeza en señal de satisfacción: sin duda había dicho aquella frase latina para probarme; y, reanimado con esto, preguntéle si á su modo de ver tenía yo derecho al dominio de Shaw.

El abogado sacó un cuaderno del cajón de la mesa, abriólo y lo colocó delante de sí.

—Hablad,—dijo.

Pero yo estaba perplejo y enmudecí.

—Vamos, vamos, Sr. Balfour,—añadió Rankeillor;—no perdamos tiempo. ¿Dónde nacisteis?

—En Essendean, caballero, el 12 de marzo de 1734.

Traducción de
E. de Verneuil

(*Continuará*)

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

LA PATE EPILATOIRE DUSSER

Privilegiada en 1836: destruye hasta las raíces el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones, los títulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER**, Inventor, 1, **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerías*).
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerías PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc - En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerías LAFONT, etc.

Digitized by Google

EPISODIO
DE LA
BATALLA DE ALCOLEA
dibujo de M. Picolo

Ramón Molinas - Editor

ENCICLOPEDIA de MEDICINA y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas.. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchel Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse

+TRATADO DE PATOLOGIA INTERNA+

POR RICARDO FLEISCHER

catedrático de la Universidad de Erlangen
Traducción directa del alemán por el Dr. D. Mariano Montaner de la Poza

EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas.
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y acemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ANDALUCÍA
Tipos y costumbres, por M. Martínez Barrionuevo.
—R. M., editor—
Cortes, 365 á 371, Barcelona

LA SAGRADA BIBLIA
EDICION DE GRAN LUJO
Obra ilustrada con hermosas oleografías y con más de MIL GRABADOS intercalados en el texto
A DOS REALES CUADERNO.—Suscripción permanente: Ramón Molinas, Cortes, 365 á 371.—Barcelona

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.° 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII

ESPAÑA
Un año . . . . . 12'50 ptas.
Un semestre. . . . . 6'50 »
Número suelto. . . . 0'25 »
PORTUGAL
Suscripción pagadera semanalmente
Cada número. . . . 50 reis.

Barcelona 6 de diciembre de 1890

CUBA Y PUERTO RICO
Un año. . . . . 5 pesos oro
En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales.
EXTRANJERO
Un año. . . . . 18 pesetas.

Núm. 414

JUVENTUD Y ANCIANIDAD

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*A una morena* (poesía), por Ricardo Roura.—*La ley de la educación*, por U. González Serrano.—*Las apariencias*, por J. F. Sanmartín y Aguirre.—*La zorra* (poesía), por Salvador Rueda.—*Bibliografía*, por Carlos Mendoza.—*Los pies*, por Jacinto Labaila.—*Nuestros grabados*.—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Juventud y ancianidad.—Modas.—Por agua.—La puertecilla del convento de San Francisco de Asís.—La procesión de San Bartolomé en Sitjes (Cataluña).—Una provinciana francesa del siglo XVIII.—Ronda.—Emira en su gabinete.—Tumba de Emira Sergent Marceau.

MADRID

Los tísicos y el doctor Koch.—Peral.—Los coches de alquiler.—El drama de Dicenta.—Hace frío.—¡Oh aquellos tiempos!

ANTES, los tísicos, los que sentían en sus venas la fiebre y en su pecho la angustia que produce esa terrible enfermedad que abrasa y aniquila, miraban con delicia al Mediodía, buscando en las playas encantadoras del Mediterráneo y entre los limoneros y naranjos el alivio á sus dolencias. Respirar las brisas impregnadas de azahar, bañarse en los dulces rayos del sol que acaricia á las palmeras y hace crecer frondosas las verdes ramas en que nacen las camelias, era la suprema delicia para sus pulmones cansados, y sólo en aquella tibia atmósfera de estufa podía prolongarse su vida amenazada.

Ahora es al Norte donde dirigen con anhelo sus miradas, y no son ni la poética Niza, ni el delicioso Monte Carlo, ni las dulces y templadas islas Canarias el objeto de sus peregrinaciones; sino Berlín, la fría capital alemana, la que pasa el invierno envuelta en sudario de nieve, la que cristaliza el hielo y vela la niebla.

Y es que en el Mediodía la naturaleza sólo ofrece pasajero alivio y en el Norte la ciencia ofrece la curación completa.

Koch, un doctor cuyo nombre está ahora en todos los labios, cuya obra preocupa á las inteligencias, se presenta á los ojos de la humanidad doliente con un frasquito de maravilloso elixir en la mano.

El doctor Fausto de la poética y conmovedora fábula obtuvo la juventud: el doctor Koch de la realidad ofrece la salud, y no hay hoy tísico que no grite, como los franceses al principio de la campaña que terminó en Sedán,—¡A Berlín! ¡A Berlín!

Todas las *Ilustraciones* extranjeras han publicado el retrato del famoso doctor. Es joven todavía, su barba conserva el brillo de las que no han renunciado á ser acariciadas por encantadoras manos, y tiene más el aspecto vigoroso del guerrero que el caduco del sabio agobiado por el estudio y por las vigilias.

Y ¿qué es más que un guerrero ese doctor? Él es el Atila del microbio, el ángel exterminador de esos terribles ejércitos de diminutos soldados que acampan en los pulmones y hacen sus tiendas de campaña en las células necesarias á la vida.

¡La curación de la tisis! ¡La vuelta de los sonrosados colores de la salud á las mejillas pálidas que la fiebre enciende con una roseta de fuego, la desaparición de la tos que ahoga, la supresión del vómito que va echando en sangre la vida! ¡Qué hermosa conquista! Millares de víctimas se salvarán; y como la tisis las elige en la plenitud de la juventud y suele preferir á las niñas hermosas y á los mancebos inteligentes, á los que aman apasionadamente y á los que sueñan mucho, será una porción escogida de la humanidad la que se libre de las garras de esa enfermedad terrible que como el cierzo de otoño mata las flores y arrastra las hojas que formaron en los árboles los toldos de verdura.

El doctor Koch es hoy por hoy el hombre más notable de Europa, y su famoso líquido es esperado en todas partes con anhelo.

¡Quiera el cielo prosperar su obra, y Dios le libre de una comisión técnica que le oponga los diques invencibles de la rutina, porque entonces todo habrá fracasado, como ha fracasado por ahora en España aquella obra hermosa que el patriotismo fundó en el submarino de Peral!

Peral, el héroe del pasado verano, aquel á quien las reinas regalaban sables y las duquesas abrían las puertas de sus palacios para colocarle en el sitio preferente de un banquete dado en su obsequio; aquel á quien las multitudes aplaudían y los pueblos recibían en triunfo; está hoy á punto de ser un paisano sin profesión y sin carrera, que irá á perderse entre la masa común de las gentes si no vence con energías de hombre superior los obstáculos que se han levantado á su paso.

¡Qué cruel es esa voz oficial que se levanta fría y solemne para decir á una nación entusiasmada:—¡No hagas caso! ¡Ese hombre no es más que un soñador, y ese barco en que fundabas tantas esperanzas, tú, que de los mares has recibido glorias y alegrías, no es más que un juguete inútil que va á pudrirse en los arsenales!

No es posible que esa voz oficial, que se parece á la de la vieja que murmura letanías en el coro de un convento, tenga razón, y no es posible que no teniendo razón triunfe. Tantas esperanzas sonrientes no pueden quedar destruídas ante el dictamen oficinesco de una comisión técnica. Peral no podía contestarle mientras vistiese el uniforme: Peral le deja, se quita el ancla que le amarraba al mundo oficial, y cuando no sea más que un paisano hablará.

No se ha pronunciado, por lo tanto, la última palabra en la cuestión del submarino, y para la navegación debajo del agua, como para los tísicos, hay todavía esperanza.

***

El Sr. Berrueco es un concejal del Ayuntamiento de Madrid que dejará su nombre unido á los coches de alquiler, como le dejó aquel Simón que fué el primer alquilador de vehículos en la capital de España. Antes de Simón no se conocían en Madrid nada más que las carrozas de los grandes, las calesas de las manolas, los coches de colleras para ir al Prado, y las máquinas monumentales en que subían en las grandes solemnidades los graves prelados ó los respetables señores de la magistratura.

Simón popularizó los coches y dió su nombre á los famosos carruajes de alquiler de Madrid, donde los *simones* han llegado á ser una verdadera institución.

¡Qué historia la de esos, viejos y destartalados, que, arrastrados por escuálidos jacos, cruzan las calles de Madrid ó forman en las más principales larga parada!

Comenzaron siendo el coche elegante de un potentado, el lujo de un magnate, la expresión de la vanidad de un rico. Casi todos, siguiendo una piadosa costumbre de la aristocracia madrileña, que no estrena un carruaje si antes no sube á él un sacerdote, fueron estrenados para llevar el viático á los enfermos. Después, ¡qué dulces pesos sostuvieron sus mullidos almohadones! ¡Qué atmósfera perfumada se encerró entre sus limpios y gruesos cristales!

Allí lució sus encantos la hermosa, y allí su oronda figura el personaje. No se detenía nada más que á la puerta de los palacios ó de las iglesias, le arrastraban magníficos corceles, le cuidaban diligentes criados, y era como una prolongación del hogar del aristócrata cuyo escudo de armas ostentaba en la barnizada portezuela.

La segunda etapa de su accidentada existencia la pasó en poder de los alquiladores de lujo que sirven coches por abono. En sus almohadones sucedió á la dama la cortesana, á la aristócrata el bolsista, y cambió de amos como la primera de amantes y como el segundo de negocios. Pero todavía era objeto de vanidad y de lujo, hasta que, creciendo en años y perdiendo en esplendores, llegó, con sus cojines agrietados, sus muelles viejos y su barniz deslustrado, á la cochera del dueño de simones.

Como el desgraciado que va al hospital, ó como el criminal que para en presidio, se le señaló con un número y se le coronó con un ignominioso letrero que decía á todo el mundo: *Se alquila*.

Y, alquilándose por carreras ó por horas, ha pasado una vida accidentada y curiosa, siendo unas veces camilla para conducir á un enfermo, otras vehículo para llevar con seguridad á un preso, y algunas, cuando corre sus descoloridas cortinillas y marcha lentamente por la ronda, improvisada alcoba de criminales amores.

¡Oh, si los coches de alquiler hablaran! ¡Cuántas cosas contarían! Ellos os podrían decir dónde llevaron á la dama que, dejando á la puerta principal de la iglesia su elegante berlina, salió furtivamente por la de la sacristía y subió precipitadamente en el simón, que no paró hasta llegar á la casa misteriosa de una calle apartada.

Ellos os narrarían la desesperación y los celos de aquel hombre que los alquiló para acechar desde ellos á la que creía criminal ó al que juzgaba dichoso.

En una misma mañana van al cementerio y á la vicaría, se paran delante de toda clase de puertas y rondan por todos los barrios. Son una necesidad imprescindible en todas las grandes capitales, y el viajero que no los hallase al llegar á la estación, se desesperaría como el que no los encontrase á la salida del teatro en noche de frío ó lluvia.

Pero, en vida tan accidentada, llegan á un estado lastimoso, y el concejal encargado de dirigir este servicio ha querido regenerarlo imponiéndoles la limpieza, uniformando á los cocheros y jubilando á los jacos inservibles para que lleguen cuanto antes al fin de su carrera, esto es, á la plaza de toros.

Los propósitos son buenos, pero dudo que se obtenga el resultado que se desea. Por más que se haga, el *simón* será siempre un coche viejo, sucio y destartalado. La que es más sensible á las coqueterías y al adorno es su compañera la *manuela:* al fin mujer.

***

En el Teatro Español ha sucedido al drama histórico, con sus novelescos recursos basados en las tradiciones, el drama moderno, con sus vehemencias tomadas de la realidad; al talento reflexivo de Fernández Bremón, autor de *La Estrella Roja*, el genio vigoroso de Joaquín Dicenta, autor de *Los Irresponsables*.

Joaquín Dicenta, siendo casi un niño, se mostró como autor dramático de grandes alientos y condiciones en un drama que, patronizado por Tamayo, se representó hace unos cuantos años en el Teatro de la Princesa: *El suicidio de Werther*. El público le aplaudió mucho y la crítica le saludó como al hombre de talento que llega con buenas armas al combate.

Desde entonces no ha decaído, al contrario, se ha vigorizado; y su último drama, en el que expone una tesis muy atrevida, revela al luchador que arremete con energía contra viejas preocupaciones.

El hombre joven, bueno, que se siente con todas sus fuerzas y sus energías y es engañado por una esposa criminal, ¿se ha de condenar á la castidad del asceta ó á las impurezas del lupanar? Esto pregunta en su drama Joaquín Dicenta, que ha traído un nuevo argumento en favor del divorcio, que todavía no han admitido nuestras leyes.

Lo atrevido de la tesis, lo escabroso de algunas escenas, lo trágico del desenlace, se discute mucho estos días: lo que no se discute, porque todo el mundo lo reconoce, es la poesía, el vigor, la valentía, el nervio que resalta en toda la obra y que ha producido escenas muy bellas.

Joaquín Dicenta es un poeta y un autor dramático. Tiene quizá arrebatos y apasionamientos propios de la juventud y de la energía de su

Digitized by Google

alma; pero si éstos son defectos, son de aquellos que corrige el tiempo.

***

¡Hace frío! Esta es la exclamación que más se oye en Madrid estos días. Las cigarreras reclaman á voz en grito calefacción para las anchas salas del palacio de Bellas Artes, donde envuelven ahora los puros y lían los pitillos; en las oficinas ya se han encendido las estufas donde calientan sus ateridos miembros los empleados y donde *sudan* las medias tostadas con que restauran sus fuerzas abatidas por los expedientes. Estamos en pleno reinado del *cock* y la *choubesky:* consagremos un recuerdo á la monumental chimenea campesina, donde arde lentamente el tronco del olivo y donde forma alegres llamaradas el seco manojo de romero y el patriarcal brasero que cubría la protectora camilla.

Con ellos se han ido muchos encantos y mucha poesía: preguntádselo, si no, á los señores mayores que cuando eran estudiantes frecuentaban las tertulias donde se jugaba á la lotería con cartones.

Ellos os harán la apología de la camilla y del brasero: el cock es más económico y más propio de la civilización, como que es el impulsor de la máquina y el productor del vapor, alma de la industria moderna; pero como aquello había poco.

Esto, al menos, me decía un señor muy respetable mientras aspiraba con delicia el polvo de rapé que sacó de la tabaquera y con el que se trasportó á los deliciosos recuerdos de los pasados tiempos.

KASABAL

Á UNA MORENA

Eres de lo mejor que yo conozco
dentro las de tu sexo:
jamás, ni las judías más hermosas,
como tú poseyeron
las gracias que te adornan y son muchas;
tampoco nunca vieron
los patios de la Alhambra á sus sultanas
bajo gasas y velos
lucir ojos tan grandes cual los tuyos,
tan grandes y tan negros;
y ni unas ni otras encerraron
su faz, cacho de cielo,
dentro el marco que prestan á tu cara
esos lindos cabellos
que en concurso cualquiera ganarían
de fijo el primer premio.

Yo no sé si la Virgen es morena:
en Montserrat tenemos
una de sus imágenes, que adora
con éxtasis el pueblo.
Morenita está allí: tal debería,
desde su trono excelso,
descender á la tierra para darnos
con su presencia ejemplo.
Y si del cielo descendió la Virgen
y es su rostro moreno,
á creer me aventuro que tu rostro
es muy digno del cielo.

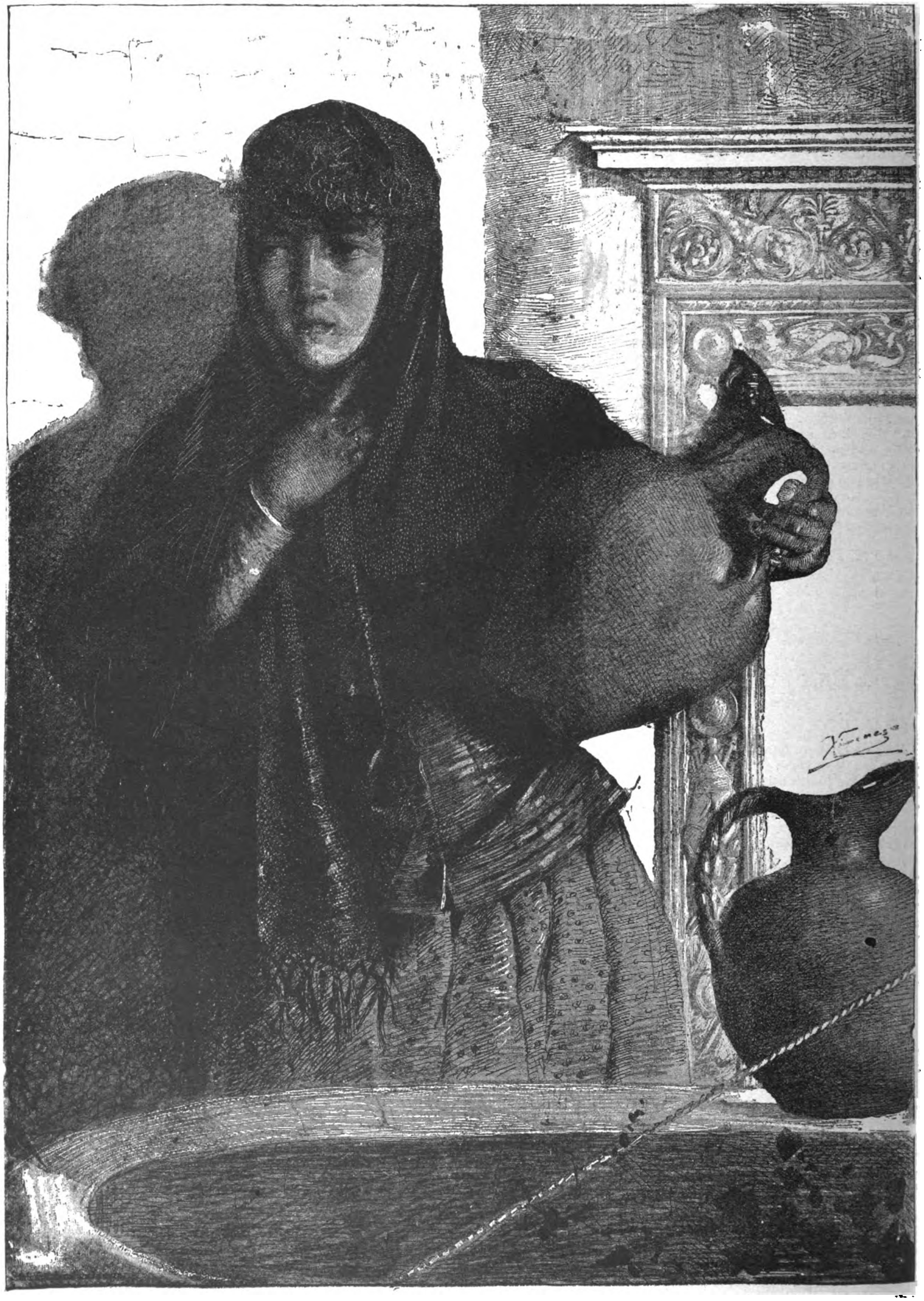
Tú todos los encantos seductores
juntas en ese cuerpo
que cimbrea al impulso de tu paso
süave como el céfiro.
Semejante á amapola que en el prado
mueve su talle esbelto
al sentir las caricias de la brisa
en prolongado beso,
así mueves el tuyo, que aprisiona
el alma y pensamiento
del mortal que se ahoga en las pupilas
de esos tus ojos fieros.

Tu tipo arrobador, en esta tierra
viene á ser el modelo,
la perla que destaca entre la arena
al recibir de Febo
los rayos de oro y rosa que deslumbran.
De tus ojos el fuego,
brillo crüel que hiere á quien lo mira,
ya resistir no puedo;
porque en ti es todo amor, fuente abundante
de locura y deseo
do mitigar su sed espera ansioso
mi corazón inquieto.
Al conocerte creí que tu persona
era sombra y no cuerpo,
pues no pensé jamás que ver pudiese
realizado un sueño
que, con bella ilusión, mi fantasía,
mi pobre pensamiento,
se tenían forjado allá en lo oscuro
de mi loco cerebro.
Pero te vi, te hablé, y de aquel instante,
de tan grato momento,
nació el deseo ardiente de tenerte
por tiránico dueño.
Lo he conseguido, al fin, y mi existencia,
mi porvenir entero,
te consagro yo á ti. No lo agradezcas,
no te fijes en ello,
que no va á ser por eso tu desvío,
tu ingrato silencio,
causa bastante para que renuncie
á admirarte de lejos
esos ojos tiránicos que guardan
un arsenal completo
de miradas de amor que cada una
forma un poema entero.
No dejaré tampoco de adorarte
por tus negros cabellos,
por tus manos süaves y pequeñas
cuyos eunucos fieros,
esos guantes ridículos, merecen
mi más hondo desprecio.
Y ese brazo encantador, que nace
escultural, perfecto,
delicado y ebúrneo, de esos hombros,
nívea base de un cuello
que rodea, celoso, el fino encaje
de tu vestido negro;
tu cuerpecito voluptuoso y breve,
que aumenta mi deseo;
ese pequeño pie, juguetón, lindo
cual pajarillo tierno
que busca desasirse de la jaula
donde está prisionero;
y esos labios que encierran, incitantes,
en grado tan inmenso,
la salvación del hombre á quien otorguen
un amoroso beso;
para mí serán siempre, aunque me eches
en cara tu desprecio,
el ídolo sagrado á quien mis súplicas
dirigiré en secreto.

RICARDO ROURA

TRAJES DE PASEO

Digitized by Google



POR AGUA: COSTUMBRES DE URBINO (dibujo de Héctor Ximenes)

Digitized by Google

LA PUERTECILLA DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS (cuadro de Ulises Ribustini)

Digitized by Google

LA LEY DE LA EDUCACION

En la obra complejísima que persiguen á la vez el pensamiento científico y el filosófico, aspirando á interpretar, con una base de experiencia cada vez más amplia y bajo una síntesis á todas horas más unitaria y comprensiva, la realidad que nos rodea, parece, más que superfluo, contraproducente recurrir á un dogmatismo que implica orgullo científico y cierra los ojos á los resultados de la experiencia, ó á un escepticismo que equivale á una falsa humildad, cuando no á un expediente cómodo para favorecer la nativa pereza de nuestra inteligencia. Efecto de ley propia del pensamiento (cuyo lema se encierra en el *plus ultra)* y consecuencia de lo que ofrece é impone la naturaleza varia, múltiple y compleja de lo pensado (signo inagotable en el cambiante indefinido de sus aspectos), ciencia y filosofía, experiencia y síntesis parciales, se ven hoy por igual obligadas á mantener una *posición crítica*, merced á la cual les sea posible recoger, como dice Spencer, el alma de verdad que existe en las ideas falsas. Plagada de estas últimas se halla la pedagogía tradicional y no carece de ellas la nueva, pues no posee privilegio ni talismán maravillosos que la impidan reincidir una y otra vez en el error.

Quién, por ejemplo, habla de materias de educación como de asuntos semejantes á los datos de un problema matemático, susceptible de una ecuación perfecta contra la opinión inversa de que vicios incorregibles é inveterados son muralla de la China frente á todo intento de reforma.

Como anillo al dedo ajusta aquí la posición crítica del pensamiento para fijar el alcance de la reforma educadora entre los dos extremos relativamente contradictorios y que experiencias parciales les dan aspecto de verdaderos. La crítica, por igual dirigida á la interpretación de la experiencia y á la síntesis generalizadora de sus resultados, es el único medio que puede fijar taxativamente el alcance de la educación y el límite infranqueable, contra el cual, como ola que bate roca inconmovible, choca y en vano lucha el esfuerzo del pedagogo.

Ante todo, bueno es advertir que el educando, materia sobre la cual opera el pedagogo, es un ser vivo, no blanda cera que recibe pasivamente el molde ó arlequín que se le quiera adaptar. El educando es, y si no lo es llega á serlo con el factor del tiempo *(deviene)*, persona, y la persona es un *compuesto instable* de elementos fijos (su propia espontaneidad, que tiene por base la constitución orgánica y la ley de solidaridad expresada en la de la herencia) y variables (el medio, los excitantes de la sensibilidad, el cambio de costumbre, etc.). Con semejante distinción se justifica la influencia eficaz, innegable, de la obra de la educación en todo lo que se refiere á los elementos variables de la personalidad, y su esterilidad completa, palpable en todo lo que afecta á los elementos fijos de la personalidad misma, que se modifican parcial y lentamente sólo en el grado en que se asimilan las trasformaciones que sufren los elementos variables. Es decir, en aquello en que, como afirma Schopenhauer, el *operari* afecta al *esse*.

Guando se pretende marchar contra la corriente, todo esfuerzo es estéril. Si el pedagogo sigue la impía máxima *la letra con sangre entra*, puede salir la sangre, pero no entra la letra. Aparece el dómine y tras su adusto ceño la rebeldía invencible del educando. La obra amorosa de la educación se convierte en una lucha sorda, de emboscadas, entre la dureza del que dirige el rebaño y la travesura del que, cuando no puede romperlo, roe el redil. Vence la naturaleza al arte y mejor al artificio. La naturaleza, exuberante de vida, rebasa por todos los poros: el artificio del dómine reglamenta hasta las actitudes y los gestos. Es la hora de clase, que todos hemos llamado el siglo de sufrimientos. Entonces los mas débiles en la lucha aprenden (¡triste aprendizaje!) á ser hipócritas: en cambio los más fuertes rompen contra todo valladar, y el grito de lo natural, perseguido por el formalismo escolástico, acentúa su lucha y la predisposición nativa se impone contra todo miramiento. Ovidio protesta contra su aversión á la jurisprudencia, porque su vena poética le arrastra y *quidquid tentabam dicere, versus erat;* Gœthe se opone al formalismo jurídico y lo vence con su *Lust zu fabuliren*; y Gambetta se salta un ojo para librarse de entrar en el seminario. Prescindid de lo natural, contrariadlo, pedágogos de todos los tiempos, que ello os vencerá siempre.

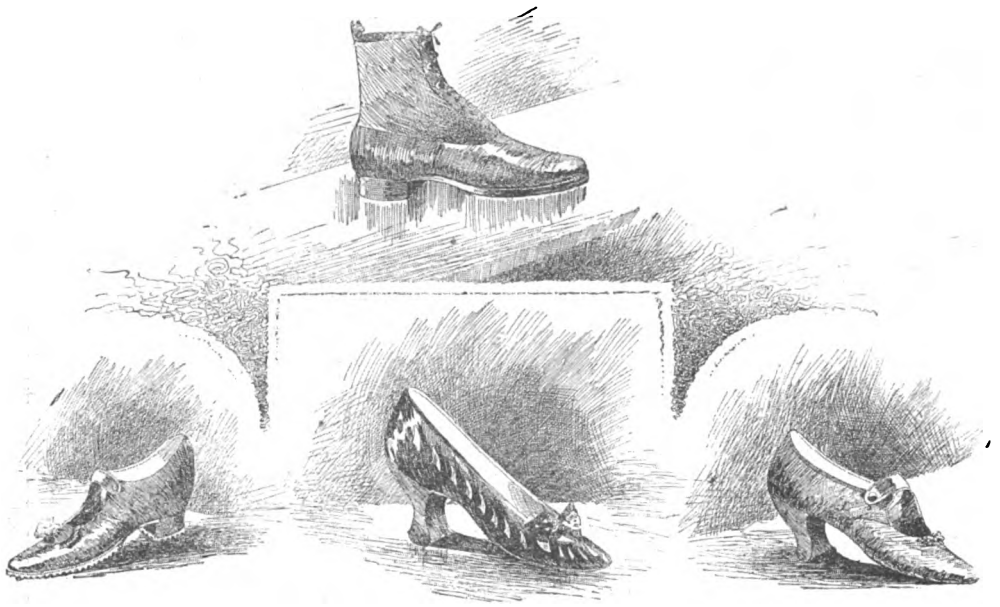
Inversamente, si el empeño del pedagogo cuenta con el factor invariable, fijo, de la espontaneidad del educando; si tiene en cuenta que es un organismo mental y por tanto una *fuerza* que es preciso dirigir y no contrariar abiertamente; entonces el resultado es bien diferente. Si el organismo mental (la espontaneidad) del educando como factor que determina sus cambios en relación con el tiempo (edades) es cuidadosamente observado por el pedagogo en las formas y tendencias (ideas), dentro de las cuales aquél expresa y simboliza lo que tiene dentro; si el educador se convence de que toda idea tiende á realizarse (ideas fuerzas de Fouillée) y á suscitar los movimientos apropiados á la acción; se convencerá, si quiere hacer eficaz su obra, que ha de llevar sus esfuerzos á modificar, no directamente los movimientos y tendencias resultantes de un determinismo inflexible (la necia presunción del que quiere infundir al niño la seriedad aparatosa del hombre grave), sino los móviles y excitantes de tales ideas y tendencias, encaminando su misión instructiva y educadora á los elementos variables de la personalidad. Si premeditadamente cambia los excitantes de la sensibilidad; si modifica, siempre contando con la ayuda eficaz del tiempo y huyendo de los falsos éxitos de precocidades destinadas á malograrse, las ideas del educando; si trasforma el medio; si, en una palabra, prepara la tierra, la labra y la abona; podrá recoger el fruto. Es, pues, ley de la educación, en vez de *contra naturam*, el precepto *seqüere naturam*, no para seguirla sin más y aun cohonestar sus descuidos y posibles desvíos, sino para mejorarla como ella misma es, de manera continua y rodeando la espontaneidad del educando de todas aquellas condiciones que deben constituir sustancias nutritivas que propiamente se asimile.

El hábito contra el hábito, es decir, el hábito bueno frente al malo, pero desarraigando éste é implantando aquél según la ley propia del hábito mismo; la continuidad, que impide, contra todo género de impaciencias, que se recolecte, por ejemplo, en abril, prematuramente, fruto cuya sazón no llega hasta setiembre.

Cuentan de un naturalista que colocó en una misma vasija, separados por un vidrio trasparente, sollos y pececitos de los que acostumbran comer los primeros. Los sollos se precipitaron, durante algún tiempo contra el vidrio: después, convencidos de su impotencia, concluyeron por no intentar siquiera arrojarse sobre los pececillos. Quitó después el vidrio y la buena armonía continuó reinando.

Alguna semejanza tiene con este procedimiento el propio del problema pedagógico: poner obstáculos á los malos hábitos, y después, una vez creado el hábito bueno, suprimir los obstáculos por inútiles, copiando así á la naturaleza, que se pretende modificar, pues sólo mandamos en ella, como dijo Bacon, en cuanto observamos sus propias leyes.

U. GONZÁLEZ SERRANO



BOTAS Y ZAPATOS DE MODA

LAS APARIENCIAS

Generalmente juzgamos los hechos y acciones de la vida por las apariencias, y éstas nos engañan la mayor parte de las veces.

«No es todo oro lo que reluce,» decimos cuando sabemos que una cosa aparenta ser mejor de lo que es en realidad, pues hay muchas que parecen lo que no son.

Como nuestra penetración no alcanza siempre á distinguir el fondo de las cosas, creemos que todo es tal como á primera vista nos parece, y nos equivocamos con frecuencia.

Si nos detuviésemos á examinarlo y profundizarlo todo, no nos equivocaríamos muchas veces.

Voy á demostrarlo.

Decimos que el cielo es azul porque á nuestra vista se presenta de ese color, y, sin embargo, según la feliz expresión de un autor, «ni es cielo ni es azul.» Sabido es que la física nos demuestra que en el espacio, á cierta distancia de nuestro planeta, no hay luz ni color.

Hé aquí una apariencia engañosa.

Filosofando un poco sobre este asunto, vemos que el mundo está tan lleno de engaños que no es extraño que nos equivoquemos á cada momento.

Por eso pocas veces podemos ver las cosas tales como son.

Acostumbrados á mirarlo todo superficialmente, nos fijamos poco en el fondo.

En sociedad sucede que todos rendimos culto á las apariencias.

Por esto se dice que no hay que fiarse de ellas.

Hay quien aparenta ser rico sin tener medios más que para vivir con modestia.

Digitized by Google

Ignorantes que pasan por sabios.

Cobardes por valientes.

Sujetos que al parecer tienen un carácter amable y bondadoso, y, sin embargo, ocultan un genio irascible.

Caracteres adustos y secos, suelen ser amables y cariñosos en el fondo.

Casi todos aparentamos lo contrario de lo que somos.

Con las mujeres sucede lo mismo.

Algunas que tenemos por modelo de virtudes ocultan los instintos más perversos.

Las que, por el contrario, aparecen llenas de vicios y de defectos, esconden en el fondo sentimientos bellísimos.

Otras, que aparentan una modestia sin igual, son presas del orgullo y la vanidad.

Y ¡cuántas personas que nos parece que la felicidad les sonríe por todas partes, suelen ser las más desgraciadas del mundo!

Así es el mundo: no todo lo que aparenta suele ser verdad.

Porque hay en él mucho de ficticio.

¡Cuántos hechos no condenamos por las apariencias, y, sin embargo, estamos engañados!

Por las apariencias se condena á un reo siendo inocente, ó lo absolvemos siendo culpable.

Muchos sucesos son de muy distinta manera que nos los figuramos.

Por más que las apariencias parezcan justificar una cosa, no puede dárseles completo crédito.

Ellas han hecho recaer faltas y delitos en personas cuya inocencia se encargó el tiempo de demostrar.

Por eso el que no obra bien, ante todo procura cubrir las apariencias.

Porque éstas, Dios nos libre de ellas, pueden en determinadas circunstancias salvarnos ó perdernos.

En sociedad no basta ser honrado: es preciso aparentarlo.

Cualquier criminal que al amparo de la ley consiga pasar plaza de hombre honrado tendrá la consideración de todo el mundo.

Las apariencias le protegen.

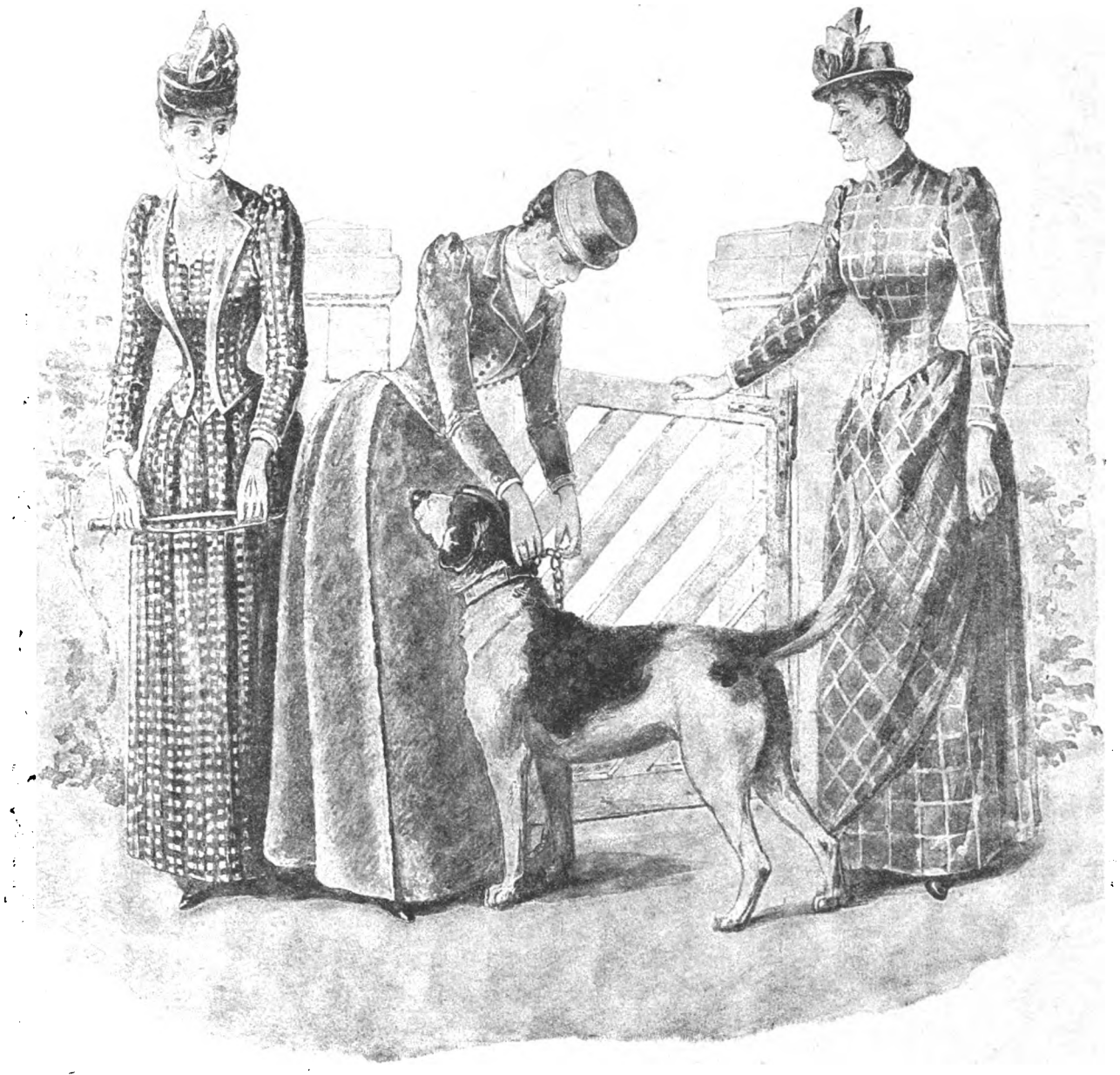
En cambio, ¡pobre del inocente que á los ojos de la sociedad aparezca como culpable!

La caridad no le salva.

La opinión pública le acusa, y es preciso que se someta á su inexorable fallo.

No hay peor juez.

J. F. SANMARTÍN Y AGUIRRE



TRAJES DE OTOÑO

LA ZORRA

Es la medianoche,
los cortijos duermen,
olor á vendimia
inunda el ambiente.
Del campo los hombres
guardadores fieles
cerca de los frutos
sus camastros tienden.
Enseña la luna
su círculo leve
que en el cielo claro
sereno se mece.
A lo lejos ladran
los hoscos lebreles
que en lóbrega ronda
las casas defienden.
Es la media noche,
y empiezan alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

***

La zorra que acecha
tras la mata verde,
escucha los ruidos
que del pueblo vienen.
Astuta y callada
del monte desciende
y pone el sigilo
en sus pasos leves.
Calles solitarias
y mudas paredes
encuentra en su marcha
que apenas se siente.
Si algún eco triste
el aire conmueve,
su cuerpo azorado
cobarde estremece.
Ya mira la tapia
que el corral defiende,
antes examina,
duda, retrocede;
afronta el peligro,
y de un salto asciende
y cauta domina
los tapiales fuertes.
Blanquea la luna

Digitized by Google

LA PROCESION DE SAN BAR
(cuadro d

Digitized by Google

OMÉ EN SITJES (CATALUÑA)

lipe Masó)

Digitized by Google

los rojos claveles
que el fresco y ufano
corral embellecen.
En el pueblo todo
ni un ruido se siente,
su sueño profundo
el rústico duerme;
las rejas tan sólo
celebran alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

***

En largos renglones
las gallinas tejen
el hilo del sueño
fantástico y leve.
Las crestas rojizas
bajo el ala meten,
y en el tosco palo
un pie las sostiene.
Del serrallo mudo
los lujosos reyes
los ojos abaten
y al sueño someten;
su túnica hermosa,
plegada aparece
como traje regio
tras fiesta solemne.
Nada el dormitorio
turba ni conmueve,
el reposo dulce
sus alas extiende;
las rejas tan sólo
celebran alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

***

De otro largo brinco
la zorra desciende,
y la leña cruje
al porrazo fuerte.
Temerosa un punto
su marcha detiene
y la puerta mira
que se cierra enfrente.
Luego paso á paso
medrosa se mueve
y en el gallinero
callada se mete.
Nada en él al pronto
se escucha ni siente;
luego un cacareo
el silencio hiende;
después suena un eco
que el espanto acrece;
y cual si estallaran,
tres mil cascabeles
unos graves, otros
agudos y fuertes,
un estruendo surge
que el viento estremece,
cantos de agonía
y gritos de muerte.
Al inmenso ruido
ladran los lebreles,
los perros despiertan
al asno que duerme,
al dueño el pollino,
el amo á la gente,
y armados de trancas,
de filos que hieren,
los unos pistolas
mostrando valientes,
los otros trabucos
con carga de siete,
se lanzan los hombres
creyendo que vienen
ladrones en banda
á darles la muerte.
Del corral la puerta
á un empuje cede,
y se precipita
en medio la gente.
Mas todo es vergüenza
y en risa fenece
viendo huir la zorra
con pisada leve,
que al trasluz enseña,
desde un caballete,
del hocico tosco
dos aves pendientes.
Luego comentarios
sobre el caso vienen,
uno que vió zorras
otro que vió duendes.
En tanto en las rejas
prosiguen alegres
de las azucenas
las fiestas de nieve.

SALVADOR RUEDA

BIBLIOGRAFIA

Cantares de *M. Serrano de Iturriaga*, precedidos de un prólogo por *D. Manuel Cañete*.

Entre la infinidad de autores que se dedican actualmente á componer cantares ocupará sin duda un distinguido lugar el Sr. Serrano, descollando especialmente en los que un académico llamaría *del género amatorio*. En cuanto al prólogo del Sr. Cañete, cualquiera diría que fué escrito allá por los años del 56, cuando D. Agustín Durán se devanaba los sesos para averiguar si nuestros antiguos romances eran invención del pueblo ó de los eruditos; pero lo gordo es lo que dice de Bécquer, suponiendo «que se le ha otorgado aquí y en la América española importancia tal vez mayor que la debida á su mérito como poeta lírico.» (!!)

Precio de los *Cantares*: 1 peseta 50 céntimos.

Doloras de *D. Ramón de Campoamor*. — Dos tomos de la «Biblioteca Selecta» de *D. Pascual Aguilar*. — Valencia, 1889.—2 reales tomo.

¡Dios se lo pague al digno editor valenciano! El pueblo, el pobre pueblo, podrá de hoy más conocer á fondo al gran Campoamor, al ilustre, al egregio, al incomparable Campoamor, el de las *Doloras* (no el de los *Pequeños poemas* de las últimas hornadas). ¡Con cuánto enternecimiento leemos *los de cierta edad* esas *Doloras* que fueron el más sabroso pasto poético de nuestra juventud! ¿Quién de nosotros no se sabe de memoria todas las *Doloras* clásicas? Y ¡cómo resisten á la acción del tiempo! ¡Cómo desafían los años, sin perder nada de su encanto!

Gran milagro éste de la *eternidad poética*. Yo recuerdo haber leído, muy niño aún, las primeras *Doloras* (todavía sin nombre de tales), en un admirable periódico que se llamaba *El Laberinto*, publicado por el célebre Boix. De entonces acá (no de cuando yo las leía, sino de cuando se imprimieron) habrán pasado muy bien sus cuarenta y seis años, y, sin embargo, ¿quién acertaría á adivinarlo?

Con la invención de las *Doloras* púsose Campoamor al nivel de los primeros líricos españoles. ¡Inventar un género! ¡Ahí es nada! Y el género es bien suyo, bien propio, no conociendo yo nada que se le parezca. Sólo tiene de malo que el que quiera imitarlo puede estar seguro de que lo hará detestablemente. Lo mismo que los *pequeños poemas*.

Las *Doloras* de Campoamor, con los romances de Zorrilla, son los más sazonados frutos que ha producido la lírica española en el presente siglo. Diversísimos en su género, son igualmente de admirar, y de cuanto se ha garrapateado en líneas cortas son lo único que resiste sin enmohecerse, y así como á medida que pasan años parece como que *D. Juan Tenorio* se remoza, así guardan el imperecedero encanto de lo bello y perfecto aquellas hermosas poesías tituladas *Cosas de la edad*, *Quién supiera escribir*, *Músicas que pasan*, *La comedia del saber*, *Fuente inagotable*, *Los grandes hombres*, *Antimonia del genio*, y, para decirlo de una vez, todas.

No son, por lo general, las *Doloras* de Campoamor, versitos de amores, sino cincelada urna en que está encerrado un profundo pensamiento filosófico; y como la forma, por lo exquisita, es siempre digna del fondo, de ahí que las tales composiciones estén destinadas á igual inmutabilidad de admiración que las de Goëthe, único poeta con quien, en todo caso, acertaría á comparar á Campoamor.

La Americana, por *Pedro Sales*. — Madrid. «La España Editorial.» 1890.

Novela llena de interés, escuela Gaboriau. Véndese á 14 reales.

Dentro de la República.—Viajes, episodios, tradiciones, tipos y costumbres de Méjico, por *Joaquín Herrera*.—Méjico, 1890.

El autor cumple perfectamente todo el programa que consta en la portada, saliendo muy airoso del empeño. Las narraciones se recomiendan, en su mayor parte, por el interés ó la amenidad del asunto. El lenguaje es correcto y natural, y el estilo muy pintoresco y animado.

El Decálogo, por *M. Martínez Barrionuevo*.—Barcelona.

Ocho tomitos van publicados de esa obra, y ninguno de ellos desmerece de los otros. Moviéndose dentro de una narración necesariamente corta, ha tenido el autor que concentrar sus peregrinas dotes, resultando así más intenso el brillo que caracteriza á todas sus producciones. La fantasía de Barrionuevo ha encontrado ancho campo en esa colección para trasladarse de uno á otro medio social, pasando su estilo por los más variados matices sin perder nunca aquel sello de espontaneidad que le distingue.

Ese estilo de Martínez Barrionuevo es uno de los más curiosos casos que conozco, pues reune al encanto de nuestros flamantes coloristas el inimitable dejo de los místicos. Páginas hay en *El Decálogo* como la *Carta* de *No levantar falso testimonio*, que son pura y simplemente una maravilla de idealidad, siendo difícil atinar cómo se puede *sentir* de la manera que indudablemente ha sentido el que las escribiera. Otra cualidad es el lenguaje, dechado de pureza, castizo, absolutamente exento de toda palabrota extranjera y de todo giro no castellano. En esta parte antójaseme comparar á Barrionuevo con una especie de escritor de nuestro siglo de oro redivivo. No es que el autor escriba tan bien por haberse empapado en los *buenos modelos*: es que escribe así por don natural envidiable, sin necesidad de andar tras del *Diccionario de Autoridades*.

Barrionuevo, que con sus anteriores novelas se había encumbrado ya á un muy buen lugar, se consolida en él con *El Decálogo*, alarde de lo que puede alcanzar una fecundísima imaginación al servicio de los más nobles ideales y secundada por una felicísima organización literaria. Barrionuevo piensa bien, siente con pasión y escribe como ya quisieran hacerlo más de media docena de señores académicos.

Elisa.—Narración amorosa original de *D. Alfredo Ulecia y Cardona*, precedida de una carta prólogo de *D. Carlos Vieyra de Abren*.

Forma un elegante folleto esmeradamente impreso y se halla de venta al precio de 1 peseta en casa del autor, Pizarro, 13, Madrid, y en esta capital en la librería del Sr. Güell.

Historias del tiempo viejo, por *Emilio Souvestre*.—Un tomo de la «Biblioteca del Siglo XIX,» á 2 reales.—Barcelona.

Contiene algunas historietas que despiertan el mayor interés y en las que se revela la originalidad que siempre caracterizó á su autor.

Un buen partido, por *Juan Tomás Salvany*.—Madrid. Precio, 4 reales.

La historia es muy edificante, con trazas de ser casi verdadera. En cuanto á la manera como está referida y escrita, no hay sino decir que su autor no desmiente en ella aquella envidiable

Digitized by Google

corrección que caracteriza su lenguaje, ni el talento con que sabe disponer la fábula de sus siempre agradabilísimas narraciones.

El mobiliario en la antigüedad, edad media y renacimiento, por *Alfredo de Champeaux*.—Tomo I. Madrid: «Biblioteca de Bellas Artes,» publicada por «La España Editorial.»—4 pesetas en rústica.

Recomiéndase absolutamente este libro, en todos conceptos, por el interés del asunto, cuyo conocimiento es indispensable á grandísimo número de personas; por la manera de realizar su exposición M. de Champeaux, y por las excelentes condiciones materiales en que aparece publicado. En cuanto á la traducción, á pesar de las arduas dificultades del asunto, deja muy poco que desear.

La obra de M. de Champeaux constituye hoy por hoy el mejor y más completo resumen de la historia del mobiliario, habiéndome sorprendido agradablemente el conocimiento que demuestra tener el autor tocante al mobiliario español, tan digno de especial estudio.

La primera parte, que es la publicada hasta ahora, comprende la historia del mueble en el antiguo Oriente, Grecia, Roma y Bizancio; en Francia desde el siglo XII hasta el Renacimiento, y en el resto de Europa, ayudando mucho á la comprensión de la materia los bonitos grabados que acompañan el texto.

Delirios, por *Lino González Ansótegui*.—Palencia, 1890

El autor, en su dedicatoria, dice que se propuso seguir la corriente de Enrique Heine; pero la verdad es que yo no sé ver esa reatería de que se acusa ó hacé gala el Sr. González, antes me parece todo lo contrario, esto es, me parece que el autor de *Delirios* es muy original, muy nuevo y muy *él*. Ahora, si seguir la corriente de Heine significa poseer una imaginación delicada, un talento cultivado, evidente instrucción, gusto en la rima y exquisita sensibilidad, entonces tendrá razón el joven poeta palentino. Sea como quiera, ello es que el Sr. González Ansótegui puede muy bien ser contado entre los buenos poetas de cierta escuela española que me parece se va formando y de la cual son de esperar para el porvenir obras de verdadera importancia.

Les Matinées Espagnoles, Nouvelle Revue Internationale, números 8 y 9.—5 francos.

Interesante en extremo es el sumario de los números citados, siendo muy notable la erudita y amenísima crónica parisiense del barón Stock, la novela que con el título de *La Grand' Mère* publica Mme. Rattazzi, el estudio sobre Eugenio Sue por M. R., y el poema en prosa *Le Taureau*, brillantísimas páginas de M. León Cladel, así como los curiosos artículos de Mme. Mary Summer, conocedora como nadie de las cosas del primer Imperio y la Restauración, Oscar Commettant, P. Monfalcone, H. Lyonnet, etc.

El no interrumpido interés que ofrecen los sumarios de la *Revista* del barón Stock, ha hecho de *Les Matinées Espagnoles* una de las mejores publicaciones en su género, siendo de alabar el celo desplegado por su director para que alcance cada día mayor nivel.

CARLOS MENDOZA

LOS PIES

Hé aquí un *artículo* de mucha *tela* para los maestros de *obra prima*, de cuya *tela* se apoderan, sacándole producto suficiente para satisfacer las necesidades apremiantes de este pícaro mundo.

Encuéntrase, en efecto, una clase modesta y numerosa, desparramada por todos los países, que vive de los pies, como otra clase menos modesta y más distinguida vive de la cabeza: no hago alusión á la de los peluqueros, sino á la de los que viven de su inteligencia. La lezna del zapatero y la pluma del escritor son los dos instrumentos del trabajo humano que funcionan desde abajo hasta arriba en el vasto taller del edificio social, y muchas veces la lezna es más productiva que la pluma, sin duda por aquello de que *los primeros serán los últimos* para castigo de la soberbia y de la vanidad del hombre.

Desde que nuestros primeros padres cometieron el pecado original, se avergonzaron de verse desnudos y trataron de taparse las carnes: empezaron por la sencilla y rústica hoja de parra, y concluyeron por el complicado y artístico traje de tisú bordado de oro. Cubrieron poco á poco los mortales todas las partes del cuerpo humano, exceptuando la cara, y aun ésta se la tapaban con la *carátula* los antiguos histriones; y en posteriores tiempos se cubre con el antifaz en los bailes de máscara.

EMIRA SERGENT MARCEAU

PROVINCIANA FRANCESA DEL SIGLO XVIII

Los pies sufrieron la misma suerte que las restantes partes del cuerpo: desde la grosera sandalia de los hombres primitivos hasta la sandalia de terciopelo y oro de Judit, desde la *cáliga* de cuero de los soldados romanos, hasta las botas polonesas de las damas *d'élite*, se ha encerrado al pie humano en distintas *formas*, ya pobres, ya ricas, según las épocas, según las clases sociales y según el objeto. La montañesa y casi salvaje *abarca*, con el trascurso del tiempo y con el refinamiento de la civilización, llega á convertirse en el elegante zapato con hebillas de plata de nuestros antepasados y en la vaporosa y aérea zapatilla de seda de las señoras del cuerpo coreográfico. La bota de gamuza, holgada y sin brillo de los tiempos antiguos, al hacerse palaciega, mengua en estatura, la fabrican de materia más suave y de mayor precio, y la convierten en el borceguí de terciopelo bordado con que los magnates se presentaban en las antiguas cortes.

***

Compréndese, por lo expuesto, que el hombre ha mimado sus pies en todas las épocas y en todas las circunstancias, casi tanto como las mujeres, porque ha comprendido la importancia que tiene en la vida *su pedestal*, siendo agradecido á la base que le sustenta en el mundo. Para inutilizarla, castigando al mismo tiempo á los presuntos reos, tuvo el Tribunal de la Inquisición la diabólica ocurrencia de inventar *el borceguí de hierro*, que calzaba á los criminales, cuyos pies oprimía con cuñas de la misma materia, cada vez más gruesas cuanto más tiempo tardaban en confesar el delito cometido ó que les atribuía el denunciador. Destruir los pies, causando intensísimos dolores al paciente para obligarle á que se confesara reo, era uno de los tormentos con que *el Tribunal de la Fe* trasportaba para el martirizado el infierno al mundo por medio del horrible borceguí. ¡Gracias á Dios está ya desterrado para siempre esta clase de calzado, proscrito por la civilización y por la humanidad! La religión y la justicia ya no fuerzan á andar cojos á los mortales, que gozan del uso libre de sus dos pies aunque su conducta reprobable les haga acreedores á sufrir alguna pena y les condenen á sufrirla.

El tormento del borceguí me trae á la memoria las compañías de bandidos que se llamaron *chauffeurs* (abrasadores), que á fines del siglo XVIII y á principios del XIX existían en el norte y en el oeste de Francia, en Bélgica y en las orillas del Rhin, que quemaban los pies de los dueños de las casas de campo que asaltaban para obligarles d ese modo á que les entregaran las riquezas que poseían, condenándoles á un tormento parecido al de la Inquisición. Afortunadamente tampoco ya no existe ese otro martirio de los pies.

***

Si los hombres dan importancia á los pies, mucha más importancia les dan las mujeres, porque les consta que son uno de sus mayores atractivos. Un pie femenino de artístico corte, aprisionado en coquetona botita, enamora al sexo feo y le hace cometer locuras, decir disparates y hasta escribir buenos versos. El hombre lo persigue porque sabe que si la mujer *le da el pie él se tomará la mano*, que desde que el mundo es mundo es una verdad eterna el adagio vulgar que dice: *Por la peana se adora al santo*. El ingenio varonil de Ayala no creyó humillarse dedicando este soneto clásico

A UNOS PIES

Me parecen tus pies, cuando diviso
que la falda traspasan y bordean,
dos niños que traviesos juguetean
en el mismo dintel del Paraíso.
Quiso el amor y mi fortuna quiso
que ellos el fiel de mi balanza sean:
de pronto, cuando salen, me recrean;
cuando se van, me afligen de improviso.
¡Oh pies idolatrados! ¡Yo os imploro!
Y, pues sabéis mover todo el palacio
por quien el alma enamorada gime,
traed á mi regazo mi tesoro
y yo os aliviaré por largo espacio
del riquísimo peso que os oprime.

¿Qué quieren decir las fórmulas sociales—*Estoy á los pies de V., señora*, y—*Beso á V. los pies?* Ambas significan que los galanes debemos rendir vasallaje á las damas y que expresamos el tributo de nuestra galantería arrodillándonos y acariciando platónicamente esas dos extremidades del cuerpo femenino que para nosotros tienen inapreciable valor y le representan dignamente. Esas dos fórmulas son una sinécdoque, como diría un gramático: usándolas tomamos la parte por el todo. Decimos: —*Beso á V. los pies*, en vez de decir: —*Beso á V. etc., etc.*

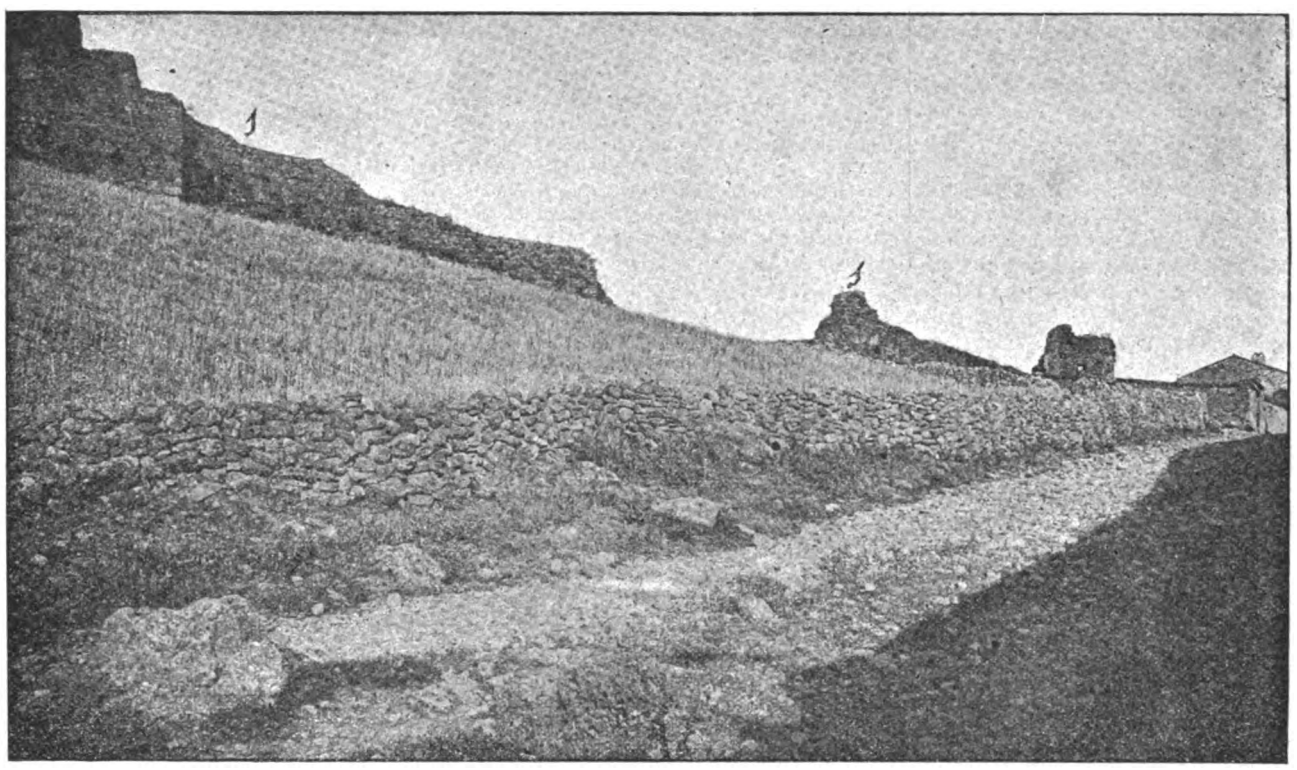
Tanta influencia, tanto prestigio tienen los pies de las mujeres para nosotros, que un notable escritor filosófico de Francia, Aimé-Martin, no titubeó en decir que «los hombres, ó se

Digitized by Google

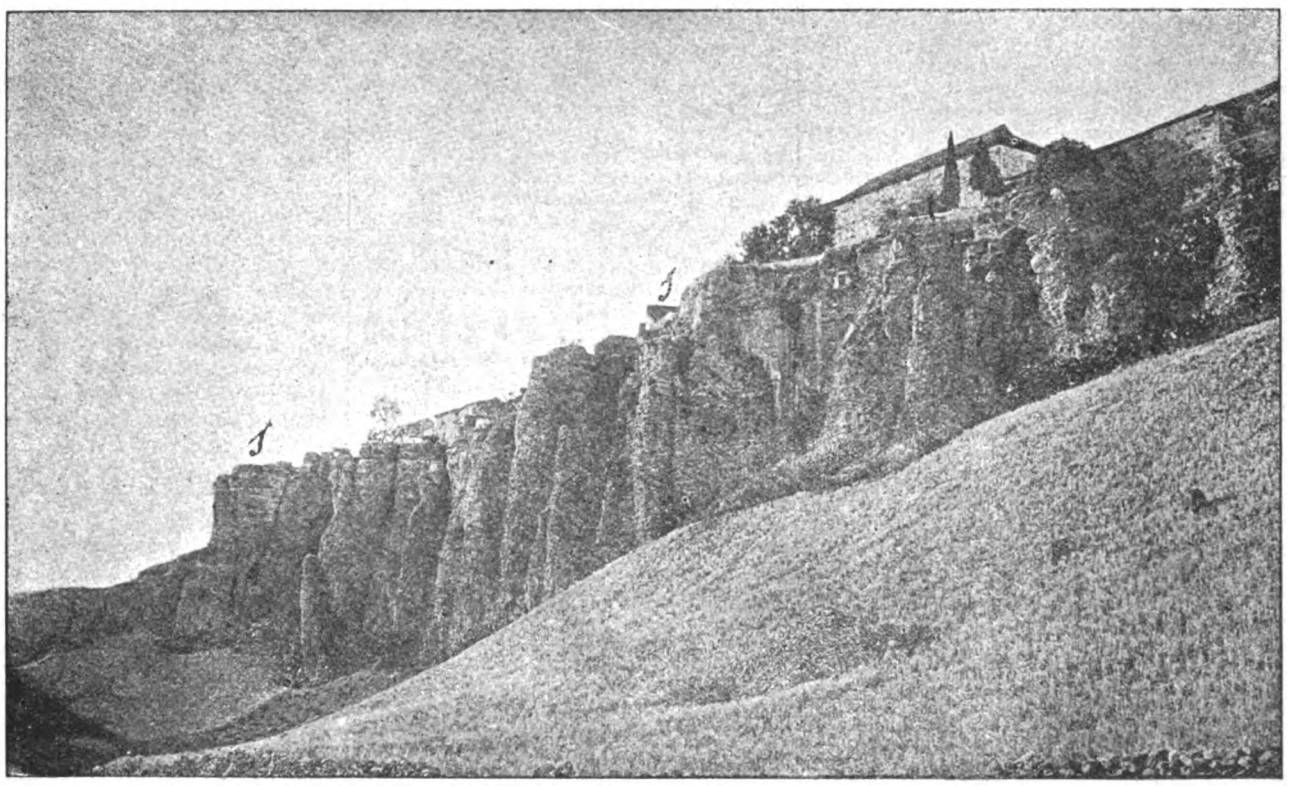
BATAS NUEVAS

Digitized by Google

RONDA



1. Muros romanos.—Oeste de la población



1. Naturaleza del terreno.—Oeste de la población

Digitized by Google

embrutecen en sus brazos, ó se civilizan á sus pies.» De cuya máxima se deduce que, sobre guardar postura incómoda, es preferible estar á sus *pies* que en sus *brazos*, con cuya deducción estoy seguro no estarán conformes los que no sean filósofos, como el autor que acabo de citar.

Crea cada cual lo que le plazca, lo cierto es que los pies del bello sexo tienen para nosotros tanto imán como los ojos; y si aquéllos no pueden disparar en sus arsenales miradas mortíferas, como éstos, en cambio, aprovechándose el hombre de la oscuridad, ó de otra ocasión cualquiera, cuando está cerca de unos pies femeninos, con los suyos estrecha la distancia y da ligeros golpecitos á aquéllos; y si consigue ser pagado en la misma moneda, obtiene el anuncio tácito de que será correspondido en cuanto abra la boca para declarar su pretensión. Exactamente lo mismo que hacen los ojos: los golpecitos de los pies son equivalentes á las miradas. La mujer que huya el pie, esquivando el contacto del vuestro, no os ama: desistid de pretender su cariño, como desistís si aparta la vista cuando le dirigís miradas eróticas. El pie de la mujer es un oráculo al que se debe consultar siempre que se pueda. Los golpecitos cariñosos, que son las primeras guerrillas de la batalla del amor, son apetecibles y los buscan los hombres experimentados, así como huyen de recibir la pisada de un gallego, que, según autorizadas opiniones, es mortal: al vislumbrar un aguador de esa especie, el que es cauto *pone pies en polvorosa*.

JACINTO LABAILA

(Se concluirá)

NUESTROS GRABADOS

JUVENTUD Y ANCIANIDAD

El contraste está discretamente señalado, sin necesidad de acudir á hiperbólicos términos de comparación. Más que de una *antítesis*, puede decirse que el dibujante ha querido dar idea de una *evolución*.

EL ARTE ITALIANO

POR AGUA, *dibujo de Ximenes*.—PUERTECILLA DEL CONVENTO DE SAN FRANCISCO DE ASÍS, *cuadro de Robustini*

El cuadro de Robustini lleva su mejor recomendación en el hondo efecto que produce en virtud de su propia sencillez. En *Por agua* la parte característica es el pañolón negro con que cubren su cabeza las doncellitas de Urbino. El dibujo es del natural, haciendo honor la modelo al cuidado con que conservan su fama de *bellas como una Madona* las paisanas de Rafael (no *Lagartijo*, sino Sanzio).

EL ARTE ESPAÑOL

LA PROCESIÓN DE SAN BARTOLOMÉ EN SITJES
Cuadro de Felipe Masó

Sin duda por lo extremadamente típico del asunto (la procesión que se acostumbra en las *fiestas mayores* de Cataluña), ha obtenido el cuadro de nuestro paisano D. Felipe Masó uno de los mayores éxitos que en el extranjero haya alcanzado nunca un artista español. Justo es decir que el tal éxito es de todo punto merecido, pues *La Procesión de San Bartolomé en Sitjes* es no sólo un precioso cuadro de costumbres, sino que revela un talento de composición y una riqueza de paleta de que con muy motivado fundamento podria envanecerse cualquier artista. Como color local nada falta allí, figurando sin excepción todos los elementos pintorescos que con tanta profusión se hallan reunidos en Sitjes para hacer de su fiesta mayor una de las que mayor aliciente ofrecen así á los naturales como á los forasteros.

UNA PROVINCIANA FRANCESA DEL SIGLO XVIII

Nació María Marceau Desgraviers, hermana del ilustre general, en Chartres, en 1754, siendo su padre relator del Tribunal Real del Crimen de la provincia de la Beauce. Niña aún, enamoróse de ella el famosísimo Sergent, con el tiempo secretario de Robespierre. Dícese que era *Emira*, que así se llamó después María, una mujer encantadora, una belleza digna de ser cantada por cualquier Petrarca que hubiera habido en los tiempos de la Revolución Francesa, mientras que su papá era uno de los hombres más bárbaros, mal marido, mal magistrado, funcionario inmoral á todas luces, siendo una verdadera dicha que su hijita saliera todo al revés de él.

Murióse su madre cuando la niña tenía tan sólo trece años, y fué Emira puesta en un convento, contándose de ella que, como reinase en Chartres la viruela, se vacunó secretamente (con virus varioloso, por supuesto), valiéndole esto haber escapado con muy poco daño. Sin duda á Emira le pareceria que sería lástima se echase á perder su palmito, ya que tan lindo era.

Al volver Emira á sus patrios lares, encontróse con una madrastra que, con decir que era digna esposa de M. Desgraviers, está dicho todo. Casáronla á los catorce años con un tal M. de Cerrol, rico y linajudo personaje, pero tan bruto que su mujer se le fugó al poco tiempo. Según Sergent, era entonces Emira una hermosura divina, fuera de adolecer de unos pies como unas barcas; y no hay que decir que si antes la quería con amor platónico, queríala ahora con una pasión verdaderamente volcánica.

Vino en 1784 la inevitable separación de M. y Mme. de Cerrol. Sergent, que era grabador, se asoció en París con Emira, que sabía dibujar muy bien. Por fin, en 1789, y amparándose en la ley, casáronse los dos socios, unidos hasta entonces por los más puros lazos. Acusado Sergent en 1795

EMIRA EN SU GABINETE

de haber tomado parte en una conspiración, tuvo que emigrar á Suiza, donde al poco tiempo fué á reunírsele su esposa. Comprendido en la amnistía decretada en 1796, juntóse con su cuñado Marceau en Coblenza. Pocos meses después moría el insigne caudillo republicano.

Al año siguiente regresó Sergent á París, y por influencia de Bernadotte fué nombrado director del Hospital Militar; pero no habiéndose recatado de echar pestes de Bonaparte, se hizo sospechoso de haber tomado parte en el complot de Fieschi, y gracias si pudo salvar la vida, escapando a Italia. Allí debieron ganarse el sustento Emira y él dando lecciones de francés, traduciendo y grabando; pero sin duda debieron pasarlo regularmente cuando podían permitirse el lujo de dar reuniones, en las cuales podía Emira lucir su incomparable maestría en el minué y en la *allemande*.

Cuando después de Wagram visitó Napoleón á los heridos que había en los hospitales de Viena, fijóse en Maugars, que había sido compañero de armas de Marceau, y, al preguntarle si quería le concediera alguna gracia, respondióle el bravo general:—Una pensión para la hermana de Marceau.—No pudo recoger su palabra el déspota y concedió á Emira una pensión de 1,200 francos.

En 1820 coleccionó Emira un tomo de noticias históricas sobre su hermano, con grabados de Sergent. Por fin, en 1830 se murió en Niza, dejando en el mayor desconsuelo á su marido. Este alcanzó, con todo, una longevidad muy respetable, pues no falleció hasta 1846, á la edad de noventa años.

RONDA: OESTE DE LA POBLACIÓN

Van hoy los últimos grabados relativos á Ronda, según las fotografías que debemos á la amabilidad del señor marqués de Salvatierra, por los cuales puede verse la configuración del terreno sobre que se asientan, por el oeste, las antiguas murallas de la ilustre capital de la serranía.

ES SALUDABLE

De salud no me indispongo
dejando de ser anémico,
usando el *jabón higiénico*
de los PRINCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Victor Vaissier, París.
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

Rankeillor consultó su libro.

—¿Quiénes eran vuestros padres?—continuó.

—Mi padre, Alejandro Balfour, era maestro de escuela de dicho pueblo; y mi madre se llamaba Engracia Pitarow: creo que tenía su familia en August.

—¿Poseéis documentos que identifiquen vuestra persona?

—No, caballero; pero están en manos del ministro Sr. Campbell y podría presentarlos muy pronto; de modo que mi tío se vería en la precisión de reconocer mi legitimidad.

—¿Os referís á Ebenezer Balfour?

—El mismo.

—Supongo que le habréis visto.

—Sí, señor, porque me recibió en su casa.

—¿Habéis conocido á un hombre llamado Hoseason?

—Sí, caballero: por desgracia mía, pues por sus ardides y por la mediación de mi tío fuí secuestrado á la vista de esta ciudad y conducido al mar para embarcarme, después de lo cual naufragamos y sufrí los padecimientos que me han conducido al estado en que me veis.

—¿Decís que naufragasteis?—continuó Rankeillor.—¿Dónde sucedió esto?

—En la extremidad sur de la isla de Mull,—contesté.—Yo fuí arrojado á la isleta de Earraid.

—Sois más fuerte que yo en geografía,—contestó el abogado sonriendo;—pero puedo deciros que todo eso conviene exactamente con otros informes que tengo. Sin embargo, decís que habéis sido secuestrado. ¿En qué sentido?

—En toda la extensión de la palabra, caballero. Yo me dirigía á vuestra casa, cuando fuí engañado y conducido al bergantín. Encerráronme en la cala y no me dejaron salir hasta que estuvimos en alta mar. Me destinaban á ser esclavo, y á Dios gracias he podido escapar de tan triste suerte.

—El bergantín se perdió el 27 de junio,—dijo Rankeillor consultando su libro,—y ahora estamos á 24 de agosto. Aquí hay un intervalo de cerca de dos meses, Sr. Balfour, que ha ocasionado ya mucha inquietud á vuestros amigos; y por mi parte no estaré satisfecho hasta que me lo expliquéis.

—A decir verdad,—repuse,—nada es más fácil; pero antes de referir mi historia me agradaría saber si estoy tratando con un amigo.

—No puedo asegurarlo hasta después de haberos oído,—contestó Rankeillor;—y para ofreceros mi amistad necesito obtener antes los debidos informes: sobre todo debéis depositar en mí vuestra confianza.

—No debéis olvidar,—repliqué,—que de un exceso de ella han provenido todas mis desgracias y que fuí destinado á la esclavitud por el mismo hombre que, si no me engaño, os tenía por agente de negocios.

Hasta entonces había ganado poco á poco algún terreno en el ánimo de Rankeillor y era indudable que le infundía confianza. Al oir mis últimas palabras no pudo menos de reirse.

—Vamos,—dijo;—veo que no os explicáis mal. *Fui, non sum*. Yo era ciertamente agente de negocios de vuestro tío; pero mientras anda-

Digitized by Google

bais por el oeste *(imberbis juvenis custode remoto)* ha pasado mucha agua por debajo de los puentes. El mismo día en que ocurrió el naufragio, el Sr. Campbell se presentó en mi casa, preguntando por vos con la mayor inquietud. Yo no sabía que existierais; pero sí conocí á vuestro padre, y, por varios asuntos de mi competencia, de los cuales se tratará después, inclinábame á creer lo peor. El Sr. Ebenezer no negó que os hubiera visto, y díjonos que os había entregado considerables sumas (cosa que me pareció improbable), con cuyo dinero marchasteis al continente de Europa para terminar vuestra educación. Preguntado por qué no enviasteis una palabra de despedida al Sr. Campbell, contestó que habíais manifestado el deseo de romper con vuestra vida pasada. Preguntósele también dónde estabais, pero alegó ignorancia, diciendo que en su concepto os hallabais en Leyden. Estas fueron poco más ó menos sus contestaciones, mas no creo que nadie diera crédito á sus palabras. Yo le hablé en aquella ocasión, y sin duda debió disgustarle lo que le dije, pues me enseñó la puerta. De todos modos, por más que sospechásemos, carecíamos de prueba alguna para adoptar una resolución. En esto llegó el capitán Hoseason, quien aseguró que habíais perecido en el naufragic. Entonces comprendióse todo, y las consecuencias fueron un profundo pesar para el Sr. Campbell, perjuicios para mi bolsillo y una nueva mancha para vuestro tío. Lo que acabo de manifestaros basta, señor Balfour, para daros á conocer el estado de este negocio, y ahora podréis juzgar si soy digno de vuestra confianza.

Rankeillor me pareció un poco pedantesco, sobre todo por sus citas en latín; pero era hombre de agradable carácter y finos modales é inspiróme confianza. Además pude comprender que él también la tenía en mí y que no dudaba de mi identidad.

—Caballero,—le dije,—si os refiero mi historia, la vida de un amigo dependerá de vuestra discreción. Dadme palabra de que será un secreto, y, por lo que á mí hace, no exigiré más garantía.

—Tenéis mi palabra,—repuso Rankeillor con gravedad.—Pero vuestros prolegómenos son alarmantes, y debo advertiros que, si en esa historia hay algo contra la ley, convendrá que paséis sobre ello ligeramente, teniendo en cuenta que soy abogado.

Referí mi historia desde el principio, escuchándome Rankeillor con los ojos medio cerrados, y tan atentamente que llegué á creer que dormía; pero, muy lejos de ello, recogió todas mis palabras una por una, y recordólas después con una precisión que me admiró. Sin embargo, cuando hablé de mi amigo hubo una interrupción. El nombre de Alan, por supuesto, había resonado en toda Escocia, asociándosele con el asesinato en Appin; y, apenas le pronuncié, Rankeillor abrió mucho los ojos, moviéndose en su asiento.

—Yo no citaría nombres inútiles,—dijo,—sobre todo de hombres de la alta montaña, muchos de los cuales están reñidos con la ley.

—Tal vez tengáis razón,—contesté;—pero, ya que se me ha escapado, podré continuar.

—Nada de eso, amigo David, pues soy algo duro de oído, y no me será fácil pronunciar bien el nombre que habéis citado. Si os parece, llamaremos, á vuestro amigo, Thompson, y así no habrá malas interpretaciones.

Por estas palabras comprendí que el abogado había oído ya citar el nombre y sospechaba que yo iba á referir ya el asesinato. Si á él le convenía alegar ignorancia, esto no me importaba; de modo que me limité á sonreirme, continuando la narración. En todo el resto de mi historia sustituí al nombre de Alan el de Thompson, á Collin Campbell le llamé Glin, y á Cluny, Jacobo, jefe escocés. Todo esto era una farsa, y yo me extrañé que el abogado consintiese en ello; pero, bien mirado, estaba, era del gusto de la época cuando luchaban dos partidos y las personas pacíficas no querían comprometerse.

—Bien, bien,—dijo el abogado cuando hube concluído.—Vuestra historia es una odisea, y debéis referirla en buen latín cuando hayáis terminado vuestros estudios, ó en inglés si lo preferís así, aunque yo elegiría el primero de estos idiomas. Habéis corrido mucho, *quæ regio in terris*, y no será extraño que en todas partes se hable de vuestras aventuras. Me parece que tenéis una aptitud singular para caer en falsas posiciones; pero en cambio no os falta ánimo para salir de ellas. Ese Sr. Thompson debe ser, por lo visto, un caballero á quien no faltan buenas cualidades, aunque tal vez demasiado belicoso. Por lo mismo no me importaría que, á pesar de sus méritos, estuviera en el mar del Norte, porque en rigor podría servir de estorbo. Sin embargo, tal vez hagáis bien en apreciarle, porque indudablemente él os corresponde. De lo que me habéis dicho resulta que era vuestro fiel compañero; pero no importa, pues por fortuna han pasado ya esos días, y creo de buena fe que falta muy poco para que terminen vuestras perturbaciones.

TUMBA DE EMIRA SERGENT MARCEAU

Mientras moralizaba sobre mis aventuras, mirábame el abogado con tanta benevolencia, que no pude menos de experimentar la mayor satisfacción. Trataba hacía tanto tiempo con la gente más baja, y había dormido con tal frecuencia en las colinas al aire libre, que estar en una casa decente y hablar con un caballero me parecía una felicidad; pero de pronto fijé la atención en mis harapos y me avergoncé. El abogado, que no me perdía de vista, comprendió al punto mi pensamiento, levantóse, abrió la puerta de la habitación, y gritó que pusieran un plato más á la mesa porque el Sr. Balfour se quedaría á comer. Después condújome á una alcoba del piso superior de la casa, dióme agua, jabón y un peine, y puso delante de mí alguna ropa perteneciente á su hijo, dejándome sólo para que me arreglara.

CAPITULO XXVIII

EN BUSCA DE MI HERENCIA

Después de hacer en mi persona todo el cambio posible, miréme al espejo y me regocijé al ver que mi aspecto de mendigo no existía ya y que volvía á ser el David Balfour de antes. Sin embargo, avergonzábame del cambio al pensar que las ropas eran prestadas. Cuando hube concluído y ya iba á salir, Rankeillor se presentó, felicitóme por el cambio y me condujo de nuevo á su bufete.

—Sentaos, amigo David,—dijo;—y ahora que parecéis más lo que realmente sois, permitidme daros á conocer algunos antecedentes que os interesan. Sin duda estáis haciendo comentarios respecto á vuestro padre y vuestro tío; y á fe mía que la historia es singular, tanto que tal vez no podré referírosla sin ruborizarme, puesto que en el fondo hay una cuestión de amor.

—A decir verdad,—contesté,—no veo qué relación pueda tener esto con mi tío.

—Es que vuestro tío, amigo David, no fué siempre viejo, ni menos feo, lo cual os sorprenderá tal vez más. Muy por el contrario, era un gallardo mozo, y cuando iba á caballo llamaba la atención de todos los que le veían. Yo mismo lo pude observar con mis propios ojos, pues entonces era un muchacho.

—Me parece un sueño,—repliqué.

—Y no es eso todo, sino que Ebenezer estaba dotado de facultades que prometían mucho para el porvenir. En 1715 huyó para reunirse con los rebeldes, y vuestro padre fué quien le persiguió: encontróle en un pantano y le hizo volver á su casa *multum gementem*. Poco después los dos jóvenes se enamoraron, y, por desgracia, de la misma mujer. Ebenezer, que era el más admirado y querido de todos, contaba por segura la victoria; pero cuando vió que se engañaba puso el grito en el cielo, dando al aire sus quejas, hasta que todo el mundo se enteró. Su resentimiento y disgusto fueron causa de que enfermase, y toda la familia comenzó á verter lágrimas, creyendo que era llegada su última hora. Restablecido al fin, dióle por recorrer las tabernas, donde contaba á todo el mundo sus pesares. Vuestro padre, amigo David, era todo un caballero, pero débil de carácter: vió con disgusto aquello, y cierto día resolvió renunciar á la dama. Sin embargo, ésta última, mujer de buen sentido, no se conformó con semejante proceder. Los dos pretendientes le imploraban de rodillas, y el resultado fué enseñarles la puerta para que se retiraran. Esto sucedió en el mes de agosto, el mismo en que yo salí del colegio.

Aquel asunto me pareció ridículo, pero no puede olvidar que mi padre había tenido parte en él.

—Seguramente,—dije al abogado,—después ocurrió alguna tragedia.

—Nada de eso,—contestó Rankeillor,—pues la tragedia implica alguna contienda ó disputa, alguna *dignus vindice nodus;* y todo aquello ocurrió por la petulancia de un joven presumido y mimado, que sólo necesitaba un buen correctivo. Vuestro padre, sin embargo, no lo creyó así, y el hecho es que de concesión en concesión por parte de él, y á fuerza de egoísmo por la de vuestro tío, acabaron por hacer una especie de convenio, cuyas enojosas consecuencias habéis pagado vos: vuestro padre se quedó con la dama y el otro con los bienes. Ahora bien, Sr. David: se habla mucho de sentimientos caritativos y de generosidad; pero yo creo que, en ciertas situaciones críticas de la vida, lo mejor que puede hacer un caballero es consultar con su abogado para saber lo que le permite la ley. De todos modos, el quijotismo de Alejandro Balfour, absurdo por demás, ha dado lugar á una serie de monstruosas injusticias de familia. Vuestros padres vivieron y murieron pobres, y por eso fué también pobre vuestra educación; mientras que Ebenezer disfrutaba de mal adquiridos bienes como dueño del dominio de Shaws.

—¡Qué convenio tan singular!—exclamé yo.

—No desconocía seguramente Ebenezer,—continuó el abogado,—que obraba mal; y muy pronto fué objeto de severas censuras. Los que supieron la historia volviéronle la espalda, y los que la ignoraban, viendo que un hermano desaparecía y que el otro era dueño de los bienes, supusieron que se había cometido un asesinato; de manera que todos evitaron su presencia. Vuestro tío se quedó con la hacienda, pero perdió la estimación pública; y cuanto más dinero tuvo, más quiso tener. Ya era egoísta y avaro cuando joven, lo fué después, y ya veis lo que es ahora.

Traducción de

ENRIQUE DE VERNEUIL.

(Se continuará)

Digitized by Google

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

Perfumería, 13, Rue d'Enghien, Paris

LACTEINA de E. COUDRAY

Perfumería especial, comprendiendo:
JABON — POLVOS DE ARROZ,
ACEITE, ESENCIA, AGUA DE TOCADOR.

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS

Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rapidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

El Vigor del Cabello
DEL DR AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

NO TIENE RIVAL para impedir la calvicie y caida del cabello. Es el único que lo hace crecer vigorosamente. Evita positivamente las canas y devuelve al cabello cano su primitivo color, dando á su raíz el vigor de la juventud. Cura infaliblemente la caspa, tiña, y todos los humores de la cabeza. De venta en todas las farmacias y perfumerias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., U. S. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelena.

Frasco: 5 fr. — FUERZA DEL CUTIS — en Paris
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
&c
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie — Bd St-Denis, 15

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS

El **VINO** de **PEPTONA CATILLON**
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL **ESTOMAGO**
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de **VIVAS PÉREZ**

Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO** toda clase de *vómitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estomago y piroxis con eructos fétidos.*

Precios: Caja grande, 3'50 ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general

Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería

Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.—Exigir la firma y marca de garantía.

Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.

Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.—De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL Dr FRANCK

Constipacion (*estreñimiento*) Jaqueca, Malestar. Pesadez gástrica Congestiones, curados ó prevenidos.
Etiqueta adjunta en 4 colores)
PARIS : Farmacia LEROY
91, rue des Petits-Champs.
EN TODAS LAS FARMACIAS DE ESPAÑA

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

SALINO REGAL

Remedio eficaz para las afecciones del aparato digestivo. Preservativo seguro contra las enfermedades infecciosas, tales como CÓLERA, TIFUS, VIRUELA, FIEBRES, SARAMPION, DIFTERIA, etcétera, etc.

Bebida agradable, ligeramente laxante y NO IRRITA. Regula las funciones del sistema en general, y lo fortalece. Cura positivamente todas las afecciones del estómago y del vientre. En su efervescencia desarrolla OZONO, que es el principio de la vida. Sus cualidades antisépticas preservan, al que lo toma, de las enfermedades infecciosas, impidiendo en el cuerpo humano el desarrollo de los microbios ó micro-organismo que producen el mal.

Preparado por THE SALT REGAL Y C.ª.—Londres.—Agentes generales para España: Vilanova hermanos y C.ª.—Barcelona.—De venta en las principales farmacias y droguerías.

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma : J. ESPIC.*
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de ESPAÑA : **2 fr. la Caja.**

FUMIGATEUR PECTORAL — CIGARETTES ESPIC

PATE AGNEL * AMIDALINA Y GLICERINA

Este excelente Cosmetico ***blanquea y suaviza la piel*** y la preserva de ***cortaduras, irritaciones, picazones,*** dandole un alterciopelado agradable. En cuanto á las manos, les da solidez y transparencia á las uñas,
En la Perfumeria Central de AGNEL, 16, Avenue de l'Opéra,
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas las buenas Perfumerias.

SERVICIOS DE LA COMPAÑÍA TRASATLÁNTICA DE BARCELONA

LÍNEA DE LAS ANTILLAS, NEW-YORK Y VERACRUZ.—Combinación á puerto americanos del Atlántico y puertos N. y S. del Pacífico.
Tres salidas mensuales el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.
LÍNEA DE COLON.—Combinación para el Pacífico, al N. y S. de Panamá y servicio á Cuba y Méjico con trasbordo en Puerto Rico.
Un viaje mensual, saliendo de Vigo el 15, para Puerto Rico, Costa-firme y Colón.
LÍNEA DE FILIPINAS.—Extensión á Ilo Ilo y Cebú, y combinaciones al Golfo Pérsico, Costa Oriental de Africa, India, China, Conchinchina y Japon.
Trece viajes anuales saliendo de Barcelona cada 4 viernes, á partir del 10 de Enero de 1890 y de Manila cada 4 martes, á partir del 7 de Enero de 1890.
LÍNEA DE BUENOS AIRES.—Un viaje cada mes para Montevideo y Buenos Aires, saliendo de Cádiz á partir del 1.º de Enero de 1890.
LÍNEA DE FERNANDO POO.—Con escalas en Las Palmas, Río de Oro, Dakar y Monrovia.
Un viaje cada tres meses, saliendo de Cádiz.
SERVICIOS DE AFRICA.—Línea de Marruecos. Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Malaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.
Servicio de Tánger.—Tres salidas á la semana: de Cádiz para Tánger los domingos, miércoles y viernes; y de Tánger para Cádiz los lunes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo. La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE.—La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasajes para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.—Para más informes.—En Barcelona: *La Compañía Trasatlántica* y los Sres. Ripol y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la *Compañía Trasatlántica*.—Madrid: Agencia de la *Compañía Trasatlántica*, Puerta del Sol, 10.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y C.ª—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: Sres. Dart y C.ª—Málaga: D. Luis Duarte.

EL CAMARADA
Semanario infantil ilustrado
Cuarto año de su publicación
F. MOLINAS, EDITOR

ENCICLOPEDIA DE MEDICINA Y CIRUGIA
R. MOLINAS. Cortes, 365 á 371
Barcelona

ESTREÑIMIENTO y *Afecciones*
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra facilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	ESPAÑA Un año . . . . . 12'50 ptas. Un semestre. . . . . 6'50 » Número suelto. . . . 0'25 » PORTUGAL Suscripción pagadera semanalmente Cada número. . . . 50 reis.	Barcelona 13 de diciembre de 1890	CUBA Y PUERTO RICO Un año. . . . . 5 pesos oro En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales. EXTRANJERO Un año. . . . . 18 pesetas.	Núm. 415

DOS FORMAN COMPAÑÍA (cuadro de Alicia Havers)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Cantares*, por Edmundo de C. Bonet.—*Emancipación de la mujer*, por Francisco Flores García.—*Cristina de Suecia*, por Concepción Gimeno de Flaquer.—*Los teatros*, por A. Sánches Pérez.—*Soneto*, por Eduardo Villegas.—*Los pies* (conclusión), por Jacinto Labaila.—*Nuestros grabados*.—*El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (continuación), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Dos forman compañía.—D. Evaristo Arnús y Ferrer.—Guillermo III de Orange, rey de Holanda.—El doctor Roberto Koch.—Marinos jugando.—El mes de María.—El arte antiguo en Ceylán.—Tipos de soldados antiguos.—Señales de auxilio.—Albéitar y...—Escenas de Shakespeare.

MADRID

La nieve.—Sinfonía de blanco.—Los pobres.—Los artilleros.—Palmas y bombas.—La estatua de Hernán Cortés.—D. Evaristo Arnús.

MIENTRAS Madrid dormía, cayó en abundancia la nieve sobre la población desierta y silenciosa como caen las penas y las alegrías sobre el corazón tranquilo; y cuando los habitantes despertaron, se hallaron con el que los poetas llaman *blanco sudario*.

Las primeras impresiones fueron de alegría: lo blanco regocija el espíritu como las notas de una canción juguetona, y el cándido color va unido á sensaciones siempre agradables: blancos son los emblemas de la inocencia y de la pureza, con túnica blanca se presentaba el catecúmeno á recibir las aguas del bautismo, y de blanco van las niñas á recibir la primera comunión y la desposada á reiterar sus juramentos de amor delante de los altares.

El nardo, el jazmín, la azucena y la gardenia son blancas como la tez de las mujeres rubias que son heroínas de novelas y vírgenes de los primeros amores.

Los ángeles de las narraciones cristianas nos los imaginamos vestidos con níveas túnicas, y de blanco se nos presentan siempre las poéticas figuras de Laura, de Margarita y de Ofelia. La Iglesia, en sus días de regocijo, luce el color blanco bordado de oro. Blanco suele ser el primer vestido con que la joven va á un baile, y blanca la mortaja de la virgen que no se manchó en las impurezas de la vida.

De una piel blanca, del armiño, hicieron los reyes su manto, y blancas son las canas que cubren las cabezas que miramos con veneración y respeto.

La nieve es la apoteosis de lo blanco, y las ciudades cubiertas con el manto de la nevada adquieren algo de la belleza de las estatuas arrodilladas ó tendidas sobre las losas de los sepulcros en las catedrales levantadas para mayor gloria de Dios.

Por eso la nieve inspira tan plácidas alegrías. Ahora era, además, la terminación de la pertinaz sequía, el rocío bienhechor que necesitaba la tierra para recibir en su seno la semilla, germen del fruto, y no hay quien no la haya recibido con alegría.

Pero, como muchas cosas que traen beneficios para el porvenir, la nieve suele producir calamidades en los momentos en que cae. Paraliza las obras y lleva frío y escaseces al hogar del pobre jornalero que no puede encender lumbre ni cubrir su mesa. En el campo está á manos de todos la leña seca que produce la chispeante hoguera que da vida á la juguetona llama que alegra y regocija la cocina campesina, tan propicia á las narraciones y á las consejas; pero en la ciudad faltan para el pobre los medios de calefacción tan indispensables en la época en que la candela es media vida, y el pan y el vino la otra media.

El cisco de los clásicos braseros de la acomodada clase media, el cock de la innovadora *choubesky*, el fuerte tronco de la chimenea aristocrática; todo eso está fuera del alcance del pobre que ni para pan tiene. El frío es, por esto, mucho más cruel en las grandes ciudades, y causa pena considerar que no se aprovechan mejor los adelantos de la civilización para mitigar en beneficio del pobre los rigores de una estación cruel como la que atravesamos.

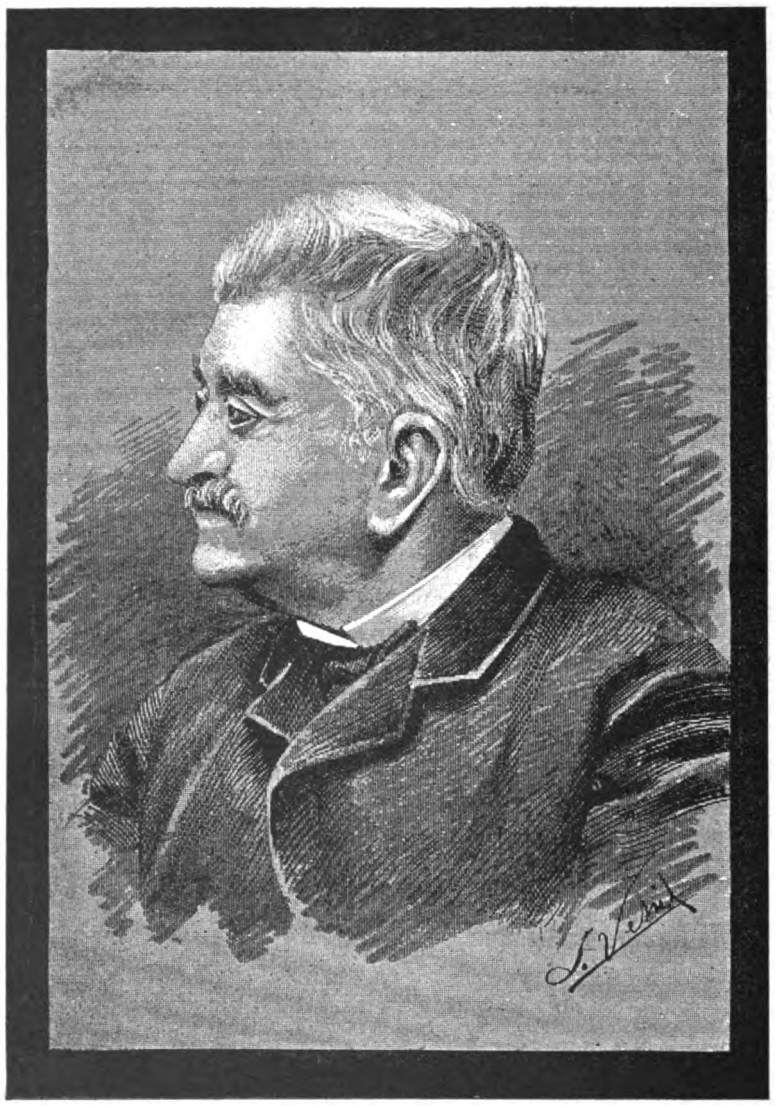
Hay que ver cómo están construídas la mayor parte de las viviendas de Madrid, y especialmente las que pueden alquilar los pobres, para comprender cuánto sufren en cuanto baja la temperatura y el hielo se agarra á los tejados que sirven de cubierta á las míseras buhardillas. ¿No podrían los municipios establecer un servicio de calefacción que correspondiese á una necesidad pública tan imperiosa como otras muchas que han hecho reconocer los adelantos de los tiempos? Así como se riegan en verano las ciudades, se debían calentar en invierno los mercados públicos, los lavaderos, y proporcionar al pobre hombre calor para sus ateridos miembros y alimento para su desfallecido estómago.

Los periódicos refieren estos días casos, que ocurren con deplorable frecuencia, de infelices que son recogidos de la vía pública transidos de frío y desfallecidos de hambre. Algunos mueren antes de llegar á las casas de socorro ó de gozar del caritativo abrigo del lecho del hospital; y cada cadáver de esos ciudadanos, dueños de sus derechos, es un sarcasmo contra la civilización, que consiente esas desventuras y deja al pobre entregado á sus propios recursos, como en los tiempos más primitivos.

Es preciso preocuparse en estos problemas de la vida, mucho más trascendentales que los problemas políticos, por los que tanta sangre se ha derramado. El hombre ha luchado con denuedo por sus creencias, sosteniendo las guerras religiosas, en las que han perecido tantos infelices; ha luchado también con heroísmo por conquistar sus derechos, consignados por fin en las leyes después de muchas revoluciones: ahora tiene que sostener la lucha por la existencia, que será más terrible que las anteriores si no se remedian los males con oportunos y radicales reformas.

La sociedad no puede dejar morir de hambre y de frío á ninguno de sus individuos sin sufrir graves males en expiación de su falta.

Cuando la nieve cae cubriendo con su blanco sudario á la tierra, hay que pensar en los pobres que no tienen trabajo. El egoísmo es la sequedad del alma, mucho más perniciosa que la sequedad de la tierra. Amparada por la nieve, la semilla se esponja en el amoroso seno de la madre común y halla allí el calor necesario para reproducirse y dar luego en la primavera el espectáculo hermoso de la lozanía y de la abundancia: el egoísmo sólo produce espinas y abrojos.



D. EVARISTO ARNÚS Y FERRER († en Barcelona el 2 del actual)

***

Los artilleros han celebrado como siempre con gran solemnidad la fiesta de su patrona la gloriosa mártir Santa Bárbara, y es, en verdad, conmovedora la fiesta que comienza rindiendo tributo á una santa virgen los rudos hombres de guerra y que continúa con la familiar expansión del jefe y del subalterno.

Es quizá en las cuestiones de guerra en las que más hemos adelantado, siguiendo el destructor impulso que hoy como en los tiempos más remotos hace que sean las más poderosas las naciones más fuertes.

Desde que en los famosos sitios de Algeciras, de Ronda, de Setenil, de Zahara, de Loja, de Baza, de Málaga, y otras plazas no menos importantes, se usó por primera vez la artillería en España, cuando mediaba el siglo XIV y regía los destinos del país Alfonso el Onceno, hasta nuestros días, ¡cuánto no se ha adelantado! Era entonces el arma la férrea lombarda de dos cuerpos que se ataba toscamente por medio de cuerdas á un aparato de madera provisto de argollas.

Siguieron luego las *piezas de campo* que llevó el Gran Capitán á sus campañas, y retumbaron conquistando glorias para España en las llanuras de Nápoles y en las costas de Orán.

Pedro Navarro abrió después brecha en las murallas de Cefalonia, y de adelanto en adelanto hemos llegado á los admirables sistemas de Barrios, de Plasencia, de Hontoria, de Ordóñez y de Sotomayor.

Todo ha sido y es español, y eminentemente español, en la artillería. El estampido del cañón ha acompañado como el repiqueteo de las campanas nuestras penas y nuestras alegrías, y por eso no le oímos sin emoción nunca, recordando las glorias de ese cuerpo del que salieron los primeros héroes de nuestra guerra de la Inde-

Digitized by Google

pendencia. De entre los más robustos y gallardos de los hijos del pueblo que dan al ejército las quintas, se eligen sus soldados; y en su Academia histórica de Segovia se forman oficiales de los más ilustrados. Por eso el país mira con gran simpatía la dorada bomba que como distintivo del cuerpo se destaca sobre el cuello de grana del marcial uniforme; y cuando ruedan por la calle las cureñas y suenan las trompetas, no queda muchacho que deje de asomarse á los balcones.

Santa Bárbara, patrona de los artilleros, es tan casamentera como el mismísimo San Antonio. Por eso el día en que se celebró en la iglesia de San Jerónimo del Prado la fiesta de la gloriosa mártir que subió al cielo con palma, fué al histórico templo tanta muchacha bonita, aunque caía con abundancia la nieve.

Y de seguro que las seducía, más que la palma de la santa, las bombas de los uniformes, y que á alguna hizo pensar, el blanco manto de la nieve, en la flor de azahar y en el traje de la desposada.

Bodas es lo único que anuncian las crónicas de salones en esta época, y en verdad que el tiempo es propicio para pensar en la *grata soledad de dos en compañía* y en el suave calor del confortable hogar embellecido por la presencia de la mujer.

***

Madrid continúa desanimado. Después del drama *Los irresponsables* no ha vuelto á haber ningún estreno de importancia, y no aparecen tampoco libros nuevos en los escaparates de las librerías, ocupados con los cromos que las *Ilustraciones* publican como regalo de fin de año.

Parece que el frío ha helado las producciones del ingenio, y sólo los artistas tienen ancho campo para sus discusiones, discurriendo acerca del mérito de los proyectos que para el monumento que se ha de levantar en Granada recordando la fecha gloriosa de la terminación de la guerra de la Reconquista y del descubrimiento de América han presentado los señores Mélida, Benlliure, Susillo y Alconerro.

Con la exposición de estos discutidísimos proyectos en la Academia de Bellas Artes de San Fernando, han coincidido los ecos que vinieron de Medellín, de la noble y feraz Extremadura, dando cuenta de la inauguración de la estatua de Hernán Cortés en el sitio mismo donde se alzó la hidalga casa en que vino al mundo el glorioso conquistador de México.

España, aunque lentamente, va pagando la deuda de gratitud que tiene contraída con sus hijos ilustres, y ya tiene Colón estatua donde puso por primera vez la planta al volver del Nuevo Mundo, y Hernán Cortés donde nació.

Las estatuas de los hombres públicos en las plazas públicas, son, como las imágenes de los santos en los altares, la consagración de su genio y de sus relevantes cualidades, que despiertan veneración y pueden servir de ejemplo.

La historia encerrada en las páginas de los libros no la leen muchos; pero la historia narrada por las estatuas está al alcance de todos, y ellas dicen cómo se pueden conquistar la celebridad y la gloria aun desde los puntos más humildes.

El joven que salió humilde y desconocido de Medellín para estudiar luego en Salamanca, volvió allí después de dar á su patria un nuevo y dilatado imperio donde todavía se habla la lengua castellana.

La estatua que se ha inaugurado recientemente recuerda todas sus hazañas y es tributo de la patria agradecida.

***

La muerte del banquero D. Evaristo Arnús ha sido tan sentida en Madrid como en Barcelona. En los círculos aristocráticos y políticos de la corte era muy conocido el espléndido capitalista que todas las primaveras venía con las manos llenas de flores para las damas y con el bolsillo repleto de dinero para los pobres y para los artistas.

Vallmitjana ha reproducido su simpática figura en una preciosa estatua de barro digna de figurar al lado de las dos primorosas de los últimos duques de Osuna que se ven en las casas de los deudos de los ilustres próceres.

Los unos representaron la nobleza hereditaria, la tradición histórica: el otro la España nueva de los que se elevan por medio de su trabajo y saben hacer uso de su fortuna.

Evaristo Arnús tendría mucho dinero en sus cajas, pero llevaba consigo un pedazo de oro purísimo que valía mucho más: su corazón.

Descanse en paz.

KASABAL

GUILLERMO III DE ORANGE, REY DE HOLANDA
† EL 23 DE NOVIEMBRE PASADO

EL DOCTOR ROBERTO KOCH

CANTARES

I

Fuimos á hablar cierta tarde
al lado del cementerio,
y para escuchar tu voz
se levantaron los muertos.

II

Bien que me mires ó no,
de los dos modos me matas:
si me miras, de alegría;
si no me miras, de rabia.

III

Privado de tu cariño,
siempre á Dios le estoy rogando
que ó me mate con tus ojos
ó me ahogue con tus brazos.

IV

Cuando la echaron al hoyo
me dijo el sepulturero
que se oyó una voz de ángel
que repetía: —¡Te espero!

V

Cuando en lágrimas sumido
levanto hacia ti los ojos,
en sonrisas de alegría
se convierten mis sollozos.

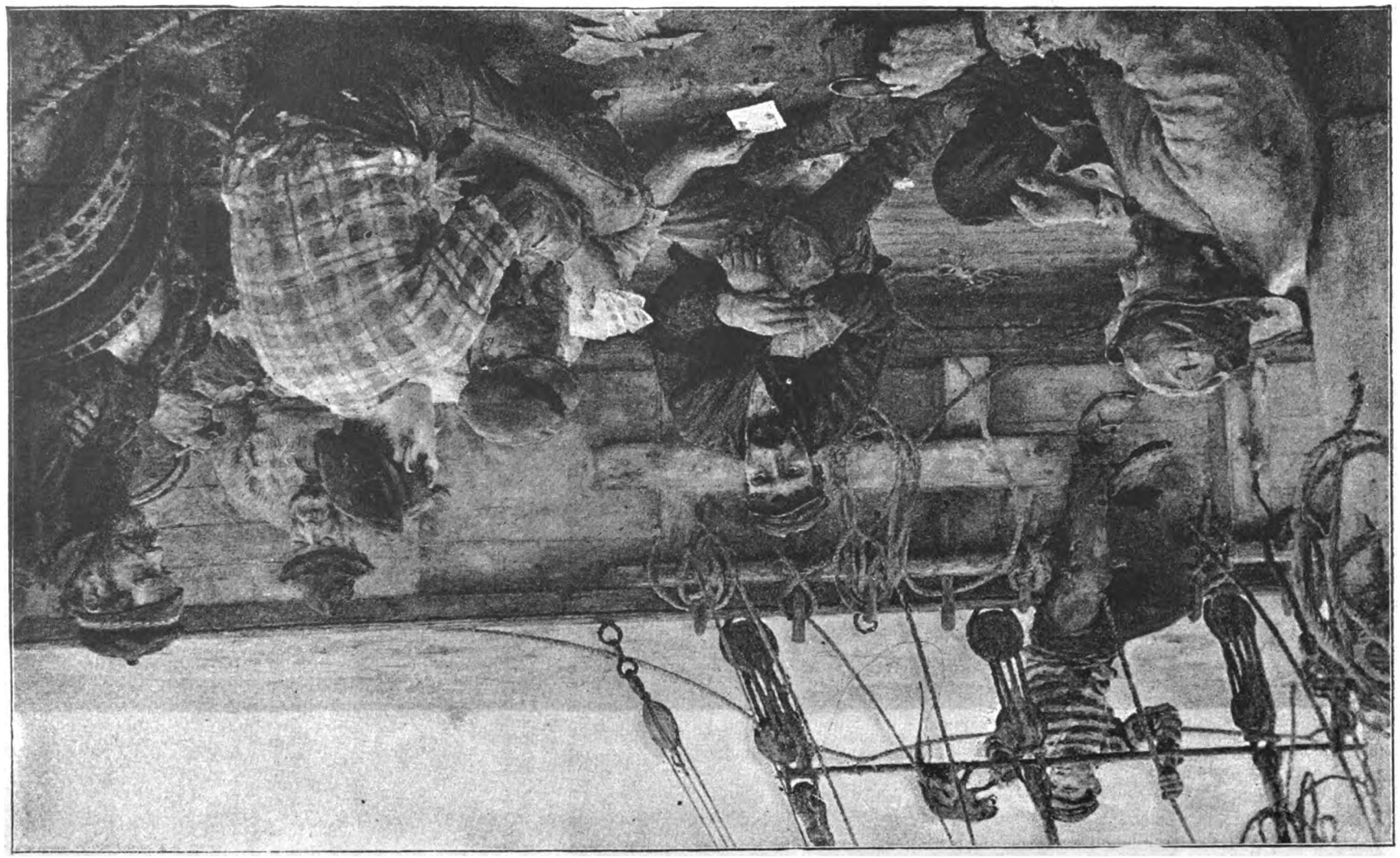
VI

Una duda tengo yo
que nadie puede explicarme:
él día que tú te mueras
¿irán de luto los ángeles?

EDMUNDO DE C. BONET

Digitized by Google

MARINOS JUGANDO (cuadro de Enrique Tuke)



Digitized by Google

EL MES DE MARÍA (cuadro de F. Topham)

Digitized by Google

EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

Hay palabras y frases que suenan bien y, sobre todo, que suenan mucho.

Esta última es una propiedad de todas las cosas huecas.

Por el sonido más que por el concepto, hay palabras y frases que halagan el oído de ciertas personas cuya inteligencia no está bien cultivada.

Debo advertir que muchas inteligencias carecen en absoluto de cultivo, bueno ó malo.

La frase que sirve de título á estas líneas parece hecha de encargo para esas inteligencias *vírgenes*.

Compuesta de palabras agudas, hasta podría y debería ponerse en música para que sonara mejor aún.

Con efecto, eso de la emancipación de la mujer, creo yo que es música... celestial.

Alguna que otra señora se emancipa, *parcialmente* y por su propia cuenta, sin duda por no tener paciencia para esperar el día de la gran revolución que ha de emanciparlas á todas en un periquete.

Pero esas emancipaciones individuales son hechos aislados que nada significan en el movimiento universal, osadamente iniciado y valerosamente sostenido.

Como de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, y hay, además, temperamentos refractarios á ciertas *sublimidades*, declaro que la idea de una mujer *médico*, *ingeniero* ó *general de división* me parece perfectamente cómico y me produce una risa que por modestia no califico de *homérica*.

En el orden militar, no creo que una mujer pueda mandar más batería que una *batería... de cocina*.

En el orden terapéutico, me parece incompatible el pudor de la mujer con ciertas enfermedades secretas cuyos prospectos tanto abundan en sitios que no quiero nombrar.

Y si una mujer pierde el pudor, ¿qué queda de sus encantos femeniles?

Y no hay que decir que extremo la cuestión, sentando premisas absurdas para sacar consecuencias de la misma índole.

Yo hablo por boca de... los apóstoles de esa doctrina.

Los partidarios de la emancipación de la mujer, y sobre todo las *partidarias*, sostienen que la mujer es igual al hombre, que debe tener los mismos derechos y que está *llamada* á desempeñar idénticas funciones.

Lo de que la mujer es *igual* al hombre, ya habrán tenido mis lectores ocasión de ver, *prácticamente*, que no es verdad.

¿Por fortuna, para nosotros?

En ningún orden de la vida pueden ser iguales las funciones respectivas de dos sexos distintos por la naturaleza.

Dejando á un lado otros inconvenientes invencibles, hay uno que parece de orden secundario y que debiera ser el más grave para las señoras distinguidas y, sobre todo, virtuosas.

Uno de los más grandes empeños de la mujer, en su deseo de emancipación, es intervenir, lo mismo que el hombre y en la propia medida, en los negocios públicos, en la política.

Las mujeres aspiran, pues, á ser periodistas, diputados, ministros, etc., etc.

Como no creo que aspiren las señoras, en su deseo reformador, á reformar el idioma (al menos todavía no han tratado de ésto), así como á los políticos se les llama, para designarlos gráficamente, *hombres públicos*, á *ellas* habría que llamarlas necesariamente *mujeres públicas*.

¡Mujeres públicas!

—¡Horror!—dirán algunos.

Realizada la *confusión*, ¿quién es el guapo que, á pesar de todos los distingos y aclaraciones, se atreve á elegir esposa entre las *mujeres públicas?*

Desgraciadamente la emancipación de la mujer es, por todos conceptos, un sueño irrealizable.

Y no tiene siquiera la ventaja de ser un sueño agradable: es más bien una pesadilla.

Digo *desgraciadamente* porque mi único deseo en este mundo ha sido y es complacer á las mujeres.

Si yo tuviera en la mano, ó en un cajón de mi mesa, esa emancipación á que aspiran, podían contar con *ella* desde luego.

Nunca he sabido ni podido negarles nada.

Pero... pedir la emancipación (como *ellas* la entienden) es pedir la luna... ó una estrellita del cielo.

Y esas cosas no hay quien pueda facilitarlas.

Uno de los más notables escritores franceses, y sin duda el de gusto literario más depurado, Octavio Feuillet, formula en una de sus últimas obras, *La Muerta*, un tremendo y decisivo argumento contra la emancipación de la mujer.

Uno de los principales personajes de la novela (escrita con datos auténticos) es una mujer emancipada.

Tan emancipada que sabe física, química, medicina, astronomía y qué sé yo cuántas cosas más.

Libre de miramientos y antiguallas ridículas, se viste de hombre cuando le parece, y se lanza á los campos, y disfruta los placeres de la caza en el propio y en el ajeno cercado.

Está educada por su tío, que es un médico eminentísimo y un filántropo de primera magnitud, el cual ha metido en la cabeza de su sobrina todos los conocimientos que él posee y todas las ideas que sustenta, así en lo científico como en lo moral.

Sabina, que así se llama la joven, tiene felices disposiciones para todo, y todo lo aprende á las mil maravillas.

Tanto, que cuando el tío tiene que hacer alguna atrevida operación quirúrgica, Sabina, provista de su correspondiente mandil, ayuda al sabio operador como el más hábil *practicante* y el más experimentado *compañero*.

Pues bien: aquella instrucción, aquella cultura, aquella sabiduría, que hacen del doctor Tallevand un modelo de virtudes cívicas y morales, producen en Sabina un resultado enteramente contrario y negativo.

Se enamora de un hombre casado, y aprovecha su ciencia médica para envenenar á la mujer de aquel hombre, al objeto de poder casarse con él.

Tan perfecto es su conocimiento de la medicina, que sabe elegir un veneno cuyos efectos sean iguales á los de la enfermedad que aquella señora padece.

Es decir, su ciencia no le sirve más que para cometer un crimen, asegurándose de antemano la impunidad.

Esa es la entraña, el nervio de la novela de Feuillet.

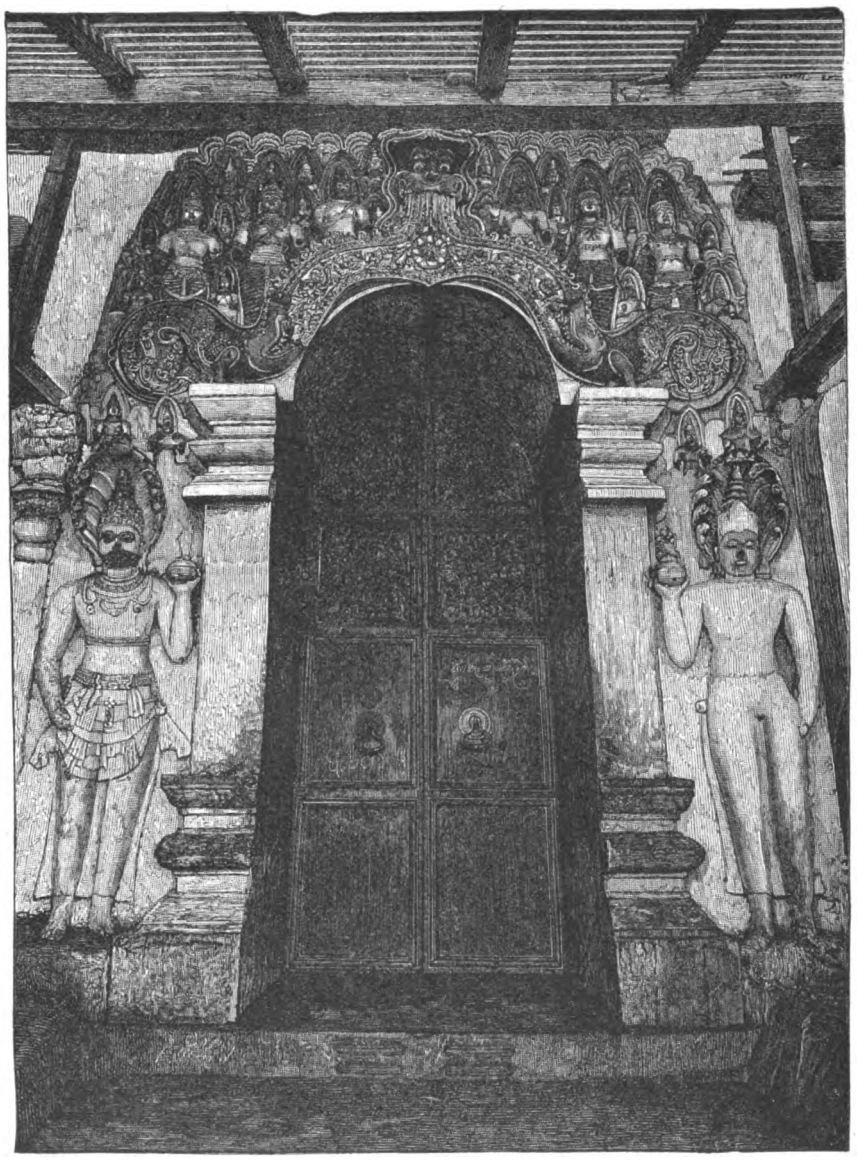
El autor tiene el buen gusto de no deducir las consecuencias; pero ellas saltan á la vista.

Aquella literatura que presente la moral en acción, será siempre la más provechosa.

De ese género es *La Muerta*.

—¿Por qué,—preguntarán algunos lectores,—las mismas causas producen distintos efectos

EL ARTE ANTIGUO EN CEYLÁN



PUERTA DE PIEDRA EN EL SUBTERRÁNEO DEL TEMPLO DE DAMBOOL

Digitized by Google

tratándose de seres igualmente organizados, intelectualmente hablando?

Ese es el primer error: creer que son iguales en nada el hombre y la mujer.

La anatomía, ciencia esencialmente práctica, dice que, en lo general, el cerebro de la mujer pesa menos que el del hombre.

Y la frenología, ciencia no tan práctica, pero de indudable aplicación y de verdad relativa y en muchos casos comprobada, aprecia de distinto modo las facultades morales é intelectuales del hombre y la mujer respectivamente.

Con efecto, la mujer (entiéndase que siempre hablo de la generalidad) suele tener menos solidez de juicio y más viveza de pasiones que el hombre.

Puesta en el buen camino, es más susceptible que el hombre, de la generosidad y del sacrificio: por la endeblez del juicio y la viveza de la pasión.

Lanzada en el extravío, es también más susceptible que el hombre de cometer un crimen, por la misma razón psicológica.

Esa que llamaré falta de equilibrio moral é intelectual es el primer obstáculo para su emancipación al modo y en la forma que se viene predicando.

Aparte de que, por su forma material (si puedo expresarme así) y el desarrollo de sus fuerzas físicas, no puede, en la mayoría de los casos, realizar iguales funciones que el hombre.

Y no me refiero, precisamente, á los trabajos corporales de cavar el campo ó empedrar las calles, no.

Me refiero, por ejemplo, al coronel de un batallón ó al capitán de una compañía, que se está batiendo un día entero, bajo una lluvia torrencial y otra de balas, en terreno montañoso y rudamente accidentado.

¿Qué papel estaría reservado al hombre mientras la mujer realizaba esa hazaña... suponiendo que pudiera realizarla... que no puede?

Pasando á otro orden de consideraciones y á una esfera más tranquila, sería gracioso que el presidente de un Congreso dijese un día:

—La señorita Luisa Gutiérrez, *diputado* por Chinchón, tiene la palabra.

Y contestase una voz femenina, desde la extrema izquierda:

—Mi *digno compañero*, el *diputado* por Chinchón, no puede consumir la paciencia... digo, el turno, contra la política del gobierno, porque... está *de parto*.

Porque yo creo que el parto será una de las cosas que no podrán suprimir.

Y me parece (Dios me lo perdone) que en plena emancipación habría más *señoritas* de parto que en la actualidad, y eso que ya hay muchas.

Vuelvo á pedir perdón á las señoras; pero no puedo tomar en serio, por más esfuerzos que hago, eso de la emancipación de la mujer.

Sé, por los periódicos, que existe una corporación que se llama *Asociación para la enseñanza de la mujer*.

Entendámonos: ¿es que nos quieren enseñar á la mujer para que la veamos, ó que la mujer nos quiere enseñar algo... ó que quieren enseñarle algo á la mujer?

Porque eso no está claro.

Suponiendo, piadosamente (y digo piadosamente porque algunos curas pertenecen á esa asociación)... suponiendo que traten de enseñar á la mujer cosas que no sepa, sólo me ocurre esta consideración:

—Si sabiendo poco (y la prueba es que quieren enseñarlas) nos dan las mujeres tanto que hacer, y en ocasiones nos hacen *bailar de coroniya*, como quien dice, ¿qué sucederá (¡Dios mío!) el día que sepan más de lo que saben?

Sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina.

FRANCISCO FLORES GARCÍA

CRISTINA DE SUECIA

BOCETO HISTÓRICO

La organización de esta reina es un misterio de la Naturaleza, que frecuentemente se complace en mostrársenos inexplicable.

Cristina sintió desde muy niña aficiones varoniles. Detestaba todos los trabajos á que se consagra el sexo femenino y no podía soportar la compañía de las mujeres. Sus placeres predilectos eran la natación, la gimnasia, la caza y la equitación. Montaba como el más atrevido jinete, galopando con sólo un pie en el estribo, y derribaba á un jabalí del primer golpe. El estrépito del cañón la divertía más que los dulces acordes de una arpa. Cristina era una mujer dotada de alma masculina.

Deliberaba con los senadores y los dejaba aturdidos con su elocuencia y con sus facultades de gran diplomático. A los catorce años de edad sabía todos los idiomas, sin serle extrañas muchas ciencias. Se entregaba con ardor á la política, á la administración y al estudio. Estos gustos, exageradamente desarrollados, mataron por completo sus cualidades femeninas.

En ella no brilló la coquetería, cualidad general en la mujer, puesto que es más fácil hallar cien mil mujeres dotadas de coquetería que una sola que no la posea. Era tan poco coqueta que, á pesar de tener un hombro más alto que otro, jamás se cuidó de ordenar á sus modistas le ocultasen ese defecto.

Cristina no era bella, pero poseía una mirada simpática, una blancura deslumbradora y una linda cabellera. Su nariz era demasiado larga y sus pies cojeaban un poco.

Astuta, sagaz y uno de los talentos más sólidos de su época, anhelaba rodearse de hombres eminentes. Así llamó á filósofos é historiadores alemanes y á sabios holandeses, con los cuales conversaba largo tiempo, aprovechándose siempre de aquellas conversaciones.

Descartes era admitido siempre, á las cinco de la mañana, en la biblioteca de la reina, y con él comentaba á los clásicos griegos y latinos, dejando asombrado al filósofo francés. Una vez le preguntó en qué consistía el bien supremo. Descartes, inspirándose en la doctrina de Zenón, le contestó: — *En la satisfacción que experimenta la conciencia al contemplarse inmaculada.*

Era tan absorbente y dominadora, que no consentía que ningún súbdito suyo usase condecoración extranjera.

Arrastrada por las excentricidades de su carácter y los caprichosos giros de su imaginación, se entregaba á mil extravagancias, con las cuales perdía la popularidad que había conquistado.

Sedienta de nuevas ideas, intentó crear una Academia Teológica para unir á todas las iglesias; pero los luteranos se opusieron enérgicamente.

Se entusiasmaba leyendo los dogmas del catolicismo, y una de las cosas que más le impresionaban era que el celibato fuese considerado como meritorio.

¿Era en ella virtud el amor al celibato?

No: era un desbordamiento de la independencia de su espíritu.

La infalibilidad del Papa no le era antipática, antes por el contrario se complacía en admitirla. Tal vez le era grato encontrar en la tierra un hombre dotado completamente de la facultad de absolver, porque esto la libraba de toda responsabilidad. Si el Papa podía perdonarlo todo, ganar su influencia era lo importante para poderse presentar tranquila ante el tribunal divino.

Buscando constantemente nuevas emociones, se propuso abjurar de su religión y hacerse católica. Según ella misma dijo, sentíase atraída hacia una religión que contaba con tantos milagros y con tan innumerables mártires.

Hizo venir de Roma unos cuantos jesuitas, los cuales entraban disfrazados en palacio y se pasaban largas horas con ella, instruyéndola en las verdades del catolicismo. Los jesuitas estaban encantados de poder hacer la conversión de un personaje tan importante. A veces ella los mareaba con sus preguntas y los desconcertaba con sus dudas; y ellos entonces se esforzaban en demostrarle que los dogmas católicos son superiores, pero no contrarios, á la razón.

A los veintinueve años de edad abdicó el poder en favor de su primo Carlos Gustavo.

¿Qué la impulsó á esta abdicación? ¿Fué el deseo de apostatar?

Algunos así lo afirman; pero pudieron influir diferentes causas en su determinación: tal vez el hallarse fatigada por el peso del cetro que había empuñado á los diez y ocho años de edad; tal vez el comprender que iba perdiendo todo prestigio en su país, pues es rasgo digno de su soberbia querer retirarse antes de perder completamente la popularidad; acaso renunció al

PIEDRA LUNAR DE ANARADJAHPURA

Digitized by Google

EMANCIPACIÓN DE LA MUJER

Hay palabras y frases que suenan bien y, sobre todo, que suenan mucho.

Esta última es una propiedad de todas las cosas huecas.

Por el sonido más que por el concepto, hay palabras y frases que halagan el oído de ciertas personas cuya inteligencia no está bien cultivada.

Debo advertir que muchas inteligencias carecen en absoluto de cultivo, bueno ó malo.

La frase que sirve de título á estas líneas parece hecha de encargo para esas inteligencias *vírgenes*.

Compuesta de palabras agudas, hasta podría y debería ponerse en música para que sonara mejor aún.

Con efecto, eso de la emancipación de la mujer, creo yo que es música... celestial.

Alguna que otra señora se emancipa, *parcialmente* y por su propia cuenta, sin duda por no tener paciencia para esperar el día de la gran revolución que ha de emanciparlas á todas en un periquete.

Pero esas emancipaciones individuales son hechos aislados que nada significan en el movimiento universal, osadamente iniciado y valerosamente sostenido.

Como de lo sublime á lo ridículo no hay más que un paso, y hay, además, temperamentos refractarios á ciertas *sublimidades*, declaro que la idea de una mujer *médico*, *ingeniero* ó *general de división* me parece perfectamente cómico y me produce una risa que por modestia no califico de *homérica*.

En el orden militar, no creo que una mujer pueda mandar más batería que una *batería... de cocina*.

En el orden terapéutico, me parece incompatible el pudor de la mujer con ciertas enfermedades secretas cuyos prospectos tanto abundan en sitios que no quiero nombrar.

Y si una mujer pierde el pudor, ¿qué queda de sus encantos femeniles?

Y no hay que decir que extremo la cuestión, sentando premisas absurdas para sacar consecuencias de la misma índole.

Yo hablo por boca de... los apóstoles de esa doctrina.

Los partidarios de la emancipación de la mujer, y sobre todo las *partidarias*, sostienen que la mujer es igual al hombre, que debe tener los mismos derechos y que está *llamada* á desempeñar idénticas funciones.

Lo de que la mujer es *igual* al hombre, ya habrán tenido mis lectores ocasión de ver, *prácticamente*, que no es verdad.

¿Por fortuna, para nosotros?

En ningún orden de la vida pueden ser iguales las funciones respectivas de dos sexos distintos por la naturaleza.

Dejando á un lado otros inconvenientes invencibles, hay uno que parece de orden secundario y que debiera ser el más grave para las señoras distinguidas y, sobre todo, virtuosas.

Uno de los más grandes empeños de la mujer, en su deseo de emancipación, es intervenir, lo mismo que el hombre y en la propia medida, en los negocios públicos, en la política.

Las mujeres aspiran, pues, á ser periodistas, diputados, ministros, etc., etc.

Como no creo que aspiren las señoras, en su deseo reformador, á reformar el idioma (al menos todavía no han tratado de ésto), así como á los políticos se les llama, para designarlos gráficamente, *hombres públicos*, á *ellas* habría que llamarlas necesariamente *mujeres públicas*.

¡Mujeres públicas!

—¡Horror!—dirán algunos.

Realizada la *confusión*, ¿quién es el guapo que, á pesar de todos los distingos y aclaraciones, se atreve á elegir esposa entre las *mujeres públicas?*

Desgraciadamente la emancipación de la mujer es, por todos conceptos, un sueño irrealizable.

Y no tiene siquiera la ventaja de ser un sueño agradable: es más bien una pesadilla.

Digo *desgraciadamente* porque mi único deseo en este mundo ha sido y es complacer á las mujeres.

Si yo tuviera en la mano, ó en un cajón de mi mesa, esa emancipación á que aspiran, podían contar con *ella* desde luego.

Nunca he sabido ni podido negarles nada.

Pero... pedir la emancipación (como *ellas* la entienden) es pedir la luna... ó una estrellita del cielo.

Y esas cosas no hay quien pueda facilitarlas.

Uno de los más notables escritores franceses, y sin duda el de gusto literario más depurado, Octavio Feuillet, formula en una de sus últimas obras, *La Muerta*, un tremendo y decisivo argumento contra la emancipación de la mujer.

Uno de los principales personajes de la novela (escrita con datos auténticos) es una mujer emancipada.

Tan emancipada que sabe física, química, medicina, astronomía y qué sé yo cuántas cosas más.

Libre de miramientos y antiguallas ridículas, se viste de hombre cuando le parece, y se lanza á los campos, y disfruta los placeres de la caza en el propio y en el ajeno cercado.

Está educada por su tío, que es un médico eminentísimo y un filántropo de primera magnitud, el cual ha metido en la cabeza de su sobrina todos los conocimientos que él posee y todas las ideas que sustenta, así en lo científico como en lo moral.

Sabina, que así se llama la joven, tiene felices disposiciones para todo, y todo lo aprende á las mil maravillas.

Tanto, que cuando el tío tiene que hacer alguna atrevida operación quirúrgica, Sabina, provista de su correspondiente mandil, ayuda al sabio operador como el más hábil *practicante* y el más experimentado *compañero*.

Pues bien: aquella instrucción, aquella cultura, aquella sabiduría, que hacen del doctor Tallevand un modelo de virtudes cívicas y morales, producen en Sabina un resultado enteramente contrario y negativo.

Se enamora de un hombre casado, y aprovecha su ciencia médica para envenenar á la mujer de aquel hombre, al objeto de poder casarse con él.

Tan perfecto es su conocimiento de la medicina, que sabe elegir un veneno cuyos efectos sean iguales á los de la enfermedad que aquella señora padece.

Es decir, su ciencia no le sirve más que para cometer un crimen, asegurándose de antemano la impunidad.

Esa es la entraña, el nervio de la novela de Feuillet.

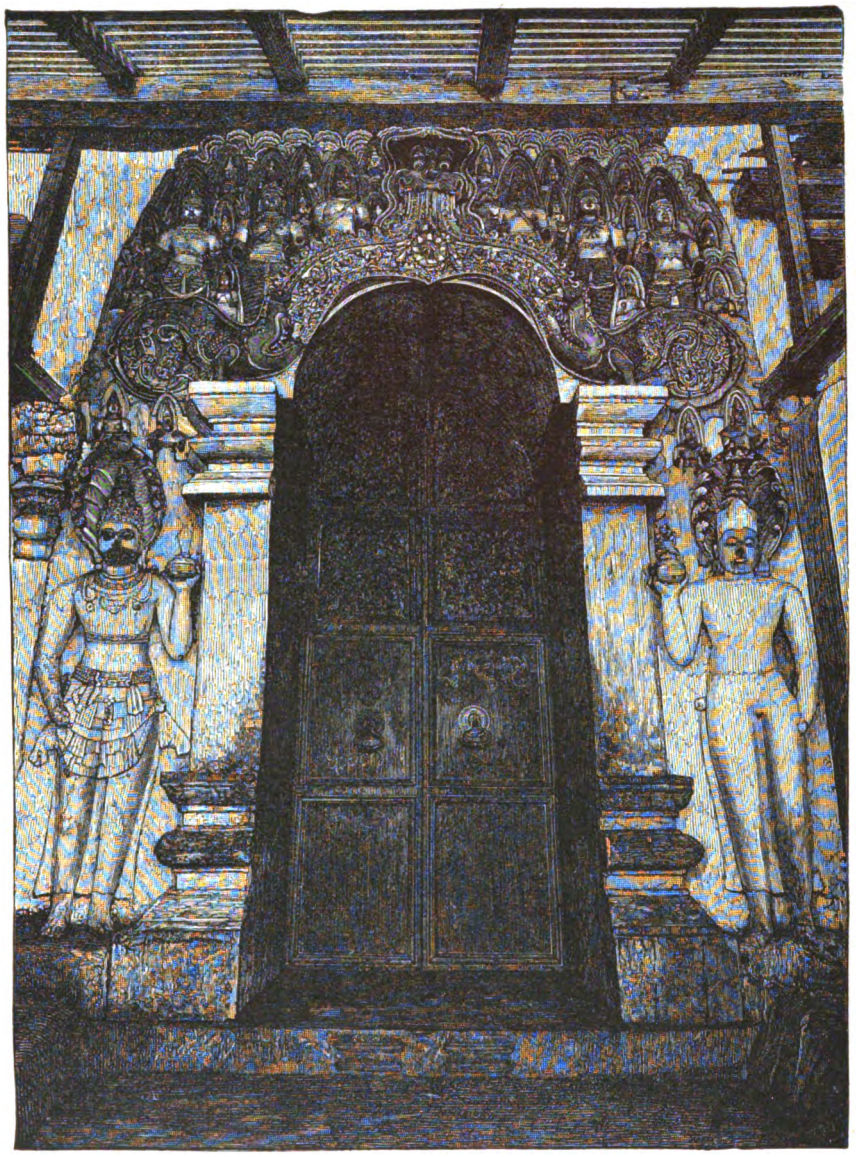
El autor tiene el buen gusto de no deducir las consecuencias; pero ellas saltan á la vista.

Aquella literatura que presente la moral en acción, será siempre la más provechosa.

De ese género es *La Muerta*.

—¿Por qué,—preguntarán algunos lectores, —las mismas causas producen distintos efectos

EL ARTE ANTIGUO EN CEYLÁN



PUERTA DE PIEDRA EN EL SUBTERRÁNEO DEL TEMPLO DE DAMBOOL

Digitized by Google

tratándose de seres igualmente organizados, intelectualmente hablando?

Ese es el primer error: creer que son iguales en nada el hombre y la mujer.

La anatomía, ciencia esencialmente práctica, dice que, en lo general, el cerebro de la mujer pesa menos que el del hombre.

Y la frenología, ciencia no tan práctica, pero de indudable aplicación y de verdad relativa y en muchos casos comprobada, aprecia de distinto modo las facultades morales é intelectuales del hombre y la mujer respectivamente.

Con efecto, la mujer (entiéndase que siempre hablo de la generalidad) suele tener menos solidez de juicio y más viveza de pasiones que el hombre.

Puesta en el buen camino, es más susceptible que el hombre, de la generosidad y del sacrificio: por la endeblez del juicio y la viveza de la pasión.

Lanzada en el extravío, es también más susceptible que el hombre de cometer un crimen, por la misma razón psicológica.

Esa que llamaré falta de equilibrio moral é intelectual es el primer obstáculo para su emancipación al modo y en la forma que se viene predicando.

Aparte de que, por su forma material (si puedo expresarme así) y el desarrollo de sus fuerzas físicas, no puede, en la mayoría de los casos, realizar iguales funciones que el hombre.

Y no me refiero, precisamente, á los trabajos corporales de cavar el campo ó empedrar las calles, no.

Me refiero, por ejemplo, al coronel de un batallón ó al capitán de una compañía, que se está batiendo un día entero, bajo una lluvia torrencial y otra de balas, en terreno montañoso y rudamente accidentado.

¿Qué papel estaría reservado al hombre mientras la mujer realizaba esa hazaña... suponiendo que pudiera realizarla... que no puede?

Pasando á otro orden de consideraciones y á una esfera más tranquila, sería gracioso que el presidente de un Congreso dijese un día:

—La señorita Luisa Gutiérrez, *diputado* por Chinchón, tiene la palabra.

Y contestase una voz femenina, desde la extrema izquierda:

—Mi *digno compañero*, el *diputado* por Chinchón, no puede consumir la paciencia... digo, el turno, contra la política del gobierno, porque... está *de parto*.

Porque yo creo que el parto será una de las cosas que no podrán suprimir.

Y me parece (Dios me lo perdone) que en plena emancipación habría más *señoritas* de parto que en la actualidad, y eso que ya hay muchas.

Vuelvo á pedir perdón á las señoras; pero no puedo tomar en serio, por más esfuerzos que hago, eso de la emancipación de la mujer.

Sé, por los periódicos, que existe una corporación que se llama *Asociación para la enseñanza de la mujer*.

Entendámonos: ¿es que nos quieren enseñar á la mujer para que la veamos, ó que la mujer nos quiere enseñar algo... ó que quieren enseñarle algo á la mujer?

Porque eso no está claro.

Suponiendo, piadosamente (y digo piadosamente porque algunos curas pertenecen á esa asociación)... suponiendo que traten de enseñar á la mujer cosas que no sepa, sólo me ocurre esta consideración:

—Si sabiendo poco (y la prueba es que quieren enseñarlas) nos dan las mujeres tanto que hacer, y en ocasiones nos hacen *bailar de coroniya*, como quien dice, ¿qué sucederá (¡Dios mío!) el día que sepan más de lo que saben?

Sólo de pensarlo se me pone la carne de gallina.

FRANCISCO FLORES GARGÍA

CRISTINA DE SUECIA

BOCETO HISTÓRICO

La organización de esta reina es un misterio de la Naturaleza, que frecuentemente se complace en mostrársenos inexplicable.

Cristina sintió desde muy niña aficiones varoniles. Detestaba todos los trabajos á que se consagra el sexo femenino y no podía soportar la compañía de las mujeres. Sus placeres predilectos eran la natación, la gimnasia, la caza y la equitación. Montaba como el más atrevido jinete, galopando con sólo un pie en el estribo, y derribaba á un jabalí del primer golpe. El estrépito del cañón la divertía más que los dulces acordes de una arpa. Cristina era una mujer dotada de alma masculina.

Deliberaba con los senadores y los dejaba aturdidos con su elocuencia y con sus facultades de gran diplomático. A los catorce años de edad sabía todos los idiomas, sin serle extrañas muchas ciencias. Se entregaba con ardor á la política, á la administración y al estudio. Estos gustos, exageradamente desarrollados, mataron por completo sus cualidades femeninas.

En ella no brilló la coquetería, cualidad general en la mujer, puesto que es más fácil hallar cien mil mujeres dotadas de coquetería que una sola que no la posea. Era tan poco coqueta que, á pesar de tener un hombro más alto que otro, jamás se cuidó de ordenar á sus modistas le ocultasen ese defecto.

Cristina no era bella, pero poseía una mirada simpática, una blancura deslumbradora y una linda cabellera. Su nariz era demasiado larga y sus pies cojeaban un poco.

Astuta, sagaz y uno de los talentos más sólidos de su época, anhelaba rodearse de hombres eminentes. Así llamó á filósofos é historiadores alemanes y á sabios holandeses, con los cuales conversaba largo tiempo, aprovechándose siempre de aquellas conversaciones.

Descartes era admitido siempre, á las cinco de la mañana, en la biblioteca de la reina, y con él comentaba á los clásicos griegos y latinos, dejando asombrado al filósofo francés. Una vez le preguntó en qué consistía el bien supremo. Descartes, inspirándose en la doctrina de Zenón, le contestó: — *En la satisfacción que experimenta la conciencia al contemplarse inmaculada.*

Era tan absorbente y dominadora, que no consentía que ningún súbdito suyo usase condecoración extranjera.

Arrastrada por las excentricidades de su carácter y los caprichosos giros de su imaginación, se entregaba á mil extravagancias, con las cuales perdía la popularidad que había conquistado.

Sedienta de nuevas ideas, intentó crear una Academia Teológica para unir á todas las iglesias; pero los luteranos se opusieron enérgicamente.

Se entusiasmaba leyendo los dogmas del catolicismo, y una de las cosas que más le impresionaban era que el celibato fuese considerado como meritorio.

¿Era en ella virtud el amor al celibato?

No: era un desbordamiento de la independencia de su espíritu.

La infalibilidad del Papa no le era antipática, antes por el contrario se complacía en admitirla. Tal vez le era grato encontrar en la tierra un hombre dotado completamente de la facultad de absolver, porque esto la libraba de toda responsabilidad. Si el Papa podía perdonarlo todo, ganar su influencia era lo importante para poderse presentar tranquila ante el tribunal divino.

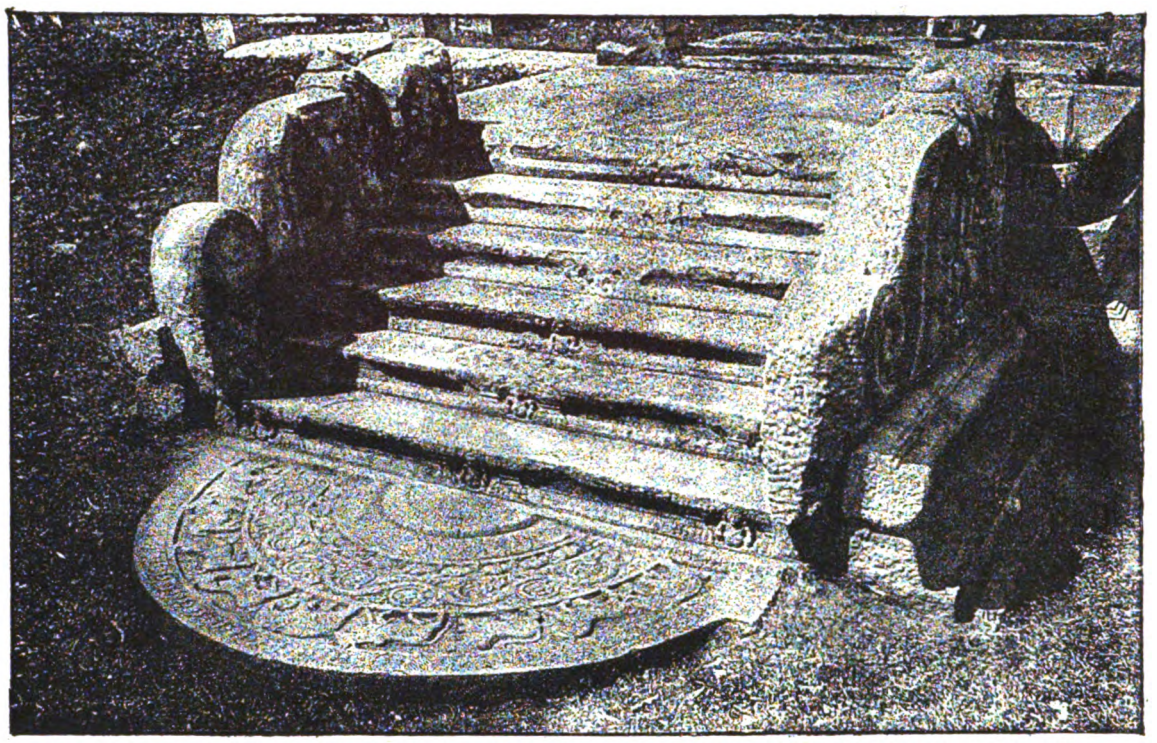
Buscando constantemente nuevas emociones, se propuso abjurar de su religión y hacerse católica. Según ella misma dijo, sentíase atraída hacia una religión que contaba con tantos milagros y con tan innumerables mártires.

Hizo venir de Roma unos cuantos jesuitas, los cuales entraban disfrazados en palacio y se pasaban largas horas con ella, instruyéndola en las verdades del catolicismo. Los jesuitas estaban encantados de poder hacer la conversión de un personaje tan importante. A veces ella los mareaba con sus preguntas y los desconcertaba con sus dudas; y ellos entonces se esforzaban en demostrarle que los dogmas católicos son superiores, pero no contrarios, á la razón.

A los veintinueve años de edad abdicó el poder en favor de su primo Carlos Gustavo.

¿Qué la impulsó á esta abdicación? ¿Fué el deseo de apostatar?

Algunos así lo afirman; pero pudieron influir diferentes causas en su determinación: tal vez el hallarse fatigada por el peso del cetro que había empuñado á los diez y ocho años de edad; tal vez el comprender que iba perdiendo todo prestigio en su país, pues es rasgo digno de su soberbia querer retirarse antes de perder completamente la popularidad; acaso renunció al



PIEDRA LUNAR DE ANARADJAHPURA

Digitized by Google

TIPOS DE SOLDADOS ANTIGUOS: POR LA FE (Del álbum de R. Armenise)

Digitized by Google

TIPOS DE SOLDADOS ANTIGUOS: DE GUARDIA EN EL CAÑÓN (Del álbum de R. Armenise)

Digitized by Google

poder para asombrar al mundo con un espectáculo pocas veces presenciado tratándose de una mujer; quizás la resolviera su afición á la vida activa, á la vida de sucesos inesperados, á la vida de aventuras, pues tan pronto como hubo dejado sucesor salió de Suecia y se marchó á viajar por todas partes, cuidando de disfrazarse perfectamente.

Cansada de los viajes, se instaló en Roma, donde recibió la bendición papal.

Pasado algún tiempo empezó á sentir nostalgia del poder real y pretendió con empeño la corona de Polonia, en cuya nación hubiera podido seguir profesando la religión católica. No consiguiendo esto y no pudiendo renunciar á la política, armó mil intrigas entre los cardenales y el Papa, tratando de hacer prevalecer sus opiniones, sus ideas y su voluntad, como lo había hecho en su país.

La poesía italiana era algo barroca en 1680, y Cristina, que tenía muy buen gusto literario, fundó una Academia en Roma, en su misma casa, con el objeto de corregir el estilo hinchado y presuntuoso, dándole sencillez, majestad y verdad. Ella quiso resucitar los siglos de Pericles, de Augusto, de los Médicis y el de Luis XIV, que han sido los más famosos en la vida artística y literaria. Los estatutos de aquella Academia tenían artículos muy curiosos: uno de ellos prohibía todo elogio á la reina.

Cristina no abdicó de este nombre al abdicar el poder.

En Roma fué muy respetada por todos los hombres de talento, y alrededor de esta singular mujer se agrupaban grandes eminencias. Juan Francisco Albano, conocido más tarde con el nombre de Clemente XI, era uno de los contertulios de Cristina.

La ex reina de Suecia llegó á reunir, en pocos años, la mejor colección de monedas antiguas, toda clase de objetos arqueológicos y libros notables; pues conociendo su decidida afición á coleccionar cosas célebres, los bibliófilos, numismáticos y anticuarios que la rodeaban obsequiábanla con todo lo más bello que encontraban para enriquecer su colección.

Octavio Ferrari fué el que escribió el primer panegírico de Cristina, y ella le regaló, como recuerdo, un collar de oro, valuado en mil zequíes.

Hablando de esta mujer extraordinaria, decía el elegante poeta florentino Vicente Filicaja:

La gran Cristina dal cui cenno pende
é per se vive é si sostien la fama;
ley che suo regno chiama:
quanto pensa, quant' opra é quanto intende.

Cristina fué siempre Mecenas de los literatos, pues cuando algún escritor no tenía medios de publicar un libro se lo hacía imprimir ella por su cuenta.

Los historiadores hablan con gran variedad de esta mujer. En las memorias autobiográficas que escribió con gran corrección, pues era escritora muy distinguida, se defiende contra los ataques que recibió por no haber querido aceptar marido, con estas palabras:

«*Ciertamente me hubiera casado si no hubiese sentido en mí suficiente fuerza para vivir sin los placeres del amor.*»

Este es, en mi concepto, un arranque de la soberbia de Cristina contra las leyes de la Naturaleza.

Mas ¿pudo demostrar siempre, como quiso, que podía sublevarse contra la naturaleza humana, desafiarla y vencerla?

Si se supieran con exactitud las misteriosas causas que originaron la muerte de Monaldeski en Fontainebleau, decretada por la reina, esas causas tal vez darían un mentís á la aseveración de Cristina y contestarían mi pregunta.

Al través de los pocos destellos que la historia ha dado sobre este suceso, yo vislumbro un drama que consta de tres actos: *Amor, celos y venganza.*

Lo que hace antipática á Cristina, como mujer, es el no querer parecerlo.

CONCEPCIÓN GIMENO DE FLAQUER

LOS TEATROS

Me refiero á los de Madrid, por supuesto; porque mi residencia en la villa del oso me permite saber de ellos á menudo... y, desde luego, más frecuentemente que de los de otras villas y lugares.

Luchan denodadamente las empresas teatrales contra las inclemencias del tiempo, contra el mal estado de la salud pública y contra la escasez de dinero; tres enemigos, cada uno de los cuales es terrible por sí solo, y que todos juntos resultan absolutamente invencibles. Las empresas, sin embargo, no retroceden: prosiguen en su campaña y se aprestan cada vez con más ardimiento á la lucha por la existencia en las próximas Navidades. Emilio Mario, actor y director, cuyas alabanzas no he de cantar porque es amigo mío y muy querido y mis elogios,

COBRA DE SIETE CABEZAS

aun siendo justos, como lo serían, pudieran parecer apasionados, dispone á toda prisa una comedia de *Vital Aza*, el aplaudido autor de *San Sebastián Mártir* y *El sombrero de copa*. La nueva obra de Aza lleva por título *El señor cura*, y yo desde ahora le anticipo la seguridad de un éxito envidiable. Es probable que no se reduzcan á las representaciones de esa comedia las novedades que Emilio Mario dispone para las fiestas próximas; pero como acerca de funciones de tarde y de trabajos de autores cómicos, siempre celebrados y felices siempre, se guarda completa reserva, no quiero pecar de indiscreto. Mientras tanto eso llega, continúa representándose por su excelente compañía *Bonitas están las leyes* ó *La viuda del interfecto*, sainete que gusta más cuanto más se ve, como suele ocurrir con casi todas las obras del popular sainetero.

María Tubau sigue representando magistralmente *Serafina*, que, siendo como es (á mi juicio) de lo más flojo de Sardou, ha gustado mucho por la perfecta ejecución que ha tenido.

Ricardo Calvo y Donato Jiménez en el Español, la Valverde y la Rodríguez y Rubio y Ruiz de Arana en Lara, Bergés y la Difranco en la Zarzuela, y la turbamulta de actores más ó menos racionistas, ó de racionistas más ó menos actores, que *actúan* en los teatros por horas, trabajan como buenos; y si ni ellos ni los anteriormente citados logran el provecho que debe corresponder á los lauros ganados, débese á los enemigos ya mentados y á otros dos que mencionaré ahora: el Teatro Real y el león *Ecuyer* (como aquí le nombran en los anuncios).

Aquí podría repetirse, con mucha razón, aquel vulgarísimo dicho: «Tras de que hay mucho, cómetelo, chucho.»

Hay poco dinero, poco humor para gastarlo y poca gana de coger frío. Pues bien: ahí está el Teatro *Real*, pozo airón del público madrileño, y ahí está el *león caballista*, para llevarse los pocos céntimos que los madrileños pueden dedicar al renglón de diversiones, que al fin, y dígase lo que se quiera, es un gasto de lujo.

El Teatro Real, si he de hablar con franqueza, ofrece *hasta ahora*, en la presente temporada, pocos atractivos: no hay un tenor de verdadera importancia; no hay una tiple que haya gustado del todo; es decir, que no hay un primer cuarteto... y casi casi tampoco lo hay segundo. Pero á casi todas las funciones asiste la *familia real*, y es claro que las personas de la corte van á donde va la real familia. Es ley general é incontrastable que los satélites giran siempre alrededor del planeta cuyos son, y que los planetas giran también alrededor del sol en su sistema correlativo. La Reina va al Real: pues al Real va la corte. Eso sin contar con que el abono al Real está ya considerado como uno de los gastos indispensables para toda persona de buen tono que en algo estime su nombre y las glorias de sus mayores. Que se cante bien, que se cante mal, que guste la ópera, que no guste... es lo mismo: los abonados van, porque no pueden dejar de ir, porque allí se ven los unos, se lucen las otras, y, en fin, porque es moda, y á la moda, como á la fuerza, todo se somete.

Pero existe una clase *burguesa* que no sucumbe á esas imposiciones de la moda, y para esa clase ha salido ahora el *león jinete*, que lleva numeroso público al Circo de Price (hoy de Parcsh). Vean Vds., para que puedan formarse idea del espectáculo, uno de los reclamos redactado en la contaduría y publicado en la sección correspondiente á espectáculos en casi todos los periódicos de Madrid:

«*Price.* — Mañana domingo tendrán lugar *(¡francés puro!)* en el circo de la plaza del Rey dos grandes y variadas funciones, y en ambas tomará parte el león *Ecuyer* (¿eh? ¿qué les parece á Vds.?), que termina en ese día su contrato con la empresa, siendo, por consiguiente, el único día festivo que trabajará por la tarde para que puedan presenciar y admirar el éxito de este número, pues, aun *viéndolo*, parece imposible *la docilidad* á que ha sometido su domador Mr. Philadelphia al rey del desierto.»

No quiero comentar el reclamo: ¿para qué? Aseguro á Vds. que no he de ver, por mi gusto, al discípulo del Sr. Philadelphia, porque soy muy poco aficionado á ver leones, de los cuales tengo entendido que cuando menos se espera se acuerdan de que son reyes del desierto y se portan como si fuesen reyes de poblado; pero ya lo saben Vds.: á *La viuda del interfecto*, lindo sainete de Vega; á *Serafina*, comedia de Sardou bien representada; á *Los irresponsables*, discutido pero celebrado drama de Dicenta; á *La tempestad*, famosa zarzuela de Ramos Carrión y Chapí; les hace terrible competencia ese *león que monta á la alta escuela* educado por un Mr. Philadelphia; y estén Vds. seguros de que al forastero que hoy llegase á Madrid y preguntara, llegada la hora de los teatros, á dónde podría pasar agradablemente la noche, de cien personas á quien dirigiese la pregunta los noventa y ocho le responderían:—*Vaya V. á ver al león que trabaja á caballo.*

Conque, si á Vds. les parece... «no hablemos más de teatros.»

A. SÁNCHEZ PÉREZ

Madrid, diciembre 1890

SONETO

Al recuerdo, sin fin, de mi ventura,
aun el alma vibrando se estremece
como tiembla, de noche, allá en la altura,
Sirio, que nace cuando ya oscurece.

Y es que beber en tu mirada pura
lágrimas de otros tiempos me parece,
y creo sentir en tu vital blancura
ese suave calor que crece, y crece...

Deja, deja que goce, amada mía,
de aquel tiempo pasado en mi agonía;
pues aunque mi cariño vive muerto,

ahogada la ilusión, te sigo amando...
¡que no hay cosa mejor que estar soñando
si se sabe soñar y estar despierto!

EDUARDO VILLEGAS

Digitized by Google

LOS PIES

(CONCLUSIÓN)

*
* *

Los pies ponen de relieve todo su prestigio en el baile y arrebatan ostentando su poderío y su inteligencia, si se me permite el atrevimiento de atribuirles esta última facultad.

El baile, que data desde los tiempos bíblicos, pues ya se danzaba en torno de *el arca de la alianza*, ha ido modificándose de tal manera y ha descendido tanto, que la patriarcal danza religiosa se ha llegado á convertir en el lascivo cancán de estos tiempos pornográficos, pasando por muchas variaciones y llegando al apogeo de su omnipotencia en *los bailes con argumento*, como en *Excelsior* y en *Mesalina*.

La mujer en el arte coreográfico se trasforma en sílfide, en mariposa, en algo vaporoso é incitante; y la fantasmagoría que producen las decoraciones y las luces de color le dan apariencia sobrehumana por una de esas ilusiones ópticas que nos ofrece el espejismo de la imaginación. Esa influencia mágica la ejercen las bailarinas por medio de los pies: saltan, como si fueran de goma; recorren el escenario con la sola ayuda de los dedos pedestres, puestos de punta, como si éstos fuesen de madera y no de carne; se doblan ó se retuercen, presentando ante el espectador posiciones académicas, como si sus cuerpos tuvieran la flexibilidad de los juncos; dan vueltas sobre un pie tendido verticalmente, sin perder tan endeble punto de apoyo y sin sentir vértigos, que suelen acometer al que las mira con fijeza; llegan, en fin, á vencer la dificultad de desarrollar únicamente un drama que el espectador comprende si se entera del argumento por los programas que con este objeto se reparten con profusión.

Podéis quemaros las cejas estudiando ó envejecer entre el polvo de las bibliotecas y de los archivos para llegar un día á ser sabios ó, lo que es lo mismo, á morirse de hambre; que nunca alcanzaréis el menor triunfo de los infinitos que cosechan los *artistas pedicuros*. No hay que cultivar la inteligencia: hay que cultivar los pies; no hay que estudiar literatura: hay que estudiar *batimanes*. Por eso, sin duda, dijo un poeta:

Así tu talento, pues,
humana naturaleza,
empezó por la cabeza
para acabar por los pies.

Nosotros, los profanos en la materia, aunque con pies nacemos, sólo nos sirven para andar; y gracias que hay un número de mortales, corto por fortuna, que no pueden decir otro tanto: los hay que tienen *el pie quebrado*, como ciertas composiciones de la métrica española. En cambio existen hombres que *han nacido de pies*, y la fortuna los lleva de la mano por donde quieren ir, por difícil que sea el camino.

Hay quien corre con la ligereza del gamo y quien *anda con pies de plomo;* pero en uno y otro caso dice el refrán que

pies que están hechos á andar
son muy malos de parar.

Podría prolongar mucho las observaciones á que se presta el título que encabeza el artículo; pero, por miedo de que resulte un *cien pies*, me abstengo de dejar correr la pluma sobre el papel para exprimir demasiado la materia, y termino poniendo la firma *al pie* de estas líneas.

JACINTO LABAILA

NUESTROS GRABADOS

DOS FORMAN COMPAÑÍA.—ALBÉITAR Y...—SEÑALES DE AUXILIO

Cada grabado, en su estilo, es delicioso, recomendándose tanto por su originalidad como por la corrección del dibujo.

EL EXCMO. SR. D. EVARISTO ARNÚS Y FERRER

† el 2 de diciembre en Barcelona

Profundo sentimiento produjo en esta capital la noticia del fallecimiento de D. Evaristo Arnús.

El nombre del distinguido banquero era popularísimo, pues á él están unidos actos de conmiseración y de consuelo á las clases trabajadoras y menesterosas, que el señor Arnús prodigaba constantemente, obedeciendo á los impulsos de su corazón generoso.

PIEDRA ESCULPIDA
EN EL PALACIO DE BRONCE

Hombre activo, emprendedor, con sentimientos levantados y nobles en el corazón é ideas liberales y progresivas en el espíritu, el Sr. Arnús se distinguía, más que por eso, por su amor á la caridad y por su amor al arte. Proteger á los pobres y á los artistas era su anhelo. Con una mano socorría á un mendigo ó á un infortunado; con la otra dispensaba su protección á todo artista que luchase con la adversidad.

Por eso no tuvo enemigos; por eso sus adversarios políticos le respetaban y le querían; por eso ha abandonado el mundo sin que le acompañe ni un solo rencor ni una sola enemistad.

El Sr. Arnús había comenzado su carrera como temporero en las oficinas del Ayuntamiento, distinguiéndose pronto, ya una vez en el mundo de la Bolsa, así por su clarísimo golpe de vista como por su escrupulosa probidad. Son innumerables los rasgos de su generosidad nobilísima, siendo de recordar el que, como en cierta ocasión luchasen contra él unos corredores, quedando vencidos, esto es, arruinados, presentóse el Sr. Arnús en el Casino Mercantil, y, habiéndolos reunido, exclamó con afable sonrisa: *Perdono á tutti*, dándose por pagado de lo que le debían.

Era senador vitalicio y tenía la gran cruz de Isabel la Católica; pero no era hombre á quien halagasen los cintajos ni los títulos. Su grande afición era la música, en la que era inteligentísimo, y la niña de sus ojos era la inmediata villa de Badalona, donde tales beneficios sembrara que bastará decir que el cincuenta por ciento de los niños se llaman allí *Evaristo*.

¡Digna y envidiable vida la del ilustre banquero catalán, que, poseído del más ardiente deseo de hacer bien, tuvo siempre la satisfacción de poder realizar sin reparo alguno sus aspiraciones!

GUILLERMO III, REY DE HOLANDA

† el 23 de noviembre último

Contaba el difunto monarca sesenta y tres años de edad y cuarenta y nueve de reinado al llegarle la muerte, ya de largo tiempo esperada. Al subir al trono encontróse con un vasto programa de reformas proyectadas por su padre, realizándolas todas sin excepción. Fué un rey tan constitucional que no pudo saberse nunca si se inclinaba hacia los liberales ó hacia los conservadores. Durante su reinado las Cámaras holandesas ejercieron una verdadera soberanía.

Guillermo III de Orange era muy aficionado á las artes y gustaba en gran manera de la vida de París. No será revelar ningún secreto el decir que el difunto rey de Holanda dió mucho que murmurar respecto á su vida privada, hasta el extremo de haber mediado en cierta ocasión unas notas muy extrañas entre los gabinetes de Berna y de La Haya á propósito de algo ocurrido en Lausana, que promovió una reclamación de aquellas autoridades. Esas *cosas* del ilustre Orange (que no sabemos si sería cierto señor á quien llamaban familiarmente *Citrón* las damiselas del Segundo Imperio y de la Tercera República) colocaban en una situación muy embarazosa á la reina Sofía de Wurtemberg, por más que, gracias á su talento privilegiado, supiese esta princesa mantenerse siempre en una actitud muy digna. Habiendo quedado viudo el monarca neerlandés en 1879, contrajo segundo matrimonio con la princesa Emma de Waldeck, hoy reina regente durante la minoridad de la reinecita Guillermina.

Con Guillermo III se ha extinguido la ilustre casa de Orange.

EL DOCTOR ROBERTO KOCH

Con justicia más que sobrada es objeto de universal interés el sabio doctor alemán, pues de realizarse plenamente todo lo que se espera de su último descubrimiento, bien podría decirse que la humanidad habría alcanzado un beneficio de incomparable trascendencia.

El doctor Koch nació en las montañas del Hartz, ejerció de médico rural, estableciése luego en una cabeza de partido, y, por fin, gracias á sus importantísimos trabajos, fué llamado á ocupar la cátedra de Higiene de la Universidad de Berlín.

En 1882 descubrió el bacilo de la tisis, revolucionando con ello de arriba abajo la patología de dicha enfermedad; y en 1885 se trasladó á Egipto y á la India para estudiar el cólera, descubriendo el famoso bacilo coma. Tan valeroso fué su comportamiento al exponerse en el foco gangético á los más amenazadores peligros, que el emperador Guillermo I le condecoró con una cruz civil, pero con la cinta roja que sólo se concede á los militares.

Dedicado al estudio del tratamiento de la tisis, ha descubierto ahora el líquido precioso que se cree ha de curar la tisis, lo mismo que el lupus y en general todas las manifestaciones tuberculosas. Quieren suponer algunos que el descubrimiento de las misteriosas inyecciones debe reputarse solamente por ahora como un prodigioso reactivo aplicable á la fisiología patológica; pero todo induce á creer que no sólo en este concepto, sino también como recurso terapéutico, hará inmortal á Koch su famosísimo líquido. Sea como quiera, y aun manteniéndose en un estado de escepticismo inadmisible y necio, ha de constar que el primero en dar la voz de *no precipitarse* es el mismo sapientísimo, honrado y modesto catedrático.

EL ARTE INGLÉS

EL MES DE MARÍA, *cuadro de Topham.*—MARINEROS JUGANDO, *de E. Tuke*

El mes de María puede pasar muy bien como un tipo de *modernismo*. Esas grandes manchas blancas y ese cuidado en la representación del aire ambiente constituyen como un sello especial de las obras que aspiran á la perfección ideal tal como se entiende en estos tiempos. Aparte de lo que decimos, el cuadro está lleno de vida y de *carácter*, y es, en todos conceptos, una buena reproducción de la realidad, interesando tanto esas pensionistas como las más novelescas heroínas de un cuadro de historia.

Realista hasta lo sumo es *Marineros jugando*, cuadro tan verdadero que parece sacado de una fotografía instantánea.

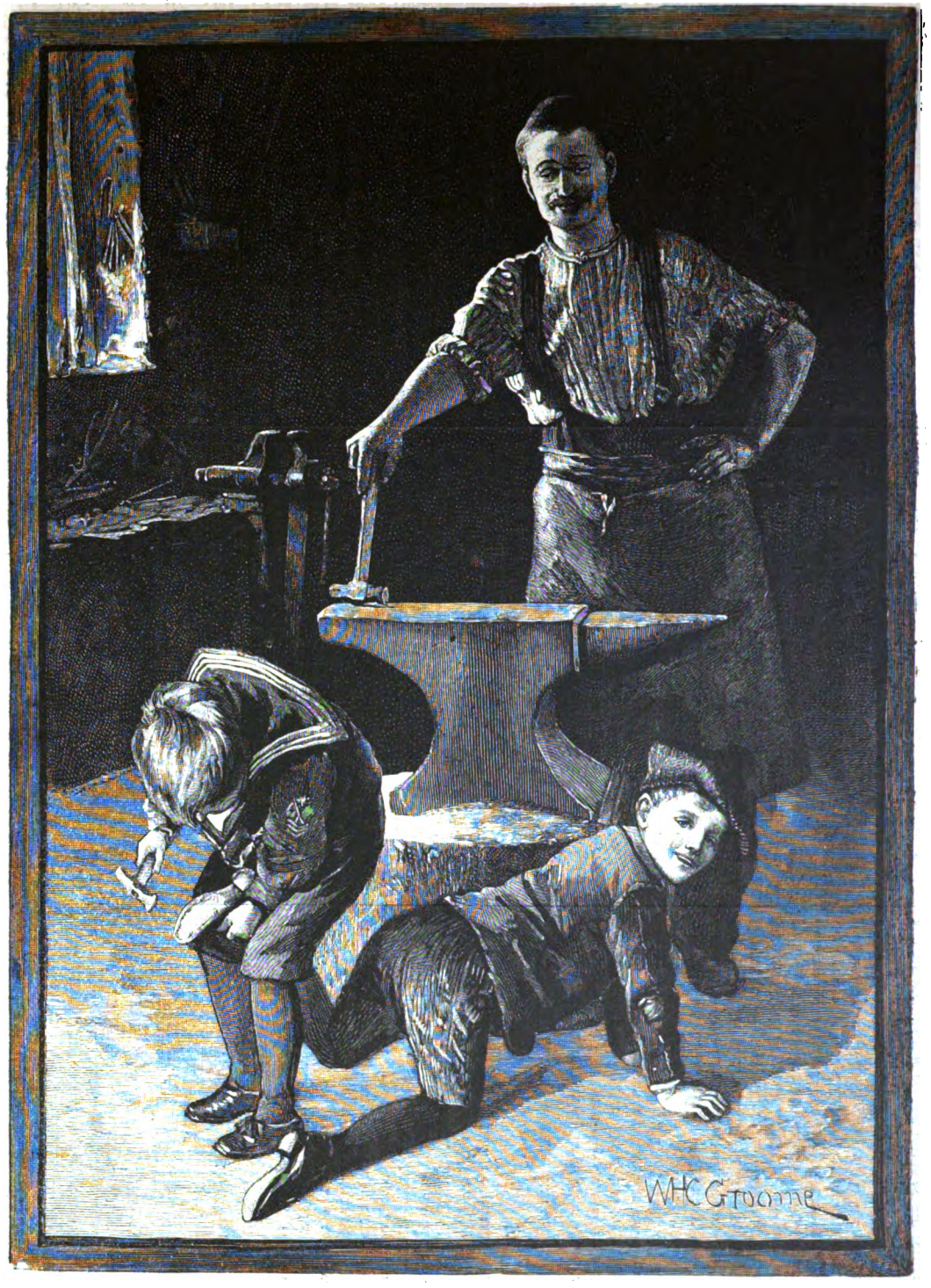
EL ARTE ANTIGUO EN CEYLÁN

En pocas comarcas existen más interesantes restos del pasado que en ciertos distritos del interior de Ceylán; pero, aun con eso, pocos viajeros han visto las antigüedades que reproducimos hoy en nuestros grabados. En el espacio de muchas leguas yace cubierta la superficie del distrito septentrional del Centro de restos de monumentos de pasados siglos. Allí se encuentran las ruinas de Anaradjahpura *(la ciudad de los Cien Reyes)*, corte de los soberanos singaleses, fundada en 450 a. J. y cuyo perímetro es mayor que el que hoy ocupa Londres. Admírause allí mil derruidos palacios y templos, con la particularidad de no estar obstruídas las ruinas por bosques ni malezas, gracias al cuidado de los gobernadores ingleses; antes bien existen al presente cómodas carreteras para facilitar las excursiones. Los eruditos pueden leer en aquellas piedras la historia completa del pueblo singalés.

Una de las particularidades de los monumentos de Ceylán son las *piedras lunares*, de forma semicircular, en las que

Digitized by Google

SEÑALES DE AUXILIO



ALBÉITAR Y...

Digitized by Google

Enrique V, delante de Harfleur.—EL REY ENRIQUE: ¡Á la brecha, una vez más, á la brecha, amigos míos!
(Enrique V, acto III, escena I.)

ESCENAS DE SHAKESPEARE

Armado y Costard.—ARMADO: Lleva esta *significación* á la campesina Jaquineta: hé aquí mi remuneración.
(Penas de amor perdidas, acto III, escena I.)

Digitized by Google

están esculpidas hileras concéntricas de figuras de extraños animales, pájaros y flores de loto. Estas piedras no aparecen en las ruinas de los monumentos buddhistas de otras comarcas.

TIPOS DE SOLDADOS ANTIGUOS

Dibujo de A. Armenise

Armenise es uno de los mas originales dibujantes de la escuela de Nápoles, bien conocido por sus cuadros y dibujos de tema oriental, singularísimos por la investigación de los tipos más extrañamente característicos.

Damos hoy, del mismo autor, algunos tipos soldadescos propios de un momento histórico que revistió una muy marcada fisonomía propia: tal fué la época comprendida entre los últimos años del siglo XVI y principios del siguiente, época de transición entre el feudalismo, ya aniquilado, y las jóvenes monarquías absolutas. (Digamos, entre paréntesis, que de aquella igualdad en el vasallaje derivó después la igualdad política.) Al noble guerrero antiguo había sustituído el soldadote innoble, armado de mosquete, procedente de la hez de la plebe, instrumento ciego de *S. M. el Rey*, sin castillos, sin pergaminos, sin casa ni hogar, sin más virtudes que la obediencia y el buen humor. ¡Y todo por haberse inventado la pólvora!

Tal es el tipo que ha tratado de reproducir Armenise: el tipo brutal del soldado que forma el eslabón intermedio entre el linajudo guerrero medieval y el soldado moderno, ciudadano armado.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

Trabajos de amor perdidos es lo que llamamos aquí una comedia *de figurón*, el cual figurón no es otro que un *español grotesco* (sic) llamado D. Rodrigo de Armado, empeñado en conquistar á una *villana*, como decían antes, la cual se burla de él obligándole á arar la tierra por espacio de tres años. La comedia abunda en equívocos, que sin duda hacían las delicias de los marmitones y grumetes londinenses en el *Teatro del Globo*, pero que hoy carece completamente de gracia. El argumento estriba en la violación que á su juramento de no pensar en amoríos han hecho el rey de Navarra y dos amigos suyos, que naturalmente se enamoran como unos locos de *sendas* damas jóvenes; y como el rey es el primero que debería purgar el perjurio, arréglase todo después de imponerles las bellas una ingeniosa penitencia á cada uno.

De *Enrique V* diremos solamente que está basado en otro drama más antiguo, pues como nuestro Moreto y como Molière, no se paraba mucho Shakespeare en acudir á argumentos ajenos. Figura de nuevo, en esta obra, el famosísimo *Falstaff*; y aunque contiene escenas de admirable mérito, resulta impropia para la representación por el gran número de episodios belicosos en que abunda. Con todo, en Berlín figura muy á menudo en los carteles, siendo ya sabido que en aquella capital se representa corrientemente todo el repertorio shakespeariano.

NOVIA DE GUSTO

—Con mi novio me indispongo.
—¿Y por qué razón, querida?
—¡Porque el *jabón* siempre olvida
de los PRINCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, París.
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONTINUACIÓN)

—Pero, en fin,—dije yo,—¿qué debo esperar?

—Los bienes os pertenecen indudablemente,—contestó Rankeillor.—Poco importa lo que vuestro padre haya firmado, pues sois el heredero legítimo; pero Ebenezer es hombre capaz de negar la evidencia, y probablemente pondría en duda vuestra identidad. Ahora bien: un pleito cuesta mucho, y si se entabla entre la familia es muy escandaloso, sin contar que, si se llegan á conocer algunos de los actos llevados á cabo con vuestro amigo Thompson, podríamos quemarnos los dedos. Si se consiguiese probar el secuestro, tendríamos una gran ventaja á nuestro favor; pero esto puede ser difícil, y por eso opino que lo mejor será hacer alguna concesión á vuestro tío, aunque sea dejarle en Shaws, donde ha echado raíces hace un cuarto de siglo, contentándoos con una renta regular.

Contesté que estaba dispuesto á transigir y que no era conveniente, en mi concepto, dar á conocer públicamente asuntos de familia. Entretanto, yo ideaba un plan, que fué el que después se puso por obra.

—¿Decís que lo esencial sería probar lo del secuestro?—pregunté.

—Sí,—contestó Rankeillor;—y, si es posible, fuera del tribunal. Sin duda encontraríamos algunos tripulantes del *Covenant* que darían fe de vuestra reclusión; mas, al prestar sus declaraciones, sin duda se deslizaría alguna palabra sobre vuestro amigo Thompson que no os favorecería nada.

DECORACIÓN MURAL EN ANARADJAHPURA

—Bien,—repuse;—pues voy á deciros cómo pensaba arreglarlo.

Y expuse al abogado mi pensamiento.

—Pero de ese modo,—replicó cuando hube concluído,—sería preciso encontrarme con vuestro amigo Thompson.

—Así lo creo,—contesté.

—Pues paréceme, amigo David, que vuestro plan es inadmisible. Nada diré contra vuestro amigo Thompson, pues ignoro sus actos; pero si llegase á mi conocimiento que es culpable en algo, mi deber sería detenerle. Ahora bien: ¿os parece prudente que yo le vea? Tal vez resulten cargos contra él y no os lo haya dicho todo, y hasta es posible que no se llame Thompson (al decir esto el abogado guiñó el ojo con expresión picaresca), pues muchos de esos hombres toman el primer apellido que les parece para ocultar el suyo propio.

A pesar de lo que decía el abogado, era evidente que mi plan no le parecía del todo mal, pues observé que reflexionaba mucho, y no me dijo nada hasta que nos llamó á comer la señora de Rankeillor. Cuando ésta nos dejó solos otra vez, el abogado me habló de nuevo sobre mi proyecto, dirigiéndome varias preguntas. Deseaba saber dónde y cuándo debía encontrar á mi amigo Thompson, si estaba seguro de su discreción, y, si en caso de que mi tío cayese en el lazo que se le preparaba, consentiría yo en tales ó cuales condiciones. Cuando hube contestado á todo, al parecer á satisfacción de Rankeillor, éste volvió á entregarse á sus reflexiones, y, de pronto, cogiendo un pliego de papel y un lápiz, comenzó á escribir con mucha detención, como si pensase bien cada palabra. Después llamó con la campanilla, y á los pocos momentos presentóse un escribiente.

—Torrance,—dijo;—es necesario que copiéis en buen papel esta nota que acabo de escribir con lápiz: ha de estar corriente esta misma noche; y cuando lo hayáis hecho, preparaos á salir con este caballero y conmigo, pues probablemente será preciso que deis testimonio de lo que veáis y oigáis.

—¡Cómo!—exclamé yo.—¿Vais á poner por obra mi plan?

—Así parece,—respondió Rankeillor llenando su vaso de vino.—Pero no hablemos por ahora más de negocios.

Llegada la hora en que Alan debía esperarme, según lo convenido con él, Rankeillor y yo salimos de la casa cogidos del brazo. Detrás de nosotros iba Torrance con unos papeles en el bolsillo y una cesta de regulares dimensiones pendiente del brazo. Al atravesar la ciudad, el abogado debió contestar con frecuencia á los saludos de muchas personas conocidas que encontraba al paso, y no pocos caballeros le detuvieron para consultarle sobre asuntos particulares, por todo lo cual pude comprender que tenía muy buenas relaciones en la localidad. Al fin dejamos atrás las casas y nos dirigimos hacia la posada de Hawes y la Ensenada de la Reina, teatro de mi primera desgracia. No pude menos de experimentar cierta emoción al ver de nuevo aquel sitio, recordando que muchos de los que estuvieron allí conmigo no existían ya: el pobre Ransome, Shuan, y los tripulantes que se hundieron con el buque en el mar, dormían el sueño eterno de la muerte. Debiera haber contemplado aquel lugar con un sentimiento de gratitud al verme sano y salvo después de correr tantos peligros; pero no pude menos de experimentar una profunda tristeza mezclada de temor.

Apenas llegamos á Hawes, donde reconocí al posadero que estaba fumando su pipa á la puerta, Rankeillor cambió el orden de marcha y quedóse detrás con Torrance, indicándome que fuera yo delante á manera de explorador. Comencé á subir por la colina silbando á intervalos, y al fin tuve el gusto de oir la contestación á mi señal, viendo á mi amigo aparecer por detrás de un arbusto.

Estaba algo abatido, sin duda por haberle faltado compañía durante tantas horas; mas, apenas me vió con mi nuevo traje, reanimóse su mirada y sonrió; y cuando le dije en qué estado se hallaban sus negocios, indicándole que había contado con él para llevarlos á buen fin, manifestó la mayor satisfacción.

—Habéis tenido muy buena idea,—dijo,—y paréceme que no habríais encontrado hombre más á propósito que Alan Breck para ese asunto, porque se necesita persona de penetración, y no serviría cualquiera. Pero me parece,—añadió,—que vuestro abogado no tiene muchos deseos de verme.

Por toda contestación hice seña á Rankeillor para que se acercase, y cuando se hubo reunido con nosotros presentéle á mi amigo.

—Caballero Thompson,—dijo Rankeillor,—me alegro de conoceros. Pero se me han olvidado los anteojos, y mi amigo David podrá deciros que sin ellos voy casi ciego; de modo que no debe extrañaros que pase á vuestro lado el día de mañana sin reconoceros.

Yo comprendí que el olvido de Rankeillor era voluntario y que por él se proponía utilizarse del auxilio de Alan sin verse en la precisión de reconocerlo más tarde; lo cual podía comprometerle, á su modo de ver, si nuestro plan no tenía un buen desenlace.

El abogado pensó que Alan quedaría muy satisfecho con estas palabras; pero el amor propio de mi amigo se resintió.

—Caballero,—repuso,—importa poco que me reconozcáis ó no, pues nos hemos reunido aquí para un objeto particular, cual es el de hacer justicia al Sr. Balfour, y, por lo tanto, no es probable que después tengamos ningún género de relaciones; pero acepto vuestra excusa porque está muy en su lugar.

Digitized by Google

—No podía esperar más del caballero Thompson,—replicó Rankeillor;—y como vos y yo hemos de ser principales actores en esta empresa debemos entendernos amistosamente, á cuyo fin propongo que me deis vuestro brazo, pues por la oscuridad y mi falta de anteojos no veo bien por dónde voy.

—En cuanto á vos, David,—añadió,—formaréis la retaguardia con Torrance; pero debo advertiros que es inútil hablar de vuestras aventuras más de lo necesario.

La noche había cerrado del todo cuando dimos vista á la casa de Shaws. Eran más de las diez y el viento susurraba entre los árboles, ahogando el rumor de nuestros pasos. Ya cerca de la casa, no vimos brillar ninguna luz en el interior, y por lo tanto presumí que mi tío se habría retirado á descansar, de lo cual me alegré mucho, porque esto favorecía el plan. Después de consultarnos por última vez el abogado, Torrance y yo fuimos á ocultarnos detrás de la esquina de la casa, y entonces Alan se adelantó solo hasta la puerta y llamó.

CAPITULO XXIX

LLEGO Á MIS DOMINIOS

Durante algún tiempo Alan redobló sus golpes en la puerta sin que le contestaran más que los ecos de la casa; mas al fin oí el ruido de una ventana que se abría suavemente, y pude comprender que mi tío acababa de llegar á su observatorio. A la escasa luz del cielo debía ver á mi amigo como una sombra, y, como nosotros tres estábamos ocultos detrás del ángulo de la fachada, Ebenezer no podía alarmarse. Sin embargo, observó á su visitante en silencio, y, cuando habló, su voz era de enojo.

—¿Qué significa esto?—preguntó.—Esta no es hora de molestar á nadie. ¿Qué se os ofrece? Os advierto que tengo aquí un trabuco.

—¿Sois vos, Sr. Balfour?—replicó Alan retrocediendo un paso y mirando á la ventana.—Bueno será que tengáis cuidado con el trabuco, porque es arma muy traidora, y á veces revienta.

—¿Qué se os ofrece y quién sois?—preguntó Ebenezer con acento de cólera.

—No es mi intención publicar mi nombre á gritos,—dijo Alan;—y en cuanto á lo que me trae aquí, es más asunto vuestro que mío, y, si creéis que os agradará, lo diré cantando.

—Pero ¿de qué se trata?

—De David.

—¿Qué decís?—gritó mi tío cambiando de voz.

—¿Queréis que os diga el apellido?—preguntó Alan.

Siguióse una pausa, y después oí á mi tío decir:

—Estoy pensando que será mejor dejaros entrar.

—Tal vez,—repuso mi amigo;—pero la cuestión no es que yo quiera subir. Yo pienso otra cosa, y es que en estos escalones podremos hablar del asunto. Y habrá de ser aquí ó en ninguna parte, pues habéis de comprender que soy tanto como vos, y además caballero de mejor familia.

Este cambio de tono desconcertó á Ebenezer, que sin duda no supo qué contestar al pronto.

—Bien, bien,—contestó al fin;—lo que ha de ser que sea.

Apenas pronunciadas estas palabras, oí cerrar la ventana; pero trascurrió un largo rato antes de que Ebenezer bajase. Al fin se percibió el rumor de las barras y cerrojos al descorrerse, abrióse la puerta, que rechinó sobre sus goznes, y, al ver mi tío que Alan se había retirado un paso, sentóse en uno de los escalones de la entrada con el trabuco preparado entre las manos.

—Ahora,—dijo,—os advertiré que estoy armado y que si os acercáis un paso sois hombre muerto.

—Sois muy cortés y hospitalario,—contestó Alan.

—Como vuestro proceder es algo impropio, debo estar preparado para todo. Y ahora que ya nos entendemos, veamos de qué se trata.

—Vos, que sin duda sois hombre de mucha penetración, habréis comprendido que soy un caballero de la alta montaña. Mi nombre no tiene nada que ver con mi historia; pero el condado de mis amigos no está lejos de la isla de Mull, de la cual habréis oído hablar seguramente. Parece que hace algún tiempo se perdió un buque en aquellas aguas, y al día siguiente una persona de mi familia, que salió á buscar restos del naufragio, encontró á un joven casi moribundo. Condújele á su casa, antiguo castillo ruinoso, y allí se le cuidó convenientemente; pero desde entonces ha sido un gasto continuo para mis amigos. Ahora bien: éstos, que son verdaderos montañeses, amantes de su independencia, y que no respetan la ley tanto como otros, presumiendo que el joven tenía parientes de cierta posición, y sabedores de que era vuestro sobrino, rogáronme que viniera á veros para hablaros sobre el asunto. Debo añadir que si no nos convenimos sobre ciertas condiciones no es probable que volváis á ver á David, porque mis amigos no están muy bien.

... sentóse en uno de los escalones... con el trabuco preparado...

—Poco me importa eso,—contestó mi tío,—pues no era un buen muchacho, y de consiguiente no quiero intervenir en el asunto.

—¡Ah!—exclamó Alan.—Ya os comprendo: pretendéis que no os importa nada para pagar menor rescate.

—No, os digo la pura verdad: ni me intereso por ese muchacho ni pagaré rescate alguno, y podéis hacer lo que os dé la gana con ese joven.

—¡Alto aquí, Sr. Balfour! Ved que la sangre es más espesa que el agua y que sería vergonzoso que abandonaseis al hijo de vuestro hermano. Si tal hicieseis y se llegara á saber, paréceme que no seríais muy bien mirado de los que os conocen.

—No lo soy ahora tampoco,—replicó Ebenezer;—y por otra parte no veo cómo se sabría la cosa, pues cerca de mí no hay nadie, y opino que á vos y á los vuestros les sucede lo mismo, de modo que habláis en balde.

—Pues David será quien lo diga,—contestó Alan.

—¿Cómo?— preguntó mi tío, al parecer con inquietud.

—Muy sencillamente: mis amigos guardarían el joven mientras hubiese probabilidades de obtener alguna recompensa; pero si ven que no deben esperarla, opino que dejarán al muchacho marcharse para que haga lo que quiera.

—Tampoco me importa eso mucho.

—Tal vez sí.

—¿Qué queréis decir?

—Escuchad, Sr. Balfour,—replicó Alan.—Dos medios había de arreglar el asunto: ó bien conviniéndose á que os devolviésemos á David pagando los gastos, ó ya guardándole en nuestro poder si tenéis buenas razones para no verle. Si no es lo primero, será lo segundo; y en este caso habrá algunos cuartos para mi bolsa y la de mis amigos.

—No entraré en estas explicaciones.

—Pues será forzoso: si no queréis que os devuelvan el joven, decid qué se ha de hacer con él y cuánto pagaréis por esto.

Mi tío se agitó en su asiento de piedra sin contestar.

—Vamos,—continuó Alan;—debo deciros que soy un caballero y que llevo nombre de rey, por lo cual no estoy dispuesto á tolerar más vuestras impertinencias y evasivas: ó me dais una contestación cortés y categórica, y esto en el acto, ó ¡vive Dios que os atravieso de parte á parte con mi acero!

—¡Poco á poco!—gritó mi tío.—¡Concededme un minuto! ¿Qué diablo os pasa? Yo soy un hombre formal y no un cualquiera, y procuro ser tan cortés como es posible. En cuanto á lo de atravesarme con vuestro acero, supongo no creeréis que tengo mi trabuco como adorno.

—La pólvora y vuestras viejas manos valen tanto para mí como el caracol para la golondrina; y antes que vuestro dedo tembloroso encontrase el gatillo del arma, os habría clavado mi espada hasta la empuñadura.

—¡Vamos!—dijo mi tío.—¡No hay que enfadarse! No es mi ánimo irritaros. Decidme que lo deseáis, y ya veréis cómo podemos arreglarnos.

—Yo no deseo más que una contestación categórica y terminante. En dos palabras: ¿queréis que se mate al muchacho ó que le guardemos?

—¡Oh!—exclamó Ebenezer.—¡Eso es ya demasiado!

—¿Muerto ó cautivo? Contestad.

—¡Oh! ¡Guardadle, guardadle!—contestó mi tío con vos balbuciente.—¡Nada de efusión de sangre!

—Bien,—repuso Alan;—como gustéis; pero esto os costará más caro.

—Y ¿seríais capaz de cometer un crimen?

—De todos modos le habrá, y lo más seguro es matar, porque así nos libramos de un estorbo que puede causar un perjuicio más tarde.

—Pues prefiero que le guardéis, porque jamás cometí ningún delito y no es cosa de comenzar ahora.

—Sois muy escrupuloso.

—Lo que soy es un hombre de principios, y si he de pagar por esto pagaré. Además debéis recordar que el muchacho es hijo de un hermano.

(Se continuará)

Traducción de
ENRIQUE DE VERNEUIL

Digitized by Google

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO

premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL Dr. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, SIN DESENGRASAR antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.

Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

Perfumeria, 13, Rue d'Enghien, Paris
AGUA DIVINA
llamada
AGUA de SALUD
E. COUDRAY
Preconizada
PARA EL TOCADOR
Conserva constantemente la FRESCURA de la JUVENTUD y preserva de la PESTE y del COLERA MORBO

Ramón Molinas - Editor
ENCICLOPEDIA de MEDICINA y CIRUGÍA

Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.

Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:

La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchel Bruce. . . . . Ptas. 15'

EN PUBLICACIÓN

La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.

Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.

En provincias, en casa de nuestros corresponsales.

A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Obra próxima á publicarse
TRATADO DE PATOLOGIA INTERNA
POR RICARDO FLEISCHER

Maison De VERTUS Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22, Barcelona

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

Píldoras Catárticas
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

LA MEJOR
Medicina de Familia.

El mejor purgante vegetal y único que no irrita. Curan positivamente todas las afecciones del estómago, del hígado y los desarreglos de vientre así como tambien la ictericie, ataques biliosos, neuralgias, jaquecas y los dolores de cabeza. Tomadas á tiempo, evitan enfermedades que en muchos casos producen la muerte. Evitan siempre sufrimientos y gastos á los que las toman. Las eminencias médicas las prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADAS POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

LA FUERZA DEL DESTINO
R. MOLINAS, Editor.- Cortes, 365 á 371

ELIXIR
de PROTOCLORURO de HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
de VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias y adoptado por los hospitales. Es el unico remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la **anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre, debilidad, inapetencia y menstruaciones difíciles.** Precio: botella, 4 pesetas; pequeña, 2'50. *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.*

Depósito general:
ALMERÍA, Farmacia VIVAS PÉREZ
POR MAYOR: *Madrid*, Melchor García. *Barcelona*, Sociedad Farmacéutica, é Hijos de J. Vidal y Ribas.
POR MENOR: en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y Ultramar.

CALLIFLORE
FLOR DE BELLEZA Polvos adherentes é invisibles.

Por el nuevo modo de emplear estos polvos comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Ademas de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro,
En la Perfumeria Central de Agnel 16, Avenue de l'Opéra, PARIS
y en las seis Perfumerias sucursales que posée en Paris, así como en todas la buenas Perfumerias.

BÁLSAMO DE
FERNOLINE
Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el **Extracto Puro del Pino Amarillo y es complemente vegetal.**

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los **dolores reumáticos, de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos, hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.**

Lo prescriben los doctores, en el extranjero, para curar los dolores que notan muchos enfermos en el **cuello, pecho y espaldas;** pues, gracias á la **volatibilidad** de este remedio, aplicado sobre la piel, se absorbe en cantidad variable, según la superficie de la aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales farmacias y Droguerías
ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA
VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA.-BARCELONA

ACEITE de HOGG
de HÍGADO FRESCO de BACALAO, *NATURAL y MEDICINAL*

El mejor que existe puesto que ha obtenido la mas alta Recompensa en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde 40 AÑOS en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Republicas Hispano-Americanas, por los **primeros médicos del mundo entero,** contra las **Enfermedades** del **Pecho, Tos, Personas debiles, los Niños raquíticos, Humores, Erupciones** del **cútis,** etc.

Es mucho mas activo que las **Emulsiones** *que contienen mitad de agua, y que los aceites blancos de* **Noruega,** *cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.*

Se vende solamente en frascos TRIANGULARES.—Exíjase sobre la *etiqueta* el SELLO AZUL del Estado Francés
Solo Propietario: HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS, y en todas las Farmacias.

LA CHARMERESSE

Polvos refrigerantes, el « non plus ultra » de los polvos para la belleza. Su composicion ***absolutamente nueva*** bajo el punto de vista de la higiene, su finura, su untuosidad y su perfecta adherencia recomiendan su uso para las facciones mas delicadas. Refresca la piel, disimula las arrugas, da á la tez la blancura mate, suave y discreta de la camelia y hace desaparecer como por encanto todas las imperfecciones (pecas, paños, rojeces, etc.) Para baile ó espectáculo donde hay mucha luz, pídase la **CHARMERESSE CONCENTRÉE** y solidificada, en estuche, muy adherente. ¡**Gran novedad**! **DUSSER**, inventor, ***Rue J.-Rousseau, n° 1, Paris.*** (En América, en todas las Perfumerias). *Madrid:* Melchor Garcia y en las Perfumerias Pasoual, Frera, Inglesa, Urquiola, etc. *Barcelona:* Vicente Ferrer, depositario, y en las Perfumerias de Lafont, etc.

ADMINISTRACION: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valer, calle del Barquillo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE LA Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NUM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACION IBERICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	ESPAÑA Un año . . . . . 12'50 ptas. Un semestre. . . . . 6'50 » Número suelto. . . . 0'25 » PORTUGAL Suscripción pagadera semanalmente Cada número . . . 50 reis.	Barcelona 20 de diciembre de 1890	CUBA Y PUERTO RICO Un año. . . . . 5 pesos oro En el resto de América fijan el precio los señores corresponsales. EXTRANJERO Un año. . . . . 18 pesetas.	Núm. 416

ADVERTENCIA: Con el siguiente número recibirán los señores suscritores el segundo regalo de este año, ó sea el *Album poético*.

MISS MACDONALD (retrato de Lawrence)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*Diciembre* (soneto), por Alfredo Opisso.—*Bibliografía*, por Narciso Masferrer y Sala.—*Rimas*, por Ventura Mayorga.—*El nacimiento triste*, por Alfonso Pérez Nieva.—*¡¡Qué frío!!*, por A. Sánchez Pérez.—*Solidaridad* (poesía), por Nicolás Estévanez.—*Casi talismán*, por Antonia Opisso.—*Recuerdos íntimos*, por Manuel Amor Meilán.—*La oración de un niño* (poesía), por Lino González Ansótegui.—*Nuestro padre material*, por Iprac-Ordep.—*Nuestros grabados.—El secuestrado. Aventuras de David Balfour* (conclusión), por Roberto Luis Stevenson.

GRABADOS: Miss Macdonald.—El papa León X.—En la piazzetta de Venecia.—Tipos de soldados antiguos.—La Natividad.—La adoración.—El invierno en el campo.—Hojeando el álbum.—Horrible trance.—Escenas de Shakespeare.

MADRID

El punto.—Reformas escolares.—Bailes de máscaras y otras cosas

De la sensibilidad exquisita de las aves que anuncian la tormenta mucho antes de que estalle, ni la de las flores que cierran su corola cuando se oscurece el día, ni la del mercurio encerrado en el tubo de cristal para marcar la temperatura, se iguala con la de los estudiantes de estos tiempos para anunciar la proximidad de las fiestas. Un mes antes de que lleguen las presienten y las celebran cerrando los libros. Desde que comenzó diciembre, dicen todos los periódicos, los catedráticos explican ante un reducido número de alumnos; las clases están casi desiertas.

Y es verdad: los que vinieron de sus pueblos después de terminadas las vendimias, se apresuran á marcharse antes de que comiencen las matanzas y sólo volverán pasados Reyes, cuando Madrid ofrezca por completo los atractivos de los bailes de máscaras que ahora comienzan; y de este modo el año escolar se deslizará más dulcemente hasta la época de las primeras verbenas, que coinciden con los exámenes.

***

Tratando recientemente el emperador de Alemania, en el seno de la Comisión de la reforma escolar, reunida en Berlín, de las graves cuestiones que se relacionan con la enseñanza, ha dicho, con un gran sentido práctico, que se enseña á los jóvenes muchas cosas inútiles, y que se les carga, en los años más importantes para su desarrollo físico, de un trabajo excesivo.

Siete horas de estudio diario, sin contar las clases, ha dicho el joven soberano, es un exceso, y mucho más si se tiene en cuenta que esto se hace para inundar la nación de bachilleres que pueden traducir á Séneca y á Cicerón, pero que no saben bien el alemán y que carecen de los conocimientos necesarios para ganarse decorosamente la vida en medio de la sociedad moderna, á la que deben interesar más los problemas de su tiempo que lo que pasó en Grecia y en Roma en remotísimas edades.

Esto, en sustancia, ha dicho el emperador soberano de Alemania, decidido á pensar, no sólo en lo que se refiere á la gloria militar de su nación, sino en todo aquello que pueda contribuir á su dicha y á su engrandecimiento, como lo ha probado al ocuparse muy especialmente en la cuestión social y en la suerte de los obreros y al abordar ahora la de la enseñanza y la de los estudiantes.

Una de las cosas que más le preocupan es el excesivo número de míopes que salen de las aulas: un 74 por 100 arrojan las estadísticas alemanas.—Pido soldados,—ha dicho el emperador,—y me dan hombres que no pueden ver con sus propios ojos; y esto no puede continuar así. Los hombres no deben ver el universo á través de los cristales de sus anteojos, sino complacerse en mirar con sus propios ojos lo que tienen delante de ellos: la patria y su organizacion.

No le falta razón en muchas cosas á S. M. teutónica, y, aplicando lo que dice á nuestra patria, es preciso convenir en que, si los cursos pueden ser tan cortos como los hacen los estudiantes, anticipando y prolongando las vacaciones, la enseñanza oficial es defectuosa en lo que se refiere á muchas carreras, y especialmente á aquellas que consagran mucho tiempo y mucho trabajo al estudio de las lenguas y de las literaturas muertas, descuidando lo que vive y palpita en la sociedad moderna.

Traducir más ó menos elegantemente á Horacio y á Virgilio y no poder buscar en un libro ó una revista alemana las manifestaciones del pensamiento moderno, saber de memoria trozos de la *Eneida* ó del *Arte poética* y no poder seguir en las columnas de los periódicos ingleses ó norteamericanos las corrientes de la opinión en el mundo civilizado; no es verdaderamente práctico en unos tiempos en que se puede ganar la vida mucho mejor el que posee un par de idiomas vivos que el que sale de una universidad con un título adquirido en cursos interrumpidos con multitud de fiestas oficiales ó extraoficiales.

Las corrientes alemanas están en moda. Nos fijamos hace tiempo en su organización militar para copiarla: no hace mucho un reformador guerrero ha querido sustituir el gallardo ros que usa nuestra infantería por el pesado casco prusiano, que es buena cobertura para los hombres altos, recios y pesados del norte. Veremos si implantándose allá las reformas escolares que su emperador ha expuesto, imitamos aquí el ejemplo y nos veremos libres de la plaga de bachilleres y de licenciados cortos de vista que salen todos los años de nuestros Institutos y Universidades y que, no sirviendo para maldita de Dios la cosa, invaden las redacciones de los periódicos y se lanzan á la política para ser diputados y ministros.

***

Ya han comenzado en Madrid los bailes de máscaras, y las sociedades que los organizan son tan numerosas como lo fueron á principio de temporada las empresas teatrales. *Las noches venecianas*, que se podrían llamar con más propiedad *toledanas*, *El Dominó*, *La Incógnita* y otras muchas, han fijado ya en las esquinas sus programas y han comenzado á celebrar sus sesiones en la Zarzuela, en la Alhambra.

En la Alhambra se baila los domingos desde las tres de la tarde hasta las seis de la mañana, y en todas las sociedades coreográficas se constituyen jurados de personas competentes que otorgan premios á las jóvenes que han sabido adornarse con el traje de más capricho, con el dominó más vistoso ó con el pañuelo de Manila más rico y sandunguero entre los que ostentan flores y arrastran flecos.

Esto constituye un exceso de diversión que no es nada favorable ni á la higiene ni á la moral ni á la educación de la juventud.

O nuestros mayores nos han engañado miserablemente ó los bailes de máscaras de su tiempo eran una cosa muy distinta de lo que son ahora.

Léase en las *Memorias de un setentón*, del buen Mesonero Romanos, el relato de aquellas fiestas en los salones de la calle de Isabel *la Católica* ó del Liceo, óigase lo que dicen, dueñas venerables y respetables señores, de los bailes de Villahermosa y del Conservatorio; y éntrese en la Zarzuela ó en la Alhambra cuando la orquesta toca una danza cubana ó una polka íntima; y se verá la diferencia inmensa que existe entre el pasado y el presente, entre los que aprendían piruetas y cortesías en las academias de *Belluri* y *Besuguillo*, y los que apenas se mueven al lento compás de los tangos de las piececitas en boga, con cuya música atormentan al honrado y pacífico vecindario los organillos callejeros.

Y no es que yo clame por aquellos tiempos que *por pasados* me parezcan mejor, sino porque encuentro falto de ideal y de alientos este *fin de siglo*.

De aquella juventud que aplaudía á Montresor y á la Cortessi y que se entusiasmaba con la famosa contralto Fabrica, salieron Diego León, Campo Alange, Viamanuel, O'Donnell, Urbiztondo, Espronceda, Larra, Donoso Cortés, Córdoba, Concha, Ros de Olano, Olózaga, Escosura, Caballero, González Brabo, Bretón, Gil de Zárate, Mesonero Romanos, Ventura de la Vega, Hartzembusch, Segovia y otros que fueron caudillos en la guerra civil y más tarde en la campaña de Africa, que tomaron parte en las luchas inolvidables del romanticismo y que brillaron desde la tribuna, ocupando luego los más altos puestos del Estado.

Quizá produzca muchos genios, gloria de la patria, algún día, esta sociedad *fin de siglo* que anticipa las vacaciones, baila en la Zarzuela y en la Alhambra y tararea los tangos del *Certamen nacional* y se entusiasma con los *calzones del señorito;* pero es lo cierto que da, al presente, compasión al verla, flaca y desmedrada, calarse los lentes sobre las amplias narices, única cosa saliente en una fisonomía descolorida por la anemia.

***

Los teatros serios y formales caminan de fracaso en fracaso, sin que haya habido ningún estreno que haya conmovido al público y sin que la resurrección de las obras del repertorio como *D. Alvaro* ó *La fuerza del sino* hayan servido para otra cosa que para demostrar las deficiencias de compañías como la del Teatro Español y los esfuerzos inútiles que hace por emular glorias pasadas.

La Sembrich se ha enfadado con el público y ha roto su escritura con la empresa del Teatro Real. La célebre cantante no ha podido soportar algunos *chicheos* de que ha sido víctima y se retira con sus honores antes de que estalle la tormenta en las elevadas regiones del paraíso, poco propicias á reverenciar ídolos.

Si la ilustre artista ha querido ahorrarse disgustos ha hecho muy bien. En los salones de la embajada de Alemania y en los del Real Palacio donde ha cantado como despedida, ha sido muy aplaudida.

Una de las cualidades de los artistas debe ser la de saber elegir su público.

***

En Madrid, por ahora, no preocupan los libros ni las artes, y en la vida social se notan ciertas indiferencias y apatías. El objeto de todas las conversaciones son las elecciones, y los comentarios á las pasadas de diputados provinciales, y las esperanzas y temores que despiertan las futuras de diputados á Cortes, objeto de los coloquios que se sostienen en los corrillos. Se ha despertado una afición extraordinaria á sentarse en los escaños del Congreso; y á los *yernos* de personajes políticos, que fueron uno de los elementos principales de las Cortes que están á punto de morir, suceden ahora las falanges de familias influyentes. Con media docena de apellidos célebres en la política contemporánea, se podrá ganar por inmensa mayoría una votación si las aspiraciones que se apuntan prevalecen.

Y es lo que dicen las gentes que ven los toros desde la barrera, como vulgarmente se dice: —El fin de siglo puede ser el fin de muchas cosas.

KASABAL

DICIEMBRE

Es un mes del que hay mucho que decir,
pues no hay otro tan *lleno* como él:
mes delicioso, abominable, cruel,
muy bueno de llorar y de reir.
El ricacho se puede divertir
y encuentra que diciembre es todo miel;
pero al pobrete se le antoja hiel,
llegando hasta el extremo su sufrir.
El premio gordo, el pavo, los turrones,
la hartura de los buches ya repletos,
alternan con los agrios lagrimones
que vierten mil vivientes esqueletos;
y aquí doy punto á mis lucubraciones
y se acaban el año... y los sonetos.

ALFREDO OPISSO

Digitized by Google

BIBLIOGRAFIA

OFENSAS Y DESAFÍOS

Supongo yo que al dedicarme, de la manera expresiva y cariñosa que lo ha hecho mi distinguido amigo el ilustrado director de *El Parlamento*, D. Eusebio Iñíguez, un ejemplar del libro que acaba de poner á la venta y que lleva idéntico título al que encabeza estas líneas, no le habrá guiado otra idea que la de reiterarme su simpatía (á la que correspondo de todas veras), puesto que jamás mostré grande afición hacia los trabajos bibliográficos ni me tengo por *valiente*.

Tenga, sin embargo, entendido, mi estimado compañero, que si alguna vez me viera precisado á acudir al terreno del honor, sea en calidad de combatiente ó de testigo, es tanto lo que me ha complacido el texto de su obra, que con tal motivo volvería á consultarlo, seguramente con mayor detenimiento que ahora.

Es indudable que el libro de Iñíguez ha venido á llenar un vacío muy grande, aunque muchas gentes enemigas del duelo opinen lo contrario. Entre nosotros se ha generalizado mucho el duelo, y presumo que la mayoría de las veces, si combatientes y padrinos han querido cumplir á conciencia sus respectivas funciones, han debido deplorar la falta de un código del duelo en español y tenido forzosamente que recurrir á los textos extranjeros.

Abundando en esto mismo, dice el autor de *Ofensas* y *desafíos*, en su prólogo:

«... voy á explicar brevemente las razones que me han obligado á la publicación del presente libro.

»Con dos preguntas y dos respuestas pudiera justificarlo.

»¿Cuándo es un duelo legal?

»Cuando sus trámites se ajustan severamente á lo escrito en el *código del honor* y aquél se realiza de conformidad con las condiciones pactadas por los padrinos.

»¿Hay algún código del honor en castellano?

»De un modo terminante no puede ser contestada esta pregunta. Sin embargo, creo que ninguno; creencia que reconoce porbase la opinión de los más afamados libreros.

»Pues de aquí el origen del trabajo que he realizado.»

Hablando pocos días há con persona muy ducha en materia de desafíos, convenía en que el texto de la obra del director de *El Parlamento* era muy original, puesto que ignoraba por completo que existieran libros por el estilo en español, por cuyo motivo el citado escritor era digno de los mayores elogios. Opinaba asimismo, mi amigo, que el libro *Ofensas y desafíos* ha de venderse mucho y que el precio fijado á la obra no es caro si se tiene en cuenta que hoy los que más á menudo intervienen en estos asuntos son gente de dinero, los cuales acaban firmando las actas del desafío en *Lhardy*, en *Fornos* ó en *Los Cisnes*. —En cuanto á Vds., los periodistas,—añadió,—quienes, según las estadísticas del duelo, son los que más á menudo acuden al terreno de las armas, deben guardar en sus respectivas bibliotecas el citado tratado, porque en más de una ocasión puede servirles de utilidad.

Agradecí el aviso, dispuesto á seguir el consejo, pero á evitar la ocasión.

Escudriñando *par-ci*, *par-là*, autores extranjeros D. Eusebio Iñíguez ha hecho una verdadera y notable recapitulación de sinnúmero de artículos del duelo á cual más notable.

Trata con verdadero conocimiento de causa «Del duelo en general, y sin testigos,» «De las diferentes clases de ofensas ó injurias,» «De las armas y su naturaleza,» «Del cartel de desafío,» y de todo cuanto se refiere á padrinos y testigos.

Determina muy acertadamente todas las clases de duelos, describe su legislación, hace atinados comentarios y critica diferentes artículos insertos en códigos extranjeros, cuyas notas revelan los grandes conocimientos que en esta clase de asuntos abarca el autor. Se ocupa muy detenidamente de los tribunales de honor y de los duelos excepcionales, acerca de cuyo asunto aduce datos interesantísimos.

Y, por último, inserta diferentes modelos de actas, que pueden servir de guía á los que, poco versados en estos trámites, tengan que verse mezclados en ellos de hoy en adelante.

Presumo que, ya en este ó en otro periódico, personas más expertas que yo en cuestiones de *ofensas y desafíos* hablarán del libro de mi amigo Iñíguez con más extensión y sobre todo con mayor autoridad: yo me he limitado á un simple acuse de recibo, en el que va envuelta mi enhorabuena y el deseo de que se venda mucho, pero que se consulte poco, en bien de la humanidad.

NARCISO MASFERRER Y SALA

Madrid, diciembre 1890.

EL PAPA LEÓN X (retrato por Rafael)

RIMAS

Bécquer exclamaba
con fúnebre acento:
«¡Dios mío, qué solos
se quedan los muertos!»
Bécquer se equivoca,
no estuvo en lo cierto:
al morir va el alma
á buscar su centro,
y en la tierra nunca
queda solo el cuerpo,
porque los gusanos,
fieles compañeros
asiduos y amantes,
royendo, royendo,
el cadáver limpian
de podre y de cieno,
dejando tan sólo
blanquísimos huesos.
Por eso repito,
por eso yo creo
que nunca se quedan
tan solos los muertos
como Bécquer dijo
con fúnebre acento.

Los que solos quedan,
solos largo tiempo,
son los muertos vivos,
son los vivos muertos
que, desesperados
cruzan este suelo
contando los días
con febril anhelo
lo mismo que espera
triste prisionero
ver de su clausura
acercarse el término;
esos que, aunque vivos,
llevan un desierto
en el alma y viven
de dolores llenos.
¡Esos sí que cruzan
solos este suelo!

VENTURA MAYORGA

Digitized by Google

EN LA PIAZZETTA DE VENECIA (cuadro de A. Zezzo)

Digitized by Google

TIPOS DE SOLDADOS ANTIGUOS: EN EL CONVENTO (Del álbum de R. Armenise)

Digitized by Google

EL NACIMIENTO TRISTE

Todos los días, desde que el sol entraba por la ventana sus alegres rayos matinales hasta que se iba tejas abajo, se realizaba un idilio en aquella guardilla miserable y desnuda. De pie derecho entre una maltrecha y manchada mesa de pino, haraposo, sucio, escuálido, con la lividez del hambre en las mejillas, el dueño del pobre hogar, rodeado de corchos de todos tamaños, entre cuatro ó seis desvencijadas sillas que sostenían botes de pintura, una cazuela de engrudo y un puchero con cola, endilgaba con hábil mano un nacimiento que era lo que había que ver, ó al menos así se lo parecía al tierno niño que cerca de su padre mordiscaba un pedazo de pan duro, revolviendo los papeles y trapos caídos en el suelo, queriendo andar y andando alguna vez en los tarros del color y lanzando ruidosas exclamaciones de júbilo cada vez que el artífice derramaba un espurreo de yeso sobre las peñas para imitar la nieve ó plantaba un árbol al borde de un empinado camino.

La tierna criatura se sabía de memoria el peñasco. Un día vió á su padre venir con una espuerta cargada de pedazos de corcho. Al otro trajo diversos envoltorios de polvos de pintura que echó en un cacharro, y armó una mescolanza buena con agua y cola; reunió un montón de trapos, de papeles y de tomiza, y tendió sobre la mesa una gran tabla. Luego, colocando los corchos sobre la tabla, atándolos, uniéndolos con papeles, modelándolos con una navajita, pintándolos de verde primero y de otros colores después, fué surgiendo el nacimiento, con su cordillera de agudos pinos al fondo, coronados de nieve; su ciudad amurallada en el último estribo, sus cuestas laterales retorcidas y su valle en el primer término, con el portal en medio de la llanura. Daba gozo contemplar el peñasco: en un lado se alzaba una noria preciosa que daba vueltas; más allá se erguía un molino; lamiéndolos, pasaba el río de agua natural, que se perdía entre barrancos; y todos los caminos tenían en sus orillas multitud de ventorros en los que se leía: *Vinos y bebidas.*

En cuanto el muchacho se enteró del lance se le ocurrió una cosa muy natural en sus cinco años: que el nacimiento era para él. ¡Qué! Con lo que su padre le quería, ¿iba á ser para otro chico? ¡Imposible! Al principio se calló y se contentó con admirar en silencio el peñasco y con embelesarse con el riachuelo, el molino, la noria y el portal. Pero un día se le acabó la paciencia y preguntó á su padre, en un descanso, echándole los brazos al cuello:—Es para mí: ¿verdad?

El infeliz obrero no supo qué contestar. ¿Cómo convencer la inocente inteligencia del niño, virgen aún á la amargura, sin probar todavía en la piedra de toque de la experiencia, que aquel hermoso nacimiento, tan brillante y tan nevado, se destinaba á aliviar á la pobre madre, enferma, presa en su cama meses hacía, abrumada de dolores, sin que la miseria que les agobiaba permitiera comprarle las necesarias medicinas? ¿Cómo hacerle ver que la venta del peñasco significaba un poco de felicidad y un poco de respiro; que el dinero que se sacara del juguete serviría para que el médico se dignase subir á la guardilla y recetar, para que el boticario diera los medicamentos, para que el casero no les echase del cuarto, para comer?

El pobre padre sintió una angustia muy honda al oir la pregunta de su hijo: el acento del pequeñín, en el que palpitaba un cariño enorme hacia el nacimiento, le produjo un desaliento invencible, experimentó como una desgarradura en el corazón, y, atropelladamente, sin saber lo que hacía, contestó al ángel que sí. ¡Qué alegría! El infeliz chicuelo, que jamás había poseído juguete ninguno, que sólo los conocía de verlos detrás del cristal de los escaparates, pensó volverse loco de gozo, y en seguida preguntó con afán á su padre cuándo se concluiría el peñasco. El obrero se quedó más que perplejo, y respondió al azar, por decir algo: —Pronto.

Y llegó el diez y ocho, el día terrible, el día en que había de llevarse el nacimiento para ponerlo á la venta en la Plaza Mayor. El pobre obrero no tuvo valor para sacar el peñasco en presencia del niño: le alejó de casa con cualquier pretexto, mandándolo á jugar con los chicos de una vecina, y, aprovechando su ausencia, un mozo de cordel cargó con el preciado objeto que constituía las ilusiones de la tierna criatura. Cuando el mocete volvió á la guardilla, en seguida echó de ver que faltaba el nacimiento y rompió á llorar desconsolado. Después, al tornar por la noche á su hogar el obrero, el chiquillo se abrazó á su padre, muy afligido, diciéndole entre sollozo y sollozo:—¡Me lo han quitado!

El dolor del ángel cayó todo entero en el corazón del padre infeliz, y, á pesar de la enfermedad de su esposa, á pesar de su miseria, á pesar de su situación terrible, á pesar de que el dinero que el peñasco produjera había de ser, para su desventurado hogar, una pausa en su desdicha, un poco de azul; llegó á desear vehementemente que el nacimiento no se vendiera, y, envuelto en su andrajosa capa, pataleando de cuando en cuando para entrar en calor los pies, se pasó los días junto al peñasco, anhelante y temiendo que alguien gustara de él y se lo llevara. Al regresar á su guardilla, la vista de su mujer baldada le producía como un remordimiento: parecíale entonces su conducta criminal y proponíase activar la enajenación del nacimiento colgando sobre él un cartel que llamara la atención: antes era su esposa enferma, su hogar sin lumbre, que el capricho de una criatura. Pero á la mañana siguiente se estacionaba al lado del peñasco, se acordaba de la pena de su niño y le entraban deseos de abofetear á cuantos transeuntes se paraban á contemplar su obra. Al cabo pudieron más las lágrimas de su hijo que los ayes de su esposa, y un día subió el nacimiento de precio hasta un punto inverosímil: valía ocho duros y lo plantó en veinte: así estaba seguro que nadie lo querría.

Y acertó: el peñasco era precioso, una monada; pero en cuanto la gente se enteraba de su valor, apretaba el paso sin pronunciar palabra, lo que él deseaba con anhelo. Así se echó encima el día de Noche Buena. Si pasaba de esta fecha, podía contar por seguro que no vendía el peñasco y que por ende el peñasco pertenecería á su hijo. Pero aquella mañana, á primera hora, entre el montón de la muchedumbre, salió un niño rubio acompañado de un señor con gabán de pieles; ambos se detuvieron á examinar el nacimiento; el niño rubio, encantado, gritó con insistencia:—¡Este, éste, papá, que tiene molino y agua de veras!;—el señor del gabán de pieles preguntó el precio al dueño, que apenas si replicó, ahogándose, presintiendo el golpe, —Veinte duros;—y el aristocrático caballero, sin replicar, sacó una cartera del bolsillo, cogió de ella un billete de banco al que agregó una pieza de plata, y, entregando todo al obrero, le dijo con sencillez:—Tome V. Busque V. ahora mismo un mozo, y que me lleve el nacimiento á la calle de Alcalá, núm. 307, que ya estaré yo allí para recibirlo. Luisito, anda: vamos al coche.

Y se alejaron. En cuanto al obrero, se quedó inmóvil, frío, temblando, sintiendo un odio terrible hacia el señor del gabán de pieles que acababa de robarle la dicha de su hijo, apretando en su mano crispada el billete y el duro y tentado de volar detrás del comprador, devolverle su dinero y echar á correr con el peñasco á su casa. Pero pasóle el arranque de locura: con el corazón destrozado, rendido á la realidad, buscó un mozo de cuerda, que cargó con el nacimiento, y, luego, guardándose aquel billete, que era el bienestar de su esposa, el suyo propio, el del niño, borracho de pena se encaminó á su guardilla, tropezando con los transeuntes, que volvían la cabeza para mirarle, extrañados de ver aquel hombre, mugroso y miserablemente vestido, vacilante y llorando en silencio.

ALFONSO PÉREZ NIEVA

¡¡QUE FRIO!!

¿Qué frío, ni qué ocho cuartos? No parece sino que los habitantes de Madrid nos hemos convertido, por arte mágico, en andaluces (dicho sea sin intención de ofender á los que nacieron en la tierra de María Santísima): lo digo por el modo de exagerar.

Sube el termómetro algunos grados: ya no podemos sufrir el calor; baja el termómetro los grados mismos que subió antes: ya no podemos soportar el frío; como si no fuera cosa usual y de todos los años que en verano hiciese más calor que en invierno y viceversa.

Que ahora es bastante baja, en esta villa y corte (¡ay!) de las Españas, la temperatura, es cierto; pero siempre ha ocurrido lo mismo en diciembre. Lo raro, lo sorprendente sería que tuviéramos ahora la misma temperatura que en julio: eso, eso sería lo digno de llamar la atención de todos y lo que justificaría los comentarios de los periódicos, y los sustos de las personas pudientes, y más aún los de las personas no pudientes, que son las que siempre, haga calor ó haga frío, ó no haga ni frío ni calor, pagan el pato.

Pero ya se sabe: los madrileños necesitan quejarse siempre de la temperatura, y si les quitaran ese entretenimiento se aburrirían. Las quejas tienen constantemente el mismo corte: «Hace ya mucho tiempo, treinta ó cuarenta años,—(y no dicen ciento, por buen parecer)—que no se ha sentido tanto frío—(ó tanto calor, según los casos).—Las personas más ancianas no recuerdan haber conocido mes de diciembre tan crudo, etc., etc.» Pues bien: los lectores asiduos de los diarios en que tales cosas se afirman, dan por averiguado que, en efecto, es así. Que son jóvenes: claro es que nada saben de lo que ocurrió hace cuarenta años; que son viejos: es casi seguro que no se acuerdan ya de las heladas que cayeron cuando ellos, jóvenes aún, con ilusiones, con amor, con sangre que ardía, apenas si paraban su atención en las nieves y en las heladas, que no eran parte á turbar sus diversiones y placeres.

Resulta de esto que, los unos por no haberlo conocido y los otros por no haber reparado en ello ó no recordarlo, admiten sin controversia y sin comprobación lo que acerca de los intensos fríos dice un noticiero mal humorado.

Por eso hemos convenido (es decir, han convenido ellos) en que el invierno de 1890 es el más crudo que se ha conocido de medio siglo á esta parte, como se convino durante el año anterior en que el frío de 1889 había dejado muy atrás á todos los fríos conocidos desde principios del siglo décimonono; y continuando de esa manera, y en progresión creciente, vendremos á parar en que, cuando comience el siglo XX, Madrid será, algo empeorada, una sucursal de la Siberia.

Pero no lo crean Vds. aunque se lo prediquen frailes descalzos (ni aun calzados). En lo que llevamos de invierno hemos tenido un día, uno solo, una temperatura mínima de *10º bajo cero*. Pues bien: aun no han trascurrido ocho años desde que tuvimos en Madrid el termómetro á más de 18º bajo cero (11 de diciembre de 1882): pues en época más próxima aún (17 de enero de 1885) la temperatura fué de 12º bajo cero (y 6 décimas, para que el diablo no se ría de la mentira).

Esto, como Vds. ven, lo encontramos sin salir del decenio: téngase por seguro, por evidente de toda evidencia, que si retrocediésemos, en nuestras investigaciones, veinte, treinta, cuarenta ó cincuenta años, como en sus hiperbólicas noticias dicen algunos, tropezaríamos con temperaturas más bajas y más duraderas; porque, al cabo y al fin, estos grandes fríos han durado solamente, hasta hoy (y en buena hora lo diga), dos ó tres días; y esta es la fecha en que los termómetros de los observatorios y de algunos establecimientos públicos han recobrado ya su altura ordinaria por este tiempo.

Pero sí, sí... váyanles Vds. con reflexiones á

Digitized by Google

os que han dicho ya que tienen mucho frío, y que no es posible vivir aquí, y que San Petersburgo y Moscow son dos poblaciones muy templadas si con Madrid las comparamos: ellos seguirán en sus trece, llenarán su casa (si han casa y dinero para comprar artículos de arder) de chuberskis, estufas, braseros y calentadores, y no saldrán de casa sin ir envueltos en pieles.

No vayan Vds. á figurarse que en mi concepto hace calor... no, señores: frío hace y no poco; pero es, décima arriba, décima abajo, el mismo que sentimos todos los años por este mismo tiempo... y puede sobrellevarse perfectamente: ¡así se sobrellevasen con la misma facilidad otras calamidades que hacen de Madrid la capital menos habitable y menos sana de todas las del mundo civilizado y aun tengo para mí que de las del mundo no civilizado!

No, no necesitan los madrileños las crudezas del frío para vivir mal y morir pronto: aunque oigan Vds. sostener otra cosa, créanme Vds. á mí: lo de la desigualdad del tiempo y lo de los cambios bruscos de temperatura, son para la existencia en Madrid los inconvenientes más llevaderos.

A. Sánchez Pérez

Madrid, diciembre 1890

SOLIDARIDAD

El papel en que escribo estos renglones,
y la pluma, la tinta y el tintero,
representan la vida y el trabajo
de muchos hombres y de varios pueblos.

Mis colaboradores son los siglos:
ni yo ni nadie escribirá sin ellos,
porque los hombres somos solidarios
sin distinción de razas ni de tiempos.

Lo que yo escribo en fatigada prosa
ó en desigual y atropellado verso,
no lo escribiera sin aquel fenicio
que para mí compuso el alfabeto.

Como tampoco se escribiera nunca
lo mediano, lo malo ni lo bueno
sin el trabajo de los labradores,
sin el santo sudor de los mineros.

Tienen parte en mis obras fugitivas,
y en las obras de sabios y maestros,
el fabricante de papel barato
y el que las plumas inventó de acero.

Los químicos también que de la tinta
la fórmula encontraron y nos dieron;
y artesanos de todos los oficios,
y marinos, doctores, cocineros...

Sí, cocineros, porque sin las salsas
que dan jugo y vigor á mi cerebro,
de poco me sirvieran ni la pluma
ni el papel ni la tinta ni el tintero.

Pero ¡cómo extrañar que me auxilíen
los artesanos de ambos hemisferios,
los que arrancan el hierro de la mina,
los que impulsan las artes y el comercio,

si lo hacen esos astros infinitos
que en lo más hondo del abismo etéreo
dibujan trayectorias ajustadas
á las leyes eternas... de Keplero!

La luna en las moléculas influye
de este globo macizo en que nacemos,
y por lo tanto en nuestros organismos,
y por lo mismo en nuestros pensamientos.

Como los hombres somos solidarios
igualmente lo son mundos sidéreos
que ejercen un influjo poderoso
en nuestro mundo, y nuestro mundo en ellos.

¿Qué importan las distancias? ¿Qué los siglos?
¿Qué los abismos de la mar y el cielo?
¿No existe la atracción entre los mundos?
¿No se extiende á las almas y á los cuerpos?

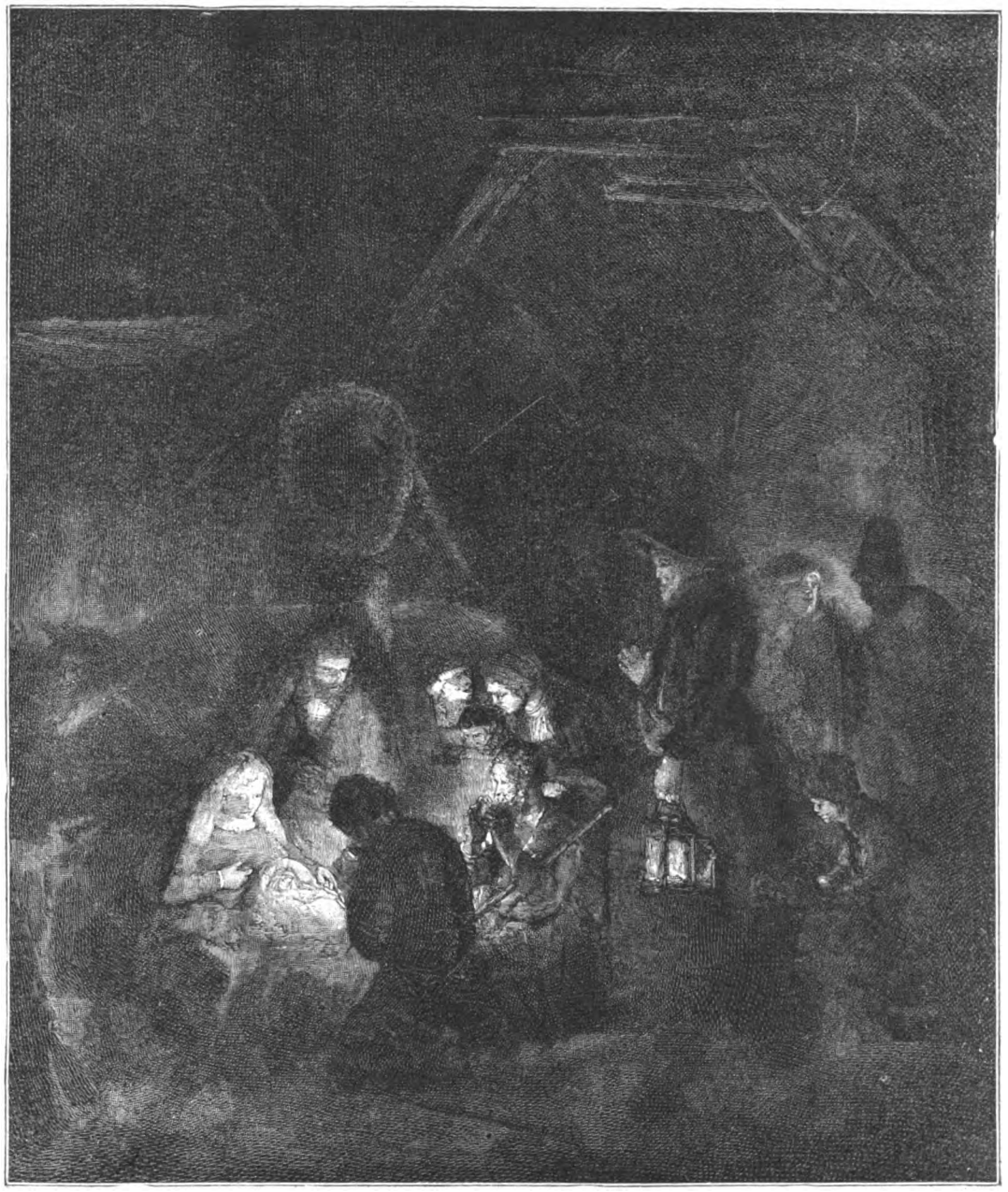
El magnate depende del artista,
depende el pensador del cocinero;
y los astros sin fin, unos de otros
en esa inmensidad del firmamento.

Y ¿aun hay guerras de clase entre los hombres?
Y ¿aun se lanzan los hombres al degüello
siendo todos los seres solidarios
en la inmensa extensión del Universo?

Pues vencerán al fin los que combaten
por la Federación, que es el derecho;
que es la atracción recíproca y el lazo
que ha de unir á los hombres venideros.

Y si la lucha dura largos siglos,
si dejamos sembrados nuestros muertos
en ciudades y valles y colinas,
¡mejor para los cuervos!

Nicolás Estévanez



LA NATIVIDAD (cuadro de Rembrandt)

CASI TALISMAN

Varias veces me había invitado á que visitara su estudio, verdadero nido de águilas á juzgar por las eminencias que en él solían reunirse, y museo incomparable por las bellezas artísticas que atesoraba. Sin embargo, como siempre le he tenido horror al contraste, excuséme de continuo de corresponder á su halagadora invitación, asegurándole que estaba dispuesto á complacerle el día que tuviese la seguridad de encontrarle solo en su estudio. Afortunadamente ese día no se hizo esperar.

Con efecto, era un prodigio de maravillas el estudio del ilustre pintor de género T. Durán. Muebles de mérito extraordinario, delicados bajos relieves, tapices lujosísimos, colecciones variadas de preciosas armas, y objetos mil de inestimable valor, descollaban por doquier en artística y elegante combinación, dominando como nota soberana, en medio de tan deslumbrador conjunto, una rodela tapizada de *peluche* azul, en cuyo centro se destacaba una pipa de dimensiones nada vulgares.

Tan original detalle no pudo menos de llamar vivamente mi atención; lo cual advertido por Durán, me preguntó:

—¿Qué miras con tanto asombro?

—Esta pipa,—le contesté.

—Esta pipa, á pesar de ser una prenda más que vulgar, la considero yo casi un talismán.

—Un talismán bastante tosco.

—Pero de efectivos resultados, como te voy á demostrar.

Corría el verano de 1881,—dijo Durán,—cuando, para descansar de una larga expedición artística, decidí pasar unos días en Dieppe. Amigo de excursiones, y por añadidura anda-

Digitized by Google

LA ADORACIÓN (cuadro de Fra Angélico)

LA ADORACIÓN (cuadro de la escuela flamenca)

Digitized by Google

LA NATIVIDAD (cuadro de Botticelli)

Digitized by Google

riego infatigable, recorrí todos los alrededores de la linda villa, dando un día en un paraje tan solitario como pintoresco: algunas rocas desgajadas de los montes de las costas, habían sido arrastradas por las olas hasta formar un extraño promontorio dentro del mar.

«—Desde allí,—pensé yo,—debe descubrirse una perspectiva magnífica: aprovecharé la ocasión para esbozar algunos apuntes en mi álbum de impresiones.» Y sin discurrir ni pensar más descendí por una especie de escalera tallada en las rocas, me resigné á tomar un baño de pies, ya que en aquella hora estaba la mar muy baja, y en un periquete gané aquella montaña artificial.

Extendí mi vista en derredor en el momento preciso que un vuelo de gaviotas pasaba aleteando sobre mi cabeza: un movimiento convulsivo ocasionado por lo brusco de aquella sensación me hizo perder el pie, cayendo de rodillas sobre las rocas. Cuando quise levantarme no me fué posible: mi pie izquierdo había quedado aprisionado entre dos riscos, siendo imposible conquistar mi libertad.

En vano hice para descalzarme: cuantos esfuerzos intentaba, sólo conseguían aumentar mi fatiga y acelerar la hinchazón que rápidamente se iba propagando desde mi pie á mi pierna, magullada y sin fuerza, como resultado de tanto luchar. Entonces, con el desaliento que puedes presumir, empecé á darme cuenta de mi crítica y desesperada situación.

Aquellos enormes riscos me habían hecho su presa. La playa estaba á una distancia más que regular, y ni mis gritos ni mis clamores podían ser atendidos. Para agravar más mi ya difícil situación, la marea iba subiendo acompasadamente, viéndome amenazado de una muerte tan espantosa como segura. Cada segundo que avanzaba hacía más inminente el peligro. Grité hasta enronquecer con toda la fuerza de mis pulmones, pero mis gritos no fueron oídos. Como último y desesperado esfuerzo, até mi pañuelo al bastón que llevaba, enarbolándolo luego con mi mano derecha y agitándolo con verdadera desesperación. Aquel lado de la playa, sin embargo, estaba siempre solitario, y, como mi señal de auxilio resultaba apenas visible, fatigado el brazo, abandoné desolado mi bastón.

Es preciso haber estado sujetado á una prueba semejante para comprender mis angustias y temores durante aquella hora fatal. Persuadido de que mi mal era irremediable, me puse á mirar el mar frente á frente, contemplándole avanzar. Luego calculé el tiempo que podía tardar en perecer. ¡Qué horrible, qué angustioso suplicio aquel! Diez minutos... y el agua bañaría las rocas que me retenían. ¿Cómo desafiar el destino? ¿Cómo afrontar tan espantosa fatalidad?

En tanto la marea crecía: como jirones de encajes, las olas avanzaban lentamente. La primera que humedeció mis pies me causó una sensación de angustia indescriptible. Figúrate tú que, rebosando salud, henchida la imaginación por los más seductores sueños de gloria, sintiendo palpitar en mí toda la fuerza de la juventud, de la pasión y de los entusiasmos, llevando impresa en el alma la imagen de la mujer amada; figúrate, digo, la espantosa decepción que debe experimentarse al ver de repente extinguirse la luz y calor de tanta vida y aparecer de súbito la aterradora ficción de inevitable muerte.

Adivinando lo supremo de mi situación, eché mano de mi carnet, escribiendo en una de sus hojas la causa de mi desventura y dedicando al mismo tiempo el más sentido adiós á la amada de mi corazón. Después esperé mi fin con todo el entusiasmo de que me sentía capaz.

El mar seguía tranquilo, pero la marea seguía subiendo y las olas rompiendo contra mis piernas y arrollándome como helado sudario, pronto á envolverme por completo. Pretendí calcular lo que me restaba de vida, y entonces pude darme cuenta de que mis facultades empezaban á conturbarse. Mi razón funcionaba apenas: sentíala como dormida ó embotada.

Las olas avanzaban, en tanto, con una calma y una regularidad siniestras. Ceñíanme ya por el talle, cuando al levantar los brazos rozó mi mano con un cuerpo duro que llevaba en uno de los bolsillos de la cazadora. Era una pipa que aquella mañana había comprado á un vendedor ambulante y que me gustó por su originalidad. Era de cerezo bellamente labrado, con un tubo de dos palmos de longitud.

Una idea luminosa, una de esas que, según los novelistas, acuden á los individuos en los momentos supremos de la vida, vino en aquel instante á mi auxilio. Tomé la pipa y la levanté por encima de las aguas á fin de evitar que se mojara. Separé mi pañuelo del extremo del bastón, sustituyéndolo por mi sombrero. Luego, cuando la marea me cubrió el cuerpo por completo, até fuertemente mi pañuelo alrededor de mis narices y orejas.

Afortunadamente reinaba en la playa una calma extraordinaria: las olas subían lentamente y ondulando apenas. Entonces llevé á mis labios la boca de la pipa para evitar que el agua penetrase en mi boca, dirigí á lo alto el tubo, que, merced á su longitud, sobresalía sobre la superficie, y por ese medio ensayé de respirar. El gran problema dependía, sin embargo, del tiempo que la marea podía durar. De pronto percibí penetrar en mi boca unas gotas de agua salada, lo que me demostraba que las olas habían dominado ya el extremo de mi tubo salvador. Una congoja terrible se apoderó de mi espíritu. Tentado estuve de separar la pipa de mis labios y ceder en aquella desesperada é imposible lucha con la muerte; pero el recuerdo de mi querida Matilde me prestó nuevos bríos y nueva resolución.

Decirte lo que pasó por mí cuando sentí que mi mano no percibía ya el húmedo contacto del agua, es cosa más que imposible: hay impresiones que, por profunda huella que echen en nuestra memoria, no se pueden expresar ni menos referir.

Algunos minutos después respiraba libremente: la marea iba bajando y me dejaba á salvo medio cuerpo. Para colmo de ventura oí que desde las rocas inmediatas me llamaban. Volví la cabeza y descubrí á un aduanero que había advertido á tiempo mi señal. Llegóse á mí, rompió bravamente los riscos y me devolvió la libertad.

¿Comprendes ahora por qué considero este insignificante objeto como á querido talismán?

—Lo comprendo perfectamente,—le contesté;—lo que no se justifica es que no llames á tu pipa *talismán... sin casi*.

ANTONIA OPISSO

EL INVIERNO EN EL CAMPO

EL DOCTOR EN SU TRINEO

RECUERDOS INTIMOS

TÁRREGA EN CASTELLÓN

Confieso que mi impresión primera no pudo ser más desagradable por lo que respecta á esta hermosa capital valenciana. Llegué á ella en una noche de agosto, negra como boca de lobo y caliente como horno recién apagado. Asendereada encontrábase mi mísera humanidad, encajonada durante tres días con sus noches en el estrecho espacio de un departamento de vagón de ferrocarril. ¡Tres días sin ver casi otra cosa que las llanuras de Castilla con sus inmensos sembrados de trigo, semejantes á un mar de oro que una brisa casi imperceptible rizaba; y las inmensas y áridas llanuras de la Mancha, teatro de las peregrinas hazañas del ingenioso hidalgo! Era un viaje más que suficiente para que llegase yo á Castellón malhumorado y huraño. Es verdad que se desarrugó un poco mi entrecejo al ver como rápida visión la hermosa huerta valenciana, con sus filas de naranjos, entre cuyas verdes hojas asomaba el dorado fruto; con sus rectas palmeras, que, subiendo á desmesurada altura, dejaban desde allí caer sus largas hojas lanceoladas y fibrosas; pero llevaba aún en las retinas los húmedos y frescos valles gallegos, las azuladas y lejanas montañas, los azules y tranquilos ríos y los sombríos pinares, para que hiciera alto mi imaginación ante las peregrinas hermosuras de la fértil vega valenciana.

Digitized by Google

Penetré en Castellón y condujéronme unos desarrapados muchachuelos á una venta que muchos puntos tenía de contacto y semejanza con aquella en la que fué armado caballero don Quijote; pero, deseoso como estaba de descanso, no reparé en lo duro del lecho, que á buen seguro, y como un lirón, hubiérame dormido si en el frío y duro suelo me tumbara.

Me desperté con el alba al siguiente día y quise ver la población, aun cuando á la ligera y sólo para conocer su aspecto general. Parecióme triste y fea. Son angostísimas sus aceras y sin empedrar el arroyo. Sus calles sí son rectas, pero sólo tres ó cuatro son anchas y agradables, y en aquella hora encontrábanse casi del todo desiertas y mudas: sólo en las calles apartadas, y apostados en las aceras, obstruyéndolas completamente, los alpargateros, montados en sus pequeños bancos, cosían las suelas de cáñamo, clavando que te clavarás la larga aguja. Algunos edificios llegué á columbrar de elegante aspecto y pretensiones y humillos de aristocracia; pero en general veía casas estrechas y no muy altas, así como de pueblo de escasa importancia. Y esto venía á aumentar mi morriña y malhumor, hasta hacerme renegar del punto y hora en que había cambiado mi gentil Galicia por la fértil Valencia; la tierra de las nieblas por el país del sol.

Pero fuése poco á poco disipando aquella primera impresión, y fuéronse mis ojos acostumbrando á aquel cielo casi blanco, á aquella exuberante vegetación, á aquellas casas, pequeñas y bajas, pero pintaditas y blanqueadas, con sus cortinas cubriendo los balcones, y sus terrazas, en las cuales abundaban los tiestos de pintadas y aromáticas flores. Fuíme acostumbrando á aquella vida pacífica pero monótona; y al cabo de algunos días, cuando ya llegué á frecuentar algunos círculos y á conquistarme algunas íntimas y amistosas relaciones, puedo asegurar que no eché ya de menos el movimiento y la animación de las más populosas capitales.

Una de las familias que con su amistad me honraban era la del simpático Perales, el valiente y joven director de *El Clamor de Castellón;* y á poco de mi llegada tuvieron la galantería (que nunca agradeceré bastante) de invitarme á una íntima reunión para admirar y aplaudir á Tárrega, el guitarrista quizá más notable, no sólo de Valencia, sino que también de España y del mundo (pues ya sabemos que España es el país en que las guitarras *hablan* y *sienten).*

Había oído yo hablar de Tárrega y había oído ensalzar su prodigiosa maestría en tan difícil instrumento; pero antojábaseme á mí que había de aparecer, en un salón, desgarbado y desairado el instrumento popular por excelencia; y creía más, creía que de sus cuerdas sólo podrían brotar aires populares, motivos regocijados y alegres, serenatas y frivolidades músicas.

Confieso que me equivoqué de medio á medio.

Vi llegar á Tárrega y con él un criado suyo, portador de la guitarra, que traíala muy cuidadosamente envuelta y tapada.

Tárrega es joven todavía, si bien le dan apariencia de viejo su poblada barba y sus oscuros lentes. Viste irreprochablemente y es un pulquérrimo caballero.

Estos detalles parecerán insípidos é inocentes, pero no lo son tanto si se tiene en cuenta que, en esta España malaventurada, hablar de guitarras es así como hablar de parrandas y juergas, de cafés flamencos y romerías, de serenatas y rondallas, de mantas jerezanas y pañuelos de Manila, de flores y rayos de sol: en un salón, y ejecutando música *di camera,* es, por decirlo así, planta exótica y desmedrada.

Y, sin embargo, en manos de Tárrega sucedía todo lo contrario: la guitarra aparecía tal y como es, como la reina y señora de instrumentos músicos. Aquel manojo de cuerdas parecía más bien manojo de fibras humanas que sentían y se quejaban: unas veces exhalaban algo así como un gemido, como un sollozo, y de repente trocábase en raudal de argentinas carcajadas, de retozonas risas; ya semejaban sus notas lánguido suspiro de niña enamorada, ya dulce murmullo de amorosa plática; unas veces dijérase que era torrente que se desborda, otras río que se desliza tranquilo y manso; todas las modulaciones, todos los sentimientos, tenían un eco en las cuerdas de aquella guitarra maravillosa. Brindónos primero *El Carnaval de Venecia,* dificilísimo y de empeño en la guitarra; y sólo puedo asegurar que durante su magistral interpretación pudiérase oir el aleteo de una mosca: con tal recogimiento lo escuchábamos todos.

A éste siguieron otros números de no menos difícil interpretación, viniendo á terminar tan grata velada la música popular, interpretada *à merveille* por el ilustre Tárrega, por el Sarasate de la guitarra.

En sus *boleros* había repique de castañuelas, bullir de panderos, cantos de alegría, rayos de sol, nubes de polvo, rostros alegres, menudo taconeo y alegre danza: todo parecía brotar del fondo de aquella caja; concluyendo por escucharse la ronca canción del adormilado borracho que se tiende sobre la hierba á la sombra de los árboles.

Hombres y mujeres, jóvenes y viejos, rebosaban admiración y entusiasmo. Yo...

Yo no puedo deciros lo que sentí cuando escuché preludiar las notas retozonas de la *muiñeira.* Dióme un brinco el corazón, y en un momento vi pasar á mi querida Galicia, triste, húmeda, melancólica, *sandosa;* vi pasar ante mis ojos, como los cristales de un diorama, valles y montañas, ríos y cascadas, pinares y arboledas, romerías y *fiadas,* nieblas y nubes. Cuando el artista terminó aquel rosario de notas, mis ojos estaban preñados de lágrimas.

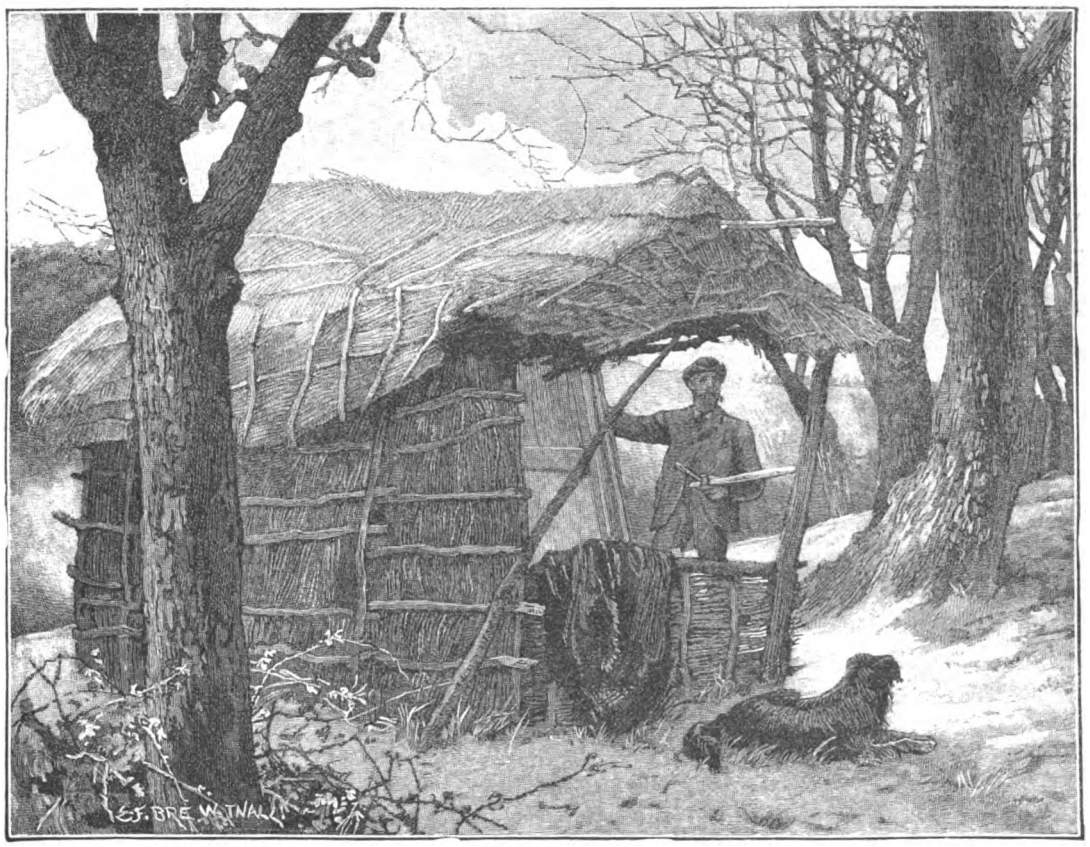
Yo estreché sus manos entre las mías.

—Gracias,—le dije,—gracias. No sabe V. bien cuánto bien hizo V., sin sospecharlo siquiera, á un corazón que bajo el cielo gallego lanzó su primer latido.

Aquella noche me llamó amigo suyo, y prometióme visitar mi tierra, mi Galicia, impulsado por el deseo de conocerla, de admirarla y de estudiar mejor su música popular.

No sé si llegará á realizar su propósito. No le he vuelto á ver desde aquella noche de feliz recordación para mí. Él siguió su artística peregrinación por el mundo: yo mi vida errante y aventurera. El quizá no conserva un recuerdo de su amigo de una noche: yo, en cambio, no lo olvidaré mientras viva, que aun después de algunos años resuenan en mis oídos los acordes dulcísimos y arrobadores de la parlanchina y prodigiosa guitarra de Francisco Tárrega.

MANUEL AMOR MEILÁN



UN PAISAJISTA Á CUBIERTO

LA ORACIÓN DE UN NIÑO

Sobre el lecho donde duerme,
y ante una Virgen, de hinojos,
con la alegría en los ojos,
un niño rezando está.
Y su madre le contempla
sumida en plácida calma,
y hermosas perlas del alma
siente que á derramar va.

Levantada tiene el niño
su inocente cabecita,
á aquella imagen bendita
mirando con atención.
Y es tal su éxtasis á veces
al ver su hermoso semblante,
que suspende el tierno infante
en sus labios la oración.

—Reza,—su madre le dice
besándole dulcemente
en la nieve de su frente
con cariño maternal.—
¿Por qué suspendes tus rezos?
—¿No lo has visto, madre mía?
Me miraba y se reía.
—¿Quién?—La Reina celestial.

—¡Hijo mío! Es que te quiere.
—¿Mucho, mamá?—Con anhelo.
—¿Por qué no me lleva al cielo
si yo quiero estar allí?
—Porque esa dulce Señora
que aseguras te ha mirado,
quiere que estés á mi lado,
que no te apartes de mí.

Quiere que tu madre nunca,
nunca de ti se desvíe,
y quiere, en fin, que te guíe
por el camino del bien.

Digitized by Google

HOJEANDO EL ÁLBUM

HORRIBLE TRANCE

Digitized by Google

Helena y la Condesa.—HELENA: Señora: milord ha partido, ha partido para siempre

(*A buen fin no hay mal principio:* acto III escena I.)

Shylock y Tubal.—TUBAL: Antonio: por lo que he sabido en Génova...—SHYLOCK: ¿Qué? Qué? ¿Qué? ¿Una desgracia? ¿Una desgracia?—(*El Mercader de Venecia:* acto III, escena I.)

Digitized by Google

Él las verdades te muestra
de esta vida transitoria;
él te conduce á la gloria
y orla con palmas tu sien.

—Y ¿cuál es ese camino?—
pregunta el niño afanoso.
—Ese camino es, hermoso,
el trabajo y la oración.
Eso el alma purifica,
pues son cosas tan hermosas
que por medio de esas cosas
se alcanza la salvación.

—¿Y así puedo ir donde vive
esta Señora tan bella?
Pues bien: quiero estar con ella:
enséñame á trabajar.
—Imposible: eres muy niño
y no puedes con tal carga.
¡Es la existencia tan larga!
Aprende primero á orar.

Tiempo vendrá, hijo querido,
tiempo vendrá, y no tardando,
en que sientas trabajando
endurecerse tu tez.
Pues te ha destinado el cielo
para aliviar mi agonía,
siendo tú el báculo un día
de mi temprana vejez.—

Dijo la madre. Y vertiendo
dos lágrimas de ternura,
abrazó á la criatura
y se besaron los dos.
Y la Virgen se reía,
y el niño la contemplaba,
y después la vista alzaba
para contárselo á Dios.

LINO GONZÁLEZ ANSÓTEGUI

NUESTRO PADRE MATERIAL

Los orígenes de calor puede decirse que se reducen en último término á uno solo: el Sol.

Bajo la influencia de los rayos solares, los vegetales descomponen el ácido carbónico de la atmósfera, apropiándose el carbono y dejando en libertad al oxígeno, necesario para nuestra respiración; de modo que los vegetales son *purificadores del aire*.

Sabido es que para efectuar un trabajo hay que *gastar* cierta cantidad de energía, y la energía empleada en descomponer el ácido carbónico la sacan los vegetales de los rayos solares. Al quemar estos vegetales, el carbono que contienen se combina con el oxígeno del aire, dando lugar á la formación del ácido carbónico, y entonces aparece todo el calor ó energía calorífica que los vegetales habían tomado al Sol para efectuar la descomposición. Dicha energía queda como almacenada ó acumulada en los átomos separados del carbono y del oxígeno, apareciendo en el momento de la combustión: los vegetales son, pues, *acumuladores del calor solar*.

Así, pues, el calor y la luz desprendidos al quemar la leña en muchas chimeneas, por ejemplo, provienen del Sol. Lo mismo diremos de la hulla ó carbón de piedra, que es un vegetal petrificado, por decirlo así; del petróleo, que se supone proviene de la destilación de la hulla; de los aceites vegetales, etc., etc.

El calor de los animales viene también del Sol, pues se produce en las combustiones que se efectúan, en el organismo, de las sustancias de que se apropian los animales por medio de la alimentación, cuyas sustancias provienen del reino vegetal.

Las aguas de los mares, evaporándose bajo la acción del calor solar, dan origen á las nubes, y éstas á las lluvias y nieves, y luego éstas á los ríos y manantiales. La fuerza viva de estos caudales de agua se utiliza por medio de los motores hidráulicos, y de este modo el Sol es también origen de fuerza. Lo es asimismo en las máquinas de vapor, cuya fuerza proviene del calor desarrollado en la combustión del carbón de piedra; de modo que el Sol puede decirse que es el que hace andar las locomotoras de los ferrocarriles, los vapores y todas las demás máquinas térmicas ó de vapor empleadas en la industria, en la producción de la electricidad, por medio de los dinamos, etc.

El Sol nos da, pues, calor, fuerza y vida; y por esta razón el sabio profesor de la Facultad de Ciencias de Zaragoza, D. Bruno Solano, decía, en una de sus conferencias, que el Sol es *nuestro padre material*.

IPRAC-ORDEP

NUESTROS GRABADOS

M S MACDONALD

Ese retrato es uno de los más famosos del gran pintor inglés Sir Thomás Lawrence, si no es el mejor de todos. Es obra del año 1829.

LEÓN X
Retrato por Rafael

Mereció el digno rival la alta honra de dar su nombre á un siglo, y con razón sobrada, pues fué rarísima *conjunción* la de tantos artistas y sabios eminentes como florecieron en su tiempo. Rafael le inmortalizó en el retrato que reproducimos hoy, y que con decir quien lo pintó queda suficientemente proclamado como obra maestra.

EL ARTE ITALIANO

El lector podrá ver hoy un nuevo tipo soldadesco debido al lápiz de Armenise, del cual autor hablamos en nuestro último número. En cuanto al cuadro de Zezzos (pintor veneciano oriundo de Grecia), recomiéndase por la armoniosa combinación de los tonos. Digamos ahora que esa *Piazzetta* es uno de los más deleitosos paisajitos del mundo.

LA NATIVIDAD DE NUESTRO SEÑOR. *Cuadros de Fra Angélico, Boticelli y Rembrandt.*—LA ADORACIÓN. *Cuadro de la escuela flamenca.*

Honramos hoy las páginas de esta revista con la reproducción de cuatro obras maestras debidas al genio de cuatro de los más admirables pintores que hayan existido nunca. No hay ninguna de ellas que no sea, al par que maravillosamente bella, piadosamente adorable, ideal de la pintura religiosa, que no sólo debe ser obra artística sino también obra edificante.

EL INVIERNO EN EL CAMPO

Los tres grabados son de perfecta actualidad, porque realmente hace un frío de mil diablos; y, en cuanto á nieves, no hay que decir cuando hasta Sierra Bullones aparece cubierto con aquel famoso *manto* tan manoseado por los gacetilleros.

HORRIBLE TRANCE.—HOJEANDO EL ÁLBUM

La situación de esos dos pobres niños que, sorprendidos por la inundación, logran salvarse sobre un tronco, donde al poco tiempo se agarra un tigre, es verdaderamente horrorosa. ¿Qué será de ellos?

Hojeando el álbum es un dibujo de asunto infantil, recomendable por la placidez de la escena y la delicadeza de la ejecución.

ESCENAS DE SHAKESPEARE

El mercader de Venecia es una obra bastantemente conocida para que sea preciso entrar en explicaciones. El tipo de *Shylock* es ya universalmente famoso. *A buen fin no hay mal principio* no es una comedia de las mejores de Shakespeare, que la tomó de un cuento de Boccaccio, si es que no recurrió á la novela de *Gileta de Narbone*, inspirada en el citado original. Trátase del casamiento de la hermosa Elena, doncella protegida por la condesa del Rosellón, con el hijo de ésta, después de mil desagradables trances.

CONFORME

Rico, perfumado, oblongo
de forma. Todos me aclaman,
y *flor del jabón* me llaman
unos PRÍNCIPES DEL CONGO.

Jabonería de Víctor Vaissier, París.
De venta en las principales perfumerías.

EL SECUESTRADO

AVENTURAS DE DAVID BALFOUR

por Roberto Luis Stevenson

(CONCLUSIÓN)

—Bien, bien,—dijo Alan;—ahora tratemos del precio. A mí no me sería fácil fijarlo sin conocer ciertos antecedentes. Necesitaría saber, por ejemplo, qué cantidad disteis al capitán Hoseason la primera vez.

—¡Hoseason!—gritó mi tío con marcada turbación. ¿Qué queréis decir?

—Que cuánto le disteis por secuestrar á David.

—¡Eso es falso, completamente falso!—gritó mi tío.—¡No ha sido secuestrado! ¡Malos diablos se lleven al que os ha dicho tal cosa!

—Eso no es culpa mía ni tampoco vuestra, pues si Hoseason es un hombre de quien no podíais fiaros...

—¡Como! ¿Hoseason es quien os ha dicho eso?

—Pues ¿por quién había de saberlo sino por él, viejo chocho?—gritó Alan.—Hoseason y yo somos socios y partimos las ganancias; de modo que ya veis que es inútil mentir. Y añadiré que dais pruebas de ser muy necio al confiar vuestros asuntos privados con tanta ligereza. Pero ya son inútiles las observaciones, y es preciso ateneros á las consecuencias. El punto esencial se reduce á esto: ¿cuánto pagasteis al capitán?

—¿Os lo ha dicho él?—preguntó mi tío.

—Eso no importa á nadie sino á mí.

—Pues bien: poco importa lo que os dijera. La verdad es que le dí veinte libras; pero no de mi bolsillo, pues debía recibir dicha cantidad por la venta del muchacho.

—Muchas gracias, caballero Thompson,—dijo el abogado adelantándose ligeramente;—ya tenemos bastante. Buenas noches, Sr. Balfour.

—Buenas las tengáis tío Ebenezer,—dije yo, presentándome á mi vez.

—Habéis cantado de plano, Sr. Balfour,—añadió Torrance.

Mi tío, sin pronunciar una palabra, sentóse otra vez en el escalón de piedra y fijó en nosotros una mirada atónita. Alan retiró de su lado el trabuco, mientras que el abogado, cogiendo del brazo á Ebenezer, hízole entrar en la casa y después en la cocina, á donde le seguimos todos.

Una vez sentado en su silla junto al fuego, mirámosle silenciosamente durante unos momentos, y, á decir verdad, no pude menos de experimentar un sentimiento de compasión al ver el aturdimiento de mi tío.

—Vamos, vamos, Sr. Ebenezer,—dijo el abogado;—no hay que abatirse por esto, pues todo se arreglará de la manera más razonable. Entre tanto dadnos la llave de la bodega, y Torrance nos traerá un par de botellas del vino de vuestro padre para celebrar el acto.

Y, volviéndose á mí, cogióme de la mano y me dijo:

—Amigo David, deseo que disfrutéis de vuestra fortuna, porque es bien merecida: justo era que después de tantos sufrimientos llegara un buen día.

—Y en cuanto á vos, caballero Thompson,—

Digitized by Google

añadió, dirigiéndose á mi amigo,—os doy gracias por vuestros buenos oficios, y estoy seguro que David os lo agradecerá más aún que yo.

La mesa estaba ya puesta, y cuando se hubo destapado la primera botella de vino, Torrance sacó una buena cena de su cesta. Alan, el escribiente y yo nos sentamos á cenar, mientras que el abogado y mi tío pasaban á la habitación inmediata para discutir sobre nuestro asunto. Allí estuvieron lo menos una hora, y al cabo de este tiempo, convenidos en todos los puntos, mi tío y yo firmamos un contrato extendido con las debidas formalidades. Según lo estipulado, Ebenezer debía pagar á Rankeillor todos sus servicios y dilígencias, cediendo á mi favor dos terceras partes de la renta anual de Shaws.

Al fin veía el término de mis penalidades; y cuando aquella noche me eché sobre los cajones de la cocina, era un hombre rico y tenía nombre en el país. Alan, Torrance y Rankeillor durmieron y roncaron en sus duras camas; pero yo, que había pasado tantas noches entre las piedras ó los húmedos jarales, muchas veces sufriendo los tormentos del hambre y amenazado de muerte, hallábame tan satisfecho de aquel feliz cambio que pasé la noche sin dormir mirando el fuego de la chimenea y trazando planes para el porvenir.

CAPITULO XXX

¡ADIÓS!

Yo estaba ya en puerto seguro, pero Alan no podía decir lo mismo; y al pensar en él acordábame igualmente del asesinato cometido y de Jaime de los Valles. Sobre este asunto consulté con Rankeillor á la mañana siguiente, paseando por delante de la casa de Shaws, desde donde podía contemplar los campos y bosques que habían pertenecido á mis antecesores y que ya eran míos. Mientras hablaba con el abogado de tan enojoso asunto, mi vista vagaba distraída por todos aquellos sitios y experimentaba un indecible júbilo.

Rankeillor reconoció que yo estaba obligado á corresponder á mi amigo por su leal conducta y que debía ayudarle á toda costa á salir del condado; pero respecto á Jaime no pensaba lo mismo.

—El Sr. Thompson,—dijo,—es una cosa, y su pariente es otra. Poco sé sobre los hechos ocurridos cuando os dió hospitalidad; pero tened presente que si os proponéis probar vuestra inocencia sobre el delito que se cometió, os vais á ver bastante comprometido: presentaros ante un tribunal de la alta montaña para sinceraros de un crimen cometido en el país, ante jueces del mismo condado en que ocurrió el hecho, es lo mismo que entregaros para ir á presidio, si no otra cosa peor.

Este mismo razonamiento había hecho yo la noche antes, y por lo tanto no encontré nada que contestar.

—Y ¿creéis,—pregunté,—que me enviarían á la horca?

—Temo mucho que sí. Pero, en fin, haced lo que os dicte vuestra conciencia, pues yo en este punto no quisiera aconsejaros nada que fuera vergonzoso. Cumplid vuestro deber como lo entendáis, y, si es preciso, morid con la conciencia tranquila. Otras cosas hay peores que el ser ahorcado.

—¿Cómo podéis creer semejante cosa?—pregunté sonriendo.

—Os digo que hay muchas cosas peores, y no lo dudéis: así, por ejemplo, y para no ir más lejos, mejor fuera para vuestro tío estar bailando en una horca que no hallarse en su presente situación.

Dicho esto, el abogado volvió á entrar en la casa, al parecer satisfecho de su conversación conmigo, y allí escribió dos cartas para mí.

—Esta,—dijo, entregándome una,—es para mis banqueros de la Compañía Británica, y por ella se os abrirá un crédito á vuestro nombre. Consultad con vuestro amigo Thompson sobre lo que se ha de hacer, y, por lo demás, disponed como mejor os parezca de los medios que pongo á vuestra disposición; pero no malgastéis el dinero inútilmente. Por lo que hace á vuestro amigo Thompson, yo os aconsejaría que fueseis pródigo con él; y en cuanto á su pariente Jaime, podéis presentaros al abogado general y referirle el caso tal como fué. Esta segunda carta que os doy es para una persona de vuestra familia, el Sr. Balfour de Pilrig, hombre á quien aprecio mucho y que os recomendará eficazmente á dicho funcionario, con quien debéis ser discreto, procurando no referiros á vuestro amigo Thompson. Nada más tengo que deciros, amigo David: que el Todopoderoso os guíe.

Con esto despidióse el abogado, y en compañía de Torrance tomó el camino de la Ensenada, mientras que Alan y yo nos disponíamos á emprender la marcha hacia Edimburgo. Al alejarnos de aquella casa sin concluir, la casa de mis padres, volví la cabeza involuntariamente para mirarla una vez más, y en una de las ventanas del último piso parecióme ver la punta de un gorro de dormir que se movía á un lado y á otro. No se me había recibido muy bien ni tratado con bondad mientras estuve allí; pero al menos me observaban al marcharme.

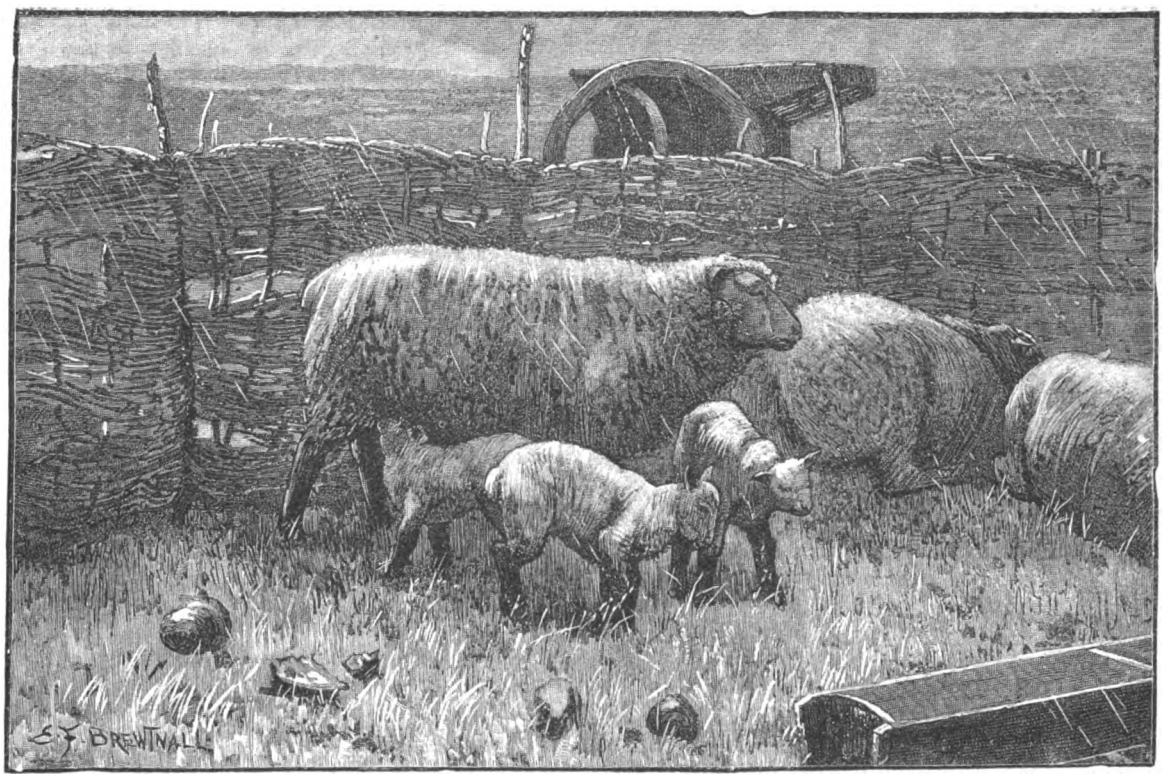
Alan y yo recorrimos un buen trecho sin decir palabra, preocupados, sin duda, por el mismo pensamiento; y era que se acercaba la hora de la separación, lo cual nos hacía recordar nuestras pasadas aventuras. Al fin hablamos de lo que debería hacerse, y convínose en que Alan permanecería en el condado, alojándose tan pronto en una parte como en otra, pero yendo todos los días á un punto determinado para estar en comunicación conmigo. Entretanto yo buscaría un abogado que fuera digno de confianza, y se buscaría el medio de embarcar á mi amigo con toda seguridad. Después de discutir este punto, ni mi amigo ni yo encontramos palabras para continuar la conversación. Yo quise darle broma sobre su nuevo nombre Thompson, y él trató de hacer lo mismo respecto á mi ropa nueva y mi dominio; pero ambos teníamos más bien deseos de llorar que de reir.

Pronto llegamos á la colina de Corstorphine; y cuando estuvimos próximos al sitio llamado *Descansa y da las gracias*, desde donde se ve la ciudad y el castillo, ambos nos detuvimos como de común acuerdo, sin decir una palabra, porque sabíamos que allí era preciso separarse. Fijóse la hora á que debíamos vernos diariamente, conviniendo en las señales; y después di á mi amigo el dinero que llevaba (dos ó tres guineas) á fin de que no le faltara que comer.

—¡Adiós!—exclamó Alan ofreciéndome su mano izquierda.

—¡Adiós!—contesté estrechándosela con cariño.

Ni él ni yo nos miramos á la cara, ni tampoco volví yo la cabeza para ver al amigo de quien me separaba así; mas al encaminarme á la ciudad experimenté tal tristeza y melanco-



SORPRENDIDOS POR LA NEVADA

lía que de buena gana me hubiera sentado en el camino para llorar.

Era ya muy entrada la tarde cuando penetré en las calles de la capital, pasando por West Kirk y Grassmarket. La altura de las casas, muchas de las cuales tenían diez pisos; las estrechas entradas en forma de arco, los gritos de los vendedores, el continuo movimiento de la población, y otras muchas cosas que no es necesario enumerar, hiciéronme enmudecer de sorpresa; mas á pesar de todas estas cosas, tan nuevas para mí, no podía olvidarme de Alan, y sentía como una especie de remordimiento.

La mano de la Providencia me condujo hasta las mismas puertas del Banco de la Compañía Británica.

David Balfour ha recobrado su fortuna, y ahora debemos despedirnos de él. Cómo escapó Alan y qué resultó del asesinato, con otros curiosos é interesantes detalles, será asunto de un libro que tal vez publicaremos otro día. Al autor le son muy simpáticos Alan y David; y por si acaso les aguijonea la curiosidad á mis lectores sobre cuál sería la suerte futura de mis dos héroes, me anticipo á deciros que todo les fué bien en el sentido limitado de esta palabra, que no hicieron nada deshonroso, y que nunca faltaron á lo que se debían á sí mismos.

FIN

Digitized by Google

PASTILLAS Y PÍLDORAS AZOADAS
para la tos y toda enfermedad del pecho, tisis, catarros, bronquitis, asma, etc. A media y una peseta la caja. Van por correo.

CAFÉ NERVINO MEDICINAL
Maravilloso para los dolores de cabeza, jaquecas, vahidos, epilepsia, parálisis, debilidad, males del estómago, del vientre y los de la infancia. 3 y 5 ptas. caja. Van por correo.

PÍLDORAS LOURDES
Es el mejor purgante antibilioso y depurativo, de acción fácil, segura y sin irritar aunque se usen por mucho tiempo. A una peseta caja. Van por correo.

IMPOTENCIA, DEBILIDAD
espermatorrea y esterilidad: cura segura y exenta de todo peligro con las célebres Píldoras tónico-genitales del Dr. Morales. A 7,50 pesetas caja. Van por correo.

Venta en las principales boticas y droguerías.— Depósito general, CARRETAS, 39, Madrid, DR. MORALES.— Especialista en sífilis

SALON DEL MUNDO ELEGANTE
GRAN CASA DE MODAS Y NOVEDADES DIRIJIDA
por BLANCHE DE MIREBOURG
40, Rue de Provence, 40, PARIS
Vestidos, Abrigos, Sombreros, Ropería, Corsés y Perfumería escojida.
Nuestros modelos siendo ejecutados y confeccionados con el mas gran cuidado rogamos á las elegantes visiten nuestro salon y nos confien sus órdenes.
Vestidos desde 30 duros y sombreros desde 5 duros.
Se remiten muestras de tegidos en todos los generos y se ejecutan rápidamente los pedidos que vengan acompañados de su importancia

NO MAS CANAS
TINTURA INGLESA INSTANTANEA

LA UNICA para teñir los Cabellos y la Barba en todos colores, *(castaño claro, castaño oscuro, pelo moreno y negro)*, **SIN DESENGRASAR** antes de su aplicacion. — Se garantizan los efectos.
Casa DESNOUS, perfumista 102, Rue Richelieu, PARIS. En todas Farmacias, Perfumerias y Bazares de España.

ASMA Y CATARRO
Curados CON LOS **CIGARILLOS ESPIC**
Opresiones, Tos, Constipados, Nevralgias.
Aspirando el humo, penetra en el Pecho, calma el sistema nervioso, facilita la expectoracion y favorece las funciones de los órganos respiratorios. *Exigir esta firma:* J. ESPIC.
Venta por mayor: J. ESPIC, 20, rue St-Lazare, Paris
y en principales Farmacias de ESPAÑA : 2 fr. la Caja.

ADOPTADA EN LOS HOSPITALES DE PARIS
El **VINO** de **PEPTONA CATILLON**
restablece las fuerzas, las digestiones, el apetito.
Es el mejor reconstituyente de las personas debilitadas por la edad, el crecimiento, las enfermedades
DEL ESTOMAGO
LANGUIDEZ, ANEMIA, etc.
Su grandioso exito ha dado origen á muchas imitaciones; debe, pues, exigirse la firma CATILLON.
3, Boulevard Saint-Martin, Paris
y en las buenas farmacias
MEDALLA EXPOSIT. UNIVERS. 1889

Ramón Molinas - Editor
ENCICLOPEDIA de MEDICINA y CIRUGÍA
Colección de manuales clínicos y de tratados elementales escritos por los más autorizados profesores británicos. Traducción directa del inglés por D. Alfredo Opisso, licenciado en medicina y cirugía.
Van publicados los siguientes tomos, magníficamente impresos y encuadernados en tela, á los siguientes precios:
La Sífilis, por J. Hutchinson, con 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 13'
Elementos de Histología, por E. Klein, con 181 grabados. . . . Ptas. 10'50
Enfermedades quirúrgicas de los niños, por Enrique Morris, con 40 grabados y 6 cromolitografías. . Ptas. 13'
Enfermedades de las mamas, por Tomás Bryant, con 13 grabados y 8 cromolitografías. . . . . Ptas. 11'
El Recto y el Ano, por Carlos B. Ball, con 54 grabados y 4 cromolitografías. Pesetas. . . . . 11'50
Química clínica, por Carlos E. Ralfe, con 16 grabados.. . . . . Ptas. 8'50
Elementos de Fisiología humana, por Enrique Power, con 47 grabados. Pesetas. . . . . 10'50
Elementos de Patología quirúrgica, por Augusto J. Pepper, con 81 grabados. Ptas. . . . . 12'50
Materia Médica y Terapéutica, por J. Mitchel Bruce. . . . . Ptas. 15'.
EN PUBLICACIÓN
La Locura, por Jorge H. Savage, con 19 grabados.
Elementos de Diagnóstico quirúrgico, por A. Pearce Gould.
Pueden hacerse los pedidos directamente á esta casa, Cortes, 365 á 371, acompañando el importe en libranzas ó letras de fácil cobro.
En provincias, en casa de nuestros corresponsales.
A todo pedido debe acompañar el importe del certificado, 75 céntimos, sin el cual no se responde del envío.

Perfumeria 13, Rue d'Enghien, Paris.
POLVOS DE ARROZ
Recomienda los siguientes
E. COUDRAY
MAGNOLIA —
COUDRAY SUPERIOR
OPOPONAX — VELUTINA —
HELIOTROPO BLANCO — LACTEINA.

ESTREÑIMIENTO
y Afecciones
que son su consecuencia
CURACION
con el uso del
VERDADERO
POLVO laxante de VICHY
DEL Dr L. SOULIGOUX
De Gusto agradable y que se administra fácilmente
El frasco contiene unas 20 Dósis
PARIS, 6, Avenue Victoria, y Farmacias.

Frasco: 5 fr. en Paris
PUERZA DEL CUTIS
— LAIT ANTÉPHÉLIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
para ó mezclada con agua, disipa
PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
ARRUGAS PRECOCES
EFLORESCENCIAS
ROJECES
Pone y conserva el cútis limpio y terso
CANDÈS et Cie Bd St-Denis, 16

Maison De **VERTUS** Sœurs
CORSETS BREVETÉS
PARIS 12, Rue Auber

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22, Barcelona

Pectoral de Cereza
DEL DR. AYER

Aumenta maravillosamente la fuerza y la flexibilidad de la voz.
MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.
Las enfermedades más peligrosas de la garganta y pulmones principian por desordenes que se curan fácilmente si se les aplica á tiempo el remedio propio. La dilacion suele ser fatal. Los **resfriados y la tos**, si no se cuidan, pueden degenerar en **laringítis, asma, bronquítis pulmonía o tísis.** Para estas enfermedades y las afecciones pulmonares, el mejor remedio es el **Pectoral de Cereza del Dr. Ayer.** Las eminencias médicas lo prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.
PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona.

SALICILATOS
DE BISMUTO Y CERIO
de VIVAS PÉREZ
Adoptados de Real orden por el Ministerio de Marina, previo informe de la **Junta Superior Facultativa de Sanidad**, porque **CURAN COMO NINGUN OTRO REMEDIO** toda clase de *vomitos y diarreas de los tísicos, de los viejos, de los niños, cólera, tifus, disenterías, vómitos de los niños y de las embarazadas, catarros, úlceras del estómago y piroxis con eructos fétidos.*
Precios: Caja grande, **3'50** ptas. Pequeña, 2 ptas.—Depósito general
Farmacia VIVAS PÉREZ, Almería
Cuidado con las falsificaciones ó imitaciones, porque otros no darán el mismo resultado.— Exigir la firma y marca de garantía.
Van por correo á todas partes enviando 75 céntimos por certificado.
Por mayor, Sociedad Farmacéutica Española, en Barcelona.—En Madrid, Melchor García.— De venta en todas las boticas de España y Ultramar.

SALINO REGAL

Remedio eficaz para las afecciones del aparato digestivo. Preservativo seguro contra las enfermedades infecciosas, tales como **CÓLERA, TIFUS, VIRUELA, FIEBRES, SARAMPION, DIFTERIA**, etcétera, etc.
Bebida agradable, ligeramente laxante y NO IRRITA. Regula las funciones del sistema en general, y lo fortalece. Cura positivamente todas las afecciones del estómago y del vientre. En su efervescencia desarrolla OZONO, que es el principio de la vida. Sus cualidades antisépticas preservan, al que lo toma, de las enfermedades infecciosas, impidiendo en el cuerpo humano el desarrollo de los microbios ó micro-organismo que producen el mal.
Preparado por THE SALT REGAL Y C.ª.— Londres.—**Agentes generales para España:** Vilanova hermanos y C.ª.—Barcelona.—De venta en las principales farmacias y droguerías.

LA PATE EPILATOIRE DUSSER
Privilegiada en 1836: destruye hasta las raices el vello del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.) sin ningun peligro para el cutis, aun el mas delicado. **50 años de éxito**, de altas recompensas en las Exposiciones, los titulos de abastecedor de varias familias reinantes y los miles de testimonios, de los cuales varios emanan de altos personages del cuerpo medical, garantizan la eficacia y la escelente calidad de esta preparacion. Se vende en *cajas*, para la barba y las mejillas, y en *1/2 cajas* para el bigote ligero. — **LE PILIVORE** destruye el vello loquillo de los brazos, volviendolos con su empleo, blancos, finos y puros como el marmol.— **DUSSER**, Inventor, 1 **RUE JEAN-JACQUES-ROUSSEAU, PARIS.** (*En América, en todas las Perfumerias*)
En Madrid: MELCHOR GARCIA, depositario, y en las Perfumerias PASCUAL, FRERA, INGLESA, URQUIOLA, etc En Barcelona: VICENTE FERRER, depositario, y en las Perfumerias LAFONT, etc.

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, Ancha de S. Bernardo, 38, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.S 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

LA ILUSTRACIÓN IBÉRICA

SEMANARIO CIENTÍFICO, LITERARIO Y ARTÍSTICO

Año VIII	Barcelona 27 de diciembre de 1890	Núm. 417

—¿VIENE V.? (dibujo de M. Picolo)

Digitized by Google

SUMARIO

TEXTO: *Madrid*, por Kasabal.—*El medio interior*, por U. González Serrano.—*¡Cómo te haría llorar!...* (poesía), por Angel Alfaro.—*Sensibleria*, por A. Sánchez Pérez.—*Nostalgia*, por E. Melero y Betegón.—*Los últimos números* (poesía), por Inocencio de Oña.—*El alma de una nación*, por Rafael Torromé.—*Nuestros grabados.*—*Dos rosas*, por Luis de Val.

GRABADOS: —¿Viene V.?—Estudio de bronce.—El galán tímido.—Tarde de otoño.—Traslación del cadáver del rey Arturo.—¡Por Dios y por el Rey!—Las lavanderas.—Á orillas del mar.—El nido de la gaviota.—La barra de Harbour.—Tocadora de guitarra.—Un golilla.—Retrato de señora.—El café después de la caracolada.

MADRID

Los comestibles.—Patriotismo del estómago.—Un drama, un libro y una artista

MADRID está ya convertido, como todos los años por esta época, en un gran mercado en el que se almacenan todos los productos de la Península, desde los que se crían entre las asperezas de las montañas cántabras hasta los que producen las costas encantadoras del Mediterráneo; desde los que vienen del frío noroeste hasta los que nos traen las campiñas feracísimas de levante. Una vuelta por la Plaza Mayor es ahora como el compendio de un viaje por las comarcas españolas. Allí donde el pasado verano se levantaron los tinglados en que se expusieron los nombres de los habitantes de Madrid que tienen derecho á usar del voto en los comicios, se alzan hoy los puestos que presentan cuanto en España se produce; y así como el oído se deleita y el espíritu se recrea con un *pot-pourri* de aires nacionales en que figuran la *jota* y la *muñeira*, el *zortzico* y el *polo*, el estómago puede encontrar allí lo que constituye el alimento nacional en diversos y variadísimos frutos.

Y no desechemos esto por material y grosero, que después de todo, el estómago es un gran patriota, y el hombre, por muchas que sean las vicisitudes de su vida, por alto que le eleve la fortuna, ó por hondo en que caiga abatido por la desgracia, no olvida nunca los primeros alimentos que le nutrieron y le recrearon, distinguiéndolos siempre entre los más exquisitos manjares.

No hay pueblo que no tenga su plato nacional predilecto, que come siempre en las grandes solemnidades de la nación ó de la familia, y su recuerdo acompaña toda la vida al individuo, que, cuando le saborea después de haber pasado mucho tiempo sin gustarlo, evoca los recuerdos más gratos de su hogar y las dichas de los días más felices de su existencia.

Emilia Pardo Bazán nos habla, en una de sus preciosas novelas, de un encopetado personaje que, después de haber pasado muchos años en la corte desempeñando los cargos más altos del Estado, vuelve al humilde pueblo de Galicia en que nació, y allí come con sin igual delicia el pan recién salido del horno, considerándolo manjar más delicioso que cuantos está acostumbrado á saborear en las bien provistas mesas de embajadores y cresos.

Dadle á un valenciano ausente, durante mucho tiempo, de su patria, el arroz, á un andaluz el gazpacho, á un gallego el pote, á un catalán la *escudella*, y los veréis regocijados ante lo que les recuerda vivamente la patria querida y la juventud pasada.

Para un tarraconense no hay mejor pescado que el que se sirve en el popular *romesco* después de la pesca nocturna al brillo engañador de las luces, como para un malagueño no hay nada más delicioso que la *moraga*; los vizcaínos prefieren á todo sus sardinas de Portugalete y su merluza de Berruco; para el aragonés no hay hortalizas como las de las riberas que baña el Ebro, ni para el toledano anguilas más sabrosas que las que lleva en sus aguas el venerable Tajo; oíd al montañés y le oiréis encomiar la leche que dan las vacas que se apacientan en los risueños valles de la Suiza española y la manteca que se produce meneando el odre en las cabañas medio enterradas en la nieve durante los meses del invierno.

Para el gallego no hay castañas como las que producen los hermosos árboles debajo de cuyas verdes ramas bailan en verano los mozos y las mozas reunidos en alegre romería. Sólo con oir hablar de los almíbares de las comendadoras de Santiago se le hace la boca agua á un granadino, como á un cordobés cuando le recuerdan las famosas empanadas que se hacen en la antigua ciudad de los Califas.

Un embajador sevillano que representaba dignamente á nuestra patria en París, cuidaba de que no faltasen nunca en su mesa las deliciosas yemas de San Leandro, que prefería á todos los dulces y bombones de la fértil é ingeniosa repostería francesa.

Juan Valera recuerda con frecuencia en sus novelas los piñonates de D.ª Mencia y las sabrosas frutas de sartén que vió hacer cuando era muchacho. Pereda habla con frecuencia y con singular deleite de la cocina popular montañesa. Castelar es entusiasta de cuanto producen las costas de levante, y ofrece con frecuencia, á sus amigos, opíparos banquetes en los que no figuran más frutas que las que producen aquellas huertas ni más manjares que los que desde aquellas tierras donde se deslizaron los días de su infancia y de su adolescencia le envían.

Cuando el marqués de Molins obsequiaba á los literatos, sus amigos, con aquellas cenas de *Noche Buena*, famosas en las crónicas madrileñas, les hacía servir especialmente lo que le llegaba de la Mancha ó le que le enviaban de Murcia.

Y lo mismo que hacía el ilustre prócer hace en su colación de la noche del 24 de diciembre el más modesto ciudadano. Se privará, si no puede pasar por otro punto, durante todo el año, de lo que más le deleita; pero no faltarán en su mesa, la clásica noche, los platos predilectos de su tierra, los frutos característicos de su comarca.

No hay que dudarlo, es un gran patriota el estómago; y por eso es gratísimo el espectáculo que ofrece estos días el antiguo teatro de los autos de fe y de las funciones regias en los tiempos novelescos de los reyes de la casa de Austria. Allí se amontonan las granadas que guardan en su seno los dulces granos de encendido rubí, y las naranjas que parecen globos de oro y que están henchidas de refrigerante jugo; allí se cuelgan como gigantescas arañas los racimos de dátiles que envía Elche, y se muestran blancas y dulcísimas las peladillas bañadas en Alcoy; los cuñetes de aceitunas sevillanas forman altas columnas, y se muestran orondas entre profusión de enormes piñas las pasas malagueñas.

Todo, todo cuanto produce España se muestra allí estos días, y se suede apreciar en esa exposición de comestibles la feracidad de nuestro suelo.

***

No lejos de aquellos sitios, en la vecina plaza de Santa Cruz, está la exposición de *nacimientos* que causan la delicia de la generación infantil, como causaron en otros tiempos el regocijo de los que hoy son graves personajes y respetables señoras.

Y ¡cómo se echan de menos, cuando se ha avanzado en el camino de la vida, aquellos tiempos en que no había para nosotros esculturas más famosas que la de los pastores y zagales que iban á llevar ofrendas al *Niño Dios*, acurrucado en el pesebre entre la mula y el buey y al lado de San José y de la Virgen!

Los padres van con sus chiquitines á recordar el pasado y á confortar el alma con la alegría de sus hijos, como se conforta el cuerpo al calentar los ateridos miembros con un rayo del sol de invierno que recuerda los esplendores de la primavera.

Dilatar el alma en el pasado con el recuerdo y en el porvenir con la esperanza, es el mejor consuelo cuando nos hieren las tristezas del presente. Los días que han de trascurrir hasta que termine el año, son propicios para esas expansiones, y todo palidece ante las fiestas animadas del hogar.

***

La primera producción de un nuevo autor dramático está llevando mucha gente al Teatro de la Princesa, donde trabaja la compañía de María Tubau. La producción es un drama en tres actos y prosa que se titula *Genoveva*, y el autor es Federico Urrecha.

Urrecha se ha distinguido mucho en la novela y en el periodismo, y es un narrador castizo é interesante que ha dado vida á muchos cuadros de costumbres militares que ha estudiado de cerca en los tiempos de nuestras contiendas civiles. Dotado de un gran espíritu de observación y de un exquisito gusto literario, ha ido á la escena y ha obtenido un señalado triunfo con su primera obra, en la que hace admirablemente María Tubau el papel de protagonista. *Genoveva* abre el camino á una nueva manifestación del talento del autor de *La estatua*.

Luis Taboada ha publicado, en un precioso tomo primorosamente ilustrado por Angel Pons y que titula *Madrid en broma*, algunos de sus originales artículos.

¡Madrid en broma! ¡Tiene razón el autor! Nadie como él ha sorprendido el lado cómico de la vida de la clase media madrileña riñendo ruda batalla por la existencia, luchando con la vanidad y la escasez, empeñada en el rudo *quiero y no puedo*, que es su tortura.

Los tipos que Luis Taboada ha tomado de la vida real, sus ingeniosas observaciones, la incoherencia de que se vale para dar relieve á los defectos, todo excita la risa y hay en ello mucho motivo de broma; pero tras esas bromas hay lágrimas amargas, las lágrimas de la realidad, que arrancan las madres vanidosas, los padres faltos de juicio, las niñas pálidas y anémicas con el estómago vacío y la sangre blancuzca por sacrificarlo todo al lazo, al moño, al sombrero, al pingo con que salen de casa muy orondas creyendo que engañarán á la gente y que las van á tomar por señoras principales que pueden ofrecer riquísimo dote.

Luis Taboada ha trazado con la sonrisa en los labios los cuadros de la vida azarosa de la clase media madrileña; pero envueltas en sus bromas hay muchas enseñanzas que podrían dar lugar á un *Madrid en serio*.

***

Stagno ha vuelto á presentarse en el Teatro Real joven y ágil de voz como le vimos hace veinte años. Por él no ha pasado el tiempo y parece que ha descubierto el secreto que hizo famosa á Ninon de Lenclos. Esta vez se ha presentado bajo la forma de un joven siciliano, el protagonista de *Cavalleria rusticana*, y esto, sin duda, ha contribuído á remozarle. La nueva ópera ha gustado mucho y ha regocijado á los que, no sin profunda pena, veían adormecido hace años el genio musical de Italia, que produjo en otros tiempos tantas maravillas. Al éxito de la obra ha contribuído mucho su interpretación. Con Stagno, que ha estado admirable, ha venido una artista que es un portento: la señorita Bellincioni. Es una figura de estatua griega con busto de camafeo romano.—¡La Ristori cantando!—decían muchos espectadores. Y es cierto: la artista que oímos por primera vez en el papel de Santuzza de *Cavalleria rusticana* posee el genio de la tragedia y sabe expresar de un modo admirable la avasalladora pasión de los celos.

Estas representaciones y algunas reuniones que se verifican han animado á Madrid un poco,

Digitized by Google

pero no mucho. Todavía no ha desaparecido por completo la viruela, y el ánimo se contrista cuando se sale á la calle y se las ve invadidas por mendigos. No se da un paso sin que una mano se tienda al transeunte y sin que se escuche una voz lastimera pidiendo una limosna.

Madrid parece ahora una verdadera *corte de los milagros.*

El círculo de Bellas Artes va á inaugurar muy pronto una Exposición de pasteles. No toma en ella parte ningún hombre político, y eso que aquí, como en todas partes, los hay que son maestros en el ramo de pastelería.

KASABAL

EL MEDIO INTERIOR

Sea ó no exclusivamente el mundo nuestra representación, como afirma Schopenhauer, parece indudable que este residuo de idealismo, roca inconmovible ante la tempestad deshecha que desencadena la absorbente tendencia empírica y positiva, subsiste cual exigencia primordial de toda obra de arte. La representación, el medio interior, es necesariamente el foco de donde irradia toda inspiración para el artista. Sin el medio interior no es posible la vida, según C. Bernard; sin la representación, producto inmediato y directo del medio interior, no se concibe la obra de arte, que es ó debe ser al menos obra viva.

La realidad vista á través de la representación, ó la realidad representada, es el arsenal de donde procede toda materia artística. Y en la representación subsiste un principio originario de la personalidad, que es propiamente lo que caracteriza y da tono á la obra de arte. Así dice acertadamente Schopenhauer en sus *Parerga y Paralipomena:* «El fondo de muchas poesías de Gœthe y Byron descansa en un dato real. Al leerlas un necio, es capaz de envidiar al poeta aquella agradable aventura en vez de sentir emulación por aquella poderosa imaginación que ha sabido convertir un suceso vulgar en asunto tan grande y tan bello. De igual modo el melancólico verá una escena trágica donde el sanguíneo ve sólo un conflicto interesante y el flemático un hecho sin importancia.»

Resulta verdadero el aserto de Zola cuando dice que «la obra de arte es la realidad vista á través de un temperamento.» Suprimido el temperamento, la personalidad del artista, el medio interior que elabora la representación, quedará únicamente una bella comarca contemplada en un tiempo ingrato ó reflejada en una mala cámara oscura.

El medio interior ó el temperamento (el nombre es indiferente) es el sello personal que diferencia la copia servil y fotográfica de la creación artística. Lo personal, que aparece como arbitrario en la protesta romántica, es, sin embargo, susceptible de orden y de armonía y por consiguiente de belleza. Con una observación perspicaz y sugestiva dice Clarín (v. su *Museum*, folleto VII): «Hay mares que separan las almas como *islas de islas*, y, después de reconocidos y explorados (personalidad propia), subsisten el afecto y la simpatía.» Buscar la nota común ó la secreta corriente que comunica entre sí estas *islas de islas* constituye el secreto mágico del arte. No es paradójico, sino totalmente exacto, que la superioridad de inteligencia conduce aparentemente al aislamiento y á la insociabilidad, porque busca una sociabilidad y un concierto más firmes y amplios que los vínculos externos con que el pobre de espíritu, el hombre vulgar, se siente satisfecho. Ahondar en lo personal, elaborar en el medio interior, y en él, con ocasión del dato real que se contempla, hallar el acorde común, la nota genérica, el universal pensar y sentir, será privilegio exclusivo del artista y constituirá siempre el campo explorado y por explorar del genio.

Para ello opone el arte (mejor compone) á la aparentemente monótona y rítmica marcha de la realidad exterior la virtud y eficacia del contraste que el alma genial descubre en su medio interior, estableciendo después de todo un orden más complejo y más bello y en el punto crítico más sintético que el observado por el vulgo.

Sirvan de ejemplo el contraste ideal concebido por Goncourt en *Les frères Zemganno,* dotando los cuerpos de Eianni y Nello, los dos gimnastas y atletas, con tiernos corazones y sensibilidad femenina; el imaginado por V. Hugo en su Cuasimodo, con una fealdad física rayana en lo grotesco y con una hermosura de alma lindante con lo sublime; y el conocidísimo de Gœthe en sus *Afinidades electivas.*

La materia artística, tomada se halla de la realidad; pero ha surgido la obra de arte, en los casos citados como en todos los que se pudieran citar, de una singularísima manera de *mirar* y *ver*, de observar y componer, que constituye la nota propia del artista. Seguramente educe, saca y pone de relieve, el artista, aspectos, puntos de vista, que son propios de la realidad (sin lo cual la obra no sería humana ni interesaría); pero la cámara oscura donde han tomado cuerpo tales perspectivas es el medio interior del artista, elemento de suyo irreductible al experimentalismo. De ello se infiere que, como el elemento personal funciona y opera, pero sin tener conciencia más que del resultado ó producto, queda constantemente en el arte una amplia esfera *preconsciente* y que excede y trasciende de las previsiones del artista mismo. A semejante factor se ha referido siempre el *furor divinus* de la inspiración y en cierto modo la protesta, constantemente renovada, de todo romanticismo contra las reglas clásicas, puesto que en último término la regla aparece luego que queda consagrada *à posteriori* por la manera de funcionar del artista.

Existe, pues, en el arte, algo más que la observación y su reproducción más ó menos exacta, sin lo cual no se distinguiría de la ciencia: existe el factor propio, personal, del *medio interior;* residuo metafísico, baluarte idealista, que se opone á todo experimentalismo artístico. El medio interior se traduce constantemente en la manera especial de ver y representarse la realidad en lo que se denomina *el humor*. Puede, pues, afirmarse, contra toda pretensión exclusivamente naturalista y empírica, que el arte ha de ser necesariamente *personal* y *humorista.*

U. GONZÁLEZ SERRANO

¡CÓMO TE HARÍA LLORAR?...

Ya lo sé, no se me oculta,
aunque al saberlo he llorado,
que, por fin, han declarado
tres médicos en consulta

que has perdido la razón
y estás á todo insensible.
¿Puede ser eso posible,
alma de mi corazón?

Han dicho también que si
tus ojos pueden llorar
quizá pudieran lograr
hacerte volver en ti.

Ahora mi solo deseo,
que pasión pura destila,
es que brote en tu pupila
un algo de lagrimeo.

Lucho por verlo brotar
y en vano. ¡Si tu razón
llega á tener curación
contigo me he de casar!

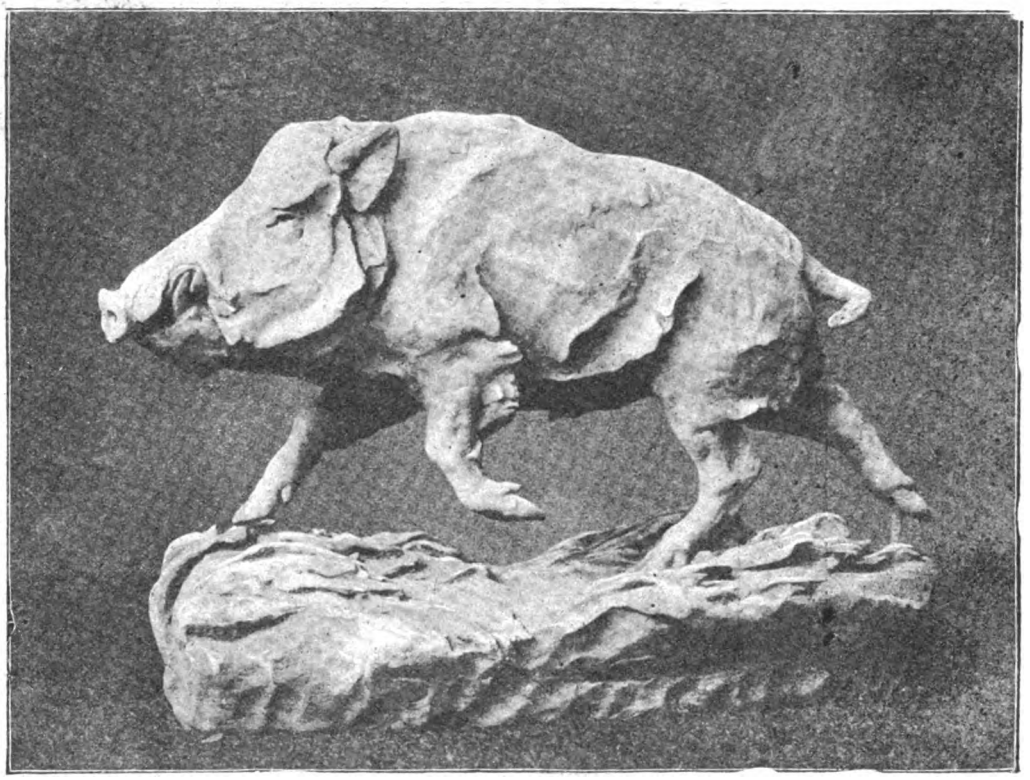
¿Tú insensible á mi querer?
¿Tú á mis palabras callada?
¿Tú? ¡la mujer más amada!
¡No! ¡No lo quiero creer!

¿Tú á mis lágrimas estar
sin inquietud, sin quebranto,
sin conmoverte mi llanto
ni acompañarme á llorar?

¿Qué hacer, Dios mío, qué hacer
para que ella tenga cura
y vuelva de su locura?
¿Qué hago con esta mujer?

¡Qué tormento! ¡Qué trabajo!...
Pero no, yo ya lo sé:
para llorar, la daré
¡restregones con un ajo!

ANGEL ALFARO

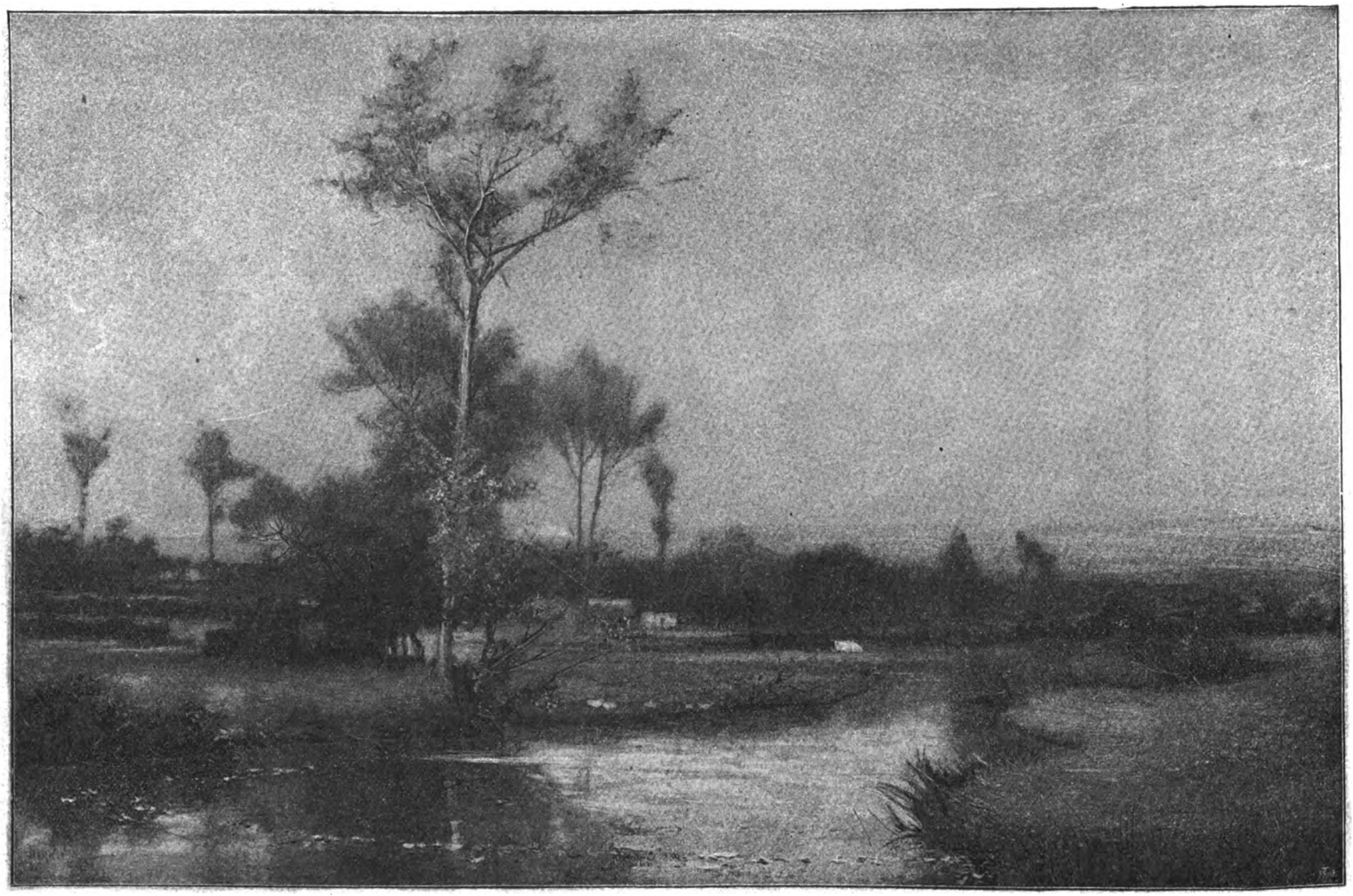


ESTUDIO DE BRONCE (en bronce, por Harry Dixon)

Digitized by Google

EL GALÁN TÍMIDO (cuadro de J. Pettie)

Digitized by Google



TARDE DE OTOÑO (cuadro de A. East)

Digitized by Google

SENSIBLERIA

Los señores accionistas de la Sociedad Arrendataria de Tabacos (que nos dan tabaco muy malo y muy caro, en lo cual hacen perfectamente, pues así y todo se lo compramos) han determinado, según se dice, aumentar hasta seis mil duros el sueldo de su director, lo cual me parece muy bueno, sobre todo para el director. Conste (y no quiero pasar adelante sin advertirlo)... conste que no respondo de la exactitud de la noticia. Ignoro cuánto disfruta del sueldo ese elevado funcionario de la *Tabacalera (tout court)*; ignoro también si al asignársele seis mil duros le favorecen ó le perjudican; ignoro, por último, si el Consejo de Administración de la repetida sociedad ha tomado ó no ha tomado la hez de la plebe, ha de tener las mismas necesidades que las personas de posición elevada.

Pues, por si no había pensado en la calefacción de los nuevos talleres, habilitados para tales en pocos días, no pueden Vds. figurarse los cargos severísimos, las amargas censuras, que se han dirigido á la Sociedad.

Cargos injustos, por supuesto; censuras infundadas, por de contado: porque ¿á quién se le ocurre que los Consejeros de la sociedad hubieran de tener presente que en invierno suele hacer frío? Los que tienen asuntos graves en que pensar no saben de esas cosas. Y aun suponiendo que por casualidad algún consejero hubiese caído en la cuenta de que á veces en el mes de diciembre es preciso abrigarse, ¿cómo había de calcular el que las cigarreras eran también sensibles al frío? Sino que aquí se quiere sacar partido de todo en pro de ciertas escuelas socialistas.

Se incendió la fábrica: pues no faltó quien dijese que sin el imperdonable descuido en que la tenían los encargados de velar por su conservación no se habría incendiado. Cinco mil ó seis mil cigarreras, la mayor parte de las cuales viven, como suele decirse, *al día* (y gracias), porque los sueldos que disfrutan no permiten el ahorro, quedaron sin trabajo: verdad es que la *Sociedad Arrendataria* experimentó grandísimas pérdidas (así lo dicen, por lo menos; que yo de esto sé lo mismo exactamente que de lo del sueldo del director); pero los millones perdidos (si es que los ha perdido en efecto) por la Compañía, no representan las angustias, las amarguras, la desgracia que supone la falta de jornal durante algunas semanas para muchos miles de familias.

Afortunadamente en las grandes desventuras surgen como por encanto almas caritativas que las remedian en lo posible, ó cuando menos las atenúan... y la caridad privada y la pública acudieron al remedio de las infelices cigarreras reuniendo, entre unas cosas y otras, *sobre quince mil pesetas*, más bien menos que más, que, repartidas por igual entre *cinco mil*, quedan distribuídas á *tres pesetas* por barba; con que dicho se está que resultó salvado el conflicto de cada familia.

Es bien que Vds. sepan que la distribución no se hizo de ese modo, sino que se tuvieron en cuenta las circunstancias de cada una para darles el socorro: he hecho la división por igual sólo para que Vds. formen idea de la entidad del socorro.

Creyeron algunos que *dos pesetas* de una sola vez y para siempre, aunque no son lo que se llama un grano de anís, no sirven para sacar de muchos apuros á una familia numerosa, y discurrieron no seguir pagando el jornal á todas las operarias, como habría ocurrido á cualquiera, sino habilitar locales donde pudiesen trabajar algunas de ellas; y buscando por aquí, y buscando por allá, tropezaron con un edificio, especie de Peregila (porque sirve para todo), situado cerca del hipódromo, á bastantes kilómetros de la fábrica incendiada, y, por consiguiente, á mucha distancia de las habitaciones ocupadas por las cigarreras.

TRASLACIÓN DEL CADÁVER DEL REY ARTURO (cuadro de Frank Dicksee)

Pero aquel edificio, que fué palacio para la Exposición de Pintura, que ha sido después Hospital provisional, y que es ahora, provisionalmente también, Fábrica de Tabacos, no reune condiciones de habitabilidad para invierno, y las cigarreras, después de recorrer á pie más de una legua para llegar á sus nuevos talleres, se quedan heladas cuando comienzan sus tareas.

Y preguntan algunos:—Pero ¿qué hacen esas cofradías de San Vicente de Paul? ¿Qué hacen esas asociaciones de señoras benéficas, que dan cada año diez ó doce funciones á beneficio de los pobres?—No sé lo que harán, pero creo que tendrán muchas cosas en que pensar que sean más interesantes que el frío de las cigarreras: celebran, por ejemplo, alguna novena, ó regalan un vestido suntuoso á cualquier imagen milagrosa, y así por el estilo.

Porque eso de que las cigarreras tengan frío es una broma que

> si es broma puede pasar;
> pero á ese extremo llevada
> ni puede probarnos nada
> ni os la hemos de tolerar;

como dice el *Capitán Centellas*, y como dirá de seguro algún consejero de la Tabacalera si por

Digitized by Google

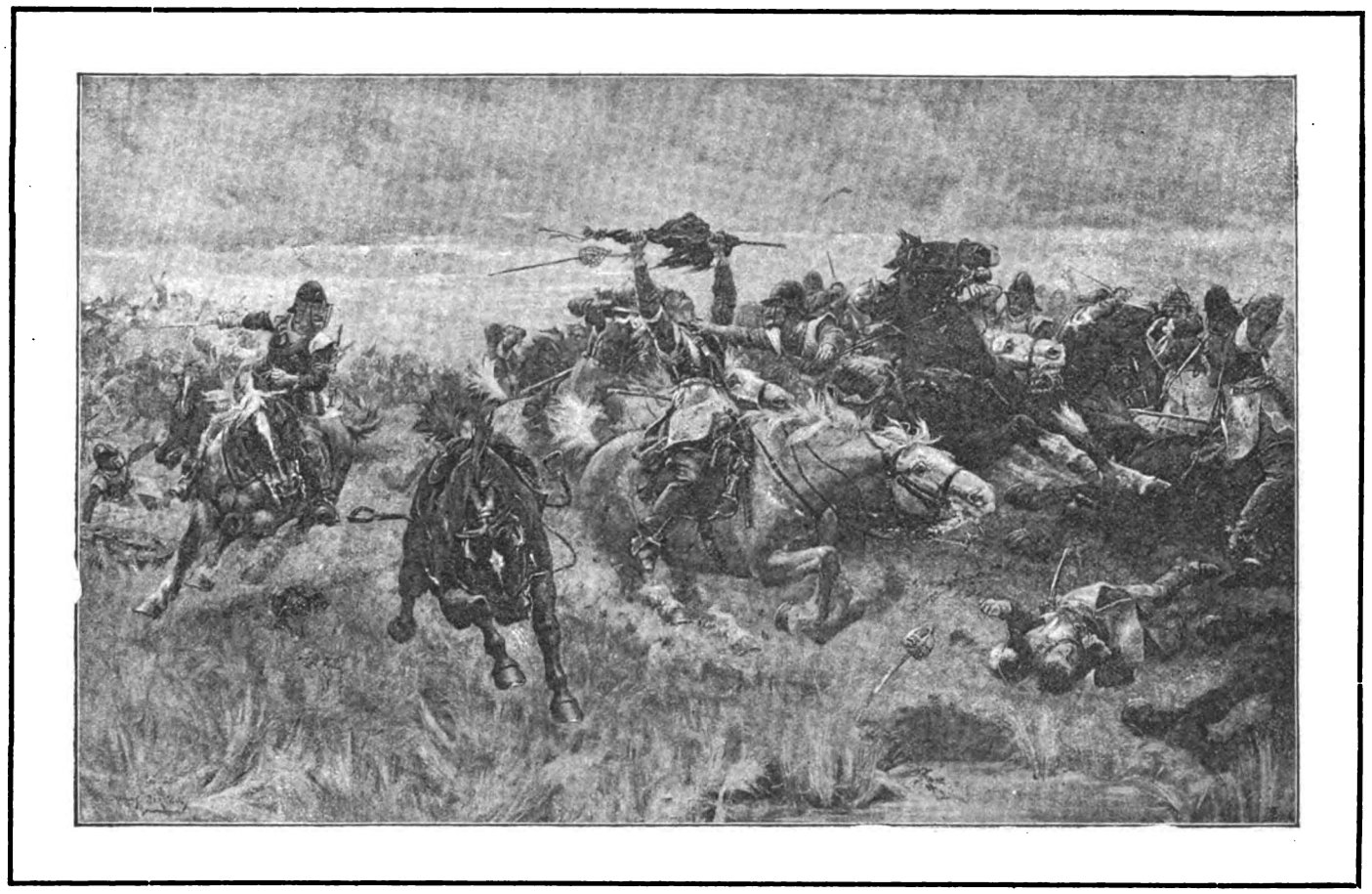
casualidad, arrellanado en cómoda butaca y próximo á la chimenea, pasa la vista por estos renglones.

A. SÁNCHEZ PÉREZ

NOSTALGIA

El día es festivo, la mañana de setiembre, el cielo todo azul, y el suelo encharcado por los chorros con que las mangas de riego saturan de continuo la gran villa.

El cuartel de San Gil arroja por una de sus puertas, como á impulsos de un resorte, multitud de soldados, todo un batallón perfectamente ordenado, con su música delante, la cual



¡POR DIOS Y POR EL REY! (cuadro de Stanley Berkeley)

rompe en una marcha guerrera, á cuyo compás se mueven todas aquellas piernas encarnadas, como si perteneciesen á un solo tronco; y del extenso fondo azul de los capotes salen cabezas de rostro moreno, en las que brilla el hule de los roses, y, por encima de todos éstos, brotan, como espesas cabezas de trigo, los fusiles con sus aceradas bayonetas, que el sol hace relumbrar.

Sube el batallón por la calle de Bailén, y, al pasar por un costado de la plaza de Oriente, un ejército de chiquillos se agolpa á ver los coloreados uniformes, las relucientes armas y el marcial aspecto de los soldados; y todo lo miran las criaturas abriendo los ojos y la boca, por cuyas ventanas entra el entusiasmo en tal cantidad que, cuando el batallón desaparece por el pórtico de una iglesia próxima, los chiquillos se arman de palos y banderitas de papel y no falta algún cabo que dirija aquella tropa.

Dentro de la iglesia el batallón está en pie, los fusiles con las culatas en el suelo, y las bayonetas sobresaliendo por entre los roses. La falange guerrera que antes vimos en marcha, parece clavada en el pavimento.

Allí, entre aquellos defensores de la patria, está Pericón. Miradle: el cuerpo recio, la cara en bruto, las callosas manos empuñando el fusil. El traje rojo y azul es un disfraz para él, pues ntes de ser soldado lo gastó idéntico en un carnaval de su pueblo. Pocos meses hacía que había dejado la cayada de pastor, con harto sentimiento suyo, para cargar con el fusil: el símbolo de la paz había trocado por el arma de la guerra. Y ¿qué más había dejado, ó, mejor dicho, le obligaron á abandonar? ¡Ah! ¡Casi nada! Sus padres, su novia, aquella Mariona que le clavaba los ojos y le volvía tirulato, sus ovejas y perros, con los que tenía tan agradables confidencias, y su pueblo, aquel montón de casuchas, por cuyas calles anduvo primero á gatas, después haciendo pinos, luego novillos, á veces bailoteando al son de la dulzaina y tamboril con aquellas muchachas tan reteguapas.

Era, por tan feo y bruto, *el guapo* del pueblo. Nunca porfiaba más que con los puños. El decía que *sí*, *esto* y *lo otro*; y cualquiera que le dijera *nó*, *lo otro y lo de más allá*, se mamaba unas bofetadas que le hacían sangrar por todas las ventanas de la cabeza. Cuando se le enrojecían los ojos, como los carrillos, y movía la cabeza rugiendo como un león, con un solo brazo barría á cuantos muchachos, brutos y todo, se le ponían por delante.

¡Pues si él hubiera tenido *monises*, cualquiera le arranca de su pueblo!

¿Verdad, Pericón? Pero como no los tenías, de poco te sirvió encresparte, echártelas de valentón, cerrar iracundo esos puños de bronce, y decir, mejor dicho, vocear en medio de la plaza en un corrillo de tíos:—Dios quia que no me toque la suerte; pero si me toca, les digo á ustés que riviento de un puñetazo al primero que me quia llevar: yo no serviré ni á Rey ni á Roque.

Y qué furioso te ponías cuando añadía alguno:

—¡Pus tendrás que cargar con el chopo, quias que no quias! ¡A la fuerza ahorcan!

Y es verdad que le ahorcaron á la fuerza, porque él cree que le han ahorcado.

¡El, siempre con el pescuezo al aire, tener que sufrir ahora aquel duro cuello de tela almidonada y de paño fuerte, cuya presión le hincha las venas!

—Pero ¡qué le vamos á hacer! ¡Pacencia!—dice ya desfallecido.

Ya se había conformado el hombre con ser cordero.

Y ¿sabéis en que está pensando Pericón, allí plantado entre sus compañeros de armas y fatigas, los ojos fijos en la vaguedad, sin puntería alguna?

Precisamente aquel mismo día y á la misma hora, en otros años, ¡Dios de Dios! ¡lo que él gozaba en su pueblo!

Nada menos que era el día de la *Virgen de los Pastores*, sí, de ellos solos: allí no metía nadie baza. Sólo podían pertenecer á la cofradía de la Virgen los pastores de oficio ó los descendientes de pastores: era condición rigurosa.

La función *de ellos* se verificaba el domingo después de la *Natividad de Nuestra Señora*, de la que todo el pueblo llamaba la *Virgen de Sitiembre* ó la *Virgen* á secas, por ser aquella la que celebraban como su patrona.

Pericón, además de ser pastor y cofrade, desempeñaba á las mil maravillas uno de los cargos más importantes en aquella fiesta: era danzante. ¡Y que no se lucía él poco con sus enagüillas almidonadas, sus escapularios, sus cintas de seda, bailando como un descosido con toda la comparsa danzadora!

A eso de las diez de la mañana, todas las campanas á vuelo anunciaban la misa mayor. Aquel clamoreo que lanzaban tantas bocas de metal sacudidas por férreas lenguas, caía sobre las casas haciéndolas temblar y comunicando á sus habitantes una agitación que los zarandeaba por doquiera: unos se lavaban de prisa, otros buscaban prendas para vestirse de fiesta, otros cepillaban sus botas, y por cualquier lado de las habitaciones se veía ropa sucia, botas relucientes por el betún, corbatas, sombreros viejos y nuevos; una revolución de objetos, característica de los instantes de apresto para las grandes solemnidades. Este movimiento se acelera más cuando suena *la ronca*, aquella campana de severo tañido que acompasadamente avisa que va á empezar el santo sacrificio.

Poco antes se reunen los cofrades en casa del mayordomo vestidos de riguroso uniforme: sombrero negro (más ó menos basto), capa desde las orejas á los tobillos, traje de chaqueta, chaleco y pantalon, borceguíes, y corbata. ¡Cosa particular! Los hombres más rudos del pueblo, los que pasan todo el año á campo raso, sin

Digitized by Google

LAS LAVANDERAS (dibujo de Huertas)

Digitized by Google

Á ORILLAS DEL MAR (acuarela de Picolo)

Digitized by Google

tratarse más que con sus ovejas y sus perros y las estrellas, han acordado (y así consta en los estatutos de su cofradía) que el hermano que asista á la ceremonia religiosa *sin corbata* pagará la multa de *un borrego y dos libras de cera*.

Suenan á la puerta del mayordomo la alegre dulzaina y las repiconas castañuelas, y, á poco, toda la cofradía en la calle, se dirige á la iglesia. Los que danzan van delante agitando sus enagüillas, sus cintajos y sus escapularios al son de la música pastoril, y después, en dos largas filas, toda la comitiva, al frente de la cual va el cura de capa negra y bonete, el mayordomo y el alcalde de la hermandad con su *insinia*, una vara más alta que un bastón, á cuyo remate superior lleva una Virgencita de plata.

Antes de empezar la misa hay que sacar á la Patrona á dar una vueltecita por la plaza.

Aquella imagen con su manto blanco de seda con puntillas y bordados de oro, su cara de bello perfil, sus ojos negros, sus rosadas mejillas, su corona de plata y su divino niño entre los brazos, vestido también como su madre, es propiedad de la cofradía de los pastores.

—La Virgen es nuestra,—decían á boca llena.

En una ocasión habían contestado á un cura que se empeñaba en celebrar todas las vírgenes del año con aquella imagen:

—Señor cura, bueno es que la hagan; pero no tanto, que se nos va á desgastar.

La procesión se organiza en la iglesia, y poco después la plaza contigua presenta un cuadro verdaderamente artístico.

Abren la marcha dos filas de cofrades con las cabezas descubiertas y los sombreros en la mano; detrás van hasta ocho danzantes haciendo caprichosos giros de baile según las variaciones que el dulzainero, tieso y espetado, saca al soplar en el clásico instrumento, al que acompaña el *tamboritero* sacudiendo rápidamente con los palillos la sonora badana de metálico y hueco cilindro; la Virgen, fija en las andas, llevada en hombros, bañada por el sol, que hace resplandecer la seda y la plata de la santa imagen, va como flotando sobre un río de cabezas humanas, y recuerda las fantásticas apariciones de las leyendas religiosas; el incensario arroja espirales de humo que se diluyen en el aire; el pendón blanco agita su inmensa tela; el palio, con sus dorados flecos, hace juego con los ropajes de tres sacerdotes, que son los que van á oficiar la misa; siguen los sacristanes, el Ayuntamiento y un grupo de hombres y mujeres, todos de fiesta. Las campanas giran rápidamente allá en la torre, sobre los ejes empotrados en los altos ventanarios; y entre el alegre clamoreo del bronce se oyen cánticos religiosos, *rassss* prolongados, y estampidos de cohetes que dejan por un instante en el espacio un rasgo de humo blanquecino.

La procesión, después de recorrer la plaza, vuelve á la iglesia, y en ella entran los danzantes haciendo cabriolas delante de su Virgen, y el dulzainero y tamboritero hacen sonar dentro del templo sus atronadores instrumentos armando un ruido estrepitoso.

La misa es solemnísima, con órgano, cantores especiales, sermón; misa que llevaba un verano entero de ensayos musicales y aun no la conocía su autor.

La Virgen está junto al altar mayor, rodeada de luces. Los tres sacerdotes, con sus ternos de seda y plata, ofician en medio de una nube de incienso que asciende hasta las bóvedas. En el centro de la iglesia se ve una gran masa de mujeres, y de este fondo oscuro salen constelaciones de luces, ofrendas con que los vivos honran la memoria de los muertos.

Y figúrasele á Pericón estar, no en una iglesia de Madrid, vestido de soldado, sino en su pueblo, en medio de la gran ceremonia religiosa, prosternado delante de *su* Virgen, con su traje de danzante y acordándose del *asau* y del vino que le han de dar poco después en casa del mayordomo. ¡Lo que es medio borrego desaparece en el estómago de Pericón sin dificultad alguna! Y ¡qué tragos va á echarse! Y ¡qué bailes con su Mariona!

¡Tararí! La corneta: se acabó la misa.

Aquel estridente sonido despertó al soldado de su arrobamiento.

¡Qué lejos se vió entonces de su pueblo, de su Virgen, de su traje de danzante, de su Mariona!

Cuando el batallón salió á la calle, la música entonó un himno patriótico, y detrás marcharon al cuartel las filas militares, en las que el el abrutado Pericón, el de los puños de bronce, el de cara salvaje, iba llorando.

E. Melero y Betegón

EL NIDO DE LA GAVIOTA

UN IDILIO EN MARRUECOS

cuadro de Emilio Wauten

LOS ÚLTIMOS NÚMEROS

I

Inquieta y vacilante, cual pidiendo
una limosna, con dolor se acerca,
un número os alarga conmovida
y la apartáis á un lado de la acera.
Son los últimos, ved, son las ganancias:
allí está la comida, allí la cena.
Es preciso vender hasta el postrero,
y todos con hastío le desprecian.

II

—¡Acaba de salir!—grita angustiada
con descompuesta voz que al alma llega;
y parece que dice en su desdicha:
—¡Señores, que es mi cena!

III

Pasa al fin el tropel: el cierzo sopla,
y la calle, por fin, queda desierta,
y aun pregona con voz desfallecida,
mas nadie oye su queja...
hasta que cae rendida de cansancio
la pobre niña en la enlodada acera.

Inocencio de Oña

EL ALMA DE UNA NACION

En la heroica metrópoli del reino de Santachula, eran los barrios de *la Garrapata* intrincados laberintos de callejuelas estrechas y empinadas, de arroyos con baches y aceras boyosas. Afeados estaban los frontispicios de aquellas altas y ruinosas casas, con gigantescos chirlos y enormes peladuras; en las rejas, balcones y ventanas, tendían las mujeres la húmeda y goteante colada y sacudían otras veces felpudos calvos y menguadas esteras; bulliciosas pandillas de rapaces jugaban invadiendo las las calles, y aquí corrían, y allí saltaban, gritando siempre con algazara sin igual; y la zambra de las tabernas, los cantos de las criadas, el vocear de los vendedores callejeros, formaban un barullo disonante de gritos y ruidos que en el espacio palpitaban, dando sabor propio y singular carácter á estos barrios. Uníanse á aquellas vibraciones, en el aire infestado, el hedor de algunas casas, la pestilencia de muchos cuchitriles, bocanadas de humo, olores de sebo, miasmas de miseria, formando el vaho del hambre, pesada y célebre atmósfera de los barrios de *Garrapata*, donde vivía un pueblo tan imbécil que acaso merecía la suerte que le cupo.

En las noches del verano, los vecinos, á las puertas de tan desacomodados zaquizamíes, aligerados de ropa, tomaban el fresco en familiares corrillos; pasaba el botijo de mano en mano; en este grupo cantaban los mozos, en el otro bailaban las chicas, aquí nacía un noviaje, acullá regañaba un matrimonio; quedaba trasformada la calle en compartible pasadizo para todos los vecinos; la escasa luz del gas amarillento daba al cuadro, más que animación, tristeza; la claridad de la luna tampoco descendía hasta el fondo de aquellos arroyos torcidos; y aquel populacho, hasta en sus momentos de alegría, tenía matices ásperos, duros, agresivos: parecía una jauría que expresaba su gozo ladrando y mordiendo en la oscuridad siniestra de los barrios de *Garrapata*.

Era la tía Jeroma, no tan sólo la mujer más popular de aquellos barrios, sino el verdadero ídolo de Santachula, que no ganó en todo el reino persona alguna ni popularidad tan grande ni veneración tan unánime; y fácilmente lo comprenderá el lector cuando sepa que aquella *señora*, con sólo dos dedos de agua y unos pases de manos, enderezaba las piernas torcidas, allanaba las corcovas, cercenaba los granos, cicatrizaba las llagas, sanaba, en fin, toda clase de dolencias y deformidades: como remate de tanta virtud, adivinaba lo pasado y columbraba lo futuro á favor de unos naipecillos, con los cuales lo veía todo; y con ellos debía de ser, porque la pobre señora tenía la vista culinaria, es decir, un ojo en *tortilla* y el otro á la *vizcaína*.

Vivía en la calle del Recodo, número 4; y era, la tal tía Jeroma, baja de alma y de cuerpo, redonda, colorada; perezosamente movía su cuerpo mollejón y abotargado; era un sapo gigante puesto en pie, con faldas, mantón, pañuelo para la cabeza y dedos para las narices.

Abrió la puerta de la calle y entró en la habitación una mujer alta y delgada que llevaba de la mano á un chicuelo parlanchín, vestido con una trusa salpicada de lentejuelas, calzón negro, voluminoso capacete que hacia el cogote se le iba, limosnero roto y unos zapatos remendados, pero con grandes lazos.

—Aquí le traigo á V.,—dijo la recién llegada,—aquí le traigo á V. á mi chico, que va á salir en la cabalgata de esta tarde. Supongo que ya sabrá V. que esta tarde hay cabalgata: la decentenario de ese... de ese que se llama Archimerlín.

Con efecto, en el reino imperecedero de Santachula había vivido, bostezado y muerto el sabio Archimerlín, escritor insigne, filósofo eminente, padre de las libertades patrias, etcétera, etc., etc. A otro sabio, *de vía estrecha*, se le ocurrió celebrar el centenario de su colega. Como este sabio de menor cuantía era consejero del Estado, condición indispensable para tener ini-

Digitized by Google

ciativas en Santachula, aceptaron su proposición todos los que no habían leído las obras de Archimerlín, con lo cual se le adhirió el reino y fué el proyecto á las mil maravillas.

—¡Mírelo V. qué majo viene!—continuó diciendo aquella mujer.—Pues todos los chicos de la escuela visten lo mismo. Ya ve V.: forman uno de los coros... Por cierto,—añadió precipitadamente y dirigiéndose al niño,—por cierto que has de repetir delante de la señora Jeroma la *canción* que el maestro os enseña; *eso* que habéis de cantar todos juntos.

El muchacho no aguardó á más, y, quitándose el ahuecado capacete, cruzóse de brazos, levantó su desgreñada cabecita, mostrando aquella cara de pillete de playa, y comenzó á cantar lo siguiente:

Celebremos, ciudadanos,
de Archimerlín el civismo:
él desterró el fanatismo
y sojuzgó á los tiranos.

Vivió sin paz y sin gloria,
murió abandonado y triste;
pero ahora, que ya no existe,
celebremos su memoria.

Por nuestro progreso ha dado
su vida. ¡Noble tributo!
Hoy recogemos el fruto
del sacrificio sagrado.

Hoy el pueblo, ennoblecido,
su antiguo esplendor recobra.
Sabio, contempla tu obra:
mira el pueblo redimido.

Estas coplas fusilables, que eran el cogollo, la nata y la flor del ingenio del maestro de escuela, las dijo el muchacho con la imperturbable serenidad de un fonógrafo. La madre le contemplababa embelesada, moviendo la cabeza y llevando con el pie el compás de la canción; y la tía Jeroma, con una sonrisa que un cerdo desdeñaría, mostraba la insondable estupidez de su alma, porque así se le importaba á ella de Archimerlín como del rey que rabió, porque aquella mujer era impenetrable como un diplomático de Santachula.

Ya se habían retirado la madre y el chicuelo de las coplas, cuando á la estrecha calle del Recodo llegaban muchos vecinos del barrio, agolpándose en el portal de casa de Jeroma; y como la muchedumbre aumentara por instantes, al poco rato aquellas gentes invadían la calle con sus cuerpos y el espacio con sus gritos, porque no hubo tullido, cojo, manco y averiado que allí no fuese, ni blasfemia, juramento, epigrama ó chiste que no celebrasen todos con muchas voces y grandes risotadas.

Aquella multitud heterogénea y varia, salida de los inmundos cuchitriles de *Garrapata*, ofrecía un raro conjunto.

Todos los despojos de la miseria, del trabajo, del vicio; todas las piltrafas humanas que arroja una sociedad en veinticinco años de su vida; todas esas algas que abandona en la orilla la lucha por la existencia; todos los inválidos del taller y de la taberna, que ven como única esperanza el jergón de un hospital; todos se hacinaban y se revolvían gritando en la calle del Recodo, esperando con ansia el momento en que la *doctora* abriese la consulta y remediase las llagas de sus cuerpos.

La tía Jeroma abrió pausadamente la ventana que daba á la calle, y allí, asomada, dejó que la multitud contemplase la gran serenidad de su rostro obeso y colorado.

Un murmullo de admiración y de ansia surgía prolongado de la agolpada masa de gente.

¡Cuánto hubiera dado Moisés, cuando bajó del monte con las Tablas, por que le recibiera de este modo el pueblo elegido!

La tía Jeroma extendió su mano carnosa é hizo un ademán para calmar el entusiasmo que se desbordaba.

En la escuela próxima, reunidos los muchachos que habían de cantar los coros dirigidos por el dómine, entonaban el himno á Archimerlín y sonaba confuso el cansado sonsonete:

Celebremos, ciudadanos,
de Archimerlín el civismo:
él desterró el fanatismo
y sojuzgó á los tiranos.

Entretanto la impaciencia de los que en la calle esperaban iba en aumento, y la tía Jeroma permanecía en la ventana esperando que sonara la hora de la consulta. La numerosa y desbarrada clientela alzaba las manos, mostrando unos la alcuza vieja, guardadora del bálsamo anodino, y otros el puchero desasado, recipiente del menjurge calmante.

—Señora Jeroma, señora Jeroma: ¿podemos subir?—gritaban los clientes. Y á estas voces uníase la segunda copla del coro de los niños:

Vivió sin paz y sin gloria,
murió abandonado y triste;
pero ahora, que ya no existe,
celebremos su memoria.

Aquella *doctora de Garrapata*, que á pesar de la burdeza de su alma entendía *el oficio*, se rodeaba de todo el aparato conveniente. Ella, sin darse cuenta, razonaba de este modo:—En cuestiones de medicina, á falta de ciencia, *arte*.

Tendió de nuevo la mano, é hizo señal de que aun no era tiempo.

La multitud alzaba los ojos y embelesada contemplaba á su ídolo, y lentamente se iban apiñando todos hacia la puerta, en tanto que los niños de la escuela cantaban la tercera copla del repetido ensayo:

Por nuestro progreso ha dado
su vida. ¡Noble tributo!
Hoy recogemos el fruto
del sacrificio sagrado.

Ya se aproximaba la hora de la consulta, y aquella apretada mole de carne humana, impaciente y ansiosa, en desigual vaivén se agitaba, disputando el terreno palmo á palmo, produciendo con ello fuerte gritería.

La señora Jeroma, asomada á la ventana, risueña y orgullosa, como el pontífice ante el pueblo ortodoxo, permanecía saboreando los preciados efluvios de la popular admiración.

El cura, su vecino, la saludó quitándose la *teja:* los niños le hocicaban en la mano, en tanto que él decía á la Jeroma:

—V. á curar los cuerpos y yo las almas: cada uno á su oficio.

Al fin quedó abierto el portal de la casa, y la muchedumbre se precipitó bulliciosa y acalorada, con apreturas horribles, tomando la escalera por asalto, hasta que la tía Jeroma dijo con voz solemne:

—*Callaisus.*

Y aquella multitud, quizás dispuesta á besar y lamer los pies de la asquerosa tía como perros castigados, con humildad irracional, subían lentamente la escalera, mientras los niños de la escuela cantaban esta última copla del coro:

Hoy el pueblo, ennoblecido,
su antiguo esplendor recobra.
Sabio, contempla tu obra:
mira el pueblo redimido.

RAFAEL TORROMÉ

LA BARRA DE HARBOUR (cuadro de Adriano Stokes)

NUESTROS GRABADOS

LAS CROMOTIPOGRAFÍAS

—*¿Viene V.?*—le pregunta la hermosa sevillana al gallardo viajero que no puede arrancarse de la vista de la procesión que está pasando por la calle; y con ello queda dicho si el espectáculo será ó no maravilloso, cuando tiene el poder de clavarle á un hombre en el santo suelo, olvidado de todo lo que no sea mirar *Nazarenos, Pasos* y banderas.

Huertas ha dado una nueva muestra de su dibujo lleno de realidad y gracia en esa escena de las *Lavanderas*, y Picolo hace alarde de su elegante color en la acuarela *Á orillas del mar*.

Del Sr. Millán Ferriz es la otra acuarela *Tocadora de guitarra*, tipo español castizo, valientemente plantado, así como la titulada *Un golilla*, magnífica exhumación de una figura de antaño, tan profundamente estudiada como acertadamente concebida.

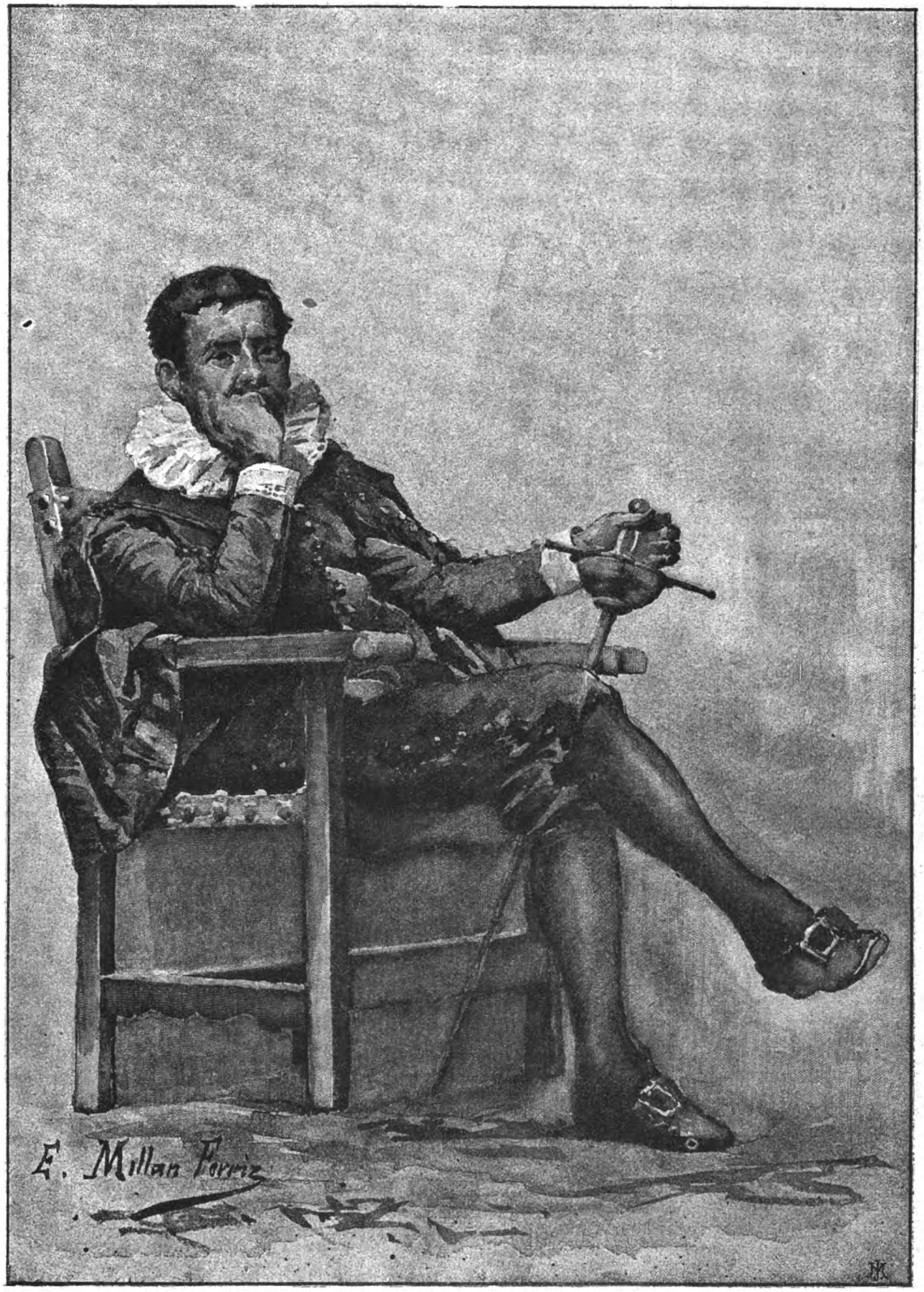
El café después de la caracolada es una alegre nota, resplandeciente de color y de verdad, que trasporta al lector á una venta de Andalucía, en plena partida de campo, originalísima y típica.

El galán tímido y *Tardes de otoño* completan dignamente

Digitized by Google

TOCADORA DE GUITARRA (acuarela de E. Millán Ferriz)

Digitized by Google



UN GOLILLA (acuarela de E. Millán Ferriz)

Digitized by Google

las cromotipografías de este número, en el cual, como ya ve el lector, hemos echado el resto, lisojeándonos de haber realizado un verdadero imposible.

CUADROS CONTEMPORÁNEOS

Impidiéndonos la falta de espacio extendernos sobre cada una de esas obras en particular, habremos de contentarnos con recomendarlas á la atención de nuestros favorecedores, en la seguridad de que habrán de descubrir en todas ellas el más subido mérito, tanto por su ejecución como por lo interesante del asunto.

ADMIRAR

A mis gustos antepongo
de la convención el giro:
por esto el *jabón* admiro
de los PRINCIPES DEL CONGO!

Jabonería de Victor Vaissier, París.
De venta en las principales perfumerías.

DOS ROSAS

La una era blanca como la gardenia; la otra encarnada como el granado.

Eran hijas de rosales vecinos y sus ramas se enlazaban cariñosas como queridas hermanas.

Habitaban en el espacioso jardín de una florista que todos los días, por la mañana, antes de que los rayos del sol evaporasen el rocío, bajaba llevando un cesto enorme y unas tijeras á hacer acopio de flores para venderlas en la vecina ciudad.

Un día, cuando todavía eran cerrados capullos nuestras dos flores, la florista los examinó detenidamente, murmurando después:

—Mañana.

Esta frase hizo estremecer á los dos capullos.

Cuando más contentos se hallaban porque en breve serían frescas y lozanas rosas, las implacables tijeras de la florista pesaban sobre sus tallos amenazadoras.

—¡Mañana!—murmuraron los dos balanceándose tristemente sobre sus macetas.—¿Qué nos pasará mañana?

—Mañana debo ser yo linda rosa,—dijo con voz débil el encarnado.

—Y yo también,—añadió el blanco.

—Pues presumo que algo grave nos tiene que suceder.

—Lo mismo digo.

Las dos flores se sintieron preocupadas por el porvenir como pudiera suceder á un ser humano.

Y llegó el día siguiente.

La florista se había despertado algo tarde, y bajó presurosa al jardín cuando ya el sol le bañaba con sus dorados rayos.

Húmedas todavía por el rocío de la aurora, blanca como la nieve la una, y roja como las mejillas de doncella ruborosa la otra, se balanceaban muellemente, empujadas por la finísima brisa, las dos rosas.

Al ver que la florista se acercaba, trataron de plegar sus hojas; pero el sol les impidió el hacerlo, y la florista se aproximó á ellas murmurando:

—¡Qué hermosas!

Y en pago á la hermosura de las flores, cortó el tallo de las dos, arrojándolas juntas al cesto después de aspirar un instante el embriagador aroma que despedían.

Las dos flores sintieron un frío extraño y que sus fuerzas desfallecían algún tanto, perdiendo sus hojas el primitivo vigor.

Pero el fresco del rocío que aun conservaban en su cáliz, les infundió alientos, y, procurando con juvenil vanidad ajarse todo lo menos posible, se acomodaron entre sus hermanas como mejor las fué dado.

En el cesto reinaba una verdadera república.

Un clavel encarnado, emblema de ardiente amor, vociferaba que era él, por su sexo, superior á las señoras, y no comprendía la razón por la cual le colocaban en el fondo del cesto, donde no podía respirar y se asfixiaba con su propio perfume.

Los capullos nada decían: duros y replegados en su cáliz, herían á las demás flores, defendiendo á la rosa de cuyo tallo nacían; pero no por esto ellas cesaban de quejarse.

De pronto sobre el cesto cayó un tulipán.

Todo el mundo á su presencia quiso exponer sus quejas.

Y entonces sí que se armó un alboroto descomunal.

—Según la división de un caballero que nos quería mucho, yo pertenezco á la subclase primera,—gritaba un clavel,—y por lo tanto tengo derecho á hablar primero.

—¡Cállese V., señor *cariofiláceo!*—contestó una lila.—Yo pertenezco á las *jazmíneas* y...

—¡Que se calle!—gritaron á coro una porción de *geraniáceas*.—Nosotras también pertenecemos á la primera subclase y callamos.

—¡Silencio!—ordenaron varios jacintos que rodeaban al tulipán.—Imiten Vds. á las rosas, que callan y no alteran el orden.

—¡Como son las más consideradas por Vds.!—contestaron las lilas intencionadamente.

—A nadie importa una adelfa nada de lo que pueda haber entre ellas y nosotros.

—¡Orden!

—¡Callarse!

—¡Silencio!

—¡Que hable el tulipán!

—¡Que se callen esas tontas de lilas!

—¡Mueran las rosas!

—¡Abajo el tulipán, ya que no sabe gobernar!

—¡Orden, orden y más orden!

—¡No nos da la gana!

Y las flores, entre gritos de rabia, se daban golpes, deshojándose unas, ajándose otras y aplastándose las más.

De pronto, una rociada bastante fuerte de agua, procedente de la regadera de la florista, cayó sobre ellas, y los ánimos se calmaron algún tanto.

Las más estropeadas absorbieron con afán tan bienhechor rocío.

Pero también esto fué causa de algunas pequeñas y graciosas contiendas.

—¡Oiga V., señor lirio! Tenga la bondad de recoger algún tanto su cola, porque me pisa V. mi traje nuevo,—decía un capullo color te, que acababa de abrirse.

—V. dispense, caballerito,—contestó el aludido;—pero como esas señoras de azucenas, jugando con los jacintos, me empujan...

—¡Mentira!—contestaron las *liliáceas* aludidas.—Estamos haciendo sitio á estas dos rosas, á las cuales desea besar el tulipán.

—Pues que aproveche,—contestaron algunos jacintos.

Y de este modo llegó aquella república florestal al mercado de la ciudad, donde la florista las expuso sobre una mesa de mármol.

Las dos rosas, nuestras protagonistas, se encontraron solas y juntas en una jarra de cristal llena de agua.

—¿Qué va á ser de nosotras ahora?—se preguntaron.

—¡Quién sabe!—dijo la blanca.

—A mí no me gusta tener *el pie* á remojo,—observó la encarnada.

—Tengamos paciencia.

Desde su elevado sitial vieron las dos flores cómo algunas personas se acercaban é iban llevándose en pequeñas porciones á las compañeras de infortunio.

¡Con cuánto dolor las veían alejarse!

Al poco rato de hallarse allí vieron que una señora rubia, de ojos azules y formas divinas se paraba á contemplarlas.

—¿Cuánto por la blanca?—preguntó la dama á la florista.

—Cuatro reales.

—Venga.

La rosa blanca se estremeció.

—¡Adiós, hermana mía! ¡Se me llevan! ¡Ya no nos veremos más!—dijo á su compañera.

Y, dándola un beso, pasó á manos de la señora, que aspiró con deleite su fragancia.

La rosa encarnada sintió sobre su corola todo el peso de su infortunio.

¿Qué iba á ser de ella?

No tardó en saberlo.

Un caballero viejo se detuvo ante el puesto de las flores.

—Buenos días, Carmen,—dijo á la florista.

—Buenos,—contestó ésta.

—¿Ha estado aquí la condesa?

—Sí, señor.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿Compró flores?

—Una rosa: la compañera de aquélla,—dijo señalando á nuestra flor encarnada.

—¿Era como esa?

—No: blanca.

—Entonces guárdamela.

—¿El qué?

—¡Toma! Pues esa rosa.

—¡Ah!

—Juntas harán buena pareja. ¿Cuánto vale

—Dos pesetas.

—Cara es.

La rosa encarnada dirigió una mirada de odio al vejete murmurando:

—¡Vaya con el viejo! ¿Conque soy cara ¿Qué más quisieras tú que tener el rostro del color de mis hojas?

Marchóse el viejo, y pocos momentos después un gallardo joven vestido á la última moda se acercó diciendo:

—Venga esa rosa encarnada, Carmen.

—Está vendida, señorito.

—¿Por cuánto?

—Por un duro.

—Ahí van dos y venga la flor.

—No puede ser.

—¿Por qué?

—Mi palabra...

—Dices que se deshojó, devuelves el dinero y en paz.

—No es mala la idea. Vaya, tómela V.

—No ha sido poca suerte el verme libre de aquel viejo,—murmuró la flor al encontrarse en poder de su comprador.—Al menos este caballero tiene mejor aspecto. ¿Qué hará de mí?

El dueño de la rosa se encaminó por diversas calles, á una en la cual había un magnífico palacio, al que llamó resueltamente.

Abrieron y subió el joven por anchas escaleras rodeadas de macetas, donde la flor pudo ver á otras tan hermosas como ella, aunque no tan frescas sin duda, porque la sombra las sumía en marchitador sueño; y poco después entró en pequeño salón rodeado de ricos tapices y en el que, reclinada muellemente sobre precioso diván, se hallaba la señora á la que poco antes viera nuestra rosa llevarse á su compañera.

—¡Es ella!—murmuró la flor.—¿Qué habrá sido de mi amiga?

Y, mirando á todos lados, pudo al fin verla colocada en precioso búcaro de porcelana.

A haber podido volar, ¡con qué placer se hubiera escapado de las manos del joven para ir á darla un abrazo!

Pero le era imposible y se resignó á esperar mejor ocasión.

—Buenos días condesa,—dijo el joven.

—Felices, amigo Rafael,—contestó la dama.

—Siempre ha de ser V., querida Teodora, tan complaciente para con los amigos.

—Si no fuese V. más que amigo no le hubiera otorgado audiencia á estas horas; pero como, al fin y al cabo, en breve hemos de ser esposos...

—Tiene V. razón.

—¿Ha visto V. hoy á D. Cosme?

—Salió temprano de casa y no he logrado verle.

—El infeliz sigue amándome. ¡Ja, ja!

Y una risa explosiva entreabrió aquella boca de mieles, cuyo cáliz dió envidia á nuestra rosa.

—Por más que procuro desengañarle, todo es inútil: terco como un aragonés, insiste sin cesar. Pero veo, amigo Rafael, que tiene V. buen

Digitized by Google

gusto para las flores,—añadió la hermosa condesita variando de tono.

—¡Ps! Pasaba por la plaza, vi esta rosa, y... pensé en V.

—¿Para regalármela, sin duda?

—Pensé en V. porque los encantos de esta flor me recordaron los que V. atesora.

—Galante viene hoy.

—Justo, diría mejor. Poco vale; pero, como prueba de mi ardiente pasión, ruego á V. que la acepte.

—Mil gracias. ¡Jesús, cuánto se parece á otra que he visto!

—¿Cuándo?

—Esta mañana al comprar aquélla.

Y señaló la dama, al propio tiempo que cogía la rosa encarnada, la blanca, que desde el búcaro miraba ansiosa á su compañera.

—¡Qué hermosa es!—exclamó Rafael.

—¿Verdad?

—Y ¿va á tener igual suerte esta rosa que aquélla?—dijo tímidamente Rafael.

La condesita, por toda contestación, rompió el tallo de la flor por la mitad, y, levantándose, fué á colocársela entre sus rubios cabellos ante el espejo.

—¡Oh! ¡Gracias, bien mío!—exclamó Rafael apoderándose de una mano de la joven, la cual besó con frenesí.

En aquel momento una doncella dijo desde la puerta;

—D. Cosme Ríos.

—¡Ah!—exclamó Teodora.—Escóndase V. en la estancia inmediata, Rafael. Si le ve á V. aquí, es posible que sospeche, y corra peligro tanto mi honor como V.

Rafael abrió una puerta que conducía á la otra estancia y desapareció á tiempo que don Cosme penetraba en el salón.

—Bella condesa..

—Amigo D. Cosme...

El viejo retrocedió.

Había visto la rosa y la reconocía perfectamente.

—Esa flor...—murmuró.

—Es un obsequio que se me ha hecho. ¿Le gusta á V.?—preguntó Teodora.

—Sí; pero...

—No sé si agradecer ó maldecir el regalo; pues, sin duda debido á la fragancia de esta rosa, tengo un dolor de cabeza...

—Entonces me retiro.

—Se lo agradeceré á V.

—Está bien,—agregó algo turbado el viejo restaurado;—pero antes de irme debo decir á V. que lo que no pudieron conseguir sus desdenes lo ha conseguido esa flor.

—¡Cómo!

—Sí, querida condesa: yo dejé pagada esa rosa para recogerla después; y otro, sin duda, más afortunado que yo, la pagó mejor, llevándosela. Cuando V. la tiene entre sus cabellos es prueba...

—Pero esta flor puede ser otra.

—La reconozco perfectamente.

—Puede V. equivocarse.

—Todavía conserva entre sus hojas un pequeño gusanillo que tenía.

—¡Oh!

Y la condesa, llena de asco, se arrancó la flor de entre sus cabellos y la arrojó al suelo.

La rosa, medio deshecha, creyó llegado el momento de su muerte.

Pocos momentos después, el viejo, convencido de que Teodora amaba á otro, salió del palacio resuelto á no volver más.

La turbación de la condesa y sus desdenes eran pruebas inequívocas de que jamás llegaría á ser amado.

Entretanto, ¿qué había sido de la rosa encarnada?

Rafael la había recogido del suelo y quitado el gusanillo que entre sus hojas había.

—¡Gracias á Dios que se fué!—dijo Teodora.—¡Uf! Me ha puesto nerviosa!

—¡Cálmate, bien mío! ¡Ahora soy más feliz! —repuso Rafael.

—¿Si?

—Es natural. Por la edad no podía obrar de un modo decisivo con ese caballero. Un desafío con él hubiera sido un abuso.

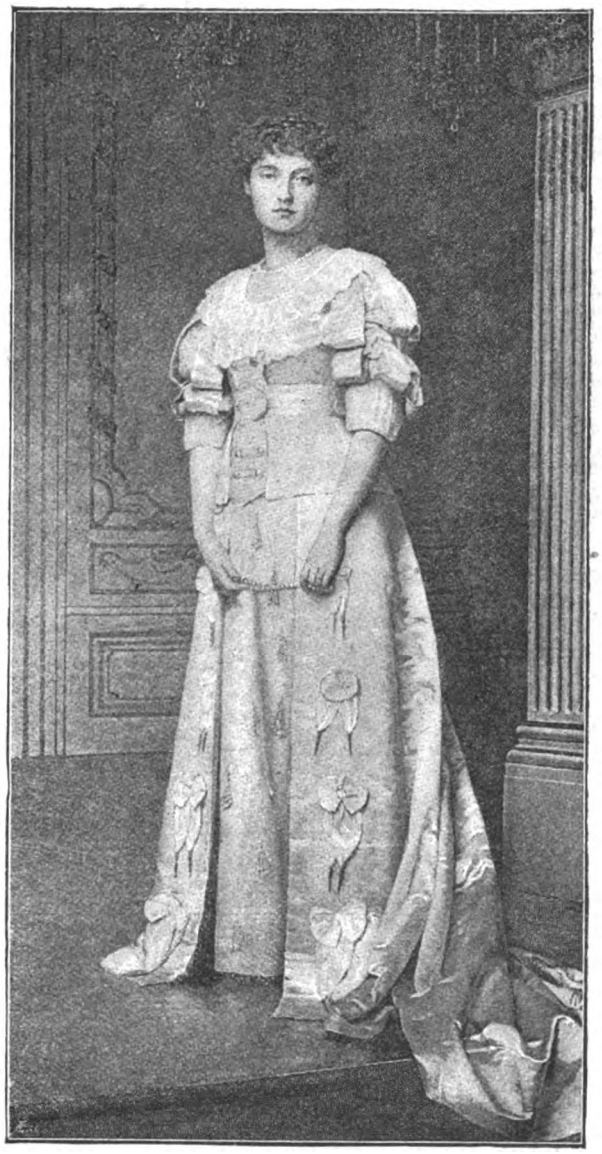
—Es verdad.

—¿Me amas?

La condesa se calmó algún tanto.

Rafael se apoderó de una de sus manos.

La rosa blanca miraba desde el búcaro á su compañera, esperando con afán el momento de abrazarla.



RETRATO DE SEÑORA (por H. Paget)

Rafael, embriagado con su amorosa pasión, al rodear con su brazo la cintura de la condesa dejó caer inconscientemente al suelo la flor que tenía entre sus dedos.

Después los dos amantes comenzaron á hablar del día de la boda, paseándose por el salón cogidos del brazo.

—¡Cuánto gasto vamos á tener entonces!—dijo la joven al propio tiempo que distraída cogía la rosa blanca del búcaro donde se hallaba.

—¿Sí?—preguntó Rafael.

—¡Ya lo creo! Tú, como no sabes lo que son estas cosas... Nosotras, las viudas, como peritas en la materia, ya sabemos la infinidad de dinero que cuesta el prepararlo todo.

— Un favor voy á pedirte,—dijo Rafael.

—¿Cuál?

—Que no me hables de tu viudedad.

—Comprendo. ¿Tienes celos?

—Sí.

—¡Tonto!

Y Teodora, agitando la rosa por su tallo, dió con ella un golpe en el rostro de Rafael por vía de dulce cariño. La rosa blanca, deshecha, cayó como lluvia de nieve sobre la mullida alfombra. Su compañera vió desde el suelo la terrible muerte de la infeliz y besó con efusión algunas de sus hojas que cayeron sobre ella.

—¡Dios mío!—murmuró la rosa encarnada. —¿Qué fin será el que me espera?

No pudo decir más.

—¡Vaya una triste gracia!—exclamó con desencanto la joven al ver la rosa deshecha.—¡Yo que esperaba ponérmela esta noche para ir al teatro!

Y con inocente enojo dió una patada contra el suelo con su diminuto pie, aplastando así la encarnada flor que se hallaba precisamente bajo sus plantas y que, al sentirse oprimida de aquel modo, lanzó el postrer suspiro envuelto con todo su embriagador perfume.

Cuando la condesa notó que había pisado algo y pudo ver que era la otra rosa, murmuró:

—Lo mismo son las flores que nosotros: nos amamos, vivimos el uno para el otro, y si cualquiera de los dos falta no tarda la muerte en unirnos. Esas dos rosas debieron nacer en un mismo jardín, juntas llegaron al mercado, una vez separadas volvieron á hallarse, murió la una, y la otra no ha tardado en seguir la misma suerte. ¡Dios sabe si en este momento sus almas, todas perfume, se unirán en el aire bañadas por ese rayo puro del sol que llega hasta nosotros!

Y contemplando con encantador desconsuelo los restos de las infortunadas flores, la condesa se dejó estrechar dulcemente por Rafael, que la miraba sonriendo con enamorados ojos.

LUIS DE VAL

ELIXIR
de PROTOCLORURO de HIERRO
CON HIPOFOSFITOS
de VIVAS PÉREZ

Recetado por verdaderas eminencias y adoptado por los hospitales. Es el único remedio seguro y de inmediatos resultados de todos los ferruginosos de la medicación tónico-reconstituyente para la **anemia, raquitismo, colores pálidos, empobrecimiento de la sangre, debilidad, inapetencia y menstruaciones difíciles.** Precio: botella, **4 pesetas**; pequeña, **2'50.** *Cuidado con las falsificaciones, porque otros no darán el mismo resultado.*

Depósito general:
ALMERÍA, **Farmacia VIVAS PÉREZ**
POR MAYOR: *Madrid*, Melchor García. *Barcelona*, Sociedad Farmacéutica, é Hijos de J. Vidal y Ribas.
POR MENOR: en todas las farmacias de las provincias y pueblos de España y Ultramar.

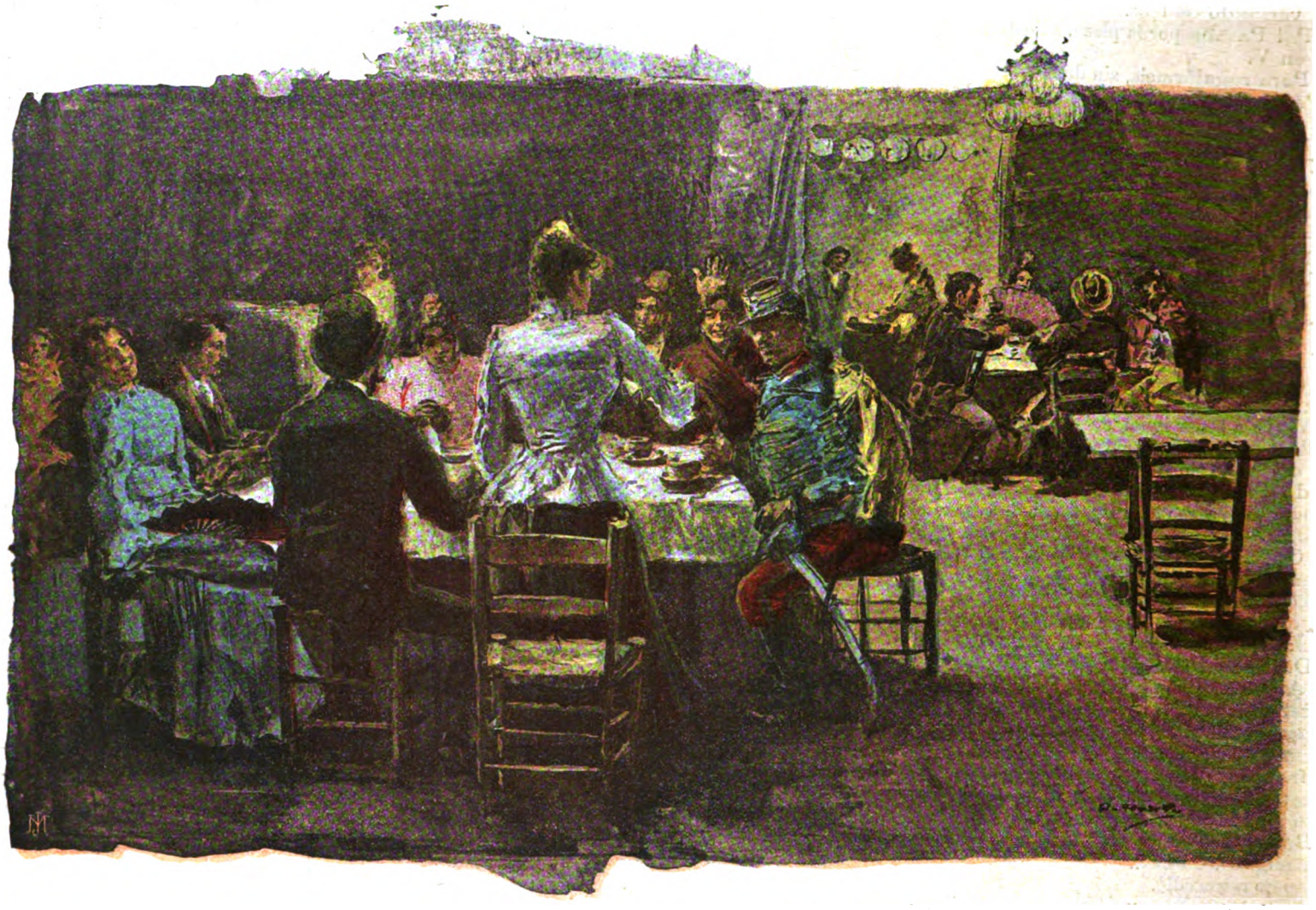
EL EXTRACTO COMPUESTO DE
Zarzaparrilla
DEL DR. AYER.

MEDALLA DE ORO en la Exposicion Universal de Barcelona.

Cura radicalmente la escrófula, herpes, erupciones, llagas, enfermedades humorales y todas las afecciones de la piel por crónicas y rebeldes que sean. Purifica la sangre y vigoriza el sistema. Tomada á tiempo y con constancia, evita los ataques apopléticos y todas las enfermedades que tienen su origen en la fuerza y superabundancia de la sangre. Las eminencias médicas la prescriben con gran éxito. Los incrédulos pueden consultar con su doctor. De venta en todas las farmacias.

PREPARADO POR EL
DR. J. C. AYER y CA., Lowell, Mass., E. U. A.
Agentes Generales para España,
VILANOVA HERMANOS y CA., Barcelona

Digitized by Google



EL CAFÉ DESPUÉS DE LA CARACOLADA (dibujo de Huertas)

CAPSULAS EUPEPTICAS
DE
MORRHUOL
PRINCIPIO ACTIVO DEL ACEITE DE HÍGADO DE BACALAO
premiado con MEDALLA DE ORO en la Exposición Universal de Barcelona, 1888 DEL DR. PIZÁ Primer preparador español de dicho medicamento

EL MORRHUOL contiene todos los principios activos del aceite de hígado de bacalao y obra más rápidamente que el aceite. Las experiencias efectuadas en los hospitales y por acreditados prácticos en su clientela han demostrado, que el MORRHUOL es mucho más eficaz que el aceite y las emulsiones del mismo contra la tisis pulmonar, reumatismo crónico y nudoso, raquitismo, escrófulas, linfatismo y estado caquéctico en general. No contiene el MORRHUOL grasa alguna. Se puede tomar en verano é invierno

Á 10 REALES FRASCO.—DOCE FRASCOS 96 REALES

En venta: Al por mayor y menor, farmacia del autor Plaza del Pino, n.º 6, Barcelona, y en las principales farmacias de España y América.

BUENOS AIRES: Principales Farmacias y en todas las de la América del Sur

EL JUDIO ERRANTE.-R. Molinas, Cortes, 365 á 371.-Barcelona

VINO DE CHASSAING
BI-DIGESTIVO
Prescrito desde 30 años
Contra las AFFECCIONES de las Vias Digestivas
PARIS, 6, Avenue Victoria, 6, PARIS
Y EN TODAS LAS PRINCIPALES FARMACIAS.

LICOR BREA MÚNERA
Recomendado por todas las eminencias médicas
ÚNICO EN SU CLASE
El mejor calmante para la tos y atemperante de la sangre
Autor, Escudillers, 22. Barcelona

ACEITE de HOGG

de HÍGADO FRESCO de BACALAO, NATURAL y MEDICINAL
El mejor que existe puesto que ha obtenido la mas alta Recompensa en la EXPOSICION UNIVERSAL DE PARIS DE 1889

Recetado desde 40 AÑOS en Francia, en Inglaterra, en España, en Portugal, en el Brazil y en todas las Republicas Hispano-Americanas, por los primeros médicos del mundo entero, contra las Enfermedades del Pecho, Tos, Personas debiles, los Niños raquiticos, Humores, Erupciones del cútis, etc.

Es mucho mas activo que las Emulsiones que contienen mitad de agua, y que los aceites blancos de Noruega, cuya epuracion les hace perder una gran parte de sus propiedades curativas.

Se vende solamente en frascos TRIANGULARES.—Exíjase sobre la etiqueta el SELLO AZUL del Estado Francés
Solo Propietario: HOGG, 2, rue Castiglione, PARIS, y en todas las Farmacias.

BÁLSAMO DE FERNOLINE

Todas las familias deben tener un frasco

Este maravilloso bálsamo está compuesto con el Extracto Puro del Pino Amarillo y es completamente vegetal.

Con las aplicaciones locales de este excelente medicamento se obtiene la rápida curación de los dolores reumáticos, de la neuralgia, ya sea facial, intercostal ó ciática; de los tumores blancos, calambres de las piernas y brazos, hinchazones, dislocaciones, esguinces, quemaduras, sabañones, lobanillos y toda clase de contusiones, golpes y picaduras de insectos.

Lo prescriben los doctores, en el extranjero, para curar los dolores que notan muchos enfermos en el cuello, pecho y espaldas; pues, gracias á la volatibilidad de este remedio, aplicado sobre la piel, se absorbe en cantidad variable, según la superficie de la aplicación, y penetra hasta la parte dolorida, sin acarrear los males que con frecuencia se observan empleando otros similares.

De venta en las principales farmacias y Droguerías

ÚNICOS AGENTES EN ESPAÑA

VILANOVA HERMANOS Y COMPAÑÍA.-BARCELONA

ADMINISTRACIÓN: Cortes, 365-371. Ramón Molinas, editor.-Reservados los derechos de propiedad artística y literaria.-Las reclamaciones en Madrid, al representante de esta casa D. Manuel Pla y Valor, calle de Hermosilla, 32, pral.

INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO DE La Ilustración Ibérica: CALLE DE LAS CORTES, NÚM.º 365 Á 371.—BARCELONA

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google